



861.3  
C1981

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO CUARTO.

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

3 87796. - NHP / SCH. - 19.04.96. -

La. cep. -



# BIBLIOTECA

DE

# AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS,

ordenada

POR D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

---

TOMO CUARTO.

---

MADRID,

IMPRESA, DE LA PUBLICIDAD, A CARGO DE M. RIVADENEYRA.

CALLE DE JESUS DEL VALLE, N.º 6.

—  
1847.

337796

BIBLIOTECA

AUTORES ESPAÑOLES

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ADH4380ñ

## PROLOGO.

La presente obra ha llegado á ser, por su rareza, una de aquellas curiosidades bibliográficas de que pocos tienen noticia, y cuya reimpression llena un gran vacío en nuestra literatura antigua. La misma suerte han tenido otras muchas producciones relativas á nuestros descubrimientos marítimos y á las primeras épocas de nuestras colonias, probándose por este medio la historia de un sin número de hechos curiosos y datos interesantes, relativos á una de las páginas mas instructivas y brillantes de los anales de la humanidad.

Si este desprecio de tan copioso tesoro de conocimientos útiles es poco honorífico á nuestro gusto literario y á nuestro amor propio nacional, no es menos digno de censura el olvido en que se sumergen los nombres de los varones ilustres que han contribuido eficazmente con sus trabajos á las glorias de la literatura española. Increíble parece que casi todo lo que se sabe de CASTELLANOS es lo poco que de sí mismo habla en sus Elegías; y que, por mas investigaciones que hemos hecho en archivos y bibliotecas, solo hemos hallado mencion de su nombre y de sus obras en la de don Nicolás Antonio, y en los apuntes que Muñoz ha dejado en la Academia de la Historia.

El primero de estos escritores da á entender que CASTELLANOS nació en Tunja; habla de la primera edicion de la primera parte de las Elegías, la cual vió la luz pública en 1589, sin lugar de impresion; se refiere á una cuarta parte, celebrada por don Tomás Tamayo, en su *Collectio librorum hispanicorum*, y cita la *Bibliotheca indica* de Antonio Leon, donde se habla de un ejemplar de la segunda parte, que poseyó Luis Tribaldo de Toledo, cronista real de las Indias, de cuyas manos pasó á las de Lorenzo Cocco, secretario de N. Compegió, nuncio apostólico en España.

Las noticias de Muñoz son todavía mas escasas y menos importantes. No se refieren á la persona del autor, sino á ciertas peculiaridades del ejemplar de ellas que Muñoz habia visto. En él hay una nota manuscrita que dice: «Librería de la catedral de Palencia: donada (*la obra*) por el doctor Pedro Fernandez del Pulgar, natural de Rioseco, penitenciario de dicha iglesia». Al fin de la segunda parte, observa Muñoz que se lee la firma de Miguel de Ondarza Zavala, con su rúbrica, la cual va también al pié de todas las planas. «Sin duda, dice Muñoz, este fué el secretario por quien se despachó la licencia para la impresion, á consecuencia de la aprobacion de Ercilla. Por último, Muñoz advierte que falta un plano en el ejemplar susodicho, y es el de la laguna de Venezuela, y que hay otro en la tercera parte, con este titulo: «Traza corográfica de lo contenido en los tres brazos que cerca de la equinoccial hace la cordillera de las sierras, que se continúan desde el estrecho de Magallanes.»

Por manera que la única biografía que de CASTELLANOS existe, queda reducida á las escasas noticias que de él mismo injiere en su obra. De ellas se colige que siguió desde luego la carrera militar, y que se halló en reñidos encuentros y corrió grandes peligros en las diferentes campañas á que dieron lugar las conquistas de los vastos territorios de que se formó, en tiem-

pos muy recientes, la república de Colombia. Después abrazó el estado eclesiástico y obtuvo el beneficio de Tunja, en lo que se llamó entonces nuevo reino de Granada. En una y otra situación contrajo relaciones íntimas y tuvo frecuente trato con muchos de los hombres mas distinguidos que figuran en aquellas grandiosas hazañas.

Este descuido de los contemporáneos de JUAN DE CASTELLANOS es tanto mas notable, cuanto que su obra está muy lejos de esa trivial medianía que justamente desdeñan los hombres de saber y buen gusto. El autor no quiso elevarse á la altura de la poesía épica; no quiso revestir su narracion con las galas de la fantasía, ni darle esas formas artificiosas que nunca se emplean sino á costa de la verdad. Menos ambicioso que Lucano y Ercilla, solo consagra sus esfuerzos á preservar del olvido hechos notables y circunstancias graves y curiosas. No es un poeta creador: es un historiador escrupuloso, que prefirió la octava rima á la prosa, quizás para recrear con este agradable ejercicio los últimos años de su vida, ó quizás también, porque á ejemplo de Ovidio, *quod tentabat dicere versus erat*. A esta segunda opinion nos inclinan su facundia inagotable; la increíble facilidad de su versificación, la cual, generalmente correcta y fluida, aunque á veces demasiado trivial y desaliñada, no se detiene en los obstáculos que le ofrecian la exactitud numérica de las fechas, ni los extraordinarios nombres de los indios y de los puntos geográficos de las regiones que habitaban. Las escenas terribles y las graciosas; las batallas mas sangrientas y las caminatas mas difíciles; fiestas lucidas, cultos solemnes, paisajes floridos y voluptuosos, espectáculos naturales, llenos de horrorosa grandiosidad, todo se presta con igual holgura y lijereza al ritmo de este grande y fecundo versificador; para todo encuentra en su imaginacion fértil y variada ritmos sonoros, cortes de verso naturales, consonantes propios y escogidos, y frases, si no eminentemente poéticas, é lo menos elegantes, bien construidas y muy raras veces torcidas de su prosodia, para formar la cadencia legítima y llenar el número requerido.

Sus defectos son los comunes en su siglo; los mismos en que incurrieron los que mas lustre le dieron con sus producciones inmortales: anaeronismos insignificantes, ostentacion pedantesca de importuna y mal traída erudicion, ignorancia de las ciencias naturales envueltas todavia en la infancia, inversion no motivada de sucesos, y esa propension á retruécanos y antitesis que bajo diversas formas se reproduce en todas las épocas literarias, y de que no supieron preservarse los mayores ingenios de la antigüedad.

Mas estas imperfecciones estan mas que suficientemente compensadas por algunas dotes, tanto mas gratas á la generacion presente, cuanto mas escasean algunas de ellas en los trabajos literarios de nuestro siglo. Distinguimos entre estas cualidades preciosas la paciencia investigadora que supone la acumulacion de tantos sucesos, el interés dramático de tan extraordinarias virtudes, la exactitud en la descripcion de las localidades, el arte con que escita la curiosidad del lector, graduando diestramente el desarrollo de los incidentes con que la satisface; por último, esa sencillez candorosa que toda la obra respira, reflejo de un alma recta y pura, consagrada al culto de la verdad y ajena de todo lo que pudiera torcerla y ofuscarla.

Prendas de tanto valor y tan justamente apreciadas por los aficionados á la buena lectura, nos autorizan á creer que el público aceptará las Elegías de CASTELLANOS, como uno de los mayores esfuerzos que á costa de grandes dispendios y trabajos improbables hemos empleado para desempeñar las condiciones de nuestro programa, y continuar mereciendo la acogida benévola que han merecido los tomos precedentes de nuestra coleccion.

# ELEGIAS

DE

## VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

---

### DEDICATORIA AL REY DON FELIPE II.

SEÑOR.

Entre las cosas notables, que autores antiguos nos dejaron escritas, hicieron memoria de aquella gran locura de Corebo, cuya cuenta, no estendiéndose á mas número de hasta cinco, presumia contar las ondas del mar y las arenas de sus riberas; y desta misma podria yo ser agora redargüido; pues, en confianza de tan pobre talento como es el de mi ingenio, propuse cantar en versos castellanos la variedad y muchedumbre de cosas acontecidas en las islas y costa de mar del norte destas Indias occidentales, donde yo he gastado lo mas y mejor del discurso de mi vida, presumiendo levantar sus edificios desde los primeros fundamentos, en todos aquellos puertos que conocemos poblados de españoles. Y aun esta osadia fuera tolerable si no me levantara á otro muy mayor atrevimiento, que fué aventurarme á ofrecer y consagrar mis trabajos al felicísimo nombre de vuestra Majestad, en cuyo esclarecido entendimiento naturaleza puso toda aquella perfeccion á que sus fuerzas podian estenderse; mas como sea comun uso de los hombres, y costumbre heredada de los primeros buscar excusas á los yerros que cometen, deseo que se me permita que ansimismo (con algunas razones, aunque criadas á los pechos de mi confuso parecer) procure dar mis disculpas, y descargar me de los cargos que acerca desto se me podrian poner. Pues es asi que la flojedad y descuido de muchos, que con la elegancia y primor que al sujeto desta obra se debe la pudieran tomar á su cargo, puso sobre mis hombros la pesadumbre deste cuidado, muy mas grave de lo que ellos pueden llevar, no sin consejo y estímulos de amigos, que se dolian de ver hazañas esclarecidas quedarse para siempre encarceladas en las escuridades del olvido, sin haber persona que movida deste justo celo procurase sacallas á luz, para que con la libertad que ellas merecen corrieran por el mundo, y fueran á dar noticia de si á los deseosos de saber hechos célebres y grandiosos. Pues como ya tuviese escrito el descubrimiento deste Nuevo Mundo, y lo acontecido en las conquistas de las islas, y alguna parte de la costa de tierra firme hasta el mar de Venezuela, parecióme (por ser el volúmen de lo compuesto algo crecido) que seria justo hacer en aquel pasaje pausa, para que desde allí comenzase segunda parte, con intencion de no publicar lo uno sin lo otro, por haber andado ya la mayor parte del camino; y aunque en este propósito habia dado fondo, importunidades de personas á quien debo respeto me hicieron levar las áncoras y salir con solo el trinquete, mandándome cometer esta primera al beneplácito de fortuna, que asi en esto como en otras cosas no siempre suele ser apacible ni favorable. Pero revolviendo los ojos del entendimiento á una y otra parte, para buscallo lugar donde la adversa no se atreviese ni pudiese lastimalla, memoria y voluntad me pusieron delante la fortísima columna y atlante de la religion cristiana, que es vuestra Majestad; debajo de cuya sombra y á cuyos reales piés estos mis trabajos se humillan para poderse valer entre los

impetuosos vientos de detractores; pues el mayor y mejor salvoconducto que se les puede encaminar es el autoridad de tan potentísimo monarca, que como vicedios en la tierra no se desdeñará de recibir el cornadillo del pobre á vueltas de los preciosos dones que suelen ofrecer los poderosos, así como aquel gran Artajerjes que no se desdeñó (pasando el río Ciro) inclinar su real cabeza, para beber el agua dél en las palmas de Sinetis, pobre y rústico villano. Moviómelo también á hacer esto, considerar que cosas de Indias, mayormente tan oclusas y olvidadas, á ninguno se debian dedicar ni consagrar sino al señor universal de aquellas tierras, que así en oriente como en poniente gozan deste nombre, á cuya grandeza humildísimamente suplico ponga los ojos no en la bajeza del estilo, sino en el sujeto de la obra y voluntad con que yo la ofrezco, para que otros muchos, cuyos ingenios podrian con pluma delicada en estas partes llevar adelante estos principios, se animen y alienten á poner en escrito hechos dignos de ser eternizados, en servicio de vuestra Majestad, cuya real persona y escelsos estados prospere nuestro Señor con perpetuo aumento de su divina gracia y celestial gloria. Amen.

JUAN DE CASTELLANOS.

### CENSURA DE AGUSTIN DE ZARATE AL CONSEJO REAL.

Agustin de Zárate, contador de mercedes que he sido de vuestra Alteza, digo, que por los del vuestro muy á alto consejo me fué mandado que viese y examinase un libro que ha compuesto Juan Castellanos, beneficiado en la iglesia de Tunja del nuevo reino de Granada, en que trata de los ilustres varones que en compañía de don Cristóbal Colon, y después dél, descubrieron la navegacion del mar del norte, que los autores llaman Atlántico, y conquistaron y redujeron al conocimiento de nuestra santa fe y la corona real de Castilla los indios naturales de tan estendidas insulas como en él conquistaron, que comunmente se nombra el Nuevo Mundo, mandándome que pusiese en la dicha obra la censura que requiriese para imprimirse, en caso que para ello se le diese la licencia que el autor pedía. En cumplimiento de lo cual, yo he leído y pasado todo el dicho libro, y advertido con diligencia si habia en él alguna cosa que requiriese enmienda; y ante todas cosas veo que la materia de que trata, por ser tan deseada, será muy bien recibida en todos estos reinos, especialmente en el Andalucía y lugares marítimos de aquella costa, donde se tiene mas noticia y comercio con las Indias y navegacion dellas. Porque con haber tantos autores que han compuesto libros del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú, y de tantos y tan varios sucesos como en ella ha habido, entre los cuales se puede contar la historia que yo compuse tocante á esta materia, y otros que han trabajado en lo que toca á la Nueva España, todos estos libros queaban defectuosos y sin principio, por no haber habido quien tomase á su cargo declarar cómo y cuándo, y por quién se comenzó á descubrir tanta anchura de mar como hay así norte sur, como leste hueste, desde el estrecho de Gibraltar hasta las provincias de la tierra firme donde va á parar, y lo mucho que los siglos presentes, y los que están por venir, deben principalmente á don Cristóbal Colon, por cuya industria y esfuerzo y diligencia, mezclada con infinitos peligros y riesgos de la vida, y de los demás que le siguieron y acompañaron en aquel descubrimiento, se haya navegado un piélagro de tanta longitud y latitud con la conquista de tantas insulas que en él hay, y la dificultad y peligro de su persona, con que resistió y confundió á muchos de los suyos que le contradecian, y aun casi resistian el pasar adelante; que algunos dellos debian ser ejercitados en letras y razones matemáticas, pues se fundaban en autoridades de gravísimos autores, como eran Plinio y Strabon, Tolomeo y Pomponio Mela y otros que refiere y aprueba san Agustin, que afirman no haber habitacion pasada la

línea equinocial. Lo cual Colon contradijo, alegando autoridades que habia leído de autores auténticos, y señaladamente del divino Platon, en el diálogo que intitula *Thimeo ó de natura*, y en el siguiente á este, que se nombra *Atlántico*, que en ambos trata largamente de una isla nombrada Atlántica, que se dice haber sido mayor que Asia, y duraba desde las columnas de Hércules hasta la tierra firme, la cual, con una creciente de la mar en un día y una noche se anegó y quedó toda hecha mar, que reteniendo el nombre de cuando fué isla, se llamó mar Atlántico; é yo supe de persona que habia oído al mismo Colon, que en confianza de esta autoridad de Platon habia emprendido tan nueva y peligrosa conquista. Pero teniendo contra sí autores tan graves, y con ellos á san Agustin y á san Isidoro, se puede tener por cierto, que no se pudo mover Colon á proseguir tan difícil navegacion sin inspiracion ó revelacion divina. En cuya confianza se opuso á tantas dificultades y peligros y costas, por alcanzar cosa tan nunca vista ni oída, antes comunmente contradicha. Pero las particularidades y sucesos tan varios y notables como para conseguir su pretension pasaron, y las hazañas que hicieron, y las victorias que consiguieron, que parecen casi increíbles, estaban sepultadas en las tinieblas del olvido, y defraudadas del loor y gloria que merecian los insignes varones que las alcanzaron, sin que sus hijos y descendientes tuviesen dellas noticia, ni con sabellas se encendiesen sus ánimos á imitalas.

El remedio para todos estos daños é inconvenientes halló Juan Castellanos, consumiéndome muchos años de su vida en sacar por rastro las verdades de negocios tan antiguos y recónditos y sin luz, con tan inmenso trabajo como se puede considerar, pues escribió primero el discurso desta historia en prosa. Con lo cual la república tuviera entera satisfaccion, conforme á lo que escribe Ciceron, y después dél Cayo Plinio, que aunque las obras de poesia y oratoria no tienen gracia, ni deben ser admitidas sin mucha elocuencia, la historia (dicen) *quoque modo scripta delectat*; esto es, *de cualquier manera, y en cualquier estilo que se escriba, deleita y agrada*; porque mediante esta alcanzan los hombres á saber cosas nuevas, las cuales por natural inclinacion se huelgan oír de boca de un rústico por palabras groseras y sin arte. Pero Castellanos pasó adelante, porque después de haber escrito esta historia en prosa, la tornó á reducir á coplas, y no de las redondillas que comunmente se han usado en nuestra nacion, sino en estilo italiano, que llaman octava rima, por mostrar á costa de mucho trabajo la emi-

nencia de su ingenio, porque estoy informado de hombres fidedignos que gastó mas de diez años en reducir la prosa en verso, en que infirió á sus tiempos muchas digresiones poéticas y comparaciones, y otros colores poéticos con todo el buen orden que se requiere. Y cuando trata en materia de astrologia, en las alturas de la línea y puntos del norte, y sol y estrellas, se muestra ejercitado astrólogo, y en las medidas de la tierra muy cursado cosmógrafo y geógrafo, y cursado marinero en lo que toca á la navegacion, que es lo que principalmente le ayudó; finalmente, que ninguna cosa de la matemática le falta. Y en lo que mas muestra la facundia de su ingenio es, en injerir en sus coplas tanta abundancia de nombres bárbaros de indios, sin fuerza ni violencia del metro y cantidad de sílabas, con ser los tales nombres tan difíciles que apenas se pueden pronunciar con la lengua; y en fin, son de los que llama Marcial odiosos á las musas, que es el loor que principalmente se atribuye á don Alonso de Ercilla, en aquella famosa obra que en este estilo compuso, llamada *Araucana*. Y aunque he puesto diligencia en buscar si había en este libro cosa señalada que requiriese enmienda, no la ha alcanzado la medianja de mi

ingenio, ni dónde el autor pueda usar de la dispensacion que Horacio concede á los autores de tan prolifas obras, diciendo en un verso de su arte poética:

*Verum opere in longo fas est obrepere somnum,*

en que da licencia á los escritores de tan largos libros que algunas veces se puedan dormir y descuidar en lo que escriben. Algunos errores de pluma de poco momento he hallado, y estos van enmendados, porque no haya en el libro cosa que sea digna de reprehension.

Y así, teniendo consideración á todo lo susodicho, parece que vuestra Alteza (siendo dello servido), no solamente podria mandar dar licencia al dicho Juan Castellanos para imprimir y publicar esta obra, pero teniéndole en servicio el trabajo que en componer tan largo libro ha gastado, por solo servir á su república, sin otro interese alguno; pues sin los principios de los descubrimientos que aqui trata, los demás libros que se han compuesto de todas las provincias y regiones de las Indias quedan oscuros y defetuosos, como obras que carecen de los principios de donde dependen.

AGUSTIN DE ZÁRATE.

## ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

*Reverendí ad modum Patris Magistri, fratris ALBERTI PEDRERO, ordinis Prædicatorum concionatoris eximii ad candidum et pium lectorem*

### EPIGRAMMA.

Hactenus Indorum terris, quas fortis Hibernus  
Inventas dedit, et calcat victricibus armis,  
Non fuit Hispanus qui prælia carmine vates  
Conderet, æterna cum sint dignissima laude.  
Attamen externis est semper in maxima cura,  
Ferre super summum cœlum sua facta minora.  
Namque duces Phrygium decantat Musa Maronis,  
Mæonidesque suos divino condidit ore,  
Et veris miscens passim mendacia multa,  
Ipse sibi laudum magnos cumulavit acervos.  
His bene perspectis, quisquis verissima pandit,  
Mittit et in lucem, quæ sunt detenta tenebris,  
Carminibus comptis, laudis quoque dignus habetur,  
Ut Castellanos hic, qui fortissima bella  
Narrat, et eventus rerum, variosque labores,  
Qui superant omnes, quos doctus pingit Homerus,  
Extenuantque viri prorsus discrimina Teucri.  
Nam non errores arctos, quos passus Ulysses,  
Non freta Troiani fugientis parva recenset,  
Sed neque forma datur triplex pastoris Hiberi,  
Nec ramosa quidem centeni gutturis Hydra,  
Hesperidumque draco, non custos velleris hydrus,  
Sed tamen Oceanus serpens prælongus, et ingens,  
Ceruleis magnum, qui cingit nexibus orbem,  
Victus ab Hispanis, nam iam sunt undique visi  
Æquoris immensi sinus, anfractusque viarum,  
Flumina vasta nimis, montes, amplissima regna,  
Gens celeris pedibus, sumptis nos tarda tenebris  
Et miranda novus, quæ continent Indicus orbis,  
Nullis visa prius, sed cunctis condita priscis.  
De quibus hoc nobis ostendit multa volumen,  
Quod Castellanos, qui quondam bella sequutus,  
Ut testis fidus, descripsit: candide lector  
Accipe pacato nec duro perlege vultu,  
Ut noster vates (sanæ formidine posta.)  
Historiis aliis sinceræ impleat anres.

### Interpretatio ejusdem.

Hasta agora faltaba quien cantase,  
En verso sonoro castellano,  
Las tierras que halló gente de España,  
Y tiene ya rendidas á su Marte,  
Con hechos dignos de inmortal memoria.

No suelen ser así los extranjeros;  
Pues aunque sus bazañas son menores,  
Procuran levantallas hasta el cielo,  
Como hizo Virgilio las de Eneas,  
Y con heróico verso y elegante  
Homero celebró las de los suyos;  
Y con decir allí cosas fingidas  
Pudo bien merecer eterno nombre.  
Segun esto, quien canta cosas ciertas,  
A luz sacando hechos olvidados,  
Y los celebra con hermosos versos,  
No se le debe menos alabanza.  
Tal es nuestro poeta Castellanos,  
Pues va cantando hechos excelentes,  
Trabajos increíbles y sucesos  
Que sobrepujan cuantos pinta Homero,  
Y esceden los naufragios del Troyano.  
Porque no canta los angostos mares  
Del que huyó de Troya, ni de Ulises,  
Ni pinta á Gerion con tres cabezas,  
Ni la serpiente Hydra con sus ciento,  
Ni el dragon que guardaba las manzanas,  
Ni aquel de quien Jason sembró los dientes;  
Mas canta el gran dragon del Oceano,  
Que cifie con sus rosas todo el orbe,  
A quien el español tiene sujeto,  
Hollando sus riberas y sus playas,  
Sus amplisimos reinos, campos, rios,  
Y sus feroces gentes ya domadas,  
Con otras increíbles maravillas  
De todos los pasados nunca vistas.  
Las cuales aqui cuenta Castellanos,  
Que como validísimo guerrero,  
De muchas cosas es fiel testigo.  
Recibelo, lector, con rostro claro,  
Para que sin temor de lo contrario  
Deleite tus oidos con historias  
Que va pintando con heróica mano.

*Perquam colendí Patris fratris PETRI VERDUGO Præsentiis ordinis Prædicatorum concionatoris facundissimi in laudem autoris*

### EPIGRAMMA.

Indorum bellis nulla formidine tentus,  
Castellane, tuus fervidus ensis erat.  
At nunc accinctus divini cuspidis verbi,  
Expugnare doces culmina sancta Dei.  
Et commissa tibi, moderantis nomine templa,

Muneribus multis continuare facis.  
 Insuper et curis aliis ingentibus æger,  
 Carniibus comptis fortia gesta canis.  
 Scilicet et Martis clypeo protectus et hasta,  
 Tunc tibi propitius pulcher Apollo fuit.  
 Sic puer et longo iam fractus membra labore  
 Ordine conspicuo tempora rapta teris.

*Ipse dem interpretatio.*

Fieras naciones, de quien no te espantas,  
 Conquistaste por indicas regiones,  
 Y agora con católicos sermones  
 A conquista del cielo las levantas.  
 Iglesias sirves, y con obras santas  
 Las enriqueces, y con muchos dones,  
 Y en medio de cien mil ocupaciones  
 Heroicos hechos de varones cantas.  
 Siguiendo con valor al fiero Marte,  
 Alcanzaste favor del claro Febo,  
 Queriéndote probar en otra esgrima;  
 Y dióte de sus partes tanta parte,  
 Que tu vivir de viejo y de mancebo  
 No pudo ser mejor medida rima.

*Domini MICHAELIS DE ESPEJO, præfecti ararii Ecclesiastici  
 Ecclesiæ Sanctæ Fidei Novi Regni,*

EPIGRAMMA.

Exornat nullum corpus præclarus elenchus,  
 Dum manet in conchæ pectore mersus aquis.  
 Dumque tenent aurum compressum viscera terræ  
 Non inter pulchras enumeratur opes.  
 Omnia nigrescunt absenti lumine Phœbi,  
 Et cæco noctis tegmine cuncta manent.  
 Non aliter scimus magis contingere factis,  
 Docta scriptoris deficiente manu.  
 Et sic ludorum terris oblita labascunt,  
 Defectu calami grandia gesta virum.  
 At nunc præ dulci versu certamina sæva  
 A Castellanis, candide lector, habes.

*CYPRIANI FERNANDEZ DE CEA, in laudem operis,*

EPIGRAMMA.

Pegaseis vectus pennis superare chimæram  
 Bellerophon potuit, viribus ille valens.  
 Zetes et Harpyas Phineis sedibus ales  
 Cum Calai petunt, ense petente latus.  
 Tectus Abantiades clypeo Perseus utrisque  
 Gorgonis anguicomæ gutture divo secat.  
 Si Castellanos conscendens æthera morsus  
 Nubine Pegasidum, maxima gesta canit.  
 Scindit olivæ impostis vertice pennis  
 Indorum errores, ore sonante Deum.  
 Robore tum clypeo fidei protectus, inermem  
 Inscitiam reddidit OEdipus alter ovans.  
 Viribus Herculeis præcinctus, dirigit inde  
 Gressum in Hispanum fortia facta virum  
 Non ibi Mæonice desunt præconia linguæ,  
 Non Maronis ibi copia summa deest.

Non tibi Pindarici suavis facundia versus,  
 Non Flacci numerus, dulcior ullus erit.  
 Non sacratis lumen ninium lustrasse videbis,  
 Cum tecum evolvas, grandia sensa viri:  
 Denique non unquam resplendens forma Latini  
 Eloquii deerit, singula queque docens.

*Del licenciado CRISTÓBAL DE LEON, vecino de Santa Fé  
 en el Nuevo reino.*

Del griego vemos hoy la lanza fiera,  
 Del troyano la fama muy abierta  
 Por sonora musa que despierta  
 Aquello que pasó y entonces era.  
 Destos agora nunca se supiera  
 Cosa que conociéramos por cierta,  
 Si la pluma de Homero fuera muerta,  
 Y la del mantiano no viviera.  
 Obligados al uno los romanos,  
 Obligados al otro los argivos:  
 Obliguense también á Castellanos  
 Los varones en Indias mas altivos,  
 Pues con sus versos dulces y galanos  
 Honra mucho los muertos y los vivos.

*De SEBASTIÁN GARCÍA, natural de Tunja en el Nuevo reino.*

A todas gentes es cosa notoria  
 Deberse galardón á hechos buenos;  
 E yo creo que no se debe menos  
 A quien los comunica por historia.  
 Pues valen lo que vale la memoria  
 Que luz sacó de los oscuros senos;  
 Luego quien ambos cursos hizo llenos  
 Terná según razón doblada gloria.  
 Tener en escribir ingenio y arte,  
 Y en las conquistas hechos no livianos,  
 Partes son en quien pocos tienen parte.  
 Mas abrazólas ambas Castellanos,  
 Pues sabemos que en uno y otro Marte  
 Ha meneado bien entrambas manos.

*A la escelentísima historia del señor Juan de Castellanos  
 de GASPAR DE VILLARDEL y CORUÑA, su muy servidor.*

Dichoso en vida y muerte á quien destina  
 Tan bien el largo cielo, que levanta  
 El alma á lo que el vulgo vil espanta,  
 Y el monte yerto de virtud camina.  
 Pues la tierra al Antártico vecina  
 Apenas ha tornado en sí, de cuanta  
 Gente cubre los cuerpos, cuando canta  
 Sus hechos vuestra trompa peregrina.  
 Con verdad, sin afeite, con dulzura  
 No vista, ilustres versos y cristianos  
 Engrandeceis la estrecha sepultura,  
 Y eternizais valor, consejo y manos  
 De los que en hambre, sed y guerra dura,  
 Los hechos vuestros vieron soberanos.

# ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

## PRIMERA PARTE.

### ELEGIA I.

#### CANTO PRIMERO.

A cantos elegiacos levanto  
Con débiles acentos voz anciana,  
Bien como blanco cisne que con canto  
Su muerte soleniza ya cercana:  
No penen mis amigos con espanto,  
Por no lo comenzar mas de mañana;  
Pues suelen diferir buenos intentos  
Mil varios y diversos corrimientos.

Para dar órden á lo prometido,  
Orbe de Indias es el que me llama  
A sacar del sepulcro del olvido  
A quien merece bien eterna fama:  
Diré lo que me fuere permitido  
Por la que descomponé nuestra trama,  
Pues para correr vias tan distantes  
Había de tomallas mucho ántes.

Iré con pasos algo presurosos,  
Sin orla de poéticos cabellos  
Que hacen versos dulces, sonoros  
A los ejercitados en leillos;  
Pues como canto casos dolorosos,  
Cuales los padecieron muchos dellos,  
Parecióme decir la verdad pura  
Sin usar de ficion ni compostura.

Por no darse bien las invenciones  
De cosas ordenadas por los hados,  
Ni los dioses de falsas religiones,  
Por la via lactea congregados,  
En el Olimpo dando sus razones  
Cada uno por sus apasionados;  
Ni por mi parte quiero que se lea  
La deshonestidad de Citera.

Ni me parece bien ser importuno  
Recontando los celos de Vulcano  
Ni los enojos de la diosa Juno,  
Opuestos al designio del Toyano;  
Ni palacios acuosos de Neptuno,  
Ni las demás deidades de Oceano,  
Ni cantaré de Doris y Nereo,  
Ni las varias figuras de Proteo.

Ni cantaré fingidos beneficios  
De Prometeo, hijo de Japeto,  
Fantaseando vanos edificios  
Con harta mas estima que el efeto;  
Como los que con grandes artificios  
Van supliendo las faltas del sujeto;  
Porque las grandes cosas que yo digo  
Su punto y su valor tienen consigo.

Son de tan alta lista las que cuento,  
Como vereis en lo que recopilo,  
Que sus proezas son el ornamento,  
Y ellas mismas encumbran el estilo,  
Sin mas reparos ni encarecimiento  
De proceder sin mácula el hilo  
De la verdad de cosas por mi vistas  
Y las que recogí de coronistas.

Porque si los discretos paran mientes,  
De suyo son gustosas las verdades,  
Y captan atencion en los oyentes  
Mucho mas que fingidas variedades;  
Demás de ser negocios indecentes  
Matizar la verdad con variedades,  
La cual no da sabor al buen oido  
Si lleva de mentiras el vestido.

Así que, no diré cuentos fingidos,  
Ni me fatigará pensar ficiones  
A vueltas de negocios sucedidos  
En indias provincias y regiones;  
Y si para mis versos ser polidos  
Faltaren las debidas proporciones,  
Querria yo que semejante falta  
Supliese la materia, pues es alta.

Mas aunque con palabras apacibles,  
Razones sincerisimas y llanas,  
Aqui se contarán casos terribles,  
Rencuentros y proezas soberanas:  
Muertes, riesgos, trabajos invencibles,  
Mas que pueden llevar fuerzas humanas,  
Rabiosa sed y hambre perusina  
Mas grave, mas pesada, mas continua.

Vereis romper caminos no sabidos,  
Montañas bravas y nublosas cumbres.  
Vereis pocos é ya cuasi perdidos  
Sujetar increíbles muchedumbres  
De bárbaros crúeles y atrevidos,  
Forzados á tomar nuevas costumbres,  
Do flaqueza, temor, desconfianza  
Afilaban los filos de la lanza.

Vereis ganarse grandes potentados  
Inespugnables peñas, altos riscos,  
No con cañones gruesos reforzados  
Ni balas de fumosos basiliscos;  
Mas de solos escudos ayudados,  
Y puntas de acerados obeliscos,  
Siendo solos los brazos instrumentos  
Para tan admirables vencimientos.

Vereis muchos varones ir en una  
Prosperidad que no temió caída,  
Y en estos esta misma ser ninguna,  
De su primero ser desvanecida,  
Usando de sus mañas la fortuna  
En los inciertos cambios desta vida;  
Otros venir á tanta desventura  
Que el suelo les negaba sepultura.

Ya pues que cosas de Indias celebramos,  
Para no proceder sin fundamento,  
Parece cosa justa que digamos  
Algo de su primer descubrimiento:  
Porque de la raiz saquemos ramos  
Que hagan al lector estar atento;  
Pues edificio de cimiento falto  
Mal se puede subir á lo muy alto.

¡Oh musa celestial! Sacra María,  
A quien el alto cielo reverencia,  
Favorecedme vos, Señora mía,  
Con soplo del dador de toda ciencia,  
Para que con socorro de tal guía,  
Proceda con bastante suficiencia;  
Pues como vos seais presidio mio,  
No quiero mas Caliope ni Clio.

Sucedén entre tanto que vivimos  
Casos que razon pide que notemos;  
Los cuales si pesamos y medimos,  
A gran admiracion nos moveremos:  
Y mas si grandes cosas que no vimos  
Presentes y palpables las tenemos,  
Como fué descubrir un nuevo mundo,  
Que yo tengo por hecho sin segundo.

No porque sean dos; pues sola una  
Máquina se rodea de elementos,  
Un solo sol y una luna sola,  
Unos mismos etéreos movimientos,  
Sin tener mas ó menos cosa alguna  
Sus cursos naturales ó violentos,  
Una fabrica es, y un mundo solo  
Cuanto ciñen el uno y otro polo.

Mas la tierra, morada proveida  
A los hombres y brutos animales,  
Quedó desde el diluvio dividida  
En dos partes que cuasi son iguales:  
La una nunca vista ni sabida  
Sino fué de sus mismos naturales;  
Y aquesta tiene tan capaces senos  
Como la otra, ó harto poco menos.

Hay infinitas islas y abundancia  
De lagos dulces, campos espaciosos,  
Sierras de prolijísima distancia,  
Montes escelsos, bosques tenebrosos,  
Tierras para labrar de gran sustancia,  
Verdes florestas, prados deleitosos,  
De cristalinas aguas dulces fuentes,  
Diversidad de frutos excelentes.

Ríos que cuando llegan á lo llano  
Llevar sus aguas tan potente hilo,  
Que son pequeños Ganjes y Eridano,  
Y en su comparacion el turbio Nilo;  
Son arroyos Idaspes y el Rodano,  
Ybragada que va siempre tranquilo,  
Menos tienen que ver Cidnus y Reno  
Eufrates, Danubio y Amaceno.

En riquezas se ven gentes pujantes,  
Grandes reinos, provincias generosas,  
Auríferos veneros, y abundantes  
Metales de virtud, piedras preciosas,  
Margaritas y lúcidos pinjantes  
Que sacan de las aguas espumosas;  
Templanza tan á gusto y á medida  
Que da mas largos años á la vida.

Pues porque nuestro mundo poseyese  
Un mundo tan remoto y escondido,  
Y el sumo Hacedor se conociese  
En mundo donde no fué conocido,  
Levantó Dios un hombre, que lo diese  
A rey que lo tenia merecido,  
Y así los dos y sus distantes gentes  
Vinieron á ser deudos y parientes.

El actor pues de tan heróico hecho  
Dicen tener oscuros nacimientos,  
Lo cual repugna tan ardiente pecho  
Y tan engrandecidos pensamientos:  
Prueba bastante para su derecho,  
Y para deshacer falsos intentos;  
Y así creemos ser esclarecido  
Y en las tierras de Jénova nacido.

También le dan estirpe generosa,  
Afirmando por cierto que venia  
De Pelestieles, gente valerosa,  
Familia principal en Lombardia;  
Mas sea como fuere la tal cosa,  
Fué Cristóbal Colon su nombradía;  
E yo, cierto, generoso llamo  
Al tronco que nos dió tal alto ramo.

O con inquietud ó con sosiego  
Siempre tuvo consigo dos hermanos,  
Uno Bartolomé y el otro Diego:  
Mancebos valerosos y lozanos,  
Que desde sus principios dieron luego  
Muestras de pensamientos soberanos;  
Al Cristóbal le daban obediencia  
Por ser mayor en dias y experiencia.

Cada cual dellos era marinero,  
Vivienda de peligros mal segura;  
Y el que dijimos que nació primero,  
Tan único varon en el altura,  
Que en Portugal se tuvo por esmero  
En aquella sazón y conjuntura,  
El cual seguia mucho la carrera  
De la isla que llaman la Madera.

Aquella con sus tratos frecuentaba,  
Allí lo mas del tiempo residia,  
Y dicen que do quiera que moraba  
Su vida por buen modo componia:  
A pobres peregrinos hospedaba  
Dándoles de lo poco que tenia,  
Y entre ellos hospedó con pia mano  
Una vez un piloto castellano,

El cual era también gran navegante;  
Pero (segun entonces se decia)  
Tempestuoso viento de levante  
Lo hizo navegar do no queria,  
Forzándolo pasar tan adelante,  
Que de poder volver duda tenia,  
Corriendo hasta ver tierras no vistas,  
Ni puestas por algunos cronistas.

El cual hombre llegó destas regiones  
Con gran enfermedad debilitado,  
Y así murió con los demás varones  
Que de la mar habian escapado;  
Pero dejó cumplidas relaciones  
Del prolijo discurso navegado,  
Las cuales, como cosa de su ciencia,  
Colon notó con suma diligencia.

Otros quieren decir que este camino,  
Que del piloto dicho se recuenta  
Al Cristóbal Colon le sobrevino,  
Y él fué quien padeció la tal tormenta;  
La cual no me parece desatino  
Segun por boca del se representa  
Hablando con los suyos cerca desto,  
Como mas adelante vereis presto.

Para confirmacion de lo contado,  
Algunos dan razon algo fundada,  
Y entrellos el varon adelantado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada;  
Pues no teniendo menos de letrado  
Que supremo valor en el espada,  
En sus obras comprueba por razones  
Ser estas las mas ciertas opiniones.

Hay gente de valor también que quiere  
Decir que lo halló por escritura  
De tal antigüedad cual se requiere  
Para ser infalible conjetura;  
Mas, sea la tal cosa como fuere,  
Diligencia parió buena ventura,  
Pues prometió de darnos monarquía,  
Y fué mayor de la que prometia.

Para hallarnos pues los moradores  
De tan esclarecida maravilla,  
Necesidad tenia de favores  
De reyes que pusiesen allí silla;  
Y así tomó del mundo por mejores  
Los reyes de Leon y de Castilla,  
Que entonces en la guerra de Granada  
Mucha gente tenían ocupada.

En aquesta sazón que voy contando,  
Desarraigando toda mala planta  
Reinaban Isabel y don Fernando,  
Rey todo valeroso, reina santa;  
Colon estos designios publicando,  
La fama, como suele, se levanta,  
Y de las novedades que pregona  
Quiso hablar al rey en su persona.

Parajlo cual con término discreto,  
Trató con cortesanos y señores  
Sus altas pretensiones y concetto,  
Rogándoles le fuesen valedores;  
Lo cual ellos pusieron en efeto  
Con llenos cumplimientos de favores;  
Y así delante el rey con esta gente  
Habló Colon, y dijo lo siguiente:

«Invictísimo rey, cuya grandeza  
De ninguno mortal es escedida,  
Querria dar razon á vuestra Alteza  
De cierta novedad jamás oida;  
Lo cual por ser con sombra de estrañeza  
No sin dificultad será creida;  
Mas ¡quién apuntará por falso tiro  
Al blanco de virtudes donde miro?

«¿Quién podrá concebir atrevimiento  
Si tiene discrecion de seso sano,  
Que delante nuestro acatamiento  
Afirmar por verdad negocio vano?  
Lejos desta maldad ni pensamiento  
Profese de servir á rey cristiano,  
Y mis servicios han de ser tan llenos  
Que queden atrasados los mas buenos.

»En cumplimiento de lo cual, me atrevo,  
Sin gran copia de velas ni de remos,  
A daros en poder un orbe nuevo  
No menor que la tierra que sabemos:  
Mucho prometo, pero no me muevo  
Por humo de fantásticos estremos;  
Antes, si mis intentos han favores,  
Las promesas serán después mayores.

»Adonde voy asienta mucha gente  
Zona de las que son inhabitadas,  
Las cuales mostrarán palpablemente  
Que fueron opiniones engañadas:  
Pues al setentrion y al occidente  
Hay grandeza de tierras ocultadas,  
Que tienen mas templanza que aspereza,  
Y gozan de grandísima riqueza.

»Que no son parte frios ni calores  
Para hacer region inhabitable  
Pues la costumbre vuelve los rigores  
En condicion templada y agradable,  
Y donde yo prometo moradores,  
Rica tiene de ser y saludable:  
Es impresa que muchas escurece,  
Y por esta razon os pertenecé.

»Por tanto cuya os tomé la mano,  
Poniendo las espuelas al intento;  
Y no permita rey tan soberano  
Que se deje de ver el cumplimiento;  
El gasto que hareis será liviano,  
Y los provechos dél de gran aumento:  
Tenemos de por medio la ventura  
Vuestra que mis promesas asegura.

»Y si para hacer el experiencia  
Vuestro real favor fuere propicio,  
En mí no faltará la diligencia  
Que se requiere para tal servicio:  
En este caso tengo suficiencia;  
Porque cursado soy en el oficio.  
He dicho la verdad y lo que quiero;  
Respuesta con favor de rey espero.»

A la breve razon así propuesta  
El santo rey mostró claro semblante,  
Prometiéndole dale la respuesta,  
No de su buen deseo discrepante:  
Ansimismo la reina manifiesta  
Querer que su blason pase adelante;  
Consultan sus negocios en secreto,  
Y huelgan de ponellos en efecto.

A gusto de Colon y sus hermanos  
Estas cosas los reyes proveyeron;  
Besóles el Colon luego las manos  
Por la merced y bien que le hicieron,  
Usó de cumplimientos cortesanos  
Con los señores que favor le dieron,  
Y hacen los poderes y recados  
Con bastantes firmezas ordenados.

Libran dineros para sus avíos,  
Aquellos que le fueron suficientes;  
Danle bien pertrechados tres navíos,  
Real conducta para hacer gentes;  
Desde la misma hora mostró bríos  
De bajas condiciones diferentes;  
De la corte partió con su destino,  
Y á Palos y á Moguer hizo camino.

Comienza por allí de llamar gentes,  
Pendon real por plazas estendido;  
Pero mil opiniones diferentes  
De loco le llamaban y perdido,  
Por ir donde pasados ni presentes  
No fueron, ni trataron, ni han oído;  
Y de todas las cosas que decia  
El indiscreto vulgo se reia.

Como quien va por costa navegando,  
No con viento cabal ni conveniente,  
Que procura con bordos ir doblando  
Puntas que por allí se ven enfrente;  
Y cuanto por un bordo va ganando  
Por otro pierde con la gran corriente,  
Y cuando por aquí piensa que llega  
Por allí la llegada se le niega;

Bien por este nivel acontecia  
Al inclito Colon cuando hablaba,  
Pues tanto cuanto mas encrecia  
Tanta menos creencia se le daba;  
Y el vulgo de las gentes abatía  
Lo que con sus pregones levantaba;  
Sufria su desdén con mansedumbre,  
Puesto que recibia pesadumbre.

Mas, aunque tan contrarias intenciones  
Al Cristóbal Colon causaban pena,  
No faltaban discretas opiniones  
Que juzgaban la cosa por muy buena,  
Como fueron los Niños y Pinzones,  
Y el doto fray Joan Perez de Marchena,  
A quien por ser cursados navegantes  
El envió sus cartas mucho antes.

Los cuales acétaron el mensaje,  
Y después le llegaron compañía,  
Y algunos dellos fueron el viaje  
Porque les pareció que convenia;  
Aderezaron pues matalotaje,  
Segun larga jornada requeria,  
Nombráronse sarjentos, caporales,  
Y los demás restantes oficiales.

Teniendo pues navios preparados,  
Bizecocho, vino y otros bastimentos,  
Con velas y aparejos duplicados  
Contra tempestuosos movimientos,  
Vinieron á la playa los soldados,  
Vencidos de sus altos pensamientos;  
Y estando ciento y treinta en la ribera,  
El Colon les habló desta manera:

«Todas las cosas que no son palpables  
Y á los comunes usos contingibles,  
Puesto caso que sean razonables,  
A muchos les parecen imposibles;  
Y cuanto mas las pintan admirables,  
Tanto mas se les hacen increíbles;  
De lo cual al presente nos dan muestra  
Contrarias opiniones de la nuestra.

»Mas ya que pierden estos los provechos  
Por alegar imposibilidades  
(Bendito Dios), vosotros tenéis pechos  
Tan anchos como son mis voluntades.  
Y así seréis *ad plenum* satisfechos,  
Viendo que mis promesas son verdades,  
Porque yo no convoco tantos buenos  
A jornada de poco mas ó menos.

»A hechos importantes he llamado,  
A cosas no dudosas os provoco,  
Negocio no fingido ni soñado,  
Y si prometo mucho no doy poco;  
No voy de mi salud desesperado,  
Ni me muevo con furias de hombre loco;  
Caso dudoso es por ser extraño,  
Mas dél mismo saldrá su desengaño.

»Empresas en valor tan eminentes,  
Tan encumbrados hechos y hazañas  
No son para varones negligentes,  
Ni hombres que se dieren malas mañas:  
Sus herederos son cristianas gentes,  
Y á estas preferidas las Espanas;  
Y consta por razon, que los primeros  
Serán los principales herederos.

»Deseche pues pobreza sus enojos,  
Huyamos de ser pobres y mendigos,  
Y para que goceis de los despojos  
Volemos, fidelísimos amigos;  
Que quiero presentar á vuestros ojos  
De las cosas que digo por testigos;  
Que ya yo hago cuenta que poseo  
Las cosas de me guía mi deseo.

»Paréceme que vemos hombres brutos,  
Que vienen á servir á nuestras gentes;  
Paréceme que voy comiendo frutos  
De los de nuestro mundo diferentes;  
Y paréceme ver pueblos polutos  
De mil idolatrías insipientes;  
Paréceme que vamos á contiendas  
Dignísimas de leyes y de enmiendas.

»Paréceme ver rito de gentíos,  
Que para le comer al hombre mata;  
Paréceme ver otros señorios  
Do con razen y peso se contrata;  
Paréceme que ya vienen navios  
Lastrados de oro, perlas y de plata;  
Paréceme que veo tal riqueza  
Que no puede medirse su grandeza.

»Paréceme ver uno y otro seno  
Bien proveido de cualquier regalo,  
Y gentes en un vicio tan obsceno  
Que por su fealdad no lo señalo;  
Mas dándoles consejos de lo bueno  
Quitaremos costumbres de lo malo;  
Al fin, que sacaremos deste hecho  
Merecimiento y honra con provecho.

»Es Dios el que gobierna, y es la guía  
Y el principal autor de la jornada,  
Y aquella benditísima Maria,  
A quien siempre tomé por abogada:  
En confianza suya se desvía  
De tierras conocidas el armada;  
Mediante sus favores navegamos,  
Y ellos nos han de dar lo que buscamos.

»Estais los marineros y soldados  
En cosas necesarias instruidos,  
Nuestros navios bien aderezados,  
De todos bastimentos proveidos,  
Los ánimos se muestran esforzados  
A célebres hazañas conmovidos.  
De lo demás tened duda ninguna,  
Pues próspera se muestra mi fortuna.»

Dió fin á su primer razonamiento,  
Atentos los soldados venturosos,  
Del cual nació tan alto movimiento  
Que hizo de cobardes animosos.  
Embarcarse con gran contentamiento  
Ansi los ciertos como los dudosos,  
Ancoras se levaron y resones  
Con santas y devotas oraciones.

Viérades marineros diligentes,  
Y todos los dispuestos al pasaje,  
Saltar por las cubiertas y las puentes,  
Por las trabadas jarcias ir el paje,  
Viérades desferir velas pendientes  
Diciendo «buen viaje, buen viaje,»  
Del cual, por ser historia que contenta,  
En el segundo canto daré cuenta.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno habló atrevidamente contra Colón, y lo que mas sucedió. — Primero viaje de Colón á las Indias.

En tiempo que carece de bonanza,  
Como no se mitigue la tormenta,  
Mudable suele ser el esperanza;  
Del hombre que con ella se sustenta;  
Y una represa grande de tardanza  
El pecho hinche tanto que revienta,  
Principalmente si teniendo duda  
Dudosos por lo mismo dan ayuda.

Año de cuatrocientos y noventa  
Con mil un año mas era pasado,  
Cuando los argonautas desta cuenta  
Iban á conquistar vellon dorado;  
Mas no donde Medea la sangrienta  
Al padre, viejo rey, dejó burlado;  
Pues es otra riqueza tan crecida,  
Que de sí sola puede ser vencida.

Callen Tifis, Jason, Butes, Teseo,  
Anfon, Echion, Erex, Glimino,  
Castor y Polux, Testor y Tideo,  
Hércules, Telamon, Ergino;  
Pues vencen á sus obras y deseo  
Los que tentaron ir este camino,  
Haciendo llanas las dificultades  
Que pregonado han antigüedades.

Las naciones mas altas y escelentes  
Callen con el valor de la española,  
Pues van con intenciones de hallar gentos  
Que pongan piés contrarios en la bola;  
Espanto no les dan inconvenientes,  
Ni temen del dragon ardiente cola,  
Deseando hacer en su corrida  
De mas precio la fama que la vida.

Por capitanes van los tres Pinzones,  
Para tal cargo dinos y bastantes,  
Y en marear las velas y timones  
Muy pocos que les fuesen semejantes;  
De Palos y Moguer salen varones  
Admirables y diestros navegantes;  
Con tanta prevencion, con tal avio,  
Salieron al remate del estio.

Con gran concierto guian el armada,  
Inflada toda vela y estendida;  
Yereis espumear agua salada  
De las agudas proas dividida;  
A tierra van no vista ni hollada,  
Huyendo de la tierra conocida;  
Ya no ven edificios torreados  
Porque por alta mar van engolfados.

Al occidente van encaminadas  
Las naves inventoras de regiones;  
Pasando van las islas Fortunadas  
Y Hespérides que dicen Ogorones:  
No curan de señales limitadas  
Que ponen las antiguas opiniones,  
Y el trópico, que fué duro viaje,  
No quiere limitar este pasaje.

Antipodas ignotos van buscando,  
Cuya razon ha sido variable,  
Y por aquella parte navegando  
Que nunca se creyó ser navegable,  
Tórrida zona van atravesando  
Que se juzgaba por inhabitable;  
A todos los presentes y pasados  
Me parece que son aventajados.

Otras estrellas ve nuestro estandarte,  
Y nuevo cielo ve nuestra bandera,  
Por acercallos ya náutico Marte  
En continuacion de su carrera;  
Al regulado circulo que parte  
En dos partes iguales el esfera,  
Equidistantes dél por clara muestra  
Los polos de la diestra y la siniestra.

Notaban ya la poca diferencia  
Que el hijo de Latona les hacia,  
O sobre el horizonte su presencia,  
O cuando ya debajo se metia;  
Pues era poco menos el ausencia  
Que el curso de sus carros con el día,  
Y ser cuasi equivoceo sempiterno,  
Esto me da el verano que el invierno.

Del largo caminar los marineros,  
Y cada dia ver mares mayores,  
No iban en sus fuerzas tan enteros,  
Ni fautos totalmente de temores:  
Acá y allá les dan mil aguaceros  
Y con ellos bochorros y calores,  
Y viendo no hacer algun efeto  
Unos con otros hablan en secreto.

Pues como fuesen temples mas ardientes  
De los de nuestras tierras y regiones,  
Algunos se sentian ya dolientes,  
Otros meneaban mil alteraciones;  
Comienzan á nacer inconvenientes,  
Murmuraciones hay de los Colonos,  
E uno de vergüenza descompuesto  
Al Cristóbal Colón le dijo esto:

«Dudo que pueda ser hombre nacido  
En todas las naciones conocidas,  
Que sin ser agraviado ni ofendido  
Procure ver el fin de tantas vidas,  
Sino sois vos que nos habeis vendido,  
Por patente verdad cosas fingidas;  
Quien tiene pues á tantos en tan poco,  
Menos tiene de cuerdo que de loco.

»Traernos vos ha sido desatino;  
Quien es siguió mayor desatinado,  
Y todos intentamos un camino  
A nadie de los hombres revelado,  
Segun que claro consta de Agustino  
En lo que destas cosas ha tratado,  
Y otros van tan ayunos y tan secos  
Que niegan con antipodes antecos.

»Leemos cerca desto maravillas  
En Plinio y Estrabon, varon anciano,  
Y niégalo también á pié juntillas  
La pluma de Latancio Firmiano;  
Pues tales opiniones encubriallas  
Seria de malísimo cristiano,  
Y cosas de poetas san Isidro  
Las tiene por mas flacas que de vidrio.

»Pues dicen ser antípodas novela  
Compuesta como muchos desatinos,  
Ajenos del sentido del escuela  
De los peritos griegos y latinos;  
Y entre ellos Aristóteles y Mela,  
Escoto, y con Durando sus vecinos:  
Pues ¿quién me negará no ser errores  
El no querer creer estos doctores?

»Los que con cinco cientos han reglado  
Del mundo lo que vemos y no vemos,  
Afirman no poder ser habitado  
El medio ni los dos de los extremos:  
El medio por calor demasiado  
Dos por inmenso frio no podemos,  
Los dos solos entre estos situados  
Se pueden habitar por ser templados.

»No deja pues de ser gran osadía  
Teniendo por verdad aquesta traza,  
Sacar de vuestra vana fantasía  
Tan vanas opiniones á la plaza,  
Y que perseveréis en la porfía  
Adonde no podemos matar caza,  
Y donde, segun vemos de presente,  
No tiene de quedar hombre viviente.

»Vos con vuestros hermanos y cuadrilla  
Traéis la redondez alborotada,  
Ingleses burlan desta maravilla,  
No quiso Portugal daros armada,  
Y quiso nuestra reina de Castilla,  
Para creeros menos recatada;  
Y el bien que sacará de aqueste hecho  
Será crecida costa sin provecho.

»Con ser favorecidos de los vientos  
El tiempo que tenemos navegado,  
No acaban de llegar los cumplimientos  
De lo que nos habeis certificado;  
Faltan á mas andar los bastimentos,  
Está todo podrido y estragado,  
Abrense los navios como viejos,  
Las jarcias se quebrantan y aparejos.

»Y pues sabemos bien el paradero  
De las indotas tierras que buscamos,  
O por mejor decir, el matadero  
De nuestras tristes vidas tenezcamos,  
Una, dos y tres veces os requiero,  
Dejemos el camino que llevamos,  
Que bien claro se ve que devanea  
Quien lo que nunca fué quiere que sea.

A muchos la razon pareció buena  
De todos los doctores alegados,  
Y Cristóbal Colon recibió pena  
De términos que tuvo mal criados;  
Y así mandó colgallo del entena  
Por alborotador de sus soldados;  
Mas como fuesen muchos en librallo  
Paró la furia con estropeallo.

»Pasadas ya las furias y accidente  
De aquel alborotado movimiento,  
Movianse las ondas mansamente  
Sin las alborotar furia de viento;  
Colon vista sazon tan conveniente,  
De principales hizo llamamiento,  
Y llegados adonde los espera,  
A todos les habló desta manera.

«Entre todas las cosas desta vida,  
Que pretenden regir humanas gentes,  
Ninguna puede ser mas mal regida  
Que donde mandan muchos diferentes;  
Lo cual por esperiencia conocida  
Suele parir cien mil inconvenientes,  
Y mas adonde hay entendimientos  
Que se suelen mudar á todos vientos.

»Digolo por los hombres importunos,  
Maestros de la grita sucedida,  
Que á los que de buen seso son ayunos  
Han hecho facilmente dar caída:  
De cuya causa ya piensan algunos  
Que están en el remate de su vida,  
Y que por hallar tanto mar en medio  
Totalmente carecen de remedio.

»Espántanme mudanzas tan estrañas,  
Y tan alborotadas condiciones,  
Y que el valor y ser de las Españas  
Engendre tan enfermos corazones,  
Temblando de sus hechos y hazanas  
Los mas feroces brios de naciones,  
Por hechos que hicieron afamados  
En los siglos presentes y pasados.

»No deja pues de ser trabajo fuerte,  
Que siendo todos ellos animosos,  
Cayesen en las manos de mi suerte  
Los que de la tener están quejosos;  
E ya con pensamientos de la muerte  
Quiéren menospreciar nuevos reposos:  
Insinias son de viles pecadores  
Temer del faltan causas de temores.

»No hizo hechos dignos de memoria  
Aquel que se cebó de blanda cama,  
Ni alcanzará ninguno la victoria,  
Opreso de los brazos de su dama;  
No gozan hombres flojos de la gloria,  
Ni cobran los cobardes buena fama;  
Trabajos son las alas y los vuelos  
Con que cristianos suben á los cielos.

»Cuanto mas que por toda la jornada  
No vistes desventura sucedida;  
La gente si se siente fatigada,  
Todos (bendito Dios) tenemos vida;  
El agua no la damos limitada,  
Ni navegamos faltos de comida;  
Los navios están bien preparados  
Y estancos de las quillas y costados.

»No como los pintó nuestro soldado  
Con oracion mas suelta que fundada,  
La cual pusistes en mas alto grado  
Que si fuera por angel pronunciada;  
Aunque yo como viejo mas cursado,  
De cierta ciencia sé que dijo nada,  
Y entiendo bien que sus autoridades  
Son ajenas y faltas de verdades.

»Y no me espanto yo ser engañados  
Los dotos á quien él ha referido,  
Por no ser destas cosas obligados  
A saber lo que nunca fué sabido;  
Y tratando de hombres no hallados  
Les parecia ser buscaruido,  
Por no poder probar tal gente nueva  
Venir *sicut et nos* de Adán y Eva.

»El alegó dotisimos varones,  
Engañados de falso pensamiento,  
E yo puedo también dar opiniones  
Que sienten con lo mismo que yo siento,  
Dando bastantes causas y razones  
No fuera de razon ni fundamento,  
Pero lejos están mis conjeturas  
De sueños, opiniones y leturas.

»Que no me dan á mí gloria ni pena  
Los muchos á quien tengo de mí mano,  
Como son Avernois y Avicena  
Y el inclito doctor Alberto Mano;  
Pues autoridad sacra, que es la buena,  
Dice no hacer Dios tierras en vano,  
Y aquestas os daremos brevemente  
Fértiles, apacibles y con gente.

» Quiero decir un encarecimiento  
Que con dificultad será creído ;  
Y es que fuera del santo nacimiento,  
Y Dios de humanidad andar vestido,  
Es este caso de mayor momento  
Desde la creacion acontecido,  
Estraña cosa de las mas estrañas,  
Suma de humanos hechos y hazañas.

» Si aquesto tengo yo por cosa cierta,  
Como claro veremos, Dios mediante,  
Mal hago si me vuelvo de la puerta,  
Y vos peor si no pasais delante ;  
Enfermos hay, mas no persona muerta,  
Ni tal enfermedad que nos espante ;  
Y que sucedan muertes destes males,  
No somos los humanos inmortales.

» Do quiera se rodea la caida,  
Do no pensais hallais una tormenta,  
No sé del mundo yo cosa nacida  
Que pueda de la muerte ser exenta ;  
Guerra mortal es toda nuestra vida,  
Y la guerra de hombres se sustenta,  
Y todos los achaques desta guerra  
También corren la mar como la tierra.

» ¿ Estoy yo por ventura bien dispuesto  
El tiempo que vosotros estais malos ?  
Si por angustia grande teneis esto,  
¿ Hallaisme rodeado de regalos ?  
Si tanto trabajar os es molesto,  
¿ Está de mí mas largos intervalos ?  
Bien claro conoceis de mis porfias  
Que no paro las noches ni los dias.

» Los ásperos trabajos son mi cebo,  
Vigilias de las noches son mis fiestas,  
Sobre mis afligidos hombros llevo  
El peso de los dias y sus siestas ;  
Ya para mí no es negocio nuevo  
Llevar las pesadumbres á mis cuestras,  
Las cuales de otros males son defensa,  
Por esperar bastante recompensa.

» Todos me conoceis por marinero,  
En negocios de mar bien instruido,  
Y porque no dudeis agora quiero  
Decir lo que jamás habeis oido :  
Debeis saber que yo soy el primero  
Que por adonde vais se vió perdido ;  
Lo cual es infalible conjetura  
Segun pintan los grados del altura.

» El negocio pasó desta manera :  
Haciendo yo de Portugal camino  
Para la insula de la Madera,  
Terrible temporal nos sobrevino ;  
Y sin saber el fin de mi carrera,  
Fué tan tempestuoso, que convino  
Imos forzados destes movimientos  
A voluntad de aguas y de vientos.

» Sin ver aguja ya ni hacer cuenta  
De otros instrumentos que son guías,  
Y el proceloso tiempo representa  
Prolija duracion en sus porfias ;  
Durónos finalmente la tormenta  
Por espacio de seis ó siete dias,  
Trabajos, sobresaltos y congojas  
Cuanto mas espaciosa menos flojas.

» La furia deste tiempo mitigada,  
Puesto caso que no sin daño mio,  
Quedó luego la mar tan sosegada  
Como remanso de potente rio ;  
Pero mi flaca gente descansada  
En sueño convirtió todo su brio,  
Tendido cada cual por la cubierta  
A semejanza de una cosa muerta.

» Estando por momentos en espera  
De viento que viniese refrescando,  
Acaso vi pedazos de madera,  
Por cima de las ondas flutuando,  
De lo que combatiendo su ribera  
El agua de la mar va despegando ;  
Pudo juzgar cualquier entendimiento  
No ser lejos de allí su nacimiento.

» Hórruras ansimismo de avenidas  
Que llevan las corrientes enbiladas,  
Hojas y yerbas nunca conocidas ;  
Ni de piés de español jamás holladas ;  
Aves vi por los aires esparcidas,  
Que de las nuestras son diferenciadas  
Contento recibí, mas después desto  
En perplejidad grande me vi puesto.

» En mi pecho se traba grande guerra  
En consideracion de lo que via,  
Dispúsemme de veras por ver tierra  
Si por alguna parte parecia,  
Y dióme por los ojos una sierra  
Con ciertas ensilladas que hacia,  
Y aunque de espeso nublo muy cubierta  
En no se deshacer se hizo cierta.

» Miréla muchas veces, y tornaba  
Por no ser de los ojos engañado ;  
Porque también á veces sospechaba  
Ser marinos vapores ó nublado ;  
Y hecho lo posible, mas quedaba  
En mi primera vista confirmado,  
Deseando saber razon alguna  
Del lugar do me trujo la fortuna.

» Bien cierto de que no fué fantasia,  
Estuve muchas horas en mi popa,  
Recorriendo por mapas que traia  
El Africa, y el Asia con Europa ;  
Y en todos los discursos que hacia  
La tierra que yo via no se topa,  
Y tales discreciones nunca veo  
En las trazas de Mela y Tolomeo.

» Perdía muchas veces la paciencia  
En no conocer tierra semejante ;  
Sabido pues habeis de cierta ciencia  
Que no soy destas cosas ignorante,  
Y no tan sin vigor de suficiencia  
Que muchos no me tengan por bastante,  
También sé que sabeis que yo vivia  
De hacer *mapas mundi* que vendia.

» Y en efeto, por dalles adiciones,  
Vi cómo convenia hacer lista  
De nuevas y admirables relaciones  
Que puse de la tierra nunca vista ;  
Porque no me faltaban intenciones  
De procurar volver á su conquista ;  
Pues por entonces no me convenia  
Llegar allá con poca compañía.

» Los mapas otras mil veces rodeo  
Bojando penitísimas naciones,  
Y anduve hartas horas á rastro  
De las pisadas viejas y opiniones :  
Como Platon en Greicias y Timeo  
Y el otro de las trágicas ficiones  
De tierras que tuvieron por muy ciertas,  
Que en sus dias no fueron descubiertas.

» Estas cosas y otras contemplando  
Cerca de los peligros en que estaba,  
El sol iba sus rayos aportando,  
Y á mas andar el viento refrescaba ;  
Y mi cansada gente descansando  
Que uno ni ninguno recordaba,  
Llamélos no sin voces ni denuestos,  
Y mandéles que todos estén prestos.

» Levántanse los flacos navegantes  
A poner en efeto lo mandado,  
Los ojos de dormidos inorantes  
De todo lo que tengo razonado ;  
Dan velas á los vientos como antes  
Para desnavegar lo navegado,  
Y fué servido Dios omnipotente  
Que nos sirviese viento conveniente.

» Fueron nuestras jornadas mas tardias  
Por impedirme calmas la carrera,  
Y así tardamos número de dias  
En volver á la insula Madera ;  
Con gran debilidad de fuerzas mias,  
Mi peregrina nave mal entera,  
Salimos todos flacos, macilentos,  
Con falta de salud y bastimentos.

» Holgámonos de ver cristianas gentes  
Y amigos conocidos en el puerto;  
Salimos mal parados y dolientes,  
Pero (bendito Dios) ninguno muerto;  
Los marineros todos inocentes  
De lo que, como veis, he descubierto,  
Ni hasta ya me ver en estos mares  
Quise cosas tratar particulares.

» Porque desde este cielo nos volvimos  
Segun me certifica conjetura,  
Por suma diligencia que tuvimos  
En asentar los grados del altura;  
Así que, de la tierra que decimos  
Estar puede ni gente bien segura,  
Firmísimos en esta confianza  
Que no puede ser mucha la tardanza.

» Por tanto cese vano sentimiento  
En flaco corazón y alborotado,  
Y por un poco mas de sufrimiento  
No quiera perder bien tan deseado;  
Pues así me dé Dios todo contento,  
Que esto no fué fingido ni soñado,  
Sino cosa real, clara, patente  
Y negocio que pasa realmente.

» Podeis seguros ir á los navíos,  
Porque lo dicho presto lo veremos,  
Y con sombrías plantas, frescos ríos,  
De los cansados cuerpos recreemos;  
Con gran cuidado ya, señores míos,  
Porque soplan los vientos que queremos,  
Velando cada cual por los cuarteles,  
Y lívense por popa los bateles.»

Dada de su discurso larga cuenta  
Para poner sus iras en templanza,  
La gente que vivía descontenta  
Hizo de sus palabras confianza;  
Con cuya dulcedumbre los alienta  
Revalidando mas el esperanza;  
Pero durarán poco sus sabores,  
Segun verán agora los lectores.

### CANTO TERCERO.

*Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra, y cómo la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo Vicente Tafiés Pinton.*

En aqueste mundano movimiento  
La risa y el placer á nadie sobra;  
Duran los regocijos un momento,  
Permanecen desgustos en su obra:  
Y tras un poco de contentamiento  
Suelen venir mil horas de zozobra;  
En la no tal y en la mayor grandeza  
Los remates del gozo son tristeza.

A los que proseguían su camino  
De la suerte que dijo nuestro canto,  
De la misma manera les avino  
Hecho su blando gozo duro llanto,  
Por un tempestuoso torbellino,  
Incitador de lloros y de espanto,  
Que fué tan riguroso cual escribo;  
Mas ¿quién podrá contallo muy al vivo?

Cuando la destemplanza comenzaba,  
El sol á mas andar se despedía;  
La braveza del mar tal se mostraba  
Que todo corazón entristecía:  
El austro que sus soplos aumentaba  
A pesado temor los convertía,  
Ninguna cosa por las ondas suena  
Que de pavor mortal no venga llena.

Si tiemblan con temor los marineros,  
No menos los pilotos y patrones;  
Andaban todos prestos y lijeros  
Asegurando velas y timones;  
Pero poco después los mas enteros  
Poseídos de grandes turbaciones,  
A causa de las ondas espantables  
Que no se les mostraban navegables,

Llevan un solo papo de mesana,  
Porque tendida no pueden sufrilla;  
Párecelos á todos que se gana  
En calafatear el escotilla;  
Si les hace farol la capitana  
No se les da lugar para seguilla,  
Porque de todas partes soplan vientos  
De varios y contrarios movimientos.

Cuanto la noche mas escurecía,  
Para mayores daños abre puerta;  
Un español á otro no se vía,  
Ni determinar puede cosa cierta:  
El agua de las ondas embestia  
A todos los que van sobre cubierta;  
Vereis de los que van asegurando  
Unos caídos y otros tropezando.

Las naves al profundo sumergidas,  
A veces á las nubes encumbradas,  
Por uno y otro bordo combatidas  
Y del olaje cuasi zozobradas;  
Desconfiaban todos de las vidas,  
Las manos á los cielos levantadas,  
Y de los sobresaltos y temblores  
Nacían grandes gritos y clamores.

Comienzan á rezar Avemarias,  
Y acaban en diversas oraciones,  
Unos dellos prometen obras pias,  
Los otros romerías y estaciones;  
Otros hasta dar fines á sus días  
Permanecer en santas religiones;  
Otros también en estas asperezas  
Se dejaban decir muchas flaquezas.

Pues decían llorando de sus ojos  
Recitando maneras de provechos;  
¡Oh rocas, oh cañadas, oh rastrojos,  
Oh tierra de mis fértiles barbechos!  
Dichoso quien halló vuestros abrojos  
Y ve pacer el buey por los repechos!  
¡Oh morada segura, do las camas  
Son hechas de tomillos y retamas!

Otros decían á sus compañeros  
Cuando golpe de mar los cuerpos baña:  
¿Quién por inquietud de marineros  
Dejó la quietud de su cabaña!  
¿Quién olvidó cabritos y corderos  
Por ver aquesta loba que se ensaña  
Del aire, cuya voz puede movella,  
Y el balago mejor es nunca vella!

Esto decían viendo sumas cumbres  
De las ondas que van en crecimiento,  
Y andando con aquestas pesadumbres  
Medidas por rigor de bravo viento,  
En mástiles y entenas vieron lumbres  
Que dieron esperanza de contento,  
Las cuales saludaron á su modo  
Los marineros y consorcio todo.

El regocijo, grita y algazara  
Al desmayado hace que despierte;  
A bendecillas cada cual se para  
Por parecelles venturosa suerte,  
Diciendo ser san Telmo y santa Clara  
Que vienen á librallos de la muerte;  
Y son las lumbres que ellos tanto aman  
Lo que Castor y Polux otros llaman.

Pues la gentilidad ciega creía  
Ser dos hermanos de la reina Helena;  
Una lumbre por mala se tenía,  
Pero si vian dos por señal buena:  
La una los navíos sumergía,  
Dos los hacían libres desta pena,  
Y creo que presentes y pasados  
En este caso viven engañados.

Pues tales apariencias de candela  
O representación de resplandores,  
En las oscuras noches se congela  
De las exhalaciones y vapores;  
El cómo la natura nos lo ceta,  
Y no dan razón cierta los doctores,  
Porque también se ven las lumbres tales  
En los guerreros campos y reales.

Y con nacer las lumbres mucho antes  
Que navegase mar vela ni remo,  
Dicen que son algunos navegantes  
San Telmo, san Erasmo, san Eremo;  
Pues gentes en la lengua discrepantes  
Pronuncian el vocablo con estremo;  
Mas aunque diferentes nombres canto  
Consta todos tres ser un mismo santo.

El marinero pues mas avisado  
Aquestas devociones mas encumbra  
Y en las noches que el mar anda turbado  
Mirar por él mas veces acostumbra;  
Y ser el santo bienaventurado  
Juzga cualquier cosilla que relumbra,  
Y entonces acontecen á la gente  
Cosas que después rien grandemente.

Pues yo vi cierta noche de aguaceros  
Llena la mar de harta destemplanza,  
Hincarse de rodillas marineros  
A san Telmo segun comun usanza;  
Y vimos claramente compañeros  
Reverenciar el hierro de una lanza,  
Que en popa del navio se traía,  
Y con la escuridad resplandecía.

Otra noche decían ser venido  
Cuerpo santo, y así lo saludaban,  
Mas bien puede juraros quien lo vido,  
Ser gotas de la mar que relumbraban,  
Encima de un estreque recogido  
Acia la proa donde señalaban,  
Y conocieron ser juicio vano  
Por los desengañar mi propia mano.

En daros destas cosas larga cuenta  
Pudieramos gastar algunos dias,  
Y echáramos algunos en afrenta  
Contando semejantes boberias;  
Pero volvámonos á la tormenta  
Que llevan estas nuestras compañias,  
Cuyo furor á todos espantable  
La noche y otro dia fué durable.

Cesando pues los bravos movimientos,  
Y estando ya la mar muy sosegada,  
Tornaron á hacer ayuntamientos  
Las principales gentes del armada;  
Hicieron al Colon requerimiento  
Con furia de respetos olvidada;  
Perplejo no sabia qué hacerse,  
Ni si perseverar ni si volverse.

Temíase de alguno gran revuelta,  
Y en ella los peligros de su vida,  
La casa de razon andaba suelta,  
Y sola voluntad obedecida;  
Los pensamientos son de dar la vuelta;  
Apresurar querian la partida;  
Hubo también diversas opiniones,  
Y fué la principal de los Pinzones.

Porque Vicente Yañez el anciano,  
Que entre los navegantes de su era,  
En todo lo sabido de Oceano  
Habia bien corrido la carrera,  
En esta confusion tomó la mano,  
Y á todos les habló desta manera,  
Y por sus canas y merecimientos  
Tienen todos por bien de estar atentos.

«Si con razon las cosas son pesadas,  
Vereis que son injustas las querellas  
De aquel que se buscó las cuchilladas,  
Si tuvo gran temor de padecellas;  
Y desatino ya después de dadas  
El no querer sufrir la cura dellas,  
Y débiles las fuerzas y demuedo  
De aquel que de su sombra tiene miedo.

» Y así de los trabajos padecidos,  
Que no quiero tener por muy pesados,  
Sereis, si tenéis sanos los sentidos,  
Vosotros de vosotros agraviados;  
Pues todos los que sois aquí venidos  
No fuistes compelidos ni forzados,  
Antes las fuerzas fueron voluntades  
Dispuestas á sufrir calamidades.

» Pues en hacer la gente vez alguna  
No fuimos importunos ni molestos,  
E infinitas veces, que no una,  
Dijistes que veniades dispuestos  
A cualesquier desmanes de fortuna,  
Y entrastes con aquestos presupuestos,  
De los pechos poner á cualquier plaga,  
Diga, señores, pues barba que haga.

» ¿ Pensábades hallar fijos cimientos  
En medio de las aguas turbulentas?  
» Pensábades tener los apuestos  
Segun que por mesones ó por ventas?  
» Pensábades tratando con los vientos  
Poderos escapar de sus tormentas?  
Con estas condiciones arrendamos  
Los que las altas ondas navegamos.

» Quien dellas suele ser mas confiado  
A trances rigurosos se convierte;  
Que el improbo furor del mar airado  
No suele respetar flaco ni fuerte;  
Mas antes el que va mas apartado  
Está solos tres dedos de la muerte,  
Y casos al vivir tan importantes  
Es mucho menester mirallos antes.

» De hombres sabios es y de prudentes  
Vivir por este peso y esta tasa;  
Pero llegados los inconvenientes,  
El cuerdo como puede se los pasa,  
Sin intentar remedios indecentes  
Estando ya las manos en la masa,  
Y sin considerar el paradero  
Dejar la sogá ir tras el caldero.

» Porque en venceros tal desconfianza  
Perdeis honores y ganais afrenta,  
Mayormente gozando de bonanza  
Y habiéndose pasado la tormenta;  
Y á trueco de bien poca mas tardanza  
Hacer de alegre vida descontenta,  
Causada y engendrada de la pena  
De sospechas que queda cosa buena.

» Y es por cierto torpísima manera  
De duros y robustos labradores,  
Estando de sazón la sementera  
Dejalla de coger por las calores,  
Huyendo los sudores, como quiera  
Que estaban ya pasados los mayores,  
Y no gozar los frutos y gasajo  
Por ahorrar un poco de trabajo.

» Pues si hemos de medir estas verdades  
Con esto que tratamos y que vemos,  
Grandes serian nuestras poquedades,  
E yerros insufribles cometemos;  
Si ya vencidas las dificultades,  
Del arte que venimos nos volvemos;  
¿Qué cuenta demás desto se daría  
Al rey nuestro señor que nos envía?

» Decidme ¿ qué disculpas ó razones  
Podemos dalle siendo preguntados?  
¿ Qué juzgarán de nuestras intenciones  
Los sabios y los bien intencionados?  
Podrán dar su disculpa los Colonos;  
Nosotros no, seyendo tan culpados,  
Que para perfeccion de sus intentos  
Ponemos siempre mil impedimentos.

» No conocéis, señores, otros males  
Por no juzgar el cielo de colores,  
Que no todos los tiempos son iguales,  
Pues tienen sus templanzas y rigores;  
Y así, huyendo destos temporales,  
Habemos de hallar otros peores,  
Cometiendo navios al gobierno  
En costa de Castilla por invierno.

» El escorpion agora mentiroso  
Imprime desmedidas frialdades;  
Los nimbos del orino proceloso  
Levantán rigurosas tempestades,  
Impiden á las ondas el reposo  
Las hiadas lluviosas y pleyades;  
El mas seguro puerto y acogida  
Promete grandes riesgos de la vida.

» ¿Qué sentireis volviendo tan á sordas  
Al tiempo que llegades al paraje,  
Y no serviros áncoras ni cordas  
Con la soberbia grande del olaje;  
Y naufragar en las arenas gordas,  
Dando tan malos fines al viaje,  
Y que viendo los pueblos deseados  
Quedeis en sus riberas ahogados?

» ¿A qué varon tan fuerte no desmaya  
Pensar que vemos ir aquel nadando,  
El otro ya no ver adónde vaya  
Con las bebidas aguas arqueando;  
Otros al rebalaje por la playa,  
Otros con la resaca peleando,  
Otros que vereis ir de mar en fuera,  
Asidos á pedazos de madera?

» Así que, por no vernos en estrecho  
Con otros riesgos mas particulares,  
Debemos esperar un tiempo hecho  
Primero que partamos destes mares;  
Ya que no reparais en el provecho  
De islas, tierras nuevas y lugares,  
Que pienso de ver antes de dos días,  
Y no serán fingidas profecias.

» Porque en aquel nublado que se cierra  
Adonde reverberan arboles,  
Tengo por imposible faltar tierra,  
Montañas, promontorios y peñoles,  
Supremas cumbres, gran altor de sierra  
Que tienen de hollar los españoles;  
Y no quiero decir mas cerca desto,  
Pues todo cuanto digo vereis presto.»

Colon de ver tan buen razonamiento,  
Y que fué tan á gusto como quiso,  
Quedó lleno de gran contentamiento,  
Los otros cada cual muy arrepiso,  
Y como ya ventaba manso viento,  
Mandóles navegar con gran aviso,  
Y así continuó la compañía  
Su carrera de mar y larga vía.

Alguna vela llevan abatida,  
Aunque la mar estaba bonancible;  
A medio mástil otra recogida  
Pareciéndoles ser cosa posible,  
Que la prolija tierra prometida  
Otro día podría ser visible;  
Mas dejémoslos ir con su rucuesta,  
Que yo diré después lo que me resta.

## CANTO CUARTO,

Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron.

No puede la verdad jamás ser muerta,  
Y cuando por malicia se escurece,  
En tal escuridad, es cosa cierta,  
Que nunca para siempre permanece;  
Antes por muchas vías abre puerta  
Por donde como rayo resplandece;  
Mas agora volviérais la cara,  
Faltando quien aquí perseverara.

Pero Colon, insine navegante,  
Aunque desmayan otros, él no cesa,  
Al cual para pasar mas adelante  
Tardía se le hace toda presa,  
Diciéndoles: « señores, Dios mediante,  
Mañana cumpliré con mi promesa. »  
Burlaban de negocio tan prolijo,  
Pero salió verdad lo que les dijo.

Pues cuando con justo movimiento  
Venía por sus cursos el Aurora,  
Y tenía Titán el aposento  
Octavo de los doce donde mora,  
Quiso Dios enviar el cumplimiento  
De los deseos santos desta hora,  
Porque tan gran grandeza como esta  
A los humanos fuese manifiesta.

Habiendo pues rompido la mañana  
Aquel velo que nuestra vista cierra,  
El grumete Rodrigo de Triana  
A grandes voces dice tierra, tierra;  
Oyeron esto tan de buena gana  
Que toda pesadumbre se destierra,  
Sale para mirar toda la gente  
Y conocieron sello claramente.

Alégranse con tierra los terrenos,  
Danle vital aliento sus olores,  
Te Deum laudamus cantan, y no menos  
Tocaban en las naves atambores,  
En las cuales los bordos iban llenos  
De regocijadísimos clamores,  
Y do cualquiera dellos se volvía  
Sonaba regocijo y alegría.

Oían infinitas bendiciones,  
Capitanes, soldados, marineros,  
Todos decían: « Vivan los Colonos,  
Vivan tan valerosos caballeros;  
Vivan dichosos años los Pinzones,  
Sus buenos y leales compañeros,  
Vivan los marineros y soldados,  
Y Dios los haga bienaventurados.

» Cristóbal, pues por tí Cristo nos vale,  
Válgate Dios, el rey y tu cuidado;  
Con grandes señoríos te señale  
Aquel que te formó tan señalado,  
Con gloria de los cielos te regale,  
Pues has el mundo todo regalado;  
Hereden señoríos prepotentes  
Los hijos que ternas y decendientes.

» Sea tu fama con eternos cantos  
Por todas cinco zonas estendida,  
Tu nombre solenicen todos cuantos  
Hoy viven y después tuvierén vida;  
Déte su bendición Dios y sus santos  
Con premios no sujetos á caída;  
Goces de tus trabajos años largos  
Con mas insines y mayores cargos.»

Sonaban por las naos panderetes  
Con sonajas que hacen maravillas,  
Besábanles las manos los grumetes,  
Y las demás personas no sencillas;  
Los lejanos quitaban los bonetes  
Hincando por las naves las rodillas,  
Y cada cual confuso y afrentado  
Le pedía perdón por lo pasado.

Diciendo van aquello que veían  
Haciendo con las manos dulces señas,  
Los árboles sus ramos descubrían,  
Víanse las montañas y las breñas,  
Sonaban ya las hondas que herían  
Los cóncavos y huecos de las peñas,  
Ven prados y frescuras ser amenas,  
Ven blanquear las playas con arenas.

Ven cómo sus descansos adereza  
Puerto que divisaban atalayas,  
Y ven desde los pies á la cabeza  
Andar hombres desnudos por las playas,  
Mujeres do la vista se endereza  
Sin arrees de mantos ni de sayas,  
Por ser sus policías y conciertos  
Andar galán y dama descubiertos.

Salían á mirar nuestros navios,  
Volvían á los bosques espantados,  
Huían en canoas por los rios,  
No saben qué hacerse de turbados;  
Entraban y salían de buhíos,  
Jamás de estraña gente visitados;  
Ningun entendimiento suyo lleva  
Poder adivinar cosa tan nueva.

Ansimismo de nuestros castellanos  
Decían, viéndolos con tal arreo,  
Si son sátiros estos, ó silvanos,  
Y ellas aquellas ninfas de Aristeo;  
O son faunos lascivos y lozanos,  
O las nereides, hijas de Nereo,  
O driades que llaman, ó nayades  
De quien trataron las antigüedades.

Ansi todas las ninfas como ellos  
 Son bien proporcionados y bien hechos,  
 Sacados son de hombros y de cuellos,  
 Y mas pecan de anchos que de estrechos:  
 ¡Cuan luenga hermosura de cabellos!  
 ¡Qué gran tabla de espaldas y de pechos!  
 Los galanes, las damas y los pajes  
 Jamas deben mudar ropas ni trajes.

Por cierto todos ellos son dispuestos,  
 Y ellas por consiguiente bien dispuestas;  
 Pero los trajes son muy deshonestos,  
 Aun para las mujeres deshonestas,  
 Pues los unos y otros andan prestos  
 Para solenizar venéreas fiestas:  
 Ellos no rozarán las agujetas,  
 Y ellas no romperán muchas faldetas.

No debe remordelles la conciencia,  
 Ni quieren evitar inconvenientes,  
 Pues tan sin empachosa reverencia  
 Incitan empachosos accidentes;  
 Pues no son en estado de inocencia,  
 Que hijos son de Adán y descendientes;  
 Estas cosas y otras van diciendo,  
 Las islas de Lucayos descubriendo.

No hace destas islas Fenescias  
 La valerosa gente que camina,  
 Porque dejando va Guanahanias  
 Y otras de mas momento determina;  
 Descúbrese la isla de Haities,  
 Y Cuba que llamaron Fernandina,  
 En gracia y honor del rey Fernando,  
 Cuyas partes seguia nuestro bando.

Navegaron la parte que pudieron  
 Los dinos de preciosa laureola,  
 Y á estas dichas islas se volvieron,  
 Y no tomaron della la mas sola;  
 Porque la de Haities escogieron  
 A quien por nombre dieron Española,  
 Porque su nombre dé por cosa cierta  
 Que fué por españoles descubierta.

Puestos pues en buen orden y concierto,  
 A tierra determinan de llegarse,  
 Mirando si conocen algun puerto  
 Donde puedan surgirse y cubrirse,  
 Y descubrir en tierra lo cubierto  
 Para poder mejor desengañarse,  
 Y saber quién serán estas naciones,  
 Sus ritos, sus costumbres y opiniones.

Buscando, como digo, puerto bueno,  
 De vientos desábridos amparado  
 Ofrecióse delante cierto seno  
 De frescas arboledas rodeado;  
 El circuito dél de casas lleno  
 Y por todas sus partes cultivado;  
 Llegáronse las naos á la boca  
 Que entrambos lados ciñe dura roca.

Adentro contenia gran anchura,  
 Con playa limpia bien acomodada,  
 Y por todas las playas hay fondura  
 Donde puede surgir nave cargada;  
 No tienen las entradas angostura  
 Pero bajitos hay en el entrada,  
 Y en ciertas partes bay limpias canales,  
 Mas entonces no vieron las señales.

Colgaban de las rocas ornamentos  
 De yerbas diferentes en verdoros,  
 Dulces aguas y claros nacimientos  
 Que formaban murmurios y clamoros,  
 De tofos, socarrenas y aposentos,  
 Descansos de los indios labradores,  
 Con otras cosas mas de gentileza,  
 Segun quiso pintar naturaleza.

Muchas ninfas andaban por las aguas  
 Nadando, los cabellos espareidos,  
 E indios en canoas y piraguas  
 De sus arcos y flechas proveidos;  
 Pintados con el jugo de las aguas,  
 Que son sus ornamentos mas pulidos;  
 De narices y orejas dependian  
 Algunas joyas que resplandecian.

Por gran contentamiento se tenia  
 Mirar tales verduras y decoro,  
 Mas fué mucho mayor el alegría  
 De ver que descubrian joyas de oro;  
 Porque cualquiera dellos entendia  
 Ser muestras de riquezas y tesoro,  
 Y ansi luego embocó la capitana  
 Que siguen las demás de buena gana.

Yendo por alli con buen avio  
 Con sonda y el timon bien atentado,  
 Dió Cristóbal Colon en un bajío  
 O piedra do lo vieron encallado;  
 Huyeron los demás deste navio  
 Asegurándose por otro lado,  
 Acudiendo bateles prestamente  
 Para sacar las ropas y la gente.

Todos de ver aquellos perdimientos,  
 A su vuelta y salud perjudiciales,  
 Quedaron por extremo descontentos  
 Y con sospecha de mayores males;  
 Echan juicios varios, dicen cuentos  
 Pronosticando mal de las señales,  
 Llorando muchos dellos y diciendo  
 Que su ganar entraban ya perdiendo.

Colon, puesto que pena recibia,  
 Con un raro valor disimulaba,  
 Y con aquel calor que convenia  
 A los desconsolados consolaba,  
 Dando reprehension al que temia  
 Y al que por mal anuncio la juzgaba,  
 Diciéndoles: « Yo puedo dar razones  
 Con que confunda vuestras opiniones;

»Pues tengo por suceso placentero  
 Aqueste que tenéis por lamentable,  
 Y lo que sospechais ser mal agüero  
 Aqueso juzgo yo por favorable;  
 Cuya declaracion y paradero  
 Después lo contareis por admirable;  
 Porque nave quedar en este suelo  
 No fué sin provision del alto cielo.

»Desto daré razon no mal fundada,  
 Sino mejor zanjada que la vuestra,  
 Pues la nave que vemos encallada  
 Quiere decir que con felice diestra  
 Habemos de tener aqui plantada  
 La nave de la Iglesia madre nuestra,  
 Y queda sobre piedra por indicio  
 De que es lo principal del edificio.

»De manera, que si para lo visto  
 Católicos sentidos dan la llave,  
 Diremos ser la piedra Jesucristo  
 Y el reino de la Iglesia ser la llave;  
 Y ansi será pesar con placer misto  
 O por mejor decir todo suave,  
 Pues se pierde navío de madera  
 Y se gana la nave verdadera.

»A la cual con la lumbré recibida  
 Veremos acudir en nuestros dias  
 Aquesta gente bruta, divertida  
 En diabólicas idolatrias;  
 Y acá no la veremos combatida  
 Con las olas de falsas herefias,  
 Por caer estas tierras en las manos  
 De reyes fidelísimos cristianos.

»Que bien pudiera Dios dar estas gentes  
 A muchos otros reyes y señores  
 De los pasados siglos ó presentes;  
 Mas escogió los nuestros por mejores:  
 Queriendo dellos y sus descendientes  
 Hacer para su Iglesia protectores,  
 Porque la suerte del primer talento  
 Vaya sin reparar en crecimiento.

»Aqui tendrán riquísimos reinados  
 Y gozarán amplísimos imperios,  
 Donde sus capitanes y soldados  
 Ternán do bien usar sus ministerios;  
 Habrá también por tiempos obispados  
 Católicos y santos monasterios;  
 La fe del Redentor y su manada  
 Aqui tiene de ser muy ampliada.

» También habrá civiles competencias  
 Contenciones, bandos y porfías,  
 Que debajo de falsas apariencias  
 Sus maldades dirán ser obras pías;  
 Pero verán jueces con audiencias  
 Por freno de las tales tiranías,  
 Porque las tales son congregaciones  
 Prestas á deshacer rebeliones.

» Así que, si mirais con vigilancia  
 Lo sucedido, hallareis por cierto,  
 Que pérdida no fué sino ganancia  
 La nave que dejamos en el puerto,  
 Y negocio de muy gran importancia  
 El orbe que tenemos descubierto;  
 Por tanto todos nos aderecemos  
 Y sepamos quién son estos que vemos.»

Dijo; y á ver navios tan potentes,  
 Cuales jamás tuvieron por vecinos,  
 Acudia tal número de gentes  
 Que cubrían las playas y caminos;  
 Miran con atención y paran mientes  
 Si son hombres humanos ó divinos,  
 Contemplan las espadas, las adargas,  
 Y espántanse de ver barbas tan largas.

Venían los mas dellos embijados  
 Desde los bajos pies á los cabellos;  
 De plumas de colores estampados  
 Acudian también algunos dellos;  
 Joyeles de oro fino mal labrados  
 Pendientes de narices y de cuellos,  
 Otros con brazaletes y con petos  
 Que fueron á la vista mas acetos.

Tocaban unos grandes atambores,  
 Caramillos y flautas imperfectas,  
 Sonaban por encima los altores  
 Caracoles á modo de cornetas;  
 Dan otros alaridos y clamores,  
 Otros hacían gestos y pernetas:  
 Según lo que se ve cada cual piensa  
 Ser todas amenazas de defensa.

Van nuestras gentes pues encaminadas  
 A estas, mas mejor apercebidas,  
 Pues iban con escudos y celadas  
 Y ansimismo banderas estendidas;  
 Relumbran grandemente las espadas  
 De los rayos del sol siendo heridas;  
 Saltaron con valor en la ribera  
 Donde la gente de indios los espera.

Delante de los cuales se mostraba  
 Un indio sobre todos eminente,  
 Que Goaga Canari se llamaba,  
 Según después se supo claramente,  
 El cual á pelear los animaba  
 Y á defender sus tierras y su gente,  
 Y á todos los soldados que tenía  
 Semejantes palabras les decía:

« Por causas evidentes conocemos,  
 Amigos, compañeros y soldados,  
 Haber necesidad de que velemos  
 Y no vivamos punto descuidados,  
 Pues no sabemos quién son los que vemos,  
 Ni de parte de quién son enviados,  
 Si son hombres mariños ó terrenos,  
 Si son varones malos ó son buenos.

» Si tienen de caribes propiedades,  
 O condiciones otras mas horribidas;  
 Si quieren con nosotros amistades,  
 O vienen para guerras y contiendas;  
 Si son tan grandes sus necesidades  
 Que quieren que les demos las haciendas;  
 De qué tierras podrán haber venido,  
 En qué lejanos reinos han nacido.

» Si son gentes de buenos pensamientos  
 A bien es recibillos; si son gratas,  
 Si vienen fatigados de hambrientos,  
 Darémosles comidas bien baratas;  
 Darémosles de nuestros alimentos  
 Guamas, ayumas, yucas y batatas,  
 Darémosles cazabis y maices,  
 Con otros panes hechos de raíces.

» Darémosles buitías con agtes,  
 Darémosles pescados de los rios,  
 Darémosles de gruesos manatíes  
 Las ollas y los platos no vacíos;  
 También guaraquinajes y cories,  
 De que tenemos llenos los buhios,  
 Y curaremos bien á los que enferman,  
 Colgándoles hamacas en que duerman.

» Y conocidos ya sus pareceres,  
 Seyendo con nosotros residentes,  
 Darémosles las hijas por mujeres  
 Para hacellos deudos y parientes;  
 Hariamos comunes los placeres  
 De campos y de rios y de fuentes,  
 De cazas y de pescas las usanzas,  
 Y de las sementeras y labranzas.

» ¿Quién pudiera saber lo que desean  
 Con certidumbre de su pensamiento,  
 Con qué fines agora se menean?  
 Pues bien no juzgo deste movimiento;  
 Deseo finalmente que no sean  
 Causa total de nuestro perdimiento,  
 Que no por ser compañía tan estrecha  
 Dejaré de tener mala sospecha.

» El número que vemos es pequeño  
 Aunque vengan mejor aderezados,  
 Mas no por ser tan pocos los desdeño  
 Con yo tener millones de soldados;  
 Porque quiero dar cuenta de mi sueño,  
 Según que lo soñé dias pasados,  
 O cosas sustanciales del historia,  
 Si quiere socorrerme la memoria.

» Al tiempo que las gentes de dormidas  
 Están de sus trabajos olvidadas,  
 Via volar dos águilas asidas  
 Con diademas de oro coronadas;  
 Las alas aunque no muy estendidas,  
 Mares y tierras tienen abrazadas,  
 Y por crecida que su presa fuese  
 Faltaba quien las uñas les hinchese.

» Parecióme volar al alto cielo,  
 Y al tiempo que las alas estendian,  
 De solo ver aquel umbrroso velo,  
 Hasta las bestias fieras les temian:  
 Reales aves de subida vuelo  
 A estas respetaban y servian,  
 Y muchos gavilanes diligentes  
 Eran sus adalides y sirvientes.

» Aquestos sus ministros ó falcones  
 Andaban con las alas levantadas,  
 Escudriñando reinos y regiones  
 De sus tierras remotas y apartadas;  
 Y deshaciendo cuantas religiones  
 Están á nuestros dios es dedicadas,  
 Haciendo ser por todo lo criado  
 Un solo Dios creído y adorado.

» Entre sueños oí mil aullidos  
 Que dábamos por campos y collados,  
 Por ver los santuarios encendidos,  
 Y todos nuestros ídolos quemados;  
 Aquestos naturales destruidos,  
 Sus poderosos pueblos aislados,  
 Y no paraban nuestras compañías  
 Sirviéndoles las noches y los dias.

» Las águilas asidas coronadas,  
 Que yo via volar desta manera,  
 Allí las traen estos dibujadas  
 Por parte principal de su bandera;  
 Los tiempos y las horas son llegadas  
 Si mi revelación es verdadera;  
 Conviene pues que cada cual defienda  
 Sus hijos, sus mujeres y hacienda.»

Dan grita como gentes de albornoces:  
 Resuenan increíbles alaridos,  
 A vuelta de los gritos y las voces  
 Empúñanse los arcos encogidos;  
 Todos iban lozanos y feroces,  
 De jaeulos agudos prevenidos;  
 La bríosa postura y el denuedo  
 A muchos españoles puso miedo.

Viendo pues tan inmensa compañía  
 Por no ponelles el estorbo tarde,  
 Por alto tiran el artillería  
 La cual hizo que nadie los aguarde;  
 Antes quien de la mar menos huía  
 Era tenido por el mas cobarde,  
 Metiéndose por bosques y por breñas  
 Y por concavidades de las peñas.

Como nube que grande crecimiento  
 De lluvias á los ojos representa,  
 Pero la fuerza seca de algun viento  
 Sus oscuros vapores abuyecha,  
 Dejando sin aquel impedimento  
 Los campos con el sol que los calienta,  
 Así la batería de los truenos  
 Abuyentaron indios destos senos.

Fué la rústica gente divertida,  
 Sin que su rey pudiese detenellos;  
 Y los nuestros siguiendo la huída  
 Para poder tomar alguno dellos,  
 Mujer ven en el monte detenida,  
 Cuyas prisiones fueron los cabellos,  
 Que siendo por los aires esparcidos  
 Fueron de ciertas ramas detenidos.

Metiése por el monte mas cerrado  
 Destos inconvenientes escondidos,  
 Como vivace ciervo fatigado  
 De la rapace fiera perseguido;  
 Y fué por espesuras emboscado  
 De sus ramosos cuernos detenido,  
 Así que su decoro y ornamento  
 La causa fué de su detenimiento.

Clamores grandes daba la doncella  
 En balde, que no deben ser oídos,  
 O si la oyen, para socorrella  
 Por ventura no son tan atrevidos;  
 Al fin los españoles asen della,  
 Y entonces dió mayores alaridos,  
 No haciendo ya cuenta de su vida  
 Por ver gente de barba tan crecida.

Colon, que de la presa se holgaba,  
 Y dió de buena gana las albricias,  
 Con señas de amistad la halagaba  
 Haciéndole regalos y caricias,  
 Como quien grandemente deseaba  
 Hacer con estas gentes amicitias;  
 En efeto, cesaron los clamores,  
 Aunque no totalmente los temores.

Diéronle de comer como convino,  
 Sacando de su buen matalotaje  
 Frutas secas, cecinas y tocino,  
 Y otros regalos mas de su viaje;  
 Hiciéronle beber de nuestro vino,  
 Que no le parecia mal brevaie,  
 Y en ciertos ademanes representa  
 El alegría del que se calienta.

Después de la comida halagóla  
 Con señas á los ojos aplacientes,  
 Vistiéndola de blanca camisola,  
 De mas de dalle dijés transparentes;  
 Y hechas estas cosas, envióla  
 A que llamase deudos y parientes;  
 Ella correspondiendo con las señas  
 Emboscóse por medio de las breñas.

A grandes voces dice por la senda:  
 « Venid, parientes míos, nadie huya;  
 Pues no vienen á guerra ni contienda,  
 Ni quieren que la tierra se destruya;  
 Y no solo no piden la hacienda,  
 Mas antes quieren darnos de la suya;  
 Perded recelo de cualesquier males  
 Que honestos hombres son, y liberales.»

¿Qué vas, mujer liviana, pregonando,  
 Juzgando solamente lo presente?  
 Mira que con las nuevas dese bando  
 Engañas á los tuyos malamente;  
 El dicho vas agora publicando,  
 Mas tú verás el hecho diferente,  
 Verás gran sinrazon y desafuero,  
 Y el sueño de tu rey ser verdadero.

Verás incendios grandes de ciudades  
 En las partes que menos convenia;  
 Verás abuso grande de crueldades  
 En el que mal ninguno merecia;  
 Verás talar labranzas y heredades  
 Que el bárbaro sincero poseia,  
 Y en su reinado y propio señorío  
 Guardarse de decir es esto mio.

Y así fué que los hombres que vinieron  
 En los primeros años fueron tales,  
 Que sin refrenamiento consumieron  
 Innumerables indios naturales:  
 Tan grande fué la prisa que les dieron  
 En usos de labranzas y metales,  
 Y eran tan escesivos los tormentos  
 Que se mataban ellos por momentos.

Lamentan los mas duros corazones,  
 En islas tan *ad plenum* abastadas,  
 De ver que de millones de millones  
 Ya no se hallan rastros ni pisadas;  
 Y que tan conocidas poblaciones  
 Estén todas barridas y asoladas,  
 Y destos no quedar hombre viviente  
 Que como cosa propia lo lamente.

Los pocos baquianos que vivimos  
 Todas aquestas cosas contemplamos,  
 Y recordándonos de lo que vimos,  
 Y cómo nada queda que veamos,  
 Con gran dolor lloramos y gemimos.  
 Con gran dolor gemimos y lloramos;  
 Miramos la maldad entonces hecha  
 Cuando mirar en ella no aprovecha.

Pudiera de lo visto y entendido  
 Entrar en laberinto de maldades,  
 Indinos del varon bien instruido  
 En nuestras evangélicas verdades;  
 Mas no será razon ir divertido  
 Contando semejantes crüeldades:  
 Volvamos prosiguiendo la carrera  
 Desde donde dejó la mensajera.

Todas aquellas gentes escondidas,  
 Temblando con temores de su vida,  
 Acuden á las voces conocidas  
 De quien ya sospechaban ser comida;  
 El rey que la contó con las perdidas  
 Holgó de su salud y su venida,  
 Y ella trató fiel y buenamente  
 Aquello que entendió de nuestra gente.

Los nuestros recogieron estandartes  
 Por ya no parecer inconveniente,  
 Y con reguardo de guerreras artes  
 Se refrescó la fatigada gente;  
 Tomaron posesion de todas partes  
 Llamándoles las Indias de occidente,  
 Once de octubre, años cuatrocientos  
 Con mas noventa y dos y dos quinientos.

Pues como luz de Febo ya hacia  
 Absencia natural de luz humana,  
 Y por medidos cursos se venia  
 La menos clara lumbre de Diana,  
 Cada cual á su nao resolvía,  
 Hasta ver resplandor de la mañana,  
 Donde Colon estuvo vigilante;  
 Y lo demás diremos adelante.

## CANTO QUINTO.

Cómo vino la india mensajera y con ella el rey Gonga Canari con gran número de gente, con el cual hizo amistades, y lo demás que allí se hizo.

Bien podemos decir que si contento  
 En esta breve vida se granjea,  
 Es cuando llega dulce cumplimiento  
 De lo que grandemente se desea;  
 Pues no halla lugar el sufrimiento  
 Hasta que ya la cosa se posea;  
 Y así les fatigó noturno ocio  
 Por esperar el fin deste negocio

Mas el oscuro manto desviado  
Con luz de la mañana placentera,  
Vieron todos venir por un collado  
La deseada ninfa mensajera;  
Y un escuadron de indios que cargado  
De sus comidas toma la ribera,  
El rey con otros muchos capitanes  
De paz haciendo señas y ademanes.

A la siniestra mano y á la diestra  
Tocaban muchos dellos caramillos:  
Mirándolos está la gente nuestra  
Subidos por las popas y castillos;  
Y viendo que de paz era la muestra,  
Acuerdan de venir á recebillos;  
Unos á otros huelgan ya de verse,  
Y de se saludar sin entenderse.

Pero los nuestros van como sagaces  
A ver hombres que no son conocidos,  
Y no tan conitados de las paces,  
Que no fuesen muy bien apercibidos:  
Con muestras de placeres y solaces  
A la ribera verde son venidos,  
Do saltan principales coroneles,  
Dejando bien á punto los bateles.

Luego como las partes se acercaron  
En lugar y postura conviniente,  
Al Goaga Canari señalaron  
Cual era capitán de nuestra gente:  
Por señas como mudos se hablaron  
Falta de rugas una y otra frente,  
Supliendo por señales esta mengua  
Que cada cual tenia de su lengua.

Y como les faltaban las razones  
Para que sus concetos publicasen,  
Las dádivas presentes y los dones  
Fué cosa necesaria que hablasen,  
Y las magnificas ostentaciones  
Aquestas amistades confirmasen;  
Y así nuestro Colon primeramente  
Dió al Goaga Canari lo siguiente:

Una camisa de ruán labrada,  
Un sayo nuevo de color bermejo,  
Una gorra pequeña colorada,  
Segun el uso fué de tiempo viejo;  
Una escofia buena perfilada,  
Ciertas cuentas de vidrio y un espejo,  
Cintillas y otras cosas menos que ellas,  
A quien puso valor no conocellas.

El rey recompensó por muchas veces  
Las dádivas con otras no menores,  
Pues dió, por enseñar sus altiveces,  
Piedras ricas diversas en colores,  
Granos de oro, tales como nueces,  
Y tales como pomos y aun mayores,  
Copia de frutas varias y alimentos  
Con los cuales servia por momentos.

Colon, que tales granos de oro via,  
Tan ricos y tan prósperos presentes,  
Con el contento grande que tenia  
Con gran sabor hablaba con sus gentes:  
Facecias, gracias, cuentos que decia  
Causaban gran placer á los oyentes;  
Pues el gusto y sabor que al alma toca  
Destila sus dulzores por la boca.

Y así hablaba con los indios rudos  
Sin dalle propia voz á sus oidos,  
Diciendo: «Poco va veros yo mudos,  
Como hablen presentes tan lucidos;  
Pues con lo que nos dieren los desnudos  
Mejorarán el pelo los vestidos,  
Y mas me holgaré cuantos mas vengán,  
Por llevallos adonde en mas se tengan.

» Mas os hago saber que soy sabueso  
De tales propiedades y costumbres,  
Que con el grano de oro de mas peso  
Recibo mucha menos pesadumbre;  
E yo prometo de tenello preso  
En cárcel donde nunca vea lumbre,  
Hasta que con bigornia y con martillo  
Le demos rostro muy mas amarillo.

T. IV.

» Ya que vuestras vergüenzas anden fuera,  
Falten para sacármelos á plaza,  
Que para mí será carga lijera  
Eso que vuestras casas embaraza;  
Y quiero mas volver desta manera  
Que tornar á bordon y calabaza;  
Crecen con esto mis contentamientos  
Y no menos salir con mis intentos.

» Pero tratar ya desto son extremos  
Que refrescan pasados accidentes;  
Bastará de presente lo que vemos  
Para desengañar los insipientes;  
Y agora será bien que convidemos  
A este rey y algunos de sus gentes,  
Dalles hemos algunas cosas buenas  
Que ellos las pagarán con las setenas.

Los vocablos allí fueron baldíos,  
Pero hicieron señas con las manos,  
Diciéndole que viesse los navios  
Con otros cinco ó seis de sus hermanos;  
Y porque se dejase de desvíos  
En tierra se quedaron diez cristianos:  
El indio sin poner impedimento  
Manifestó por obras ser contento.

En la nao los huéspedes noveles,  
Aderezóse luego la comida,  
Ponen la tabla, tienden los manteles,  
Segun la voluntad del que convida:  
La mesa toda fué por sus cuarteles  
De náutico bizecho proveida,  
Los vasos proveídos en el banco  
De buen vino haloque, tinto y blanco.

De cosas á los indios peregrinas  
Sirvieron alimentos suficientes,  
Muy gentiles capones y gallinas  
Guisados con sus ciertos adherentes;  
Hubo muchas maneras de cecinas,  
Conservas ansimismo diferentes,  
Pero mucho mas gusto les ponía  
El sabroso licor que se bebía.

Porque el comer es poco, mal asado,  
Desta gente de bajas esperanzas,  
Mas su beber es tan demasado  
Que vence las mayores destemplanzas;  
Y para tal efecto mal reglado  
Hacen las sementeras y labranzas,  
Pues por un cierto modo peregrino  
De lo que hacen pan hacen el vino.

Estaban pues los nuestros espantados  
De la rudeza desta compañía,  
Y estímulos de hambre mitigados,  
Negocio que la nuestra pretendía:  
Quedaron estos nuevos convidados  
Puestos en posesion del alegría  
Que crian los licores de Metina  
Y viñas de la tierra surrentina.

Ansí que, levantados de la cena  
Sin uso de merced ni besamanos,  
Volviéronse los indios á la arena  
Donde dejó Colon los diez cristianos;  
Alaban ellos la comida buena,  
Los nuestros la riqueza de los granos,  
Y viendo coyuntura conviniente  
Habló Colon con todos lo siguiente:

« Muchas veces ofrece la ventura  
A los hombres empresas de sustancia,  
Y la posesion dellas asegura  
El que sabe tener perseverancia;  
Pero cuando se pierde coyuntura  
Con ella desaparece la ganancia,  
Pues ocasion que fué menospreciada  
De todo lo que trajo deja nada.

» Por no saber tomar consejo sano  
Antes que de sí tenga la querrela;  
Y así tenía yo por muy liviano  
A quien en busca fué de cosa bella,  
Si la halló, dejalla de la mano  
Con intenciones de volver por ella,  
Porque podría ser que sus amores  
Hallasen luego nuevos poseedores.

2

» Aquí hallamos pues gentil amiga,  
Y á mí que semejantes cosas miro,  
Lo que podría ser me da fatiga  
Antes de ver la causa del suspiro:  
Desto conoceréis sin que mas diga  
El blanco do camina vuestro tiro,  
Y es, á mi parecer, intencion cuerda  
Querer que lo hallado no se pierda.

» Solo Dios sabe casos venideros,  
Y por su voluntad todo se guía,  
Mas son negocios acontecidos;  
Y por asegurarlos yo querria  
Que quedasen algunos compañeros  
En posesion de aquesta monarquia,  
Porque no quede de españoles sola  
La que por ellos se llamó Española.

» Este negocio no lo procurara  
Ni en semejante riesgo los pusiera,  
Si por lo que ya vemos no cobstara  
Ser esta natural gente sincera;  
Ni tiene que temer el que repara  
En mi vuelta, pues ha de ser lijera,  
Y para proveer á su defensa  
Mayor la brevedad de lo que piensa.

» Para lo que durare la carrera  
Usaremos de todas prevenciones,  
Haremos un buen fuerte de madera  
Por menos necesarias municiones;  
Y para no buscar comida fuera  
Dejaremos bastantes provisiones,  
Pues las seguridades principales  
Será no molestar los naturales.

» En esto cumplirá ser advertidos,  
Y estas serán las mas seguras prendas,  
Porque todos los males sucedidos  
De guerras, de rencillas, de contiendas,  
Nacen de ser los hombres ofendidos  
En mujeres, en hijas y haciendas;  
Los robos, los agravios, la violencia  
Gastan al mas paciente la paciencia.

» A todos y aun á sí será molesto  
Cualquier hombre bestial que en esto ande;  
Y así quedais aquí con presupuesto  
De que tengais recogimiento grande,  
Sin divertirse nadie deste puesto  
Y sin que mas adentro se demande,  
Pues el tratar y andar con estas gentes  
Pariria cien mil inconvenientes.

» Con mujer no se use desacato,  
Aunque carezcan ellas de defensa;  
Usad de sus comidas con recato  
Si dellas recibierdes la despensa;  
Y si trajeren algo por contrato,  
No vuelvan sin bastante recompensa,  
Pues quedarán espejos y bonetes  
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

» Guiar manos y piés por esta via  
No puede ser mejor salvoconduto;  
Y verdaderamente yo querria  
Coger de mis razones algun fruto;  
Pues hemos de dejar la compañía,  
Y estoy en este caso resuelto,  
Considerando ser inconveniente  
Que falte ya de aquí cristiana gente.

» Al hombre valeroso y esforzado  
Que responder quisiere con mi pecho,  
Crea que le seré tan obligado  
Cuanto merece tan heroico hecho;  
Y ansimismo será galardonado  
Con eminentes honras y provecho;  
Debajo de los cuales presupuestos  
Deseo ya saber quien serán estos.»

Dijo nuestro Colon lo que queria,  
Y ninguno de los con quien hablaba  
A tales intenciones respondia,  
Antes el uno al otro se miraba;  
Y fuerzas de temores deshacia  
Aquello que vergüenza fabricaba;  
Pero Martin Pinzon tomó la mano,  
Diciéndole no ser consejo sano.

Y así dijo: «Hacerse lo posible  
Todos lo deseamos y queremos;  
Pero no me parece conveniente  
La cosa que se hace con extremos;  
Tengo pues por negocio muy terrible  
Division en la gente que traemos,  
Para que los dejemos en aprieto  
Que no puede parar en buen efeto.

» Cuanto mas que region tan apartada,  
Toda seguridad está con ella,  
Y dudo yo que pueda ser hallada  
De quien eternamente supo della;  
Y (lo que no será) si es salteada,  
Los que dejais no pueden defendella;  
Y aun plega á Dios que sostenerse puedan  
Entre los moradores donde quedan.

» Pues aunque todos estos naturales  
Muestran sinceridad y buen intento,  
No me podreis negar el ser bestiales,  
Sin fe, sin ley, sin buen conocimiento,  
Sin peso, sin razon; y siendo tales  
También se moverán á cualquier viento:  
Un indiezuelo vil que los atice,  
No dudarán hacer lo que le dice.

« Demás de que golosas ocasiones  
Por horas y momentos nos recrecen,  
Donde las mas constantes intenciones  
Puestas entre los lazos desfallecen;  
Y contareis á dedo los varones  
Que si no caen en ellos no tropiecen,  
Y para con tan vil y baja casta  
En se descomponer la menos basta.

» Hecha pues destas cosas conjetura  
Y muchas mas que siento cerca desto,  
No debe pareceros gran cordura  
El no mudar aqueste presupuesto,  
Donde no conocéis cosa segura,  
Y al ojo veis el riesgo manifiesto,  
Ordénelo mejor quien tiene mano,  
Porque yo doy consejo de cristiano.»

Oida la razon viva y entera  
Aunque muchos loaron su buen seso,  
Alteróse Colon en gran manera,  
Y dicen que tentó tenello preso;  
Mas el Martin Pinzon se hizo fuera;  
Colon disimuló con justo peso,  
Y con graciosa carta, viva, grave,  
Le hizo que volviese con su nave.

Después que vino con su compañía  
De mal y de prision asegurado,  
Colon ni mas ni menos insistia  
En aquel parecer determinado;  
Sobre lo cual tuvieron gran porfia  
Pareciéndoles ser mal acordado;  
También hubo personas principales  
Que en esto se mostraban neutrales.

Estando pues la gente castellana  
Adeuinando malos paraderos,  
Un capitán y cordobés, Arana,  
Que en buenos hechos fué de los primeros,  
Dijo: «Yo quedaré de buena gana  
Como me den cuarenta compañeros,  
Y para resistir los adversarios  
Las armas y pertrechos necesarios.»

Colon de ver aquel comedimiento,  
Engrandeciolo bien con mil loores,  
Haciéndole solemne juramento  
De le hacer mercedes y favores;  
Y en el hacer algun repartimiento  
Que sus partes serian las mejores,  
Y así por voluntad del que pedia  
Fué luego señalada compañía.

Sacan á tierra pues lo que convino  
Para tener bastante pasadia,  
Barriles de bizcochos y de vino  
Y de rescate cuanto se traia:  
Cantidad de jamones, de tocino,  
Pólvora, municion y artilleria,  
Pescados, bacallaos y cecinas  
Y hasta dos docenas de gallinas.

Sieras, azadas, hachas sacan fuera ;  
Abrieron luego zanja bien fundada,  
Hacen fuerte de tierra y de madera  
Con sus troneras por la palizada ;  
Y en estas partes fué casa primera  
Por manos de cristianos fabricada ;  
Hicieron sus alturas como muros  
A fin de que quedasen mas seguros.

Los indios diligentes y contentos,  
Mas por sus voluntades que por ruego,  
Hicieronles pajizos aposentos  
Que presto deshará rápido fuego ;  
No son agora tales sus intentos,  
Mas turban ocasiones el sosiego  
Y porque destos hay largo proceso  
Después os contaremos el suceso.

Aquesta fortaleza concluida,  
Do pareció quedar seguramente,  
Colon puso por obra su partida  
Con el demás restante de su gente ;  
Refiéreles el orden de su vida  
Y despidióse dellos blandamente :  
No hubo rostros unos ni ningunos  
Que quedasen de lágrimas ayunos.

Pero disimulando sus desmayos,  
Embarcóse Colon con sus soldados,  
Y piedras, oro, micos, papagayos  
De diversos colores variados :  
Diez indios destos, y otros de Lucayos  
Que con ellos se van sin ser forzados,  
A pique ponen pues las caravelas  
Y al manso viento dan todas las velas.

Dejando ya la gente deste bando,  
Segun que ya dijimos con mancilla,  
Las inquietas ondas navegando  
Los otros van la vuelta de Castilla,  
Juicios diferentes consultando  
Acerca desta nueva maravilla,  
Cuya diversidad con sus estremos  
En el canto que viene cantaremos.

## CANTO SESTO,

Donde se trata cómo durante el tiempo de su viaje, la vuelta de España, decian varias opiniones cerca destas partes. Y cómo llegando á España se divulgó con gran admiracion el descubrimiento susodicho.

Do faltan fundamentos de escrituras,  
Y vamos atenidos á razones,  
Nacen de las humanas conjeturas  
Varias y diferentes opiniones :  
Las cuales no caminan tan seguras  
Que no tengan sus ciertos tropezones,  
Que para mil porfias abren puerta  
Y al cabo nunca dan con cosa cierta.

Ansi por el discurso que hacian,  
Mostrándose la mar sin aspereza,  
Tratando van de quién procederian  
Gentes de tan grandisima rudeza ;  
Con quién ó por adónde pasarian  
A tierras tan inmensas en grandeza,  
Pues es parte distinta, como vemos,  
De aquellas tres del mundo que sabemos.

Porque decian ser estas naciones  
Faltas de los orgullos y los bríos  
Que mueven los humanos corazones  
A trastornar los mares y los rios ;  
Y no pueden hacer navegaciones  
A causa de estar faltos de navios,  
Y que canoas, balsas y piraguas  
No podian arar prolijas aguas.

Entre tales porfias y reyertas,  
No faltó curioso que decía,  
Que estas tierras ya fueron descubiertas  
Por gente que en Cartago residia ;  
Y viéndolas ser buenas y desiertas  
Allí dejaron cierta compañía,  
Y que por las derrotas era cierto  
Ser las mismas que habian descubierto.

La vuelta destos hombres que las vieron  
Cartago defendió con duro mando,  
Pero los que dejaron (si vivieron)  
Fueron segun razon multiplicando ;  
Y por las tales tierras se estendieron  
Gentes y poblaciones ensanchando,  
De suerte que Cartago fué comienzo  
Para tejerse tan inmenso lienzo.

Después que en la tal isla vieron canas  
Habria disensiones y querellas ;  
Y estando llenos campos y zavas  
De viejos, de mancebos y doncellas,  
Pasaron á las islas comarcanas  
Y á la gran tierra firme desde aquellas,  
Y acá y allá por grande negligencia  
Olvidaron las letras y la ciencia.

Pues aun en el labrar su bastimento  
Eran muy apocados, torpes, flojos,  
Y en ejercicios del entendimiento  
Ningunos eran mas mancos ni cojos ;  
En las inclinaciones y el intento  
Ajenos de concetos ortodoxos,  
Y tal debia de ser la demás gente  
Siendo de la que vieron descendiente.

Entre las variedades que refiero,  
Que porfando va nuestra compañía,  
Hubo también un cierto compañero  
Que dijo por grandisima hazaña,  
Ser estas las Hespérides de Hespero  
Rey de las dichas islas y de España,  
Aurífero caudal de Hesperetusa,  
Que tanto celebró la vieja musa.

No faltaron aqui contradicciones  
De nuestros navegantes castellanos,  
Y aun el dia de hoy hay opiñones  
Y un no sé qué de pareceres vanos ;  
Diciendo que estas tierras y naciones  
Mandaron algun tiempo los romanos,  
Por un cierto dinero que labrado  
En las minas de Acla fué hallado.

Esta tal invencion ó burlería  
A muchos extranjeros dió gran gusto,  
Y es porque por sus letras se veia  
Moneda ser de Octaviano Augusto ;  
La cual hubo sospecha que corria  
Entre gente de seso tan robusto.  
¿ Cómo, si fueran usos desta gente,  
No hallaron mas desta solamente,

Sino cantidad dellas copiosa,  
Pues funden oro, y veis plata labrada ?  
O ¿ cómo, si de gente tan curiosa  
Como fué la romana ya nombrada,  
No halláramos hoy alguna cosa  
Que esta hiciera mas certificada ?  
O ¿ cómo, si grandeza tan notoria,  
No la pusieran ellos en historia ?

Ansi que por no ver aqueste uso  
De dinero por estos naturales,  
En gran admiracion á muchos puso,  
Este que se halló sin otros tales ;  
Y mas tan singular y tan recluso  
En no jamás labrados minerales ;  
Echaban pues juicios á montones  
En aquella sazón muchos varones.

Mas por entendimientos no mal sanos  
Fué la pura verdad investigada,  
Y hallóse que dos italianos  
Hicieron esta hurla señalada,  
Echando la moneda por sus manos  
En la mina que tengo ya nombrada ;  
Declararon entrambos esta suerte  
En el último trance de la muerte.

A semejanza desta compostura  
Se fingen otros cuentos y novelas,  
Y no van fuera de su conjetura  
Las gentes de las dichas carabelas,  
En aquella sazón y coyuntura  
Que navegando van á todas velas  
Hablando destas cosas muy sin miedo  
Cada cual en derecho de su dedo.

Como porfias van por un rasero,  
Y corren las parejas sano y manco,  
Puesto que nunca den en el terrero  
A ninguno podeis poner estanco ;  
Como lo dé Cartago y lo de Hespero,  
Opiniones también fuera del blanco,  
Acerca de lo cual á circunstancias  
Colon dijo razones semejantes.

« Esos cartaginenses pareceres  
Conviene no tener por cierta cuenta ,  
Pues fueron (segun dicen) mercaderes  
Que no sé dó se fueron con tormenta ,  
Y no llevaban hijas ni mujeres  
Por quien aqueste mundo se acrecienta ;  
Pues venir á lo que hemos descubierto  
Bien podemos tenello por cierto.

» Pero finjamos ser , aunque se yerra ,  
Por ir mal arimados á verdades ,  
Está claro hacelles crúel guerra ,  
Hambre, temor, dolor, calamidades ;  
Al fin los consumió la misma tierra ,  
Do no suelen faltar enfermedades ,  
Y mas , segun afirman los leidos ,  
No siendo de los suyos socorridos.

» Así que nunca fué multiplicada  
Tal gente por la cuenta que yo hago ,  
Pues no hallamos rastro ni pisada ,  
Ni un olor tan solo de Cartago ;  
La gente , como veis , es desbarbada  
Y amigos como niños de balago ,  
De letras no señales ni memoria ,  
Ni cosas esculpidas por historia.

» Fueron cartaginenses mas agudos,  
Tuvieron mas altivas condiciones ,  
No fueran tan bestiales ni tan rudos ,  
Antes mas allegados á razones ;  
No viéramos andar hombres desnudos  
Teniendo tanta copia de algodones ,  
La gente que hemos visto deshonesta  
República tuviera bien compuesta.

» Y puesto que la gente separada ,  
Que destas dichas islas procedía ,  
Fuera por largos tiempos olvidada  
Del culto que primero conocía,  
Aquí permaneciera conservada  
Aquella su primera policía ;  
Pues procuran los malos y los buenos  
Venir á mas y no venir á menos.

» Perdone pues cualquiera compañero  
Porque este parecer yo le repreúbo ,  
Y otra cosa también decirlo quiero ,  
A la cual por razon sola me muevo :  
Y es ser aquestas islas lo postrero  
Que se pobló de aqueste mundo nuevo ,  
Siendo sus mas antiguos pobladores  
Vecinos de la costa pescadores.

» A cada cual de nos se nos alcanza ,  
Por esperiencia larga que tenemos ,  
Poder atravesar con mar bonanza  
Con aquestas piraguas que les vemos ;  
Y mas estos que tienen confianza  
En ir siempre desnudos y con remos ,  
Poniendo sus destrezas y primores  
En ser buzos y grandes nadadores.

» Así que los primeros que surgieron  
En estas islas grandes y menores ,  
Vecinos de la tierra firme fueron ,  
Y como dicho tengo , pescadores ;  
Pero resta saber por dó vinieron  
A la tal tierra firme pobladores ,  
Pues lo que la ventura nos ofrece  
De principio y origen no carece.

» Los que las tales tierras han poblado  
Acá pasaron por algun estrecho ,  
Huyendo de algun caso desastrado ,  
O ya buscando tierras de provecho ,  
Entonces el estrecho muy cerrado ,  
Y hubiese mayor boca después hecho ;  
Pues suelen en tormenta y en bonanza  
Hacer por tiempos mares gran mudanza.

» No merece yerro que se crea  
Tener el tal estrecho por muy cierto ,  
Tiempos podrán venir en que se vea  
Mas no por navegante mas esperto ;  
También digo que puede ser que sea  
Antes de muchos años descubierto ;  
Porque la tierra nueva descubierta  
Para grandes empresas abre puerta.

» Por aquí pues pasaron estas gentes  
Sirviéndose de balsas por navios ,  
O ya fuesen los tales descendientes  
De linajes gentiles ó judios ;  
O indio y gentil hechos parientes  
Mezclándose las aguas de los rios ,  
Y aun esta misma creo que sería  
Gente de confusion y behería.

» Fueron estas naciones divididas  
De las partes do fueron procedentes ,  
Antes de ser las letras estendidas  
Ni se comunicara á todas gentes ;  
Como tampoco son hoy conocidas  
De infinitos hombres insipientes ;  
Porque puesto que corren buenas artes ,  
Aun no pueden llegar á todas partes.

» ¿ Cuántos pueblos hay entre cristianos  
Por Italia , por Francia , por España ,  
Do no halleis lectores ni escribanos  
Ni pueden á las letras darse maña ?  
Ved vuestros mas vecinos y cercanos ,  
Ved la rusticidad de la montaña :  
¿ Qué sería , si hoy están tan botos ,  
Por siglos de memoria tan remotos !

» Así que letras nunca hallaremos  
En este nuevo mundo descubierto ,  
Puesto que no dudamos que hallemos  
Gente de mas razon y mas concierto ;  
Después que mas adentro lo calemos ,  
Y el curso dél se muestre mas abierto ,  
Reyes se hallarán y emperadores ,  
Potentes y riquísimos señores.

» En lo demás que Hespero nos ofrece ,  
Si consentis que diga lo que siento ,  
Cosa ridiculosa me parece  
Y fuera de razon y fundamento ;  
Pues un tan gran olvido no merece  
Un orbe de riquezas tan sin cuento ,  
Ni nuestros españoles son varones  
Para se lo dejar entre renglones.

» Orbe tan principal, tan señalad o  
Tan lleno de riquísimos tesoros ,  
No pudiera no ser tan frecuentado ,  
Que cosa no supieran mas de coro ;  
Y no solo en navios, mas á nado  
Vinieran á coger manzanas de oro ;  
Las Hespérides pues del Oceano  
Mas cerca las teneis y mas á mano.

» Puesto que se renuevan las naciones  
Por tiempos, y los nombres se vartan ,  
Nunca se pierden las contrataciones  
Ni curso de los que iban y venían ,  
Mayormente hallando ricos dones  
Con que mas su caudal enriquecían ;  
Y en estos ricos reinos y tan buenos  
Bien podemos creer no fuera menos.

» Pudiéramos también hallar señales  
Que fueran mas patentes ó bastantes ,  
Como son edificios ó animales  
De los que llevar suelen contratantes ;  
Pero cosa no vemos de las tales ,  
Perros, gatos ni otros semejantes ;  
Al fin tal opinion ó tal sospecha  
Con esta que es mejor queda deshecha.

» Y si quien esto dijo se movía  
Por duracion de las navegaciones ,  
No goza de victoria su porfía ,  
Ni me confundiré con sus razones ;  
Pues navegar entonces se hacia  
Con muchas mas prolijas dilaciones ,  
Como el nuestro será de otra manera  
Desque mejor se sepa la carrera.

» Ansi que destas tierras , caballeros ,  
Nunca jamás naclon tuvo memoria,  
Sino que sois vosotros los primeros  
Y los que mereceis toda la gloria ;  
Habeis de ser sus ricos herederos  
Y origen y principio de la historia ;  
Y pues medida fué por vuestro vaso,  
No se hable ya mas en este caso .»

Con semejantes temas y porfias  
Caminan por la mar nuestros hispanos,  
Sin que perturben sus derechas vias  
Occidentales vientos ni solanos ;  
Y al cabo de correr cincuenta dias  
Llegaron á los reinos castellanos ;  
Súpose todo desde la ribera,  
Y agora cantaré de qué manera .

En un monte no menos levantado  
Que el fuego que la máquina rodea,  
Fingen un edificio fabricado  
Que los lugares della señorea ;  
Pues no lo puede ser tan apartado  
Que desde sus alturas no se vea  
Y sean percibidas claramente.  
Las voces del oriente y el poniente .

Sus cercas y sus torres transparentes  
Y en ellas varias cosas esculpidas,  
Hay negociantes de diversas gentes  
Que hacen las ignotas conocidas :  
Los males y los bienes son patentes,  
Exentas las entradas y salidas,  
Pues con tener gran número de puertas  
A todas horas las vereis abiertas .

La palabra que hablan al oído  
Pasando por allí tan alto suena,  
Que no puede hacer mayor ruido  
En cóncavos lugares la voz llena ;  
Es luego lo secreto divertido  
Ansi de cosa mala como buena,  
A causa de ser todosregoneros  
Locuaces, fanfarrones y parleros .

Cada cual puede ser libre y exento ,  
Eso me da los malos que los buenos,  
Y en las repeticiones de algun cuento  
Siempre se dice mas antes que menos ;  
Los que frecuentan mas el aposento  
De chismes y novelas andan llenos,  
Del murmurio y ardores desta llama  
Nacé la gran gigante dicha Fama .

Hermana fué de Geo y Encelado ,  
En fuerzas y grandeza mas pujante,  
De cuanto puede ser en lo erizado  
Escueca singular y vigilante :  
Su cuerpo tan terrible y encumbrado  
Que por menos se juzga ser Atlante,  
Pues su conversacion es en el suelo  
Y junta la cabeza con el cielo .

A lo mas alto sube sin escala ,  
No tiene su mirar impedimento ,  
De pluma son sus joyas y sus galas,  
De ver y de mirar es el intento ;  
Ayúdase de muy ligeras alas ,  
Velocis mucho mas que las del viento ;  
Tiene todos sus plumas y cañones  
Ojos á la manera de pavones .

Y siempre vigilantes y advertidos  
Harto mas que de Argos se nos cuenta :  
Ansimismo posee mil oídos  
Por di percibe lo que representa ;  
Cuantos nacieron son sus conocidos ,  
O ya con gran honor ó gran afrenta,  
A veces es feroz, á veces mansa,  
Y cuanto mas camina menos cansa .

Tiene desde los ojos á las plantas  
En voces y murmurios muy enteras  
Cien mil bocas y lenguas y gargantas ,  
Que li que fué y no fué tratan de veras ;  
Tienen por las espaldas otras tantas  
Locuaces, habladoras y parleras,  
Diciendo cierto, hablan falsedades  
Y metiras á vueltas de verdades .

La vista desto monstruo tan terrible  
Penetra las paredes y rincones,  
Percebiendo lo mas imperceptible,  
Hasta los mas ocultos corazones ;  
Hácese muchas veces invisible,  
Atalayando plazas y cantones,  
Y ansi lo que pensais ser ocultado  
Por muchas partes anda derramado .

Con los efectos pues de tales mañas  
A pregonar comienza los misterios,  
Engrandecidos hechos y hazañas  
Deste que descubrió nuevos imperios ,  
No solamente por nuestras Españas  
Pero por otros muchos hemisferios,  
Y puesta de rodillas y postrada  
A nuestros reyes dió tal embajada :

« Principes de virtud pura y entera,  
Católicos y bienaventurados,  
Yo soy aquella Fama pregonera  
De todos los presentes y pasados.  
Entre ellos fui nacida y en la era  
Que los primeros fueron engendrados,  
Haciendo manifiestos los renombres,  
Hechos y condiciones de los hombres .

» Porque sin respetar quiénes ni cuáles,  
Ellos mismos me dieron por oficio  
Decir siempre los bienes ó los males  
De todos cuantos fueron *ab inicio* ;  
Y en los estados altos y reales  
Uso con mas vigor tal ejercicio ;  
Pregono de los malos mas ó menos ,  
Mas en quien mas reparo son los buenos .

» Destos dije grandezas y no pocas  
En edades presentes y pasadas,  
Ansi de las espadas como tocas;  
Mas ya no pueden ser rememoradas ,  
Por tener sin cesar lenguas y bocas  
En vuestras excelencias ocupadas,  
Gallando los loores de otras gentes,  
Delante vos y vuestros descendientes .

» Heróicos hechos son claros y bellos  
Los de otros capitanes y señores,  
Mas no me dan lugar á tratar dellos  
Los vuestros y de vuestros sucesores ;  
Y aun dud o si podrá comprehendellos ,  
Porque monarcas son emperadores ,  
Por quien tengo de ser esclarecida,  
Y á quien he de servir toda la vida .

» De mas del gran imperio de romanos,  
Imperio ternán otro, del distinto,  
Aquestos sucesores soberanos,  
Que mayores serán de lo que pinto :  
Verná Filipo Magno , rey de hispanos ,  
Hijo del invencible Carlos quinto ,  
Señor universal de las regiones  
De árticas y antárticas naciones .

» De todo lo sabido y encubierto  
Aqueste regirá la monarquía,  
Lo mas incierto desto hago cierto ,  
Sin olor de lisonja ni falsia ;  
Porque vuestro Colon ha descubierto  
El mundo que mil veces prometia :  
Llegado es ya con hombres de estrañeza ,  
Y muestras de grandísima riqueza .»

Encareció las nuevas que reporta  
Con otro razonar muy mas prolijo ;  
Pero con todo esto quedó corta,  
Pues era mucho mas de lo que dijo :  
Los reinos conociendo lo que importa ,  
Bendicen al que todo lo bendijo ,  
Y al inventor de los descubrimientos  
Estaban esperando por momentos .

Colon dió gracias al Omnipotente  
Cuando desembarcó donde queria ;  
Y en Palos donde estaba de presente  
Causó sumo contento y alegría,  
Ocurriendo gran número de gente  
A ver los hombres nuevos que traía,  
Los granos de oro, piedras excelentes,  
Las aves de las nuestras diferentes .

Con las recreaciones que convivio ,  
De todos recibia gran deporte ,  
Del consorcio fiel que con él vino  
Regalaron también cualquier consorte ;  
Mas él, no dilatando su camino ,  
Luego se despachó para la corte ,  
Para le dar al rey las relaciones ,  
Y conseguir merced y galardones.

Efetuando pues aquesta via ,  
Que con todo hervor continuaba ,  
Gran número de gentes acudia  
A cualquiera lugar donde llegaba ,  
Y con admiracion se detenia  
En contemplar las cosas que llevaba :  
No solos los vecinos populares ,  
Pero también personas singulares.

Como mozuelos rústicos nacidos  
En el cortijo vil ó pobre villa ,  
Que en su rusticidad fuesen traídos  
A ver las excelencias de Sevilla ;  
Y de tan grandes cosas conmovidos  
Juzgasen ser estraña maravilla ,  
Y estuviesen de platos tan inmensos  
Atónitos, pasmados y suspensos ;

Así también por campos ó poblados  
Do quiera que guiaba sus pisadas ,  
Hacia los humanos espantados  
De ver gentes destotras estremadas ;  
Admiranse los dotos y letrados ,  
Las gentes simples y las avisadas ,  
Los mozos , los de trémulas querellas ,  
Las viejas , mozas , niñas y doncellas.

Pues el aumentador de la corona ,  
En continuacion desta porfia ,  
Llegó con los demás á Barcelona ,  
Adonde nuestro rey cortes tenia ,  
Y donde recibieron su persona  
Con nunca jamás vista cortesía ,  
Porque los altos reyes de Castilla  
En su presencia mandan dalle silla.

Reciben deste hecho gran consuelo  
Aquellos benditísimos cristianos ;  
Y el gran Colon con el honesto velo  
Que usan avisados cortesanos ,  
Hincadas las rodillas por el suelo  
A sus Altezas les besó las manos ,  
Y dió la relacion de su ventura  
Por bastantes razones y escritura.

Holgó la reina mucho de la cuenta  
Que daba , y de las cosas que decia ;  
Mas sin comparacion fué mas contenta  
Viendo la nunca vista compañía ,  
Y mucho mas de ver que le presenta  
Aquellos granos de oro que traía ,  
Y aquellas aves verdes coloradas ,  
De hombres jamás vistas ni halladas.

Las damas , los galanes mas polidos ,  
Los que tuvieron esto por patrañas ,  
A gran admiracion son conmovidos  
Cuando miraban cosas tan estrañas ,  
Juzgando por varones escogidos  
Los que supieron darse tales mañas ,  
Y juntamente con los que se espantaban  
Los ánimos de muchos se levantan.

Porque por acudir á lo que debe  
El varon de prosapia generosa ,  
Viendo proezas otras él se mueve ,  
Con impulso de envidia virtuosa ;  
Y hace que su gloria se renueve  
Con alguna hazaña grandiosa ,  
Sin que cosa se ponga por delante  
De riesgo ni peligro que lo espante.

Así también el noble cortesano ,  
Oyendo tales cosas se destierra ,  
Encendido de brio mas lozano ,  
Y lleno del deseo de tal tierra ,  
Para probar allí la fuerte mano  
Que piden los rigores de la guerra ,  
Gozando los despojos y preseas  
Que esperaban sacar destas peleas.

Hablaban al Colon , y respondia  
A voluntad de todos y á medida ,  
El cual ya deseaba ver el dia  
En que se despachase su partida ,  
Por ir á socorrer su compañía ,  
Y ansimismo dar orden á su vida ;  
Están desto los reyes advertidos ,  
Y del deseo mismo poseidos.

Mas luego dieron á la nueva planta ,  
O plantas nuevas de la tierra rica ,  
La norma que las ánimas levanta  
Y á riquezas eternas las aplica ,  
Haciéndolas lavar con agua santa  
Que culpas y pecados purifica ,  
Siendo los mismos reyes sus padrinos  
Como testigos ciertos fidedignos.

Luego consultan la romana sede ,  
Mediante peticion en todo pia ,  
Para que les conceda como puede  
El mando desta nueva monarquía ;  
Lo cual el padre santo les concede ,  
Y sus bastantes letras les envía ;  
Y el que les concedió las bulas desto  
Fué Alejandro , deste nombre sexto.

Teniendo pues la rueda con el clavo ,  
Con el Colon hicieron el concierto ,  
Que fué, si le durara, harto bravo ,  
Ó con salud ó ya después de muerto ;  
Pues de sus rentas daban el dozavo  
De lo por descubrir y descubierta ,  
Y mandan que se parta brevemente  
Con copia de navios y con gente.

Mas para que volviese mas pujante  
Y fuese de la gente respetado ,  
Nombráronlo también por almirante ,  
Por ser honorosísimo ditado ;  
Ansimismo con honra semejante  
Bartolomé Colon, adelantado ,  
Mandáronle las cosas que convino  
Y sobre todas el honor divino.

Enviaron también estos señores ,  
Como reyes en todo proveídos ,  
Bastante copia de predicadores  
En costumbres y letras escogidos ,  
Para que de tan buenos preceptores  
Fuesen los naturales instruidos ,  
De quien por provisor vino conscrito  
Fray Buil , catalán, fraile benito.

Demás de catalanes y soldados  
Instrutos en el uso de las guerras ,  
Envían hombres llanos y casados  
Para labor y culto de las tierras ,  
Y muchas diferencias de ganados  
Que huellen así llanos como sierras ,  
Y á vuelta de los hombres principales  
Mecánicos y diestros oficiales.

Porque la majestad sacra quería ,  
También entre banderas y estandartes ,  
Entrejerir razon y policia ,  
Divina religion y buenas artes ;  
Y todo lo que el mundo producía  
Sembrar y trasplantar en estas partes ;  
Dar á los naturales beneficios  
De provechosas artes y de oficios.

Quisieran estos reyes singulares  
En aquestos sus amplios señoríos ,  
Que hasta las zavasas y manglares  
Y todas las riberas de los rios  
Se les tornaran viñas y olivares ,  
Y no campos inmensos tan vacíos ,  
Sino hacer las tierras provechosas  
Y en ellas jamás ver gentes ociosas.

Debióles parecer impedimento  
Para civiles guerras y contiendas ,  
Total, porque lo es según yo siento  
A los que están asidos destas prendas ;  
Y camino de grande movimiento  
El carecer de tierras y haciendas ,  
Porque gentes baldías y perdidas  
No temen de perder almas y vidas.

Habian otras cosas ordenado,  
Segun disposicion de aquella era,  
Y dádoles navios y recado  
A los que de correr han la carrera;  
Pero quedémonos en este estado,  
Y aquesta parte sea la primera:  
Vamos á las elegias prometidas  
Donde estas gentes van entrejeridas.

## ELEGIA II.

*A la muerte del capitán RODRIGO DE ARANA, en la cual ansimismo se prosigue el descubrimiento de las Indias.*

### CANTO PRIMERO.

Cante Clio los hechos soberanos  
De la gente segunda vez venida,  
Melpómene los casos inhumanos,  
Desastres de españoles y caída,  
Y la primera sangre de cristianos  
Que en este nuevo mundo fué vertida;  
Ponga su caudal pobre mi memoria  
Eu el banco comun, que es el historia.

Pues para ver aquesta maravilla  
Se tiene por cobarde quien se queda  
De los gentiles hombres de Castilla,  
Sujetos á las vueltas de la rueda:  
Van dos hermanos Porras de Sevilla,  
Mosén Pedro, y Alonso de Hojeda,  
Anton de Torres, y Roldán Jimenez,  
Y otros de quien diré males y bienes.

Andaluces y gentes castellanias  
Con varias invenciones de ropajes,  
De sedas, de brocados y de granas  
Vestidos los señores y los pajes;  
Guarnidos los galanes y galanas  
De trémulos penachos ó plumajes,  
Hervian juveniles accidentes  
Que huyen de sus deudos y parientes.

Diferenciados van en los arreos,  
Pero conformes en el esperanza,  
Pues que para hacer estos empleos  
Ninguno rehusaba la mudanza;  
A los temores vencen sus deseos,  
Y ansi los fatigaba la tardanza,  
Colocando su próspera ventura  
En su viaje ser de poca dura.

De Palos y Moguer van capitanes  
Diestros en todos cursos del esfera,  
Como Pinzones, Niños, y Beltranes,  
Que dieron grande luz á la carrera;  
Vuelve Martin Pinzon, Vicente Yañez,  
Por parte principal de la bandera;  
La gente tiene Cáliz recogida  
Para poner en obra la partida.

Mil y quinientos eran los soldados,  
Diez y siete fornidos galeones,  
Y en ellos buena copia de ganados,  
Que son de diferentes condiciones,  
Para poblar los campos despoblados  
Y aprovechar en otras ocasiones,  
Segun que nueva tierra requeria  
Para orden, razon y policia.

Todas las cosas pues aderezadas,  
Recogida la gente de la flota,  
Las corvas anclas fueron elevadas  
Y asidos los estremos del escota:  
Las velas sinuosas desplegadas  
Con viento hecho para la derrota,  
Guián agudas proas los timones  
Con santas y devotas oraciones.

El iclito Colon sale delante  
En poderosa nao capitana,  
A quien por nombre dió *Marigalante*,  
Por ser no menos fuerte que galana;  
Y aquesta le dió nombre semejante  
A la isla que vido comarcana;  
La otra isla dicha Guadalupe  
Fué por él Almiranta, segun supe.

Dejando pues los puertos y riberas,  
O con mesanas solas ó trinquetes,  
O puestas hasta velas cebaderas,  
Peligrosas á pajes y grumetes,  
Recogen por entonces las banderas  
Flamulas, estandartes, gallardetes;  
Por derrotas mas cómodas y retas  
Arando van las aguas inquietas.

Puesto caso que son almiadados  
Del olor y marinos movimientos,  
En gran manera van recogijados  
Alegres, placenteros y contentos,  
Por ser á todas horas ayudados  
De prósperos aflatos de los vientos,  
Y mucho mas desgusto les causaba  
Lo poco que lo mucho que ventaba.

Destá manera guian el armada;  
Y habiendo cuatro meses navegado,  
Dieron en una isla despoblada  
Algun alivio para su cuidado:  
Pusiéronle por nombre Deseada,  
Por ser su hallamiento deseado,  
Luego la Guadalupe mas avante  
De aquella que nombró Marigalante.

Luego Domingo, de la cual se nombra,  
Al austro demoró la Dominieu,  
Que con atroces hechos nos asombra,  
Segun el experiencia certifica;  
Como Martinino de cuya sombra  
Huir el marinero se publica;  
Pues estas dos con sus pequeñas barcas  
Han puesto confusion en las comarcas.

Salen de aqui caribes con armadas,  
Corriendo los confines comarcanos  
En sus piraguas bien aderezadas,  
Ayudadas de velas y de manos;  
Hacen á tierra firme sus entradas,  
Acometen á pueblos de cristianos,  
Son tan bravos, feroces y tan diestros  
Que hacen poca cuenta de los nuestros.

Sus flechas son de yerba tan insana  
Que mueren cuantos della son llagados,  
La gente destas islas es lozana,  
Altos, fornidos, bien proporcionados,  
Y todos ellos comen carne humana,  
Mejor que la de puercos ó venados;  
Acometen con mas atrevimiento  
Que tigre que á la caza va hambriento.

Esta ferocidad que se recita,  
Porque no la juzgueis por desvario,  
La certidumbre della nos incita  
A deciros de un amigo mio,  
Vecino de la isla Margarita,  
A quien tomaron estos un navio,  
Todos sus hombres muertos y captivos,  
Pues él y otro no mas quedaron vivos.

Y pues quiero tratar de cosa cierta,  
Si con buenos alguna cosa valgo,  
No te pese, letor, que me divierta,  
Para que deste pueda decir algo;  
Pues casi nos estamos en la puerta  
Y de las dichas islas no me salgo:  
Recogeréme bien en el estilo,  
Y volveré después á nuestro hilo.

Este que padeció fortunas malas,  
Y el hado por allí le fué siniestro,  
Sabrás que se llamaba Joan de Salas,  
Antiguo capitán, soldado diestro;  
Y en medio de los tiros y las balas  
En mocedad fué compañero nuestro,  
Ejercitándonos por tierra y agua  
En las crüeles guerras de Cubagua.

Año de tres quinientos y cincuenta,  
Estando Joan de Salas en Guayama,  
Puerto del Buriquén, con mas de treinta  
Mancebos de valor y buena fama;  
Esta caribe gente, vil, sangrienta,  
A hacer sus entradas se derrama,  
Para barta de carne razonable  
Aquella hambre toda detestable.

Guiaron las piraguas y el armada  
Al dicho Boriquén con diligencia,  
Isla por todos tiempos infestada  
De tan abominable pestilencia;  
A parte van sabida y asechada,  
Sin recelo de mucha resistencia,  
Tan secretos y fuera de ruidos,  
Que nunca fueron vistos ni sentidos.

Esperaron la noche que los cела,  
Para dar en el puerto ya nombrado,  
Entrando dieron en la carabela:  
Donde Salas dormía descuidado,  
O confiado de la centinela:  
Descuido no de hombre tan cursado,  
Era su sueño tal, que la reyerta  
Y el golpe de macana los despierta.

Bien como delincente que se esconde  
En casa que pensó tener propicia,  
Como de duque, de marqués ó conde,  
Y allí también lo cerca la justicia,  
Procura de huir, no ve por dónde,  
Ni puerta satisface su codicia,  
Y como no le cuadra lo que piensa,  
A sus manos comete la defensa;

Desta suerte la gente recogida  
De nuestros desdichados castellanos,  
Viendo que se les veda la huida  
Por aquellos salvajes inhumanos,  
El amparo y defensa de su vida  
Pusieron en la fuerza de sus manos:  
Mas para tanta lanza, dardo, flecha,  
Ninguna cosa ya les aprovecha.

Turbólos mal tan repentino trueno,  
Con lluvias tan espesas y pesadas,  
Que no pueden hacer efecto bueno  
Las armas del asalto descuidadas;  
Mas las macanas duras dan en lleno,  
Rompiendo piernas, brazos y quijadas,  
Pues fuéle sin segundo la tal pieza  
Hender de un golpe solo la cabeza.

Reencuentro de descanso muy avaro  
Sostuvo Joan de Salas hasta el día,  
Y á si y á otro hizo gran amparo  
Con unos cuerpos de armas que tenía:  
Mas descubrióle luego con lo claro  
Sin vida la restante compañía;  
Aflojan de defensa los motivos,  
Viendo que solos ellos quedan vivos.

Visto tan grande número de gente,  
Y cierto su morir si se defienden,  
Hablóles Joan de Salas blandamente  
En lengua guayqueri que bien entienden;  
Respondélen también incontinenten  
Diciendo que comello no pretenden,  
Sino que se les dé por su captivo,  
Si quiere desta guerra quedar vivo.

Aunque sabía bien la destemplanza  
Destas bestiales gentes y naciones,  
De las manos largó la corta lanza  
Y las pesadas armas de algodones;  
Con una mas que firme confianza  
De se poder librar destas prisiones,  
Llamando siempre con cristiano pecho  
A Dios, que lo librase deste hecho.

Recogen los caribes el pillaje  
Con aceleracion de gente suelta,  
Rehacen su cruel mataloaje,  
De los que muertos son en la revuelta,  
Y sin dilatar punto su viaje,  
A las infames islas dan la vuelta,  
Y antes que se biciesen á la vela  
Mandarou abrasar la carabela.

Todos los labradores y vaqueros  
Que residian por aquel partido  
Huyeron en caballos muy lijeros,  
Luego como sintieron el ruido;  
Y atalayando bien por los oteros,  
Después que el claro día fué venido  
Reconocieron ser las gentes malas,  
Y en las piraguas ven á Jean de Salas.

Por mar y tierra van la triste nueva  
Amigos y parientes lamentando,  
Y á su querida madre se le lleva,  
Que estaba por momentos esperando;  
No hay duro corazon que no se mueva  
Oyendo los clamores que está dando:  
Tales y tantas lástimas decia,  
Que el pecho mas cruel eternecia.

« ¡ Hijo mio! ¿ Qué nuevas tan estrañas  
De las que tú, mi bien, enviar sueles?  
¡ Hijo! ¿ Dó estan las fuerzas y las mañas  
Que tenias con estos infieles?  
¡ Hijo! que te trajeron mis estrañas,  
Y agora las de bestias tan críeles!  
¡ Hijo! ¿ Quién te llevó? cómo me dejas?  
¿ Dó estas? cómo no oyes estas quejas?

» Perdiste yo, dejásteme perdida,  
Sin vida tú, yo della mal pagada.  
¡ Oh madre para tanto mal nacida!  
¡ Oh hijo de la madre desdichada!  
Pues que sin ver la tuya ve su vida  
Con tanta desventura rematada,  
Eclipsi padeció mi llena luna,  
Menguada por mal órden de fortuna.

» La cual no se compone ni concierta  
Segun pide razon que se concierte,  
Antes á sinrazones abrió puerta  
Cuando su variedad echó la suerte;  
Dilatando los días á la muerte,  
Y al merecedor dellas dando muerte,  
Para que en la morada deste suelo  
Eterno llanto sea mi consuelo.»

Sus venteros canas van sin toca  
Ante la imagen del Juez eterno,  
A dolorosas lágrimas provoca  
A cuantos viven en aquel gobierno:  
Y ansi los golpes de su blanda boca  
El duro corazon tornaban tierno,  
Y en tres años continuos de demora  
El templo visitaba cada hora.

Alli hablaba con la Virgen pia,  
Cuyos brazos tenían su maestro;  
Las palabras formales que decia  
Aqui se ponen sin color siniestro:  
« Dadme mi hijo ya, señora mia,  
Y por seguras prendas ese vuestro.»  
Fué tal el gran hervor desta batalla,  
Que tuvo Dios por bien de consolalla;

Y ansi fué que después del vencimiento  
En esta miserable servidumbre,  
Le hicieron un blando tratamiento,  
Fuera de lo que tienen de costumbre;  
Valióse de su buen entendimiento,  
Y Dios que fué servido dalle lumbre,  
Para saber ganar las voluntades  
A gentes llenas de cien mil maldades.

Quando guerra con indios se movia  
Daba su parecer en el viaje,  
Arco, macana, flechas se ponía,  
Sus mienes, posturas y su traje;  
Sucedióles bien lo que decia,  
En señalar lugar, tiempo, paraje,  
Y ansi no rehuyó mozo ni viejo  
De tomar en la guerra su consejo.

Con brio varonil, fuerte, robusto  
Hizo venturosísimos empleos,  
Puesto caso que no le daban gusto  
Semejantes victorias y trofeos;  
Pues á su libertad y á lo mas justo  
Iban encaminados sus deseos,  
Y descubria siempre sus motivos  
A indios que con él están captivos.

Decíales « que gran cosa sería  
Una noche hurtar una piragua,  
La cual en breve tiempo yo podría  
En los puertos y playas de Cubagua;  
E yo confio en Dios que nos daría  
Socorros en los vientos y en el agua.»  
Persuadiales cada momento,  
Pero faltábales atrevimiento.

Estando pues en vida tan molesta,  
Y en tierra de costumbres inhumanas,  
Hicieron los caribes una fiesta  
Con los de aquellas islas mas cercanas,  
De todas piedades descompuesta,  
Ritos y cerimonias mas que vanas;  
Y para mas maldad en sus excesos  
Mataron destos indios los mas gruesos.

Vista por todos esta desventura  
De los indios captivos cuarteados,  
Vió Joan de Salas buena coyuntura  
Para persuadir sus aliados,  
Diciendo: « no teneis hora segura,  
Y todos morireis despedazados,  
Huyámonos á tierras de cristianos,  
Que buen tiempo tenemos en las manos.

» Vámonos esta noche verdadera,  
Que mucho bien podeis sin ser sentidos,  
Pues en la fiesta desta borrachera  
Todos estos están embebecidos;  
E yo tengo piragua muy lijera,  
Comida y aparejos prevenidos.»  
Respondió la compañía temerosa,  
Que ya no deseaban otra cosa.

Había por la isla derramadas,  
Parece ser de naos allí perdidas,  
Número de machetes y de espadas,  
Barriles, lienzos, ropas ya podridas,  
Y otras algunas armas enastadas,  
Que perdieron sus dueños con las vidas:  
Desto tomaron lo que les convino,  
El y aquel español que con él vino.

No se torció fiel de las balanzas,  
Para lo barruntar las gentes fieras;  
Porque cuando tenían sus holganzas  
Y aquellas mas que torpes borracheras,  
Los esclavos hacían las labranzas,  
Rozando montes para sementeras,  
Demás de ser la isla montuosa,  
Sin que de campo raso tenga cosa.

Llegada pues la hora competente,  
Sin claridad, por selles odiosa,  
Recógese la fugitiva gente  
Con quietud en todo temerosa:  
Hicieron oracion devotamente,  
Invocando la Virgen gloriosa;  
Fueron do están varadas las piraguas,  
A meter una dellas en las aguas.

Con aquel gran silencio que convino,  
La meten en la mar todos alerta;  
Y como no tuviesen tanto tino  
Para la componer en orden cierta,  
Un golpe de la mar que sobrevino  
Quitóles de la proa la compuerta:  
Los indios desmayaron grandemente,  
Y quisieran huir incontinente.

Como ladron que va por los rincones  
A robar ó matar hombre dormido,  
Y con los piés dió tales tropezones  
Que pudieron causar algun ruido,  
Huyó luego de tales ocasiones,  
Teniendo ya por cierto ser sentido;  
Y aunque el otro no viene ni despierta,  
Se sale por pared ó por la puerta;

Así también con el desmán que hubo,  
Estos porque creían ser sentidos,  
Huía cada cual, y no mantuvo  
Palabras ni conciertos prometidos;  
Empero Joan de Salas los detuvo,  
Diciéndoles: « volved, que vais perdidos,  
Si no, yo buscaré vias y modos  
Para que de mañana murais todos.»

Percebiendo tan ásperas razones,  
Volvieron, como dicen, á la danza  
Y adelante de las reventazones  
Sacaron la piragua con bonanza:  
Jamuran, ponen ahí festinaciones,  
Asientan la compuerta sin tardanza,  
Con aceleracion jamás oida,  
Meten armas, barriles y comida.

Arde la diligencia como fragua  
Mas que de marineros y grumetes,  
Sin saludar los huéspedes al agua  
Salen y sin ignala de los fletes;  
Gobierna Joan de Salas la piragua,  
Toman los otros ocho canaletes,  
No corre sino huye la galera  
Bien puesta, lozanísima, lijera.

Los puños cada cual dellos aprieta,  
Ella ni mas ni menos apretaba,  
Y en alta mar le ponen la veleta  
Con la cual no corria, mas volaba:  
El agua con bonanza se aquieta,  
El viento lo que quieren eso daba,  
A vela y remo llevan la porfia  
Hasta que ya llegó la luz del dia.

No vian ya la tierra que dejaban,  
Ni vella deseaban ni querían,  
Un punto solamente no cesaban  
Aunque los flacos cuerpos lo pedían:  
Si los unos un poco descansaban,  
Los otros con mas fuerzas acudían,  
No paran con la luz ni con escuro,  
Hasta poder hallar lugar seguro.

Con esta diligencia que replico,  
A cabo ya de tres ó cuatro dias,  
Llegaron á San Joan de Puerto-Rico  
Donde vieron cristianas compañías,  
Y donde no quedó grande ni chico  
Que no hiciese grandes alegrías,  
Desterrando la pena recibida  
Con ver su libertad y su venida.

Y así como milagro descubierto,  
Que tal les parecia lo que escribo,  
Infinidad de gentes van al puerto  
A ver el libertado de captivo,  
Habiéndolo llorado como muerto,  
Y ahora lo gasajan como vivo,  
Cada cual ofreciendo su posada  
Con una caridad bien ordenada.

A todos ellos Salas respondia  
Haciendo cumplimientos cortesanos;  
Y con la fatigada compañía  
Que se escapó de las crueles manos,  
A la iglesia se fueron recta via  
A dar gracias á Dios como cristianos,  
Y en ella se quedaron nueve dias  
En santas oraciones y obras pias.

El tiempo que estuvieron recogidos  
Del pueblo todo fueron visitados,  
Y regaladamente proveídos  
De nuestros alimentos deseados;  
Ansimismo de copia de vestidos  
Con gran magnificencia reparados,  
Y luego Joan de Salas apareja  
Ir á regocijar su madre vieja.

Para se despedir hidalgamente  
A todos en su casa los visita,  
Al puerto fué con el ilustre gente  
Con aplauso, placer y grande grita;  
Y en una carabela conveniente  
Partió para la isla Margarita,  
Adonde se tenia por muy cierto  
Nunca vello jamás vivo ni muerto.

En la tierra saltó desconocido  
Como tomó la isla conocida;  
La venida del hijo bien venido  
A la madre tentó quitar la vida:  
Pues en el mismo punto que lo vido  
Cayó delante del amortecida,  
Por no saber tomar el hijo bueno  
El aviso que cuentan de Galeno.

Y no dejó de ser gran desatino  
Llegar sin avisar su buena suerte,  
Pues lo pudo hacer desde el camino,  
Porque con el aviso se despierte;  
El gozo finalmente repentino  
En extremo la puso de la muerte;  
Pero volvió después, y así gozaba  
De la cosa que tanto deseaba.

Preguntándole siempre muchas cosas  
A su captividad yendo y viniendo,  
Sus días y sus obras trabajosas,  
Entre vulgo bestial y tan horrendo ;  
Y de todas las islas peligrosas  
Que va Colon agora descubriendo ,  
De do me divertí contando esto ;  
Mas ya quiero volver al mismo puesto.

Porque pasando van por la Barbada,  
Y el Aguja , que tal al marinero  
Le parece por ser punti-delgada ,  
Las Virgenes, los Santos, el Sombrero,  
San Cristóbal, después del Anegada  
San Juan del Boriquén, Fuerte-Guerrero,  
Ven otra que por ser en aquel día  
Por nombre le quedó Santa Lucia.

Dando pues sus reguardos y desvios  
A piedras y bajos ocultados,  
En una destas islas y sus rios  
Tomaron agua para los ganados  
Que traian en todos los navios,  
Puesto caso que ya menoscabados ;  
Pues, por las que en sus aguas perecieron,  
El golfo de las Yeguas le dijeron.

Su próspera carrera navegando  
Los diestros y fieles marineros,  
Por muchas otras islas van pasando,  
De vellas tan viciosas placenteros :  
Fuéronse pues las naves acercando  
A do dejó Colon sus compañeros ;  
Y en el canto que viene se procura  
Deciros algo desta desventura.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés,  
y de lo que hizo Colon llegado á la Española.

No vive todas veces con sosiego,  
Ni da seguridad á sus placeres,  
El que hace cabeza de su juego  
Sin admitir ajenos pareceres :  
Huye de la razon el amor ciego,  
Y ciegan las lascivias de mujeres ;  
En todos los principios indecentes  
Los fines tienen mil inconvenientes.

Si fuera de pasion Colon mirara  
Aquello que Martin Pinzon decia,  
Agora ni gimiera ni llorara  
La muerte de su noble compañía ;  
La cual también de muerte se librara  
Usando de las reglas que él ponía ;  
De manera que bien mirado todo  
En ambas partes hubo no buen modo.

Pues para ver el mal no descubierto  
Que concebían imaginaciones,  
Entrando van agora por el puerto  
Las naos y capaces galeones ;  
Entrando por buen orden y concierto,  
Fondo dan á las anclas y resones,  
Luego disparan tiros á porfia,  
Y nadie de los suyos acudia.

No vian cruces puestas ni señales  
De aquellos españoles deseados,  
Tuvieron certidumbre de sus males  
En ver los aposentos abrasados,  
Y acá y allá correr los naturales  
Con gran solicitud, sobresaltados,  
Ocupando las sierras y los llanos,  
Con sus arcos y flechas en las manos.

Reconocida bien la desventura,  
E ya sin esperanza de hallallos,  
Rogar á Dios por ellos se procura,  
Y á los que los mataron castigallos ;  
Y así por selles buena coyuntura  
Con oscuro sacaron los caballos,  
Y con aquel silencio que enmilia  
Sacaron munición y artilleria.

Gastada pues la noche con porfia  
De sacarse las cosas principales,  
Venida ya la luz del claro día,  
Acude cantidad de naturales ;  
Desechando temor y cobardia,  
Como sabian ya que son mortales,  
Y aquel acometer fué tan estraño  
Que todavia recibieron daño.

Visto cómo les daban tanta priesa  
Por las zavanas, por el arboleda,  
Salió luego Colon, salió Nicuesa,  
Salió también Alonso de Hojeda,  
Torres, Roldán, Jimenez, que no cesa,  
De rociar con sangre su vereda ;  
Aqui y allí se juegan las espadas  
Ejecutando fieras cuchilladas.

Vestidos de su vana confianza,  
Los indios golpes dan y los esperan,  
La dura partesana, dardo ó lanza  
No quieren permitir que pocos mueran ;  
Cristianos van haciendo gran matanza,  
Indios en su locura perseveran,  
Traspasan pechos, jaras y gorguces,  
Calles haciendo van los arcabuces.

Mas si crüel espada cortadora  
Infel escuadron hace sangriento,  
Infinidad acude cada hora  
Cebados del pasado vencimiento ;  
Pero cristiana parte se mejora ;  
A los contrarios faltales aliento,  
Y mas viendo diez hombres en caballos,  
Gran espanto del rey y sus vasallos.

Como quien vió fantasma con oscuro  
Que se le figuró con cola y cuello,  
El cuero del temor áspero duro,  
Erizados los pelos y cabellos,  
En el lugar mejor y mas seguro  
Queda sin pulso, habla ni resuello,  
Por ser tales visiones tan feroces  
Que tapan los caminos de las voces.

Así con el aspeto repentino  
De bestia nunca dellos conocida,  
Ocupalos tan grande desatino  
Que su mayor furor dió gran caida ;  
Estrecho se tornó cualquier camino,  
Aliento les faltó para huida,  
Los mas valientes, sueltos, mas espertos  
Pasmaban y quedaban como muertos.

Largaron ofensivas municiones  
Viendo sus tristes hados y siniestros,  
Luego pusieron dellos en prisiones  
Los mas aventajados y mas diestros ;  
Tomáronles después sus confesiones  
Acerca de la muerte de los nuestros,  
Los cuales declararon maravillas,  
Y á riesgo suyo quiero yo decillas.

Porque, según dijeron los mayores,  
Por indios que traian ya ladinos,  
Toda su perdicion fué por amores  
Andar deshonestos caminos ;  
Y es de creer, que son tales errores  
Causa de muy peores desatinos ;  
Pues nunca lujurioso fué bien quisto,  
Segun lo que leemos y hemos visto.

Así que, según orden que se puso  
En hacer el negocio manifiesto,  
Dicen traer mujeres á su uso,  
Quiero decir, á uso deshonesto ;  
También otro negocio mas confuso  
Que diré, pero todo pende desto ;  
Y si, letor, dijerdes ser comentario,  
Como me lo contaron os lo cuento :

Entre los prisioneros desta gente  
Un indio fué de buen entendimiento,  
Y en todas buenas partes de valiente,  
Decían no tener menos talento ;  
Aqueste confesaba claramente  
El daño y el origen y el cimiento,  
Y fué su confesion la que se sigue,  
Segun de los procesos se colige.

El indio dijo : «Luego como vimos  
Que destas tierras érades ausentes,  
A cuantos nos dejastes los tuvimos  
Por hombres inmortales, escelentes :  
Y así como su gusto conocimos  
Les dimos bastimentos suficientes ;  
Con obras, con palabras y semblante  
Bañándoles andábamos delante.

» El rey y capitanes acudían  
A hacer y cumplir lo que mandaban ;  
Ansimismo mujeres los servían,  
Que todos los enfermos regalaban :  
Muchos vocablos nuestros entendían ;  
Los indios muchos vuestros ya hablaban :  
Juzgárades, con ser negocio fresco,  
Ser liga y amistad de parentesco.

» Estando todos pues en tal estado,  
Ajenas de nosotros falsedades,  
El invido, crúel y duro hado  
Usó de sus antiguas propiedades,  
No siendo bien contento ni pagado  
De que durasen estas amistades ;  
Y el infernal furor que no dormía  
Luego nos revolvió por esta vía.

» Una señora principal había  
Entre todos los nuestros celebrada,  
De la cual vuestra noble compañía  
Era por muchas veces visitada,  
A quien Goaga Canari bien quería,  
Y era dél por extremo regalada :  
Allí tenía puestos pensamientos,  
Deleites, pasatiempos y contentos.

» Entre todas las cosas, la natura  
Esta ninfa crió por mas lozana ;  
No sabré dibujar su figura,  
Por parecer divina mas que humana ;  
Mas quiero comparar su hermosura  
Al claro resplandor de la mañana ;  
Pues aunque la cubria mortal velo  
No parecía cosa deste suelo.

» Las gracias de las otras eran muertas  
Delante dones tan esclarecidos ;  
Suspensos se quedaban por las puertas  
Pasando, sus cabellos esparcidos ;  
Y aquellas proporciones descubiertas,  
Cadenas de potencias y sentidos ;  
Ablandaban también sus condiciones  
Los mas endurecidos corazones.

» Dána vuestra gente la llamaba,  
Teniéndola por cosa milagrosa,  
A ella nunca desto le pesaba  
Ni fué de sus loores desdefiosa,  
Antes en gran manera se holgaba  
Que todos la loasen de hermosa :  
Enamorábanla vuestros varones  
Con amorosas señas y razones.

» Uno principalmente la servía,  
De sus amores harto lastimado,  
El cual nunca de noche ni de día  
Cesaba de decille su cuidado ;  
Y á ella nada mal le parecía  
Aqueste su fiel enamorado ;  
Y aunque este su querer disimulaban,  
Con la vista mil veces se encontraban.

» Al fin que la señora y el sirviente,  
Con ciertas medianeras interpuestas,  
Vinieron á tratar secretamente  
Aquellas pretensiones deshonestas,  
Y sin que lo supiese nuestra gente  
Tenían sus demandas y respuestas,  
Y el afición usando de sus artes  
Corría con empresas ambas partes.

» Tocada pues la ninfa destas llamas  
Envío mensajera diligente,  
Avisando que sola con dos damas  
Se bañaba por aguas de una fuente,  
Cubierta con las sombras de unas ramas,  
Secreta y apartada de su gente ;  
Si quiere ir, mas es mejor no vella,  
Pues nada bueno ve que ver en ella.

» Porque veais la dama cuál estaba,  
Con qué querer que mas al claro fuese,  
Que decir el lugar do se lavaba  
Y la señal en que lo conociese ;  
Y con ser lo que mas ya deseaba,  
Decir al amador que no viniese ;  
Y cierto muy mejor le sucediera,  
Si de las dos tomara la postrera.

» Al fin, la concesion nada dudosa  
Llegó con negacion disimulada,  
Por ser ya de mujer, siendo hermosa,  
Antigua condicion y averiguada ;  
Que puesto que se muera por la cosa  
Quiere con ella ser importunada :  
Determinóse pues el sin ventura,  
De no perder tan buena coyuntura.

» Hurtóse de su buena compañía,  
Sin que la dama viese su respuesta,  
Seria poco mas de mediodía  
En el resistidero de la siesta ;  
Y viendo que ninguno parecía  
Emboscóse por medio la floresta,  
Y brevecillo espacio caminando  
Llegó donde lo estaban esperando.

» Diana la princesa que lo vido  
Mostróse con furor acelerada ;  
El mozo desto fué tan afligido  
Que fué luego su alma traspasada :  
Cayó con el dolor amortecido  
Encima del escudo y el espada ;  
La ninfa, mal compuesto su cabello,  
Determinó de ir á socorrello.

» Decía contemplando su figura :  
«Hermano mio, dime, si me quieres,  
» ¿ Por qué quieres sin mi la sepultura,  
» Sabiendo que no vivo si tú mueres,  
» Y quedaré sin tí mas sin ventura  
» Que cuantas han nacido de mujeres ?  
» Recobra ya, señor, tu hello brio,  
» Pues ya junto tu rostro con el mio.

» ¿ Haces eclipsi, hijo de Latona ?  
» ¿ No oyes, alma mia, lo que digo ?  
» Oh ninfas de Haities y Saona !  
» A cada cual de vos hago testigo  
» De cómo tomaré de mi persona  
» Un mas que crudelísimo castigo ;  
» Maldad mia será si mas aguardo,  
» Y con razon direis que ya me tardo. »

» Viendo del sentimiento cuál se para,  
Una señora desta compañía  
Recoge con las manos agua clara  
Que por doradas piedras descendia,  
Y roció los pechos y la cara  
Del buen enamorado que yacia,  
El cual tocado de amoroso tiro  
Volvió con un grandísimo suspiro.

» Con esta breve muestra de bonanza  
Alojó la tormenta del tormento,  
Teniendo de su vida confianza,  
Viendo cómo mostró vital aliento :  
Si en las tristezas hubo destemplanza,  
Agora lloran todas de contento ;  
Y el mozo sin saber con quién estaba  
Con aquestas palabras se quejaba :

« ¿ Oh Diana crúel mas que serpiente,  
» Y mas que pedernal endurecida !  
» ¿ Qué crúeldad habrá que no lamente  
» El trabajado curso de mi vida ?  
» El hombre de razon de amor se siente,  
» La fiera suele dél estar vencida ;  
» Solo tu corazon de diamantes  
» No siente lo que sienten los amantes.

» Aquí pereceré con la tormenta  
» Del proceloso mar de mi tormento,  
» Donde tu disfavor es el que viento,  
» Sin que jamás se vea manso viento ;  
» Y aun si supiese que esto te contenta  
» Sería para mí sumo contento ;  
» Pero por ajernarme de placeres  
» No quieres que yo sepa lo que quieres.

» En estas terribles aflicciones  
 » El dulce galardón que mas espero  
 » Es un reconocer tus intenciones,  
 » Y que conozcas tú que por ti muero;  
 » Y que si te dan gusto mis pasiones,  
 » Son estos los deleites que yo quiero  
 » Mas ¡ay de mí, que no sé qué pretendes,  
 » Ni si de voluntad sueltas ó prendes!

» La ninfa respondió: « bien conocido  
 » Se tiene ya de mí lo que pretendo;  
 » Tú solo no serás el entendido,  
 » Al menos por tus quejas no te entiendo:  
 » Pues viéndote de mí tan bien asido,  
 » Dices que ni te suelto ni te prendo;  
 » Pero ternás por cosa conocida,  
 » Que del mismo que tengo soy tenida.

» Y con que la piedad espermentas  
 » De señora de punto tan altivo,  
 » Me dices que naufragas en tormentas  
 » Por un amor del tuyo muy esquivo;  
 » Y huelgo de sufrir tales afrentas,  
 » Que las deshace todas verte vivo,  
 » Por ser tu vida ya, luz de mi día,  
 » El principal sustento de la mía.»

» Oída del amante la serena  
 Que no para matar lo regalaba,  
 Con un alivio grande de su pena,  
 A las razones della discantaba:  
 « ¡ Oh voz suave de mi Filomena,  
 » A quien amor rindió flechas y aljaba!  
 » ¿ Qué lugar puede ser en lo terreno  
 » Que iguale con la gloria de tu seno?

» ¡ Oh aves, que con lenguas esparcidas  
 » Soleis regocijar las alboradas,  
 » En estas selvas frescas y floridas  
 » Por los umbrosos ramos derramadas!  
 » Cantad, que mis pasiones recibidas  
 » Con gran ventaja son recompensadas;  
 » Pues veis que sobrepujan los favores  
 » Las mas crüeles penas y dolores.

» Vencia mi dolor y mi tormento  
 » Los mas bravos escesos de tormentos,  
 » Y agora sobrepuja mi contento  
 » Al mas süave gusto de contentos,  
 » Aunque con gran temor de movimiento,  
 » Pues hay en todas cosas movimientos,  
 » Por ser fortuna tal y tal su rueda  
 » Que no pudo jamás estarse queda.

» Abate pujantísimos poderes,  
 » Deshace señoríos de pujanza,  
 » En cosas mayormente de mujeres  
 » Jamás tuvo segura la balanza:  
 » Allí son mas inciertos los placeres,  
 » Y está mucho mas cierta la mudanza;  
 » Y así creo será de poca dura  
 » Esta mi felicísima ventura.»

» La ninfa respondió: « de lo que sientes  
 » Está tan apartado lo que siento,  
 » Que del Cibao rio las corrientes  
 » Revolverán sobre su nacimiento,  
 » Y Ozama cesará de sus crecientes,  
 » Primero que yo tenga movimiento;  
 » Mas esas desventuras que decías  
 » Podrían venir por otras vías.

» Que bien sabes que rey es mi marido,  
 » El cual en guarda mía se desvela,  
 » Y está de mis amores tan vencido,  
 » Que hasta de los aires me recela;  
 » Y al rey lo mas oculto y escondido  
 » Por mil vías y modos se revela,  
 » Debajo de lo cual es lo mas cierto  
 » Que será nuestro caso descubierto.

» Sabido, ¿ dónde piensas esconderte  
 » De flechas y flecheros violentos?  
 » O dó me defender y defenderte,  
 » Si tienes de defensa los intentos?  
 » Pues el mayor amparo será muerte  
 » Con varias invenciones de tormentos;  
 » Porque estos que tú llamas infieles  
 » Son cuanto mas cobardes mas crüeles.

» ¡ Oh, cuán albaraquientos, cuán livianos,  
 » Cuán alborotadores y apocados  
 » En las ejecuciones inhumanos!  
 » Porque te llevarán por sus mercados,  
 » Unas veces sin piés, otras sin manos,  
 » Asido por los labios horadados,  
 » Cortándote los miembros por mitades,  
 » Gustando mucho destas crueldades.

» Si quieres que contigo yo me vaya,  
 » Iré; mas no haremos cosa buena,  
 » Porque defensa flaca me desmaya,  
 » Y aunque la tuya fuera muy mas llena,  
 » Será como vencer la de la playa  
 » Un pequenuelo grano del arena;  
 » Pues contra multitud de gente dura  
 » Los pocos pocas veces han ventura.

» Si viera yo tus naves en el puerto,  
 » Y dentro dellas todos tus hermanos,  
 » Creyera que escaparas de ser muerto,  
 » Pues ellos te librarán de sus manos;  
 » Pero ya que ellos faltan, lo mas cierto  
 » Es olvidar tus pensamientos vanos,  
 » Aunque cosa será desafortada  
 » Que pueda yo de tí ser olvidada.

» Y así no sufriré que se despida  
 » Amor que con el mio tengo preso;  
 » Menos podré creer que quien olvida  
 » En algunos negocios tenga peso;  
 » Mas donde corre riesgo tanta vida,  
 » Querría, si pudiese, mayor seso;  
 » E ya que no huimos lo que daña  
 » Que supiésemos darnos buena maña.»

» El mozo muchas cosas respondía  
 Para satisfacer á sus amores;  
 Y al tiempo que lo tal acontecía  
 Llegamos por allí diez cazadores,  
 Que, como ya la sed nos affigia,  
 Buscábamos las aguas y frescores,  
 Y estaban ellos tan embebecidos  
 Que nunca fuimos vistos ni sentidos.

» Encubrimonos pues entre las ramas  
 Para hacer mejor nuestros acechos;  
 No sin admiración de ver las damas  
 Con las patentes muestras de sus hechos;  
 Creciendo fué la ira, cuyas llamas  
 Tal incendio causaron en los pechos,  
 Que procuramos sin detinimiento  
 Tomar venganza del atrevimiento.

» Al fin, como varones enojados,  
 » Hicimos nuestras armas luego prestas,  
 » Saliendo los que estaban ocultados  
 » En las espesas selvas y florestas  
 » Los arcos á los pechos entelados,  
 » Y en ellos las agudas flechas puestas;  
 » Ellos con el ruido del asalto  
 » Recebieron pesado sobresalto.

» Las ninfas por el monte y aspereza  
 Huyeron con el paso bien agudo;  
 El mozo con su presta lijereza  
 Armóse del espada y del escudo,  
 Y con terribles muestras de braveza  
 Rompiendo fué por escuadrón desnudo:  
 De diez los seis tenía ya tendidos,  
 Los otros escapamos mal heridos.

» Habiéndonos tratado desta suerte,  
 » Y püestonos en áspera huida,  
 » Encaminó los pasos á su fuerte  
 » Sin esperanza cierta de la vida,  
 » Antes con certidumbre de la muerte  
 » Por una crudelísima herida,  
 » Cuyo golpe de sangre señalaba  
 » Los pasos y camino que llevaba.

» Llegado pues al fuerte do venía  
 » Los pechos de su sangre rubricados,  
 » Aquellos de su noble compañía,  
 » De semejante caso descuidados,  
 » Mirando de la suerte que venía,  
 » De gran temor se vieron rodeados:  
 » Juzgaban de lo ver sus compañeros  
 » Los males y trabajos venideros.

» Tendieron sus banderas y estandartes,  
Recógese la gente derramada,  
Fortalecían bien sus baluartes  
Con una prontitud acelerada;  
Procuran reparar por todas partes  
Las cercas de su fuerte palizada,  
Alistan castellanos y andaluces  
Las balas de humosos arcabuces.

» Aquellos que escapamos mal heridos  
Los unos y los otros lamentando,  
Y unos dando grandes alaridos,  
Venganza con rigor apellidando;  
Tocaron nuestros gustos los oídos  
De los que nos estaban esperando:  
De vernos los mayores y menores  
Alzaron grandes gritos y clamores.

» De todo lo pasado dimos cuenta,  
Ya casi sin alientos ni resuellos,  
Y Diana de culpa ser exenta  
Les hacía creer á todos ellos:  
Al fin que convencida, por afrenta  
El rey mandó cortalle los cabellos:  
Mas no pudo hallar quien se moviese  
Ni tal atrevimiento concibiese.

» Disculpas dió también de los de España  
Por términos y modos escelentes,  
Y en el decir se dió tan buena maña  
Que casi mitigó sus accidentes;  
Mas no pudo templar la grande saña  
De los que muertos van sus parientes,  
Que como principales hombres eran  
Decían por los vuestros: mueran, mueran.

» Aquestos de mil pueblos diferentes  
Convocaron amigos y aliados,  
Acude Guarionex con tantas gentes  
Que cubría cabañas y collados;  
No quieren los de Haina ser ausentes,  
Ni los de Nigua quedan rezagados,  
Anacaona la libidiosa  
Ansimismo llegó muy poderosa.

» Acuden de la costa de ambos mares  
Armadas compañías inhumanas,  
Y los mediterráneos lugares  
Con flechas venenosas y macanas:  
Convites, borracheras y cantares  
Se hacían á las noches y mañanas;  
Los rostros variados de pinturas  
Hacían mas feroces sus figuras.

» Innumerables eran los plumajes  
Que llevan en colores variados,  
Y cada cual con dos ó tres carcajes,  
A las espaldas puestos y á los lados,  
Diciendo van trecientos mil ultrajes  
A los barbudos nuestros desbarbados,  
Aparte cada cual se señalaba  
Con las parcialidades que llevaba.

» Así que con coraje duro, fiero,  
Que cría los concursos de la guerra,  
Aviva sus alientos el guerrero  
De ver juntos los llanos y la tierra:  
Hervían como grande bormiguero  
Quitada la cubierta de la tierra,  
Ó como las langostas si son tantas  
Que cubren los sembrados y las plantas.

» No viérades quebrada ni sobaco  
De monte que no huellen muy espesos,  
Y á sombra de las velas y en opaco  
Usaban los piaches sus escesos,  
Consultando con humo de tabaco  
Al demonio que diga los sucesos,  
Gozando de tan buena medicina  
Con una cerimonia tan malina.

» Oímos la razon del adevino,  
Y fué de favorables resposiones;  
Todo lo necesario se previno  
Por las alborotadas intenciones,  
Y luego nos pusimos en camino  
Contra los afligidos corazones,  
Los cuales, aunque enfermos y llagados,  
Un punto no vivieron descuidados.

» Llegados donde estaban, al momento  
Que vimos el lugar y palizada,  
Hacen arremetida los que cuento  
Con furia de temores olvidada:  
A modo de leon que va hambriente  
Y ve la viva presa reparada,  
Con grita y alaridos parecia  
Que el universo mundo se hundia.

» Comiénzase la guerra de tal suerte,  
Que no se vió jamas igual braveza,  
Juntámonos de golpe con el fuerte  
Do parecia menos fortaleza;  
Pero por ampararse de la muerte  
Arana sacó fuerzas de flaqueza,  
Teniendo sanos, cojos ó tullidos  
Por orden y concierto repartidos.

» Bien así como planta que derrama  
Sus raíces con poco fundamento,  
Que suele de la mas subida rama  
Enviar mas raíces y sustento,  
Para poder con semejante trama  
Valerse contra gran fuerza de viento,  
Y al fin padece casos y desmanes  
Con los tempestuosos huracanes;

» Desta manera vimos al Arana,  
Que por la poca fuerza que tenia  
De los enfermos hizo gente sana,  
Y aqui, y alli, y allá los repartia  
Con gentil apariencia, pero vana,  
Segun la gran tormenta que venia;  
Pues su mas ostinada resistencia  
Valia poco contra gran potencia.

» Pero reconociendo cuán de veras  
Les cumplía mostrar buenos alientos,  
Como dicen, de buenas á primeras  
Encienden los humosos instrumentos,  
Y derribaron dos ó tres hileras  
De indios de hermosos ornamentos;  
Los vivos viéndolos allí tendidos  
Quedarón poco menos que vencidos.

» Quien cerca se halló de la ruina  
Paró como pasmado de confuso,  
Pero ninguno dellos adevina  
Qué viento huracan los descompuso;  
Por los que no los vieron se camina  
Adonde el español está recluso:  
Intentan de subir, y en las subidas  
Pocos se retiraron con las vidas.

» Así como voraces tiburones,  
De cortadores dientes preparados,  
Que pocos causan grandes confusiones  
En espeso cardumen de pescados;  
Y hieren, cortan, parten á montones  
Mucho mas que cuchillos afilados,  
En los cuales marinos movimientos  
Dos pueden mucho mas que setecientos;

» Así los que mandaban las espadas  
A pocos atrevidos dejan sanos,  
Hiriendo con terribles cuchilladas  
A los que se hallaron mas cercanos:  
Derribanse cabezas y quijadas,  
Córtanse piernas, piés, brazos y manos,  
Cercéanse los huesos de canillas  
Los pescuezos, las barbas y mejillas.

» Y cuanta sangre mas se derramaba,  
Tanto mas el coraje se encendia;  
De nuestra gente mucha peleaba,  
Y mucha mas por horas acudia:  
El dia ya sus cursos acababa,  
La noche tenebrosa se venia,  
Cansados los heridos y los buenos,  
Y los cercados ya ni mas ni menos.

» Aunque mil veces van al flaco muro,  
Uno ni ningún palo le quitaron,  
Menos á él llegar pudo seguro  
Ninguno de los muchos que llegaron;  
Finalmente, que todos con oscuro,  
Del cercado crúel se retiraron,  
Para volver á nuestra pesadumbre  
Cuando febeo rostro diese lumbre.

»Quitados los oscuros embarazos  
Con resplandor del sol recién venido,  
Henchimos cantidad de calabazos  
Vuelta ceniza con agi molido;  
Porque si les hiciésemos pedazos,  
Volados al lugar fortalecido,  
Los polvos que tocasen las narices  
Pudiesen menealles las cervices;  
»Reconocido por negocio cierto,  
Que con la fuerza de los estornudos  
No tenía vigor el mas esperto  
Para se reparar con los escudos;  
Y así podrían dar en descubierto  
Las flechas y los jáculos agudos,  
Porque tales industrias son arduas  
De que caribes usan en sus lides.

»En este parecer determinados,  
Hecha de muchedumbre viva rueda,  
Teníamos los vuestros rodeados  
Como cories en el arboleado:  
Vuelan los calabazos, y quebrados  
Dentro se levantó gran polvareda;  
Todos en estornudos son iguales,  
No siendo salutíferas señales.

»Por entre palos hacen buen empleo  
Los que quieren estar con advertencia;  
Pues cuando de los cuerpos hay meneo,  
Impelidos de aquella violencia,  
Los bárbaros cumplían el deseo  
Que daba prontitud y diligencia,  
Para poder encaminar la flecha  
Donde con harto daño se desecha.

»El breve batallón anda turbado,  
Unos heridos, otros ya sin vida;  
Quitamos luego palos del cercado,  
Por donde se metió tal avenida  
Que ningún español hallaba vado,  
Remedio, ni esperanza de huida;  
Solos diez alentados de buen brio  
Por defensa tomaron un buhio.

»Pareciónos tenellos en pihuelas,  
Y dado fin á la cruel reyerta;  
Mas ellos con espadas y rodellas  
Defienden el entrada de la puerta:  
Cortan á tantos las vitales telas,  
Que buellan todos sobre gente muerta;  
Arana y maestre Joan, un cirujano,  
A quien alcanzan no lo dejan sano.

»Viendo pues tantos indios en el fuerte  
Que de vivir quitaban esperanza,  
Jugaron ambos la postrera suerte,  
Acrecentando siempre la matanza:  
En tal manera ya, que de su muerte  
Tomaron antes della la venganza,  
Encaminando sus crúeles manos  
A los que se mostraban mas lozanos.

»Viendo Quarionex, señor segundo,  
En sus vasallos flacos movimientos,  
Les dijo: «no vivais mas en el mundo,  
»Soeces y de bajos pensamientos,  
»Pues me sacais los pejes del profundo  
»Y las aves que vuelan por los vientos,  
»Y agora solos dos mancos y tuertos  
»Se quedan vivos y vosotros muertos.»

»Oyéndolo sus gentes, de corridas  
Procuraron mostrarse con ventaja;  
Y así por acabar las tristes vidas  
De aquellos por quien tanto se trabaja,  
Tiraron muchas flechas encendidas  
Para quemar la casa que es de paja,  
La cual, como tuviese flacas ramas,  
Consumieron en breve vivas llamas.

»Ardor de valentía se mitiga  
Porque desconfianza los ligaba;  
Impetüosa llama y enemiga,  
Los bajos y los altos ocupaba:  
Calor intolerable los fatiga,  
El fumoso vapor los ahogaba;  
Eso me da lo flaco que lo fuerte,  
No tenía que ver sino la muerte.

»Como nos acontece si cazando  
Cercamos las zavasas en el fuego,  
Que lo que aquí y allí se va juntando,  
Y varios animales salen luego  
Algun lugar seguro rebuscando,  
Uno medio quemado y otro ciego,  
Y adonde quiera halla cazadores,  
Opuestas llamas, humos y calores;

»Así los tristes desaventurados  
Las puertas del vivir tienen cerradas,  
Pues se vian de fuego rodeados,  
Por indios las salidas ocupadas:  
Y así cayeron todos chamuscados,  
De flechas las entrañas traspasadas,  
Y aun en los cuerpos ya sin sentimiento  
No cesaban castigos y escarmiento.

»Con esto dimos fin á la revuelta  
Y concluimos toda la jornada,  
Muerta de nuestra gente la mas suelta,  
Y la que quedó vida lastimada:  
Enterramos los nuestros, y á la vuelta  
A Diana hallamos ahorcada,  
Que viendo de los vuestros la caída  
No quiso sin su vida tener vida.

»El vivo finalmente, y el difunto,  
Ha metido las manos en la masa,  
El poder de la isla vino junto  
Sin señalarse número ni tasa;  
Y aquesta es sin escuder un punto  
La cierta relacion de lo que pasa,  
No los queráis vengar, pues está claro  
Que cada cual nos cuesta harto caro.»

Oídos los sucesos inhumanos,  
No dichos por semejas ni barruntos,  
Sino por quien metió los piés y manos  
Relatando la guerra por sus puntos,  
Hicieron diligencias de cristianos,  
Que fué rogar á Dios por los difuntos;  
Y en el lugar do fueron descompuestos  
Pusieron cuatro versos, que son estos:

*Hæc Crux ostendit fœdatus sanguine litus  
Gentis, quæ ignotus primum migravit ad Indos,  
Sæpe preces longas pro victis fundite, namque  
Unius ob noxam cunctos maia fata tulerunt.*

Este lugar adornó  
Aquesta cruz soberana,  
Porque aquí se derramó  
La primer sangre cristiana  
Que al nuevo mundo pasó.

Con oración, con ayuno,  
Se por ellos importuno,  
Y con piadosos modos;  
Pues por la culpa de uno  
Aquí perecieron todos.

### ELEGIA III.

*A la muerte de FRANCISCO BOVADILLA, donde onsimismo  
se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, con  
otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.*

#### CANTO PRIMERO.

Engrandezca Melpómene su llanto  
Con discursos de mas calamidades,  
Alentando mi voz y ronco canto  
En otra multitud de variedades;  
Aunque no cantaremos tanto cuanto  
Han menester particularidades,  
Solamente daremos orden como  
Se digan las que fueren de mas tomo.

Hecho pues por Colon el sentimiento  
Que á los amigos muertos se debía,  
Luego determinó buscar asiento  
Donde poner la gente que traía:  
Las velas manda dar al manso viento,  
Por la banda del norte hace vía,  
Hasta tanto que vió lugar decente,  
Do sacó los ganados y la gente.

Puerto seguro fué donde procura  
Largar las anclas y amainar la vela,  
De buenas playas y cabal fondura  
Para nave mayor que carabela:  
Por entonces allí hacen cultura  
De ciudad que llamaron Isabela,  
A la contemplacion que el nombre muestra  
Por Isabel la santa reina nuestra.

Luego nombró de la mayor nobleza  
Para regir personas fidedinias,  
Y vista desta isla la grandeza,  
Dió tierras á las gentes peregrinas:  
En el Cibao hizo fortaleza  
Para los que labrasen en sus minas,  
Dicha Santo Tomás, porque creyeron  
Habellas desque ya los ojos vieron.

Mandándole que dellas no se quite,  
Para la defension de sus partidos,  
Al alcaide don Pedro Margarite  
Con cincuenta soldados escogidos;  
Y que para labrallas ejercite  
Indios en tales usos instruidos,  
Los cuales y ansimismo gente nuestra  
Cada dia sacaban mejor muestra.

Todo lo necesario se les lleva  
Para desentrañar estos veneros,  
Y hecha dellos conveniente prueba,  
A nuestros reyes hizo mensajeros;  
Un Pedro Gorvalán llevó la nueva  
Con cantidad crecida de dineros:  
Muéstranse favorables y propicios  
A tan heróicos hechos y servicios.

Acabados de dar estos asientos,  
El Hércules insine y animoso  
Tomó de sus soldados los doscientos,  
Consortio principal y valeroso  
Para continuar descubrimientos,  
Pareciéndole mal mucho reposo;  
Y para gobernar las demás gentes  
Quedaron sus hermanos por tintentes.

Apartado Colon destos lugares,  
Todos los españoles que quedaban  
En sus repartimientos de solares  
Con un vivo fervor edificaban,  
No sin graves pasiones y pesares  
De los indios, que todo lo notaban;  
Los cuales, viendo cosa tan de veras,  
Dieron en no hacer sus sementeras.

A lo cual estas gentes conmovian,  
Porque faltándoles mantenimientos,  
Ansi los que de España se traían  
Como los que ellos daban por momentos,  
Los nuestros moririan ó se irian,  
Viendo que perecian de hambrientos;  
Y ansi, por alfojar en su cultura,  
Sobre todos cayó la desventura.

Porque los alimentos consumidos  
Que de nuestra nacion por mar venían,  
Para ser de los otros socorridos  
Los nuestros á los indios acudían;  
Los cuales, por estar desproveídos,  
De pestilencial hambre perecian.  
¿Qué palabras serán aquí bastantes  
Para decir miserias semejantes?

Pues á cualquiera parte donde fueres  
Hallarás por los campos divertidos  
Hambrientos los maridos sin mujeres,  
Las mujeres hambrientas sin maridos,  
Los hijos sin regalo, sin placeres,  
De paternal regazo despedidos,  
Chupados, consumidos, y de suerte  
Que eran propio retrato de la muerte.

Bien como las abejas en enjambre  
Vagaban, olvidados sus asientos;  
Sin alimento fresco ni fiambre,  
Sin sentido, sin fuerzas, sin alientos:  
Al fin, debilitados de la hambre,  
Caían de quinientos en quinientos,  
Tendidos por los campos y riberas  
Por cebo de las aves carniceras.

No hizo mortandad tan gran cadena  
En la ferocidad del rey Atila,  
Ni tanta por los campos de Ravena,  
Gente que España y Francia recopila,  
Ni tureo por Belgrado ni Viena,  
Cuando sus moradores aniquila,  
Ni del gran Taborlan la brava bueste,  
Cuantas aquí causó tan grave peste.

Pueblos pudieras ver sin moradores,  
Que todos los dejaban y huían;  
Intolerables eran los hedores  
Que purisimos aires corrompían;  
Y ansimismo los nuevos pobladores  
No menos desventuras padecían,  
Pues sus mejores ratos y mas ciertos  
Era hacer fosados para muertos.

Allí los arrojaban á montones,  
Juntos los principales y notables.  
¡Oh cuántas quejas, cuántas maldiciones!  
Sonaban en la furia destos males,  
Abominando todos los Colonos,  
Por les hacer dejar sus naturales!  
En tratos, en palabras, en figura  
De hambre cada cual era pintura.

Traían los cabellos erizados,  
Los ojos en las cuencas muy metidos,  
Los labios en color amortiguados,  
Los dientes descarnados, carcomidos:  
Los cueros á los huesos van pegados,  
De pálido color como tenidos;  
Sin ninguna cubierta las estillas,  
Y claras y patentes las costillas.

Otros hubo tan gordos de hipatos  
Como si prometieran nuevos partos,  
Comiendo hasta suelas de zapatos  
Con el grande hervor de verse hartos;  
Y consumidos ya perros y gatos,  
Daban tras las culebras y lagartos;  
Sumos regalos eran los cories,  
Hutías, mohuyies y quemies.

Al tiempo que lo tal acontecia  
En el lugar que tengo referido,  
Don Pedro Margarite padecia  
No menos confusion en su partido;  
Pues de la poca gente que tenia  
Las dos partes habian perecido,  
Y creése por vello desta suerte  
Que le pudieran indios dar la muerte.

Pues para defension no son cabales  
En tiempo tenebroso ni con lumbre,  
Mas dióle gran seguro destos males  
Su buena condicion y su costumbre:  
En ser bien quisto destos naturales  
A quien no consintió dar pesadumbre,  
Pues viendo que comida no tenían,  
No les importunaban, ni pedían.

Pero viéndolo tan enflaquecido,  
Secas y consumidas las mejillas,  
Un indio principal, de comedido,  
Le presentó dos vivas tortollillas;  
Mostrósele muy bien agradecido,  
Dando por recompensa mil cosillas;  
El indio no las dió con tal intento,  
Mas en efeto se volvió contento.

Viendo las pajarillas y presente,  
Entre tanto que Dios mas proveyese,  
Fué muy importunado de su gente  
Las mandase matar y las comiese,  
Y que se holgarian grandemente  
De que por ellos esto se hiciese,  
Pues era poco cebo para uno  
Y para tantos menos que ninguno.

En esta tempestad que tantos doma  
El mosén Pedro dijo como bueno,  
«Pues todos padecemos la carcoma,  
No es justo proveer un solo seno,  
Y que mireis vosotros, y yo coma,  
Y esteis todos vacios é yo lleno.»  
E luego por un término galano  
Soltó las tortollillas de la mano.

No van las tortollillas al desgairé  
Estendiendo sus alas por los vientos,  
Antes con lijerisimo donaire  
Volaron y dejáronlos hambrientos,  
Y todos con los papos llenos de aire  
Quedaron como hartos y contentos,  
Encareciendo de comun sentencia  
Su valor, su virtud y su prudencia.

Entre las otras cosas sucedidas  
 Donde estaban las otras compañías,  
 Flacas, atribuladas y afligidas,  
 Con hambre de gran número de días,  
 Un hombre padeció graves heridas  
 Dadas por un mancebo, Miguel Diaz,  
 El cual tuvo por bien, visto su cargo,  
 Hacerse por los montes á lo largo.

Huyendo por aqueste desatino  
 La pena del delito recelando,  
 Por tierras nunca vistas peregrino  
 De gentes enemigas confiando,  
 A la parte de sur hizo camino,  
 Isla de mar á mar atravesando,  
 Adonde halló gente mas lucida,  
 Muy sana y abundante de comida.

Por las orillas va de fresco río,  
 Bien puesta poblacion y populosa,  
 De cierta mujer es el señorío  
 No menos avisada que hermosa:  
 Parecióle ya grande desvario  
 Jornada tan al claro peligrosa;  
 Pero viéndose dentro de la danza  
 Destos salvajes hizo confianza.

La hambre lo sacó de la montaña,  
 Cuyos extremos son muy atrevidos,  
 Los indios de ver cosa tan estraña  
 A gran admiracion son conmovidos:  
 Con señales de paz los desengaña,  
 Y con grandes suspiros y gemidos,  
 Haciendo conocer por los meneos  
 Su gran necesidad y sus deseos.

Los indios lo bajaron de aquel viso  
 No sin alborotada compañía,  
 Deseando del tal tener aviso  
 Si viene contra ellos por espia;  
 Diéronle de comer como lo quiso,  
 Cosa que bien al caso le hacia,  
 Y con el gran rumor que se publica  
 Llevaronlo delante la cacica.

El cual, con una muestra mesurada,  
 Por señas ofrecía su servicio,  
 Y es cierto que después de su llegada  
 En estas gentes hubo gran bullicio;  
 Porque por ser preseas señalada  
 Quisieran hacer della sacrificio;  
 Pero la dicha reina destas gentes  
 Mirábalo con ojos diferentes.

Pues con gran aficion de su cautivo  
 Juzgaba por pesado desconcierto  
 Matar al miserable fugitivo  
 Que viene por hallar seguro puerto;  
 Y deseaba mas gozallo vivo  
 Que por sus santuarios vello muerto:  
 Es mozo, gentil hombre, desbarbado,  
 Y así quiso tomallo por criado.

Favorecía mucho su partido,  
 Y libre ya del mal que represento,  
 Mostróle por semblante conocido  
 Su muy libidinoso pensamiento;  
 Finalmente, tomólo por marido,  
 Y celebró con él su casamiento,  
 Y el tiempo que duró peregrinando  
 En ella y en sus tierras tuvo mando.

Dijole que hiciese paz y guerra  
 De preseas, riquezas y tesoro,  
 Descubrióle secretos de la tierra  
 Y entre ellos caudalosas minas de oro;  
 Notaba de los llanos y la sierra  
 Su gran fertilidad y su decoro,  
 Y el dicho Miguel Diaz grandemente  
 Deseaba traer allí su gente.

En aprender vocablos cada día  
 Vivía con grandísimo cuidado,  
 Ella con gran regalo le servía,  
 Y fué por su respeto respetado;  
 Mas aunque por extremo la quería  
 Deseaba salir de mal estado,  
 Y de tan gran grandeza dar noticia  
 Con alcanzar perdon de la justicia.

Andando pues con este presupnesto,  
 Buscaba coyunturas y sazones  
 Para por algun modo bien compuesto  
 A la india decir sus intenciones;  
 Ella que via bien su triste gesto,  
 Le dijo: «si valiesen mis razones,  
 Grande deseo tengo que me digas  
 La causa de tus penas y fatigas.»

El Miguel Diaz dijo: «pues, señora,  
 Mi tristeza tenéis tan conocida,  
 Yo conozco que sois merecedora  
 De príncipes, y dellos ser servida;  
 Pero Miguel cristiano, Haxa mora,  
 Entrambos juntos hacen mala vida,  
 Es menester que cumplas mi deseo  
 Creyendo firmemente lo que creo.»

Ella le dijo: «luego se concluya  
 Aquello que, señor, por bien tuvieres,  
 Para que tu salud no se destruya,  
 Y de mi voluntad no desesperes  
 Creyendo ser ajena de la tuya;  
 No queriendo yo mas de lo que quieres,  
 A ti cumple decirme de qué suerte,  
 Que yo te seguiré hasta la muerte.

«El efeto tenemos entré manos,  
 Si quisieres mostrarte diligente  
 En ir á llamar luego tus hermanos  
 Llevando compañía de mi gente;  
 Porque teniéndolos aquí cercanos  
 Yo los sustentaré bastantemente,  
 Que bien sé cómo viven y sus modos,  
 Y cómo ya de hambre mueren todos.»

Pues como la cacica respondia  
 Con lo que Miguel Diaz tiene gana,  
 Semejantes palabras le decia  
 Con rostro y apariencia cortesana:  
 «¿Cuándo podré servir, señora nia,  
 Oferta de merced tan soberana?  
 De mas de que la vida que sostengo  
 Es vuestra, pues que yo por vos la tengo.

» Quiero cumplir aquesé mandamiento  
 Para poder gozar merced tan llena,  
 Que yo sé que vernán en el momento,  
 Y todos lo ternán á dicha buena;  
 Con ellos no terné detenimiento  
 Por me tirar acá de la cadena.»  
 La india se holgó de la respuesta,  
 Y mucha gente hizo luego presta.

Aderezóse buen matalotaje  
 De jovas y preseas, ricos dones,  
 Por ablandar la furia y el coraje  
 Que contra él tenían los Colonos;  
 Pusose con los indios en viaje  
 No sin dolor de entrambos corazones,  
 Y como fué por via bien guiada,  
 En pocos dias hizo la jornada.

Con oscuro llegó como discreto,  
 Y atrás dejando gente que llevaba,  
 A tales intenciones va sujeto  
 De primero saber lo que pasaba;  
 Y aquel con quien trató de su secreto  
 Cualquiera sinsabor aseguaba,  
 Porque su contendor estaba sano  
 Y sin necesidad de cirujano.

Destos negocios bien asegurado  
 Y cierto de la vida del paciente,  
 Luego se vió con el adelantado  
 Bartolomé, caudillo desta gente;  
 Que como de su casa fué criado,  
 Fué luego perdonado blandamente,  
 Y hizo, dando fin á novedades,  
 Entre los enemigos amistades.

Hechas aquestas cosas, otro día  
 Que después desta noche fué siguiente,  
 Llegó la gran caterva que traia  
 Con el necesarísimo presente:  
 Alentóse la triste compañía  
 Con muestra de comida tan patente,  
 Al Miguel Diaz dueñas y varones  
 Echaban un millon de bendiciones.

Dió mas á los Coiones embajada  
De parte de su dama la cacica,  
Y en totuma de oro bien labrada  
Muestra de mina grandemente rica,  
Y para la nacion desconsolada  
Hartura y abundancia les publica,  
Y ansi por ver socorro tan divino  
Deseaban volar este camino.

A cabo ya de tres ó cuatro dias  
Que dió la relacion tan verdadera,  
Bartolomé Colon con Miguel Diaz  
Determinaron ir á la lijera;  
Por no mover aquestas compañías  
Sin hallar los asientos y ribera,  
Fueron también soldados codiciosos  
Y fray Buil con ciertos religiosos.

Caminaron por pasos conocidos  
De quien guiando va por la floresta;  
Fueron por el camino proveidos  
Siempre con abundante mesa puesta:  
Llegados todos fueron recibidos  
Con grandes aparatos y gran fiesta,  
Las calles y las plazas enramadas  
Y de flores y rosas tapizadas.

Ver la señora luego se procura  
Dentro de su cercado de dos puertas,  
A quien no le faltaba hermosura  
Con un no sé qué don de gracias ciertas:  
Cubierta por de yuso la cintura,  
Las demás proporciones descubiertas,  
Muy llena y adornada su persona  
De lo que por acá llaman cacona.

Allá por ciertas formas los copetes  
Compuestos por encima de la frente,  
Que parecian crestas en almetes,  
Sembrada mucha perla trasparente;  
En los molledos ricos brazaletes,  
Fino collar con águila pendiente,  
Riquísimos pomares de chaquiras  
Con piedras esmeraldas y zafiras.

Habia muchas dueñas y doncellas  
En la casa real, que la servian,  
Y eso me da las feas que las bellas  
Por el mismo nivel se componian;  
Y ansi generalmente todas ellas  
De grande desengaño se vestian,  
Pues no cubrian sayas ni ropones  
Las buenas ó las malas proporeiones.

Entrando pues Colon al aposento  
Con aquella no vista compañía,  
Ella los recibió con el contento  
Y término que vió que convenia,  
Sin le faltar razon ni cumplimiento  
De llena y acabada cortesía;  
Y estas primeras vistas acabadas,  
A todos hizo dar buenas posadas.

Otro día la vieron ansimismo,  
Y el padre fray Buil, como debia,  
Dijo las excelencias del batismo  
Por un indio ladino que traía,  
Con aquella razon de catecismo  
Que tan alto negocio requería;  
Ella mostró contento de sabello,  
Y sintió bien y estuvo bien en ello.

Puesta con contricion en buen camino,  
El sobredicho padre determina  
De darle sacramento tan divino  
Y de llamalla doña Catalina;  
Bartolomé Colon fué su padrino;  
Honróse de la gente peregrina,  
Regocijase los padres y los hijos  
Con bailes y con otros regocijos.

Acabada la fiesta y el sarao,  
Determinó la nueva convertida  
De enviar á las minas del Cibao  
Gente con abundancia de comida,  
La cual acompañó micer Giroa  
Con gente nuestra bien apercebida,  
Y fué necesarísimo convite  
Al noble mosén Pedro Margarite.

Después de socorrer estos varones  
Con fortuna mejor y mano diestra,  
Conocidas las grandes aficiones  
De que los dos amantes hacen muestra,  
El fray Buil les dió las bendiciones  
Por orden de la Iglesia madre nuestra,  
Y fueron los mestizos que este tuvo  
Los primeros que en estas tierras hubo.

Visto por el Colon ser todo cierto  
Lo que mis breves versos han contado,  
Determinó también mirar el puerto,  
Y lo halló ser bien acomodado;  
Hizo con la cacica su concierto  
Para traer su pueblo fatigado,  
Con que el río tuviesen de por medio  
Hasta poder hallar mejor remedio.

Pues como quien padece gran aprieto  
Con larga dilacion se desconsuela,  
Bartolomé Colon, como discreto,  
En socorrer los suyos se desvela;  
Y para dar el orden con efeto  
Determinó volver á la Isabela,  
Haciendo cortesana despedida  
Del Miguel Diaz y de su querida.

Recebió de la india ricos dones  
Ansi de oro como pedrería,  
Tuvo sus cumplimientos de razones,  
Ni cortos ni de grande demasia;  
Dióle regalos, dióle provisiones,  
Y para las llevar gran compañía,  
Con la cual, que sus pasos fué guiando,  
Llegó donde lo estaban esperando.

Dió nuevas á la gente castellana  
Diciendo: «ya cesó la desventura,  
Pues habemos hallado tierra sana  
Y llena de grandísima hartura;  
Por tanto disponeos de mañana  
Para ir á hacer nueva cultura,  
Desterrando de vos toda tristeza,  
Pues teneis entre manos gran riqueza.»

Aquel que mas entonces desconfía  
Despierta con tan buena confianza;  
No se puede decir el alegría  
Que el pueblo recibió de su mudanza;  
Y para ir á ver lo que decia  
Cualquiera brevedad era tardanza;  
Pues al son de los sonos que esto cantan  
Hasta los mas enfermos se levantan.

Como presos que en cárcel envejecen  
Estando detenidos tras las redes,  
Esperando las penas que merecen  
Sin otra confianza de mercedes;  
Y en un momento todos desaparecen  
Si por ventura rompen las paredes,  
Y no les dan fatigas ni cuidados  
Las mantas y colchones rezagados;

Ansi por ir en ciertas carabelas  
Porque por mar hacian el viaje,  
Dejaban setecientas alhajuelas  
Sin querer esperar otro pasaje;  
Antes aprieta dan todas las velas  
Hasta que ya llegaron al paraje,  
Donde surgieron quinto dia justo  
Del mes que nos nombró César Augusto.

El año fué de mil y cuatrocientos  
Con otros cuatro mas sobre noventa;  
Desembarcaron todos muy contentos  
En la parte que ya se representa:  
Puerto bien amparado de los vientos  
Y poco combatido de tormenta,  
Y aquella gran distancia de ribera  
Labrada y cultivada donde quiera.

Ozuma por allí tiende su boca,  
Y hace la ciudad bien proveida,  
Y hoy es imperio donde se convoca  
Incógnita nacion ya conocida;  
Rodéala la mar con fuerte roca  
Que de sus bravas ondas es herida,  
Santo Domingo ponen al asiento,  
Porque tal dia fué su fundamento.

Comienza cada cual con prestas manos  
De fabricar adonde se metiese,  
Y allí se recogieron los hispanos  
Por querer la cacica que así fue:  
Pero por movimientos soberanos  
Colón no quiso que permaneciese,  
El almirante digo, y sus soldados,  
Que vino después destos ya mudados.

Holgó de las mudanzas y concierto  
Hecho con Catalina la cacica,  
Gran contento le dió también el puerto,  
Y muestra de oro grandemente rica;  
Dió cuenta cómo había descubierto  
La isla que se dice Jamaica,  
Y otras muchas que no son memoradas  
Por ser secas y desaprovechadas.

Después que descansó con sus varones  
Dejó por algún tiempo los navios,  
Por calar más dentro los rincones  
Y desta isla ver los señorios;  
Descubrió prepotentes poblaciones,  
Magníficas riberas, ricos rios,  
Y luego consultó con sus hermanos  
Poblar otros dos pueblos de cristianos.

El uno fué la villa de Bonaó,  
Y el otro Santiago de la Vega,  
Donde fué capitán micer Girao,  
Y catedral iglesia se congrega;  
Sacó de los peligros del Cibao  
Al noble mosén Pedro su colega,  
Mas por alcaide de la fuerza queda  
El capitán Alonso de Hojeda.

Ordenadas las cosas en que toco  
Segun la brevedad nos encamina,  
Al pueblo de la Ozama me convoco,  
Do Cristóbal Colón se determina  
Que dél se pasen todos poco á poco  
A la parte de doña Catalina;  
Mas el efeto principal fué cuando  
Ya gobernaba Nicolás de Ovando.

Mas comenzó Colón la tal mudanza  
A las otras riberas de la Ozama,  
Debajo voluntad y confianza  
Del dicho Miguel Diaz y su dama,  
Por ser asiento de mejor templanza  
Y que por mas llanura se derrama;  
Y así hicieron en aquel asiento  
Casas con mas zanjado fundamento.

El bosque su lugar desembaraza,  
Escómbrense las playas destos mares,  
Dan á su población graciosa traza,  
La gente principal y populares,  
Señálase la iglesia, dase plaza,  
Repártense por orden los solares;  
En los cuales andaban negociados  
Capitán, escuadrones y soldados.

En esto colocaban pensamientos,  
Porque la principal plática era:  
«Terná mi casa tantos aposentos —  
Aquí será zaguán, allí escalera.»  
Otros andan abriendo los cimientos,  
Otros acarreaban la madera,  
Otros igualan sabios oficiales  
Y buscan necesarios materiales.

No se ve por allí floja la mano  
De la mayor edad ni mozo tierno,  
Porque ya por la sierra, ya por llano,  
O van ó vienen con hervor eterno,  
Así como hormigas en verano  
Buscando los sustentos del invierno:  
Bajos y altos, rústicos, discretos,  
A la justa labor están sujetos.

Vereis llenos caminos y calzadas  
De hombres naturales y novicios,  
Vereis en muchas calles señaladas  
Usarse diferentes ejercicios,  
Vereis levantar casas torreadas,  
Vereis crecer los altos edificios,  
Vereis cómo la isla se hacia  
Principio desta nueva monarquía.

Vereislos ansimismo mal parados  
Con males que la nueva tierra eria,  
Vereis algunos tiempos ya pasados  
Volver á su lozana gallardía;  
Vereis arrastrar sedas y brocados  
De que galán y dama se vestía,  
Vereis ir en aumento los caudales  
Y las sagradas rentas y reales.

Vereis labrar madera con extremos,  
Talar el alto monte y arboleda,  
Traella por la mar con vela ó remos,  
O ya con torpe rastra, ya con rueda;  
Pero porque después proseguiremos  
Desta ciudad ilustre lo que queda,  
Vamos á lo que mas en pronto llevo,  
Haciendo para ello canto nuevo.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colón y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que más aconteció en las guerras que de indios tuvieron.

No les puede dañar benevolencia  
A lo que fueron bien afortunados;  
Mas tengo yo por cierta la sentencia  
Dicha por los presentes y pasados,  
Que prósperos sucesos con prudencia  
Pocas veces están acompañados;  
Y en estos menos veces hay mudanza  
Guiando sus negocios con templanza.

Esta dicen faltar á los Colonos;  
Pues como sus riquezas van creciendo,  
Y van en crecimiento hinchazones,  
Mil buenos afrontando y abatiendo;  
Y así las españolas condiciones  
Con llena libertad de gran estruendo  
Formaban cada día gran querrela,  
No sé sí con razón ó fuera della.

Mas sé que de las tales turbaciones  
Y pesadumbre que se padecia,  
Hubo muertes, azotes y prisiones  
Que el doto fray Buil reprehendia,  
Pareciéndole mal las sinrazones  
Y aquel rigor notable que corria;  
Encontráronse todos ellos luego  
Avivando las llamas deste fuego.

Pues visto no bastar reprehensiones  
Para templar aquellos movimientos,  
Con entredichos y descomuniones  
El fray Buil seguía sus intentos;  
Para satisfacerse los Colonos  
Privábase de todos alimentos;  
Unos y otros andan de mal arte,  
Y con harta pasión de cada parte.

No falta susurron que el fuego ceba,  
Y así prevaleciendo desafueros,  
Las orejas del rey tocó la nueva  
Dada por diferentes mensajeros;  
Mas como no constó bastante prueba  
Por tener cada parte sus terceros,  
El rey mandó venir á Joan Aguado,  
Que no lo fué para cualquier cuidado.

El rey le dió sus cartas de creencia,  
Poder para las causas copioso  
Despachóse con grande diligencia,  
Por ser perjudicial mucho reposo;  
Despidióse de la real presencia,  
Prosigue su viaje trabajososo,  
Vidose con la gente descontenta  
Año de cinco sobre los noventa.

Pregónanse reales provisiones  
Con otros bastantísimos recados,  
Obedecido fué destos varones,  
Así de libres como de culpados;  
Hizo con retitud informaciones  
Con hombres buenos desapasionados,  
Resultaron de las litispencias  
Contra Colón algunas impaciencias.

El Joan Aguado, visto que le dañó  
 Al Cristóbal Colon algun mal seso,  
 Mandó que se partiese para España  
 Y en corte se presente como preso;  
 Desto se recibió pasion estraña  
 Por la balanza del contrario peso,  
 También, aunque por términos mejores,  
 Fué fray Buil y otros competidores.

Partieron finalmente destos mares,  
 Las inquietas ondas navegando,  
 Y delante los reyes singulares  
 Llegó Colon y su contrario bando;  
 Tuvieron muchos dades y tomares  
 Ante la majestad del rey Fernando;  
 Fué Cristóbal Colon reprehendido  
 Y á su primer honor restituído.

En tanto que el Cristóbal padecía  
 Estas inquietudes y vaivenes,  
 Bartolomé Colon acá regia  
 Siendo coadjutor Roldán Jimenez,  
 Entre los cuales no menos habia  
 Algunos sinsabores y desdenes,  
 Porque las cosas que Roldán ordena  
 Bartolomé por malas las condena.

Conocidos aquellos movimientos  
 En las parcialidades de los nuestros,  
 A las armas dirigen sus intentos  
 Caciques poderosos y bombes diestros,  
 Creyendo que serán sus vencimientos  
 No dudosos, oscuros, ni siniestros,  
 Siendo desta consulta la persona  
 De aquella gran mujer Anacaona.

Aquesta fué mujer de Coanabo,  
 Hermana del cacique Behechio,  
 Querida destos dos por todo cabo  
 Y respetada del demás gentío;  
 Y aunque de castidad fué menoscabo,  
 Para guerras no tuvo pecho frio;  
 Esta pues, el negocio conocido,  
 Determinó hablar á su marido.

«¿Es posible tener tanta blandura  
 Los tristes y afligidos corazones?  
 ¿Es posible que pierda coyuntura  
 Venganza de tan grandes sinrazones?  
 ¿Y que para matar á gente dura  
 De la mano solteis las ocasiones,  
 Siendo la mayor parte dellos idos,  
 Y los que restan ya mal avenidos?»

«Volved, volved las armas á las manos  
 Y còbrese la libertad perdida,  
 Acaben crudelísimos tiranos,  
 Cansadores de nuestra mala vida;  
 Esfuércense los mozos y los canos  
 Para tomar enmienda merecida;  
 Porque si buscan horas convenientes  
 Mejores no las hay que las presentes.

«El campo tienen ellos por seguro,  
 Pues de nosotros nadie se recela,  
 Solamente se velan con oscuro,  
 Y aun esto con turbada centinela;  
 Aquellos baluartes de su muro  
 Bien puede deshacellos la candela;  
 Quitemos de nosotros esta plaga  
 Antes que mas por tiempo se rehaga.

«Si muerte temporal estais teniendo  
 Con juicios de vanas opiniones;  
 Y ¿qué mayor que estar siempre muriendo,  
 Con tantas y tan grandes afliciones?  
 ¿No veis cómo nos vamos consumiendo?  
 ¿No veis desiertas nuestras poblaciones?  
 ¿No veis lamentaciones de viudas  
 Y casadas, de todo bien desnudas?»

«No veis todas las sierras y los llanos  
 Llenas de calaveras y de huesos,  
 De hijos, y de padres, y de hermanos,  
 Muertos en tan tiránicos escesos?  
 ¿Qué diré de los vivos y los sanos,  
 Cuyos agravios vemos mas espesos,  
 Pues que de muerte son sus esperanzas,  
 Sirviéndoles en minas y labranzas?»

«¡Oh grave sujecion, oh gran afrenta  
 Para quien libre della se gozaba!  
 ¿Cuál es el corazon que no revienta  
 Llorando? Y aun también ella lloraba  
 Al tiempo que estas cosas representa,  
 O ya de compasion, ó ya de brava;  
 De tal suerte, que el indio su marido  
 De su persuasion quedó vencido.

Doliéndose de vivos y defuntos  
 Y de la sujecion de nuestras leyes,  
 Concertáronse pues en breves puntos,  
 Para dar libertad á tantas greves;  
 Y sin mas dilacion partieron juntos  
 A convocar los principes y reyes,  
 Con determinaciones mal seguras,  
 Pues no daban seguro sus venturas.

Hay en la gran provincia de Jaragua,  
 Entonces de grandísimo gentío,  
 Un bello y admirable lago de agua  
 Cerca del cual moraba Behechio:  
 Hermano de la ninfa que esto fragua  
 Y rey de muy estenso señorío,  
 Belicoso varon, sabio, prudente,  
 Y en valor de riquezas eminente.

Y estando por ventura descuidado  
 De semejantes guerras y pasiones,  
 Llegaron la hermana y el cuñado  
 A dalle cuenta de sus intenciones;  
 Y para perfeccion de lo tratado  
 Ella supó decir tales razones,  
 Que pudo despertar para su hecho  
 Olvidados furores en su pecho.

Holgóse de lo ver Anacaona  
 Con tan impetuosos accidentes,  
 Y de cómo juró por su corona  
 De convocar sus deudos y parientes,  
 Y de no le faltar por su persona  
 Con dos ó tres mil buenos combatientes;  
 La cual, visto que estaba de su banda,  
 Por otros reinos lleva su demanda.

Otro lago demás de lo que cuento  
 Hay en las altas sierras encumbradas,  
 Donde Nizao hace nacimiento,  
 Las orillas del lago despobladas  
 Por el alborotado movimiento:  
 Y voces espantosas, mal formadas,  
 La terribilidad del cual estruendo  
 A todos los mortales es horrendo.

Es tal aquel murmurio, que no pueden  
 Comportar sus ruidos los humanos,  
 Ni menos entender de qué proceden  
 Las voces los vecinos comarcanos;  
 Y aun el dia de hoy también escuden  
 Los mas altos ingenios castellanos,  
 Y huyen con recelo de la pena  
 De llegar á la parte donde suena.

Mas dos se concertaron cierto dia  
 De ver aqueste lago muy de veras:  
 Un hidalgo llamado Joan Mejia,  
 Con otro mozo Pedro de Lumbreras;  
 Fueron aquestos dos en compañía  
 Subiendo las aspérrimas laderas;  
 Y aquel ruido, como vocería,  
 Cuanto mas se llegaban mas crecía.

Con ruido de tanta pesadumbre  
 El Mejia paróse de turbado,  
 El Pedro de Lumbreras con mas lumbrera  
 Hizo su paso mas apresurado,  
 Hasta que ya llegó sobre la cumbre  
 Y vido bien el lago memorado,  
 Tiempo que dijo tres veces el credo  
 Con gran temor y descompuesto miedo.

Tendió la vista por los derredores;  
 Pero no vido mas que el agua y cielo,  
 Y las terribles voces y clamores  
 Que le hacían erizar el pelo:  
 Crujante los dientes con temblores,  
 Y así se bajó luego con recelo,  
 Al lugar do dejó la compañía,  
 Del cual bajaron ambos á porfia.

Las tierras pues del lago temeroso  
En aquella sazón señoreaba  
Un Biautex, cacique poderoso,  
A quien la isla toda respetaba:  
Aquí llegó Coanabo congojoso  
Con la mujer insigne que llevaba;  
Fueron de Biautex bien recibidos  
Y muy acariciados y servidos.

Después de grandes siestas y comida,  
La gran Anacaona representa  
La causa principal de su venida,  
Dando de todas cosas larga cuenta,  
De su disminución, de su caída,  
Pérdida general y gran afrenta,  
Ocasión que tenían de presente  
Para poder matar á nuestra gente.

Fueron tan eficaces persuasiones  
Las desta reina contra los cristianos,  
Que no sin furiosas turbaciones  
El indio se hería con sus manos:  
Dióse de golpes, dióse bofetones  
Despedazando sus cabellos canos,  
Y en efeto promete de soldados  
Tres mil ó cuatro mil bien pertrechados.

Esto concluso con tan buena mano,  
Fueron á Guarionex, indio potente,  
Cacique que mandó todo lo llano  
Siendo su general y su teniente  
Mayor Banex, del Guarionex hermano,  
Para cualquiera guerra suficiente,  
El cual formaba ya sus escuadrones  
Movido de las mismas intenciones.

El Coanabo con su compañera  
Dejando prevenida ya la sierra,  
Holgaron en grandísima manera  
De ver los de los llanos tan de guerra:  
Mayormente que fué la mas guerrera  
De todas las provincias de la tierra,  
Y el Guarionex con toda su potencia  
Los recibió con gran benevolencia.

Dióles por su trabajo grande loa  
Y dijo: « Los demás, señores míos,  
Déjamelos a mí de popa á proa,  
Que yo tengo por cierto sus avisos;  
Pues Goaga Canari y Cayacoa  
Me consta no tener menores bríos,  
Antes están metidos en la danza,  
E ya con gran pesar de la tardanza.

» Y pues mandais tan bravas señorías  
De los ciguayos, gentes inhumanas,  
Despierten las antiguas valentías  
De sus potentes arcos y macanas,  
Y estemos todos de hoy en veinte días  
Juntos en estos campos y zavasas,  
Do, como cada cual su gente tenga,  
El orden se dará que mas convenga. »

Habiendo bien oído los intentos  
De cosas que á las suyas no son varias,  
Y hechos cortesanos cumplimientos  
Por razones que van aquí sumarias,  
A sus reinos se fueron muy contentos  
A prevenir las cosas necesarias,  
Y de los que llamaron fué primero  
Un Uxmátx, su general guerrero.

Aqueste capitán era bisojo,  
De tal suerte, que siempre parecía  
Que estaba con furor de gran enojo  
Según el mal aspecto que tenía:  
Finalmente, miraba de tal ojo,  
Que quien más lo trató mas lo temía,  
Y el Coanabo le hablaba largo  
En las cosas tocantes á su cargo.

El Uxmátx llamó las compañías  
Que tenían lugares diferentes;  
Ocurren luego por diversas vías  
Crecidísimo número de gentes:  
Allegáronse pues en pocos días  
Ocho mil escogidos combatientes.  
Ciguayos que hallaron los cristianos  
Descender de caribes comarcanos.

También del Coanabo que regia,  
Ser natural caribe se pregona  
Y en esta isla por su valentía  
Y excelente valor de su persona  
Alcanzó los imperios que tenía,  
Y por mujer la gran Anacaona,  
Del cual nunca se supo que perdiese  
En guerras y contiendas que tuviese.

Haciendo pues Coanabo su consulta  
Con este capitán de furia brava,  
Y congregada ya la turbamulta  
Que los vecinos campos ocupaba,  
No le pudo tal guerra ser oculta  
Al capitán Hojeda donde estaba,  
En el Cibao desde donde quiso  
A los otros cristianos dar aviso,

Diciendo que venían á matarlos  
Un número de gentes increíble,  
Por tanto que viniesen á librallos  
En la furia de trance tan terrible:  
Vinieron pues peones y caballos  
Aquella cantidad que fué posible;  
Preparóse de muchos alimentos,  
Y esperaba los indios por momentos.

Visto por Coanabo que el guerrero  
Hojeda se prepara de tal arte,  
Determinó de dar allí primero,  
Y allanar aquel fuerte baluarte:  
Sin temor de los golpes del acero,  
Ni dar á Guarionex ni á otra parte,  
Consejo de Uxmátx por dar la gloria  
Al Coanabo de cualquier victoria.

Convocó capitanes y varones,  
Hizo hacer alardes y reseñas,  
Visitó las guerreras municiones  
Con rigor ó palabras balagüenas,  
Mandó poner en orden escuadrones,  
Con los ojos y manos hizo señas,  
Atenciones captando desta gente,  
La cual atenta, dijo lo siguiente:

« Valerosos guerreros, gentes mías,  
Bien creo que terneis en la memoria  
Que en todas nuestras guerras y porfías  
Jamás hemos perdido la victoria:  
No quiero recitar las valentías,  
Pues á todos os es cosa notoria,  
Que de todos los del contrario bando  
Ningunos se nos fueron alabando.

» Y aunque eran guerras por las sementeras  
Y términos de pescas y labranzas,  
Por donde las personas mas enteras  
Perdían sufrimientos y templanzas,  
Agora van las cosas mas de veras,  
Y corren mas peligro las tardanzas,  
Y se debe guardar mas la mollera,  
Por no ser los contrarios como quiera.

» Porque bien entendeis no ser ignavos,  
Sino sagaces, sabios, diligentes,  
Astutos, ferocísimos y bravos,  
Con tan grandes extremos de valientes  
Que pretenden hacernos sus esclavos,  
No deudos, no consortes, no parientes;  
Antes serán los ciertos galardones  
Morir en miserables sujeciones.

» Pues para refrenar la tiranía  
De tan cudiciosísimos tiranos,  
Entre tanto que dura la porfía,  
Es menester que os anden bien las manos:  
Agora quiero yo la valentía,  
Las fuerzas y los hechos soberanos;  
Aquí quiero que buenos se señalen  
Y muestren los valientes cuánto valen.

» Animen á caídos dulces prendas  
De hijos y mujeres afligidas,  
Anime la defensa de haciendas  
En vuestras propias tierras adquiridas,  
Animense de ver que las contiendas  
Son por guardar las honras y las vidas,  
Y que va la razón de vuestra banda,  
Pues no llevais injusta la demanda.

» El esfuerzo pasado se renueva  
 Con aumento mayor de valor nuevo,  
 El cual terná cualquiera que se mueve;  
 Con el justo dolor que yo me muevo;  
 Y entonces cumplirá con lo que debe,  
 Y verá que yo cumplo lo que debo;  
 Pues de los golpes destos desafíos  
 Verá cómo primero son los mios.

» Así que, pues que todos estais prestos,  
 Y cada cual bien puesto y ordenado,  
 Querria no perdiédesed con estos  
 Lo que con los demas habeis ganado:  
 Vengad vuestras injurias y denuestos,  
 Veamos este fin tan deseado,  
 Que contra cantidad tan importuna  
 A pocos mal ayuda la fortuna.»

Con aquestas razones que recita  
 Este señor, á su feroz alarde,  
 A tan inmensa saña los incita  
 Que concibió furor el mas cobarde:  
 El campo se hundia con la grita  
 Diciéndole que mas no se detarde,  
 Porque verá la cosa cómo pasa  
 Desque tengan las manos en la masa.

Anacaona, que en los trances tales  
 Tenia su lugar harto cercano,  
 Llamó los capitanes principales  
 Y dióles ciertas flechas de su mano,  
 Con las puntas de agudos pedernales  
 Que rompen y traspasan lo mas sano,  
 Diciendo: «pues la doy á quien bien miro,  
 No deseo que hagan flaco tiro.»

Llenos de las mercedes y favores  
 Que sabia hacer Anacaona  
 A estos principales y señores  
 Con el autoridad de su persona,  
 Avivanse las sañas y furoros,  
 Y con lo que qualquier de si pregona,  
 Ninguna cosa mas es deseada  
 Que la gran brevedad de la jornada.

Concebidas pues estas valentias  
 El Uxmátx que dije, medio tuerto,  
 Luego mando marchar las compañías  
 Puestas en gentil orden y concierto,  
 Llevando por delante sus espías  
 Y gente que descubra lo cubierto;  
 Ampare Dios las gentes castellanas  
 De tantos dardos, flechas y macanas.

Como la sazónada y ancha haza  
 Que recompensar quiere las fatigas,  
 De quien tales labranzas embaraza  
 E ya le son las aguas enemigas,  
 Porque por el descurso desta plaza  
 Encubren secas raspas las espigas,  
 Y ellas, terrones, yerbas y otras piezas  
 Sin que podáis mirar sino cabezas;

Desta misma manera parecia  
 La gran congregacion destos salvajes;  
 Pues de los campos nada se veía  
 Sino cabezas, rostros y plumajes,  
 Con aquella potente flechieria  
 De que llenos venian los careajes,  
 Y dardos acutisimos tostados  
 Piernas, brazos y rostros embijados.

Prosigue pues Coanabo su camino  
 Con gente de tan áspera braveza,  
 Marchando hasta tanto que ya vino  
 A vista de la dicha fortaleza;  
 Pero después diremos lo que avino  
 En el combate lleno de dureza:  
 El aprieto y angustia de los nuestros,  
 Maravillas y lances de hombres diestros.

## CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo tuvo Coanabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeron.

Suele desharatar pobre vecino  
 El hombre poderoso comarcano:  
 La gran pujanza vence lo mas dino  
 Si no tiene socorros á la mano:  
 Mas do quiera que hay favor divino  
 Nada puede valer tropel humano,  
 Pues cuando su potencia viene presta  
 Abátese la lanza mas enhiesta.

Con aquestos respetos al Hojeda,  
 Cercado de tan áspera pujanza,  
 Puesto que para furia tan aceda  
 Jamás mostró desmayos á su lanza,  
 El principal remedio que le queda  
 Es en Dios una viva confianza;  
 Y así, cuando la gente parecia,  
 A los suyos riendo les decia:

«Cantidad de gandules hay al ojo  
 Que no distan de nos gran intervalo,  
 Mas no teneis por qué tomar enojo  
 De lo que yo recibo gran regalo,  
 Pues con lo que cogierdes del despojo  
 Podemos desechar el pelo malo;  
 Aguilas de oro traen por gorgueras,  
 Ricos caricurries y orejeras.

» Presto se tenderán por plaza rasa,  
 Con pena de la rústica cuadrilla,  
 Sus altos chapeteis serán basa  
 Y el basto ganareis con espadilla,  
 Porque lo que quereis traen á casa,  
 Y por lo que venistes de Castilla:  
 A trevimiento son malas enmiendas;  
 Pagarán con personas y haciendas.

» Apriete cada cual entrambos puños,  
 Haciendo lo que vierdes á Hojeda,  
 Porque si sienten bien nuestros rasguños,  
 Pavones son que desharán la rueda,  
 Y aun dejarán metal para los cuños,  
 Viendo cómo se bate la moneda:  
 Muy follonazos vienen y muy locos;  
 Pero yo les haré que vuelvan pocos.

» Poca pena me dan las gentes rudas  
 Ni sus desatinados alborotos,  
 Pues donde las espadas son agudas,  
 Y los hierros de lanza nada botos,  
 No bay para qué temer gentes desnudas,  
 Ni de risa y placer estar remotos:  
 Cárguense los tres versos y la pieza,  
 Que al fin han de llevar en la cabeza.

» Las rodelas y armas estén prestas,  
 Soldados repartidos por sus trechos,  
 Requíeranse las cuerdas de ballestas,  
 Estén á punto todos los pertrechos,  
 Guárdese cada cual de las molestas  
 Flechas en los amparos que están hechos;  
 Y cuando con furor ellos empiecen,  
 Harémosles la salva que merecen.»

» Mostraba linalmente gran contento  
 Cuando palabras tales les decia;  
 Mas era diferente sentimiento  
 El otro que de dentro padecia,  
 Por ver aquel tumulto turbulento  
 Y el orden y concierto que traía,  
 Porque bien entendia ser de loco  
 A tanta multitud tener en poco.

Llegaron pues los indios, y á sabiendas  
 Rodearon la fuerza que ya cuento,  
 Y antes que se comiencen las contiendas  
 Formaron á su gusto el asiento:  
 Hacen aprieta ranchos, arman tiendas,  
 Sin ponelles algun impedimento,  
 Y como ven que callan los cristianos  
 Piensan de los tomar vivos á manos.

Como les pareció que convenia,  
Nombran velas segun guerreras artes:  
Gastaron el restante de aquel día  
En ojear los fuertes baluartes:  
A mas andar la noche se venia,  
La cual velaron bien entrambas partes,  
Dando peor que gente de mezquita  
Al rendir de los cuartos grande gaita.

Los vaporosos nublitos apartados  
Que suele producir noturna hora,  
Cuando ya por los montes ensalzados  
Tiende sus ojos bellos el aurora,  
Ilustrando los campos y collados  
De aquellos hemisferios donde mora;  
Coanabo mandó sin que discorden  
Que sus gentes se pongan en buen orden.

Allega luego Goacayarima,  
Varon en estos trances bien instruido,  
Después del Uxmátx de gran estima,  
Viná Pani también, varon astuto;  
Y Amiguayagua, de flecheros prima,  
Con aquel gran varon dicho Baoruto,  
Y el otro que se dijo Guarocuya,  
Cada cual con la gente que era suya.

Venian con aquel hervor ardiente  
Que hambriento leon tras el ganado,  
Componiendo las arinas y la gente  
En el puesto que tienen señalado;  
Andaba Coanabo diligente  
Y el Uxmátx también con gran cuidado,  
Y en haciendo la seña que tenia  
Comienza la potente flechería.

Rompiendo van los aires alaridos,  
Y tales que á los hombres mas enteros  
Atruenan y atormentan los oidos,  
Por ser tan importunos y tan fieros;  
Las cuerdas de los arcos dan crujidos,  
Heridas de los brazos de flecheros;  
No para, no reposa, jamás cesa  
El protervo furor de tanta priesa.

Así como la muy prolija llama,  
De limite compuesto descompuesta,  
Que con terrible fuerza se derrama  
Por los espesos bosques ó floresta,  
Quemando verdes hojas de la rama  
Que una después de otra halla presta,  
Y son enajenados de reposos  
Aquellos estallidos presurosos;

Así la cantidad y la viveza  
De presurosos golpes y sonidos  
Fatigaban aquella fortaleza,  
Y á los que están en ella recogidos:  
Era de flechas tanta la grandeza,  
Que están por sus reparos escondidos,  
Sin osarse mostrar los que están dentro,  
Hasta pasar aquel primer encuentro.

Mas al lugar que juzgan por seguro  
Los indios que los tienen mas oprimos,  
Asiestan un terrible pasamuro  
Que hizo temerosos sus escesos;  
Pues usando la bala de su juro  
Llevó piernas y piés, deshizo huesos,  
Derramó sesos, dientes y quijadas,  
Y lastimó personas señaladas.

Segundan con los versos al rebafío  
Que del fuerte distaba menos techos,  
Y ansimismo hicieron grande daño  
Quebrando huesos, barrenando pechos:  
El temor que conciben es extraño  
De ver caidos sin hallar pertrechos;  
Reparaba la grande muchedumbre  
De ver lo que no tienen de costumbre.

Luego salieron siete caballeros  
Con armas de algodón encubiertos;  
Ellos y los caballos van lijeros  
Rompiendo por los indios mas armados;  
Luego como noventa ballesteros  
Con jaras y harpones afilados,  
Un rodadero cada cual delante,  
Y desto cada cual hombre bastante.

Aprietan una y otra vez las llaves  
Para poder hacer algun ojeo,  
No por cierto de temerosas aves,  
Que no las hay en tan crüel torneo;  
Quedabanles las manos muy suaves,  
Y es porque no hacian mal empleo;  
Pues hay quien su lugar desembaraza  
Y de lo mas cerrado hace plaza.

Al tiempo que estos hacen esta mella,  
Los de caballo vuelan sin tardanza,  
No divididos ni por una buella,  
Ni fuera de concierto y ordenanza;  
Cada cual hiere, mata y atropella  
Rompiendo pechos duros con la lanza  
De aquellos escuadrones y cuadrillas  
Do Hojeda hacia maravillas.

Como tigre, si halla la manada  
Sin guarda ni defensa de provecho,  
Que no cura de tasa limitada  
Para henchir aquel vorace pecho;  
Mas una y otra deja degollada  
Y con muchas no queda satisfecho,  
Antes con pertinacia y osadía  
Cuanta mas reses mata mas querría;

Así Hojeda con los seis que lleva,  
En herir y matar encarnizados,  
Con tanto mas furor la lanza ceba  
Cuanto mas indios tiene derribados;  
Y los vivos de ver cosa tan nueva  
Estaban poco menos que pasmados;  
Mas Coanabo viendo tal injuria  
Revuelve sobre sí con grande furia,

Diciendo: «¿qué haceis, gentes perdidas,  
Que mas muertos estais que los caidos,  
Y mas ciertas tenéis vuestras caidas,  
Si destos extranjeros sois vencidos?  
Pelead, y perded antes las vidas  
Que seais deste puesto removidos,  
Valientes son y rigurosos vienen,  
Mas hombres son, y de cansarse tienen.

» El mas valiente dellos también muere,  
Y le faltan alientos y resuellos:  
La fortuna dé ya lo que nos diere,  
O quede por nosotros ó por ellos;  
Y caiga de nosotros quien cayera  
A trueco de matar algunos dellos.  
Venid, apresurad esta carrera,  
Que yo quiero llevar la delantera. »

Así como terribles torbellinos  
Con gran fuerza de vientos furiosos  
Que sacan con los vientos repentinos  
Gran polvo de lugares arenosos,  
Perturbando los pasos de caminos  
Que llevan caminantes presurosos,  
Haciéndoles los pasos tan estrechos  
Que suelen del espada hacer pechos:

Así tan gran ruido y algazara  
El Coanabo hizo se levante,  
Que en el acometer nadie repara  
Con furia de temor tan discrepante,  
Que el feroz español volvió la cara  
Y no pudo pasar mas adelante;  
Antes como podía va hiriendo,  
Y á mas andar su gente recogiendo.

Parecióle bastar la buena suerte  
Ya hecha, pues quedaban mil tendidos,  
Y así siguió los pasos á su suerte,  
Sus soldados por orden recogidos:  
Aunque esto no se hizo sin la muerte  
De dos ó tres, con muchos mal heridos,  
Por haber en aquesta coyuntura  
En el entrar grandísima presura.

Pues viendo cómo ya se retraía,  
Haciendo lo que mas les aprovecha,  
Era tanta la gente que venia  
Con piedra, con macana, dardo ó flecha,  
Que en grandísimo riesgo los ponía,  
A causa de la puerta ser estrecha,  
Principalmente Goacayarima  
Que con gran pertinacia los lastima.

Hojeda, con deseo de venganza  
Viendolo gloriar de tales hechos,  
Ratió las piernas y enristró la lanza,  
Rompiendo por los indios mas estrechos:  
Y salióte tan bien su confianza  
Que lo pasó por medio de los pechos:  
Salió la dura lanza bien teñida,  
Y con ella también salió la vida.

El bárbaro furor y su grandeza  
Turbóse con el lance bien formado;  
Hojeda con grandísima presteza  
Volvió do lo tenían deseado:  
Entraron todos en la fortaleza  
Y ocuparon los puertos del cercado,  
Do con tiros y armas que tenían  
Con gran fuerza y vigor se defendían.

Pero con un furor luciferino  
Procuraban las gentes belicosas  
Romper las cercas y hacer caminos,  
Diciendo mil palabras afrentosas;  
Hasta que ya la noche sobrevino,  
Que les hizo hacer treguas forzosas,  
Dejando con oscuro los cercados  
Poco menos que muertos descansados.

Ya las noturnas horas acabadas,  
Al tiempo que la Aurora por las cumbres  
Mostraba sus mejillas coloradas,  
Faltas de resplandor las otras lumbres,  
Volviéron a las obras comenzadas,  
Y aquellas tan sangrientas pesadumbres,  
Combatiendo los fuertes baluartes  
Con crecido furor de entrambas partes.

Venían siempre nuevas compañías  
De indios que tenían por mas diestros;  
Duraron los reencuentros y porfias,  
O con prósperos hados ó siniestros,  
En este cerco mas de treinta dias,  
No con poca fatiga de los nuestros;  
Y así Hojeda, ya viendo sus daños,  
Determinó valerse por engaños.

Los cuales no condeno yo ni alabo,  
Pues también hay labores de dos haces,  
Mas al fin se trató con Coanabo,  
Mediante dos intérpretes sagaces,  
Que no fuesen las guerras tan al cabo,  
Y tuviese por bien de hacer paces:  
Pues si se fuese sin hacer mas guerra  
También le dejarán ellos la tierra.

Los indios, como gente toda vana,  
Cesaron de tan áspero denuedo,  
Oyendo la razon de buena gana,  
Aunque mas con cautela que con miedo;  
Por los poder tomar en la zavana,  
Y no tras baluartes á pié quedo;  
Y así Coanabo dijo ser contento,  
Si se cumpliese tal prometimiento.

Las lenguas por quien esto se decía  
Aseguráronle todo denuesto;  
Satisfizose dellos, y otro día  
Hizo salir la gente deste puesto:  
Por la parte que vino hizo vía,  
Debajo del ya dicho presupuesto;  
Pero nuestro Hojeda, mas anciano,  
Determinó ganalle por la mano.

Porque dejando guardas en su muro  
De hombres vigilantes, recatados,  
Partió calladamente con oscuro,  
Seis caballos con él y cien soldados;  
Y estando Coanabo muy seguro,  
De gran sueño los suyos ocupados,  
En la quietud mejor, cerca del alba,  
Con terrible furor les hizo salva.

Diciendo, Santiago, Santiago,  
Anda lista la lanza y el espada;  
No se podían dar golpes en vago  
Ni se tira baldía cuchillada;  
Hacían en los indios mas estrago  
Que lobos en manada descuidada,  
A causa de su grande desatino,  
Causado del asalto repentino.

Viendo pues tan terrible menoscabo  
Y el tropel de los golpes desiguales,  
Huyendo van por uno y otro cabo,  
Metiéndose por montes y breñales;  
Prendieron á Uxmátxe y Coanabo,  
Con otros muchos indios principales;  
Quedaron de oro fino muchas piezas;  
Que después repartieron por cabezas.

Conclusa desta suerte la revuelta  
En la zavana fértil ó dehesa,  
Con la velocidad de gente suelta  
Recogieron despojos y la presa;  
Y al fuerte do salieron dan la vuelta,  
Donde tuvieron abundante mesa  
Con gran pena y dolor de Coanabo,  
Que sintió su prision por todo cabo.

Al cual, en la cadena donde estaba,  
Nadie lo vió con brio descaído,  
Puesto que grandemente se quejaba  
De no cumplir con él lo prometido;  
Pues él no se veló ni se guardaba,  
Debajo del concierto referido;  
Pero que lo soltasen con su gente,  
Que él prometía paz perpetuamente.

Mas eran diferentes intenciones  
Las de Hojeda con sus compañeros;  
Y así se señalaron cien varones,  
Sueltos y valentisimos guerreros,  
Para llevarlos ante los Colonos,  
Y presentalles estos prisioneros:  
Los cuales sin ningún detenimiento  
Holgaron de cumplir el mandamiento.

Colon tomó los indios que vinieron,  
Encareciendo mucho la hazafia,  
Y en un navio luego los metieron,  
Que estaba de camino para España,  
Los cuales brevemente perecieron,  
Enflaquecidos de pasión estraña,  
Porque no viendo mas que agua y cielo  
No querían regalo ni consuelo.

A los indios causó temor horrendo  
Aquesta pesadísimo desvío;  
Y Anacaona luego fué huyendo  
Al reino de su hermano Behechlo,  
Nada de su furor disminuyendo,  
Antes estimulada de mas brio,  
Todavía debajo de esperanza  
De ver llegar un tiempo de venganza.

Hacia tolerables los cuidados  
Del invencible corazon guerrero,  
Ver prepotentes reyes congregados,  
Donde Guarionex mandó primero  
Con cantidad inmensa de soldados,  
Bastante, cada cual vivo y entero.  
Con quien también juntó su señorío  
Y el campo del hermano Behechlo.

Con determinación poco discreta,  
Debajo cada cual del interese  
Que al corazon humano mas aprieta  
Concertaron que el campo se moviese,  
Pero no fué la junta tan secreta,  
Que gente de Colon no lo supiese,  
El cual con pensamientos nada ciegos  
Quiso jugar de mano tales juegos.

Juntó quinientos hombres escogidos,  
Los ciento de caballo bien armados,  
De pertrechos de guerra proveídos,  
Caminaron por pasos señalados;  
Y con escuridad, sin ser sentidos,  
Dieron en los caciques congregados,  
Deshaciendo tan áspera mudanza  
No sin terrible matanza.

Pues corrían zavasas como rio  
Con tanta sangre como fué vertida,  
Sin poderse decir el gran gentío  
Que por aquel lugar quedó sin vida:  
Prendióse Guarionex y Behechlo,  
Mucha gente notable conocida,  
Con la cual los varones belicosos  
Volviéron á su pueblo vitoriosos.

Deshecha de caciques esta trama,  
Para cristiana gente peligrosa,  
Por amplísimas tierras se derrama  
La suerte de los nuestros venturosa;  
Bartolomé Colon ganó gran fama,  
Quedó toda la tierra temerosa,  
Y el dicho, viéndose tan adelante,  
Se hizo mas soberbio y arrogante.

Usaba no de términos discretos  
En algunos negocios sustanciales,  
Sin aquellas decencias y respetos  
Que se deben á hombres principales;  
Y muchos á paciencia mal sujetos  
Solian blasfemar de cosas tales:  
Aquel Roldán Jimenez mayormente  
En muchas cosas suyas no consiente.

Y un dia con un término mal sano  
Rebosaron los dos furias del seno,  
Notándolo Roldán de hombre liviano,  
Y su gobierno ser sin orden bueno;  
Bartolomé Colon alzó la mano  
Para le sacudir de lleno en lleno;  
Y para no llegarse fué remedio  
Meterse gente noble de por medio.

Apartado Roldán de su presencia,  
Con ira y con pasion y hartos fieros  
Determinó negarle la obediencia,  
Con sesenta ó setenta compañeros:  
Protestando hacer la tal ausencia,  
Por no poder sufrir los desafueros,  
Abusos, corruptelas, sinrazones,  
Que con todos usaban los Colonos.

Andando desta suerte la maraña,  
Roldán en su motin perseverante,  
El Cristóbal Colon llegó de España,  
Con cargo de virey y de almirante;  
Procurólos traer por buena maña,  
Mas ninguna promesa fué bastante;  
Y visto no cesar en sus errores  
Mandó que los pregonen por traidores.

Este tercer viaje se comete  
Con naos de hermosos ornamentos,  
Y fué por marzo de noventa y siete  
Años, sobre los mil y cuatrocientos;  
Vino haciendo lo que le compete  
En el continuar descubrimientos,  
Y en ver la tierra firme se desvela,  
E islas hasta el mar de Venezuela.

Estuvo desta vez en esta silla  
El Cristóbal Colon hasta dos años,  
Y en ellos el Roldán y su cuadrilla  
Huyendo por los bosques mas estraños,  
Escribiendo por horas á Castilla  
Los unos de los otros grandes daños,  
Porque el Roldán tenia valedores,  
Y secretos avisos y favores.

Mitigar el furor desta rencilla  
El santo rey Fernando deseaba,  
Y así vino Francisco Bobadilla,  
Comendador que fué de Calatrava:  
El cual hizo probanza no sencilla,  
Para verificar lo que pasaba;  
Y como ya jugaban otro juego,  
Roldán con sus secuaces vino luego.

Constaron pues por las informaciones  
Cargos algo cargados en escesos,  
Por los cuales prendió los tres Colonos  
Y enviólos á España mal oprimos;  
Y para que constasen las razones  
También se remitieron los procesos:  
Llegaron á la corte con embargos,  
Y ante los reyes dieron sus descargos.

Oyéronlos los reyes sin afrenta,  
Antes con voluntad y amor paterno:  
Gastaron en aquesto que se cuenta  
El florido verano y el invierno;  
Dióles libres sus bienes y su renta,  
Pero no quiso dalles el gobierno,  
Viendo ser ya para su regimiento  
Necesario mas alto fundamento.

Dejemos los Colonos en Castilla  
Libres, mas no del odio que les daña,  
Volvamos á Francisco Bobadilla,  
Que en gobernar se daba buena maña;  
Movamos los letores á mancilla  
Con el remate dél y su compañía,  
Haciendo para ello nuevo canto,  
Con que remataremos este llanto.

## CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la venida del comendador NICOLAS DE OVANDO, la vuelta de CRISTÓBAL COLON, y muerte de BOBADILLA, con otras muchas cosas que en aquella sazón acontecieron en estas partes.

Los cuerdos mozos y los sabios viejos  
Jamás atribuyeron á demencia  
Usar de pareceres y consejos  
De varones que tienen experiencia,  
Mayormente si tales son añejos  
En el ejercitar alguna ciencia;  
Pues vemos muchos sabios y prudentes  
No ser en todas cosas suficientes.

Consta pues Bobadilla ser bastante  
Hombre de gran razon, peso y medida;  
Pero, como diremos adelante,  
No supo dar reguardos á su vida,  
Por no querer creer al almirante  
Cuya perencia fué bien conocida,  
Y en todo lo demás ya digo como  
Fué persona cabal y de gran tomo.

Así con él cesaron variedades,  
Sin darse mas lugar á la malicia,  
Había muy fundadas amistades,  
Gozábase de paz y de justicia;  
En gran aumento van prosperidades,  
De muchas minas otras hay noticia,  
No ven murmuraciones ni letijos,  
Sino fiestas y grandes regocijos.

Toda la pesadumbre se destierra,  
Procúranse las cosas convenibles,  
Cesaron los rencuentros de la guerra,  
Hambres y mortandades tan terribles:  
Calando mas secretos de la tierra  
Descúbrense riquezas increíbles;  
Crecían mercaderes y tratantes,  
Haciendo sus caudales mas pujantes.

Vereis campos incultos cultivados,  
Grandes heredamientos deleitosos,  
Potentísimos hatos de ganados,  
Que hacen sus señores poderosos,  
E ingenios de azúcar fabricados,  
Contratos cerca desto caudalosos,  
Pues que para llevar de lo que tienen  
Gran suma de navios van y vienen.

El oro que la gente deseaba  
Daban quebradas ricas, campos llanos;  
La vista por allí se deleitaba,  
De ver cómo sacaban gruesos granos;  
Y alguno dellos hubo que pesaba  
Tres mil y setecientos castellanos;  
Al fin vian los hados mas aviesos  
Convertidos en prósperos sucesos.

No hay persona una ni ninguna  
Que en todo su vivir ponga dolencia;  
Y estando con tan próspera fortuna  
Sin ver en la contraria resistencia,  
A los benéficos reyes importuna,  
Que para se volver le den licencia;  
Hicieron nuestros reyes lo posible  
Por dalle sucesor tan apacible.

Con deseo de no perder los frutos,  
De que los españoles van gozando,  
Consultaron con hombres bien instrutos,  
Nuestra reina y el santo rey Fernando:  
Quedaron en efeto resolutos  
En enviar á Nicolas de Ovando,  
Comendador de Lárez, que venido  
Nombraron por mayor de su partido.

La eleccion fué digna de tal seno,  
Pues en venir persona semejante  
Enviaron mejor sobre muy bueno,  
Y que en el bien pasó mas adelante:  
De principales bombres vino lleno,  
Y entró por estos mares muy pujante,  
Abundancia de lienzos, sedas, paños,  
Por abril de quinientos y dos años.

La gente chapetona recebida,  
Y el buen comendador obedecido,  
Ordenó Bobadilla su partida  
Con cantidad de oro recogido;  
E ya la flota bien apercebida,  
Y lo mas necesario proveído,  
Llegaron de Castilla los Colonos,  
Que no causaron pocas confusiones.

Con insignias por do los conociesen  
Al puerto se llegaban velas llenas;  
Mas antes que las tales recogiesen  
Ni bajasen por orden las entenas,  
Ovando les mandó que no saliesen  
Con auto de rigor, so graves penas;  
Bien recibió Colon los de la nave,  
Mas el mando juzgó por cosa grave.

Sin embargo de penas que sentia,  
Le respondió Cristóbal al Ovando  
Que él obedecia y cumpliria  
Las duras condiciones de su mando;  
Puesto caso que poco se perdia  
En mostrarse con él algo mas blando;  
Y en dejalle siquiera tomar puerto  
En tierra que él habia descubierto;

Pero que le rogaba grandemente,  
Que por ninguna via consintiese  
Desamparar el puerto de presente  
La flota, sino que la detuviese;  
Porque seria gran inconveniente  
Si Bobadilla por entonces fuese;  
Finalmente tenia por locura  
Salir en semejante coyuntura.

Ovando reparó con el aviso,  
Por dallo quien tan bien la nor sabia;  
Empero Bobadilla no lo quiso,  
Burlando de lo que Colon decia;  
Mas presto lo veremos arrepiado,  
Con su desventurada compañía,  
Y fué para Colon cosa molesta  
Ver cómo su consejo nada presta.

Los tres hermanos, harto descontentos  
De ver lo que con ellos se hacia,  
Tornaron á dar velas á los vientos,  
Buscando puerto tal cual convenia,  
Por esperarse bravos movimientos,  
Segun de la señal se conocia;  
Pues ven llegar el sol al occidente  
Mayor de lo que suele comunmente.

Demás de que sacó rayos cetrinos,  
Después vieron correr muchas cometas,  
Dieron gritos los pájaros marinos,  
Del agua se salieron las cercetas,  
Barriendo van el agua golondrinos  
Y otras ciertas señales mal acetas:  
Salvaron finalmente su partido  
En puerto que hallaron aseondido.

Pues en aquesta parte que se cuenta  
Estaban sus navios amparados,  
Donde furia de olano revienta,  
Y limpio fondo va por todos lados;  
Esperaron allí la gran tormenta,  
Con bastantes amarras ancleados;  
Mas Bobadilla, ya que estaba presto,  
Ninguna cuenta quiso hacer desto.

Burlando pues de todos los desvíos  
Y mal que el almirante le revela,  
Se vistió de marinos atavíos,  
Y manda que se hagan á la vela;  
Salieron á la mar treinta navios  
Con sospecha del mal que se recela,  
Representando cada cual figura  
Aquella venidera desventura.

No van con el clamor regocijado  
Que suelen los que hacen la tal via;  
Anton de Torres anda demudado,  
Roldán Jimenez va sin alegría;  
El diestro marinero y el soldado  
Con una gran tibieza se movia:  
Todos en general iban de suerte  
Que parece llevarlos á la muerte.

Mas nadie dellos iba descuidado,  
Antes cualquiera bien apercebido,  
Y espacio de diez leguas navegado,  
Debajo de las aguas hay ruido;  
El cielo se mostraba muy nublado,  
El mar se hace mas embravecido,  
Grandes olajes ven que se levantan,  
Tanto que los mas diestros mas se espantan.

A mas andar la noche se venia,  
Pesada, grave, llena de temores,  
Setentrion los mares revolvia,  
Y el céfiro también mostró furioses;  
Boreas con gran furia combatia,  
El noto revolvió bravos rigores;  
Vereis entre estos sobredichos vientos  
Asperos y crüeles movimientos.

A los desventurados navegantes  
Cualquiera de los cuatro desatenta,  
No son humanas fuerzas ya bastantes  
A resistir el agua turbulenta:  
Jamás se vieron furias semejantes,  
Ni tan terribles trances de tormenta;  
Por una y otra parte hacen danza,  
Lloro, temor, dolor, desconfianza.

Aquellos gritos y lamentaciones,  
Que vuelan por los aires esparcidos,  
De todos los humanos corazones  
Ablandaran los mas endurecidos;  
No sirven ya las velas y timones  
De las soberbias olas embestidos;  
Do quiera que cualquiera se convierte,  
No tiene que mirar sino la muerte;

Porque tenían mástiles quebrados,  
Y así vereis nadar las gavias solas  
De navios abiertos por los lados,  
Andaban fuera jarcias y gisolas,  
Suenan gritos de hombres anegados  
Que gustan ya de las amargas olas,  
Y procuraban con mortal querrela  
Tener salud sin esperanza della.

En confusion tan llena de mancilla,  
Una balsa compuesta de madera  
Habia recogido Bobadilla,  
Si buena diligencia le valiera;  
Asido va Roldán del escotilla,  
Flaca defensa para que no muera;  
Y así las olas ensoberbecidas  
En breve dieron fin á tantas vidas.

De todas estas naos, seis habia  
Que de salvarse tienen esperanza,  
Aunque la mar mostraba todavia  
De vida y de salud desconfianza;  
Vino la claridad del turbio dia,  
Llegó ninguna muestra de bonanza,  
A tierra van las dos con la corriente,  
Sin amparo de velas ni de gente.

De velas ni de remos ayudado,  
Huye del mar el triste navegante.  
¿Adónde vas, adónde, desdichado?  
¿No ves cien mil penascos por delante?  
En mar estás de muerte rodeado,  
Y en tierra hallarás la semejanza;  
La fuerza de los vuestros aniquila  
Peligros de Caribdis y de Cila.

Ningunos claman ya de enronquecidos,  
Los ojos solamente van al cielo,  
Son ya con duras penas embestidos,  
Los fetos se ven de su recelo,  
Deshechos los navios y partidos.  
¿Ay Dios, y qué terrible desconsuelo!  
Por el embate van de la ribera  
Barriles, cajas, trozos de madera.

Aquí vereis timon, allí la quilla,  
Acullá diferentes materiales,  
Cuerpos van ahogados por la orilla  
De muchos caballeros principales,  
Que iban con el dicho Bobadilla  
Con prósperas riquezas y caudales;  
El rey perdió grandísimo tesoro,  
Y también aquel grande grano de oro.

De los cuatro navíos (según fama),  
Miraculosamente reservados,  
Dos dellos arribaron á la Ozama,  
De los embates graves mal parados,  
Donde la triste nueva se derrama  
Por parientes, por deudos, por criados;  
Y visto tan atroce perdimiento  
Hicieron doloroso sentimiento.

No se podían ver rostros enjutos,  
Porque los ojos son manantiales,  
En lágrimas eternas resolutos  
Por el discurso destes funerales;  
Los cuales, no sin gran pompa de lutos,  
Celebraron los hombres principales,  
Y porque fuese la razón notoria,  
En cuatro versos suman el historia.

Piangmus in dorum diris submersa procellis  
Corpora, iussa gravem non proparare viam.  
Non nocuit nobis longævus credere dielis,  
Sed nocuit semper spernere consilium.

Llora nuestra compañía	Nunca dañó sabio viejo
Los primeros ahogados	En el voto de consejo
En la nueva monarquía,	Cuando se da buena maña:
Siendo antes avisados	Mas no pocas veces daña,
Que detuviesen la vía.	El huir de su consejo.

#### ELEGIA IV.

*Muerta de CRISTÓBAL COLON, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje*

#### EN UN SOLO CANTO.

Quien hizo cosas dignas de memoria  
Dejando su vivir en detrimento,  
En multitud de riesgos tan notoria  
Cuantos pare la guerra, mar y viento,  
Añade grandes colmos á su gloria  
Gozar después de buen acabamiento,  
Mayormente si en riesgos persevera  
El espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colon el almirante,  
Pues aunque con vejez y fatigado,  
Siempre quiso llevar mas adelante  
Aquel descubrimiento comenzado:  
Sin que mal tropezon fuese bastante  
A lo volver atrás de su cuidado,  
Y de tantas fatigas en ninguna  
Se consintió vencer de la fortuna.

Ahora pues conclusas las procelas,  
Y la soberbia grande del olaje,  
Al manso viento hizo dar las velas  
Con prevención de buen matalotaje;  
Y en cuatro bien fornidas carabelas  
A tierra firme hizo su viaje,  
Para ver sus ancones y riberas,  
E illa costeano mas de veras.

Y porque brevedad fué necesaria  
En una variedad tan infinita,  
Su tercera venida fué sumaria;  
Pues casi por semejas se recita  
De cómo descubrió costa de Paria  
La Trinidad, Cubagua, Margarita,  
Hasta llegar al mar de Venezuela,  
Y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,  
Por puertos, por bahías, por ancones,  
La costa bajo llevan su derrota,  
Comunicando varias naciones,  
Que salian á ver la breve flota,  
Holgándose de sus contrataciones;  
Y en este tiempo ya se halló muestra  
De habellos visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda  
A Colon, por las causas repetidas,  
El capitán Alonso de Hojeda  
Recorria también estas partidas:  
Después del cual en blanco no se queda  
El capitán Rodrigo de Bastidas,  
Que siendo Colon preso vino aposta  
A descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tierras á la carta,  
No juntos sino cada cual distinto,  
Descubren el ancon de Santa Marta,  
De Chengue, de Naguanje con Chacinto;  
Rescataron de oro copia harta,  
La cual por no sabella no la pinto;  
Pasan el rio de la Magdalena  
Y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron mas adelante,  
Pues de Uraba sacaron gran provecho;  
Mas Cristóbal Colon el almirante,  
Que no se contentaba con lo hecho,  
Llevó sus velas muy mas adelante,  
Pensando de hallar algun estrecho  
Que para mar del sur le diese via  
Aunque para navíos no le habia.

Para tomar la costa mas de veras  
A Jamaica van atravesando,  
Y conocida punta de Higueras,  
Fueron la costa arriba navegando:  
Ven playas, ven ancones, ven riberas,  
La tierra de Veragua costeano,  
Y en estas dilaciones y desvios  
Perdieron de los cuatro dos navíos.

Lo visto por los pasos ya contados  
Por gran prolijidad no se replica,  
Mas vistos sus navíos abromados  
Del tiempo que bajó la Costa-Rica,  
Determinaron él y sus soldados  
De volver á la isla Jamaica,  
Faltos ya de salud y bastimentos,  
Y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías  
Dejando ya las bocas de los rios,  
Y aquellas enseñadas y bahías  
Con puntas peligrosas y bajos;  
Y habiendo navegado muchos dias  
En Jamaica meten los navíos,  
Y porque no podían sostenellos,  
En tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconveniente  
Hicieron los Colonos su salida;  
Trataronlos los indios blandemente  
Y diéronles socorros de comida:  
Adoleció gran parte de la gente,  
Y toda se juzgaba por perdida;  
Colon investigaba muchos modos,  
Buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojosisimo cuidado  
Con ningunos descuidos interpola,  
Y de veelaciones rodeado  
Se quiso resumir en una sola,  
Que fué rogar á Mendez su criado  
Intente de pasar á la Española,  
En canoa de un palo que tomasen,  
E indios desta isla que bogasen.

Mendez, con fidelísimos respetos,  
Loables en los siglos venideros,  
Tuvo tan grandes riesgos por acetos  
A truco de salvar sus compañeros;  
Fióse de los mares inquietos  
Y de los infieles marineros;  
Muchos desconfiaban de su vida,  
Mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios pues, gente salvaje,  
En navío de una sola planta,  
Meten agua y algun matalotaje  
Para quien del peligro no se espanta;  
Favorezcale Dios en el viaje,  
Que bien ha menester ayuda santa;  
Partióse finalmente con bonanza,  
Debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,  
 Por imitar aquesta maravilla,  
 A Colon le negaron obediencia,  
 Apartándose del cierta cuadrilla:  
 Siendo caudillos desta competencia  
 Los dos hermanos Porras de Sevilla,  
 Que por ir á la isla ya nombrada  
 Hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera  
 Embarcóse gran copia de soldados,  
 Y al tiempo que iban ya de mar en fuera  
 Algunos dellos fueron anegados;  
 Tornaron á volver á la ribera,  
 Del inquieto mar siendo forzados,  
 Espadas y rodelas en las manos  
 Con temor de Colon y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra  
 Las cosas que el contrario suyo piensa,  
 Después que estos saltaron en la tierra  
 Temian el castigo de la ofensa;  
 Y ansi los ven poner en son de guerra  
 Dispuestos á morir por su defensa;  
 Alteráronse mucho los Colonos,  
 Reconocidas estas intenciones.

Armaron luego todos sus tullidos  
 Con espadas, rodelas ó con lanzas;  
 Los rebelados son acometidos  
 Que de vencer tenían esperanzas;  
 Mas con facilidad fueron vencidos  
 Sin usarse con ellos de venganzas,  
 Puesto que en los primeros desconciertos  
 Cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla  
 De golpes que se dieron inhumanos;  
 Fué poco mas sangrienta la batalla  
 Después que ya vinieron á las manos;  
 Y es esta la primera que se halla  
 En Indias de cristianos con cristianos;  
 Los indios, por los ver tan diferentes,  
 Ya tenían en poco nuestras gentes.

Cumplian antes bien sus mandamientos,  
 Y eran sus voluntades ya contrarias,  
 Pues no venian á los aposentos  
 A los ver y servir en cosas varias;  
 Tampoco les traian alimentos  
 Ni cosa de las cosas necesarias,  
 Y para los volver mas á su mano  
 Un remedio pensó que no fué vano.

El astucia que digo fué pues esta,  
 La cual salió tan bien como queria:  
 Entendia por regla manifiesta  
 Que la luna, segun astrologia,  
 Por la sombra del globo contrapuesta  
 Se habia de eclipsar en cierto dia,  
 Y por ser el eclipse por entero,  
 Habia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues á su presencia,  
 Y dijo: «por no darnos alimento,  
 Verná sobre vosotros pestilencia,  
 La luna hará grande sentimiento;  
 Y aquesta no será vana senteneia;  
 Pues tal dia vereis el cumplimiento;  
 Por tanto, si quereis salud y vida,  
 Mirá que no nos falte la comida.»

Los indios estuvieron muy alerta;  
 Y, el tiempo señalado ya venido,  
 Pudieron conocer por cosa cierta  
 Lo que Colon habia conocido;  
 La luna dicen todos estar muerta,  
 De cuya causa dan gran alarido,  
 Y segun otras muchas veces vemos,  
 Comienzan á hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdon á los Colonos,  
 Del pasado rigor arrepentidos:  
 Acuden con preseas y con dones  
 Como si fueran dioses conocidos;  
 Y ansi, pasadas estas turbaciones,  
 Fueron bastantemente proveidos,  
 Dándoles de comer sin interese,  
 Entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Mendéz sus intentos  
 Por las ondosas aguas proseguia,  
 Sin ver zozobras dellas ni de vientos,  
 Que fuesen turbadores de su via;  
 Los indios muy alegres y contentos,  
 Sin se cansar de noche ni de dia,  
 Hasta que ya hicieron su llegada  
 A la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un rio descubierta  
 Adonde se estuvieron refrescando,  
 Y luego por buen orden y concierto  
 Se fueron por la costa navegando;  
 Hasta tanto que dieron en el puerto  
 Adonde estaba Nicolas de Ovando,  
 Al cual con la debida cortesía  
 Dió Mendéz los recados que traia.

Como bueno, fiel y vigilante,  
 En contalle trabajos se desvela;  
 Mas no sintiendo bien del almirante,  
 Ovando concebía ser novela;  
 Todavía, debajo buen semblante,  
 Mandó llevarles una carabela;  
 Mas dicen que no fué con intenciones  
 De traer á la isla los Colonos.

El Mendéz, sospechando tal desvío,  
 Como bien comedido y avisado,  
 Compró de sus dineros un navio,  
 De cosas convinientes pertrechado:  
 El cual les envió con buen avio,  
 Y la razon de todo lo pasado;  
 Y despachado con matalotaje,  
 El hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,  
 Con próspero suceso tomó puerto,  
 Su prolijo viaje representa  
 Escrito por buen orden y concierto,  
 Ante los reyes, dando larga cuenta  
 De lo mucho que habian descubierta,  
 El riesgo que corrieron sus vasallos,  
 Y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,  
 Como dicen acá de papa á proa,  
 Por parecelle bien al rey guerrero  
 Aquella lealtad digna de loa,  
 Al Diego Mendéz hizo caballero  
 Con rentas, y por armas la canoa;  
 Que suelen reyes dar honores tales  
 A los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues aperechadas  
 Que para los Colonos enviaban,  
 Tomaron las riberas conocidas  
 Por los indios que dentro se tornaban:  
 Fueron con gran contento recibidas  
 De los que sus socorros esperaban,  
 Y por estar el mar todo quieto  
 La partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las entenas,  
 Ayudados de vientos principales,  
 Apártanse del puerto no sin penas  
 De aquellos moradores naturales,  
 Que los tenían ya por gentes buenas,  
 Y casi que por hombres celestiales;  
 Por la derrota pues de claro tino  
 A la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido  
 Metió Colon su gente destrozada,  
 Fué con aplauso grande recibido  
 De toda la ciudad conmemorada,  
 Y el buen comendador de comedido  
 Lo quiso regalar en su posada;  
 Vió sus haciendas, minas y cuadrilla,  
 Y luego se partió para Castilla.

Embarcóse con gracia del Ovando,  
 Guió las velas ácia la Saona,  
 Llegaron á Castilla, y en llegando  
 Fué donde estaba la real corona;  
 Recebiólo muy bien el rey Fernando,  
 Y hizo gran caudal de su persona;  
 Procuró de hacer su causa blanda  
 Con pio de volver á su demanda.

Mas como ya de tan prolijas vias  
De salud se sintiese no bien sano,  
Ocupó su vivir en obras pias  
Con pia, liberal y franca mano;  
Y dende á poco dió fin á sus dias,  
Haciendo diligencias de cristiano;  
Y ansi se remató tan santamente  
La vida de varon tan escelente.

A gran admiración, á gran espanto  
Pensando sus grandezas me provocho,  
Y su mayor loor en cualquier canto  
No se podrá decir exceso loco:  
Pues Castilla y Leon le debe tanto,  
Que cuanto puedo yo decir es poco;  
No procuró deleites ni sagajos,  
Mas sufridor fué grande de trabajos.

De Nervi natural, lugar honesto,  
Que dicen descender de Lombardia,  
Severo, rojo, de pecoso gesto,  
Feroz en muchas cosas que hacia;  
Alto de cuerpo, pero bien compuesto  
En cuantas proporciones poseia,  
Varon en sus intentos fué notable,  
Y en el salir con ellos admirable.

Dejó dos hijos, dignos de su nombre:  
Don Fernando, que nunca fué casado,  
En letras, en virtud, insigne hombre;  
Don Diego, sucesor en el estado,  
De duque y almirante con renombre,  
Segun después dirá nuestro tratado,  
Con quien casó la gran doña Maria  
Que de la casa de Alba descendia.

Los funerales desta maravilla  
Honraron valerosos caballeros;  
Y no tan solamente de Castilla,  
Pero también de reinos estranjeros;  
Y dentro de las cuevas de Sevilla  
Lo hacen sepultar sus herederos,  
Y dicen que en la parte do yacia  
Pusieron epigrama que decia:

*Hic locus absconditi præclari membra Coloni,  
Cælus sacratum numen ad astra volat.  
Non satis unum erit sibi mundus æquus, et orbem  
Ignotum præcis omnibus ipse dedit.  
Divittas summas terras dispersit in omnes,  
Atque animas cælo tradidit innumeratas.  
Invenit campos divinis legibus aptos,  
Regibus et nostris prospera regna dedit.*

Este poco compás que ves encierra  
Aquel varon que dió tan alto vuelo  
Que no se contentó con nuestro suelo,  
Y por darnos un nuevo se destierra.  
Dió riquezas inmensas á la tierra,  
Innumerables ánimas al cielo.  
Halló donde plantar divinas leyes,  
Y prósperas provincias á sus reyes.

#### ELEGIA IV.

A la muerte de don DIEGO COLON, segundo almirante,  
donde asimismo se cuentan otras muchas diversidades  
de cosas acontecidas en la Española después que murió  
don Cristóbal Colon.

#### CANTO PRIMERO.

Mi voz enronquecida se levante,  
Y avive lo posible sus acentos,  
Para que con heroica lengua cante  
Los varios y diversos movimientos,  
Que tengo de decir mas adelante,  
Y á vueltas de contentos descontentos;  
Pues no fué tan constante la ventura  
Que nos pueda vender hora segura.

Pues ansi como nuevas amistades  
No ponen su fiel muy en lo cierto,  
Nacen en tierras nuevas novedades  
Primero que se pongan en concierto,  
Hasta tanto que destas variedades  
Se hace quien las rige mas esperto,  
Do buen juicio y buenas intenciones  
Valen mas que Felinos y Jasones.

No condono, letor, lo que barruntas,  
Ni me parecen mal estas escuelas,  
Porque con ley de Dios andando juntas  
Es, como dicen, miel sobre hojuelas;  
Pero si das razon á mis preguntas,  
Por ventura ternás dolor de muelas,  
Tornarás en hablar alguna pieza  
Rascándote sin gana la cabeza.

Si fuesen mas al claro mis razones,  
Venias á taparte los oidos,  
Tratando de júeces mocetones,  
Grandes de gorra, largos de vestidos,  
Que salen solemnissimos ladrones,  
Desvergonzados, sucios, atrevidos,  
Que no hallan en ley mas fundamentos  
Que sus antojos, gustos y contentos.

Unos vienen con sed de los infernos,  
Y tal que cosa no se les escapa,  
Otros con grandes cofres de cuadernos,  
Y son de necedades gran solapa,  
Y acontece tener buenos gobiernos  
Sin letras un varon de espada y capa,  
Porque su buen juicio le da ciencia,  
Con el temor de Dios y su conciencia.

Sin usar de ninguna demasia  
Podremos decir esto del Ovando;  
Pues con el santo celo que tenia  
Todo lo mal digesto hizo blando:  
Dichoso le llamaron aquel dia  
Y tiempo que en las Indias tuvo mando;  
Porque sin los reveses de malicia  
Se besaban la paz y la justicia.

Entonces, como ya dicho tenemos,  
Del todo se pasó con sus officios  
La próspera ciudad donde la vemos,  
Con todas sus familias y servicios;  
Hicieron las casas con estremos  
De grandes y soberbios edificios,  
Iglesia catedral de gran nobleza,  
Fuente y esclarecida fortaleza.

Renta se señaló para servilla  
A hombres que podian merecilla,  
Y fué don fray Garcia de Padilla,  
Franciscano, primer obispo della;  
No tomó posesion en esa silla,  
Por morir antes de venir á ella;  
Sucedióle Alejandro Geraldino,  
Varon romano y hombre della dino.

Desta isla no fué la menor pieza  
La Concepcion, que dicen de la Vega,  
Pues ella de por sí tuvo cabeza  
Do catedral iglesia se congrega;  
Fué don Pedro Suarez, el de Deza,  
El obispo primero que le llega,  
Hombre que de sus rentas tuvo largo,  
Y el primero que vino con tal cargo.

Fué la renta después menoscabada,  
Y porque ya cumplia que así fuese,  
Hicieron de las dos una manada  
Debajo de un pastor que las rigiese;  
Y fué prior, y de la Mejorada  
Primero que gozó del interese,  
Dijose fray Luis de Figueroa,  
Varon á quien se debe mucha loa.

En estos sobredichos hemisferios  
Y por aquellos tiempos venturosos,  
Se fundaron insignes monasterios,  
Con santos y con dotos religiosos,  
En parte no vacante de misterios,  
Pues sucedieron casos milagrosos,  
Y mas en esta Vega que señalo,  
Noble por devocion del santo palo.

Y ansi fué la verdad, que en estos llanos  
Por ser de poblacion enoblecida,  
Mandaron el Colon y sus hermanos,  
En la segunda vez de su venida,  
Levantar una cruz á los cristianos,  
Planta de sanidad, árbol de vida:  
Fueron á ello doce marineros,  
Con otros tantos nobles caballeros.

Señalóles Colon una ládera,  
Opuesta por delante de su viso,  
Do se manifestaba muy afuera  
Un árbol bien compuesto, limpio, liso,  
De una hermosísima madera,  
Y tal en proporcion cual él lo quiso;  
Y dicen muchos que después ni antes  
No se hallaron plantas semejantes.

El Cristóbal Colon mandó hacella  
A honestos y devotos oficiales;  
Salió después de hecha cosa bella,  
Plantáronla los hombres principales;  
Postráronse después delante della,  
Presentes muchos indios naturales;  
Adorábala nuestra compañía,  
Después que la pusieron, cada día.

Después de muchos días, cierto día  
Un indio hechicero y adevino  
Quiso, según costumbre que tenía,  
Hablar con un espíritu malino;  
Allí, como la cruz reconocía,  
A sus invocaciones nunca vino,  
Hasta tanto que por camino vario  
Pasó después á otro santuario.

Hizo sus ademanes y semblantes  
Con un nefando y execrable canto,  
Quejóse dél por no le venir antes  
Habiéndolo llamado tiempo tanto;  
El diablo le dijo: «no te espantes,  
Que aquella cruz me da muy gran espanto;  
Por tanto quien contento me desea  
Póngala donde nunca yo la vea.»

El infiel bestial incontinente,  
Oída del demonio la respuesta,  
Hizo juntar gran número de gente  
Para quitar la cruz que estaba puesta:  
En lo cual trabajaron grandemente,  
Pero su vehemencia nada presta,  
Pues cuanto mas trabajo se ponía  
Mucho menos efecto se hacía.

Pues como no pudieron arrancalla,  
Tan grande muchedumbre como era,  
Determinaron luego de quemalla  
Con cantidad de leños y madera;  
Mas vianla quedar desta batalla  
Mas sana, mas lucida, mas entera;  
Al fin como bestiales engañados  
Pecaban con quedar maravillados.

Después que por los nuestros fué sabida  
Reliquia de tan gran manifiencia,  
Hicieronle capilla recogida,  
Adonde se guardó con gran decencia;  
Y en estos nuestros tiempos es tenida  
En gran honor y grande reverencia,  
Y corren por el mundo cantidades  
Para salud de mil enfermedades.

Destos regalos pues están gozando  
Los desta isla ya bien proveída,  
Con el justo gobierno del Ovando,  
Medido por justísima medida;  
Y la ciudad entonces era cuando  
Se vido mucho mas engrandecida;  
Está su poblazon tan compasada,  
Que ninguna sé yo mejor trazada.

Pues por aquel lugar do la veis puesta,  
Que desde el río hacé las subidas,  
Es una llana mesa bien compuesta  
Con maravillosísimas salidas:  
En todas proporciones bien digesta,  
Amplas calles, graciosas, bien medidas;  
Es finalmente toda su postura  
Un peso y un nivel sin torcedura.

Ninguna cosa, por menor que sea,  
Hay en cualquiera parte de la vía,  
Que desde un cabo á otro no se vea,  
Según la retitud con que se guía:  
De norte á sur Ozama la rodea,  
Combátela la mar al mediodía,  
Con un roquedo tal y tan seguro,  
Que no puede formarse mejor muro.

Los que labraron casas con aviso  
Francisco de Garay es el primero,  
Después un frey Alonso fué del Viso,  
Comendador y noble caballero;  
Y el piloto Roldán, que nunca quiso  
Perder aquí renombre de tercero,  
El cuarto Joan Fernandez de las Varas,  
Con curiosidades harto raras.

Después por el concierto regulado  
Labraron otros muchos sus mansiones,  
Y á la boca del puerto memorado,  
Reparado de cubos y bastiones,  
Hay un castillo fuerte fabricado,  
Con pertrechos de grandes municiones,  
Y cualquiera bajel que allí se encierra  
Se puede descargar la plancha en tierra.

Alcaide del castillo que se tapia,  
Encima del fortísimo roquedo,  
Fué un hidalgo noble de prosapia,  
Dijose Diego Lopez de Salcedo:  
Después otro hidalgo dicho Tapia,  
El tercero después el buen Oviedo,  
Que es Gonzalo Fernandez, coronista,  
Que yo conocí bien de trato y vista.

Insanas furias de contraria gente  
Con gran dificultad pueden entralla,  
Porque ya por la parte del poniente  
La cerca potentísima muralla;  
Es limpio puerto, fondo suficiente,  
Ribera tan cabal cuanto se halla,  
Con huertas, con jardines y heredades  
De frutos de cien mil diversidades.

Otras riberas hay por excelencia,  
La tierra mas adentro, muy amenas,  
Porque ella tiene de circunferencia  
Trescientas y cincuenta leguas buenas;  
Los templos son de gran benevolencia,  
Pues frios ó calores no dan penas;  
Hácela sobre todo mas loable  
Estrella principal y favorable.

Porque todos los mas, allí nacidos,  
Para grandes negocios son bastantes,  
Entendimientos hay esclarecidos  
Escogidísimos estudiantes;  
En lenguas, en primores, en vestidos  
No menos curiosos que elegantes,  
Hay tan buenos poetas, que su sobra  
Pudiera dar valor á nuestra obra.

Hay Diego de Guzmán y Joan su primo,  
Y el inclito canónigo Liendo,  
Que pueden bien limar esto que limo,  
Y estarse de mis versos sonriendo;  
Quisiera yo tenellos por arrimo  
En esto que trabajo componiendo,  
Y aun Arce de Quirós me fuera guía  
Para salir mejor con mi porfía.

Otros conocí yo también vecinos,  
Nacidos en el orbe castellano,  
Que en la dificultad de mis caminos  
Pudieran alentarme con su mano;  
Y son por cierto de memoria dinos,  
Villasirga y el doto Bejarano;  
No guiara tampoco mal mi paso  
El desdichado don Lorenzo Laso.

Hay linajes ilustres de varones  
Descendientes de grandes capitanes,  
Como son los Villorias y Lebrones,  
Agüeros y Verdecias y Bazanes,  
Los Avilas, los Vargas, y blasones  
De Mendozas, Manriques y Guzmanes,  
Con otros generosos que no cuento,  
A causa de faltar conocimiento.

Aquella nobilísima influencia  
Hace la gente grata, comedia,  
Con gracia, con facundia y elocuencia,  
Jamás á demasia convertida;  
Hay una natural magnificencia  
De gente forastera conocida,  
Pues allí sin dineros y sin renta  
En el punto que trajo se sustenta.

Quien entra por buen orden y concierto  
No lo dejan caer por ningún arte,  
En aquesta ciudad y en este puerto  
Ha tenido valor el duro Marte;  
Pues todos los que bien han descubierto  
De aquí salieron por la mayor parte,  
Y muchos en el tiempo del Ovando  
De cuyas alabanzas voy tratando.

El cual rigiendo varias condiciones  
Por vías justas, santas y discretas,  
Anacaona llena de pasiones  
Usaba todavía de sus tretas,  
Intentando mover rebeldes,  
Las cuales no pudieron ser secretas:  
Destos primeros fueron los bigueyes,  
Con quien usó de rigurosas leyes.

Llana ya la provincia que se apunta,  
La dicha, con astucias no menores,  
Solicitó después crecida junta  
De muy grandes caciques y señores;  
Mas como su designo se barrunta,  
El Ovando prendió sus valedores,  
Y á ella, que sin fuerza ni conflicto  
Confesó claramente su delito.

Conocía ser cosa conveniente  
Asegurarse guerra tan molesta;  
Mandaron ahorcar públicamente  
Esta mujer lasciva, deshonesta,  
Puesto que varonil, sagaz, prudente,  
Y á quien todos hacían grande fiesta;  
Dejó hija que dicen Aguaymota,  
No de sus condiciones muy remota.

Hacia mil asaltos Guarocuya,  
Con gentes y poder nada sencillo,  
Por ser Anacaona tia suya;  
Y fueron luego para destruílo,  
Y para que la guerra se concluya,  
Diego Velazquez, y un Rodrigo Trillo,  
Y no valiéndole su valentía,  
Al fin murió la muerte que la tia.

Ovando, recelando los vaivenes  
Que causan estos tales movimientos,  
Conociéndolos ser flacos de sienes  
Y mudables á cualesquiera vientos,  
Tomó de los demás grandes rehenes,  
Que tuvieron en mas que juramentos,  
Venció los de Guahava Amiguayagua,  
Pobló pueblo en el lago de Jaragua.

Santa Maria Pacis la llamaron,  
O de la Paz en lengua castellana,  
Pues en ella las guerras acabaron,  
Y allí gozó de paz gente cristiana;  
Mas estos moradores se pasaron  
A la villa que llaman la Yaguana:  
Fué gente de valor y gran concierto,  
Y pasaron allí por ser buen puerto.

Luego la isla toda se dilata  
Aquí y allí con población cristiana,  
Pobló Puerto Real, Puerto de Plata,  
Azua, Buenaventura, la Maguana;  
Aguahava, de quien atrás se trata,  
Ayaquino, confín del Ayaguava:  
Es finalmente cosa muy notoria  
Que hizo hechos dignos de memoria.

Al tiempo que esta isla se gozaba  
Con el gobierno santo que tenía,  
El don Diego Colon en corte estaba  
Con su bella mujer doña Maria,  
Y con instancia grande negociaba  
El cargo que su padre poseía,  
Y el duque de Alba, príncipe potente,  
Favorecía como pariente.

Pues como mucha prisa se le diese  
Al rey en estas cosas que discierno,  
Y también en memoria se tuviese  
Servicio de los tios y paterno,  
Al Ovando mandó que se viniese,  
Y al don Diego dejase su gobierno;  
La cual mudanza toda nuestra gente  
No dejó de sentir pesadamente.

Todos generalmente lo tuvieron  
Por persona cabal, santa, bendita;  
Comuniqué con hombres que lo vieron  
El tiempo de quien esto se recita:  
Conoci muchos que lo conocieron,  
Vecinos de Cubagua y Margarita,  
Como Rojas el viejo, y Villafranca,  
Riberos natural de Salamanca.

Fué hombre grave, pero tan modesto,  
Que no pasó de lo que convenía;  
Para cualquier trabajo bien dispuesto,  
Pues como buen soldado lo solía:  
Caritativo, sabio, casto, honesto,  
Dignísimo del cargo que tenía,  
Y así mucho después desta partida,  
La muerte dél fué tal cual fué su vida.

El tiempo que en las Indias fué vecino  
Partió su renta con necesitados,  
Y así, para volver adonde vino,  
Buscó quinientos pesos emprestados  
Para matalotaje del camino,  
Y la comida dél y sus criados,  
Que fué para juez cosa muy nueva,  
Y de su buen vivir bastante prueba.

Es cosa que se vido raras veces,  
Y que podreis contar por maravilla,  
Venir hombres á Indias por jueces  
Y no llevar dineros á Castilla;  
Pues muchos en juguetes y helbeces  
Gastan mas que demanda su costilla:  
Montó su sueldo quince, gastó treinta,  
Y al fin lo veis después con larga renta.

Por ventura vereis muchos varones,  
Que por los intereses que pretenden  
Están muy fuera destas opiniones.  
Aunque bastantemente las entienden;  
Pero si fueren vanas mis razones,  
Los bien intencionados las enmienden;  
Que si personas tales lo miraren  
Bien hallarán aquí donde reparen.

Aquí no vereis estos señalados,  
Sino por unos términos medidos,  
Los buenos por sus nombres alabados,  
Los malos en comun reprehendidos:  
Honro los que merecen ser honrados  
Reprehendo perversos atrevidos,  
Que sin ley, y sin rey, y sin enmienda  
A cualquiera maldad sueltan la rienda.

Mas no paremos mas en este fuego,  
Que podía quemar al circunstante;  
Dejemos al Ovando con sosiego  
Y en gracia de sus reyes adelante;  
Digamos lo que resta de don Diego,  
Hijo de don Cristóbal, almirante,  
Y por poder echar mejor el sello  
Hagamos nuevo canto para ello.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida  
del audiencia real, y muerte de don Diego Colon.

Suelen parir cien mil inconvenientes  
Diversos pareceres en un seno,  
Donde hay parcialidades diferentes  
Lo bueno hacen malo, y malo bueno.  
De todos los pasados y presentes  
Envidia fué pestífero veneno;  
Los cargos y los prósperos caudales  
Andan acompañados destos males.

Pues como los jueces ya pasados  
Tuviessen diferentes condiciones,  
Tenía cada cual apasionados,  
Públicas y secretas aficiones,  
Y no todos estaban olvidados  
Del soberbio mandar de los Colonos;  
De manera que destos cambios hechos  
Algunos no quedaron satisfechos.

Mas don Diego Colon su via mueve  
Con fausto principal flota bastante,  
Y los cargos que el rey manda que lleve  
Que fueron de virey y de almirante;  
Y en julio de quinientos y mas nueve  
Entró por aquel puerto muy pojante  
Siendo con gran aplauso recibido,  
O ya fuese de veras ó fingido.

Desembarcóse con la compañía  
Que al cargo de virey era decente,  
Y su cabal mujer doña Maria  
De la gran casa de Alba descendiente:  
Grandes fiestas hicieron aquel día  
Y muchos juegos mas en el siguiente,  
Demas de regocijos y alegrías  
Que duraron por mas de veinte dias.

Sacaron todos invenciones bellas  
Manifestando prósperos caudales,  
Porque vinieron damas y doncellas  
Generosas, hermosas y cabales,  
Que por haber entonces falta dellas  
Se casaron con hombres principales.  
Hubo toros, sortijas, juegos, cañas,  
En que se daban todos buenas mañas.

Ejercicios que saben bien usallos  
Por estos dichos puertos y fronteras,  
Do tienen abundancia de caballos  
Diestros en regocijos y carreras;  
Y así los amos como los vasallos  
Pueden ejercitallos en las veras;  
Mestizos, indios, negros y mulatos  
Siempre dan á caballos malos ratos.

Por recuestos, por cerros y collados,  
O por la rasa cumbre de la sierra,  
Se arrojan tras las vacas y ganados  
De que hay infinidad en esta tierra,  
Dejarretando toros madrigados  
Del bravo cimarrón que no se encierra:  
Y en esto son tan hábiles y diestros  
Que pasarán do quiera por maestros.

Hacen esto con dejarretadera,  
Que es una media luna bien sacada,  
Con asta de fortísima madera  
Que con gran fuerza llevan enristrada;  
Y si ganados salen á carrera  
Derriban cantidad de la manada,  
Para solos los cueros que es hoy día  
Una muy caudalosa granjería.

Dado pues fin á los recibimientos,  
Y acabadas las bodas y las fiestas,  
Por ocasiones, trampas, chismes, cuentos  
Que no faltan en tierras como estas,  
Iba creciendo mil desabrimientos  
Mil pleitos, mil demandas y respuestas,  
Y escribieron al rey algunas cosas  
Al don Diego Colon no provechosas.

No faltaban malsines y soeces  
Que las personas nobles revolbiesen;  
Y como por gran número de veces  
Las tales á los reyes escribiesen,  
Vinieron licenciados por jueces  
Que en las apelaciones conociesen,  
Que fué, según constó del apariencia,  
Una manera de real audiencia.

Al fin que desta trama salió lienzo,  
Que no puede faltar en este suelo;  
Fueron tres licenciados su comienzo:  
Lucas Vazquez de Aillon y otro Marcelo  
De Vilalobos, Juan Ortíz Matienzo,  
Al don Diego Colon ningún consuelo,  
Y á quien nunca jamás fué buen tercero  
Miguel de Pasamonte, tesoro.

Este con buenos celos ó pasiones,  
Y otros vencidos dellas ó por ruego,  
Escribieron al rey tales razones  
Que llamó por sus cartas á don Diego;  
El cual, vistas reales provisiones,  
Sin les poner escusa partió luego,  
Y en corte sus disculpas negociando  
A sus días dió fin el rey Fernando.

En aquel tiempo pues que esto pasaba  
Por fin y muerte de los santos reyes,  
Fray Francisco Jimenez gobernaba,  
Las destas partes y las otras greyes;  
El cual en estas Indias deseaba  
Varones que guardasen santas leyes,  
Y así mandó venir en una armada  
Tres frailes dotos de la Mejorada.

De manera que en estos movimientos  
De tantos reinos y tan estendidos,  
Hicieron cuatro frailes dos conventos  
Que no fueron entonces mal regidos:  
Acá vinieron año de quinientos  
Y mil y diez y seis eran corridos:  
Había mucho antes gobernado  
Un Cristóbal Lebron, buen licenciado.

Después de tanta grita y embarazo,  
Que confunde los hombres mas cabales,  
El licenciado Alonso de Zuazo  
Llegó también con cédulas reales,  
No con menos poder ni menos brazo  
Para todas las causas criminales,  
Y para que tomase residencia  
A todos oficiales del audiencia.

Estos frailes y aqueste licenciado,  
Que con ellos mandaba juntamente,  
Con peso de razon y de cuidado  
Lo gobernaban todo santamente:  
El régimen andaba concertado,  
Cada cual se mostraba diligente  
En que se dotrinasen naturales,  
Y no se les hiciesen tantos males.

Estaba pues la isla bien regida,  
Aumentáronse casas y haciendas,  
Fué toda la ciudad bien proveida,  
Cesaron muchos pleitos y contiendas;  
Dieron muy buen ejemplo de su vida,  
Sin pretension de bienes ni haciendas,  
Como deben hacello religiosos  
A quien parece mal ser cudiciosos.

Que vanos edificios edifica  
Quien hurta castigando los ladrones,  
Reprueba con rigor la vida rica,  
Y allega las riquezas á montones;  
Decir que no forniquen y fornica,  
Que huyan sin huir las ocasiones,  
Quitán al pecador donde tropieza,  
Y nunca guardan ellos su cabeza.

El cuidadoso gallo vigilante  
A sus debidas horas cantar quiere,  
Mas antes que dé voces y que cante,  
Sacude bien las alas y se hiere:  
Es menester que sea semejante  
Aquel que predicare y que rigiere;  
Dar voces, pero cumple ser su vida  
Primero de vilezas sacudida.

Algunos si por bandos y recuestas,  
Se llegan á mortíferas lanzadas,  
Muy poco sin estar las manos prestas  
Valdrían las palabras esforzadas;  
Pues ¿qué valdrán acá las bien compuestas,  
Estando buenas obras olvidadas?  
A bien librar el hombre que mas gana  
Será como sonido de campana.

Podría ser galán ejemplo nuestro  
Aquel que en Israel tuvo juzgado,  
Que porque de dos manos era diestro,  
Es en divinas letras celebrado:  
Así lo debe ser el buen maestro,  
A estas flacas gentes enviado;  
Que muelen las palabras vivos templos,  
Si van acompañadas con ejemplos.

Prosiguiendo los frailes sus intentos,  
Por el loable modo que solían,  
Dieron en remover repartimientos  
De hidalgos que en corte residían:  
Por ausencias y malos tratamientos,  
Que en miserables indios se hacían,  
De donde resultaron muchas quejas,  
Que á tales intereses son ajeas.

Cuando crecía pues aquesta saña,  
Que fué harto mayor que yo la pinto,  
Zuazo no se daba menos maña,  
Antes iba por orden no distinto:  
Y entonces ya gozaban en España  
Del bienaventurado Carlos quinto,  
Ante quien por palabras nada blandas  
Pusieron grandes pleitos y demandas.

Sus indios demandaba la cuadrilla,  
Pero ninguno fué restituído;  
Los frailes se volvieron á Castilla,  
Su Majestad se tuvo por servido  
Del tiempo que estuvieron en la silla,  
Con lo que mas habían proveído;  
Y los de la ya dicha competencia  
Contra Zuazo piden residencia.

Los émulos y duros querellantes  
Granjearon juez algo tirano,  
Mas él dió sus descargos tan bastantes,  
Cuanto los pudo dar un buen cristiano;  
Y así quedó con honra como antes,  
Puesto que de juez ninguna mano,  
Hasta después que por persona dina  
A gobernar pasó la Fernandina.

Fué pues de los tres frailes un colega,  
Figueroa, prior cerca de Olmedo,  
Que fué segundo obispo de la Vega;  
El otro fray Domingo de Quevedo,  
Que tuvo por prior San Joan de Ortega;  
Ótro fray Bernardino Manzanedo,  
A quien el rey honró con premios largos,  
Y acabaron después con grandes cargos.

Tratando pues Colon por su presencia  
Sus pleitos en honor y en interese,  
El rey para venir le dió licencia,  
Sin que ninguna cosa concluyese:  
Con el reposo siempre de la audiencia,  
De los negocios que él mal proveyese,  
Que no le consentian un cabello,  
Y muy poco después les vino sello.

Llegado nuestro noble caballero  
Al puerto de la Ozama conocido,  
Aunque no con aquel fausto primero,  
De todos ellos fué bien recibido:  
Tuvo contentamiento mas entero  
La vireina de ver á su marido;  
Los años que contaron al presente,  
Fueron mil y quinientos y mas veinte.

No solamente voluntad sincera,  
Pero también los pechos descontentos,  
Amistad le mostraban verdadera,  
Sin puntas de pasados movimientos;  
Mas no fué su contento de manera  
Que pudiese huir desabrimientos,  
A lo menos por las rebeliones,  
Intentadas por negros cimarrones.

El caso sucedió por esta via:  
Los hombres de riquezas codiciosos,  
Visto lo que la tierra prometia,  
Para mejor hacellos caudalosos,  
Dieron una grande granjeria,  
Que fué hacer ingenios poderosos  
Para moler azúcar, y el intento  
Ha venido después en crecimiento.

El inventor primero desta cosa,  
Que primero lo dió perfeccionado,  
Dicen que fué Gonzalo de Velosa,  
Varon por buenas letras estimado:  
De la cual granjeria provechosa  
Fué rico de caudal multiplicado,  
Y en este nuevo reino tiene nietas,  
En ser, valor y lustre muy perfiatas.

Doña Luisa, otra Castianira,  
A quien Homero pinta soberana,  
La segunda se dice doña Elvira,  
Y la menor de todas doña Ana:  
Virtud, bondad, honor, aquí se mira;  
Belleza, discrecion, vida cristiana,  
Casadas con ilustres caballeros,  
Y cada cual con muchos herederos.

Sus maridos, varones singulares  
Do quier que se mostró bélica mano,  
Señalados por tierras y por mares  
Con virtud y renombre soberano,  
Son Avendaño y Gregorio Suarez,  
Y Anton de Castro, noble lusitano:  
Cuyas proezas grandes, Dios mediante,  
Confio que diremos adelante.

Pues el sabio Velosa persevera  
Haciendo dos ingenios escogidos,  
En Niguayen, y Aguate y su ribera,  
Del cual ejemplo muchos son movidos,  
Queriendo caminar por su carrera,  
Orillas de los rios conocidos:  
Como fué Pasamonte, tesorero,  
Y el secretario Diego Caballero.

Otro mucho mejor y mas pujante,  
Abajo del que tengo ya nombrado,  
Es del señor Colon el almirante;  
Otro hizo también Francisco Prado:  
Y no quiero pasar mas adelante  
Contando los que se han edificado,  
Porque, ponellos todos por escrito  
Seria proceder en infinito.

Destos cada cual es un señorío,  
Gentil y principal heredamiento;  
Tienen necesidad de gran gentío  
Para tener cabal aviamiento;  
Faltaba ya de indios el avío  
Por el universal acabamiento,  
De suerte que hay en estas heredades  
Negros en escesivas cantidades.

Tienen la tierra tal cual se desea  
En temple y abundancia cosa rica,  
En grande aumento va cada ralea,  
Y con grande vigor se multiplica,  
Tanto, que ya parecen ser Guinea,  
Haiti, Cuba, Sant Joan y Jamaica;  
Destos son los Gilosos muy guerreros  
Con vana presuncion de caballeros.

Movidos estos desta lozania  
Y sobre gran acuerdo, se juntaron  
De la Natividad segundo dia,  
Año de veinte y dos que se contaron;  
Y luego con soberbia valentia  
Haciendas poderosas asolaron,  
Tanto que casi no dejaron rastro  
En la que fué de Melchior de Castro.

La furia destas furias mas se ceba  
Sin que dejen mamante ni piante;  
El riguroso trance desta nueva,  
Con muertos españoles por delante,  
Con la priesa posible se le lleva  
A don Diego Colon el almirante,  
El cual con el calor que convenia  
Partió tras la proterva compañía.

Por atajar con brevedad los males,  
Recogió de soldados hasta ciento,  
Mas luego caballeros principales  
Fueron por le servir en seguimiento;  
Hallaron luego rastros y señales,  
Envueltos en rigor sanguinolento,  
Siguiéron las pisadas aquel dia,  
Hasta que ya la noche se venia.

En Nizao paró la compañía  
Por causa de la noche tenebrosa,  
Mas Melchior de Castro no dormia,  
Que por lo que llevaban no reposa;  
Hurtóse del real, siguió la via  
Que llevaba la gente belicosa,  
Con un criado suyo, que llevallo  
Quiso, por ser buen hombre de á caballo.

Colon, que luego supo la demanda  
Del que llevaba vivos los aceros,  
A Francisco de Avila le manda  
Que lo siga con ocho caballeros:  
Con tal que si topasen con la banda  
De los viles y bárbaros guerreros,  
Se los entretuviesen cuerdate  
En tanto que llegaba con la gente.

En un camino ancho, bien hollado,  
Se juntaron los once que ya digo,  
Y brevecillo trecho caminado  
Sienten el escuadron del enemigo,  
De todas armas bien aderezado,  
Y no de centinelas sin abrigo,  
Con cuya grita cada cual despierto  
Se pusieron en orden y concierto.

Hacen ostentacion de su presencia,  
Diciendo: «Viles, no tenemos miedo,  
Pues pensamos hacer la resistencia  
Como valientes hombres á pié quedo.»  
Fáltoles á los once la paciencia,  
Rompiendo con grandísimo denuedo  
Por aquel escuadron embravecido,  
Dejando cada cual un tendido.

Con todos sus pertrechos y guardos  
Se rehizo muy presto la compañía,  
Con infinitas flechas, lanzas, dardos,  
En que se daban todos buena maña;  
Pero los once nuestros no son tardos  
En volver con furor de mayor saña;  
Fué la breve batalla bien reñida,  
Y al cabo los pusieron en huida.

El encuentro concluso y acabado,  
Y el escuadron de negros ya vencido,  
El don Diego Colon llegó cansado  
Con presurosos pasos al ruido:  
Uno destos salió descalabrado,  
Y el Melchior de Castro mal herido,  
Pasada de los dardos una mano,  
Pero no tardó mes en verse sano.

Remediados aquestos desatinos,  
Tan necesariamente remediados,  
Poblaron las calzadas y caminos  
De negros por justicia castigados;  
Sosegáronse todos los vecinos  
Que estaban de temor sobresaltados,  
Y otros hubo después, aunque no luego,  
Que causaron mortal desasosiego.

Fué un Enrique pues, indio ladino,  
Que supo bien la lengua castellana,  
Cacique principal, harto vecino  
Al pueblo de San Joan de la Maguana:  
Usóse con él cierto desatino  
Por su mujer que fué también cristiana:  
Era gentil letor, gran escribano,  
Y en estas islas tuvo grande mano.

Por no poder temprar la destemplanza  
De aquella pesadísima zozobra,  
Porque el honor que pierde tal usanza  
Para siempre jamás nunca se cobra,  
Vinole pensamiento de venganza,  
El cual efectuó con mala obra;  
Y así con principal gente de guerra  
Escogió lo mas fuerte de una sierra.

Esta sierra se dice del Bauruco,  
Cuyas cumbres son sumas en alteza,  
Piedras, matas, espinas, arcabuco,  
Allí hacen comun el aspreza:  
No romperá lombarda, ni trabuco,  
Las bravas espesuras de maleza;  
Tiene lago que boja su apariencia  
Catorce leguas de circunferencia.

Entremetido pues en estas breñas  
Para principiar el mal que piensa,  
Hizo canoas grandes y pequeñas,  
Formando su guarida mas estensa;  
Porque si discrepase de las peñas  
El agua le sirviese de defensa,  
Con otras infinitas prevenciones  
Que piensan fugitivos y ladrones.

Desde las asperezas desta sierra  
Su gran rebelion continuando,  
Hacia mil asaltos por la tierra  
Matando, destruyendo y abrasando;  
Ejercitó con gran valor la guerra,  
Con obra de cien indios de su bando,  
Y un su capitán dicho Tamayo  
Que para ningún mal mostró desmayo.

Eran los desafueros y los daños  
Sin querer perdonar cosa viviente,  
Libro de celadas y de engaños,  
Sin sucedelle mal inconveniente;  
Y sustentó la guerra trece años  
Con harto deshonra de nuestra gente,  
Robaron crecidísimos caudales  
Con muertes de personas principales.

Admiranse, letor, entendimientos,  
De que cuando hallaron estos mares  
Varones poco mas de cuatrocientos  
Venciesen á millares de millares,  
Y temblasen agora de doscientos  
Tantas ciudades, villas y lugares:  
Mas entonces el hombre vaquiáno  
No soltaba las armas de la mano.

No comía guisados con canela,  
No confites, ni dulces camelones,  
Su mas cierto dormir era la vela,  
Las duras armas eran los colchones,  
El almohada blanda la rodela,  
Cójines los peñascos y terrones,  
Y los manjares dulces, regalados,  
Dos puños de maíces mal tostados.

Abrir á prima noche las pestañas,  
Con ojo vigilante, claro, puro,  
Por ver lumbres de ranchos ó cabañas,  
A fin de salteallos con oscuro;  
Quebrándose los ojos por montañas,  
Do cualquiera pensara ser seguro,  
Y aunque mas se velasen los isleños,  
A media noche dalles negros sueños.

A tino caminaban y sin guías  
Por setecientos mil despenaderos,  
Y muchos tan destrísimas espías,  
Que nunca perros fueron tan rastrosos;  
De ramos se cubrian en los días  
Si se mostraban rasos los oteros,  
De noche por quebradas y por rios,  
Hasta que ya topaban los bubios.

Fáltanles muchas veces acogidas,  
Escepto las montañas y quebradas,  
Las aguas de los cielos muy crecidas,  
Las mas que viles ropas empapadas;  
De tierra repentinas avenidas  
Que escudos le llevaban y celadas,  
Y entonces, los no tales y los buenos,  
Quedaban con las manos en los senos.

Y estando sin espadas y rodelas,  
Dernudos, en pañetes ó vestidos,  
Osaban cometer á centinelas  
De indios, que velaban advertidos;  
Y presas las escuchas ó las velas,  
Robarlos descuidados y dormidos,  
E ya, de los trabajos olvidados,  
Volviáanse contentos y pagados.

Podríamos en estos tales cuentos  
Gastar y consumir noches y días,  
Refiriendo cien mil atrevimientos,  
Hechos, bazañas, suertes, valentías,  
Que solian hacer hombres hambrientos  
En los antiguos y pasados días,  
Donde tullidos, cojos, mancos, sanos,  
Cada cual se valia de sus manos.

Mas ya no hallareis tales mozuuelos,  
En escuela de Marte ni Minerva,  
Pues todos buyen destos desconzuuelos,  
Y dicen que las flechas tienen yerba;  
Hay hojaldras, pasteles y buñuelos,  
Hay botes y barriles de conserva,  
Hay cedazo, harnero, y hay zaranda,  
Y sábeles muy bien la cama blanda.

Por faltar pues entonces fuerte gente,  
Y usarse ya sonetos y canciones,  
El Enrique se hizo tan valiente,  
Saliendo siempre con sus intenciones;  
Andando pues el indio delincuente,  
Causando semejantes turbaciones,  
Y dando de valor bastante prueba,  
Al gran emperador llegó la nueva.

El cual, por atraer á su servicio  
Este venturosísimo tirano,  
Le perdonó cualquiera maleficio,  
Escribiéndole carta de su mano ;  
Donde se le mostraba muy propicio,  
Si dejase furor tan inhumano,  
Y donde no, si punto se detiene,  
Se le dará castigo cual conviene.

Vino la carta para don Enrique,  
Porque el emperador así le llama ;  
Mas ¿quién habrá que se la notifique  
En todos los confines de la Ozama?  
Porque demás de no tener á pique  
Al dicho, tiemblan todos de su fama ;  
Teniamlos por trabajosos lances,  
Y echaban mil juicios y balances.

Como trajo la carta de clemencia  
El capitán Francisco Barrio-Nuevo,  
Hombre de gran valor y gran prudencia,  
A quien el riesgo fué de poco cebo,  
Habló con los señores del audiencia,  
Diciéndoles : « la carta yo la llevo,  
A mí me viene bien este viaje,  
E yo quiero hacer este mensaje. »

De perceber oferta semejante  
A los jüeces altos no les pesa,  
Porque sabían ser hombre bastante  
Para tomar á pechos el empresa ;  
Reconociendo dél de mucho ante  
Que no fué gavilan de poca presa ;  
Y concordés en estos pareceres,  
Le dieron los recados y poderes.

Por la mejor manera que convino,  
Pertrechos necesarios proveídos,  
Seguia por la costa su camino  
Con treinta compañeros escogidos ;  
Y dos meses gastó hasta que vino  
A descubrir los indios recogidos,  
Trastornando las cumbres y quebradas,  
Sin poder hallar rastro ni pisadas.

Después de tantos dias, cierto dia  
En unas espesuras donde estaba,  
Todos los desta noble compañía  
Oyeron una hacha que cortaba ;  
Tomaron por acechos esta guia  
Que con temores grandes los guiaba,  
Y por via de breñas importuna  
Pudieron allegar á la laguna.

Aquí llegó con hasta diez soldados,  
Dejando los demás en la zavana ;  
Vió indios en canoas bien armados,  
Que le hablaron lengua castellana ;  
De su venida fueron avisados,  
Y cuanto de la buena paz se gana,  
Que le llamasen luego su cacique,  
Y que bien sabían ser el don Enrique.

Sin muestra de ningún desasosiego,  
Los indios con temor ó con recato  
Dijeron no poder cumplir su ruego,  
Porque estaba de allí prolijo rato ;  
Mas Barrio-Nuevo hizo pasar luego  
Para se lo llamar cierto mulato,  
Y dadas las razones de quien era,  
Determinó venir á la ribera.

Al tiempo que los dos se ven la frente  
En diferentes puestos y riberas,  
Quitaron los sombreros juntamente,  
Y el Enrique habló de sus laderas :  
« Pase vuestra merced seguramente,  
Que aquí le serviremos muy de veras. »  
Pasaron á la parte de sus tambos,  
Y abrazos de amistad se dieron ambos.

Debajo de un mamey, árbol umbroso  
Que frutos á la vista representa,  
Se sentaron entrambos de reposo  
A la sombra y frescor que les contenta ;  
La carta del monarca poderoso  
Le dió con relación de larga cuenta,  
La cual consideró por larga pieza,  
Y puso luego sobre su cabeza.

Acerca del perdon que represento  
Tuvieron sus demandas y respuestas,  
Usando de comun comedimiento  
A los cristianos hizo grandes fiestas ;  
Hizo de capitanes llamamiento,  
Diciendo : « buenas bulas son aquestas,  
No cumple ya dejallas de la mano,  
Pues las envia rey tan soberano. »

Vinieron todos con brazos abiertos  
A bien que tanto bien les ofrecia ;  
El don Enrique hizo los conciertos  
Con la seguridad que convenia ;  
Dejó las asperezas destes puertos,  
Volvióse do primero residia,  
Su vida fué después vida segura,  
Y así se concluyó guerra tan dura.

De los de mas pesados movimientos  
El negro Lemba fué principalmente  
Que juntó negros mas de cuatrocientos,  
Acadillandolos varonilmente ;  
Fué negro de perversos pensamientos,  
Atrevido, sagaz, fuerte, valiente,  
Y en su rebelion de muchos años  
La tierra padeció notables daños.

Persona mal sabida, recatada,  
En todas sus astucias otro Davo,  
En el asalto de cualquier entrada  
Diligente, feroz, erüel y bravo ;  
Y en este nuevo reino de Granada  
Tuve yo nieto suyo por esclavo :  
Muñacho, pero tales sus costumbres,  
Que me daba no pocas pesadumbres.

Pocas cosas habia dél seguras  
Por ser lobo cerval de gran destreza,  
En embustes, marañas, travesuras,  
En astucias, cautelas y viveza ;  
Una de las mas malas criaturas  
Que creo que formó naturaleza,  
Y antes de reventar mas demasias  
Agua rapida dió fin á sus dias.

Sus fines no causaron desconsuelo,  
Antes su desventura fué propicia ;  
Pues si viviera mas este mozouelo,  
Segun iba creciendo su malicia,  
Venciera las maldades del abuelo,  
A quien después mataron por justicia ;  
Alzóse después dél un Joan Vaquero,  
El cual vino también á pagadero.

Porque durante las rebeliones,  
Cuya gran pesadumbre fué notoria,  
Hubo soldados diestros y varones  
Dignisimos por cierto de memoria ;  
Pues allanaban estos tropezones  
Gozando de grandísima vitoria,  
Haciendo siempre lances principales  
En aquestos guerreros infernales.

Uno destes que vamos relatando  
Aunque con pluma ya poca liviana,  
Se decia Fulano Villalpando,  
A quien llamaban barbas de zavana ;  
Para cualquier trabajo nada blando,  
Rojo, de proporcion algo mediana,  
Pero por bosques, cumbres, montes agros,  
Hizo cosas que son como milagros.

De los que peleaban á su lado  
Podríamos hacer bien larga sarta ;  
Destos Joan Freyle fué muy afamado ;  
Y en ver y rastrear viveza harta  
Un Joan Rodriguez, otro buen soldado,  
Que yo traté después en Santa Marta,  
Un Joan, canario negro, con su perro,  
Que casi de razon no tuvo yerro.

Otro buen capitán, hombre bastante  
En la misma sazón, se dijo Vera,  
Que ninguno pasó mas adelante  
En la dificultad desta carrera ;  
Pero volvámonos al almirante,  
Que grandes ratos ha que nos espera ;  
Y á él también esperan desafueros  
Que fueron de su vida los postreros.

Estaban los vecinos sosegados,  
Quietos en sus casas y viviendas;  
Mas como donde quiera que hay letrados  
No pueden faltar pleitos ni contiendas,  
Variedades, procesos fulminados,  
Tocantes á personas y haciendas,  
En las furias del cual desasosiego  
Bravamente picaban al don Diego;

De muchas eminencias paternales  
Procuran los oidores despojallo;  
Las causas y principios destes males  
Por no sabellos bien aquí los callo;  
Mas las informaciones fueron tales  
Que el gran emperador mandó llamallo,  
El cual con obediencia comedia  
Puso por orden luego su partida.

Llegado pues á la real presencia,  
Tuvo con el fiscal grandes letijos,  
Anduvo no sin grande diligencia,  
Y con enojos mas que regocijos;  
De donde resultó grave dolencia,  
Y sin ver su mujer ni ver sus hijos  
Partió de los trabajos deste suelo;  
Díele Dios los descansos en el cielo.

Fué lindo y avisado cortesano,  
De gratas y de nobles condiciones,  
En miembros ántes alto que mediano,  
Gentiles y bien puestas proporciones;  
Murió como católico cristiano,  
Acompañándolo santos varones;  
Dió fin á sus trabajos y tormentos  
Año de veinte y seis sobre quinientos.

Dejó hijos que hoy han acabado,  
Cristóbal y Luis el heredero,  
Que vimos suceder en el estado,  
Gentil y cortesano caballero;  
Puesto que por mujeres derramado,  
Y en se saber valer no muy entero,  
Por no dejar aqueste quien herede,  
Hijo de don Cristóbal le sucede.

La vireina sintió por maravilla  
El fin del marital contentamiento;  
Si grandes llantos hacen en Castilla,  
En Indias increíble sentimiento;  
Fueron también las cuevas de Sevilla  
Depósito del tal enterramiento,  
Y allí donde sus miembros fueron puestos  
Dos disticos pusieron como estos.

*Hic maris Indorum prefectus conditur ille  
Ad quem pro meritis sors inivicta fuit.  
Munera percipit rivo concessa parenti;  
At cum distictis tristitia fata simi.*

Aquí yace el almirante  
De la nueva monarquía,  
A quien, si huido podía,  
Lo puso meos delante  
De aquello que merecia.

Heredó, según los tales,  
Los oficios paternales;  
Bero con tantos vicioses,  
Que en la herencia de los bienes  
También heredó los males.

## ELEGIA VI.

A la muerte de JOAN PONCE DE LEON, donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otras muchas particularidades.

### CANTO PRIMERO.

Voz de mi ronco pecho, que profesa  
Grandes cosas en versos apacibles,  
Desea perfeccion en su promesa,  
Con muertes de varones invencibles;  
E ya Joan Ponce de Leon da prisa  
Con hechos que parecen imposibles;  
Pues tuvo, como fué cosa notoria,  
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fué cual le convino  
A la Belona fiera y á sus artes,  
Y con el gran Colon hizo camino  
Debajo de guerreros estandartes;  
En aquella segunda vez que vino  
A los descubrimientos destas partes,  
Señaló grandemente su persona  
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,  
Por Nicolás de Ovando fué justicia,  
Donde por indio que habló de vista,  
Del rico Boriquén tuvo noticia;  
Pidió con gran instancia la conquista,  
Por ser empresa digna de codicia;  
Ovando se la dió, y á muchas gentes  
Conduatas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatía  
Había caballeros generosos,  
Señaladissimos en valentía,  
De mayores empresas codiciosos:  
Ansí cada cual dellos pretendía  
Conduta de gobiernos honorosos,  
Para mejor probar su fuerte diestra,  
Y dar de su valor mas clara muestra.

El comendador pues se determina  
De dar do se conquiste gente rica:  
A Velazquez le dió la Fernandina,  
Y al capitán Garay á Jamaica:  
Ser desto cada cual persona dina,  
Por larga prueba ya se certifica,  
Y al Ponce de Leon, con largo mando,  
El Boriquén, á quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho grados  
Se suele computar altura deste;  
Los diámetros tienen prolongados  
Cinuenta y cinco leguas leste oeste;  
Rodéala por puntas y por lados  
De belicosa gente brava hueste;  
Hecho y fama tiene de guerrera,  
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus desvíos  
De los Hayties ya conmemorados;  
Van por su medio montes poco frios,  
Porque los aires son todos templados:  
Vierten á todas partes dulces rios,  
Cuyas arenas son granos dorados,  
Sus recodos, remansos y verdaderos  
Abundan de riquísimos veneros.

A la parte del norte Cairabose,  
Que mas que todo agua multiplica,  
Mas al oriente corre Tainiabone,  
Cuyas vertientes son de tierra rica;  
Otro también se llama Bayamone,  
Y el que nombró Luisa la caeica,  
Camuy, Culibrimas, y el Aguada,  
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayaguez al snr hace su playa,  
Y allá sus aguas Corigüex derrama,  
Al oriente demora Baramaya,  
Jacagua, y el que dicen de Guayania;  
Macao, Guayaney y Guibayana,  
Menos ricos que otros, según fama,  
Pero ninguno dellos falta de oro,  
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniendo pues Joan Ponce preparada  
Su gente con poderes que le dieron,  
En seguimiento fué de su jornada,  
Con lenguas de Hayti que lo siguieron;  
Y porque por San Joan fué su llegada,  
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;  
Desembarcó la gente que traía  
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,  
Para tales designios conveniente;  
Gran cantidad de indios ven delante,  
Que salen á mirar la nueva gente,  
Pacífico mostraban el semblante,  
Sin muestra ni meneo diferente,  
El rey Agueibaná también venia  
Con una madre vieja que tenia.

Llegaron á la playa conocida,  
Hablaron á la gente que llevaba,  
Regocijaronse con la venida,  
Segun en los aspetos se mostraba;  
Y con las mismas muestras los convidó  
Joan Ponce que con lenguas les habiaba,  
Diciéndoles venir aquellas gentes  
Para ser sus vecinos y parientes.

Respondieron que vengan norabuena,  
El rey y madre vieja que ya digo,  
Pues amistad fiel nunca da pena  
A quien pretende ser fiel amigo;  
La cual de parte dellos será llena,  
En paz, conformidad y buen abrigo,  
Con lo demás á esto conveniente,  
Sirviéndolos en todo lo posible.

Como reconocieron destas gentes,  
Tan blandas y sinceras voluntades,  
Dieron algunos dones y presentes  
Para mas confirmar las amistades;  
Al menos á personas eminentes,  
O mas aventajadas en edades,  
Y á madre é hijo largo catecismo,  
Para que recibiesen el bautismo.

A estos nuestra fe se notifica,  
Prestando para todo buen oido;  
Pusieron doña Inés á la caeica,  
Joan Ponce de Leon al convertido:  
La paz y el amistad se fortifica,  
Sin muestra de tener amor fingido,  
Y estos les descubrieron minerales  
De oro de riquísimos caudales.

Formaron leves ranchos, cañaveras  
Compuestas y ligadas con bejuco,  
Talaronse los montes de riberas,  
Que por acá llamamos arcabuco;  
De las cuales no fueron las postreras  
Las de Manatubon y de Cibuco,  
Do fueran tan riquísimos veneros,  
Que no podrán creer los venideros.

El oro sus veneros mas abona  
A la siniestra mano y á la diestra;  
Joan Ponce ya ganando gran corona  
Entre los indios y entre gente nuestra;  
Ansi quiso llevar por su persona  
Al gran comendador tan rica muestra;  
Pero cuando llegó halló ser ido,  
Y don Diego Colon recién venido.

Fué su primer venida la que digo,  
Y á vueltas del consorcio virtuoso  
El don Diego Colon trae consigo  
Un Sotomayor, hombre generoso;  
Don Diego se le daba por amigo,  
Por ser hijo de conde valeroso,  
Y el rey á este por le hacer bienes  
Dió la gobernacion de Boriquenes.

Del cumplimiento destas provisiones  
Escusóse Colon por ciertas vias,  
Y á Joan Ceron nombró por ocasiones  
Que no faltaron en aquellos dias:  
Debajo de las cuales intenciones  
Nombró por alguacil á Miguel Diaz,  
De quien hemos tratado largamente  
En parte del historia precedente.

Volvióse pues Joan Ponce despojado  
Al Boriquén que vamos allanando;  
Pero muy poco tiempo ya pasado,  
El rey le mandó dar el dicho mando,  
Siendo de sus servicios informado  
Por larga relacion del buen Ovando,  
Y el Sotomayor fué favorecido  
Del Joan Ponce después de proveído.

Y así, con cortesano cumplimiento,  
De justicia mayor le dió renombre,  
Y al rey Agueibaná en repartimiento,  
Fundado pueblo, dicho de su nombre;  
Pero después dire con lo que cuento  
La grande desventura deste hombre,  
Que fué causa de muchos otros daños  
Que sucedieron en aquellos años.

Con el primer consorcio castellano,  
Bien lejos de la mar y malos puestos,  
A Caparra fundó, pueblo mal sano,  
Donde todos andaban indios puestos:  
Al cual mucho después le dió de mano  
Y le buscó lugares bien compuestos,  
Junto de Bayamon que lo bastece,  
Y donde de presente permanece.

Son sus vecinos gente bien lucida,  
Nobles, caritativos, generosos;  
Hay fuerza de pertrechos proveida,  
Monasterios de buenos religiosos,  
Iglesia catedral muy bien servida,  
Ministros dotos, limpios, virtuosos;  
Fué su primer pastor y su descanso  
Aquel santo varon Alonso Manso:

Varon de benditísimas costumbres,  
En las divinas letras cabal hombre,  
Diguísimo de mas escelsas cumbres,  
Merecedor de mas alto renombre;  
Su nombre denotaba mansedumbres,  
Y así midió sus obras con su nombre;  
Fué de menesterosos gran abrigo;  
Porque lo conocí, sé lo que digo.

Fundó Caparra pues año de nueve  
Joan Ponce de Leon, hombre bastante:  
Mas cuando por lo dicho la remueve,  
Serian doce años adelante;  
Y por cumplir mi pluma lo que debe,  
Diremos otros pueblos, Dios mediante,  
Que fundaron entonce los primeros,  
Aunque los menos fueron duraderos.

Después al noroeste de Guayama,  
Rio que tengo ya conmemorado,  
En un sitio, que Guanica se llama,  
Tuvieron otro pueblo fabricado:  
Bahia, pero tal que, segun fama,  
Es la mejor de todo lo criado;  
Fundólo don Cristóbal de decimos,  
Que es el Sotomayor que referimos.

Mas donde manifiestan mis escritos,  
No comportó la gente ser poblada,  
Por ser tanta la copia de mosquitos  
Que nunca se vió plaga tan pesada;  
Y así, vencido ya de tantos gritos,  
La pasó don Cristóbal al Aguada,  
Que es al oeste noroeste desta via  
Con nombre del renombre que él tenia.

Aquí y en todas las demás distancias  
Servian indios por repartimientos;  
Había fertilísimas estancias,  
Y en ellas españoles muy contentos:  
Crecian cada dia las ganancias,  
De oro caudalosos nacimientos,  
En Quiminén Guainea y Horomicos,  
Duyey y Cabuin, rios bien ricos.

Huye la chisme, cesa la conseja,  
Crece contento, nace regocijo,  
Sin olor ni barrunto ni semeja  
De guerra ni contienda ni letijo;  
Asegurándolos la buena vieja,  
Y el buen Agueibaná su noble hijo:  
Los indios mas feroces y mas bravos  
Servian mucho mas que los esclavos.

Gozaba, como digo, nuestra gente  
De riquezas, contento y alegría,  
Con el Agueibaná, varon prudente,  
Por quien toda la tierra se regia:  
Murió la madre, y él de muy doliente  
Vido también su postrimero dia;  
Al heredero, pero, no le plugo  
Sufrir ni tolerar tan duro yugo.

Algunos españoles mal regidos,  
Fiando de las viejas amistades,  
Andaban por mil partes divertidos,  
En sus estancias, minas y heredades;  
Casi que para siempre despedidos,  
De cualesquier rebeldes novedades,  
Aunque dias atrás, obra de un año,  
Negocio sucedió no poco extraño.

El cual aconteció por esta via:  
Un mozo, Joan Siarez Sevillano,  
A sus solas se fué, no sé qué dia,  
A casa de un señor, cruel tirano:  
Amanio, segun dicen, se decia;  
Y este mandó prender aquel cristiano  
Para jugallo, y después del juego  
Quien lo ganase lo matase luego.

Es su juego pelota saltadera,  
Grande, de cierta pasta ternecilla,  
Tantos á tantos anda la carrera  
En el batey ó plaza que se trilla;  
Y las rehazas son con la cadera,  
Con hombros, con cabeza, con rodilla.  
Es toda la porfia de este marte  
Que pase puesto de contraria parte.

Para la tarde dejan la batalla,  
Para que su frescor mas lo despierte,  
Regocijándose la vil canalla,  
En que la joya fuese desta suerte,  
Cada cual deseando de ganalla  
Para perdella luego con la muerte,  
Y el afligido, triste, maniatado,  
A Dios encaminaba su cuidado.

El cual trajo consigo cuando vino  
Un paje que se dió no mala maña,  
Pues visto de los indios el desino,  
La reyuelta, la grita, la maraña,  
Acogióse, mas no por el camino,  
Sino por el rigor de la montaña;  
A Guarionex: llegó todo lloroso,  
Do estaba Salazar el animoso.

Diego de Salazar, que lo miraba,  
Como persona que lo conocia,  
Luego le preguntó por qué lloraba,  
Y cual era la queja que traía;  
El indio le contó lo que pasaba  
Del riesgo que su amo padecía;  
Y por echar á su valor el sello  
Luego determinó de socorrerlo.

«Vamos, le dice, pues en un instante,  
Antes que el miserable mozo muera,  
Porque lo libraremos, Dios mediante,  
El indio rehusaba la carrera;  
Mas con amenazallo fué delante,  
Hasta llegar á ver la gente fiera,  
Embarbascados en el ejercicio  
Para hacer el torpe sacrificio.

Encubrióse muy bien, por donde iba  
Los puestos de los juegos acechando,  
Holgándose de ver la presa viva,  
Y los que con placer andan jugando;  
Su saña de los ver es excesiva,  
Los labios con furor remordiscando,  
Diciendo: «yo prometí que si llego,  
Que mi jugar baraje vuestro juego.»

Este hidalgo, que Salazar llamo,  
En socorrer dijérades que vuela,  
Presto, lijero, suelto mas que gamo,  
Mas vivo que la mas viva candelá;  
Y al indizuelo dió para su amo  
En Guarionex espada con rodela,  
Mandándole que siempre lo siguiese,  
Cuando con mas furor arremetiese.

Llegó por el lugar mas escondido  
Con aquel fidelísimo vasallo,  
Salió con un furor jamás oido,  
Tanto que no podrá yo relatallo;  
Y hizo con sus golpes mas ruido  
Que si fueran cincuenta de caballo,  
Aqui y alli saltando como onza  
Que para mayor salto se desgonza.

Donde mas riesgo ve mucho mas osa,  
Mas bravo que la mas brava serpiente,  
Y en el arremetida furiosa  
Cortó las ligaduras al paciente;  
El cual, con el ayuda venturosa,  
Cobró mayores bríos de valiente;  
Aquello se le da que el mozo quiere,  
Y dícele: «haced como hicere.»

Ambos á dos comienzan á porfia  
A menear de veras las espadas,  
Dando segun el caso requeria  
Profundas y crueles cuchilladas:  
El golpe de la sangre que corría  
Henchia los caminos y calzadas;  
Aqui muertos vereis, alli caídos,  
Y todos de gran miedo poseídos.

Como si por la plaza de gran gente,  
Sin ser de los autores avisada,  
Soltasen algun toro de repente  
Tomandoia del caso descuidada;  
Y con aquel temor incontinente  
Hofgasen de la ver desocupada,  
Buscando cada cual una guarida  
Do pudiese mejor guardar su vida;

Así con el asalto repentino,  
Ruidos y alborotos del estruendo,  
Se vencieron de tanto desatino,  
Que parte de los indios van buyendo,  
Sin atinar á senda ni camino,  
Ó ya mal tropezando, mal cayendo,  
Ya sin querer torcer pecho ni cuello,  
Ya volviendo la cara para vello.

Otros también pusieron embarazos  
De flechas y macanas atrevidas;  
Destos vereis partidos en pedazos,  
Cabezas abolladas y hendidas;  
Cortados piés y piernas, manos, brazos,  
Que por aquel batey iban tendidas:  
Tan grandes extrañezas se hacían  
Que feroces leones parecían.

Aimanio que se muestra mas constante  
Con bravoso furor y lozanía  
Al Salazar se puso por delante,  
Y semejantes cosas le decía:  
«Aquí quiero yo ver, fuerte gigante,  
Si te podrá valer tu valentía.»  
Cubrióse Salazar con el escudo,  
Y apenas tan gran golpe sufrir pudo.

La macana segunda vez enhiesta,  
Y estando levantada ya la mano,  
Allegó Salazar con la respuesta,  
Que bien creo que fué de brazo sano;  
Pues para no caer nada le presta  
Haber sido, segun dicen, de llano;  
Con todos los demás quedó tendido  
No muerto, pero muy amortecido.

Los encuentros con esto se concluyen,  
A tiempo que los dos están cansados,  
Los enemigos ya se deminuyen  
Por aquellas zavanas y collados;  
Así que, del lugar los unos huyen,  
Y los otros están como pasmados,  
Vuélvese Salazar, no por do vino,  
Sino tomó derecho su camino.

Con la gloria de triunfo merecido  
Caminan estos dos mano por mano,  
Aimanio, que también quedó tendido,  
En si volvió cobrando seso sano;  
Y luego con clamor encarecido  
Mandó que le llamasen el cristiano;  
Caminan con presteza mensajeros  
Tras estos dos heróicos caballeros.

Los indios caminando por la vía,  
E yendo con el paso presuroso,  
Vió Salazar la gente que venía,  
Que nada lo hicieron temeroso;  
Y puesta la rodela que traía  
En ella se sentaron de reposo;  
Dícale Suárez, que huvera;  
El dijo: «huir no, ni Dios to quiera.

«Otra diez tanta gente no bastara  
Para que no hiciéramos acervos,  
Demás de que sabemos á la clara  
Que son leones estos, y son ciervos;  
Son ciervos peleando cara á cara,  
Y si huís leones son protervos:  
Bebed y descansad en esa fuente,  
Dejad á mi con ellos solamente.»

Donde los dos hicieron su parada  
Llegó luego la gente que corría,  
Dieron al Salazar el embajada,  
Segun les pareció que convenia;  
El, sin que rehusase la tornada,  
Luego les respondió que le placía;  
Suárez contradujo sus intentos,  
Diciéndole ser locos pensamientos.

Teniendo Salazar ningun recelo,  
Daba justificadas sus respuestas;  
El otro con temor y desconuelo  
Las manos á los cielos tiene puestas;  
Y las rodillas ambas en el suelo,  
Le ruega huya cosas tan molestas,  
Sino que pues hicieron buena suerte,  
No volviesen en busca de la muerte.

El Salazar le dijo: «buen amigo,  
En aquesta sazón y coyuntura  
Yo no consentiré que vais conmigo,  
Pues que tenéis la vida ya segura;  
Yo solo tengo de ir á lo que digo,  
Puesto que lo juzgéis á gran locura;  
Seguro podreis ir de vuestra vida,  
Pues que tenéis bien cerca la guarda.»

Suárez dijo: «id donde quisierdes,  
Ya que, señor, estais determinado,  
Que yo tengo de ir adonde fuerdes  
Sin un punto faltar de vuestro lado,  
Para morir adonde vos murierdes,  
Sin aljojar jamás deste cuidado;  
Volvamos ambos donde nos atienden  
Y alla veremos bien lo que pretenden.»

Al peligro que ya detrás dejaban  
Ambos á dos volvieron juntamente,  
Do vieron que sin armas esperaban  
Innumerable número de gente,  
Que todos con dolor acompañaban  
Al Aimanio, llagado de la frente,  
El cual desdeque bajó de la ladera  
Al Salazar habló desta manera:

«Salazar, valeroso caballero,  
Tu pecho de temor todo se escombe,  
No queriendo negarme lo que quiero,  
Pues pido lo que puede dar un hombre;  
Y es que me tomes tú por compañero,  
Con el valor y gracia de tu nombre,  
Que gloria me darán armas y damas,  
Si me llamare yo como te llamas.»

Oídas semejantes niñerías,  
Respondió Salazar con rostro ledo:  
«Por conocer en tí mis valentías  
Y no morar en tí brizna de miedo,  
Mi nombre, con las mas hazañas mías,  
De buena voluntad te lo concedo;  
Mas para lo tomar con mejor mano  
Sabrás que te conviene ser cristiano.»

El indio destas cosas informado  
Parecióle bien y fué contento,  
Y así después de ser catequizado  
Le dieron este santo sacramento:  
Túvose de sus males por pagado  
En heredar aqueste nombramiento,  
Y los indios que Aimanio lo nombraban  
Agora Salazar apellidaban.

Volvierónse pues estos dos varones  
Do estaban sus amigos y parientes,  
Cargados de preseas y de dones,  
Y bien acompañados destas gentes:  
Gran amistad y grandes aficiones  
Mostraban sin zozobras diferentes;  
Pero poco duraron en sosiego,  
Segun, mediante Dios, diremos luego.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata el gran rebelion de los indios horiquestes, y cosas que pasaron durante la guerra.

De pechos de pasión y dolor llenos  
A veces la paciencia se desvia;  
Dos bandos que de paz están ajenos  
Uno suele tomar mas osadía:  
Viendo que su contrario tiene menos  
Del mas que se pensaba que tenía,  
Su baja condición hace mas alta  
Después que reconocen esta falta.

Sufriendo pues aquestos naturales  
No pocas sinrazones insufribles,  
Callaban por hallarse desiguales  
En armas aceradas y terribles;  
Piensan que son los nuestros inmortales,  
Y que también serian invencibles;  
Deseaban saber lo cierto desto  
Debajo de dañado presupuesto.

Quería ya pasar onceno año  
Con el millar y medio que se saca,  
Cuando por remediar su grave daño  
Hicieron indios junta muy bellaca,  
Do tomó cargo deste desengaño  
Urayoan, cacique de Yaguaca,  
Jurando no cesar con piés ni manos  
Hasta saber si mueren los cristianos.

Estando con intento tan acedo  
A sus promesas esperando lance,  
Pasó por allí Diego de Salcedo  
Sin gente que le fuesen en alcance;  
Urayoan se le mostraba ledo,  
Sin muestra ni señal del duro trance,  
Haciéndole cumplida cortesía,  
Y dióle para ir gran compañía.

Partióse con los indios advertidos  
El que sin advertencia sale fuera,  
Mostráronsele todos comedidos  
Al tiempo de pasar una ribera;  
El cual por no mojarse los vestidos  
Sobre sus hombros va, que no debiera,  
Porque por ellos fué precipitado  
En lo mas peligroso deste vado.

Viéndolo vacilar en ese punto  
De mas de dos ó tres que esto hicieron,  
El golpe de los indios vino junto,  
Y un hora sumergido lo tuvieron,  
Hasta que conocieron ser difunto  
Y por hombre mortal lo conocieron,  
Aunque no lo tenían por tan cierto  
Que creyesen estar del todo muerto.

Y aun esperáronlo tercero día  
Por esperar al fin cuerpo ahogado,  
Hablábanle con grande cortesía  
Pidiéndole perdon de lo pasado,  
Hasta tanto que el cuerpo mal oía;  
Y cada cual quedó certificado  
Que no podia ser caso fingido  
Disimular un cuerpo corrompido.

Hecha desta manera larga prueba  
De que los españoles son mortales,  
Al vil Urayoan llegó la nueva  
De parte de los indios desleales;  
Al mal Agueibaná también se lleva  
Y á los demas caciques principales;  
Convócense los grandes de la tierra,  
Para hacer de veras esta guerra.

Agueibaná por ser el mas potente  
A todos los demas así convoca,  
Porque la isla toda comunmente  
Pendia del mandato de su boca;  
Urayoan llegó muy diligente,  
Aimanio, Guarionex, Mobodomoca,  
Con otros principales conocidos  
Que del mismo furor vienen vencidos.

Y no me espanto destes pareceres  
Ni de que sean malos sus concetos,  
Pues ven diminuidos sus placeres  
Y todos ellos andan inquietos;  
Y sus hijos y hijas y mujeres  
A servidumbre misera sujetos,  
Pierden de libertad aquellos fueros  
Que no pueden comprarse por dineros.

Llegada pues aquesta compañía  
En un universal ayuntamiento,  
Agueibaná, que todo lo movía  
Para perfeccionar su mal intento,  
A todos les habló lo que sentía,  
Haciéndoles un cierto parlamento  
Breve, mas por palabras bien compuestas,  
Las cuales en sustancia fueron estas:

« Si cesan los estremos de locura,  
Si quien tiene razon sin razon siente,  
Si memoria de bien antiguo dura,  
Ningun varon habrá que no lamente  
La grave sujecion y desventura  
Que todos padecemos al presente.  
¿ Cuán afligidos, cuán atribulados,  
¿ Cuán muertos, cuán corridos, cuán cansados !

» Los días y las noches padeciendo,  
Servimos estas gentes extranjeras,  
A mas andar nos vamos consumiendo  
En minas y prolifas sementeras,  
Y todos ellos andan repartiendo  
Nuestros campos, zavas y riberas,  
Aquello que aquí siempre poseimos,  
Y donde nos eriamos y nacimos.

» Cada cual de nosotros tiene dueño  
A quien reconozcamos obediencia,  
Y á todos cuantos males os enseño  
No hacemos alguna resistencia;  
Antes como vencidos de gran sueño  
Llevamos estas cosas con paciencia,  
Hasta dalles las hijas y mujeres  
Para sus pasatiempos y placeres.

» A la maldad y desvergüenza suya  
Como viles cobardes damos vado;  
No siento de vosotros quien concluya  
En remediar negocio tan pesado;  
Pues ¿ quién hay de los hombres que no huya  
Siendo cornudo ser aporreado,  
Sino nosotros, vil y baja gente,  
Que pasamos por todo blandamente ?

» Pues decid, moradores desta tierra,  
Que dormís y roncaís con pecho sano,  
¿ Vosotros no sabeis qué cosa es guerra ?  
¿ No nacistes las armas en la mano ?  
¿ No soleis alentaros por la sierra  
Mejor que si corriédes por llano ?  
Pues ¿ cómo falta ya quien nos acuerde  
El bien de tanto bien como se pierde ?

» Los caribes con sus ferocidades,  
Que sombra nunca fué que los asombre,  
Con tantas y tan feas crueldades  
Que tiembla de decillas cualquier hombre,  
Tienen en mucho nuestras amistades,  
Tiemblan del Boriquén y de su nombre,  
Y nosotros temblamos de doscientos  
Cojos, tullidos, mancos y hambrientos.

» Aquella vieja, mi bestial abuela,  
Y el insensato torpe de mi tío  
Nos hicieron creer cierta novela  
Que siempre tuve yo por desvario;  
Pero ya la verdad se nos revela  
Por aguas del Guarabo nuestro río,  
Que no son inmortales los cristianos,  
Y que pueden morir á nuestras manos.

» Por tanto, cada cual las haga prestas  
Y del pesado sueño se despierte,  
Echese dos careajes á las cuestras,  
Aliste con furor el arco fuerte;  
Y sin otras demandas ni respuestas  
Mueran los enemigos mala muerte,  
Porque no puede ser mejor cauterio  
Para la llaga deste cautiverio. »

Movidos desta loca confianza,  
Responden los caciques del alarde:  
« Para poder tomar esta venganza,  
Conviene que ninguno mas aguarde;  
Porque la dilacion y la tardanza  
Tanto peor será cuanto mas tarde,  
Y sean las primeras circunstancias  
Matar á cuantos hay en sus estancias. »

En esto quedan todos acordados,  
Pospuestos todos miedos y temores,  
Y aun agora van determinados  
De dar sobre sus amos y señores,  
Estando todos ellos descuidados  
De semejantes riesgos y rigores;  
Que mala defension, que mal abrigo,  
Seguridad en cas del enemigo.

No cumpla mostrarse negligentes  
Los nuestros que roncaban de dormidos,  
Por ser los boriquenes tales gentes,  
Que pueden ser á todos preferidos:  
Membrudos, fuertes, sueltos y valientes,  
En el acometer muy atrevidos,  
Tan bravos, tan crúeles inhumanos,  
Que son bien menester entrambas manos.

Pues los caciques dichos convenidos,  
Sin que cosa se huela ni se sienta,  
Fueron á los asientos conocidos  
Al punto y á la hora que se cuenta;  
Y de los españoles divididos  
Mataron luego mas de los ochenta,  
De manera que en una misma hora,  
Pagaron á sus amos la demora.

Agueibaná pagó con otro tanto  
Al amo don Cristóbal, que servía,  
La cual muerte cantaron en un canto  
De cierta horrachera que hacía,  
No sin admiracion ni sin espanto  
Del hermana hermosa que tenía,  
Que con el don Cristóbal se holgaba,  
Y le dió cuenta de lo que pasaba.

Durante pues el canto mal fundado,  
Un mozo, que se dijo Joan Gonzalez,  
En entender la lengua señalado,  
Queriendo percibir aquestos males,  
Desnudo segun ellos y embijado,  
Metióse con los mismos naturales,  
Y pudo conocer al descubierto  
Lo dicho por la india ser muy cierto.

Procuró de salirse del aprieto,  
Rodeado de plumas y poporos,  
Y con aquel aviso de discreto,  
Ya fuera de los bailes y sus coros,  
Habló con don Cristóbal en secreto:  
Diciendo: « señor, ciertos son los toros:  
Pareceriamos muy buena cosa  
Que pongamos los pies en polvorosa. »

» No cumple dilacion; porque yo juro  
Que el esperar será gran desatino;  
Caminemos agora con escuro,  
Porque yo guiaré por tal camino  
Que cada cual de nos vaya seguro  
Debajo confianza de mi tino. »  
El don Cristóbal dijo que se iría,  
Pero de noche no, sino de día.

Eran con don Cristóbal seis cristianos  
Que estuvieron la noche muy á pique,  
Siempre con las espadas en las manos  
Y no sin sobresalto de repique;  
Pero, claros los montes y los llanos,  
Mandó luego llamar á su cacique,  
Diciendole: « hacemos hoy viaje,  
Danos gentes que lleven el fardaje. »

El indio respondió que le placía,  
Y trajo muchos indios bien dispuestos  
Para la gran maldad que pretendia  
Instrutos, avisados y compuestos:  
Partió la desdichada compañía  
Con los tamemes malos y molestos;  
El Joan Gonzalez su salida tarda,  
Casi quedandose por retaguarda.

Aquel que la traicion mal la menea,  
Después que todos seis fueron partidos,  
Tomó trescientos hombres de pelea,  
En menear las armas escogidos;  
En seguimiento va de quien desea,  
Por caminos y pasos conocidos,  
Y el rey Agueibaná, mozo lijero,  
Al Joan Gonzalez alcanzó primero.

Dijole: « dónde vas », y dióle luego  
En la cabeza desaperecebida;  
Del golpe de la sangre quedó ciego,  
Y antes que segundase la herida,  
Hincóse de rodillas, y con ruego  
Pide que nó le prive de la vida;  
El rey dijo, sintiéndolo tan flaco:  
« Adelante, dejad este bellaco. »

Dejaronlo con harta pesadumbre,  
Quebradas las narices y las muelas,  
Y á lós demás les dieron certidumbre  
De su mal, pues les huellan ya las suelas  
Rostro hicieron á la muchedumbre,  
Embrazadas espadas y rodelas;  
Mas ¿ qué verán los pocos entre tantos,  
Que no sean mortíferos espantos: ?

Rodean los trescientos combatientes  
El breve batallon de los cristianos;  
Necesidad los hace ser valientes,  
Bien como numantinos con romanos:  
Derribanse narices, muelas, dientes,  
Por el suelo vereis rendidas manos,  
Es la sangre que corre de manera  
Que va tñiendo toda la ladera.

Como toros en coso son heridos,  
Por rostros, por espaldas y por lados,  
Por todas partes son acometidos,  
Todos traen los pechos traspasados:  
Ya casi muertos, pero no vencidos,  
Ni de vender su vida descuidados  
Quisiera don Cristóbal la venganza  
Del rey Ageuibaná, mas no lo alcanza.

El espada tenia ya cercana,  
Mas en ciertos bejucos estropezia,  
Luego terrible golpe de macana  
Le hizo dos pedazos la cabeza;  
Y el resto de la gente castellana  
Para postrer gemido se aderezia;  
Dieron los indios, aunque gente dura,  
A solo don Cristóbal sepultura.

Volvieron á buscar al Joan Gonzalez,  
No para defension de su partido;  
Mas él entróse luego por breñales,  
De suerte que no pudo ser habido:  
Obró Dios sus milagros y señales  
En escapar un hombre tan herido;  
Porque si la tal lengua pereciera,  
Aquesta desventura mayor fuera.

Huyendo de los ásperos escesos  
Que el rey Ageuibaná con otros fragua,  
Descubiertos los cascós y los huesos,  
Y á todas horas cantidad de agua,  
Rompió por arcabucos mas espesos,  
Atravesando sierras de Jacagua;  
Salió por gobernar también su proa  
A un heredamiento dicho Toa.

Hallóse quince leguas mas adelante  
De lo que su juicio computaba,  
Gente nuestra halló bien ignorante  
De lo que la tal lengua relataba;  
Algun ángel llevaba por delante,  
Que por tan buen camino lo guiaba;  
Tuvo quien lo curó tan buena mano  
Que desde á pocos meses quedó sano.

Encendida la fuerza deste fuego  
Por los modos que tengo repartidos,  
Ageuibaná, sin recibir sosiego,  
Juntó diez mil gandules escogidos;  
Y al ludio Guarionex le mandó luego  
Que los lleve por bosques escondidos  
A dar en aquel pueblo del Aguada,  
Y á fuego y sangre dél no deje nada.

Todos fueron muy bien apercebidos  
Y confiados de su vencimiento;  
Los nuestros descuidados y dormidos,  
Que podrian ser todos hasta ciento,  
En los dos dichos pueblos repartidos,  
Y ajenos del rebelde movimiento,  
Salvo Caparra, do por Joan Gonzalez  
Joan Ponce supo todos estos males.

No pudo Joan Gonzalez lo que quiso,  
Ni los que con él juntos han llegado,  
Pues por ser el negocio de improviso,  
Joan Ponce pudo ser el avisado;  
Y ninguno le pudo dar aviso  
A Sotomayor, pueblo descuidado,  
El cual Aguada es por otro nombre,  
A quien dió don Cristóbal su renombre.

Habia pues en estos dos lugares,  
Al tiempo destas vueltas y marañias,  
Varones pocos pero singulares,  
Que hicieron proezas y hazañas,  
Mayores que los fuertes doce pares;  
Y aun se pueden tener por mas estrañas,  
Pues no se ponen en aquestos cuentos  
Fábulas, ni ficiones, ni comentarios.

Estaba Salazar en esta villa  
En fuerzas y en esfuerzo señalado,  
Sin que faltase punto ni hebilla  
Para varon heróico y esforzado:  
Gran siervo de la Virgen sin mancilla,  
Urbano, comedido, bien criado,  
Hubo también aqui Miguel de Toro,  
Que fué de las victorias gran decoro.

En tierra firme y en sus asperezas  
Mostróse con Hojeda gran guerrero,  
Y ansi, por sus hazañas y proezas  
El santo rey lo hizo caballero;  
Joan Lopez Adalid, cuyas destrezas  
No merecen aqui lugar postrero,  
Porque sus tinos son atrevimientos  
No se podran decir en breves tiempos.

Añasco, cuya fuerza nada mansa  
Al escuadron desprecia mas armado;  
Un Sebastián Alonso, que no cansa  
Rompiendo lo que está mas reparado;  
Y aquel fuerte varon, Luis Almansa,  
Francisco Barrio-Nuevo, Joan Casado,  
Y aquel de color loro, Joan Mejia,  
Cuyo loor no halla demasia.

Y un hombre de Alanis, natural mio,  
Del fuerte Boriquén pesada peste,  
Dicho Joan de Leon, con cuyo brio  
Aqui cobró valor cristiana hueste,  
Trajónos á las Indias un navio,  
A mí y á Baltasar un hijo deste,  
Que hizo cosas dignas de memoria,  
Que el buen Oviedo pone por historia.

Pero Lopez de Angulo, cuya lanza  
Hizo por escuadron ancho camino,  
Sin espantallo la mayor pujanza  
De batalla ni salto repentino,  
Donde no tuvo menos alabanza  
Martin de Guiluz, noble vizcaino,  
Fortisimo, lijero y animoso,  
Y en los trances de guerra venturoso.

También Joan Gil, que siendo mozo tieruo  
Todos sus hechos fueron soberanos,  
Tantos, que tuvo destos el gobierno  
Dotado ya de dias mas ancianos:  
Fué gran terror y espanto sempiterno  
De todos los caribes comarcanos,  
Hasta metellos en su propia tierra,  
Y á su costa baelles cruda guerra.

En aquesta sazón y coyuntura,  
Otros valerosísimos soldados,  
Que no sabré poner por escritura,  
Estaban en los pueblos señalados;  
Do va Guarionex con gran soltura  
Con los indios que dije bien armados;  
Y porque fué reencuentro bien reñido,  
Después os contaré lo sucedido.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Sotomayor  
sin ser sentido, y lo que mas sucedió.

Pocas veces se goza de despojo  
De fuertes enemigos advertidos,  
Cuando contrarias gentes ven al ojo  
Y no llegan por pasos escondidos;  
Mas causan perdicion y gran enojo,  
Si llegan sin que puedan ser sentidos,  
Porque cualquiera asalto repentino  
Es causa de muy grande desatino.

Pues para lo que agora se procura,  
Está Sotomayor muy ensoñado,  
Entonces por ser poca la cultura,  
De todas partes no bien escombrado;  
Antes montañas, selvas, espesuras,  
Lo suelen asombrar por cada lado;  
Y aquesto dió lugar a que viniese  
El indio sin que nadie lo sintiese.

Verdad es que, según hemos oído,  
A hombre que salió desta compañía,  
Un indecito niño, dicen, vido  
Indios armados ir por la montaña;  
Pero su dicho nunca fué creído,  
Y todos lo tuvieron por patraña,  
Y así durmieron todos descuidados,  
El cual descuido fué por sus pecados.

El acechado pueblo ven seguro,  
Donde cualquier espía se convierte,  
Sin defensa de vela ni de muro,  
Ni casa que se pueda decir fuerte;  
Esperaron al tiempo mas oscuro  
Para mejor poder hacer la suerte,  
En partes repartidos allí junto,  
Y macanas y flechas muy á puito.

Seis horas antes fué de la mañana,  
Cuando Morfeo mas se detenía  
En regalar la vista castellana  
Con una soñolienta melodia;  
E ya la clara lumbre de Diana  
Sus doradas mejillas encubría,  
Cuando la gente del protervo bando  
El descuidado pueblo va cercando.

En partes se reparten con sosiego,  
Sin alboroto, grita ni ruido,  
A las pajizas casas ponen fuego,  
El cual con gran furor es encendido;  
Aqueste daño hecho, suena luego  
Una terrible grita y alarido;  
Los gritos fueron tales y tan altos,  
Que causaron pesados sobresaltos,

Despertaron aquí los que dormían,  
De tales novedades alterados;  
Las llamas á huir los compellan,  
Huyendo se hallaban mas turbados;  
Flechas, humos, calores, impedían  
Las espaldas, los rostros y los lados,  
Las lumbres descubrían los engaños;  
Mas eran causa de mayores daños.

Así como por campos rodeados,  
En la caza, por muchos ordenada,  
Que do quiera que huyen los venados,  
Hallan lebreles puestos en parada,  
Y son de todas partes acosados,  
Sin que puerta le den desocupada,  
Aquí los muerden perros, allí gritan,  
Aquí caen, allí se precipitan;

Así do cualquier dellos se convierte,  
Hay rodeo de gentes inhumanas,  
Hay lazos, hay camino de la muerte,  
Hay dardos, arcos, flechas y macanas,  
Hay herida mortal, hay golpe fuerte,  
Hay para todo mal crueles ganas,  
Hay heridos aquí, y allí caídos,  
Aquí lamentacion y allí gemidos.

En esta confusion y hatería  
Cada cual Salazar apellidaba,  
El cual de mal de hubas no dormía,  
Y entonces con gran sueño reposaba.  
Al fin lo despertó la vocería,  
Saltando de la cama donde estaba,  
No muy sobresaltado ni desnudo,  
Sino con el espada y el escudo.

El toro madrigado sale fuera  
Encendido de sañas ó furoros;  
Bien pueden hacer alta la barrera  
Los mas sueltos y fuertes lidiadores;  
Porque él hará bien ancha la carrera,  
Do viere los peligros ser mayores;  
Recogió cojos, mancos y tullidos  
De las posibles armas proveídos.

Con una nunca vista lijereza  
Escuadrones contrarios resistía,  
Grandes fuerzas sacó de su flaqueza,  
Animo, corazón y valentía;  
Por el mayor aprieto y aspereza  
De los mas atrevidos se metía,  
Diciendo do mas impetu sostiene:  
«Salazar, Salazar es el que viene.»

Con obras, con palabras y con fieros,  
Hacia de victoria confianza;  
Sus golpes son tan llenos, tan enteros,  
Que no puede vivir quien el alcanza;  
No se vido leon entre corderos  
Hacer tan crudelísima matanza,  
Y no con menos bravo continente,  
Peleaba también su flaca gente.

Al palo va venciendo nuestro hierro,  
A las macanas duras el cuchillo;  
Ayudaba también un cierto perro,  
Llamado según dicen Becerrillo,  
El cual traía ya todo su cerro  
No menos colorado que amarillo;  
Del cual perro nos han contado cosas  
Que se pueden tener por espantosas.

Viendo pues Guarionex su menoscabo,  
Al Salazar dirige su corrida,  
Haciendo con los indios del Guarabo  
Una mas que cruel arremetida:  
Resiste Salazar, y al cabo, al cabo  
A todos los compelen á huida,  
Dejando por el pueblo y á su puerta  
Alguna cantidad de gente muerta.

Aquestos enemigos ya vencidos,  
Esclusos y apartados de sus puertos,  
Curaron los que estaban mal heridos  
Y dieron sepulturas á sus muertos;  
Procuraron de ser mas proveídos,  
Huyendo de pasados desconciertos,  
Conoció no ser parte lo que cuento  
Para permanecer en tal asiento.

Y así con arduos de prudente  
Viendo los pocos hombres que quedaban,  
Uno herido y otro mal doliente,  
Y riesgos que los mal amenazaban,  
Determinó llevar aquesta gente  
A Caparra do los demás estaban:  
Parecer y balance de discreto,  
El cual luego pusieron en efeto.

Desásense de aqueste flaco gonce,  
Y el campo se partió con mal arreo,  
No con tiros de hierro ni de bronce,  
Pues con espadas hacen el ojeo;  
Si deseaban verse con Joan Ponce,  
Joan Ponce tiene muy mayor deseo,  
El cual se congojaba con sospecha  
De la destruicion que estaba hecha.

Su gente dividir no convenía  
Por ser poca y el tiempo peligroso,  
Y estando con penosa fantasia  
Por saber de los otros congojoso,  
Allegó con la gente que traía,  
Diego de Salazar el animoso:  
Los amigos difuntos lamentaron,  
Y pocos con los pocos se holgaron.

Estando pues así toda la tierra,  
Viendo tan peligrosa rebeldía,  
De ocios y sosiegos se destierra  
Joan Ponce de Leon como solía,  
Tornando con los suyos á la guerra  
Con la poquita gente que tenía,  
En el número poca y aun doliente,  
Pero maravillosa y escelente.

Nunca se vió vigor ni tales mañas  
En tan breves escuadras y cuadrillas;  
Sus vencimientos son cosas estrañas,  
Grandes y nunca vistas maravillas;  
Y tan heróicos hechos y hazañas,  
Que soy muy poco yo para decillas;  
Porque, vencer ejercitos tan agros  
Tan pocos, son misterios y milagros.

Al fin el Boriquén está pujante,  
 Dispuesto para toda competencia;  
 El español con ánimo bastante  
 Para vencer aquesta resistencia;  
 Réstanos que pasemos adelante  
 A lo que sucedió de la penencia  
 Entre los infieles y cristianos,  
 Después que ya vinieron á las manos.

Teniendo juntos pues los que ya digo,  
 Que ciento y veinte son cuantos alcanza,  
 Porque no se pasase sin castigo  
 Una cosa tan digna de venganza;  
 Determinó buscar al enemigo  
 Que estaba con grandísima pujanza,  
 Y para gobernar sus pocas gentes  
 Nombró cuatro caudillos excelentes:

Añasco, Salazar, Miguel de Toro,  
 Almansa, cada cual esclarecido;  
 Sustancia de la guerra y el decoro  
 De lo que puede ser acrecido;  
 Pues según rosicler sobre buen oro,  
 Lo fueron del ejército florido;  
 Entre estos cuatro generosos Martes,  
 Partió sus gentes por iguales partes.

Salazar capitán era de cojos,  
 Que él mismo por tal nombre se mostraba,  
 Enfermos, desbarbados, mas no flojos,  
 Sino gente que todo lo talaba;  
 Y así hicieron hechos ortodoxos,  
 Según necesidad les enseñaba:  
 Ciervos para huir algún mal trance,  
 Y perros para ir en el alcance.

Estando todos bien aderezados  
 Para lo llano, sierra y arcabuco,  
 Fueron de ciertas indias informados  
 Que tomó Salazar en un conuco,  
 Estar copia de indios congregados  
 A la boca del río Coayuco,  
 Flechas, inmensas arinas, atambores,  
 Y de caribes muchos valedores.

La era del Señor es estendida  
 A tres quinientos y once desta cuenta,  
 Cuando la hueste destes recogida  
 Estaba donde ya se representa;  
 Serían once mil en la partida,  
 Toda gente crúel, sanguinolenta,  
 Fornida de mortíferos petrechos,  
 Y dispuestos á mas crúeles hechos.

Estos y muchos otros repartidos  
 Al Agueibaná sirven y respetan,  
 Los nuestros destas cosas advertidos,  
 Muchas cosas consultan y decretan;  
 Y fueron en efeto resumidos  
 Acometelles antes que acometan,  
 Teniendo la presteza por segura,  
 Por consistir en ella su ventura.

Anda solicitud á todas velas,  
 Alistanse los fuertes morriones,  
 Preparan las espadas y rodelas,  
 Lijeros coseletes de algodones;  
 Los alpagates eran las espuelas,  
 Que no van en caballos ni trotones;  
 Guían la gente grandes adalides,  
 Destristimos en mañas y en ardidés.

Aderezados pues desta manera,  
 Caminan por montañas sin camino;  
 Con gran silencio pasan la carrera  
 Para buscar al bárbaro vecino;  
 Vinieron á salir á la frontera,  
 Sin faltar á Joan Lopez su buen tino,  
 Atalayaron los que son espertos  
 Estando con los árboles cubiertos.

Esperaron la noche venidera  
 En táticos lugares recogidos,  
 Según comun costumbre de la fiera,  
 Prestos los piés y atentos los oídos;  
 Agueibaná hacia borrachera  
 A los que en su favor eran venidos;  
 Cantores en aquellos cantos diestros  
 Cantaban ya la muerte de los nuestros.

En despidiéndose rayos febales,  
 Y el nublo de la noche derramado,  
 Al tiempo que descansan los mortales  
 Vencidos del dulzor acostumbrado,  
 Salió de entre los suyos Joan Gonzalez,  
 Desnudo según indio y embijado,  
 Con arco fuerte, flechas y carcajes  
 Y la cabeza llena de plumajes.

Llegó con el recato que convino,  
 Pasando por gran parte de la junta,  
 A la cual ocupó tal desatino  
 Que quien lo vió nada le pregunta;  
 Antes con nublos del bebido vino  
 Ser indio de los suyos se barranta;  
 Después que vió roncár toda la gente,  
 Volvióse con gracioso continente.

Y sin cubrir la desnudez que tiene,  
 Según necesidad de tal aceso,  
 Dijo: « todos están como conviene,  
 Pues duermen como libres deste hecho. »  
 Joan Ponce de Leon no se detiene  
 En ordenar los suyos á provecho,  
 Tocando con los labios los oídos  
 Para que no pudiesen ser sentidos.

Partió luego con todos sus soldados,  
 Por escuadras y puestos repartidos,  
 Piés seguros, quietos, sosegados,  
 En el acometer bien advertidos;  
 Entraron por lugares señalados;  
 Aquí, y allí, y allá suenan ruidos  
 Causando piés lijeros manos sueltas  
 Mil gritas, mil marañas y revueltas.

Lobos entran aquí por los rebaños,  
 Por acullá leones los aquejan,  
 Por todas partes hay crecidos daños,  
 Armas tomar aquí, y allí las dejan;  
 No pueden atinar á los engaños,  
 Por aquí dicen ay, allí se quejan,  
 Aquí dan cuchilladas, allí hieren,  
 Por esta parte matan, y allí mueren.

No hay muertes que con muertes no segunden  
 Caen gallardos mozos, caen canas,  
 Boriquén y caribe se confunden,  
 Suenan montes, collados y zavañas  
 Con gritos y clamores que se hunden,  
 Huellan por arcos, flechas y macanas;  
 Si huyen por aquí, por allí pican,  
 Aquí dan tropezon, allí trompican.

Como nave siguiendo su carrera  
 Es de veloces llamas encendida,  
 Que el miserable nauta donde quiera  
 Halla su perdición y su caída,  
 En fuego si no quiere salir fuera,  
 En agua si salió perdió la vida:  
 Arriba pena, confusion, presura,  
 Y abajo muerte, mal y desventura;

Así con estas mismas confusiones,  
 Si deste punto buyen de mal arte,  
 Daban en mas terribles turbaciones;  
 Si por aquí los hiere duro Marte,  
 Por acullá crúeles escuadrones;  
 Muerte, fuerza, temor de cada parte,  
 Sangre, terror, dolor, tristes gemidos,  
 Monton grande de muertos y caídos.

Ardiendo va la furia que no cesa,  
 Las manos y los piés andan espertos,  
 Cumpliendo cada cual con su promesa  
 En ocupar lugares descubiertos;  
 Finalmente, les dieron tanta priesa  
 Que se quedaron solos con los muertos;  
 El español brioso, poco manso,  
 Mas bien necesitado de descanso.

Muertos los que de cuervos fueron cebo,  
 Tuvieron todos vigilante vela,  
 Sin excusarse viejo ni mancebo  
 De dejar el espada ni rodela;  
 Hasta tanto que ya la luz de Febo  
 Con sus dorados rayos los consueta:  
 Comieron; pero yo por estar harto,  
 Remito mi manjar al canto cuarto.

## CANTO CUARTO,

Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificación del dicho Boriquén.

Estremos grandes son de cobardía  
Temer y recelar en esta vida  
El peligro que por ninguna vía  
Tiene desagüadero ni salida ;  
Rebate grandes riesgos osadia ,  
Buen ánimo restaura su caída ,  
El brío y el valor del varon fuerte  
Suele hacer de mala buena suerte.

Esto mostró muy bien segun os nuestro  
Joan Ponce con valor jamás oido ;  
Pues no supo temer hado siniestro  
Al tiempo que se vido mas caido ;  
Antes como diestrisimo maestro  
No quiso conocerse por vencido ,  
Osó volver la rueda mal segura ,  
Y dióle buen suceso su ventura.

Porque todos los indios congregados ,  
Y los que por la isla mas habia  
Quedaron desta vez tan hostigados  
Que no mostraban tanta lozania :  
Puesto caso que no tan desmayados  
Que no piensen volver á la porfia ,  
Mayormente la gente mas remota ,  
Que nunca se hallaron en la rota.

Destos el uno fué Mabodomoca ,  
Que estaba con seiscientos compañeros  
Vacándose muy largo de la boca  
En confianza destos sus guerreros ;  
Juntamente con él la gente loca  
Hacia mil desgarros y mil fieros ,  
Burlándose del misero paciente  
Por dejarse vencer de nuestra gente.

Destos los capitanes mas ufanos  
Consultaban sus falsos adevinos ,  
Hiriendo de los piés y de las manos ,  
Peor que con espíritus malinos ,  
Diciendo : « vengan, vengan los cristianos,  
Que aqui les barreremos los caminos ,  
Y venga Salazar con su cuadrilla ,  
Verá cómo le va con la renquilla. »

Todas aquellas cosas que hablaban  
Con aquellas robustas confianzas ,  
Supieron los cristianos donde estaban  
Haciendo sus castigos y venganzas ;  
Informados de indios que tomaban  
Por sendas ó caminos de labranzas ,  
Y riendo decían : « compañeros ,  
A Salazar, á vos os hacen fieros. »

Respondió Salazar con gran paciencia :  
« Yo pues iré de muy entera gana ,  
Si nuestro general diere licencia  
Para que nos partamos de mañana ;  
Porque será gran cargo de conciencia  
No ver qué quiera gente tan lozana ;  
Y si menester es que mas lo ruegue  
Con gran instancia pido no la niegue. »

Luego Joan Ponce de Leon ordena  
Que vaya con la gente que allí tiene ,  
Diciéndole : « señor, id norabuena  
Como quien sabe bien lo que conviene ;  
Llegando, si pudieses, sobre cena  
Proveyendo de música que suene ,  
Pues el entrada menos peligrosa  
Es cuando la comida se reposa. »

Respondió Salazar : « hora segura  
Es esa, segun claro se nos muestra ;  
Mas el tiempo, sazón y coyuntura  
Es para tales cosas gran maestra ;  
Vamos cubiertos por el espesura ,  
Guie Joan de Leon con mano diestra ,  
Para que como viéremos hagamos  
Después que juntos dellos nos pongamos. »

El fuerte Salazar tocó su cuerno  
Llamando los que están apercebidos ;  
Recogió los que son de su gobierno,  
Mozuelos, medio manceos y tullidos ;  
Pero como demonios del infierno  
En ser fuertes, osados y atrevidos ,  
De Caparra salieron y sus puertos  
Por ásperas montañas encubiertos.

En confianza del favor divino  
De partes descubiertas se desvian ,  
Sin rastro ni pisada de camino  
Por el Joan de Leon todos se guian :  
El adalid guió con tan buen tino ,  
Que pudieron salir donde querian ;  
Luego pasaron é hicieron alto  
Para poder sin riesgo dar asalto.

En un árbol pusieron atalaya ,  
Desde donde mirando muy atento  
Descubrió muchos indios por la playa ,  
Y dió la relacion con gran contento ;  
El mas flaco varon menos desmaya ,  
Antes cobró brioso movimiento ,  
Porque para medrar vian al ojo  
Donde poder tomar algun despojo.

Entraron todos ellos en consulta ,  
El mozo desbarbado y el de calva  
Dieron sus pareceres, y resulta  
Que para se hacer mejor la salva ,  
Por la parte mejor y mas oculta  
En la gente crúel diesen al alba ,  
Y así velaron todos con cuidado  
Hasta llegar el tiempo señalado.

La luz esclarecida de Diana  
Sus dorados cabellos recogia ,  
Y Venus anunciaba la mañana  
Que por pasos contados se venia ,  
Cuando la poca gente castellana  
Sobresaltó la dura compañía :  
Con piés lijeros y veloz espada  
Por dos partes ocupan la manada.

Comienzan los mortíferos concertos  
Y golpes de clemencia despedidos ,  
Huían por los montes los despiertos ,  
Despiertan los que estaban mas dormidos :  
Aqui vereis caidos, allí muertos  
Por todas partes quejas y gemidos ;  
Revolvió sobre sí Mabodomoca ,  
Y á su justa defensa los provoca.

Acuden los gandules esforzados  
Segun á bravos toros los afanos ,  
Danse terribles golpes y pesados  
Encuentros y rencuentros inhumanos ;  
De tal suerte que ya nuestros soldados  
Habian menester entrambas manos ;  
Mas en aquestas gritas y renchillas  
El Salazar hacia maravillas.

Joan Leon también, singular hombre,  
Andaba por aquellos escuadrones  
Conformando las obras con su nombre,  
Ambos á dos fortísimos leones ;  
Haciendo los demás ganar renombre,  
En estas belicosas turbaciones ,  
Ensangrentados cuerpos y paveses  
De los terribles golpes y reveses.

Quando la luz de Febo se presenta  
Por las cumbres de montes ensalzados  
Tenian muertos ya ciento y cincuenta  
De los indios que son mas señalados ;  
Viendo los otros burla tan sangrienta ,  
A volver las espaldas son forzados ,  
Los nuestros, por hallar algun buen lance,  
A gran prisa seguian el alcance.

Aquel Joan de Leon un indio destos  
Acaso vió huir por cierta vía ,  
Dispuesto mas que todos los dispuestos  
En miembros, gentileza y gallardía ;  
El indio con dañados presupuestos  
Fingió que del Leon se retraía ;  
Cebábase Leon por sus provechos ,  
Viendo que lleva joyas en los pechos.

Por no perder aquella buena presa,  
Con osadía mas que de valiente,  
Tras de la caza va por la dehesa  
Sin que lo viese nadie de su gente;  
El indio como vió puesta la mesa  
Acudió contra él incontinentemente,  
Diciéndole : « repara, porque veas  
Quién merece mejor estas preseas. »

Cada cual de los dos iba lozano  
Y al singular certamen no sin gana,  
El indio con sus dardos en la mano  
Y con poderosísima macana;  
Leon consideró con seso sano  
Que cumplía hacer rodela sana;  
El dispuesto gandul se llegó junto  
Al español que no le pierde punto.

El indio con las mas fuerzas que pudo  
Despide de las manos en un dardo,  
Pasó toda la tabla del escudo  
Sin bastalle dureza ni reguardo,  
Y entró hasta parar en cierto ñudo  
Del sayo de algodón y duro fardo;  
Y á no ser la herida tan al sesgo  
Joan de Leon corría hartó riesgo.

El cual procuró luego de alcanzarlo  
Y dalle golpe lleno con el hierro;  
Mas él huía como buen caballo,  
Acometiendo bravo como perro;  
Y cuando mas pensaba de cansallo,  
Tanto mejor subiera por un cerro,  
Antes el español, como cargado  
De mas armas, andaba mas cansado.

Libró los otros dos dardos galanos,  
Apuntando con ellos mas al viso,  
Impetuosos ambos, pero vanos  
Por esperallos con mejor aviso;  
Vense los combatientes ya cercanos  
Por querer uno lo que el otro quiso,  
El espada procura lo que resta,  
Y el indio la macana tiene presta.

El cual en este caso mas agudo,  
A causa de ser menos impedido,  
Tal golpe dió por cima del escudo,  
Que casi lo privó de su sentido;  
Mas esforzose todo cuanto pudo,  
Y apechugó con él amodorrado,  
Pensando barrenallo por debajo;  
Mas el indio con salto se retrajo.

Estando cada cual con el deseo  
De poder sujetar contrario Marte,  
Un español llegó por el camino,  
Y un bárbaro también por otra parte;  
El español al español se vino,  
El indio por el indio se reparte;  
Y como no lo tiene de costumbre,  
Leon recibió grande pesadumbre.

Pues viéndolo venir desta manera,  
Dijo desde el lugar donde se halla,  
« Pesar de mí, señor, teneos afuera,  
Mirando desde lejos la batalla;  
Que no soy yo gallina ponedera,  
Ni me espantan cien mil desta canalla; »  
Cubrióse del escudo con coraje,  
Y arremetió de veras al salvaje.

Descargó la macana levantada  
El indio por matar nuestro cristiano,  
Corren por ella filos del espada  
Cortándole los dedos de la mano;  
La rodela quedó bien quebrantada,  
Y el dueño quedó del todo sano;  
Mas, como ya con brazos hacen guerra,  
La daga muerto dió con él en tierra.

Grandísimo pesar tomó de vello  
El bárbaro segundo que venia,  
Que quisiera llegar á socorrello,  
Mas aquel español lo defendia;  
Por lo cual anduvieron al caballo,  
Puesto que no con tanta valentia;  
Pues el otro quitado de por medio,  
Huir le pareció mejor remedio.

Los trances rigurosos acabados  
Y el un indio huído y otro muerto,  
Vinieron los dichos dos soldados  
A los demás que estaban en el puerto,  
Adonde los ballaron congregados;  
Y puestos en buen orden y concierto,  
Trató Leon de sus inconvenientes,  
No sin admiracion de los oyentes.

Mas no poquitas veces ponen miedo  
A gentes valerosas españolas  
La fuerza, la sultura y el denuedo  
Que tienen muchos indios á sus solas;  
Que como valerosos á pié quedo  
Ganan victoriosas laureolas,  
Heles visto hacer hechos extraños,  
Y en nuestra gente no pequeños daños.

Y en tierra de Cubagua, que no callo  
Por ser de los guerreros la princesa,  
A hombres en la guerra hecho callo  
Ya vimos en llanísima dehesa,  
Siete indios á siete de caballo  
Quitalles los despojos y la presa,  
Con otra cosa no de menos fama  
En un rio que Guárico se llama.

Esto fué que Fernando de Baeza  
Un indio vió que le mostró las suelas,  
Y para lo coger en poca pieza  
Al caballo hirió de las espuelas;  
A él lijeros pasos endereza,  
Pensando de traello con pihuelas;  
El indio como ya lo vió cercano  
No rehusó parar en lo mas llano.

El cual con valeroso esgrimiento,  
Macana con dos manos esgrimiendo,  
Se defendia valerosamente,  
La lanza y el caballo rebatiendo;  
El español de vello tan valiente,  
Los labios con despecho remordiendo;  
Arremetió con vana confianza,  
Pensando de llevarlo con la lanza.

Bien pensaba matallo de camino  
Y quedalle también el brazo sano;  
Pero contrariamente les avino,  
Pues el indio con ánimo romano  
Dió de través un salto peregrino,  
Y quitóle la lanza de la mano,  
El cual después de hecha tal ofensa  
Con la lanza hacia su defensa.

Pues como ya la lanza le faltase,  
Y al indio vió tambien quedar íntato,  
Esperando la gente que llegase  
Estúvose suspensó por un rato,  
Temiendo que el caballo le matase  
Por no valer entonces tan barato  
Como vemos al tiempo que esto cuento,  
Que lo que uno valia cuestan ciento.

Hernando de Baeza pues estanca  
Por la causa que tengo declarada,  
Esperando que llegue gente blanca  
De los comilitones del armada;  
Allegó luego Joan de Salamanca  
Con Francisco Martín de la Bogada,  
Y otros dos de caballo, buenos hombres,  
Que ya no me recuerdo de sus nombres.

Llegados estos cuatro por la vía  
Donde el dicho Baeza reparaba,  
Vieron el indio que se defendia  
Con aspeto feroz y furia brava;  
Y como con lozana gallardía  
La lanza por el cuento blandecía,  
Cada cual dellos á decir comienza:  
« ¡Qué grande poquedad y qué vergüenza! »

Mas cada cual guardaba su caballo  
Al riesgo no queriendo ser anejos,  
Y así, con intencion de lanceallo,  
Tiráronle las lanzas desde lejos;  
No pudieren herillo ni matallo,  
Quedándose confusos y perplejos;  
Así que de las lanzas rebatidas  
Tenia todas cinco recogidas.

Estando todos no sabiendo cómo  
Sacar las lanzas del gandul guardoso,  
Allegó por allí Luis Perdomo,  
Soldado diestro, suelto y animoso,  
Hombre para la guerra de gran tomo,  
Y en lances semejantes venturoso,  
Natural de las istas de Canaria,  
Y de los antiquísimos de Paria,

El cual en gran manera se reía;  
Y no sin confusión destes cristianos,  
Se bajó del caballo que traía,  
La lanza mal asida con las manos,  
Porque de manco ya no las tenía,  
A lo menos en ellas dedos sanos:  
Desta manera pues se fué llegando  
Su vida y la del indio reguardando.

Afirmóse también de su postura  
El indio sin recelo del combate,  
Tirándole dos hotes con soltura,  
Que luego Luis Perdomo le rebate,  
Y entró con él en esta coyuntura,  
No queriendo matar ni que lo mate,  
Y así vinieron ambos á la lucha,  
De cada parte no sin fuerza mucha.

Cada cual dellos juega falsa treta,  
Pues barren los hocicos la ceniza,  
El vestido las manos mal aprieta,  
El que no tiene ropa se desliza;  
Mas al fin el vestido lo sujeta,  
Y á puño y bofeton lo martiriza;  
Sirvióle después bien este captivo  
El tiempo que en el mundo duró vivo.

En otros muchos lances no reparo,  
Aunque por cierto yo vi grandes cosas,  
Que podrán admirar si las declaro,  
Y me diere Dios horas espaciosas;  
Mas quíerome volver á Zalazaro,  
Pues vuelve con sus gentes victoriosas,  
Heridos hasta dos ó tres soldados,  
Y todos ellos bien aprovechados.

Regocijados todos desta gloria  
Por pasos de caminos conocidos,  
Llegaron á la villa ya notoria,  
Donde con honra fueron recibidos,  
Congratulándose de la victoria  
Que ganaron los cojos y tullidos,  
Con otras muchas mas que, Dios mediante,  
Podrán ver los letores adelante.

## CANTO QUINTO,

Donde se cuenta la pacificación de toda la isla y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes.

El que padece penas y dolores,  
Ajeno del descanso que tenía,  
Forzado de sus mismos sinsabores  
Suele perder temor y cohardia;  
Y así no pocas veces los temores  
Engendran y producen osadia,  
Porque por remediar vieja querrela  
Procuran de bebella ó de vertella.

Movidos deste mal los borriquenes,  
Viéndose perseguir por tantos modos,  
Perdidas sus haciendas y sus bienes,  
Quisieron meter hasta los codos,  
Asegurándose destes vaivenes,  
O de una sola vez perderse todos,  
Queriendo mas morir por sus defensas  
Que ver y padecer tantas ofensas.

Para valerse pues contra los males  
De la guerra que tanto les apoca,  
Hizo junta de indios naturales  
Agueibaná que todos los provoca;  
Llegáronse señores principales:  
Aimano, Guarionex, Mobodomoca,  
Y demás destas gentes en que estriba  
Crecida cantidad de la cariba.

Formaron una hueste poderosa  
Con que cubrían campos y zavasas,  
Arreados de yerba pon zoñosa,  
Usada destas gentes inhumanas;  
Jamás se vido semejante cosa  
De dardos, arcos, flechas y macanas,  
Tan grande munición, tantos carcajes,  
Tantas diversidades de plumajes.

En las guerras espertos y avisados  
Serían quince mil los deste cuento,  
Y todos por los trances ya contados  
Faltos de temeroso sufrimiento;  
Hizo de los caribes mas nombrados  
El rey Agueibaná su llamamiento,  
Y así como llegó la gente fiera  
A todos les habló desta manera:

«El bueno que procura valedores  
Para se defender de malas gentes,  
Debe tener en mucho los favores  
De sus vecinos, deudos y parientes;  
Y en mas se preciarán cuanto mayores  
Y á su necesidad mas convenientes;  
Que la falta con tiempo socorrida  
Conviene ser muy mas agradecida.

» Considerando pues cuán á lo largo  
Corre mi trabajosa desventura,  
Habeisme puesto todos en gran cargo  
Con amistad de fuerte ligadura,  
Por socorrer en tiempo tan amargo  
Y en tan necesitada coyuntura,  
Que si nos falleciere y es ninguna,  
No se puede tentar otra fortuna.

» Y pues que vuestros bravos movimientos  
Son perpetuo terror de los humanos,  
Tanto que dellos son vuestros sustentos  
Y los manjares mas cotidianos;  
Deseo que varones tan sangrientos  
No se nos escapasen de las manos,  
Para que desta vez se mate fuego  
Que nos causa mortal desasosiego.

» Porque si desta vez no se destierra  
Esta plaga y aquesta desventura,  
También ha de correr por vuestra tierra,  
Sin que podais tener hora segura;  
No tiene de faltaros cruda guerra,  
Infame sujecion y cárcel dura,  
Porque para hartar su hambre loca  
Lo mas se les antoja cosa poca.

» Los ejemplos tenemos en las manos,  
Con pérdida de nuestras vecindades;  
Pues, desde que los haytíes fueron lanos,  
Con nunca jamás vistas crueldades  
Pasaron, como veis, á los cercanos,  
Do so color de buenas amistades,  
Privan á todos de las dulces prendas,  
De hijos y mujeres y haciendas

» Si desta suerte ya quedan los otros,  
Sujeto y acabado nuestro bando,  
Es claro que ninguno de vosotros  
Podriades quedaros alabando;  
Sino que victoriosos de nosotros  
Os seguirá furor no menos blando,  
Y aun á los de costumbres mas osenas  
Acaso punirán con las setenas.

» Así que, para vernos redimidos  
De tantas aflicciones y cuidados,  
Querria que si fuistes atrevidos,  
Seais mas atrevidos y esforzados;  
Los contrarios son pocos y tullidos,  
Aunque valientes y determinados;  
Pero poco valdrá su pesadumbre  
Contra tan infinita muchedumbre.»

Las gentes inhumanas y crúeles,  
Oída la razon de tantas penas,  
Respondieron allí por sus cuarteles  
Palabras de temores bien ajenas,  
Con furia de grandísimos lebreles  
Que por morder remuerden las cadenas,  
Encendidos de pestilente gana  
De ya poder beber sangre cristiana.

La gente castellana, que velaba,  
Segun que tal peligro requeria,  
Ninguna cosa destas ignoraba,  
Por indios que tomaba cada día;  
Y por sus pocas fuerzas recelaba  
Junta de tan proterva compañía;  
Pero con recelallos y temellos  
Determinaron ir en busca dellos.

Y no sin afliciones y cuidados  
Que suelen agravar esta balanza,  
Llamó Joan Ponce todos sus soldados,  
Dignísimos por cierto de alabanza;  
Y estando todos ellos congregados,  
Sin muestra de temor y destemplanza,  
Como varon en todo suficiente,  
Me dicen que les dijo lo siguiente:

«No creo que terneis por villanía  
Decille que defienda su partido  
A quien con tan suprema valentía  
Me consta bien habello defendido;  
Pues puede redundar en culpa mía  
No ser en este caso proveído,  
Para que á valor tan infinito  
Ayudemos siquiera con un grito.

»Porque así como sobra de razones  
Engendra confusión en los oyentes,  
Ansí do quier que faltan prevenciones  
Suelen nacer cien mil inconvenientes,  
Que paren otras muchas ocasiones  
Por do suelen perderse muchas gentes,  
Y mas en guerra y el contrario junto,  
Do no conviene que se pierda punto.

»Movido pues, señores, deste celo,  
No sin vacilaciones varias, oso  
Deciros que hollais ajeno suelo,  
Y teneis enemigo poderoso;  
Que cumple no durmamos sin recelo,  
Que conviene tener poco reposo,  
Que demos orden para que esta plaga  
Con menos riesgo nuestro se deshaga.

»Y cierto no conviene que los buenos,  
En riesgo del honor y de la vida,  
Hagan cosas á poco mas ó menos;  
Sino por una regla bien medida,  
De la cual los que fueren mas ajenos  
Hallarán mas cercana la caída;  
Pues á quien corre sin mirar por dónde  
No siempre buena dicha le responde.

»Considerando pues la gran compañía  
De gente tan cruel y tan molesta,  
El desorden notable cuanto daña,  
Un pesado descuido cuánto cuesta;  
Deseo que nos demos buena maña  
En este postrer trance que nos resta,  
Porque después gocemos sin zozobra  
Fructuoso trabajo desta obra.

»Pues si nuestras zozobras tienen vado,  
Como tengo de Dios la confianza,  
Será vuestro trabajo conmutado  
En vida de placer y de holganza,  
Y cada cual muy bien galardonado  
De lo que el rico Boriquén alcanza;  
Todo lo cual parece que asegura,  
Demás del gran valor, vuestra ventura.

»Esta conviene mucho que sigamos  
Huyendo del peligro los extremos,  
No para que del todo los temamos,  
Sino que con recato nos guardemos,  
Y para concluir lo que tratamos,  
Antes que ellos nos busquen los busquemos;  
Pues, jugando de mano, veces hartas  
Desbaratan á trufos buenas cartas.

»Para ser de valor mas alentados,  
Podeis encomendar á la memoria  
Que en todos los encuentros atrasados  
Habeis gozado siempre de victoria,  
Con hechos tan heroicos y esforzados  
Que se les debe muy cabal historia,  
Y no cumplir que pierdan los remates  
Hazañas tan subidas de quilates.

» Si tiene parecer el hombre diestro,  
Este es mi parecer y mi sentencia,  
Aunque deseo yo saber el vuestro;  
Pues no teneis menor el esperiencia;  
Y el que sintiere ser mejor maestro  
Aquí para hablar tiene licencia;  
Pues no siendo razon del todo vana  
Escucháremosla de buena gana. »

El número de aquesta compañía  
Sin exceptarse del mozo ni viejo  
En aquestas palabras se veía,  
Como si fuera lumbre de un espejo;  
Y así dijeron que lo que decía  
Era necesarísimo consejo,  
Y lo que contenian sus razones  
Se conformaba con sus intenciones.

La voluntad de todos conocida,  
Que fué para tal caso conveniente,  
Aderezóse luego la partida  
Con cuanta brevedad les fué posible;  
Ochenta solos hacen la corrida  
Contra los quince mil, gente terrible;  
Dudosos se harán á los humanos  
Tan altos hechos y tan soberanos.

¿Quién creará vencer á tan gran Marte  
Estatura de tan pequeño codo?  
¿O cómo fuerza de militar arte  
Para ello halló via ni modo?  
Mas peleaba Dios de nuestra parte,  
Que con su voluntad lo vence todo;  
Pues queda muy atrás valor humano  
Donde pelea su potente mano.

Era tenido Salazar en tanto  
Al tiempo que esta guerra se trataba,  
Que el batey de los indios y su canto  
Con gran veneracion lo celebraba;  
Su nombre les ponía tal espanto  
Que el indio mas soberbio mas temblaba;  
Y en tiempo destas vueltas y rigores  
Fatigábanlo mucho sus dolores.

Pues como vió Joan Ponce que se halla  
Esta persona principal tan flaca,  
Y que para romper cualquier batalla  
Cuanto mas flaco mas esfuerzo saca,  
A ciertos indexuelos de canalla  
Mandó que lo llevasen en hamaca,  
Y así con el reguardo conviniente  
De sus desnudos hombros va pendiente.

Salieron luego para la conquista  
Con buena prevencion nuestros varones,  
Sin hallar tropezon que los resista  
De tantas y tan grandes poblaciones.  
Finalmente, llegaron á la vista  
De los embravecidos escuadrones,  
Los cuales estuvieron muy atentos  
Riéndose de sus atrevimientos.

Asentaron real, pequeño trecho  
Del contrario sin grita ni ruido,  
Teniendo por espaldas un repecho  
Que hacia lugar fortalecido,  
Para tales designos á provecho.  
De maiz, leña y agua proveído;  
El cual lugar les dió grande consuelo  
Por habello hallado tan á pelo.

Como los nuestros pues allí viniesen  
A hora poco mas de mediodía,  
Para los provocar á que saliesen  
Gran muchedumbre de indios acudia;  
Españoles querian que rompiesen,  
Joan Ponce de Leon no consentia;  
Pero por ojear sobresalientes  
Salieron hombres sueltos y valientes.

Salió Joan de Leon, mozo valiente,  
Pero Lopez de Angulo, Joan Mejía,  
Mostróse Salazar tan solamente  
Que para mas licencia no tenia;  
Porque de tan gran número de gente  
La principal muy bien lo conocia,  
Salió Miguel de Toro, Joan Gonzalez,  
Y hasta diez ó doce destos tales.

Demás de que las armas iban prestas,  
Iban calzados de ligeras suelas,  
Llevan un arcabuz y tres ballestas,  
Los demás con espadas y rodela;  
Y á los indios de plumas mas enhiestas  
Aprietan, como dicen, las espuelas,  
Mataron en aquesta rociada  
Tres ó cuatro de gente señalada.

Los indios que volvieron afrontados  
Causaron en los otros tal revuelta,  
Que revolvieron mas determinados  
Hasta doscientos, toda gente suelta;  
Los españoles diestros y avisados  
A nuestros escuadrones dieron vuelta,  
Pareciéndoles bien el primer lance  
Sin esperar mas riguroso trance.

Estando pues los nuestros en sus puestos,  
Cada cual dellos bien aderezado,  
Vieron entre estos indios bien dispuestos  
Un indio grandemente señalado:  
Las piernas y los brazos muy compuestos,  
En los pechos cemi de oro labrado,  
Y segun en su traza representa  
Debía ser persona de gran cuenta.

Todos tenían pues la vista fija  
En aqueste gandul que parecia,  
No sin alteracion algo prolifa  
Sobre saber de cierto quien sería;  
Porque con las pinturas de la hija  
De cierta ciencia no se conocia,  
Mas en comun juraba gente nuestra  
Ser el Ageuibaná, segun la muestra.

Durante por palabras la pelea  
Entre los adalides principales,  
Dijo Joan de Leon: « quien quier que sea,  
Bueno será que pague tantos males;  
Y no venga la noche sin que vea  
Las penas y tormentos infernales. »  
El arcabuz tomó que va cargado,  
Y por su rodelero Joan Casado.

Viendo que dos bajaban por la vía  
Del fuerte do tenían sus pertrechos,  
Ocurrieron los indios á porfía  
Y á tomallos á manos van derechos;  
Apuntó bien Leon á quien queria,  
Y dióle por el medio de los pechos;  
Cayó volcándose por aquel suelo,  
Quedando los demás con gran recelo.

Pero con presuroso continente  
Asieron á porfía del caido,  
Sacándolo cargado prestamente  
De aquel lugar adonde fué herido;  
Y así como lo vió la demás gente  
Dieron terrible grita y alarido,  
Yéndose poco á poco retirando,  
La muerte del cacique lamentando.

Convierten el placer en duro llanto  
De verse reducir á servidumbre,  
Y así decían todos con espanto  
Aunque no lo tenían de costumbre:  
« O los poquitos destos valen tanto  
Como si fuese grande muchedumbre,  
O han resucitado nuestros años  
Y los demás cristianos que matamos. »

Confiados de fuerzas y soltura,  
Quisieran muchos ir en los alcances,  
Pero Joan Ponce dijo ser locura  
Y desvariadissimos balances:  
« Dejados ir, que es guerra mas segura;  
Pues Dios nos ha librado destos trances,  
Daldes lugar á bien llorar su muerto,  
Que el rey Ageuibaná debe ser cierto.

» Paréceme consejo muy mas sano,  
Por libertad de tan pesado Marte,  
Las gracias dello dar al Soberano,  
Pues nos ha sucedido de tal arte  
Que nos dió la victoria de su mano,  
Siendo nosotros harto poca parte;  
Limosnas se harán y sacrificios  
Reconociendo tantos beneficios.

» Iránse los caribes mal pesantes  
Por verse padecer trances tan duros,  
Dividiránse luego los restantes  
De libertad perdidos ya sus juros;  
Tenemoslos tan llanos como antes,  
Y por ventura harto mas seguros;  
Que no hicieran ellos tal mudanza,  
Si de volver tuvieran la esperanza.

» Por tanto, pues la gente queda sana  
Y libres ya del encendido fuego,  
Cenemos lo que hay de buena gana,  
Puesto que no durmamos con sosiego;  
Volvernós hemos luego de mañana,  
Que ganado tenemos este juego. »  
Con esto reportó la compañía,  
Y se volvieron todos otro día.

Y así fué que después los horriquenos  
Se quisieron rendir todos á una,  
Los españoles vivos quedan buenos,  
Y la guerra les da pena ninguna,  
Joan Ponce de Leon ni mas ni menos  
Gozaba de su próspera fortuna,  
En paz con su mujer y con sus hijos,  
En sus minas, estancias y cortijos.

Trajeron grande copia de ganados,  
Necesarios á todos menesteres;  
Vinieron á poblar hombres casados  
Con sus familias, hijos y mujeres;  
Varones diferentes en estados,  
Ricos y caudalosos mercaderes,  
Ocupan puertos varios navegantes  
Y grande multitud de contratantes.

Lucen y resplandecen los arrees  
Que cubren las humanas proporciones,  
Hay justas, juegan cañas hay torneos  
Con grandes variedades de invenciones,  
Satisfacen riquezas sus deseos,  
Vanse poblando nuevas poblaciones,  
Las cuales conocí con gran provecho,  
Pero ya muchas dellas se han deshecho.

Tenían de oro ricos nacimientos,  
De cosas necesarias gran hartura,  
Hay grandes hatos, hay heredamientos,  
Hay por la isla toda gran cultura;  
Celebráronse muchos casamientos  
Con damas de valor y hermosura,  
Y acuérdome de aquestos pobladores  
Que dejaron algunos sucesores.

Gaspar y Garci Troche, principales  
En estos regimientos y gobiernos,  
Hombres en toda cosa tan cabales  
Que del dicho Joan Ponce fueron yernos;  
Francisco y Joan de Toro, y otros tales  
Para cualquier peligro nada tiernos,  
Francisco de Alvarado, Diego Ramos,  
Que por varon ilustre lo contamos.

Diego de Cuéllar, Pedro de Espinosa,  
Y con ellos Victor y Joan Guilarte,  
Pedro de Mata que en cualquiera cosa  
De honra no le daban poca parte.  
Castellanos, persona generosa  
En cuanto clara parte nos reparte,  
Y aqueste generoso caballero  
Fué despues en la isla tesorero.

Francisco de Mayorga, tan bastante  
En todo cuanto puede ser nobleza,  
Que ningunos pasaron adelante  
Y pocos en posible de riqueza;  
Joan de Mayorga, hijo, semejante  
En discrecion, honor, virtud, proeza,  
Que vive, y es persona señalada  
En este nuevo reino de Granada.

Persona de mi harto conocida,  
Pues vi que en escuadrones de Belona  
Ha servido muy bien toda su vida,  
Y sirve hoy á la real corona;  
Tiene mujer que tiene merecida  
Alabanza inmortal de su persona,  
Dicha doña Maria de Cazalla,  
Que soy muy poco yo para alaballa.

Ansimismo hicieron allí rancho  
 Un Baltasar Cáncer y Joan su hermano,  
 En honor sin venille nada ancho  
 Dicho Ruiz Barrasa tuvo mano;  
 Hubo también aquel Francisco Joancho.  
 Muy rico y caudaloso baquiano,  
 Alonso Manso, Baltasar de Castro,  
 Que de fama no dejan menos rastro.

A Hernán Sanchez Alemán me llego,  
 Hombre de gran valor y mucha suerte,  
 Al cual yo conocí ya medio ciego  
 Con Joan de Vargas, otro varón fuerte;  
 Ansimismo Garci de Villadiego,  
 Y el triste que murió de mala muerte,  
 Cristóbal de Guzmán, y diré cómo,  
 Por ser un caballero de gran tomo.

Puesto caso que estaba ya hollada  
 La isla con sus indios todos llanos,  
 Era también á veces infestada  
 De todos los caribes comarcanos;  
 Y en diferentes tiempos salteada  
 Con harta perdición de los cristianos,  
 Acometiendo con escuridades  
 Los hatos, las estancias y heredades.

Y en las rebeliones desta tierra,  
 En un cierto reencuentro riguroso,  
 Mataron, según uso de la guerra,  
 Un Cacimar, cacique poderoso;  
 E Yahureibo, desta gente perra  
 Cacique por extremo belicoso,  
 Quiso venir con poderosa mano  
 Para vengar la muerte del hermano.

En piraguas, que son como galeras,  
 Metió trescientos indios escogidos,  
 Del Boriquén tomaron las riveras  
 Sin ser vistos, oídos ni sentidos,  
 Acecharon caminos y carreras,  
 Por las cuales van bien apercebidos,  
 Al Daguao sus pasos eucaminan,  
 Y á las estancias que con él confinan.

Allí tenia principal estancia  
 Guzmán con cantidad de frutos varios;  
 Sería media legua la distancia  
 Del puerto do saltaron los cosarios;  
 El Guzmán sin ninguna vigilancia,  
 Ni miedo, ni recelo de contrarios,  
 De tal manera, que por plaza rasa  
 Llegaron hasta le cercar la casa.

El resplandor del sol era salido  
 Cuando salió también la gente fiera,  
 Acudió con los suyos al ruido,  
 Por tomar un caballo, si pudiera;  
 Pero luego de yerba fué herido  
 En el primero pié que puso fuera,  
 Y como vido tantos al encuentro  
 Parecióle mejor volver adentro.

Mas los voraces indios inhumanos  
 Tuvieron en entrar tal osadía,  
 Que vivo lo tomaron á las manos  
 Con las negras é indias que temía;  
 Y de negros é indios mas cercanos  
 Para comer mataban á porfia,  
 Maniaban los miseros captivos,  
 Y llevan á los muertos y á los vivos.

Aquesta montería concluida  
 Y recogido todo lo restante,  
 No dilataron mucho su partida  
 Por no cumplir en salto semejante,  
 Llevando con la gente recogida  
 Al dicho don Cristóbal por delante,  
 El miserable triste maniado  
 Y de rabiosos perros rodeado.

¡Oh fortuna cruel! ¡oh hado ciego  
 Que tantas vueltas y revueltas fraguas!  
 Pues llegados al mar lo meten luego  
 En aquellas sus bareas ó piraguas;  
 Y por no les cumplir mucho sosiego  
 Arando van las inquietas aguas,  
 Con crecido caudal, con rica presa,  
 Y de carnes humanas larga mesa.

Curóle Yahureibo la herida,  
 Gozoso de tener tan buen captivo,  
 No tanto por quererle dar la vida,  
 Cuanto por se servir dél siendo vivo;  
 Es el dolor del pié muy sin medida,  
 Mas el del corazón mas escésivo,  
 Por no se descubrir hora segura  
 Ni cosa que no fuese desventura.

Pues la vil y proterva compañía  
 Por las istas se fué regocijando,  
 Según comun costumbre que tenia,  
 Comiendo de los presos y matando  
 La pieza que mejor les parecia;  
 Y por derecha vía navegando,  
 Llegó con buenos tiempos y zaborida  
 En la isla que llaman Virgen-Gorda.

En aquella sazón y coyuntura  
 Que llegó la compañía monstruosa,  
 Iba nuestro hidalgo sin ventura  
 Trabado de la yerba ponzoñosa;  
 Y conociendo ser de poca dura,  
 Por dalle muerte mas calamitosa,  
 Mandáronlo poner en un madero  
 Do todos le tiraron á terrero.

En aquestos tormentos apartados  
 De todo cuanto puede ser clemencia,  
 Los ojos á los cielos levantados  
 Con suma devoción y reverencia,  
 Demandaba perdon de sus pecados  
 Armado de grandísima paciencia;  
 Dió fin á los trabajos deste suelo  
 Para gozar descansos en el cielo.

Pues no fué por entonces encubierto  
 Ser hombre de santísimas costumbres,  
 Y sus negras dijeron por muy cierto,  
 Presentes á las dichas pesadumbres,  
 Que en el mismo lugar donde fué muerto  
 Aquella noche toda vieron lumbres;  
 Quisieran ellas dalle sepultura,  
 Mas no lo consintió la gente dura.

Una que quiso ser mas atrevida,  
 Dicha Isabel, mujer de mas coraje,  
 De golpe de macana fué herida  
 Por uno del ejército salvaje;  
 Al fin, cuando hicieron su partida,  
 Lo mandaron echar al rebalaje  
 Del agua sin que nadie le tocase,  
 Para que el agua misma lo llevase.

Faltóles á los nuestros la paciencia,  
 Entendida la nueva lastimera,  
 Haciéndoseles cargo de conciencia  
 No ir tras esta gente carnícera;  
 Y así se procuró con diligencia  
 Efetuar con tiempo la carrera,  
 Pensando redimir aquel captivo  
 Que todos sospechaban estar vivo.

Para poder llegar á los confines  
 De los caribes fieros, atrevidos,  
 Aderezaron buenos bergantines  
 De cosas necesarias proveídos;  
 Los soldados que llevan son insines  
 En militares artes escogidos,  
 Y fué por general en el armada  
 Joan de Yúcar, persona señalada:

Persona que de mí fué conocida,  
 Con sus armas, banderas y estandarte;  
 Y así, si Dios á mí me diere vida,  
 Diré mas largo del en otra parte;  
 Los capitanes fué gente lucida,  
 Entre quien la restante se reparte:  
 El uno dellos fué Joan de Avendaño,  
 Que me dió larga cuenta deste díaño.

El cual anduvo bien este camino  
 Mostrando gran valor en la jornada,  
 Y este día de hoy es mi vecino  
 En este nuevo reino de Granada:  
 Fué Benito Velazquez, hombre diño  
 Que su persona sea celebrada,  
 Y ansimismo Limon, y Alberto Perez,  
 Consultores en estos pareceres.

De muchos valerosos desta gente  
 Pudiera hacer nómina prolija,  
 Mas agora diré tan solamente  
 Del capitán Alonso de Librja,  
 Que para todas cosas de valiente  
 Su gran industria fué no menos fija;  
 Y así dejemos el armada presta  
 Para decir después lo que me resta.

## CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros saltos que después hizo Yauvaxto en la ista de San Juan ó Boriquén.

Bien puede ser que el triste se consuele  
 Con esperar socorro de algun bueno,  
 Mas comun opinión del vulgo suele  
 Decir de pelo cuelga mal ajeno;  
 Pues aunque el singular á muchos duele,  
 Allí dolera mas do fué mas lleno,  
 Y este con mas solicitud procura  
 Antidoto que pueda darle cura.

Cristóbal de Guzmán mujer tenia,  
 Señora de muy gran merecimiento,  
 Que doña Mayor Vazquez se decia;  
 La cual con increíble sentimiento  
 Gran cantidad de gentes traía  
 Sin poder comportar detenimiento,  
 Y para recobrar su dulce prenda  
 Gastaba de sus bienes y haciendas.

No pudo falta ser que no cumpliese  
 Por orden y concierto conveniente,  
 Sin querer reparar en interese,  
 Con tal solicitud que es increíble;  
 Hizo pues que el armada se partiese  
 Con cuanta brevedad le fué posible,  
 Llevando capitanes y sarjentos,  
 Soldados poco menos de doscientos.

En cinco bergantines artillados  
 Partieron pues de nuestra isla rica,  
 Y tres ó cuatro dias navegados  
 Llegaron á la de la Dominica,  
 Do tomaron los indios descuidados,  
 Segun la relacion nos certifica;  
 Y así saltaron bien apercibidos  
 A la parte del sur sin ser sentidos.

Puestos en tierra ya desta manera  
 En un puerto de azufre nada falta,  
 Esperaron la noche venidera  
 Para poder hacer algun buen salto;  
 Encubiertos muy bien con la ribera  
 Y con sus atalayas en un alto,  
 Esperaban el tiempo mas oscuro  
 Para poder salir sobre seguro.

Seria media noche ya pasada.  
 Cuando con el recato conveniente  
 En tierra salta gente bien armada,  
 Y el camino que llevan es patente;  
 Y así, poca distancia caminada,  
 En un pueblo se dió de mucha gente;  
 Y repartidos bien por sus cuarteles,  
 Tocaron la trompeta los fieles.

Entraron los que estaban repartidos  
 Con gran solicitud y diligencia,  
 Recordaron los indios atrevidos  
 Sin rehusar guerrera competencia;  
 Mas eran luego muertos ó rendidos,  
 Sin les bastar su viva resistencia;  
 Tomaron grande copia de captivos  
 De los restantes que quedaron vivos.

Con manos prestas y con piés livianos  
 Se recorrían los demas andenes,  
 Halláronse preseas de cristianos  
 Y cantidad de los robados bienes;  
 Vinieron las tres negras á las manos,  
 Muchas antiguas indias boriquenas;  
 Al puerto se volvieron manos llenas,  
 Y los caribes indios en cadenas.

Metieron en la mar la gente perra,  
 Por mas asegurar que no se vaya,  
 Los bergantines el pois en tierra,  
 Los nuestros divertidos por la playa;  
 Mas los caribes hombres son de guerra,  
 Y el caribe feroz jamás desmaya;  
 Hicieronse después otras dos suertes  
 En pueblos, y no fueron menos fuertes.

Al tiempo que el cristiano se vestia  
 De mas victoriosas esperanzas,  
 El indio Yahureibo no dormia  
 Trazando mil maneras de venganzas,  
 Holgando de ver nuestra compañía  
 Con unas descuidadas confianzas;  
 Y así por tierras, y otros en piraguas,  
 Les tomaron las tierras y las aguas.

Tenia la bahia señalada  
 Al lado promontorio montuoso,  
 Donde hizo poner un emboscada  
 De gente de furor impetuoso;  
 Y hizo por la mar ir en armada  
 Con las piraguas capitán mañoso,  
 Para que juntos dos caudillos diestros,  
 Por mar y tierra diesen en los nuestros.

Efetuados estos pareceres,  
 Que para su defensa convenian,  
 Y gozando los nuestros de placeres,  
 Pues sin ningun temor se divertian,  
 Alzó los ojos un Alberto Perez,  
 Y vido las piraguas que venian,  
 Tiros mandó soltar en continente  
 A fin de recoger toda la gente.

Oida la señal que les espresa  
 Que venga cada cual y se reguarde,  
 Acudieron los nuestros á gran presa,  
 La mayor parte dellos algo tarde;  
 Pues en ejecución de su promesa,  
 Yahureibo llegó con gran alarde;  
 Tanto que se juzgó por buenos fines  
 Cortar los cables á los bergantines.

Por la mar se hicieron á lo largo  
 Las cuatro que pudieron evadirse,  
 Tomando todos ellos á su cargo  
 Con los de las piraguas combatirse;  
 Mas Benito Velazquez, muy amargo,  
 No pudo de la playa desasirse,  
 Porque cargó sobre él tanta potencia,  
 Que ya no le bastaba resistencia.

Defendianse bien los del espada,  
 Daban crueles golpes y pesados;  
 Mas era tan espesa la nevada  
 De flechas y de dardos afilados,  
 Que de la gente noble mas granada  
 Le mataron allí treinta soldados,  
 Y el Benito Velazquez todavía  
 Con supremo valor se defendia.

Al tiempo que el rebato sobrevino,  
 Del puerto se halló muy apartado  
 Un hombre trapanés, buzo marino,  
 En coger ciertas frutas ocupado:  
 Al puerto revolvió; mas cuando vino  
 Vioio por todas partes rodeado,  
 Y por estar en peso la porfia  
 Nadie lo pudo ver cuando venia.

Viendo tan claro riesgo de su vida,  
 Sin hallar por adonde se escapase,  
 Con sumas voces hizo gran corrida  
 A ellos, sin que punto reparase;  
 Pensando ser de gente mas crecida,  
 Abrióronle lugar por do pasase;  
 Y como nada vido por delante,  
 Se pudo zambullir en el instante.

Los indios, admirados deste hecho,  
 Miraban do salía por flechallo,  
 Gran parte dellos puestos en acecho,  
 Mas ninguno podia devalisalo;  
 Porque fué por debajo tan gran trecho,  
 Que flechas no pudieran alcanzallo;  
 Entre tanto Velazquez con gran brio  
 Pudo cortar los cabos del navio.

De la playa salió menoscabado,  
Y luego recogió, como debía,  
Al trapanés, que estaba sobreaguado;  
Al cual no se le niegue que este día,  
Como varón astuto y avisado,  
Se valió del oficio que sabía;  
El Velazquez, salido deste fuego,  
A la naval batalla se fué luego.

Porque todos andaban á las manos  
Con la caribe gente monstruosa:  
Los bárbaros gallardos y lozanos,  
Sin perder punto de ninguna cosa,  
Y fatigados ya nuestros cristianos  
A causa de la yerba ponzoñosa;  
Y aun el artillería no jugaba,  
Porque también la pólvora faltaba.

La cosa de temor anduvo suelta,  
Acometiéndoles por todos lados:  
De los indios también en la revuelta,  
Algunos pocos fueron derribados;  
E ya sin almacén dieron la vuelta,  
Y es de creer también que de cansados,  
Mas de los nuestros hecha bien la cuenta,  
Faltaron de doscientos los cincuenta.

Este negocio desta suerte hecho,  
Llevaron á San Joan el desengaño,  
Puesto caso que no con pié derecho,  
Pues á todos causó dolor extraño:  
Fué de pocos quilates el provecho  
En consideración de tanto daño,  
Y el Yahureibo, gran varón de guerra,  
Otras veces corrió también la tierra.

Porque pasada ya cierta distancia  
En continuación de su camino,  
Dió con doscientos indios en la estancia  
De Martín de Guilluz, el vizcaíno;  
Mas Sebastián Alonso con constancia  
De buen varón y de leal vecino,  
Estando los dos mal, supo la nueva,  
Y fué, para cobrar lo que le lleva,

Con caballo veloz y dura lanza,  
Corriendo por aquella gran debesa;  
Antes que se embarcasen los alcanza,  
Y les quitó los indios y la presa:  
Deshizo su valor y su pujanza  
Redimiendo manjares de su mesa;  
Alanceando muchos, y hiriendo  
Hasta la mar los iba persiguiendo.

Rompiendo varonilmente por ellos,  
Con el gentil caballo do venía,  
A muchos arrastró por los cabellos,  
Y á los negros los daba que traía,  
Que los atasen por servirse dellos.  
En minas y en estancias que tenía,  
Entre ellos uno, ya varón anciano,  
Que traía dos flechas en la mano.

El cual como se vió torcer la frente  
De fuerza que juzgaba no ser tierna,  
Determinó de dar á manteniendo  
Con ambas á dos flechas por la pierna,  
Untadas del veneno pestilente,  
Que el mas entero seso desgobierna;  
Y el caballero viéndose herido,  
Mató de mala muerte su vencido.

Desbaratadas estas compañías,  
Volvióse las heridas recelando,  
Y desde á poco dió fin á sus días  
Con gran conocimiento, mas rabiando;  
Acabaron sus grandes valentías,  
Con grande compasión de nuestro bando,  
Hizo cosas no dignas de tiniebla  
Fué andaluz y natural de Niebla.

Demás desto que el verso certifica,  
Después de muchos días, cierto día,  
Dió gente, de la dicha Dominica,  
Con el astucia y orden que solía,  
En pueblo de Luisa la cacica,  
Do estaba de presente Joan Mejía,  
Aquel fuerte varón, de color loro,  
Cuya muerte causó no poco lloro.

La india le decía que huyera,  
Mas él le respondió con lo que piensa:  
«Eso no me conviene, ni Dios quiera  
Que mi honra padezca tal ofensa;  
Ni te dejaré yo desta manera  
Aunque sepa morir por tu defensa;»  
Y así del tal asalto descuidado,  
No pudo salir bien aderezado.

Debajo de su fuerte confianza,  
Viendo los enemigos estar dentro,  
Salió con una espada y una lanza  
A fin de resistir primer encuentro;  
Mas fué demasiada la pujanza  
De los que le salieron al encuentro;  
Y con ver ante sí tan gran potencia,  
No dejó de hacer gran resistencia.

Vió luego con Chaquiras y Pomares,  
Gallardo capitán que los mandaba,  
Al cual atravesó por los ijares  
Con la lanza jineta que llevaba;  
Hizo después bien anchos los lugares,  
Por aquel escuadron de gente brava,  
Como toro feroz y madrigado,  
Que por diversas partes es picado.

Fué tan feroz en el arremetida,  
Y la priesa que dió fué de tal suerte,  
Que tuvieron por buena la huida,  
Con temor de la sangre que se vierte;  
Mas no quedó seguro de su vida,  
Antes con certidumbre de la muerte,  
A la cual en tres días fué cercano,  
Haciendo diligencias de cristiano.

Deste pernicioso nocumento  
La Luisa quedó muy mal herida,  
La cual murió con buen conocimiento  
Aunque era nuevamente convertida;  
Quedóle hasta hoy al tal asiento  
Su nombre, y es estancia conocida,  
Quedando de grandeza tan notoria  
De gente solamente la memoria.

Después el Yahureibo tan molesto  
Continuaba tanto su venida,  
Que cada cual dormía por su puesto  
Con grandes detrimientos de la vida;  
Ponían por la isla para esto  
Gente de guarnición apercebida,  
Con Sancho de Aragon, diestro caudillo,  
Y con ellos el perro Becerrillo.

Las furias y rigores desta llama  
Sosegarían hasta medio año;  
Después de las estancias de Guayama  
Volvieron los caribes al engaño;  
Y á Sancho de Aragon llegó la fama  
Cerca de do hicieron aquel daño,  
El cual con el recado conveniente  
Vino con cuanta priesa fué posible.

Ya cuando Sancho hizo su llegada  
El escuadron feroz de gente perra  
Grande presa tenían embarcada,  
Quedándose los mas dellos en tierra;  
Anduvo la refriega bien trabada,  
Duraron los reencuentros de la guerra;  
Mas los indios huyeron á las aguas  
Para se guarecer en las piraguas.

Al tiempo que el reencuentro mas ardia,  
No poca parte fué para vencillos  
El perro Becerrillo, que hacía  
Pedazos las ijadas y los cuellos,  
Y en continuación de su porfía,  
A nado por la mar entró tras ellos,  
Do uno de los que él despedazaba  
Lo hirió con las flechas que llevaba.

Después que se sintió desta manera,  
Y al que mal lo trató dejó sin vida,  
Volvió con brevedad á la ribera  
En busca de la gente conocida;  
Como si de razon uso tuviera,  
Sentimiento mostró de la herida;  
Curarónlo quemándolo con fuego,  
Pero nada prestó, pues murió luego.

No murió con rabioso desconcierto,  
Aunque fué del veneno pestilente;  
La falta deste perro causó cierto  
Grandísimo dolor á nuestra gente;  
Y porque no se viese que era muerto,  
Lo mandan enterrar secretamente:  
Para los indios fué plaga terrible,  
Y dellos se juzgó por invencible.

Después que esta desgracia les avino,  
Supieron que la gente carnícera  
Acia Vieque hizo su camino,  
Pegada con San Joan, isla frontera,  
Do con humana carne de su vino  
Hicieron una larga borrachera,  
Y nuestra gente casi de improviso,  
A los de San Germán dieron aviso:

Pueblo dó yo vi muchos moradores,  
Frecuencia de navios y de barcas,  
Grandes estancias por sus rededores,  
Ricas minas en todas sus comarcas:  
Traté de sus primeros pobladores  
Villanueva, Rincon y Sancho de Arcas,  
Jerónimo Fernandez de Virués,  
Que hoy con vida hado sobreesés.

Mas esta guerra cuando se hacia  
Fué años atrasados desta gente.  
Y en San Germán entonces residia  
Cristóbal de Mendoza por tiniente:  
Señalado varon en valentia  
Y contra los caribes escelente,  
El cual por desear verse con estos  
Sesenta buenos hombres hizo prestos.

Embarcáronse pues con buen recado  
Y ganas de hallar los enemigos,  
Nuestro Mendoza muy regocijado  
Por querer ir con él de los antiguos:  
Pero Lopez de Angulo, Joan Casado,  
Joan de Leon, Quindós y otros amigos,  
Porque tenia ya de tales lanzas  
No vanas, sino ciertas esperanzas.

Llevaron para esto buena guia,  
Y para su viaje tiempo hecho;  
Llegaron á Vieque por tal via,  
Que no pudiera ser mas á provecho,  
Por tener la caribe compañía  
Las piraguas en un lugar estrecho,  
Donde por ser la boca recogida  
Podian estorbarles la salida.

Fué rato de la noche su llegada  
Guiando los navios á las lumbres,  
La gente de los indios ocupada  
En tierra con sus ritos y costumbres;  
Y así los bergantines del armada  
Entraron sin ningunas pesadumbres,  
Y sin que reparasen en las aguas  
Les pudieron tomar doce piraguas.

Acudieron los indios al ruido,  
Segun suele venir gente tan fiera;  
Habiendo ya Mendoza proveido  
Gente para la mar y para fuera,  
A tierra sale bien apercebido  
Tomando con cuarenta la ribera,  
Con buen ardid y grande diligencia,  
Puesto caso que no sin resistencia;

Porque los bárbaros mozos y canos  
Arremetieron duros y protervos,  
Con lanzas y macanas en las manos,  
Bien como los lebreles á los ciervos,  
O como contra pollos los milanos,  
O ya de la manera que los cuervos  
Se suelen abatir á carne muerta,  
Al tiempo que la hambre los despierta.

Pospónense temores, huyen miedos,  
Nadie muestra señal de cobardia,  
Los indios con tan ásperos denuedos  
Cuanto necesidad allí pedia;  
Pero los españoles no van quedos,  
Pues cada cual del brazo se valia,  
Con golpes y con puntas tan estrañas  
Que rasgan pechos, rompen las entrañas.

Gran grita y alarido se condensa  
Después que Yahureibo tocó cuerno,  
Encendido de furia tan inmensa,  
Ansi como si fuera del infierno:  
Tiros á tiros dan la recompensa,  
Y a cuchillada golpe nada tierno,  
Descalabró cabezas, quebró muelas,  
Hizo pedazos manos y rodelas.

Pero Lopez de Angulo como via  
Aquel indio que tanto se estremaba,  
Puesto caso que no lo conocia,  
Ni ser el Yahureibo se pensaba;  
Por refrenar tan suelta valentia  
Y poder quebrantar su furia brava,  
Salióle con sus armas al encuentro,  
Mas él no se retrajo mas adentro.

Al singular certamen van dispuestos  
Ambos á dos de juventud lozana,  
Mancebos, altos, sueltos, bien dispuestos,  
Y cada cual con increíble gana:  
Para los golpes y respuestas prestos,  
Uno con hierro y otro con macana,  
Rompen aqui y alli, y en breves puntos  
Los dos leones fieros se ven juntos.

Angulo le libró con el espada  
Un golpe de revés embravecido,  
El indio rebatió la cuchillada  
Con soltura y ardid jamás oido;  
Y dió con la macana levantada  
Golpe no de varon enflaquecido,  
Sino con violencia tal que pudo  
Hacelle dos pedazos el escudo.

El Pero Lopez dél no se desvia,  
Aunque el escudo fuerte vió deshecho;  
Mas antes con lozana gallardia  
A él encaminó salto derecho;  
Y como Yahureibo no huia,  
Vinieron á juntar pecho con pecho,  
Forcejando con piernas y con brazos,  
Tanto que se hacian mil pedazos.

Bien así como dos feroces perros  
De natural furor estimulados,  
O ya con las carlanças, ó sin hierros,  
Sobre los piés traseros levantados,  
Erizados los pelos de los cerros,  
Dándose crudelísimos bocados;  
Y aunque dura gran rate la porfia  
Ninguno dellos siente mejoría;

Ansi con la cudicia del trofeo  
Trabaja cada cual, y nadie medra;  
No quiere Yahureibo ser Anteo  
Con ser el Pero Lopez firme piedra:  
Los brazos á los cuerpos dan rodeo  
Segun á duras plantas verde yedra,  
Ninguno dellos piensa de rendirse,  
Ni quiere del contrario desasirse.

Andando pues la lucha tan trabada  
No sin pelos de barbas y cabellos,  
Con rodilla, puñete, y cabezada,  
Sudando ya los pechos y los cuellos,  
Con arma de dos filos enastada  
Francisco de Quindós llegó sobre ellos,  
Y al fallo de vestidos y de faldas  
Atravesó por medio las espaldas.

Pesó por el honor de lo que toco  
Al Pero Lopez desta su venida,  
Y mucho mas de ver el modo loco  
Que tuvo para dalle la herida;  
Pues Yahureibo muerto, faltó poco  
Para que lo privara de la vida,  
Porque como pasó de buena gana  
Un poco le tocó la partasana.

Aquestos duros trances acabados,  
Encuentros y rencuentros escesivos,  
Los caribes quedaron mal parados,  
De doscientos, ochenta solos vivos;  
Los cuales todos fueron maniatados  
Quedando por esclavos y captivos;  
Diez heridos de los de nuestra suerte,  
Pero ninguno dellos fué de muerte.

Con grillos, con caenas ó tramejos  
 Los indios en los barcos son metidos,  
 Mitigáronse mucho los enojos  
 De los daños atrás acontecidos:  
 Con la presa volvieron y despojos  
 A donde fueron muy bien recibidos;  
 Y los demás negocios desta gente  
 Os diremos agora brevemente.

### CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á Joan Ponce de Leon, el mal galardón que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.

Nunca jamás envidia se desvía  
 De la prosperidad mas eminente;  
 Antes nacieron ambas en un día  
 Y entrambas van creciendo juntamente:  
 Envidia es universal espía  
 Que persigue la mas lustre gente,  
 Y con mayor vigor en estas partes  
 Compuso sus reseñas y estandartes.

Con la moderna gente que venía  
 Llegó gran cantidad deste veneno,  
 Que los mas buenos hechos deshacia,  
 Y nadie de sus bocas era bueno:  
 Antes cualquiera dellos pretendía  
 Gozar sin su trabajo del ajeno;  
 El hombre vil y el mas soez de todos  
 Decía que venía de los godos.

Y así, fraudes, engaños y cautelas  
 Que trajeron algunos pobladores,  
 Contra Joan Ponce van á todas velas  
 Y contra sus primeros valedores:  
 Ocuparon al rey grandes novelas  
 De parte de malditos escritores,  
 Y como los caminos eran largos,  
 No pudo por entonces dar descargos.

Al tiempo pues que estaban esperando  
 El galardón sus ínclitos soldados,  
 Privaron al Joan Ponce de su mando,  
 Quedando todos muy desconsolados:  
 La tierra repartió contrario bando  
 Y quedaron así mas agraviados,  
 Por ver que se llevó la mejoría  
 El inútil que no lo merecía.

Mas esto no es en Indias cosa nueva,  
 Y siempre se será lo que fué antes;  
 Tenemos destas cosas larga prueba,  
 Por haber visto muchas semejantes:  
 Pues quien postrero va primero lleva,  
 Mayormente malsines y chocantes,  
 Con deudos y criados de jueces,  
 Que ya todo lo hinchén estas heces.

No tienen ellos cuenta con el fuerte  
 Ni con quien ha mejor al rey servido,  
 Y aun aquí Salazar quedó sin suerte,  
 Con que fué del jaez que habeis oído:  
 Este varón murió cristiana muerte,  
 De dolores de hubas afligido,  
 Armado de grandísima paciencia  
 Y con examen largo de conciencia.

Rigió después aquestas compañías  
 Un Joan Ceron, á todos odiado,  
 Y así por tener cargo pocos días  
 Los gobernó Rodrigo de Moscoso;  
 Sucedióle por muchas demasias  
 Cristóbal de Mendoza valeroso,  
 Varón capaz, sagaz y diligente  
 Y en todos sus designos excelente.

A este por su bien el rey lo llama,  
 Sucediendo Velazquez licenciado,  
 Heredero de harto mala fama,  
 Y así deste gobierno fué privado;  
 Vino después Antonio de la Gama,  
 En estas partes hombre señalado;  
 Luego Pedro Moreno tuvo mando,  
 Y después deste Mantiel de Olando.

Estos solos que el verso representa  
 Me pareció decir deste distrito;  
 Pues corre ya la era de setenta  
 Y nueve, do los pongo por escrito;  
 Pues si de los demás hiciere cuenta,  
 Seria proceder en infinito,  
 Y nunca resumir en largos cuentos  
 Las vueltas y diversos movimientos.

Y porque de memoria no me fio,  
 En los demás vecinos no reparo;  
 Pero sé que fué gente de gran brío,  
 Y de necesitados buen amparo:  
 Fué dellos un señor, amigo mio,  
 El nombre del cual es Francisco Caro,  
 De quien os contaré con verdad pura  
 Una muy venturosa desventura.

Usando de virtudes y proezas,  
 En guerra y paz se dió tan buena maña,  
 Que granjeó gran copia de riquezas,  
 Y quiso trasportallas en España;  
 Navegaba marinas asperezas  
 Con gente que sus vías acompaña;  
 En dos buenos navios proveídos  
 De cuanto cumple ser apercebidos.

El mar que á movimientos es sujeto  
 Le volvía las ondas en llanura,  
 Dando seguras muestras de quieto,  
 Si pudiera tener hora segura;  
 Mas sin tormenta suple su defeto  
 Otra calamitosa desventura,  
 Pues cosa no se ve que no le sea,  
 Aunque patentemente no se via.

Fué pues que navegando reta via  
 Con prósperos aflatos el entena,  
 Llegada ya la clara luz del día,  
 Cuando navegacion da menos pena,  
 Por la siniestra mano discurría  
 Una poderosísima ballena,  
 Y embistió con la nave desdichada,  
 De semejante caso descuidada.

Como quien deseoso del entrego  
 Alguna fortaleza contramina,  
 Donde sulfúreos polvos pone luego  
 Sin temer los cercados la ruina;  
 Y con horrible trueno puesto fuego  
 Otra saltea con muerte repentina,  
 Y la velocidad es de tal suerte  
 Que mueren sin que sepan de qué muerte;

Con ímpetu tan fiero sumergido  
 Este navio fué por la sondura,  
 Sin le ser un momento concedido  
 Para poder llorar su desventura;  
 El descuidado y el apercebido  
 Tuviron una misma sepultura;  
 Con velas de las naos van cubiertos  
 Y amortajados antes de ser muertos.

En aquellos mortíferos estrechos  
 La jarcia no los deja de revueltos;  
 Otros, según que ya dicho tenemos,  
 En sinuosas velas van envueltos,  
 Otros hicieron de sus brazos remos  
 Que desde la cubierta fueron sueltos,  
 Y entre ellos con valor y esfuerzo raro  
 Mostró bien ser quien es Francisco Caro.

Pidiendo ya socorros á María,  
 Como quien es su muy aficionado,  
 Esforzando la poca compañía,  
 Que también como él andan á nado;  
 Llamóles al batel que ya tenía  
 Entre marinas á guas anegado,  
 Diciéndoles: «pues es el viento manso,  
 Tenemos algún tanto de descanso.

»Este remedio es mas conveniente  
 A males que de bienes son ajenos,  
 Entre tanto que pena tan terrible  
 Procuran remediar algunos buenos;  
 Pues la gente demás es imposible  
 Que de su vista no nos eche menos;  
 Y si, como pensamos, es aquesto,  
 El remedio tenemos aquí presto.»

Admirada la nave compañera  
Deste desaparecer tan repentino,  
A gran furia batel echaron fuera,  
Y para ver qué fué hacen camino:  
Hallaron estos ya de tal manera,  
Que fué la brevedad cual les convino:  
Pues, aunque el mar estaba de bonanza,  
Peligro prometía la tardanza.

Aquellos miserables afligidos  
Templaron su dolor con la venida,  
Por estar todos ellos poseidos  
De gran desconfianza de la vida;  
Fueron pues en la nave recibidos  
Con el que desde España no me olvida  
A quien escribo cartas, y reescribe,  
Y viva muchos años como vive.

Vuelvo pues á Joan Ponce, poderoso  
En los dones de Juno y de Belona,  
Que de mayor empresa codicioso,  
Y de servir á la real corona,  
Nunca quiso jamás tomar reposo  
Pudiendo ya gozallo su persona;  
Y así fuera del cargo de justicia,  
Quiso sacar á luz esta noticia.

Entre los mas antiguos desta gente  
Había muchos indios que decían  
De la Bimini, isla prepotente,  
Donde varias naciones acudían.  
Por las virtudes grandes de su fuente,  
Do viejos en mancebos se volvían,  
Y donde las mujeres mas ancianas  
Desbaciañ las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,  
Lavando las cansadas proporciones,  
Perdian fealdades de vejezes,  
Sanaban las enfermas complexiones;  
Los rostros adobaban y las teces,  
Puesto que no mudaban las faiciones;  
Y por no desear de ser doncellas  
Del agua lo salían todas ellas.

Decían admirables influencias  
De sus floridos campos y florestas;  
No se vian aun las apariencias  
De las cosas que suelen ser molestas,  
Ni sabían que son litispandencias,  
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:  
Al fin nos la pintaban de manera  
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando  
Segun la vanidad de nuestros días,  
¿Qué de viejas vinieran arrastrando  
Por cobrar sus antiguas gallardías,  
Si fuera cierta como voy contando  
La fama de tan grandes niñerías!  
¿Cuán rico, cuán pujante, cuán potente  
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¿Qué de haciendas, joyas y preseas  
Por remozar vendieran los varones!  
¿Qué grita de hermosas y de feas  
Andúvieran aquestas estaciones!  
¿Cuán diferentes trajes y libreas  
Vinieran á ganar estos perdones!  
Cierto no se tomara pena tanta  
Por ir á visitar la tierra santa.

La fama pues del agua se vertía  
Por los destos cabildos y concejos,  
Y con imaginar que ya se vía  
En mozos se tornaron muchos viejos:  
Prosiguiendo tan loca fantasia  
Sin querer ser capaces de consejos;  
Y así tomaron muchos el camino  
De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,  
No sin fortunosisimos rigores,  
Bien lejos de la fuente referida  
Y de sus prosperados moradores;  
Mas descubrió la punta que Florida  
Llamó, porque la vió pascua de flores;  
Volvióse hecho tal descubrimiento,  
Y pidiólo por adelantamiento.

El rey nuestro señor, que bien sabia  
Sus servicios, proezas y valores,  
Luego le concedió lo que pedía  
Con otras mas mercedes y favores;  
Por las cuales Joan Ponce prometía  
De le hacer servicios muy mayores;  
Y para los efectos deste cargo  
De los bienes ganados gastó largo.

De gentes y pertrechos proveida  
Aderezóse luego grande armada,  
Pusieron en efecto la partida  
Para muerte de muchos deseada:  
La tierra se tomó de la Florida  
Con un escaramuza muy trabada,  
Por venir á la playa los floridos  
En su defensa bien apercebidos.

Son los floridos todos bien dispuestos,  
Membrudos, recios, sueltos, alentados,  
En todas proporciones bien compuestos,  
En los arcos y flechas muy usados;  
Son en sus armas sumamente prestos  
Y en las peleas nada descuidados,  
A los contrarios van viejos y nuevos  
Como las bestias fieras á sus cebos.

No nada con tal impetu sirena,  
Ni por las bravas ondas tan esperta.  
Pues cada cual y no con mucha pena  
Entre voraces peces se despierta;  
Matan en alta mar una ballena  
Para la repartir después de muerte,  
Y aunque ella se zabulla, no se ciega  
El indio, ni de encima se despega.

No puede con sus fuerzas no ser flacas  
Desechallo de encima las cervices,  
El indio lleva hechas dos estacas  
De durisimas ramas ó raices,  
Y en medio de las ondas ó resacas  
Se las mete de dentro las narices,  
La falta del resuello la desmaya,  
Y así la hacen ir acia la playa.

Son las cazas y pescas sus usanzas,  
Y en aquesto consisten sus primores,  
Aqui suelen poner sus esperanzas  
Los niños y mancebos y mayores;  
Así se curan poco de labranzas,  
Y entre ellos hay muy pocos labradores,  
Sus usos á las noches y mañanas  
Son mazas, arcos, flechas y macanas.

La tierra con verdores se matiza,  
Y desdelejos buen color esmalta;  
Pero si la hollais escandaliza,  
Por ser de bastimentos toda falta;  
En su mayor compás anegadiza  
Sin parte que podamos decir alta;  
Hay por estas distancias y caminos  
Cantidad de nogales y de pinos.

Desembarcaron pues recién venidos  
En tierra que por ellos se desea;  
Pero gran cantidad de los floridos  
Apercebiéronse para pelea;  
Y tan desvergonzados y atrevidos  
Que cosa no se vió que mas lo sea:  
Joan Ponce de Leon como valiente  
Puso también en orden nuestra gente.

Sin temor de fortuna mal avisada  
Salieron españoles al encuentro;  
Mas el que hizo mas brava promesa  
Se quisiera meter dentro del centro;  
Porque los indios dieron tanta priesa,  
Que huyeron los mas la mar adentro;  
Las voces de Joan Ponce con su hecho  
Por allí fueron de ningún provecho.

Porque vió de su gente ya caída  
Gran cantidad por uno y otro lado,  
Los vivos todos iban de huida,  
Sin que guardasen orden concertado;  
El ansimismo de mortal herida  
El un muslo tenía traspasado,  
Y parecióle ser intento loco  
No irse retrayendo poco á poco.

Tenia de la dura competencia  
 Traspasado de tiros el escudo,  
 Y procuró salir de la pendencia  
 Viéndose de los suyos tan desnudo;  
 Al fin con perdidosa resistencia  
 Embarcóse con todos los que pudo;  
 Quedaron deste grande vencimiento  
 Los indios con mayor atrevimiento.

Porque días después del alboroto  
 Del trance que dijimos riguroso,  
 A la misma conquista vino Soto  
 Capitán de Pirú muy valeroso;  
 Pero de aquella suerte fué remoto  
 En esta, donde vino poderoso,  
 Por hallar gente pobre no tan blanda,  
 Y así murió también en la demanda.

Luego tentó pedir esta jornada,  
 Conclucos estos trances que resumo,  
 Un caballero Pedro de Ahumada,  
 Mas ahumada fué que no dió humo;  
 Pues no quiso hacer la tal entrada  
 Pareciéndole ser de poco zumo,  
 Y después muchas naos pasajeras  
 Se perdieron entre estas gentes fieras.

En los que naufragaban se hacia  
 Por estos indios poco compasivos  
 Lo que su condicion crüel pedia  
 Después ya de sujetos y captivos;  
 Aunque después, según que se decia,  
 Algunos dellos se hallaron vivos,  
 Pintados como indios y á su modo  
 En armas, en posturas y en el todo.

Con todas estas faltas y reveses  
 Quisiera poseer estas riberas  
 Impetüosa fuerza de franceses,  
 Y allí pusieron armas y banderas,  
 Gran cantidad de tiros y paveses  
 Para robar las naos pasajeras,  
 Pareciéndoles ser aqueste puesto  
 Para tales designos bien compuesto.

Pero Filipo magno, rey de España,  
 Siendo de tales cosas informado,  
 Para descomponer la gran compañía  
 Del cosario francés desacatado,  
 Envio capitán de buena maña,  
 Que fué Melendez el adelantado,  
 El cual de dentro y fuera de su fuerte  
 A todos los mató de mala muerte.

Y por no convenir hacer desvío  
 De tierras de tan gran inconveniente,  
 Nuestro rey se las dió por señorío  
 Y están pobladas ya de nuestra gente;  
 Pero quiero volver al curso mio,  
 Y al Joan Ponce que dejo mal doliente,  
 El cual con sus soldados encamina  
 Sus naos á la isla Fernandina;

Donde sin mejorar de su herida  
 Llegó con las reliquias del armada:  
 Reconoció cercana su caída,  
 Dispúsose muy bien á la jornada;  
 Dió fin á los trabajos desta vida  
 Pocos días después de su llegada,  
 Con gran dolor de todas estas gentes,  
 De mujer y de hijos y parientes.

Algo fué rojo, de gracioso gesto,  
 Afable, bien querido de su gente,  
 En todas proporciones bien compuesto,  
 Sufridor de trabajos grandemente,  
 En cualesquier peligros el mas presto,  
 No sin extremos grandes de valiente,  
 Enemigo de amigos de regalos,  
 Pero muy envidiado de los malos.

Todos aquellos hombres principales,  
 Vecinos de la isla Fernandina,  
 Solenizaron estos funerales,  
 Con gran autoridad y pompa dina,  
 Según las ceremonias de los tales  
 Al tiempo que al sepulcro se camina:  
 Y en el tñmulo alto que tenia  
 Un distico pusieron que decia:

*Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis,  
 Qui vixit factis nomina magna suis.*

Aqueste lugar estrecho  
 Es sepulcro del varon,  
 Que en el nombre fué Leon  
 Y mucho mas en el hecho.

## ELEGIA VII.

*Elogio de DIEGO VELAZQUEZ DE CUÉLLAR, adelantado y go-  
 bernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la des-  
 cripcion della y la relacion de cosas allí acontecidas,*

### EN UN SOLO CANTO.

Otro varon cantamos valeroso  
 Que fué no menos digno de escritura,  
 Diego Velazquez, hombre venturoso,  
 Y que pudo tener mayor ventura,  
 Si acaso por gozar ya de reposo  
 No perdiera sazón y coyuntura,  
 Fiando su poder y sus intentos  
 A capitán de grandes pensamientos.

Fuó natural de Cuéllar, en España,  
 De parentela noble descendiente,  
 Mancebo principal en la compañía  
 Cuando trajo Colon segunda gente;  
 Fué siempre capitán de buena maña,  
 Para cualesquier guerras suficiente,  
 Pues ó con gentes ó persona sola  
 Sirvió muy bien al rey en la Española.

Aquesta como fuese conquistada,  
 Y la de Cuba solamente vista,  
 Siendo digna también de ser poblada  
 Por gente cuya fuerza no resista,  
 Fué Sebastian de Ocampo con armada,  
 A quien el cargo dió de su conquista,  
 El comendador Nicolas de Ovando  
 Que entonces en las Indias tuvo mando.

El Ocampo, no siendo tan bastante  
 Que pudiese vencer aquesta gente,  
 Don Diego, sucesor del almirante  
 Al Velazquez nombró por su teniente,  
 Para tales conquistas importante  
 Y en ellas muy cursado y escelente;  
 El cual con el recado que convino  
 Con brevedad anduvo su camino.

Porque desde Hayti derecha via  
 A lo que Cuba tiene mas cercano,  
 Ochenta millas son de travesia  
 Ó veinte leguas de uso castellano;  
 Jamaica le dan al mediodia,  
 Al oriente Hayti toma la mano,  
 Al norte la Florida va corriente,  
 Yucatan á la parte del poniente.

Tiene, según se ve por esperiencia,  
 De aquel los que mejor han hecho cuenta,  
 Seiscientas leguas de circunferencia,  
 Y por la mas anchura son setenta;  
 Hoja de salce es el aparençia,  
 Y así por partes es menos de treinta;  
 Todo lo mas es monte y espesura,  
 Y mas de veinte grados el altura.

Año de once, hizo su llegada,  
 Sobre mil y quinientos ya pasados;  
 Comenzó la conquista deseada  
 Con diestros y fortisimos soldados,  
 Sucedióle muy bien en la jornada  
 Por no tener rencuentros porfiados;  
 Y así, porque tuvieron riesgo poco,  
 No hago mencion dellos ni los toco.

Hallaron potentísimos asientos,  
 Y con gran cantidad de naturales,  
 Dellos distribuyó repartimientos  
 Por todos los soldados principales;  
 Descubriéronse ricos nacimientos  
 De oro y abundancia de metales,  
 Y luego por los puertos destes mares  
 Fundó ciudades, villas y lugares.

La primera de quien memoria hago  
Por ser también primera del concierto,  
Es la ciudad que dicen Santiago,  
Puerto de todas partes encubierto;  
Pero con grande loa yo no pago  
Las muchas que se deben á tal puerto;  
Pues hasta la ciudad conmemorada,  
Es casi de dos leguas el entrada.

A los principios es un angostura,  
Buena de defender por cada lado;  
Pero dentro contiene gran anchura,  
Mar fondo, limpio, bello, sosegado,  
Donde surge la nave tan segura,  
Que el marinero duerme sin cuidado;  
Tiene islas, verdores, praderias,  
Insignes y admirables pesquerias.

Aquí pusieron silla los mayores,  
Iglesia catedral, honesto clero,  
De sus obispos santos y pastores  
Fray Bernardo de Mesa fué primero;  
Muchos otros después y no peores,  
Pues fray Miguel Ramirez fué tercero,  
Dominicos muy dotos todos estos,  
Y en sus costumbres todas bien compuestos.

También hizo fundar al otro lado,  
A la parte del norte la Habana,  
Que es puerto principal, y frecuentado  
De pasajera gente castellana,  
De los contratos es aprovechado,  
Grandísimo caudal el que se gana;  
También poblaron otros pueblos buenos  
Que vinieron después á mucho menos.

Y en aquella sazón eran cabales  
En oro, campos, hatos multiplicos,  
Engrosándose mucho los caudales,  
Las haciendas de grandes y de chicos;  
Y así, Diego Velazquez y otros tales  
Se hicieron en gran manera ricos;  
El cual hizo la guerra sin desmanes,  
Y tuvo valerosos capitanes.

Mayormente Cortés, que bien mirado  
Su discurso, que callo de presente,  
Puede con gran razón ser comparado  
A quien tuvo valor mas eminente;  
Pero tenía particular tratado,  
Si Dios me diere vida suficiente,  
Cuando cante sus bríos y su maña  
En lo que se dirá de Nueva-España.

En cuyo principal descubrimiento  
Otros también de Cuba sus vecinos  
No carecen de gran merecimiento,  
Antes de grandes gracias fueron dinos;  
Pues que para riqueza tan sin cuento  
Abrieron claras sendas y caminos,  
Con Francisco Fernandez, que tenía  
De Córdoba segunda nombrada.

Aqueste descubrió primeramente  
Tierra de Yucatán y su partido,  
Donde tuvo reencuentros con su gente,  
De los cuales salió muy mal herido,  
Y de los suyos muertos mas de veinte;  
Holgóse grandemente como vido  
Gente vestida, grande policía,  
Y edificios de buena cantería.

Huyendo se embarcó la gente nuestra,  
La mayor parte dellos malparados;  
Mas aunque la fortuna fué siniestra  
En matalles allí veinte soldados,  
Parece que en hallar tan rica muestra  
Los vivos se hicieron consolados;  
Tuvieron este duro repiquete  
En el año que fué de diez y siete.

Luz dieron á los de la Fernandina  
La gente que del caso vino salva,  
Y fuéles como lumbre matutina,  
O claro resplandor de la del alba;  
Y así Diego Velazquez determina  
De enviar al varón Joan de Grijalva,  
Por tomar, antes que otro los escluya,  
Posesion por el rey de parte suya.

Con grande diligencia proveido  
Lo necesario para sus avios,  
Partió con el designo referido  
Con soldados y copia de navios;  
Costeando la tierra donde vido  
Indicios de potentes señorios,  
Tomó la posesion en esta tierra,  
No sin impedimentos de la guerra.

Pues los indios, temiendo novedades,  
No dejaron de dar ciertos rebatos;  
Pero después hicieron amistades  
Y tuvieron sus tratos y contratos,  
Que fueron á las dos parcialidades  
Provechosos los unos y otros gratos;  
Pues lo que por los indios se contrata  
Eran ricas preseas de oro y plata.

Este rico contrato celebrado,  
Grijalva por la causa manifiesta,  
Hizo venir á Pedro de Alvarado  
Con muestra tan insigne como esta;  
Mas vino después él, sin que recado  
Esperase de Cuba ni respuesta;  
Velazquez recibió grandes enojos,  
Y nunca quiso vello de sus ojos.

Porque el gobernador, considerando  
Ser muestras de grandísimos provechos,  
Andaba con gran priesa concertando  
Envialle socorros y pertrechos;  
Otros después anduvo combinando  
Para que se encargasen destes hechos,  
Y por les acortar el interese  
Ninguno dellos hubo que quisiese.

Mas Fernando Cortés, varón esperto  
En mañas, en esfuerzo y en aviso,  
No rebusó hacer cualquier concierto,  
Y concedelle todo cuanto quiso;  
Mas antes que partiese deste puerto  
Estaba ya Velazquez arrepiso,  
Pareciendo negocio peligroso  
Confíarse de hombre tan brioso.

Procuró de hacer esta jornada  
Poniendo ciertas causas por escudo;  
Pero halló la puerta tan cerrada,  
Que trabajó de entrar y nunca pudo,  
Porque de gente muy calificada  
Estaba ya Cortés nada desnudo;  
Al fin disimuló desta manera  
Lo que disimular jamás quisiera.

Quedó Diego Velazquez con tristora  
Por no poder salir con el intento,  
Fué Cortés en buena coyuntura  
Llevando todo buen aviamiento;  
Llamandolo su próspera ventura  
Para dar al deseo cumplimiento,  
Donde se señaló con tales cosas  
Que se pueden contar por milagrosas.

De su sospecha los efectos luego  
Diego Velazquez vió por esperiencia,  
Pues Cortés alentado del entrego,  
Y con recurso de mayor poteneia,  
Quiso hacer cabeza de su juego  
Y á solo Dios y al rey dar obediencia;  
Y así con sus victorias y fortuna  
No hizo caudal dél en cosa alguna.

Por verse fuera de tan gran pujanza  
Tuvo Velazquez grave sentimiento;  
Por lo cual procuró luego venganza  
De tan perjudicial atrevimiento;  
Y con victoriosa confianza  
De mucha gente hizo llamamiento,  
Poco menos llegó de mil soldados  
Y once navios gruesos artillados.

Teniendo ya recaudo conviniente  
De cosas necesarias á la guerra,  
Nombró por general y por tiniente,  
Porque facilitaba la carrera,  
A Panlilo Narvaez el valiente,  
Pero contra Cortés que mas lo era,  
Y luego supo la real audiencia  
Aquesta disension y competencia.

Lucas Vazquez de Aillon, que entonces era  
El uno de los dos ó tres oidores,  
Vino para hacer que no saliera,  
Y mitigar las sañas y fururos;  
O por alguna via, si pudiera,  
Componer estos dos competidores:  
Respondióle Velazquez de mal arte,  
Y al fin fué para ello poca parte.

Porque decia ya ser señalado,  
Demás de los gobiernos de aquel puerto,  
Por título real adelantado  
De lo por parte suya descubierta,  
Y ser negocio ya muy escusado  
Tratárase de medios ni concierto:  
Pues era destes medios el mas tierno  
Dejalle libremente su gobierno.

Aillon, viendo la cosa mal parada  
Y en el gobernador tan duro tedio,  
Determinó de ir en el armada  
Para perseverar en el remedio,  
Creuyendo que después de ser llegada  
Si pudiera trazar algun buen medio  
Con el Narvaez, que iba con el mando;  
Mas tampoco lo pudo hallar blando.

Llegó pues con soberbia lozanía  
Narvaez á los puertos deseados,  
En cuya costa ya Cortés tenia  
En nombre de su rey pueblos fundados;  
Y por la tierra adentro no dormia  
Conquistando potentes principados,  
Do con su copia breve de cristianos  
Hacia siempre hechos soberanos.

Prosiguiendo Narvaez sus intentos,  
Revolvia cien mil alteraciones,  
Aillon, porque cesasen movimientos  
Haciale también protestaciones;  
Narvaez con sus malos miramientos  
Mandó que lo pudiesen en prisiones,  
Y pregonó con ásperos rigores  
A Cortés y á los suyos por traidores.

La gente de Cortés que esto notaba,  
No poco del negocio descontenta,  
A Méjico do entonces él estaba  
Enviaron quien diese larga cuenta  
De cuanto con Narvaez les pasaba,  
Y cómo por palabras los afrenta:  
Para Cortés la nueva no fué buena,  
Y á su gente causó crecida pena.

Temia rebelarse los vecinos  
De Méjico, faltando su presencia,  
Y estorbarse sus célebres desinos  
En tierra de tan gran magnificencia,  
Abrirse grandes puertos y caminos  
Para guerra civil y competencia;  
Y así por evitar sangrienta mano  
Tentó medios de paz como cristiano.

Fueron por mensajeros proveidos  
Personas valerosas que no cuento;  
Escribióle por términos debidos,  
Haciendo generoso cumplimiento,  
Y con honorosísimos partidos  
Huyendo de venir en rompimiento;  
Pero Narvaez con la gran pujanza  
Remitió los partidos á la lanza.

En esta voluntad sola se cierra  
Ser de su parecer mejor camino,  
Que Fernando Cortés deje la tierra  
Volviendo mal su grado por do vino;  
Mas al Cortés, varon de paz y guerra,  
Pareciale torpe desatino,  
Y á quien por bien no pudo hacer llano  
Quiso también por mal probar la mano.

Doscientos y cincuenta hizo prestos  
De gente mas valiente que lucida,  
Todos determinados y dispuestos  
O de vencer ó de quedar sin vida:  
Con esta gente fué contra los puertos  
Do estaba la contraria recogida,  
La cual aviso tuvo que se guarde,  
Y luego le mandó hacer alarde.

Hallaron ciento y veinte ballesteros,  
Ochenta de caballo vigilante,  
Otros ochenta mas arcabuceros,  
Seiscientos nada menos los infantes,  
Trece tiros de bronce, tres pedreros,  
Municiones muy buenas y bastantes;  
Cortés, aunque con animo mas alto,  
De todas estas cosas vino falto.

Y como relacion larga tenia  
De tanta pieza, tanto pasamuro,  
No se quiso fiar del claro dia  
Por ser noturno manto mas seguro;  
Así metió su fuerte compañía  
En el contrario campo con oscuro,  
Aunque la mayor parte prevenido  
Por una centinela que los vido.

No va halcon con tanta lijereza  
Al ave de que tiene su sustento,  
Cuanta fué por entonces la presteza  
Del inclito Cortés y los que cuento,  
Rompiendo con insigne fortaleza  
Cualquier perjudicial impedimento;  
Y así sin aflojar en la porfia  
Ganaron la crúel artillería.

Mas antes con un tiro falconete  
Le mataron á dos buenos soldados;  
Los de Cortés mataron diez y siete  
De los contrarios mas aventajados;  
Luego cada cual dellos arremete  
A ciertos edificios torreados,  
Do Pánfilo sin muestra de cobarde  
Las armas se vestia, pero tarde.

Porque los de Cortés yendo calando  
Las picas deseosos del despojo,  
Toparon con Narvaez, y en entrando  
Con una le quebraron el un ojo:  
Al cual luego sacaron arrastrando  
Con razones ajeas al enojo,  
Y de los daños todos hecho cargo  
En prisiones estuvo tiempo largo.

Este negocio grave concluido  
Para Fernan Cortés colmo de gloria,  
Desampararon todos al caido,  
Siguieron á quien hubo la victoria:  
Fué de todas sus faltas socorrido  
Contra indios de fuerza tan notoria,  
Que comieron grumetes y aun arraez  
A no venir entonces el Narvaez.

Lo que pensaba pues el varon fuerte  
Que en aquella sazón y coyuntura  
Le perturbaba venturosa suerte,  
Eso le dió mas próspera ventura:  
Narvaez lo sintió mas que la muerte,  
Velazquez gustó tragos de amargura,  
El cual, vistas las faltas del tiniente,  
Determinó de ir personalmente.

Junto navios bien aderezados  
De todos los pertreehos que convino,  
Y en ellos grande copia de soldados;  
Pero por parecelle desatino,  
A vista de los puertos deseados,  
Tuvo por bien volverse del camino,  
Juzgando por mejor en este hecho  
Que el emperador viese su derecho.

Aderezando pues esta partida,  
Para decir en la real presencia  
Del agravio y afrenta recebida,  
Vejez, pasión, enojos y dolencia  
Le cortaron el hilo de la vida,  
Y así cesó la dura competencia;  
Que la muerte convierte muchas cosas  
En fáciles de muy dificultosas.

Fué persona de cuerpo bien dispuesto,  
Robusto de sus miembros y velloso,  
Algo moreno, pero de buen gesto,  
Suéltlo, valiente, fuerte y animoso:  
Gastó sus bienes, mas con todo esto  
Fué menos liberal que cudiooso;  
Tuvo gran copia de oro, plata, cobre,  
Y al fin de su jornada murió pobre.

A esta isla vino por tintine  
 Nombrado, como dije, por don Diego,  
 Pero como se viese ya potente,  
 Hizo también cabeza de su juego:  
 Al rey reconoció tan solamente,  
 El cual como señor cumplió su ruego,  
 Haciéndolo juez y adelantado  
 De aquello que él había conquistado.

Los vecinos que había de presente  
 Hicieron en su muerte sentimiento,  
 Por ser á todos ya como pariente,  
 Y no recibir del mal tratamiento:  
 Enterráronlo muy honradamente,  
 Con pompa de prolijo cumplimiento:  
 De los que en la tumba fueron puestos  
 Me dieron unos versos, que son estos.

*Qui nunc angusto componit membra sepulchro,  
 Prospera sors rivo manera magna dedit.  
 Sed quando fuerat captivus maxima dona  
 Quas fecit, fortis eripere manua.*

Aquí está en lugar estrecho  
 Quien tuvo larga ventura,  
 Y en tiempo de mas provecho  
 Por mano de su hechura  
 Fue deshecho.

### ELEGIA VIII.

A la muerte del adelantado don FRANCISCO DE GARAY,  
 donde se escribe la isla Jamaica.

#### CANTO PRIMERO.

Llegue mi flaca musa donde puede,  
 En tantas y tan varias relaciones;  
 Y por aqueste orden que precede,  
 Tratando de tan inclitos varones,  
 No haga de manera que se quede  
 Francisco de Garay entre renglones;  
 Pues, aunque de fortuna mal pagado,  
 No debe de ser menos estimado.

Aqueste fué de la segunda gente,  
 Cuando Colon mas mundo certifica:  
 Vino muchacho, mas tan diligente  
 Que se hizo después persona rica;  
 Y para tratar del enteramente  
 Habremos de volver á Jamaica,  
 Isla por estas partes muy notoria  
 Y digna de poner en la memoria.

Sus aldeaños son los mas llegados  
 Haytios y la isla Fernandina,  
 En diez y siete y diez y ocho grados  
 De la equinocial se determina;  
 Rodeada por puntos y por lados,  
 Ciento y cincuenta leguas se camina,  
 Pues son setenta y cinco la longura,  
 Y diez y ocho largas el anchura.

Es esta isla poco montuosa,  
 Pero sus montes bien aprovechados,  
 Es fértil, abundante, fructuosa,  
 También por los lugares escombrados;  
 En algodones admirable cosa,  
 Tiene gentiles hatos de ganados,  
 De todas diferencias de natios,  
 Y abundancia de lagos y de rios.

Fué descubierta del Colon primero,  
 Al tiempo que volvió por admirante;  
 Conquistóla después el heredero,  
 Por un Joan de Esquivel, hombre bastante,  
 Cristiano y excelente caballero,  
 A Dios poniendo siempre por delante;  
 Pues sin querer ensangrentar las manos,  
 A todos estos indios hizo llanos.

Mil y quinientos años fué la era,  
 Con otros diez y nueve ya corridos,  
 Cuando con Esquivel en la ribera  
 Saltaron cien soldados escogidos;  
 Y aunque los resistió gente guerrera,  
 Con gran facilidad fueron vencidos;  
 Gobernólos tres años muy contentos,  
 Y hizoles muy buenos tratamientos.

Murió, que no vivió tiempo mas largo,  
 Gobernando la tierra sin pelea;  
 Sucedióle después en este cargo  
 El capitán Francisco de Perea;  
 A este sucedió Joan de Camargo,  
 Y á él este Garay que se desea,  
 A quien fortuna dió grandes favores,  
 Que perdió por buscar otros mayores.

Pues visto que Cortés descubrió senos  
 De tan engrandecidas poblaciones,  
 Juzgó de su persona no ser menos  
 Para tener tan altas pretensiones:  
 Procuró con favor de muchos buenos  
 Pedir nuevas conquistas de regiones,  
 Las cuales se le dieron de buen grado  
 Con título y honor de adelantado.

Porque desde esta isla referida,  
 En carabelas fuertes y ligeras,  
 Había ya corrido la Florida  
 Y á Panuco con todas sus riberas;  
 Donde muchos dejó faltos de vida,  
 Comidos destas gentes carniceras;  
 Volvió para la isla con intento  
 De procurar el adelantamiento.

La santísima era de quinientos,  
 Con mil y veinte y tres casi corrida,  
 Para perfeccionar sus pensamientos  
 Efectuó con Garay esta partida:  
 Once naos, soldados ochocientos,  
 Algunos mas de gente muy lucida,  
 Muchos caballos, gran artillería,  
 Matalotaje cuanto convenia.

Antes de se partir de donde cuento  
 Nombró justicias y otros oficiales  
 Futuros, do hallasen buen asiento  
 Con posibilidad de naturales;  
 El ejército hizo juramento  
 Selle todos fieles y leales,  
 Dió las velas al viento con aquesto  
 Y á la isla de Cuba llegó presto;

Adonde luego fué certificado  
 Por larga relacion de muchas gentes,  
 Estar el dicho Panuco poblado  
 Por Fernando Cortés y sus tintines;  
 Juzgóle por negocio tan pesado  
 Que podría parir inconvenientes,  
 Y por evitar odios descubiertos  
 Quisiera con Cortés hacer conciertos.

Para lo cual aqueste caballero,  
 Viendo cómo la paz á nadie daña,  
 A Zuazo nombró por medianero,  
 Como varon de letras y de maña,  
 Rogándole que fuese por tercero  
 A verse con Cortés á Nueva-España,  
 El cual, por amistad de quien lo manda,  
 Aceptó de buen grado la demanda.

Partió Zuazo antes que la flota  
 A verse con Cortés y dalle cuenta,  
 Siguió después un día su derrota  
 Garay adonde ya se representa;  
 Y de las islas algo ya remota,  
 Encendióse bravísima tormenta,  
 Para Zuazo tan tempestuosa  
 Que se puede contar por milagrosa.

Porque su desdichada carabela,  
 De las inmensas ondas embestida,  
 Sin quedalle recurso ya de vela  
 Muchas veces la vieron sumergida;  
 Esperanza ninguna los consuela  
 Que prometa remedio de la vida;  
 Todos eran sollozos y gemidos  
 De placeres humanos despedidos.

En Dios el esperanza se ponía  
 Do van los corazones y las bocas,  
 Noturna confusion los afligía,  
 Rodean las visiones y no pocas;  
 Llevólos aquel viento que corría  
 En medio de la mar á ciertas rocas,  
 Do la nave se hizo mil pedazos,  
 Y pocos se valieron de sus brazos.

Perecieron varones, mueren dueñas,  
 Con embates de mar repercusivos,  
 Pudieran ver colgados de las peñas  
 Carenta y siete que quedaron vivos.  
 ¡Oh mar, cuántos trabajos les enseñas,  
 Dolores y tormentos escesivos!  
 Llamas a la potencia soberana  
 Hasta tanto que vino la mañana.

Mas no les trajo lumbre de consuelo,  
 Ni luz para que fuesen remedidos,  
 Porque ¿qué les prestaba ver el cielo  
 Sin tierra, y en peñascos anegados?  
 No ven por todas partes otro suelo,  
 Mas vense de mil males rodeados,  
 Pena, dolor, pasión y muerte dura  
 Es la cosa que mas los asegura.

¡Cuán triste, cuán cuidada y afligida  
 Se hallaba la miserable gente,  
 De muy grandes olajes embestida  
 Desde los bajos piés hasta la frente,  
 Sin agua que bebiesen ni comida,  
 Falto de todas cosas totalmente!  
 Lloros, suspiros, lágrimas sin cuentos  
 Eran los principales alimentos.

Faltábales a todos advertencia  
 En esta confusion tan lastimera;  
 Mas un Joan Sanchez, hombre de experiencia,  
 En naufragios y vida marinera,  
 Puso grande calor y diligencia  
 En recoger pedazos de madera,  
 Cables y tablazon que iba perdida,  
 Y jarcia cuanta pudo ser habida.

Con esta prevencion, que no fué poca,  
 Las cosas que pudieron ser habidas  
 Hicieron amarrar á cierta roca  
 En haces y montones recogidas;  
 Después vinieron á pedir de boca  
 Para bien destas gentes afligidas,  
 A quien terrible fuerza de temores  
 Agora hace dar grandes clamores.

La continuacion del triste llanto  
 Quebrantara dureza del acero;  
 Y estando con aquel mortal espanto,  
 Que no puedo pintallo como quiero,  
 Aflojaron las olas algun tanto,  
 Y vieron donde estaban un madero,  
 Debajo del arena soterrado,  
 Donde por las corrientes fué llevado.

El Zuazo, varon digno de loa,  
 Con algunos hidalgos y matronas,  
 Descubriéronlo bien de popa á proa,  
 Limpiando los remates ó coronas;  
 Y vieron claramente ser canoa  
 Donde podian ir cinco personas:  
 Hincando las rodillas en el suelo,  
 Dan gracias al Señor del alto cielo.

Pues para conocer adónde iria  
 El Zuazo con tres varones fuertes,  
 Para remedio desta compañía,  
 Procurando librallos de las muertes,  
 Con oracion que siempre se hacia  
 Cuatro veces echaron cuatro suertes,  
 Y en aquellas cayó continuamente  
 Que fuesen á la parte del oriente.

Tomaron el brevísimo navío,  
 Que ya la mar estaba de bonanza,  
 Hicieron de los otros su desvío,  
 Dándoles de volver gran esperanza;  
 Y fueron prosiguiendo su bajo  
 Dos grandisimas leguas de tardanza,  
 E ya, cuando la noche se cerraba,  
 Vieron un arenal que blanqueaba.

Que cierto cualquier dellos se temia  
 De tener en la mar la noche escura;  
 Saltaron pues allí con alegría  
 Pareciendo morada mas segura:  
 De veinte pasos fué la travesía,  
 Y de ciento y cincuenta la longura,  
 Hincaron en la tierra las rodillas,  
 Dando gracias por tales maravillas.

Dadas gracias á Dios omnipotente,  
 Esperaron allí la luz del día,  
 Para traer también la demás gente,  
 Entre tanto que Dios mas proveia:  
 La cual la misma via del oriente  
 Por estos arrecifes se venia,  
 Por las reventaciones caminando,  
 Algun descanso breve deseando.

Holgáronse de vellos mas cercanos  
 Por mejor socorrerse todos juntos,  
 Guiaron la canoa diestras manos  
 Para traer los miseros disjuntos;  
 Y dellos los mas fuertes y mas sanos  
 Tenian el color como difuntos;  
 Mucho mas remontaban los placeres,  
 Lástimas que decian las mujeres.

« ¡Oh pasos de piedad enajenados,  
 Roca cruel y piedra mas que dura!  
 ¡Oh piés en algun tiempo bien calzados,  
 Dedos de manos hechos á blandura!  
 ¡Cuán heridos y cuán atasajados  
 Os tiene tan acerba desventura!  
 ¡Cómo merecen bien estos afeites  
 Los pasados regalos y deleites!

» ¿Qué son de los amparos del estío?  
 Agora destes golpes abrasada  
 ¡Adónde está la ropa para frío  
 De las preciosas martas aforrada,  
 El empalagamiento y el bastío  
 Que daba la comida delicada,  
 Dulzores olorosos que tenia  
 Para poder beber el agua fria?

» ¿Qué es de la fuente, qué es del vaso fresco,  
 Vasijas de labores muy estrañas?  
 Salado licor es el que merezco,  
 Por mis delicadezas y mis mañas:  
 Desdichada de mí que ya perezco,  
 Rabiosa sed abrasa mis entrañas,  
 Y de tan grande mal la mejor cura  
 Es que la mar será mi sepultura. »

Esto decian ya sobre el arena,  
 Do la gente tenian recogida,  
 Por no ver un alivio de su pena,  
 Ni poder conservar humana vida,  
 En parte que constaba ser ajena  
 De candelá, de agua, de comida;  
 Mas el Zuazo, hombre de templanza,  
 Siempre tuvo de Dios gran confianza.

Decia cristianisimas razones  
 Para consuelo desta desventura,  
 Hacia fundadissimos sermones  
 Alegando lugares de escritura;  
 Mandó perseverar en oraciones  
 Con un fervor ardiente de fe pura;  
 Clamores grandes van al alto cielo:  
 ¡Padre de piedad, dadnos consuelo!

Diciendo pues palabras lacrimosas,  
 Demandando salud para su pena,  
 Vieron cinco tortugas poderosas  
 Venir á desovar en el arena,  
 Que no les fueron poco provechosas  
 Y pudieran ser mas para la cena,  
 Si acaso la ventura diera luego  
 Los materiales para hacer fuego.

Porque por experiencia conocida,  
 La carne destes dichos animales  
 Es una salutifera comida  
 De do hacen guisados principales;  
 Y si la sangre dellas es bebida,  
 Es provechosa para muchos males;  
 En el anchor y término de larga  
 Cada cual dellas es como una adarga.

Pues el Zuazo con sus gentes vagas,  
 A quien intolerable sed quebranta,  
 Las ofrecieron á las cinco llagas  
 De do manó la sangre sacrosanta,  
 Lavamiento de culpas y de plagas  
 En el árbol de cruz y dulce planta;  
 Y antes que se volbiesen do salieron  
 Las barrigas arriba se volvieron.

Pues porque al remedio de fortuna  
No cumplía que fuese mas fiambre,  
Mandó Zuazo desconchar la una,  
Y en la tal concha recoger la sangre,  
Para templar la sed muy importuna,  
E mitigar en algo tanta hambre;  
Y aquéste virtuoso caballero  
Hizo la salva y él bebió primero.

Y después dél, según la muchedumbre,  
Beben el delicado y el robusto,  
Aquello que no tienen de costumbre  
Ni fuera deste tiempo fuera justo;  
El néctar fué menor en dulcedumbre,  
Ambrosia no les diera tan buen gusto:  
Quedábanles los labios no distintos  
De los que siempre prueban vinos tintos.

Estos ensayos hechos otro día,  
Estendiendo los ojos adelante,  
Otra pequeña isla parecía,  
Como dos leguas desta discrepante:  
Allá fueron de aquesta compañía  
Tres hombres, cada cual buen navegante,  
Anduviéronla toda, y esta era  
Cinco veces mayor que la primera.

Ninguna cosa verde producía,  
Ni sombra, ni señal de dulces fuentes,  
Mas admiráronse cómo tenía  
Innumerables aves diferentes;  
Y tantas que el arena se cubría  
De las nidadas viejas y recientes,  
Lobos marinos, pajarillos nuevos,  
Muchas tortugas, infinitos huevos.

Volviéronse con este buen recado;  
Y como mejoría deseasen,  
Aqueste valeroso licenciado  
Ha llamado que todos se pasasen,  
Para buscar lugar acomodado  
Do sus necesidades amparasen;  
Y así como cristiano caballero,  
Él quiso ser de todos el postrero.

Como las aves no hacían fugas  
De las estrañas gentes y modernas,  
Mataban y comían las pechugas,  
Y no se desdñaban de las piernas;  
También la dicha sangre de tortugas  
Servía como vino de tabernas,  
La clara de la yema dividida  
Ansimismo servía de bebida.

Suelen en estas islas ser continos,  
Y casi que por todos sus lugares,  
Gran cantidad de vitulos marinos  
Que llaman lobos por aquestos mares;  
Los cuales á los pobres peregrinos  
Ansimismo servían de manjares:  
Son muy grandes y torpes en la tierra,  
Y así se matan sin ninguna guerra.

Un muchacho que en esta triste vida  
Estaba con la sed casi rabiando,  
Loba marina vió recién parida,  
Y dos hijos estar amamantando:  
El cual con intención desta bebida,  
Con gran silencio se le fué llegando,  
Quitó los hijos como quien no toca  
Y tomóle las tetas con la boca.

Ella que sintió cosa diferente,  
No pudiendo sufrir otra mejilla,  
Revolvió con protervo continente  
Derribando la media pantorrilla;  
Curólo como pudo nuestra gente  
Movida de dolor y de mancilla,  
Considerando cuán sutil maestra  
Es la necesidad, y cuánto muestra.

Estaban pues en este mejor puesto,  
De calientes comidas tan ayunos,  
Que no fué parte la que tienen desto  
Para que dejen de morir algunos:  
Del estraño manjar y mal digesto,  
Con los calores graves importunos,  
Y el pensar que de lance tan terrible  
Escapar no les era ya posible.

Había pues en esta compañía  
Un ánima cabal en su cordura,  
La cual como los otros padecía  
Aquella miserable desventura:  
Inesica la niña se decía,  
E ya cercana de la sepultura,  
Al buen Zuazo y á los circunstantes  
Les habló con palabras semejantes:

«Una señora, ya mujer anciana,  
Su rostro como sol resplandeciente,  
El nombre de la cual dijo ser Ana,  
Abuela del Señor omnipotente,  
Me mandó que dijese que mañana  
Fuésedes por allí mas al poniente,  
A la isla que veis estar frontera  
Y allí hallareis agua pasadera.»

Aquesta relación y este recado,  
Que de vanas fantasmas es remoto,  
Mandóselo decir al licenciado  
Porque sabía ser su muy devoto:  
Esto dicho, salió deste cuidado,  
Y del tropel humano y alboroto,  
Y aunque la muerte della les dió pena,  
Gran contentó causó la nueva buena.

Otros nueve murieron entre tanto,  
De la rabiosa sed y hambre dura;  
El Zuazo, varon de pecho santo,  
Usaba los oficios como cura;  
Y ante los desmayados del espanto  
Les abría también la sepultura,  
Santísimas palabras predicando,  
Y á todos acudiendo y animando.

Acabada la obra toda pia,  
La triste noche hizo su venida,  
Que se gastó rezando, y otro día  
Pusieron en efeto la partida  
A la isla que cerca parecía  
Para buscar el agua prometida,  
Y encaminados todos al viaje,  
Zuazo fué postrero del pasaje.

Llegados los primeros que pasaban,  
Vieron la isla ser alguna cosa  
Mayor que la segunda que dejaban,  
Y ansimismo tener yerba viciosa;  
Las cuales apariencias alegraban  
La gente de salud menesterosa,  
Pues por espacio de doceno día  
Esta necesidad se padecía.

Así con estas penas y pesares,  
Cuyos extremos eran ya funestos,  
Cavaban en mil partes y lugares  
Que parecían aptos y dispuestos;  
Pero no refrescaron los ijares  
Tan inútiles pozos como estos,  
Pues, aunque daban agua muy aína,  
Fué de mas amargor que la marina.

Faltando pues del agua dulcedumbre,  
Agravóse la pena y el cuidado,  
Y estando con aquesta pesadumbre,  
Llegó con los demás el licenciado;  
Y como lo tenían de costumbre,  
Vióse de todos ellos rodeado,  
Maldiciendo con lloros su fortuna  
Por no hallar consolucion alguna.

Zuazo con ejemplos les enseña  
A confiar en Dios del alto cielo,  
Y nunca desmayar varon ni dueña  
En este riguroso desconsuelo;  
Pues quien hizo manar agua de Peña  
Podía también dalla deste suelo,  
Y que en necesidad tan escuesa  
Cada cual se vistiese de fe viva.

Y pues que le faltaba la presencia  
De don sacerdotal y bien tamaño,  
Cada cual compusiese su conciencia,  
Demandando perdón de cualquier daño:  
Queriendo recibir por penitencia,  
De ser castos, siquiera por un año,  
Y antes que otras se hiciesen  
En oración devota se pusiesen.

Las gentes de consuelo van ajenas  
 A cumplir destas cosas cada cosa :  
 Hicieron otras mil promesas buenas ,  
 Cada cual á las almas provechosas ;  
 Y castidad perpetua Joan de Arenas ,  
 Pedro Simancas , Sancho de Espinosa ,  
 La cual en religion después cumplieron  
 El espacio de tiempo que vivieron .

Hecha la prevencion que voy diciendo ,  
 Hicieron procesion con litanía ,  
 Zuazo con la cruz que va siguiendo  
 Esta desconsolada compañía :  
 Él cantando , los otros respondiendo ,  
 Segun uso de nuestra madre pia :  
 Pero la dulcedumbre destes cantos  
 Era toda de lacrimosos llantos .

Con esta procesion, via derecha ,  
 Dos veces fué la isla travessada ,  
 En tal manera que quedó cruz hecha ,  
 Del buello de la gente señalada ;  
 Considerando pues cuánto aprovecha  
 La cabal oracion y porfiada ,  
 Hincóse de rodillas el Zuazo  
 En la junta del uno y otro brazo .

Las manos y los ojos van al cielo ,  
 Diciendo con suspiros y gemidos :  
 « ¡ Padre de piedad y de consuelo !  
 Consolad estos tristes afligidos ;  
 Lieve la devocion tan alto vuelo ,  
 Que toque su clamor vuestros oídos ,  
 Y dé socorro la potente diestra  
 A los que son , mi Dios , hechura vuestra .

» Vos, que bartais los brutos animales  
 En los desiertos secos donde moran ,  
 Visitais con humor los vegetales ,  
 Y así de flor y fruto se decoran ;  
 Proveed también estos racionales ,  
 Pues os creen , conocen y os adoran ,  
 Y dé socorro perenal , confortativa ,  
 Santo Dios vivo , dadnos agua viva !

» Vos, que le distes aguas con aumento  
 Al vencedor del campo filisteo ,  
 Sacadas de las muelas del jumento ,  
 Y endulzastes también las de Eliseo ;  
 Vos, que de piedras distes al sediento  
 Agua que satisfizo su deseo ,  
 Y en los antiguos pozos de discordia ,  
 Usad aquí también misericordia .

» ¡ Oh cruz preciosa y abundante fuente  
 Contra la sed rabiosa del pecado ,  
 Adonde vos , mi Dios omnipotente ,  
 Fuistes con duros clavos enclavado ,  
 Y salió sangre y agua juntamente  
 De vuestro preciosísimo costado !  
 Dad agua desta cruz , pues nos dáis sangre ,  
 Con que satisfagamos tanta hambre . »

Luego se levantó con esperanza  
 Firmísima del agua prometida ,  
 Y dijo con entera confianza :  
 « Cavemos , por ser parte bien medida ,  
 En medio desta cruz y semejanza  
 De aquella donde Dios nos da la vida ,  
 Y no creais que fué promesa vana  
 Esta que nos fué hecha por santa Ana . »

Cavaron luego muchos con fe pura ,  
 Y pensando pasar mas adelante ,  
 No mas de codo y medio de fondura  
 Sacaron agua dulce y abundante .  
 Dió tan grande contento la dulzura ,  
 Que el mas muerto cobró nuevo semblante ;  
 Gustan apriesa todos del consuelo ,  
 Alzan los ojos , dan gracias al cielo .

Zuazo, dadas gracias con sosiego ,  
 Dijo : « bendito Dios, agua tenemos ,  
 La vida nos daría tener fuego ,  
 Y aqueste será bien que procuremos . »  
 Preguntado de donde , dijo luego :  
 « De muchos palos secos que aquí vemos ,  
 Que la mar de lugares diferentes  
 Ha traído con fuerza de corrientes . »

Todos en cumplimiento deste mando ,  
 Como cosa que tanto les cumplía ,  
 Buscaron luego mucho palo blando ,  
 Bien seco que la mar no lo batía ;  
 Y con entrambas manos refregando  
 Uuos después de otros á porfía ,  
 En tanto grado que su fuerza pudo  
 Encender el polvico muy menudo .

¿ Quién os podrá contar el alegría  
 Que sintieron de vello humeando  
 Los de la trabajada compañía  
 Y los que no penaron trabajando ?  
 Muy menudica paja se ponía ,  
 Con grandísimo tiento van soplando ,  
 Hasta tanto que ya salieron llamas  
 Que pudieron cebar con gruesas ramas .

Aquí, y allí, y allá vereis candelas ,  
 Deshechas de las frentes ya las rugas ,  
 Asar rabihorcados y pardelas ,  
 Comerse con mas gusto las pechugas ;  
 Servir de calderones y cazuelas  
 Aquellas conchas grandes de tortugas ,  
 Matando la sequia desta fragua  
 Con grandes caracoles llenos de agua .

Algunos ansimismo desta gente  
 Estaban de comida no curando ,  
 Tendidos por los lados de la fuente  
 Sus claros manaderos contemplando :  
 Bebiendo por matar la sed ardiente ,  
 Y gran número dellos vomitando ,  
 Porque el vacío cuerpo no podía  
 Retener aquel agua que bebia .

En esto del beber demasiadó  
 Casi todos entraban en la danza ,  
 Mas Zuazo, varon bien enseñado ,  
 Usaba de grandísima templanza :  
 En comer y beber muy recatado ,  
 Huyendo siempre toda destemplanza ,  
 Y así deste consorcio castellano  
 Él se halló de todos el mas sano .

Y siempre vi que do se padecia  
 Rabiosísima sed y hambre brava ,  
 Aquel que se crió con policia  
 Con menos pesadumbre la pasaba :  
 En la necesidad menos dormia ,  
 En los mayores riesgos mas velaba ,  
 En las tristezas mas alegre gesto ,  
 Y á todos los trabajos mas dispuesto .

No porque no vi gente de barbechos ,  
 Que podrias , lector , maravillarte  
 Leyendo las grandezas de sus hechos ,  
 Su fuerza , su vigor , su duro marte ;  
 Mas en sufrir desmanes tan estrechos  
 Entiéndese que, por la mayor parte ,  
 Quién tiene mas valor sufre mas males ,  
 Y aprueban bien poquitos oficiales .

Misérias que yo vide no las pinto ,  
 Porque cierto sería tratar desto  
 Entrar en un confuso laberinto  
 De donde no saliésemos tan presto :  
 Hagamos ya capítulo distinto ,  
 Para poder mejor decir el resto  
 Desta gente que no hallaba cura  
 Para salir de tanta desventura .

## CANTO SEGUNDO,

Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí, y la muerte de don Francisco de Garay.

Males hay que á los hombres son anejos ,  
 Y para que les hagan resistencia  
 No poco les conviene tener lejos  
 Guiados con discreta providencia ,  
 Por no quedar confusos ni perplejos  
 Al tiempo que llegare la dolencia ;  
 Porque mejor repara su partido  
 El próvido que el mal apercibido .

Pues como ya tuviesen agua y fuego ,  
Y viesen el lugar más á provecho ,  
A la memoria les ocurrió luego  
Aquello que Joan Sanchez hubo hecho :  
La cual fué diligencia no de ciego ,  
Mas antes de cabal y sabio pecho ;  
Fueron pues en aquella canouela  
Adonde se perdió la carabela.

Vieron la jarcia , tablas y madera  
Adonde la dejaron amarrada ;  
Hicieron una balsa quanto era  
Tan fuerte , tan bien puesta y ordenada ,  
Que pudo bien venir á la ribera  
Do quedaba la gente fatigada :  
Fué crecidísimo contentamiento  
Desque los trajo Dios á salvamento.

Visto cuánto trabajo les aprieta ,  
Y la tardanza mucha cuánto daña ,  
Llegados los recatos á la isleta ,  
La gente que se daba mejor maña  
Determinó hacer una barqueta  
Para tentar de ir á Nueva-España ,  
Siquiera cuatro hombres que cupiesen ,  
Y de su perdicion noticia diesen.

La necesaria obra se tantea ,  
Trázase la pequeña proa y popa ,  
Cada cual á lo dicho se menea ,  
Ocioso ni baldío no se topa :  
Unos de tablas viejas sacan brea ,  
Otros convierten cables en estopa ,  
Otros andan sacando clavos viejos ,  
Con los demás posibles aparejos.

Andando cada cual pues diligente ,  
E yendo cinco por mantenimiento  
A la segunda isla , que es enfrente ,  
Levantose borrasca de tal viento ,  
Que sorbió la canoa con la gente ,  
No sin grave dolor y sentimiento  
De todos , así flacos como sanos ,  
Por faltar la que fué sus pies y manos.

Como ya no tenían mucha sobra  
De las aves y largas pesquerías ,  
Dióles gran pesadumbre la zozobra  
Con menoscabo destas compañías ;  
Y así tal prisa dieron á su obra  
Que tuvo perdicion en pocos días ,  
Y el pequenuelo barco fué breado  
Con vieja pez y aceite de pescado.

Con sus toletes , remos y aparejos  
En el agua la barca fué metida ;  
De aves , de tortugas y cangrejos  
Con ella fué la gente proveída ;  
Luego fueron comunes los consejos  
Que pongan en efeto la partida  
Gomez y Ballester y Joan de Arenas ,  
Para negocio tal personas buenas.

Y porque necesario les sería  
Un indio que les fuese jamurando ,  
Procuraron hacer derecha via  
Puerto de Villa-Rica demandando :  
Habían de ir por esta traviesa  
Ciento y cincuenta leguas navegando ,  
Confianto de Dios en la carrera ,  
Porque la barca poca parte fuera.

No rehusaron estos el pasaje  
De tan inmensos riesgos y trabajos ,  
Y para los efetos del viaje  
Hicieron en el barco sus atajos ,  
Donde pusieron el matalotaje  
De huevos , de tortugas y tasajos ,  
Agua también en odres ó barquinós  
Que hicieron de vitulos marinos.

De los demás hicieron despedida  
Con un dolor que el alma les aprieta ,  
¡ Oh riesgos y trabajos de la vida  
Y á cuántas desventuras es sujeta !  
Entraron en la mar que los convida  
Por estar por entonces muy quieta ,  
Los que quedan regaban sus mejillas  
En oracion hincados de rodillas.

Decían : « el Señor os esclarezca ,  
Su divino favor sea la guía ,  
Él os ampare y él os favorezca  
Con clara noche , con sereno día ,  
Sin permitir que mas os acontezca  
Fortuna que perturbe vuestra via ;  
Quiete furias del soberbio viento  
Hasta que ya llegueis á salvamento. »

Varones y mujeres esto vieron  
En la barca los ojos enclavados ,  
Hasta que ya de vista la perdieron  
Y los remeros iban engolfados ;  
Los cuales su viaje prosiguieron  
De prósperas corrientes ayudados ,  
Vientos quiéticos , apacibles , buenos ,  
Y de sus locos impetus ajenos.

Perseverando pues en sus porfias ,  
Dándoles el Señor fuerza bastante ,  
Al cabo ya de diez ó doce días  
Vieron la tierra firme por delante .  
¿ Quién os podrá decir las alegrías  
Del flaco y animoso navegante ?  
Bojaron con furor de nuevo brio  
Hasta poner en ella su navio.

Contemplan la frescura de los pinos ,  
El lustre y el verdor que ven enfrente ,  
Saltaron los cansados peregrinos  
En parte que les era conveniente ;  
Porque hallaron sendas y caminos  
Y huella de caballos muy patente ,  
La cual con los anejos de sus heces  
Besaron todos ellos muchas veces.

Dadas gracias á Dios , que fué servido  
De los llevar á luz y salvamento ,  
Fueron por el camino mas seguido  
Para buscar algun mantenimiento ;  
Diahustán , cacique , que los vido ,  
Recebiólos con buen acogimiento ,  
Teniendo por estraña maravilla  
Ver gente tan hambrienta y amarilla.

Porque una pava grande que les dieron  
De muchas que tenían estas casas ,  
Sin sacalle las heces la pusieron  
Y sin pelalla bien , sobre las brasas ;  
Y después que con tripas la metieron  
En otras que venian algo rasas ,  
Por señas demandaron al instante  
Guía para pasar mas adelante.

Acerca desta misma circunstancia  
Por señas el cacique significa ,  
Que tres ó cuatro leguas de distancia  
Demoraba de allí la Villa-Rica ;  
Caminaron con presta vigilancia  
Por donde la tal guía los aplica ,  
Deseando volver con buen recado  
Al inelito Zuazo licenciado.

Junto del cual , cuando desembarcaron  
Los tres con quien se hizo clara prueba ,  
Cinco rabihorcados se sentaron  
Como por mensajeros de la nueva ;  
Pues en vellos domésticos juzgaron  
Ser anuncio del bien que se les lleva ,  
Y aunque no fueran malos al ayuno  
No consintió hacelles mal alguno.

Después que ya llegaron con la guía  
A Villa-Rica , cuyo señorío  
Simon de Cuenca por Cortés regia ,  
Conocieron allí faltar avío ;  
Y á Medellín el Nuevo los envia  
A causa de tener presto navio  
Un Gonzalo de Ocampo , de Trujillo ,  
Y del dicho Zuazo gran carillo.

Al cual por ser capaz y diligente ,  
En negocios jurídicos cursado ,  
Zuazo le nombró por su tiente  
En Cuba , do vivió tiempo pasado ;  
Y así con la presteza conviniente  
Luego le despachó todo recado ,  
Diestros pilotos de Moguer y Palos  
Con posibles refrescos y regalos.

Navegaron la via del oriente  
Hasta los Alacranes , parte nota ,  
Porque estos son do se perdió la gente ,  
Riesgo que navegantes alborota ;  
Volvieron los tres hombres juntamente  
Ellos mismos guiando la derrota ,  
Mas tardó treinta dias la jornada  
En llegar á la gente fatigada ;

Por ser el tal navio detenido  
De calmas y corrientes sin vapores ;  
Mas Dios omnipotente fué servido  
De dejellos llegar pascua de Flores ;  
Porque con regocijo mas cumplido  
Resucitasen estos pecadores ,  
A quien por ser ya tanta la tardanza  
Daba grave dolor desconfianza.

Estaban todos pues en atalaya ,  
Los ojos á los mares estendidos ,  
Por aquel arenal y seca playa  
En santos pensamientos convertidos ,  
Al Señor suplicando que les vaya  
Remedio de sus lloros y gemidos :  
Estos eran sus ratos , sus empleos  
Y el blanco do tiraban sus deseos.

Zuazo pues que siempre se desvela  
En consolar aquesta compañía ,  
A grandes voces dijo : « vela , vela ,  
Socorro que el muy Alto nos envia . »  
Acuden , miran , ven no ser novela ,  
Sino grande verdad lo que decia ,  
Suenan *Te Deum laudamus* el conuento  
Con lágrimas nacidas de contento.

Acercáronse mas los del navio ,  
Pero no sin peligro ni recuesta ,  
Por ir ya descubriendo del bajo  
La roca que tenían contrapuesta ;  
Y así por parecer bien el desvio  
Surgieron dél un tiro de ballesta ;  
Mas como nadie vian por los puertos  
Sospechaban que todos eran muertos.

Que, porque estaban de rodillas puestos  
Dando gracias á Dios, nadie los via,  
Pero después que ya fueron enhiestos  
Dióles voces la gente que venia ;  
Y todos luego se hicieron prestos  
Para salir á dalles alegría  
Sacando mesa , silla y alimentos  
Para satisfacer á los hambrientos.

Sacaron abundancia de cecinas ,  
Gustosísimos gallos de papada ,  
Muy gentiles capones y gallinas ,  
Añejo vino y agua delicada :  
Conservas de tan buena hambre dinas ;  
Frutas muchas de gente regalada ,  
Rizcocho blanco ven en abundancia ,  
Con infinitas cosas de sustancia.

Salieron Ballester y Joan de Arenas  
A dar las buenas pascuas á la gente ,  
Desconfiada de tenellas buenas  
En riesgo y en peligro tan patente :  
Abrazánilos con las entrañas llenas  
De santa caridad y amor ardiente ,  
Sin acabar de dalles bendiciones  
Las fatigadas dueñas y varones.

La salutación larga concluida ,  
Dieron á cada cual limpios vestidos ,  
La olla con gran priesa fué cocida ,  
Luego largos manteles estendidos :  
Tuvieron abundante la comida ,  
Fueron de muchas cosas proveidos ,  
Quisieron beber agua de su fuente ,  
Y amarga la hallaron grandemente.

Tuvieron por milagro señalado  
El no durar allí la dulcedumbre ,  
Mas de por aquel tiempo limitado  
Que tuviesen aquella pesadumbre ;  
Dió las gracias á Dios el licenciado ,  
Segun que lo tenia de costumbre ,  
Y acabada la fiesta sin hastío ,  
A gran priesa se fueron al navio.

Huyen de los estériles conveses ,  
Donde con mas dolor que se nivela  
Estuvieron al pié de cuatro meses ;  
Entraron pues en esta carabela ,  
Y con temor del mar y sus reveses  
Al punto se hicieron á la vela  
Veinte que de los riesgos escesivos  
Permanecieron solamente vivos.

Navegaron aquestas compañías  
Con viento que bonanza les aplica ,  
Tal , que pudieron ir en trece dias  
Al puerto de la dicha Villa-Rica ;  
Recebiólos Cortés con cortesias  
Cuantas de su valor fama publica ;  
Pues aunque allí faltaba su presencia  
No faltaba su gran magnificencia.

Porque mandó que todos ellos fuesen  
A costa de sus bienes reparados ,  
Y al dicho licenciado se le diesen  
En cantidad de doce mil ducados ,  
Y generosamente proveyesen  
Su casa , su familia , sus criados ;  
Escribióle también carta misiva  
Que su buen amistad estaba viva.

Desque se reformó la compañía ,  
Partióse para ver á su querido ,  
Al gran Méjico donde residia ,  
Y donde del Cortés fué recibido  
Con crecido contento y alegría ,  
Que grande la mostró cuando lo vido ,  
Y con ostentacion de frente rasa  
Por hospicio le dió su propia casa.

Mas porque por entonces se ausente  
Al Fernando Cortés estar ausente ,  
E ir trabajosísimo camino  
Contra su capitán, mal obediente ,  
Al Zuazo, varon del cargo dino ,  
Dejó nombrado por lugartiniente ,  
El cual administraba su tinencia  
Con retitud , valor y gran prudencia.

Pero Cortés apenas se destierra  
De los confines destas ciudades ,  
Cuando con turbacion de civil guerra  
Hubo sobre mandar parcialidades :  
Echaron al Zuazo de la tierra  
Los inventores destas novedades ,  
Y por huir alguna chirinola  
Tuvo por bien volver á la Española ;

Donde fué su persona recibida  
Con aplauso no mal regocijado ,  
Y vivió lo restante de su vida  
Rico , favorecido y acatado .  
Mas porque de Garay no me despida  
Quiero volver al fin de su cuidado ,  
Antes que del Zuazo se supiese ,  
Ni con Cortés en Méjico se viese.

## CANTO TERCERO ,

Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al rio de Palmas,  
de lo que allí le sucedió, y de su muerte.

No creo yo que vive sin querella  
Aquel que mas alcanza de riqueza ,  
Pues tanto mas creció la hambre della  
Cuanto mayor se hizo su grandeza ;  
Y á veces buscar mas hace tal mella  
Que convierte los gozos en tristeza :  
Destas cosas y otras que contemplo  
En el Garay tenemos buen ejemplo.

Pues teniendo la vida ya segura ,  
Prósperos tratos y caudales llenos ,  
Su casa con grandísima hartura ,  
Heredamientos muchos y muy buenos ;  
Pensando de ballar mayor ventura  
De la que tuvo, fué venir á menos ;  
El caso sucedió desta manera  
Desque salió de Cuba y su ribera :

Corrieron con aquellos temporales  
Con angustias mortales de sus almas,  
Mostrábase la mar con furias tales  
Que deseaban ya molestas calmas ;  
Y así con las zozobras destos males  
Decayeron al río de las Palmas ,  
Donde sacó soldados cuatrocientos,  
Y algunos, aunque pocos bastimentos.

Envío por allí acia la sierra  
A Gonzalo de Ocampo su pariente ,  
Con hombres instruidos en la guerra  
A fin de descubrir alguna gente ;  
Mas no les pareciendo bien la tierra,  
Volvieron á la mar incontinente ,  
Y sin saber Ocampo cosa cierta  
Afirmaba la tierra ser desierta.

Determinó hacer della desvios,  
Y que Grijalva con los marineros  
A Panuco llevase los navios ;  
El por tierra con muchos compañeros,  
Atravesando peligrosos ríos,  
Ciénegas infinitas, mil esterios ,  
Muy fatigados todos y hambrientos ,  
Y de tantas zozobras descontentos.

Mas por algunas guias ya tomadas  
De indios que hallaban divertidos ,  
Salieron á las tierras deseadas,  
Y no fueron allí mas proveidos ;  
Pues á causa de guerras atrasadas  
Habia muchos pueblos destruidos ,  
Porque Fernán Cortés y sus tinientes  
Traian fatigadas estas gentes.

Allí donde la proa todos llevan  
En fundar poblacion con su consejo ,  
Estaba ya fundado Santisteban  
Por capitán un Pedro de Vallejo :  
Temió Garay de que estos no se muevan ,  
Y en acercarse tuvo mal consejo,  
Porque los de Cortés dieron en ellos  
Y prendieron á los cuarenta dellos.

Grijalva también tuvo desavios ,  
Pues yendo caminando su viaje ,  
En unos arrecifes y bajos  
No vistos antes en aquel paraje ,  
De los once perdió cuatro navios  
Con todos los pertrechos y fardaje ;  
Ancló los demás cerca del puerto  
De Panuco , según fué su concierto.

Los de tierra por falta de comida  
Estaban ya como de los cabellos ,  
Andando mucha gente divertida ,  
También mataron indios muchos dellos :  
Supo Fernán Cortés esta venida,  
Y envió capitanes contra ellos ,  
Aunque los mas á causa del provecho  
Tenian al Cortés dentro del pecho.

Porque costumbre fué de señorios ,  
Que quien mas puede tiene mas devotos ;  
Conoció, pues, Garay sus desavios  
En hallar sus soldados tan remotos :  
Al Vallejo rindieron sus navios  
También ciertos maestros y pilotos ,  
Los cuales alevosas sinrazones  
Causaron al Garay graves pasiones.

Y estando rodeado de pesares  
Aquellos capitanes cortesianos ,  
Llegaron á las partes y lugares  
Que de Garay estaban mas cercanos ;  
Tuvieron grandes dares y tomares ,  
No para que viniesen á las manos ;  
Antes dando y tomando sobre puntos  
Los unos con los otros fueron juntos.

Tuvieron, aunque no con duro pecho,  
Sobre sus causas mil alteraciones ,  
Cada cual alegando su derecho  
Y mostrando reales provisiones ;  
Vinieron al concierto deste hecho ,  
Y fueron estas las resoluciones :  
Enviar á Cortés sus mensajeros  
El Garay y los otros caballeros ;

Y que sin proceder en la contienda  
Para que toda sinrazon cesase ,  
Le volviesen navios y hacienda  
Sin que ninguna cosa le faltase ;  
Sujetando los suyos á su rienda  
Para que con rigor los embarcase ,  
Y á las Palmas hiciesen su jornada ,  
Pues era tierra rica y bien poblada.

Hicieron el concierto referido  
Diego de Ocampo y Pedro de Alvarado ,  
Capitan de Cortés, por mas querido  
Para tales negocios enviado :  
Garay se holgó mucho del partido  
Teniéndolo por bueno y acertado ;  
Congregó luego muchos de su gente,  
Y dicen que les dijo lo siguiente :

« Si tengo de decirlos las verdades ,  
Amigos, compañeros y señores ,  
Bien sabéis que las buenas amistades  
Que tanto celebraron los mayores  
Se conocen en las adversidades ,  
Cuando fortuna siembra sus rigores ;  
Y entonces es el bueno menos vario  
Cuando hado se muestra mas contrario.

» Y pues que la costumbre de los buenos  
Es no desamparar al buen amigo ,  
Y sabéis bien que nunca yo fui menos ,  
Sino mejor aun desto que aquí digo ,  
De toda la lealtad seréis ajenos  
Si no permaneciédes conmigo ,  
Teniendo ya por cosa conocida  
Que á nadie quiero menos que á mi vida.

» El tal amor deseo que se entienda  
Por mis obras y blando tratamiento ,  
Pues gasté con vosotros mi hacienda  
Para daros cabal aviamiento ;  
Y para yo tener segura prenda  
Os ligastes con santo juramento ,  
Prometiéndome todos á porfia  
De no dejarme por ninguna vía.

» Si cerca del negocio prometido  
Lo contrario hacer alguno piensa ,  
No solamente yo soy ofendido ,  
Pero también haceis á Dios ofensa ;  
Y así cuando tengais mayor olvido  
De su mano verná la recompensa ,  
Pues quebrantais la jura del muy alto ,  
Y faltais á quien no hallastes fallo.

» Si pensais por allá recoger frutos  
De riquezas por mas breves atajos ,  
Nunca las hallareis á pies enjutos  
Ni por caminos llenos de gasajos ;  
Ni querrá dar Cortés salvos condutos  
Para que goceis dellas sin trabajos ;  
Lo que hara será daros un cebo  
De tierras nuevas que ganeis de nuevo.

» Pues para no gozar lo descubierto  
E ir á conquistar nuevas regiones ,  
Mejor os es volver á lo mas cierto  
Y á do dejais insignes poblaciones :  
Para lo cual en mi tenéis abierto  
Un camino de grandes galardones ,  
Y estuviera ya este comenzado  
Si no fuera de muchos engañado.

» Y pues no hago vano cumplimiento ,  
Y está mi voluntad sana y entera ,  
Recebiré merced y gran contento  
De que ningunos os salgais afuera :  
Sino que sin penoso sentimiento  
Pasemos todos juntos la carrera ,  
En la cual hallareis ser el efeto  
Mayor que por palabras os prometo.

Estas amorosísimas razones ,  
Espresadas debajo buen intento ,  
Hicieron muy livianas impresiones  
En la gente de tal ayuntamiento ;  
Pues sin embargo de persuasiones  
Le huían hoy diez, mañana ciento ,  
Y por se demandar como bestiales  
Mataron muchos estos naturales.

Viendo Garay tan gran inconveniente  
Y que la gente toda le faltaba,  
Determinó de ir personalmente  
A verse con Cortés adonde estaba;  
Para que capitán tan escelente,  
Hiciese lo que dél se confiaba,  
En la restauracion de su caída,  
De su reputacion y de su vida.

Resuelto pues en este su desino  
De gente de Cortés persuadido,  
Puso luego por obra su camino  
Donde de todos ellos fué servido;  
Y después que llegó do le convino  
Con gran magnificencia recibido,  
Habláronse los dos, brazos abiertos,  
Y trataron de medios y conciertos.

No se tuvo Garay por arrepiso  
En los comedimientos desta vista,  
Trató su causa con gentil aviso  
Dando la relacion de su conquista;  
Y así vino Cortés en cuanto quiso  
Sin que ninguna cosa le resistia;  
Mas porque la amistad fuese mas firme  
Quiéren que parentesco la confirme.

Pues como por los dos se desease  
El parentesco fué por esta via,  
Que el hijo de Garay se desposase  
Con una hija que Cortés tenia;  
Y el Cortés proveyese y ayudase  
A la jornada que Garay hacia,  
Dándole todo buen aviamiento  
De gentes, de pertrechos y sustento.

Dados á sus negocios estos fines  
Al son de suavísimo concierto  
De trompas, chirimías y clarines,  
Pregoneros de tal contentamiento,  
Fueronse los dos juntos a maitines  
En la noche del santo Nacimiento,  
Do con suaves músicas sonoras  
Oyeron ambos las divinas horas.

El oficio divino concluido,  
Volviendo con un aire destemplado,  
El Garay se sintió muy mal herido  
De pesado dolor en el costado;  
Y aunque fué de doctores socorrido,  
Acabóle la vida y el cuidado  
Dentro de quince días de intervalo,  
Después que del dolor se sintió malo.

Fué hombre de gentiles proporciones,  
Apacible, discreto y generoso,  
De nobles y de sanas intenciones,  
Mas de grandes empresas codicioso;  
Amigo de guerreros escuadrones,  
Enemigo muy grande de reposo;  
Dejó hijos é hijas principales  
Aunque menoscabados sus caudales.

Murió como cristiano diligente,  
Con gran preparacion de testamento,  
Sintió Cortés su muerte grandemente,  
Y en todos fué comun el sentimiento;  
Con pompa y en lugar muy eminente  
Solenizaron el enterramiento;  
Hicieron muchas letras á su muerte,  
Y una dellas decia desta suerte:

*Presidis hoc busto requiescunt ossa Garay,  
Qui sine presidio praeside major erat.  
Cortesi nunciam dum dices vincens credit,  
Pauiper in hospitio tamine cassus abest.*

Aquí yace sepultado  
Garay, capitán bastante,  
Que con ser adelantado,  
No llegó tan adelante  
Cuanto llegó su ditado;

Teniendo vida segura,  
Por vencer la gran ventura  
De Cortés, varón divino,  
Murió pobre peregrino,  
Y en ajena sepultura.

## ELEGIA IX.

A la muerte de DIEGO DE ORDÁS, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el río de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.

### CANTO PRIMERO.

Aunque parezca seco despidiente  
No proceder aquí mas adelante,  
Determino volver mas al oriente  
De Paria y á la tierra circunstante,  
Para tratar de Ordás y de su gente,  
De quien pretendo darrazon bastante,  
Pues del honor mas alto de los buenos  
Al Ordás se le debe nada menos.

En Castroverde fueron sus natales  
Del reino de Leon, y en Nueva-España  
Fué de los capitanes principales  
El de mayor valor y mejor maña;  
En las islas sus hechos fueron tales,  
Que cada cual se vende por hazaña,  
Y así Cortés por su merecimiento  
Le dió grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte,  
No menos honorosa que crecida,  
Y á pretensiones otras se convierte,  
Que fué cierta region muy estendida;  
Causa para morir angosta muerte,  
Cuando pudo gozar mas ancha vida;  
Y para se mover á la carrera,  
El negocio pasó desta manera:

Habia dado largas relaciones  
El ambicion, que todo lo revela,  
De las engrandecidas poblaciones  
De Paria hasta el mar de Venezuela;  
Y no fueron mentiras ni ficiones,  
Ni saborillos vanos de novela,  
A hallar el Ordás la tierra sana,  
O comenzara por Maracapaná.

Porque Cubagua, muy mas estendida  
De lo que por justicia se le daba,  
Tenía mucha tierra destruida,  
Con cantidad de esclavos que sacaba;  
Y con cautelas era defendida  
Cualquiera poblacion que se intentaba,  
Por no perder aquel vicioso pasto  
Con que hacian suntuoso fausto.

Fué reino de grandísima sustancia,  
Y señores en él de gran estado,  
Fertilidad, hattura y abundancia  
De pan, de frutas, carnes y pescado;  
Y con ser tan inmensa la distancia,  
Paso no se hallaba despoblado,  
Potentes pueblos al primer encuentro,  
Potentísimos mas la tierra dentro.

Esta tierra de próspera templanza,  
Que frío ni calor no causan lloro,  
Por pueblo, por camino, por labranza,  
Pocos indios pudieras ver sin oro;  
No mudan en los trajes el usanza,  
Pues sola desnudez es el decoro;  
Mujeres cubren partes vergonzosas,  
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,  
Es por la mayor parte bien dispuesta,  
De muy bien amasadas proporciones,  
Con cierta gallardia no mal puesta:  
Diestros en sus guerreros escuadrones,  
Para su defension la mano presta,  
El regulado tiro siempre lleno  
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,  
Y de palma tostada larga janca,  
Que suelen menear de buena gana,  
No sin golpe mortal de quien alcanza;  
Comen algunos destos carne humana  
Por via de pasion y de venganza,  
Y aquesta crudelísima comida  
Es fuera de sus casas escondida,

No la quieren comer en parte rasa ,  
Sino donde la gente menos pisa ,  
Las ollas nunca mas entran en casa ,  
Ni vaso ni cazuela do se guisa ;  
No se come , sacada de la brasa ,  
Con grita , regocijo , ni con risa ,  
Antes parece tal mantenimiento  
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordás por larga lista  
Cumplidas y bastantes relaciones  
Desta costa , por hombres que de vista  
Conocieron aquellas poblaciones,  
Pidió con gran instancia la conquista ,  
Y diéronse della provisiones ,  
Gobierno de grandísimo partido ,  
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como este  
Le dieron por la costa, recta vía ,  
Ciento cincuenta leguas leste , ueste ,  
Y norte , sur , que fué la travesía :  
De mil soldados buenos formó hueste  
Con gente principal de Andalucía ;  
Aderezaron grandes galeones ,  
Matalotaje y otras municiones.

Nombró por general á Joan Cortejo ,  
Su maestre de campo fué Herrera ,  
Cada cual de los dos amigo viejo ,  
Que en Méjico siguieron su bandera ;  
Entraron capitanes en consejo  
Para la prevencion de su carrera ,  
Nombró también con otros oficiales  
Por alcalde mayor á Gil Gonzalez.

Vino también con este caballero ,  
Pudiendo sosegar con buena renta ,  
Jerónimo de Ortal por tesorero ,  
De quien daré también mas larga cuenta ,  
Como quien bien lo conoció primero ;  
Vivió después en vida descontenta ,  
El cual sucedió siendo mozo tierno  
Al don Diego de Ordás en el gobierno.

Dispuesta toda cosa necesaria  
Y preparado bien cada navío ,  
Hicieron su camino acia Paria ,  
Principio deste nuevo señorío ;  
Surgieron en las islas de Canaria  
Para tomar allí mejor avío ,  
Besaron al Ordás luego las manos  
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales ,  
De próspero caudal y rico traje ;  
Al Ordás ofrecieron sus caudales ,  
Sirviéndole con buen matalotaje ;  
Y con doscientos hombres naturales  
Prometieron de ir aquel viaje ;  
El Ordás acudió con mil ofertas  
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando  
Por el orden que menos les convino ,  
El don Diego de Ordás fué navegando  
A la parte do lleva su destino :  
Prometiéndole de illos esperando  
Por puertos y bahías del camino ;  
Y así para cumplir con su promesa ,  
A su navegacion dió poca priesa.

Mas pareciendo ya mucha tardanza ,  
Por evitar algunos desavíos ,  
Del rio Marañon hizo mudanza ,  
Y atravesó con todos los navios :  
Algunas veces con desconfianza  
De poder escapar de mil bajos ,  
Con calmas y grandísimas corrientes ,  
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordás escapó con buen consejo ,  
Y fué donde llevaba los intentos ,  
Mas no pudo salir el Joan Cortejo  
Con otros que pasaban de trescientos ,  
Sin remedio , recurso , ni aparejo  
Para seguir por mar sus movimientos ,  
Salvo los principales coroneles ,  
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos á la tierra naufragaron ,  
Sin dalles sinsabor reventazonas ,  
Y así dicen que todos escaparon ,  
Y entraron por jamás vistas regiones ,  
Hasta que descubrieron y toparon  
Grandes y poderosas poblaciones ,  
Adonde se buyeron y han valido ,  
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendian por muy cierta  
Muchos que yo traté y he conocido ;  
Mas es una ficion clara y abierta ,  
Y cuento para mí desvanecido ;  
Pues si tal gente ya no fuera muerta  
Hubieran á mil partes respondido ;  
Ansi que no sera juicio ciego  
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada ,  
O muerta por el indio mas vecino ,  
Ordás , continuando su jornada  
Con piloto que tuvo mejor tino ,  
Llegó con el restante del armada  
A Paria , do llevaba su camino ,  
Donde Antonio Sedeño ya tenia  
Soldados con algun artillería.

Habia hecho cierta fortaleza ,  
Do quedó Joan Gonzalez con la gente ,  
Y para revolver con mas grandeza  
En Boriquén estaba de presente :  
Mas el Ordás con toda su dobleza  
Tomó las municiones al ausente ,  
Y aun intentó matar al Joan Gonzalez ;  
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados ,  
Que prometieron ir tras el armada ,  
Procuraban venir bien aviados  
Para mejor servir en la jornada :  
Hicieron luego copia de soldados ,  
Isteña gente , suelta , bien granada ,  
Que en peligros ocultos y patentes  
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida  
Tenian dos fornidas carabelas ;  
Mas mucho recelaban la salida ,  
Teniéndolas por algo pequenuelas ;  
Y estando ya los Silvas de partida  
Vieron un galeon á todas velas ,  
Hermoso , bien fornido , grande , fuerte ,  
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venia ,  
Y dentro dél fué surto y anclado ,  
Con mucho lienzo , paño , mercería ,  
De muchas cosas otras pertrechado ;  
Pues el Gaspar de Silva , que queria  
Llevar en su viaje buen recado ,  
Determinó tomar , por selle bueno ,  
Aquello que sabia ser ajeno.

Habló con el maestre , que hacia  
Haciéndole creer torres de viento ,  
El portugués ladrón que lo creia  
Al delito prestó consentimiento ;  
Dejó las carabelas que tenia ,  
Y á él pasó las gentes y alimento ,  
El señor dél , quejoso y agraviado ,  
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños  
Al tiempo que su gente se despacha ,  
Culpáronlo , demás destos engaños ,  
Del raptó de Isabel , linda muchacha ;  
La cual yo vi morir ha pocos años  
En el pueblo del Rio de la Hacha ,  
Casada ya con hijos y con nietos ,  
Que están ayunos hoy destos secretos.

Apercebidos pues por la manera  
Que sus crueles hados señalaban ,  
Prosiguieron los Silvas su carrera  
Con los doscientos hombres que llevaban :  
Vieron el Marañon y su ribera ,  
Mas no vieron los males que esperaban ,  
Y como ya llevaban aparejo ,  
Allí hicieron un bergantíneo.

Como por orden esto se pusiese,  
Y munición en él algo sumaria,  
Al galeon mandaron que se fuese  
Luego por alta mar vuelta de Paria;  
Y que Gaspar de Silva recorriese  
La costa con la gente necesaria,  
Porque por algún seno y anconada  
No quedase la gente del armada.

Van en el galeon por principales  
Un Francisco Morillo y un Briones,  
Bartolomé Gonzalez, Joan Gonzalez,  
Hermanos del que va por los ancones:  
Entre estos, como no fueron parciales,  
Hubo ciertas revueltas y pasiones,  
Y con el sinsabor que voy diciendo  
Iban el mal viaje prosiguiendo.

Con continuación de su jornada  
Fuera de toda buena coyuntura,  
Llegóseles la hora deseada,  
Deseo de su cierta sepultura;  
Porque vieron las naos y el armada  
Donde no les darán arma segura:  
Hacen la salva de una y otra suerte,  
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones  
A Gil Gonzalez de Avila noticia  
De todas las pasadas sinrazones,  
El robo, la violencia, la malicia;  
El cual mandó hacer informaciones,  
Prosiguiendo la causa por justicia:  
Resultaron al fin de los procesos  
Delitos de grandísimos esceses.

Degollaron aquestos dos hermanos  
Con voz deregonero que resuena  
Culpas y fealdades de tiranos,  
De que se recibió crecida pena;  
Y por fautor de hechos inhumanos  
Al piloto colgaron del entena;  
Quedó también á muerte condenado  
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,  
Haciendo prolijísimo rodeo,  
Su desastrada muerte deseando,  
Sin saber ser aqueste su deseo.  
¡Oh cuántos deseaban deste bando  
Podelle dar noticia del torneo!  
Mas por ninguna via fué posible  
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía  
De ver la flota muy recogijados,  
Fué día de San Joan aqueste día,  
Remate de sus días mal gastados,  
Año de treinta y uno que corría  
Sobre mil y quinientos ya pasados,  
El viene con placer soltando tiros,  
Y acá lo solenizan con suspiros.

Bien como caminante congojado  
Que cercano se ve de su reposo,  
E yendo para él recogijado  
Con un vivo fervor y presuroso,  
Lo ve por todas partes ocupado  
De mortal enemigo y odioso,  
Y el gusto de la cama y de la cena  
Fué hambre, cepto, grillos y cadena;

El desdichado mozo que ya cuento,  
Bien por este nivel y desta suerte,  
No ve sino señal de descontento  
Do quiera y á do quier que se convierte:  
Halló dura prision, halló tormento,  
Halló temor, dolor y cruel muerte.  
¡Cuántos suspiros, lágrimas, sollozos  
Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura  
Día del gran Bautista soberano,  
Admiróse de ver tanta tristora,  
Y no ver por allí ningún hermano:  
Reconoció su grande desventura  
Desde que con gran rigor le ponen mano,  
Hácenlo confesar, y en poca pieza  
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas  
Se herian los pechos y los cuellos,  
Costanza de Leon tiene deshechas  
Mejillas y estragados los cabellos:  
Haciendo mas patentes las sospechas  
De carnal amistad con uno dellos:  
Enterrólo clamor que rompe el aire  
En la isla que llaman Perataire.

Conclusos estos tristes funerales,  
Ordas con tal rigor cual os enseño  
Deseaba matar á Joan Gonzalez,  
Alcaide de la fuerza de Sedeño,  
Mas por mano de indios naturales,  
Porque el delito no tuviese dueño:  
Mandólo pues llamar en continente,  
Y dicen que le dijo lo siguiente:

«Yo, señor Joan Gonzalez, tengo gana  
De saber por entero la pujanza  
De la tierra que dicen de Guayana,  
Sus sitios, poblaciones y templanza;  
Y por no me fiar de gente vana  
Quiero hacer de vos la confianza:  
Es menester que hoy en este día  
Os partais solo con alguna guía.

» Porque do muchos van hacen ruido,  
Que no emportará gente guerrera;  
Un hombre solo menos es temido,  
Y puede bien pasar por donde quiera,  
Mayormente quien es tan conocido  
Y amado como vos desta frontera;  
Y visto bien lo que la tierra tiene  
Veneis, é yo haré lo que conviene.»

Estos mandatos duros y tiranos  
El Joan Gonzalez bien los entendia,  
Pero por escaparse de sus manos  
Luego le respondió que le placia:  
Conociendo por menos inhumanos  
Los indios que su mala compañía;  
Al fin partió con ciertos naturales  
Que le fueron fieles y leales.

Pero quieren decir que el desconcierto  
Y orden de cautela semejante  
Fué después de salidos deste puerto,  
E ir por Uyapar mas adelante  
En un pueblo, Carao; y es lo cierto,  
Segun tenemos relacion bastante  
Hecha del capitán Joan de Avendaño,  
Que siempre fué testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,  
Por ser estos intentos muy ruines,  
Ordas mandó hacer la gente presta,  
El galeon, la fusta, bergantines,  
Y con pregones muchos manifiesta  
Entrar por Uyapar y sus confines,  
Rio potente, mas de fruto poco,  
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente  
De todas armas bien aderezada:  
Quedó por capitán y por tiniente,  
Por ser persona bien acreditada,  
Martin Yañez Tafur, que es de presente  
Vecino deste reino de Granada,  
El cual gobernó bien la gente nueva  
Y dió de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo  
A Domingo Velazquez el mañoso,  
Entre los de Cubagua muy antiguo:  
Insigne capitán y valeroso,  
A quien yo tuve siempre por amigo  
Gozando ya de paz y de reposo:  
Llevó también para que fuese guía  
Un indio que Taguato se decia,

Capitán arúaca señalado  
Y por aquellas tierras peregrino,  
El cual pareció bien haber entrado  
Mas de quinientas leguas de camino:  
Indio valiente, diestro y avisado,  
De muy buena razon, poco ladino,  
Mas Domingo Velazquez entendia  
La mayor parte de lo que decia.

Son arúacas de valientes manos,  
Tiene su tierra nobles influencias,  
Y son todos amigos de cristianos,  
Con buenas obras, gratas apariencias:  
Con caribes crueles, inhumanos,  
Tienen cotidianas competencias,  
Y cuando con mayor fuerza se muerden,  
Los arúacas pocas veces pierden.

Con esta prevención y buen avio,  
El Ordás con su gente castellana  
Entraron por aquel potente río  
Forzados unos y otros muy de gana:  
Por él á remos va cualquier navío,  
Atoas, la gran nao capitana,  
Llevando siempre cable sobre cable,  
Trabajo de rigor intolerable.

Y ansí por trabajar en travesías  
Parecían los hombres por momentos,  
Tanto que en breve número de días  
Al río fueron mas de cuatrocientos;  
Y cuanto mas crecían las porfías  
Tanto mas descrecían alimentos,  
Murciélagos, mosquitos y otras plagas  
Los infestaban con crúeles llagas.

Malos y encarcerados embarazos  
Ocupaban cualquiera mordedura,  
En los piés, en las piernas, manos, brazos  
Viérades lamentable desventura:  
Caíanse los miembros á pedazos  
No podía hallar médico cura;  
Y con ser el volver tan importante,  
Procuraron de ir siempre adelante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,  
Eran los tiempos ya tempestuosos,  
Anegados los campos y zavasas,  
Los esteros venían rigurosos:  
A las tardes y noches y mañanas  
Los empapaban nimbos procelosos,  
Y con estas congojas y pasiones  
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fué de gran gentío,  
Que sobre las barrancas iba puesto,  
Del cacique Uyapari señorío,  
En las calles y plazas bien digesto,  
Y de donde nombraron este río  
Los españoles que hallaron esto,  
Del cual fueron entonces recebidos  
Y razonablemente proveidos.

Aquí, por ser lugar mas conviniente,  
El que tenía cargo del gobierno  
Determinó de reformar la gente  
Hasta pasar las furias del invierno;  
Y aun porque se sentía mal doliente  
El viejo baquíano y el moderno,  
Anclaron arriba muy lejana  
Aquella grande nao capitana.

Cuando se padecían estos males  
Y plagas por la gente castellana,  
Andaba peregrino Joan Gonzalez  
Por aquellas provincias de Guayana:  
Donde todos los indios naturales  
Lo recibieron muy de buena gana,  
Con caricias, regalos, beneficios,  
Con dádivas, presentes y servicios.

Regalado se ve; mas todavía  
Con santos y católicos respetos  
Considero que no le convenia  
Estar entre salvajes indiscretos:  
Ajenos de cristiana policía  
A cultos diabólicos sujetos;  
Y aunque no se librase de sus manos,  
Quería mas morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida  
Con todo lo demás que determina,  
Y fué su voluntad obedecida  
No menos que si fuera la divina:  
Siguiéronlo con copia de comida  
Hasta ver la mas gente peregrina,  
Por esteros, lagunas y otras aguas,  
Con copia de canoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta  
De lo seguir por ser hombre bien quisto,  
De la suerte que ya se representa  
A su navegacion se hizo listo,  
En busca del Ordás por dalle cuenta  
De lo que le mandó y habia visto;  
Fueron pues por el río su jornada  
Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas de repente  
Y en ellas el gentío bien armado,  
Mandó Diego de Ordás incontinentemente  
Que todos se pusiesen á recado:  
Maravillóse luego grandemente  
Después que Joan Gonzalez fué llegado,  
Porque por ser rigor tan esesivo  
Ningun hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con grandísimas razones:  
Y el Joan Gonzalez dió de su jornada,  
Verdaderas y ciertas relaciones  
De tierra que halló bien asombrada:  
En ella poderosas poblaciones  
Y cuanto mas adentro mas poblada;  
Y aunque la relación no fué liviana,  
El Ordás la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condeno  
Ni aun siente della mal el baquíano,  
Pues en tan larga tierra y ancho seno  
(Eso me da de sierra que de llano)  
Debe de haber algun pedazo bueno  
Que hasta nuestros tiempos está sano,  
Por ser entrada larga trabajosa,  
Y en sus primeros límites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes  
Siguiéron la demanda como cierta,  
Y por muertes, desgracias y desmanes  
Casi que se volvieron de la puerta:  
Felipe de Utén por los alemanes  
Trabajó por hacella descubierta,  
Jerónimo de Ortal, después Sedeño,  
Y Orellana contó cosas de sueño.

Después Jimenez, capitán preciado  
Hizo desde este reino la jornada,  
Hermano del señor adelantado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada:  
El cual agora vino del Dorado,  
Que es la misma demanda señalada,  
Perdidas sus haciendas y caudales  
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pio  
El heredero de su testamento,  
Y sucesor Antonio de Berrio  
En sus haciendas y repartimiento:  
El cual con discreción y buen avio  
Quiere seguir aquel descubrimiento,  
Y cierto su valor nos asegura  
Que tiene de dar fin á la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,  
Que sirven hoy á nuestras compañías  
Y tratan y contratan en los llanos  
Con sus acostumbradas granjerías,  
Refrescan las noticias á cristianos  
Que dellos determinan hacer guías,  
Llevando las derrotas diferentes  
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se darán mejor recado  
Por ser de mas aviso proveidos,  
A causa de llover sobre mojado  
Con negocios atrás acontecidos:  
En muchos que buscando su Dorado  
Quedaron solos y perdidos,  
Y del perder algunos en un hecho  
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsúa, capitán tan excelente  
Cuanto pudieron ser los mas cabales,  
A quien los que vivimos de presente  
Debemos alabanzas inmortales,  
Y de quien trataré mas largamente,  
Celebrando sus tristes funerales  
Por el orden que de presente llevo;  
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,  
Que de la Margarita se desvia,  
Y en ir á la Guayana se señala  
Con flota de arúacas que lo guía ;  
Y dijo que no vido tierra mala,  
Antes tal que riqueza prometia :  
Fué, cuando tal motivo lo desvela,  
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su desino  
En vano parecer determinado,  
Para volverse por aquel camino  
Al Pirú de do vino desterrado ;  
E yo le respondí ser desatino  
Jamás oído, visto, ni pensado ;  
Mas el fué todavía donde digo  
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,  
Vió pueblos con asientos muy amenos,  
Descubria caminos y calzadas,  
Las cuales prometian anchos senos ;  
Trajo joyas de oro rescatadas,  
Aguilas y cemies harto buenos,  
Ciertos tiros de bronce que hallaron  
Adonde los Ordases invernaron.

Como buenos dineros importasen,  
Y falta de los tales necesita,  
Para que mas al rio les llegasen  
Ayala con caricias los incita ;  
Y hizo que en piraguas los llevasen  
Aquestos indios á la Margarita,  
Do procuró tomallos el tiniente ;  
Mas defendiédolos valerosamente.

A la Española fué la mercancia  
Y el, algo levantado de la rueda,  
Adonde por entonces presidia  
El incito Joan Lopez de Cepeda :  
Dió cuenta de la tierra do venia  
Como quien por ninguno se le veda,  
Informó los señores del audiencia  
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones  
Ordenadas por ley de buen amigo  
Para poder entrar estas regiones ;  
Ansimismo llevar gente consigo ;  
Vendió las sobredichas municiones,  
Las joyas y preseas que ya digo,  
Compró muchas camisas y bonetes,  
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas  
O motivos de grande disparate ;  
Liasas y compuestas las petacas  
Donde llevaba todo su rescate,  
Volvió con otra flota de arúacas  
Con solos doce hombres de alpargate ;  
Seria por el año de sesenta  
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados á Guayana, van entrando  
Mas de lo que amistad les asegura,  
Muchas preseas de oro rescatando  
Con algunos resabios de soltura ;  
Mataron al Ayala y á su bando  
Concluyendo balanzas y locura,  
Sin dejar á ninguno con resuello  
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fué remoto  
Serpa, que tentó ir esta jornada,  
Pues luego lo mató Cumanagoto  
Antes que comenzasen el entrada ;  
El ejército suyo quedó roto,  
Y hizo Serpa tanto como nada ;  
El oficial será siempre confuso  
Usando cosas fuera de su uso.

Tenia Serpa términos honrados,  
Aparencias y buenos ademanes,  
Pero los que jamás fueron soldados  
Dudo poder ser buenos capitanes ;  
No son aquellos indios descuidados,  
Ni temen los caudillos haraganes ;  
Y yo los conoçé soldado pobre,  
Y sé muy bien cuan bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,  
A título de ir este camino,  
Con su hijo don Joan, que donde quiera  
De crecidos honores era dino ;  
Mas al principio de la tal carrera  
Y deste nuevo reino muy vecino,  
Mataron fuertes indios al buen viejo  
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines  
Con el poco posible que le vemos ;  
Pero nunca salió de los confines  
De tierra que palpamos y tenemos ;  
Y ansi pobló los indios matachines.  
Que deste reino son los mas extremos,  
De manera que nunca fué bastante  
Para poder pasar mas adelante.

Volver á la demanda de presente  
Por el Cáceres dicho se procura,  
Y él y el dicho Berrio hacen gente  
En un tiempo, sazón y coyuntura ;  
Cada cual de los dos es pretendiente  
De poder acabar esta ventura ;  
Guias llevan y muy buenos arreos ;  
; Dios les dé cumplimiento de deseo !

Siguió Pedro de Silva la recuesta,  
De la cual por aquí volvió perdido,  
Con su poquilla gente descompuesta,  
Y dicen nuevamente ser venido,  
Y entrar por Uyapar, donde me resta  
Volver al buen Ordás, que detenido  
Dejamos con las aguas del invierno  
En la parte que dice mi cuaderno ;

Donde después que vino Joan Gonzalez,  
Y percibieron bien lo que decia,  
Todos aquellos hombres principales  
Deseaban seguir aquella via,  
Los motivos de Ordás no fueron tales,  
Y ansi le respondió que no queria  
Sino subir el rio con exceso,  
Y agora contaremos el suceso.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyapar arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que mas aconteció hasta su muerte.

Mal pueden caminar siempre seguras  
Las muy precipitadas opiniones :  
El que deja la luz por ir á oscuras  
No se espante que halle tropezones ;  
Pues suelen semejantes aventuras  
Engañar los humanos corazones :  
No siempre hizo lance venturoso  
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fué de tanto desatino  
Ordás en los ya dichos menesteres,  
Pues se precipitaba de continuo  
En sus buenos ó malos pareceres ;  
Y mas en proseguir aquel camino  
Fuera de cuanto puede dar placeres,  
Antes las intenciones en que estriba  
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los ríos  
La mano del invierno mas liviana,  
Al tiempo que hacia ya desvios  
El agua del convés de la zavana,  
Donde nadaban los demás navíos,  
En seco se quedó la capitana :  
Fuera del Uyapar y circunstancia  
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,  
A la madre se llegan descontentos ;  
Y para proseguir su mal viaje  
Sonaron rigurosos mandamientos ;  
Partieron sin tener matalotaje  
A tierra toda falta de alimentos ;  
Gil Gonzalez quedó con los tullidos  
En aquestos asientos referidos.

Sacó del pueblo grande que se cuenta,  
En la fusta mayor y bergantines,  
Españoles doscientos y setenta,  
Cuarenta lijerisimos rocines:  
Tomó pues con su gente macifenta  
Del pueblo de Carao los confines,  
El cual distaba del potente rio  
Una pequeña legua de desvio.

Allí se reformaron los soldados,  
Y tuvieron un poco de reposo,  
Y después de los dos meses pasados  
Volvieron al viaje trabajoso:  
Costeando prolijos despoblados  
Sin muestra de refugio virtuosos,  
Sino pocos y viles pescadores  
Que de ningun buen pueblo son cultores.

Gaiqueríes y algunos guamonteyes,  
Morenos, altos, buena compostura,  
Sujetos á ningun modo de leyes,  
Sin labranza, crianza ni cultura,  
Suelen tener sus principes y reyes,  
No para dalles vida mas segura;  
Pescas y cazas son sus alimentos,  
Y raices de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida mas continua,  
A un ajo redondo se compara,  
De que también la gente peregrina  
En sus necesidades se repara:  
Ansimismo provee de harina  
Otra raíz que llaman caracara,  
La cual muelen en cueros de venados  
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,  
Y toda su vivienda tan sin maña,  
Que si comida piden los cristianos  
Al tiempo que la hambre mas los daña,  
Mostrando de maíz algunos granos  
Los huelen como cosa muy estraña;  
Ninguno dellos cultivó ribera,  
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,  
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,  
No rancho por sus manos fabricado,  
Sino ciertos toldillos de tomiza;  
Su cama es un cuero de venado  
Gastado de arrastrar por la ceniza;  
Defiende cada cual varonilmente  
A su mujer, su hijo, su pariente.

Anduve yo también por estos puestos  
En tiempo y en edad mas vigorosa,  
Aunque no por adonde fueron estos,  
Sino por parte menos trabajosa:  
Son amplisimos campos mal compuestos  
De poca gente, y esa monstruosa;  
Rios que de su curso se despegan  
Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,  
Y las inundaciones y crecientes,  
Inmensa suma es la del pescado  
De géneros y modos diferentes,  
En ciénegas, en charco represado,  
En los manantiales y corrientes,  
El cual, de mas de ser tan copioso,  
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas,  
Guabinas, armadillos, peje sano:  
Si se secan algunas cenegetas  
Con los calores grandes del verano,  
Acontece sacar entre las grietas  
El indio cuanto quiere y el cristiano,  
Hacen harina dél cuando se seca,  
Sacan mil calabazos de manteca.

Hay también por aquestos despoblados  
Y campos tan inmensos y vacios  
Cantidad infinita de venados,  
Los cuales son de dos ó tres natios:  
Dantas y puercos tan multiplicados,  
Que cubren las riberas de los rios;  
Hay tigres, osos, onzas y leones,  
Cebados en aquestas ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estilos  
Y de puerco la forma y ademanes;  
Inmensa cantidad de cocodrilos,  
A quien todos acá llaman caimanes;  
Cuya ferocidad y bravos filos  
Son causa de grandisimos desmanes,  
Pues suelen devorar estas serpientes  
Crecidísimo número de gentes.

Perseverando pues en sus porfias,  
Ordás por Uyapar contra corriente,  
Por sus riberas fué cincuenta dias,  
Sin que pudiese ver cosa viviente;  
Muy fatigadas ya sus compañías  
Por no tener comida suficiente,  
Hacia sus entradas por los lados;  
Pero todos los vían despoblados.

E yendo caminando con el pio  
De ver dó rehacer la gente flaca,  
La boca descubrió de cierto rio,  
Bien frecuentada ya del arbuca:  
Y así diz que le dijo: « señor mio,  
Este rio se llama Caranaca,  
Si por aquí hicieres tu corrida,  
Yo sé que hallaras gente vestida.

» Hallarás estendidas poblaciones  
Con toda la grandeza que desees:  
Oro, piedras preciosas, ricos dones,  
Muy lucidos ropajes y preseas;  
Sus ejercicios son contrataciones,  
Así ciudades como las aldeas;  
Es gran provincia, próspera, pujante,  
De sal y bastimentos abundante.»

En nada destas cosas que decimos  
Quiso Diego de Ordás creer la guía,  
Y los hombres antiguos que vivimos  
Juzgamos por ventura que decía  
Por este reino donde residimos,  
Cuya fama muy largo se estendia,  
Si acaso no contiene tan gran seno  
Algun otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,  
Y el espacio y lugar tan estendido,  
Que sera como dar al Oceano  
Un término que fuese recogido;  
Y así podría ser á cualquier mano  
Otro mejor quedarnos escondido;  
Pues, como tengo ya relacion hecha,  
No deja de dudar esta sospecha.

Y en la postrera y última jornada  
Que hizo por los llanos desta tierra  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
No sobrándole ya gente de guerra,  
Vió por medio del llano prolongada  
Con prolijos estrechos una sierra,  
Do mandó ir al capitán Soletó,  
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya mas que terrible,  
Se volvió desde el pie donde nacia,  
Por no parecer cosa conveniente  
Meter la gente donde no sabia;  
Mas á mi parecer es imposible  
Aquella sierra tal estar vacia;  
He yo comunicado con varones,  
Que no están fuera destas opiniones.

Ansi que, no de balde le decia  
Al Ordás el Taguato que siguiera  
El rio Caranaca, do se via  
Mejor disposicion en la ribera;  
Mas él no quiso por ninguna via,  
Sino continuar otra carrera;  
Y de perseverar en su costumbre  
El indio recibia pesadumbre.

Y así, por divertir su fantasia,  
Como quien lo tenia bien corrido,  
Bumbun temeretopo le decia,  
Señalando de piedras gran ruido:  
El barbaro vocablo se entendia,  
El proposito fué mal entendido,  
Pues allí cada cual interpretaba  
Segun aquel deseo que llevaba.

Porque decian muchos chapetones,  
O señores, que dijo Taguato  
Del gran ruido de las fundiciones,  
La fuerza y el concurso del contrato:  
Con las piedras martillan argollones,  
Los golpes dellas suenan grande rato;  
Es tal en labrar oro la porfia,  
Que suena como grande herreria.

Mas Domingo Velazquez, que notaba  
Lo que la guia dijo por entero,  
Como sabio varon adivinaba  
Cuál habia de ser el paradero;  
Y por no dar pasion disimulaba,  
No con simulacion de lisonjero,  
Sino porque cumplia de presente  
Ise también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya fulto,  
No menos de salud que provisiones,  
Vinieron á topar con cierto salto  
De peñascos y grandes farallones;  
Do caian las aguas de mas alto,  
Y el ruido causaba confusiones,  
Allí se conoció menos prolijo  
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,  
Cerca de no les dar las aguas uso,  
Y la navegacion toda resuelta  
En se hallar Ordás allí recluso:  
Al fin determinó de dar la vuelta,  
No menos perdidoso que confuso,  
Y en breve tiempo, desde los raudales,  
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,  
La poca gente viva mal dispuesta;  
De los amargos, aunque dulces puertos,  
Procuró de sacar la que le resta;  
Y para los salados mas abiertos  
Con toda brevedad se hizo presta;  
Y desde entonces, visto que cumplia,  
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos  
Hallar alguna tierra grandiosa,  
Adonde podais dar repartimientos  
Que sean de grandeza generosa;  
Yo sé, señor, tan inclitos asentios,  
Que con razon direis ser buena cosa,  
Donde podeis fundar pueblos potentes,  
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco  
De prepotentes pueblos y lugares,  
Desde la Trinidad á Cariaco,  
Ni desde Cumaná hasta Tagares:  
Chichiriviche, valle mas opaco,  
Guantar, Maracapana con sus mares,  
Y Neverí, Caycarantal, Atamo,  
Provincia cada cual digna de amo.

«Hay Chacopate, hay Cumanagoto,  
Piritú, las riberas del Unare,  
Pues la fertilidad de Paragoto  
Faltame copia con que la declare:  
Potente poblacion de Cherigoto,  
Con todo lo que dicen Mompitare;  
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,  
Y aquella gran potencia de señores.

«El feroz y terrible Turperamo,  
Y el invencible siempre Barutaima:  
El gran Guaramental, el Guayacamo,  
Canima, Gualgoto, con Paritaima:  
Gotoquaney, Perima, Periamo,  
Querequerepe, Canaruma, Guaima,  
Sin otros muchos desta circunstancia,  
Con cercas de grandisima distancia.

«Aquestos dichos fuertes ó cercados  
Tienen señeros para su defensa,  
De grosisimos arboles plantados,  
Donde la verde rama se condensa:  
Unos despues de otros ordenados,  
Con mas vigor de lo que nadie piensa,  
Pues aquel gran grosor que lleva hecho  
Tiene de duracion prolijo trecho.

«Otros palenques hay mas estendidos  
En muchos destos campos y zavanas,  
No de plantas de árboles nacidos,  
Como las otras cercas mas ancianas;  
Sino de palos muy fortalecidos,  
Y cada cual con dos ó tres andanas,  
Con las cintas espesas de bejuocos,  
O corréosas yedras de arcabucos.

«Tienen las mas insignes poblaciones  
En unas mesas llanas asentadas,  
Debajo de los macos, ó mamones,  
Plantados por hileras ordenadas,  
Arboles de hermosas proporciones,  
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;  
Su vista da grandisimo contento,  
Y el fruto dellos es de gran sustento.

«Por montes, por zavanas, por oteros,  
Do quiera que sus pasos hombre guia,  
Hierva la gente como hormigueros,  
Tanto que no vereis cosa vacia:  
Gentiles pescas, grandes cazaderos;  
Tierra de bendicion, tierra sana;  
Hay minas de oro, mantas, y hamacas  
Desde Cojeguá hasta los Caracas.

«Por la costa de quien memoria hago,  
Atravesando culmen y eminencia,  
De la sierra que tiene nada vago,  
Porque poblada es por excelencia,  
Damos en Tacarigua, que es un lago  
De siete leguas de circunferencia,  
Con islas dentro, do los infieles  
Tienen jardines, huertas y verjeles.

«Si quereis que sus nombres os declare,  
Pues la memoria dellas no se escapa,  
Son Patenemo y Aniquipotare,  
Ariqubano, Guayos, Tapatapa:  
Con otras, que si alguno las hollare,  
Podria mejorar su pobre capa  
Con el oro que tienen naturales  
En joyas y preseas principales.

«Aquesta crecidisima distancia,  
Poblada de cristianos, se haria  
Un reino de grandisima sustancia,  
Dispuesto para toda granjeria,  
Páreceme negocio de importancia  
Y digno de seguirse con porfia;  
Si con sus circunstancias es aceto,  
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,  
Al Ordás dió grandisimo contento;  
Y así sin responder cosa contraria,  
En esto colocó su pensamiento:  
Llegó con los navios pues á Paria;  
Puso luego por orden el intento,  
Sin quitar deste puerto todavía  
La guarda de soldados que cumplia.

Estos soldados fueron fidedinos,  
En las cosas de guerra muy añejos,  
Prestos en los asaltos repentinos  
A las agudas armas y consejos;  
Y en este nuevo reino son vecinos  
Algunos, aunque pocos é ya viejos,  
Como Joan de Portillo, cabal hombre,  
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuestos todos pues á la carrera,  
Procuró de enviar incontinente  
Al capitán Alonso de Herrera,  
A Diamaima, puerto, con la gente;  
Y él quiso caminar por la ribera  
Con pocos, que serian como veinte,  
Para que todos ellos se embarcasen  
Despues que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso  
De cumplir fielmente su concierto;  
Mas con fuerza de tiempo fortunoso  
Nunca pudo tomar el dicho puerto:  
Corrió la costa bajo desgustoso,  
No hallando repáramo cubierto,  
Que Cumaná, do hizo su parada,  
Y allí saltó la gente fatigada.

La agua que en Cubagua se bebía  
Se llevaba de aquesta pertenencia;  
Y á causa de que cuando se cogía  
El bárbaro hacia resistencia;  
Había fuerza ya, de que tenía  
Andrés de Villacorta la tenencia,  
Y en esta fortaleza recogida  
Gente de guarnición bien proveída.

Estando pues como de los cabellos,  
Deseando huir de sus aprietos,  
La gente del Ordás holgó de vellos  
Para comunicalles sus secretos;  
Y así se rebelaron muchos dellos  
Al Herrera, perdiendo los respetos;  
Finalmente, que no por buenos modos  
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua,  
Que formaban los que se vian fuera  
De los angostos barcos y del agua,  
No menos que forzados de galera;  
Prendió luego justicia de Cubagua  
Al capitán Alonso de Herrera;  
Pero por ser bien quisto de soldados,  
Soltáronlo, los impetus pasados.

Llegados á la playa deseada,  
Ordás con el consorcio diligente,  
Y conociendo todos que el armada  
Arribó por aquel inconveniente,  
Con boga de piraguas bien guiada  
Luego fueron en busca de la gente;  
A Cumaná llegó, do saltó luego,  
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta vía,  
Ni sosegar fiel de justo peso,  
Pero Ortiz de Matienzo, que regia,  
Lo hizo dañador, y hizo lesa:  
El cual, por aquel orden que quería,  
A Castilla también lo llevó preso,  
Y así se perturbó su buen intento  
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba  
Cubagua, por aquellas pretensiones  
De los muchos esclavos que sacaba  
Destas grandes provincias y regiones;  
Y entonces y después abominaba  
De quien tenía tales intenciones;  
Y como causa fué que se estorbase,  
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte,  
Con tantas ocasiones de tristura,  
Enfermedad le dió de mal tan fuerte,  
Y de tan poco fruto fué la cura,  
Que le llegó la hora de la muerte,  
Donde tuvo la mar por sepultura,  
Y quien en aguas sepultó sin duelo,  
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fué cortesano de gentil aviso,  
Y en todas buenas partes de belleza;  
Quien bien lo conoció dice que quiso  
Esmerarse con él naturaleza:  
Déle nuestro Señor su paraíso,  
Que es la cabal y cierta gentileza,  
Y el descanso de vida transitoria,  
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados  
Hubo, como ya dije, gran mudanza;  
Pero los nobles mas aficionados  
No dejaban de estar con esperanza,  
Que después de sus pleitos acabados  
Había de volver con mas pujanza,  
Y como fidelísimos varones  
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza  
Muchos dellos á Paria se volvían  
A sustentar aquella fortaleza  
Entre tanto que del Ordás sabían;  
Y muchos con trabajos y pobreza  
Entre los de Cubagua residían,  
Entreteniéndose por su partido  
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,  
Llegó con gente bien aderezada  
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico  
Para perseverar en su jornada;  
Al Ordás publicando por inicio  
Por la razon atrás conmemorada,  
Y á su devoción trajo brevemente  
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido  
Diciendo que el Ordás era ya muerto,  
Los unos lo tenían por fingido,  
Otros lo publicaban por muy cierto:  
Al fin Sedeño fué bien recebido  
De la mas noble gente deste puerto,  
Con los cuales pasó mas adelante,  
Y luego contaremos lo restante.

## ELEGIA X.

*Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.*

### CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razon sumaria  
Pasandome por ellas por la posta;  
Mas ya parece cosa necesaria  
Que de tres no la demos muy angosta:  
Aquestas nos demoran acia Paria,  
Y en aquellos parajes de su costa;  
Destas la Trinidad es la primera,  
Y así será desde ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo  
Y reencuentros en ella sucedidos,  
La santa Trinidad en quien bien creo  
Alumbre con su lumbré mis sentidos:  
Para que cante yo como deseo  
Hazañas de varones escogidos,  
Las fértiles riberas desta tierra  
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura  
Gasté yo por allí mis ciertos años,  
Virtud será poner en escritura  
Vitorias de los nuestros, ó sus daños:  
Comenzaremos pues por el altura  
Y los que son allí sus aldeaños,  
Para que por su parte se concorden  
Mis versos, y procedan segan orden.

Está la Trinidad en ocho grados,  
La cual sabemos ser así llamada  
De los tres altos montes y collados  
Que la hicieron ser tan afamada;  
Golfo de Paria tiene por sus lados,  
Es de bocas del Drago rodeada,  
Y de Cubagua dista tal asiento  
Cuarenta leguas mas á barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones  
De muchos alimentos abundosa,  
Tiene zavañas, ríos, mar, ancones,  
Y en muchas partes selva montuosa:  
Son grandes y estendidas poblaciones  
De gente por extremo belicosa;  
Todos en general de buenos gestos,  
Altos, fornidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente  
Compite con caribes inhumanos,  
De minas aparença competente  
Muestran así las sierras como llanos:  
Es esta fértil isla finalmente  
Buena para poblarse de cristianos,  
Contiene dos provincias singulares  
Camucuroas y otros chacomares.

La de Camucuroa poseía  
 El diestro Baucunar, hombre valiente ;  
 Y a lós de Chacomar también regia  
 Marúana, cacique prepotente ;  
 Entre estos dos la isla se partía ;  
 Y entrambos la mandaban juntamente ;  
 Han hasta nuestros tiempos defendido  
 Los indios con gran fuerza su partido.

Siendo la isla tal cual os enseñó  
 Y aquestos dos señores del estado,  
 No era la conquista para sueño  
 Sino para varon de gran cuidado ;  
 Y así por ser capaz vino Sedeño  
 Por su gobernador y adelantado .  
 El cual antes de aquesto que publico  
 Fué contador real en Puerto-Rico.

Hombre pequeño fué, de buen talante ,  
 De grata condicion y generosa ;  
 Mas en su pretension tan gran gigante  
 Que tenía lo mas por poca cosa ;  
 Y así determinó pasar delante  
 Demandando conquista peligrosa,  
 La cual el rey le dió, porque sabia  
 Lo mucho que su fama prometia.

Despachos y poderes todos hechos  
 Con la conversacion á todos blanda ,  
 Incita voluntades, mueve pechos ,  
 Para venir á esta su demanda :  
 Previénese de armas y pertrechos,  
 Congrega capitanes de su banda,  
 Vinose recta via desde España  
 Para poner en Paria su compañía.

Puerto de Turpiare se decía,  
 Cuya gente de indios es tratable,  
 Con terminos de noble hidalguia  
 Y á nuestros españoles amigable :  
 Hay á la Trinidad de travesta  
 Una legua, que es siempre navegable ;  
 Allí con la posible lijereza  
 Mandó hacer Sedeño fortaleza.

De gentes y pertrechos principales  
 En ella recogió lo conviniente,  
 Quedando por alcaide Joan Gonzalez ,  
 Un hombre para ello suficiente ;  
 Y con los marineros y otros tales  
 A Puerto-Rico fué derechamente,  
 Para ver sus haciendas y ganado  
 Y revolver mejor aderezado.

De la tierra de Paria ya nombrada  
 Después de ya Sedeño ser ausente ,  
 Llegó Diego de Ordás con un armada  
 De quien hemos tratado largamente :  
 Tomó la fortaleza pertrechada  
 Y la demás hacienda con la gente ;  
 De aquí nacieron bandos impacientes  
 Entre estos capitanes y sus gentes.

Después de mucho tiempo ya pasado  
 Y trastornadas tierras y naciones ,  
 Al don Diego de Ordás ir fué forzado  
 A Cubagua con ciertas pretensiones ;  
 Y apenas á la tierra fué llegado  
 Cuando le ponen asperas prisiones :  
 Haciéndole probanzas y procesos  
 Segun pintar quisieron los escesos.

Ser Sedeño la trama deste lienzo  
 No lo tenía yo por maravilla,  
 Por ser amigos desde su conienzo  
 El y los moradores desta villa.  
 Prendióle Pedro Ortiz el de Matienzo ,  
 Y él mismo lo llevó hasta Castilla ;  
 Mas antes de llegar al primer puerto  
 Echaron al Ordás en la mar muerto.

Preso Diego de Ordás, Sedeño vino  
 Sin esperar a mas inconvenientes ,  
 Y su venida fué cuando convino  
 Por faltar tropezones diferentes :  
 Hizo por Margarita su camino ,  
 Do recogió soldados escelentes,  
 Arando va las inquietas aguas  
 Con ciertas carabelas y piraguas.

Hecha por el armada ya su via  
 Una piragua queda rezagada ,  
 Aviada por Pedro de Alegria  
 Con gente valerosa y esforzada ;  
 La cual con el olaje que hacia  
 Fué de las bravas ondas anegada ,  
 Y de la cantidad de los soldados  
 Los nueve sumergidos y ahogados.

Martin Yañez Tafur por menos daño  
 Asíose luego bien de la piragua ,  
 Nadaba por allí Joan de Avendaño ,  
 Martin Lopez batalla con el agua :  
 Viase Peñalver en el engaño  
 Con otros seis ó siete de Cubagua ;  
 Salieron con la fuerza de sus brazos ,  
 Ya de cansados hechos mil pedazos .

O por el arenal ó tierra dura ,  
 Se tienden de cansados y molidos ,  
 Llorando cada cual su desventura  
 Por verse sin reparo de vestidos ;  
 Pero de suficiente vestidura  
 En breve tiempo fueron socorridos ,  
 Y sin tener cabal matalotaje  
 Tornaron otra vez á su viaje.

Remedian y reparan la piragua  
 Los dias que estuvieron descansando ,  
 Y á vista de la isla de Cubagua  
 A tierra firme van atravesando :  
 Entrabánselos grandes golpes de agua  
 Que sin intermision van jamurando ,  
 Y con aquel peligro descubierta  
 Fué Dios servido que tomasen puerto.

Varada la piragua y en Opaco  
 El Tafur y Avendaño deste cuento  
 Determinaron ir á Cariaco  
 Para buscar algun mantenimiento ;  
 Mas cierto Villagrán, peor que Caco,  
 Con otros que le van en seguimiento ,  
 Dieron con los restantes que dormían  
 Quitándoles lo poco que tenían.

Porque, segun dijimos, estas gentes  
 Que fueron por allí moro sin dueño ,  
 Eran parcialidades diferentes,  
 Unos de Ordás, y otros de Sedeño ;  
 Y así sin mas mirar inconvinientes  
 Se robaban despíetos, ó con sueño ,  
 Teniendo los peones y jinetes  
 Cada día trescientos repiquetes.

Venidos el Tafur y el Avendaño,  
 Con los otros hicieron sentimiento ,  
 Por haber recebido tanto daño  
 En tiempo de tan grande corrimiento ;  
 Y así movidos de furor extraño  
 Tras el Villagrán fueron al momento ,  
 Porque para cogellos con el lance  
 No sufría tardar en el alcance.

En todas cosas nada negligentes  
 En busca dellos van y del armada ,  
 Y estando los que buscan della absentes  
 Hallaron la piragua deseada ,  
 Cargada de pertrechos suficientes  
 Y de mantenimientos abastada ;  
 Mitigaron la hambre y el enojo  
 Con tomar mejorado su despojo.

Satisfacer la hambre temeraria  
 Tenían por allí por bien supremo ,  
 Y al Villagrán y á todos los de Paria  
 Pesóles del negocio por extremo :  
 Tras ellos mandan ir gente contraria  
 Porque los ven pasar a vela y remo,  
 Estótoros por huir su perdimiento  
 Ganaron por sudor el barlovento.

Seyendo pues la barca perseguida  
 De la gente de Paria ya nombrada ,  
 Vieron los que huan su guarida ,  
 Que fueron los navios del armada :  
 Sedeño se holgó con su venida,  
 Pesóle de la nueva desgraciada,  
 Y los demás trabajos y desmanes  
 Destos dos principales capitanes.

Dentro de su navio los encierra,  
Y allí les hizo dar buena merienda,  
Alistan los pertrechos de la guerra  
Por ir donde no hay quien mal se venda;  
Llegados á la isla toman tierra,  
Y nadie se halló que la defienda,  
Mas no por esto tal Sedeño quiso  
Que punto se viniese sin aviso.

El campo se veló de buena gana  
Estando cada cual apercebido;  
Mas luego como vino la mañana  
Oyóse de cornetas gran ruido,  
Y gente que cubria la zavana  
Con temerosa grita y alarido:  
Con tanta furia vienen escuadrones  
Que tiemblan los mas fuertes corazones.

Como leones fieros van bramando  
Contra los peregrinos navegantes,  
Vianse los plumajes ondeando  
Y aquellas estaturas de gigantes;  
Aguilas en los pechos relumbrando  
Que de riqueza muestras son bastantes,  
Los arcos entesados á los pechos  
Camino de los nuestros van derechos.

Como los vió venir acia la playa  
Y descender al llano de la sierra,  
Comienza de decir un atalaya:  
«Arma, arma, que gentes bay de guerra;  
Y aun es bien menester que esfuerzo haya,  
Pues viene sobre nos toda la tierra.»  
Causaron estas voces alboroto,  
Y no de confusiones muy remoto.

El Antonio Sedeño diligente,  
El alboroto viendo repentino,  
Vistióse de sus armas prestamente  
Sin priesa que causase desatino:  
Formó los escuadrones de su gente  
Segun le pareció que mas convino,  
Sacolos á la gente que venia,  
E yendo caminando les decia:

«Señores, estos indios yo sospecho  
Que nos vienen á dar tieno de cuenta,  
Y tengo por coheluso nuestro hecho,  
Si desta vez salimos sin afrenta:  
Por tanto, cada cual muestre su pecho  
Ajeno del temor desta tormenta,  
Pues que todos sabemos á la clara  
La furia de los indios en qué para.»

Otras animosísimas razones  
El Antonio Sedeño les hablaba,  
Con que los mas cobardes corazones  
A hechos valerosos levantaba;  
También regian estos escuadrones  
Martín Yañez Tafur, Suro de Nava,  
Peñalver, Martín Lopez y Tinoco,  
Y aquel Pero Fernandez el tocoo.

No tienen arcabuces los cristianos,  
Y falta la carrera del jinete;  
Pero viéndose ya todos cercanos  
Cada cual de las partes arremete:  
Lléganse piés á piés, manos á manos,  
Este y aquel victoria se promete,  
Disparan la potente flecheria,  
Con grita que la isla se hundia.

Las españolas manos prevenidas  
Comienzan á herir de las espadas,  
Una vida vendiendo por cien vidas  
Con grandes y terribles cuchilladas:  
Las ropas en la sangre van teñidas,  
Las manos ansimismo rubricadas;  
Mas tantos naturales son venidos,  
Que no hacían mella los cajidos.

Así como furor del avenida  
Fuera del curso viejo derramada,  
Que lleva gran madera recogida  
De las riberas verdes despegada;  
Y aquella furia grande concluida  
Aquí y allí la veis amontonada,  
Dejando con horrras algun vado  
O paso con los troncos ocupado:

Así por los caminos mas abiertos,  
O do solia ser mas ancha plaza,  
Estaba tal rimero de hombres muertos,  
Que los guerreros vivos embaraza;  
Encima dellos andan bien espertos  
Los arcos, las macanas y la maza,  
De tal manera ya, que los soldados  
No se pueden mover de fatigados.

Mas el Martín Tafur y el Avendaño,  
Con otros cuya fuerza fué notoria,  
Hacian por su parte tanto daño,  
Que por allí cantaban la victoria;  
Mas acudiendo con furor extraño  
Quitóles Baucunar aquella gloria,  
El cual hizo con muchos indios diestros  
Perder sus vencimientos á los nuestros.

Un poco desviado dél empieza  
Con sus cuadrillas á probar la mano  
Un hermoso gaudul que en breve pieza  
Lo de mayor defensa hizo llano:  
Con diadema de oro la cabeza,  
Cuyo golpe no deja hueso sano,  
Esforzado se muestra y eminente,  
Y siguelo gran número de gente.

Con el avilantez desta presencia  
Mostraron mas en claro su coneto,  
Haciendo mas pesada la pendencia,  
Poniendo mas temor al mas discreto;  
Hizose la posible resistencia  
Por los que se veian en aprieto;  
Y estos, viendo del indio los estremos,  
Decian: este cumple que matem os.

Uno, teniendo pues certeza rara,  
Previno de ballesta los pertrechos,  
Al fin de derribar al que no para  
De matar y hacer heroicos hechos;  
Y fué Joan Sanchez, que con una jara,  
Lo traspasó por medio de los pechos:  
El indio capitán en aquel punto  
Cayó con los demás allí difunto.

Aqueste de la vida despedido  
No fueron estas gentes tan molestas,  
Antes cesó la grita y alarido,  
Y el eco de los valles y florestas;  
Echaron luego mano del caido,  
Y á porfia lo llevan á sus cuevas:  
Tal pena desta muerte recibieron,  
Que dejaron los nuestros, y se fueron.

Un continuo llorar, un gran ahinco  
Al claro percebian los oidos,  
Y al sentimiento dellos es propinco  
El mal con que los nuestros son punidos;  
Pues eran dellos muertos veinte y cinco  
Con otros mas de treinta mal heridos,  
Y de mas mal Sedeño les escusa  
Pensando ser la guerra ya conclusa.

Entendióse que del furor malino  
Aquel rebato fuera lo postrero;  
Pero contrario desto les avino  
A causa del difunto caballero:  
El cual de Baucunar era sobrino,  
Y de sus tierras todas heredero,  
Y así juró durar en sus rigores  
Hasta sacrificar los matadores.

El campo de los nuestros recogido,  
Sedeño les habló con gran cordura,  
Velóse de la fuerza del vencido  
Tor no tener la suya por segura;  
Curáronse las llagas del herido,  
Al muerto dió terrena sepultura,  
Tuvieron cuantos son en el estancia  
Toda la noche grande vigilancia.

No daba resplandor el turbio cielo  
A los que por allí vela hacian,  
Y así cualquier ruido pequenuelo  
Pensaban ser los indios que venian:  
Unos y otros duermen con recelo,  
Aunque mas cierto es que no dormian,  
Y no fueron de balde los temores,  
Segun diré después á mis letores

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo los indios revolviéron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla.

El radiante Febo presuroso  
Dejaba ya las ondas de Oceano,  
Despiden soporífero reposo  
Los soñolientos ojos del humano;  
El corvo labrador y congojoso  
A su justa labor vuelve la mano,  
Y todos los indios escuadrones  
Acuden á sus altas pretensiones.

Cada cual dellos iba bien armado  
Deste crecido número de gente,  
Pintáronse de negro y colorado  
Desde los bajos piés hasta la frente:  
El que es de todos mas acobardado,  
Pudiera ser tenido por valiente;  
Y el fuerte Baucunar que los regia  
Dicen que les habló por esta vía:

«Antes que deste puesto nos paráramos,  
Soldados valerosos y hombres diestros,  
Aquí estos sucesos que esperamos  
Los dioses no permitan ser siniestros:  
Es menester mirar á lo que vamos,  
Y cuáles enemigos son los nuestros;  
Pues el acometer sin este peso  
Parecería ser falta de seso.

» Tambien será razon consideremos,  
Antes de efetuár nuestra partida,  
Los respetos por donde nos movemos  
A nos poner en riesgo de la vida:  
Que bien sucederá si los vencemos,  
Ó que mal si volvemos de vencida,  
Pues todas estas consideraciones  
Avivan los mas muertos corazones.

» Entended pues que vamos á la guerra,  
Y no por pasatiempos ni placeres,  
Sino para morir por nuestra tierra  
Defendiendo los hijos y mujeres;  
Y para no huir de sierra en sierra  
Por no cumplir ajenos pareceres,  
Sobresaltados, flacos, sin consuelo  
Por cama principal el duro suelo;

» Y porque no murais en granjerías,  
Que solo las pensar da grave pena,  
Trabajando las noches y los días  
Con sujecion de todo bien ajena;  
Do las mas descansadas pasadas  
Serán cepos y grillos y cadenas,  
Como sabéis muy bien los que por agua  
Huisteis algun tiempo de Cubagua.

» Demás desto deveis de parar mientes  
A las cosas de nuevo sucedidas  
En padres, deudos, hijos y parientes  
Que perdieron ayer sus dulces vidas:  
Veis huérfanos los niños inocentes,  
Viudas mil mujeres y perdidas,  
Oís lloros, sollozos y gemidos  
Que hieren y lastiman los oídos.

» Por semejante modo yo quería,  
Que estas cosas así consideradas,  
Considerádeses la valentía  
Destas vellosas gentes y barbadas,  
Cuán lejos de piedad y cobardía  
Ejecutan los golpes sus espadas,  
Para que quien temor tuviere dellas  
Procure desde luego de no vellas.

» Quien mal sintiere destes pareceres,  
Y contra voluntad aquí se balle,  
Imaginando que de sus placeres  
Hoy podría quedarse del agalla,  
Sirva de lo que sirven las mujeres,  
Y no procuren ir á la batalla,  
Pues si por muchos hemos de ser menos,  
Mejor será llevar pocos y buenos.»

Un indezuelo dellos, como suete,  
Teniendo las palabras por amargas,  
Dijo: «ninguno siento que recele  
Esta ferocidad de barbas largas:  
Pues con las que yo solo les repele  
Entiendo de hacer un par de cargas,  
Haremos cuenta ser magüey, que saca  
Un indio para hicos de hamaca.»

La vana hinchazon anda barata,  
La cual por uno y otro se derrama,  
Y á la resolucion de que se trata  
Es vil aquel que mete menos llama;  
Cada cual dellos echa la bravata  
Como galán delante de su dama,  
Al que mas mozo es y al menos loco  
El mundo todo le parece poco.

Porque ni son primeros ni postreros  
En padecer los mismos accidentes:  
Iguales eran todos en los fieros,  
Y en presuncion y punto de valientes;  
Partieron pues de solos los arqueros  
Dos mil aventajados combatientes  
Contra los españoles, cuya cuenta  
Eran ciento con mas otros cincuenta.

Vista de Baucunar la grave saña,  
Con que su gente va contra la nuestra,  
No consintió salir á la campaña  
El golpe todo desta gente diestra:  
Antes metió los mil en la montaña,  
Y de los otros mil hizo la muestra,  
Mandándoles que queden embarcados,  
Y salgan cuando fueren avisados.

Con este presupuesto se desvia  
Estimulado de furor terrible;  
Tenian españoles un espía  
Que en dar aviso hizo lo posible:  
Sedeño recogió su compañía,  
Poniéndola por orden conveniente;  
Los indios, conociendo ser sentidos,  
Dieron acostumbrados alaridos.

Aunque vieron el campo bien armado  
Con muestra de temores alcabuela,  
No hay tigre ni leon encarnizado  
Que con tan grandes furias arremeta:  
El indio de temores olvidado,  
El español á miedo se sujeta;  
El impetu fué tal y tan constante,  
Que todo lo llevaba por delante.

Como lluvia que baja de ladera,  
Causada de grandísima creciente,  
Que roba cuanto tiene la ribera,  
Y arranca los peñascos juntamente,  
Aquí va derribando la acera,  
Y por allí la mas segura puente,  
Causando tal temor á los humanos,  
Que les fallecen fuerzas, piés y manos:

Ansí fué nuestra gente rebatida  
En el primer rigor destas contiendas,  
La fuerza del estancia va rompida  
Derribados los toldos y las tiendas:  
El esperanza ya casi perdida  
Con sus pertrechos, ropas y haciendas,  
Y algunos, compéldos del encuentro,  
Entraban por allí la mar adentro.

A voces el Sedeño les decía:  
«Furia de indios es, conmillitones,  
Que como flaca llama se resfria  
Si hay ardor en nuestros corazones;  
Pero si flajedad y cobardía,  
Son mucho mas que tigres y leones,  
Y llevan, como es cosa notoria,  
Hasta lo mas estremo la victoria.

» Encomendaos á Dios como cristianos,  
Y crie sus furoros impaciencia,  
Porque para quedar vivos y sanos  
Es menester briosa diligencia:  
Confiado de Dios y de las manos,  
Haciendo la posible resistencia,  
Pues contra los que corren tan sin freno  
No conviene tenellas en el seno.»

Al tibio corazón fueron espuelas  
Estas palabras y otras esforzadas;  
Embrazan los escudos y rodelas,  
Esgrimense las armas ailadas;  
Furor y saña van á todas velas,  
Teñidas andan todas las espadas,  
Los mas flojos andaban diligentes,  
Que el miedo y el temor hace valientes.

La furia de los indios los aprieta,  
Y los indios son dellos apretados,  
Tanto que mucha parte se quieta  
Por ver aquí y allí despedazados;  
Mas Baucunar, tocando su corneta,  
Salieron los que estaban emboscados,  
Con tal y tan crúel arremetida,  
Que fueron muchos nuestros sin la vida.

Renúevase la grita y alaridos  
Con la que de refresco les venia,  
Los nuestros de temor son poseidos,  
Y cada cual al mar se retraía;  
Mas viendo que los llevan ya vencidos  
Martín Yañez Tafur los detenía,  
Remediaban también estos desmanes  
Joan Avendaño y otros capitanes.

Estos, como varones singulares,  
Sin dar lugar á revolver la frente,  
Buscando los mas cómodos lugares  
Donde mejor valerse desta gente,  
Tomaron por respaldo los manglares,  
Y allí se refirmaron fuertemente,  
Y á causa de las grandes espesuras  
Tenian las espaldas mas seguras.

Con mas seguridad se defendian,  
Y flacos y heridos amparaban,  
Pues entre tanto que unos competian,  
Los otros algun tanto descansaban;  
Y los de los navios que esto vian  
Los tiros que tenian disparaban,  
El daño de los cuales no fue tanto,  
Que sirviese de mas que gran espanto.

Mas aunque les causaban desatino  
Aquellas balas algo peligrosas,  
El bravo pelear era continuo,  
Y no cesaban furias belicosas,  
Hasta que ya la noche sobrevino,  
Haciendo por allí treguas forzosas;  
Así que les sirvió lo mas oscuro  
A nuestros españoles de seguro.

Por no ser de los indios pensamiento  
De pelear allí con oscurana,  
Se despidieron todos con intento  
De luego revolver por la mañana;  
Mas era diferente sentimiento  
El de toda la gente castellana,  
Porque de sus difuntos hecha cuenta,  
Hallaron ser arriba de cincuenta.

Tomaron pues consejo cuerdamente  
Diciendo ser inútil esperanza  
Querer sobrepujar tan poca gente  
Caciques de tan áspera pujanza;  
Y como tiempo vieron competente  
Salieron del lugar de la matanza,  
Y así sus marineros convocados  
En breve tiempo fueron embarcados.

Todos amedrentados de la rota,  
Aunque cubiertos de nocturno manto,  
A tierra firme llevan su derrota,  
Al puerto que se dice Puerto-Santo;  
Dentro del cual surgió la breve flota  
No libre de heridas ni de espanto,  
Mas voluntad de todos bien ayuna  
De volver tentar á la fortuna.

Al Antonio Sedeño todavía  
Ningun contraste destes embaraza,  
Ni deja reposar su fantasia  
Por dar á la jornada mejor traza;  
Antojándosele que con porfia  
Se suele muchas veces matar caza,  
Y no parecer bien en paz ó guerra  
Dejarse de poblar aquella tierra.

Viendo que remediar á questo daño  
Agora no podia fácilmente,  
Ordenó que el Tafur y el Avendaño  
Volviesen á San Joan á hacer gente;  
Quedándose él con el demas rebaño  
A los tales designos impaciente,  
Pues los enfermos y aun la gente suelta  
Quisieron con aquestos dar la vuelta.

Con el Joan de Avendaño referido  
Se partió quien él quiso que partiese,  
Y con la mas gente detenido  
Guardó la pretension de su interese;  
En mil vacilaciones divertido  
Sin atinar á cosa que cumpliese,  
Hasta tanto que dió, no como ciego,  
En una cosa que diremos luego.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fue á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustín Delgado, y revolvió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció.

Mudan el parecer sabios varones  
Y dan la vuelta muchas voluntades,  
Y suelen á los fuertes corazones  
Domar y domeñar necesidades;  
También los bien medidos en razones  
Acaban importantes amistades;  
Pues la palabra blanda nos concede  
Lo que la dura pocas veces puede.

Sedeño fué negocio manifiesto  
Estar en estas cosas advertido,  
Al cual le convenia hacer esto  
Para restauracion de su partido;  
Y del se conoció tal presupuesto  
En lo que hizo viéndose perdido,  
Que fue sagacidad de su cosecha  
Que para sus designos aprovechía.

Sabia residir en esta era  
En Turpiar atrás conmemorado,  
El capitán Alonso de Herrera,  
Varon en mil conquistas señalado:  
Era de los de Ordás, y en su bandera  
Mandaba buenos Agustín Delgado,  
En quien podré decirlos que cabia  
Urbanidad, valor y valentia.

Sedeño destes trances bien esperto,  
Conociendo ser cosa necesaria,  
Quiso hacer con estos su concierto,  
Aunque parcialidad era contraria:  
Dejó por estas causas este puerto,  
Y fué con los navios al de Paria,  
Adonde sin haber desembarcado  
Reconocieron ir desbaratado.

Estando pues aquestos en espera,  
Y no sin el reguardo conviniente,  
Tomaron los navios la ribera,  
Saltó luego Sedeño con la gente;  
El Agustín Delgado y el Herrera  
Allí lo recibieron blandamente,  
El parabién le dan del bien venido  
Y el pésame del daño recibido.

Luego con cortesano cumplimiento  
Y con respeto grande fué metido  
Adonde le tenian aposento  
Segun sus fuerzas pobres prevenido;  
Y de su no cabal mantenimiento  
Con sana voluntad bien proveido,  
Donde todos los dias le servian  
Con aquellos regalos que podian.

El con encarecidos cumplimientos  
Agradecía tales amistades,  
Y con obras, facecias, bellos cuentos  
Iba ganádoles las voluntades;  
Tentales á todos muy contentos  
Con palabras y liberalidades,  
Por ser de buenas partes una fuente,  
Gracioso, liberal y hombre valiente.

Estando pues con esta compañía  
 Autorizando bien conversaciones,  
 Alababa la tierra do venia  
 Por levantar caidos corazones;  
 Y á vueltas de otras cosas descubria  
 Sus altas y honrosas pretensiones,  
 Y al capitán Alonso de Herrera  
 Dicen que le habló desta manera :

« Algunos de los desta camarada  
 Me tocan con los labios el oido,  
 Diciendo que volveis á la jornada  
 De do Diego de Ordas vino perdido;  
 Por alguna razon tan mal fundada  
 Que sobra ya de yerro conocido,  
 Porque de secos árboles y enjutos  
 Mal se pueden coger hojas ni frutos.

« Ya no sabeis quién es el Uyapare,  
 Pues que fuistes por él largo viaje,  
 Y como no hallastes quien declare,  
 Noticias de seguir en el paraje,  
 Ni poblacion bastante que repare  
 La gente con algun matalotaje,  
 Sino campos prolijos y muy anchos  
 Y pocos moradores y sin ranchos.

« Sabeis bien los trabajos que pasastes  
 De toda quietud enajenados;  
 Sabeis lo muchos hombres que dejastes  
 De enfermedad y hambre traspasados;  
 Y veis que los poquitos que quedastes  
 Aun hoy estais tullidos y llagados,  
 Pues no sé yo quién anda tan de veras  
 Romeria que da tales veneras.

« Si pretendéis honores soberanos  
 Con tierra rica, sana y abastada,  
 Empresa de los hombres vaquianos  
 Y no de pocos hombres deseada,  
 Tal cierto la tenemos entre manos,  
 Que no puede ser mas acomodada,  
 Y aquella llamo yo buena conquista  
 Que tiene sus grandezas á la vista.

« Pues si para moveros es bastante  
 El interese ya de cosa cierta,  
 ¿ De qué sirve pasar mas adelante  
 Teniendo las riquezas á la puerta?  
 Y mas en coyuntura semejante  
 Que para mucho bien tenéis abierta,  
 Sin andar engolfados los deseos  
 En otros circuitos y rodeos.

« A vuestra lealtad echais el sello,  
 Pero tenéisla con quien sé de cierto  
 Que podeis descuidaros de no vello  
 Para siempre jamás en este puerto;  
 Pues tengo cartas yo de Joan Cabello  
 Y de Niebla, que dicen ya ser muerto;  
 Y así vuestra jornada es tan incierta  
 Cuanto sin muerte dél estaba muerta.

« La mia ya la veis mas á la mano  
 Y sé que no será de las peores,  
 Es su gobernador un hombre llano  
 Fuera de vaciadizos pundonores;  
 Tiene socorro siempre muy cercano  
 Para poder llamar conquistadores,  
 Pues de las islas todas brevemente  
 Puede venir gran número de gente.

« Sé que no seguirá vano partido.  
 Cualquiera que de mí se satisface,  
 Ni debe recelar algun olvido  
 En gratificacion quien me complace;  
 Pues nunca supe ser desconocido  
 A la merced y bien que se me hace:  
 Sufrid que mis costumbres os alabe  
 Pues cada cual de vos muy bien la sabe.

« Pues que de lo que digo que haria  
 Alguna vez he dado clara muestra,  
 Agora tanto mas y mas seria  
 Cuanto mas la fortuna fuese diestra;  
 Y pues tal voluntad es esta mia,  
 Deseo conocer cuál es la vuestra;  
 Porque si con amor esta se cobra  
 Volveremos las manos á la obra. »

Oidas las palabras referidas  
 Y aquellos cumplimientos corteses,  
 Herrera con palabras comedidas  
 En nombre de sus hombres vaquianos  
 Dijo : « por las mercedes ofrecidas  
 Besamos vuestras muy ilustres manos,  
 Y ese decir y obrar tan manifiesto  
 En obligacion grande nos ha puesto.

« Y es así que tenemos todos gana  
 De reiterar nuestro descubrimiento;  
 Es dura pretension, mas no tan vana  
 Que no tenga su cierto fundamento;  
 Pues las cosas que dicen de Guayana  
 Avivan y confirman tal intento,  
 Y así no me parece ser discreto  
 Quien no quiere saber este secreto.

« Y no descomponrá nuestro partido  
 Lo que vuestra merced aqui decia,  
 El don Diego de Ordas ser fallecido,  
 Pues al gobierno mismo que él tenia  
 Jerónimo de Ortal fué proveido,  
 Y viene con potente compañía,  
 Teniéndome, según soy informado,  
 Por maese de campo señalado.

« Y así sin perjuicio de terceros  
 Y el amistad ya dicha reservada,  
 Yo quiero con aquestos caballeros  
 Ir con vuestra merced esta jornada;  
 Pero si llegan nuestros compañeros  
 Hémonos de juntar con el armada:  
 La puerta para ello se nos abra,  
 Pues para mas no doy esta palabra. »

Sedeño lo abrazó, y encarecia  
 Su bondad y respuesta comedida,  
 Y por los medios que mejor podia  
 El orden le encargo de la partida:  
 Reconociendo ser la compañía  
 De sus ofrecimientos convencida;  
 Luego Herrera como mas esperto  
 Mandó poner las cosas en concierto.

A sus gentes mandó hacerse prestas,  
 Aderezar las armas olvidadas,  
 Hacer tiros y cuerdas de ballestas,  
 Limpiarse y afilarse las espadas,  
 Dar orden en poner trémulas crestas  
 En cascos, morrones y celadas,  
 Como poner los sayos estofados  
 Y los otros pertrechos mas usados.

Recoge los naylos que tenia,  
 Manda limpiarlos, vellos y lastrallos,  
 Despálmalos con sebo, y otro dia  
 Embarcan el bagaje y los caballos;  
 Recógese también la compañía  
 De los que en guerras tienen hechos callos,  
 Y para perfecciones del intento  
 Las velas todas dan al manso viento.

A la isla la proa se convierte,  
 Y como fuese breve la carrera,  
 Llegaron en dos horas desta suerte  
 Hasta poder saltar en la ribera;  
 Y para se valer en algun fuerte  
 Comienzan luego de cortar madera:  
 Sonaban por el valle á todas horas  
 Los golpes de las hachas cortadoras.

Mas todos recelando los asaltos  
 Las armas y las manos tienen prestas,  
 Y así de diligencia nada faltos  
 Unos velan caminos de florestas,  
 Otros derriban los troncos altos,  
 Otros los acarrear á sus cuestras,  
 Otros cavan el foso señalado,  
 Otros ponen los palos del cercado.

Andaban con aquel calor y brio  
 Que suelen los alados animales,  
 Cuando por las mañanas del estío  
 Recogen olorosos materiales,  
 Y entienden en la obra y adobio  
 De los dulces y pálidos panales,  
 O hacen la morada que les basta  
 Para los multiplicos de su casta.

Al tiempo pues que el fuerte se hacia  
Con otras necesarias prevenciones,  
Entre los indios príncipes habia  
Diversas y contrarias opiniones:  
Que el fuerte Baucunar guerra queria,  
Y armaba sus guerreros escuadrones;  
Y el grave Maruaná, príncipe manso,  
Procura quietud, paz y descanso.

Y así muchos villanos convocados,  
Cargólos bien de dones y presentes,  
De puercos, de conejos, de venados,  
De cazabis y frutas diferentes;  
E yendo con él pocos desarmados  
Llegaron donde estaban nuestras gentes,  
Que viéndolos las armas prevenian  
Hasta ver los intentos que traian.

Llegado Maruaná do deseaba  
Con pensamientos buenos y leales,  
Procuró conocer al que mandaba  
Haciendo sus preguntas por señales;  
Llamaron una lengua que allí estaba  
Soldados y personas principales,  
Y con un regocijo no pequeño  
Llevaronlo delante del Sedeño.

Con muestra de sinceras voluntades  
El bárbaro le hizo reverencia,  
Y dijo: « puesto que nis potestades  
Pueden hacer bastante resistencia,  
Mas quiero con vosotros amistades  
Que procurar sangrienta competencia;  
Y seran sin reveses de mal arte  
Si hay sinceridad de vuestra parte.

» De aquestas amistades arrepiso  
Nunca serás por mí ni por mi gente,  
Pero querría darte por aviso  
Que hay otro de concepto diferente;  
Y es este Baucunar, que paz no quiso  
Confiado de sí por ser valiente;  
El contra las fuerzas de cristianos  
Quiere con gran furor probar las manos.»

Viendo Sedeño tales cumplimientos,  
Avisos y promesa tan urbana,  
Manifestó por señas su contento  
Abrazándolo muy de buena gana:  
Dióle de sus polidos ornamentos  
De lienzos y de sedas y de grana,  
Dióle regalos, vino de Castilla,  
El cual él alabó por maravilla.

A todos los demás indios convida,  
Y á todos se les hizo grande fiesta,  
E ya concluida toda la comida  
Y los calores grandes de la fiesta,  
Pidió licencia para su partida,  
La cual á su contento tuvo presta,  
Dándole por postreras encomiendas  
Que Baucunar se deje de contiendas.

Paz le rogaron todos que concierte  
Con él y con el mas alborotado;  
Oyólo Maruaná de buena suerte  
Prometiendo tener dello cuidado;  
Pero Sedeño prosiguió su suerte  
Por el orden que tiene señalado,  
Porque de lo pasado coligia  
Ser harto menester lo que hacia.

En estas coyunturas y sazones,  
Y al tiempo de pasar esta carrera,  
No faltaban algunos susurrones,  
Pestilencia mortal, cruel y fiera,  
Que sembraban enojos y pasiones  
Entre nuestro Sedeño y el Herrera,  
Diciendo que queria ciertamente  
Matalo y acogerse con la gente.

Mas el varon, á cuyo llamamiento  
Acude sujecion de mucha gente,  
Ha de tener razon y fundamento  
Y no determinarse fácilmente;  
Porque de se mover á cualquier viento  
Suele nacer algun inconveniente,  
Y vivan tales hombres advertidos  
En no dar sin reguardo los oidos.

Sedeño no miró con mucho peso  
Aquesta chismeria mal sonante,  
Y pareciale falta de seso  
Descuidarse de cosa semejante;  
Al fin por sí ó por no lo tuvo preso  
Con guarda que juzgaba ser bastante;  
Pero cesen aquestos desafueros,  
Que yo diré después sus paraderos.

## CANTO CUARTO,

Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño, y lo que mas aconteció.

Muchas veces ó por la mayor parte  
Adquiere la victoria la presteza,  
Que el arte militar y duro Marte  
No sufre negligencia ni pereza;  
Menean indios pues el estandarte  
Viendo que se hacia fortaleza,  
Por deshacer en esta coyuntura  
Lo que por los contrarios se procura.

Así que cuando fuerte se hacia  
Y la paz de los nuestros se destierra,  
Baucunar el valiente no dormia,  
Aprecebiéndose para la guerra:  
Antes toda su gente recogia  
Convocando los llanos y la sierra,  
No queriendo quebrar su furia brava,  
Puesto que Maruaná se lo rogaba.

Comienza de tocar sus atambores,  
Con otros instrumentos que tenia,  
Envia pregoneros corredores  
Por todas las provincias que regia;  
Acuden capitanes y señores,  
Cada cual con la gente que podia,  
Trajo Guyma trescientos compañeros  
Valientes, esforzados y lijeros.

Vino también el diestro Pamacoa,  
Y trajo de su parte cuatrocientos,  
Espertores en piragua y en canoa,  
En guerras de caribes muy sangrientos;  
También Diamaná, digno de loa  
Por traer diferentes instrumentos,  
Aqueste recogió de entre sus gentes  
Otros tantos instrutos y valientes.

Utuyaney, de grandes proporciones,  
En recoger soldados se desvela,  
Y trajo demás de otras municiones  
Trescientos cada cual con su rodela;  
Amanatey con otros cien varones  
Instrutos bien en militar escuela,  
Vino Paraguani con otros ciento,  
Sin otros capitanes que no cuento.

Pudieras ver aquellos campos anchos  
Y aquellas fertilisimas zavasas  
Pobladas de ramadas y de ranchos,  
Invenciones de plumas muy galanas:  
Dardos con sus avientos ó con ganchos,  
Rodelas, arcos, flechas y macanas,  
Pintados rostros, pechos, coyunturas  
Con grandes diferencias de pinturas.

Libres están de la pomposa ropa  
Y de cubiertas duras el acero,  
Do quiera que mireis allí se topa  
Macato, chicha, vino mas grosero:  
Uno toma tabaco y otro yopa  
Para poder saber lo venidero;  
Estaban plazas, calles y caminos  
Llenos de hechiceros y adivinos.

Fenecidos aquestos actos tales  
Y dado fin á tanta borrachera,  
Hicieron ciertas muestras y señales  
Con que se sosegó la gente fiera:  
El Baucunar llamó los principales,  
Y á todos los habló desta manera,  
Con alta voz y tales movimientos  
Que todos estuvieron muy atentos:

«Pues que todos estais tan bien armados  
Y de lo necesario proveídos,  
Está claro que ya sois avisados  
Del fin para que sois aqui venidos :  
Pues es á defender vuestros estados  
Y las tierras adonde sois nacidos,  
Nuestras mujeres, hijos y parientes  
Con las cosas á esto concernientes.

» Gosa de donde daños ó provechos  
Podrían redundar á nuestra gente,  
Todos debeis de la tomar á pechos,  
No con temeridad ni flojamente :  
Para tal tiempo son los altos hechos,  
Los tiros y los golpes del valiente,  
Grandezas y hazañas señaladas,  
Los engaños, ardidés y celadas.

» Vuelve nuestro contrario con aumento  
De gente que tenéis bien en memoria,  
Y está claro que vuelve con intento  
De morir ó quedar con la victoria :  
Pues para reposar trazan asiento  
Como si fuese ya suya la gloria,  
Sin temores de nuestros hombres buenos  
Que della los podrán hacer ajenos.

» Paréceles la isla cosa bella,  
Y á su deseo hinche la medida ;  
Ellos han de morir por poseella  
Y no hacer baldia su venida ;  
Mas á nosotros por echillos della  
Conviene sin temor perder la vida ;  
Pues una vez morir mejor seria  
Que morir cien mil veces cada dia.

» Que si sois avisados y discretos  
Entendereis que quieren muy de veras  
Hacernos sus esclavos y sujetos  
Para que les hagamos sementeras,  
Y á los que no les fuéremos acetos  
Sacarnos destas fértiles riberas,  
Llevándonos en grillos y cadenas  
Por mar á conocer tierras ajenas.

» En sus heredamientos y cortijos  
Morireis con trabajos inhumanos,  
Apartados los padres de los hijos,  
Hermanos de carisimos hermanos :  
No cesarán rencillas ni letijos,  
Si descansar quisieren vuestras manos,  
Y los ciertos descansos y holguras  
Habrán de ser en cárceles oscuras.

» Y Maruaná mi deudo no se entiende  
Teniendo paz con ellos en su tierra,  
Pues con la paz á todos nos ofende  
Ansimismo haciendo cruda guerra ;  
Y el sosiego que dice que pretende  
Es el que de sosiego lo destierra,  
Como lo podrá ver por esperiencia  
Si desta gente crece la potencia.

» Él tiene hecha paz con los cristianos,  
Y es bien desvariada conjetura,  
Pues cuanto piensa mas tenellos llanos  
Es tanto cierta mas su desventura ;  
Y ansi venir con ellos á las manos  
Tengo yo por concordia mas segura,  
Conservando lo nuestro por mil modos  
Y sobre la defensa morir todos.

» Si contendeis por una vil presea  
Y á veces no sin trance riguroso,  
Mas debe contender el que pelea  
Por la conservacion de su reposo :  
Menester es que cada cual lo vea,  
Y entienda ser el tiempo trabajoso,  
En el cual quien no hace lo que puede  
Será mas acertado que se quede. »

Dijo su parecer este tirano  
Segun á su defensa convenia,  
Y el diestro Pamacoa, viejo cano,  
Por los merecimientos que tenia,  
Para le responder tomó la mano  
En nombre desta fiera compañía,  
Y con acelerado continente  
A Baucumar le dijo lo siguiente :

« Valiente Baucunar, dime, qué dia  
A tu llamado fuimos perezosos,  
O dime si sentiste cobardía  
En hombre destos hombres belicosos,  
O cuál de nos recela valentía  
Ni fuerza de contrarios poderosos ;  
Bien ves que peleamos de tal suerte  
Que nadie tiene miedo de la muerte.

» Y pues la gente ves apercebida  
De todos militares ornamentos,  
No debe ser en balde la venida,  
Ni por algunos vanos cumplimientos :  
Aderecémonos á la partida,  
Que la tardanza pare descontentos,  
Pues como todos vean dó se ceben  
Yo sé que cumplirán con lo que deben.

» Allí verás mi canas ya cansadas  
Cómo les da color sangre cristiana ;  
Allí verás mis flechas empleadas  
Y el estrago que hace mi macana :  
Verás si desbarato las espadas  
De los que son de furia mas lozana,  
Verás mi gran vigor y mi postura  
Si halla del contrario cosa dura. »

Calló, pero también los compañeros,  
Mancebos y de mas graves edades,  
Decian y hacian muchos fieros  
Con gestos de cien mil bravosidades :  
Tiran por alto flechas los archeros,  
Comienzan á gritar parcialidades,  
Cualquiera capitán donde se halla  
A grande furia pide la batalla.

Los brios del ejército guerrero,  
Por Baucunar el fuerte conocidos,  
Mandó que para el dia venidero  
Todos ellos estén apercebidos ;  
Proveyó municiones por entero  
A los que conoció desproveídos ;  
Oyeron el pregon de buena gana,  
Y todos esperaban la mañana.

Fué por aquesta vía concertado  
El áspero rencuentro que os enseño,  
Y no habia punto descuidado  
En estos intermedios el Sedenó :  
Que como destos indios lastimado  
Un continuo velar era su sueño,  
Pues por ser Maruaná en venir prolijo  
Mala sospecha tuvo, y ansi dijo :

« De paz, por ser negocio que conviene,  
Teníamos alguna confianza,  
Y el indio Maruaná, que la mantiene,  
De Baucunar nos dió mala esperanza ;  
Y pues ha cuatro dias que no viene,  
Peligro nos promete su tardanza ;  
Conviene que tengamos vigilancia,  
Que no tengo por buena la distancia.

» Conviene que seamos adivinos  
Los que tratamos hombres belicosos,  
Porque los descuidados desatinos  
Acarrean mil trances peligrosos :  
Por tanto velen playas y caminos  
Por partes y lugares sospechosos ;  
Poco dormir y recordar temprano,  
Y siempre con las armas en la mano.

» No cumple que vivamos sin recelo,  
Ni conviene tener anteojos vanos,  
Pues ya veis que hollais ajeno suelo  
Con enemigos ciertos y y cercanos :  
Socorro no lo hay sino del cielo  
Y el que podeis haber de vuestras manos ;  
Valeros han, mediante Dios, aquestas  
Si con las armas anduvieren prestas.

» Los que velaren ya serán doblados  
Y tales que sepamos ser varones,  
Estén los dos caballos ensillados  
Los frenos penderán de los arzones :  
Estén estos lugares escombrados,  
No tengan al salir estropeados ;  
El espada, la lanza, la balhesta,  
Conviene á cada cual tenella presta. »

El Agustín Delgado, comedido,  
Por todos respondió desta manera :  
« Tenga vuestra merced por entendido  
Que todo su deber hará cualquiera ;  
Mas tenéis en prisiones detenido  
Al capitán Alonso de Herrera,  
Que bastará para la isla junta  
Segun de hechos vistos se barranta.

» Mitiguese por tanto vuestra ira  
Y dese fin à tantas confusiones,  
Pues tengo por falsísima mentira  
La fuente do manaron las pasiones ;  
Que nunca faltaran en el que mira  
En dichos de malditos susurrones :  
Culpa no consta, y es negocio ciego,  
Mande vuestra merced soltallo luego.»

El Antonio Sedeño con voz blanda  
Dijo : « Por complacer al buen Delgado,  
Aunque el señor Herrera se desmanda,  
E yo me siento del por agraviado,  
Hágase lo que vuestra merced manda  
Que à mi me pesa ya de lo pasado,  
Y he por bien que le quiten las prisiones,  
Sin mirar en pasadas turbaciones.»

Soltáronlo, segun mandó Sedeño ;  
Mas puesto que se vido libertado,  
Nunca se libertó del sobreño  
Ni del imaginar verse vengado :  
Por ser un hombre turvo, zahareño,  
Aunque valerosísimo soldado,  
Eso me da peon que de à caballo :  
Con gran razon podemos alaballo.

Por fuerzas, por destrezas ó por maña,  
Siempre ganó con sus competidores,  
En las conquistas fué de Nueva-España  
Uno de los primeros y mejores ;  
Mas no sufrió su condicion estraña  
Estar allí por ciertos susabores ;  
Fué à Castilla con mediana suerte,  
Y à las Indias volvió para su muerte.

Era Sedeño hombre delicado,  
Pequeño, de briosos movimientos,  
Afable, generoso, bien criado,  
De bien engrandecidos pensamientos :  
En todas buenas partes estremado,  
Grandes faccias, admirables cuentos,  
Un ingenio cabal, vivo, supremo,  
Gran hombre de caballo por extremo.

Varon en paz y en guerra muy bastante,  
Raro escribano, vario y escelente ;  
Mas destos dos varones, Dios mediante,  
Algun tiempo diré mas largamente.  
Volvámonos al impetu turbante  
Del grande Baucunar y de su gente,  
Que con vigor y furibunda gana  
Estaban esperando la mañana.

Que puesto que son pocos ó ningunos  
Los que no binchen de beber las pieles,  
En semejantes tiempos no son unos,  
Ni duermen todos estos infieles ;  
Antes aquellos todos van ayunos  
Que salen à velar por sus cuarteles :  
Usaban estos pues destos extremos,  
Y lo demás agora lo diremos.

## CANTO QUINTO,

Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella aconteció.

La noche en que sosiegan las fatigas  
Acababa sus cursos naturales,  
Y apriesa revolvía sus cuadrages,  
Apolo con sus rayos celestiales,  
Quando las gentes fieras enemigas  
Tocaron instrumentos musicales :  
Comienza por aquel campo crecido  
Un bajo son, un tacito ruido.

Ansí como volátil ganado  
Dentro del colmenar del hombre rico,  
En los panales dulces ocupado,  
O su generacion y multiplicado,  
Que hacen un murmurio mal formado :  
Otro tal era este, no tan chico,  
Pero nada menor el apariencia  
De aquel hervor y viva diligencia ;

O como si se siente gran ruido  
En el mar, cuando calma representa,  
Mas el profundo del es conmovido  
Y el arena se muestra turbulenta :  
Que entonces es indicio conocido  
Venir terribleísima tormenta,  
Por ser ruido tal al marinero  
Desdichada señal y mal agüero ;

Con aqueste rumor se van juntado  
Sin nota de pereza ni tardanza :  
Aqui y allí vereis aderezando  
Las armas de que tienen confianza ;  
Alléga el capitán, los de su bando  
Con muy gentil concierto y ordenanza,  
Muéstranse los gallardos corazones  
A su modo con varias invenciones.

Proveida de flechas el aljaba,  
Dardos de dura palma van tostados,  
Que cada cual corazas traspasaba  
Y los mas duros sayos estofados ;  
Fueron do Baucunar los esperaba  
Los caciques que tengo señalados,  
El cual estaba bien apercebido  
Y de españolas armas proveido.

Que de despojos fuertes y galanos  
Estaba proveido grandemente,  
De las guerras habidas con cristianos  
Do dió bastantes muestras de valiente ;  
Privando de la vida por sus manos  
A bien crecido número de gente,  
Tenia pues el bárbaro guerrero  
Escudo de metal algo lijero.

Un águila de oro mal labrada  
Cubre sus duros pechos y salvajes,  
La cabeza cubierta con celada  
Y en ella superbisimos plumajes,  
Pendiente de los hombros un espada  
A las espaldas anchas dos carcajes,  
Un arco muy derecho, duro, fuerte,  
Pestifero ministro de la muerte.

Porque su proporcion es tan bien hecha  
Y la de todas estas gentes fieras,  
Que à la robusta verga mas derecha  
Hacen juntar entrambas empulgueras ;  
Y embeberán la mas crecida flecha  
Traspassando las armas mas enteras.  
Llevaba sus zarcillos, y en el cuello  
Un estraño collar digno de vello.

Por admirable orden y concierto  
Unas uñas de tigres ensartadas,  
Que por sus manos él habia muerto  
En tierra firme yendo con armadas :  
El medio de la una descubierta  
Y en oro las raices engastadas,  
Caricuri de oro reluciente,  
Lleva de las narices dependiente.

Con tales ornamentos adornado  
Se muestra Baucunar, y de mas desto,  
De bija colorada va pintado  
Piernas, brazos y manos, pechos, gesto :  
Como tigre feroz encarnizado  
Que para hacer salto va dispuesto ;  
Tal lo representaba su postura  
Sus aderezos, armas y pintura.

Pamacoa, que no se le escapaba  
Con su bien regulada puntería  
Ave chica ni grande que volaba,  
Ni ciervo, ni conejo que corria,  
Cabeza de pantera se tocaba  
Indicio de su grande valentía ;  
Lleva también por joyas principales  
Collar de dientes de indios y animales.

Diamaná, que á golpe de macana  
Al bravo jabali deja tendido,  
Se puso de pelleja muy galana  
De feroz animal no conocido ;  
Utuyaney, que en luchas siempre gana,  
Un cuero de leon lleva vestido ,  
Cola de tigre lleva por medalla  
Para se señalar en la batalla.

También Amanatey, que de lijero  
Los mas veloces ciervos alcanzaba ,  
Un hocico de oso colmenero  
Por cima la cabeza levantaba ;  
Cubria sus espaldas con el cuero,  
Y por ellas un oso semejava :  
Arco, flechas, pavés que lo cubria,  
Tal que con él hacia punteria.

De diferentes otros animales  
Trajo Paraguani las invenciones ,  
Y acutisimas flechas y mortales ,  
Porque con dientes van de tiburones :  
Puyas de raya, vivos pedernales  
Que pasan los tupidos algodones ,  
Y todos los demas destas conquistas  
Llevaban invenciones nunca vistas.

Viérades en el viejo y el moderno  
Diferentes colores de plumajes ,  
Y con sus movimientos y gobierno  
Daban temor aquellos fieros trajes :  
Caterva parecia del infierno  
Que venia haciendo mil visajes ,  
Tantas macanas, flechas, tantos tiros ,  
Cuanto no bastaré para decirlos.

Hicieron desta suerte sus conciertos ,  
Que pues los nuestros era poca gente ,  
Fuesen por los manglares encubiertos,  
Y diesen en el fuerte de repente ;  
En tal manera que quedasen muertos  
O ya captivos todos ciento y veinte ,  
Porque por sus acechos recatados  
A todos los tenían bien contados.

Ordena cada cual los de su bando ,  
Instruidos en sus guerreras mañas  
Van sin ningun ruido caninando  
Por pasos conocidos de montañas ,  
Por una y otra parte rodeando  
Los españoles ranchos y cabañas :  
De tal manera fueron advertidos  
Que nunca fueron vistos ni sentidos.

El Baucunar que todos los sujeta  
Ansimismo trató con esta gente ,  
Que al tiempo que tocase su corneta  
Acometiesen todos juntamente :  
Estaban en la parte mas secreta  
Con ánimo cruel, hervor ardiente ,  
Deseando la seña conocida  
Para hacer cruel arremetida.

Bien así, como perro detenido  
Con trailla venados inquiriendo ,  
Que si por donde van alguno vido  
Antes que lo solteis esta gimiendo ,  
Y de la gran tardanza desabrido  
Se está con el orgullo deshaciendo  
Hasta tanto que se desembaraza  
Y va con brava furia tras la caza ;

Representábase desta manera  
La bárbara nacion encarnizada ,  
A la sazón que estaban en espera  
De la seña que tienen concertada :  
Oyóse la corneta , salen fuera  
Con furia jamás vista ni pensada ,  
Suenan de todas partes alaridos  
Y gritas que conmueven los oídos.

No son allí las fuertes armas lerdas ,  
Ni duermen las edades mas ancianas ,  
Porque con furia grande tú recuerdas  
Marte cruel, las mas antiguas canas :  
Sonaban los crujidos de las cuerdas ,  
Los golpes de los dardos y macanas ,  
Aqui y allí se hace tal ruido  
Que al mas cuerdo sacaba de sentido.

Pamacoa la mar tiene tomada,  
Y Guayma va por el siniestro lado ,  
Diamaná con gente bien armada  
La derecha tomó con gran cuidado ;  
Y todos los demás del emboscada  
Tomaron lo mas fuerte del cercado ,  
De manera que nuestros estandartes  
Rodeados están de todas partes.

Así como en los bosques rodeados  
De los monteros puestos en paradas ,  
Do siendo de sabuesos acosados  
Buscan los jabalies sus entradas ,  
E yendo por los saltos mas usados  
Hallan las sendas todas ocupadas ,  
Y viendo cazadores , perros, lanzas ,  
De su braveza hacen confianzas ;

Así de todos estos infieles  
Se vieron rodear nuestros cristianos ,  
Ladrando aqui y allí como lebreles ,  
O según á los toros los alanos ;  
Y el librarse de fieras tan crúeles  
Después de Dios pusieron en sus manos :  
Ocurrir á las armas les enseña.  
La priesa que les daba la reseña.

Animaba Sedeño sus varones  
En estos alborotos tan estrechos ,  
Diciéndoles : « O mis comilitones,  
Venzan á las palabras buenos hechos ,  
Que en las manos tenemos ocasiones  
Para mostrarse bien los bravos pechos ,  
El fuerte manifieste fortaleza ,  
Y el flaco saque fuerzas de flaqueza.

» En la necesidad destes estremos  
Se hacen las virtudes conocidas ,  
Y agora se han de dar velas y remos  
Sin estar las espadas detenidas :  
Pues á todos nos va , como sabemos ,  
No menos que las honras y las vidas ,  
A estos perros deseles su pago ,  
Y haga cada cual lo que yo hago.

» Al que mas se señala derriballo ,  
Y al que vierdes mejor aderezado ,  
Porque quien raíz corta , corta tallo ;  
Y árbol caído, ramo derribado. »  
Arremetió ; mas bombes de caballo ,  
Que son Herrera y Agustín Delgado ,  
Que quisieran salir ni mas ni menos ,  
Con priesa no topaban con los frenos.

Y todos los demás sin los caballos  
Se ponen en defensa de su centro ,  
Porque los que sabian meneallos  
Tardaban en salilles al encuentro ;  
Y Baucunar con algunos vasallos ,  
A pesar de los nuestros entró dentro ,  
Sin para detenellos ser bastante  
Cosa que se pudiese por delante.

Como tigre feroz encarnizado ,  
Por algun tiempo falto de comida ,  
En alguna vereda reparado  
Acechando la caza conocida ,  
Que viéndola saltó tras el venado  
Con aceleracion jamás oída ,  
Sabido ser el presto movimiento  
Su vida , su salud y su sustento ;

Así con esta misma lijereza  
Esta gente feroz acometia ,  
Juzgando con razon que en la presteza  
Su principal victoria consistia :  
Ponia gran temor ver la braveza  
Del número de gente que venia ,  
Aquella griteria tan inmensa  
Y habellos ocupado su defensa.

Comienzan á batir lo mas enhiesto  
Matando los que van mas cercanos ,  
Con grandes vituperios y denuesto  
De nuestros españoles y cristianos :  
Los cuales muy corridos de ver esto  
Vinieron con los indios á las manos ,  
Y sus rodelas fuertes embrazadas  
Comienzan á jugar de las espadas.

El **Baucunar** debió ser conocido  
 Por señas de persona bien compuesta,  
 El **Antonio Sedeño** que lo vido  
 Arremetió con él con furia presta;  
 Pero no le halló mal proveído.  
 En acudille bien con la respuesta,  
 Antes al golpear crúel agudo,  
 Se reparaba bien con el escudo.

Cada cual de los dichos se desvela  
 En desbacer contrarios embarazos:  
 Los ojos **Baucunar** como candela,  
 Dió con toda la fuerza de sus brazos  
 Al otro tal revés en la rodela,  
 Que el espada se hizo tres pedazos;  
 Incliné las rodillas el **Sedeño**,  
 Porque el golpe que dió no fué pequeño.

Mas este no le pudo cortar niervo,  
 Con las fuerzas allí no ser estrechas;  
 Empero con temores el protervo  
 Aquellas armas viendo ya deshechas,  
 Atrás saltó ligero como ciervo,  
 Y al arco puso mano y á las flechas,  
 Y en la rodela dió, pero desvara  
 La flecha, y á **Pretel** clavó la cara.

Vereis á **Pamacoa**, que se emperra  
 Vertiendo por allí sangre cristiana,  
 Pues tiene tres tendidos por la tierra  
 De los terribles golpes de macana;  
 Y en la mayor presura de la guerra  
 Topóse con **Alonso de Orellana**,  
 Mancebo de valor y fuerza mucha,  
 Y enciéndose de dos terrible lucha.

Sus armas cada cual desembaraza,  
 El salto que se da parece vuelo,  
 Descarga **Pamacoa** con la maza,  
 El cuerpo le hurtó nuestro mozo;  
 El otro, que pensó matar la caza,  
 Rompió con el troncon el duro suelo,  
 Y á la sazón que el indio se endereza  
 El mozo le llevó media cabeza.

Todavía con gana de venganza  
 Acudió con un golpe ya mas tierno,  
 Y fuera de su vana confianza,  
 Por le negar la vista su gobierno:  
 Allí se concluyó su destemplanza,  
 Y luego fué camino del infierno,  
 Porque con los demás quedó tendido,  
 Y aquel que lo mató muy mal herido.

Los que con él vinieron por el puerto,  
 Vista de **Pamacoa** la tal muerte,  
 Huían con pesado desconcierto;  
 Mas dice **Baucunar**: «Volved al fuerte.  
 ¿Cómo, porque veais un hombre muerto  
 Dejáis de proseguir tan buena suerte?  
 Tened, tened, villanos sin vergüenza,  
 Que ya nuestra victoria se comienza.»

Revueltos por la parte que venían,  
 Cobrando lo perdido del cercado:  
 Con gran dificultad se sostenían  
 Los nuestros por el uno y otro lado;  
 Pero los dos caballos ya salían,  
 Y en ellos el **Herrera** y el **Delgado**  
 Rompen, haciendo del contrario bando  
 Calles de los que van alanceando.

Los nuestros ponen ya sus esperanzas  
 En estos caballeros esforzados,  
 Porque pudieras ver grandes matanzas,  
 Y aquí y allí gandules derribados:  
 Empléanse los hierros de las lanzas  
 En los indios que ven mas señalados;  
 Mas el **Uuyaney**, como gigante,  
 Al **Herrera** se puso por delante.

La macana crúel enarbolada  
 Descarga con un golpe tan pesado,  
 Que puesto que era fuerte la celada,  
 Algun tanto quedó desatinado;  
 Mas dióle por el hombro tal lanzada,  
 Que el hierro le salió por el costado;  
 Cayó, porque salieron de repente  
 El ánima y la sangre juntamente.

Rompía por lo mas embarazado  
 Donde la sangre ya hacia río,  
 Y en estos intermedios el **Delgado**  
 No estaba descuidado ni baldío:  
 Pues á **Guaimá** tenía derribado,  
 Y á **Paraguani** puso patifrio;  
 En **Amanatay** piensa hacer lance,  
 Pero no le podia dar alcance.

Y es porque lo dotó naturaleza  
 Demás de gran vigor que poscía,  
 De tal y tan estraña lijereza,  
 Que su correr un vuelo parecía;  
 Y si le va delante, con presteza  
 A las espaldas luego lo tenía;  
 Y en ellas mismas, no con brazos mancos,  
 Le daba tres y cuatro golpes francos.

El **Agustín Delgado** no lo toca,  
 Ni puede por do huye perseguido;  
 Mas una vez volvió con furia loca  
 A su salvo pensando de herillo:  
 Acértóle **Delgado** por la boca,  
 Y el hierro le pasó del colodrillo;  
 No le fué menester golpe segundo  
 Para lo sepultar en el profundo.

Cada cual español en otro tanto  
 Sus vengadoras manos ocupaba;  
 Sonaba ya victorioso canto  
 Por la parte que menos se pensaba:  
 La cual no se hacia sin espanto  
 De **Baucunar**, que bien los animaba;  
 Y aunque les daba voces por mil modos,  
 De los caballos van huyendo todos.

Bien como cuando hacen algazara  
 Las aves en el árbol ó floresta,  
 Que callan al ruido de la jara,  
 Ó truenos de arcabuz ó de ballesta;  
 Y cada cual aquí y allí dispara  
 De su manada dulce descompuesta,  
 Inquiriendo la parte mas segura  
 Por los aires, ó por el espesura;

Ansi de ver los dos conmemorados  
 Los que tentaron estos desafíos,  
 Quedaron de sus gritas olvidados,  
 Ajenos totalmente de sus bromos;  
 Y ansi huían todos derramados  
 Por montes, por quebradas y por rios,  
 Porque pensaban ser un cuerpo entero  
 El del caballo y el del caballero.

Angostas se hacían las carreras  
 Por do huyen sin orden ni gobierno,  
 Y como les picaban tan de veras  
 Con hierro para ellos muy moderno  
 Pensaban ser los dos algunas fieras,  
 Salidas del profundo del infierno,  
 Porque van de cubiertas reparados  
 Ellos, y los caballos bien armados.

Huyen edades mozas, huyen canas,  
 Perdidas de vivir las esperanzas,  
 Hollando van por arcos y macanas  
 Aquellos cuyas eran las venganzas:  
 Rojos están los campos y zavasas,  
 Teñidas las espadas y las lanzas;  
 Fué grande, por jamás ver otro tanto,  
 Para los naturales el espanto.

Tan grandes desatinos ocupaban  
 Los bárbaros y torpes corazones,  
 Que los robustos arcos desarmaban  
 En estas fugitivas confusiones;  
 Y con las cuerdas dellos se ahorcaban  
 De las mas bajas ramas y troncones,  
 No dándoles lugar el sobresalto  
 Para poder subir á lo mas alto.

Los nuestros, sin temores de desvios  
 Entablaban adentro mas el juego,  
 Hasta meter los indios en buhios,  
 A muchos de los cuales ponen fuego,  
 Por no querer, dejados desvarios,  
 Rendirse ni de sí hacer entrego,  
 Antes los mas, á trueco de no darse,  
 Consentían en ellos abrasarse.

Si acaso las doncellas ó donceles  
De la pajiza casa se salian,  
Los padres inhumanos y crúeles  
A las ardientes llamas los volvian:  
Donde los miserables infieles  
Sus vidas con sus hijos consumian,  
Sin quererse ninguno dar á vida  
De todos cuantos iban de vencida.

Cantada la victoria desta suerte,  
Cargados de alimentos y despojos,  
Vuelven los españoles á su fuerte,  
En placer convertidos los enojos;  
Aunque tuvieron pena de la muerte,  
Que entonces ocupó cristianos ojos;  
Y á quien quisieran dalle sepultura,  
Segun aquel lugar y coyuntura.

Mas el feroz Alonso de Herrera,  
Aun sus rencores no teniendo frios,  
Hallándose señor de la ribera,  
Comienza de decir: « aquí los mios »:  
Acuden los que son de su bandera,  
Y toman el mejor de los navios,  
Que sobre prevencion y ardid de guerra  
Estaba ya con el proñz en tierra.

Tratóse con los suyos, y el concierto  
Fué cuando los enojos recontados,  
Sobornados grumetes en el puerto,  
Que punto no vivian descuidados;  
Y agora que el camino ven abierto,  
En un momento fueron embarcados;  
Al viento velas dan sin saludallos,  
Al Sedeño dejando los caballos.

El Antonio Sedeño, que de vellos  
Grandísima congoja recebia,  
Fué poca parte para detenellos,  
Porque la menos parte lo seguia;  
Y así también después se fué tras ellos  
Con la poquilla gente que tenia,  
La cual ida carísima le cuesta,  
Segun entenderéis en lo que resta.

## CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intencion de reconciliarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció.

Su vida y honra tiene mal segura  
Quien hace de contrarios confianza,  
Segun de varios casos de ventura  
Esperiencia notoria nos alcanza:  
De sabios es á buena coyuntura  
Del primer parecer hacer mudanza,  
Pues dañan confianzas al guerrero,  
Y mas cuando se cree de lijero.

Sedeño, como yo soy buen testigo,  
Era buen capitán y buen soldado;  
Mas era del amigo y enemigo  
Demasiadamente confiado:  
Agora mas, en procurar abrigó  
En enemigo suyo declarado;  
Y así todos en estos menesteres  
Tenian diferentes pareceres.

Porque después que vió cuánto perdía  
Por la revolucion y turbamulta,  
Juntó la poca gente que tenía  
En las cosas de guerra mas adulta;  
Y pareciéndole que convenia,  
Entró con todos ellos en consulta;  
Y para se llegar á sus respuestas,  
Dijo pocas palabras, y son estas:

« Paréceme, señores, grande mella  
La que hecho nos han estos hermanos,  
De quien siempre terné justa querella,  
Por ser tan viles, bajos y villanos;  
Y mas en tiempo que gozando della  
Dejaron la victoria de las manos,  
Y con tan poco riesgo de la vida  
Una prosperidad tan conocida.

» Estoy por esta causa tan perplejo,  
Que determinacion no me concedo,  
Por ver mi perdicion, si aquesto dejo,  
Y mucho mas perdido si me quedo:  
Muy dudosa mi vuelta si me alejo;  
Si fio del contrario tengo miedo,  
Y destos pesadimos estremos  
No sé, señores mios, cuál tomemos.

» Mas hecha razonable conjetura,  
Parece que mi alma persevera  
En no perder aquesta coyuntura,  
Dejando totalmente la ribera;  
Y así tengo por cosa mas segura  
El verme con Alonso de Herrera;  
Podria ser haber conformidades,  
Y socorrer nuestras necesidades.»

Entendidas por ellos las razones  
Y el blanco do van todas apuntando,  
Contradecian tales intenciones  
Su parecer por malo condenando;  
Mas él, con eficaces persuasiones,  
Los hizo mas sujetos á su mando,  
Y así, mala sospecha concebida,  
Efetuaron luego su partida.

Puestos en el camino conocido,  
A Paria caminaban con presteza;  
El capitán Herrera que los vido  
Metiöse dentro de la fortaleza:  
Fingiéndose que estaba mal herido,  
Armándose con suma lijereza,  
Y mandando también que sus soldados  
Estén á punto bien aparejados.

Diciéndoles: « decid que estoy doliente  
Cuando vierdes llegar este tirano,  
Porque me venga á ver, y en continente  
Echalde dos, ó tres, ó cuatro, mano,  
Y los demás desarmen á su gente:  
Haremos un negocio soberano.»  
Llegó Sedeño pues al dicho puerto,  
Dado fin á las tramas y concierto.

Salieron no sé cuántos al camino,  
Debajo la cautela referida,  
Diciendo que Herrera si se vino  
Fué por tener una crúel herida,  
Y que quedarse fuera desatino,  
Por estar en gran riesgo de la vida;  
Y como en tal sazón era posible,  
No pudo parecelles increíble.

Con un semblante triste, rostro blando,  
Mostrando condolerse del suceso,  
Entró luego por vello, y en entrando  
Usaron con gran furia del esceso:  
Y á todos los que trajo de su bando  
Desarmaron, segun atrás expreso,  
Y al Sedeño, diciéndole baldones,  
Hizo poner en ásperas prisiones.

En el fuerte que fué por él labrado  
Con guarda de sus armas proveida,  
Se vió con ceppo, grillos y cañado,  
Falto de vestiduras y comida;  
Y estuvo tanto tiempo maltratado,  
Que ya desconfiaba de la vida,  
Que las guardas viles y sangrientas  
Le dicen y le hacen mil afrentas.

Por oprobio de sus delicadezas  
Y términos galanes y polidos,  
Usaban de sucisimas bajezas  
En el comer, beber y en los vestidos;  
Y tanta y tan viles asperezas,  
Que contallas ofenden los oidos;  
Su gente, de placeres bien ajena,  
Deseaban librallo desta pena.

Tomaron pues á pechos el cuidado  
Por modos que jamas fueron sentidos:  
Un Antonio Fernandez y un Machado,  
Pedro Placeres Gago, Joan de Nidos,  
Martín Lopez Perdomo y Alvarado,  
Y otros que de mí fueron conocidos;  
Y para lo librar desta presura  
Esperaban sazón y coyuntura.

Habia pues necesidad urgente  
Para se sustentar de viñalla,  
Y el Agustín Delgado con la gente  
Fueron por las comarcas á buscalla,  
Quedándose Herrera solamente  
Con dos ó tres soldados de canalla,  
Creyendo que bastaba su braveza  
A defender aquella fortaleza.

Los otros, con sazón tan deseada,  
Rodéanlo con aspero denuedo;  
Y como los sintió de mano armada,  
Salió con mas furor que decir puedo;  
Mas viendo gente tan determinada;  
Adentro lo volvió discreto miedo,  
Porque como lo vieron salir fuera,  
Tras él iban diciendo: « muera, muera.»

Las puertas les cerró; mas no bastaba,  
Porque los del Sedeño las batían,  
A los de afuera él amenazaba,  
Lo mismo los de fuera le hacían:  
Finalmente, Herrera preguntaba  
Diesen razón de lo que pretendían,  
Ellos dicen: « poner os hemos fuego,  
Si no soltais al buen Sedeño luego.»

Quieto y apartado de sus fieros  
Respondióles Alonso de Herrera:  
« Hacedlo como buenos caballeros,  
Gloria, flor y bondad de nuestra era;  
Y pues que son forzosos los terceros,  
Prometo como tal de echallo fuera;  
Podeis os aquietar, nobles varones,  
Que yo voy a quitalle las prisiones.»

Llegado do sus pasos encamina,  
Dijo: « mataros quiero, buen Sedeño.»  
Respondióle Sedeño muy aina:  
« Por cierto vos hareis lauce pequeño:  
Matar en la prisión una gallina,  
O un liron vencido de gran sueño. —  
No quiero, respondió, ser homicida,  
Antes quiero que vos me deis la vida.»

« Yo vengo con entero pensamiento  
De daros libertad liberalmente,  
Con que hagais solene juramento  
De luego navegar con vuestra gente,  
Y me dejar aquí libre y exento,  
Sin ser de novedades pretendiente;  
Demás desto debeis quedar conmigo  
De no me ser amigo ni enemigo.»

Sedeño, con deseo que tenía  
De verse doquiera cielo viese,  
Le dijo que haria y juraria  
Aquello y mucho mas que le pidiese,  
Porque la libertad que prometia  
Valía mucho mas que el interese,  
Y con ofrecimientos y razones  
A él se le quitaron las prisiones.

El Herrera después con sus criados,  
Quitada la prisión que padecia,  
Abriéronle la puerta recatados  
De la gente leal que lo pedia;  
Reciben al Sedeño sus soldados  
Con gran contentamiento y alegría;  
Y dándoles las gracias por sus hechos,  
A la mar les mandó fuesen derechos.

Embarcáronse, no sin múltiplo  
De furiosos vientos y tormenta:  
Y fueron á San Joan de Puerto-Rico,  
Do Sedeño tenia buena renta:  
Otros negocios suyos no replico,  
Porque de sus proezas daré cuenta,  
Y cómo después hizo grande entrada,  
Que en estas partes fué solenizada.

Dejarémoslos pues desta manera,  
Al Sedeño do pinta mi cuaderno,  
Y al Agustín Delgado y al Herrera  
En Paria, do tuvieron el invierno,  
Esperando por horas que viniera  
Jerónimo de Ortal con el gobierno,  
Del cual el rey le habia proveído  
Por muerte del Ordás ya referido.

El cual gobernador después que hubo  
Llegado con armado suficiente,  
La isla Trinidad también anduvo  
Por parte que le fué mas conviniente;  
Y en ella con rescates se entretuvo  
Por dar mantenimientos á su gente,  
La cual, estando toda reformada,  
A Neverí hicieron su jornada.

Después á la conquista se presenta  
Joan Ponce de Leon, un descendiente  
Del otro deste nombre, cuya cuenta  
Yo doy en otra parte largamente;  
Seria por el año de setenta  
Cuando en la Trinidad metió su gente:  
No hizo cosa digna de memoria,  
Y así no haré del mayor historia.

Criollo de San Joan que conocemos,  
De parte principal illustre abuelo;  
Mas, pues que por agora no sabemos  
Otras mas novedades de aquel suelo,  
La isla Trinidad aquí dejemos,  
Y hagamos gozar de la del cielo  
Aquella sacrosanta Providencia,  
En las personas trino y una esencia.

## ELEGIA XI.

*A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.*

### CANTO PRIMERO.

Entre los demás hilos desta trama,  
Que por la costa bajo va tejida,  
Jerónimo de Ortal también me llama  
A decir el discurso de su vida,  
Porque de vista fué, que no por fama,  
Su persona de mi bien conocida,  
El cual fué natural de Zaragoza,  
Y vino con Ordás en edad moza.

Era de Cobos muy favorecido,  
El cual en aquel tiempo florecia,  
Y por el fin que ya teneis oido  
Pidió lo mismo que el Ordás tenia:  
A la gobernacion fué proveído,  
Segun y por el orden que queria,  
Año de treinta y cuatro comenzado  
Con el millar y medio ya contado.

Teniendo ya las cédulas reales,  
Apercibióse para la jornada,  
Nombrando capitanes y oficiales  
Por orden y razon acostumbrada;  
Y destos hombres hay muy principales  
En este nuevo reino de Granada,  
Como Mignel Holguín, en quien hoy día  
Se ve virtud, valor y valentia:

Varon en paz y guerra de consejo,  
Enemigo de todo desafuero,  
Desde su juventud fué sabio viejo,  
Cristiano y honoroso caballero;  
A los mas virtuosos es parejo,  
En todas buenas obras el primero,  
Cultor muy grande del honor divino,  
Y socorro del pobre peregrino.

Vino por capitán Luis Lanchoero,  
Varon cabal para cualquier afrenta,  
Después en este reino fué guerrero  
Que de sus cargos dió muy buena cuenta;  
Un Joan de Castro fué su compañero  
De placeres que vida descontenta,  
Otros también ponemos por historia,  
Cuando los ofreciere la memoria.

Dispuesta toda cosa necesaria  
 Dos naos gruesas y una carabela,  
 Para ir en demanda de su Paria,  
 Mandó que se hiciesen á la vela:  
 Surgieron en las islas de Canaria,  
 Adonde recogió gente novela;  
 Y en Tenerife fué principalmente  
 Donde se le llegó copia de gente.

Que podía pasar bancos de Flandes  
 Y quebrantar el mas soberbio lomo:  
 Es vivo destes hoy Pero Fernandez,  
 Que se dice de Porras ó Perdomo:  
 En aquella sazón de bríos grandes,  
 Y en el tiempo presente de gran tomo,  
 Regidor de Tocaima la nombrada  
 En este nuevo reino de Granada.

De allí salió también Anton Garcia,  
 A quien llamábamos Anton del Guante,  
 Brioso con alguna bizarría,  
 Pero para la guerra muy bastante;  
 Y con aquesta misma compañía  
 Gaspar de Santa Fe fué caminante,  
 Con muchos mas que la memoria pierde,  
 Pero yo los diré desque me acuerde.

Prosiguió pues Ortal esta derrota  
 De gentes y pertrechos aviado,  
 Llevando por piloto de la flota  
 Un Cristóbal Angulo del condado;  
 Hacía la carrera ser mas nota  
 Un portugués, piloto corcobaado,  
 Pues sin haber andado la tal vía  
 Certísimo salió cuanto decia.

Estando pues á vista del golfete  
 De Paria, para do se navegaba,  
 Un cierto temporal les acomete  
 Que viento de nordeste levantaba;  
 Desapareció la nao de Alderete  
 Con doscientos soldados que llevaba,  
 La cual fué costa bajo navegando  
 El puerto de Cubagua demandando.

Surgieron los demás en la ribera  
 De Paria, que por todos se desea,  
 Do vieron al Alonso de Herrera,  
 A Villagrán, Morán, Pedro de Cea,  
 Joan Fuerte, Villagomez, Talavera,  
 Joan Gonzalez, Perálvarez, Perea,  
 Con otros, que serían hasta treinta,  
 Hombres de quien se hizo mucha cuenta.

Ortal luego salió con sus soldados  
 A consolar la baquiana gente,  
 Los unos de los otros deseados,  
 Se saludaron amigablemente:  
 Herrera con poderes ampliados  
 Nombrado fué por general tiniente;  
 Del nombramiento deste caballero  
 Muy corrido quedó Luis Lanchero.

Porque por su valor y valentía  
 Tenia deste cargo pretensiones,  
 Y así con el enojo que tenia  
 Dijo contra los dos feos razones:  
 Prendiéronlo por esta demasia,  
 No se quedando Castro sin prisiones,  
 A causa de que para tal demanda  
 Lanchero lo tenia de su banda.

Estando los dos presos en el agua  
 Con guardas que velaban noche y día,  
 A Turpiar llegó cierta piragua  
 Con Rodrigo de Niebla, que venia  
 En ella de la isla de Cubagua,  
 Y cartas de Alderete que traía,  
 Diciéndole quedar en salvamento  
 Con los doscientos hombres que ya cuento.

Fué del gobernador bien recibido  
 Este que con tan buena nueva vino,  
 Por ser amigo suyo conocido,  
 Y de Cubagua principal vecino:  
 Y al tiempo de volver á su partido  
 Ortal se fué con él aquel camino,  
 A recoger sus gentes belicosas  
 Y dar orden á otras muchas cosas.

Mas antes que debajo destes fines  
 Con Rodrigo de Niebla se partiera,  
 Entró por Uvapar y sus confines  
 El capitán Alonso de Herrera:  
 Con cinco principales bergantines  
 E una carabela muy lijera:  
 Doscientos hombres, armas y pertrechos,  
 Cinco caballos al viaje hechos.

Eran los de caballo, que do quiera  
 Pudieran dar de sí bastante prueba,  
 El general Alonso de Herrera,  
 De tesorero Joan de Villanueva,  
 Morán, Pedro de Cea, también era  
 Un Alvaro de Ordás de los que lleva,  
 Mancebo valeroso, diestro, fuerte,  
 Sobrino del que ya llevó la muerte.

La gente del armada despedida  
 Por el Ortal, con capitán amigo  
 Dejó la fortaleza proveida  
 Para ir con él Niebla donde digo;  
 Y con prisión angosta y alligada  
 Los dos que ya nombré llevó consigo,  
 No confiándose de sus concetos  
 Por tenellos por mozos inquietos.

Y van en un navio juntos todos,  
 Corriendo por las aguas espumosas,  
 Y al doblar de las puntas y recodos,  
 Que por allí son algo peligrosas,  
 El Lanchero buscaba muchos modos  
 Cómo poder quitarse las esposas,  
 Díjome que debajo de desino  
 De hacer algun grande desatino.

Al Niebla le decia: «yo no puedo  
 Sufrir estas esposas que me matan,  
 Quitenmelas por un tan solo credo  
 Para ver de qué parte me maltratan;  
 Luego Niebla trató con rostro ledo  
 Con el Ortal lo que los dos le tratan,  
 Jerónimo de Ortal cumplió su ruego  
 Para tornárselas á poner luego.

Quitóselas un mozo marinero,  
 Y estándolas mirando blandamente,  
 Arrebátoselas Luis Lanchero,  
 Echándolas al mar incontinentemente;  
 Rióse destas burlas el tercero,  
 El Ortal las tomó pesadamente,  
 Y así mandó que todos sus fieles  
 Se los maniatasen con cordeles.

Mas aunque les faltaban las espadas  
 En la proa do estaban, ya tenian  
 Muchas cuñas de tiros allegadas,  
 Y cosas con que bien se defendian:  
 Las razones que dicen son pesadas,  
 Bravísimos los fieros que hacian,  
 Demás desto la gente mas lozana  
 A ellos iba muy de mala gana.

Queriendo Niebla pues matar el fuego  
 Que se causaba destas turbaciones,  
 Procuró de ponellos en sosiego  
 Con cuerdas y católicas razones;  
 Porque llegados á Cubagua luego  
 Prometía de dallos en prisiones,  
 Fué de los presos voluntad espresa  
 Que no se quebrantase la promesa.

Llegados á Cubagua, y entregados  
 A mas que miserable cativerio,  
 Quebraron tantas fuerzas de candados,  
 Que parecia cosa de misterio;  
 Y fueron recogidos y amparados  
 En San Francisco, fuerte monasterio,  
 Do guardas los cercaban por momentos  
 Y les quitaban todos alimentos.

Noches y dias, lanzas y gorguces  
 Por horas los ponian en aprieto;  
 Mas por favor de ciertos andalices,  
 Que los favorecian en secreto,  
 Hubieron á las manos arcabuces  
 Que hicieron el cerco mas quieto;  
 Pues de los que tenían este cargo  
 Algunos se hicieron á lo largo.

Muchas veces también salían fuera,  
 Cuando los alimentos les faltaban,  
 Para poder tomar en la ribera  
 De lo que los navios descargaban:  
 A todos asombraban de manera  
 Que por amor ó fuerza se lo daban;  
 Ofrecían también algunas prendas,  
 Por no tomar de balde las haciendas.

No fueron en el cerco tan continos  
 Los soldados con lanzas y venablos,  
 Aunque los dos hacían desatinos,  
 Que para los decir faltan vocablos;  
 Tanto, que ya quisieran los vecinos  
 Que se fueran con todos los diablos,  
 Con ser allí los hombres detenidos  
 Para la defension destes partidos.

Trataron pues los frailes, de concierto  
 Con otros hombres nobles de linaje,  
 Cuyo favor también fué descubierto,  
 En aviallos para su viaje;  
 Al fin ellos salieron deste puerto  
 Vestidos y con buen matalotaje,  
 Y corrieron después larga carrera,  
 Aprobando muy bien adonde quiera.

Estos bullicios vanos acabados,  
 De que dimos razón algo sumaria,  
 Ortal recogió todos sus soldados  
 Para con ellos revolver á Paria;  
 Dejó tres bergantines concertados  
 Para llevar comida necesaria,  
 E ir con ellos en la primavera  
 En busca del Alonso de Herrera.

Embarcó pues sus gentes Alderete,  
 Las suyas Alonso Alvarez Guerrero,  
 Va por trabadas jarcias el grumete,  
 Alista lo demás el marinero:  
 Desfiérese la vela del triquete,  
 Cada cual oficial anda lijero;  
 Al fin llegó con esta compañía  
 Jerónimo de Ortal donde quería.

Puestos en Turpiar incontinente  
 Hizo desamparar la fortaleza,  
 A la Trinidad fué toda la gente  
 Por haber de comida mas grandeza:  
 Maruaná los recibe blandamente  
 Y los demás no muestran aspereza,  
 Porque de los rencuentros atrasados  
 Estaban estos indios quebrantados.

Allí toda la gente que traía  
 Era medianamente proveída,  
 Porque por su rescate cada día  
 Acudían los indios con comida:  
 Ortal ningún agravio les hacía,  
 Y en la paga su boca fué medida,  
 Entreteniéndose por sus confines  
 Hasta venir aquellos bergantines.

Anduvo por allí con pía mano  
 Sin consentir hacerse desatino,  
 Esperando las flores del verano  
 Para ponerse todos en camino;  
 Pero su pensamiento salió vano  
 Por el mal que á los otros les avino,  
 En batalla feroz, crüel, sangrienta,  
 De que dará despnes prolija cuenta.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas.

Todas las mas personas que perdidas  
 Vimos salir de las jornadas hechas,  
 Suelen generalmente ser heridas  
 Con estímulos grandes de sospechas  
 De que dejaron tierras escondidas  
 Por no saber llevar vias derechas;  
 Y si tomaran tal ó tal camino  
 Llevará su derrota mejor tino.

Tal sospecha tenían arraigada  
 Todos los capitanes y soldados  
 Que con Ordas salieron del entrada;  
 Y así volvieron muy determinados  
 De seguir mas de veras la jornada  
 Y costear mejor entrambos lados,  
 Y por mejor subir por los esteros  
 Llevaban los navios mas lijeros.

Yendo pues según orden concertado  
 Por caudaloso rio y estendido,  
 Llegaron á Caroa ya nombrado,  
 Pueblo de muchos dellos conocido:  
 Allí fué nuestro campo reparado  
 Y por algunos dias detenido,  
 Hicieron oficiales con su plancha  
 Una barca de Córdoba bien ancha.

A veces la llevaban remolcando  
 Cuando las velas della no servían,  
 Y en ella los caballos cada y cuando  
 Que las necesidades lo pedían:  
 Sin que se fatigase nuestro bando,  
 Muy á placer entraban y salían,  
 Industria del Alonso de Herrera,  
 Admirable varon á donde quiera.

En tanto que la barca se hacía  
 No faltaban rancheos y salidas,  
 Y en ellos los de nuestra compañía  
 Hubieron entre piezas recogidas  
 Un indio que Chuipa se decía,  
 De proporcion y fuerzas escogidas,  
 Al cual indio pintó naturaleza  
 De gran disposicion y gentileza.

Hombre, según se vió, de gran pericia  
 En regir escuadrones de su guerra,  
 Y este certificaba sin malicia  
 Estar cerca de allí próspera tierra;  
 Y siempre señaló la tal noticia  
 A las otras vertientes de la sierra,  
 Otros algunos indios deste puerto  
 Afirmaban lo mismo por muy cierto.

Y una cariba india, Catalina  
 De Perálvarez, moza diligente,  
 Mujer de gran razon é ya ladina,  
 Conformaba con estos juntamente;  
 Por lo cual el Herrera determina  
 De enviar al Ordás con cierta gente,  
 El cual luego partió con buen avio  
 A la siniestra mano deste rio.

Fueron nuestros soldados peregrinos  
 Por el paraje dicho, por las guías  
 Hallaron muchas sendas y caminos  
 Que se decía ser de pesquerías;  
 Y sin poder hallar indios vecinos  
 Anduvieron al pié de veinte dias  
 Por tan espesas y ásperas montañas,  
 Que no bastaban ya fuerzas ni mañas.

Todos ellos de hambre perecían  
 Vencidos y rendidos á flaqueza,  
 Los caballos tampoco no podían  
 Romper por las alturas y aspereza;  
 Y cuanto mas arriba los subían  
 Hallaban cumbre de mayor grandeza;  
 Cesaban ya las hachas y azadones  
 Por la debilidad de los peones.

Viendo que no podían ya valerse  
 Y el gran trabajo que se padecía,  
 Determinaron todos de volverse  
 Donde queda la otra compañía:  
 Que tampoco podía mantenerse,  
 Antes necesidad los compelia  
 A proseguir arriba su viaje  
 Para buscar algún matalotaje.

En continuacion desta corrida  
 Descubrieron algunas poblaciones,  
 Do hallaron un poco de comida  
 Aunque no sin guerreros tropezones:  
 Determinó hacer otra salida  
 El Herrera con copia de varones,  
 Pensando que se diera mejor maña  
 Para romper tan áspera montaña.

Perseveró con grande sufrimiento  
Tres ó cuatro semanas de jornada,  
Mas no pudo salir con el intento  
Por estar ya la gente fatigada;  
Volvióse no sin gran desabrimiento,  
Y junto con la gente del armada  
A boga y remo sus navios saca  
Hasta cerca del rio Caramaca.

Vieron disposicion de poblaciones  
Desde los barcos acia manderecha,  
Saltaron luego copia de peones  
Por senda que se vió no ser estrecha:  
Toparon luego grandes escuadrones,  
Infinita macana, dardo, flecha,  
De manatí fortísimos paveses  
Do hacen poca mella los reveses.

El gran Herrera sin caballo lleva,  
Y de los suyos iban arreados  
Morán y tesoro Villanueva,  
Con armas de algodón encubertaflos;  
Y para dar de sí bastante prueba  
Los peones también iban armados,  
Los cuales viendo gentes tan dispuestas  
Las armas y las manos hacen prestas.

Suena la vocería y el estruendo  
De los itotos bárbaros, lozanos,  
Los labios con coraje remordiando  
Vienen al escuadron de los cristianos,  
Y el indio capitán iba diciendo:  
«Vivos me los tomad todos á manos,  
Que los quiero tener en mis riberas  
Para que me cultiven sementeras.

» De mujeril temor limpiad los senos  
Para poder tomar justas venganzas,  
De los que ya sabeis que no son buenos,  
Pues vienen á comer nuestras labranzas,  
Sin su sudor gozando los ajenos  
Con otras desmedidas destemplanzas.»  
Retráese la gente castellana  
Para sacallos mas á la zavana.

Después que los tuvieron á contento  
El capitán Alonso de Herrera  
Hizo cierta señal de rompimiento  
Atropellando bien esta carrera:  
Entró con furia de leon hambriento  
Y con aquel valor de quien él era,  
Villanueva y Morán siguen sus huellas,  
Y todos los demás fueron tras ellos.

Infinidad de sangre va vertiendo  
Gandules señalados derribando,  
A una y otra mano revolviendo,  
Peones y caballos animando:  
Penachos y plumajes abatiendo,  
Pechos, cuellos, ijares traspasando;  
Increible parece la matanza  
Que este gigante hizo con su lanza.

Bien así como cuando los furores  
Del aquilon, con alas estendidas,  
Van robando las hojas y las flores  
Que estaban de sus árboles asidas;  
Y quedan ya perdidos sus olores,  
Por cultivados campos esparcidas,  
O ya por los caminos y calzadas  
En partes diferentes arrolladas;

No menos que con tales movimientos  
Las fuerzas del Herrera se mostraban,  
Derribando guerreros ornamentos  
De los indios que mas se señalaban:  
Aquí vereis caidos y sangrientos,  
Allí montones muertos se hollaban,  
Acullá se rehacen los itotos  
Con grandes alaridos y alborotos.

Morán y el tesoro Villanueva  
No daban menos muestra de valores;  
Pues cada cual su fuerte lanza ceba  
Donde van los riesgos ser mayores:  
El escuadron de pié también se prueba  
En hechos y bazañas no menores,  
Por ser todos varones escogidos  
Y en militares artes instruidos.

Miguel Holguín y Joan de Avellaneda,  
Por aquellos lugares de su suerte,  
Hacían bien abierta la vereda  
Entregando contrarios á la muerte:  
Pues el escuadra Sanchez de Cepeda  
Junto con los valores de Joan Fuerte  
Hicieron aquel dia maravillas  
Tantas, que no podria yo decillas.

Durando pues el bárbaro guerrero  
Juntos á una misma coyuntura,  
Acudieron con un encuentro fiero  
Para dar fin á la batalla dura;  
El caballo murió del tesoro,  
Que se tuvo por harta desventura,  
Muy mal herido Sanchez y Roberto,  
Y Joan de Avellaneda casi muerto.

Encendida la furia que no para,  
Sin desmayar jamás la gente fiera,  
Al general hirieron en la cara  
Por llevar levantada la visera;  
Y la herida fué con una vara  
Tostada, de durísima madera,  
Quitósela, y estando mal herido  
Fué de mayor furor mas encendido.

El brioso caballo revolviendo  
Que con sus voluntades respondia,  
Por do quiera que pasa va haciendo  
Lo que su gran enojo pretendia:  
De su furor los indios van perdiendo  
Y por los nuestros nada se perdía,  
Calor y sed á todos enemiga  
Les causaba grandísima fatiga.

Apríesa por vencer tan duro trance  
Andan entre desnudos los de faldas;  
Pero juzgando ser mejor balance  
Los desnudos volvieron las espaldas:  
Los vestidos siguieron el alcance  
No por oro ni piedras esmeraldas,  
Sino para gozar de su comida  
Y ver dó la tenían recogida.

De la cual fueron todos proveidos,  
Y por entonces fué mediana suerte;  
Curaron luego todos los heridos,  
De los cuales ninguno fué de muerte:  
Fueron algunos dias detenidos  
En esta parte con reguardo fuerte,  
Hasta que la herida compañía  
Se sintió con alguna mejoría.

Obra de quince dias ya pasados,  
Con alguna comida que se saca,  
Fueron pasando muchos despidados  
Por encima del rio Caranaca:  
Donde Diego de Ordás y sus soldados  
No quisieron creer al aruaca;  
Andaba ya la gente muy caída  
Por faltalles á todos la comida.

Satisfacían este desconsuelo  
Con hallar mucho bledo colorado,  
Con una cierta red ó chinchoruelo  
Se tomaba también algun pescado:  
Sacaron una vez con un anzuelo  
Un peje de los otros estremado,  
Que parecía ser congrio perfeto,  
Pero miraculoso su secreto.

Porque traído hasta la ribera,  
Teniéndolo Miguel Holguín asido,  
Comenzó de temblar en gran manera  
Quedando casi fuera de sentido;  
Ayudáronle muchos, y cualquiera  
Deste mismo temblor fué poseido,  
Y nadie se halló que no temblase,  
Aunque con una lanza le tocase.

Para satisfacer necesidades  
Al fin lo degolló hambrienta mano,  
Hállanse destos pejes cantidades  
En los rios que corren por lo llano:  
Tiene las sobredichas propiedades,  
Es bueno de comer y no mal sano,  
Y este peje se dice *quantum credo*,  
En griego *narce*, y en latin *torpedo*.

Navegó pues el campo peregrino  
Inquiriendo mas prósperos asientos,  
Y cuanto mas crecía su camino  
Tanto mas descrecían alimentos ;  
Pero con un suceso repentino  
Se templaron aquestos descontentos,  
Y fué ver en un puerto y aconada  
Gran flota de caribes reparada.

Bajaban por el rio de los altos,  
Habiendo hecho ya por las comarcas  
Provincias y lugares grandes saltos,  
Hinchen los ijares y las arcas ;  
Y muy ajenos destes sobresaltos  
Estaban allí fuera de las barcas,  
Ocupados las manos y los ojos  
En repartir preseas y despojos.

Un solo bergantín vido la junta,  
Cuando la luz de Febó se ponía,  
Y fué yendo doblando cierta punta  
Que las dichas piraguas encubría :  
El cual sin mas respuesta ni pregunta  
Se dejó de caer por do venía,  
Los remos levantados y tendidos  
Como no fueron vistos ni sentidos.

Viéndolos revolver de la manera,  
Sin boga y al amor de la corriente,  
Fué cosa conocida del Herrera  
Haber detrás de aquella punta gente :  
Tomó desotra parte la ribera,  
Y los demás navios juntamente ;  
Consultan capitanes este hecho  
Para los saltar mas á provecho.

Al fin nuestra cristiana compañía  
En este parecer sólo se cierra,  
De les acometer cerca del día  
Por la parte del agua y de la tierra ;  
Porque desta manera se haría  
Sin riesgo y á sabor aquesta guerra,  
Y para los curar y regalallos,  
Desembarcaron luego los caballos.

Fué luego Luis Perdomo Cebadilla,  
Para tales negocios suficiente,  
Escogido peon por maravilla,  
Con otros por espía desta gente :  
Vieron los rancheados á la orilla,  
Sin recelos de tal inconveniente,  
Y vieron á la una y otra mano  
Para correr caballos un buen llano.

Tornaron á hacer estos conciertos,  
Que los de tierra todos estuviesen  
En unas arboledas encubiertos,  
Hasta tanto que los del agua diesen  
En las barcas varadas en los puertos,  
Y luego todos juntos acudiesen,  
Lo cual hicieron los de nuestro bando,  
Sin discrepar un punto deste mando.

Llegada pues la hora concertada,  
El general los hizo todos prestos,  
Él iba con los barcos del armada,  
Los de tierra se fueron á sus puestos,  
Con intencion de dar el alborada  
En indios tan crueles y molestos ;  
Dobló la punta nuestra compañía,  
Llegada ya la claridad del día.

Como los vió venir la gente fiera,  
Admirados de ver cosa tan rara,  
Acudieron los mas á la ribera  
Lijeros y veloces como jara ;  
Luego dió grandes voces el Herrera,  
Los caribes en él ponen la cara,  
Asidos de las barcas ó piraguas  
Intentando metellas en las aguas.

«¡Ah barbudos ! Seiais muy bien llegados,  
Les decía la gente monstruosa,  
Dias ha que tenemos deseados  
Encuentros desta caza deleitosa :  
Sereis en nuestras ollas regalados,  
Veremos si tenéis carne sabrosa ;  
Ya vamos, suspended remos un poco,  
Enmendaremos el intento loco.

Mas los del agua ya tenían prestas,  
Para les impedir salir al rio,  
Algunas escopetas y ballestas,  
Cuyos tiros no daban en vacío ;  
Y así por ser las balas tan molestas,  
Hicieron algun tanto de desvío ;  
Andando pues trabada ya la guerra,  
Llegaron por su parte los de tierra.

Luego como sintieron el ruido  
De nuestros caballeros y peones,  
Los bárbaros en guerras instruidos  
Formaron concertados escuadrones ;  
Y en unas matas bien fortalecidos,  
Peleaban no menos que leones ;  
Los nuestros por hacelles muy al caso  
Trabajaban sacallos á lo raso.

El general salió con sus soldados,  
Entrando por las matas atrevidos,  
Algunos dellos fueron lastimados,  
Villagomez y Aller muy mal heridos ;  
Tornaron á herir por todos lados  
Los nuestros con gran furia conmovidos,  
Y el general Alonso de Herrera  
Comenzó de hacer ancha carrera.

Acuden los demás con fuerte mano,  
Y fué de tal manera la pelea,  
Que pudieron sacallos á lo llano,  
En parte que el caballo los desea :  
El Alvaro de Ordás salió lozano,  
A las parejas dél Pedro de Cea,  
Morán y Villagrán incontinentemente,  
Rompiendo por el medio desta gente.

Vereis traspasar pechos y barrigas,  
Derribar arco, flecha, dardo, maza ;  
No siega con sudor tantas espigas  
El corvo labrador en ancha baza,  
Cuantos de aquestas gentes enemigas,  
Caían por aquella larga plaza,  
Pues los peones iban con tal brio  
Que no dieron jamás golpe baldío.

Miguel Holguin, Perálvarez, Joan Fuerte  
Y aquel Luis Perdomo Cebadilla,  
Cada cual de los dichos hizo suerte,  
Que se puede contar por maravilla ;  
Pues Joan Avellaneda cuanta muerte  
Lo hizo vencedor en la rencilla,  
Y aunque de poca edad, Pero Fernandez  
Se hizo ser autor de hechos grandes.

¿ Qué se podrá decir del arma fiera  
Del que regia todos los soldados,  
Siendo ya mas herrero que Herrera,  
Segun sus golpes fieros y pesados ?  
Él es el que llevó la delantera  
Derribando los mas aventajados,  
Y por su parte fué cosa notoria  
Que cantaron los nuestros la victoria.

Por ser de humana sangre tan sedientos  
Y no quererse dar ni ser rendidos,  
Quedaron muertos mas de cuatrocientos,  
Y algunos, aunque pocos, escondidos :  
Recorrieron los nuestros los asientos,  
Do vieron en prisiones detenidos,  
Indios diciendo por vocablos notos :  
Nosotros no caribes, sino itotos.

Decíanlo porque no los matasen,  
Mas antes compasión dellos hubiesen ;  
El general mandó que los soltasen  
Y ningunos agravios les hiciesen ;  
Antes les diesen lo que demandasen  
De las cosas que suyas conociesen,  
Asegurándolos de mala guerra,  
Y de llevarlos salvos á su tierra.

Holgaron los itotos del mensaje  
Y oferta de tan buen salvoconduto,  
Y luego señalaron el paraje  
Declarándoles ser de Caburuto :  
Fueron los indios pues este viaje,  
Tentado, pero nunca resuelto ;  
Y en la prosecucion de la tal via  
Decía cada cual lo que sabía.

Recogieron los nuestros los despojos,  
Maíz, yucas y chacos deseados,  
Todos muy encendidos en enojos  
Por hallar muchos indios cuarteados;  
Y no por nuevas ya, sino por ojos  
Los ven en barbacoas ser asados;  
Admiranse de tales insolencias  
Y tan abominables pestilencias.

De los nuestros perdieron tres las vidas  
Villagomez, Aller, de quien escribo,  
Y Zárate, personas conocidas  
Y de valor y punto bien altivo:  
El Joan Fuerte sacó trece heridas,  
El cual en estos tiempos está vivo,  
Y pobre como dicen tras paredes,  
Siendo persona digna de mercedes.

Huyendo corrupcion de tantos muertos,  
Determinó la gente castellana  
De sacar los navios destes puertos,  
Y partir otro día de mañana;  
Y aquellos indios los hicieron ciertos  
Quedar atrás la tierra de Guayana,  
Y de morar mas adelante Meta,  
Provincia de algodón y camiseta.

Algunos hombres viejos han querido  
Decir ser este Meta que tratamos,  
Río de Turnequé muy conocido  
Que sale deste reino donde estamos:  
Mas es un parecer desvanecido  
Para los que mejor lo tauteamos,  
Ni debe de caber en seso de hombre  
Ser este, ni tener aqueste nombre.

Debió nacer aquesta conjetura,  
Entre los curiosos baquianos,  
Por ser aquesta la mayor altura  
Del reino que tenemos entre manos,  
Y la mayor distancia de longura  
De los rios que vierten á los llanos,  
Pues desde aquí van unos al poniente,  
Y otros acia la parte del oriente.

Siendo pues la distancia tan discreta,  
Y con tan prolijísimos desvios,  
Y en tan grande distancia se entremeta  
Innumerable cantidad de rios,  
Y todos sus vecinos llamen Meta,  
A aquel por donde entraron los navios,  
Parece por razon averiguada,  
No ser el nuevo reino de Granada.

Antes entre los dos rios distantes,  
Que son el Marañón y el Urinoco,  
Piensan haber provincias abundantes  
Y el parecer no tengo yo por loco:  
Mayormente las dos ya dichas antes,  
Cuyo compás no debe de ser poco,  
De la cual opinion son los itotos,  
Los mas cercanos y los mas remotos.

Y así nuestro Herrera, resuelto  
En proseguir aquel descubrimiento,  
Llevó los indios hasta Caburnto  
Por dar á su promesa cumplimiento:  
Enviaron un indio bien instruido  
Que diese cuenta de su salvamento  
A sus amigos, deudos y parientes  
Para que visitasen nuestras gentes.

En cumplimiento fué de sus mandados,  
Y en busca de los pueblos conocidos;  
Hallólos destruidos y aislados  
Por aquellos caribes ya punidos:  
Buscó los unos y los otros lados,  
Hasta dar donde estaban escondidos;  
Dió larga cuenta de su buena suerte,  
Y cómo los libraron de la muerte.

Sabiendo ser sus deudos y vecinos  
Libres de la prision y perdimiento,  
Y muertos los protervos y malinos  
Caribes del ejército sangriento,  
Acudieron á ver los peregrinos  
Y traellas algun mantenimiento,  
Diéronles cierta guía de buen tino,  
Para prosecucion de su camino.

Llegaron á las peñas y canales,  
A quien Ordás juzgó por imposibles,  
Por ser impetuosisimos raudales,  
Y fuerzas de corrientes increíbles;  
Y con ser increíbles ya sus males,  
Las hambres y trabajos insufribles;  
Tentaron de pasar mas adelante,  
Y la perseverancia fué bastante.

Toda la cargazon pusieron fuera  
Excepto los remeros esforzados,  
Para poder pasar á la lijera,  
De remos y de sirgas ayudados:  
Fué laboriosísima carrera,  
Pero no los trabajos escusados.  
Pues aunque sin un punto de descanso,  
Subieron do hallaron mas remanso.

La cual suerte no fué tan venturosa  
Que fuese sin desgracia de Roberto,  
Por caer de una peña resbalosa,  
Donde saltó pensando tomar puerto;  
Y por el agua ser impetuosa,  
Nunca mas pareció vivo ni muerto;  
Dió grave pena hado tan siniestro,  
Por ser valiente, suelto y hombre diestro.

Embarcados en partes mas seguras,  
Prosiguen los intentos de su vía,  
Con tantas y tan grandes desventuras  
Que ya memoria dellas se desvia:  
Murciélagos y cosas mas impuras  
Por muy grande regalo se tenían,  
Por haber en el uno y otro lado  
Inmenso campo, pero despoblado.

Yendo de la manera que refiero,  
Habiendo muchos días navegado,  
Dieron en la gran boca del estero  
De Meta sumamente deseado:  
Alegróse cualquiera compañero,  
Pensando ser concluso su cuidado,  
Pues aunque de poblado no ven cosa,  
La tierra se mostraba mas lustrosa.

Navegados por él algunos días,  
Con hambres y trabajos tan insines,  
Determinaron estas compañías  
Algun tiempo dejar los bergantines,  
Para buscar algunas chucherías,  
Y mas enjutos términos y fines,  
A causa del invierno ser cercano,  
Y venir ya con rigurosa mano.

En este parecer determinados,  
Dejaron los navios escondidos,  
En un estero todos entramados,  
Y á troncones de árboles asidos:  
Saltaron pues en tierra los soldados,  
Y todos los demás apercebidos,  
Mancos y cojos van la tierra dentro,  
Deseando topar algun reencuentro.

Con un trabajo iban, no sencillo,  
Por ciénagas y pântanos muy varios,  
Y llevaban acuestas el hatillo,  
Los tiros y pertrechos necesarios:  
Con tal rigor que yo no sé decillo,  
Por cumplir tales trances ser sumarios,  
Al fin salió la gente fatigada  
A tierra ya mas alta y escombrada.

En saliendo de aquellos cenagales  
Y montañas de gran desabrimiento,  
Hallaron luego rastros y señales,  
Que dieron crecidísimo contento:  
Porque donde hallaban naturales,  
No podia faltar mantenimiento;  
Y así Herrera capitán esperto  
Hizo que se pudiesen en concierto.

Pero Fernandez, por su gran soltura  
Y ser en cualquier cosa diligente,  
En un árbol subió de gran altura  
Por devisar mejor aquella frente:  
Vido señal patente de cultura,  
Puesto caso que no pudo ver gente,  
Sino por grande trecho de desvios,  
Bultos que parecían ser buhios.

Los términos ya dichos entendidos,  
Puesto que nada cierto de lo cierto,  
De necesarias armas proveidos  
Caminaron por orden y concierto;  
Mas no pudieron ir sin ser sentidos,  
A causa de ser campo descubierta,  
Y ser los indios jaguas carniceros,  
Todos vigilantísimos guerreros.

Los cuales en aquestos menesteres,  
De toda cobardía muy ajenos,  
Enviaron al monte las mujeres,  
Al inútil varón ni mas ni menos;  
Y fueron sus guerreros pareceres  
Esperar en el campo como buenos,  
Con largas guaiacas, dardos y paveses,  
Sin temer de fortuna los reveses.

Salen al campo con potente mano  
Formados escuadrones como diestros,  
Compusieron el campo castellano  
También los adalides y maestros;  
Esperaron los jaguas en un llano  
Muy á pedir de boca de los nuestros;  
Por ir en los caballos quien bastaba  
Vencer y sujetar fuerza mas brava.

Llegados pues á cómoda carrera  
Cada cual deseando vencimiento,  
Hizo señal Alonso de Herrera  
Y los jaguas también de rompimiento:  
El indio se mostró con mano fiera,  
El español feroz anda sangriento;  
Unas veces los indios jaguas caen,  
Y otras veces los nuestros se retraen.

Anda la cuchillada bien espesa,  
El golpe de macana muy pesado,  
Las puntas de las guaiacas atraviesa  
El sayo de algodón mas estofado;  
Pero Herrera daba grande prisa  
Al escuadron que via mas cerrado:  
Unos traspasa y otros atropella,  
Haciendo donde quiera grande mella.

Como bala de tiro de fuslera  
De furiosos fuegos impelida,  
Que rompe con su fuerza la hilera  
De la gente mejor y mas lucida,  
La cual fué por allí red barreadera,  
Pues á cuantos tocó dejó sin vida,  
Y no fué menester segunda suerte  
Para ser herederos de la muerte;

Así con esta misma destemplanza  
Rompió Herrera por los escuadrones,  
Dejando traspasados de su lanza  
Mil bárbaros y duros corazones.  
Aumentan ansimismo la matanza  
Ordás y Villagrán con los peones,  
Bracamonte, Holguín, Joan de Losada,  
Y Torrellas, persona señalada.

De grande mortandad los campos llenos,  
Intinidad de sangre ya vertida,  
Pudieron mas al fin los que eran menos  
Poniendo á los contrarios en huida:  
Buscaron por aquellos anchos senos,  
Y hallaron buen golpe de comida,  
Con que la gente nuestra se mantuvo;  
Y después os diré lo que mas hubo.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán ALONSO DE HERRERA,  
y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.

Cuando valor de capitán florece,  
Florecen los valores del soldado,  
Si tropieza, si cae, si perece,  
El ejército queda desmayado,  
Y el ánimo de muchos desfallece  
Para no proseguir lo comenzado;  
Que miembros á contrarios miembros hieren,  
Mas muerta la cabeza todos mueren.

Lo mismo fué de los que voy diciendo,  
Aunque todos fortísimos varones;  
Pues al tiempo que iban descubriendo  
Mayores y mejores poblaciones,  
Por los achaques que decir entiendo  
Se perdieron aquellas ocasiones,  
Y por dejar de mano coyuntura  
Acaso se perdió buena ventura.

Llegaron pues al pueblo que se vido,  
De la gente de jaguas ya vencida,  
Do estuvo nuestro campo detenido  
El tiempo que duraba la comida;  
Mas el mantenimiento concluido  
Hicieron del asiento despedida,  
Y nuestros españoles peregrinos  
Siguiéron mas adentro los caminos.

El invierno sembraba sus rigores  
Ajenos de la seca del estío,  
E yendo no sin grandes sinsabores  
Vinieron á topar un cierto río;  
El cual pasaron doce nadadores  
Con sola desnudez por atavío,  
En pañetes que dicen y con suelas  
Con solas las espadas y rodela.

Aquestos eran hombres de gran tomo  
Para bien espiar cualquiera cosa,  
Sacar un rastro y abatir el lomo:  
Y destes fué Madroño y Espinosa,  
Garcí Perez de Vargas, Luis Perdomo,  
Usagre, Gaspar Alvarez, Velosa,  
Pero Fernandez, Joan de Campo, Peña,  
Torrellas y Francisco de Ludeña.

En pasando los doce desta lista,  
Cada cual recatado y advertido,  
Sin cosa de cubierta que los vista,  
Fueron por un camino muy seguido;  
Y á cabo de gran rato dieron vista  
A cierto pueblo grande, divertido:  
Volviéronse, segun les fué mandado,  
Y de lo visto dieron su recado.

Dadas las nuevas deste hallamiento  
Y con afirmación de no ser falsas,  
Recebieron grandísimo contento,  
Y luego se hicieron muchas balsas:  
Pasó cualquiera dellos tan hambriento  
Que pudiera comer sin otras salsas,  
Y en pasar el bagaj que se traía  
Gastaron la mayor parte del día.

Las gentes y pertrechos colocados  
Por playas que corrían otra banda  
Hicieron allí noche los soldados,  
La cual no fué de pluvias poco blanda;  
Y los noturnos cursos acabados,  
Siguiéron con buen orden su demanda,  
Armados los caballos y peones  
Y en buena proporción los escuadrones.

Mas antes que partiesen de la orilla,  
Del mucho trabajar ya quebrantado,  
Falleció Manúel Martín Ranilla,  
Que fué valerosísimo soldado;  
Escogido peon por maravilla,  
Y en cualquiera reencuentro señalado,  
Y dada la posible sepultura  
Siguiéron adelante su ventura.

Mas aunque caminaban advertidos,  
No se pudo llevar tanto sosiego  
Que pudiesen llegar sin ser sentidos  
De los vecinos, que huyeron luego;  
Y así fueron los nuestros recibidos  
Sin nadie perturballes el entrego,  
Hallaron las comidas que les cuadrán  
Y unos perrillos chicos que no ladrán.

Son buenos de comer y dichos mayos,  
A los cuales también llaman auries,  
Hallaron cantidad de guacamayos,  
Papagayos y micos y cories;  
Y frutas de guayabas y papayas,  
Con no sé cuántos pájaros pajies,  
Que en tiempo y en sazón mas regalada  
Se tiene por comida delicada.

Son grandes, y uno dellos tiene cresta  
De plumas solamente bien formada,  
Otros en la cabeza tienen puesta  
Una bien hecha piedra turquesada:  
Otros la tienen verde, y es aquesta  
Tal, que la juzgareis por bien preciada;  
Mas cosa hueca es, y tal que pierde  
El muerto su color azul ó verde.

Puestos en este pueblo que ya cuento  
Con la vela que pide buen gobierno,  
Recogieron algun mantenimiento,  
Aunque poco maíz por estar tierno:  
Perseveraron en aquel asiento  
Hasta pasar la furia del invierno;  
Era cada buho prepotente,  
Y capaz de gran número de gente.

Salían por los campos cultivados  
A buscar los maíces y cogellos,  
Do tuvieron recuentos porfiados  
Y salieron muy bien de todos ellos:  
Hicieron allí hechos señalados  
Que no tengo lugar para ponellos;  
Y sé que señaló bien su persona  
Alejandro Durazo y un Bayona.

Viendo los indios pues su mal presente,  
Apellidáronse de comarcanos  
Crecidísimo número de gente  
De sueltos piés, fortísimos de manos,  
Y buscaron un tiempo conveniente  
Para venir á dar en los cristianos,  
Con determinacion y con intento  
De morir ó gozar de vencimiento.

Por bien efctuar sus intenciones  
De diferentes armas proveidos,  
Ocuparon los campos escuadrones,  
Sin vanos alborotos ni ruidos;  
Mas todos con soberbios corazones  
De rabiosa venganza poseidos,  
Y con obstinacion tal y tan dura  
Que no causó pequeña desventura.

Iba cualquiera dellos muy untado  
Todo hasta la parte mas sujeta,  
De bija, que es bitumen colorado  
Que los miembros y carnes les aprieta,  
Tan diestro sagitario y acertado  
Que no suelta de balde la saeta,  
Por siempre ser en todos los oficios  
Estos sus principales ejercicios.

Cualquiera morador de aquesta tierra  
De tales asperezas se compuso,  
Que de paz y sosiego se destierra  
Y en furia y en rigor está recluso;  
Ansi que todos son hombres de guerra  
Desde que de razon tuvieron uso,  
El principal, menor y mas villano  
Nacieron con las armas en la mano.

Y aunque en otros oficios se recrea  
Como cultivar campos y florestas,  
Oficio principal es la pelea,  
Sus bodas, regocijos y sus fiestas;  
Tomándole la voz do quier que sea  
Los arcos y las flechas están prestas,  
Ansi que todos llevan buena gana  
De verse con la gente castellana.

Andaban de los nuestros muchos fuera  
Del pueblo y en rancheos ocupados;  
Y el capitán Alonso de Herrera  
En el quedó con los demás soldados,  
Con el recato que menester era  
Si fuesen de los indios saltados,  
De noche siempre vigilante vela,  
Y ansimismo de dia centinela.

Y sin haber semeja ni barrunto  
De quien pudiese ser sobresaltado,  
Sus armas y caballo muy á punto,  
El freno del arzon siempre colgado  
Dentro de su buhío, y allí junto  
Para tenello mas á buen recado,  
Y á todos en aquesta pesadumbre  
Les hacia tener esta costumbre.

Estaba pues á toda coyuntura  
Para hacer bastante resistencia,  
Mas no siempre vereis hora segura  
En trances de sangrienta competencia.  
Antes si prevalece desventura  
Vale poco la buena diligencia;  
Y lo que hado quiere que ya sea,  
Por mil vias y modos se rodea.

A la sazón que el bárbaro llegaba  
Con pretension tan dura como esta,  
La gente castellana reposaba  
El pesado hocorno de la siesta,  
Debajo centinela que velaba  
En un alto buhío siempre puesta,  
Mirando todas partes del estancia  
Con toda la posible vigilancia.

Mas cierta mujer fué, que no debiera,  
En esta turbacion, cuyo marido  
Con todos los demás andaba fuera  
En recoger comida divertido;  
La cual no fué mujer sino Mejera,  
Segun el mal después acontecido:  
A la vela llegó pues esta dueña  
A fin de le rogar fuese por leña.

Esto con gran instancia le rogaba  
Por guisar no sé qué de lo que habia,  
Para dar al marido que esperaba  
Con los demás de nuestra compañía:  
La vela grandemente se escusaba,  
Y ella lo convenció por esta via:  
Traedme con que haga la candela,  
Y entre tanto que vais haré yo vela.

Persuádido pues para que vaya,  
Como quien mal alguno no recela,  
El sayo se bajó, subió la saya  
Al lugar señalado para vela:  
Comenzó de hacer el atalaya,  
Y al fin fué de mujer la centinela,  
Pues el espacio fué nada prolijo,  
O si los indios vido no lo dijo.

Vinieron por la parte que tenia  
Una quebrada grande montuosa,  
Que al pueblo con sus aguas proveia,  
Y en esta coyuntura fué dañosa,  
Pues su fuerza de raras enuebria  
La multitud de gente belicosa,  
Y como su lugar dispuesto fuese,  
Llegaron sin que nadie los sintiese.

Saliedo de las matas y manglares  
Topó con un muchacho la tormenta  
De la morisca Leonor Suarez  
A quien llamábamos la Fundamenta:  
Hijo que procedió de sus ijares,  
Del cual ninguno dellos hizo cuenta,  
Antes sin enseñalle mal semblante  
El impetu pasó mas adelante.

Como lago de llano muy remoto,  
Antes en alta sierra represado,  
Que con gran tempestad y terremoto  
Rompió lo mas pendiente del un lado,  
Y el aguaje llevó tal alboroto  
Que trocó los descuidos en cuidado,  
Y con aquel grandísimo ruido  
Cercano morador se vió perdido;

Con tal impetu son acometidos  
Los españoles pocos que dormían:  
Despiertan los despiertos y dormidos,  
Y acuden á las armas que tenían;  
Algunos dellos fueron mal heridos  
Al salir de las casas do vivían,  
Uno sale con armas, otro falto,  
Y todos con pesado sobresalto.

Acude luego para su caballo  
El capitán Alonso de Herrera;  
Mas ¡ay dolor! que no pudo hallallo  
En su bien proveída pesebrera:  
Porque sin él decillo ni mandallo  
Se lo llevaron para que bebiera,  
Luego con el orgullo de su brio  
Salío para pedillo del buhío.

Yendo pues el varon via derecha  
En cuerpo, y en la mano una espada,  
Pasóle las espaldas una flecha,  
Otra le segundó por la quijada :  
Volvióse luego con mortal sospecha  
Para se las quitar en la posada,  
Luego muchos soldados acudieron ;  
Y el caballo que pide le trajeron.

En este tiempo ya Pedro de Gea,  
Morán y Ordás andaban á caballo,  
Y el daño que hicieron se me crea  
Que no será capaz para contallo ;  
Mas el bárbaro vence la pelea,  
Y no son parte para sojuzgallo,  
Aunque les ayudaban los peones  
No menos que bravos leones.

A caballo salió luego Herrera  
Con determinacion de su venganza.  
El herido leon salió ya fuera :  
; Quién os dirá la fuerza de su lanza,  
Y cuán ancha hacia la carrera,  
Cuán grande, cuán crecida la matanza ?  
Con tal furor los bárbaros rompía,  
Que todo por delante lo barria.

Como toro que rompe por villanos  
En multitud ajena de concierdos,  
Que por los que se muestran mas ufanos  
Suele hacer caminos mas abiertos :  
Unos atropellando con las manos,  
Otros que con los cuernos deja muertos,  
Y los ya lastimados y los sueltos  
Todos andan confusos y revueltos :

No menos que con estas furias tales,  
Antes con mas crüeles pretensiones,  
Rompió por los indios principales  
Desbaratando duros escuadrones :  
En unos las lanzadas son mortales,  
En otros nunca vistas confusiones ;  
Pues no ve principal en esta guerra  
Que no derribe luego por la tierra.

Todavía porfia quien se halla  
Con armas ofensivas y con vida,  
Pero viendo la bárbara canalla  
La competencia tal y tan reñida,  
Desamparó con miedo la batalla,  
Y todos se pusieron en huida ;  
Tras ellos los caballos sin Herrera  
Siguen por su mandado la carrera.

Estos tres caballeros van siguiendo  
Al bárbaro cruel y duro bando,  
Los unos de los otros dividiendo ;  
Gran número de sangre derramando ;  
Que no hiciesen cuerpo defendiendo  
Para mejor los ir alanceando,  
Mas un indio ya viejo se repara  
Y al buen Pedro de Gea hizo cara.

Batió las piernas él por derriballo,  
Mas el gandul usó de tal reguardo  
Que le hirió de muerte su caballo,  
Pasados los ijares con un dardo :  
Espoleólo mas por alcanzallo,  
Mas un cierto temblor lo hizo tardó,  
Bajóse para ver el desconcierto,  
Y el dardo fuera luego cayó muerto.

Morán y Ordás, por no perder el lance  
Y poner mas temor en estas gentes,  
Con gran furor siguieron el alcance  
Dándose los reguardos convenientes ;  
Y fué de temerarios el balance  
En ir solos sin otros combatientes ;  
Mas el atrevimiento de locura  
Buen suceso lo hizo ser cordura.

Pues al tiempo que van por la zavana  
Siguiendo la desnuda compañía,  
Toparon con la gente castellana  
Que de buscar comida ya venia :  
Todos juntos en ellos dan de gana  
Sin poder atinar por qué sería,  
Y los indios huyendo de rigores  
Vinieron á hallar otros mayores.

Porque todos herian á porfia  
Encendiendo de nuevo la pendencia,  
No menos, ni con menos valentia  
Que tuvo la primera competencia ;  
Y los briosos indios todavía  
Hacian la posible resistencia ;  
En las cuales fatigas y vejamen  
Hubo también un singular certamen.

Porque Antonio Fernandez, lusitano,  
Topó con un mancebo bien dispuesto,  
Que lo hizo salir mas á lo llano  
Haciendo señas con minace gesto :  
Batalla se trabó con dura mano,  
Sin que los nuestros vieses nada desto ;  
El indio de sus armas se aprovecha,  
Y el muslo le pasó con una flecha.

El lusitano fuerte y esforzado,  
Puesto que se sintió muy mal herido,  
Nada de su vigor menos cabecado  
Fajó don el gandul embrocado ;  
Ninguno dellos anda desmayado,  
Y cada cual defiende su partido :  
Hubo de todas partes grande priesa,  
Puñete y cabezada mas espesa.

Por no venir á menos ni rendirse  
Sacude la rodilla y anda diente :  
El terrible gandul quisiera irse  
Recelando favor de nuestra gente,  
Y ansi reflorejó por desasirse ;  
Mas Antonio Fernandez no consiente,  
Antes sus gruesos brazos y sus garras  
Servian de fortisimas amarras.

Como dragon asido de la caza,  
Que en Indias saltó con sus acechos,  
Y con sus duras roscas embaraza  
Los miembros y resuello de los pechos,  
Y aunque por luego no la despedaza,  
Los huesos tiene ya casi deshechos,  
Y cuanto cruje mas hueso que quiebra  
Dos tantos mas aprieta la culebra ;

No con menos vigor ni menos blando  
El Antonio Fernandez del zfierra,  
Y andando mucho tiempo forcejando  
Dióle traspie que dió con él en tierra :  
Por la cual anduvieron revolcando  
Cada cual por vencer aquesta guerra ;  
Al fin lo sujetó, mas de manera  
Que no lo mató, puesto que pudiera.

Conclusas y acabadas las cuestiones  
En que los dos se vieron de mal arte,  
El indio se dejó poner prisiones  
Por superioridad del otro Marte ;  
Y el vencedor la flecha de harpones  
Sacóselo por la contraria parte,  
Aunque con la herida penetrante  
Paso no pudo dar mas adelante.

Mas espaldas ajenas tuvo prestas,  
Porque para llegar á su rebaño,  
El indio lo tomó sobre sus cuestras  
Recompensando parte deste daño :  
Fueron las otras gentes descompuestas  
Ansimismo con un rigor estraño,  
Para todas las partes tan molesto  
Que su furia duró hasta sol puesto.

Desbaratada pues la gente brava,  
Los nuestros recogidos á bandera,  
El Ordás les contó lo que pasaba  
A los que ya dijimos andar fuera ;  
También de la manera que quedaba  
El general Alonso de Herrera  
En grandísimo riesgo de su vida,  
De que se recibió pena crecida.

Y tanta, que cualquier noble soldado  
Hacia sentimiento lamentable,  
Por ser de todos ellos muy amado  
Con voluntad sincera y entrañable :  
Era bien comedido, bien criado,  
Su conversacion grata y amigable,  
Hombre bastante para todas cosas,  
Y cuyas fuerzas fueron monstruosas.

Con el desgusto pues desta fortuna  
Que mayor sinsabor les prometia,  
Caminaron de noche con la luna  
Por asconderse ya la luz del día:  
Llegaron al lugar todos á una  
Do hallaron la triste compañía,  
Crecida cantidad dellos flechados  
Y algunos de vivir desconfiados.

Curaron luego todos los heridos  
Desta valerosissima caterva,  
Y fueron los mas dellos socorridos,  
Puesto que los curó crasa Minerva;  
Pero contáronse con los perdidos  
Tres de los que hirió nociva yerba:  
Vargas, Usagre, nuestro buen Herrera,  
Ludigno de morir desta manera.

Tuvo de duracion dia seteno  
Después de la sangrienta competencia,  
Rabiando con la fuerza del veneno  
Armado de grandissima paciencia;  
Hizo sus diligencias como bueno  
Con toda la posible penitencia,  
Noble fué de nacion y también era  
Natural de Jerez de la Frontera.

Al Alvaro de Ordás dejó su cargo  
Antes que desta vida se partiese,  
Porque queriendo ir mas á lo largo  
Aqueste caballero los rigiese,  
Mas fué su fin á todos tan amargo  
Que cosa no se vió que mas lo fuese,  
Y así con un extraño sentimiento  
Celebraron aquel enterramiento.

A la tierra hicieron el entrego  
En un buho grande señalado;  
Y porque del furor del indio ciego  
No fuese del lugar desenterrado,  
A todos los buhos ponen fuego  
Porque quedase mas disimulado,  
Que suelen indios con sus desconciertos  
Desenterrar á los cristianos muertos.

Y en circuito dellos muchos juntos  
Como si vivas fueran las presencias  
Suelen hacer á miseros difuntos  
Muchos demuestos, graves insolencias;  
Y allí recitan todos por sus puntos  
Sus valentias, guerras y pendencias,  
Diciéndoles las cosas que hicieran  
Si por ventura vivos los tuvieran.

Hechas las diligencias que ya cuento,  
Todos enajenados de placeres,  
El Ordás hizo luego llamamiento  
De todos por oír sus pareceres,  
Y ver las voluntades y el intento  
Que tenían en estos menesteres,  
Y venidos á las congregaciones  
A todos les habló tales razones:

«Señores, la desgracia sucedida  
Hace los corazones tan inciertos,  
Que muchos mas pretenden la huida  
Que buscar nuevos reinos encubiertos;  
Y como tal varon perdió la vida,  
No me espanto que todos estén muertos,  
Y falten intenciones y semblante  
Para querer pasar mas adelante.

»Y así muchos soldados, que presentes  
Están en esta junta que hacemos,  
Me representan mil inconvenientes  
En los cuales es bien que reparemos,  
Para que con acuerdo de prudentes  
Lo que fuere mejor eso tomemos,  
Y aquello se nivele con el seso  
De la buena razon y justo peso.

»Porque dicen algunos hombres buenos  
En quien conozco toda valentia,  
Los indios ya mas son antes que menos,  
Nosotros somos menos cada día:  
Estamos de socorros muy ajenos,  
Sin esperanza de otra compañía,  
Y aunque el gobernador venga camino,  
No nos puede seguir sin desatino.

»Hay montañas y tierras pantanosas,  
Ríos dificultosos en pasillos,  
Las aguas de los cielos rigurosas,  
Indios que no podemos sojuzgarlos:  
Estamos faltos ya de todas cosas,  
A mas andar parecen los caballos,  
La traza que parece mas segura  
Amenaza con harta desventura.

»Ponen otras cien mil dificultades  
De las tierras adentro nunca vistas,  
Que traen apariencia de verdades,  
Y suelen suceder en las conquistas:  
De las cuales con sus antigüedades  
Todos pueden ser buenos coronistas;  
Al fin de nuestra gente la mas suelta  
Están que ya querrian dar la vuelta.

»Bien sé que no lo hacen de cobardes,  
Sino con recatado miramiento,  
Pero porque después, si murmurades,  
La pueda disculpar su cumplimiento,  
Dice que por aquello que ordenades  
Pasarán sin poner impedimentos;  
Miraldo bien, que no darán razones  
Que declinen de vuestras intenciones.»

Después que las razones se notaron  
Por nuestra flaca gente peregrina,  
En el negocio dieron y tomaron  
Y sin contradiccion se determina  
Volver donde los barcos se dejaron  
Para consigo dar en la marina:  
Llegaron do querian macilentos,  
Cansados, flojos, flacos y hambrientos.

Embarcáronse luego nuestras gentes  
No con priesa menor que torbellino,  
Si haber menester limpiar los dientes  
Ni después enjuagárselos con vino;  
Y aunque les ayudaban las corrientes  
Quisieran abreviar mas el camino,  
Llegaron al furor de las canales  
Y á los impetuosissimos raudales.

Estando pues allí la gente presta  
A los riesgos que el agua les enseña,  
Desembocó la flota mal compuesta  
Por la mayor canal desta gran peña,  
Mas veloce que tiro de ballesta  
Que de sí despidió rasa cureña;  
Mas un bergantin dellos dió tal lado  
Que poco menos fué que zozobrado.

El riesgo visto de la barca hueca,  
Y que se trastornaba ya la quilla,  
Saltaron della dos en peña seca,  
Isleo dividido de la orilla;  
Y fueron Pero Gomez y Fonseca,  
Vecinos naturales de Sevilla;  
Perálvarez guió mas á provecho,  
Y el bergantin quedó luego derecho.

El cual en un remanso detenido  
Estuvo de los remos ayudado,  
Cada cual de los dos se vió perdido,  
Y así tras él también fueron á nado:  
Fué Pedro de Fonseca recogido  
Y el pobre Pero Gomez abogado,  
Al misero sobrábale destreza,  
Pero no pudo mas con la flaqueza.

Salidos ya de pedregosas vías  
Corrieron agua bajo por la posta,  
Comiendo, si hallaban, chucherías  
Y lonja de caballo bien angosta;  
Y al cabo de gran número de días  
Salieron los navios á la costa,  
Y en Peratarue mozos y los viejos  
Andaban á marisco de cangrejos.

Al alto mar salió día siguiente  
Esta congregacion toda hambrienta,  
Los vientos le calmaron de repente,  
Y en calma padeció grave tormenta:  
El orgullo fué tal de la corriente  
Que marineros diestros desatenta,  
Embestia la fuerza del olaje  
A todos los que hacen el viaje.

En aquestos desastres y fortunas  
Quincoces, mayordomo del armada,  
Tenia una botija de aceitunas  
Para el gobernador siempre guardada:  
Quebróse con las mares importunas  
Y descubrióse luego la celada,  
Acuden, quien mas puede mas ensarta,  
Diciendo: muera Marta y muera harta.

Anda la rebatiña de manera  
Que del morir los hace desuadados,  
Comian lo de dentro y lo de fuera,  
Pues no fueron los cuesecos reservados:  
El capitán Ordás se desespera,  
Llamándoles de puercos, desalmados,  
Por vellos empapados desta suerte,  
Estando tan cercanos á la muerte.

Viendo la cosa tan desatinada,  
Y que del desatino nadie cesa,  
El Ordás puso mano del espada,  
Haciendo solenísima promesa  
De dar sanguinolenta cuchillada  
A quien no jamurase muy aprieta,  
Y estando con tal riesgo como este  
Comenzó de ventar el norueste.

Ya podia salir con vela llena  
La nave pequenuela combatida,  
Ordás quiso gozar hora tan buena  
Por evitar el riesgo de su vida;  
Y al tiempo que guindaban el entena  
Quebróseles la triza de podrida,  
Batianlos las olas mas al sesgo,  
Y así corrian mucho mayor riesgo.

Mas el gentil y bien compuesto griego  
De Rodas, Alejandro de Durazo,  
Los cantos de la vela tomó luego,  
Y entena hizo de uno y otro brazos;  
Y así con él y aquel viento gallego  
Salieron del orgullo y embarazo,  
Entre tanto la triza quebrantada  
Fué de los marineros remediada.

Por los demás navios se reparte  
Aquel orgullo de fervor marino;  
Y andando todos ellos de mal arte,  
Distantes buen espacio de camino,  
Uno dellos abrió por cierta parte  
De que era caporal Andrés Andino;  
Quedaran estos pobres patifrios  
A no hallar allí muchos bajitos.

Salen á vuelapié hasta los cuellos,  
Pero todos las armas en la mano,  
Encrespadas las barbas y cabellos  
Con el salso licor del Oceano;  
Y caribes después dieron en ellos  
Como los vieron tales en el llano,  
Mas defendiéronse valientemente  
Perdomo y el Andino con su gente.

Habia ya pasado muy delante  
El otro bergantín y compañía,  
Y en él Francisco de Evora, bastante  
Marinero sagaz que lo regia:  
La cual navegacion fué tan distante  
Que no pareció mas desde este dia;  
Iba con los demás que dentro lleva  
El tesoro Joan de Villanueva.

De los tres bergantines hubo junta  
En puerto do hallaron los dos menos,  
Ordás á todos ellos les pregunta  
Qué será de los otros hombres buenos;  
Pero por todos ellos se barrunta  
Que debian estar en otros senos,  
Por haber visto gente reparada  
En una cierta playa y anconada.

La luz de los mortales desviada,  
En busca de su gente salen fuera;  
E yendo prosiguiendo la jornada  
Antes de ver el fin desta carrera,  
Sin pensallo toparon un armada  
De caribes y gente carnicera;  
La guerra por los nuestros se comienza,  
Movidos mas de miedo que vergüenza.

Las voces que se dan llegan al centro,  
Soltaron un versete tal cual era,  
Los indios recelaron el encuentro,  
Teniendo por mas fuerte la bandera;  
Metiéronse los unos mar adentro,  
Una piragua toma la ribera,  
La gente que decimos española  
Siguieron solamente la mas sola.

Viéndose la piragua perseguida,  
Con su velocidad acostumbrada  
Se pusieron los indios en huida,  
Y en tierra la dejaron zaborada:  
Hallaron muchedumbre de comida  
Por nuestros españoles deseada,  
No faltaron allí carnes humanas  
De indios ó de gentes castellanas.

Porque siendo las cosas repartidas  
En la barca del bárbaro guerrero,  
Se hallaron preseas conocidas  
De Joan de Villanueva tesoro:  
Duda tuvieron todos de sus vidas,  
Y salió su conceto verdadero,  
Pues inquiridos por aquellos puertos  
No parecieron mas vivos ni muertos.

En continuacion de su camino  
La costa mas abajo se navega,  
Hallaron al Perdomo y al Andino,  
Y el resto de la gente se les llega:  
Contaron el asalto repentino,  
La fuerza y el rigor de la refriega,  
La muy mala sospecha que tenían  
De los que por allí no parecian.

Recogióse la gente y el fardaje  
En los tres bergantines solamente,  
Prosiguieron á Paria su viaje  
En busca del Ortal y de su gente:  
Mas en ella y en todo su paraje  
No pudieron hallar cosa viviente,  
Antes aquel castillo descompuesto,  
Segun que ya dijimos antes desto.

Viendo desiertas estas poblaciones,  
La dicha fortaleza ya quemada,  
Bajaron al ancon de Mejillones  
No con resolucion determinada;  
Pero todos los mas con intenciones  
De nunca revolver á la jornada,  
Pareciéndoles cosa mas segura  
Buscar por otras vias su ventura.

A las sazones que esto se movia  
Entre los miserables fatigados,  
En Trinidad estaba todavia  
Jerónimo de Ortal con sus soldados:  
Esperando mas amplia compañía,  
Y los tres bergantines concertados,  
Y que viniese ya la primavera  
Para ir en demanda del Herrera.

Sabian ser aquestos los conciertos  
Entre Herrera y él de cierta ciencia;  
Pero ningunos dellos están ciertos  
En qué parte hacia residencia,  
O por qué se movieron destos puertos  
Sin les dejar allí viva presencia:  
Al fin todos confusos y perplejos  
Echaban sus juicios á lo lejos.

Siendo pues sus propósitos y fines  
Nada diferenciados en conceto,  
A estos mismos puertos y confines  
Donde todos se vian en aprieto,  
Llegaron los tres dichos bergantines,  
Y por su capitán Martin Nieto,  
Con soldados bizarros y contentos,  
Y mucha cantidad de bastimentos.

Saludáronse unas y otras gentes  
Con la gracia y amor acostumbrado,  
Por ser todos hermanos y parientes,  
Peregrinos en un mismo cuidado:  
Los que de nuevo van están pendientes  
Del otro que llegó desbaratado,  
Por vello seco, flaco, consumido  
Y casi sin reparo de vestido.

Las manos y las piernas muy pecosas,  
De mosquitos, espesas picaduras,  
Con unas camisetas deseosas:  
De ver algun jabon por sus costuras:  
Las espadas sin vainas y mohosas,  
Hartas de romper tripas y asaduras,  
Peores y de mas malas maneras  
Que forzados que huyen de galeras.

Todos ellos estaban admirados  
De ver en estos hombres tan vil traje;  
Mas ellos les contaron sus cuidados,  
Su mas que prolijísimo viaje:  
Los trabajos inmensos comportados,  
La braveza del bárbaro salvaje,  
Los terribles calores, los estios,  
Innumerables ciénegas y rios.

Contando que ni noches ni mañanas  
Vian enjuta ropa que se lleva:  
A las gentes compuestas y galanas  
No les pareció bien aquesta nueva;  
Y ansi mostraron todos malas ganas  
De tornar á hacer aquella prueba,  
Antes de procurar con el que manda  
Que mudase derrotas y demanda.

Luego vinieron todos á concierto  
De que los bergantines mal parados  
No hiciesen mudanza deste puerto,  
Sino los que venian aviados;  
Y que para dar cuenta de lo cierto  
Fuesen algunos hombres señalados,  
Que pudiesen á Ortal decir de vista  
El suceso de toda la conquista.

Fueron pues, para dar razon entera,  
Nombrados de comun consentimiento,  
Miguel Holguin y Pedro de Ribera,  
Personas de muy gran merecimiento;  
Y para proseguir esta carrera  
Las velas hacen dar al manso viento;  
Llegaron á la isla referida,  
Donde estaba la gente detenida.

A prima fronte fueron recibidos  
Con aplausos de gran contentamiento;  
Pero ya los desmanes entendidos  
Engendrósese pesado sentimiento:  
De cuya causa todos son movidos  
A no perseverar en el intento,  
Sino procurar ir otro camino,  
Que yo diré con el favor divino.

## CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador  
JERÓNIMO DE ORTAL, y cómo determinó entrar por Maracapaná, y las  
demás cosas acontecidas en aquella provincia.

Muchas veces los males sucedidos  
A los hombres pasados ó presentes,  
Nos hacen recatados y advertidos  
Para seguir caminos diferentes:  
Bien como son ejemplo los punidos  
A muchos para no ser delincuentes,  
Pues aunque no padezean la tal pena  
Póneles duros frenos el ajena.

Así, pensadas bien adversidades  
Del rio de Uyapar y sus entradas,  
En todos ellos hubo novedades,  
Algunas algo ya demasiadas.  
Ortal mudó sus propias voluntades  
Como vió las de todos tan mudadas,  
Determinándose como prudente  
Poner en Neveri tola la gente.

Salieron todos pues de la ribera  
Para donde tenían concertado,  
En lugar del Alonso de Herrera  
Por general un Agustín Delgado:  
Dignísimo de mucho mas que fuera  
Bastante para muy mayor cuidado,  
Y aviados en paz y con sosiego  
Ortal para Cubagua se fué luego,

A fin de recoger alguna gente,  
Que hicieron ausencia del armada,  
Y cosas que serian convinientes  
A la prosecucion de la jornada:  
Allí supo delitos diferentes,  
Dignos de corregir mano pesada,  
Y en una levantisca compañía  
Un no sé qué hedor de sodomía.

Habian destos ya hecho justicia  
En Uyapar, según es ordinario,  
Pero disimulóse la malicia  
De cierto calafate necesario:  
Ordás agora desto dió noticia,  
Y cada cual allí le fué contrario;  
Mandándole prender los de Cubagua,  
El dicho hizo fuga por el agua.

Venciendo con grandísima constancia  
De las ondas del mar montes supremos,  
Con tan grande vigor y vigilancia,  
Que en las humanas fuerzas son extremos:  
Navegó siete leguas de distancia  
El cuerpo por batel, los brazos remos,  
Tantas leguas nadó desde esta playa  
Hasta poder llegar á las de Araya.

Fuera del mar salió; mas ¿qué aprovecha  
Que Neptuno quisiese reservallo,  
Pues si tal elemento lo desecha,  
El del fuego no quiso desechallo?  
La tierra que holló también acecha  
El rastro que tomó para tomallo,  
Las llamas avivó fuerza del viento,  
Donde vido su fin y acabamiento.

A Neveri llegó nuestro Delgado  
Donde desembarcó su compañía,  
Luego hizo fundar pueblo nombrado  
San Miguel, por llegar en este día:  
Asiento todas horas infestado  
De mosquitos inmensos que tenía,  
Tantos, que cubren barbas y cabellos,  
Y andaban como tontos todos ellos.

Tomaron por alivio de su pena  
Disciplina de golpe riguroso,  
Ojeando con ramos de verbena  
Las picas del ejército goloso:  
Algunos se cubrían con arena  
Por tener algun poco de reposo,  
Podian reposar desta manera  
La cabeza tan solamente fuera.

Hubo hambre crúel y calentura  
A vueltas de tormento tan terrible:  
El indio nada da, ni se procura  
Sino por su rescate convenible;  
Faltábales, y en esta coyuntura  
Para se la tomar poco posible,  
Impedian los tiempos y razones  
Hacelles á los indios sinrazones.

Demás de que los indios del paraje  
No ponian á paz algun embargo,  
Y pudieran quitalles el pasaje  
Para no se meter mas á lo largo:  
Muchos allí hacían su viaje  
De Cubagua con este mismo cargo,  
De rescatar esclavos ó comida,  
Luego la paga dello proveida.

Que también entre indios se hacían  
Pesadísimos saltos y nocivos:  
Mataban, abrasaban, destruían,  
Traían á sus tierras muchos vivos;  
Y aquellos rescataban y vendían  
Como sujetos suyos y captivos,  
Y aun algunos insanos y dementes  
Vendían á sus hijos y parientes.

Por haber los esclavos tan barato  
Se frecuentaba bien este camino,  
Y en estas dichas ferias y contrato  
Un Luis de Sanabria fué ladino:  
El cual, después que ya dejó su trato,  
En este nuevo reino fué vecino;  
Fué capitán entonces diligente,  
Astuto, lijerísimo, valiente.

Estando pues el pueblo tan doliente,  
Y la gente de todo bien ajena,  
El Sanabria llegó con otra gente  
De esclavos proveída la cadena:  
Llegaron Diego Gomez, Luis Valiente,  
Un Joan Guillén, Riberos y Villena,  
Por quien en tempestad tan afligida  
Fué la misera gente socorrida.

Después que estos salieron del inviso  
Lugar y playa mal apercebida,  
El Agustín Delgado luego quiso  
A todos dar remedio y á su vida:  
Al gobernador hizo dar aviso  
Pidiendo brevedad en su venida,  
Siendo por su mandado mensajero  
El cabal Alonso Alvarez Guerrero.

A Cubagua llegó, donde se vido  
Con el gobernador dando razones  
Bastantes para ser persuadido  
A huir cualesquiera dilaciones:  
Partióse luego bien apercebido  
Con cien escogidísimos varones,  
Un sacerdote de mi mismo nombre,  
Francés de su nacion y cabal hombre.

Volvió con él Sanabria como guia,  
Principal adalid del campo nuestro,  
Porque para lo que se pretendia  
Ninguno pudo ser mejor maestro:  
A rescatar salió como solia  
Entrando por la tierra como diestro,  
Yendo también con él Gomez de Armada,  
Ansí mismo persona señalada.

Pocos días después de su partida  
Volvieron estos dos rescatadores,  
En Indias abundancia de comida  
Noticia de caciques muy mayores:  
Por ellos otras veces entendida,  
Siendo los de la costa los autores;  
Mas á cristianos ojos nada desto  
Antes habia sido manifiesto.

Pues aunque frecuentaban las armadas  
La costa so colores de rescate,  
Entrarse mas que dos ó tres jornadas  
Teníase por grande disparate;  
Y no con herraduras preparadas,  
Por ser su buen rociú el alpargate,  
Aconteció volver veces no pocas  
Quebradas las cabezas y las bocas.

Pues al que por la paz era ya nuestro  
Menos se reservaban las cabuyas,  
Que son prisiones hechas de cabestro,  
Españoles usando de las suyas:  
Pues robaban á diestro y á siniestro  
Piezas, sin respetar cuáles ni cuyas,  
Por causa de lo cual muchos caian  
En las redes y lazos que hacian.

A vueltas de las cuales insolencias  
Acontecidas en aquel distrito,  
Hubo tantos encuentros y pendencies  
Que será proceder en infinito  
Tanta diversidad de menudencias  
Querer aquí ponellas por escrito,  
Valentías y hechos soberanos,  
Do pudieron mas indios que cristianos.

Tanto que solo uno descontento  
De vellos ir un alto demandando,  
Donde segun comun entendimiento  
Él debia de estar atalayando,  
Hizo volver espaldas mas de ciento,  
Unos sobre los otros tropezando,  
Y el indio solo que les acomete  
Hirió de mala muerte seis ó siete.

Lo cual en Guantar fué y á mediada  
No yendo nuestra gente descuidada,  
Por ser el reventon que se subia  
Cuchilla por los lados desrumbada:  
Retrayóse del indio quien los guia,  
Sospechando ser mas en la celada,  
Mas que de paso vuelven descendiendo,  
Y el indio solo se quedó riendo,

Diciéndoles en lengua conocida  
Haciendo la perneta por gran rato:  
«¡ Ab guarichas! ¿ poneis en huida  
Por escapar del indio Manicaco?  
Venid, venid por piezas y comida,  
Que aquí la venderemos bien barato.»  
Y si dieran lugar los mal heridos,  
Volvieran por estar todos corridos.

Otros insignes lances desta gente  
Pudieramos contaros sucesivos,  
Do dejaron el asa y aun la frente  
Capitanes de punto bien altivos:  
Y sé que pican valerosamente  
Cuantos boy por allí se hallan vivos;  
Porque continuas guerras de los nuestros  
Los han hecho mas sueltos y mas diestros.

Pero con tantas idas y venidas  
De las cercanas islas con armadas,  
Quedaron estas tierras destruidas,  
Sus costas y fronteras assoladas;  
Y si fueran entonces repartidas  
Segun las cosas hoy van ordenadas,  
Fuera la poblazon que represento  
A muchos españoles gran sustento.

Mas nunca se euró nuestra compañía  
De poblar por allí sierra ni llano,  
Con poder competir con nuestra España  
En gentes ó muy poca menos mano:  
También Ortal se dió muy mala maña  
Estando lo de dentro todo sano,  
Y pudiendo los indios ser instrutos  
En acudir con rentas y tributos.

Si don Diego de Ordás allí se viera  
Después que revolvió de los raudales,  
Otro concierto y orden se tuviera  
En fundarse ciudades principales  
Como quien entendió qué cosa era  
Poblar y repartir las tierras tales;  
Pues adonde de gentes hay granjea  
Con ellas se granjea la riqueza.

Mas los que por allí llevaban cargo  
Otro Pirú buscaban solamente,  
Y así siempre colaban á lo largo  
Dejando muy atrás el bien patente:  
Fué cierto pesadísimo letargo  
No considerar mas que lo presente,  
Y ser de todos principal estima  
El oro que hallaban de por cima.

Preciando pues Ortal el interese  
Que prometian estas relaciones,  
Al Agustín Delgado mandó fuese  
Con dos ó tres caballos y peones,  
Para que mas adentro descubriese  
Aquellas afamadas poblaciones;  
Fueron del general apercebidos  
Cincuenta y tres peones escogidos.

La partida pusieron en efeto  
Con las posibles fuerzas y recado,  
Los de caballo son Moron y Nieto,  
Un Francisco de Chaves y el Delgado:  
Cada cual dellos en mayor aprieto  
Mas suelto, mas valiente y esforzado,  
Atravesaron por Cumanagoto  
Sin haber en los indios alboroto.

Travesaron diez leguas de arcabuco  
De tierras secas, pero bien pobladas,  
Sin riberas de yedras ó hejuco,  
Pues en Jagüeyes eran las aguadas:  
Vinieron á salir á Guacharuco,  
Provincias algo ya mas escombradas,  
Y á Paripamotú, gente guerrera,  
Casi como soldados de frontera.

Porque todas aquestas pertenencias  
De indios á la costa mas cercanos  
Tenian muy crüeles competencias  
Con los que residian en los llanos;  
A causa de las cuales diferencias  
Fueron bien recibidos los cristianos:  
Hicieron paz con estos naturales  
Dejando muchas cruces por señales,

Estuvieron allí tercero día  
 Con sustento que fué mas que bastante,  
 Pidieron a los indios luego guía  
 Para poder pasar mas adelante:  
 Continuaron esta travesía  
 Por tierra llena, fértil y abundante,  
 Admirados de ver tantos caminos  
 Y tan inmensa copia de vecinos.

Enviaban espías los señores  
 De saber intenciones deseosas,  
 Alborotábanse los moradores,  
 Teniéndolos por hombres sospechosos:  
 Asegurábalos destos temores  
 Ver pocos ellos siendo poderosos,  
 Algunos deseaban rompimiento  
 Por descubrir aquel encantamiento.

Juntándose pues cierta compañía  
 De pobrezuelos menos importantes,  
 Un jueves á las diez horas del día,  
 Vinieron contra nuestros caminantes  
 Con aquella bravosa lozanía  
 Que suelen en rencuentros semejantes:  
 El Delgado, por no caer en mengua:  
 A voces les habló con una lengua.

«Reprimid, buenas gentes, vuestras riendas,  
 Procurad evitar inconvenientes,  
 Que no queremos guerras ni contiendas,  
 Sino seros amigos y parientes:  
 Donde no, tomaremos las enmiendas,  
 Como merecen tales accidentes;  
 No venimos con áspera demanda,  
 Porque nuestro gran rey así lo manda.

» Es rey universal deste rebaño,  
 Y manda que si dais las amistades  
 Os reserven de todo mal y daño,  
 Os digan y declaren las verdades,  
 Para que con un santo desengaño  
 Dejeis vuestras antiguas ceguedades,  
 Conozcais y adoreis en este suelo  
 Al sumo Hacedor de tierra y cielo.»

Los indios, que venian muy follones,  
 Respondian las armas meneando:  
 «Bien sabemos que sois unos ladrones,  
 Que andais noches y días saltando:  
 Flojos, haraganosos, mogollones,  
 A trabajos ajenos regoldando,  
 Toma maiz, toma tortillas hechas.»  
 Y disparaban cantidad de flechas.

Viendo los nuestros tanta desvergüenza,  
 Y tres ó cuatro dellos ya heridos,  
 La fuerza del sufrir quebró su trenza,  
 Soltando los que estaban detenidos:  
 Guazavara sangrienta se comienza,  
 Con gran enojo son acometidos;  
 Salen los caballeros castellanos,  
 Y los demás sus armas en las manos.

El general á una y otra mano  
 Comenzó de jugar la diestra lanza,  
 Sin dejalle lugar á zurujano  
 Para curar aquel á quien alcanza:  
 El Nieto y el Morán no dan en vano,  
 El Chaves no se mueve con tardanza;  
 No traen menos brios los peones  
 Entre los furiosos escuadrones.

De todos cada cual hace por siete,  
 Necesidad haciendo que mas pueda,  
 Holguin al mayor riesgo se comete,  
 Al mayor escuadron Avellaneda:  
 Mostraba sus valores Alderete,  
 Atrás Pero Fernandez no se queda;  
 Ganaron valerosa laureola  
 Jejas, Machin de Oñate y Urriola.

Puso tan gran espanto la preserçia  
 De las bestias que van encubiertas;  
 Las crüeles lanzadas y esperiencia  
 De los golpes que daban las espadas,  
 Que hicieron los bárbaros ausencia,  
 Metiéndose por montes y quebradas,  
 Buscando cada cual vana guarida  
 Para poder asegurar su vida.

Como si los que van por plaza rasa,  
 En las partes que son de su acera,  
 Viesen fuego venir que las abrasa  
 Con tal encendimiento, que él quisiera;  
 Huye para remedio de su casa  
 Del lugar donde está, sin mas espera,  
 Y corre por las calles por ir presto  
 De pantulos y capa descompuesto;

Ansi los del ejército salvaje,  
 Después que vieron las matanzas hechas,  
 Para la brevedad de su viaje,  
 Las anchas sendas hallan mas estrechas:  
 Aquí se destocaban el plumaje,  
 Allí largan los arcos y las flechas,  
 Por acullá buscaban un portillo  
 Para poner en cobro su latillo.

A los encuentros dichos dada cima,  
 Caminaron los nuestros á lo llano  
 Con mas reputacion y mas estima  
 En opinion del indio comarcano;  
 No hizo caso dellos Unarima,  
 Señor que se hallaron con á mano,  
 Cacique de soberbias condiciones,  
 De grandes y estendidas poblaciones.

Occupaban los campos y riberas  
 Por do lleva sus aguas recogidas  
 Unare, cuyas largas sementeras  
 Hacén estas provincias bastecidas;  
 Mas no les contentando las esperas  
 De las gentes allí recién venidas,  
 Huyeron con caudales y atavio  
 A la contraria parte deste río.

Con indios que de paz eran venidos  
 El Agustín Delgado les hablaba;  
 Siendo por muchas veces requeridos  
 Viniesen á la paz que se les daba:  
 Unarima tapaba los oidos  
 Y por palabras lo amenazaba,  
 Diciendo: «veros he tan de mañana,  
 Que pueda la comida ser temprana.

»Tomaremos acá nuestros consejos  
 En de spicar maiz para tortillas;  
 Daremos bien guisados los conejos,  
 Los venados, perdices, tortolillas;  
 Serviros han los mozos y los viejos,  
 Vereis en el servicio maravillas;  
 Comerán á placer los haraganes  
 Uquiras, guacharacas y faisanes.»

Los nuestros no tomaron mucha pena,  
 Ni se sobresaltaron con espanto;  
 Mas antes deseaban dar la cena,  
 Antes que diesen ellos el ayanto:  
 La noche se llegó, que fué serena;  
 Dióles buena sazón oscuro manto,  
 Asentaron en una baja cumbre  
 Adonde cada rancho hizo lumbre.

Y fué por todos ellos acordado  
 Que con escuridad mas sosegada  
 Tentasen de buscar algun buen vado  
 Para podelles dar el alborada:  
 El campo, bien compuesto y ordenado,  
 Salieron á la hora concertada,  
 Quedándose las lumbres encendidas  
 Para disimular estas salidas.

Debajo del intento caminaron  
 Con alguna manera de rodeo;  
 Revolvieron al río, do hallaron  
 Vado que satisfizo su deseo:  
 Todos con gran silencio lo pasaron  
 Y ganas de se ver en el torneo;  
 Pero fueron los indios alterados  
 Por los otros amigos avisados.

Aunque de claridad hubo penuria,  
 Los fuertes del ejército salvaje  
 Acudieron al vado con gran furia,  
 Pensando perturballes el pasaje:  
 Los nuestros, por vengarse del injuria,  
 Habian abreviado su viaje,  
 Tomando con presteza la ribera,  
 Donde se recogieron á bandera.

Estando pues parados á la orilla  
Poniéndose por orden conveniente,  
Dió con ellos la bárbara cuadrilla  
Con impetu, que cierto fué terrible :  
Comenzóse sangrienta la rencilla  
Haciendo cada parte lo posible ,  
Pretendiendo los indios mas lozanos  
De todos los tomar vivos á manos.

Vistas tan atrevidas diligencias  
Por los de diferentes confianzas,  
Avivaron de veras las pependencias  
Golpes de las espadas y las lanzas :  
Múdanse pareceres y sentencias  
Abátense las locas esperanzas,  
Porque con cantidad de muertes suyas  
Los nuestros rehusaban las cabuyas.

Rompiendo batallon el caballero,  
A las espaldas hay infantería,  
Que va con Alonso Alvarez Guerrero,  
El cual hizo grandezas este dia:  
Lo que Delgado hizo por entero  
No puede recitar la pluma mia,  
Pues cierto me parece que no miento  
Si digo que hacia mas que ciento.

Otros hubo de tanta fortaleza,  
Cuyo valor y nombres yo no callo ;  
Pero no vi jamás igual destreza  
En menear la lanza y el caballo :  
La maña, la soltura, la presteza  
En romper escuadron y derramallo,  
Tan á tiempo, sazón, tan á provecho  
Como si lo hallara todo hecho.

Viendo los indios pues las mortandades  
Y la priesa que daba nuestra gente ,  
En huyéndose las escuridades  
Huyeron también ellos juntamente :  
Quedando por aquellas heredades  
Muertos setenta , mal heridos veinte ;  
De los nuestros tan trance tan veñido  
Joan Martin Labrador solo herido.

A questo hecho con tan buena mano,  
Los nuestros prosiguiendo su corrida,  
Pasaron en el pueblo mas cercano  
Donde hallaron copia de comida :  
Venados muertos, cantidad de grano  
E ya la gente del toda huida ,  
Proveyeron de carne la candelá,  
Comieron á placer, mas no sin vela.

La cual fué menester porque Unarima,  
Estimulado mas por su rotura,  
Quiso, creyendo de caer encima ,  
Tentar segunda vez esta ventura,  
Procurando hacer que se reprima  
De los advenedizos la soltura ;  
El cual con este vano pensamiento  
Hizo de capitanes llamamiento,

Diciéndoles : « ¡ Ah, torpes, insensatos,  
No hombres, sino bultos de madera!  
¿ Cómo se sufre que de cuatro gatos  
Os dejéis sujetar desta manera ?  
Los mas dellos enfermos y hipatos  
Gente de nuestros reinos estranjera,  
Salteando de noche como zorros  
Por no tener recurso de socorros.

« Conciba cada cual mi confianza,  
Estén los venenosos tiros prestos,  
Que quiero que volvamos á la danza  
Para reconocer quien son aquestos,  
Tomando dellos la crúel venganza  
Que merecen ladrones tan molestos :  
Coman agora bien chicos y coche.  
Que yo haré que tengan negra noche. »

En aquestas riberas del Unare ,  
Y los pueblos á ellas circunstantes,  
Era su general un Mompiare  
Que la gente llevó la noche antes ;  
Este dijo : « Bien es que me declare ,  
Porque de la huida no te espantes ;  
Pues tú ni mas ni menos lo hicieras  
Si lo que vimos ansimismo vieras.

« Estos traen allí cuatro visiones  
Que curan y regalan en establos,  
Mas sueltos y lijeros que balcones  
Con unas largas guaicas ó venablos,  
Que traspasan humanos corazones  
Y asombraran á todos los diablos,  
Los otros con macanas tan estrañas  
Que rompen ansimismo las entrañas.

« Eran tan insufribles las heridas,  
La gente que caía tan espesa,  
Que tuvimos por buenas las huidas  
Aquellos que pudimos darnos priesa ;  
Por no perder allí todos las vidas  
Quedando sin efeto la promesa ;  
Pero sin recelar el tal estrago  
Vamos, que tú verás lo que yo hago. »

Juntábase bien mil y quinientos  
Hombres membrudos, sueltos, escogidos,  
Con sus acostumbrados ornamentos  
De diferentes armas proveidos :  
En aquellos ya dichos aposentos  
Los españoles son acometidos,  
Repartida por tres toda la suma ,  
El rey, y Mompiare, y Canaruma.

Unarima guió por la frontera,  
Los otros ocuparon ambos lados,  
Lo demás reguardaba la ribera  
Del rio donde no hallaban vados :  
Dióse priesa la gente forastera  
A ser apercebidos y ordenados,  
Repartidos sus breves estandartes  
Para se defender por todas partes.

La grita, vocería y alboroto  
Rompe los aires por aquellos llanos ,  
Daba voces el indio Paragoto :  
« Vivos me los tomad todos á manos » :  
Pero contrarios eran deste voto  
Nuestros animosísimos cristianos,  
Los cuales todos con furor horrendo ,  
« Santiago, y á ellos », van diciendo.

Hieren á los caballos las espuelas,  
Los peones tras ellos repartidos,  
Amparándose bien con las rodela  
A los mortales tiros encogidos :  
Derribanse narices, rompen muelas ,  
Todo lugar ocupan los caídos,  
Tenian al herir tan buena traza  
Que por lo mas espeso hacen plaza.

No lleva tanta furia tigre hircana  
A redimir los hijos salteados,  
Cuanta lleva la gente castellana  
Por redimir encuentros tan pesados :  
El caballero lleva buena gana ,  
Los peones no viven descuidados,  
Rompiendo van por el mayor aprieto  
Morán, y con él Chaves, Martin Nieto.

También en el hervor de la conquista  
El Delgado hacia maravillas ,  
Sin hallar tropezon que lo resistá  
De tantas y tan ásperas cuadrillas :  
No puede comportar indiana vista  
Ver romper tantos pechos y costillas ;  
Todos en los caballos ponen ojos ,  
Ya casi resfriados sus antojos.

Vistas pues tan pesadas turbaciones  
En el sanguinolento desafío,  
La mayor parte destes escuadrones  
Procuró de hacer largo desvío ;  
Y largando nocivas municiones  
A nado se metían por el río ,  
No tuvo después dellos menos grima  
Para se retraer el Unarima.

Desbaratadas estas compañías,  
Vencidos los que tanto braveaban ,  
Los nuestros reposaron cuatro dias  
En aquellos asientos donde estaban :  
Asechándolos siempre mil espías  
Que principales indios enviaban ,  
Mas todos apartados y remotos  
De gritas y sangrientos alborotos.

Estando pues allí nuestros guerreros  
Velándose según han de costumbre,  
El Unarima hizo mensajeros  
Para dallas la paz sin pesadumbre :  
El Delgado holgó con los terceros  
Tratándolos con grande mansedumbre,  
Al alto Dios poniendo por testigo  
De selle siempre muy léal amigo.

Pesantes del pasado desatino,  
Volvieron con gustosos despidientes ;  
El señor Unarima luego vino,  
Fué recibido bien de nuestras gentes ;  
Mas por haber andado gran camino  
Y ansimismo cansarse los oyentes,  
Aqueste canto cese de presente,  
Diremos lo demás en el siguiente.

## CANTO QUINTO,

Bende se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaran los españoles y repartieran la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia.

Sobre cimientos fijos bien zanjados  
Los edificios suelen ser insines ;  
Mas cuando los principios van errados  
Los medios van por términos ruines ;  
Y los trabajos son tan mal gastados  
Que no pueden llegar á buenos fines ;  
Podríamos decir que no fué menos  
En estos amplios reinos y tan buenos.

Porque dada la paz por Unarima  
Sin recibir los nuestros sinsabores,  
Vino Guaramental, vino Canima,  
Vinieron otros reyes y señores,  
Que nombraremos en alguna rima,  
O á lo menos dellos los mayores,  
Cuando los ofreciere la memoria  
Y hicieren al caso del historia.

Ganara pues Orta! aqueste juego,  
Que fué mas importante que yo digo,  
Si como lo halló poblara luego  
Y no buscara panes de trastrigo ;  
Mas no quiso tener allí sosiego,  
Por lo cual se quedó casi mendigo ;  
Edificara sobre buen cimiento  
Teniendo tan entero fundamento.

Que puesto caso que para guerrera  
Industria nunca fué menesterosa,  
Consta por otra parte ser sincera  
Gent , docible, noble y amorosa ;  
Y en aquella sazón tan blanda cera  
Que della se hiciera cualquier cosa,  
De lo cual siempre dieron clara muestra  
En cuanto les mandó la gente nuestra.

Porque cuando Delgado caminaba  
Con esta poca copia de varones,  
Cada cacique dellos cambiaba  
Lo que tenía por preciosos dones,  
Sin ya sacarse tiros del aljaba  
Ni se reconocer alteraciones :  
Destos Guaramental el que ya digo  
Se les mostraba muy mayor amigo.

Era señor de grande principado,  
No sin algún tiránico coraje,  
De los demás caciques respetado,  
Algunos con prision de vasallaje :  
Tenia potentísimo cercado,  
Al cual Delgado hizo su viaje ;  
El bárbaro mostró sus aposentos  
Con otros cortesanos cumplimientos.

De buen oro le dió ricas preseas,  
Seis pajes de gallarda compostura,  
Diez esclavos de rústicas aldeas,  
Mancebos sueltos, diestros en cultura  
Tres niñas, mas no niñas, sino deas  
En examen de toda hermosura,  
Guamba, Goroquaney y Mayarare,  
Cuyos nombres es justo que declare.

Tomaron estos apellidos tales  
Las tres niñas atrás conmemoradas  
De los reinos donde eran naturales  
Y al bárbaro le fueron enviadas :  
Provincias en grandeza principales,  
Por armas y proezas señaladas,  
Con quien hasta los tiempos que esto toco  
Los españoles han ganado poco.

Los temples son de grandes escelencias,  
A la salud humana provechosas,  
Propicias y admirables influencias  
En producir mujeres generosas :  
Tanto que todas tienen las decencias  
Que se requieren para ser hermosas,  
Con un grave mirar, un aire bello,  
Tal que se huelgan ellas de entendello.

Al gran Agamenon y al gran Aquiles  
No dieron tanto gusto las doncellas,  
Causa de sus pendencias juveniles  
Cuanto dió de las tres cualquiera dellas,  
A causa de mostrarse tan gentiles,  
Tan bien proporcionadas y tan bellas ;  
Ellas nunca jamás mostraron saña  
De se ver entregar á gente estraña.

Vinieron pues los dones al Delgado,  
Los cuales recibió de buena gana,  
En recompensa dió puñal dorado,  
Un antiguo sayon de fina grana,  
Camisa y un bonete colorado  
Con una larga pluma muy galana,  
Y otras cosas algunas que no cuento  
Que le dieron al bárbaro contento.

Fué dentro del cercado recibido  
Con las demás personas estrangeras :  
Lugar es deleitoso y estendido  
Con grandes plazas, calles y carreras ;  
Por todas partes bien fortalecido  
Con muchos flechaderos y troneras,  
Casa de armas, arcos reservados  
Para poder armar diez mil soldados.

Otras innumerables municiones  
De dardo, de macana, lanza, honda,  
Por fuera del cercado prevenciones,  
Gente de guarnición á la redonda :  
Seiscientos validísimos varones  
Que por sus cuartos los hacían ronda,  
Casas llenas de todos bastimentos  
Que los indios traían por momentos.

Generosas despensas y cocinas  
Abundantísimas de sus manjares,  
Bodegas de bebidas peregrinas  
De maíz y de piñas singulares ;  
Sobre mas de doscientas concubinas  
De diferentes tierras y lugares,  
Todas en general muchachas bellas,  
Eunucos también en guarda dellas.

Tenia por jüeces y retores  
Personas de quien él se confiaba,  
Aquestos eran hombres ya mayores  
A quien el mas brioso respetaba ;  
Pobladas horcas de los malhechores,  
Porque con gran rigor los castigaba  
Por mano de verdugos carniceros,  
Que servían también de pregoneros.

Tenían en un canto deste llano,  
Donde los pregoneros se subían,  
Túmulo levantado por su mano  
De gran altor, adonde se decían  
Inviolables mandos del tirano,  
Que sin poner escusa se cumplían :  
Labrador, oficial, hombre de guerra,  
Con obediencia va pecho por tierra.

Visto pues el lugar y las princesas  
Que tenía con guardas recogidas,  
Mandó Guaramental poner las mesas  
Muy abundantemente proveídas  
De cazas de sus campos y dehesas,  
De que son grandemente bastecidas  
Con tantas variedades y maneras  
Que no parecen cosas creederas.

Doncellas de lozana hermosura  
Allí sirvieron con tan gran limpieza,  
Que no se les manchaba vestidura  
Que causase desdén á su belleza :  
Por ser las ropas de su compostura  
Aquellas que les dió naturaleza,  
Después estas sirvientes fueron dadas  
A las personas mas calificadas.

Las fiestas y convites acabados,  
El Guaramental dijo que quería  
Que se fuesen á caza de venados  
A campos y zavasanas que tenia :  
El Delgado con los demás soldados  
Le dieron á entender que les placia,  
Mandó luego llamar sus pregoneros  
Para que convocasen sus monteros.

Luego subieron estos en el viso  
Llamando capitanes y sarjentos,  
Llegaron al momento los que quiso,  
Que fueron poco mas de cuatrocientos :  
Estaban españoles con aviso  
Pensando ser contrarios los intentos,  
Y que por el corral y larga plaza  
Dellos mismos quería hacer caza.

Mas no tenían tales intenciones,  
Antes de conservar las amistades,  
Pues todas estas eran ocasiones  
Para mas les ganar las voluntades :  
No sin interesalles pretensiones  
De sujetar ansi parcialidades,  
Que por tener grandísima potencia  
No le reconocian obediencia.

Signieron pues los indios sus demandas,  
De todos aderezos bien compuestos,  
Partidos en escuadras y por bandas,  
Por orden y concierto bien digestos :  
El gran Guaramental en unas andas  
En hombros de gandules bien dispuestos,  
Los lados y fronteras van abiertas,  
De lince maculoso las cubiertas.

De madera muy negra son unidas,  
De la mejor que por acá se halla,  
Con chaguales de oro guarnecidas  
En todas ellas infernal medalla ;  
Por otras muchas partes esculpidas  
Animales cien mil de buena talla ;  
Acompañábalo por mas honrallo  
Delgado con los otros de caballo.

A punto las adargas y las lanzas,  
Afiladas las puntas de los hierros,  
Para cazar segun nuestras usanzas  
Españoles llevaban cuatro perros :  
Caminaron con estas ordenanzas  
Hasta que llegaron á los cerros,  
Adonde las cuadrillas concertadas  
Se pusieron en puestos y paradas.

Son bosques de zavasanas estendidas,  
Con tal densor que no sabré pintallo,  
Las yerbas dellas todas tan crecidas,  
Con un poleo de prolijo tallo,  
Que si no son holladas y abatidas  
No se parecen hombres á caballo,  
Algunas arboledas, aunque raras,  
Muy limpias de troncones y de jaras.

Cercaron pues prolijo campo luego  
De grandes pajonales agostados,  
En circuito dél pusieron fuego  
A una todos, y por todos lados ;  
Porque huyendo del desasosiego  
Hallase los lugares ocupados  
La caza donde quiera que acudiese,  
Y la llama y ardor la detuviere.

Fué pues el viento llamas avivando,  
Con la velocidad que se quería,  
El circuito todo rodeando,  
Que por momentos menos se hacia :  
Diversos animales van saltando,  
Buscando lo que fuego no tenia,  
Allí de cazadores hay rodeo  
Por hartar con efeto su deseo.

Como red que por mar van estendiendo  
En partes de placeres convenientes,  
Do las bajas arenas van barriendo  
Con los plomos que están della pendientes,  
Y al tiempo que la vienen recogiendo  
Congregan muchos peces diferentes,  
Y allí vereis del uno y otro bando  
Revueltos por la playa palpitando ;

Así manada junta muy espesa  
Vereis de diferentes animales  
Cruzar aquí y allí con grande priesa,  
En riesgo y en temor todos iguales :  
Con el ardor de llamas que no cesa  
En acecho se ponen naturales,  
Al que del fuego sale derribando  
Los unos á los otros reguardando.

Gritaban lidiadores en el caso  
Por fuera de las llamas rodeado,  
El tigre salta del ardiente foso,  
El leon sale todo chamuscado ;  
Por acullá vereis huir el oso,  
Aquí y allí derriban el venado,  
El cual si de la llama se desecha  
Luego lo traspasaba dura flecha.

Capitanes allí tiran á tema  
Sobre cual dellos mas se señalaba,  
Entre ellos se mostró Tunubuzema,  
Pues uno y otro y otro derribaba ;  
Mas el robusto Cliniquichinema  
No sacó tiro vano del aljava,  
Y sobre todos fué Guaima Pororo,  
Oficio que sabia bien de coro.

La llama hizo mas angosto seno,  
Los pajonales todos consumiendo,  
Y el compás que restaba todo lleno  
De caza que las llamas van rompiendo :  
Saltan venados el ardiente seno,  
Los pelos chamuscados sacudiendo,  
Por donde pareció mas flaca llama  
Y la zavana tuvo menos rama.

Como fuente de agua represada  
En cumbres altas de lugar fragoso,  
Que rota la pared del albarrada  
Corre con un furor impetuoso,  
Yendo por muchas partes derramada,  
Inquiriendo lugar de mas reposo ;  
Ansi salieron estos animales  
Derramados por partes desiguales.

Acudieron caballos y los perros  
Del tiempo que tardaron desdeñosos,  
Rojas están las astas y los hierros  
Por el quemado campo presurosos :  
Siguen unos la caza por los cerros,  
Los otros por los llanos espaciosos,  
No corren, sino vuelan como aves  
Delgado y el Morán, y Nieto, y Chaves.

Renovóse la caza con aumento  
Siguiendo la manada presurosa,  
Quien mas derriba queda mas hambriento,  
La punta de la lanza mas golosa :  
Guaramental estaba muy contento,  
Admirado de ver tan nueva cosa,  
Los cuatro perros vuelan la dehesa,  
Y en gran número dellos hacen presa.

En atención suspensos principales,  
Los de mas bajas suertes embobados  
De ver aquellos brutos animales  
Del uso de razon enajenados,  
Sujetos á los mandos racionales  
Sin ser á lo contrario desmandados :  
Potencias colocaban y ponian  
En la velocidad con que corrian.

Las suertes y los lances acabados  
Y los venados muertos recogidos,  
Volvieron todos muy regocijados  
Do los indios quedaron detenidos :  
Fueron de capitanes y soldados  
Con letos ademanes recibidos,  
Cargaron bien cien indios con la caza,  
Y luego se volvieron á su plaza.

Cuál llevaba la cierva, cuál venado,  
 Cuál oso que llamamos hormiguero,  
 Cuál montesino puerco chamuscado,  
 Cuál cori, cuál iguana, monstruo fiero:  
 Quedó Guaramental en su cercado  
 De todo lo pasado plácido,  
 Mostrando de amistad seguras prendas,  
 Y los nuestros se fueron a sus tiendas.

A los cuales del venatorio Marte,  
 O caza sin que fuese dividida,  
 Luego se les llevó la mejor parte  
 Con otras abundancias de comida:  
 Cenaron todos ellos de buen arte,  
 Hizo la noche luego su venida,  
 Que con vigilantísimos recatos  
 Se repartió por tres ó cuatro ratos.

Quitadas ya las húmidas cubiertas  
 De nublós y noturna pesadumbre,  
 Cuando por los resquicios de las puertas  
 Entraba resplandor de nueva lumbré:  
 A los humanos ojos descubiertas  
 Las verdes arboledas de la cumbre,  
 El gran Guaramental dejó su lecho  
 Con imaginación de cierto hecho.

Llamó su secretario dicho Guaima,  
 A quien otros llamaban Cochibano,  
 Y con él al insigne Barutaima,  
 Cacique poderoso comarcano:  
 Llamó también al fuerte Paraima,  
 Que fué su general y primo hermano:  
 Con estos tres señores solamente  
 Caminó donde estaba nuestra gente.

Españoles están inadvertidos  
 E ignorantes desta su venida,  
 Pero luego que fueron conocidos  
 Usóse de costumbre comedita:  
 Fueron con gran aplauso recibidos  
 Y muestras de amistad establecida,  
 Dándoles con debido miramiento,  
 Segun sus calidades el asiento.

Mas el bárbaro rey allí sujeto  
 Con el Delgado aparte se detiene,  
 Para comunicalle su conceto,  
 Diciendo con intérprete que tiene:  
 «Querriate hablar muy en secreto  
 Una cosa que mucho te conviene,  
 En lo cual, si respondes con mi gana,  
 Ternás aquesta tierra toda llana.

» Yo te tengo por hombre tan entero  
 En valor, en esfuerzo y en prudencia,  
 Que no dudo ser alto mensajero,  
 Mandado de divina Providencia:  
 Y así mientras viviere yo no quiero  
 Tener contigo dura competencia,  
 Antes me hallarás á todo blando,  
 Y á mis gentes sujetas á tu mando.

» El efeto será mas que prometo,  
 Guiado por tus propios pareceres;  
 Y aun viendo los demás que me someto  
 Al orden y concierto que me dieres,  
 Ternán la reverencia y el respeto  
 Que deben á la ley que les pusieres,  
 Y para que esto sea sin zozobra,  
 Yo quiero ser principio desta obra.

» Mas hágote saber que aunque se vea  
 Tu lanza con furor de mis varones,  
 Tengo por imposible que no sea  
 Contrastada de grandes tropezones,  
 Que nos amaga ya con la pelea,  
 Sintiendo mal de vuestras opiniones,  
 Y sería muy menos esta plaga,  
 Como de muchos uno se deshaga.

» Este es Orocopon, fiero gigante,  
 Que con aquestos términos conlina,  
 Varon guerrero, capitán pujante,  
 Que do quier que sus haces encamina,  
 Todo cuanto se pone por delante  
 Asuela, desbarata y arruina,  
 Cebando siempre filos de su lanza  
 Sin miedo, sin respeto ni templanza.

» Tiene pueblos quemados y deshechos,  
 Sus moradores pobres y mendigos,  
 Quebrantador de leyes y derechos  
 Sin reservar amigos ni enemigos:  
 Darías grandes colmos á tus hechos,  
 Si de su muerte fuésemos testigos;  
 Y quebrantado tropezon tan duro,  
 De los demás podrás dormir seguro.

» Es astuta persona recatada,  
 Dispuesta para toda competencia;  
 Mas los agudos filos de tu espada  
 Podrán cortar los desta pestilencia:  
 Yo quiero también ir á la jornada,  
 Y me quiero hallar en la penencia,  
 Con aquellos pretrechos y soldados  
 Que por tu boca fueren señalados.

El bárbaro habló lo que quería,  
 Alterada la sangre de sus venas,  
 Como quien por venganza se movía  
 A tomar deste rey debidas penas,  
 Y lo que con sus fuerzas no podía,  
 Quería concluir con las ajenas,  
 Porque el Orocopon en sus recuestas,  
 Como dicen, teniase las tiestas.

El Delgado que estuvo muy atento  
 A todo lo que el bárbaro decía,  
 Manifestó ser todo su contento,  
 Efetuar aquello que pedía;  
 Porque con glorioso vencimiento  
 Porían fin á lo que pretendía,  
 Que señalase cuando y en qué puesto,  
 Pues con los suyos él estaba presto.

Para poder llegar sobre seguro,  
 Fueron desta manera convenidos,  
 Que partiesen al tiempo mas oscuro  
 Con mil bárbaros bien apercebidos:  
 Hombres para cualquiera trance duro  
 Usados a reencuentros atrevidos,  
 Debajo de cristianos estandartes,  
 Y hecha division en cuatro partes.

Un caballo con cada compañía  
 Que el indio y español obedeciese,  
 Y donde mas sangrienta la porfía,  
 A los mas contratados acudiese;  
 El acometer fuese con el día,  
 Cuando la luz primera descubriese,  
 Y los amigos indios con coronas  
 De ramos por señal de sus personas.

Concertados los dos desta manera  
 Con el faraute solo y en secreto,  
 Quisieron que la noche venidera  
 Viesen estos conciertos el efeto:  
 Estuvieron a punto y en espera  
 Del tiempo que les era mas aceto,  
 En sus tiendas el Agustín Delgado,  
 Y el gran Guaramental en su cercado.

El cual luego mandó cumplir la suma,  
 Su general el mando de su amo,  
 Aderezóse luego Canaruma,  
 Trajo sus escogidos Cachicamo,  
 Sus mas valientes Tuncuntunuma,  
 Todos sus señalados Periamo,  
 Robustos, sueltos, en las armas prestos,  
 Pintados piernas, brazos, manos, gestos.

Hechian el compás de la gran plaza  
 Los fuertes escuadrones de salvajes;  
 Armados de macana, dardo, maza,  
 Robustísimos arcos y carcajes;  
 Sobre la gente de gallarda traza,  
 Ondeán superbísimos plumajes,  
 Y á la congregación bárbara fiera  
 Guaramental habló desta manera.

« Un negocio tenemos entre manos  
 Que esperancia nos ha dificultado,  
 Do los padres, los hijos, los hermanos  
 Han mas veces perdido que ganado;  
 Pero con el favor destes cristianos,  
 Creo que lo tenemos acabado,  
 Apartando de mi cualquiera duda  
 La fuerza y el valor de tal ayuda.

» Con ellos vamos á batalla dura  
Por me hacer merced y beneficio,  
Sus hechos, sus proezas y ventura  
Me dan de la victoria gran indicio:  
También de vuestra parte va segura,  
Pues vais con su favor y en mi servicio;  
Quiero que cada cual se dé tal maña,  
Que crédito cobreis con los de España.

» En aquesto deseo que se prueben  
Los fuertes y briosos corazones,  
Y vuestros valerosos brazos lleven  
A su debido fin mis pretensiones;  
Pues conoceis de mí que si se deben  
A los tales sus justos galardones,  
Nunca supo mi mano ser avara  
Para satisfacer hazaña clara.

» De mas del premio que será bastante,  
En respuesta de vuestras valentías,  
Quiero que pongais todos por delante  
De qué rey y señor sois naborias;  
Y esto dará valor al inconstante,  
Para que se desechen cobardías;  
Pues si lo tanteardes como buenos,  
Mi punto no podrá venir á menos.

» Bastaría cualquiera cosa destas  
Para quien á vergüenza se sujeta,  
Y así debajo de las presupuestas,  
Quiero que la salida sea secreta;  
Y que tengais las armas todos prestas  
Para cuando sonare la trompeta,  
Guiando los armados caracoles  
Segun lo dispusieren españoles.»

Respondióle por todos los soldados  
Pariama, persona conocida,  
Diciendo: « todos van determinados  
O de vencer ó de perder la vida;  
Y parte no serán mudables hados  
Contra gente tan bien apercibida,  
O ya para vivir con fama y gloria,  
O ya tomar la muerte por victoria.

» Todos estamos destos pareceres  
Y estribamos en esta confianza,  
De no ver jamás hijos ni mujeres,  
Ni gozar de reposo ni holganza,  
Hasta que por el orden que quisieros  
Tomemos crudelísima venganza,  
Lo cual se cumplirá sin duda alguna  
A pesar de las fuerzas de fortuna.»

Habló después el noble y el villano  
Desechando de sí malas sospechas:  
El mas bajo se muestra mas lozano,  
Haciendo ciertas las promesas hechas:  
Guaramental les daba de su mano  
A muchos dellos venenosas flechas,  
Al menos á personas señaladas,  
Do no sabia ser mal empleadas.

Luego fueron aquestas dichas gentes,  
Por parte del cercado divididas,  
Y por diligentísimos sirvientes  
En cada parte mesas estendidas:  
Las cuales de manjares diferentes,  
Fueron bastantemente proveídas,  
Do cada cual á discreción bebía,  
Hasta desaparecer la luz del día.

Cuando dorados rayos encubría  
Apolo con las ondas de Oceano,  
Cuando de manto negro se vestía  
La cumbre de la sierra y valle llano,  
Cuando de dulce sueño se vencía  
La fatigada vista del humano,  
Y el corvo labrador y el alligido  
Descansan del trabajo recibido:

Entonces este rey y sus sujetos,  
De clementes respetos olvidados,  
Quiéren inquietar á los quietos  
Y desasosegar los sosegados:  
Tocaron instrumentos imperfectos,  
A cuyo son llegaron los soldados;  
El Delgado también, vistos los sonos,  
Vino con sus caballos y peones.

Salió la muchedumbre del cercado,  
Guarnida de mortales instrumentos,  
Cada cual escuadron tan bien armado  
Cuanto pedían tales movimientos:  
Juntóse Pariama con Delgado,  
Periamo también y otros doscientos,  
Con el Chaves el indio Cochibano  
Con trescientos sujetos á su mano.

Con Morán Canaruma y Cachicamo  
Con obra de doscientos y cincuenta,  
Cada cual dellos suelto como gamo,  
Hombres de bien para cualquier afrenta;  
Y aquel que Tunucutunuma llamo  
Con el Nieto llevó ciento y setenta,  
Con el Guaramental por mas valientes  
Van los demas como sobresalientes.

Entre los capitanes referidos  
Iban para mas fuerza deste Marte  
Los demas españoles repartidos,  
Siendo dos veces seis de cada parte:  
Y cada cual, segun eran rompidos,  
Pudiera bien regir el estandarte,  
Y así los mas en partes diferentes  
Salieron capitanes escelentes.

Guiaron corredores el camino  
Del cuerpo de la gente separados,  
E ya de sus triunfos adivinos  
Todos de ramos verdes coronados,  
Porque de los soldados peregrinos  
Fuesen en la batalla reservados:  
Marcharon luego todos muy á punto,  
Hasta tanto que ya llegaron junto.

Era camino llano y apacible,  
La distancia tres leguas solamente,  
Y por aquesta causa fué posible  
Que llegasen á tiempo competente:  
Hicieron con silencio conveniente  
Alto para descanso de la gente,  
Un tiro de arcabuz de los buhios,  
Sin temor de tan duros desafíos.

Luego los infieles y fieles  
Caminaron á paso sosegado,  
Para se repartir por sus cuarteles  
Segun que lo tenían ordenado:  
Acechando las calles y plaeles  
De la ciudad y pueblo desdichado,  
Hasta tanto que vino la mañana,  
A los mortales ojos ya cercana.

Fué pueblo por entonces prepotente,  
Terror de los mayores y menores,  
Y cuyas cercas eran solamente  
Los brazos de sus fuertes moradores:  
Numerosísimo de toda gente,  
Con mando sobre reyes y señores,  
En calles, plazas, barrios gran distancia,  
Verdes macos en él por elegancia.

Unare por la parte del poniente  
Con sosegadas aguas lo cenía,  
Campos rasos la parte del oriente  
Y del septentrión y mediodía;  
Por las cuales estancias libremente  
Se dividió la fuerte compañía,  
Estando cada cual presto y atento  
Esperando señal de rompimiento.

Pues cuando ya su roja cabellera  
Por alta cumbre Venus descubría,  
Y conocieron ser la mensajera  
Del radiante sol y claro día,  
Tocóse la trompeta de manera  
Que su voz incitó la compañía:  
Los unos y los otros entran luego,  
Y á casas principales ponen fuego.

Avivóse con gran fuerza de viento,  
Segun y como tiene de costumbre,  
Suben fumosas llamas al momento  
Veloces al altor de la techumbre:  
Heridos de temor y desatiento  
Acude miserable muchedumbre,  
Huyendo del peligro de los senos  
A parte donde no hallaban menos.

Pues si llama causaba desatino  
Para hacerse fuertes á la puerta,  
Adelante siguiendo su camino  
No les era la muerte menos cierta;  
Porque la crueldad del mal vecino  
Con tan grande rigor se desconcierta,  
Que, si posible fuera, desta gente  
No quisiera dejar cosa viviente.

Como la caza que huir procura  
Del cubil á los montes y florestas,  
Por escaparse por el espesura  
De las caninas bocas y molestas;  
Y la senda le fué menos segura,  
Pues en ella halló las redes puestas,  
Entre las cuales siendo detenida  
Aquel hilo quebró los de su vida;

Así cuantos huían de la brasa,  
Dejando solos los pendientes lechos,  
Procurando salir á plaza rasa  
Cercada de mortíferos acechos;  
A tiempo que salían de la casa  
Se vían traspasados por los pechos,  
Otros quebradas piernas, manos, brazos,  
Y cabezas partidas en pedazos.

Gritos, voces, clamor, lamentaciones,  
Los aires destemplaban y rompían;  
De todas partes andan confusiones,  
Niño, mujer, varon se confundían:  
Hubo también algunos escuadrones  
Que con sumo valor se defendían,  
Do los amigos indios y cristianos  
Habían menester entrambas manos.

Porque por el cuartel donde fué Nieto,  
Toronima con obra de cincuenta  
Ponia sus contrarios en aprieto,  
Y andaba la batalla muy saugrienta:  
Abolla la celada, rompe el peto,  
Anima, llama, hiere, desatienta,  
Rompe pechos, cabezas, las espaldas,  
Berriba grande copia de guinaldas.

Mas antes que llegase la pujanza  
De indios que por él eran llamados,  
Nieto rompió por medio la matanza,  
Do los suyos andaban mal parados,  
Metiéndole los filos de la lanza  
Por entrambos ijares ó costados:  
Cayó con un grandísimo gemido  
De las armas y vida despedido.

El resto de la gente se rebate  
Por Holguín y Alonso Alvarez Guerrero,  
Un Domingo Lozano y un Oñate,  
Bracamonte, Madroño, Joan Ribero:  
Morán y Chaves tienen gran combate  
Con un Putimar, capitán fiero,  
Porque necesidad hizo juntarse  
Para mejor valerse y ampararse.

Aqueste ya con copia de varones  
Hacia por los indios enramados  
Aquel estrago grande que leones  
En junta de domésticos ganados:  
Aprovechando bien las ocasiones  
Antes de verse todos acabados,  
Y con la gran macana que esgrimía  
Las lanzas y caballos rebatía.

Pero dando respuestas y preguntas,  
Ansi de las palabras como hechos,  
Dos flechas reguladas vuelan juntas  
Por vías y caminos tan derechos,  
Que sin se desviar entrambas puntas  
Lo clavaron por medio de los pechos;  
Hizo por el foramen ó herida  
El alma de las carnes despedida.

Probó luego la mano Pararete,  
Que para mal de muchos no fué manca,  
Mas de los españoles arremete  
Pero Rodriguez el de Salamanca,  
Anto Sanchez, Costilla y Alderete,  
Con otros á quien dieron plaza franca,  
Porque fué tan feroz arremetida,  
Que muchos se pusieron en huida.

A estos tiempos Agustín Delgado  
Por su cuartel y plaza no traía  
El fortísimo brazo reposado,  
Ni sin sangre las armas que vestía;  
Mas el Orocopon encarnizado  
Los cielos y la tierra maldecía,  
Un terrible baston entre las manos,  
Indios amenazando y á cristianos.

Sus fuertes capitanes animando,  
Que muchos le vinieron con presteza,  
Sangre, cascos y sesos derramando  
Con una nunca vista lijereza:  
Espuma por la boca rebosando,  
Como suelen las fieras con braveza,  
De gente circunstante hecho valle  
Y por adonde pasa larga calle.

Bien como huracán, que da tal priesa  
En indicas provincias y regiones,  
Que barre la montaña mas espesa,  
Quebranta ramas, vuelve los troncones,  
Y los anchos caminos atraviesa  
Con crecidísimas inundaciones,  
Causando tal temor á los humanos,  
Que quedan como muertos los mas sanos;

Así con aquel leño que gobierna  
Sin que le diese pesadumbre brazo,  
La mas dura costilla halla tierna,  
La mas ancha cerviz sin embarazo:  
Aquí quiebra cabeza y allí pierna,  
Aquí quebranta muslo y allí brazo,  
Aquí deja montones degollados,  
Acullá quedan todos asombrados.

El caballero fuerte, que quería  
Hacer en él empleo de su lanza,  
Con tanta muchedumbre no podía  
Allegar al rigor de la matanza;  
Pero con todo esto no tenía  
Orocopon de vida confianza,  
Por ser de todas partes ofendido  
Y estar de muchas flechas mal herido.

En aquestos conflictos y agonía,  
Sus poderosos golpes mas tardios,  
A Guaramental vido que decía:  
«Acabáme lo ya, varones míos.»  
Concibe Orocopon tal osadía,  
Que sacó de flaqueza nuevos bríos,  
Rompiendo por aquellos escuadrones  
Por responder á tales intenciones.

Y sin lo detener contrarias lanzas  
Para Guaramental se fué derecho,  
Diciéndole: «Traidor, por asechanzas,  
Quisiste ver el fin de nuestro hecho:  
Espérame, que muerto, las venganzas  
Podré tomar de ti sin tal acecho,  
Si espermentas este brazo fiero  
Yo te haré que caigas tú primero.»

Con los golpes que tiene de costumbre  
Hizo lugar por uno y otro lado,  
Deseando quitar humana lumbre  
Al enemigo suyo declarado;  
Pero llovió sobre él tal muchedumbre,  
Que cayó de mil flechas traspasado,  
La cabeza le fué luego cortada,  
Y al indio su contrario presentada.

Mandóla desollar y el casco raro  
Y limpio del humor que contenía,  
Della hizo hacer dorado vaso,  
Con que después el bárbaro bebía:  
Sabido pues el fortunoso caso,  
El contrario huý por do podía,  
Y los nuestros tomaron de los vivos  
Crecidas cantidades de captivos.

Vencidos estos indios animosos,  
Que cierto pelearon como buenos,  
Volviéronse los vivos victoriosos;  
Pero no tan cabales ni tan llenos,  
Que de la vida fueron perdidosos  
Muchos, y de españoles uno menos,  
Que por ser de veneno la herida  
Ningun remedio pudo dalle vida.

Sabida la caída desta gente,  
Porque la fama corre sin que pare,  
Ocurrieron de paz incontinentemente  
Las restantes provincias del Unare:  
El cojo Guaigotó, varon potente,  
El fiero Cotuprix, el gran Maayare,  
Orocomay, mujer, reina pujante,  
Y en la paz y amistad perseverante.

Viendo Delgado pues ser tierra dina  
De poner en católico concierto,  
Determinó volver á la marina  
Para manifestar lo descubierto:  
Partióse con la gente peregrina,  
Llegaron con salud al dicho puerto,  
Con grande cantidad de prisioneros,  
De que sacaron copia de dineros.

Jerónimo de Ortal, bien informado  
Del numeroso pueblo desta gente,  
Envió por caballos y recado  
A islas que tenían al poniente,  
Para poder entrar aderezado  
Con aquel aparato conviniente;  
Mas porque no faltasen desta tierra,  
Luego hizo volver gente de guerra.

Volvió con Alonso Alvarez Guerrero,  
Miguel Holguín, mancebo de gran cuenta,  
Con algunos del número primero,  
Que todos podían ser hasta cuarenta:  
Hallaron en la paz sano y entero  
Guaramental, á quien se le presenta  
De parte del Ortal un buen presente  
Recibido por él alegremente.

Un indio, Villeguillas, encamina  
A idioma claro los acentos,  
Descubren de la gente mas vecina  
Grandes y potentísimos asientos;  
Y siempre con aquella golosina  
De esclavos que enviaban por momentos,  
Agora por rescates, ya por guerra,  
Que fue la perdición de aquella tierra.

La fama, como nunca fué secreta,  
Entonces levantaba con pregones  
Riquísima provincia dicha Meta,  
De quien atrás se dieron relaciones:  
Y para la buscar por vía reta  
Loaban estas dichas poblaciones  
El de la tierra firme y el isleño,  
De cuyas opiniones fué Sedeño.

El cual en estos tiempos y sazones  
Dentro de Puerto-Rico ya tenía  
Copia de valentísimos varones,  
Caballos, municion, artillería,  
Segun que pareció, con intenciones  
De entrar por Neveri, do residía  
Jerónimo de Ortal, con pensamiento  
De pasar ó venir en rompimiento.

Para dar perfeccion á su deseo  
Entre tanto que él mismo se presenta,  
Envió cien soldados de un voleo,  
Con muy buenos caballos los cincuenta,  
Todos con bríosísimo meneo,  
Prestos á desviar cualquier afrenta:  
Jerónimo de Ortal, aunque eran buenos,  
Tenía por entonces muchos menos.

Vino con esta gente Joan Bautista  
Y el animoso Diego de Losada,  
Fortísimo varon en la conquista,  
Y Reinoso, persona señalada:  
Aquestos, sin haber quien los resista,  
Saltaron en la costa deseada;  
El Ortal quiso menear la lanza,  
Mas Delgado templó la destemplanza.

Diciéndole: « señor, no tenéis cierta  
La palma que buscáis por esa vía;  
Vayan con Dios, que sí me dan la puerta  
Para poder hablalles algun día,  
Posible cosa es que yo convierta  
A vuestra devocion su compañía,  
Pues suele muchas veces la templanza  
Venecer lo que no puede larga lanza. »

Con esto mitigió como quería  
El Agustín Delgado los furoros,  
Porque, segun se dijo, pretendía  
Concertar estos dos gobernadores:  
Pues, aunque partes del Ortal seguía,  
El Sedeño le dió muchos favores  
Un tiempo, y así era, como digo,  
Al uno servidor y al otro amigo.

La gente pues que de Sedeño vino,  
Remotos y apartados deste puerto,  
Siguiéron adelante su camino  
Por donde lo hallaron descubierto:  
Siempre con el recato que convino,  
De la seguridad ninguno cierto;  
Mas en tanto que van yo me detengo  
Enronquecido ya del canto luengo.

## CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció.

Bien es que los de buen conocimiento  
Reguarden amistad en los aprietos;  
Pero locura es y desatiento,  
Si por tener allí tales respetos,  
Ponen en confusion y detrimento  
Aquellos á quien deben ser sujetos,  
Pues cuando los dos piden este juro,  
Acudir al señor es mas seguro.

Y aunque no se presume del Delgado  
Hacer esto debajo mal intento,  
Sabiendo ser contrario declarado  
El Sedeño con tanto fundamento;  
Con su gobernador fué descuidado  
En no poner algun impedimento  
A la gente de la contraria lista,  
Y mas no siendo suya la conquista.

Pues era del Ortal derechamente,  
Segun la provision del propio dueño,  
Y desta tierra firme diferente  
La que le proveyeron al Sedeño;  
Mas él sin ver aquel inconveniente,  
Que entonces se juzgó por no pequeño,  
Tomó por parecer otro desino,  
Y quiso por allí hacer camino.

Su gente pues, que caminó primero  
Entre tanto que la demás venía,  
Dieron en Alonso Alvarez Guerrero,  
Que desta gente nueva no sabía:  
Quitáronle las armas y el dinero  
Y todos los caballos que tenía;  
Sabida la maldad y atrevimiento  
El Ortal hizo mucho sentimiento.

Y con este desgusto de mal deajo  
Dijo tales razones al Delgado:  
« Yo, señor capitán, de vos me quejo  
Y me quiero tener por agraviado;  
Pues á no conoceros tan perplejo,  
Este juego tuviéramos ganado,  
Y es para corregir tan mal esceso  
Menester que emendemos el avieso. »

Condenando por feo tan mal hecho  
En cólera volvió su gran templanza,  
Y así le prometió poner el pecho  
A la satisfacion y á la venganza;  
Pero ni sin razon ni con derecho  
Él quisiera probar allí su lanza,  
Por estar del Sedeño muy prendado  
Del tiempo que tenemos ya tratado.

Y con ser amistad mas estendida  
Con Sedeño que con Ortal agora,  
Quiso mas ver el amistad perdida  
Que su fe condenada por traidora;  
Al fin el aficion quedó vencida,  
Y la razon salió por vencedora,  
Aconteciendo para tal intento  
Un caso que les vino muy á cuento.

El Sedeño mandó segunda gente,  
Caballos, munición y artillería,  
Con un soldado viejo muy valiente,  
Que Rodrigo de Vega se decía,  
A quien yo conocí medianamente,  
Pues que tuve su misma compañía;  
Desembarcaron en Maracapana,  
Que es en la misma costa comaricana.

Recogidos en esta pertenencia  
De Guaracapa, indio muy ladino,  
Velaron con alguna diligencia  
Por tener al Ortal ya por vecino;  
Mas no con el recato ni decencia  
Que para su seguro les convino,  
Porque nunca se hace buena vela  
Si sobre ella no anda quien le duela.

Pues Agustín Delgado, que despierto  
En sus rondas y velas se hallaba,  
A los vecinos indios deste puerto  
Particularidades preguntaba  
Del orden que tenían y concierto,  
Del número de gente que llegaba,  
Las armas de que estaban prevenidos,  
Dónde y en cuántas partes repartidos.

La gente pues de Ortal bien informada  
Por relación que pareció bastante,  
Determinó de dalles alborada  
Sin ponerseles cosa por delante:  
Caminaron con noche sosegada  
Hasta llegar al cerro circunstante,  
Pueblo de la cacica Magdalena,  
Cuya paz y amistad siempre fué buena.

Tenia centinelas allí junto  
El capitán y gente de Sedeño;  
Pero halláronlos en este punto  
Entregados á tan profundo sueño,  
Como si cada cual fuera difunto  
O bulto mal formado de algún leño:  
Dejáronlos con este su letargo  
Sin armas, y pasáronse de largo.

Al tiempo que su padre de Faconté  
En continuación de su carrera  
Quería ya salir del horizonte,  
Seyendo Venus ya la mensajera,  
Sus rayos estendiendo por el monte  
De la sierra que estaba mas afuera,  
Dieron en el ejército dormido  
Haciendo poca gente gran ruido.

Levantáronse muy sobresaltados  
Guiados de dudosas esperanzas;  
Pues como los tomaron descuidados  
Y á sombra de tan flacas confianzas,  
En un momento fueron desarmados  
Perdidos los caballos y las lanzas,  
Sin haber en aqueste rompimiento  
Defensa ni rigor sanguinolento.

Mas un muchacho fué que en la pendencia  
A caballo subía bien armado,  
Y aqueste hizo grande resistencia  
A toda la cuadrilla del Delgado;  
Pero viendo de suyos la paciencia  
Y él solo de ballestas rodeado,  
Quiso dar porque no le matasen,  
Y con que su caballo le dejasen.

Conclusa y acabada la refriega,  
Y gente de Sedeño ya rendida,  
Hallóse tan confuso nuestro Vega  
Que deseaba verse sin la vida:  
Ya deshonra los suyos, ya reniega,  
Ya del Delgado da queja rompida,  
Diciéndole que ¿dónde se sufría  
Semejante traición y villanía?

El respondió: «yo traigo mandamiento  
De justicia del rey, y muy bastante;  
Quejaos de vuestro poco miramiento,  
Pues pudiéades ser mas vigilante:  
Que sabe Dios la pena que yo siento  
Por venir en demanda semejante;  
Quejaos también de vuestros valedores,  
Que fueron los primeros agresores.»

Al fin, por no sufrir dichos molestos  
Que suelen encender malos enojos,  
Los suyos el Delgado hizo prestos,  
Las armas recogidas en manojos:  
Quedaron los de Vega descompuestos;  
Los otros proveídos de despojos,  
El Ortal lleno fué de vanagloria  
Desde que los vió volver con la victoria.

Y aquesta buena suerte por él vista,  
Con cincuenta caballos á su uso,  
Determinó de dar en el Bautista,  
Capitán que los suyos descompuso:  
De cien soldados viejos hizo lista  
Con los cuales al hecho se dispuso,  
Y así siguió los rastros y pisadas  
Doblando muchas veces las jornadas.

Llegados con tan buen aviamiento  
Donde Guaramental los atendía,  
Al Ortal hizo gran recibimiento  
Y al Delgado que mucho lo quería  
Dijoles la provincia y el asiento  
Donde el contrario campo residía,  
Y por no les cumplir mucho sosiego,  
En su demanda se partieron luego.

Por campos fertilisimos y llanos  
Hicieron en tres días la jornada,  
Y cuando le dijeron ser cercanos  
Jerónimo de Ortal hizo parada,  
Poniendo por concierto sus cristianos  
Para dar en la gente sosegada,  
La luz de los mortales despedida  
Y su vista de sueño convencida.

Tenían los contrarios el asierito  
En prado verde con esmalte rojo,  
Cerca del grande pueblo y opulento  
Del indio Guaigoto, cacique cojo:  
Varon en guerra y paz de gran momento  
Y entre los convertidos ortodojo,  
Amplisimo su campo y su dehesa  
Y lo poblado del una gran mesa.

Por líneas rectas árboles opacos,  
Cuyas hojas jamás vienen á menos,  
Que en aquellas provincias llaman macos,  
Fructíferos, umbrosos muy amenos;  
Los huesos de sus frutos no son flacos  
Sustentos, sino recios, sanos, buenos,  
Entre estos macos uno fué notable  
Grandisimo, hermoso y admirable.

Debajo cuyos ramos estendidos  
En tiempo de calor acontecía  
Estar trescientos hombres recogidos  
Con caballos y gente que servía,  
Todos cómodamente divididos  
En el compás que cada cual quería,  
Las hojas tan compuestas y tan densas  
Que del ardiente sol eran defensas.

Estando pues febea luz absente,  
Y casi demediando la carrera,  
A los despiertos ojos de la gente  
Que huellan otra parte del esfera,  
Revolviendo las riendas al oriente  
Para tornar á ver nuestra ribera,  
Jerónimo de Ortal y sus cristianos  
Alistaron las armas y las manos.

Teniendo relación por sus espaldas  
Del maco donde estaban alojados,  
Llevando por delante buenas guías  
Dieron en los que estaban sosegados;  
Pero de las contrarias compañías  
Hallaron solamente los llagados:  
Porque los sanos, sueltos y valientes  
Andaban descubriendo nuevas gentes.

El saco y el rancheo fué tan bueno  
Que se les descubrió lo mas recluso,  
Lo suyo recogieron, y lo ajeno  
Alficaron también para su uso:  
El que vino vacío volvió lleno,  
Alzando cada cual lo que no puso,  
Y con ver mejorados los despojos  
Ortal no mitigaba sus enojos.

Pues con presteza tal cual conocía  
A su seguridad ser importante  
Arrebató la gente que tenía,  
Y con ella pasó mas adelante,  
En busca de la otra compañía  
De semejantes vueltas ignorante,  
Porque fuese mas presta su llegada  
Que un negro que huyó del arma dada.

Hasta ver al contrario la presencia  
Caminaron á pasos estendidos,  
Fué de poco momento la pendencia  
Por estar los contrarios divididos;  
Mas el Bautista hizo resistencia,  
Y él y otro quedaron mal heridos,  
Y si la gente junta se hallara  
La victoria no sé por quién quedara.

Por ser la que faltaba tan lozana  
Y su vigor y fuerza tan notoria,  
Que murieran allí de mejor gana  
Que conceder á nadie la victoria;  
Pues con indios y gente castellana  
Hicieron hechos dignos de memoria,  
Mas nunca les pasó por pensamiento  
Que Ortal tuviera tal atrevimiento.

Y así por ser á todos importante  
El Delgado dió orden que supiesen  
No cumplíles pasar mas adelante,  
Sino que de la tierra se saliesen;  
Porque el Ortal estaba muy pujante  
Y no les convenia que se viesen,  
Que tomasen aqueste su consejo  
Dado por servidor y amigo viejo.

Oidas las razones y embajada  
Y de los descompuestos otras quejas,  
Muchas personas desta camarada  
Estuvieron confusas y perplejas;  
Mas el Reinoso y Diego de Losada,  
Anton Garcia y Alvaro de Sejas,  
Un Medina y un Garcia de Montalvo  
Procuraron de se poner en salvo.

Mas gente dejó ir Ortal apostado  
Que con los que ya dije se congrega,  
De pertrechos beligeros angosta  
Y eminente peligro donde llega:  
Finalmente, salieron á la costa  
Adonde se juntaron con el Vega,  
Que estaba con su gente destruida  
En grandísimo riesgo de la vida.

Por San Miguel de Neverí pasaron  
Al tiempo que venían de camino,  
Adonde saquearon y robaron  
Los bienes del Ortal y del vecino,  
Por no poder los pocos que quedaron  
Resistir el furor luciferino,  
Y dalles el desorden y codicia  
A los que mas podían la justicia.

Visto que ya no hay quien lo resista,  
Jerónimo de Ortal les dió licencia  
A los que se quedaron con Bautista  
Presos con él en esta competencia,  
Para que se volviesen á su lista  
Si no quisiesen ir en su obediencia;  
Por ellos aceptada fué de gana,  
Y así volvieron á Maracapana.

Allí se vieron todos descontentos  
Por no tener defensa conveniente,  
Esperando por horas y momentos  
Al Sedeño y al resto de la gente:  
Luego vieron inflada de los vientos  
Vela acia la parte del poniente,  
Cuya vista les dió gran alegría  
Pensando ser Sedeño que venía.

Pero llegada mas á la ribera  
La sospecha ya dicha salió varia,  
Porque luego supieron cómo era  
Un canónigo, Gasco, de Canaria:  
A Santa Marta guía su carrera,  
Mas furia de la mar le fué contraria,  
Y por huir notable desconcierto  
Allí determinó de tomar puerto.

Un don Pedro de Lugo los envía  
Para hacer una jornada larga:  
Son hombres de valor que en Berbería  
Supieron bien jugar lanza y adarga,  
Y demás desta gente que venía  
De caballos y armas buena carga,  
Y allí Gasco traía linda amiga,  
Que vive hoy, y el nombre no se diga.

Puestos en tierra los recién venidos,  
Fueron de capitanes y soldados  
Con un aplauso grande recibidos  
Y segun su poder acariciados,  
Y á una devocion tan convertidos  
Que fueron de la otra trastrocados,  
Por loalles aquellos baquianos  
La tierra que tenían entre manos.

Como con estos pues se concluyese  
Que siguiesen las partes de su bando,  
Porque de mejor gana lo hiciese  
Al Gasco se le dió supremo mando,  
En tanto que Sedeño les viniese  
Con la gente que estaban esperando;  
Pero después se vido tan amargo  
Que les dejó la moza con el cargo.

Que por aquellos campos y florestas  
A vueltas de trabajos y desmanes  
No faltaban requiebros y ruegatas,  
Paseos y mensajes de galanes;  
A los cuales volvían las respuestas  
Con gustosos y dulces ademanos:  
Padecta fatiga nuestro Gasco  
Por ver su bella dama tan sin asco.

Hollaba la señora tan liviano  
Que no pudo sufrir lugar recluso,  
Y así con Arce, mozo cortésano,  
El Gasco con furor se descompuso;  
Muchos con ellos dos echaron mano,  
Y el alboroto fué harto confuso  
Pues con ser de los suyos secorrido,  
El canónigo Gasco fué herido.

Desde que se vió con diligente cura  
Asegurado bien de la herida,  
Pareciale ser mayor cordura  
Dejar la moza que perder la vida:  
Partióse por buscar otra ventura  
Juzgando por ganancia la perdida;  
Y aunque salió de todo descompuesto  
Fué de mayor valor el presumpuesto.

Partido desta costa y de su sueño  
El Gasco para donde le convino,  
Llegó con dos navios el Sedeño  
Con mucha gente para su camino:  
El pesar que sintió no fué pequeño  
Informado de tanto desatino,  
Pero disimuló con esperanza  
De ver muy á su gusto la venganza.

A lo que se perdió con los asaltos  
Un « ya podría ser » dió por escudo,  
Rehizo de caballos á los faltos,  
De suficientes ropas al desnudo;  
Consolaba los bajos y los altos,  
Y reformólos lo mejor que pudo;  
Pero dejémoslos adonde estamos,  
Volvamos al Ortal do lo dejamos.

El cual desde que se vido con sosiego  
Y con tan principal aviamiento,  
Con todos sus soldados partió luego  
Continuando su descubrimiento:  
Hallaron un cacique, dicho Diego,  
Sin que supiesen deste nombramiento  
La causa ni razon, ni quién le puso  
Este nombre tan fuera de su uso.

Pues pensaba cualquiera baquiano  
Que de cuantos nacieron de mujeres  
Nunca jamás allí llegó cristiano,  
Memoria ni mencion de sus poderes;  
Y así tomaban todos larga mano  
En decir diferentes pareceres,  
Y en uno solo yo me determino  
Que no parece fuera de camino.

Entre conquistadores cudiciosos  
Había desta tierra grandes cuentos,  
A fama de la cual dos religiosos,  
Debajo de santísimos intentos,  
Entraron por los pueblos poderosos,  
Año de diez y seis y tres quinientos,  
La fe de Jesucristo predicando,  
Y algunos convertidos bautizando.

Poniánselos nombres de cristianos  
Segun santa y católica costumbre,  
Con la prohibición de ritos vanos  
Por traerlos á nuestra certidumbre;  
Mas por los sacerdotes inhumanos  
Que de vellos tomaban pesadumbre,  
Estos frailes que dominicos fueron  
Coronas de martirio recibieron.

Esta fué la razon por que este hombre  
Se llamaba segun habeis oido,  
Y la misma no pide que se asombre  
Quien está destas cosas advertido:  
Por hallar entre indios este nombre  
Que traemos acá por apellido,  
Quedándose con aquel nombre mismo  
Que le debieron dar en el bautismo.

De tan fértiles tierras no contentos  
Con tanta poblacion, tanta ribera,  
A Meta dirigian sus intentos  
Y á la casa del Sol, que entonces era  
El blanco de los mas descubrimientos  
Que pregonaban en aquella era:  
Salió pues el Ortol con sus cristianos  
A descubrir aquellos campos llanos.

Descubriánselos reinos estendidos  
Y en ellos poblaciones generosas,  
Do tuvieron recuentos muy reñidos  
Por ser aquellas gentes belicosas:  
Hubo victoriosos y vencidos,  
Hiciéronse hazañas grandiosas,  
Entre los cuales bandos y cuadrillas  
Siempre hizo Delgado maravillas.

Asprezas inmensas tornó llanas  
Con mano que no supo ser vencida,  
Pero las tres lanificas hermanas,  
Cuya condicion es endurecida,  
Parece ser que ya tenían ganas  
De cortar los estambres de su vida,  
Derribando valor del gran Aquiles  
No manos de Paris, sino muy viles.

Iban corriendo todos sus soldados  
A Guamba, poblacion engrandecida,  
Pasaban por asientos despoblados  
Sin poder hallar anima nacida,  
Por ser de sus vecinos avisados  
Dejar atrás la tierra destruida;  
Demás desto mujeres y varones  
Eran de belicosas condiciones.

No vuelve las espaldas uno solo  
A muchos, y en el tiro de saeta  
Nada superior el gran Apolo,  
Y muy inferior el diestro geta:  
Es cifra lo mejor del pueblo etolo  
Y sueño los eois y el de Creta,  
No tuvo Panopes certeza tanta,  
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

No saben qué es arnés, yelmo ni greva,  
Porque la desnudez es su decencia,  
Arcó y aljaba solamente lleva,  
Y estas son sus astucias y su ciencia:  
Pero huían de la gente nueva  
Por no tener con ellos competencia:  
Los nuestros asentaron allí ranchos  
Cazando por aquellos campos anchos.

Pues hay por su compás y su distancia  
Floridos prados, apacibles cerros,  
Y de venados daban abundancia  
Blandientes astas con agudos hierros:  
También fué de grandísima sustancia  
La caza que hacían con los perros,  
Y hasta ver los indios y buscarlos  
Habían personas y caballos.

Allí holgaba nuestra compañía,  
Por haber de comida muchedumbre,  
Y el ir á buscar caza cada día  
Tenían casi todos de costumbre:  
Deseando también alguna guia  
Que desta gente diese certidumbre,  
Entre los cuales Agustín Delgado  
Salió movido de sinestro hado.

Acompañábanlo tan solamente  
Joan de Agueda su hermano, y un soldado:  
Adarga del arzon lleva pendiente  
Por no salir á caza descuidado;  
Pero la caza fué tan diferente,  
Que pensando cazar quedó cazado:  
No sé cómo poner en escritura  
Aquesta trabajosa desventura.

Vió ir un indio solo por el llano,  
Y con deseo grande de tomallo  
Hizo luego desvío del hermano  
Dando de las espuelas al caballo:  
El indio con las flechas en la mano  
Nunca mostró temer en aguardallo,  
Y pudiérale dar golpe noelvo,  
Pero no quiso, por tomallo vivo.

El adarga llevaba bien compuesta,  
Ansímismo la lanza con aviso,  
Y al indio que la flecha tiene puesta  
Le dice que se dé, mas nunca quiso:  
Antes de tal pelea como esta  
No se le conoció ser arrepiso,  
Pues siempre le hacia tal amago,  
Que mostraba querer no dar en vago.

El sagitario finge que descarga  
El tiro por los pechos al caballo;  
Delgado reguardólo con la adarga,  
Y fuérale mejor aventurarlo;  
Pues el diestro gandul con flecha larga  
Por do se descubrió pudo clavallo,  
Gozando de tal suerte del despojo  
Que le metió la flecha por un ojo.

Joan de Agueda que vió la mala suerte  
Y en el hermano tan cruel herida,  
Del caballo bajó por dar la muerte  
Al matador de tan ilustre vida;  
Pero rogó por él el varon fuerte,  
Y estorbó la venganza merecida,  
Teniendo ya sentidos ocupados  
En lamentar sus culpas y pecados.

Visto tan lastimero desconcierto,  
Llevaron á los ranchos y cabañas  
Al indio vivo y al cristiano muerto  
Dechado de virtudes y hazañas;  
Y el caso miserable descubierta  
Llorando se rompan las entrañas,  
Por ser de todas gentes bien querido,  
Y de nadie jamás aborrecido.

En su disposicion muy bien podía  
Competir con cualquiera gentileza,  
Tanto que su presencia prometia  
Faltar en él resabio de vileza:  
Señalóse también en Berberia,  
Donde dió muestras de su fortaleza:  
Fué hombre natural de gran Canaria  
Y de los antiquísimos de Paria.

El entierro se hizo no pomposo,  
Porque no lo sufrió tal coyuntura,  
Y á la sombra del maco mas umbrroso  
Se le dió la terrena sepultura:  
Epitafio se puso doloroso,  
Las letras dél en la corteza dura,  
E yo vi que decían sus renglones  
Estas mismas palabras y razones:

AQUI YACE SEPULTADO

EL BUEN AGUSTIN DELGADO.

Esta funeral fiesta concluida  
En Guamba, según tengo descubierto,  
Jerónimo de Ortal aunque con vida,  
Por muerte del Delgado quedó muerto:  
Viendo para su mal y su caída  
Mostrárasele camino mas abierto,  
Mas procuró por modo conveniente  
Dar el remedio que le fué posible.

Para lo cual fué luego convocado  
De sus soldados número de gente,  
Y el Alvaro de Ordás salió nombrado  
Por general y por lugartiniente:  
Quedóse Martín Nieto resabiado,  
Aunque mostró tomallo blandamente,  
Y para la venganza con efecto  
Trató ciertos motines en secreto.

Fuó su negociacion tan acordada  
Y tan persuasivas las razones,  
Que la máxima parte de la armada  
Correspondió con estas intenciones;  
Y al punto y á la hora concertada  
A los pocos pusieron en prisiones;  
Fué fácil de hacer esto que digo  
Por ser familiar el enemigo.

Demás del aleyoso desatino  
Que se perfeccionó con gran cautela,  
No les dejaron arma ni rocino,  
Espada de provecho, ni rodela:  
Con intenciones de hacer camino  
A la gobernacion de Venezuela,  
Para juntarse con los capitanes  
De Berzarez y ricos alemanes.

Concluso sin contiendas ni peleas  
Este feo motin y detestable,  
Y tomados caballos y preseas  
Con servicio de indios razonable,  
Dijeron al Ortal palabras feas  
Llamándole de vil y miserable,  
Indigno de tener según él era  
Tantos buenos debajo su bandera.

Diez le dieron favor en su ruina  
Por el rey fidelísimos vasallos,  
Y destos un Torrellas determina  
Por avisados medios ablandallos:  
Al fin para volver á la marina  
Les hizo que les diesen seis caballos,  
Con ellos y otros diez de gente suelta  
El Ortal á la costa dió la vuelta.

Soldados diestros, hombres de gran tomo,  
Entre ellos Alonso Alvarez Guerrero,  
Ordás, Pero Martín, Chaves, Perdomo,  
Quirós, Torrellas, noble caballero;  
Joan de Agueda y otros, no sé cómo  
Pueda decir sus nombres por entero,  
Pues es esta distancia tan notoria,  
Que aunque los vi, se pierde la memoria.

A la vuelta se vieron en aprieto  
Por no hallar la gente ya tan blanda,  
Y los rebeldes Alderete y Nieto  
Y el Villagrán y el resto de su banda:  
Con amistad de todos y respeto  
Llevaron adelante su demanda,  
Y dieron por la tierra discurrendo  
Con Fedrimán, que andaba descubriendo.

Nicolao Fedrimán en esta era  
A su mandar tenía gente harta,  
Reteniendo debajo su bandera,  
Y sin le consentir que dél se parta,  
Al valiente varon Joan de Ribera,  
Insigne capitán de Santa Marta,  
El cual venía con poder bastante  
A descubrir por el dotor Infante.

Deste fuerte varon, cuando comienza  
A tratar este reino y sus lugares,  
No se halla valor que no se venza  
De los suyos, que son mas singulares;  
Porque cierto podia sin vergüenza  
Competir con los fuertes doce pares.  
Y si mis días no fueren estrechos  
Yo diré del Ribera grandes hechos.

Pasando pues del Cabo de la Vela  
Descubriendo la tierra circunstante,  
El Fedrimán llegó de Venezuela  
Con gentes y pertrechos al instante:  
Y hizo con astucias y cautela  
Que juntos descubriesen adelante;  
Ribera consintió con lo rogado,  
Pero fué mas por fuerza que de grado.

No se hallaba fuera desta furia,  
Sino por principal en este cuento,  
Mateo Sanchez Rey, el de Liguria,  
Que de valor tenía cumplimiento:  
Al cual ya tiene la celeste curia  
Y en este reino deja monumento,  
Y á su doña Casilda, que en aviso  
Y hermosura tiene cuanto quiso.

Estaba Diego Ortiz, que es residente  
En Vélez deste reino de Granada,  
A quien ventura corta no consienta  
Siquiera pasada limitada:  
Siendo justificado pretendiente  
De cualquiera merced muy señalada,  
Pues sus servicios puestos en memoria  
Habian menester cabal historia.

Estando juntas pues las dos armadas  
Con todo buen recado y advertencia,  
Las gentes del Ortal amotinadas  
Al Fedrimán le dieron obediencia;  
Y en dar el parabién de sus llegadas  
No pudo ser mejor el apariencia,  
Pero de los caudillos deste hecho  
Nunca jamás estuvo satisfecho.

Pues aunque malos, pueden ser mejores  
Cesando de dañar quien hizo daño,  
Los que son una vez engañadores  
Mal pierden el favor de tal engaño;  
Mas antes andan vivos los olores,  
Aunque se pase mes y pase año,  
Que justa paga es del fementido  
Cuando dice verdad no ser creído.

Por esto Fedrimán como discreto  
Envió con recado conviniene  
Al Alderete, Villagrán y Nieto,  
A la mar so color de llamar gente;  
Pero despachó cartas en secreto  
Para que los destierren brevemente,  
O no les consintiesen dar la vuelta  
Por no le convenir gente tan suelta.

Aquesto se cumplió luego á la hora,  
Y aun creo los tuvieron en prisiones,  
No para ser justicia vengadora  
De sus delitos y rebeliones;  
Pero volvamos al Ortal agora  
Concluyendo sus peregrinaciones,  
Haciendo canto nuevo y ultimado,  
Por quedar sin aliento del pasado.

## CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neverí en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte.

El que gente de guerra regir suele  
Para tener segura la matanza,  
No cumple con que solo se recele  
Del contrario que tiene gran pujanza;  
Pero también conviene que se vele  
De los que están debajo de su lanza,  
Pues armas del doméstico enemigo  
Riguroso furor tienen consigo.

Y así los humos destos desvarios,  
Si condensaren nube de sospecha,  
Tener apercebidos los rocios  
Antes que salgan llamas aprovecha;  
Pero si los remedios son tardios,  
La suerte del contrario queda hecha,  
Y es menester, en caso semejante,  
Por no quedar atrás, estar delante.

El desconfío de Ortal aquí fué sumo,  
 Juzgando las verdades por novela;  
 El cual no solamente vido humo.  
 Pero también centellas de candela,  
 Y con se resumir lo que resumo,  
 Nunca creyó ser necesaria vela;  
 Y así, como no hizo cuenta desto,  
 Quedó de su potencia descompuesto.

Hizo camino pues con sus leales,  
 Rompiendo grandes fuerzas y pujanzas  
 De aquellos belicosos naturales  
 Que defendían casas y labranzas:  
 Do las seguridades principales  
 Les daban las espadas y las lanzas,  
 Por ser al barbarismo desta gente  
 Esta seguridad mas conviniente.

En tierra ya de paz los caminantes,  
 Hicieron á la mar partida presta,  
 Adonde todos eran ignorantes  
 De tan breve venida como esta;  
 Y do por las revueltas dichas antes  
 Les era la guardida mas molesta,  
 Por estar el Sedeño con intento  
 De venir con Ortal en rompimiento.

De manera, letor, que cuando quiso  
 Evitar á caribes la tragona  
 Crüel hija de Focis ó de Niso,  
 Amenazas de muerte le pregona:  
 Y á no tener con ambas gran aviso,  
 Grande riesgo corria su persona;  
 Mas escapóse de crüeles manos,  
 Por industria del padre Castellanos.

Y tengo yo por muy averiguado,  
 Que si no se saliera del estrecho,  
 El muriera suspenso y ahorcado,  
 Sin mirar á justicia ni derecho,  
 Por estar el Sedeño tan dañado  
 Que cometiera ya cualquier mal hecho;  
 Y así, por lo traer á su presencia,  
 Fué la que puso suma diligencia.

Mas puestos en la playa deseada,  
 Cada cual por su parte recatado,  
 Hicieron con oscuro la llegada  
 Al pueblo que el Ortal dejó poblado,  
 Tres leguas mas abajo del armada  
 Y campo del Sedeño reformado;  
 El cual para partir estaba presto  
 Debajo del desino ya propuesto.

Un maestre Joan, que lombardero era,  
 Siendo de vela dijo quién venia;  
 Salieron por lo ver á la ribera,  
 Diciéndole cuán gran riesgo corria:  
 Al instante le dió barca lijera,  
 Equipada de buena compañía,  
 El clérigo francés, principal hombre,  
 Que se llamaba de mi mismo nombre.

Sin gozar allí punto de sosiego,  
 Y sin llevar cabal matalotaje,  
 La vuelta de Cubagua se fué luego,  
 Y á vela y remo hizo su viaje;  
 Y no fué de cobarde ni de ciego  
 Ser él el que llevaba su mensaje;  
 Pues no costara menos que la vida,  
 Si no fuera de noche la partida.

Porque otro día luego de mañana,  
 Algun indio ladino que los vido  
 Llevó las nuevas á Maracapana,  
 Diciendo que Ortal era venido;  
 Sedeño, de su gente mas lozana,  
 Juntó consorcio bien apercebido,  
 Mandándoles con ásperas razones  
 Que luego lo trajesen en prisiones.

A Neveri llegó la gente brava,  
 Armada de rigor descomedido,  
 Y sabida la vuelta que llevaba  
 La dieron á decir lo sucedido:  
 El Sedeño las barbas se pelaba  
 Desde que supo que Ortal era huido;  
 Pero fusta de remos mas espesa  
 Mandó que lo siguiese con gran priesa.

Entre muchos que iban á prendello,  
 Fueron los dos hermanos Antillanos,  
 El capitán Copete, Mesa y Tello,  
 Que también estos tres fueron hermanos:  
 Zamudio, Ontiveros, Joan de Argüello,  
 Cabrera, Joan Martin de Castellanos,  
 Con mas que mi memoria no sustenta,  
 Y con quien el Ortal tuvo gran cuenta.

Pues el tiempo que suele ser lijero,  
 De la region etérea movido,  
 Muchos hizo venir á pagadero,  
 El campo del Sedeño destruido:  
 Siguiéron pues á este caballero  
 Hasta Cumaná, puerto conocido,  
 Do para lo prender faltó remedio  
 Por haber puesto mucho mar en medio.

Queriendo ser mas Taurea Campano,  
 Que hizo de su fuga confianza,  
 Que Claudio Asello, milite romano,  
 Que solo la tenia de su lanza:  
 Vacía se volvió sedeña mano,  
 Perdida de prision el esperanza:  
 Libre pues el Ortal de tal encuentro,  
 Sedeño se partió la tierra adentro.

Recogió del Ortal muchos soldados,  
 Cuyo fiel valor experimenta;  
 Y para los llevar bien aviados,  
 Caballos, armas, ropas les presenta:  
 Hubo después negocios muy pesados,  
 De que, mediante Dios, yo daré cuenta;  
 Pues los Sedeños de presente huyen,  
 Y los de Ortal agora se concluyen.

El cual, considerada la demencia

Del Antonio Sedeño y la malicia,  
 Envio sus despachos al audiencia,  
 Demandando remedio por justicia:  
 Despachóse juez de residencia,  
 De quien también daré larga noticia  
 Al tiempo que mejor me pareciere,  
 Y con la claridad que yo pudiere.

Porque para tratar cumplidamente  
 La vida del Ortal en lo restante,  
 Aunque un negocio de otro va pendiente,  
 Habremos de hacello discrepante:  
 Poniendo por escrito de presente  
 Cosas que sucedieron adelante,  
 Después que noche del eterno sueño  
 Escureció los ojos del Sedeño.

Por no ser los enojos definidos  
 Aunque sus dias fueron acabados,  
 Antes por los agravios recebidos  
 El Ortal se vengó de sus soldados;  
 Y aquellos que pudieron ser habidos  
 Fueron por su respeto castigados,  
 Y en este lugar cumple que mi pluma  
 Con brevedad posible los resuma.

Pues cada cual elegía representa  
 En relacion historia recogida,  
 Y aquel gobernador que la cimenta  
 No consiente que vaya dividida;  
 Sino que de un voleo se dé cuenta  
 De todos los sucesos de su vida;  
 Y así, pues la presente tiene dueño,  
 Acabada, diremos del Sedeño.

El cual, mucho después de su partida,  
 Y de revueltas otras y rencillas,  
 Ansimismo partió de aquesta vida,  
 Por cuyo fin también hubo cosquillas:  
 Tales, que fué su gente dividida  
 En dos contrarios bandos y cuadrillas;  
 Unos la gente siguen alemana,  
 Otros volvieron á Maracapana.

Estos por los delitos cometidos  
 Y excesos que serán conmemorados,  
 A instancia del Ortal eran panidos,  
 Y de los que tenían agravados:  
 Fueron en este puerto detenidos,  
 A fin que todos fuesen castigados;  
 Entre ellos un Aduza y Joan de Argüello,  
 A quien la saga hizo largo cuello.

Pues muchos menearon los tobillos  
Pareciendo mas sano dar la uelada,  
Que puestos en cadenas y con grillos  
Pagar el carcelaje sin la suelta:  
Fueron los sobredichos dos caudillos  
Deste motin y última revuelta,  
Y todos por llevar caballos buenos,  
Se quisieron valer de los ajenos.

Escogió cada cual á su contento,  
Porque por la zavana repastaban,  
Y Aduza dijo ser acertamiento  
Dejarretar los otros que quedaban,  
Porque no fuesen en su seguimiento  
Aquellos de quien ellos los llevaban:  
Astucia de sagaz y de discreto,  
Si acaso la pusieran en efeto.

Mas hubo también otras opiniones  
Torpes en afeár aqueste hecho,  
Y así faltaron las ejecuciones  
Que les pudieran ser de gran provecho:  
Pues acontece muchas sinrazones  
Asegurar con otras su derecho;  
Y aunque la culpa hace muy mas llena,  
A veces se reservan de la pena.

Fueron pues diez y seis aperechidos  
De caballo, de lanza y de rodela,  
A quien noche sacó sin ser sentidos,  
Como la que de tales es tutela:  
Volvian por los pasos conocidos  
A la gobernacion de Venezuela;  
Y en Cubagua justicia y regimiento,  
Luego supieron el atrevimiento.

Condenando la culpa por atroce,  
Cometen al Ortal aquel castigo;  
Ortal, que sus afrentas reconoce,  
Mucha gente cabal llevó consigo,  
Con deseo de dar alguna coce  
A quien se le mostró tan enemigo;  
Y en tierra firme puestos deste puerto,  
Lo que el Aduza dijo salió cierto.

Pues luego los caballos ensillados,  
Que vimos escapar del duro trance,  
De huellos fugitivos enseñados,  
A gran priesa siguieron el alcance;  
Pero los delinquentes confiados  
No supieron jugar segundo lance;  
Pues o por flojedad ó mala guia  
Se dieron menos priesa que cumplia.

Al gran río de Guárico llegaban  
Como setenta leguas caminadas,  
Do los cansados cuerpos reposaban  
En playas y riberas cultivadas,  
Cuando los que por ella caminaban  
Fresquisimas hallaron las pisadas,  
Y el Ortal reparó la gente presta,  
El rigor esperando de la fiesta.

Apolo ya las sombras retiraba,  
Pues casi por zenit se les subia,  
Y el eje por el medio reseca  
Con los dorados carros que regia,  
Cuando frescor umbroso convidaba  
Al descanso que el cuerpo les pedia:  
Entonces el Ortal y sus soldados  
Dieron en los que estaban acechados.

Bien como peje narces ó torpedo,  
Que sin tocar entume miembros sanos,  
Y para ser su cebo se está quedo  
El peje de los rios destos llanos;  
Así los asaltados con el miedo  
No pudieron valerse de sus manos,  
Por verse rodear tan de repente,  
Y no temer aquel inconveniente.

No faltaron allí duros sayones  
Que con oprobrios y palabras feas  
Los pusieron en ásperas prisiones,  
Así colleras como arropneas,  
Representándoles viejas pasiones  
Habidas en rencuentros y peleas;  
Otros también de mas noble talento  
Usaban de mejor comedimiento.

Estaba del Argüello muy sentido  
Jerónimo de Ortal por lo pasado,  
Y así, sin le guardar orden debido,  
A muerte natural fué condenado:  
Finalmente, que fué, sin ser oido,  
De la rama de un árbol ahorcado,  
Ejecutando fuera la sentencia  
De su gobernacion y pertenencia.

Argüello muerto, como dije antes,  
Con muestra de grandisima paciencia,  
Llegaron á Cubagua los restantes,  
Donde estaba juez de residencia,  
Y adonde no faltaban querellantes,  
Ajenos de virtud y de clemencia:  
Afrentaron soldados de gran suerte,  
Y Aduza padeció pena de muerte.

Conclusos estos casos tan extraños,  
Indignos de cubrirse con tiniebla,  
Ortal, pobre, pasó por muchos años  
En casa de un vecino dicho Niebla:  
Fué después contador, mas no de daños  
Que hacia sin orden y sin regla,  
Herrando libres indios por captivos,  
Cuyos números fueron escesivos.

Estando pues el pobre con resuello  
Menor que para lo cotidiano,  
Y tan pobre que mas no pudo sello  
Aquel Epaminondas el tebano:  
Ante los odores un Argüello  
Quejó dél por la muerte del hermano;  
De manera, que fué por su presencia  
A defender sus causas al audiencia.

Para satisfacion del tal esceso  
Faltaba lo que el otro pretendia,  
Por ya no ser Ortal, Mida ni Creso,  
Ni tener lo que Piño tenia,  
Ni aun para pagar costas de proceso,  
Y así se concertó por cierta via:  
El Ortal, libre ya desta manera,  
Tomó en Santo Domingo compañera.

Gozando de mujer, dama lozana,  
Una siesta cubierto de sudores,  
Por asiento tomó cierta ventana  
Para tomar del aire los frescores,  
Donde septentrion ó tramontana  
Hacia mas templados los calores,  
Y luego, como aquel rey Andebunto,  
O como Nicanor, cayó defunto.

En proporciones era delicado,  
Y también en sus tratos tuvo esto:  
Fué grave con nota de pesado,  
Varon gallardo, suelto, bien dispuesto:  
La barba clara, rostro bien formado,  
Alegres ojos, apacible gesto,  
Decian de buen pecho ser ajeno;  
Pero por cierto yo lo hallé bueno.

Honró su funeral ilustre gente  
Como suele ciudad tan generosa  
Al que es inferior y al eminente,  
Sin que de claridad le falte cosa:  
Enterraronlo muy honradamente  
En parte conviniente y honorosa,  
Y donde las exequias se hacian  
Pusieron unos versos que decian:

*Continet Ortali, bustum quod cernitis, ossa,  
Qui factus Croesus, factus et ipse Bilon.  
Valde dolet varios huius perpendere casus,  
Plusque dolet nobis tam cilius interitus.*

Tiene aquesta sepultura  
A Jerónimo de Ortal,  
Cuya carrera fué tal,  
Que en ella le dió ventura  
Antes bien y después mal.

Dolor es que desatina,  
Considerar su ruina;  
Pero lo que mas dolió  
Fué morir como murió,  
De muerte tan repentina.

## ELEGIA XII.

*A la muerte de Antonio Sedeño, donde ansimismo se cuenta el suceso de su jornada.*

## CANTO PRIMERO.

A cosas de Cubagua y Margarita  
Aspiraba, letor, mi flaca pluma  
A dar de relacion tan infinita  
Alguna recogida y breve suma ;  
Pero dame Sedeño tanta grita  
Rogando que su causa se resuma,  
Que primero que dellas es forzado  
Acabar lo que dél he comenzado.

Quando clara progenie de Latona  
Tenia por la ecliptica carrera ,  
Aquel primero signo de la zona  
Obliqua, que ciniendo va la esfera ;  
Quando quinquenno ciento se pregona  
Con mas treinta y seis años de la era ,  
Tal día con frescor de la mañana  
Salió Sedeño de Maracapana.

Al cual deste consorcio belicoso  
Le pareció nombrar en el armada  
Por general á Diego de Reinoso,  
Y el maese de campo fué Losada :  
Martin Fernandez, hombre poderoso ,  
Por alcalde mayor de la jornada ,  
Porque en el aviar el estandarte  
Este fué quien gastó la mayor parte.

Por capitanes otros seis ó siete  
Fueron por el Sedeño señalados ,  
Como Montalvo, Vega y el Copete,  
Y los dos que murieron ahogados :  
Segun mi verso débil entremete  
En los casos atrás conmemorados,  
Ochoa y Alonso Alvarez Guerrero,  
Capitán del Ortal y compañero.

Sacó quinientos hombres escogidos ,  
Todos valerosísimos soldados ,  
De caballos y armas proveídos ,  
De cosas necesarias reparados :  
De pensamientos altos van movidos ,  
De grandes esperanzas alentados ,  
Con intento de ver templo dorado  
Do el padre de Faeton es adorado.

Con todo buen concierto se camina  
Por costa de la mar camino claro ,  
Pero luego dejaron la marina,  
Y atravesaron por Patigutaro :  
Provincia tan cabal que fuera dina  
De conservarse con mejor reparo ,  
Y por do les hacia mas al caso  
Salieron á los pueblos de lo raso.

A sombra de tan fuertes valedores,  
Cubagua concertó también que fuesen  
Sus capitanes y rescatadores  
Que los indios esclavos recogiesen,  
O granjeados ya por sus sudores ,  
O de los que los otros les vendiesen,  
Con orden de elemencia tan ajena  
Que el escribillo da terrible pena.

Pues era tan sin freno la soltura  
De parte del ejército cristiano,  
Que les era la paz menos segura  
Que dormir con las armas en la mano ;  
Pues con asegurallo, se procura,  
Privar de libertad al indio llano,  
Y en esto fueron tantos los engaños,  
Que se hicieron increíbles daños.

De tan inmensa copia de vecinos  
Rarisimos son hoy los que parecen,  
Umbrosos montes cubren los caminos  
Que los humanos ojos humedecen :  
Los campos por do pasan peregrinos  
Con sangre de los muertos reverdecen ;  
Ya no se ve labranza ni cultura,  
Sino bosques incultos y espesura.

En esto colocaban su contento  
Con harto mas rigor de lo que digo ,  
Y era de tal furor el desatiento,  
Sin reservar amigo ni enemigo ,  
Que juzgaban con gran merecimiento  
El demérito digno de castigo :  
Tanto ciega los ojos la cudicia  
Que la maldad se tiene por justicia.

Los ebrios de tan mortal beleno,  
Que muy poquitos hoy sustenta hado,  
Parece que despiertan de tal sueño  
Que ninguno tuvieron tan pesado :  
Dicen mal del Ortal y del Sedeño  
Por haberse tan mal acomodado ,  
Pues si tuvieran de poblar intentos  
Potentes fueran los repartimientos.

Iban pues con algunos compañeros  
De Cubagua personas principales ,  
Un Domingo Velazquez, un Riberos,  
Fernando de Veger, Pedro de Caliz :  
Su fin, su pretension, sus paraderos  
Fué siempre destruir los naturales ;  
Llegó á Guaramental toda la gente,  
El cual los recibió benignamente.

Hizo Sedeño ir por otras vias  
Gente que parecia ser bastante ,  
Repartidos en tres capitánias  
Para que descubriesen adelante ;  
Y él se detuvo por algunos dias  
Mas cerca de la mar con la restante ,  
En el pueblo del Cojo, que ya cuento,  
Porque le pareció fértil asiento.

La gente por Cubagua proveída  
Y con el capitán que Ochoa llamo,  
Desde Guaramental hizo corrida  
A la parte que dicen Guayacamo,  
Provincia bien poblada y estendida ,  
Pero no sin defensa de su amo,  
Porque los indios della como diestros  
Hicieron grandes suertes en los nuestros.

Pues viendo lamentar los derredores  
Por ser en sus defensas incapaces,  
Y ser los españoles ya señores ;  
Como sabios astutos y sagaces,  
Tuvieron estos indios por mejores  
Patentes guerras que fingidas paces ;  
Y así fueron los nuestros rebatidos ,  
Algunos muertos, y otros mal heridos.

Viendo que se valian desta suerte  
Por tener la guarida muy cercana ,  
El español desea de lo fuerte  
Sacallos al anchor de la zavana,  
Para tomar venganza de la muerte  
Que padeció la gente castellana,  
Y así se retrajeron poco á poco  
Para mas incitar al indio loco.

Con sospecha de que se retiraron  
Los españoles de temores llenos,  
Los indios á lo raso se llegaron,  
Sin miedo del concierto de los frenos  
De aquellos que los tésalos domaron ,  
Para poder correr con piés ajenos ,  
Tanto que se pusieron á provecho  
Y á daño suyo fuera del estrecho.

Las riendas flojas, las espuelas hitas ,  
Compuestas las adargas y las lanzas ,  
Van los centauros contra los lapitas  
Que venian con vanas confianzas :  
Aviñanse las voces y las gritas ,  
Crecen á mas andar las destemplanzas ,  
A todas partes y por todos lados  
Rompen salvajes pechos y costados.

El Ochoa hacia gran estrago,  
Pedro de Caliz rige bien las riendas,  
Y también Francisco de Santiago,  
Que en este nuevo reino tiene prendas  
Ningunas lanzas destas van en vago  
Vengando las preteritas contiendas,  
Y los demás hacian maravillas ,  
Rompiendo las ijadas y costillas.

Bien como caminante descuidado  
Que bestia fiera topa de repente,  
Y con aquel temor desalentado  
Huyendo acá atrás vuelve la frente;  
Ansí huye también el mas osado  
Y el mas aventajado desta gente.  
Admirados de ver en la conquista  
Bestia nunca jamás por ellos vista.

Al fin, viendo los golpes escesivos,  
Los tajos y reveses inhumanos,  
Los guayacamos que quedaron vivos  
Huyeron del furor de los cristianos;  
Pero de los rendidos y captivos  
Gran copia les dejaron en las manos,  
Y puestos en recado conveniente  
Siguiéron el alcance juntamente.

Los libres del rigor de las peleas  
Largando van los arcsos y penachos,  
Los nuestros saquearon las aldeas  
Recogiendo mujeres y muchachos:  
De oro bajo joyas y preseas  
Sin que le pongan armas sus empachos,  
Y vueltos á la ya dicha dehesa,  
Al Sedeño llevaron grande presa.

Como fuesen iguales en ingenio  
Para hacer allí las particiones,  
Atabas se conforma con Numenio.  
Ambos á dos grandísimos ladrones:  
Ajenos del vivir del justo Benio,  
Mas no de las argivas condiciones;  
Llevólo pues Cubagua por entero  
Uno por parte y otro por dinero.

Acudieron también los taburlianes  
Para poder mejor echar el sello;  
Quiero decir, los otros capitanes  
Bautista, y el Aduza, y el Arguiello:  
Que tuvieron contrastes y desmanes  
Y la vida colgada de un cabello,  
Por haber encontrado competencia  
Que hizo porfiada resistencia.

Pero trajeron muchos maniatados  
De Anipuya, Marapa y Mayatare,  
De Chocoroima y rio de Tiznados,  
De Guamba, Orocomay, Cumagatare;  
De muchos pueblos otros señalados  
De la provincia de Mayagatare,  
Y todos los llevaron cubagüeses  
A trueco de preseas é intereses.

Llevaban á Cubagua sus vecinos  
De esclavos prolijísimas cadenas,  
Dejando bien sangrientos los caminos,  
Las sendas y veredas todas llenas  
De muertos en aquestos desatinos,  
Con hambre, con cansancio y otras penas,  
Pues eran destos miseros captivos  
Muy mucho mas los muertos que los vivos.

Y como tantos muertos se quedasen  
En aquestos trabajos escesivos,  
Fué causa que los tigres se cebasen  
Y en esta tierra fuesen tan nocivos:  
Pues como ya los muertos les faltasen  
Procuraban cebarse de los vivos,  
Y fué tan grandé plaga y desventura  
Que no teníamos hora segura.

El pesado temor desto se prueba  
Por casos varios que decir entiendo,  
Y entre sueños no era cosa nueva  
Alguien, sin le tocar, estar diciendo:  
« Señores, que me lleva, que me lleva. »  
Los otros acudían al estruendo,  
Y estando quien lo dijo muy dormido,  
Causarse confusísimo ruido.

Pues como cada cual por sí recela  
Una muerte tan vil y desastrada,  
Unos tiran tizones de candela  
Otros tercián la lanza preparada;  
El otro se embrazó de la rodela,  
El otro no topó con el espada;  
Mas en los sobresaltos destas fieras  
Las mas veces las burias eran veras.

Y á treinta de caballo, mocetones,  
Y para guerras no personas mansas,  
Un tigre les causó mil turbaciones  
En el rio que llaman de Barrancas:  
Recogidos en medio los peones  
Y ellos sin se mover ancas con ancas,  
Mas antes de llegar la luz del día  
A un indio le quitó la que tenía.

Otra noche por el inconveniente  
De tan perniciosas ocasiones,  
Un capitán, que fué Joan de la Puente,  
Vistióse fuertes armas de algodones:  
Con capirote y faldas fuertemente  
Trabando las hebillas y botones,  
Porque si la venida fuese cierta  
En otra parte diese descubierta.

Y aunque las armas fueron de provecho  
Cuando todos estaban reposando,  
El tigre para él se fué derecho  
Ningunas cuberturas respetando;  
Dió grandes voces él, mas un gran treche  
Lo llevó con las armas arrastrando,  
Acuden caballeros, que velaban,  
Al tino de las voces do sonaban:

Yendo cada cual dellos recatado  
Dan gritos que los meten en el centro,  
Al fin halláronlo ya desmayado  
Aquellos que salieron al encuentro:  
Entre dos plantas verdes apretado  
Que no pudo metello mas adentro,  
Túvose por grandísima ventura,  
No podello llevar al espesura.

Y cierto su persona fuera lesa  
A poderle quitar los embarazos,  
Pues cuando va huyendo con la presa  
La va haciendo toda mil pedazos:  
Hincho de de crujidos la dehesa  
Quebrantando costillas, piernas, brazos;  
Y es tan veloz en el hacer el salto  
Que parece que vuela por lo alto.

Otra noche también desta manera  
Dormía el lusitano Caraballo,  
Habiendo puesto para cabecera  
La silla y aderezos del caballo:  
Manoplazo feroz tiró la fiera  
A fin de lo matar y de llevarlo,  
Fué misterio de Dios y maravilla  
Que parasen los daños en la silla.

Huyó pesado sueño del dormido  
Cuya silla sintió llevar rastrando,  
Haciendo los estribos gran ruido  
Que por las duras piedras iban dando:  
Temor lo hizo mas apercibido  
Y á todos los demás estar velando  
Hasta la luz, y abierta la sospecha  
La silla se halló, pero deshecha.

Otra vez en el rio de Tiznado  
Un indio de Fernando Cascajales  
Se cubrió con un cuero de venado  
Con miedo, segun dijo, destos males:  
Saltó tigre feroz encarnizado  
Echándole las garras infernales,  
Y ventura le fué tan obediente  
Que llevó la cubierta solamente.

Conocida su suerte venturosa  
Dió gritos convocando los cristianos,  
Saltó de la hamaea quien mas osa  
Y el que tuvo los piés menos livianos:  
Tuvimos una noche trabajosa  
Y siempre con las lanzas en las manos,  
Con tizones, con grita y vocería  
Hasta que ya llegó la luz del día.

Yendo muchos á dar en un cercado  
De gente que tenían acechada,  
Cada cual á caballo bien armado  
Cubiertos de la noche sosegada;  
Tigre feroz saltó por el un lado,  
Y al capitán levóle la celada,  
Sin ser la voluntad del caballero  
Que lo sirviese paje tan ligero.

Viendo la buena maña del lacayo  
Cuyas uñas peinaban el cogote,  
El caballero Garcí Perez Vayo  
A lo raso salió mas que de trote;  
Porque no revolviere por el sayo  
Aquel que le llevó su capirote,  
Y los demás hicieron otro tanto  
No menos poseidos del espanto.

De día fuimos seis por un camino,  
Y en un gran pajonal pasó delante  
Joan de Oña, montañés, ó vizcaíno,  
Saltó tigre con él en el instante,  
Con golpe que sacara de su tino  
Al mas poderosísimo gigante;  
Acudimos á él con piés livianos,  
Y quitámoselo de entre las manos,

La fiera crudelísima, tragona,  
No pudo deshacer el mortal vaso,  
Mas dejó maltratada su persona  
Por se querer mostrar en este caso  
Barbero que lo hizo de corona  
Dejándole no mas que el casco raso.  
Pues la tresquila fué con tan mal celo  
Que no pudo jamás cubrilla pelo.

No le curaron luego la herida  
Por parecer las llagas ser mortales,  
Y aun por andar la gente de corrida,  
Demás de que faltaban materiales:  
Curámoslo después, y tuvo vida  
Temerosa de tales animales;  
Y aunque vivía siempre lastimado,  
Después lo vi con hijos y casado.

Quiero también contaros otra cosa  
De un indio que venía por un llano,  
A pedir libertad para su esposa  
Captiva del ejército cristiano:  
Otra lleva por ella muy hermosa  
Y espada de las nuestras en la mano,  
Mas tigre le mató la india bella,  
Y dél hacer quisiera lo que della.

Mas viéndolo venir el caminante,  
Cubrióse tras el tronco de un madero,  
Poniéndole la punta por delante  
Al tiempo que voló saltó lijero:  
De suerte que la espada trepidante  
Entró por el vital degolladero,  
Cayó la bestia fiera sin aliento  
Y el buen indio gozó de vencimiento.

Dió relacion á nuestra compañía  
Del daño recibido y del provecho,  
Fueron allá por ver lo que decia  
Y satisfizo cristiano pecho:  
Diéronle la querida que pedía  
En premio de tan honoroso hecho,  
Hicieronle los indios grande fiesta  
Por selles esta fiera muy molesta.

Pudiéramos gastar en estos cuentos  
Hartos dias que no fueran inertes,  
Mas no de desventura tan exentos  
Cuanto lo fueron estas dichas suertes:  
Sino fines turbados y sangrientos,  
Arrebatadas y penosas muertes,  
No solo de los indios naturales  
Mas de muchas personas principales.

Y muchos nombres de ellos os dijera,  
Pues en los mismos riesgos nos hallamos,  
Pero por acortar esta carrera  
Al Antonio Sedeño nos volvamos,  
Y al asiento del Cojo y su ribera  
Que fué la parte donde lo dejamos,  
Por rehacerse mas de cosas varias  
Para largo camino necesarias.

Estando pues en esta pertenencia  
El Sedeño con estas compañías,  
Vino para prendello del audiencia  
Un licenciado dicho Joan de Frias:  
No menos confiado de su ciencia  
Que de victoriosas valentías,  
Entró tras él por pasos conocidos  
Con cien soldados, hombres escogidos.

Supo Sedeño luego la venida  
Y adivinando lo que el otro piensa,  
Toda su gente tuvo recogida  
Con mano para guerra mas estensa:  
A la cual destas cosas advertida,  
Dispuso y ordenó para defensa,  
Facilitando tal inconveniente  
Con decilles á todos lo siguiente:

« Envidia, mis carísimos hermanos,  
Que lo bien puesto derribar procura,  
Debe querer quitarnos de las manos  
Alguna prosperísima ventura:  
Pues me dicen venir ciertos cristianos  
A perturbar tan buena coyuntura,  
Con juez proveído del audiencia  
Por odio, por pasión y mal querencia.

» Y si somos á estos sometidos,  
Obedeciendo tales provisiones,  
Que maliciosos hombres fementidos  
Ganaron con siniestras relaciones,  
Quedamos asolados y perdidos;  
Y fuera de tan buenas ocasiones,  
Como las que tenemos de presente,  
Do Dios y el rey se sirven juntamente.

» Pues querer por jurídicas contiendas  
Que nuestras causas sean defendidas,  
Demás de desasirnos destas prendas  
Para cosas mas altas adquiridas,  
Veremos consumidas las haciendas,  
Y en confusion las honras y las vidas,  
Que como ya sabeis las menos veces  
Favorecen al reo los jueces.

» Ansi que pues que vamos en servicio  
De Dios y rey, según intento mio,  
Y para la defensa que cudicio  
Tenemos fuerzas y bastante brio,  
No me parece grave maleficio,  
Que el licenciado Frias vuelva frio.  
Antes es bien que cada cual defienda  
Su libertad, su vida y su hacienda.»

Aquel interesal razonamiento,  
Con oídos atentos percebido,  
Y entendido por todos el intento  
Que de color de rey iba vestido,  
Mostraron todos ellos buen aliento  
Para la defension de su partido,  
Diciendo cada cual que estaba presto  
Para la ejecucion de lo propuesto.

En aquesta sazón Frias tenía  
La contraria ribera del Unare,  
Pero seguro vado no sabia  
Para que su venida se declare;  
Y ansi determinó por aquel día,  
Que por allí su gente se repare,  
Mandando componer ranchos y tiendas,  
Sin sospecha de guerras ni contiendas.

Y fué debajo destas intenciones  
Hacer pasar allá, día siguiente,  
Alguna breve copia de varones,  
Con Sancho del Castillo, su escribiente,  
Para notificar las provisiones  
Al Antonio Sedeño y á su gente,  
Que los hilos cortó de su esperanza,  
Por no tener de muchos confianza.

Y ansi tenía ya determinado,  
La luz de los mortales apartada,  
Pasar allá por conocido vado,  
Con parte de su gente bien armada;  
Y dar en el dormido licenciado  
Prendiendo la cuadrilla descuidada,  
Con miedo que si viesen mandamiento,  
En sus gentes habria mudamiento.

Al tiempo pues que ya la noche fria  
Demediaba sus cursos naturales,  
Y sueños descuidados infundia  
Morfeo por los ojos de mortales;  
El Antonio Sedeño no dormía,  
Antes llamó soldados principales  
Apercibidos para tal efeto,  
Porque tenía destes buen conceto.

Caminaron con él hasta doscientos,  
 Los ciento de caballo y cien peones,  
 Muy bien armados y con pasos lentos,  
 Por mas asegurar las ocasiones:  
 Pasaron con quietos movimientos,  
 Las aguas sin opuestas defensivos,  
 Y fueron por aquestos campos anchos  
 Hasta ponerse ya sobre los ranchos.

Como tigre que quiere hacer presa  
 Saliendo de lugar escurecido,  
 Y fué por pajonal de la debesa,  
 Tan tácito que no causó ruido;  
 Y visto los majares de su mesa,  
 Hace salto veloz, jamás oído,  
 Y si acaso lo sienten, es ya cuando  
 La miserable presa va gritando;

Ansi los de Sedeño, revestidos  
 Del nubló que tenían por halago,  
 Llegaron á los ojos que dormidos  
 Tomaban del trabajo justo pago;  
 Y nunca fueron vistos ni sentidos,  
 Hasta que ya dijeron, « Santiago,  
 A las armas »; dan gritos, pero vanos,  
 Por ya se las tener ajenas manos.

Sin sangriento rigor fueron rendidos  
 Por estar sepultados en gran sueño,  
 Y luego fueron todos repartidos  
 Entre los capitanes del Sedeño:  
 Caballos, armas, ropas y vestidos  
 Allí reconocieron nuevo dueño,  
 Y otras preseas mas, entre las cuales  
 Recogieron las cédulas reales.

Y estas sin el respeto que se debe  
 Luego las entregaron y las dieron  
 Al impetu del agua que las lleve,  
 A las ondas del mar por do vinieron:  
 Pedro de las Comadres, que se atreve  
 A tales desvergüenzas cuales fueron,  
 Comenzó de decir con gritos varios:  
 «Allá van, allá van los cartularios.»

Pensaba que por esto fuera dino  
 De coronas triunfales ó guirnaldas;  
 Pero pasados tiempos, tiempo vino  
 Que por sus robustísimas espaldas  
 A su pesar corrió flujo sanguino,  
 Que en el rostro causó color de gualdas,  
 Otros también entraron en la cuenta,  
 Que no se reservaron del afrenta.

El Frias con los otros descompuestos,  
 Fueron, como ya dije, divididos  
 Por el gobernador en varios puestos,  
 A vigilantes guardas cometidos:  
 Sufriendo cada cual ratos molestos,  
 Por ser escasamente proveídos,  
 Pero poco después de la pendencia,  
 Para poder volver les dió licencia.

Mas aunque medios y conciertos hubo,  
 Para poder volver al Océano,  
 Al Frias el Sedeño lo detuvo,  
 Y á Sancho del Castillo su escribano:  
 Con unos el concierto se mantuvo,  
 Y á otros no les dió tan libre mano,  
 Sospechosos dejóselos consigo,  
 Y los otros se fueron como digo.

No vuelven en caballos ni trotones,  
 Pero, segun el uso de romeros,  
 Las lanzas convertidas en hordones,  
 Y las adargas son sacos lijeros:  
 Iguales van agora los peones  
 A los aventajados caballeros,  
 Entre ellos ansimismo van iguales  
 Un don Pedro y don Diego Sandovalés.

Con Domingo Velazquez se dispensa,  
 Y con otros amigos conocidos,  
 Que lleven armas para su defensa,  
 Si de los indios fuesen ofendidos;  
 Y á todos los demás en recompensa  
 De los bienes robados y perdidos,  
 Les dieron muchos indios de la tierra,  
 Que les decían ser de buena guerra.

Estos, á quien volver no se les veda,  
 Aviso luego dieron al audiencia:  
 Y así, vistas las vueltas de la rueda,  
 Mandóse que castigue la demencia  
 El licenciado Joan de Castañeda,  
 Famoso por soltura de conciencia  
 Y en deshonestidades y regalo  
 Creo que fué menor Sardanapalo.

A Cubagua llegó do se pregona  
 La provision y cédula bastante,  
 Y por no fatigar mas su persona  
 Nunca quiso pasar mas adelante;  
 Mas nombre capitán de Tarragona,  
 Que no hallaba riesgo que lo espante,  
 Este fué Joan de Yúcar, un navarro  
 De quien atrás algunas cosas narro.

Como varon sagaz y diligente,  
 Tratable, generoso, halagüeño,  
 Procuró convocar alguna gente,  
 Cuyo número todo fué pequeño:  
 Por vía que le fué mas conveniente  
 Luego se despachó co tra Sedeño,  
 Creyéndolo hallar en el asiento  
 Adonde Frias vió su rompimiento.

Pero después que para la marina  
 La gente sin el Frias fué enviada,  
 El Anton o Sedeño determina  
 Proseguir adelante su jornada:  
 Pifaro y atambor con voz continua  
 Recoge ya la gente separada,  
 Serenidad de tiempo los convida  
 A poner en efeto la partida.

Demás de que tenía por pesado  
 Gastar mas tiempo por aquel asiento,  
 Donde febea luz había dado  
 A toda su carrera cumplimiento,  
 Por polos del zodiaco dorado  
 Contrario del primero movimiento,  
 Y aun del signo de Géminis salía,  
 Y al trópico de cáncer se metía.

Dados pues por el campo los pregones,  
 Recogen los soldados sus haciendas,  
 Mantenimientos, armas, municiones,  
 Los gospinos toldos y las tiendas;  
 Salieron caballeros y peones  
 Dispuestos para lides y contiendas,  
 Y para les servir en trances tales  
 Crecida cantidad de naturales.

A los cuales llevaban en colleras  
 Con cuerdas ó cadenas algo largas,  
 Pero todas delgadas y lijeras  
 Porque pudiesen bien llevar las cargas:  
 Gansabanse las fuerzas mas enteras,  
 Las horas del vivir hacen amargas,  
 Aqueste ve su fin, aquel desmaya,  
 Otro no sabe ya cómo se vaya.

Mandaban desatar al que se via  
 Careciente de fuerzas y sustancia,  
 Porque el gobernador siempre tenia  
 En este caso grande vigilancia,  
 Y en que se caminase cada dia  
 Dos leguas solamente de distancia,  
 Siempre nombraba hombres diligentes  
 Que curasen heridos y dolientes.

Tuvo vigilantísimo cuidado  
 De los pobres enfermos y heridos,  
 Nunca se le probó comer bocado  
 Hasta que los tuviese proveídos:  
 Por el camino todo buen recado  
 Y entre los de caballo repartidos,  
 Él en la retaguardia vigilante  
 Para llevarlos todos por delante.

Con esta vigilancia propia suya  
 Llegaron á las tierras que mandaba  
 La reina que llamaban Anapuya,  
 La cual de buena paz los esperaba:  
 Hermosa, varonil, cabal, y cuya  
 Mano muy liberal se le mostraba,  
 En todas proporciones elegante,  
 Y para guerra y paz mujer bastante.

Y en general es este mujeriego  
De bien compuestos miembros y lozanos,  
Ninguna cosa duras al entrego  
Que suelen recibir lascivas manos:  
Derretidas en amoroso fuego,  
Grandes aficionadas á cristianos,  
Serenos ojos, blandos movimientos,  
Causadores de tiernos sentimientos.

Entre estas apacibles compañías  
Fueron los españoles detenidos  
Por espacio de diez ó doce días,  
Aunque ninguna cosa divertidos:  
Después con las debidas cortesías  
De la gallarda reina despedidos,  
La gran Orocomay fueron buscando,  
Do también los estaban esperando

Con grande cantidad de bastimento,  
Por ser Orocomay atrás nombrada  
Señora de grandísimo talento,  
Y á cualquier español aficionada:  
Libre de yugo ya de casamiento,  
Y que después no quiso ser casada,  
Tuvo hijo varon de gran estima,  
Y el nombre deste mozo fué Perima.

Alto, fornido, suelto, bien dispuesto,  
Y aunque zurdo, perito sagitario,  
Melancólico, grave, torvo gesto,  
A mansas condiciones adversario:  
En baldonar la madre fué molesto,  
Atrevido, feroz y temerario,  
Con él crecían malos pensamientos,  
Pero salía bien con sus intentos.

Y así, teniendo dias mas ancianos,  
En su reino mandó se contradiga  
La paz que sustentaban comarcanos,  
Menospreciando ser en esta liga.  
Mostróse tan cruel contra cristianos  
Cuanto la madre fué fiel amiga,  
Llegó después su gran valor á tanto,  
Que fué de todos general espanto.

Pues con ser por allí los campos llanos,  
Sin sierra ni peñol do se valiese,  
Nunca jamás rompió con los cristianos  
Que punto de su parte se perdiese;  
Antes vivos tomó muchos á manos,  
Y al de caballo hizo que huyese,  
Y á muchos no valieron las espuelas,  
Sino que los cogió por las pibuelas.

Hizo mientras vivió notables daños  
Corriéndole su tierra capitanes,  
Sin ser parte grandísimos engaños  
Para no padecer muchos desmanes;  
Mas pasados después algunos años,  
Ciertos soldados de los alemanes  
Llegaron por allí no sospechando  
Hallar tan pertinaz y duro bando.

Fué gente baquiãna que traía  
Un cierto capitán de valor raro,  
El cual Pedro de Limpías se decía,  
Y el bárbaro llamó Curahamaro:  
Perima como vió la compañía,  
Quiso romper con él en campo claro,  
Y así salió con ciertos escuadrones  
Contra los caballeros y peones.

Limpías reconoció como convino  
Al Perima por ser mas señalado,  
Y así rompió guiado de buen tino  
Con caballo feroz, rucio rodado;  
Y fué con tal vigor, que de camino  
La lanza le metió por el costado,  
Tocó la tierra su robusto cuello,  
Ya despedido de vital resuello.

Acude luego para levantallo  
El escuadron robusto y esforzado,  
Y estórbalos la gente de caballo  
Con brazo vigoroso y arriscado;  
Pero parte no son para quitallo  
Hasta metello dentro del cercado,  
Donde se defendieron y ofendieron,  
Y el Limpías y los suyos se volvieron.

A este reino pues llegó Sedeño,  
Que entonces paz serena mantenía,  
Y por ser el Perima muy pequeño,  
Orocomay su madre lo regia:  
Fué su recebiniento halagüeño  
Y lleno de contento y alegría,  
A todos dieron buenos aposentos,  
Y sin limitacion mantenimientos.

Estando todos en aquel asiento,  
Cuyos vecinos eran liberales,  
A celebrar vinieron casamiento  
Dos hijos de personas principales;  
Y estaban en aquel ayuntamiento  
Inmensa cantidad de naturales,  
Que demás de vecinos y parientes  
Se llegaron de partes diferentes.

Ninguno dellos trajo largas faldas,  
Puesto que matizados de colores  
Los rostros, brazos, pechos, las espaldas,  
Otros en carne fijas las labores;  
Otros aderezados de guirnaldas,  
Compuestas y tejidas de mil flores,  
Por collares también uñas de fieras,  
Cochas de cachicamos por monteras.

Aquí y allí caterva de salvajes  
Bailaban á compás en ancho coro,  
Haciendo muchos gestos y visajes,  
A la danza guardando su decoro:  
Ondean por cabezas los plumajes,  
Resplandecen también joyejos de oro,  
Queque, paracagua, grupo, caconas,  
De que muchos ornaban sus personas.

Gran copia de casadas y doncellas  
Regocijan allí la dulce rueda:  
Graves, ledas, airosas, lindas, bellas,  
No con lienzo ni paño ni con seda;  
Sino con tal cubierta todas ellas  
Que después que nacieron se les queda,  
Y en cada cual se via muy patente  
Lo que razon honesta no consiente.

Muchas también dispuestas y sacadas  
En sus gallardos miembros y faiciones,  
Que no dudo poder ser envidiadas  
De muchas encubiertas proporciones;  
Y así se criau todas regaladas  
En aquellas provincias y regiones,  
Y con ser los varones gente dura  
Los ablanda su blanda hermosura.

Aquel dia pues en que celebrado  
El desposorio fué según sus leyes,  
Trajeron al mancebo desposado  
Cantidad de caciques ó de reyes  
A un lugar de flores adornado,  
A la sombra de macos ó mameyes,  
Do tenían asientos prevenidos,  
Muchos dellos de oro guarnecidos.

Estando cada cual en el asiento  
Segun su calidad acostumbrada,  
Orocomay sacó del aposento  
A plaza la señora desposada:  
De señoras de gran merecimiento  
Salió la ninfa bien acompañada,  
Y á su modo tan bella y tan graciosa  
Que cualquiera juzgara ser hermosa.

Los cabellos cubrían las espaldas,  
Tan largos que se vieron pocos tales,  
La cabeza con róseas guirnaldas,  
Rico collar de piedras principales:  
De rubies, turquesas y esmeraldas,  
Una cinta de perlas y corales,  
Las muñecas y piernas con chaquiras  
Y entre ellas diamantes y zafirás.

Lo demás iba todo descubierto,  
Diferente del uso vergonzoso,  
Mas tal que quiso natural concierto  
Pintar un espectáculo hermoso:  
Tan bello que no fuera menos cierto  
Que Júpiter quisiera ser esposo;  
Llevaba como virgen en la mano  
Ramillete de flores muy y galano.

Llamábase la mufa Gailacia,  
Mas mejor se llamara Galatea,  
Por ser retrato vivo do se via  
Cuanto de hermosura se desea:  
Con tan alto primor que deshacia  
A Deyopeya, Dafnis y á Pantea,  
Y á aquella que por ser mas que Glicera  
Fué puesta por un polo del esfera.

Llegada con aquesta compañía  
Do estaban los caciques esperando,  
Recebieron con grande cortesía  
Todos ellos al femenino bando:  
Miranse los esposos á porfía  
Y un rato consumieron contemplando,  
Y ella para mostrar qué tal estaba  
Al mozo dió las flores que llevaba.

El mozo las tomó con gran contento,  
Y después de mostradas por buen trecho  
Volvióselas con dulce sentimiento,  
Juntándolas primero con el pecho,  
Do prestaron los dos consentimiento,  
Y así su casamiento quedó hecho:  
Luego por multitud tan infinita  
Hubo de regocijos grande grita.

El esposo se fué tras su querida  
Con estruendo de bailes y de danzas,  
Dase muy abundante la comida,  
Crecen en el beber las destemplanzas:  
Orocomay, princesa proveida,  
Mostró su gran valor y sus pujanzas,  
Duraron en estas obras pias  
Por espacio de mas de quince dias.

Aquestos regocijos acabados,  
De que Sedeño fué participante,  
Teniendo los caballos reformados,  
Y enfermos con reparo semejante,  
Previno capitanes y soldados  
Para que procediesen adelante,  
Los cuales se hicieron luego listos  
En demanda de reinos nunca vistos.

Después de consultada la partida,  
Señaladas derrotas y paraje,  
Sedeño con razon encarecida  
Las gracias le rindió del hospedaje;  
Y la española gente despedida,  
En efeto pusieron su viaje,  
El suceso del cual y desta gente  
Diremos en el cántico siguiente.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades.

No son los sufrimientos imposibles  
Cuando fortuna juega duros lances;  
Mas las penas serian mas sufribles,  
Y de menos dolor los tales trances,  
Si no trajesen otros mas terribles  
Que siempre suelen ir en los alcances,  
Pues muy enteras fuerzas se quebrantan  
Si unos después de otros se levantan.

A la gente del campo peregrina  
Fortuna repartió destes rigores,  
Pues en prosecucion de su camino  
Fueron de malos pasos en peores:  
Perturbando su célebre desino  
Hambre mortal y bélicos furoros,  
Los cuales sienpre fueron en aumento  
En el discurso del descubrimiento.

Caminando por estos campos llanos,  
De grandes esperanzas alentados,  
Al reino llegan de los dos hermanos  
Gotoguaney y Guaxcarax nombrados:  
Los cuales con las armas en las manos  
En su defensa son determinados,  
Y estaban en el pueblo mas potente  
Con escésivo número de gente.

Amparados los indios belicosos  
Con cerca de tres cercos estendidos,  
Cada cual de maderos poderosos,  
Profundos y al cortar endurecidos  
Con yedras ó bejucos correosos,  
Unos con otros bien fortalecidos,  
Y en torno de las cercas de maderos  
Hoyos para meterse los flecheros;

Llegada la cristiana compañía  
Y llamados de paz los capitanes,  
Gotoguaney de dentro respondia:  
«Andad para bellacos haraganes,  
Hombres de mal vivir, gente baldía,  
Glotonos, paroleros, charlatanes,  
Chocantes, burladores, mogollones,  
Falsos y de traidores condiciones.

»Aquellas mujercillas temerosas,  
Os trataron con grande mansedumbre,  
Y os nombran con palabras amorosas  
Hijos del resplandor que nos da lumbre;  
Mas no me espanto yo de pocas cosas,  
Ni por acá se tiene tal costumbre;  
Sé yo domar los tigres y leones,  
Cuanto mas á cobardes corazones.

»Nuestras agudas puntas de alfileres  
No se espantan de luzas fanfarronas,  
Ni ya penseis habello con mujeres  
Lascivas, deshonestas, bellaconas;  
Que por sus apetitos y placeres  
Regocijaron bien vuestras personas:  
Nuestros regalos van vias derechas,  
Pendientes de las puntas de las flechas.

»A todos causo yo temor horrendo,  
Y soy Gotoguaney, y así me llamo,  
Las cosas que haceis bien las entiendo,  
Por los de Cherigoto y Guayacamo;  
Y sé también cómo venis huyendo  
Por no querer servir á vuestro amo,  
Y si no revoléis por do venistes,  
Podrá ser que pagueis lo que hicistes.»

Con las palabras dichas los amengua  
El bárbaro feroz y confiado,  
Las cuales declaradas por la lengua,  
El Sedeño quedó maravillado;  
Y á todos parecia grande mengua  
No procurar romper aquel cercado,  
Y para los efectos deste hecho  
Determinaron de poner el pecho.

Porque todos los mas facilitaban  
El rompimiento de los flacos muros,  
Mas no les sucedió como pensaban,  
Por ser los defensores hombres duros;  
Y así, ninguno de los que llegaban  
Hallaron sus amparos ser seguros,  
Antes los adalides mas osados  
Volvian malamente lastimados.

El gobernador sabio, como via  
La resistencia destas gentes fieras,  
Hasta la lumbre del siguiente dia  
Mandó retraer armas y banderas:  
Considerando que le convenia  
Tomar este negocio mas de veras;  
Y con bastante vela recogidos  
Curaron mas de veinte mal heridos.

Retirando su clara luz Apolo,  
Con sus caballos anhelantes llega  
A la region austral del otro polo,  
Dejándonos acá la noche ciega;  
Y con sospecha de noturno dolo,  
Al sueño su costumbre se le niega,  
Acá velas y rondas se visitan,  
Los indios al rendir los cuartos gritan.

Habiendo Flegon dado cumplimiento  
A los opuestos campos y raices,  
Y con arrebatado movimiento,  
Acá respira luz por las narices:  
Descubriendo las flores y ornamentos  
De diversos colores y matices,  
Los indios y guerreros castellanos  
Aprestaron las armas y los manos.

Vistense duros sayos de algodones,  
 Con sobrefaldas que los piés cubrían,  
 Celadas fuertes, duros morriones,  
 Ventallas que la vista defendían:  
 Unos con hachas, otros azadones,  
 Otros con los reparos que tenían,  
 Detrás de rodeleros las ballestas,  
 Con ciertas pavesadas bien compuestas.

Por diferentes partes se comete  
 El combate feroz y Marte fiero,  
 García de Montalvo y un Copete  
 Tomaron al oriente lo primero:  
 A lugares opuestos arremete  
 Aduza y Alonso Alvarez Guerrero,  
 Lo del septentrion Lo osada  
 Y Ochoa con gran parte del armada.

Conviértense las mas quietas horas  
 En otras peligrosas y molestas,  
 Las gentes del cercado defensoras  
 Acudieron también las armas prestas:  
 Oianse las hachas cortadoras,  
 Suenan los arcabuces y ballestas,  
 Aquí y allí se hace gran estruendo,  
 Unos cortando y otros defendiendo.

De las piedras vereis el aire lleno  
 Que caen sobre todos los armados,  
 Empléanse las flechas con veneno,  
 Pasan las guaicás pechos estofados:  
 Echábanles también ardiente feno  
 Contra ciertos pertrechos fabricados,  
 Por aquellos cuarteles y defensas  
 Los gritos y las voces son inmensas.

Como si tempestad con sus rigores  
 Los edificios fuese derribando,  
 Que por aquí dan gritos y clamores,  
 Por acullá también andan gritando;  
 Y acuden ansimismo moradores,  
 La minosa pared apuntalando,  
 Reparando las casas y viviendas,  
 Por amparar personas y haciendas;

Así por el rigor destes conflictos  
 Los bárbaros andaban de tal arte,  
 Que daban aquí voces y allí gritos  
 Con gran solicitud de cada parte:  
 Buscan vías y modos esquisitos  
 Para mejor guardar su baluarte,  
 Lanzas largas de palmas en las manos,  
 Con que trataban mal nuestros cristianos.

Unos de gran calor son oprimidos  
 Con armas de pesados adherentes,  
 Otros salen de yerba mal heridos,  
 Y acuden á buscar hierros calientes  
 Que siempre se tenían prevenidos  
 Para curar los miseros pacientes,  
 Cortándoles la carne denegrida  
 Si pudiesen con fuego dalles vida.

Las faldas y cubiertas que traía  
 El español que cerca se llegaba,  
 El indio con su lanza las desvía,  
 Desde los bajos hoyos donde estaba;  
 Y aquella parte que se descubría  
 Otro con dura fecha la clavaba,  
 Y en los lugares menos descubiertos  
 Los mas aviesos tiros eran ciertos.

Por los cuales cubrían menos miedo  
 Rabiosísimamente se barranta,  
 Pues ya pasos mudados ó ya quedo,  
 Ya solo y separado, ya con junta;  
 En descubriendo rostro, mano, dedo,  
 Lo hallaba clavado con la punta,  
 No se vió cosa igual de puntería  
 Ni de ferocidad y valentía.

Al español bríoso y alentado  
 Incitaba sonido de trompetas,  
 Ansimismo de dentro del cercado  
 Al indio gran ruido de cornetas:  
 Hasta tanto que el sol apesurado  
 Distaba por igual de entrambas metas,  
 Y viendo que sus golpes eran vanos,  
 Se retrajeron nuestros castellanos.

Pues como ya de aquestos campos llanos  
 Febea luz sus rayos escondiese,  
 A caballo, con lanzas en las manos,  
 Se mandó que la ronda se hiciese,  
 En torno del cercado los cristianos  
 Porque la gente del no se buyese;  
 Pues á causa de daños recibidos,  
 Estaban de gran furia poseidos.

Llegada ya la luz, llegan porfias  
 Con reciprocacion de guerra fiera,  
 Sierras, hachas y sogas van baldias  
 Y ciertos castillejos de madera;  
 Pnes pelearon mas de veinte dias  
 Dejándose la cerca muy entera,  
 Haciendo indios sus reparos ciertos  
 A costa de otros que quedaban muertos.

No les faltaban tiros del aljaba  
 Ni pechos que jamás fueron vencidos,  
 Pero mantenimiento les faltaba  
 Por tomallos allí desproveidos;  
 Y aunque el indio feroz disimulaba,  
 Mujeres y muchachos dan gemidos,  
 Y así determinaron en tal caso  
 De morir ó vivir en campo raso.

Escogieron el tiempo mas seguro  
 Para poder salir secretamente,  
 Y así determinaron con escuro  
 De no dejar allí cosa viviente;  
 Sino romper la parte de su muro  
 Capaz para salir junta la gente,  
 Ordenados prolijos escuadrones,  
 A la forma de nuestras procesiones.

Resueltos en aquestos pareceres,  
 Pusieron en efeto la partida  
 Con lo mas sustancial de sus haberes  
 Y alguna haciendilla recogida:  
 En medio los muchachos y mujeres  
 Para selles amparo de la vida;  
 Salieron todos pues en ordenanza,  
 Entre arquero y arquero larga lanza.

Gaminaba la gente belicosa  
 Callados y con grande vigilancia,  
 Hasta tomar la parte montuosa  
 Que tenían á legua de distancia;  
 Pero certificados desta cosa  
 Los nuestros, que velaban el estancia,  
 «Arma, arma, soldados» van clamando  
 Despiertos y dormidos convocando.

Suena luego murmurio de soldados  
 A los clamores destas centinelas,  
 Saltan en los caballos ensillados,  
 A gran prisa se ponen las espuelas:  
 Vestíanse los sayos estofados,  
 Embrazan los peones las rodelas,  
 Acude cada cual de la conquista  
 Al orden y concierto de su lista.

Luego toparon con la gente dura  
 Impetu de caballos y peones,  
 Y en vano rompimiento se procura  
 Con varias y diversas invenciones,  
 Pues ninguno salió de su postura  
 Ni del concierto de sus escuadrones,  
 Y en lugar do faltó vital aliento  
 Luego hacían otros henchimiento.

Al que quiso romper de mejor gana  
 Al feroz escuadron por derramallo,  
 Con lanzas y con golpes de macana  
 Desatinaban el mejor caballo:  
 Era después imaginacion vana  
 Poder en las espuelas meneallo,  
 Y los feroces indios con tal fino  
 Que punto no perdian del camino.

Un Joan Martin rompió los embarazos,  
 Que por su desventura fué valiente,  
 Pues no pudo valerse de sus brazos  
 Con el concurso grande desta gente:  
 Y así luego quedó hecho pedazos,  
 Y el caballo murió por consiguiente;  
 Y aunque dellos también hubo caidos,  
 Ningunos gritos suenan ni gemidos.

Dándose todos pues tan buena maña  
En estos rigurosos menesteres,  
Y en llevar recogida la compañía  
De los imbeles niños y mujeres,  
Tomaron por amparo la montaña  
Y guarda de sus últimos poderes,  
Pues en aquellos montes y espesuras  
Tenian las mujeres mas seguras.

Después que ya dejaron ensotados  
A los que no pudieron ser rompido,  
Los nuestros se volvieron espantados,  
Y no poquitos dellos mal heridos:  
Con encendidos hierros son curados  
Y á riesgo de la muerte convertidos,  
Pues quien tal sale de la tal reyerta  
Nunca su muerte tiene por incierta.

La cura fué con grande diligencia  
En abrigadas chocas recogidas,  
Mas con la venenosa pestilencia  
De que las flechas vienen guarnecidas,  
De los heridos en la competencia  
Muy pocos escaparon con las vidas,  
Con furias y con vascas tan estrañas  
Que á los sanos rompian las entrañas.

Si ves que peleando lo mas fuerte  
Muere, razon no pide que te asombres,  
Mas si morir de yerba fué la suerte,  
Es mal que de mil males tiene nombres;  
Y así la muerte tal es mas que muerte,  
Y los de la tal guerra mas que hombres,  
Pues una muy lijera picadura  
Basta para te dar la sepultura,

Y para trastornar seso mas sano  
Con aquellos pesados accidentes,  
Aquel herir de pié, herir de mano,  
Volver los ojos, tras pellar los dientes,  
Aquel estremecer tan inhumano,  
Bramuras que confunden los presentes,  
Despedazarse carnes y vestidos  
Si de manos ó dientes son asidos.

Del ballestero, viéndose herida  
Antidoto buscó la veloz cierva,  
Y con ser por mil vías inquirida  
Aqui jamás hallamos contrayerba;  
Ni creo yo tampoco ser sabida  
Por gente desta rústica Minerva,  
Pues usan de sudores y gran dieta  
Cuando tal desventura los aprieta.

Pero la contrayerba mas bastante  
Es abrasar la llaga de repente,  
Y todo lo que fuere penetrante  
Con un cauterio de boton ardiente,  
Dormir do no dé norte ni levante,  
Y ser en su comida continente,  
No comer ni beber los dias malos  
Hasta que quedan secos como palos.

Ansí hallando cercas en entradas  
Si hierve militar desasosiego,  
Siempre tienen muchas almaradas,  
Ya blancas de calientes en el fuego:  
A personas heridas y flechadas  
Con toda brevedad acuden luego,  
Es esta cura la de mas provecho  
Y las demás han poco fruto hecho.

Pues no siendo yo cano ni tan calvo,  
Audando donde digo de presente,  
Y adonde si herido quedó salvo  
Fué cura mitagrosa y escelente;  
Dijo soñar Garcia de Montalvo  
Polvo de solimán ser conviniente:  
Aqueste se probó siendo forzoso,  
Y algunos lo ballaron provechoso.

Pero luego hicimos un entrada  
Casi seguros ya destes desmanes,  
Mas la gente de indios avisada  
Desto, llamó sns diestros trujamanes,  
Subiéronla de punto, y afinada,  
Ni presto soliman ni solimanes,  
Ni pudo mas curar en esta guerra  
Que pudieran curar polvos de tierra.

Ansí que quien ha visto tanto muerto  
Por tierra de Cubagua y Cariaco,  
Y de muchos remedios es esperto  
El remedio mejor juzga por flaco:  
Y aun no sé si podré tener por cierto  
Lo que dice Monardes del tabaco;  
Pero quiero yo fuera de patriaña  
Contaros una cosa bien estraña.

Hicimos en caribes cierto salto  
Tomándoles la gente y el fardaje;  
Mas uno de prision viéndose falto  
Con un hijuelo suyo como paje,  
Subió por un caney á lo mas alto  
Por no se sujetar al vasallaje,  
El con un arco grueso muy galano,  
Y el muchacho las flechas en la mano.

El era por extremo bien dispuesto,  
Gallardo y de tan buena compostura,  
Que de sus proporciones y su gesto  
No vimos por alli mejor figura;  
Y en una cierta forma todo esto  
Que decoraba mas su hermosura,  
En todas estas cosas eminente,  
Y mas en los extremos de valiente.

De que se vido ya donde queria  
Para hacernos daño se pertrecha,  
Alborotando nuestra compañía  
Con tiros espesimos de flecha:  
De las cuales ninguna despedia  
Que fuese mal tirada ni mal hecha,  
Y alli donde sus tiros endereza  
Hirió á Alonso Marqués en la cabeza.

Venian ciertos indios ventureros,  
Vecinos de la isla Margarita,  
Para servir á nuestros compañeros,  
Y gozar del despojo que se quita:  
A estos porque son grandes flecheros  
El Alonso Marqués dió grande grita,  
Mandándoles que luego lo matasen,  
Y con flechas de yerba le tirasen.

No podia dejar de ser terrero,  
Porque ningun reparo lo cubria,  
Mas él, como destrisimo guerrero,  
Las flechas con el arco rebatia:  
De muchas se libró; mas por entero  
De todas ni de tantas no podia:  
Con las ajenas ya nes importuna,  
Que de las propias le quedó ninguna.

Sus propias carnes eran el aljaba,  
Y dellas las sacaba su vasallo;  
Mas con las que de si propio sacaba  
Heria muchos indios que me callo;  
Y con una que fué con furia brava  
A Luis de Chaves le mató el caballo:  
Por alli los calores son terribles  
Y en aquellas sazones insufribles.

Estando pues el indio fatigado  
Con las heridas y calor del cielo,  
De la cumbre rodó desalentado  
Hasta venir á dar al duro suelo:  
Con un vigilantísimo cuidado  
Luego bajo tras él aquel mozuelo,  
Y sin ningun temor se sentó junto  
Del que mas parecia ya difunto.

Adonde sucedieron estos males,  
Y vimos destes indios las caidas,  
Habia fertilisimos yucales  
Que son unas raices conocidas,  
Que si se comen verdes son mortales,  
Y así privan á muchos de las vidas:  
No trato de las yucas boniatas,  
Que se suelen comer como batatas.

El herido gandul como volviése  
Un poco sobre si mas alentado,  
Al indezuelo hizo que trajese  
Raíces del mortifero bocado:  
Dióselas él, y como las comiese  
Con furia de varon desesperado,  
Creimos todos cuantos vimos esto  
Que lo hacia por morir mas presto.

Vimoslo revolcar por la ribera,  
 Vascar y vomitar con pena fuerte,  
 Decíamos: «¿no veis la bestia fiera  
 Cuán de su voluntad tomó la muerte?»  
 Mas no le sucedió desta manera,  
 Antes en bien trocó su mala suerte;  
 Y deseando ver en qué paraba,  
 Con grande vigilancia se guardaba.

Visto que no trabó la pestilencia  
 Ni hizo sentimientos otro día,  
 Le curaron con suma diligencia  
 Las llagas y flechazos que tenía:  
 Sanó muy bien, y hizo residencia  
 Muchos días en nuestra compañía;  
 Y cuando ya se vido mas seguro  
 Determinó huirse con escuro.

Nadie quiso hacer el experiencia  
 De muchos que después yo vi heridos.  
 Echen juicios pues hombres de ciencia,  
 Si destes casos viven advertidos:  
 Si por ventura hacen resistencia  
 Venenos á venenos recebidos,  
 Que desto que yo vi soy buen testigo,  
 Y afirmo por verdad lo que aquí digo.

En efeto la cosa mas usada  
 Para seguridad de tan mal juego  
 Es el cortar la carne maculada  
 Cauterizándola con vivo fuego;  
 Mas no quiere ser cura dilatada,  
 Que nada prestará no siendo luego;  
 Y pues que trato del remedio presto,  
 Quiero decir un cuento cerca desto.

Iban ciertos soldados singulares,  
 De gente que llamamos baquiana,  
 Conquistando la tierra de Tagares,  
 Que son confines de Maracapana,  
 Puerto bien señalado destes mares  
 Y de contratacion cotidiana;  
 Y el cacique Mariño belicoso  
 Un paso les tomó dificultoso.

De los soldados de mayor soltura  
 Que el capitán tenía por lijeros,  
 Hizo ir por la cuesta y angostura  
 Hasta veinte, los diez arcabuceros.  
 En cuya defension y cobertura  
 Irian otros tantos rodeleros:  
 Yo con aquesta gente caminaba,  
 Y aun Joan de Quindós arrodela.

Era la flechería tan inmensa  
 Que del peñol y alto descendia,  
 Que con rodela harto mas estensa  
 Cubrir entrambos cuerpos no podia;  
 Y en tal modo miré por su defensa,  
 Que no me descuidaba de la mía,  
 Y como no la puse bien pareja  
 Hirieron al Quindós en una oreja.

Pues como de presente carecía  
 Para poder quemalla de aparejo,  
 Con riesgo que tardanza prometia  
 Si la tuviera para mas consejo,  
 Echó mano á la daga que traía,  
 Y luego la quitó del pestorejo,  
 Queriendo con temor de la herida  
 Quedar mas sin oreja que sin vida.

Si dilatando tales escrituras  
 No conociera ser algo molesto,  
 Bien pudiera contar mil desventuras,  
 Trabajos y peligros cerca desto:  
 Sin estar mis espaldas mas seguras  
 Ni con mejor ni mas seguro puesto,  
 Pero por no hacer digresion tarda,  
 Volvamos al Sedeño que me aguarda.

El cual, todos sus hombres recogidos,  
 Con regalos y términos humanos  
 Hizo curar á todos los heridos,  
 De los cuales los menos fueron sanos.  
 Y los que sanos, cojos y tullidos,  
 O mancos de los dedos de las manos,  
 Porque los nervios nunca quedan buenos  
 Que el fuego los encoge y hace menos.

Ansimismo mandó se detuviese  
 La gente toda por aquel asiento,  
 Porque quien escapó convaleciese  
 Sin alterar el duro nocimiento;  
 Y para que también se rehiciese  
 El caballo que estaba macilento:  
 Y así Diana por aqueste seno  
 Dos veces se mostró con orbe lleno,

Pasados los dos meses se desvía  
 El campo deste pueblo belicoso,  
 Mandando caminar al mediodía,  
 Pareciéndole ser mas provechoso;  
 Y entonces ya Sedeño se sentía  
 De fuerzas y salud menesteroso;  
 La sierra dejan á la diestra mano  
 Y entran á vista della por lo llano.

Por el altura van de doce grados  
 Siguiendo relacion de ciertas guías,  
 Atravesaron muchos despoblados  
 De tierras solitarias y baldías,  
 Aunque crecida copia de venados  
 Y rios de muy grandes pesquerías,  
 Pero de ver la tierra tan exenta  
 Andaba mucha gente descontenta.

Supo pues el Sedeño de soldados  
 Una cierta manera de motines,  
 O ya de hombres bien intencionados,  
 O ya de susurrones y malsines:  
 Al fin amanecieron ahorcados  
 El capitán Ochoa y Juan Martínez,  
 Y aun dicen que á Losada matar quiso,  
 Mas él siempre vivió con gran aviso.

Al tiempo que estas cosas ya haciendo  
 Por atemorizar los de su bando,  
 Iba de su salud deminuyendo  
 Y en hinchazon de miembros aumentando:  
 Unos por su salud estan gimiendo,  
 Otros su fin y muerte deseando,  
 Y aun dicen dalle yerbas la morisca  
 Fernández que llamábamos Francisca,

Mas aunque estaba ya como difunto,  
 Que tal en el aspeto parecia,  
 Jamás se descuidó ni perdió punto  
 De cuanto buen gobierno requeria:  
 Temblaba quien lo tiene mas conjunto,  
 El que mas apartado mas temia,  
 Y así mandaba y enviaba gentes  
 A partes y lugares diferentes.

Entre los cuales fué cierta cuadrilla  
 De soldados instrutos en la tierra,  
 Y destes cada cual por maravilla  
 Se podia decir hombre de guerra:  
 Fué por su capitán Joan de Bonilla,  
 El cual tomó la vuelta de la sierra,  
 Tendiendo ya por cosa conocida  
 Hallar allí mas cierta la comida.

Aquestos sus viajes prosiguieron  
 Campo raso, mas no camino claro,  
 Pues mas de treinta dias anduvieron  
 Sin poder encontrar algun reparo:  
 Hasta tanto que ya por tiempo dieron  
 En la provincia de Catapararo,  
 Donde maiz hallaron seco y tierno  
 Para poder pasar aquel invierno.

La gente de los indios al instante  
 Que sintieron venir la gente nuestra,  
 Con todas sus alhajas por delante,  
 Huyeron do guardia se les muestra;  
 Pero los españoles del restante,  
 Recogieron de oro buena muestra:  
 Fué crecido contento y alegría  
 Por ser muestra que mas les prometia.

Pues con tan buena nueva de comida  
 Y hasta novecientos castellanos  
 De joyas de la presa recogida  
 Bonilla despachó ciertos cristianos;  
 Para que con la priesa prometida  
 Al Sedeño las diesen en las manos,  
 Escribiendo también con esperanza  
 De hallar tierra de mayor pujanza.

Llegábanse los días postrimeros  
Al Sedeño; mas aunque tal se via,  
Recebidos aquestos mensajeros,  
Ya sin vital virtud así decia:  
« Adelante, adelante, caballeros,  
Que Dios nos quiere dar algún buen día.»  
Y poniendo por orden la partida,  
Partió de los trabajos desta vida.

Los enfermos y pobres lo lloraban  
Por faltar sus regalos y raciones,  
No menos esta falta lamentaban  
Los cuerdos y de sanas intenciones:  
Pues por ausencia del adivinaban  
Pesadumbres y grandes disensiones,  
Y así, según el tiempo y angostura,  
Procuraron de darle sepultura.

Do el río de Tiznados desencierra  
Su licor á lo llano convertido,  
Yendo ya por la falda de la sierra  
A la sombra de un árbol estendido,  
Dieron estos varones á la tierra  
El valeroso cuerpo fallecido,  
Y en la corteza lisa por su muerte  
Una letra pusieron desta suerte:

*Hic requiescit homo Sedenus corpore parvus;  
Rebus at in cunctis pectore magnus erat.*

Aquí de su brio fatigado  
Reposa Antonio Sedeño,

Que fué de cuerpo pequeño,  
Y en el ánimo muy alto.

Despedidos del bajo monumento  
Sin despedir de sí grave mancilla,  
A grande prisa van en seguimiento  
De los mantenimientos de Bonilla:  
Llegaron todos ellos al asiento  
Do pensaban tener invernal silla,  
Y do Martín Fernandez buenamente  
Pretendió gobernar toda la gente.

Muchos se sujetaron á su mando  
Pareciéndoles cosa conuenible,  
Por ser ya viejo, cuerdo, venerando,  
Y haber allí gastado su posible;  
Mas impidiósele contrario bando  
Y fué la fuerza destos invencible:  
En esto pero fueron concordantes,  
En dejalle su cargo como antes.

Mas los que sujetaban el armada,  
Mandaban y regian esta gente,  
Eran Reinoso y Diego de Losada  
Bien puesto cada cual y muy valiente;  
Y fueron ambos de una camarada  
Criados del señor de Benavente:  
Losada siempre fué singular hombre  
Y tuvo por allí claro renombre.

En aquella sazón que esto pasaba  
Y el campo por allí se detenía,  
Juan de Yúcar apriesa caminaba  
Con aquellos soldados que traía;  
Y por el mismo rastro ya llegaba  
Donde Sedeño vió su postrer día,  
Y el epitafio dello hizo cierto  
Que su competidor estaba muerto.

Signuieron con mas prisa la jornada  
Antes que se pasasen adelante,  
Y dieron en la gente deseuidada  
De ver por allí junta semejante:  
No hizo con furoros el entrada,  
Sino con un pacífico semblante,  
Y la sedeña gente recogida  
Pidieron la razón de su venida.

Joan de Yúcar usó de sus razones  
Sujetas á medidas cortesías,  
Diciendo que traía provisiones  
Para librar al licenciado Frias;  
Y para castigar á los varones  
Culpantes en aquellas demasías;  
Mas pues el causador era ya muerto  
Con los demás haria buen concierto.

Todos los capitanes y soldados,  
Puesto caso que estaban mas potentes,  
Vistas las provisiones y recados  
Y sus delitos claros y patentes,  
Fueron con Joan de Yúcar congregados  
A fin de tratar medios conuientes,  
Para que se volviere con contento,  
Y ellos siguiesen su descubrimiento.

Sobre lo cual habiendo conferido,  
Concluyeron al fin que se les diese  
El oro que tenían recogido  
Y volviere con él el que quisiese:  
Aceptó Joan de Yúcar el partido,  
Que mas suele hacer el interese,  
Volvióse con sus propias compañías  
Y con el licenciado Joan de Frias.

Dieron la vuelta casi por la posta  
Haciendo mas derechas las jornadas,  
Llegó do dió razón muy angosta  
Que pedían las cosas ya contadas:  
Anduvo después desto por la costa  
Haciendo por allí muchas entradas,  
Salteando los indios comarcanos  
Adonde hizo hechos soberanos.

Mas caminando por Cumanagoto,  
No con aquel cuidado de prudente,  
Cargó sobre él tan grande terremoto  
De indios que salieron de repente,  
Que le mataron en el alboroto  
Toda la mayor parte de su gente,  
Y él solo rebatió con un montante  
Cuanto se le ponía por delante.

Con brazos fuertes y con piés livianos,  
Sin ser de compañeros socorrido,  
El toro se escapó de los alanos,  
Y vino por camino conocido  
A morir en el pueblo de cristianos,  
De mortifera yerba mal herido,  
Y con universal pena y tristura  
Maracapaná fué su sepultura.

Entre los valerosos lo contamos,  
Que cierto fué varón de esfuerzo raro,  
Pero porque la historia concluyamos  
De los que quedan en Catapararo,  
A los sucesos suyos nos volvamos  
Con el postrero canto donde paro,  
Pues el pasado fué canto prolijo  
Por no cumplir cortar lo que se dijo.

## CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento,  
acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada.

El austro ya sus pluvias apartaba,  
Deucalion la urna detenía,  
Y el animal de Heles igualaba  
Nocturna duración con la del día:  
Serenó y claro tiempo convidaba  
A que saliese nuestra compañía  
A sus trabajosísimas conquistas  
Y en demanda de tierras nunca vistas.

Salen también de hambre compelidos  
Por el invierno largo que les vino,  
Caminando por campos estendidos,  
Que aun no daban enjuto su camino,  
Prolijos cenagales, ríos crecidos  
Peligrosos al pobre peregrino,  
Y del camino los mayores trechos  
Las aguas á la cinta y á los pechos.

La sierra ya de vista se perdía  
Y por los llanos iban engolfados,  
Que, como dicho tengo, todavía  
Hallaban muchos dellos anegados;  
Y perro ni caballo no podía  
Ejercitar la caza de venados;  
Mas Aduza guió mas al oriente  
Hasta que ya halló rastro de gente.

Alegráronse todos sus soldados  
Y alientáanse los mas enflaquecidos,  
Siguiéron los caminos mas bollados  
Hasta dar en bubios proveidos  
De maíces y carnes y pescados,  
Do fueron por buen rato resistidos;  
Mas el flaco varon y mas hambriento  
Todavía gozó de vencimiento.

Estaban estos indios en un viso  
Para defensa bien acomodado,  
Y el capitán Aduza luego quiso  
Poner en la comida gran recado;  
Y despachó soldados con aviso  
Al campo que quedaba fatigado,  
El cual, teniendo nueva de comida,  
Hizo con gran presteza su venida.

Llegados el Losada y el Reinoso,  
Loaron al Aduza grandemente  
Del socorro que dió tan provechoso  
En la reparacion de tanta gente;  
El cual en esto fué siempre dichoso,  
Adalid esforzado y escelente,  
Y así la falta que se padecia  
Ninguno mejor que él la socorria.

Estando todos pues en este fuerte  
Gozando del sustento deseado,  
No pudo ser sin una mala suerte;  
Pues de comer allí cierto pescado  
Murió Martín Fernandez, cuya muerte  
Sintieron todos en estremo grado,  
Por ser hombre cabal, cuerdo, quieto,  
Y á quien todos tenían gran respeto.

Reparando sus armas y fardaje  
Enjugaba los campos el verano,  
Y así con algun mas matalotaje  
De yucas secas y molido grano,  
Siguiéron adelante su viaje  
Con náutico regimen en la mano;  
Porque por ser los campos tan exentos  
Usaban de marinos instrumentos.

Habia dos pilotos principales,  
En el altura cada cual maestro,  
El uno portugués, Anton Gonzalez,  
Otro Pedro Martel, no menos diestro:  
No ven de cinosura las señales  
Que de los navegantes son cabestro,  
Aguja de los vientos es el tino  
Por do rigen el campo peregrino.

De todos alimentos ya vacios  
Adelante los lleva su porfia,  
Topan inmensos campos, grandes rios,  
Y gente sin ninguna pulcía:  
Sin ranchos, sin ramadas, sin bubios,  
Su tierra de labranzas es vacía,  
Sino toldillos leves de vil palma  
En tiempos fortunosos ó con calma.

Allaja ni presea no la tiene  
Fuera de limpia flecha, dardo, lanza,  
De cazas y de pescas se mantiene  
Que de míses no hace confianza:  
Una cierta raiz dicha lerene  
Cultiva por su misera labranza;  
Pero nunca jamás en el verano  
Supo qué cosa es recoger grano.

La fuerza del invierno cuando llega  
Aquestos campos nunca cultivados  
Con sus inundaciones los anega,  
Algunos altos dellos reservados;  
Do suele residir la gente ciega,  
Y suelen acudir muchos venados,  
De que los dichos indios se pertrechan,  
Y entonces de canoas se aprovechan.

Son todos ellos negros como cuervos,  
Mas altos y dispuestos que fornidos,  
Lijeros y alentados como ciervos,  
Al conjugal amor muy sometidos;  
En guerra pertinaces y protervos,  
Temerarios, dementes, atrevidos,  
Presume cada cual de ser tan bueno,  
Que en el acometer no tiene freno.

También cuando las aguas son molestas  
Y los campos inundan avenidas,  
Viven en barbacoas bien compuestas  
Encima de los árboles tejidas.  
Y en mil vasijas, calabazos, cestas  
Guardan aquellas miseras comidas,  
Harinas de raíces y pescados,  
Carne de dantas, puercos y venados.

Los tasajos curados con leña  
De coa, cierta planta salitrosa,  
Porque sal por allí no se tenia,  
Ni gozan estos de tan buena cosa;  
Y en aquel tiempo nuestra compañía  
Estaba della muy menesterosa,  
Y aunque cualquiera hambre es insufrible,  
Es esta la mayor y mas terrible.

También en estos reinos y confines  
Hace sal esta gente vil y sucia  
De ceniza de palma con orines,  
Y en ella hacen todos grande lucia:  
Estos son sus adobos mas insines,  
Y la gente con ellos anda lucia,  
Tiene casi que gusto de sardinas  
Arenques, pero mal sala cecinas.

Así ni mas ni menos les faltaba  
Que les era gustoso condimento  
Para cualquier manjar que se guisaba,  
Pues era ya de yerbas el sustento;  
Así que cada cual dellos andaba  
Cortado, flojo, triste, macilento,  
Con menos fuerza que menester era  
En tan trabajosisima carrera.

Pero siempre con ánimo constante,  
Pues para mayor colmo deste hecho  
Llevaban sus banderas adelante,  
A cualquiera rigor poniendo pecho,  
Hasta topar con tierra tan bastante  
Que pudiese dar honra con provecho,  
Y el esperanza de topar riqueza  
Sacaba siempre fuerzas de flaqueza.

Tuvieron con aquestos naturales  
Asperas y sangrientas competencias,  
Que por ser atrevidos y bestiales  
Llevaban lo peor en las pendencias:  
Atravesaron grandes arenales  
Sin hallar poblaciones ni apariencias,  
Sino de arená una y otra sierra,  
Do les hizo la sed terrible guerra.

En continuacion de su jornada  
Tierra se descubrió mas andadera,  
Mas en tiempo de aguas anegada  
En su disposicion y en su manera,  
Do vieron prolijisima calzada,  
Que fué mas de cien leguas duradera,  
Con señales de antiguas poblaciones  
Y de labranzas viejos camellones.

Alegróse la gente fatigada  
Pensando de hallar un buen empleo,  
Anduvieron caudillos del armada  
Gran número de días á rastroo;  
Mas no hallaban rastro ni pisada,  
Ni cosa que hinchese su deseo:  
De caza no faltaba carne fresca,  
Y en ciénagas y rios larga pesca.

Por todas cuatro partes indagaban,  
Al norte, al sur, al leste y al oeste,  
Y los del campo siempre declinaban  
A la parte comun del viento leste;  
Pero unos y otros no hallaban  
Remedio ni socorro que les preste,  
Hasta tanto que Rodrigo de Vega  
Topó pequeña senda ya muy ciega.

García de Montalvo, rastreando  
Con otros de caballo destas gentes,  
Aqui la van perdiendo allí hallando,  
Como perros rastros diligentes:  
Hasta tanto que fué mas ensanchando  
Y las pisadas viejas mas patentes,  
Las cuales si por caso se perdian,  
A los principios dellos revolvan.

Iban allí los dos negros hermanos  
Libres, á quien llamaban los Piñones,  
Mancebos bien dispuestos y lozanos,  
Necesarios en estas ocasiones:  
Sottísimos de piés, fuertes de manos,  
Diestros en todos tiempos y sazones,  
Dichos Miguel y Diego de la Fuente,  
Cada cual adalid muy excelente.

Los cuales sé decir que siempre fueron  
De gran utilidad en la conquista;  
Estos allí los rastros prosiguieron,  
Por ser de los mas diestros desta lista,  
Y al remate del día vista dieron  
Al pueblo que llamaron Buena-Vista,  
Por dalles en tan grave detrimiento  
Su vista crecidísimo contento.

Y también por estar bien fabricado  
Donde la tierra mas se levantaba,  
De suerte que por uno y otro lado  
Por gran espacio dél se devisaba:  
De profunda quebrada rodeado,  
Que muy pequeño trecho reservaba;  
Vovieron sin ser vistos ni sentidos  
Do los otros quedaban detenidos.

Cien hombres son de gente baquiána,  
Y oída la razon de las espías,  
Acordaron que luego de mañana  
Diesen en aquel pueblo por dos vías;  
Pero por ser tan rasa la zavana  
Vieron los indios nuestra compañía,  
Los cuales á las armas acudieron,  
No sin admiracion de lo que vieron.

Los nuestros van la via concertada,  
Y cuando comenzaban la subida  
Opúsose delante la quebrada,  
Que luego les detuvo su corrida:  
Buscaron los peones el entrada,  
Que con raro valor fué defendida  
De gente jaguas y de caquetia,  
Hasta que feneciò la luz del día.

Hicieron españoles asistencia  
En la parte do fueron resistidos,  
Esperando del sol nueva presencia  
Por entralles mejor apercibidos;  
Mas hicieron los barbaros ausencia,  
Las mujeres é hijos recogidos,  
Sacando los del pueblo fíaco miedo  
De los caballos y áspero denuedo.

Cuando la luz de Febo desviaba  
Los húmidos vapores destos llanos,  
Y fugitivas piernas fatigaba  
El indio con temor de los cristianos;  
Cada cual español aderezaba  
Las cortadoras armas en las manos,  
Y acometen al pueblo con gran furia,  
Juzgando la tardanza por injuria.

Entraron luego todos por adonde  
La via se mostraba mas abierta;  
Pero contraria fuerza no responde,  
Ni para resistencia se despierta:  
Sospechaban algunos que se asconde  
El bárbaro por dar con encubierta,  
Y dentro ya se hacen mas atentos,  
Recelando guerreros movimientos.

Mas puestos en el orden que debía,  
Las calles y las plazas recorriendo,  
Hallaron claros rastros que decían  
Todos sus moradores ir huyendo:  
Por espacio las casas se metían,  
Sus rústicos manjares inquiriendo,  
Y dióles Dios allí tan buena mano,  
Que hallaron gran número de grano.

En el maíz se hace dulce prueba,  
Con gran deseo ya desta comida,  
Y al campo se llevó la buena nueva  
Que fué con gran contento recibida:  
Los capitanes mandan que se mueva  
Y acelerasen luego la partida,  
Dióles á todos ellos gran aliento  
El esperanza del mantenimiento.

Llegaron sin hacer mucho rodeo,  
Porque los guío bien un Villasanta,  
Repartióse por todos el empleo  
Y sal que se hallò, pero no tanta  
Que pudiese hartar el gran deseo  
Que della padece la garganta,  
Mas alegrólos ver tan buena cosa,  
Muy blanca y en sabor maravillosa.

Y para conocerse por qué vías  
Traian esta sal tan excelente  
Procuraron tomar algunas guías,  
Las cuales se tomaron facilmente;  
Dijeron que tardaban muchos días  
En ir á contratar con otra gente,  
Que de mas lejos la traian hecha  
De otros que la dan de su cosecha.

Con estas buenas nuevas alentados  
Determinan dejar aquel asiento,  
Después que se sintieron reformados,  
Y los caballos ya con mas aliento:  
Atravesaron campos mal poblados,  
Puesto que con algun mantenimiento,  
Grandes ciénegas, rios, mil esterios,  
Do murieron algunos compañeros.

Fatigados del término corrido  
Determinaron de hacer parada  
En un pequeño pueblo proveído  
De la comida siempre deseada;  
Y habiendo muchas cosas conferido,  
Acordóse que Diego de Losada  
Saliese con doscientos compañeros  
A efeto de buscar invernaaderos.

Porque el invierno los amenazaba,  
Que tiende por allí furiosa mano,  
Y el espacioso campo se anegaba  
En la mayor grandeza deste llano:  
La cual necesidad los exhortaba  
A buscar su remedio con verano;  
Caminó pues por campos estendidos  
Losada con sus hombres escogidos.

Como no se hallò gente de guerra,  
Montes ni levantadas serranias,  
Lijeramente van calando tierra,  
Aunque hallaban anegadas vías,  
Hasta tanto que vieron alta sierra  
A cabo ya de mas de treinta días;  
Y devisaron por las pertenencias  
Grandes humos y llenas aparencias.

Para poder allí hacer asedio  
O llegar do la gente se repare,  
Habia grande rio de por medio,  
Que creo se llamaba Cazanare:  
Losada no curò buscar remedio  
Para ir do lo dicho se declare,  
Aunque habian tomado por las aguas  
Algunas canouelas ó piraguas.

Por indios que decían ser testigos  
Desta sierra teníamos noticia;  
Mas el Losada y otros sus amigos  
Decían no ser cosa de codicia;  
Y así sin inquirir otros abrigos  
Volvieron, no con falta de malicia,  
Do Reinozo quedaba con la gente  
Que deste parecer fué diferente.

Copete y el Montalvo y un Miranda,  
Guerrero, Tello y Rodrigo de Vega,  
Con otros caballeros de su banda,  
Viendo cómo el invierno se les llega,  
Quisieron revolver á la demanda,  
Condenando la vuelta por muy ciega,  
Y decían ser falta de gobierno  
No tener en las sierras el invierno.

Mayormente diciéndoles la guía  
Aquella sierra ser muy bastecida,  
De todo aquello que se pretendia:  
De sal, de oro, ropas y comida;  
Porque la gente della se decia  
De tela de algodón andar vestida,  
Y no cumplir dejar esta conquista  
Pues que ya la tenían á la vista.

El general allí, como quisiese  
Mitigar el furor con mansedumbre,  
Al Losada mandó que revolviere  
A traer de la sierra certidumbre:  
Guerrero y los demás de que este fuese  
No recibían poca pesadumbre,  
Diciendo claramente que en su seno  
Jamás cabría pensamiento bueno.

Porque la parte destos imagina  
Que el Diego de Losada pretendia  
Volver con los demás a la marina,  
Incitado de cierta compañía:  
Debajo de la torpe golosina  
De los esclavos que hacer solía,  
Y no fueron tan vanos pensamientos  
Que no los confirmasen los eventos.

Mas Losada guió con sus soldados  
A la sierra por pasos conocidos,  
Y aquestos capitanes ya nombrados  
Quedaron grandemente desabridos:  
Los cuales y otros muchos congregados,  
En ciertos pareceres resumidos,  
Ordenaron que luego se juntasen  
Y al Diego de Reinoso le hablasen.

Por ser un valeroso caballero,  
Y en días y en edad el mas anciano,  
Rogaron á Alonso Alvarez Guerrero,  
Que para le hablar tome la mano:  
El por les aplacer y ser tercero  
Después del cumplimiento cortesano,  
En presencia de gran junta de gente  
Al general le dijo lo siguiente:

« Señor, de cuerdos es y de prudentes  
Hacer al mal futuro resistencia,  
Porque suelen criar inconvenientes,  
Descuido, flojedad y negligencia;  
Y cuanto los amagos mas presentes,  
Mas breve cumple ser la providencia,  
Pues no siempre se cura con buen tino  
El desastre que viene repentino.

» No conviene poner en aventura  
Lo que puede curarse de presente,  
Que el cuerdo nunca pierde coyuntura,  
En especial aquel que manda gente;  
Viendo que de su seso y su cordura  
El remedio comun está pendiente,  
Como podrián ser ejemplo llano  
Los que tenéis debajo vuestra mano.

» De los cuales ya veis al mas robusto,  
No lejos de sus días postrimeros,  
Y el mas bien remediado con desgusto  
Adivinando malos paraderos;  
Y pareciéndole negocio justo  
Obviar á los males venideros,  
Pues si sana prudencia lo tantea  
Nada vereis aquí que mal no sea.

» Y aun las aguas presentes y futuras  
Comienzan ya de darnos sobresaltos,  
Por ser anegadizos, sin culturas,  
De seguros asientos todos faltos;  
Y veis de las crecientes las horrruras  
Encima de los árboles mas altos:  
Clara señal que si nos detenemos  
Los mas bien avisados no saldremos.

» ¡ Cuánto menos los ya como difuntos  
Flechados, mancos, cojos y tullidos!  
Considerad también algunos puntos  
Que no deben ser menos advertidos:  
Y son el invernar de todos juntos,  
Que no podemos sino divididos,  
Pues mal se hallara tan buen asiento  
Que para todos dé cabal intento.

» Parece que son consejos buenos,  
Pues si entre muchos poco se reparte,  
Lo poco claro esta que será menos,  
Y entre pocos cabráles mejor parte;  
Y estando divididos en dos senos,  
Podránse sustentar de mejor arte,  
Y el fortunoso tiempo ya pasado,  
Juntarnos do quedare señalado.

» Si pareciere bien la traza dada,  
Que si parecerá, pues sois discreto,  
Mandad volver á Diego de Losada  
Para que la pongamos en efecto:  
Que dél y de los de su camarada  
Nunca jamás ternemos buen conceto,  
Pues de sus pretensiones dadas muestras,  
Son harto diferentes de las nuestras.»

Oyó Reinoso la razon propuesta,  
Y á los puntos estuvo muy atento;  
Mas no fué tan sabrosa la respuesta,  
Que no causase gran desabimiento:  
Anduvo la vergüenza descompuesta  
Hasta casi llegar á rompimiento;  
En una y otra parte confusiones,  
Requirimientos y protestaciones.

Luego se dividieron los parciales  
Que seguían las partes del Guerrero,  
Pasándose cien hombres principales  
A la contraria playa de un estero,  
Que fué principio de mayores males  
Y de desventurado paradero:  
Esperaron allí que noche fuese  
Para recoger gente, si viniese.

El general acá, que con cuidado  
Remediar este hecho deseaba,  
Al maese de campo dió mandado,  
Dándole cuenta de lo que pasaba,  
Para que revolviere bien armado  
Con los doscientos hombres que llevaba,  
Y diesen ambos en el enemigo  
Con ejemplares penas y castigo.

Pero los del motin por cierta via  
Tuvieron relacion del embajada,  
Y así les pareció que convenia  
Jugar aquella noche de antubada:  
Los cuales antes de la luz del dia  
Dieron en los de Diego de Losada,  
Y sin los maltratar ni lastimillos  
Les tomaron las armas y caballos.

El vencedor volvió como seguro  
Por ver sin armas el contrario bando,  
Y el campo raso les pareció muro,  
Do los ojos estuvo regalando;  
Mas el dicho Reinoso con oscuro  
Venía por sus pasos caminando,  
Y dió con el ejército dormido,  
Bien ignorante de lo sucedido.

El cual entonces iba por ventura  
Con harta mas blandura que rigores;  
Pero vista tan buena coyuntura,  
Rompió diciendo: « ea, valedores:  
Pues tenéis la victoria bien segura,  
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores.»  
Despiertan al ruido los dormidos,  
Algunos dellos bien apercebidos.

Porque Pedro Copete y el Guerrero,  
Montalvo, Jejas con Barrasa y Vega,  
Cada cual en caballo muy lijero,  
Mostraban gran valor en la refriega;  
Argüello no tardó ni fué postrero,  
Pues luego con algunos se les llega,  
Y por entrambas partes á gran priesa  
Andaba la lanzada muy espesa.

Gran grito, gran rumor, gran vocería  
Sonaba por aquellos campos llanos,  
La saña y el furor siempre crecía,  
Ensangrentados ya rostros y manos,  
Y por entrambos bandos se decía:  
« Viva el rey, viva el rey, mueran tiranos.»  
Andaba por allí cierto confeso,  
Que esto decía con mayor esceso.

Joan Sanchez Labrador, hombre de brio,  
Allí le respondió con voz alvía:  
« Deci, ¿ quién mata al rey, perro judío?  
Que yo también deseo que el rey viva; »  
Mas una bala fué con tal avío,  
Que del hablar y dulce ser lo priva:  
Escuridad eterna lo retrajo  
Con precipicio del caballo abajo.

Andando la batalla muy trabada  
Y con ostinadísima porfia,  
Le dieron al Guerrero una lanzada,  
De donde mucha sangre le salía:  
La fuerza deste ya debilitada,  
La de Copete siempre resistía,  
Con él sus dos hermanos Tello y Mesa,  
Que hacían la otra parte lesa.

Quando ya sobre el eje pruñoso  
Traía la mañana clara lumbre,  
Y el velo de la noche tenebrosa  
Huía por do tiene de costumbre,  
Mejoraba la parte del Reinoso;  
La otra ya con grande pesadumbre,  
Aunque de entrambas partes hay caídos,  
Y de los vivos muchos mal heridos.

Mas de la gente menos proveída,  
Como de tal asalto descuidada,  
Algunos se pusieron en huida  
Dejando la victoria declarada  
Por Diego de Reinoso, cuya vida  
Con gran dificultad fué reservada;  
Pues su caballo muerto, y él caído,  
Muriera si no fuera socorrido.

De los que de la rota no huyeron  
Prendieron como veinte señalados,  
Que como principales luego fueron  
A privación de vida condenados:  
Los rigurosos trances se cumplieron  
En solos dos hidalgos desdichados,  
Copete y Alonso Alvarez Guerrero:  
Espectáculo harto lastimero.

Luego veinte soldados valerosos  
De los que se hallaron mas culpados,  
Al Reinoso y Losada sospechosos,  
Por ser hombres de bríos arriscados,  
Con penas y con mandos rigurosos  
Fueron de su comercio desterrados,  
Para donde les diese su ventura  
O ya la vida, ó ya la sepultura.

Destos era Garcia de Montalvo,  
Pero Ruiz, Barrasa, Mesa y Tello,  
Y aquel honrado Vega, cano y calvo,  
El capitán Ruiz y Joan de Arguiello:  
Llevando para se poner en salvo  
Muy colgada la vida de un cabello,  
Por les poner delante su corrida  
Pesadísimos riesgos de la vida.

Pero como fortísimos varones,  
Que cierto cada cual era bastante,  
Allanaron terribles tropezones  
Que siempre se ponían por delante:  
Rompiendo ferocísimas naciones,  
Opuestas al cansado caminante,  
El Barrasa, guiando con buen tino,  
A la mar do llevaban su camino.

Nueve dias después Bernardo de Heras,  
Joven de los mas sueltos y lijeros,  
Hurtóse del Reinoso y sus banderas  
Con ocho no menores compañeros,  
Siguiendo las pisadas y carreras  
Que llevaban aquestos caballeros;  
Y fueron tan constantes las porfias,  
Que los vieron en menos de tres dias.

Y á punto que se van ya perdidos  
Por tenellos mil indios rodeados:  
Mas siendo tan á tiempo socorridos  
De tan valerosísimos soldados,  
Los cansados, hambrientos y afligidos,  
En gran manera fueron alentados,  
Y así, con el calor desta venida,  
Pusieron á los indios en huida.

Abrevian el camino mal sabido,  
Que el tiempo les mostraba rostro tierno,  
Necesidad poniendo tal sentido  
Y entre los veinte y nueve tal gobierno,  
Que hallaron asiento proveído  
Do pasaron las furias del invierno,  
Y el verano mostrando su pintura,  
Se pusieron en tierra ya segura.

Estando pues Reinoso en los esteros  
Consultando con todos su partido,  
Se huyeron Patiño y Ontiveros  
Sin que se barruntase la huida:  
Cada uno con treinta compañeros,  
Gente desesperada y atrevida,  
Otra noche huyó por consiguiente  
Un Alonso Marqués con otros veinte.

Después de todos estos otro dia  
Remanecieron dos negros huidos,  
Uno Pedro Mabuya se decía,  
Otro Cristóbal, hombres atrevidos;  
Mas al tiempo que cada cual salía  
Con tal tiniebla fueron divididos,  
Que aunque gastaron horas en buscarse  
Nunca jamás pudieron encontrarse.

Mas aunque solo cada cual se vido  
En no volver atrás fué tan constante,  
Que el riesgo tuvo por mejor partido  
Que dejar de pasar mas adelante:  
Con arco y flechas bien apercebido  
A los lados espada ya tajante;  
Y el que se via de comida falto  
Con el oscuro manto daba salto

En pueblo ó chaneria, do metido  
Buscaba cebo para los gargueros,  
Y sí del morador era sentido  
Con manos prestas y con piés lijeros  
Hacían cada cual tan gran ruido  
Como si fueran treinta compañeros,  
Y después ya de recogido algo  
No lo tomara muy lijero galgo.

Pues para los coger el mas lijero  
Sus piernas viera ser como difuntas:  
También Mabuya fué tan gran flechero  
Que yo le vi tirar tres flechas juntas:  
Y dar con todas ellas en terrero  
Y en pequeño compás todas tres puntas,  
Y así por estos llanos, valles, vegas  
Se libró de grandísimas refriegas.

Las cuerdas de sus arcos mas usadas,  
Y con que peleaba mas de veras,  
Eran listas de cañas bien sacadas  
Haciendo de sus nudos empulgueras;  
Que puestas en el arco y ajustadas  
Eran por mucho tiempo duraderas.  
Pues si á posta no se las quebraban  
Sus diez y doce años le duraban.

Sucedíéronle grandes entremeses  
Atravesando por aquellos llanos,  
Invernaron divisos en conveses  
A la sierra del norte mas cercanos;  
Y á cabo ya de diez ó doce meses  
Vinieron á toparse con cristianos,  
No de los desterrados y primeros,  
Sino de Joan Patiño y Ontiveros.

Pues aunque la cuadrilla se huía  
Y cada dia les faltaban gentes,  
La una de la otra no sabia  
Invernando por partes diferentes;  
Pero como llevasen una via  
Acabadas las aguas y crecientes,  
Por rastros que dejaban en la tierra  
Se juntaban los mas junto á la sierra.

Reinoso, que esta gente vió huida  
Como de la restante se recela,  
También apesuraba la partida  
Mandando caminar á Venezuela;  
E iban ya los rios de crecida  
Que miseros enfermos desconsueta  
Por no hallarse piadosa mano  
De padre ni de hijo ni de hermano.

Esclavo menos bay que se sujete  
Al amo ni que cumpla justo mando,  
Aqui se quedan seis, aculla siete,  
Gimiendo están aqui y allí gritando;  
Y el misero doliente si se mete  
El agua lo llevaba volteando,  
Capitanes no hacen lo que suelen  
Ni hombres de los hombres se conducen.

¿ Quién os podrá poner en escritura,  
Que lleve sonoro su concierto,  
Tanto trabajo, tanta desventura,  
Tan increíble hambre, tanto muerto ?  
Pues lo que digo es abreviatura  
O cifra muy cifrada de lo cierto,  
Y aunque mas alargásemos la pluma  
Todavía sería breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura  
Abrió los pechos á su compañero,  
Estando muerto ya de calentura,  
Y aqueste fué Bautista Zapatero :  
El cual se sustentó del asadura  
Ansi como si fuera de carnero,  
Y andando después imaginativo,  
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reinoso con sus gentes  
Inquiriendo la tierra mas subida,  
Pasaron sin haber inconvenientes  
Una quebrada llana y estendida :  
Llegaronse después quince dolientes  
Al tiempo que venia ya crecida,  
Demandaron socorro con voz blanda  
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvía las respuestas  
Horrendas á los pobres miserables,  
Por ser palabras sucias, deshonestas,  
Tan torpes como él y detestables :  
Al fin por no ver quejas tan molestas  
Gemidos y clamores entrañables,  
Determinaron todos de dejálos  
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecia  
En proceloso tiempo y lugar malo,  
De aquella miserable compañía  
Sin reparo, comida ni regalo,  
Un Domingo Riberos otro día  
Pasó los pechos puestos en un palo,  
Luego pasó tras él en un madero  
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,  
Aunque buscaban vias y maneras,  
No pudieron pasar por ser enfermos  
Y no tener las fuerzas tan enteras ;  
Y así quedaron en aquellos yermos  
Por cebo de las bestias caniceras,  
Y el número de dos menesteroso  
No siguió mas los pasos del Reinoso.

Mas por otra derrota van á tienta  
En grandísimo riesgo de la vida,  
Tallos de hobos era su sustento  
Y el regalo mayor de su comida ;  
E yendo con penoso sentimiento  
Encontraron también gente huída :  
Recebieron los dos tan gran consuelo  
Que parecíoles ver ángeles del cielo.

Con los dos se cerró número entero  
De diez cristianos, y aunque flaca mano,  
Supieron inquirir invernadero  
Donde no les faltó copia de grano :  
Sanaron el Riberos y el Quintero,  
Y el tiempo ya llegado del verano,  
Se juntaron con otros fugitivos  
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reinoso también hizo parada  
Con algunos sustentos pasaderos,  
Y enviando la gente mas armada  
Por pueblos comarcanos y fronteros,  
Acogiósele Diego de Losada  
Con treinta ó con cuarenta compañeros :  
El cual la vuelta de Cubagua iba  
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño  
De los que por la sierra van á tino,  
Asegurabalos de todo daño  
Diciendo : « todos vamos un camino. »  
El Reinoso, corrido del engaño,  
Con el restante de la gente vino  
A Venezuela, do los alemanes  
Tenian valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa  
Con gran valor de su persona sola,  
Mas allí no se hizo tanta cuenta  
Que por ello le diesen laureola ;  
Por cuya causa casi por afrenta  
Determinó pasar á la España,  
Donde murió después cristianamente,  
Y á conjugales nidos obediente.

Losada con su copia de soldados  
Y los demás que andaban divertidos,  
Llegaron á los pueblos deseados,  
Los cuales se hallaron destruidos :  
Sus pocos moradores rebelados,  
Y en fuerzas de palenques recogidos,  
Nadie les daba ya seguro puerto  
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,  
Hijo suyo, de nobles condiciones :  
Fué tutor Pariaima, por ser chico,  
El cual favoreció nuestros varones,  
Mas el uso de esclavos tan inicuo  
Pagóle con muy grandes simrazones,  
Porque el desorden grande de cudicia  
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores  
De la Cubagua y de su granjeria,  
O por mejor decir salteadores,  
Envejecidos en su tiranía :  
Estotros, como no fuesen menores,  
Con aquellos hicieron compañía,  
Y asolada la tierra comarcana,  
Volvieron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,  
Y aquellas locas y atrevidas furias,  
Pedian los que fueron agraviados  
Justa satisfaccion de sus injurias ;  
Los bienes luego fueron confiscados  
Para suplir júeces sus penurias :  
Al fin Ortal y Frias y Castillo  
Por un hilo sacaban un ovillo.

Este y aquel y el otro les pedia  
(Júez el licenciado Castañeda) :  
Pagaba con esclavos que traia  
El que sin corporal castigo queda ;  
Pagaba al fin aquel que no debía,  
Quiero decir, quien era la moneda :  
Esclavos eran costas y derechos,  
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos

Eran por veedor avaliados,  
O vendidos en públicos pregones  
Aquellos pobres desaventurados,  
Que nunca cometieron las traiciones ;  
Finalmente, júeces y culpados  
Eran unos flusimos ladrones,  
Pues en nada se vió tal insolencia  
Ni tan grande soltura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,  
Cubrámoslo con taciturno sello,  
Y el que quisiere ver este castigo  
Al fin de lo de Ortal podrá leello :  
Por ser en este tiempo lo que digo  
De las muertes de Aduza y del Argüello,  
Que pues de Ortal allí me despedia,  
Cubrilas con silencio no cumplia.

Purgadas pues las costas y los daños  
Del licenciado Frias y oficiales,  
No por eso cesaron los engaños  
Y ofensas en aquellos naturales :  
Porque por grande número de años  
Anduvieron soldados principales  
En la contratacion mal ordenada,  
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,  
Varon en guerra y paz de gran recato,  
Gran hombre de caballo y agraciado  
Mas á bien recibido no muy grato ;  
Y así fué de Cubagua desterrado  
Por cierto desconcierto y desacato :  
Hizose con algunos á la vela,  
Y vino por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia  
Y por los alemanes fué teniente,  
Recebiólo con grande cortesía,  
Y toda la demás antigua gente :  
El Diego de Losada persuadía  
Al alemán ya dicho grandemente,  
Enviase á tomar las posesiones  
Hasta Maracapana y sus ancones.

Porque segun se via por escrito  
Por cédulas del rey y provisiones,  
De su gobernacion y su distrito  
Eran todas aquestas poblaciones:  
Ayudáronle muchos con un grito,  
Y él acudió con estas intenciones,  
Y con Losada y otras gentes ciegas  
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra  
Y por aquellos llanos ya sabidos,  
Costeando la falda de la sierra  
Cien hombres destos bien apercebidos :  
Lo que hallan de paz hacen de guerra,  
De muy largas cadeanas proveidos,  
Y en ellas grande número de gente  
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata  
Llevaban muchos hombres y mujeres,  
Llegaron á la mar de Chacopata,  
Adonde pregonaron sus poderes ;  
Y luego por gozar de la barata  
Acuden de Cubagua mercaderes :  
Estuvieron allí los deste bando,  
Espacio de dos meses contratando.

Llaman de paz á los de aquel partido  
Los capitanes falsos y perjuros :  
Los indios no pensando ser fingidos  
Salieron de sus fuerzas y sus muros ;  
Y el consorcio crüel y fementido  
Cuando los vió sin armas y seguros,  
Dieron sobre ellos repentinamente  
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decia,  
Como se vió de libertad ajeno :  
« Esto no fué valor, ni valentía,  
Ni hecho que manó de pecho bueno :  
Prendernos con tan gran alevosía  
Sobre paz y las manos en el seno ;  
Pues nosotros salimos como hermanos  
Debajo de palabra de cristianos.

» Y pues captividad no merecemos,  
De libertad pedimos las enmiendas ;  
Que si por culpa vuestra nor movemos  
A descubiertas guerras y contiendas,  
Bien sabes tú, Losada, que sabemos  
Defender las personas y haciendas ;  
Así que pues llamais de paz la tierra,  
No la quebreis con tan injusta guerra. »

No por eso cesó su desvarío,  
Ni se mudaron estos pareceres,  
Antes hierro les dan por atavío ;  
Y aberrojados hombres y mujeres,  
Luego los entregaron al navío  
Que tenían allí los mercaderes,  
Volviéronse después la tierra adentro,  
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,  
De Guaramental hijo y heredero,  
Ya cacique paupérrimo de rico,  
Por los inconvenientes que refiero :  
Con estas insolencias que publico  
Al muchacho leal, fiel, sincero,  
Con seguro que se le prometía,  
Le tomaron la gente que tenía.

Estos con otros muchos que tomaron  
Por otras partes fuera del asiento,  
Ansimismo vendieron y entregaron  
A los que iban en su seguimiento ;  
Y todo lo barrieron y asolaron  
Con un luciferino desatiento,  
Y sin causa quemaron los bestiales  
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,  
Firmes en añadir daños á daños,  
Para su Venezuela dió la vuelta  
Losada con los mas destos engaños :  
Cuya perplejidad quedó resuelta  
En acabar allí los demás años ;  
Y viendo de sus dias el invierno  
Pretendia tener aquel gobierno.

A la real audiencia hizo vía  
Para lo negociar segun se trata,  
Mas el efeto de lo que pedia  
Contraria voluntad lo desharata ;  
Y al tiempo que sin mando se volvía  
En la costa murió de Burburata,  
Sin regalo de santos sacramentos  
Por hallar despoblados los asentados.

Con este concluimos la jornada,  
Y las mas circunstancias de Sedeño,  
La cual de prolijísima y pesada  
Ha sido para mí gran quita-sueño ;  
Mas pues Cubagua queda rezagada,  
Y es el negocio suyo no pequeño,  
Justa cosa será que se concluya,  
Y después della la vecina suya.

## ELEGIA XIII.

*Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdicion y asolamiento.*

### CANTO PRIMERO,

*Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.*

Cuanto naturaleza tiene hecho,  
Examinado y visto sabiamente,  
No vaca ni carece de provecho,  
O ya sea cubierto, ya patente ;  
Que la virtud no pierda su derecho,  
Aunque sea la muestra diferente,  
Y así vereis do faltan muchas cosas  
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crían  
Oro ni plata ; mas en su distancia  
Algunas veces hay tal granjería  
Que suele dar riquísima ganancia,  
Supliendo aquella falta que tenía  
Con cosas de no menos importancia  
Que causa natural allí compuso,  
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,  
Que de lo que contratan las naciones  
Alguna buena cosa no le sobre ;  
Pues aquí cogen copia de algodones,  
Allí plomo y azogue, acullá cobre,  
Aquí muchos ganados y allí dones  
De cristales, virles y esmeraldas,  
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña  
Este natural cambio claramente,  
La cual aunque es estéril y pequeña,  
Sin recurso de río ni de fuente,  
Sin árbol y sin rama para leña  
Sino cardos y espinas solamente ;  
Sus faltas enmendó naturaleza  
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por plaeceos principales,  
Que están á sus riberas adyacentes,  
Gran copia de riquísimos ostiales,  
De do se sacan perlas excelentes,  
Con que ha engrandecido sus caudales  
Crecidísimo número de gentes :  
Diez grados medio mas es lo que nuestro  
De la equinocial al polo nuestro.

Entre dos atadaños es descrita  
 A cada cual tres leguas comarcana,  
 Que son la tierra firme y Margarita,  
 Y es la distancia della toda llana:  
 Hay caza de conejos infinita,  
 Que es por allí comida no mal sana;  
 Podrá tener, según el aparencia,  
 Como tres leguas de circunferencia.

Tienen sus secas playas una fuente  
 Al oeste do bate la marina,  
 De licor aprobado y escelente  
 En el uso comun de medicina:  
 El cual en todo tiempo de corriente  
 Por cima de la mar se determina  
 Espacio de tres leguas, con las manchas  
 Que suelen ir patentes y bien anchas.

Descubrió esta isla Colon, cuando  
 Vido tercera vez estas regiones,  
 Yendo la tierra firme costeaendo  
 Por puertos, por bahias, por ancones:  
 Vió indios zabullendo y sobraguando,  
 Y estar debajo largas dilaciones,  
 Via después coger su redecilla  
 Y vacialla también en la barquilla.

No conociendo bien aquello qué era  
 El Cristóbal Colon, como discreto,  
 Hizo luego surgir en la ribera,  
 Deseando saber aquel secreto:  
 Luego gente de guerra salió fuera  
 Apercibida para tal efeto,  
 Los indios revolvieron con la proa,  
 Y en tierra zaboraron la canoa.

Los cuales con los arcos en las manos,  
 Arma con que se daban buena maña,  
 Esperaron soberbios y lozanos,  
 Sobresaltados de la gente estraña:  
 Mas halagáudolos nuestros cristianos  
 Perdieron los temores y la saña.  
 Y luego los varones y las dueñas  
 De paz hicieron apacibles señas.

Allí se conocieron granos bellos  
 De perlas en riquísimos pomares,  
 Que son con que así ellas como ellos  
 Se ciñen y rodean los ijares;  
 Otros sartas por brazos, piernas, cuellos,  
 En precio y en estima singulares:  
 Vieron el modo cómo las sacaban,  
 Y las conchas adonde se criaban.

Los que vinieron pues en los bateles,  
 Por no hacer baldía su venida,  
 Con cuentas y sonoros cascabeles  
 Rescataron allí buena partida;  
 Partiéronse de aquestos infieles  
 Después de la grandeza conocida.  
 El Colon no cabia de contento,  
 Por ser autor de tal descubrimiento.

Quisiéralo callar, pero la fama,  
 Impelida de tanta muchedumbre,  
 Por diversos lugares se derrama  
 Segua y como tiene de costumbre:  
 Estos, aquellos y los otros llama  
 Con trompa de sonora certidumbre;  
 Acudieron navios al barato  
 Engrosando las ferias y contrato.

La gente castellana que venia  
 Por hacer mas á gusto sus haciendas,  
 Formaron en la isla rancheria,  
 Pusieron toldos y asentaron tiendas;  
 Y cebados en esta granjeria  
 Hacen buhios para sus viviendas,  
 Trayendo mercancías diferentes  
 Que rescataban con aquestas gentes.

Podia ser, según mas cierta cuenta,  
 Cuando la muestra se halló primera,  
 Año de cuatrocientos y noventa  
 Con mil y seis corridos de la era:  
 El indio con la paga se contenta,  
 Y el español, que mucho mas espera,  
 Envía su caudal, y á la tornada  
 Doblaba y redoblaba la parada.

Ansí tenían hachas y machetes,  
 Cuentas de vidrio, sartas de corales,  
 Camisas, zaragüelles y bonetes,  
 Y cosas mas y menos principales:  
 Con otras diferencias de juguetes  
 Apacibles á estos naturales,  
 Y el valor de un real acontecia  
 Pagar la cargazon que se traia.

Con estas cosas el aljófár fino  
 Rescataban aquestos mercaderes,  
 Con contento del bárbaro vecino  
 Y grandes regocijos y placeres:  
 Daban muy ricas piezas por el vino,  
 Hasta vender los hijos y mujeres,  
 Y cuantos por aquel compás habia  
 Ejercitaban esta pesqueria.

Toda la tierra firme comarcana  
 Mantenía la paz bastanteente,  
 Y de Paria hasta Maracapana  
 Iban un hombre y dos de nuestra gente;  
 La tierra se hallaba toda llana,  
 A nuestros españoles obediente,  
 Y diez y doce leguas de Cubagua  
 Les traian comida, leña y agua.

Eran para las dos parcialidades  
 De muy gran importancia los provechos,  
 Pues con estas sinceras amistades  
 Y los contratos desta suerte hechos,  
 Indios cumplian sus necesidades  
 Y los nuestros quedaban satisfechos;  
 Y ninguno vivir allí podia  
 Sin aquel agua que se les traia.

Y algunos mercaderes ya potentes,  
 Que allí fueron personas principales,  
 Rescataron esclavos destas gentes  
 Que de perlas traian sus jornales;  
 Los cuales como buzos escelentes  
 Descubrian riquísimos ostiales,  
 Y con propias canoas y piraguas  
 Sacaban ya las conchas de las aguas.

En aquesta manera de bajeles  
 Habia gente nuestra marinera,  
 Que por aquellas playas y plaeles  
 En guarda de los indios iban fuera:  
 Algunos tan malditos y crúeles  
 Como cómitres malos de galera;  
 Y así de aquestos miseros captivos  
 Eran pocos los que quedaban vivos.

Por tener muy angosta pasadia  
 Y mas que limitadas las raciones,  
 Pues sobre mar el agua se traia  
 Con las mas necesarias provisiones;  
 En la mar sumergidos en el dia  
 Y en la noche con asperas prisiones;  
 Y así para quedar dos ó tres hechos  
 De la vida quedaban diez deshechos.

Este principio y estas ocasiones  
 De los esclavos fueron permimiento  
 De todas las insignes poblaciones  
 Que en mis versos atrás os represento;  
 Y el rey por las siniestras relaciones  
 Para ello prestó consentimiento,  
 Aunque con instruccion tan limitada  
 Que el mal no fuera tal á ser guardada.

Algun tiempo se hizo con blandura  
 No tanta cuanta allí se señalaba;  
 Pero después fué tanta la soltura  
 Con que con estos indios se trataba,  
 Que les era la guerra mas segura  
 Que lo que mala paz aseguraba;  
 Pues cuantos menos eran sus engaños  
 Se les hacian muy mayores daños.

No pueden prolijísimos renglones  
 Decir *ad plenum* lo que se hacia,  
 Tantas cautelas, tantas invenciones,  
 Tanta maldad y tanta villanía;  
 Mas por no despertar viejas pasiones  
 Volvámolos á nuestra rancheria,  
 De quien ya se hacia mayor cuenta  
 De lo que nuestra pluma representa.

Había ya justicia y oficiales,  
Frecuentísimo trato de navios,  
No rescataban ya de naturales,  
Porque todos tenían sus avios  
Para desentrañar estos ostiales  
Con propios aderezos y atavios;  
Con tanta perla, tanto contratante  
Las cosas iban ya muy adelante.

Mostrábase fortuna tan ufana  
Y andábase tan próspero camino,  
Fue iban á quintar al aduana  
Como de trigo sacos al molino:  
Muchos sacaban hoy y mas mañana,  
Si Joan vino cargado Pedro vino,  
Y entonces hubo indio que traía  
Arriba de dos marcos cada día.

Vereis llenos caminos y calzadas  
De tráfigos, contratos y bullicio,  
Las plazas y las calles ocupadas  
De hombres que hacían sus oficios;  
Vereis levantar casas torreadas  
Con altos y soberbios edificios,  
Este de tapia, aquel de cal y canto,  
Sin que futuros tiempos den espanto.

No vuelan ni concurren tan frecuentes  
Las palomas en india saona,  
Para hacer sus nidos en las frentes  
Que miran los confines de la zona;  
Cuanto todos andaban diligentes  
En la que nueva Caliz se pregona,  
Con tal hervor y tal desasosiego  
Cuanto por secas ramas vivo fuego.

Ocurrió grande copia de oficiales  
A la nueva ciudad que se hacía,  
En navios traían materiales  
Y cuanto la tal obra requeria;  
Porque la grosedad de los caudales  
Estas costas y mucho mas sufría,  
Y con salir tan caras estas cosas  
Alli hicieron casas suntuosas.

Fué la de Barrionuevo la primera,  
Un escudero natural de Soria,  
Fué luego la de Joan de la Barrera,  
Cuyo valor es digno de memoria;  
Y luego la de Pedro de Herrera  
De quien pudiera yo tejer historia,  
Y la de Castellanos, tesorero,  
Que fué de los mejores el primero.

La de Portillo fué con tal esmero  
Que podia servir de fortaleza,  
Otra también de Diego Caballero,  
Mariscal y señor de gran riqueza;  
Un Alvaro Beltrán, varon entero  
En todas buenas partes de nobleza,  
Un Anton de Jaen, Rojas y Niebla,  
Con otros que se quedan en tiniebla.

Y Francisco de Reina también era  
Un varon tan cabal y tan bastante,  
Que con justa razon yo bien pudiera  
Decir de sus proezas adelante;  
Pero la brevedad desta carrera  
No da tanto lugar al camiante;  
Su yerno fué Pero Ruiz de Tapia,  
Noble de condicion y de prosapia.

Hijo del dicho Reina fué Bautista,  
Sacerdote prudente y avisado,  
El cual es destas cosas coronista  
Y en ellas vive hoy bien ocupado;  
Y ansi no haré yo mas larga lista,  
Dejando para él este cuidado,  
Pues yo con brevedad añudo gonces  
De las cosas que vimos entonces.

Leña y agua de Cumaná venia  
De rios que la dan en abundancia,  
Y en barcos y navios se traía  
Con pipas siete leguas de distancia:  
Trataban muchos esta mercancia,  
Teniéndola por próspera ganancia,  
Pues al Jaen que digo hizo daño  
De cinco mil ducados en un año.

A todos los que son en esta era  
Oyendo lo que no les fué visible,  
No parecera cosa creedera  
Gasto de leña y agua tan terrible:  
Pero mi relacion es verdadera,  
Y ansi no la tengais por imposible,  
Y aun es mas que los precios señalados  
Lo que va de los pesos á ducados.

Pues como fuesen indios muy famosos  
Los moradores destas poblaciones,  
De nuestra santa fe menesterosos  
Y de defensa ya de sinrazones,  
Acudieron algunos religiosos  
Movidos de cristianas intenciones,  
Procurando traellos al aprisco  
Dominicanos y de San Francisco.

A Cumaná vinieron franciscanos,  
Do monasterio luego fué fundado,  
Con llana voluntad de los paganos,  
Por cuyas manos era fabricado;  
Y los frailes por términos cristianos  
Apacentaban bien este ganado,  
Santísimos preceptos predicando  
Y muchos convirtiendo y bautizando.

En esta obra cada cual entiende,  
Conclusas horas del divino canto,  
Y en el Chichiriviche mas allende  
Cinco leguas hicieron otro tanto  
Los dominicos, donde se pretende  
Perseverar en el oficio santo,  
Año de diez y seis era ya esto,  
Cuando tomaron mal seguro puesto.

Convento fabricado y templo hecho,  
Donde todos vivian recogidos,  
Con gran observacion de su derecho,  
Sin ser á lo siniestro divertidos,  
Muy en contentamiento y en provecho  
De los por convertir y convertidos;  
Aquel perturbador de cosas pias  
Su cizaña sembró por estas vias.

Un cierto capitán, que no debiera,  
Hojeda creo yo que se decía,  
Rescatando maíz por la ribera,  
Segun que de costumbre se tenia,  
En el puerto de Guantar salió fuera  
Y entróse con alguna compañía,  
A rescatar como solian antes  
En pueblos de la mar algo distantes.

En los cuales compró mucha comida  
Pagándoles por ella su interesse,  
Y á los indios por quien le fué vendida  
También les demandó quien la trajese;  
Fuéle bastante gente proveida  
Diciéndole que luego la volviese;  
Mas el mal capitán y gente suelta  
Nunca les consintieron dar la vuelta.

Antes fueron alli los galardones  
Indignos de quien dió tan buen avio,  
Pues llegados mujeres y varones  
Cargados á la boca de aquel río,  
Les pusieron cadenas y prisiones,  
Y los metieron dentro del navio;  
Hecha la suerte péfida tirana,  
Luego bajaron á Maracapana.

En el puerto surgió la carabela  
Debajo de cubierta los hurtados,  
Y recogida ya la blanca vela,  
En la playa saltó con sus soldados,  
Con los mismos desingos y cautelas  
De que tan mal usó con los pasados;  
Mas aquestos sabian ya de cierto  
Los tratos y traicion del otro puerto.

Hicieronles muy buen acogimiento,  
Prometiéndoles vender mucha comida,  
La cual por estar lejos del asiento  
No podia tan presto ser traída:  
Dilatando la venta con intento  
Y fin de despojarlos de la vida,  
Ruegan al capitán deje la playa  
Y con su gente por los pueblos vaya;

Certificando que rescataría  
 Esclavos y comida con hartura,  
 Y el torpe capitán bien lo creía;  
 Mas por le parecer poca cordura  
 Dejar allí la presa que traía,  
 Que lo traigan allí solo procura:  
 Los indios con fingidas alegrías  
 Pidiéronle de espacio cuatro días.

Por los poder matar á coyuntura  
 Y tiempo que les fuese conveniente,  
 Porque también habían hecho jura  
 Con todos los demás de aquella frente  
 De no dejar á vida criatura  
 Que de españoles fuese descendiente;  
 Y para los efectos desta guerra  
 Estaba conjurada ya la tierra.

Con estas esperanzas los dejaron  
 Sin ellos sospechar el mal futuro,  
 Y parte de los indios se quedaron  
 Cuasi por apariencia de seguro:  
 Otros con Toronoima se juntaron,  
 Cacique principal, crúel y duro,  
 Para ser dél en la traición instrutos  
 Y en un parecer solo resolutos.

Allí llegaron furias infernales  
 Para la ejecución del caso feo,  
 Estimulando mas estos bestiales  
 A tan crúel y pérvido trofeo;  
 Y así las insolencias fueron tales  
 Que vencieron aun á su deseo:  
 Y algunos que miraban á mas lejos  
 Estaban ya confusos y perplejos.

Mas poco duran buenas intenciones  
 En torpes, viles y apocados senos,  
 Donde hacen mayores impresiones  
 Los pésimos consejos que los buenos:  
 Mayormente soezes corazones  
 Si de rabiosas furias están llenos,  
 Como lo hizo con aquesta gente  
 Un indio que les dijo lo siguiente:

«Mal me parecen tantas variedades,  
 Y si verdad conviene que se diga,  
 Conoceréis ser grandes poquedades  
 De todos cuantos hay en esta liga  
 No quebrar con furor las amistades  
 De gente que nos es tan enemiga;  
 Pues si por bien pensais hacella buena,  
 Abris camino para mayor pena.

» Cesen los devaneos y fatigas  
 En el efetuar tan justa cosa,  
 Cortemos ya, señores, las espigas  
 De do sale simiente tan dañosa;  
 Pues jamás comeremos buenas migas  
 Con gente, que por ser tan ambiciosa  
 Aquí y allí, y en todas partes pican,  
 Haciendo lo contrario que predicán.

» Que sean fraudulentos y tiranos,  
 Que sean atrevidos homicidas,  
 Los ejemplos tenemos entre manos  
 Por las cosas atras acontecidas,  
 Donde los mas pacíficos y llanos  
 Corremos mayor riesgo de las vidas,  
 Y no son estas, no, vanas sospechas,  
 Pues veis de nuevo las maldades hechas.

» A justas defensiones os provocho  
 Contra malignidad que nunca cesa;  
 Pues si no refrenais intento loco  
 Sustentando pacífica promesa,  
 De consumirnos hemos poco á poco,  
 Y aun mucho á mucho ya, según su priesa,  
 E yo no siento que quebranta fueros  
 Quien resiste sus males venideros.

» Los frailes, aunque nos parecen buenos,  
 Y de santas palabras y obras pias  
 Aquellos santuarios están llenos,  
 Yo tengo para mi que son espías;  
 Porque españoles son ni mas ni menos,  
 Y por no consentir idolatrias,  
 Huye de dar respuestas al reclamo  
 De los piaches el Oriquiamao.

» Bien veis que por palabras y en escritos  
 Suelen abominar estos letrados  
 Las viejas ceremonias y los ritos  
 En que fuimos nacidos y criados:  
 Aquestas son sus voces y sus gritos,  
 Y en esto viven todos ocupados:  
 Frailes quitan deleites y placeres,  
 Y los otros los hijos y mujeres.

» Y pues ellos por tan dañosos modos  
 Quieren que nuestra gente se destruya,  
 Meneemos acá manos y codos  
 De suerte que su vida se concluya,  
 Para que desta vez se borren todos  
 Sin dejar en la tierra cosa suya,  
 Tentando por tal via la fortuna,  
 Que en Cumaná y acá demos á una.»

Cuadró tan bien al bárbaro guerrero  
 La traza de tan mal labrada talla,  
 Que sin considerar el paradero  
 Fueron á la flaquísima batalla;  
 Y á Cumaná hicieron mensajero  
 Por avisar á la crúel canalla,  
 Para dar á la hora prevenida,  
 Y ellos luego hicieron su partida.

Como las bravas ondas conmovidas  
 Del viento que se muestra riguroso,  
 Que van unas tras otras impelidas,  
 Sin mezcla de descanso ni reposo,  
 Hasta que las riberas son heridas  
 Del embate feroz y presuroso;  
 Con tal impetu van aquestas gentes  
 A combatir los pobres inocentes.

Mil y quinientos eran ya corridos  
 Con otros diez y nueve de la era,  
 Al signo capricornio convertidos  
 Los carros que rodean el esfera;  
 Cuando los indios iban revestidos  
 De Aletó, Tisifone y de Mejera,  
 Y cuando del divino sacrificio  
 Los frailes celebraban el oficio.

Entonces la maldad y sinrazones  
 Usando sus inicuos privilegios,  
 Por dar fin á sus malas intenciones  
 Cercaron los santísimos colegios,  
 Y en las casas de santas oraciones  
 Hicieron detestables sacrificios,  
 Con furia tan bestial y tan nociva  
 En ellas no dejaron cosa viva.

Sueltas llevan las riendas las maldades:  
 Aquí y allí vereis descabezados,  
 Con otras insolentes crúeldades  
 Hechas en estos bienaventurados:  
 Imágenes partidas en mitades,  
 Y los altares muy ensangrentados;  
 Porque cuando llegaron furiosos  
 Celebraban algunos religiosos.

Segun infernal furia se lo dijo,  
 La crúeldad usó de sus imperios:  
 Desmembraron el santo crucifijo  
 Con nunca jamás vistos vituperios;  
 Luego la saña y el furor prolijo  
 Abrasaron los dichos monasterios;  
 En Santa Fe pasó por esta via,  
 Que es do Chichiriviche se decia.

Los cuales su maldad han sustentado,  
 Y se sustentan tan proterva cepa,  
 Sin habello por esto castigado,  
 A lo menos castigo que yo sepa;  
 Por haberse muy bien fortificado  
 En parte que del mar algo discrepa,  
 Y en Cumaná tuvieron los escesos  
 Varios y diferentes los sucesos.

Pues cuando la maldad allí se ensaya  
 Y el convento barria la candelá,  
 Huyéronse dos frailes á la playa  
 Donde tenían cierta canoela:  
 Con la cual se pusieron en Araya  
 Adonde se balló cristiana vela,  
 Y así, poniendo de por medio agua,  
 Llegaron á la isla de Cubagua.

Con la nueva que dieron se desecha  
Cuanto podia dar contentamiento,  
Sospechando que de la maldad hecha  
Hojeda pudo ser el fundamento;  
Y teniendo por cierta la sospecha  
Determinan justicia y regimiento  
De que fuesen diez barcos bien armados  
Para prender á él y á sus soldados.

Van á Maracapana con gran priesa  
Do vieron al autor del disparate  
Cebado de la pérdida promesa  
Que los indios hicieron del rescate:  
La cual bien claro vido ser aviesa  
En su trabajosisimo remate;  
Y así fué que por no tener aviso,  
Nunca pudo salvarse cuando quiso.

Porque viendo venir desta manera  
Los barcos conocidos á la vela,  
Adivinó su mal, mas no cuál era,  
Que los presentes lazos no recela;  
Mas yendo todos para la ribera  
Para huirse con la carabela,  
La gente de los indios circunstada  
Con armas se les puso por delante.

El apostema y el furor reventada  
De los pechos por maña reprimidos,  
Hierva la furia, crece la tormenta,  
Confundense con gritos y alaridos:  
La flecha y la macana se ensangrienta,  
Muchos de los cristianos hay caidos,  
Otros que huyen la sangrienta fragua  
A nado se metian por el agua.

Fueron aquestos los mejor librados,  
Aunque con deshonor así huían,  
Pues eran recogidos y amparados  
De los dichos diez barcos que venían  
Los otros todos son despedazados,  
Aunque con gran valor se defendían,  
Do Hojeda pagó su desconcierto,  
Quedando con los otros allí muerto.

Reconocido bien lo que pasaba,  
Los barcos con espesos remadores  
Volvieron á Cubagua, donde estaba  
Por justicia mayor Antonio Flores:  
El cual en este tiempo recelaba  
Otros inconvenientes no menores,  
Por los amenazar crüeles manos  
De indios que tenían comarcanos.

Los cuales apretaron su venida  
Contra la isla con mayor pujanza,  
De yerba pestilente proveida  
La punta de la flecha, dardo, lanza:  
El agua ya les era defendida,  
Perdida de la paz el esperanza,  
Y esperar les parece cosa fea  
Con ser trescientos hombres de pelea.

En quien temor causó tanta demencia  
Qué se dejaron en esta isla sola,  
Y todos sin vigor de resistencia  
Determinaron ir la Española:  
Para lo cual con suma diligencia  
El levadizo mástel se enarbolaba,  
Dejando las haciendas adquiridas  
Con el deseo de escapar las vidas.

Cuál dejaba su casa, cuál su tienda  
Llena de sedas, lienzo, paño fino,  
Cuál la pieza mayor de su vivienda  
Arrumada de pipas de buen vino;  
Cuál si poco tomó de su hacienda  
Con temor lo dejó por el camino,  
Todo lo menosprecia y le baldona  
A truco de salvarse su persona.

Como suelen en fortunoso caso  
Aquellos que por mar hacen su via,  
Que por asegurar el mortal vaso  
Alijan la comprada mercancia;  
Así lo hace por el campo raso  
Cualquiera destos hombres que huía,  
Hasta dejar la ropa y atavío  
Con priesa de se ver en el navío.

T. IV.

Con esta cobardía tan sin tiento  
Se dispusieron todos al pasaje,  
Llegaron con salud y en salvamento  
A Haití, do llevaban su viaje:  
Fueron nuevas de grande discontento  
Después que recitaron su mensaje,  
Y maldecían hombres y mujeres  
La bajeza de aquellos mercaderes.

Porque luego los indios comarcanos  
Que Cubagua tenían á los ojos,  
Sabiendo ser huidos los cristianos  
Vinieron á gozar de los despojos:  
De los cuales binchieron bien las manos,  
Aumentando con vino los enojos;  
Pues cuanto mas el bárbaro bebía  
Tanto mayor braveza concebía.

Anda la borrachera y el tabaco,  
Hinchense bien las pieles y los senos,  
Suenan voces y gritos en el saco,  
Y cuantos van y vienen vuelven llenos:  
Acudieron también de Cariaco,  
Y los de Santa Fé ni mas ni menos;  
Cuantos iban al flu destas raleas  
Revolvian cargados de preseas.

Abierta pues según es declarada  
La puerta de tan dura competencia,  
Determinaron de hacer armada  
Los señores de la real audiencia:  
Para ser con castigo refrenada  
La furia de la bárbara demencia,  
Trescientos españoles, fuertes pechos,  
Se juntaron con armas y pertrechos.

Fué Gonzalo de Ocampo por tiniente  
De don Diego Colon el almirante;  
Y para gobernar aquesta gente  
El audiencia le dió poder bastante:  
El suceso callamos de presente,  
Pero dirémoslo mas adelante;  
Pues aunque caminante presuroso  
Quiero tomar un poco de reposo.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo llegó GONZALO DE OCAMPO al puerto de Cumana,  
la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron.

Los autores de torpes desatinos  
Nunca pueden tener hora segura,  
Porque demás de ser aquestos dinos  
Del pago que merece su locura,  
Esa misma maldad abre caminos  
Para mayor dolor y desventura,  
Pues nunca subió tanto la malicia  
Que sobre ella no vuele la justicia.

Así los indios destas poblaciones,  
Cuando con hechos torpes inhumanos  
Pensaron allanar sus tropezones,  
Entonces los hicieron menos llanos;  
Y ellos buscaron nuevas ocasiones  
Para los affligir sangrientas manos,  
Y de ser tan indómitos y bravos  
Nació la perdición de ser esclavos.

La era pues de veinte ya llegada,  
Con mas mil y quinientos de su rueda,  
Cuando la del sol iba desviada  
Del tauro, y á los dos hijos de Leda  
Llegaba, de Haití salió el armada  
Para vengar los daños de Hojeda,  
Y puestos en buen orden y concierto  
A Cumana llegaron y á su puerto.

Acudió luego bárbara palestra  
Considerando ser la guerra cierta,  
Mas la gente cristiana como diestra  
Con disimulacion cerró la puerta:  
Pues marineros solos hacen muestra  
Y los demás debajo de cubierta,  
Y porque de las armas se despidan  
De paz los llaman y con paz convidan.

10

Preguntaba la pérdida cuadrilla  
Si de Haití venían de camino ;  
Respondieron que vienen de Castilla  
Cargados de rescates y de vino :  
Con fardos de ruña y de presilla ,  
Hachas , machetes , cuentas , coral fino ;  
Que vengan los que quieren al contrato ,  
Que de todo haran muy buen barato .

Reportáronse con plater extraño  
De ver pocos cristianos inocentes ,  
Ignorantes del ya pasado daño ,  
De la misma cautela dependientes ;  
Pues pensaban usar de aquel engaño  
Que con ellos usaron nuestras gentes ,  
Y así debajo deste desvario  
Llegaron con canoas al navio .

Cebados del olor desta mentira ,  
Entró luego quien mas cerca se halla ,  
Diéronles de comer y anda la jira  
Del vino de Jerez y de Cazalla :  
Revestida de paz está la ira ,  
Sinceridad mostraba la canalla ,  
Rogando con amor de parentesco  
Que vayan á tomar algun frescosco .

Mas al tiempo que estaban descuidados ,  
Bebiendo cada cual por maravilla ,  
Valentísima copia de soldados  
Con gran furor salió del escotilla ;  
Prenden aquí y allí muchos culpados ,  
Y al indio que llamaban Orteguilla ,  
A quien frailes hacían gran regalo ,  
Y fué para con ellos el mas malo .

Pues seis días después del estampida  
Vivió fray Dionisio , que de gana  
Quisiera conservar gente rompida ,  
Por conocer en él voluntad sana ;  
Mas Orteguilla le quitó la vida  
Con un terrible golpe de macana ,  
Pagándole con mal el atrevido  
El bien que dél había recebido .

Presos los indios pues incontinente ,  
Algunos se pusieron en cadenas ,  
Y de los principales mas de veinte  
Aborearon allí de las entenas ,  
Por atemorizar la demás gente  
De que estaban las playas todas llenas ;  
Y echados á la mar los cuerpos muertos ,  
A Cubagua se fueron y á sus puertos .

Allí de nuevo ponen sus banderas  
Reparando las perdidas que digo ,  
Y luego revolvieron mas de veras  
A las ejecuciones del castigo :  
Saltan en Cumaná y en sus riberas  
Con opuesto rigor del enemigo ,  
Porque de indios cantidad inmensa  
Engrosaba por horas la defensa .

Mas Gonzalo de Ocampo no desmaya ~  
Pues con muertes de indios y pesares  
No solamente les ganó la playa ,  
Pero también entró hasta Tagares :  
La fama y el temor hizo que vaya  
Por todos los confines de sus mares ,  
Do con solo doscientos españoles  
Les allanó las cumbres y peñoles .

Amedrentando todos los vecinos  
De los rebeldes pueblos congregados ,  
Y por ellos haciendo hechos dínos  
De ser en estas partes celebrados :  
Pobló las sendas , playas y caminos  
Con cantidad de indios empalados ;  
Trajo también gran número de vivos ,  
A quien luego berraba por captivos .

Pudo también prender en una villa  
Un valiente gandul en traje vario ,  
Vestido con un hábito y capilla ,  
Y dentro de la manga breviario :  
Hermano , dicen , fué del Orteguilla ,  
Y no menos á frailes adversario ,  
Al cual colgaron en un alto risco ,  
Y en hábito murió de San Francisco .

Hecho pues el castigo desta suerte ,  
A Cumaná volvió y á sus riberas ,  
Adonde , por el agua , hizo fuerte ,  
Porque pudiese ya venir cualquiera  
A la coger sin miedo de la muerte  
Que daba la nacion desta frontera :  
Venían libremente pues por agua  
Los barcos y navios de Cubagua .

Aquesta fuerza hecha , fundó luego  
Un pueblo que llamó nuevo Toledo ,  
Adonde se vivió con mas sosiego  
De lo que de presente decir puedo ;  
Porque vino de paz el rey don Diego ,  
No tanto por amor cuanto por miedo ,  
Y aun él mismo publica que se espanta  
De ver la vecindad y nueva planta .

En aquesta sazón que voy diciendo ,  
Hubo por estas partes y regiones  
Un clérigo , bendito reverendo ,  
Testigo de muy grandes sinrazones ,  
A quien Dios levantó , segun entiendo ,  
Por favorecedor destas naciones ;  
Bartolomé Casás se decia ,  
Padre desta moderna monarquía .

Cuyo nombre merece ser eterno  
Y no cubrirse con oscuro velo ,  
Pues procuró de dar tan buen gobierno  
A los conquistadores deste suelo ,  
Que sacó muchas almas del infierno  
A la contemplacion del alto cielo :  
Aqueste pareció tal cual lo pinto  
Ante la majestad de Carlos quinto .

Y al Cumaná ya dicho le pedía  
Sin saber de la muerte franciscana ,  
Alirmando por cierto que traeria  
Los indios á la religion cristiana ;  
Mas no con belicosa compañía  
Sino con amistad de gente llana ;  
Y así , debajo deste presupuesto ,  
Al César prepotente dijo esto :

« Cesárea Majestad , por tiempo luengo  
He tenido mi casa y residencia  
En las partes de Indias , de do vengo  
A deciros negocios de conciencia :  
Si á la humildad del hábito que tengo  
Vuestra gran Majestad diere licencia ,  
Que bien creo que no me irá á la mano  
La cristiandad de rey tan soberano .

» Con las humildes plantas y novelas  
Que vienen á católica vivienda ,  
Usan los españoles de cantelas  
Dignísimas , señor , de gran enmienda :  
Abusos , desvergüenzas , corruptelas ,  
De que las Indias son publica tienda ;  
No son perros que ladran , sino lobos  
Que viven de rapiñas y de robos .

» De cuantos allá viven se destierra  
El peso , la razon y la medida :  
Y el simple natural de aquella tierra  
No tiene libertad ni tiene vida ;  
Pues manteniendo paz le hacen guerra ,  
Le quitan la mujer y la comida :  
Al pacífico , llano y al mas manso ,  
A este se le da menos descanso .

» No creen haber rey los naturales  
Que refrene molestias semejantes ,  
Porque vuestras justicias y oficiales  
En las maldades son participantes ;  
Y aun ellos mismos son los principales  
En los negocios mas exorbitantes :  
Y así , si no cortais inconvenientes ,  
Presto verán su fin aquellas gentes .

Segun han sido malos y nocivos  
En las islas que son de aquellos mares ,  
Adonde ya no vemos indios vivos  
De tan numerosísimos millares ;  
Ansí , con tantos daños excesivos ,  
Harán en Cumaná y en los Tagares ,  
Donde traman y tejen largas trenzas  
De latrocinios y de desvergüenzas .

» Desde Caracas hasta Chacopate  
No suele la soltura ser angosta,  
Adonde so colores de rescate  
Asuelan y destruyen la tal costa:  
Conviene remediar su disparate,  
Y que el remedio vaya por la posta;  
Pues tanta mas será la destemplanza  
Cuanto fuere mayor esta tardanza.

» Aquellos naturales, según sienten,  
No son allí, señor, gente tan dura,  
Que no vengan al buen conocimiento;  
Viendo buenos ejemplos y blandura;  
Y mas si del presente rompimiento  
Vuestra gran cristiandad los asegura,  
Poniéndoles allí varones llanos  
Que vivan del trabajo de sus manos.

» Aquestos han de ser hombres casados,  
Ayunos de guerreras competencias,  
Y porque sean mas reverenciados  
Honrallos heis con francas eminencias;  
Y en alguna manera señalados  
Por las esteriore aperecias,  
Porque temores de otros se resfrien,  
Y destos solamente se confien.

» Yo con ellos iré para el efecto  
De lo que por palabras aquí muestro,  
Y cumpliré también lo que prometo  
Cuanto debe fiel vasallo vuestro:  
Teniendo tan buen orden y respeto  
Como quien destas cosas es maestro;  
Y entiendo con alguna suficiencia,  
Que sabré descargaros la conciencia.»

A la sustancia del razonamiento  
Que el Casas ó Casás explicaba,  
Su Majestad estuvo muy atento,  
Como quien dar remedio deseaba:  
Pidió memorial y llamamiento  
De hombres de quien él se confiaba,  
Y puestas en consulta las razones,  
No faltaban contrarias opiniones.

Mas aunque hubo quien contradijese,  
La Majestad real le dió favores,  
Dineros y navios, do viniere  
Cargado de sus llanos labradores:  
No poco huecos con el interese,  
Por se considerar de cavadores,  
Caballeros armados é ya hechos  
Con unas cruces rojas en los pechos.

Vereis á Joan Martín y á Pero Mingo  
Con una gravedad muy entonada,  
Olvidados del brinco y del respingo,  
Que daban al tirar del aguijada:  
Vereis como pasean el domingo  
Con plumas en la gorra colorada,  
Y al padre reverendo rodeado  
Deste su rusticísimo senado.

Al fin á Cumaná hizo su via  
Con pertrechos, recados y aderezos,  
Do salió con aquesta compañía  
Admirada de ver nuevos cabezos:  
Saltó Pedro Pascual, Anton García,  
Cejudo, Joan Manójo, Hernán Bezos,  
Muchos con Mari Lopez, Joana Luenga,  
Sancha, Teresa Diaz, Mari Menga.

Dióles el parabién de bien venidos  
Aquel Ocampo con sus baquianos,  
Burlando de los trajes y vestidos  
Y la rusticidad destos villanos;  
Teniendo por errores conocidos  
Sus modos de poblar torpes y vanos,  
Entre indios crúeles y bestiales  
Mas brutos que los brutos animales.

Y así les dijo: « mis señores primos,  
No penséis acertar estas jornadas  
Por via de halagos y de mimos,  
Sino con muy gentiles cuchilladas;  
Pues en la tierra donde residimos  
La buena paz negocian las espadas:  
No vereis amistad en esta tierra  
Si no se gana con sangrienta guerra.

» Este será mejor salvo-conduto  
Y la mas acertada medicina,  
Pues esta gente no sabe dar fruto  
Sino de la manera que el encina;  
Y el señor padre viene mal instruto,  
Pues que tan de rendon se determina  
En querer ablandar sin golpes robles  
Menos blandos aun y menos nobles.

» Mudables todos á cualquiera viento  
Que sus bestialidades satisfaga,  
Jamás en ellos mora buen intento,  
Ni supieron á bien dar buena paga:  
Conocimiento ni agradecimiento  
Nunca jamás á bien que se les haga;  
Es finalmente gente de tal masa,  
Que á las maldades nunca pone tasa.

» Así que, señor mio licenciado,  
El tiempo destas cosas que yo digo  
Os podría hacer desenganado,  
Y al mismo tiempo ponga por testigo;  
Por tanto no vivais muy confiado,  
Pensando del traidor hacer amigo,  
Pues cuando juzgueis ser menos atroces  
Os tienen de tirar un par de coces.»

El licenciado Casas, viendo esto  
Tan en contrario de sus opiniones,  
Al Ocampo tenido por molesto  
Hizo notificar sus provisiones;  
Y para que saliese deste puesto,  
Requerimientos y protestaciones:  
El Ocampo con su gente de guerra  
A Cubagua se fué y dejó la tierra.

Segun el Casas quiso todo hecho,  
Al cacique habló con gran caricia,  
Diciéndoles venir con limpio pecho  
Y sin resabios malos de cudicia:  
Para se desvelar en su provecho,  
Defender su razon y su justicia,  
Y para ser amigos y parientes  
Sin ser de sus haciendas pretendientes.

La bruta y atrevida pestilencia  
Mostró sinceridad y manso brio,  
Y luego, no sin grande diligencia,  
Hicieron un grandísimo bulio,  
El cual todo hinchó su reverencia  
De vino, de rescate y atavio:  
Hacienda cuyos números contados  
Montaba mas de siete mil ducados.

Luego determinó por su presencia,  
Y de sus caballeros no sé cuántos,  
De parecer en la real audiencia  
Para comunicar negocios santos,  
Sin sospecha de guerra ni pendencia,  
Ni cosa que le dé malos espantos;  
Antes tuvo por cierto que dejaba  
Cuanta seguridad se deseaba.

Mas la gente sin fe, bestial y fiera,  
De cudicia crúel estimulada,  
Determinó de dar en la sincera,  
De semejante trance descuidada.  
;Oh quanto mas entonces les valiera  
El andar barbechando la cañada,  
Ir á buscar el buey de cerro en cerro  
Y escuchar dónde suena su cencerro!

;Cuánto mejores fueran las meriendas  
Hechas en el cubil y en las cabañas,  
Que las sangrientas guerras y contiendas,  
En que se daban todos malas mañas!  
;Cuánto mejores otras encomiendas  
Que pudieran guardalles las entrañas  
Y el encomienda de la sobrecarga,  
Cuando tercios atados queda larga!

;Cuánto mejor también á Marimenga  
No mudar el andar con nueva ropa,  
Ni dejar de hacer la hebra luenga,  
Mordiendo con los labios el estopa,  
Y hacer que el marido se detenga  
Para ver si le sabe bien la sopa,  
La sabrosa cecina, los tasajos,  
Y en el rescoldo las cabezas de ajos!

—¿Cuánto fuera mejor la mansa suerte,  
De pocos ó ningunos conocida,  
Que la de aquel que dellas se divierte  
Con imaginacion desvanecida!  
Pues entonces buscó la dura muerte  
Cuando se despidió de aquella vida,  
Como hicieron estos caballeros,  
De quien quiero decir sus paraderos.

Pasados eran ya los quince cientos  
Con cinco lustros mas y mas un año,  
Cuando rabiosos perros y hambrientos  
Destruyen el católico rebaño,  
Entrando por pajizos aposentos,  
De quien nunca jamás les hizo daño;  
Y entró tal multitud de gente brava,  
Que treinta partes menos resobaba.

Bien como riguroso ventisquero  
De borrasca que viene repentina,  
Con la cual el inútil marinero  
Lleno de confusión se desatina;  
Y para gobernar aquel madero  
No sabe cual es arca ni bolina,  
Mas antes sin preparacion alguna  
Se deja convencer de la fortuna;

Así también, ó miserios varones,  
Rodeados de perros inhumanos,  
En estas terribles confusiones  
No supieron valerse de sus manos:  
Todos son gritos y lamentaciones  
Y encomendarse á Dios como cristianos;  
Mas esto poco tiempo les duraba  
Por el poco lugar que se les daba.

Porque como ningunos se defienden  
De la gente cruel y fementida,  
Los pechos abren, las cabezas hienden  
Con una crueldad jamás oída;  
Porque son bestias fieras que pretenden  
No dejar criatura con la vida:  
Era lo bueno pues que en el estrago  
Decían: «Santiago, Santiago.»

Y en este confusísimo ruido  
No hay fuerza de crueldad que no les cuadre:  
Matan á quien les ha favorecido,  
Y en amistad les era como padre;  
A la mujer delante del marido,  
Y al muchacho delante de su madre,  
Y de doscientos no dejaron cosa  
Sino quien puso piés en polvorosa.

Pues pocos, alentados de mas hrio,  
Viendo la muchedumbre que venía,  
Huyeron á la boca de aquel rio  
Cubiertos de las matas que tenía,  
Y á nado se pasaron a un navio  
Que en estas horas agua recogía,  
El cual sin acabar de tomar agua  
Huyó para la isla de Cubagua.

Donde por la desgracia sucedida  
Mostraron todos triste sentimiento,  
Y demas desto porque la bebida  
No podia ya ser sin detrimento;  
Y en efeto les fué bien defendida  
Por los indios del torpe vencimiento,  
Los cuales concluidas las peleas  
Repartieron despojos y preseas.

Laego también aquel indio don Diego,  
En aquesta maldad el mas horrendo,  
A las cristianas casas puso fuego,  
El agua con su gente defendiendo,  
Sin ser parte por armas, ni por ruego  
Para la coger ya, sino muriendo;  
Y así después el agua que bebían  
Desde la Margarita la traían.

De jagüeyes hidiondos y salobres,  
Que el español sediento descubria,  
Para sustento suyo y de los pobres  
Indios de aquella rica granjería,  
En barriles, ó cántaros de cobre  
A la Punta-las-Piedras se traía,  
Adonde la metían en bajeles  
Allí hinchendo pipas ó toneles.

Pusieron en la isla arrieros,  
Los cuales con trabajos insufribles  
Llevaban para dar á los barqueros  
En puertos de la mar mas convenientes,  
Cuyos gastos no fueran sufrideros  
Si no fueran tan grandes los posibles;  
Pero dejémoslos desta manera:  
Volvamos al Casáus, que me espera.

El cual, después que supo la rencilla,  
La desventura y el rigor insano,  
Determinó de se poner capilla  
En hábito y honor dominicano:  
Fué sobre los negocios á Castilla,  
Y en ellos apretó tanto la mano,  
Que hizo que hiciesen nuestros reyes  
Para las nuevas Indias nuevas leyes.

El fué quien descubrió la gran solapa  
De males hechos en aquesta gente,  
Defensa fuerte, protector y capa  
De los bárbaros indios de occidente:  
Siendo después obispo de Chiapa  
Acabó su carrera santamente,  
Y en Indias el protervo y el sencillo  
Tienen justa razon de bendecillo.

Mas vista por entonces la demencia  
De los de Cumaná y el desatino,  
Los señores de la real audiencia  
Buscaron el remedio que convino:  
Vino por capitán desta tenencia  
Jacome Castellon, noble vecino,  
Con trescientos soldados escogidos,  
De cosas convenientes proveidos.

Rompió con gran furor los enemigos  
Que en su defensa se mostraron bravos,  
Hizo regurisísimos castigos  
Primero que viniesen á conchavos;  
Y antes y después de ser amigos  
Sacó crecido número de esclavos,  
Y en la boca del rio con presteza  
Hizo de cal y canto fortaleza.

La cual se concluyó muy á provecho  
Año de veinte y tres y un mes corrido,  
Nombróse por alcaide del hecho  
Y capitán mayor deste partido;  
Los reyes confirmaron su derecho  
Y fuéle con salario proveído:  
Duró la fuerza hasta el año treinta  
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Pues en esta sazon faltando guerra  
Hubo tan gran temblor y movimiento,  
Que derribó de la vecina sierra  
Gran parte con mortal asolamiento:  
Del bárbaro vecino desta tierra  
Cercano del horrendo rompimiento  
Bramidos de las ondas fueron tantos  
Que causaron mortíferos espantos.

De cuyo miedo muchos perecieron,  
Y con temor la vida despedían,  
Los que vivos quedaron ya dijeron  
La causa deste mal que padecían:  
Que fué por las maldades que hicieron  
En aquellos que mal no merecían;  
También del terremoto y aspreza  
Cayó gran parte desta fortaleza.

Escapáronse todos los cristianos,  
Los cuales visto lo que les importa,  
En la reformacion ponen las manos,  
Y el Castellon á ello los exhorta:  
El cual allí vivió dias ancianos,  
Y después del Andrés de Villacorta,  
De manera que con los dichos muros  
Estaban de los indios mas seguros.

No les aprovechaba ser ruines,  
Porque con sofrenadas los regían,  
Y así por estas playas y conchues  
Otros muchos cristianos acudían:  
Venían de Cubagua bergantines  
Y llevaban el agua que querían,  
Consortes finalmente desta danza  
Gozaban de grandísima pujanza.

Vuelven los potentísimos empleos,  
Acuden los contratos y bullicios,  
Hay fiestas regocijos, hay torneos,  
Con muchos cortesanos ejercicios ;  
Hay damas, hay galanes, hay paseos,  
Engrandécense mas los edificios ;  
En isla tan estéril é inamena  
Nunca jamás se vió mesa tan llena.

Cuanto mas el ostial se frecuentaba  
Tanto mayor riqueza descubría,  
Si prosperidad hoy representaba  
Mañana mas grandeza prometia :  
La pesquería se multiplicaba,  
La gente y el contrato mas crecía,  
Con cuya grosedad y multiplico  
Quien mas pobre llegó salió muy rico.

Finalmente que las prosperidades,  
Que sin escesos vanos os alabo,  
Crecían en tan grandes cantidades  
Que á ninguno pensaron ver el cabo ;  
Mas por revolucion de las edades  
Llegaron á notorio menoscabo ,  
Y porque de cansado hago pausa,  
Después os contaré cual fué la causa.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta á cuánta disminucion vino la granjería de las perlas de Cubagua, el aislamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas.

De bienes que fortuna concediere  
No se fie quien dellos mas alcanza,  
Ni piense ser seguro quien tuviere  
De próspero suceso confianza :  
Solo puede tenella del que diere  
Seguridad de bienaventuranza,  
Pues los que de ventura viven llenos  
A veces de la misma tienen menos.

Acontece caer lo soberano,  
Suélese desmembrar lo mas entero,  
Pues vieron el furor del otomano  
Debajo de los piés del pastor fiero ;  
Y al gran emperador Valeriano  
En semejante trance lastimero,  
Y reinos en potencia muy erectos  
Servir á los que fueron sus sujetos.

No se pudo librar desta mudanza  
El rico morador desta cultura,  
Pues vino de su próspera pujanza  
A todos los extremos de jactura,  
Perdiendo la hacienda y esperanza  
De ver otra tan buena coyuntura,  
Por no se reguardar aquel dinero  
Para faltas del tiempo venidero.

Aunque muchos se dieron buena maña,  
Pues por adivinar casos futuros  
Compraron grandes rentas en España,  
Heredades, haciendas, censos, juros ;  
Y así vencieron fortunosa saña  
Haciendo sus contratos mas seguros,  
Como el jurado Juan de la Barrera  
Y el Diego Caballero desta era.

Y los Beltranos dos, Alvaro y Diego,  
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,  
De quien, mediante Dios, trataré luego  
Si de vital aliento fuere dino ;  
Pues si yo al Cabo de la Vela llego  
En la prosecucion deste camino,  
Haré mención de nobles moradores  
En virtud y riqueza no menores.

E entonces tomaremos entre manos  
Con amistad y término debido  
Al mariscal Miguel de Castellanos,  
Amparo y proteccion de aquel partido ;  
Pues nuestras riñas y rencuentros vanos  
Yo los he sepultado con olvido,  
Que los que juventud con furia manda  
El curso de los tiempos los ablanda.

Estremos ansimismo de grandeza  
Allí sabré deciros algun dia,  
Que hubo, descubierta su riqueza,  
Por bombres desta misma granjería ;  
Pero quiero volver á la pobreza  
Que primero Cubagua padecía,  
Por desaparecer todos los ostiales  
E ya no hallar rastros ni señales.

La razon desta falta daban muchos,  
Que no sabré decir si la tuvieron,  
Diciendo que cardámenes de chuchos,  
Pescados como rayas, las comieron :  
Otros que los ostiales eran duchos  
A se ir y mudar, y así se fueron ;  
Mas semejantes causas y razones  
Contradecían otras opiniones.

Pues en las partes donde son sacadas,  
Y así suelen ser las perlas principales,  
Muchas veces las hallan muy pegadas  
A peñascos, roqueros y ciriales ;  
Y son con instrumentos arrancadas  
De los buzos indios naturales,  
Y por esta razon quien mas alcanza  
Afirma que no pudo ser mudanza.

Por la misma razon es desvarío  
Lo que suele decir alguna gente,  
Congelarse las perlas del rocío  
Y en cada concha una solamente ;  
Pues yo que de mi vista me confío  
He hallado la cuenta diferente  
En una sola concha, cuyos senos  
Tenían cinco y seis y mas y menos.

La razon que se dió menos aviesa  
Por algunas personas curiosas,  
Fué decir que les dieron tanta priesa  
Que se acabaron como las mas cosas ;  
Pues andaba la mano tan espesa  
Que no fueran las ostias poderosas,  
Para se la benchir de ricos dones  
Sin producir de nuevo criaciones.

Y en efeto, por largo movimiento  
Y discurso de tiempo que las cria,  
Hoy de nuevo las hallan con aumento ;  
Pero para la dicha granjería ;  
La Margarita tienen por asiento  
Por ser isla mas fértil y sania ;  
Mas en Cubagua no, ni quieren vella,  
Pero yo si por acabar con ella.

Pues entonces faltó de su ribera  
La flota de canoas que solía,  
No pone canoero la bandera  
Para mostrar cuán próspera venía :  
Las intenciones eran de cualquiera  
Adaptar su vivir por otra vía ;  
El tráfago, bullicio y el estruendo  
A mas andar se iba desahaciendo.

Faltaban ya las fiestas diputadas  
Para sus regocijos y placeres,  
Las playas no se ven embarazadas  
Con tratos de los ricos mercaderes :  
No se vían las calles frecuentadas  
De hombres, ni muchachos, ni mujeres,  
Pocos dias había finalmente  
Que no saliese della mucha gente.

Como cuando por casos señalados  
Hacen en las ciudades algun juego,  
Que están los miradores ocupados  
Con tantos que perturban el sosiego ;  
Y aquellos regocijos acabados  
Los que miraban desaparecen luego,  
Volviendo cada cual á su vivienda,  
A sus tratos, oficios y hacienda ;

A Cubagua con estas variedades  
Acontecía ni mas ni menos,  
Pues el tiempo de las prosperidades  
Había plazas, calles, puertos llenos ;  
Y en el rigor de las adversidades  
Huyeron los que se hallaron buenos,  
Pues allí no quedó sino desnudo,  
O quien por ser ya viejo mas no pudo.

Bestos fueron los tratos principales  
 Los esclavos que entonces se hacian,  
 Y fueron bien crecidos los caudales  
 De los que los compraban y vendian:  
 Por los esclavos increíbles males  
 En aquella sazón se cometian,  
 Hasta tanto que ya por nuestros reyes  
 Se dieron á las Indias nuevas leyes.

Deshecha pues aquella dura tienda  
 Que por la santa ley se les vedaba,  
 Otro ningún recurso de vivienda  
 En esta dicha isla les quedaba,  
 Y aun para mas dolor ó mas enmienda  
 De quien aquel furor ejercitaba,  
 Del todo se acabó con los estremos  
 Que por postre de mesa contaremos.

Sería por el año de cuarenta  
 Y tres con el millar y los quinientos,  
 Cuando cierta señal nos representa  
 Bravos y furiosos movimientos:  
 Siguióse después desto tal tormenta  
 Que hizo despertar los soñolientos,  
 De todos vientos rigurosa guerra,  
 Y el mar mucho mas alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,  
 Y con tan grandes impetus venia,  
 Que el mas entero brio se quebranta,  
 Y el ánimo mas fuerte mas temia:  
 Ruido temeroso se levanta  
 Que de la mar y tierra procedia,  
 Sobrevino la noche muy oscura,  
 Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente  
 Que tuviese seguro de su vida,  
 Porque la calle va como creciente  
 De rios con furor de la venida;  
 En las casas no puede parar gente  
 Por los amenazar con su caída,  
 Y lo que mas seguro parecia  
 Peligro, mal y muerte prometia.

Bien así como cuando por acechos  
 Siguen del delincuente las pisadas,  
 Que con bastantes armas y pertrechos  
 Le tienen las salidas ocupadas;  
 Y aquí le ponen lanzas á los pechos,  
 Y allí ni mas ni menos las espadas,  
 El cual siendo de tantos rodeado  
 No sabe qué hacerse de turbado;

Salíannos así desta manera  
 Aquí y allí peligros al encuentro,  
 Pues era grande riesgo salir fuera,  
 Peligro de la vida quedar dentro:  
 Tiembla la isla toda donde quiera  
 Por aire conmovida desde el centro,  
 Aquel que poseía mejor suerte  
 Estaba ya gustando de la muerte.

Solo de Dios se tiene confianza,  
 Que de la tierra ya nadie se fia,  
 Pues cuanto mayor era la tardanza,  
 Tanto mas el rigor invalencia:  
 Las moradas hacían gran mudanza  
 Y dellas cada cual se retraía,  
 Huir de las paredes y del muro  
 Parecía remedio mas seguro.

Yo solia posar en una casa  
 Que bien cercana fué de la marina,  
 Do vivia Pero Ruiz Barrasa  
 Y su mujer Beatriz de Medina:  
 Tenia por delante plaza rasa,  
 E viendo yo henderse cierta esquina,  
 A grandes voces dije: « fuera, fuera,  
 Que ya caen las rejas y madera. »

A questo dicho, mi camino sigo  
 Por la parte mas desembarazada,  
 Acuden á la puerta donde digo,  
 Y por su bien hallaronla cerrada,  
 Abierto solamente su postigo  
 Do con la turbacion hacen parada,  
 Que si junta saliera tanta gente  
 La pared los matara ciertamente.

Y es por acontecer en tal instante  
 Caerse la pared mas delantera,  
 Antes de poder ir mas adelante  
 Por impedir la puerta su carrera:  
 Fué pues el soberano tan bastante  
 Que nunca hizo falta su madera,  
 Y allí quedaron todos amparados  
 Puesto que temerosos y asombrados.

Yo poco antes de caer habia  
 Salido con deseo de escaparme,  
 Y en medio de la plaza no sabia  
 Cómo mejor poder acomodarme;  
 Porque de todas partes no tenia  
 Falta de agua para bien mojarme;  
 Pero luego con otras gentes buenas  
 Tuvimos compañeros en las penas.

Olamos murmurios y bullicios  
 No con falaces cantos de serenas;  
 Aquí y allí caían edificios,  
 Las altas azoteas, las almenas,  
 La casa de los santos sacrificios,  
 Moradas que yo vi ricas y buenas:  
 Aquí sonaban voces y allí gritos  
 Aquellos con temor, estos alitos.

Lo mejor y lo mas fortalecido  
 Con la gran tempestad viene cayendo,  
 La trabazon del techo mas asido  
 Con fuerza del temblor se va rompiendo:  
 Causaba gran temor aquel ruido,  
 Asombraba la furia del estruendo  
 De aquellas derrumbadas canterías  
 Y quiebras de las vigas y alfajias.

Bien como ceiba grande y estendida,  
 Cuyas ramas ocupan grandes llanos,  
 En el opaco valle cometida  
 A hachas cortadoras de villanos,  
 Que cuando cae da tal estampida  
 Que espanta los vecinos comarcanos,  
 Ó como en belicosas ordenanzas  
 Cuando se rompen juntas muchas lanzas;

O ya también digamos, como cuando  
 El cielo se mostró de nubes llenas,  
 Y el fuego celestial viene rasgando  
 La nube por el mas espeso seno:  
 Y aquella furia con que va pasando  
 Es la causa de dar horrible trueno,  
 Poniendo gran temor á los mortales  
 Sin uso de razon y racionales;

Tal y tan grande estruendo se hacia  
 Cuando con tantas lluvias y temblores  
 La mas gruesa pared de canteria  
 Caía con los altos corredores;  
 Cuyo grave ruido nos ponía  
 Grandísimos espantos y temores:  
 Viérades las doncellas desmayadas,  
 Dueñas amortecidas de asombradas.

Aquí sonaba doloroso llanto  
 Del niño de su madre divertido,  
 Allí las madres hacen otro tanto  
 Lamentando su hijo por perdido;  
 Otras por acullá con gran espanto  
 Colgadas de los hombros del marido,  
 Hacen mayores ser los terremotos  
 Confusísimas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimentos,  
 Mas no con una misma destemplanza;  
 Al fin cesó la fuerza de los vientos  
 Y llegaron las horas de bonanza:  
 Ningunos muertos, pero descontentos  
 Determinados á hacer mudanza  
 Por no tener recurso de vivienda,  
 Eso me da soltero que con prenda.

Otros de nuevas leyes ignorantes  
 Permanecían en sus desvarios,  
 Y algunos hombres viejos contratantes,  
 Que tenían sus barcos y navios  
 Que iban y venían como antes  
 A contratar por otros señoríos  
 Angosta vida, seca, miserable,  
 Y tal que no podía ser durable.

Mas los que no tenían el resuello  
Que de necesidad al hombre quite,  
Para poder hallar donde tenello  
Vergüenza generosa nos incita:  
Y así barcos de Niebla y Juan Cabello  
Nos traspasaron a la Margarita  
En tanto que llegaban ocasiones  
Para ir á buscar nuevas regiones.

Y al tiempo de salir desta frontera,  
No sin dolor de damas y varones,  
Acuérdome que Jorje de Herrera  
Compuso ciertos versos y canciones,  
Y en un alto pilar en la ribera  
También mandó poner ciertos renglones,  
Que si memoria tengo de aquel día  
Entre ellos hubo letra que decía:

*Hic populus vigit donis ditissimus olim:  
Vix tamen erectus concidit ipse miser.  
Sic parvis mundi gliscia pendere casus,  
Proctaris oculis hic satia unus erit.*

Aquí fué pueblo plantado,  
Cuyo próspero partido  
Voló por lo mas subido;  
Mas apenas levantado  
Cuando del todo caído,

Quien examinar procura  
Varios casos de ventura  
Puestos en humana casta,  
Aquesto solo te basta  
Si tiene seso y cordura.

## ELEGIA XIV.

*Elogio de la isla Margarita, donde se da relacion de la vivienda de la gente que allí reside y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.*

### CANTO PRIMERO.

Pues que dejamos ya menos alita  
La gente del pesado terremoto,  
Tratemos de la isla Margarita,  
En cuya descripcion tengo yo voto;  
Mas no podrá su causa ser escrita  
Sin furia de tiranos y alboroto,  
Porque también allí le cupo parte  
De desleal bandera y estandarte.

Pues en pasados tiempos, y aun hoy día  
Franceses les impiden el reposo,  
Y en ella reventó la tiranía  
Del Aguirre, cruel facineroso,  
Después de muerto por traidora vía  
Pedro de Orsua, capitán famoso,  
De cuyos trances mi cansada pluma  
Querría dar alguna breve suma.

Provea de favor el alto cielo,  
Enriquezca mi vena y el estilo,  
Porque proceda yo mejor que suelo  
En la prolíja trama deste hilo;  
Que verisimamente yo recelo  
Los juicios acerbos del Zólo,  
Pero si lo quebrase ya sería  
Pusilanidad y cobardía.

Para lo cual me ponen buen talante  
Muchos amigos míos y señores,  
Aconsejándome que no me espante  
De los amarulentos detractores,  
Y así quiero pasar mas adelante  
Sin detener mis flacos atenores,  
En esta dicha isla mayormente  
Do fui mucho tiempo residente.

Y donde por ser larga la jornada  
Y llena de cien mil inconvenientes,  
Habremos de hacer un ensalada  
Compuesta de mil cosas diferentes;  
Pero ninguna dellas despegada,  
Antes á los negocios concernientes;  
Mas suelen ir como se van contando  
Unas cosas de otras enhilando.

Y lo mismo hará lo que yo cuento  
En historia tan larga como esta,  
Donde mi peregrino pensamiento  
Halla larga materia mal digesta:  
Diré yo pues primero del asiento  
Desta postrera isla que me resta,  
Señalarémosle sus aledaños,  
Y después sus provechos y sus daños.

En grados es la misma conveniencia  
De Cubagua que tiene al mediódia,  
Cuarenta leguas la circunferencia  
Y poco mas de seis la travesía:  
Tiene de sanidad gran excelencia,  
Pues ningunos humores malos cria,  
Hay aguas represadas y corrientes  
A lo menos en valles eminentes.

El del Charaguaray da grande parte  
A la parte del sur do va su proa,  
Y á los vapores frigidios del norte  
El de Paraguachi y Arimacoa:  
El valle de San Joan, dulce consorte,  
Por ambas partes goza de gran loa,  
Con árboles amenos y frescura  
Y de zavañas muy mayor anchura.

Mujeres naturales y varones  
Es en universal gente crecida,  
De recias y fornidas proporciones,  
A nuestros españoles comedia:  
Son todos de muy sanas complexionés  
Y todos ellos viven larga vida,  
Son poco curiosos labradores,  
Por ser cazas y pescas sus primores.

Descubrióla Colon, y este le puso  
Aqueste nombre con que permanece,  
Y allí Cubagua luego con el uso  
De labor, la cultiva y enriquece:  
El mas espeso bosque se dispuso  
Para sembrar maíces, y acontece  
Después de cultivadas estas vegas  
Acudir por almud hartas hanegas.

Hiciéronse muy buenas heredades  
En los lugares mas acomodados,  
Y tomáronse muchas propiedades  
De sitios para hatos de ganados:  
Trujéronse de España variedades  
De plantas con higueras y granados,  
Demás de muchos frutos naturales  
Que ella de suyo tiene principales.

Hay muchos ligos, uvas y melones,  
Dignísimos de ver mesas de reyes,  
Pitabayas, guanábanas, anones,  
Guayabas y guaraes y mameyes:  
Hay chicha, cotuprises y mamonés,  
Piñas, curibijures, caracueyes,  
Con otros muchos mas que se desechan  
E indios naturales aprovechan.

De aves, de conejos, de venados  
Bastantísimamente proveída,  
Dan abundantemente sus pescados  
Gustosa y salubérrima comida:  
Es la carne de todos sus ganados  
En sustancia y sabor muy escogida,  
Demás desto la mar en su distancia  
Cria de claras perlas abundancia.

Aunque los bosques tienen aspereza  
Y espinas y escambrones á sus trechos  
Produce por allí naturaleza  
Otras muchas maneras de provechos:  
Caballos hay de suma lijereza,  
No grandes, mas trabados y bien hechos,  
Y en todos los trabajos duran tanto  
Que podría decir cosas de espanto.

El poblador primero destes era  
El noble varon Pedro de Alegria,  
Fué también Pedro Gallo desta era,  
Y el que Pedro Moreno se decía;  
Y después desto Pedro Herrera,  
Mas principal en ser y en valentía,  
Pues por su gran valor en paz y guerra  
Siempre rigió y mandó toda la tierra.

También Riberos el de Salamanca,  
Los dos Rojas, el tío y el sobrino,  
Diego Gomez, y Juan de Villafranca,  
Diego Diaz Pinedo su vecino,  
Con el hermano ya de barba blanca,  
Pero Alvarez Millan, Andrés Audino,  
Domingo Alonso, Juan Guillén Villena,  
Con otra mucha gente toda buena.

Pues habia de punto bien altivo  
Otros valerosísimos soldados,  
Cuyo número es tan excesivo,  
Que no pueden ser todos memorados:  
Demás de que si yo no los escribo,  
Es porque aquí no estaban arraigados,  
Pero cansados de la guerra dura  
Tomaban esta isla por holgura.

Y es así, que los hombres conocidos,  
Que por la tierra firme conquistaban,  
De sustentar las armas afligidos  
Aquí por gran regalo se pasaban:  
Y de trabajos grandes recibidos  
Por algunos espacios descansaban,  
Adonde los enfermos y los sanos  
Dormían sin las armas en las manos.

Faltaban los barruntos y sospechas  
De las adversidades de fortuna,  
No se temían asechanzas hechas,  
Hambre ni sed á todos importuna:  
Menos temían tiros de las flechas  
Al tiempo que se pone ya la luna,  
Sino que todos reposaban faltos  
De pesadumbres y de sobresaltos.

Cualquiera de nosotros allí osa  
Acostarse quitadas las espuelas,  
Y sin temor de yerba ponzoñosa  
Arrinconar escudos y rodela:  
No recelábamos fiera rabiosa  
Que lleva los dormidos y las velas,  
Mas cada cual dormía descuidado  
De peligro y de riesgo tan pesado.

Allí satisfacían abundancias,  
La hambre del entrada do venían,  
Y aun otros consumían las ganancias  
Con juegos y con damas que servían:  
Frecuentábanse bien estas estancias  
Donde hermosas damas residían,  
No queriendo vivir estas edades  
En pueblos, sino por sus heredades.

No hallaban lugar cosas molestas,  
Ni do pesares hagan sus empleos,  
Todos son regocijos, bailes, fiestas,  
Costosos y riquísimos arreos:  
Cuántas cosas desean están prestas  
Para satisfacer sus deseos,  
Los amenos lugares frecuentando  
E unos á los otros festejando.

Pasaban pues la vida dulcemente  
Todos estos soldados y vecinos,  
Donde la fresca sombra y dulce fuente  
Al corriente licor abre caminos:  
En el Val de San Joan principalmente  
Eran los regocijos mas continos,  
Y á sombra de la ceiba deleitosa  
Admirable de grande y de hermosa.

Con cierta cantidad no señalamos,  
Por increíble cosa, tronco y cepa,  
Pues toma tal espacio con sus ramos  
Que dudo que mayor otro se sepa:  
Tan bella, tan compuesta la pinitamos,  
Que hoja de otra hoja no discrepa;  
Allí con el frescor del manso viento  
Daba cien mil contentos un contento.

En torno de la cual los verdes prados  
De naturales y traspuestas flores  
Estaban todos tiempos estampados  
De pinturas diversas en colores;  
Y á vista grande copia de ganados  
Que rodeaban rústicos pastores,  
Y debajo de ramas tan amenas  
Asientos puestos y las mesas llenas.

Donde la flava Ceres los contenta  
Con liberalidad de franca mano,  
Allí no falta indica placenta,  
Ni lo que llaman pan artolagano,  
Con otro grano de diversa cuenta,  
Sustento del antiguo baquiano,  
Allí las carnes vencen en sabores  
A las mas escelentes y mejores.

No la Calabria ni armentaria Tracia  
Mejor carnero ni tan buena vaca,  
Cabritos muy mejores que en Ambracia;  
Y por Atagen y ave fasiaca  
Otra de mas saber y mejor gracia  
Que por allí se llama guacharaca,  
Domesticas y bravas muchas aves,  
Ningunas mas gustosas ni suaves.

El indico pavon allí se halla,  
Capones sobre todos escelentes,  
Con otra grande copia que se calla  
De cazas en sabor no diferentes,  
Otro mistillo, y otro taratalla,  
Que guisaban con varios adherentes  
Con tal primer y tanta pulicía  
Cuanto cabal concierto requería.

Sirven mestizas mozas diligentes,  
Instruidas de mano castellana,  
Lascivos ojos, levantadas frentes,  
De condicion benévola y humana:  
Otro número grande de sirvientes,  
Captivos de la tierra comarcana;  
Ricas toballas, lúcida bajilla,  
Y todo lo demás á maravilla.

Allí se cuelgan las pendientes camas  
Adonde tiemplan aires los calores,  
Entre las espesuras de las ramas  
Hay cantos de suaves ruseñones;  
Con cuyo son las damas y galanes  
Encienden mas sus pechos en amores;  
Allí mirar, allí la dulce seña  
Que el ardiente deseo les enseña.

Allí también dulcísimo contento  
De voces concertadas en su punto,  
Cuyos conceptos lleva manso viento  
A los prontos oídos por trasunto:  
Corre mano veloz el instrumento  
Con un ingenioso contrapunto,  
Enterneciéndose los corazones  
Con nuevos villancicos y canciones.

Porque también Polinnia y Erato,  
Con la conversacion del duro Marte  
De número sonoro y verso grato,  
Tenían deste tiempo buena parte:  
Rara facilidad, suave trato,  
Y en la composicion ingenio y arte,  
De los cuales discípulos y alumnos  
Podríamos aquí decir algunos.

Y aun tú, que sus herencias hoy posees  
No menos preciarás saber quién era  
Bartolomé Fernandez de Virués,  
Y el bien quisto Jorje de Herrera:  
Hombres de mas valor de lo que crees,  
Y con otros también de aquella era,  
Fernán Mateos, Diego de Miranda,  
Que las musas tenían de su banda.

Allí también señoras principales,  
En vida marital y mas segura,  
Asidas con los indos conjugales,  
Frecuentaban también esta holgura,  
En aviso y belleza tan cabales  
Que nadie tuvo mas de hermosa;  
Pues con lo menos de su gracia dellas  
Se pudieran algunas decir bellas.

Catalina de Rojas, que señora  
Fué deste dicho valle y pertenencia,  
Y de sus hijos debe ser agora  
Como de sucesores por herencia,  
Tal fué que la mas bella se desdora  
Ante su graciosísima presencia,  
Pues en donaire, gracia y en talante,  
Allí no vimos cosa semejante.

La otra, de su nombre dicha Ana,  
Ana de Rojas, digo, cuya cara  
Podía convencer la de Diana,  
En gracia, resplandor y lumbré clara:  
Mas ¡ay dolor! que contra la tirana  
Furia su pulcritud no la repara;  
Pues quien domaba tigres y leones,  
No domó los humanos corazones.

Y Francisca Gutierrez, que de Haro  
Estirpe clara tiene y generosa,  
Necesidad no tuvo de reparo  
Para ser con extremo muy hermosa,  
Suprema discrecion, aviso raro,  
Conversacion süave y amorosa,  
Cuyas gracias, facecias, cuyas sales  
No hallan semejantes ni aun iguales.

E Isabel de Reina, que no en calma  
Se queda, pues podía serlo dellas,  
En el cuerpo hermosa y en el alma,  
Santas costumbres, proporciones bellas,  
Claro triunfo, vitoriosa palma  
De las graciosas dueñas y doncellas,  
A la cual Dios en juventud florida  
Sacó de los peligros desta vida.

Y María de Lerma, cuya gracia  
Esmero parecía de natura,  
Si no fuera cubierto de falacia  
El rostro de la humana hermosura;  
Pues ya sin esta fuerza y eficacia  
Lo come la terrena sepultura,  
Por ser al fin aqueste el paradero  
De lo cabal y de lo mas entero.

¿Qué podremos decirnos de su hermana,  
Joana de Ribas, que es también difunta,  
Sino que allí pintó natura humana  
Cuanto bueno se pinta y se trasunta?  
Virtud, bondad, honor, intencion sana,  
Honestidad con hermosa junta,  
Cabal en todos dones de natura,  
Y no menos cabal en la ventura.

Otras señoras es cosa notoria  
Haber allí de punto muy altivo,  
Que por no retenellas ni memoria  
Tan en particular no las escribo;  
Pero por el discurso de la historia  
Podría ser hacello, si yo vivo,  
Pues he de ir por partes diferentes  
Donde se dividieron estas gentes.

Porque como las perlas se acabaron  
En aquella sazón ya repetida,  
Y luego los esclavos se quitaron  
A causa de la ley establecida;  
Todos aquellos faustos se trocaron  
En una mas que misera caída:  
De suerte que forzados á la enmienda  
Buscaba cada cual nueva vivienda.

Este y aquel hacían mudamiento,  
Eso me da casado que soltero,  
Buscando por las Indias un asiento  
Que les pudiese ser mas duradero,  
No sin un lacrimoso sentimiento  
Del amigo, pariente y compañero,  
Por ponelles vejez miedo y espanto  
A que no hagan ellos otro tanto.

Pasaban al Perú y Nueva-España  
Los de mas levantadas esperanzas,  
Otros venciendo fortinosa saña  
De nuevas tierras hacen confianzas;  
Otros también se daban buena maña  
En tratos ó guerreras ordenanzas:  
Al fin la compañía fué deshecha  
Como el grano faltó de la cosecha.

Bien como cuando veis á gran mercado  
Ocurrir de gentío peregrino  
Tal número que tienen ocupado  
La plaza, la calzada y el camino,  
Y aquel contrato hecho y acabado,  
Se vuelve cada cual por donde vino  
Dejando vacos los lugares llenos,  
Y los que en ellos quedan son los menos;

Destá manera fuimos divididos  
Por diversas provincias destos mares,  
Quedándose los viejos y tullidos  
Por aquellas estancias y lugares.  
Los pasados placeres convertidos  
En angustias, tristezas y pesares,  
Y demas de los ya dichos rigores  
Les vinieron después otros mayores.

Pues cuantos han allí perseverado  
A trabajos trances obedientes,  
En algunos asaltos han purgado  
Aquellos juveniles accidentes;  
Y el soberbio francés tiene cuidado  
De saltar á tiempos estas gentes,  
Inquietándolos en sus viviendas,  
Y despojándolos de sus haciendas.

El primero de quien hago memoria,  
Por ser primer pirata que allí vino,  
Es del crüel francés Jaques de Soria,  
Movido de un espíritu malino:  
Acortáramonos en el historia  
Por no hacer prolijo mi camino;  
Pero para fundar nuestra carrera  
Comenzáramosla desta manera.

Sería por el año de cincuenta  
Y cinco, mas ó menos algun día,  
Cuando con esta gente que se cuenta  
Un cierto Diego Perez residia:  
Hombre de condicion sanguinolenta,  
Pronto para cualquier bellaqueria,  
Süave labia, muy gentil presencia,  
Y entrañas de dolosa pestilencia.

En pecado mortal fué concebido  
De sacerdote natural de Utrera:  
Facineroso, falso, fementido,  
Y matador de su mujer primera;  
En cualesquier maldades atrevido,  
Y tanto que ninguno mas lo era,  
El cual por casos de rigor horrendo  
A estas Indias se pasó huyendo.

Estando pues en público pecado  
En esta isla de cristiana gente,  
Fué por un Diego Gomez desterrado,  
En aquella sazón allí teniente;  
Mas con deseo de se ver vengado  
Este facineroso delincuente,  
A Francia pasó desde la Tercera  
Para traer allí gente guerrera.

En el Havra de Francia tomó puerto,  
Do halló cinco naves aprestadas  
Con el ya dicho capitán esperto,  
Dispuesto para ver Indias doradas:  
Hizo con el pirata su concierto,  
Como suelen personas desalmadas,  
Con promesa de lo volver á Francia  
Con quinientos mil pesos de ganancia.

Salió con él la gente muy contenta  
Viendo del español tan buenos bríos,  
Y la grandeza que les representa  
De riquezas, de joyas y atavíos;  
Pero luego les dió tan gran tormenta,  
Que perdieron allí cuatro navios,  
Y todo esto nunca fué bastante  
Para dejar de ir mas adelante.

De la manera pues que se recita,  
Con la principal nao capitana  
Llegaron á la isla Margarita  
Por parte de la mar meridiana:  
Desde cierta piragua les dan grita  
Dijesen si es la nao castellana,  
Respondia la pérdida cuadrilla:  
Diego Perez, que viene de Castilla.

A todos los vecinos encomienda  
Como quien á los tales conocia,  
Diciéndoles traer buena hacienda  
Vinos, frutas y gran mercaderia;  
Y que saldría para poner tienda  
En viniendo la luz del otro día,  
Pues ya rayos de Febro prefulgentes  
Iban á visitar las otras gentes.

Gran yerro fué creer lijeramente  
Tan mala criatura como esta,  
Y el mensajero fué tan insipiente  
Que creyó la mentira bien compuesta;  
Creyéndola también la demás gente  
Que estaban esperando la respuesta;  
Y así sin recelar bélico fuego  
Se fueron a dormir con gran sosiego.

El estatera del ecuate sino  
En el tiempo de menos vigilancia  
Tenía por el lúcido camino  
Noturnas horas en igual distancia,  
Cuando cercó la casa del vecino  
Escuadron superbisimo de Francia,  
Saliendo todos bien apercebidos  
Sin ser oídos, vistos ni sentidos.

Cuando con dulce sueño se quieta  
La vista del humano fatigada,  
Entonces el francés tocó trompeta  
Para que á una den el alborada:  
Luego la gente dura los aprieta  
Por una y otra parte derramada,  
El valiente galán, la flaca dama  
Sobresaltados saltan de la cama.

El que deste furor huir pretende  
Ocupadas hallaba las salidas,  
A cualquiera varon que se defiende  
Le daban crudelísimas heridas;  
Porque de sujecion sola depende  
El único remedio de sus vidas,  
Y así muchos varones fueron lesos  
Por no se sujetar á verse presos.

Vereis aquí y allí lucir espadas  
De parte vencedores y vencidos,  
Vereis salir señoras destocadas,  
Y muchas sin reparo de vestidos;  
Vereis otras mujeres abrazadas  
Con padres ó con hijos ó maridos,  
Este descalzo va y aquel desnudo,  
Este pudo huir y aquel no pudo.

Bien así como cuando bestia fiera  
Salta por las paredes al rebaño  
Que todo se remonta, y aunque quiera  
Huir por escaparse del engaño,  
La cerca les estorba salir fuera,  
Y lo que era defensa les es daño,  
Pues para dar seguros á su vida  
No da seguridades su guarida;

Así desta razon entender puedes  
Los males de la gente que despierta;  
Pues les eran estorbo las paredes  
Para poder huir de la reyerta,  
Y no menos allí hallaban redes  
Aquellos que salían por la puerta;  
Por tenellas en ellas puestas guardas  
De picas, arcabuces y alabardas.

Usa la bestial furia sus furores  
Con orden de sangrientos pareceres,  
Los aires se rompian con clamores  
De los muchachos tiernos y mujeres;  
Mas ya de los del pueblo son señores  
Los falsos y falaces mercaderes,  
Que matan los que sus bienes defienden,  
Y cobran paga de lo que no venden.

Fué también el autor de las traiciones  
De muchos enemigos homicida,  
A fin de se vengar de las pasiones  
Cuando se desterró de su querida;  
Pudiendo con justísimas razones  
Entonces desterrallo de la vida;  
Mas agora conocen ser demencia  
Usar con hombre malo de clemencia.

Después de todos presos y rendidos  
Y cesada la furia del combate,  
Con otros feos actos cometidos  
Anejos al enorme disparate;  
Tratóse con los misereros vencidos  
Que diesen por el pueblo buen rescate,  
Con amenazas de hacer entrega  
En no lo rescatar al vivo fuego.

Oída la razon y el aspereza  
Del capitán y vencedor terrible,  
Aumentanse los lloros y tristeza  
Con voz á los oídos insufrible,  
Porque por ser inmensa su pobreza  
Podello rescatar es imposible,  
Y así dicen personas afligidas  
Que no tienen que dar sino las vidas.

De las cuales le ruegan los despena  
Por ser la muerte menos odiosa,  
Y que lo poco ó mucho ya lo tiene  
Sin poder escapar ninguna cosa;  
Demás de saber bien quien con él viene  
A aquella tierra ser menesterosa,  
Ganado solo tiene su partido  
Y que desto será bien proveído.

Al fin Jaques de Soria les concede  
Libertad, con que den matalotaje;  
Da cada uno dellos lo que puede  
Demás de las preseas del pillaje;  
Dejáronlos cual nunca nadie quede,  
Y ellos continuaron su viaje;  
Dieron las velas muy apresurados  
Por tomar otros pueblos descuidados.

Dan entre Barbarata y Venezuela,  
La costa de la mar llevan barrida,  
Rio la Hacha y Cabo de la Vela  
Pudiera ser entonces destruída;  
Mas Viana, piloto, los desuela  
No tomando la tierra conocida;  
Por prendas suyas lizo tal desvío,  
Y en Santa Marta dió con el navío.

Entran de noche, falta la reseña  
Hablando Diego Perez por su parte,  
Y el capitán Francisco de Ludueña  
Reconoció ser gente de mal arte;  
Vuelve las riendas, y al varon y dueña  
Avisa ser francés el estandarte,  
Con aquello que pueden van á escuras  
Metiéndose por grandes espesuras.

Entra luego la gálica ralea  
Por aquellos barridos aposentos,  
El pueblo con gran furia se saquea  
Con algunos heridos y sangrientos;  
Mas no con el caudal que se desea  
Segun sus codiciosos pensamientos;  
Van á la iglesia, rompen el sagrario,  
Y sacan la custodia y relicario.

Por no tener lugar nuestros cristianos  
Con aquel repentino desaliento,  
De retraer de tan enormes manos  
La hostia que de Dios es aposento;  
Pero juraron estos luteranos  
Que no hallaron santo sacramento;  
Y el dicho Diego Perez lo decia  
Que la custodia se halló vacía.

Jurábalo debajo de buen celo  
Aqueste miserable delincuente;  
Fué para los fieles gran consuelo  
Después que ya supieron claramente  
Que el supremo Señor de tierra y cielo  
Se retiró de tan enorme gente;  
Mas con santos dibujos y retratos  
Usaron de muy grandes desacatos.

Hicieron otros muchos desatinos,  
A cualquiera maldad sueltas las riendas,  
Hubo quien frecuentase los caminos  
A redimir molestias y haciendas;  
Rescataron el pueblo los vecinos  
Porque no les quemasen sus viviendas;  
Y esto concluso por la gente suelta,  
Al Rio de la Hacha dan la vuelta.

Por les encarecer el Diego Perez  
Para su mal a la maldad francesa,  
Haber allí muy ricos mercaderes,  
Riquísimo caudal y llena mesa;  
Moviéronse por estos pareceres  
Teniendo por certísima la presa;  
Mas antes que la gente de allí parta  
Aviso dió por tierra Santa Marta.

El francés tuvo tiempo cual lo quiso,  
Y el mensajero, puesto que fué cierto,  
Apenas allegó con el aviso,  
Aunque era caminante muy esperto,  
Cuando vieron la nao de improvisó  
Y los patajes ya cerca del puerto;  
De manera que vido nuestra gente  
El cosario y aviso juntamente.

Anda luego la grita y alboroto  
Para poner en cobro la moneda,  
Levantán piés ligero terremoto  
Y gran oscuridad de polvareda;  
El mas valiente vemos mas remoto,  
Por cobarde se tiene quien se queda,  
Escapando la próspera ganancia  
De que entonces tenían abundancia.

Todas las gentes andan presurosas,  
Cargados van los grandes y los chicos;  
Aunque como personas caudalosas  
De oro, de perlas y otros múltiples:  
En sus casas dejaban muchas cosas  
Con que pudieran otros ser muy ricos,  
Por no dalles lugar el tiempo breve  
Para que su caudal todo se lleve.

El que no puede mas antes que vaya  
A ver la selva, no por ser amena,  
Dejaba muchas cosas por la playa,  
Sepultadas debajo del arena;  
Mas como vientos recios allí haya  
Con la soberbia que Aquilon ordena,  
Entonces se mostró tan inquieto  
Que descubrió por partes el secreto.

Luego como faltó gente guerrera,  
Al fin como ladrones diligentes,  
Los ocultos secretos de la tierra  
Hicieron manifiestos y patentes:  
Aquí y allí y alla se desentierra  
Todo cuanto dejaron nuestras gentes;  
Lo cual no fué tan poco que no fuese  
De principal valor el interesse.

Estando pues el pueblo poseído  
Y el fuego para él no menos cierto,  
El Diego Perez fué tan atrevido  
Que fué para tratar de su concierto:  
Fuéles buen interesse prometido  
A trueco de que salgan deste puerto,  
Y vino por faraute de las paces  
El canonigo Diego de Loaces.

Como ninguna cosa concluyese,  
Volviendo temeroso del cosario,  
No se hallaba quien tratar quisiese  
Negocio tan forzoso y necesario  
Para que el pueblo no se destruyese;  
Mas Francisco Velazquez, secretario  
Hoy en el nuevo reino de Granada,  
A su cargo tomó la tal jornada.

Holgóse la francesa pestilencia  
De ver un hombre de tan buen aviso,  
Mozo gallardo, de gentil presencia,  
Y en aquella sazón otro Narciso:  
Trató del precio con cabal prudencia,  
Y negoció con ellos cuanto quiso;  
A trueco de ponelles en las manos  
Cuatro mil y quinientos castellanos.

Haciasele grande cortesía,  
Y todos ellos antes que se parta  
Rogaron que se vean otro día  
Y procure traer moneda harta,  
Pues cierto le darán lo que pedía  
De la iglesia y ciudad de Santa Marta:  
Despidióse pues dellos con aquesto,  
Y prometiéndoles de volver muy presto.

Diego Perez en esta coyuntura  
Huyó de los franceses compañeros  
Metiéndose por montes y espesura  
Con razonable copia de dineros:  
Que lo llamaba ya su desventura  
Para pagar sus grandes desafueros;  
Jaques de Soria por aqueste hecho  
Pelabase las barbas con despecho.

Velazquez destas cosas ignorante  
En cumplimiento de lo prometido,  
Vino después dos días adelante  
De plata y oro bien apercebido:  
Al menos lo que vía ser bastante  
Para rescate de lo que traído  
De Santa Marta habían los sangrientos  
De santos y benditos ornamentos.

A la nao lo lleva gente presta  
Que el soberbio francés allí tenía,  
El cual no lo recibe con la fiesta  
Ni con aquel aplauso que solía;  
Antes con amenazas lo molesta  
Y al dicho Diego Perez le pedía,  
O le pagase cuanto le llevaba  
Sin admitir disculpa que le daba.

En efeto le hizo que escribiese  
Al pueblo do se hizo mensajero,  
Con ruego de que no se permitiese  
Que lo llevasen por su prisionero;  
Si no que luego se les proveyese  
Del hombre y dos mil pesos en dinero:  
Mas porque no viniese la tal paga  
Junto á la firma puso: no se haga.

Fué animosidad, mas de manera  
Que no dejó de ser muy atrevido,  
Porque si la cantela se supiera  
No le costara menos que la vida:  
Visto pues no venir lo que se espera  
Deste puerto hicieron despedida,  
Y el cosario francés llevó consigo  
Al Francisco Velazquez como digo.

El cual lleno de grandes confusiones,  
Cuasi por términos desesperados  
Al capitán habló tales razones  
Que todos se quedaron admirados,  
Y respondieron con sus intenciones  
Ciertos franceses muy españolados,  
Diciéndole ser grande desafuero  
No dalle libertad al mensajero.

El capitán como se convenciese  
Con esto que su gente le decia,  
En un batel le dijo que se fuese  
Que fuera de la nao se traia;  
Y primero que della se saliese  
Le quitaron el oro que tenia;  
Entró pues en el barco casi muerto  
Veinte leguas ó mas fuera del puerto.

Sin agua, sin recurso de alimentos,  
Ni cosa que pudiese sustentallo,  
No remos ni marinos instrumentos  
Para poder mejor encaminallo,  
Sino donde las aguas y los vientos  
A su disposición quieren guiallo;  
Solamente de Dios se confiaba  
A quien de corazón se encomendaba.

Y así mediante su favor divino  
Pudo tomar paraje deseado  
Abajo cuatro leguas de camino  
Del Río de la Hacha ya nombrado;  
Bonde luego topó con un vecino  
Con cuya vista fué muy consolado,  
Y luego puso todos sus poderes  
En que se descubriese Diego Perez.

Ansiniismo Miguel de Castellanos,  
Con otros caballeros y vecinos,  
Envían por lugares comarcanos  
Ocupando las playas y caminos,  
Hasta tanto que hubieron á las manos  
Al autor de tan grandes desatinos:  
Dante tormento, hácenle procesos,  
Y confesó grandisimos escesos.

Era justicia cierto caballero  
Que Francisco de Lerma se decia,  
Varon de gran valor, hombre severo;  
Y este, por la traición y alevosía,  
Mandó colgar luego de un madero,  
Aunque mas crúel muerte merecía:  
Hicieronle después enterramiento,  
Porque murió con buen conocimiento.

Aqueste fué su fin y paradero ;  
Y pues con él habemos concluido ,  
Justo será volver á lo primero ,  
Porque me halló ya muy divertido  
De nuestra Margarita, donde quiero  
Cumplir con lo que tengo prometido ,  
Y donde hallareis por escritura ,  
Otra mas trabajosa desventura.

Y por contar aquesta no diremos  
Desabrimientos que le son anejos ;  
Pues vence la que digo los extremos  
De cuantas tienen lacrimosos dejos :  
Mas, para proceder como debemos,  
Cumple tomar la cosa de muy lejos ,  
Y pues de un golpe no podemos tanto ,  
Quiérola comenzar con nuevo canto.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se da á entender quién era Pedro de Ustá y su descendencia,  
con otras cosas á la historia convenientes.

Siempre suelen venir acompañados  
Los jueces y los gobernadores  
De deudos, de parientes y criados ,  
Guiados del olor de sus favores :  
Y en algunos no son mal empleados  
Los mas calificados y mejores ,  
Pues su virtud, trabajo y diligencia  
Los hacen merecer la tal herencia.

Entre los otros yugos que sostuvo  
El orbe de las Indias de occidente ,  
Un Miguel Diaz Armendariz hubo  
Que trajo seis gobiernos juntamente ;  
Y en este nuestro nuevo reino tuvo  
Un mozo generoso, su pariente ,  
Pedro de Ursúa fué su propio nombre ,  
Que siempre mostró sello sin ser hombre.

Pareciéndole cosa conviniente  
A discrecion modesta y asentada ,  
El tío le nombró méritamente  
Por general del reino de Granada :  
Salió buen capitán y diligente  
Para le cometer cualquier jornada ;  
Y así, por aqui daba buena cuenta  
En los negocios de mayor afrenta.

Descubrió los caminos mas reclusos ,  
Allanó la montaña rigurosa ,  
Conquistó la provincia de los Musos ,  
Deste reino la mas dificultosa :  
Finalmente, que los guerreros usos  
Le dieron prontitud maravillosa ,  
De manera que mañas y osadías  
Crecian juntamente con los dias.

Y así, con el valor de su persona ,  
Y entre valientes indios y arriescados  
Pobló ciudad á quien llamó Pamplona ,  
Cuyos campos y rios son dorados :  
Vile hacer á la real corona  
Otros muchos servicios señalados ;  
Y en Santa Marta recorrió la sierra ,  
Puesto que sin victoria desta guerra.

Podriame vender yo por testigo  
Sin gozar lo mejor de la mañana ,  
En el paso de Origua ó de Rodrigo ,  
Y el buen Pedro de Ursúa con cuartana ,  
Tomándole los pasos que ya digo  
Gran impetu de gente comarcana ,  
Sobre paz y con fiebre fatigado ,  
Descalzo del un pié y otro calzado.

Allí caza Bondigua, y allí Bonda ;  
Allí de Pocigueica y de Tairama ,  
Con todos los demás de la redonda ,  
Conocidos por hechos y por fama ,  
Con flechas, con macana, dardo, honda ,  
Gran cantidad de sangre se derrama ,  
Privando brevemente de la vida  
Cuanta gente hallaron divertida.

Ursúa de salud estaba falto ,  
E ya por todas partes rodeado ;  
Venciendo calentura y sobresalto  
Salió del toldo mal aderezado ,  
A fin de trabajar ganar el alto  
De fortisimos indios ocupado ,  
Y halló para ir en tal demanda  
Sotos doce soldados de su banda.

A los cuales les hizo tal abrigo ,  
Que con aquel valor de su costumbre ,  
A pesar del ejército enemigo ,  
Ganó lo mas supremo de la cumbre ,  
Haciendo crudelissimo castigo  
Con riesgo, con sudor y pesadumbre :  
Fueron sus grandes hechos aquel dia  
Bastante prueba de su valentia.

Hirióle tres el venenoso Marte ;  
Y aunque de vida ya desconfiados  
Esta desconfianza no fué parte  
Para que fuesen dél desamparados ;  
Y sus esfuerzos fueron de tal arte ,  
Que de debiles hizo confiados  
Para salir de riesgo tan terrible ,  
Que no parecerá cosa posible.

O ya con arcabuz, ya con espada ,  
El escuadron rompió mas importuno  
A pié mas de seis leguas de jornada ,  
Con terrible calor y siempre ayuno :  
Llegó pues con la gente fatigada ,  
Sin que dejase uno ni ninguno  
A Santa Marta, que se maravilla  
Escapar de tan áspera rencilla.

Era por este tiempo ya venido  
Montaña por juez de residencia ,  
Que puestos sus servicios en olvido  
Le mostraba rencor y malquerencia ;  
Y así, de sus amigos conmovido ,  
Se desvió de aquella pestilencia ,  
Y residió con ciertas compañías  
En el Nombre de Dios algunos dias.

Donde recogió copia de soldados  
Para los ejercicios de la guerra ,  
Y allí desbarató negros alzados  
Que estaban hechos fuertes en la sierra ;  
Los cuales, por ser muchos y esforzados ,  
Ponían en temor toda la tierra ,  
Prenidióles á su rey dicho Ballano ,  
Aunque tenia poderosa mano.

Los negros y proterva compañía  
Vencidos en este repiquete ,  
A reinos de Pirú hizo su via  
Con amigos y deudos seis ó siete ;  
Los cuales en aquel tiempo regia  
El marqués excelente de Cañete ;  
Y este, reconociendo sus valores ,  
Le hizo mil mercedes y favores.

Después, con gracia de razon urbana ,  
Hizo demanda del descubrimiento ,  
Que dicen de Francisco de Orellana ,  
Con quien yo tuve gran conocimiento ;  
Y el marqués se lo dió de buena gana  
Vista su discrecion y su talento ,  
Porque en aquellas tierras aun había  
Soldados de aquel tiempo todavia.

Y entre todos aquellos que renuevan  
Este descubrimiento que ya digo ,  
Era buen adalid Alonso Esteban ,  
A quien también yo tuve por amigo ;  
El cual de la jornada do se ceban  
Se podia vender por buen testigo ,  
Como quien abajó con Orellana  
Al mar del norte y á Maracapana.

Ursúa, con aviso suficiente ,  
A los efetos desto se presenta ;  
Pero dejémoslo haciendo gente  
Que de valor tan raro se contenta :  
Pues me parece cosa conviniente  
Del Orellana dar alguna cuenta ,  
Para bien entender desta letura  
Jornada de tan grande desventura.

Pasados eran ya los quince cientos  
Y diez lustros de santa parentela,  
Cuando gente de grandes pensamientos  
Con Gonzalo Pizarro se desvela  
En dar mas luz á los descubrimientos  
De tierra que nos da nueva canela,  
E oro y plata, de que la cudicia  
Daba generosísima noticia.

Y así, para hallar aquel gentío,  
Que de Quijos es hoy su nombramiento,  
Dió Gonzalo Pizarro buen avío  
Para hacer el tal descubrimiento,  
Guiando su derrota por un río  
Que en Moyobamba tiene nacimiento,  
Y al mar del norte hace su salida  
Con casi dos mil leguas de corrida.

La madre del es tal y tan estensa  
Que no la vió mayor hombre viviente,  
Y así, por ser grandeza tan inmensa,  
Mar dulce le llamamos comunmente;  
Y dicen ser engaño del que piensa  
No ser el Marañon esta creciente:  
Tal nombre le pusieron los Pinzones,  
De ciertos nautas dichos Marañones.

Por la equinocial sus aguas guia  
Dando prolijas vueltas diferentes,  
Y della casi nada se desvia  
Con impetuosisimas crecientes;  
De islas numerosa la cuantía,  
Muy muchas de las cuales tienen gentes,  
Algunas señaladas en grandeza,  
Pero ningunas muestras de riqueza.

Orilla deste río montuosa  
Hacia pues Pizarro su jornada,  
Tierra mal asombrada de lluviosa,  
Por una parte y otra mal poblada;  
Y á veces la montaña rigurosa  
Les daba la canela deseada  
Sus árboles altísimos y locos,  
Pero no muy espesos, sino pocos.

Pues para que mejor se conociese  
Del río lo que estaba mas poblado,  
Un bergantín mandó que se hiciese  
Con escogida gente preparado:  
En el cual ordenó que se metiese  
Vajilla y vestuario mas preciado,  
Y al Orellana, su lugarteniente,  
Nombró por capitán de aquella gente.

El Pizarro por tierra caminaba  
Con el restante de su compañía,  
Y el barco con aquellos que llevaba  
A dar nueva y socorros acudia,  
A los cuales allí se les mandaba  
Lo que mas al viaje convenia:  
Mandóles pues llegar á cierta punta,  
Y volver á decir lo que barrunta.

A la punta llegaron fácilmente,  
Mas no pudo volver el Orellana,  
Forzado de grandísima corriente,  
Si la fuerza no fué su propia gana;  
Porque desapareció con esta gente  
Huyendo de la tierra comarcana:  
Vajilla y ropa se llevó consigo  
Con las demás preseas que ya digo.

Visto que no volvía, fué buscando  
Por gente deste campo peregrino,  
Y como nunca dellos fue hallado  
Por llevar agua abajo su camino,  
Al Gonzalo Pizarro fué forzado  
Volver á las provincias de do vino  
Con pérdida grandísima de gentes  
Y los que se escaparon muy dolientes.

Francisco de Orellana navegaba  
Alentado de grande pensamiento,  
E ya se prometía y aplicaba  
Toda la gloria del descubrimiento:  
Mas con sesenta hombres que llevaba  
Nunca pudo salir con el intento;  
Pues solamente corren la ribera,  
Por ser muy pocos para salir fuera.

Incierto como digo de lo cierto,  
Por las islas buscaban alimento,  
En una de las cuales toman puerto  
Donde les pareció mejor asiento,  
Hasta poner sus cosas en concierto  
Para llevar mejor aviamiento,  
Y por los fatigar el angostura  
Hacer otro navio se procura.

Hácese tablas de canoas duras  
Por ciertos levantiscos oficiales,  
Hízose clavazon de herraduras,  
Búscanse necesarios materiales:  
Hay bréa de copey y otras horruzas,  
Con aceite de acuosos animales;  
Finalmente pusieron en el río  
Otro mayor y mas capaz navio.

Pusieron gallardetes y banderas,  
Repártense por ambos los soldados,  
Osaban ya llegar á las riberas  
A causa de no ir tan apretados:  
Tomaran el negocio mas de veras  
Si fueran los sesenta duplicados;  
Pero pocos temian el encuentro  
Que pudieran hallar la tierra adentro.

Ven tierras jamás vistas ni holladas  
Sino del natural destas regiones:  
Vian desde los barcos ahumadas  
Que denotaban grandes poblaciones,  
Y algunas torrecillas levantadas,  
O templos de sus vanas religiones,  
O ya podria ser, segun se piensa,  
Que las tenian para su defensa.

Quisieron en un pueblo tomar tierra  
Que sobre la barranca parecia,  
Mas no los consintió gente de guerra  
Que con feroces bríos acudia,  
E india varonil que como perra  
Sus partes bravamente defendia,  
A la cual le pusieron Amazona  
Por mostrar gran valor en su persona.

De aquí sacó después sus invenciones  
El capitán Francisco de Orellana,  
Para llamalle río de Amazonas  
Por ver esa con dardos y macana,  
Sin otros fundamentos ni razones  
Para creer novela tan liviana;  
Pues hay entre cristianos y gentiles  
Ejemplos de mujeres varoniles.

Mas ser esta Tomiris no se crea,  
Ni que vistiesen otras el arreo  
De Filipis Lampédon, ni de Alea,  
Y porque lo sé bien tampoco creo  
Que pasó por allí Penteselea,  
Ni el Orellana pudo ser Teseo;  
Ni otra Menalipe, ni Celeno  
Caminaron jamás por aquel seno.

Puesto caso que bien se defendia  
Por parte de la india la salida,  
El gran rigor del arcabuceria  
A muchos por allí dejó sin vida;  
Y visto que tan mal les sucedia,  
Tomaron por amparo la huida:  
Recogen españoles alimento,  
Y un indio vivo deste rompimiento.

Por señas Orellana le hablaba  
En el discurso deste su viaje,  
Y todos los vocablos asentaba  
Segun comprendia del salvaje:  
Hasta ver si por ellos alcanzaba  
Inteligencia cierta del lenguaje,  
Porque tuvo de lenguas gran noticia,  
Y para las hablar mucha pericia.

Y así con gran contento declaraba  
A estas compañías y cuadrillas  
Aquello que este indio le hablaba,  
Diciendo que decia maravillas  
De lo que mas adentro les quedaba,  
Y no podian ver por las orillas:  
Crecida poblacion, campos amenos,  
Y es de creer haber algunos buenos.

Navegando van pues nuestros guerreros,  
 A peligros inmensos arrojados  
 En competencia de los indios fieros  
 Que los combaten por entrambos lados:  
 Navegan sin saber los paraderos  
 Ni tener de quien sean avisados,  
 Hasta que percibieron los oídos  
 De muy lejos grandísimos ruidos.

Iba la gente desto temerosa  
 Prosiguiendo con duda su viaje,  
 Y apartada la noche tenebrosa  
 Haciendo ya remansos el aguaje,  
 Vieron la blanca Tetis espumosa,  
 Y en ella levantarse gran olaje,  
 Y con calor de presurosos modos  
 « ¡ La mar, la mar del norte ! dicen todos.

» Gobernémonos bien, hermanos míos,  
 Con prontitud y diligencia buena,  
 Pues ya no navegamos por los ríos:  
 A gran prisa guíndemos el entena,  
 Descúbranse con sondas los bajos,  
 No demos al salir en el arena;  
 Que suelen tener ríos en las bocas  
 Bancos secretos, arrecifes, rocas.»

Ignoran todos ellos el paraje,  
 Puesto que mil consultas hay aposta,  
 Mas en ellas ninguno fué tan saje  
 Que no fuese su ciencia muy angosta;  
 Y así les pareció mejor viaje  
 Nunca desarrimarse de la costa;  
 Pues si por ella fuesen en las manos,  
 Dios les daría pueblos de cristianos.

Con la tal opinión sin la contraria  
 La costa bajo van con tiempo lleno:  
 Vieron la Trinidad, vieron á Paria  
 Con otras circunstancias de su seno:  
 Hacían conjetura no sumaria  
 Alonzo Esteban, Márquez y Joan Bueno,  
 Por haber estos tres, tiempo pasado,  
 Por aquellos parajes navegado.

Inciertos, pero con algun desino  
 Que cada uno dellos en sí fragua,  
 Prosiguen adelante su camino,  
 Hasta dar en la costa de Cubagua;  
 Y allí los poseyó mas desatino  
 Por no ver carabela ni piragua  
 De la erceda flota que solía  
 Salir á la pasada pesquería.

Las casas encladas devisaban  
 Los hombres destas peregrinas naves;  
 Mas por peñascos grandes las juzgaban  
 Y suciedad de las marinas aves;  
 Para soltar las dudas en que estaban  
 Faltábales allí quien diese llaves,  
 Y á los unos la hambre los incita  
 A que tomen la isla Margarita.

Holguín, comendador, varón esperto  
 La caña del timón á banda cierra;  
 Y puestos en buen orden y concierto  
 Con armas y pertrechos para guerra,  
 En la Punta-las-Piedras tomó puerto,  
 Donde con los demás halló la tierra,  
 Y en ese mismo punto luego vido  
 Camino que de bestias va seguido.

El padre fray Gonzalo de la Vera,  
 Con Alonso de Robles y otros tales,  
 Querían porfiar que el rastro era  
 De nunca conocidos animales;  
 Mas Celis Montañés sin mas espera  
 Sopló dos ó tres veces las señales,  
 Y vido claramente señalados  
 Los clavos de cabezas como dados.

Veréis las gentes ya regocijadas,  
 Y fuera del pasado desconsuelo  
 Besar por muchas veces las pisadas  
 Hincando las rodillas por el suelo;  
 Y las manos en alto levantadas  
 Dan gracias al Señor del alto cielo,  
 Porque ya claramente conocían  
 Ser aquel el paraje que decían.

Conocida Cubagua claramente,  
 Que antes por peñasco se tenía,  
 Allí hacen viaje brevemente  
 Por ser breve compás la travesía:  
 Salimos á la playa mucha gente:  
 A ver extraño barco que venía,  
 Imaginando muchos ser soldados  
 De los que Ordaz perdió tiempos pasados.

En gran manera son regocijados  
 De ver y de hablar cristiana gente,  
 Al templo van descalzos, destocados,  
 A dar gracias á Dios primeramente;  
 Y á todos nos tornó maravillados  
 Viaje de tan gran inconveniente:  
 Acomodóse bien la compañía,  
 Y al barco de Orellana no venía.

Pasarase de largo, si no fuera  
 Aviso por bastante mensajero,  
 Que hizo luego Pedro de Herrera,  
 Para buscar aqueste caballero  
 Con indios y canoa muy lijera,  
 Y un Cristóbal de Lepe, marinero  
 El cual luego que vió la carabela  
 A ella dirigió remos y vela.

Admiróse Francisco de Orellana  
 Como vido la indica ralea  
 Regirse con timón y con mesana,  
 Y así se reparó para pelea;  
 Mas percibiendo lengua castellana  
 Con el mensaje tal cual él desea,  
 Siguió la carabela mensajera  
 En demanda del Pedro de Herrera.

Tomó tierra con todos sus soldados,  
 Y puesto que con nombre de perdidos,  
 Todos salieron bien aderezados  
 Con grande bizzarria de vestidos:  
 Fueron unos y otros hospedados  
 Y magníficamente proveídos;  
 Trató luego de sus descubrimientos  
 Con muestras de sus vanos pensamientos.

Hizo luego viaje para España  
 Hechas á su sabor informaciones,  
 Con gente principal de su compañía,  
 Prendada de las mismas pretensiones;  
 Y entonces publicó la gran patraña  
 De aquellas invencibles amazonas;  
 Volvió por su demanda ya casado,  
 Y por gobernador y adelantado.

Cargó de muy lucida compañía,  
 Bien fuera de razón y fundamentos  
 En traellos por donde los traía  
 Y á tierra de cien mil impedimentos:  
 Y así junto del río do venía  
 Murió vejado destes pensamientos;  
 Después su mujer vimos afligida  
 Y toda la demás gente perdida.

Es pues para hacer la tal jornada  
 Ir contra la corriente desatino;  
 Pudiérala hacer mas acertada  
 Si segundara por adonde vino:  
 Pero pues que su vida es acabada,  
 Quiérome yo tornar á mi camino,  
 Y al Urstia que está haciendo gente,  
 Con canto nuevo del tenor siguiente.

### CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la partida de Peño de Ustua, con buena copia de gente aunque alguna della inquieta y facinerosa, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde habian de hacer su viaje.

Prenden á Marte redes de Vulcano  
 En Venus colocado su contento,  
 Ablándase la mas guerrera mano  
 Vencida de lascivo pensamiento,  
 Con mal amor enferma lo mas sano,  
 Do quiera causa tierno sentimiento:  
 Los invencibles y mas fuertes cuellos  
 Una flaca mujer suele vencellos.

Pedro de Ursúa pues, cuya grandeza  
De hechos ya tenemos conocida,  
Hizo su belicosa fortaleza  
A fuegos amorosos sometida,  
Vencido de un extremo de belleza  
Que fué lo mas extremo de su vida;  
Y á vueltas de guerreros atambores  
También ejercitaba sus amores.

La bella doña Inés era la dama  
Que tuvo con razon nombre de bella,  
Si fuera con reguardo de la fama  
Que debe reguardar cualquier doncella;  
A quien el buen Ursúa mucho ama,  
Siendo no menos él amado della;  
Y como bien querer importunase  
Acabóse con él que la llevase.

Hija de Blas de Atienza, que de Lima  
O de Trujillo fué, moza lustrosa,  
Avisada, graciosa y en estima,  
Como ya dicho tengo, de hermosa:  
Gentil disposicion con que lastima  
El ánima de amor más odiosa,  
No tiene padres puestos al enmienda  
Ni deudos que le tiren de la rienda.

Pues el Ursúa como consintiese  
Que fuese doña Inés á la jornada,  
Secretamente le mandó que fuese  
Tras él por via mas disimulada;  
Y él partido, mandó que se partiese  
De ciertas dueñas bien acompañada:  
Luego se despidió de su querida,  
Y convocó la gente divertida.

Llegóse de soldados gran estruendo  
Aderezados para la demanda,  
Muchos de corazon malo y horrendo,  
Como fué Joan Alonso de la Vanda,  
Lope de Aguirre, Perez y Salduendo,  
Diego de Torres, Vargas y Miranda,  
Y un Cristóbal Fernandez, mal cristiano,  
Pero Fernandez y Miguel Serrano.

Otros algunos, en maldad insines,  
Gente desesperada y atrevida,  
Amiga de traiciones y molines,  
Sin Dios y sin olor de buena vida:  
Al fin en sus costumbres tan ruines,  
Que tienen la virtud aborrecida;  
Ningun concierto hay que los concierte,  
Ni temen temporal ni eterna muerte.

Como el marqués insigne Mendocino  
Le tuviese tan justas aficiones  
Al Ursúa y le fuese tan benino,  
Acudióle gran copia de varones;  
Con los cuales él hizo su camino  
A la provincia de los Motilones,  
Porque en aquellas tierras y comarcas  
Había de hacer copia de barcas.

Tenía de la tierra la tenencia  
El que Pedro Ramiro se decía,  
Hombre de gran consejo y experiencia,  
Señalado varon en valentia:  
Recebiólo con gran magnificencia,  
Con gran urbanidad y cortesía;  
El Ursúa ballando tal abrigo  
Procuró granjearlo por amigo.

Después en lo aviar metió tal prenda  
Que el Ursúa, persona bien mirada,  
Le dijo que dejase su vivienda  
Y se fuese con él á la jornada;  
Porque será señor de su hacienda,  
Y maese de campo del armada;  
Fué nombrado por tal, y pretensores  
Quedaron con algunos sinsabores.

Destos el uno fué Francisco Díaz,  
Pariente del Ursúa muy cercano,  
Ansimismo soldado de mis dias  
Valiente y comedido /cortesano;  
Que movido de vanas fantasias  
En el Pedro Ramiro puso mano:  
Dióle de puñaladas en efeto,  
Maldad indigna de hombre tan discreto.

De tan escandaloso desatino  
Al Ursúa le dan luego noticia,  
Que estaba gran distancia de camino  
Bien fuera de tan áspera malicia,  
Revolvió sin parar, y como vino  
Rizo del matador justa justicia,  
Y de Grijota y de Benito Díaz,  
Consortes, y de un Diego de Frias.

Después que ya dió fin á malos fines,  
Sin él se recelar de los peores,  
Procuró concluir los bergantines  
No sin grandes trabajos y sudores,  
Por apartarse ya destos confines  
Y poder descubrir otros mejores;  
Demás desto también se recelaba  
Que mucha gente se le remontaba.

Aprestándose pues desta manera  
Con temor de que gente se le buya,  
La bella doña Inés, que no debiera,  
Allí llegó también en busca suya;  
Porque con una muerte lastimera  
Vida de dos amantes se concluya,  
Y este negocio cuentan estas gentes  
Por vias y maneras diferentes.

Pues entre muchos dellos hubo fama  
Haber puesto los ojos el Salduendo  
En los merecimientos desta dama  
Que diferentes partes va siguiendo;  
Y él fué de los catorce de la trama  
Del perdido motin, malo y horrendo;  
Y cuando doña Inés se recebia,  
El se mostró con grande lozania.

Puesto que todos para dar contento  
A su gobernador, que por ventura  
Tenia diferente pensamiento,  
Hicieron á tan alta hermosura  
Solene y principal recibimiento,  
Anuncio de su grande desventura:  
Unos van con sinceras intenciones,  
Otros con muy dañados corazones.

Formóse campo digno de mirallo,  
Guarnido de galanas invenciones,  
Infanterías y hombres de caballo  
Con trémulas banderas y pendones;  
Y porque ella pudiese contemplallo  
Ordenaron lucidos escuadrones,  
Los cuales en presencia de las dueñas  
Hicieron caracoles y reseñas.

Ondean por los yelmos plumas largas  
De las garcetas blancas y avestruces,  
Revolvien lanzas, cambian las adargas  
Con diestros y valientes andaluces,  
Descargan con gran impetu sus cargas  
Los fumosos y ardientes arcabuces,  
Con gran orden entran y salian  
Con una y otra salva que hacian.

Ninguno de su orden se derrama  
En este singular recibimiento,  
Y en llegando frontero de la dama  
Hacia cada cual acatamiento:  
Enciéndelos en amorosa llama,  
En muchos causa tierno sentimiento,  
Porque su buen donaire y su meneo  
Ponia mil espuelas al deseo.

En un cuartago blanco pequenuelo  
Iba, pero muy bien aderezado,  
Basquiña de lustroso terciopelo,  
Un galdresillo de color morado,  
Las guarniciones de color de cielo,  
Con cristalinias perlas estampado,  
Capelete con plumas y medalla  
Con el mas aderezo que se calta.

Rebozada hacia gran destrozto  
De ánimas en esta compañia,  
Y mucho mas después que cierto mozo  
Le dijo: «por merced, señora mía,  
Os pido que quiteis ese rebozo,  
Veremos ya la luz del claro dia,  
Que no sé cómo puede velo solo  
Cubrir rayos mas claros que de Apolo.»

Ella, de comedida cortesana,  
El antifaz quitó luego á la hora:  
Atónita quedó la gente vana  
De ver rostro do tanta beldad mora;  
Deshízose la lumbre de Diana  
Sobrepujó lo claro del aurora:  
Dijeras en el alma mas reclusa  
Obrarse los efetos de Medusa.

En amoroso fuego van ardiendo  
Hasta los recatados y discretos,  
Y en el desventurado de Salduendo  
Hacen mas impresion estos efetos;  
Pues en las muestras iba descubriendo  
Sus apasionadissimos concetos;  
Y aunque cesó la fiesta de aquel dia,  
Nunca cesó su loca fantasia.

Al fin el regocijo ya deshecho  
Y todos los guerreros escuadrones,  
El Salduendo tomó luego su lecho  
Sin esperar á mas conversaciones:  
Su corazón bestial y falso pecho,  
Distraido con mil vacilaciones,  
Pero todas y todos sus cuidados  
Van á la doña Inés entaninados.

Decia: « ¡ si su vista halagüeña  
Acaso contempló mi buen talante  
Al tiempo que sali de la reseña,  
Y hice las levadas de montante!  
¿ O si quiso notar aquella seña  
Que le hice pasando por delante!  
Parecióme cebar en mi los ojos...  
Pero creo que son vanos antojos.

» Porque ¿ qué ocasiones ó qué prenda  
Hay para penetrar mis pensamientos?  
O ¿ qué le dije yo para que entienda  
Estos mis congojosos sentimientos?  
O ¿ qué quiere decir tonar contienda  
Con quien es el señor de sus intentos?  
¿ Quién no dirá ser el intento mio  
Grandisima locura y desvario?

» O ¿ cuál de las mujeres adevina  
El mal y la congoja del sirviente  
Con una sola vista repentina  
Sin le decir jamas el mal que siente?  
O ¿ quién pudo dar cierta medicina  
A los inciertos males del doliente?  
¿ En qué buena razon ó seso cabe  
Querer curar el mal que no se sabe?

» Para curarse pues enfermedades  
Yo hallo que sera mejor camino  
Al médico decille las verdades  
Y no hacello dellas adevino:  
Aquesto vencerá dificultades,  
Y en esto me resumo y determino,  
Porque el enfermo que sus males calla  
Remedio tarde, mal ó nunca halla. »

Estas cosas y otras vacilando  
El ánima malvada y afligida,  
Andábanse los otros preparando  
Y dando gran calor á la partida:  
Algunos dellos iban embarcando  
De la gente mejor apercebida;  
El capitán Garcí Arce con cincuenta,  
Don Joan de Vargas doble desta cuenta.

Mandóles esperarse en cierta parte,  
Y el Arce como fué mas larga via  
De indios encontró tan duro Marte  
Que fué bien menester su valentia:  
Mas el don Joan de Vargas no se parte  
Del limite que Ursúa le ponía,  
Esperándole con sus compañías  
Mas de sesenta ó de setenta dias.

Escesivo trabajo se pasaba  
Por falta de comida que tenia,  
Y en cierta isla donde el Arce estaba  
Angustia no menor se padecía;  
Y el Ursúa que mucho deseaba  
Seguillos brevemente no podia,  
Porque querian ya hacelle tiro  
Los soldados del buen Pedro Ramiro.

No queriendo dejar sus Motilones,  
Ya que su capitán era defunto,  
Y un Montoya metia peticiones  
Mas sin le dar respuesta ni trasunto:  
El Ursúa lo trajo con prisiones  
Siendo soldado grave de buen punto,  
Lo cual no fué menor inconveniente  
Para lo que diremos brevemente.

Pues el gobernador, considerando  
Ser grande la tardanza que hacia,  
Mandó con atambor echar un bando  
Para que se partiesen otro dia:  
En cumplimiento del se van juntando  
Con servicio y bagaj que se traía,  
Cuya cantidad era de tal modo  
Que faltaban navios para todo.

Ursúa se hallaba muy confuso  
Por no tener do tanta cosa fuese,  
De lo que cada cual para su uso  
Llevaba y le costó buen interese;  
Mas lo mejor que supo se dispuso  
A dar el mejor orden que pudiese,  
Y hecha luego junta de la gente  
Me dicen que les dijo lo siguiente.

Quitó con buen donaire su chapeo  
Usando de su buen comedimiento  
Diciendo: « caballeros, mi deseo  
Siempre fué de seguir vuestro contento;  
Y con igual amor lo mismo creo  
De vuestro virtuoso pensamiento;  
Y así quisiera yo vias y modos  
Para me conformar con el de todos.

» Mas aunque con virtud y sufrimiento  
Acontece vencer dificultades,  
Dado poder haber entendimiento  
Que se mida con muchas voluntades  
Cada cual de contrario sentimiento,  
Mayormente de tantas variedades,  
Que sin considerar inconveniente  
Siguen sus apetitos solamente.

» Declarando pues mas este conceto  
A la salud de todos conveniente,  
Llevar tanto bagaj en tal aprieto  
Téngolo por negocio muy terrible;  
Y hase de contentar el que es discreto  
Con embarcar aquello que es posible,  
Y no tanto velez, tanto pertrecho,  
Que cause mayor daño que provecho.

» Nuestras jornadas han de ser por rios  
Hasta llegar á prósperos confines,  
Tenemos poca copia de navios  
O mal aderezados bergantines;  
Y por los ojos veis, señores míos,  
Que demas de ser pocos son ríñines,  
Ansi por haber falta de oficiales  
Como de carecer de materiales.

» Y si mas cantidad hacer queremos  
E ir mas adelante con la obra,  
Será perder el tiempo que tenemos,  
Y es pérdida que nunca mas se cobra:  
Si tantos embarazos les metemos  
Para los españoles nada sobra,  
Pues cuando á los extremos falta medio  
Tomar debemos el mejor remedio.

» No puede todo ir por ningún arte,  
Y para mas seguro se requiere  
Que deje cada uno buena parte  
De lo que menos menester hubiere:  
Este daño por todos se reparte,  
E yo soy el primero que lo quiere;  
Porque para seguro de la gente  
Este remedio es mas conuiniente.

» Los ganados vendellos ó cambiallos,  
Aunque sea con perdida la venta,  
Que todos no podemos aviallos  
Segun necesidad nos representa;  
Y en cuanto á no dejar nuestros caballos,  
Bastará que llevemos sodes treinta;  
La cual disposicion á nadie pene,  
Pues es hacer aquello que conviene. »

Acabó de decir, y comedios  
Que los inconvenientes conocían,  
De sus comedimientos convencidos,  
Muchas cosas dejaban ó vendían:  
Por no les consentir lo que querían  
Otros también estaban desabridos;  
Apaciguólos lo mejor que supo,  
Y hizo que metiesen lo que cupo.

Ya la febea luz á nuestra cuenta  
Tenía el Escorpion por aposento,  
El año de quinientos y sesenta  
Con otros mil del santo nacimiento,  
Al tiempo que la gente descontenta  
Hizo de Motilones movimiento  
Ayudados también de grandes balsas,  
Las intenciones buenas y las falsas.

Estaba sin saber por qué la gente  
Llena de descontentos aquel día,  
No se podía ver cosa viviente  
Con algunas señales de alegría:  
El río, con ser grande su corriente,  
Parece que sus cursos detenía,  
Los indios declaraban por señales  
Incendios, robos, muertes y otros males

Aunque con pesadumbre de las cargas  
Y ropa que en las balsas se traía,  
Siempre hacían las jornadas largas,  
Porque les pareció que convenía:  
Hasta que dieron con don Joan de Vargas  
Deseoso de ver lo que ya vía:  
Allí tomaron todos luego puerto  
Y se pusieron en mejor concierto.

Ursúa recibió contentamiento  
Por hallarlos adonde lo quería,  
Puesto caso que con desabrimiento  
Por no saber del capitán García:  
Enjugan ropas en aquel asiento  
Apartándose dél al cuarto día,  
Y embarcados caballos y el restante  
Pasaron con los barcos adelante.

Do las corrientes aguas eran guías  
Por caudaloso río y estendido,  
Vian por las barrancas compañías  
Lustrosas y cubiertas con vestido:  
Y habiendo navegado nueve días  
Llegaron donde estaba detenido  
García, que por ser tan indiscreto  
Los indios lo ponían en aprieto.

El Ursúa le dió reprehensiones  
Por ser tan temerario y atrevido;  
Mas admitió disculpas y razones  
Como de su criado muy querido:  
Allí se preguntaron provisiones  
Del gobierno que le era proveído,  
Y al don Joan dió poder incontinentemente  
De general y su lugarteniente.

Desto nacieron odios y rencores  
Con un livor pestífero y amargo,  
Por haber otros muchos pretensores  
Que se juzgaban dignos deste cargo.  
Hay juntas y corrillos de traidores  
Adonde cada cual hablaba largo,  
Mayormente los de los Motilones  
Vivos en sus enojos y pasiones.

Hechos en el don Joan los nombramientos  
Y seis ó siete días ya pasados,  
De la isla salió con cuatrocientos  
Españoles muy bien aderezados:  
Por las barrancas ven grandes asientos,  
Que por mas de cien leguas van poblados  
De gente que se ponen en huída,  
De ropa de algodón toda vestida.

No pareciéndoles tierra bastante  
A causa de ver campos anegados,  
Determinaron de pasar delante  
Hasta hallarlos mas acomodados:  
Mas saliendo del sitio circunstante,  
Dieron en unos grandes despoblados:  
Navegan ocho días, y al noveno  
Dieron en pueblo de mejor terreno.

La gente deste pueblo hizo cara  
Con armas y amenazas de defensa,  
Y en la barranca fuerte se repara  
A fin de resistir cualquier ofensa:  
Pero con una lengua se declara  
Su venida no ser á lo que pedia  
Antes querían á tan buenas gentes  
Hacellos sus amigos y parientes.

Vencidas de tan buen comedimiento,  
Sosiéganse las gentes alteradas  
Haciéndoles muy buen acogimiento  
Y dándoles sus casas por posadas,  
Con larga provision de bastimento  
De sus comidas mas acostumbradas:  
Estuvo con aquestas compañías  
El campo mas de veinte y cinco días.

Ursúa, viendo la magnificencia  
Tal cual no la halló después ni antes,  
Ayudóles en cierta diferencia  
Que tenían con indios circunstantes,  
Dejando muertos en la competencia  
Muchos de los contrarios litigantes,  
Porque venían hasta sus viviendas  
A les robar las casas y haciendas.

Entre tanto buscábase caminos  
Que mas la tierra adentro se metiesen;  
Mas de los argonautas peregrinos  
Ningunos hubo que los descubriesen:  
Ni pudieron hacer á los vecinos  
Que claridad acerca desto diesen:  
Crecían en aquestas dilaciones  
En los malos las malas intenciones.

El Montoya con otros, en efecto,  
Trataban que el Ursúa se matase,  
Y para ejecución del mal conceto  
No faltaba Saldiendo que soplase;  
Mas el negocio no fué tan secreto  
Que por algunos no se sospechase,  
Un cierto Pero Alonso mayormente  
Al Ursúa le dijo lo siguiente:

« Señor gobernador, yo soy soldado,  
Como sabeis, cargado de experiencia,  
Y entiendo como bien acuebillado  
El daño del descuido y negligencia;  
Y que cumple vivir muy recatado,  
Entre contagiosa pestilencia,  
Pues en los tales tiempos es gran yerro,  
Como dicen allá, dormir sin perro.

»Hanse por ciertas vías rezumado  
Cosas que suenan mal al buen oído,  
Y hallo que traéis aquí soldado  
Facineroso, suelto y atrevido:  
Mirad por vos, velad con mas cuidado,  
Y no durmais tan mal apercibido:  
Cosa cierto no sé; pero sospecho  
Haber de suceder algun mal hecho.

»Mirad, señor, que no tratáis agora  
Con los del nuevo reino de Granada,  
Donde toda bondad y virtud mora,  
Y es gente cuerda, noble y asentada;  
Y que con vos lleváis gente traidora  
A vueltas de la bien intencionada,  
Que sin temor de Dios ni miedo vuestro  
Han de soltar las riendas y el cabestro.

»Tened guarda, señor, de los mejores  
Amigos que sabeis que bien os quieren,  
Y demos al diablo los amores,  
Que semejantes cargos no requieren;  
Pues son causa de grandes sinsabores,  
Y por ellos también los hombres mueren:  
Con santo celo doy este consejo,  
Y con licencia de soldado viejo.»

El Ursúa con un gracioso riso  
Agradeció sus buenas intenciones,  
Sin le sobresaltar tan buen aviso:  
Quiza le parecieron invenciones,  
Porque en la guarda consentir no quiso  
Dando ciertas excusas y razones;  
Descuidó, sin razon, mas no me espanto,  
Pues de César leemos otro tanto.

Aderezóse luego la partida  
 Por el gobernador y varon fuerte :  
 Parte para partirse de la vida  
 Y guíanlo sus pasos á la muerte ;  
 Que la parca cruel endurecida  
 A quebrantar el hilo se convierte :  
 Era principio ya de nuevo año ,  
 Y vispera de tan enorme daño .

Embarcáronse pues los peregrinos  
 A fin de proseguir su larga via ,  
 Mirando por los lados mas vecinos  
 Si poblacion alguna parecia :  
 Vieron prolifas sendas y caminos ,  
 Buen rato ya después de medio día ,  
 Y cierta población bien asentada  
 Donde les pareció hacer parada .

Ursúa , cuando van desembarcando  
 Ajeno de mortíferos ojos ,  
 A doña Inés estaba contemplando  
 Como causa mayor de sus antojos ,  
 Y vido sus mejillas empapando  
 Con lágrimas ardientes de sus ojos ,  
 Y queriendo saber por qué lloraba ,  
 Con tácito rumor le preguntaba :

« ¿ Qué pasión y congoja tan urgente  
 Os hace de consuelo ser ajena ?  
 Si es por necesidad que veis presente ,  
 Ninguna razon hay en tener pena ,  
 Pues confío de Dios omnipotente  
 De veros descansar en tierra buena ,  
 Que tras necesidad hay abundancia ,  
 Y viene tras la pérdida ganancia . »

Ella dijo : « señor , esta tristeza  
 No nace de ocasion tan abatida ,  
 Ni temo yo tormentos de pobreza ,  
 Ni verme de regalos despedida ,  
 Pues vos sois mi regalo y mi riqueza ,  
 Y no quiero mas bien en esta vida ;  
 Mas contaré , señor , cosas de espanto.... »  
 Quiso decir , y no pudo con llanto .

Su mas clara razon era gemido  
 Por selle los sollozos embarazos ,  
 Con mal de corazon y sin sentido  
 Hiriendo se hacia mil pedazos :  
 El amante que tal estremo vido ,  
 Quisola socorrer entre sus brazos ;  
 Pena con su dolor , crece su llaga ,  
 Sin saber qué se diga ni qué haga .

La flor mas agraciada de los mozos  
 Se duele del eclipse de su luna ,  
 No con fingidas muestras ni rebozos ,  
 Suo fuerza de amor es importuna :  
 Encuéntranse suspiros y sollozos ,  
 Las lágrimas confusas van á una ,  
 Mostrando claramente por los hechos  
 El íntimo querer de entrambos pechos .

Después que ya cobró color el gesto  
 Y el pecho se mostró con mas aliento ,  
 El amante le dijo : « ¿ qué es aquesto ?  
 De qué procede tanto sentimiento ?  
 En grande confusion me tiene puesto  
 Aqueste nunca visto movimiento :  
 Las lágrimas y lloro hacen pausa ,  
 Y sepa yo de vos toda la causa . »

« Trabajos vuestros son y penas mias  
 (Respondió mitigadas las pasiones) ;  
 Porque por grande número de dias  
 Recuerdo con pesadas turbaciones :  
 Soñé robos , incendios , tiranias ,  
 Sanguinolentos tratos y traiciones :  
 Via tendido , muerto y en el suelo  
 A quien es mi favor y mi consuelo .

« Encarnizados en tan malos hechos ,  
 Aunque yo me ponía de rodillas ,  
 Las dagas me metian por los pechos  
 Y á golpes quebrantaban mis mejillas :  
 Halléme , tales sueños ya deshechos ,  
 Con un grave dolor en las ternillas ;  
 Miréme presto donde me dolía ,  
 Creyendo ser verdad mi fantasia .

« No quiero comparar cosa soñada  
 A la que por verdad es conocida :  
 Mas yo sé que traéis en el armada  
 Gente desvergonzada y atrevida ;  
 Y así , por sí ó por no , se pierde nada  
 En que veáis , señor , por vuestra vida :  
 Sientan de vos rigores algun rato ,  
 Y entiendan que vivís con gran recato . »

Oídas las razones deste cuento ,  
 Ursúa con semblante de risueño  
 Le dijo : « para tanto sentimiento  
 El negocio , señora , fué pequeño ;  
 Pues no debe tan buen entendimiento  
 Tener tan por verdad cosas de sueño ,  
 Pues muchos sueñan casos do perecen ,  
 Y no por eso vienen ni acontecen .

« Siento quererme bien toda la gente ,  
 E yo también estoy muy bien con ella ,  
 Cosa no hallo que me represente  
 Para tanto rigor una centella :  
 Menos puedo hallar hombre viviente  
 Que con razon de mí tenga querella ;  
 Por tanto cese vuestro desconsuelo ,  
 Y deso no tengáis algun recelo . »

« Oh corazon leal , buenas entrañas !  
 ¿ Cuan fuera de razon van tus razones !  
 Mira ya , buen Ursúa , que te engañas  
 Con esas tus sinceras intenciones ;  
 Porque las falsas y traidoras mañas  
 De qué quiera levantan ocasiones ;  
 Quanto mas que ¿ quién vive tan al justo  
 Que para todos gustos tenga gusto ?

Al fin él se quitó de la ribera ,  
 Y con sesenta y tantos escogidos  
 A un Sancho Pizarro mando fuera  
 A seguir los caminos mas seguidos ,  
 Y á ver si por allí hallan carrera  
 Por do salgan á campos estendidos ,  
 Y con la relacion al sexto día  
 Volviese con aquesta compañía .

Entre tanto que estaban en el puerto  
 Esperando los que iban descubriendo ,  
 Trataban de su perdido concierto  
 Joan Alonso Montoya y el Salduendo ;  
 Y algunos no quisieran velle muerto ,  
 Pero querían irse del huyendo ,  
 Recogiendo la ropa y atavío  
 Y de los barcos el mejor navío .

Habia dentro desta compañía  
 Un don Fernando de Guzman , que precio  
 De buena discrecion no poseia ;  
 Y á este cuasi que por menosprecio  
 Le hablaron , y dijo que queria .  
 « Buen Dios , defiéndeme de hombre necio !  
 Pues con sus necesidades é imprudencia  
 Camina tras cualquiera pestilencia .

Júntanse pues con él á la demanda  
 Perez , Montoya , Vargas y Salduendo ,  
 Chaves , Villena , Torres y Miranda ,  
 Los dos Fernandez , cada cual horrodo ;  
 Serrano , Joan Alonso de la Vanda ;  
 Y al mal Aguirre , bravo y estupendo ,  
 Para negocio de tan grande afrenta ,  
 Determinan también de dalle cuenta .

Hablan con él en lo de la huida  
 Por ver si tal desino le complace ;  
 Y respondiotes ser cosa perdida ,  
 A lo menos que no le satisface ,  
 Diciendo ser mejor quitar la vida  
 A quien tan poca cuenta dellos hace ,  
 Y no cumplir tardanza ni pereza  
 Por estar su salud en la presteza .

Entendió las palabras un moreno  
 Llamado Joan Criollo ; y este quiso  
 No con pocos temores en el seno  
 Hacer cuerdo desvio de improviso ;  
 Y aunque negro , sagaz y como bueno  
 Al Ursúa le dijo leal aviso :  
 Pero de sus palabras no curando ,  
 Estúvose con él chocarreando .

¡Oh ciego amor, y ciego quien tal fuere!  
 ¡Oh confianza ya desvanecida!  
 Tienes aviso de quien bien te quiere,  
 ¿Y no quieres perder al homicida?  
 ¿Cómo tan gran descuido se requiere  
 Adonde no va menos que la vida?  
 Al fin tu hado es inadvertencia,  
 Y fortuna do falta la prudencia.

¿Es posible, varón, que no despiertas  
 Con indicio de tanto detrimento?  
 Mira bien que la casa de dos puertas  
 Aposta te la dan por aposento  
 Aquellas intenciones descubiertas  
 Y gente del traidor ayuntamiento,  
 E ya vienen á las ejecuciones  
 De sus mas que dañadas intenciones.

Ausentes eran ya rayos febales  
 De nuestros hemisferios y collados,  
 Y los cansados ojos de mortales  
 En necesarios sueños ocupados;  
 Pero los corazones desleales  
 En su temeridad mas obstinados,  
 El consorcio cruel, falso, maldito  
 Quiso poner por obra su delito.

Y estando los leales espías,  
 Las guardas del real y centinelas,  
 Los pechos furibundos y alocados  
 Usando de sus mañas y cautelas,  
 Unos con arcabuces bien cargados,  
 Los otros con espadas y rodela,  
 Con oscuro hacían su camino  
 Tentados de tan torpe desatino.

¿Adónde vas, traidor ayuntamiento?  
 ¿Qué furia te privó de tu sentido?  
 ¿A cuál de vos causó desabrimiento?  
 ¿Quién de vosotros es el ofendido?  
 A todos procuró de dar contento,  
 Y cada cual de vos es su querido:  
 Matais, pero seris los vencedores  
 Vosotros de vosotros matadores.

Pues la caterva vil, sucia, bellaca,  
 Echando mano van á las espadas,  
 Y con furor que del infierno saca  
 Entrambas puertas tienen ocupadas:  
 Finalmente rodean la hamaea,  
 Y allí le dan crüeles estocadas;  
 El viéndose herir de golpes fieros  
 Les dice: ¿por qué es esto, caballeros?

Sin armas al armado delincuente  
 Se levantó con un recio denuedo;  
 Mas el bando traidor no lo consiente  
 Apresurando su furor acedo:  
 Cayó diciendo bien y claramente  
 Santísimos artículos del credo;  
 Con esta contrición bien conocida  
 El Ursúa partió de aquesta vida.

Conclusa la batalla carnífera,  
 Donde tan gran deshonra se ganaba,  
 Salieron de la casa todos fuera  
 A fin de publicar lo que pasaba;  
 Y el don Fernando, puesta la bandera,  
 A voces libertad apellidaba:  
 Despiertan las sinceras voluntades,  
 Admirados de aquellas novedades.

El buen don Joan de Vargas al momento  
 A su gobernador iba derecho;  
 Pero los del traidor atrevimiento  
 También lo traspasaron por el pecho;  
 Sin cesar el atroce rompimiento  
 Hasta que de la tierra hizo lecho,  
 Adonde el alma hizo despedida  
 De los peligros grandes desta vida.

Estaban los leales como locos  
 De frigidó temores ocupados,  
 Por no saber si son muchos ó pocos  
 Los malos y crüeles conjurados:  
 Sonaron pues pregones y convocos  
 De parte de los duros y obstinados,  
 Con amenazas en rigor estrecho  
 A quien dijese mal de lo mal hecho.

Demás desto la gente bandolera  
 Hizo con atambor echar un bando,  
 Adonde se mandaba que cualquiera  
 Tenga por general á don Fernando;  
 Y se ponga debajo su bandera  
 Y todos se sujeten á su mando,  
 So pena que quien lo contradijese  
 Por la misma razon luego muriese.

Reparten á su gusto los oficios  
 Los inventores de lo ya contado:  
 Aguirre, gran autor de maleficios,  
 Por maese de campo fué nombrado;  
 Y los demás en otros ejercicios  
 Segun suele tener campo formado;  
 Y por este nivel que voy diciendo  
 Capitán de la guarda fué Salduendo.

Pero puesto que fuesen sus intentos  
 De mandos y de cargos señalados,  
 No quiso reparar en nombramientos,  
 Ni fatiga le dan tales cuidados:  
 Pues su felicidad y pensamientos  
 En doña Inés estaban colocados,  
 La cual en el real no parecía  
 Ni con oscuro ni después de día.

Estaba con feminea compañía  
 Aparte y en su rancho recogida,  
 Al tiempo que el rumor la desengaña  
 Del sueño de la muerte sucedida:  
 Huyó con el temor por la montaña,  
 Desconsolada, triste y afligida;  
 Tuviera, conocida su querella,  
 La fiera mas feroz lástima della.

A los espesos bosques se convierte  
 Diciendo con la voz enflaquecida:  
 «Pues tal camino va mi mala suerte,  
 Que es paga justamente merecida,  
 Aquí satisfara mi breve muerte  
 Aquella que causó tan larga vida:  
 No quiera Dios que falsos corazones  
 Cumplan sus deshonestas pretensiones.

» Despedazarme ha la bestia fiera,  
 Y en mi se cebará su duro diente  
 Para que pueda ir á quien me espera,  
 Que es menos mal que ver tan mala gente.  
 ¿Cómo no lo hicieron de manera  
 Que fuéramos entrambos juntamente,  
 Y padeciéramos aquel tormento  
 Con alguna manera de contento?

» La montaña será mi sepultura,  
 Y aquí será mi cuerpo consumido,  
 Hasta quedar no mas que el armadura,  
 De carniceras aves carcomido.  
 ¡Oh desdichada yo, mas sin ventura  
 Que cuantas de mujeres han nacido!  
 ¿Adónde estás, mi dulce señor mio?  
 ¿Qué es de tu valentía y de tu brio?

» ¿Dó tu disposición y gentileza?  
 ¿Adónde está tu rostro sin segundo,  
 Tus bastantes ejemplos de nobleza,  
 Suave conversar, trato jocundo?  
 ¿Qué corazón mostró tanta dureza  
 Que tanto bien sacase deste mundo?  
 Las bestias mas voraces, carniceras,  
 No fueran tan crüeles ni tan fieras.

» En este tan pesado desatino  
 ¡Oh, quien Alcestes, quien Evadne fuera!  
 Cumplióse lo que menos me convino,  
 Y fue para que muchas veces muera;  
 Y habiendo de ir entrambos un camino  
 Hubiste de llevar la delantera.  
 ¿Cómo quieres dejar tu regalada  
 Tan sola, triste y tan desamparada?

» ¿A quien podré decir mi desconsuelo?  
 ¿Quién podrá ser aquí mi cierta guía,  
 Pues que me falta todo lo del suelo?  
 A vos ocurrió yo, virgen María:  
 Favorecedme vos, reina del cielo,  
 Doleos vos de mí, señora mía;  
 Míreme vuestro rostro glorioso  
 En este trance todo trabajoso.

Haciendo va paradas á sus trechos,  
Que el monte y el desmayo la repara,  
Las lástimas de dichos y deshechos  
Endurecidas piedras quebrantara :  
Dábase con las manos en los pechos,  
Apresurados golpes por la cara,  
De las mejillas blancas van colores  
Que vencen a las mas purpúreas flores.

El resplandor dorado del cabello  
Llevaba por los hombros derramado,  
Porque cudiciosísimos de vello  
Los ramos le quitaron el tocado :  
Hacia descubrir el blanco cuello  
Entrellos algun aire reportado,  
Imaginando ser el tal decoro  
Nieve cubierta con madejas de oro.

Entre tanto, Lorenzo de Salduendo  
Andaba con algunos de su bando  
De los unos y otros inquiriendo,  
A hombres y mujeres preguntando,  
Por aquí y aculla yendo y viniendo,  
Como ventor la caza rastreando :  
Por el rocío pues tomó la huella,  
Y no paró hasta que dió con ella.

Rastrean los deseos el empresa,  
Y el carniceiro perro vió la caza ;  
Mas no llegó ni pudo hacer presa  
Que el cebo de sus ojos embaraza :  
¡ Oh Dios ! á doña Inés ; cuánto le pesa !  
Y así su bello rostro despedaza :  
Salduendo con halagos abundantes  
Le decía palabras semejantes :

« Señora doña Inés, no ser locura  
Este sobresaltado movimiento  
Sabed que solamente lo asegura  
Hacello tan cabal entendimiento ;  
Y si fué con temor de gente dura,  
Es no tener de vos conocimiento,  
Pues ante don de perfeccion tan grande  
Ningun rigor habrá que no se ablande.

« Cobrad, señora, vuestro buen sentido,  
Y no queráis dudar en la venida,  
Porque seréis del mod o que habeis sido  
Respetada de todos y servida ;  
Y en fe de hijodalgo comedido,  
Que podeis ir segura de la vida ;  
Mas antes cuantos somos desde agora  
Os obedeceremos por señora. »

Ella le respondió : « señor Salduendo,  
Ningun dolor os dé la vida mía,  
Porque yo por indicios bien entiendo  
Que presto perderá su lozania :  
Solamente mi honor os encomiendo  
En virtud de la buena hidalgua ;  
Pues no me tuvo Ursua de mal modo,  
Y el cómo sabe quien lo sabe todo.

« Yo volveré, señor, de buena gana  
Por la seguridad de mi conciencia,  
Que pretendo morir como cristiana  
Y con mejor recato y advertencia ;  
Y pues mi muerte veo ya cercana,  
Quiero hacer alguna penitencia :  
Ciegos son los sentidos del que piensa  
A mi gran desventura dar defensa. »

Después que doña Inés esto propuso  
A la causa mayor de la revuelta,  
Con mil vacilaciones y confuso  
Al campo del traidor dieron la vuelta ;  
Donde segun templanza de buen uso  
Allí la recibió la gente suelta :  
Holgóse de la ver su compañía,  
Que eran honestas dueñas que tenia.

Luego se confesó devotamente  
Con doto sacerdote conocido,  
Y hizo sepultar incontinentemente  
Con tierno sentimiento su querido :  
Deseaba hacello mucha gente,  
Pero ninguno fué tan atrevido,  
Y en un arbol también de la foresta  
Pusieron una letra como esta :

*Nobilis Ursus confosus hic ossa quiescunt.  
Est altis vigilans, cura sopita sibi.  
Ut sibi consuleret genitus Agnetis amica  
Nec lachrymæ prestant, somnia vana putans.*

Ursua, noble varon  
Y capitán señalado,  
Aquí yace sepultado  
Por alevé y por traicion  
De su campo amotinado.

Su adversa fortuna quiso  
Que muriese de imprevisto,  
Sin recatarse en su vida  
Por no crear el aviso  
De doña Inés su querida.

Puestas las cosas pues en este estado,  
Tan sin rey y con ley tan insolente  
Al término y al día señalado  
Llegó Sancho Pizarro con su gente,  
De las maldades hechas descuidado  
Como quien era dellas inocente ;  
Y visto para mal un mal tan ancho,  
De veras en callar se llamó Sancho.

Al general de torpes desatinos  
Por términos, sin gana, comedidos  
Le dijo cómo no halló vecinos  
De quien pudiesen bien ser advertidos ;  
Pero que vió grandísimos caminos  
Para la tierra adentro muy seguidos,  
Y que por los caminos á sus trechos  
Tenian tambos y aposentos hechos.

Seguir estos caminos pretendia  
La parte mas crecida desta gente ;  
Mas el Aguirre los contradecia  
Por ser su pensamiento diferente :  
Y un fulano Valecázar insistia  
En que los prosiguiesen grandemente,  
Y hiciesen al rey aquel servicio  
Para disculpa deste maleficio.

Esto decía el al don Fernando  
Como amigo leal, reprehendiendo  
Las duras pretensiones de su bando  
Y el hecho que hicieron tan horrendo ;  
Otros buenos consejos le está dando  
Que el miserable ya los va sintiendo,  
Y quisiera tomar aquel escudo,  
Pero salir con esto nunca pudo,

Porque el Aguirre con sus falsedades  
Estaba de la gente muy mas lleno,  
Usando grandes liberalidades,  
Dandoles de lo suyo y de lo ajeno.  
Hecho gran charlatán de necedades  
Y fingiéndose ser otro Sileno,  
Mostrandoseles hombre de buen pecho  
Para poder después hacer su hecho.

El era de pequeña compostura,  
Gran cabeza, grandísima viveza,  
Pero jamás perversa criatura  
Que de razon formó naturaleza :  
Todo cautelas, todo maldad pura,  
Sin mezcla de virtud ni de nobleza ;  
Sus palabras, sus tratos, su gobierno  
Eran á semejanza del infierno.

Charlatancillo vil algo rehecho,  
Sin un olor de buenas propiedades,  
La cosa mas sin ser y sin provecho  
Que conocieron todas las edades ;  
Pero nunca jamás se vido pecho  
Lleno de tan enormes crueldades ;  
Y en tanto grado es esto que toco,  
Que después me direis que digo poco.

Fortalecido pues del villanaje  
Que prestaba favor á sus intentos,  
Hizo desamparar aquel paraje  
Menospreciando ya descubrimientos,  
Llevando por el río su viaje,  
De do para buscar mantenimientos  
La gente descontenta sale fuera  
A los pueblos que ven por la ribera.

E yendo con aquel desasosiego  
Que suelen engendrar tales furores,  
Y los leales pechos en gran fuego  
Que causaban las llamas de traidores,  
Vieron un pueblo do saltaron luego,  
Mas no hallaron ya los moradores :  
Allí desembarcaron los caballos,  
Y el Aguirre mandó luego matarlos.

Sirvieron de sustento los rocines ,  
Siendo por todos ellos repartidos ;  
Y en aquellas comarcas y confines,  
De madera de cedros escogidos  
Hicieron dos muy buenos bergantines ,  
Dejando los demás allí perdidos :  
Aqui también hicieron desatinos  
Que de escarnio no fueron menos dinos.

Pues del rey don Felipe blasfemando,  
A son de trompas y con gran estruendo  
Juraron por su rey al don Fernando,  
Que de hacer un hecho tan horrendo  
Estaba por ventura ya temblando,  
Tan feo disparate conociendo :  
Hacen su jura, bésanle la mano,  
Y dicen, viva el rey, al mal tirano.

El Valcázar los labios remordia  
Y estaba con enojo y furia brava ;  
Mas como dar remedio no podía,  
El intenso dolor disimulaba ;  
Y como, viva el rey, jamás decia,  
El Aguirre, que todo lo notaba,  
Procuró que también metiese prenda  
En cosa tan bestial y tan borrenda.

Y así, viéndolo estar como defunto  
Con un exterior triste y amargo,  
Mandáronlo llamar, y en ese punto,  
Después de le hablar Aguirre largo,  
El rey de naipes con los triunfos junto  
De justicia mayor le dieron cargo :  
La vara le presentan publicando  
Que se la daban por el rey Fernando.

Dicho por el perverso Damasipo  
Aguirre, principal en el alarde,  
Valcázar respondió con santo hipo,  
Desechando temores de cobarde :  
« La vara tomo yo por don Filipo,  
Mi rey y mi señor, á quien Dios guarde ; »  
Mas el varon fiel, leal y fuerte  
Después pagó con gloriosa muerte.

Y agora porque el nombre del rey canta  
Con determinacion tan atrevida,  
Estuvo con cordel á la garganta  
Y en grandísimo riesgo de la vida :  
Intercesion de muchos se levanta,  
Y así fué por entonces suspendida  
La tal ejecucion, y la malicia  
Le quitó luego el cargo de justicia.

Y porque no quedase compañía  
Por el Ursúa muy apasionada,  
Allí luego mataron á Gareña,  
Capitán y persona señalada :  
Demás desto juraron aquel día  
De ser hermanos de la vida airada,  
Y con solene jura que hacían  
Morir unos por otros prometían.

No sé yo cuáles eran los intentos  
De los catorce torpes que juraban ;  
Mas tiene por equívocos acentos  
Segun que los efectos declaraban :  
Y así, por no quebrar los juramentos,  
Los unos á los otros se mataban.  
¡ Oh gente sin razon, caterva ciega !  
Y ¿ á quién no negará quien su rey niega ?

Sonábase tener secreto trato  
Chaves y Joan Alonso de la Vanda ;  
Pero para decillo con recato,  
Mi pluma mal cortada y algo blanda  
Desea hacer pausa por un rato,  
Para ver en qué para su demanda :  
Yo también quiero descansar en tanto  
Que damos orden al futuro canto.

## CANTO CUARTO,

Donde se da razon del mal fin que hubieron todos los conjurados que fueron en la muerte de su gobernador, y cómo Lope de Aguirre se hizo señor de toda la gente con muerte de muchos que tenia por sospechosos y que mormuraban y abominaban de su loca demanda.

Entre falace gente mentirosa,  
Poseida de pérfida locura,  
Eso me da quien teme que quien osa,  
Nunca tiene jamás hora segura :  
Nansimismo se hace sospechosa  
En el soberbio ver mucha blandura ;  
Pues suele retraerse el de fe falto  
Para poder hacer mejor el salto.

En aqueste consorcio tan perjuro,  
Tan sin Dios, tan sin rey como ya digo,  
Cada cual se halló menos seguro  
Con quien mas se vendia por amigo ;  
Y entonces caminó con mas escuro  
Cuando mas claridad llevó consigo,  
Porque ninguna lleva quien mal hace,  
Y aun de sí mismo no se satisface.

Aguirre supo pues andar tramando  
A Joan Alonso de quitar la vida  
A él y al mentecato don Fernando,  
Con ambicion que pudo ser creida  
De se quedar á solas con el mando,  
Y aunque la causa no muy conocida,  
A lo menos constó que se quejase  
De que Lope de Aguirre lo mandase.

El cual, usando de sus artificios,  
Porque menos en él se conociesen,  
Haciendo dejacion de sus officios  
Al Joan Alonso hizo que se diesen ;  
A fin de que por estos beneficios  
Se descuidasen y se convenciesen,  
Dijo también con parlamento largo  
Ser Joan Alonso digno de mas cargo.

El Joan Alonso se les mostró grato  
Tomando sobre sí los cargos luego,  
Porque con ambicion al insensato  
No le fué necesario mucho ruego :  
El Aguirre vivía con recato,  
Y el dicho Joan Alonso fué tan ciego,  
Que sin reguardo de discreto modo  
Pensaba suyo ser el campo todo.

Mas un aguja fuerte que tenia  
Nunca se le caía de la mano,  
Diciendo por allí que la traía  
Para cierto carillo mas que hermano :  
Joan Alonso, jugando pues un día  
Con otros del jaez el triunfo llano,  
Aguirre le cogió con tales mañas,  
Que con ella le dió por las entrañas.

Quitóle ya los cargos con la vida ;  
Y el Chaves, viendo tales embarazos,  
Quiso tomar el agua por guardada,  
No pudiendo valerse de sus brazos ;  
Mas gente del traidor apercebida  
En ella lo hicieron mil pedazos :  
Muertos tenemos dos de los motines,  
Los demás no ternán mejores fines.

Viéndose pues con este desembargo  
De gente que les era sospechosa,  
Al Aguirre volviéronle su cargo  
Porque ya no podían otra cosa,  
A causa de tener consorcio largo  
De gente, segun él facinerosa,  
Con la cual so color de buenos fines  
Nunca desamparó los bergantines.

Recelándose dél el don Fernando  
Y los demás que desta junta fueron,  
Deseaban de le quitar el mando  
O la vida con él, mas no pudieron :  
Cubre sus intenciones este bando  
Buscando la sazón que no tuvieron,  
Porque Aguirre, que dellos se recela,  
Siempre tenia diligente vela.

Al mal Aguirre la noticia vino  
 Desto que contra él se concertaba  
 Por Gonzalo Guirál, con ser sobrino  
 Del Guzman, porque del se confiaba;  
 Pero la confianza del malino  
 Contra si saca tiros del aljaba,  
 Porque permite Dios por sus pecados  
 Que en la misma moneda sean pagados.

Pues el viaje ciego prosiguiendo,  
 En cierta isla do paró la gente,  
 Don Fernando por parte del Salduendo  
 Al Aguirre mandó públicamente  
 No vaya doña Inés con el estruendo,  
 Sino que se le dé lugar decente:  
 El Aguirre desenfrenó la lengua,  
 Hablando muchas cosas en su mengua.

Blasfemias increíbles va diciendo,  
 Puesta la fuerte cota y el almete,  
 Y en altas voces con furor horrendo  
 Cuyo temor en las entrañas mete.  
 Dice: «¿dónde se sufre que Salduendo  
 En mi vejez me haga mandillete?  
 El y ella se guarden del diablo,  
 Porque yo mismo soy aquel que hablo.

Salduendo tales cosas escuchando,  
 No menos encendido de coraje,  
 Luego se quejó del al don Fernando,  
 Diciendo del Aguirre con ultraje:  
 ¿Dónde se sufre que este tenga mando?  
 ¿Hay necesidad del en el viaje?  
 ¿Un hombrecillo de los desechados  
 Nos tiene de tener avasallados?

Aguirre, por tomar mas de mañana  
 Los pasos a los que eran del concierto,  
 Entró tras él bien como tigre liricana,  
 O bien como leon bravo y esperto,  
 Y atravesólo con la partesana,  
 Dando luego con él en tierra muerto:  
 Don Fernando quedó como sin tiento,  
 Viendo tan infernal atrevimiento.

El Aguirre, por escusar bullicios,  
 Le dijo: «rey preclaro y excelente,  
 No juzgues ser aquestos maleficios,  
 Sino frenos seguros a tu gente:  
 Que cierto dignos son estos servicios  
 Deste tu fidelísimo sirviente,  
 Pues he por ciertas vías descubierto  
 Haberte de matar quien he yo muerto.

Notad, letores, la borracheria,  
 Las traumas, las cautelas, los desinos;  
 Pues yo no sé si flore ni si ría  
 Tan enormes y feos desatinos:  
 So color pues de lo que le decia,  
 Ensangrentó las playas y caminos  
 Con Montoya, con Cristóbal Fernandez,  
 Y otros en su maldad no menos grandes.

En aquesta revuelta tan nociva,  
 Llena de tan pesados desconciertos,  
 La bella doña Inés estaba viva,  
 Aunque ya se contaba con los muertos;  
 Porque tenía buena retentiva  
 Del grave sueño de los otros puertos,  
 Revuelve desventuras en su pecho  
 Viendo para su mal camino hecho.

Mandóla pues llamar la pestilencia;  
 Mas ella, conmovida de temores,  
 Hizo como la otra vez ausencia,  
 Asombrada de ver tales rigores;  
 Mas Aguirre con suma diligencia  
 Despachó por su rastro dos traidores,  
 Mandando que la dejen tan sangrienta  
 Que parta para Dios á dárle cuenta.

Para caso tan ignominioso  
 Partieron, como digo, dos lebreles,  
 Que fueron Alarcon y Joan Llamoso,  
 Peores mucho mas y mas crueles;  
 Pues eclipsan el rostro mas hermoso  
 Que retrato de Venus por Apeles;  
 Mas Dios nos guarde de villano tiesto,  
 Cuando para maldad viene dispuesto.

Anduvo pues la torpe camarada;  
 Y siendo por los bosques inquerida,  
 Hallaron a la malaventurada  
 Dentro de ciertas matas escondida;  
 ¡Oh maldad en maldades señalada!  
 ¡Oh cruda crueldad jamás oída!  
 ¿Qué corazón de fiera tal hubiera  
 Que de tanta beldad no se doliera?

El hórrido temor en que se halla  
 Cubrióla luego de sudores frios,  
 Que bien vió que venían á matalla  
 La gente de los torpes desafíos:  
 Habló con triste voz á la canalla:  
 ¿En qué os ofendi yo, señores míos?  
 ¿Qué fruto, qué valor, qué bien se saca  
 De me matar a mí, mujer tan flaca?

Arroyos claros van por las mejillas  
 Y por hermosos pechos de la dama,  
 Que puestas por el suelo las rodillas,  
 Piedad, piedad á voces clama:  
 El eco va haciendo maravillas,  
 Con acento que al aire se derrama  
 Endurecidos robles hace blandos;  
 Mas no los duros pechos y nefandos.

Las aves por los árboles gemían,  
 Las fieras en el monte lamentaban,  
 Las aguas sus discursos detenían,  
 Los peces en el centro murmuraban;  
 Los vientos con los sonos que hacían  
 Tan execrado hecho detestaban:  
 Salió de las cavernas un ruido  
 Que perdieron de hombres el sentido.

Pues como tal, el pérfido Llamoso  
 Asiedola del áureo cabello  
 (¿Qué haces, ó cruel facineroso?  
 ¿No ves un espectáculo tan bello?),  
 Al fin con el cachillo sanguinoso  
 Cortó las venas de su blanco cuello;  
 Fuego de San Anton abrase mano  
 Que pudo hacer hecho tan tirano.

¡Traidor! si tú naciste de mujeres,  
 ¿Qué bestia parió hijo tan nefando?  
 Y si eres hombre, di, ¿cómo no mueres  
 Tan enorme traición imaginando?  
 Desdichado de tí, que donde fueres  
 Siempre la soga llevas arrastrando,  
 Pues la justicia del divino alarde  
 No deja de llegar, aunque se tarde.

Al fin dos dueñas desta compañía  
 Hicieron doloroso sentimiento,  
 Las cuales entre miedo y osadía  
 Celebraron aquel enterramiento,  
 Y lo mejor que cada cual podía  
 Hicieron un humilde monumento,  
 Donde lloraron estas crueldades  
 Driades, amandriades, nayades.

Y entre lamentaciones y dolores,  
 Que las piedras movían a blandura,  
 Cogían violetas, lilios, flores,  
 Con que cubrieron esta sepultura:  
 Allí solenizaron ruiseñores  
 Exequias de tan grande desventura,  
 Y no faltó también quien escribiese  
 En los árboles letra que dijese:

*Conditor his lauris profulgens forma puella,  
 Quam tulit innotem sanguinolenta manus.  
 Gloria subararon est extinctione cervice corpua,  
 Ast homini vivens displicuit facies.*

Encubren estos laureles	Aquesta montaña esquivá
Aquella que extremo fue	Se tiene por muy altiva
De hermosas y felices,	Con su muerte perfeccion,
A quien sin qué ni por qué	Y el animal de razon
Mataron manos crueles.	No quiso tenella viva

Ya la febea luz se despedía,  
 Y llegados los nublós vaporosos,  
 El impío traidor que no dormía  
 Dió fin de tres ó cuatro sospechosos:  
 Y el torpe don Fernando no sabía  
 Las muertes ni los trances rigurosos  
 Por tener tales guardas el invisio  
 Que ningunos osaron dar visio.

¿Dormís, Guzmán, en suerte tan siniestra,  
Y no veis cómo vela la raposa?  
Dormid, que presto llegará la vuestra  
Y aun de muchos, según anda la cosa:  
A vos se llega la sangrienta diestra,  
Allá camina ya furia rabiosa,  
Gran copia van con él de sus alanos,  
Ensangrentados piés, brazos y manos.

Entrando por la casa desta suerte,  
Comienza de picar la bestia fiera,  
Al mas dormido hace que despierte;  
Pero su despertar del sueño era  
Para dormir el sueño de la muerte,  
Con ver el fin que su maldad espera;  
Pues otros cuatro de los conjurados  
Fueron á dar razon de sus pecados.

Danse voces, gemidos, hay revueltas,  
Suena por todas partes duro hierro,  
Las furias infernales andan sueltas  
Llevando los que van á su destierro:  
Un clérigo mataron á las vueltas,  
Aunque la bestia dijo que por yerro;  
Pero siempre le fueron odiosos  
Eclesiásticos y religiosos.

El herido Guzmán salió huyendo,  
Cuasi cortadas las vitales vías;  
Mas una bala que lo fué siguiendo  
Dió fin á sus reales biérras;  
Y el Aguirre, traidor, malo y horrendo,  
Hizo y deshizo rey en cuatro días;  
Y agora concluidos estos males,  
A su gusto nombró los oficiales.

Por maese de campo fué nombrado  
El Martín Perez de la compañía  
En la muerte de Ursúa malogrado,  
Por capitán á Cristóbal Garcia:  
Fué otro capitán Diego Tirado,  
Y del ligar Espindola se fia  
También cierto Roberto Vizcaino,  
Todos prendados en su desatino.

Las cosas ya sujetas á su mano,  
Y puestas en estado semejante,  
Aqueste crudelísimo tirano  
Prosiguió sus viajes adelante,  
Tomando del vecino mas cercano  
Comida que pudiese ser bastante;  
Y en un pueblo saltó de la ribera,  
Donde la gente toda salió fuera.

Alli quisiera cierta camarada  
En matar al traidor ganar corona,  
Por ver tan suelta y tan desenfadada  
Aquella crudelísima persona;  
Mas Aguirre tomó la madrugada  
En ellos empleando la hascona,  
O porque sospechó tales conciertos,  
O porque le serian descubiertos.

Quedó tan sospechoso de sus males,  
Que yendo navegando por el rio  
Mató cuantos sentia ser leales,  
Y no seguian bien su desvario:  
Mataba de soldados principales  
Los que reconoció con algun brio,  
Y al tiempo que embarcó las gentes todas,  
Un caballero de San Joan de Rodas.

El pobre Pero Alonso se temia  
De sus horribles y espantables sañas,  
Porque el Aguirre siempre le decia:  
«A Filipo teneis en las entrañas;  
Pues, Pero Alonso, muy justo seria  
Que perdiédesed ya las malas mañas;  
Porque bien os entiendo, y aun espero  
Hacer un stambor de vuestro cuero.»

Mas él, como sagaz, aquesto visto,  
Como mejor podia lo llevaba,  
Y como viejo ya y hombre bien quisto,  
De todo desafuero se escusaba:  
Al fin que fué servido Jesucristo  
Siempre librallo desta fiera brava,  
Y aunque varon de brio, donde quiera  
Haciase mas manco de lo que era.

Luego hicieron otro maleficio;  
Y fué que, por los barcos ir muy llenos,  
Alijaron gran copia de servicio,  
Todos indios ladinos y muy buenos,  
A la disposicion y beneficio  
De los caribes indios destos senos;  
Llorando van los amos y señores,  
Y los indios acá daban clamores.

«¿Adónde nos dejáis desamparados  
Fuera de nuestras tierras y regiones?  
Desta manera suelen ser pagados  
Los servicios con malos galardones:  
Tened mancella destos desdichados  
Que quedan en terribles confusiones;  
Llevadnos hasta ver otras riberas  
Que no sean de gentes carniceras.»

Dios sabe lo que cada cual sentia  
Con hecho tan crúel y tan malino;  
Mas Aguirre de nada se dolia  
Siempre con un furor luciferino,  
Que toda piedad aborrecia;  
Y así fué prosiguiendo su camino,  
Y por se condoler mató á Palomo,  
Y otro quiero nombrar y no sé cómo.

Caminan pues aquestas compañías  
Ya sin hacer parada ni reporte,  
Sin dar seguridad las tiranías  
Al apartado dellas ni al consorte;  
Y al cabo de buen número de dias  
Las ondas vieron de la mar del norte;  
Y creyendo venir siempre por rio  
Habia hecho dél grande desvio.

Viendo que por la mar van navegando,  
Por agua dulce daban todos grita;  
Mas el salso licor iban cortando,  
Y así pesada sed los necesita  
Ir con velas y remos demandando  
La tierra de la isla Margarita,  
Donde con estas penas y porfias  
Tardaron en llegar catorce dias.

Acercándose ya mala vulpej-  
Al rancho descuidado al cordero,  
Primero la verán en piel de oveja,  
Después un falso lobo carnicero:  
¿Oh cuán gran tempestad se le apareja,  
Cuánta calamidad y desafuero  
Al pueblo y á la tierra circunstante  
De tan acerbos males ignorante!

Antes pues que saltasen en el puerto,  
Por los ministros de piedad ajenos  
El buen Sancho Pizarro quedó muerto,  
Valcazar y Guiral ni mas ni menos.  
Pagó á Guiral habelle descubierta  
Conjuros contra él, aunque no llenos,  
Otros cuatro mataron juntamente  
Por ser al malo sospechosa gente.

Ansimismo mandó la bestia fiera  
Que vivo Pero Alonso no quedase,  
Mas el ejecutor crúel espera  
A que con mas rigor se lo mandase;  
Ordenándolo Dios de tal manera  
Que para mal de Aguirre se guardase,  
Porque viendo sizon y coyuntura  
Procuró buscar tierra mas segura.

Pues lleno de temores y confuso,  
Una noche haciendo centinela  
A poner war en medio se dispuso  
En una muy pequeña canouela,  
Con un indio maestro de aquel uso  
Que á tierra lo llevó de Venezuela  
Y en el pequeño palo mal cavado  
Se vido muchas veces anegado.

Con mas seguridad del mar se fia  
Que de estar entre gente tan maldita,  
Y el riesgo de la mar en que se via  
El otro no menor le facilita,  
Huyendo del traidor al quinto dia  
Después que ya tomó la Margarita,  
Donde por os contar cosas de espanto  
Conviene que hagamos nuevo canto.

## CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo.

Aquel que de gobierno tiene mano  
No cumple que se crea de lijero,  
Porque no todos tienen pecho sano,  
Ni cuanto dicen sale verdadero:  
Guárdese del que tiene mas cercano,  
Y mucho mas y mas del estranjero,  
Pues debajo de sanas apariencias  
Suelen venir cubiertas pestilencias.

Y suelen encarnar en el inerte  
Que mal inconvenientes asegura;  
Y si se recatara desta suerte  
Quien tenia la tal judicatura,  
Por ventura huyera de la muerte  
Y su pueblo de tanta desventura,  
Como le sucedió de la llegada  
De gente tan bestial y desalmada.

Era perpetua gobernadora  
Desta isla do va furia rabiosa,  
Aquella nobilísima señora  
Doña Aldonza Manrique, generosa,  
De mucho mas honor merecedora  
Y para gobernar mas alta cosa;  
Tenia pues entonces el gobierno  
Don Joan de Villandrando su buen yerno.

Para tomar Aguirre pues el puerto  
Haciales el tiempo diferente;  
Mas los autores deste desconcierto  
Echaron do pudieron cierta gente:  
El mal que malos tienen encubierto  
Mal lo puede hacer el inocente;  
Pero no convenia ser ajeno  
De cautelosos trances cualquier bueno.

Salió por adalid Diego Tirado  
De los soldados que salieron fuera,  
A quien si horecas vieran estirado  
Ninguna sin justicia se hiciera:  
Al buen gobernador dió su recado  
Haciendo relacion no verdadera;  
Pues á su salvo pudo dar aviso,  
Mas este mal cristiano nunca quiso.

Dada la relacion de su venida  
Con el premeditado fingimiento,  
Y declarando ser gente perdida  
Falta de agua y falta de sustento;  
Pidióle proveyesen de comida,  
Prometiéndole pagar á su contento  
En preseas que mas á gusto fuesen,  
Y algunas les mostró porque las viesen.

Diciendo, que harán matalotaje  
De aquello que les fuese conveniente,  
Porque ya por estar en buen paraje  
Se querian partir incontinentemente,  
En continuacion de su viaje  
Hasta Nombre de Dios derechamente;  
Paes en Pirú los mas dejaban prendas,  
Repantiamentos, casas y haciendas.

Como gentes allí son enseñadas  
A socorrer paupérrimos soldados  
Que de descubrimientos y de entradas  
Suelen llegar allí desbaratadas  
Todos se convidaron con posadas,  
Diciendo que seran agasajados  
El señor capitán y compañía  
Con toda la posible cortesía.

Y así luego don Joan con buen semblante  
Subió con los alcaldes á caballo,  
Por traer al Aguirre por delante  
Para servillo mas y regalallo;  
Mantenimiento llevan abundante.  
Sin consentir vendello ni comprallo:  
Via la perdicion que se seguia,  
Y el maldito Simon nada decia.

Entre tanto que Milo revolvía  
A dar cuenta de los engaños hechos,  
Desembarcó la mala compañía,  
Ascondidas las armas y pertrechos;  
Porque toda la gente que venia  
Asegurase mas sus buenos pechos,  
Llegóse pues en desastrada hora  
Esta gente leal á la traidora.

Con gran urbanidad hablan con ellos  
Manifestando sanas intenciones:  
Aguirre se holgó mucho de vellos,  
Mas no para dar justos galardones;  
Pues luego hizo señas de prendellos.  
A sus descomedidos marañones  
Y como de los tales no se esquivan  
Facilmente prendieron cuantos iban.

Al pueblo parten luego los traidores,  
A su Dios y á su rey falsos perjuros,  
Hicieronse de todos poseedores  
Inquietando todos los seguros.  
No os confiéis así, gobernadores,  
A quien cumple mirar males futuros,  
Y es bien en las provincias apartadas  
Que vivan las justicias recatadas.

Aguirre va mostrando su braveza  
Mala, crúel, bestial, tonta, beoda,  
Por toda parte cunde su vileza  
Los lugares mas limpios mas enloda.  
Tomó las llaves de la fortaleza,  
Señor se hizo de la isla toda,  
Mandó poner en ella con prisiones  
Al don Joan y á mujeres y varones.

A este sin ventura caballero  
Con áspera prision le hizo pago,  
Y en los demas el lobo carnicero  
Cada dia hacia gran estrago:  
Debió ser engendrado de Cerbero  
Y en las tormentas del averno lago;  
Segun que de piedad tuvo penuria,  
Su madre debía ser alguna furia.

Al tiempo destes torpes desatinos,  
En la provincia de Maracapaná  
Estaba frai Francisco Montesinos  
Con cien hombres de gente baquiana,  
Debajo pretensiones y desinos  
De ir á la conquista de Guayana;  
Y como tales cosas inquiria  
Aguirre supo desta compañía.

Este traidor feroz y diligente,  
En la bestialidad de su porfia,  
Deseaba juntar aquella gente  
Con la demas traidora que tenia,  
Y señaló por hombre suficiente  
Para hablalles á Martín Monguía,  
El cual fué por la mar adonde estaba  
Con cartas del tirano que llevaba.

Monguía, que se vido con soltura  
Y en alta mar con velas y con remos,  
A diez que lleva dijo: « gran locura  
Será, señores míos, si volvemos:  
Pues es modo bestial y maldad pura  
La vida y el camino que traemos »  
Parecióles su dicho nada feo  
Por ser aqueste mismo su deseo.

Llegó Monguía pues muy diferente  
Del traidor mandamiento que llevaba,  
Y al fraile Montesinos y á su gente  
Dió luego cuenta de lo que pasaba:  
También le dió con un cierto presente  
La carta del tirano que llevaba  
Tan loca, tan bestial, tan atrevida,  
Que fué de todos ellos bien reida.

Todos los mas enormes desatinos  
Parece que en su carta los abarca,  
Porque promete dones peregrinos  
Y al fraile de hacello partriarca;  
Mas no fué *mentis inops* Montesinos,  
Por ser como lo es hombre de marca,  
Y así luego curó probar la mano  
En darle sobresaltos al tirano.

Tenia con la gente mal avio  
Para bien ofender tales guerreros,  
Mas hizo recoger en un navio  
Los unos y los otros compañeros:  
Metieron ansimismo de buen brio  
Algunos indios muy buenos flecheros,  
Y ansi partió desde Maracapaná  
Para la Margarita que es cercana.

Aguirre gran contento recibia  
Cuando deste navio vió la frente,  
Teniendo por muy cierto ser Monguía  
Y el fraile que venia con su gente:  
Llegó la nao pues donde queria,  
Y echó fuera los indios prestamente,  
Acudieron á su recebimiento  
Frustrados de su loco pensamiento.

Pues los indios con flechas herboladas  
Comenzaron allí su duro juego  
Con dos, ó tres, ó cuatro rociadas,  
A las ondas del mar huyendo luego;  
Do no los alcanzaban las espadas  
Ni podian dañar tiros de fuego,  
Y dado salutífero rocío  
A nado se volvían al navio.

Desde el cual la caterva de Monguía  
Hablando con la gente del tirano  
Con levantadas voces le decia:  
« Desamparad aqueise mal cristiano,  
Huid abominable compañía,  
A la bestia crúel dalde de mano,  
Dejad á tan perversa criatura  
Y cesen los extremos de locura.»

Aguirre, como se halló burlado,  
De manos y de piés vuelve hiriendo,  
Y con furores de endemoniado,  
Que tal estaba el segun entiendo,  
Maldice cielo y tierra y lo criado,  
Acá y allá la cara revolviendo,  
Lanzando vivo fuego por los ojos  
Por ver donde descargue sus enojos.

Diciendo: « ¡ quién cogiera la persona  
De aquel reverendísimo soldado  
Para poder hacelle la corona  
Con bracamarte fino y amolado!  
Fraile hecho ministro de Belona,  
Monguía hecho fraile y ordenado.  
¡ Oh mal traidor, ladron, facineroso!  
¿ Tan presto te tornaste religioso? »

» Oh sucios fugitivos como ciervos!  
Huélgame que seamos arrieros,  
Estended bien los encogidos nervios,  
Que yo recogeré vuestros gargueros;  
Porque de vuestras carnes como cuervos,  
Y en las cabezas crien avisperos.  
¡ Locos, tontillos, vanos y livianos!  
Y ¿ pensáis escaparos de mis manos? »

» Aunque el traidor Monguía se remonte,  
Acá quedan espíritus malinos  
Que sabran dó lijais el horizonte,  
Cuales sendas llevais y qué caminos.  
Descubriran las matas en el monte  
A los que se tornaron montesinos,  
Que el mejor de vosotros es mas malo,  
Y ansi do quier que vais hay sogá y palo.»

El fraile, como vido tanta gente  
De parte la tirana competencia,  
Con arcabucería tan potente  
Que resistiera muy mayor potencia,  
Determinó partir incontinentemente  
A dar razon á la real audiencia  
De la Española, donde ya sabia  
Que el inclito Cepeda presidia:

En estas partes hombre señalado,  
Por ser en sus gobiernos escelente,  
Varon en todas ciencias estremado,  
No con menos extremos de valiente;  
El cual con su valor acostumbrado,  
Habida relacion del delincuente,  
Por ir á castigar tan malos hechos  
Convocó gentes y juntó pertrechos.

Fué brevemente gente recogida,  
Todos á voluntad de quien los lleva;  
Mas al tiempo que estaban de partida,  
A la real audiencia vino nueva  
Cómo la muy crúel y mala vida  
En muerte semejante hizo prueba;  
Y pues ya se quedó Joan de Cepeda,  
Volvamos al Aguirre donde queda.

El cual desde la mar volvió bramando;  
Lanzando por los ojos vivo fuego  
Al triste pueblo vino, y en llegando  
A los presos alcaldes mató luego;  
Y entre ellos al don Joan de Villandrando,  
Sin se vencer de lástima ni ruego:  
Otros mató también, y otros espanta  
Con sogas y cordel á la garganta.

Vereis temblar mujeres y varones  
Viendo de desventura tal amago,  
Y tan encarnizadas sin razones  
Que turcos no hicieran mas estrago:  
Noches y dias hay lamentaciones,  
Ojos de cada cual hechos un lago,  
Y por estos crúeles pareceres,  
Ansimismo pasaban las mujeres.

Ejemplo puede ser la siu ventura  
Ana de Rojas, que ninguno fuera  
Tan torpe ni tan maia criatura,  
Que todo buen respeto no tuviera  
A su belleza, gracia y hermosura,  
Sino quien tan bestial y malo era:  
Aqueste la miraba de mal ojo,  
E yo diré la causa del enojo.

Huia con la mas gente traidora  
El alférez mayor dicho Villena,  
Huésped para su mal desta señora,  
Que sin lo merecer llevó la pena.  
Este para huir halló su hora  
Por no le parecer tal vida buena:  
A ella, que tembló des que lo vido,  
Aguirre pidió cuenta del huido.

Ella como podia se escusaba,  
Amortiguados róseos colores,  
Que ya parece ser adivinaba  
El fin á que venian los traidores:  
Hincada de rodillas les rogaba  
No descarguen en ella sus furores;  
Mas el protervo, sobre malos malo,  
Mandó que se la pongan en un palo.

Acude la vil gente que traia,  
Fácil á todos vientos y mudable,  
Colgaronla del arte que decia,  
Sin haber quien le ruegue ni le hable:  
Llegados pues, el arcabuceria  
Descarga en la triste miserabile.  
¡ Anatematizados sean pechos  
Que concibieron tan enormes hechos!

» Bajo, bestial, crúel y vil alarde,  
Villanaje soez mas que villano!  
¿ Es posible que tanto furor arde  
En detestable corazon humano?  
Pero Dios me defienda, libre y guarde  
De quien él ha dejado de su mano;  
Pues lo mas malo juzga por facecia,  
Y todo bien postpone y menosprecia.

Al fin la muy querida y regalada,  
Que solia burlar del mal vestido,  
A cuya devocion la mas honrada  
Y el mas cabal estaba convertido,  
¡ Oh secretos de Dios! vereis ahorcada.  
Dolor inmenso para quien la vido  
Otro tiempo gozar pomposa vida,  
Viendo su muerte ser tan abatida.

Vereis dolorosísimo gemido  
Por toda la familia que tenia:  
Lloran los hijos, llora su marido,  
Que ternisimamente la queria,  
Y el lobo carnicero que lo vido  
Dijo: « pues vos tenedle compañía,  
Que cuando dos personas bien se quieren  
Gran contento les es si juntos mueren. »

Tumulto de demonios inhumano,  
De Dios y de su rey mal enemigo,  
Poco tardaron en echalle mano  
Sin otra causa mas de la que digo;  
Y al viejo grave, trepidante, cano,  
En los descubrimientos mas antiguo,  
Le cortaron el hilo de la vida  
A fin de que buscarse su querida.

Demás de muchas muertes de cristianos  
Asoló casas, destruyó haciendas,  
Y murió Martín Pérez á sus manos,  
Que contra él soltaba ya las riendas:  
Hizo matar tres frailes franciscanos  
Por hacelles á todos meter prendas;  
Y ganaron con él aquesta loa  
Un viejo Paniagua y Figueroa.

Fray Andrés de Valdés, mi buen amigo,  
No se libró de los mortales daños,  
Pues uno fué de tres frailes que digo  
Cargado de vejez y largos años,  
De pobres peregrinos gran abrigo,  
Ajeno de cautelas y de engaños,  
Y así dolió su mal acabamiento  
Sin osarse mostrar el sentimiento.

Como vuelta del fraile recelaba  
Que le decian ir por mas potencia,  
Barcos y bergantines aprestaba  
Con gran solicitud y diligencia;  
Y el miserable pueblo deseaba  
Ver fuera tan terrible pestilencia,  
Pues nadie tuvo de su salvamento  
Seguridad un punto ni momento.

Segun el que condenan á que muera,  
Que el resto del vivir en Dios convierte,  
Y está todos momentos en espera  
De las ejecuciones de la muerte;  
Con tal inquietud vivió cualquiera  
En tanto que duró tan mala suerte:  
Al comer, al dormir, bajos y altos  
Estaban con trescientos sobresaltos.

Porque vais las cosas cómo andan  
Donde las tiranías prevalecen,  
Y á cuantas desvergüenzas se desmandan  
Los que con tales fiebres adolecen:  
¡Oh, felices las tierras donde mandan  
Reyes, y santas leyes se obedecen,  
Que cierto la tal es en esta vida  
Dadiva santa mal agradecida!

Pues el bestial con un sangriento hipo,  
De la sed infernal nada distinto,  
Escribió cartas á su rey Filipo,  
Hijo del invencible Carlos quinto:  
No con la discrecion del sabio Edipo,  
Pues por disparatadas no las pinto,  
Razones emanadas de su saco  
Y charlatanerías de bellaco.

Después que con aplausos y gran grito  
Sacaron sus secuaces mil traslados,  
Para sus bergantines los incita  
Do luego se metieron los soldados;  
Y en esto dejaré la Margarita  
Y á todos sus vecinos asolados:  
El mas rico tan pobre mendicante,  
Que no se veido cosa semejante.

Los unos y los otros lamentaban  
Porque cosa que preste no les queda,  
Y los mas remediados mas estaban  
En lo mas abatido de la rueda:  
Entre ellos finalmente se trataban  
Pedazuelos de hierro por moneda,  
Así que los desechos de rincones  
Entonces fueron los preciados dones.

Mas el sumo Señor de tierra y cielo  
Remedio sus trabajos y pobreza,  
Con envialles luego su consuelo  
Y descubrir allí suma riqueza  
De perlas, que, segun yo lo nivelo,  
Deben de ser en muy mayor grandeza  
Que en el tiempo que tengo declarado  
En otra parte deste mi tratado.

Ya por aquellos mares comarcanos  
Melchior Maldonado mete prendas,  
Diego Nuñez Beltrán y sus hermanos  
Entablan potentisimas haciendas:  
El mariscal Miguel de Castellanos  
A la fortuna tiene por las riendas,  
Y otros siguen también prósperos lances  
Y don Luis de Leiva los alcancaes.

Resucita la gala y el arreo  
Y toda cobardia se destierra,  
Tornado ha la justa y el torneo,  
Soldados y pertrechos para guerra:  
Hágales Dios el bien que yo deseo,  
Que cierto quiero bien aque'lla tierra,  
Pues por allí gasté mi primavera  
Y allí tengo también quien bien me quiera.

Pero dejémoslos meter las manos  
En aquellos riquisimos ostiales,  
Sacando de las conchas bellos granos  
De perlas transparentes orientales;  
Pues quiero perseguir estos tiranos  
Por ver en qué pararon tantos males,  
Y porque los letores tengan cebo  
Acabaremoslos con canto nuevo.

## CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la isla Margarita y entró por Burburunata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la nueva Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento.

Así como tumulto de repente  
Es causa de confusas turbaciones,  
Así si venedero mal se siente  
Lo hacen menos buenas prevenciones,  
Donde cada cual anda diligente  
Antes que lleguen las ejecuciones  
Como tiro que vistes venir claro  
Que procurais hacelle buen reparo.

Fueran pues por la gente marañona  
Los pueblos de la costa destruidos,  
Si por el que mi verso ya pregona  
No fueran con aviso socorridos;  
Pero por la bondad desta persona  
Vivian todos ellos advertidos,  
Estaban vigilantes donde quiera,  
Y el Pero Alonso y ellos en espera.

Al tiempo pues que del leon nemeo  
El padre de Faeton se despedia,  
Y del ilustre resplandor febeo  
Imagen de la Virgen se vestia;  
Aguirre lleno de su mal deseo  
Partió con su dañada compañía,  
Traidora, desleal, falsa, perjura,  
Y siempre pertinaz en su locura.

En cuál de dos caminos se desvela:  
O irse por la mar mas adelantado,  
O por la tierra desde Venezuela  
Ir al reino que está poco distante:  
Y á escoger el Cabo de la Vela,  
Hacia su partido mas pujante:  
Porque tomara copia de dineros,  
Navios y con ellos marineros.

Fué negocio de muy mucha importancia  
Para quien en la costa residia,  
Por haber por allí gran abundancia  
De vagabundos y gente baldia:  
Y estos acuden á la mas ganancia  
Sin saber el fidel de quien se fia,  
Por ser así de malos como buenos  
Malos de conocer pechos ajenos.

Y aunque es cierto que no prevaleciera,  
O muerto de los snyos ó de extraños,  
Prímero que en tal punto se pusiera  
Hiciera por la costa grandes daños;  
Mas Dios lo proveyó de tal manera  
Que presto fenecieron sus engaños,  
Pues en las elecciones del camino  
Escogió lo que menos le convino.

Llegó con sus soldados al paraje  
De la Burburata, y el armada  
Quiere que por allí haga viaje  
A este nuevo reino de Granada:  
Saltan en tierra, hacen homenaje  
De llevar adelante su jornada,  
Derribando contrarios estandartes  
Hasta señorear indianas partes.

Como de los pasados desatinos  
Y la ferocidad de su venida  
Estaban avisados los vecinos,  
Los piés pusieron todos en huida:  
Por pueblos, valles, sendas y caminos  
Se daba grande trueno y estampida,  
La fama publicaba nada menos,  
Antes los mas vacíos hizo llenos.

Los nublados llegaban muy oscuros  
Y con preñeces grandes los efectos,  
Eran de recelar males futuros  
Y así los recelaban los discretos:  
Sobresaltábanse los mas seguros,  
Perdian el sosiego los quietos,  
Y en breve fue la nueva derramada  
Por este nuevo reino de Granada.

Es la ciudad de Mérida postrera,  
Do el dicho nuevo reino se termina,  
En saber tales nuevas la primera,  
Y la que por acá las encamina:  
De la dicha ciudad entonces era  
Capitán Pero Bravo de Molina,  
Cuyo valor, esfuerzo y fuerte mano  
Deseaba dar fin del mal tirano.

Estando pues el Bravo con denuedo  
De ir á resistir á los traidores,  
Habló luego con Trejo y con Sauzedo,  
Soldados arriscados, guerreadores,  
Y dijoles: «pospuesto todo miedo,  
Estás cartas llevad á los oidores  
Porque nos va, señores, en la ida  
Las honras, las haciendas y la vida.

»Acordaos que sois de nacimiento  
De padres buenos, nobles y leales,  
Y que cosas que fueren de momento  
No conviene fiar sino de tales:  
Camino es de gran desabrimento,  
Mas fácil para hombres tan cabales,  
Cuyo valor, soltura y lijereza  
Sabrán bien allanar el aspereza.»

Ellos le respondieron: «bien sentimos  
El grandísimo riesgo que corremos;  
Pero para servir al rey nacimos,  
Y en su real servicio moriremos.  
Desde este punto nos apercébirnos,  
Y el curso que mandais abreviaremos.»  
Agradeciéoles Bravo la respuesta,  
Por ser tan comedida y tan modesta.

Aderezáronse las buenas guías  
Y atravesando van prolija sierra:  
Allanan tropezones, valentías,  
Sin les poner temor indios de guerra:  
Al fin en breve número de días  
Llegaron do de paz era la tierra,  
Y luego con la misma diligencia  
Las cartas presentaron en audiencia.

Tuvieron esta nueva por aceda,  
Y, según el sonido, por gran plaga,  
Francisco de Villafañe y Grajeda,  
Y el buen Melchior Perez de Arteaga,  
A quien entre los buenos desta rueda  
Deseo que mi pluma satisfaga;  
Mas aunque sean los loores buenos  
Lo mas que se dijere será menos.

Despedidos aquestos mensajeros,  
El bravo capitán y cortesano  
A gran priesa juntó los compañeros  
Que tenia sujetos á su mano,  
Con deseo de ser de los primeros  
En quebrantar las fuerzas del tirano:  
Llegáronse pues veinte valerosos,  
No menos del empresa codiciosos.

El uno dellos fué Joan de Morales,  
Pedro Gaviria, Márquez y Reinoso,  
Rueda y Luna, personas principales,  
Caravajal, mancebo valeroso,  
Peresteban Cerrada y otros tales,  
Fuertes en cualquier trance riguroso;  
Esteban Sanchez Albarracín era  
Deseoso de ir en la bandera.

Al cual por ser un mozo desbarbado  
Le mandó el capitán que se quedase:  
Porque por ser lugar recién poblado  
Había de quedar quien lo guardase;  
El caballo tenía ya ensillado  
Y mandóle que lo desensillase:  
Mas el sin respetar mando ni ruego  
Encima del caballo saltó luego,

Diciendo: «yo también tengo dos manos  
Y tan amigos de sus pareceres,  
Que quieren mas alcaear tiranos  
Que quedarse por guarda de mujeres:  
Y allí vereis si son golpes livianos  
O mis puntas picadas de alfileres.»  
Holgóse Bravo de lo que decía,  
Y de llevar tan buena compañía.

Caminaba las noches y los días  
Doblando muchas veces las jornadas,  
Con deseo de ver las valentías  
Que decían las gentes asombradas,  
Encareciéndole ser compañías  
En terribles encuentros muy usadas,  
Por ser el vencedor en mas tenido  
Cuanto mas es la fuerza del vencido.

No quiere descansar ociosa hora,  
Ni la tiene su via prosiguiendo;  
Si pasando los ríos se demora,  
Parece que se estaba deshaciendo;  
Pero dejallo hemos por agora  
A nuestro nuevo reino revolviendo,  
El cual de tales nuevas y recado  
Andaba todo muy alborotado.

El caso requeria diligencia,  
Porque descuido fuera temerario,  
Y así los tres oidores del audiencia  
Proveyeron el orden necesario.  
Hacen hacer de gentes apariencia  
Poniéndolas en listas y sumario,  
Nombrando para tales ordenanzas  
Hombres dignos de tales confianzas.

Por general de todos fué nombrado,  
Bastantísimo para la jornada,  
El inclito señor adelantado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Que como general ejercitado  
La nombradía fué bien empleada,  
Como quien siempre tuvo por oficio  
Aventajarse en el real servicio.

Fué Gonzalo Suárez señalado  
Por capitán de gente de á caballo,  
Hombre bastante diestro y esforzado,  
Leal y fidelísimo vasallo.  
En itálicas guerras es cursado,  
Y aunque sus hechos de presente callo,  
Cuando se trate deste reino nuevo  
Cumpliré, Dios mediante, lo que debo.

Insigne capitán de infantería  
Fué Gregorio Suárez el de Deza,  
Que según su valor y valentía  
Donde quiera pudiera ser cabeza.  
Con tal presteza cual se requeria  
Las cosas necesarias adereza  
Diciendo: «vida con honor adquiere  
Aquel que por servir á su rey muere.»

Al viejo Garci Arias Maldonado  
Otra capitania se comete,  
El cual de nuevas fuerzas alentado  
A las soberbias armas arremete.  
Y así como diestrisimo soldado  
Salió luego con pica y coselete,  
Diciendo con briosisimos ardores,  
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores

Acuden pues á la real bandera  
Una gran lealtad con desengaño  
De hombres tan cabales, que cualquiera  
Pudiera deshacer pérfido daño:  
Pero García Ruiz, que alcalde era,  
El buen Miguel Holguin, Joan de Avendaño;  
Sigue con gran valor leal desino  
Bartolomé Camacho y Pero Niño.

Un Diego Montañés acudió luego,  
Paredes Calderon y otro Paredes,  
Y aquel claro Rincon llamado Diego  
Por a Velandia pluma que bien puedes,  
Y á Rodrigo Suárez Savariego,  
Pues son varones dignos de mercedes,  
Y á Miguel Sanchez, Joan Rodriguez Parra  
Cada cual de su rey fiel amarra.

Quando gente por Tunja se hacia  
De la que nunca supo ser ociosa,  
La clara Santa Fe menos dormia,  
Que cierto la tenia valerosa.  
Y así de fortaleza y bizarría  
Nunca jamás se vido mejor cosa:  
Lucidas armas, jóvenes galanes,  
Insignes y admirables capitanes.

Ondean los penachos, lucen mallas,  
Convocan los soldados á bandera  
Céspedes y los dos viejos Olallas,  
Y aquel fuerte varon Joan de Ribera:  
Usados á rencuentros y batallas  
Y excelentes varones donde quiera,  
Siendo también iguales al socorro  
Los capitanes Orejuela y Zorro.

No quiso libertarse de las bregas,  
Antes á ellas mas se determina,  
El que hoy es mariscal Fernan Vanegas,  
Lancho y Andrés Vazquez de Molina.  
Las nuevas que venian eran ciegas,  
Porque la nueva cuanto mas camina  
Tanto mayor se hace por do pasa,  
Sin señalalle término ni tasa.

Esperábase pues el duro Marte  
Por todos estos hombres principales,  
Nombrando cada cual en su estandarte  
Ministros necesarios y oficiales;  
Y con seguridad en toda parte  
De gentes sanas, buenas y leales,  
Porque el olor de cosa diferente  
Aqueste nuevo reino no consiente.

Es demas desto grande su aspereza  
Y sus defensas bien acomodadas,  
Por las fortalecer naturaleza  
De peñoles y sierras levantadas;  
Inespugnable es la fortaleza  
De que son rodeadas sus entradas,  
Pues ya sea peon, ya caballero,  
Ha de venir á él por contadero.

No criara tirano furibundo  
Ni leña de que salga tal candela,  
Aquí no hay quien ande vagabundo  
Ni junta de baldios que mal huelva:  
Si le llamais ciudad al nuevo mundo,  
Llamad á este alcázar que la vela,  
Pues será de traición y vida ancha  
Para siempre jamás libre de mancha.

Esto se mostrará por experiencia  
Agora y en los siglos venideros,  
Pues no menos será la descendencia  
Que fué la lealtad de los primeros:  
En servir á su rey gran advertencia,  
Eso me da mestizos que herederos;  
Y el que pensare ver contrario efecto  
Digamos ser inicio su conceto.

Estando pues el reino de manera  
Que Aguirre no hallara mal recado,  
Monroy trajo la nueva cómo era  
El y su gente ya desbaratado;  
Y así quiero volver donde me espera  
A contar el rencuentro deseado;  
Y para rematallo con mas gusto  
Haremos del injusto canto justo.

## CANTO SETIMO,

Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que dél y otros se hizo, con el cual se remata ansimismo esta historia, y la primera parte de las elegias.

Quien á delitos feos se desmanda,  
Lo que tiene por claro le es oscuro,  
Y aquello que juzgó por cosa blanda  
Se le tornó rigor cruel y duro;  
Porque quien cerca del peligro anda  
Riesgo notorio toma por seguro;  
Y es cierto que quien malos pasos trae  
Hace lazos y hoyos en que cae.

Así donde pensaban los tiranos  
Hacer de mas potencia su partido,  
Allí hallaron belicosas manos  
Fiel consorcio, fuerte y escogido,  
Que dieron fin á hechos inhumanos  
Y al desino bestial desvanecido,  
Aunque se castigaron los traidores  
Con harta mas modestia que rigores.

Pues cuando se tomó Burburuata,  
Que estaba como dije sin gentío,  
La gente desleal de quien se trata  
Tomaron en sus puertos un navio,  
No con copia de oro ni de plata,  
Porque de vinos era su carguio;  
Pero tomaron buena artillería,  
Cosa que muy al caso le hacia.

Acostumbrando siempre las usadas  
Insolentes y feas crueldades,  
Aguirre mató dos á puñaladas,  
Por no querer seguir sus vanidades:  
Andaban desvergüenzas derramadas,  
Muy estendidas deshonestidades  
Con algunas mujeres alligidas  
Que estaban por los montes escondidas.

Para poder pues ir á los lugares,  
Cuyos robos y sacos pretendia,  
Tomaron muchas bestias caballares  
En que poder llevar artillería;  
Quemaron casas, huertas y lugares  
Y cuanto por delante se ponía;  
Y con este rigor sin resistencia  
Llegaron al lugar de la Valencia.

Entraron las soberbias compañías  
Tirando por las calles tiros vanos,  
Por estar de vecinos ya vacias,  
Y ellos y sus mujeres muy lejanos.  
Mas no sé por qué tratos ó qué vias  
Cayó don Julian entre sus manos,  
Y fué de su desgracia lo mas negro  
Prendelle la mujer y suegra y suegro.

Allí buscó también quien se escapase  
Pedrarias no queriendo mas seguillo,  
Y al Julian mandó se lo buscase  
Y diese orden para descubriello,  
Si acaso no queria que pasase  
La mujer y los hijos á cuchillo;  
Y como su decir era hacello  
Buena maña se dió para prendello.

El pobre que se vido prisionero,  
Hincado de rodillas le decia,  
Que pues era leal y caballero  
Huyese de hacer tal villanía,  
En entregar al lobo carnicero  
Oveja que de tanto mal huía;  
Y pues buscaba buenos y leales  
Fuese favorecido de los tales.

Y respondióle: «yo, señor, me muevo  
A hacer fealdad que no quisiera,  
Mas hacer lo contrario no me atrevo  
Por tener en rehén mi compañera:  
Y bien entenderéis que, si no os llevo,  
La despedazará la bestia fiera;  
Será pues muy menor inconveniente  
Morir vos solo que morir mi gente.»

Teniendo pues Pedrarias conocida  
La voluntad contraria de su ruego,  
Le dijo: «no peneis en mi partida,  
Si con ella pensais ganar el juego.  
El me ha de quitar allá la vida;  
Mejor será que vos me mateis luego,  
Llevalde mi cabeza por agora:  
Quizá libertareis esa señora.»

Por la causa que tengo ya contada,  
Era de lo llevar codicia tanta,  
Que luego con los filos del espada  
Comenzó de cortalle la garganta.  
Mas como vido sangre derramada  
La furia de su brazo se quebranta,  
Y al miserable con sangrienta mano  
Llevó sobre sus hombros al tirano.

Al maestro mayor del desconcierto  
La víctima ya dicha se presenta,  
Y por le parecer que estaba muerto  
De la venganza hizo poca cuenta:  
Curaroulo después con tal concierto  
Que se pudo librar de la tormenta  
De la canalla vil y mal tirano,  
Y á este reino vino bueno y sano.

Puestos pues los vecinos en aprieto  
Ausentes de sus casas y en huída,  
A la ciudad de Baraquecineto  
El campo del traidor hizo partida,  
De cosas necesarias al efeto  
Toda su gente bien aperecebida;  
Y la gente leal tambien se llega  
Y para su defensa se congrega.

En este territorio ya contado  
Y poblaciones que le son sujetas  
Era gobernador Pablo Collado,  
A quien llamaba yo Pablo Faldetas,  
Por ser un hombre mal ejercitado  
Entre los atambores y trompetas,  
El cual andaba, ya vista la cosa,  
Para poner los piés en polvorosa.

Mas entendida ya por trujamanes  
La fuerza de contrarios estandartes,  
Acudieronle luego capitanes  
Ejercitados en guerreras artes,  
Que recelando vueltas y desmanes  
Dejaron las tenencias de sus partes;  
Vino de los primeros con su seña  
El mariscal Gutierre de la Peña.

Anduvo Terepaima luego listo  
Recogiendo gran copia de valientes,  
Y como principal y mas bien quisto  
Determinó hablar á los presentes:  
«Buenos amigos míos, habeis visto  
En cuán poco nos tienen estas gentes;  
Y cómo cuatro gatos entran dentro  
Sin recelar zozobra ni recuentro.

» Paréceme ser justo que se prendan  
Estos atrevidos cristianos,  
Sin que se dé lugar á que desciendan  
De nuestras altas sierras á los llanos,  
Para que todos ellos comprendan  
Cómo también acá tenemos manos;  
Que la ventaja ya la vemos presta,  
Pues tenemos las piedras y la cuesta.

» Ya veis á Joan Rodriguez dónde asoma  
Con siete moconies ó vasallos;  
Mas yo le haré presto que no coma  
Ni le valgan los piés de sus caballos:  
Dejémoslo llegar bajo la loma  
Para poder mejor señorearnos;  
Espías en lo alto para vellos,  
Y al tiempo de bajar demos en ellos.»

De la suerte que veis se concertaron  
Robusta juventud y los de canas,  
Y aquel término todo rodearon  
Con flechas, dardos, piedras y macanas.  
Los nuestros á la loma se llegaron  
Sin recelo de gentes comarcanas:  
Pasan por ella pues, y en descendiendo  
El mundo se hundía con estruendo.

De parte donde estaban escondidos  
Salen con gran furor compañías largas,  
Dan saltos, gritos, voces y bramidos,  
Flechas, piedras y tiros van á cargas:  
En piernas, pechos, rostros son heridos,  
Sin poder reparar con las adargas;  
Si por aquí no hay reparo cierto,  
Por acullá les dan en descubierto.

Así como por tiempos acontece  
Con la fuerza del austro proceloso,  
Que el aire se condensa y escurece  
Formándose ruido temeroso,  
Y con aquel ruido luego crece  
El áspero granizo riguroso,  
Dejando los repechos y collados  
Aquella tempestad embarazados;

Acuden á romper tiranas redes  
El capitán Ruiz, fuerte guerrero,  
Y el buen Diego García de Paredes,  
De paternas virtudes heredero:  
Soldados trae dinos de mercedes  
Otro buen capitán, dicho Romero,  
Porque cada cual destos le traía  
La gente de caballo que podía.

Quiso también juntar allí su gente,  
Al servicio del rey aficionado,  
Joan Rodriguez Suárez, el valiente,  
Capitán valeroso y esforzado:  
Mas no le sucedió felicemente  
En medio del camino cohenzado,  
Por intentar él, diestro y animoso,  
Camino grandemente peligroso.

Era pues este, Dios le dé su gloria,  
Capitán en Caracas de indios fieros,  
Usados á salir con la victoria  
De grandes y magnánimos guerreros,  
Y él hizo hechos dignos de memoria  
Ayudado de pocos compañeros,  
Y agora no quisiera hacer falla  
Al tiempo que se diese la batalla.

Y porque sus deseos se cumpliesen  
Y los efectos dellos se llegasen,  
Mandó que solos siete los siguiesen,  
Y los otros soldados se quedasen;  
Con que del nuevo pueblo no saliesen,  
Antes con gran cuidado lo velasen;  
Y dicho lo que mas les convenia,  
Con siete de caballo hizo via.

En abreviar jornadas importuno,  
Sin ponérsele cosa por delante,  
Y de términos tímidos ayuno,  
Caminó por la sierra circunstante:  
Pero muy poco vale la de uno  
Donde fuerza de muchos hay pujante:  
Atravesando pues iba la sierra,  
Poblada de feroz gente de guerra.

Su derrota guió por Terepaima,  
El imperio del cual es absoluto,  
Hasta los términos de Barataima  
Y otro cacique no menos astuto,  
Que dicen proceder de Pariaima,  
Y allí suelen llamar Guaicamacuto;  
Aquestos dos con otros aliados  
De su venida fueron avisados.

Así fueron las flechas que caían  
Encima del cristiano caballero,  
Y aquesto visto, todos revolvián  
Pugnando cada cual de ser primero;  
Pero cómodamente no podían  
Por haber de pasar por contadero,  
Y por las partes diestras y siniestras  
Había cantidad de gentes diestras.

Las furias de los indios mas cercanos  
Andaban de temor tan apartadas,  
Que los quieren tomar vivos á manos,  
Mas no lo consentían las espadas:  
Las cuales pocos golpes daban vanos,  
Pues hendían cabezas y jujadas,  
Y con esfuerzo de ventura falto  
Procuraban volver á lo mas alto.

Terepaima con cierta confianza  
De le salir á bien lo comenzado,  
Tiró de dura palma larga lanza,  
Y á Carpio traspasó por el tostado:  
Faltóle de vivir el esperanza,  
Del caballo cayó desalentado,  
Con el cuerpo mortal la tierra mide  
Y el alma de las carnes se despidе.

Suárez por los indios se metía  
Con impetuosisimos fureros,  
Y á los otros que restan les decía:  
«Ea, mis compañeros y señores:  
Que hoy, según que vemos, es el día  
Do conviene mostrar vuestros valores.»  
Hacia tales cosas el Suárez  
Que le hacían francos los lugares.

El mancebo Fajardo de Guevara  
También iba haciendo maravillas,  
No cesa, no reposa, nunca para,  
Rompiendo por las impías cuadrillas:  
Mas de las infinitas una jara  
Le traspasó las armas y ternillas:  
Andaba todavía muy esperto,  
Mas á cabo de poco cayó muerto.

En este mismo punto se desmanda  
Un escuadron de gente bien armado  
A cercar el caballo de Miranda,  
Que estaba casi muerto de cansado;  
Y no teniendo fuerzas de su banda,  
De quien allí poder ser ayudado,  
Una larga macana se adreza  
Que le hizo pedazos la cabeza.

Con tan vivo calor el sol ardía,  
Que los humanos cuerpos abrasaba:  
Aquel ardor mortal los afligía,  
Y la terrible sed los fatigaba:  
Remedio de su daño no se vía,  
Socorro de Dios solo se esperaba;  
Y estaban ya los vivos de manera  
Que cada cual de vida desespera.

Aunque de indios hay muchos sin vidas,  
Acudían por puntos á nubadas,  
Y en lo alto mujeres prevenidas,  
Que de flechas también iban cargadas  
Y en vasos cantidad de sus bebidas  
Para tales calores apropiadas:  
Mientras los unos andan en el juego  
Los otros en beber toman sosiego.

Mas el beber de la salvaje gente  
Eran tragos mortales en nosotros,  
Faltándoles vigor que los aliente  
Y los lijeros huellos de sus potros;  
Ni les daba lugar la sed ardiente  
Para poder hablar unos con otros:  
Flaca la resistencia que se prueba,  
Porque siempre venía gente nueva.

Llegaron pues algunas ordenanzas,  
Cuyos cuerpos y caras van pintadas,  
Con grandísimo número de lanzas  
De puntas muy agudas y tostadas:  
Prometiéndose ciertas esperanzas  
De dar fin á las guerras comenzadas;  
Guacamacuto guía la hilera  
Y á los otros habló desta manera:

«Apartaos afuera, mociones,  
En tan flacos reencuentros ocupados:  
Dejadnos estos pocos de cories,  
Comeré de sus carnes á bocados.  
Quitálles hemos ya los borreguies,  
Los cosetes y sayos estofados.»  
Estos entre los otros se entremeten  
Y con lozanos bríos arremeten.

Enristradas las puntas penetrantes  
Con impetu feroz arremetieron,  
No siendo poderosos ni bastantes  
A resistir la fuerza que pusieron:  
Y así mataron todos los restantes,  
A Joan Rodriguez no, que no pudieron,  
El cual se derribó de su caballo,  
Y fué porque no pudo meneallo.

De sí solo haciendo la reseña  
Necesidad le hace que despierte,  
Tomando por espaldas una Peña  
Que fué detenimiento de su muerte:  
Y con aquel amparo les enseña  
De cuanto valor es su brazo fuerte:  
De cuando en cuando del lugar salía,  
Y hecho mucho daño se volvía.

Por cierto no serán cuentos inciertos  
Si por verdades ciertas os declaro,  
Tener delante tantos indios muertos  
Que casi le servían de reparo:  
Pues sus indios ladinos descubiertos  
Contaron lo que cuento muy al claro,  
Y también cómo antes que muriese  
Le decían los indios que se fuese.

Pero ya lamentaba su pecado  
Al tiempo que decían de la ida,  
El pecho, según dicen, traspasado  
Y en los postreros trances de su vida:  
Quedóse pues enhiesto y arrimado  
El alma de las carnes despedida,  
Y aunque vian que no se meneaba  
De temor ningún indio le tocaba.

El fuerte capitán, leal vasallo,  
Murió con los intentos que llevaba;  
Por cuya causa quiero ya dejallo  
Para decir que cuando se esperaba,  
Con escogidos veinte de á caballo,  
Pero Bravo llegó con furia brava:  
De muchos dellos dije ya los nombres  
Y no me acuerdo de los otros hombres.

Al tiempo que llegó donde quería  
Halló como con otros diez varones  
El gobernador Pablo se huía  
De los incorregibles marañones:  
Bravo dijo lo mal que lo hacía,  
Y á los demás les dió reprehensiones,  
Diciéndoles deliando con la lanza  
Las tierras que les dan en confianza.

Estar como lo vía muy doliente  
Por disculpa le dió Pablo Collado;  
Mas después que del reino vido gente  
No se mostraba tan acobardado;  
Y así hizo volver incontinente  
En busca del traidor desacatado,  
Nombrando á Bravo para mas honrallo  
Por capitán de gente de á caballo.

Al tiempo que lo tal acontecía,  
Y el Collado volvía mas brioso,  
Gutierre de la Peña no dormía,  
Ni Paredes andaba de reposo:  
Pues cada cual la gente recogía  
Por término sagaz y valeroso;  
Y en parte y en lugar acomodado  
Tenían por el rey campo formado.

Sabiendo que el Aguirre ya venía  
Con todos sus pertrechos y guerreros,  
A lo espiar salió Diego Garcia  
Con obra de cuarenta compañeros.  
Para contar la gente que traía  
Y cuánta cantidad de arcabuceros,  
Pusieron en lugar tan oportuno  
Que todos los contó sin faltar uno.

Las centinelas puestas en lo alto,  
Viendo que se pasaron las reseñas,  
Y su servicio de defensa falto  
A la gente leal hicieron señas:  
Salióse luego para hacer salto  
El buen Diego Garcia de las breñas;  
Tomó bestias y tiros ya cargados,  
Y bienes que dejaron rezagados.

El buen acertamiento deste hecho  
Al Aguirre le fué muy mal aceto,  
Y mas en no poder haber provecho  
De los que lo pusieron en efecto:  
Llegó con estas furias y despecho  
A la ciudad de Baraquicinetó,  
Donde halló las casas y posadas  
De todo morador desocupadas.

Llegado , de las suyas hizo luego  
Aquel digno de mas que mala muerte ,  
Pues por todas las casas puso fuego ,  
Y en un corral de tapias hizo fuerte ;  
Y para ser en todo mas que ciego  
A don Joan de Corella se convierte ,  
Diciendo : « vos en toda la jornada  
Nunca hecistes cosa señalada .

»Es pues mi voluntad que metais prenda,  
Y para que esta sea conocida ,  
Por vuestra mano quiero que se encienda  
La iglesia, sin que sea socorrida ;  
Y así digo que nadie la defienda ,  
So pena de perder luego la vida ; »  
Y el caballero vil , torpe , nefando ,  
Lleno de vil temor cumplió su mando .

«Qué gran merecimiento si muriera  
Por no hacer tan grave sacrilegio !  
Pero cumpliolo él como si fuera  
O cosa de virtud ó mando regio :  
Muy contenta quedó la bestia fiera  
Y su sceleratísimo colegio ;  
Desventurado fué tu nacimiento  
Pues que tanta maldad te da contento .

Viniendo pues Collado con el Bravo  
Y aquella valerosa compañía ,  
Huyó del campo dellos un esclavo  
Siguiendo la tiránica porfia :  
Su pecho no lo sé mas hecho clavo ,  
Pues dijo mas de aquello que sabia ,  
Diciéndoles venir copia de lanzas  
Del reino con grandísimas pujanzas .

Al Aguirre pesóle grandemente  
Por los que dijo ser recién llegados ,  
Y no sé si deciros á su gente  
Por estar como él todos dañados :  
Anduvo por el fuerte diligente  
Hablando y animando sus soldados ,  
Diciendo que serán ( si se dan maña )  
Señores del Pirú y de Nueva-España .

Llegados estos hombres principales  
Al campo por el rey allí formado ,  
Hizo confirmaciones de oficiales  
Este gobernador Pablo Collado ;  
Que como valerosos y leales  
Acudió cada cual á su cuidado :  
Salió por general en la reseña  
El mariscal Gutierre de la Peña .

Antiguo nombramiento ya tenia  
De maese de campo suficiente  
El fuerte capitán Diego Garcia ,  
Que el cargo gobernó bastantemente ;  
Y el capitán Ruiz también regia ,  
Que del gobernador era teniente ;  
No nombro los demás en el historia  
Porque dellos me falta la memoria .

Hechas todas estas elecciones ,  
Collado despachó de las hallasen  
Firmadas muchas cartas de perdones  
A cuantos á su campo se pasasen ;  
Diciendo no perdiesen ocasiones ,  
Y su vida y honor asegurasen :  
Con ellas los tiranos insolentes  
De términos usaron indecentes .

Tres que tenían pecho mas sincero  
Desampararon luego la bandera :  
El uno fué Rangel , otro Guerrero ,  
Huyóse después dellos Talavera ;  
Y aun hallo por indicio verdadero  
Que pudiera huir el que quisiera ,  
Mas no sabré pintarlos con vocablos  
Aqueste frenesi de los diablos .

Los nuestros ya pasaban de doscientos ,  
Y por mas á favor poder valerse  
Hacian recoger mantenimientos  
Porque el traidor no pueda proveerse ,  
Estando ya muy falto de alimentos  
Y sin recurso donde rehacerse ;  
Y así perseverantes en sus yerros  
Se comían los asnos y los perros .

Tres arcabuces solamente hallo  
Entre leales para la tormenta ;  
Mas habia doscientos de á caballo ,  
Hombres de bien para cualquiera afrenta ;  
Que cada cual sabia meneallo  
Y que los mas pasaban de cincuenta ,  
Cuya cordura daba gran seguro  
Para poder vencer el trance duro .

El tirano , sin otros compañeros ,  
Sabemos claramente que tenia  
Ciento y setenta y seis arcabuceros ,  
Destruimos á toda puntería :  
Desesperados , malos , carniceros ,  
Con otra cierta mas artilleria ;  
Corrianlos los nuestros hasta el fuerte  
En saliendo á hacer alguna suerte .

A todos los llamaban al servicio  
Del rey con el perdon que prometian ;  
Mas obstinados en su maleficio  
Con las fumosas balas respondian :  
Y envejecidos en tan mal oficio  
A la bestia soez obedecian  
En responder sin miedos ni recatos  
Torpezas , desvergüenzas , desacatos .

Quien mas á la venida los incita  
Todos sabemos ser aquel soldado ,  
Que cuando se tomó la Margarita  
Huyó de la bandera del malvado ;  
Y vino por la costa dando grita  
Diciendo se velasen con cuidado :  
A este como quien lo conocia  
Aguirre solamente respondia .

« ; Oh Pero Alonso, dulce compañero !  
Y ¿ piensas escaparte de mis redes ?  
Por vida de tu rey , que si no muero ,  
De hacerte crecidas las mercedes ,  
Con estirarte bien ese garguero  
Y tapiarte después entre paredes ;  
Y allí te batarás de dar pregonos  
De las bulas que dices y perdones . »

También el Pero Alonso respondia :  
« Anda, bellaco , vil , de torpe vida ;  
Que yo te digo que esa profecía  
Muy presto la verás en tí cumplida :  
Llegando se te va tu triste día  
Y el fin de tan enorme despedida ,  
Cairán tus sanguinosos estandartes ,  
Y tú te partirás por cinco partes . »

Dado ya fin á su razonamiento  
Con cólera de justa destemplanza ,  
La gente del traidor ayuntamiento ,  
Alentada de vana confianza ,  
Renegaban de tanto sufrimiento  
Por selles peligrosa la tardanza ;  
Y así determinó la vil canalla  
De dar á los leales la batalla .

Cualquiera por su parte representa  
Bravos y feroces movimientos ,  
Jurando de la dar sanguinolenta ,  
Por ser ellos crúeles y sangrientos ;  
Era pues por el año de sesenta  
Con mil y un año mas sobre quinientos :  
En aquesta sazón y coyuntura  
Vimos estos extremos de locura .

Vispera de Simon y Judas era  
Cuando salen del fuerte los traidores ,  
Campéase la sérica bandera ,  
Tocabanse guerreros atambores ,  
En su concierto va cada hilera ,  
Todos ellos ajenos de temores  
Los cuerpos , las cabezas reparadas  
Con cotas , coracinas y celadas .

Con espadas de raso coloradas  
Una bandera negra va pendiente :  
Como señales ya determinadas  
Para no reservar cosa viviente ,  
Ni mujeres paridas ni preñadas ,  
Ni la sinceridad del inocente :  
El capitán obsceno y los obscenos  
De mortales enojos iban llenos .

Salir desta manera les cumplia  
 Por haber ido cien arcabuceros  
 A buscar de comer antes un día ;  
 Lo cual sabiendo nuestros caballeros  
 Acometieronles por cierta via  
 En caballos lozanos y lijeros  
 Creyendo que pudieran ser vencidos  
 Mejor que juntos siendo divididos.

Camina pues por donde les decia  
 Un indio que tenían presas hechas,  
 Mas ellos viendo la caballeria  
 Se metieron por partes mas estrechas ;  
 Y como ya la noche se venia  
 Hicieron apagar todas las mechas :  
 Debieron de hacer estos conciertos  
 Para no ser por ellas descubiertos.

Por tener estos fuera del cereado ,  
 Gon el escuridad velan sobre ellos ,  
 Y el resplandor de Febo ya llegado  
 Trabajan los leales de rompellos :  
 Aguirre destas cosas avisado,  
 Vino con los demás á socorrellos ,  
 Y armado de celada y coselete  
 La gloria y vencimiento se promete.

Ansimismo parece que convino  
 Al Aguirre tomar yegua lijera ,  
 De la cual por ventura se previno  
 Por alcanzar alguno si huýera :  
 Y á todos cuantos van por el camino  
 Dicen que les habló desta manera ,  
 Estando los beodos insolentes  
 De la boca del sucio muy pendientes :

« Hoy, marañones míos, es el día  
 En que cumple que vuestra mano diestra  
 De su grande valor y valentía  
 A los contrarios dé patente muestra ;  
 Pues segun el negocio se nos guía  
 La victoria tenemos ya por nuestra ,  
 Que todos son pastores y gañanes  
 Y faltos de sagaces capitanes.

« Bien veis la gran ventaja que tenemos,  
 Cuán principal el arcabuceria ,  
 Pues la voluntad dellos no sabemos  
 Y creo que son todos de la mia :  
 Y ansi de muchos dellos rebaremos ,  
 Bastantemente nuestra compañía :  
 Acudirnos ha luego tanta gente  
 Que haremos ejército potente.

« Vencidos estos pocos de villanos  
 Y hecho nuestro campo mas pujante ,  
 El reino nos llevamos en las manos ,  
 Sin que cosa se ponga por delante,  
 Por ser aquellos pocos baquianos  
 Gentecilla soez y mal andante,  
 Pues toda la demás gente valía  
 Hace cuenta que toda será mia.

« Entrando la haremos todo llano  
 Sin soltar de las manos ocasiones,  
 Y allí porné gobierno de mi mano  
 Dejándolo debajo marañones.  
 Con ditados de nombre soberano  
 Y permanecerás sucesiones,  
 Esto mismo haré por Quito y Lima  
 Y todo cuanto cae por encima.

« Pues ¿ quién podrá decir que mis prendados  
 Teman lanzas, adargas ni paveses ,  
 Siendo por muchas vias obligados  
 A padecer millones de reveses ,  
 A trueco de las rentas y ditados  
 De grandes, duques, condes y marqueses ?  
 A ellos pues, á ellos, marañones,  
 A ellos, mis fortísimos leones.

Ningun descuido tienen los leales  
 Al tiempo que él mostraba su cuidado ,  
 Antes aquellos hombres principales  
 A los demás habían esforzado ;  
 E ya con el socorro de los tales  
 A todos les habló Pablo Collado ,  
 El cual de lo pasado diferente  
 Me dicen que les dijo lo siguiente :

« Señores, puesto caso que de Marte  
 Yo conozco tener poca pericia ,  
 A lo menos sé bien que en cualquier arte  
 De ciencia literal ó de milicia  
 Lleva mucho quien lleva de su parte  
 La razon, el derecho y la justicia ,  
 La cual suele ser tal y tan potente  
 Que al mas cobarde hace mas valiente.

« Y ansi coligireis destas razones  
 Que suele pelear con lanza blanda  
 Quien sigue sus antojos y pasiones  
 Sobre maldad fundando su demanda ,  
 Y ser lleno de grandes confusiones  
 El áspero camino por do anda ,  
 Y el edificio de tan mal cimiento  
 Súelelo derribar cualquiera viento.

« Pues ¿ qué mayor justicia pretendemos  
 Que esta de quien hoy somos defensores ,  
 Ó qué mayor maldad que la que vemos  
 En estos atrevidos malhechores ;  
 Y que los enemigos que tenemos  
 A Dios y al rey y á todos son traidores ?  
 Ellos defienden sola su nequicia ,  
 Nosotros la verdad y la justicia.

« Vienen quemando templos, heredades,  
 Deshonrando doncellas y casadas :  
 Sin frenos usan deshonestidades ,  
 Sin riendas ensangrientan las espadas ;  
 Matan los religiosos, los abades ,  
 Las mujeres paridas y preñadas ,  
 Jura siempre la gente fementida  
 De nunca perdonar cosa nacida.

« Nosotros procuramos las enmiendas ,  
 Y á castigar delitos nos movemos,  
 Honra de Dios, del rey, y dulces prendas  
 De hijos y mujeres defendemos ,  
 Los granjeados bienes y haciendas ,  
 Descansos y quietud que poseemos ,  
 Y para poder ir á mas recado  
 Hemos confesado y comulgado.

« Pues, señores, con tal prevenimiento,  
 Con derecho y justicia tan notoria,  
 Quien veamos en este rompimiento  
 No terná por muy cierta la victoria :  
 Vamos, vamos sin mas detenimiento,  
 Que Dios nos quiere dar aquesta gloria :  
 Trabaje cada cual lo que pudiere,  
 Y haga él lo que por bien tuviere.»

Con vistosas posturas y lozanas  
 Se compusieron luego los jinetes ,  
 El juvenil ardor las viejas canas ,  
 Aunque faltos de cotas y de almetes :  
 Mas todos ellos con tan buenas ganas  
 Como si fueran fiestas y banquetes ,  
 Sin miedo van á las contrarias balas  
 Divisos en dos cuernos ó dos alas.

Con gran concierto marcha la reseña  
 Y al tirano los pasos encamina :  
 La derecha Gutierre de la Peña ,  
 La izquierda Pero Bravo de Molina ,  
 Y por su parte cada cual enseña  
 No ser ayuno desta disciplina ;  
 Van pues con el recato necesario  
 Todos ellos en busca del contrario.

Mas un Diego Gonzalez, lusitano ,  
 Acometió sin término ni tasa ;  
 Aguirre que lo vido tan cercano  
 Dijo : « no le tireis, que se nos pasa.» —  
 « Mentís, responde, como mal cristiano,  
 Que no soy yo de tan bellaca masa. »  
 Revuelve su caballo mas al sesgo,  
 Y al fin del escuadron salió sin riesgo.

De la parte leal incontinente  
 La yegua del Aguirre fué herida ,  
 El y ella cayeron juntamente ;  
 Mas por entonces no perdió la vida ,  
 Porque llegó gran cuerpo de su gente  
 Para lo levantar de la caída :  
 Dijoles : « ved quién fué, mis marañones,  
 Y convidáme con perdigones.

Andaba de los suyos por dejallo,  
Segun que pareció, Diego Tirado;  
Batió luego las piernas al caballo,  
Huyendo del consorcio rebelado,  
Diciendo: «viva el rey, el rey mi gallo,  
El rey es mi señor, yo su criado,»  
Y recebido bien del que mandaba  
Volvió contra la parte que dejaba.

A la furia mortal hacen entrego  
Cuando el sol por zenit se les subia,  
Hervia militar desasosiego,  
Entró mayor calor del que solia:  
Quemaba todo hierro como fuego,  
Tanto que mano ya no lo sufría:  
Rompén las voces la region del viento,  
Anda trabado duro rompimiento.

Dispara cargas furia presurosa  
De parte de la gentes alteradas,  
Hizo nublo la pólvora fumosa  
Con unas y con otras rociadas:  
Mas ¡oh cosa de ver miraculosa!  
Que las balas salían muy causadas;  
Pues solo del peligro descubierta  
El caballo de Bravo cayó muerto.

A parte mas estrecha se retira  
El traidor que los suyos bien anima;  
Mas los leales con su justa ira  
La quebrada rodean por encima:  
El tiro fulminoso que se tira  
A nadie mata, hiere ni lastima:  
Llegan las balas flacas y dolientes  
Por estar los cañones muy calientes.

Aguirre, viendo ya su mala suerte  
Y el impetu de tal caballería,  
Poco á poco se va acia su fuerte,  
Y en sus alcances va Diego Garcia:  
Viéndose pues cercano de la muerte,  
Al tirano la gente le huía,  
Y aquellos que no fueron los menores  
Decían: «viva el rey, mueran traidores.»

Algunos le quedaron todavía,  
Que no huyeron todos de repente,  
Y con aquellos pocos aquel día  
El fuerte defendió como valiente;  
Pero como la noche se venía,  
Se le vino también toda su gente:  
Al fin á pertinaces en sus males  
Necesidad les hizo ser leales.

Aguirre procurando de salvarse,  
A la mar intentaba de volverse;  
Mas en el fuerte viendo rodearse  
Y no hallar montaña do meterse,  
Pura necesidad le hizo darse  
Sin muestra ni señal de defenderse:  
No duda que su vida se concluya,  
Pero con muerte de una hija suya.

¡Oh bestia de las bestias mas nociva!  
¡Sevísimo rigor de pestilencia!  
Dime, ¿qué furia tan cruel te priva  
De todo cuanto puede ser clemencia?  
¿Qué pierdes en dejar tu hija viva?  
¿Qué ganas en usar desa demencia?  
Al fin se le llegó con gesto fiero,  
Diciendo: «muere tú, pues que yo muero.»

La moza le responde: «padre mio,  
Mejor nueva pensé que se me diera.  
¿Qué mal, qué sirazon, qué desvarío  
He cometido yo para que muera?  
Mejor lo haga Dios, y en él confío  
Que no moriré yo desta manera:  
Este pago me dais, este marido  
Por lo mucho que siempre os he servido.

»Cristianas gentes son entre quien quedo,  
Y á quien no daré causa de discordia:  
Mostrar con mujer flaca tal denuedo  
No es animosidad sino recordia:  
¡Desdichada de mi, pues que no puedo  
En mi padre hallar misericordia!  
No mas, señor, tened vuestra derecha.»  
Responde: «nada, hija, te aprovecha.

»Pasa por donde pasan los mortales,  
Dése fin á la gente pecadora,  
Acábense los malos con sus males,  
Mi día se llegó, llegue tu hora:  
No quiero que te digan los leales  
La hija del traidor, ó la traidora.»  
Y para colmo de sus malos hechos  
Dióle de puñaladas por los pechos.

Viendo tan infernales pareceres  
Al tiempo que cortó la verde malva,  
Huyeron del cercado las mujeres  
Y con ellas fulana de Torralba,  
Porque en ellas en estos menesteres  
No se hiciese semejante salva.  
Quedóse pues el mal aventurado  
De todo punto ya desamparado.

Entró para buscar algun despojo  
Un Ledesmica luego por el fuerte,  
El cual con sobrecejo de mal ojo  
A mirar al Aguirre se convierte,  
Diciendo: «¡pese á mi con el gorgojo!  
Y ¿tú nos has traído desta suerte?  
Juzgárame por bajo y apocado  
Si en ti tuviera yo medio bocado.»

Los que cumplían tales mandamientos  
Todos debían de venir beodos:  
Aguirre con soberbios movimientos  
Dijo, viendo hablar por tales modos:  
«Solo bastaba yo para quinientos  
Si de vuestra manera fueran todos:  
Llegámeos por acá, tontillo pobre,  
Vereis cómo sé yo batir el cobre.

Entró luego tras él Diego Garcia,  
Y con él un Galindo y un Guerrero,  
Consortes de la mala compañía,  
Y cada cual en males el primero;  
Destos dos cada uno le decía:  
«Matemos este lobo carnicero.»  
Aguirre dijo: «y pues, malos nocivos,  
¿Por ventura pensais de quedar vivos?»

»Señor maese de campo, mi derecho  
Guarde vuestra merced como á cualquiera,  
Que yo cristiano soy, y en tal estrecho  
Tengo de confesar antes que muera;  
E yo declararé de lo mal hecho  
El que corrió conmigo la carrera.»  
Los otros: «¡ah señor Diego Garcia!  
Acabémoslo ya, que desvaria.»

Al fin que como tanto le rogasen  
Aquellos á quien esto mas agrada,  
A estos les mandó que le tirasen,  
Y al uno que tiró dijo ser nada;  
Mas como mas de veras apuntasen,  
Cayó la bestia mala traspasada  
Sin alcanzar aquello que pedía:  
Parece ser que no lo merecía.

Concluyó la maldad, é yo concluyo  
Con decir que en memoria desta cosa  
Su cabeza llevaron al Tocuyo,  
Una ciudad de gente valerosa,  
Que goza del triunfo como suyo,  
Y hacen siempre fi esta generosa  
A los felices san Simon y Judas,  
Por ser miraculosas sus ayudas.

Cada año con pregon regocijado  
Celebran del triunfo la memoria,  
Y en toda la provincia y obispado  
A Dios y á estos santos dan la gloria:  
Y en este mismo día señalado  
Acabé de escribir la tal historia,  
Que hizo, por ser largos los escesos,  
Ansímismo prolijos mis digresos.

Luego mandó prender Pablo Collado  
A muchos de los impíos tiranos,  
Y al Figueroa ya conmemorado,  
Matador de los frailes franciscanos,  
Por su mandado fué descuartizado  
Y puesto por caminos comarcanos:  
Viendo con tal rigor arder la fragua  
Huyóse por entonces Paniagua.

A la ciudad de Mérida camina  
De personas algunas socorrido ;  
Mas luego Pero Bravo de Molina  
Mandó con gran rigor ser inquerido :  
Hallado, por sentencia determina  
Ser por cuatro caminos dividido ,  
Y con solicitud y diligencia  
Ejecutaron luego la sentencia.

La muerte á doña Inés no se perdona  
Aunque su matador ya se huía,  
El cual pudo llegar hasta Pamplona  
Do el buen Ortun Velasco residía ,  
Una valerosísima persona  
En cuanto pide buena hidalguía :  
Aqueste capitán maravilloso  
Hizo justa justicia del Llamoso.

Allí se le llegó la postrer hora  
Por el enorme hecho cometido ,  
Y la muerte vengó desta señora ,  
Amigo del Ursúa conocido ,  
Haciéndose justicia vengadora  
En pueblo que fundó su muy querido :  
Pueblo fundado por Ursúa , digo ,  
Donde Llamoso padeció castigo.

Otros muchos trajeron al audiencia  
Del nuestro nuevo reino de Granada,  
Con los cuales usaron de clemencia  
Tanta , que ya sobró de moderada ;  
Pero dejemos esta pestilencia  
Que hizo muy prolija mi jornada,  
Por concluir aquí mi llaco Marte  
De sus elegías la primera parte.

Y no creo será menos gustoso  
El segundo volumen que prometo ,  
Si Dios me provyere de reposo ;  
Porque cierto me traen inquieto  
Movimientos de tiempo proceloso ,  
A quien forzosamente me sujeto ;  
Pues querer y poder no van a una  
En los acoceados de fortuna.

Sal, mi fiel escritura  
Donde te vea la gente ,  
Que si Dios te da ventura ,  
Será del Invido diente  
Liviana la mordedura.

Quizá no serán los menos  
Los que te harán regalos ;  
Porque por tan anchos senos  
Donde hay disfavor de malos  
Hay también favor de buenos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES  
POR JUAN DE CASTELLANOS.

# ELEGIAS

DE

## VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

---

### SEGUNDA PARTE.

---

#### DEDICATORIA

A la majestad del rey don Filipe, nuestro señor.

Columna de la religion cristiana,  
De católica fe firme sustento,  
Aquestas mis elegias os presento,  
Monumentos de gente castellana.

La vena que es estéril poco mana,  
Pero como, Señor, le deis aliento,  
Podrá la poquedad de mi talento  
Servir á majestad tan soberana.

Esta segunda parte se publica,  
La cual sobre real favor estriba  
Como cosa que tanto le conviene.

El don es pobre, la voluntad rica;  
Esta, Rey soberano, se reciba  
Por ser de quien ofrece cuanto tiene.

---

## CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Yo he visto este libro, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; y en lo que toca á la historia, la tengo por verdadera, por ver fielmente escritas muchas cosas y particularidades que yo vi y entendí en aquella tierra, al tiempo que pasé y estuve en ella: por

donde infiero que va el autor muy arrimado á la verdad; y son guerras y acaecimientos que hasta ahora no las he visto escritas por otro autor, y que algunos holgarán de saberlas.

DON ALONSO DE ERCILLA.

## ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

*Domini MICHAELIS D'ESPEJO, præfecti ærarii ecclesiastici Sanctæ-fidei novi regni.*

Unus erat quondam notus mortalibus orbis,  
Unus et in mundo tunc quoque Phebus erat.  
Alter ab Hispanis cum sit superatus athletes  
Alterius Phebi convenit esse jubar:  
Ut videant omnes magnorum facta virorum,  
Caecis in tenebris quæ latuere diu.  
Hoc lumen clarum, quò possis cernere gestas,  
Dat Castellanos, lector amice, tibi.  
Si tamen est aliquid discriminis inter utrumque,  
Iste secundus erit, si fuit ille prior.

De HIERÓNIMO GALVEZ.

SONETO.

Brazos de los insignes castellanos,  
Engrandeciendo mas honra ganada,  
Llegaron con los filos de la espada  
Do no llegaron griegos ni romanos.  
Pues navegando mares oceanos  
Por donde no halló nacion entrada,  
Han dado monarquía prosperada  
Al mejor rey de todos los humanos.  
Estaban sus proezas en los pechos  
Del olvido por falta de escritura,  
Mas vos las dais al siglo venidero.  
Dais, Castellanos, castellanos hechos  
¿Que mayor bien, ni qué mayor ventura,  
Que teneros á vos por pregonero?

De JUAN CIBERIO DE VERA.

AL LECTOR.

Valor de castellanos ha triunfado  
De todas las indómitas naciones,  
Y en cualesquier honrosas ocasiones  
Su lanza satisfizo su cuidado.  
Y Castellanos es quien ha cantado  
Sus proezas sin uso de ficciones,  
Porque las flores de sus guarñiciones  
Salieron de la tela del brocado.  
Y ansi, lector, vereis pura sustancia  
De verdades y cosas tan estrañas,  
Que ninguna merece mal oido.  
Pues demás del estilo y elegancia,  
Son obras, son grandezas, son hazañas,  
Indignas de la carcel del olvido.

De don BERNARDO DE VARGAS MACHUCA.

Vi, señor, vuestra historia peregrina  
Donde mostrais ingenio peregrino:  
Con quien la desposais de mas es dino,  
Y ella de tal esposo no es indina.  
Sea buena ventura la madrina,  
Y el mesmo desposado su padrino;  
Pues rey que tiene merecer divino  
Hará la respetar como divina.  
Moneda fué la de los castellanos  
Que todos la tuvieron por perfeta,  
Subida de quilates y de granos.  
Confiad pues, dotiloco poeta,  
Que la que se labró por vuestras manos  
A todos ha de ser grata y aceta.

Del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRANZO.

No debe tanto á Homero el griego bando  
Porque cantó sus hechos soberanos,  
Como á Juan Castellanos castellanos,  
Que los va en las estrellas colocando.  
Virgilio esté á sus frigios alabando,  
Y el docto Tito Livio á sus romanos:  
Que nuestro historiador con propias manos  
Óbró con Marte lo que va cantando.  
Fueron igual en él pluma y espada,  
En vencer y en cantar de las regiones  
Del español pisadas y rendidas.  
Y destas sus historias y blasones  
La muerte quedará tan ensalzada,  
Que ya los vivos no estimen las vidas.

Del autor.

Aquí, lector, verás cosas tocantes  
A nuevas tierras y á sus influencias,  
Varias regiones, muchas diferencias  
De bárbaros en ellas habitantes.  
Pero suplicote que no te espantes,  
Si fuera de guerreras competencias  
Encontrares algunas menudencias,  
Desenfado comun de caminantes.  
Pues aunque viven pocos este dia  
De los que comenzaron los cimientos,  
Demás de los trabajos padecidos,  
En sus conversaciones todavia  
Refieren gratos y donosos cuentos,  
Que no dan sinsabor á los oidos.

# ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

## SEGUNDA PARTE.

### INTRODUCCION.

Aquí comienza ya mi flaco Marte  
A ser por otras tierras peregrino,  
Con intencion de dar segunda parte  
A tan prolijo y áspero camino:  
Provea de salud, ingenio y arte,  
Aflato del espíritu divino,  
Porque pueda con versos elegantes  
Dar cuenta de regiones tan distantes.

Aquel de quien el bien todo redonda  
Haga mi torpe pluma mas lijera,  
Pues bien como doncella pudibunda,  
Que de clausura grande sacan fuera,  
Quiere salir agora la segunda  
Por el orden que tuvo la primera;  
Y es desde Venezuela donde muerto  
Dejamos el tirano desconcierto.

Suélese computar en doce grados  
Términos desta costa ya medidos,  
Pueblos que de españoles hay poblados:  
Están la tierra adentro muy metidos  
Grandes campos y hatos de ganados,  
De buenos alimentos proveidos,  
Minas algunas por su circunstancia,  
Y de diversos frutos abundancia.

Pero no quiero seros importuno  
En contaros agora los lugares,  
Que yo diré después de cada uno  
Hasta las cosas muy particulares:  
Volvamonos al reino de Neptuno  
Y á las riberas grandes destos mares,  
Pues tenían un tiempo sus ancones  
Potentes y admirables poblaciones.

Pero también por los inconvenientes  
En tierra de Cubagua sucedidos,  
De increíble número de gentes,  
Los vemos asolados y barridos,  
Caciques y señores prepotentes  
Con todos sus subjectos consumidos,  
Por usarse también mala cautela  
En la gobernacion de Venezuela.

Y Venezuela de Venecia viene,  
Que tal nombre le dió por escelenia  
El alemán, diciendo le conviene  
Al grande lago desta pertenencia  
Llamado Maracaibo; y este tiene  
Mas de cien leguas de circunferencia,  
Y por la parte de mas ancha via  
Sesenta y algo mas de travesia.

Por partes la rodean altas breñas,  
Y por parte también campo patente:  
Tiene dos islas, y estas son pequeñas,  
Habitadas de aves solamente:  
La una tiene selva y altas peñas,  
Donde suele venir indiana gente  
A se bolgar las tardes y mañanas,  
Y á caza de conejos y de iguanas.

Motatan su licor allí derrama,  
Que viene de la parte del oriente,  
Y por la misma via corre Chama  
Con impetuosisima creciente;

Y Cucuta también que, segun fama,  
No es en descendencia diferente,  
Con otros muchos mas, cuya porfia  
Nace del ángulo de mediodia.

Deste reino lo ceban otros rios,  
Por do, hasta llegar á sus confines,  
Pueden desde la mar entrar navios,  
A lo menos remeros bergantines,  
Las mayores distancias ó desvios,  
Hasta los indios dichos matachines,  
E ya cierto patax hizo la prueba  
Hasta cerca de Mérida la nueva.

De hoja de laurel es la hechura,  
Ambas bandas así proporcionadas;  
Va desaguando acia Cufosura,  
Donde mezcla sus aguas con saladas:  
Dentro tienen los indios su cultura  
De casas fuertemente fabricadas  
Sobre las barbacoas, con estantes  
Hincados en las aguas circunstantes.

Son estas barbacoas soberados  
Para su defension ingeniosos,  
Por suelo palos gruesos apretados  
Con yedras ó bejuocos corrosos:  
Allí tienen tugurios bien formados,  
Y viven regalados y viciosos  
Con la fertilidad de pesqueria  
Que les sirve también de granjería.

Ofensa suele ser del enemigo  
Aquesta sobredicha compostura,  
Y están las barbacoas que ya digo  
Las mas á dos estados de fondura;  
Aguales es refugio y es abrigo,  
Y hace su morada mas segura:  
Allí hacen mercados, ponen tiendas  
Y contratan sus bienes y haciendas.

La traza doy, segun las relaciones  
Que me dieron amigos míos antes,  
Y acaso no serán sus descripciones  
En geografia llenas ni bastantes;  
Mas ahora, con otras perfecciones  
Que se pintan en trazas semejantes,  
Me pareció poner aquí la muestra  
Que se delineó por mano diestra (1).

Y es Francisco Soler, á quien convino  
Hacer viaje por aqueste lago,  
Varon de entendimiento peregrino,  
Regalo de las musas y halago,  
Tanto, que lleno de furor divino,  
Podría rehacer lo que yo hago,  
El cual andando por el alaguna  
Notó sus partes todas una á una.

Y de mi voluntad y pedimento  
Aquí la retrató su propia mano.  
Y aun es aqueste su menor talento,  
Y de su habilidad lo mas liviano,  
Pues para cosas de mayor momento  
Le dió Dios un ingenio soberano,  
Con aquello que hace mas al caso,  
Ser de virtudes santas rico vaso.

Pudieran detenerme tales loas,  
Porque no fueran ratos mal gastados,  
Pero volvamos á las barbacoas  
Y á los ingeniosos soberados,  
Debajo de las cuales hay canoas,  
O navios que tienen diputados,  
Con que se mandan hombres y mujeres  
Y se sirven en todos menesteres.

(1) Al pié hay lo siguiente: «Aquí la laguna de Venezuela.» Y en efecto estubo el tal mapa, que debió de arrancarle alguno ha bastante tiempo, segun la muestra.

Es la canoa barca de un madero,  
Que rige con grandísima destreza,  
El bárbaro patron ó marinero,  
Y corre con tan grande lijereza,  
Que parece vencer lo mas ligero,  
Por ser hecha con mucha subtileza;  
Y no son muy crecidos estos leños,  
Pues por la mayor parte son pequeños.

Pero quiero decir aquí de una  
Canoa que hicieron los cristianos,  
Para poder pasar esta alaguna  
Y ver los otros campos comarcanos,  
Sin que los estorbare la fortuna  
Que suelen mover vientos oceanos,  
Hecha del tronco de una ceiba verde,  
Tan grande que ella, ide que me acuerde.

Que para la llevar cómodamente  
Al agua con paralelos donde topa,  
Con ser crecido número de gente  
Destas indianas partes y de Europa,  
Fué cosa, segun dicen, conviniente  
Que diez piés le cortasen de la popa,  
Con las cuales industrias y concierto  
La metieron en el acuoso puerto.

Podia bien sufrir en el pasaje  
Mastel con velas de tupidas lonas,  
Y capaz en llevar cada viaje  
Diez caballos y mas de cien personas,  
Con abundancia de matalotaje,  
Ropas, armas, ballestas y azconas,  
Con el demás pertrecho y atavio  
Que pudiera llevar un buen navío.

Pasaron pues el lago descubierto  
De la manera que se representa.  
Los moradores dél en cada puerto  
Hacen de sus canoas mucha cuenta,  
Cavadas por gran orden y concierto,  
Con carecer de toda herramienta;  
Mas lábralas flegmatico sosiego,  
Con hachuelas de piedras y con fuego.

Para los usos mas cotidianos  
De oro bajo suele ser alguna,  
Pero si por rescates de cristianos  
Les da hachas de hierro la fortuna,  
Con prolijo trabajo de sus manos  
Las cortan bien, haciendo dos de una;  
Y esto hacen con hilos de algodones,  
Mediante sus prolijas dilaciones.

También suelen, y no con mucha pena,  
Con los hilos que digo retorcidos,  
Cortar en una noche la cadena,  
Huyendo los en ella detenidos;  
Y el que de indios la tenia llena  
A la mañana los halló huidos:  
Al fin en la prision que los lastima  
Los hilos de algodón sirven de lima.

Y así suelen, cuando se ven captivos,  
Engañar al mas diestro baquiano:  
Que busca grandes mañas y motivos  
De libertad el corazon humano.  
Y pues pintamos indios fugitivos,  
Quiero decir de cierto lusitano  
Una maña donosa muy reida,  
Que para huir tuvo su querida.

Era india bozal, mas bien dispuesta;  
Y el portugués, que mucho la queria,  
Con deseo de vella mas honesta  
Vistióle una camisa que tenia;  
Hízola baptizar, y con gran fiesta  
Debió celebrar bodas aquel dia:  
Que en entradas vergüenza se descarga  
Para poder correr a rienda larga.

Estaban en zavana de buen trecho,  
Y llegada la noche muy oscura,  
El portugués juntóla con su pecho  
Para poder tenella mas segura;  
Ambos dormian en pendiente lecho,  
Segun uso de aquella coyuntura;  
Fingió la india con intento vario  
Ir a hacer negocio necesario.

Levantóse del lusitano lado,  
Y sentóse no lejos dél, que estaba  
Los ojos en la india con cuidado  
De ver si mas á lejos se mudaba;  
Siendo de su mirar asegurado  
Viendo que la camisa blanqueaba,  
La india luego que la tierra pisa  
Quitóse prestamente la camisa.

Y al punto la colgó de cierta rama,  
Por cebo de la vana confianza;  
Aprestó luego mas veloz que gama  
Con el traje que fué de su crianza:  
El pensaba lo blanco ser la dama;  
Mas pareciendo mal tanta tardanza,  
Le decia: « Ven ya, miña Tereya,  
A os brazos do galán que te deseya. »

Y también miña Dafne le decia,  
Teniéndose quizá por dios Apolo;  
Y agora no lo fué, pues que no via  
A la que lo dejaba para tolo;  
Estenderá los rayos con el día,  
Para que pueda ver el rastro solo:  
Que agora tanto nubló se le pega,  
Como á los moradores de Nuruega.

Faltó también la lumbre de la hermana,  
Que fué para su Dafne gran seguro,  
Quiero decir, la lumbre de Diana,  
Que suele deshacer lo mas oscuro:  
No se tornó laurel, tornóse rana,  
Por ser también el agua de su juro,  
Y ser la lijereza de la perra  
No menos en el agua que en la tierra.

Viendo no responder, tomó consejo  
De levantarse con ardiente brio,  
Diciendo: « ¿ Cuidas tú, que naon te veyo?  
Véyote muito bein per o atavio. »  
Echóle mano, mas halló el pellejo  
De la querida carne ya vacio;  
Tornóse pues con sola la camisa,  
Y mas lleno de lloro que de risa.

Y la moza, mas suelta que Atalanta,  
Alcanzó de su curso los extremos;  
Del lago que decimos no se espanta,  
Ni de las bravas ondas que le venos:  
Llegó á las barbacoas la gigante,  
Haciendo de sus diestros brazos remos,  
Pues allí las mujeres y varones  
Son en nadar mas diestros que tritones.

También podré decir sin desvario,  
Que suele navegar algun salvaje  
Por esteros, lagunas ó por rio,  
Y dada conclusion á su viaje,  
Puesto sobre sus hombros el navío,  
Lo lleva donde hacen estalaje:  
Parecen monstruosas cosas estas,  
Poder llevar navios a sus cuestras.

Quiérome declarar desta manera  
Por deshacer la duda del oyente,  
Haber canoa como lanzadera,  
Capaz de una persona solamente,  
Hecha de lijerissima madera,  
Que vuela contra toda la corriente;  
Y por no la dejar en el arena  
En los hombros la lleva muy sin pena.

Y aun suele nacer mas la gente fiera  
Contra sus enemigos peleando:  
Tener el un pié dentro, y otro fuera,  
Con el cual va la barca gobernando,  
Sirviéndole de remo, de manera,  
Que puede con las manos ir flechando,  
Y no va menos cierta la saeta  
Que si la despidiera diestro geta.

Y es entre indios cosa bien usada....  
Pero pues declaramos la facecia  
Y burla de la vil enamorada,  
Que para verse libre no fué necia,  
Digo que por la causa señalada  
Se dijo Venezuela de Venecia,  
Y así llamamos todos esta tierra,  
Que muy prolijos términos encierra.

Los naturales della son desnudos ,  
 Todas sus proporciones muy bien hechas ,  
 Alentados , fornidos y membrudos ,  
 Prontísimos al arco y á las flechas ;  
 Algunos son flójísimos y rudos  
 Cerca de sus labranzas y cosechas ;  
 Hay gente limpia , de graciosa traza ,  
 Y dados á la pesca y á la caza .

Y aun no suelen las cazas ser ayunas  
 Sobre sus lindes de pasiones graves ;  
 Pero bueno será decir de unas  
 Maneras de cazar algo súaves ,  
 En algunos estanques ó lagunas  
 Habitadas de nadadoras aves ;  
 Y están estos estanques y sus senos  
 De secos calabazos siempre llenos ,

Por cima de las ondas fluctuando ,  
 O quedos si no da soplos el viento ,  
 Las ánades entrellos churcheando  
 Aquello que les es mantenimiento .  
 Allí suelen entrar de cuando en cuando  
 Indios que de cazar tienen intento ,  
 Cubierta la cabeza del cazante  
 Con medio calabazo semejante .

Y porque con aquellos embarazos  
 Las ánades allí no puedan vello ,  
 Entre los sobredichos calabazos  
 En el agua se mete hasta el cuello ,  
 Cubiertas bien las manos y los brazos  
 Escepta la cubierta del cabello ,  
 Con cordel apretada la cintura  
 Para colgar la caza que procura .

Cubierto pues con aguas el villano ,  
 Do para su propósito barrunta  
 Estar mas á sabor y mas cercano  
 Al tiempo que algun ave se le junta ,  
 Asele de los piés oculta mano ,  
 Y entre las turbias aguas es defunta ;  
 Y con gastar en esto breves ratos  
 Acontece sacar copia de patos .

Ya digo no ponelles embarazo  
 Las ropas sinuosas ni pendientes :  
 El viril miembro cubre calabazo ,  
 Pero los ginitales van pendientes ;  
 A otros mas honestos un pedazo  
 De maure cubre partes impudentes ,  
 Y aunque desnudas todas las mujeres ,  
 Vencen las mas honestos pareceres .

Porque debajo la horcajadura  
 Se ponen la que llaman pampañilla ,  
 Que van tendiendo hasta la cintura ,  
 Y allí galana zona con que asilla .  
 Son mujeres de tanta hermosura ,  
 Que se pueden mirar por maravilla ,  
 Triguena, altas , bien proporcionadas ,  
 En habla y en meneos agraciadas .

No falta gentileza de Deidamia ,  
 Ni belleza que las antigüedades  
 Quisieron colocar en Hipodamia ,  
 Con otras apacibles cualidades ;  
 Mas no sin deshonor ni sin infamia  
 En cumplir deshonestas voluntades ,  
 Pues apenas vereis do no se tope  
 El ardiente lascivia de Sinope .

Fueron pues los principios descubiertos  
 Por Colon con las gentes castellanas ,  
 Y después los hicieron mas abiertos  
 Ferias del español cotidianas ;  
 Y así continuaban estos puertos ,  
 Vecinos de las islas comarcanas ,  
 Rescatando con cuentas y con bachas  
 Oro , ropa , muchachos y muchachas .

La ropa que decimos son hamacas  
 De que tienen por esta circunstancia  
 Y por toda la tierra de Caracas  
 Destas camas pendientes abundancia :  
 Maures y mantellinas , que aunque flacas  
 Cubiertas , es allí buena ganancia ;  
 Habían los esclavos muy baratos ,  
 Y no les iba mal en los contratos .

Mas las contractaciones maculaba  
 Cudicia , que no hizo cosa buena ,  
 Pues fiel amistad que el indio daba  
 Se solía pagar con dura pena ;  
 Y el que nunca la vió , ya recelaba  
 El riguroso son de la cadena ,  
 Hallarse de sus tierras apartado ,  
 Y ver el rostro del señor airado .

Mantienen los indios paz entera ,  
 Mayormente la gente caquetia ,  
 Por ser en sus costumbres mas sincera ,  
 Con cierta presuncion de hidalguia ;  
 Mas nuestra castellana mas artera  
 A su sinceridad no respondia ,  
 Y así por dalles muchas ocasiones  
 Empeoraron ellos condiciones .

Porque si procuraba sus provechos  
 El español mediante sus engaños  
 También indios quedaban satisfechos  
 Con muertes , con heridas y otros daños ,  
 Y en defenderse con valientes hechos  
 Duraron harto número de años ,  
 Tanto , que fué por bien larga distancia ,  
 La pérdida mayor que la ganancia .

Y á no se consentir aquella era  
 Tantas y tan enormes sinrazones ,  
 Sino que se pasara la carrera  
 Según las nuevas leyes y sanciones ,  
 Esta gobernacion digo que fuera  
 De lo mas principal destas regiones ,  
 Por ser muchas provincias principales  
 Con grande cantidad de naturales .

Caquetios , guanaos y coyones ,  
 Aratomos , cocinas y timotos ,  
 Giraharas de bravas condiciones ,  
 Los cuicas , guahiguas , los itotos ,  
 Todas estendidísimas naciones ,  
 Demás de guamonteses y de enotos ,  
 Y otras algunas mas , que Dios mediante ,  
 Habremos de decir mas adelante .

Pero de grosedad tan conocida ,  
 Do se hiciera permanencia buena ,  
 Hay tan poquitos hoy que tengan vida ,  
 Que la memoria da terrible pena ;  
 Cubagua fué sin freno y sin medida ,  
 Y aquí fué la maldad no menos lleua :  
 Yo mismo vi cautelas é invenciones  
 Indignas de cristianas intenciones .

Volviendo pues al término marino ,  
 Digo que con algunos compañeros  
 Solía frecuentar este camino  
 El factor Joan de Ampíes , de los primeros  
 Que de Santo Domingo fué vecino ,  
 Donde yo conocí sus herederos ,  
 Y á Bejarano que , por ser quien era ,  
 Heredo por mujer á su heredera .

Curazao y Aruba , que frontero  
 Desta costa son islas situadas ,  
 Al Joan de Ampíes , factor ó tesorero ,  
 En perpetuo gobierno fueron dadas ,  
 Las cuales por aqueste caballero  
 Primeramente fueron conquistadas ;  
 Y pues son tan cercanas desta gente ,  
 Quiero trataros dellas brevemente .

De la costa del mar que represento ,  
 Hasta tres leguas estarán distantes ;  
 Las gentes que las tienen por asiento  
 Son mucho mas que otras elegantes ,  
 Y tanto que por otro nombramiento  
 Les llamaban las islas de Gigantes ,  
 Por ser en general de su cosecha  
 Gente de grandes miembros y bien hecha .

No tienen para qué formar querellas  
 De natura por malas proporciones :  
 Son las mujeres por extremo bellas ,  
 Gentiles hombres todos los varones ;  
 Por consiguiente son ellos y ellas  
 De nobles y apacibles condiciones ;  
 Tienen para la guerra gentil brio ,  
 Y su lenguaje es el de caquetio .

En el agua se mueven diestramente,  
Soltisimos en tierra y alentados,  
Punteria de tiros escelente  
En aves, en conejos, en pescados;  
Hanse lavado todos en la fuente  
Que quita las mancillas y pecados;  
Tienen pueblos formados, tienen templos,  
Y sus amos les dan buenos ejemplos.

Ningunos pueden ser mas escelentes  
De flecheros que el orbe nuevo cria,  
Porque desde muchachos balhucientes  
Se hacen diestros en la punteria:  
Juntanse muchos niños, pretendientes  
De llevar cada cual la mejoría,  
Puestos en los extremos de una plaza  
Con bola verde como calabaza.

Estando todos ellos esperando,  
Arrónjanla con brazo vigoroso,  
Y aquel que no le da yendo rodando,  
Queda de cierto premio perdidoso:  
Vanse por tiempo tanto despertando,  
Que yendo con el paso presuroso  
Nunca yerran conejo ni butia,  
Ni saben arronjar flecha baldia.

Por Juan de Ampíes, después por Bejarano  
Se les daban cristianos documentos,  
Y cada cual con celo de cristiano  
Deseaba poner buenos cimientos;  
Mas no siempre tenían á la mano  
Quien les administrase sacramentos;  
Mas este si faltaba se suplia  
Con algun lego que los instruía.

Uno conocí yo, pero no viejo,  
Y aunque se me mostraba no ser basto,  
Aquella soledad y el aparejo  
Lo hacían vivir muy poco casto;  
Y siendo proveido de consejo,  
Se le hizo del mal dejar el pasto:  
Do consta con cuán grande pesadumbre  
Se suele desechar mala costumbre.

Algunas veces hubo sacerdote  
Que tenía cuidado desta cosa,  
A lo menos después que vino en dote  
Esta gobernacion infructuosa;  
Pero también deseo que se note  
Ser una vida harto trabajosa  
Residir el pastor entre ganado  
Que cura, y él no puede ser curado.

Pero para buscar lo que consuella  
Al ánima de máculas teñida,  
Solia con alguna canohuela  
En tiempo de bonanza conocida  
El tal atravesar á Venezuela  
Con harto detrimento de la vida;  
Porque del mar cuando mayor bonanza  
Se debe tener menos confianza.

Hay allí de ganados buen rebaño  
De todas castas, mas de tal grandeza,  
Que si yo por ventura no me engaño  
Escede á la comun naturaleza:  
Del cual los indios recibían daño  
A causa de tener gran estrecheza;  
Mas bien sabe hacer manada angosta  
El indio, cuando á ello se regosta.

Sucedió pues en este tal gobierno  
Lázaro Bejarano, que ya digo  
Que como sucesor y como yerno  
Fué destes dichos indios gran abrigo.  
Su musa digna fué de nombre eterno,  
Lo cual no digo por le ser amigo,  
Sino porque sus gracias y sus sales  
No sé yo si podrán hallar iguales.

Haciendo yo por estas islas via,  
Seria por el año de cuarenta,  
Allí lo ví con su doña María,  
De tantas soledades descontenta:  
Holgáronse de ver la compañía  
De los que allí llegamos con tormenta:  
De la Española vino con sus prendas,  
A fin de visitar estas haciendas.

Aunque allí las tenía principales,  
Y un ingenio, que es gran heredamiento;  
Pero la condicion de los mortales,  
Puesto caso que tengan buen sustento,  
Es siempre procurar que sus caudales  
Vayan en excesivo crecimiento,  
Sin espantillos riesgos ni trabajos  
O de caminos largos ó de atajos.

Al tiempo que llegamos á su puerto,  
Un grave sinsabor lo poseía,  
A causa de que se le habia muerto  
El único heredero que tenía;  
Mas él, como varon sabio y esperto,  
Con cristiana cordura lo sufría:  
La cándida mujer por escelencia  
Padezia su mal con impaciencia.

Pero la gente que llegó novela  
Por términos cristianos consolóla;  
Después en una buena carabela,  
Fastidiados ya de vida sola,  
Se bajaron al Cabo de la Vela  
Para de allí pasar á la Española.  
Y en el rio la Hacha, que es do cuento,  
Se les hizo muy gran recibimiento.

Invenções allí ricas y estrañas,  
Variados colores de libreas,  
Hubo toros, sortija, juegan cañas,  
Corriéronse riquisimas preseas,  
Donde se daban todos buenas mañas,  
Por estar en presencia de sus deas,  
Aunque toda la fiesta se hacia  
Por respecto de la doña María.

Era con gran razon mercedora  
De fiesta tan cabal y generosa,  
Porque demás de ser esta señora  
En aviso cabal y virtuosa,  
Entre las otras era como aurora  
En todas buenas partes de hermosa.  
Con esto concluyamos, y aqui pare  
Lo de Aruba, Curazao y Buinare.

Mas á la tierra firme que frontera  
Tenemos, de presente nos volvamos,  
Procurando de dar razon entera  
De lo que coligimos y notamos,  
Y no prolija, pero verdadera,  
Segun en lo demás acostumbramos;  
Pues para se quistar bien algun cuento  
Es la verdad insigne condimento.

Aquesta costa toda se sabia  
Cuya gran poblacion á muchos llama,  
Y de la tierra adentro se tenía  
No menos opinion ni menos fama;  
Y no solo por Indias se estendia,  
Pero por otras partes se derrama,  
Y así muchos varones eminentes  
Eran de su conquista pretendientes.

No tenían el ánimo distinto  
Desta negociacion los de Alemaña,  
Y el gran emperador don Carlos quinto  
La dió, creyendo darse buena manía,  
Con otros intereses que no pinto,  
A los que llaman de la gran compañía,  
Que son aquellos Berzares famosos,  
Enratos y haciendas poderosos.

Habidos los recados y poderes  
Con los demás pertrechos suficientes,  
Enviaron los gruesos mercaderes  
Capitanes con número de gentes,  
Algunos con sus hijos y mujeres,  
Para poblar lugares convinientes;  
Y habiales cabido buen partido,  
Si por entonces fuera conocido.

Y cierto, si duraran pensamientos  
Con las ejecuciones juntamente,  
Pudieranse hacer repartimientos  
De grandísimo número de gente:  
Quedarán todos ricos y contentos;  
Mas el efecto fué muy diferente,  
Adelante llevando su porfia,  
Dejando atrás lo que les convenia.

Y aquella general inadvertencia  
A todos cuantos hoy viven lastima,  
Por ser entonces tanta la demencia,  
Que indios no tenían en estima,  
Y nadie procuraba permanencia,  
Sino coger el oro de por cima;  
Y tan exorbitantes intenciones  
Fueron causa de grandes perdiciones.

Tierras cercanas pues menospreciadas,  
Que de descanso daban certidumbre,  
A lo largo hacían sus jornadas,  
De que después tuvieran mejor lumbre;  
Hicieron prolijísimas entradas,  
Y todas con inmensa pesadumbre,  
De las cuales daré razon cumplida,  
Si Dios fuere servido darme vida.

Serán en su proceso celebrados  
Insignes y valientes capitanes;  
Grandes proezas, hechos señalados,  
De fuertes españoles y alemanes,  
Riesgos de vida, fines desastrados,  
Trabajos insufribles y desmanes,  
Con otras cosas dignas de memoria,  
Merecedoras de cabal historia.

Pues el Ampíes, tractante diligente  
En la contractacion deste camino,  
Era de la conquista pretendiente,  
Y no sé yo por qué vias le vino;  
Mas el primero fué que metió gente  
En tierras deste bárbaro vecino,  
Año de veinte y cinco con quinientos,  
Y el número mayor de los diez cientos.

La causa principal fué tener prendas  
De indios desta tierra naturales,  
En hatos de ganados y haciendas,  
De minas, de maíces y yucales,  
Que daban relacion de las viviendas  
De muchas poblaciones principales,  
Entre los cuales fué cierto mancebo,  
Señor de la ciudad Hurehurebo.

Y en casa del Ampíes este tenía  
Sus hijos, su mujer y una su hermana;  
Aqueste se llamó Fernán García,  
Después que ya tomó la fe cristiana,  
La hermana se nombró doña Mencia,  
A su mujer pusieron doña Juana;  
Era también captiva desta presa  
Otra que se llamó doña Teresa.

Instructos en católico camino,  
Este Fernán García y doña Juana  
Se casaron según orden divino  
De la Iglesia católica romana.  
El dicho Joan de Ampíes fué su padrino  
Y á todos libértó de buena gana,  
Y vinieron con él en un navío  
A sus vasallos y á su señorío.

Era poca la gente que traía,  
Pero como valiente y atrevido  
En la tierra metió su compañía,  
Sin serle por los indios defendido;  
Fundó su pueblo donde convenia  
Para la defension de su partido:  
Aqueste Coro fué, según parece,  
Pues hasta nuestros tiempos permanece.

Púsose por la gente forastera  
Al pueblo semejante nombramiento  
Por el río que guía su ribera  
Brevecilla distancia del asiento,  
Que siempre se llamó desta manera:  
El cual le viene bien, pues Coro viento  
Quiere decir en lengua generosa,  
Y así es aquella tierra muy ventosa.

Es tierra de fructíferos cardones  
Con que gran parte della se embaraza;  
De uvas, de granadas y melones  
Podría tener abundante plaza;  
Hay hobos, cimrucos y mamones;  
Abundantísima de toda caza:  
Hay perdices, conejos y venados,  
Y grande pesquería de pescados.

De ganados hay hoy los campos llenos,  
Su carne por estremo provechosa,  
Sabores ultimadamente buenos;  
De cabras muchedumbre copiosa:  
Paren á dos y tres, si mas, no menos;  
Hay de caballos casta generosa,  
Y la cercana sierra les da grano  
Si les falta por ser largo verano.

Doce leguas en torno del asiento  
Había poblacion engrandecida,  
Ciudades de grandísimo momento,  
Como Todariquibo, Zacerida,  
Memoradas también en este cuento  
Carao, Tamadoré, Capatarida,  
Carona, Guaybacoa, Cumarebo,  
Miraca, Hurraquí, Hurehurebo;

Con otros que llamamos de presente,  
De cuya poblacion nos es notorio  
Tener crecido número de gente,  
Hasta Paraganá que es promontorio,  
O punta señalada y eminente  
De San Roman, antiguo diversorio  
De cristianos en aquellas edades.  
Sin faltar en los indios amistades.

Cae la sobredicha circunstancia  
De Coro según vemos al nordeste,  
Y al Maracaibo ponen de distancia  
Treinta leguas al viento sudeste.  
En Coro pues con toda vigilancia  
El dicho Joan de Ampíes formó su hueste  
L'e pocos pero muy buenos soldados,  
Y hasta cinco ó seis hombres casados.

Un Joan Cuaresma fué de los primeros  
Con su mujer Francisca Samaniego,  
Joan García con otros compañeros  
Casados, y con ellos maestre Diego,  
Bartolomé García y un Riberos,  
Según me declaró Fernán Gallego,  
Que tenemos hoy día por vecino  
En este reino donde después vino.

Vino también aquel varon famoso,  
Esteban Martín, digno de memoria,  
Vino Pedro de Limpías valeroso,  
Cuya gran valentía fué notoria,  
Y el capitán Martínez virtuoso,  
Cada cual digno de mayor historia;  
Vino Juan de la Puente y un Aceros,  
En virtud y valor de los primeros.

El Limpías, el Esteban y el Aceros,  
Con la conversacion de aquellas gentes,  
De mas de ser fortísimos guerreros  
Salieron todos lenguas excelentes;  
Porque son estos indios compañeros  
Apacibles, benignos y obedientes,  
En el lenguaje todos elegantes,  
Y estiéndense por tierras muy distantes.

Poblado Coro pues en llana vista,  
Lugar de salitífero terreno,  
Con municion para que se resista  
Al que tuviese parecer ajeno,  
Quería comenzarse la conquista  
Por los mas comarcanos deste seno;  
Mas antes de venir á los cabellos  
Se convidó con paz á todos ellos.

Aquesta celebraron tan de veras  
Cuanto por el Ampíes se les pedía,  
Mediante los terceros y terceras  
Que para sus designos él traía:  
De suerte que de todas las fronteras  
Ninguno para guerra se movía,  
Por estar de por medio la Teresa  
Y el príncipe Fernando y su princesa.

Estos trajeron al cristiano bando  
Al indio que Manaure se llamaba,  
El cual sobre caciques tuvo mando  
Y toda la comarca subjectaba;  
Y hizolo venir el don Fernando  
A cuanto nuestra gente deseaba:  
Fué Manaure varon de gran momento,  
De claro y de sagaz entendimiento.

Tuvo con españoles obras blandas,  
Palabras bien medidas y ordenadas;  
En todas sus conquistas y demandas  
Temblaban dél las gentes alteradas;  
Haciase llevar en unas andas  
Con chapas de oro bien aderezadas,  
Y el amistad y paz después de hecha  
La tuvo con cristianos muy estrecha.

Usaba de real magnificencia,  
Sin se le conocer parecer vario,  
A sanos y á subyectos á dolencia  
Siempre les proveyó lo necesario:  
De tal manera, que sin advertencia  
Se hizo poco á poco tributario;  
Pero jamás desgusto ni molestia  
Pudieron perturbarle su modestia.

Nunca vido virtud que no loase,  
Ni pecado que no lo corrigiese;  
Jamás palabra dió que la quebrase;  
Ni cosa prometió que no cumpliese;  
Y en cualquiera lugar que se ballase  
Ninguno le pidió que no le diese;  
En su mirar, hablar y en su manera,  
Representaba bien aquello que era.

Ampiés, viendo persona tan urbana,  
En medio de tan rudo barbarismo,  
Dióle noticia de la fe cristiana  
Siendo bien instruido por él mismo;  
Y después recibió de buena gana  
El agua del santísimo bautismo,  
Llamóse don Martín, y después desto  
Baptizó de su casa todo el resto.

Demás de la mujer, hijas y hijos,  
Se bautizaron todos los vasallos  
Que tenia por granjas y cortijos;  
Corrieron españoles los caballos  
Por mas solemnizar los regocijos;  
El don Martín holgaba de mirallos,  
Admirado, suspenso y espantado  
De ver irracional tan bien mandado.

Fué siempre del Ampiés amigo caro  
Satisfaciendo bien sus voluntades,  
De todos clementísimo reparo  
Y socorro de sus necesidades;  
No supo de sus bienes ser avaro,  
Ni maculó jamás las amistades;  
Fué fiel en palabras y en el hecho,  
Y libre de maldad siempre su pecho.

Con estas sobredichas ocasiones,  
Conformes á pacífica costumbre,  
El capitán Ampiés y sus varones  
Tuvieron de la tierra mayor lumbre;  
Y aquellas circunstantes poblaciones  
Vinieron á la paz y servidumbre  
Hasta catorce leguas mas adentro,  
Mas de su voluntad que por recuento.

Colando mas adentro con el cebo  
De lo que por los indios se decía,  
Vino la nueva del gobierno nuevo  
Que por los alemanes se traía:  
Movióse Joan de Ampiés, y yo me nuevo  
Dejándolo por ir por otra vía  
A tractar desta gente que ya viene,  
Pues él se fué do sus haciendas tiene.

### ELEGIA I.

*A la muerte de micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.*

#### CANTO PRIMERO.

Habia Febo ya, según la era  
Que contamos del santo nacimiento,  
Pasado tres quinientos de carrera,  
Con otros siete lustros deste cuento,  
Por los cursos opuestos á la esfera  
Que es causa del diurno movimiento,  
Cuando vinieron por los alemanes  
Lucidos y valientes capitanes.

Fueron soldados mas de setecientos  
En militares artes instruidos,  
Copia de belicosos instrumentos  
De que todos venian proveidos;  
Lucian variados ornamentos  
De las bizarras ropas y vestidos:  
Las bélicas trompetas dan clamores,  
Suenan incitativos atambores.

A la voz de conquista tan solene,  
Siguen muchos guerreras ordenanzas:  
El caballero deja lo que tiene,  
El labrador sus rústicas labranzas;  
El oficial humilde también viene  
A sombra de soberbias esperanzas,  
Y todos los demás con los contentos  
Que suelen prometer descubrimientos.

Micer Ambrosio Alfinger los regia,  
Persona bien nacida y eminente,  
Y cuya discrecion y cortesía  
Se puede bien decir ser excelente:  
El cual gobernador también tenia  
No menores extremos de valiente.  
De capitanes hizo nombramiento  
A Vasconía y á don Luis Sarmiento.

También á Joan Florin y á Monserrate,  
Y Casamirez, hombre de gran cuenta:  
Que todos ellos en cualquier combate  
Pudieran señalarse sin afrenta;  
Indigno de poner en el remate  
Al buen Filipe de Utem, que ensangrienta  
La tierra con su sangre generosa,  
Por mano dura, falsa y alevosa.

Vino Bartolomé Berzar pujante  
En la misma sazón y coyuntura,  
De bienes temporales abundante,  
Pero falto y ajeno de ventura;  
Pues un mismo furor en un instante  
Nos encubrió la misma sepultura,  
Mandando que sus furias se ejecuten  
En él y en el señor Felipe de Utem.

Nicolao Fedrimán entonces vino,  
Que de micer Ambrosio fué teniente,  
Hombre de entendimiento peregrino,  
Capitán admirable y excelente;  
Pues en cualquier rigor deste camino  
Ninguno mas sagaz y diligente:  
Del valor de los cuales, Dios mediante,  
Diremos grandes cosas adelante.

Entre los mas insignes desta gente  
Alonso Vazquez era tesoroero,  
De la casa de Acuña descendiente;  
Fué contador Antonio de Navero,  
Pedro de San Martín por consiguiente  
De factores del rey él fué primero:  
Cada cual dellos hombre de sustancia  
Para cualquier negocio de importancia.

Llegaron pues á la ciudad de Coro,  
Cuyas pajizas casas ó bubios  
Se mostraban ajenas del decoro  
De los recién llegados atavios;  
Mas antes de preaseas, plata y oro,  
Los moradores dellas muy vacios,  
Y lo mas principal de sus arreos  
Eran á bien librar bastos anjeos.

De las capas allí la mas usada  
Entonces era sola la del cielo;  
Casaqueta de lienzo mal cortada,  
Alpargate lijero por el suelo;  
La vaina con que cubren el espada,  
De cuero de venado con su pelo:  
Finalmente, que los recién venidos  
Hacian burla de los mal vestidos.

Pero también la gente macilenta  
Burlaba de quien burla de su pena,  
Porque tenían ya por cierta cuenta  
Que habian de venir á la melena,  
Puestos en el rigor de su tormenta  
Que los mas estirados mas refrena;  
Y que necesidad, hambre y ultraje,  
Habian de hacelles mudar traje.

Pues como ya no se hallasen prestas  
Las raciones del vino ni sustento,  
Viérades abatidas muchas crestas,  
Y andar todos los mas á paso lento ;  
Y aquellos de las plumas mas enhiestas  
Meneallos también cualquiera viento ,  
Arrastrando los piés por la ribera ,  
Con traer la barriga muy lijera.

Guña del ojo práctico soldado,  
Que en las necesidades se sustenta  
Con cuatro granos de maiz tostado  
Con agua, sal y aji , que es la pimienta  
Que da sabor al misero guisado ,  
Y á los que van famélicos alienta  
Para subir altísimos oteros ,  
Mas sueltos que los perros mas lijeros.

Viendo la gente pues tan afligida ,  
A la sierra hicieron un entrada ,  
A fin de proveerse de comida ,  
Ganada por los filos del espada :  
Fué gente de valor apercebida  
De la recién venida y de la osada ,  
Y el Esteban Martin fué por caudillo ,  
Hombre cuyo valor no fué sencillo.

Iban los baquianos compañeros  
Con camisetas cortas y lijeras ;  
Los chapetones no van hechos cueros ,  
Poro todos lo mas vestidas cueras ,  
Que separaron de los aguaceros  
Y del terrible sol no tan sinceras ,  
Antes del dicho sol y del invierno  
Poquito menos duras que de cuerno.

Dejaron de crujir los tafetanes ,  
Añojaron un poco los follones ,  
Y los que reventaban de galanes  
Ven sus blancas camisas y jubones ,  
Y aquellos bombecinos bahañanes  
No menos que los mas negros carbones ;  
Viérades luego del soldado viejo  
La grita, la matraca y cordelejo.

Uno por una parte les decia :  
«Este, señores, es el primer baño» .  
Otro : «Placerá á Dios que con leña  
Remediaremos parte deste daño» .  
Otro : «Para la siesta deste día  
Grande socorro son calzas de paño» .  
Otro : «Para los riesgos del viaje  
Bella defensa es un buen plumaje» .

Yendo con semejante batería  
A los tales trabajos conveniente ,  
La cumbre de la sierra se subia  
Con una siesta de calor terrible ;  
Y el antiguo y moderno perecia  
De sed , por el ardor ser insufrible :  
Agua no se hallaba por la tierra  
Hasta la otra parte de la sierra.

Adelantóse pues Pedro de Aranda ,  
Soldado valeroso, de buen brio ,  
A fin de se bajar á la otra banda  
Do sabia correr un fresco rio ;  
Van todos los demas en su demanda  
Con alguna distancia de desvio ,  
Mas el Aranda, mozo mas ligero ,  
El sobredicho rio vió primero.

Encima de la barranca, poco llano ,  
Con arboleda clara que tenia ,  
En un troncon que vido mas cercano  
Arrimó la ballesta que traia ;  
Atrás dió luego salto bien lejano  
Porque le pareció que se movia ,  
Huyendo con mas impetu que cebra ,  
Por conocer al claro ser culebra.

El cuello levantó la bestia fiera ,  
Y luego la trisulca lengua saca ;  
Meneó la cabeza, la cual era  
No de menor grandeza que de vaca ;  
La lumbré de los ojos reverbera  
Para mayor temor del alma flaca ,  
Mas con oír rumor se estuvo queda  
Debajo de la selva y arboleda.

Arandá se paró, como ya viese  
Llegar el avanguardia de la gente ,  
Dió voces para que se detuviese ;  
Sin huelgo del temor de la serpiente ;  
La cual como de allí no se moviese ,  
Y todos se pasasen de repente ,  
Aranda pidió tiros, y se apresta  
Para cobrar sus armas y ballesta.

De venenoso tiro se repara,  
Que luego recibió rasa cureña ;  
Apuntó bien á la espantable cara  
Por lo mas escombrado de la breña ;  
Un ojo le clavó la veloz jara ,  
Y á no dar allí fuera dar en peña ;  
La bestia se movió de do yacia ,  
Con silbos que la selva se hundia.

Infláronse las venas y garganta  
Con el dolor y su costumbre brava ;  
Ya como grande viga se levanta ,  
Ya se estendia, ya se doblé gaba ,  
Ya ramos de la mas cercana planta  
Con golpes de la cola derribaba ;  
Piedras, palos y cosas diferentes ,  
Hacia mil pedazos con los dientes.

Reguardábanse todos de las prestas  
Vueltas , por no le dar cebo y despojo ;  
Otros, huyendo van por las florestas  
Del gran furor y serpentín enojo ;  
Otros en él desarmán las ballestas  
Y acaso le quebraron el otro ojo ;  
Y en este tiempo vido nuestro bando  
Que iba de sus furias añojando.

Como sus vuelcos fuesen ya pequeños ,  
Y diese de desmayo clara seña ,  
Perdieron el temor los mas isleños ,  
Y de las bajas ramas de la breña  
Cortaron verdes y crecidos leños  
Para herir la bestia zahareña :  
Tal combate de golpes se concerta ,  
Que la terrible fiera quedó muerta.

Los capitanes desta compañía ,  
Con todos cuantos iban á su cargo ,  
La midieron , y vieron que tenia  
Poco menos que treinta piés de largo ;  
Y lo mas grueso della bien seria  
De hombre por do tiene mas embargo ,  
Quiero decir por medio la cintura ,  
Cosa que de creer se hará dura.

Después del vencimiento serpentina  
De que la gente nueva se espantaba ,  
Prosiguen adelante su camino  
Al valle do la guia los llevaba ,  
Para dar en el misero vecino  
Que semejante mal no reelaba ;  
En el rio hicieron sus conciertos  
De caminar por pasos encubiertos.

Conclusas calurosas destemplanzas  
Del radiante sol de mediodía ,  
Caminaron con buenas ordenanzas  
Por el umbroso monte tras las guías ;  
Llegaron á las rocas y labranzas  
Que el descuidado bárbaro tenia ;  
Y en parte que les era mas oculta  
Entraron todos ellos en consulta.

La lumbré de la lámpara febea  
Debajo puesta ya del horizonte ,  
Mediante la tiniebla que desea  
Quien sigue las tres hijas de Aqueronte ,  
Seguros de que ya nadie los vea  
Dejaron el latibulo del monte ,  
Y sin ningun rumor, y á paso lento ,  
Llegaron á la vista del asiento.

Allí paró segunda vez la gente  
De nuestras españolas compañías ,  
Y luego hizo ir incontinentemente  
El Esteban Martin á dos espías ,  
Astuto cada cual y diligente  
En estas semejantes rancherías ;  
Y fué Pedro de Limpías el un hombre ,  
Y el otro no me acuerdo de su nombre

Partiéronse los dos apercebidos,  
Segun que suelen tácitos y mudos,  
Descalzos porque no fuesen sentidos,  
Y en todo lo demás cuasi desnudos,  
Aunque de sus espaldas prevenidos  
Y á las espaldas puestos los escudos;  
Y ven después de hecho su rodeo  
Estar todos subyectos á Morfeo.

Estando pues el Limpias abajado  
Entre ciertos ajies ó pimientos,  
Vido salir un indio descuidado  
Fuera de sus pajizos aposentos:  
Sin ver asechador el asechado,  
E ya cesando de sus movimientos  
A las matas de ajies encamina  
La crecida represa de la urina.

Lava con los orines el insonte  
Al sonte barbas, cejas y cabello,  
Y de los pelos del veloso monte  
Descienden las corrientes hasta el cuello;  
Porque la caza no se les remonte  
Retiene Limpias todo su resuello;  
Pues al menor anhelo no se suelta  
Hasta tanto que el indio dió la vuelta.

El caño del gandul ya desaguado,  
Que fué poco menor que regadera,  
En ojos y hocicos rociado,  
El buen Pedro de Limpias salió fuera,  
Y junto con aquel otro soldado  
Volvíeron do la gente los espera;  
Hablaron con los otros en secreto,  
Diciendo: «todo queda ya quieto».

Quando caliginoso peso iguala  
Su curso por venir con el pasado,  
Y con el dulce sueño se regala  
El cuerpo de cuidados descuidado,  
Doscientos españoles van en ala  
Para dar el asalto concertado;  
Después á baquianos y noveles  
Les fueron señalados sus cuarteles.

Los cuales con el tácito semblante  
Cada cual á su puesto se endereza,  
Rompiendo de la casa circunstante  
La puerta del zaguán ó de la pieza,  
La punta del espada por delante,  
Cubierta del escudo la cabeza,  
Y algunos tan sutiles y advertidos  
Que pudieron entrar sin ser sentidos.

Los falsos y nocturnos mercaderes  
Dan en los miserables inocentes,  
Que estaban con sus hijos y mujeres  
En las sencillas camas, y pendientes  
Perturban soporíferos placeres;  
Oprimidos los tienen y obedientes,  
Dentro de las hamacas encogidos,  
No menos apretados que cosidos.

En todas partes hay desasosiego,  
Aquí y allí se siente pesadumbre,  
Y entre tanto que guardan el entrego  
Los unos, segun tienen de costumbre,  
Otros echaban pajas en el fuego  
Para mejor valerse con la lumbre;  
Mas aquel que soplabá la candela  
Cumpliale hacer buena rodela.

Pues entonces á cierto compañero,  
En este menester mal advertido,  
Que con el resplandor un indio fiero  
Soplado sin temor delante vido,  
Le dió con una mano de mortero  
Con que muelen maíz endurecido,  
Y fué de tal manera la herida  
Que al tiempo del soplar sopló la vida.

Despertaron al fin los que dormían,  
Al grito del vecino y del pariente;  
Algunos escapaban y huían,  
Otros pelean valerosamente,  
Otros con solas flechas, si tenían,  
Procuraban herir á manteniendo,  
O sintiendo hablar ó si se topa  
Por el obscuridad gente de ropa.

Descendian los golpes encubiertos  
Con grande confusion de vocería;  
Por una y otra parte son inciertos,  
Mas ciertas para quien los recibía:  
Hubo de entrambos bandos hombres muertos  
Y en partes sanguinosa la porfía;  
Pero los miserables salteados  
Fueron al cabo los peor librados.

Al tiempo pues que las nocturnas lumbres  
Se suelen absentar de vista humana,  
E ya dorando va las altas cumbres  
El claro resplandor de la mañana,  
Cesaron las guerreras pesadumbres;  
Victoriosa la gente castellana,  
Recogen á la plaza de los vivos  
Número copioso de captivos.

Suenan prisiones duras y molestas  
Por cuellos de los padres y sus prendas;  
Hácese las compañías luego prestas  
Para los apartar de sus viviendas;  
Llevan los miserables á sus cuestras  
Sus adquiridos bienes y haciendas,  
Hasta las casas de los vencedores,  
Como dellas y dellos poseores.

Volvíéronse por pasos conocidos  
Con recato y aviso conviniente,  
Llegaron do perciben los oídos  
Las ondas sometidas al tridente:  
Fueron con alegría recibidos  
Deste gobernador y de su gente,  
Y repartióse luego la comida  
A cada cual, por orden y medida.

Mostró la gente nueva sus trofeos  
Así como hazaña grandiosa,  
Y en ver algunos indios arreos,  
Desea ranchar quien menos osa;  
Luego salieron otros arrancheos  
Diciendo que el hurtar es dulce cosa;  
Recogióse de indios muchedumbre  
Reducidos á dura servidumbre.

Para confirmaciones deste yerro  
Que de mayores otros se deriva,  
Allí los señalaron con el hierro  
Que de la libertad dulce los priva;  
Perpetuóse luego su destierro  
Adonde cada cual muriendo viva,  
Poniéndoles prolijo mar en medio,  
En otro cautiverio sin remedio.

Gran número de indios ya vendido  
Por las islas en públicos pregones,  
Trajeron del dinero procedido  
Caballos, ropas, armas, municiones:  
Fué cada cual soldado proveido,  
Segun aquellos tiempos y sazones,  
De lo que demandaban sus intentos,  
A fin de proseguir descubrimientos.

Luego micer Ambrosio determina,  
Con avio que tuvo por bastante,  
Dejar por algun tiempo la marina  
E ir con sus designos adelante:  
Gentes, caballos, armas encamina  
Al Maracaibo lago circunstante,  
Pues como hallador desta alguna  
Quiso tentar desde ella su fortuna.

Partió pues en servicio del monarca,  
Toda su gente bien aderezada,  
Y como ya tomase la comarca  
Del alaguna ya comemorada,  
Para pasar por ella hizo barca  
De la ceiba que dejó declarada,  
Tronco de veinte piés en la grosura  
Y de ciento y cincuenta de longura.

Ayudados de velas y de manos,  
En veces y viajes diferentes  
Pasaron á los otros campos llanos  
Que acia Santa Marta van corrientes,  
Donde poblaron pueblo de cristianos  
En sitios que no fueron convinientes,  
Por ser un suelo seco tan enjuto  
Que nunca produció grano ni fruto.

Si no son datos, fruto de cardones,  
De que hay cantidad innumerable,  
Que cogen en sus tiempos y sazones,  
Y tienen por sustento razonable,  
Y en aquellas provincias y regiones  
De gustoso sabor y saludable,  
Unos redondos, otros perlongados,  
Blancos unos y otros colorados.

También demás de ser el fruto sano,  
Tiene de buen olor suaves dejes;  
Granillos menudicos, y á su grano  
Parecen los del higo ser anejos;  
El árbol del altura de manzano,  
Pero de su blandura va muy lejos,  
Pues son ramos rollizos con esquinas,  
Cubiertos de espesísimas espinas.

En un pueblo de indios que allí estaba  
Hicieron los cristianos el asiento;  
Aqueste Maracaibo se llamaba,  
De quien el lago tuvo nombramiento:  
Allí no se cogía ni sembraba,  
Mas era de rescates el sustento,  
Y celebraban ferias y mercado  
A trueco de la sal y del pescado.

Hizo micer Ambrosio de solares,  
Segun orden, comun repartimiento,  
Nivelando las calles y lugares  
Para mejor trazar aquel asiento;  
Nombraron de personas singulares  
Oficiales, justicia y regimiento:  
Fernando de Beteta fué teniente,  
Que conocí do moro de presente.

Allí, sin ocasion justificada,  
El Ambrosio, guiado por malsines,  
Hizo matar al capitán Villada,  
Que fué de los soldados mas insines:  
De do quedó la gente desgraciada,  
Y adivinando trabajosos fines,  
Tuvo mala sospecha de alzamiento,  
Pero consta que fué sin fundamento.

Era Caravajal el escribano,  
Soldado mas astuto que valiente,  
Que por ser en sus hechos inhumano  
Después trataré dél mas largamente,  
Porque mucho después alcanzó mano  
En el mando y gobierno desta gente;  
Y por sus desconciertos y malicia  
Vimos cómo fué muerto por justicia.

De gente que este pueblo sustentaba  
Españoles casados no contamos,  
Aunque de la caterva que allí estaba  
Algunos conocimos y tractamos;  
Acuérdome de solo Gil de Nava,  
Item de su mujer Isabel Ramos,  
Porque bajaron desde Venezuela  
Mucho después al Cabo de la Vela.

Siguiendo pues propósitos y fines  
Estas cosas de que memoria hago,  
Trajo micer Ambrosio bergantines  
Para mejor correr aqueste lago:  
Recorrieron comarcas y confines,  
Y mediante blanduras y halago,  
Procuraron traer al que pelea  
A la paz y amistad que se desea.

Unos caudillos van hasta la sierra,  
Otros corren del agua lo cercano,  
Unas veces por paz, otras por guerra  
Donde fué menester sangrienta mano:  
Al morador del agua y de la tierra  
Con gran dificultad se hizo llano;  
Mas de la vecindad no tan contentos,  
Que no tuviesen muchos movimientos.

Andaban sospechosos y alterados,  
Por no les parecer segura vida  
Subyectarse por siervos y criados  
De la gente leroz recién venida;  
Vianse demás desto molestados  
Cerca del proveer de la comida,  
Que el bárbaro cercano no tenía  
Si por rescate no se le traía

De las tierras de sus pueblos distantes,  
Desde donde venian labradores  
Con maiz y otras cosas semejantes  
A rescatar con estos pescadores;  
Porque estos indios, como dije antes,  
Son de tierra tan seca moradores,  
Que jamás se conoce tiempo frio,  
Y el cielo pocas veces da rocío.

Por la molestia pues que voy diciendo,  
De que estaban aquestos indios llenos,  
Los del agua se fueron retrayendo,  
Los de tierra también ni mas ni menos;  
Los nuestros, alimentos inquiriendo,  
Recorrian con barcos estos senos,  
Tan lejos que tardaban muchos días  
En socorrer aquestas compañías.

Las cuales padecian entre tanto  
De hambre molestísimo tormento,  
Y tanto, que llegaban muy á canto  
De miserable fin y acabamiento:  
Mirábanse los rostros con espanto,  
Curtidos del calor y grande viento,  
Que tiende por allí soberbia mano,  
A lo menos el viento subsolano.

Parte destes trabajos tan pesados  
Solia remediar la pesquería,  
Y caza de conejos y venados  
Que mataba con perros quien tenía,  
Y á cuestras de los miseros soldados  
Toda la pesca y caza se traía;  
Y no tenía la ración mas larga  
Quien subyectó sus hombros á la carga.

Por ser igual el grande y el mediano  
En semejantes términos y treguas,  
Mayormente la parte de aquel grano  
Que traian de mas de quince leguas  
En los cansados hombros del cristiano,  
Y no con los caballos ni las yeguas,  
Por reservarlos en aquesta tierra  
Para los duros trances de la guerra.

Pues demás de ser pocos, está claro  
Ser necesarios en cualquier salida  
Para hacer espaldas y reparo  
A los que iban cargados de comida  
Por tierra donde el pan costaba caro,  
Y en agua se pagaba con la vida;  
Pues fué también adversa la fortuna  
A los que entraban por el alaguna.

Donde de muchos trances sucedidos,  
Diré de dos docenas de soldados  
Que llegaron á pueblos conocidos,  
En amistad y paz confederados,  
Do fueron de los indios recibidos  
Y con alegres muestras regalados,  
Y luego la fragata proveida  
Hasta que mas no cupo de comida.

En la cual, por razon de estar tan llena,  
No podia volver toda la gente,  
Y no juzgaban por cordura buena  
Dejar alguna parte del presente;  
El cacique habló: «No tengais pena,  
Que yo daré recado conveniente;  
Vayan los que gobiernan al navío,  
Que todos los demás ternán avío.»

Por los aviamientos prometidos,  
Aqueste capitán y sus soldados  
No se mostraron desagradecidos,  
Mas imprudentemente confiados;  
Y los de la fragata despedidos,  
Cuantos podian ir bien aviados,  
Atenidos al ya dicho concierto  
Los veinte se quedaron en el puerto.

Luego por las canoas importuna  
El capitán al indio y á su gente,  
Y recogióse del alaguna  
Muchas por el cacique diligente;  
Pero podian ir en cada una  
No mas que dos personas solamente,  
Un español á proa sin mas ropa,  
Y para lo llevar un indio á popa.

Cada cual al pasaje se pertrecha,  
Y en algunos, llegados estos leños,  
No dejó de reinar mala sospecha,  
Porque les parecían ser pequeños;  
Y por ningunas vías aprovecha  
Pedir otros mayores a sus dueños:  
Quedarse pues en tierra no cumplía,  
Porque no menor riesgo se corría.

Bien como cuando huye delincuente  
De la muerte que tiene merecida,  
Y sabe que al pasar alguna puente  
Corre terrible riesgo de la vida,  
Y con haber aquel inconveniente,  
Escoge por mejor la tal huida,  
Porque podría ser que la ventura  
Allí le diese puerta mas segura:

No menos los confusos y perplejos  
Tomaron por consejos menos locos  
Hacerse con los pocos á lo lejos  
Que quedar entre muchos siendo pocos.  
Hicieron pues sus pasos circunflejos  
Reconociendo ya minaces cocos,  
Y fiando fieles de infieles,  
Entraron en los débiles bajeles.

Un remo cada cual, sin otra vela,  
Porstrado sin lugar do se sentase  
El español que siempre se nivela  
De manera que no se leadease  
La fútil y lijera canohuela  
Y con algun vaivén se zozobrase,  
Van navegando juntos desta suerte  
Aguas ejecutoras de su muerte.

Yendo corriendo pues el alaguna  
Con navios de vasos tan estrechos,  
Sin los amenazar otra fortuna  
De la que ya llevaban en los pechos,  
Dieron el gran vaivén todos á una  
Que requerian los conciertos hechos:  
Quedaron zozobrados los navios,  
Y en el agua personas y atavios.

Vereis al resollar de los caidos  
Cómo las aguas eran embarazos,  
Los unos totalmente sumergidos,  
Otros que hacen remos de sus brazos,  
Y algunos que si destos son asidos,  
No sueltan aunque los hagan pedazos,  
Pensando ser aquel de quien afierra  
Bastante para lo sacar á tierra.

Aquel que sobre el agua se mostraba  
A cabo de muy poco no parece;  
Quien con bebidas aguas arqueaba  
En ellas se desmaya y entorpece;  
Otro que de sus brazos confiaba,  
Por no saber dó ir también perece,  
Y de veinte los diez y nueve leños  
Habellos recogido ya sus dueños.

Porque los indios, hechas las traiciones,  
Huyéronse del triste naufragante  
Mas sueltos que delfines ó tritones,  
Llevándose los leños por delante,  
Dándoles con las manos empellones  
Por apartillos mas del circunstante,  
De los cuales el agua cuanta era  
En un solo vaivén echaban fuera.

Mas de los españoles el caudillo,  
Cuando las confusiones y alboroto,  
Su leño nunca quiso desasillo,  
Y dió de puñaladas al piloto;  
Su nombre no queremos enuebrillo,  
Ni cumple de memoria ser remoto,  
Pues es el valeroso Juan Aceros,  
Que vivos los tenia y muy enteros.

El espada sin vaina retenida,  
Recogido no menos el escudo,  
La canoa que tuvo bien asida  
Desanególa lo mejor que pudo:  
Apercibióse para la huida,  
Después que se metió medio desnudo,  
Con gran destreza la gobierna y rema,  
Huyendo de la pérdida postema.

Mas los indios por no perder el lance,  
Movidos del vigor con que él se mueve,  
A grande prisa siguen el alcance  
Todas las canohuelas diez y nueve;  
El que huyendo va del duro trance  
Cumple como varon con lo que debe,  
Haciendo blandear el canaleta  
Oremo, que en el agua saca y mete.

Como caza que sacan los ventores  
Del alto para mas llana carrera,  
Do por desatinalla cazadores  
Le dan terribles voces donde quiera,  
Y aunque mas asombrada de clamores  
Procura del peligro salir fuera,  
En busca de jaral ó de espesura,  
Do tampoco halló mata segura:

Tras el buen español, que no desmaya,  
Ansí gritando va la gente perra;  
El cual, imaginando dónde vaya,  
Tenia por mejor tomar la tierra,  
Y con sumo sudor tomó la playa,  
Donde también halló gente de guerra;  
Pero dejada ya la canohuela,  
Armóse del espada y la rodela.

Conoce de sus hados el motivo,  
Y el patente peligro no lo ablanda;  
Para tomallo pues los indios vivo,  
Rodéanlo por una y otra banda;  
Los que venian tras el fugitivo  
Perseveran también en la demanda;  
Consulta sus potencias, y no alcanza  
Refugio de que haga confianza.

Y conocida ya su triste suerte  
Que con desconfianza lo convida,  
Determinóse de vengar la muerte,  
Antes de ver el cabo de su vida:  
En un flaco lugar se hizo fuerte,  
Con animosidad jamás vencida;  
Y sus hechos en estas ocasiones  
Sobrepujaron á las intenciones.

Porque los que llegaban mas exentos,  
Con determinacion de echalle mano,  
Volvian de sus golpes tan sangrientos  
Que no los remediara cirujano:  
Saltos veloces, bravos movimientos,  
Con fuerza y valentía de tritano;  
El espada no halla cosa dura,  
Ni hueso do no haga coyuntura.

Viéndolo menear desta manera  
La vil y mas que pérdida canalla,  
Y cuán mal acababa su carrera  
Aquel que mas cercano dél se halla,  
Tomaron por partido desde fuera  
Dar fin y conclusion á la batalla:  
Tantos tiros y tanta piedra vuela,  
Que le desmenzaron la rodela.

Por mil partes estaba traspasado  
De piedras y de flechas mal herido,  
De innumerable gente rodeado,  
Por todos cuatro lados combatido:  
El cuerpo grandemente fatigado,  
El ánimo jamás enflaquecido;  
Mas para ejecucion de sus intentos  
Estaban flacos ya los instrumentos.

Y al tiempo que la luz resplandeciente,  
Que todos los planetas señorea,  
Quería ya meter la roja frente  
En la cerúlea y espumosa dea,  
Espiritu vital del combatiente  
Casó, poniendo fin á la pelea,  
Del sueño de la muerte poseído;  
Mas aunque muerto nunca fué vencido.

Quedaron con él treinta derribados,  
Otros cortados hombros y ternillas,  
Y todos ellos atemorizados  
De semejantes vueltas y rencillas;  
Y los que después fueron castigados  
Contaban cerca desto maravillas,  
Y cómo, con estar el cuerpo vano,  
Nunca soltó el espada de la mano.

Al pueblo pues llegado con bonanza  
El navio y á buena coyuntura,  
Y vista de los veinte la tardanza,  
Por cierta se juzgó la desventura:  
Determinóse luego la venganza,  
Que no fué segun dicen poco dura,  
Y aun á los del ejército sangriento  
También fué de trabajos gran aumento.

Los cuales referirse por estenno,  
Con la necesidad de aquella era,  
Seria navegar por mar inmenso,  
Y nunca poner fin á mi carrera;  
Pero para lo dar á lo que pienso,  
Digo que en el compás desta frontera,  
Demás de tanto mal ser insufrible,  
La plaga de los tigres fué terrible:

Tan fieros, atrevidos y caninos,  
Que, con ser en su guarda muy atentos,  
Algunos de los miseros vecinos  
Fueron de tales fieras alimentos,  
O ya tomándolos por los caminos,  
O sacándolos de sus aposentos;  
Y en esta confusion y desventura  
No podian dormir hora segura.

Hoy lo puede decir Fernán Gallego,  
Que queriendo dormir en la ribera  
Del alaguna, donde puso luego  
Un pedazo de red por cabecera,  
El tigre deseoso del entrego  
Arrebató la red y la montera:  
Ileso lo dejó, mas destocado,  
Y para no dormir escarmentado.

Pues visto que la fiera le enseñaba  
El modo de tener buena crianza,  
Dejándole la gorra que llevaba;  
Destocado y en pié tomó la lanza,  
Y toda la mas gente que velaba  
Se pusieron al fin en ordenanza;  
Y aun esta vela fué por tales modos  
Que do velaban dos velaron todos.

Y así viendo peligros tan cercanos,  
Y cada cual el riesgo que corria,  
Velaron con las lanzas en las manos  
Hasta que ya llegó la luz del día;  
La red buscaron por aquellos llanos,  
Y revolviéron á la pesquería;  
Hallaron en la playa por delante  
Al tigre con intento semejante.

Porque, como la caza le faltase  
Por dar el fiero golpe desviado,  
Entre tanto que carne se hallase  
Determinó cebarse con pescado;  
E instinto proveyó que se guiase  
Su pesca por un orden acertado,  
El vientre descargando por la vera  
Del agua, y en acecho puesto fuera.

Al cebo sucio que se le ponía  
Cuando peje de tomo se llegaba,  
En anzuelo de uñas lo cogía,  
Con un gran manoplazo que le daba,  
Y por entonces no se los comía;  
Mas en la misma playa los juntaba,  
Pareciéndole ser intentos locos  
Comenzar á comer teniendo pocos.

Pero vista la gente que venia  
Con gritos y con armas y gran tiento,  
Desamparó la pesca que tenia,  
Y no huyendo sino á paso lento,  
Por entonces cesó; mas otro día  
Estando mas rabioso que hambriento,  
Vió, yendo por la playa pescando,  
Un joven español estar pescando.

El español, temiendo la fortuna,  
Como lo vió venir determinado,  
Determinó huir al alaguna,  
Y el tigre se metió tras él á nado;  
Con lijeros alcances importuna  
Al mozo de peligros rodeado,  
El cual cuando cercano dél se via  
Debajo de las aguas se metía.

Válfase de diestro movimiento  
Debajo de las aguas, y nadaba,  
Y cuando ya se via sin aliento.  
En partes diferentes sobreaguaba;  
Va la bestia feroz en seguimiento  
A la parte y lugar do se mostraba;  
No sabe ya dó vuelva ni qué haga  
Para poder librarse desta plaga.

Andando pues así desta manera,  
Rehuyendo de ser prenda y despojo,  
Una vez sobreagó junto á la fiera  
Que queria pagarse del enojo;  
Arrojóle la garra carnífera,  
Y allí le hizo menos el ojo;  
Tornóse á zabullir incontinentemente  
Y encomendóse á Dios devotamente.

Y en el punto que estaba ya dudando  
De se poder salvar el buen isleño,  
Acertamiento fué venir bogando,  
Unos indios de paz en un gran leño;  
Vieron el tigre, van tras él gritando,  
Cuyo socorro fué nada pequeño,  
Pues con flechas le daban tanta guerra  
Que lo hicieron retirar á tierra.

El tigre desta suerte retirado,  
Y por espesas matas abscondido,  
Vieron al pobre mozo fatigado,  
Y en la cabeza y rostro mal herido;  
Fué dellos socorrido y ayudado  
Y en la dicha canoa recebido;  
El cual después sanó de la herida  
Y tuvo que contar toda su vida.

Un negro fué después por el camino,  
Armado de rodela y media lanza,  
Y al lado su machete vizcaíno;  
Segun entonces fué comun usanza;  
Luego la bestia fiera sobrevino  
Con aquella rabiosa destemplanza;  
Fuéle forzado pues al de Guinea  
Apecebirse para la pelea.

Y al tigre ferocísimo cercano,  
Que con minace gesto se ponía,  
Un golpe le tiró la diestra mano  
Con la mediana lanza que traía;  
Fué, puesto que le dió, trabajo vano,  
Porque del duro cuero resurtía;  
Saltó luego con él en un instante,  
Y él puso la rodela por delante.

En ella fué la bestia sacudiendo  
Con mano que el mejor arnés recela;  
El negro va sus pasos retrayendo,  
Amparándose bien con la rodela;  
Ibase de los golpes deshaciendo,  
E ya tenia menos una duela:  
El negro se hallaba ya perdido,  
Y en tres ó cuatro partes mal herido.

«Valedme, dice, vos, Rey soberano,  
Favorecedme vos, Virgen entera,  
Que soy hijo de rey y soy cristiano,  
Indigno de morir desta manera;  
No sea mi sepulcro el inhumano  
Vientre de aquesta bestia carnífera.»  
Acordóse luego del machete,  
Que fué de su salud buen alcahuete.

Pues antes desto no se recordaba  
Traello bueno y al siniestro lado,  
Por ser tanta la priesa que le daba  
Que lo traía muy desatinado;  
Sacólo de la vaina donde estaba,  
Y en el favor de Dios fortificado,  
Tal golpe con sus fuerzas endereza,  
Que le hizo dos partes la cabeza.

Concluyóse con esto la reyerta,  
Escapando del trance trabajoso:  
La carnífera bestia quedó muerta,  
El negro de Gilofó victorioso;  
Y porque la victoria fuese cierta,  
Al pueblo, deste lance deseoso,  
Llevó para señales conocidas  
La cabeza del tigre y sus heridas.

Habia cirujano diligente  
Que le curó los golpes de la fiera,  
Mas no pudo sanar tan brevemente  
Que no durase harto la carrera.  
Llamábanle después Anton Valiente,  
Y en hecho de verdad él se lo era.  
Y por algunos días después destos  
No les eran los tigres tan molestos,

Mas había también enfermedades  
De condiciones y maneras varias,  
Con todas las demás necesidades  
De cuantas cosas eran necesarias;  
Rompiéronse también las amistades  
De muchos indios que les daban parias;  
No quería servir ya Juruara,  
Y mató seis cristianos Arayara.

Viendo cerrado pues aquel portillo  
Y del sustento dél desconfiados,  
Determinaron ir á descubrillo  
Treinta valerosísimos soldados  
Con el jurado Leiva por caudillo,  
Que fué de los varones señalados;  
Dos de caballo, los demás rodela,  
Caminaron al Cabo de la Vela.

Descubrieron amplísimas zavasas,  
Aunque llenas de cardos y de espinas,  
Habitadas de gentes inhumanas,  
Las cuales por allí llaman cocinas,  
De tan ligeras piernas y livianas,  
Que son á las de ciervos muy vecinas;  
Es solo su sustento y su cosecha  
Lo que les puede dar el arco y flecha.

Todos enjutos, altos, gente baza,  
Y nunca jamás ropa ni atavío  
A sus nerviosos miembros embaraza;  
Son dados al sangriento desafío;  
Tan diestros en la pesca y en la caza  
Que no saben soltar tiro baldío;  
Animosísimos en la pelea  
Contra cualquier y donde quier que sea.

En el uso de su mantenimiento,  
He de varones viejos entendido  
Como suelen comer el escremento,  
Y que después de seco y demolido  
(¡Oh muy mas que bestial entendimiento!)  
Lo tornan á meter donde ha salido:  
Es gente torpe, sucia, vagabunda,  
E usa de comida tan inmundada.

También estas sucísimas catervas  
Suelen para comer moler cardillos  
De los que se nos pegan de las yerbas,  
O ya duros, ó cuando ternecillos;  
Y son de condiciones tan perversas  
Que no dejan regirse por caudillos,  
Mas antes, el mas torpe y el mas ciego  
Quiere hacer cabeza de su juego.

Hanse perdido por allí bajeles,  
Y con la gente que salió perdida  
Se mostraron perversos y crüeles,  
Pues á ninguno dellos dieron vida;  
Donde los chapetones ó noveles,  
Pensando de hallar buena acogida,  
Les hablaban por modos cortesanos,  
Siendo mejor con armas en las manos.

Que el tigre no se precia de clemente,  
Y el bruto mal entiende cortesía.  
Y aun antes de topar con esta gente  
Mucha de la perdida parecia  
De sed, por ser la tierra tan ardiente  
Y mas que la que mas en Berbería:  
Hay jaqueyes allí que son aguadas,  
Pero rarísimas y resguardadas.

Por allí se perdió con gente harta  
El fraile don Martin Calatayude,  
Obispo deste reino y Santa Marta,  
De quien será razon que no me mude  
Sin relatar, primero que me parta,  
Aquello que yo vi y entender pude  
De sus peligros grandes y sus daños,  
El año de cuarenta y cuatro años.

Y aunque esto fué después de la yactura  
De lo que voy diciendo de presente,  
No quiero que se pase coyuntura,  
Sino contarla luego brevemente,  
Y acabada volver á la escritura,  
Concluyendo sucesos desta gente,  
Porque las amistades que profeso  
Me fuerzan á hacer este digreso.

Al tiempo, y en aquellos mismos días  
Que vido Blasco Nuñez el arena  
De Indias, y en aquellas demasias  
Cuya memoria da terrible pena,  
Pasó de (Palos) un Alonso Diaz,  
Piloto de la nave Magdalena,  
Maestro Miguel Bóvedo demente  
Y en pérdidas blasfemias insolente.

Cuya costumbre mala fué de suerte  
Que después acabó como vivía,  
Y Aguirre lo mató de mala muerte  
En su rebelion y tiranía;  
Y aun en la confusion de mal tan fuerte  
Murió con las blasfemias que solía.  
Este maestre pues en el navio  
Usaba de su torpe desvario.

Y el buen obispo le reprehendia  
Su costumbre bestial y deshonestá,  
Y el Bovedo, que muy mal lo queria,  
Por la reprehension serle molesta,  
Quieren decir que dijo cierto día:  
«De una se libró y otra le resta,  
Podria ser entrar do no saliese»;  
Y no me espanto yo que lo dijese.

Mas algunos lo tienen por novela  
De vulgo, que los mas libres embarga...  
Yendo pues por el mar de Venezuela,  
Llenas las velas y el escota larga  
En demanda del Cabo de la Vela,  
Do llevaban derecha su descarga,  
Entraron do salida se resiste  
Y en golfo que llamaron Golfo Triste.

Al salir se padece gran estrecho,  
Por la corriente serles importuna,  
Si no sobreviniese tiempo hecho  
Que suele raras veces ó ninguna;  
Y es el mayor trabajo sin provecho  
Del que quiere vencer esta fortuna,  
A causa de la brisa dar en frente,  
Y como digo grande la corriente.

Esta navegacion mal advertidos,  
Entraron en aquella pestilencia,  
Y cuando conocieron ir perdidos  
Valia poco buena diligencia,  
Por ser de recios vientos combatidos  
Con tan impetüosa violencia,  
Que cuanto mayor era la tardanza,  
Tanto mas se tardaba la bonanza.

Industria de la gente marinera  
No faltaba de noche ni de día:  
Dan bordos á la mar y á la ribera,  
Pero siempre la nao decaía;  
Si algo se ganaba yendo fuera,  
A la vuelta de tierra se perdía;  
Al fin, que sola la desconfianza  
Era de sus remedios esperanza.

Venian entre muchos pasajeros  
Personas graves y de mucha cuenta,  
Que juntamente con los marineros  
En número pasaban de setenta:  
Conoci muchos destos caballeros,  
Y agora la memoria representa  
A Sebastián de Almeida, lusitano,  
Varon bien puesto y hombre cortesano.

Fray Melchior de Pie de Concha vino,  
Del obispo ya dicho compañero,  
Que deste reino fué provisor dino,  
Religioso y honrado caballero;  
Vino Juan de Valbuena, mi vecino,  
El cual hoy da valor á nuestro clero,  
Pues ya cansado del discurso luengo  
Se revistió del hábito que tengo.

Pues escapándonos de los rigores  
Del Mavorte feroz, cruel, airado,  
Hicimos lo que hacen malhechores,  
Que recogerse suelen á sagrado ;  
Su gracia nos dé Dios y sus favores  
Para llorar el tiempo mal gastado,  
Porque con la mudanza del oficio  
Se gaste lo demás en su servicio.

Vino Joan de Guevara, que muy caro  
Fué del obispo queste mal recela ;  
Y allí vino también aquel Alfaro  
Que fué factor del Cabo de la Vela,  
De quien tiene Mompox linaje claro,  
Do vive con crecida parentela  
De hijas que en virtud y hermosura  
Tienen aquel valor que se procura.

Estos, con la restante turbamulta  
Que de salvar las vidas tienen pío,  
Entraron muchas veces en consulta  
Para seguir el menos desvario ;  
De cuyo parecer al fin resulta,  
Que diesen al través con el navío,  
Y por la playa con guerrera vela  
Caminasen al Cabo de la Vela.

Mas como donde votan muchas gentes  
Estriba cada cual en su conceto,  
Otros, en este caso diferentes,  
Daban el parecer por indiscreto ;  
Pero sin mas mirar inconvenientes,  
Dar al través pusieron en efeto,  
Y así de ricas mercancías llena  
En tierra zaborió su Magdalena.

Vereis de grandes olas multiplicas,  
Cuyos embates llegan al entena ;  
Vereis cómo los grandes y los chicos  
Trabajan de saltar en el arena ;  
Vereis pobres villanos cómo ricos  
Se querian hacer á costa ajena,  
Quitando de las cajas cerraduras  
Para sacar costosas vestiduras.

Trocaban los pellicos y zurrones,  
E sayos de remiendos cuarteados,  
En muy pulidas calzas y jubones,  
Guarnecidos de ricos entorchados ;  
Y aquellos estopeños canisones  
En otros por extremo bien labrados :  
Cargan de seda, grana y lencería,  
Y de lo que mejor les parecia.

Vereis de gentes viles y mugrientas  
Hechos soldados mas que fanarrones,  
Que bien pensaban caquinar por ventas  
Y de hallar á legua los mesones :  
Hacían los pobretes falsas cuentas ;  
Y al fin bien parecían chapetones,  
Porque guanibucanes y cocinas  
Tan solamente venden flechas finas.

Al fin con todos estos embarazos  
Tomaron tierra todos los perdidos,  
Los mas dellos á fuerza de sus brazos,  
Y todos rociados los vestidos ;  
Y los bateles hechos mil pedazos  
De grandísimas olas embestidos,  
Y la nave que todos los pretrechaba  
En brevisimo tiempo fué deshecha.

Va por las aguas el prolijo parto  
De mil mercaderías diferentes :  
Aquí viene la pipa y allí el cuarto,  
Allí cajas de cosas escelentes ;  
Tuvieron en la playa vino hartos,  
Conservas y otros muchos adherentes,  
Holandas y rúanes, sedas, paños,  
Testigos ciertos de tan grandes daños.

Juntos todos los náufragos en tierra,  
Sin salir resistencia de contrarios,  
El ocio y cobardía se destierra,  
Por se hallar allí consiliarios  
Que nombraron oficios para guerra,  
Si por ventura fuesen necesarios :  
Fué dellos capitán un caballero  
Que iba de Panamá por tesoro.

El cual en guerra de indios ignorante,  
Que como chapeton no la recela,  
Armóse solamente de montante,  
Siéndole muy mejor una rodela :  
Mandó que caminasen adelante  
En demanda del Cabo de la Vela,  
Y el Miguel Bobedo como mas sabio  
Guia por el aguja y astrolabio.

Los avisados llevan en las manos  
Armas, pero también matalotaje ;  
Mas aquella caterva de villanos,  
Contenta con haber mudado traje,  
Parecíales que con ir galanos  
Aseguraban riesgos del viaje,  
Aunque todos los mas para el camino  
Llevaban barrilejos de buen vino.

Son por allí terribles los calores ;  
De agua rfo se halla nacimiento,  
Y con la sed los rústicos pastores  
En el fuerte licor daban sin tiento ;  
De manos ni de piés no son señores,  
Ni aun para caminar á paso lento ;  
Cesaron con la noche los caminos,  
Y caminaban otros desatinos.

Pues uno no hallaba quien le corra,  
Aunque fuese lijero como el viento ;  
Otro tiene pendencias con su gorra  
Porque le daba gran desabrimiento ;  
Otro por decir gorra dice borra,  
Otro que para él son pocos ciento ;  
Uno lloraba y otro se reía,  
Y el mas libre de todos hecho lia.

El de Guadalcanal ya despumado,  
La claridad del día ya venida,  
Por el obispo fué determinado  
Que fuese cierta gente repartida  
Para buscar por uno y otro lado  
Fuente que proveyese de bebida ;  
Mucho cardon ballaron, mucha tuna,  
Y el agua que hallaron fué ninguna.

Mas aunque todos eran chapetones,  
Y en este menester de pocas mañas,  
Dieron en comer fruta de cardones,  
La cual les refrescaba las entrañas ;  
Y no salieron estas invenciones  
De hombre natural de las Españas,  
Mas de un indio Gonzalo que venia  
De Castilla con esta compañía.

Y luego cada cual se desatina  
Haciendo de su vida poca cuenta,  
Por ver el gran extremo de la urina  
Que no menos que muerte representa,  
Pues era toda como sangre fina  
Cuando de las narices nos reventa :  
Quejábase del indio don Gonzalo  
Por les mostrar aquel fruto tan malo.

El indio consultor riendo dice :  
« De aqueste mal no morireis ogaño,  
Pues bien visteis que yo la salva hice  
Sin querer eximirme deste daño ;  
Nadie desmaye ni se escandalice,  
Ni piense ser de muerte tal engaño,  
Porque presto saldreis desta fatiga,  
Y al médico podreis dar una higa. »

Visto pues ya que por ningunos modos  
Descubrian refugio de bebida,  
Por todas las zavasas y recodos  
Desta tierra de mi bien conocida,  
Determinaron de volverse todos  
Al puerto do la nave fué perdida,  
Para se proveer de mas brevaje  
Y rehacerse de matalotaje.

Ven número de sedas increíble  
Que el ánima de pena les traspasa,  
Y el sayagués tomara lo posible  
Sin que ninguno les pusiese tasa ;  
Mas parecióles ser mas conveniente  
Cargarse de bizecho, vino y pasa :  
Que el buen obispo sabio y escelente  
Dió orden al avio desta gente.

Prosiguen su camino como antes,  
Dejando mal afortunados puertos;  
Son guías las agujas mareantes,  
Pero también llevaban desconciertos:  
Que los pilotos diestros y bastantes  
En tierra no debían ser espertos;  
Pues tenían mas breve la carrera  
Si la derrota bien guiada fuera.

Porque cortando con mediano tino  
Aquella travesía destes llanos,  
En menos de dos días de camino  
Dieran en poblaciones de cristianos;  
Y así por no saber y mucho vino  
Percieron allí muchos cristianos,  
Pues mal podía dallas buen seguro  
Con inmenso calor el vino puro.

El uno daba fin á su carrera,  
Otro vian caer á poco trecho,  
Quien puede socorrer menos espera  
Por no mirar á mas de su provecho;  
Y el que quedaba tal que no muriera,  
Los indios que venían en acecho  
Lo hallaban dormido de tal suerte,  
Que le daban el sueño de la muerte.

El noble se media y moderaba  
En el vino por orden atentado,  
Y se compadecía y esforzaba  
En riesgo y en trabajo tan pesado;  
Pero fray Melchior ya desmayaba,  
Por ser un caballero delicado,  
El cual con lacrimosas turbaciones  
Al obispo habló tales razones:

«Señor y padre mío, yo me quedo  
Do mi fortuna triste determina,  
Pues aprovecha poco buen denuedo  
Donde tan gran flaqueza predomina;  
No falta voluntad, pero no puedo  
Llegar donde sus velos encamina,  
Porque los miembros del vital meollo  
Me niegan lo que pide mi deseo.

«Acabando me va la sed ardiente,  
Ya descompuesta toda coyuntura;  
La luz diurna mas resplandeciente  
Noche se representa muy oscura;  
Mi cuerpo miserable finalmente  
Se queda, sin gozar de sepultura,  
A ser escarnio destas gentes fieras,  
O cebo de las aves carniceras.»

A nuestro buen obispo fué molesta  
La determinación del compañero,  
Mas con animosísima respuesta  
El paso torpe hizo mas ligero,  
Diciendo: «Tal baja cosa no esta  
No debía caber en caballero:  
Que el ánimo del noble se conoce  
Cuando le da fortuna mayor coce.

«Vuestra fatiga tengo conocida,  
Pena, debilidad y sed terrible;  
Mas no teneis el alma despedida,  
Y el remedio no es inaccesible;  
Y para conservar la cara vida  
Mas habeis de hacer de lo posible:  
Procurad que la muerte se detenga,  
Y no la llameis vos antes que venga.

«Hágase la posible diligencia  
En buscar un camino que se siga,  
Que yo confío en Dios y en su clemencia  
Que presto terná fin esta fatiga;  
Vamos con vigilancia y advertencia,  
Porque de gente amiga ó enemiga  
No puede ya faltar tierra hollada,  
Y rastros que nos den algun aguada

«Y si nos viéremos en tales puntos  
Que el ánima del cuerpo mortal vuele,  
E ya fueren los miembros tan difuntos  
Que muerte los ocupe como suele,  
Ambos á dos nos quedaremos juntos  
Para que uno con otro se consuele,  
Y acabaremos peregrinaciones  
Con santas y devotas oraciones.»

Con tal exhortación, el reverendo  
Parece que cobró mejor semblante,  
E ya con trompezones, ya cayendo,  
Procuró de pasar mas adelante.  
Por undécimo día mas corriendo  
Sin agua ver el triste caminante,  
Y primero que vieses este día  
Faltaron veinte desta compañía.

Yendo pues el cansado peregrino  
Haciendo con los piés flacas mudanzas,  
Y los demás guiados por el tino  
Que prometen inciertas esperanzas,  
Vinieron á topar con un camino  
Que luego les mostró ciertas labranzas  
Con maíz y con indico sustento,  
Causa de crecidísimo contento.

Con un nuevo hervor incontinentemente,  
Viendo la poca tierra cultivada,  
Por una y otra parte fué la gente  
En demanda del agua deseada;  
Cercana se halló pequeña fuente  
Que rodeó la gente fatigada,  
Con tanta grita, priesa y alboroto,  
Que no fué de locura muy remoto.

Uno quiere matar á quien le toca;  
Otro por apartarlo se le pega;  
Uno mete los piés, otro la boca;  
Este pudo llegar, aquel no llega;  
Calla quien bebe, y otro lo provoca  
A rencilla, rencor y pasión ciega;  
Al fin de tantos el jaquey fué lleno,  
Que presto lo hicieron como cieno.

Nunca plaza se vió tan alterada,  
Al tiempo que reparten la comida  
En alguna ciudad necesitada  
Que es de partes estrañas proveída,  
Y suele bofetón, coce y puñada  
Andar también á vueltas repartida,  
Cuanto fué la porfía y la batalla  
Sobre el jaquey pequeño que se halla.

Pero dados ya fines al ruido,  
Del primero jaquey poco distante  
Otro se descubrió mas estendido,  
De claras aguas lleno y abundante,  
Adonde cada cual fué proveído  
Para poder pasar mas adelante:  
Recreóse la flaca compañía,  
Mas con algun desgusto todavía.

Porque de dos cocinas atrevidos,  
Cada cual dellos sagitario fiero,  
Fueron en el jaquey acometidos,  
Teniéndolos allí como en terrero:  
Quedaron tres ó cuatro mal heridos,  
Entrellos el ya dicho tesoro;  
Y queriendo los nuestros alcanzillos,  
Huyeron mas veloces que caballos.

Causáranles mayores aflicciones  
Naturales que son deste terreno,  
Si por aquestos tiempos y sazones  
No tuvieran un poco de mas freno,  
A causa de cristianas poblaciones  
Que ya predominaban este seño,  
Cebados en la rica pesquería  
De perlas que esta seca costa cria.

Apercebidos pues y dada cura  
A los que lastimó dura saeta,  
Vieron en estos llanos un altura,  
Acia do caminaron via reta;  
Y es cerro que por ser de su hechura  
Los españoles le llamamos teta:  
Allí tentó subir la compañía  
Para mirar la mar si parecia.

E uno que subió con mejor brio  
A lo alto del cerro descubierto,  
Del deseado mar y su desvío  
Se pudo brevemente hacer cierto;  
Pues vió desde las cumbres un navio  
Venir por alta mar á tomar puerto;  
Derramando la vista mas aposta  
Vió gente de caballo por la costa.

La placentera voz del atalaya  
Puso tales espuelas este día,  
Que cada cual, sin ver por dónde vaya,  
Vuela acia la parte que decia:  
Salieron dos mancebos á la playa,  
Do vieron gente de Andalucía,  
A quien contaron lo que les pasaba,  
Y de la gente que detrás quedaba.

De los nobles del Cabo de la Vela  
Sabida la desgracia ya contada,  
Cada cual con su gente se desvela  
En ir á socorrer la fatigada,  
Con aquel aparato que consuela  
La que suele venir necesitada;  
Pues llevaron á buenos y á los malos  
Caballos y gran copia de regalos.

Destos generosísimos cristianos  
Lleno de caridad salió primero  
Aquel varon insigne, Castellanos,  
Tesoro de virtud y tesorero;  
Ansimismo llevó llenas las manos  
Aquel maravilloso marinero,  
Bartolomé Carreño, cuya fama  
Con gran loor por Indias se derrama.

Salió su hijo Francisco Carreño,  
De su familia grande rodeado,  
Varon cuyo valor no fué pequeño,  
Antes en buenos hechos señalado,  
Y que tambien gozó del dulce sueño  
Y licor del bicipite collado,  
Conociendo los flujos y reflujos  
Y del cielo sus cándidos dibujos.

Salió también Alonso de Barrera,  
Alonso Diaz y Pedro de Cales,  
Diego de Almonte, Alonso de Herrera,  
Diego Nuñez y Pedro de Rosales,  
Con otros muchos que en aquella era  
Se tenian por hombres principales:  
Todos van con regalos escelentes  
A socorrer las fatigadas gentes.

Guió con mas presteza su carrera  
Un Rodrigo de Funes, negro horro,  
Y hallólos á todos de manera  
Que fué bien necesario su socorro,  
Y no deste peligro tan afuera,  
Que muchos no quedasen en el morro;  
Pero pasados brevecillos puntos  
Los unos y los otros fueron juntos.

El obispo fué dellos recibido  
Con gran honor y justa reverencia;  
El parabién le dan de bien venido,  
Y el pésame del mal tan sin clemencia;  
Cualquier de los demás fué socorrido  
Y regalado con magnificencia;  
Al pueblo los trajeron, y á posadas  
De cosas necesarias preparadas.

Hicieron grandes fiestas al prelado,  
Remediaron al pobre peregrino...  
Mas porque yo me siento fatigado  
De tan prolijo y áspero camino,  
Quiero volver las riendas al jurado,  
Y á Limpias, capitán, que con él vino;  
Y allí descansaremos, entre tanto  
Que damos orden al futuro canto.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo el jurado Leiva y Pedro de Limpias prosiguieron adelante por las zavasas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de alguna gente para guías, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron.

La gran velocidad y la soltura  
Desta gente bestial, incorregible,  
A los que la verán en escritura  
Yo no me espanto selles increíble;  
Mas aquí se recita verdad pura  
Y aquello que me consta ser posible;  
Porque testigos son todos de vista  
Los que dan relacion desta conquista.

Es así pues que nuestra compañía,  
Yendo por la zavana descubierta  
Con deseo de ver alguna guía  
Que les diese razon de cosa cierta,  
Acaso vieron gente que venia,  
Y con temor que no se les divierta,  
Leiva y Pedro de Limpias se apearon  
En el instante que los devisaron.

Venian cuatro bárbaros lozanos  
Con cuatro hembras por zavasas rasas,  
Y como devisaron los cristianos,  
Enviaron las indias á sus casas:  
Toman flechas y arcos en las manos,  
Y en furias encendidos como brasas  
A los nuestros abrevian su corrida  
Con intencion de les quitar la vida.

Pensaban amarrallos con cabestros  
Y llevallos á todos enlazados,  
Porque con los que fueron menos diestros  
Estaban por allí mal enseñados:  
Salieron al encuentro, de los nuestros  
Pedro de Limpias y otros seis soldados,  
Hablándoles de paz con una lengua  
Que los indios juzgaron ser gran mengua.

Porque pospuestos los dudosos miedos,  
Juzgando su valor por muy mas fuerte,  
A voces y por señas con los dedos  
Siempre les respondian desta suerte:  
«Sentaos en el suelo, y estad quедos  
Si no quereis morir de mala muerte:  
Que no seremos con vosotros bravos,  
Si fuerdes en servir buenos esclavos.»

Ya sus humores el sufrir enjuga  
Viendo que los pretenden para siervos,  
Y así cualquiera dellos apechuga  
Por vellos tan insanos y protervos;  
Mas era como ir una tortuga  
En el alcance de lijeros ciervos;  
Solo Limpias llevó pasos mas llenos  
A causa de correr con los ajenos.

Espuelas apretó trás un mozelno  
Y con el pecho pudo derriballo,  
El cual se levantó luego del suelo,  
Y cuando revolvió para tomallo  
Se puso, no de salto mas de vuelo,  
Encima de las ancas del caballo:  
Por las arcas aprieta y lo lastima  
Sin que lo pueda desechar de encima.

A derriballo mil veces amaga,  
Por quedar vencedor en la contienda:  
El Limpias no sabiendo qué se haga,  
Ni cómo del muchacho se defienda,  
El brazo revolvió con una daga,  
Y dióle con la mano de la rienda:  
El muchacho con tan atroce juego  
En tierra traspasado cayó luego.

Estuvo nuestro Limpias muy á canto  
De perder opinion en el viaje,  
Y como nunca vieron otro tanto  
Jamás en osadia de salvaje,  
Quedaron todos ellos con espanto  
De la velocidad y del coraje;  
Y de los otros tres aun todavía  
Cada cual á las armas revolvia.

Mas el Limpias, persona señalada,  
Ya fuera de pacífico motivo,  
Al uno derribó de una lanzada,  
Y al otro del cabello trajo vivo;  
El otro viendo burla tan pesada,  
Huyendo se libró de ser captivo;  
Y los nuestros, después guían la proa  
Hacia la sierra de Coquibacoa.

Caminaron por campos descubiertos,  
El indio que tomaron siendo guía,  
Hasta que ya salieron á los puertos  
Y bravas playas do la mar batia:  
Halláronse rimeros de hombres muertos,  
De mucho tiempo ya, según se via,  
Porque todos estaban consumidos,  
Con no mas de los huesos y vestidos.

Al indio preguntaron, que quién era  
La gente que hallaban en tal puerto:  
El respondió ser gente marinera,  
Que con tempestuoso desconcierto  
La furia de la mar los echó fuera,  
Y que de hambre y sed habían muerto;  
Y que muchos también por estos llanos  
Habían ellos muerto por sus manos.

Porque, yendo á buscar algun consuelo,  
Si con algunos indios encontraban,  
De miedo se sentaban en el suelo,  
Y con halagos grandes les hablaban:  
Los indios conociendo su recelo  
Para hacello cierto los mataban;  
Dijo: « barbudos eran y vestidos,  
Mas no como vosotros atrevidos. »

Prosiguen sus caminos á la sierra,  
Aquesta desventura percebida;  
Hallaron sementeras en la tierra  
Y en ellas mucha copia de comida:  
Al encuentro salió gente de guerra,  
De castellanias armas proveida,  
Y toda la mas gente que venia  
Era guanebucan y caquetia.

De la victoria ya tan confiada,  
Segun las bravas muestras y semblante,  
Que para cualquier dellos era nada  
Fuerza del español que ve delante:  
Piden los nuestros paz, no les agrada,  
Porque el menor se juzga por gigante  
Contra gente vestida, de quien piensa  
Ser como los demás en su defensa.

En los náufragos míseros mostrados  
Cada cual á los nuestros va derecho,  
Tan atrevidos y desvergonzados  
Como si todo lo tuvieran hecho;  
Pero los españoles esforzados,  
Movidos de grandísimo despecho,  
Y de guerreras furias todos llenos,  
A sus atrevimientos ponen frenos.

Aquí vereis un indio traspasado  
Por pecho, por entrañas y ternillas;  
Allí cabeza y brazo derribado;  
Acullá jarretadas las rodillas;  
Lleva gentiles brios el jurado;  
Pedro Limpias hace maravillas;  
Tanta prisa les dan en las contiendas  
Que el pueblo les dejaron y haciendas.

Vencidas estas gentes inhumanas,  
Y recogidos indios mas de ciento,  
Y espadas, alabardas, partesanas,  
Con otras cosas de mayor momento,  
Volvieron por los campos y zavañas  
Cargados indios de mantenimiento;  
Llegaron á su pueblo y á sus gentes  
A tiempos y á sazones convenientes.

Después de mucho tiempo consumido  
En ver y trastornar aquel terreno,  
Micer Ambrosio supo ser venido  
A gobernar un micer Joan el Bueno;  
A Coro se volvió mal desabrido  
Do lo halló de su salud ajeno;  
Y por morir el Joan aquel invierno  
Ambrosio se quedó con el gobierno.

Ansímismo murió Luis Sarmiento,  
En todas buenas partes eminente,  
Y en cama no on menos detrimento  
El Ambrosio también cayó doliente,  
Pero determinó mudar asiento,  
Nombrando á Fedrimán por su teniente;  
Y después de mandar lo que convino,  
A la Española hizo su camino.

Con gana de se ver convalécido  
De su debilidad y enferma saña,  
Teniendo desta isla conocido  
A su salud no selle tan estraña,  
Por haber allí siempre residido,  
Factor seyendo de la gran compañía:  
Y no le sucedió mal el aviso,  
Pues luego tuvo la salud que quiso.

Estuvo ciertos dias donde digo,  
A causa de le ser la tierra sana,  
Cuando de Coro fué, llevó consigo  
A un Bartolomé de Santillana,  
A quien después yo tuve por amigo,  
Persona de valor, sagaz y urbana:  
Y á este, por ser hombre diligente,  
Quiso nombrar Ambrosio por teniente.

Porque del Fedrimán, por ser brioso  
Y ambicioso varon de su cosecha,  
Estaba grandemente sospechoso:  
Y cierto no fué vana la sospecha;  
Pues de la cosa que él era dudoso  
Bien podia tenella ya por hecha,  
Con prometer cumplir su mandamiento,  
Sin hacer de la costa mudamiento.

Mas, apenas Ambrosio mudó cama,  
Cuando despidió él todo reposo,  
Y con aquel ardor de ganar fama,  
No recelo quedar por mentiroso,  
Creyendo de fortuna que lo llama  
A hacer algun lance venturoso;  
Y ansi mandó juntar alguna gente,  
Y dicen que les dijo lo siguiente:

« Señores: la memoria nos ofrece  
Un dicho de los sabios repetido,  
Y á todo buen juicio le parece  
Que no debe cubrirse con olvido,  
Y es este: que ningun premio merece  
El hombre que se está siempre dormido;  
Pues el honor, valor, riqueza, ciencia,  
Se ganan con la buena diligencia.

» Nunca se dan á flojos los honores;  
Abate los mas altos la torpeza;  
Caminos son derechos los sudores  
Para poder llegar á gran alteza,  
Y salsas de ningunos sinsabores  
Los trabajos, vigilia y aspereza;  
Pues lo que se ganó con pesadumbre  
Tiene después sabor y dulcedumbre.

» Pudiera dar ejemplos de pasados  
Que fueran á propósito traídos,  
De pobres diligentes levantados,  
De prósperos ociosos abatidos;  
Taburlanes de gloria coronados;  
Dionisios de corona despedidos;  
Pero basta traer á consecuencia  
Aquello que se ve por esperiencia.

» El bien que la fortuna le ofrecia  
Perdió Velazquez por su negligencia,  
Y con Cortés usó de cortesía,  
Aunque dijeron ser inobediencia;  
Mas es gran vanidad y bobería  
De gentes que no tienen advertencia,  
Pues no fueron sus hechos soberanos  
Ocasiones soltando de las manos.

» Para poder hacer empresa bella  
Ocasión de presente la tenemos,  
Y no conviene desasirnos della  
Recelando sucesos con extremos;  
Pues en satisfaccion de la querella  
Que podria tener el que tememos,  
Yo me prefiero dalle tal disculpa  
Que todos quedeis libres de mi culpa.

» Quanto mas que yo tengo por muy cierto  
Que va de su salud mas apartado,  
Y fué temeridad dejar el puerto  
Donde pudiera ser mejor curado;  
Y aun es esta la hora que está muerto  
Segun lo vistes ir debilitado,  
Pero de nuestro daño muerto ó vuelto,  
Todos podeis dormir á sueño suelto.

» Porque yo me daré tan buena maña,  
No solo por razon, mas por derecho,  
Que no solo mitigue cualquier saña,  
Pero se sienta bien de nuestro hecho  
Por los señores de la gran compañía,  
De los cuales estoy yo satisfecho,  
Que serán muy servidos y contentos  
En no les dilatar descubrimientos.

»Abreviémonos antes que se para  
Otro descubridor de menos sueño,  
Pues Lerma sale ya de Santa Marta;  
Por vía de Cubagua va Sedeño;  
Hierónimo de Ortal da priesa harta  
A venir con avío no pequeño:  
E yo sé que terneis por cosa dura  
Ser preferidos otros en ventura.

»Inconvinientes pues asegurados,  
Mi parecer sin otro repugnante  
Es, que pues vamos bien aderezados  
Procuremos pasar mas adelante:  
Podrá ser que nos llamen nuestros hados  
A tierra rica, llena y abundante,  
Y que solicitud buena nos eche  
Donde tan gran miseria se deseché.

»La gente principal desta frontera  
Ya nos sustenta mal y con gran pena,  
Y alguna por la dar á forastera  
Se quedan hartas noches sin su cena:  
Busquemos otra tierra mas entera  
Donde podáis comer á costa ajena,  
Que ya la grande falta de comida  
Pide con gran instancia la partida.

»A Dios pongo, señores, por testigo  
Ser para vuestro bien esto que quiero,  
Y que llevais en mi fiel amigo,  
Un llano capitán y compañero:  
Por tanto conceded con lo que digo  
Como de vuestro gran valor espero,  
Y cada cual de mi se satisfaga  
Que no le diré cosa que no haga.»

Dijo su voluntad, y á lo que creo  
Ninguno la tenia discrepante,  
Vencidos del grandísimo deseo  
Que tenían de ir mas adelante;  
Porque para hacer mayor empleo  
Era su Fedrimán hombre bastante;  
Y así de los soldados de mas cuenta  
Se pudieron llegar ciento y cincuenta.

Esteban Martín, Limpias y Naveros,  
Pedro de Aranguez, noble vizcaíno,  
Alonso Zarco, Barrios, Hontiveros,  
Y el valeroso mozo Juan Florino,  
Que en buenos hechos fué de los primeros;  
Con ellos fué también este camino  
El padre fray Vicente Requejada,  
Y él me dió relación desta jornada.

Y el buen capitán Martín de Arteaga,  
Que escrita me la dió mas largamente,  
Y no sé con qué lengua satisfaga  
Méritos de varón tan excelente;  
Pues según su valor la mayor paga  
No es ni puede ser equivalente;  
El cual aun vive hoy dentro de Coro  
Mas lleno de virtudes que de oro.

Fué la demás esclarecida gente,  
Soldados valerosos escogidos,  
Cuyos nombres callamos de presente  
Por no poder ser todos referidos:  
Llevaron diez caballos solamente;  
De lo demás van bien apercebidos,  
Abrevian caballeros y peones  
Por evitar algunos trompezones.

Caminaron al sur por barlovento  
De Coro, do la gente se hallaba,  
Porque por el cuartel de sotavento  
El Maracaibo los desengañaba:  
Siguieron pues aquel descubrimiento  
Que mas prosperidad representaba;  
Atravesaron sierras en efecto  
Y llegaron á Barraquicimeto.

Ameno valle ven y tierra llana,  
Fértil y pobladísima ribera.  
Asentó Fedrimán en la zavana  
Que de su nombre dél es heredera.  
Enferma lleva gente castellana  
Que seguir no podía su bandera:  
Dejólos con recado conviniente,  
Y anduvo con el resto de la gente.

Mucha gente de indios se congrega,  
De rigurosas armas proveída;  
Nicolas Fedrimán con paz les ruega,  
Loando su pacífica venida:  
Al fin por la distancia desta vega  
Fué de todos la paz bien recebida,  
Y celebradas estas amistades  
Socorrieron á sus necesidades.

Con todos se compone y averigua,  
Descubre pueblos sin ponelle tasa,  
Los indios alterados apacigua  
Por hallar por allí blanda la masa;  
Vido la poblacion de Hacarigua;  
Aguas de Amadore rio pasa;  
De paz la tierra toda va llamando,  
Algunas piezas de oro rescatando.

Llegó después con breves escuadrones  
Hasta Hitubana, provincia buena,  
La cual de populosas poblaciones  
Estaba por allí no menos llena:  
En los vecinos hay alteraciones,  
Y todos ellos recibieron pena  
De ver que sus labranzas y riberas  
Se hollasen de gentes extranjeras.

Amenazan con béticos pretrechos,  
Diciéndoles: « volved á esotra mano »,  
Dándose de palmadas en los pechos,  
Que son señales de furor insano;  
Pero con pretension de sus provechos  
Ruegalos con la paz el Fedrimano:  
Dicen no querer hombres en sus senos  
Que no saben si son malos ó buenos.

Y del crecido número de gente  
Y fieros escuadrones de desnudos,  
Uno dellos hablaba solamente,  
Que todos los demás estaban mudos;  
Nicolao Fedrimán volvió la frente  
No queriendo probar filos agudos,  
Ni menos esperar golpe de flecha  
A causa de la paz que deja hecha.

Que no por no tener finos aceros  
Para les refrenar sus movimientos,  
Pues eran él y aquestos compañeros  
Enseñados en grandes rompimientos;  
Mas porque el contador dicho Naveros  
No dejó de hacer requerimientos,  
Que no rompiese nuestra compañía  
Si la de los contrarios no rompía.

Volvióse Fedrimán cuasi derecho  
De do la gente flaca se quedaba;  
Algunos indios iban en acecho  
Con deseo de ver dónde paraba:  
Imaginóse ser concierto hecho  
Con otra gente que de paz estaba,  
Porque cuando pasasen aquel rio  
Por ambas partes diese gran genio.

Mas el buen alemán, que sagaz era,  
Como quien del asalto se recela,  
Dió muestras de dormir en la ribera,  
Asentó toldos, y sacó candela;  
Mas el reposo fué de tal manera  
Que ninguno dejó de estar en vela  
Con intencion que el agua peligrosa  
Pasasen con la noche tenebrosa.

Al tiempo pues que con nocturno velo  
Pierden floridos campos sus colores,  
Y no da resplandor el alto cielo,  
Presentes oscurisimos vapores;  
Cuando gozan amantes del consuelo  
Que toman de sus tácitos amores,  
Con miedo del ejército salvaje  
Orden dió Fedrimán á su pasaje.

Tácitamente cada cual soldado  
Del vestido comun se desabruga;  
Y como no podían hallar vado  
Que con seguridad un alma siga,  
Unos en balsas van, otros á nado  
Pasando con grandísima fatiga,  
Y cuando luz de Febo reverbera  
Hollaban ya sus piés otra ribera.

Luego con parecer de capaz vaso,  
Peon y caballero bien armados  
A gran priesa salieron á lo raso  
Buscando los lugares escumbrados,  
Donde los temerosos deste caso  
Se hallaron de indios rodeados  
Por una y otra parte del ejido,  
Pero sin alboroto ni ruido.

No levantan de arena tantos granos  
Combates de terribles torbellinos,  
Por playas secas ó hollados llanos  
De grande cantidad de peregrinos,  
Cuantos indios venian ya cercanos  
Ocupando los pasos y caminos;  
Y el indio que acullá habló por todos  
«Aquí quiso tener los mismos modos.

Con las flechas y arco muy á pique,  
Se vino luego acia nuestra gente,  
Diciendoles: «Ya viene mi cacique  
A daros un grandísimo presente,  
Y de lo que mandó que os notifique  
Podeis ver el efecto brevemente;  
Dilatad algun tanto la partida  
Porque mejor se guise la comida.»

Viendo los nuestros el intento loco,  
Marcharon con el orden que convino.  
El avanguardia guia poco á poco  
Aquel Pedro de Aranguez, vizcaíno,  
Sin dar mas ocasion de la que toco:  
Ya cuando comenzaba su camino,  
Con agudo harpon y paletilla  
Le pasaron las armas y espaldilla.

Revuelve luego no con furia poca,  
Y cuando sus venganzas apareja,  
Otro le secundaron por la boca  
Cuya punta salió por el oreja;  
A muy mayor venganza se provoca  
Cobrando furias de costumbre vieja,  
Y para se hacer del daño pago  
Arremetió, diciendo; Santiago!

Llevando ya la lanza levantada,  
A indio hablador vido delante,  
Al cual atravesó de una lanzada.  
Y rompe por la gente circunstante:  
La batalla cruel es comenzada;  
Mire por si la parte litigante;  
Para mas mal Alecto sale fuera  
Sin quedar Thesifone ni Megera.

Estas tres furias encendieron luego  
De furor infernal humanos pechos;  
Aviva la pasion bélico fuego;  
Vense patentes los sangrientos hechos;  
Comienzase mortal desasosiego;  
Hallábanse los pocos en estrechos,  
Por ser tan limitada su defensa  
Y la de los contrarios ser inmensa.

Mas el buen Nicolao les decia:  
«¡Ea, señores, que la gloria es nuestra,  
Y este de que gozamos es el día  
Para que deis á indios clara muestra  
De la fuerza, vigor y valentia  
De que Dios ha dotado vuestra diestra.  
A ellos pues, y en el encuentro fiero  
Cada cual mire por su compañero!»

Comienzan á romper por escuadrones  
Con el veloz vigor de los caballos;  
A las espuelas llevan los peones  
Por ayudarse dellos y ayudallos;  
Suenan alborotadas confusiones;  
Esfuerzan los caciques sus vasallos;  
Indios aquí y allí vereis caidos,  
Muertos los unos y otros mal heridos.

Sus filos las espadas allí ceban;  
Empléanse los hierros de las lanzas;  
El Limpias, Arteaga y el Estéban  
Confunden las indianas ordenanzas;  
Fedrimán y el Aranguez allí prueban  
Sus fuerzas no ser vanas confianzas;  
La grita, voceria y el estruendo,  
Los vaporosos aires va rompiendo.

Cercéanse narices, muelas, dientes;  
Derribanse penachos á montones;  
Golpes de sangre salen de las frentes;  
Córtanse las humanas proporciones;  
Infinidad de flechas van pendientes  
De las colchadas armas de algodones,  
Que si no llegan á hacer heridas  
Fueron de sus harpones detenidas.

Como toro que lidian los villanos,  
Que ya del suelo, ya de talanquera,  
Tantas garrochas salen de las manos  
Que le cargan el cuerpo de madera,  
Y ha menester tener los piés livianos  
Quien pica siendo larga la carrera,  
Pues va por las espaldas le resuella,  
Ya lo hiere, lo mata y atropella:

No menos á las partes sucedia  
En aquestos recuentos porfiados,  
Por ser gran cantidad de flecheria  
La que cueiga de sayos estofados;  
Mas el de cuatro piés que los seguia,  
Bufaba por espaldas y por lados,  
E ya los huella, ya los desbarata,  
Ya los deja caidos, ya los mata.

Anda la furiosa diligencia,  
El sol ardia, hierven movimientos,  
Cobra mayores fuerzas la pendencia  
Con indios que llegaban por momentos;  
Hitivana perdía la paciencia,  
Por no poder salir con sus intentos:  
A voces reprehende sus alardes,  
Llamándoles de viles y cobardes.

Donde manifestaba sus enojos  
Era parece ser cierto repecho:  
Puso Estéban Martin en él los ojos,  
Y allá con gran furor rompió derecho.  
Ejecutó la lanza sus antojos  
Hasta salir la punta por el pecho;  
Y como las entrañas le rompiese,  
Al alma dan lugar por do saliese.

Aquellos que procuran de vengallo  
Quedaban hechos postas y tasajos;  
Tiraban dél, mas no pueden sacallo  
Por se lo defender crueros tajos;  
Mataron á Naveros su caballo,  
Aumento de sus penas y trabajos,  
Pues aunque fué valiente y esforzado,  
Era para peon muy delicado.

Al tiempo pues que Febo dividía  
Con sus dorados carros la carrera,  
Y en aquel hemisferio repartía  
En dos partes el eje del esfera,  
Y la mudable sombra se metía  
Ya debajo de quien la causa era,  
Otro principal indio hizo falla,  
Y así dejaron todos la batalla.

Pues las bárbaras gentes despedidas,  
Los nuestros de quietud necesitados,  
Curaron al Aranguez las heridas,  
Y á los demás que estaban lastimados,  
Algunos en gran riesgo de las vidas,  
Aunque todos de muerte libertados;  
Y el débil de flaqueza fuerza saca  
Para ir á buscar su gente floca.

Porque por los encuentros descubiertos  
Cualquier varon de término discreto  
Imaginar ser ya todos muertos  
Por los indios de Barraquicimeto;  
Y así, como varones bien espertos,  
A buscallos volvieron en efeto:  
Quiso Dios que primero que llegasen  
En medio del camino los topasen.

Porque para dejar aquella parte  
No les faltó también discreto miedo,  
Por ver andar los indios de mal arte  
Y no podelles ver el rostro ledo:  
Holgáronse de ver el flaco Marte,  
Aunque enasi los mas con buen denuedo;  
Y juntos los cristianos escuadrones  
Iban á las amigas poblaciones.

Pero poco después que se juntaron,  
Yendo do piensan ser bien alojados,  
En unos campos rasos encontraron  
Cuatrocientos gandules bien armados:  
El Limpias y el Estéban les hablaron  
Como los vieron tan alborotados,  
Diciendo: «Pues de paz es vuestra tierra,  
¿Cómo nos recibis en son de guerra?»

»Pues mal no recibis de los cristianos,  
E ya se celebraron amistades,  
Apartemos las armas de las manos,  
Huyamos de contrarias variedades:  
Que no pide razon á pechos sanos  
Pagalles con cautelas y maldades;  
Y si haceis de flechas confianza,  
No menos, si no mas, pica la lanza.»

Estuvieron suspensos por un rato,  
Aunque las manos puestas en la flecha;  
Y así viendo los nuestros el recato,  
Certificáronse de la sospecha  
De ser participantes en el trato,  
Y no sin culpa de la maldad hecha;  
Y por tener lugar y ocasion bella,  
Determinaron de valerse della.

Arremetió la gente castellana,  
Los indios desterraron sufrimiento;  
Los unos y los otros tienen gana,  
Y así se concertó su rompimiento:  
Ríos de sangre van por la zavana,  
Clamores rompen el ligero viento,  
Inquietud llegó, huye reposo,  
Recuento se revuelve sanguinoso.

Rómpanse los flecheros escuadrones  
Con ímpetu feroz de los rocines;  
Impiden ya su huella los montones  
De los indios que fueron mas insines:  
A los restantes hacen los peones  
Que viesen luego miserables fines,  
Pues el cacique solo quedó vivo,  
El cual del Arteaga fué captivo.

Recogieron las joyas de caídos,  
Levantó corazón el mas inerte;  
Quedaron de los nuestros diez heridos,  
Mas ninguna herida fué de muerte.  
Fué freno para muchos atrevidos  
El sucedelles bien aquella suerte,  
Y así los vivos, vistos los efectos,  
Pacíficos vinieron y quietos.

Después de los encuentros sucedidos,  
A Hacarigua guian sus pisadas,  
Adonde fueron todos recibidos  
Como de gentes atemorizadas;  
Y de aquella provincia despedidos,  
Apaciguando gentes alteradas,  
Procuran ya por paz, ó ya por guerra,  
Descubrir mas secretos de la tierra.

No sin recelo de guerreras tramas  
Dieron en unas grandes poblaciones,  
Do no faltaron amorosas llamas,  
Pues por ser de tan bellas proporciones  
Le llamaron el valle de las Damas,  
Con las demás anejas condiciones  
En usar de grandísima franqueza  
De aquello que les dió naturaleza.

Dejadas estas gentes ya sujetas,  
Yendo por un gran llano cierto día,  
Oyeron tal ruido de cornetas,  
Que pareció que el mundo se hundía:  
No tuvieron sus ánimas quietas  
Hasta bien percibir lo que sería,  
Y vieron descender de unos recuestos  
Innumerables bárbaros compuestos.

No multiplican áticas colmenas  
Los enjambres de abejas tan poblados,  
Ni revuelve la mar tantas arenas  
Cuando sus vientos andan mas turbados,  
Cuanto se ven aqui campañas llenas  
De sagitarios fieros y forzados,  
Untados todos ellos con resina,  
O mara que llamamos trementina.

Venían los caudillos de salvajes  
Con diademas de oro coronados,  
Encima superbísimos plumajes;  
Los rostros de pinturas variados:  
A las espaldas llenos los carcajes.  
Los arcos en las manos preparados,  
Con tan feroz y bravo continente,  
Que hacían temblar al mas valiente.

Los nuestros dicen: «En lugar estamos  
Do cumple que las manos apretemos.»  
Pedro de Limpias dijo: «No temamos,  
Ni tanta muchedumbre recelemos:  
Holguemos y comamos y bebamos,  
Que nosotros al fin los venceremos.»  
Era montañésico mal limado,  
Y esto decía él medio mascado,

Como quien no bebió licor de Apolo,  
Sino lo que le dió crasa Minerva;  
Separatísimo de todo dolo,  
Pero de condicion algo proterva;  
Mas en valientes hechos tal, que solo  
Bastaba para toda la caterva:  
Conocilo y tratólo largamente,  
Y aun á su muerte me hallé presente.

Dando pues orden nuestra compañía  
A lo que deste caso sucediese,  
Al indio que llevaban para guía  
Preguntaron las lenguas que dijese  
De quién era la gente que venia,  
Por qué fines ó causa se moviese:  
Que declarase bien qué cosa era.  
El indio respondió desta manera:

«Sin tormento de fuego ni de agua  
No receleis que la verdad os niegue;  
Mas no sabré decir qué mal se fragua  
Hasta tanto que ya la gente llegue;  
Pero conozco ser Catimayagua  
Con otro principal dicho Categue,  
Y son los otros dos que veis de cara  
Geoogúa y Badurajara.

»Y no creo que vienen por venganzas  
En venir unos de otros apartados:  
Antes creo que vienen de labranzas,  
Pesquerías ó cazas de venados;  
Pero por sí ó por no, de vuestras lanzas  
No vivais por ahora descuidados,  
Porque si vienen ellos de mal arte,  
Tengo yo de llevar la peor parte.»

Oido por los nuestros lo que toco,  
Quel indio caquetío les decía,  
Parecía ser consejo loco  
Querer romper tan grande compañía;  
Y así determinaron poco á poco  
Irse quietos acia do venia,  
Y los indios también sin sobresalto  
Bajaron á los llanos de lo alto.

Después que ya llegaron á lo llano,  
Bajando cada cual por su ladera,  
Un tuerto gentil, hombre bien lozano,  
A todos les tomó la delantera,  
Y cerca del ejército cristiano  
Con brio les habló desta manera:  
«¿Quién sois, á qué venis, ó quién os manda?  
¿Qué designo teneis, ó qué demanda?»

Estéban respondió: «Somos cristianos,  
De religiones el mejor tesoro;  
Venimos en demanda de los llanos,  
Y por decir verdad buscamos oro;  
Somos también carisimos hermanos  
Del cacique Manaure, rey de Coro.»  
El indio, viendo que en Manaure toca,  
Dióse ciertas palmadas en la boca.

Y luego con el rostro mas sereno  
Les dijo: «Si es de paz vuestra venida,  
Por ser hermanos de señor tan bueno,  
Tengo por bien dejaros con la vida:  
Vamos, pues así es, á mi terreno,  
Do todos hallareis buen acogida.  
Y de cualquier asalto de enemigo  
Seguros podeis ir, pues yo lo digo.

Aunque rieron que por tales vías  
Fuesen del indio tuerto convidados,  
Juntáronse con estas compañías  
El dicho Fedrimán y sus soldados,  
Y entre los indios fueron ocho días  
Ellos y sus caballos regalados,  
Y diéronles después matalotaje  
Para que prosiguiesen su viaje.

Despedidos por términos urbanos,  
Dieron, muy lejos ya desta frontera,  
En un pueblo de chipas en los llanos,  
Gente brava, feroz y carnícera.  
Carne hallan asada los cristianos:  
Comieron sin que sepan de quién era;  
Mas ojos propios los hicieron ciertos,  
Hallando piés y manos de hombres muertos.

Luego vereis estar imaginando:  
Unos que ven y no quieren creello,  
Otros en otra parte basqueando,  
Otros para bostar mover el cuello,  
Otros ó los mas dellos vomitando,  
Otros meter los dedos para ello,  
Otros quisieran con aquellas sañas  
Abrirse con sus manos las entrañas.

Desabridos de gente tan malina  
Que siempre de la paz anda huyendo,  
El sabio Nicolao determina  
Ir gentes mas humanas inquiriendo,  
Y aun también de volver á la marina,  
Valles y serranías descubriendo;  
Y dieron luego por aquella vía  
En un pueblo de gente caquetia.

Hallaron los vecinos ser absentes,  
Alzado de las casas todo ato,  
Porque por tener nuevas destas gentes  
Vivian con grandísimo recato;  
Mas á tractar de cosas indecentes  
El cacique volvió desde á buen rato,  
Y sobre cierta cosa que pedía,  
Al Fedrimán habló con osadía.

El dicho Fedrimán lo halagaba  
Por los mejores modos que podía;  
El indio con furor se desmandaba  
Con una mas que loca fantasia;  
Fedrimán, viendo su protervia brava,  
Dióle con una caña que tenía;  
El áspero gandul echando fuego  
Al bosque montuoso se fué luego.

El cual con furiosos movimientos,  
Por encenderse mas en el coraje,  
Ciertos polvos tomaba por momentos,  
Y ansimismo bebió cierto brebaje;  
Hizo luego de indios llamamientos,  
Da flechas al ejército salvaje,  
Que las lenguas (de bien hablar desnudas)  
Se traspasaban con puntas agudas.

Con esta gente que del monte saca  
Con un bravo furor diciendo viene:  
«Hombres de mal vivir, gente hellaca,  
Que de sudor ajeno se mantiene,  
Dadme sin mas tardar una hamaca,  
Que no sé qué soldado me la tiene:  
Donde no, bien podeis tener por cierto  
Que cada cual de vos ha de ser muerto.»

El Fedrimán mandó se la buscasen,  
Y sin poner excusa se la diesen:  
Buscan; y como no se la hallasen,  
Y los intentos malos conociesen,  
A las lenguas mandó que le rogasen  
Que por tan poca cosa no riñesen,  
Pues otra gente de mayor pujanza  
Sabia domeñar su fuerte lanza.

El indio fiero dijo: «No me espanto  
De dardos ni de lanzas de hinojos,  
Pues otros mas valientes forman llanto  
Cuando me ven encarnizar los ojos;  
Y agora, pues estamos muy á canto,  
Vereis si pueden algo mis enojos:  
«¡Aquí, tigres, aquí, gente nosciva,  
Haced de suerte que ninguno viva!»

No viene con tal fuerza torbellino,  
Impelido de grandes ventisqueros,  
Ni en Indias aguacero repentino  
Barre con tanta furia los oteros,  
Cuanto furor, braveza y desatino,  
Mostraron estos bárbaros guerreros:  
El impetu fué tal y tan borrendo,  
Que los nuestros se iban retrayendo.

Cobran los bárbaros mayores bríos,  
Teniendo ya por facil acaballos;  
Ampáranse los nuestros en buhios  
Hasta poder subir en los caballos.  
Decía Fedrimán: «¡Aquí los míos!»  
El Uriorebui: «¡Aquí, vasallos!»  
Mas los de cuatro piés ya salen fuera:  
Ellos harán bien ancha la carrera.

Fedrimán, Limpías y Estéban Martínez,  
Y Martín de Arteaga con Berrio,  
Por tales vías guian sus rocines,  
Que ningun golpe daban en vacío;  
Y tanta priesa dan los paladines,  
Que la corriente sangre hace río:  
Barrios, y Joan Florin y Alonso Zarco  
Cortan aquí y allí macana y arco.

Mas aun que cantidad de indios mueran,  
Y vean uno y otro ya difunto,  
Los vivos todavía perseveran,  
Sin que de su furor aljojen punto:  
Uriorebui pica tan de veras  
Que ningun español se llega junto,  
Y Limpías, viendo sus encuentros fieros,  
A él encaminó sus piés lijeros.

Bien pensó de camino derriballo;  
Mas la tal esperanza salió vana,  
Por le desbaratar lanza y caballo  
Con dos terribles golpes de macana;  
Fingió que le huía por ceballo,  
Y el indio lo siguió de buena gana;  
Cambió los hierros al arzon trasero,  
Y acertóte por el degolladero.

Cayó, mas no cayeron los motivos  
De los que procuraban su venganza;  
Pero como quedaban pocos vivos,  
Quedó superior cristiana lanza.  
Quisieron mas morir que ser captivos  
Los que no concluyó tan gran matanza;  
Pues cuatro que escaparon destas suertes  
En cierta parte se hicieron fuertes.

Fueron por todas partes rodeados  
De los nuestros, al modo de corona:  
Serian dos docenas de soldados  
Y el mismo Fedrimán por su persona,  
Donde fueran sus sesos derramados  
A faltar el escudo de Belona;  
Mas viendo de los suyos diez heridos,  
Rompió por los indios atrevidos.

Entrando por guerreros embarazos,  
Alzó la maza quien su mal recela;  
Mas el buen Arteaga con sus brazos  
Púsole por delante la rodela,  
Que del golpe se hizo tres pedazos;  
Y aun que del Fedrimán fué gran tutela,  
Al Arteaga dió con tal denuedo,  
Que le sacó la uña del un dedo.

Era la furia tan embravecida  
Y el ánimo protervo desta gente,  
Que ninguno se quiso dar á vida,  
Aunque se lo rogaban blandamente;  
Pero la vital trama fué rompida  
Tomando los dos vivos solamente.  
Fedrimán por huir otro reproche  
Acordó de salir á media noche.

A tino caminaron sin señales,  
En demanda de pueblos que decían;  
Guiábanlos aquellos dos zagales,  
Mas tan perversos eran los que guían  
Que siempre los metían por breñales  
Donde de sed y hambre perecían:  
Trajéronlos así cinco jornadas,  
Y al cabo los mataron á lanzadas.

Muertos los indios pues en la montaña,  
Estéban procuró buscar camino,  
Porque ninguno tuvo mejor maña,  
Ni en adalid se vido tan buen tino:  
El mas oculto rastro desentraña  
Hasta dar con el bárbaro vecino,  
Sin lo sentir la mas astuta vela,  
Y oía de una legua la candela.

Yendo pues por el bosque fatigado,  
Sin poder descubrir favor humano,  
Pequeño ramo verde vió quebrado,  
Que hizo su trabajo mas liviano;  
Pues vido claramente ser tronchado,  
No por irracional, sino por mano  
De hombre que por esta selva iba  
De los humanos tratos muy esquivo.

En aqueste compás hizo parada,  
Luego con vigilancia dió rodeo,  
Vido señal de pié mal señalada,  
Mas tal que satisfizo su deseo;  
Prosiguió por la vía comenzada  
Para hacer mas cierto su rastreo,  
Hasta que descubrió con ojos ledos  
Impreso carcañar y cinco dedos.

Prolijo rato va tras esta prenda,  
O ya con la ganar, ya con perdella,  
Pues para perfeccion de su hacienda  
No le cumplía desasirse della:  
Al fin le dió ventura cierta senda,  
Do se mostraba mas patente huella;  
Esperó la hambrienta compañía,  
Que por señales suyas lo seguía.

Desque llegaron donde los espera,  
Dadas á todos buenas esperanzas,  
Tomó dellos la gente mas livera,  
Siguiendo de las trochas sus usanzas;  
Y después de romper larga carrera,  
Dieron en fertilísimas labranzas,  
Sin grano seco, mas maiz en berza,  
Do su contento tuvo mayor fuerza.

Camino se halló luego patente,  
Por el cual sin ningunos alborotos  
Caminaron á paso diligente,  
Sin querer admitir contrarios votos;  
Toparon poblacion de cierta gente,  
De los que por allí llaman itotos,  
Y cuando el sol cubria sus cabellos  
Con voz de ¡Santiago! dan en ellos.

El pueblo se mostró de esfuerzo falto  
Y turbado de grande desatino,  
Por les acometer de sobresalto  
Y por nunca jamás visto camino:  
Al fin los mas huyeron á lo alto  
Del monte que tenían por vecino;  
Captivaron la gente detenida,  
Y hallaron gran copia de comida.

Llegó la resta de la compañía,  
De hartura y descanso bien angosta,  
Velóse por el orden que solía,  
Y aun otros muchos mas velan aposta;  
Recogen alimento, y otro día  
Tomaron el camino de la costa,  
Pues para descubrir mas adelante  
Juzgaban no tener gente bastante.

Y demás de la breve compañía  
Amenazabalos también el agua  
Y fuerza del invierno, que venía  
Muy mas impetüosa que en Veragua:  
Guiábalos ya gente caquetía  
Del pueblo que se diz Sarasragua;  
En efecto con cantidad de oro  
Salieron á la costa y á su Coro.

Por abril de quientos y mas treinta  
Con mil un año mas de los que sigo,  
Llegó la dicha gente macilenta  
Y el dicho Fedrimán adonde digo;  
Donde micer Ambrosio representa  
Ser digno Fedrimán de gran castigo,  
El cual era venido sano y bueno,  
Aunque desta pasión el pecho lleno.

Hizole luego cargo del esceso,  
Y con prisiones estendió su saña;  
Cerró para sentencia su proceso,  
La cual fué de destierro para España;  
Al fin él pareció preso y opreso  
Ante los grandes de la gran compañía,  
Donde le dejaremos por agora,  
Pues para tratar dél verná su hora.

Después de pronunciada la sentencia,  
Ambrosio recogió toda la gente,  
Del cual quiero también hacer ausencia,  
Por me sentir cansado de presente  
En recontaros tanta menudencia  
Cuanta veis en el canto precedente;  
Pero la conclusion y paraderos  
Podreis ver en los cantos venideros.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió, con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella vía.

Muchas veces el hombre con prudencia  
Desastres venideros asegura,  
Y muchas con tener gran advertencia  
Y buscar su sazón y coyuntura,  
Le vale poco buena diligencia  
Por no tener propicia la ventura;  
La cual cuando derrama sus regalos  
Suele quitar de buenos para malos.

Porque con hombres, que razon repuna  
Que hallen para bien lugar abierto,  
Usa magnificencias la fortuna,  
Sin consideracion y sin concierto;  
Y suele la virtud estar ayuna  
Sin que pueda gozar descanso cierto:  
Y así de sus antojos hace leyes,  
Eso me da con bajos que con reyes.

A Próculo dotó de gran imperio,  
A Mauricio y á Tito Coruncanio,  
Y de pastor de vacas á Galerio  
Para subir á él le dió la mano;  
Puso también en grande vituperio  
A Policrates y á Valeriano,  
Con muchos otros mas, cuya subida  
Fué grande, mas menor que su caída.

Lo cual suele hacer por estos senos  
De Indias y de sus descubrimientos,  
Do vimos abatidos muchos buenos  
Y encaramados bajos pensamientos;  
Aunque experiencia muestra que los menos  
Salieron dellos ricos y contentos,  
Como micer Ambrosio, cuya historia  
A muchos que son vivos es notoria.

Los cuales dicen ser varón notable  
En hechos y palabras que decia,  
Solicitud, conversacion loable,  
Vigilancia, viveza, valentía;  
Mas no le fué fortuna favorable,  
Pues dentro deste reino, do venía  
Con amago de próspera ventura,  
A la puerta le dió la sepultura.

Agora pues para la tal jornada,  
La cual aquella gran sabiduría  
Para otro tenia reservada,  
Hizo juntar aquella compañía,  
A hambres y trabajos tan usada,  
Que ya no recelaba turbio día;  
Y vino con pertrechos y recado  
Al Maracaibo que dejó poblado.

Halló la gente del mal afligida,  
De enfermedad y hambre fatigada,  
Con grandísimo riesgo de la vida,  
Y de socorro ver desesperada:  
Regocijáronse con su venida,  
Como quien la tenia deseada;  
Y á su necesidad tan insufrible  
Ambrosio socorrió con lo posible.

Y reparados razonablemente  
De cosas necesarias al camino,  
A su casa llamó toda la gente,  
Deste lugar y la que con él vino,  
Con intención de les hacer patente  
Su cierta voluntad y su desino;  
Y después de comunes prevenciones,  
En suma les habló tales razones:

«Carísimos hermanos y señores,  
A quien yo tengo por amadas prendas,  
Bien veis que por buscar otras mejores  
Dejastes vuestras casas y haciendas,  
Y á trueco de trabajos y sudores  
Colocaros en prósperas viviendas,  
Do fuese la labor de vuestras manos  
Heredera de premios soberanos.

»Pero lo descubierto no da muestra  
Para que tal efecto se consiga  
En esta parte, donde vuestra diestra  
Jamás temió peligro ni fatiga;  
Y es menester que la jornada nuestra  
Mucho mas adelante se prosiga,  
Hasta poder hacer algun empleo  
Donde satisfagamos el deseo.

»Parar aquí fué cosa conveniente,  
Porque no se sufría salir antes,  
Hasta tener caballos y mas gente,  
Y noticia de tierras abundantes:  
Tenemos ya recado suficiente  
Y guías que parecen ser bastantes;  
Ansimismo tenemos en la mano  
El apacible tiempo del verano.

»Está la gente bien apercebida,  
Y á causa del trabajo tan contino,  
Aquellos que escaparon con la vida,  
Muy mas purificados que oro fino:  
Al fin punto de honra nos convida  
A que ya nos pongamos en camino;  
Demás desto riqueza, gloria y fama  
Se llega por momentos y nos llama.

»En mí terneis en toda la conquista  
Medido capitán y buen amigo;  
La muestra desto ya la tenéis vista,  
Con otras muchas cosas que no digo:  
Convienié pues hacerse luego lista,  
Y ver los que podrán salir conmigo;  
Y cualquiera persona baja ó alta  
Pida, que yo daré lo que le falta.

»Todos comencien á hacerse prestos,  
Y á la lista que digo se presenten;  
Mas los casados y los indispuestos  
No quiero que en la nómina se cuenten,  
Pues quedarán soldados con aquestos  
Que los sirvan, regalen y sustenten;  
Y si nos diere Dios lo que le ruego,  
El socorro y remedio verná luego.

»Dejamos ya de paz esta frontera;  
Y como con agravios no se tiene,  
Andando los demás por allá fuera,  
Se podrán sustentar mas largamente;  
Y gobernallos ha con paz sincera  
Aquel que yo les dejo por teniente,  
Que es el jurado Leiva, de quien siento  
Toda modestia y buen comedimiento.

»Queda Bartolomé de Santillana  
En Coro con poderes muy bastantes,  
Varon que nunca supo ser mañana  
En socorrer negocios importantes:  
Antes acudirá de buena gana  
Si se rebelan indios circunstantes;  
Y sé que ya por paz, ó ya por guerra,  
Os asegurará toda la tierra.

»Confiado de tales amistades,  
Ningun temor me da la larga vía,  
Conociendo de vuestras voluntades  
Estar siempre conformes con la mía:  
Dad orden pues á las necesidades  
Para poder salir al sexto día,  
Y el caballero y el peon ordene  
Lo que para su rancho le conviene.»

A su razonamiento dados fines,  
Con determinacion ya rosoluta,  
Tocáronse trompetas y clarines,  
Y cada cual sus mandos ejecuta:  
El Vasconia y el Estéban Martínez  
Tomaron á su cargo la minuta,  
Que serian doscientos y cincuenta,  
Y fueron de caballo los cuarenta.

Apréstase la lanza y el espada,  
El escopil, celada y la rodela,  
Esperando la hora señalada,  
Que por ninguno dellos se recela;  
Y ordenaron salir con el armada  
A la costa del Cabo de la Vela,  
Con determinacion y con intento  
De proseguir aquel descubrimiento.

Ya la era del Hijo de Maria,  
Mediante movimientos regulados,  
Ocho cabales lustros recorria,  
Con tres quinientos años acabados,  
Cuando la valerosa compañía  
Destos descubridores memorados  
Se llegaron al término marino  
Para prosecucion de su camino.

Luego la costa abajo se despacha  
Ambrosio con tal orden de guerrero,  
Que no se le pudiera poner tacha  
Por otro (de experiencia) mas entero.  
Llegaron pues al rio de la Hacha,  
Que deste nombre tal es heredero  
Por una que perdió cierto soldado  
Al tiempo que pasaba por su vado.

Llegados al paraje que se trata,  
Dieron á su camino mas reposo,  
Por hallarse maiz, yuca y batata,  
Y ser terreno ya mas abundoso.  
Salió al encuentro Boronata,  
Indio guanebucan y belicoso:  
Tuvieron un reencuentro porfiado;  
Mas Boronata fué desbaratado.

Dejadas ya las flechas y el poporo  
Por el guanebucan feroz, robusto,  
Esta gente paupérrima de Coro  
Tomaron un poquillo de buen gusto,  
Por recoger allí joyuelas de oro  
Y ensangrentar las manos el mas justo:  
Entonces ansimismo dió cudicia  
Del ídolo de oro gran noticia.

La fama del cual era no muy flaca,  
Y aun todavía por aquellos puestos  
Suena su voz, y por razon se saca  
Sus miembros ser de buen grandor compuestos,  
Pues dicen lo llevaban en hamaca  
Diez ó doce gaudules bien dispuestos:  
Túvolo Boronata por grandeza  
Y por ostentacion de su riqueza.

No faltaron después buenos ventores  
Que ventaban la caza por defuera,  
Siguiéndola por los alrededores  
Hasta las sierras dichas de Herrera;  
Mas no fueron tan buenos rastreadores,  
Que pudiesen topar la madriguera;  
Trabajó su pedazo Castellanos,  
Pero también sus pasos fueron vanos.

Eran guanebucanes gente brava,  
Y cuando competían dos señores  
Seguían al que mas se lo pagaba  
Y mejor premiaba sus sudores;  
Y tiénesse por cierto que ganaba  
Quien podía gozar de sus favores:  
Fué gente principal, rica, gallarda,  
Puesto que la demás era bastarda.

Y así se deseaba por momentos  
Dar en guanebucanas poblaciones,  
Por ver la majestad de sus asentios,  
Demás de recoger en ellos dones  
Que hacen á perdidos y hambrientos  
Trastornar diversísimas naciones;  
Y aquí fueron tan grandes los caudales  
De oro, que lo muestran las señales.

Antes fué gran caudal, y en tiempo mio  
Un Fernán Sanchez tuvo tal ventura,  
Que yendo por orilla deste rio  
La barranca dél hizo hendedura,  
Y descubrió frontero de un bubio,  
En una muy antigua sepultura,  
Una olla con cantidad de oro,  
Que fué remedio de su pobre lloro.

Ambrosio pues con esta golosina  
Siguió riberas desta y de otras aguas,  
Sin le quedar por ver brazos de Uriña  
Ni sus pequeñas barcas ó piraguas  
Con mano mas sangrienta que benina  
Pasó por los bubures y cendaguas;  
E ya de joyas de oro pertrechado,  
Al valle de Upar fué, que hoy es poblado.

Fué yo de los primeros pobladores,  
Y allí pude tener alguna mano,  
Pues padeci trabajos y sudores  
Pesados de llevar al cuerpo humano;  
Mas á fin de buscar tierras mejores,  
Lo que me daban tuve por liviano,  
Y cuando conquistar allí me plugo  
Mandaba don Alonso Luis de Lugo.

Nombró por capitán al buen Salguero,  
Que dien puede gozar deste renombre  
Por ser en las virtudes tan entero,  
Que no le viene largo mayor nombre:  
Deste reino descubridor primero,  
Y en la conquista suya cabal hombre;  
El cual después como varon cristiano  
A las cosas del mundo dió de mano.

Pues él y su mujer Joana Macias,  
Que de valor no tiene menos prenda,  
Ófrécieron en medio de sus dias  
A Dios todo su ser y su hacienda,  
Plantando para santas compañías,  
En las casas que son de su vivienda,  
Un tal y tan ilustre monasterio  
De monjas, que lo tengo por misterio.

A él ya le llegó la fatal hora,  
Con tal muerte cual fué su santa vida:  
Es ella de presente la priora  
Con ejemplo y virtud esclarecida,  
En la ciudad de Tunja, donde mora,  
Y tiene gloria y fama merecida:  
Lleve Dios adelante sin zozobra  
Una tan santa y tan heroica obra.

Aquesto dije, por venir á cuento,  
Del valle de Upar, donde voy entrando,  
Y al Ambrosio me vuelvo descontento,  
Que lo veo destruyendo y asolando  
Con furia de rigor sanguinolento;  
Ansimismo caciques abrazando,  
Aunque recuentros tuvo no muy flacos  
De gnaaos, itotos y aruaeos.

Potentes escuadrones y ordenanzas  
De pedregosas sierras abajaban;  
Mas rigurosos hierros de las lanzas  
Los encendidos pechos resfriaban  
De los que con mas locas confianzas  
Caminos comenzados estorbaban;  
Al fin, el enemigo ya mas manso,  
Tomaron algun tanto de descanso.

Recrearon los cuerpos fatigados,  
Aunque siempre con grande vigilancia;  
Iban muchos á caza de venados,  
De que estos campos tienen abundancia;  
Hallaban muchedumbre de pescados  
En los rios de aquella circunstancia;  
No dejaba también gente lijera  
De correr una y otra cordillera.

Recorriendo pues tierra del Upare,  
Recogido de oro montoncillo,  
Pasó de las zavas de Zazare,  
Y rio que llamamos de Vadillo,  
Las de Guataporí y Garupare,  
Pasando muchos indios á cuchillo,  
Y los de Pacabueyes anihila,  
Y los de gente blanca y de Chimila.

Siguió mas adelante su camino  
Con gente victoriosa y esforzada,  
De los cuales no era menos dino  
Ni su lanza la menos estimada  
Fernando de Alcocer, que es hoy vecino  
En este nuevo reino de Granada,  
A cuya relacion voy obediente,  
Pues él á todo se halló presente.

Micer Ambrosio pues con importuna  
Hambre, que no consiente que se trueque,  
En seguimiento va de su fortuna,  
Mediante relacion de cierto jeque,  
Hasta venir á dar al alguana  
De la provincia de Tamalameque,  
Donde halló de indios muchedumbre,  
Que dió luego la paz con mansedumbre.

En una isla destas residia  
El indio Cumujagua, generoso,  
Que fué señor á quien obedecia  
Un número de gente grandioso:  
Este los recibió con alegría  
Dentro de la ciudad de su reposo,  
Adonde por hallar todo remedio  
Estuvo con los suyos año y medio.

Tuvieron el recado conviniente,  
Sin ofrecerse guerra ni combate,  
Y ovieron de los indios buenamente  
Mas de cien mil ducados de rescate;  
Cudicia, que de males es la fuente,  
Y á cosas indebiditas nos abate,  
Hizo prender al indio caballero  
Para poder sacalle mas dinero.

Viendo los indios ya que sobre paces  
Usaban de tan ásperas afrentas,  
Procuran ordenar guerreras haces  
Que de temor pudiesen ser exentas,  
Juntando de canoas muy capaces  
Un número de mas de cuatrocientas,  
Y en ellas embarcaron estas gentes  
Tres mil indios gallardos y valientes.

Luego la gran caterva de salvajes  
Aprietan en las manos canaletes,  
Todos con superbisimos plumajes,  
Joyas de oro, pechos, brazaletes,  
A las espaldas puestos los carcajes,  
Algunos ansimismo con almetes:  
Daba la vista deste movimiento  
Temores con algun contentamiento.

Ambrosio, que los vió venir al puerto  
Con estos capacisimos bateles,  
Mandó poner los suyos en concierto,  
Cubrir caballos con usadas pieles;  
Y cada cual, como varon esperto,  
A su caballo puso cascabeles,  
Creyendo que por no ver otro tanto  
Causaran á los indios gran espanto.

Dejando los caballos abscondidos,  
Quiso salir con solos los peones,  
El á caballo, solo, con vestidos  
De las colchadas armas de algodones;  
Y estando por buen orden digeridos,  
Llegaron los indianos escuadrones,  
Los cuales con gentil brio de guerra  
Tomaron todos juntos luego tierra.

El indio capitán, á quien subyecto  
Era todo varon que con él vino,  
Con ricos brazaletes y con pecto,  
Y ansimismo celada de oro fino,  
Al Ambrosio dió cuenta del efecto  
Porque se conmovieron al camino,  
Diciendo: «¿Nuestras obras y halago  
Debian merecer aqueste pago?»

» Decid, ingrata gente y extranjera,  
¿En las tierras adonde sois vecinos  
Acostumbran pagar desta manera  
Los que son hospedados peregrinos?  
¿Suelen pagar al amistad sincera  
Con tan desordenados desatinos?  
¿Recompensan el buen acogimiento  
Con tan torpe desagradecimiento?

»Aquí llegastes flacos y hambrientos,  
Mal parados de guerras y contiendas ;  
Salimonos de nuestros aposentos  
Por daros mas á gusto las viviendas ;  
Fuestes bien proveidos de alimentos,  
Partimos con vosotros las haciendas :  
Pues ¿dó se sufre tan dañado pecho  
Contra quien tantos bienes os ha hecho?

»Mal puede confiar de fuerte lanza  
Una gente tan mal agradecida ;  
E ya se nos acerca la venganza  
Crüel y justamente merecida ;  
Pues no querrá tan próspera pujanza  
Cual veis hacer en balde su venida ,  
Si no se redimieren vejaciones  
Con quitar al cacique las prisiones.

»Y pues aquestos son medios humanos,  
Y para desterrar guerras molestas ,  
No seais temerarios ni livianos  
En acudirnos bien con las respuestas ;  
Y si no, preparad luego las manos,  
Porque los indios ya las tienen prestas,  
Y en comenzando conoceréis luego  
Del arte que jugamos este juego.»

Ambrosio no por esto hizo blanda  
Su dura voluntad , mas antes digo  
Que á dos ó tres soldados de su banda  
Mandó que lo sacasen por testigo  
De cuán en poco tiene su demanda ,  
Pues lo tenia con un piedamigo ,  
Y cuando salió dijo con voz grande :  
«Ninguno de vosotros se desmande ;

»Que no me libraré guerra rompida ,  
Ni yo tal consejo ni tal quiero ;  
Pues aunque vayan estos de vencida ,  
Y vuestro poder quede muy entero,  
Algunos hemos de perder la vida ,  
Y está claro que yo caeré primero ;  
Pues veis las gentes que conmigo vienen,  
Y del arte y manera que me tienen.

»Comportemos ahora nuestra suerte :  
Que si por fuerza de armas esto fuese,  
Por darme vida me derais la muerte ,  
La cual huir queria si pudiese ;  
Y como razon buena los concierte ,  
Ellos me soltarán sin interesse ,  
Pues aunque me detengan tiempo luengo,  
Muy mal les podré dar lo que no tengo.»

Con aquellas palabras se resfría  
La cólera de indios escuadrones,  
Puesto que parte dellos insistía  
En lo librar de aquellas aficciones ;  
Porque lástima grande los movía ,  
Viéndolo con tan ásperas prisiones ;  
Y Ambrosio, que á razon no se subyeta ,  
Hizo luego señal con la trompeta.

Con tal furor caballos ocurrieron,  
Que pareció hundi e bajo y alto :  
Los indios por tal orden lo sufrieron,  
Que ninguno de vida quedó falto ,  
Y con gentil compás se retrajeron  
Sin representacion de sobresalto ;  
Y hecho de la tierra su desvio ,  
Se metió cada cual en su navio.

Volvieron sin hacer la diligencia  
Que su primera furia deseaba ,  
Enojos convertidos en paciencia,  
Sin que sacasen tiro del aljaba :  
Tanto pudo con ellos obediencia ,  
Por respecto de quien se lo mandaba ,  
El cual en lo guiar por esta via  
Tuvo la libertad que pretendia.

Habia Nicaho, pueblo potente,  
Una legua y aun mas desta comarca ,  
En una cierta isla diferente  
Que grande poblacion ciñe y abarca :  
Para pasar á ella nuestra gente  
No podian haber remo ni barca ,  
Y el morador tenia por su muro  
El agua, do pensaba ser seguro.

Para pasar remedios indagando ,  
Ambrosio dijo : «Yo me determino  
Que vamos todos juntos atentando  
Por donde el agua da mejor camino ;  
Pues ya podria ser que vadeando  
Llegásemos al bárbaro vecino.»  
Su parecer juzgaron por discreto,  
Y luego lo pusieron en efeto.

Camino de la isla van derechos ,  
Por donde el agua menos impedia ;  
Al cual por lo menos ó á los pechos ,  
Y á vuela pié, segun mejor podia,  
Fueron aquestos atrevidos hechos ;  
Pero llegaron do se pretendia ,  
Y el bárbaro que pudo hacer guerra  
Nunca les impidió tomar la tierra.

Pudiendo con sus barcas ó piraguas  
Rodeallas por una y otra banda ,  
Y antes que se saliesen de las aguas  
Dalles una gentil escurribanda ;  
Mas ellos, fuera de guerreras fraguas,  
Esperaron cuál fuese su demanda ;  
Y ansi los recibieron blandamente,  
Sin conocerse rostro diferente.

Y aun en tierra pudieran ser rompidos ,  
Por traer los caballos fatigados ,  
Y no faltos de agua los vestidos ,  
Pues todos ellos iban empapados ;  
Pero demás de ser bien recibidos ,  
Bastantemente fueron regalados ,  
Y aun aumentaron buenos crecimientos  
Al oro, que eran todos sus intentos.

Y trastornando donde se barrunta  
Estar algunas joyas del vecino,  
Un ataud se vió de una difunta ,  
Todo hecho de hoja de oro fino :  
Esta con lo demás fué luego junta ,  
Porque dejalla fuera desatino ,  
Y pesó, segun dicen baquianos,  
Cinco mil y quinientos castellanos.

A grandes esperanzas se despierta  
La gente, con preseña sin subida ,  
Diciendo que el sepulcro de la muerta  
A los que estaban muertos daba vida ;  
Mas es el ataud memoria cierta  
Que pone por delante la caída ;  
Cebo fué por agora y añagaza ,  
Pero tal que los vivos amenaza.

De manera que estaban satisfechos  
De no poder erralles esperanza  
Con muy mayores colmos de provechos ;  
Pero faltábales fuerza de lanza ,  
Porque vinieron pobres de pertrechos  
Para romper alguna gran pujanza ;  
Y así se concertó volver á Coro  
Con treinta y cinco mil pesos de oro.

A fin de hacer dellos un empleo  
De cosas necesarias al armada :  
Gente, caballos, armas y el arreo  
Que podía pedir larga jornada ;  
Y para perfeccion de su deseo ,  
Con gran brevedad fuese la tornada ,  
Pues con muestra de lo que represento  
Ternian presto buen aviamiento.

Nombraron pues para la tal carrera  
Veinte y cinco magañimos soldados ,  
Los cuales sé decir que donde quiera  
Pudieran ser varones estimados :  
Estos iban debajo la bandera  
De Vasconia, que sigue duros hados ,  
Y el Ambrosio quedaba con el resto  
En la provincia donde hizo esto.

Salieron proveidos de recauje  
De indios, do llevaban la moneda ,  
E iban prosiguiendo su viaje ,  
Ya por zavana, ya por arboleda ,  
Y en el valle de Upar en buen paraje ,  
Parecióles mejor mudar vereda ,  
Teniendo por larguísimo camino  
Guiarse por el término marino.

Sino, de su buen tino confiando,  
Del cual estaban todos satisfechos,  
Al Maracaibo ir atravesando  
Por caminos que fuesen mas derechos;  
Pues iban por la costa rodeando  
Y opuestos á mas daños que provechos;  
Y por tener por bueno su conceto  
Todos se dispusieron al efeto.

Siendo pues la intencion de todos una,  
Ya de comida mal apercibidos,  
En la demanda van del alaguna,  
De su derrota no muy divertidos;  
Pero guiábalos mala fortuna  
Para pagar los yerros cometidos,  
Y ansi dieron en tierra tan sin gente,  
Que no pudieron ver cosa viviente.

Prosiguieron el infelice curso  
Mas número de dias que cuarenta,  
Sin poder descubrir en el discurso  
Contra su tan famélica tormenta  
De yerbas ó de frutas un recurso,  
Que en tiempo tal los miseros alienta;  
Y el mas veloz y de mejor anhelo  
No levantaba ya los pies del suelo.

Quien por zanas escombradas iba,  
En lo limpio hallaba trompezones:  
Una pequeña paja lo derriba,  
Aire flaco le da mil empellones;  
Ya la lumbre del sol les es nociva,  
No pueden perceberse sus razones,  
No se esfuerzan los pocos á los pocos,  
Porque todos andaban como locos.

El que va prosiguiendo su camino,  
Luego se torna acia donde sale,  
Predominándolo gran desatino:  
Riqueza llevan; pero ¿qué les vale?  
Que mal puede hartarlos oro fino,  
Ni puede descubrir quien los regale,  
Y aquel que hace rentas y vasallos  
De tanto mal no puede libertallos.

En esta mas que miserable vida,  
A tanto las locuras se estendian,  
Que humana compasion fué despedida,  
Y enormes desconciertos acudian;  
Pues para proveerse de comida  
Mataban de los indios que traian:  
Hecho que por maldad se solemniza,  
Y al cristiano varon escandaliza.

Mal satisfecha la hambrienta saña,  
Sigue su confusion el caminante,  
Y aunque se daban todos flaca maña,  
El oro se llevaba por delante,  
Hasta venir á dar á la montaña  
Del dicho Maracaibo circunstante,  
Donde, por ser difícil la salida,  
Esta gente quedó muy mas perdida.

El mas brioso se sentia laso,  
El mancebo robusto desmayado;  
Vasconia no podia ya dar paso  
A causa de tener un pié llagado;  
El resplandor del sol les es escaso  
Por caminar por bosque muy cerrado;  
Finalmente, que ya los flacos Martes  
Allí se dividieron en dos partes.

Y á la raíz de un árbol señalado  
El oro se dejaron abscondido,  
De tal manera puesto y enterrado,  
Que nunca hasta hoy ha parecido,  
Aunque con diligencia fué buscado  
Por Francisco Vanegas, advertido  
Por uno destos, de quien diré luego,  
Mas en el atinar estuvo ciego.

Quedó Vasconia pues con seis ó siete,  
Y no sé cuántos indios en cadena,  
Los cuales degolló críel machete  
Para manjar infame de su cena:  
Un Francisco Martin y un Alderete,  
Teniendo la comida por obscena,  
Las pisadas siguieron al instante  
De los otros que van mas adelante.

Los que quedaron, sobre particiones  
De pierna, pié, de mano, brazo, codo,  
Tuvieron ciertas bregas y pasiones,  
Pues Vasconia partia de tal modo,  
Que daba muy escasas las raciones  
A los otros, tomándoselo todo;  
Y así, por no tener con él pendencia,  
Huyeron los demás de su presencia.

Quedóse solo con furor horrendo  
Do debió fenecer con mala suerte;  
Los otros adelante van huyendo,  
Temiendo cada cual que con su muerte  
Había, ya despierto, ya durmiendo,  
De ser mantenimiento del mas fuerte,  
Pues la maldad á tanto se estendia,  
Que del mayor amigo nadie fia.

Algunos del consorcio dividido  
A Cucuta salieron juntamente,  
Rio después acá muy conocido  
De sierras deste reino descendiente;  
De la barranca dél luego se vido  
Canoa con dos indios solamente,  
A los cuales, por seña conocida,  
Demandaron socorro de comida.

Los indios, dos, de ver nuevo gentío,  
Estuvieron confusos y perplejos;  
Mas conociendo su hambriento pio  
Con rostros que á la hambre son anejos,  
Bajaron con su leño por el rio  
Al pueblo que tenían poco lejos,  
Y de lo que hallaron mas á mano  
Recogieron batatas, yuca y grano.

Con otro muy mayor y mejor leño,  
Volvieron ocho indios al momento:  
El socorro que llevan es pequeño  
Para lobo que viene tan hambriento,  
Y los caribes nuevos que os enseñó  
Goncibieron un torpe pensamiento,  
Y fué tomar la gente comedita  
Para que les sirviese de comida.

Llegaron pues los indios con simpleza  
Y el español fué della tan ayuno,  
Que les acometió con gran presteza  
Con el furor hambriento é importuno;  
Pero por su grandísima flaqueza  
Ovieron á las manos solo uno:  
Huyen los otros para sus cabañas,  
No teniendo por buenas tales mañas.

Luego rompió las venas el cuchillo  
Y aun la sangre les fué licor sabroso;  
Y un soldado bestial, dicho Portillo,  
Demás del hecho vil y criminoso  
Lo hizo tal que no quiero decirlo,  
Por ser horrendo, feo y asqueroso,  
Y tal que las entrañas sosegadas  
En oílo darán mil arqueadas.

Los miserables miembros repartidos  
Desde los bajos piés á los cabellos,  
Por no ser llenamente proveidos  
Estos voraces y hambrientos cuellos,  
Unos de otros fueron divididos,  
Sin que nadie jamás supiese dellos;  
Era su duro mal mas que penuria,  
E ya no hambre sola, sino furia.

El Francisco Martin, ida la gente,  
Sin culpa de crueldad y de locura,  
Una balsilla hizo suficiente,  
Juzgando selle cosa mas segura  
Al beneplácito de la corriente  
Ir donde lo llevase su ventura;  
Y así fué nuestro triste navegante  
En riesgo y en trabajo semejante.

Cercado de cien mil inconvenientes  
Que el dudoso camino prometia,  
Quiso Dios que topase ciertas gentes  
Antes de le faltar la luz del dia,  
En el lenguaje poco diferentes  
De lengua de Cubagua que él sabia;  
Hizoles entender por modo bueno  
Ser indio natural de otro terreno.

Ansímismo les dijo que de guerra  
Había sido preso de cristianos,  
Los cuales lo sacaron de su tierra,  
Pueblo que confinaba con los llanos;  
Y agora, yendo por aquella sierra,  
Procuró de librarse de sus manos,  
Y que venia para ser cautivo  
Suyo los dias que durase vivo.

Fácilmente por indio fué tenido,  
Pues demás de la lengua que hablaba,  
El pellejo traia tan curtido,  
Que no indio, mas negro semejaba:  
Allí fué finalmente proveido  
De la cosa que mas él deseaba,  
Y el indio principal destes conveses  
Lo tuvo por esclavo ciertos meses.

Este señor tenia cierta llaga,  
Y el Francisco Martín, como vasallo  
Que desea que dél se satisfaga,  
Trabajó lo posible por curallo:  
Pretende solo crédito por paga,  
Y por justos respetos obligallo;  
Y dióle Dios en esto tal ventura,  
Que tuvo buenos fines esta cura.

En el oficio de la cirugía  
No fué curado dél aqueste solo;  
Ningun premio le dan; mas todavía  
La cura del señor acreditólo:  
Tanto la fama desto se estendia,  
Que lo tenían ya por dios Apolo,  
Y venian de partes diferentes  
A curarse con él algunas gentes.

Un cacique Babur, como supiese  
Que el otro de tal indio se servia,  
Y grandes pesadumbres recebiese  
A causa de una llaga que tenia,  
Al itoto rogó se lo vendiese,  
Prometiéndole por él justa valia:  
Finalmente vinieron á conchavo  
El itoto y Babur sobre el esclavo.

Hubo muchos terceros en las ventas,  
Y el itoto, de términos ruines,  
Por dos sartas lo dió de ciertas cuentas,  
Que no valian ambas dos tomines:  
Las partes satisfechas y contentas,  
Con el Babur se fué nuestro Martínez,  
El cual, como tenia buena mano,  
En brevisimo tiempo lo dió sano.

Viéndose restaurado de doliente,  
Mostrósele el Babur agradecido;  
Y porque supo ser hombre valiente  
Hízolo general de su partido:  
Dióle indios, y diólo juntamente  
A una hija suya por marido,  
El cual, como mamó leche de España,  
En guerra y paz se daba buena maña.

Y pues ya tiene levantada cresta,  
Arco, macana, flechas y embijado,  
Dejémoslo gozando de su fiesta  
Y los regalos de recién casado:  
Que dél diré después lo que me resta  
En hallándome mas desocupado.  
Volvamos al Ambrosio, que esperando  
Estaba los que ya no tienen cuando.

Y así, por parecer muy espacioso  
Vasconia, capitán, en su venida,  
Vivia congojado y sospechoso  
De la desgracia grande sucedida;  
Y al Esteban Martín, varon famoso,  
Rogó que apresurase la partida  
Al Maracaibo, do tuviese lumbre,  
Nuevas, ó relacion ó certidumbre.

El Esteban Martín, como subyeto,  
Con diez hombres, sin otra compañía,  
Puso los mandamientos en efeto,  
Sin torcer el camino que sabia;  
Y así, con tiento de varon discreto,  
Brevemente llegó donde queria,  
Y donde, por indicios, fueron ciertos  
Vasconia y los demás ser todos muertos.

Visto pues el tardar no ser sin lloro  
Y pérdida de gente castellana,  
Y que la confianza de aquel oro  
Para sus pretensiones era vana,  
Despachó mensajeros para Coro,  
Para Bartolomé de Santillana,  
Con algun oro, con que proveyese  
Gentes, caballos y lo que pudiese.

El cual, vistas las cartas del Estéban  
Y apartando de sí ratos ociosos,  
Hizo muestra del oro que le llevan  
A los que dél estaban cudiciosos;  
Y así, para demanda dél, se ceban  
Sesenta y dos soldados valerosos,  
De los cuales fué Limpias y Sarmiento,  
Hidalgo burgalés de nacimiento.

Recogido del término marino  
El servicio que mas les agradaba,  
Con el demás recado que convino  
Y su jornada larga demandaba,  
Al Maracaibo guian su camino,  
Donde Estéban Martín los esperaba;  
Y tres dias después de su venida  
Pusieron en efeto la partida.

Todos ellos con buen aviamiento  
Van en prosecucion de su carrera,  
Hasta que ya llegaron al asiento  
Donde micer Ambrosio los espera;  
Recebió crecidísimo contento  
En vellos ya debajo su bandera,  
Aunque con pesadumbre de la nueva  
Que del dicho Vasconia se le lleva.

Viendo la gente pues aderezada,  
Y el mas pesado dellos bueno y sano,  
Quería ver el fin de su jornada,  
Y no perder el tiempo del verano;  
Mas por tener la pluma mal cortada,  
Y no poco cansada ya la mano,  
Quiero cobrar alientos y resuellos,  
Que yo diré después lo que fué dellos.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, descubriendo tierra hasta llegar adonde está ahora poblada la ciudad de Pamplona, distrito deste nuevo reino donde lo mataron.

Por sabios, avisados y discretos  
Que sean los caudillos de las gentes,  
Todos en sus gobiernos van subyetos  
A votos de juicios diferentes;  
Y no les faltan émulos secretos  
Que dan sus pareceres entre dientes,  
Principalmente si á los buenos hechos  
El capitán limita los provechos.

Y así, por dilatar las particiones  
Del oro que tenían recogido,  
Y con dolor de aquellas perdiciones  
Del otro que jamás ha parecido,  
Eran continuas las murmuraciones  
Con deseo de vello repartido,  
Para que cada cual se proveyese  
De lo que de su parte le cupiese.

Mas el gobernador con buen halago  
La tal reparticion entretenia,  
Ni concediendo bien ni con amago  
De no hacer lo que se le pedia;  
Pero desea de hacerse pago  
De lo que cada uno le debía,  
Pues fué cierto gastar en aviallos  
Muchas mercaderias y caballos.

Aquesta fué la principal asilla  
Para se desgustar alguna gente,  
Y entrellos un Anaya, de Sevilla,  
Inquieto varon aunque valiente:  
La demás era gente tan sencilla,  
Quel negocio sufría blandamente,  
Y al fin, sin repartir el oro fino,  
Adelante siguieron su camino.

Del cual cualquiera parte que se ande  
 Hierve la gente de que estaba llena ;  
 Falta quien para guerra se demande,  
 No hallan escuadron que les dé pena ;  
 Llegaron á beber del rio grande ,  
 A quien llamaron de la Magdalena ,  
 Cuyo nombre le vino por concierto  
 De ser en aquel día descubierto.

Por una y otra parte discurrendo  
 Camina sin cesar el marció coro ,  
 Los confines de Guane descubriendo ,  
 Provincia de grandísimo decoro ,  
 Por ásperos caminos descendiendo  
 A lo que llaman hoy rio del Oro ,  
 Do las lucidas puntas de sus minas  
 Esceden en quilates las mas finas.

Estienden adelante sus carreras  
 Aquestos valerosos españoles ,  
 Atravesando cumbres y laderas ,  
 Asperísimos riscos y peñoles ,  
 Hasta que ya pusieron sus banderas  
 En la zavana de los Caracoles ,  
 A la cual , por los muchos que hallaron ,  
 De semejante nombre la llamaron.

Pues en cierto rincon desta dehesa ,  
 Estando ya con falta de alimento ,  
 Congregacion de aguas y represa  
 De caracoles dió gran cumplimiento ;  
 Y en veinte dias no gozó su mesa  
 De otro mas cabal mantenimiento ,  
 Hasta tanto que Estéban Martin vino  
 Y trajo nuevas de mejor camino.

Dió noticia de grandes poblaciones ,  
 Prolijas sementeras y labranzas ,  
 Aparencias y representaciones  
 Del cumplimiento de sus esperanzas :  
 Alléntanse hambrientos escuadrones ,  
 Compónense guerreras ordenanzas ,  
 Afilanse las lanzas, las espadas ,  
 Y á gran priesa caminan las jornadas.

No van por el camino sin encuentro  
 De grandes escuadrones de flecheros ,  
 Y cuanto se metian mas adentro  
 Mas cantidad habia de guerreros :  
 Tuvieron un grandísimo recuento  
 Con indios que llamamos citaveros ;  
 Mas , á pesar de quien mas los baldona ,  
 Al páramo llegaron de Pamplona.

Donde después acá , que no de guerra ,  
 Sino de mansa paz todo se trata ,  
 Han dado las entrañas de la tierra  
 Gran cantidad de oro sobre plata ,  
 Y en el frio compás de aquella sierra ,  
 Zavana rasa , montuosa mata ,  
 Fria quebrada , claros verdaderos  
 Convidan con riquísimos veneros.

Pero con increíble pesadumbre ,  
 Al humano vivir inoportable ,  
 Pues el glacial viento de su cumbre  
 No es á los humanos amigable ;  
 Mas la continuacion y la costumbre  
 Parece que lo hacen tolerable ,  
 De tal manera ya que en su cultura  
 Arte templa rigores de natura.

Fué pues Ambrosio por lo mas supremo  
 Del páramo , sin dél hacer desvío ,  
 Mas no se vió rigor del monte Hemo  
 Que nevase tan frigidísimo rocío ;  
 Y como fuesen de calor extremo  
 A los extremos grandes deste frio ,  
 Lo que no vencen bélicos calores  
 Vencieron frigidísimos temblores.

Pues muy en breve se quedaron yertos  
 No poca cuantidad de los cristianos ,  
 Muchos caballos , y ansimismo muertos  
 Mas de trescientos indios de los llanos ,  
 Ladinos , sagacísimos , espertos ,  
 Y de los españoles piés y manos ;  
 Los cuales confiados del estío  
 Sus cueros solos eran atavio.

Y á todos fué muy gran inconveniente  
 Venir de lana mal apercebidos ,  
 Y dar en tierra fria de repente  
 Con las ligeras ropas y vestidos  
 Que solian traer en la caliente ,  
 Adonde con calor son afligidos ;  
 Y ansi , de ver en poco tantos muertos ,  
 De lágrimas arroyos van abiertos.

Ninguno ya por amistad espera ,  
 El riesgo de sí propio conociendo ,  
 Ocupando la muerte donde quiera  
 A quien se para y al que va luyendo ,  
 Enseñando los dientes , de manera  
 Que se juzgara dél estar riendo ,  
 Mas era de la muerte la divisa  
 Con extremo de la sardonía risa.

Con aquestos trabajos excesivos  
 Y quiebra-grande de vitales hilos ,  
 No quieren aflojar de sus motivos ,  
 Antes van afilando los estilos ,  
 Hasta que las reliquias de los vivos  
 Allegaron al pueblo de los Silos  
 Nombrado de la gente forastera  
 Por los que ven aquí de su manera.

Donde los fatigados peregrinos  
 Tuvieron fuego , ropas y comida ,  
 Contra la voluntad de sus vecinos ,  
 Pues todos se pusieron en huida ;  
 Porque la gente ya destes caminos  
 De tela de algodón anda vestida ;  
 Y ansi fueron aquestas vecindades  
 Reparo para sus necesidades.

Quietos ya los grandes ventisqueros ,  
 El buen gobernador luego procura  
 Que vuelva Limpias con sus compañeros  
 Al lugar donde fué la desventura ,  
 Mandándole que fuesen herederos  
 Los muertos de terrena sepultura ;  
 Y llegados al páramo terrible  
 El Limpias hizo todo lo posible.

Enterrando del número caido  
 Un buen soldado , natural mancheco ,  
 Cuando le desnudaban el vestido ,  
 A fin de que tuviese nuevo dueño ,  
 En el seno hallaron abscondido  
 Caricuri de oro bien pequeño ;  
 Y cada cual que el hurto reconoce  
 Lo tuvo por delito muy atreco.

Por ser orden que lo que se hallase  
 Por cualesquiera vias y ocasiones  
 Ante el gobernador lo presentase ,  
 Y al contador del rey diese razones ;  
 Y aqueste , como no lo declarase ,  
 Fué causa de cien mil murmuraciones :  
 Como si fuera menos que hurtado  
 Lo que todos habian declarado.

Septulados los del cristiano bando ,  
 Ambrosio con los sanos escuadrones  
 A Cucuta se fué luego llegando ,  
 Entonces de crecidas poblaciones ;  
 El hilo del vivir le van cortando  
 Domésticas ó bárbaras naciones ,  
 Pues entre muchos dura la sospecha  
 Haber sido traicion y maldad hecha.

Caminando con todo buen recado  
 La vuelta deste valle cierto día ,  
 Antes de descender á lo poblado  
 La claridad del sol se de-pedia ,  
 En tal manera , que les fué forzado  
 Parar en un loma poco fría :  
 Los indios, viendo nuestro campo quedo ,  
 El no bajar juzgaron ser de miedo.

Luego los arcos rústicos aprietan ,  
 Porque jamás buscaron otro muro ,  
 Y en efecto consultan y decretan  
 Ser negocio mejor y mas seguro  
 Acometelles antes que acometan  
 O ya con claridad ó con oscuro ;  
 Con este parecer secretamente  
 Por el monte se van á nuestra gente.

El Ambrosio, persona recatada,  
 Con Estéban Martín y seis soldados,  
 Salieron á velar la madrugada,  
 Que nunca ser quisieron reservados;  
 Y dicen descubrir una celada  
 De los indios que tengo declarados,  
 Los cuales sin hacer sus algazaras  
 Arrojaron gran número de jaras.

Entraron do sintieron el ruido  
 Cada cual de los dos determinado,  
 Y cada cual valiente y atrevido;  
 Mas fué superior siniestro hado;  
 Pues Estéban Martín salió herido,  
 Y el buen micer Ambrosio degollado  
 Por la punta cruel de seca planta  
 Que las venas rompió de la garganta.

Por algunos allí se presumía  
 Aquel golpe no ser indica mano;  
 Mas ello sea por cualquiera vía,  
 No pudo dalle cura cirujano.  
 Finalmente, duró tercero día  
 Haciendo diligencias de cristiano;  
 Y por morir allí tan cabal hombre,  
 Al valle le quedó su mismo nombre.  
 Todos mostraron tierno sentimiento,  
 Y no faltaron ojos lacrimosos  
 Ansi de los de sano pensamiento,  
 Como de los que fueron sospechosos.  
 Hicieron pues humilde monumento  
 Debajo de unos árboles umbrosos,  
 Y en la corteza que mas tierna era  
 Una letra quedó desta manera:

*Praebuit Alfinger patriam Germania nobis,  
 Tellus in hac silva barbara corpus habet.  
 Confixum telis sequitur me haec sola voluptas,  
 Culatorum Christi protinus esse sedem.*

En Alfinger fué nacido  
 Una ciudad de Alemaña:  
 Tierra bárbara y extraña  
 Tiene mi cuerpo abscondido  
 En medio desta montaña.

Muerto de crueles manos,  
 De los placeres humanos  
 No llevé mayor placer  
 Que morir donde ha de ser  
 Habitación de cristianos.

Los tristes funerales concluidos,  
 Segun mejor pudieron de presente,  
 Viéndose todos mal apercebidos  
 De lo que mas les era conveniente,  
 Los españoles ya disminuidos  
 De indios grande número de gente,  
 Para ver lo que cada cual apunta  
 De todos ellos juntos hubo junta.

Guardado de los votos el decoro,  
 Segun la cualidad de los soldados,  
 Determinaron de partir el oro  
 Por árbitros en esto señalados;  
 Y juntamente de volver á Coro  
 Para venir mejor aderezados,  
 Y demás desto que nombrado fuese  
 Capitan general que los rigiese.

No faltaba quien los inquietase  
 Cerca de la eleccion que se hacia,  
 Como ya cada uno procurase  
 Salir con lo que mas le convenia:  
 Al fin se concertó que gobernase  
 Pedro de San Martín, y fuese guia  
 El Estéban Martín, de cuya lanza  
 Se podia tener gran confianza.

El cual se dió tan admirable maña,  
 Sin vencerse jamás de desatino,  
 Que rompiendo por áspera montaña  
 Ahorró prolijísimo camino:  
 No les faltó también guerrera saña  
 En las provincias por adonde vino,  
 En un grande cercado mayormente  
 Donde se recogia mucha gente.

Do como fuesen faltos de comida  
 Y esperasen rancho de provecho,  
 Para la dicha cerca ser rompida  
 Determinaron de poner el pecho:  
 Fué por el un cuartel acometida,  
 Teniéndose por fácil este hecho;  
 Mas el indio feroz y belicoso  
 Manifestóles ser dificultoso.

Pues los que defendian la barrera  
 No se mostraban flacos defensores,  
 Antes si bien pelean los de fuera,  
 Los de dentro no quieren ser menores;  
 Ninguno de victoria desespera,  
 Todos pretenden ser superiores;  
 Si lanza hiere por la junta estrecha  
 También lastima venenosa flecha.

Querian pues allí rayos dorados  
 Bajo del horizonte recogerse,  
 Y nuestros españoles fatigados  
 Acordaron también de retraerse,  
 Viendo los indios fieros y esforzados  
 Con determinacion de defenderse;  
 Pero con intencion siguiente día  
 De volver á la bélica porfia.

Velóse bien la gente castellana,  
 Sin los indios tener ratos ociosos;  
 Y cuando vieron ya la luz temprana  
 Los ojos que durmieron cuidadosos  
 De lo que han de hacer á la mañana,  
 Recogen instrumentos belicosos,  
 Para volver las manos á la obra,  
 Que ya no podrá ser sin gran zozobra.

Guarnecen las cabezas con celadas,  
 Los cuerpos con los sayos estofados,  
 Las lanzas en las manos preparadas,  
 Y los caballos bien encubertados:  
 Peones llevan hachas afiladas  
 Para cortar los palos apretados,  
 De los cuales algunos llevan prestas  
 Algunas escopetas y ballestas.

Esta manera pues apercebidos  
 Los soldados y los que los subyetan,  
 A cuatro capitanes sometidos,  
 Que el combate consultan y decretan,  
 Fueron por cuatro partes repartidos,  
 Porque por otros tantas acometan:  
 El factor San Martín tomó el oriente,  
 El Estéban la parte de occidente.

Pedro de Limpias va por do le place,  
 Guiado de sus propias opiniones,  
 Monserrate también lo mismo hace;  
 Y todos los demás eran varones  
 De quien raro valor se satisface  
 En las mas importantes ocasiones;  
 Y hechas las señales que prometen  
 Con la trompeta, todos acometen.

Los bárbaros no menos están prestos  
 Por su defensa de poner la vida,  
 Pues de dardos y flechas bien compuestos,  
 En viendo nuestra gente repartida,  
 Acudieron á todos cuatro puestos  
 Con una prontitud jamás oida:  
 Crian feroces bríos impaciencia,  
 Y los temores viva diligencia.

Como si nao remanece rota  
 En alguna grandísima refriega,  
 Do la gente se turba y alborota  
 De ver que á mas andar se les aniega,  
 Y al timon, á la bomba y al escota,  
 No reposa la gente ni sosiega,  
 Andando con hervor los oficiales  
 Con unos y otros y otros materiales:

A su defensa van aun no tan tardos,  
 Sino mas diligentes y lijeros,  
 Con guaicás, flechas, piedras y con dardos,  
 Gruesos puntales, leños y maderos,  
 Para que les sirviesen de reguardos  
 Si hiciesen portillos y agujeros;  
 Los niños, las doncellas, las mujeres  
 También acuden á los menesteres.

Rompe los aires grande vocería;  
 El indio vierte sangre y el cristiano;  
 Un punto no reposa la porfia,  
 Ni defensa del bárbaro villano,  
 Pues por parte que palo se rompía  
 Otros muchos tenían á la mano;  
 Aumentase hervor á la pelea  
 Por hacer cada cual lo que desea.

El Anaya, Pancorvo y un Castillo,  
 Persona cada cual acreditada,  
 Cuyo esfuerzo y valor no fué sencillo,  
 Fueron por una parte descuidada  
 Do pudieron hacer un buen portillo,  
 Por el cual entran en la palizada  
 Anaya y Casamirez con rodelas,  
 Sin illes los demás á las espuelas.

Porque sentidos los guerreros dolos,  
 Ya quasi dentro cinco combatientes,  
 Gran multitud de indios perturbólos  
 Con tan impetuosos accidentes,  
 Que Anaya y Casamirez quedan solos  
 Entre mortíferos inconvenientes;  
 Y fué luego la rota palizada  
 En aquel mismo punto remediada.

Los dos toros están dentro del coso,  
 De crúeles alanos rodeados,  
 En estacada puestos y en un foso  
 Donde de todas partes son picados:  
 No tigre, no leon, no feroz oso,  
 Al tiempo que se ven mas fatigados,  
 Hacen tan fieras sus arremetidas  
 Cuanto los dos por escapar las vidas.

Ensangrentados van pectos y golas,  
 Tintas de las entrañas circunstantes,  
 Do las agudas armas españolas  
 Por todas partes andan penetrantes;  
 Pero ¿qué pueden ser dos almas solas  
 Entre tan gran caterva de gigantes?  
 Socorro pues ninguno puede dallo,  
 Eso me da peon que de caballo.

Tal número de sangre va vertida,  
 Que el cercado les es anegadizo;  
 Pero no puede ya dalles la vida  
 Sino la potestad del que lo hizo;  
 Porque de flechas hay gran avenida,  
 Y piedras mas espesas que granizo:  
 No tienen ya rodelas en los brazos,  
 Que ya se las han hecho mil pedazos.

A los dos finalmente dividieron  
 Los impetus terribles de la gente,  
 Y al Anaya tan gran golpe le dieron  
 De macana por medio de la frente,  
 Que con la fuerza del allí salieron  
 El alma y los sesos juntamente;  
 Casamirez también luego dió el alma  
 Con punta dura de tostada palma.

No menos acullá la furia arde,  
 Y el Estéban Martin punto no cesa  
 De dar calor al español alarde  
 Dándole de victoria ya promesa;  
 Pero para los dos llegaron tarde  
 Aquellos que se dieron mayor prisa;  
 De la misma manera Monserrate  
 Con grande furia sigue su combate.

Quel daño visto, para remediallo  
 Fué poseído de furor y saña,  
 Y los que son con él, por contentallo,  
 Se dieron en romper tan buena maña,  
 Que pudo bien entrar con el caballo,  
 Y tras él juntamente su compañía:  
 Va haciendo bien anchos los lugares,  
 Rompiendo con su lanza los ijares.

Acuden españoles al instante  
 Hallando por allí lugar abierto;  
 Monserrate pasó mas adelante  
 De lo que requeria buen concierto,  
 Teniendo para sí ser él bastante  
 Para matar y no para ser muerto;  
 Y así con esta loca confianza  
 Hacia gran estrago con su lanza.

No se vió caballero menos tardo  
 En el acometer ni mas ardiente;  
 Andando pues sin esperar reguardo  
 En riesgo y en peligro tan patente,  
 De gigantea mano vino dardo  
 Que del caballo traspasó la frente;  
 Empinósele luego muy derecho,  
 Y de espaldas cayó sobre su pecho.

A socorrello van con diligencia,  
 No sin grande trabajo de los brazos,  
 Mas fué tan vigorosa resistencia  
 Y tantos los guerreros embarazos,  
 Que primero llegó fatal sentencia  
 Haciéndolo los indios mil pedazos;  
 En los cuales también espada y lanza  
 Hicieron crúelísima matanza.

Andan por el cercado los rigores  
 Que suelen ser anejos á guerreros,  
 Lastimados de grandes siusabores  
 Por muertes de queridos compañeros;  
 Al fin sus casas dejan moradores  
 A los advenedizos y extranjeros,  
 Y demás de la gente fugitiva  
 Un número bien grande fué captiva.

Los daños recibidos descubiertos  
 Por los que son señores del estancia,  
 Fué, por no se tomar buenos conciertos,  
 La pérdida mayor que la ganancia;  
 Porque sin los heridos, fueron muertos  
 Diez hombres de grandísima sustancia,  
 A los cuales hallaban todos menos  
 Por ser tan valerosos y tan buenos.

Qemadas casas, mucuras y tures,  
 Atravesaron por aquella via  
 Rompiendo con machetes y segures  
 La montaña que se les ofrecía:  
 Llegaron pues a tierra de Bubures  
 Donde Francisco Martin residia,  
 El cual de parte de indios comarcanos  
 Tuvo noticia cierta de cristianos.

Certificado de lo que desea  
 Para de su vivir hacer mudanza,  
 Convocó capitanes á pelea,  
 Hizo hacer alarde y ordenanza,  
 Y congregada barbara ralea  
 Les dijo: «Cerca tengo mi venganza;  
 Por tanto quien me quiera por amigo,  
 En este menester vaya conmigo.

»Estos mis capitales enemigos  
 Huélgome que me vengan á las manos,  
 Para hacer en e los los castigos  
 Que merecen sus hechos inhumanos;  
 Pues ellos me quitaron mis abrigos,  
 Y privaron de padres y de hermanos,  
 Y me trajeron preso y en cadenas  
 A ver y conocer tierras ajenas.

»Mi destruicion y sanguinoso daño  
 Agora lastaran con fin de vida,  
 Ya con abierto mal, ya con engaño,  
 Si hiciere con ellos paz fingida;  
 Y vosotros vereis como maraño  
 Los hilos de su tela bien tejida.»  
 Y áquestas prevenciones así hechas,  
 Armóse de macana y arco y flechas.

Púsose tal que no lo conociera  
 Padre ni madre, hijo ni pariente;  
 Y para su postura ser mas fiera  
 Con bitumen untó hasta la frente,  
 Pues la cubierta de sus miembros era  
 El bermellon ó bija solamente;  
 Va luego con la gente de sus partes  
 En busca de cristianos estandartes.

Y como cerca dellos se hallase  
 Un río de por medio, de buen trecho,  
 Antes que el dicho río se pasase  
 Hizoles entender ser mas provecho  
 Que la caterva sola se quedase,  
 Para hacer a solas el asecho,  
 Y que ninguno dellos se moviese  
 Del puesto hasta tanto que él viniese.

Al tiempo que iba por el espesura  
 Para salir al río ya nombrado,  
 En la misma sazón y coyuntura  
 Fernando de Alcocer habia pasado  
 Con diez cristianos, por tener segura  
 La ribera contraria de aquel vado,  
 Para que por los indios del paraje  
 No se les perturbase su pasaje.

Yendo pues mas adentro con la gente,  
 Por mas asegurarse deste miedo,  
 Con el Francisco dieron de repente ;  
 Fernando de Alcocer y un Escovedo  
 Arremeten á él incontinentemente,  
 Y el Francisco Martin estuvo quedo,  
 Haciendo con las manos altas luego  
 Señas de paz y muestras de sosiego.

Holgóse la cristiana compañía  
 De vello tan pacífico y tan quieto,  
 Reconociendo que de paz venia  
 Y ser muy principal en el aspeto :  
 Tractáronlo segun que convenia,  
 Y tuvíéronle todos buen respeto,  
 Con el cual se vinieron allegando  
 Al vado que los otros van pasando.

Y él de su voluntad lo mismo quiso,  
 Sin ser de los soldados compéldo ;  
 Mas aquel que lo via de improviso  
 A gran admiracion era movido :  
 Al Estéban Martin dieron aviso  
 Del indio que de paz era venido,  
 Para que como lengua declarase  
 Lo que dél conociese y alcanzase.

El cual, después de habelle preguntado  
 Quién es ó de qué parte se divierte,  
 En nuestro castellano bien cortado  
 Dió luego la respuesta desta suerte :  
 «Soy Francisco Martin el desdichado,  
 Cursado bien en tragos de la muerte,  
 La cual no me daría ya molestia  
 Viéndome donde dejó de ser bestia.

»Inmensas gracias doy á aquella fuente  
 De donde mana toda cosa buena,  
 Pues vino sobre mí con el torrente  
 De su clemencia con merced tan llena,  
 Que salgo del desorden desta gente,  
 De cuanto puede ser virtud ajena,  
 Pues puedo decir dellos en su mengua  
 Ser bestias que se entienden por la lengua.

»No porque en el hablar sean perfectos,  
 Porque torpezas son y devaneos :  
 Solamente declaran sus concetos,  
 Cuál es su no querer ó sus deseos ;  
 Y aquesto no por términos discretos,  
 Sino por confusisimos rodeos,  
 Pues que para decir dulces ó amargas  
 Tardarán en hablar dos horas largas.

»Sin orden, sin concierto, sin templanza,  
 Porque ninguno dellos esta sigue,  
 No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza,  
 Ni cosa que á vivir bien los obligue :  
 Cada uno se toma su venganza,  
 Si puede, sin juez que lo castigue :  
 ¿Qué sentiría yo pues de mí mismo,  
 Entre tan mal compuesto barbarismo?»

Finalmente les dió razon y cuenta  
 De lo que les habia sucedido  
 En aquella famélica tormenta  
 Do los demás habian perecido ;  
 Y escuchando la gente descontenta  
 Razones que lastiman el oido,  
 Cada cual procuró que se le diese  
 Ropa con que sus carnes encubriese.

Cuál le daba camisa, cuál sombrero,  
 Cuál el cosete viejo que vestia,  
 Cuál calzado de hilo, cual de cuero,  
 Cuál de las alhajuelas que traia ;  
 Finalmente que cada compañero  
 Daba de la pobreza que tenia,  
 Y no tan solamente de vestido,  
 Pero de lo demás fué proveido.

Mas antes de dejar arco y aljaba,  
 Y aquel lijero traje de floresta,  
 Fué do la gente de indios esperaba  
 A dalles de lo visto la respuesta :  
 Dijo no ser la gente que pensaba,  
 Sino buena, leal, grata y honesta,  
 Y de cuyos respetos y templanza  
 Tenia toda buena confianza.

Y que no la tuviesen ellos menos,  
 Porque también á estos conocia  
 De virtud y modestia todos llenos,  
 Y no como los otros que él decia ;  
 Que los fuesen á ver, pues eran buenos,  
 Hidalga y apacible compañía ;  
 Y para los vencer con su consejo  
 Mostróles ciertas cuentas y un espejo.

Ellos sin repugnancia ni debate  
 Cumplieron del Francisco los intentos ;  
 Los nuestros, para que de paz se trate,  
 Hicieronles muy buenos tractamientos,  
 Dandoles menudencias de rescate  
 Con que quedaron ledos y contentos ;  
 Para sus casas luego se aperciben  
 Donde de buena gana los reciben.

En los cuales asientos y estalaje  
 Fueron algunos dias detenidos,  
 Y para lo restante del viaje  
 Mas que medianamente proveidos.  
 Allí mudo Francisco Martin traje,  
 Y usó de nuestras ropas y vestidos,  
 Y supo su mujer, y suegra, y suegro  
 Su buen yerno no ser indio ni negro.

Ni deseaban yerno por vecino  
 Que supiese jamás andar vestido ;  
 Mas cuando se partió el tiempo vino  
 Que su deseo viese ya cumplido,  
 Sirviendo quiso ir por el camino  
 La hija del Bubur á su marido ;  
 La cual india salió tan comediada,  
 Que le sirvió muy bien toda su vida.

De su peregrinar siguen el resto,  
 No sin grande deseo de sosiego ;  
 Y como fué jornada desde puesto  
 Que no les pudo dar camino ciego,  
 En Maracaibo se pusieron presto,  
 Y á la ciudad de Coro fueron luego,  
 Do quedó Santillana por justicia,  
 De quien dimos atrás larga noticia.

Contra quien no faltaban indignados,  
 Como suele tener cualquier que manda,  
 Mayormente si los desvergonzados  
 La mano del juez no sienten blanda ;  
 Tenia Coro pues amancebados,  
 Y estos la noble gente de su banda,  
 Y el dicho Santillana como bueno  
 Procuraba ponelles algun freno.

Para vengarse del rigor amargo  
 Hallaron estos el lugar abierto,  
 Y fué decir que ya no tiene cargo,  
 Pues él que se lo dió quedaba muerto ;  
 El dicho Santillana, sin embargo,  
 Procedia por orden y concierto ;  
 Mas aunque por mil vias se repara,  
 En efecto quitaron la vara.

Pusiéronle también duras prisiones,  
 Puesto que pareceres hubo varios,  
 Y las grandes revueltas y pasiones  
 Enbilaron negocios no sumarios ;  
 Hicieron contra él informaciones  
 Al beneplácito de sus contrarios ;  
 Hubo testigos tales y tan duros  
 Que les averiguaron ser perjuros.

A los cuales después, dias siguientes,  
 Siguió por tales vias y maneras,  
 Que hizo desterrar y quitar dientes,  
 Y algunos condenar para galeras,  
 Sin vales amigos ni parientes ;  
 Por tomar los negocios tan de veras,  
 Que quiso después ir por su presencia  
 Contra ellos á la real audiencia.

De do como tuviesen ya noticia  
 De todas las pasiones sucedidas,  
 Vio con cargo de real justicia  
 Y obispo, don Rodrigo de Bastidas ;  
 El cual, reconociendo la malicia,  
 Y las cosas sin orden proveidas,  
 Como venia con intencion sana  
 Mandó luego soltar al Santillana.

Procuró mitigar enemistades,  
Como varon muy bien intencionado ;  
Plantó su catedral con dignidades ,  
Y planta y ereccion de buen prelado,  
Haciendo las demás solemnidades  
Anejas á tan inclito cuidado ;  
Y puestos frenos á la gente suelta  
Para Santo Domingo dió la vuelta.

Quedó por provisor don Joan Robledo,  
Chantre y después dean de Venezuela,  
Que yo comuniqué con verso ledo  
Y prosa desde el Cabo de la Vela ;  
De otra dignidad decir no puedo  
Sino del padre Fructos, de Tudela,  
En aquella provincia bien antiguo  
Y que también yo tuve por amigo.

Y porque los de Coro por entero  
Tuviesen de justicia cumplimiento,  
Dejóles por juez un caballero  
Con quien tuvieron gran contentamiento :  
Este es Alonso Vazquez, tesorero,  
Hombre de muy cabal entendimiento,  
Cuyos gobiernos y judicatura  
Fueron de gran valor y gran cordura.

Bien pudiera tocar mi baja lira  
Otros muchos negocios sucedidos ;  
Mas por algun espacio se retira  
A la reformation de sus sentidos,  
Hasta que Fedrimán y George Espira  
A la gobernacion sean venidos ;  
Y pues he de tocar cosas de espanto,  
Quiero templar sus cuerdas entre tanto.

## ELEGIA II.

*A la muerte de George Espira, cuarto gobernador  
de las provincias de Venezuela.*

### CANTO PRIMERO.

Después del sacrosanto nacimiento  
Y aquella felicísima venida,  
El sol, según su propio movimiento,  
Había dado por igual medida  
Treinta y seis vueltas con quinceo ciento  
Al círculo que llaman de la vida,  
Pues de sus movimientos se deriva  
Al mundo la virtud generativa.

Cuando con vuelo mas que presuroso,  
La fama, como ya tiene de maña,  
Hizo luego patente lo dudoso,  
Estendiendo por tierras de Alemania  
El remate de Ambrosio trabajo ;  
Y los señores de la gran compañía  
Nombraron por estar mas á la mira  
Por su gobernador á George Espira.

Pues aunque Fedrimán fué pretendiente,  
Y con razon el cargo se le deba,  
No se halló parece ser presente  
En aquel tiempo que llegó la nueva ;  
El cual de capitán muy excelente  
Había dado ya bastante prueba :  
Formó sus quejas á la compañía  
Del gran agravio que se le hacia.

Aquella gente noble le confiesa  
El ser justificadas sus razones,  
En secreto haciéndole promesa  
Enviarle bastantes provisiones ;  
Y pues aquello de presente cesa  
A causa de perder las ocasiones,  
Volviere con el otro caballero  
Como coadyutor y compañero.

Embarcóse con esta confianza  
En la flota que vino George Espira,  
Espira sin recelo de mudanza,  
A lo que Nicolao mas aspira ;  
Por términos urbanos y crianza  
Cada cual se respecta, tracta y mira,  
Y á Coro, donde van encaminados,  
Llegaron con gran copia de soldados.

Hombres de mucha suerte, de los cuales  
Musior de Radou era gran hombre,  
Y el alférez que fué Martin Gonzalez,  
En los hechos hidalgo y en el nombre ;  
Los dos Velascos, hombres principales,  
Y dignos de tener este renombre,  
Franciscos ambos, tío y el sobrino,  
Que en Cubagua después fué mi vecino.

Del número también desta reseña  
Fué Cardenas, insigne caballero,  
Sancho Briceño, Alonso de la Peña,  
Después en la Española tesorero,  
George de Almeda, Pedro de Nurueña,  
Y Lope de Montalvo, muy entero  
En paz y en belicosas coyuntura  
Y varon de grandísima cordura.

Y con los que saltaron en el puerto  
Fué parte no menor de la cuadrilla  
Un Peña, que llamábamos el Tuerto,  
De gran valor para cualquier rencilla ;  
Fué Murga, Santa Cruz y fué Roberto,  
Y destes mismos fué Joan de Bonilla ;  
Joan de Villegas, hábil escribano ;  
Diego de Montes, diestro cirujano

Y célebre varon en medicina,  
Que de yerbas halló grandes secretos,  
Con cuya propiedad á la continua  
Obraba salutíferos efetos,  
Y también en guerrera disciplina  
Fueron maravillosos sus concetos :  
Vinieron otros muchos, que no cuento,  
Soldados de grandísimo momento.

Poco tiempo después de la venida,  
Estos gobernadores diligentes  
Se concertaron para la salida  
A descubrir por partes diferentes ;  
Entrellos fué la gente repartida,  
Pero los baquianos concocios  
Del dicho Fedrimán él se los lleva,  
Y al Espira siguió la gente nueva.

De los viejos llevó como sesenta,  
Y al Estéban Martin por su gran tino,  
Y por saber que de cualquier afrenta  
Lo podía sacar en el camino ;  
Llevó, por ser persona de gran cuenta,  
A Martin de Artiaga, vizcaino,  
Y á otro capitán, Joan de la Puente,  
Lengua de caquetios escelente.

De gente que llamábamos isleña,  
Por nombres no sabré decir el resto ;  
Mas era principal en la reseña,  
Y en hechos valerosos él mas presto,  
El capitán Gutierre de la Peña,  
Que fué mariscal mucho después desto,  
De cuya discrecion y fuerte Marte  
He hecho relacion en otra parte.

Para regir el campo peregrino  
El mas viejo Velasco fué teniente,  
Alférez ansimismo su sobrino,  
Capitan de jinetes desta gente  
Fué Lope de Montalvo, varon dino  
De muy mas alto cargo y eminente,  
Y de los otros hombres principales  
Nombraron los restantes oficiales.

Espira pues, con el aviamiento  
Que para su viaje le convino,  
Su derrota llevó por barlovento  
De Coro, y Fedrimán hizo camino  
Al dicho Maracaibo, con intento  
De no dejar el término marino  
Hasta ver y saber si le llegaba  
Despacho del gobierno que esperaba.

Salió pues George Espira mas pujante  
Con quinientos soldados chapetones ;  
Doseientos dellos envió delante,  
Que van por las serranas poblaciones  
Con tres caudillos, cada cual bastante  
Para regir mayores escuadrones :  
Estos iban con orden y decreto  
Que saliesen á Barraquicimeto.

Do también iba él por otra vía  
A subyectar el bárbaro vecino,  
Y el Estéban Martín era la guía  
Como cursado bien en el camino;  
El cual al campo todo precedía  
Para mejor valerse de su tino,  
Y así con el favor y aviso suyo  
Brevemente llegaron al Tucuyo.

Donde, por ser provincia bastecida,  
Hizo pausa con estas compañías,  
Así por proveerse de comida,  
Como para llevar algunas guías;  
E ya la gente bien apercebida  
De bastimento para ciertos días,  
Pasó por Cazamar, y hizo muestra  
Ir el camino de la mano diestra.

Atravesó por villas y lugares,  
Y del Aragua río vió la fuente;  
Entró por la provincia de Ticares,  
Pobre, feroz y belicosa gente,  
Y cuyos adherentes y ajuares  
El arco y flechas eran solamente;  
Sirve de cama la madera dura,  
Sin paja, hoja ni otra cobertura.

Entre ellos se castigan los escesos,  
Sin reservar casado ni soltero;  
Cuando son atrevidos y traviesos;  
No tienen oro, plata ni dinero,  
Mas por riquezas tienen ciertos buecos  
Como joyas colgados del gurguero;  
Son en todas costumbres diferentes  
De todas las demás cercanas gentes.

Y a muchas gentes que les son estrañas  
Aquestos suelen ser crúel azote;  
Y así los nuestros, vistas estas mañas  
Y no hallar allí próspero dote,  
Rompieron por las ásperas montañas  
Hasta venir á dar á Cocorote,  
Que tiene campos de mayor distancia,  
Y de buenas comidas abundancia.

Allí hallaron gente caquetia,  
Hombres de mas primor y mejor traza;  
Y el George Espira quiso cierto día  
Por estos campos rasos ir á caza,  
Con seis ó siete de su compañía,  
Soldados de valor y hombres de plaza:  
Redon, Villegas y Joan de Bonilla,  
Velasco y otros tres de su cuadrilla.

Camisando la vuelta del ocase,  
Acia las faldas de unas serrezuelas,  
Llevando, como suelen en tal caso,  
Los ojos mas que vivas centinelas,  
Vieron tres indios chipas en un raso,  
Armados con sus dardos y rodelas;  
Y para los tomar y subyectarlos  
Hieren de las espuelas los caballos.

Los indios, aunque vieron el intento  
Y de los caballeros el denuedo,  
No por eso hicieron mudamiento,  
Mas antes cada cual estuvo quedo;  
Sin que se recelase rompimiento,  
Ni se manifestase claro miedo,  
Llegan, y cada uno de los siete  
Para tomellos vivos arremete.

Los tres con furiosa destemplanza,  
Viéndose de los siete rodeados,  
El caballo rebaten y la lanza  
Con golpes de macana, tan pesados,  
Que fueron los de la mayor pujanza  
En el acometer mas átentados;  
Porque al caballo de menor resguardo  
Pasaron las entrañas con un dardo.

En la continuación del duro juego,  
Que en daño de los nuestros se convierte,  
A otros tres caballos hieren luego,  
Y la menor herida fué de muerte;  
Enciende la pasión bélico fuego,  
Donde las llamas fueron de tal suerte,  
Que de los españoles referidos  
Quedaron de los siete seis heridos.

Viendo cómo mostraba la canalla  
Los brazos fuertes y los pies livianos,  
Bajose del caballo do se halla  
Cualquiera de los ya dichos cristianos,  
Y para conclusion de la batalla  
Arremeten con lanzas en las manos;  
Mas vista la feroz arremetida,  
Dos indios se pusieron en huida.

Volaba cada cual, que no corría,  
Después de granjear honra notoria,  
Y al uno parecióle cobardía  
Huir sin ver el fin de la victoria;  
Y así con todos siete combatía,  
Con un esfuerzo digno de memoria:  
Admiraban los golpes y destreza  
Y aquella nunca vista lijereza.

Francisco de Velasco, con despecho  
De ver encantamiento semejante,  
A él encaminó salto derecho,  
Y el bárbaro salió tan adelante,  
Que juntaron los dos pecho con pecho;  
Mas acuden los otros al instante,  
Y fué de tantas manos detenido,  
Que se vió preso, pero no rendido.

No quiere George Espira que ya muera,  
Ni consiente que sea maltratado;  
Mas en prision fué puesto y en collera,  
Y á diez indios ladinos entregado,  
Los cuales lo llevaban de manera  
Que no pudo huir por mal recado;  
Caminan pues con él por campos llanos  
Al campo donde estaban los cristianos.

El chipa caminando va sin pena  
Con estos naborias ó vasallos;  
Pero viéndose lejos del arena  
Donde quedaban los de los caballos,  
Asió del un ramal de la cadena  
Y comenzó con él de santiguillos;  
A uno santiguaba las cervices  
Y á otro derribaba las narices.

Lastima brazos y quebranta codos,  
Llevando lo perro quien mas se adarga;  
Al fin él esgrimió por tales modos,  
Y era la fuerza tal con que descarga,  
Que del chipa cruel huyeron todos,  
Y tuvieron por bien de dalle larga;  
Y a los gritos que daban desde un cerro  
Acuden españoles con un perro.

Era perro de gran conocimiento  
Y bien instruido para tales lances;  
Y como lo vió ir en el momento  
Sigue del fuerte chipa los alcances:  
El indio reparó, ya sin aliento,  
O sin temor quizá de tales trances,  
Y como vió venir aquel alano,  
Para se defender probó la mano.

Mas el perro feroz encarnizado,  
Sin recelar los golpes de cadenas,  
Saltó con el mancebo desdichado,  
Cebándose en la sangre de sus venas;  
Y de sus carnes, ya despedazado,  
Las voraces entrañas fueron llenas.  
Y así se concluyó la valentía  
De que dió claras muestras aquel día.

Después que por allí se pertrecharon  
De los cotidianos menesteres,  
Acia Catimayagua caminaron  
Para circuncidalle los poderes;  
Y así de un pueblo solo le sacaron  
Mas de seiscientos hombres y mujeres;  
Prosiguen adelante, y en efeto  
Allegaron á Barvaquicimeto.

Donde los que venían por la sierra  
Habían hecho ya lances sangrientos,  
Porque todos los indios de la tierra  
No daban necesarios alimentos;  
Antes los persiguió gente de guerra,  
Conociendo no ser mas de doscientos,  
Y acertó de llegar el George Espira  
En el rigor de la guerrera ira.

No fué poco sangrienta chirriñola,  
Pues salieron heridos mas de ciento,  
De los cuales fué Diego de Urriola,  
Y un Alonso Martin, que era sarjento,  
Urrea, Juan de Oñate, Casasola,  
Cardenas y otros muchos que no cuento;  
La tierra se corrió que era contigua,  
Hasta venir a dar á Hacarigua.

De grandes y estendidas poblaciones  
Y llenas de naciones diferentes,  
Culbas, caquetios, y coyones,  
Giraharas feroces y valientes.  
Allí los españoles chapetones  
Cayeron muy enfermos y dolientes,  
Y fué tanta la gente que caía,  
Que les cumplió hacer enfermería.

Quedó Murga, persona señalada,  
Con la guarda que Jorge les aplica,  
De todas armas bien aderezadas;  
Dejóles también médico y botica;  
Prosigue mas adentro su jornada,  
A fin de descubrir tierra mas rica;  
Caminan hasta tanto que pasaron  
El río del Estribo que llamaron.

Descubren campos anchos y hermosos,  
Con daño de las gentes mas vecinas;  
Atravesaron rios caudalosos,  
Guanaguanari, Tapia y á Barinas;  
Los indios giraharas, belicosos,  
Salieron á las gentes peregrinas  
En campo llano y en zavañas rasas,  
En guarda y en defensa de sus casas.

Contrarios con contrarios se juntaron;  
Suena de duros golpes el ruido;  
Los indios de tal suerte pelearon,  
Y este recuento fué tan bien reñido,  
Que á cuatro de caballo derribaron,  
Y entrellos á Montalvo mal herido;  
Pero los nuestros son superiores,  
Y quedaron del pueblo por señores.

Ya los matices del florido cuerno  
Y pomíferas plantas del verano  
Habian dado fines al gobierno  
Del sustento que dan al ser humano;  
Y nimbos procelosos del invierno  
Venian estendiendo ya la mano,  
Pues de crecientes fuera de sus senos  
Los campos comarecanos iban llenos.

De tal manera, que les fué forzoso  
Suspender sus peregrinaciones,  
Buscar lugares para su reposo  
Y recoger algunas provisiones,  
Hasta pasar el tiempo pluvioso  
Y las tempestuosas confusiones;  
Y parecíoles, por mejor valerse,  
En dos partes distantes recogerse.

Allí con grande parte de la gente  
Se detuvo, por ser hombre bastante,  
Francisco de Velasco, su teniente,  
Y el Espira pasó mas adelante;  
El cual halló recado conveniente  
Seis leguas del Velasco mas distante,  
Y aunque Velasco pudo bien hacello,  
En dos meses, ó mas, no quiso vello.

Antes dicen decir estas razones  
A Castrillo, Mendoza y á Castuera,  
Pancorvo y Alcoocer y otros varones:  
« Si veinte como vos ó mas tuviera,  
En menosprecio destes borrachones  
Yo sé, señores, bien lo que hiciera,  
Pues es bajeza, poquedad y mengua  
Mandarnos gente de contraria lengua.»

Estas murmuraciones ó consejas,  
Ya fuesen con verdad, ya con mentira,  
Algunos susurrones y vulpejas,  
Ardientes nutrimentos de la ira,  
Debieron de llevar á las orejas  
Del alemán valiente, George Espira;  
Y por informacion que hizo dello  
Al alguacil mayor mandó prendello.

Por no ser tales las informaciones  
Que las culpas hiciesen evidentes,  
Y por quitar algunos trompezones  
Cerca del parecer de muchas gentes,  
Mandó que lo llevasen en prisiones  
Al pueblo do dejaron los dolientes:  
Estos estaban ya diminuidos,  
Por ser la mayor parte fallecidos.

El Murga, capitán, era ya muerto,  
Y de la dicha gente la restante,  
Viendo no tener fuerzas ni coucierto  
Para poder pasar mas adelante,  
Volver desean al marino puerto,  
Y nombran capitán, hombre bastante:  
Este fué Martin Sanchez, un soldado  
Antiguo, y en la tierra muy cursado.

Aqueste Martin Sanchez, que ya digo,  
Rigió la poca gente con tal peso,  
Que el mas duro rigor del enemigo  
Ninguno de los suyos hizo lesa.  
Con todos los demás llevó consigo  
Al Velasco también en son de preso,  
Y en Coro lo entregó con esta gente  
A quién allí quedaba por teniente.

Espira su viaje proseguía,  
Que ya no halla lluvia que lo pare;  
Y el verano llegado hizo via  
Entrel río de Apurí y de Sarare,  
Adonde halló gente caquetia,  
Y bastimento con que se repare:  
Es aquesta nacion muy estendida  
Y en infinitas partes dividida.

De fuerzas lleva ya gran menoscabo,  
A causa de cubrir terrenas cuevas  
Muchos de quien trabajos dieron cabo,  
Por ser en las entradas gentes nuevas.  
Por Caroni pasaron y Carabo,  
Río que nace ya de los Tunnevas,  
Y el nombre se le dió de Alonso Díaz,  
Porque su agua dió fin á sus dias.

Hallaron sal y ropa mantellina,  
Y alguna joya de oro mal labrada,  
Por ser esta provincia que confina  
Con este nuevo reino de Granada:  
Es aquesta nacion toda benigna,  
Y en las culturas bien ejercitada.  
Proceden mas á su descubrimiento  
Hacia do tiene Pauto nacimiento.

Y el Estéban Martin tomó por guia  
Un guayqueri que dijo ser esperto  
En los secretos desta serranía,  
Afirmándole ser testigo cierto;  
Y consta ser la tierra que decia  
El reino que tenemos descubierta,  
Pues dijo conocer á Sogamoso,  
En aquellas sazones poderoso.

Oida la noticia que el villano  
Daba de la riqueza de la tierra,  
Al George Espira tienen por insano  
Y el Esteban Martin dice que yerra  
En ir perseverando por lo llano  
Sin calar los secretos de la sierra;  
Mas á cualquiera que se lo decia  
Con impaciencia grande respondia:

Juzgando lo mejor por desatío,  
Y la sabia razon por indiscreta;  
Y así, para seguir aquel camino,  
A parecer ninguno se subyeta,  
Por ser muy diferente su destino,  
Venido de la gran fama de Meta,  
Que fué general hecho que seguian  
Los que por aquel tiempo descubrian.

Dejados pues los mas ciertos apriscos,  
En daño del ganado que regia,  
Huyó de caminar por altos riscos,  
Y en la demanda fué del río Hia.  
Do precieron tres maestros Franciscos,  
Y todos ellos juntos en un dia,  
En unas mismas aguas y corrientes,  
Aunque en oficios eran diferentes.

Prosiguen el camino por Opía,  
Sufriendo de fortuna mil reveses,  
Y la tardanza fué con demasia  
Por aquellas riberas y conveses;  
Pues por la gran creciente que traía  
En pasallo tardaron ocho meses.  
Y al fin efectuado su pasaje,  
A la parte del sur hacen viaje.

Iban por aquel rumbo via reta,  
Pasando rios que les daban vado;  
Con hambre que los mas fuertes subyeta  
Atravesaron grande des poblado,  
Hasta venir á dar al rio Meta,  
Que no la pudo dar á su cuidado:  
Vive la gente dél con desengaño,  
Pues nada de su cuerpo cubre paño.

Desde las plantas á los altos cuellos  
Sus partes se verán desabahadas,  
Ellos hasta la cinta los cabellos,  
Y las mujeres todas tresquiladas;  
Tanto que juzgareis ellas ser ellos,  
A no ver las señales apropiadas  
Donde naturaleza diferencia  
El existente ser del apariencia.

Prosiguieron la senda mas batida,  
Con la solicitud acostumbrada,  
Hallaron pueblo lleno de comida,  
Donde tuvieron noche descansada:  
La gente toda dél era huída,  
Y en parte diferente congregada:  
Veláronse, segun comun costumbre,  
Por evitar alguna pesadumbre.

Antes que Venus con dorada frente  
Fuese del claro dia mensajera,  
El Espira, con parte de la gente  
De caballo, siguió cierta carrera  
Para buscar el morador ausente  
Y ver la poblacion desta frontera,  
En el pueblo dejando los restantes  
Con el reguardo que tenían antes.

Y el santo resplandor de la mañana  
Por cumbres y por llanos estendido,  
La gente que quedaba castellana  
Oyeron de cornetas gran ruido;  
Y luego descubrió por la zavana  
Golpe de gente bien aperebido  
De varias armas, intencion nociva,  
Sin ver á George Espira por dó iba.

En la composicion de su ordenanza,  
Pavés y dardos llevan los primeros,  
Y los de mas atrás aguda lanza;  
Tras estos muchedumbre de flecheros,  
Y hordas, de que tienen gran usanza,  
Cuyos tiros no son menos certeros:  
Los que velaban de los peregrinos  
Dan arma sin que dejen los caminos.

E un Francisco Sanchez, buen soldado,  
Tuvo tan gran esfuerzo y osadia,  
Que sin dejar el puesto señalado  
Ni huir el estruendo que venia,  
De gente que llegó por aquel lado  
El impetu terrible resistia,  
Igualando los golpes de su diestra  
A la temeridad que en esto muestra.

Tal era de sus brazos el gobierno  
Y fuerza de que lo dotó natura,  
Que el mas duro pavés hallaba tierno,  
Blanda la lanza de madera dura;  
Y á costa de la gente de aquel cuerno  
Tineta se ve de sangre la verdura:  
A unos las entrañas va rompiendo,  
A otros da temor con el estruendo.

Como quien con pesada podadera  
Va rozando de plantas varias tramas,  
Para hacer allí su sementera,  
A todas partes derribando ramas,  
Y hacen mella ya por la ladera  
Los carrascos, quejigos y retamas,  
Por ser aquellos árboles enbiestos  
De sus nativos troncos descompuestos:

No menos en la furia se mostraba  
En esta parte donde combatia  
Pues en el escuadron se señalaba  
Aquella grande mella que hacia:  
Brazos, piernas, cabezas derribaba  
De quien con mas furor acometia,  
Sin que los muchos que le daban guerra  
Le hiciesen perder paso de tierra.

Acuden españoles al ruido,  
A fin de sustentar tan bravos hechos;  
Mas tanto tiro, grita y alarido,  
Les hacian los pasos ser estrechos;  
Y ansi, sin ser con tiempo socorrido,  
Le dieron con un dardo por los pechos,  
Con cuya crudelísima herida  
Perdió luego las fuerzas y la vida.

A fin de refrenar infladas venas,  
Pusiéronse los nuestros por delante;  
Mas fué como mojar las velas llenas  
Del barco por que corra mas adelante,  
O como minutísimas arenas  
Opuestas á gran viento de levante;  
Sin dar lugar á la cristiana lanza  
El indiano concierto y ordenanza.

Regíanlos catorce capitanes,  
Como gigantes todos y amimosos,  
A su modo soberbios de galanes,  
Aunque los ornamentos son plumosos,  
Y segun los meneos y ademanes,  
De ensangrentar las manos cudiciosos:  
Ondean por los hombros de salvajes  
Grandes diversidades de plumajes.

El mas principal dellos le decia:  
« Adelante los míos, que notoria,  
Segun el buen principio deste dia,  
Tenemos desta gente la victoria;  
Demás de que también de parte mia  
No terná menoscabo vuestra gloria,  
Pues si el ejemplo del mayor aplice,  
Aquí vereis mi diestra lo que hace.»

Apenas les habló desta manera,  
Cuando vestido de furor insano,  
A todos les tomó la delanteria,  
Con tres ó cuatro dardos en la mano;  
Clavó del primer golpe la mollera  
Al desdichado mozo Joan Serrano:  
Fué la punta del tiro tan profunda,  
Que no fué menester llaga segunda.

Trabóse mas del uno y otro bando  
El bélico furor triste y horrendo;  
El indio fiero tierra va ganando,  
El español feroz la va perdiendo;  
Innumerables hondas disparando  
Con sus crujidos hacen tal estruendo,  
Que de sobresaltados los caballos  
Mal pueden los jinetes concertallos.

Por el poco lugar que se le daba,  
Arma del español anda suspensa;  
Y el dardo, piedra, flecha, que llegaba,  
Era por todas partes tan inmensa,  
Que ya ninguno dellos procuraba  
Sino tan solamente su defensa,  
Yéndose retrayendo de la muerte  
Del campo llano para lo mas fuerte.

Oyó luego la grita George Espira,  
Y en este punto, sin que mas atienda,  
Para librar los suyos desta ira,  
Volvió con los demás á media rienda:  
Vido cómo su gente se retira,  
Llevando lo peor en la contienda;  
Las espaldas tomó del enemigo  
Haciendo crudelísimo castigo.

De treinta de caballo son heridos,  
Que derramando sangre van sin duelo;  
Los indios viendo ser acometidos  
Por adonde vivian sin recelo,  
Revuelven á los gritos y gemidos  
De los que ya quedaban por el suelo,  
Y viendo los mortíferos conciertos,  
Quedaron de pasmados como muertos.

Como lugar de golpes y alborotos  
De muchos oficiales comarcanos,  
Do labra cada cual según su voto  
El palo, el hierro, los dorados granos,  
Y por un repentino terremoto  
Soltaron instrumentos de las manos,  
Martillo, mazo, y el formón agudo,  
Y queda luego todo como mudo:

Esta suerte también fué la caída  
Del cacique feroz y sus vasallos,  
Oyendo de repente la venida  
Y el tropel que traían los caballos;  
Y aquellos que llevaban de vendida  
Embistieron también por ayudallos,  
De tal manera, que por cada parte  
Venió contrarios el cristiano Marte.

Con tan bravo furor se daba caza  
Por nuestros caballeros y peones,  
Que el campo raso se desembaraza  
De los embravecidos escuadrones,  
Quedando todavía por la plaza  
De cuerpos muertos grandes los montones:  
Penachos, dardos, lanzas, y no menos  
De paveses caminos quedan llenos.

Conclusa la batalla, no sin lloro  
De los que comenzaron las rencillas,  
Revolviendo las plumas y el decoro  
De indios que hicieron maravillas,  
Descubrieron algunas joyas de oro,  
Y de plata pequeñas campanillas,  
Como de aquellas que por adornallos  
Ponen en los bozales de caballos.

E un chifle de plata fué hallado,  
Que según en labor era pulido,  
Por manos españolas fué labrado,  
Con lo demás de plata referido;  
Puso los españoles en cuidado,  
Pensando de qué partes ha venido,  
Mas yo bien creo que la plata era  
De Ordás, Ortal ó Alonso de Herrera.

Fueron pues por entonces compellidos  
A hacer en aquel lugar asiento,  
A causa de soldados que heridos  
Quedaron del rigor sanguinolento;  
Y hasta los tener convalecidos  
No prosiguieron su descubrimiento;  
Y cazaban por esta circunstancia  
Venados de que hay gran abundancia.

Yendo pues á cazar una mañana  
Bonilla, San Martín, Rodrigo Infante,  
Hijo de noble gente sevillana,  
Y el Estéban Martín y un Fustamante,  
Vieron atravesar por la zavana  
Un indio poco menos que gigante,  
De dardos y pavés aderezado,  
Y con mujer y dos hijos al lado.

Baten las piernas luego por la plaza  
A fin de tomar presa semejante;  
El indio luego se desembaraza  
Echando hijos y mujer delante,  
Con ánimo de dar orden y traza  
De los librar del riesgo circunstante;  
Y así como león ó tigre fiera,  
En medio de aquel llano los espera.

Rodean todos ellos al desnudo,  
Que solo, sin tener otra compañía,  
Puso mano á los dardos y al escudo,  
Y en detenellos él se dió tal maña,  
Que sin la perturbar su mujer pudo  
Tomar con los hijuelos la montaña,  
Quedando por librar á su querida  
En grandísimo riesgo de la vida.

Queriendo ir tras la feminea planta,  
Como le perturbaron el antojo,  
El brazo robustísimo levanta,  
Y con aquella gran furia y enojo,  
A Fustamante dió por la garganta,  
Y al caballo de Infante quebró el ojo:  
Roja se ve la tierra y el arena  
Con el licor de la cristiana vena.

El indio todavía da corridas  
Porque sus piés lijeros lo rescaten,  
No teniendo mas puntas prevenidas;  
Arremetieron pues los que combaten,  
Y aunque le dieron dos ó tres heridas,  
Arteaga rogó que no lo maten;  
Al fin prendiéronlo, y aunque no sano,  
En sus hombros pusieron al cristiano.

Al pueblo lleva pues el indio preso  
Al que de muerte hizo ser cautivo,  
Y fué como si no llevara peso  
Por ser de la manera que os escribo:  
Llegó de desagrado ya tan leso,  
Que parecía mas muerto que vivo;  
Al fin iba la vena tan rompida  
Que con la sangre le buyó la vida.

El matador en miembros estremado  
Andando con cristianas compañías,  
O de ver su mujer desconfiado,  
Por quien siempre crecían sus porfías,  
O ya podría ser de mal curado,  
En breve tiempo dió fin á sus días;  
Mas el ausencia siendo mal tan fuerte  
Creyeron que fué causa de su muerte.

La gente peregrina y extranjera  
Viendo ya sus heridos cuasi sanos,  
Prosiguen adelante su carrera  
Hasta San Joan que dicen de los Llanos;  
Cuyo lugar en la presente era  
Conocemos poblado de cristianos;  
Y cuando tracte deste reino nuevo  
Terneis en él un apacible cebo.

Hallaron indios puestos en asecho,  
Y ejército compuesto y ordenado,  
De gran alteracion lleno su pecho,  
Y á bellicosos trances arrojado;  
Pero para contaros este hecho,  
Siéntome de presente fatigado;  
Después lo contará mi baja lira  
Sin autorizar brizna de mentira.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuentan los grandes recuentos que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino.

En guerras mucho vale la pujanza,  
Do lo mas á lo menos señorea,  
Porque notorio es que gruesa lanza  
Al tiempo de romper meros blanda;  
Pero ninguno tenga confianza  
Hasta ya ver el fin de la pelea,  
Pues acontece por alguna suerte  
Lo mas flaco vencer á lo mas fuerte.

Esta verdad ejemplo fué patente  
A questo que tenemos entre manos,  
Donde la muchedumbre de la gente  
De indios consumiera los cristianos,  
A no hacerse lance conviniente  
Por los pocos y flacos castellanos;  
Porque de todos ellos hecha cuenta  
Serían á lo mas ciento y cincuenta.

Y no podía bien ser numerada  
La gente del ejército salvaje,  
Pues la tierra tenían ocupada  
Con determinacion y con coraje:  
Pavés de manatí, lanza tostada,  
Casco de duro cuero con plumaje,  
Con dardos ó con flechas muchos dellos,  
Y cornetas colgadas de los cuellos.

Escuadrones compuestos y ordenados,  
Con varios instrumentos pungitivos,  
Tan atrevidos y desvergonzados,  
Que los quieren á manos tomar vivos:  
Ya tienen á los nuestros rodeados  
Por dar ejecución á sus motivos;  
El alemán recoge su bandera,  
Animándolos bien desta manera:

«Señores, menester es poner freno  
A las bestias que corren tan sin tasa,  
Lo cual no puede trepidante seno  
Ni mano que de golpes es escasa;  
Y para conocer quien lo da bueno,  
Ya tenemos las manos en la masa:  
Otro medio no hay ni se requiere,  
Sino que haga mas quien mas pudiere.

»Bien reconozco yo que se levanta  
Contra cascada nave gran tormenta;  
Pero ni la que vemos, ni otra tanta,  
Si de las atrasadas hago cuenta,  
Me pone sobresalto ni me espanta,  
Ni pienso salir della con afrenta:  
Ni quiero mas socorro ni mas luengo  
De tener de mi parte los que tengo.

»Furia de indios es desvanecida,  
Y muy bien conoceis su movimiento  
Cuan á poquitos golpes da caída;  
Y aquesto baste por prevenimiento:  
Demas de que perdeis honor y vida  
Si gozan estos deste vencimiento,  
Y ser grave dolor quel alma siente  
Morir á manos de tan torpe gente.

»Encomendaos á Dios como cristianos,  
De cuya mano viene la victoria,  
Pues el dará valor á vuestras manos  
Para poder salir con esta gloria;  
Porque matar salvajes inhumanos  
Pareceme ser obra meritoria:  
Escuadras se repartan y se ordenen,  
Y vamos por el orden que ellos vienen.

»El contrario tenemos ya vecino;  
Su gente trae no mal repartida:  
Nosotros vamos por el mismo tino,  
Segun la traza y orden proveida.»  
Al fin los nuestros salen al camino,  
A dar el parabién de la venida,  
Y el mismo George Espira y el Esteban  
El avanguardia de la gente llevan.

La hora, de temores alcabueta,  
Hace temblar la barba y el copete;  
Tocóse por señal una trompeta,  
De parte del peon y del jinete;  
De todas partes cada cual aprieta  
Las armas en las manos, y arremete;  
El Estéban Martin recata y mira  
Con gran cuidado por el George Espira.

Y el George Espira no se descuidaba  
De resguardar también el compañero:  
El estrago que hacen declaraba  
Cualquiera dellos ser un Marte fiero;  
La lanza duros pechos traspasaba,  
Corta robustos brazos el acero:  
Aquestos dos que van en delantera  
Amplisima dejaban la carrera.

El buen Filipe de Uten perseguía  
La parte que su parte mas estraga;  
Pues Bartolomé Berzar no dormía,  
Antes para los indios es gran plaga:  
¿Quién os podrá decir lo que hacia  
El valiente Martino de Arteaga?  
Qué Santa Cruz? y qué Diego de Montes,  
Terror y espanto destes horizontes?

Y los demás de quien mencion no hago,  
Aunque los conoci por fama y vista,  
Hacian en los indios tal estrago,  
Que no hallan valor que los resista;  
Y el indio fiero, por hacerse pago,  
Con gran coraje sigue su conquista:  
Los gritos, los clamores y el estruendo  
Los delicados aires va rompiendo.

Cada cual procurando su venganza,  
Frio temblor del pecho se destierra;  
Anda superior cristiana lanza;  
Y cuando juzga dar fin á la guerra,  
De indios acudió tan gran pujanza,  
Que nuestros españoles pierden tierra,  
Y ser divino don cada cual piensa  
El irse defendiendo sin ofensa.

Bien como piedra magnes que á sí llega  
Cualquier cosa de hierro circunstante,  
Mas en aquel compás do lo congrega  
Si ponen algun fino diamante,  
Como superior se lo despega,  
Y luego se lo quita de delante,  
Adonde se conoce claramente  
Su fuerza y su virtud ser mas potente:

Así les acontece peleando  
A los valerosísimos cristianos,  
Pues cuando la victoria van cantando  
Con proezas y hechos soberanos,  
La gran potencia del contrario bando  
Luego se la quita de las manos,  
Haciéndole por fuerza que destuerza  
El hilo quien tenia menos fuerza.

Llegó pues multitud del adversario,  
Con un impetu tal y tan horrendo,  
Que sin volver espaldas al contrario  
Los nuestros se venian retrayendo:  
El alemán que vió suceso vario,  
Sus escuadrones iba deteniendo  
Por tal compás, tal orden y concierto,  
Que ninguno cayó ni quedó muerto.

Algunos dellos iban amarillos,  
Sin esperanza de gustosas presas;  
Así soldados como los caudillos  
Retrogradando van por las dehesas;  
Ninguno daba dobles ni sencillos  
Por ser la danza toda de represas,  
Y aun estas cada cual dellos las mide  
No con aquel compás que el baile pide.

Yendo ya todos de color de gualdas,  
Sin reparar y sin volver las ancas,  
Vinieron hasta dar con las espaldas  
En un rio de muy altas barrancas;  
Por no poder pasar ni mojar faldas  
No quieren mas tener las manos mancas,  
Porque por la gran cava contrapuesta  
O morir ó vencer solo les resta.

Un indio sobre todos bien dispuesto  
Había, que los otros mas incita  
En daño de los nuestros y denuesto,  
Y ronco ya de dar voces y grita,  
De un terrible y espantable gesto,  
Y que en los riesgos mas se precipita,  
A unos da calor, otros provoca,  
Echando espumarajos por la boca.

Así como pastor que va gritando,  
Acia corral las vacas recogiendo  
Y á los toros que ve de cuando en cuando  
La cornigera frente revolviendo,  
A perros que le vienen ayudando  
«Carga, carga, mastin,» anda diciendo,  
Y aquellas voces hacen tal efecto  
Que la manada ponen en aprieto:

Ni mas ni menos estos indios diestros,  
Con ánimo que el otro les ponía,  
A toda furia sueltan los cabestros  
Sin jamas aflojar de su porfía,  
De suerte que tenían á los nuestros  
En una gran congoja y agonía;  
Y el Esteban, rigor desta conquista,  
En el bravo gandul puso la vista.

Estaba de su puesto tales trechos  
Que brazo de mortal no los alcanza;  
Mas por opuestos indios y pertrechos  
Y por los aires arrojó la lanza,  
Que para traspasallo por los pechos  
Ejecutora fué de su esperanza,  
Hasta clavar el suelo, y entró tanto  
Que fué de los cercanos gran espanto.

Mucho se resfrió por esta parte  
La furia de la gente cuasi prieta,  
Y viéndolos Espira de tal arte  
Mandó tocar de nuevo la trompeta;  
Aliento recobró cristiano Marte;  
Y así por todas partes los aprieta:  
Tanta sangre de nuevo ven vertida,  
Que tuvieron por buena la huida.

La muerte donde quiera les amaga ;  
Como huyen por campo descubierto  
Ninguno dellos sabe qué se haga :  
Que'l vencido no ve reparo cierto.  
Cayó sobre los indios grave plaga,  
Y de cristianos fué ninguno muerto :  
Espira viendo tan honroso lance  
Mandó que no siguiesen el alcance.

Antes por ver las furias en remanso  
Que pudo prometer seguras treguas,  
Y el contrario, según iba ya manso,  
No pensaba parar en muchas leguas,  
De su consejo fué tomar descanso  
Ellos y los caballos y las yeguas,  
Y volver donde fuesen proveidos  
A costa de los miserios vencidos.

Al pueblo principal fueron derechos,  
Y queriendo gozar de los despojos,  
Hallaron ser menores los provechos  
De lo que demandaban sus antojos.  
La noche se pasó contando hechos  
De cosas que se vieron por los ojos,  
Alabando también á circunstantes  
Que lo hicieron bien el día antes.

Do cada cual quedaba satishecho  
Del buen gobernador en este día,  
Pues á su nombre traspasó su hecho  
Porque George Formut, qué se decía,  
En alemán es hombre de gran pecho  
O de gran corazón y valentía;  
Al cual, demás ser muy gentil hombre,  
Le venía pequeño mayor nombre.

Insigne capitán, y demás desto  
No menos devotísimo cristiano,  
A nadie fué pesado ni molesto  
Con le dar ocasion y tener mano ;  
Toda su vida fué retracto honesto,  
Sin nota ni resabio de liviano ;  
Tuvo ya por poblados, ya por yerros,  
Gran vigilancia sobre los enfermos.

En descansando pues dos ó tres días,  
Espacio muy mas breve que bastante,  
Las ya menoscabadas compañías  
Determinaron de pasar delante :  
Llevaban por entonces ciertas guías  
Que riqueza prometen abundante,  
Y para los poner en la tal tierra  
Habían de metellos por la sierra.

Oída la noticia que decimos,  
Cada cual el efecto deseaba,  
Y según del paraje coligimos  
Y la guía sus piés encaminaba,  
Es este reino donde residimos,  
Que para mas tardos se guardaba,  
Pudiendo ser primero George Espira,  
Pero Diego de Montes lo retira,

Persuadiendo ser entrada mala,  
Y ser cosa que mas les convenia  
Continuar el llano por el ala  
De la sierra, y aquella los ponía  
Debajo de aquel círculo que iguala  
Distancia de la noche con el día ;  
Pues aunque se hiciese mas rodeo,  
Hallarian el fin de su deseo.

Estimulados pues desta sospecha,  
Aunque fué lo que menos les convino,  
Propósito primero se desecha,  
Teniéndolo quizá por desatino ;  
Llevan la sierra sobre man derecha,  
Adelante siguiendo su camino,  
Y á tres ó cuatro días de jornada  
Toparon una fuerte palizada

De palos gruesos, altos, bien hincados,  
Que con bejuco van entretejidos,  
De tres ó cuatro cintas rodeados,  
Apretados y muy fortalecidos :  
Gran número de indios congregados  
Y á su defensa bien apercebidos,  
Infinidad de flecha, dardo, honda,  
Y propugnáculos á la redonda.

El español la paz les amonesta,  
Con la cual muchas veces les requiere ;  
El bárbaro feroz da por respuesta,  
Que después la hará quien mas pudiere :  
Niegan cualquiera condición honesta  
Para que de amistad se desespere ;  
Y á querer socorrelles con comida,  
Los nuestros se pasaran de corrida.

Pero dijéronles : «Perded cuidado,  
Que vuestra voluntad ha de ser hecha,  
Pues el manjar mejor aderezado  
Ha de llevar la punta de la flecha :  
El dardo servirá de pan pintado,  
Cuya punta no luego se desecha,  
Antes es tal, que donde quier que llega  
Con gran grande pesadumbre se desepa.

»Decidnos, ¿qué son vuestros pareceres?  
¿Con qué furia venis ó con qué viento,  
Pues tan menoscabados de poderes  
Os arrojais á tanto detrimento ?  
No tenéis hijos, no traéis mujeres,  
No tenéis pueblo, no haceis asiento,  
No conocéis labranza ni hacienda,  
Sinó muy mala suerte de vivienda.

»Y si tenéis mujeres, y son buenas,  
Vosotros no debéis ser hombres buenos,  
Pues os queréis servir de las ajenas  
Y andais á saltar bienes ajenos :  
Las caras os dió Dios de pelos llenas,  
Y de maldad tenéis los pechos llenos :  
Trabaja, trabaja, gente sin freno,  
Y no queráis comer sudor ajeno.»

Estas palabras y otras semejantes  
Decían estos bárbaros vecinos  
A nuestros trabajados caminantes  
Y mas que fatigados peregrinos :  
Que si las miran ojos vigilantes,  
No fueron totalmente desatinos ;  
Pero los nuestros ya sin sufrimiento  
Determinados van al rompimiento.

Y allí ninguno dellos se reparte,  
Antes toda la gente bien armada  
Quiso romper por una sola parte,  
Que parecia mas acomodada.  
Crece la furia de uno y otro Marte ;  
Vuela la flecha, y anda la pedrada ;  
La castellana hacha corta y hiende  
Palos que el fuerte bárbaro defiende.

Por los palos que están mal ajustados  
Hacen algun efecto las ballestas ;  
Mas la solicitud de los cercados  
Non tarda en volvelles las respuestas :  
Deutrambas partes hay descalabrados ;  
Unas armas á otras son molestas ;  
Acuden allí tantos escuadrones  
Que se causaban grandes confusiones.

No de llenas encinas tantos granos,  
Ni de lleno nogal nuez tan espesa,  
Derriba la caterva de villanos  
Andando vareando muy apriesa,  
Cuanta caía sobre los cristianos  
Piedra, saeta, dardo, que no cesa :  
No les bastaba ya fuerza de brazos  
Y los escudos hechos mil pedazos.

Pareciéndole gran inconveniente  
Estar todos allí como terreros,  
Retrájose del cuerpo de la gente  
Estéban con catorce compañeros ;  
Los cuales fueron abscondidamente  
Do parecían mas flacos maderos ;  
Dánsen tan buena maña sin sentillo  
Que pudieron abrir un buen portillo.

El Estéban Martin en el momento  
Entró con el caballo bien armado ;  
Todos catorce van en seguimiento  
Para señorear el gran cercado ;  
Acuden bárbaros al rompimiento,  
Mas era ya sin fruto su cuidado,  
Pues no suele temer mayor pujanza  
Estéban á caballo con su lanza.

Rodeado se ve de mil cuadrillas  
 El y los que le siguen con rodellas,  
 Mas él iba haciendo maravillas  
 Batiendo con buen aire las espuelas,  
 Atravesando pechos y ternillas,  
 Derribando quijadas, dientes, muelas :  
 Espira, viendo ya su gente dentro,  
 Acudió con los otros al encuentro.

Anda con tales bríos el acero,  
 Y el cálido fervor de la contienda,  
 Que quedó por señor el forastero,  
 Y el morador huyó de su vivienda,  
 Sin poder amparar al heredero,  
 Ni poner en recado su hacienda :  
 Recogen españoles los haberes  
 Con cantidad de niños y mujeres.

Reposaron después en el asiento  
 Seis días, porque el campo se repare,  
 Y prosiguiendo su descubrimiento  
 Bebieron de las aguas del Guayare;  
 El cual principio es y nacimiento  
 Del prepotente río de Uyapare,  
 Dicho por otros nombres Urinoco,  
 De quien en lo de Ordás no dije poco.

Caminando después una mañana  
 Orilla del Guayare poderoso,  
 En una prolijísima zavana  
 Dieron los de caballo con un oso :  
 Rodeólo la gente castellana  
 Como toro que tienen en un coso,  
 Llegaron de peones gente mucha  
 Por respecto de ver aquella lucha.

Arremetió Hierónimo Cataño  
 Creyendo de poder alancearlo,  
 Mas el atrevimiento fué con daño,  
 Pues cuando se llegó para matallo  
 Usó la bestia de mayor engaño,  
 Asiendo de las piernas al caballo,  
 Y como si tronchara flaco leño  
 En tierra dió con él y con su dueño.

De mano de la bestia carnícera  
 El caballo quedó luego tendido :  
 Hierónimo Cataño perreciera,  
 A no ser prestamente socorrido ;  
 Y el oso se escapó de tal manera,  
 Que de ninguno pudo ser herido :  
 Suelen algunas veces ser dañinos  
 A los indios que tienen mas vecinos.

Bien cerca de un estancia que yo tengo  
 Y donde por un mal inconveniente  
 Eu alguna manera me detengo,  
 Del cual diré quizá mas claramente,  
 Un oso destos hubo tiempo luengo  
 Que consumió gran número de gente :  
 Matólo George Perez, un mestizo,  
 Con tiro de arcabuz que en él se hizo.

Alguna vez también hemos hallado  
 En árbol alto barbacoa hecha,  
 Donde ya sube puerco, ya venado,  
 O cazas otras de que se aprovecha ;  
 En alto tiene hecho soberado,  
 Y por sus manos cama donde se echa :  
 Fuerza de osos es que no me espanta  
 Subir venados á tan alta planta.

Marchando pues con estos trompezones  
 Pasaron por algunos despoblados,  
 Hasta que dieron de las poblaciones  
 Que llamaron de los enmascarados ;  
 Que al parecer venían con jubones  
 Y con muy justas calzas atacados ;  
 El cuerpo cada cual embarnizado  
 De colores de negro y colorado.

Sobre la ropa que les dió natura,  
 Y como buen barniz bien asentado  
 Era desta manera la pintura,  
 Sin ninguno venir diferenciado :  
 Bitumen negro hasta la cintura,  
 Y todo lo demás de colorado,  
 Las caras ansimismo traían negras,  
 Plumas con cascabeles de culebras.

Aquestos son de víboras crueles,  
 A quien ha la natura proveído  
 En punta de la cola cascabeles  
 Para que no se muevan sin ruido ;  
 Y así los infieles y fieles  
 Se valen y aprovechan del oído,  
 Huyendo del mortífero veneno  
 Que suele de remedio ser ajeno.

Mas á nuestros guaypíes nos volvamos,  
 Que así los dichos indios se decían,  
 Los cuales de la suerte que pintamos  
 Camino de los nuestros se venían ;  
 Y alentados y sueltos como gamos,  
 No con poco furor acometían  
 Con muy grandes paveses y azagayas,  
 Y los penachos son de guacamayas.

A las plumas el cascabel asido,  
 Que como caracol es represento,  
 Y como hoja seca su ruido,  
 Que lo puede también llevar el viento ;  
 Argúyese del número crecido  
 Haber allí de víboras aumento,  
 Pues que traían dellos tantas sumas,  
 Colgando como digo de las plumas.

Vinieron escuadrones bien armados,  
 Haciendo como suelen gran estruendo,  
 Contra treinta finísimos soldados  
 Que iban adelante descubriendo ;  
 Los cuales viéndose dellos cercados,  
 « Santiago y á ellos ! » van diciendo :  
 Dos de caballo hay en la zavana,  
 Un Damian de Barrios y un Lizana.

También estaba Martin de Arteaga,  
 Entre soldados buenos escogido,  
 Mas agora no sabe qué se haga,  
 Que el brazo diestro tiene mal tullido ;  
 La fuerza de los indios los estraga,  
 Y el escuadron cristiano va rompido :  
 A Dios el Arteaga se encomienda,  
 Y en el rigor entró de la contienda.

A un fuerte gandul se fué derecho,  
 Tomando lanza con enferma mano,  
 Mas segun el suceso deste hecho,  
 El golpe que dió fué de brazo sano ;  
 Pues que le traspasó pavés y pecho ;  
 Y hoy hace juramento de cristiano  
 Que después en el brazo ni en la vena  
 Jamás sintió dolor que le dé pena.

Rompiendo fué por otros escuadrones,  
 Sin ponelle temor las puntas duras :  
 Acuden caballeros y peones,  
 A fin de les romper las vestiduras,  
 Pespuntando las calzas y jubones  
 Que el calcetero hizo sin costuras :  
 Unos dejan allí las calzas luego,  
 Y otros tomaron las de Villadiego.

Desbaratados pues estos gentiles,  
 Que con acometer de furias llenos  
 Revolvieron huyendo como viles,  
 Los nuestros fueron á henchir los senos  
 Al pueblo que llamaron de Perniles,  
 Por se hallar allí muchos y buenos,  
 A causa de cazar estos guaypíes  
 Crecida cantidad de jabalíes.

Y en aquellas regiones apartadas  
 Acontece topar en campo raso  
 De puercos crecidísimas manadas,  
 Que al peregrino hacen muy al caso,  
 Pues en necesidad de las entradas  
 Son gran socorro del hambriento vaso,  
 Y el que caballo tiene y campo ancho,  
 Con la lanza provee bien su rancho.

Suerte de caza es tan deleitosa,  
 Que suele proveer hambrientos sacos,  
 Y en alguna manera peligrosa,  
 A causa de vejisimos verracos,  
 Que con navaja fiera y espumosa  
 En su defensa no se muestran flacos ;  
 E uno destos por alanceallo  
 A mí me hirió mal un buen caballo.

Antonio de Esquivel, un caballero,  
Que ha poco que dió postrer suspiro,  
Contaba deste bárbaro montero  
Un modo de cazar de que me admiro,  
Y fué que con tocar el solo cuero  
Con no sé qué que ponen en el tiro,  
Do quiera que le diere, si le acierta,  
Cae la caza luego como muerta;

Pero cumple llegar con gran presteza  
A la caza después del tocamiento,  
Por no ser duradera la torpeza,  
Ni aquella flojedad y adormimiento;  
Pues cobra la perdida lijereza,  
Si hay en la matar detenimiento:  
Déhenle de tocar con algún hueso  
Del peje temblador que atrás espreso.

Mas estando después en esta vega,  
No con poco descuido los cristianos,  
Tuvieron una muy mala refriega  
Con otros indios destes comarcanos,  
Do bárbara canalla se les pega,  
Hasta quitar las lanzas de las manos  
A ciertos caballeros fanfarrones  
De los que acá llamamos chapetones,

En itálicas guerras ya tenidos,  
Segun ellos decian, en gran precio,  
Demás de ser mil veces instruidos  
En militar doctrina de Vegecio;  
Mas agora quedaron muy corridos,  
Y cada cual en posesion de necio,  
Por no dar muestras en aquel rebato  
De lo que pide bélico recato.

Mas contra las catervas atrevidas  
Los dos mancebos Berzars famosos,  
Bartolomé y Filipe, dan heridas  
Y golpes de tal suerte sanguinosos,  
Que dejaron las lanzas y las vidas  
Los que con ellas iban victoriosos,  
Y las restituyeron á sus dueños,  
A quien vergüenza hizo mas isleños.

De los dichos guaypies despedidos,  
Caminaron por el orden que conviene,  
Hasta mojar los piés y los vestidos  
En el famoso rio Papamene;  
Cuyos términos, siendo conocidos,  
Reconocieron que su curso tiene  
Por la equinoccial, do se barrunta  
Que con el Maraño sus aguas junta.

Corren las otras bandas, no sabidas  
De guias que llevaban por testigos:  
Hallaron poblaciones destruidas  
Por indios destes pueblos enemigos;  
Las aguas de los rios van crecidas;  
Conviéneles buscar nuevos abrigos,  
Pues la boca del Tauro les enseña  
Las Hiadas, de pluvias clara seña.

Preguntaron allí por tierra rica  
A un viejo gandul que fué tomado,  
Y aqúeste dió noticia de Ocoarica,  
Cacique de crecido potentado;  
Los nuestros le decian de Oroarica,  
Y después le llamaron el Dorado:  
Y en aquella demanda y apellido  
Otras muchas armadas se han perdido.

Como Filipe de Uten, ya nombrado,  
Que quiso ver el fin desta jornada;  
Y deste reino bien aderezado  
Salió también Jimenez de Quesada,  
Hermano de aquel buen adelantado  
Que por allí después perdió su armada;  
Y Ursua se perdió ni mas ni menos  
Por falta de leales y de buenos.

Es aquesta noticia, segun todo  
En otra relacion que tengo hecha,  
Entrel gran Maraño y el Urincco,  
Y es por Pirú la via mas derecha,  
Y á quien de descubrir no gusta poco  
Todavía le dura la sospecha  
Que por aquel compás y largo seno  
Debe de haber algun pedazo bueno.

Pues como la creciente de aquel rio  
Papamene venia ya con saña,  
George Espira hizo dél desvío,  
Y su gente metió por la montaña:  
De grandes cenagales y rocío  
Muy fatigada lleva su compañía,  
Donde tanto atascaban los caballos,  
Que muchos se quedaron sin sacallos.

Pero los que eran carga del caballo,  
Por vueltas de fortuna mal compuestas,  
Tienen por bien agora de cargarlo,  
Y de llevarlo huelgan á sus cuestras,  
Sin dejar cuero, pié, tripa ni callo,  
Ni parte de las partes inhonestas,  
Pues de todos sus miembros lo mas malo  
Era regaladisimo regalo.

Todos van sin vigor y sin sustancia;  
Su gran necesidad es increíble;  
Y en aquella larguísima distancia  
Hallar grano de sal es imposible:  
Que de todas las faltas de importancia  
La falta de la sal es mas terrible,  
Pues cuando sal algun soldado tiene  
Con solamente yerbas se mantiene.

Sin ella son bocados de amargura,  
Cortamiento de miembros, y un contino  
Devanear no lejos de locura;  
Antes es todo cuasi desatino;  
Al fin, debajo desta desventura,  
Siguiéron adelante su camino  
Con otros muchos fortunosos toques,  
Hasta llegar á tierra de los choques.

Nacion que no sé cómo me la llame,  
Pues esta es indubitablemente  
La mas sucia, mas torpe, mas infame,  
Que cuantas tienen hoy nombre de gente:  
Y aunque mas sus vilezas encaramé,  
Es sacar una gota de gran fuente;  
Su sustento lo mas es tan inundo  
Que cosa no se vió mas en el mundo.

Pues demás de comer humanas gentes,  
Maldad en que ellos viven muy espertos,  
Comen diversidades de serpientes,  
Sin que sepan tener limites ciertos:  
Comen sus propios hijos y parientes,  
Suelen ser sepulturas de los muertos;  
Gusanos come la nacion maldita,  
Y hasta los cabellos que se quita.

Son demás de lo dicho gentes vagas,  
Y á vueltas de lo que comer procuran  
Comen hilas y parches de las llagas  
Que quitan españoles que se curan;  
Si te lavas las manos, ó ya hagas  
Lavarte los piés sucios, se apresuran  
A beber aquel agua sucia y fea  
Como delicadísima clarea.

Son indios bien dispuestos y alentados,  
Sin orden, sin razon y sin gobierno,  
Ferozes, atrevidos, alocados;  
El viejo, mozo y el muchacho tierno  
En el acometer determinados,  
No menos que demonios del infierno;  
Sus armas lanzas son, pavés y dardo  
Que bien ha menester duro reguardo.

En hacer estas armas no son rudos,  
Ni tienen, cierto, sutileza poca:  
Pintan el sol en todos sus escudos,  
Con sus rayos, nariz, ojos y boca;  
Los choques todos son hombres desnudos,  
Y á las hembras cubierta no les toca:  
Todos andan al natural estilo,  
Sin torcer ni hilar un solo hilo.

Si vuelve las espaldas algun bando,  
No es porque su furia se mitigue,  
Pues lo suelen hacer de cuando en cuando  
Para mas molestar á quien los sigue;  
Porque dardos agudos van hincando  
Adonde su contrario se castigue,  
Y en los hincar no son tan indiscretos  
Que no hagan mortíferos efectos.

La mortal experiencia desta mañá  
Que tienen estas gentes fué sabida  
Por Joan de Castro, natural de Ocaña,  
Corriendo tras quien iba de huida,  
Pues con la punta de la dura caña  
Al miserable le buyó la vida:  
En efecto, la cosa fué de suerte  
Que quien pensó matar padeció muerte.

Y otros ensañárentaron su carrera  
Cuando victoriosos se juzgaron.  
Al fin ellos pelean de manera  
Que muchos españoles le juraron  
Nunca topar con gente tan guerrera,  
En todas las naciones que toparon;  
Y el choque, ni por bien ni por herida,  
Se quiere, según dicen, dar á vida.

Luego pues que llegaron los cristianos  
A unas mal compuestas ramadillas,  
Vinieron solos dos destes villanos  
Con dos totumas de agua ó escudillas,  
Do mojabán los dedos de las manos  
Y tocaban las barbas y mejillas  
A ciertos españoles que allí vieron,  
Y sin hablar palabra se volvieron.

Y como se volvieron de improviso  
Sin muestra de placeres ni de enojo,  
Los nuestros españoles, no sin riso,  
Dicen: «Menester es abrir el ojo,  
Porque mojar las barbas es aviso  
De que echemos las barbas en remojo;  
Antes pues que se mojen los cabellos  
Determinemos ir en busca dellos.»

Después de cada cual aderezado,  
Fueron por un camino muy seguido,  
Dieron en un gran pueblo despoblado,  
De solo desconsuelo proveído;  
Por ser tiempo de pluvias tan pesado,  
Allí fué nuestro campo detenido,  
Sin poder por los grandes cenagales  
Ir á buscar remedio de sus males.

Para necesidades del hambriento,  
Que tales eran ya malos y buenos,  
Dos caballos sirvieron de alimento,  
Tales, que menester no habían frenos;  
Y en tan terribleísimo tormento,  
Sal era lo que mas echaban menos;  
Y para dar remedios á su vida  
Por mil partes buscaban la salida.

El Esteban Martín y Valdespino,  
A pié, con otros treinta compañeros,  
Para buscar al bárbaro vecino  
Pasaron grandes ciénagas y esteros;  
Dieron en tierra seca, y en camino  
Que los cansados piés hizo lijeros,  
Por verse la comarca bien poblada  
Y cantidad de gente bien armada.

Como por ojos ya tuviesen prueba,  
Y número de gente descubriesen,  
Viendo ser muy poquita la que lleva,  
Esteban ordenó que se volbiesen  
Al campo, para dar aquella nueva,  
Y todos ellos juntos acudiesen  
Con los caballos y el demás fardaje,  
Pues que sabían cómodo pasaje.

Volviendo pues atrás esta carrera,  
En recta guardia él y el Valdespino,  
Natural de Jerez de la Frontera,  
Parece ser que no tuvieron tino  
Los otros que iban en la delantera,  
Yendo ya descuidados del camino;  
Y el buen Esteban, como mas esperto,  
Pasó para les dar camino cierto.

Y entre tanto que puso sus hermanos  
En el cierto camino que traído  
Habían, dieron indios inhumanos  
En Valdespino, que se vió perdido,  
Pues vivo lo llevaban fieras manos,  
E ya de dos heridas mal herido;  
Lo cual visto por este varón fuerte,  
Quisoles dar la vida con su muerte.

Porque vista de fuerzas la penuria  
Que mostraba la gente rezagada,  
Por los indios rompió con tanta furia,  
Que dejaron la presa mal tractada;  
Tomó cruel venganza del injuria  
Que hacen á la gente bautizada:  
Cabezas por el suelo van rodando,  
Manos y dedos andan palpitando.

Aquellos que lo siguen y el gobierna  
Esforzándose de ver tan grandes hechos;  
Pero punta de hueso, nada tierna,  
Sin bastalle broquel, rompió los pechos;  
Otra le segundaron por la pierna  
Con que sus pasos hizo mas estrechos,  
Porque le dieron por el espiñilla,  
Metiéndole la punta en la cañilla.

Su muerte ya cercana conociendo,  
Por las heridas de una y otra vara,  
Poco á poco se iba retrayendo,  
Al escudadero feroz haciendo cara;  
Animosas razones va diciendo,  
Y á todos como sano los ampara  
Con tan raro valor y tanta cuenta  
Que ninguno dejó de todos treinta.

Aunque dolor de piernas embaraza,  
Todavía por términos guerreros,  
A pesar de los choques, hace plaza  
Por donde puedan ir sus compañeros;  
Porque los indios fueron dando caza  
Hasta que ya pasaron los esteros,  
De do volvieron á sus campos anchos,  
Y los nuestros llegaron á sus ranchos.

Vido luego su fin el Valdespino  
De las heridas malas y molestas,  
Y así la mayor parte del camino  
Cristianos lo trajeron á sus cuevas:  
Dicen ser valeroso, y hombre dino  
De no cortar el hilo las funestas  
Lanificas hermanas en tal era,  
Sino de darle mas larga carrera.

Mas otra pena muy mayor se siente,  
Y es Esteban Martín, amigo caro  
Del George Espira y de la demás gente,  
Por no saber á nadie ser avaro:  
Y así de todos universalmente  
Fué tenido por padre y por amparo,  
Y creían que estando de por medio  
No les había de faltar remedio.

Hiciéronle muy abrigados lechos,  
Y todo su remedio se procura;  
Las heridas le ven, y muy á pechos  
Tomó Diego de Montes esta cura;  
Un Joan de Oñate hizo los pertrechos  
Para sacalle bien la punta dura;  
Sacóse la, mas aunque hizo esto  
No dejó de morir al día sexto.

Murió con confesion y testamento,  
A pobres repartiendo lo que alcanza;  
Nunca pudo saber su nacimiento,  
Ni el nombre del lugar de su crianza.  
Hicieron sus amigos juramento  
De tomar muy de veras la venganza;  
No con menos dolor ni menos ira  
Lo mismo prometia George Espira.

En este funeral y enterramiento  
También pudieras ver ojos llorosos;  
Hicieron el humilde monumento  
Debajo de unos árboles umbrosos,  
Y el padre Fructos, no sin sentimiento,  
Por honra de los buenos generosos,  
En el troncon del árbol do yacia  
Aquesta letra puso, que decia:

AL CAPITAN VALEROSO

LLAMADO ESTEBAN MARTIN

AQUI LE LLEGO SU FIN.

El árbol, de sus hojas descompuesto  
 Por la gran aspereza del invierno,  
 Ya se vestía de pimpollo tierno  
 Con apariencia de florido gesto,  
 Cuando quien se preciaba del gobierno  
 Quiso luego dejar aqueste puesto,  
 Inquirir y buscar tierra mas alta  
 Para socorro de tan grande falta.

Halló donde hirieron á su amigo  
 Disposición de tierra mas lozana;  
 Determinóse de hacer castigo  
 En gente tan crúel y tan tirana,  
 Y todos cuantos él llevó consigo  
 No creo que tenían menor gana;  
 Y la contraria gente dura y fiera,  
 Tampoco recelaban la carrera.

Antes con un furor luciferino,  
 Como vieron venir nuestros varones,  
 Concertaron salilles al camino  
 Con bravos y feroces escuadrones:  
 Los españoles, con mejor desino,  
 Envían al encuentro los peones  
 Con orden que se fuesen retrayendo  
 Y fingiesen huir sin ir huyendo,

Por traellos abajo de un repecho,  
 Do quedaban caballos encubiertos,  
 Para poder mejor hacer su hecho,  
 Por ser allí lugares mas abiertos,  
 Y podían correr tan á provecho,  
 Que de victoria se juzgaban ciertos,  
 Pues era, si los sacan á lo raso,  
 Negocio que les hace muy al caso.

Partieron los peones al instante,  
 A punto la rodela y el espada;  
 Mas viendo tantos indios por delante,  
 Fingieron de temor hacer parada,  
 Y luego con astucia semejante  
 Revuelven al lugar del emboscada:  
 Ellos, juzgando ser el miedo cierto,  
 Seguíanlos sin orden ni concierto.

No tigre ni leon por la dehesa  
 Se muestra tan veloz en su corrida,  
 Tras la caza do quiere hacer presa  
 Y piensa que la tiene ya cogida,  
 Cuantas eran las furias y la priesa  
 De la gente feroz inadvertida,  
 Hasta que descubrieron los recodos  
 Adonde estaban los caballos todos.

Los cuales, como ya viesan la suya  
 Y tanta multitud sin ordenanza,  
 Acometen á nia sobre tuya,  
 Con deseo y ardor de la venganza:  
 Rodéanlos para que nadie huya  
 Del espada crúel ni de la lanza,  
 Rompiendo aquí y allí con las caballas  
 Para los dividir y derramallas.

Ensangrentando van acero fino,  
 Ningunos golpes dan que salgan vanos;  
 Y como fue negocio repentino  
 Y en lugares tan rasos y tan llanos,  
 Los indios con el grande desatino  
 Ni juegan de los piés ni de las manos,  
 Antes cada cual anda sin sentido  
 De ver el animal que nunca vido.

Como si par de alguno cayó rayo  
 Que por su buena dicha no le toca,  
 Sino que le pasó mas á soslayo  
 Rompiendo cerca dél la dura roca,  
 Y demás de quedar con gran desmayo  
 Aquel espanto le tapó la boca,  
 Y del tronido y el celeste fuego,  
 No solo queda mudo, pero ciego:

Avínoles así ni mas ni menos  
 A la bestial, feroz y fiera gente,  
 Cuando vieron venir en piés ajenos  
 A los que les salieron de repente;  
 Y aun menos impresion hicieran truenos,  
 Pues por allí no faltan comunmente;  
 Alguno procuraba su defensa,  
 Y fué trabajo vano lo que piensa.

Por andar los cristianos mas despiertos  
 Que la gente de Indias ya rompida,  
 Cuyos conciertos eran desconciertos,  
 Sin tener esperanza de la vida;  
 Al fin la mayor parte fueron muertos,  
 Y los cristianos, todos sin herida,  
 Quedaron luego por estos convenses  
 Innumerables dardos y paveses.

Allí, demás de su contentamiento  
 En poder subyectar duras cervices,  
 Hallaron copia de mantenimiento  
 De yucas, boniatas y maíces,  
 Y juntamente para su sustento  
 Otras diversidades de raíces,  
 Que los que no conocen abundancia  
 Afirman ser comida de sustancia.

Refrenada la loca fantasía  
 Y abatidas las crestas de los gallos,  
 Estuvieron allí por algun día  
 Para reformation de los caballos,  
 Pues, segun su flaqueza, bien había  
 Harta necesidad de reformallos.  
 Después desto la gente fatigada  
 Adelante prosigue su jornada,

Hasta llegar á un río bermejo,  
 Donde no les faltó gente de guerra,  
 Y donde se juzgó por buen consejo  
 Que subiesen por él hasta la sierra;  
 Pero demás del débil aparejo  
 Parecía mal aquella tierra,  
 Triste, hloviosa y áspera montaña,  
 Y de sus pensamientos muy estraña.

Visto pues por la gente peregrina  
 Su primero vigor menoscabado,  
 El buen gobernador se determina,  
 Con parecer de todos aprobado,  
 De procurar volver á la marina  
 Para tornar mejor aderezado:  
 Todos concuerdan con aquel decreto,  
 Y luego lo pusieron en efecto.

Hallábanse vacias las riberas,  
 E ya río ninguno los detiene;  
 Por pasos conocidos y carreras  
 Allegaron al río Papanene,  
 Donde dejaron unas estriberas  
 Y cosas que memoria no retiene;  
 Y estas halló Francisco de Orellana  
 En aquel río que su nombre gana.

Recogiólas el indio mas cercano,  
 Deste las rescató su mas vecino,  
 Y así fueron á dar de mano en mano  
 A indios mas lejanos en camino:  
 Hallólas en un pueblo camarcano  
 Del río Marañon, por donde vino;  
 Después por estas gentes referidas  
 Fueron, por ser de azófar, conocidas.

Luego del Papanene se partieron  
 Para volver á do se descaba,  
 Y si siempre no van por do vinieron,  
 La falda de la sierra los guiaba;  
 Y así fué la derrota tal que dieron  
 En el rastro que Fedrimán dejaba:  
 Tras él envían gente de caballo,  
 Pero nunca pudieron alcanzallo.

Y aun creo que el Espira no quería,  
 Pues hay algunos hoy de pareceres  
 Que un capitán de otro rebuía:  
 Si la causa, lector, saber quisieres,  
 Es porque George Espira ya sabía  
 Cómo esperaba Fedrimán poderes,  
 Y hasta le venir, creyó que aposta  
 Se detuvo gran tiempo por la costa.

Y no fué vanidad el pensamiento  
 En lo que cerca desto se recela,  
 Pues hizo Fedrimán detenimiento  
 Por la costa del Cabo de la Vela,  
 Por ver de su promesa cumplimiento  
 Y poner mas en orden esta tela;  
 Y en efecto los Berzares cumplieron  
 Sin falta la palabra que le dieron.

Mas aunque se detuvo dos veranos  
Por esta costa, no sin añagaza  
De cartas de los reinos castellanos,  
Nunca le llegó cosa que le plaza,  
Por venir los despachos á las manos  
Del factor alemán Jacome Gaza,  
Que retuvo las cédulas que digo  
Por ser del George Espira gran amigo.

Escudriñando pues esta frontera,  
De la de Santa Marta topó gente,  
Cuyo capitán fué Joan de Rivera,  
Que con razon llamaron el valiente:  
Y el Fedrimán, que mas mañoso era,  
Con él se concertó secretamente  
Para juntar aquella compañía  
Con la demás de Coro que traia.

Alguna desta gente no quisiera  
A su gobernador hurtar el lado;  
Y para que también Joan de Rivera  
Quedase desta culpa disculpado,  
El negocio se hizo de manera  
Que pareció mas fuerza que por grado:  
Ansí que, presos sin haber defuntos,  
Al Maracaibo se vinieron juntos.

De allí tentó huirse cierta gente  
De los de Santa Marta que tomaron,  
Mas Antonio de Chaves su teniente  
Fué tras ellos, y á uno que ballaron  
Mandó garrote dar incontinente;  
Los otros por lijeros escaparon:  
Destos fueron después mis compañeros  
El capitán Lorenzo y un Cisneros.

Puestos en Maracaibo y en sus llanos,  
Por parecelle tierra desgraciada  
El pueblo despobló de los cristianos,  
A fin de los llevar á la jornada;  
Destos vecinos escogió los sanos,  
Dejó en Coro la gente fatigada,  
Y en busca dijo ir de George Espira,  
Ya fuese con verdad ó con mentira.

Los hombres de caballo y los infantes  
Que lleva son antiguos pobladores,  
Para sufrir trabajos tan bastantes  
Que pocos conocimos ser mejores,  
Y en todos los consejos importantes  
Muy ciertos y avisados consultores;  
Pero pobres y mal apercibidos,  
Pues apenas tenían ya vestidos.

Andando pues por Barraquicimeto  
O por Carora, donde repararon,  
Llegaron Alderete y Martín Nieto,  
Y los que contra Ortal se rebelaron;  
A los cuales con todo buen respeto  
Recebieron muy bien y regalaron;  
Mas Fedrimán de tres hizo desvío,  
Por no le parecer bien tanto brio.

Los tres fueron á Coro brevemente  
Con cartas que llevaban sal pimienta,  
Y los demás quedaron con su gente,  
Haciendo dellos Fedrimán gran cuenta,  
Por ser cada cual hombre diligente,  
Y en los recuentros de mayor afrenta,  
Donde muchos salieran con querrela,  
Pudieran ellos bien salir sin ella.

Pusieron en efecto la partida,  
Y en la prosecucion de su jornada  
No llevan abundancia de comida,  
Porque de los demás escarmentada  
Gente de indios era retraida  
Y del paraje propio desviada;  
Mas ya con hambre, ya con alimentos,  
Todos con Fedrimán iban contentos.

Pues para lo seguir hasta el infierno  
Creo que les ganó las voluntades,  
Y ciertamente desde mozo tierno,  
Si acaso no se niegan las verdades,  
Parece que nació para gobierno,  
Y en abundancia y en necesidades  
En su campo jamás reinó discordia,  
Ni en su pecho faltó misericordia.

Sabio fué y avisado cortesano  
En todas sus costumbres y modesto;  
Para ser alemán era mediano,  
Pero de proporciones bien compuesto;  
En el hablar retórico no vano;  
De rojo, grave y apacible gesto;  
Tuvo también facecias escelentes  
A tiempos y lugares convinientes.

Yendo pues, como digo, sin revuelta,  
En toda la distancia que corrieron,  
En un cierto camino gente suelta,  
Tomaron unos indios, que dijeron  
Que George Espira daba ya la vuelta  
Con poca gente, de que coligieron,  
Segun la que con él habia salido,  
Cómo debía de volver perdido.

Vista la relacion por Fedrimano,  
Por no volver atrás de su destino  
Ni meterse debajo de su mano  
Torció de sus derrotas el camino,  
Entrando mas adentro por lo llano,  
Hasta tanto que vió que le convino  
Sacar su gente de la llana tierra  
Y volver á las faldas de la sierra.

Caminan, y llegados en efeto  
Al pueblo de San Joan, hoy de cristianos,  
El dicho Fedrimán como discreto  
No quiso caminar mas por los llanos,  
Sino ver de las sierras el secreto  
Con guias de los indios comarcanos;  
Y para descubrir algun camino  
Pedro de Limpias adelante vino.

Llevó consigo gentes avisadas,  
Seis de caballo, los demás peones,  
Tan diestros y curtidos en entradas  
Que no los espantaban trompezones;  
Y á cabo ya de dos ó tres jornadas  
Vieron humos de grandes poblaciones,  
Y sin que mas adentro procediese,  
Hizo que Fedrimán luego viniese.

Con orden y debida vigilancia,  
Mas adelante van los peregrinos,  
Ven muestras por aquella circunstancia  
De grandisima copia de vecinos;  
Pero hacian grande repugnancia  
Angostos y asperisimos caminos,  
Que sin hallar allí quien contradiga  
Subian con grandisima fatiga.

Mas en la cuesta de mayor altura  
Habia pajonales sazonados,  
Donde las sierras hacen angostura  
Con altísimos riscos á los lados:  
La gente por allí subir procura,  
Por no ver pasos mas acomodados;  
Indios cercanos acudieron luego  
Y por los pajonales ponen fuego.

Auméntanse las llamas en esceso  
Con furioso viento que venia,  
Y la nube de humo tan espeso  
La vista destas gentes impedia;  
El repentino caso y el suceso  
En un terrible riesgo los ponía:  
Tal ímpetu de fuego los rodea  
Que no ven la salud que se desea.

Haciendo pues su natural oficio  
Las llamas y fumosos arreboles,  
Fué tanta la presura y el bullicio,  
Que por aquellos riscos y peñoles  
Se despenó gran parte del servicio,  
Y entrellos no sé cuantos españoles;  
Cayó Miguel Holguin de peñol agro,  
Y el escapar fué cosa de milagro.

Como si ciervos puestos en un alto,  
Rodeados de áspera vertiente,  
Donde ni por corrida ni por salto  
Pueden huir, sin gran inconveniente;  
Mas recibiendo grande sobresalto  
Por ver leon ó tigre de repente,  
Sin tiento se despeñan por la roca  
Por escapar de carnicera boca:

El indio, y aun la gente castellana,  
 Así con el temor que los incitaba,  
 De ver el gran ardor de la zavana,  
 Confusos movimientos y la grita,  
 Y aquí y allí la llama ya cercana  
 Sin ver por dónde va, se precipita,  
 Haciéndose los unos mil pedazos,  
 Otros quebrados piés, piernas y brazos.

Pero viendo tumulto ya tan ciego,  
 Un portugués, soldado diligente,  
 A grande priesa puso contrafuego  
 Donde se recogió la demás gente;  
 Y así cuando llegó la llama, luego  
 Perdió la fuerza y el furor ardiente,  
 Por no tener allí tierra ni viento  
 Paja con que le diese nutrimento.

Admirados de caso semejante,  
 El mas prudente dellos se embarasca;  
 Mas el buen Fedrimán y Limpías, ante  
 Que pudiese venir otra borrasca,  
 Con la gente pasaron adelante  
 A la provincia que se llama Pasca,  
 Donde la buena tierra fué visible  
 Y para los caballos apacible.

Salieron los vecinos comarcanos  
 Al tiempo que venían al encuentro,  
 Pero nunca vinieron á las manos,  
 Ni tuvieron rucuesta ni recuento:  
 Antes significaron que cristianos  
 Estaban en la tierra mas adentro,  
 Dando señas de trajes y costumbre,  
 De que se recebió gran pesadumbre.

Pues segun los que viven este día,  
 No se tuvo la pérdida de Rodas  
 En tanto cuanto Fedrimán tenía  
 El no ser el primero destas bodas,  
 Pues con ciento y cincuenta que traía  
 Pensaba conquistar las Indias todas:  
 Y es cierto que cualquiera de su bando  
 Pudiera bien regir y tener mando.

También el valeroso licenciado  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
 Que fué quien antes dél había entrado  
 En este nuevo reino de Granada,  
 Fué por vía de indios avisado  
 Que entraba por allí gente barbada,  
 Y hizo despachar á la lijera  
 Para reconocer y ver quién era.

De los que fueron, hay donde residio  
 Paredes, Calderon, hombre prudente,  
 Y Joan Rodriguez Gil, bien conocido  
 Por cuerdo, por sagaz y por valiente,  
 Y Anton Rodriguez, que por apellido  
 Le llaman de Cazalla comunmente,  
 Con otros para paz y para guerra,  
 Cuyos cuerpos nos encubrió la tierra.

Llegaron estos hombres escogidos  
 A Pasca, tierra ya conmemorada:  
 Dieron el parabien de bien venidos  
 De parte del Jimenez de Quesada;  
 Fueron del Fedrimán bien recebidos  
 Y de toda la gente del armada;  
 Partieron luego, visto su recado,  
 A verse con el dicho licenciado.

Viéronse juntos pues los dos mayores  
 En Bogotá, que fué primer asiento,  
 Donde de cortesías y primores  
 A ninguno faltaba cumplimiento,  
 Pues cada cual de los gobernadores  
 Alcanzaba cabal entendimiento,  
 Con cuantas partes eran concernientes  
 A los que rigen y gobiernan gentes.

Ganó con el valor de su cosecha  
 Amistad de varones singulares,  
 Pero siempre la tuvo muy estrecha  
 Con el capitán Gonzalo Suarez,  
 Varon que con fortisima derecha  
 Fundó lo principal destes lugares;  
 Pero de su valor y de su cargo  
 En otra parte trataré mas largo.

En gracia del mayor y del mas chico,  
 El Fedrimán al fin se dió tal maña  
 Que deste nuevo reino salió rico,  
 Y hizo su viaje para España:  
 El remate que tuvo no replico,  
 Pero dicen morir en Alemaña;  
 Y así ya dél mi pluma se retira  
 Por volver á tractar de George Espira.

Porque después de ya dejar aposta  
 A Fedrimán que su viaje siga,  
 El con su compañía mas angosta,  
 E ya cuasi sin granos el espiga,  
 A gran priesa se fué para la costa  
 Padeciendo grandisima fatiga  
 De hambre, tigres, y de enferma gente,  
 Y entrellos Santa Cruz, su buen teniente.

El cual, en cierto pueblo de lo llano,  
 Reconoció su fin y acabamiento;  
 Murió como católico cristiano,  
 Y con vivísimo conocimiento:  
 En el gobierno tuvo mucha mano  
 Por ser persona de merecimiento;  
 Dió Cárdenas también fin á sus días,  
 Mas con donaires y chocarrerías.

Llegados pues á Barraquicimeto,  
 Hallaron asolada ya la tierra,  
 Y todos con flaquísimo subyeto  
 Atravesando van áspera sierra,  
 Donde luego se vieron en aprieto  
 Por acudir allí gente de guerra,  
 Que viéndolos volver de mala suerte  
 A todos procuraban dar la muerte,

O por lo menos de llevar captivo  
 Al español que viesen rezagado;  
 Con los cuales intentos y motivo  
 Llegaron giraharas por un lado,  
 Y al buen Diego de Montes llevan vivo,  
 De gran enfermedad debilitado;  
 Mas Joan Catahuyare, caquetio,  
 Lo defendió con valeroso brio.

Porque llegó con armas de cristianos,  
 Y en ellos hizo tal arremetida,  
 Que les quitó la presa de las manos,  
 Con animosidad jamás oida:  
 Hizo hechos el indio soberanos,  
 Y así después de Dios le dió la vida;  
 Y él libre de tan áspera zozobra  
 Reconoció después la buena obra.

Prosiguen adelante sus caminos  
 Discurriendo por pasos conocidos:  
 Todos iban á pié, que los rocinos  
 O quedaban ya muertos ó comidos;  
 Salieron á los términos marinos  
 Muy faltos de salud y de vestidos,  
 Bien mohosa la lanza y el espada,  
 A cabo de tres años de jornada.

Llegaron pues los pocos al asiento  
 De Coro, do hallaron sus amigos,  
 Y de quinientos no volvieron ciento,  
 Faltando solos seis de los antiguos,  
 Los tres de enfermedad y descontento,  
 Los otros tres á manos de enemigos:  
 Do se conoce bien cuánto aprovecha  
 El ir á descubrir con gente hecha.

Y porque de los que volvieron haga  
 Alguna relacion aunque sencilla,  
 Fueron Filipe de Uten, y Arteaga,  
 Pancorvo, y Alcocer, Joan de Bonilla,  
 Castrillo, y Urriola, y Arrizaga,  
 Y aquel Rodrigo Infante de Sevilla,  
 Diego de Montes, Bustamante, Sosa,  
 Y Bartolomé Sanchez de Hermosa.

Este, viniendo ya muy fatigado,  
 Esperando la hora postrimera,  
 En un caballo puesto y amarrado  
 Por no poder venir de otra manera,  
 Rodando fué con rucio rodado  
 Bien doscientos estados de ladera,  
 Llevando como vió su vida poca  
 El nombre de Jesus siempre en la boca.

Viéndolo los demás así rodando,  
E ya ser imposible remediallo,  
Al sumo Hacedor están rogando  
Que tuviese por bien de perdonallo :  
Para lo sepultar yendo bajando,  
Oyeron dar relinchos al caballo,  
Y al Hermosa hallaron tan sin daños  
Que vivió después desto muchos años.

Volvieron ansimismo á Venezuela  
El Bartolomé Berzar , y Zamora,  
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,  
Que ha poco que vió postreora hora ;  
Ótros del alemana parentela  
En silencio se pasan por agora,  
Pues para proceder en el intento  
Menester hemos ya cobrar aliento.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció.

En Indias es costumbre bien usada  
Cometerse gobiernos á letrados,  
Y siendo la razon considerada,  
Es justa ; pero por nuestros pecados,  
De tan estendidísima manada  
Salen muy pocos dellos acertados,  
Unos por gran soltura de conciencia,  
Ótros porque carecen de esperiencia.

Los cuales sería bien no gobernasen  
Hasta pasar siquiera de pasantes,  
O por mejor decir que los pasasen  
A desiertos de tierras tan distantes  
Que por ninguna via trompezasen  
En cosa que criase litigantes ;  
Pues los mas destos en poblada tierra  
Adonde mora paz encienden guerra.

Pervirtiendo las buenas intenciones  
De Bartulos y Baldos y Felinos,  
Abades, Albericos y Jasones,  
Con otros de jurídicos caminos ;  
Y así, por aliciones ó pasiones,  
Se arronjan á trescientos desatinos,  
Sin que temor alguno los fatigue,  
Habiendo Dios y rey que los castigue.

Bien pudiera gastar alguna vela  
En este caso, pues me da gran cebo  
La confusion que de presente vuela  
Por este miserable reino nuevo ;  
Mas quiero concluir con Venezuela,  
Por no quebrar aquel hilo que llevo,  
Adonde vimos al doctor Navarro,  
Que vino por auriga deste carro.

Era vaso de muy poca prudencia,  
Y no para tal cargo suficiente ;  
Vino con provisiones del audiencia,  
Estando Fuen Mayor por presidente,  
Y para que tomase residencia  
Al dicho George Espira y á su gente ;  
El cual, por mas autorizar su mando,  
Ahorcó dos soldados en Negando :

No de los que dejó recién venidos,  
Pero de todos la mayor nobleza.  
Quedaron grandemente desabridos  
De ver la crueldad y la torpeza,  
Y así por se hallar allí perdidos,  
Sin ver remedio para su pobreza,  
Huyéronse, sin que el doctor los sienta,  
La vuelta de Cubagua hasta treinta.

Entrellos el Pancorvo y el Castrillo,  
El Diego de Urriola y Bustamante,  
Sancho de Villanueva, Joan Morcillo,  
Todos y cada cual hombre bastante,  
Francisco de Velasco por caudillo,  
Alférez del Espira ya vacante,  
Con otros que cumplieron este cuento,  
Con quien yo tuve gran conocimiento.

Visto por el doctor el movimiento,  
Con copia de los hombres mas insines  
Determinó de ir en seguimiento,  
A fin de castigar tales motines ;  
Y sabido que van por barlovento,  
Por guías que sabian los confines  
Supieron atajar de tal manera  
Que pudieron tomar la delantera.

Vinieron á caelles en las manos,  
Y todos, sin mostrar alteraciones,  
A prima fronte se mostraron llanos,  
Con algunas disculpas y razones,  
Pero, como mañosos baquianos,  
Debajo de dañadas intenciones ;  
Y el Velasco, que mas astuto era,  
Al doctor le habló desta manera :

« Señor doctor, nosotros no faltamos  
Del servicio del rey, ni tal queremos,  
Mas como sus vasallos nos pasamos  
A tierras do mejor le serviremos,  
Pues ve vuestra merced cómo llegamos,  
Y la necesidad que padecemos,  
La cual tampeo puede socorrerla  
Vuestra merced, pues no vive sin ella.

» Porque si para lo que se procura  
Tuviéramos un recurso liviano,  
¿ Qué mayor bien ni qué mayor ventura  
Que subveccion debajo vuestra mano ?  
Cuyo valor, prior y gran cordura  
Todos juzgamos ser don soberano,  
Con otras escelencias que la fama  
Con gran verdad aqui y allí derrama.

» Pero puesto que esteis bien proveido  
De tantos dones de naturaleza,  
A todos es notorio y conocido  
No poder remediar nuestra pobreza ;  
Y si con todo esto sois servido  
Que no dejemos vuestra gran nobleza,  
Por cierto, sin usar contrarios modos,  
Que vuestra voluntad es la de todos.

» Publiqueseos vuestro mandamiento,  
Y ese será la regla y el cuadrante ;  
Pues á tener contrario pensamiento  
Pudiéramos estar tan adelante,  
Que no nos alcanzara ni aun el viento,  
Cuanto menos la gente circunstante ;  
Mas caminábamos como forzados,  
Por seros todos muy aficionados.

» Aquí no rehusamos la carrera,  
Y esto debe de ser lo que conviene,  
Porque vuestra merced, aunque no quiera,  
Al fin nos ha de dar de lo que tiene ;  
Conocemos también que donde quiera  
Falta prosperidad que nos despena,  
Y demás de volver con quien volvemos,  
Volvemos á la tierra que sabemos.»

Como se vió poner en tanto precio  
El buen doctor se vido triunfante,  
El cual, demás de ser no poco necio,  
Precaba grandemente de arrogante ;  
Al fin, lo que se dijo por desprecio  
A él le pareció razon bastante ;  
Y antes de volver á la marina  
Ranchear los confines determina.

Parecióle tener segura prenda  
Por ser Velasco mozo tan honrado,  
Y así, sin proceder en la contienda,  
Allí paró por ya venir cansado ;  
Armaronle los suyos luego tienda,  
Donde pudiese ser agasajado ;  
Ansimismo por aquel campo ancho  
Todos y cada cual sentó su rancho.

No faltó quien con rústico vocablo  
Le dijo : « Sepa vuestra reverencia  
Ser esta gente toda del diablo,  
Y cúmplesen vivir con advertencia ;  
No parezca simpleza lo que hablo,  
Pues tengo mas malicia que inocencia,  
Y aunque me veis cubierto de mal pelo,  
Uvas conozco yo de mi majuelo.»

Otro le dijo que los desarmara  
Para poder dormir seguramente,  
Y aun que los altos arbores poblara  
Con los mas levantados desta gente.  
Respondió: « Como yo tenga mi vara,  
No se desmandará cosa viviente,  
E yo pienso hacer tan buen castigo,  
Que no se burle ya nadie conmigo. »

Los hūidos con disimulaciones  
Hablaban con la otra compañía;  
Hubo tan eficaces persuasiones,  
Por modo que jamas se conocia  
Que convirtieron á sus opiniones  
A muchos de los quel doctor traía,  
Y los solares rayos encubiertos  
Estaban acabados los conciertos.

Cuando con soporíferos beñeos  
Embriaga Morfeo los mortales,  
Y están gozando ya de dulces sueños  
Los hombres y los brutos animales,  
Para quitar caballos á sus dueños  
Salen los inventores destos males,  
Seyendo cómplices en la cautela  
Los mismos que hacian centinela.

Con indios suyos, diestros y ladinos,  
A tales lances muy aficionados,  
Recogieron las lanzas y rocinos  
Con los demás pertrechos mas usados;  
E ya dispuestos para sus caminos,  
Puestos en los caballos bien armados,  
Tácitamente sin hacer estruendo  
Al rancho del doctor llegan diciendo:

« ¡ Ah, mi señor doctor! ¿ está despierto?  
Vea vuestra merced lo que nos manda,  
Que nosotros, por no volver al puerto,  
Cambiamos el timon á estotra banda,  
Pareciéndonos sumo desconcierto  
Dejar de proseguir nuestra demanda,  
Por ser negocio muy desvariado  
Tornar á desandar lo bien andado. »

« Como somos personas comedidas,  
De nuestra voluntad hacemos muestra.  
Que tiene leyes no tan estendidas  
Cuanto las que mostró la mala vuestra;  
También porque mireis en las Partidas  
Alguna ley que tracte desta vuestra,  
Y si faltare, mirareis el Fuero  
Y las Pandectas, pues que sois pandero. »

« Allí lo que la ley no nos declara,  
Acá desta manera lo glosamos,  
Que vuestra merced vuelva con su vara,  
Y nosotros iremos donde vamos:  
Al cetro no volvemos nuestra cara,  
Pero del mal ministro nos quejamos,  
Que piensa por sus vanos apetitos  
Que matar hombres es matar mosquitos. »

« Pues muchos de vosotros, en carrera  
Donde conviene retener las riendas,  
Salis del justo curso tan afuera,  
Que siempre maquinais cosas horrendas,  
Y como cosa fácil y lijera  
Quitais vidas y honras y haciendas,  
Haciendo hacer falsos juramentos,  
Por amenazas ó prometimientos. »

« Y para solapar vuestros errores  
Forzais á las ciudades y lugares  
A demandaros por gobernadores,  
Aunque con pena rompan los ijares,  
Y andais ganando firmas y favores  
De seculares y de regulares;  
Y así por escapar de vuestras iras,  
Escriben a su rey cien mil mentiras. »

« Triste de quien rehusa la carrera  
Y deja de ayudaros con un grito,  
Porque luego se fragua la quimera  
Del grave y atrocísimo delito,  
El cual se va pintando de manera  
Quel mas ayuno dél dejais abito;  
Pues es verdad que faltarán testigos  
O que los osan descargar amigos. »

T. IV.

« Pues si no favorecen el intento,  
Ni llevan de sus típulos los tenores,  
Está presta la cárcel y el tormento  
Y las acusaciones de traidores,  
El confiscar de bienes al momento  
Para los dar á vuestros valedores,  
Con revueltas, con tramadas y marañas,  
De ley de Dios y rey todas estrañas. »

« Con aquesto pensais dar el descargo  
De la malignidad que vais tramando,  
Como si le pusiédeses embargo  
Al divino Jūez que está mirando;  
Y después de privados y sin cargo  
Andáis humildes, bajos y llorando,  
Justificando vuestras injusticias  
Y vuestras insolencias y malicias. »

« Y á los pobres que dábedes de palos  
Hablais luego con gran melifüencia,  
Haciéndoles mil mimos y regalos;  
Y el que tiene segura la conciencia  
No teme las calumnias de los malos  
En la mas rigorosa residencia,  
Pues aquel que vivió con santo celo  
Tiene procuradores en el cielo. »

« No juzguéis pues á mal que se derramen  
Contra vos cosas que no son novelas,  
Sino que bagais cuenta ser vejamen  
De los que suelen dar en las escuelas,  
Y aun si con vos de vos haceis examen  
Para mejor vivir serán espuelas,  
Como las que tenemos ya nosotros  
Calzadas para bien herir los potros, »

« Porque no nos cojais en el chinchorro  
De rebeldias y de contumacias,  
Pues el captivo quiere verse horro  
De subyeccion de pleitos y falacias.  
Con todo esto, por el buen socorro  
Os damos todos un millon de gracias  
En traernos caballos y soldados  
Con que vamos contentos y aviados. »

El Navarro doctor que tal oía,  
Como reconociese los engaños,  
Da voces á los suyos, y decía:  
« ¡ Viva el rey, viva el rey, mueran tacaños! »  
Pero la cuadrilleja respondia:  
« ¡ Viva, señor doctor, por muchos años!  
Con tal que no digais por el de Francia,  
Por tocaros aquella circunstancia. »

Acuden luego para la venganza  
Los que libres están de la cautela,  
Mas unos no topaban con la lanza  
Y á los otros faltaba la rodela;  
Otros tienen temor de la pujanza,  
Y cada cual de golpe se reecla;  
Y así los del motin, la burla hecha,  
A Cubagua se van vía derecha.

Caminan por aquella tierra llana,  
Contentos del buen salto que hicieron,  
Acia la costa de Maracapana,  
Donde yo me hallé cuando vinieron;  
Mas antes de salir de la zavana,  
Por un grande descuido que tuvieron,  
Indios de guerra les hicieron menos  
Seis ó siete soldados asaz buenos.

No los pudo seguir el bravo toro,  
Por faltalle caballos y peones,  
Y fuera gran aumento de su lloro  
Perseverar en tales intenciones:  
Determinóse pues volver á Coro  
Con dos ó tres caballos mancarrones,  
Y aun del enojo por aquellos vermos  
Cayeron él y los demás enfermos.

Viendo tan mal recado y aparejo  
Para llegar al pueblo deseado,  
Adelantose Diego de Vallejo,  
Mancebo valeroso y esforzado,  
En paz y guerra de tan buen consejo,  
Que ninguno lo dió tan acertado:  
Vive hoy con valor y santo celo,  
Y es contador real en aquel suelo.

Al pueblo declaró lo sucedido ;  
Y cosas necesarias proveídas,  
Luego volvió por el doctor perdido,  
Cuyas fuerzas estaban ya caídas,  
Pues en Coro halló recién venido  
Al obispo Rodrigo de Bastidas,  
Con provision real y poder lleno  
Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese  
A la isla donde era residente,  
Entre varones nobles escogiese,  
O por gobernador ó por teniente,  
A la persona que le pareciese  
Ser para tales cargos suficiente,  
Y quel dicho doctor fuese privado,  
A causa de estar mal acreditado.

Y así, después de dar su residencia,  
A la Española yendo ya camino  
Para se presentar en el audiencia,  
Tempestuoso tiempo sobrevino,  
Con tan impetuosa violencia  
Y tan exorbitante torbellino,  
Que dieron al través en un bajío,  
Do pereció con otros del navío.

Acabó sumergido y abogado  
Quien de clemencia nunca tuvo jago ;  
Mató sin culpa, y él murió culpado,  
Siendo las blandas aguas su verdugo ;  
Y aun no sabemos si de su pecado  
En tan grave presura le desplugo,  
Por ser de tal furor aquel tormento  
Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo ausencia  
Para volver adonde residia,  
Al Espira dejó con la tenencia  
Del gobierno, segun él lo tenia,  
Muy en conformidad y complacencia  
De quien el mismo cargo pretendia,  
Por ser prudente todo lo posible,  
Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,  
Fueron á Santa Marta y Cartagena  
Gentes del nuevo reino de Granada,  
Por el gran río de la Magdalena,  
Que de la prosperísima jornada  
Hicieron relacion no poco llena,  
Riquisimas cadenas en los cuellos,  
Y fué Pedro de Limpias uno dellos.

El cual á la Española hizo via,  
De esmeraldas la bolsa proveida,  
Donde sus hijos y mujer tenia  
Y do pensaba rematar su vida.  
La fama de riquezas ya corría  
Y por las islas dió tal estampida,  
Que en vaso de lijera carabela  
Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,  
E ya de Limpias viesen el recado,  
Cada cual gime, cada cual suspira,  
A causa de perder tan buen bocado ;  
Levántanse los piés al George Espira,  
Y por volver mejor aderezado,  
A ver al Limpias su persona sola  
Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancia,  
Y para no llevar camino ciego  
Vino Pedro de Limpias por su guia  
Vencido y alentado de su ruego ;  
Y entre tanto que mas apercebía,  
A Lope de Montalvo mandó luego  
Con parte de la gente caminase  
Y en Barraquicimeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura  
Desde que Montalvo hizo su partida,  
Espira procuró poner en cura  
De su persona la salud perdida ;  
Mas no se le quitó la calentura  
Hasta tanto que le quitó la vida,  
Y así no procedieron los conciertos,  
Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,  
Lamentacion y tierno sentimiento,  
Y aun en cabellos de madejas de oro,  
Pues no faltó de damas ornamento ;  
Y en el templo de la ciudad de Coro  
Celebraron aquel enterramiento,  
Do por don Joan Robledo le fué puesta  
Una letra latina como esta.

Mole sub hae Formuth requiescunt ossa Georgi  
Qui inuisus fatiis, carus erat Superis.  
Nominis fortis erat, superabat nomina factis,  
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura Mas á su nombre vencia  
Yace George Formud, La grandeza de su hecho.  
Vaso lleno de virtud, Fué de la ciudad de Espira,  
Mas vacio de ventura. De alemana parentela,  
Ser varon de fuerte pecho Y dentro de Venezuela  
Su nombre nos lo decia, Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido  
Do dije y en la tierra circunstante,  
Supo ser el Espira fallecido,  
Y sin avío ni favor bastante,  
De todos los soldados compelido,  
Procuró de pasar mas adelante,  
Y llegó con la gente memorada  
A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,  
Pero no quiso ser en el concierto,  
Antes con una breve compañía  
Luego determinó volver al puerto,  
Como quien el gobierno pretendia,  
Que por su gran valor lo tuvo cierto :  
Y porque son prolijos sus procesos,  
Después os contaremos los sucesos.

### ELEGIA III.

*A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.*

#### CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,  
Y al mundo se mostró quien lo sustenta,  
Computadas las vueltas del esfera  
Donde febea lumbre se aposenta,  
Tomando del oca la carrera,  
Eran mil y quinientos y euarenta  
Quando Filipe de Uten, mozo tierno,  
Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia  
Hombres valerosísimos regia,  
Su seso, su valor y su prudencia  
La falta de los dias encubria,  
Donde mostraba bien la descendencia  
Generosísima de do venia ;  
Cuya virtud muy mas notoria fuera  
Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,  
Y publicadas estas provisiones,  
Quiso ver otra vez el Papamene  
Y escudriñar de choques los rincones,  
Por parecer á todos que conviene  
Ver el remate de sus poblaciones ;  
Y con algunos para tal efeto  
Se partió para Barraquicimeto.

Para que por allí se entretuviese  
Y la gente mejor se sustentase,  
Y el resto de soldados lo siguiese  
Después que cada cual se preparase,  
Dejóles orden antes que se fuese,  
Y diestro capitán que los llevase ;  
Mas antes que saliese del asiento  
De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpias era  
Principal adalid á maravilla,  
Alcalde mayor Pedro de Ribera,  
Un noble caballero de Sevilla,  
Y Naveros llevaba la bandera,  
Deudo del contador de aquella villa,  
El Arteaga, principal caudillo,  
Y con ellos Toribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemán,  
Hijo de generosa parentela,  
También Diego de Montes, cirujano,  
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,  
Con ellos Joan Dominguez Tutillano,  
Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,  
Pacheco, Joan Ibañez, vizcaino,  
Valdameda, Briceño y Palomino.

Fué también Joan Martinez Palomero,  
Y el de su natural Joan de la Rosa,  
Cada cual de los dos tan buen guerrero  
Que podian fialles cualquier cosa;  
Ansimismo volvió por compañero  
El Bartolomé Sanchez de Hermosa,  
Con otros que ponemos en historia  
Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,  
Hoy en aquella tierra tesoroero,  
Que por su gran valor y fuertes bríos  
Bien podia tener lugar primero,  
Como quien en sangrientos desafíos  
Nunca dejó de ser el delantero;  
El cual también en las demás entradas  
Habia hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebiendo  
Los que seguian el guerrero bando,  
De la ciudad de Coro van saliendo  
Para do los estaban esperando:  
Arteaga los anda recogiendo,  
E yendo con cuarenta caminando,  
En unas angosturas, giraharas  
Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,  
Picáronles las flechas y arpones:  
Hirieron á Trebejo y á Cataño  
Pasándole las armas y riñones;  
En indios de servicio hacen daño  
Quitándoles algunas municiones.  
Crece la furia deste torbellino  
Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga  
Para poder salir del angostura,  
Húbose de apea el Arteaga,  
Y fué subiendo por aquel altura,  
Vestido de escopil, espada y daga,  
Cubierto con el monte y espesura,  
Hasta tomar el alto de la frente  
Que tenia gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron  
Tras Arteaga va gente rompida,  
Los cuales de tal suerte pelearon  
Que los indios pusieron en huida:  
Espadas ensangrientan, y cobraron  
Hacienda que tenían ya perdida;  
Salieron todos luego del estrecho  
Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,  
Cuya herida fué mas intestina,  
Pues para clara muestra de su daño,  
Por el mismo camino de la urina  
Salía presurosa por el caño  
No poca cantidad de sangre fina;  
Pero la cura fué por tal concierto  
Que de heridas fué ninguno muerto.

Segue mas adelante su camino  
El Arteaga con los que llevaba,  
Hasta tanto que ya con ellos vino  
Donde Filipe de Uten esperaba:  
Viendo después que para su desino  
El resto de la gente no llegaba,  
Mandó volver á Coro seis soldados,  
Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas  
Para llegar á los marinos puertos,  
De giraharas, gentes atrevidas,  
Fueron estos soldados descubiertos;  
Que puesto que vendieron bien sus vidas,  
Al cabo todos ellos fueron muertos,  
También Pacheco, padre de doña Ana,  
Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán, que espera mas pujanza,  
Ignora la desgracia sucedida.  
Muchos meses vivió con esperanza,  
Su gente fatigada y afligida;  
Y así viendo ser grande la tardanza,  
Con ciento y doce hizo su partida,  
Pues hacer otra cosa no podia  
Por la gran hambre que se padecia.

Pues á miseria y anihilamiento  
Era venida toda la grandeza  
Que solia tener cualquier asiento,  
Y tales los estremos de pobreza  
Que cimbrucos eran alimento,  
Fructa que tiene forma de cereza,  
Y aun estos en los montes ya faltaban  
Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles  
Llevó mas adelante sus soldados,  
Con otras desventuras mas terribles  
Por hallarse los campos anegados,  
Y demás de las hambres invencibles  
De tigres todas horas infestados,  
Cuyas entrañas fueron sepulturas  
De muchas racionales criaturas.

Y á un rocin que estaba descansando,  
De todos el mayor y mas crecido,  
Llevó mas de cien pasos arrastrando  
Un tigre, sin poder ser socorrido:  
Después la gente que lo va buscando  
Hallaron el pescuezo ya comido;  
Y un Alonso Garcia de Ribera  
También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado  
Y dentro de pajizos aposentos,  
Arrebató también otro soldado,  
Junto de Villagrán y de Barrientos:  
Gritos oyeron dar al desdichado,  
Despiertan los que estaban soñolientos,  
Ocurre luego cierta compañía  
Por dar vida á quien ya no la tenia.

Llegando cerca pues doce cristianos,  
Con Villagrán apechugó la plaga  
Llevándolo también, y allí cercanos  
Gonzalo de los Rios y Arteaga  
Luego se lo quitaron de las manos,  
Puesto caso que no sin una llaga  
Que descubrió los huesos de la frente;  
El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarca, se nos cuenta  
Estar en un buio recogidos  
Indios en cantidad mas de cuarenta,  
Con palos gruesos muy fortalecidos;  
Mas al techo subió fiera hambrienta,  
Y sin aprovechar grandes ruidos,  
Saltó por la cumbra ya rompida,  
Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada  
Con el rigor que tengo referido,  
Dieron en el camiuo de Quesada  
Y Montalvo de Lugo, que salido  
Habian deste reino de Granada  
Con número de gente bien crecido,  
Dejando ya por aquellos desiertos  
Cantidad de indios y españoles muertos.

Iban también en busca del Dorado,  
Y así siguen tras ellos estas gentes  
Por un terreno cuasi despoblado,  
Rodeados de mil inconviuentes;  
Pasaron el Guayare ya nombrado,  
Por caminos y pasos diferentes  
De cuando vieron antes esta tierra,  
Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpías decia, que conviene  
Seguir los pasos del amigo viejo,  
Y porque por oráculo se tiene  
De la gente comun aquel consejo,  
Vieron segunda vez el Papamene,  
Y pasaron también rio Bermejo,  
Do por la hambre ser tan excesiva  
Fué milagro quedar persona viva.

Van por tierras de todo bien extrañas,  
Sin que reconociesen mejoría,  
Rompiendo por tan ásperas montañas  
Que cuasi luz del cielo no se vía:  
Algunos ranchos ballan y cabañas  
Absente dellas toda compañía,  
Continuando siempre su jornada  
Por rastro de Jimenez de Quesada.

Y así subir la sierra se procura,  
Por subidas tan ásperas y malas,  
Que para se poner en el altura  
Eran bien menester ligeras alas:  
Algunas veces van por peña dura,  
Otras con azadon hacen escalas,  
Sin sillas y sin fustes los caballos  
Para poder mejor encaminarlos.

Quien discrepa por los despeñaderos  
Puede de solo Dios ser socorrido;  
Camino les dejaron los primeros,  
Pero ya lo hallaron destruido  
A causa de terribles aguaceros  
Con tempestuosísimo ruido,  
Que por aquellas ásperas vertientes  
Suelen en todo tiempo ser frecuentes.

Ansí que, las cansadas compañías,  
Aquellas asperezas ya subidas,  
En lo alto pararon ciertos días,  
Por se hallar maíz y otras comidas;  
Y aunque las casas de indios ya vacías,  
A muchos fatigaron con heridas,  
A causa de tener en las entradas  
Gran cantidad de puyas soterradas,

Y en las labranzas en el suelo llano,  
Do mas acude la cudeicia loca,  
Y aun dentro del espiga de aquel grano,  
Y en la madura fruta que provoca  
A que la coja la hambrienta mano,  
Con riesgo de los dedos y aun de boca,  
No siempre remediado de Minerva,  
Pues las mas destas puyas tienen yerba.

Son estos indios grandes carniceros,  
Siu reservar hermano ni aun hermana;  
Comunicanse desde los oteros  
Por percebirse bien la voz humana,  
Mas para ir fronteros a fronteros  
Han menester salir bien de mañana,  
Pues en los altos esta cercanía  
Por las profundas vias se desvía.

Y así tres indios desta torpe gente,  
Que los cristianos iban acechando,  
Dieron con Artiaga de repente  
Que revolvió tras ellos braveando;  
Y por huir aquel inconviniente,  
Del aspero camino, desliziando  
Rodando se hicieron mil pedazos,  
Cabezas, manos, piés, piernas y brazos.

Lo cual no tengo yo por maravilla,  
Pues ya me vi con seis, gente de flecha,  
Viniedo solo por una cuchilla  
De sierra, por los lados muy derecha:  
Uno tras otro sube la cuadrilla  
A causa de la senda ser estrecha;  
Dióme su vista luego sobresalto,  
Mas consoléme por tener el alto.

A todos fué la vista repentina,  
No sé para cuál parte mas molesta,  
Mas la mia seria muy atina  
Con tener las tres piedras y la cuesta:  
El escuadron feroz se determina,  
El espada también se hizo presta;  
El riesgo no consiente ser tardío,  
Y el miedo mío proveyó de brio.

Apechugué con ellos denodado,  
Con la rodela y el acero fino:  
Apártanse del mozo desbarbado,  
Y ocupados de grande desatino,  
Van rodando por uno y otro lado,  
Dejándome sin matas el camino,  
E yo puse los piés en tal concierto  
Que no curé de ver si se habían muerto.

Mas quiero concluir lo comenzado,  
Volviéndome á la gente detenida,  
Los cuales procuraron con cuidado  
Buscar alguna buena descendida:  
Esta fué con trabajo tan pesado,  
Que no fué sin gran riesgo de la vida,  
Hincando estacas y cavando tierra  
Para mejor bajar aquella sierra.

Y aunque mas procuraban ayudallos  
Para que descendiesen con gran tiento,  
Al fin se despeñaron tres caballos  
Que les sirvieron de mantenimiento,  
Bajando por peñascos á buscillos  
Con notable pasion y detrimiento;  
Y después de bajar despeñaderos  
Dieron en ciénagas y atascaderos.

Lo cual causó grandísima molina  
Por quedarse caballos y cristianos,  
Puesto que echaron ramas y fagina  
Sin descansar las mas hidalgas manos;  
Pero con todo esto se camina  
Cuasi desesperados y mal sanos,  
Hasta que ya llegó nuestro gentío  
A la ribera de un potente río.

Donde hallaron árboles uveros,  
Bien conocidos ya de los antiguos,  
Que para los hambrientos compañeros  
No dejaron de ser buenos amigos,  
Por tener sus racimos muy enteros,  
Las uvas dellos grandes como ligos,  
De gran suavidad y cordiales,  
Y estos árboles son como nogales.

Fuera del río ya, dicho Montoa,  
El cual pasaron trabajosamente  
Unos á nado y otros en canoa,  
Pedro de Limpias con alguna gente  
Acia septentrion puso la proa,  
Los otros á la parte del oriente;  
Y así de tal manera caminaron  
Que en tres meses ó mas no se juntaron.

El Limpias pues guiaba su camino  
Por rastro de Jimenez de Quesada;  
Los de Filipe de Uten van á tino  
Por montañas de tierra despoblada,  
Y una noche terrible torbellino  
Cargó sobre la gente fatigada,  
Del cual poder salir hombre nacido  
Se tuvo por milagro conocido.

Por la ferocidad con que venia  
El impetu terrible de los vientos,  
Agua por alto y bajo combatia  
Los miseros cansados y hambrientos;  
Ninguno voz del otro percebia,  
Ni salen bien forjados los acentos,  
Y aquel estruendo grave y el ruido  
A todos los sacaba de sentido.

Invalenciendo la tormenta brava,  
Roba de selvas hojas y matices;  
A grosismos árboles quebraba  
De sus ramosos altos las cervices,  
Y aquel que de su tronco confiaba,  
Al cielo levantaba las raices:  
El remor, el sonido y estampida  
Hace que desconfien de la vida.

Segun el gran ruido y alboroto  
Parece de demonios ser dominio,  
Terrible huracán nada remoto  
De los portentos que nos cuenta Plinio,  
Y con similitud del terremoto  
Del tiempo de Tiberio y de Flaminio:  
Mas, ó gran Dios, pues en males tan llenos  
La tormenta ninguno hizo menos.

El fatigado y miserable bando,  
Sin poder de un lugar hacer desvío,  
A Dios de corazon están llamando,  
De viento traspasados y rocío;  
En tierra de calor están temblando,  
Creo que de temor mas que de frío,  
Y todos ellos con inmensa gana  
De ver el resplandor de la mañana.

Estando con aquel mortal recelo  
Que al mas fuerte varon enflaquecia,  
Vieron el resplandor del turbio cielo,  
Por donde conocieron ser de dia;  
De lo cual recibió muy gran consuelo  
La mas que miserable compañía,  
El impetu terrible ya mas manso,  
Pero todos ajenos de descanso.

Estando todos ellos empapados,  
Prosiguen sus prolijas estaciones:  
Los pasos se hallaban ocupados  
De las rompidas ramas y troncos;  
Arbores prepotentes arrancados  
Que ceñir no pudieron seis varones;  
No podia pasar rocin ni yegua,  
Y esto por mas espacio de una legua.

Por lo mas escombrado buscan via,  
Sin concluirse tiempo fortunoso;  
Mas con estas zozobras aquel dia  
Salieron á lugar mas espacioso,  
Y Cristóbal de Rivas tomó guia,  
Como soldado diestro y animoso,  
Con la cual saltaron un asiento  
Adonde se halló mantenimiento.

Halláronse comidas de sustancia,  
De que se proveyeron los soldados,  
Y en obra de una legua de distancia  
Treinta pueblos de indios bien poblados:  
De Coagoa es la circunstancia,  
Provincia de los choques ya nombrados;  
Allí por se hallar tan buen gobierno  
Pasaron lo restante del invierno.

Entre tanto que el campo se repara,  
Salían á correr esta frontera  
Mucha gente que aquí no se declara  
Con Bartolomé Berzar y Ribera,  
Gonzalo de los Rios y Guevara,  
Rivas, Olea, Pedro de Herrera,  
Y Damián de Barrios y Barrientos,  
Hombres que bien probaron sus intentos.

Fuera del campo todas estas gentes  
Con los soldados de mayor provecho,  
Rancheando por partes diferentes  
Sin les acontecer notable hecho,  
Conociendo los choques ser absentes  
Por indios que ponian en acecho,  
Mucha bárbara gente se convoca  
A dar en la cristiana, por ser poca.

Ciertos de sus inciertas confianzas,  
Encubiertos por montes y quebradas,  
Caminan las guerreras ordenanzas  
Con paveses y adargas muy pintadas,  
Gran número de dardos y de lanzas  
Con las puntas agudas y tostadas,  
Y dan á mediodía de improviso  
En los que reposaban sin aviso.

Y como fuese tanta la ventaja  
Que hacian los dardos al espada,  
Al buen Diego de Montes y á Gibaja  
Hieren de la primera rociada;  
El caso repentino los ataja,  
Arma del español anda turbada,  
Ocurren luego para los caballos,  
Y á gran prisa procuran ensillarlos.

Con golpes que le daban los atroces,  
Diego de Montes anda fatigado:  
Vivo lo llevan, y aun le dan de coces,  
Cuasi lo tienen ya supeditado;  
Acude para él Joan de Quincoces  
Como valerosísimo soldado,  
El cual del escudron lo sacó vivo,  
A pesar del ejército nocivo.

Otro gran escudron por hacer presa  
A puerta de un buho se abalanza,  
Mas una mujer fuerte portuguesa  
Arrebató en las manos una lanza,  
Y lo hizo volver mal que le pesa  
Con tanto mas desorden que ordenanza,  
Y en el conflicto hizo por su parte  
Lo que pudo hacer el fiero Marte.

El dardo de los indios es el gallo,  
Y las gallinas el espada y daga  
De soldados algunos que me callo;  
Mas ya Filipe de Uten y Artiaga  
Salen armados ambos á caballo,  
El escudron rompiendo desta plaga;  
Pero cierto gandul mas atrevido  
Al buen Filipe de Uten ha herido.

Allojó del furor el varon fuerte  
Por el grave dolor de la herida,  
La cual terrible fué, mas no de muerte,  
Y menos español perdió la vida;  
El cual indio, demás de la tal suerte,  
La lanza le tenia muy asida,  
Y viéndolos andar en este juego  
El Martin de Arteaga vino luego.

Y así para venganza deste hecho,  
No menos que leon determinado  
Atravesóle el asta por el pecho  
Y el hierro le salió por el costado,  
Haciéndole soltar á su despecho  
La lanza, del vivir desconfiado;  
Mas antes de llegar eterno llanto,  
Tres gritos tales dió que puso espanto.

Conociendo la sucia pestilencia  
Ser de su capitán aquellos gritos,  
Y como ya tenían esperiencia  
No ser las picaduras de mosquitos,  
Determinaron de hacer ausencia  
Dejando los recuentros y conflictos;  
Y perdida la furia que se trajo,  
Descuélganse por una cuesta abajo.

Fueron del Arteaga perseguidos  
Sin dalles un momento de sosiego,  
Pero los arcones de podridos  
Faltaron, y él también se volvió luego  
Al lugar donde estaban los heridos,  
Pues fuera mas segnillos caso ciego;  
Y en este duro trance, no pequeño  
Valor manifestó Saucha Bricieño.

Escarmentados pues de las rencillas,  
Túvose vigilancia conviniente;  
Vinieron luego todas las cuadrillas,  
Llegó Pedro de Limpias con su gente,  
Que después que bajó por las orillas  
Del rio de Montoa prepotente,  
En busca de Jimenez de Quesada,  
No se pudo juntar con el armada.

El cual Quesada, no sin harto gasto  
De vidas, y perdido y estragado  
De todos sus soldados el gran fasto,  
Había por las sierras declinado  
Hasta llegar á términos de Pasto,  
De gente de Pirú recién poblado;  
Y así Limpias por ver estar distante  
No curó de pasar mas adelante,

Por llevar cercenados los poderes  
Y el número de gente ser pequeño:  
Iba con él Naveros el alférez,  
También Francisco Sanchez, extremeño,  
Y Joan Galán, Leon, Salvador Perez,  
Sarmiento, Santa Cruz y Joan Sedeño,  
Con otros que serian hasta treinta,  
Todos ellos soldados de gran cuenta.

Orilla de Montoa, con pesares  
De no hallarse cosa de vianda,  
Van indagando villas ó lugares,  
Mas no hallaban por aquella banda  
Sino ciénagas grandes y balsares  
Que perturbaban siempre su demanda;  
Y un dia por orilla de aquel rio  
Vieron con indios indico navio.

Los indios mas adentro se metieron,  
Huyendo como vieron la cuadrilla,  
Mas con señas de paz que les hicieron  
Con recato volvieron á la orilla,  
O por algun rescate que les dieron  
Debióles parecer gente sencilla,  
Y así por ruego de los castellanos  
Llamaron otros indios comarcanos.

Vino su principal llamado Cathe,  
 Con mucha gente tan apercebida  
 Como si fueran para dar combate,  
 Mas de mantenimientos proveida;  
 Y así por pocas cosas de rescate  
 Les dieron oro, frutas y comida,  
 Y por persuasión de mucha gente  
 Prometen de volver día siguiente.

Pedro de Limpias pues allí se queda,  
 Y el día concertado ya venido,  
 En el monte se mete y arboleda  
 Para que presumiesen ya ser ido,  
 Y destos indios guía tomar pueda;  
 Los cuales, por cumplir lo prometido,  
 Con número crecido de canoas  
 Al ya dicho lugar guían las proas.

De dardos y guerreros instrumentos  
 Los vasos de canoas traen llenos:  
 Si vienen con rünes pensamientos,  
 Pedro de Limpias no los tiene menos:  
 Como gentes no ven, alzan atentos  
 Los ojos por aquellos anchos senos;  
 Cathe por recelar casos siniestros  
 Luego hizo salir dos indios diestros.

Andan por todas partes descubriendo  
 Aquestas dos espías qué envidia,  
 Y como nada sienten del estruendo  
 Que hace semejante compañía,  
 Al Cathe capitán vuelven diciendo  
 Cómo ninguna cosa parecía,  
 El cual saltó teniéndolo por cierto,  
 Con obra de cien indios en el puerto.

Espera cada cual en su galera  
 Del resto de la gente que quedaba;  
 La que saltó salió de la ribera  
 Negocio que la nuestra deseaba,  
 Y así viendo ya cómoda carrera,  
 El español salió de donde estaba,  
 Como halcón veloz por la dehesa  
 Cuando se abate para hacer presa.

Los indios todos vienen bien armados,  
 Pero con el asalto repentino  
 Sus duros tiros fueron ocupados  
 De terrible temor y desatino:  
 Fueron por los caballos rodeados  
 Por una y otra parte del camino;  
 Hubieron finalmente los cristianos  
 Al Cathe y otros indios á las manos.

Viendo los que quedaron en el río  
 Cuán mal les sucedieron estos hechos,  
 Por los dos indios que con desvario  
 No descubrieron bien estos asechos,  
 De disculpa y razón hecho desvío,  
 Ambos los traspasaron por los pechos,  
 Y les quebraron piés, piernas y brazos,  
 Haciéndolos allí cien mil pedazos.

Luego de sus cornetas hay repique  
 Para se convocar la gente brava:  
 Salen del agua todos muy á pique  
 Proveída de tiros el aljaba,  
 A fin de libertar á su cacique,  
 Que ya Pedro de Limpias les llevaba;  
 De lebreles rabiosos es la furia  
 Para vengarse de tan gran injuria.

Con protervo furor los van siguiendo,  
 Infinidad de dardos disparando;  
 Los nuestros, muchas veces revolviendo,  
 Rompen el escuadrón alanceando;  
 Los vivos, en sus furias insistiendo,  
 En gran aprieto ponen nuestro bando;  
 Mas viendo Limpias ser este debate  
 Porque soltasen al cacique Cathe,

El agudo cuchillo se adereza,  
 Y de los otros indios que traían  
 A uno le cortaron la cabeza,  
 Y en una lanza puesta, les decían  
 Ser de su capitán aquella pieza,  
 Y el rey que demandaban y querían;  
 Cesó de su demanda la recuesta  
 Desde que vieron en la lanza puesta.

Como furor de perros importuno  
 Que vienen á morder por tales modos  
 Que para sus defensas es alguno  
 Diestro varón en menear los codos,  
 Y si con el espada hiere uno,  
 Viendo quejar aquel huyeron todos,  
 Dejando proceder al peregrino,  
 Sin mas perturbación de su camino:

Así viendo poner la falsa muestra,  
 Pararon los rabiosos escuadrones,  
 Y á la mano siniestra y á la diestra  
 Suenan aullidos y lamentaciones,  
 Dejando caminar la gente nuestra  
 Guiada de sus mismas intenciones;  
 Y así tomaron rastros y llegaron  
 Donde los compañeros invernarón.

Esta venida dió grande contento,  
 Y dadas de lo visto relaciones,  
 Determinaron de mudar asiento  
 Y entrarse mas en estas poblaciones,  
 Por proceder en el descubrimiento  
 Y quebrantar soberbios corazones;  
 Pues suele muchas veces osadia  
 Suplir lo que la fuerza no tenía.

Deste primer asiento largos trechos  
 Había, sin labranzas, campo raso,  
 Que para uso de guerreros hechos  
 A ellos les hacía muy al caso,  
 Pero lleno de yerbas y helechos  
 No menos al oriente que al ocaso;  
 Ocuparon aquesta circunstancia  
 Con toda la posible vigilancia.

Y como sea ya vieja costumbre  
 No comportar el corazón humano  
 Una sobresaltada pesadumbre  
 De ver á su contrario tan cercano,  
 Convocóse de indios muchedumbre  
 Contra las flacas fuerzas del cristiano,  
 Y en breve tiempo fueron congregados  
 Mas de quince mil indios bien armados.

También Cathe huyó por mal recado,  
 Y con ellos ansimismo se cierra  
 Avivando furor ya comenzado  
 E incitándolos para la guerra,  
 A trueco de se ver allí vengado  
 De los que lo sacaron de su tierra;  
 Y según se me dan las relaciones,  
 Dicen que les habló tales razones:

« No sé si juzgareis á disparate  
 Lo que digo, señores de Coagoa,  
 Porque debéis saber que yo soy Cathe,  
 Señor de las riveras de Montoa,  
 Cuyas industrias en cualquier combate  
 No dejan de tener eterna loa;  
 Mas ó por propio ó por ajeno yerro  
 Me hacen padecer este destierro.

» Porque salteadores y ladrones  
 Que ya teneis en vuestras vecindades,  
 Debajo de dañadas intenciones  
 Conmigo celebraron amistades;  
 Mas luego me pusieron en prisiones,  
 Descubriendo sus malas voluntades;  
 Sácanme de mis tierras en cadenas  
 Sin me las aljojar en las ajenas.

» Y como quien á mal está subyeto  
 Procura quebrantar la ligadura,  
 Mis deseos vinieron en efeto  
 Anoche por mostrarse muy oscura,  
 Y el caso se me hizo mas aceto  
 En venir á tan buena coyuntura,  
 Por entender que para nuestro hecho  
 Mi venida será de gran provecho.

» Y así quiero yo ser en el concierto  
 Para participar de vuestra gloria,  
 Teniendo, como tengo, por muy cierto  
 Que nunca volveréis sin la victoria;  
 Pues cada cual está ya cuasi muerto,  
 La poca cantidad nos es notoria,  
 La cual si yo no hice mal la cuenta  
 Con mas de diez no llegan á noventa.

»Demás de ser en esto tan sencillos,  
De llagas incurables están llenos  
Desde las manos hasta los tobillos,  
Pues tiene dos y tres quien tiene menos :  
Andan chapados, tristes, amarillos,  
De corporales fuerzas muy ajeos,  
Y el que parece dellos ser mas fuerte  
Es el mismo retrato de la muerte.

»Y aquellos en quien ponen ciertas sillas  
Do suben con grandísima destreza,  
Apretándolos entre las rodillas,  
Y son venados en la lijereza,  
También podeis contarles las costillas  
Por ser demasiada su flaqueza,  
Y puede quien ganar valor estima  
Derriballo con el que viene encima.

»Ansi que, pues victoria nos convida,  
Sin nos contradecir impedimento,  
Apréstese la gente recogida  
Y vamos á gozar deste contento ;  
Pues cuanto mas veloce la partida  
Mas presto gozareis del vencimiento :  
Muchos y sanos vamos contra cojos,  
Y recios y robustos contra flojos.»

Después que Cathe dijo su conceto  
Púsose la canalla mas lozana,  
Su parecer juzgando por discreto,  
Demás de lo tener ellos en gana :  
Muévense luego para tal efecto  
Otro dia siguiente de mañana,  
Con tantas lanzas, dardos y paveses  
Que henchian zavanas y conveses.

Segun acuden los lascivos ciervos  
A las gamitaderas y añagazas,  
Y á carne muerta carniceros cuervos  
Que por acá llamamos gallinazas :  
Con tal impetu vuelan los protervos  
Haciendo sus comunes amenazas,  
E yendo cerca ya de nuestra gente  
Dan con dos españoles de repente.

El uno fué Francisco de la Torre,  
Al cual agora para que no muera  
Su propia lijereza lo socorre,  
Mas presto dará fin á su carrera ;  
El otro miserable que no corre  
Alli vido su hora postrimera.  
Y el Torre, que escapó, yendo huyendo  
A grandes voces ; arma ! va diciendo.

Los cristianos, que deste rompimiento  
Un punto no vivian descuidados,  
A las voces acuden al momento  
Con las posibles armas preparados :  
En dos partes se parten con gran tiento  
Peones y caballos mal armados ;  
A manera se tienden de dos alas,  
No sin temor de tantas gentes malas.

Filipe de Uten, Pedro de Ribera,  
Al ala de la mano del poniente,  
Limpias con la demás gente guerrera  
Cayeron á la mano del oriente :  
Ordenados así desta manera  
Vieron la muchedumbre de la gente,  
Tantos paveses, dardos, lanzas tantas,  
Como de espesa silva verdes plantas.

Pareciós tener el horizonte  
Que por alli divisan encubierto,  
Y con grave temor á prima fronte  
El mas fuerte se tiene ya por muerto ;  
Mas tantearon el espeso monte  
Cómo viene sin orden ni concierto ;  
Luego Filipe de Uten, como debe,  
Alli habló segun el tiempo breve.

«Caballeros, tengamos en memoria  
De suplicar á Dios devotamente  
Que nos dé de su mano la victoria  
Como guerreador omnipotente ;  
Porque nosotros por razon notoria  
Poco podemos contra tanta gente,  
Mas do su Majestad pone la mano  
El mas alto poder se hace llano.

»Diérame mas temor la gran frecuencia  
Del concurso que vemos importuno,  
Si no supiera yo por experiencia  
El supremo valor de cada uno ;  
Pues todos los que sois en mi presencia,  
Sin que dejemos uno ni ninguno,  
Del número que vemos ni otro tanto  
No suele fatigarse con espanto.

»Bárbaros son soeces y abatidos,  
Cuyos furores hoy serán concludos ;  
Conozco ser salvajes atrevidos,  
Mas no deben tener guerreros usos,  
Pues no vienen por orden repartidos  
Sino todos revueltos y confusos ;  
Y para salir bien de nuestro hecho  
No me parece ser poco provecho.»

Viendo los enemigos ya cercanos  
No procedió la habla comenzada,  
Antes vinieron todos á las manos  
Apretando la lanza y el espada :  
Los dardos ocupaban los cristianos  
Con una y otra y otra rociada ;  
El aire se rompía con tal grita  
Que el águila caudal se precipita.

Francisco de la Torre con sus hechos  
Hacia su virtud bien conocida,  
Mas rompiendo lugares mas estrechos  
Al caballo le dan una herida,  
Y á él le segundaron por los pechos,  
De que perdió después la cara vida ;  
Cuyo valor y fuerza fué tan alta  
Que su persona hizo harta falta.

Por ser de gran valor y gran consejo  
Dolió la muerte deste caballero,  
Y dicen ser la causa Joan Trebejo  
Por apartarse de su compañero.  
Menea pues las armas el mas viejo  
Como si fuera mozo muy entero ;  
Al fin en la batalla peligrosa  
Procura hacer mas quien menos osa.

Necesidad al flaco hace fuerte  
Ensangrentando la cristiana lanza ;  
Cada cual quiere mejorar su suerte  
Pesándole de ver tanta tardanza :  
Los nuestros por librarse de la muerte,  
Los indios con deseo de veñanza,  
Mas por venir revueltos de mal arte  
Llevaban sobre si la peor parte.

Acude luego con sus compañeros  
El Limpias, que tardó por buenos trechos,  
Porque cayeron cuatro caballeros  
Yendo por entre ramas de helechos,  
En encubiertos troncos ó maderos  
Como si fueran puestos por asechos,  
Y esperan los demás por ayudallos  
Hasta que ya cobraron los caballos.

Partieron luego con gentiles brios  
Alanceando por una ladera,  
Mas hieren á Gonzalo de los Rios  
Y el caballo de Pedro de Ribera :  
Enciéndense sangrientos desafíos,  
Ninguno de victoria desespera ;  
Ansimismo rompiendo por la plaga  
Hirieron el caballo de Arteaga.

Resuenan por los valles mas abiertos  
Las voces de guerreras confusiones ;  
De sangre campos verdes ya cubiertos,  
Gemidos suenan y lamentaciones ;  
Huellan caballos sobre cuerpos muertos,  
La misma huella llevan los peones ;  
No pueden numerarse los caidos  
Porque dellos montones hay crecidos.

Bien como cuando campo se embaraza  
Con mieses sazonadas en calores,  
Y por alguna parte de la haza  
Entraron encorvados segadores,  
Que cortando las cañas hacen plaza  
Formando dellas haces muy mayores,  
Y aquella silva larga del barbecho  
A lugar se recoge mas estrecho :

Ansi de la zavana, que cubierta  
Está de la nacion feroz y brava,  
Arma del Español en la reeriba,  
Piés, manos y cabezas derribaba,  
Y aquella multitud de gente muerta  
Los menores espacios ocupaba,  
Porque los ya caídos en la guerra  
Pocos estorbos ponen en la tierra.

Llegó de nuevo cierta compañía,  
A morir ó vencer determinada:  
Con tal impetu rompe, que ponía  
En gran riesgo la gente baptizada;  
Alli ninguno de otro ya confía  
Sino de solo Dios y de su espada,  
Y ofreciense tantos embarazos  
Que no bastaba ya fuerza de brazos.

Mas como gentes sabias y advertidas  
En los demás recuentos y desmanes,  
Ejecutaban siempre las heridas  
En los que parecian capitanes,  
Corriendo mucho mas riesgo sus vidas  
Por venir mas compuestos y galanes,  
Viendo que si los tales hacen falla  
Aloja de su furia la canalla.

Y ansi, la falta destes conociendo  
Los indios á los nuestros mas cercanos  
Hincaban por los cuentos, ya huyendo,  
Los dardos que llevaban en las manos,  
Para que si los fuesen persiguiendo  
En ellos se clavasen los cristianos,  
Segun suelen con lazos los absentes  
Matar los animales inocentes.

Cuando ya demediaba su carrera  
Aquel cuya presencia hace día,  
Y el uno y otro polo de la esfera  
En iguales espacios repartía,  
 Toda la multitud de gente fiera  
 Cesó de la demanda que traía,  
 Metiéndose por montes y quebradas,  
 Dejando descansar nuestras espadas.

Los nuestros no mitigan sus denuecos  
Con ponelles cansancio duros grillos,  
Y ansi ningunos dellos están quedos,  
Antes mueven apriesa los tobillos,  
Mas con intento de ponelles miedos,  
Que por gana que tienen de seguillos;  
Pero por el peligro circunstante  
No quisieron pasar mas adelante.

Dieron gracias á Dios como cristianos,  
Que con tan gran victoria los consuela,  
Curaron á heridos cirujanos  
Y el licenciado Pedro de la Muela,  
Que fué de los mas viejos baquianos  
De la gobernacion de Venezuela,  
En su facultad hombre de substancia,  
Y en guerras no de menos importancia.

Pasados los sanguineos efetos  
Y trances regurosos deste día,  
Los indios estuvieron mas quietos,  
Pues á guerra ninguno se movía;  
Pero como los hombres son subyectos  
A males que la nueva tierra cria,  
Demás de fiebres, mal que comun era,  
Muchos adolescieron de ceguera.

Demás de sinsabores y de enojos,  
Erales el dolor tan importuno  
Como si les picaran con abrojos;  
Y por ser el remedio tan ninguno  
Hubo quien se quedó sin ambos ojos,  
Y otros, que es menos mal, con solo uno:  
Demás desto, de indios y otra gente  
Murieron muchos repentinamente.

Cayeronse también caballos muertos,  
Para sus dueños grave desconsuelo;  
Otros de lepra llenos y cubiertos,  
Otros sin les quedar un solo pelo.  
Causaban otros muchos desconciertos  
Las malas influencias de aquel suelo:  
La sal, que es gran socorro de la vida,  
Alli nunca jamas fué conocida.

Viéndose pues de sanidad remotos  
Y en el número menos que bastante,  
Las ropas y vestidos muy mas rotos  
Que los del mas mendigo mendicante,  
Hecha consulta, fueron los mas votos  
De se volver sin ir mas adelante:  
Solo Filipe de Uten y Arteaga  
Eran de parecer que no se haga.

Y por muchas razones mas se aprueba  
El parecer comun que de los menos,  
Por el gran desavio que se lleva  
Y todos de salud estar ajenos,  
Demás desto, tener por cierta nueva  
Estar de indios ya los campos llenos,  
Teniendo por locura conocida  
Entrar donde era cierta la caída.

Y ansi, como tuviesen en la mano  
Para su prolijísimo camino  
El apacible tiempo del verano,  
La gente se volvió por donde vino,  
Aunque para salir al largo llano  
Procuraron cortar con mejor tino,  
Saliendo destes choques y su tierra,  
Sin volver por los altos de la sierra.

Mas cayeron en grandes despoblados  
Y en partes espesísima montaña,  
Adonde fueron muy menoscabados  
Por aumentarseles enferma saña  
Que consumió gran copia de soldados,  
Hombres que no se daban mata maña:  
Destos fueron Gutierrez y Gibaja,  
Y antes Francisco Sanchez se aventaja.

Abreviando salidas destes senos,  
Hallan los rios como les conviene,  
Montoa y el Bermejo menos llenos,  
Pues ninguna creciente los detiene;  
Tornaron á beber ya muchos menos  
Del afamado rio Papamene;  
Al fin salió la gente fatigada  
A tierra mas alegre y esconbrada.

Pero campos de todo bien esquivos,  
Y para socorrer á su tormenta  
Solos trece caballos llevan vivos;  
Españoles no llegan á sesenta;  
Adelante prosigue sus motivos  
La gente consumida de hambrienta,  
Indagando por aquellos rincones  
Algunas proveidas poblaciones.

Llevando ya caídas las cervices  
Y los colores no como rubies,  
Arrimáronse mas á las raices  
De la sierra y á tierra de Guaypies,  
Donde hallaron copia de maices  
Y muertos cantidad de jaballes:  
Hubo sal ansimismo de por medio,  
Que fué lo sustancial de su remedio.

Recogieronse mantas de algodones,  
Para su desnudez grande reparo,  
De que hicieron calzas y jubones,  
Que ya tomaran ellos por mas caro.  
Captivaron mujeres y varones,  
Puesto que dieron ya de día claro,  
Y un indio de los puestos en collera  
Con el Limpias habló desta manera:

«Bien adevino yo lo que tú quieres,  
Porque vuestras demandas son antiguas,  
Mas cuán angostos sean mis poderes  
No menos que por ojos averiguas;  
Mas si también desear ver mujeres,  
Diréte dónde viven maniriguas,  
Que son mujeres sueltas y flecheras,  
Con fama de grandisimas guerreras.

«Lindos ojos y cejas, lisas frentes,  
Gentil dispusicion, belleza rara,  
Los miembros todos claros y patentes,  
Porque ningun vestido los repara,  
Y tienen en las partes impudentes  
Mas pelos que vosotros en la cara:  
Aquellos solos sirven de cubierta  
Para no ver los quicios de la puerta.

»De sus consorcios y congregaciones  
Fea, contrahecha, manca se destierra;  
No quieren compañía de varones,  
Ni jamás los consienten en su tierra;  
Mas gozan á sus tiempos y sazones  
De aquellos con quien ellas tienen guerra,  
Y entre tanto que dura la lujuria,  
Con ellos cesa la guerrera furia.

»Después deste lascivo regocijo,  
Es la guerra de nuevo comenzada  
Y el bravo y antiquísimo letijo,  
Sin ser el amistad perpetuada;  
Y si la manirigua pare hijo,  
El padre de quien ella fué preñada  
Se lleva; pero cuando pare hija  
Sigue la condicion de la vasija.

»Ansí que, si quereis hacer empleo  
En cosa de carnales aficiones,  
Allí satisfareis vuestro deseo,  
Y dareis fin á peregrinaciones:  
Este camino es de gran rodeo  
Y tiene peligrosos trompezones;  
Hay rios ansimismo caudalosos  
Que salen de lugares montuosos.»

Estas falsas ó ya ciertas razones  
Oyeron todos muy de buena gana,  
Aunque las tengo yo por invenciones,  
No sin olor de fabulilla vana;  
Pero díome las mismas relaciones  
La boca de Francisco de Orellana,  
Y agora me refieren lo que cuento  
Hombres de no menor merecimiento.

Es destos Artiaga mayormente,  
A quien vivo tenemos este día,  
Varon de fe, que se halló presente  
A todo lo quel indio les decía:  
Es pues mi parecer indiferente,  
Por no casarme con opinion mia,  
Pues en tan penitissimas regiones  
Podria ser que vivan amazonas.

Al fin, la gente ya mas reformada,  
Determinan dejar aquel terreno  
Y proseguir la vuelta comenzada  
Por no dejar pasar tiempo sereno:  
Eran ya cuatro años de jornada,  
Sin que jamás tuviesen día bueno,  
Y aun para ir al término marino  
Les restaban dos años de camino.

Finalmente, llegaron al Guayare,  
Tierra de todos ellos conocida,  
Hallaron pueblo donde se repare  
La gente, por ir ya desproveida;  
Procuran invernar en Churupare,  
Buen asiento, mas no mucha comida,  
Pero de allí saltan los cristianos  
A ranchar los indios comarcanos.

Yendo como diez dellos cierto día  
A caza de venados por un llano,  
Un hombre de caballo parecia  
Con lanza de dos puntas en la mano:  
Como no fuese desta compañía,  
Echaba cada cual juicio vano,  
Y como no se mueve y la espera,  
Determinaron ir á ver quién era.

Después de ya llegada nuestra gente  
Hubo de mucha risa gran tumulto,  
Y es porque conocieron claramente  
Caballo y caballero ser de bulto:  
Desde los bajos piés hasta la frente  
De paja y algodón era su culto,  
Y desto tantas armas y tan varias,  
Cuantas son en la guerra necesarias.

Todos estos ensayos se hacían  
Por los indios, que son allí guerreros,  
Para perder el miedo que tenían  
A los caballos y á los caballeros,  
Y con aquellos bultos competían  
Como si fueran hombres verdaderos;  
Y así tenia este los costados  
De lanzas y de dardos traspasados.

Después que ya volvieron al asiento  
Y del negocio visto dieron cuenta,  
Volver sin hallar cosa de momento  
Filipe de Uten tiene por afrenta;  
Y así mandó hacer ayuntamiento,  
Donde su voluntad les representa,  
Y después que los tuvo ya delante  
Hizo razonamiento semejante:

«Quisiera ser igual en elocuencia  
A los que en ella fueron eminentes,  
Para decir, señores, la excelcencia  
De todos cuantos sois aquí presentes;  
Pues demás de captar benevolencia,  
Supieran, si no saben los oyentes,  
Que su fuerza y virtud ha sido tanta,  
Que sobre ser humano se levanta.

»Pero deo hazañas sucedidas  
Con el honor que cada cual merece,  
Por ser en su valor tan estendidas,  
Que lengua y aun memoria desfallece:  
Basta decir ser tan esclarecidas,  
Que sencilla verdad las encarece,  
Sin las dorar figuras ni colores  
De que suelen usar los oradores.

»Mas quiero contra vuestras opiniones  
Abriros lo secreto de mi pecho,  
Probando por certissimas razones  
Que no va nuestro campo tan deshecho,  
Que no pueda, halladas ocasiones,  
Efectuar algun insigne hecho:  
Las cosas que yo vi con clara lumbre  
Me dan de lo que digo certidumbre.

»Porque, ¿dónde jamás hemos hallado  
En todas las antiguas escrituras  
Haber tan pocos hombres conquistado  
Tantas y tan acerbas desventuras?  
Unas veces por largo despoblado,  
Otras rompiendo grandes espesuras,  
Y con hambres é indisposiciones  
Subyectar ferocissimas naciones.

»Y no solo tenemos competencias  
Con enemigos bravos y sangrientos,  
Mas también nos combaten las potencias  
De fuegos, aguas, furiosos vientos,  
Y tierras de malignas influencias,  
Y finalmente todos elementos:  
Con todos ellos hemos peleado,  
Y de todos nos hemos escapado.

«¿Qué me dicen de Baco, y furia brava  
Del grande Macedón que después vino?  
¿Qué de cualquiera otro que ganaba  
Por su grande valor honor divino?  
Pues nunca la comida les faltaba,  
Y siempre les sobraba pan y vino;  
Siguieran por do vamos su carrera,  
Y veamos á ver cómo les fuera.

»Vieran en qué paraba la pujanza  
De sus pintadas armas con matices,  
Y si les fuera bienaventuranza  
Abajar el mas alto las cervices  
A sacar con la punta de la lanza  
Debajo de la tierra las raices  
Para que les sirvieran de vianda,  
So pena de morir en la demanda.

»Vieran cómo sufrían fuertes mallas,  
Hambrientos y sin copia de sirvientes;  
Vieran en qué paraban sus batallas,  
A no hallar allí prósperas gentes;  
Pues son para nosotros no hallallas  
Los mas indómitos inconvenientes,  
Y entonces es la gloria y el contento  
Cuando de los contrarios hay aumento.

»No son hechos de menos importancia  
Los nuestros ni de menos fortaleza;  
Mas solamente tienen de distancia  
En que, segun comun naturaleza,  
A los suyos encumbra la ganancia  
Y á los nuestros abate la pobreza,  
Y en que cosas tan grandes, siendo pocos  
Emprendellas parece ser de locos.

»Mas si caso fatal nos ofreciera  
Donde pudiéramos meter las manos,  
El hecho por cordura se tuviera  
Y nadie nos juzgara por insanos,  
Antes creed que nuestro nombre fuera  
Cantado con loores soberanos:  
Así que, no es locura nuestro hecho,  
Sino vigor de valeroso pecho.

»Mas también, porque todo lo digamos,  
Y el fin adonde vamos quede lleno,  
Muchos nos culparán como volvamos  
Perdidos y las manos en el seno,  
Teniendo bien por donde descubramos  
En tan amplas regiones algun seno;  
Mas ya conozco de vuestro semblante  
Lo que quereis ponerme por delante.

»Díreime cómo vais mal providos,  
Y de los que salimos muchos menos:  
Es verdad, mas los vivos tan cortidos  
Que no tememos ya rayos ni truenos;  
Y siendo, como somos, escogidos,  
Mucho mas quiero yo pocos y buenos;  
Y también en famélica tormenta  
Poca gente con poco se sustenta.

»Cuanto mas que el valor de las Españas,  
En todas coyunturas y ocasiones,  
Para hacer grandísimas hazañas  
Han menester bien breves escuadrones:  
Pudiéramos contar cosas estrañas  
Si no fuera por alargar razones;  
Mas dejo lo que fué con otra gente,  
Y trato de las Indias de occidente.

»Tomemos los primeros fundamentos,  
Que son los que trajeron los Colonos:  
Pues españoles menos de quinientos  
Vencieron de contrarios dos millones.  
Entre Fernán Cortés en estos cuentos,  
Que con mas breve copia de varones  
Venció tales recuentos y tan agros,  
Que podemos contarlos por milagros.

»Si Dios era con ellos, y sin duda  
Quiso hacer espaldas á su Marte,  
También él nos dará favor y ayuda,  
Pues ansimismo va de nuestra parte:  
Nuestra lanza no es menos aguda,  
Ni tenemos en guerra menos arte.  
Páreceme, señores, gran cordura  
Tentar por otras vías la ventura.

»Podemos por lo mucho padecido  
Tener de gran honor salvo conduto,  
Mas es trabajo mal agradecido  
Cuando lo trabajado no da fruto:  
Llano tenemos largo y estendido,  
Y tiempo de verano bien enjuto;  
Ya que no por el llano, por la sierra  
Descubramos alguna buena tierra.

»Así como son cosas de importancia  
Estos descubrimientos que tractamos,  
Así requieren gran perseverancia,  
Pues muchas veces donde no pensamos  
Suelen en tan amplísima distancia  
Encubrirse las tierras que buscamos;  
Y muchos se volvieron de la puerta,  
Donde hallaron otros dicha cierta.

»Ya que, señores, á la costa vamos,  
Decidme, ¿qué remedio hallaremos?  
¿Qué bienes ó haciendas reservamos  
Para que lo perdido reparemos?  
Pues muchos nos esperan que volvamos  
A fin de que sus faltas remedieemos;  
Al menos hallareis quien deudas cobre,  
Y mal las pagará quien llega pobre.

»Habrà bien cudiciosos mercaderes  
Prestos para hacer ejecuciones;  
Habrà procuradores y poderes,  
Cárcel molesta, grillos y prisiones:  
De manera que son mis pareceres,  
Por evitar molestias y pasiones,  
Que este descubrimiento perseverare  
A la parte que mas os pareciere.»

El Artiaga, vistas intenciones,  
Dijo: «Señores, yo soy vizcaíno,  
Y como falto y corto de razones,  
Concluyo con decir que ese camino  
No lleva ya debidas proporciones,  
Antes desproporcion y desatino,  
Pues en los choques hubo coyuntura  
Para seguillo con mayor ventura.

»Mas agora; quién es tan ignorante  
Que no conozca gran inconveniente  
En el efecto? Pero no embargante  
Que mi parecer sea diferente,  
Hágase, que yo tengo de ir delante  
Adonde quiera que guieis la frente;  
Solamente declaro lo que siento,  
Y no creo que voy fuera de tiempo.

»Pues españoles sanos bien sabemos  
Ser los ímenos de nuestra poca gente,  
Y aquella fuerza de que nos valemos  
Contra furor de bárbaro valiente  
Son los caballos, y ocho que tenemos  
Los cuatro son de nombre solamente,  
Y todos despeados del viaje,  
Por no tener ya punta de herraje.

»Y aun para no llevar camino ciego  
Es menester también que guías haya:  
Aquestas no las hay; pero yo ruego  
Que si la falta dicha no desmaya,  
Que á cualquiera parte vamos luego  
Antes que tiempo seco se nos vaya,  
Porque nadie será después bastante  
Para volver atrás ni ir adelante.»

Finalmente, de los invenerados  
Dudosos y perplejos se levantan,  
Buscan los macos, indios que fronteros  
Acia la serranía pueblos plantan:  
Dieron en pocos, pero tan guerreros,  
Que de pocos caballos no se espantan,  
È un gandul de los que hacen plaza  
Contra Filipe de Uten desembraza.

El caballo le hiere por el cuello  
Con dardo que no fué de mano manca,  
Luego para mejor echar el sello  
Con otro le segunda por el anca:  
Dió mil corcovos sin poder tenello,  
A una y otra parte se abarranca,  
Anduvo tal á pelo y á pospelo,  
Que con el caballero dió en el suelo.

Saltó luego con él el indio maco,  
Muy mas ligero que veloce pardo,  
Y como ya del golpe ó ya de flaco  
Filipe de Uten estuviere tardo,  
A manteniendo dió por el sobaco  
Una mala herida con un dardo,  
Y á no lo socorrer la compañía  
Aqueste fuera su postrero día.

Pararon entre tanto que sanaba,  
A causa de ser llaga mal segura,  
Y así segun lo mucho penetraba  
Se tuvo por milagro la tal cura;  
Pero Filipe de Uten se guardaba  
Para mayor dolor y desventura,  
Y en la presente lo curó tal mano,  
Que dentro de dos meses quedó sano.

Convalecido pues el miserable  
De la crúel y penetrante llaga,  
Con otro dardo muy mas entrañable  
Hirieron á Martino de Artiaga:  
Gran tiempo se juzgó por incurable;  
Y así sin que remedio se le haga,  
Tuvo la punta dentro de lo hueco  
Del jáculo mortal crúel y seco.

Herida fué que las entrañas toca,  
Y del terrible golpe de la lanza  
Flujo de sangre sale por la boca,  
Cuyos términos eran destemplanza:  
Todos juzgaron ser su vida poca;  
El médico mostró desconfianza:  
Montes y el licenciado de la Muela  
Cada cual de por sí lo desconuela.

Mas él, con su dolor y desconuelo,  
Dice sus pareceres ser inciertos,  
Porque suelen los médicos del suelo  
Error cuando se muestran mas expertos:  
«Médico muy mejor es el del cielo,  
Pues del sepulcro rescuita muertos,  
Y puede su divina Providencia  
Usar también conmigo de clemencia.»

Y así, como cristiano preparado,  
Vistas de cirujanos dilaciones,  
Abrióse las costillas y el costado,  
Y en efecto salieron los arpones,  
Ansimismo con un olor pesado  
Graves y sanguinosas corrupciones;  
Y con ser tan sin cura la herida  
En el presente tiempo tiene vida.

Con toda su vejez vive de arte  
Que tiene la salud que le conviene,  
No sin reliquias del antiguo Marte,  
Porque con la memoria dellas pene,  
Pues purga siempre por aquella parte  
Por cierto cañutillo que allí tiene.  
Recién herido pues caminó luego,  
Sin que tuviese punto de sosiego.

Porque por todos ya se determina,  
Vista ser la tardanza peligrosa,  
A gran prisa volver á la marina  
Porque hacer no pueden otra cosa;  
Con tanta desventura se camina,  
Que no puede mi pluma presurosa  
Particularizar en escritura  
Tanto trabajo y tanta desventura.

Y pues que van á paso presuroso,  
Y ansimismo de ir en seguimiento  
Un camino tan largo y trabajoso  
Yo me hallo cansado y sin aliento,  
Quiero tomar un poco de reposo  
Para que pueda con recogimiento  
Poner en orden el futuro canto,  
Que ya no será canto, sino llanto.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo Pedro de Limpías se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Uten al Tocuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte.

Pesado mal, terrible pestilencia,  
Es en algun gobierno dalle mano  
Al que tiene soltura de conciencia  
Y solas apariencias de cristiano,  
Mayormente si para su demencia  
Puede soplar algun favor humano;  
Porque viendo que hay quien lo defiende  
A todo mal obrar suelta la rienda.

Retrato vivo fué desta sentencia  
Joan de Caravajal, el escribano  
Que en Maracaibo fué; pues el audiencia  
Donde fué relator, siendo mas cano,  
Viendo de tantos años el ausencia  
Sin acudir gobernador germano,  
Por importunidad y favor largo  
A él le proveyeron este cargo.

Halló para poblar buen aparejo,  
Pues eran de Cubagua ya venidos  
El Losada, Villegas y Vallejo,  
Con copia de soldados escogidos;  
Y porque allí tracté de su consejo  
Y por la via que fueron traídos,  
Basta decir aquí tan solamente  
Cómo Caravajal tomó esta gente.

Y entró la tierra dentro, confiado  
De que el gobierno siempre fuera suyo,  
Y en esta tierra como ya cursado  
Fundó luego la villa del Tocuyo:  
En esto fué tan bien considerado  
Que de locura no lo redarguyo.  
Pues se perdieron tierras importantes  
Por no poblallas otros mucho antes.

Después de gobernar algunos días,  
Los señores de la real audiencia,  
Informados de algunas demasias,  
Envían á tomalle residencia  
Al cuerdo licenciado Joan de Frias,  
Hombre de buenas letras y esperiencia,  
Y para que el gobierno retuviere  
Hasta tanto que el rey lo proveyese.

En Coro, do llegó con su libranza,  
Se recibió con voluntad sincera;  
Tuvo Caravajal dello probanza  
Por indios y por carta mensajera:  
Aquesta privacion y esta mudanza  
Sintió su corazon en gran manera,  
Y por vias diversas estorbaba  
Al Frias el venir donde él estaba.

Antes por le quitar aquella gente  
Con que pudiera Frias hacer via,  
Caravajal sagaz y diligente  
A un Joan de Villegas les envía  
A Coro, que tractó secretamente  
Aquello que su parte pretendia,  
Persuadiendoles dejen á Coro  
Y prometiéndoles los montes de oro.

Y aun cuántanme personas fidedinas,  
Del Joan Caravajal que esto tramaba,  
Que hizo cédulas adulterinas  
De la real audiencia decretaba  
Que Frias gobernase las Salinas,  
Quiero decir, la costa donde estaba,  
Y él lo de dentro por el mismo modo,  
Y en hecho de verdad fué falso todo.

Al fin, Caravajal se dió tal maña  
Cual aquella crúel hija de Niso,  
Y aunque Frias sentia la maraña  
No le bastó razon ni buen aviso,  
De suerte que por falta de compañía  
Nunca pudo llegar adonde quiso,  
De manera que por aquel partido  
Estuvo mucho tiempo detenido.

Perseverando pues en su malicia  
Joan de Caravajal y otros livianos,  
Un cacique de paz le dió noticia  
Cómo venia gente por los llanos:  
Envió luego vara de justicia  
Para saber quién eran los cristianos;  
Volvióse sin los ver quien llevó cargo,  
Porque para Cubagua van de largo.

Era Limpías con buena camarada,  
A quien el aleman Uten envía  
Para ir á la costa deseada  
Y ver allá qué novedad habia;  
Mas dióle Limpías mala cantonada  
Sin que cumpliese con lo que debía,  
Pues fué acia Cubagua, como digo,  
Movido del consejo de un amigo.

Y fué Luis Fernandez atrevido,  
Que de los viejos de Cubagua era,  
Para cualquier motin apercebido,  
Pues aquesta no fué la vez primera;  
Así que, Limpías dél persuadido  
A Cabagua dirige su carrera,  
Adonde con los indios mas cercanos  
Huvo bien menester entrambas manos.

Veinte lleva consigo, gente rara,  
Pues cada cual pudiera ser caudillo;  
Entrellos iban Berzar y Guevara,  
Pulido, maestro Joan, Barrios, Vadillo,  
Que no por voluntad vuelven la cara  
Ni menos hacer pueden que seguillo;  
Van Valenzuela, Najara, Trebejo,  
A quien pesó tambien deste consejo.

Tuvo crúel recuento con Perima,  
Cacique poderoso y esforzado;  
Mas Limpías de tal suerte lo lastima  
Que de la dulce vida fué privado,  
Segun habemos en octava rima  
En la primera parte celebrado;  
Mató caballos, y murió Pulido,  
Y maestro Joan quedó muy mal herido.

Viendo no tener ya mas que rodela  
 Contra gente de guerra tan pujante,  
 Dieron la vuelta acia Venezuela  
 Por no poder pasar mas adelante ;  
 El pobre maestro Joan se desconsuela  
 Por no poder ser presto caminante ,  
 Que la grave herida no lo deja  
 E iba flojo ya mas que madeja .

Para traello no tienen caballo,  
 Y como vuelven cuasi de huida,  
 Determinaron todos de dejallo  
 Por no perder por uno tanta vida :  
 En un rancho procuran abrigallo  
 Repartiendo con él de su comida ;  
 Quedóse pues en el ajeno suelo  
 Rodeado de todo desconsuelo .

Considerando sus postrimerias  
 A Dios de corazon se encomendaba ;  
 Crecen en oración tales porfias  
 Que cuasi de comer no se acordaba ;  
 Y á cabo ya de tres ó cuatro dias,  
 Viendo como la yerba no trababa ,  
 En confianza del favor divino ,  
 Pusose tras los otros en camino .

Hallóse tan lijero como sano  
 Después de se poner en la carrera ;  
 E yendo caminando por un llano,  
 Al encuentro le sale bestia fiera :  
 Invoca luego la potente mano ,  
 Y al tigre dice: « bestia, tente afuera,  
 Deja desocupado mi sendero ,  
 Que de parte de Dios te lo requiero » .

Aquella carnicera pestilencia,  
 Fuera de lo que tiene de costumbre,  
 Sus impetus mudados en paciencia  
 Y su ferocidad en mansedumbre,  
 Alejándose fué de su presencia  
 Hasta que ya traspuso cierta cumbre :  
 Maestro Joan caminó, y al cuarto día  
 Topó la deseada compañía .

Holgóse grandemente la compañía,  
 Y él de loar á Dios punto no cesa :  
 Vido poco después reinos de España,  
 Y fué á Jerusalén á grande fiesta,  
 Antes de ver las tierras de Alemania,  
 Porque debió hacer esta promesa ;  
 Y después, algun tiempo ya pasado,  
 Lo vieron en Sanlúcar ser casado .

Con descontento pues del mal efeto  
 De los otros caminos comenzados,  
 Allegaron á Barraquicimeto,  
 Donde fueron por indios informados  
 Cómo Caravajal tiene subyeto  
 Al Tocuyo, y estar allí poblados  
 Amigos suyos, principales hombres,  
 Los cuales declaraban por sus nombres .

Fué Limpias pues la vuelta del Tocuyo  
 A ver aquella gente conocida ;  
 Del gobierno tractó, y en saber cuyo  
 El alegría fué muy mas crecida ,  
 Por ser Caravajal amigo suyo,  
 El cual holgó también con su venida ;  
 De todo dió razon, y demás desto  
 Dijo Filipe de Uten venir presto .

De cuanto le pidió relacion hecha,  
 Segun á su negocio convenia ,  
 Tomó Caravajal mala sospecha  
 Que su gobierno no le duraria :  
 Todo temor de Dios de si desecha ,  
 Y cautelosas mañas concebía,  
 Y así con ciertos hombres de á caballo  
 Fué su Joan de Villegas á buscallo .

El cual debió de ir con buen intento ;  
 Mas aunque mal intento no llevase,  
 En efecto fué muy gran instrumento  
 Con que Caravajal efectuase  
 De su mas que dañado pensamiento  
 Lo que le pareciese y agradase ,  
 Pues los dos se tractaban como hermanos,  
 Y al fin eran entrambos escribanos .

E aun el Filipe de Uten y el Villegas  
 Erán compadres, pero ciertamente  
 En estas confusiones mas que ciegos  
 Pudo mas la maldad que el ser pariente :  
 Caminan pues por valles y por vegas  
 Hasta que se toparon con la gente ,  
 Do fué Filipe de Uten informado  
 De lo que ya tenemos declarado .

Quisieráse pasar con sus varones  
 De largo con recelo de pendencia,  
 Mas en Villegas hubo persuasiones  
 Y aun como de amenazas apariencia ;  
 Y así, sin mas excusas ni razones,  
 Fué delante de aquella pestilencia ;  
 El cual lo recibió cuando venia,  
 Con gracia, con honor y cortesía .

Por los cuarenta y seis años corria  
 De mas de quinze números mayores  
 El soberano parto de Maria ,  
 Que fué reparacion de pecadores ,  
 Y el sol el signo Tauro poseia ,  
 Siendo cercana ya pascua de flores ,  
 Cuando Filipe con siniestro hado  
 Aqueste pueblo vió recién poblado .

Habla Caravajal, y él le replica ;  
 Dan y toman en cosas de interese ;  
 Al fin, Caravajal le notifica  
 Que por gobernador lo conociese ;  
 El buen Filipe de Uten le suplica  
 Tan grande sinrazon no pretendiese,  
 Diciendo : « No me consta ni tal pienso,  
 Que yo de mi poder esté suspenso. »

Y aun cuasi la restante compañía  
 Estaba de los mismos pareceres,  
 Pues del Caravajal ya se sabia  
 Habelle revocado los poderes,  
 Segun en aquel pueblo se decia  
 Así por hombres como por mujeres ;  
 El se hacia fuerte, sin embargo,  
 Publicando que tiene poder iargo .

Respondénle: « Señor, no se litiga  
 Ser esa potestad larga ó angosta,  
 Antes vuestra merced aquello siga  
 Que de su gusto fuere mas aposta ;  
 Pero venimos todos con fatiga  
 Y con necesidad de ver la costa,  
 Y así queremos irnos de camino  
 Hasta llegar al término marino .

El gobernador falso, como viesse  
 Que con su voluntad no respondian,  
 Ordenó que por fuerza se hiciese  
 Lo que hacer de grado no querian :  
 Armada gente hizo que viniese,  
 Y á su llamado muchos acudian,  
 Caballos arrendados, y él sin rienda,  
 Filipe de Uten quiere que se prenda .

Buena cuadrilla pues apercebida  
 Acometiéronles incontinente,  
 Mas la del alemán recién venida  
 Se defendía valerosamente :  
 Apártanse sin muerte ni herida,  
 Porque Bartolomé como valiente  
 Al mayoral rompiérale las venas  
 A no lo defender sus armas buenas .

Volvióse con su gente sin ganancia,  
 Pero no sin cautelas de hombre bajo ;  
 También con la posible vigilancia  
 El buen Filipe de Uten se retrajo  
 A Guibor, siete leguas de distancia,  
 Y aun con algunos mas de los que trajo ;  
 De los cuales Vallejo fué primero,  
 Gregorio de Plasencia y un Romero .

Por évitár algun insano hecho  
 Entre las dichas dos parcialidades,  
 Ciertos hombres movidos de buen pecho  
 Tractaron muchos medios de amistades,  
 A cada cual dejando su derecho  
 Con deseo de ver conformidades ;  
 Juan de Villegas pues tomó la mano,  
 Y Melchior Gubiél, varon germano .

Y Toribio Ruiz, clérigo cura,  
Bien creo yo que de maldad inciertos,  
Cada cual á las partes asegura  
Haciendo desta suerte los conciertos:  
Quel Filipe se vaya do procura  
Con los suyos á los marinos puertos,  
Y que á Vallejo se le dé licencia  
Y también á Romero y á Plasencia.

Hicieron escrituras sustanciales,  
Firmáudolas con los gobernadores  
Mas de cincuenta hombres principales,  
Con gravámenes, fuerzas y rigores  
De ser en opinion de desleales,  
Infames, fementidos y traidores,  
Si por alguno fuese quebrantado  
Todo lo dicho, fecho y asentado.

Aquesta paz dolosa concluida,  
Con los soldados del consorcio viejo  
Hizo Filipe de Uten su partida;  
Y el dicho Diego Rüz de Vallejo  
Mala sospecha tuvo ser fingida,  
Y así dijo: «Señor, de mi consejo  
En esta paz se haga confianza  
Del espada, rodela y de la lanza.

Porque Caravajal está subyeto  
Tan á la ley de Dios como Antioco,  
Por ser sin Dios, sin ley y sin respeto,  
Y tiene sus palabras en muy poco:  
Es su conciencia la de Bayaceto,  
Bellaco juntamente con ser loco;  
Tiene malos terceros á su lado  
Y así cumple que vamos á recado.

Ayúdole Gregorio de Plasencia,  
Y con esto se fueron su camino,  
No sin algun recato y advertencia,  
Pero no tanta cuanta les convino,  
Pues pudieran hacelle resistencia,  
Sino que para ir con mejor tino  
Envió treinta hombres adelante,  
Persona cada cual dellos bastante.

El signo tiene de los dos hermanos  
Aquel que da colores al aurora,  
Cuando los asechados castellanos  
Tomaron la provincia de Carora:  
Asientan toldos las leales manos  
Sin recelar allí la fatal hora,  
Y el contrario con intencion nefanda  
Determinó partir en su demanda.

Lleva gentes bien apercebidas  
Y para dar batallas buen pertrecho;  
Todas tres furias lleva revestidas  
En el cruel, bestial y falso pecho:  
Haciendas de los otros repartidas,  
Sin mirar á justicia ni á derecho,  
De ministros infames rodeado,  
Unos por fuerza y otros por su grado.

Entrellos Limpias y Lúis Fernandez,  
Cada cual digno de collar de espartos,  
Almarcha, niniquilla vil de Flandes,  
Que merecia bien ser hecho cuartos,  
Pues si piden castigo yerros grandes,  
Todos ellos habian hecho hartos:  
Camina pues con estos consejeros  
Y grande cantidad de compañeros.

El umbroso lugar de una quebrada  
Filipe de Uten toma por asiento:  
Anda su gente toda derramada  
Procurando buscar algun sustento;  
Llegó Caravajal con mano armada  
Y con impetuoso rompimiento,  
Manda que roben, maten y que prendan  
Antes que tomen con que se defiendan.

En cumplimiento deste su deseo,  
De buenas intenciones siempre falto,  
Prenden al Uten y al Bartolomeo  
Estando descuidados del asalto;  
Cogen á los demás en el rodeo,  
Muy sin sospecha deste sobresalto:  
Un portugués llamado Gasparico  
Mostró sumo valor y ánimo rico.

Con él estaban muchos detenidos  
Como si poseyera gran pujanza;  
Pero viendo los otros ya rendidos  
Y sobre su rodela tanta lanza,  
Alojaron fureros concebidos,  
Perdida de socorros esperanza;  
Y así para principio de su pena  
Entró con los demás en la cadena.

Vidose Diego Rüz de Vallejo  
De seis buenos soldados rodeado,  
Mas de no se rendir tomó consejo,  
Puesto caso que ya muy fatigado,  
Armóse de las armas del conejo  
Rompiendo con gran furia por un lado:  
No Talus, no Filípides ni Ladas  
Levantán tan lijeras sus pisadas.

Por bosques altos hace su huida,  
Y sus lijeros pasos endereza  
A la gente que tengo referida  
Por quien aquel camino se adereza;  
La sangre descubrió cierta herida  
Que le pudieron dar en la cabeza:  
De ver ir tanta por jubon y sayo  
Sintió grave dolor, mas no desmayo.

Pues de noche con grandes aguaceros,  
Que fué de su valor bastante prueba,  
Siempre hizo sus pasos mas lijeros,  
Sin perder aquel buen tino que lleva:  
Alcanzó pues los dichos compañeros,  
A los cuales les dió la mala nueva;  
Ellos con el recato que convino  
Abreviaron á Coro su camino.

Van á Caravajal el mismo día  
El Limpias y el Armacha y otros tales,  
Diciendo con furor: que ¿qué hacia  
Sin matar enemigos capitales?  
Pues gente que faltaba volveria,  
Y eran todos soldados principales;  
Que mirase con peso y desengaño  
Lo que al doctor Navarro hizo daño.

El y todos los otros alterados  
Con tales consejeros como estos,  
Salen del rancho bien aderezados,  
Y muchos dellos á caballo puestos,  
Machetes vizcainos afilados,  
Verdugos etiopes allí prestos,  
Camina la compañía detestable  
Contra la compañía miserable.

El sol dorados rayos recogia  
Para tender su luz por otra hueste,  
O ya podria ser que lo hacia  
Por no ver tan mal hecho como este,  
Usando del extremo de aquel día  
En que huyó las ollas de Tieste,  
Cuando para romper ilustres venas  
Llegaron á los cepos y cadenas.

Cuatro sacaron, hombres señalados,  
Cuyos cuellos mandaba ser abiertos,  
Los brazos atrás puestos y ligados,  
Los rostros de mortal color cubiertos;  
Viendo los instrumentos preparados,  
E ya con certidumbre de ser muertos,  
Confesion piden, mas la bestia ciega,  
Habiendo sacerdotes, se la niega.

De palabra pronuncia la sentencia  
El hombrecillo vil, pecho de perro:  
Comienza por Romero y por Plasencia  
El impio, cruel y duro hierro;  
Mas adelante llega su demencia,  
Pues para confirmar mas este yerro,  
Mando luego matar los capitanes,  
Que son los dos ya dichos alemanes.

Bartolomé con un suspiro grande  
Al Caravajal habla desta suerte:  
«Vuestra merced de su rigor ablande,  
Y en negocio tan grave se concierte,  
Porque no faltará quien le demande  
La grande sinrazon de nuestra muerte.»  
«Agora lo vereis, dice riendo,  
Y cómo del propósito me enmiendo.»

Segun se lo mandó crüel azote,  
El machete tomó la mano perra :  
Daba los golpes como con garrote,  
Que debía de estar ya hecho sierra ;  
Degollados al fin por el cocote,  
Cabezas van rodando por la tierra ;  
Ocupaba los presos gran espanto,  
Creyendo de pasar por otro tanto.

Al Uten encaminan su flagelo  
Los mandos de razon enajenados,  
Que estaba las rodillas en el suelo,  
Ya sus colores rojos demudados,  
Los ojos enclavados en el cielo  
Demandando perdon de sus pecados,  
Rezando con grandísima paciencia  
Los siete salmos de la penitencia.

Para cumplir el mando riguroso  
Allega luego la mortal herida,  
Y fué con un tormento trabajado  
Cabeza de los hombros dividida.  
Quedó Caravajal victorioso  
En haber hecho menos tanta vida ;  
Y así, porque también anocheía,  
Cesó la crüeldad por aquel día.

Metida so las ondas de oceano  
La lumbre de mas clara hermosura,  
Fuése para cenar el mal tirano,  
Contento de su pérdida locura :  
Quedáronse los cuerpos en el llano,  
Que nunca quiso dalles sepultura,  
Ni hubo, por no dalle descontento,  
Quien usase de tal comedimiento.

Después que pareció febea vela,  
Fueron á la tiránica presencia  
El padre Joan de Fructos de Tudela  
Y Artiaga con toda su dolencia,  
A fin de le rogar que se conduela,  
Y tuviese por bien de dar licencia  
Para que por los campos y desiertos  
Pudiesen enterrar aquellos muertos.

Oido de los dos el justo ruego  
Que por enfermos iban sin cadena,  
Con un cierto desdén se la dió luego  
E hinchazon de majestades llena ;  
Y hecho de los cuerpos el entrego,  
También los entregaron al arena,  
Dejando cuatro versos allí puestos,  
Que si memoria tengo fueron estos :

Ille Philipus Uten tumulo nunc conditur isto  
Et miserum Belzar continet ipse locos.  
Dux erat insignis nec non Germanus uterque  
Infestaque simul procubuerat manu.

Filipe de Uten difunto      Ambos fueron alemanes  
Queda en esta tierra dura,      Y excelentes capitanes,  
Y con igual desventura      Los cuales en una hora  
Bartolomé Belzar junto      Vieron por mano traidora  
Y en la misma sepultura.      Sus mortiferos desmanes.

Conclusa ya la obra de clemencia  
Entre mirtos, segun á Polidoro,  
Y hecha la posible resistencia  
A piadosas lágrimas y lloro,  
Los enfermos pidiéronle licencia  
Para que se pudiesen ir á Coro :  
El se la dió sin se mostrar esquivo,  
Entendiendo ninguno llegar vivo,

Por haber de pasar guerreros puertos  
Y la brava nación de Girabaras,  
Los unos cojos y los otros tuertos,  
Con tan malas colores en las caras,  
Que ya no parecían sino muertos :  
Y aun por armas llevaban en las varas  
Engastadas tijeras y puñales ;  
Para se defender de naturales.

Con no podello ver mas que al demonio,  
De Caravajal hacen despedida,  
El cual con muertes, como Marco Antonio  
Con la de Tulio, piensa tener vida :  
Artiaga le pide testimonio  
De toda la tragedia sucedida ;  
Mandólo luego dar, segun pedia,  
Para mas publicar su valentia.

Alejáronse pues destos arroyos  
Con Artiaga doce compañeros,  
No de los que llamamos rompe-poyos,  
Pues fué Joan de Quincoces y un Erveros,  
Barrientos, Pero Alonso de los Hoyos,  
Cuyo valor no fué de los postreros ;  
Tuvieron en el ir tan buenos modos,  
Que llegaron á Coro vivos todos.

Habia de Castilla ya llegado  
A gobernar persona virtuosa,  
Varon prudente, bien intencionado,  
Enemigo de gente sediciosa,  
Y este gobernador y licenciado  
Se decia Joan Perez de Tolosa ;  
Pasó por la Española cuando vino,  
Do halló guia para su camino.

Con él se vino Diego de Losada,  
Que por Caravajal fué desterrado ;  
Quizá la causa fué bien sustanciada,  
Mas aunque no constase ser culpado,  
Bastaba ser persona señalada  
Y ser allí de todos respetado  
Para no consentir furor insano  
Personas que le fuesen á la mano.

Habiendo hecho ya su cumplimiento  
Con el gobernador aquesta gente,  
Diéronle cuenta del atrevimiento  
Quel testimonio hizo mas patente :  
El y Frias mostraron sentimiento  
En oír un rigor tan insolente,  
Y al Joan Perez el Frias encomienda  
Que con rigor usase del enmienda.

Partióse pues el licenciado Frias  
A la Española, donde residia ;  
Quedó Tolosa con las compañías  
Debajo del gobierno que traia ;  
Aprestóse después de algunos dias  
A castigar aquella alevosia  
Su hermano Alonso Perez de Tolosa,  
General desta gente balicosa.

Juntó luego la mas calificada  
De los varones del consorcio viejo,  
Y en la dispuscion de la jornada,  
Habido cuerdamente su consejo,  
El maese de campo fué Losada,  
Capitán de la guardia fué Wallejo,  
Joan Roldán, capitán de infanteri  
Por la gran esperiencia que tenia.

Aderezada pues la compañía  
De comunes pertrechos de Vulcano,  
La vuelta del Tucuyo hace via  
Con recato y aviso no liviano,  
Por ser mucha la gente que tenia  
Caravajal debajo de su mano :  
Topó ciertos soldados de buen peso  
Que al factor San Martin traian preso.

Esta gente se hizo luego llana,  
Y de lo que pasaba fué testigo ;  
Y porque conoció ser gente sana  
Tolosa los llevó todos cor-sigo ;  
Los cuales no mostraron mala gana,  
Teniendo por comun el enemigo,  
Pues hace muchas veces, que no una,  
De amigos enemigos la fortuna.

Procuran de hacer el paso presto  
Con toda la posible vigilancia,  
Hasta que se pusieron en un puesto,  
Una legua seria de distancia ;  
Por cubierta tomaron un recuesto  
Y el arboleda de su circunstancia ;  
Allí gran rato descansó la gente  
Para salir á hora competente.

Antes de se pasar nocturno velo,  
Pareciéndoles ya ser algo tarde,  
Con el guion delante por señuelo,  
Camina por buen orden el alarde :  
Caravajal vivia con recelo,  
Que su conciencia dice que se guarde ;  
Y así hace velar los qué alcanza  
Ser hombres de valor y confianza.

Como mas el guion se fué llegando,  
 Uno de los que velan pudo vello,  
 Y estaba por aquel cuartel velando  
 Un cierto portugués dicho Coello:  
 Y así como lo vió vuelve bradando  
 «¡Arma, arma, que vein pendon bermello!»  
 Entra luego diciendo la compañía,  
 «¡Gobernador, gobernador de España!»

El pueblo todo fué sobresaltado;  
 Toda la gente dél está suspensa;  
 Rancho del malhechor es rodeado  
 Sin acudir favor á su defensa:  
 Piensa ser socorrido y ayudado,  
 Pero no le sucede como piensa;  
 Al fin en pago de sus sinrazones  
 Le pusieron gravísimas prisiones.

Fulminóse por orden el proceso,  
 Del cual, después de ser bien sustentado,  
 Resulta tal maldad y tal exceso,  
 Que mereció por él ser arrastrado  
 A cola de un rocín, y después deso  
 A la rama de un árbol ahorcado;  
 Y el árbol do hicieron el entrego  
 Algunos dicen que se secó luego.

En las astucias fué como Cetejo,  
 En la locuacidad la niña Lara,  
 En el morir me dicen no ser ciego,  
 Y el animosidad también fué rara;  
 En su generacion era gallego,  
 Vecino natural de Ponferrara;  
 Díceme mucha gente conocida  
 Que fué mejor su muerte que su vida.

Fueron los cómplices encarcelados,  
 Segun el grave caso requería,  
 Llenos de los temores y cuidados  
 Que su propia conciencia les ponía;  
 Mas todos ellos fueron sentenciados  
 Con harta mas blandura que cumpla,  
 Sin padecer quien mas metió las manos,  
 E yo los vi después libres y sanos.

Después que ya Caravajal fué muerto,  
 Reformóse mejor aquel asiento,  
 Pusieron las cosas en concierto  
 Y nombróse justicia y regimiento;  
 Dióse de lo que estaba descubierto  
 Al nuevo morador repartimiento;  
 Finalmente, Tolosa con buen pecho  
 A cada cual guardaba su derecho.

Luego puso por obra que su hermano  
 Sacase buena copia de varones  
 Para poblar lugar que mas á mano  
 Hallase con algunas poblaciones,  
 Para que de la lumbre del cristiano  
 Gozasen estas bárbaras naciones;  
 Luego se despachó, y en la jornada  
 El maese de campo fué Losada.

Hombres bastantes son para la guerra  
 Y bien ejercitados en batalla;  
 Gastaron muchos días por la sierra,  
 Mas cosa que contente no se halla;  
 Y puesto que hallaran buena tierra,  
 Supieran despoblar, mas no poblalla,  
 Pues eran tan tentados deste vicio,  
 Que siempre lo tuvieron por oficio.

Balanceando pues qué se haría,  
 La gente principal quedó resuelta  
 En que por no ballar lo que quería  
 Al pueblo del Tucuyo den la vuelta:  
 Por el rio de Apure hacen via,  
 Rompiendo la montaña gente suelta,  
 Supo cómo volvían ya la proa  
 Cierta cacique dicho Guaiabacoa.

Aqueste con entrañas de clemencia  
 Su gran necesidad bien entendida,  
 Usó de tan cabal magnificencia,  
 Que no fué menos bien que dalles vida;  
 Pues envió con grande diligencia  
 Tres canoas cargadas de comida,  
 Y donde se metiesen los cristianos  
 Cojos de piés y flacos de las manos.

Prometiéndolo hacer en ellos cura,  
 Tal cual á su salud mas convenía,  
 Y que la gente sana bien segura  
 A su pueblo viniesen otro día,  
 Pues para los sacar del espesura  
 Allí les enviaba buena guía:  
 Todos los fatigados del viaje  
 Juzgaron ser del cielo tal mensaje.

En cumplimiento pues del pio ruego  
 Meten en las canoas los tullidos,  
 Y los sanos por tierra parten luego  
 Al pueblo, donde fueron recibidos  
 Con gracia, paz, amor y con sosiego,  
 Y muy bastantemente proveídos;  
 Mas por la buena obra recibida  
 Quisieronlos robar á la partida.

Y aun captivar la gente mas granada,  
 Maldad sobre maldad exorbitante;  
 Pero do estaba Diego de Losada  
 No me espanto de cosa semejante;  
 Por otra gente bien considerada,  
 La burla no llegó tan adelante;  
 Finalmente, volvieron al Tucuyo  
 Sin ajeno caudal y sin el suyo.

Al tiempo que vinieron ya corria  
 Por los cuarenta y ocho de la era  
 El sacrosanto parto de Maria;  
 Y andando, como dicho tengo, fuera  
 Al licenciado como pretendía  
 Le vino potestad muy mas entera;  
 A traer los despachos se despacha  
 Vallejo para el rio de la Hacha,

Por ser una persona virtuosa,  
 Dotada de grandísima templanza,  
 Y de la cual Joan Perez de Tolosa  
 Con gran razon hacia confianza;  
 Fué navegando costa peligrosa  
 Y vino sin hacer mucha tardanza,  
 Y demás desto fué tan buen correo,  
 Que trajo mas que pide su deseo.

Pues demás de le dar tiempo mas largo  
 Cerca de gobernar á Venezuela,  
 También le vino comision y cargo  
 Para bajar al Cabo de la Vela,  
 Y al pescador de perlas ser embargo  
 Debajo de católica tutela,  
 Porque la majestad real quería  
 Quitar los indios desta granjería.

El mando visto del real consejo  
 Y con gran voluntad obedecido,  
 Con experiencia ya de varon viejo  
 Y en la gobernacion mas advertido,  
 Su maese de campo fué Vallejo,  
 Hombre de buenas partes proveido,  
 Al cual por el rumor de tierras ricas  
 Se le dió la conquista de Cúicas.

A Villegas nombró por su teniente,  
 Primero que á las perlas se partiese,  
 En tierras del Tucuyo solamente,  
 Y Tolosa su hermano, si viniese,  
 Fuese por él en Coro residente,  
 Donde lo de la costa proveyese;  
 Y en orden puesto lo de Venezuela,  
 Partióse para el Cabo de la Vela.

Recibiólo la gente muy contenta,  
 Obedeciendo cédulas reales,  
 E ya cerca del año de cincuenta,  
 Tomando cuentas á los oficiales,  
 El se partió también para dar cuenta  
 Delante los divinos tribunales:  
 Murió como vivió cristianamente,  
 Y vilo yo que me hallé presente.

Del audiencia por su fallecimiento  
 Vinieron provisiones despachadas,  
 Mandando que no hagan mudamiento  
 De las justicias qué dejó nombradas;  
 Y porque fueron cosas de momento  
 Las que después hicieron en entradas,  
 Quiero tomar un poco de sosiego,  
 Que yo, mediante Dios, las diré luego.

## CANTO TERCERO.

Donde se trata del entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cúicas, los grandes recuentros que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó.

Muy grandes hechos han acontecido  
En las jornadas hechas desde Coro,  
Indignas de cubrirse con olvido,  
Antes muy dignas del febeo coro;  
Mas estos, por faltalles el ruido,  
Estruendo y estampida que da el oro,  
Hanse quedado todos encubiertos  
En los mismos sepulcros de los muertos.

Y si de Indias trata coronista,  
Donde le dan olores de pobreza  
Pasa de largo sin volver la vista,  
Y para donde halla mas riqueza:  
Allí le da tal gusto la conquista,  
Que tiene tractar otras por bajaza,  
Como quiera, lector, que en hechos buenos  
Las otras fueron mas antes que menos.

Ya que las ricas tengan gran altura,  
Las pobres no se queden por los llanos,  
Que también merecieron escritura  
Las fuerzas y el valor de fuertes manos;  
Pues aunque les faltó rica ventura,  
No les faltaron hechos soberanos;  
Y si ricos defienden sus alhajas,  
Los pobres no se duermen en las pajas.

Antes conozco de los naturales  
Con quien tractamos en indiana tierra,  
Que cuanto son mas ricos sus caudales  
Tanto son menos dados á la guerra:  
Los pobres son guerreros principales  
De quien todo regalo se destierra,  
Y juzgan ser su bienaventuranza  
La venenosa flecha, dardo, lanza.

Nunca preciaron oro fuertes scitas,  
Mas no por eso fué flaco su tiro,  
Antes venciendo gentes infinitas  
Siempre quedaron libres de suspiro:  
Grandes victorias tuyas hay escritas,  
Sin escapárseles Dario ni Ciro;  
Así que, no deshace la pobreza  
Al buen brio que dió naturaleza.

Tales son ciertamente los cúicas  
Donde entra Diego Ruiz de Vallejo,  
A la fama y olor de tierras ricas,  
Con ánimo mas grande que aparejo;  
Mas la riqueza fué flechas y picas,  
En que se suelen ver como en espejo;  
Sus soldados serian hasta treinta,  
Pero personas todas de gran cuenta.

Porque por otras gentes y naciones  
Andaban españoles repartidos,  
Y en estas coyunturas y sazones  
No pudieran ser mas apercebidos:  
Son veinte de caballo, diez peones,  
Entre los valerosos escogidos,  
Y tales que en valor y en experiencia  
Se conocia poca diferencia,

Pues que podian bien probar la mano  
En el mayor rigor y donde quiera:  
Van Luís de Narvaez y Antillano,  
No por parte menor de la bandera,  
Barrios, Diego de Ortega, Trujillano,  
Peralvarez y Vasco de Mosquera;  
Va Joan de Salamanca, va Miranda,  
Fernando de Madrid, no lanza blanda.

Sus claros resplandores estendia  
Apolo ya por el octavo sino,  
Cuando la valerosa compañía  
En concierto se puso y en camino:  
Apercebidos van de buena guía  
Los soldados del campo peregrino,  
Y con la pretension de sus provechos  
Al valle de Carache van derechos.

Donde todos sus llanos y collados  
Ocupaba crecida muchedumbre;  
Los indios se mostraron alterados,  
Viendo lo que no tienen de costumbre:  
Vienen para romper determinados,  
Representando grande pesadumbre,  
Porque les pareció ser insolencia  
Osar llegar allí sin su licencia.

Vallejo, con las lenguas que llevaba,  
Antes que la contienda comenzasen,  
Con amorosa paz los convidaba,  
Rogando siempre que se reportasen;  
Pero por mucho que los ablandaba  
Fué poca parte para que atajasen  
De mostrar claramente por los hechos  
La furia que traían en los pechos,

Remitiendo las paces á las manos,  
Armadas de durisimos arpones;  
Y así los caballeros castellanos  
Rompen por los espesos escuadrones:  
Van traspasando hierros inhumanos  
Humanos y mortales corazones,  
Aquellos van picando y estos huellan,  
Unos encuentran y otros atropellan.

Vuélvese acá y allá la dura rienda,  
No sin grave dolor y duro llanto;  
Enciéndose mortífera contienda;  
La grita y el ruido suena tanto,  
Que no hablan palabra que se entienda;  
Nació del alboroto gran espanto,  
Pues al indio difícil se hacia  
Lo que por cosa fácil presumia.

Juzgando luego por el apariencia  
Ser los pocos de muy poco momento;  
Pero vista la grande resistencia  
Y en daño suyo caso tan sangriento,  
Determinaron de hacer ausencia  
Para volver con otro fundamento:  
Dos caballos hirió contraria mano,  
Mas el restante todo quedó sano.

Como varones diestros en la guerra  
Todos ellos se dieron buenas mañas;  
Mas Diego de Vallejo desencierra  
De su brazo grandisimas hazañas,  
Por atemorizar toda la tierra  
Do pensaba plantar nuevas cabañas;  
Y así todas las gentes del terreno  
Tuvieron por entonces algun freno.

La rota de Carache y el estruendo  
Va con la muchedumbre de pregones  
Por Boconó y Aborrenzaís corriendo,  
Valles de generosas poblaciones;  
Los nuestros ansimismo van siguiendo  
El fin de sus primeras intenciones,  
Por reducir á paz la gente armada,  
Y así con Boconó fué celebrada.

La cual á nuestras gentes peregrinas  
Hizo guardar Vallejo muy de veras;  
Allí les presentaron mantellinas  
O mantas de algodón algo groseras,  
Y allí también se descubrieron minas  
De lo de Venezuela las primeras;  
Mas oro no les dieron en presente,  
Por no caber en uso desta gente.

Mas traían noticia desde Coro,  
Aunque eran muchas leguas de distancia,  
Que *cay* allí queria decir oro,  
Y que dello tienen abundancia;  
Pero los indios tenían por tesoro  
Otra cosa de menos importancia,  
A que llamaban *cay*, y es el guitero,  
Cuentas que tratan ellos por dinero.

Conchas ó huesos son como las partas;  
Y así cuando Vallejo les pedia  
El *cay*, que pocas gentes hace hartas,  
El indio con quien habla le traia  
De cuentas de guitero grandes sartas,  
Por la mas alta cosa que tenia;  
Alguno tan menudo, que se mira  
Como la minutísima chaquirá.

Esta muestra les dió poco contento,  
Segun la gran noticia que traian ;  
Mas ocurrióles á su pensamiento  
Riquísima noticia que tenían  
De un universal ofrecimiento,  
Donde diversas gentes acudian,  
Y pareciales ser necesario  
El descubrir aqueste santuario.

Icaque se decia, y era diosa  
Que de bulto tenían retractada  
En casa de tres naves espaciosa,  
De grandes y menores frecuentada ;  
Haciasele fiesta generosa  
(A tiempos y por dias) señalada,  
Donde sacrificaban gentes vivas,  
O de sus naturales ó captivas.

El sacerdote destes ministerios  
Entonces era Toy, gran hechicero,  
El cual interpretaba los misterios  
Y sucesos del tiempo venidero,  
Ansi de honras como vituperios :  
Como mas principal del falso clero  
Aqueste procuraron los cristianos  
Haber por todas vias á las manos.

Para que sus intentos ejecute,  
Procuraron traer á su sentencia  
Un indio principal, dicho Combute,  
Que con Carache tiene competencia ;  
Aqueste, sin temor que se le impute  
El tracto destas cosas á demencia,  
De buena voluntad sirvió de guia  
A la ciudad que Escugue se decia.

Las casas de grandeza tan pujante,  
Tantas y por tal orden y concierto,  
Que no se vido cosa semejante  
En cuanto por allí se ha descubierto :  
Los indios les mostraron buena semblante,  
Sin muestra de guerrero desconcierto ;  
Y allí tuvo Combute tal cuidado,  
Que luego vino Toy á su llamado.

El Vallejo le dijo : « Caro padre,  
Sabed, pues vos estáis en su servicio,  
Icaque la gran diosa ser mi madre,  
De quien recibo grande beneficio ;  
E yo querría, porque mas os cuadre,  
En su templo hacelle sacrificio ;  
Por tanto, pues aquí ninguno osa,  
Vos me llevad á ver tan grande diosa. »

El dicho sacerdote, con recelo  
De robos ó quizá de ver que yerra,  
Esclama : « No holleis el santo suelo,  
Mirá que os tragará luego la tierra,  
Sin que quede de vos un solo pelo,  
Y temblarán los llanos y la sierra :  
Dadme lo que quereis dejar por prenda  
Para que haga yo la tal ofrenda.

« Sacerdote só yo de quien se fie  
Lo que puede tocar á tal cuidado. »  
Mas respondiéronle que no porfie,  
Pues su devanear es escusado ;  
Finalmente hicieron que los guie  
Por fuerza barto mas que por su grado ;  
La gente que hallaron es inmensa,  
En armas puesta para su defensa.

Y como viesen ya la guaca cierta,  
Sin recelar sucesos venideros,  
Arronjose Vallejo por la puerta  
Y tras él diez ó doce compañeros ;  
Los otros estuvieron muy alerta,  
A fin de resistir á los flecheros ;  
Los indios estuvieron en espera,  
Creyendo que la tierra los sorbiera.

El esperar aquesto los aplaca ;  
Y el maese de campo y sus soldados,  
Después que se metieron por la guaca,  
Hombres humanos ven sacrificados,  
Tantos ídolos, tanta de petaca,  
Que todos se quedaron admirados,  
Pensando la riqueza ser tamaña  
Como la de Pirú y de Nueva-España.

T. IV.

Descubren de los ídolos los senos,  
Hechos de hilo, no sin sutileza ;  
Donde suelen meter los dones buenos ;  
Pero no remediaron su pobreza,  
Porque todos los mas estaban llenos  
De lo que allí tenían por riqueza ;  
De manera que fué la fiesta toda  
Guitero, cuentas verdes y baroda.

Las petacas están llenas de huesos,  
Piedras de ljada, medicinal sajo ;  
El oro fueron menos de cien pesos,  
Chagualas de guani, que es oro bajo :  
Vistos pues desta guaca los escesos,  
Vallejo con su gente se retrajo,  
Y del rescate dicho que tenia  
Tomaba cada cual lo que queria.

Después de concluidos los rigores  
Del templo do llegó cristiana lanza,  
Revolvieron á ver los moradores  
De Escugue, no sin mala confianza,  
Pero disimulando los temores  
Que nacian de ver tanta pujanza ;  
Y así hallaron todas estas gentes  
De su primera vista diferentes.

Bien que caricias hartas sin provecho  
Y aplauso juntamente no faltaba ;  
Mas era diferente lo del pecho  
Del ademán que fuera se mostraba,  
Para poder efectuar el hecho  
Que en daño de los nuestros redundaba ;  
Pues no porque se callan los dolores  
Se hacen tolerables ni menores.

Antes la pena con silencio muestra  
El modo de vengarse corazones,  
Y suele ser destrisima maestra  
En fraudes, en cautelas y traiciones,  
Y á la mas torpe gente hace diestra  
En el ejecutar sus intenciones ;  
Pero de la blandura contrahecha  
Agora se tomó mala sospecha.

Y así también el Diego de Vallejo,  
So color de no selles importuno,  
Sacó su gente del asiento viejo  
A lugar mas abierto y oportuno,  
Porque supiesen que de su consejo  
Tampoco se hallaba muy ayuno :  
Asentó media legua de distancia  
Velándose con toda vigilancia.

Como vió que tercera luz había  
Pasado sin llegar inconviniente,  
Perálvarez con cierta compañía,  
Que fueron las dos partes desta gente,  
Con orden que volviesen otro dia  
Fué para descubrir aquella frente ;  
Y fué faltar en esta coyuntura  
Amenaza de grande desventura.

Pues con el nubló que la vista cierra  
De nocturnos vapores impedida,  
Contra diez se juntó toda la tierra,  
Multitud por allí jamás oida,  
Con todos instrumentos para guerra  
Mas que bastantemente proveida ;  
Y con ser el ejército crecido  
Jamás se pudo percibir ruido.

El mismo capitán anda velando,  
Juntamente con él Diego de Ortega,  
Y en aquella sazón y tiempo, cuando  
La multitud de indios se congrega ;  
Al Vallejo le estan importunando  
Que pues ya huye la tiniebla ciega  
Quisiese dar por breves intervalos  
A los cansados ojos sus regalos.

El cual, como cansado se sentia  
Y convencido de tan justo ruego,  
Viendo venir también la luz del dia,  
Bajóse por tomar algun sosiego ;  
Y así la dicha vela se confia  
Del Ortega que fué rondando luego ;  
Y el caballo, segun sus mañas viejas,  
Enhestó muchas veces las orejas.

Adonde las orejas mas inclina  
El caballo con vista vigilante,  
El Ortega sus pasos encamina  
Para ver lo que tiene por delante ;  
Y luego claramente determina  
Ser gente del lugar poco distante ;  
Aprieta las espuelas de improviso  
Para dar no sin voces el aviso.

El maese de campo y los soldados  
De sueños descuidados muy ajenos,  
En el instante salen bien armados,  
Las lanzas en las manos y los frenos :  
Que los caballos tienen ensillados  
Durante las tinieblas y serenos ;  
Y por ser el negocio de repente,  
El Vallejo les dijo brevemente :

« Señores, ya la cosa va rompida :  
Cumplamos con aquello que debemos,  
Porque demás de defender la vida  
En la desproporcion destes estremos,  
Honra de tantos años adquirida  
Nada vale si agora la perdemos ;  
Y si aquella traeis á la memoria  
Certísima hareis esta victoria.

» Si veis lo que vencistes con el asta,  
Con enfermedad, hambre, pesadumbre,  
Y lo que tan crüel y baja casta  
Cuando le pican tiene de costumbre,  
No digo yo los diez, mas uno basta  
Para tan increíble muchedumbre,  
Y mas, bendito Dios, estando sanos  
Y los caballos gordos y lozanos.

» Diestros estamos bien en el oficio  
Pues el menor se halla mas entero ;  
Ninguno de nosotros es novicio  
Ni suele recelar encuentro fiero :  
Solo quiero decir que en el bullicio  
Cada cual mire por su compañero,  
Y en el cambiar y meuear la lanza  
Ninguno tenga loca confianza.

» Vea por el lugar por donde fuere  
Aquello que le puede ser embargo ;  
La lanza no repose do hiriere,  
Sino con el picar pasar de largo ;  
Y si la mano del gandul asiere,  
Que suele con mortifero letargo,  
Apretalda debajo del sobaco,  
Y pasad sin hacer el curso flaco,

» Porque desta manera se subyeta  
La fuerza mas feroz y mas crecida ;  
Cualquiera de nosotros acometa  
Con peso, con razon y con medida,  
Porque por un descuido no se meta  
Dónde halle dudosa la salida,  
Pues en negocio de tan gran momento  
Requíerese tener conocimiento.»

No se le dió lugar á mas razones,  
Porque ya los venian rodeando  
Soberbios y feroces escuadrones  
Que cielo y tierra van amenazando :  
Tiemblan los mas quietos corazones,  
Cuanto mas los que estaban esperando,  
Viendo por estos campos y lugares  
Para cada varon cuatro millares.

El clarísimo rostro del aurora  
A los mortales era ya patente,  
Y la febea luz en esta hora  
Manifestaba su dorada frente,  
Cuando con voz y grito mal sonora  
Vieron el gran tumulto de la gente :  
Son tantos para tan breve conquista  
Que no los puede comprender la vista.

No tantas hojas selva montüosa  
Tiene por su compás en el verano,  
No tantas olas mar tempestüosa  
Levanta con la fuerza del solano,  
Cuantos vienen con mano poderosa  
Contra tan breve número cristiano ;  
No tantas yerbas hay en las zapanas,  
Cuantas flechas y dardos y macanas.

Occupaban los llanos y las abras  
De las cumbres por do vienen saltando,  
Como monteses y lascivas cabras  
De riscos asperisimos bajando :  
No se puede pintar bien con palabras  
La gran ferocidad que van mostrando  
El brioso furor, la torba cara,  
El meneo del arco y de la jara.

Cada cual con mil rayas y pinturas  
Pechos, brazos y rostros adereza,  
Haciéndoles mas fieras las figuras  
Mano de la mujer ó la combleza ;  
De plumas largas son las coberturas  
Con que todos adornan la cabeza,  
Que con el movimiento y aire blando  
Van por robustos hombros ondeando.

Carache muestra grandes alborotos,  
Escuche representa su pujanza,  
La gran ferocidad de los tímotos  
Amenazando va cristiana lanza :  
A Icaque todos ellos hacen votos  
De no volver sin aspera venganza ;  
Ameruza venia diligente,  
Y Bocconó llegó por consiguiente.

Aquestos se hallaron mas cercanos,  
Mas todos ellos ya mericanos eran ;  
Húndense las alturas y los llanos  
Con voces que declaran « ; mueran, mueran ! »  
Apréstanse las armas y las manos  
De los que vienen y de los que esperan ;  
Vuelan agudos dardos, vuelan flechas  
Que contra los cristianos van derechas.

Muchas escuadras hay de picas gruesas,  
Negras como carbon, palo rollizo ;  
Las hondas echan piedras tan espesas  
Como nubadas grandes de granizo ;  
Y para cumplimiento de promesas,  
Alguna de las muchas daño hizo,  
Pues las que fueron bien encaminadas  
Abollan morriones y celadas.

Las cuerdas de los arcos dan crujidos  
Tantos y con tal furia los escesos,  
Que semejaban á los estallidos  
Cuando se queman montes muy espesos ;  
Y á no tener los brazos guarnecidos,  
Les cortaran las carnes y aun los huesos  
Las cuerdas, pero dan en parte hueca  
Con que va reparada la muñeca.

Los diez de la cristifera bandera,  
Insignes y fortisimos atletas,  
Tenian los caballos de manera  
Que por arremeter hacen corbetas ;  
Y así sin recelar esta carrera  
Procuran apretar lanzas jinetas ;  
Parten para hacer crüel estrago,  
Diciendo : « ; Santiago ! Santiago ! »

Pensamiento no hay ni semejanza  
De querer escaparse con huida,  
En Dios solo poniendo y en su lanza  
La salud y remedio de su vida ;  
Crece la crudelísima matanza ;  
No para ni reposa la herida,  
Porque la lanza de menor provecho  
Traspasa muslo, vientre, brazo, pecho.

Gran multitud de sangre va corriendo  
Que despide hervor de tanta vena ;  
Este queda mortal, aquel gimiendo,  
Otros dan vuelcos por aquel arena ;  
El suelo con las tripas van barriendo  
Otros, cuya fatiga los refrena ;  
Embisten todavia los cristianos  
A los que se mostraban mas lozanos.

Vuelan flechas y dardos, vuelan troncos  
Sobre los que les hacen el injuria,  
Y los brazos no son mancos ni broncos,  
Ni de crüeles tiros hay penuria ;  
De dar gritos y voces están roncos,  
Aumentase el dolor, crece la furia :  
Por consiguiente nuestros caballeros  
Mucho mas ensangrientan sus aceros.

Con sus caballos bien encubertados  
De faldas, ancas, pechos y testera,  
Rompen los escuadrones ordenados  
Para desordenalles la hilera;  
Y aunque de todas partes son picados,  
Cubiertas hacen que ninguno muera;  
Y el Diego de Vallejo mas bríoso  
Rompió por escuadron mas peligroso.

De los que lo tenían rodeado  
Era tan numerosa la pujanza,  
Quel caballo cayó de muy cansado;  
Terrible piedra le quebró la lanza;  
El caballero suelto y alentado  
Luego se levantó para venganza,  
Y á la crúel espada puso mano  
No con menos valor que de romano.

Dentro lo tiene viva talanquera  
Que lo fatiga sin le dar reposo;  
Mas él muslos y brazos y mollera  
Cercena con su brazo vigoroso;  
Acude luego Vasco de Mosquera  
A librallo del trance riguroso,  
Juntamente con él Diego de Ortega,  
Y Luis de Narvaez luego llega.

Ahi cobra gran fuerza la batalla  
Y enciende mas furor el Marte fiero;  
Allí la gente que no viste malla  
Ya no recela puntas del acero;  
Mas á pesar de toda la canalla  
Sacaron el caballo y caballero;  
El caballo huyó por el egido,  
Y él fué luego con otro socorrido.

Los unos toman el caballo vago,  
Otros al escuadron vuelven la frente  
Con voz y con favor de ¡Santiago!  
Admirados los indios grandemente  
De ver la gran matanza y el estrago  
Por tan pequeño número de gente;  
El Vallejo cebando mas la lanza  
Salió de su consejo y ordenanza.

Al tiempo que se daba mayor priesa,  
Procura gran tumulto rodeallo:  
Descarga dardo, flecha, piedra gruesa,  
Con esperanza cierta de matallo;  
Audaba la macana tan espesa  
Que le cayó también aquel caballo;  
El cansado rocín de sí desecha  
Aprovechándose de su derecha.

Los golpes da según Aristomenes  
Cuando lacedemones mata y hiende,  
Rodeadas de jaculos las sienes  
De que celada fina lo defiende;  
Mas acudióle luego Joan Jimenez,  
Que sus atrevimientos reprehende,  
Y en el mismo momento le fué dado  
Otro caballo ya mas descansado.

En este tiempo de sucesos varios,  
Cinco varones de la gente blanca  
Tanta priesa les dan á los contrarios,  
Que por aquel cuartel vuelven el anca:  
Eran Madrid y Damian de Barrios,  
Y el valeroso Joan de Salamanca,  
Con Antillano y Pedro de Miranda,  
Ya victoriosos por aquella banda.

Por estotro cuartel no se dormían  
El Vallejo, Narvaez y Mosquera,  
Ortega y Joan Jimenez, que herían  
Con tan grande valor la gente fiera,  
Que de los grandes bríos que traían  
Diminuyendo van en gran manera;  
Y cuanto mas van ellos alojando,  
Tanto mas los aprieta nuestro bando.

Cuando mostraba ya febea cara  
Ser de su curso la mitad notoria,  
El sanguinoso campo desampara  
La gente que pensaba ganar gloria,  
Y por los españoles se declara  
La miraculosísima victoria:  
Que tal nombre podemos dalle cierto,  
Pues que ninguno dellos quedó muerto.

Siguen á los que buscan sus abrigo  
Ya de temor, sin bélicos pertrechos;  
Prendieron señalados enemigos,  
Resfriada la furia de sus pechos;  
Hicieron después ciertos castigos,  
Aunque debieran ya bastar los hechos;  
Y agora por tomar algun sosiego  
Para sus ranchos se volvieron luego.

Traían los caballos mal heridos,  
Con ir todos muy bien encubertados;  
Quitáronse las armas y vestidos  
Aquellos que se sienten lastimados;  
Halláronse los cuerpos denegridos  
De los terribles golpes y pesados;  
Mas ni con golpe grande ni herida  
Caballo ni español perdió la vida.

Porque demás de ser diestro su Marte  
En cualquiera beligerá presura,  
No deja de tener en esta parte  
El Diego de Vallejo gran ventura;  
Pues fué para quien sigue su estandarte  
Muy pocas veces necesaria cura:  
Es lo presente tan bastante prueba  
Que se puede contar por cosa nueva.

Estando pues los diez mas vigilantes  
Con atalayas fuera del asiento,  
Peralvarez llegó con los restantes,  
De que se recibió grande contento:  
Venían todos ellos ignorantes  
De tan prodigioso rompimiento;  
Porque de la gran fuerza de sus diestras  
Los montones de muertos daban muestras.

Entretuvieronse por algun dia  
En estas populosas vecindades;  
Mas viendo que el Orion les decía  
Venir sus pluviosas tempestades,  
Y la mano del Tauro descubria  
Las hermanas Virgílias ó Pleyades,  
Volverse pareció mas conveniente  
Para tornar allí con mas posible.

Pasadas del invierno las refriegas  
Y vueltos los calores del verano,  
Volvieron el Vallejo y el Villegas  
Con posibilidad de mayor mano:  
Subyectaron las cumbres y las vegas,  
Pero no se pobló pueblo cristiano;  
Mas en los rios y otras partes ciertas  
Dejaron minas de oro descubiertas.

Volviéronse al Tocuyo, do creían  
Traelles ya remedio de su pena,  
Pues la necesidad que padecían  
No podia llegar á ser mas llena;  
Pero tambien de lo que pretendían  
Llegó la compañía muy ajena;  
Y así por ser pesada su querella  
Buscan remedio para salir della.

Para dar orden á lo que refiero,  
Su gran necesidad sirvió de guia,  
Y fué de su remedio lo primero  
Darse todos á buena granjería,  
Para poder sacar algun dinero  
De cosas que la tierra producía;  
E ya tenían en aquellos años  
De ganados allí buenos rebaños.

Determinaron pues de hacer saca  
A tierras de longísima distancia,  
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,  
Sería de grandísima ganancia,  
Si por los llanos, acia Guayamáca  
Cortando por aquella circunstancia  
Se pudiese hallar algun entrada  
A este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,  
Con soldados que trajo de buen tino,  
Y no pequeña copia de ganado,  
Procuró descubrir aquel camino;  
Y fué tan venturoso y acertado  
Que con gran brevedad al reino vino:  
Vendieron principal y multiplicos,  
Y á sus moradas se volvieron ricos.

Y aunque les pareció vender barato  
Segun suele quien usa mercancía,  
Algunos perseveran en el trato  
Y enriquecen con esta granjería;  
Y desde entonces se estampó contrato  
De que gozamos todos este día,  
Y dura y durará la compra y venta  
Que por aquel camino se frecuenta.

De manera, señor, que del regalo  
Que puede dar un territorio bueno,  
A los regaladisimos igualo  
Los hombres que poblaron aquel seno;  
Y el no hacerlo antes fué lo malo:  
Réstame pues decir deste terreno  
Los lugares poblados de presente,  
En un canto final y concluyente.

### CANTO CUARTO.

Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á la de aquella gobernacion.

Buenos principios de conquista lleva,  
Y así serán los medios principales,  
Si el capitán que halla tierra nueva  
Asienta pueblos con sus oficiales,  
Y no se desbarata ni se ceba  
En solo destruir los naturales;  
Porque sin duda es este remanso  
Camino de riquezas y descanso.

Y así los pueblos en aquel partido,  
Por las contractaciones ser continas,  
Grandemente se han ennoblecido  
Con riquezas y gentes peregrinas;  
Y con los tales tractos han venido  
A sustentar esclavos en sus minas  
De oro, porque no se halla plata,  
Y su principio fué Bubuúata.

El pueblo de la costa de Oceano,  
Y tal el oro de su nacimiento,  
Que por ensaye consta que su grano  
Tiene de los quilates henchimiento:  
Perálvarez, caudillo baquiano,  
Fué fundador primero del asiento,  
Año de tres quinientos y cincuenta,  
Segun el uso de cristiana cuenta.

Y el de cincuenta y dos mas adelante  
Vió Damian de Barrios los Noaras,  
Y allí muestra de oro tan bastante,  
Que convino plantar sagradas aras  
En el rio Buria circunstante,  
Que tú, nueva Segovia, desamparas,  
Pues por ser a dolencias subyeto  
Se pasaron á Barraquicinetó.

Donde faltaron las enfermedades  
Porque el asiento del era mas sano,  
Mas no faltaron las calamidades  
Que ya dejamos dichas del trano;  
También esclavos destas vecindades  
Antes se levantaron á su mano,  
Haciendo por los pueblos algun daño  
Por estar descuidados del engaño.

Ciento y cincuenta negros son de guerra,  
Gente feroz, bien puesta y arriscada,  
Y en aspera quebrada de la sierra  
Hicieron una fuerte palizada:  
Pusieron en temor toda la tierra  
Por ser la nuestra poca y apartada,  
Y cada cual guardaba sus asientos  
Esperando los negros por momentos.

Porque juraron rey solemnemente,  
Puestos en el lugar que les aplico:  
Aqueste fué Miguel, negro valiente,  
Criollo de San Joan de Puerto-Rico;  
Y el rey negro nombró lugar-teniente  
Creuyendo ya valerle por su pico;  
Finalmente, solteros y casados  
Estaban todos atemorizados.

Mas al levantamiento se dió cura,  
Tal cual la suele dar lanza y espada,  
Por se hallar en esta coyuntura  
Gente del nuevo reino de Granada;  
Y llegar á tal tiempo fué ventura,  
Segun iba la cosa mal parada:  
Pero Rodriguez fué de Salamanca  
Con gente para guerra nada manca.

Y Cabrera de Sosa, varón dino  
De selle la fortuna favorable,  
La cual si se moviese por camino  
A sus merecimientos razonable,  
Ternia tan cansado peregrino  
Un precio de valor inestimable;  
Mas unos hacen honorosos hechos  
En Indias, y otros llevan los provechos.

Estos con otras gentes de sustancia  
Habian ido por comprar ganado  
Para poblar el campo y el estancia,  
Del reino que tenían conquistado;  
Pues como fuere hecho de importancia  
Subyectar el esclavo rebelado,  
Determinaron una y otra gente  
De deshacer aquel inconveniente.

Treinta fueron de gente bien cursada  
En desmallar las lorigadas redes,  
En ánimo y valor tan estremada  
Que pueden del vivir hacer mercedes;  
El valeroso Diego de Losada,  
Y allí Diego Garcia de Paredes,  
Valiente y esforzado caballero  
Y de paternas fuerzas heredero.

Por la gran aspereza del camino  
Todos iban á pié como romeros;  
Sirvenlos alpagates de rocino  
A los que son mas diestros caballeros;  
Bajan con el recato que convino  
Por asperisimos despeñaderos;  
Mas antes de podelles ver la frente  
Adelantóse Diego de la Fuente.

Negro de quien en la primera parte  
Conte con gran verdad grandes hazañas,  
Pues en cualquier bandera y estandarte  
Acostumbró hacer cosas estrañas;  
Y agora sin favor de ajeno Marte  
Ansimismo se dió tan buenas mañas,  
Que trajo para guia del cercado  
Un poderoso negro maniatao.

Maravilóse nuestra compañía  
De ver tan á su salvo tan buen hecho,  
Porque segun lo que se pretendia,  
Fué para lo demás de gran provecho:  
El negro preso pues sirvió de guia  
Para llevar camino mas derecho,  
Hasta que ya tomaron la ribera  
Que de viciosas arboledas era.

Vieron aquellas playas blanqueando  
Con lienzos que tenían estendidos,  
Y cantidad de negras que lavando  
Estaban sus camisas y vestidos;  
Por algunos que están atalayando  
No pudieron dejar de ser sentidos,  
Y así dicen los que la vela tienen:  
« ¡Arma! arma, que los barbudos vienen! »

Aquesta grita y alboroto dura  
Su momento dejar intermitente;  
Tragos son de dolor y de amargura  
Viéndose saltados de repente:  
El español feroz luego procura  
De rodear el golpe de la gente,  
Porque negros que andaban divertidos  
A su palenque fueron recogidos.

En un ancon fuera de la quebrada  
Tenian bien compuesta su manida:  
Por la parte de tierra palizada  
Para se defender fortalecida;  
Por el arroyo ya Peña tajada  
Que por ninguna parte da subida,  
Y el cercado tenían con dos puertas,  
Mas entrambas á dos están abiertas.

Sosa y Diego García van delante,  
Ocupando primero la primera;  
Pasó Pedro Rodríguez mas adelante  
Tomando la que cae mas afuera;  
Luego la demás gente litigante  
Acude donde mas menester era,  
Todos de sus escudos bien cubiertos  
Porque contrarios tiros vienen ciertos.

A causa de que bárbaros guerreros  
Estaban por de dentro y allí junto,  
Vieron al rey Miguel de los primeros,  
Miguel que de león es un trasunto:  
Requeriante nuestros caballeros  
Después que ya llegaron á tal punto:  
«Date, date, Miguel, de buena suerte,  
Si no quieres morir de mala muerte.»

El negro, «¡dar! oh! qué! les respondía:  
Es pensar eso necesidad notoria;  
Antes os digo ser aqueste día  
Un dichoso principio de mi gloria.  
Use de semejante cobardía  
Quien no tiene por cierta la victoria:  
Yo no, yo no, que tengo buenas manos  
Para derramar sangre de cristianos.»

«Aquesas cotas y celadas finas  
Desbarán almocafres, que provechos  
Acostumbraban dar labrando minas:  
Mas ya quieren labrar humanos pechos  
Y romper las entrañas intestinas  
Enastados, agudos y derechos.»  
Luego con uno dellos hizo tiro  
Con fortaleza de sabino siro.

Y aun con aquel furor y de tal arte  
Que tiro de sulfurea candela,  
Pues que le traspasó de parte á parte  
Al buen Pero Rodríguez la rodela;  
Reparan al entrar del baluarte,  
Y cada cual del golpe se recela,  
Porque luego con increíble ira  
Y con las mismas fuerzas otro tira.

Y en un madero de los del cercado  
Entró la dura punta del cuchillo,  
No menos en el palo soterrado  
Que si fuera con golpes de martillo,  
Tanto que brazo muy aventajado  
Fué poca parte para desastillo:  
Ordenanse los otros en su plaza,  
Y cada uno dellos desembraza.

Comiézase la belicosa fiesta  
Que no piensa de sangre ser avara;  
Arma Diego de Escorcha la ballesta  
Que por blanco tomaba negra cara;  
En la cureña rasa tiene puesta  
Con acerado hierro diestra jara:  
Apunta como diestro ballestero  
Para hacer su tiro mas certero.

Aunque tiene delante mucha gente,  
Procura desarmar en el caudillo:  
La puntería fué tan excelente  
Que no le lastimó por el tobillo,  
Antes fué tal el golpe de la frente  
Que traspasó tambien el colodrillo:  
La vista de Miguel quedó perdida,  
Quedando perdidoso de la vida.

Faltando la malilla deste juego,  
Se jugaron después muy pocas manos,  
Porque por las dos puertas entran luego  
Con gran brio y valor nuestros hispanos:  
Muchos negros de si hacen entrego,  
Otros mueren allí como romanos;  
Finalmente, gozaron del trofeo  
Los nuestros, y partieron el rancheo.

Regocijados de tan buen efeto  
Con los negros que vivos recogieron  
Se volvieron á Barraquicimeto  
Y á su nueva Segovia, do salieron;  
Cuyos vecinos libres del aprieto  
Con gran solemnidad los recibieron,  
Teniendo por negocio del momento  
El deshacer aquel encantamento.

Sucedidas aquestas cosas varias,  
Vino de buenas intenciones lleno  
Por su gobernador Alonso Arias  
De Villasinda, licenciado bueno.  
Las cosas de su tiempo son sumarias,  
Por ser de novedades muy ajeno:  
Murió, según la cuenta verdadera,  
Por los cincuenta y siete de la era.

Quedaron por alcaldes dos ancianos  
En el Tocuyo, ciudad primera,  
El noble Joan Martín de Castellanos,  
Y el generoso Vasco de Mosquera,  
Estos por no tener ociosas manos  
Determinaron que saliese fuera  
A poblar los Guicas compañía,  
Y por su capitán Diego García.

El cual luego tomó gente de guerra,  
Cuyo valor allí no fué sencillo;  
Recibiólo de paz toda la tierra,  
Y pobló pueblo que llamó Trujillo:  
Sustentaban la paz llanos y sierra  
Obedeciendo todos al caudillo;  
Pero después por malos tractamientos  
Mudaron estos indios los intentos.

Tomáronse soberbios y lozanos,  
Sin tener reverencia ni respeto;  
Finalmente vinieron á las manos,  
Y desto se siguió tan mal efeto,  
Que consumieron diez y seis cristianos  
Y ponen los demás en gran aprieto,  
Los cuales viendo tal inconveniente  
Envían al Tocuyo por mas gente.

Al tiempo questa gente ya llegaba  
Con despachos y cartas de erencia,  
Gutierre de la Peña gobernaba  
Por provision de la real audiencia,  
El cual, según las fuerzas alcanzaba,  
Apercibió con suma diligencia  
A cierta gente bien aderezada,  
Y fué con ella Diego de Losada.

Apaciguó la tierra circunstante,  
Cuya ferocidad andaba suelta,  
Pero mirando bien que la restante  
En no dar subyección está resuelta,  
Para traer ejército bastante  
Determinaron todos dar la vuelta,  
Pareciéndoles ser intentos locos  
Querer domar á muchos siendo pocos.

Después mandó Gutierre de la Peña  
A Francisco Rúiz, el cual porfia  
En subyectar la gente zahareña,  
Aunque con breveçilla compañía:  
En Escugue reformó su resena,  
Y el pueblo que pobló Diego García  
Con nombre que le dió siendo caudillo,  
Por ser el uno y otro de Trujillo.

Estando pues Rúiz desta manera  
Sin deslizarse del primer estado,  
Después de tres quinientos de la era  
El de cincuenta y nueve comenzado,  
Vino gobernador de do se espera,  
Y aqueste se llamó Pablo Collado:  
El Paredes volvió luego á su cargo  
De los Guicas con poder mas largo.

Diego García, con la pesadumbre  
De que gente guerrera no carece,  
Hizo venir á paz y servidumbre  
Al que de mas defensa se guarnece.  
Volviendo su furor en mansedumbre;  
El cual dicho Trujillo permanece  
Con grande multitud de naturales,  
Y tiene granjerías principales.

Al fin el español ya se averigua  
Con ellos, con tener mayor potencia  
Que en sus principios tuvo Hacarigua,  
Hay poblada tambien nueva Valencia  
En terminos del lago Tacarigua,  
Tierra fértil en hechos y apariencia,  
Y en cuyos rios hay dorados granos  
Que sacan con esclavos los cristianos.

El año de sesenta ya presente,  
Sin que el gobernador se lo permita,  
Un Francisco Fajardo diligente,  
Mestizo de la isla Margarita,  
En los indios caracas metió gente  
Que la guerra difícil facilita:  
Era hijo de generoso padre,  
Y reina de la isla fué su madre.

Doña Isabel la India se decía,  
Señora principal, mujer bastante,  
A quien grande respecto le tenía  
Toda la tierra firme circunstante;  
Y por la madre que con él venía  
Los indios no mostraron mal semblante:  
Fundó su pueblo, dicho San Francisco,  
Para traellos á mejor apriso.

Conociendo ser cosa conviniente  
Conservar al mestizo ya nombrado,  
Determinó nombrallo por teniente  
Este gobernador Pablo Collado;  
Al cual después por invidiosa gente  
Le quitó su poder y cargo dado,  
Y el que con el poder nuevo venía  
Joan Rodriguez Suarez se decía.

El cual en valentía satisfizo  
A cuanto puede ser en ser humano,  
Mas no sé qué negocios allí hizo  
Por do Collado no le dió mas mano,  
Volviendo sus poderes al mestizo:  
Aguirre vino luego, mal tirano,  
Y tan perverso, que peor ninguno;  
Y esto fué año de sesenta y uno.

Sabiendo Joan Rodriguez su venida,  
Para mostrar sus hechos señalados  
Hizo de los caracas su partida  
Con seis escogidísimos soldados:  
Fin dieron todos ellos á su vida  
Por multitud de indios alterados;  
Mas con venganza tal y de tal arte  
Cuanto vistes en la primera parte.

Los indios victoriosos con la muerte  
Del fuerte capitán por ellos muerto,  
Dieron en el Fajardo de tal suerte  
Que le cumplió desamparar el puerto;  
A Cumaná Fajardo se convierte,  
Donde el alcalde Cobo, mal esperto  
En cosas de justicia, mal la hizo  
Y por términos malos del mestizo.

La madre pareció por su presencia  
A pedir el agravio recibido  
Delante los señores de la udiencia,  
Donde fué su negocio bien reñido:  
Vióse la causa, dióse la sentencia,  
Cada cual defendiendo su partido;  
Mas la India no pleiteó de balde,  
Pues hizo que ahorcasen al alcalde.

En tiempo de la dicha competencia,  
Vino Bernaldez Tuerto, licenciado,  
Por mandado de la real udiencia  
Por ciertas quejas que hubo de Collado:  
Tomóle rigurosa residencia,  
Y en efecto, sin culpas ó culpado  
Collado del collado fué bajando  
Quedándose Bernaldez gobernando.

Por no tener Bernaldez horas vacas  
Ni se mostrar gobernador sencillo,  
Gente hizo volver á los caracas  
Y á Lúis de Narvaez por caudillo:  
Las fuerzas que halló no fueron flacas,  
Aunque las tuvo buenas su cuchillo;  
Mas, de sesenta hombres desta gente,  
Vivos salieron cuatro solamente.

Muerto Narvaez con tan grande daño,  
A gobernar aquella tierra vino  
Don Pedro Ponce de Leon, el año  
Ya de sesenta y seis: varon qué dino  
Era de gobernar mayor rebaño,  
Y así pasó muy bien aquel camino;  
Luego como llegó puso la frente  
Ea subyectar aquella brava gente.

Para hacer mejor la tal jornada,  
Puso, por ser persona conocida,  
Los ojos en el Diego de Losada,  
Al cual antes que haga su partida  
La comision que pide le fué dada,  
Y tal que fué su boca la medida,  
Con deseo de ver duros castigos  
En tan desvergonzados enemigos.

Porque después de ser Narvaez muerto,  
En esta crüeldad perseverando  
Mataron otros muchos en el puerto  
De gente que pasaron navegando:  
Usando destas mañas y conciertos,  
Que cuando vian ir emparejando  
Navios por sus playas y ribera,  
Enarbolaban una gran bandera.

En ese mismo punto los fieles,  
Pensando gente ser de buena laya,  
Mandaban echar fuera los bateles  
Y llegaban con ellos á la playa:  
Indios medio ladinos y crüeles  
La gente persuaden á que vaya  
A ver los españoles sus hermanos,  
Cuyos pueblos decian ser cercanos.

Con aquesta mentira bien compuesta  
Eugañaban la gente baptizada,  
Haciéndoles allí tan grande fiesta  
Como si fuera paz muy asentada:  
Echaba de sí luego la floresta  
Terrible muchedumbre bien armada,  
Ejecutando mil diversidades  
De martirios con grandes crüeldades.

Con la maña y astucia que refiero  
Y de sinceridad gran aparençia,  
Mataron á Joan Sanchez, caballero,  
Clérigo mal seguro de conciencia:  
El cual fué provisor de nuestro clero,  
Y allí se le tomó la residencia;  
Otros quince mataron juntamente  
Que venian con este delincuente.

Estos mismos cogieron en sus redes  
Con las mismas caricias y halago  
Al buen Diego Garcia de Paredes,  
Aquel de quien atrás memoria hago,  
Viniendo de Castilla con mercedes  
Que trajo del gobierno de Cartago;  
Pues sabida la muerte del tirano  
Le hizo la merced rey soberano.

Tan gran error, en un tan buen soldado,  
A todos nos causó gran maravilla,  
Sabiendo bien Narvaez ser entrado  
Al tiempo qué se fué para Castilla  
A fin de castigar al rebelado,  
Y ser aquella gente no sencilla;  
Mas él pensó que lo tenía sano,  
Y ser verdad haber pueblo cristiano.

Y fué demasiada la ceguera,  
Pues debiera tener por cosa clara  
Que si cristiana poblacion oviera  
De gente conocida, no faltara  
Quien paseara bien esta frontera;  
Y aun fuérale mejor que la dejara  
E ir donde llevaba la demanda  
Sin ver á Catalina de Miranda.

Al fin él se mostró poco discreto  
En se meter allí sin certidumbre,  
Metiendo muchos otros en aprieto  
De muerte, con inmensa pesadumbre,  
Y con las crüeldades que en efecto  
Estos bestiales tienen de costumbre;  
Y pues él dió ya fin á su jornada,  
Volvamos á decir la de Losada.

Por Terepaima guía su camino,  
No menos industrioso que valiente,  
Adonde deste bárbaro vecino  
Era la mayor fuerza de la gente:  
Embisten con el campo peregrino,  
Mas el Losada fué tan diligente  
Que con pesar de toda la ralea  
El alto de la loma señorea.

Para hacer al indio mas confuso,  
 Donde mas pueblos hay allí se queda;  
 Fundó ciudad, según el comun uso,  
 En parte rasa, limpia de arboleda,  
 Y Santiago de Leon le puso;  
 Otro en la mar llamó Caravallda:  
 Son fértiles asientos y elegantes,  
 Y cuatro leguas estarán distantes.

Al bárbaro feroz nada le plugo  
 De ver la poblacion de los cristianos;  
 Mas Losada les hizo que den jugo  
 Sacando de sus minas ricos granos;  
 Y tienen por mejor sufrir el yugo  
 Que venir con los nuestros á las manos:  
 Finalmente, la gente castellana  
 Aquella tierra toda tiene llana.

Están en el servir muy adelante,  
 Y es de su natural aquella gente  
 En sus disposiciones elegante,  
 Gallarda, limpia, suelta, diligente;  
 La tierra rica, fértil, abundante,  
 Y para la salud muy escelente:  
 Estan pues los dos pueblos hoy enteros,  
 Y serán para siempre duraderos.

La máquina del mundo que se mueve  
 Por orden del etéreo movimiento  
 Contaba por la cuenta que se debe  
 Al cómputo del santo nacimiento  
 Ya de sus años los sesenta y nueve,  
 De mas y allende del quinceno ciento,  
 Cuando se desasó don Pedro Ponce,  
 Para vivir con Dios, del mortal gounce.

Pidió luego Losada su gobierno  
 A Grajeda que entonces presidia;  
 Mas pudo mas en él el amor tierno  
 Quel mérito de quien se lo pedia:  
 Y así lo proveyeron á su yerno,  
 Que Francisco de Chaves se decia;  
 Después del proveimiento del audiencia  
 A Losada le dió cierta dolencia.

Volvió de la Española sin el mando,  
 Y de su calentura con recelo,  
 Llegó á Burburuata, y en llegando  
 Allí murió con barto desconsuelo,  
 Perdon de sus pecados demandando  
 Al sumo Hacedor de tierra y cielo:  
 Hombre guerrero fué, cuyos valores  
 Se pueden igualar con los mejores.

Tracté mucho con este caballero,  
 Y á grandes hechos suyos me vi junto:  
 En las elegias del libro primero  
 Hice mencion y lo dejé difunto,  
 Y fué por estar yo no tan entero  
 Que me pensase ver en este punto;  
 Y como Dios me dió mas larga vida,  
 Quise dar esta cuenta mas cumplida.

Después de aquestos fortunosos juegos,  
 Governó Chaves, año de setenta;  
 El año mismo vino Mazariegos,  
 Y gobernó seis años, á mi cuenta:  
 Gobiernos claros fueron, y no ciegos,  
 Según su buena fama representa;  
 Y entonces ya gustosos deste cebo,  
 El Maracaibo se pobló de nuevo.

Un Pacheco, que fué varon notable,  
 Fundó ciudad de gente castellana  
 En parte bien dispuesta y agradable  
 Y al dicho Maracaibo muy cercana;  
 Mas esta poblacion no fué durable,  
 Aunque siempre duró la buena gana;  
 Pero como halló gran resistencia  
 Convino del lugar hacer ausencia.

Salió pues del compás de Venezuela,  
 Y fué con breve copia de cristianos  
 A hablar en el Cabo de la Vela  
 Al mariscal Miguelan de Castellanos,  
 Para con su favor y su tutela  
 Volver luego las armas á las manos;  
 Mas como la ganancia fallecia,  
 No concluyó con él lo que queria.

Volvióse donde estaba Mazariego,  
 Ya de su poblacion desconfiado,  
 El cual gobernador mediante ruego  
 Hizo volver á Pedro Maldonado,  
 Que con valor insigue pobló luego  
 El pueblo por Pacheco despoblado:  
 Por nombre se le dió Nueva Zamora  
 Con el cual permanece hasta agora.

El lago corre con sus bergantines,  
 Combatiendo con indias canoas  
 Que traian guerreros tan insines  
 Que no suelen volver siempre las proas:  
 Vista dieron á pueblos que confines  
 Están fundados sobre barbacoas,  
 Donde se defendieron como diestros  
 Y no sin algun daño de los nuestros.

Dejaron aquel bárbaro flechero  
 Sin poder subyectar su baluarte,  
 Y corrieron el lago por entero  
 Descubriendo por una y otra parte,  
 Hasta llegar á su desaguardero,  
 Donde la isla Tova lo reparte  
 En dos bocas, la una tal que tiene  
 Una legua de ancho por do viene.

La otra hace desta diferéncia  
 En no tener tan ampliados senos;  
 La isla tiene de circunferencia  
 Hasta seis leguas, poco mas ó menos;  
 Los moradores hacen resistencia  
 Defendiendo sus casas como buenos:  
 Toda paz amigable se desecha,  
 En agua confiando y en la flecha.

Para poder domar aquestas gentes,  
 Habian de hacer larga demora;  
 Y así por les faltar los adherentes,  
 Determinan dejallas por agora,  
 Por socorrer á cosas convinientes  
 A la perpetuidad de su Zamora,  
 Que tal nombre le dieron en entrego  
 Porque era de Zamora Mazariego.

En aquesta sazón y coyuntura,  
 Siendo setenta y siete de la era,  
 Pagando los tributos de natura,  
 Dió Mazariego fin á su carrera:  
 Fué hombre de grandísima estatura  
 Y en virtudes su vida muy entera.  
 Don Joan Pimentel vino, y al presente  
 Modera las provincias y la gente.

Varon cuyo valor y cuya vida  
 Es un dibujo de virtud tan lleno,  
 Que nos parece ser regla y medida  
 De cuanto tiene título de bueno:  
 Santa modestia, nunca divertida  
 A nota que denote ser sin freno;  
 Y así va ya (su discrecion mediante)  
 Esta gobernacion mas adelante.

Los pueblos visitó por su presencia,  
 Venciendo de rigor cualquier embargo,  
 Tomando de jueces residencia.  
 A Maldonado priva de su cargo  
 Por pronunciar una crúel sentencia,  
 Y ejecutalla muy á paso largo  
 En Tejeda, soldado lusitano  
 A quien mató por caso bien liviano.

Este, privado como delincuente  
 De la manera que se representa,  
 El don Joan Pimentel, como prudente,  
 Por conocer daria buena cuenta,  
 A Joan Guillén nombró por su teniente,  
 Que hasta hoy aquel pueblo sustenta,  
 No sin copia de muertos y heridos,  
 Por ser los naturales atrevidos.

Tienen en pelear esfuerzo raro,  
 Sin les faltar ardid y buenos brios,  
 En el agua que toman por amparo,  
 Y en ella cantidad de sus navios;  
 Pues como mas arriba me declaro  
 Dentro tienen sus casas ó buhios,  
 Do hacen á pié quedo buenos lances,  
 Y no menos si van en los alcances.

Porque desta manera dieron cabo ,  
Con número de gente bien crecido ,  
De Cristóbal de Rivas, que yo alabo  
Por ser soldado diestro y escogido ;  
Salió también con harto menoscabo  
El Pedro Maldonado mal herido ,  
Queriendo castigar aquel rebato ,  
De donde se escapó solo un mulato .

Entre los muchos pueblos de gentiles  
Quel Maracaibo tiene congregados ,  
Hay unos á quien llaman los aliles ,  
Indios feroces y desvergonzados :  
En ensayos de guerra son suiles ,  
Y en el acometer determinados ;  
Estos tenían muy poco respeto  
Al capitán Guillén, y en gran aprieto .

Y así, con otras muchas gentes fieras ,  
Viendo la poca gente de Zamora ,  
Habían concertádose de veras  
Sobre venir á una misma hora :  
El Joan Guillén velaba sus riberas  
Cercanas á la parte donde mora ,  
Con temor grande, por aviso cierto ,  
De ver presto contrarios en su puerto .

Al tiempo que Guillén está temiendo  
Tan impetuosísima carrera ,  
Los años del Señor iban corriendo  
Por los ochenta y uno de la era ;  
Y un Francisco de Cázares, viniendo  
De España por ver bien esta frontera  
Y la gobernacion estar á una ,  
Quiso meterse por el alaguna .

Pues como en otra parte se recita ,  
Cázares ha poblado por un canto  
El valle que llamamos de la Grita ,  
Y á la ciudad del Espiritu Santo ;  
Y siendo la distancia bien descrita ,  
Son sobre quince leguas otro tanto ,  
Y adonde si por Cucuta navega  
A su gobernacion muy presto llega .

Tiene pues, este lago rodeado ,  
Distante poblacion por esta via ,  
El Cabo de la Vela por un lado ,  
El valle de Upar mas al mediodia ,  
Ocaña, pueblo mas encaramado ,  
Y Mérida, que poco se desvia ;  
La Grita y á Trujillo referimos ,  
Hasta volver á Coro, do partimos .

También del alaguna está cercana  
La ciudad que llamamos de Pamplona ,  
Todos pueblos de gente castellana ,  
Do predomina la real corona ,  
Y el natural se da de buena gana  
Con sus tributos y por su persona :  
Entró Cázares pues, y con desino  
De dar á su gobernacion camino .

Dos navios medió con gentes raras  
Y número menor que conveniente ,  
Y en las bocas topó con los toparas ,  
Nacion feroz y gente de posible ,  
Que en canoas y número de jaras  
Arroujan siempre cuantidad terrible ;  
Mas pasó con su gente vencedora  
Hasta llegar al puerto de Zamora .

Regocijaronse por maravilla ,  
Teniendo por grandísima ventura  
Llegar allí navios de Castilla  
En tal necesidad y coyuntura ;  
Y así los recibieron en la villa  
No con pocos aplausos de holgura :  
Reposaron la noche, y otro dia  
El Joan Guillén habló por esta via :

« Señor gobernador, haber venido  
Vuestra merced al pueblo de Zamora ,  
Téngolo por milagro conocido ,  
Y quiérole llamar dichosa hora :  
De mal á bien será restituido ,  
Y causa sereis vos de su mejora ,  
Librándolo del mal inconveniente  
Que lo mal amenaza de presente .

» Porque no solamente se barrunta ,  
Mas amigos avisan por muy cierto ,  
Como los indios todos hacen junta  
Contra los que tenemos este puerto ;  
Vida dareis á la ciudad difunta ,  
Y resucitareis un pueblo muerto ,  
Si vos me socorriédes con gente  
Para dar en la junta de repente .

» Por poder castigar el maleficio  
Y atrevimiento desta gente perra ,  
Que solamente tienen por oficio  
El uso y ejercicio de la guerra ;  
A Dios y al rey hareis grande servicio  
Y perpetuareis aquesta tierra :  
Un solo barco quiero de los vuestros  
Y dos docenas de soldados diestros .

» Con el aviamiento del vecino  
Iré de buenas esperanzas lleno ,  
Y confiado del favor divino  
Que tengo de hacer un lance bueno ,  
Con dalles un asalto repentino  
Para terror comun deste terreno :  
Vuestra merced, señor, aquí se quede ,  
Y aqste bien me haga, pues que puede .»

Cázares respondió con buen semblante  
A la demanda deste caballero ,  
Diciendo : « Para cosa semejante,  
Lo que quereis, señor, es lo que quiero ;  
Pero creed que tengo de ir delante  
Y en los peligros he de ser primero :  
Vea vuestra merced lo que mas resta ,  
Porque mi gente yo la tenga presta .»

Tomó dos bergantines al momento ,  
Y de buenos soldados hasta treinta ,  
Personas todos ellos de momento ,  
Y de quien él hacia mucha cuenta :  
Joan Lopez Orejón, que es su sarjento ,  
Por capitán del uno se presenta ;  
En el otro va él con buen petrecho  
Y cuanto brio pide fuerte petecho .

Por Joan Guillén, con no menos aceros ,  
La lista de los suyos se comienza ;  
Mas por ser poca copia de guerreros  
No podía tejerse larga trenza ,  
Pues solos lleva quince compañeros ,  
Soldados de valor y de vergüenza ,  
En otro bergantín ; y hacen via  
Cuando la noche ya los encubria .

De los aliles llevan la demanda ,  
Que son los que ponian el espanto :  
No curan de llevar la boga blanda  
Entre tanto que dura negro manto ,  
Buscando cierto rio que á la banda  
De Santa Marta nace, por do tanto  
Habian de correr hasta ponerse  
Donde los indios han de recogerse .

Después que ya hallaron el entrada ,  
Caminan por el orden que se debe ,  
Por agua tan quieta y sosegada  
Que parece que quasi no se mueve :  
Compónese muy bien la pavesada ;  
Fumoso tiro manda que se cebe :  
Corren pues adelante por la ría  
Hasta que ya pasó de medio dia .

A todos pareció generalmente  
Dar en ellos al cuarto matutino ;  
Mas el gobernador no lo consiente ,  
Pareciéndole grande desatino ,  
A causa de poder aquella gente  
Ser avisada por algun camino ;  
Y así sin esperar razon ni ruego  
El solo quiso dar en ellos luego .

Los otros barcos van con él á una  
En su parecer, viéndolo precito ,  
Y así fiándose de su fortuna ,  
Yendo dispuestos todos al confito ,  
Dieron en un compás como laguna  
De tres leguas ó mas de circuito ,  
Dentro de la cual vieron en entrando  
Gran número de casas blanqueado ,

Compuestas sobre fuertes talanqueras,  
Que hacen mas difícil su conquista;  
Las paredes guarnidas con esteras,  
Que causaban de lejos bella vista;  
Y no tan sin defensa las fronteras,  
Que gran fuerza de gente no resistia;  
Y antes del dicho pueblo grande trecho  
Los rodea palenque muy bien hecho.

Porque para hacer casa redonda  
Y de madera gruesa cualquier trama,  
Desde sus barcas en el agua fonda,  
Agudo tronco limpio de su rama  
Muchas vueltas le dan á la redonda,  
Hasta que ya lo fijan en la lama,  
Con la profundidad que se desea,  
Y aun es aquella lama como brea.

Demás de aquesta pegajosa greda,  
Hay fuera lagunazos de bitume,  
Do quien entra yo fio que no pueda  
Sacar presto su pié si se le sume,  
Pues cualquier animal allí se queda  
Hasta que ya por tiempo se consume;  
Finalmente, fieles é infieles  
Suelen brear con ello sus bateles.

Yendo Cazares pues desta manera,  
Las armas y los tiros muy á pique,  
Vieron enarbolara una bandera  
Encima de la casa del cacique;  
Y para que saliesen todos fuera,  
De cuernos y fututos hay repíque;  
Los nuestros junto de la palizada  
Por todas partes buscan el entrada.

El bárbaro feroz anda lijero,  
Y los tres bergantines divertidos,  
Buscando cada cual un entradero  
De palos apartados ó rompidos;  
El Cazares al fin entró primero  
Por unos troncos que halló podridos;  
Mandó llamar el resto del armada  
Y todos entran en el estacada.

Decían indios ya medio ladinos:  
«Gran contento me dan estos cristianos,  
Pues que sin que trabajemos en caminos,  
Ellos mismos se vienen á las manos.  
Piensan los miserables peregrinos  
Que tienen de volver salvos y sanos:  
Espera pues un poco, gente pobre,  
Y vereis si batimos bien el cobre.»

A este tiempo por el alaguna  
Venía de canoas muchedumbre,  
En orden puestas como media luna,  
Regidas con muy poca pesadumbre;  
Grita por todas partes importuna,  
Segun los indios tienen de costumbre:  
A ellos se va Cazares llegando,  
A todos los soldados animando.

Diciendo: «No temais el estampida  
Ni el impetu presente que se mueve,  
Que presto los porremos en huida,  
Como cada cual haga lo que debe;  
Y muy á poco riesgo de la vida  
Hareis que lo peor el indio lleve.»  
Y así con tiro de sulfúreo fuego,  
La proa de su barco toma luego.

Los de su bergantín bogan avante  
Por llegar al lugar que se pretende:  
Inmensidad de flechas por delante  
Efecto del propósito defiende;  
Mas bala de arcabuz pasa volante,  
Lleva lo que la vista comprehende,  
Aunque al soltar el arcabuceria  
El bárbaro con agua se cubría.

Y el que se zabullió sin ser herido,  
Pudieras sobre el agua vello presto,  
Con arco y flecha bien apercebido  
Y en su canoa luego muy enhiesto;  
Mas pecho que de bala fué rompido  
Nunca se vía mas mostrar el gesto,  
Dándole por entonces sepultura  
El centro de las aguas y fondura.

Los nuestros no creían hacer mella,  
Segun la muchedumbre de las barcas;  
Pero los indios no se ven sin ella,  
Trasapados los pechos y las arcas,  
Y aquí y allí patente la querella,  
Viendo las aguas rojas y no zarcas;  
Y todavía la naval batalla  
Hace bien sus efectos do se halla.

Y así canoas hay que proas viran  
Con grandísimo daño de su gente,  
Queriendo por los muchos que suspiran  
Del espalda robusta hacer frente;  
Finalmente los indios se retiran  
Sin quedar dellos ánima viviente,  
Metiéndose por bocas y canales  
Entre crecidos juncos y eneales.

El Cazares seguía la canalla,  
Y todos los demás con fuerte brio,  
Por no les suceder en la batalla  
Herida, sinsabor ó desavio;  
Entraron en el pueblo que se halla  
De grandes y de chicos ya vacío:  
Todas las casas dél van abrasando,  
La casa del cacique reservando.

Pasan allí la noche, y ofro día  
Amigos indios van por agua y tierra,  
Llamando la huida compañía  
Y convidandola con paz ó guerra,  
Que el sol por termino se les daría,  
Desde que sale hasta que se cierra:  
No vienen, y cumplidos estos trechos  
A la isla de Tova van derechos.

Donde dieron de noche con obscuro,  
Privando de la vida por sus manos  
Al señor de la isla, varon duro,  
Consumidor de vidas de cristianos,  
Daudoles en prision guerrero juro  
A sus hijos, mujer y á sus hermanos;  
Y hechos estos lances venturosos,  
A Zamora volvieron victoriosos.

Donde de los vecinos hecha junta,  
A Cazares le dan mil bendiciones,  
El cual á todos ellos les pregunta  
Si quieren allanar mas trompezones:  
Responden que ninguno se barrunta  
Que manifieste malas intenciones,  
Porque los castigados y subyetros  
Traian á los otros inquietos.

Hechas pues estas sanguinosas treguas  
No menos que por punta de cuchillo,  
Cazares con caballos y con yeguas  
Luego se fué la vuelta de Trujillo,  
Distante de Zamora treinta leguas,  
Do todos procuraron de servillo;  
Ello con el consorcio fraterno  
Se paró donde tiene su gobierno.

Ansimismo mi musa por agora,  
De los pasados gastos poco franca,  
Se pasa muy de paso por Carora,  
Poblada ya por Joan de Salamanca,  
Varon digno de lira mas sonora,  
Y no para tocalla mano manca;  
Pues subyectó los fuertes giraharas,  
Gente feroz, robusta, de dos caras.

Y con aquesto tengo concluido  
Todo lo sustancial de Venezuela,  
En cuya narracion he consumido  
Noches en cantidad y alguna vela;  
En todos los discursos muy asido  
A la verdad, sin mezcla de novela,  
Como dirán amigos y enemigos,  
Pues hay vivos aun muchos testigos.

Que no me culparán porque yo abone  
Lo que merece que todos abonen,  
Y que estilo grandiloco pregone  
Grandezas dignas de que se pregonen;  
A los difuntos ya Dios los perdone,  
Y á los vivos suplico me perdonen  
Si por pasarse de la memoria  
No hace mencion dellos el historia.

## RELACION

*de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores del, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse :*

## EN UN SOLO CANTO.

Por tal orden habemos caminado  
En la trama y urdiembre desta tela,  
Que ya, bendito Dios, hemos tornado  
A la costa del Cabo de la Vela;  
Donde para cumplir lo profesado  
Hay bastante razon que me compela,  
Como quien sabe bien aquel camino  
Y ha sido mucho tiempo su vecino.

Puntas y promontorios señalados  
Se meten en la mar desta frontera,  
Altura de la cual son doce grados,  
Segun cuenta de gente marinera;  
Vense los montes altos y nevados  
Que Santa Marta tiene por cimera;  
Y el hermano mayor de los Colonos  
Fué quien primero vido sus ancones.

Al tiempo que venian navegando  
Y de la tierra con algun desvío,  
Vieron aqueste cabo blanqueando  
Que parecia vela de navio;  
Después que ya se fueron allegando  
Al desengaño dél y su bajo,  
El Cabo de la Vela se le puso  
Por la similitud en aquel uso.

Es costa de cardones y de espinas,  
Estéril y de secos arenales;  
Gentes que por allí le son vecinas  
En extremo son malas y bestiales,  
A los cuales llamamos los cocinas  
De quien hemos ya dicho grandes males;  
Hay copia de conejos y venados,  
E ya gran muchedumbre de ganados.

Porque la tierra dentro, buenos ratos,  
Hay campos estendidos, grandes llanos,  
Do muchos tienen hoy muy grandes hatos,  
Mayormente Miguel de Castellanos,  
A quien de ricos tractos y contratos  
La fortuna le dió llenas las manos;  
Faltan ya para él indios de guerra,  
Y no le sirven mal los de la tierra.

Hicieron pues aquí sus vecindades  
Gente que de Cubagua procedia,  
Compelidos de las necesidades  
Causadas por faltar la granjeria  
De perlas, de que grandes cantidades  
Un tiempo por aquella mar habia,  
Y acá se prometían copia harta  
Por noticia de los de Santa Marta.

Es Diego de Paredes buen testigo,  
Soldado del primer descubrimiento,  
A quien conozco yo por gran amigo  
Y en Tunja tiene buen repartimiento;  
El cual yendo á hacer cierto castigo  
En los indios cocinas que ya cuento,  
Vió de sartas de perlas buena trama,  
Y desde entonces se tendió la fama.

Mas porque ciegamente no se nueva  
De Cubagua la dicha granjeria,  
Pero Rüz de Tapia gente leva  
Y hizo cata donde se decia:  
Halló tan buena muestra, que la nueva  
No pareció ser vana ni baldia;  
Y así la nueva Gáliz y sus hijos  
Hicieron muy solemnes regocijos.

Crece placer y nacen nuevos brios  
Con las nuevas que dan descubridores;  
Apréstanse canoas y navios  
Y gran suma de indios pescadores,  
Con todos los pertrechos y atavios  
Necesarios á nuevos pobladores;  
Y al olor de riquisimos hostiales  
Salieron muchas casas principales.

La del mariscal Diego, caballero,  
La del jurado Joan de la Barrera,  
Potentes en haciendas y en dinero,  
Con otros muchos que en aquella era  
En tractos de caudal sano y entero  
Corrian prosperisima carrera,  
Tanto que los criados fueron amos  
De muchos hombres nobles que llamamos.

Y la del tesorero Castellanos,  
Ansimismo Bartolome Carreño,  
De quien el alabanza de mis manos  
Y el mas alto loor será pequeño;  
Pedro y Diego de Almonte, dos hermanos,  
Ya poseidos del eterno sueño;  
Alonso la Barrera, Alonso Diaz,  
De gran valor en estas companias.

Un Alvaro Beltrán, varon muy dino  
Del mas alto lugar en alabanza,  
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,  
De quien se hizo grande confianza,  
Cuyas familias en aquel camino  
Eran de crecidisima pujanza;  
Un Martin Lopez, un Pedro de Cales,  
Entrambos capitanes principales.

Con treinta y ocho años tres quinientos  
Corrian ya de la cristiana lumbré,  
Cuando de los preciosos ornamentos  
Tuviron en Cubagua certidumbre,  
Y cuando muy alegres y contentos  
En busca dellos va gran muchedumbre,  
Con armas y pertrechos necesarios  
Para se defender de los contrarios.

Estiéndense las velas á los vientos  
Y el acuoso camino se despacha;  
Llévolos donde lleva sus intentos  
La que las menos veces es sin tacha;  
Saltan en tierra, hacen sus asentos  
Entre el Cabo y el rio de la Hacha;  
A caballo y á pié gente de guerra  
Se velan de los indios de la tierra.

Gran pueblo se trazó luego á la hora,  
Partidos por buen orden los solares,  
El nombre del cual fué Nuestra Señora  
De los Remedios, por los que estos mares  
Dieron, por ella ser intercesora,  
A la gran devocion destes lugares,  
Donde se descubrió tan gran riqueza  
Que no puede medirse su grandeza.

Nombran alcaldes hombres de gran cuenta,  
Segun el orden que antes se tenia,  
Por tener en las partes do se asienta  
Jurisdiccion por si la granjeria  
Y es de gobernador libre y exenta  
Estando (donde quiere que se desvia)  
Subyectos al audiencia del distrito,  
Con diez leguas ó mas de circuíto,

Segun consta por cédulas reales,  
Con otras eminiencias que no junto.  
Tiene también por si sus oficiales,  
A cuyo cargo es el real quinto:  
No cuento lo que dan estos hostiales,  
Por ser inestricable laberinto;  
Mas aquel tracto suele comunmente  
Enriquecer gran número de gente.

Hallaba pues la indica cuadrilla  
Muy pobladas de conchas las arenas,  
Pues para proveer la redcilla  
Cualquier placel les dá las manos llenas,  
Perla comun, aljófara, cadenilla  
De todas suertes y otras piezas buenas:  
Hincen las arcas, crecen los contentos,  
Y con el gran caudal los pensamientos.

Luego la fama dá pregonos gratos,  
Certificándolos con evidencia:  
Aumentanse los tractos y contratos;  
Acude de navios gran frecuencia;  
Hay regocijos y apacibles ratos,  
Gran amistad, amor, benevolencia:  
Fueron en general estos vecinos  
Refugio de los pobres peregrinos.

Allí siempre halló favor y ayuda  
Cualquiera que llegó necesitado :  
La pobre, la doncella, la viuda  
Tuvo dote y honor y buen estado,  
Con tal munificencia, que sin duda  
Nadie salió de allí desconsolado;  
Y el peregrino que buscó posada  
Nunca jamás halló puerta cerrada.

Con voluntad á todos entrañable,  
Caritativa, generosa, franca,  
Dulce conversacion, grata y afable,  
En todo buen aviso nada manca,  
Cada cual un aspecto venerable,  
Con tal autoridad de barba blanca,  
Que parecian estos pobladores  
Consortio de romanos senadores.

Mas no tentados de mundanos fastos,  
Pues el de mas soltura fué subyeto  
A términos honestos, limpios, castos,  
Segun pide la vida del discreto :  
Todos tenian escesivos gastos,  
Porque todo venia de acarreto,  
Y aun hasta el agua les costaba cara,  
Por ser la tierra della muy avara.

Pues de jaqueyes de do se traia,  
Eso me da en invierno que en verano,  
No con pequeño riesgo se cogia,  
Y siempre con las armas en la mano,  
A causa de que bien la defendia  
El indio lleno de furor insano :  
Hartas veces volvió gente herida,  
Y aun algun español perdió la vida.

Y así, cuando venian al aguada  
Los indios ó los negros arrieros,  
Para los defender del emboscada  
Y asalto de los bárbaros flecheros,  
La gente de caballo bien armada  
Descubria las matas y senderos,  
Asegurándolos desta contienda,  
Hasta que ya hacian su hacienda.

Y adonde quiera que se descubria  
Hostial que prometia mas ganancia,  
Asentaban de nuevo rancheria  
Algunas veces larga la distancia  
Del pueblo principal que se tenia,  
Guardándose con toda vigilancia,  
Hasta que ya cesaron estos daños  
Por la continuacion de muchos años.

Y el de cuarenta y cuatro ya llegado,  
Para mejor gobierno destas greyes  
El César invictísimo, sagrado  
Monarca de los principes y reyes,  
Envió desde el otro potentado  
A este nuevo mundo nuevas leyes,  
Entre las cuales una prohibia  
Estar indios en esta pesqueria,

Por la gente que en ella perecia,  
Y ser vida de grandes aflicciones,  
En agua sumergidos en el dia,  
Las noches en cadenas y prisiones;  
Lo cual, como remedio requeria,  
Se cometieron las ejecuciones  
A fray Martin, obispo desta gente,  
Del reino y Santa Marta juntamente.

El cual, segun ya queda referido,  
Llegó de su naufragio mal parado;  
Fué desta noble gente socorrido,  
Y aun no sé si me diga cohechado,  
Pues nada del negocio cometido  
Quiso mudar de su primer estado :  
Murmuraciones hubo no pequeñas,  
Que dádivas al fin quebrantan peñas.

Y aun hubo destos indios que decimos  
Quien al obispo dijo con querella :  
«Si mis padres, hermanos y mis primos,  
Con dulce libertad guian su huella,  
¿Nosotros qué delito cometimos  
Para que carezcamos siempre della?  
Saber sacar aljófár infinito  
Sin duda debe ser nuestro delito.

» Si por el rey está ya libertado  
Cualquier indio de aquesta monarquía,  
Los que tantas riquezas han sacado  
Bien merecen la carta de alhorria.  
¿Qué vendabal te dió que te ha mudado?  
¿Qué brisa trastrocó tu fantasia?  
Venias publicando buenas bulas,  
¿Y agora que ves perlas disimulas?

» Liberta los idólatras insanos  
Quien tiene destas Indias los imperios,  
Y nosotros que somos ya cristianos  
Nos quedamos en estos captiverios.  
Untáronte las palmas de las manos,  
Porque no pueden ser otros misterios :  
Coge de todos, date buenas mañas,  
Que yo te digo que tu alma engañas.»

Esto dijeron indios balbucientes  
Al obispo, no menos que en presencia,  
O razones que son equivalentes,  
Sin que mudemos della la sententia ;  
Pero ricos sobornos destas gentes  
Su cordura volvieron en demencia,  
Y así, sin mejorar los querrelantes,  
Se quedaron captivos como antes.

Después, pasados diez ó doce meses,  
Llegaron á la costa cierto dia  
Navios bien armados de franceses  
A fama de la rica pesqueria :  
Tenian mas pavores que paveses  
Los de la castellana compañía,  
Y así desamparaban las arenas  
Dejándose las ricas tiendas llenas :

Huyendo los criados y los amos,  
Por faltar de defensa los arrinos ;  
Y en esta confusion de que tractamos,  
Se halló con la gente que decimos  
El general del reino donde estamos  
Y fundador de Tunja, do vivimos,  
Que es Gonzalo Suárez, muy bastante  
Para cualquier negocio semejante.

El cual mostró por hechos y por boca  
Sagacidad y pecho de valiente,  
Pues para su defensa los provoca,  
Usando de caudillo diligente,  
Supliendo faltas de la fuerza poca  
Con una astucia harto conviniente,  
Y fué hacer enarbolar bandera  
Y recoger la gente cuanta era.

Y no fué tan baldío su trabajo  
Con el ardid que luego contaremos,  
Que no fuese de males gran atajo  
En la desproporcion destos extremos ;  
Pues hizo luego con el espantajo  
A los franceses suspender los remos :  
Juntó pues españoles desta gente  
Setenta, y á caballo como veinte.

Con lanza cada cual y con adarga,  
Y con los indios de la granjeria,  
La playa destos términos embarga,  
Puestos en orden como convenia,  
Con flechas, y otros una vara larga  
Que desde lejos pica parecia ;  
Y de indios y negros hecha cuenta  
Eran mas de trescientos y cincuenta.

Detiene sus bateles el pirata  
Viendo llena de gente la ribera,  
Y así de tal manera se recata  
Que le pareció bien mirar de fuera ;  
Y desde su patax ó su fragata  
Enarbó de paz una bandera :  
A los indios el español esconde,  
Y con la misma paz se le responde.

Cada cual de las partes dió rehenes ;  
Hubo rescates sin poner estanco ;  
Truecan cosarios los robados bienes  
Por perlas aquellos llaman coral blanco ;  
Y acabadas las ferias solenes  
Quel español propuso al franco,  
Dan los cosarios velas á los vientos,  
Quedando los de tierra muy contentos.

Pero como ya vieses descubiertos  
Caminos á canalla tan borracha,  
Para poder estar mas encubierto  
A buscar el remedio se despacha;  
Y así luego poblaron otros puertos  
Mas abajo del rio de la Hacha,  
Do llaman la Barranca, campos buenos,  
Del rio media legua y algo menos.

Donde sin centinelas ni reguardo  
Por un poco de tiempo se reposa,  
Por ya no parecer flecha ni dardo  
De la gente cruel y helicosa;  
Y en el mismo lugar pobló Luis Pardo  
Un pueblo que llamó Villaviciosa,  
Que fué por don Alonso Luis de Lugo,  
Por ponelles encima cierto yugo.

Esto fué por el año señalado;  
Mas ellos sin perder su señorio,  
El de cuarenta y cinco demediado,  
El asiento mudaron mas al rio,  
O por ser puesto mas acomodado,  
O por cumplir hacer este desvío,  
Con el renombre de Nuestra Señora,  
Con el cual permanece hasta agora.

Hay campo por allí muy estendido,  
Ya poblado de vacas y de yeguas,  
Cuyo compás se ve que mar ha sido  
Por espacio de dos y aun de tres leguas,  
E ya de tal manera retraído  
Que tiene para siempre hechas treguas,  
Dejando gran espacio descubierto  
Desde donde residen, que es el puerto.

Y así por las cabañas y el aprisco  
Do pastan los ganados destas gentes,  
Se ven muchas horurras, mucho cisco,  
De marinas menguantes y crecientes,  
Y aquí y allí montones de marisco,  
Con otras muestras claras y patentes,  
Por do conocerá quien puede vello  
Ser mar antiguamente todo ello.

Algo después las gentes peregrinas,  
Viendo las perlas ya menoscabadas,  
Determinaron ir á buscar minas.  
A las faldas de las sierras nevadas,  
Por estar á sus playas muy vecinas,  
Y de tiempos antiguos afainadas,  
Y ser de oro número crecido  
El que de sus confines ha salido.

Era Pero Fernandez, zapatero,  
Por ser de Santa Marta mas antiguo,  
La guía del aurifero tenero,  
Vendiéndose de vista por testigo:  
Determinaron ir con el primero  
A se certificar de lo que digo  
Diego Nuñez Beltrán con gente diestra,  
Y en efecto trajeron buena muestra.

Luego se despachó gente de guerra  
Con armas de algodón y duro fardo:  
Unos fueron por mar, otros por tierra,  
Con debidos avisos y resguardo;  
Los que por tierra van acia la sierra,  
Por capitán llevaban á Luis Pardo,  
Y del bagax que por la mar camina  
Iba por capitán Bias de Medina.

Los de tierra se van por la marina,  
Peon y caballero bien armado;  
Vimos el gran compás de la salina  
De Tapé proveída de pescado,  
Que por su cantidad es cosa dina  
Hacer della mención este tractado,  
Pues es general pesca los veranos  
De todos estos indios comarcanos.

Hinchese de la mar adonde toca,  
Mediante los influjos y crecientes,  
Y en el verano ciérrase la boca  
Al tiempo que los soles son ardientes;  
De sal se cuaja cantidad no poca,  
Y allí dentro de castas diferentes  
Infinidad de pejes ahogados,  
Que sin mas los salar quedan salados.

Acude turbamulta comunmente  
O con su capitán ó con su jeque,  
Cogen lo que parece conveniente,  
O ya para comer, y para trueque,  
Sacándole las tripas solamente,  
Al sol lo tienden para que se seque:  
Es de tan buen sabor, que lo mas malo  
Se podría tener por buen regalo.

Prosiguiendo después nuestro camino  
E yo con mi caballo bien armado,  
Al rio se llegó de Palomino,  
Donde cierto creí ser ahogado  
Corriendo tras el barbaro vecino,  
Sin mirar lo seguro deste vado;  
Y aun el rio no ví haciendo esto  
Hasta tanto que encima me ví puesto.

Y por amedrentar aquella gente,  
Que para resistencia se despierta,  
Entré sin mas mirar inconviniente,  
Y do pensé hallar salida cierta  
El rocín atascó hasta la frente,  
Por ser la playa de un arena muerta:  
Hurtéme del caballo por un lado,  
Y salgo bien mojado y enlodado.

La lanza sin dejalla de la mano,  
El espada también iba ceñida:  
Los indios desamparan aquel llano,  
Y todos se pusieron en huida.  
Juro como católico cristiano,  
Que viendo tan gran riesgo de mi vida,  
Me ocurrió la muerte de aquel hombre  
Por quien el rio tiene puesto nombre.

Pues fué también en aquel mismo vado,  
En el lugar y de la misma suerte,  
Encima del caballo bien armado,  
Y sin llevar recelo de la muerte:  
Varon en Santa Marta celebrado  
Por diestro, valeroso, suelto, fuerte;  
Si vivo, diré del grandes hazañas  
Que ciertamente son cosas estrañas.

El engaño pues visto del arena,  
Tan grande y manifiesto detrimento,  
Escarmantados en cabeza ajena,  
Mas arriba mudaron el intento,  
Donde hallaron una parte buena  
Por do pasaron todos á contento;  
Otro dia pasamos adelante  
Por Marona, que está poco distante.

Paso por todas partes mal abierto  
Que con dificultad pueden pasallo,  
Donde se despeñó por mal concierto  
Al capitán Luis Pardo su caballo,  
Y no pareció mas vivo ni muerto  
Ni fue cosa posible procurallo,  
Porque hasta la mar á donde vian  
Había mil estados de camino.

Después de ya romper camino ciego  
Y fatigada ya cualquier persona,  
A la playa del mar bajamos luego  
Dejando las malezas de Marona:  
Pasamos otro rio de Don Diego,  
Que nace de los valles de Tairona,  
Y pasamos también á la bajada  
El paso de la peña horadada.

En confianza de otros alimentos  
Allegamos al rio de Guachaca,  
Pasamos y hicimos los asentos  
En parte que se dice Baritaca,  
Ancon mal amparado de los vientos,  
Entrete rio y el de Mendiguaca;  
Y el dia que llegamos á los rios,  
En el mismo llegaron los navios.

Y porque ya la noche se venia,  
No se desembarcó nuestro rebaño  
Ni pudo la cansada compañía  
Satisfacer á su hambriento daño;  
Mas esperábamos la luz del dia  
Para sacar el vientre de mal año,  
Y fué desvanecido pensamiento  
Por tempestad de pluvias y de viento.

Brama la mar y húndese la sierra  
 Con ímpetus lluviosos y nocivos,  
 Porque de sus cavernas desecierra  
 Los vientos que Eolo tiene captivos,  
 Tanto que los que estábamos en tierra  
 Nunca pensamos amanecer vivos:  
 Los de la mar con vida mas incierta,  
 Por tener los navíos sin cubierta.

Pasa por cima dellos el olaje  
 Embistiendo los indios y cristianos;  
 Desnudan todos ellos el ropaje,  
 Y andan en jamurar listas las manos;  
 Alijan parte del matalotaje  
 Para hacer los barcos mas livianos,  
 Y en medio de la dicha diligencia  
 Invocan la divina Providencia.

A una india que halló frontera  
 Golpe movido del profundo centro,  
 Del barco donde va la sacó fuera  
 Con un terrible recuento;  
 Mas otro golpe vino de manera  
 Que con él se halló metida dentro,  
 Y entrestos furiosos embarazos  
 Nunca soltó su hijo de los brazos.

Admiróse la gente castellana  
 No viendo de quien fuese socorrida;  
 Mas escapóla fuerza soberana,  
 Y á ella y á su hijo les dió vida,  
 Por ser una católica cristiana  
 Y en cosas de la fe bien instruída;  
 Y aun otros indios con exclamaciones  
 Edifican cristianos corazones.

Y así ni mas ni menos cierto día  
 En otro riguroso detrimento,  
 Un indezuelo y una india mia  
 Me movieron á tierno sentimiento,  
 Viéndolos invocar la Virgen pia  
 Ambos con un fervor vivo y atento:  
 Del peligro grandísimo que digo  
 Vivo tenemos hoy algun amigo.

Este es Domingo Félix, hoy vecino  
 En la noble ciudad de Cartagena,  
 Que como navegante peregrino  
 Participaba de la misma pena;  
 Y escapónos un indio muy ladino  
 De no dar al través en el arena:  
 Declíase Perico de Carmona,  
 Y esto fué cabe el paso de Marona.

El arracé determinó primero  
 Dar al través á do se representa,  
 Y el indio que nos fué buen compañero  
 Le dijo con desdén y por afrenta:  
 «¡Oh! Juan Beltrán! ¿y vos sois marinero?  
 ¿Del barco quereis dar tan buena cuenta?  
 ¿Y podreis escapar vos con la vida  
 En resaca de tumbo tan crecida?»

» En buena fe, teneis muy buena loa  
 Entre las alabanzas españolas.  
 Señores, si surgimos la canoa,  
 Yo pienso de libraros á mis solas  
 Con gobernar y componer la proa  
 Al ímpetu terrible de las olas,  
 Y desta hinchazon y detrimento  
 Saldremos en soplando cualquier viento.»

Porque la furia toda fué de calma,  
 Con olas tan inmensas y estendidas  
 Que ponian desmayos en el alma  
 Y en grandísimo riesgo nuestras vidas,  
 Dimos al indio pues aquella palma,  
 Mediante las razones referidas;  
 Surgimos, y la mar cuando venia  
 Los miserables cuerpos embestia.

Lloraba cada cual su desventura,  
 El rostro sin color y lacrimoso,  
 Por no bastar esfuerzo ni cordura  
 En alboroto tan calamitoso,  
 Do tiene mas valor quien mas jamura,  
 Sin tomar un momento de reposo.  
 ¡Oh cuántas veces dije *miserere*  
 Con mayor turbacion que se requiere!

Ningun verso del salmo concluía,  
 Y en la pronunciacion como beodo;  
 E una vez que ya lo proseguía  
 Según mi parecer de mejor modo,  
 Cuando *asperges me Domine* decía,  
 Un gran golpe de mar me cubrió todo:  
 Cesó la boca de su movimiento  
 Quedando sin vigor y sin aliento.

No quedó menos todo nuestro bando,  
 Faltos ya de palabras y aun de señas,  
 Los cabellos y barbas destilando  
 Gotas amargas nada halagüeñas;  
 El barco demás desto va garrando  
 A dar en medio de las duras peñas:  
 Avíanse los gritos y clamores,  
 Y crecen los mortíferos temblores.

No quedando ya mas que la camisa,  
 Desconfiados de la carabela,  
 Como viese ventar alguna brisa  
 Dije: «Leva reson, guinda la vela,  
 Que ya nuestro remedio se divisa,  
 Y la Virgen y Madre nos consuela.»  
 La vela se guindó lijeramente,  
 Y así salimos del inconveniente.

Quando nos víamos en la presura  
 Diónos alivio grande ser de día;  
 A estotros por la noche ser obscura  
 Doblada confusion los afligia;  
 Y así por parecelles ser cordura  
 Del puerto cada uno se desvia,  
 Mil cosas alijando de la carga  
 Para poder salir á la mar larga.

Necesidad les daba priesa harta,  
 Aunque todos confusos y turbados,  
 Para que cada cual navio parta  
 A buscar puertos menos alterados:  
 Arribaron al fin á Santa Marta  
 Ellos y los navios mal parados,  
 Y aunque con el rigor que represento  
 Todos los llevó Dios en salvamento.

Después que ya llegó la luz del día,  
 Sin dejar de flotar el turbio cielo,  
 Toda la fatigada compañía  
 De aquellos que hollábamos el suelo,  
 Viendo que ningún barco parecía  
 Quedamos con terrible desconuelo,  
 Creyendo nuestras gentes españolas  
 Ser consumidas de las bravas olas.

Estando todos pues desta manera,  
 Los ojos en la mar asaz despiertos,  
 Fuémonos perlongando la ribera  
 Mirando bien las playas destes puertos,  
 Para ver si la mar echaba fuera  
 Madera, ropas ó los cuerpos muertos,  
 Ó ya reconocer señal alguna  
 Por do se conociese su fortuna.

Prosiguiendo la playa y el camino  
 Todos los mas á pié y á paso tardo,  
 En la resaca vimos un tocino  
 Que fastidio ninguno dió su lardo;  
 También una borracha de buen vino  
 Que vió Juan Pardo, hijo de Luis Pardo,  
 Bien atada la boca y ella llena  
 Al rebalaj del agua y del arena.

Los que llevábamos la delantera  
 Holgámonos de ver tan buen encuentro,  
 Y estando muy mojados por defuera  
 También nos remoíamos por de dentro;  
 Pero por ser allí gente guerrera,  
 Volvimos temerosos de recuento  
 Donde quedaba nuestra gente junta,  
 Que es donde la bahía hace punta.

Y así como no viésemos señales  
 De muertos en aquellas confusiones,  
 Juzgábamos que los mayores males  
 Habían sido las alijaciones,  
 Y estar, según juicios principales,  
 Metidos en los mas bajos ancones;  
 Y hasta que hiciesen su venida  
 Determinamos de buscar comida.

Fuimos una docena de españoles  
 Por aquel arcabuco mas cercano,  
 Porque para subir á los peñoles  
 Era bien necesaria mayor mano ;  
 Descubrimos auyamas y frisoles,  
 Razonable manjar, aunque liviano,  
 Pero sin sal es cosa muy sandia,  
 Y esta del mar hacerse no podia.

Bien que de agua salada se hiciera,  
 Mas era menester haber navios,  
 Por estar dulce toda la ribera  
 De las crecientes grandes de los rios :  
 En precio se tenia la salmuera  
 De tasajos que no daban hastios,  
 Y pareceros ha gran disparate  
 Faltar la sal adonde la mar bate.

A lo menos faltaban las sequias,  
 Pues podemos decir por cosa nota  
 Que por tiempo de seis ó siete dias  
 Ninguno de nosotros bebió gota,  
 Y pienso quel manjar que se comia  
 Hacia toda sed estar remota ;  
 Mas se con todo esto que la urina  
 A todas horas era muy continua.

A cabo ya del catorceno dia,  
 Estando todos con congoja harta,  
 Vimos de indios cierta compañía  
 Que venia de acia Santa Marta,  
 Que para dar aviso nos traia  
 De los de las canoas una carta,  
 Diciendo que tuviésemos por cierto  
 Estar sanos y salvos en el puerto.

Mas sus vecinos, no sé por qué vias,  
 Habian hecho cierto pedimento  
 Al docto licenciado Miguel Diaz,  
 Entonces morador en el asiento,  
 Espresándole muchas demasias  
 Si no nos perturbasen el intento ;  
 Mas por el pedimento ser injusto  
 No nos dió pesadumbre ni disgusto.

La sobredicha nueva y el consejo  
 A mí me lastimó mal el oido,  
 Por me tener allí mi caudaje  
 Con inmensos trabajos adquirido :  
 Y ansi visto de guias aparejo  
 De los que con las cartas han venido,  
 Determiné con ellos ir por tierra  
 Estando la mayor parte de guerra.

Hecimos del ladrón fiel amigo,  
 Atrevimiento de salud siniestro ;  
 Juan Pardo solamente fué conmigo,  
 Soldado de la tierra harto diestro ;  
 Partimos con los indios que ya digo,  
 Fiando de tan infido cabestro,  
 Por ser de Bonda, malos y crueles,  
 Mas haciéndoles bien fueron fieles.

Prosiguiendo pues nuestro desatino,  
 A causa de ser tierra rebelada,  
 En un dia volamos el camino  
 Que fueron quince leguas de jornada,  
 Con reparar en partes que convino  
 Resguardarnos de gente derramada ;  
 Pero temor hacia piés lijeros  
 Por sierras y asperisimos oteros.

A Concha fuemos por hacer represa  
 De lo que en Santa Marta sucedia,  
 De cuya digresion nada nos pesa,  
 Porque hallamos buena compañía  
 De Francisco Ruiz y Luis de Mesa,  
 A quien yo de Cubagua conoquia,  
 Los cuales me dijeron al instante  
 Ir ya vuestras canoas adelante.

Reposamos la noche, y otro dia  
 Nos embarcamos para Buritaca  
 En la canoa que Ruiz traia,  
 Yendo por puertos libres de resaca,  
 Hasta tanto que yo hallé la mia  
 En el ancon que dicen de Gairaca ;  
 Y luego con buen tiempo caminamos  
 Hasta llegar al puerto que dejamos.

Con gran placer hollamos el arena,  
 Libres, bendito Dios, de todos males,  
 Por hallar ya la playa mas serena,  
 Absentes furiosos vendavales ;  
 Mas a mí se me dió fraterna buena  
 Por Tapia y otros hombres principales,  
 La cual consideré con justo peso,  
 Reconociendo bien mi poco seso.

Hecimos ranchos pues en la marina,  
 Que muy poco compas desocupaba,  
 A causa que la gente peregrina  
 Otro lugar mas apto no hallaba,  
 Porque la tierra por allí vecina  
 De todas partes es montaña brava,  
 Y no tenia para fundar casa  
 Un solo palmo de zavana rasa.

Mas cerca de la playa donde digo,  
 Como dos ó tres tiros de ballesta,  
 Asiento fué de pueblo muy antiguo,  
 Y entonces espesísima floresta :  
 Para defensa pues del enemigo,  
 Por ser aquella parte mas dispuesta,  
 Cortamos grandes árboles sombríos,  
 Y allí fundamos casas ó bulios.

Rompiéronse los montes y riberas  
 Del rio de Guachaca circunstante,  
 Tantas y tan espesas cañaveras  
 Que no se vido cosa semejante  
 Donde se dieron buenas sementeras  
 Por ser tierra viciosa y abundante ;  
 Mas daban pesadimos desdenes  
 Mosquitos rodadores y jejenes.

Llagadas las orejas y aun bolillos  
 De todos los esclavos y sirvientes,  
 Los rostros consumidos y amarillos,  
 Pecosas las mejillas y las frentes,  
 Aunque todos andaban con capillos  
 Segun los que se ponen penitentes,  
 Abiertos solamente por do vian,  
 Y por allí también los afligian.

Luego vino de paz aquella gente  
 Que por esta frontera residia,  
 Y aunque nos recelamos de presente,  
 Segun en tierra nueva convenia,  
 Guardándoles la paz bastante  
 En ellos hubo toda cortesía ;  
 Y rescatando sus mantenimientos  
 Volvian satisfechos y contentos.

De miel era lo mas que se traia  
 Pequeñas calabazas no bien llenas,  
 A causa de quel barbaro tenia  
 Una cierta manera de colmenas  
 De dentro de la casa do vivia,  
 Abejas grandes, mansas y tan buenas  
 Que carecen de aquellos aguijones  
 Que lastiman y causan hinchazones.

En el árbol también hay abejera  
 Con abejas de casta diferente,  
 Y en el labrar diversa la manera  
 De aquel panal de castellana gente ;  
 Mas son bolsas y cóncavos de cera  
 Do la liquida miel esta patente,  
 Y en partes hay de miel tal abundancia  
 Que no deja de ser buena ganancia.

Al menos en los llanos hallan tanta,  
 Que sus vecinos no tienen deseos  
 Del Himeto, que musa vieja canta,  
 Ni del dulce licor de los hibleos ;  
 Y es porque por allí cualquiera planta  
 Imita las que tienen los sabeos,  
 Donde demás del singular incenso  
 Este licor se dice ser inmenso.

Mas liquida miel es que de Castilla,  
 Mas á mí parecer no tan perfeta,  
 Pero medicinal á maravilla  
 Segun por experiencia se decreta :  
 Cera nunca la vimos amarilla,  
 Ni por acá se saca sino prieta ;  
 Miel se suele tornar aceda luego,  
 Y aquesto se remedia con el fuego.

Esto deben causar las influencias  
O cualidad de montes ó de breñas,  
O de abejas las muchas diferencias,  
Pues hay grandes, menores y pequeñas,  
Hasta tener de moscas apariencias,  
En árboles y cóncavos de peñas:  
Acúleos no tienen, mas sin ellos,  
Se pegan á las barbas y cabellos.

Y son tan importunas y tan prestas  
En el acometer á todas cosas,  
Que no dejan de ser algo molestas  
Y en todo cuanto pueden enojosas:  
También hay por los valles y florestas  
Unas avispas grandes venenosas,  
Cuya herida vemos ser durable  
Y altera con dolor intolerable.

De las melíficas ninguna daña,  
A lo menos con tanta pesadumbre:  
Tienen gobierno como las de España,  
Y poco diferentes en costumbre:  
Todas ellas se dan muy buena maña  
En el multiplicar su dulcedumbre:  
Tienen sus capitanes ó sus reyes,  
Sin violar el orden de sus leyes.

Conocen sus asientos ó cortijos,  
Y si caminan lejos, los atajos;  
Comunes las moradas y los hijos,  
Comunes ansimismo los trabajos,  
Los pastos, los placeres, regocijos,  
Todos sus desenfadados y gasajos:  
En la solicitud, en el meneo,  
Es una voluntad y es un deseo.

Están subyectas todas á gobierno,  
Y tal que no parece ser insano,  
Pues para los sustentos del invierno  
Trabajan en el tiempo del verano:  
Unas recogen de la flor lo tierno;  
Otras en el recibo tienen mano;  
Eso me da de noche que de día,  
Conservan amistad y compañía.

Entre tanto que van las unas fuera,  
Las que quedan componen materiales,  
Y hacen habitáculos de cera;  
Otras sacan sus nuevos animales,  
Otras guardan la comun carrera,  
Otras anuncian turbios temporales,  
Y en barruntando tales avenidas  
Se están dentro de casa recogidas.

Defienden sus trabajos y haciendas  
Si las quieren robar sus adversarios;  
Tienen también sus guerras y contiendas  
Si se juntaron dos bandos contrarios;  
Y el polvoroso viento pone riendas  
En alborotos tan tumultuarios,  
Do, según el coraje de su Marte,  
Escepta pluvia, nadie fuera parte.

Escogen el lugar menos nocivo  
Para vivir en orden y concierto.  
¡Válgame Cristo, hijo de Dios vivo,  
Y con cuánto descuido me divierto,  
Al sabor de la miel, en lo que escribo,  
Por la que rescatamos en el puerto!  
Quiero, quiero volver mi pluma fíaca  
Al pueblo do partí, que es Buritaca.

Eramos todos pues de condiciones  
Tan blandas con el bárbaro vecino,  
Que hasta de los mas bajos ancones  
El contrato teníamos continuo,  
Y sin hallar en él perturbaciones,  
Se frecuentaba bien aquel camino,  
Hasta que Urstia revolvió la tierra,  
Y con su daño la dejó de guerra.

Pues antes el cobarde y el valiente  
Por los pueblos pasaba sin rodela,  
Y desde Santa Marta yo sin gente,  
Como quien el peligro no recela,  
Con solo mi caballo y un sirviente  
Fué y vine hasta el Cabo de la Vela:  
Calderon de la Barca, que es amigo  
Destos negocios, me será testigo.

El cual también anduvo la jornada  
Hecha sin el recato necesario,  
Y este riesgo corrió Juan de Cañada  
A quien hoy tiene Tunja por vicario,  
Cuya virtud de todos estimada  
Elogio merecía no sumario;  
Mas son las semejantes valentías  
Cierto hervor de juveniles días.

Otras temeridades peregrinas  
Por parecer dudosas no decimos,  
Y en parte no parecen ser indinas  
De la tener en esto que escribimos;  
Mas cumple ya labrar aquellas minas,  
Que fué lo principal á que venimos,  
Conmovidos de voz que no fué fíaca  
Para ver las corrientes de Guacabaca.

En cuyo compás hay ciertas quebradas  
Que de cercanos altos vienen llenas,  
Y manifiestan siendo cateadas  
Cómo erian también doradas venas  
Aquellas faldas de sierras nevadas,  
Cuyo impetu roba las arenas,  
Por venir muy enhiestas las corrientes,  
Y ser lo bajo cumbres eminentes.

Y hay hasta lo mas alto tales ratos  
Donde la nieve ven perseverante,  
Que tengo por menor al monte Atoz  
Y aquel que se nombró del rey Atlante:  
La nieve, dicen hombres insensatos,  
Ser piedra blanca, clara, rutilante,  
Aunque por ojos y razon se pruebe  
Ser lo mas alto verdadera nieve.

Y así con tiempos claros y serenos,  
Bien mirada la cumbre donde toca,  
A veces vemos mas á veces menos,  
Unas veces hay mucha y otras hay poca  
Por derretirse parte de sus senos,  
Y aun para confundir opinion loca  
Veremos en los tiempos mas lucidos  
Venir los rios claros y crecidos.

Luego pues nuestra gente determina  
Con negros y con indios y gran grita  
De labrar la quebrada mas vecina,  
Cerca del pueblo dicho Maconchita:  
Cada cual sus cuadrillas encamina,  
Y fuemos al lugar que se recita,  
Cuyas alturas son de tal manera  
Que se sube lo mas por escalera.

Escepto pasos, no tampoco llanos,  
Sino mesas que no son tan enhiestas;  
Mas escalones van hechos á manos  
(En las que son insuperables cuestras  
Que no pueden subir los piés humanos)  
De lajas grandes anchas bien compuestas,  
Y escalas hay que tienen reventones  
De mas de novecientos escalones.

Muchas en estas sierras son mayores;  
Y en partes prolijísimas calzadas,  
No faltas de grandezas y primores  
Y de hermosas lajas enlosadas,  
Que arguyen gran potencia de señores  
Que solian tener sierras nevadas,  
Y en los remates dellas y recuestos  
Hay poderosos mármores enhiestos.

Llegamos todos pues á la quebrada  
Dicha de Maconchita, cuyos lados  
Tienen por guarnicion Peña Lajada,  
El altura de mas de cien estados,  
Y aunque la baja Peña va robada  
Por los lugares mas acomodados,  
Las barras, almocafres, azadones  
Desenvuelven recodos y riucones.

Estaban á la mira castellanos  
Deseando de ver ya los secretos,  
Y en comenzando de mover las manos  
Regocijéronse blancos y prietos,  
Por descubrir allí tan buenos granos  
Que movieran los pechos mas quietos;  
Y así cada cual viendo las señales  
Se prometia prósperos caudales.

El uno va cantando y otro salta  
Al son de sus placeres y contentos,  
Creuyendo como debe ser sin falta  
Tierra de prosperados nacimientos,  
A poder subyectar la tierra alta  
Y con seguridad ver sus asentios;  
Porque segun las muestras de riqueza  
Los nacimientos son de gran grandeza.

Pero por carecer de vertederos  
O remansos que tiene tierra llana,  
Y ser soberbios los despeñaderos  
Que contiene la tierra comaricana,  
Granos de los auríferos veneros  
Van á dar á la mar que está cercana,  
Do hasta las arenas van barridas  
Con las impetuosas avenidas.

Antes pues que subamos á lo alto  
Del agua que procede desta breña  
El golpe todo junto hace salto  
Con una decaida no pequeña,  
Y el curso, de ruido pada falso,  
Tiene cavada ya la dura peña  
Y de seis brazas largas pozo hecho,  
La boca y ancho dél no muy estrecho.

Y como por allí siempre corria,  
Sin poder declinar por algun lado,  
Y en lo alto del salto se cogia  
Alguna cantidad de oro granado,  
Grandisima sospecha se tenia  
Estar allí gran golpe represado:  
Fué pues Francisco Caro pretendiente  
De desaguar el pozo con su gente.

No faltaron también otros hermanos;  
Y así para hacer lo que refiero  
Siendo bien menester copia de manos,  
A Joan Ortiz tomó por compañero,  
Un tío de Miguel de Castellanos,  
Que no mucho después fué tesorero  
El agua no podia ser mudada  
Por ser altisima peña tajada.

Y porque la grandeza del berrueco  
Por ningún modo puede ser rompida,  
Viendo dispusición de tiempo seco  
Canal acomodada fué traída,  
Por cuya longitud y cuyo hueco  
Podia ir el agua recogida;  
Y con solicitud que no fué poca  
La pusieron encima de la boca.

Viendo pues ir el agua por encima,  
Haciéndose riquisima promesa  
Comienzan á vaciar aquella sima  
Con cubos y con baldes á gran prisa:  
El mas acobardado mas anima;  
Hierva la diligencia, que no cesa;  
Anda la obra sin que cesen della,  
De tal suerte que ya hacian mella.

Indios buzos entraron sin recelo  
Al tiempo que los otros lo vertian,  
Mas no pudieron bien mirar el suelo  
Para certificar lo que querian;  
Pero sacaron como por señuelo  
Hojas que de los árboles caian,  
Y entrellas ciertas niguas de buen oro,  
Como por certidumbre de tesoro.

En su prosperidad cada cual piensa;  
Y estando de esperanza todos llenos,  
Obscurisima nube se condensa  
Con furia de relámpagos y truenos,  
Y tempestad de pluvia tan inmensa,  
Que se hinchieron concavos y senos:  
Quedóse como antes nuestro pozo,  
Y dentro de sus aguas nuestro gozo.

Al fin por estos dichos reventones  
Permanecieron nuestras compañías,  
Sacando por allí dorados dones  
No por pequeño número de dias;  
Después mudamos nuestras poblaciones,  
Y hicimos de nuevo rancherías  
Entre Tapi y el paso de Marona,  
Do tiene pueblo la real corona.

De la costa del mar breve desvío,  
En parte rasa como les conviene,  
Sácanse ricos granos en un río  
Que de San Salvador renombre tiene:  
Allí por dar la tierra buen avío  
La gente peregrina se detiene,  
En los campos tomando propiedades  
Para hacer estancias y heredades.

Nunca nos perturbó gente de guerra,  
Ni fué con malas obras provocada.  
El compás y distancia desta tierra  
Se llama comunmente la Ramada,  
La cual hasta las faldas de la sierra  
Es toda de grandisima llanada:  
Partes son montes, partes campo raso,  
Do toman lo que hace mas al caso.

Un Bartolomé de Alba, después desto,  
Del nuevo reino fué con provisiones  
Para fundar allí pueblo compuesto  
Con las acostumbradas condiciones:  
Nombre de Salamanca le fué puesto,  
Donde duran cristianas poblaciones,  
Por ser aquel lugar al habitante  
De fructos y maíces abundante.

Y los señores de la granjería  
De perlas allí hacen sementeras,  
Y tienen sus estancias todavía  
Por la fertilidad de sus riveras,  
Siempre los indios en la pesquería,  
Por no les dar su libertad de veras,  
Aunque vinieron otras muchas veces  
Para los libertar otros jueces.

Pues demás del obispo ya nombrado,  
Se proveyó Joan Perez de Tolosa,  
Y no mucho después Pablo Collado,  
Ninguno de los cuales hizo cosa,  
Dejándolos en el primer estado  
Y en su captividad calamitosa,  
Con un cierto color y condiciones:  
Tanto pueden las perlas y otros dones.

Hacen al fin que mandes y desmandes  
Y juzgues cosa mala por muy buena;  
Pero después llegó Pero Fernandez  
De Bustos, que gobierna Cartagena,  
Y visto los abusos ser tan grandes,  
Acabó de romper esta cadena;  
Y libre ya la indica ralea,  
Sacan perlas con gente de Guinea.

En esto permanecen todavía  
Y permanecerán los sucesores,  
Porque no faltará la granjería  
Entre tanto que ovieren pescadores,  
Por ser caudal que siempre la mar cria  
Y allí ser apropiados los huniores:  
Costa de agua tan necesitada  
Que no se mezcla dulce con salada.

De la continuacion deste camino  
Diversa pretension mis piés aparta;  
Pero mucho después cierto vecino  
Me dió muy larga cuenta por su carta:  
Cómo don Lope de Orozco vino  
A ser gobernador de Santa Marta,  
Y á poblar envió gente novela  
Mas arriba del Cabo de la Vela.

No dejaron de concebir malicia  
Los de la granjería de presente;  
Mas don Lope, constando por justicia  
A su gobernacion ser competente,  
Y tener demás desto ya noticia  
Haber allí gran número de gente,  
Determinó fundar pueblo con vara,  
El cual no fuera malo si durara.

Llábase la provincia Macoira,  
Tierra de serrezuelas y de llanos.  
La poblacion causó no poca ira  
Al mariscal Miguel de Castellanos:  
Infamanto, mas creo ser mentira  
E invencion de pérdidas cristianos;  
Pero dicen al fin que por su mando  
Formó rebelion bárbaro bando.

Sen intenciones falsas y malinas  
Que no perdonan las mas altas cumbres,  
Pues á guanebucanes y cocinas  
Bastaba para sumas pesadumbres  
Ver gentes castellanas tan vecinas  
Perturbando sus usos y costumbres,  
Para hacer guerreros movimientos,  
Y mas habiendo malos tractamientos.

Esto fué por el año de setenta  
Y siete, poco mas, segun se muestra:  
No fué la poblacion poco sangrienta,  
Por ser la gente della poco diestra,  
Y á guerreros asaltos muy atenta  
La otra de la bárbara palestra,  
En fuerza y en esfuerzo y en aliento  
Potente, y en sultura como viento.

Y dícame Juan Perez, un sillero  
Que paseó los llanos y la sierra,  
Que si se cuentan todos por entero,  
Habrá sobre seis mil hombres de guerra,  
Recogidos en el rincon frontero,  
De diversas naciones de la tierra:  
Confinan todos con el alaguna,  
Y no muchas jornadas, sino una.

Nombró don Lope pues por su teniente,  
Para poblar en esta pertenencia,  
A Hierónimo Lerma, diligente,  
Mas para guerra falto de experiencia,  
Y dos hermanos suyos juntamente  
Criollos y de noble descendencia,  
Y fué su padre Francisco de Lerma,  
Cuya bondad no vimos ser enferma.

Poblaron finalmente los hermanos  
Con otros que podrian ser cuarenta;  
Y por todos los indios marcaron  
Una sincera paz se representa:  
Y así con el trabajo de sus manos  
El pueblo fabricado se sustenta,  
Do sin adivinar malos reveses  
Residirían como cuatro meses.

Debajo de las cuales amistades  
Los bárbaros feroces les servian,  
Trayendo para sus necesidades  
Aquellos materiales que pedían;  
Pero pasaron importunidades  
A pedilles el oro que tenían,  
Entrando por sus pueblos á buscallos  
Muchas veces sin armas ni caballos.

No todos juntos, pero divididos  
Por asientos y partes diferentes,  
Sin considerar males sucedidos  
De semejantes inconvenientes;  
Y como mozos locos y perdidos,  
Llenos de juveniles accidentes,  
Cada uno se pensaba ser un muro  
Para poder dormir sobre seguro.

Estando pues los Lermas cierto dia  
Entrellos, sin sospecha de su lloro,  
Un principal cacique les traía  
Algunas joyas no de muy buen oro;  
Y el Juan de Lerma que las recibía,  
Con ira, sin guardalle su decoro,  
Con los dones, por vellos no ser ricos,  
Al cacique le dió por los hocicos.

El bárbaro no hizo sentimiento;  
Mas viendo tan notoria destemplanza,  
Con disimulacion en el momento  
Propuso de tomar llena venganza;  
Y así luego salió del aposento  
Y aperció macana, dardo, lanza,  
Haciendo señas, sin abrir la boca,  
A las cuales su gente se convoca.

No va con tal vigor tras veloz cierva  
El moloso lebrél que ven sus ojos,  
Cuanto furor llevaba la caterva  
Para satisfacer á sus enojos:  
Macanas largas, flechas no sin yerba,  
Y dellas crecidisimos manojos,  
Halláronlos con muy quieto pecho,  
Y acaso se reian de lo hecho.

T. IV.

Con el rüido del arremetida  
Pálido sobresalto los despierta:  
Desean los remedios de su vida,  
Y el esperanza sádeles incierta.  
; Oh cuántas veces piensan su huida!  
Pero fortuna no les daba puerta.  
Al fin salen á ellos como buenos,  
Porque ya no podían hacer menos.

Villana cobardía se desecha  
Del filo del espada castellana;  
Pero su filo no les aprovecha,  
Pues prevalecen golpes de macana:  
No pueden resistir á tanta flecha,  
Ni dellos queda ya persona sana;  
Y así los lleva fiero movimiento  
Como á pajas menudas recio viento.

El ímpetu fué tal y de tal suerte,  
Que cada cual de vida desespera;  
Mas flacos son los golpes del mas fuerte  
Que de la mas cascada cañavera:  
Murieron treinta y seis de mala muerte;  
Murieran muchos mas si mas oviera.....  
Un muchacho huyó del mortal sueño,  
Que no lo vieron ir por ser pequeño.

Este, que con aliento los piés mueve,  
Pudo ver el lugar recién poblado,  
Donde quedaron solamente nueve;  
Los cuales en negocio tan pesado  
Tomaron el acuerdo que se debe,  
Que fué poner en fuga su cuidado;  
Y á no ser tan veloce la partida  
También partieran ellos de la vida.

Eran la mayor parte chapetones,  
Rústicos labradores y villanos,  
Los cuales en aquestas ocasiones  
Fieron mas de piés que de sus manos:  
De sed pasaron grandes aflicciones,  
Hasta llegar á pueblo de cristianos,  
Adonde procuraron dar cumplida  
Cuenta de la desgracia sucedida.

El caso perehido por don Diego,  
Hijo del buen don Lope que ya digo,  
Pareciéndole mal mucho sosiego  
En ir á castigar al enemigo,  
Con sesenta soldados partió luego  
A las ejecuciones del castigo:  
Pero Ruíz de Tapia lo seguía,  
Hijo del otro desta nombrada.

Con los que van subyectos á su mando  
Entró por las primeras poblaciones,  
Prendió ciertos caciques en llegando,  
Y enviólos en ásperas prisiones:  
Después se congregó bárbaro bando  
Para domar cristianos corazones,  
Y acometer feroces y crueles,  
Segun á ciervos tímidos, lebreles.

Asalto fué no poco riguroso  
Por tomallos un poco descuidados,  
Y con aquel furor impetuoso  
Mataron luego dos ó tres soldados  
Y un docto sacerdote religioso,  
El cual cayó los pechos traspasados:  
Finalmente, demas de los caidos,  
Quedaron otros muchos mal heridos.

En aquesta crüel arremetida,  
Como fortísimo leon de Caspia  
Don Diego de Orozco no se olvida  
De su generosísima prosapia;  
Su buen valor ansimismo convida  
Al capitán Pero Ruíz de Tapia,  
Rompiendo con caballos y peones  
Por duros y feroces escuadrones.

Desbarataron la mayor pujanza  
Haciendo cada cual heroicos hechos:  
Sanguinolento hierro de la lanza  
Traspasa las espaldas y los pechos:  
Pero no fué tan grande la venganza  
Que con ella quedasen satisfechos,  
Mas indica cuadrilla fué rompida  
Y entonces los pusieron en huida.

17

Pero no por se ver así corridos  
 Su furia se mitiga ni resfria,  
 Por ser feroces, bravos y atrevidos  
 Los bárbaros de aquella compañía;  
 Y así los nuestros son acometidos  
 Otras dos veces en el mismo día,  
 Con tal furor y tan impetioso  
 Que no les daban punto de reposo.

Y en el mayor rigor del marció fuego,  
 Cuando hicieron su postrer venida,  
 La mano traspasaron a don Diego,  
 Donde quedó la flecha detenida,  
 Estorbando la lanza de su juego  
 A causa de ser mala la herida;  
 Pero con todo esto los rebate,  
 Y así cesaron del postrer combate.

Viendo pues enemigo tan molesto  
 Y que su gente toda lo recela,  
 Determinó salirse con el resto  
 Sin querer mas allí hacer candelá:  
 E yo también me salgo con aquesto  
 De la costa del Cabo de la Vela,  
 Por no saber agora desta playa  
 Otros negocios mas que nuevos haya.

## HISTORIA Y RELACION

*de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera población. Y esta primera elegía es á la muerte de su primer gobernador, que fué don Rodrigo de Bastidas.*

### CANTO PRIMERO.

A Santa Marta llega ya mi pluma,  
 Do tractaremos cosas principales,  
 Mas no de tal manera que presuma  
 Podellas explicar por sus cabales;  
 Pero haremos una breve suma  
 Tocando las que fueron sustanciales,  
 Porque ningun historiador pudo  
 Contar todas las cosas por menudo.

Mas en prosecucion de mis intentos  
 Haremos relacion con verdad pura  
 De casos varios y acontecimientos,  
 Ya de ventura, ya de desventura,  
 Los cuales me parece que son cuentos  
 Dignos de se poner en escritura,  
 E ya muy olvidados de la mano  
 De todo coronista castellano.

Provea de favor en la carrera  
 Y aparte las obscuras pesadumbres  
 Aquella luz y lumbré verdadera  
 Que procede del Padre de las lumbrés,  
 Siendo la Virgen pura medianera,  
 A quien para subir tan altas cumbres  
 He suplicado que me dé la mano  
 Porque no sea mi trabajo vano.

En aqueste favor pues confiados  
 Diremos algo destas poblaciones,  
 Las cuales estarán en once grados  
 O poco mas, segun hay opiniones:  
 A Gaira y Concha tienen á los lados,  
 Con otros que llamamos los aucones,  
 Y el puerto principal es de manera  
 Que por bueno le llaman la Caldera:

Que de todas tormentas está horro  
 Por amparallo dos puntas ó rocas,  
 En medio de las cuales bay un morro  
 Que forma dos entradas ó dos bocas;  
 Y así de navegantes es socorro,  
 Seguros bien de las borrascas locas:  
 Es puerto limpio, de cabal fondura:  
 Y contiene de dentro gran anchura.

Es aquesta marítima ribera  
 Montaña de grandísima frescura,  
 Y la continuada cordillera  
 Allí levanta su mayor altura:  
 La gente natural desta frontera  
 Ninguna para guerra fué mas dura,  
 Tanto, que pongo duda que el de Chile  
 Las grandes fuerzas destos anihile.

Tienen flechas y arcos no pequeños,  
 Gruesos, y mal labrada la madera,  
 Mas por fuerza los hacen ser cimbreños  
 Hasta hacer juntar el empujnera:  
 Tanto mal hacen como duros leños  
 Si á manteniendo dan en la mollera,  
 Pues su golpe la hace dos pedazos  
 Al tiempo que ya vienen a los brazos.

Tan terrible vigor su tiro lleva,  
 Que fuera de guerreras confusiones  
 Á uno le hicieron hacer prueba  
 Sobre corazas armas de algodones,  
 Y traspasólo todo como breva,  
 Siendo de palo puro los arpones:  
 Ponen arnés, por ver si lo pasaba,  
 Mas en aquel la flecha deslizaba.

El tiro del carcaj va siempre lleno,  
 Cuando se ven en bélica porfia,  
 De pestilencialísimo veneno  
 Que mata dentro de natural día,  
 Algunos al tercero y al septeno,  
 Con rabia que de seso los desvia,  
 Y aun ellos se darian mala muerte  
 Si los dejasen solos desta suerte.

Gente de gran vigor de su cosecha  
 Es toda cuanta por allí confina,  
 Y de mayor valor y mas bien hecha  
 Quanto se acerca mas á la marina:  
 Arma comun de todos es la flecha,  
 Que pocas veces halla medicina;  
 Tiran perdidas ciertas silbaderas  
 Por emplear las otras mas de veras.

Vistense de algodón de tela fina,  
 Y muchos dellos tienen solamente  
 A las espaldas una mantellina,  
 Y todo lo demás anda patente:  
 A mas honestidad mujer inclina  
 La parte que llamamos impudente,  
 Con manta de algodón por la cintura,  
 Y otra de lo demás es cobertura.

Tienen las hembras buenos pareceres,  
 Y por la mayor parte los varones  
 Celan en gran manera las mujeres,  
 Demás de ser malditos bujarrones:  
 Entrellos hay algunos mercaderes  
 Y sus maneras de contrataciones  
 Con las que están muy dentro de la sierra,  
 Que no pequeños términos encierra.

Usan en regocijos y en sus fiestas  
 De ricas y galanas vestiduras,  
 De plumas admirablemente puestas  
 Que forman varias flores y figuras:  
 Son gentes entre si tan deshonestas  
 Que las espaldas andan mal seguras,  
 Y en cualquiera lugar claro y oculto  
 Se hallan muchos Priapos de bulto.

Son cerimoníaticos algunos,  
 O todos en grandísima manera,  
 Y tienen proflijísimos ayunos  
 Por sus hijos ó por su sementera;  
 Y entonces solamente los alunos  
 A cosas necesarias salen fuera:  
 Carne no comerán de ningun arte,  
 Sino pescado por la mayor parte.

Hay en sus muertes un proflijo lloro,  
 Do cuentan sus desastres ó venturas,  
 Entiérnanse con muchas joyas de oro,  
 Segun vimos en muchas sepulturas,  
 A las cuales le guardan su decoro  
 Segun sus ceremonias y locuras:  
 Pues muchas de personas señaladas  
 Entrellos suelen ser reverenciadas.

Adoran los planetas y los sinos  
Regocijándose por los oteros ;  
Hay muchas adivinas y adivinos  
Y grande cantidad de hechiceros ,  
Que dicen un millon de desatinos  
Acerca de los tiempos venideros :  
Dan al demonio lo que no merece  
Pintándolo del arte que parece.

De yucas y maíz es su comida ,  
De lo cual ansimismo hacen vinos ;  
De frutos es la tierra bastecida  
Silvestres , que no labran los vecinos ;  
Es larga serranía y estendida  
Toda de fragosísimos caminos ;  
Hay parras por los árboles tendidas ,  
De racimos de uvas proveidas.

Aquestas son labrusescas naturales ,  
Cuyos gustos allí no son iniecos ,  
Racimillos pequeños , pero tales  
Que hacen pegajosos los hocicos.  
Los indios de la tierra principales  
Y aun todos los demás eran muy ricos ,  
Pues solían hallar tiempo pasado  
Entrellos cantidad de oro labrado.

Y así con este cebo los varones  
Primeros en correr estas partidas ,  
Rescataban de paz por los ancones  
Y volvían las bolsas proveidas :  
Fué principal en estas ocasiones  
El capitán Rodrigo de Bastidas ,  
Que en Haiti , do tenía su reposo ,  
Se hizo con los tractos caudaloso.

Sus principios no fueron tan profundos  
Cuanto los pintan otros que escribieron ,  
Pues que nos consta ser de los segundos  
Que con el inclito Colon vinieron ,  
Y no del número de vagabundos ,  
Mas uno de los que mejor sirvieron ;  
Y así con los navios y a su costa  
Descubrió mucha parte de la costa.

Encumbrándolo mas en pensamientos  
Riquezas , según tienen de cosecha ,  
Esto pidió por adelantamiento ,  
Y por el rey le fué la merced hecha ,  
Señalándole limite y asiento  
La costa de la mar vía derecha  
Hasta llegar al Cabo de la Vela ,  
Y norte sur lo que la tierra ceja.

Año de veinte y seis sobre quinientos  
Llegó con buena copia de soldados ,  
Tan escogidos para sus intentos  
Que fueron con razon solemnizados ,  
Y en las entradas y descubrimientos  
Ningunos en valor mas señalados :  
Día de Santa Marta tomó puerto ,  
Y este nombre le dió comun concierto.

Como quinientos hombres fué la gente  
Que para la conquista con él vino :  
Fué Juan de Villa-Fuerte su teniente ,  
Y capitán Rodrigo Palomino ;  
Fernán Bermejo , mozo muy valiente ,  
Ortuño , Ortiz , Bazantes y Cansino ,  
Un Montesinos y Cristóbal Sierra  
Con otros valerosos para guerra.

Celebró paz con indios comarcanos ,  
Y para fundar pueblo , la montaña  
Talaban españoles con sus manos ,  
De que no se causó pequeña saña :  
Al fin en agradar á sus cristianos  
El Bastidas se daba mala maña ,  
Pues traían á cuestras la madera  
De la montaña hasta la ribera.

Fué no querer mandar los naturales ,  
Y fatigar la gente de quilates ,  
Origen y principio de sus males  
Y causa de grandísimos dislates ;  
Mas eran sus intentos principales  
Valerse de la paz y de rescates ,  
Y así de ningún arte consentía  
A los indios hacerse demasia.

Menos quiso prestar consentimiento ,  
Habiendo ya de hambre grande plaga ,  
Tomarse de los indios alimento  
Sin que por ello diesen justa paga ;  
Mas él daba raciones al hambriento ,  
En descontento de la gente vaga ,  
Por ser cazabi solo con tasajos ,  
Que mal satisfacían sus trabajos.

Comían todos pues carne salada ,  
Y tal que por ventura ya hedía ;  
Encharcaban en agua delicada  
Con los calores grandes que hacía :  
Cayó luego la gente regalada  
Y el que ningún regalo conocía ;  
Morian con grandísima miseria  
Del mal de flujo dicho disenteria.

Pocos de los enfermos escapaban ,  
Antes fué tan crúel la desventura ,  
Que dos y tres y mas cuerpos echaban  
Juntos en una misma sepultura :  
A muchos cuasi no los enterraban ,  
A causa de hallar la tierra dura  
Y tener debilísimas las manos  
Los de mayor vigor y los mas sanos.

Viendo la perdición de tantas vidas ,  
O con razones y con sinrazones  
En comun se quejaban del Bastidas ,  
No sin gran multitud de maldiciones ,  
Como suelen personas afligidas ,  
Y mas en semejantes aficciones ;  
Fué Villa-Fuerte mas que duro guijo ,  
A quien Bastidas le llamaba hijo.

Pues en las ocasiones de que hablo ,  
Habiéndolo nombrado por teniente ,  
Y en su boca no ver menos vocablo  
Que hijo muy amado comunmente ,  
De furor revestido del diablo ,  
Determinó matallo malamente ;  
Y no faltaron otros malos pechos  
En las ejecuciones destos hechos.

Como Pedro de Porras y Bazantes  
Con el dicho teniente conjurados ,  
Y estos llevaron otros ignorantes  
Del yerro para que fueron llamados ;  
Mas conocieron bien de sus semblantes  
Como debían ir apasionados ,  
Sin poder en aquella coyuntura  
Imaginar tan perñida locura.

A las ejecuciones del intento  
Corren los tejedores de la trama :  
Los dos entraron en el aposento ,  
Hallaron al Bastidas en la cama  
Sin sospechar tan gran atrevimiento ,  
Aunque se rezumaba ya la fama ,  
Y con palabras muy desacatadas  
Villa-Fuerte le dió tres puñaladas.

A las voces y gritos del mezuino ,  
Que llamaba criados y parientes ,  
Acude con presteza Palomino  
Y los mas alentados destas gentes ;  
Luego por la montaña sin camino  
Se metieron los dichos delincuentes ,  
Y por entonces no se fueron lejos ,  
Hasta ver bien de su maldad los dejos.

Estando pues aquestos alterados  
Por arcabucos y cañaverales ,  
Parece ser que fueron avisados  
No mostrar las heridas ser mortales ,  
Y así volvieron mas determinados  
De cortar los espíritus vitales :  
Sabido su furor luciferino ,  
Tomó luego la puerta Palomino.

Por estar el mas número doliente  
Acudir no pudieron al instante ,  
Mas él no sin estremo de valiente ,  
Tan fuerte se mostró con un montante ,  
Que de la compañía delincuente  
Nadie pudo pasar mas adelante ,  
Antes confusa y en tenor resuelta  
Para los arcabucos dió la vuelta.

Metiéronse muy dentro de la sierra  
Viendo tan mal parada ya la cosa,  
Con ser populosisima la tierra  
De gente por estremo belicosa,  
Y ninguna de paz, sino de guerra,  
Y de cristiana sangre cudiciosa:  
Serian estos doce compañeros  
Valientes, esforzados y lijeros.

Nunca pasaban, sino de corrida,  
Por selvas y montañas sin camino;  
De noche recogian la comida  
De rocas ó labranzas del vecino,  
No con pequeños riesgos de la vida,  
Anejos á su grande desatino;  
Otras algunas veces dan de día,  
Pero no siempre bien les sucedia.

El mas que miserable Villa-Fuerte  
Reconocia ya sus desconciertos,  
Por que peregrinando desta suerte  
Por los indios habian de ser muertos;  
Promételes también infame muerte  
Volver á Santa Marta y á sus puertos,  
Y habian ya de los soldados buenos  
Los indios hecho tres ó cuatro menos.

En algunas refriegas bien reñidas;  
Pero dejalos hemos por agora,  
A causa de volvernos al Bastidas,  
Que por la mala cura no mejora;  
Antes le dicen que con mas heridas  
Ha de dar cabo dél gente traidora,  
Los cuales esperaban coyuntura  
Metidos en el monte y espesura.

Y que no sanará como no haya  
Cirujano que sea suficiente;  
Y así le dicen todos que se vaya  
Y salga de una tierra tan doliente,  
Pues que tiene navios en la playa,  
Sin faltalle recado conviniente,  
Y un Alonso Miguel, diestro piloto,  
El cual con todos era deste voto.

Al fin en general todo su bando  
En este parecer malo consiente,  
Y Palomino, mas duro que blando,  
También le persuade grandemente,  
A trueco de quedarse con el mando  
Por estar ya nombrado por teniente:  
Quel ambicion convierte muchas veces  
Las loables costumbres en soeces.

Y así quieren decir que Palomino  
Al Alonso Miguel le dió cohecho,  
A fin de que torciese su camino  
Y á la Española no fuese derecho;  
Y no fué la sospecha desatino,  
Segun se vido claro por lo hecho,  
Pues para ser patente su concierto,  
En la isla de Cuba tomó puerto.

Donde Gonzalo de Guzmán tenia  
Gobierno por Colon, el almirante,  
Y entrel Bastidas y el Guzmán habia  
Enojos y rancor no bien sonante,  
Por ocasion de cierta niñeria  
Usada por Bastidas poco ante;  
Y para que se sepa la querella,  
Quiero decir aqui la causa della.

En aquella sazón y tiempo, cuando  
El Bastidas tomó las posesiones  
De su gobernación y de su mando,  
Parece ser que fué por los ancones  
Un Gonzalo de Vides rescatando  
Esclavos, oro, mantas y otros dones  
Por parte del Guzmán, que dió navio,  
Rescates, armas, tiros y atavio.

Bastidas, sin mirar por quién venia,  
Quebró del amistad el noble gonce,  
Tomando los rescates que traia,  
Armas y dos ó tres versos de bronce:  
Demás desto prendió la compañía  
Y al dicho Vides y un Antonio Ponce,  
De que Guzmán estaba muy corrido,  
Y mas por ser amigo conocido.

Pero como lo vió de tal manera,  
Condoliéndose del suceso malo,  
Lo recibió con voluntad sincera  
Y en su casa le hizo gran regalo:  
El Bastidas buscó posada fuera,  
Rindiéndole las gracias al Gonzalo  
De Guzmán, por la gran magnificencia,  
Y él se curó con suma diligencia.

Mas como por malicia de los guias  
Aquel viaje fué de mucha dura,  
Las medicinas fueron tan baldias,  
Que por ninguna via tuvo cura;  
Y así, después de diez ó doce dias  
Le dieron honorosa sepultura:  
En la Española tuvo mucha mano  
Con obras de católico cristiano.

Segun los que mas saben deste cuento,  
Fué principio y origen de sus males  
No consentir hacer mal tractamiento  
Ni robos en aquellos naturales:  
Honró Guzman aquel enterramiento  
Con otros muchos hombres principales;  
Y encima de la losa por él puesta  
Dejaron una letra, que fué esta:

Hic tumulus condit Bastidæ saucia membra  
Quæ fixit gladio nuper acerba manus.  
Ipse quia dives virtute el robore prestans,  
Dux Sanctæ Martæ primus in orbe fuit.

Aquí hace su manida      Tuvo pujanza y valor.  
Don Rodrigo de Bastidas,      De riquezas copia harta,  
Que con críeles heridas      Y así fué gobernador  
Acabó la dulce vida.      Primero de Santa Marta.

Pues dió Bastidas fin á su camino  
Por poca lealtad de su compañía,  
Bueno será volver á Palomino,  
El cual con su valor y buena maña  
Hizo de paz á Gaira y al Dorsino,  
Y el confin de la costa que el mar baña,  
A Concha y á Nenguanje, Chengue, Cinto,  
Y á Gairaca con otros que no pinto.

El bárbaro su gente le sustenta  
Bastantísimamente de comida;  
A todos los anima y los alienta,  
Y á su provecho y honra los convida:  
Toda la gente tiene tan contenta  
Que cada cual porná por él la vida,  
Y para mas aumento de su fama  
Con los indios de paz los otros llama.

A los que vienen érales guardada  
La paz y el amistad no sin recatos;  
A los rebeldes daba trasnochada  
Aunque se padeciesen malos ratos,  
Tomando la mas gente descuidada  
De tales sobresaltos y rebatos:  
Tuvo para sus guerras y sus lides  
Dos grandes y admirables adalides.

Un Fernán Vaez y un Fernán Bermejo,  
Soldados que hicieron grandes hechos,  
Muy diestros en sacar un rastro viejo  
Por las selvas ocultas y desechos,  
Sagaces en astucias y en consejo,  
Por estremo sutiles en asechos,  
Puestos con arcos, flechas y plumajes,  
Posturas y meneos de salvajes.

Llegaban con obscuro desta suerte  
Al pueblo que tomar se pretendia,  
Tácticamente porque no dispierte  
El morador incauto si dormia:  
Acechaban del pueblo lo mas fuerte,  
Cuántas casas, y cómo las tenia,  
Volvia por su gente hecho esto,  
Y á cada capitán daban su puesto.

La gente dividida y ordenada,  
Cuando la dama de Titon venia  
Hacen señal, y dan el alborada  
Sobre la descuidada compañía:  
Ensangrientan la lanza y el espada  
Si la contraria parte resistia;  
Mas siempre por allí menester era,  
Por ser gente de suyo muy guerrera.

Encima de un caballo Palomino,  
El cual tenia tal conocimiento  
Que ya no parecia de rocino  
Sino de racional entendimiento,  
Corria por el aspero camino,  
Como si fuera hijo de algun viento,  
De noche tacitissimo su huello,  
Sin ruido, relincho ni resuello.

El rocín Matamoros se decia,  
Del Palomino mas que rica prenda,  
Pues por instinto natural hacia  
Lo que pide razon en la contienda,  
Y á las necesidades acudia  
Sin meno de espuela ni de rienda:  
Tordillo fué no grande, mas bien hecho  
Desde la baja cola hasta el pecho.

Puso los indios en tan gran cuidado  
Con las insignes suertes que hacia  
Que muchos lo tenian retratado  
De bulto de la suerte que venia  
Encima del caballo, bien armado,  
Con el adarga y lanza que blanda,  
Y cantidad de indios á los lados  
Del riguroso yerro traspasados.

Hizo venir al yugo los de Zaca,  
Abatió la soberbia Chátrama,  
Quebró las fuerzas de Mamalazaca  
Y las inmites gentes de Irotama:  
Por las riberas verdes de Guachaca  
Tiemblan grandes caciques de su fama;  
Temen los moradores en Origua,  
Y no faltan temores en Bondigua.

Subyectó muchos otros deste modo  
Soberbios, ferocisimos y bravos;  
Temblaba del aquel terreno todo,  
Que en guerra no supieron ser ignavos:  
Todos el oro ya traen á rodo  
Y muy crecido número de esclavos,  
Que llevan á las islas los navios  
Para traer comidas y atavios.

Y como ya bullia la moneda,  
Verdades mil damas y galanes  
Con ropas costosísimas de seda,  
Granos, veinte y cuatrenes, perpiñanes:  
No se halla soldado que no pueda  
Comprar ricas holandas y rianes,  
Pues antes la coleta y el anejo  
Solia ser el principal arreo.

Aunque venian ya de á la redonda  
Indios de paz con joyas y presentes,  
La gran ferocidad de los de Bonda  
Huye del amistad de nuestras gentes,  
Donde todas las noches hacen ronda,  
Asegurando los inconvinientes  
Que habian padecido sus vecinos  
Por no velar entradas y caminos.

Diciendo, que las tales amistades  
Traian mayor daño que provecho;  
Y así hablaban mil bravosidades  
Vaciando por la boca lo del pecho:  
Mas no fueron tan faltas de verdades  
Que no las confirmasen con el hecho,  
Como podrian ser testigos ciertos  
Gran muchedumbre de españoles muertos.

Pensando pues tomallos de improviso,  
Quebrantar su furor y castigarlos,  
El valeroso Palomino quiso  
Con el nocturno velo saltéallos:  
Mandó con gran secreto dar aviso  
A los peones y á los de caballos;  
Fernán Bermejo fué como solia  
Adelante de todos por espía.

Tiene Bonda zavasanas ampliadas  
Que cercan el compás de su frontera,  
Pero para llegar á sus moradas  
Habian de subir por escalera  
De losas bien compuestas y fijadas,  
Segun que muestra la presente era:  
Subir no puede quien caballo trajo,  
Y así siempre se quedan en lo bajo.

Subió Berméjo con el aparençia  
De indio por lugares encubiertos:  
El sitio mira con el advertencia  
Que suelen adalides muy espertos;  
Mas aunque tuvo suma diligencia,  
No pudo ver las velas de los puertos,  
Bajó donde quedaban de presente,  
Y llevó los peones desta gente.

Acaso vieron encendida mecha  
Indios que velan en un altozano,  
Y teniendo por cierta la sospecha  
En que debía ser algun cristiano,  
Apuntan á la lumbre con la flecha,  
Clavándole la mecha con la mano;  
Y como se quejó, sienten ruido,  
Y así dieron gran grita y alarido.

Sale luego la gente que dormia,  
No sin algun temor de tal asalto;  
Por una y otra parte se tendia  
Ocupando de pasos lo mas alto:  
Vuela la venenosa flecheria,  
De que ninguno dellos iba falto;  
Tantas descenden y con tanta priesa  
Como gotas de pluvia muy espesa.

El español al fin se desatenta  
Viendo la muchedumbre que acomete,  
Y nadie dellos tiene por afrenta  
Revolver en demanda del jinete:  
Hirieron del primer encuentro treinta,  
De los cuales murieron veinte y siete:  
Suenan escudos y armas de peones,  
Que van rodando por los escalones.

Bien como las ovejas caminando  
Por alta y asperisima ladera,  
Que del mejor camino resbalando  
Aquella que llevó la delantera,  
Todas ellas se van precipitando  
Por do se precipita la primera,  
Sin advertir ninguna del rebaño  
Ser su camino para mayor daño:

Así los españoles, revolviendo  
Tras las pisadas del que fué primero,  
Unos sobre los otros van cayendo  
Rodando por aquel despeñadero.  
Sonaba de bocinas gran estruendo  
Por todas partes del compás frontero;  
Ansimismo se hunden los altores  
Con el ruido de sus atambores.

Huyen pues los heridos y los sanos  
Por escaparse de que no los hieran,  
Persiguiéndolos barbaros villanos  
Con intenciones de que todos mueran;  
Hasta que ya bajaron á los Hanos  
Donde los de caballo los esperan,  
Los cuales les salieron al camino  
Y el águila con voz de Palomino.

Ya planetas y signos celestiales  
Perdian resplandores de sus lumbres,  
Por se manifestar rayos febles  
Dorando las alturas de las cumbres,  
Y la solicitud de los mortales  
Repetia sus usos y costumbres  
En tal manera, que cualquiera via  
El bien ó el mal de dónde le venia.

Y á este tiempo bárbaros lozanos  
Seguian con grandisima pujanza  
El escuadron por lo tomar á mancos,  
Con sed insaciable de venganza;  
Pero como bajaron á los llanos,  
El Palomino meneó la lanza  
Vertiendo por aquellos escuadrones  
Sangre de los humanos corazones.

Y como nunca vieron otro tanto,  
Sino tan solamente por la fama,  
Cayó sobre los indios tal espanto  
Que el fuego de los mas perdió la llama,  
Y de la mayor fuerza por un canto  
Gran parte con temores se derrama,  
Causandoles confuso desatino  
La priesa y el valor de Palomino.

Bien como plumas en lugar exento  
 Por ocasion alguna recogidas,  
 Que las saltea repentino viento  
 Con furias en sus soplos estendidas,  
 Derramándose todas al momento  
 Por diferentes partes estendidas;  
 O ya como monton de seca hoja  
 Que vuela sin haber quien la recoja:

De todos los que tienen llana tierra  
 Se hizo division desta manera,  
 Huyendo las borrascas de la guerra  
 Y aquel atropellar de bestia fiera,  
 Unos por los peñoles de la sierra,  
 Otros por el andén del escalera,  
 Quedando sin espíritu de vida  
 No poca gente por allí tendida.

Recogió Palomino sus soldados,  
 Así los sanos como los heridos,  
 Los cuales segun lances atrasados  
 Deste quedaron todos muy corridos:  
 A Santa Marta van encaminados,  
 Donde con lloro fueron recibidos,  
 Porque de conocidos por ser buenos  
 Quedaron luego veinte y siete menos.

Dejemos estas cosas desta suerte,  
 Y demos fin á los del mal intento,  
 Porque Porras con Joan de Villa-Fuerte  
 Tuvo palabras de desabrimiento,  
 Y por faltar allí quien los concierte,  
 Hicieron division y apartamiento:  
 La demás gente cada cual seguía  
 La parte que mejor le parecia.

El Porras se fué acia la Ramada,  
 Al otro pareció que le convino  
 Hacer á Santa Marta su jornada  
 Por ver en qué paró su desatino:  
 Entró siendo la noche ya cerrada,  
 Pero tuvo noticia Palomino,  
 Y dióse tan buen cobro con su gente  
 Que prendieron al dicho delincuente.

Y á causa de poder hacer ausencia,  
 Por no tener en tierra buen avio,  
 Luego con la posible diligencia  
 Le dió segura cárcel un navio,  
 Que para ir á la real audiencia  
 De Santa Marta hizo su desvio;  
 Y después hecho cuartos tuvo muerte  
 El miserable Juan de Villa-Fuerte.

Paga de su maldad y su locura,  
 Que de tal romería tal venera;  
 Y en aquella sazón y coyuntura,  
 Que fué del español dichosa era,  
 Un caso sucedió de gran ventura  
 Si para su remedio le valiera,  
 Pero no mereció su maleficio  
 Gozar de tan insigne beneficio.

Entonces pues nació rey soberano  
 De las generosísimas entrañas  
 De la hija del gran rey lusitano,  
 Mujer del que fué suma de hazañas,  
 Y el heredero fué Filipo Magno,  
 Hoy rey universal de las Españas,  
 Por cuyo nacimiento malhechores  
 Alcanzaron perdón de sus errores.

Vistas las alegrías y perdones,  
 Procuró luego Juan de Villa-Fuerte  
 Aprovecharse destas ocasiones  
 Para poder librarse de la muerte;  
 Mas importunidad y esciamaciones  
 De los Bastidas fueron de tal suerte,  
 Que los doctos señores del audiencia  
 Mandan llevar al cabo su sentencia.

Pedro de Porras y Martín de Roa  
 Con otra gente desta camarada,  
 De ceiba hacen una gran canoa  
 En la costa que dicen la Ramada:  
 Entran los navegantes, y la proa  
 Para Santo Domingo fué guiada;  
 Van, por huir de muerte merecida,  
 En grandísimo riesgo de la vida.

El mar en gran aprieto los ponía,  
 Combátelos el inconstante viento;  
 Mas con fuerza de brazos y porfia  
 Pudieron todos ir en salvamento:  
 Quiza nuestro Señor lo permitía  
 Para morir con mas conocimiento.  
 Libres pues de las aguas de Neptuno  
 Procuró su remedio cada uno.

Por ingenios y hatos de ganado  
 Cada cual de por sí va divertido,  
 Y el Porras por ser hombre señalado  
 Fué de cierto vaquero conocido:  
 Sábenlo los señores del senado,  
 Y fué por los Bastidas perseguido:  
 En efecto, segun el justo fuero,  
 Pasó por do pasó su compañero.

Otras cosas que sean sustanciales  
 Memoria cierta no me representa,  
 Porque muertos aquestos principales  
 De los demás hicieron poca cuenta;  
 Y así quiero volver á los anales  
 De Palomino, que valor aumenta,  
 Pues para sus designos tuvo ronda  
 Y se vengó muy bien de los de Bonda.

Domeñó la cerviz y duro cuerno  
 De la mayor pujanza de la sierra;  
 Ningun rigor jamás lo halló tierno  
 De cuantos ofreció la dura guerra:  
 Un año duraría su gobierno;  
 Y para lo tener en esta tierra  
 Envió con probanza copiosa  
 Al tesorero Pedro de Espinosa.

Llegó con sus poderes en España,  
 Pidió lo que su parte pretendía,  
 Gastó dineros, dióse buena maña,  
 Pero su diligencia fué baldía;  
 Pues al mayor pastor desta cabaña  
 Este dicho gobierno se pedía  
 Para García de Lerma, varon lleno  
 De lo que puede merecer un bueno.

Mas cierta nao para tomar puerto  
 A Santa Marta fué via derecha,  
 Y al Palomino dijo por muy cierto  
 Habelle sido ya la merced hecha:  
 No recibió las nuevas hombre muerto,  
 Sino quien ocasiones aprovecha  
 Creyendo las novelas del navio,  
 Y así mostró mayor valor y brío.

Entonces ausimismo por ausencia  
 Del muerto, procurando de suplirlo,  
 Los señores de la real audiencia  
 Determinaron de nombrar caudillo,  
 Y por tener en cargos experiencia  
 Enviaron á Pedro de Vadillo,  
 Primo del oidor que residia  
 En aquella real chancillería.

A Santa Marta fué con tres navios,  
 Ciento y ochenta buenos compañeros,  
 Adonde si llevaba buenos bríos  
 No creo que halló menos aceros,  
 Pues hubo repiques y desvios;  
 Y cierto, si no fuera por terceros  
 Tales que perturbaron el intento,  
 Vinieran en muy grande rompimiento.

Porque con tanta furia se destierra  
 Rodrigo Palomino de razones,  
 Que nadie consintió saltar en tierra,  
 Menos quiso cumplir las provisiones,  
 Y en la playa se puso para guerra  
 Cargando tiros y otras municiones,  
 Con gran solicitud y vigilancia,  
 Sin desarmarse minima distancia.

Algunos de los de su compañía  
 Usaban en el caso tracto doble,  
 Y al Fernán Vaez, con quien él había  
 Tenido siempre término muy noble,  
 Porque supo que todo lo movía,  
 Lo hizo suspender en verde roble,  
 Luego con hierro liquido redondo  
 Tentó meter las naos en el fondo.

Pero Vadillo viendo tal embargo  
Y aquellas muestras de varón insano,  
Hacerse con sus naos á lo largo  
Le parecía ser consejo sano;  
Y así con los que vienen á su cargo  
A Concha se pasó, puerto cercano,  
Adonde para buena ó mala suerte  
En tierra y en la mar se hizo fuerte.

Sabido dónde estaban rancheados,  
El Palomino fué para buscallos  
Con doscientos destrimados soldados,  
Los treinta y cinco dellos en caballos,  
Con armas de algodón encubertados,  
Personas que sabían meneales;  
Y los demás que no calzán espuelas  
Llevaban sus espadas y rodelas.

La voluntad de todos era harta  
De se probar en este rompimiento;  
Pero cuando salió de Santa Marta,  
Deseando ponelles mas aliento,  
El dicho Palomino los aparta  
Para hacelles un razonamiento,  
Fuera del pueblo ya la gente presta,  
Y la substancia del dicen ser esta:

« Señores, nunca hizo mano blanda  
Buenos lances en bélica porfia,  
Y aquesta pretension y esta demanda,  
Que quiero llamar vuestra mas que mia,  
Es porque sepa la contraria banda  
Que no tenemos menos osadía:  
Y pues que por vos va, correa y cueros  
Conviene que pongais por defensores.

» Porque si los que veis son poseores  
De provincias y pueblos conquistados,  
Siervos seréis adonde sois señores,  
Y do podeis mandar seréis mandados:  
Los que vienen serán antecesores,  
Y vosotros seréis preposterados,  
Porque con tal promesa hacen cebo  
Los que traen algun gobierno nuevo.

» Y si quereme bien también os mueve  
Por respetos que buenos engrandecen,  
A mi gran voluntad mucho se debe  
Y mis obras que todo lo merecen;  
Pues que no faltará con quien compruebe  
Ser mas que las palabras os ofrecen,  
Do ballareis pospuesto mi contento  
A vuestro gozo y aprovechamiento.

» Nunca me vistes triste ni severo,  
Nunca supe tener mala crianza;  
En los trabajos fué buen compañero,  
En riesgos la primera fué mi lanza:  
Si os quisistes valer de mi dinero,  
Ninguno tuvo vana confianza;  
Pues según mis deseos y mis mañas  
Quisiera daros hasta mis entrañas.

» Quien estos beneficios considera  
Con la sinceridad que se requiere,  
Debe, si su amistad es verdadera,  
No rehusar morir do yo muriere:  
Cuanto mas que no tiene mi bandera  
Hombre que de victoria desespere,  
Pues con dificultad son rebatidos  
Los que nunca supieron ser vencidos.

» Huya temor de los ocultos senos,  
Pues vais contra cuadrilla mal compuesta:  
Nosotros somos mas, ellos son menos  
Y fatigados de la mar molesta;  
Ellos enfermos, y nosotros buenos,  
Y tenemos las piedras y la cuesta;  
Ellos un escuadron flojo, confuso,  
Nosotros en la guerra mayor uso.

» Y pues en los recuentos que he tenido  
Todos en general fuestes cabales,  
En el presente solamente pido  
Que me seáis fieles y leales:  
El gobierno me está ya proveído,  
Segun dicen personas principales;  
Si viniere, tendreis ilustre pago,  
Y cada cual verá lo que yo hago.»

Como por estos españoles fuesen  
Palabras semejantes entendidas,  
Respondente que no se detuviesen,  
Porque todos porán por él las vidas,  
Y setecientas vidas que tuviesen,  
Pues serían por él muy bien perdidas;  
Y así luego se fueron acercando  
Do los otros estaban esperando.

Puestos en el lugar que se refiere,  
Por una parte mar, por otra sierra,  
Al Pedro de Vadillo se requiere  
Procure de dejar luego la tierra,  
Y que si pone dientes y no quiere,  
Apareje las manos á la guerra;  
Pues en el día que presente era  
Había de quedar ó dentro ó fuera.

Diciendo Palomino ser teniente  
Nombrado por Rodrigo de Bastidas;  
Vadillo les responde claramente  
Ser tales tiranías conocidas,  
Y que no piensa de volver la frente  
A fanfarronerías ni heridas:  
Antes dice que rijan el alarde,  
Pues para comenzar era ya tarde.

Viendo tan sin razon y tan contrario  
Al dicho Palomino con Vadillo,  
Y ser aquel un caso temerario,  
Procuran por mil vias impedirlo  
Un fray Joan Perez, fraile mercenario,  
Y un muy honrado clérigo Castillo:  
Corren entrambas partes por los puertos  
Tractándolos de medios y conciertos.

Hubo tan eficaces persuasiones  
Y tan sagaces importunidades,  
Que compeliéron á los dos varones  
A los efectos destas amistades  
Debajo de honorosas condiciones,  
Y fueron estas las conformidades:  
Que mandasen entrambos juntamente  
Hasta venir recado mas patente.

Los dos gobernadores se abrazaron,  
Hecha solemnidad de juramento;  
Oyeron misa, y ambos cumularon,  
Parten la hostia deste sacramento:  
Unos y otros se regocijaron  
Al parecer, sin otro mal intento,  
Mas ninguno vivía descuidado  
Y uno de otro siempre recatado.

Y el vulgo muchas cosas sospechaba  
Que por ventura fueron vanidades,  
Viendo que cada uno procuraba  
Ganar las principales voluntades;  
Y atrás en este caso se quedaba  
Vadillo, por faltar las cualidades  
De liberalidad, que es alcahueta  
Con que la gente mucho se subyeta.

El Palomino muy mas compañero,  
Mas liberal, mas mozo, mas afable,  
En todos los peligros el primero,  
Sin se le conocer vicio notable:  
Vadillo ya mayor y mas artero,  
Y en su conversacion menos tractable,  
Para hacer mercedes duro seno,  
Antes lo proveía de lo ajeno.

Vadillo por tener mayor pericia  
En aquello que ley civil encierra,  
Guiaba los negocios de justicia;  
Y porque de los negocios de la tierra  
Palomino tenía mas noticia,  
Tractaba los negocios de la guerra:  
Trajo también Vadillo por teniente  
Hombre no menos sabio que valiente,

Que mucho con su buen seso remedia  
En lo que ve confuso y alterado:  
Aqueste se llamó Pedro de Heredia,  
Siempre valerosísimo soldado:  
Adelante diré de su tragedia,  
Y cómo fué después adelantado  
De Cartagena, do si tengo vida  
Le daremos historia mas cumplida.

Siendo los dos que digo pretendientes  
De salir cada cual con sus intentos,  
Tenian ya buen número de gentes,  
Que con deseo de descubrimientos  
De partes y lugares diferentes  
Se recogieron mas de setecientos;  
Y así con muchos dellos Palomino  
Hizo para la ciénaga camino.

Cuyos términos son al mediodía  
La costa abajo acia Cartagena,  
Recodo de crecida pesquería  
Cerca del río de la Magdalena,  
Y de tan gran valor la granjería  
Que al morador le da la bolsa llena;  
Y el compás que la ciénaga rodea  
Contiene mucha gente de pelea.

Pocigüeyca la cerca por un canto,  
Provincia que contiene gran altura,  
De nuestros españoles tal espanto,  
Que nunca se vengó la sepultura  
De los que solemniza tierno llanto,  
Muertos á manos desta gente dura;  
Y es hasta hoy allí cosa notoria  
Que ningun español cantó victoria.

Llegada pues la gente y estandarte  
De los cristianos al ancon que digo,  
Tomaron indios la contraria parte,  
Do no pudo pasar el enemigo:  
Los nuestros los llamaron de buen arte,  
Mas ellos amenazan con castigo,  
Tirando flechas y haciendo fieros  
Y aun hirieron algunos compañeros.

Por pelear los indios con desvío,  
Vióse desesperado Palomino,  
Y porque carecía de navio  
Para hacer por agua su camino:  
Con el orgullo grande de su brio  
A tal furor y á tal demencia vino,  
Que encima del caballo bien armado  
Intentó solo de pasar á nado.

Y así por lo fondable fué nadando  
En Matamoros su caballo bueno,  
Que va saladas ondas apartando  
Como veloz delfin en ancho seno:  
Mas como lo mas fondo fué faltando,  
Detiénale los piés limoso cieno,  
Sin que su gran vigor fuese bastante  
Para poder pasar mas adelante.

Como los indios vieren deste modo  
Al valido rocin y á quien lo guía,  
Y que de las prisiones deste lodo  
Ir atrás ni adelante no podía,  
Con grita que se hunde el valle todo  
Descargan increíble flechería  
En el caballo y en el caballero,  
Bien así como suelen en terrero.

Nunca para matar á bestia fiera  
Con armas se juntaron tantas manos;  
No tantas puyas echa talanquera  
A toro rodeado de villanos;  
No viento levantó de la ribera  
Del arena menuda tantos ramos:  
Cuántas flechas venian con veneno  
Contra los detenidos en el cieno.

Aunque ya traspasados los ijares,  
El buen caballo sin perder aliento  
Forcejó por salir de los lugares  
Que causaron tan grave detrimento,  
Y vuelve por lo fondo destes mares  
A poner su señor en salvamiento;  
E va llegados á seguro puerto,  
El ilustre caballo cayó muerto.

Fué muy grande la lástima que hizo  
En ser tan sin remedio la fortuna,  
Aunque primeramente satisfizo  
Al amo que sacó del alaguna;  
Cuyo cuerpo de flechas un herizo  
Salió también, sin lo herir alguna,  
Ni jamás á su cuerpo dió herida  
Recuento ni batalla muy rompida,

Con ser en los peligros el primero  
Y en osadía mas aventajado,  
Y herir uno y otro compañero  
Conjuntos y pegados á su lado,  
Aunque los otros fuesen con acero  
Cubiertos y él el cuerpo desarmado:  
Lo cual á gente sabia y á sencilla  
No causaba pequeña maravilla.

En no le penetrar flechas sutiles  
Había sido su ventura tanta,  
Que si confabularan hoy gentiles  
Como los que la musa vieja canta,  
También dijieran ser segun Aquiles,  
Que no podía sino por la planta  
Recebir detrimento ni herida  
Que pudiese privallo de la vida.

Viendo pues la malicia destes senos,  
Y cómo de los indios los aparta  
Agua de rios, mar y muchos cienos,  
El Palomino con congoja harta,  
Con seis heridos y el caballo menos,  
Determinó volver á Santa Marta,  
Donde le dió Vadillo ya venido  
El pésame del daño recibido.

Quisiera revolver incontinentemente  
Con gente de pertrechos reformada:  
Dió parecer Vadillo diferente  
Diciendo ser mejor hacer jornada  
Donde fuesen entrambos juntamente,  
La costa arriba acia la Ramada;  
Pues antigua noticia les publica  
Ser grande poblacion y gente rica.

Aquel es un compás de tierras llanas,  
De largo veinte leguas, y de anchura  
No menos, á las sierras comarcanas,  
Aunque por partes hay mas angostura:  
Contiene grandes montes y zavañas,  
Y es tierra de grandísima cultura,  
Entre la mar y sierras de Herrera  
Y el río de la Hacha por frontera.

De pueblos de la mar está cercana,  
Algunos será justo que declare:  
Dos Guaymaros, Debuya, Coriana,  
Tapi, Paraguanil, Biriburare,  
Caborder, Macoir, Proceliana,  
Maracarote, Ormio, Caraubare,  
Con otros infinitos separados,  
Que callo por no ser tan señalados:

Poblaciones cercanas á los rios,  
Con sus calles bien puestas y ordenadas,  
Fuertes y potentísimos buhios,  
Y á las puertas grandísimas ramadas  
Para gozar del fresco de los frios  
Vientos, en las calores destempladas;  
Y por ser general aqueste uso  
El nombre de Ramada se le puso.

Y á causa de cortar cor gran trabajo  
Con hachuelas de piedra la madera,  
El árbol escavaban á buen tajo,  
E ya teniendo las raíces fuera,  
Tiraban y arracabanlo de cuajo,  
Antes de tener hacha forastera;  
Y el tronco limpio ya de sus cervices,  
Lo bineaban, arriba las raíces.

Puestos así por orden admirable,  
Para siempre, segun que se presume,  
Por ser esta madera tan durable  
Que solo vivo fuego la consume,  
En dulces rios y en la mar fondable  
Tan grave peso tiene que se sume,  
Y los que cortan hoy viejo madero  
Trescientas veces mellan el acero.

Es esto que decimos hoy visible  
A quien asientos viejos ver procura;  
Cuya madera es incorruptible,  
Pues mucha hasta nuestro tiempo dura,  
Y no tenía yo por imposible  
Ser antiquísima su compostura;  
Y en lo futuro puede ser testigo  
Si no le toca fuego como digo.

Si la madera vieja ves cortando  
 Con seguro ó hacha castellana,  
 Un sutil polvo verde va volando  
 Que toca la persona mas cercana,  
 Y la camisa del que esta sudando  
 La pone de color de fina grana;  
 Y es este colorado tan perfecto  
 Que no hará Brasil tan buen efecto.

Antes de sus desdichas y desmanes,  
 Solian poseer aqueste suelo  
 Los indios tairos y guanebucanes,  
 Por otro nombre del Calabazuelo:  
 Los tairos son vestidos y galanes;  
 Los otros han por bien andar en pelo,  
 Solamente la parte vergonzosa  
 Con oro cubren ó con otra cosa,

En un calabazuelo comunemente;  
 Y estos señoreaban mas la tierra.  
 Y los vestidos tairos era gente  
 Que procedia de los de la sierra;  
 Mas puesto que de casta diferente  
 Nunca jamás entrellos hubo guerra.  
 Llamamos tairos a los de Tairona  
 Y tierras que confluan con Marona.

Son los guanebucanes bien dispuestos,  
 Y ansimismo las hembras bien dispuestas;  
 Y si los hombres andan deshonestos,  
 No menos las mujeres deshonestas:  
 Los tairos con sus mantas van compuestos,  
 Las tairas bien cubiertas y compuestas;  
 Mas la gente desnuda poseia  
 Mejor dispuscion y gallardia:

Gente de gran valor y valentia,  
 Graciosa, de sinceras voluntades,  
 Liberal en partir lo que tenia,  
 Debajo de ser buenas amistades.  
 Cada cual parte destas poseia  
 De oro no pequeñas cantidades,  
 Innumerables joyas y chagalas  
 Para sus ornamentos y sus galas.

No parecian mal los blancos dientes  
 Y el torcido mirar con ojos bellos  
 De las desnudas ninfas destas gentes,  
 Y las peinadas crenches de cabellos,  
 Con las preseas ricas que pendientes  
 Van de nariz, orejas y de cuellos,  
 Muñecas y mollados rodeados  
 De brazaletes de oro mal labrados.

A fama de nación tan opulenta,  
 El Pedro de Vadillo y Palomino  
 Recogieron trescientos y cincuenta  
 Soldados, y el peritrecho que convino:  
 Serian de caballo los setenta;  
 Con los cuales se ponen en camino.  
 El Vadillo salió primeramente,  
 Y con él cuasi que toda la gente.

El otro con algunos del armada  
 Quedóse ciertas cosas ordenando;  
 El Vadillo prosigue la jornada  
 Con paz y con amor acaudillando:  
 Asentó su real en la Ramada  
 Por puntos y momentos esperando;  
 El Palomino fué por alcanzallo  
 Con solos diez ó doce de caballo,

A los cuales él dió muy buen aviso;  
 Y sin que cosa turbe su persona  
 A Guachaça pasaron y al gran rio  
 Que sale de los valles de Tairona.  
 El paso suben áspero, sombrío,  
 Que hacen las montañas de Marona;  
 Ven, al bajar, un rio de quien siento  
 Ser menester pasallo con gran tiento.

Mis ojos pueden ser buenos jueces,  
 Pues lo pasaron sin ninguna guia,  
 No una sola, pero muchas veces,  
 Y aun solo sin ninguna compañía,  
 E ya me vi revuelto con las beces  
 Y lama que la mala playa cria;  
 Escapéme también de tigre fiera  
 Por llevar buen caballo de carrera.

Perplejo pues cualquiera caballero  
 De los que van con él en seguimiento,  
 El Palomino quiso ser primero  
 Y entró, no sin algun detenimiento  
 De su caballo de color overo,  
 Que visto no pasar con buen aliento  
 Volvió, no viendo cosa que le cuadre,  
 Diciendo: « Ya no pare mas mi madre ».

Pero vista la poca diligencia  
 Que para lo tentar muestra su gente,  
 Falto con el orgullo la paciencia,  
 Y entró segunda vez en la corriente.  
 No sé con qué rigor ó violencia  
 El buen overo trastornó la frente:  
 Caballo solo ven volver al puerto,  
 Y el amo nunca mas vivo ni muerto.

Van todos en aquel mismo momento  
 A lo favorecer si parecia,  
 A todas partes cada cual atento,  
 Mas por ninguna dellas respondia;  
 Conocieron su mal acabamiento  
 Y ser aquel su postrimero dia:  
 Revientan corazones de tristura  
 Llorando tan acerba desventura.

No voz hereúlea por el alto cielo,  
 Ni grito por los aires esparcido,  
 Sonó tanto, llamando su mozelu  
 Hylas, en fondas aguas sumergido,  
 Cuanto sonó la voz y desconsuelo  
 De los que lo llamaban sin sentido,  
 Pues con ser una cosa tan creible  
 No podian creer fuese posible.

De Hylas cuentan las antigüedades,  
 Segun tienen poetas por estilo,  
 Que del enamoradas las Nayades  
 Lo recogieron en profundo silo:  
 De Palomino son ciertas verdades  
 Sumergillo caiman ó cocodrilo,  
 Pues por los rios desta circunstancia  
 Hay destas bestias fieras abundancia.

Y todos los que corren allí juntos,  
 Al caminante hacen ir confuso  
 Con tantos; mas volviéudonos al punto  
 Del intimo dolor dicho de suso,  
 Desde entonces el nombre del difunto  
 Al sobre dicho rio se le puso,  
 Y con aqueste son y nombriadia  
 Vemos que permanece todavía.

No viendo pues remedio de la falta  
 Que hizo capitán tan señalado,  
 Tomó la mano Sancho de Peralta  
 Para buscar el paso comenzado:  
 Y mas arriba por la parte alta  
 Hallaron todos ellos muy buen vado,  
 Y así llegó la gente sin caudillo  
 Adonde estaba Pedro de Vadillo.

El cual supo la nueva desta gente,  
 Cuyos ojos venian no sin jugo:  
 Mostró pesalle della grandemente,  
 Y maliciosos dicen que le plugo:  
 Luego miró con mas rugosa frente  
 Y procuró poner mas grave yugo:  
 Dicen llevar en estas ocasiones  
 El Palomino malas intenciones.

Y aun yo creo correr á las iguales  
 En intenciones de la paz ajenas,  
 Porque si el uno las llevaba malas,  
 El otro las tenia no muy buenas;  
 Pero favoreció la diosa Palas  
 A aquel que merecia menos penas,  
 Pues en los medios y concierto hecho  
 El Vadillo perdió de su derecho.

Por todos los soldados se comprueba  
 Su cargo, sin poner escusaciones,  
 Porque Vadillo del poder que lleva  
 Notificó de nuevo provisiones;  
 Y á Santa Marta se llevó la nueva,  
 Que fué causa de grandas turbaciones,  
 Mayormente sabiendo su vecino  
 La muerte de Rodrigo Palomino.

Pues no sin confusión y gran espanto  
Se divulgan las nuevas al momento :  
Comienza luego doloroso llanto  
Y un caos sin ningún orden ni tiento ,  
Y así la viril capa como manto  
Manifestaban tierno sentimiento ;  
Todos lamentan , cada cual se duele ,  
Sin haber de por medio quien consuele .

En blanquíssimos pechos hay destrozo ;  
Despedazábanse rubios cabellos ;  
Dolor quita la toca y el bozo  
Que suelen encubrir cándidos cuellos ,  
Como si de la vida de aquel mozo  
Pendiera la salud de todos ellos :  
Y así con mil renombres que le daban  
El padre de la patria le llamaban .

Flojos un poco los estremos tales ,  
Y el pueblo de su llanto mas quiéto ,  
Determinaron hombres principales ,  
Reducidos á término discreto ,  
De le hacer honrosos funerales ,  
Los cuales se pusieron en efeto :  
Sacanse lutos , hácese gran gasto  
Para pompa cabal y mayor fasto .

Luego se congregó la clerecía  
Para solemnizar estos oficios ;  
Acude soldadesca compañía  
Con tristes ceremonias y ejercicios :  
Que del difunto cada cual había  
Recebido muy grandes beneficios ;  
Y así chico ni grande desta gente  
Dejó de se hallar allí presente .

Endurecido pecho se quebranta  
Llorando tan acerba desventura ;  
La música y el canto que se canta  
También representaba gran tristura ;  
Túmulo generoso se levanta ,  
Y no sin curiosa compostura ,  
En torno del retrato de la muerte  
Y letra que decia desta suerta :

Non Palominus habet tumulum quo morte quiescat,  
Ast dignus magni laudibus ingenii :  
Nam si cuncta satis quae fecit gesta canuntur,  
Hispanos inter grandis et esse potest .

No reposa Palomino  
En sepultura notoria,  
Mas cierto fué varón dino  
Que levante su memoria.  
Algun ingenio divino :

Porque las cosas estrañas  
De sus hechos y hazañas,  
Dichas en particular,  
Bien pueden tener lugar  
Con buenas de las Españas .

Pues ya precipitó la falsa rueda  
La fuerza de virtud tan señalada ,  
Volvamos á Vadillo donde queda  
Robando y asolando la Ramada ,  
Donde sacó gran suma de moneda ,  
Y mas adentro fué con el armada,  
Pues con guía que tuvo conveniente  
En el valle de Upar metió su gente .

Reposaron las gentes castellanias ,  
Por hallar abundantes las comidas ,  
Campos muy extendidos y zavasas  
De venados y puercos proveidas,  
Y rios de las sierras comarcanas  
Con aguas en color esclarecidas,  
Y todos estos rios abastados  
De grandes diferencias de pescados .

Tierra no de calores ni de frio  
Que con exceso no podáis sufrillo ;  
Asentó ranchos luego par del rio  
Que de su nombre se llamó Vadillo ;  
Y de Fernán Bermejo por su brio  
Fingióse ser grandísimo carillo ,  
Aunque con él estaba muy mohino  
Por ser siempre parcial á Palomino .

Este corrió las sierras y los llanos ,  
Por ser gran adalid á maravilla ,  
Prendió muchos caciques comarcanos  
Que dieron harto para la vajilla ;  
Fué cebando Vadillo bien las manos  
Hasta llegar al rio Carrancilla ,  
Dicho Guataporí por otro nombre ,  
Y el otro por morir allí tal hombre .

Corren bajos y altos de la sierra  
Prendiendo y rescatando muchos reyes :  
Muchos vienen de paz y hallan guerra  
Contra divinas y aun humanas leyes ;  
Prosiguen adelante por la tierra  
Hasta venir á dar á Pacabueyes,  
Donde hallaron pueblos prepotentes,  
Hombres desuados, pero ricas gentes .

Argollones y joyas muy mejores  
En ley que las demás deste camino ;  
Asimismo tenían atambores  
Aforrados en hoja de oro fino ,  
Grandes culturas, ricos labradores,  
Templos dicados al honor divino,  
Segun su parecer y testimonio,  
Mas eran engañados del demonio .

Metió Vadillo pues hasta los codos  
Las manos, y los de su compañía  
Procuraban por los posibles modos  
Absconder cada cual lo que podía,  
Reconociendo dél que lo de todos  
Para si solamente lo quería ;  
Y así con su riqueza, que fué harta,  
Determinó volver á Santa Marta .

De los términos sale deste suelo,  
Debajo del ya dicho presupuesto,  
Y segun se decia, con recelo  
De que venia con el cargo puesto  
De Castilla gobernador novelo  
Que le pidiese larga cuenta desto ;  
Y por irse con mando como vino  
Abrevió lo posible su camino .

Vió las ondas del mar con su cuadrilla,  
Habiendo recogido buena pella :  
Entraron todos pues en esta villa  
Después un año que salieron della .  
Ocasiones buscaba de rencilla  
Vadillo, sin tener justa querella,  
Y así quiso por el enojo viejo  
Poner prisiones á Fernán Bermejo .

El cual, certificado del intento,  
Al templo se retrajo bien armado,  
Engañado del falso pensamiento  
Y de muchos amigos confiado ;  
Mas el Vadillo dió su mandamiento  
Para sacallo del lugar sagrado ,  
Y así Pedro de Heredia su teniente  
Lo sacó convocando mucha gente .

Luego, sin aflojar el interesse,  
Era Fernán Bermejo maltratado  
Con diversos tormentos, porque diese  
Todo lo que traía rancheado ;  
Respóndele : « No tengo que confiese,  
Porque vos lo tenéis á buen recado ,  
Yo os entregué cuanto me dió fortuna,  
Tomando para mí cosa ninguna . »

Y no se contentó con desembrallo,  
Sino que concibió por motivo ,  
Teniendo por mejor el acaballo  
Porque no hable, que dejallo vivo :  
Fueron pues los efectos ahorcallo,  
Rigor que pareció ser escesivo ,  
Contra derecho y á razon contrario,  
Y mas siendo varon tan necesario .

Contar sus desatinos y pasiones  
Sería trabajoso labrinto,  
Y á vueltas de cien mil murmuraciones,  
Que particularmente yo no pinto,  
Decían que hacia fundiciones  
Dentro de casa sin pagar el quinto ;  
Murmuraban tambien los oficiales  
A cuyo cargo son rentas reales .

El uno de los cuales fué Grajeda,  
Varon del hábito de Santiago ,  
Al cual con los demás tambien enreda  
Con falsedades por le dar el pago .  
Y así pasó con otros por la rueda  
De la garrucha dura sin halago ,  
Sin velle razon ni hidalguía ,  
Ni el autoridad grande que tenia .

Otros muchos pagaron el escote,  
según a su cruel condición plugo,  
Con público pregon y con azote  
labrado de la mano del verdugo;  
Y hizo dar á dos ó tres garrote,  
Otros huyeron del pesado yugo,  
A lo menos aquel que fué contino  
En fe y en amistad á Palomino.

Había ya venido por prelado  
Un fray Tomás Ortiz, dominicano,  
Docto varon y bien intencionado,  
El cual viendo su término tirano  
Procuró por un orden moderado  
Ille por todas vías á la mano,  
Diciéndole ser ya Lerma vecino,  
Porque los dos venian un camino.

Ya temeroso de su desconcierto,  
Por no ver ocupar otro su silla,  
Ante quien le pidiesen el gran tuerto  
De los insultos hechos en la villa,  
Determinó salir del dicho puerto,  
Y así se fué la vuelta de Castilla,  
Dentro de pipas de agua su provecho,  
Por mas disimular el hurto hecho.

Mas como se ganó con falsa maña,  
Por malas vías, por inicu modo,  
En las arenas gordas, en España,  
Aquel rico caudal se perdió todo  
Dentro de las riberas que el mar baña,  
Y el Vadillo quedó puesto del lodo  
En otra carabela diferente,  
Do se escapó de aquel inconveniente.

No le quedó caudal para que pueda  
Solapar su maldad y atrevimiento,  
Pues suele muchas veces la moneda  
Ser de delitos gran medicamento:  
El comendador pues dicho Grajeda  
Luego partió tras él en seguimiento:  
Trájole la persona tan corrida  
Que con prisiones acabó la vida.

Aqueste fué su fin bien merecido,  
Y aun ayudáronle según entiendo.  
Y pues con él habemos concluido,  
Y Lerma llega ya con gran estruendo,  
Quiero dejar pasar este ruido  
De trompas que los aires van rompiendo:  
Notemos el entrada, y entre tanto  
Daremos orden al segundo canto.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata de la llegada de García de Lerma á Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escriptura.

No pocas veces hace harto daño  
Al que de nuevo viene por regente,  
Del modo del gobierno ser extraño  
Y querer regulallo por su frente,  
Pudiendo libertarse del engaño  
Siendo su desengaño ya presente;  
Mas muchos destes hay tan obstinados  
Que no consenten ser desengañados.

Y á mi paréceme que menos yerra  
Quien reconoce tractos diferentes  
De los qué sabe, para paz ó guerra,  
Si se va por do fueron otras gentes  
Que para gobernar aquella tierra  
Previniéron á los inconvenientes,  
Conociéndolos ya por experiencia,  
Y rehuyendo déllos con prudencia.

Pues para que se hagan sufrideros  
Trabajos insufribles de pesados,  
Mas saben todavia los primeros,  
Mas hombres mas rompidos y cursados;  
Y así suelen decir que los arteros  
Se hacen de los bien escarmentados,  
Y aun primero que hagan esta prueba  
Ha perecido harta gente nueva.

Al fin el uso hace gente diestra  
Y á los futuros trances advertida,  
Porque necesidad, como maestra,  
Aconseja que cada cual se mida  
Con el posible que la tierra muestra,  
Sin fausto que le haga dar caída:  
Que gran confusion es para los buenos  
Por se poner en mas venir á menos.

Y así los capitanes atrasados,  
Aunque fueron primeros en el pasto,  
Vivian recogidos y atentados  
En su casa, familia y en su gasto,  
Por no se ver después menoscabados;  
Pero Lerma traía tan gran fasto,  
Como si fueran infalibles cuentas  
Haberse prometido grandes rentas.

Cumplidos eran pues los tres quinientos  
Con otros veinte y ocho de la era,  
Cuando con sus soldados ochocientos  
Vido de Santa Marta la ribera:  
Todos traen costosos ornamentos,  
Bizarros y follones; salen fuera  
Calzas, jubones, varios en colores,  
Y cueros de grandísimos primores.

Los casados con capas y con sayos,  
Ricamente vestidas sus zagalas;  
Hacen reverberar solares rayos  
Los plumajes con puntas y otras galas;  
Orden luengo de pajes y lacayos,  
Mayordomos, trinchantes, maestresalas,  
Con todos los restantes oficiales  
Que tienen los señores principales.

Pensaban viejos, viejas, mozos, mozas,  
Ser poblacion de ricos aposentos;  
Y como van hechas ciertas rozas  
Que desmontaron para los asentos,  
Y en ellos poco mas de treinta chozas  
Comunes á las aguas y á los vientos,  
Imaginaban ser mas adelante  
Otro lugar que fuese muy pujante.

Mas como los remates y los dejos  
De su viaje fueron de manera  
Que sin se divertir mas á lo lejos  
Los hacen alojar en la ribera,  
Quedaron muy confusos y perplejos,  
Viendo que la ciudad aquello era,  
Do para descansar miembros humanos  
Han de hacer los ranchos por sus manos.

Luego Lerma saltó con sus gentiles  
Hombres y las personas mas acetas,  
Con otras invenciones mas sutiles,  
Mas ricas, mas costosas, mas perfetas:  
Suenan altos y bajos ministriles,  
Húndese la ribera con trompetas:  
Un dia de juicio parecía  
A nuestra baquiana compañía.

Los cuales, como ven tanta devisa,  
Tantas y tan costosas invenciones,  
Estando los mas dellos sin camisa,  
Y apenas camisetas y calzones,  
No podian disimular la risa,  
Hablando con algunos chapetones,  
Y cuando baquianos se topaban,  
Cocando desta suerte murruraban:

«¿Qué debe de comer aquel de sopas  
Que trae los carrillos tembladeros?»  
Otro dice: «Descargarán las popas,  
Quedarán los navios mas lijeros.»  
Otro decía: «Para guardar ropas  
Han de servir de cajas los gargueros;  
Pues faltando racion del que gobierna  
Las han de rematar en la taberna.

»Gallardísimos van amos y pajes,  
Derechas y bien puestas las braguetas,  
Acabaránse los matalotajes,  
El lujo de pichetes y limetas,  
Vereis después caidos los plumajes,  
Callar las cherimias y trompetas,  
Pues para remojar el intestino  
Agua delgada servirá de vino.

»Vos vereis antes que la Pascua venga  
Mozos en cantidad y pajes horros,  
Porque los amos con la hambre luenga  
Iran á mariscar por esos morros,  
Y les dirán : Buscá quien os mantenga,  
Que ya no es tiempo de criar cachorros,  
Ni mis dientes consienten decir *toma* ,  
Sino que cada puta hile y coma.»

Aqueste pasatiempo se tenía  
Entre personas necias y aun discretas  
De los antiguos desta compañía,  
Gente de solamente camisetas ;  
Y mucho mas al tiempo que comía  
Lerma con cherumias y trompetas,  
Riquísimo repuesto, muchas sillas  
Y ostentaciones grandes de vajillas.

Juzgaba por ventura que le toca  
Y le cumple lo tal en su comarca,  
Pues era gentil-hombre de la boca  
Del César, invictísimo monarca :  
Su hacienda gastó, que no fué poca,  
Sin reservar dineros en el arca,  
No por lo ya sabido destas sierras,  
Sino con esperanza de otras tierras.

Por ser gobernacion muy ampliada,  
Y aunque por asperezas insufrible,  
Esperaban que siendo mas calada  
La hallarian ser mas apacible ;  
Y así vino con él gente graduada,  
Dejando sus haciendas y posible :  
Algunos nombraremos en la historia,  
Y agora los que diere la memoria.

Pedro de Lerma, mozo cuyo brio  
De rayas igualaba la mas alta,  
Escobar, Villalobos y Berrio,  
Juan de Montemayor, Muñoz, Peralta,  
Fernando de la Feria, que yo fio  
Que para capitán no tuvo falta,  
Ansimismo Francisco de Arbolancha,  
Cuyo valor tampoco tuvo mancha.

Lorenzo de las Casas y el de Aldana,  
Que después en Pirú tuvo gran mano,  
Céspedes y Fernando de Santana,  
Y Anton Santana, su menor hermano,  
Un Pedro de Sanlúcar, un Lizana,  
Bueso, Juan de Ribera, Juan Toscano,  
Con otros valerosos, de los cuales  
A tiempos nombraré los principales.

Entonces pues do quiera que se vaya  
Estaba toda la ribera llena :  
El costoso jubon, la rica saya,  
Tendidos por descanso de su pena  
De noche por aquella santa playa,  
Sirviendo de colchones el arena,  
Hasta que ya hicieron pobres ranchos,  
No tampoco pulidos ni muy anchos.

Después que reposaron algun día,  
Faltó racion de castellanos trigos,  
Y luego se cumplió la profecía  
Que les pronosticaron los antiguos,  
Porque la gente toda perecía,  
Y andaban muchos pobres y mendigos,  
Tanto que muchos de los mas gentiles  
Los vian abatir á cosas viles.

Reconociendo los inconvenientes  
Que nacian de las necesidades,  
Y cómo ya caian muchas gentes  
Con pesadimas enfermedades,  
Dejando quien curase los dolientes,  
Que fueron no pequeñas cantidades,  
Determinó de visitar la tierra,  
Pues estaba de paz y no de guerra,

Porque los bárbaros desta frontera,  
Con los ancones del compas marino  
Sustentaban la paz de la manera  
Que les mandó Rodrigo Palomino,  
Cuyo valor entre los indios era  
Tenido por no menos que divino ;  
Y así Lerma queria por presencia  
Hacer ostentación de su potencia.

Pareciéndole bien estos intentos  
A la gente que estaba descontenta,  
Aprestando guerreros ornamentos  
Cada cual á la lista se presenta :  
Juntáronse soldados cuatrocientos,  
Y fueron de caballo los ochenta ;  
Con ellos y con gran fausto que saca  
Se fué Lerma la vuelta de Guachaca.

Allí llegó con orden diferente  
De los pretéritos gobernadores,  
Cama de campo, silla de gran frente,  
Rica vajilla, muchos servidores ;  
Con Betanzos, gran lengua desta gente,  
Llamaba los caciques y señores,  
De los cuales algunos acudían,  
Y otros con un « no quiero » respondían.

Muchos dellos también hacían fieros,  
Y así Lerma por atemorizallos  
Envió cantidad de macheteros,  
En cuyas manos no faltaban callos,  
Para hacer por ásperos oteros  
Camino por do fuesen los caballos,  
Que iban con grandísimos trabajos  
Sirviendo solamente de espantajos ;

Pues si supieran lo que de presente,  
Que reconocen bien usos y modos,  
Sin poder defendellos nuestra gente,  
En asperezas quebradas y recodos  
Pudieran estos indios facilmente  
Hacer que los perdieran allí todos,  
Porque la sierra es tan salebrosa  
Que no se vido semejante cosa.

Al fin se mandan ellos por escalas,  
Que desechadas con algun relance  
Todas las otras partes de muy malas,  
Siempre prometen peligroso trance,  
Y son bien menester ligeras alas  
Para dar á los indios un alcance,  
Que corren á su salvo por la cumbre  
Dando sin recebillas pesadumbre.

Y agora sin guerreros movimientos,  
Siendo gente de suyo muy sangrienta,  
Solamente quitaban alimentos,  
Sin perseguir la nuestra macilenta,  
Los cuales, segun iban de hambrientos,  
Pudieran padecer mortal afrenta,  
Mas gran ruido va por los altores  
De flautas, de cornetas y tambores.

Viendo la gente bárbara revuelta  
Y en grandes confusiones y alboroto,  
Por medio de la sierra dan la vuelta  
En todo defraudados de su voto :  
Llegan caballos y la gente suelta  
Donde llaman allí valle de Coto,  
Seis leguas poco mas de Santa Marta,  
Donde volvieron con congoja harta.

Porque nunca, después que se corria  
La tierra por aquella circunstancia,  
Nadie hizo jornada tan baldia  
Ni camino de menos importancia,  
Pues del remedio que se pretendia  
Fué menos que ninguna la ganancia ;  
Y así los pobres y necesitados  
Se volvieron mas pobres y cansados.

Grande murmuracion invalecía  
En se volver á Santa Marta luego,  
Porque necesidad los compelia  
A no tener allí mucho sosiego ;  
Y así para salir por otra via  
Al Lerma combatia comun ruego,  
Al cual le pareció ser conviniente  
Entrar en Pocigueyca con su gente,

A causa de tener ya relaciones  
De los antiguos con quien él pratica,  
Ser aquellas insignes poblaciones,  
Y así mismo la gente della rica ;  
Demás desto tenían ocasiones  
Por paz, cuyo principio certifica  
La ciénaga que ciñe su frontera,  
Porque ya sustentaba paz sincera.

Y á todos parecia buen empuzo  
Para poder entrar en su terreno,  
Quererles allanar el estromplezo  
Primero, los vecinos deste seno;  
También su principal, dicho Tocuezo,  
Se profirió traellos á lo bueno,  
Debajo cuyas prendas y promesa  
Para llegar allá se dieron priesa.

Salieron cuatrocientos escogidos,  
Serian de caballo mas de ciento,  
Del seco pan de yuca proveidos,  
Que fué lo principal de su sustento:  
Que los trabajos antes padecidos  
Pusieron á los mas en escarmiento,  
Y es el cazabi pan que si se moja  
De toda su substancia se despoja.

Pues el alforja siendo remojada  
Por ciénagas ó pluvias ó creciente,  
Quien piensa llevar algo lleva nada,  
Y puede ver comer y estar á diente:  
Y quien lo come tenga preparada  
Bebida con que pase buenamente,  
Pues si se retardasen los bocados  
Podriáse burlar los convidados.

Llevaba Lerma pues sus fierzas todas,  
Vajillas y larguissimos repuestos,  
Como si fueran á solemnes bodas  
Y no para peligros manifiestos:  
Van azadones, barras, van escodas  
Para hacelle llanos los recuestos;  
Va Tocuezo también muy diligente  
Para llamar de paz aquella gente.

Llegaron á las faldas de la sierra  
Dónde tenían muchas sementeras;  
Pobladísima ven toda la tierra,  
Insuperables todas las laderas;  
Mándanse ya de paz ó ya de guerra  
Por enhiestas y largas escaleras  
De grandes lajas puestas de buen arte,  
Por no poder subir por otra parte.

Subió Tocuezo la cercana loma  
Llamando los propiucuos moradores:  
Sobresaltáronse, mas él los doma  
Y hizo que perdiesen los temores;  
Salió luego de paz su gran naoma  
Con algunos caciques y señores;  
Lerma los recibió con buena maña  
Dandoles cosas hechas en España.

Subieron pues al pueblo mas cercano,  
Que de gran cantidad de casas era  
Por orden repartidas en un llano  
O hoyá bien así como caldera,  
A causa de tener á cada mano  
Muy alta y asperísima ladera:  
Hay en torno labranzas y frutales,  
Regalos grandes destos naturales.

Desampararon indios el asiento,  
O por ir á lugares mas seguros,  
O porque de su propio nacimiento  
Son todos intractables y hombres duros:  
Cada cual escogió buen aposento,  
Y sin adivinar males futuros  
Usaba Lerma siempre de sus pompas  
Con son de cherenias y de trompas.

Esperimentó luego rica silla  
La majestad de Lerma cuánto pesa:  
Ostenta repostero la vajilla,  
Los pajes diligentes ponen mesa;  
Mas no ternia yo por maravilla  
Los bárbaros hacer en todo presa,  
Viendo la destruccion y destemplanzas  
En sus casas, frutales y labranzas.

Y así los indios por las demasias  
Ajenas de su poco sufrimiento,  
Se detuvieron mas de treinta dias  
Sin acudir con reconocimiento:  
Pero salieron ciertas compañías  
A quien el Lerma dió su mandamiento  
Para que los caciques vengan luego,  
O donde no, sus casas queme fuego.

Iba por capitán Juan de Berrió,  
Varon cuya virtud fué muy entera,  
Y con el cien soldados de buen brio,  
Como Mateo Sanchez y Ribera,  
Fernando de Santana, Juan del Rio,  
Anton Martinez, Pedro de Herrera,  
Y otros algunos, gente conocida,  
Que hasta hoy alguno tiene vida.

Suben con el valor que convenia  
Como dos ó tres leguas de distancia;  
Llaman de paz aquella compañía  
Que hallaban por esta circunstancia,  
Tocuezo les habló lo que sabia  
Ser para su quietud de mas substancia:  
Mas ellos ya dispuestos á la guerra  
Le responden que salgan de su tierra.

Juntamente por muchos se comienza  
Un no sé qué de mal comedimiento:  
Los nuestros viendo tanta desvergüenza  
A fin de los poner en escarmiento,  
Quebrantaron los hilos de la trenza  
Que solia tejer buen sufrimiento;  
Y así subieron por aquellas cuestras  
A punto las rodela y ballestas.

Era de tal altor esta frontera,  
Que para la subir, forzosamente  
Habian de pasar por escalera,  
Dónde no vian defensor patente:  
El Berrió llevó la delantera,  
Y todos van con brio diligente;  
Mas parecieron luego tantas manos  
Que hacen reparar á los cristianos.

Y si para subir se daban priesa,  
Para bajar no tienen menos ganas,  
Porque sobrellos llueve muy espesa  
Aguda flecha, golpe de macana,  
Piedra de todas partes, que no cesa  
De lastimar la gente castellana:  
Unos saltaban dos, tres escalones,  
Otros bajando van á trompicones.

Bien como cuando carga mucha gente  
A ver algunas fiestas en tablado,  
Que se quiebran las vigas de repente  
Y unos sobre otros van mal de su grado,  
Este se quiebra pié y aquel la frente  
Otro de piés ajenos es hollado,  
Y el que pudo saltar mas y primero,  
Ese libró mejor si fué ligero:

Así también la misma pesadumbre  
Tuvieron los soldados deste bando,  
Pues cuando vieron tanta muchedumbre  
Que venia sobrellos descargando,  
A su pesar bajaron de la cumbre  
Unos sobre los otros tropicando,  
Y el que saltar podia por encima  
Ese se tuvo por de mas estima.

Tiénesse por ruín el mas tardío,  
Por de mayor valor el menos flojo,  
Por seguro quien hace mas desvío,  
Quien huye por valiente y ortodojo:  
A muchos hieren, hieren á Berrió,  
De tal suerte que siempre quedó cojo;  
Y aun fué bien venturosa la herida,  
Pues no fué perdidoso de la vida.

Porque del número de los heridos  
Escaparon muy pocos ó ningunos,  
Y á ser con mas instancia perseguidos,  
No volvieran de males tan ayunos;  
Mas con vellos los indios divertidos,  
No curaron de ser mas importunos,  
Satisfaciéndose con lo ya hecho  
Y con manifestalles su mal pecho.

Pues indios que tenían un cabeza  
Y estaban á la parte mas cercana,  
A voces dicen: « ¡Húyete, Tocuezo,  
Si no quierés morir muerte temprana,  
Porque te torceremos el pescuezo  
Si acaso te halláremos mañana;  
Y á Lerma diras luego que se salga,  
Si hallare guarida que le valga. »

El amenaza que se le hacia  
 Por sus propios amigos y parientes,  
 Solamente Tocuezo percibia,  
 Y dió declaracion á muchas gentes.  
 Berrio recogió su compañía,  
 Así los sanos como los dolientes,  
 Y con gran priesa bajan la ladera  
 Hasta llegar do Lerma los espera.

El cual de ver negocio tan confuso  
 Mostró gran sinsabor y sentimiento;  
 La venganza del hecho se propuso,  
 Segun pedia tal atrevimiento,  
 Sin creer á la gente de mas uso,  
 Que por ventura fué su perdimiento:  
 También Tocuezo dijo ser aviso  
 Salirse luego Lerma, mas no quiso.

Antes al indio dijo que volviese,  
 Pues era de cristianos tan amigo,  
 Y á todos los caciques les dijese  
 Que lo tuviesen ya por enemigo,  
 Porque verian antes que saliese  
 Un mas que crudelísimo castigo,  
 Y hasta lo mas alto de la sierra  
 Habia de quemar toda la tierra.

El indio, no queriendo dalles cebo  
 Y ser mejor vivir á mira y anda,  
 Le respondió: «Yo hice lo que debo  
 Para tornar aquesta gente blanda;  
 Mas agora no puedo, ni me atrevo  
 A les notificar esa demanda,  
 Porque descargarán unos y otros  
 En mi lo que desean en vosotros.

»Y si tenéis acaso presupuesto  
 De ir á castigar estos salvajes,  
 No sudes en subir algun recuesto,  
 Pues, sin que tú los busques ni trabajes,  
 Yo sé que te verán á buscar presto,  
 Cargados de macanas y carcajes;  
 Mas yo no quiero ver tan mala cosa,  
 Sino poner los piés en polvorosa.»

Lerma dijo: «Podrás estar seguro  
 Que no querrán tomar tan mal consejo». Pero Tocuezo como ya maduro  
 Y con las esperiencias de hombre viejo,  
 La tierra ya cubierta con obscuro,  
 Arrebató las armas del conejo,  
 Teniendo por mejor salto de mata,  
 Que la seguridad de que se trata.

Ido Tocuezo, luego se procura  
 Velar por el compás á la redonda,  
 Y á causa de la noche ser obscura  
 Peones y caballos hacen ronda,  
 Con la solicitud del que segura  
 Quiere hacer su nave con la sonda,  
 Á fin de descubrir aquel engaño  
 De donde le podria venir daño.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre  
 Sus cándidos colores descubria,  
 Tocados y heridos de la lumbre  
 Quel hijo de Latona les envia,  
 Apartada la ciega pesadumbre  
 Con la presencia del presente día,  
 Dejan los que dormian sus cubiles  
 Al son de sonoros ministries.

También del soporífero sosiego  
 El conftado Lerma se levanta:  
 De sus ropas le hacen el entrego  
 Desde los altos hombros á la planta;  
 Un capellán le dijo misa luego,  
 Y no mucho después también ayanta  
 Con vajilla de plata bien labrada  
 Y con la majestad acostumbrada.

Y al tiempo que se hacen ya pequeñas  
 Las sombras todas de los vegetales,  
 Y huyen del calor á frescas brenias  
 Los unos y los otros animales,  
 Parecieron por riscos y altas peñas  
 Inmensa cantidad de naturales,  
 Con tales gritas, voces y gobierno,  
 Que parecian furias del infierno.

Bien como lo que cuentan del ruido  
 De ciertos montes septentrionales,  
 Que no lo puede comportar oído  
 De todos cuantos hay de los mortales,  
 Antes con tanta voz, tanto bramido  
 Han perecido gentes principales:  
 Así también aqui se desatina  
 El español con grita tan continua.

Porque las gentes á furor subyetas  
 Se convocan, animan y se llaman,  
 Tocando sobre mas de mil cornetas  
 Que parece tocándolas que braman:  
 Innumerable copia de saetas  
 Por una y otra parte se derraman,  
 Galgas lapideas, infinito canto,  
 Que al mas fuerte causaban gran espanto.

No falta gran ruido de atambores  
 Que tocaban en una y otra loma,  
 Con los pesados gritos y clamores  
 Que suelen los secuaces de Maboma:  
 Quince caciques son, grandes señores,  
 Subyectos á los mandos del naoma.  
 Llamado, segun dicen, Marocando,  
 Sus gentes cada cual acaudillando.

Serian mas de veinte mil salvajes  
 Inflados con guerreras apostemas,  
 Y con aquellas furias y corajes  
 De gentes renegadas y blasfemas:  
 Menéase gran suma de plumajes,  
 Ricas coronas, lucias diademas,  
 Resplandecientes pechos y chagualas,  
 Lucidos brazaletes y otras galas.

No venian con orden mal digesto,  
 Sino con un compás bien concertado,  
 Acomodado cada cual al puesto  
 Que por su capitán fué señalado,  
 Sin que las asperezas del recuesto  
 Efecto haga desproporcionado,  
 Porque venian estas gentes juntas  
 En dos prolijas alas ó dos puntas.

El un cacique, dicho Macopira,  
 Gobierna con Macorpes el un ala;  
 No con menos furor ni menos ira,  
 Á la siniestra va Toronomala;  
 En este mismo puesto Doromira,  
 El cual en gran destreza les iguala,  
 Y Marocando, principal regente,  
 Va con otros caciques en la frente.

Guiando van así los escuadrones  
 Por recoger en medio los cristianos,  
 Entre los cuales hay disposiciones  
 Mas para sueltos piés que para manos  
 Pues no menores son sus turbaciones  
 Que de confusa junta de villanos;  
 Y así para guardar la dulce vida  
 Piensan que su salud es la huida.

A gran priesa pidió Lerma Polanco  
 Arnés escogidísimo que lleva,  
 Queriéndose con él armar en blanco  
 De lo superior hasta la greva;  
 Mas bien pudieran dalle toque franco  
 Los indios, si hicieran en él prueba,  
 Porque para la guerra destas gentes  
 Las tales armas son impertinentes.

También las asperezas de la sierra  
 Para caballos son inaccesibles:  
 Hay muchos aguaceros en la tierra,  
 Y en ella los calores insufribles;  
 A venenosas flechas desta guerra  
 Menos parecen armas invencibles,  
 Pues por poco que quede descubierta  
 Por allí sin errar puede ser muerto.

Y así para las tales ocasiones  
 Son mas acomodados y lijeros  
 Los sayos estofados de algodones  
 Que usan baquianos compañeros,  
 Y sirven en las noches de colchones:  
 Son defensa de grandes aguaceros;  
 Si durmiendo rebato lo recuerda  
 Vestida tiene ya la mano izquierda.

No se turba tomándolo dormido,  
Por ya tener allí sin que se mude  
Con que poder salir apercebido,  
Y á la mano halló con que se escude,  
De sus industrias propias socorrido,  
No con mozo ni paje que le ayude,  
Segun agora Lerma, y aun no puede,  
Porque ningun lugar se le concede,

A causa de llegar el terremoto  
De flechas que no van sin yerba fina,  
Y tan grande la grita y alboroto  
Quel buen gobernador se desatina;  
Y así sin esperar ajeno voto  
Aprieta las espuelas y camina:  
Siguiólo mucha gente de caballo  
Tomando por achique no dejallo.

El peon, que no puede mas, espera  
Y al impetu terrible que venia  
Hizo rostro la gente mas guerrera  
Con el mejor concierto que podia:  
Juan de Cespedes y Juan de Ribera,  
Un Pedro de Sanlúcar, un Mejía,  
Fernando de Santana, Anton de Palma,  
Queriéndola ganar, ó dar el alma.

Ejercitanse bien ambas escuelas,  
Cada cual segun uso de su Marte;  
No duermen las espadas y rodela,  
Las macanas se juegan de buen arte,  
Derribanse narices, dientes, muelas,  
Mortales golpes hay de cada parte:  
Unos caen los cascos ya deshechos,  
Otros rotos los vientres y los pechos.

Un gentil indio viene dando carga,  
Que gran estrago por los nuestros hizo:  
Era de nariz corva, barba larga,  
Y tal que se creía ser mestizo;  
Todo por donde va lo desembarga  
Por poderse hacer encontradizo  
Con Pedro de Sanlúcar, cuya espada  
Mas que las otras era señalada.

Luego como llegó donde desea,  
Juega la pesadísima macana;  
Como lijero tigre se menea  
A vista de la gente castellana:  
Comiérzase la singular pelea,  
A la cual el Sanlúcar fué de gana;  
Los golpes insulfribles del desnudo  
Atormentan el brazo del escudo.

Queriendo segundar el indio fiero,  
El Sanlúcar, al tiempo del amago,  
El cuerpo le hurtó como lijero:  
Dió la macana del gandul en vago;  
Llegó luego la mano del acero  
Para que no se vaya sin su pago,  
Y antes que le pusiesen embarazos  
Le llevó de revés entrambos brazos.

Puestos en el hervor desta porfia,  
Que ya contra los nuestros iba prona,  
Un vizcaino, Sancho de Murguía,  
Procuró de tomar una corona  
De cierto principal, á quien habia  
Muerto con gran valor de su persona:  
Tomóla, mas teniéndola cogida  
Dejóla juntamente con la vida.

Desde Murguía dió postrer aliento,  
Con muerte castigada su demencia,  
Cargó tan invencible movimiento  
Que fué flaca cristiana resistencia;  
Y de los españoles mas de ciento  
Del humano vivir hacen ausencia:  
El resto no pudiendo defenderse,  
Tuvo por buen consejo retraerse.

Mas el alférez dicho Benavides,  
No sé si por quitar algun despojo,  
Se quiso señalar en estas lides  
Con golpes llenos de mortal enojo;  
Pero poco duraron sus ardidés,  
Por acertalle flecha por un ojo:  
Perdió la luz, y fué por la herida  
El anima del cuerpo despedida.

Aparejóse para la venganza  
Un hombre de caballo poco diestro:  
Contraria le salió su confianza,  
Y el hado que la dió le fué siniestro,  
Porque Marcopes le tomó la lanza,  
Asiendo muchos indios del cabestro,  
Y tantos apuntaron al terrero,  
Quel caballo murió y el caballero.

Y sin soltar la lanza de las manos  
Marcopes ocupó cierto camino  
Angosto, por do huyen piés livianos  
De los que temen este torbellino,  
Y con ella mató cuatro cristianos,  
Y muchos mas matara, pero vino  
Pablo Fernandez en aquel instante,  
Poniendo la rodela por delante.

Marcopes usa de su destemplanza;  
Pero huele la punta rebatida,  
Y al tiempo que de veras se abalanza,  
El asta mas compuesta y estendida,  
Pablo Fernandez le ganó la lanza  
Y juntamente le quitó la vida:  
Y así se libertó del detrimento  
Y á muchos que le van en seguimiento.

Muñoz y Juan Gutierrez y Zavallos,  
Procurando llegar á tierra llana  
E yendo todos tres en sus caballos,  
Topan á Delgadillo y á Santana  
En grande confusion, y por librallos  
De la muerte que al ojo ven cercana,  
Como personas comedidas, francas,  
Les dos peones toman á las ancas.

Mas antes de pasar los reventones  
Por adonde pasaron los primeros,  
Llegaron otros nuevos escuadrones  
Que mataron aquestos caballeros  
Y los caballos, mas los dos peones,  
Escaparon allí por ser lijeros:  
Así lo cuenta como yo lo escribo  
El Anton de Santana, que es hoy vivo.

Céspedes y Fernando de Santana  
Y Pedro de Sanlúcar y otra gente  
Que por acá llamamos baquiana,  
Recogen los que pueden buenamente  
De la recién venida castellana,  
Cuya salud está dellos pendiente:  
E ya haciendo rostro, ya huyendo,  
Se fueron á la playa retrayendo.

Finalmente, de sanos y heridos  
Formaron escuadron por tal concierto,  
Que nunca mas pudieron ser rompilos,  
Menos alguno destos quedó muerto,  
Con pelear y ser acometidos  
En cada reventon y en cada puerto,  
Poniendo corazon al que desmayá,  
Hasta que ya salieron á la playa.

Do García de Lerma luego puso  
La mano con dolor en la mejilla,  
Cercado de congojas y confuso  
De ver tan cercenada su cuadrilla;  
Y sin sacar provecho dalles uso  
A bárbaras naciones de vajilla,  
Quedando juntamente por rehenés  
Cama de campo y otros muchos bienes,

A quien se daba poco que se rompa  
Cualquier preseca rica y estimada;  
Mas él no comerá con dulce trompa,  
Sino con trampa mas acomodada,  
Y habrá por bueno de dejar la pompa,  
En semejantes guerras escusada;  
Pues el buen capitán acá no usa  
Llevar sino las cosas que no escusa.

Llegados pues los que salieron buenos,  
Con él á Santa Marta se volvieron,  
Pero de cuatrocientos ciento menos,  
Sin otros quince que después murieron,  
No de rabiosos términos ajenos,  
Porque rabiando todos perecieron,  
Y de piernas, molledos y de brazos  
Se caian las carnes á pedazos.

Lerma también costó sacar herida  
De sus armadas piernas la derecha,  
Llevándola tan torpe y entumida  
Que sospechó ser venenosa flecha;  
Mas á la gente vil, descomedida,  
No dejó de ocupar falsa sospecha,  
Diciendo que se dió con un espuela,  
Mas fué maliciosísima novela.

Pues se supo de cierto ser saeta  
O flecha, no con yerba, sino pura,  
Y en ocasión á ella tan subyeta  
A pocos ha cabido tal ventura;  
Gran número de días tuvo dieta,  
Sin que faltase diligente cura,  
Y por ser flecha limpia de veneno  
A los cuarenta días quedó bueno.

Teniendo pues de vida confianza,  
Hizo congregación de sus soldados  
Para comunicalles la venganza  
Que desean los hombres astimados:  
Manifestóles con gentil crianza  
Sus trazas, sus intentos y cuidados;  
Y las palabras del razonamiento  
En substancia son estas que yo cuento:

« Señores, en guerrera competencia,  
Al teórico mas aventajado,  
Si práctica le falta y experiencia,  
Las menos veces es bien atinado,  
Y el uso y ejercicio sin prudencia  
Efecto no promete concertado;  
Mas quien sin estas faltas hace suerte  
Por imposible tengo que no acierte.

» Yo conozco que traje buenas gentes  
De capitanes y soldados viejos,  
Y en negocios de guerra tan prudentes  
Que de muchos podrían ser espejos;  
Mas acá son las cosas diferentes,  
Y así cumple seguir nuevos consejos;  
Que nuevas reglas, nuevas prevenciones  
Piden también las nuevas ocasiones.

» De presente querriamos enmiendas  
De los pasados daños recibidos,  
Y procurar poner algunas riendas  
A bárbaros tan sueltos y atrevidos;  
Y no será hacer malas haciendas  
Tomar consejos de los mas curtidos;  
Pues en los semejantes menesteres  
Mas lumbré tienen viejos pareces.

» A mi del mismo yerro redarguyo,  
Y el enmienda será la que ya nuestro:  
Seguir á los antiguos hombres, cuyo  
Parecer servirá de buen maestro,  
Para que corriamos con el suyo  
El yerro cometido por el nuestro;  
Mas antes que hagamos movimiento  
Quiero decir también lo que yo siento.

» Del valor de los indios sois testigos,  
Y aun hoy con la victoria mas lozanos;  
A la mira tenéis indios amigos  
Cuyos intentos no pueden ser sanos,  
Si no damos calor á los castigos,  
Y vieren que tenemos buenas manos;  
Pues sus deseos son y voluntades  
Gozar de sus antiguas libertades.

» Por tanto, si reciente dolor arde,  
Que de venganzas es buen alcahúete,  
Lo dicho con secreto se reguarde  
Y el buen efecto dello se decrete:  
Pues cuanto lo hiciéremos mas tarde  
Tanto mayor peligro nos promete,  
Y el abreviar en cosa semejante  
Podémoslo tener por importante,

» Bien veo que sus flechas son nocivas,  
Asperísima sierra, y ellos duros;  
Pero no tienen armas defensivas  
Ni pelean detrás de fuertes muros,  
Y en su flaco pajar con llamas vivas  
Los podrían quemar sobre seguros;  
Pues á nación tan vil, cruel y perra,  
A fuego y sangre cumple dalles guerra.

» Esta necesarísima jornada,  
Sin la cual no terneis hora segura,  
Para que vaya bien encaminada  
Tenia por grandísima cordura  
Dalles una terrible trasnochada  
Cuando la noche fuere mas obscura;  
Pues que sabeis que aquella serranía  
Nadie la saltó por esta vía.

» Para mejor pasar esta carrera  
Y salimos en salvo con el hecho,  
Ninguno de caballo vaya fuera,  
Pues causara mas daño que provecho:  
Peones han de ser, gente lijera,  
Que salga libre de cualquier estrecho,  
Y han de dar en los indios á tal punto,  
Que'l golpe y el tronido llegue junto.

» Segun aquello que la tierra muestra,  
Este parece orden conveniente,  
Si por juicio de la gente diestra  
Otro no se hallare mas factible,  
Pues experiencia, prósvida maestra,  
Imposibilidad hace posible;  
Y así deseo que mayor prudencia  
Sobre mi parecer dé su sentencia.»

Oída la razón, dijeron todos  
Los que podían autorizar plaza,  
Que para ir por ásperos recodos,  
Que gente de contrarios embaraza,  
Eran los dichos los mejores modos,  
La mas segura y acertada traza;  
Porque yendo callados y secretos  
Se podrían hacer buenos efectos.

Hizose lista pues de los cabales  
Hombres que allí tenia nuestra Hesperia:  
Son doscientos y diez, de cuyos males  
Nos da desdicha larga la materia;  
Y fueron los caudillos principales  
Escobar y Fernando de la Feria,  
Soldados valerosos, principales,  
Pero no para mandos tan cabales.

Al tiempo pues que nubló vespertino  
Encubria los ricos y mendigos,  
Todos ellos se ponen en camino,  
Sin quererse fiar de indios amigos  
Para que no tuviesen adevino  
Ni de su pretension otros testigos;  
Y los nocturnos nubló apartados,  
En un monte estuvieron emboscados,

Hasta se despedir febea lumbré  
Y volver las tinieblas á su juro,  
Vistiendo como tienen de costumbre  
Todas las cosas de color obscuro;  
Y entonces caminaron á la cumbre  
Por do les parecía mas seguro:  
Subieron asperezas á porfía,  
Pero no por el orden que cumplía.

Porque sin esperar los diligentes  
A los mas tardos y de menos tintos,  
Y sin examinar inconvenientes  
Que de diestras consultas eran dinos,  
Se partieron en partes diferentes  
Como dieron en copia de caminos,  
Puesto que cada cual tuvo creído  
Ir juntos y ninguno dividido.

Pero llegados á las poblaciones  
Do pudieron subir sin ser sentidos,  
Los capitanes sin sus escuadrones  
Confusos se hallaron y perdidos,  
Contando solos veinte y seis peones,  
Del cuerpo de la gente divididos,  
Sin poder atinar por qué ladera  
Caminan los demás de su bandera.

Habían de subir á lo mas alto  
En las obscuras horas del sosiego,  
Antes que dieren el primer asalto,  
Y á los demás venir bajando luego:  
Pero Juan de Escobar, viéndose falto,  
En el pueblo mas bajo puso fuego,  
Porque los divertidos acudiesen  
A do la claridad del fuego viesén.

La viva llama su furor estiendo  
Y por los altos de las casas vuela :  
Caneyes potentisimos enciende ,  
Aviva grande viento la candela ;  
Salía quien el fuego comprehendie ,  
No barruntando dolo ni cautela ,  
Mas todavia sin haber sospechas ,  
En las manos los arcos y las flechas .

A las voces y gritos del despierto  
El que estaba dormido se despierta ,  
Y en el salir tenían tal concierto  
Que ningun español los desconcierta :  
Ninguno de los indios quedó muerto  
De cuantos acudían á la puerta ,  
Por salir cada cual tan á recado  
Como si fuera sobre muy pensado .

Reverbera la luz por los altores ;  
Suenan voces de gentes alteradas ;  
Levántanse cercanos moradores ,  
Y acuden á las llamas levantadas :  
Claramente se ven los malhechores ;  
Resplandecen los yelmos y celadas ;  
Y así los indios como los cristianos  
Aderezan las armas y las manos .

Los españoles otros, que gran trecho  
Estaban apartados deste puesto ,  
Por la lumbre que ven juzgan lo hecho ;  
Mas no pudieron acudir tan presto  
Por la gran aspereza del repecho  
Que por delante tienen contrapuesto ;  
Pero ya resbalando, ya cayendo ,  
La derecha ladera van subiendo .

Los otros que pusieron la candela  
Y no salieron bien con el insulto ,  
Cumpliales hacer buena rodela  
Para no dar las flechas en el bulto ;  
Y el mas valiente dellos se recela  
Por oír de gandules gran tumulto ,  
Sonando por los altos y peñoles  
Cornetas de marinos caracoles .

Llenos de confusion, llegó la hora  
Cuando mostraba ya por el altura  
Sus dorados cabellos el aurora ,  
Cuya lumbre les fué menos segura ,  
Pues aunque cumbres de los montes dora ,  
Sus corazones viste de tristura ,  
Viendo la multitud que los rodea  
Sin poder escusarse de pelea .

Bien como cuando de las dulces venas  
Salen nuevos enjambres en verano ,  
Que para no volver á las colmenas  
Ocupan el espacio comarcano :  
Así de indios ven laderas llenas  
Que vienen al ejército cristiano ,  
Con tal braveza que de solo vellos  
Se ponen erizados los cabellos .

Llegados al conflicto y al aprieto,  
Cada cual de sus armas se aprovecha ,  
Declarando por obras su conceito ,  
Pues ponen su salud en su derecha ;  
Mas el arma que hace mas efecto  
Es la mortal y venenosa flecha ,  
Cuya menor y mas leve herida  
Quita las esperanzas de la vida .

Animan sus soldados los caudillos  
De nuestros fatigados castellanos ,  
Cuyo cansancio les ponía grillos ,  
Porque los indios sueltos y lozanos  
No solo no se bartan de herillos ,  
Mas quíerenlos tomar vivos á manos ,  
Con un recuento tan impetuoso  
Que no les daban punto de reposo .

Como toros á quien gente lijera  
Va con agudas puntas enclavando ,  
Que como nunca para su carrera ,  
Y aquí y allí y allá suenan gritando ,  
La lengua con sudor echan de fuera  
Y están con los ijares arqueando :  
Así tienen á nuestros españoles  
Los bárbaros y los ardientes soles .

Como la gente y el que los gobierna  
Andaban mas sin buelgo que con bazo ,  
Mataron á Francisco de la Serna ,  
Que peleaba con heroico brazo ;  
Hirieron á Escobar en una pierna ,  
De la cual luego se cortó un pedazo ,  
Por librarse con esta diligencia  
De aquella venenosa pestilencia .

Y un indio desde el alto de un cabezo ,  
Con una piedra dió golpe tan lleno  
Que del cayó Mateo de Burruero ,  
Soldado conocido por muy bueno ;  
Al Escobar pasaron el pescuezo ,  
Aunque con flecha limpia de veneno ,  
Que si no mal pudieran socorrello ,  
Pues no cumplía cercenar el cuello .

Dos veces mal herido tuvo vida ,  
Con no poder tener á mano fuego .  
La demás gente desta dividida  
No traía menor desasosiego :  
Con golpe de mortifera herida  
Fernando de la Feria cayó luego ;  
Al fin el español ya sin remedio  
Tierra determinó poner en medio .

Visto huir la gente peregrina ,  
Sin esperar el sano por el cojo ,  
El bárbaro sus pasos encamina ,  
No con hervor de flaco ni de flojo ,  
Y de la sierra hasta la marina  
El campo con la sangre dejan rojo ;  
Pues ya con flecha , ya pechos abiertos ,  
Quedaron sobre cien cristianos muertos .

Los bárbaros crüeles y nocivos  
Por escudos y por espadas huellan ,  
Con las cuales á todos los captivos  
Traspasan, hieren, matan y degüellan ;  
Y á los cristianos muertos y á los vivos  
Las caras con las barbas les desuellan ,  
Que vista cada cual de paja llena ,  
Espectáculo fué de harta pena .

Aquellos que libró su lijereza  
A Santa Marta fueron mal parados ,  
Mostrando las angustias y tristeza  
Que nacen de sucesos desdichados ;  
Y habia de presente tal flaqueza  
Y número tan poco de soldados ,  
Que el gobernador tuvo por incierto  
Poderse sustentar en aquel puerto .

Por ser como doscientos castellanos ,  
O pocos mas de nuestros peregrinos ,  
Y de los naturales comarcanos  
Sobre noventa mil los mas vecinos ,  
Que con arcos y flechas en las manos  
Son peores que espíritus malos ;  
Pero con todas estas turbaciones  
Estuvieron quietos los ancones .

No para que jamás les fuesen gratos  
Los rostros de las gentes extranjeras ,  
Mas por los vinos caros ó baratos  
Que solian venir á sus riberas ,  
Y por rescates otros y contratos  
De herramientas para sementeras ;  
Y lo mas cierto es, á lo que siento ,  
Quitales Dios aquel atrevimiento .

Pero la gente nuestra temerosa ,  
Aunque velaba como convenia ,  
Pues el mas descuidado no reposa  
Y de la luenga noche hace dia ,  
Pensaba si rugía cualquier cosa ,  
Ser multitud de indios que venia ,  
Hasta que deshacían sus antojos  
Con claridad y examen de los ojos .

Mas cuando se recela rompimiento ,  
Considerando que los indios suelen  
Enalmagrarse con aquel unguento  
De bija que con trementina muelen ,  
Los que tienen algun conocimiento  
De lejos los barruntan y los huelen ;  
El cual olor también tienen las ramas  
Del árbol bija puestas en las llamas .

En este tiempo pues que se recela  
La venida de los alderredores,  
Encendieron con bija la candela  
En casa de uno destes pobladores.  
Las narices de los que hacen vela  
Al punto percibieron los olores;  
Fué cosa por entonces creedera  
Estar sobrellos toda la frontera.

Tocaron arma los que tienen voto,  
Pareciéndoles ser verdad patente:  
Levántase rúido y alboroto;  
En confusión se ve quien menos siente,  
Ansi como si fuera terremoto  
Que viene con obscuro de repente;  
Finalmente, la gente castellana  
Veló hasta que vino la mañana.

Después del sobresalto, que fué suno,  
Llegada ya la luz del claro día,  
Aquella turbamulta se fué en humo  
Viendo cómo de humo procedía;  
Mas pues en este canto yo consumo  
Mas espacio de tiempo que debria,  
Y quedo cuasi sin aliento, quiero  
Cobrallo para el canto venidero.

### CANTO TERCERO.

*Doyle se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de García de Lerma.*

No cuantos tienen nombres de soldados  
Son dignos de por tales ser tenidos,  
Ansi como son muchos los llamados  
Y de los muchos pocos escogidos:  
Señálanse los hombres esforzados  
En animar á los que ven caídos,  
Porque en la haz del hélico tumulto  
Muchos vereis que son como de bulto.

Y ansi también en las calamidades  
En aquella sazón acontecidas,  
Había muchos destas vecindades  
Que no hacían cuenta de sus vidas,  
Y otros tenían las dificultades  
A sus buenos esfuerzos sometidas,  
Prestando á los demás, porque no penen,  
El ánimo y el brazo aquellos tienen.

Y el Lerma con aquestas turbaciones  
También se consumía con tristeza,  
Y quiso por las tales ocasiones  
Desamparar aquella fortaleza,  
Habidas muchas consideraciones  
Cerca de los peligros y pobreza:  
Pero viejos en estos inenesteres  
Estaban de contrarios pareceres.

Destos antiguos era compañero  
Un Alonso Martín, hombre famoso,  
Varon en sus consejos muy entero  
Y en los trances de guerra venturoso,  
Unico y admirable balastero:  
Aqueste, como cuerdo y animoso,  
A solas, sin testigos circunstantes,  
Al Lerma dijo cosas semejantes:

«Pena tengo, señor, del mal suceso,  
Mas no me maravillo que lo haya;  
Pues en el caso próspero y avieso  
Nunca fortuna va por una raya:  
Mil coeces suele dar, mas no por eso  
El valeroso capitán desmaya.  
Antes cuanto mas flaco y abatido  
Menos se reconoce por vencido.

» Este mismo valor quiero que siga  
Varon que tiene tan ilustres prendas,  
Y que no lo desmaje la fatiga  
Causada del rigor destas contiendas,  
Por no dar ocasión á que se diga  
Que con miedo quereis volver las riendas;  
Pues tal murmuración el varon fuerte  
Procura de huir mas que de la muerte.

» Las obras y palabras de constante  
Anejas son á vuestro nacimiento;  
Y ansi conviene que para adelante  
Conozcamos en vos tan buen aliento,  
Que visto vuestro brio, se levante  
El mas acobardado pensamiento;  
Pues los soldados en cualquier demanda  
Andan con el calor del que los manda.

» Demás desto, señor, no tengais pena  
Por padecer pobreza de presente;  
Pues os daré también la bolsa llena,  
Si vuestra merced quiere darme gente:  
Prefiérome tener maña tan buena,  
Quel mas frito soldado se caliente,  
Porque ya conoceis ser el dinero  
Para los calentar gentil braseró.

» Si concebis acaso pensamiento  
De no cumplir agora salir fuera,  
Por padecer el pueblo dextrimento,  
Estando de mal arte la frontera,  
Ningun temor tengais de movimiento,  
Que no se mueven tan á la lijera,  
Mayormente de los caballos huellan  
Y rompen, desbaratan y atropellan.

» Lo dicho me parece medicina  
Para poder salir desta congoja,  
Y el remedio que hace mas aina  
Fortísima la gente, de muy floja:  
Quien al os aconseja desatina,  
Y es lo demás andar de mula coja;  
Tengo mi parecer no por sinestro,  
Salva la corrección del mejor vuestro.»

El Lerma procuró de estar atento,  
Como varon sagaz y bien compuesto,  
Y prometióle, no sin juramento,  
Habiéndole cuadrado lo propuesto,  
De le dar todo buen aviamiento,  
Y quel despacho dél seria presto,  
Por parecer consejos de discreto  
Y convenir ponellos en efeto.

Luego con instrumentos musicales  
Se mandó pregonar un mandamiento,  
Por el cual capitanes, oficiales  
Y soldados vinieron al momento;  
Y hechas de silencio las señales,  
Declaró Lerma con razonamiento  
Que hizo, pretender perseverancia,  
Del cual aquí ponemos la sustancia.

«Caballeros y amigos, el deseo  
Que para remediaros he tenido,  
Si no ciegan pasiones, yo bien creo  
Que cada cual lo tiene conocido:  
Pero, como sabeis, ningun empleo  
Hecimos que bien haya sucedido,  
Y ansi mi voluntad no hizo muestra  
De las obras debidas á la vuestra.

» Mas tras tormenta viene la bonanza,  
Que no viento contrario siempre vientos;  
Y ansi si nuestro mal hace mudanza,  
Y algun bien la fortuna nos aumenta,  
De mi ternéis entera confianza,  
No menos en honores que de renta,  
Habiendo cerca desta conveniencia  
También de vuestra parte diligencia.

» Pues mal triunfará quien no pelea,  
Y el mancebo galán ó viejo cano  
Menos alcanzará lo que desea  
Estando siempre mano sobre mano:  
Ejemplos vivos son los del aldea,  
Do quien no siembra, nunca coge grano,  
Y alli son los placeres y gajajos  
Donde nunca se huyen los trabajos.

» Todo peligro vencen los despiertos:  
Sueño y ociosidad es el que daña;  
Y ansi para borrar los desconciertos  
Pasados, cumple darnos buena maña,  
Porque desamparar aquestos puestos,  
Sepa quien lo pensare que se engaña,  
Pues á todos será muy mal contado  
Perder lo que los otros han ganado.

»Y así quiero que luego salga fuera  
Un escuadrón de hasta cien soldados,  
Que vayan recorriendo la frontera  
De los pueblos que están muy sosegados,  
Con cuerdo capitán, de quien se espera  
Que todos volverán aprovechados,  
Y es Alonso Martín, amigo vuestro,  
En cualesquiera cargos hombre diestro.

»Para mas alentaros al camino  
Y averiguar alguna diferencia,  
Irá Pedro de Lerma, mi sobrino,  
De cuyo valor hay gran experiencia,  
No solo con el bárbaro vecino,  
Mas en otra cualquiera competencia:  
Es Fernando Pizarro buen testigo,  
Que huelga de tenello por amigo.

»Y así juró después de la rencilla  
Que le vistes tener con el Fernando,  
Que si Dios lo volvía de Castilla,  
De le dar en Pirú general mando;  
La cual promesa fué para cumplilla,  
Pues, según piensan uno y otro bando,  
El Almagro y Pizarro llevan viento  
Que los ha de traer á rompimiento.

»Pero dejemos amistad enferma;  
Volvamos al negocio mas urgente:  
Digo que tiene de ir Pedro de Lerma  
Con Alonso Martín, que está presente,  
Al cual encargo yo que no se duerma,  
Sino que luego salga con la gente,  
Pues entendemos quel efecto desto  
Tanto mejor será cuanto mas presto.»

Dada declaración de sus intentos,  
Contrarios á cobardes pareceres,  
Cobraron los antiguos sus alientos  
Y los que allí tenían sus mujeres;  
No menos fueron ledos y contentos  
Aquellos cudiciosos mercaderes,  
Que con el esperanza de rancheos  
Les habian fiado sus empleos.

Cálzanse luego de lijeras suelas,  
Que de caballos todos iban faltos:  
Aujeos y coletas son las telas  
Que cubren á los bajos y á los altos;  
Caminan como diestras alcavelas  
De lobos cuando van á hacer saltos,  
Mas ó menos en fuerzas, pero tales,  
Que en la destreza todos son iguales.

Va Juan de Céspedes, varón famoso,  
Diguísimo de historia mas entera;  
Van Pedro de Sanlúcar y Moscoso,  
Bueso y el capitán Juan de Ribera,  
Luis de Manjarés el animoso,  
Mancebo que después en otra era  
Fué de aquella ciudad el ornamento,  
Su vida, su salud y su sustento.

Pedro de San Martín y Cascajales,  
Santana, San Millán, Martín de Frias,  
Blasco, Martín Monroy, Andrés Gonzalez,  
Y Lorenzo Martín, cuyas poesias  
No fueron de las menos principales:  
Los cuales yo tracté por muchos dias,  
O los mas dellos, cuyos hechos buenos  
Elogios merecian muy mas llenos.

Y Domingo de Aguirre, vizcaino,  
Que fué tal cual conviene que hombre sea,  
En el tiempo de paz varón benino,  
Fortísimo león en la pelea;  
El cual al rematar de su camino  
A mí me señaló por albacea,  
Y soy su capellán en este dia,  
Y mi morada es la quél tenia.

Soldado principal desta conquista  
Y gran descubridor de sus rincones;  
Y como quien testigo fué de vista,  
También en escribir gastó renglones,  
Porque de cosas varias hizo lista  
Y me dejó cumplidas relaciones,  
Las cuales tengo yo por escriptura  
Tan buena, que contiene verdad pura.

Salieron pues, y el amistad antigua  
Sustenta Mamatoco, que los ama;  
Pasando van por Zaca y por Origua;  
Bien recibidos son en Irotama;  
Salieronles de paz los de Bondigua,  
Y lo mismo hicieron en Chairama:  
Todos ellos traian manos llenas  
De los dones que dan doradas venas.

Van á los siete pueblos comarcanos  
En torno de brevísima distancia,  
Donde fueron señores siete hermanos,  
Cada cual dellos hombre de sustancia:  
Allí les presentaron ricos granos  
De oro y otras joyas de importancia;  
Por otros pueblos van desta manera  
Corriendo faldas de la cordillera.

Mas por consejo del que los regia,  
Nunca jamás la gente castellana  
En el lugar do les anochecía  
Esperaban la luz de la mañana:  
En diferente parte ven el dia,  
Porque si la canalla, como vana,  
Usase de las suyas en asechos,  
Los hallaren de allí prolijos trechos.

Por otros pueblos pasan por la posta,  
Mas siempre su caudal se perficiona  
De ricos dones; y con ser angosta  
Y de pocos soldados la corona,  
Dejaron estos pueblos de la costa  
Y entraron en el valle de Tairona,  
De cuya boca fueron centinelas  
Los del pueblo llamado las Pijúelas.

Es valle de profundas angosturas,  
Que rápida corriente lo reparte;  
Pero las mesas del y sus alturas  
Bien pobladas en una y otra parte  
De gente, curiosas las culturas,  
Casas pajizas, pero de buen arte,  
Y su grandeza y latitud es tanta,  
Que de caneyes grandes es la planta.

El caudal destes indios fué solene  
Entre tanto que por aquel asiento  
Cudicia no llegó que lo cercene  
De los que suelen ir en seguimiento:  
Hay auríferas venas, y allí tiene  
El rio de Don Diego nacimiento,  
El cual, por muerte deste caballero,  
Del nombre lo hicieron heredero.

Sus vados grandemente peligrosos  
Para los naturales y extranjeros,  
Porque sus cursos van impetuosos,  
Y de grandisimos despeñaderos:  
Hay puentes de hejucos corcosos  
Asidos á los árboles fronteros,  
Donde son menester sólidas sienes,  
Porque quien pasa da muchos vaivenes.

Entrando por el valle la bandera  
Del español, que fué de breve lista,  
Alborotáronse sobremanera  
Los indios, recelando su conquista,  
Y también porque fué la vez primera  
Que se desayunaban con su vista:  
Cubre los altos cantidad inmensa  
Apercibidos para su defensa.

Mas Alonso Martín, con lengua diestra  
Y en aquella de tairos instruida,  
Con señas y palabras hizo muestra  
No ser á mal efecto su venida,  
Diciendo: « Si quereis amistad nuestra,  
La vuestra no será mal recibida,  
Pues deseamos ser vuestros hermanos,  
Sin que jamás vengamos a las manos.

»No trae para furias de peleas  
Ninguno de nosotros intenciones,  
No colleras ni duras arropas,  
Ni hierros que semejen á prisiones:  
Antes traemos joyas y preseas  
A fin de celebrar contracciones,  
Para que deis vosotros y acá denos  
Las cosas de mas precio que tenemos.

» Daremos cantidad de herramientas  
Con que podeis talar estas riberas,  
Y sin sudor hacellas opulentas,  
Engrandeciendo vuestras sementeras:  
Traemos demás desto muchas cuentas,  
Muchos peines, cuchillos y tijeras,  
Sombreros y bonetes colorados,  
Y camisas con cuellos bien labrados.

» A los indios que están á las vertientes  
De la mar, y aun distantes buenos ratos,  
Tenemos por amigos y parientes,  
Y todos ellos se nos muestran gratos,  
Holgándose de ver cristianas gentes  
Y de tener sus tractos y contratos;  
De cosas que tenemos se proveen,  
Y ellos nos dan el oro que poseen.

» Si haceis esto con los peregrinos  
Que de presente veis en vuestras cumbres,  
Seguros podeis ir por los caminos  
A vuestros tractos, usos y costumbres:  
Mas si no, de los términos marinos  
Vernán aquí crecidas muchedumbres  
Y tantos escuadrones de cristianos  
Que todos estos cerros hagan llanos.

» Aunque, si no huiis inconviuentes  
Y estais en vuestro mal perseverantes,  
Los poquitos que veis aquí presentes  
Para cosas mayores son bastantes:  
Por tanto cesen vago accidentes,  
Volved al buen sosiego como antes,  
Porque la buena paz á nadie daña  
Y á muchos destruyó la ciega saña.

A las palabras y comedimientos  
De quietud, amor y de templanza,  
Estuvieron los bárbaros atentos,  
Admirados de ver la confianza  
Que tenían los pocos y hambrientos,  
Innumerable siendo su pujanza;  
Y el indio principal Gairacimonde  
Estas palabras breves les responde:

« Bien vemos que fastidias y empalagan  
Rencillas y guerreras disensiones,  
Y que de los contractos que se pagan  
Redunda bien á todas las naciones,  
Como los tales sean y se hagan  
Con el peso de sanas intenciones;  
Y así debajo destas cualidades  
Quiero y acepto vuestras amistades.»

Luego de las alturas bajó gente  
Con ledo rostro, sin minace brazo:  
Gairacimonde con alegre frente  
Al Alonso Martiu dió gran abrazo,  
Y los mas principales en presente  
Ofrecieron de joyas buen pedazo,  
Y en los rescates el que mas ayuno  
Abalanzaba mas de mil por uno.

Acudió menos de lo que pensaron,  
Por no tener el oro valor lleno;  
Y en tres ó cuatro dias que tardaron  
En sus contractos por aquel terreno,  
En patente y oculto rescataron  
Mas de noventa mil pesos de bueno,  
Con la cual granjería que fué cierta  
Resucitó la gente cuasi muerta.

Dijo pues á los indios que estaria  
Allí para buscar mas interese  
Hasta ya concluir quinceño dia,  
A fin de que mas oro se le diese;  
Mas esa misma noche hizo via  
Y salió sin que nadie lo sintiese,  
De la manera dicha proveido,  
Sin quedar hombre muerto ni herido.

Llegaron á los puertos deseados,  
Do con aplauso fueron recibidos,  
Y del gobernador fueron honrados,  
Acariciados y favorecidos,  
Aunque quedaron no pocos soldados  
Acerca de sus partes desabridos,  
Y es porque pretendia mayor parte  
El mas inútil en el estandarte.

Y estas son por acá querellas viejas,  
Pues que los mas rümes y mas bastos  
Quiere en correr con todos las parejas,  
Y de lo que no tienen hacen fastos:  
De modo que el rehús de las ovejas  
No se contenta con medianos pastos,  
Y no deja de dar al bueno pena  
El ver cómo se meten en docena.

Pero dejémoslos con sus locuras  
Y verbos en que hacen gran instancia.  
Digo que por aquellas espesuras  
Del puerto y fuera del poca distancia,  
Se descubrieron muchas sepulturas  
De donde resultó harta ganancia,  
Porque todos los indios principales  
Se entierran con sus joyas y caudales.

Un hoyo se cavaba que á buen sondo  
De la profundidad que contenia  
Un estado seria lo mas fondo,  
El cual derechamente descendia  
Bien así como pozo muy redondo,  
Y en lo mas bajo deste se hacia  
Un grande socabón con partes anchas  
Losado todo él de lisas lanchas.

Puestos los edificios en su punto,  
Aunque no por artífice romano,  
En un duho sentaban al difunto,  
Con sus arcos y flechas en la mano,  
Vasos de sus bebidas allí junto,  
Y hollos y tortillas de su grano,  
Compuesta y adornada la persona  
Con joyas de oro, cuentas y cacona.

Hallaron muchos en aquellos puertos  
No poca cantidad destes archivos,  
Por el industria de los mas espertos,  
A quien no defraudaron sus motivos;  
Y así desenterrando cuerpos muertos,  
Resucitaron muchos hombres vivos,  
Pues el que mejoró la camiseta  
Hablaba como dicen de la oseta.

Mas el gobernador luego procura  
Con toda la posible diligencia  
Que ninguno sacase sepultura  
Si no fuese mediante su licencia:  
Pareciéste á todos cosa dura,  
Y renegaban ya de la paciencia;  
Y mas que se tomaba las mejores  
Quitándolas á los descubridores.

Quedaron ansimismo descontentos  
Porque de pueblos mas acomodados  
Señaló suertes ó repartimientos  
Dándoles lo mejor á sus criados;  
Y así los hombres de merecimientos  
Quejosos se mostraron y agraviados,  
Y la demora no se señalaba,  
Sino quien mas podia mas sacaba.

Pues cierta cosa es y averiguada,  
Que cuando la tal renta se pedia,  
El cacique menor de la Ramada  
Les daba todo el oro que cabia  
En una caja grande ensayalada  
Que de piezas labradas se henchia,  
Y aun aquel hueco que juntar no pudo  
Rehenchian de oro mas menudo.

Cobrado gran caudal en oro puro,  
Fingian irse con aquel carguio,  
Y al tiempo que dormia mas seguro  
El indio que les dió tan buen avio,  
El español volvia con obscuro  
A saltar el resto del bulio,  
Privándolo de todos sus haberes  
Y de queridas hijas y mujeres.

Con estas desvergüenzas y soltras  
Estos indios se fueron despoblando,  
Metiéndose por grandes espesuras,  
Potente poblacion anihilando,  
Y aun hicieron algunas travesuras  
Con los que los andaban saltando,  
Pues mataban personas españolas  
Cuando las encontraban á sus solas.

En aquesta sazón y en esta parte  
Humedeó su faz el duro suelo  
Con la sangre de Antonio de Yusarte,  
Hermano de Hierónimo de Melo,  
Que para la bandera y estandarte  
Fué grave turbación y desconuelo,  
Por ser de gran valor estos hermanos,  
Y de los principales lusitanos.

Y así fué que buscando cierto día  
En una pequenuela carabela  
Perlas de que noticia se tenía  
En la costa del Cabo de la Vela,  
En la Ramada vieron ranchería  
Y cerca de la playa gran candela:  
Antonio de Yusarte salió fuera  
Creuyendo ser de paz como antes era.

Con solos diez y seis soldados llega  
A fin de les pedir mantenimiento:  
Recibieronlo bien, y él se sosiega  
Como vido su buen comedimiento;  
Mas luego sobrevino la refriega  
Que fué su destrucción y acabamiento,  
Con tan impetuosos desconciertos,  
Que en breve tiempo todos fueron muertos.

El barco como viese hecha sarta  
De cabezas de cuerpos divididas,  
Antes que contra él la furia parta  
Al viento dió las velas estendidas:  
Llegó con dos ó tres á Santa Marta  
Llorando las desgracias sucedidas;  
Los principales vistense de duelo,  
Sin lo saber Hierónimo de Melo.

Desto fué la razón estar absente  
Y andar la costa abajo descubriendo  
En una carabela con la gente  
Que como capitán iba rigiendo;  
El cual por ser sagaz y diligente  
En gracia y en honor iba subiéndolo,  
Y este Melo halló la boca llena  
Del río grande de la Magdalena.

Y como los designos en que estriba  
Era sacar á luz no vistas sillas,  
Determinó subir por él arriba  
A ver lo que contienen sus orillas:  
Mandó pues que su gente se aperciba  
Armando las espaldas y ternillas,  
Y toldando también de dura tela  
Aquel espacio de la carabela.

Hechas estas y otras prevenciones,  
Subieron sin que viento los resistiera,  
Y con la cantidad de poblaciones  
Hinchieron los deseos y la vista;  
Pero tan deshonestas las naciones,  
Que no tienen cubierta que los vista:  
Oro labrado traen ellas y ellos  
En orejas, narices y en los cuellos.

Tomó del inventor el nombramiento  
La primera ciudad en aquel suelo,  
Y aun hasta hoy le llaman al asiento  
El pueblo de Hierónimo de Melo,  
No para que durase con aumento,  
Pues no parece ya hueso ni pelo,  
Solamente nos queda la memoria  
De grandeza tan grande y tan notoria.

Con recato guiaba su carrera  
El Melo con la gente de Castilla:  
No va por la corriente muy afuera,  
Ni tampoco pegado con la orilla;  
Cubriase de indios la ribera  
A ver la nunca vista maravilla;  
Un indio que llevaban los entendié,  
Y les pregunta lo que se pretende.

Rogándoles que no hagan bullicio  
Por ver el espectáculo presente,  
Pues los que ven no tienen por oficio  
Dannificar al bueno y obediente:  
Solo quieren traerlos al servicio  
De un gran señor, monarca prepotente,  
A quien por su virtud, valor, clemencia,  
Todos los hombres deben obediencia.

Que de ninguno recibirán daño  
Si fuesen sus vasallos y subyectos,  
Y deste verdadero desengaño  
Resultarán también otros efectos:  
Que verán al ecatólico rebaño  
Do vivirán seguros y quietos,  
Con la noticia y el conocimiento  
De aquel que les dió ser, vida y sustento.

Respondieronle ciertos capitanes.  
Que parecían ser allí mayores:  
« Andad para bellacos, haraganes,  
Infames, mentirosos, burladores,  
Que pretendéis comer ajenos panes  
Donde no derramáis vuestros sudores;  
Pues Pocigüeica ya nos dió noticia  
De vuestras propiedades y codicia.

» Si venís á cobrar algún tributo,  
Aguilas de oro, petos y celadas,  
Luego como pongais piés en enjuto.  
Las hallareis tan bien aderezadas,  
Que nunca volveréis sin aquel fruto  
Que sacastes de aquellas cabalgadas.»  
Esto decían y otras muchas cosas,  
Y disparaban flechas venenosas.

Mas arriba de allí suben ataos,  
Por no les ayudar viento bastante,  
Mas luego sobre mas de mil canoas  
Vieron llenas de indios por delante,  
Que con todo favor guían las proas  
Para tentar al nuevo navegante,  
El cual por escapar de la revuelta  
A la mar procuró de dar la vuelta.

Al impetu se van de las corrientes.  
Las velas á los aires estendiendo:  
Los muchos y atrevidos combatientes.  
No con presa menor los van siguiendo;  
Innumerables flechas van pendientes  
Del toldo del bajel que va huyendo,  
Porque fuera notable desatino  
No huir tan terrible torbellino.

Y cuanto mas duraba la carrera,  
Iba la tempestad en mas aumento,  
Hasta tanto que ya salieron fuera  
A las ondas del mar y largo viento:  
Los indios vuelta dan á su ribera.  
Por no podellos ir en seguimiento.  
Así que consta ser este navío  
El primero que entró por este río.

Metió todos sus hombres en el puerto,  
Ninguno mal parado, sino sano,  
Y por lo que dejaba descubierta  
Alegre se mostró y algo lozano;  
Pero como dijeron ya ser muerto  
A manos de los indios el hermano,  
La pena que tomó fué tan crecida  
Que le quitó los días de la vida.

No menos esta muerte fué llorada  
De todos por tenello por amigo,  
Y para que también fuese vengada  
La de Antonio Yusarte que ya digo,  
Determinaron ir á la Ramada  
Para hacer un ejemplar castigo;  
Y así se tomó dello tal venganza  
Que todo fué rigor y destemplanza.

Luego se caminó por las salinas  
Y por zavasas secas y arenosas,  
Hasta venir á dar á los cocinas,  
Gentes desesperadas y animosas,  
Con quien entre cardones y entre espinas  
Tuvieron competencias rigurosas,  
Y después de vencidos, en su villa  
Hallaron ropa fresca de Castilla.

Admiráronse todos de repente  
Viendo mercadería sin mercado,  
Mas luego conocieron claramente  
Ser de gente que había naufragado,  
Sin que lo declarase delincuente,  
Ni diese cuenta deste mal recado;  
Mas todos recogieron ropa harta  
Y se partieron por Santa Marta.

Al río de la Hacha caminando,  
Antes que se pasase su ribera,  
Por sus mismas pisadas aguijando  
Dos hombres ven venir á la lijera:  
Sabian bien que no son de su bando,  
Y así toda la gente los espera,  
Reconociendo con la vista sola  
Que debía de ser gente española.

Llegaron no sin grande desconsuelo,  
El uno sacerdote y otro lego,  
Y hincan las rodillas en el suelo,  
Sin que tomasen punto de sosiego,  
Porque poner los ojos en el cielo  
Fué lo primero que hicieron luego,  
Dando gracias á Dios que les dió tino  
Para ver y tomar aquel camino.

Luego de su negocio dieron cuenta  
Con voz que mil suspiros entremete,  
Diciendo que corrieron gran tormenta  
Y dieron al través en el portete,  
Donde gente feroz, crúel, sangrienta,  
Despojaron de vida ciento y siete  
De pasajeros y de mercaderes,  
Sin perdonar á niños ni mujeres.

Los seis dellos se habían abscondido  
Escabulléndose de la refriega,  
Y fueron por camino no sabido  
El tiempo que duró la noche ciega:  
Cuatro dellos habían perecido  
Porque la sed á muerte los entrega;  
Y escapar ellos del inconveniente  
Fué milagro de Dios harto patente.

Pues caminando por una zavana  
De noche, vieron rastros de caballos,  
Y allí durmieron hasta la mañana  
Para poder mejor certificarlos;  
Y con divina fuerza mas que humana  
Grande priesa se dan por alcanzarlos,  
Pues quiso Dios que sin merecimiento  
Tuviese su deseo cumplimiento.

Pesóles de tan áspero suceso;  
Y la fatiga destos remediada,  
El náufrago soltero y el profeso  
Con los demás se van á la Ramada,  
Donde otra vez usaron del esceso  
Dandoles una buena trasnochada,  
So color del castigo dicho antes  
Y causas que decían ser bastantes.

Pero demás de aquellos delincuentes  
Que fueron agresores y culpados,  
Algunos miserables inocentes  
Fueron contra justicia castigados  
Con penas y castigos insolentes,  
A todas crueldades arrojados,  
Y las cudicias grandes del injusto  
Ordenaban los cargos á su gusto.

Y aunque el gobernador no lo sabia,  
Antes refrenó siempre los rigores,  
Las malas intenciones todavía  
Criaron coronistas y escriptores,  
Pues quien sabia menos, escrebia  
Al gran emperador ó á los oidores  
Que la Española tiene con audiencia,  
Pidiendo contra Lerma residencia.

El cual ya poseido deste miedo,  
Determinóse de enviar á España  
A su criado Nulfo de Sagredo  
En confianza de su buena maña,  
Y llevar en derecho de su dedo  
Probanzas hechas contra quien le dañó;  
Pues nunca faltan á quien manda junta  
Mil testigos que binchan la pregunta.

Fueron pues las probanzas gran embargo  
Para se despintar algunos daños  
Que resultaran del proceso largo  
Primero que probara ser engaños;  
Y así le vino luego de su cargo  
Prorogacion de tres ó cuatro años,  
Y á los mas flacos en sus amistades  
Procuró de ganar las voluntades.

Mayormente de hombres que tenían  
Algunas honorosas cualidades;  
Y porque muchos otros padecían  
Varias dolencias y necesidades,  
Hospital hizo do se recogían  
Y se curaban las enfermedades;  
Y estas expensas eran á su costa,  
Que cierto no podía ser angosta.

También socorrería con sustento  
Don fray Tomás Ortiz, sabio prelado,  
A quien el Lerma dió repartimiento,  
Que fué Bondigua, pueblo celebrado,  
Bonde hacía principal asiento,  
Y por esto no poco murmurado,  
Por ser allí las grandes fundiciones  
De las mas comarcas poblaciones.

De manera que la comun malicia  
Su vida religiosa maculaba,  
Diciendo muchos dellos que cudicia  
A residir allí lo convidaba,  
Y con diestros ministros de avaricia  
Alguna joya mas se le pegaba;  
Mas él decia ser intencion sana  
Y por les enseñar la fe cristiana.

Solían pues soldados ir á obscuras  
Para sacar sepulcros acachados,  
Algunos solos á sus aventuras,  
Por causa de los mandos publicados;  
Y así fueron á muchas sepulturas  
Sin que fuesen en ellas sepultados,  
Pues por asechos en lugares ciertos  
De los vecinos indios eran muertos.

De suerte que por muchas sinrazones  
Que se hicieron en aquella era,  
Commutaron los indios condiciones  
Quitando paz á toda la frontera,  
Dorsino, Gaira y los demás ancones,  
El de la tierra dentro y el de fuera,  
Sin acudir á tracto ni contrato,  
Ni dalles grano caro ni barato.

Mas ya por otras tierras y partidos  
Iba volando la veloce fama  
De los ricos sepulcros referidos,  
Con trompa de cudicia que los llama  
Y un son que delectaba los oídos  
Del cupido galán y de la dama:  
Así que ya tenía Santa Marta  
De los recién venidos gente harta.

Tanto, que de la mucha que venía  
Estaban llenos hasta los rincones,  
Y en la misma sazón también había  
Necesidad con indisposiciones,  
Que Lerma por su parte socorría  
Con algunos regalos y raciones,  
No para ser cabal mantenimiento,  
Sino manera de entretenimiento.

Mas el soldado que salud tenía  
Quisiera navegar con otros vientos,  
Porque la causa por que se movía  
Era conquistas y descubrimientos,  
Y andando rancheando todavía  
Hallaba sin dineros alimentos;  
De suerte que la gente mas granada  
Deseaba hacer algun entrada.

Allí Pedro de Lerma florecía  
En el tiempo que desto se tractaba,  
Cuya buena presencia prometía  
Aquello que por obras ya mostraba:  
En esfuerzo, valor y gallardía,  
Aviso y discrecion se señalaba,  
Y en recuentros había dado muestra  
Cual la podía dar persona diestra.

Joven, gallardo y en edad florida,  
Bien acondicionado, bien dispuesto,  
La barba roja, llena, proveída,  
Y de gracioso y agradable gesto,  
Cualquiera proporcion tan por medida  
Que no tenía miembro mal compuesto;  
En la conversacion era suave,  
No muy regocijado ni muy grave.

Ofrécese también a la memoria  
Como decia dél alguna gente  
Su nombre propio ser Pedro de Soria,  
Y el Lerma no venille propriamente,  
Y aun afirmaban por cosa notoria  
No ser deudo del Lerma ni pariente;  
Pero no sabré dar razon bastante  
Por qué decian cosa semejante.

Pues antes y después que con él vino,  
A todos ellos era manifiesto  
Tratallo Lerma como su sobrino,  
Y quasi semejaban en el gesto :  
Juzgamos pues de aquí ser desatino  
Los que creian lo contrario desto ;  
Y así con ser el Pedro mozo tierno  
Lo hizo general de su gobierno.

Pues como general entonces era  
Con todas las anejas condiciones,  
Aderezóse para salir fuera  
Con doscientos destrisimos peones :  
Que caballos en ninguna manera  
Pueden subir aquellos reventones,  
Y mas adonde van valles horribles  
Cuyas entradas son inaccesibles.

Bocarabue y le llaman al primero,  
Y Bongay es el nombre del segundo ;  
Profundísimos son entrambos, pero  
El de Bocarabue es mas profundo,  
Rodeado de tal despeñadero  
Que no puede ser mas en este mundo ;  
Están mas adelante de Tairona  
Al paraje del paso de Marona.

En ellos entran por un angostura  
Aspera para gentes estranjeras :  
De dentro no contienen gran anchura,  
Pero poblados van por las laderas ;  
De yuca y de maiz es la cultura ;  
Son todas gentes ricas y guerreras,  
Y bien como venados van lijeros  
Por peñascos y por despeñaderos.

Pues por los pasos mas acomodados  
El general entró con los que lleva,  
Y para ser los indios avisados,  
Su propia vista les llevó la nueva :  
Fueron en breve tiempo convocados  
Para venir en fuerzas á la prueba,  
Mas un cacique dicho Solozoca  
Con aquesta razon abrió la boca :

« Si conocemos términos discretos  
No conviene que nos alborotemos,  
Pensando que hará malos efectos  
La poca cantidad destes que vemos ;  
Y así mi parecer es que quietos  
Y con paz y amistad los esperemos,  
Satisfaciendo bien sus intenciones  
Con alimentos y con ricos dones.

» Haremos al contrario descuidado,  
Viendo que se le da buen acogida,  
Y no reposará sobresaltado  
Y con su gente bien apercebida ;  
Y así podremos darnos buen recado  
En privállos á todos de la vida,  
Cobrando sin ningun inconveniente  
Nuestro caudal y el suyo juntamente.»

A todos pareció consejo bueno,  
Y se ciñeron desta confianza :  
En quietud pusieron el terreno,  
Reduciendo sus gritos á templanza,  
Creyendo ver aquel efeto lleno  
De los que les promete su esperanza,  
Midiendo todos ellos los efectos,  
Segun sus pensamientos y concetos.

Entre tanto llegaron los cristianos,  
Hablándoles con lenguas convinientes  
Y haciéndoles señas con las manos  
Para mas mitigar sus accidentes,  
Diciéndoles : « Queremos ser hermanos,  
Amigos vuestros, deudos y parientes,  
Y que tengais por bien dar obediencia  
A un rey de grandísima potencia.

» A cuya fuerza no hay opuestos muros,  
Ni rebelde que luego no despoje :  
Sobre potentes reyes tiene juro,  
Y á su dominio todos los recoge ;  
Viven libres, quietos y seguros  
Los suyos, sin que nadie los enoje,  
Y desta libertad y beneficio  
Gozareis si venis á su servicio.

» Si celebrardes estas amistades,  
Serán á todas partes honorosas ;  
Y porque vuestras buenas voluntades  
Conozcais, os daremos muchas cosas  
Que para vuestras huertas y heredades  
Muy necesarias son y provechosas,  
Y vosotros dareis en pagamento  
Eso que solo sirve de ornamento.»

A do paró la gente castellana  
Bajaron luego muchos principales,  
Ansi mancebos como gente cana,  
No sin ostentacion de sus caudales :  
Arco no parecia ni macana,  
Antes de paz son todas las señales ;  
Ven de joyas de oro tal aumento  
Que daban al deseo henchimiento.

Y recibidos los primeros dones  
Y presentes que fueron de sustancia,  
Se comenzaron las contractaciones  
Ricas y no de menos importancia,  
Porque las maliciosas intenciones  
Se holgaban en dar cualquier ganancia,  
Tanto que del caudal y venta hecha  
Cada cual concibió mala sospecha.

El sol iba sus carros recogiendo  
Al hemisferio del opuesto cielo,  
La lumbre de sus rayos abscondiendo  
A los habitadores deste suelo,  
Y el alegre color se va vistiendo  
De la librea del nocturno velo,  
Cesando por aquel inconveniente  
Contractos y el concurso de la gente.

Y así dijeron á las compañías  
Que del lugar hacia mudamiento,  
Que no fuesen pesadas ni tardias  
En acudir con reconocimiento,  
Pues habian de estar por muchos dias  
Dentro del valle y en aquel asiento,  
Donde les convenia regalallos,  
Porque, si no, saldrán á castigallos.

Pero ya despedidos los postreros,  
El general habló con sus soldados,  
Y en secreto les dijo : « Caballeros,  
Ya nosotros tenemos embolsados  
Cantidad no pequeña de dineros,  
Pues pasan de cincuenta mil ducados :  
Páreceme determinacion cuerda  
Poner la presa donde no se pierda.

» Pues sospechosa es la buena gana  
Con que dan sus haciendas los escasos,  
Y así querria que con obscurana  
No fuesen nuestros piés flojos ni lasos,  
Porque cuando llegase la mañana  
Tuviésemos tomados malos pasos,  
Do sin riesgo podemos en la cumbro  
Defendernos de tanta muchedumbre.

A todos ellos en cabildo juntos  
Les pareció consejo de discreto,  
Y el parecer que daba ser trasunto  
De lo mas subatancial y mas perfeto ;  
Y con sus joyas en el mismo punto  
La partida pusieron en efeto.  
De manera que fueron con obscuro  
Hasta llegar á puerto mas seguro.

Quando llegaron, ya la bella dama  
Del antiguo Titon mostró la cara,  
E ya salia de la dulce cama  
Adonde del cansancio se repara,  
Y en la misma sazón febea llama  
Volvia las tinieblas en luz clara,  
De suerte que los ojos en su daño  
Ya no podian padecer engaño.

Apenas pues los nuestros poseían  
Los altos y postreros reventones,  
Cuando tras ellos vieron que venían  
Desnudos y atrevidos escuadrones,  
Que de diversas partes descendían  
Con armas y dañadas intenciones,  
Haciendo que con mas furia se muevan  
Ver que se van y ver lo que les llevan.

Los que mas dieron mas se señalaban  
En ánimo y en dar paso lijero,  
Para con fin de los que lo llevaban  
Cobrar por fuerza de armas el dinero;  
Pero para llegar adonde estaban  
Habían de subir por contadero,  
Porque el espacio desta serranía  
Por otra parte no les daba vía.

Nuestras gentes estaban descansadas,  
Puestos a punto tiros de ballesta,  
Y prestos los escudos y celadas,  
Hoja desnuda y en la mano presta,  
Muchas galgas de piedras allegadas  
Para soltallas por la baja cuesta,  
Y por tener el alto lugar fuerte  
Ningun temor tenían a la muerte.

Los indios á las faldas del altura  
Y congregado número sin cuento,  
Por las ásperas sendas se procura  
Subir, y suben con gentil aliento;  
Mas por perseverar en su locura  
Muchos dellos ovieron fin sangriento  
Con crecido peñasco que rodante  
Barria los opuestos por delante.

El cual con aquel impetu violento  
Rompió de tal manera cuanto halla,  
Que quedaron sin vida mas de ciento  
Y derribada mucha mas canalla:  
Al modo de terrible rompimiento  
En grave y asperísima batalla,  
Donde caen los muertos y los sanos  
Y unos quedan sin piés y otros sin manos.

Visto su mal principio de contiendas  
Con gentes tan mañosas y atrevidas,  
Determinaron de volver las riendas  
De seguir los alcances despedidas,  
Y mas quisieron no cobrar haciendas  
Que perder las haciendas y las vidas:  
De manera que nuestros peregrinos  
Prosiguen sin estorbo sus caminos.

Llegaron á Bongay y entraron dentro:  
Conocen ser la tierra mas amena,  
Mas apercebense para recuento,  
Por ver de gentes la zavana llena;  
Pero de paz salieron al encuentro,  
Escarmentados en cabeza ajena;  
Dieron presentes, y el rescate hecho  
Fué de veinte mil pesos el provecho.

Vista la presa pues no ser angosta,  
Antes digno caudal de ser guardado,  
Del valle se partieron por la posta  
A fin de lo poner á buen recado;  
Finalmente salieron á la costa,  
Y fueron á su puerto deseado,  
Donde la gente dél se hizo presta  
Para los recibir con grande fiesta.

Descansaron después en la marina  
Algun tiempo, que fueron pocos dias;  
Pero cebados en la golosina  
Del oro que les daban rancherías;  
El buen Pedro de Lerma determina  
Salir á descubrir por otras vías,  
Y con trescientos hombres y el bagaje  
La costa abajo hacen su viaje.

Soldados de valor son todos ellos,  
En guerra cada cual ejercitado;  
Acia Chinila van guiando huellos  
Por bosque que hallaban despoblado;  
Don Fray Tomás Ortiz iba con ellos,  
Primer obispo ya conmemorado,  
Al cual ya parecían pasos malos  
Aquellos que carecen de regalos.

Demás de ser la tierra no bien sana,  
Antes de tal calor que los abrasa,  
Mas al fin fueron á provincia llana,  
Que llamaron Caribes, tierra rasa,  
No porque allí comiesen carne humana,  
Mas porque defendían bien su casa;  
Y así hicieron diez caballos menos  
Y diez y seis soldados de los buenos.

Porque ponían cautelosamente  
Preseas á las puertas do moraban,  
Y al tiempo del tomar, incontinentemente  
Los que vivían dentro los flechaban;  
Y ansimismo mataron mas de veinte  
De los amigos indios que llevaban,  
Que para les servir iban de Bonda  
Y otros pueblos que hay á la redonda.

Quando tomaron la ciudad primera  
Desta provincia castellana lanzas,  
Estaban muchos moradores fuera  
Ocupados en casas y labranzas;  
Mas son de viva voz los recupera,  
Volviendo los deseos de venganzas,  
Y vieronlos venir los peregrinos  
Que velaban entradas y caminos.

Tocaron arma para subyectallos,  
Y suenan las trompetas con su canto;  
Salieron al encuentro los caballos  
A los indios poniendo gran espanto,  
Dejándose caer por no mirallos,  
A causa que no vieron otro tanto;  
Y así prendieron á cuarenta dellos,  
Poniéndoles prisiones en los cuellos.

Y destos uno para ser gigante  
Naturaleza no lo hizo falta,  
En la ferocidad y en el semblante,  
En miembros, lijereza y en el salto;  
Y en altor de los brazos adelante  
Era sobre los altos muy mas alto,  
Y de los españoles los mas hechos  
Apenas le llegaban á los pechos.

Aqueste solo hizo resistencia  
Y se mostraba ser lozano gallo;  
Mas volvió sus furores en paciencia,  
Viendo sobre sí tantos de caballo:  
Aprisionáronlo con diligencia,  
Y muchos hombres fueron en guardallo;  
Y allí con voz que gran temor ponía  
A los presos con él reprehendía.

Decíales así: «Flacos villanos,  
A quien su propia cobardía daña,  
Tantos en escuadron y á mi cercanos,  
¿Cómo nunca supistes daros maña  
Y me dejastes solo y entre manos  
De gente que os constaba ser estraña?  
Pues con uno que espaldas me hiciera  
Nadie me subyectara ni rindiera.

» Antes á no perder mi fuerte maza  
Por vuestra culpa, tales ocasiones  
Ella diera, tan buen orden y traza  
En machucar cabezas de ladrones,  
Que de cuantos estaban en la plaza  
Solamente quedarán los troncones,  
Y todos sin tomar ningunos presos  
Rocióran la tierra con sus sesos.»

Los bárbaros amigos que lo vían  
En enojo y furor tan encendido,  
Por algunos vocablos coligian  
De las palabras dichas el sentido;  
Y como su venganza pretendían  
Por ocasion del daño recibido,  
Pidieron al gigante por su suerte,  
Para vengarse dándole la muerte.

Pedro de Lerma, por les dar contento,  
Mandóles entregar el indio luego,  
Muy fuera de cristiano sentimiento,  
Pues no dejó de estar en este ciego:  
Asieron dél gandules mas de ciento  
A quien se hizo del gandul entregó,  
Y brazos, piés, molledos y garganta  
Amarraron á una gruesa planta.

Estas crüeles diligencias hechas ,  
Atado por mil vias al madero ,  
Aperciben los arcos y las flechas ,  
Y el misero servia de terrero ,  
Donde sin desviar iban derechas  
Al beneplácito del balletero ,  
Estremeciéndose con los dolores ,  
Y el árbol ansimismo da temblores .

Con esta crüeldad dicha de suso  
Le clavan pechos , brazos , coyunturas ,  
Mas él con el dolor tal fuerza puso  
Que quebró las espesas ligaduras ,  
Y á pelear con todos se dispuso ,  
Sacando de sí mismo flechas duras ,  
Con puntas de las cuales ansimismo  
El envió contrarios al abismo .

Pues aunque ya traia traspasado  
De heridas mortales mortal vaso ,  
Tras ellos iba tan encarnizado  
Como bravo leon en campo raso ,  
Al tiempo que se halla rodeado  
De los que por allí pasan acaso ,  
Y si le pican se desembaraza ,  
Y á cualquiera que toma despedaza .

Destá manera fué rompiendo venas  
De los que van huyendo del portento ,  
Hasta que de las fráguiles cadenas  
Hizo separacion vital aliento ,  
Para morar en las eternas penas ,  
Llevando cuatro muertos al tormento ,  
A quien él antes desta su partida  
Hizo que se partiesen de la vida .

En la ciudad el resto de la gente  
Jamás quiso salir de sus moradas ,  
Y defendian valerosamente  
No ser de los estraños saqueadas ,  
Hasta tanto que fuego mas ardiente  
Se las hizo dejar desocupadas ;  
Prendieron muchos en aquel estrecho ,  
Sin que tomasen cosa de provecho .

Por mucha diligencia que se puso  
En trastornar alhajas del vecino ,  
No se halló cerrado ni recluso  
Punta de oro bajo ni de fino ,  
Por no tener aquestas gentes uso  
De lo que causa tanto desatino :  
Solamente sus bienaventuranzas  
Eran las sementeras y labranzas .

Destas era provincia proveída  
Y por todos espacios bien poblada :  
Gente lozana , blanca , bien fornida  
Y á su defensa muy determinada ;  
Y así la nuestra no fué recibida  
De paz , ni puso miedos el espada ,  
Ni de sus pueblos , vista su presencia ,  
Determinaron de hacer ausencia .

Era para poblar de gran sustancia ,  
Si cayeran entonces en aquesto ;  
Mas como luego no viesen ganancia  
Y tuviesen el riesgo manifiesto ,  
Salieron no con poca vigilancia  
En busca de terreno mas compuesto ,  
Para que con aumento de despojos  
Se templasen los bélicos enojos .

Caminaron con orden conviniente ,  
Sin que ninguno dellos se desmande ,  
Y con deseo ya de ver la frente  
De guía cierta que con ellos ande :  
Un día dieron repentinamente  
En aquel que llamaron río Grande ,  
La distancia del cual de orilla á orilla  
No les causó pequeña maravilla .

Holgáronse de ver en sus riberas  
Diversidad de árboles sombríos ;  
Entretejidas grandes cañaveras ,  
Que suelen ser ornatos de los rios ;  
En partes estendidas sementeras ,  
Por las aguas frecuencia de navios ,  
Que son , segun dejamos , unos leños  
Cavados , palos grandes y pequeños .

No faltó poblacion ni faltó puerto  
Que por allí vies el vino muy á pelo ,  
Y no dejaron de tener por cierto  
Ser rio que cubria tanto suelo ,  
El que por mar habia descubierta  
El portugués Hierónimo de Melo ;  
Por cuyo curso , yendo bergantines ,  
Descubririan tierras muy insines .

Por orden del caudillo que los manda ,  
Luego fueron en busca de buhios ,  
Y el cumplimiento ven de su demanda ,  
Pues los hallaron , pero ya vacios  
De moradores , que por otra banda  
Apresurados van con sus navios ,  
Donde llevaban todos sus haberes  
Con prendas de hijuelos y mujeres .

Mas aunque no tenían indios presos ,  
Todavía de lo que les restaba  
Olieron los ventores y sabuesos  
Copia de oro fino que pesaba  
En cantidad de mas de diez mil pesos ,  
Muestra que mucho mas adivinaba :  
Con el cual cebo nuestras compañías  
Allí gastaron diez ó doce dias .

Entre tanto que allí se detenian  
E guías de la tierra se tomaban ,  
Muchos indios amigos que traian  
En aquel amplo rio se bañaban ;  
Pero cuantos entraban no salian ,  
Antes la mayor parte se quedaban ,  
Y con ser excelentes nadadores  
Siempre desaparecian los mejores .

Hallábase la gente descontenta ,  
Ansi soldados como capitanes ,  
Y á ningun español se representa  
La causa ni razon destos desmanes ,  
Hasta que ya cayeron en la cuenta  
De voraces lagartos ó caimanes ,  
Fiero dragon y acuatía serpiente ,  
Que hasta hacer presa no se siente .

Esta bestia crüel parece muerta  
En el agua y á modo de madero ;  
Pero para hacer su presa cierta  
No puede gaviilan ser mas lijero :  
Va por turbias orillas encubierta  
Adonde cogen agua ó lavadero ,  
Y aun sin sacar del agua la ventreecha  
De los que suenan fuera se aprovecha .

Pues como buela que por la ribera  
Anda bárbara gente ó española ,  
Si no puede cazar de otra manera  
Procura hacer presa con la cola ,  
Que con pesado golpe saca fuera ,  
Y es tal , que bastara con ella sola  
A llevar plantas gruesas arraigadas ,  
Cuanto mas á personas descuidadas .

Son en estas astucias tan continos ,  
Que aunque viven con miedo del engaño  
Todos aquellos bárbaros vecinos  
Reciben destas bestias mucho daño ;  
Pues son en se lavar cuervos marinos ,  
Y las corrientes aguas es su baño ,  
Y es su recreacion y policia  
Lavarse muchas veces en el día .

Algunos indios por guarida cierta  
Hacen dentro del agua palizadas ,  
Para que por allí no halle puerta ,  
Y ellos tienen por tierra sus entradas ;  
Mas natural instinto que despierta  
Al caimán en las noches mas cerradas ,  
Entrase por la puerta que está fuera ,  
Y cubierto con agua los espera .

No para que el entrada les defienda  
El crüel alguacil , mas la salida  
Procura de estorbar , porque se entienda  
Ser su jurisdiccion la tal guarida ;  
Y así cuando se bañan le dan prenda  
Que no les cuesta menos que la vida ,  
Y él para confirmar sus malas mañas  
Les da por aposento sus entrañas .

Alguna destas bestias hay que tiene  
A veinte y aun à treinta piés de largo :  
A tierra sale cuando le conviene,  
Y un indio vide yo quedar amargo,  
Que por sacar cangrejos se detiene  
En playa do le dimos este cargo ;  
El cual estaba tan embebecido  
Quel lagarto llegó sin ser sentido.

A los gritos acude gran gentío,  
Y él de la presa no bien enterado  
Volvió los pasos al cercano río  
Que estaba breves pasos apartado ;  
Quedando del sangriento desafío  
El misero gandul tan mal parado,  
Que puesto caso que no faltó cura  
Vi que su vida fué de poca dura.

Pero por cierto suerte fué galana  
La que supo hacer un Andresillo,  
Por librar su mujer llamada Juana  
De boca del vorace cocodrilo,  
Que como viesse mano que cercana  
En el río hinchese cantarillo,  
Asióle della con su duro diente  
Y tras sí la llevó lijeramente.

Oyendo los clamores y la grita,  
Y viendo que le lleva su querida,  
El osado zagal se precipita  
En la profundidad por dalle vida,  
Y dentro de las aguas se la quita  
Sin que pudiese dalle mas herida ;  
Porque con un machete que tenia  
Los ojos al caimán entorpecía.

No perdió los manjares de su mesa  
Por cobardía, porque tiene poca ;  
Pero por no quedar con vista lesa  
Cuando fuerza menor allí le toca,  
Con temor y dolor suelta la presa  
Del cruento sepulcro de su boca ;  
Pues con ser animal feroz, rabioso,  
Es siempre de sus ojos temeroso.

Muchos afirman este devaneo,  
O verdad de que yo soy ignorante,  
Y que para tan aspero torneo  
Este remedio dicen ser bastante ;  
Pero yo ciertamente no deseo  
Necesidad de prueba semejante,  
Aunque cierto español con estas mañas  
Se libró de no ir à sus entrañas.

Alonso Sanchez este se decía,  
De Murcia natural y allí nacido,  
El cual en aquel tiempo que venia  
Gente por descubrir este partido,  
Para juntarse con la compañía  
De quien habia sido dividido,  
Por no quedar allí le fué forzado  
A riesgo de morir pasar à nado.

Llevando presurosa la carrera,  
Y de la concluir no sin antojos,  
Voracísima boca de la fiera  
A su vientre le quiso dar despojos :  
El viéndose tractar desta manera  
Acude con los dedos à los ojos,  
Con la cual prevencion el sin ventura  
Se libró de la viva sepultura.

Hiende las aguas con veloce mano  
Por poderse hallar en el orilla ;  
Mas antes que se viesse tan cercano  
Que la tomase por segura silla,  
La sierpe por las carnes del cristiano  
Hincó dos ó tres veces la mejilla,  
Y el español con lo que ya sabia  
Con gran valor de sí la despedía.

Al fin pudo salir, mas de tal arte  
Y la misera carne tan rompida,  
Que diligente cura no fué parte  
Para podelle dar alguna vida ;  
Pues luego que topó nuestro estandarte  
Fué el alma de las carnes despedida,  
Habiendo ya limpiado su conciencia  
Con sacramento de la penitencia.

Poco después otro gentil soldado,  
Delante los demás desta conquista,  
Cierta río tentó pasar à nado,  
Y en presencia de todos y à su vista  
Fué de crúel caimán arrebatado :  
Hay quien lo ve, mas no quien lo resista ;  
Pide favor, y nadie favorece ;  
Zabúllese con él, y desaparece.

Pudiéramos contaros maravillas  
De la braveza deste serpantino ;  
Mas bien será decir de Juan Varillas  
Y Martin Sanchez, hoy nuestro vecino,  
Que vieron un caimán en las orillas  
Del agua por do guían su camino,  
Al cual tiran y dan con una espada,  
Por no perdella con cordel atada.

Luego con furiosos accidentes  
Feroz arremetió con la canoa,  
Y con aquellos espantables dientes  
Asió de los remates de la proa :  
Asombráronse desto nuestras gentes  
Con pesado pesar de que la roa,  
Porque cuanto mordió la bestia fiera  
Otro tanto sacó de la madera.

El en efecto es boquirasgado,  
Sin lengua, con dos órdenes de dientes,  
De durisimas conchas rodeado,  
Los piés no de lagarto diferentes :  
Es largo de hocico y abusado :  
Son astutas y calidas serpientes ;  
Tigre los acomete si los halla  
En tierra, y es de ver esta batalla.

Porque el pintado tigre lo rodea  
Con presurosos saltos y lijeros,  
Defendiéndole el agua que desea  
De rios, de lagunas ó de esteros,  
Y clávale durante la pelea  
Con las uñas las conchas y los cueros :  
Da muestras el caimán de su braveza,  
Aunque le falta presta lijereza.

Mas abre las durisimas quijadas,  
Hace sus diligencias y se enhiesta,  
Dando tan sonoras tenazadas  
Como tarasca dia de la fiesta ;  
Da vueltas con la cola tan pesadas,  
Cuando para herir la hace presta,  
Que si con ella diese, por enmedio  
Al tigre partiria sin remedio.

Y si en el arsenal ó seca plaza  
El tal tigre gozó de vencimiento,  
Arrastra luego la pesada caza  
A montñosa cueva y aposento,  
Adonde la desconcha y despedaza  
Para satisfacer pecho hambriento ;  
Mas si pasar el río le acontece  
El caimán es allí quien prevalece.

Porque suele la maculosa fiera  
Muchas veces pasar una corriente  
A nado, para ver parte frontera,  
Que de caza será mas conviniente ;  
Mas si caimán lo ve por su ribera  
Subyéctalo en el agua facilmente,  
Y no tiene dudoso vencimiento,  
Sino cierto, por ser en su elemento.

Y así cualquiera dellos ha por buena  
La peleá del puesto do se cria :  
Quel tigre pasa el río con su pena ;  
Y el caimán, si del agua se desvia,  
O para desovar en el arena,  
O ya para dormir al sol del dia,  
De la manera dicha se aprovecha  
El tigre, cuando ve su suerte hecha.

Los huevos como de ánsar y mayores  
En el arena deja sepultados,  
Adonde con la fuerza de calores,  
Sin los ver el caimán, son animados :  
Toman en ellos gustos y sabores  
Los indios, aunque sean empollados,  
Y aun si lo matan, como cosa buena,  
De carne del caimán hacen su cena.

Y también en hambrienta pesadumbre  
Alguna vez le fué manjar acedo  
A quien nunca lo tuvo de costumbre  
Ni pensó de se ver en tal aprieto;  
Pero la hambre pone dulcedumbre  
En lo que careció de tal efeto:  
Aconteció también desta comida  
Quedar no pocos hombres sin la vida.

No vino sin aqueste detrimento  
Campo del español en la jornada  
Que entonces hizo del descubrimiento  
De aqueste nuevo reino de Granada,  
Cuando por falta de mantenimiento  
La gente se sentía fatigada  
Junto del río Grande, donde agora  
Llaman los cuatro brazos y la Tora.

Allí para pescar mas á provecho,  
Un Juan Rodriguez Gil con un anzuelo,  
Con temor del caimán que por asecho  
Al que se descuidó pescó de vuelo,  
Había cierta barbacoa hecho  
Dos varas de medir alta del suelo,  
Pareciéndole que por esta vía  
Ningun riesgo de muerte correría.

Llegóse con las aguas ocultado  
El vorace caimán á la ribera,  
Y embistiendo con ellas el tablado,  
La cautelosa cola sacó fuera,  
Dando con ella golpe tan pesado  
Que derribó por tierra la madera:  
Al instante volvió la boca brava,  
Mas no pudo pescar al que pescaba.

Pues aunque se mojó con la tormenta  
Del agua que el caimán echó por alto,  
No le tocó la cola con que tienta  
Para cebar la boca hacer salto,  
Y el Juan Rodriguez hoy día me cuenta  
Cómo turbado deste sobresalto,  
Con las manos y con los piés estriba,  
Huyendo dél por la barranca arriba.

Después que derribó la barbacoa,  
Viendo que le faltó tan buen bocado,  
El cuerpo descubrió como canoa  
No lejos de la orilla sobre aguado:  
Acude luego Cristóbal de Roa,  
En puntería bien ejercitado,  
Y con el fuego que otras armas cala  
En las entrañas le metió la bala.

Al profundo del agua se metía,  
Y brevemente se mostraba fuera;  
La cola y la cabeza revolvía  
Como si con alguno compitiera:  
Finalmente, lo vieron otro día  
Ya muerto y al través en la ribera,  
Con un olor de almizcle que dél nace  
Pesado ya por ser tan eficaz.

Fué luego por el español abierto  
Para lo sepultar en el archivo,  
Pero por el hambriento desconcierto  
El dragon se mostró vindicativo,  
Matando muchos mas después de muerto  
Que pudiera matar estando vivo,  
Porque sobre sesenta perecieron  
Que de las carnes del caimán comieron.

Pudérámos, contando semejantes  
Trabajos, consumir algunos dias;  
Mas quiérome volver adonde antes  
Dejé las españolas compañías;  
Las cuales ya del río van distantes,  
Procurando volver mediante guías  
Al mar de Santa Marta y á su tierra,  
Atravesando la cercana sierra.

Alguna poblacion se descubría,  
Y algun oro del bárbaro vecino,  
Mas para bestias por ninguna vía  
Pudieron hallar cómodo camino;  
Y así volvieron por do ya sabia  
Sus dormidas el campo peregrino:  
Vieron su Santa Marta deseada,  
Pero halláronla toda quemada.

Pues como fuese fábrica pajiza  
Y del calor sequisimas las pajas,  
Con ventoso furor que las atiza  
(Y allí son mas continas sus ventajas)  
Presto se convirtieron en ceniza  
De unos y de otros las alhajas;  
Pero recién venidos destas gentes  
Perdieron mucho mas por ser absentes.

Pues no les escaparon vestidura  
Ni aun otras cosas de valor mas lleno;  
Y es así cierto que con la presura  
Quel viento causa y el ardiente feno,  
La mejor amistad al fin procura  
Sacar antes lo suyo que lo ajeno,  
Cuanto mas que quien algo sacar pudo  
Quedó menos vestido que desnudo.

Por levantarse grande torbellino  
A medio día con nordeste viento,  
E ir todos á casa del vecino,  
Donde fué su primer encendimiento  
Cocina de un Armentia, vizcaíno  
Destas casas la mas á barlovento;  
Y así cuando volvían á sus casas  
Los demás las hallaban hechas brasas.

Diceme pues la compañía vieja  
Aqueste fuego ser red barredera,  
Que toda la ciudad hizo pareja,  
Porque tan solamente quedó entera  
La del gobernador por ser de teja,  
Y estar también un poco mas afuera:  
En los cuales incendios contractantes  
Perdieron mercancias importantes.

Vista la destrucción y perdimiento,  
El sabio general puso la frente  
En proseguir aquel descubrimiento  
Para restauracion de aquella gente;  
Mas porque yo me hallo sin aliento,  
Determino, primero que lo cuente,  
Tomar algunas horas de sosiego,  
Y en descansando yo volveré luego.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guías que trajo de los Caribes.

Origen fué de grandes perdiciones  
Para los pobladores de algun puerto  
Faltar á los principios intenciones  
De poner en jurídico concierto  
Aquellas grandiosas poblaciones  
Que con sudor habian descubierto,  
Parando solamente sus deseos  
En el provecho vil de los rancheos.

Pues absortos en esta golosina,  
Lejana de quieta providencia,  
Ninguno por allí se determina  
A la perpetuidad y permanencia,  
Antes sus intenciones encamina  
A muertes, robos, sacos y violencia,  
Sin que gobernador hiciese cuenta  
De poblar, repartir y tener renta.

Y así también sin estos pensamientos  
Sacó Pedro de Lerma sus soldados,  
Que fueron todos mas de cuatrocientos,  
Valerosos y bien aderezados  
De todos militares ornamentos,  
Con mas de cien caballos estremados,  
Siguiéndolo la gente mas granada  
De la que con él vino del entrada.

Mas el obispo, lleno ya de saña,  
No quiso reiterar estos caminos,  
Viendo cómo se daban mala maña  
Para se convertir indios vecinos;  
Antes determinó volver á España  
Con buenos granos de veneros finos,  
Donde por apartarse de consejas  
No quiso mas volver á sus ovejas.

Mas el Pedro de Lerma diligente  
La costa arriba hizo su corrida  
A la Ramada, parte conveniente  
Para llegar á tierra bastecida;  
Y en el valle de Upar metió su gente,  
Provincia ya de todos conocida,  
Caminando por entre las dos sierras  
Hasta que descubriesen nuevas tierras.

Muchos señores desta gente ruda  
Salian con pacífico semblante  
Dándoles el socorro y el ayuda  
Que pretendia nuestro caminante:  
Llegan á Pacabuey, gente desnuda,  
Aunque provincia rica y abundante;  
Caminan hasta ver playa y arena  
Del rio grande de la Magdalena.

Cuyas riberas el cristiano bando,  
Cebados en olor de ricos dones,  
Fué por algunos dias costeando,  
Y descubriendo muchas poblaciones,  
De las cuales algunas, recelando  
Mañas y sutilezas de ladrones,  
A la contraria banda destes rios  
Huian con sus joyas y atavios.

Alguna gente menos recatada  
Por algunos respetos les parece  
Ser mejor no salir de su morada,  
Antes buen amistad y paz ofrece,  
Y aquesta por los nuestros fué guardada,  
Cosa que pocas veces acontece;  
Mas no tomó la gente castellana  
Sino lo quellas daban de su gana.

Alli mediante paz se rehacian  
De cosas necesarias al camino,  
Y de los comarcanos acudian  
A ver á nuestro campo peregrino,  
De los cuales algunos ofrecian  
Preseas de oro bajo y oro fino;  
También daban noticia que adelante  
Habia tierra rica y abundante.

Antonio de Lebrija con Berrio  
Hicieron su corrida mas prolija  
Con algunos soldados de buen brio  
Para poder tener nueva mas fija,  
Y entonces descubrieron aquel rio  
Que de su nombre llaman hoy Lebrija,  
Y alli todas las gentes descubiertas  
Decian que las nuevas eran ciertas.

Afirmaban haber á las vertientes  
De las sierras que lejos parecian  
Crecidas poblaciones, cuyas gentes  
De telas de algodones se vestian,  
Con otras circunstancias convenientes  
A los que tierras nuevas inquirian;  
Mas por no los creer ó por locura  
Perdieron una buena coyuntura.

Pues como ya tuvieron recogido  
De joyas y preseas algun grano  
Con que se mejorase su vestido,  
Determinan volver al Oceano:  
Apartando, segun después se vido,  
Aqueste nuevo reino de la mano,  
Y pudiendo seguir tales carreras  
Entonces por provincias mas enteras,

Y con gente de guerra mas cursada  
En la necesidad y en rompimiento,  
Pues para cualquier áspera jornada  
Uno valia tanto como ciento;  
Pero con todo eso descuidado  
De se perpetuar en un asiento,  
Sino siempre con torpe golosina  
De robar y volver á la marina.

Adonde lo ganado con quebranto  
Perdia tracto poco virtuoso;  
Pero de Pedro de Lerma me espanto,  
Mozo valiente, diestro y animoso,  
No querer ver lo que loaban tanto,  
Siendo de cosas grandes cudicioso:  
En efecto, con ser gente bastante,  
No quisieron pasar mas adelante.

Volvieron á la mar, y dada cuenta  
De lo que les habia sucedido,  
Y en juegos, en amores, compra y venta,  
El despojo robado consumido,  
Como no poseyesen otra renta  
Sino la que cogian del vencido,  
En consulta comun han acordado  
Volver á rebuscar lo vendimiado.

También para ver tierras no sabidas  
Y riquezas del bárbaro vecino;  
E ya teniendo todos prevenidas  
Las cosas necesarias al camino,  
Hubo ciertas palabras desabridas  
Entre los Lermas dos, tio y sobrino,  
Por un fulano Sanctos de Saavedra,  
Que después mala muerte fué su medra.

Al fin el sinsabor desta pendencia  
Al sobrino le pudo dar abierto  
Camino para le pedir licencia  
Para poder salirse deste puerto,  
Y el tio se la dió sin advertencia,  
Pensando su designo ser incierto;  
Mas el Pedro de Lerma con coraje  
A tierras de Pirú hizo viaje.

Acompañólo gente valerosa  
Que gastaron alli hartos otónos:  
Fué Lorenzo de Aldana y Hinojosa  
Y aquel bravo leon Rodrigo Orgoños,  
Y quisieran, segun iba la cosa,  
Irse soldados viejos y bisoños;  
Mas el gobernador les puso freno  
Por no desamparar aquel terreno.

Sobrello castigaron atrevidos  
Con penas y castigos diferentes;  
Mas los cuatro que tengo referidos  
Llegaron á Pirú con otras gentes:  
Son de Almagro y Pizarro recibidos,  
Honrándolos con cargos eminentes,  
Y después en sus bandos y cuestiones  
Cada uno siguió sus aficiones.

Orgoños por sus fuerzas y prudencia  
Fué maese de campo del Almagro;  
Cuyo valor no tuvo resistencia  
En lo que se juzgara por mas agro,  
Y en cualquiera sangrienta competencia  
Su brazo hizo cosas de milagro;  
Y ansi de su virtud y de su lanza  
Almagro hizo grande confianza.

El Lerma no fué menos estimado  
Del Pizarro, que mucho lo queria,  
Pues por su general salió nombrado,  
Y en el cargo mostró su valentia:  
Después dieron á Alonso de Alvarado  
El honoroso cargo quél tenia,  
Por cuya causa Lerma, de corrido,  
Siguió con el Orgoños su partido.

Diego de Almagro hizo dél gran cuenta,  
Por ser sus obras de todo bien dinas;  
Después como batalla se presenta,  
Con las entrañas ya luciferanas,  
Orgoños vió su fin en la sangrienta  
Batalla que se dió de las Salinas,  
Y al Lerma mal herido y en su lecho  
Acabó Samaniego por asecho.

Pero volvamos á Santa Marta,  
Porque nuestro disigno se concluya,  
Donde tenian vigilancia harta  
En que la demás gente no se huya;  
Y ansi el gobernador hizo que parta  
Luego la mayor parte de la suya,  
A descubrir por tierra y con navios  
Por aquel rio Grande y otros rios.

Un Juan de San Martín capitán era,  
Y Juan de Céspedes ni mas ni menos,  
Con ciento y diez soldados, que cualquiera  
Podian igualar á los mas buenos;  
No se llegaron mas en esta era,  
Por haberse huído destes senos  
En barcos y navios, á la fama  
Que de Pirú por Indias se derrama.

Fué Sanctos de Saavedra bullicioso  
 Nombrado capitán de macheteros,  
 Para que por el bosque tenebroso  
 Abriese los caminos y senderos;  
 También para pasar lugar acoso  
 Determinan llevar barcos lijeros,  
 Pues por el río Grande y sus orillas  
 Han de comunicar ambas cuadrillas.

Tres barcos llevan para tal socorro  
 Y para se valer con menos daño,  
 Y para que detrás de punta ó morro  
 Sean á los de tierra desengañó;  
 Son Alonso Martín y Juan Chamorro  
 Capitanes, y Rodrigo Liño:  
 En efecto la principal demanda  
 Era poder pasar á la otra banda.

Porque tenían ya noticia buena  
 Que la tierra cercada de dos ríos,  
 El de Cauca y el de la Magdalena,  
 Se hollaba de grandes señorios,  
 Y cualquier poblacion estaba llena  
 Del pálido metal que son sus pios;  
 Y aun el día de hoy aquel camino  
 Es una pura pasta de oro fino.

En este tiempo vino por prelado  
 Un don Alonso de Robles, cristiana  
 Persona, y hombre bien intencionado  
 Consuelo desta gente castellana;  
 Trajo por provisor cierto letrado  
 Que llamaban el bachiller Viana,  
 Clérigo grave, buen estudiante,  
 Y para gobernar hombre bastante.

Aderezado pues lo conviniente  
 De caballos y militar arreo,  
 El clérigo Viana que presente  
 Se deseaba ver en el rancho,  
 El Lerma lo nombró por su teniente,  
 Conociendo ser este su deseo;  
 Coadyutor Cristóbal de Quiñones  
 Para las criminales ocasiones.

La costa bajo van con gente poca,  
 Y no bien proveída la mochila,  
 Los barcos á meterse por la boca  
 Del río que otros ríos recopila;  
 Y el escuadron de tierra se convoca  
 Para cortar á tierras de Chimila,  
 Y desde allí pasar por gente blanca  
 Hasta poder llegar á la barranca.

Do tienen de esperar la demás gente  
 Que sube por raudales inquietos,  
 Porque por agua y tierra juntamente  
 Procuren de hacer buenos efectos:  
 Rompen pues espesuras, do la frente  
 Segua por juicios mas discretos,  
 Y sin mantenimientos y sin guías  
 Tardaron en salir bien ocho días.

Viejo valor y el que de nuevo vino  
 Nunca pensó salir de la jornada,  
 Porque con hambre y el sudor continuo  
 La gente se sentía fatigada;  
 Pero mediante Dios y su buen tino  
 Llegaron á la tierra deseada  
 De Chimila, provincia bastecida,  
 Donde hallaron copia de comida.

Después para llegar do pretendía  
 El campo, y á esperar los barcos pare,  
 Río de Ariguani tomó por guía,  
 Y por aquel se fué hasta Cazares:  
 Salen de la montaña que tenía  
 A tierra quel camino les declare;  
 Llegaron por hacer aqueste trueque  
 A las lagunas de Tamalameque.

Los indios de la tierra, como vieron  
 Gentes de quien ignoran pensamientos,  
 En las islas que tienen se metieron  
 Con hijos y mujeres y alimentos:  
 Desta causa los nuestros padecieron  
 Aquello que padecen los hambrientos;  
 Dióse orden en que de paz se trate,  
 Y así dieron comida por rescate.

Apercebidos ya de buenas guías,  
 Prosiguen adelante sus carreras,  
 E ya pasados tres ó cuatro días  
 Vieron del río Grande las riberas:  
 Supieron que las otras compañías  
 Iban días había delanteras;  
 Despacharon canoa de improvisó  
 Con indios de paz que les den aviso.

La canoa que fué, por ser lijera,  
 En menos de dos días los alcanza;  
 Mas ellos en volver do el campo espera  
 Hicieron ocho días de tardanza:  
 Entre tanto Viana, como era  
 Delicado varon y sin usanza  
 De padecer trabajo tan austero,  
 Allí vido su día postrimero.

Hizo la diligencia que es aneja  
 A quien de los presentes se desvía:  
 Conoce su maldad, de si se queja  
 Con las palabras que David decía.  
 Y á San Martín y á Céspedes les deja  
 Los cargos y poderes quel traía:  
 Saavedra recibe descontento  
 De que en ellos hiciese nombramiento.

Este fué gentil hombre de buen gesto,  
 Mancebo generoso de Sevilla,  
 Mas no tan corregido ni modesto  
 Que rehusase siempre la reculla;  
 Y así determinó de estorbar esto  
 Moviendo para ello la cuadrilla,  
 Y á los que vienen en los bergantines  
 También solicitó para sus fines.

Y dijo: «No será razon liviana,  
 Antes juicio de varon discreto,  
 Decir quel nombramiento de Viana  
 Es en sí todo de ningún efeto;  
 Porque Lerma con intencion cristiana,  
 Y á cuyo mandamiento me someto,  
 Quiere que eclesiástico prudente  
 Sea siempre cabeza de su gente.

Aquí tenemos á fray Pedro Zarco,  
 De tan buenos avisos y tan doto,  
 Que de quien manda en tierra y en el barco  
 Puede ser la cabeza y el piloto;  
 Es hombre de valor, de peso y marco,  
 Y como tal le quiero dar mi voto:  
 Que tanto capitán, tanto tronido,  
 No pueden llevar campo bien regido.

A unos pareció bien la demanda,  
 Y en otros también hubo repugnancia;  
 Mas los que Sanctos tiene de su banda  
 Hacían en el caso gran instancia,  
 Y el Céspedes les dijo con voz blanda:  
 «Señores, por ser cosas de substancia,  
 Por hoy el nombramiento se detenga,  
 Y mañana hareis lo que convenga».

El alboroto dicho ya quieto  
 Con lo que Juan de Céspedes les pide,  
 Hablan los capitanes en secreto  
 Con Alonso Martín quel caso mide,  
 Y quedan concertados en efeto,  
 Que Rodrigo Liño los convide  
 En su barco á comer día siguiente,  
 Y á Sanctos de Saavedra juntamente.

Llegada ya la general cubierta  
 Así de feo como de lo bello,  
 Entre los capitanes se concerta  
 El modo que ternán para prendello,  
 Sin haber alboroto ni reyerta  
 De parte de los que le dan resuello,  
 Pues Sanctos de Saavedra, aunque liviano,  
 Tenía mucha gente de su mano.

Pero los capitanes y el Quiñones,  
 Por quien se concertaban estos tratos,  
 Estaban hartos de sus sinrazones,  
 Menosprecios, solturas, desacatos,  
 Y tenellos en tales opiniones  
 Como si fueran unos insensatos:  
 Lo cual ellos con el que los avisa  
 El ojo mayor echan en risa.

Y agora, por estar determinados  
A que se haga dellos justa cuenta,  
Secretamente hablan á soldados  
Que en número serian como treinta,  
De quien vivian ellos confiados  
Ser buenos hombres en cualquier afrenta;  
Y con aviso como convenia  
Esperaban la clara luz del día.

Después que descubrió la frente clara  
Y sus rayos aquel señor de Delos,  
La gente prevenida se repara  
De munición y fraudulentos velos,  
Pues por las apariencias de la cara  
Nadie pudiera concebir recelos;  
Y el Quiñones llamó con gran sosiego  
A Luis de Manjarés que vino luego.

Y díjole: «Señor, es mi demanda,  
Y destos caballeros congregados,  
Que vuestra merced vea la otra banda  
Con dos ó tres docenas de soldados;  
Haga la lista Pedro de Miranda  
De los que por vos fueron señalados:  
Vereis qué poblacion dentro se encierra  
Y qué dispuscion tiene la tierra.

Luis de Manjarés que dello gusta,  
Sin sospechar los trances rigurosos,  
Como le pareció demanda justa  
Nombró treinta soldados animosos,  
Los cuales se metieron en la fusta,  
Y acertaron á ser los sospechosos:  
El Alonso Martín les pasó el río,  
Y luego se volvió con el navio.

Vuelto Alonso Martín, llegó Liñaño  
A Sanctos que sospecha no tenia  
De donde le pudiese venir daño,  
Y díjole: «Holguémonos un día  
De cuantos trabajamos todo el año,  
Y vuestra merced tenga compañía  
A estos caballeros y soldados,  
Que son en mi navio convidados.

»Bien veo mi convite no ser dino  
De personas de vuestras cualidades,  
Pero no faltará bizcocho y vino  
Guardado para las necesidades:  
También tenemos lonjas de tocino,  
Y demás desto buenas voluntades,  
Cecinas y tasajos de ternero,  
Y si quisierdes mas por buen dinero.»

Riöse Saavedra como angosto  
De sienes, y aceptó mala comida,  
Porque no le sabia mal el mosto  
Con quel dicho Liñaño lo convidá;  
El cual no lo gustó, pero su costo  
No menos se pagó que con la vida:  
Entró pues el mancebo sin ventura  
En el barco que fué su sepultura.

Tenian como suele comunmente  
Debajo la toldeta mesa puesta;  
En medio le hicieron que se asiente,  
Mas no para hacelle mayor fiesta,  
Pues Juan de Céspedes incontinente  
Asió del arma quel hacia presta;  
Cargaron cuantos son á la batalla  
Del espada que nunca quiso dalla.

Céspedes le requiere muchas veces  
Le dé las armas sin gastar razones;  
Responde: «No os conozco por jueces,  
Sino solo á Cristóbal de Quiñones;  
Porque vosotros sois unos soeces,  
Villanos y de malas intenciones».  
Al fin Quiñones le tomó la espada  
La guarnicion torcida y aun quebrada.

Oyendo los de tierra las recuestas,  
Acuden todos con sus municiones;  
Mas Alonso Martín tenia prestas,  
Con recelo de las alteraciones,  
En su navio copia de ballestas  
Armadas con saetas y arpones;  
Y así tienen por bien estar á raya  
Sin pasar adelante de la playa.

Como pararon los de la ribera  
Viendo las amenazas peligrosas,  
Ponen al pobre Sanctos en collera,  
Las manos apretadas con esposas;  
Hacen informacion de cómo era  
Un hombre de costumbres sediciosas,  
Toman de sus delitos seis testigos  
De aquellos que le son menos amigos.

Hecha la informacion desta manera,  
Mas llena de rencor que de paciencia,  
Quiñones sentenció que luego muera,  
Y el Sanctos apeló de la sentencia;  
Mas como la pasion fué medianera,  
No le bastó razon ni diligencia:  
Finalmente, fué muerte de garrote  
La paga del convite y el escote.

Confesó con un padre lusitano,  
Viendo de sus contrarios el intento,  
Y no tener amigos á la mano  
Que mitigasen este movimiento:  
Murió como católico cristiano  
Y grandes muestras de arrepentimiento,  
Y aunque en morir fué poca la tardanza,  
Dió de su salvacion buena esperanza.

A tierra lo sacó contrario bando,  
Manifestándose nuevos editos,  
Con voz deregonero pregonando  
No sé qué desvergüenzas y delitos,  
Para que los subjectos á su mando  
Supiesen que constaban por escritos:  
Dejáronlo sobre la arena blanda,  
Hasta venir los de la otra banda.

Después que Manjarés ovo venido  
De donde fué con treinta compañeros,  
Tomó tanta pasion cuando lo vido,  
Que llamó de bellacos, carniceros,  
Cuantos en lo matar habian sido,  
Alevosos y malos caballeros,  
Y que sin quedar uno ni ninguno  
Lo hará conocer á cada uno.

Mostró cada cual dellos sentimiento  
Oyendo las palabras atrevidas,  
Y quisieran ponelles escarmiento  
Si pudieran hacello sin heridas;  
Mas disimulan el atrevimiento,  
Por no perder allí todos las vidas,  
Pues si se comenzaran los maitines  
Sus horas no tuvieran buenos fines.

Porque todos los mas del estandarte  
Sentian de lo hecho grave pena,  
Y el Manjarés tenia de su parte  
La gente principal y la mas buena:  
Y así, viendo la cosa de mal arte,  
Su disimulacion quedó mas llena,  
Poniendo de por medio su cordura  
A la temeridad y a la soltura.

San Martín y Cristóbal de Quiñones  
Riñen á Manjarés su desatino  
Debajo de amistad, y sus razones  
Bastaron á metello por camino;  
Y así se quietaron corazones  
Dispuestos a terrible torbellino,  
Y pasada la furia deste fuego,  
Nunca tuvieron mas desasosiego.

Antes pues que la noche se viniese,  
Por todos sus amigos se procura  
Que al miserable cuerpo se le diese  
Cubierta de terrena sepultura,  
Y allí fray Pedro Zarco que hiciese  
Lo que debe hacer el docto cura;  
Al cual no le faltaba sentimiento  
Por ser la causa de su perdimiento.

Llevó su cuerpo gente generosa  
Al sepulcro que ya tienen abierto  
Debajo de la ceiba mas umbrosa  
Que pudieron hallar en aquel puerto;  
Y encima del sepulcro ponen losa,  
Por donde su lugar fuese mas cierto,  
Para lo trasladar en algun día,  
Y allí pusieron letra que decia:

Aquí vió postero día  
Un Sanctos de Sayavedra :  
Queda debajo esta piedra  
Muerto por quien lo temia.  
No hace su causa blanda  
Ni carece de demencia  
El que toma competencia  
Con la persona que manda.

A las exequias tristes dados fines,  
Otro día después deste siguiente,  
En orden se pusieron bergantines  
Y embarcan los caballos y la gente,  
Para poder pasar á los confines  
De la ribera que tienen enfrente,  
Que después se llamó de Cartagena,  
Entrel río de Cauca y Magdalena.

Estando todos ellos en la banda  
De tierra que tenían por mas harta,  
Junta de capitanes que los manda  
Ordena que la gente se reparta :  
Van los de tierra pues en su demanda ;  
Vuelven los de la mar á Santa Marta,  
Donde de los rancheos que habían hecho  
Llegaron todos con algun provecho.

Los otros van por entre los dos rios,  
El Grande y el de Cauca, que se llama  
Hoy de San Jorge, cuyos señorios  
Fueron mucho menores que la fama,  
Pues no ven tanta copia de buhios  
Cuanto noticia de indios encarama ;  
Mas si pasaran el de Cauca sanos  
El Cenu les hinchiera bien las manos.

Adonde después los de Cartagena  
En tierra de compás inhabitable,  
Hallaron, sin haber natural vena,  
Riqueza de valor inestimable,  
En sepulturas, de que estaba llena,  
Con mortandad á vivos agradable ;  
Pues hubo de lo que por cuenta vino  
Setecientos mil pesos de oro fino.

Mas estos, puesto caso que noticia  
Alguna se les dió destas culturas,  
No les fué la fortuna tan propicia  
Que cayesen en estas sepulturas ;  
Antes los consumía la malicia  
De malos aires, grandes espesuras,  
En cuyos arcabucos y conveses  
Gastaron mas espacio de ocho meses.

En montes era la mayor sustancia,  
Garrapatas, mosquitos y otras plagas,  
Y destas ocasiones abundancia  
De crúeles y encanceradas llagas,  
Adonde no prestaba vigilancia  
En abrasallas con ardientes dagas :  
Ansimismo do quiera que dormian  
Murciélagos en vida los comian.

Demás de no hallar mantenimiento,  
Faltábales la sal, y es una cosa  
Que no causa pequeño detrimento  
En gente de salud menesterosa,  
Pues de faltas en un descubrimiento  
Es aquesta la mas pernicioso,  
Y así los cuerpos en aquellos puertos  
Se hinchén de gusanos sin ser muertos.

Saliales á todos mucho grano  
Con las alteraciones de un devieso,  
Y dentro molestisimo gusano,  
Aspero, peludillo y algo grueso :  
Da voces y gemidos el mas sano,  
Por ser aquel dolor en gran exceso,  
Hasta que ya cayeron en la cura,  
Que fué facil y no de mucha dura.

Pues de diaquilon un parche hecho  
Sobre la hinchazon y carne flaca,  
Hace la fuerza del tanto provecho,  
Que la mitiga y el gusano saca :  
El duro torondon queda deshecho,  
La pena quita y el dolor aplaca ;  
Y alguno me vendió por manifiesto  
Que falta de la sal causaba esto.

Y aun aqueste mortal inconveniente,  
De que los racionales se quejaban,  
La bestia caballar también lo siente,  
Pues los caballos todos se pelaban ;  
Comen y roen con rabioso diente  
Cueros, ropas y cosas que topaban,  
Hasta lamer con esta golosina  
La tierra do derraman el orina.

Como se viesén pues menoscabados  
Muchos caballos y españoles muertos,  
En un parecer son determinados,  
Y fué volver á los marinos puertos :  
Flacos, perdidos, mal aderezados,  
Pusieron en efecto los conciertos :  
Balsas por ellos hechas dan avio  
Para pasar el caudaloso rio.

Pasaron sin que hallen resistencia,  
Y á Santa Marta por aquel instante  
Enviaron de la real audiencia  
Un oidor, que fué el doctor Infante,  
Para tomar al Lerma residencia ;  
El cual halló la tierra de menguante  
Y al gobernador García de Lerma  
En cama, su persona mal enferma.

Aquesta residencia proveida  
Se hizo pregonar luego que vino,  
Mas apresuró Lerma su partida  
Para la dar ante el juez divino,  
Huyendo los trabajos desta vida  
Por pasos de católico camino :  
Quedando por su fin desconsolados  
Todos estos vecinos y soldados.

Por ser en sus costumbres tan modesto,  
Que no supo, con ser un hombre claro,  
Decir mala crianza ni denuesto,  
Ni quiso de sus bienes ser avaro ;  
Fácil en perdonar, y demás desto  
Los pobres lo tenían por amparo :  
Allí tuvo de oro buena suerte,  
Pero sin él al tiempo de su muerte.

Ordenan pues aquel enterramiento  
Los hombres nobles y el doctor Infante,  
El cual fué con mas tierno sentimiento  
Que con vistosa pompa ni pujante ;  
Y encima del humilde monumento  
Puso dos versos un estudiante,  
Cuyas palabras breves y fúestas,  
Segun algunos dicen, fueron estas :

*Terrestri lecto dormis nunc optime Lerma  
At tua non somno fama sepulía manet.*

En esta terrestre cama  
Duermes, García de Lerma ;  
Mas no conviene que duerma  
En ella tu buena fama.

Quando venian pues los del entrada  
Buscando de comer por el camino,  
Los visitó con paz enmascarada  
Alonso, principal indio ladino,  
Persona por allí bien señalada,  
Que de Tamalameque fué vecino ;  
Y este les dijo si querian grano  
Fuesen á Sopatin, pueblo cercano.

Y aunque tenían poco de presente,  
Suplirian los indios su penuria,  
En tanto que pasaba la creciente,  
Por entrar el invierno con gran furia :  
Entró pues en acuerdo nuestra gente  
Sin sospecha de padecer injuria,  
Y acordaron por no ser tan molestos  
De que se repartiessen en dos puestos.

En cumplimiento pues de lo que hablo  
Se reparten los pobres peregrinos :  
El Céspedes al valle del Diablo,  
Donde los huracanes son continos,  
Poniéndole los nuestros tal vocablo  
A causa de los muchos torbellinos ;  
Y también dicen que Diego de Almonte  
Luchó con él en este mismo monte.

Pues en una labranza de aquel suelo  
 Recogiendo virtud para la panza,  
 Se vino contra él un indizeulo  
 Diciendo: «No me cojas mi labranza».  
 Sobre lo cual los dos andan al pelo  
 Un rato, que no fué poca tardanza;  
 Y el Almonte, con ser hombre bastante,  
 Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha  
 A los principios bien pensó amarrallo;  
 Pero fuéle tormento de garrucha,  
 Y por bueno tuviera ya dejallo,  
 Porque durante la terrible lucha  
 Vido cómo tenía piés de gallo.  
 Dijo: «¡Jesus! Jesus!» y en el momento  
 El indizeulo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada  
 A las débiles voces y al gemido:  
 Hallaronle la cara rasguñada,  
 Ajeno de sus fuerzas y molido;  
 Y siendo la razón investigada,  
 Dijo lo que le había sucedido;  
 Y tiene hijos hoy aqieste hombre  
 En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene  
 Céspedes do después sucedió esto,  
 Y porque tal renombre no conviene,  
 Val de San Bartolomé le fué puesto,  
 El cual renombre de presente tiene,  
 Y el otro se quitó por ser molesto;  
 Pero, pues acabamos el digreso,  
 Justo será volver á mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante  
 En Sopatín entró, pueblo cercado  
 De ciénagas que tiene por delante,  
 Bien proveídas todas de pescado:  
 Mostraronle los indios buen semblante,  
 Mas él siempre vivía recatado,  
 Tanto, que por los ver apercebidos  
 De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,  
 Cercados de agua, faltos de comida,  
 Envían á buscar mantenimiento  
 Cuatro mancebos en edad florida,  
 Que por el agua van, con detrimento  
 Y no con poco riesgo de la vida,  
 A cierta población que está frontera,  
 Sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié ligero,  
 Y un Ocamo llevaba piés bestiales;  
 Mas antes de tomar pueblo frontero  
 Los cercan con sus barcas naturales,  
 Embistiendo con Pedro Cocinero,  
 Uno de los soldados principales;  
 Y el ímpetu fué tal y tan violento,  
 Quel misero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura  
 Apercibirse para su defensa:  
 El ánimo sobró, faltó ventura  
 Para que les suceda como piensa,  
 Porque su vida fué de poca dura,  
 Por ser los indios cantidad inmensa;  
 Y así fueron los miseros vencidos,  
 Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,  
 Maldicen sus trabajos y fortuna,  
 A causa de que no les fué posible  
 Podellos socorrer en la laguna,  
 Y el riesgo do se vian ser terrible,  
 Sin hallar de canoas sino una  
 Capaz de dos personas solamente,  
 Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese  
 Con dos valientes mozos nadadores,  
 Para que Juan de Céspedes viniese  
 A los librar de pérfidos traidores;  
 La cual determinaron que saliese  
 Cuando faltasen claros resplandores:  
 Fué pues en ella Francisco Salguero  
 Con un Pedro Martín su compañero.

A hoga que no sienten los oídos,  
 En el plan las espadas sin rodela  
 Caminan, y desnudos de vestidos,  
 Con el obscuro nubló que los ceta;  
 Pero con todo esto son sentidos  
 De barbaros que hacen centinela:  
 Tocaron cuernos, dan grandes clamores,  
 Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos  
 Oyeron el ruido y estampida,  
 Al Salguero contaban con los muertos,  
 Y al buen Pero Martín no daban vida:  
 Salieron mil canoas de los puertos  
 Contra los que se ponen en huida,  
 Los cuales viendo ya tales estremos  
 Acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa  
 A nado van los dos vía derecha,  
 Huyendo del clamor que los espanta  
 Y hace su carrera mas estrecha:  
 Al Salguero hirieron en la planta,  
 De la cual luego se sacó la flecha;  
 Al fin cada cual dellos persevera  
 Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia  
 Y riesgos y trabajos no crederos,  
 Encaminan sus pasos al estancia  
 Donde estaban los otros compañeros,  
 Que sería seis leguas de distancia,  
 Atravesando ciénagas y esteros:  
 Llegaron pues á do se representa  
 Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,  
 La cual no fué de flecha venenosa;  
 Y la necesidad reconocida  
 Do la tardanza fuera peligrosa,  
 El Céspedes abrevia su partida,  
 Que punto de la noche no reposa,  
 Sino que por camino mal seguro  
 Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento  
 De aquel que su victoria regocija,  
 Entró con belicoso rompimiento,  
 Sirviéndole la noche de cubija:  
 El cacique huyó de su aposento,  
 Pero prendieron la mujer y hija,  
 Y estas mujeres dos fueron capaces  
 Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día  
 Para las rescatar con algún trueque,  
 Diciendo que si mal se les hacia,  
 Era por indios de Tamalameque,  
 De los cuales Alonso fué la guía,  
 A quien reconocían por su jeque;  
 Y que creyesen y estuviesen ciertos  
 Quel no tenía culpa de los muertos.

Vió pues el San Martín blanca bandera,  
 Y conoció por ella buen efeto:  
 Dió las gracias á Dios por verse fuera  
 Del riesgo no dudoso ni secreto,  
 Porque si Céspedes no socorriera,  
 Dudaban escaparse del aprieto:  
 Al fin durmieron juntos, y otro día  
 Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,  
 Y diéronles también comida harta,  
 De que hicieron buen matalotaje,  
 Mandando que por orden se reparta:  
 Prosiguieron después aquel viaje  
 Que se llevaba para Santa Marta;  
 Y eso me da en rodeos que en atajos  
 Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,  
 Al tiempo que llegaron al Dorsino  
 Supieron de la muerte acelerada  
 De Lerma y residencia que le vino,  
 Fué nueva para ellos tan pesada,  
 Que cierto se volvieron del camino,  
 A no saber allí toda la sierra  
 Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióles obra de villanos,  
Sin uso de razon y gente dura,  
No ir á socorrer á sus hermanos  
En esta peligrosa coyuntura;  
Pues si vinieran indios comarcanos  
Abrieran para todos sepultura:  
Llegaron pues setenta de los ciento  
A tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,  
Y el golpe de la bolsa fué ligero,  
Por llegar menos llena que vacia;  
Pero toda la pena fué dinero,  
Porque el doctor Infante mas lo habia  
Por las botas que por el escudero;  
Y ansi por vellos flacos de costilla  
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera  
Con gente y armas bien aparecebido  
Al diestro capitán Juan de Ribera,  
Que nunca revolvió ni mas lo vido,  
Por ser de Fedrimán en su bandera  
Con sus soldados todos detenido,  
Segun mas largo tengo declarado  
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia  
A tierra de caribes dirigido  
Un cierto capitán dicho Mejia,  
Su deudo, que con él era venido;  
El cual dentro del tiempo que queria  
Volvió de muchos indios proveido,  
Y ansi como si fuesen de Etiopia  
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,  
Por faltar militares aderezos,  
Mas puso para ello de su mano  
Por justicia mayor un Anton Bezos,  
Que reconcilió lo mas cercano  
Y deshizo no pocos estrompiezos;  
El cual, aunque tenia feo nombre,  
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron ansi desta manera,  
Con subyeccion del ordinario yugo,  
Hasta tanto que por aquella era  
Al gran emperador don Carlos plugo  
Dar por gobernador desta frontera  
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,  
Del cual quiero tractar; mas determino  
Descansar al principio del camiao.

## ELEGIA IV.

*A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.*

### CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,  
Desembarcarse gente chapetona  
En las regiones indicas do moro,  
Con gran autoridad en su persona,  
Y cómo piensa luego cargar oro  
En virtud de lo mucho que blasona,  
Y otros que truecan para volver ricos  
En cueras y jubones los pellicos.

Y ansi muchos ocupan los navios,  
Para mas adornar el mortal vaso,  
De calzas, gorras, plumas y atavios  
De terciopelo, tafetán ó raso,  
Que para las entradas son baldios,  
Y de quien bosques hacen poco caso,  
Porque para romper el espesura  
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende  
Los negocios de Indias, y en España  
Como si fuese pura verdad vende  
Lo que sabemos ser acá patraña;  
Y no sé con qué excusa se defiende  
Aquel que tantos miseros engaña,  
Haciéndoles creer que donde vino  
Dejó montes cubiertos de oro fino.

T. IV.

Y ansi por mejorar su pasadia  
Vienen mil hombres á peor estado;  
E yo sospecho que por esta via  
Fué don Pedro Fernandez engañado,  
Persuadido, segun que se decia,  
Por Francisco Lorenzo del condado,  
Que de los de Bastidas fué primero,  
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada  
Con Céspedes, varon de cuyos hechos  
En este nuevo reino de Granada  
No pueden sus enojos ser estrechos:  
Dejó generacion multiplicada,  
Que por herencia tiene sus provechos,  
Ganados con valor de su persona  
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento  
Y fama de la hermana de Maria,  
El don Pero Fernandez, cuyo intento  
Fué siempre de cristiana hidalguia,  
Demandóla por adelantamiento,  
Demás del de Canaria que él tenia:  
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,  
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,  
Como coadyutores del armada,  
Luis Bernal y Gomez de Corrales  
O del Corral, persona señalada,  
Y Albaracín con otros principales,  
Que fueron de la gente mas granada,  
Deste reino también descubridores,  
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos  
Con otros treinta y cinco de la era,  
Con mas de mil soldados escogidos  
Procuró de pasar esta carrera,  
Con tantas variedades de vestidos  
Como flores produce primavera:  
Capitanes, alféreces, sarjentos  
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,  
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,  
Y de lo ver con cargo semejante  
A ninguno del campo le desplugo;  
Pero, como diremos adelante,  
Para su padre cuasi fué verdugo  
En lo dejar sin oro ni vajilla,  
Huyendo dél la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Varon en varias letras señalado,  
El cual por su valor en el espada  
Pudo llegar á ser adelantado  
En este nuevo reino de Granada;  
Y sé decir quel adelantamiento  
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina  
Por maese de campo se pregona:  
Don Diego Sandoval en él resina  
El cargo con que vino su persona;  
Fué capitán por ser persona fina  
Ansimismo don Diego de Cardona;  
También lo fué Diego Lopez Haro  
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando tenia  
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,  
Cada uno con su capitania  
Y en ellas valerosos caballeros,  
Que tela de oro y plata los cubria,  
Donde gastaron suma de dineros:  
Vinieron otros hombres eminentes  
De los cuales muy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,  
Pero Niño y Bartolomé Camacho,  
De cuyo valor mucho que se diga  
Se dirá con verdad y sin empacho,  
Pues cualquier dellos en mortal fatiga  
Varon insigne fué con ser muchacho:  
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,  
Terror grande de musos y de panchez.

49

Vive también Pero Rüz García,  
Paredes Calderon, aquel de Ronda,  
En cuyo merecer la musa mía  
No puede hallar fondo con su sonda;  
Ve Juan Rodríguez Parra nuestro día,  
Y con los que se ven á la redonda  
Hay Juan Rodríguez Gil, á cuyos hechos  
Se deben grandes colmos de provechos.

Hay vivos Castro y Silva, lusitanos,  
Los cuales para todos hechos buenos  
Nunca sus fuertes y veloces manos  
Tuvieron encerradas en los senos;  
Manchado y Salamanca, ya muy canos,  
De enfermedad y de miseria llenos,  
Con un Anton Rodríguez de Casalla  
De manos prestas á cualquier batalla.

Viven algunos otros querellantes  
De los jüeces y gobernadores,  
Por dar á los malsines y chocantes  
Los ajenos trabajos y sudores,  
Y verse de señores mendicantes,  
Y ver los mendicantes ser señores,  
Con ser descubridores y guerreros  
En este nuevo reino los primeros.

También las herederas de defuntos  
Tienen por acertadas ordenanzas  
Que sean juveniles los trasuntos  
De los que las dejaron con puñanzas,  
Teniendo por mejores estos puntos  
Que las primeras puntas de las lanzas;  
Y en sus moradas lo que mas importa  
Es ver calza follada y capa corta.

Mozelos son los que con ellas valen,  
Y el que era rompe-poyos es un Fúcar,  
Y quieren que los curen y regalen  
Con guisadillos hechos con azúcar;  
Mas quíerome volver á los que salen  
De los puertos y barras de Sanctiúcar,  
Para se proveer en las Canarias  
De muchas otras cosas necesarias.

El número mayor de gente viene  
En itálicas guerras instruída,  
E ya la isla Tenerife tiene  
La cantidad que digo recogida;  
Y á todos les parece que conviene  
Apresurarse para la partida,  
Convidándolos con aviamiento  
La bonanza del mar y largo viento.

Las áncoras del limo se despegan;  
Pusieronse las velas en concierto;  
Con viento procelífero navegan  
Por altas ondas y por mar abierto,  
Y dentro de cuarenta días llegan  
A la querida Marta y á su puerto,  
Tendidas por las gávias y otras partes  
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Lucen las sedas, granas, perpiñanes,  
Disparan tiros, tócanse trompetas:  
Vereis luego de damas y galanes  
Llenos bordos, cubiertas y jaretas;  
Los soldados, sárjentos, capitanes,  
Con plumas de avestruces y garetas;  
Miran por la ciudad mozos y mozas,  
Y no ven sino mal paradas chozas.

Mas vieron pasear por la ribera  
Mozo gentil en Málaga nacido,  
Que se dijo Gonzalo de Cabrera,  
Soldado del ejército florido,  
Que les cayó á la mar andando fiero,  
Y no pudo ser dellos socorrido,  
Porque por ser aquel tiempo terrible  
Amainar presto no les fué posible.

Cubríanlo los mares encumbrados,  
Y así ruega la gente descontenta  
A Dios que le perdone sus pecados,  
Que de su vida no hicieron cuenta:  
El joven con los ojos levantados  
Al cielo da clamores y se alienta,  
Rodeado de grave desconsuelo,  
Porque ya no ve mas que mar y cielo.

Mas llama la limpísima Marta,  
Estrella de la mar y lumbré nota,  
Y así lo socorrió, pues aquel día  
En demanda venía desta flota  
Un rico galeon de mercancia  
Y por los mismos rumbos y derrota:  
Enfrente se le pone y al encuentro,  
Y con santo favor lo metió dentro.

Las otras alcanzó por ser lijera,  
Y allí las saludó segun su fuero,  
Sin les manifestar en la carrera  
La recuperación del compañero,  
Porque luego tomó la delantera  
Y en Santa Marta se ancló primero  
Dos días, y el armada ya venida  
Admiración causó vello con vida.

Desembárcanse luego los gentiles  
Hombres con bizarrías y primores,  
Que todos eran Héctores y Aquiles  
Y aun en las apariencias muy mejores:  
Tocan altos y bajos ministriles  
Los pifaros y cajas de atambores;  
Por orden se componen las hileras,  
Tendidos estandartes y banderas.

Hierven los militares ejercicios,  
Briosos los mancebos y los canos;  
Caminan sin tumulto ni bullicios,  
En orden, con las armas en las manos,  
Al templo de los santos sacrificios  
A dar gracias á Dios como cristianos:  
No pueden espresar breves cuadernos  
Las galas con que salen los modernos.

Los antiguos con sus camisetillas,  
Tan delgados de zancas y pescezos,  
Que pudieran contalles las costillas,  
Arrinconados con el Anton Bezos,  
Contemplaban aquellas maravillas  
De trajes y costosos aderezos;  
Mas la contemplacion no fué sin mofa,  
Como gente de no menor estofa.

Ni mas ni menos á recién venidos  
Les parecia ver embalsamados  
Cuando vian los rostros perendidos,  
Vieniendo todos ellos colorados:  
Al fin burlaban de los mal vestidos,  
Y esotros de los bien aderezados,  
Considerando que la dura hambre  
Había de ojear aquel enjambre.

No se vió mejor rato de alegría  
Al tiempo quel alarde se miraba  
Que oír á Manjarés lo que decía  
Y disimulacion con que hablaba,  
Aquel descuido con que respondía  
A quien alguna cosa preguntaba,  
Diciendo: «Yo no correré con gente  
Que trae tantas plumas en la frente.

» Pues si quíeren subir un alto monte  
O desechar un reventon acaso,  
Cada uno será Belerofonte  
Ayudado de plumas de Pegaso,  
Y podran rodear un horizonte  
Sin sudar cuera ni jubon de raso:  
No yo que siempre subo por escalas,  
Y flacos alpargates son mis alas.

Uno decía y acudían todos,  
Picando cada cual con su facecia  
Por satíricos y dolosos modos,  
De que en las Indias cada cual se precia,  
Y Pedro de Madrid con sus apodos  
Cuya dicecidad nada fué necia:  
Aqueste fué de Eraso muy pariente  
Y en dichos repentinos escelente.

Hombre de guerra fué y hombre de plaza,  
Pero yo digo que sus apotemas  
Si lengua torpe no los despedaza  
Bien merecen tener sillas supremas;  
Hoy posee su hijo Pedro Daza  
Sus suertes que no son de las estremas;  
Mas á la trisca vuelvo de aquel día,  
Donde por todos ellos se decía:

Este se huella bien, aquel ya tiesto,  
Este como rocin hace corvetas,  
Aquel segun las muestras de su gesto  
Ha poco tiempo que dejó las telas;  
Mas yo bien creo que bailarán presto  
A su pesar al son de las gambetas,  
Cuando ya sin vigor y sin aliento  
Les haga dar vaivenes flaco viento. »

Quiñones, que no tan liviano pisa,  
Decía como cuerdo caballero :  
« Mas es para llorar que para risa  
Tanto bueno venir al matadero :  
Quedará quien viviere sin camisa,  
Sin humano favor y sin dinero :  
Pues cada uno dellos, cuerdo ó loco,  
En se valer así no hará poco. »

Las triscas y las mofas acabadas,  
El Anton Bezos con el regimiento  
Dieron á las personas señaladas  
Segun sus pobres fuerzas aposento ;  
Y los demás tomaron por posadas  
La claridad del sol y el fresco viento ;  
Después junto del mar y sus resacas  
Formaron muchos toldos y barracas.

Muchas dueñas con dones peregrinos  
En estos pobres toldos se metieron,  
Y digo peregrinos ó marinos  
Porque dentro del mar se los pusieron ;  
Acudian allí de los vecinos  
A conversar, mas ellas les dijeron :  
« ¿ Dónde está la ciudad rica por fama  
Que Santa Marta dicen que se llama ?

» Y vosotros, vecinos sin provecho,  
¿ Cómo podeis vivir desta manera  
En chozuelas cubiertas con helecho,  
Y quel viento menee la madera,  
Una pobre hamaca vuestro lecho,  
Una india bestial por compañera,  
Curtido cada cual, seco, amarillo,  
Como los que castiga Peralvillo ?

» Si por ventura es el mas decoro,  
Segun las casas son y vuestra ropa,  
El diablo se lleve vuestro oro  
Y á vosotros también de proa á popa ;  
Pues cieno veo yo, que no tesoro.  
Adonde los vestidos son de estopa :  
No veo yo delante de mi cara  
Gente con algarate y antipara. »

Respondió Manjarés que está presente :  
« Señoras, la ciudad es invisible,  
La cual tiene muralla trasparente  
A los grandes calores conveniente,  
Y mas para recién venida gente,  
El ardor de la cual es insufrible ;  
Tampoco podreis ver los aposentos  
Porque son hechos por encantamentos.

» En lo demás de nuestras vestiduras,  
Carnes curtidas secas y mal puestas,  
Podríamos usar de bordaduras  
Y poner en las gorras largas crestas ;  
Mas somos caballeros de aventuras,  
Que siempre caminamos por florestas  
Donde las guáduvas y las yaurumas  
Quitarían las gorras y las plumas.

» Y ningunos podrían ser correos  
Lijeros para ir tras una huella,  
Adonde se celebran los torneos  
Y el baul ó la haba se desuella,  
Porque todos corremos con deseos  
De fajar con Angélica la bella  
Y metelle las manos por los senos  
Do se suelen ballar joyeles buenos. »

En tanto que estas cosas se reían  
Y las mas necesarias ordenaban,  
Todos mantenimientos descrecían  
Y venideras faltas se lloraban,  
Porque ni los antiguos los tenían  
Ni los recién venidos los hallaban,  
Ni habia do poder cómodamente  
Repartir los lugares esta gente.

Como creciesen pues necesidades  
Y oviese de los aires inclemencia,  
También crecían las enfermedades,  
General corrupción y pestilencia  
De cámaras, de tales cualidades,  
Que no se les hallaba resistencia :  
El buen gobernador desconsolado  
De ver su campo tan atribulado.

El cual viendo lo mucho que le toca,  
Segun suele católico cristiano,  
Con su solicitud, que no fué poca,  
A todos procuraba dar la mano  
Hasta quitar la cosa de su boca,  
Con no se sentir él del todo sano,  
Curando pesadumbres y zozobras  
Con santos dichos y cristianas obras.

Procuró siempre que los sacramentos  
Adminstrasen curas al doliente ;  
Y con que se morían por momentos,  
A los entierros se halló presente ;  
No le faltaban tiernos sentimientos,  
Pues lo que sienten todos él lo siente ;  
Al fin en un angustia tan terrible  
El hizo de su parte lo posible.

Revolviendo mil cosas en su mente,  
Viéndolos padecer desta manera,  
Parecióle ser cosa conviniente  
Salir alguna gente sana fuera,  
Pues todos deseaban ver la frente  
Del indio que defiende su frontera,  
Por ser comun á los que vienen rudos  
Hacer poco caudal de hombres desnudos.

Y así viendo de paz allí delante  
Ciertos caciques, un capitán nuevo,  
Decía : « Voto á tal, á mi montante  
Son dos mil destos muy pequeño cebo,  
Y en cualquiera recuento semejante  
Haré yo lo que digo y lo que debo. »  
Mas no fué menester tan gran partida  
Para perder los fieros y la vida.

Porque haciendo la primer entrada  
Por aquellos lugares mas cercanos,  
Cuando queria dalles cuchillada  
Sus piés no se hallaban tan livianos ;  
Y así no fué montante ni aun espada  
Parte para librallo de sus manos,  
Antes flecha mortal vino volando  
Con quel buen Salazar murió rabiando.

Bebajo pues del celo que se apunta,  
Que fué tomar los mas sanos consejos,  
El don Pedro Fernandez hizo junta  
Ansi de los modernos como viejos ;  
Mas en satisfacer á su pregunta  
Los nuevos no podían ser parejos,  
Pero habló con todos de presente,  
Y así dicen que dijo lo siguiente :

« Caballeros, ya tienen entendida  
Y les consta por públicos pregones  
La causa principal de mi venida  
A estas remotísimas regiones ;  
Es voluntad del rey obedecida,  
Cédulas y reales provisiones :  
Agora es menester que se comience  
La obra quel esfuerzo y fuerza vence.

» Sabeis que en nuestras tierras y reposo  
Teníamos mediana pasadía,  
Y pasamos á Indias deseosos  
De la hallar con mucha mejoría ;  
Mas si quisiésemos estar ociosos  
Nunca podremos ver aqueste día,  
Porque también acá como en España  
Comerá quien se diere buena maña.

» Que sean mis razones pertinentes  
Y sin desproporcion de la materia,  
Estos hidalgos que teneis presentes  
Contarán maravillas de la feria ;  
Pues por ser todos hombres diligentes  
Han podido vencer suma miseria,  
Haciendo nil entradas y salidas  
Para traer con qué pasar las vidas.

»Y tampoco no fué tan limitado  
Lo que cogieron con su buena maña,  
Que si por ellos fuese guardado  
No descansarían muchos en España;  
Mas pensar que majuelo vendimiado  
Por mas que lo vendimien no se daña,  
Hizo tener en poco la riqueza  
Y también esperar mayor grandeza.

»A causa de tener por cosa cierta  
Haber otras provincias estendidas  
Donde no vive gente descubierta,  
Sino gentes cubiertas y vestidas,  
Hanse tomado muchos de la puerta  
Que tienen las entradas conocidas:  
Pues aquesta region que está doncella  
Haremos de morir ó dar en ella.

»Porque, señores, no somos venidos  
A reposar detrás de la cortina,  
Ni conviene que estemos atenedos  
A solamente lo de la marina;  
Pues para buscar reinos estendidos  
La voluntad del rey nos encamina,  
Y también fué mi principal intento  
Engrandecer este descubrimiento.

»Pues aunque se hallara mas entero  
Lo del mar y su gente mas compuesta,  
Ya veis que para tanto caballero  
Es muy pequeña cabalgada esta:  
Terreno con posible de dinero  
Habeámos de buscar, y es lo que resta,  
Donde podamos mejorar estado  
Y quien trabaja viva descansado.

»El viaje será de poca dura,  
Segun da la razon quien lo encidia,  
Y en Dios confio yo que la ventura  
A mi y á todos ha de ser propicia,  
Para que de caverna tan obscura  
Saques á clara luz esta noticia  
Que conyectura ser de gran substancia  
Y no de menos honra que ganancia.

»Pero para que mas aseguremos  
Los puertos que dejamos atrasados,  
Conviene que primero castigemos  
Algunos destos indios rebeldos,  
Y de sus bienes nos aprovechemos:  
Haremos una via y dos mandados,  
Comprando del despojo del salvaje  
Las cosas necesarias al viaje.

»Quedará de tal suerte castigado  
Que cese su molesta pesadumbre,  
Y sabrá quien esta mas alterado  
Que tiene de mudar vieja costumbre;  
E ya sea por fuerza, ya de grado,  
Ha de venir á justa servidumbre,  
Subyectando ciudad, lugar ó villa,  
A la real corona de Castilla.

»Por tanto las guerreras compañías  
Se pongan en el orden conviniente,  
Porque dentro de tres ó cuatro dias  
Vamos á visitar bárbara gente:  
Veremos estas grandes valentías,  
A las cuales yo quiero ser presente,  
Y luego don Alonso Luis ordene  
Aquello que mas viere que conviene.

Por don Alonso la voluntad vista,  
Deseos y mandatos paternales,  
Luego mandó también hacerse lista  
De capitanes y otros oficiales,  
Para que prestos para la conquista  
Tuvieren los soldados principales:  
Echase bandos, tocan atambores,  
Alcahuetes de bélicos ardores.

Capitanes, alférez y sarjentos,  
Ansi modernos como los antiguos,  
Atistaron aquellos ornamentos  
Que suelen en la guerra ser testigos  
Ó de victorias ó de vencimientos,  
Que toman unos de otros enemigos:  
El arcabuz, la lanza y el espada  
Esperaban la hora señalada.

Los treinta y seis corrian de la era  
Demás y aliende de los quinze cientos,  
Cuando de Santa Marta salen fuera  
Soldados cantidad de novecientos,  
Compuestos por el orden y manera  
Que dan italianos documentos;  
Mas en aquella tierra tal alarde  
No puede ni conviene que se guarde.

Ni sufren asperezas que se ordenen  
Hileras ni formados escuadrones,  
Sino que las industrias que se tienen  
Nacen de las presentes ocasiones;  
Ni los indios en rompimiento vienen  
Hasta debilitar los corazones,  
Pues diferentes altos fortifican  
Y desde lejos á su salvo pican.

Y acontece venir un torbellino  
Que se desliza desde los altos  
De galgas como piedras de molino,  
Y aun por la mayor parte son mayores,  
Que barren cuanto topan de camino  
De los que tienen por competidores;  
Y ansi no suelen ser malos avisos  
Al subir de los altos ir divisos.

El campo todo ya sin que se absconda,  
No como lo hacia diestra gente  
Cuando daban en los de la redonda  
Con gran obscuridad tácitamente;  
Porque con clara luz suben á Bonda  
Y en el mayor vigor del sol ardiente:  
Vieron de indios cantidad inmensa  
Con determinacion de su defensa.

Subian con el buen adelantado  
Los caballos por ásperas laderas,  
Haciendo vueltas por el otro lado  
Por no poder subir el escalera:  
Mas Céspedes, en un rucio rodado,  
Que nunca se vió bestia mas lijera,  
Subia por los mismos escalones  
Por donde van sudando los peones.

Estando pues los bárbaros atentos,  
Antes que concluyesen la subida,  
Se les hicieron tres requerimientos  
Con lengua de los indios conocida,  
Para que dejen bélicos intentos  
Y vengan á la paz si quieren vida,  
Subyectando sus pueblos y cabañas  
Al poderoso rey de las Españas.

Los bárbaros con bríos singulares,  
Burlando de las lenguas y las guías,  
Defienden las entradas y lugares  
Con sus acostumbradas valentías;  
Mas Juan de Tapia y Gonzalo Suárez  
Animan sus lustrosas compañías,  
Y Céspedes que nunca quedó falto,  
Hasta poder llegar á lo mas alto.

Piedras y flechas van enboladas  
Sobre quien sube con ligeras suelas;  
Centellas van salir de las espadas,  
Quebrados los escudos y rodellas;  
Abullan cascos duros y celadas,  
Derribanse también dientes y muelas,  
Grecia por momentos la porfia,  
Y cuanto mas duraba mas crecía.

Como si cuando soplan luego prende  
En cantidad de leña viva llama,  
Que tanto mas aquel furor enciende  
Cuanto la ceban mas con seca rama,  
Y con mas fuerza su calor estiende  
Acia la parte donde se derrama,  
Y cuantos mas son los atizadores  
Las llamas y los humos son mayores.

Ni mas ni menos fué cuando subian  
Los nuestros por los pasos referidos,  
Pues unos, otros y otros acudian,  
Y cuantos vienen mas, mas encendidos,  
Hasta dar con los arcos que traian,  
Después de ya los tiros consumidos;  
Pero ya trompezando, ya cayendo,  
Siempre los españoles van subiendo.

Juan de Céspedes sube y arremete  
Al escuadrón que vió mas atrevido,  
Y con aquel valor que se promete  
Los quitó del lugar fortalecido ;  
De españoles quedaron muertos siete ,  
Y Tapia , capitán , muy mal herido  
De una crudelísima pedrada  
Que le llagó la mano del espada.

Después que los peones prosiguieron,  
La gente de caballo se apresura,  
Mas los veloces indios se subieron  
En otras partes de mayor altura,  
Quedando tres ó cuatro que murieron  
Con bala de arcabuz ó jara dura :  
Los españoles van en ese punto  
A la ciudad mayor que tienen junto.

La cual era, según se manifiesta ,  
Alcázar y morada de los reyes ,  
Y la cabeza dicen ser aquesta  
De las que están subyectas á sus leyes :  
Era de grandes casas bien compuesta ,  
Que suelen por allí llamar caneyes ,  
Donde no vieron ánima nacida ,  
Antes de todas cosas ya barrida.

Otra vez con la paz les requerian ,  
Con voces que les eran manifiestas ,  
Las cuales sus oídos ofendian ,  
Teniéndolas por duras y molestas ;  
Y si desde los altos respondian ,  
Son flechas venenosas las respuestas ,  
Tantas , que les hirieron seis caballos  
Sin que pudiese cura remediallos.

Vista pues por el buen adelantado  
La gran protervidad del enemigo,  
Determinó que fuese castigado  
En lo que se pudiese dar castigo ;  
Y así luego mandó ser abrasado  
Por todas partes el lugar que digo ,  
Y los demás que van por las laderas  
Talandoles también las sementeras.

El alférez mayor Anton de Olalla  
Y el capitán Juan Rúiz Orejuela,  
Con cuyas fuerzas en cualquier batalla  
El mas fuerte y el fiaco se consueta ,  
Mandaron á la gente que se halla  
Con mechas , aderecen la candela ,  
Para que se conviertan en ceniza  
Las moradas de la ciudad pajiza.

Fumosas llamas cercan el asiento  
Que sobre muchos otros tiene mando :  
Vuelan luego con gran fuerza de viento ,  
Los bajos y los altos ocupando ,  
Sin que manifestasen sentimiento  
Los indios que su mal están mirando ;  
Mas antes deseaban ver las casas  
Do cristianos entraron hechas brasas.

Por las cercanas villas estendieron  
Las llamas del incendio riguroso,  
Y luego visitaron y corrieron  
A los valles de Cueto y Valhermoso ,  
Con mas los siete pueblos do tuvieron  
Ningun espacio largo ni reposo ,  
Antes desde los altos y peñoles  
Les hirieron algunos españoles.

Y en ciertas angosturas de lugares  
Perecieran enfermos castellanos ,  
Donde con instrumentos militares  
Los acabaran indios comarcanos ,  
Si la virtud del capitán Suárez  
No los quitara vivos de sus manos ,  
Y ansimismo don Diego de Cardona  
Con insigne valor de su persona.

Del hemisferio nuestro retrayendo  
Iba su presurosa luz Apolo,  
Y sus dorados rayos estendiendo  
A las gentes que ven el otro polo,  
Al tiempo que Suárez , conociendo  
Que con su compañía queda solo,  
Procura como capitán discreto  
Sacar á sí y á todos del aprieto.

Porque el adelantado ya camina  
A la parte de Bonda y á sus llanos ;  
Con él van Orejuela y el Urbina ,  
Que siempre los tenia mas cercanos ,  
Con Juan de San Martín , que los atina ,  
Por ser de los mas diestros baquianos ,  
Después de ya dejar incendio hecho ,  
Que fué de mayor riesgo que provecho.

Sabiendo pues Suárez ya ser idos ,  
Porque sin riesgo pasen la gran cuesta  
( Por cuya causa fueron repartidos )  
Entre los españoles contrapuesta ,  
Mandó que suban algo divididos ,  
Por tanta galga como los molesta :  
Finalmente , pasaron sin desmanes  
Donde estaban los otros capitanes.

Para curar algunos del rabioso  
Veneno , dieron luz á las candelas ,  
Y allí para tomar algun reposo  
Asentaron resal y ponen velas ,  
Por descansar el tiempo tenebroso  
Debajo de fieles centinelas ;  
Mas el adelantado no reposa  
Admirado de tierra tan fragosa.

Pasada la nocturna pesadumbre,  
Y Apolo comenzando su carrera  
Mostrando por el alto de la cumbre  
De la nunca domada cordillera  
A la vista mortal aquella lumbre  
Que da mas resplandor en el esfera ,  
El buen gobernador con pena harta  
Determinó volver á Santa Marta :

Llevando por delante los heridos  
De los pestilenciales nocumentos ,  
Cuyas lamentaciones y gemidos  
En él causaban tiernos sentimientos ;  
Y siempre que tocaban sus oídos ,  
Crecian sus fatigas y tormentos ,  
Viendo que sin que lleguen á las manos  
Y sin ver quién , le maten sus cristianos.

Antes de se partir dejó mandado  
Al hijo don Alonso que prosiga  
El castigo que tiene comenzado  
Con gente tan rebelde y enemiga :  
El cual como valiente y esforzado  
No rehusó trabajo ni fatiga ;  
Y así para cumplir sus mandamientos  
Tomó destes soldados ochoientos.

Todos pasaron juntos por Origua ,  
Y después se partió la compañía ,  
El capitán Suarez á Bondigua  
Y el general para San Juan de Guia ,  
Llevando gente de la mas antigua  
Que ya los malos pasos conocia ;  
Y aunque pasos algunos se defienden  
Ambos á dos llegaron do pretenden.

De paz los de Bondigua les salieron  
Por ser su poblacion menos potente ,  
Y al capitán Suárez ofrecieron  
Algunas buenas joyas en presente ;  
Salieron destes pueblos y subieron  
A otra poblacion mas eminente  
En gentes y posible , que se llama  
El valle de los indios de Chairama.

Hombres membrudos, sueltos, bien dispuestos,  
Mas que las otras gentes sus vecinas ,  
Los cuales fueron á las armas prestos  
Cuando vieron venir las peregrinas ;  
Y por aquellos altos y recuestos  
El valle se hundia con bocinas ,  
Hechas de las cañillas de hombres muertos  
Por ellos en aquellos mismos puertos.

Sube por un altísimo collado  
El Suárez al golpe de la gente :  
A San Martín llevaba del un lado ,  
Varon en los recuentros escelente ;  
Otro colateral es Juan Cuadrado ,  
Alférez estimado por valiente :  
Arronjan tantas galgas al instante ,  
Que vuelven mas atrás que van delante.

El español brío y atrevido  
 Porfia con sudor en la subida ;  
 El bárbaro no menos encendido ,  
 Procura de privallas de la vida :  
 Suárez en la pierna fué herido ,  
 Y aunque no fué de muerte la herida ,  
 En comer y beber tuvo gran freno  
 Creyendo ser la flecha de veneno .

No cesan de subir , y como vieren  
 Que ya no les podían poner rienda ,  
 Los bárbaros sus casas encendieron  
 Antes que nuestra gente las encienda ,  
 Y con flechas y piedras rehicieron ,  
 Ayudados del humo, la contienda ;  
 Pero los nuestros son superiores ,  
 Haciéndoles tomar otros altores .

Después que por la población entraron  
 Con una hambre loca y atrevida ,  
 Sin consideracion se derramaron  
 Los mas dellos en busca de comida :  
 Viendo que del buen orden no curaron  
 Ni fué su voluntad obedecida ,  
 El Suárez mandó que con la hoja  
 El alferez Olaya los recoja .

El cual luego partió como una jara  
 Con la rodela y la espada lista ,  
 Y como por su mando no repara  
 Un mancebo Bermejo, polvorista ,  
 Dióle tal cuchillada por la cara ,  
 Que fué ventura no perder la vista :  
 El golpe fué debajo de las cejas  
 Tan largo que tocó las dos orejas .

Aprieta la herida con la mano  
 El misero , pidiendo luego cura :  
 Fué el capitán Cardoso , cirujano ,  
 En medio del hervor desta presura ,  
 El cual en breve tiempo le dió sano ,  
 Sin quitar el barniz desta pintura ,  
 Por no ser poderosos mil alcaldes  
 A limpiar tan pesados albayaldes .

Viendo quemadas ya por el vecino  
 Aquellas afamadas poblaciones ,  
 Los nuestros apresuran su camino  
 Al pueblo que llamaban de Quiñones ;  
 El Juan de San Martín con ellos vino  
 Guiando por forzosos reventones ,  
 Los cuales ya tenían ocupados  
 Indios de todas armas pertrechados .

Cuando llegaron á la postrer cuesta ,  
 No pudieron tomar algun reposo ,  
 Porque segun el indio los molestó  
 O subir ó morir era forzoso ;  
 Y el capitán Suárez hizo presta ,  
 Para subir el paso peligroso ,  
 Compañía de sueltos rodeleros ,  
 Yendo con ellos él de los primeros .

Los pasos desta sigue la restante ,  
 De diferentes armas pertrechada ,  
 Llevando con buen orden por delante  
 Aquella bien compuesta pavesada ,  
 Con tiros de arcabuz porque se espante  
 La bárbara canalla , confiada  
 De dar á sus deseos cumplimiento  
 Sin ellos recibir desabrimiento .

De bárbaros que tienen mas enfrente ,  
 Ante que concluyesen la subida  
 Vino de flecha y piedra tal creciente  
 Que se ven en gran riesgo de la vida :  
 Y aun con los areos dan á mantenido ,  
 La munición de flechas consumida :  
 Los golpes insufribles de desnudos  
 Atormentan y quiebran los escudos .

Como en tinieblas, muerta ya la lumbre  
 Y el oficio divino concluido ,  
 Que hacen , de católica costumbre ,  
 Con palos y matracas gran ruido ,  
 En memoria de aquella mansedumbre  
 Del justo que por Judas fué vendido ,  
 Y aquella multitud de roncós sones  
 Entristecen cristianos corazones :

Deste jaez y muy mayor estruendo  
 Resulta de los palos y pedradas ,  
 Que para los oídos es horrendo  
 De los que llevan piernas fatigadas ,  
 Al tiempo que la cuesta van subiendo  
 Sin poderse valer de las espadas ,  
 Unos enhiestos y otros de rodillas ,  
 Y del sudor cubiertos las mejillas .

Animan con cornetas los de fuera  
 Que son hechas de grandes caracoles ,  
 Pero con todo esto persevera  
 La fuerza de los nobles españoles ,  
 Hasta que ya subieron la ladera  
 Abuyentándolos destos peñoles ,  
 Adonde descansaron un buen rato ,  
 Pero no sin temor y sin recato .

Porque segun aquellas ocasiones ,  
 Los tiempos de quietud eran escasos ,  
 Y para ir al pueblo de Quiñones  
 Restaban de subir dos malos pasos ;  
 Y así tomó Suárez de peones  
 Los mas lijeros y los menos lasos ,  
 A fin de descubrir aquel engaño  
 De donde les podía venir daño .

Siguieron los demás á los primeros ,  
 Segun guerreros usos ordenados ;  
 Indios algunos ven por los oteros ,  
 Pero los pasos desembarazados ;  
 Procuran de hacer los piés lijeros  
 Antes que se descubran mas nublados :  
 Finalmente, llegaron al asiento  
 Sin ver alborotado movimiento .

Hallaron ya la gente retraida ,  
 Vacías las moradas y apocentos ,  
 Pero dentro gran copia de comida  
 Que no fué lo menor de sus intentos ;  
 Porque de la larguísima corrida  
 Todos iban cansados y hambrientos :  
 Componen las dormidas y las cenas ,  
 Que después pagarán con las setenas .

Viendo cómo queria coger heno  
 Para cama cansado caminante ,  
 Suárez dijo : «Por consejo bueno  
 Ternia que pasemos adelante ;  
 Salgamos de tan áspero terreno ,  
 No hallemos en él quien nos espante ;  
 Porque destas señales se barrunta  
 Que se va convocando grande junta .»

El San Martín, que llevan por piloto ,  
 Le respondió : «Señor, en este puesto  
 Ningun temor tengamos de alboroto  
 De indio que nos pueda ser molesto .»  
 Ayudáronle todos con su voto ,  
 Porque por ir cansados quieren esto ;  
 Y así reparte quien el cargo tiene  
 Las velas por el orden que conviene .

Fuéles la cena bien aderezada ,  
 Pues el mismo señor es el criado ,  
 Y sería la mas aventajada  
 Algunos puños de maiz tostado ,  
 Y alguna batatilla mal asada  
 La sustancia mejor de lo guisado ;  
 Y así durmieron en aquella cumbre  
 Sin que nadie les diese pesadumbre .

Al tiempo ya que la febea llama  
 Comienza de dorar la verde planta ,  
 Y en el altor de la tremente rama  
 El ave con arpada lengua canta ,  
 El español de la terrestre cama  
 Las armas en la mano se levanta ,  
 Y el bárbaro también por su partido  
 No sale menos bien apercebido .

Los nuestros bajan luego la ladera ,  
 Segun les pareció que convenia ,  
 Guiando San Martín esta carrera  
 Acia la playa de San Juan de Guia ,  
 Adonde don Alonso los espera  
 Con caballos y buena compañía ;  
 Pero por donde van , tienen los puertos  
 Infinidad de indios encubiertos .

Pasando pues por un lugar estrecho ,  
 Temerosos y bien apercebidos ,  
 De los indios que estaban en acecho  
 Algunos españoles son heridos  
 De yerba ponzoñosa , y esto hecho ,  
 Con gritas atormentan los oídos ,  
 Demas de los crujidos de las cuerdas ,  
 Cuyos encuentros son manos izquierdas .

Segun suelen venir granizos gruesos  
 De la region del aire congelados ,  
 Que lastiman las carnes y aun los huesos  
 De las aves , conejos y venados ,  
 Y también los ruidos son espesos  
 De los golpes que dan en los tejados :  
 Tal y tan grande estruendo se hacia  
 Al tiempo que se da la batería .

Los diestros y los menos enseñados  
 En aquestas helijeras escuelas ,  
 Estaban de rodillas encorvados  
 Detrás de los escudos y rodelas ,  
 Que traspasaban tiros regulados  
 Como si fueran delicadas telas ,  
 Ansimismo clavando con la punta  
 La carne que al escudo hallan junta .

Un terrible gandul , ya viejo cano ,  
 Por el lugar mas descubierta corre ,  
 Con solas siete flechas en la mano  
 Y sin contrario tiro que lo borre :  
 Hirió con cada una su cristiano ,  
 Y entrellos al buen Gomez de la Torre ,  
 Cuyo rabioso fin , triste y amargo ,  
 Un día natural fué lo mas largo .

Como creciese pues esta presura  
 Y el impetu de flechas insufrible ,  
 Por estos capitanes se procura  
 Segun el orden que les fué posible ,  
 Sacallos del mal paso y angostura  
 A parte mas capaz y conveniente ,  
 Donde de los heridos , hecha cuenta ,  
 Hallaron cuatro menos de cuarenta .

En apartándose de los flecheros,  
 Como ya por la playa caminassen,  
 Despacháronse ciertos mensajeros  
 Al don Alonso , que le demandassen  
 Caballos con algunos compañeros ,  
 Para que los heridos se llevassen ;  
 Y entre tanto lavaron las heridas  
 Con aguas de las ondas desahbridas .

Pues médicos de rústica Minerva  
 Les dijeron hallar por esperiencia  
 El agua de la mar ser contrayerba  
 Buena contra rabiosa pestilencia ;  
 Usada ya por Indica caterva ,  
 Lavándose con suma diligencia ;  
 Mas ha de ser brevisima corrida  
 La distancia del agua á la herida .

Pero la medicina mas segura  
 Es no se ver los hombres en estrecho ,  
 Que de la dicha ni de mejor cura  
 Tenga necesidad humano pecho ;  
 Pues en esta presente desventura  
 El remedio mejor fué sin provecho ,  
 Porque de las personas mal heridas  
 Dos ó tres escaparon con las vidas .

Dadas las nuevas en San Juan de Guía  
 A nuestros castellanos escuadrones ,  
 Y conociendo cuánto convenia  
 El cumplimiento destas peticiones ,  
 Don Alonso de Lugo les envia  
 Socorro de caballos y peones ;  
 Siendo nombrado para su despacho  
 Por caudillo Bartolomé Camacho ,

Mancebo natural de Villafraña ,  
 Señalado lugar de Estremadura ,  
 A quien valor y brio no le manca ;  
 Segun muestra su buena compostura :  
 Porque con el honor de barba blanca  
 Lo vemos en aquesta coyuntura ,  
 Y es testigo fiel de lo que escribo ,  
 Por vivir en el pueblo donde vivo .

Hicieron pues sus pasos diligentes  
 Orillas de la mar y sus resacas ,  
 Hasta que ya toparon los dolientes ,  
 A los cuales traian en hamacas  
 Que de cristianos hombres van pendientes :  
 Y como no podian fuerzas flacas  
 Comportar los heridos ni llevallos ,  
 Pusieronlos encima de caballos .

Puesto caso que no sin embarazos  
 De prisiones y fuertes ligaduras ,  
 Porque después de hechas mil pedazos  
 Las ropas y sudadas vestiduras ,  
 Se mordian las manos y los brazos  
 Con estridor de dientes y bramuras ,  
 Retorciendo los labios y la boca  
 Cuando la yerba las entrañas toca .

Destá manera fueron caminando  
 Hasta San Juan de Guía , do primero  
 Dimos razon estallos esperando  
 El resto del ejército guerrero ,  
 Y donde con temblores y rabiando  
 Vieron los mas su día postrimero ;  
 Y el dicho general por su persona  
 Determinó de entrar hasta Tairona .

Aderezáronse como convino  
 Para volver al belicoso juego :  
 Llegaron por el término marino  
 A la boca del rio de Don Diego ;  
 Por montuoso y áspero camino  
 Para Tairona se partieron luego :  
 Entraron sin ver Indica presencia ,  
 Y sin que les hiciesen resistencia .

Por bajo valle ya nuestro estandarte  
 Mirando poblaciones y culturas ,  
 Puestas en las laderas de tal arte  
 Que hacen las subidas mal seguras ;  
 No faltan flechas de una y otra parte  
 Encaminadas desde las alturas ,  
 De las cuales en un angosto puerto  
 Uno de los soldados quedó muerto .

Como la fusca noche se venia  
 Quedando sin color sierra nevada ,  
 Y del largo camino se sentia  
 La castellana gente fatigada ,  
 En parte que segura parecia  
 Don Alonso mandó hacer parada ;  
 Y á causa de peligros evidentes  
 Se señalaron velas conviuentes .

Los indios , pocos pasos de desvio ,  
 Pusieron ansimismo veladores ,  
 Y de una y otra parte de aquel rio  
 Tocaban infinitos atambores ,  
 Con grita que denota gran gentío  
 Por cima de los ásperos altos ;  
 Y el ruido les fué tan enojoso ,  
 Que no tuvieron punto de reposo .

Don Alonso de Lugo , conociendo  
 La grande multitud que se venia  
 Por una y otra parte recogiendo  
 De aquella salebrosa serranía ,  
 Determinó de irse retrayendo  
 Sin esperar allí la luz del día ;  
 Porque si los tomaran las salidas ,  
 Todos corrian riesgo de las vidas .

En el tiempo que ya la lumbre pura  
 Del radiante hijo de Latona  
 Iba restituyendo su blancura  
 A la nevada cumbre de Tairona ,  
 Los españoles tienen el altura  
 Acercándose mas acia Marona ,  
 Sin sacar otra cosa destos senos  
 Sino cansancio y un cristiano menos .

Teniendo ya la playa por amparo  
 Y el frescor de los vientos oceanos ,  
 Acuerdan reposar el día claro  
 Para de noche dar en los hermanos ,  
 Que fueron Marubare y Arobaro ,  
 Caciques que tenian mas cercanos ,  
 De los de la Ramada descendientes ,  
 Aunque de su riqueza diferentes .

Porque como se viesen perseguidos  
Del cípido furor de los de España,  
Estaban con sus gentes recogidos  
En un cierto rincón desta montaña,  
Pero no tan secretos y abscondidos  
Que no los descubriese buena maña;  
Pues muchos días antes la cudicia  
Había dado guías y noticia.

Llegado pues el tiempo vespertino  
Y el fuego mitigado de la siesta,  
Cada cual desta gente se previno  
Para romper con los de la foresta;  
Pero yo de cansado determino  
De no decir agora lo que resta,  
Por querer Arobaro y Marubare  
Que con segundo canto se declare.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo dieron de noche en los dos hermanos,  
y lo que mas sucedió.

Suelen tener mundanas condiciones  
De bondad y virtud galana muestra,  
Y acaso no serán sus intenciones  
De declinar á via mas siniestra;  
Pero metidos en las ocasiones,  
Cudiciosa maldad les es maestra,  
Para meter en su hambriento seno  
Aquello que les consta ser ajeno.

Y no puede huir desta sentencia  
Don Alonso de Lugo, pues tenía  
De liberalidad gran apariencia,  
Urbanidad, nobleza, cortesía,  
Pero no poco suelto de conciencia,  
Segun fueron las muestras aquel día,  
Después que ya vinieron á sus manos  
Ricas preseas de los dos hermanos.

Y así fué que, metiéndose las riendas  
De Flegon y Pirois en las obscuras  
Ondas, y se tendiendo las horrendas  
Tinieblas con sus ciegas ligaduras,  
Entran los españoles por las sendas  
Angostas de las dichas espesuras,  
Cuyo camino nadie, segun era,  
Sino sola cudicia lo siguiera:

Trabados de las ropas y vestidos,  
Porque con vista no se comprehenden  
Y así los unos de otros van asidos  
Tentando los caminos que pretenden;  
Y si quedan algunos divertidos  
Por silbos se convocan y se entienden,  
Dejando los caballos en la playa  
Por no tener por do caballo vaya.

Cebados en la vieja golosina  
De los pasados robos y despojos,  
Sin sentir el garranejo ni el espina  
De tunas, de cardones ni de abrojos,  
Cuasi toda la noche se camina  
Quebrándose las piernas y los ojos,  
Hasta tanto que ya llegaron junto  
De donde no vivian sin barrunto.

Pues cuando los flamígeros yugales  
Iban mostrando sus dorados frenos,  
Y con su resplandor rayos febales  
Perturbaban coníferos serenos,  
Vieron venir algunos naturales  
De puestos do velaban los mas buenos,  
Y ya viendo faltar nublados oscuros  
Pensaban estar salvos y seguros.

Pero los encubiertos españoles,  
Para salir en salvo con su hecho,  
Entre verdes maíces y frisoles  
Estaban todos puestos en acecho;  
Y cuando los purpúreos arrebóles  
Herian la ladera y el repecho,  
Tenian numerados los caneyes  
Y las moradas destos dichos reyes.

Estando pues los nuestros abscondidos,  
Al punto y hora que salir querian,  
Un asno daba grandes rebuzidos  
Que los indios allá arriba tenían:  
Espantáronse todos los oídos  
De aquellos que la voz reconocian;  
Y es porque por allí después ni antes  
Nunca nacieron bestias semejantes.

Y como se subía por escalas  
Para ir á tan ásperos terrenos,  
Decían: «Si son asnos tienen alas,  
Y es imposible cosa que sea menos;  
Y si son indios, son señales malas,  
Pues dicen que porque vamos sin frenos  
Nos tienen de hacer tales regalos  
Que saquemos á cuestras muchos palos.»

Uno que se decía Mala-testa,  
Estranjero y estudiante bueno  
Dijo: «Podría yo hacer apuesta  
Que debe ser el asno de Sileno,  
Cuyos rozidos en aquella fiesta  
Levantaron á Lótide del heno;  
Y así quiere que acá nos levantemos  
Para dar fin á lo que pretendemos.

»Mas á fe que si desta yo me escapo  
Y salgo sin herida del bullicio,  
Que nos tiene que dar un gentil papo,  
Pues no puede hacer otro servicio,  
Antes que los devotos de Priapo  
Lo lleven para dar en sacrificio.»  
Fuéronse pues con tácito semblante  
Al pueblo que tenían por delante.

Por barrios va digesta y ordenada  
Su poblacion, no grande ni pequeña,  
Pero fuerte si fuera bien guardada,  
Por rodear los altos viva Peña,  
Y por la parte baja rodeada  
De fondos pasos y de espesa breña:  
Entradas cuatro son en cuatro cuestras,  
Para se defender no mal dispuestas.

Blasco Martin de noche las había  
Esplorado con otros atrevidos,  
Y así fueron los desta compañía  
Por todas cuatro partes repartidos.  
Dan; Santiago! con la luz del día  
En los vecinos desapercebidos;  
Mas todavía con algun reparo  
Salió de sus caneyes Arobaro,

Deseando que sepan lo que vale  
Golpe librado de su brazo fuerte,  
O que ya su desdicha lo regale  
Con el postrero trago de la muerte;  
Mas al encuentro don Alonso sale  
Por le caber aquel lugar en suerte,  
En el cual se halló con tal congoja  
Que no cumplió mostrar la mano floja.

Porque viendo venir gentes armadas,  
El Arobaro luego tocó cuerno,  
A cuyo ronco son sobresaltadas  
Acuden las que son de su gobierno,  
Con tantos dardos, flechas y pedradas,  
Como gotas espesas en invierno,  
De tal manera, que quien vencer piensa  
Tiene por gran victoria su defensa.

Y como por entonces se conviene  
El pelear en parte mas exenta,  
En ciertas angosturas se detiene  
Hasta que se mitigue la tormenta,  
Contra la cual, segun terrible viene,  
Apenas don Alonso se sustenta;  
Y no menos andaba de caída  
La otra gente desta dividida.

Pues cuando comenzaban el combate  
El San Martin y el capitán Suárez,  
El viejo Marubare los rebate  
Y hace retirar de sus lugares,  
Con determinacion que se remate  
La causa de sus lloros y pesares,  
Y de una vez perder vital subyeto  
O los que lo traian inquieto.

Mas Juan de San Martin que lo conoce,  
Le dice: «Date, date, Marubare,  
Pues sé que de cualquier crimen atroce  
Aqui no faltará quien te repare;  
Y si no, contra puntas tiras coce,  
Y mas cuanto tu furia mas durare:  
Date de paz, y no salgas armado,  
Y alcanzarás perdon de lo pasado.»

El Marubare desto no se cura;  
Antes decia, dándoles gran priesa:  
«Crüel guerra con vos es mas segura  
Que cualquiera pacifica promesa,  
Pues toda vuestra paz es maldad pura  
Y á todos buenos términos aviesa;  
Y cuando de la paz luce centella,  
Es para nos robar debajo della.

»Y pues teneis memoria del estrago  
Que en españoles hice, con despecho  
De ver que la amistad, amor, halago,  
Fué contra nos el mas sutil asecho,  
Acordaos también que yo no pago  
Con matar mil al mal que me habeis hecho;  
Y así quiero hacer ya confianza  
No de palabras, sino de mi lanza.»

Estando pues en peso la porfia,  
Enemistad antigua y homecillo,  
El don Pedro de Portugal habia  
Entrado dentro ya por su portillo  
Con la compañía que con él venia,  
Sin Marubare vello ni sentillo,  
Hasta que por el uno y otro lado  
Se vído de españoles rodeado.

Avíanse los golpes al momento;  
Enciéndose de nuevo la batalla;  
Orejuela mostró su buen aliento,  
Sus proezas el alferez Olalla;  
El Marubare de su pensamiento  
Y determinacion atrás se halla,  
Pues cuando su victoria se declara  
Adverso hado le volvió la cara.

Como nave veloz y diligente  
Que con favonio próspero navega  
Para tomar el puerto donde siente  
Tener seguridad después que llega,  
Y junto se levanta de repente  
Alguna procelifera refriega,  
Haciéndola volver desde la puerta  
Donde la vida tiene por incierta:

Al dicho Marubare y Arobaro  
Con fortuna lo tal les acontece,  
Pues cuando les mostraba rostro claro  
En ese punto se les escurece,  
Y al suelo que tenían por amparo  
La sangre de los suyos humedece;  
Y visto no vellelles buena maña  
Procuran de huir por la montaña.

Dispónense los grandes y menores  
A poner en efecto la huida;  
Mas usando de bélicos furores  
Impide don Alonso la salida:  
Y así prendieron estos dos señores,  
Sin querer despojallos de la vida,  
Pero toman preseas y tesoro  
Con mas quince mil pesos de buen oro.

Y el asno que dijimos recogieron  
Que de los indios era maravilla,  
Y para lo subir allí dijeron  
Que fué con palos hechos angarilla;  
Al cual con otras cosas mas ovieron  
De naves que venian de Castilla  
Y dieron al través en estos puertos,  
Donde los navegantes fueron muertos.

Y así salieron en sus escuadrones  
Los indios cuando fueron salteados,  
Algunos con camisas y jubones  
Y muchos con bonetes colorados:  
Hallaron hachas, palas, azadones,  
De que se aprovechaban los soldados,  
Y ropas que los bárbaros desechan  
Y á nuestros españoles aprovechan.

El bético despojo recogido,  
Y presos con el rey muchos vasallos,  
Con escuadron muy bien apercebido  
De gente que sabia reguardallos,  
Fué por el don Alonso proveído  
Bajar luego do estaban los caballos,  
Y en hombres del ejército captivo  
Mandó también bajar el asno vivo.

Con sus acostumbradas prevenciones  
Los indios lo bajaron á lo llano,  
Y aprovechó después en ocasiones  
Que suelen ocurrir al baquiano;  
Y aun fué descubrir de estas regiones,  
Pues á este nuevo reino vino sano  
Y el primero que destos animales  
Vieron en esta tierra naturales.

Jumento y adjuento del entrada  
Fué para nuestras gentes peregrinas,  
Al menos á los de la camarada  
Del sarjento mayor dicho Salinas,  
Persona por sus obras señalada,  
Las cuales fueron de memoria dinas  
Cuyo consorte fué Juan de Montalvo  
Hoy en aqueste reino sano y salvo.

Llevaronlo también á la jornada,  
Llamada por antiguos del Dorado,  
Que hizo Fernán Perez de Quesada,  
De do volvió después desbaratado;  
Y el padre fray Vicente Requejada,  
En tiempo que fué pasto regalado,  
El cuero le quitó de las costillas  
Y convirtió las tripas en morcillas.

Llegados pues al mar y á su ribera,  
Como ya descansasen y comiesen,  
A los indios quitaron la collera  
Mandando que á su pueblo se volviesen;  
Y siendo los deseos de cualquiera  
Quel oro y los despojos se partiesen,  
Buscando don Alfonso dilaciones,  
A todos les habló tales razones:

«Cierto, señores míos, no creyera  
De los mortales cosas tan estrañas,  
Si por mis propios ojos yo no viera  
Vuestras proezas, hechos y hazañas,  
Do ninguna nacion prevaleciera  
Sino solo valor de las Españas,  
Cuyas heroicas obras ya son tales  
Que me parecen sobrenaturales.

»La fama por España publicaba  
Ser cada natural un mostro fiero,  
Y grandes maravillas nos contaba  
Quien destas cosas eraregonero,  
Y entonces yo confieso que pensaba  
Que hacian de pulga caballero;  
Pues agora que todo lo tanteo  
Lo dicho cifra fué de lo que veo.

»¿Quién pudiera creer tanta miseria  
Como padecen hombres en conquistas?  
¿Quién osara decir en nuestra Hesperia  
Cosas de los humanos nunca vistas?  
Al fin, señores, sois rica materia  
Para los curiosos cronistas,  
Y serán vuestros hechos duraderos,  
Con espanto de siglos venideros.

»Lo substancial es esto; y en la paga,  
Que los hombres de bien tienen en menos,  
También es justa cosa que se haga,  
Pues por ella se nueven muchos buenos;  
Mas no hallo valor que satisfaga  
A hechos tan heroicos y tan llenos,  
Y menos el caudal desta jornada,  
Que es para cada cual menos que nada.

»Mas esa cuartidad que recogida  
Tenemos, es razon que se reparta,  
Y sea por cabezas dividida,  
Pues de lo justo nada nos aparta;  
La cual repartición será cumplida  
Llegados que seais á Santa Marta,  
Y entre tanto seré yo tesorero  
Y fiel guardador deste dinero.

» Véalo mi señor padre primero,  
No diga si lo doy que lo destruyo;  
Porque después en ley de caballero  
Os empeño mis barbas, y concluyo  
Con que luego que haga lo que quiero,  
Cada uno de vos habrá lo suyo,  
Y gozará de aquello que tuviere,  
O hará lo que bien le pareciere.»

Vista por caballeros y peones  
La práctica, de fraude no distinta,  
A muchos contentaron sus razones,  
Y algunos también dieron en la pinta,  
Reconociendo ser sus intenciones  
Llevallo todo y aun la parte quinta:  
Al fin los pretensores de la presa  
Han por bueno callar, aunque les pesa.

Estando pues la gente descansada,  
Don Alonso de Lugo determina  
De ver el morador de la Ramada  
Que con aquellos términos confina,  
Pasando por la tierra levantada  
De Marona, que al mar está vecina,  
Do hallaron ramadas y buhios  
De moradores ya todos vacíos.

Cavaron dentro dellos los que fueron  
Instituidos para tal cuidado,  
Y también algún oro descubrieron  
Que los indios dejaron enterrado:  
Todo lo cual al don Alonso dieron,  
No sin desabrimiento del soldado;  
Y como no hallaron bastimento  
La hambre los sacó de aquel asiento.

Al río de la Hacha fué la gente,  
Y no mucho compás de su ribera  
Hallaron una casa prepotente,  
Dentro sobre mil indios de madera,  
Del altura que tienen comunmente,  
Hincados por buen orden en hilera,  
Que debían de ser antecesores  
De los guanabucanes y señores.

Mas como no ballasen sembrera  
Ni de dónde tomar mantenimientos,  
El portugués don Pedro salió fuera  
Con soldados que fueron cuatrocientos,  
Que todos ellos van á la lijera  
Acia la parte de los lestes vientos,  
A buscar grano por alguna vía,  
Porque toda la gente perecía.

Y al paraje del Cabo de la Vela,  
Por do todos andaban mariscaudo,  
Vieron ya cerca cierta carabela  
Que por la costa viene navegando:  
Hicieronle señales con candela,  
Y con un paño blanco van llamando;  
Acuden á la seña marineros,  
Y surgen en los términos fronteros.

Echaron el batel en breve rato,  
Llegaron donde ven el blanco paño,  
Pero no sin recelo ni recato,  
Presumiendo que puede ser engaño:  
Mas los que libres eran de mal trato  
Manifestáronles su grave daño,  
Diciendo que les vendan alimento  
Y pidan el valor á su contento.

Vuelven los marineros á la nave  
Y dieron al maestro su mensaje,  
Y en el batel echaron cuanto cabe  
De lo que llevan por matalotaje,  
Que fueron grandes tortas de cazabe  
Y sazoadas puestas de carneje:  
Volviéronles á dar este consuelo,  
Puesto que todavía con recelo.

Porque desde el esquife se les echa  
Lo que pudo curar hambrienta llaga,  
Y vuelven á remar vía derecha,  
Sin querer recibir por ello paga:  
El don Pedro con esto se pertrechó  
Hasta que halle dónde se rehaga;  
Y despedidos deste navegante  
Procuran de pasar mas adelante.

Atravesaron á las cordilleras,  
Por parecelles ser tierras mas gratas,  
Y así hallaron ciertas sembreras  
De ayuamas y de yucas boniatas,  
Con mas otras raíces comederas,  
Que son pericaguazos y batatas,  
De que fueron costales proveídos,  
Pero de noche por no ser sentidos.

Y atajando camino por un llano,  
Por mas presto volver á la Ramada,  
Acertaron de dar en un pantano  
O ciénaga prolija y ampliada,  
Do con el sol ardiente del verano  
La gente se sintió muy fatigada,  
Y del número dicho cuasi todos  
Andaban como tontos y beodos.

La causa de tener flaca la nuca,  
Que no puede hallarse peor tacha,  
Fué por haber comido mucha yuca,  
Que á los mas confiados emborracha,  
Porque con el sabor los embabuca  
Y con malos efectos nos empacha:  
Desta perniciosísima dolencia  
Só yo fiel testigo de experiencia.

Porque viniendo cinco compañeros  
Atravesando cumbre de una sierra,  
Mendoza, Benavides y Cumeros,  
Bien conocidos en aquesta tierra,  
Y un Juan Diaz é yo, con piés lijeros,  
Por ser aquel compás todo de guerra,  
Hicimos noche dentro de unas matas,  
Y fué la cena yucas boniatas.

E ya que descansábamos un poco  
En las húmidas camas de helecho,  
El Juan Diaz andaba como loco;  
É yo que le reñía su mal hecho,  
Con ojos y narices tierra toco,  
Con cascás y congojas en el pecho,  
Sin fuerza, sin vigor y sin aliento,  
Y cuasi sin ningún entendimiento.

Y así también la gente que camina  
Por el dicho lugar de todos lleno,  
Con el ardor del sol se desatina  
Por el manjar que al fin tiene veneno:  
Quedaron pues allí sin medicina  
Cuarenta y cinco dellos en el cieno;  
Pudieran, según dicen, remediallos,  
Mas los sanos no curan de esperallos.

Antes el portugués, con ser modesto,  
E un Pablo Fernandez que los guía,  
A gran prisa caminan con el resto  
A do su general los atendía;  
El cual, aunque de todos supo esto,  
Ningun justo socorro les envía:  
Así que perecieron los cuitados,  
O por manos de indios ó ahogados.

Puestos en la Ramada referida,  
Sin dar remedios al desmán que digo,  
A Santa Marta hacen su partida,  
Sin que puedan hacer otro castigo:  
Y al volver mucha gente fué herida  
En el áspero paso de Rodrigo,  
De manera que de soldados buenos  
Indios hicieron los doscientos menos.

Y un peon extranjero, que nombrallo  
No sabe quien la pluma me gobierna,  
A Gomez del Corral mató un caballo  
Cortándole gran parte de la pierna,  
Y debió de meterse por guisallo  
En alguna fondísima caverna,  
Porque después que hizo el desconcierto  
No pareció jamás vivo ni muerto.

Después que ya tomaron la zavana  
De Bonda, do llegaba nuestro bando,  
Hizo parar la gente baquiána  
Aquel que sobre todos tiene mando,  
Dándole á entender que tiene gana  
De que se queden ellos descansando  
Y solo quiere ir á dar la nueva  
De lo que sucedió y lo que se lleva.

Partióse reguardando su fardaje  
Con mozos que le fueron mas acetos ;  
E yendo prosiguiendo su viaje,  
Descubre don Alonso sus concetos ,  
Segun quieren decir , á cierto paje  
De quien él confiaba sus secretos ;  
Y porque no me tengan por prolijo  
Brevemente diré lo que le dijo :

« Quiérote descubrir , mi buen Saucedo ,  
Negocios que requieren confianza ,  
Y es que quiero salir de do no puedo  
Valerme de caballo ni de lanza ,  
Y donde vale mas un flaco dedo  
Que brazo de vigor y de pujanza ;  
Y mi partida tiene de ser cierto  
En las naos que esperan en el puerto .

» Su menester que sigas mi consejo  
Con pronta voluntad fiel y leda ,  
Porque quiero , pues hay buen aparejo ,  
Acogerme con toda la moneda :  
Que la necesidad de nuestro viejo  
Otro la suplirá , y acá se queda ,  
Do cada dia pueden hacer presa ,  
Pues que la tierra pone larga mesa .

» Su parte tienen harta merecida  
Todos estos valientes compañeros ;  
Pero , ¿ *quid inter* tantos , por tu vida ,  
Siendo breve la copia de dineros ?  
Es algo para mí , mas repartida  
Por tantas vias y desagaderos ,  
Los tesoros no bastaran de Juno  
*Ut modicum accipiat* cada uno .

» Demás de que yo tengo mis porciones ,  
Y á todos he de ir anticipado ,  
Cuanto mas que hurtando de ladrones  
No me parece ser grave pecado ,  
Ya que no consigamos los perdones  
Dichos en el refrán acostumbrado ;  
Pero tengamos oro por agora ,  
Porque con él después todo se dora .

» Por tanto , fidelísimo criado ,  
La noche que ternás aviso mio ,  
Embarcarás el oro y el recado  
Que yo te diere y en aquel navio  
Que por mi boca fuere señalado ,  
Con el recato que de ti confío ,  
Que si conmigo vas en salvamento ,  
El galardón habrás á tu contento .»

El paje le responde : « Yo bien quiero  
Cumplir en todo vuestro mandamiento ;  
Pero vuestra merced vea primero  
Si podemos salir del intento ,  
O si debe tan noble caballero  
Honrarse con el tal atrevimiento ,  
Pues ya sabéis que en las personas altas  
Son siempre mas notadas estas faltas .»

« No caben en mí viles intenciones  
(Le responde) , pues esto yo lo gano ,  
Y en todos los armados escuadrones  
La mas acelerada fué mi mano .»  
Llegaron pues al fin destas razones  
Al puerto , que tenian ya cercano ,  
Donde por todos los de aquel asiento  
Se le hizo muy gran recibimiento .

Besó las manos al adelantado ,  
Del cual fué gratamente recibido :  
Dióle cuenta de todo lo pasado ,  
Mas ninguna del oro recogido ,  
Aunque no pudo ser tan ocultado ,  
Que callase del todo quien lo vido ;  
Y el buen viejo tambien lo pretendia  
Para pagar los fletes que debia .

Viendo ser el dinero descubierto ,  
Y aquella voluntad reconocida ,  
El don Alonso hizo su concierto ,  
Efectuando luego su partida  
En un navio que salió del puerto  
Pocos dias después de su venida ,  
En el sereno de la noche blanda ,  
Diciendo que su padre se lo manda .

Mas su voluntad era discrepante ,  
Y en hecho de verdad no lo sabia ,  
Hizo pues dar las velas al instante  
Por la derrota que le convenia ;  
Y fué tan venturoso navegante ,  
Que con buen tiempo fué donde queria ,  
Estendiendo por corte mas las alas  
No sin ostentacion de ricas galas .

Después de don Alonso ser partido ,  
Diego Lopez de Haro , muy quejoso  
Por no cumplir con él lo prometido  
Acerca del oficio mas honroso ,  
Embarcóse tras él harto corrido ,  
Y el sobrino Martín de Castañosa ,  
Y Alonso de Guzmán y otros , los cuales  
Todos eran personas principales .

Que don Alonso tuvo de franqueza  
Lo que suele tener uso profano ,  
Y de valor , primor y gentileza  
Y aviso , lo que puede cortésano ,  
Al cual cierto pintó naturaleza  
Con curiosa y acertada mano ;  
Pero , segun se vió por experiencia ,  
No muy escrupuloso de conciencia .

Viendo su padre pues cómo lo deja  
De mil necesidades rodeado ,  
Del paternal amor también se aleja ,  
Y enviando poderes y recado ,  
Ante el emperador formó su queja  
Pidiéndole que fuese castigado ;  
Y el licenciado dicho Villalobos  
Como fiscal pidió los tales robos .

Estuvo , segun dicen , en España  
Preso des que tuvieron el aviso ,  
Mas él lo tortuoso que le dañó  
Enderezó muy bien y hizo liso ;  
Y en efecto se dió tan buena maña ,  
Que se salió con todo cuanto quiso ,  
Y así gozó después con cortésanos  
Del industria y trabajo de sus manos .

Acá volvió después pasados años  
Para poder mas ampliar su renta :  
Visitó deste reino los rebaños ,  
Do su vida no fué menos exenta ,  
Pues muchos se quejaron de los daños  
Que hizo , de los cuales dará cuenta  
Cuando lo deste reino se prosiga :  
Que agora Santa Marta me fatiga .

Donde quedó su padre detenido  
Con falta de salud y adeudado ;  
Y así por capitanes fué pedido  
Otro descubrimiento deseado ,  
Y es este nuevo reino do resido ,  
De quien haré particular tractado ,  
Porque su nobilísima caterva  
Para la cuarta parte se reserva .

Mas visto por el don Pedro Fernandez  
Lo que se le pidió con gran instancia ,  
Prometiéndole de dalle nuevos Andes  
O cosa de no menos importancia ,  
Hizo junta de chicos y de grandes  
Para los animar á la ganancia ;  
Y venidos en un ayuntamiento  
Hizoles el siguiente parlamento :

« Caballeros , estas tribulaciones  
Que todos padecemos de presente ,  
No piden gran estruendo de razones ,  
Pues cada cual de vos en sí las siente ;  
Pero declararé mis intenciones ,  
Que van encaminadas solamente  
A procurarles dar aquella cura  
Que nos encaminare la ventura .

» Habeisme hecho muchos pedimientos ,  
Con la razon que en ellos se contiene ,  
Cerca de proseguir descubrimientos  
Y la buena noticia que se tiene ;  
E yo digo ser esos mis intentos  
Y lo que mas á todos nos conviene ,  
Pues mas somos venidos á este puerto  
A lo por descubrir que descubierto .

»Porque toda la tierra conocida,  
A causa de los grandes desafueros,  
Asolada la veis y destruída  
Por la loca maldad de los primeros,  
Y nada della hinche la medida  
De tantos y tan nobles caballeros;  
Y así por ser lo visto poco cebo  
Cumple que descubramos reino nuevo.

»Mas quiérole decir á los que fueren,  
Pues ni fuerzas ni ruegos los compelen,  
Que como valerosos perseveren  
Y no se vuelvan luego como suelen,  
Y en la necesidad no desesperen,  
Antes unos á otros se consuelen,  
Pues como desta suerte se provea  
Algo se hallará que bueno sea.

»Donde fortuna mas os embaraza  
Mostrareis menos tímido semblante,  
Y si para volveros diere traza,  
Entonces colareis mas adelante;  
Pues al fin la porfia mata caza,  
Y nada hizo bien el inconstante:  
No sean parte miedos en efecto  
Para dejar de ver este secreto.

»Pocas veces dejó de ser propicia  
Cuerda solicitud á diligentes;  
Y así si no la borra la malicia  
De los angostos pechos y dolientes,  
No puede despintarse la noticia  
Que tenemos por partes diferentes,  
Porque las mas distintas poblaciones  
Conforman en el dar las relaciones.

»Si tomáis el negocio mas de veras  
Que Lerma lo tomó tiempo pasado,  
Sereis los que holláis estas riberas  
Inventores de nuevo principado,  
Cuyas provincias hallareis enteras,  
Y será cada cual aprovechado,  
Trocando los trabajos en contentos  
Con señores de repartimientos.

»Y no pueden estar largo desvío  
De la prolija cumbre de la sierra;  
Y así para llevar mejor avío  
De cosas necesarias á la guerra,  
Írán los bergantines por el río,  
Con quien se comuniquen los de tierra,  
Porque sean en tiempos afligidos  
Los unos de los otros socorridos.

»Ya tiene mi poder y está nombrado  
Para ser general en la jornada  
El docto y animoso licenciado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Varon de quien yo vivo confiado  
Que para bien regir le falta nada,  
Y Gonzalo Juárez, de quien siento  
Tener para gobierno gran talento.

»Van Juan del Junco, San Martin, Cardoso,  
El capitán Lebrija, Tesorero,  
Y Juan de Céspedes, varon famoso,  
Con Valenzuela, noble caballero,  
Lázaro Fonte, diestro y animoso,  
Baltasar Maldonado, gran guerrero,  
Escuadras y adalides de momento,  
De quien todos teneis conocimiento.

»De la gente que por agua camina,  
En seis barksos y en una carabela,  
Írá por general Diego de Urbina,  
Cuya prudencia todo lo nivela;  
Va Manjarés, persona fidedina,  
Ya por allí cursada su rodela;  
Va Juan de Albarracín, va Juan Chamorro,  
Asimismo Gonzalo Garcia Zorro.

»Van otros muchos diestros en asechos,  
Vivos en ojos, protos en oídos;  
Van baquianos á las armas hechos,  
En aquestos trabajos muy curtidos:  
De bélicos arreos y pertrechos  
Todos medianamente proveídos,  
Y si destos algunos están faltos  
Los ánimos los suplen, que son altos.

»Veo con buenos bríos al mas cano,  
Tímida cobardía despedida;  
El apacible tiempo del verano  
A los efectos desto nos convida:  
Solo resta que los que tienen mano  
Quieran poner en orden la partida;  
Y así concluyo con que lo propuesto  
Con tiempo tenga cumplimiento presto.

Vista su voluntad determinada,  
Todos los principales de aquel puerto,  
Con adherentes para la jornada,  
Pusieron sus personas en concierto;  
Mas agora que yo de la pasada  
Me siento de cansado como muerto,  
Reposo quiero dar á mi fatiga  
Antes que lo que resta se prosiga.

## CANTO TERCERO.

Donde se tracta cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el río Grande á la entrada del, y en la prosecucion del viaje.

Contaba ya la religion cristiana  
Treinta y seis años sobre quince cientos  
Del parto de la Virgen soberana  
En estrechos y pobres aposentos,  
Cuando salió la gente castellana  
Para continuar descubrimientos,  
Y el sol por el eclíptico camino  
Quería visitar décimo sino.

Mil para tomar armas hay por cuenta,  
Y destos los quinientos aviados  
Por tierra, de caballo son los treinta  
Y otros treinta rocinos van cargados;  
Van por mar cuatrocientos y sesenta  
Entrellos marineros y soldados;  
Los de tierra por ahorrar carguos  
Dejan de su caudal en los navios.

Porque tienen de ir por gente blanca  
Jornada larga, de trabajos llena,  
Antes de se juntar en la barranca  
Del río grande de la Magdalena;  
Donde si de salud hay gente manca,  
La metan donde guindan el antena,  
Y hallen sus albasas y fardaje  
Para prosecucion de su viaje.

Pero los mas que van por las florestas,  
Eso me da cursado que novicio,  
Ropa y comida va sobre sus cuestras  
Con armas para bélico bullicio;  
Y entre tantas compañías como estas  
Solos tres indias iban de servicio,  
Que tenían particulares dueños  
De aquellos capitanes mas isleños.

Dirigen pues sus pasos á Chimila  
Y á las provincias que le son fronteras,  
Mas llevando vacia la mochila  
Del grano que produce sementeras,  
Hambre y enfermedad los anihila:  
Incultas hallan todas sus riberas,  
Por estar ya los pueblos conocidos  
En partes diferentes retraidos.

Los suspiros del pecho van á pares  
Del triste que se ve debilitado;  
Lo cual visto por Gonzalo Suárez  
Y el capitán Lebrija Maldonado,  
Procuraron buscar nuevos lugares  
Con aquellos de quien tienen cuidado:  
Y así fueron por partes diferentes  
En busca de comidas y de gentes.

El Gonzalo Suárez por buen arte,  
Con soga de hamacas retorcida,  
Pasó con su bandera y estandarte  
Agua de Ariguani poco crecida,  
Y en los confines del, en otra parte,  
Recogió buena cojía de comida,  
Cautivando también por sus florestas,  
Indios que la trajeron á sus cuestras.

Luego como llegaron al asiento,  
Se mandó repartir por don Gonzalo,  
Y el regocijo y el contentamiento  
Mayor debió de ser que yo señalo;  
Pues el que perecía de hambriento,  
Juzgábase por celestial regalo:  
Y así fueron con esto reparados  
Y con alguna caza de venados.

Estando pues con este regocijo,  
Una india, tendidos los cabellos,  
Que debió de huir en el cortijo  
Cuando los enlazaron por los cuellos,  
Con amor entrañable de su hijo  
Se llegó sin temor á todos ellos;  
Y admirados de ver cosa tan nueva,  
Deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vió vivo,  
En brazos lo tomó con ansia viva,  
Y con aquel ardor caritativo  
Que de todo temor á muchos priva,  
Dijo: «Pues eres, hijo, tú cautivo,  
No quiero yo huir de ser cautiva,  
Ni dejaré de ir donde tú fueres,  
Y allí moriré yo donde murieres.»

Habiendo sus palabras reducido  
A castellanas voces los ladinos,  
Tan gran compasión dieron al oído  
De nuestros fatigados peregrinos,  
Que no solo le dieron su querido,  
Pero todos sus deudos y vecinos,  
Un viejo reservando que podía  
Ser para su camino buena guía.

Ven de Tamalameque los confines,  
Donde su morador de paz espera,  
Menoscabados hombres y rocines;  
Vieron del río Grande la ribera,  
Y preguntando por los bergantines,  
Ningun indio les dió razon entera:  
De pálido color cubren el gesto,  
Y agora yo diré la causa desto.

Salió Diego de Urbina de aquel puerto,  
Yendo con él don Diego de Cardona,  
Puestos los bergantines en concierto,  
Llena de viento próspero la lona,  
Piloto maestro Juan, varon esperto,  
Y el mozo Manjarés, cuya persona  
En aquellos caminos era diestra,  
Y había dado valerosa muestra.

Llegaron cuando ya la luz es poca  
Y hacia la noche su llegada,  
Y así surgieron antes de la boca  
Del río por do hacen el entrada,  
Por mandado de aquel á quien le toca  
Regir y concertar los del armada,  
Esperando que venga nueva lumbré,  
Con la guarda que tienen de costumbre.

Celebrábase pues siguiente día  
Aquella Concepcion inmaculada  
De la generosísima Maria,  
Virgen, Señora nuestra y abogada,  
Y por la gente toda se pedía  
Ser en aquel lugar solemnizada:  
Quisiéralo la gente peregrina,  
Pero no consintió Diego de Urbina.

Y así trocados los nocturnos fines  
En aquel resplandor que nos consuela,  
Hizo tocar trompetas y clarines,  
Mandando que se hagan á la vela  
A aquellos dichos siete bergantines,  
El uno dellos buena carabela,  
Puesto caso que de contrario voto  
Fue siempre maestro Juan diestro piloto.

Diciéndole: «Señor, inconveniente  
Grande me representan las salidas,  
El río Grande viene de creciente,  
Dejemos alojar las avenidas,  
Pues con el impetu de su corriente  
Las olas andan altas y subidas,  
Inminente peligro nos despierta,  
Por llevar los seis barcos sin cubierta.

«Ya veis, señor, la mar cuál anda fuera,  
Y que los barcos no van muy lijeros;  
El río trae copia de madera,  
Con sus raíces árboles enteros;  
Recélese la gente marinera,  
Tienen temor áquestos caballeros;  
Y para no venir á los estremos,  
Conviene que primero lo miremos.»

Respóndele: «Pues sois buen navegante,  
No receleis áqueste pilotaje,  
Que yo no veo cosa que me espante  
Para dejar de ir nuestro viaje;  
Esperan los soldados adelante,  
Cuya ropa llevamos y fardaje:  
Dénse, déense las velas á los notos,  
Y vayan con aviso los pilotos.»

Luego de su partido descontentos,  
Las cañas se pusieron en timones,  
Con fuerzas flojas y con brazos lentos  
Las áncoras se leván y resones;  
Desliérense las velas á los vientos  
Con graves y pesadas turbaciones,  
Tanto que flojedad y pesadumbre  
Daban de su desdicha certidumbre.

Tomada pues del río la garganta,  
E yendo ya por él poco desvío,  
Oaje tan soberbio se levanta  
De las aguas del mar y grande río,  
Que quien menos temía mas se espanta,  
Y menos muestras daba de su brío,  
Viendo que no podía navegante  
Volver atrás ni ir mas adelante.

Uno vereis lloroso y otro triste,  
Dan grita los mancebos y los canos,  
Agua por todas partes los embiste;  
No les presta timon ni valen manos:  
Ya su salud en solo Dios consiste,  
Que no la pueden dar hombres humanos;  
Y lo mas sustancial de su esperanza  
Era tener ninguna confianza.

Estando pues con este desatino  
Causado del rigor de la procela,  
Un grande y orgulloso renolino  
Sorbíó la sobredicha carabela  
Y un bergantin que junto della vino,  
Y amortajó los hombres con la vela:  
Diez andan por las ondas de Neptuno,  
De los cuales fué Manjarés el uno.

Es nada lo que nada, pero viendo  
Acrecentar las olas sus enojos,  
Cuando los barcos iban consumiéndose,  
En un grueso tablon puso los ojos,  
Y en él después se estuvo sosteniendo,  
Recogiendo también otros despojos,  
De cosas de madera que allí hubo,  
Encima de las cuales se sostuvo.

Anda sobre el olaje fluctuando,  
El cual la flaca balsa desparpaja,  
Está por ir á tierra forcejando,  
Mas no puede, por mucho que trabaja;  
Y cuanto mas andaba naufragando,  
Mas andaba tras él una braja  
De naipes, que después él me decia  
Que nunca lo dejó todo aquel día.

Dicele pues, á vueltas de otras quejas,  
«Vete, demouio, ya no me fatigues,  
Que si por tierra voy nunca me dejas,  
Y agora por el agua me persigues;  
A mis grandes pecados son anejas  
Las cartas de maldad con que me sigues,  
Porque con ellas fuese tal tercero,  
Que'l tiempo se perdió con el dinero.»

Mas con la devocion que convenia,  
No deja de llamar auxilio santo;  
Y así, cuando la noche ya queria  
Cubrir todas las cosas con su manto,  
Pudo llegar adonde pretendia,  
Poco menos que muerto del quebranto;  
Y con las mismas ansias y temores  
Salieron otros siete nadadores.

El Cardona y Urbina con su pena  
Y paga de la culpa merecida,  
Acia la banda van de Cartagena  
Compelidos también del avenida,  
Y dieron al través en una arena,  
Do fué milagro reservar la vida;  
No quisieron volver mas á su cargo,  
Antes para Pirú se van de largo.

Dejando pues cien hombres ahogados,  
Soldados de valor adamantino,  
Los otros cuatro barcos quebrantados  
Llegaron á la playa del Dorsino:  
En Santa Marta fueron avisados  
Del pesado desmán que les avino,  
Y fué de tal manera la congoja,  
Que en mucho tiempo no se hizo floja.

Mas don Pedro Fernandez no desmaya,  
Antes los dichos cuatro barcos varan  
Por mandamientos suyos en la playa,  
Y los calafatean y reparan,  
Para quel resto de la gente vaya  
A ver las otras gentes en qué paran;  
A los cuales les fuera desavio  
No llegalles socorro por el rio.

Son pocos ó ningunos los sosiegos,  
Porque fuera dañosa la tardanza;  
Y así nombraron de comunes ruegos  
Por general, mediante su templanza,  
Al licenciado dicho Juan Gallegos,  
Persona de valor y confianza,  
Que en Quito de Pizarro se rebela:  
Murió después con Blasco Nuñez Vela.

Después que por el dicho licenciado  
El cargo se tomó, puso la frente  
En ordenar lo que le fué mandado,  
Como varon sagaz y diligente:  
Fué luego su viaje comenzado  
Con doscientos soldados solamente,  
Y por el rio de la Magdalena  
Subieron sin desmán que les dé pena.

No los detienen guerras ni raudales;  
E yendo prosiguiendo la subida,  
Supieron luego de los naturales  
De la gente que estaba detenida  
En Sompallón, pero de muchos males  
Hambre y enfermedad, enflaquecida,  
Y todos ellos no sin grande pio  
De ver llegar los barcos por el rio.

Como les diesen pues carrera franca,  
Sin conocerse voluntad aviesa,  
Ora con remos, ora con palanca,  
Ora con sirga larga, se dan prisa  
Para poder llegar á la barranca,  
Do para se juntar fué la promesa;  
Y al fin, en breve número de dias,  
Se vieron juntas ambas compañías.

Como de los deseos precedentes  
Sus propios ojos fueron ya testigos,  
Deshácense las rugas de las frentes,  
Ansí de los modernos como antiguos:  
Abrázanse parientes con parientes,  
Huéganse los amigos con amigos;  
Mas dellos cada cual espanto tiene,  
De ver el poco número que viene.

Y como lastimados corazones  
Dijesen al que estaba con recelo  
La causa de sus grandes dilaciones,  
Y los que consumió marino duelo,  
Volvieron á formar lamentaciones,  
Mezclando su placer con desconsuelo,  
Por perder en aquellas tempestades  
Sus antiguas y buenas amistades.

Pero como tristeza valga nada  
Para restauracion de perdimiento,  
La gente baquiana mas cursada  
Procuró mitigar el sentimiento;  
Y el general Jimenez de Quesada,  
Para dar orden al descubrimiento,  
Después que á su presençia los convocó,  
Sacó tales palabras de su boca:

«Caballeros, con gran razon se siente  
Una nueva de tanta desventura;  
Pero quien es sagaz y hombre prudente  
Verá por su discreta conyectura,  
Cómo le cumple moderadamente  
Pasar por lo que ya no tiene cura,  
Porque, perdidos los humanos cuellos,  
Solo resta rogar á Dios por ellos.

»También quiero decir que no vi suerte,  
En lo que profesais é yo profeso,  
Que se pasase sin alguna muerte,  
Ó tuviese del todo buen suceso;  
Mas no porque el primero no se acierte  
Ha todo tiro de salir avieso,  
Pues si el un balletero queda manco,  
Otro puede después dar en el blanco.

»Y aquella miserable contingencia  
No puede deshacer la dicha mia,  
Por haber sido falta de prudencia  
Del loco capitán que los regia,  
O por ventura santa providencia  
De aquella perenal sabiduria,  
Pues en fallar el uno y otro Diego,  
Faltan bullicios y desasosiego.

»Faltando los dos dichos trompezones  
Con otra gente desasosegada,  
Están absentes cuantas confusiones  
Pudieran suceder en la jornada:  
De suerte, que de sus tribulaciones  
Emana nuestra vida descansada,  
Y el perderse, por poca vigilancia,  
Para nosotros todos fué ganancia.

»La cual no será corta sino llena,  
Mediante Dios y su cabai ayuda,  
Porque fortuna que unos desordena,  
Para favorecer otros se muda:  
Que de topar habemos cosa buena,  
Y cerca desto yo no tengo duda,  
Como con el valor que se requiere  
Cualquiera de nosotros perseverare.

»Y así cumple mostrar claro semblante  
A hambres y trabajos importunos,  
Para poder pasar mas adelante  
O bien hartos de pan ó bien ayunos;  
Y ninguno desmaye ni se espante,  
Cuando se vieren perecer algunos,  
Pues donde quiera, semejantes dejos  
A todos los humanos son anejos.

»Mayormente terreno donde toco  
A todos los nacidos encubierto,  
Y donde no será menos que loco  
Quien pensare que no puede ser muerto,  
Porque nunca lo mucho costó poco,  
Y el vivir á los hombres es incierto;  
Mas hasta ver qué hay, ó viva ó muera,  
Yo no me puedo ya salir afuera.

»Que por acá la gente generosa  
Muy mal puede vivir sino por guerra,  
E ya que de riquezas deseosa  
De su naturaleza se destierra,  
Conviénele buscar alguna cosa,  
Si quisiere volver á ver su tierra,  
O cuando no hiciere tal trasunto,  
Acá pueda tener honroso punto.

»Porque si la fortuna no se muestra  
A nuestros pensamientos adversaria,  
Aquella llamaremos patria nuestra  
Que diere la riqueza necesaria,  
Y que con el valor de vuestra diestra  
Hiciéremos de libre tributaria;  
Y entonces lo feroz tornado manso,  
Pasaremos la vida con descanso.

»Ansí que, para ver lo que decimos,  
Quien estuviere frio se caliente,  
Que para coger fértiles racimos  
Tierra de promision tenéis enfrente;  
Mas si volvemos como nos venimos,  
Cierto sería gran inconveniente,  
Tanto que con mejor aviamiento  
Nadie podrá volver en salvamento.

»En los barcos ir todos no cabemos,  
Ni puede ser sin riesgo conocido:  
Si por tierra, ¿de qué nos mantendremos,  
Estando cualquier pueblo ya perdido?  
De manera que destes dos extremos,  
El no volver atrás es buen partido:  
Cuánto mas ¿qué bienes ó qué renta  
Dejastes en la mar sino tormenta?

»Hambre y enfermedad nos perseguía  
El tiempo que estuvimos en sus puertos,  
Y nunca ví que se pasase día  
Que no viésemos tres ó cuatro muertos:  
Mirad la sierra si se defendía,  
Y los heridos por sus desconciertos  
Mandaban que con cepos estuviesen,  
Hasta que con la rabia pereciesen.

»Sea pues la jornada larga ó corta,  
Duren prolijos montes y espesuras,  
Que la resolución que mas importa  
Es ver el fin de aquestas aventuras:  
Este consejo da quien se reporta  
Y las noticias tiene por seguras,  
Y mas agora con el buen avio  
Que tenemos de barcos por el rio.

»Porque mientras durare la demanda,  
El orilla será nuestra carrera,  
Y los barcos por una y otra banda  
Buscarán de comer por la ribera,  
Acudiendo con alguna vianda  
A los que nos hallamos acá fuera;  
Y si por acá hallan buenos nidos,  
También serán los barcos proveidos.

»Cuanto mas que la gente que huida  
Hallamos de los pueblos y cortijos  
Otra banda la tiene recogida,  
Y allá están las mujeres y los hijos;  
Y es imposible no tener comida,  
Como se busquen bien los escondijos;  
Y hallada por una y otra vía,  
Ternemos razonable pasadía.

»Por tanto, los que rigen escuadrones,  
Si no quieren seguir opinión vana,  
Manden que suenen bandos y pregones  
Que digan cómo salgo de mañana;  
Los barcos, caballeros y peones  
Sigán mi parecer de buena gana,  
Porque con el favor del Rey de gloria  
Yo les daré ganada la victoria.»

En dando fin á su razonamiento,  
Tuvo muy á su gusto la respuesta;  
Y así para venir al cumplimiento,  
Esta congregación se hizo presta:  
Viérades alistar el instrumento,  
El espada, la lanza, la ballesta,  
Y los demás pertrechos y adherentes  
De que suelen usar guerreras gentes.

Febeo resplandor en esta hora  
Apartando se va del hemisferio  
Donde la belicosa gente mora,  
Y con oscuridad en el imperio  
La noche se quedó por sucesora,  
Puesta vista mortal en captiverio,  
O con sueños ó con impedimento,  
De no ver su salud ó detrimento.

Pero cuando doraba ya la planta  
Apolo, reiterando su venida,  
Resuena de trompetas la garganta  
Que suele despertar gente dormida;  
Y así la peregrina se levanta,  
Para poner por obra la partida:  
Los sanos, los enfermos, los tullidos,  
Segun pueden, están apercebidos.

Luego por don Gonzalo se procura  
Que se celebre divinal oficio;  
Y el buen padre Lezgamez, como cura,  
A Dios ofrece santo sacrificio:  
Oyóse con devota compostura  
De los que profesaron su servicio;  
Y acabada la obra religiosa,  
Prosiguen su jornada trabajosa.

Hierónimo de Insa va rompiendo,  
Por ser el capitán de macheteros,  
Espesissimos montes, y haciendo  
Puentes para las ciénagas y esteros,  
Los calurosos días consumiendo  
En trabajos que no son crederos;  
Tanto que con innumerable tinta  
No se podrá decir la parte quinta.

Porque por la montaña do guisaban,  
O sus cansados pasos ó las riendas,  
Por mucho que buscasen no hallaban  
Señales de caminos ni de sendas:  
Que los indios por aguas se mandaban  
En todos sus contractos y haciendas,  
Ni jamás se rompió tal aspereza,  
Desde que con la crió naturaleza.

Y así, con trabajar las compañías  
Con el sudor á todos importuno,  
Aconteció romper en ocho días  
Lo que pudieron caminar en uno;  
Y con buscarse por entrambas vías,  
El alimento fué cuasi ninguno:  
De manera, que con necesidades  
También crecían las enfermedades.

Aquellos que se sienten mas enteros  
Tienen necesidad que les ayuden,  
Y los mas amigables compañeros  
Con mil desabrimientos se sacuden:  
Empapan los terribles aguaceros,  
Sin tener otra ropa que se muden;  
Y así, para secar la pobre tela,  
El flaco cuerpo sirve de candela.

Cubiertos van de llagas y de granos  
Causados de las dichas ocasiones,  
En vida los comían los gusanos  
Que nacen por espaldas y pulmones,  
No se pueden valer de piés ni manos;  
En lo mas raso hallan trompezones;  
No tienen do llevar hombres enfermos,  
Y así quedaban muchos por los yermos.

»Oh, cuántos con suspiros y gemidos  
Allí se quejan por dejar su suerte!  
Oh, cuántos al camino son movidos,  
Y atrás un flaco viento los convierte!  
Oh, cuántos se quedaron abscondidos,  
Por no verse vivir con tanta muerte,  
Tomando por grandísimo regalo  
Acabar de morirse tras un palo!

»Oh, cuántos en aquellas espesuras  
Fueron cebo de aves carníceras,  
Y cuántos á quien fueron sepulturas  
Vivas entrañas de las bestias fieras,  
Que saltan en las noches oscuras  
A gentes naturales y extranjeras!  
De suerte que á los bajos y á los altos  
Eran comunes estos sobresaltos.

Con este general inconveniente  
Va caminando castellana mano,  
Sin poder sano socorrer doliente  
Ni doliente valerse de hombre sano:  
No procura pariente por pariente,  
Hermano no se cura del hermano,  
Y ¿qué presta querer? pues, aun que quiera,  
Lo que desea dar es lo que espera.

Mas un hombre de aquella compañía,  
De cuyo nombre yo soy ignorante,  
Y aun los que della viven este día,  
No pudiendo pasar mas adelante,  
Hablando con un hijo que tenia,  
Para cualquier rigor hombre bastante,  
Le dijo: «Hijo mio, yo me quedo,  
Que por ninguna vía mas no puedo.

»De tí hago postretra despedida,  
Porque vital espíritu me calma;  
Está ya la virtud enflaquecida,  
Gozar quiere la muerte de su palma:  
Harás, hijo, si Dios te diere vida,  
Aquel bien que pudieres por mi alma;  
Por el de hasta agora te bendigo,  
Y la gracia de Dios sea contigo.»

El hijo, con los ojos hechos río,  
 Responde con amor caritativo:  
 «No quiera Dios que yo haga desvío  
 El tiempo que, señor, duraréis vivo;  
 Y cuando ya tengáis el cuerpo frío,  
 Mis manos abrirán comun archivo  
 En esta soledad y en tierra ajena,  
 Para mayor aumento de mi pena.

» Y en tanto que no fueren descompuestas  
 Del alma las terrenas ligaduras,  
 Yo tengo de llevaros á mis cuevas  
 Por estas trabajosas espesuras:  
 Que no parecerá bien ir enhiestas  
 Mis espaldas, pues pueden ir seguras  
 Con un peso que no me será grave,  
 Antes no menos grato que suave.»

Asiento hecho pues de manta larga  
 A las manos asida con correas,  
 Sobre sus piadosos hombros carga  
 La preseca mejor de sus preseas,  
 Ocupados mas tiempo con la carga,  
 Que con Anquises fueron los de Eneas;  
 Pues durarian estas obras pias  
 Por espacio de seis ó siete dias.

Sin fallecer jamás en el intento  
 Con los demás regalos qué'l podia,  
 Hasta que le faltó vital aliento,  
 Y lo mortal cubrió la tierra fria;  
 Y el pobre mozo del quebrantamiento  
 Poco después le tuvo compañía,  
 Con otros muchos que por despoblados  
 Acabaron la vida y los cuidados.

Muchas veces el campo peregrino  
 Está por dos ó tres dias parado,  
 Entre tanto que rompen el camino  
 Aquellos á quien dieron el cuidado;  
 Mas al enfermo de descanso diño  
 Lo mandan luego ir por lo talado,  
 Pareciéndoles ser mejor remedio  
 Que los enfermos vayan en el medio.

E yendo solos les acontecia  
 Vellos los indios desde su navio,  
 Que por aquel compás iba ó venia,  
 Y como fuesen todos sin avio,  
 Sin dejar nadie de la compañía,  
 Los mataban y echaban en el rio,  
 De donde los caimanes referidos  
 Quedaron muy cebados y atrevidos.

Y viéndose después los sanos juntos,  
 Como faltasen estos del rebaño,  
 No hallándolos vivos ni difuntos,  
 Caso les parecia bien extraño;  
 Hasta que conocieron por barruntos  
 Las ciertas ocasiones deste daño:  
 Venían después dos con sus caballos  
 Con ellos para vellos y guardallos.

Desta suerte prosiguen la jornada,  
 Huyendo cuanto pueden de reposo;  
 Porque los amenaza con su entrada  
 La furia del invierno pluvioso:  
 E yendo por la parte señalada,  
 Toparon otro rio caudaloso,  
 Cuyas corrientes dan en el arena  
 Del rio grande de la Magdalena.

Sus aguas lleva de color bermejo,  
 Por la creciente grande que traia;  
 Faltó para pasar el aparejo,  
 Demás de que la noche se venia,  
 Y así tuvieron por mejor consejo  
 Esperar lumbre del siguiente dia:  
 Pluvias y truenos son por tales modos,  
 Que pensaron allí perecer todos.

De riesgos otros menos son seguros,  
 Por haber otro mal cotidiano;  
 Y así, tendidos nublados mas oscuros,  
 Acudió luego carnicera mano;  
 La cual, con uñas y con dientes dueros,  
 Así del miserable Juan Serrano:  
 «Valedme, dice, gente compañera,  
 Socorred, que me lleva bestia fiera!»

Acudieron soldados mas cercanos,  
 Movidos de justísima clemencia,  
 Con espadas y lanzas en las manos  
 Y toda la posible diligencia,  
 Y con fuerza y esfuerzo de romanos  
 Lo quitán á la viva pestilencia;  
 Pero de la manera que conejo  
 Que suelta de los dientes perro viejo.

Desta misma manera se le saca,  
 Y por ver si podia tener cura,  
 Le colgaron muy alta la hamaca,  
 Entre tanto que llega la luz pura;  
 Velóse cada cual en su barraca,  
 Fatigados de tanta desventura;  
 Mas antes quel aurora lumbre diese,  
 Levólo sin que nadie lo sintiese.

Y cuando ya las húmidas regiones  
 Se vestían del rayo soberano,  
 Copia de caballeros y peones  
 Lo buscaron, mas fué trabajo vano:  
 Así que, por las dichas ocasiones  
 Le llamaron el rio de Serrano,  
 En memoria y acuerdo deste hombre,  
 Y siempre durará con este nombre.

Vistos aquellos miserables fines,  
 Luego bajó Pero Nuñez Cabrera,  
 Con diez soldados de los mas insines,  
 A ver del rio Grande la ribera,  
 Para hacer venir los bergantines,  
 Y en ellos travesar á la frontera  
 Del rio de Serrano, ya nombrado,  
 Porque no le pudieron hallar vado.

Llegaron pues los barcos al paraje  
 Que mas á su propósito convino;  
 Efectúan con ellos su pasaje,  
 En confianza del favor divino.  
 Prosiguen adelante su viaje  
 Por un trabajosísimo camino  
 De espesos montes, ciénagas, esteros,  
 Y á cada paso mil atascaderos.

Perque demás de ser esta montaña  
 En espesuras sumamente ciega,  
 De limpios animales muy extraña,  
 Y tal que clara lumbre se le niega,  
 Cuotidiana pluvia la baña,  
 Y demás de lo quel mayor aniega,  
 Muchos rios que bajan de la sierra  
 Inundan los conveses desta tierra.

Yendo pues su viaje cierto dia,  
 En un rio se dió de gran fondura,  
 Que para proceder los impedia,  
 El agua toda dél negra y obscura;  
 Era profundo, mas su travesía  
 Como de treinta pasos en anchura:  
 Fueron por las orillas grande trecho,  
 Y no pudo hallárase deshecho.

No hay árbol desta parte conveniente,  
 Y en la otra los hay de gran altura  
 Que caen á propósito y enfrente  
 De donde tiene mayor angostura,  
 Y encima derribados harán puente,  
 Por do la gente pase mas segura:  
 Y así por don Gonzalo fué mandado  
 Que para los cortar pasen á nado.

Nunca la gente con quien él hablaba  
 Mostró jamás temor á duro hecho,  
 Y agora cada cual se recelaba,  
 Con ser breve pasar aquel estrecho;  
 Mas Domingo de Aguirre, que callaba,  
 Hendió las aguas con su fuerte pecho,  
 Y como viesan ya hacer comienzo,  
 Pasó luego tras él un Juan Lorenzo.

Para dar via do se les empacha  
 Y hacer puente donde se les manda,  
 Piden que les arrojén una hacha  
 A los que tienen la contraria banda;  
 La cual brazo de fuerzas les despacha,  
 Y así cortaron una ceiba blanda,  
 Con otras diferencias de maderas  
 Que tocaban entrambas las riberas.

Pudiera Juan Lorenzo por la puente  
 Pasar donde lo estaban esperando,  
 Y el miserable joven, imprudente,  
 Determinóse de volver nadando:  
 Asíóle del un pié fiera serpiente,  
 Y en el fondo lo mete forcejando;  
 Otra vez sobreguó las manos puestas,  
 Y dijo dos palabras, que son estas:

«Señor, misericordia!» y al instante  
 Fué de la bestia fiera sumergido,  
 De suerte, que la gente circunstante  
 Miró por él, mas nunca mas lo vido:  
 Dió gran dolor al campo caminante,  
 Y no faltó ternisimo gemido,  
 Por ver ante sus ojos la violencia,  
 Y no poder hacelle resistencia.

Con este general desabrimiento  
 Procede por allí la gente coja,  
 Sin padecer desmayos el intento  
 Ni se reconocer voluntad floja,  
 Aunque tan faltos todos de alimento  
 Cuan llenos de dolor y de congoja,  
 Absortos y olvidados de su vida,  
 Al olor de una cosa no sabida.

El mas fuerte vigor es flaca hebra,  
 Que acá y allá ligero viento mueve;  
 En el número dellos hay gran quiebra,  
 Pues cuatrocientos hay de cientos nueve;  
 No queda lagartija, ni culebra,  
 Ni sapo, ni raton, que no se pruebe:  
 Que la hambrienta gana y atrevida  
 Ninguna cosa halla prohibida.

Demás deste rigor cuotidiano,  
 Otro no menos mal les sobreviene,  
 Y es carecer del conditivo grano  
 Que da sabor á cuanto no lo tiene,  
 Y en el varon enfermo y en el sano  
 No hay necesidad con que mas pene;  
 Y por la dicha falta cuasi todos  
 Andaban como tontos y beodos.

Comen raíces de árboles, y tallos  
 Tiernos, que nunca fueron conocidos;  
 Mataron con obscuro tres caballos  
 En diferentes noches atrevidos,  
 Y es porque no pudiendo remediallos,  
 Han de ser por cabezas repartidos,  
 Y todos los quitaran de por medio  
 Sí no se proveyera de remedio.

Y así la culpa desta golosina,  
 No quieren que se pague con septenas,  
 Ni toman afrentar por medicina,  
 Antes el auto fué con estas penas:  
 Que quien comiere carne caballina  
 Cuchillo rompa sus vitales venas;  
 Y este pregon y mando fué tan bueno,  
 Que les hizo tener á todos freno.

En este tiempo de rigor horrendo,  
 Gallegos, el valiente licenciado,  
 Andaba con los barcos descubriendo  
 Por las orillas de uno y otro lado;  
 Y andando desta suerte discurrendo,  
 Vió cierto pueblo bien acomodado:  
 Bajóse, sin hacer guerrera prueba,  
 A dar al general aquesta nueva.

El cual no recibió poco contento,  
 Y era tanta la gana que tenia  
 De poder descubrir mantenimiento  
 Para la fatigada compañía,  
 Que por dar al deseo cumplimiento  
 Mudó la discrecion en osadía:  
 Quiso por agua ir de los primeros  
 Con solos seis ó siete compañeros.

Su hermano Hernán Perez de Quesada,  
 Antonio de Lebrija Maldonado,  
 El alferz Olalla, cuya espada  
 Pone contrarias gentes en cuidado,  
 Y Vanegas, persona señalada,  
 Y el Domingo de Aguirre ya nombrado,  
 También Pedro Velasco, cuya mano  
 El peligro mayor halla liviano.

En tres leños se meten mal seguros,  
 Todos con canaletes en las manos,  
 Cuando cobrian ya velos oscuros;  
 Los árboles de montes comarcanos;  
 Son un indio y un negro palinuros,  
 De la familia destes dos hermanos:  
 Con tanto riesgo van, que se me jura  
 No ser tanto valor cuanto locura.

Aunque cercanos van á la ribera,  
 Por ser aquel menor inconveniente,  
 Con gran trabajo pasan la carrera,  
 Por no faltar raudales y corriente;  
 Mas el valor y fuerza persevera  
 Hasta poder del indio ver la frente,  
 Y andarian tres leguas de camino  
 Antes de ver el rayo matutino.

Mas al tiempo que de la parte eoa  
 Apolo sus cabellos esparcia,  
 Pudieron descubrir una canoa  
 Que indios enviaban por espía:  
 A ella cada cual guia la proa,  
 Pero con dos remeros que traia  
 De tal manera meneó las palas,  
 Que dar alcance no pudieran alas.

Persiguiéndolos va la gente blanca,  
 Aunque mas tardamente se menea,  
 Pero valor y brio no le manca  
 Para guia tomar que buena sea;  
 Tras una punta vieron la barranca,  
 Y el pueblo pareció que se desea  
 En eujuto lugar y parte exenta,  
 Y sus caneyes eran como treinta.

Cada cual se compuso como pudo,  
 Pudiéndolos hacer estar á raya  
 Muy pocos, mas cubiertos del escudo,  
 Valor del español tomó la playa,  
 Pensando que de parte del desnudo  
 No faltará quien contra ellos vaya;  
 Pero no pareció cosa viviente,  
 Por estar todo morador absente.

Porque desde que vieron los navíos,  
 Reconocieron ir en su demanda,  
 Y así dejaron solos los buhíos,  
 Tomando por amparo la otra banda,  
 Con todos sus pertrechos y atavíos,  
 Y lo demás que tienen por vianda,  
 De manera que por entonces poca  
 Fué la recreacion para la boea.

Pero por arcabucos y riberas  
 Siendo por los soldados indagadas,  
 Hallaron razonables sementeras,  
 Algunas dellas cuasi sazoadas,  
 Que fueron á las gentes extranjeras  
 Alivios, segun faltas atrasadas,  
 Y por el orden grande que se puso  
 Sirvieron muchos dias á su uso.

Recogieron algunas churcherías  
 De las quel indio labrador alcanza;  
 Esperaron allí las compañías  
 No sin demasiada confianza,  
 Porque serian seis ó siete dias  
 Aquellos que hicieron de tardanza,  
 Y si gente de indios acudiera  
 Es de creer que mal les sucediera.

Mas con los sobresaltos y barruntos  
 Con que sueño quieto se destierra,  
 No dejaban de estar á todos puntos  
 Opuestos á los trances de la guerra,  
 Hasta tanto que ya se vieron juntos  
 Los que por agua van y los de tierra;  
 Y entre tanto que tienen alimento  
 Determinan allí hacer asiento.

Entre las cosas allí rancheadas  
 Hallaron mantas de algodón tejidas,  
 Pintadas con pincel y coloradas,  
 De ningunos antiguos conocidas:  
 Con gran aplauso son solemnizadas  
 Por ser muestra de cosas mas subidas,  
 Y no de morar lejos de la tierra,  
 Viéndose muy cercanos á la sierra.

Pues porque no tuviesen destemplanza  
En recoger el grano deste puerto,  
Hay mando riguroso y ordenanza  
Con público pregon y descubierto,  
Que quien cogiese grano de labranza  
Sin descargo de culpa fuese muerto,  
Pues había de ser la tal comida  
Por orden y concierto repartida.

Pocos días después de su venida,  
Los moradores destes señoríos  
A ver la nueva gente y atrevida  
Vinieron en sus fútiles navíos,  
Mostrándose de paz, aunque fingida,  
Pues no quisieron ir á los buhíos;  
Y á no ver en el río bergantines  
Fueran en sus efectos mas ruines.

Dentro del agua hacen su parada,  
Puesto que nuestra gente los convida,  
Mas como tienen intención dañada,  
Con flechas hacen un arremetida;  
Y no fué tan veloce su llegada  
Cuanto hicieron presta la huida,  
Diciendo de los nuestros grandes menguas,  
Segun interpretaron ciertas lenguas.

Al fin ellos volvieron de mal arte  
Contra la potestad de las corrientes,  
Do la madre del río se reparte  
En cuatro que son brazos prepotentes,  
Y esto llaman la Tora, y es la parte  
Do reposan agora nuestras gentes,  
Y donde muchos Cloto, parca dura,  
Metió dentro de viva sepultura.

Pues por estar sin fuerzas y sin brío  
Usaban de sepulcros indecentes,  
Porque viendo quedar el cuerpo frío  
Los vitales espíritus absentes,  
Echaban á los muertos en el río,  
Donde los devoraban las serpientes,  
Y así, cebados en aquel sustento,  
Iban sus osadías en aumento.

Pues es así verdad que tanta era  
La vigilancia del portento duro,  
Y hambre de la bestia carnícera,  
Que ni con claridad ni con obscuro  
Nadie tentó llegar á la ribera  
Que pudiese salir della seguro;  
Y dejó de contar casos diversos  
Por no poder caber en pocos versos.

Pues antes de caer en el engaño,  
Como llegasen muchos descuidados  
A beber ó lavar el pobre paño  
Por falta de criadas ó criados,  
Hicieron los caimanes mucho daño  
En caballos y perros y soldados;  
Y así con vara larga se cogía  
El agua que en el campo se bebía.

Y agora fué y en esta coyuntura  
Cuando Roa mató con tiro ardiente,  
Segun pusimos ya por escriptura,  
Aquella ferocísima serpiente  
Que tanto mal y tanta desventura  
Muerta pudo causar á nuestra gente,  
Porque su gusto della fué de suerte,  
Que tuvo quien comió gusto de muerte.

Los sanos pues de nuestros peregrinos  
Determinaron de hacer salidas,  
A fin de buscar sendas y caminos  
Que los guien á tierras proveidas;  
Pero de tanto bien no fueron dinos,  
Que todas son montañas estendidas,  
Tan lluviosas, tan tristes, tan oscuras,  
Que no pueden romper sus espesuras.

Sus aposentos son húmidas matas;  
Los arbores les sirven de cubijas;  
Murciélagos, mosquitos, garrapatas  
Ocupan piés y piernas y verijas,  
Avispas y hornigas y mal gratas  
Culebras, sapos y otras sabandijas,  
Que los hacen volver desesperados  
A do quedaron los demás soldados.

Viendo que los de tierra dan ruines  
Nuevas, determinaron que se nueva  
La compañía de los bergantines  
Y hagan por el agua larga prueba,  
Recorriendo las playas y confines  
Para volver á dalles buena nueva:  
En cumplimiento de lo cual levantan  
Corvos resones y los remos plantan.

Prosiguen pues por las acuosas vías,  
Mirando bien el uno y otro seno;  
No ven en los recodos ni bahías  
Tierra poblada ni recurso bueno;  
Gastaron en aquesto muchos días,  
Y al cabo se volvieron al veinteno,  
Todos sin esperanza de remedio,  
Y algunos que faltaban de por medio.

Que puesto caso que por des poblados  
Y que nunca jamás holló vecino  
Eran aquestos los mejor librados  
A causa de ser claro su camino,  
Todavía se ven menoscabados  
En cantidad del número que vino,  
De hambre, lagas, calores terribles,  
Los cuales por allí son insufribles.

Aguaceros de invierno y de verano,  
De que su pobre ropa los escuda,  
Y siempre con los remos en la mano  
Los unos y los otros á remuda;  
Faltábales la sal, faltaba grano,  
Que para los trabajos es ayuda,  
Y de mosquitos tan terribles plagas,  
Que ya todos sus miembros eran lagas.

Como llegasen pues con descontentos  
Que yo por abreviar bago sumarios,  
Viendo que cielo, tierra y elementos  
Les eran enemigos y contrarios,  
Para perseverar en los intentos  
Los mas tenían pareceres varios,  
Y aun no estaban enteros como antes  
Los que del escuadron eran atlantes.

El San Martín y Céspedes son estos,  
Hombres que para todos buenos hechos  
Jamás dejaron de hallarse prestos  
Sin concebir temor sus fuertes pechos,  
Y agora con caminos tan molestos  
Y faltos de soldados y pertrechos,  
Viendo del campo todo las querellas  
De pura compasión se van tras ellas.

Y así, viendo la plaga miserable  
En que se ve la resta del armada,  
Por ser el San Martín varon afable  
Y su persona bien acreditada,  
Le ruegan con instancia que le hable  
Al Gonzalo Jimenez de Quesada,  
El cual movido deste justo ruego  
Las razones siguientes dijo luego:

«A quien fortuna no se muestra dura  
A su casa le lleva la ganancia,  
Mas á los que carecen de ventura,  
Poco les presta buena vigilancia;  
Y pues siempre la veis triste y obscura  
A nuestra pertinaz perseverancia,  
Tengo por bueno que salgamos fuera  
De lugar do remedio no se espera.

«Quizá cuando queramos no podremos  
Ni la debilidad abrirá puerta,  
Pues todo cuanto veis y todos vemos  
A mirar por nosotros nos despierta,  
Porque si prosiguimos, nos metemos  
Donde la perdición tenemos cierta:  
Y en tan grandes estrechos es cordura  
Que sigamos la via mas segura.

«Cuanto mas se prosigue la jornada  
Y mas llegamos á la sierra alta,  
Tanto mas la hallamos des poblada  
Y de consuelo y de refugio falta:  
Montaña tenebrosa y asombrada,  
Tanto que los humanos sobresalta,  
De sucios animales toda llena,  
Cuya memoria sola causa pena.

»No vemos de zavas aparencias  
Que con su caza den algun consuelo,  
Sino bosques que crían pestilencias  
Sin dar al aire cosa que dé vuelo;  
Predominan malignas influencias,  
Un continuo flover, un triste cielo,  
Truenos, obscuridad, horror eterno,  
Con otras semejanzas del infierno.

Del río son ya grandes las corrientes  
Para los bergantines que llevamos,  
Y faltan, mi señor, si parais mientes,  
Dos partes de la gente que sacamos;  
Llagados, consumidos y dolientes;  
Esos pocos soldados que quedamos;  
E yendo por tan ásperos terrenos  
Creed que cada día seran menos.

»Si no cabemos en los bergantines,  
Otras ayudas hay que no son falsas,  
Que me señalan para tales fines  
No personas insulsas, sino salsas;  
Y son que podran ir hasta rocines,  
Haciendo de canoas buenas balsas:  
Iremos agua abajo prestamente  
Al morador de paz que nos sustente.

»Hay número de indios importante:  
Para traerlos al real servicio  
Buscaremos asiento do se plante  
Ciudad que tenga cielo mas propicio;  
Erigireis iglesia do se cante  
Y se celebre santo sacrificio;  
Formaremos allí perpetuos ranchos,  
Pues hay fertilidad y campos anchos.

»Gozaremos de suelos mas enjutos,  
Pues los hay en aquella circunstancia;  
Servirnos han aquellos hombres brutos  
Que poseen larguísima distancia;  
Pagarnos han demoras y tributos,  
Pues de oro tienen todos abundancia;  
Y lo deste compás triste y horrendo  
Después podremos illo descubriendo.

»Es en Tamalameque y su distrito,  
Río Grande, lagunas y rincones,  
El número de indios infinito,  
Grandes y numerosas poblaciones,  
Que puestas y apuntadas por escrito  
Satisfarán á vuestras intenciones,  
Y entenderéis lo mucho que se gana  
En asentar allí gente cristiana.

»En esta relacion he dado muestra  
De lo que siente nuestra compañía,  
Ansi la chapetona como diestra,  
Cerca de que dejeis esta porfia;  
Mas yo puedo jurar que de la vuestra  
Está pendiente la voluntad mia,  
Y no me hallareis menos constante  
Si quisierdes pasar mas adelante.

»Pero vuestra merced se determine  
En la resolucion y en la respuesta,  
Antes que tanto mal nos arruine  
Sin dejar en el campo cosa enhiesta;  
Y Dios por su bondad nos encamine  
En una confusion tan manifiesta,  
Do fortuna se muestra tan malina,  
Que todo buen juicio desatina.»

Oyó Quesada su razonamiento,  
Pero como faltó correspondencia  
A su mas levantado pensamiento,  
Guiado por divina Providencia,  
Tomólo con algun desabrimiento;  
Y ansi sin les captar benevolencia,  
Por desviar aquellas opiniones  
Tuvo por bien decir estas razones:

»A todos es negocio creederlo,  
Si viso de razon está presente,  
Cómo nadie procura ni yo quiero  
El mal y perdicion de tanta gente;  
Antes todos buscamos paradero  
Para nuestro descanso conveniente,  
Y con estos intentos y destinos  
Preponemos romper estos caminos.

»Y el acerbo dolor deste tormento,  
Con fatigas de todas partes llenas,  
Débese de creer que yo lo siento,  
Pues padezco también las mismas penas,  
Y el singular dolor y sentimiento  
Aquese pago yo con las septenas,  
Porque flecha mortal mi alma hiere  
Cuando de cualquier mal alguno muere.

»Pero para curar el mal que veo  
Dadme remedio que remedio sea,  
Pues ese que me dais es devaneo  
Que juicio flaquísimo tanea,  
Pusilanimidad y caso feo,  
Contrario del valor que se desea,  
Y en el efecto consta claramente  
Ser el peligro muy mas inminente.

»Porque todos sabeis y es cosa vista,  
Que para subyectar esa partida  
Tiene de ser por agua la conquista,  
Por ser su fortaleza y acogida;  
Y nuestra gente para que resista  
Está de tiros mal apercebida,  
Y donde falta del caballo huella  
En los indios se hace poca mella.

»Demás desto, la gente que nos queda  
Por espaldas son indios atrevidos,  
E ya la masa dellos tan aceda,  
Que tarde los veremos corregidos;  
Y aun el armada quiera Dios que pueda  
Salir de sus provincias y partidos,  
Pues las contractaciones de los nuestros  
En la guerra los han hecho mas diestros.

»Decis que de canoas harán balsas  
Para llevar mejor aviamiento:  
Entenderá ser opiniones falsas  
El que tuviere buen conocimiento,  
Pues es al enemigo dalle salsas  
Para mejor gustar de su contento,  
Que cuando la flaqueza reconoce  
Se alienta para dalle mayor coce.

»Pintais con alabanzas aquel puesto  
Por ver el oro que su gente tiene,  
Y á todos es negocio manifiesto  
Cómo por via de contractos viene;  
Ansi que, bien mirado todo esto,  
Otro progreso cumple que se ordene,  
Y es que quiero buscar, ó muera ó viva,  
La tierra de donde ello se deriva.

»Porque si buen juicio lo tanea,  
Contracto es y habemos de buscallo;  
Y allí quiero parar donde me vea  
Quien no vió barba larga ni caballo;  
Y es este para lo que se desea  
El último remedio que yo hallo:  
Cuanto mas, que señal teneis alguna  
Que no puede borralla la fortuna.

»Y porque no penseis que son novelas  
Compuestas, ni livianas conyecturas,  
Aqui hallamos juntas cinco telas  
Con mil diversidades de pinturas,  
Que para mis designos son espuelas,  
Por entender que ya no voy á obscuras;  
Porque nunca jamás atrás se topa  
Entre los indios semejante ropa.

»Pues aunque discurreis desde los mares,  
De do comiezan estos hombres rudos,  
Pasando por provincias y lugares  
Que suelen visitar vuestros escudos,  
No vereis ejercicio de telares,  
Por ser sin escepcion hombres desnudos,  
Y es el uso comun dellos y dellas,  
Eso me da casadas que doncellas.

»Y allí donde la tela fué tejida,  
Gente debe de ser de mejor casta,  
En el honestidad mas advertida,  
No tan desvergonzada ni tan basta,  
Porque no dudo ser gente vestida,  
Nobles influjos y provincia fasta,  
Adonde nos esperan ricas medras,  
Aureas joyas y preciosas piedras.

»Este camino quiero y este sigo,  
Este debe seguir quien bien me quiere,  
Y sepa que terné por enemigo  
A quien aquestos pasos impidiere,  
Dándole con rigor aquel castigo  
Que por inobediente mereciere:  
Que no podrá temor ni dolor luengo  
Quitarme del propósito que tengo.

»Ni hallaré peligro que me espante  
En la prosecucion desta pelea,  
Puesto que se me pongan por delante  
Sirtes, Scila, Caribdis y Malea:  
Sola Laquesis puede ser bastante  
A perturbarme para que no vea  
De mí justo deseo cumplimiento,  
Haciéndome perder vital aliento.

»Y admirome de ver que tantos buenos,  
Diestros en padecer calor ó frío  
En estos tristes y espantables senos  
Que hacen las montañas deste río,  
En este sinsabor vengan á menos  
De su animosidad, valor y brío,  
Principalmente donde tienen cebo  
Para recuperar ánimo nuevo.

»¿Agora que tenéis la presa cierta  
Dejáis el uso della de las manos?  
Agora que llegamos á la puerta  
No queréis ver los dones soberanos?  
Agora que la vemos mas abierta  
Al entrar concebís temores vanos?  
Valor, valor en la mayor presura,  
Pues que nos llama próspera ventura.

»Volvamos á cobrar el esperanza,  
Que hizo principiar esta jornada:  
Afilemos el hierro de la lanza,  
No crie duros molces el espada;  
Vistase cada cual de confianza,  
Prosiguiendo la obra comenzada;  
Pues faltando temores de por medio,  
Brevemente vereis vuestro remedio.

»Por tanto, cuando fuere manifiesta  
La lumbré clara del futuro día,  
Vos, señor San Martín, hacedme presta  
Gente sana de vuestra compañía,  
Para continuar esta floresta  
Por donde nos mostrare mejor vía:  
Que no es posible, yendo mas adentro,  
Dejar de salir indios al encuentro.

»Y pues que la nocturna pesadumbre  
Nos cubre ya con velo tenebroso,  
Con la vela que tienen de costumbre  
Los que pudieren vayan al reposo,  
Porque llegada la diurna lumbré  
Demos fin al camino trabajoso;  
Pues á pesar de la fortuna avara,  
Habemos de salir á tierra clara.»

Oídas por personas mas granadas  
Las palabras de su razonamiento,  
Se fueron á sus toldos y ramadas,  
Dudosos de se ver en tal contento;  
Y porque yo, que sigo sus pisadas,  
Del largo caminar también me siento  
Algo cansado, de presente ceso,  
Que yo diré después su buen suceso.

## CANTO CUARTO.

onde se cuenta cómo fué el capitán Joan de San Martín por un río pequeño distinto del río Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les aconteció antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo los esperaba.

Quien infortunios y dolor padece,  
No por eso desmaye ni se tuerza,  
Porque no pocas veces acontece  
Valer mas el esfuerzo que la fuerza,  
Y la misma fortuna favorece  
A quien en los peligros mas se esfuerza;  
Y en los casos dudosos y arriesgados  
Son, los que osan, los mejor librados.

En esto se mostró varon perfeto  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Pues con ser el angustia y el aprieto  
El mayor que jamás tuvo jornada,  
Nunca lo vieron á temor subyeto,  
Ni palabra habló desconfiada:  
Antes cuando mas mal se padecía,  
Mayor esfuerzo se le conocía.

Y así, visto que nublós desaparecen  
Con pura claridad que los destierra,  
Mandó que los soldados se aderecen  
Para guiar sus pasos á la sierra,  
Cuyas cumbres su vista les ofrecen,  
Aunque para llegar prolija tierra,  
La cual es de montaña tan lluviosa,  
Que no se vido semejar cosa.

El Juan de San Martín, en esa hora,  
Solamente tomó doce soldados  
De todos los que estaban en la Tora,  
Nadadores, briosos y esforzados,  
De los cuales los mas viven agora,  
Aunque ya con vejez debilitados;  
Y porque mas sin pena descubriesen,  
Acordóse que por el agua fuesen:

Por no cumplir que por aquel desierto  
Número tan pequeño se desmande,  
Y por agua verian algun puerto  
Que les diese camino que se ande:  
Tenian pues un río descubierta,  
Que desagua también en río Grande,  
Y así fueron por él en tres lijeras  
Canoas acechando sus riveras.

Yendo pues navegando por el río,  
Aun no conclusa la postrer jornada,  
Vieron en las barrancas un buhío,  
Casa de indios ya desamparada  
De los habitadores y atavío,  
Pero de poco tiempo despoblada;  
En ta cual reposaron aquel día,  
Pensando de tomar alguna guía.

Y como no se vió cosa viviente,  
Salieron otro día de mañana,  
Pugnando siempre contra la corriente,  
El agua clara ya, mas menos llana,  
Y luego dieron cuasi de repente  
En una canouela que cercana  
Venia con dos indios de lo alto,  
Que repararon con el sobresalto.

Occuparon los nuestros el estrecho,  
Por ser el compás breve del riacho;  
Los indios recelándose del hecho,  
Nadando procuraron su despacho:  
Hiende las aguas con su fuerte pecho  
Por los tomar Bartolomé Camacho;  
Pero por le llevar la delantera,  
Occuparon primero la ribera.

Mètense por el monte mal digesto,  
Huyendo de no vista compañía;  
Bartolomé Camacho, visto esto,  
Y que seguillos no le convenia,  
A tomar la canoa volvió presto,  
Para ver lo que en ella se traía,  
Y sacó todavia del rancheo  
Algo que respondió con su deseo.

Porque llegada mas á la barranca  
Y todas las baltijas desplegadas,  
Hallaron grandes panes de sal blanca  
Y tres ó cuatro mantas coloradas,  
Indicio que promete tierra franca  
Con aquellas riquezas deseadas;  
Y así, vistas las muestras de consuelo,  
Luego las gracias dan al alto cielo.

No vuelven, aunque fué muestra bastante,  
A dar al general estas razones,  
Antes luego prosiguen adelante,  
Por ver si descubrian poblaciones:  
Proceden pues con ánimo constante,  
Mirando los recodos y rincones,  
Y en barrancas que hacen partes rasas  
Pudieron descubrir dos solas casas.

Ninguna dellas morador tenia,  
Segun la otra que hallaron antes,  
Por ser aquella plaza que servia  
A la contractacion de negociantes,  
Así del que de sierra descendia  
Como de los cercanos navegantes:  
Entraron dentro, vieron cada seno,  
Que de panes de sal estaba lleno.

Porque tenian dares y tomares  
Con los del rio por do se venia;  
Pues aunque muy remoto de los mares,  
En este reino que se descubria  
Los mas mediterráneos lugares  
Tienen de sal insigne granjeria,  
Tanto, que vemos hoy en sierra veta  
Cuyos peñascos son de sal perfeta.

Descansan pues aquello que convino  
Del tiempo que la humana vista cierra,  
Y después de llegar el matutino,  
Las canoas vararon en la tierra,  
Con voluntad de ir aquel camino  
Que traian los indios de la sierra,  
A causa de que ya desde este puesto  
Se hallaba camino manifiesto.

En el estancia quedan á guardalla  
Los tres soldados dellos solamente,  
Mas tales, que en cualquier dellos se halla  
Cuanto puede tener hombre valiente:  
Es uno Anton Rodriguez de Cazalla,  
Cuya persona vemos hoy presente;  
Juan Gordo fué segundo compañero,  
Y vive también hoy Diego Romero.

San Martin procedió con el restante,  
Deseoso de ver do haga presa;  
Y como cuatro leguas adelante  
Vieron mas de una legua de dehesa,  
Aunque de poblacion ningun semblante,  
Mas de ser sin montañas rasa mesa:  
Atravesaron hasta salir della  
Por el camino de la mayor huella.

Mas de otras treinta leguas procedieron  
Guiados de caminos mas abiertos,  
Hasta tanto que claramente vieron  
Ranchuelos en los altos destos puertos;  
Y aunque de la montaña no salieron,  
Por algun indio fueron descubiertos;  
Y en los humos, labranzas y apariencia  
Conocieron ser grande su potencia.

Parecióles á todos ser cordura  
No proseguir caminos ni senderos,  
Antes con gran cuidado se procura  
Hacer para la vuelta piés lijeros;  
Y así se meten por el espesura  
En busca de los otros compañeros,  
Y con aquella muestra que se lleva  
Bajar todos á dar la buena nueva.

Aprisa caminaron entre tanto  
Que luz les dió la lámpara febea;  
Pero llegado ya nocturno manto,  
Que los bosques vistió de su librea,  
Para tomar reposo del quebranto  
La pequeña cuadrilla se ranchea;  
Y aunque á sueño cansancios los convidan,  
De guarda vigilante no se olvidan.

Antes, segun les cupo, hizo vela  
El alentado joven y el anciano,  
Compuesta y embrazada la rodela,  
El espada desnuda y en la mano,  
Sin calentar el suelo con la suela,  
Por les cumplir allí hollar liviano;  
El que duerme no menos está listo,  
Sospechando que los habian visto.

Duros escudos en la tierra fria  
Eran las almohadas de los cuellos;  
Y al tiempo que la aurora descubria  
Su dorada madeja de cabellos,  
Vestida y bien armada compania  
De los vecinos indios dió sobrellos,  
A su modo gentiles y lozanos,  
Y todos con penachos muy galanos.

Usa la furia lo que se pretende  
Con cuantidad de flechas, que es inmensa;  
El conflicto mortífero se enciende  
Por salir cada cual con lo que piensa,  
Así de parte del que los ofende,  
Como de quien procura su defensa,  
Porque de solo Dios y de sus manos  
Pueden tener socorro los cristianos.

Y así de Dios y dellas socorridos,  
Pudierades ver pechos traspasados,  
Los brazos de los hombros despedidos,  
Molledos y pescuezos cercenados;  
Penachos por el suelo van tendidos,  
Dardos de su señor desamparados,  
El suelo colorado, yerba roja,  
Y gritos de mortifera congoja.

Bien así como fuego cuando prende  
La leña seca con hojosas ramas,  
Que cuanto mas la soplan mas se enciende,  
Y se levanta con mayores llamas:  
Así nuestro español que se defiende,  
Por no perder allí vitales tramas,  
Cuanto mas duran indios en la obra,  
Tanto mayor valor y esfuerzo cobra.

Y así, vista la fuerte resistencia  
Y gentes de las suyas estremadas,  
Y conociendo ya por experiencia  
El cruento revés de las espadas,  
Determinaron de hacer ausencia,  
Metiéndose por bosques y quebradas,  
Dejando dos cristianos con heridas,  
Que no denotan riesgo de las vidas.

Y de los del consorcio fugitivo,  
Que se desvian del furor funesto,  
El San Martin un indio tomó vivo,  
Que en menear los piés no fué tan presto:  
Procuraron guardar este captivo,  
Y Piricon por nombre le fue puesto;  
El cual por señas claras certifica  
Cómo tenían cerca tierra rica.

Porque cualquiera dellos lo regalo,  
Y como falta lengua que le hable,  
Eso que le señalan él señala,  
De modo que lo hace ser palpable:  
Oro se le mostró hecho chaguala,  
Y señaló caudal innumerable,  
Con tales ademanes y meneos  
Que se satisfacian sus deseos.

Como les pareció negocio cierto,  
Y deseasen ya ser mensajeros  
Para resucitar el campo muerto  
Con aquestos anuncios verdaderos,  
Brevemente se ponen en el puerto,  
Que guardaban los otros compañeros,  
Algo dudosos en el esperanza,  
Pareciéndoles mal tanta tardanza.

Después de se juntar en la ribera,  
Necesidad urgente los exhorta  
A correr por el agua la carrera  
Que deseaban todos ser mas corta,  
Por dar al general que los espera  
Esta nueva que tanto les importa:  
Y no hacen parada ni demora  
Hasta llegar al pueblo de la Tora.

Y vistos los buhios y ramadas,  
Se pusieron al modo de salvajes,  
Vistiéndose de mantas coloradas,  
Cubiertas las cabezas con plumajes:  
Con voces altas y regocijadas  
Hacen ostentación de nuevos trajes,  
Diciendo: « ¡Tierra buena! tierra buena!  
Tierra que pone fin á nuestra pena.

» ¡Tierra de oro, tierra bastecida,  
Tierra para hacer perpetua casa,  
Tierra con abundancia de comida,  
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,  
Tierra donde se ve gente vestida,  
Y á sus tiempos no sabe mal la brasa;  
Tierra de bendicion, clara y serena,  
Tierra que pone fin á nuestra pena!

»; Tierra do se destierran las malicias  
De todas estas vivas pestilencias,  
Y sus valles y cumbres son propicias,  
Nobles y generosas influencias;  
Tierra de quien pedimos las albricias,  
Porque no son fumosas apariencias,  
Sino de quien direis á boca llena  
Tierra que pone fin á nuestra pena!»

Saltaron pues en tierra, proveídos  
De sal, que fué socorro de hambrientos;  
Fueron con el aplauso recibidos  
Que suelen descubrir contentamientos;  
Están, á lo que dicen, los oídos  
De todos los del campo muy atentos,  
Y en tierra, de rodillas, juntas manos,  
Gracias al cielo dan como cristianos.

Desean hacer luego movimientos  
De tierra que les es mala noverca  
Cualquiera ya con otro pensamiento,  
Pues sobre no volver atrás alterca  
Antes unos á otros dan aliento,  
A que gocen del bien que tienen cerca:  
Con esto se dividen por ser hora,  
Hasta ver nuevos rayos del aurora.

Luego que vieron resplandor propicio,  
Asentaron altar en ligneas basas,  
Do celebró divino sacrificio  
El padre fray Domingo de las Casas:  
Vuelven los macheteros á su oficio,  
Haciendo de espesuras partes rasas,  
Dejando ya la prepotente vena  
Del rio grande de la Magdalena.

Mas siguen las orillas del brazuelo  
Por donde el capitán San Martín vino,  
Cuyos confines son y cuyo suelo  
De malo y asperísimo camino,  
Y donde pocas veces se ve cielo,  
Resplandor de planeta ni de sino,  
Sino cuasi perpetua tiniebla,  
Molestas pluvias y continua niebla.

Los bergantines por la misma vía  
Contra corriente van á puros brazos,  
Pues aunque recogido todavía  
Podían navegar buenos pedazos;  
Pero cuanto por él mas se subía  
Se topaban mayores embarazos  
De piedras y de palos y corrientes,  
Que todos eran riesgos eminentes.

Y una noche llegó tal avenida,  
Estando rancheados los de tierra,  
Con tan impetuosa descendida  
Corriente de los altos de la sierra,  
Que no dejó recurso ni huida,  
Pues de una y otra parte los encierra,  
Y estuvieron aquestas compañías  
Subidas en los árboles dos dias.

Bajan los miserables al asiento,  
Desque se desaguó lo mas cercano,  
Con el mas riguroso detrimento  
Que pudo comportar valor humano,  
Pues no tenían para su sustento  
Cosa de que pudiesen echar mano,  
Y en todos ellos la mejor comida  
Era desconfianza de la vida.

Mas el buen general, que se desvela  
En curar el dolor de penas largas,  
El mismo procuró sacar candela,  
Preparadas de leña ciertas cargas:  
Ponen la paila, ponen la cazuela  
Para cocer en ellas las adargas,  
Y todo cuanto tiene ser de cuero  
Echaron á cocer en el caldero.

También dan á comer á los caballos  
Hoja de caña que sirvió de heno;  
Ocupanse los amos en limpiarlos,  
Porque tenían cantidad de cieno:  
Que Dios por su bondad quiso librallos  
Cuando el rio vació su curso lleno,  
Pues de la que vertió por las orillas  
Llegó hasta cubrir las espaldillas.

Después de la comida mal digesta,  
Rompiendo van por la montaña brava,  
De la gente la mas tan indispuesta  
Que uno y otro y otro se quedaba;  
En efecto, llegaron con la resta  
A los buhios do la sal estaba,  
Haciendo veinte dias de demora  
En allegar allí desde la Tora.

Llegó con sus navios al paraje  
Ansimismo la gente que navega,  
Pero ya por el agua su viaje  
Por ser el fondo poco se le niega;  
Al fin en este puesto y estalaje  
La una y otra gente se congrega,  
Para que consultando se provea  
Orden que para todos bueno sea.

En esto se tomó demora barta  
Por haber pareceres diferentes,  
Y acuerdan que la gente se reparta  
Y vayan en los barcos los dolientes  
Para se reparar en Santa Marta,  
Y los sanos descubran nuevas gentes,  
Y que dentro de un año quien viviere  
Allí con bien ó mal al otro espere.

Esta manera queda concertada  
La vuelta de uno y otro, que subyeto  
Juró de estar á la palabra dada,  
Si muerte no borrarse su conceto;  
Pero después Gallegos y el Quesada  
Faltaron en cumpliilla con efeto:  
Que la necesidad y menesteres  
Hacen mudar al hombre pareceres.

Después de repetir que no se olviden  
En ser al cumplimiento diligentes,  
Con otros cumplimientos se comiden,  
Segun suelen amigos y parientes;  
Y los unos y otros se despiden,  
Los ojos y mejillas hechas fuentes,  
Siendo comunes lloros y sollozos  
No menos en los viejos que en los mozos.

Doscientos de los que salud mejora  
Se quedaron en aquellos confines,  
Y fuéronse camino de la Tora  
Ciento y cincuenta con los bergantines:  
Y así los dejaremos por agora,  
Que yo diré después sus tristes fines,  
Porque quiero poner primeramente  
En tierra de salud estotra gente.

La cual con los caballos determina  
De caminar, siendo San Martín guia,  
Y así luego sus pasos encamina  
Acia la salebrosa serranía,  
Y el indio Pericon que los atina,  
Puesto que no tan bien cuanto podía,  
Pues les lleva por pasos tan terribles,  
Que para bestias son inaccesibles.

Mas ello todo es camino malo,  
Con todo los mas altos reventones;  
Va delante del campo don Gonzalo  
Con algunos caballos y peones,  
Deseando de ver algun regalo  
Que levante caídos corazones,  
Y llegó con valor mas que de hombre  
A la sierra que Atun tiene por nombre.

Espesa breña, cenagoso suelo,  
Y creo que el peor del Nuevo-Mundo,  
Do nunca se ve luz que dé consuelo,  
Y es el rigor de pluvias sin segundo:  
Paréceles subir al alto cielo,  
Y al bajar, que descienden al profundo;  
Al pié della dejaron los caballos,  
Por no ver por adó puedan llevarlos.

Dejó para guardállos al hermano,  
Llamado Fernán Perez de Quesada,  
Con gente que tenia flaca mano  
Y se sentia ya debilitada;  
Y él con el otro número mas sano  
Subió para buscar tierra poblada:  
Hallan por donde van buhios hechos,  
O dormidas, que van puestas á trechos.

Camina la hambrienta compañía  
Cebada solamente de esperanzas,  
De tal manera ya, que no podía  
Hacerse confianza de sus lanzas;  
Pero proveyó Dios al sexto día  
Con ciertas sementeras y labranzas,  
Adonde el animoso licenciado  
Reparó por sentirse fatigado.

Y así, para venir donde él estaba,  
Mandó llamar los otros peregrinos,  
Porque la tierra ya manifestaba  
Mejor disposición y mas vecinos,  
Segun por todos ellos se juzgaba  
Viendo las anchas sendas y caminos;  
Envió pues tres hombres á que venga  
El campo sin que punto se detenga.

Visto por Fernán Perez de Quesada  
El aviso que dan los mensajeros,  
Prosigue por la sierra su jornada  
Con trabajos que no son crederos;  
Y en la montaña triste y asombrada  
Se quedaron no pocos compañeros,  
De los cuales fué Tordehumos uno,  
De valedor y de salud ayuno.

Y fué por no tener las urnas flojas  
Deucalion con recios torbellinos,  
Antes por donde van las gentes cojas  
Siempre manaban agua los caminos,  
Y recibíanse sumas congojas  
Al subir ó bajar de los rocinos,  
Pues del camino malo resbalando,  
Mil estados habian de ir rodando.

Demás deste mortal desasosiego  
De pluvias, con que no se ven las manos,  
Tampoco se podía sacar fuego  
Para poder tostar algunos granos;  
Y en subiendo la sierra, sienten luego  
Asperezas de frios inhumanos,  
Por salir de los términos calientes  
Y luego dar en otros diferentes.

E ir á todas horas hechos sopa  
De lo que el húmido vapor condensa,  
Tan pobres y tan miserios de ropa,  
Que no resisten pluvial ofensa,  
Porque camisetillas son de estopa  
Vil, débil y flaquísima defensa,  
Y demás de la falta de atavíos,  
Siempre con los estómagos vacíos.

Con estas sobredichas destemplanzas  
De tiempos y de temple refriado,  
Se hicieron mayores las tardanzas  
De lo que requería su cuidado;  
Y así cuando ya vieron las labranzas  
El número llegó menoscabado,  
Porque de los doscientos desta gente  
Los que faltaron fueron mas de veinte.

Y de vivos el número mas poco  
Podía ejercitar militar arte,  
Cuyos trabajos solamente toco  
Por no poder decir la menor parte;  
Y de comer un sapo quedó loco  
Uno que se decía Juan Dúarte,  
El cual permaneció con su locura,  
Sin que jamás pudiese tener cura.

Como llegase pues la compañía  
Tan estragada, triste y afligida,  
Adonde el general los atendía,  
Labranza de maíces proveída,  
Mandóles descansar por algun día,  
En tanto que duraba la comida,  
Porque con mas vigor y mas aliento  
Pasasen á buscar mejor asiento.

Y al tiempo que buscaban un camino  
Para salir, que fuese menos agro,  
El Francisco de Tordehumos vino,  
Que se tuvo por cosa de milagro;  
Pero no lo vendieran por tocino  
Segun de los trabajos salió magro,  
Y aunque seco de zancas y de cuello  
El campo todo se holgó de vello.

Admirada quedó toda la junta,  
Que lo vieron quedar en un ranchuelo,  
No menos que persona ya difunta,  
Sin habla, sin resuello, sin consuelo;  
Mas él responde si se le pregunta,  
Cómo tuvo favor del alto cielo,  
A quien con gran hervor y vehemencia  
Sin cesar invocaba su clemencia.

Y habiéndose traspuesto cierto día,  
Cercado de mortíferas peñas,  
Una bella señora le decía:  
«No morirás agora, ni lo creas;  
Levántate, que yo seré tu guía  
Para que puedas ir donde deseas.»  
Y como recordó con buen subyecto,  
Lo que se le mandó puso en efecto.

Y así, por este tiempo que lo escribo,  
Que son ochenta y cuatro de la era,  
El dicho Tordehumos está vivo,  
Teniendo su vision por verdadera;  
Y consta que de mal tan excesivo  
No pudiera venir desta manera,  
Si favor y socorro soberano  
No tuviera por bien dalle la mano.

De su salud, por ser hombre bien quisto,  
El campo recibió mucho contento,  
Y algunos coligieron de lo visto  
Haber de ser aquel descubrimiento  
Provincia de la fe de Jesucristo  
Tuviese generoso crecimiento;  
Daban confirmacion á sus motivos  
Lo que decian ya muchos captivos.

Porque el alférez Antonio de Olalla,  
Primero que llegase Fernán Perez,  
Había ya tenido gran batalla  
En el valle que llaman del Alférez,  
Porque la gente dél que allí se halla  
Defendian los hijos y mujeres;  
Pero venciólos con valor de hombre,  
Y el valle se quedó con aquel nombre.

De manera, que por allí salía  
A descubrir la gente mas granada,  
Y aunque es toda montaña muy sombría,  
Al fin era la tierra mas poblada;  
E ya con guias nuestra compañía  
Procede para ver la deseada,  
Ofreciéndose mil inconvenientes,  
Malos pasos y cumbres eminentes.

Pues antes de salir de la floresta  
Para su sanidad triste y avara,  
La gran sierra de Opon también les resta,  
Antes que puedan ver la tierra clara;  
En cuya larga y encumbrada cuesta  
El sano causa y el enfermo para,  
Y el caballo, con no ponelle silla,  
Poder salir de allí fué maravilla.

Pero con este sinsabor allega  
El campo todo donde se recita  
Haber tenido Olalla la refriega;  
Cuando con poca gente lo visita;  
Y agora copia de indios se congrega  
Que por los altos da terrible grita,  
Y así por los postreros que vinieron  
Tambien val de la Grita le pusieron.

Y demás de los gritos y clamores  
Que dan á la no vista compañía,  
Tocan tantas cornetas y atambores  
Que pareció que el mundo se hundía;  
Mas los fortísimos conquistadores  
Bajaron á las casas que tenía,  
Llenas de regocijo las entrañas  
Por ser aquel el fin de las montañas.

Y el docto licenciado dijo luego:  
«Gracias os doy, Señor de los imperios,  
Pues pasamos por aguas y por fuegos  
Para venir á tales refrigerios,  
Donde vulgo bestial, cruel y ciego,  
Oiga vuestros santísimos misterios,  
Y donde desterrada la malicia  
De vuestra santa fe tenga noticia.

Lo mismo, conmovidos deste celo,  
 Hacian las católicas cuadrillas,  
 Las manos y los ojos en el cielo,  
 Hincadas en el suelo las rodillas;  
 Alégranse de ver alegre suelo,  
 Contemplan otras muchas maravillas,  
 Alaban los verdores y elegancia,  
 Y al sabio general de su constancia.

Concepto tienen ya de verse hartos,  
 Fuera de la rabiosa pestilencia  
 De sapos, de eulebras, de lagartos,  
 Vuelta necesidad en opulencia:  
 Velan la fría noche por sus cuartos  
 Con toda la posible diligencia,  
 Y las penas del frío no son tantas  
 Por arroparse ya con nuevas mantas.

Por los contrarios que hay á la redonda,  
 Que ladran y dan grita como canes,  
 Y tienen flecha, lanza, dardo, honda,  
 Haciendo mil meneos y ademanes,  
 El mismo general hacia ronda  
 Con otros principales capitanes,  
 Y todos en comun están alerta,  
 Hasta que ya la luz fué descubierta.

En descubriendo pues rubia cabeza  
 Aquel hijo del rey altitonante,  
 Para ver bien la tierra que se empieza  
 A mostrar con clarifico semblante,  
 La gente castellana se adereza  
 Con gana de pasar mas adelante;  
 Y el Insa, capitán de macheteros,  
 Anticipóse con sus compañeros.

Y cuanto mas encumbra las laderas,  
 Mas á placer se ven las rasas cumbres,  
 Llenas de cultivadas sementeras  
 Que quitan atrasadas pesadumbres,  
 Fertilísimos valles y riberas  
 Con los humanos usos y costumbres:  
 Vense los pueblos, hierven los caminos,  
 Los tractos y contractos de vecinos.

Entrellos hay diversos pareceres:  
 Unos quieren huir, otros esperan,  
 Unos ponen en cobro las mujeres,  
 Otros lugar no hallan aunque quieran,  
 Otros quieren usar de sus poderes  
 Con intento de que los nuestros mueran;  
 Mas la perplejidad era terrible,  
 Viendo lo que jamás les fué visible.

Sobre los altos hay juntas de gentes  
 Dispuestas para guerras y conflictos,  
 Repartidos por partes diferentes,  
 Que en número parecen infinitos;  
 Convócanse los deudos y parientes;  
 Aquí sonaban voces, allí gritos;  
 Todos son alborotos, confusiones,  
 Sin dar resolucíon á sus razones.

Mas Sacre, principal que predomina  
 La provincia de acia la montaña,  
 Con oprobios y afrontas los indina,  
 Llamándoles cobardes y sin maña;  
 Y así con sus vasallos determina  
 Ver aquello que pueden los de España,  
 Y con bravo furor rompió por ellos  
 Hasta llegar á barbas y á cabellos.

Visto por Insa tan pesado juego,  
 Anima con valor á su cuadrilla,  
 Y lo mejor que pudo saltó luego  
 En caballo que no tenia silla:  
 No toma Juan Rodriguez Gil sosiego,  
 Ni la restante gente de Castilla,  
 Apresurando carnicera prueba  
 Con las espadas en la gente nueva.

Esfuézcanse los flacos castellanos,  
 Que temores de muerte los alientan:  
 Andan listos los piés, prestas las manos,  
 Con que las verbas verdes ensangrientan;  
 Apartanse los indios mas cercanos,  
 Que su crúel furor experimentan,  
 Admirados de vellos, mas no tanto  
 Que el caballo no cause mas espanto.

Otro miedo mayor sus pechos doma,  
 Y es, que vieron venir á la pelea  
 Otros treinta caballos por la loma,  
 Que furia de españoles espolea;  
 El campo junto mas atrás se asoma,  
 Que les hizo hacer huida fea,  
 Porque creyeron ser en aquel punto  
 El hombre y el rocin un cuerpo junto.

Juntóse pues la gente dividida,  
 Y el don Gonzalo manda que se cuente,  
 Para que como sabia y advertida  
 Caminase por orden conveniente:  
 Numeran que escaparon con la vida  
 Ciento y sesenta y seis tan solamente,  
 Y sesenta caballos mas ó menos,  
 De los cuales los mas salieron buenos.

Pues con ser el rigor tan importuno,  
 Tanto riesgo, tanto derrumbadero,  
 Dellos se despeñó tan solo uno,  
 Que fué del caporal Martin Roperó;  
 Con cuya carne y tripas el ayuno  
 Hizo solemnes fiestas al garguero:  
 Hasta las uñas fueron substanciales  
 Y no menos las partes genitales.

Habia de pintar aquesta historia  
 Una pluma de prósperos caudales;  
 Porque valor y fuerza tan notoria,  
 Tanto perseverar en tantos males,  
 Escede los mas dignos de memoria  
 Y vuela sobre fuerzas naturales,  
 Pues que solo Baltasar de Maldonado  
 Merecia particular tractado.

Y todos los demás eran valientes,  
 Modestos, comedidos, amigables,  
 Al general subjectos y obedientes,  
 No sediciosos, varios ni mudables:  
 En las adversidades muy pacientes,  
 En los trabajos son infatigables;  
 Tuviera bien en qué meter la mano,  
 En lo que trabajo Juan Valenciano.

¡Qué trabajó Juan Lopez! qué Macías!  
 Pero Rodriguez Carrion Mantilla!  
 Qué Pedro Corredor! qué Juan de Frias!  
 Qué Diego Montañés! Juan de Piñilla!  
 Paredes Calderon! Francisco Diaz!  
 Un Martin de las Islas! un Chinchilla!  
 Paniagua! Pero Ruiz Herrezuelo!  
 Y aquel que vive hoy Pedro Sotelo!

¡Qué trabajaron otros que no espreso,  
 No porque los olvidó ni reprobó,  
 Sino por remitillos al proceso  
 Que tengo de hacer del Reino-Nuevo!  
 Pues agora me cumple que digreso  
 Haga por acudir á lo que debo,  
 Volviendo para atrás á ver los fines  
 Y paradero de los bergantines.

Dejaremos pues este caminante  
 Que va continuando su conquista  
 Por tierra rica, llena y abundante,  
 Que da contentamientos á la vista:  
 Que yo volveré presto, Dios mediante,  
 Á ser de sus hazañas coronista;  
 Pues para que por partes se reparta,  
 Esto se quedará para la cuarta.

Porque con estas dichas intenciones,  
 Mi celebrado funeral se finía  
 Correr primeramente los ancones  
 Que suele combatir la mar profunda;  
 Y en aquellas bahías y rincones  
 Tiene de fenecer parte segunda:  
 En estos pareceres me resuelvo,  
 Y al licenciado Juan Gallegos vuelvo.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.

Quien hace confianza del amigo  
Con violentas armas granjeado,  
El se busca la pena y el castigo,  
Pues fia de enemigo solapado;  
Y si de la traicion tiene testigo,  
Y todavia vive confiado,  
No se queje después ni espanto tenga  
De cualquiera trabajo que le venga.

El dicho licenciado Juan Gallegos,  
Y muchos de los de su compañía,  
No fueron en aquesto menos ciegos,  
Al tiempo que la gente se volvía,  
Vencidos de promesas y de ruegos  
Que un Alonso indio les hacía;  
El cual atrás signifique ser jeque  
De la provincia de Tamalameque.

Este, cuando venian descubriendo  
Se vino con el dicho licenciado,  
Mas su venida fué, segun entiendo,  
No tan de voluntad quanto forzado;  
Y agora que volvian inquiriendo  
Reliquias del sustento deseado,  
Los que dellos estan menos dolientes  
Buscábanlo por partes diferentes.

También Gallegos va con el deseo  
Que suele fatigar humano pecho,  
Haciendo por el rio mas rodeo  
Que pudiera hacer yendo derecho,  
Buscando pueblos donde del rancheo  
Se pudiera sacar algun provecho,  
Por no volverse de tan largas vias  
Las manos en los senos y vacias.

Y como por confines de la Tora,  
En tanto que lo dicho se buscaba,  
Hiciesen mas tardanzas y demora  
De la quel indio malo deseaba,  
Mostró dolor con intencion traidora  
De la necesidad que se pasaba;  
Y con señales del que pena siente,  
Para movellos dijo lo siguiente:

«Señores, ¿para qué nos detenemos  
En tierra que tenemos recorrida?  
Pues quanto mas despacio nos movemos,  
Mayor riesgo corremos de la vida:  
Cumple que sin tardanza nos bajemos,  
Y vamos donde sobre la comida;  
Porque mal hallaremos provisiones  
En montes donde faltan poblaciones.»

Oída la razon del indio viejo,  
Cuyos intentos eran inhumanos,  
Viendo para matallos aparejo  
Por ser mas los enfermos que los sanos,  
Tomaron sin recelo su consejo,  
Confianza sus vidas de sus manos;  
Y así luego partieron, y él los trajo  
Obra de treinta leguas mas abajo.

Hizo salir de paz indianas gentes,  
Y agasajaronlos en estos puertos,  
Donde de los hipatos y dolientes  
Echan al agua cada día muertos;  
Y entonces con los indios que presentes  
Estaban, se comienzan los conciertos  
Por el Alonso señalando día,  
Para la gran maldad que pretendía.

De allí también el mal intencionado  
Les hizo que hiciesen movimiento,  
Diciendo que les darà recado  
Do puedan rescatar à su contento;  
Y era por los llevar à mas poblado,  
Para perfeccion su mal intento;  
Y como parecía buen aviso,  
Bajaron con los barcos donde quiso.

Y puestos en aquella pertenencia,  
Ya de los españoles bien sabida,  
El Alonso les demandó licencia  
Para ir à su casa por comida;  
La cual, sin presumirse malquerencia,  
Le fué por Juan Gallegos concedida,  
Porque también el perro, mas que moro,  
Prometiò de traer copia de oro.

Al momento salió con sus galeras,  
Y luego comenzó desde lo alto  
A llamar y juntar gentes guerreras,  
Para dar el combate y el asalto  
A los barcos de gentes extranjeras  
Y al capitán que va de gentes falto:  
Acudieron caciques de la tierra  
Con mas de veinte mil hombres de guerra.

Tan gran número quanto se publica  
Se convocó para una y otra banda,  
Y en diferentes partes les predica  
Ser bien justificada su demanda;  
Porque contra quien van es gente inica,  
De todas las del mundo menos blanda,  
Y que si matan hombres tan perjuros,  
Para siempre jamás serán seguros.

Y así les dijo: «Yo, señores, vengo  
A hablaros movido de buen celo,  
Y con la fuerza del amor que tengo  
A vosotros y à todo vuestro suelo,  
Y por libraros del trabajo luengo  
Que nos amaga con eterno duelo,  
Cual es la miserable pesadumbre  
Que tiene la perpetua servidumbre.

»Bien sabeis cómo yo larga distancia  
Con esta gente fui acia la sierra;  
Y como les faltase la substancia  
Haciéndoles la hambre dura guerra,  
Algunos ó los mas con gran instancia  
Trataban de poblar en nuestra tierra;  
Y cierto tentaràn esta funestra  
Si nuestra fuerza no se lo repuna.

»Y si desto queremos evadirnos,  
A pernicioso mal nos subyectamos;  
Pues bien veis que no vienen à servirnos,  
Sino porque nosotros les sirvamos,  
Y así dicen que han de repartirnos,  
Y à todos los caciques dalles amo,  
A quien acudiremos con tributos:  
Oro, joyas, preseas y otros frutos.

»Por tanto, quien maduro seso tiene,  
Y ve casa vecina que se arde,  
Mire con tiempo lo que le conviene,  
Porque para la suya no se tarde,  
Pues pocas veces hay freno que enfrene  
Al hombre que no sabe ser cobarde,  
Mayormente si su buena ventura  
Le da tiempo, sazón y coyuntura.

»Esta se nos ofrece de presente  
Contra los violentos y profanos,  
Y paréceme gran inconveniente  
Tal ocasion soltalla de las manos:  
Así que cumple dar en esta gente,  
De los cuales los menos vienen sanos,  
Porque quitados estos de por medio,  
Para los otros yo daré remedio.

»Cuanto mas que los otros mas espertos  
Por la montaña van sin detenerse,  
Y no les quedan barcos en los puertos,  
Ya que determinasen de volverse;  
Y aun creo ciertamente que son muertos  
Por no hallar adónde proveerse:  
Pues los de Santa Marta y Cartagena  
Escarmentaran en cabeza ajena.

»Al vencimiento destos yo me obligo,  
Y sé que no seré mal adivino,  
Porque tenemos para lo que digo  
Andada grande parte del camino,  
A causa de tenerme por amigo  
Y ser para con ellos fidedigno,  
Y así por encubrir mi mal intento  
Voy à llevarles hoy mantenimiento.

»Mas para que sepais el orden mio,  
Entre tanto que yo voy al Gallegos  
Ocupen mil canoas este rio  
Y por todas sus playas grandes fuegos,  
Porque si falta sol al desafio  
Con lumbré prosigais bélicos juegos:  
Veremos dó hacemos punteria,  
Y también al que tiene cobardía.»

Después que ya tenia concertado  
El conflicto con grandes y pequeños,  
Se vido luego con el licenciado,  
Bien equipados tres ó cuatro leños,  
Y llenos de maíz y de pescado,  
Con que regocijó nuestros isleños;  
Llevó mas un mil pesos de oro bueno  
Que recogió Gallegos en su seno.

Abrazáronlo sanos y dolientes  
Dándole gracias por aquel buen hecho,  
Estando todos ellos inocentes  
De su malignidad y falso pecho;  
Dió pues por parecer á nuestras gentes  
Que bajen con los barcos otro trecho  
A Sompallón, adonde proveidos  
Serán de todas cosas y servidos.

Allí la gente mal apercebida  
Estaba los enfermos reformando,  
Y el Alonso con oro y con comida  
No deja de venir de cuando en cuando,  
Persuadiéndolos á la partida  
Do los indios estaban esperando,  
Y el indio Sopatin por consiguiente  
Vino también a ver cristiana gente.

Cuya benevolencia no fué corta,  
Y el socorro que trajo no fué flaco,  
Pues viendo quel Alonso los exhorta  
A las disposiciones de su saco,  
Les dijo: «Lo que menos os importa  
Es confiaros de tan gran bellaco,  
Pues yo sé sin dudar que busca modos  
Para que los cristianos mueran todos.»

»Ha convocado ya parcialidades;  
Solo yo nunca quise lo qué quiso,  
Que cierto para vuestras amistades  
Me precio de tener un pecho liso:  
Estas que digo no son falsedades,  
Sino fiel, leal y buen aviso;  
Por tanto deteneldo con cadena,  
Y antes que dé comida dalde cena.

»Y no son solos estos los engaños  
Que suele maquinar este vergante,  
Porque también usó pasados años  
Con San Martín de treta semejante;  
E hizole creer que de los daños  
El indio Sopatin era culpante,  
Como quiera que yo podré jurarte  
Que no supe jamás arte ni parte.»

El Juan Gallegos al Alonso llama,  
Diciéndole: «Pues somos tan hermanos,  
¿Cómo tienes urdida cierta trama  
Donde perezcan todos los cristianos?  
Certidumbre nos da tu mala fama,  
Y Sopatin con otros comarcanos,  
Tus vecinos, tus deudos, tus amigos,  
Desta traicion tenemos por testigos.»

»Mucho me maravillo que no sientas  
No ser tan descuidados ni dormidos,  
Que te dejen salir por lo que intentas  
Españoles sagaces y advertidos;  
Demás de que en las guerras mas sangrientas  
No pueden todos ellos ser vencidos,  
Pues aunque muchos en peleas mueren,  
Los vivos hacen todo lo que quieren.

»Y si desta maldad que se adereza  
Eres tú, como dicen, el primero,  
De hlover tiene sobre tu cabeza,  
Y al fin has de venir á pagadero,  
Hasta te desmembrar pieza por pieza,  
Como vaca que pesa carnicero;  
Por tanto, si de muerte te recelas,  
Déjate de traiciones y cautelas.»

A todo cuanto se le proponia  
El indio se mostró con tal templanza,  
Que por su rostro no se conocia  
Alteracion, vergüenza ni mudanza;  
Antes, de la manera que solia,  
Dijo: «Por cierto poca confianza  
Teneis, juzgando seros adversario  
Quien por las obras muestra lo contrario.»

»Porque si por ventura yo pensara  
Cosa tan sin razon y tan horrenda,  
Pudierálo hacer sin que gastara  
Con vosotros mis bienes y hacienda;  
Pero quien os ampara y os repara,  
Para perpetuas paces mete prenda,  
Y es cosa justa, y es razon derecha  
Que no se tenga dél esa sospecha.

»Habeisme dicho, para prueba desto,  
Sopatin y los suyos ser testigos,  
Y á todos es negocio manifiesto  
Que somos capitales enemigos;  
Y por envidia de me ver bien puesto  
Con los que sabe que me son amigos,  
Las tramas y maldades qué intenta  
Procura que se pongan á mi cuenta.

»Consúmese de ver que Alonso priva,  
Como quien á traiciones tiene ojo,  
Y es por demás su voluntad nociva  
Y el procurar roer este tramojo;  
Mas él bien sabe que como yo viva  
No podrá daros el menor enojo:  
Deshágase con invido veneno,  
Qué quedará por malo, yo por bueno.

»De cosa no se muestra mas pesante  
Que de saber que hago beneficios  
Y regalos á gente semejante,  
Y aquellos no me son menos propicios:  
Mándole yo pues de hoy en adelante  
Han de ser mas colmados mis servicios;  
Por tanto si quisierdes ir conmigo  
Hallareis ser verdad esto que digo.

»Y así me voy debajo los intentos  
Ya dichos, no fingidos ni aparentes,  
Sino de muy mas llenos cumplimientos  
Que salen las palabras de mis dientes;  
Descansareis en nuestros aposentos,  
Ternán todo regalo los dolientes,  
Haré que cada indio contribuya  
Con oro, joyas y hacienda suya.»

De todo sinsabor él salió horro,  
Pudiendo detenello con prisiones,  
Atenido Gallegos al socorro  
Que buscan cudiciosas intenciones;  
Mas un capitán dicho Juan Chamorro  
Fué siempre de contrarias opiniones,  
Diciendo: «Témome que de mañana  
Nos ha de sacudir con la mediana.»

»Porque este principal es un gran perro,  
Y dias ha que yo por tal lo marco,  
Desde la entrada larga y el destierro,  
Cuando lo bautizó fray Pedro Zarco;  
Y á mi juicio fuera menos yerro  
Tenello con prisiones en un barco,  
Quitándole su mando y señorío,  
Hasta que ya saliéramos del rio.

»Hartas veces ha dado pesadumbre  
A soldados de nuestra compañía,  
Y no dudo, segun es su costumbre,  
Urdir alguna gran bellaquería,  
Pues vemos de canoas muchedumbre  
Que descienden abajo cada día;  
Y pasarse de largo sin mas cuenta,  
Novedad y misterio representa.

»Si pensais de guiaros por su mano,  
Fortalezcamos brazos y molledos;  
Pero yo juzgaria por mas sano  
Que por agora nos estemos quedos:  
No tengais este por temor liviano,  
Pues estos son de los discretos miedos,  
Cuando negocios duros y perplejos  
Demandan prevencion y piden lejos.»

El Juan Gallegos respondió : «Por cierto  
No me parece mal aquesta traza ;  
Pero si tienen hecho su concierto ,  
Acá ó allá nos tienen de dar caza ,  
Y tarde que temprano deste puerto  
Al fin habemos de salir á plaza ,  
Y así será mejor , segun entiendo ,  
Que nos partamos en amaneciendo .»

Con aquesto cubrió nocturno velo  
Las cosas que solian ser patentes ,  
Y las menores lumbres en el cielo  
Manifestaban sus doradas frentes ;  
Y así mandaron con aquel recelo  
Se metan en los barcos los dolientes ,  
Velando , como suelen , el estancia  
Con toda la posible vigilancia .

Llegada ya la luz de la mañana ,  
Que fué nublada , triste , desabrida ,  
Compusose la gente castellana  
Para poner en orden la partida ,  
Mas todos ellos tan de mala gana ,  
Como si fueran á perder la vida ;  
Y no fueron inciertos sus concetos ,  
Segun manifestaron los efectos .

Luego de Sompallon haeren desvío ,  
Y bajan al amor de la corriente ;  
Y en medio la canal del ancho rio  
Un agua se descubre de repente  
Por las cuadernas del mejor navío ,  
Donde iba Juan Gallegos el teniente :  
Quisieronla tomar , mas no parece  
Manifiesto lugar , y siempre crece .

Para lo sustentar , como no haya  
Las cosas necesarias á la mano ,  
Autes que mas en crecimiento vaya ,  
A todos pareció consejo sano  
Llegar á zabordear en una playa  
Del pueblo que tenían mas cercano ;  
Y así desque tomaron la ribera ,  
Los enfermos y ropa sacan fuera .

Compónense los bancos ó paralelos ;  
Asen manos de dura guindalesa ;  
Con fuerza de soldados y oficiales  
Se vara , se ladea y atraviesa ,  
Y con los necesarios materiales  
Calafate se da posible presa :  
Saltan en tierra sanos y llagados ,  
Escepto Juan Chamorro y sus soldados .

Pues como nunca mas Alonso vino ,  
Ni vieron indios por aquel partido ,  
Temíase del mal que les avino  
Y quisose hallar apercebido :  
Su bergantin cubrió toldo de lino ,  
Por todas partes del bien estendido ,  
Que suele ser defensa que aprovecha  
Contra la pestilencia de la flecha .

En esta prevencion no paran mientes  
Los otros que dejaron sus navios ,  
Antes soldados sanos y dolientes  
Se ranchearon dentro de buhios ,  
Otros ponen también camas pendientes  
Debajo de los árboles sombríos :  
Con esta remision no bien compuesta  
Pasaron el bochorno de la siesta .

Y cuando Titan iba declinando  
Al mar para lavar su clara frente ,  
El pueblo donde están viene cercando  
Innumerable número de gente ,  
Y la venida dellos tan callando  
Que hasta dar el golpe no se siente ,  
Pues con ser multitud tan importuna ,  
Ver , oír y sentir fueron á una .

Bien como cuando veis dia sereno ,  
Y se espesa nublado repentino  
De las exhalaciones de aquel seno  
Que rompe fulminoso torbellino ,  
Y entonces suena tan terrible trueno ,  
Que causa no pequeño desatino ,  
Tanto , quel bruto huye del ruido  
Y el hombre queda cuasi sin sentido :

Dicen acontecélselos otro tanto  
Entonces cuando fueron sañteados ,  
Pues de los sobresaltos y el espanto  
Quedaron poco menos que pasmados :  
Llueve sobrellos flecha , dardo , canto ,  
Golpes de palo duros y pesados ;  
Y de los miserables castellanos  
Treinta vinieron vivos á sus manos .

Estos á su sabor los maníatan ,  
Que prevenidos vienen de cordeles ;  
Con no vistos escarnios los maltratan ,  
Desollando las barbas con las pieles ;  
Al fin los despedazan y los matan  
Con tormentos que pasan de crúeles :  
Rompe los aires el clamor terrible ,  
Causa la confusion temor horrible .

Estaba Juan Gallegos , licenciado ,  
Con diez ó doce de su compañía ,  
Junto del bergantin que está varado ,  
Que por guardallo dél no se partia ;  
Y ampárase detrás de su costado  
De la nube de flechas que venia ;  
Pero carga sobré el tan duro marte ,  
Que para se valer es poca parte .

Vista por Juan Chamorro tanta junta  
De gente que sobre Gallegos carga ,  
Con dos versos de bronce les apunta ,  
A causa de no ser distancia larga :  
Piernas , muslos y brazos descoyunta ,  
Y parte de la playa desembarga ;  
Mas es tal de los indios el aumento ,  
Que por uno que muere cargan ciento .

No faltan también tiros de ballesta ,  
Que ninguno salió desvanecido ;  
Mas para retraellos nada presta ,  
Antes entre los indios no se vido  
Osadia jamás tan descompuesta ,  
Demencia ni furor tan atrevido ,  
Pues sin recelar golpes inhumanos  
Tientan quitar las armas de las manos .

Al capitán Diego Rincon obliga  
A mostrar su valor y fuerte brio ,  
Por ser florido grano desta espiga  
Y no poder llegar á su navio ;  
El cual con molestisima fatiga  
Procuraba salir de su buhio ,  
Que rodeado tienen escuadrones  
Con flechas , dardos y otras municiones .

Aderezóse lo mejor que pudo ,  
Y á todos cuantos hay con él anima  
Para salir al escuadron desnudo  
De los que por allí tienen encima ;  
Y así bien amparado del escudo ,  
Hizo principio de crúel esgrima ,  
Ya se va reparando , ya hiriendo ,  
Con seis ó siete que lo van siguiendo .

Hay por donde sus pasos endereza ,  
Para llegar al rio , buen pedazo ;  
Es la hoja que lleva rica pieza ,  
Increible valor el de su brazo ,  
Pues de un revés llevaba la cabeza  
De los que le ponian embarazo :  
Uno deja sin luz , otro difunto ,  
Y de su caminar no pierde punto .

Como cuando hambrienta destemplanza  
Llevó la fiera hasta las cabañas ,  
Do perros si se ven con gran pujanza  
La vuelven á meter entre montañas ,  
Y si le dan alcance se abalanza  
Y á quien le pica rompe las entrañas ,  
E ya vueltas espaldas , ya mordiendo ,  
Siempre va su camino prosiguiendo :

Ansí Diego Rincon , aunque heria  
A quien en la carrera le picaba ,  
Con aquella mañosa valentia  
Que la necesidad encaminaba ,  
En su camino siempre procedia  
Para llegar adonde deseaba ,  
Es á saber , orillas del gran rio  
Donde tenia surto su navio .

No consiente quedar manco ni cojo  
De los pocos que son de su manada,  
Y entonces se mostraba menos flojo  
Cuando su gente ve mas fatigada;  
El escudo de acero lleva rojo,  
La hoja cortadora colorada,  
Y cuanto se mostraba mas tajante,  
Mas indios se ponian por delante.

Al fin, arrebatado del esceso  
De fuerzas que le dió favor divino,  
No desmayaba punto del progreso;  
Bien así como campo peregrino  
Que va cortando por lugar espeso  
Arbores que perturban su camino,  
Y hace, ya por llano, ya por cumbre,  
Camino que dé menos pesadumbre:

Desta suerte llevaba recogidos  
Los que sacó, mirando por sus vidas,  
Y así nunca pudieron ser rompidos  
Con lanzas ni macanas estendidas,  
Aunque de flechas iban mal heridos,  
Y el buen Di go Rincon con tres heridas;  
Y con haber tan gran impedimento  
Llegaron do llevaban el intento.

Allí fueron los golpes del espada  
Tales, que porque no serán creibles  
Pasa por ellos pluma mas templada  
De lo que piden casos tan terribles,  
Porque cosas hicieron al entrada  
Del barco, que parecen imposibles,  
Pues dejaron el agua del orilla  
Harto mas colorada que amarilla.

Dentro ya de su barco con la gente  
Que pudo recoger de su bandera,  
Vido cómo traian al teniente  
Indios á mal andar por la ribera:  
Allá hizo remar incontinente,  
Y con ciertos soldados salió fuera;  
Despide Juan Gallegos sus temores  
Viendo llegar tan buenos valedores.

Y así, movido de mortal enojo,  
Acometió con toda la cuadrilla,  
Mas luego le clavaron el un ojo,  
De que cayó no lejos del orilla;  
Los indios acullá sobrel despojo  
Trabaron pesadísima rencilla,  
Sirviéndoles los arcos de garrotes  
Con que se lastimaban los cocotes.

Viendo Rincon la buena coyuntura,  
Pareciéndole tiempo conveniente  
Entre tanto que la revuelta dura,  
Que deseaban ser incorregible,  
Echar el barco al agua se procura  
Con la presteza que les fué posible,  
Y lo que no podían varar antes  
Muchos, agora pocos son bastantes.

Con la misma presteza referida  
Metieron al Gallegos cuasi muerto,  
El cual, aunque sanó de la herida,  
No dejó de ganar nombre de tuerto;  
Descuelga luego multitud crecida  
De canoas que van al mismo puerto,  
Y es tal la cantidad que se presenta,  
Que no se puede reducir á cuenta.

Porque se supo manifiestamente  
Que con su potestad vino Melambo,  
Que es la barranca donde de presente  
El español que pasa halla tambó,  
Y vino Pencellon, indio potente,  
El gran Mompox, Tamalaisa Zambo,  
Vino Chingalae, Cimiti, Maca  
Y el gran cacique Tamalaguataca.

Chocorí, Chiquichoque, Talaigua,  
Los indios de Tomala, los de Proa,  
Con todos los demás que se averigua  
Haber desde estos hasta Tacalao;  
Y el que dejamos ser el estantigua  
Y causa de venir tanta canoa,  
Alonso, cierta guía de la danza  
Y ordenador de toda la matanza.

Innumerables eran los salvajes,  
A su modo feroces y gallardos,  
Compuestas las cabezas con plumajes,  
Proveidos de lanzas y de dardos,  
De flechas venenosas los carcajes,  
En las ejecuciones nada tardos:  
La postura, talante y el denuedo  
Al animo mayor pusiera miedo.

Ya por el horizonte ven los fines  
De la luz y febeos arreboles,  
Cuando llegaron á los bergantines  
Que tenían toldados españoles;  
Servian de trompetas y clarines  
Marinos y muy grandes caracoles,  
Cuyo son, que los pechos sobresalta,  
Rompe del aire la region mas alta.

Espesas rociadas de las flechas,  
Para la ejecucion de sus concetos,  
Acia los blancos toldos van derechas  
Tantas, que ya de blancos están prietos;  
No tienen por inciertas las sospechas  
De vellos todos muertos ó subyetros,  
Y por mas abreviar aquel recuento  
Barloan para se les entrar dentro.

Y en aqueste primero movimiento  
Era tan obstinada su porfia,  
Que no se vió jamás atrevimiento  
Con tal temeridad en osadia:  
Nadie se espanta de se ver sangriento,  
Ni del que de la vida se desvia,  
Ni del que saca menos viva pieza,  
Ni del que lleva tiro la cabeza.

Son tan impetuosos movimientos,  
Temeridad, obstinacion, porfia,  
Que sobrepujan sus atrevimientos  
Cuantos pueden caber en osadia;  
Caen indios en estos rompimientos,  
Y con temor ninguno se desvia,  
Ensangrentando bordos, popas, proas  
De bergantines, barcos y canoas.

Porque cuando canoas llegan junto  
Y de los bordos ven manos asidas,  
Aquellas en aquese mismo punto  
Quedaban de sus brazos divididas;  
Muchos al agua van, uno difunto,  
Otro con abundancia de heridas,  
Otro que duro verso de fuslera  
Los sesos le sacó de la mollera.

Mas no por esto concebian miedo,  
Ni para removellos aprovecha,  
Antes el indio con mayor denuedo  
A derribar los toldos se pertrecha:  
Y en descubriendo brazo, mano, dedo,  
Era luego clavado con la flecha,  
Dejándole también con la herida  
Total desconfianza de la vida.

Rodeado de riesgo tan patente,  
El español de vida desespera,  
Y el bárbaro cruel, como lo siente,  
Mayor priesa le da para que muera;  
Van todos al amor de la corriente,  
Llena de grandes fuegos la ribera,  
Que mas de veinte leguas procedia,  
Haciendo de la noche claro dia.

Como tenían á la mano breña,  
Por el discurso dicho tienen hechos  
Montones crecidísimos de leña  
Que estaban encendidos á sus trechos;  
La lumbre de los cuales les enseña  
Así los daños como los provechos;  
Vianse por la playa con la lumbre  
De flecheros crecida muchedumbre.

Emparejando pues con el primero  
El capitán Chamorro, que venia  
De todos el mas sano y mas entero,  
Asestó los versetes que traia,  
Pareciéndole que de tal terrero  
No podia salir bala baldia;  
Y cuando componia su navio  
Dió con él al través en un bajío.

Ansí como lo vieron encallado  
En parte do no pudo salir luego,  
Al instante se vido rodeado  
De los que estaban cerca deste fuego:  
Danle priesa por uno y otro lado  
Sin concedelle punto de sosiego,  
Tanto que del navio le sacaron  
Un español que vivo desmembraron.

Nunca se vieron en asiento lleno  
De grande muchedumbre de colmenas  
Tantas abejas con aquel veneno  
Que suele lastimar humanas venas,  
Al tiempo que le sacan de su seno  
El gustoso licor de que están llenas,  
Cuantos tiros arronja la caterva,  
Todos untados de rabiosa yerba.

Chamorro, como ve que el agua falta  
Para poder nadar las carabelas,  
En el bajo con algunos salta,  
Espadas en las manos y ródelas,  
Y á la gran multitud que los asalta  
Hicieron retraer á las candelas:  
Trabajan luego de salir del cieno  
Hasta que ya hallaron fondo bueno.

Embárcase la gente como puede,  
Huyendo los espesos macanazos;  
Pero contrario Marte no concede  
Ir salvas las espaldas y espinazos,  
Porque ninguno dellos hay que quede  
Por lo menos sin cinco ó seis flechazos  
De tan rabiosa yerba, que ninguno  
Dejara de morir con solo uno.

Murió Chamorro miserablemente  
Y los mas que salieron con heridas,  
Pues de todos los barcos solos veinte,  
Y aun menos, escaparon con las vidas;  
Porque para la cura conuiniente  
Ningunas horas eran concedidas,  
Perseverantes indios en su brio  
Hasta que los écharon deste rio.

Llegados á la mar con mal viaje,  
Conclusa la porfia del recuento,  
Y recogidos en aquel paraje,  
Nuevos trabajos salen al encuentro;  
Porque la fuerza grande del aguaje  
Del rio los metió la mar adentro,  
No pudiendo pegarse con la costa  
Por la fuerza de remos ser angosta.

Auméntase la pena y el recelo  
Como se ven en este detrimento,  
Y para mas crecer el desconsuelo  
Agua dulce les falta y alimento.  
Ojos del alma van al alto cielo  
Demandando socorro de buen viento;  
Y así sobre las ondas de Neptuno  
Les vino viento fresco y oportuno.

Del deseado tiempo se aprovecha  
La fatigada gente y afligida,  
Y á Santa Marta van via derecha,  
Donde era deseada su venida;  
Pero sabida la matanza hecha  
Y los pocos que vuelven con la vida,  
Ojos del pueblo todo fueron fuentes,  
Llorando sus amigos y parientes.

Entre los que se van desembarcando  
Vieron al Juan Gallegos salir tuerto,  
Diego Rincon, que hoy vive, cojeando;  
Y entonces los vecinos en el puerto  
Estaban las exequias celebrando  
De don Pero Fernandez, que era muerto,  
Y hallaron también haber llegado  
Juan Fernandez de Angulo por prelado:

Persona tal, que fué del cargo dina,  
Y de subir á muy mayor altura,  
Ansi por su católica doctrina,  
Como por su virtud y vida pura;  
Y en estos funerales él se inclina  
A hacer los oficios como cura,  
Porque las cualidades del difunto  
No nodian subir á mayor punto.

En armas y linajes varon claro,  
Tales, que no merecen lenguas mudas:  
Fué de los miserables gran amparo,  
De huérfanos tutor y de viudas;  
No supo de sus bienes ser avaro,  
Ni faltaron á pobres sus ayudas;  
Jamás dió los oídos á novelas,  
Ni le hallaron vicios ni cautelas.

Fué muy comun aqúeste sentimiento,  
Por lo ser este bien que les faltaba,  
Y su virtud, bondad, merecimiento,  
A mucho mas aun los obligaba;  
Compúsose terreno monumento,  
Segun el orden dió quien celebraba,  
En torno dèl retratos de la muerte  
Y letra que decia desta suerte:

*Hac dominus Petrus Fernandez*

*Condatur urna;*

*Excelsus meritis, prosperitate minor.*

*Impensis nullis quasibit barbara regna,*

*Indicat ipse viam, sustulit alter opes.*

El buen don Pero Fernandez

Yace en esta sepultura,

No muy lleno de ventura,

Pero con méritos grandes;

Puso á descubrir el pecho,

Haciendo armadas aposta,

Y habiendo hecho la costa,

Oto gozó del provecho.

Los españoles en aquella era  
No dejaban de estar enflaquecidos,  
Y cuantos indios hay en la frontera,  
Desvergonzados, sueltos y atrevidos:  
Templáronse después en gran manera  
Con el rumor de los recién venidos,  
Que bien pensaron que de Cartagena  
Enviaban ayuda muy mas llena.

Después para gobierno del cristiano,  
Que el pueblo sustentaba por España,  
Luis de Manjarés tomó la mano,  
Y en guerra y paz se dió tan buena maña,  
Que de los suyos un hecho liviano  
Se podría vender por gran hazaña,  
Pues con los mas indómitos y fuertes  
Le sucedieron venturosas suertes.

Cuanto por allí ciñe la mar fonda  
Hizo venir de paz y á servidumbre,  
Quebrantó las cervices del de Bonda,  
Haciéndolo mudar de su costumbre,  
Y todos los demás de la redonda  
Le sirvieron á él sin pesadumbre:  
Decian Concha, Gaira y el Dorsino  
Haber resucitado Palomino.

Y sus hechos no fueron desiguales,  
Ni menos liberal en las mercedes,  
Ardides en la guerra principales  
Para poder huir bárbaras redes;  
Eran entonces sus colaterales  
Diego Rincon y Diego de Paredes,  
Que viven hoy y en Tunja son vecinos,  
De gran honor y de memoria dinos.

A Pocigüeyca fué con tal fortuna,  
Que ningun compañero dejó muerto,  
Y al pueblo de Carbon, el cual repuna  
Dejarse visitar del mas esperto;  
Fué antes y después fuerte columna  
Que sustentó las cosas deste puerto  
De Santa Marta, con hacer entradas,  
Que hizo muchas bien aprovechadas.

Poco después por la real audiencia  
Hierónimo Lebron fué señalado  
Para gobernador desta tenencia,  
Circumspecto varon y aventajado;  
Y vino por juez de residencia  
Alanís de la Paz, un licenciado,  
Y segun su poder, administraba  
Cada cual dellos lo que le tocaba.

Esto con la posible vigilancia,  
En guerra y en negocios ordinarios;  
Pero cerca de aquesta circunstancia  
Los modos de los dos eran contrarios,  
Porque Alanís de Paz con gran instancia  
La cobranza buscó de sus salarios,  
Y así ya por derechos ó cocheros,  
No fueron los menores sus provechos.

Hierónimo Lebron vela su puerto  
Y busca gente bien aderezada,  
Reduciendo las cosas á concierto  
Con que pueda hacer una jornada  
A lo mismo que tiene descubierto  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Porque fama comun le certifica  
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora  
Con gente baquiiana su bandera,  
Con la cual fue camino de la Tora  
Diego Rincon guiando la carrera:  
Mas no tractaré della por agora,  
Por reservarse para la tercera  
Parte, donde, con el favor divino,  
Larga cuenta daré deste camino.

Cuando partieron estas compañías,  
Vió, segun dicen, del mortal subyecto  
Don Juan de Angulo las postrimerias,  
Obispo principal y varon recto;  
Y desde á poco número de dias  
Fué en su lugar Calatayud electo,  
Fraile hierónimo, de quien di cuenta  
En lo que mas atras se representa.

Desde Hierónimo Lebron anduvo  
Aquel camino, no sin buena maña,  
Con el gobierno que su padre tuvo  
Don Alonso Luis vino de España:  
También diré después lo que mas hubo,  
Y lo que trabajó por la montaña  
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,  
Porque tractando del alli lo debo.

Estuvieron aquestas compañías  
Debajo de sus sueltos pareceres,  
Subyectos á no pocas demasias,  
Aprovechándose de sus haberes:  
Después el licenciado Miguel Diaz  
Vino con bastantísimos poderes;  
Y aunque notado de lascivos hechos  
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia  
De las de por acá la mas terrible;  
Después la majestad y la potencia  
De Carlos quinto, César invencible.  
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,  
Porque le pareció ser conveniente:  
Y desde entonces ella proveia  
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia  
Por aquel tiempo y en aquel verano,  
Y vino con el cargo quel tenía  
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,  
Predicador en quien respaldacia  
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,  
Incorrupto juez, pastor entero,  
Y destes arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,  
Que se dice don fray Luis Zapata  
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo  
La cuarta dignidad de que se trata;  
Elogio le daremos mas profundo  
Si nuestra vital trama se dilata,  
Porque como la tal se me conceda,  
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares  
De cada cual á tajo mas abierto;  
Y agora vamos á los seculares  
Jueces que vinieron á este puerto,  
Para que los confines destes mares  
Estuviesen en orden y concierto:  
Pues, como dicho tengo, los oidores  
Proveian aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano  
Tan importante desembarcadero;  
Y el primero que vino por su mano  
Conoció ser un noble caballero,  
Andrés Lopez Galarza, que era hermano  
De Galarza, también oidor primero;  
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,  
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto  
En cometer también aquel gobierno,  
Por ser á todos capitán aceto,  
Segun ha dado cuenta mi cuaderno;  
Pero ya lo traian inquieto  
Envidias y malicias del infierno,  
Maculando sus honras y trofeos  
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,  
Testigos falsos lo hicieron lesos,  
Tanto, que lo llevaron en España  
Y ante el emperador pareció preso;  
Mas justicia, verdad y buena maña,  
En aire convirtieron aquel peso;  
E yo vi los testigos y malsines  
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,  
Libre de la maldad que le fué puesta,  
Mediante su descargo ser bastante  
Y católica vida manifiesta:  
Contra fortuna se mostró constante,  
Tanto mas cuanto mas era molesta:  
Trajo sus indios y repartimientos  
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los extremos de presteza  
Después que vino, sin tomar resuello,  
En términos de Bondad fortaleza  
Que fuese duro yugo sobre cuello;  
Usó de los arduos y destreza  
Que fueron necesarios para ello,  
Por que los indios todos del terreno  
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,  
Y el del bárbaro fué trabajo vano;  
Al fin los años y el quebrantamiento  
Lo privaron del gozo de hombre sano,  
Y así murió con gran conocimiento  
Hechas las diligencias de cristiano:  
Vivenos hoy su hijo don Antonio,  
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares  
Cuando en España daba su descargo,  
Un caballero Gregorio Suárez  
De Deza, vino luego con el cargo,  
Cuyos servicios fueron singulares,  
Aunque su galardón fué nada largo;  
Pues honestísimas hijas que deja  
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varón dino  
En la gobernacion destes conveses  
Juan de Ojalora, noble vizcaíno;  
Y este gobernador algunas veces  
El puerto defendió del torbellino  
Y levantada furia de franceses,  
Porque esta poblacion en tiempos varios  
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,  
Sin poder escapar la menor pieza,  
Otras, que por venganza de sus males  
El español las armas adereza,  
Y con ayuda de los naturales  
También les han quebrado la cabeza;  
Aunque decian: á la yerba fina  
« No forsa, no, la mala salvajina! »

Pero después la yerba del salvaje  
En ellos imprimió de tal manera,  
Que muchos acabaron el viaje  
Antes de se partir desta ribera,  
Y los hallábamos al rebalaje  
Del agua que la mar echaba fuera;  
Porque por ser canalla mal regida,  
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,  
O posible de armas y de gente,  
En viendo por la mar algun barquillo,  
Aunque no conociesen mal patente,  
El vecino cogia su hatillo  
Y el rico mercader por consiguiente,  
Huyendo la doncella y la casada,  
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en comun huian luego  
Metiéndose por bosques y por cumbres,  
Con el rebato y alboroto ciego  
Que en los honestos usos y costumbres,  
Demás del general desasosiego,  
Causaba muchas otras pesadumbres;  
Porque, río revuelto, los mayores  
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales  
Mas que de paso ir este camino,  
A cuestras sus alhajas y caudales,  
Y cofres proveídos de oro fino;  
Y aun suelen trompezar en otros males  
Causados por el barbaro vecino,  
Pues muchas veces nos hacían guerra  
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y así, yendo cubiertos por florestas  
Luis Feijo con otros seis soldados,  
Con un cofre de barras á sus cuestras  
Que bien valía veinte mil ducados,  
Subiendo por las cumbres mas enhiestas  
Del Dorsino, do van encaminados,  
El cofre del caudal puso en el suelo  
Y encima dél un pardo herreruero.

Y por le parecer lugar seguro,  
Sentóse para descansar encima,  
A tiempo que hacía muy obscuro  
Por ser después del cuarto de la prima;  
Estaban cerca de vecino duro,  
Cuyo compás también les pone grima;  
Sintióronlos los indios, y están ciertos  
Ser gente que huía de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,  
Pareciéndoles buena coyuntura  
Para que no perdiesen el provecho  
Que tan cerca les puso la ventura,  
Juntáronse para venir al hecho  
Y acometieron con la noche obscura,  
Tirando muchas flechas silbaderas,  
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,  
En tales ocasiones estupenda,  
Abrevian piés cristianos la huída  
Dejándoles aquella rica prenda,  
Teniendo por mejor salvar la vida  
Que perdella demás de la hacienda:  
Y así se la dejó, sin hacer cuenta  
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancho  
De lo quel español allí les trajo,  
Y cogen el hatillo de voleo,  
El lio, la petaca y el refajo;  
Asen bárbaras manos del manteo,  
Y no vieron estar cofre debajo,  
De suerte, que dejaron en lo raso  
La presa que hacía mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,  
Sin que fortuna le hiciese mella;  
Pero cerca de defender su capa,  
Aquello qué no pudo, pudo ella,  
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,  
Y defendió mejor la rica pella;  
Y por dejar al amo con que viva,  
Ella tuvo por bien de ser cautiva.

Y cuando ya sus rayos estendía  
Apolo por aquella cordillera,  
Con aumento de buena compañía  
Que fuerza de los indios resistiera,  
Volvió Frisol adonde le dolía,  
Que de su buena dicha desespera;  
Mas aunque con recelos y confuso  
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuesto  
Iba con lleno cofre de oro fino,  
Y á causa de volver al pueblo presto,  
Púsole separado del camino:  
Para volver después al mismo puesto  
Faltó la providencia de buen tino;  
Halláronlo trabajos y porfias,  
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen  
En aquellos lugares cada dia,  
Donde los sobresaltos que padecen  
No puede recoger mi fantasia;  
Ni yo podré decir lo que merecen  
El contador Bartolomé García  
Y Castro, que gran número de años  
Aquel puerto defienden destos días.

Porque gentes finitimas á Flandes  
Visitan aquel puerto con frecuencia:  
Y en este tiempo fué Pero Fernandez  
De Bustos con gobierno y eminencia,  
Cuyas virtudes y proezas grandes  
Merecen pluma de mayor esencia,  
Y así por su valor el rey ordena  
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no siento  
Hecho que de memoria sea dino,  
Sino que la justicia y regimiento  
Proveyeron después lo que convino,  
Y sustentaron bien aquel asiento  
Hasta que don Luis de Rojas vino;  
Cuyo gobierno fué no sin espanto,  
Y así lo trataré con nuevo canto.

## ELOGIO

*de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido el tiempo que allí gobernó.*

### CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,  
A quien siguen humanas voluntades,  
Suele poner y suele quitar leyes,  
Segun por tiempos hay necesidades,  
Para regir y gobernar las greyes  
Subyectas á sus altas potestades;  
Y si sus pueblos van en crecimiento,  
También de sus jüeces hay aumento.

En aquestas provincias y regiones  
De las Indias así les acontece,  
Pues como van creciendo poblaciones  
De reinos y provincias, también crece  
El número de las jurisdicciones,  
Señalando lo que les pertenece  
A los jüeces, para que descierna  
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados  
Doscientas leguas estos moradores,  
Para poder mejor ser gobernados  
El rey les envió gobernadores;  
Y ansimismo fundó dos obispos  
Por ser ya necesarios dos pastores;  
Y Santa Marta y otros comarcanos  
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia  
En Santa Fe de Bogota fundada,  
Y catedral que con papal licencia  
Fué desde Santa Marta trasladada,  
Do hacen dignidades asistencia,  
Persona cada cual cualificada,  
Que por sus grandes letras y costumbres  
Merecian tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,  
Ilustre vaso de virtudes lleno:  
Tal me manda razon que yo lo llame,  
La cual en su loor no sufre freno,  
Pues escepta malicia del infame,  
Ninguno negará ser varon bueno;  
Llevólo poco ha Dios á su gloria,  
Y así nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo  
Es don Lope Clavijo, arcedianio,  
Que en letras, en doctrina y en ejemplo  
Se muestra ser católico cristiano,  
Cuya bondad y merecer contemplo  
En honor de lugar mas soberano,  
Pues para ir á dignidad mas alta  
De lo que se requiere nada falta.

Deste reverendísimo senado  
Es el chanfre don Gonzalo Mejía,  
En quien aquel honor mas encumbrado  
No podemos llamalle demasia;  
Varon insigne, siempre respetado  
De legos y de nuestra clerecia,  
Por haber sido siempre don Gonzalo  
A todos bueno y á ninguno malo.

Está también en el ilustre coro  
Un don miguel de Espejo, tesorero,  
No solo tesorero, mas tesoro,  
Honra y autoridad de nuestro clero;  
Cuyas sentencias son bocados de oro  
Que hinchén el juicio mas entero:  
Al fin es luz y lumbré tal espejo  
De juvenil edad y del mas viejo.

Erigiéronse pues dos obisposados  
De uno que no fué de gran sustancia,  
Por estar los lugares apartados  
Espacio de grandisima distancia,  
Y no podian bien ser visitados,  
Segun pide cristiana vigilancia;  
De manera que Santa Marta tiene  
Obispo de por sí, como conviene.

Fué fray Juan Mendez, fraile dominico,  
El primero que por obispo vino,  
Hombre modesto, de talento rico,  
No menos virtuoso que benino;  
Y en todo lo demás yo certifico  
No ser de tanta dignidad indino,  
Porque en aqueste reino fué su vida  
Gran número de años conocida.

Murió cuando venia visitando  
Las ovejas que son de aquel aprisco,  
Y por su muerte vino con el mando  
Otro docto varon, fraile francisco,  
Que se dice don Sebastian de Ocando,  
Digno pastor de muy mas alto risco,  
De cuya cristiandad, virtud y ciencia,  
Tenemos por aca gran experiencia.

Convento se fundó dominicano  
En este mismo tiempo que refiero;  
De prelados que en él tuvieron mano  
Un fray Lúis de Orduña fué primero,  
De varia erudición, de pecho sano,  
Y en vida y en doctrina muy entero,  
A cuya potestad es obediente  
El convento de Tunja de presente.

Volviendo pues á los gobernadores  
Que de España vinieron proveidos,  
Sé decir que con sus competidores  
De Bonda, Pocigueyca y sus partidos,  
Fortuna no les dió tantos favores  
Que mas no fuesen desfavorecidos;  
Y el suceso de don Luis de Rojas  
No se puede decir en pocas hojas.

Pero como me tienen puesta tasa  
Otras ocupaciones manuales,  
Y es la presente tempestad escasa,  
Porque no todos tiempos son iguales,  
Solamente diré de lo que pasa  
Los acontecimientos principales,  
Porque se vea desta serranía  
Su fuerza, su valor y su porfía.

Vino pues Rojas año de setenta,  
Con su mujer, criadas y criados,  
Pero no con el fausto que se cuenta  
De los gobernadores atrasados;  
Mas de sus patrimonios y su renta  
Todavía gastó con los soldados  
Que trajo, cuyo número no enseño  
Porque segun parece fué pequeño.

Todos los moradores deste puerto  
Lo recibieron generosamente;  
Y como Manjarés fuese ya muerto,  
Y el buen Pero Fernandez del absente,  
Regía por buen orden y concierto  
Un Francisco de Castro su teniente;  
Y entonces él tenía gente presta  
Para ir á la sierra mas enhiesta.

Eran ciento y ochenta los soldados,  
Serian de caballo los cincuenta,  
Los unos y los otros pertrechados  
De lo que demandó guerra sangrienta,  
Arcabuces y tiros preparados,  
Azadones y toda herramienta;  
Y el Castro, que podemos decir casto,  
De todas estas cosas hizo el gasto.

Llevaronse también ciertos lebreles,  
El uno dellos perro señalado,  
El cual en guerras de indios infieles  
No ganó menos quel mejor soldado,  
Y ansi por hechos malos y crüeles  
Fué de diversas partes desterrado:  
Llamábase Amadis, y fué mas fiero  
Quel otro fabuloso caballero.

Armábanlo también de duro fardo  
Como fuese patente la rencilla;  
El cual sabia dar tan buen riguardo  
Al tiempo que rompía la cuadrilla,  
Que piedra, palo, flecha, lanza, dardo,  
Era si le tocaba maravilla;  
Del cual tenía Castro confianza  
Como de un escuadron de gran pujanza.

Porque su principal intencion era  
Entrar á Pocigueyca por la cumbre,  
Tomando mas atrás la cordillera  
Para llegar con menos pesadumbre,  
Y allí fortalecerse de manera  
Que viniesen á dar la servidumbre,  
Con asentar en la mayor altura  
Y en ella colocar nueva cultura.

Nombró por capitán y por caudillo,  
Repartiendo la gente que se saca,  
Al animoso Diego Jaramillo  
Y á Fernán Rüz Cabeza de Yaca,  
Que fué con sus consejos el castillo  
Que los mayores impetus aplaca;  
Fué otro capitán un Fernán Perez  
E un Simon de Silva por alférez.

Mayor sarjento fué Carlos de Vera,  
Que de veras su buen valor enseña;  
Y no menos á toda la bandera  
En combatir la mas soberbia peña  
El circunspecto Pedro de Ribera,  
Natural de la villa de Guareña,  
De quien pudiera bien hablar mi boca  
Si no fuera negocio que me toca.

Pues como don Lúis de Rojas vino,  
Pareciendo negocio conviniente,  
No quiso perturballes su desino,  
Antes al Castro hizo su teniente,  
Y al mozo Juan de Rojas su sobrino  
Por maestre de campo juntamente,  
El cual era de buena compostura  
Si fuera tan compuesto de ventura.

Y entonces, como gente novelera,  
A ver al don Luis eran llegados  
Los indios que mandaban la frontera,  
Que fueron del teniente convidados,  
Y sobre mesa puestos en collera,  
Donde estuvieron todos bien tractados,  
Porque para seguir aquel intento  
No le fuesen algun impedimento.

Pues nunca cosa que español pretenda  
Puede ser por allí tan entre dientes,  
Que por indios ladinos no se entienda  
Y estos avisen luego á sus parientes;  
Y para hacer Castro su hacienda  
Fué bien asegurar inconvinientes,  
Porque cualquier estorbo que dé pena  
El indio de paz es el que lo ordena.

Y aun suelen ayudar al enemigo  
Cuando se muestran mas acariciados,  
Y porque nadie pueda ser testigo  
Van con betun de bija disfrazados;  
Por estos malos usos, como digo,  
Consigno los llevaron enlazados:  
Uno de los caciques fué Coendo,  
De los indios de Bonda mas horrendo.

Castro lo balagaba y abrazaba,  
Prometiéndole dar de sus despojos;  
Mas él de tal manera se mostraba  
Que no disimulaba los enojos,  
Tanto que parecía que lanzaba  
Vivas llamas de fuego por los ojos,  
Revolviendo venganzas en su pecho,  
Después reconocidas por el hecho.

Estando preparados desta suerte  
Teniente, general y compañías,  
Al efecto ya dicho se convierte,  
Presos estos caciques y las guías;  
Y así partieron á la casa fuerte  
De Bonda, do estuvieron cuatro días,  
Acampañándolos muchos vecinos  
Y el dicho don Lúis y sus sobrinos.

Al principio del año que siguiente  
Fué sobre tres quinientos y setenta  
Del parto de la Virgen excelente,  
Segun suete medir cristiana cuenta,  
De Bonda salió Castro con la gente  
A la jornada que se representa;  
Y en efecto llegó con la que saca  
Al ancon y provincia de Guachaca.

Para tomar allí buena carrera  
En la prosecucion de su interese,  
Con cierta gente fué Carlos de Vera  
Para que por el río descubriese,  
Ayudado de Pedro de Ribera,  
El camino que mas cómodo fuese;  
Caminaron lavándose la planta  
Y algunas veces hasta la garganta.

Dos días trabajaron, pero como  
Fuesen de poco fruto las porfias,  
Sin enhestar el fatigado lomo,  
Volvieron á buscar por otras vias  
Y dieron en un pueblo dicho Domo,  
A cabo ya de tres ó cuatro días,  
Y en otro Bobocó, que es su vecino,  
Que de paz les salieron al camino,

Dándoles de comer bastante  
De sus manjares mas acostumbrados,  
Que segun la tenian de presente  
Para su hambre fueron regalados;  
Ansimismo llevaron al teniente  
Destos indios gran número cargados  
De yucas, de batatas y maíces,  
Y otras diversidades de raices.

Otro camino fué Diego de Andrada,  
Hidalgo portugués, noble persona,  
Y dijo cómo tiene rastreada  
La poblacion que dicen Cincorona,  
Y ser aquella la mejor entrada  
Para llegar al valle de Tairona:  
De cuya causa se partieron luego,  
Y pasaron el río de Don Diego.

El campo junto con razon bastante  
De su viaje para proseguillo,  
Castro mandó que pasen adelante,  
El maese de campo por caudillo;  
Escogióse pues gente vigilante,  
Entre ellos el Ribera y Jaramillo  
Y el capitán Maceta, vizcaino,  
Con aquel aparato que convino.

Tomados cuatro días de sosiego,  
Con guías y con paso diligente  
Volvieron sobrel río de Don Diego,  
Do los indios tenían una puente,  
No buena para caminante ciego,  
Por estar de dos árboles pendiente  
De yedras correosas de arcabucos,  
A los cuales acá llaman bejuocos.

Hallan cortados los espesos ruidos  
Por mano de la bárbara canalla,  
Y á nado pasan sobre los escudos  
Soldados que pudiesen remedialla,  
Espadas en las bocas y desnudos,  
Porque su desnudez era la malla;  
Pero no ven en la contraria banda  
Contrarios que perturben su demanda.

Tomaron con trabajo la ribera,  
Por ser impetuosa la corriente,  
Y el paso remediaron de manera  
Que pasaron por el bagax y gente,  
Y ansimismo después la que zaguera  
Quedaba con el general teniente.  
Hallaron luego copia de bubios,  
Pero de moradores ya vacios.

Paró por descansar el caminante  
En un pueblo de buena compostura,  
De fértiles labranzas abundante,  
Pero no vian viva criatura;  
Y tendiendo los ojos adelante,  
Tres atalayas ven en un altura,  
Y el Juan de Rojas dijo: « Bien sería  
Que tomásemos uno para guía.

» Y no sería débil la hazaña  
Del soldado que tales piés tuviese  
Que cubriéndose bien con la montaña,  
Hasta llegar ninguno lo sintiese,  
Y en lo raso se dé tan buena maña  
Que por lo menos uno no se fuese,  
Sino que cuando por la loma salga  
Hacer que lijereza no le valga.

Oido por el Pedro de Ribera  
Con otros tres de no menos soltura,  
En ese punto suben la ladera  
Metidos por el monte y espesura:  
Los indios venlos cuando salen fuera,  
Y cada cual sus pasos apresura;  
Pero tan bien corrieron los cristianos,  
Que los dos les quedaron en las manos.

Llevados estos dos por los cabellos  
Do esperan españolas compañías,  
El Juan de Rojas se holgó de vellos,  
A causa de tener mejores guías:  
Pusieronles prisiones en los cuellos,  
Y así les enseñaron breves vias  
Para llegar al dicho Cincorona,  
Donde no se halló viva persona.

Cantidad hubo harta de alimento,  
Aunque niugun tesoro para el arca,  
Seis días hacen de deteniemento  
Por la gran poblacion que se demarca  
Y ser aquel el principal asiento  
A quien obedecia la comarca:  
Algunos indios van por los oteros  
Dando mil gritas y haciendo fieros.

Y en efecto la gente que se halla  
Recogida de pueblos comarcanos  
Un día presentaron la batalla  
A nuestros peregrinos castellanos:  
La tierra se convoca para dalla  
Juntándose los mozos y los canos;  
Pero por cosa cierta se averigua  
Faltalles ya la potestad antigua.

Porque considerando lo presente,  
Así de gente como de riqueza,  
Esta de lo pasado diferente  
Y mil leguas atrás de su grandeza,  
Y á mas andar se pierde la simiente  
Desta mas que bestial naturaleza;  
Y el venir tan á menos esta tierra  
No podemos decir que fué por guerra.

Pues son, por los compases de aquel trecho,  
Segun y como mas atrás refiero,  
Contadas las entradas que se han hecho  
Sacando por rescates el dinero:  
En esto reparaba su provecho,  
Quedando lo demás sano y entero;  
Y si encuentros otros han tenido  
Mucho mas han ganado que perdido.

Ver pues tan pocos de tan larga suma,  
A mí me da motivo y argumento,  
Sin entendedlo, para que presuma  
Que gente de tan mal conocimiento  
Ha de permitir Dios que se consuma,  
Y llegue su total acabamiento;  
Pues nunca se verá jamás centella  
En ellos de virtud, ni han olor della.

Pero costumbres se verán malditas  
En los que parecieren mas enteros,  
Y por la mayor parte sodomitas,  
Idólatras y grandes hechiceros,  
Con otras abusiones infinitas  
Cerca de juzgar cosas por agüeros:  
Adoran en efecto los demonios,  
Y aquestos no son falsos testimonios.

Malicias hartas reinan en su seno,  
Y allá van do la carne los inclina,  
Sin haber cosa que les ponga freno  
De las que suelen darnos medicina;  
Saben cual es lo malo, cuál lo bueno,  
Y siguen lo peor a la contina:  
Gente tan sin virtud, tan monstruosa,  
Que de ley natural no guarda cosa.

Padre con hija, hermano con hermana,  
Acontece servilles de maridos;  
Ninguno dellos vi que tengan gana  
De ser en buenos usos instruidos,  
Aunque la voz de religion cristiana  
También les ha tocado los oídos:  
Un barbarismo es sin luz de ciencia  
Y sin remordimiento de conciencia.

Sonles buenos consejos odiosos  
Y todo lo que en si virtud encierra;  
Pero flojos no son ni perezosos  
En el labrar y cultivar la tierra;  
En sus oficios son ingeniosos,  
Y la holgazanía se destierra:  
Hay muchos tejedores, hay plateros,  
Y muchos, de sus usos, carpinteros.

Horadan piedras en color sangrientas,  
No malas para mal de los riñones;  
Tejen para sus compras y sus ventas  
Mantellinas pulidas de algodones;  
También se labran muy menudas cuentas  
De conchas que llamamos nacarones,  
Que por aqueste reino y su distancia  
Un tiempo fué rescate de importancia.

Para sus guerras y otros usos vanos  
Tienen de plumas ricos ornamentos,  
Con que los capitanes mas lozanos  
Manifiestan sus bravos pensamientos....  
Y así vienen agora muy galanos  
A los premeditados rompimientos,  
Dejando las alturas y peñoles  
Para probarse con los españoles.

No torbellino ni huracán viento  
De la media region del aire llega  
Con tan apresurado movimiento  
Cuando rompe la nube que congrega  
Exhalacion del árido elemento,  
De la cual con violencia se despega  
Huyendo las frialdades de la nube,  
Adonde por calores del sol sube:

Cuanta fué la braveza y el estruendo  
Que la bárbara gente representa,  
Al tiempo que venía descendiendo  
Llena de furia, de temor exenta,  
Y grita que los aires va rompiendo,  
Con intencion y voluntad sangrienta;  
Y con aquel furor en breves puntos  
Los unos y los otros se ven juntos.

Ordénase la gente castellana  
Aprestando siniestras y derechas,  
Rompen rodela golpes de macona,  
Traspasan los escudos duras flechas;  
Pero con todo esto poco gana  
La bárbara nacion contra las mechas  
Del arcabucería, cuyos tiros  
Causan allí mortíferos sopiros.

El lebre Amadis, viendo la caza,  
Bien como lobo dentro de cabañas,  
Unos derriba y otros despedaza  
Echándoles de fuera las entrañas,  
Hasta hacelles escombrar la plaza  
Metiéndose por ásperas montañas,  
Quedando solamente del ruido  
Óchoa, vizcaino, mal herido.

Pero mediante cura quedó bueno  
Por experimentados cirujanos,  
Porque los moradores deste seno  
No todas veces tienen á las manos  
La yerba ni mortífero veneno  
Usado de los indios comarcanos:  
Dicen también que no prevalecía  
Por ya participar de tierra fria.

Vencidos de la suerte que refiero,  
Con tres cabezas de indios principales  
El Juan de Rojas hizo mensajero  
Para llamar al Francisco Gonzalez  
De Castro, general, y por ligero  
Fué para presentar estas señales  
De los que quebrantaron vital goce  
El alguacil mayor llamado Ponce.

Partió, dadas las nuevas, al instante  
Y á Cincorona llega, de do luego  
Juan de Rojas partió con el restante  
A Taironaca sin tomar sosiego,  
Que estaba dos jornadas adelante  
Pegada con el río de Don Diego,  
Pueblo que segun consta de presente  
No debía de ser poco potente.

Ciudad pajiza, pero bien fundada,  
Escombrada por parte del oriente:  
Es una de sus plazas enlosada  
De lajas grandes, puestas igualmente,  
Y su hechura va triangulada  
Por cada parte cien pasos de frente,  
Y en las tres puntas tres grandes caneyes,  
Moradas y aposentos de sus reyes,

Que son también pajizos aposentos,  
Do suelen morar muchos de consumo,  
Y se podían bien sobre trescientos  
Soldados alojar en cada uno,  
Con servicio, caballos y ornamentos,  
Dando lugar á todos oportuno:  
Eran pues estos tres de las esquinias  
Del rey, hijos, mujer y concubinas.

Como llegasen pues á Taironaca,  
Y el lugar estuviese todo vago,  
El español ningun provecho saca  
Donde pensó hallar próspero saco,  
Porque demás de la defensa flaca,  
En todo lo demás estaba flaco:  
De Pedro de Ribera sé que trajo  
Como trescientos pesos de oro bajo.

Vinole el cacique después desto  
Prometiéndole paces el enmienda,  
Y entendiéndose venir con presupuesto  
De procurar de ver aquella prenda,  
Cuya razon les hizo manifiesto  
Estar ya muy atrás en su hacienda,  
Porque solian ser gentes tan largas,  
Que el oro de guaní daban á cargas.

Pero mirado bien aquel terreno  
Cuya dispuscion da mil contentos,  
Enamorados del lugar ameno  
Y la fertilidad de los asientos,  
Parecióles que allí seria bueno  
Poblar y señalar repartimientos;  
Y así Castro pobló segun es uso,  
Y al nuevo lugar Ecija le puso.

Cabildo se nombró, con las decencias  
De personas honrosas y buen vaso;  
Autos se pronunciaron y sentencias,  
Tomada posesion en campo raso,  
Haciéndose las otras diligencias  
Que se suelen hacer en este caso;  
Labrando con hervor en los lugares  
De sus huertas, estancias y solares.

Y visto por los indios comarcanos  
Aquel negocio ser de permanencia,  
Por ver edificar á los cristianos  
Con una fervorosa diligencia,  
Viniéronles de paz los mas cercanos,  
Y al rey Filipo dieron obediencia,  
Ayudando también con sus servicios  
A levantar los nuevos edificios.

Después de reposar dos ó tres meses,  
De los ochenta dellos hubo junta,  
Armados de arcabuces y paveses  
Para ver lo demás que se barrunta  
A ver por las alturas y conveses  
Que acia Río-Grande hacen punta,  
Porque por el compás de aquella frente  
Nunca jamás llegó cristiana gente.

Como subiesen mas á los altores  
Los ochenta, que todos son infantes,  
Descubriéronse pueblos muy mayores  
De los que por la sierra vieron antes,  
Desamparados de sus moradores,  
A causa de estar todos vigilantes  
Con muchas atalayas por los visos,  
Que por momentos daban los avisos.

Mas como viesan en un alto cerro  
Estar cierto gandul por atalaya,  
No tuvieron por culpa ni por yerro  
Estorballe que á dar las nuevas vaya,  
Y así soltaron el cruento perro,  
Que no tiene pereza ni desmaya,  
Hasta hacer con su crúel gobierno  
Que llevase las nuevas al infierno.

Aquel lugar estaba confiado  
Del especulador que lo velaba;  
Pero de duras parcas ocupado,  
No pudiendo llegar do deseaba,  
Tomaron aquel pueblo descuidado  
Con cuanta gente dentro dél estaba:  
Procuraron con paz dalles contento,  
Y así no se les dió desabrimiento.

Allí duermen con guarda vigilante,  
Después de dar al cuerpo su sustento,  
Y cuando ya lumbre radiante  
Salía de dorados aposentos,  
Determinaron de pasar delante  
En la prosecucion de sus intentos:  
Vieron después de hecho gran desvío  
Un valle fondo y un pequeño río.

Haciase de dos lomas peladas,  
Asperas cuestas y derrumbaderos,  
A causa de que son avoleadas  
Y son bien necesarios piés lijeros;  
Abajo vieron casas asentadas  
Y al morador huir por los oteros;  
Háblantes lenguas desde los altores  
Diciéndoles que no tengan temores:

Que bien puede volverse cada uno  
A sus casas, labranzas y heredades,  
Pues no van á hacelles mal alguno,  
Sino para sinceras amistades;  
Demás de nadie selles importuno  
En les contradecir sus voluntades,  
Porque no se pretende dar disgusto  
A los que se llegaren á lo justo.

Cada cual dellos la mujer absconde,  
Aunque los llaman amigablemente;  
Mas un bárbaro viejo les responde:  
« El cacique traerá toda su gente;  
Con que vosotros no salgais de donde  
Os vemos reparados al presente,  
Ni llegueis á morada deste puerto  
Hasta ver si venimos á concierto. »

Concedidas aquestas peticiones,  
Siéndole dicho que sin temor venga,  
Llegóse mas á nuestros escuadrones  
Y hizoles allí mayor arenga,  
Sacándoles mas llenas condiciones  
A fin de que la gente se detenga,  
En tanto que la suya desaparece  
Con el hatillo que le pertenece.

Tomada la demora que convino  
Para poner en cobro sus caudales,  
Aprestó los piés aquel vecino  
En busca de los otros naturales;  
Y en breves horas el cacique vino  
Con ocho capitanes principales,  
Mas segun eran, tívose sospecha  
Ser indios de la mas baja cosecha.

Dijéronles que vuelvan intramuros  
Con sus mujeres, hijos y haciendas,  
Pues en ninguna parte mas seguros  
Que dentro de sus casas y viviendas;  
Que no son tan tiranos y tan duros  
Que quieran despojallos de sus prendas:  
« Y solamente somos pretendientes  
De haceros amigos y parientes.

» Aquí traemos paz y no cizaña,  
Ni nos suelen mover otros respetos  
Sino servir al grande rey de España,  
A quien los orbes dos están subyetos;  
Y los que en su servicio se dan maña  
Viven salvos, seguros y quietos:  
Llamad pues los demás á mi presencia,  
Para le dar servicio y obediencia. »

Los bárbaros responden con razones  
Que para lo hacer no van derechas;  
Y viendo Rojas tales dilaciones  
Y otros indicios malos y sospechas,  
Mandó que los echasen en prisiones  
Quitándoles los arcos y las flechas:  
Pusiéronles collera y arropoa,  
Y dentro deste pueblo se ranchea.

La sombra fresca del supremo monte  
Venía ya cubriendo la ladera,  
Y en aquel hemisferio y horizonte  
Apolo daba fin á su carrera,  
Y las obscuras nieblas de Aqueronte  
Se daban prisa para salir fuera,  
Cuando vieron bajar por un recuesto  
Gandul empenachado bien dispuesto.

En todos sus meneos y semblante  
Representaba singular soltura:  
Tenía proporciones de gigante,  
Y no menos feroz en la postura,  
Con un carcax de flechas abundante,  
Cubierta solamente la cintura,  
Arco que de los hombros va pendiente,  
Y en las manos macana prepotente.

Cada cual español está confuso  
Viéndolo descender con tanta gana,  
Con armas y pertrechos de su uso,  
Que son el arco, flechas y macana,  
Sin detenerse hasta que se puso  
Delante de la gente castellana,  
Con tanta baraunda y desatino  
Como si fuera espíritu malino.

Pues en el punto que llegó comienza  
Con grandes voces y palabras rasas:  
« ¡Salid! ¡salid! ¡bellacos sin vergüenza,  
Sin que mas reposeis en vuestras casas;  
Que si ventura quiere que yo venza  
Os tengo de quemar en vivas brasas:  
¡Salid! ¡salid! ¡salid! malos cristianos,  
Recebiereis regalos de mis manos.

» Llegados son vuestros postreros hados,  
Que de mi furia no podeis huiros.  
¿ Aguarichas estais encerrados?  
¿ De temor de la muerte dais suspiros?  
¡ Mirad, mirad! pues os estais parados  
Si son medicinales estos tiros. »  
Y diciendo y haciendo tira flechas  
No mal encaminadas ni mal hechas.

Quisieran salir muchos desta gente  
A se probar en singular certamen,  
Y el maese de campo no consiente  
Que hagan de sus fuerzas tal examen.  
Diciendo: « Con menor inconveniente  
Deseo castigar este vejamen;  
Este es un perro sin temor ni rienda:  
Con otro perro tenga la contienda.

» El lebrél Amadís está pidiendo  
Las carnes deste indio para cena,  
El cual de ver la grita y el estruendo  
Está remordiscando la cadena:  
Menester es que venga, y en viuiendo  
El le dará su merecida pena. »  
Van luego dos ó tres de la cuadrilla,  
Y al perro le quitaron la trailla.

No Melampo, Harpago ni Dorseo,  
Con tanta furia van por el egido  
Con Dramas, Harpolos y Melaneo  
Tras el señor en ciervo convertido,  
Cuanta fué la soltura y el deseo  
Del Amadis después quel indio vido;  
El cual también como le vió la cara  
Para la competencia se repara,

Meneando los piés con buen talante,  
Con el baston que punto no se tarda,  
Y golpes por detrás y por delante,  
Con mas velocidad que fiera parda,  
Con ambas manos juega de montante,  
De cuyos golpes Amadis se guarda  
Y para dar contentos á su vientre  
Busca lugar y modos por do le entre.

El perro con furor enerizado,  
Los piés como pantera diligentes,  
La nariz y hocico regañado,  
Mostrando los colmillos y los dientes  
Con que tiene de ser despedazado  
Sin valelle sus locos accidentes;  
Mas el gandul que su vivir pretende,  
Con brios varoniles se defiende.

Anda la mortal obra que no cesa,  
Sin que para resuelto se dé vado,  
La pesada macana muy espesa,  
Guardándose por uno y otro lado;  
Mas el perro le daba tanta priesa  
Que ya se ven las muestras de cansado,  
Pues el golpe no sale tan entero  
Ni con tanto vigor como primero.

Y aunque procura bien no dalle puerta,  
Y por todas las partes se recata,  
Sucede para dalla mas abierta  
Inconviniente grande que lo mata;  
Y fué que en el compás se desconcierta,  
Y un golpe que tiró lo desbarata  
En una piedra frente del alano,  
Soltando la macana de la mano.

Quiso luego coger el empulgnera;  
Pero no se le dan esos lugares,  
Porque la presta boca carnícera  
Asió con tal furor de los ijares,  
Que las humanas tripas salen fuera  
Para de las caninas ser manjares;  
Y al fin como si fuera débil caza  
El lebral Amadis lo despedaza.

Hechos en tierra viva los entierros  
Del miserable que mantuvo tela,  
Cubria manto negro ya los cerros  
En los cuales hicieron centinela  
Suelos el Amadis con otros perros  
Que les ayudan á hacer la vela,  
Porque los indios que en prision tenían  
Sospechaban no ser los que decían.

Las alturas y cumbres descubiertas  
Y desnudas del velo vespertino,  
Abiertas del aurora ya las puertas  
Por donde sale resplandor divino,  
Las gentes vigilantes y despiertas  
Prosiguen adelante su camino,  
Los sobredichos indios en prisiones  
Por algunos respetos y ocasiones.

Los cuales bien mostraban su tristeza;  
Mas el cacique con humilde gesto  
Pidió relajacion del aspereza,  
Haciendo por señales manifiesto  
Que mandaba hacer naturaleza  
Evacuaciones del manjar digesto,  
Lo cual se hizo sin tomar reposo  
Reconociendo ser uso forzoso.

Pero como salió de la collera,  
Las espaldas y calcañares vueltos,  
En abajar buyendo la ladera  
Todos sus pensamientos son resueltos:  
Abrevia lo posible la carrera;  
Pero como los perros están sueltos  
Vuelan tras él y van en el alcance  
Sin poder impedirles aquel lance.

Pensó hallar salud en la huida,  
Por huir las zozobras de prisiones,  
Y el miserable huye de la vida,  
Teniendo nadie tales intenciones,  
Solo ser su persona detenida  
Por evitar algunos trompezones;  
Y así vista la fin deste pagano  
A todos los demás dieron de mano.

Prosiguen su derrota nuestras gentes,  
Que repartidos van desta manera:  
Doce de los mas sueltos y valientes  
Perlongando la dicha cordillera,  
Sin encumbrar á ver otras vertientes,  
Sino subidos á media ladera;  
Y por la parte baja va la resta  
A vista de los doce de la cuesta.

Iba Pedro García por caudillo;  
Los demás son Ribera y un Lozano,  
Tovar, Diego y Rodrigo Jaramillo  
En parentesco y en valor hermano;  
Juan de Beleño, Pedro del Castillo  
Bartolomé Pareja, Juan Sedano,  
Diego García, y un Martin Gonzalez  
Que fué de los soldados principales.

Subiendo no con poca pesadumbre  
Por asperisimos derrumbaderos,  
Salieron de lo alto de la cumbre  
Sobre los dichos doce compañeros  
De galgas infinita muchedumbre  
Y número crecido de flecheros,  
Con tanta grita, tantos alaridos,  
Que les atormentaban los oidos.

Son grandes los temores que conciben,  
Viéndose desta suerte salteados,  
Por no hallar lugar sobre que estriben,  
Que todos ellos son avolcanados;  
Y como con las galgas los derriben,  
Habian de rodar dos mil estados;  
Grave peligro si subir pretenden,  
Y mas crecido riesgo si descienden.

Bien como malhechor que juez prende,  
Y se fortaleció con sacra linde,  
El cual de dos extremos grandes pende  
Y de ninguno dellos se rescinde,  
Pues lo mandan matar si se defiende  
Y de morir no duda si se rinde,  
Y para verse libre del estrecho  
Revuelve muchas cosas en su pecho:

A riesgo semejante sometida  
Allí se via la compañía fuerte,  
Porque si sube perderá la vida,  
Y si baja será hasta la muerte;  
Y así su libertad mas conocida  
En perplejos remedios se convierte:  
Solo llamar á Dios es lo que resta,  
El cual su gran bondad les manifiesta.

Pues con venir espesas y derechas  
Las galgas declinaban á los lados,  
Sin hacer puntería con las flechas  
Por no hallarse bien acomodados;  
Y acá no se valian de las mechas  
Tampoco, por estar como colgados,  
Padeciendo grandísima congoja  
Hasta que sientan el aljaba floja.

Van luego tras el que los caudilla  
Por los derrumbaderos gateando,  
Procurando tomar una cuchilla  
De la ladera por do van cortando,  
Que para se valer en la rencilla  
Tierra mas fija les está mostrando  
Y un ensillada della mas á mano  
Donde podrán hollar con pié mas llano.

Con el temor de la precipitada  
Galga, van separados y disjuntos,  
Que por alguno desta camarada  
Pasó distancia de pequeños puntos;  
Tomaron todos pues el ensillada,  
Donde apenas los doce caben juntos,  
Y allí los seis de nuestros andaluces  
Disparan los fumosos arcabuces.

Porque seis dellos son arcabuceros  
 A quien toca llevar las cargas hechas,  
 Y los seis dellos eran rodeleros  
 Que los arrodellaban de las flechas;  
 Y aunque tienen inciertos los terreros,  
 Y por allí las vias son estrechas,  
 Todavía hicieron algun daño  
 Las balas en el bárbaro rebaño.

Tras esto vino galga de lo alto  
 Sin punto declinar de la cuchilla,  
 La cual no dió pequeño sobresalto  
 A la famosa gente de Castilla;  
 Mas antes de llegar dió tan gran salto,  
 Que salvó por encima la cuadrilla:  
 Dan gracias al Señor omnipotente  
 Que los libró de riesgo tan patente.

Vido luego la gente que camina  
 Por lo bajo llegar indios sobrellos;  
 Oyén el arcabuz y la bocina  
 Que tocaban los bárbaros resuellos;  
 Y el maese de campo determina  
 Enviar gente para socorrellos:  
 Partieron luego veinte compañeros  
 De los mas alentados y lijeros.

Con manos y con piés iban garrando  
 Por aquel reventon de cuesta luenga,  
 Y el mas lijero dellos escarbando  
 Para poner el pié do se sostenga:  
 Pero Diego de Castro fué rodando  
 Sin hallar por allí do se detenga;  
 Y á tal punto llegó de la caída  
 Que ya desconfiaba de la vida.

Pero sin esperar auxiliante,  
 Los doce suben por las cuestras malas,  
 Llevando seis rodelas por delante,  
 Ojeando los indios con las balas;  
 Y como ven venir con tal semblante  
 Los ministros beligeros de Palas,  
 Tuvo por bien aquella muchedumbre  
 De desembarazar toda la cumbre.

Llegados á lo mas alto del puerto,  
 Cubiertos de sudores y encendidos,  
 Un valiente gandul hallaron muerto,  
 Traspasados de bala los oídos,  
 Y de la fresca sangre rastro cierto  
 Por do conocen ir otros heridos;  
 Y allí, libres del trance riguroso,  
 Tomaron algun tanto de reposo.

Atalayaron bien aquella frente,  
 Y como ningun indio parecia,  
 Antes que se resfrie lo caliente  
 Del inmenso sudor que los cubria,  
 Al camino salieron a la gente  
 Que para su socorro les venia,  
 No con menos fatigas y sudores  
 Procurando subir á los altores.

Bajaron todos juntos la ladera,  
 Buscando pasos mas acomodados,  
 Adonde Juan de Rojas los espera  
 Con los demás amigos y soldados.  
 Apolo daba fin á su carrera  
 Apartándose ya destos collados;  
 Y así hicieron luego rancheria  
 Hasta velle volver siguiente dia.

Y cuando revolvía los yugales  
 Que sobre todos tienen el imperio,  
 Para restituir á los mortales  
 La lumbre que quitó deste hemisferio,  
 Los hombres y los brutos animales,  
 Ya fuera del nocturno captiverio,  
 Prosiguen adelante su jornada,  
 Que no hallaron desembarazada.

Pues aunque caminaron de mañana  
 Los fuertes y animosos peregrinos,  
 Mas madrugó la gente comarcana  
 De los habitadores convecinos,  
 Con armas ofensivas y con gana  
 De dar infame fin á sus caminos;  
 Y así vieron los pasos y las cuestras  
 Ocupadas de gentes bien dispuestas.

De largas plumas las cabezas llenas,  
 Diademas de oro por las frentes,  
 En los pechos chaguas aló patenas  
 Que los rayos del sol hacen patenas,  
 Con otras joyas de doradas venas  
 De las orejas y nariz pendientes,  
 Embijados, compuestos y lozanos  
 Y con arcos y flechas en las manos.

Uu gamo cada cual en la soltura,  
 Páris en la certeza con que tira,  
 Al impetu primero gente dura  
 Y el menor un Aquiles en la ira;  
 La gran ferocidad de su postura  
 Tal, que pone temor á quien lo mira;  
 Y el feroz español con todo esto  
 Procura de ganalles el recuesto.

Requírenles, con paz primeramente,  
 Segun y como tienen de costumbre;  
 Pero la paz al bárbaro valiente  
 Parece que le daba pesadumbre,  
 Porque por dicho de la lengua siente  
 Que lo quieren traer á servidumbre;  
 Y así de flechas eran las respuestas,  
 Haciendo sus entrañas manifiestas.

Y como se hallasen ya cercanos,  
 Procurando ganar el lugar fuerte,  
 Espadas y rodelas en las manos  
 Y tiros causadores de la muerte,  
 Soltaron ante omnia los alanos  
 Para mas á placer hacer la suerte;  
 Y al subir por las cuestras acia ellos,  
 Los indios les mataron cuatro dellos.

El Amadis con otros tan espertos,  
 En tanto quel primer impetu dura,  
 Están detrás de piedras encubiertos  
 Esperando sazón y coyuntura;  
 Y cuando della se licieron ciertos,  
 Los pasos cualquier dellos apresura,  
 Y por el mucho cebo de su mesa  
 En uno y otro y otro hacen presa.

Viendo los indios tan crüenta caza  
 Y tan fuera de los humanos usos,  
 Gran multitud con ellos se embaraza  
 Sin orden, apretados y confusos;  
 Apuntan arcabuces á la plaza  
 Con los globos que dentro van incluidos,  
 Y tanta priesa dan los perdigones,  
 Que los indios volvieron los talones.

Bien como cuando sale de sus senos  
 De prövidas abejas gran aumento,  
 O contra las que corren sus terrenos  
 O para la labor de su sustento,  
 Que si por aventura suenan truenos  
 Y corre destemplanza de algun viento,  
 Huyen á mas andar destos lugares  
 A los asientos de sus colmenares:

Así los indios viendo la caída  
 De sus colaterales y guajiros,  
 El gran ruido, trueno y estampida  
 Que hacen arcabuces con los tiros,  
 Los piés pusieron todos en hüida  
 Con acompañamiento de suspiros,  
 Largando mazas, flechas y carcajes,  
 Coronas, diademas y plumajes.

Llevaron adelante su conquista  
 Los que gozaron destos vencimientos,  
 Y sin haber furor que los resista  
 Por estos altos van á pasos lentos,  
 Hasta llegar adonde dieron vista  
 A pueblos estendidos en asientos,  
 Y descubrieron ocho por acechos  
 Distantes unos de otros pocos trechos.

E porque ven el término cumplido  
 Que por el general les era dado,  
 Dejaron de correr aquel partido,  
 Mas fértil que otros y mejor poblado,  
 Y así fué con acuerdo dilinido  
 Que no se quebrantase su mandado;  
 Vinieron todos en aquel decreto,  
 Y luego lo pusieron en efeto.

Bajáronse de aquesta cordillera  
 Con orden y recato conveniente,  
 Y fueron perlongando la frontera  
 Que al valle de Upar tiene la vertiente,  
 No cerca de la nieve, sino fuera,  
 Mas bajos por ladera mas caliente;  
 Y con hacer buen rato de desvio  
 Pensaron todos perecer de frio.

Por ser flacos los hilos de la tela  
 Que los cansados miembros les abraza,  
 Y aun con tener refugio de candela,  
 Estuvo cuasi muerto Juan Hogaza  
 Una noche, cabiéndole la vela  
 Con otros tres soldados de su traza,  
 Los cuales del rigor estaban muertos  
 Y a no los socorrer quedaran muertos.

Pues como les faltasen las frezadas  
 Para poder sufrir tales rigores,  
 Bajaron á buscar tierras templadas  
 Por ser mas apacibles los calores;  
 Hallaban las alturas despobladas  
 Y cuasi sin ningunos moradores,  
 Aunque yo dias ha que tuve nuevas  
 Que los indios allí viven en cuevas.

Y es una gente vil y serranilla,  
 Y su terreno de substancia flaca;  
 Salióse pues la gente de Castilla  
 Encaminada para Taironaca,  
 Adonde se pobló la nueva villa,  
 Que de novelas no hallaron vaca,  
 Por ser de don Luis carta venida  
 Para la gente toda, desabrida.

Diciendo que no dé repartimientos  
 El general, sino por su mandado;  
 Y así por sospechar malos intentos,  
 Alcaldes y cabildo convocado,  
 Al Castro hacen mil requerimientos  
 Para que despoblase lo poblado;  
 El cual lo rehusó, mas bien se entiende  
 Ser el primero el que lo pretende.

El Juan de Rojas lo contradecía  
 Afeando las tales intenciones;  
 Instancia hizo, pero todavia  
 Fueron de poco fruto sus razones;  
 Y aunque no le faltaba rapañia,  
 Pudieron mas las otras opiniones  
 Contrarias, pues salieron con su intento  
 Y así desampararon el asiento.

Por Domo y Bohocó se volvió Castro,  
 Y como fuese general teniente,  
 Cuasi todos los mas siguen su rastro,  
 A causa de querello bien la gente,  
 Porque para ninguno fué padastro  
 Y á todos los tractaba noblemente.  
 Juan de Rojas con guías de la tierra  
 Por otra parte quiso ver la sierra.

Llevaba solos treinta compañeros,  
 Todos ellos personas principales,  
 Mancebos alentados y lijeros  
 Que en juventud florida son iguales;  
 Y destos la mitad arcabuceros,  
 Y dellos el mejor Martin Gonzalez,  
 Segun mostró, con tres mancebos fuertes,  
 En un paso do hizo grandes suertes.

Y fué que demandando por Macinga  
 Indios á Santa Marta ya cercanos,  
 Cargando moradores de Gauringa  
 Y de los otros pueblos comarcanos,  
 Fué menester tenerse á la relinga  
 Y aprovecharse bien de entrambas manos,  
 Porque con arco, flecha, dardo, maza,  
 A los treinta les iban dando caza.

Pues como descendiesen del altura,  
 Conmovidos de bélico coraje,  
 Por los acapillar en la fondura  
 Del valle por do llevan su viaje,  
 Habiendo de pasar un angostura  
 La gente del ejército salvaje,  
 Este Martin Gonzalez fué bastante  
 Para que no pasasen adelante.

El y otro con sus dos rodeleros  
 El paso defendieron con tal ira,  
 Que como fuesen anchos los terreros  
 No va de balde bala que se tira,  
 Hasta quel capitán y compañeros  
 En salvo se pusieron y á la mira,  
 Tomando las alturas de un repecho  
 Para se defender mas á provecho.

De los cuatro que vamos refiriendo  
 Heridos ya los tres de dura jara,  
 Se fueron poco á poco retrayendo,  
 Al bárbaro cruel haciendo cura,  
 Hasta que ya se fueron encubriendo,  
 Donde su compañía los ampara:  
 Al Gonzalez y á los demás curaron,  
 Y de los tres uingunos peligraron.

Porque para curar este veneno,  
 Que rarissimas veces es curable,  
 El estiércol de hombre hallan bueno  
 Y ha sido contrayerba saludable;  
 Y aunque el olor no sea para seno,  
 Por no ser apacible ni tractable,  
 Deseo de escapar destas dolencias  
 Hace hacer tan sucias esperiencias.

Allí hicieron noche con las guías,  
 Porque la luz del sol se les aparta,  
 Y antes que se pasasen horas frías,  
 Ni se pudiese ver letra de carta,  
 Caminaron, y dentro de dos dias  
 Llegaron al ancon de Santa Marta;  
 Y el Castro, mas tardio caminante,  
 Llegó poco después con el restante.

Al don Luis halló mal enojado  
 Porque dejó las nuevas poblaciones,  
 Y sin querer mirar lo procesado,  
 Requerimientos ni protestaciones,  
 Lo tuvo ciertos dias mal tractado,  
 En cárcel y gravamen de prisiones,  
 Con otros, de quien era manifiesto  
 Tener alguna culpa cerca desto.

Como viesen la cosa de mal arte,  
 Y les faltase bolsa proveida,  
 De gente principal del estandarte  
 No pocos se pusieron en huida,  
 Para poder buscar en otra parte  
 Las cosas necesarias á su vida,  
 Reconociendo su vivir estrecho  
 Y el riesgo grande sin niugun provecho.

Mitigándose pues las tempestades  
 Y los rigores del furor reciente,  
 Incitado por malas voluntades,  
 Metióse de por medio noble gente,  
 Y al fin se celebraron amistades  
 Entrel gobernador y su teniente,  
 Con tal que en Pociqueyca pueblo funde  
 De donde mas provecho les redunde.

El Francisco Gonzalez lo rehusa  
 Por ver muchos soldados ya lúidos,  
 Y ansimismo ponía por escusa  
 Estar los indios ensoberbecidos,  
 Y numerosa gente ser inclusa  
 Dentro de aquellos pueblos y partidos,  
 Y en ir con poca gente y mal reparto  
 No sucedelles bien estaba claro.

Dijo mas: que la gente que confina  
 Mas á la mar, aunque venido haya  
 De paz, es por gozar de la marina  
 Y por las pesquerias de la playa;  
 Y si cualquiera dellos se amotina,  
 Nada podrá hacer cualquier que vaya,  
 Y si dos ó tres dias sufren carga  
 No la querran sufrir mas á la larga.

Importunaron tanto los padrinos,  
 Que con la voluntad dellos consiente,  
 Con que para hacer estos caminos,  
 Por haber poco número de gente,  
 Vayan esta jornada los vecinos  
 Y el don Luis de Rojas juntamente;  
 Entraron en cabildo para ello,  
 Y en efecto prometen de havello.

Visto que los vecinos se disponen  
A viaje de guerra tan dudada,  
Luego Castro mandó que se empadronen  
Por lista los que van á la jornada;  
Mas entre tanto aquellos se componen,  
Quiero yo descansar de la pasada,  
Para que la desgracia sucedida  
Con nuevo canto sea digerida.

## CANTO SEGUNDO.

onde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pocigüeyca y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el asiento que habian poblado.

Por muchos casos dignos de memoria,  
En diferentes tiempos sucedidos,  
Es á los hombres cosa muy notoria,  
Si no por ojos, si no por oídos,  
Que los que salen siempre con victoria  
No fácilmente pueden ser vencidos,  
Por romper los que fueron vencedores  
Sin temor, y los otros con temores.

Y así, según parece, no se halla  
Indios de Pocigüeyca haber perdido  
Con españoles alguna batalla  
De muchas que con ellos han tenido,  
Con carecer de cercas y muralla,  
Sino lugar exento y estendido;  
Y desta causa ya perdido miedo,  
Esperan españoles á pié quedo.

Considerando Castro lo que toco,  
Teniendo destas cosas experiencia,  
Pareciale ser intento loco  
Emprender tan acerba competencia,  
El número de los soldados poco,  
Y de los indios mucha la potencia;  
Pero por redimir prision y pena  
Midió su voluntad por el ajena.

Y así, hecha la lista desta gente  
Que para tal jornada mejor era,  
Se hallaron ochenta solamente,  
Algunos recelando la carrera,  
Tanto, que por mandado del teniente  
Dos ó tres se llevaron en collera,  
Porque del conocido detrimento  
Ninguno pretendiese ser exento.

Conviéronse pues las camaradas  
De los jinetes diestros y peones,  
Las espadas y lanzas preparadas  
Y sayos de tupidos algodones,  
Versetes, arcabuces y celadas,  
Los cascos y fornidos morriones,  
Con los demas pertrechos y adherentes  
De que suelen usar guerreras gentes.

El Juan de Rojas no se quedó fuera  
Con oficio de principal caudillo;  
Acompañólo Pedro de Ribera,  
El Diego y el Rodrigo Jaramillo,  
Andrada y Alatrax, Carlos de Vera  
Y Juan Beleño, que era su carillo,  
El capitán Maceta. Juan Cordero  
Y otros que de presente no refiero.

Estos y los demás puestos á punto,  
De Santa Marta hacen movimiento;  
No sale don Luis con ellos junto,  
Ni los vecinos dan consentimiento;  
La causa debió ser, según barrunto,  
No convenir dejar aquel asiento,  
Porque tenían nuevas de cosarios  
Y á vista muchedumbre de contrarios.

Mas á nadie lo tal fué descubierto,  
Ni recelaron tance semejante,  
Sino que ya salidos deste puerto,  
Los soldados echados por delante,  
El don Luis debajo de concierto  
Había de salir con el restante;  
Y así Castro camina con ochenta,  
Serian de caballo como treinta.

No cesan hasta ver el señorio  
De Pocigüeyca, sierra soberana,  
Alojáronse cerca de aquel rio  
Que de la gran altura della mana,  
Al cual antiguos llaman Rio -Frio,  
Cuyas orillas tienen tierra llana;  
Y viendo de los indios el sosiego,  
Determinaron de poblarse luego.

Regularon artifices la traza,  
De pedimiento de los populares,  
En un largo papel que se embaraza  
Con cuadras do señalan los solares:  
Aqui ponen iglesia y allí plaza,  
Tomando los mas cómodos lugares;  
Alcaldes nombran, hacen regidores  
De los que les parecen ser mejores.

Después de hechas las reparticiones,  
Que fueron desta tierra las primeras,  
Luego con acerados segurones  
De los cercanos montes y riberas  
Cortaron estantillos y horcones,  
Varas, soleras, latas y cumbreras,  
Para hacer con estos materiales  
Las casas y las cercas de corrales.

Viendo los indios cómo los cristianos  
Tomaban el negocio tan de veras,  
Y cómo con las armas en las manos  
Osaban fabricar en sus fronteras,  
Acudieron de paz los mas cercanos  
Con nuestras apacibles y sinceras,  
Ayudándoles mas de veinte dias  
En obras propias y en las obras pias.

Eran al parecer sanos intentos,  
Pues servian en cosas necesarias,  
Trayendo siempre de sus alimentos,  
Batatas y maíz, y frutas varias,  
Sin que los levantados pensamientos  
Pudiesen presumir cosas contrarias,  
Aunque Castro como quien mas alcanza  
De su paz tuvo poca confianza.

Dábalas cada cual de lo que tiene  
Para tenellos gratos y pacientes,  
Y Castro les decia que si viene  
No es á destruir ni matar gente,  
Sino de la manera que conviene  
Hacellos sus amigos y parientes;  
Que como tales tracten y contraten  
Y que jamás se hieran ni se maten.

Que tomen nuestra fe, dejando leyes  
De ceremonias rústicas y vanas  
Que hacen en sus casas y caneyes,  
Con ritos y costumbres inhumanas;  
Que sirvan al mejor rey de los reyes  
A quien sirven las gentes castellanias,  
Pues es así que siéndole subyetos  
Vivirán descansados y quietos.

Y que si fueren en la paz constantes,  
Ellos nunca serian importunos;  
Mas sus razones no fueron bastantes  
Para de sus resabios ir ayunos:  
Antes si pocos acudian antes,  
Después jamás pudieron ver algunos,  
Y así por ser tardia la venida  
Su mala voluntad fué conocida.

Entendiöse por cierto que Betoma,  
Hombre sanguinolento, viejo cano,  
A quien reconocian por Naoma,  
Que sobre los caciques tiene mano,  
Hizo congregacion en una loma  
De los del territorio comarcano,  
Y estando gran ejército presente  
Quieren decir que dijo lo siguiente:

«Si alguno de vosotros me pregunta  
Por cuáles ocasiones ó de dónde  
Ha venido hacer aquesta junta,  
Necesidad presente le responde;  
Pues hay quien al compás de aquella punta  
Vele sobre nosotros y nos ronde,  
Nos robe, nos maltracte é inquiete  
Y á su dominio duro nos subyete.

»Hacer reparos en aquel asiento,  
Salida general de nuestras vías,  
Certidumbre nos da ser con intento  
De perturbarnos nuestras granjerías,  
Y para que sin su consentimiento  
No podamos gozar de pesquerías,  
Que son en esta tierra no vencida  
Sustento principal de nuestra vida.

»Y no de balde se les representa  
Que nos ponen allí gran estrompiezo,  
Y que con este solo hagan cuenta  
De tenernos el pié sobre el pescuezo;  
Y así yo por huir desta tormenta  
Las manos y las armas aderezo,  
Y mi voluntad es y me parece  
Que cada cual de vos las aderece.

»Creer que buscan paz es desatino,  
Segun su vecindad es sabidora,  
Que si la gozan es por oro fino  
Ó cosas que les pagan de demora;  
Al fin quien vive cabe tal vecino  
Olvida su cantar y siempre llora,  
Pues tienen los subyectos á su imperio  
Un mas que miserable captiverio.

»Ingratos á cualquiera beneficio,  
Y puestos en tan grande desaluero,  
Que demás de morir en su servicio  
Han de contribuirles el dinero;  
Y entrellos el que tiene vil oficio  
Se muestra mas feroz y mas severo:  
El amenaza presta, voz y grito,  
Desque tiene la suya sobre el hito.

»Entendidas teneis sus condiciones  
Y los efectos que dellas redundan  
Y cuáles pueden ser sus intenciones,  
Pues que dentro de nuestras tierras fundan  
Y hacen á gran priesa poblaciones,  
Debajo las cautelas de que abundan,  
Fingiendo paz que dellos se destierra,  
So color de la cual nos hacen guerra.

»Ansí que, justa causa nos levanta  
A las armas y bélicos ardores,  
Para desarraigar la nueva planta  
Que hacen estos locos pobladores,  
Cuya fuerza no debe de ser tanta  
Que baste para nos poner temores,  
Pues mucha gente de mas alta guisa  
Nos han dejado hasta la camisa.

»Vistes las majestades y el estruendo  
De Lerma cuando vino de Castilla,  
Y luego (de que yo me estoy riendo),  
Aun no bien comenzada la rencilla,  
A uña de caballo fué huyendo  
Dejando los tapices y vajilla;  
Vistes la mortandad y la miseria  
Del capitán Fernando de la Feria.

»Vistes que de la flor de sus soldados  
Ovistes muchos vivos á las manos,  
Y veis los santuarios hoy poblados  
De barbas desolladas de cristianos,  
Con otros mil despojos que colgados  
Dentro de vuestras casas teneis sanos  
Por modo de blasones y ufanía  
Y en memoria de vuestra valentía.

»Valor de Pocigüeyca conocido  
Es el día de hoy adonde quiera:  
Al mas aventajado y atrevido  
Oyéndola le tiembla la contera;  
Y es porque nunca supo ser vencido,  
Ni padeció contraste su bandera,  
Antes siempre gozó de la victoria  
Y ha de permanecer con esta gloria.

»Un solo lancecillo disminuye  
La honra que teniamos bien puesta,  
El cual á Manjarés se le atribuye  
Cuando nos saltó con mano presta;  
Mas fué como ladrón á muerte-huye,  
Sin esperar el fin de la respuesta,  
Y es por presto que fuimos en alcance  
Era ya retirado con el lance.

»Mas agora que estamos vigilantes  
Por estos que teneis ante los ojos,  
Mayores huestes no serán bastantes  
Para ponerlos tímidos enojos:  
Antes si (como siempre) sois constantes  
Habeis de mejorarlos en despojos,  
Y así ternan por bien, hecha la guerra,  
De dejarnos vivir en nuestra tierra.

»Es pues mi voluntad acerca desto  
Que'l viejo y el mancebo se prepare,  
Y con volantes flechas esté presto  
Aquel día que yo les señalare,  
Para que las victorias ó denuesto  
Ó por nos ó por ellos se declare,  
Y por su mal el español entienda  
Esta tierra tener quien la defienda.»

Dijo, y un vejezuelo dicho Dano  
Se levantó diciendo: «Buen Betona,  
Vuestro consejo me parece sano;  
Mas si mi parecer aqui se toma,  
No debemos buscarlos en lo llano,  
Sino dejar que suban á la loma,  
Pues como ya de paz les falte muestra  
Ellos han de venir en busca nuestra.

»Que si para poblar en aquel puesto  
No los han ocupado flacos miedos,  
Al buen entendedor es manifiesto  
No de deben querer estarse quedos;  
Velemos el camino y el recuesto  
Y estén arcos pendientes de los dedos:  
Que no faltara blanco ni terrero,  
Pues tienen de subir por contadero.

»De noche no hay camino que se siga,  
Que todos los tenemos derrumbados;  
De día subirán con gran fatiga,  
Nosotros estaremos descansados;  
Y si el ardor del sol no se mitiga,  
Ellos han de subir desalentados,  
Y entonces al subir de cualquier cuesta  
Su muerte desastrada tienen presta.»

Oída la razon del Dano viejo,  
En trances semejantes hecho callo,  
Y que donde no huella por parejo  
Mal puede contrastarlos el caballo,  
A todos pareció ser buen consejo,  
Y así determinaron de tomallo,  
Y con velas y espías por de fuera  
Embarazaron toda la frontera.

Vista por Juan de Rojas la tardanza,  
Que ya de su pacífica venida  
Tiene perdida toda confianza,  
Para subir arriba se convida  
A procurar bubios ó labranza,  
Do puedan proveerse de comida,  
Porque mantenimiento les faltaba  
Como faltase ya quien se lo daba.

El Francisco Gonzalez bien quisiera  
Podelles estorbar estos caminos,  
Diciendo cómo ya saben que espera  
A su gobernador y á los vecinos,  
Y no ser cosa justa salir fuera  
Sin ver de sus consejos los mas dinos,  
Que puestos en consulta desque veigan  
Aquellos seguirán que mas convengan.

Al cual, la noble gente descontenta  
Y harta de esperar, todos á una  
Le respondieron que no haga cuenta  
De socorro ni de venida alguna,  
Sino que la salida les consienta;  
Y en este caso fué tan importuna  
Que con sus voluntades se conforma  
Señalándoles términos y forma.

Salieron treinta y dos á la lijera,  
Para por allí número pequeño:  
Van Alatrás y Pedro de Ribera,  
Rodrigo Jaramillo, Juan Belcño,  
Diego de Fuentes y Carlos de Vera,  
Que son el andaluz y el estremeño,  
El Juan de Rojas que los caudilla  
Juzga por invencible su cuadrilla.

Madrugan, y durante los frescores  
Al pueblo suben que tienen enfrente  
Los que de Pocigueyca son señores,  
Cuyos términos parte la corriente  
Del río que producen sus altos,  
Y en él entraron todos libremente,  
Por estar sus vecinos retraídos  
A los lugares mas fortalecidos.

Trastórnanse pajizos aposentos,  
Por los que buscan áurea ganancia;  
Pero segun sus ricos pensamientos  
Nunca se halló cosa de substancia,  
Puesto caso que de mantenimientos  
Crecidísima copia y abundancia,  
De la cual proveyeron los costales,  
Con vela de soldados principales.

Porque Alatrax y Pedro de Ribera  
Con otros diez de no menos soltura,  
Del alto reventon desta ladera  
Tomaron luego la mayor altura,  
De donde devisaron mas afuera  
Diez indios de soberbia compostura,  
Haciendo las pernetas y visajes  
De que suelen usar estos salvajes.

El Alatrax, que desto se reía,  
Enfucia de Amadis el bravo peiro,  
A todos los demás persuadía  
Que fuesen á quitillos de aquel cerro;  
Mas á su voluntad no respondía  
Alguno dellos, por parecer yerro,  
Esceptos el Ribera y un Morales,  
Con un negro del Francisco Gonzalez.

Ribera y Alatrax, arcabuceros,  
Puesta la coce ya sobre eslilla,  
El negro y el Morales, rodeleros,  
Con el perro que llevan de trailla,  
Con piés mas afirmados que lijeros  
Llegaron á la bárbara cuadrilla,  
Do luego descubrió con mil plumajes  
Un emboscada grande de salvajes.

Las cuerdas de los arcos se menean,  
Suenan en las muñecas los crujidos,  
Por una y otra parte los rodean  
Con temerosos gritos y alaridos;  
Los cuatro que vinieron ya desean  
Verse de los amigos socorridos:  
Apuntan balas á lo descubierto,  
Pero ninguno ven que caiga muerto.

Hacer buenas rodelas aprovecha;  
Mas al Ribera, bala despedida,  
Traspasó luego venenosa flecha  
La manga del jubon, sin dar herida;  
El negro se la quita con sospecha  
Que fuera perdidoso de la vida,  
Pero por no hacer buena rodela  
Ovo de perder él la vital tela.

Porque cuando pensó que se repara  
De las que descendian del cabezo,  
Mortífera, cruel y dura jara  
La punta le metió por el bezo,  
Y al tiempo que volvió la negra cara  
Otra le segundó por el pescuezo,  
De tal suerte que no fué parte cura  
Para dejar de ver la sepultura.

El Amadis buscando va lugares  
Donde poder cebar su duro diente,  
Pero por los flecheros singulares  
Aquesta prueba no se le consiente,  
Pues luego le pasaron los ijares  
Las duras espaldillas y la frente,  
Y en el morir las mas largas demoras  
No pasaron de veinte y cuatro horas.

Como faltó la fuerza del cachorro,  
Y el negro Juan también se les absenta,  
Ninguno de los tres pensó ser horro  
Ni libre de tan áspera tormenta;  
Mas llegó Juan Beleño con socorro  
De gente que los tímidos alienta,  
Y juntos hacen tal arremetida  
Que á los indios pusieron en huida,

Uno dellos ovieron á las manos  
Porque les hizo rostro resistivo,  
Al cual dieron castigos inhumanos  
Y ajenos de católico motivo,  
Pues por los intestinos y livianos  
Al misero gandul empalan vivo;  
Pusiéronlo después en un collado,  
A vista del lugar recién poblado.

Al fin llevaron copia de alimento  
Para las castellanas compañías  
Y reposaron en aquel asiento  
Por espacio de seis ó siete dias:  
Crece de Juan de Rojas el intento  
De trastornar aquellas serranías;  
Y así debajo destas intenciones  
Al Castro le habló tales razones:

« Señor, aquí se quejan los soldados  
Por estar tanto tiempo detenidos,  
Y no les convenir estar parados  
Las manos en los senos y dormidos;  
Pues consta que de estar acobardados  
Los indios se haran mas atrevidos,  
Y su venida es á hacer llana  
La gente de la sierra comarcana.

» Su parecer es este, y aun el mío,  
A causa de que tengo por muy cierto  
Que la prudencia grande de mi tío  
No tiene de desamparar el puerto:  
Que sería notorio desvario  
Y no poco culpable desconcierto  
Desarraigar del pueblo sus poderes,  
En él dejando solas las mujeres.

» Hagamos por acá lo que debemos  
Segun el orden diere gente diestra;  
Pues la paz destes indios ya sabemos  
Cuán mal y por mal cabo se encabestra;  
Y aun como por allá no los busquemos,  
Ellos han de venir en busca nuestra;  
Y si vinieren como se barrunta  
De muchas partes ha de ser la junta.

» Luego mejores son mis opiniones  
En illos á buscar á sus alturas;  
Estorbaráuse las congregaciones  
Que hacen sus defensas mas seguras;  
Cuanto mas que no son tales leones  
Cuanto nos representan las pinturas:  
Quel mas valiente y mas aventajado  
Al fin es indio vil, desventurado.

» He mirado también con advertencia,  
Segun la poblacion que se derrama,  
Que no debe ser tanta su potencia  
Cuanto dicho comun nos eucarama:  
Por tanto dé vuestra merced licencia,  
Veremos si conforman con la fama;  
Pues, como digo, parecer es vano  
Que nos estemos mano sobre mano.»

No hizo luego su respuesta llena  
El Castro, por quedar algo suspenso;  
Mas por no parecer que desordena  
Lo que se le pidió tan por estenso  
Le dijo: « Señor, id en enhorabuena,  
Y no vais en aquella que yo pienso:  
Antes permita Dios que todo sea  
Así como vuestra merced desea.»

El Rojas apercibe treinta y siete  
Peones castellanos y andaluces,  
Porque en aquel altor donde los mete  
Se habian de hallar entre dos luces;  
Aprestaron un tiro falconete,  
Preparan las rodelas y arcabuces,  
Con el demás beligero pertrecho  
Que para guerras era de provecho.

En esta coyuntura por Betoma  
A ciertos capitanes fué mandado  
Quitar el empalado de la loma  
Y traerlo do fuese sepultado;  
Tan furioso, que á su cargo toma  
La venganza del indio justiciado,  
Diciendo: « Quien te dió tan duras penas,  
El me lo pagará con las septenas.»

No dijo mas, pero sus intenciones  
Serian de hacer la tierra roja  
Con la sangre de humanos corazones  
De la gente cristiana y ortodoxa;  
La cual ya meneaba los talones  
Para buscar mortifera congoja;  
Porque con el cuidado zahareño  
Era para sus ojos dulce sueño.

Pues cuando soñolienta dulcedumbre  
Regalaba la luz de los humanos,  
Comienzan ellos á subir la cumbre,  
No solo con los piés, mas con las manos,  
Con gran sudor y suma pesadumbre,  
Por no hallar do pongan los piés llanos  
Sino cuchillas y derrumbaderos,  
Donde valian poco piés lijeros.

Destilando sudor barbas y cuellos,  
Aunque se caminaba con la fria,  
Pudieron con sus presurosos buellos  
Llegar donde una mesa se hacia;  
Allí pararon por tomar resuello  
Con el recato que les convenia,  
Por ser entonces cosa creedera  
Haber indios que velen su frontera.

Cerca del paso y en aquella frente  
Adonde les llevaban sus intentos,  
Hubo ramosa ceiba y eminente,  
Que sin esteriore instrumentos  
Al suelo vino repentinamente  
Sin padecer contraste de los vientos,  
Cuyo rumor y temeroso trueno  
Lo bajo y lo mas alto hizo lleno.

Apuntaron las ramas acia ellos,  
Y visto que cayó sin ventisquero,  
Yertos se le pararon los cabellos  
Al mas aventajado compañero:  
Y así sin ver los lines ni sabellos,  
Aquello se juzgó por mal agüero,  
Tanto, que muchos ya de mejor gana  
Volvieran á tomar la tierra llana.

Mas Juan de Rojas dijo: « No temamos  
Una señal tan leve como esta,  
Porque si por agüeros nos guiamos,  
Que tengo por locura manifiesta,  
Aquesta nos declara que bastamos  
Para que no les quede casa enliesta:  
Que pues se bajan plantas con raíces,  
También bajarán indios sus cervices. »

Con estas y otras cosas los anima,  
Y caminaron á tomar la loma,  
Hasta que se pusieron mas encima  
A vista del gran pueblo de Betoma,  
Do claridad de Venus les intima  
Venir aquel de quien la suya toma;  
Hicieron en aquel lugar remanso  
Para tomar un poco de descanso.

Luego del sol se vió la presencia  
Ahuyentando la nocturna capa;  
Miran las poblaciones y opulencia  
Que situadas van por una chapa;  
Como no ven quien haga resistencia,  
Green haber alguna gran solapa,  
Fácil de conocer aquel secreto,  
En ver aquel compás todo quieto.

Los ojos van por una y otra via  
Para ver el entrada mas segura;  
Algo mas adelante parecia  
Camino que contiene gran anchura,  
Y por aquella parte lo cubria  
Una ramosa ceiba y espesura,  
Acerca de la cual vió nuestra gente  
Doce valientes indios solamente.

No cierto descuidados ni dormidos,  
Pues cada cual estaba bien armado,  
En las manos los arcsos encogidos,  
El venenoso tiro preparado;  
Los españoles viendo detenidos  
Tan pocos en lugar embarazado,  
Preparan y reparan las rodelas  
Temiendo que los ceban con cautelas.

Y estando juntos todos treinta y siete  
Previenen los pertrechos que traian,  
Y disparan la carga del mosquito  
Por ver acia qué parte se desvian;  
Ninguno de los nuestros arremete,  
Aunque los indios flingen que huian  
Para metellos en un emboscada  
Entre ramosas plantas ocultada.

Dejan con el mosquito seis soldados  
Que guarden las espaldas, y al instante  
Los demás bien compuestos y ordenados  
Proceden tras los indios adelante,  
Rodelas y arcabuces preparados,  
Y el mas remiso dellos vigilante,  
Pues por lo que ya vieron, nadie niega  
Haber de padecer dura refriega.

Y así les acontece, pues apenas  
Llegaban á la ceiba los primeros,  
Cuando con gran furor las matas llenas  
Despachan tanta fuerza de flecheros,  
Cuantos enjambres salen de colmenas  
En áticos y sículos oteros,  
Con grita y estampida tan horrenda  
Que no hablan palabra que se entienda.

No fué de tantas gotas embestado  
Peñasco de la punta de Malea,  
Siendo de todas partes combatido  
Por bravo viento que la mar menea,  
Cuanto fué de las flechas el ruido  
Que á nuestros españoles espolea,  
Con piedras como puños y mas gruesas  
Que sobrel escuadron caen espesas.

Están los españoles de rodillas  
Detrás de las rodelas encorvados,  
Cubiertas de sudores las mejillas,  
Y algunos del vivir desconfiados,  
Ya deseando que de las rencillas  
Fuesen los duros golpes mitigados;  
Mas el grave rigor desta presura  
Tanto lo ven mayor cuanto mas dura.

El furor era de quietud extraño  
Por lo mover Alecto con sus alas:  
Dispara quien tenia férreo cañon,  
Pero las punterías eran malas,  
Pues no se puede ver si hacen daño  
Las impelidas y nocivas balas;  
Y si tal hay que trama vital deja,  
No suspira, ni gime ni se queja.

Durantes las horribles confusiones,  
Apolo con sus rayos mas cercanos  
Abrasa las humanas proporciones,  
E ya todos los tiros salen vanos  
Por encenderse tanto los cañones  
Que no pueden sufrillos en las manos;  
Pero con todo esto se desea  
Llevar mas adelante la pelea.

Lléganse mas al escuadron desnudo,  
Y entónces arronjó brazo potente  
Un guijarro rollizo tal que pudo  
Al mulato Francisco de la Fuente  
Hacelle dos pedazos el escudo,  
Y hendelle los cascos de la frente,  
El cual á pocos pasos dió caída,  
Que fueron los postreros de su vida.

Desto los indios ensoberbecidos  
Acudieron con otra mayor carga,  
Y á muchos que vivian advertidos  
Muy poco les prestó hacer adarga:  
Catorce se hallaron mal heridos  
Que quisieran hacer lúida larga;  
Mas Rojas que gran brio manifiesta  
Con aquesta razon los amonesta:

« Animo, caballeros, y osadia:  
Mirad quién sois y vuestra descendencia,  
Porque si no mostrades cobardia  
Muy presto les vereis hacer ausencia;  
Pero si la mostrais, hoy es el dia  
En que tenéis la muerte por herencia,  
Pues bien veis que consiste nuestra vida  
En que nuestro poder no se divida. »

El fuerte y animoso caballero  
Con aquestas razones los sustenta,  
Mas uno que llamaban Espadero  
De sus consejos hizo poca cuenta,  
Pues en volver espaldas fué primero;  
Tras él ni mas ni menos todos treinta;  
El Juan de Rojas del rigor horrendo  
Poco á poco se iba retrayendo.

Dale priesa la gente monrúosa  
Por la parte mas desembarazada,  
Con flecha, con pedrada rigurosa  
De que centelleaba la celada;  
Mas ninguno de todos ellos osa  
Llegar á ver los filos del espada,  
Antes como confusos y perplejos  
La guerra que le hacen es de lejos.

Bien como cuando gente se congrega  
Contra tigre que sale de florestas,  
Que con temor ninguno se le llega  
De todos cuantos armas tienen prestas,  
Antes por escapar de la refriega  
Desarman desde fuera las ballestas,  
Y el tigre con furiosos accidentes  
Les enseña las garras y los dientes:

Desta manera va haciendo cara,  
Quitadas ya las plumas del almete,  
Porque la dura piedra, flecha, jara,  
Allí no halla cosa que respete;  
Llegó donde la gente suya para,  
Que fué donde dejaron el mosquete,  
A la cual con modestia reprehende  
Y les dice también lo que pretende.

Porque viéndolos ya como difuntos  
Les dijo: «Bien será que no se enfrie  
La vuelta, por venir á tales puntos,  
Que no puedo saber de quién me fie;  
Mas al bajar bajemos todos juntos  
Sin quel uno del otro se desvie,  
Porque serian términos de locos  
Dividirnos en partes siendo pocos.

»Pero Juan Alatrax vaya delante  
Con seis sanos y todos los heridos,  
Y no sea tardio caminante:  
Nosotros á la vista recogidos,  
Pues como nadie huya, Dios mediante,  
Podremos caminar sin ser rompidos;  
Y mas abajo tomen el collado  
Frontero donde el indio fué empalado.»

Aquel alto mandó que le tomasen  
Y los heridos no se detuviesen,  
Pero los sanos tiros disparasen  
Para que los del campo los oyesen,  
Porque su menester manifestasen  
De tal manera que los socorriesen,  
Pues desde allí sulfúreos tronidos  
En el campo serian percibidos.

El Alatrax con paso no prolijo  
Procuró de cumplir luego su mando  
Con grandes pesadumbres y cojiño  
Que padeció con el herido bando;  
Finalmente llegó donde le dijo,  
Y estuvo los traseros esperando,  
Los cuales mientras él iba huyendo  
Estuvieron los indios deteniendo.

Luego Rojas compuso sus peones  
Para que fuesen todos en hilera,  
Y un mestizo, fulano de Quiñones,  
En avanguardia fué y en delantera;  
Y en recta guardia, con sus morriones,  
Juan de Rojas y Pedro de Ribera;  
Y á las espaldas por angosta plaza  
Los indios le venian dando caza.

El Quiñones huyó por el camino  
Que mas á su propósito hacia,  
Viendo que con furor luciferino  
Ejército cruel los perseguia;  
Venciéronse de tanto desatino,  
Que ya sin orden cada cual huia,  
Quedando solos con la gente fiera  
El maese de campo y el Ribera.

Como grave calor los fatigaba  
Y la terrible sed los afligia,  
El Rojas al Ribera le rogaba  
Le quitase las armas que traia,  
Que verdaderamente se ahogaba;  
Y el Pedro de Ribera respondia:  
«Vuestra merced apreste la carrera,  
Que no puedo quitallas aunque quiera.»

Pues á la muerte viéndose vecino,  
Tomó por parecer y por consejo  
Seguir tras un nancebo vizcaíno  
Que se libró de cierto gandul viejo,  
Mas no del golpe con que sobrevino  
Asentado detrás del pestorejo;  
El cual iba saltando por el heno  
Porque otro no le diese mas en lleno.

Al maese de campo le parece  
Que pudiera correr con tal soltura,  
Y el peso de las armas entorpece  
Sus piés y corpulenta compostura;  
Y pocos pasos dados, descacece  
El fuerte caballero sin ventura,  
Cargando tantos ánimos protervos  
Como sobre cadáver negros cuervos.

Ocupase la gente carnícera  
En la presa que tiene de presente,  
Lo cual visto por Pedro de Ribera  
Convoca luego la cristiana gente;  
Pero ninguno de ellos hay que quiera  
Volver á socorrer á su regente,  
Porque todos seguian al Quiñones  
Cuyos piés no hallaban trompezones:

Atajando gran parte de camino  
Por no querer subir á la ladera  
Adonde el Alatrax primero vino  
Y segun le mandaron los espera;  
El cual viendo bajar el torbellino  
Que le tomaba ya la delantera,  
Con los cinco que tiene determina  
Bajarse por la parte mas vecina.

Como los pobres iban de huida  
Por pasos de lugar inaccesible,  
Y cuanto mas duró la descendida  
Tanto mas la hallaron imposible,  
Donde pensaron escapar la vida  
Llegó la muerte con rigor terrible,  
Pues de ciego temor arrebataos  
Allí quedaron estos despeñados.

Los otros que húan tras Quiñones,  
A causa de no ser seuda bastante  
Por ser angosta y altos reventones  
A los lados del triste caminante,  
Unos á otros daban empuellones  
Con gana de pasar mas adelante,  
Y ansi por rocas y derrumbaderos  
Se despeñaron otros compañeros.

Van al fin como gente sin caudillo,  
Sin tener uno de otro confianza,  
Haciendo siempre doble de sencillo  
Por abreviar la cuenta desta danza:  
Ahogóse Rodrigo Jaramillo  
Con aquella fogosa destemplanza,  
Con otros dos ó tres que sin heridas  
Quedaron perdidosos de las vidas.

Con esta pesadumbre y agonía,  
Los heridos que iban ya por llano  
Al general toparon que venia,  
Espoleando bien su rabicano,  
Con gente de refresco que traia  
Para socorro de la flaca mano,  
Porque ya por los tiros y señales  
Que hizo el Alatrax vieron sus males.

Vido la demás gente divertida,  
Y cómo sin ningún orden procede;  
Por la falda que ve menos erguida  
Sube con el caballo cuanto puede;  
Recoge los que halla con la vida  
Procurando que nadie se le quede;  
Al Juan de Rojas llama, no responde;  
Pregunta dónde esta, no dicen dónde.

De su salud y vida desespera  
Viendo que no le dan razon patente,  
Hasta tanto que Pedro de Ribera,  
Postrero que huyó de la creciente,  
Acabó de bajar de la ladera  
Midiéndola con paso diligente,  
Al cual por llegar falto de resuello  
Con dificultad pueden entenderlo.

Cansada turbacion su lengua para;  
Pero desde cobró mayor aliento,  
Al Francisco de Castro le declara  
El desastrado fin y acabamiento,  
Y que ninguno dellos escapara  
De manos del ejército sangriento,  
Si no se detuviera todo junto  
En rodear un cuerpo ya difunto.

Y que como le vido desta suerte  
Dió voces á la gente que llüia;  
Pero como ninguno se convierte  
A le dar el socorro que pedia,  
El también por librarse de la muerte  
Se descolgó por do mejor podia,  
Pues dilatarse mas fuera de loco  
Y aprovecharse demás desto poco.

El Castro por los ruegos incentivos  
De los del escuadron desbaratado,  
Que como miserables fugitivos  
Son poseidos de temor pesado,  
Luego hizo camino con los vivos  
Que vuelven al lugar recién poblado,  
Do la seguridad era ninguna  
Porque no se la daba la fortuna.

El no parar tomaron por regalo  
Y el huir escogian por honesto,  
Escarmentados del suceso malo  
Y de ver levantar en un recuento  
Al Juan de Rojas en el mismo palo  
Y adonde el indio fué por ellos puesto:  
Espectáculo digno de lamento  
Y que causó notable sentimiento.

Gran multitud de indios vieron luego  
Que se convocan por los altos puertos,  
Que para descubrir el suelo ciego  
Y pasos con las yerbas encubiertos  
A las zavanas altas ponen fuego  
Para poder hallar mas cuerpos muertos,  
Cuyos miembros sirvieron de presentes  
Enviados á partes diferentes.

¿Y quién duda que en este detrimento  
Algunos que tenían por perdidos  
No tuviesen aun vital aliento,  
Entre las altas yerbas abscondidos,  
Y esperaban salir en salvamento  
De los nocturnos nublados socorridos,  
Como el platero Pedro de Espinosa  
Dentro de cierta mata montüosa?

Este, cuando la furia se desata  
Y vido la fortuna ser aviesa,  
Con sed intolerable que lo mata  
Y no poder huir con tanta priesa,  
Cubrióse con la sombra de una mata  
Con cantidad de árboles espesa,  
Acerca de la cual agua corria,  
De donde con obscuridad bebía.

Allí fué detenido por dos dias,  
Al cabo de los cuales, con obscuro,  
Por no topar con bárbaros espías,  
En busca fué de puerto mas seguro;  
Halló las españolas compañías  
Muy apartadas ya del nuevo muro,  
Reconociendo que no son bastantes  
Tan pocos para guerras semejantes.

Y muchos delios sin pedir licencia,  
Viendo la tierra de peligros llena,  
Determinaron de hacer ausencia  
Pasándose por mar á Cartagena:  
Digo en canoas, no sin diligencia;  
Por el gran rio de la Magdalena;  
Y el Quiñones muriera sin remedio  
A no poner el agua de por medio.

Viéndose los que quedan descontentos  
Por no ser parte para la frontera,  
Al Castro hacen mil requerimientos  
Pidiéndole que luego salga fuera;  
Y así desampararon las asientos  
Para ir á la marítima ribera,  
Hasta la ciénaga, cuyos vecinos  
Eran de paz y ya todos ladinos:

Gente que de la paz no se desvía;  
Pero la de los indios es tan ciega,  
Que yo por cierto no me espantaría  
Ser aquestos también en la refriega;  
Llegados pues al indio que regia,  
Por Francisco Gonzalez se le ruega  
Traigan al empalado sin ventura  
Para le dar terreno sepultura.

Dijo que lo hará de buena gana,  
Y número de indios prevenido,  
Mandóles ir por él con obscurana  
Porque no fuese visto ni sentido;  
Y así no bien llegada la mañana  
El infelice cuerpo fué traído,  
Con el cual de la suerte que podían  
A Santa Marta su camino guían.

Como fuese sabida por el tío  
La rota y el pesado desconcierto,  
De luctuoso traje y atavío  
Fué para recibir el cuerpo muerto,  
Siendo sus ojos abundante río  
Y de cuantos estaban en el puerto,  
Por ser en sus costumbres bien compuesto,  
Valiente, liberal y hombre modesto.

Luego campanas dan mudas querellas  
Y suenan sus clamores y señales;  
Lamentabanlo dueñas y doucellas  
Presentes en aquestos funerales;  
Relatan sus virtudes, y con ellas  
Hechos y valentías principales;  
Y con gran pompa y aparato lleno  
A la tierra le dieron lo terreno.

Y para que corriese con aumento  
La pesadumbre y el desasosiego,  
Entre los bondos hubo movimiento,  
Del cual quisiera dar noticia luego;  
Mas porque por agora yo me siento  
De los pesados lloros cuasi ciego,  
Querria hacer pausa de presente  
Y descansar primero que lo cuente.

## CANTO TERCERO.

Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acontecidas.

Al triste que persigue la fortuna,  
Para que no le quede donde estribe  
En dale coces es tan importuna,  
Que no para basta que lo derribe,  
Por ser de condicion que, dada una,  
Para dar otras muchas se apercebe;  
Y así los temerosos deste dolo  
Dicen «bien vengas, mal, si vienes solo».

Destá manera pues le sobrevino  
Al don Luís en estas turbaciones,  
Pues no bien enterrado su sobrino  
Ni hechas funerales oblaciones,  
Se levantó notable torbellino  
De guerra por cercanas poblaciones,  
En Bonda mayormente, gente fiera,  
Cuyo suceso fué desta manera.

Habia Manjarés edificado  
Un fuerte por sus faldas y raices,  
De los fumosos tiros preparado  
Que suelen ofendellos las narices;  
Por selles este yugo muy pesado  
Y querello quitar de sus cervices,  
Por muchas veces y con gran braveza  
Rodearon aquesta fortaleza.

Aqueste fué turbion de cada día,  
Sin interposicion de mes ni año,  
De bien apercibida compañía,  
O ya con claridad ó con engaño;  
Y aunque bárbara gente recibia  
De parte de los tiros algun daño,  
Con sus flechas también hacian suertes  
Y de las partes ambas hubo muertes.

Pero prolijo tiempo ya pasado,  
Como vieron que no les aprovecha  
Contrastar aquel fuerte fabricado,  
Que siempre de mas armas se pertrecha,  
No tanto por temor cuanto por grado  
Se concertó la paz y quedó hecha,  
Y dieron el servicio y obediencia  
A quien de Manjarés cupo la herencia.

Al cual estos servian muy de gana,  
Y creo que también sirven agora  
A su hijo y á su mujer doña Ana  
Ramírez, nobilísima señora,  
Ejemplo de bondad y de cristiana  
Religion, en el pueblo donde mora;  
Y por obligacion ó por respecto  
Los bondos la servian en efecto.

A sus ferias, contractos y mercados  
Venian á los términos marinos,  
Compraban cosas á que son usados,  
Pero principalmente buenos vinos,  
Con muestras de que estaban olvidados  
De todos belicosos desatinos,  
A sus encomenderos ya subyetros,  
Pacíficos, alegres y quiéto.

Con estas muestras que de paz habia  
No fueron en la vela tan enteros  
Cuanto para la vida convenia,  
Demás de ser ya pocos compañeros;  
Y estaba la tenencia y alcaldia  
A cargo de Alvaro de Ballesteros,  
El cual tenia por estar absente  
Un fulano de Castro por teniente.

Dió por algunos años buena cuenta  
En todos los guerreros movimientos;  
Mas cuando numerabamos setenta  
Y cinco ya de mas de quince cientos,  
Del bárbaro rigor experimenta  
Sus golpes inhumanos y violentos,  
Por astucia de meditacion lengua,  
Que diremos a tiempo que conenga.

A doña Ana Ramirez, que es el ama  
De lo superior deste gentío,  
Habia consumido veloz llama  
Dentro de sus solares un húbio;  
Y para restaurar el daño, llama  
Indios sobre que tiene señorío,  
Y el Castro, capitán, de la frontera  
Mandó que le trajesen la madera.

Y estos indios de Bonda la cortaban  
Por el orden que Castro les decia,  
Y entre tanto que al pueblo la llevaban  
Pegada con el fuerte se ponía;  
El grande regocijo que mostraban  
Ningun intento malo descubria,  
Aunque los mas traian en las manos  
Hachas y segurones castellanos,

Buscando coyuntura para prueba  
De sus crüeles tajos y reveses;  
Y antes que la madera que se lleva  
Hollase los maritimos conveses,  
A los de Santa Marta vino nueva  
Cómo venian naves de franceses,  
De que se recibió grande congoja,  
Considerada su defensa floja.

Y para dar el orden y concierto  
A semejante trance conviniente,  
Cabildo se mandó hacer abierto,  
Adonde se juntó toda la gente  
De los que residian en el puerto,  
Do diga cada uno lo que siente;  
Y del seso comun de la consulta  
Es esta la sentencia que resulta :

Que los hombres estén en sus viviendas  
Sin mostrar cobardia ni flaqueza,  
Pero que las mujeres y haciendas,  
Y lo mas substancial que de riqueza  
Les parecian ser mejores prendas,  
Luego llevasen á la fortaleza  
De Bonda, pues entonces la ventura  
No concedia parte mas segura.

Tuvieron estos por consejos buenos;  
Y á causa de que van las navios,  
Envian adelante cofres llenos  
De oro, plata y otros atavios;  
No sacan las mujeres destos senos,  
Porque no tienen prestos los avios  
Y porque por haber vientos contrarios  
No tomaron el puerto los cosarios :

Suceso de grandísima ventura  
Y merced proveida por el cielo,  
Pues á salir en esta coyuntura  
Fuera mayor dolor y desconuelo,  
Porque la honra mas cabal y pura  
Quedara derribada por el suelo,  
De la manera que quedó su fuerte,  
Que los indios ganaron desta suerte :

Al naoma de Bonda Macarona,  
Por ladinos de malos pensamientos,  
Oyéndolo tractar, se le razona  
Cómo llevan mujeres y armamentos  
Que tiene cada cual de su persona  
A los fortalecidos aposentos;  
El cual, viendo razon tan conviniente,  
A su general dijo lo siguiente :

« Siento, Coendo, ser consejo sano,  
Si queremos vivir vida segura,  
Que no dejemos tiempo de la mano  
Ni perdamos aquesta coyuntura,  
Para que del ejército cristiano  
Escaparse no pueda criatura;  
Y agora quiero ver por experiencia  
No solo tu valor, mas tu prudencia.

» Así vecinos como mercaderes  
Dicen que tienen en la fortaleza  
Las prendas de sus hijos y mujeres  
Y todos sus caudales y riqueza;  
Y allí, como ya sabes, sus poderes  
Son agora notados de flaqueza,  
Y el alcaide con todos sus soldados  
De nuestra paz están muy confiados.

» La demás gente por acá no viene,  
Ni verná por agora, pues es cierto  
Que dentro de sus casas se detiene,  
Concordes todos de comun concierto,  
Velándose segun que les conviene,  
Para defensa y guarda de aquel puerto,  
Adonde como suelen otras veces  
Dicen venir navios de franceses.

» Conviéneme pues mucho que durante  
En la marina tales turbaciones,  
Procuremos acá de ser bastantes  
Para ganalles estas municiones;  
Pues perder con personas semejantes  
Tan buenas y adoptadas ocasiones  
Será tener con intima fatiga  
Delante de los ojos una higa.

» La cual me da mas grande desconuelo  
Que por palabras puedo declararte,  
Y para derriballa por el suelo,  
Con lo mas fuerte de su baluarte,  
Ningun tiempo nos vino mas á pelo  
Ni menos advertencia de su parte,  
Ni se pudo hacer aqueste hecho  
Con menos riesgo ni con mas provecho.

» Reconocidas tienes las ventajas  
Que tenemos, pues siempre son continas,  
Y bien entenderas que no van pajas  
En recoger aquellas sedas finas,  
El oro, plata y las demás alhajas,  
Y las mujeres para concubinas;  
Las cuales cosas puestas en tu mano,  
Consuma lo demas el dios Vulcano.

»Porque luego con su furor ardiente  
Serán los edificios consumidos,  
E yo tendré gran número de gente  
Para que si los vieren encendidos,  
Vayan á la ciudad incontinente  
A dar mal fin á todos sus maridos ;  
Y aquestos estarán en el camino  
Para que su mal sea repentino.

»Haslo tú de hacer desta manera,  
Para que todo vaya bien guiado :  
Al fuerte llegarás con la madera,  
Los indios con sus hachas y cuidado,  
Y al tiempo quel alcaide salga fuera  
A ver si le llevaste buen recado,  
Dale con el segur llaga segura  
De no poder ballar humana cura.

»La hacha cortadora vaya cierta  
Para que de las sienes no se yerre ;  
Ocupen luego la cerrada puerta  
Los indios porque nadie te la cierre ;  
Avítese de dentro la reyerta,  
Y toda cobardía se destierre ;  
El fuerte se recorra y eusangriento,  
Sin reservar en él cosa viviente.

»No tengo yo de estar muy divertido,  
Sino con muchos indios en celada,  
Porque como sintamos el ruido  
Corramos á la presa deseada,  
Y saquemos el oro y el vestido  
Que allí tiene la gente bautizada,  
Y, como dicho tengo, las mujeres  
Para nuestros contentos y placeres.

»Para hacelles guerra mas sangrienta  
Y por la vía que de ti se espera,  
Yo creo bien que se te representa  
El cómo te llevaron en collera :  
Que si lo consideras es afrenta  
No para la vengar á la lijera,  
Porque los que vivieren adelante  
Se acuerden de castigo semejante.

»Debes encomendar á la memoria  
Que los de Poceigüeyca, como buenos,  
Están con españoles de victoria,  
Haciéndoles dejar aquellos senos ;  
Y á ti te consta ser cosa notoria  
Que los indios de Bonda no son menos :  
Sé que me entenderás é yo te entiendo,  
Pues yo soy Macarona é tú Coendo.

»Aquesto haste sin que mas te diga,  
De que con gente vayas de mañana,  
Y carguen á los hombros una viga  
Para los edificios de doña Ana ;  
No lleves arcs, porque no se siga  
Sospecha, mas con hacha castellana  
Llegará cada cual, y en vez de plantas  
Hended cabezas hasta las gargantas.»

Dijo, y el general, que mayor gana  
Tiene de tales trances como estos,  
Abrevió la partida de mañana  
Con aquellos que pudo ballar prestos  
De la gente mejor y mas lozana  
Veinte manechos fuertes y dispuestos ;  
Y sobre sus robustos hombros carga  
Una pesada viga y algo larga.

Con aquesta valiente compañía  
Efectuó Coendo su viaje,  
Y antes de su llegada bien se vía  
De los que estaban en el homenaje ;  
Mas sus conceptos malos encubria  
Ser pocos todos y en quieto traje,  
Y ya llegados al lugar frontero  
Despiden de los hombros el madero.

Todos ellos están ijadeando  
Como rocín que dió larga carrera,  
Y con grandes bulidos anhelando  
Se reclinaron sobre la madera,  
Y con causada voz suenan llamando  
Al Castro, capitán desta frontera,  
Para que vea bien si le contenta  
Aquella viga que se le presenta.

Y el capitán incauto ya salía  
Del fuerte para donde se desea,  
El cual de la manera que solía  
Con aquel principal se chocarrea ;  
La viga tanteó que se traía ;  
Pero Coendo, cuando la tantea,  
Alzó la hacha, y aunque hecha sierra,  
Por medio de las sienes la sotierra.

Nunca herrero fué tan diligente,  
Nunca tan cierto ni con tanto brio  
Para haer labor de hierro ardiente  
Que sale del fogoso señorío,  
Y cumple martillado de repente  
Antes que del ardor separe frio,  
Cuanto fué la presteza del Coendo  
Al tiempo que dió golpe tan horrendo.

El miserable Castro dió caída,  
Y en el suelo quedó pateando,  
La lumbre de sus ojos despedida,  
La sangre con la vida vomitando,  
Que no solo vertió por la herida,  
Pero por los oídos va manando ;  
Y en el instante se tomó la puerta  
Que para volver él tienen abierta.

Luego de golpe todos entran dentro,  
En las manos las hachas aceradas ;  
Salen dos descuidados al encuentro,  
Que muy presto quedaron sin quijadas :  
Proceden en aquel cruel recuento  
Y cogen muchas armas embastadas ;  
Y al tiempo que hacían el estrago  
También ellos decían : ¡ Santiago !

Un Gonzalo Rodriguez fué derecho  
A ver la causa destas confusiones,  
Y al tiempo que pensó ser de provecho  
O por sus armas ó con sus razones,  
Dura lanza rompió su fuerte pecho,  
Y el hierro le salió por los pulmones :  
Perdió luego la fuerza y el anhelo,  
Tendiéndose por el sangriento suelo.

La demás gente dentro se congrega,  
Pero ninguno bien apercebido,  
Por ser tan repentina la refriega,  
Que todos andan como sin sentido :  
En este punto Macarona llega  
Con doscientos gaudules al ruido ;  
Y así cuantos estaban en el fuerte  
Acabaron con miserable muerte.

Sin reservar la bruta pestilencia  
A las indias ladinas que servían,  
De su propia nación y descendencia  
Y que por sus parientas conocían,  
Y á niños en estado de inocencia  
También despedazaban y partían,  
Sin que dejen piante ni mamante  
De cuanto se ponía por delante.

Mas una vieja india, lavandera,  
Al tiempo del sangriento terremoto  
Había con sus paños ido fuera,  
Y en oyendo la grita y alboroto  
Desamparó los paños y ribera  
Metiéndose por el espeso soto,  
Con intenciones de llegar al puerto  
A dar noticia deste desconcierto.

Que la nube del humo luego vido  
Y al sol algo turbada su pureza,  
Porque después que habían recogido  
Los indios municiones y riqueza,  
El fuego fué pegado y estendido  
Por todas partes de la fortaleza,  
Y tuvieron á grande maravilla  
El no hallar mujeres de Castilla.

Pues segun el aviso que les dieron,  
Habían ya de estar aposentadas ;  
Mas como sucedió que no vinieron  
Por las causas que tengo declaradas,  
Los cofres y las cajas recogieron  
Que contenían joyas estremadas,  
Las cuales repartía Macarona  
Segun la cualidad de la persona.

Fueron cargados de preciosas galas,  
Oro, perlas y plata gran contía,  
Y á sus casas por ásperas escalas  
Las piezas suben del artillería;  
Llevaron polvorin, pelotas, balas  
Y cuantas armas español tenía:  
Espadas, cotas, lanzas, escopetas,  
Que sus manos traían inquietas.

Porque para sus bélicas porfías  
Aquellas aplicaron á su uso,  
Ejercitándose las punterías  
Por acertar al blanco que se puso,  
Hasta que fué después de muchos días  
El cebo de la pólvora concluso,  
Y aunque no les faltaran materiales  
Faltáronles peritos oficiales.

Antes pues del fatal desasosiego,  
Estaban indios puestos en camino,  
A quien se les mandó que visto fuego  
Creyesen ser cumplido su desino,  
Y á Santa Marta se partiesen luego  
A pedir las albricias al vecino,  
Y si tiempo hallasen oportuno  
Diesen acerbo fin á cada uno.

Era capitán destes un mancebo  
De los indios de Bonda mas ladino,  
Y tal que del profundo del Erebo  
Nunca salió demonio mas malino:  
Aqueste capitán se dijo Jebo,  
Maldito hechicero y adevino;  
Viendo pues ya de humo nube espesa,  
Caminó con sus gentes á gran prisa.

No va sin regocijos y placeres  
A los puertos la bárbara caterva,  
Viendo que de los prósperos haberes  
A cada cual su parte se reserva,  
Y que de las católicas mujeres  
Les habían de dar alguna sierva,  
Creyendo que las damas referidas  
Estaban en el fuerte recogidas.

Llegaron á los términos marinos,  
De venenosas armas pertrechados;  
Mas como los rebatos son continos  
Y pocas veces viven descuidados,  
Hallaron á los mas de los vecinos  
Encima de caballos bien armados,  
A causa de decilles centinelas  
Que vian por la mar dos ó tres velas.

Rodea la distancia destes puertos  
Por todas partes áspera montaña;  
Algunos cerros tiene descubiertos  
Desde donde la vista no se engaña,  
Para mirar de día los conciertos  
Y gente que las casas acompaña;  
Y muchos de los indios que vinieron,  
Por aquellos cerrillos se subieron.

Suena luego la grito y algaraza,  
De bárbaras cornetas ronco canto;  
Del alto viene numerosa jara;  
De mas abajo hacen otro tanto;  
Los del pueblo de ver cosa tan rara  
Poseidos están de gran espanto:  
Dan arma luego, tocan atambores,  
Convócanse los grandes y menores.

La gente castellana se pertrecha  
A gran prisa de cueros y celada;  
Cargan el arcabuz, arde la mecha,  
Menéase la lanza y el espada;  
Y por la mayor parte se sospecha  
Estar la fortaleza ya tomada,  
Pues si no la tuvieran destruída  
No fuera su maldad tan atrevida.

Otros tienen contrarias opiniones,  
Que no les pareció cosa posible;  
Pero viendo que no cumplen razones  
En ocasion y riesgo tan terrible,  
Salen los caballeros y peones  
Contra la tempestad allí visible,  
Porque con gran aumento va creciendo  
El ruido, la grito y el estruendo.

Las dueñas y doncellas de rodillas,  
Multiplicando ruegos y plegarias,  
Lágrimas riegan cándidas mejillas  
Con temor de las gentes adversarias;  
En la plaza se ponen las cuadrillas  
Españolas, con armas necesarias,  
Para que si los indios entran dentro  
En escuadron les salgan al encuentro.

Pero detúvose la gente fiera  
Como los vido bien apercebidos,  
Contentándose con tirar de fuera  
Jáculos de veneno proveídos,  
Y con decilles desde la ladera  
Oprobios á los hombres conocidos  
Los unos y los otros á porfía;  
Principalmente Jebo les decía:

« No penseis de hüeros, gallinazos,  
Que no teneis navio ni guardia;  
Asidos os tenemos en los lazes;  
Por demás es pensar en la hüida;  
A bofetones, palos y leñazos  
Os hemos luego de quitar la vida:  
Que no queremos vivos los maridos,  
Sino las compañeras de sus nidos.

» En su poder las tienen los desnudos;  
Acertádoles hemos en la vena;  
Y como tienen anchos los escudos  
Las heridas les dan poquita pena;  
Aquellas pocas son, putos cornudos,  
Andad, traednos mas de Cartagena;  
Que pues teneis mestizos en las nuestras  
Queremos desquitarnos en las vuestras.

» ¡ Ah don Luis! de tí tengo mancilla  
Por el autoridad de tu persona,  
Pues trajeje guarichas de Castilla  
Para servir á las de Macarona;  
Quitámoste del lado la costilla;  
Aquesta demasia nos perdona:  
Que a bien librar tú quedarás viudo,  
Y no solo viudo pero mudo.

» ¡ Ah Manjarés, chequito don Antonio!  
¿ Adónde está tu madre mi señora?  
Ella te podrá dar por testimonio  
De cómo se le paga la demora,  
Tu padre con nosotros fué demonio,  
Y tú sigues sus pasos desde agora;  
Vete, vete, rapaz, tú poco á poco,  
Mira que tienes términos de loco.

» ¡ Ah, ojos de aspa tuerta, Ballesteros!  
En mal cobro pusiste tu guaricha,  
Tu plata, tus tapices y dineros,  
Pues ella nos está haciendo chicha  
Y dellos somos ya tus herederos,  
Lo cual debes tener á buena dicha:  
Liberal eres en pagar escote  
Dándonos la mujer con larga dote.

» Tesorero Bartolomé García,  
Bien puedes enviar por tu mulata,  
Que por tener á cuestras tanto día  
Nadie la quiere cara ni barata;  
E yo si por ventura fuere mia  
Daréla sin oro y aun sin plata,  
Pues yo no me contento ni me alegro  
De ver tanto albayalde sobre negro.

» ¡ Ah Francisco de Castro desbarbado!  
Libre puedes estar desta querrela;  
Pues la virgen pegada con tu lado  
No perderá la sangre de doncella,  
Si no fuese buscándole tocado  
Que pudiese mejor satisfacella,  
Que tus esfuerzos no serán bastantes  
Para dalle presea con pinjantes.

» Alcalde trapacista Campuzano,  
No pienses desnudarte la pelleja,  
Porque pensabas ya dalle de mano  
Para buscar mas nueva haceleja:  
Que también por acá uingun anciano  
Se precia de vestir ropa tan vieja;  
Si no la compras con algun embuste,  
Con ella pienso retovar un fuste.

» No tengas pesadumbres tú, Riberos,  
 Por faltarte las pasas y grajea,  
 Pues á truceo de muy pocos dineros  
 Trairás otra mas moza de Guinea :  
 Que tienen linda tez aquellos cueros  
 Para podellos blanquear con brea,  
 Y nosotros en las horas obscuras  
 Hemos de recorrelle las costuras. »

Otras muchas afrentas y dennestos  
 Decian los demás en alto grito,  
 Que querer referillos, demás destos,  
 Seria proceder en infinito,  
 Mayormente que son tan deshonestos  
 Que no sufren ponerse por escrito,  
 Y en los dichos mudamos elegancia,  
 Puesto que no se muda la substancia.

Porque cada cual indio destos senos  
 Hoy día puede ser lengua bastante,  
 Y son en sus palabras tan obscenos  
 Que no se vido cosa semejante;  
 Y en obras de maldad no lo son menos,  
 Antes el mejor es fino vergante,  
 Y cuanto se concluye y se comienza  
 Por ellos es notable desvergancia.

Y así dichas aquellas siurrazones,  
 Como Febo sus rayos encubria  
 Y faltasen aquellas municiones  
 Que la caterva bárbara traia,  
 A Bonda revolieron escuadrones  
 Para saber qué parte les cabia;  
 Y cuando ya los indios iban fuera  
 Salió la india vieja lavandera.

A la cual por entonces una cueva  
 Nemorosa la tuvo detenida  
 Con el mensaje triste que les lleva,  
 Oyendo los rumores y estampida;  
 Pero los indios idos, dió la nueva  
 De la desgracia grande sucedida,  
 Que fué causa de tierno sentimiento  
 Y de sus pesadumbres gran-aumento.

Las congojas que sienten son mortales  
 Viendo tan encendidas las contiendas  
 Y en poder de los indios sus caudales,  
 Hechos señores ya de sus haciendas,  
 Y juntamente con aquestos males  
 Poco posible para las enmiendas;  
 Hacen los mas ajenos de placeres  
 Las lástimas que dicen las mujeres.

Pues el consuelo mas las desconsuela,  
 Puestas en ansiosa fantasía;  
 Los unos y los otros hacen vela,  
 Las armas en la mano noche y día,  
 Embrazada la cóncava rodela,  
 La lanza y el espada relucia,  
 Los caballos á punto y ensillados  
 Y en una casa todos congregados.

Viéndose padecer tantos desgustos,  
 Sin haber quien de sueño se confie  
 Entre bárbaros fieros y robustos,  
 Determinaron todos que se envie  
 Razon á Pero Fernandez de Bustos  
 Para que cien soldados les avie,  
 Por no ser poderosos los vecinos  
 Para salir por playas ni caminos.

Pues para colmo de sus maleficios,  
 Los bárbaros crüeles y bestiales  
 Les mataban los indios de servicio,  
 Aunque fuesen sus propios naturales,  
 Ocupados en algun ejercicio  
 De los que suelen ejercer los tales,  
 Tanto que, para ir por agua gente,  
 Escolta se hacia diligente.

Iban por entre matas advertidos,  
 Por ser estos caminos mal abiertos,  
 Arcabuces de balas proveidos  
 Y rodeleros no menos despiertos;  
 Suenan por el compás tiros perdidos  
 Por descubrir engaños encubiertos;  
 Y con ir con aviso y advertencia  
 No siempre les valia diligencia.

Con esta confusion y flaco marte,  
 El trabajo duró casi dos meses:  
 El bárbaro furor por una parte  
 Por otra los temores de franceses,  
 Sirviéndoles de cerca y baluarte  
 Solamente rodelas y paveses;  
 Hasta tanto que ya de Santa Marta  
 A los de Cartagena llegó carta.

Viendo Pero Fernandez la demanda  
 Y las necesidades de la tierra,  
 Despachó de soldados cierta banda,  
 Yendo por su caudillo Yuste Guerra,  
 Persona cuya lanza no fué blanda  
 Y de quien negligencia se destierra,  
 Pues por Malambo hizo su camino  
 Y con la brevedad posible vino.

El rio grande de la Magdalena  
 Y el de Pesta que pasan con buen tino,  
 Y aquella grande ciénaga que llena  
 Hacen las ondas del licor marino,  
 Huellan la larga playa y el arena  
 Que conflua con tierra del Dorsino,  
 Siempre llevando paso presuroso  
 Y sin tomar descanso ni reposo.

Por la sierra de Gaira procedieron,  
 Del Yuste Guerra pasos conocidos,  
 Llegan á Santa Marta, donde fueron  
 Con increíble gozo recibidos;  
 Cuarenta fuertes son los que vinieron  
 En militares artes instruidos;  
 Mas no son parte para dar castigo,  
 Segun la potestad del enemigo.

Pero gozabase de mas bonanza,  
 Y estaban en el pueblo mas seguros,  
 Porque su defension era la lanza,  
 Y las fuerzas y esfuerzos eran muros;  
 Y así, vista por indios la pujanza,  
 No fueron tan molestos ni tan duros,  
 Teniendo cuando daban el rebato  
 Un poco de temor y mas recato.

Mas otro miedo no menos molesto  
 Daba sospecha de sucesos varios,  
 Si vinieran al puerto descompuestos  
 Entonces galeones de cosarios,  
 Que fuera grande mal; y demás desto  
 Faltaban alimentos necesarios,  
 Porque ya de ganados y labores  
 Eran indios de Bonda poseedores.

Pues esta gente bárbara y astuta  
 Sin las comer mató reses vacunas,  
 Y en ellas sus furores ejecuta,  
 Por lo cual las personas mas ayunas  
 Solamente comian una fruta  
 Que por acá llamamos aceitunas,  
 Que son en las figuras aparentes  
 Y en el sabor y gusto diferentes.

En este tiempo Bonda determina  
 De reformar escuadras y banderas,  
 Convocando la gente mas vecina  
 O ya por ruegos ó amenazas fieras,  
 Quiriendo revolver á la marina  
 Y tomar el negocio mas de veras,  
 En tal manera, que de los cristianos  
 Ningunos escapasen de sus manos.

Estando pues los indios con tan malas,  
 Protervas y dañadas intenciones,  
 El general Esteban de las Alas  
 Allí llegó con siete galeones,  
 Pendientes de las gabias muchas galas,  
 Flamulas, gallardetes y pendones;  
 También de las entenas van pendientes  
 Algunos cuerpos de cosarias gentes.

Porque viniendo por los altos mares  
 Navegando la filipina flota,  
 Vieron dos galeones, singulares  
 Cosarios, que guiaban su derrota  
 A los indianos puertos y lugares,  
 Con apacible viento, larga escota,  
 Los cuales, real flota conociendo,  
 Con aumento de velas van huyendo.

Mas los de la católica bandera,  
Considerando ser honroso lance,  
Con la presteza que aguilá lijera  
Sigue de prestas aves el alcance,  
Abrevian lo posible su carrera,  
No rehusando belicoso trance,  
Por ocasion patente que los llama  
A los despojos y honorosa fama.

Con vela de los vientos impelida  
El pirata ladron librarse piensa;  
Mas como nada presta su huida,  
Apercibióse para la defensa:  
Suená terrible grita y estampida:  
Nube grande del humo se condensa  
De los sulfureos fuegos de cañones  
Y de las manuales municiones.

Aumentanse reciprocos tronidos,  
Y el ruido de huecos atambores;  
Hay hombres muertos, mancos y heridos;  
Rompen los aires gritos y clamores:  
Los franceses al fin fueron vencidos,  
Y nuestros españoles vencedores  
Traen las naos hasta las riberas  
Y puertos, arrastrando sus banderas.

Mas en los deste puerto, viendo tanto  
Navio como junto del venia,  
Aumentóse la pena y el espanto,  
Pensando ser francesa compañía;  
Formaron las mujeres nuevo llanto,  
Y su dolor á mas andar crecía,  
Hasta que vieron bien los desta villa  
Ser la real armada de Castilla.

Cuanto mas se venian acercando,  
Tantó mas se mitigan los suspiros,  
Marido á la mujer desengaiando,  
Diciendo: «No teneis por qué afligiros,  
Que ya los galeones van entrando,  
Y hacen salva los fogosos tiros;  
De Esteban de las Alas es el vuelo  
Que da seguridad á nuestro suelo.

»Y á vueltas de los tiros también suena  
Son de trompetas, voz de cheremias;  
Ya los vecinos huellan el arena  
Con grandes regocijos y alegrías,  
Y deseamos ver la playa llena  
De las recién venidas compañías.»  
Con esta certidumbre se mitiga  
Aquella pesadísima fatiga.

Después que fué la flota recogida  
Y en los seguros puertos anclada,  
Don Luis con persona conocida  
Al general envia su embajada,  
Que fué del parabién de la venida  
Y con ofrecimiento de posada;  
El cual volvió las gracias y respuesta,  
Segun que suele condicion modesta.

Debajo de las ondas encubria  
Ya Febo su preclara hermosura,  
Y del obscuro manto se vestia  
Lo llano, la ladera y el altura;  
Los de la mar esperan otro día,  
Y acá durmió la gente mas segura,  
Puesto que no sin guarda vigilante  
Por el otro peligro circunstante.

Luego los indios que hay á la redonda,  
Ladinos, segun tienen de costumbre,  
Procuran avisar á los de Bonda,  
Y dalles desta flota certidumbre,  
Diciéndoles que hagan buena ronda,  
Por ser llegada grande muchedumbre  
De soldados bizarros andaluces  
Y copia y abundancia de arcabuces.

Que no fién de vanas presunciones,  
Sino que desde luego hagan cuenta  
Que por sus odiosas poblaciones  
Tiene de descargar esta tormenta,  
Y que con caballeros y peones  
Les tienen de hacer guerra sangrienta:  
Que ya conocen españolas furias  
Cómo jamás olvidan sus injurias.

Rióse destas nuevas el salvaje  
Macarona, sin muestra de accidente,  
Diciéndoles: «Reios del mensaje,  
Y nadie haga rugas en la frente;  
Pues que tenemos fuerzas y coraje  
Para desbaratar doblada gente,  
Porque Dorsino, Gaira, Mamatoco,  
Por ser pocos espántanse de poco.

»Vengan cubiertos de armas que en la fragua  
Con curiosidad herrero hizo:  
Nosotros solamente con la jagúa  
Pintados, y pajuelas de carizo;  
Vengan, que su tormenta será de agua,  
Y acá se la daremos de granizo;  
Pues de muchos mas bravos y guerreros  
Sirven en atambores hoy sus cueros.

»Vengan, vengan, y sean los que fueren,  
Que bien conozco gente sin cabellos,  
Y sé que tantos cuantos mas vinieren  
Tanta mas perdicion es para ellos.  
Vengan, vengan, y los que mas pudieren  
A los otros estirarán los cuellos;  
Pues á lo menos yo de mi confío  
Que no me tienen de estirar el mio.»

Estas bravosidades fanfarronas  
Se dejaba decir el gandul viejo  
En el ayuntamiento de personas  
Que fueron convocadas á consejo;  
Y en esto todos eran macaronas,  
Y el mas vil al mayor era parejo:  
Lo cual pasó la noche quel armada  
Al puerto dicho hizo su llegada.

Después que Febo con su movimiento  
Volvió su resplandor á la comarca,  
Fué don Luis, cabildo y regimiento,  
A ver al general, que desembarca  
Con músicas sonoras y concerto,  
Como criado de tan gran monarca:  
Vense los dos varones venerables  
Con palabras y rostros amigables.

No faltó cumplimiento cortésano,  
En que los dos se daban buena maña,  
El uno comedido y otro urbano,  
Y así tractando de cosas de España,  
A la iglesia se van mano por mano  
Con mucha gente que los acompaña;  
Y dado fin á la divina fiesta,  
Lo llevan donde está posada presta.

Y todos por huir rayos ardientes  
Se recogieron á la sombra fria,  
Tractando de negocios diferentes  
De los que su congoja les pedía;  
Mas don Luis de Rojas, que presentes  
Sus injurias y pérdidas tenia,  
Y para las vengar punto que obligue,  
Al general habló lo que se sigue:

«Mi señor general, en ningún hecho  
He visto que se mida la ventura  
Tan á contento del humano pecho,  
Que sin falta le dé lo que procura;  
Mas hoy á mí me tiene satisfecho  
En traer en esta coyuntura,  
Porque por algun tiempo se mitigue  
Mal que por muchas vias nos persigue.

»Por una parte dan mil sobresaltos  
Las atalayas á la mar atentas:  
Por otra víéndonos de fuerza faltos  
Nos cocan gentes viles y sangrientas;  
Y siempre suenan por aquestos altos  
Amenazas envueltas en afrentas,  
De vergüenza y temor tan descompuestas,  
Que ningunas yo vi mas deshonestas.

»Este es un sinsabor continuado,  
Sin concedernos punto de sosiego;  
Ninguno de nosotros desarmado  
Sea con claridad ó nubló ciego,  
Pues han por muchas veces intentado  
A las casas de paja poner fuego,  
Guiándolo con punta de su flecha  
El bárbaro cruel que nos acecha.

» No sin inmenso riesgo deshacemos  
Estos ardidés hechos con obscuro,  
Porque, según os consta, no tenemos  
Para nos defender cerca ni muro;  
Solamente los brazos oponemos  
A la ferocidad del mar te duro,  
Y podrían contarse por espantos  
El valerse tan pocos entre tantos.

» Mas agora que se nos representa  
Por indios no confusos en acentos,  
Cómo quiere venir una tormenta  
Congregada de todos cuatro vientos:  
Gente poca, cansada, descontenta,  
Mal podrá resistir sus movimientos,  
Mayormente que hacen su victoria,  
Las muchas que han habido, mas notoria.

» Ayudales á su desenvoltura  
Haber ganado cierta casa fuerte,  
Que no sabemos, aunque se procura,  
El cómo se ganó ni de qué suerte;  
Mas sabemos que no quedó criatura  
Que en ella se librase de la muerte;  
Pues una sola india de servicio  
Vivió por estar lejos del bullicio.

» También participaron destos males  
Los en aqueste puerto detenidos,  
Porque teníamos nuestros caudales  
En aquel mismo fuerte recogidos,  
Y todos los arreos principales  
De oro, plata, perlas y vestidos,  
Con temor del francés, que de presente  
Viamos y teníamos enfrente.

» Y si para tomar el puerto diera  
El mar insano viento favorable,  
Nuestro dolor y desventura fuera  
En excesivo grado lamentable,  
Llevando cada cual su compañera  
Al fuerte por lo ser inespugnable;  
Mas como negó viento la fortuna  
Del pueblo no salió mujer alguna.

» Viéndonos pues en riesgo tan terrible,  
Y para resistir al enemigo  
Pocos soldados y ningún posible,  
Por la desgracia grande que ya digo,  
Teníamos por cosa conveniente  
Salirnos del lugar tan sin abrigo,  
Por tener un momento de reposo  
En algun puerto menos peligroso.

» Pero, bendito Dios, que ya trocamos  
En ratos de quietud las horas malas,  
No porque con las que antes trabajamos  
Estas pueden correr á las iguales,  
Pero largas ó cortas descansamos  
A la sombra y favor de vuestras alas,  
A quien alientan águilas reales  
Que vuelan sobre todas las caudales.

» Cuyo valor y potestad notoria  
Do quiera gozará de vencimiento,  
Y en su virtud ovistes la victoria  
Del soberbio francés y violento,  
Para tener, señor, alas de gloria,  
Como ya las teneis de nombramiento,  
Y con las del que sube hasta el cielo,  
Darán las vuestras encumbrado vuelo.

» Pero no solo fué vuestra venida  
Contra piratas y soberbios gallos;  
Mas como la necesidad lo pida  
Quiere el rey que valgaís á sus vasallos,  
Mayormente si van tan de caída  
Que no pueden vivir sin remediallos:  
E ya vereis estar desta manera  
Los que residen en esta frontera.

» Y así, señor, en estos menesteres,  
Uno de dos intentos son los míos  
Y aun los universales pareceres,  
Y son: ó nos llevar en los navíos  
Con vuestras casas, hijos y mujeres,  
O dejarnos aquí buenos avíos,  
Para que tenga defension bastante  
Un puerto tan antiguo é importante.

» Servicio fué vencer aquel cosario,  
Y creed que será mas estendido  
Si de lo que le fuere necesario  
Aqueste puerto fuere socorrido,  
Por ser tan numeroso su contrario  
Y de españoles mal apercebido;  
Lo cual se suplirá con cien soldados  
Que nos dejéis de los mas escusados.

» Es cosa tolerable pues con esta  
Gente que se nos dé y algun pertrecho:  
El armada no queda descompuesta,  
Y nosotros salimos del estrecho  
Y gran perplejidad que nos molesta,  
Sin atinar á cosa de provecho;  
Pues es así que quien tan poco puede  
Ni sabe si se vaya ó si se quede.

» Pero dará, señor, vuestra respuesta  
Desta resolución algun indicio,  
Y si, como deseo, la propuesta  
Necesidad os mueve y el oficio,  
Cosa notoria es y manifiesta  
Que á Dios y al rey háceis grande servicio;  
También por mi será reconocida  
La obra mientras Dios me diere vida.

Dijo, y el general que muy atento  
Estuvo hasta su postrero deajo,  
Antes de responder al pedimiento  
Que á los necesitados es anejo,  
Balanceaba con el pensamiento,  
Segun que suele quien está perplejo;  
Y así por no dar seco despiciente,  
Al don Luís le dijo lo siguiente:

» Señor gobernador, bien entendida  
Tenemos la necesidad presente;  
Mas ya conoceréis que mi venida  
Ha sido para causa diferente,  
Y quel rey no me manda que divida  
Algun miembro del cuerpo desta gente,  
Y á mi no me sería bien contado  
Esceder ni salir de su mandado.

» Pero haré, según vuestros intentos,  
Lo que puede hacer un buen amigo,  
Y es daros cuatrocientos ó quinientos  
Hombres para hacer un gran castigo  
En las villas, lugares y en asientos  
Del indio mas rebelde y enemigo,  
Para que la comarca mas cercana  
Quebrante su furor y quede llana.

» Yo les señalaré término cierto  
Para domar el bárbaro coraje;  
Y castigado bien el desconcierto,  
Brio y atrevimiento del salvaje,  
Con toda brevedad vuelvan al puerto  
Para que yo prosiga mi viaje:  
Que poca puede ser esta tardanza  
Y facil de tomar esta venganza.

» Mi gente con deseo de preseas  
De bárbaros, irá de buena gana;  
Resta que para ver estas peleas  
Apercibais la vuestra baquiana,  
Que les enseñen las personas reas,  
Y partan si es posible de mañana;  
Porque de todas cosas mis soldados  
Brevemente saldrán aderezados.

» Aquesta me parece buena traza,  
Pues como se castigue la frontera,  
Quietos quedareis en vuestra plaza  
Y hollareis seguro la ribera;  
Y si cosario fuerte diere caza  
A salvo podeis ir por donde quiera:  
Aquesto por serviros os concedo,  
En lo cual hago mas de lo que puedo.

Dijo, y el don Luís, á quien aceto  
El orden fué, según del se percibe,  
Las gracias le rindió como discreto,  
Y aquello que le dan eso recibe,  
Y para que se vea con efecto,  
A sus soldados viejos apercibe,  
Que para tomar armas son ochenta,  
Entrellos de caballos como treinta.

El dicho general sacó seisientos  
Soldados que llamamos chapetones,  
Con todos los guerreros ornamentos  
Que piden belicosas confusiones  
Y copia de fogosos instrumentos  
Con las demas anejas municiones,  
Escudos, pectos, cotas y celadas,  
Jáculos duros y armas enastadas.

Fué de la gente que se desembarca  
Por capitán Antonio de Lobera,  
Con otro capitán, Héctor Abarca,  
Varones respetados donde quiera,  
Con otros, cada cual hombre de marca  
Para poder regir gente guerrera,  
Y alferoces, escuadras y sarjentos,  
Que no sabré decir sus nombramientos.

Unos y otros bien apercebidos,  
Y juntos en lugar que convenia,  
Mandóse, porque no fuesen sentidos,  
Que marchasen de noche con la fria:  
Caminan pues á pasos estendidos  
El Viernes Santo, venerable dia,  
Hasta que se pusieron en lo llano  
A la sierra de Bonda mas cercano.

Allí llegados sin haber testigos  
De gente que con armas los detenga,  
Para subir do están los enemigos,  
Cuesta no menos aspera que lengua,  
El don Luís llamó los mas antiguos  
Para que den el orden que convenga  
En el acometer al indio duro  
Y entrar dentro del pueblo con obscuro.

Fué desta consultora compañía  
Don Antonio, y el capitán Cordero,  
Y el capitán Bartolomé Garcia,  
En el presente tiempo tesorero,  
Y Francisco de Castro, que tenia  
En un buen parecer voto primero;  
Y así manifestando lo que siente  
En la consulta dijo lo siguiente:

« Por tres escalas suben esta roca  
Enhiesta, cada cual á maravilla;  
Acia septentrion por Geriboca,  
A la parte del sur por Macinguilla,  
Otra por medio donde se convoca  
El contracto comun para la villa,  
Cuyo comedio es y cuya frente  
Donde todos estamos de presente.

» La parte destas tres mas descuidada  
En Macinguilla es y la mas cierta,  
A causa de tener una quebrada  
De grandes arboledas encubierta;  
Y la gente de pié siendo guiada  
Por allí, hallará segura puerta,  
Pues por esotras dos mas manifestas  
Es de creer que tienen velas puestas.

» El capitán Beleño será guía,  
Como quien estos pasos ha corrido,  
Y puede por aquella misma via  
Llegar á la ciudad sin ser sentido;  
Y como suele liberal espía,  
Vayan á paso sordo y estendido  
Los piés lijeros, tácita la huella,  
Hasta poder llegar al cabo della.

» Desque lleguen al fin del pueblo, luego  
Pongan á una sin hacer ruido  
A los caneyes grandes vivo fuego  
Y á casas principales del partido,  
Porque con el calor y humo ciego  
Se desatine quien esta dormido;  
Y el que saliere deste sobresalto  
No le consentan ir á lo mas alto.

» Porque si se hallare gente presta  
De los que siguen el contrario marte,  
Cosa notoria es y manifesta  
Acudir mucha por aquella parte,  
Do con espadas, arcabuz, ballesta,  
Los deterná católico estandarte,  
Bajando luego todos á lo llano  
Pues escalera tienen á la mano.

» Sin dar lugar á selles defendida;  
Pues es así quel bárbaro guerrero  
Ocupará cualquiera descendida  
De tres por do se va por contadero,  
Y aquella no podrá ser impedida  
Por estar español allí primero,  
Y caer en aquel lugar que digo  
Que cumple comenzar este castigo.

» La gente toda de caballo quede  
En aqueste lugar adonde estamos,  
Porque si mal alguno les sucede,  
Que nunca plega Dios que tal veamos,  
El bárbaro no haga lo que puede  
Y á los desbaratados defendamos:  
Esto mi probe seso comprende,  
Salvo juicio del que mas entiende.»

Examinadas bien estas razones,  
Todos cuantos allí fueron presentes  
Se conformaron con sus opiniones,  
Por no les parecer impertinentes:  
Marcharon pues apriesa los peones  
Con todos los recaatos conviniens,  
Y aunque con gran sudor y pesadumbre  
Llegaron sin sentillos á la cumbre.

El capitán Beleño que guiaba,  
En unos altos poco desviados  
Del pueblo para donde caminaba,  
En contra de conciertos acordados  
Mandó que se quedase Luis de Nava  
Con ocho validisimos soldados,  
Diciéndole quel paso defendiese  
Hasta tanto que por allí volviese.

Viendo quel orden dado pervertia,  
El cual era pasar mas á lo largo,  
El dicho Luis de Nava le decia  
Que, pues por don Luís se le dió cargo,  
Viese primero bien lo que hacia;  
Mas el dicho Beleño sin embargo  
Le respondió: « Señor, visto lo tengo,  
Y sé y entiendo bien á lo que vengo.»

Quedóse con los ocho reguardando  
El paso que le dijo, y el Beleño  
No lo fué para quien está roncando,  
Mas antes un terrible quita sueño,  
Pues entró en el pueblo, y en entrando  
Enciende casas el ardiente leño,  
Y resplandece luego la candela  
Que con velocidad por ellas vuela.

Suena junto con esto tal ruido  
Y grita de los que entran, que despierta  
Al bárbaro que se halló dormido,  
Acudiendo con armas á la puerta:  
Uno sano huyó y otro herido,  
Otro que dura muerte halló cierta;  
Y como despertaban moradores  
Iban creciendo voces y clamores.

Los altos ocupó llama lijera  
Impelida de furiosos vientos,  
Barriendo con su fuerza la acera  
Que tiene mas lucidos aposentos:  
Nubes de humo van acia su esfera  
Con negros remolinos turbulentos,  
Y llenos de pavesas y centellas  
Que turbaban la luz de las estrellas.

Bien como cuando la sulfúrea vena  
De Quito sus ardores engrandece  
En el volcán y fonda socarrena,  
Y con espesos humos acontece  
La tierra circunstante ser tan llena,  
Quel sol se le absconde y escurece,  
Y aunque distante dél, atemoriza  
Al morador que vé llover ceniza:

Otra tal confusion y tan espesa  
De humo revalida la conquista,  
A causa de quel viento daba priesa  
Y la llama velox andaba lista  
Corriendo varias partes que no cesa,  
No sin impedimentos de la vista,  
Por ser fastidiosos los enojos  
Que humos dan á los humanos ojos.

Horrisono clamor hay por las casas,  
Como lo suele dar gente menuda  
De muchos que perecen en las brasas  
Por carecer de paternal ayuda;  
Procuran de salir a partes rasas  
La doncella, casada y la viuda,  
Porque la llama y el vapor ardiente  
Dentro de su caney no las consiente.

Bien como cuando quiere colmenero  
Hacer de dulce miel vasijas llenas,  
Que ahuyenta con humo de romero  
Las pródidas abejas de sus venas,  
Y sin orden el escuadron lijero  
Desampara labor de sus colmenas  
Con un ronco clamor y voz molesta,  
Pero tal que su pena manifiesta:

Así la gente mal apercebida,  
Procurando huir destas contiendas,  
A trueco de escapar la dulce vida  
Olvidan sus alhajas y haciendas,  
Con voz confusa, pero conocida,  
En cuanto prometerse las emiendas;  
Y así unos á otros se convocan  
Con diferentes cuernos que se tocan.

Mas en el gran caney de Macarona  
Tan prestas llamas levantó la paja,  
Que nunca pudo del salir persona,  
Y él mismo se metió en una tinaja,  
Donde de su furor se desentona,  
Pues aquella le dió vez de mortaja;  
Y aunque hecho carbon y consumido  
Fué por insignias ciertas conocido.

Duran las confusiones del que llora  
Y el gran tumulto de los ortodojos,  
Consumidora llama se empeora,  
Los soplos de los vientos no son flojos;  
Mas ya mostraba la gentil aurora  
Sus ojos claros y cabellos rojos,  
Y los flecheros y arcabuceria  
Ven bien adonde hagan punteria.

Porque los indios del cuartel del cabo  
Do fué concierto comenzar la quema,  
Viéndose sin lision ni menoscabo,  
En tomar armas no tuvieron fiema,  
Con una diligencia que yo alabo  
En ardir de guerra por suprema,  
Y fué que, sus familias recogidas,  
Procuraron tomar las tres salidas,

Por orden del fortísimo Coendo  
Y de Jebo que, como no dormia,  
En oyendo la grito y el estruendo  
Vieron que hacer esto convenia,  
Después de lo cual fueron recogiendo  
Larga y desesperada compañía;  
Era destos un capitán Gamita  
Que desde los altores daba grito,

Diciendo: «No os loeis de la jornada  
Ni de la valentia cometida,  
Hasta que ya volvais á la posada,  
Y la podéis contar sobre comida;  
Porque si en vuestra mano fué la entrada,  
No sé si podrá sello la salida;  
Bien podeis alistar los calcañares,  
Pues los indios aprestan los pulgares.

«Amigo Juan Beleño, yo te empeño  
Mis barbas, que tuvieras mejor saco,  
Si dejando vapores de beleño  
Tomaras un humillo de tabaco;  
Pues hoy han de tener moderno dueño  
Tu celada con plumas y tu jaco,  
Y estos nocturnos saltos y estas penas  
Las tienes de pagar con las septenas.»

Aquesto dicho, desde la ladera  
Con cantidad de gente bien armada,  
Por arrojillos sobre la escalera  
Disparan una y otra rociada;  
Cercana la tenían y frontera,  
Mas en cierto recodo gran celada  
De la floresta, acia man derecha,  
Donde ellos se desvian de la flecha.

Porque como del bárbaro vecino  
Acudió mas allá furia tan brava,  
No pudieron tomar aquel camino  
Del alto do quedó Luis de Nava:  
Diligencia que menos les convino,  
Y de que nada les aprovechaba;  
Y así vuelven al paso que frontero  
Tenian, do se les mandó primero.

Llegando pues sobre los escalones,  
Del dicho Luis de Nava no curando,  
Vieron á caballeros y peones  
Que abajo los estaban esperando;  
Movieron todos ellos los talones,  
Yendo su poco á poco caminando,  
Por ser la via que llevarse debe,  
Y que para los llanos es mas breve.

Y al tiempo que sus pasos encamina  
El avanguardia con fumosas mechas,  
De la parte del monte mas vecina  
Vuela tan grande número de flechas,  
Quel de mejor reporte desatina,  
Por venir herbotadas y bien hechas;  
Unos dellos se quejan, otros gimen,  
Otros huyen porque no los lastimen.

Volver atrás no pueden ni conviene,  
Por ser los indios número pujante,  
Y el último remedio que se tiene  
Es abreviar los pasos adelante;  
Mas tal lluvia de flechas sobreviene  
Sobre el atribulado caminante,  
Que para se quitar la dura jara  
Aqui gran salto dió, y allí se para.

La rezaga que ve las dilaciones  
Cuando mas brevedad les convenia  
Dan á los delanteros empellones  
Y unos sobre otros iban á porfia  
Rodando por aquellos escalones,  
Y deslizando por acerba via,  
Tal que por asperezas do se juntan  
Se quiebran huesos y se descoyuntan.

Uno rodando va, y el otro vuela,  
Otro no para hasta la quebrada,  
A este no quedó diente ni muela,  
Al otro se le tuerce la quijada;  
Por aqui va sin dueño la rodela;  
Por allí se desliza la celada,  
Otro que si cayó donde no roda,  
Pasa por cima del la gente toda.

Como si con nocturno terremoto  
Huyesen á lo raso del poblado,  
Que con aquel ruido y alboroto  
El menor y el mayor anda turbado,  
Este sale desnudo, y aquel roto,  
Queda Juan muerto, Pedro mal parado,  
Este pide favor, aquel ayuda,  
Y no pueden hallar quien les acuda:

Bien por este nivel acontecia  
En esta confusion que se pregona,  
Pues aquel á quien mano se pedia  
Pasa de largo y el huir abona,  
Porque con tal remedio pretendia  
Poner en salvo sola su persona,  
Sin esperar amigo que le cuadre,  
Ni aun hijo que volviese por su padre.

Pues Miguel de Orozco dos tenia  
En la revolucion desta batalla,  
Y cuando filjal favor queria,  
Allí no le responde ni lo balla;  
Y así murió con otros este día  
A manos de la bárbara canalla,  
Donde golpe cruel de mano perra  
Con sus sesos regó la dura tierra.

Destá manera van dándoles caza  
Hasta que los arrojan en los llanos,  
Ensangrentando cada cual la maza  
En generosa sangre de cristianos,  
Y el escalera se desembaraça,  
Donde muchos ovieron á las manos,  
Pues número mayor que de cincuenta  
Aquellas anchas losas ensangrienta.

Los altos aires braman con estruendo;  
Auméntase de indios la pujanza,  
De tal suerte que con rigor horrendo  
Hasta medio del llano se abalanza  
Con el Gamita, Jebo y el Coendo,  
Que los animan á mayor venganza,  
Sin miedo ni temor que les dé pena,  
Por ser esta pasión dellos ajena.

Luis de Nava, viéndose perdido  
Y arriba con los ocho compañeros,  
Por no poder cumplir lo prometido  
Beleño, que escapó por piés lijeros,  
Percibiendo la grito y el ruido  
De indios y españoles delanteros,  
Determinóse de bajar tras ellos  
E irse por aquellos mismos huellos.

Porque, según él dijo, hizo cuenta,  
No pareciéndole juicios vanos,  
Que en tanto que duraba la tormenta,  
Y los otros andaban á las manos,  
Podrían descendirse sin afrenta  
Hasta ponerse junto con los llanos,  
Y allí serian de peligros horros,  
Por tener mas á mano los socorros.

En tal necesidad nadie pudiera  
Imaginar mas cómodos consejos,  
Y entonces ciertamente descendiera  
Con pasos voluntarios y parejos;  
Mas víéronlos venir por la ladera  
Los sacerdotes ó mohanes viejos  
Que estaban en un alto contemplando  
La felice victoria de su bando.

Estos, mirando bien á la redonda,  
Vieron venir dos grandes escuadrones  
Con macana, carcaje, dardo, honda,  
De Macinguilla y otras poblaciones  
Con intencion de socorrer á Bonda,  
Vistos los fuegos y revoluciones;  
Y así dan voces á los capitanes  
Los cerimoníaticos mohanes,

Diciéndoles: «Haced pasos livianos,  
Y abreviad lo posible la carrera:  
Alcanzareis allí nueve cristianos  
Que van bajando por el escalera.»  
Ellos obedeciendo los dos canos,  
Los piés movieron mas á la lijera,  
Pero cuando llegaron al estrecho  
Distaban dellos no pequeño trecho.

Víéronlos ir aprisa caminando  
Cerca ya del remate de las cuevas,  
Y porque no se fuesen alabando  
De tales osadías como estas,  
Los indios como cabras van saltando,  
Los arcos prestos y las flechas puestas,  
Con la grito que suelen cuando riendas  
Sueltan á las rencillas y contiendas.

Volvió los ojos el Luis de Nava,  
Y conociendo ser dudoso trance,  
Con suma diligencia caminaba,  
Por no poder jugarse mejor lance,  
Y á los demás soldados animaba  
Antes que la tormenta los alcance;  
Pero para correr con mas aliento  
Las armas eran gran impedimento.

Iba Luis de Nava bien armado  
Con pecto y espaldar, y con espada  
Que va pendiente del siniestro lado,  
La cabeza cubierta con celada,  
Buen arcabuz, de balas pertrechado,  
Y demas de la pólvora tasada  
Un calabazo grande lleva lleno  
Colgando, que á su tiempo le fué bueno.

Aqueste peso y el ardor terrible  
Les hace la carrera menos llana,  
Y la gente bestial, incorregible,  
Por su velocidad tierra los gana;  
La cual con muestras de furor horrible  
Cercando va la gente castellana,  
Que con el arcabuz temple su via,  
Y así tirando tiros se retira.

Cada cual dellos hace lo que debe  
Porque temor de muerte los convida;  
Mas tal inundacion de flechas llueve  
En aquesta primer arremetida,  
Que dos soldados buenos de los nueve  
Quedaron perdidosos de la vida;  
Los otros, para ir donde pretenden,  
Sin perder de su via se defienden.

Así van en demanda de los llanos  
El vestido huyendo del desnudo;  
Y como se hallasen ya cercanos,  
Cada cual escapó por donde pudo,  
Confiado de piés mas que de manos,  
Y del espada mas que del escudo;  
Y como van por partes diferentes  
Tras ellos se dividen estas gentes.

Bien oyeron los tiros y revueltas  
Y tiros de arcabuz los caballeros,  
Los cuales también andan á las vueltas  
Con indios, defendiendo los primeros  
Que descupestos y las armas sueltas  
Bajaron de los ásperos oteros;  
Y de los mismos tiros coligian  
Ser españoles que se defendian.

Guió pues á la sierra don Antonio  
Su presto y arrendado rabicano;  
Dióle su propia vista testimonio  
Ser presa de dos indios un cristiano,  
Cada cual dellos un feroz demonio  
Segun lo tienen con pesada mano,  
Y luego conoció ser Luis de Nava,  
A quieh fuerza y aliento ya faltaba.

No puede con los indios lo que osa;  
Vigor le falta, sobra la osadía;  
Pero la destemplanza calurosa  
Y el largo curso fuerzas impedia,  
Y es porque nunca quiso dejar cosa  
De todos los pertrechos que traía;  
Con el calor aumentan el desmayo  
Celada y arcabuz y férreo sayo.

Viendo pues que su fuerza no aprovecha  
Para se desasir en la porfia,  
En el calabazon metió la mecha  
Que relleno de pólvora traía,  
Y con humo y ardor de sí desecha  
Al bárbaro cruel que lo tenía,  
Pues de los dos con el súbito fuego  
El uno quedó muerto y otro ciego.

También al fuego dió su propio pelo,  
El cual fué los vestidos encendiendo:  
Terrible pena, grave desconsuelo,  
Tristísimo espectáculo y borrendo;  
Y así volcándose por aquel suelo,  
«¡Paciencia me de Dios!» está diciendo;  
Imprimen sus palabras dolor sumo  
Y el ver de cuerpo vivo salir humo.

Como cuando llegó la fatal ira  
Del fuerte capitán, hijo de Alcmena,  
Que don de su querida Deyanira  
A muerte desastrada lo condena:  
Así brama, da voces y suspira  
Luis de Nava por aquel arena,  
Y cuanto con mas furia se menea  
El miserable cuerpo mas humea.

El noble joven de valor activo  
Llegó con su caballo, y en llegando  
Los ijares rompió del indio vivo  
Y así del triste que se va quemando;  
Y sin sacar la pierna del estribo,  
Lo llevó pocos pasos arrastrando,  
Hasta que dió con él en un alberca  
O charco que tenían allí cerca.

Este fué gran alivio de sus males.....  
Y porque cargan nuevos escuadrones,  
Acudieron soldados principales  
De fuertes caballeros y peones:  
Uno fué dellos Esteban Gonzalez,  
Dador de las presentes relaciones,  
Cuyos hechos allí no fueron menos  
Que los mas señalados y mas buenos.

Sin faltar en aquesta competencia  
En cualquier necesaria coyuntura,  
Y por dicho favor y diligencia,  
El dicho Luis de Nava tuvo cura,  
Aunque por ser pesada la dolencia  
Poder escapar della fué ventura;  
Y aun si hoy vital aura lo gobierna  
Andará cojeando de una pierna.

Estando pues allí donde la vida  
Le dieron en el charco referido,  
Se recogió la gente divertida  
Y las reliquias vivas del vencido,  
Ansi heridos como sin herida,  
Porque la multitud del atrevido  
Jebo cruel, con indomable pecho,  
Aun no se contentaba con lo hecho.

Desde que los vivos fueron congregados,  
Hallaron que faltaban muchos buenos  
Y estaban de sus armas cercenados  
Aquellos que vinieron dellas llenos.  
Los hijos de Orozco congojados  
La prenda paternal echaron menos:  
Preguntan, y afirmó testigo cierto  
Que con los demás muertos quedó muerto.

Aquesta certidumbre les aumenta  
Las penas, las fatigas, los enojos;  
La muerte desastrada se lamenta  
Y el quedarse por bárbaros despojos:  
Era su dolor tanto, que revienta  
Por boca de los dos y por los ojos,  
Y tales son los dichos y los hechos,  
Que hacen impresion en otros pechos.

Dijo el menor al otro: «¿Qué hacemos  
Llorando sin provecho ni esperanza?  
Cumplamos con aquello que debemos  
Tomando destes bárbaros venganza,  
Pues el cómodo tiempo que tenemos  
Podríase perder con la tardanza;  
Vamos, ya muerte venga, ya nos huya,  
Y no queramos vida sin la suya.»

Dijo, y ambos á dos, como leones  
Hambrientos que saltean las manadas,  
Rompieron por aquellos escuadrones  
De gentes con victorias levantadas,  
Y en los de mas gallardas proporciones  
Iban ensangrentando las espadas:  
Matan á Marocinda, Sanga, Toche,  
Y Panto vió su fin y eterna noche.

Andando de los dos la punta aguda  
Intestinos y entrañas descubriendo,  
Sin esperar favor que les acuda  
En riesgo y en peligro tan horrendo,  
Acudió don Luis con buen ayuda  
Poniendo duros frenos á Coendo,  
El cual venia contra los hermanos  
Con nube furiosa de paganos.

El don Luis los suyos solicita  
Usando de caudillo diligente;  
Con obras y palabras los incita,  
Pero los mas pelean flojamente  
Por el cansancio grande que les quita  
Las fuerzas y el calor del sol ardiente,  
Bien que con arcabuces hacen tiros  
No todos con mortíferos suspiros.

Y Anton Bocancha, negro arcabucero,  
El serpentín del arcabuz aprieta  
Contra Jebó que sale delantero  
Llamándole de perro negro jeta;  
Pero la flecha que salió primero  
En la coce le dió del escopeta,  
Y fué la punta della de tal arte,  
Que la coce pasó de parte á parte.

Al fin el barbarismo prevalece,  
Y vista la pujanza y el estruendo,  
Y que la multitud de indios crece,  
Y los cristianos iban descreciendo,  
Al don Luis de Rojas le parece  
Irse su poco á poco retrayendo,  
Llevando por delante recogidos  
Así los sanos como los heridos.

Mas no por eso la canalla para,  
Pues como victorioso los aqueja;  
Y entre tanto que el bárbaro dispara  
Y la gente de á pié dellos se aleja,  
Los de caballo van haciendo cara  
Al escuadron que punto no los deja  
Por arcabuces y por partes rasas,  
Hasta que los metieron en sus casas.

Y como gentes de temor exentas,  
A voces dicen: «Esperad, gallinas,  
Para que rematemos nuestras cuentas  
Al son de las cornetas y bocinas.»  
Esto decían y otras mil afrentas  
Que de poner en letras son indinas,  
Porque de las naciones es aquesta  
La mas desvergonzada y deshonestá.

Después que los metieron en los puertos,  
Revuelven los del bárbaro rebajo  
A ver sus casas y hacerse ciertos  
De su bien ó su mal con desengaño:  
Remanecieron muchos indios muertos  
Sin que pensasen ser tanto su daño;  
Recogen á difuntos sus parientes  
Poniéndoles renombres eminentes.

Pues aunque nunca gocen de victoria,  
De los indios que mueren en la guerra  
Dicen los vivos ser cosa notoria,  
Digo los moradores desta sierra,  
Aquella muerte ser la mayor gloria  
Que les puede venir sobre la tierra;  
Y así les cantan por algunos dias  
Sus grandes hechos y sus valentías.

Y en una barbacoa se procura  
Al cuerpo suponer brasas ardientes,  
Y recoger en vasos la grosura  
Por ministros que tienen competentes,  
La cual heben en tanto questo dura  
Los mas aventajados y valientes;  
Después dan al sepulcro la ceniza,  
A la cual su linaje solemniza.

Y de los españoles hecha cuenta  
De los muertos á manos y heridos,  
Húidos de la baz sanguinolenta,  
Hallaron ser entonces fallecidos  
Número que pasaba de noventa,  
Todos los mas de los recién venidos,  
Sin los que remediaron cirujanos,  
O mancos de los piés ó de las manos.

Esteban de las Alas, cuando llano  
Pensó quedar el bárbaro guerrero,  
Oyó que lo dejaban mas ufano,  
Y en muy peor estado que primero,  
Y cómo convenia mayor mano  
Para domar esfuero tan entero,  
Y tomar las católicas banderas  
Aquesta punición mas á las veras.

Considerando pues que no cumplía  
Dejar en tantos riesgos aquel puerto,  
Quiso con don Luis, que lo pedía,  
Efectuar aquel primer concierto,  
Y así dejó bastante compañía  
Para se defender del indio yerto,  
Y despidiéndose de los vecinos  
Adelante prosigue sus caminos.

Viéndose don Luis con mas pujanza,  
A la fortuna quiere dar un tiento,  
Y para tener cierta la venganza  
Fatigaba su buen entendimiento;  
Y como yo también tengo la lanza  
Cansada del pasado rompimiento,  
Quiero primero que el suceso diga  
Algun avio dar á mi fatiga.

## CANTO CUARTO.

onde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa María; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificación acontecieron.

Los hombres honorosos que declinan  
Del punto adonde estaban colocados,  
Cuando contrarias partes arruinan  
Honores que tenían granjeados,  
Siempre sus pensamientos encaminan  
A verse satisfechos y vengados,  
Y mas si quien padece tal afrenta  
Tiene superior á quien dar cuenta.

Pues como don Luís de Rojas era  
Estimado varon y bien nacido,  
Y de los bárbaros desta frontera  
Fué su sobrino muerto y él vencido,  
Deseaba de cualquiera manera  
Cobrar algo del crédito perdido,  
Porque muchos de fuera hacen pausa  
Juzgando los efectos sin la causa.

Y cuando para dar un estampida  
El orden mas sin riesgo tantearon,  
En gente de los bondos atrevida,  
Que también sus venganzas deseaba,  
Supieron el armada ser partida,  
Pero no del presidio que quedaba;  
Y así hasta quinientos indios diestros  
Determinaron dar sobre los nuestros.

Con intenciones malas y protervas  
Se disponen el viejo y el mancebo;  
Son guías de las pérdidas catervas  
Coendo, Gamita, Maciringo, Jebó;  
Y cuando ya las rociadas yerbas  
Enjugaba calor del claro Febo,  
Ocuparon los bajos y los altos  
Para dar en el pueblo los asaltos.

Hacen ostentacion de su tesoro  
Puestos brazales, pectos, orejeras,  
Con otras diferentes joyas de oro  
Para cebar las gentes estranjeras;  
Daba su resplandor luz y decoro  
Al escuadron que va por las laderas  
Cuando lucido rayo del oriente  
Hiere las diademas de la frente.

Al claro manifiestan sus corajes  
El meneo feroz y la postura,  
Y aquellos sagitíferos carcajes  
Cuyo veneno no consiente cura;  
Todos con superbisimos plumajes,  
Como de carrizal gran espesura  
Cuando vellosos por las partes sumas  
Producen tallos que parecen plumas.

Llegados á las partes mas vecinas,  
Subidos en cerrillos y peñoles,  
Tocaron las cornetas y bocinas,  
Cóncavos y marinos caracoles,  
Llamando por sus nombres de gallinas  
A los mas conocidos españoles,  
Con un titulo mas tan sin vergüenza  
Que por su fealdad no se comienza.

Alborotóse la cristiana gente,  
Y quisieron los mas apercebidos  
Al encuentro salir incontinentemente,  
Porque les ofendian los oídos;  
Mas don Luís de Rojas no consiente  
Sino tener los suyos abscondidos,  
Para que crean, viendo cobardía,  
No ser mas gente de la que solía.

Porque los españoles presumian  
Estar todos los indios ignorantes  
De las defensas nuevas que tenían,  
Sino que se quedaban como antes,  
Y en hecho de verdad no lo sabían;  
Y si como venían elegantes  
Entraran en el pueblo con sus galas,  
Mas de cuatro dejaran las chagalas.

Mas pajecillo vil del tesorero  
Recorrió los retretes y recodos,  
Ladino, mas al parecer sincero;  
Y tuvo tal ardid y tales modos  
Que sin faltar primero ni postrero  
Con granos de maiz lo contó todos,  
Y hecho cerca desto lo que quiso  
A Jebó dió los granos y el aviso.

Vistos los granos, lo demás pregunta,  
Y la respuesta fué no sin fastidios;  
Porque mirada bien, della barrunta  
Tener el puerto ya buenos presidios,  
Y desta causa congregarse junta  
Para les imponer nuevos subsidios;  
Y así volvieron no con pasos lerlos  
A Bonda por tomar nuevos acuerdos.

Idos los indios, hubo gran consulta  
Entre los españoles de mas suerte,  
En parte que sabian ser oculta  
Para que lo que cumple se concierte;  
Y al fin de parecer comun resulta  
Primeramente levantar el fuerte,  
Pues para proceder mas adelante  
Era negociacion muy importante.

Previenen necesarios materiales,  
Sin que ladinos indios los entiendan,  
Y diestros y peritos oficiales  
Que las obras del fuerte comprendan,  
Con doscientos soldados principales  
Para que de los indios los defiendan;  
Y Castro, Torquemada, Campuzano  
Y don Antonio guían esta mano.

Luego pusieron manos en la obra  
Con gran hervor y viva diligencia;  
Pereza falta y el deseo sobra,  
Vela la discrecion y la prudencia;  
Mas todo se hacia con zozobra  
Por la cotidiana resistencia  
De bárbaros que tienen por injuria  
El no mostrar allí toda su furia.

En esto se deleitan y recrean  
Para les estorbar lo que pretenden,  
Y aunque con arcabuces los ojean,  
Son poca parte para que se emienden:  
Unos labran al fin y otros pelean,  
Y el fuerte defendiendo los ofenden,  
Pues cuantas veces son acometidos  
Quedaban nueve ó diez indios tendidos.

Y aun entre muchos días hubo día,  
Segun hombre de vista representa,  
Que de la porfiada compañía  
Quedaron sin la vida mas de treinta;  
Mas no por eso cesa la porfia  
De la bestialidad sanguinolenta,  
Porque el mas flaco destas gentes todas  
Reñir y pelear tiene por bodas.

Viendo pues su maldad tan obstinada  
Sin dia reposar desta contienda,  
Determinaron una madrugada  
Poner á su furor alguna rienda,  
Acometiéndoles con emboscada  
Donde ninguno dellos se defienda  
De los caballos diestros, si por caso  
Los pudiesen sacar mas á lo raso.

Hay un monte que poco se desvia  
De los ranchos que tienen fabricados,  
Donde sin esperar la luz del dia  
Entraron á caballo bien armados  
Don Antonio y Bartolomé Garcia,  
Y otros cuatro bien acreditados,  
Para que si los indios acudiesen,  
Los seis á las espaldas respondiesen.

Y si bajasen del cerro cercano,  
Que del fuerte distaba poco trecho,  
Mostrasen los demás tibia la mano  
Por ensoberbecelles mas el pecho,  
Porque los caballeros en lo llano  
Les pudiesen herir mas á provecho,  
Y allí la furiosa destemplanza  
Ensangrentase filos de la lanza.

Después que se hicieron los conciertos,  
Entraron cuando mas obscuro era,  
Esperando que salga por los puertos  
La mas lucida lumbre de la esfera:  
Los caballos armados y cubiertos  
De pechos, faldas, ancas y testera,  
Los cuales, segun el silencio tienen,  
Parece barruntar á lo que vienen.

Al tiempo pues que la febea lumbre  
Los rayos por las sierras estendia,  
Vieron cómo bajaba de la cumbre  
Armada y arriscada compañía,  
Segun y como tienen de costumbre,  
Y por el orden mismo que solia;  
Todos al cerro van primeramente  
A fin de descubrir aquella frente.

Subido Jebo con escudaron luengo  
Dió voces al ejército cristiano,  
Diciendo: «Ya sabeis á lo que vengo,  
Subid, gallinas, daros hemos grano,  
Y pues que me pedis de lo que tengo,  
Estos regalos salen de mi mano.»  
Con esto ladeó sus hombros anchos,  
Cuya flecha llegó hasta los ranchos.

No fué cualquiera dellos menos presto  
Con la grita que suelen y algazara;  
Y visto por los españoles esto,  
Veinte y cinco peones hacen cara,  
Llegando con rodela al recuesto,  
Del cual bajan los indios como jara,  
Porque viendo tan pocos, están ciertos  
Que podían contallos con los muertos.

Todos acuden al número poco,  
Y los cristianos por sacallos fuera,  
Ibanse retrayendo poco á poco,  
Por apartallos mas de la ladera;  
Y por los alcanzar el indio loco  
A los caballos dió llana carrera;  
Y en oyendo las señas que desean  
Baten las piernas recio y espolean.

Menéase con buen aña la lanza  
De jerifaltes sueltos en la priesa,  
Cada cual de los seis á quien alcanza  
Las espaldas y pechos atraviesa;  
Gente de pié tras ellos se abalanza;  
Anda la cuchillada muy espesa;  
Rompen entrañas y abren corazones  
Las pelotas y duros perdigones.

El brazo se cercena con el hueso;  
Llueve sangre del duro desafío;  
Grande priesa les dan, mas no por eso  
Ven desmayar al bárbaro gentío,  
Pues cuanto su destino mas avieso,  
Mostraban mas valor y mayor brio;  
Y así formaron escudaron unido  
Que nunca después pudo ser rompido.

Y los que ya de flechas carecian,  
Que no gastaron números pequeños,  
De los robustos arcos se valian,  
Que no son menos que rollizos leños,  
Con cuyos golpes grandes rebatían  
Las lanzas, los caballos y los dueños,  
Trabajando llegar á la ladera  
Para se reducir al escalera.

Procuran impedilles los lugares  
Los caballeros, viendo su concierto;  
Mas á los sagitarios singulares  
El viento mostró pelo descubierta,  
Por donde traspasados los ijares  
El un caballo dellos cayó muerto;  
Y desta suerte van en remolino  
Sin poder estorballes el camino.

Tomaron en efecto la subida,  
No menos los heridos que los sanos,  
Dejando diez y ocho sin la vida  
De los mas señalados y lozanos;  
Viéndose Jebo pues ir de vencida,  
Esto habló con nuestros castellanos:  
«Hoy por engaños ha sido la vuestra,  
Y mañana quizás será la nuestra.

» Bien podeis regalar aquellos potros  
Porque tengais socorro caballuno:  
Que tras uos recuentros vienen otros,  
Y no será yo menos importuno  
Hasta que de nosotros ó vosotros  
Uno no quede vivo ni ninguno:  
Que la gente de Bonda no se cansa,  
Ni fortuna podrá hacella mansa.»

Ensangrentando pues los escalones,  
Con esto consolaban su zozobra;  
Mas en sus alterados corazones  
El placer falta y el pesar les sobra:  
Los nuestros, todos libres de lesiones  
Aprieta vuelven manos á la obra,  
Unos tapiando y otros dando tierra  
Y todos armas prestas para guerra.

Parte velan la senda y el camino  
Atalayando toda la frontera;  
Otros hacen el teoso pino  
Y ponen en concierto la madera;  
Otros mondan las ramas del espio  
O planta que será buena solera  
Para ranchos que dentro de los muros  
Hacian para mas estar seguros.

Vinieron en aquesta coyuntura  
Los de Macinga, poblacion notoria,  
So color de dar paz, y por ventura  
Antes no la tenían en memoria;  
Mas como quien sus tierras asegura  
Dieron el parabién de la victoria,  
Ayudas y favores prometiendo  
Para la obra que se va haciendo.

Desto se recibió harto consuelo  
Por los que á todas horas trabajaban,  
Viendo que les venia muy á pelo  
El ayuda que tanto deseaban;  
Y así ya por temor, ya con buen celo,  
Los bárbaros ya dichos ayudaban,  
Cuya labor no fué tan sin aliento  
Que no fuese con grande crecimiento.

Sabido por los bondos el ayuda  
Que daban indios á los andaluces,  
Procuran enviar á quien acuda  
Con macanas, con flechas y gorguces,  
Y entrellos de la gente mas aguda  
Seis ó siete con buenos arcabuces,  
Tan bien ejercitados en la mira  
Que nadie dellos yerra donde tira.

Estando todos pues apercebidos,  
Bajaron sin hacer vanos bullicios,  
Y viendo dos ó tres indios subidos  
En buhios haciendo sus oficios,  
Con arcabuz despierta los dormidos  
Jebo, segun se supo por indicios,  
Y el muslo pasa de Juanico Minga,  
Capitan de los indios de Macinga.

Cada cual de los seis luego dispara  
El suyo, sin topar á quien ofenda;  
Los nuestros viendo cómo se declara  
Por los indios beligerá contienda,  
El arma necesaria se prepara  
Dejando de hacer otra hacienda;  
Y así salieron todos á buscarlos,  
Los seis ó siete dellos en caballos.

Puesto por orden el cristiano bando,  
Arcabuces con diestros rodeleros,  
En dos alas se fueron allegando  
A los cerros y términos fronteros  
A las alturas dellos apuntando  
Con los fogosos globos y lijeros,  
Donde los poseedores de la roca  
Aprestaron las manos y la boca.

Porque segun sus viejas condiciones  
Levantan algazara, saltan, gritan,  
Mas viendo humear nuestros cañones  
Con gran velocidad se precipitan,  
Y desde los ya dichos cerrejonos  
Con retorno de flechas los visitan;  
Pero duraron poco, porque luego  
Dejaron á los nuestros en sosiego.

Y no se supo si la despedida  
Fué porque recibieron algun daño;  
Pero quedó sin muerte ni herida  
La gente del católico rebaño;  
Mas no por eso mal aperebida,  
Antes con miedo de mayor engaño,  
Tanto, que cuando van por agua ó leña  
Arcabucean la cercana breña.

Y para descubrir maldad cubierta  
No fueron diligencias sin provechos,  
Pues un día sin verse cosa cierta  
Disparan recelando los acechos,  
Y en dos fuertes gandules abren puerta  
Dos balas por enmedio de los pechos;  
Los otros, como vieron estos muertos,  
Con grita se hicieron descubiertos.

Los cuales bien pensaron darse maña  
Entomar la venganza destas muertes;  
Mas á la grita sale la compañía  
De los que trabajaban en los fuertes,  
Y así no desamparan la montaña  
Los indios, ni pudieron hacer suertes,  
Antes se meten á lo mas espeso  
Con esperanza de mejor suceso.

Pues como gente que de sí confia,  
Este juzgaban por su mejor rato,  
Y así nunca jamás tuvieron día  
Que se pasase sin algun rebato;  
Mas como lo pasado les dolía  
Bajaban con grandísimo recato,  
Y en los cerros cercanos y fronteros  
Subidos, les hacian estos fieros.

«¿Y de qué sirve trabajar en vano,  
Gente vil, apocada, burladora,  
Pues cuanto trabajais este verano  
Hemos de deshacer en una hora?  
¿Quién te hizo valiente, Campuzano?  
¡Ah Torquemada! ven por la demora;  
Las indias hilan ya vuestras desquitas  
Para meteros dentro de mochilas.»

En tanto que estas cosas sucedían,  
So color de vender mantenimiento  
Algunos otros indios acudían  
A ver la fortaleza y el asiento,  
Y en paga de las cosas que traían  
Ninguno revolvía descontento;  
Traían yucas, plátanos, ayuamas,  
Manzanas olorosas, piñas, guamas.

Y un robusto gandul, de miembros llenos  
Alto, fornido, bien proporcionado,  
Llamado Tiguer, con un ojo menos,  
En varias guerras bien ejercitado,  
Con una carga de plátanos buenos  
Llegó con otros indios al mercado;  
Preguntan ¿cuánto? los que la pretenden,  
Y respondió diciendo: «No se venden»;

«Pero si de vosotros hay quien pruebe  
En la lucha mis fuerzas y mis huellas,  
Deposite cualquiera que se atreve  
Dos reales de plata contra ellos;  
Y si pudiese mas, gratis los lleve  
Y á su contento pueda gozar dellos,  
Y si mis brazos fuesen mas cabales  
Quedaránseme con los dos reales.»

De la cristiana gente que se halla  
Presente, como vieron tanto brio,  
Ningunos aceptaron la batalla  
Ni salieron al dicho desafío;  
Y así cada cual dellos mira y calla  
Mostrándose con un semblante frío,  
Bien que quisieran ver este certamen  
Mas ninguno de sí hacer examen.

Mas el Antonio de Torquemada,  
Capitán señalado desta gente,  
Viendola toda cuasi demudada  
Y uno y otro hablar confusamente,  
Con una cierta risa disfrazada,  
Al dicho Tiguer dijo lo siguiente:  
«¿Para qué quieres intentar contienda  
Adonde pierdas crédito y hacienda?»

»De buena gana cada cual te escucha  
Y el mayor y el menor está rabiando,  
Para meter las manos en la lucha  
Sin esperar mas tiempo que mi mando:  
Mira que todos tienen fuerza mucha  
Y al cabo tienes de salir llorando;  
Si con la tuya vives á contento,  
No te pongas en este detrimento.»

Responde: «Puesto caso que así sea,  
No vemos esa fuerza tan patente  
Que me fuerce razon á que la crea  
Hasta que su valor esperimente;  
Será mi desengaño la pelea,  
Y así la pido con el mas valiente,  
Y tú ten las apuestas, si saliere,  
Para dallas á quien las mereciere.»

El Torquemada dijo: «Pues porfias,  
Presto verás aqueste desengaño,  
Y así quiero vencer tus valentías  
Con el mozo menor que viste paño;  
Mas tus quejas después serán baldías  
Si de la lucha te viniere daño,  
Y los reales, si vencedor vienes,  
En tu bolsa haz cuenta que los tienes.»

Luego señaló cierto compañero,  
Dicho Diego Rodriguez, no menudo  
Ni grueso, pero joven: es lijero,  
Medianete de cuerpo y espalduado,  
El oficio del cual era platero  
Y en las presas de lucha nada rudo,  
En todas las posturas maña varia,  
E hijo de las islas de Canarias.

Habia por delante plaza llana,  
Bien limpia de cualquier inconveniente,  
En torno mucha gente castellana  
Y en el mismo compás bárbara gente:  
Allí con el frescor de la mañana  
Se ven el uno y otro combatiente,  
Como si fueran Hércules y Anteo,  
A lo menos iguales en deseo.

Desnudos miembros el gandul robusto  
Y limpios del paléstrico ceroma,  
Aquella parte que le dió mas gusto  
Del lugar que decimos, esa toma;  
Diego Rodriguez con vestido justo  
Muslos y partes impudentes doma:  
Ambos se van llegando con gran tiento  
Y en los rostros algun demudamiento.

Firmes los piés, los brazos estendidos,  
Entrambos iban por la llana mesa,  
Los ojos vigilantes y advertidos:  
Arremetieron para hacer presa:  
Ya los atletas dos andan asidos:  
Resuena con bulidos la dehesa;  
Bien tienen menester la plaza larga  
Segun el uno sobre el otro carga.

Ambos reguardos dan á las gargantas  
Y á las partes que pueden dallas pena;  
Las prestezas de vueltas eran tantas  
Cuantas un remolino desordena:  
La tierra se rompía con las plantas:  
Desgarros grandes hay por el arena;  
Del gran reholladero de la rueda  
Los cubria nublada polvareda.

No reposan en unos mismos puestos:  
Aquí y allí los lleva furia loca;  
Los indios que los miran hacen gestos  
Queriendo ver su Tiguer hecho roca;  
Hasta los españoles mas embiostos  
Hacian mil visajes con la boca:  
Uno se tuerce y otro se menea,  
Y cada cual sin pelear pelea.

Bien como cuando dos toros valientes  
Muestran sus furias en el campo verde,  
Y hacen con los golpes de las frentes  
Al ganado dorado que recuerde;  
Crecen impetuosos accidentes  
Y el que tierra ganó luego la pierde,  
Y el perdidoso vuelve mas atreco,  
Y superioridad no reconoce:

Esta manera cada cual se muestra  
En su postura y en su movimiento,  
Sin que del gran rigor de la palestra  
Se pueda declarar el vencimiento:  
Está dudosa ya la gente nuestra  
Y no menos el bárbaro convento,  
Viendo que el español en la congoja  
Cuanto trabaja mas menos aloja.

Andando pues trabada la rencilla,  
Diego Rodriguez con honroso celo  
No sé cómo se puso la rodilla  
A tiempo que le vino muy á pelo,  
Y de tal suerte fué la zancadilla  
Que dió con el gandul en aquel suelo,  
Diciendo: «Perro, ¿tú no me conoces?»  
Y dióle luego tres ó cuatro coces.

Después que sus furiosos ejecuta,  
Con él se fueron hasta la posada  
La gente principal desta conduta  
Por mandado del dicho Torquemada,  
Y él ocupó los dientes en la fruta  
A fuerza de sus brazos granjeada,  
Jurando que dulzuras de panales  
Para su paladar no fueran tales.

El indio Tiguer bien arrepentido  
De tomar con sus manos aquel baño,  
Fuése corriendo por quedar corrido,  
Y tuvo sentimiento tan extraño  
Que por allí jamás hombre lo vido  
Ni pareció por mas tiempo de un año;  
Pero vino después, mas no tan teso,  
Sino con un poquillo de mas seso.

Otro gandul entonces y en aquella  
Coyuntura que fué lo del atleta,  
Con gran instancia pide para vella  
Que le cargasen bien una escopeta,  
Estimulado de tirar con ella;  
Mas el soldado con razon discreta,  
Le dijo: «Mira que no te conoce  
Y sé que te dará terrible coce.»

El indio dijo: «Vete en hora fea  
Con otros á hablar esas razones,  
Que yo no tengo para qué las crea,  
Entendiendo do van tus intenciones,  
Porque yo no soy negro de Guinea  
Para no conocer estos cañones;  
Echale la carga si quisieres,  
Y verás cómo doy do me dijeres.»

El Esteban Gonzalez enojado  
Dos cargas le metió dentro del seno,  
Redondo plomo puesto y apretado,  
De muchos tacos el cañon relleno;  
Y cuando para juego tan pesado  
A él le pareció que estaba bueno,  
De polvorin la cazoleja hecha,  
El arcabuz le dió con viva mecha.

El dispuesto gandul la coce puso  
Do la suele poner el que bien tira,  
Por do manifestaba tener uso  
Y que su blasonar no fué mentira;  
El serpiente fumoso se dispuso  
Y el blanco disponia por la mira;  
El gandul apretó la mano luego  
Y en ese mismo punto tomó fuego.

Dió tan terrible golpe y estampida  
Como si se soltara verso grueso,  
Tanto quel indio loco dió caída,  
Como la carga fué con grande esceso,  
La carne de los hombros despedida  
Y fuera de los límites el hueso:  
Llegaron muchos por tener por cierto  
Que el misero gandul estaba muerto.

Aquel que fué la causa destes males  
Para lo remediar tomó la mano,  
Que digo ser el Esteban Gonzalez  
Hoy en aqueste pueblo cirujano;  
Y con los necesarios materiales  
Dentro de pocos dias lo dió sano,  
Y el indio que hablaba de la oseta  
No quiso tirar mas con escopeta.

Cuando pasaban estas circunstancias,  
Los bondos no vivian sin bullicio,  
Mas antes salteaban las estancias  
Y en ellas captivaban el servicio,  
Aprovechándose de las substancias  
Del rústico trabajo y ejercicio,  
Y prendieron también del Torquemada  
Un negro que guardaba su manada.

Y porque desto fuese mas pesante,  
Dos indios de los desta cabalgada  
Salieron de aquel monte circunstante,  
Quedando los demás en emboscada,  
Y al Torquemada ponen por delante  
La presa que traian maniatada,  
Porque si vienen á quitar la pieza,  
A su salvo le den en la cabeza.

Y en efecto salia cierta banda  
De la gente mejor y mas hidalga,  
A causa de quel negro con voz blanda  
Y lastimosa pide quien le valga;  
Mas Torquemada con rigor les manda  
A grandes voces que ninguno salga,  
Por entender las mañas y cautela,  
Y la gran multitud quel bosque cела.

Mas un arcabucero diligente,  
Que se decia Pedro de Ribera,  
Apuntó bien con el cañon ardiente  
Al uno de los dos que estaban fuera,  
Y dióle por lo alto de la frente,  
Partiéndole por medio la mollera:  
Dios ó tres vueltas dió con desatiento,  
Perdida ya la vista y el aliento.

El otro, como vido su pariente  
Del resuello vital desamparado,  
Dió con flecha mortal á manteniendo  
Al negro que traian amarrado,  
Y al compañero, de la luz absente,  
Sobre sus hombros lo llevó cargado  
A la montaña, pasos abreviando,  
Do los otros estaban esperando.

El negro, como nadie lo tenia,  
Con piés lheros hizo su huida,  
Mas ¿qué prestó huir? Pues otro día  
Al miserable le huyó la vida,  
Sin que pudiese nuestra compañía  
Algun remedio dar á la herida;  
Los indios huyen, porque ya sus hechos  
Eran tan solamente por asechos.

Con estos ocupaban el sendero  
Esperando ver gente divertida;  
Y entonces á cualquiera compañero  
Español no sobraba la comida:  
Estaba pues un guayabal frontero  
Cerca de do tenían su manida,  
Y gente chapetona mal instruta  
Entraban á coger aquella fruta.

Y así porque tenia la celada  
Que podria cubrir el arboleado,  
El capitán Anton de Torquemada  
Con penas y amenazas se lo veda;  
Pero como con gente mal criada  
No todas veces prohibirse pueda,  
Hizo meter allí ciertos soldados  
Ocultos y de flechas preparados.

Para que si personas desmandadas  
Entrasen á los frutos referidos,  
Tirasen silbaderas despuntadas  
Que les amedrentasen los oídos,  
Y abreviasen al fuerte las pisadas  
Sospechando ser indios abscondidos,  
Porque con esta falsa diligencia  
Tuviese cada cual mas advertencia.

Abscondióse pues Esteban Gonzalez,  
Y con él Aravaca su vecino:  
Luego vieron llegar á los frutales  
Un Izaguirre, mozo vizcaíno,  
Con otros dos mancebos sus iguales,  
Los cuales con hambriento desatino  
Comienzan á comer del fruto bueno,  
Y á meter en la boca y en el seno.

Los abscondidos tras matas fronteras  
 Por ponelles temores y escarmiento  
 Tiraron tres ó cuatro silbaderas ;  
 Huyen los vizcainos al momento  
 Como tres velocísimas galeras  
 Impelidas de remos y de viento ,  
 Y á grandes voces dicen deste modo :  
 « Arma , arma , que viene sierra todo .

» Por orden luego , buenos escuadrones ,  
 Daca , rodela grande y azagaya ,  
 Porque , juras á tal , flechas montones  
 Venían sobre hijos de Vizcaya . »  
 Causaron estas voces turbaciones ,  
 Y nadie dellos sabe dónde vaya  
 Porque de ningún indio ven la cara  
 Ni suena de contrarios algazara .

Echan sillas y frenos á rocines ,  
 Previénense las armas que convienen ,  
 Y con alborotados desatinos  
 Preguntan todos por adónde vienen ,  
 Y respondíanles los vizcainos :  
 « Guayabos abscondidos te los tienen ,  
 A mal viaje hagas salvajina ,  
 Y como tiras flecha que rechina . »

Andando pues la gente negociada  
 Aunque ningún contrario se divisa ,  
 El capitán Anton de Torquemada  
 Apenas puede comportar la risa ;  
 Todavía con voz disimulada ,  
 Sin descubrir el hecho , les avisa  
 A todos que procuren adelantarse  
 No se poner en riesgo semejante .

Con aqueste temor se reportaban  
 Aquestas gentes ya menesterosas ,  
 Y así cuando la fruta procuraban ,  
 Llegaban muchos , y ante todas cosas  
 Aquellas partes arcabuceaban  
 Que parecían ser mas sospechosas ,  
 Y en tanto que en coger los unos tardan ,  
 Otros los velan , miran y guardan .

Però los alimentos mas granados  
 Como de la ciudad los esperasen ,  
 Torquemada mandó trece soldados  
 Para que los caminos franqueasen ;  
 Los bondos pues no son tan descuidados  
 Que no los viesen luego y asechasen ,  
 Encubriéndose cerca de sus hueillos  
 Para cuando volbiesen dar con ellos .

Fueron los trece acia Mamatoco  
 Para ver si venía bastimento ;  
 Los indios en la parte que ya toco ,  
 Perseverantes en su mal intento ,  
 Vieron tres de caballo desde a poco  
 Que de los trece van en seguimiento ;  
 Dejéronlos pasar por ir armados  
 Y los caballos bien encubiertos .

Pues como la primera compañía  
 Llevase limitado su camino ,  
 Paró segun el orden que traía  
 Para volver al fuerte de do vino ,  
 Viendo que de la mar nadie venía ,  
 Y se llegaba tiempo vespertino ;  
 Mas luego sin pasar mucha tardanza  
 La gente de caballo los alcanza ,

Diciéndoles que vuelvan al instante  
 Donde quedaba la demás compañía ,  
 Porque los tres pasaban adelante  
 Hasta ver la ribera quel mar baña ,  
 Y que no hallarán quien los espante  
 En la senda que va por la montaña ,  
 Por pasar ellos sin que se sintiese  
 Alguna cosa que de riesgo fuese .

Por esto los peones , sin sospechas  
 De los indios que estaban emboscados ,  
 Apagaron el fuego de las mechas  
 Algunos neciamente confiados ;  
 Pues en entrando caen tantas flechas  
 Como gotas espesas de nublados ,  
 Y antes que se revuelva ni se valga  
 Al Caravaca hieren en la nalga .

Con otra le pasó tupido sayo  
 Al Esteban Gonzalez un mozeulo :  
 La barriga rompió , mas á soslayo ,  
 Causándole tan intimo recelo  
 Que con el golpe grande y el desmayo  
 Tocó con las espaldas en el suelo ,  
 Y al mismo punto con furor insano  
 Salieron ocho por echalle mano .

Però hallóse junto Juan de Alba ,  
 Fidalgo portugués , que lo levanta ,  
 Y al tiempo que de aquel riesgo lo salva  
 Una flecha llegó con fuerza tanta  
 Que voló la montera de la calva ,  
 Clavándole con la frontera planta ,  
 Y allí se la dejó clavada y rota ,  
 Segun están orejas en picota .

Pues como la canalla los lastima ,  
 Y pone turbacion al mas entero ,  
 Bartolomé Carrasco los anima ,  
 Mancebo cordobés arcabucero ,  
 Y los llevó hasta poner encima  
 Del mogote mayor que está frontero ,  
 Donde con brevedad mechas encienden ,  
 Y con los arcabuces se defienden .

Viendo que los cristianos representan  
 Quererse defender y aun ofendellos ,  
 Los indios con lo hecho se contentan ,  
 Y antes de les venir nuevos resuellos  
 Del emboscada huyen y se absentan ,  
 Sin padecer desdeñ ninguno dellos ;  
 Luego del fuerte salen andaluces  
 Al estampido de los arcabuces .

Llegaron muchos bien apercebidos  
 Para los socorrer en la presura ;  
 Però como los indios eran idos ,  
 Y nadie suena por el espesura ,  
 Recogieron al fuerte los heridos  
 Para ponellos en dudosa cura ,  
 Y aunque cortaron carne y hubo fuego ,  
 El pobre Caravaca murió luego .

Otro soldado , que se dijo Teva ,  
 Segun dicen , del reino de Toledo ,  
 Un sutilísimo rasguño lleva  
 Entre las coyunturas del un dedo ;  
 Nunca se hizo medicinal prueba ,  
 Porque su poquedad no puso miedo ,  
 Però rabiando concluyó la vida ,  
 Con no tener semeja de herida .

Quedó herido pues en la barriga  
 El Esteban Gonzalez , cirujano ,  
 Y padeció martirios y fatiga  
 Cauterizado por ajena mano ;  
 No se guarda , recata ni se abriga ,  
 Y con hacer escesos quedó sano :  
 Tiene salud y vida de presente  
 Y es en aqueste pueblo residente .

Al tiempo pues que ya tenían llenas  
 De tierra las paredes de los muros ,  
 Y en torno levantadas las almenas ,  
 A cuyo respaldar estén seguros ,  
 Y en lo mas bajo prevenciones buenas  
 Que puedan contrastar males futuros ,  
 El don Lúis envía nueva cierta  
 De que tienen cosarios á la puerta ;

Y que para defensa de la playa ,  
 Do cada cual tenía su hacienda ,  
 La poca fuerza della lo desmaya ,  
 Pues no son parte para poner rienda ;  
 Y así se les mandó que luego vaya  
 Presidio largo con que se defienda ;  
 Y en cumplimiento desto Torquemada  
 Envío gente bien aderezada .

Y como por sus letras les espresa  
 Que corria notable detrimento ,  
 Los soldados se dieron tanta priesa  
 Por escusar aquel desabrimiento ,  
 Que llegaron , segun fué su promesa ,  
 En menos de tres horas mas de ciento ,  
 A hora deseada y oportuna ,  
 Pues ellos y el francés fueron á una .

El cual, reconocida la falanga  
Que de gente de pié se muestra fuera,  
Y de los de caballo buena manga,  
Que también rodeaban la frontera,  
Volvió con sus navios á Taganga,  
Ancon de los que tiene la ribera,  
Donde luego surgió y en tierra salta  
A fin de tomar agua que le falta.

Sabiendo don Lúis cómo tenía  
El puerto que decimos ocupado,  
Allá llevó por tierra compañía,  
De cuyo valor iba confiado,  
Y con los arcabuces que traía  
Lo hizo retirar mal de su grado,  
Y á vela y remo sale de los puertos  
Con algunos heridos y otros muertos.

Salidos á la mar los luteranos,  
Huyendo del beligerero rebato,  
Los que para robar quedaron sanos  
Recompensaron el pasado rato  
Con venillas á dar entre las manos  
Una naveta del comun contrato  
Que traía de mas de marineros  
Alguna cantidad de pasajeros.

Holgaróse con las mercaderías,  
Por ser la cargazon de blanco y tinto,  
Y con aquellas presas compañías  
Volvieron al ancon que llaman Cinto,  
Donde se detuvieron ciertos dias,  
Que llegaron á ser número quinto,  
Y resgataron oro y otros dones  
Con los indios que moran los ancones.

Entre tanto los bondos avisados  
De todos los negocios sucedidos  
Y de cómo los mas de los soldados  
A defender los puertos eran idos,  
Al fuerte vienen bien aderezados,  
Donde estaban los pocos recogidos;  
Cercólos luego bárbara corona  
Por mandado del nuevo Macarona.

Los bubios y ranchos que están fuera  
Primeramente fueron encendidos;  
La vocería de la gente fiera  
Rompe los aires con sus alaridos;  
El encerrado capitán espera  
Cuando serán los muros combatidos,  
Para que visto tiempo conveniente  
En su defensa haga lo posible.

Llegaron pues los indios inquietos,  
Encaminando flechas por la cumbre;  
Españoles callados y secretos  
A los cargados tiros ponen lumbre,  
Pero no fueron tales los efectos  
Que pudiesen causales pesadumbre,  
Por llegar, temerosos del engaño,  
Por donde no les puede venir daño.

Y ellos tiemplan la vira cuando hieren  
Los altos aires por do va derecha  
Con tiento tan sagaz, que lo que quieren  
Enclavan á la vuelta con la flecha;  
Por estas vías españoles mueren,  
Si maña no les da cubierta hecha,  
Y agora ya ninguna les acierta  
Por tener un terrado por cubierta.

Combatian los fuertes aposentos  
Segun que suele furiosa saña,  
Mas no pueden salir con sus intentos  
A causa de no darse buena maña;  
De mas de que faltaban instrumentos  
Del globo que los muros desentraña;  
Pero duraron sin cesar porfiadas  
Espacio de dos noches y dos dias.

Y como don Lúis ya conocía  
Las inmitas y duras condiciones  
Que'l inquieto bárbaro tenía,  
Temniéndose de sus alteraciones,  
Dandolos provision, al tercer dia  
Mandó volver aquellos escuadrones;  
Y cuando descubrieron por los llanos  
Dejaron el empresa de las manos.

Apartáronse del alojamiento,  
Pero no de sus mañas y reveses,  
Pues para no venir en rompimiento  
Necesidad les hizo ser corteses;  
Y dicen que salieron con intento  
De se comunicar con los franceses,  
Por saber que se estaban reparando  
Y en el ancon de Cinto resgatando.

Tuvieron luego por aviso cierto  
Haber de Cinto ya hecho desvío,  
Dejando mal parados en el puerto  
Los que robaron en aquel navio,  
Do ninguno dejara de ser muerto  
A no les socorrer con buen avio  
El don Lúis que de un indio ladino  
Tuvo razon del mal que les avino.

Y así certificado, mandó luego  
Que fuesen al ancon treinta soldados  
Para sacallos del insano fuego  
De que estaban los pobres rodeados;  
Y por estar el mar en gran sosiego  
Fueron en seis canoas aviados,  
En las cuales llegaron al abrigo  
Donde estaban los náufragos que digo.

En la sobresaltada compañía  
El gozo y el contento fué supremo,  
Y de tal cualidad el alegría,  
Cuando vieron llegar cristiano remo,  
Cuanta puede sentir el que se via  
De peligro mortal en el estremo,  
Y teniendo por cierta su caída  
Sobrevino socorro de la vida.

De lo que se les dió comen y beben;  
Quiérenlos embarcar, y de repente  
Los vientos circunstantes el mar mueven  
Con tal furor que no se les consiente;  
Párecelos á todos que no deben  
Fiarse del cerúleo tridente;  
Desviáronse pues de la mar fonda,  
Y por tierra se fueron hasta Bonda.

Quedaron en el fuerte detenidos  
Los que del francés fueron salteados  
Tostados, flacos y descoloridos,  
Y desnudos, descalzos, destocados;  
Pero de su pobreza de vestidos  
Repartieron con ellos los soldados,  
Hasta que diese provision del cielo  
Otro remedio de mayor consuelo.

Como creciesen pues alteraciones  
En el ancho reinado de Neptuno,  
Guió la proa acia los ancones  
Aquel cosario para tomar uno,  
Y en Chenque largó cables y resones  
Por ser puerto seguro y oportuno,  
Entre tanto que las ondas mudables  
Ofrecian carreras navegables.

Sabiendo los franceses ser entrados  
En Chenque por huir las tempestades,  
Jebó hizo sus piés apresurados  
A celebrar con ellos amistades;  
Indios llevó consigo desarmados  
Para representar seguridades,  
Y en poniendo los piés en la ribera  
Mostró señal de paz, blanca bandera.

Los navegantes, no sin gran recato,  
Envian un bajel en el cual vino  
Un vascongado con quien un buen rato  
El Jebó razonó como ladino,  
Diciéndole que vienen á contrato  
Y que traian joyas de oro fino;  
Y el navarrisco, que por ellas muere,  
Dijo que le dará cuanto pidiere.

Que traian buen vino de Sorrento,  
Hachas, machetes, coseletes, cotas;  
Jebó responde: «Mi mayor intento  
No fué comprar el vino de tus botas,  
Mas la playa tendrás muy á contento  
Si pólvora me dieres y pelotas  
Y algunos arcabuces competentes,  
Que sean lisos, limpios y sin fuentes.

Como Jebo ceñía espada y daga,  
Entienden que de veras lo decía,  
Y con tan buenas joyas los amaga  
Que le vendieron cuanto les pedía;  
Y es cosa creyera que la paga  
Fué siete veces mas que merecía:  
Al fin los indios vuelven á sus nidos  
De pólvora y pelotas proveídos.

Y en todo tiempo, donde residian,  
En las horas nocturnas y quietas,  
Para velar personas se ponian  
De las mas avisadas y discretas,  
Y al tiempo que los cuartos se rendian  
Disparaban cargadas escopetas,  
De tal manera que cristianos hartos  
Oyéndolas también rendian cuartos.

Ansí que, si recuentos sucedian,  
Allende de los arcos y las flechas,  
También con arcabuces acudian  
Algunos dellos ya las cargas hechas,  
Frascos que de los hombros dependian,  
En los brazos los rollos de las mechas,  
Las cabezas cubiertas con celadas  
Y todos los mas dellos con espadas.

En esta sazón pues el fuerte estaba  
Para se defender del enemigo,  
Y el dicho don Luís á quien tocaba  
Tener en la ciudad mejor abrigo,  
Allí dejó la gente que bastaba  
Y toda la demás llevó consigo,  
Y por los bajos valles ó por altos  
Salían á hacer algunos saltos.

Cuadrillas de soldados se metian  
Cerca de los caminos y las vías  
Por do los indios iban y venían  
A sus contractos y sus granjerías,  
Y por la mayor parte recogían  
Algunos por ser diestros los espías,  
Y vinoles en esta coyuntura  
Un lance de grandísima ventura.

Y fué Jebo pasar por la montaña  
Cerca de donde estaban abscondidos  
Con breve número que lo acompaña  
Tres indios y seis indias sin maridos;  
Y el Jebo de los hechos en España  
Lleva sus aderezos y vestidos  
Y espada, daga, por bordon jineta,  
Y un paje junto con el escopeta.

El Jebo sospechoso destos males  
Haciales apresurar la huella;  
Pero salieron águilas caudales  
Con gran velocidad á detenella:  
Fernán Dominguez y Esteban Gonzalez  
Al Jebo por llevar la mejor pella,  
Y Orozco y Juan de Alba juntamente,  
Y Cordero, candillo diligente.

Viendo contrarios el gaudul membrudo  
Y tantos españoles de improviso,  
Quiere valerse del guzguz agudo,  
Pero lugar no tuvo cuando quiso,  
Que cuando lo bajaba, ya no pudo,  
Porque los cuatro con gentil aviso  
Juntáronse con él pecho con pecho,  
Sin consentille golpe de provecho.

Mas como tiene fuerzas de gigante,  
Nervosas y terribles proporciones,  
No pudo la de cuatro ser bastante  
A le poner las manos en prisiones,  
Sin acudir ayuda del restante  
Que pasaba de veinte y seis peones,  
Asiéndole de brazos y de dedos  
Hasta ligalle brazos y molledos.

Y sin derramar sangre, hecho esto,  
Con él y las mujeres se camina,  
Haciéndoles venir á paso presto  
Para los presentar en la marina,  
Porque corrian riesgo manifiesto  
Si los sentía gente convecina;  
Y al tiempo que venían caminando  
Las indias todas seis iban cantando.

Viendo las muestras y los pareceres,  
Algunos de la gente castellana  
Dicen: «Contentas van estas mujeres,  
Pues canta cada cual de buena gana;  
Di, Jebo, ¿si serán estos placeres  
Por parcelles bien gente cristiana,  
Y porque salen ya de vuestras redes,  
Que las guardais detras de mil paredes?»

El Jebo les responde: «No me espanto  
Que levanteis tan falso testimonio,  
Pues de vosotros ellas al mas santo  
No querian mas verle que al demonio:  
Es esa la manera de su llanto,  
Y llaman á don Gairo y á don Nonio  
Y á don Barco, porque estos son mohanes  
Que las pueden librar destos desmanes.

»Y estas no son mujeres labradoras,  
Antes en Bonda pocas hay iguales:  
Mi mujer una, las demás señoras  
Casadas con varones principales,  
Como veremos antes de mil horas,  
Que cada cual vendrá con sus caudales  
Para dar libertad á su querida,  
Aunque por precio della dé la vida.»

Esto que Jebo dijo salió cierto,  
Como quien los tenía conocidos;  
Y ansí no bien entradas en el puerto,  
De paz vinieron todos los maridos  
Para hacer con ellos el concierto,  
Y cumplir los rescates prometidos;  
Mas don Luís pidió por esta suerte  
Todo cuanto robaron en el fuerte.

No pudieron salir á los partidos,  
Y aunque quisieran, imposible fuera,  
Por ser bienes á muchos repartidos  
Y que se trasportaban donde quiera:  
Dieron los que pudieron ser habidos,  
Y entrellos las dos piezas de fuslera,  
Y con añadir mas de sus haberes  
Todos ellos llevaron sus mujeres.

Y aunque piden á Jebo, no por eso  
El don Luís cumplió su pedimento,  
Antes por sus delitos en esceso  
Se procedió por orden mas sangriento:  
Pónese defensor, hace proceso,  
Dásele crudelísimo tormento,  
Y confesó que por sus propias manos  
Mató mas de tres veintes de cristianos.

Y él fué quien hizo levantar la tierra,  
Y otros atrevimientos inlinitos  
Durantes los encuentros de la guerra,  
De los cuales los menos van escritos;  
Al fin, el gobernador lo destierra,  
Vistos sus atrocísimos delitos,  
Y lo mandó llevar aprisionado  
Al navio que estaba preparado.

Ligados piés y manos con prisiones,  
Yendo para la dicha carabela,  
Bien fuera ya de las reventazonas,  
Se trastornó la chica canohuela,  
Adonde fenecieron sus traiciones  
Y todas sus cautelas con cautela,  
Y las ondas del mar y su fondura  
Le dieron inquieta sepultura.

Fué, demás de su fuerza y aspereza,  
En regular la flecha tan perito,  
Que pudo competir con la destreza  
Del Hércules discípulo de Eurito:  
Un tiro solo de su gran destreza  
Manda razon que pongan en escrito  
En un francés que va con vuelo presto  
A la gabiá del árbol mas enhiesto.

Donde por ser el término prolijo  
Ningun arcabuz llega desde el puerto,  
Y este gaudul á don Luís le dijo:  
«Dime qué me darás si vo le acierto;  
Quedareis todos libres de cojiño  
Si yo le hago venir al agua muerto.»  
El don Luís promete y el vecino  
Que le darán un cántaro de vino.

Llegóse luego do la mar batía;  
 Después que le dió vueltas á la cuerda  
 Según el punto que le parecía  
 Para quel duro tiro no se pierda,  
 Tentó la flecha que le convenia,  
 El arco toma con la mano izquierda,  
 Atras estriba con el pié derecho,  
 Tuerce para tirar el aucho pecho.

Encorva los fortisimos pulgares,  
 Y sale dellos la veloce flecha  
 Cortando los aéreos lugares  
 Por do la mandan ir via derecha;  
 Rompe la dura punta los ijares  
 Del triste que no tuvo tal sospecha;  
 Recógele la mar, do su caída  
 Fué para despedirse de la vida.

Viendo la buena suerte de la jora  
 Los bárbaros que estan en la ribera  
 Alzaron grande grita y algazara,  
 Contentos por el premio que se espera;  
 La suya cada cual dellos dispara,  
 Mas no llegaron donde la primera;  
 Trajéronles el vino prometido,  
 Que fué por todos ellos consumido.

Viendo pues los piratas y cosarios  
 La obra que hacian las pajuelas,  
 Tenian por juicios temerarios  
 Esperar mas tan impias espuelas;  
 Y ansi, sin hallar votos contrarios  
 Procuraron huir á todas velas  
 Desde donde flecharon al mancebo,  
 Que fué la parte donde murió Jebo.

Que fué mas por industria que por yerro  
 Haberse la canoa trastornado,  
 Para que se cumpliese su destierro  
 Primero que saliese desterrado,  
 Por ser para cristianos tan mal perro  
 Que jamás les dejó de dar hocado,  
 No faltando después entrestas gentes  
 Otros tan atrevidos y valientes.

Pues otras muchas veces acudieron  
 Al fuerte y á los fosos que estan hechos,  
 Pero ninguna cosa concluyeron  
 Por faltalles las mañas y pertrechos;  
 Y aunque valientes bárbaros murieron,  
 Jamás faltó la furia de sus pechos,  
 Antes como fortisimos y diestros  
 Derribaban algunos de los nuestros.

Pues no pudo librarse desta plaga,  
 Cuando pensaba della ser seguro,  
 Un Pulgarin, vecino de Azuaga,  
 Detrás de las almenas en el muro,  
 Por haber en lo bajo quien amaga  
 Y no ver en lo alto mal futuro;  
 Pero cierto gandul de la canalla  
 A raiz se pegó de la muralla,

Y estando puesto donde deseaba,  
 Envió su arpon al alto cielo,  
 Y en faltando la fuerza que llevaba  
 Que ya no pudo dar mas alto vuelo,  
 Abajo vuelve y al bajar enclava  
 El hombro del impróvido mozelno:  
 Lloraron todos esta desventura,  
 Porque su vida fué de poca dura.

Durante pues las guerras y pependencias  
 Del español y bárbaro vecino,  
 Nacieron, sobre ciertas diferencias  
 De pescas en el término marino,  
 Pesadas y sangrientas competencias  
 Entre los bondos y los del Dorsino;  
 Y con aquestas guerras intestinas  
 Descansaban las gentes peregrinas.

Mas aqueste descanso duró poco,  
 Porque teniendo preso por tributo  
 Al indio principal de Mamatoco,  
 El padre dél, como varon astuto,  
 Por dalle libertad, un modo loco  
 Tomó pensando que sacara fruto,  
 Y fué debajo de sus amistades  
 Abrasar las cristianas vecindades.

A sus indios el viejo les decia:  
 « Como la llama por los altos vuela,  
 La guarda de la cárcel se desvia  
 A socorrer aquello que les duele;  
 Llegará luego nuestra compañía  
 Viendo que ya no tiene quien lo vele,  
 Y, aunque con grillos, nos daremos maña  
 Para lo retraer á la montaña.»

Con estas intenciones se congrega  
 Toda la gente de mayor sustancia,  
 Y con el nubló de la noche ciega  
 Caminaron con cauta vigilancia;  
 El escuadron en breve tiempo llega  
 Al pueblo por ser breve la distancia;  
 Mas vieron gentes bien aperechidas  
 Que velaban entradas y salidas.

He dicho cómo toda la frontera  
 Desta ciudad es monte y espesura;  
 La iglesia della tiene algo fuera,  
 De los tales rebatos mal segura.  
 Y ocho gandules desta gente fierá,  
 Viendo por esta parte coyuntura,  
 Al oratorio santo ponen fuego,  
 El cual por todas partes ardió luego.

Vistos los resplandores de candela  
 En tal lugar y en noche tan obscura,  
 Adivinóse luego la cautela  
 Y de quién emanaba la locura:  
 Al arma tocan los que hacen vela;  
 Acuden muchos á la voz del cura;  
 Sacaron el divino Sacramento,  
 Y la posible ropa y ornamento.

El viejo con los otros no se tarda  
 En ir para soltar el hijo preso;  
 Pero para ponelle mejor guarda,  
 Cuando mas confusion hubo mas seso:  
 Hubo ballesta, lanza y alabarda,  
 Y españoles con él de mucho peso;  
 Y los indios por no ser conocidos  
 Se volvieron confusos y corridos.

Pensando pues que de la maldad hecha  
 Por ser ellos de paz, nadie podria  
 Tener ni concebir mala sospecha,  
 A los puertos volvieron otro dia  
 Con intencion que no les aprovecha,  
 Culpando la rebelde serrania;  
 Mas con el agua y el cordel molesto  
 Hicieron su delito manifiesto.

Visto de sus delitos el abismo,  
 Al viejo con tres otros ahorcaron,  
 Y precediendo santo catecismo,  
 Antes que padeciesen se lavaron  
 Los cuatro con el agua del bautismo.  
 Porque con gran hervor lo demandaron  
 Y como no costó ser delincuente,  
 Ir dejaron al preso libremente.

Después de cumplida la sententia  
 Que mereció tan torpe desatino,  
 Del dicho don Luís tuvo licencia  
 Del rey para seguir otro camino;  
 Y para le tomar la residencia  
 El buen don Lope de Orozco vino,  
 Y por gobernador y por regente,  
 Adonde permanece de presente.

El rey al don Luís manda que lleve  
 Cargo de gobernar á Venezuela.  
 Don Lope resta ver, á quien se debe  
 El elogio postrero desta tela:  
 Este quiero cantar, y seré breve;  
 Pues tratando del Cabo de la Vela  
 Hice memoria dél en Mocoira  
 Y de los que mató bárbara ira.

## ELOGIO

*don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa Marta, donde se hace mención de las cosas en aquella gobernacion sucedidas hasta el año de 1585.*

## CANTO PRIMERO.

Ya corría la era de setenta  
Y seis años del santo nacimiento,  
Demás de quince cientos, cuya cuenta  
De cuentas es la luz y fundamento,  
Cuando don Lope de Orozco tienta  
Sulcar la mar y dar velas al viento  
Con dos naves fortísimas aposta  
Hechas á sus espensas y á su costa.

Trescientos hombres van, buenos soldados,  
De gente principal y populares,  
De todas armas bien aderezados  
Y ropas y atavíos singulares;  
Los ciento desta gente son casados,  
Dispuestos á poblar nuevos lugares,  
Y en ellos con desiguos y esperanzas  
De se valer por crias y labranzas.

Trajo sus hijos, porque con él vino  
Don Alonso y don Pedro y otro hermano,  
Don Andrés de Pineda, su sobrino,  
Hombres para regir guerrera mano;  
Porque don Diego ya fué peregrino  
En estas tierras y hombre baquiano,  
Varon en este reino muy aceto  
Y á quien todos tenían gran respeto.

Porque don Lope de Orozco tuvo  
En este reino cargos eminentes,  
Y en el servicio de su rey anduvo  
En Indias por provincias diferentes,  
Y aquí no pocos años se entretuvo,  
Casando muchos deudos y parientes,  
Y á su hermosa hija Mariána,  
Ejemplo grande de virtud cristiana.

Agora de sus peregrinaciones  
En aqueste compendio no se trata,  
Por no poder decir breves renglones  
Los naufragios del Río de la Plata,  
Do fortuna le dió de los baldones  
Que suele cuando mas se desacata;  
Y estos para ponellos en memoria  
Han menester particular historia.

Pudiéramos correr á vela y remos,  
Segun teníamos materia harta,  
Mas como vamos ya por los extremos,  
De donde razon pide que me parta,  
En esta parte solo trataremos  
Los negocios que son de Santa Marta,  
Cuyas revueltas, tramas y marañas  
Me dejan quebrantadas las entrañas.

Con esta gente pues conmemorada  
Guió don Lope proas al poniente,  
La mar algunas veces alterada  
Y llena de mortal inconveniente;  
Pero pudo llegar á la Ramada,  
Donde desembarcó toda la gente,  
Porque en la costa y en aquellos llanos  
Esta puerto poblado de cristianos.

Por Bartolomé de Alba fué fundado,  
Por mandado desta real audiencia,  
El año de sesenta ya pasado,  
Que llevó deste reino la licencia;  
Y aunque fué por algunos contrastado  
No pudieron borrar su permanencia:  
Es para sementeras tierra franca,  
Y llámase la nueva Salamanca.

Por ser tierras de sus jurisdicciones,  
Allí fué recibído del vecino,  
Y con rēfrescos y recreaciones  
En dar el hospedaje fué benigno;  
E informado destas poblaciones,  
A Salamanca hizo su camino,  
Donde luego tomó la residencia  
Hasta que pronunció final sentencia.

De su venida la razon se lleva  
A Bonda y á la tierra comarcana,  
Y como viesen ya justicia nueva,  
Vinieron á la paz de buena gana,  
La cual el buen gobernador aprueba,  
Y toda aquella tierra quedó llana,  
Hallando para esto ser remedio  
Quitar la fortaleza de por medio.

Porque por todos gran examen hecho,  
Vian ser en cualquiera coyuntura  
Las costas muchas y ningun provecho,  
Y de los españoles sepultura;  
Cesaron pues asaltos y el asecho,  
Dudosos trances de la guerra dura,  
Y agora un hombre solo no recela  
Por tierra ir al Cabo de la Vela.

De donde, por haber seguras treguas  
Con todos los caciques del terreno,  
Por espacio de mas de treinta leguas  
Ha mandado hacer camino bueno,  
Y ha metido por él vacas y yeguas,  
De quel campas de Bonda tiene lleno;  
Porque los que tenían en la tierra  
Habían perecido con la guerra.

Puestas todas las cosas en sosiego,  
Y dejando recado conveniente,  
Al gran valle de Upar se partió luego  
Con razonable número de gente,  
Llevandó su mayor hijo don Diego  
Cargo de general y de teniente,  
El cual poco después hizo viaje  
A Macoira contra su salvaje.

Por los respetos que mas atrás digo,  
Cuando poblaron en aquellos puertos,  
Y en la rebelion del enemigo  
Los tres hermanos Lermas fueron muertos,  
Y fué don Diego para dar castigo  
A los culpados en los desconciertos,  
Adonde hizo hechos tan notables,  
Que á los presentes fueron admirables.

Y un Juan de Sorocois, vizcaíno,  
Mancebo de no flacas esperanzas,  
Cuyo valor á mi noticia vino  
Después de las sangrientas destemplanzas,  
Pareceme que no fué menos dino  
De lo solemnizar con atabanzas,  
Pues á caballo con la crúel asta,  
No pocos hizo menos desta casta.

Mas con el grande sol que los fatiga  
Causó del Sorocois el caballo;  
Cuanto con las espuelas mas instiga,  
Tanto menos podia rodeal o;  
Y la crúel canalla y enemiga  
A manos procuraban de tomallo,  
Y cuando su prision via ser cierta,  
La lanza de don Diego lo liberta.

Con no menos furor que brava fiera  
Revuelve luego sobre los paganos;  
El cansado rocin en la carrera  
Los piés mostró mas tardos que livianos,  
Y dos veces demás de la primera  
Don Diego lo sacó dentre sus manos;  
Mas no salió tan libre del enojo,  
Que no le diese flecha por un ojo.

Por la cuenca rompió de tal manera,  
Que no quedó la lumbre dél difunta;  
El tendal se quitó que quedó fuera,  
Y dentro consumió toda la punta,  
Y segun pareció, tan larga era,  
Que con la nuca, sin salir, se junta,  
Y por entonces no se vido cosa  
Que mostrase herida peligrosa.

Antes el dicho golpe se le enjuga,  
Y todos lo tuvieron por sencillo;  
Mas allí se crió cierta berruga,  
Y á la parte también del colodrillo  
Un cierto torterillo como oruga,  
Que crecía segun un lobanillo,  
Que tuvo muchos meses, y por donde  
Después aquella punta corresponde.

Y así, sin la torcer, via derecha,  
 Juan Perez, un mulato, por su mano  
 Un largo gema le sacó de flecha,  
 Sin que menester fuese cirujano;  
 Pues la tubércula quedó deshecha  
 Y el dicho Sorocois vive sano,  
 El ojo claro, sin lesión alguna,  
 Que fué caso de próspera fortuna.

Fuó pues la conclusion del marcio juego  
 Los bárbaros quedar con la victoria  
 Y con mayor furor, segun allego  
 En lo que dicho queda desta historia:  
 Lo cual reconocido por don Diego,  
 El poder escapar tuvo por gloria,  
 Y así con los que puede se retira  
 Del feroz morador de Macoira.

Con su padre habló dándole cuenta  
 De sus trabajos y dolor inmenso  
 Y como para guerra tan sangrienta  
 No tenían posible tan estenso,  
 Hasta después tres años del de ochenta  
 Aquel castigo se quedó suspenso;  
 Y entonces de lugares diferentes  
 Determinaron de convocar gentes.

Y teniendo de gente castellana  
 Cuarenta para lo que se desea,  
 Que fué hacer aquella tierra llana  
 En tanto que de mas gente se arrea,  
 Enviólos al pueblo de Santa Ana  
 Y por capitán dellos un Olea:  
 Era pueblo de paz y comarcano  
 De Macoira y en el mismo llano.

Hay por aquel compás indios anatos  
 Con los guanebucanes y cocinas,  
 Y en estos llanos grandes muchos hatos  
 De vacas que recorren las salinas,  
 Sin impedir los tractos y contratos  
 Del español las gentes convecinas;  
 Y en estos hatos tienen los señores  
 Españoles y negros por pastores.

Sabiendo pues los indios que volvia  
 Con orden militar gente cristiana,  
 Y esperaban mas amplia compañía  
 En aquel dicho pueblo de Santa Ana,  
 Primero que gozasen deste día  
 Quisieron tomar ellos la mañana:  
 Digo los indios, porque de repente  
 En el Olea dieron y en su gente.

En noche triste, negra y oportuna,  
 Se repartieron bárbaros guerreros  
 Con orden para dar todos á una  
 En las estancias sobre los vaqueros,  
 A quien fué tan contraria la fortuna  
 Que vieron sus remates postrimeros,  
 Y al mismo punto la mortal pelea  
 Sobrel desventurado del Olea.

Entraron en el pueblo repartidos  
 En donde los cristianos se aposentan;  
 Suenan gritos mortales y gemidos  
 De los que la crueldad esperimantan;  
 Huellan sobre los cuerpos de caidos  
 Quel suelo de las casas ensangrientan,  
 Pechos rompidos, quebrantados brazos  
 Y cabezas partidas en pedazos.

Viendo cuán derendo iba la cosa,  
 Sin ver por dó huir el mas despierto,  
 El mulato Juan Perez de la Rosa  
 En el suelo se estiendo como muerto;  
 Pasó por él la gente belicosa  
 Teniendo, tal está, su fin por cierto;  
 Pero después que vido coyuntura  
 Como ciervo sus pasos apresura.

E yendo por aquella gran campiña  
 Escombrada de montuosa rama,  
 En camisa, sin ropa ni basquiña,  
 Vido huir también á cierta dama,  
 En los trémulos brazos una niña;  
 Yerónima de Manjarés se llama  
 Esta mujer, que quiso Dios librala  
 Del impio furor desta batalla.

Consuela sus tristezas y pesares  
 Viendo tan oportuno caminante  
 Para poder salir destos lugares,  
 Pues sola no pudiera ser bastante;  
 Y un Antonio Gonzalez y un Suárez  
 Se juntaron con ellos adelante,  
 Y estos solos de todos los cuarenta  
 Pudieron escapar de la tormenta.

Corren luego las gentes rebeladas  
 La costa donde está la granjería  
 De perlas, defendiendo las agudas  
 De donde el español se proveia;  
 Huyeron las canoas asombradas,  
 Con la gente que en ellas residia,  
 Y al río de la Hacha se vinieron  
 Donde por muchos meses estuvieron.

Llamaron al don Lope los vecinos,  
 Vista la desventura sucedida;  
 Suspende por entonces sus caminos,  
 Dándoles certitud de su venida  
 En castigando ciertos desatinos  
 De otra rebelion mas atrevida,  
 De la cual brevemente se despacha,  
 Y partió para el río de la Hacha.

Y en servicio de la real corona  
 El trabajo tomó por regocijo,  
 Queriendo castigar por su persona  
 El mas recio furor que duro guijo,  
 En cuyo riesgo grande no perdona  
 A don Pedro de Cárcamo su hijo,  
 Que hizo cosas en aquel viaje  
 Decentes al valor de su linaje.

Estimulados pues de justa ira,  
 Rompieron los caciques rebelados  
 En tierras de Soturma y Macoira  
 Con número de hasta cien soldados;  
 A defenderse cada cual aspira;  
 Mas brevemente son desbaratados.  
 Los principales dellos hechos piezas  
 Y las sendas pobladas de cabezas.

Punida con rigor la gente suelta  
 Y puestos los rebeldes en cordura,  
 Al valle de Upar luego dieron vuelta,  
 Provincia que tenían mal segura,  
 Por una pesadísima revuelta  
 Y suceso de grande desventura,  
 Del cual aqui daremos breve cuenta  
 Segun la relación nos representa.

Hay dentro del Upar muchas naciones,  
 En las lenguas y ritos diferentes,  
 Pero todas de fieras condiciones,  
 Y destas son los tupes mas valientes,  
 Altos y de fornidas proporciones  
 Y á los cristianos no muy obedientes;  
 Mas todavia por aquel paraje  
 También reconocian vasallaje.

Destos, Francisca, india ya cristiana,  
 Casada con Gregorio, muy ladino,  
 Vivian entre gente castellana  
 Instructos en católico camino;  
 Y un Pereira, de gente lusitana,  
 Que en el valle de Upar es hoy vecino,  
 Tenia sin pensar tal maleficio  
 A marido y mujer en su servicio.

Antonio de Pereira era casado,  
 Y segun dicen con mujer celosa,  
 La cual siempre vivia con cuidado  
 De la Francisca, porque fué hermosa;  
 Y por ventura, sin haber pecado,  
 El ama desta india sospechosa,  
 Con azotes hirió sus miembros bellos  
 Y trasquilóle todos los cabellos.

Corrida desto la Francisca bella,  
 Segun suele feminea destemplanza,  
 Puso los ojos en venganza della,  
 Y para ver cumplida la venganza  
 Al Gregorio presenta su querrela;  
 Y ambos debajo desta confianza  
 Se fueron á los tupes sus parientes  
 Movidos destos locos accidentes.

Quando la india vió las plantas puestas  
Do su querer mandó que las aplique,  
Sus bellas carnes hizo manifiestas  
Ante Coro Ponaimo su cacique;  
Pues en aquel lugar las mas honestas  
Y todos cuantos hay andan á pique,  
Usando de la justa vestidura  
De que los proveyó don de natura.

Y así la dicha moza se compuso  
Con desnudez, aunque ropas llevaba,  
Para mas conformarse con el uso  
De la bárbara tierra que hollaba:  
El indio, contemplando lo recluso,  
Con amorosos ojos la miraba,  
Y pidiendo razón de su venida,  
Dijo que á le servir toda la vida.

Porque las españolas son molestas,  
Y no queria mas gustar sus lleles;  
Y en aquestas demandas y respuestas  
Saliéronse las gentes infieles,  
Y ellos entre requiebros y ruecuestas  
Vinieron á juntar entrambas pieles,  
Quedando del contacto de los pechos  
Los dos nuevos amantes satisfechos.

Después del sensual ayuntamiento,  
Supo tan bien jugar con el tirano,  
Que cosa no le daba mas contento  
Que lo que se guiaba por su mano;  
Y al marido le hizo tractamiento  
Como si fuera su mayor hermano;  
Y viendo la Francisca ser dispuesto  
A no la disgustar, le dijo esto:

«Dime, señor, un hombre tan discreto,  
No menos poderoso que valiente,  
¿Cómo puede sufrir estar subyeto  
A los mandados de estranjera gente,  
Pudiéndolos poner en el aprieto  
Que suele decepar mala simiente,  
Pues para concluir cosa tan alta  
Sola tu voluntad es la que falta?»

«A los hombres, señor, de tu valia  
Y que tienen tan amplios los poderes,  
No cumple por temor ni cobardía  
Obedecer ajenos pareceres;  
Y aquesta servidumbre se desvia  
Facilísimamente si quisieres,  
Porque solo querello, como digo,  
Será la perdición del enemigo.

«Ningun cristiano dellos se recela  
Sea con claridad ó con obscuro;  
Yo sé que su ciudad nunca se vela,  
Con no la rodear cerca ni muro;  
En ningún tiempo ponen centinela;  
Duermen á sueño suelto sin seguro;  
La gran dispusición y el aparejo  
Son los que también dan este consejo.

«El cual si por ventura se tomare,  
Siendo como lo es tan acertado,  
Por todas las provincias del Upare  
Será siempre tu nombre celebrado;  
Y así lo necesario se prepare  
Para hacer mi corazón vegado,  
Pues cierto, si tus armas no se abundan,  
Tú solo mandarás lo que ellos mandan.»

Dijo la mala hembra, y el becco  
A todo le prestó fácil oído,  
Y la respuesta suya fué de modo  
Que hizo general á su marido;  
El cual desdeque juntó su poder todo,  
Y estando cada cual apercibido,  
El cacique que vió sus gentes prestatas,  
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Amigos y parientes, de quien fio  
La guerra do me lleva mi desco:  
Bien sabeis todos el intento mio  
Y en que pretendo de hacer empleo;  
Estáis compuestos de valor y brío,  
Armas bastantes, militar arreo;  
Venid á redimir vuestra zozobra:  
Resta poner las manos en la obra.

«Solo quiero decir que cada uno  
Trabaje no tener la mano floja,  
Y en viendo lugar cierto y oportuno  
Procure de hacer la tierra roja,  
De manera que cristiano ninguno  
Se libre de mortífera congoja,  
Y dé cada caudillo buen recado  
Del cuartel que le fuere encomendado.

«Entrar por cuatro partes sea notorio  
A todos: por la una Quiria Imo;  
Por otra con su gente ya Gregorio;  
Por otra mi hermano Curunzimo;  
Otra, que es mia, con el oratorio  
Buena cuenta dará Coro Panaimo;  
Vendrán itotos y los cariachiles,  
Y si no, quedaránse para viles.

«Podrá ser que de industria se detengan  
Y estar como cobardes á la mira,  
O que en el parecer se desavengan  
Tomando por escudo la mentira;  
Pero digo que vengan ó no vengan,  
Cristianos han de ver su fatal ira,  
Pues para tan liviano hecho basta  
Coro Ponaimo con los de su casta.

«Por tanto caminemos con el dia  
Lo que nos resta del incontinente,  
Porque llegada ya la noche fría  
Estemos á la hora competente  
Sobre Guataporí, que se desvia  
Pocos pasos de la cristiana gente;  
Y cuando se tocare la corneta  
Cada cual á sus casas arremeta.»

Dijo Coro Ponaimo su desino,  
Y los guerreros escuadrones puestos  
Continuando fueron su camino  
Por lugares que ven menos enhiestos,  
Hasta que ya la noche sobrevino  
Y fueron repartidos por sus puestos,  
Presentes de Francisca los enojos  
Para ver la venganza por sus ojos.

«Oh cuánta desventura, cuántos daños  
Al pueblo lleva su furor sangriento!  
¿Cuán descuidados ya destos engaños  
Dormía cada cual en su aposento!  
Pues se pasaron bien treinta y seis años  
Del tiempo que poblamos el asiento,  
Sin que cacique desta serranía  
Concibiese jamás tal osadía.

Bien que nos defendían sus partidos  
No con menos valor que de romanos,  
Y en algunos recuentros bien reñidos  
Hubieron españoles á las manos;  
Pero nunca jamás tan atrevidos  
Que bajasen al pueblo de los Hanos,  
Con ser á los principios los soldados  
Muy pocos y muy mal aderezados.

Mas es así que la gente mas llana  
De cuantos indios hoy están subyectos,  
Con la conversacion cotidiana  
Despiden los temores y respetos,  
Y notan de la gente castellana  
Sus mañas, sus ardidés y secretos;  
Y todos ellos cuando ven la suya  
No dejan ocasion que se les huya.

No toman la virtud destas escuelas,  
Sino pecados, juegos, desatinos,  
Y tanto mas abundan de novelas  
Cuanto se van haciendo mas ladinos;  
Y estos en los engaños y cautelas  
Son peores que espíritus malos,  
Y entrellos no se ve mozo ni viejo  
Que quiera ser capaz de buen consejo.

Y con ser el ladino desta gente  
En astucias plenísimo venero,  
Por no perder algun gusto presente,  
No recelan del gusto venidero,  
Y á truco de vengar un accidente  
Dejan la soga ir tras el caldero,  
Segun estos presentes enemigos  
Que pensaban quedarse sin castigos.

Porque llegada ya la fatal hora,  
El Gregorio dió golpes á la puerta  
Del Antonio Pereira y su señora;  
El amo recordó y ella despierta,  
Y mandan que no abran á deshora;  
Pero sus pajes se la dan abierta;  
Entró luego de gente gran ruido  
Y el Pereira saltó del dulce nido.

Y al tiempo de salir del aposento,  
En el rostro le dan una herida;  
Otro golpe secundan mas sangriento,  
Pero ninguno le quitó la vida;  
Una lanza sin hierros y sin cuento  
En el suelo topó que está caída,  
Y con ella sin armas y desnudo  
Los entretuvo todo cuanto pudo.

Pero su mujer Ana de la Peña,  
Hiriéndole las voces el oído,  
Reconoció ser bárbara reseña,  
Y femenino miedo despedido  
Saltó como novilla zahareña,  
Empuñando la espada del marido:  
Da tajos y reverses de tal suerte  
Que se libraron ambos de la muerte.

Rompieron ambos el contrario bando  
Escapando del duro captiverio;  
Juntos, el uno al otro reguardando,  
No padecieron otro vituperio;  
Por medio de la calle van volando  
Para poder llegar al monasterio,  
Donde los religiosos y reclusos  
Andaban ya revueltos y confusos.

Porque de la ciudad no queda casa  
Por cuya cumbre no volasen llamas,  
De lo superior hasta la basa  
Deshechas todas las pajizas tramas;  
El templo principal ya hecho brasa,  
Donde llegaron con ardientes ramas,  
Mas ante todas cosas los violentos  
Robaron los benditos ornamentos.

Coro Ponaimo de su furor ciego,  
Viendo quel monasterio permanece,  
Cinco veces ó seis le puso fuego  
Y admirase de ver que no le empeece;  
Crece la grito y el desasosiego,  
El fuego donde quiera resplandece;  
Los frailes viendo tanto desconsuelo  
Invocan el favor del alto cielo.

Mas el viejo fray Pedro de Palencia,  
Con un mulato suyo Juan Carnero,  
A los bárbaros hizo resistencia  
En una puerta del zaguán primero,  
Tanto que no bastó su violencia,  
A volvelle los filos del acero,  
Ni para que dejase la rodela  
Que fué mantenedora de la tela.

Y así con ella del furor escapa  
Diciendo con acentos conocidos:  
«Ovejas del obispo de Chiapa,  
Ningun gusto me dan vuestros balidos,  
Pues que por fuerza nos quitais la capa  
Sin darnos un vellon para vestidos;  
Y así de lana que tan mal se hila  
Renuncio para siempre la desquila.»

Fray Dionisio de Castro, sin aliento,  
Viendo de desventuras tal sumario,  
Convocó religiosos del convento  
Y abrió presto las puertas del sagrario;  
Sacan el sacrosanto Sacramento  
Y á la bendita Virgen del Rosario;  
Llevólos á lugar sin cobertura,  
Aunque la iglesia se quedó segura.

Delante dél, hincadas las rodillas,  
Con intimos suspiros y vertiendo  
Lágrimas con que riega sus mejillas,  
Ante su Majestad está diciendo:  
«Restaurador de las eternas sillas,  
Librados de peligro tan horrendo:  
Oid, Señor, los gritos y clamores  
Destos atribulados pecadores.

» Socórranos, Señor, vuestra clemencia,  
Y en este movimiento tan atroce  
No prevalezca bruta pestilencia  
Que no os sabe, ni cree, ni conoce;  
Nuestros grandes pecados y demencia  
Merecedores son de mayor coce;  
Pero no midais vos, Redentor mío,  
La punición segun mi desvarío.

» Estrella de la mar, Virgen, Señora,  
Santa de santidad insuperable,  
Tened por bien de ser interesora  
Por esta compañía miserable;  
Cáñese ya la mano vengadora  
Desta nacion bestial y detestable;  
Matan vuestros devotos y sirvientes,  
Van degollando niños inocentes.»

Y es así que por todos se reparte  
La turbación, la confusion y pena,  
Porque la furia del sangriento Marte  
Cosa no ve mover que no cercena,  
De tal manera, que cualquiera parte  
De miembros palpitantes está llena;  
Casa no queda donde falte llanto,  
Dolor, temor, horror, mortal espanto.

Bien como los mortíferos venenos  
En los estómagos de los humanos,  
Que de los miembros que tenían buenos  
Ningunos dellos les quedaron sanos,  
Antes los hacen de vigor ajenos  
Debilitando piés, brazos y manos,  
Sin dejalles artejo ni juntura  
Que no recorra tanta desventura:

Así también los bárbaros tumultos  
Donde quiera sus furias acrecientan,  
Corriendo los lugares mas ocultos,  
Que todos los maculan y ensangrientan,  
Y donde quiera que divisan bultos,  
Jáculos penetrantes les presentan,  
Y de la mas que bárbara caterva  
Ningun varon ni hembra se reserva.

Vieron su triste fin en la pelea,  
Partidas sus cabezas con macana,  
La bella doña Guomar de Urrea  
Y doña Beatriz, su cara hermana;  
Este mismo rigor mortal se emplea  
En otra principal dicha doña Ana,  
Doña Ana de Anibal digo que era,  
Quel pecho mas feroz enterneciera.

Isabel de Briones quedó manca  
De vida temporal, y en dura tierra  
El arroyo de sangre no se estanca  
Del cuerpo bello de Maria Becerra;  
Cayó la varonil Elvira Franca,  
Ana Ruiz del mundo se destierra,  
Ana Fernandez en escondedrijos  
La vida concluyó con sus dos hijos.

Quebrantadas las frentes y las cejas  
Luego con asperisimos cuchillos,  
A las galanas mozas y á las viejas  
Que traen arracadas y zarcillos,  
A raíz les cortaban las orejas  
Y los dedos también de los anillos,  
Desnudándolas de sus vestiduras  
Hasta dejallas en las carnes puras.

Catalina Rodriguez, desposada  
El infelice dia malhadado,  
En el infausto lecho fué hallada,  
Su muy hermoso pecho traspasado,  
Adonde la dejó desamparada  
El mas que temeroso desposado;  
El cual salió después de salir ellos  
Chamuscadas las barbas y cabellos.

En manos la dejó de quien la mata;  
Mas della se colige, si pudiera,  
Que no huiera dél en el combate,  
Antes otra Hipsicratea fuera,  
Aunque él no se mostró ser Mitridate,  
Pues en huir de allí salud espera,  
Dejando su querida para cebo,  
Venciendo su temor al amor nuevo.

Fueron mas de cincuenta los difuntos,  
 Los cuales por sus nombres no refiero,  
 Pues no podré decir en breves puntos  
 Los que vieron su día postrimero;  
 Mas con mujer y cuatro hijos juntos  
 También murió Hierónimo Romero,  
 Y su pequeña hija quedó viva  
 Que los bárbaros hoy tienen captiva.

Durantes pues los gritos y clamores  
 Y el mal que por momentos se empeora,  
 Tomó sus armas Antonio de Flores,  
 Un principal hidalgo de Zamora,  
 Y ensilló su caballo sin favores,  
 Por nadie los tener en esta hora;  
 Y dígolo porque este zamorano  
 Es un soldado manco de una mano.

Púsole su pretal de cascabeles,  
 Y abrevia lo posible la carrera  
 A la parte do suenan mas tropes  
 Y mayor junta de la gente fiera;  
 Y como por algunos infieles  
 Entendieron andar caballo fuera,  
 Antes que contra ellos arremeta  
 A recoger tocaron la corneta.

Recogieronse todos al momento  
 En arboledas y lugar opaco;  
 Va solo Flores en su seguimiento  
 Amenazándolos con brazo floco,  
 Pero no les perturba su contento  
 Ni les pudo quitar el rico sacco;  
 Que por las muchas piedras del camino  
 No podia romper con el rocino.

Antes cuando los iba persiguiendo,  
 Que la distancia fué largo pedazo,  
 Un ladino gandul iba diciendo:  
 « Volvamos á matar tan duro mazo  
 Que nos hizo huir con el estruendo,  
 É yo sé que no tiene mas de un brazo,  
 Y nos ha hecho con su vana lanza  
 Quedar sin hacer llena la matanza ».

Fácil se les hiciera la contienda,  
 A no tener sus tretas el tullido  
 Para poder meter y sacar prenda,  
 Y así ninguno fué tan atrevido:  
 Fuéronse pues con toda la hacienda  
 Y sacco que llevaban recogido;  
 El Flores se volvió via derecha  
 A ver la destruicion que quedó hecha.

En este tiempo ya llegó la hora  
 Que por los abrasados aposentos  
 Estendiese sus ojos el aurora,  
 Ojos encarnizados y sangrientos,  
 Segun suele tenellos cuando llora  
 Quien por ellos desagua sus tormentos;  
 Y así luego cubrió su rostro puro  
 Con toca de nublado muy obscuro.

¡Oh! qué espectáculo tan lastimero  
 Al Flores se le puso por delante!  
 ¡Qué corazon de piedras ó de acero,  
 Qué pecho de tan duro diamante,  
 Qué hombre tan cruel y carnicero  
 Que viendo lo qué vió no se quebrante!  
 ¡Quién estuviera sin alterar venas  
 Viendo caidas tantas Polixenas!

Unas desnudas, otras mal vestidas,  
 Y todas de su sangre rubricadas;  
 De los terribles golpes y heridas  
 Las íntimas entrañas traspasadas;  
 Cabezas en pedazos repartidas,  
 Orejas y narices cercenadas;  
 Otras con fuego de sus propios nidos  
 Sus cuerpos en carbones convertidos.

Viendo la destruicion digna de luto,  
 Y no por ilusion ni por antojos,  
 Engrandeció su voz Flores Enjuto,  
 Enjuto, pero ya no de los ojos,  
 Pues llorando llamó los que tributo  
 Al bárbaro pagaron con despojos,  
 Porque los que tuvieron buenas piernas  
 Metieronse por bosques y cavernas.

Como fuese con voces importuno  
 Por recoger la gente divertida,  
 Dos á dos, tres á tres y uno á uno,  
 Salían á la voz reconocida,  
 Hasta tanto que ya quedó ninguno  
 De los que se escaparon con la vida,  
 Pero ninguno dellos tan exento  
 Que no guie sus pasos con gran tiento.

Bien como los ratones que comiendo  
 Algun mantenimiento que los ceba,  
 Que si perciben el menor estruendo,  
 Con gran priesa se vuelven á la cueva,  
 Mas luego poco á poco van saliendo  
 No sintiendo remor de cosa nueva,  
 Y de tal modo gustan la comida  
 Quel ojo principal es la huida:

Los mismos sobresaltos y recatos  
 Traían las mujeres y varones,  
 Y con mayor temor que de los gatos  
 Suelen tener los tímidos ratones;  
 Aumentando con otros malos ratos  
 Aquellas angustiosas turbaciones,  
 Viendo la cantidad de gente muerta  
 Que para grandes gritos abrió puerta.

El rostro de las dueñas era rio;  
 Hinchese de clamores aquel llano;  
 Unas están diciendo: « ¡Hijo mio! »  
 Otras: « ¡Ay, primo! Y otras: ¡Ay, hermano! »  
 Otras dicen: « ¡Ay, madre, padre ó tio! »  
 Otras el parentesco mas cercano;  
 Suena dolor, terror, angustia, duelo,  
 Congoja, turbacion y desconuelo.

Lleva Guataporí por sus riberas  
 Un ronco son de voces mal abiertas,  
 Porque de lamentar las mas enteras  
 En su pronunciacion quedan inciertas:  
 Y no menos dolores concibieras  
 De ver las gentes vivas que las muertas;  
 Pues en aquel bullicio ya propuesto  
 Salíó quien mas llevaba descompuesto.

Porque de la manera que despierta  
 En aquel repentino sobresalto,  
 Saltó por los corrales ó la puerta  
 Y otros algunos por lugar mas alto;  
 El uno la cabeza descubierta,  
 Otro descalzo, y el que menos falto  
 Hallóse rico, si la tierra pisa  
 Con solo zarafuelles y camisa.

Como quien naufragó cerca de puerto,  
 Que para se salvar en la ribera,  
 El vestido de que estaba cubierto  
 Desechó por ir mas á la lijera,  
 Y aquel que mas no pudo salió muerto,  
 Y desnudo también quien salió fuera:  
 Así se vian semejantemente  
 Los muertos y los vivos desta gente.

Mas Antonio de Flores, como era  
 Persona principal y proveida,  
 Hizo subir la gente mas entera  
 A caballo muy bien apercebida;  
 Y si tan buen aviso no tuviera  
 Todos ellos quedarán sin la vida,  
 Porque vino gran copia de gentiles  
 Itotos y de indios cariachiles.

Venian caciquejos seis ó siete,  
 Que fueron con los tupes en consejo:  
 Orva, Alonso, Cuoque é Ichopete,  
 Y Pericote y un Juan Cabellejo,  
 Que para lo que cada cual promete  
 Traían gentil orden y aparejo,  
 Pensando de hallar el otro alarde;  
 Pero cuando llegaron era tarde.

Todos los escuadrones son lucidos,  
 Con soberbios plumajes y galanos:  
 A vista llegan de los afligidos  
 Que temblaban de vellos tan cercanos;  
 Mas viéndolos estar apercebidos  
 Con adargos y lanzas en las manos,  
 Pasaron á quemalles las estancias  
 Por quitalles del todo las substancias.

Fueron á ellos pues incontinentemente  
Con grandes alborotos y bullicios,  
Y allí mataron toda cuanta gente  
Tenian para rústicos servicios;  
Las violentas llamas del ardiente  
Fuego les consumió los edificios;  
Y á estas heredades hechas brasas,  
Se volvieron los indios á sus casas.

De los cristianos unos los senderos  
Velan, y los demás llaman al cura  
Para que den, según los pios fueros,  
A los maestros terrena sepultura:  
Hicieron á don Lope mensajeros,  
Dándole cuenta desta desventura:  
El cual, viendo negocio tan terrible,  
Apresuróse todo lo posible.

Procuró consolar los moradores,  
Dándoles de las cosas qué alcanza,  
No sin reprehension á regidores  
Por su demasiada confianza,  
Y prometió que de los malhechores  
Presto se tomaria la venganza;  
Y así para que fuesen castigados  
Nombró luego caudillos y soldados.

Guerreros instrumentos apareja,  
Y para que subiesen la ladera  
Nombró cincuenta de la gente vieja  
Y de las otras la que mejor era,  
Y un Alonso Rodríguez de Calleja,  
Natural de Jerez de la Frontera,  
El cual con el recato que convino  
Guió para los tupes su camino.

Cuando subian por los altos puertos,  
Donde los enemigos habitaban,  
Fueron al mismo punto descubiertos  
Por espías de indios que velaban,  
Que ya todos sabian los conciertos  
Y duras intenciones que llevaban;  
Y así se junta toda la ralea  
Dispuesta cada cual para pelea.

Ocuparon las cumbres y peñoles;  
Hieren con grita los mudables vientos  
Cornetas y torcidos ocaracoles,  
Usados en guerreros movimientos;  
Muchos traen vestidos españoles,  
Y muchos los benditos ornamentos,  
Haciendo por escarnios y desdenes  
Ostentacion de los robados bienes.

A vueltas del clamor y vocería  
Galgas se precipitan, flechas vuelan;  
Respóndeles el arcabucería,  
Que todos estos bárbaros recelan;  
Y nuestros españoles todavía  
Por les ganar un reventon anhelan:  
Aumentase la grita y el estruendo,  
Uno subiendo y otros defendiendo.

Estaba Curunaimo delantero,  
Sin recelar los manuales truenos,  
Y el Alonso Rodríguez mas certero  
Que muchos, con tener un ojo menos,  
Con una bala le pasó el garguero,  
Haciendo sus clamores menos llenos;  
Y no cayó con el caliente rayo,  
Aunque sintió con él algun desmayo.

Pero después que vio de la garganta  
El golpe grueso que de sangre mana,  
Arrimó las espaldas á la planta  
Que por allí tenia mas cercana,  
Y con ferocidad que los espanta,  
El arco suelto, toma la macana  
Para vengar con ella sus enojos,  
Mas faltóle la vista de los ojos.

Pues al tiempo que hizo movimiento,  
La maza levantada y estendida,  
Llegó de su salud el rompimiento,  
Y el ánima se fué por la herida  
A las eternas penas y tormentos,  
De la tierra de vivos despedida,  
No sin grandes congojas y pesares  
De los indios cercanos en lugares.

Pues alojando van en gran manera  
Turbados con aquella pesadumbre;  
Y los de la cristifera bandera,  
Conociendo de indios la costumbre,  
Abrevian el subir de la ladera  
Hasta que ya llegaron á la cumbre;  
Los defensores della viendo esto  
Procuraron tomar otro recuesto.

A sus casas llegó nuestra cuadrilla,  
Donde tuvieron no menor recuento;  
Mas aunque duró mucho la rencilla,  
Con voces que metian en el centro,  
Pudieronles ganar aquella villa,  
Y aquella noche reposaron dentro,  
En confianza de sagaces velas  
Y á punto las espadas y rodela.

Venidos ya los rayos soberanos,  
Por asechos de amigos naturales  
Coro Ponaimo les cayó en las manos  
Con otros ciertos indios principales:  
El castigo se dió según los males  
Que dellos recibieron los cristianos,  
En la uña haciendo los procesos,  
Vista la gravedad de los sucesos.

Este castigo que decimos hecho,  
Aunque no por entonces concluido,  
Los españoles con algun provecho  
Volvieron sanos á su propio nido;  
Pero nunca Francisca por asecho  
Se pudo descubrir ni su marido,  
Ni don Francisco, bárbaro ladino,  
No menos atrevido que malino.

Pero los tupes deste territorio,  
Mirando lo que cada cual arrisca,  
Y el daño recibido ya notorio,  
Cuyo principio vino de Francisca  
Y del indio Francisco y del Gregorio,  
Principales cabezas en la trisca,  
Audaban por quebrar allí sus sañas  
Y ver qué color tienen sus entrañas.

Con este miedo que los tres atierra,  
Huyendo por lugares mas opacos  
Se pasaron á la frontera sierra,  
Donde residen indios aruacos;  
Los cuales en los trances desta guerra  
Nunca tuvieron términos bellacos,  
Antes su principal cacique quiso  
De la venida dellos dar aviso.

Sabida por don Lope la venida  
Y parte donde estaban abscondidos,  
Envió gente bien aperecebida  
Para que fuesen presos y traídos:  
A pagar cada uno con la vida  
Pecados y delitos cometidos;  
Y así los trajo Pedro de Morales,  
Con guardas y durisimos ramales.

Venidos pues los malaventurados,  
Procédese con suma diligencia,  
Y todos tres procesos substanciados  
Con la declaracion de su demencia,  
A muerte natural son condenados,  
Y ejecutóse luego la sentencia,  
Con un alto pregón que dió noticia  
Del caso por que hacen la justicia.

Antes de lo subir al escalera  
Pidió Gregorio, por merced subida,  
Que su muerte del fuese la primera  
Por no padecer dos en una vida,  
Una, la suya propia que él espera  
Y otra de ver morir á su querida;  
Admiranse de ver lo que decía,  
Y así se hizo como lo pedía.

Demandaron perdon puestas las manos  
Por todas las pasadas insolencias,  
Diciendo cómo con furoros vanos  
Usaron de tan grandes inclemencias;  
Finalmente, con muestras de cristianos  
Hicieron otras santas diligencias,  
Y créese, según pios motivos,  
Que fueron á la tierra de los vivos.

Castigaron después á los itotos  
Y á los que fueron en el movimiento,  
Los cuales en batalla fueron rotos  
Y en ella perecieron mas de ciento;  
Y mitigados estos alborotos  
Con medicina de rigor sangriento,  
Luego don Lope mil cosas ordeava,  
Mas una dellas sobre todas buena.

Aquesta fué, que para mas seguro  
De los que padecieron el asalto,  
Y en las horas de luz ó con obscuro  
Pudiesen reposar sin sobresalto,  
Hizo cercar la ciudad de muro  
Que dicen ser de seis tapias en alto  
Muy anchas y de buenos fundamentos,  
Y de piedras bien puestos los cimientos.

Llamó copia de indios, y dió corte  
Cómo les ayudase la canalla  
Por términos guñados con reporte;  
Y es la ciudad primera que se halla  
En tierra firme de la mar del norte,  
Toda fortalecida de muralla,  
Sin mucha pena de los naturales,  
Por tener á la mano materiales.

Porque hizo domar muchos novillos  
Con que los traigan y con que cultiven,  
Y hizo labrar tejas y ladrillos  
Para cubrir las casas donde viven,  
Que pueden hoy servillas de castillos,  
Donde de sus haciendas no los priven,  
Porque la fabrica de paja hecha  
Consigo se traía la sospecha.

Está la ciudad en gran zavana,  
Y tiene nobilísima templanza;  
Posee gran compás de tierra llana;  
Es fértil en labranza y en crianza;  
Hay frutos de la tierra castellana,  
Y de los naturales mil alcanza;  
Gran cantidad de vacas y de yeguas,  
Y estará de la mar veinte y dos leguas.

En tanto que don Lope proveía  
Tantas cosas, que yo me maravillo,  
Andaba fuera mucha compañía,  
Y como general y su caudillo  
Pero Ruiz de Tapia la regia;  
Junto con el don Alonso Carrillo,  
Que es hijo del don Lope, cuya lanza  
No recelaba la mayor pujanza.

Ven los que nunca dieron obediencia  
Lejanos aruacos, gente fiera,  
Que tienen su lugar y residencia  
En lo supremo desta cordillera,  
Donde tuvieron dura competencia,  
Pero prevaleció nuestra bandera;  
Salen de sus asientos esto hecho  
Por parecelles gentes sin provecho.

Corrieron por las cumbres comarcanas,  
Hasta que ya bebieron agua fria  
En la provincia de los maconganas,  
Indios, según á todos parecia,  
Que nunca vieron gentes castellanas  
Hacer camino por aquella via;  
Y así tres mil ó mas en ordenanzas  
Acometen con flechas y con lanzas.

Animan los caciques sus vasallos  
Con principal ardor y diligente;  
Pero con arcabuces y caballos  
Fueron desbaratados fácilmente;  
Huyeron, y procuran alcanzillos  
Y prendieron algunos desta gente,  
Los cuales se mataban con sus manos  
Por no se ver en las de los cristianos.

Aquestos españoles eran ciento;  
Y pareciendo número bastante,  
Por no les contentar aquel asiento,  
Ni para fundar pueblos elegante,  
A que llevaban principal intento,  
Determinaron ir mas adelante  
Haciendo su camino la corona  
A las otras vertientes á Tairona.

Y así Pero Ruiz su gente saca  
Caminando por do mejor pudieron,  
Tierra de poblaciones algo flaca,  
Hasta ver la provincia que dijeron  
Val de San Sebastián de Tairona,  
Desde cuyos asientos se volvieron  
Por no hallar la tierra tan entera  
Cuanto solía ser en otra era.

Por Tairona después hizo camino,  
Valle por muchas veces referido,  
Mas con temor del otro torbellino,  
De Castro lo halló todo harrido,  
Por estar, según dicen el vecino.  
Dentro de Poçigüeyca recogido,  
Y de presente ser aquella tierra  
La mayor fortaleza de la sierra.

En efecto volvieron al arena  
Del valle do tenían sus reposos,  
Tan vacía de oro la crumena  
Cuanto de vella llena deseos;  
Mas pues cansancio, sin sabor y pena  
Olvidan con regalos amorosos,  
Razon será que yo huelgue la siesta  
Antes que se dé fin á lo que resta.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la población.

Muchas veces habemos dado cuenta  
De las cosas antiguas de Chimila,  
En lo que mas atrás se representa,  
Y mi memoria flaca recopila:  
Tierra bien asombrada, clara, exenta,  
Pero sus poblaciones anihila  
La gran saca de esclavos que solía  
El antiguo tener por granjería.

Que los antiguos no tenían ojo  
A se perpetuar ni hacer nido,  
Sino con los esclavos y despojo  
Mejorar cada uno su vestido;  
Y así las inquietudes y el enojo  
Han muchos destos indios consumido,  
Mas no de tal manera que no quede  
Quien de sus descendientes los herede.

Y aun en aqueste tiempo que lo cuento,  
En belicoso tracto y ejercicio  
Uno vale ya tanto como ciento,  
Por ser cursados bien en el oficio,  
Y en un desesperado rompimiento  
Ningun indio presume ser novicio;  
Mas todos usan de sagacidades  
Segun los tiempos y necesidades.

En la sazón que Manjarés vivía,  
Allí tuvieron un pueblo fundado,  
Y despoblóse no sé por qué via,  
Porque desto no soy bien informado;  
Mas Lorenzo Jimenez se decía,  
El capitán entonces señalado,  
Y este desapareció por allí junto,  
Sin mas hallallo vivo ni difunto.

Viendo don Lope pues ser conviniente  
Aquella población ir adelante,  
Para los allanar envió gente  
Tal cual le parecia ser bastante:  
Fué Antonio Cordero por teniente,  
Cursado para cargo semejante;  
Eran ciento y setenta los soldados,  
De cosas necesarias pertrechados.

La ciudad en llegando fué trazada,  
Y las cuadras iguales en medidas,  
En parte rasa bien acomodada  
Y con buenas entradas y salidas;  
La población Sant Angel fué llamada  
Por causas que no tengo conocidas;  
Buscaron hombres destas vecindades  
Para hacer con ellos amistades.

Pero primero que saliesen fuera  
A descubrir los bárbaros avaros,  
Hicieron un buen fuerte de madera,  
Con bastiones, trincheas y reparos,  
Pues á causa de ser gente guerrera  
Pudieran los descuidos costar caros;  
Y esto hecho salieron á buscarlos  
Con copia de peones y caballos.

Salió Sorlí, cacique conocido,  
Con mucha gente bien apercebida;  
El capitán Cordero que lo vido  
A concierto de paces lo convida;  
Sorlí también acepta su partido,  
Sin poner dilacion en su venida,  
Y así con un mozuelo bien ladino  
Se dieron relacion de su desino.

Diciendo que en pasados desatinos  
Los españoles no paraban mientes;  
Antes serían mansos y beninos  
Como no fuesen indios imprudentes;  
Porque venían para ser vecinos,  
Amigos verdaderos y parientes,  
Y con determinados presupuestos  
De no selles pesados ni molestos.

Los indios estuvieron muy atentos  
Notando las pacíficas razones,  
Y aunque fuesen contrarios sus intentos  
Correspondieron á sus opiniones:  
En efecto, volviéronse contentos  
Y agasajados con algunos dones  
De rescates que tienen por ganancia  
Y no son cosas ellas de substancia.

Otros también vinieron de buen arte,  
Con cantidad de indios de rebaño,  
A ver nuestra bandera y estandarte  
Usando de la paz mas de medio año,  
Sin que la una ni la otra parte  
Se desmandase ni hiciese daño;  
Pero cosa no dan de su cosecha  
Que con paga no sea satisfecha.

Y al tiempo de poner en astillero  
El reconocimiento y obediencia,  
En prisiones llevaron al Cordero  
Por provision desta real audiencia;  
Gran desaxio fué, pero primero  
Nombró por capitán en su tenencia  
Un Cristóbal Fernandez de Sanabria,  
Natural de las islas de Canaria.

Y viendo ser el general absente,  
Teniendo por incierta su venida,  
Huyóseles de noche mucha gente  
Sin poder estorballes la salida;  
Y así quedaron poco mas de veinte  
No menos deseando la partida,  
Pero púsose grande diligencia  
En no les consentir hacer ausencia.

Mas como por don Lope se supiese  
Que le llevaron preso su caudillo,  
Envió luego para que lo fuese  
A su hijo don Alonso Carrillo.  
A ninguno pesó de que viniese,  
Y el pueblo se holgo de recebillo,  
Porque todos estaban descontentos  
Y no menos medrosos que hambrientos.

Padeçase miserable vida,  
Pues cualquier indio se les desacata,  
Y quien antes vendia la comida  
Ya no la daba cara ni barata;  
Andaba la vergüenza despedida,  
El fiero presto, pronta la bravata,  
Menosprecios aliende de los fieros,  
Y aun mataron algunos compañeros.

Diéronle larga cuenta del aprieto,  
Que fué de mas desgusto que se intima,  
Y la dificultad de ver subyeto  
A bárbaro que tanto los lastima;  
Mas don Alonso como muy discreto  
Y mozo valeroso los anima,  
Pues para levantar á los caidos  
Hirió desta manera sus oidos:

«Señores, la necesidad presente  
Y el blanco donde va vuestro deseo,  
No quiero consentir que se me cuente,  
Pues por mis propios ojos yo lo veo,  
Y sabe Dios lo que mi alma siente  
Viendo tan pocos en tan buen empleo,  
De donde me parece ser afrenta  
El querer alijar sin ver tormenta.

»Y puesto caso que veais alguna,  
No por eso tengais desconfianza:  
Que cuando su furor mas importuna  
Lo suele mitigar cristiana lanza,  
Y nunca duró tanto la fortuna  
Que no venga tras ella la bonanza;  
Demás de que también hay parentesco  
Que me envíe soldados de refresco.

»Entre tanto los que se sienten buenos  
Estén á todas horas vigilantes,  
Que no digo nosotros, pero menos,  
Para se defender serán bastantes,  
Aunque vengan aquestos campos llenos  
De grandes estaturas de gigantes;  
Pues para confundir bárbaro Marte  
Está la voz de Dios de nuestra parte.

»Aquesta es la principal ayuda;  
Y teniendo propicios sus favores,  
¿Qué nos pueden hacer gente desnuda,  
Que no quedemos siempre por mejores?  
Ninguno de vosotros tenga duda  
De ser en los encuentros vencedores;  
Pues bien sabeis ser sus antiguos modos  
Viendo caido uno huir todos.

»Y pues en el mayor inconveniente  
Fuesteis tan valerosos y constantes,  
Agravio me haceis si yo presente  
No fuerdes todos lo que fuerdes antes;  
Pues yo no tengo de volver la frente,  
Antes, adonde todos sois atlantes,  
Sin ser el compañero que no nombro,  
A vuestro peso suporné mi hombro.

»Cerca del galardón ternáse cuenta  
Con aquellos que han permanecido  
Asegurándoles la mejor renta  
De todo cuanto fuere repartido;  
Pues este poco número sustenta  
La tierra que los otros han perdido,  
Y es razon que donde ella no fallece  
Lleve buen galardón quien lo merece.

»Así que, pues el duelo padecido  
Ha de ser olvidado con ganancia,  
A todos amigablemente pido  
Se perfeccione la perseverancia;  
Que para mejorar vuestro partido  
En mí no faltará toda constancia,  
Como después vereis por el efeto,  
Con mas ventaja de lo que prometo.»

Dijo su voluntad, y los soldados  
Que estaban en aquel ayuntamiento  
Quedaron satisfechos y pagados  
De ver aquel urbano cumplimiento,  
Y por las mismas causas obligados  
A no le dar jamás desabrimiento,  
Y tan feroz la mínima bandera  
Como si se hallara muy entera.

Y así por muchos dellos se procura  
Dejar algunas horas sus abrigos,  
Con quien el don Alonso se aventura  
A contrastar algunos enemigos,  
Donde de su valor en guerra dura  
Los unos y los otros son testigos;  
Y también en el bélico teatro  
Murieron de los suyos tres ó cuatro.

Mas ya ganando tierra, ya perdiendo,  
No holgaban espadas ni paveses,  
Cuotidianamente recorriendo  
Rancherías de indios y conveses;  
Y en esta variedad que voy diciendo  
Se gastarian tres ó cuatro meses,  
Al cabo de los cuales el Cordero  
Volvió libre y al cargo que primero.

Don Alonso holgó con su venida,  
Y porque convenia que se parta,  
En orden puso luego su partida  
Para la ciudad de Santa Marta;  
Y como por la falta de comida  
La gente se hallaba no bien harta,  
El Cordero quisiera salir fuera  
A recoger maiz por la frontera.

Pero venia muy debilitado  
A causa de continua calentura,  
Y así para vivir le fué forzado  
Irse donde pudiese hallar cura,  
Quedando por caudillo señalado  
Sanabria, que por tierra mal segura  
Fué con los diez y ocho desta gente  
A ver y ranchar aquella frente.

Aqueste capitán, sin advertencia  
Las rozas y labranzas les estraga,  
Aprovechándose con violencia  
De lo que no quisieran dar sin paga;  
Vase llegando su fatal sentencia  
Que con acerbo golpe les amaga;  
Y en cierto pueblo que llamaban Ancho  
Quisieron una noche hacer rancho.

Donde dormían, vela tienen puesta  
Y ronda de caballo con su lanza;  
Mas á los miserables, ¿qué les presta  
Velarse de tan áspera pujanza?  
Fuérale la huida mas honesta  
Que loca y atrevida confianza,  
Porque gente terrible de pelea  
Por todas cuatro partes los rodea.

La noche por igual peso partida,  
Y al tiempo que la lumbre de Diana  
Fué de aquel hemisferio retraida  
(Seria por no ver sangre cristiana  
Por mano de los bárbaros vertida),  
Rodearon la gente castellana,  
En el acometelles tan á punto,  
Quel peligro y el miedo llegó junto.

Corre los campos anchos són horrendo,  
Estiéndose la grita y el ruido;  
Pero mayor la obra quel estruendo  
Y mas grave la plaga quel gemido,  
Vanse los españoles consumiendo,  
Y es de contrarios número crecido  
Y tan apresurada la rencilla,  
Que falta huelgo para resistilla.

Bien como nave cuando le sacude  
Por una y otra parte la refriega,  
Que para tener término que ayude  
No se le da lugar al que navega,  
Antes cuanto mas agua mas acude  
Hasta que la zozobran y se aniega,  
Y aquella presurosa desventura  
Fué la que les sirvió de sepultura:

Así fué huracán no menos ciego  
Aqueste mal, y tan impetuoso,  
Que para poder entablar el juego  
Nunca se les dió punto de reposo;  
Pues acudían unos y otros luego,  
Sin cesar el estrago presuroso,  
Hasta que todos en aquel combate  
Ovieron triste fin y mal remate.

Y en aquellos nocturnos desconciertos,  
Comun fué para todos el engaño,  
Porque vieron también pechos abiertos  
Y rotos los que nunca rompen paño;  
Pero fueron sus números de muertos  
Muy pocos en razon del otro daño;  
Y cuando sucedió la mala suerte  
Ocho solos quedaban en el fuerte.

Los cuales como viesen la tardanza  
Y no venir al tiempo prometido,  
Adivinaron luego la matanza  
Y que todos habían perecido;  
Perdieron de vivir el esperanza  
Y cada cual se tuvo por perdido:  
Diez mujeres habia que con llantos  
Mucho mas aumentaban los espantos.

Esperaban por horas el rebato  
De parte de la gente monstruosa;  
Y estando con el tímido recato  
Con que suele vivir la sospechosa,  
Llegó de las marinas el mulato  
Que se dice Juan Perez de la Rosa,  
Al cual agasajaron aunque solo,  
No menos que si fuera dios Apolo.

Este, como no vió mejor portillo  
Para poder salir del labirinto,  
Hizo que se nombrase por caudillo  
Un cierto portugués, Salvador Pinto,  
Y de cuantos están en el castillo  
Ninguno tuvo parecer distinto,  
Sino que cada cual quedó contento  
De se hacer en él el nombramiento.

Y para que mas bultos pareciesen,  
Viendo cuán pocos eran, el Juan Perez  
También aconsejó que se vistiesen  
En hábitos de hombres las mujeres,  
Y así se les mandó que lo hiciesen  
Teniéndolos por buenos pareceres;  
E ya cubiertas de viriles telas  
Les dieron sus espadas y rodela.

Las cuales bien armadas, como vian  
En trajes usurpados sus personas,  
Tal furor les tomó, que presumian  
De ser otras segundas Amazonas,  
Y en la postura con que se movian  
Todas eran Minervas ó Belonas,  
Y el riesgo de los riesgos mas acedo  
Abuyentaba femenino miedo.

Tenían un caballo los cristianos,  
Para socorro deste su trabajo,  
Manco de todos cuatro piés y manos,  
Y los cuadriles hechos un andrajo;  
Cubren con armas pues sus pelos canos  
Para que les sirviese de espantajo,  
Encima dél, no mas que para carga,  
Un español con lanza y con adarga.

Estando cada cual apercebido  
Certísimos del bárbaro bullicio,  
Vieron venir un indio mal herido  
De los quellos tenían de servicio;  
Este dentro del fuerte recebido  
Les dió de sus sospechas mas indicio,  
Diciendo cómo grande compañía  
Había de venir siguiente día.

«Y para certidumbre, dijo, sea  
Aviso, que vereis por la mañana  
Un bárbaro con una hicotea  
Y señales de paz, pero no sana,  
Pues su venida es para que vea  
Y cuente bien la gente castellana;  
No le dejéis entrar, estése fuera,  
Y aun si posible fuere luego muera.

»Esto me fué notorio, porque yendo  
A casa de Soril para holgarme,  
Oí las tramas y escapé huyendo,  
Porque su voluntad era matarme;  
Vinieronme con flechas persiguiendo,  
Pero nunca pudieron alcanzarme,  
Sino fué con los tiros, y Dios quiso  
Darme la vida hasta dar aviso.»

Dados estos avisos á quien toca  
Guardallos en peligros semejantes,  
La vida del ladino fué muy poca  
Por ser las mas heridas penetrantes:  
El gran temor á vela los provoca,  
Y así todos estaban vigilantes,  
Hasta tanto quel sol dia siguiente  
Los visitó con su dorada frente.

Miran, y ven venir por aquel llano  
Al que enviaban para los acechos,  
Y con las hicotetas en la mano  
A los nuestros llevó pasos derechos;  
Mas el Juan Perez viéndolo cercano  
Con una bala le rompió los pechos;  
Cayó luego con un terrible grito  
Que oyeron los que vienen al conflicto.

Por estar ya cercanos á los muros,  
Porque el muerto tomó la delantera  
Con intenciones de hacer seguros  
A los que tienen relacion entera,  
Y usando la cautela de sus juros  
Armallas so color de paz sincera,  
Y los demás guiaban trás sus buellos  
A repentinamente dar en ellos.

Pensando de hallar lugar abierto  
Por do la fortaleza se destruya,  
Mas no permitió Dios que tal concierto  
Con daño de los nuestros se concluya,  
Pues el falace bárbaro fué muerto  
Y estotros no salieron con la suya;  
Pero reconociendo ser sentidos  
Descúbrense con grandes alaridos.

Y sale la caterva de salvajes  
Con posturas feroces y galanas,  
Las cabezas vestidas de plumajes,  
Arcos, flechas, y dardos y macanas,  
Saltos y brincos, gestos y visajes,  
De que suelen usar gentes insanas;  
Mas no van tan derechas sus derrotas  
Que no tengan temor de las pelotas.

Con cuyo miedo tiemplan los insultos  
Y para les entrar no hacen prueba,  
Sospechando segun vian los bultos  
Habelles socorrido gente nueva  
Y que tenían muchos mas ocultos  
De aquellos do Sorli la vista ceba;  
Descúbrense también por el cercado  
Aquel caballo bien encubertado.

Un español, alzada la visera,  
Encima dél, con armas bien cubierto,  
No para confíalle la carrera,  
Pues demás de sus males era tuerto,  
Y en meneo y en paso de manera  
Que sin mas lo matar estaba muerto;  
Pero con todo esto fué tan bueno,  
Que sin lo tener él les puso freno.

Porque viendo blandir aquella lanza  
Y en la cerca soldados mentirosos,  
Sospechando tener mayor pujanza,  
Han por bueno volver á sus reposos;  
Y los que no tenían confianza  
Quedaron por industria victoriosos;  
Y al partir la canalla les decia:  
«Por acá nos terneis á tercer dia».

Estando con temor desta tormenta,  
Antes de ser los tres dias cumplidos  
Volvió Cordero con soldados treinta  
De todas armas bien apercebidos,  
Dióseles á los indios larga cuenta,  
Cerca de los que son recién venidos;  
Y así vistas las nuevas municiones  
No procedieron en sus intenciones.

A la gente con él recién venida  
Como perder el tiempo les escucee,  
Y demas de lo dicho la comida  
Es tal que ni se asa ni se cuece,  
Huyeron, y después de la huida,  
Cordero se quedó con solos trece,  
Con los cuales también quiso mudarse  
Viendo que no podía sustentarse.

Porque le parecia ser mal seso  
Permanecer en tales confusiones,  
Como faltaba gente de buen peso  
Que resistiese bárbaras naciones;  
A Santa Marta fué, y estuvo preso,  
Porque desamparó las poblaciones,  
Pero dió sus descargos por escrito,  
Y así disimularon el delito.

Don Lope tuvo vivos los aceros  
Para hacer aquella gente blanda;  
Y así convocó muchos compañeros  
De que se hizo razonable banda;  
Por capitán un Melchior Rieros  
Que tuvo por acepta la demanda,  
El cual entró también con los de España,  
Y á los principios dióse buena maña.

Porque prendieron veinte principales  
Y á todos los pusieron en cadena,  
Entrellos á Sorli, que de los males  
Pasados merecía mayor pena;  
Estragaron sus casas y caudales  
Procurando hacer la bolsa llena,  
Y puestos en collera tantos cuellos  
A la ciudad de Ancho van con ellos.

Repararon allí, por ser asiento  
De cosas necesarias abundante,  
Y porque si tuviesen rompimiento  
Tuviesen lugar ancho y elegante;  
Y es donde vió también su fin sangriento  
Cristóbal de Sanabria y el restante,  
Y allí venian indios desarmados  
A ver á los que están aprisionados.

Y un dia segun tienen de costumbre  
Entraron donde estaban con Rieros,  
Con muestras de quieta mansedumbre,  
Desarmados, alegres, placenteros;  
Pero cargó tan grande muchedumbre  
Que fatigó cristianos compañeros,  
Y el mulato Juan Perez de la Rosa  
Dijo: «No juzgo yo bien desta cosa.

» Señor Rieros, mucha gente carga;  
Bueno será que nos salgamos fuera  
Do tengamos compás de plaza larga,  
Que gran zagalagarda nos espera,  
Y será menester lanza y adarga  
Antes que nos santigüen la mollera.»  
El Rieros con ásperos vocablos  
Respondió: «Los con todos los diablos.

» Que vos con vuestros miedos indiscretos,  
Sin que ni para qué tengais sospecha,  
Quereis alborotar pechos quietos  
Á fin de quebrantar las paces hechas,  
Viviendo todos ellos mansuetos  
Sin macanas, sin arcos y sin flechas.»  
Juan Perez de la Rosa quedó mudo,  
Y salióse lo mas presto que pudo.

Poco después, un indio chimileño,  
Entre la muchedumbre recogido,  
Un palo recogió nada cimbreño  
Por modo tan sagaz que no se vido;  
Y en un instante con el grueso leño  
A Rieros le dió tras el oido,  
Con tal vigor que dió con él en tierra  
Dando principio de sangrienta guerra.

Porque en el mismo punto cada uno  
Eso que puede ver toma y apaña  
Con que pudiese ser mas importante  
Y dar mejores cebos á su saña;  
No queda indio uno ni ninguno  
Que no dé gran calor á la cizaña,  
Tiembra la tierra con los duros huellos;  
Barren el suelo barbas y cabellos.

Vuelan sobrellos piedras y tizones,  
Echando mano de lo que se halla;  
Andan los puntapiés y mojicones,  
Suenan la grita y arde la batalla;  
Crecean por las cabezas toronzones,  
No vale morrion ni presta malla;  
Aquí se desmenuzan las rodetas,  
Aquí derriban dientes y allí muelas.

Echan mano de cepas y raíces;  
Sácanse varas de las casas viejas;  
Unos andan torcidas las cervices,  
Otros destilan sangre de las cejas;  
Los unos ahajadas las narices,  
Los otros arrancadas las orejas;  
Ningunos golpes hay que no segunden,  
Y todos se revuelven y confunden.

Bien como cuando dos mozos livianos  
Echan en plaza mano á las espadas,  
Que los tíos, los primos, los hermanos,  
Con piedras, palos y armas enastadas,  
Acuden á meter allí las manos  
Y sobre todos cargan cuchilladas  
Y en la revolucion y desconcierto  
Uno queda herido y otro muerto:

Ansí por no temer primer encuentro  
Y en los principios ser mal avisados,  
De los cristianos en aquel recuento  
Y de los indios hay descalabrados,  
Y los que se hallaron mas adentro  
Aquesos fueron los peor librados,  
Porque los otros como gente suelta  
Señores de sí son en la vuelta.

Echó mano Juan Perez el mulato  
Diciendo con airado movimiento :  
« Bien me temia yo deste rebato ;  
¡ A ellos , que se van del aposento ! »  
Acuden todos , y en pequeño rato  
Murieron de los indios mas de ciento ;  
Desamparan el pueblo los restantes ,  
Mas no todos tan sanos como antes .

Pues en retorno de sus malos hechos  
No pocos llevan fieras cuchilladas :  
Unos rompidos parte de los pechos ,  
Otros con las espaldas coloradas ,  
Otros iban torcidos y contrechos  
Huyendo de las lanzas afiladas ,  
A causa del caballo que va encima  
Y con pena de muerte los lastima .

Ejecutándose la misma pena ,  
Sin tener antes tales intenciones ,  
En aquellos que estaban en cadena  
Y por quien fueron las revoluciones ,  
Porque la turbamulta tal ordena ,  
A fin de los librar de las prisiones ;  
Y aquello que tomaron por remedio  
Fué causa de quitillos de por medio .

Entrando pues do fueron los rúidos  
Dejando de seguir al fugitivo ,  
Hallaron veinte suyos mal heridos  
Con el Rieros todavía vivo ,  
Aunque cuasi perdidos los sentidos  
Para reconocer su mal motivo ;  
Mas él y los demás con los escesos  
Molidas las entrañas y los huesos .

Y así de todos estos que lastaron  
El impetu primero de la gente ,  
Los seis ó siete dellos escaparon  
Y los demás murieron brevemente .  
Yendo por el camino que llevaron  
Al pueblo del Upar incontinentemente ,  
Porque les pareció ser desatino  
Querer esperar otro remolino .

Aderezado pues cristiano bando ,  
En efecto se puso la partida  
Por derecha derrota caminando  
Hasta tanto que vieron la guarida ;  
Llegó vivo Rieros , y en llegando  
Partió de los peligros desta vida ,  
En la ciudad llamada de los Reyes ,  
Con diligencias de cristianas leyes .

Esta , lectores , es la postrimera  
Cora que sé decir de Santa Marta ,  
De casos sucedidos en mi era  
Y donde padeci congoja harta ;  
Y porque tengo larga la carrera  
La misma Marta dice que me parta  
A la solicitud de lo que resta ,  
Y la segunda parte será esta .

Segun primera traza , yo quisiera  
Tractar también aquí de Cartagena ,  
Y por ser esta mas que la primera  
Aquel orden que di se desordena :  
Alli comenzaremos la tercera ,  
Y no creo será la menos llena ,  
Pues las cosas en ella sucedidas  
No pueden ser en poco resumidas .

De hechos venideros soy exento ,  
Los cuales siendo dignos de memoria  
Otros habrá de muy mejor talento  
Que hagan dellos general historia ;  
Y aunque la suya sea de momento ,  
No se terná la mia por escoria ,  
Por ser el fundamento de la casa ,  
Y aquella chapitel y aquesta basa .

También con gran instancia le suplico  
A quien en Santa Marta residiere ,  
Que si deste principio que publico  
En algun tiempo sus hazañas viere ,  
Y se sintiere con talento rico ,  
Sobré asiente lo que mas oviere ,  
Y sea con tan pura y verdadera  
Relacion como fué nuestra primera .

Pues sin fantasear vanos concetos ,  
Segun suelen cursados y novicios ,  
Aquellos indios son tan inquietos  
Y tan acostumbrados á bullicios  
Que le darán materias y subyetros  
Para fabricar altos edificios ,  
Sin enjerrilles fábulas inciertas  
Que yo quiero llamallas obras muertas .

#### LAUS DEO.

Salid, historia fiel,  
Compuesta de verdad pura,  
Y donde vierdes laurel  
Tened á muy gran ventura  
Que os dejen llegar á él.  
Conviene que lo adoreis,  
Pero no que os coroneis  
Con él, porque sois indina,  
Aunque corona de encina  
Yo sé que la mereceis.



# ELEGIAS Y ELOGIOS

DE

## VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTOS

POR JUAN DE CASTELLANOS,

BENEFICIADO DE LA CIUDAD DE TUNJA, EN EL NUEVO REINO DE GRANADA.

---

### TERCERA PARTE.

*Donde se da razon de las cosas acontecidas en las gobernaciones de Cartagena y Popayán, desde el tiempo que en ellas entraron españoles hasta el año de 1588.*

---

### DEDICATORIA

A la Majestad del rey don Filipe, nuestro señor.

Católico señor, rey soberano,  
Do celestial virtud se manifiesta,  
Y en cuya potestad hoy tiene puesta  
Dios la tutela del honor cristiano:  
Esta labor que lleva solo grano  
De verdad pura y al examen presta,  
Para prosecucion de lo que resta  
A vuestra Majestad pide la mano.

Porque si mereciere tal defensa  
El gran memorial que redimiendo  
Voy de la tiranía del olvido,

Será la mas insigne recompensa  
Que se me pueda dar é yo pretendo  
Por paga del trabajo recibido.

---

## AL LECTOR.

Lector amigo, claramente veo  
 Salir á luz aqueste monumento  
 Sin aquellos matices y ornamento  
 Que por ventura tienes en deseo.  
 Con solo la verdad lo hermoso,  
 Porque no pide tanto crecimiento  
 De variedades, mas detenimiento  
 Del que suele llevar veloz correo.  
 La peregrinacion es inextinguible,  
 La vida breve, vena mal propicia  
 Para me detener en las jornadas.  
 Y así vamos de paso, porque basta  
 En aqueste compendio dar noticia  
 De las cosas que estaban olvidadas.

## ELOGIOS DE LA OBRA

POR VARIOS INGENIOS.

*Domini MICHAELIS DE ESPEJO, praefecti avararii ecclesiastici  
 Sanctae-fidei, et vice praesulis hujus novi regni.*

AD LECTOREM.

Inodorum quicumque cupis cognoscere terras  
 Immites gentes, proelia, regna, duces;  
 Mores, monstra, feras, et fortia facta virorum,  
 Et varios cultus, quos novus orbis habet:  
 Perlege quae docti decantant musa Joannis  
 De Castellanos carmine perspicuo.

*Del licenciado CRISTÓBAL DE LEON, vecino de Santa-Fe.*

Si pudiera llegar mi flaco vuelo  
 Adonde con el tuyo te abalanzas,  
 Tuvieras, Castellanos, alabanzas  
 Tan altas que subieran hasta el cielo.  
 Supla la falta dellas este celo  
 Que tuvo levantadas esperanzas  
 Cuando pensé con tales confianzas  
 Volar sobre los términos del suelo.  
 Mas ya que mas no puedo, me contento  
 Con hacer de mi parte lo posible,  
 Que es admirarme tu cabal historia,  
 De fabricas eterno monumento  
 En verso terso, dulce y apacible,  
 Digno por cierto de inmortal memoria.

*De FRANCISCO SOLER, vecino de la ciudad de Tunja.*

De tales elegancias se matiza  
 Vuestra suave musa cuando canta,  
 Que á la de los antiguos se adelanta  
 Y por los que son hoy se solemniza.  
 Alléntase la frígida ceniza  
 Que del sepulcro frio se levanta  
 Oyendo vuestra lira, que con tanta  
 Facundia sus hazañas eterniza.  
 Con gran razon, heroico Castellanos,  
 Indiano morador os quiere y ama,  
 Mediterráneos y marinos puertos,  
 Viendo que con labor de vuestras manos  
 Viven los vivos por eterna fama,  
 Y tienen vida hechos de los muertos.

*Del licenciado CIPRIAN DE LA CUEVA.*

El seno mas preñado y generoso  
 De la concha avarisima que cria  
 Los tersos granos que Colonia envia  
 Al último britano, al chino hermoso;  
 Y el objeto mas grato al codicioso  
 De fértil vena, que su aumento fia  
 Del planeta mayor, y al claro dia  
 Hurta el vivo color rojo y fogoso,  
 Por luna menstrua y por su hermano ardiente  
 Se alteran en virtud de oculto genio  
 Faltando á los pronósticos indianos:  
 Tú solo, sin temer nuevo accidente,  
 Coges el fruto eterno de tu ingenio  
 En heroicos poemas, Castellanos.

*De DIEGO DE BUITRAGO, vecino de Tunja.*

Los claros rayos del moderno Apolo  
 Alumbran y esclarecen la memoria  
 De nuestros españoles, con historia  
 Que no contiene fabuloso dolo.  
 Es Juan de Castellanos á quien solo  
 Deben los deste nombre dar la gloria  
 Por hacer él la dellas ser notoria  
 Al morador del uno y otro polo.  
 Y así de le llamar Febo segundo  
 Gran sirazon seria que lo priveu  
 Los que de sus efectos están ciertos:  
 Pues con su luz en este nuevo mundo  
 Los grandes hechos de los vivos viven  
 Y renacen hazañas de los muertos.

*De GABRIEL DE MINAYA.*

Poeta lleno de licor divino,  
 Por influjo del alto firmamento,  
 Para manifestar vuestro talento  
 Tentastes asperisimo camino.  
 Y en el progreso que de vos es dino  
 Adelante pasais del pensamiento  
 Fabricando perpetuo monumento  
 Al español en Indias peregrino.  
 Homero tuvo de los suyos cargo,  
 Virgilio de la lacial arena  
 Y reliquias fugaces de troyanos:  
 Mas en las Indias, un mundo tan largo,  
 ¿Quién puede? Nadie, fuera de la vena  
 Casta del casto y llano Castellanos.

*Soneto del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRANZO.*

Hechos heroicos de cenizas frias,  
 Que en el olvido fueron sepultados,  
 En esta historia están resucitados  
 Con gloria eterna de sus bizarrías:  
 Las batallas, contiendas y porfias,  
 Reinos en nuevo mundo conquistados  
 Por españoles, cuyo triunfo y hados  
 Se vino á celebrar en nuestros días.  
 Levántase el que está mas abscondido,  
 Y toma nuevo espíritu viviente:  
 Que Castellanos con su voz lo llama.  
 Sus nombres sonarán de gente en gente  
 Sin temer las tinieblas del olvido,  
 Siendo este Apolo trompa de su fama.

# ELEGIAS Y ELOGIOS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

## TERCERA PARTE.

### HISTORIA DE CARTAGENA.

#### CANTO PRIMERO.

Dejad de descansar, pluma cansada,  
Que no cumple dormir tanto la siesta;  
Pues si pensais dar fin á la jornada,  
Gran peregrinacion es la que resta;  
Añadid á la tela comenzada  
Aquella ciudad sobre mar puesta  
Y aquel emporio cuyo nombre suena,  
Por la bondad del puerto, Cartagena.

Destá y de Popayán, si tengo día,  
Propongo de tejer parte tercera.  
Intemerata Madre, Virgen pia,  
Linterna de la lumbre verdadera,  
Bien conozco ser flaca mi Talia  
Para poder pasar esta carrera;  
Mas con vuestro favor, escelsa Musa,  
No se me hará larga ni confusa.

Dicen en mas de diez grados ser esta  
Costa, los que regulan el altura;  
La gente natural es bien dispuesta,  
Y pura desnudez su vestidura;  
La mano para guerra siempre presta,  
Las mujeres de grande hermosura,  
Y el arma de quel indio se aprovecha  
Es de mortal y venenosa flecha.

A los principios hubo gran tesoro  
Que por el natural se poseia,  
Porque todos traian joyas de oro,  
Aunque la tierra destos no lo cria;  
Mas resgatabanlo para decoro  
Y aumento de su mucha gallardia  
De lugares que son poco distantes  
De auríferos veneros abundantes.

Destá riqueza la comun eudicia  
Que los humanos pechos affigia,  
Habia dado ya cierta noticia  
A quien en la Española residia;  
Y la gente de allí, menos novicia,  
Estos puertos y playas recorria,  
Como fueron Ojeda y el Bastidas,  
Personas de quien ya contó sus vidas.

Y aun antes no se daba poca priesa  
En saltar por mar aquella tierra  
El gobernador Diego de Nicuesa  
Con otro capitán dicho Luis Guerra,  
Que no cumplieron bien con su promesa,  
Porque fuerza de indios los destierra,  
Y allí vino también Juan de la Cosa,  
Sin la hacer que fuese provechosa.

Pero poco después desta tragedia,  
Quando de Santa Marta fué teniente,  
Acudió por allí Pedro de Heredia  
Con razonable número de gente,  
Cuya necesidad grande remedia  
Con despojos del bárbaro valiente,  
Y la riqueza de la tierra vista  
Deseaba pedir esta conquista.

Fué de Madrid hidalgo conocido,  
De noble parentela descendiente,  
Hombre tan animoso y atrevido,  
Que jamás se halló volver la frente  
A peligrosos trances do se vido,  
Saliendo dellos honorosamente;  
Mas rodeándolo seis hombres buenos,  
Escapó dellos las narices menos.

Médicos de Madrid ó de Toledo,  
O de mas largas y prolijas vias,  
Narices le sacaron del molledo  
Porque las otras se hallaron frias;  
Y sin se menear estuvo quedo  
Por mas espacio de sesenta días,  
Hasta que carnes de diversas partes  
Pudieron adunar médicas artes.

A mi se me hacia cosa dura  
Creello; pero con estas sospechas  
Hablándole, miraba la juntura,  
Y al fin me parecian contrahechas  
Segun manifestaba su hechura  
Por ser amoratadas y mal hechas:  
Certificábanlo muchos antiguos  
Que todos ellos fueron mis amigos.

Después desta pasion, en tiempos varios  
Como se viesse ya con miembros sanos  
Teniendo los avisos necesarios  
Que suelen tener hombres homicianos,  
Mató de seis los tres de sus contrarios  
Por no poder haber mas á las manos;  
Fué también hombre de armas en fronteras,  
Y no fueron sus lanzas las postreras.

Pero por declinar furor insano  
Que de sus agraviados se movia,  
A las Indias pasó con un hermano,  
Y este Alonso de Heredia se decia,  
Varon sagaz, en días mas anciano,  
Y no menos en cuerda valentia;  
En la Española fué primer escala,  
Y el Alonso después fué á Goatemala.

Quedó Pedro de Heredia donde digo  
Con mediano recurso de substancia,  
Por haber heredado de un amigo  
Un ingenio de azúcar y un estancia;  
Mas deseoso de hallar abrigo  
Donde fuese crecida la ganancia,  
A Santa Marta fué como caudillo,  
Y teniente de Pedro de Vadillo.

Ido Vadillo ya para Castilla  
Sin dar de sus delictos residencia,  
Pedro de Heredia gobernó la villa,  
Usando como siempre su tenencia,  
Y capitaneaba la cuadrilla  
Con viva y admirable diligencia,  
Hasta que Lerma vino con el mando,  
A quien dió sus descargos en llegando.

Por no faltar quien diese dél quarella;  
Pero como no fué de casos feos,  
Honoríficamente salió della;  
Y como de rescates y rancheos  
Tenia recogida buena pella,  
En ir á España puso sus deseos  
Para pedir al rey el señorío  
De las otras riberas del gran río.

Efectuóse luego su viaje  
Con mediano caudal, y en salvamento  
A su mujer y hijos y linaje  
E á sus amigos dió contentamiento,  
Como le vieron en ilustre traje,  
Y con tan levantado pensamiento.  
Habló al emperador como debía,  
Dando razon de lo que pretendia.

Presentó luego las informaciones  
De sus servicios llenas de testigos,  
Mas no faltaron malas intenciones  
Y envidias de los émulos antiguos,  
Que contrastaban estas pretensiones  
Segun suelen mortales enemigos;  
Pero los del consejo sin embargo  
Destá gobernacion le dieron cargo:

Representándole las cosas varias  
Que sucedieron en aquella tierra  
Desde que le mataron á Pedrarias  
Trescientos con el capitán Becerra,  
Con amonestaciones necesarias,  
Mas para santa paz que para guerra,  
Y que cumplan para su demanda  
Grandes avisos y la mano blanda.

Heredia tuvo cumplimiento lleno  
De cortesanos agradecimientos,  
Diciéndoles también que de aquel seno  
Eran antiguos sus conocimientos,  
Y pensaba traerlos á lo bueno  
Con amistad y buenos tractamientos,  
Usando de los términos cristianos  
Primero que viniesen á las manos.

El despacho se dió que pretendia  
De la gobernacion de Cartagena,  
Y el término de tierra se estendia  
Desde el gran río de la Magdalena  
Hasta el de Darién y su bahía,  
Y por la tierra adentro fué muy llena,  
Con las fuerzas y vínculos bastantes  
Que se dan en negocios semejantes.

Puesto debajo la real tutela,  
Luego se despachó para Sevilla,  
Adonde para ver tierra novela  
Se le convidó gente no sencilla;  
Compróse galeon y carabela,  
Estancos de costados y de quilla,  
Y una fusta mandó hacer aposta  
Para poder correr aquella costa.

Cargó mucha harina, mucho vino,  
Armas, machetes, bachas y alpargates,  
Y para contractar con el vecino  
Diferentes maneras de rescates,  
Con todo lo demás que le convino,  
Hasta que á la moneda dió remates;  
Y de la gente que se le llegaba  
Escogió la que vido que bastaba.

Y en general á todos les avisa  
En ropas ricas no hacer empleo,  
Pues en entradas sobre la camisa  
Podrían comportar otra de anejo,  
Y no ropa de paño ni de frisa,  
Por ser para calores mal arreo,  
Ni curasen de plumas ni de cueros,  
Pues no los respetaban aguaceros.

Y así cada cual dellos se pertrecha  
Del atavío que les representa  
Que para las entradas aprovecha  
Sin que de galas se hiciese cuenta;  
Y los soldados ya la lista hecha  
Fueron por todos tres veces cincuenta,  
Varones singulares, de los cuales  
Nombraremos algunos principales.

Urriaga, que fué guipuzcoano,  
Y un Sebastián de Risa, vizcaino,  
Hector de Barras, hombre lusitano,  
Con dos valientes hijos y un sobrino;  
Y Pedro del Alcázar, sevillano,  
Y el leal Juan Alonso Palomino,  
Después, en un rebelde desconcierto,  
Por Francisco Fernandez Giron muerto.

Y Sebastián de Heredia su pariente,  
Los Albadanes, dos hermanos nobles,  
Con los cuales vinieron juntamente  
Aquellos dos hermanos dichos Robles,  
Que sin temor de Dios ni rey potente  
En el Pirú tuvieron tractos dobles;  
Vino Pedro Martinez de Agramonte,  
También el capitán Alonso Monte.

Y Gonzalo Fernandez, cuyo marte  
Fué de las guerras todas buen testigo,  
Y así destos discursos me dió parte  
Como quien me tenía por amigo;  
Los cuales por escrito los reparte  
De la misma manera que los digo;  
Y es tanta su bondad, que me asegura  
Ser todo lo que dice verdad pura.

Y el fuerte capitán Nuño de Castro,  
Cuya noble progenie fué notoria,  
El cual dejó de su valor tal rastro  
Que allí será perpetua su memoria;  
Padre de peregrinos, no padrastra,  
Y así goza de Dios y de su gloria,  
Pues sus limosnas y misericordia  
Lejos iban del reino de discordia.

Era de Burgos raro cortesano,  
A guerrero rigor la mano presta,  
Y al tiempo que yo fui misacitano  
En su casa se celebró la fiesta,  
En amistad me fué padre y hermano,  
Y así diré después lo que me resta;  
Pero según su gran bondad obliga  
Poco será por mucho que se diga.

Siendo pues yo soldado peregrino,  
Allí me dieron amigable mano  
Y recibí las órdenes, indino  
De subir á lugar tan soberano;  
Y en mi primera misa fué padrino  
El dean don Juan Perez Materano,  
Venerable persona, docto, santo,  
Y Jusquin en teórica de canto.

Y el canónigo Campos, que hoy nos dura,  
Entonces provisor en aquel clero,  
Por mas honrarme me nombró por cura,  
Después su Majestad por tesorero;  
Mas porque para lo que se procura  
Este digreso es algo rastro,  
Quiero volver á nuestros navegantes  
Y al mismo punto do quedamos antes.

Vino también Saavedra, tesorero,  
Y Juan Velazquez, que veedor era,  
Con otros cuyos nombres no refiero  
Por no nombrar á toda la bandera;  
Mas en prosecucion de lo que quiero,  
A su tiempo daré razon entera  
Cuando lo demandare la escritura  
Y vinieren á buena coyuntura.

Estando todo pues aderezado  
Para hacer viajes tan remotos,  
Entraron en el puerto deseado  
Todos ellos concritos y devotos,  
Siendo Ginés Pinzon, hombre cursado,  
Y Juan Gomez Cerezo los pilotos;  
Y así dieron las velas á los vientos  
Año de treinta y dos y tres quinientos.

Pasan por las Canarias, ven el pico  
De Teida que domina los celajes;  
Corta las ondas náutico hocico;  
Continuando próspero viajes,  
Llegaron á San Juan de Puerto-Rico,  
Contentos marineros y los pajes  
Por no ver en marinos movimientos  
Rigores que les den desabrimientos.

Compran guayaba, plátano, batata,  
Y ven gente que traen á su voto,  
Perdidos de jornada menos grata,  
Que los traía Sebastián Gaboto  
A conquistar el río de la Plata,  
Y se volvió con miedo de ser roto;  
Estaban pues allí con intenciones  
De no perder honrosas ocasiones.

Destos que procuraban su provecho,  
Fué Francisco de César excelente  
Y César en el nombre y en el hecho,  
A quien Heredia hizo su teniente  
Y lo tractó con amigable pecho  
Por sus extremos grandes de valiente;  
Porque el gobernador los tuvo tales,  
Y siempre se preció de sus iguales.

Siguieron estas mismas opiniones,  
Por estar de fortuna mal opresos,  
Dos hermanos llamados Hogazones,  
Y dos que se decían Valdiviosos;  
Y no señalo los demás varones  
A causa de abreviar estos procesos:  
Basta decir que fueron casi treinta  
Hombres de bien para cualquier afrenta.

Con esta gente, que tenia bríos  
 Bastantes para bélicas contiendas,  
 Deste puerto mandó hacer desvíos  
 Levando cables y encorvadas riendas;  
 En la Española surgen los navios  
 Y en Azica do tenia sus haciendas:  
 Allí desembarcó toda la gente  
 Y dió mantenimiento competente.

Luego determinó por su presencia,  
 Dejándolos á todos proveídos,  
 De ver á los señores del audiencia  
 Y á los demás amigos conocidos;  
 Recibióronlo con benevolencia,  
 Y allí halló también de los perdidos  
 De don Diego de Ordás y de Sedeño,  
 Los cuales deseaban hallar dueño.

Porque como tuviesen ya noticia  
 De su valor y gran entendimiento,  
 Y la jornada fuese de cudicia,  
 Segun en otras partes represento,  
 Cada cual lo regala y acaricia,  
 Y él tuvo generoso cumplimiento;  
 Y así recogió copia de soldados  
 Viejos y en los trabajos mas usados.

Y fueron los mas dignos de memoria,  
 Diestros en semejantes menesteres,  
 Un Gonzalo Geron, Juan de Villoria,  
 Martiniañez, Tafur, Sebastián Perez,  
 El bachiller ó licenciado Soria,  
 Montemayor, que fué después alférez,  
 Pinos, Alonso Lopez el de Ayala,  
 Y Bautista Cimbron, que les iguala:

Bartolomé de Porras, Villafaña,  
 Rivadeneira, Diego Maldonado,  
 Fué Francisco Cortés desta campaña,  
 Julian de Villegas, Alvarado,  
 Y Juan de Peñalver, que tuvo maña  
 Con ánimo y valor de buen soldado,  
 El capitán Hurones, Juan de Urista;  
 Con otros que no van en esta lista.

Serian pocos menos de cincuenta,  
 Hechos á hambres, frios y calores,  
 De quien Heredia hizo mucha cuenta  
 Por ser antiguos y conquistadores;  
 Y así por no perder tiempo ni renta  
 Luego se despidió de los odores,  
 Fletando carabelas do llevarlos  
 Y número bastante de caballos.

Esta guerrera gente recogida  
 Con los demás pertrechos que llevaban,  
 Efectuóse luego la partida  
 A Azica do los otros esperaban,  
 Donde se proveyó de mas comida,  
 De la que sus estancias abundaban,  
 Y allí tuvieron en aquel asiento  
 La fiesta del divino Nacimiento.

Año de treinta y tres era llegado  
 Del parto de la Virgen soberana,  
 Cuando para viaje deseado  
 Al manso viento dieron la mesana,  
 Por no lo ser entonces destemplado,  
 Antes hallaron siempre la mar llana;  
 Y á trece días ya del mes de enero  
 Vieron á Calamar, pueblo frontero.

Al cual llaman agora Cartagena,  
 Y tal nombre le dieron al instante  
 Los que surgieron en aquel arena,  
 Por tener apariencia semejante  
 A la que de tormentas es ajena  
 En las aguas que dicen de Levante;  
 Mas este espacio es, segun mi seso,  
 Península de mar ó Quersoneso.

Es asiento que corre leste oeste,  
 Y cuasi norte sur la travesía;  
 De los confines puertos es aqueste  
 El que menos enfermedades cria;  
 De raras disenterias es la peste,  
 Pero de las demás tierra sanía,  
 Y al novicio que viene mal dispuesto  
 O le da sanidad ó mata presto.

Al oriente le cae por frontera  
 Un promontorio, no de gran altura,  
 Que comunmente llaman la Galera  
 Por la similitud de su hecubra;  
 Al poniente del puerto, no muy fuera,  
 La isla de Carex le da clausura;  
 Y á causa deste natural concierto  
 Por dos canales entran en el puerto.

La latitud de mar á mar es breve  
 De quien el istmos dicho va cercado;  
 A la parte del sur el mar alve  
 Ancon hace quieto y abrigado;  
 En la ciudad el agua que se bebe  
 Es gruesa, de sabor algo salado,  
 De jaqueyes que tienen estas gentes,  
 Que son manantiales no corrientes.

Mas donde de regalos hay ventajas  
 Y desean beber el vaso lleno,  
 El agua tienen muchos en tñajas  
 Donde gozan de sol y de sereno,  
 Cerradas porque no les caigan pajas  
 O (de los muchos) animal obsceno;  
 Y de mañana sacan agua fria  
 La que pueden beber en aquel dia.

No faltan calurosas pesadumbres,  
 Y cuasi siempre suda la mejilla;  
 Hay buertas hoy pobladas de legumbres  
 Nativas y traídas de Castilla;  
 Mas estas allí mudan sus costumbres,  
 Pues no producen granos de semilla,  
 Y así siempre les va de tierra extraña,  
 Deste reino mas breve que de España.

Hay pepinos, cohombres y melones,  
 Copia de calabazas, berenjenas;  
 Hay naranjas y limas y limones,  
 De que casas y buertas están llenas;  
 Hay uvas, á sus tiempos y sazones,  
 De parras que se dan allí muy buenas;  
 Hay de la tierra frutas diferentes,  
 Gustosas, olorosas y escelentes.

Hay caimitos, guanábanas, anones  
 En árboles mayores que manzanos;  
 Hay olorosos hobos que en faiciones  
 Y pareceres son mirabolanos;  
 Hay guayabas, papayas y mamones,  
 Piñas que hinchen bien entrambas manos,  
 Con olor mas suave que de nardos,  
 Y el nacimiento dellas es en cardos.

Hay plátanos que es fruta cudiciosa;  
 A manera de árbol es su planta,  
 Mas no lo es aquella muy umbrosa  
 Y estéril de quien vieja musa canta,  
 Pues á la fruta destes deliciosas  
 Musa le llaman en la tierra santa,  
 Y no sé por qué via ó qué hombre  
 Acá de plátano le puso nombre.

*(Aquí faltan una ó dos hojas del original.)*

Y en una jaula destas en mis dias,  
 En cierto pueblo de doña Costanza  
 De Heredia, su criado Pero Diaz  
 En seis ó mas ensangrentó la lanza,  
 No sin ayuda de las compañías  
 A quien mas competia la venganza,  
 Pues en sabiendo ser presa la fiera  
 Luego se convocaba la frontera

Cosa digna de ver es la postura  
 Y el rostro fiero con que se menea  
 Viéndose rodeado de clausura,  
 Y fuera gente que lo garrochea:  
 Tienta los gruesos paños, y procura  
 Rompellos por salir á la pelea;  
 Mas como bajo y alto halla fuerte  
 Con lanza ó arcabuz padece muerta

Yo vi los cueros, y uno dellos era  
Tal que lo tanteaba con espanto,  
Pues (según lo común en esta tierra)  
Tenia lo que todos, y otro tanto,  
Menos lugar cubrió bima ternera  
Bien estendido su veloso manto;  
Y este, considerados sus tamaños,  
Era como novillo de tres años.

Es la tierra por partes salebrosa,  
Y poca que se pueda decir llana,  
Y por la mayor parte montuosa,  
Aunque como dijimos tierra sana,  
Por ser siempre mas seca que lluviosa;  
Para ganados hay poca zavana:  
Ciertos hatos hay hoy de lo vacuno,  
Pero de los demás cuasi ninguno.

Muchas gallinas hay de gentil casta;  
Y como por allí ceban con grano,  
Carne de puercos es la que se gasta,  
Y tiénese por alimento sano;  
Mas esta, ni de fuera no les basta,  
Por ser mucho gentío castellano;  
Perdices también hay en la montaña  
En grandeza mayores que de España.

Son poco diferentes en la traza  
Y no menos gustosos sus bocados;  
Hay conejos, cories y otra caza,  
Pero muy poca la de los venados,  
Pues como dicho tengo se embaraza  
La tierra con los montes apretados;  
Aves diversas la marina cria,  
Y en sus ancones mucha pesquería.

Ya dije desnudez ser el arreo  
Así de hembras como de varones,  
Y para remediar el traje feo  
Podrían tener copia de algodones;  
Mas ya se cubren todos con anejo  
De justas camisetas y calzones,  
Y las hembras por campos y por villas  
También usan camisas y faldillas.

Esta costumbre tienen desde cuando  
El doctor Melchior Perez de Artiaga  
Como censor andaba visitando  
Las villas y lugares desta plaga;  
Y así la gente dellas por su mando  
Cubrió su desnudez según la paga,  
Porque varon y hembra se vestía  
Por orden del posible que tenía.

Pero dejemos estos atavíos  
Como cosa que tiene su concierto,  
Y agora no tractemos de los ríos  
Ni de lugar poblado ni desierto;  
Pues es justo volver á los navíos  
Que ya dejamos surtos en el puerto,  
Los cuales vistos por la gente fiera  
Apellidaron toda la frontera.

Y aquella noche, puestos en paradas  
En partes encubiertas y secretas  
Haciendo grandes fuegos y abumadas,  
Sonaba gran estruendo de cornetas,  
Y por la playa van gentes armadas  
Que no quieren á sueño ser subyetas,  
Porque de los recuentros atrasados  
Estaban temerosos y avisados.

Fueron tantos los fuegos y faroles  
Que el indio hizo para su seguro,  
Ya por la playa, ya por los peñoles  
Del promontorio con intento duro,  
Que no pudieron nuestros españoles  
Saltar en la ribera con obscuro;  
Y así determinaron que saltasen  
Cuando solares rayos alumbrasen.

Y cuando ya venía descubriendo  
Apolo su dorada cabellera,  
Los nocturnos vapores esparciendo  
Y nublitos que cubrían la ribera,  
Por inquietas ondas estendiendo  
Lumbre que por la cumbre reverbera,  
Marineros, maestros, coroneles,  
Ponen á punto barcos y bateles.

Cargan en ellos todos los pertrechos  
Que son del uso del cristiano bando,  
Adargas y rodelas en los pechos,  
Los caballos asidos y nadando,  
A la frontera playa van derechos  
Do bárbaros estaban esperando;  
Mas como de los tiros hay estruendo,  
A Calamar se iban retrayendo.

No viendo ya peligros manifiestos,  
Sacan á tierra gentes y caballos,  
Y como tienen atrezos prestos,  
Brevemente pudieron ensillarlos;  
De necesarias armas son compuestos  
Aquellos que sabian meneallos,  
Colchadas de tupidos algodones  
Y coracinas todos los peones.

Las láminas de cuernos serrados  
Que con fuego trajeron á blandura,  
Al modo de corazas enlazados  
Que puestos imitaban su hechura;  
Mas fueron tan molestos y pesados  
Que el sufrimiento fué de poca dura:  
Ovieron estos cuernos en los hatos  
De la Española, por valer baratos.

Mas á los que los llevan por tutela  
El peso de tal suerte les embarga,  
Que quien mas de la flecha se recela  
Tuvo por bueno de dejar la carga;  
Armándose de sola la rodela  
Aunque no fuese la carrera larga:  
Que la fatiga del calor inmensa  
No consintió llevar otra defensa.

Recoge pues Heredia sus soldados  
Formando concertados escuadrones;  
Los caballos delante bien armados,  
A las espaldas dellos los peones,  
Y á pasos lentos porque descansados  
Entrasen en guerreras confusiones,  
Fueron al pueblo do mas gente suena,  
Que es Calamar y agora Cartagena.

Los indios, conociendo su venida,  
Las mujeres y hijos echan fuera,  
Y luego como vieron estendida  
Cercana de las casas la bandera,  
También ellos se ponen en huida  
Que ningun morador destes espera,  
Salvo Corinche, bárbaro ya cauto,  
Que no pudo huir de muy anciano.

Una india, llamada Catalina,  
Desde Santo Domingo se traía,  
Y era de Zamba, pueblo que confina  
Con los que viven en esta bahía;  
En lengua castellana muy ladina,  
Y que la destas gentes entendía;  
La cual desde esta costa llevó presa,  
Siendo muchacha, Diego de Nicuesa.

Con esta le hablaron al cautivo  
Las cosas que les eran convinientes,  
Y fué lo principal que su motivo  
Era hacellos deudos y parientes,  
Y siempre con amor caritativo  
Enseñalles costumbres excelentes,  
Abriéndoles con ellas un camino  
Cuyo fin goza de favor divino.

Y pues él sabe cuál es mas abierto  
Para Zamba, con toda diligencia  
Procure de mostralles uno cierto  
Si no quiere que pierdan la paciencia;  
Pues tienen de hacer en aquel puerto  
Para siempre jamás su permanencia,  
Y que por bien ó mal, o paz ó guerra,  
No tienen de dejar aquella tierra.

Corinche, percebidas las razones,  
Luego les respondió que le placía,  
Pero no con sinceras intenciones,  
Según que vieron el siguiente día;  
Pues fué guiando por las poblaciones  
Donde la mayor fuerza residía,  
La tierra adentro acia Turuaco,  
Que deste compás fué lo menos floco.

Sabiendo bien que por aquella frente  
Mataron en los años atrasados  
Al justador Pedrarias mucha gente,  
Siendo todos magnánimos soldados,  
Y al capitán Becerra juntamente,  
De quien eran no mal acaudillados;  
Y así pensó que los recién venidos  
Fueran desta manera consumidos.

Llegado pues el nubló tenebroso,  
En Calamar la gente castellana  
Puso sus velas y tomó reposo  
Hasta tanto que vino la mañana.  
Dijoles misa cierto religioso,  
Que llamaban el padre Mariana,  
Y dados á los cuerpos alimentos  
Prosiguen adelante sus intentos.

Dejando los navíos á recaído  
Y en ellos gente bien apercebida,  
El caballero y el peon armado,  
Pusieron en efecto la partida;  
Corinche, de peones rodeado,  
Guiando por la vía referida  
A Turuaco, mas llegando junto  
Guerreros escuadrones ven á punto.

Opónense catervas de salvajes;  
Levántase la grita y alaridos,  
Larga y espesa selva de plumajes,  
Voces que se confunden los oídos;  
Resuenan sagitíferos carcajes,  
Los golpes de los arcos y crujidos;  
Ronpe los aires indica corneta,  
Y acá cualquier caballo se inquieta.

Dan muestra las orejas que se espanta  
De ver y oír salvajes inhumanos;  
Sobre los piés traseros se levanta,  
Ningun sosiego tiene con las manos,  
Y tanto mas se azora y se quebranta  
Cuanto los indios via mas cercanos,  
Hasta tanto que ya nuestro jinete  
Hiere de las espuelas y arremete.

Pelea cada cual donde se halla,  
Sin poder acudir adonde quiso,  
Porque la ferocísima canalla  
Se vido cuasi cuasi de improviso:  
Cobra valor y fuerza la batalla,  
Andan entrambas partes con aviso,  
La tierra cubren venenosos tiros  
Y golpes causadores de suspiros.

Bien como cuando de los altos senos  
Viene ventosa nube descargando  
Granizo con relámpagos y truenos,  
Las sendas y caminos ocupando,  
Pues los altos y bajos quedan llenos  
Y el circunstante suelo blanqueando,  
Poniendo las borrascas semejantes  
Impedimentos á los caminantes:

No con menos horror suenan los puertos  
En aquestos conflictos presurosos,  
Los lugares que huellan ya cubiertos  
De piedras y de tiros venenosos,  
Andan por cima de los hombres muertos,  
Destiérnanse descansos y reposos:  
Quien mas pelea y el que mas trabaja  
No conoce victoria ni ventaja.

El gobernador va por la pelea  
Como bravo leon en el semblante:  
Atropella, derriba y alancea  
A cuantos se le ponen por delante;  
Con singular destreza se menea  
Al fervoroso Turno semejante,  
Y tanto prosiguió pasos perplejos,  
Que de los suyos se halló muy lejos.

Los indios que lo ven en el conflicto  
Solo, sin que con él alguno sea,  
Formaron un espeso circuito  
Caudillos de la bárbara ralea,  
Con número de indios infinito  
Que de una parte y otra le rodea;  
Y fué tan numerosa la pujanza  
Que pudieron asille de la lanza.

Viendo su lanza ser embarazada  
Del escuadron feroz que la pretende,  
Valióse de los filos del espada  
Con la cual desta furia se defiende;  
Lastima con sangrienta cuchillada,  
Corta molledos, y cabezas hiende;  
Miran acaso, ven las confusiones,  
Acuden caballeros y peones.

Llegaron á tan buena coyuntura,  
Repartidos por una y otra parte,  
Que se pudo librar de la presura  
Donde ya lo traian de mal arte,  
No sin estrago de la gente dura  
Que hizo con el fino bracamarte;  
Pero salió del dicho detrimento  
Cubierto de sudor y sin aliento.

Porque entonces el sol con su cuadriga  
El hemisferio por igual demedia,  
El aire falta quel calor mitiga,  
Ningun soplo de viento lo remedia;  
Aumentan demás desto la fatiga  
Las armas de algodón al buen Heredia;  
Y así con ansiosas turbaciones  
Pide que le relajen los botones.

Acuden españoles que hay en torno,  
Para hacer aquello que pedia:  
Mitigase la furia del hocorno,  
Porque también le dieron agua fria;  
Mas si el lugar ardia como horno,  
Mucho mas la batalla se encendia;  
Y así sin esperar el aire frío  
A ella revolvió con mayor brío.

El Francisco de César acompaña,  
Montes y Juan Alonso Palomino,  
Juan de Villoria, Pinos, Villafaña:  
Que en este riguroso torbellino  
Todos se daban admirable maña  
Y hacian bien ancho su camino;  
Mas bien han menester que les ayuden,  
Pues cuantos mas derriban mas acuden.

Con su valor Heredia los provoca,  
Y el valeroso César muchos hiere:  
Es su caballo muy duro de boca,  
Y no puede mandallo como quiere:  
Mas se desmanda cuanto mas le toca  
La flecha, sin que los demás espere;  
Pero por donde quiera que lo lleve  
El caballero hace lo que debe.

En este tiempo los arcabuceros  
En los indios hacian gran estrago,  
Por tener tan espesos los terrores  
Que ningunas pelotas dan en vago;  
Los indios no se hallan tan enteros  
Como los que decian ¡Santiago!  
Y así se meten por las espesuras  
O partes que les eran mas seguras.

El buen gobernador incontinente  
Mandó que se recojan los soldados  
Que pelearon valerosamente,  
Aunque, como ya dije, derramados;  
Recorre las escuadras de su gente,  
Halló los treinta dellos maltractados,  
A los cuales él hizo curar luego,  
Y la principal cura fué con fuego.

Estos con buena guarda de caudillos  
Encaminaron al marino puerto;  
Danles á beber agua de membrillos,  
Y sanaron mediante buen concierto,  
Aunque quedaron flacos y amarillos,  
Y Juan del Junco Montañés fué muerto;  
Pero de los caballos que hirieron  
Cuatro de los mejores perecieron.

Y el de César, con ser el que tenia  
La carne mas que todos lastimada,  
Escapó del gran riesgo que corría,  
Y le sirvió muy bien en la jornada;  
Y es porque le lavaba cada día  
Las heridas con el agua salada;  
Mas túvose por grande maravilla  
Salir el amo bien de la rencilla.

Pues cuando fuga el caballo hizo,  
El freno remordiendo con los dientes,  
Descargaban en él como granizo  
Las mortíferas flechas destas gentes,  
Y tantas como puntas un erizo  
De las colchadas armas van pendientes;  
Las muy metidas fueron veinte y una,  
Mas á las carnes le llegó ninguna.

La causa fué de no herille tanta  
Flecha las buenas armas de algodones,  
Debajo dellas una cuera de anta  
A donde reparaban los harpones,  
O por mejor decir ayuda santa  
Y algunas religiosas devociones;  
Pues no matallo los que vieron esto  
Decían ser milagro manifiesto.

Dejando pues aquel espacio vago  
Los indios á los fuertes vencedores,  
Entraron la ciudad de Turüaco  
Sin se hallar en ella moradores;  
Pero tuvieron razonable saco  
No sin gana de ver otros mejores,  
Porque lo substancial de sus haberes  
Habían abscondido las mujeres.

Visto pues que la gente se desmanda  
Mas de lo que cumplía salir fuera,  
Con penas de rigor Heredia manda  
Que todos se recojan á bandera,  
Como quien conocía no ser blanda  
La gente natural desta frontera;  
Y así huyendo del inconveniente,  
A los soldados dijo lo siguiente:

» Esta gente yo sé no ser cobarde,  
Antes falta de todo sufrimiento,  
Y tienen de buscarnos esta tarde  
Con intención de darnos otro tieno;  
Y aquí no nos conviene que se aguarde  
Sino que les dejemos el asiento,  
Y en tal lugar debemos esperallos  
Que puedan revolverse los caballos.

» Páreceme ser, como lo pedimos,  
Aquel llano poblado de labranzas;  
Ellos han de pensar que les hūimos,  
Y allí se han de temprar sus destemplanzas  
Porque podremos bien, según decimos,  
Menear los caballos y las lanzas. »  
Esto dicho, sacó la compañía  
Ocupando la parte que decía.

Y mandóles estar apercebidos,  
A punto las espadas y rodela,  
En partes diferentes repartidos  
Y el caballero presta las espuelas:  
Ansímismo por árboles subidos  
Soldados que hacían centinelas,  
Porque si descubriesen escuadrones  
Diesen aviso y arma con pregones.

Presto se vido ser consejo sano  
Para salir mejor de los conflictos;  
Pues apenas llegaban á lo llano,  
Cuando vieron plumajes infinitos  
Que descendían con potente mano,  
Dando terribles y espantables gritos,  
Temeroso rüido de cornetas,  
Y abundancia de dardos y saetas.

Vistos por el Heredia, dijo luego:  
« Señores, si ganais esta victoria,  
Con ella granjeais vuestro sosiego,  
Y vuestra gran virtud será notoria;  
Y pues sois españoles, solo ruego  
Que de vuestro valor tengais memoria,  
Que si ponemos esto por delante  
Ningun rigor habrá que nos espante.

» Gran nube viene, y el turbion es grande  
A causa de llover sobre mojado;  
Mas aquí le haremos que se ablande  
Quien de dureza viene mas armado,  
Como ningun soldado se desmante  
Del orden que tenemos concertado,  
Con el cual, en oyendo nuestra trompa,  
Abra los ojos, y contrarios rompa. »

Dijo su parecer, y los soldados  
Las condiciones puestas obedecen,  
Los mas modernos dellos admirados  
De ver los escuadrones que parecen  
Con diademas de oro coronados,  
Que de rayos heridos resplandecen;  
Y con betumen negro ó colorado  
Viene cada cual dellos embijado.

En esto ya llegaban á la plaza,  
No con menos furor que bestias fieras  
Dando lijeros saltos tras la caza  
Y abalanzándose por las laderas:  
El arco corvo se desembaraza;  
Suenan engañadoras silbaderas;  
Mas desque ya los vieron en los llanos  
Al encuentro salieron los cristianos.

El buen gobernador iba delante  
Dando de su valor patente muestra,  
Recambiando la lanza penetrante,  
Vez á la diestra, vez á la siniestra;  
Corría rojo rio y abundante  
De los que clava su potente diestra;  
Brama la tierra con mortal gemido,  
Y aumentase la grita y alarido.

César iba haciendo maravillas  
Dignas de su valor y de su nombre,  
Rompiéndoles costados y ternillas,  
Con brio que parece mas que hombre;  
Acuden las católicas cuadrillas,  
Procura cada cual ganar renombre,  
Cubre los campos ciega polvareda  
De la batida y rehollada greda.

Confúndese la junta de salvajes;  
Crecían los horrisonos bullicios,  
Acrecentando furias y corajes  
Con los sanguinolentos ejercicios;  
Cubriase la tierra con plumajes  
Caidos de los vivos edificios;  
Huellan unos y otros litigantes  
Por encima de miembros palpitantes.

Bien como los que van rompiendo breña  
Espesa con agudos segurones,  
Para cosas que siempre les enseña  
Necesidad maestra de invenciones,  
Ocupando la tierra con la leña,  
Trozos de palos, ramas y troncones,  
Quedando de los árboles tal rima  
Que no pueden andar sino por cima:

Esta manera son los embarazos  
Que ponen á los vivos los caídos,  
Con piernas y con piés, manos y brazos  
Que por aquel lugar están tendidos:  
Cabezas repartidas en pedazos,  
Y sesos derramados y esparcidos,  
Con los demás beligeros pertrechos  
Con que se mueven semejantes hechos.

Incitan á la bárbara bandera  
Las noctigenas hijas de Aqueronte;  
Mas ella de victoria desespera,  
Buscando los latibulos del monte;  
Y así cuando su roja cabellera  
El sol metía tras del horizonte,  
Los indios que quedaban con la vida  
Sin orden se pusieron en huida.

Viéndose la victoria ya patente,  
Y para mas honor mayor indicio,  
A Dios dió cada cual devotamente  
Gracias por tan inmenso beneficio;  
Pues con el vencimiento desta gente  
Vernían los demás á su servicio,  
Y así el gobernador con grato gesto,  
Recogida la gente, dijo esto:

« Cierto, señores míos, yo no siento,  
Si buenos hechos piden alabanza,  
Quién pueda dar con ella henchimiento  
A los que vemos hoy de vuestra lanza  
En este milagroso vencimiento  
Contra dudosa y aspera pujanza;  
Cuya hūida vino tan á pelo  
Que bien pareció ser obra del cielo.

»A Dios demos las gracias y la gloria,  
Y el rey del galardón tengo cuidado,  
Porque de Dios nos vino la victoria,  
Y aquí venimos por real mandado,  
En cuyo nombre yo terné memoria  
Que sea cada cual galardonado  
Con aquel miramiento que conviene,  
Después de ver lo que la tierra tiene.

»Vencimos el contrario mas soberbio  
Que solia tener esta frontera;  
Vencimos y cortamos aquel nervio  
Que á los demás servia de barrera;  
De manera que todo queda puerio  
Para poder pasar por donde quiera,  
Pues los temores destos rompimientos  
Son durísimos frenos y escarmientos.

»Y pues se llegan ya nublados oscuros,  
Vamos á Turbaco, cenaremos,  
Que puesto que durmamos intramuros,  
Ningun impedimento hallaremos,  
Antes nos hace su temor seguros  
Para que del trabajo descansemos,  
Mayormente teniendo velas puestas,  
Rondas y centinelas por las cuestras.»

A questo dicho, fueron al asiento  
Sin que hallasen bárbaro contrario,  
Y con el recatado miramiento  
Que no tiene juicio temerario  
Dan á los cuerpos el mantenimiento  
Que fué segun su hambre necesario;  
Y como suelen los que se recelan,  
Los unos duermen y los otros velan.

Mas cuando descubrió su roja frente  
Apolo con el raptó movimiento,  
El sabio capitán y diligente  
De principales hizo llamamiento  
Para manifestalles lo que siente  
Y conocer ajeno sentimiento  
Cerca del parecer que mejor era,  
El cual lo consultó desta manera:

«Señores, si el camino comenzado  
Puede por tiempo dar algun reposo,  
Paréceme que ya tenéis andado  
No menos que lo mas dificultoso;  
Pues que, bendito Dios, va desmembrado  
Un enemigo siempre victorioso,  
Cuya crúel y vengadora diestra  
Nadie la quebrantó sino la vuestra.

»Agora será bien que se discante  
Sobre cuál destos es mejor concierto:  
O pasar con las armas adelante  
Por el camino que tenéis abierto,  
O determinación mas importante  
A nuestra pretension, volver al puerto,  
Para reconocer con advertencia  
Asiento que prometa permanencia.

»Esta perplejidad os manifiesto,  
Cuya resolución de vos confío;  
Y segun que por vos fuere dispuesto,  
Desa suerte daremos el avío,  
Pues vuestro parecer acerca desto  
Determino tener por proprio mio,  
Y no traspasaré llano ni cumbre  
Sin que vuestro consejo me dé lumbré.»

Responden los que deben obediencia,  
Y César con la gente mas granada:  
«Vos, señor, tenéis ciencia y experiencia  
Para nos adestrar en la jornada;  
Vuestra boca pronuncie la sentencia,  
Y esa será por todos aprobada,  
Pues como por tan buen seso se ordene,  
Todo se guiará segun conviene.»

Reconocidas estas intenciones,  
Luego, segun las suyas, determina  
Dejar aquellos senos y rincones  
Y dar la vuelta sobre la marina,  
Para hacer con nuevas poblaciones  
Albergos de la gente peregrina;  
Y no fué la partida menos presta  
De lo que fué durable la respuesta.

Y así, sin ofrecerse desavíos,  
Llegaron á la playa ya notoria  
Con aquellos despojos y atavíos  
Que suele dar la guerra meritoria:  
Salieron luego los de los navios  
A dar el parabién de la victoria  
Con encarecimientos elegantes  
Usados en negocios semejantes.

Cumplidos eran ya los dias veinte  
Del mes nombrado del bifronte Jano,  
Del año que dijimos ser presente,  
Y dia del beato Sebastian,  
Cuando para trazar pueblo potente  
Cristiano morador tomó la mano,  
Repartiendo por orden los solares  
En el istmos que goza de dos mares.

Segun comodidad se dió la traza  
Por diestros y peritos medidores:  
Lo que era monte se desembaraza,  
Talandolo los nuevos pobladores,  
Señalaron iglesia, dióse plaza,  
Y á San Sebastián dos de los mejores  
Solares, donde hay hospital nombrado,  
Y es hoy como patron reverenciado.

Nombráronse justicias ordinarias,  
Segun dispusieron de justo fuero,  
Con otras muchas cosas necesarias,  
Las cuales de presente no referia,  
Pues á causa de ser muchas y varias  
Se quedan para el canto venidero;  
Y de presente tengo justa causa  
Por donde me conviene hacer pausa.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turbaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia.

La punición á veces es tan buena  
Para todos, que no tan solamente  
Corrige los delitos y refrena  
Al loco y atrevido delincuente,  
Pero también avisa que en ajena  
Cabeza se reporte y escarmiente  
Quien estaba dispuesto por ventura  
Para hacer alguna travesura.

Esta verdad ejemplo fué patente  
La gran rota del indio mas cercano,  
Adonde fueron muertos solamente  
Seis ó siete caballos y un cristiano,  
Y de los indios numerosa gente,  
Que por entonces sin probar la mano  
Estuvieron dudosos y perplejos,  
Así cercanos como los de lejos.

Heredia, vistas las perplejidades,  
Mandó luego partir al indio viejo  
A los cercanos pueblos y ciudades,  
Rogándole que diese por consejo  
No rehusasen estas amistades  
Agora que tenían aparejo,  
Porque si procedían en la guerra  
Asolaríanles toda la tierra.

Diéronsele cosillas que de España  
Traían castellanas compañías,  
Con que la vista bárbara se engaña  
Teniéndolas por ricas mercancías;  
Corinche prometió de darse maña  
Y dar la vuelta dentro de tres dias,  
El cual partió para Carex el rico,  
Por haber Carex grande y Carex chico.

Este indio tractó hidalgamente  
Aquel negocio que se le encomienda,  
Encareciéndoles de nuestra gente  
Su noble condicion y su vivienda;  
Pero Carex respondióle que miente  
Porque él sabe que roban la hacienda;  
Y así le dijo quel no quiere vellos,  
Y si algo quieren dél que vengán ellos.

Vista la voluntad que manifiesta  
Con amenazas otras que no cuento,  
Al Heredia volvió con la respuesta  
Representándole su mal intento:  
El gobernador hizo gente presta  
Para punir aquel atrevimiento,  
Y con soldados válidos ocupa  
Un grande bergantín y una chalupa.

En ellos van ducientos y cincuenta  
Soldados, de quien él se certifica  
Ser tales que saldrán sin afrenta  
Deste recuento donde los aplica:  
Ante Carex el grande se presenta  
Adonde llaman hoy la Boca-chica,  
Y allí se muestra cantidad inmensa  
De bárbaros dispuestos á defensa.

Los españoles ya breve desvío  
De la playa largando los resones,  
En ella saltó luego Juan de Jio  
Y dos hermanos dichos los Cerones:  
Acuden estos al primer buho  
Rompiendo por soberbios escuadrones,  
Por ser aquella cara señalada  
Y en ella mucha gente reparada.

Allí de la primer arremetida  
Mataron muchos, y al cacique prenden;  
Pero la multitud fué tan crecida  
De los que con orgullo lo defienden,  
Que Cristóbal Cerón quedó sin vida;  
Los dos aunque heridos no pretendien  
Saltallo, ni los indios tal pudieron  
Hasta que ya los nuestros acudieron.

Enciéndose de nuevo la pelea  
Convocándose muchos naturales  
Que Piorex exhorta y espolea  
Y Curixix, señores principales,  
Porque del término que señorea  
Carex eran aquestos generales;  
Mas en los sanguinos desconciertos  
Ambos á dos allí quedaron muertos:

Con otra mucha gente que se calla,  
Pasados de mortíferos barrenos,  
Que sin cubrirse jacerina malla  
Al señor defendían como buenos;  
Mas no costó tan poco la batalla  
Que no hiciesen de los nuestros menos  
Diez ó doce soldados, cuya muerte  
Quitó quilates á la buena suerte.

Al fin con el sangriento torbellino  
Prevalcieron españolas manos,  
Saqueando las casas del vecino  
Para poner temor á los cercanos:  
Donde se recogieron de oro fino  
Cien mil ó pocos menos castellanos,  
Demás del alimento que se lleva  
Para sustento de la ciudad nueva.

Pasaron á Caron incóntinente,  
Pueblo del de Carex poca distancia,  
Mas este recibiólos blandamente  
Redimiendo su mal con su substancia:  
Dió joyas de valor con que se aumente  
La codiciosa sed y la ganancia,  
Porque el ardor cruel desta fatiga  
Cuanto mas bebe menos se mitiga.

Quedaron los demás pueblos ilenos,  
Mitarapa, Cacon y el de Cospique,  
Porque se muevan á mejores sesos  
Cuando la rota deste se publique:  
Volviéronse con muchos indios presos  
De Carex, y con ellos su cacique;  
No se les hizo tractamiento malo  
Antes grandes caricias y regalo.

Asegurándoles de mas combate  
Como tuviesen corazón sincero  
Dándoles muchas cosas de rescate  
Y á Caron, un insigne hechicero,  
Le ruegan que con otros pueblos trate  
De la paz, y les sea medianero;  
Porque los deste término marino  
Lo tenían por mago y adivino.

El respondió por términos urbanos  
Que todo lo posible se haría,  
Pero que se le diesen dos cristianos  
Para llevarlos en su compañía;  
Allí los mas valientes y lozanos  
Teníanla por temeraria vía,  
Excepto dos mancebos caballeros  
Que no dudaron ser sus compañeros.

Uno don Pedro de Abrego se llama,  
De Sevilla, tenido por valiente;  
El otro don Francisco Valderrama,  
De Córdoba, no menos eminente:  
Estos sin recelar bárbara trama  
Adonde va Caron ponen la frente,  
Y con gentiles bríos y donaire  
Llegaron al gran pueblo de Bahaire.

Del cacique Dulió fué recebido  
Caron, con gran contento y alegría,  
No sin admiración después que vido  
Venir con él estraña compañía:  
Ocurren cuantos hay de su partido  
A ver la nueva gente que venía,  
Tanto que los ponían en aprieto,  
Pero con grandes muestras de respeto.

Después de ya hablar en su lenguaje  
Y á su modo palabras placenteras,  
Caron dió relación de su viaje  
A lo que pareció muy á las veras,  
Con toda la substancia del mensaje  
De parte de las gentes estranjeras;  
Y el Dulió, vista la razon propuesta,  
Pidió dos dias para dar respuesta.

El Caron con tenello por amigo,  
No sabiendo si bien ó mal ordena,  
No las tenía ya todas consigo  
Y quisiera volver á Cartagena:  
Pero los caballeros dos que digo  
Le dijeron que no tuviese pena,  
Porque cualquiera dellos solo basta  
A destruír aquella fiera casta.

Dicen luego con lengua bien instruta  
«Dirás al perro hijo de la peria  
Que el español no teme gente bruta,  
Ni nosotros saldremos de su tierra  
Hasta llevar respuesta resoluta  
O de la blanda paz ó dura guerra;  
Que determine luego lo que quiere,  
Y espere dello lo que le viniere.»

Estas razones y otras que no toco  
Notó Caron y estuvo bien atento,  
Pareciéndole ser término loco  
Tener allí tan gran atrevimiento:  
Nada les respondió, mas desde á poco  
Mostró con lágrimas su sentimiento.  
Dulió que vido muestras mal sonoras  
Le dijo: «¿Qué es la causa por que lloras?»

El respondió: «Sabrás que no lamento,  
Dulió, por ocasion á mi tocante,  
Sino tu destruición y asolamiento  
Si no vas con nosotros por delante;  
Porque esta nacion es, á lo que siento,  
Con enemigos fiera y arrogante,  
Pero con los amigos apacible,  
Regalándolos todo lo posible.»

El dijo: «No son tales mis concetos  
Que piense contrastar su duro marte,  
Mas á los míos aunque son subyectos  
Heme de subyectar á dalles parte,  
Porque con pechos sanos y quietos  
Aquesta paz reciban de buen arte,  
Pues ningún señor hay tan absoluto  
Que no deba cumplir este tributo.

» Esto sin falta se hará mañana,  
Y la contradicción terná castigo;  
Habla con esta gente castellana  
Certificándoles que soy amigo,  
Y pues mi voluntad la tienen llana,  
Sea la suya tal para conmigo;  
Aquí se holgarán dos ó tres dias  
Porque no quiero ir manos vacías.»

Los bárbaros acentos declarados  
Por lengua que la suya determina,  
A cada uno de los dos soldados  
De oro se les dió chaguala fina,  
Cuyo valor montó hartos ducados;  
Y así perdieron ambos la mohina,  
Demás de tener mesas proveidas  
Abundantísimas de sus comidas.

Hizo congregación día siguiente  
De capitanes y otros caballeros,  
Y díjoles ser cosa conveniente  
Confederarse con los extranjeros,  
Pues su destrucción era patente  
Terminándolos cercanos y fronteros,  
Si con paz, discreción y aviso bueno,  
A sus intentos no ponían freno.

Que tanteasen bien como discretos  
Que las guerras consumen los poderes,  
Y cómo no responden sus efectos  
A los precipitados pareceres;  
Demás de vivir todos inquietos,  
Descarriados hijos y mujeres;  
Y así su parecer, que muchos mide,  
Era de dar la paz que se le pide.

De aquellos capitanes el mas viejo,  
Oída su razón, incontinentemente  
Le dijo: «Buen Dulió, vos sois espejo  
Donde contempla cada cual su mente;  
Nadie, teniendo vos ese consejo,  
Hay aquí que lo tenga diferente:  
Con vuestra voluntad medida la nuestra,  
Pues la de todos es la misma vuestra.»

Otro con soberbísimo denuedo,  
Pesándole de las conformidades,  
Levantóse diciendo: «Yo no puedo  
Sufrir acobardadas poquedades;  
Parece que te ciscas ya de miedo,  
Pues apetece estas amistades;  
Perdido va, Dulió, tu fuerte brío,  
Mas no se perderá jamás el mío.»

El Dulió, vista la soberbia vana  
Y ser principio de otros embarazos,  
Alzó con gran presteza la macana  
Tirando golpe de nervosos brazos:  
El cual, como se dió de buena gana,  
Le hizo la cabeza dos pedazos;  
Necesario no fué golpe segundo  
Para sacallo fuera deste mundo.

El hecho del cacique se engrandece  
Por todos, y otra cosa no se trata  
Sino decir que tal pena merece  
El que contra su rey se desacata:  
Con aquesto la junta se fenecce  
Y la contraria duda se desata,  
Pues todos, por tener mejor aviso,  
Vinieron en lo quel cacique quiso.

En este tiempo los de Cartagena,  
Que de Caron hicieron confianza,  
Tenían por los dos soldados pena,  
Pareciéndoles mal tanta tardanza;  
Y el gobernador mas, el cual ordena  
Ir á buscarlos, no con gran pujanza,  
Mas solos veinte y dos en el navío  
De que era capitán el Juan de Jio.

Llegaron á la boca del estero,  
Por do para Bahaire hacen vía;  
No puede navegar el marinero,  
Que la chalupa mas fondo pedía;  
Mandósele soltar al artillero  
Dos piezas que declaren quien venía,  
Porque si gozan de vital aliento  
Los dos acudan á su llamamiento.

Ellos, reconociendo los motivos,  
Para de su salud hacellos ciertos,  
Con indios que de paz no son esquivos  
Bajaron en canoas á los puertos;  
Aumentáanse los gozos en ver vivos  
A los que ya contaban con los muertos;  
Mas el Dulió con barca mas lijera  
Ganó con el Caron la delantera.

Al buen Heredia hizo sus ofertas  
Con mansas señas y palabras blandas,  
Que daban los intérpretes abiertas  
En idiomas propios á las bandas,  
Y díjole: «Si yo tuve yerteras  
Por aceptar la paz que me demandas,  
Caron y las personas de quien fias  
Dirán lo que me pasa con las mías.

» Porque no pudo ser sin fin sangriento  
De cierto capitán, hombre robusto,  
Que procuró poner impedimento  
A los efectos de negocio justo,  
Debiendo medir siervos su contento  
Con lo que á su señor diere buen gusto:  
Sé que coligrás de lo que digo  
Que deseo la paz y soy amigo.

» Esta será segura por mi parte,  
Sin atender á varios pareceres;  
Bien puedes para mas asegurarte  
Venir conmigo, si por bien tuvieres,  
Porque, cierto, deseo regalarte  
Segun yo soy, que como quien tú eres,  
Mis ministerios no serán tan altos  
Que suban de valor á no ser faltos.»

No tuvo desabrida la respuesta,  
Antes que el Dulió se partió luego  
Adonde se le hizo grande fiesta,  
Mas no quiso tomar mucho sosiego;  
Y porque no partiese con la siesta,  
De parte del señor hubo gran ruego,  
Y aun que esperase la mañana  
Por venir la tiniebla ya cercana.

Heredia respondió cumplidamente  
Con el aviso que menester era,  
Diciendo que no puede de presente  
Dejar de se tornar á su frontera;  
Pero si puede ser día siguiente  
Vayan á Calamar, do los espera,  
Porque también querría cuando fuese  
Agasajallo con lo que pudiese.

Y que, pues era principal cacique,  
De comarecanos defensor y capa,  
Procurase llevar los de Cospique,  
Cocon, Caricocox y Matarapa,  
A los cuales la paz les certifique,  
Sin engaño, cautela ni solapa,  
Porque si todos vienen á lo bueno,  
Ternian quietud en su terreno.

Con esto se pusieron en camino  
Con la chalupa de comida llena,  
Y á los dos caballeros por quien vino  
Mandó volver también á Cartagena,  
Porque le parecia desatino  
Quedarse solos en aquel arena:  
Rogáronle con encarecimientos  
Que no les perturbase sus intentos;

Porque serian sus trabajos vanos,  
E ya de corazón poco constante,  
Dejar aquel cacique de las manos  
Hasta que lo llevasen por delante,  
Porque para hacer los otros llanos  
Era negociación muy importante;  
Y en aquesto hicieron tal instancia,  
Que se quedaron llenos de arrogancia.

El buen gobernador fué navegando  
Con manso viento que les aspiraba,  
Y á su nueva ciudad llegaron cuando  
El curso de la noche demediaba;  
En tierra saltan todos publicando  
Aquel efecto que se deseaba,  
Diciendo que Bahaire con su gente  
Los recibió caritativamente.

Y que paz de su parte se pregona  
Por los cercanos puertos y bahías  
Con subyección á la real corona,  
La cual darían antes de tres días,  
El cacique Dulió por su persona,  
Y con él otras muchas compañías;  
El pueblo recibió mucho contento,  
Deseando de ver el cumplimiento.

Lo cual efectuó, y así lo hizo  
Aquel cacique y otros señalados,  
Y trajo joyas de metal obrizo,  
Que valieron sesenta mil ducados,  
Demás del grano con que satisfizo  
La hambre que tenían los soldados,  
Llenas canoas de comidas varias,  
A nuestros españoles necesarias.

Entrados los caciques en la villa,  
Suntuoso convite les fué hecho,  
Abundante de vino de Castilla,  
De que mucho gustó bárbaro pecho;  
Diéronles muchas cosas, que sencilla  
Gente juzgaba ser de gran provecho,  
Como corales, cuentas y bonetes  
Colorados, cuchillos y machetes.

Y así los reyes desta pertenencia,  
Que tuvo cada cual reino distinto,  
Dieron el vasallaje y obediencia  
Al gran emperador don Carlos quinto:  
Hizose con solemne diligencia,  
Que no referiré, por ser sucinto;  
Solo diré tener principios buenos  
Para poder entrar otros terrenos.

Teniendo pues de paz aquella raya,  
Dejando guarda como convenia,  
Determinóse que la flota vaya  
A Zamba para ver lo que tenia;  
El gobernador iba por la playa  
Con bien aderezada compañía,  
Y con ellos la india Catalina,  
Que deste dicho puerto fué vecina.

Como con el recato conviniente  
Llevasen por delante corredores,  
Dos hombres de caballo y el teniente  
Prendieron á dos indios pescadores:  
Hablóles Catalina cuerdamente,  
Diciendo, que perdiesen los temores  
Y no tuviesen miedo de cadena,  
Pues la que vian era gente buena.

«Estos, decía, son nobles cristianos,  
De costumbres loables y excelentes,  
Y vienen para ser vuestros hermanos  
Y á haceros sus deudos y parientes:  
Jamás tuvieron violentas manos  
Contra los que se muestran obedientes;  
Mis ojos propios son buenos testigos  
De cómo saben ser buenos amigos.

«Mas no se libra de su lanza dura  
Quien por contrario riesgo se desgalga:  
Por tanto, pues hay buena coyuntura,  
Decid á Zamba que de paz les salga,  
Porque para tener vida segura  
No hay otro remedio que les valga;  
De paz está Carex y la marina  
De cuanto por aquel compás confina.»

Entendieron los indios el lenguaje,  
Y fué también la india conocida,  
Por ser de su lugar y su linaje  
De parentela luenga y estendida:  
Admiranse de ver en nuevo traje  
La que nació de madre no vestida,  
Pues allí hasta partes impudentes  
Suelen andar abiertas y patentes.

Fueron los indios pues en la demanda  
A lo que pareció con buen intento,  
Porque por las palabras que se manda  
Refirieron aquel razonamiento;  
Fué la respuesta que les dieron blanda  
Y no con variedad el cumplimiento,  
Antes salió del pueblo mucha gente  
Con comidas y algun otro presente.

Al gobernador dieron joya fina  
Para suplir algunos menesteres;  
Ocurrían á ver á Catalina  
Número no pequeño de mujeres,  
La cual como servía de madrina  
No dejó de sacar para allíeres,  
Y aun con lo que sacó de la cacica  
Otra de más estofa fuera rica.

Aunque, según las relaciones nuevas  
Que de la villa de Mopox me envía  
El antiguo soldado Juan de Cuevas,  
No fué poco sangrienta la porfia,  
Pues antes de la paz hicieron pruebas  
De lo que cada cual parte podía;  
Mas Gonzalo Fernandez no da cuenta  
Sino de lo que aquí se representa.

Salió de paz ansimismo Tocana,  
Señor de Mazaguapo, con Guaspates  
Y los de la ciudad de Turipana,  
Y Cambayo, cacique de Mahates:  
A los cuales la gente castellana  
Dió bonetes, camisas y rescates,  
Con aquellas apacibilidades  
Que suelen granjear las voluntades.

De muchos indios dellos se barranta  
Que vienen á mirar y ser testigos,  
Y teniendo sospecha que en la junta  
Los menos corazones son amigos,  
Heredia con la lengua les pregunta  
Si tienen en sus tierras enemigos,  
Para que con sus armas y caballos  
Vayan los suyos á desagaviallos.

Respóndele Cambayo: «Si sois tales  
Que deseais empresa generosa,  
De todas las ciudades principales  
Sola Cipacua es mas poderosa,  
Cuyos vecinos son mis capitales  
Contrarios, con pelea rigurosa;  
Y como tú, señor, subyectes esta,  
Ningun peligro hay en lo que resta.

«Bien creo que saldrás con el intento,  
Y si me haces este beneficio  
No faltará mi reconocimiento  
Con gran obligación á tu servicio:  
Eres hijo del sol á lo que siento,  
Y aqueste siempre te será propicio,  
De mas de que también de parte mía  
Irá muy bien armada compañía.»

El Heredia riendo le responde:  
«Esa Cipacua para sojuzgalla  
No resta mas de que sepamos dónde,  
Para dárselo luego la batalla;  
Pero si da la paz y no se absconde,  
Has de saber que tengo de guardalla,  
Y quien por buen amigo se me diere  
Héselo yo de dar mientras viviere.»

El bárbaro, no de razon ajeno,  
Antes al parecer hombre bastante,  
Dijo: «Señor, tú hablas como bueno,  
Mas no vernán á tracto semejante,  
Porque los que dominan aquel seno  
Es gente poderosa y arrogante;  
Y si pasión acaso no me ciega  
En las manos tenemos la refriega.

A su razon Heredia respondió:  
«Huelgo de que me quieras por padrino;  
Apercibe tu gente, yo la mía,  
Agora con el nubló vespertino,  
Para que con la nueva luz del día  
Nos pongamos en orden y camino;  
Y si no vienen á la paz que digo  
Verás en ellos ejemplar castigo.»

Quedó pues el negocio concertado  
Cuando faltaba ya febea lumbre;  
El indio con sollicito cuidado  
Apercibió guerrera muchedumbre;  
El gobernador sabio y avisado  
Veloso según tiene de costumbre,  
Pues aunque parecia gente noble  
Sospechaba poder ser tracto doble.

Y cuando la dorada cabellera  
De Febo descubrió por el oriente,  
Vieron cubierta toda la ribera  
De bien compuesta y ordenada gente;  
Llamó todos los suyos á bandera  
El buen gobernador por consiguiente,  
Que bien apercibidos acudieron  
Porque la noche toda no durmieron.

A sus cuadrillas bárbaras atentas  
Dijo, haciendo señas, el Cambayo :  
«Mirad que no demandan las sangrientas  
Rencillas cobardía ni desmayo,  
Y que para vengar vuestras afrentas  
Llevamos fuerzas de divino rayo,  
Pues aqueste señor que nos ayuda  
Hijo del sol debe de ser sin duda.

»Hagamos el deber en las contiendas,  
Pues vamos amparados de tal muro,  
Tomando del contrario las enmiendas  
Que para todos fué crúel y duro;  
Ireis á vuestras casas y haciendas  
Cada uno de vos sobre seguro,  
Y gozareis de vuestras granjerías  
Así de cazas como pesquerías.»

A questo dicho, luego los provoca  
A caminar con ordenada mano;  
Y como la distancia fuese poca,  
Llegaron aquel día muy temprano  
Al primero lugar que llaman Oca,  
A Cipacua subyecto y sufragano,  
Do no hallaron ánima viviente,  
Mas todo su caudal allí presente.

Como viesan la gente ser huida  
Y de sus bienes cosa no faltase,  
Mandóse que so pena de la vida  
Alhaja ni comida se tomase,  
Sino que fuese presta la salida  
Y sin tocar en cosa se dejase:  
Ningun español hay que se desmande  
Ni cosa recogió chica ni grande.

Pero los indios, no bastando ruego,  
Amenazas de muerte ni otros males,  
Todas las casas saquearon luego  
Robándoles los bienes y caudales;  
Y aquesto hecho les pegaron fuego  
Con otras malas obras de bestiales,  
Y huyen por quebradas y peñoles  
Dejando solos á los españoles.

Los indios que dejaron sus posadas  
Y fueron á Cipacua con recelo,  
Como viesan las grandes ahumadas  
Que con centellas van al alto cielo  
Suenan de las viudas y casadas  
Clamores que causaban desconsuelo,  
Y ocurre mucha gente de pelea  
A ver los que quemaron el aldea.

Revuélvese terrible torbellino  
Con gran selva de flechas y macanas,  
Y á brevecillos pasos de camino  
Encontraron las gentes castellanas:  
Los gritos son con tanto desatino  
Que no parecen ser voces humanas;  
Pero con parecer infernal ira  
De todos cuantos son ninguno tira.

El Heredia no menos importuno  
A la lengua para que los exhorte  
De cómo no les hizo mal alguno  
Ni fué participante ni consorte,  
Antes está del hecho muy ayuno  
Y que su gente tuvo gran reporte,  
Siendo solos los indios de Mahates  
Los maestros de aquellos disparates.

Y que promete, si Cipacua quiere  
Venganza por el daño recibido,  
De dalles tal castigo cual requiere  
El crimen y delicto cometido,  
Y de tal modo que mientras viviere  
Se recuerde quién fué tan atrevido,  
Aunque su condicion y su costumbre  
Es el amor, la paz y mansedumbre.

Mas agora, por el atrevimiento  
De hacer la maldad en su presencia,  
Había de mudar su buen intento  
Si le daba Cipacua la licencia;  
Regábales también que del asiento  
Ninguno cure de hacer ausencia,  
Sino que se quieten y estén quedos  
Apartando de sí pesados miedos.

Item, promete con verdad sincera,  
Porque su ciudad no desampare,  
De no meter en ella su bandera,  
Antes adonde está manda que pare  
Para se ranchar por acá fuera,  
Donde el señor cacique señalare,  
Y esto se cumpliría sin que vea  
Desdén ni vuelta que contraria sea.

La lengua dijo lo que le mandaron,  
Usando fielmente del oficio,  
Lo cual los principales escucharon,  
Sin que de pelear diesen indicio;  
Mas antes todos ellos mitigaron  
Los clamores y el áspero bullicio,  
Y el señor, entendidas las razones,  
Aceptó las honestas condiciones.

Y así dijo: «Con esa confianza,  
Y que castigareis á mi contrario,  
Me huelgo de hacer el alianza,  
Y de seros amigo tributario;  
Por asiento terneis esa labranza,  
Donde yo proveeré lo necesario;  
Sabed guardar los pactos como buenos,  
Que por mi parte no vernán á menos.»

Esto dicho, se fué con sus vasallos,  
No con resabios de voluntad mala,  
Antes con intencion de regalallos,  
Como con lo posible los regala;  
Los nuestros arrendaron sus caballos  
En el mismo lugar que les señala,  
Y cada cual compone y adereza  
Hamaca do recline la cabeza.

Luego los indios desde sus posadas  
Enviaron algunos ricos dones,  
Y cuatrocientas viejas que cargadas  
Iban de diferentes provisiones,  
Que mandó repartir por camaradas  
Heredia, dando largas las raciones,  
Y las joyas con las demás juntasen  
Para que se repartiesen y quintasen.

Vinieron á los ranchos después desto  
Sobre cien mozas bien encaonadas,  
Cada cual dellas de gracioso gesto,  
En todos miembros bien proporcionadas,  
Pero todas en traje deshonesto,  
Porque sus cueros eran las delgadas,  
Y el vergonzoso y ampollado vaso  
*Con natural labor en campo raso (1).*

No vírgenes vestales, sino dueñas,  
Ansimismo ningunas conyugadas,  
Pero solteras todas y risueñas,  
Y para lo demás aparejadas;  
Al fin se conoció por ciertas señas  
Que debían de ser enamoradas,  
Pues por allí también hay cantoneras  
Y mujeres que son aventureras.

Y todas en comun son generosas  
En dar lo que les dió natural uso,  
Sin el de vestiduras engañosas  
Ni del que suele ser velo confuso;  
En efecto por ser estas hermosas,  
Pueblo de las Hermosas se le puso,  
Y así Cipacua, porque lo merece,  
Con este mismo nombre permanece.

Traían por los cuellos y muñecas  
Cuentas de oro, y otros ornamentos  
De chaquiras compuestas á sus rucacas,  
Labradas con mal primos instrumentos  
En efecto, volvieron boquisecas  
Y defraudadas de sus pensamientos,  
A causa de que los de vuestras gentes  
Serían de los suyos diferentes.

(1) Estos dos versos van rayados en el original, y si margen sustituidos de mano de Pedro Sarmiento con los siguientes:

*Y las partes impares ni oro  
Con un bestial y rústico rodeo.*

Porque todos los mas de aquella era,  
Segun manifestaba su presencia,  
Eran, demás de ser gente guerrera,  
Hombrazos de valor y de prudencia,  
Y que sabian do menester era  
Vivir con vigilancia y advertencia,  
No queriendo por bajas aficiones  
Cobrar con indios malas opiniones.

Pues la visita por las damas hecha  
Que para trompezar iban á pique,  
Túvose por certísima sospecha  
Hacerse por industria del cacique;  
Pero ninguna cosa le aprovecha  
Por no la ver de que se certifique:  
Mas sin que de Cipacua me müeva,  
Añadiremos una cosa nueva.

Y es decir Juan de Cuevas, que primero  
Que con Cipacua fuesen los conciertos,  
Hubo con Tubará recuento fiero  
A la subida de sus altos puertos;  
Murió don Juan de Vega Caballero  
Después que por él fueron muchos muertos,  
Y allí también de pálidos metales  
Ovieron crecidísimos caudales.

Y captivo quedó Morotava,  
Y otro cacique, Hare, su sobrino;  
Hallaron templo donde se adoraba  
Con gran veneracion un puercó espino,  
Que por romana vieron que pesaba  
Cinco arrobas y media de oro fino,  
El cual puercó hallaron en Cipacua,  
Y otro templo también en Cornapacua.

En el cual (estos hombres insensatos)  
Eran por dioses suyos adorados  
Con grandes ceremonias ocho patos  
Que pesaron cuarenta mil dadatos,  
Donde tuvieron bien para zapatos  
Este gobernador y sus soldados;  
Ansí que de Cipacua y sus recodos  
Salieron bien aprovechados todos.

Tuvieron pues allí la noche fria  
No sin fuerza de guarda vigilante;  
Y al tiempo que llegó la luz del dia  
Quien regia la gente caminante  
Al cacique le dijo, que queria  
Pasar con sus soldados adelante,  
Y que para cumplir con lo que debe  
Trabajaría de volver en breve.

Y entonces como menos impedido  
Oíría las contiendas y debates  
Acerca del agravio recibido  
De Cambayo, cacique de Mahates,  
Pues había de ser restituído  
Cipacua con aumento de quilates,  
Certificándose de la malicia,  
Y á cada cual guardando su justicia.

Y que siempre harían asistencia  
Dentro de Calamar muchos cristianos,  
Por venir con poderes y licencia  
Del mejor rey de todos los humanos,  
A quien debían honra y obediencia  
Los príncipes y reyes soberanos,  
Y á quien daban tributo y vasallaje  
Las naciones del mas alto linaje.

Y el ansimismo para que pudiese  
Gozar de quietud con beneficio,  
Mucho le convenia que se diese  
Con los demás á su real servicio;  
Pues cada y cuando que menester fuese  
En él ternía defensor propicio,  
Amparando sus tierras y haciendas  
De cualesquier tiránicas contiendas.

Item, le dijo no ser sus concetos  
Otros en ir á ver tierras estrañas,  
Sino para decilles, si quietos  
Quieren tener albergos y cabañas,  
Se hagan tributarios y subyotos  
Al poderoso rey de las Españas,  
Y lo mismo le daba por consejo  
A él, pues tiene tiempo y aparejo.

El indio no dejó de estar atento  
A lo dicho por lengua suficiente,  
Y tanteó el entendimiento  
Cuál sería menor inconveniente:  
Y al cabo se resume ser contento  
De darse por vasallo y obediente  
De rey que tiene por vasal. os reyes,  
Y estar en obediencia de sus leyes.

De quel gobernador vió la respuesta  
Que con su voluntad correspondía,  
Dióle las gracias, hizole gran fiesta,  
Y presentóle cosas que traía,  
Bonete colorado con su cresta  
De pluma roja con argentería,  
Camisa, zarafuelles, ciertas cuentas,  
Y para sus culturas herramientas.

También á la partida se le respondió  
Que todos los demás indios ablande;  
Y ansí fué caminando sin riefraga  
De indio que con guerra se desmande,  
Hasta tanto que con su gente llega  
A beber de las aguas de rio Grande,  
Dejando con los buenos tractamientos  
Todos aquellos bárbaros contentos.

Y por no ser molesto ni pesado  
Al tiempo de pasar esta frontera,  
Puesto caso que fuese convidado  
Para dormir en casas de madera,  
Nunca metió su gente por poblado,  
Y siempre quiso ranchearse fuera;  
También porque si indios maleasen  
Tuviessen campo do se rodeasen.

Pacificando pues estas naciones  
Prosigue sin azar aquella via,  
Hasta dar en las grandes poblaciones  
De la tierra que llaman hoy Maria;  
Allí pararon nuestros escuadrones,  
Y fue concierto de la compañía  
Volverse por rodeos y desvios  
A Zamba do dejaron los navios.

Donde con gran contento y alegría  
Se cumplió su deseo y esperanza  
Se vellos en el puerto, pues había  
Sido de cuatro meses la tardanza,  
Y con aquel temor que se tenía  
Estaban ya para hacer mudanza:  
Al fin á Calamar los encamina,  
Y él fué con los demás por la marina.

Adonde todos juntos, se hicieron  
Fiestas y juegos de mayor substancia,  
Y es porque del rescate que trajeron,  
Habiendo por aquella circunstancia,  
Pagado real quinto, les cupieron  
A mas de seis mil pesos de ganancia,  
Con que compraban fanfarrona seda,  
Como bullían ya con la moneda.

Fueron luego por partes diferentes  
Algunos capitanes y soldados,  
Para pacificar las otras gentes  
Cuyos pueblos no fueron visitados;  
Vinieron los mas dellos obedientes  
Siendo con santa paz amonestados,  
Y los rescates de oro por momentos  
Iban en caudalosos crecimientos.

Al fin que como no vuelven vacios,  
Y en rescatar se daban buena maña,  
Crece la poblacion de los bubios;  
Dábales materiales la montaña.  
Llegaron pues al puerto dos navios  
Que del Nouble de Dios iban á España;  
Holgaróñse de ver aquel arena  
Con renombre de nueva Cartagena.

Saltan en tierra no sin gran contento  
De ver escala para su viaje;  
Hizoseles muy buen acogimiento;  
Hallaron pasajeros hospedaje;  
Dióles Pedro de Heredia bastimento  
Por venir faltos de matalotaje,  
Y al tiempo del partirse les suplica  
Digan do quiera ser la tierra rica.

Y que podían afirmar por cierto  
Ser demás de lo dicho tierra sana,  
Con apacible y excelente puerto  
Para contractación cotidiana,  
Y para más prosperidad abierto  
Camino, por estar su gente llana,  
La cual como les era ya propicia  
Daban de más adentro gran noticia.

No dijeron á sordos las razones,  
Pues do quiera que cada cual surgía,  
Allí solemnizaba con pregones  
La gran riqueza que se descubría  
En aquellas provincias y regiones,  
Demás de la que ya se poseía,  
Y que los naturales antes bravos  
Servían ya mejor que los esclavos.

Luego la fama como suele vuela  
Entre guerreros y entre contractantes:  
Alistan el espada, la rodela,  
Limpian las armas olvidadas antes;  
Cuál carga nao, cuál la carabela,  
De caballos y cosas importantes,  
Como de sedas, granas, perpiñanes,  
Finisimas holandas y ruanes.

Fué luego la ciudad de Cartagena  
Frecuentada de barcos y navios,  
Y en breve tiempo la ribera llena  
De ricos y costosos atavios,  
Que vienen á buscar dorada vena  
Y á conquistar no vistos señoríos;  
Los españoles van en crecimiento  
Y las contractaciones en aumento.

Con las cuales engruesa su hacienda  
El mercader sagaz á quien le toca;  
Vereis vacías una y otra tienda  
En breves días y en distancia poca;  
La tasa de los precios y la rienda  
Era por la postura de su boca,  
Y en aquel tiempo que se representa  
Iban juntas la paga con la venta.

También á vueltas de los mercaderes  
Llegaron en aquellas coyunturas  
Los molestos melindres de mujeres  
En seguimiento de sus aventuras;  
Unas dellas con sueltos pareceres,  
Y otras con maritales ligaduras,  
Cuyas fantásticas ostentaciones  
Se confirmaban con postizos dones.

Jactándose de noble parentela,  
Tal que ninguna padecía mancha,  
Arrastra cada cual sérica tela,  
No cabe por la calle que es mas ancha;  
Una se puso doña Berenguela,  
Otra hizo llamarse doña Sancha:  
De manera que de genealogía  
Esa tomaba mas que mas podía.

Salen á luz vestidos recamados,  
Con admirables frescos guarnecidos;  
Relumbran costosísimos tocados  
Que de rayos del sol eran heridos;  
Otras sacan cabellos encrespados  
Y en redecillas de oro recogidos;  
Y así con vestiduras excelentes  
Llevan trás sí los ojos de las gentes.

No dejan los plateros á la balda,  
Pues los ocupan en labralles oro;  
Engástase la perla y esmeralda,  
Y otras piedras anejas á tesoro;  
Tiene ya cada cual paje de falda,  
Por mas autoridad y mas decoro;  
Adórnase los dedos con anillos;  
Penden las arracadas y arillos.

Del galán á la dama corre paje  
Con blanda locución y bien compuesta;  
Oyese por las partes el mensaje;  
Vuelve no menos grata la respuesta;  
La dulce seña sirve de lenguaje  
Do la palabra no se manifiesta;  
Estaba todo lleno finalmente  
De todos trastos y de toda gente.

Y siempre sucedían compañeros  
Que llegaban de todas condiciones,  
Pues que vivieron hasta melcocheros  
Y gozaron de tales ocasiones,  
Que volvieron cargados de dineros  
De vender sus melcochas y turrónes,  
Por estar todo tan de oro hecho  
Que nadie daba paso sin provecho.

Viendo pues la ciudad bien pertrechada  
Quien de la gobernar tenia cargo,  
Y como para ser perpetuada  
No le podían ya poner embargo,  
Determinó hacer una jornada  
Cuyos caminos fuesen á lo largo  
Acia la mar del Sur, cuya riqueza  
Se publicaba ser de gran grandeza.

Año de treinta y cuatro por enero  
Iba corriendo, cuando hizo lista  
Del práctico peon y caballero  
Para continuar esta conquista;  
Examináronse por él primero  
Con la conversacion y con la vista;  
Y así por acudir á sus intentos  
De todos escogió hasta ducientos.

Varones de quien él hacia cuenta  
Ser tales al rigor mas importuno,  
Y que metidos en cualquier afrenta  
Podría recelarse de ninguno:  
Serían de caballo los cincuenta  
Con dos y tres caballos cada uno,  
Con todos los pertrechos y la carga  
Que se requieren en jornada larga.

Y también entre dos ó tres peones  
Para carga llevaban un rocino,  
Do cargaban aquellas provisiones  
Necesarias al cauto peregrino;  
Hachas, machetes, barras y azadones  
Con que pudiesen allanar camino,  
Y pasos que impidiesen el pasaje  
Para prosecucion de su viaje.

Aderezado pues el aparato,  
Hizo de los oficios nombramiento,  
Los cuales de presente no relato  
Por no dar al lector desabrimiento;  
Y también quiero descansar un rato  
Con presupuesto de volver al cuento,  
De manera que sea manifiesto  
Todo lo sucedido después desto.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con doscientos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificación y conquista.

Muchas veces se ve por esperiencia,  
Demás de lo que consta por lectura,  
Que suele ser la viva diligencia  
Guía para tener buena ventura;  
Mas en los hombres faltos de prudencia  
Aquesta también es de poca dura,  
Y muchos vemos de riqueza llenos  
Que procurando mas vienen á menos.

Y en parte no fué libre destas penas  
La codicia de nuestro caminante,  
Pues sin la defender armas ajenas  
Dieron en tierra rica y abundante;  
Y con tener allí las manos llenas  
Procuraron pasar mas adelante,  
Y faltó poco por sus desvarios  
Para que se volvieran manvancios.

Porque yendo la gente caminando,  
Movida y alentada por la fama  
Que de riqueza dió bárbaro bando,  
En la sierra que de Abrevá se llama,  
Tierra poco poblada conquistando  
De la que fuera della se derrama,  
Llegaron adestrados por las guías  
Al Cenú las cristianas compañías.

Donde paró la gente castellana  
Algunos días para su reparo,  
A causa de tener larga zavana  
Y no de caza su compás avaro,  
Porque todo lo más es tierra llana  
Y á manchas también tiene monte claro,  
Con perdices, conejos y venados,  
De que se proveían los soldados.

Corriendo pues el seno comarcano  
Heredia con los hombres principales,  
Una ciudad hallaron en lo llano  
De pocos aunque ricos naturales,  
Huidos del ejército cristiano,  
Con hijos y mujeres y caudales;  
Y así por no hallar impedimento  
Dentro della tomaron aposento.

A fin de ranchar algún alhaja  
Un negro del Heredia muy ladino,  
Que con favor del amo se aventaja  
A visitar las casas del vecino,  
Una mucura vió como tinaja  
Cubierta con chaguala de oro fino,  
La cual á su señor puso en las manos  
Y pesó cuatrocientos castellanos.

En este cobriendo la vista ceba,  
Con el cual se recrea y alcohola;  
Y para dalles esta buena nueva  
Luego mandó llamar gente española,  
Diciendo: «Tierra que esta fruta lleva  
No debe de tener aquesta sola;  
Antes nos hace ciertos tal encuentro  
Del bien que nos espera mas adentro.

» ¡Ea! que la fortuna nos es diestra  
Y guía nuestros pasos de buen arte,  
Pues no faltando diligencia vuestra  
En buen puesto tenéis el estandarte;  
Y si lo demás es como la muestra,  
Por cien mil pesos no daré mi parte  
En este solo pueblo, si es habido  
Aquello que dejaron abscondido. »

Acude la cristiana compañía  
A ver pieza que tanto se señala;  
Fué sumo su contento y alegría  
Viendo tan gran grandeza de chaguala,  
Demás de la fineza que tenía,  
Que el oro mas subido no le iguala  
De lo que mas afuera comunmente  
Solía poseer la demás gente.

Luego con la hambrienta golosina  
De cada casa buscan el erario;  
Vuela por todas partes la rapina  
Buscando los rincones del contrario;  
Y en una plaza vieron al esquina  
Un grande y espacioso santuario,  
Tan capaz, que tenía cumplimientos  
Para dar á mil hombres aposentos.

Y aun dos mil hombres no quedaran faltos  
De lugares cumplidos y bastantes:  
Dentro dél se pusieron en dos saltos  
Esos que por allí llegaron antes:  
Idolos veinte y cuatro vieron altos  
Todos como grandisimos gigantes,  
De madera labrada lo intestino  
Y lo de fuera hoja de oro fino.

Tenía cada cual puesta tiara  
O mitra de oro puro bien tallada;  
De dos en dos tenían una vara  
Sobre sus anchos hombros travesada,  
Cuyas posturas son cara con cara  
Y una hamaca del baston colgada,  
En las cuales hamacas recibían  
El oro que los indios ofrecían.

Era todo lo mas oro labrado  
Y había también oro derretido,  
El finísimo después de quitado,  
Puesto que por encima denegrido,  
Que algún tiempo debió de ser quemado  
Aqueste santuario referido;  
Y así los indios con aquel mal talle  
Se lo dejaron sin osar tocalle.

Habia muchos árboles afuera  
Pegados con el dicho santuario,  
Colgados de los ramos en hilera  
Campanas de oro no de talle vario,  
Mas en tamaños, formas y manera,  
Segun un almirez de boticario;  
Y en un momento manos bien instructas  
Los despojaron destas bellas fructas.

Recogidas las dichas campanillas,  
Cuyo sonido daba gran consuelo,  
Para ver si eran de oro las costillas  
Derriban las estatuas en el suelo:  
Quitán las vestiduras amarillas,  
No de brocado ni de terciopelo,  
Mas oro puro, hoja mal batida,  
De mas valor cuanto menos polida.

Todos estos despojos congregados  
Con la fidelidad que convenia,  
A su rey y señor quintos pagados,  
El restante del oro bien valdria  
Mas de ciento y cincuenta mil ducados  
Para partir entre la compañía:  
Que fué para principio buen rancheo,  
Mas no tal que hartase su deseo.

Pues inclinando guias deste suelo,  
Del cual mas beneficios esperaban,  
Ovieron á las manos un mozeolo,  
Natural del lugar adonde estaban:  
Preguntó luego cudicioso celo  
Por el rico metal que le mostraban,  
Y el indio prometió que los pornia  
Adonde suma cantidad había.

Oyendo tales nuevas como estas,  
Apercibiéronse para seguillo,  
Haciéndole regalos, mimos, fiestas  
Al que promete dalles amarillo:  
Los piés lijeros y las manos prestas  
Porque no huya por algún portillo,  
El que causas gravísimas concluye,  
Y tarde y mal aquel de quien él huye.

Mas no fué necesario mudar hito  
Para se descubrir este misterio,  
Pues en el santuario que repito  
Y á la redonda por el cementerio,  
Que tomaba muy grande círculo,  
Aquel que padecía captiverio  
Les dijo: «Cuanto veis en esta tierra  
Tesoros prosperísimos encierra.

» Porque segun antigua gente canta,  
Y es opinion de todos mis mayores,  
Esta que veis es toda tierra santa,  
Llena de sepulturas de señores:  
Encima dellas ponen una planta  
Destas que veis ó grandes ó menores,  
Y otras en la grandeza mas enhiestas,  
Segun los tiempos en que fueron puestas.

» Así que, porque el muerto menos pene,  
Aqueste lugar toma por abrigo,  
O natural ó quien de lejos viene,  
Y aqueste suele ser orden antigo,  
Que las preseas quel defunto tiene  
Al mundo donde va lleva consigo,  
Y la macana y arco y el aljaba  
Con que cuando vivía peleaba.

» Y aquellos que tenía por captivos,  
Aceptos á sus ojos y presencia,  
Ansí mismo con él entierran vivos  
En señal de dominio y obediencia,  
Sepultando también en los archivos  
Las concubinas de mayor decencia,  
A fin de que lo sirvan y regalen,  
Y allá valgan con él lo que acá valen.

» La cueva que le hacen es cuadrada,  
Y aquella tierra que sacaron fuera  
Es luego del sepulcro desviada  
Sin la volver al hoyo de donde era;  
Y llévante de tierra colorada  
Que cogen de la haz de una ladera;  
Y en el sepulcro ponen pan y vino  
Para matalotaje del camino.

» En un duho lo ponen asentado,  
Que muchos dellos suelen ser de oro;  
Ansimismo pendiente del un lado  
La mochila de hayo y el poporo;  
De todos sus sirvientes rodeado,  
Acompañados ya de mortal lloro;  
Mas hace que este llanto se reprima  
La mucha tierra que echan por encima.

» Y sepulturas hay piramidales,  
Hechas a la manera de montones,  
Que no tienen tan prósperos caudales  
Por ser no de tan altas condiciones;  
Estas son las que veis por las señales  
De mogotillos ó de farallones,  
Las cuales no ternán tanta valía,  
Pero ninguna dellas hay vacía.

» Pudiera daros cuenta mas menuda  
De los lloros, areitos, borracheras,  
Manera de llorar de la viuda,  
Triste cantar de las endechaderas;  
Pero basta lo dicho, pues sin duda  
Son estas relaciones verdaderas;  
Por tanto si buscáis prósperos dones  
Anden listas las manos y azadones.»

Dijo, mas no dejaron sus progresos  
A causa de pensar que les engaña;  
Viendo los dichos árboles tan gruesos  
Y aun mas que los de mas vieja montaña;  
Y haber debajo los defuntos huesos,  
Todos los mas pensaban ser patraña  
Eran hobos los mas y ceibas tales  
Que su grandor admira á los mortales.

También á las sazones hubo gente  
Que sospechaba por algun respeto  
Quel gobernador maliciosamente  
No mandó descubrir este secreto,  
Por consultallo con algun pariente  
Y volver con sus negros al efeto,  
Sin testigos de gentes españolas  
Y sacar las riquezas á sus solas.

Juan de Orosco fué de los que digo,  
Capitán de valor bien conocido,  
El cual tenia voto de testigo  
Que pudo deponer de lo que vido,  
É yo lo tuve siempre por amigo  
En aquesta ciudad donde resido;  
Persona bien dotada de prudencia  
Y á quien se puede dar toda creencia.

El cual en proijilissimos ringlones,  
Antes que viesse su fatal partida,  
Hizo libro de peregrinaciones  
Hechas en el discurso de su vida,  
Y también escribió destas regiones  
Alguna parte no tan estendida,  
En su libro llamado *Peregrino*,  
Cuanto yo podré dar deste camino.

Otros afirman quel Heredia dijo:  
« Si por las sepulturas comenzamos,  
Habemos menester tiempo prolijo,  
Y no podremos ir adonde vamos  
Sin grandes pesadumbres y cojiijo  
Del agua, del invierno que esperamos;  
Y si algunas los indios ven abiertas  
Sacarán las mejores y mas ciertas.

» Pues tienen de pensar que volveremos  
Al cebo, si las vieren comenzadas;  
Así que mejor es que las dejemos  
De la suerte que están disimuladas:  
Que si lo hay, aquí lo hallaremos,  
Desengañándonos con las azadas;  
Mas agora mi parecer se cierra  
En que vamos á ver lo de la sierra.»

No queriendo creer pues del salvaje  
La relacion particularizada,  
Determinaron de hacer viaje  
A la sierra que tengo declarada:  
Proveyéronse de matalotaje,  
Menos de lo que pide gran jornada,  
Y el oro que tenían rancheado  
Quedó secretamente sepultado.

Pusieron en efecto la partida  
Por grandes asperezas de caminos;  
Hallan la tierra falta de comida  
Por la teneralzada los vecinos;  
Sobrevino gran lluvia y avenida,  
Terribles y espantables torbellinos,  
E ya por los poblados, ya por yermos,  
Los mas de los soldados van enfermos.

Fueron con gran trabajo prosiguiendo  
Sin hallar do tomar algun reposo;  
Los rios sin cesar iban creciendo,  
Y el curso dellos es impetuoso;  
Ya la gente se va disminuyendo  
A causa del invierno riguroso:  
Hijo no háy que á padre dé la mano,  
Ni hermano que se valga del hermano.

Y aunque mas por algun rastro procedan  
Menos fin hallan á sus desventuras,  
Y pocos en el campo que ya puedan  
Mandar las descarnadas coyunturas;  
De dos en dos y tres en tres se quedan  
Muertos y sin gozar de sepulturas;  
Demás desto los indios en algunos  
Pasos también les eran importunos.

Viendo que todo bien se les oculta  
Y que su perdicion era patente,  
Entraron los mas sanos en consulta  
Con el gobernador y su teniente;  
Dieron su parecer, del cual resulta  
Al pueblo del Cenú volver la frente,  
Viendo que con trabajo tan terrible  
Era no morir todos imposible.

Con los mismos trabajos escesivos,  
Tanto que no podré yo numerallos,  
Volvieron, aunque pocos dellos vivos,  
Cuyos mantenimientos eran tallos  
De bihaos que son muy dejativos,  
Y con alguna carne de caballos,  
O de los que de flacos se quedaban,  
O que también de noche los mataban.

Es el bihao dicho, cierta planta  
Que por lugares cenagosos sale,  
Como plátano blanda, mas no tanta  
Su grandeza que con la dél iguale;  
Es su cogollo cebo de gargauta  
Del que no tiene con que la regale;  
Comida triste, floja, desabrida,  
Y mas cuando sin sal está cocida.

Tiempo fué que comí tales bocados,  
Y en oillos nombrar agora temo:  
Pues cuando los procuran los soldados  
Es ya señal que están en el extremo;  
Tallos tiernos de hobos sancochados  
Alguna vez me fué manjar supremo,  
Y mas si los cociamos con bledos,  
Porque les dan sabor por ser acedos.

Algun tiempo también las verdolagas,  
Si las habia por algun terreno,  
Cuando se padecian estas plagas  
Con ellas proveíamos el seno;  
Y los júeces dan muy malas pagas  
A quien de mal camino hizo bueno,  
Porque viniesen ellos caminando  
A vino y á capones regoldando.

Esto no tiene fin si se comienza,  
Y así fuera mejor dalle de mano;  
Mas es sobrada ya la desvergüenza  
Que tienen con el pobre baquiano,  
Sin esperar razon que los convenza,  
Ni derecho ni mando soberano;  
Y todo lo mejor de las conquistas  
Se llevan holgazanes papelistas.

Y estos con quien usaron de halago  
Y por quien encargaron su conciencia,  
Esos mismos después les dan el pago  
Al tiempo que les toman residencia;  
Y algun dia que vimos acágo  
Visitador revuelto con audiencia,  
Estos fueron la causa de su tema,  
Y al fin, del monte sale quien lo quema.

Porque toda la gente baquilana,  
Eso me da pasada que presente,  
A todos sus mandatos está llana  
Y los cumple leal y fielmente;  
Perdicion de juez, de juez mana  
Y de su coronista y escribiente;  
Y tengo por notorios desatinos  
Culpar en este caso los vecinos.

Puesto caso que cuantos golpes tiran  
Descargan en los miseros pacientes,  
Porque se diga bien, *reges delirant*,  
Y pagan miserables inocentes:  
Los que con claridad aquesto miran  
Mejor lo notaran que los absentes,  
Que por los papelistas de mal modo  
Culpan do no lo ven un reino todo.

Y con dalles antiguos la comida  
Y ser amados dellos y servidos,  
Ningunos hombres hay en esta vida  
De los jueces mas aborrecidos;  
Y no por eso dellos hay quien pida  
Cosa de los agravios recibidos:  
Sus Faraones son embarradores  
Que solian gozar de sus favores.

De tan intolerable desafuero  
A todos los jueces no condeno;  
Pues aqui vimos al doctor Venero  
Que de toda virtud fué vaso lleno,  
El cual tractaba con amor sincero  
A los descubridores deste seno,  
Y como sabio, docto, circunspecto  
A los antiguos tuvo gran respecto.

Duró paz y quietud en este reino  
El tiempo que por él fué gobernado,  
Y aquella duracion de su gobierno  
Bien se puede llamar siglo dorado;  
Fué primavera, vino tal invierno  
Que lo cubrió tristisimo nublado:  
Todas son bullarazas y contiendas  
Con gran asolamiento de haciendas.

También faltan palabras con que pueda  
Encarecer aquella virtud pura  
Del gran varón Juan Lopez de Cepeda,  
Oidor en aquella coyuntura;  
Mas si dia fatal no me lo veda  
Ocupará lugar en mi escriptura  
Méritamente, pues agora ceso  
A causa de salir deste digreso.

Volviendo pues á nuestros caminantes,  
Que por rios, quebradas, cenagales,  
Salieron al Cenú, no como antes,  
Sino pocos y llenos de mil males,  
Hallaron los sepulcros ya menguantes  
De muchos que sacaron naturales;  
Y segun otros dieron el tesoro  
Debieron de sacar un millon de oro.

Conocieron las frescas aberturas,  
No sin dolor que sus entrañas pica;  
Pues segun infalibles conyecturas  
Que la misma razon les certifica,  
Desenvolviendo viejas sepulturas,  
Ya sabrian cual era la mas rica;  
Lo cual se vió después mas claramente  
Por ser hechas de traza diferente.

Que los entierros que se descubrian  
En forma de cuadrángulo cuadrados,  
Había muchos dellos que tenian  
A treinta y á cuarenta mil ducados;  
Y los como montones no se vian  
Con tanta suma ni tan bien labrados,  
Y destos mas ó menos en el punto,  
Segun las cualidades del defunto.

Desenvolviendo pues un monumento,  
Como próspera muestra se hallase,  
Luego hicieron un requerimiento  
Al gobernador para que poblase,  
Y no desamparasen el asiento  
Hasta tanto quel oro se sacase;  
Mas él con diferentes intenciones  
Dicen que respondió tales razones:

« Señores, yo conozco ser justicia  
Vuestra protestacion encarecida,  
Pero locura grande, por pudicia  
De oro, consumir aqui la vida;  
Porque para sacar esta noticia  
Necesidad tenemos de comida;  
Para traella yo no sé de dónde,  
Pues en cualquier lugar se nos absconde

» Hay demás deste mas inconvenientes  
Dignos de los mirar ojos atentos:  
Que somos pocos, flacos y dolientes,  
Y faltos de guerreros instrumentos,  
Hasta de los que son pertenecientes  
Para poder cavar enterramientos;  
Pues como veis, por escapar la vida,  
La carga principal quedó perdida.

» Tengo por mejor ir á Cartagena  
Para que de salud nos reformemos,  
Pues que podemos ir la bolsa llena  
Con que necesidades remediemos;  
Y de lo que dejais no tengais pena,  
Porque con gran presteza volveremos,  
Y podrá sucedernos de manera  
Que hayamos lo de dentro y lo de fuera.»

Este razonamiento fué bastante  
Para no replicar parecer vario,  
Ni fuese de su voto discrepante  
Soldado que sintiese lo contrario:  
Partieron pues llevando por delante  
El oro que salió del santuario:  
En efecto, llegaron á su puerto  
Sin que quedase destos hombre muerto.

Recibióse contento y alegría  
Viendo venir la gente del armada,  
No sin admiracion, porque traia  
La cara cada cual amortiguada,  
Y la mitad de tanta compañía  
De vida y de riquezas defraudada;  
Mas mitigóse su dolor y lloro  
Con ver aquella cantidad de oro.

El cual por los soldados se reparte,  
Hecha la cuenta de lo que montaba,  
Segun las condiciones y del arte  
Que gente de razon acostumbraba;  
De lo cual ansimismo dieron parte  
A la gente de guerra que quedaba  
En guarda y en custodia destos senos,  
Y á iglesia y hospital ni mas ni menos.

Luego se mejoraron en los trajes,  
Segun uso del tiempo los pedía,  
Cadenas de oro, gorras con plumajes,  
Ricas medallas con su pedrería;  
Andan recios los juegos y tablajes,  
Medra la dama, y el que la servía  
Ya desmedrando siempre, porque en esta  
Feria lo mas barato caro cuesta.

Durantes estas flores y esta gala  
Que con razones cortas manifesto,  
Ansimismo llegó de Guatimala  
El Alonso de Heredia muy bien puesto:  
Por el hermano visto lo regala,  
Y todos los demás hicieron esto,  
Holgándose de ver los dos hermanos  
Segun la condicion de los humanos.

Eran ambos á dos hombres bastantes,  
Y en el valor corrian por parejo,  
Pero segun que ya dijimos antes,  
El Alonso de Heredia fué mas viejo,  
Y el menor en las cosas importantes  
Aprovechábase de su consejo:  
Y así la paz y guerra se hacia  
Del modo quel Alonso disponia.

Pedro de Heredia con la noble gente  
Celebraron con fiestas estas vistas,  
Y concluidas generosamente  
Hicieron para guerra nuevas listas,  
Al Alonso nombrando por teniente  
Y general de todas las conquistas;  
Y por esta razon que voy tractando  
Excluido quedó César deste mando.

El cual, según mostró por las señales,  
 Disgusto no tomó del nombramiento,  
 Mas sus apasionados y parciales  
 Recibieron algún desabrimiento,  
 Y como suelen en las cosas tales,  
 Quedaron con aquel remordimiento:  
 Mas en César jamás se vió centella  
 De secreta ni pública querella.

En este tiempo, para mas decoro  
 De lo por conquistar y conquistado,  
 De iglesia catedral se erigió coro,  
 Siendo de la diócesis y obispado  
 Primer obispo fray Tomás de Toro,  
 Varon no menos santo que letrado,  
 De la orden de los predicadores  
 Y digno de los mas altos honores.

De los eclesiásticos primeros  
 Fué deán desta catedral escuela  
 Un don Hierónimo de Ballesteros,  
 Y obispo fué después de Venezuela:  
 En buena vida no de los postreros,  
 En condicion de noble parentela;  
 Primer arcediano dan mis cantos  
 A don Francisco Diaz de los Santos.

Don Francisco Fernandez lo es hoy día,  
 Y deán es también don Juan Fernandez:  
 Sabia, limpia y honesta clerecia,  
 Con ornamento de virtudes grandes,  
 Tanto que no podrias, pluma mia,  
 Decillos, aunque mucho te desmandes;  
 Es primer chantre don Anton Verdugo.  
 Cuya bondad á mi siempre me plugo.

El Alonso de Heredia pues usando  
 De los poderes largos que tenia,  
 Llegó de los subjectos á su mando  
 Lucida y estremada compañía:  
 Suenan los atambores y echan bando,  
 Manifestando cuándo se partia  
 A tierras del Cenú, pero constante  
 En procurar pasar mas adelante.

Doscientos y diez fueron los soldados,  
 En trabajosas guerras ya curtidos,  
 De cosas necesarias pertrechados,  
 De caballos y armas proveidos,  
 De grandes esperanzas alentados  
 Y por noticias ricas conmovidos;  
 Y César ansimismo se presenta  
 De quien el general hizo gran cuenta.

Al tiempo ya que resplandor febeo  
 Quería visitar el sexto sino,  
 Apartándose del leon nemeo,  
 Y Pedro y Diego y Juan vieron divino  
 Fulgor en el inmenso Nazareo,  
 Se pusieron á punto y en camino  
 Año de tres quinientos con mas treinta  
 Y cuatro, según da cristiana cuenta.

Como sabian muchos desta gente  
 Guiar mas á provecho la carrera,  
 Llegaron al Cenú mas brevemente  
 De lo que se llegó la vez primera;  
 Ivernaron en parte conviniente,  
 Y esperaron allí la primavera,  
 Y en tanto César fué con gente diestra  
 A tierras de Tulú, por ver su muestra.

Hallaron indios con los arcos tesos,  
 Pero prevaleció cristiano Marte;  
 Y de caciques que tomaron presos,  
 Según el uso de militar arte,  
 Recogerian como diez mil pesos,  
 En que tenian todos ellos parte;  
 Y de cualquiera cosa mala ó buena  
 Iban mensajes para Cartagena.

Súpose pues del oro rancheado  
 Por el gobernador con otros cuentos;  
 Y el contador Durán habia llegado  
 De los reinos de España con doscientos  
 Soldados que traia por mandado  
 Del rey, para seguir descubrimientos;  
 Y para flete destes pasajeros  
 Hallóse por entonces sin dineros.

Y para que sin largas dilaciones  
 Volviesen los navios aviados,  
 Determinó con sanas intenciones  
 De pedir los dineros emprestados;  
 Digo los que en Tulú y en sus rincones  
 Habian rancheado los soldados,  
 Diciendo que en habiendo mas provechos  
 Serian en sus partes satisfechos.

Envió luego cartas al hermano  
 Para que lo que digo concluyese,  
 El cual con gran hervor tomó la mano  
 A fin de que su mando se cumpliese;  
 Mas á ninguno dellos halló llano,  
 Como tocaron en el interesse,  
 Y quien mas descubrió voluntad mala  
 Fué César y también Lopez de Ayala.

Vinieron de razones en razones  
 A decirse palabras desiguales,  
 No sin alteracion de corazones;  
 Y el general, por evitar mas males,  
 Hizo poner en ásperas prisiones  
 Estos dos por cabezas principales,  
 Y aun fueron los enojos de tal suerte  
 Que los queria condenar á muerte.

Pero como terclase gente buena,  
 Pudieron mitigar el accidente,  
 Y no tanto que no les diese pena  
 Vellos hablar desvergonzadamente;  
 Y así no les quitaron la cadena  
 Ni grillos que tenian de presente,  
 Adonde padecieron muchos dias  
 Sin que bastaran ruegos ni porfias.

Y las necesidades que tenia  
 Pedro de Heredia, su menor hermano,  
 Púdolas remediar por otra vía  
 Por tener el remedio muy á mano,  
 Porque sacaban oro cada día  
 En aquel cementerio comarcano:  
 Unos dellos buscaban alimentos  
 Y otros cavaban los enterramientos.

Era la hambre que se padecía  
 En aquella sazón en sumo grado,  
 Y de los sacadores tal habia,  
 Que sin regatear en el mercado  
 Diera cuanto dinero le cabia  
 Por cuatro puños de maiz tostado:  
 Tanta necesidad les desbarata,  
 Que reniegan del oro y de la plata.

Pero con todo esto trabajaban,  
 So pena de prisiones ó de azotes;  
 Y entonces los sepulcros que sacaban  
 Eran los que llamaban de mogotes;  
 Mas estos abusados no mostraban  
 Tener en sí tan caudalosos dotes  
 Como los que tenian las gargantas  
 Debajo de las muy crecidas plantas.

De las cuales quizá la menor era  
 Tan gruesa como tres novillos juntos,  
 Y las alturas dellas de manera  
 Que subian de los comunes puntos;  
 Por lo cual no fué cosa creedora  
 Haber debajo huesos de difuntos,  
 Hasta tanto que con mayor ayuda  
 Salieron todos ellos desta duda.

Estas eran cuadradas sepulturas,  
 Y tenian riquisimos caudales,  
 Tanto que nos afirman escrituras  
 Que pesaban el oro por quintales;  
 Piezas de diversisimas figuras  
 Y de todas maneras de animales,  
 Acuáticos, terrestres, aves, hasta  
 Los mas menudos y de baja casta.

Dardos con cereos de oro rodeados,  
 Con hierros de oro grandes y menores,  
 Y en hojas de oro todos aforrados;  
 Ansimismo muy grandes atambores  
 Y cascabeles finos enlazados,  
 Según los de pretales y mayores,  
 Flautas, diversidades de vasijas,  
 Moscas, arañas y otras sabandijas.

Entonces no creían haber cueva  
 Debajo, como tengo referido ;  
 Por las de mogotillos hacen prueba ,  
 Y gran monton de oro recogido ,  
 A Cartagena se llevó la nueva  
 A los que con Durán habían venido ;  
 Y así con capitán y buen avio  
 Vinieron á ver este señorío.

Fueron pues de la gente mas lustrosa  
 Don Martín y don Juan, ambos Guzmanes,  
 Parientes y de casta generosa ,  
 Y Lorenzo y Giraldo Estopiñanes ,  
 Y Peralta también de Peñalosa ,  
 Hallándose con estos capitanes  
 Don Juan de Sandoval, diestro caudillo ,  
 Hoy en Pirú vecino de Trujillo.

Viendo pues tan lustrosa compañía ,  
 De todas cosas bien aderezada ,  
 El Alonso de Heredia conocía  
 Convenilles hacer otra jornada ,  
 Y llevar la derrota de su via  
 Al oriente del sol encaminada ,  
 Y á causa de la falta de comida  
 Abreviar lo posible la partida.

Aderezado pues lo conviniente,  
 En el lugar que tengo señalado  
 Dejó no poco número doliente  
 Para que de cavar tengan cuidado :  
 Garcí Avila de Villarey, teniente,  
 Juan de Villoria, contador nombrado  
 Para que de los quintos tenga cuenta  
 Y no se defraudase real renta.

Año de treinta y cinco por enero,  
 Conclusos pluviales movimientos ,  
 Salían el peon y caballero  
 Para continuar descubrimientos ,  
 Y fueron del ejército guerrero  
 En el número mas de cuatrocientos ,  
 De pertrechos acémilas cargadas  
 Para hacer caminos y calzadas.

Caminan á la parte del oriente  
 Por algunos terrenos despoblados ,  
 Y aunque fueron por parte diferente  
 De los primeros mal afortunados ,  
 Pero hallabase campo patente  
 Y zavasas con copia de venados ,  
 Que por aquellos encumbrados cerros  
 Mataron con caballos y con perros.

Y aunque la tierra por do van es mala  
 Y no se descubria cosa buena ,  
 Al Francisco de César y al Ayala  
 Nunca quiso quitalles la cadena ;  
 A entrambos con collares los iguala :  
 Que no fué para todos poca pena ,  
 Hasta tanto que las necesidades  
 Y los ruegos les dieron libertades.

Como por relacion que vino llena  
 El gobernador supo la partida,  
 Hizo la suya desde Cartagena  
 Al Genú, do quedaba recogida  
 Gente para cavar en el arena ,  
 Y por mas abreviar esta venida ,  
 Por mar le pareció hacer su via  
 Con doscientos soldados que traía.

A los cuales se dió ninguna mano  
 Para poder tomar nuevos resuellos ,  
 Pues sacando los piés del mar insano  
 Apenas asentaron bien los huellos ,  
 Cuando los envió tras el hermano ,  
 Y al Alonso de Cáceres con ellos  
 Por capitán que los acaudillase ,  
 Y hasta dar con él que no parase.

Siguió su rastro pues con buen avio ;  
 Y el general y los que con él fueron  
 Habían descubierto cierto rio  
 Que Brazo de San Jorge le pusieron ,  
 Donde Yapel tenia señorío,  
 Segun decían indios que prendieron  
 En un pueblo do dieron de improviso,  
 Del cual huyó quien pudo dar aviso.

Luego Yapel que la razon percibe ,  
 Por se vengar del campo peregrino  
 Armas y muchas gentes apercibe  
 Para les estorbar aquel camino ;  
 Sin recelar poder que lo derribe ;  
 Y fué furor que menos le convino ,  
 Pues aquel belicoso movimiento  
 Salíó contrario de su pensamiento.

Salieron en venganza de sus tuertos  
 Bien dos mil indios por carrera llana ,  
 Y vieron que los toros eran ciertos  
 Reconociendo gente castellana :  
 Abátense y estaban encubiertos  
 Con yerbas que tenia la zavana ,  
 La cual es por allí de tal altura  
 Que podría servir de cobertura.

Prosiguiendo los nuestros sus viajes  
 Y sin este recelo caminando  
 Cerca ya de llegar á los parajes  
 Do los indios estaban esperando ,  
 Los de caballo ven ciertos plumajes  
 Por cima de las yerbas ondeando :  
 El avanguardia dijo lo que via ,  
 Y hizo reparar la compañía.

Viendo que nuestra gente se paraba ,  
 Conocieron los indios ser sentidos ,  
 Y salen con aquella furia brava  
 Que suelen cuando van mas encendidos :  
 Sácanse luego tiros del aljaba ;  
 El ancho campo hunden alaridos ;  
 Vuela por la siniestra y la derecha  
 Infinidad de piedra, dardo, flecha.

Nunca se vido nao mas combatida  
 En tiempo de rigor con tanta onda ,  
 Cuanto se ven con el arremetida  
 Los nuestros de los que hay á la redonda ;  
 Resuenan los crujiidos y estampida  
 De los corvados arcos y la honda ;  
 Vense cercados de mortal injuria  
 En tanto que duró la primer furia.

Mas como campos hay acomodados  
 Para poder romper esta pujanza ,  
 Salen los de caballo bien armados ,  
 Olvidadas las leyes de templanza ;  
 Abren salvajes pechos y costados  
 Ensangrentando la blandiente lanza ;  
 La verde yerba se paraba roja  
 Y crece la mortífera congoja.

Viendo que los tractaban desta suerte  
 Y cuán siniestramente les sucede ,  
 En silencio la grita se convierte  
 Huyendo cada cual por donde puede ;  
 Y aquel que se libraba de la muerte  
 Lugar no ve donde seguro quede ,  
 Porque muchos con estos desconciertos  
 Se metían entre los cuerpos muertos.

Tomaron muchos indios dellos vivos  
 Para que al español su carga lleve ,  
 Y así los que venían muy altivos  
 Y furiosos, en espacio breve  
 Se vieron en prisiones y captivos ;  
 Y el que no tuvo hado tan aleve ,  
 A Yapel ocurrió con paso tieso  
 A llevarle la nueva del suceso.

Los caballeros en su seguimiento  
 Abrevian lo posible su corrida :  
 En un alto divisan un asiento  
 De poblacion bien puesta y estendida ;  
 Dióles aquella vista gran contento  
 Por ser su gran compás tierra florida ,  
 Y la disposición y circunstancia  
 Prometía hartura y abundancia.

Porque tenían estos naturales  
 Las casas todas bien aderezadas ,  
 Con gran copia de huertas de frutales  
 Maravillosamente cultivadas ,  
 Grandísimas labranzas de yucales  
 Y otras raíces dellos estimadas ,  
 Como batatas, ajés, himoconas ,  
 Que suelen ser regalos de personas.

Asiento limpio por cualesquier vias,  
Campiñas espaciosas por los lados,  
Todas sus partes rasas y santas,  
Purísimos los aires y templados,  
Aguas delgadas, espejadas, frías,  
Ríos con abundancia de pescados,  
Y la templanza dicen ser tan buena  
Que frío ni calor no les dá pena.

Después que lo poblado descubrieron  
Pican con mas instancia los rocinos,  
Pero por mucha prisa que se dieron  
Habían ya huido los vecinos,  
Con aquellas preseas que pudieron  
Y por diversas sendas y caminos,  
De manera que los desta conquista  
Entraron sin que nadie los resistia.

Luego los caballeros y peones  
Pensando de hallar un gran tesoro,  
Escudriñaron casas y rincones  
Sin les guardar respecto ni decoro,  
Y en estas diligencias de ladrones  
Recogerian seis mil pesos de oro,  
Quedando con disgustos y querrela  
Por se les escapar toda la perrela.

Otros pueblos había por las frentes,  
Como dos leguas el que mas escluso,  
Subyectos, tributarios y obedientes,  
Segun se conocia por el uso,  
A este, que por castellanas gentes  
Nombre de Pueblo Grande se le puso,  
Donde Yapel, que todos los regia,  
Iviernos y veranos residia.

Había por sus campos y llanuras,  
En grandor mas ó menos señaladas,  
Muchas piramidales sepulturas  
Y por la mayor parte renovadas;  
Y estas por intentar otras venturas  
No fueron desenvueltas ni sacadas,  
Antes tocar en ellas nadie osa,  
Por mandarse con pena rigurosa.

Esta se denunciaba con pregones,  
Y algunos murmuraban y decían  
Ser debajo de malas intenciones  
Aquestas penas que se les ponían;  
Mas el general daba sus razones,  
Diciéndoles que allí se las tenían;  
Pero queria que buscasen antes  
Otras tierras mas ricas y abundantes.

Y que puesto quel pueblo fuese sano,  
Era raíz la principal comida,  
Sin que hallasen de maiz un grano,  
Y no les iba menos que la vida,  
Si paraban en tiempo del verano  
Que para su jornada les convidá;  
Y así después que allí se rehicieron  
Mucho mas adelante procedieron.

Siempre acia la parte del oriente,  
Por partes de terreno despoblado,  
E ya no poco número doliente,  
Y el mas sano de todos mal parado,  
Dieron después en un pueblo sin gente  
Aunque bien proveido de pescado  
En barbacoas asada muchedumbre,  
Como tienen en Indias de costumbre.

Deste vientres vacíos proveyeron  
Y luego con aquel pio hambriento  
Buscaron por allí, mas no pudieron  
Hallar otro ningún mantenimiento;  
Y aunque este se halló, los mas salieron  
Tales que los baja flaco viento,  
Y con ir desta suerte, todavía  
Pertinacisimos en su porfía.

Continuando pues esta conquista  
Segun la voluntad que los ordena,  
Al gran río de Cauca dieron vista  
Aumentador del de la Magdalena,  
De quien he sido yo buen coronista  
Y he dado relacion no poco llena;  
Y con enfermedad que los derriba  
Muchas jornadas van por él arriba.

Habiendo hecho ya largo desvío,  
Y muchos españoles perecido,  
Vieron en una isla deste río  
Cierto pueblo por barrios dividido;  
Para pasar á él no ven avío,  
Por no selles el vado conocido,  
Pero huscólo gente de pelea,  
Y al fin halló por dónde se vadea.

Procuran caballeros pasar luego,  
Pero los indios, viendo cómo vienen,  
A todos sus buhíos ponen fuego  
Y en las canoas meten cuanto tienen,  
Dejando sin consuelo con el fuego  
Aquellos que del aire se mantienen,  
Pues no pudo hallar hombre cristiano  
Cosa de que pudiesen echar mano.

En esta mas que misera tormenta,  
Mucho mayor que yo la represento,  
El mas bajo y el hombre de mas cuenta  
Por no morir en este detrimento  
Con tallos de bihaos se sustenta:  
Desventurado y misero sustento,  
Pues los flojos cogollos destas berzas  
Cien mil desmayos dan en vez de fuerzas.

Todos á mas andar se consumían,  
Y eso me dá mancebo que mas viejo,  
Y en el cansado cuerpo no tenían  
Sino los huesos solos y el pellejo;  
Y como nada bueno descubrirían  
Entraron principales en consejo,  
Y la razon de todos fué resuelta  
En que para la mar diesen la vuelta.

Volvieron pues la fatigada planta  
Al prolijo camino que sabia,  
Mas la debilidad era ya tanta  
Que muchos perecian cada día:  
El que caía nadie lo levanta,  
Y si lo procuraba no podia,  
Porque comunes eran estos males,  
Y los altos y bajos van iguales.

Los mas sanos caminan lo que pueden  
Mas de la muerte que de vida ciertos;  
Pues no van de manera que no queden  
De dos en dos y de tres en tres muertos;  
A pocos sepulturas se conceden  
Y estos cuasi quedaban descubiertos,  
Aunque se lo mandaban á peones  
Que venían atrás con azadones.

Mas no puede cavar la tierra dura  
El que mas vigoroso parecia,  
Y aun al hacer la funeral cultura  
Mas que segunda vez acontecia  
Quedar muerto sobre la sepultura  
El misero peon que la hacia,  
Y así quien intentó cubrir el muerto  
Quedó sin sepultura y descubierto.

Muchos con el hanbriento destino,  
Demás de sabandijas que no cuento,  
Habiendo guazamas por el camino  
Las tenían por principal sustento:  
Sequisimo manjar, gusto malino,  
Desde el principio de su nacimiento:  
Es fruta como mora, pero dura  
Y muy mas seca cuanto mas madura.

Moras dirá que son el mortal ojo,  
El orden de granillos algo ralo,  
Y ha menester echallas en remojo  
Quien quiere que de jugo den regalo;  
Pero cuando mas rico, su despojo  
Es el que dan astillas de algun palo,  
Y el árbol que las dá con todo esto  
Quedaba de su fracto descompuesto,

Por despojallo manos diligentes  
Y ser cuasi que todos á cogellas;  
Pero menester ha muelas y dientes  
Quien quiera digerirlas y molellas;  
Bien que para comellas estas gentes  
Un no sé qué de dulces tienen ellas,  
Mas el estómago de calor poca  
Lanzaba las comidas por la boca.

Pero como su necesidad le mande  
No llevar el Heredia pasos lentos,  
Y Dios diese vigor para que ande,  
Quien escapó con él de detrimentos  
Llegó segunda vez al Pueblo Grande,  
Menos de sus soldados los trescientos:  
Los indios se pusieron en huida,  
También necesitados de comida.

Los nuestros rebuscaron las horrasas  
De las raíces y otras chucherías,  
Por aquellas labranzas y culturas  
Que consumieron los pasados días;  
Abrieron ansimismo sepulturas  
De huesos llenas, de metal vacías,  
Aumento grande de sus aflicciones  
Y pena de perder las ocasiones.

Estando pues allí la compañía  
Cercada de mortales descontentos,  
Con Cáceres llegó la qué traía  
No menos fatigados y hambrientos;  
De suerte que por una y otra vía  
Fué la necesidad en crecimientos,  
Y así por no cumplilles el sosiego  
Juntos para la mar partieron luego.

Pero para llegar á los confines  
Y términos del rico santuario,  
El general mandó matar rocines  
Por no poder hacerse lo contrario,  
Entresacando de los mas ruines  
El que les era menos necesario,  
Y aqúeste fué grandísimo remedio  
Para no faltar muchos de por medio.

Y al repartir las partes del caballo  
En él no se hallaba cosa fea,  
Sin desecharse pié, tripa, ni callo,  
Ni cuero, ni juntura de manea;  
Cuecen en ollas el genital tallo  
Como regaladísima lamprea,  
Y las unas y otras reventando  
Siempre remanece menos blando.

Con estas desventuras repugnantas  
A piés que parecían ir con grillos,  
Entraron en las tierras circunstantes  
Del Cenú, rotos, flacos y amarillos;  
Mas el gobernador dos leguas antes  
Salió con gente para recebillos,  
Y en viéndolo la que llegó perdida  
No pudo juzgar bien de su venida.

Háblanse los hermanos como hermanos,  
Abrazaron amigos sus amigos,  
Representándoles trabajos vanos,  
Largos caminos, yerbas sin abrigos;  
Del tierno sentimiento los humanos  
Ojos pudieran ser allí testigos,  
Y mas desde supieron claramente  
Muertes y perdición de tanta gente.

Y para mas doblar el desconsuelo  
El gobernador, hecho sentimiento,  
Dijo, que reparar en aquel suelo  
Los que venían era perdimiento,  
Por no poder hallar un solo pelo  
En toda la provincia de sustento;  
Que pasen á Tulú, tierra sabida,  
Donde tendrían cierta la comida.

Algunos hombres dellos impacientes  
Respondieron con alterados pechos:  
« Señor, señor, esos inconvinientes  
Bien entendemos dónde van derechos:  
Quiere vuestra merced y sus parientes  
A sus solas gozar de los provechos,  
Y al hí de puta vil que lo trabaja  
Quitalle los granzones y la paja.

» Porque todos sabemos la grandeza  
Y cantidad del oro que se saca;  
Quépanos parte pues de la riqueza,  
Ó de las sepulturas la mas flaca;  
Veis nuestra desnudez, nuestra pobreza,  
Cubierta con pedazos de hamaca,  
Y pues llevamos los peores ratos,  
Hayamos para calzas y zapatos.»

Tales razones y por esta vía  
Estrellaron en medio de sus cejas;  
Mas él como sagaz también sabía  
Hacer á tiempos sordas las orejas;  
Al fin los hizo ir donde quería,  
Usando siempre de sus mañas viejas,  
Con palabras de buen comedimiento  
No todas veces dando cumplimiento.

Llevaronlos como de los cabellos,  
Sin les valer razon, queja ni ruego;  
El Alonso de Heredia fué con ellos  
Con intenciones de volverse luego:  
Llegaron á Tulú cansados hueltos  
Donde pararon con algun sosiego,  
Porque por sus lugares y distancia  
Hallaban de maices abundancia.

Como tuviesen pues harta comida,  
Algunos se hartaron de tal suerte,  
Que pensando tener con ella vida  
Tragaron las angustias de la muerte:  
Dejando ya la gente proveída  
El Alonso de Heredia se convierte  
Al pueblo del Cenú lijeramente,  
Y el Cáceres quedó con esta gente.

El gobernador antes con navío,  
Por ahorrar por tierra de trabajo,  
Subió desde la mar por aquel río  
Que es en grandeza no menor que el Tajo;  
Y á las cuarenta leguas de desvío  
Halló con remos principal atajo,  
Porque cerca del rico santuario  
Se podía llevar lo necesario.

Sin que la gente que llegó perdida  
Este nuevo secreto conociese,  
Ni pudo, pues aun bien no fué venida  
Cuando le hizo luego que partiese:  
Allí tenia barca prevenida  
Para cuando la tal menester fuese,  
Visto que con los remos y corriente  
A la mar se llegaba brevemente.

Llegado de Tulú pues el hermano,  
Es de creer que como consejero  
No le querria dar consejo vano  
Acerca de la guarda del dinero;  
En lo que fué después no pongo mano  
Ni me conviene sin comer primero,  
Porque me tienen ya la mesa puesta,  
Y hay mucho que decir en lo que resta.

## CANTO CUARTO.

Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tulú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaban sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron.

El que manda soldados de conquista,  
Puesto caso que sea comedido,  
Como de cortedad no se desista  
Ni fuere como debe bien partido,  
Del mayor y menor es cosa vista  
Que tiene de quedar aborrecido,  
Y mas si les usurpan los provechos  
Justamente debidos á sus hechos.

Y así la gente que en Tulú quedaba  
Perdida del entrada, viendo esto,  
No sin palabras feas blasfemaba  
De su gobernador y de su gesto;  
Y como ya con fuerzas se hallaba  
No quisieron estar en aquel puesto,  
Antes ir á buscar á Cartagena  
Una comodidad que fuese buena.

A Cáceres dijeron el intento,  
Al cual no pareció ser desatino,  
Antes conforme con su pensamiento  
De buena voluntad en ello vino;  
Y aprestadas las armas y alimento  
Al punto se pusieron en camino,  
Rancheando los pueblos y lugares  
Que confinaban por aquellos mares.

Pedro de Heredia, con la bolsa llena  
De ricas piezas y de vasos finos,  
Tenia siempre sospechosa pena  
Que los que se partieron del mohinos  
Irian contra él a Cartagena  
Para se rebelar con sus vecinos;  
Y así determinó de salir fuera  
A fin de les tomar la delantera.

Por sí ó por no, como varon discreto  
Y animosísimo sobremanera,  
Teniendo por verdad su mal conceto,  
Pasó con brevedad esta carrera,  
Por tener ya para cualquier efeto  
A punto bergantín en la ribera  
Del río do tenían sus asientos  
Y sacaban aquellos monumentos.

En él entró con poca compañía,  
Mas no sin maña y ánimo supremo;  
Llevó también el oro que tenia  
De piezas cudiciosas por estremo;  
E ya llegado do la mar batía  
Hizo navegacion á vela y remo,  
Y al puerto vino mas de veinte dias  
Primero que las otras compañías.

Llegado Cáceres con sus soldados  
Cerca de Calamar y su frontera,  
Todos ellos quedaron admirados  
De vello pasear por la ribera  
Con muchos caballeros á los lados,  
Gente recién venida forastera;  
Uno dellos se rie y otro pasma,  
Diciendo no ser él sino fantasma.

Pero llegados mas á los lugares,  
Cada cual sus enojos desencierra,  
Y allí tuvieron dares y tomares,  
Mas para blanda paz que dura guerra,  
Y él mitigó sus furias y pesares,  
Y á todas sus querellas echó tierra,  
El oro suyo todavía horro  
Sin ofrecelles punta de socorro.

Mitigada doméstica tormenta  
De lo que presumió sin estar cierto,  
A los contractadores se dió cuenta  
Haberse por el río descubierto  
Por donde celebrasen compra y venta,  
Y barcos y navios tengan puerto  
Cercano de las ricas sepulturas  
Por aguas mansas, llanas y seguras.

Aun no fué la razon bien entendida  
Cuando, sin esperar prolijos ratos,  
Partieron barcos llenos de comida  
Para gozar de prósperos contratos;  
Llegaron á la parte referida  
Donde los precios no fueron baratos,  
Pues se vendian los canarios quesos  
A treinta y cinco y á cuarenta pesos.

Y con ser el viaje sin trabajos  
Y la brevedad grande del camino,  
Vendian un arroba de tasajos  
A veinte y cinco pesos de oro fino,  
Y poco menos una ristra de ajos,  
Mas de cien pesos un barril de vino;  
Y cuanto se llevaba de acarreto  
Compraban estas gentes al respeto.

Hasta que con ganancia tan suprema  
Acudian ya tantos al chillido  
Que de los precios abajó la flemma  
Poniéndolos en término medido;  
Pero no fué la baja tan estrema  
Que dejase de ser precio subido,  
Pues arrojaban oro tan sin tiento  
Que ganaban á mas de mil por ciento.

Viendo la mucha gente que se llega  
A mejorar allí su pobre capa,  
Fundóse pueblo donde se congrega,  
Y el Alonso de Heredia hizo mapa  
Para trazar solares en la vega  
Del río que se llama Catarpa,  
Hoy villa de Tulú segun parece,  
La cual en este tiempo permanece.

T. IV.

Como los indios vieron poblaciones  
De mayor duracion y mas provecho,  
Vinieron á las ver con intenciones  
De no perder su tierra ni derecho;  
Sobre la villa dieron escuadrones;  
Cosa que nunca tal habian hecho,  
Y agora que venian al remedio  
Tomaron aquel río de por medio.

Vinieron perlongando las riberas  
A compás de sus roncós atambores,  
Escuadras ordenadas por hileras  
Como suelen cursados guerrreadores;  
Solamente faltaban las banderas  
Por no llegar allí los inventores;  
En lo demas el escuadron camina  
Segun orden de buena disciplina.

Unos dellos con picas en las manos,  
Otros, dorados arcos y carcajes,  
Muy gallardos los mozos y los canos,  
Sobre diademas de oro sus plumajes,  
Y á su modo tan puestos y galaos,  
Que no se vió de traza de salvajes  
Otra de mas vistosa compostura  
En gala, proporciones y hechura.

Llegados pues al arenal frontero  
Del lugar do la villa se hacia,  
Dispararon del escuadron primero  
Copia de venenosa flecheria,  
Y á don Martín Guzmán, un caballero,  
Mataron dos caballos que tenia,  
Cuyo grave pesar fué de tal peso  
Que quedó sin caballos y sin seso.

Hacen los españoles armas prestas  
Para tirar á la contraria banda,  
Contra las flechas duras y molestas,  
Y el general á grandes voces manda  
No tiren arcabuces ni ballestas,  
Mas antes con palabras los ablanda,  
Por ver si puede por alguna via  
Traellos á la paz que pretendia.

Pero los mal sufridos andaluces,  
Viendo contrarios tiros importunos,  
Disparan las ballestas y arcabuces,  
Con que debieron de herir albugos;  
Y así huyeron todos de las cruces  
Sin que parasen por allí ningunos;  
Tras dellos fué con españoles ciento  
Garcí Avila del Rey en seguimiento.

Siguió por las señales de sus huellos,  
Con otro capitán Antonio Perez,  
Y no pararon hasta dar en ellos,  
Donde prendieron hijos y mujeres;  
Pero hicieron luego paz con ellos  
Soltándolos con todos sus haberes,  
Y desde entonces gente castellana  
La tierra del Cenú tuvo muy llana.

Porque estos indios son ahidalgados,  
Y guardan amistad si la prometen;  
Gentiles hombres, bien proporcionados,  
Prudentes en las cosas que prometen;  
Tienen bubios bien aderezados,  
Y aquellos apesentos do se meten  
Las mujeres gallardas y dispuestas,  
Pulidas y en el traje mas honestas.

Andan cubiertas desde la cintura  
Hasta los piés con una mantellina  
Que hace razonable compostura,  
De tela de algodón, delgada, fina;  
Unas son blancas, otras con pintura,  
Segun su voluntad les encamina;  
Es gente finalmente que se pica  
De ser muy estimada, por ser rica.

En aquesta sazón y coyuntura  
Gobernaba Francisco Barrio-Nuevo  
En Panamá, de quien en mi escriptura  
Atras hice memoria como delo;  
El-cual gobernador hizo cultura  
En Acla reformando pueblo nuevo,  
A Julián Gutierrez dando gente  
Por ser su capitán y su teniente.

25

A queste capitán era casado  
 Con Isabel Corral, india ladina,  
 Hermana de Urabá, señor nombrado  
 En todo lo que por allí confina,  
 Con fama de caudal aventajado  
 Mas que ningún señor de la marina,  
 Y por respecto della su marido  
 Era del Urabá favorecido.

Tractábase de tiempo mas antiguo,  
 Pues siendo capitán y rescatando  
 Con españoles que llevó consigo  
 Por esta costa de quien voy tractando,  
 Del Urabá se hizo gran amigo,  
 Como persona que tenía mando  
 En tiempo de Pedrarias, de quien era  
 Caudillo y capitán en la frontera.

Este cacique con voluntad sana,  
 Por ser de sus parientas la mas bella,  
 Dióle para mujer aquella hermana,  
 Con el honor y gracia de doncella;  
 A la cual Julián hizo cristiana  
 Y después desto se casó con ella,  
 Y en el bautismo de la ley divina  
 El nombre se le dió de la madrina.

El Alonso de Heredia, como vido  
 Por Barrio-Nuevo poblacion fundada  
 En el ancon y puerto conocido  
 A quien llamamos hoy el Euseñada,  
 Parecióle caer en el partido  
 De la gobernacion al Pedro dada,  
 Y quel de Panamá fuera salia  
 Del término quel rey le concedia.

Con el desasosiego desta pena,  
 No pareciéndole consejo vano,  
 Determinó de ir á Cartagena  
 Para le dar avisos al hermano;  
 Y después de tener consulta llena  
 A todos pareció ser lo mas sano  
 Poblal en Urabá que es allí junto,  
 Pues tienen para ir naves á punto.

Prepáranse pertrechos y atavíos,  
 Caballos, armas, estofado sayo,  
 Soldados viejos y de buenos bríos  
 Que no muestran flaqueza ni desmayo;  
 Doscientos hombres van en tres navíos  
 Año de treinta y cinco, mes de mayo,  
 En el uno valientes caballeros,  
 Y César de quien eran compañeros.

Estos como se viesen apartados  
 De Cartagena, vela levantada,  
 Por aquellos enojos atrasados  
 Determinaron dalles cantonada;  
 Metióse César pues con sus soldados  
 En Acla y en el mar del Euseñada,  
 Y Julián Gonzalez el teniente  
 Fortalecióse mas con esta gente.

El Alonso de Heredia ya testigo  
 De los culpados en hacer ausencia,  
 Llegó con los demás adonde digo  
 Que querian hacer su permanencia,  
 Y por el Urabá mal enemigo  
 Se le hizo terrible resistencia  
 Con encubiertas, saltos, emboscadas  
 Y flechas de veneno preparadas.

Y así murieron de la primer mano  
 Un capitán llamado Juan Terrero,  
 Alvaro de Jaen y otro su hermano,  
 Un Alonso Rodriguez y un Montero,  
 Y Diego de Artes, un italiano,  
 Que no las tuvo contra mal tan fiero,  
 Y muerte sumamente trabajosa  
 A causa de la yerba ponzoñosa.

Aunque el pobre zagal iba burlando  
 De los salvajes y de su palillo,  
 Mas el engaño suyo sintió cuando  
 Con el dolor mudado y amarillo  
 Traspellados los dientes y rabiando  
 Hacia de la boca colodrillo,  
 Como suelen hacer con violencia  
 Los que padecen esta pestilencia.

El general Heredia, nada falto  
 De aquel esfuerzo que se requería,  
 Buscó ciertas llanadas en un alto  
 De donde mar y tierra parecia,  
 Y sin contradiccion de mas alalto  
 El pueblo se fundó que pretendia,  
 Al cual por ser patron de la conquista  
 Nombró San Sebastián de Buena-Vista.

Señalan plaza, calles, pertenencias,  
 Al norte, sur, oriente y al ocaso,  
 Y danles sus medidas y decencias,  
 Según daba lugar el campo raso,  
 Y hácese las otras diligencias  
 Que se suelen hacer en este caso,  
 Señalando lugar para castiello,  
 Y pusieron también horca y cuchillo.

Visto por Julián aquel asiento  
 Y ranchos de los nuevos pobladores,  
 Con don Martín Guzmán y regimiento  
 Vinieron con trompetas y atambores  
 A les hacer un gran requerimiento  
 A los otros modernos regidores,  
 Los cuales respondieron que lo oían  
 Y que á su tiempo les responderian.

Volvióse luego con sus bergantines  
 El Julián al pueblo donde estaba,  
 Con voces de trompetas y clarines  
 Y gente de quien él se confiaba,  
 Y después en sus puertos y confines  
 El uno y otro bando se velaba;  
 Pero ya por cordura, ya por miedo,  
 Entonces cada cual estuvo quedo.

Mas el Julián Gutierrez que sabia  
 Quién el gobernador Heredia era,  
 El puerto donde está fortalecia  
 Con bastiones de tierra y de madera;  
 También hizo plantar artillería  
 En lo mas cómodo de la ribera,  
 Siempre con centinelas en un viso,  
 Para si viesen velas dar aviso.

Mas el un bando y el otro se refrena  
 Velándose muy bien con sus parciales;  
 Y en estos dias ocasion ordena  
 Venir nueve mancebos principales,  
 Para desembarcar en Cartagena,  
 De Madrid todos ellos naturales:  
 Diego Lujan y don Juan de Guevara,  
 Don Nuño, y los demás de estirpe clara.

Desembarcados do se representa  
 Al gobernador vieron al momento;  
 Mostró que de su vista se contenta  
 Por ser antiguo su conocimiento;  
 Pero no hizo dellos tanta cuenta  
 Que pasase de vano cumplimiento,  
 Pues siendo de su patria y tal linaje  
 No mandó les buscasen hospedaje.

Despidense confusos, y primero  
 Reconoció la noble camarada  
 Alonso de Saavedra tesorero,  
 El cual los convidó con su posada,  
 Enemigo mortal y delantero  
 En mala voluntad muy arraigada  
 Contra Pedro de Heredia, por sus fines  
 Y pretensiones buenas ó ruines.

Y es de creer que por el hospedaje  
 Y voluntad con que los regalaba,  
 Que á vueltas de los gustos del poteje,  
 Si de Pedro de Heredia se tractaba,  
 Habian de hablar aquel lenguaje  
 En que su mismo huesped les hablaba,  
 Y serian los mas de la comedia  
 Entremeses tocantes al Heredia.

Después desto, semanas ya pasadas,  
 Oyó el gobernador por cosa cierta,  
 Quitar estos hidalgos las espadas  
 A mozos que pasaban por su puerta,  
 So color de pedillas emprestadas;  
 Y presumiendo mal desta cubierta  
 Fué luego con un solo compañero  
 A la casa del dicho tesorero,

A fin de descubrir esto que digo  
Y qué adivinaba con el dedo ;  
Y este hidalgo que llevó consigo  
Decíase fulano de Saucedo,  
Deste gobernador fiel amigo,  
En cuyo pecho nunca cupo miedo ;  
-Ambos á dos con sendas albardas,  
Y sin mas prevenciones ni mas guardas.

Aunque vestidas armas de algodones,  
Sayos y zaragüelles estofados,  
Y en las cabezas puestas morriones,  
Las espadas ceñidas á los lados,  
Y con determinadas intenciones  
Entraron á buscarlos alterados,  
Cuando la noche ya cerrada era ;  
Pero los de Madrid estaban fuera.

Al dicho tesorero solamente  
Hallaron y sin otra compañía ;  
El cual como al Heredia ví presente  
Y de la mala suerte que venia,  
No sin alteraciones y accidente  
Preguntó luego qué es lo que queria ;  
El Heredia con voz no menos presta  
Estas palabras dió por su respuesta :

«¿Qué disfraces son estos? qué rebozos?  
Qué cautelas? qué tractos? qué traiciones?  
¿Por qué quitais espadas á los mozos  
Y las meteis detras de los rincones?  
¿Estamos en el monte de Torozos?  
¿Es esta casa cueva de ladrones?  
Vivid bien, tesorero Saavedra,  
Y si no, sobre vos caerá la piedra.»

Responde : «No hay aquí gente tirana ;  
El mal sale de vos y en vos se encierra.»  
Y como vió respuesta tan lozana,  
Heredia de paciencia se destierra,  
Dándole con la dicha partesina  
Un coscorron que dió con él en tierra,  
Y aquesto hecho con gentil denuedo  
A su casa se fué con el Saucedo.

Y aunque como sagaz reconocia  
Volver los otros por el agraviado,  
Con experiencia de su valentía  
El vivía de sí tan confiado,  
Que no quiso llamar mas compañía  
Del Saucedo, por ser fino soldado ;  
Y así las novedades esperando  
Por la puerta se andaban paseando.

Vinieron luego los del alianza,  
Y viendo de su huésped el afrenta  
A su cargo tomaron la venganza  
Todos con intencion sanguinolenta ;  
Toman cada cual dellos una lanza  
Y en busca van de quien se les presenta,  
Porque viendo venir el torbellino  
Los dos les hacen ahorrar camino.

Habláronse palabras algo bastas,  
Segun que las dictaban accidentes ;  
Y como todos son de buenas castas,  
Con presuncion de diestros y valientes,  
Diéronse como dicen de las astas  
Aferrándose bien frentes con frentes,  
Pues cuantos eran, sin curar de espadas,  
Jugaban con las armas enastadas.

Mas cuando las median sus furoros,  
Cada cual procurando su venganza,  
Lanzas eran allí superiores  
Por ser mayor el asta de la lanza ;  
No por eso los dos eran menores  
En el esfuerzo y en la confianza,  
Pues en la mas que vil y civil guerra  
No pierden, sino van ganando tierra.

Porque el gobernador en el combate,  
Con prontitud, valor y gran destreza,  
Las unas y las otras les rebate,  
Sin que mostrase brizna de flaqueza ;  
Pues del dicho Saucedo no se trate  
En que tuviese punto de pereza,  
Sino que con furor luciferino  
Adelantaba siempre su camino.

Mas el gobernador con tal gobierno  
Iba desembargando su pasaje,  
Que no se vido furia del infierno  
Que mostrase mas aspero coraje :  
El duro bote se le hace tierno ;  
Cosa no halla que no desparpaje ;  
Y así se mete por las lanzas todas,  
Como si fueran opulentas bodas.

Viendo que no les calan el ropaje,  
El Lujan dijo con acerbas sañas :  
«¡Oh ! reniego de mí y de mi linaje !  
¿Cómo tanto nos duran dos arañas?  
Hago pleito solemne y homenaje  
De me pelar las barbas y pestañas  
Si no salimos bien con el motivo,  
Y este cruel tirano queda vivo.

» ¡A él, á él, hidalgos de Castilla,  
Si de vuestros honores tenéis celo ! »  
Acude luego toda la cuadrilla,  
Y con botes á pelo y á pospelo  
Le hicieron doblar una rodilla,  
Y con ella tocar el duro suelo ;  
Y con estar así hizo su mano  
Lo que pudo hacer valor humano.

En aqueste durable desatino,  
Con haber voces de plebeya gente,  
Nunca salió soldado ni vecino,  
Sino Pedro Romero su teniente ;  
Aqueste con la vara del rey vino  
Y el buen Joan de Orozco juntamente ;  
Cenaban ambos, y el manjar remoto  
Vinieron á la grita y alboroto.

Viendo al gobernador en los conflictos  
Con valor y destreza de romano,  
Dicen « ¡ aquí del rey ! » á grandes gritos,  
Las espadas desnudas en la mano ;  
Han por bueno los nueve mudar hitos  
Viendo su mal propósito ser vano,  
Y con temor de no padecer muertes  
En su posada se hicieron fuertes.

Prender los malhechores bien quisiera ;  
Pero aunque los llamó Pedro Romero,  
Ningun vecino quiso salir fuera,  
Antes se hizo cada cual ranco ;  
De quel gobernador se desespera  
Con furia de leon ó tigre fiero,  
Pelándose las barbas con despecho  
De no poder salir con aquel hecho.

Fué milagro de Dios quedar con vidas  
Los dos de tantas lanzas rodeados ;  
Ellos al fin quedaron sin heridas  
Y dos de los contrarios bastimados,  
Aunque traian cotas revestidas  
Y todos nueve bien aderezados ;  
El gobernador pues quedó corrido  
Y contra los vecinos desabrido.

Llamándolos traidores, desleales,  
Y que juraba á Dios, en quien creia,  
De los haber y publicar por tales ;  
Que pues ninguno dellos acudia,  
En el crimen debían ser parciales,  
Y en tan grande traición y alevosia ;  
Y con este furor bravo y acedo  
A su casa volvió con el Saucedo.

Quisiéranle hablar antes que entrase  
A fin de que templara los enojos,  
Mas no sufrió que tal se le tractase  
Dándole con las puertas en los ojos ;  
Saucedo le rogó que descansase,  
Pero contrarios eran sus antojos,  
Pues sin se desarmar, por su palacio  
Se paseaba solo no despacio.

Y cuando ya Diana daba fines  
A sus cursos en esta media esfera,  
De sus negros llamó los mas insines  
En el uso del arte marinera,  
Y entró con ellos en los bergantines  
Que solia tener en la ribera ;  
Y en uno dellos con su compañero  
A Carex se partió, que está frontero.

En la isla saltó con su carillo,  
Después que ya llegó la luz del día;  
Salió todo Carex á recebillo  
Con amor ó temor que le tenía;  
El señor de la isla por servillo  
Inquirió la demanda que traía,  
Y el Heredia con muestra placentera  
Al indio respondió desta manera:

« De te favorecer son mis cuidados,  
Y de mis obras eres buen testigo  
En todos los negocios atrasados;  
Y pues te vendes por mi fiel amigo  
Hasme de dar mil hombres bien armados  
Para que á Calamar vayan conmigo,  
Porque quiero quemar estos cristianos,  
Y allí ternás donde henchir las manos.»

El indio que le vió pedir ayuda,  
Refase pensando ser ficciones;  
Mas el Heredia dijo que sin duda  
Venía con aquellas intenciones,  
Y dándole por cuenta mas menuda  
Alguna relacion de sus pasiones,  
En un instante saca de su tierra  
Mil indios escogidos para guerra.

Pintanse todos, pónense plumajes,  
Segun suelen hacer indios guerreros,  
Arrebatan los areos y carcajes,  
Ponen en las muñecas flechaderos,  
Con aquellas posturas y visajes  
Que los hacen mas torvos y mas fieros;  
Entraron en sus barcas ó canoas,  
Y para Calamar guían las proas.

Para mas animar la compañía  
Y hacelles cobrar bravo talante,  
El dicho bergantín era la guía  
Porque el gobernador iba delante;  
Y á hora poco mas de medio día  
Surgen en Calamar poco distante,  
Y á todos les causó tan gran espanto  
Que de mujeres hubo grande llanto.

Porque el tumulto fiero y estupendo,  
Al tiempo de surgir en la bahía,  
Hizo con sus cornetas tal estruendo  
Que pareció quel mundo se hundía,  
Con grita que los aires va rompiendo  
Y á todo corazón temor ponía,  
Y á mucho mas á quien tales ruidos  
Nunca jamás tocaron los oídos.

No se pueden pintar las confusiones,  
Los rumores, las gritas mal formadas  
De mujeres, de niños, de varones,  
Viendo ya sobre sí gentes armadas;  
Ocurren á las armas de algodones,  
Búscanse las rodelas, las espadas;  
Mas cuanto se prepara, busca, piensa,  
Era muy poco para su defensa.

Pues los soldados que hay no son bastantes,  
Por ser pocos en estos menesteres,  
Puesto caso que muchos contractantes  
Había, y abundancia de mujeres;  
Y gritos y rebatos semejantes  
No son para prendados mercaderes:  
Al fin los baquianos son los menos  
Y salen con sus armas como buenos.

Allí Joan de Orozco dijo: « Quiero  
Si sois servidos de me dar licencia,  
Hablar con el gobernador primero  
Rogándole que mire su conciencia,  
Considerando bien el paradero  
Desta desatinada competencia.»  
Todos á una le ruegan que vaya,  
Y así se llegó junto de la playa.

Y en tono que podia ser oído,  
Dijo con las comunes prevenções:  
« Señor gobernador, sea servido  
De me dejar decir cuatro razones,  
Porque para decillas soy movido  
Con buenas y con sanas intenciones,  
Y en hecho de verdad guiado vengo  
Por el amor que á vuestra merced tengo.

» Testimonio del gran dolor que siento  
Son lágrimas que salen de mis ojos,  
Viendo que vuestro buen entendimiento  
Se deja subyectar de sus enojos,  
Queriendo macular ese talento  
Con apasionadissimos antojos,  
Pudiendo castigar los delinquentes  
Sin usarse de medios indecentes.

» Pues aunque con razon justa merezcan  
Castigo los que la maldad hicieron,  
La misma no requiere que padezcan  
Aquellos que ninguna cometieron;  
Y diligencias hay donde parezcan  
Otros ocultos si la consintieron,  
Para que se castigue la malicia  
De los unos y otros con justicia.

» Esto pudiera ver vuestra cordura  
Antes de tan pesadas novedades,  
Y no poner en riesgo y aventura  
Personas de tan buenas cualidades,  
Y vuestro seso y ser con la locura  
De mal consideradas mocedades,  
Pudiendo con papeles, como digo,  
Dalles segun las culpas el castigo.

» Y si fué por probar lo que valia  
Aquel esfuerzo raro que en vos cabe,  
Poca necesidad, señor, había,  
Pues acá y en España bien se sabe;  
Y así de muchas esta valentía  
De noche no merece que se alabe;  
No porque no lo fué, mas en tal caso  
Indigna fué de tan prudente vaso.

» Muy buenos estarian los jueces,  
Cuando se les ofrecen ocasiones,  
Teniendo de su rey poder y veces  
Para convocar gentes con pregones,  
Querer domar á solas altiveces  
De los desvariados corazones,  
Como vuestra merced anoche quiso  
Sin querer á los suyos dar aviso.

» Do contra tantas fuerzas invencibles,  
Hablando sin lisonjas y sin dolo,  
Hector, ni Telamon, ni el gran Aquiles  
Hicieran lo que vos hicisteis solo,  
Rodeado de armas con astiles  
Con mas hierros que rayos tiene Apolo;  
Pero segun mi seso mejor fuera  
Que lo guiárades de otra manera.

» Por ser gran freno contra gente verde  
La gravedad y peso del anciano;  
Y así como vuestra merced acuerde  
De tomar sin pasión consejo sano,  
Si buena coyuntura no se pierde  
Agora la tenemos en la mano,  
Y bastará salir vuestra presencia  
Sola, para teneros obediencia.

» Por tanto, yo por todos ellos salgo  
A suplicar aqueste beneficio,  
Empeñando mi fe de hijodalgo  
Ser esto sin aleva maleficio:  
Deseo pues que sepan lo que valgo  
Yo con vuestra merced y en su servicio,  
Para que paguen los que son culpantes  
Y no lo lasten pobres ignorantes.»

Dijo, con otras cosas que yo dejo,  
Las cuales el Heredia fué notando,  
Y con aquel reporte que es anejo  
A los cuerdos que tienen algun mando,  
Estuvo por un rato muy perplejo  
Sus determinaciones tanteando;  
Llegó pues á la proa desde donde  
Estas pocas palabras le responde:

« Todo lo que decís, señor Orozco,  
De cosas dirigidas á templanza,  
Sin que me las digáis yo las conozco;  
Mas son los mas vecinos en la danza,  
Y sería yo mas que vil y toseo  
Si de tales hiciese confianza;  
Y así no quiero ir ni quiero vellos,  
Si no fuere para vengarne dellos.

» Agradezco, señor, vuestro buen celo,  
Visto que lo tenéis en honra mía;  
Y porque me parece ser del cielo  
Dejaré de hacer lo que quería;  
Mas no para que quede sin repelo  
De me satisfacer en otra vía.»  
Y a questo dicho por la costa abajo  
A Carex envió los mil que trajo.

Los nueve de Madrid, vista la cosa,  
Primero que por partes los reparta,  
Pusieron luego piés en polvorosa  
Huyendo por la mar á Santa Marta,  
Con ayuda de gente generosa,  
No sin obscuridad y priesa harta;  
Mas el gobernador con duro pecho  
Al pueblo de Uraba se fué derecho.

No sin aplauso de contentamiento  
Fué del mayor hermano recibido,  
Y el resto de la gente del asiento  
No menos se holgó cuando lo vido;  
Mas á nadie dió parte del intento  
Ni cuenta del negocio sucedido;  
Y entonces solamente hizo cebo  
Con que venía á ver el pueblo nuevo.

A todos abrazó con buen semblante,  
Grata conversacion, que tal lo era;  
La cual como llevasen adelante  
Vinieron á tractar de la frontera,  
Do Julián estaba muy pujante  
Con gente que huyó de su bandera,  
Y cómo vino con aquel ostento  
A les hacer un gran requerimiento.

Heredia respondió: «Pues él espera  
A negociallo por aquesta vía,  
No será malo que se le requiera  
Que salga de la tierra, pues es mía;  
Y donde no, haremos de manera  
Que baje de su loca fantasía,  
Porque también acá tenemos manos,  
Si no quiere tomar consejos sanos.

» Estos, señores, son mis pareceres;  
Quizá donde nos piensa dar zozobra,  
Socorreremos nuestros menesteres  
Si ponemos las manos en la obra,  
Por acudir allí mil mercaderes  
Con tanto de regalo que les sobra;  
Y esta negociacion sea temprana,  
Y si quereis, hoy antes que mañana.»

Como tocasen en el interesse  
Y estuviesen allí necesitados,  
Todos le respondieron que partiese,  
Porque presto serian aviados,  
Al día y á la hora que quisiese,  
Esos que por él fuesen señalados:  
Holgóse mucho que con él concorden,  
Y para la partida dieron orden.

Y para que con mas pujanza vaya,  
Despachó treinta dellos con rocines,  
Que fuesen caminando por la playa  
Hasta se congregan en los confines,  
En cierta parte qué les dió por raya,  
Con los que fuesen en los bergantines,  
Que serian sesenta solamente  
Con tiros y aparato conviniente.

Los que por tierra van hallan lugares  
Inaccessibles para caballeros,  
Por ser la costa toda de manglares,  
Malos pasos de ciénagas y esteros,  
Y con reventazones de las mares  
No podian hacer los piés lijeros;  
Y así por selles todo tan contrario  
No llegaron á tiempo necesario.

Porque el gobernador y compañía  
Que en bergantines por la mar llevaba,  
A causa de ser poca travesía  
Llegaron brevemente donde estaba  
El Julián, que como ya los vía  
Armadas sus escuadras esperaba:  
El Heredia de paz puso bandera  
Hasta poder surgir en la ribera.

De donde segun uso cortésano  
Habló, manifestando que su intento  
Era mediante pluma y escribano  
Venilles á hacer requerimiento,  
Del sitio que poblaron alcen mano  
Por ser de sus confines el asiento;  
Y sí, por no querer, males viniesen,  
Daños ó muertes, á su cargo fuesen.

Con mayores instancias que yo digo  
Leyó prestándole consentimiento  
El escribano que llevó consigo  
De *verbo ad verbum* el requerimiento;  
Y en tono que podia ser testigo  
Cualquiera de los del ayuntamiento,  
El Julian Gutierrez dió respuesta,  
Y la substancia dicen ser aquesta:

«Señor gobernador, yo fui mandado,  
Y aunque poblara mal y do no debo,  
Agora me sería mal contado  
Si sin tener licencia me remuevo;  
Y para ver si es bien ó mal fundado  
Hable vuestra merced con Barrio-Nuevo;  
Pues hasta ver aquello qué dispensa  
Tengo de procurar yo mi defensa.

» No se juzgue por loca demasia  
En poner en aqueste caso dientes,  
Porque vuestra merced también querría  
Que lo mismo hiciesen sus tenientes;  
Y si por leyes de razon se guía,  
Las mias no serán impertinentes,  
Y no me faltarán mañas y modos,  
Pues por su Majestad poblamos todos.»

Oído lo que Julián decía,  
Con levantado y alterado pecho,  
Dellos se despidió con cortésia,  
Manifestando que de su derecho  
La Majestad real conoceria,  
Del cual asaz estaba satisfecho;  
Y encubriendo sus mañas y cautelas  
Mandó levar las anclas y dar velas.

Quedaron muy enhiestas las cervices  
Diciendo como ya lo vieron fuera:  
«¡Cuerpo de tal con él y sus narices  
Y sus palabras de santiguadera!  
¿Pensaba con blanduras y matices  
Tornarnos á meter en su bandera?  
Muy engañada pues vive la zorra  
Que con hijo de madre no se ahorra.»

Tales cosas decian en su junta  
Después que su bahía dejó sola,  
Porque ninguno teme ni barrunta  
El golpe de revuelta con la cola:  
Heredia pues paró tras una punta  
Con su gente de negros y española,  
Para los asaltar con mas seguro  
Revolviendo sobrellos con obscuro.

Y así cuando los ojos de mortales  
Suelen con sueño mitigar su pena,  
Y por allí marinos animales  
Salen á desovar en el arena,  
A ellos revolvió con sus parciales,  
Sin ir vela pendiente del antena,  
Sino con solos remos y á la sorda  
Hasta llegar á parte de zaborra.

Era cuarto de legua mas abajo  
Del asiento de los fortalecidos,  
Y allí desembarcó con los que trajo,  
Donde no fueron vistos ni sentidos;  
A ciertas espesuras se retrajo,  
Hasta que los demás fuesen venidos,  
Y se juntasen mas alla del puerto,  
Segun hicieron antes del concierto.

Mas ya tenia débil esperanza,  
Pues poco mas ó menos adevina  
Haber de ser prolija la tardanza,  
Por ser de mal camino la marina.  
De los que tiene hizo confianza,  
Y á dar en Julian se determina;  
Y porque no rehusen la carrera,  
A todos animó desta manera:

« Señores míos, ya se hace tarde,  
Y para dar sazón á lo que vengo,  
No consiente razón que mas aguarde,  
Por ser lo que esperáis negocio luengo:  
Y para subyectar este cobarde  
Sobra la noble gente que yo tengo,  
Y no digo con tantos, mas con menos,  
Siendo tan valerosos y tan buenos.

» Y aunque con claridad estemos ciertos  
Que llegarán aquí con los rocines,  
Es imposible no ser descubiertos  
Por indios que verán los bergantines;  
Y los que duermen estarán despiertos  
Para meternos en dudosos fines:  
Tengo pues la victoria por mas cierta  
Si nuestra voz y lanza los despierta.

» Si hay otro parecer que mejor suene,  
Cada cual lo declare sin espina.»  
Respondiéronle todos que conviene  
El que su voluntad les encamina,  
Y que ninguno dellos otro tiene  
Que les sea mas cierta medicina;  
Pues brevedad en trance semejante  
Quita cien mil estorbos de delante.

Oídas á su gusto las razones,  
Como buen capitán, en el instante  
Ordenó sus pequeños escuadrones,  
Ballestas y arcabuces adelante;  
Y por mas levantar los corazones  
En avanguardia va con un montante;  
Los que velaban en paradas hechas  
Vieron de lejos relucir las mechas.

Dan arma, según es comun usanza;  
Recuerdan los dormidos al aprieto;  
Luego sin mas recato ni ordenanza  
A caballo salió Rodrigo Nieto;  
A los contrarios arranjó la lanza  
Como vido venir el bulto prieto;  
El desdichado nunca hizo suerte,  
Y si la hizo fué para su muerte.

Pues un soldado de la gente suelta  
La misma levantó con los pulgares,  
Y cuando Nieto quiso dar la vuelta  
Con ella le rompió los dos ijares;  
El alma de las carnes fué resuelta,  
Mostrándole su lanza los lugares.  
Pues la con que pensaba hacer tiro  
Aquesa le causó mortal suspiro.

No con menos esfuerzos y denuedo  
Salió acia la grita y estampida  
El valiente Francisco de Quevedo,  
Lozano joven y en edad florida;  
Mas Cloto hizo que estuviese quedo,  
Pues una bala le quitó la vida,  
Y desta julfana compañía  
Otros dos vieron su postrero día.

Acuden otros muchos al rebato,  
Pero mal puestos y peor regidos,  
Y no con aquel orden y recato  
Que suelen los que son acometidos;  
Y así los del lugar en breve rato  
Fueron desbaratados y vencidos,  
Y los tractantes y los mercaderes  
Ven en ajenas manos sus haberes.

Prenden con Julián mucha compañía,  
Al menos principales capitanes,  
Y aquellos que se dieron mejor maña  
Fueron con César y los dos Guzmanes  
A tomar por amparo la montaña  
Con Isabel Corral y otros galanes,  
Que por les conceder poco sosiego  
Tomaron presto las de Villadiego.

Pero llegada la febea lumbre,  
Cartas con ciertos indios les envía,  
Diciendo que ninguna pesadumbre  
Para siempre jamás se les daría,  
Y que su condicion y su costumbre  
Ya cada uno dellos la sabia,  
Y con cuántas blanduras y paciencia  
Perdonaba cualquiera malquerencia.

Vistas las cartas y el comedimiento,  
Vino César con otra noble gente,  
Y no sin lamentable sentimiento  
Isabel Corral vino juntamente;  
El gobernador hubo gran contento,  
Y á todos recibió muy blandamente,  
Y usó con César, á quien bien queria,  
De gran urbanidad y cortesia.

Esperaron allí, y al tercer día  
Después que fué la villa saqueada,  
Llegó por tierra la caballería  
De los trabajos grandes fatigada;  
En cuyos rostros bien se parecia  
El escabrosidad de la jornada,  
Y demás de otros males infinitos,  
Llagados y comidos de mosquitos.

Mandó el gobernador á esta ajena  
Partir con ellos ropas y vestidos,  
Y aparejales opulenta cena,  
Do fueron largamente proveidos:  
De diversas conservas mesa llena,  
Vinos tintos y blancos escogidos;  
En tal manera, que vacíos pechos  
Quedaron por entonces satisfechos.

Después, el cuarto día ya venido,  
En los navios meten por su mando  
A la Isabel Corral y á su marido  
Y á César con algunos de su bando;  
Y á los demás del número vencido  
Mandó dar libertad, apregonando  
Que desde luego cada cual siguiese  
La bandera que mas gusto le diese.

Como treinta soldados lo siguieron  
De los que Julián acaudillaba,  
Y los demás á Panamá se fueron  
A dar las nuevas al que gobernaba;  
Los treinta de caballo no pudieron  
Sino volverse por la costa brava;  
La causa desto fué por los caballos  
Por no tener navios do llevallas.

Con esto se partió del Ensenada  
A verse en Urabá con el hermano,  
El cual, de ver la buena cabalgada,  
Y quel gobernador volvía sano,  
Hizole fiesta muy regocijada,  
Y á todos un convite soberano:  
Hubo juego de cañas que pudiera  
Parecer en Jerez de la Frontera.

Aqueste general convite hecho  
Con servicios de gran magnificencia,  
Que parte se suplió con el provecho  
Habido de la nueva competencia,  
El vencedor desencerró del pecho  
El enojo de la primer pendencia,  
Y estándole la gente bien atenta,  
Con esta relacion lo representa:

« Señores, admiraros heis si cuento,  
Pues todos me tenéis amistad buena,  
Un desacato y un atrevimiento  
Cuya recordacion me causa pena;  
Y fué juntarse muchos con intento  
De me querer matar en Cartagena,  
Viniendo nueve mozos al efeto,  
Que cierto me pusieron en aprieto,

» Con largas lanzas y con hierros finos;  
E yo y Saucedo que tenéis presente,  
Que hizo hechos de memoria dinos,  
Nos defendimos valerosamente  
Sin querer ayudarnos los vecinos,  
Sino solo Romero mi teniente.  
El cual para prendellos tuvo duda,  
Porque ninguno quiso dar ayuda.

» Vista de los vecinos la malicia  
Y de mayor traicion alguna muestra,  
Para seguir la causa por justicia  
Hame de socorrer ayuda vuestra;  
La cual, pues que me fué siempre propicia,  
Agora sé que no será sinuestra,  
Pues para corregir el mal que digo  
Algunos tengo de llevar conmigo.»

Ansí como tocaron los oídos  
Estos atrevimientos que les cuenta,  
De gran espanto fueron poseídos  
Oyendo desvergüenza tan exenta;  
Y ansí dijeron los mas advertidos  
Tocar á todos ellos el afrenta,  
Y era muy grande cargo de conciencia  
No castigar tan páfida demencia.

Juan de Montemayor, que era maese  
De campo, dijo: « Mas son en la danza  
Si dellos escrutinio se hiciese,  
Y mal aseguramos la balanza,  
Disimulando yerro como ese  
Y no se castigando sin tardanza;  
Y aun serán pareceres acertados  
Que vaya buena copia de soldados.»

El gobernador dijo: « Diferente  
En el número es lo que yo siento,  
Pues dos docenas bastan solamente ».  
Y hizo luego dellos nombramiento;  
Mandólos embarcar incontinentemente,  
Y fueron navegando con buen viento,  
Procurando por evitar reproche  
Entrar en Calamar á media noche.

Saltaron antes de llegar al puerto,  
Y de lo que hicieron lo primero  
Fué, por secretas vias con concierto,  
Entrar en cas del dicho tesoro:  
El cerrado lugar hacen abierto,  
Pero hallándolo sin compañero,  
De su propia posada fué remoto  
Sin sentirse ruido ni alboroto.

Luego lo ponen en ajena sala,  
Con cepo y grillos y con guardadores,  
Y al buen Nuño de Castro y al Ayala,  
Diciendo ser aquestos los fautores:  
La vida que les daban era mala,  
Y llena de pesados sinsabores;  
Y sobre la prision que los estraga  
Había de mosquitos grande plaga.

Aquestas cosas hechas segun trato,  
Barrio-Nuevo, varon de caño seso,  
Sabiendo en Panamá del desbarato,  
Y Julián Gutierrez estar preso,  
Determinóse por mostrarse grato  
Al que por sus respectos era lesa,  
Por su persona ir á Cartagena  
Para librallo de prision y pena.

Fué caballero natural de Soria,  
En estas partes único soldado  
Que hizo hechos dignos de memoria,  
Algunos de los cuales he tractado  
En diferentes partes de mi historia,  
Donde queda su nombre celebrado:  
Era valiente y á las armas presto,  
De nobles condiciones y modesto.

Efectuóse luego su partida  
Con gana de traer á su caudillo:  
Supo Pedro de Heredia su venida,  
Salió con la ciudad á recibillo;  
Y toda pesadumbre despedida,  
El mismo lo hospedó por mas servillo,  
Donde los dos conformes en razones  
Vieron unas y otras provisiones.

Dieron trazas y cortes en el paño  
De los bajos y altos de la sierra,  
Aunque ningunos dieron en el daño  
De los bienes robados en la guerra.  
Barrio-Nuevo quedó con desengaño  
Y el buen Pedro de Heredia con la tierra;  
Y dióle con alguna mas hacienda  
A Julian Gutierrez y á su prenda.

Esto hecho rogó por los opresos  
Y en aquella sazón encarcelados,  
Haciendo perdonar culpas y excesos,  
Ya fuesen inocentes, ya culpados:  
En efecto, quemaron los procesos  
Contra los susodichos fulminados,  
Y dado fin á todo cuerdamente  
A Panamá volvió con su teniente.

Luego Pedro de Heredia, con cudicia  
De cosas que por indios entendía,  
Ordenó descubrir la gran noticia  
Que por nombre Dabaibe se decía:  
Dejó las cosas puestas en justicia,  
Y al Darien llevó su compañía,  
Guiando por el río, con intento  
De ver las tierras de su nacimiento.

Año de treinta y seis, á doce dias  
Del mes de abril, segun las relaciones,  
Entraron las cristianas compañías  
A descubrir provincias y regiones,  
Movidos por los dichos de las guías  
Que llevaban con guardas y prisiones;  
Los hombres de caballo son sesenta  
Y todos los de pié ciento y cincuenta.

Gaminaron por tierra desprovada,  
Donde sus esperanzas son aviesas,  
Pues con haber andado gran jornada  
Las guías no cumplian sus promesas;  
E yendó ya la gente fatigada  
La meten por montañas muy espesas,  
Cuyo lodoso y empapado suelo  
Jamás lo visitó lumbre del cielo.

Esta molesta y enfadosa breña  
Era de suyo tal y tan lluviosa,  
Que recurso ninguno les enseñaba  
Para valer su vida trabajosa;  
Ni podian hallar siquiera leña  
Para poder guisar alguna cosa,  
Pues por ser agua cuanto della sale  
La mayor diligencia no les vale.

Pedro de Heredia, con desabrimiento  
Viendo su perdicion y el desatino,  
Amenazó los indios con tormento  
Si no guiasen por mejor camino:  
Ellos representando buen intento,  
Responden no deber estar mohino;  
Pues por aquel restaban tres jornadas  
Para dar en las tierras deseadas.

Con aquella promesa ya hacian  
Cuenta de ver cumplidos sus deseos,  
Con ser tercero mes que los traian  
En estos circueitos y rodeos:  
Siguieron pues los indios que los guian  
Sin ver mejor para sus rancheos,  
Antes por ser prolijos estos yerros  
Los mas dellos estaban muy enfermos.

Continuando pues aquella via,  
Atormentados con el mucho lodo,  
Era peor lo que se descubria,  
Y el infernal terreno de tal modo,  
Que por poco quel hombre se movia  
Daba grande temblor el suelo todo:  
Van atollando no sin gran fatiga,  
Y los caballos hasta la barriga.

En estos pegajosos tremadales  
Desmayaba quien era mas constante,  
Y no pueden los brutos animales  
Salir de desventura semejante:  
Allí ciertos peones principales  
Dejándolos pasaron adelante,  
Y prosiguiendo mas dos ó tres dias  
Encontraron con muchas rancherías.

En partes montüosas y no rasas,  
Pero los bajos limpios y sin ramas,  
Ven infinitos rastros, no ven casas,  
Ni señales de ranchos ni de cañas;  
Olor cierto de humos y de brasas,  
Sin que pudiesen divisar las llamas;  
Alzan los ojos, miran al desgairre,  
Y vieron que vivian en el aire.

Porque tenian sus casillas hechas  
Encima de los árboles y plantas:  
Era gente de débiles cosechas  
Sin uso de vestidos ni de mantas,  
Proveídos de dardos y de flechas;  
Su comun caza báquiras y dantas,  
Sus tractos son por rios en canoas  
Y viven en aquellas barbacoas.

Tomaron dos gandules desta gente  
 En cierta senda do hicieron salto;  
 Todos los otros valerosamente  
 Hicieron resistencia de lo alto,  
 Hasta les arronjar agua caliente  
 Para que se dejasen del asalto:  
 Al fin con estos dos indios volvieron  
 A dar la relacion de lo que vieron.

La gente castellana toda junta  
 A la lengua mandaron que les hable,  
 Y hecha por mil vias la pregunta,  
 No respondieron cosa saludable,  
 Antes de lo que dicen se barranta  
 Ser gente pobre, vil y miserable;  
 Y así para del todo no perderse  
 Determinaron luego de volverse.

Volvieron á la mar rugosas frentes  
 Aquestos fatigados peregrinos,  
 A caballo llevando los dolientes  
 Con términos cristianos y beninos;  
 Y como ya dejaban hechas puentes  
 Y aderezados pasos y caminos,  
 Tardaron en volver por estas vias  
 Al pueblo de Urabá cuarenta días.

Hallaron acogidas abundantes  
 De cuanto por su parte se procura,  
 Por acudir al puerto contractantes  
 Que traian regalos en hartura:  
 Volvieron á sus fuerzas como antes  
 Los enfermos mediante buena cura;  
 Murieron pocos antes de los puertos,  
 Y caballos también quedaron muertos.

Muchos murieron por faltalles lleno,  
 Y demás desto cuando los caballos  
 Estaban atollados en el cieno  
 No teniendo vigor para sacallos,  
 Ni dónde restribar en el terreno,  
 No se podía menos que dejallos,  
 Pues atascaba hasta la espaldilla,  
 Y el español á mas de la rodilla.

Y en el cenagosísimo combate  
 También el atollar era de modo,  
 Que dejaban los mas el algarate  
 En mas profundidad de largo codo;  
 Y quien por lo sacar hombros abate  
 Las barbas arrastraba por el lodo:  
 No faltaban también en las fatigas  
 Murciélagos, mosquitos y hornigas.

Y con ser la jornada tan nefanda,  
 La gente como ya se vido buena,  
 Descaba volver á la demanda  
 Sin acordarse de pasada pena,  
 Con intento de ir por otra banda  
 Por tener el Dabaibe fama llena:  
 Y así ruegan á César lo tractase  
 Y el mismo César los acaudilase.

Tuvo César en esto diligencia  
 Para que su deseo se cumpliese:  
 Dióle Pedro de Heredia la licencia  
 Para que cien soldados escogiese,  
 Y con guías de mas inteligencia  
 Aquella gran noticia descubriese;  
 Y él señaló del número robusto  
 Peones y caballos á su gusto.

Con ellos se partió de su presencia  
 Y caminó por parte diferente;  
 Mas yo que de reñir tanta pendencia  
 Me siento fatigado de presente,  
 Querria, buen lector, mudar sentencia,  
 Si vuestra buena gracia lo consiente,  
 Por mandarme decir Pedro de Heredia  
 Un rüin entremés de su tragedia.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oídela, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció.

Segun reconocemos el enmienda  
 Poca, de las sobradas sinrazones,  
 Aquel que en Indias tiene su vivienda  
 No debria faltar en oraciones  
 Al sumo Hacedor que lo defienda  
 De júeces de malas intenciones;  
 Pues aunque los castiguen cada hora,  
 Muy pocos ó ninguno se mejora.

Bien señalados son los que estas greyes  
 Han gobernado con sencillos pechos;  
 Mas otros so color de servir reyes  
 Nos tienen aislados y deshechos,  
 No por servir al rey ni cumplir leyes,  
 Sino por acudir á sus provechos,  
 Tan sueltos á cualquiera desvergüenza  
 Que quien mas dice dellos no comienza.

Una destas solícitas raposas,  
 Que de Heredia solia ser amigo,  
 Con blandas muestras aunque cautelosas,  
 Segun se notará de lo que digo,  
 Viviendo por juez usó de cosas  
 Dignísimas por cierto de castigo;  
 Aqueste se llamó Juan de Vadillo,  
 Primo del otro no mejor caudillo.

Senador fué de la real audiencia  
 De la Española, de los mas antiguos;  
 Y como se pudiese residencia  
 Contra el Heredia por sus enemigos,  
 Enviaron aquesta pestilencia,  
 Aunque contradecian los amigos;  
 Y él hizo gran instancia con su ruego  
 Por una cosa que diremos luego.

Al tiempo que voló por los caminos  
 Fama desta riqueza que fué brava,  
 Como el Heredia y él fueron vecinos  
 Y por sus cartas amistad duraba,  
 Envióle Vadillo dos sobrinos,  
 Desde Santo Domingo donde estaba,  
 Para que fuesen dél favorecidos  
 Y en aprovechamientos preferidos.

Y como fuese gente regalada  
 Y en buscar de comer mal advertida,  
 Con otra harto mas cualificada,  
 De hambres y trabajos afligida,  
 Al tiempo que hacian un entrada  
 Ambos á dos partieron desta vida,  
 Y dieron á entender malos intentos  
 Que murieron por malos tractamientos.

Teniendo pues reales provisiones,  
 Y no menos escritas en el pecho  
 Sus malas propiedades ó pasiones  
 Que se manifestaron por el hecho,  
 Pues cuanto hizo fueron sinrazones  
 Sin regla ni medida de derecho;  
 A Cartagena vino con buen viento,  
 Do le hicieron gran recibimiento.

Vino para que fuese su teniente  
 Fernán Rodríguez Sosa, lusitano,  
 Comendador de Cristo, y otra gente,  
 Oficiales ya hechos á su mano;  
 Fué alguacil mayor por consiguiente  
 Un Pedro de Jureta, y escribano  
 Un Juan Rodríguez, hombre temerario,  
 Que después condenaron por falsario.

Como fué recibida su persona  
 Con las solemnidades convinientes,  
 Luego la residencia se pregona  
 Contra el gobernador y sus tenientes;  
 A todos sus amigos desentona;  
 Privan con él los émulos presentes;  
 Secuéstrales los bienes y hacienda,  
 Y á Urabá fué gente que lo prenda.

En bergantines fué la compañía  
Con Cazares y el Sosa lusitano,  
Y habiendo navegado breve via,  
Vieron otro que viene ya cercano  
Donde el gobernador mismo venia,  
Y allí ni mas ni menos el hermano,  
Ambos a dos quietos y muy fuera  
Del duro sinsabor que los espera.

Como se viesan ya poco desvío,  
Cazares dijo yendo con los remos:  
«Pase vuestra merced á mi navio  
Para serville como lo debemos.»  
Respóndele: «Mas vos pasad al mio,  
Sabré las novedades que tenemos.»  
El Cazares pasó sin deteñencia,  
Y dióle cuenta de la residencia.

Ningun alteracion lo desenfrena  
De lo que le contó como testigo,  
Y en ser Vadillo tuvo poca pena,  
A causa de tenello por amigo:  
Llegaron todos pues á Cartagena  
Adonde no hallaron buen abrigo,  
Pues á los dos agravan con prisiones,  
Con guardas de malditas condiciones.

Crece la furia, saña y homecillo  
Del cùpido y avaro licenciado,  
En tal manera que con ser Vadillo  
Ninguno le podia hallar vado;  
Busca por todas partes amarillo  
Metal, que no lo quiere colorado,  
Y por momentos al contrario bando  
Les iba las prisiones agravando.

Y así con el trabajo recebido  
El Heredia mayor (¡oh gran mancilla!)  
Aquello que vivió, siempre tullido,  
Y el poder escapar fué maravilla;  
Y el tiempo que de mí fué conocido  
Andaba como Leiva en una silla,  
Pues á cualquier lugar que se mudase  
Había de tener quien lo llevase.

El licenciado pues que mal los quiere  
Con gana que su honra se destruya,  
So graves penas los oidos hiere,  
Como dicen, á mia sobre tuya,  
Contra quien ó supiere ó encubriere  
Cualesquier bienes ó hacienda suya;  
Y si manifestasen oro alguno  
También se les daría de diez uno.

Atormentaba negros y criados  
Para que descubriesen el tesoro,  
Los cuales como fuesen apremiados  
Descubrieron, por redimir su lloro,  
En diferentes partes enterrados  
Al pié de cien mil pesos de buen oro,  
Marcados ya, y en los libros reales  
Pagados quintos á los oficiales.

Estos ó poco menos que yo pinto  
Envió por servicio no pequeño  
Al gran emperador don Carlos quinto  
Con proceso que fué de falso sueño;  
Pues como de verdad era distinto  
Volviéronse después al proprio dueño;  
También él envió por propria cuenta  
Dinero harto de que compró renta.

Podía bien compralla de las sobras  
Porque tuvo dondemeter las manos;  
Y no tan solamente las zozobras  
Se repartian por los dos hermanos,  
Mas á todos hacia tales obras  
Cuales suelen hacer hombres tiranos,  
Hasta hacelles dar cuero y correas  
Con amenazas de palabras feas.

Con este furioso desatiento  
Quisiera, por sacar oro guardado,  
Al Alonso de Heredia dar tormento;  
Mas como lo tenía recusado,  
Nunca quiso prestar consentimiento  
Martin Rodriguez el acompañado,  
Doctor de buenas letras y esperiencia  
Y de mejor y mas sana conciencia.

Componen á su gusto los delitos  
Buscando fabulosos delatores,  
Y cuando presentaban los escritos  
En su contradicion los defensores,  
Eran amenazados con mil gritos  
Los letrados y los procuradores,  
Demás de molestallos con prisiones  
Cuando les alegaban defensiones.

Al tiempo que el testigo declaraba  
Debajo de solemne juramento,  
El falso Juan Rodriguez asentaba  
Lo que no le pasó por pensamiento,  
Sino lo que Vadillo deseaba,  
Por dar colores á su mal intento;  
Y púdose saber de cierta ciencia  
Cuando se les tomaba residencia.

Entre tanto que causas definia  
Por términos que no tuviera moro,  
A los indios de paz gentes envia  
A que por fas ó nefas diesen oro,  
Y en estos miserables se hacia  
Una crueldad dignissima de lloro:  
Baltasar de Ledesma los regia  
Y Montemayor era también guia.

Estos dos capitanes fueron tales  
Y tan perjudiciales y nocivos,  
Que demás de roballes los caudales  
De cuanto contenian sus archivos,  
Llevaron presos muchos naturales  
Que hicieron esclavos y captivos,  
Sin causa de delitos cometidos,  
Autes siendo de paz y repartidos.

Seria de quinientos la partida,  
Digo quinientos de Cipacua sola,  
Mozos y mozas gente muy lucida  
Contra la voluntad sacra charola;  
Y el Vadillo después de recibida  
Mandólos enviar á la Española  
Para sus intereses y ganancias  
Y servir en ingenios y en estancias.

Robando pues estos alderredores  
Una noche soldados que velaban,  
Vieron desde la cumbre resplandores  
Que sobre Calamar reverberaban,  
Y tuvieron por cierto ser ardores  
De casas que en el pueblo se quemaban;  
Y así por la distancia ser cercana  
Vinieron en llegando la mañana.

Pero lo que pensaron no fué cierto  
Ni hallaron el pueblo con desdoro,  
Sino mayores males en el puerto  
Y en aquel tiempo dignos de mas lloro:  
La causa desto por haberse muerto  
Si buen obispo fray Tomás de Toro,  
Así que la señal esclarecida  
Dió clara muestra de su buena vida.

En estos mismos dias César vino  
Al pueblo de Urabá de su jornada,  
Con mas de cien mil pesos de oro fino;  
Pero toda su gente fatigada,  
Por ser trabajosísimo camino  
Aquel por do hicieron el entrada,  
Montañas bravas, por cuyos conveses  
Anduvieron perdidos siete meses,

Tierra lluviosa, ciega y espantable,  
De todo morador aborrecida  
Sin recurso de cosa saludable  
Que pudiera servilles de comida;  
Y por ser tal y tan inhabitable,  
Se vieron en gran riesgo de la vida;  
Sustentábanse con arbóreos tallos  
Y con hoja de cañas los caballos.

Hecho cien mil pedazos el ropaje  
De romper por aquellas espesuras,  
Y por los grandes cienos del viaje  
Llenos de llagas y de desventuras,  
No les quedaba callo de herraje  
Y los caballos ya sin herraduras;  
Faltábanles ya diez de los mas buenos,  
Y de los españoles veinte menos.

Yendo pues con miseria tan continúa  
 A desastrado fin suelta la rienda,  
 Sin esperanza de la medicina  
 Que promete salud á la vivienda,  
 La gran bondad de Dios les encamina  
 Un arroyo do vieron cierta senda,  
 Y aunque de pocos huertos y maltrita  
 La gente euasi muerta resucita.

Siguiéronla por ver si su costumbre  
 Los guia donde van sus esperanzas,  
 Y sacólos á tierra de mas lumbre,  
 Mejores influencias y templanzas:  
 Por ella suben hasta cierta cumbre,  
 Devisan rasos campos con labranzas,  
 Tantas y tan crecidas poblaciones  
 Que se vian en grandes confusiones.

Porque se vian todos de mal arte,  
 Hambrientos, fatigados y dolientes,  
 Y así les parecia no ser parte  
 Para salir á dar con tantas gentes;  
 Y demás de sentir flaco su marie  
 No tenian caballos conuinentes;  
 El uno extremo y otro les es duro,  
 Mas tomaron al fin el mas seguro.

Aqueste sobredicho potentado  
 Es tierra del Guaca que se derrama  
 Por rico mineral á cada lado,  
 Cuya grandeza publicó la fama;  
 Y el indio de quien era gobernado  
 Utibará supieron que se llama;  
 Hicieron pues los nuestros sus conciertos  
 De estarse por entonces encubiertos.

Por ir apriesa Titan al ocaso  
 Y esperar á sazón mas conuenible;  
 E ya de día, por henchir el vaso  
 Y dar satisfaccion al mal terrible,  
 Salieron todos ellos á lo raso  
 Con aquel orden que les fué posible,  
 Y no pararon con los escuadrones  
 Hasta meterse por las poblaciones.

Firmes se hacen en el valle llano  
 No sin admiracion de los vecinos,  
 Porque nunca jamás vieron cristiano  
 Ni caballos hollaron sus caminos;  
 Buscaron pues los españoles grano,  
 Y dieron de comer á los rocinos:  
 Los hombres barbaros temblaban dellos  
 Oyendo sus relinchos y resuellos.

Hablóles César amigablemente  
 Con lengua que traia curiosa,  
 Y puesto caso que era diferente  
 Entendian al fin alguna cosa;  
 Acude grande número de gente  
 A la que tienen por maravillosa,  
 Trayéndoles á todos por momentos  
 Gran abundancia de mantenimientos.

Mas Francisco de César, aunque vido  
 Ser de sinceridad el aparencia,  
 Como capitán diestro y advertido  
 Velabase con grande diligencia,  
 Porque se via mal apercebido  
 Y de los indios graude la potencia;  
 Demás desto muy flacos los caballos  
 Para con las espuelas fatigallos.

A cabo pues de tres ó quatro dias,  
 Supo por mensajeros en la sierra  
 Utibará que nuestras compañías  
 Andaban recorriéndole la tierra,  
 Y para quebrantar sus lozanas  
 Trajo como dos mil hombres de guerra,  
 Con flechas, hondas, y con largas lanzas  
 Y con sus atambores y ordenanzas.

Habia de cornetas gran repique  
 Ostentando sus fuerzas y poderes,  
 Y todos cuantos son puestos á pique  
 Segun requieren tales menesteres:  
 En ricas andas traen al cacique;  
 También viene gran suma de mujeres  
 A gozar de la caza castellana,  
 Que todos allí comen carne humana.

Quando venian era de ver dino  
 El orden que traian los salvajes,  
 Aquellas joyas ricas de oro fino,  
 Aquella gran soberbia de plumajes,  
 Aquel alborotado torbellino,  
 Aquellos ademanes de corajes,  
 Y de los españoles el mas fuerte  
 Tragada, como dicen, ya la muerte.

Puestos en Dios los flacos corazones,  
 Haciendo votos y prometimientos,  
 Y suplicándole con oraciones  
 Que les libre de tales detrimientos,  
 Porque tan crudelísimas naciones  
 No hagan de sus carnes alimentos,  
 Mas prestos los dolientes y los sanos  
 A se valer de Dios y de sus manos.

General del ejército pagano  
 Que los unos y otros animaba  
 Era de Utibará menor hermano,  
 Que no se supo cómo se llamaba:  
 De grandes miembros, mozo tan lozano  
 Que todos los demás sobrepujaba  
 En la disposicion y en ornamentos,  
 Y en sus astucias y acometimientos.

Bajó pues la beligerá refriega,  
 Segun guerreros usos ordenados,  
 Hasta ponerse dentro de la vega  
 Do los nuestros estaban afirmados,  
 Que viendo la gran furia que se llega  
 Salen á su defensa reportados;  
 Por todos son ochenta solamente,  
 Entrellos de caballo hasta veinte.

Baten las piernas en las confianzas  
 Del que domina las eternas sillas,  
 Rompiendo van los hierros de las lanzas  
 Bárbaros hombros, pechos y costillas;  
 Y por aquellos campos y labranzas  
 Hacian todos ellos maravillas,  
 A las espaldas siempre los peones  
 Apriesa meneando los talones.

Sin osar desmandarse de la huella  
 De los caballos que les van delante,  
 Y al escuadron que ven que se atropella  
 Acude cuclillada penetrante;  
 Para poder en ellos hacer mella  
 Presume cada cual de ser gigante,  
 Pues no les iba menos que las vidas  
 Si con intermision dan las heridas.

El animoso César, hecho torre  
 Que por diversas partes es batida,  
 Ningun escuadron halla que no borre  
 Dejando los regentes sin la vida;  
 Y uelue sobre los suyos, y socorre  
 La parte que ve mas enflaquecida,  
 Y el caballo de carnes mal compuesto  
 A todos lances lo hallaba presto.

Las voces y terribles alaridos  
 Rompen los aires hasta las estrellas;  
 Resuenan por los campos estendidos  
 Los gritos de las dueñas y doncellas;  
 En diferentes partes hay gemidos  
 Y sones de mortiferas querellas;  
 Cesa con ellos, porque son mayores,  
 Aquel de sus cornetas y atambores.

Y el César todavia con regards,  
 Porque su gente no se desordene,  
 Va derribando de los mas gallardos  
 Con tal velocidad cuanta conuene;  
 Acometia no con pasos tardos,  
 Y sobre sus peones luego viene  
 Haciendo de sus golpes el empleo  
 En los que via con mejor arreo.

Bien como torbellino violento  
 Que lleva su furor por la cultura  
 De plantas do de fructas hay aumento,  
 Del cual ninguna puede ser segura;  
 Mas con los soplos del nocivo viento  
 Siempre suele caer la mas madura,  
 Y con mas lijereza que de jara,  
 Donde los daños hace no repara:

A su similitud y semejanza  
El violento César y arriscado,  
Rompiendo por aquella gran pujanza  
Derriba lo mejor y mas granado,  
Recambiando los lances de su lanza  
A diestra mano y al siniestro lado,  
Precipitando cuerpos por el suelo  
Y recogién dose con presto vuelo.

Viendo tanta matanza como digo  
Utilará se pasma con espanto,  
Y mucho mas de ver un enemigo  
Solo ser causa de tan duro llanto;  
Y no sé yo si César el antiguo  
Con Petreyo y Afranio hizo tanto,  
Cuando con hechos dignos de memoria  
Les quitó de las manos la victoria.

Pues es así quel general inaestro,  
Hermano del cacique que lo rige,  
Llegó los derramados como diestro  
Y en escuadron formado los corrige,  
Y con su cuerno del lugar siniestro  
Al batallon cristiano mal alige,  
Porque con picas largas tal se cierra  
Quel español cansado pierde tierra

Bien así como cuando toscas gentes  
Encierran el indómrito ganado,  
Que por partes que son mas convinientes  
Lo llevan recogido y enhilado;  
Pero si vuelven las cornudas frentes  
A ellos, han por bien de dalles lado,  
Huyendo su furor sin aguardallo,  
Eso me da de pié que de caballo :

No menos fué la grande arremetida  
Desta gente feroz y carnícera,  
Pues cuando todos iban de vencida  
Y el español allana su carrera,  
La gente por el indio recogida  
Una carga le dió de tal manera,  
Que con aquel extremo de congoja  
Traia cada cual la mano floja.

El animoso César bien lo via,  
Y á gran priesa volvió por aquel lado;  
Procuró de romper, mas no podia  
A causa del caballo ya cansado,  
Demás de que con larga piquería  
Aquel gran escuadron halló cerrado,  
Los cuantos dellas en el suelo puestas  
Y guiadas las puntas á los gestos.

Andando pues en el guerrero trato  
Como leon que busca sus despojos,  
En las mayores furias del rebato  
En aquel principal puso los ojos,  
Y dijo con gemido : « Si este nato,  
Honroso fin ternán nuestros enojos ;  
No sé qué medio tenga ni qué haga  
Para dar fin á tan ardiente plaga. »

Al cielo van sus ojos con suspiro,  
Y dijo : « Dios inmenso, soberano,  
Mirad la desventura que yo miro  
Si nos vence furor tan inhumano ;  
Y así para que pueda hacer tiro ;  
Guie la vuestra mi cansada mano ;  
No prevalezcan los que no os entienden  
Y con tantas maldades os ofenden. »

Para hacer el tiro que nivela  
Sobre los dos estribos se levanta ;  
El brazo sacudió y el asta vuela  
Encaminada con ayuda santa,  
Pues el golpe le dió, y el hierro cuela  
Rompiéndole por medio la garganta ;  
Quedó pendiente del robusto cuello,  
Y luego le faltó vital resuello.

El suelo maculó con su caída,  
Forzado de mortales confusiones ;  
Por ambas partes vierte la herida  
Sangre que sale dél á borbollones,  
A vueltas de la cual salió la vida  
Con tal espanto destes escuadrones,  
Que todos cuantos junto dél confinan  
Con fria confusion se remolinan.

Bien como puercos en el arboleda  
Que son de cauto lobo salteados,  
Y con gruñidos grandes forman rueda,  
Volviendo los colmillos afilados  
Con tenazadas para que no pueda  
Sacar al ya herido por los lados :  
Así se puso quien se halló junto,  
Teniendo que les lleven el defunto.

Y luego con aqueste pensamiento  
Lo levantaron del sangriento llano,  
Y con arrebatado movimiento  
Lo pusieron delante del hermano,  
El cual con entrañable sentimiento  
Del campo por entonces alzó mano ;  
Y así se recogieron los gigantes  
No con el brio que vinieron antes.

Pues lamentando suben por el puerto,  
Sin mas mirar la gente forastera,  
Ultilará pegado con el muerto,  
Haciéndolo llevar en su litera :  
Los españoles puestos en concierto  
Hasta que traspasaron la ladera,  
El de mas humildad y el menos manso  
Harto necesitado de descanso.

Mas como de los rostros y mejillas  
Cesasen ya los cálidos sudores,  
Hincandó por el suelo las rodillas  
Dan gracias al Señor de los señores,  
Obrador de tan grandes maravillas,  
Tantos bienes, mercedes y favores,  
Pues en aquella peligrosa suerte  
Ningun herido dellos fué de muerte.

Desarman los caballos y á sus puntos  
Diéronles de maiz bateas llenas ;  
Cenaron ansimismo todos juntos  
Sobresaltadas y ligeras cenas,  
Habiendo despojado los difuntos  
De joyas de oro que trajeron buenas,  
Diademas, chagualas, capacetes,  
Orejas y ricos brazaletes.

No parecia indio ni semeja,  
Hasta que ya pasó tercero día,  
Que capturaron una buena vieja,  
A quien amenazaban á porfia  
Que le desollarían la pelleja,  
Si buenamente no les descubria  
Dónde tenían sus enterramientos  
Los indios cuyos eran los asientos.

Con el deseo de se ver segura  
De tan crúel ensayo y aspereza,  
Dijo que les daría sepultura  
De donde sacaran mucha riqueza ;  
Que la mostrase luego se procura  
Por estar su salud en la presteza ;  
Estaba pues tres leguas de desvio,  
Y habían de pasar un grande rio.

Siendo certificados y advertidos  
De cómo les daría buena pella,  
De cosas necesarias proveidos,  
La vieja caminó, siguen su huella,  
Y porque no cumplió ser divididos  
El campo todo junto fué tras ella :  
Vieron el grande rio nada sesgo,  
Mas al fin se pasó sin haber riesgo.

La temerosa vieja que los lleva,  
En cierta parte poco montúosa  
Manifestó la boca de la cueva  
Cubierta de una bien labrada losa ;  
No fué para hacer cúvida prueba  
La gente castellana perezosa,  
Bajando por algunos escalones  
Con lumbrera para ver bien los rincones.

Sepulcro fué, según que parecia,  
Y entierro de señor cualificado,  
Por ser todo de buena cantería,  
Y á manera de bóveda labrada :  
Buscóse lo que mas se pretendia,  
Y hallaron de oro buen recado,  
Pues los públicos fueron cien mil pesos  
Sin los que por los senos fueron presos.

Porque llegó la noche y obscurana,  
Cercanos al raudal se detuvieron,  
Y llegada la luz de la mañana  
Pasaron con la prisa que pudieron,  
Y para se afirmar en tierra llana  
Al lugar conocido se volvieron,  
Donde tomaron otra vieja buena  
Que por ventura los libró de pena.

Porque les descubrió que congregaba  
Ulúbara gran número de gentes,  
Y que la tierra toda se juntaba  
Con armas y furiosos accidentes;  
Con cuyas nuevas cada cual temblaba,  
Por ser tan pocos, y los mas dolientes,  
Y de comun acuerdo todos quieren  
Dejar la tierra sin que los esperen:

Pareciéndoles cosa mas segura  
Estar de su furor larga distancia  
Que subyectar á riesgo y aventura  
Las vidas y las honras y ganancia;  
Pues aquello que dió la sepultura  
Valor y caudal era de substancia;  
Y así puestos en orden y concierto  
Volvieron riendas al marino puerto,

Guiando por diversa derescera  
Pablo Fernandez, adalid famoso,  
Atinó siempre, pero de manera,  
Que fué camino menos trabajoso,  
Y en cincuenta y tres días de carrera  
Llegaron al lugar de su reposo,  
Que es Urabá, donde dijimos antes  
Llegar aquestos mismos caminantes.

Llegados á la mar y á su castillo  
Estos á quien libró propia prudencia,  
El César preguntó por su caudillo  
Para le dar razon con obediencia;  
Y respondióse cómo Vadillo  
Le toma rigurosa residencia,  
Al insigne valor dando baldones,  
Y á buen servicio malos galardones.

El buen César responde no ser dina  
Su gran virtud de semeiante pena,  
Y decia ser intencion malina  
La que con tal rigor se desenfrena;  
Y así con sus soldados determina  
Partirse luego para Cartagena,  
A ver la residencia cómo anda,  
Y lo que por Vadillo se le manda.

Puestos en Calamar la luz absente,  
Ver al gobernador fué lo primero,  
Entregándole muy secretamente  
La parte que le cupo del dinero,  
Y consolándole del mal presente;  
Ven la presencia del juez severo,  
Que por lo que de César habia oido  
Contento recibió cuando lo vido.

El César le habló como discreto,  
Vadillo lo regala y acaricia,  
Ambos á dos hablaron en secreto  
De cosas que rastrea la cudicia,  
Preguntándole muchas, y en efeto  
César dijo traer cierta noticia  
De prósperos y auríferos terrenos,  
Cuyos principios vieron y eran buenos.

Dió cuenta del recuento riguroso  
Pintándolo con encarecimiento,  
Y ser negocio rico y honroso  
Continuar aquel descubrimiento;  
De suerte quel letrado cudicioso  
En esto colocó su pensamiento;  
Y percebidas bien las relaciones  
Con él César habló tales razones:

«Para que tanta tierra se subyete,  
Rica segun se ve por el indicio,  
La continuacion á vos compete,  
Por ser tan singular en el oficio;  
Pues vuestra buena fama me promete  
Que á Dios y al rey hareis este servicio,  
Y otra paga mejor y otros provechos  
Acá sabremos dar á vuestros hechos.

» Que bien sé del pasado desvario  
Y de vuestros honores el embargo;  
Mas el gobierno ya, señor, es mio,  
En el cual duraré por tiempo largo;  
Y así demás de daros buen avio,  
Quiero restitüiros vuestro cargo  
De general y mi lugarteniente,  
Con poder y recado conviniente.

» A todos los que siguen vuestro bando  
Bien les podeis decir y hacer ciertos  
Que los Heredias ya no tienen mando,  
Y que pueden contallos con los muertos;  
A miserable fin se van llegando  
Por sus intolerables desconciertos,  
Y mas en apelar de mi sentencia  
E ir á España con su residencia.

» Sus causas van asaz bien substanciadas,  
Y tan probadas culpas cometidas  
Que les harán mercedes señaladas,  
Si los dos escaparen con las vidas;  
Pudieran las sentencias pronunciadas  
En muy mayor rigor ser convertidas,  
Y á mi me culpara cualquier prudente  
Por haberme mostrado tan clemente.

» Muchas cosas intentan y manean  
Para diminucion de su delito;  
Llanisimo negocio fantasean  
Con ser el de sus culpas infinito;  
Y allá me lo dirán desque se vean  
Los crimines atroces por escrito,  
Do se conocerá patentemente  
Que yo no me moví por accidente.

» Mas desto no se tracte, pues que tiene  
Su fin y paradero con revista:  
Volvamos al Guacá, donde conviene  
Llevar mas adelante la conquista;  
Para lo cual vuestra merced ordene  
Cómo hagamos luego nueva lista  
Y por entrambas partes se trabaje  
De dar buenos despachos al viaje.»

Dijo Vadillo lo que le parece  
Convenir mas á su aprovechamiento;  
Y el Francisco de César agradece  
Aquella voluntad y ofrecimiento,  
Demás de que las cosas engrandece  
Que vieron en aquel descubrimiento;  
Y así con atencion á sus provechos  
Se conformaron ambos á dos pechos.

En seguimiento pues de su rencilla  
Pendiente de testigos y probanzas,  
Pedro de Heredia fué para Castilla,  
Alentado de buenas esperanzas:  
Al Alonso por cárcel da la villa,  
No sin seguridades de fianzas,  
Habiéndose pasado ya dos años  
Que duraban las penas y los daños.

En aquesta sazón el uso viejo  
De la veloce fama frecuentado,  
Mediante prevenciones y aparejo,  
Había en la Española publicado  
Tomarse mal en el real consejo  
Las insolencias deste licenciado,  
Por cuyos desvarios y demencia  
Con brevedad vernia residencia.

Como la nueva desto se tendiese,  
Por quien amistad llana le debía,  
Aviso se le dió para que viese  
Aquello que á su honra convenia,  
Y con mejores obras deshiciese  
Lo que por sus contrarios se decia,  
Pues todos publicaban sinrazones  
Indignas de sus buenas opiniones.

Y si de sí sentia maleficio  
Y olor alguno de juez tirano,  
Procurase hacer algun servicio  
A Dios y al rey y al reino castellano;  
Pues tenia soldados y el oficio  
Y buenas ocasiones en la mano,  
Y tal podría ser alguna dellas  
Que no diesen oídos á querellas.

Las cartas vistas y por él abiertas,  
Como le remordia la conciencia,  
No tuvo tales nuevas por inciertas;  
Mayormente viniendo del audiencia;  
Túvolas solapadas y encubiertas,  
Mas no para huir de su sentencia,  
Pues luego hizo junta de varones,  
Con quien comunicó sus intenciones.

Y díjoles: «Señores, mi deseo  
Es de servir á la real corona,  
Y pues á quien le da mejor empleo  
Su Majestad, mejor lo galardona,  
En aquesta jornada que proveo  
Yo me quiero hallar por mi persona;  
Que no conviene, yendo tanto bueno,  
Quedarme yo las manos en el seno.

»Mi determinación es la que digo,  
Y en cualquiera rigor hallarme quiero,  
Sin rehusar encuentro de enemigo  
Ni de sangrienta lid el trance fiero;  
Todos terneis en mi fiel amigo,  
Un llano capitán y compañero,  
Y en el gobierno y en el tractamiento  
A ninguno daré desabrimiento.

»Y pues tenemos todo buen recado  
Y el tiempo de verano nos convida,  
Pido las voluntades y cuidado  
Para la brevedad de la partida;  
La falta del que va mal aviado,  
Antes hoy que mañana me la pida,  
Porque sin reservar dinero mio  
Procuraré de dalle buen avio.»

Vista su voluntad, con la blandura  
De tanto cumplimiento cortésano,  
Correspondieron con lo que procura  
No menos el mancebo quel anciano;  
Diciéndole tener á gran ventura  
Que los rigiese tan ilustre mano,  
Pues con tal capitán duda ninguna  
Tenian de su próspera fortuna.

Conocido de todos el intento  
Que de seguir el suyo se tenía,  
Vadillo, lleno de contentamiento,  
A cada cual las gracias le rendía,  
Y para su mejor aviamiento  
Las cosas necesarias proveía;  
Y todos ellos luego hacen prestas  
Fumosas escopetas y ballestas.

Ocupan fraguas en hacer harpones;  
Afilanse las lanzas, las espadas;  
Afórranse los duros morriónes,  
Los defensivos cascos y celadas;  
Ponían á las armas hebillones  
Que tienen de algodones preparadas,  
Manijas y brazales de rodela,  
Por mas fortalecer tales tutelas.

De trescientos soldados es la copia,  
Varones de valor y vigilancia,  
Bien aviados á su costa propia,  
Por tener de dineros abundancia;  
Van mas de cien esclavos de Etiopia  
Que hubo cada cual de su substancia;  
De indios y de indias gran bullicio,  
Que también llevan para su servicio.

Llevaban de caballos copia larga,  
Que podían romper cualquier rencilla,  
Porque demás de muchos para carga  
Iban sobre doscientos para silla,  
Do pueden menear lanza y adarga  
Los jinetes que van en la cuadrilla;  
Llevan sus faldas, pechos y testeras,  
Con otras circunstancias cumplideras.

Presentan al Vadillo pues la lista  
De todos los soldados principales  
Aderezados para la conquista,  
De fieros y remotos naturales;  
La cual, como ya fuese por él vista,  
Nombró los capitanes y oficiales:  
A César hizo general teniente,  
Por ser para tal cargo suficiente.

Fué capitán de la caballería  
Juan de Villoria, noble caballero;  
Por consiguiente del infantería  
Alonso de Saavedra, tesorero,  
Montemayor alférez, y regia  
El escuadron que llaman machetero  
Baltasar de Ledesma, que contino  
Había de romper duro camino.

Escuadra fué Francisco de Mojica  
Y otro dicho Joan Ruiz de Molina,  
Y con los mismos cargos les aplica  
A un Caravajal y otro Medina,  
Y á Nogueurol, que ser francés publica,  
A quien muerte cruel hado destina,  
Pues fué de los soldados el primero  
Que peleando vió su fin postrero.

Es adalid por sus antigüedades  
Pablo Fernandez, que en los menesteres,  
Inconvinientes y necesidades,  
Tuvo bien acertados pareceres;  
Son sus colaterales Juan de Frades,  
Un Portalegre y un Alonso Perez,  
De quien en los rigores ó bonanzas  
Hizo Vadillo grandes confianzas.

Para celebración de sacramentos  
Van cuatro religiosos ordenados,  
De quien no sé decir sus nombramientos,  
Y es porque no me fueron declarados;  
Llevaronse cumplidos ornamentos  
A santos sacrificios dedicados:  
También llevan trompetas y clarones  
Para mover humanos corazones.

Aderezados ya desta manera  
Un bando de atambo la gente llama  
Para que se juntasen á bandera,  
Al tiempo que á Titon deje su dama;  
Mas entre tanto aquellos salen fuera,  
Yo determino de tomar mi cama,  
Pues apresura Cintia sus caballos  
Y se reiteran voces de los gallos.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada.

Cuando con lumbre de la cuarta esfera  
Se descubría tiempo matutino,  
Y el mismo rey de Delos con carrera  
Veloce visitó décimo sino,  
Siendo ya quince cientos de la era  
Y treinta y nueve del natal divino,  
Sonaron trompas que la gente vaya,  
Y así se congregaron en la playa.

Vergas en alto tienen los navíos,  
Prestos en la ribera los bateles;  
Embárcanse caballos y atavíos,  
Soldados, capitanes, coroneles;  
Hacen de Calamar luego desvíos,  
Hinchén velas los vientos infieles,  
Entonces buenos, pues con larga escota  
Al puerto de Urabá llegó la flota.

Fueron en aquel pueblo recibidos  
De los vecinos con amor fraterno,  
Y negocios algunos proveídos  
Por el Vadillo cerca del gobierno,  
Vuelven á los navíos referidos  
Porque los convidó viento galerno;  
Llegaron á la playa de aquel puesto  
A donde Julián fué descompuesto.

El práctico soldado y el novicio,  
Para prosecucion de su viaje,  
Desembarca caballos y servicio  
Con los demás pertrechos y fardaje;  
Hierva la diligencia y el bullicio,  
Enfardelándose matalotaje,  
Harina de maiz, antes tostado,  
Para se sustentar en despoblado.

Hicieron del asiento su partida  
Después de cuatro días ya pasados ;  
Y por la tierra ser desproveída  
Por partes que sabían los soldados,  
Por llevar en caballos mas comida,  
Iban á pié los mas cualificados,  
Pareciéndoles ser crúel batalla  
La gran necesidad de vitualla.

Pasan por Urabaibe, pueblo antigo  
En aquella sazón ya despoblado ,  
Cuyo señor solía ser amigo,  
Y entonces á los montes retirado ;  
Atraviesan desiertos sin abrigo,  
Adonde les valió su buen recado ;  
De allí fueron peones y caballos  
Al río que llamaban de los Gallos.

Que todas estas gentes convecinas,  
En tiempos atrasados de Pedrarias  
Iban á contractar á las marinas  
Y habian de españoles cosas varias ;  
Y así corrió la casta de gallinas  
Por las gentes de paz y las contrarias :  
El río pues tomó tal apellido  
Entonces por un caso sucedido.

Y fué, que caminando por aquesta  
Parte ciertos soldados atrevidos ,  
Como no se hallase senda presta  
Ni rastro para ver bárbaros nidos ,  
El canto de los gallos manifiesta  
La parte donde estaban abscondidos :  
Así que por los hombres de aquel uso  
El río de los Gallos se le puso.

Hallóse pues allí rastro patente  
Y huella de salvaje compañía ;  
Luego Pablo Fernandez fué con gente  
Para poder tomar alguna guía ;  
El campo caminó por consiguiente  
Al río que del Tigre se decía,  
Por un tigre que César habia muerto  
Al tiempo que pasó por aquel puerto.

Allí con música no mal compuesta  
Se celebró, por ser su santo día,  
La Purificacion , divina fiesta  
De nuestra benditísima Maria ;  
Y el licenciado tuvo mesa puesta  
Donde regocijó la clerecía,  
Repartiendo con ellos sus regalos  
En tiempo que ningunos eran malos.

Y para mejor postre de la mesa  
El buen Pablo Fernandez allí vino,  
El cual traía cierta gente presa  
Y cuatrocientos pesos de oro fino ;  
Recibieron contento con la presa  
Y otro día prosiguen su camino,  
Llevando ciertos indios á recado  
Para que los metiesen en poblado.

Sabían ya de nuestros españoles,  
A causa de sonar los ministriles  
Por aquellas alturas y peñoles  
De bárbaros desnudos y hombres viles ,  
Que meten dentro de unos caracoles  
Por gran honestidad miembros viriles ;  
Las mujeres encubren sus mancillas  
Con hojas ó con ciertas pampanillas.

Yendo marchando pues con buen avío  
Segun suelen en guerra los espertos ,  
Encima las barrancas de aquel río  
Había muchos indios encubiertos ;  
Pasan los nuestros sin hacer desvío  
Porque de la celada van inciertos,  
Y al tiempo que la recta guardia llega  
Comienza la beligerá refriega.

Suena terrible grito y estampida  
Del indio que del paso se aprovecha ,  
Por ser aquella parte la subida  
Y por otra ninguna se desecha ;  
Vuela sobre la gente detenida  
Innumerable piedra, dardo, flecha ;  
Resuenan las rodetas y celadas  
Que de las duras piedras son tocadas.

Bien como cuando veis cielo sereno,  
Y repentinamente de verano  
Viene nublado de tormenta lleno  
Amenazando pago comarcano ;  
El cual rompiendo con horrendo trueno  
Perjudicial y congelado grauo,  
Es por los bravos vientos esparcido  
Con impetuosisimo ruido :

Así después de dar horrenda grito  
Los abscondidos en lugar secreto,  
Tan aspero turbion se precipita  
De tiros incitados por Aletó ,  
Que al escuadron cristiano necesita  
A irse retirando del aprieto ,  
Pues á causa de ser lugar estrecho  
No fueron los caballos de provecho.

Hallábase la gente como manca  
Sin poder menear hierros agudos,  
Mas los peones de la gente blanca,  
Cubiertos de los cóncavos escudos,  
Procuran de ganalles la barranca  
Do se fortalecian los desnudos ;  
Y después de pelea bien reñida  
Al cabo los pusieron en huida.

Tantos fueron los dardos y la piedra  
Contra la gente bien apercebida ,  
Que el caballo murió de Saavedra,  
Y los heridos mas tuvieron vida ;  
Hirieron un trompeta dicho Tiedra,  
Pero no fué de muerte la herida :  
Luego con toda priesa se procura  
Salir de la quebrada y angostura.

Atravesando van tierras vacías  
Hasta el río de los Caricuries ,  
Así llamado porque en estos días  
Tomaron dos á ciertos alfaquies ;  
Después al río de las Monterías,  
Porque mataron ciertos jabalies ;  
Luego dirigen las humanas proas  
Al río dicho de las Barbacoas.

Dieron algun vagar á sus porfias  
Por ser aquel terreno menos ciego,  
Y haber peregrinado muchos días  
Sin que hallasen dó tomar sosiego ;  
Salió con gente para tomar guías  
El adalid Pablo Fernandez luego ,  
Entre tanto que el campo descansaba  
Y otro mejor recurso se hallaba.

Por otra parte fué también Mojica  
Para buscar país que se cultive ,  
Pues en tierra dó estan, por no ser rica,  
De gente natural muy poca vive,  
Y diferente trocha los aplica  
A la provincia que llaman Abive ,  
Terreno de poquitos moradores ,  
Mas eran curiosos labradores.

Humana carne comen todos ellos,  
Y es gente de gallarda compostura ;  
Traen ellas y ellos los cabellos  
Tan largos que traspasan la cintura ;  
Hombres luengos de zancas y de cuellos,  
El cuerpo sin ninguna vestidura ,  
Pero cubren las partes vergonzosas  
Con pedazos de manta y otras cosas.

Gente de soberbisimo semblante,  
De corazón altivo y esforzado ;  
Tienen caza de puercos abundante  
Y cantidad inmensa de pescado ;  
Hallaron pues los que iban delante  
Quinientos pesos de oro mal labrado,  
Mas era tan cabal en la fineza  
Que prometía mucha mas riqueza.

Pues como se juntasen sin sentillo  
En Abive por vía diferente  
Francisco de Mojica y el caudillo  
Pablo que caminó primeramente ,  
Envian mensajeros á Vadillo  
Para que venga luego con la gente ,  
Pues en aquel lugar que represento  
Se hallaba gran copia de alimento.

Como llegasen estos mensajeros,  
Recógense los toldos con presteza;  
Van adelante los hazadoneros  
A fin de remediar el aspereza  
De las barrancas y derrumbaderos,  
Bajadas y subidas de grandeza,  
Porque todos aquellos son caminos  
De todos los del mundo mas malinos.

Llegados á las dichas rancherías  
Donde los esperaban los soldados,  
Allí holgaron mas de veinte dias  
Sin ser de naturales contrastados,  
Hasta tanto que ya las compañías  
Y los caballos fueron reformados;  
Mas todavía por los malos puertos  
Quedaron seis caballos allí muertos.

El cuarto dia siendo pues llegado  
De aquel mes que tomó nombre de Marte,  
Con voces de trompetas fué mandado  
Salir y caminar el estandarte  
Por áspero camino y encumbrado,  
Sin lo hallar mejor por otra parte;  
Y de caballos, cuando se subía,  
Cuatro se despeñaron aquel día.

Sierras montosas faltas de las lumbres  
De rayos cuya vista da consuelo,  
Tales que parecían que sus cumbres  
Comunicaban con el alto cielo;  
Y para mas molestas pesadumbres  
Lodos intolerables por el suelo;  
Y allí los que pasaban delanteros  
Caminaban mejor que los postreros.

Por ser aquel camino de manera,  
Con la blandura grande que tenía,  
Que cuanto mas hollado peor era  
Y dél con mas trabajo se salía;  
Y algunas veces toda la bandera  
Dormir en una parte no podía,  
Sino que cada uno se quedaba  
Do la lluviosa noche lo tomaba.

Y si por aquel bosque tan estraño  
Oviere naturales congregados,  
Hicieran ciertamente mucho daño  
En los que se quedaban rezagados;  
Mas la maleza dél fué desengaño  
Para no recelarse los soldados;  
Y en esta pena de rigor terrible  
Vadillo hizo mas de lo posible.

Y así mas adelante se desliza  
Y fué por estos trabajosos lodos,  
Hasta que ya halló casa pajiza  
Y al cuarto dia se juntaron todos;  
Miércoles señalado de Ceniza  
Do se tomó segun cristianos modos,  
Y con la ceremonia que conviene  
Allí se celebró misa solene.

Bajó luego la gente fatigada  
Aquel jueves que fué dia siguiente,  
Y otra sierra peor que la pasada  
Por donde tienen el vi vieron en frente;  
En dos partes la gente separada  
Fué, porque vayan mas comodamente:  
Vadillo con los unos va delante,  
Y Villoria quedó con el restante.

Papel ni pluma no serán bastantes,  
Ni hojas ni prolifas escrituras,  
Si queremos de trances semejantes  
Particularizar las desventuras  
Que padecieron estos caminantes  
En aquellas montañas y espesuras;  
Gastaban pues aquestos dias todos  
En sacar los caballos de los lodos.

No bastaba la sogá ni correa  
Y todos, ya sin sillás y sin frenos;  
Amos y ellos van de una librea,  
Pues todas las cubiertas eran cienos:  
Valióles mucho gente de Guinea  
Que para los trabajos eran buenos,  
Pues en rigores tan intolerables  
Eran ellos los mas infatigables.

Y muchas veces les acontecia  
Sacando los caballos de la greda,  
El pié que entre raices se metia  
De las espesas matas y arboleda,  
No vello de la suerte que solia,  
Porque la uña dentro se le queda:  
Y así servian en aquel viaje  
Muchos rocines de matalotaje.

No dejaba por esto su demanda  
Aquel que lleva la real conduta,  
Hasta que vieron en contraria banda  
Tierra mas clara y algo mas enjuta  
Adonde reparó; mas luego manda  
Que con alguna gente bien instruta  
Camine Pablo porque lo adiestre,  
Hasta ver tierra que mejor se muestre.

Como tuviese Pablo gente presta  
Cual era menester en su contienda,  
Dos dias le duró tierra molesta,  
Al cabo de los cuales vido senda  
Que rastro de seguir les manifiesta  
Y aliento para mas soltar la rienda;  
Y así fueron con buenas esperanzas  
Hasta que vieron pueblos y labranzas.

Era valle de grande círculo,  
De espesas y bien puestas poblaciones;  
Aqueste se llamó valle del Pito,  
Que yo no sé decir las ocasiones;  
Mas número de chinches infinito  
Hay por allí contrarios en fáiciones;  
Llámanse pitos, tienen las costumbres  
De chinches y aun mayores pesadumbres.

Encima de los próximos oteros  
Quedó Pablo Fernandez encubierto:  
Al gobernador bizo mensajeros  
Para que de lo visto fuese cierto,  
Y se partiese con los compañeros  
A ver lo que tenían descubierto;  
El cual visto mensaje tan aceto  
Mandó que se partiesen al efeto.

Con la apacible priesa caminando  
Llegaron donde Pablo los espera,  
Y allí hicieron noche, consultando  
El orden que ternán en salir fuera;  
Dióse por parecer que salgan cuando  
Venga la lumbre de la cuarta esfera,  
Y puestos en el orden conveniente  
Esperaron á ver la roja frente.

Quando la sombra de la noche triste  
De aquellos horizontes rehüia,  
El róseo color en quien consiste  
La lumbre clara del alegre dia  
Las cumbres altas y los valles viste  
Con aquel resplandor que les envia;  
Alistaron ptrechos necesarios  
Para salir á dar en los contrarios.

Mas antes de dejar montes opacos  
Hizo Vadillo sus razonamientos,  
Y los vestidos de estofados jacos  
Correspondieron bien con sus intentos;  
Los hambrientos caballos, aunque flacos,  
Parecian tener nuevos alientos,  
Pues viéndose con armas van alegres  
Barruntando también llenos pesebres.

Y así llegados á la gran zavana,  
Cubiertos de cubiertas de algodones,  
Puestos en orden y en carrera llana  
A vista de las grandes poblaciones,  
En batiendo la gente castellana  
Las piernas, salen como los halcones  
Quando se abaten para hacer presa  
En la liebre que va por la dehesa.

Oyéndose la grita de repente  
Que dieron los que van en altas sillás,  
Ocurre grande número de gente  
De parte de las barbaras cuadrillas,  
Y admiranse de ver equina frente  
Y bestias que no saben resistillas:  
Quedan como pasmados, porque antes  
No vieron animales semejantes.

Mas como fuesen ásperas naciones,  
Cursadas en comer carnes humanas,  
Prestamente formaron escuadrones  
Las gentes que se hallan mas cercanas;  
Salen unos con arcos y harpones,  
Otros con largas lanzas y macanas.  
Otro con dardo, piedra, palo llano,  
O lo que se hallaba mas á mano.

Como pueblo de término marino  
Que duerme descuidado de batalla,  
Y dan algun rebato repentino  
Dicíendo que se sube la muralla;  
Toca la voz orejas del vecino  
Y sale cada cual como se halla,  
Y puestos muchos juntos do pretenden  
Con el valor posible se delienden:

Destá manera fué ni mas ni menos  
Luego que los sintió bárbara peste,  
Que de diversas armas salen llenos  
Y dellos se formó prolija hueste,  
Donde se defendian como buenos;  
Mas no fué tal defensa que les preste  
Porque los que decían «¡Santiago!»  
En ellos van haciendo gran estrago.

Rompiendo pechos, hombros y costillas,  
Con hierro que les era muy molesto,  
Abriáanse costados y ternillas  
Adonde César se hallaba presto;  
El cual iba haciendo maravillas,  
Aunque entonces estaba mal dispuesto:  
Todavía la gente carnícera  
En defender sus casas persevera.

Anda la cuchillada muy espesa,  
Librada del cristiano peonaje;  
Corria por el campo vena gruesa  
De sangre del ejército salvaje:  
En efecto les dieron tanta priesa  
Que huyen los del bárbaro linaje:  
Saquearon aquel pueblo primero  
Do hallaron maíces y dinero.

Después del honoroso vencimiento  
Prendieron muchos del contrario bando,  
Y estánse firmes en aquel asiento  
Los otros españoles esperando;  
Procuran recoger mantenimiento,  
Peligros inminentes reguardando;  
Porque los indios en aquella tierra  
Usan muchas cautelas en la guerra.

Cuatro días después de la victoria  
Habida de los indios fugitivos,  
Con su gente llegó Juan de Villoria,  
Que por ser los caminos tan nocivos  
Y maleza de montes tan notoria,  
Fué maravilla grande salir vivos;  
Pero de los caballos hecha cuenta  
Faltaban dos ó tres sobre cincuenta.

Salíanlos á ver estotras gentes  
Cómo venían tristes, lasos, mudos,  
Que parecían mustios penitentes,  
Descalzos, destocados y desnudos;  
Todos ellos con cargas diferentes  
Trastrabillando piés los mas agudos,  
Y muchos que tuvieron piés ajenos,  
Los suyos propios ya les eran buenos.

Junto con esto cada cual venía  
Tan cubierta de cieno la figura,  
Que della cosa limpia no se vía  
Sino la mal usada dentadura;  
Y fuera poca parte la lejía  
Para restituilles su blancura  
A las pobres camisas y jubones  
Que salían de tales estaciones.

Lávase cada cual y desentoda,  
Llegados á los dichos aposentos,  
Donde con ropas que no son de boda  
Entraron miserables y hambrientos;  
Vadillo los recoge y acomoda  
E hizo proveer mantenimientos,  
Mandando ir por dos ó tres soldados  
Y negros que quedaban desmayados.

Despachóse la gente que sabia  
Para los polvos ser y para lodos,  
Mas esta diligencia fué baldía,  
Pues indios los habían muerto todos:  
Gente salteadora que venía  
Acechando quebradas y recodos;  
Fueron muertos por esta gente dura,  
Y en sus vientres les dieron sepultura.

Sabido por Vadillo que digo,  
Al buen Pablo Fernandez luego manda  
Trabaje de buscar al enemigo  
Que tenía costumbre tan nefanda;  
Y en las ejecuciones del castigo  
Ningun soldado muestre mano blanda,  
Antes á fuego y sangre haga guerra  
A nación tan bestial, cruel y perra.

Partió Pablo Fernandez con soldados  
Que van movidos de las mismas sañas;  
Llegaron donde fueron salteados,  
Y en rastrear se dieron tales mañas,  
Que estando del asalto descuidados  
Rodearon las sórdidas cabañas,  
Y sin dalles lugar á mas contento,  
Mataron veinte y cuatro sobre ciento.

Hallaron de vestidos los retazos  
De los que fueron miserablemente  
Repartidos en puestas y en pedazos  
Para manjares desta dura gente:  
Allí hallaron piés, manos y brazos  
Que los cocia ya licor ardiente;  
Tuvieron los caribes negra cena,  
Y estotros de la ver inmensa pena.

Recogieron los hijos y mujeres,  
El oro que hallaron y el hatillo,  
Con todo lo demás de sus haberes,  
Que debía de ser caudal sencillo;  
Fueron encarecidos los placeres  
Que del castigo recibió Vadillo,  
Y á Noguerol y á Caravajal manda  
Vayan á descubrir por otra banda.

Cincuenta valerosos hombres fueron  
Con estos sobredichos caporales,  
Y un valle dicho Mauri descubrieron,  
Habitado de muchos naturales;  
En él un pueblo con obscuro dieron  
Donde tomaron gentes y caudales,  
Y antes que la demás fuese avisada  
Se recogieron con la cabalgada.

Ya cualquier valle que se descubría  
Tierra fué del Guacá tras de quien imos,  
Toda la cual Utibará regia,  
Aquel señor de quien mención hicimos,  
Adonde César y su compañía  
Entraron por el orden que dijimos,  
Mas no por do caminan de presente  
Sino por otra parte diferente.

Pues agora cortaron por atajo  
Que parecia ser camino presto,  
Y salió tan ajeno de gasajo  
Cuanto por mis escritos manifiesto,  
Y tan intolerable su trabajo  
Que no pudo llegar á mas molesto;  
Y aun César sacó algo de su hecho,  
Pero Vadillo muy poco provecho.

Siendo pues veinte días ya pasados  
Que estaban en el Pito, valle llano,  
Personas y caballos reformados,  
A causa de tener copia de grano,  
Vadillo se mudó con sus soldados  
A Mauri por hallarse mas cercano  
Al río del Guacá, porque quería  
Hacer de paz aquel por quien venía.

Y para que por bien ó mal viniese  
A lo reconocer por el respeto,  
De superioridad con interesse,  
Mandó que lo pusiesen en aprieto  
Y tan ardiente guerra se hiciese,  
Que Utibará se diese por subyeto.  
Para lo cual por una y otra banda  
Dos capitanes sigan su demanda.

Salieron dos nombrados, con valientes  
Soldados asuétos á la guerra,  
Por partés y lugares diferentes.  
Para correr á Utibará la tierra,  
El cual con grande número de gente  
Tenia lo mas alto de una sierra:  
Pablo Fernandez fué por un sendero,  
Por otro Saavedra, tesoro.

Saavedra sesenta de pié lleva  
Y otros diez de caballo bien armados;  
El cual de ciertas guías tuvo nueva  
De cantidad de pueblos retirados,  
Y así determinó de hacer prueba  
En aquellos que están fortificados,  
Con los cuales intentos y desino  
Prosiguen adelante su camino.

Mas antes de llegar adonde sienten  
Estar con el señor fortalecidos,  
En cierto reventon y en una puente  
Tuvieron dos recuentos bien enidos,  
Y en el postrero tanta fué la gente,  
Que se vieron los nuestros afligidos,  
Y así tomaron por consejo sano  
Volver con los caballos á lo llano.

Vista por Saavedra la potencia,  
Envío por socorro prestamente,  
Vadillo con la misma diligencia  
A Francisco de César su teniente:  
El cual, aunque no falto de dolencia,  
En la venida no fué negligente  
Con veinte y cinco de los mas insines,  
Y cinco bien apuestos en rocines.

Después de los socorros ser venidos  
A muy buena sazón y coyuntura,  
Fueron para su hecho convenidos  
Acometer con hora mas obscura,  
Subiendo sin rumores ni ruidos  
Hasta la cumbre de mayor altura,  
Do Utibará tenia sus poderes,  
Grandes riquezas, hijos y mujeres.

Mortal camino para piés humanos  
Por ser tan larga y áspera subida,  
Que tienen de hacer piés de las manos  
Con manifiesto riesgo de la vida;  
Arriba se hacían ciertos llanos  
Donde tienen ciudad fortalecida,  
Frigidas aguas, cristalinas fuentes  
Y los mantenimientos convinientes.

Es aspereza suma, monte grande,  
Y del camino tal el angostura,  
Que cualquier hombre que por ella anda  
En gran riesgo se pone y aventura;  
Pues con algun desdén que se desmante  
Ira dos mil estados de hondura,  
Y antes que hallen do parar los brazos,  
Serán hechos millones de pedazos.

Cubiertos pues los montes con obscura  
Y manto negro de la noche fria,  
Caminan todos al nativo muro  
Que de peñascos altos se ceñia,  
Do cualquiera pensara ser seguro  
Segun la fortaleza que tenia:  
Dejaron en lo bajo los caballos  
Con gente de valor para guardallos.

Llegada ya la hora sosegada  
Que los humanos cuerpos hace mudos,  
Encaminó la gente bautizada  
Sus piés a saltar bárbaros crudos;  
En la boca la hoja atravesada,  
A las espaldas puestos los escudos,  
Con piés y manos sin hacer estruendo  
La peligrosa roca van subiendo.

Destá manera con furor insano  
Unos tras otros iban gateando,  
Sin discrepar un punto pié ni mano  
So pena de volverse despeñando;  
Tomaron en efecto cierto llano  
Do juntos estuvieron descansando,  
Metidos en el monte y arboleda,  
Por ser mas llano ya lo que les queda.

T. IV.

Quando la dulce Venus descubria  
La purísima lumbre de su esfera,  
Manifestando que del santo día  
A los mortales era mensajera,  
César apercebido la compañía,  
El cual quiso llevar la delantera  
Por una senda menos peligrosa  
Y por entrambas partes montuosa.

No caminaban ya por alta cuesta,  
Sino por llano, de que no les pesa,  
Con esperanza de que con aquesta  
Solicitud harian buena presa:  
Salieron todos pues de la floresta  
Y de repente dan en una mesa  
De gentil vista, todas partes rasas,  
Y en ella grande número de casas.

Y al tiempo ya que la febea lumbre  
Doraba partes desta cordillera,  
Dan ¡Santiago! como de costumbre  
Tienen los españoles donde quiera;  
Salió tan increíble muchedumbre  
Contra la poca gente forastera,  
Que como de caballos no hay ayuda,  
El poder escapar ponen en duda.

Mas como tienen puestos estos hechos  
En Dios y en el valor de sus espadas,  
Derribanse pescuezos y abren pechos,  
Cercéanse mejillas y quijadas,  
Abren por los lugares mas estrechos.  
Lugar las presurosas cuchilladas;  
Acuden bárbaros á la refriega,  
Y el escuadron cristiano no sosiega.

Nunca mostraron tan veloce mano  
Los violentos rayos fabricando  
Aquellos oficiales de Vulcano  
Golpes unos sobre otros reiterando,  
Cuanto la fuerza del valor hispano  
Por atemorizar contrario bando,  
Cuya presencia tal se representa  
Que de los muertos hacen poca cuenta.

No se vido de tordos ni estorninos  
Volando por los aires tal nubada,  
Ni de diversos pájaros marinos  
En bajío de mar tan gran manada,  
Cuanto la muchedumbre de vecinos  
Salía de la gente mas granada,  
Con tanta grita, voces y clamores,  
Que hacen retumbar otros altores.

Los unos y los otros se desvelan  
En alentar y mejorar su mano;  
Piedras y flechas, palos, dardos vuelan  
Sobre los del ejército cristiano,  
Tantos, que todos ellos se recefan  
De no poder salir con hueso sano;  
Y así del furor bravo y estupendo  
Se fueron poco á poco retrayendo.

De tal manera que ninguno para,  
Pero con avisada compostura,  
Al impetu feroz haciendo cara,  
Hasta venir á dar al angostura  
Del arboleda, porque vieron clara  
Su gran temeridad y su locura;  
Tomaron aquel lugar por ser de arte  
Que no pueden entrar por otra parte.

El valeroso César al instante,  
El puesto y el entrada defendiendo,  
Mandó que todos fuesen adelante  
Con la posible priesa descendiendo,  
Porque él solo podria, Dios mediante,  
Entretenner aquel furor horrendo;  
Cuatro quedaron en su compañía  
Y los demás caminan á porfia.

Apriétanlos las gentes monstruosas  
Con cargas porfiadas y terribles,  
Y estas cinco personas valerosas  
Resistían los impetus horribles;  
Lo cual durante se hicieron cosas  
Que son á los humanos imposibles,  
Mas mi cierta, fiel y recta pluma  
Hace dellas agora breve suma.

Llegan hasta venir á los cabellos,  
Viendo la poca gente detenida;  
Y un gaudul, con codicia de rompellos,  
En la parte que tengo referida  
Se arrojó y abrazó con uno dellos,  
Mas no le costó menos que la vida;  
Y á cuantos intentaron esto mismo  
Presto los enviaron al abismo.

Teniendo pues por cierta la bajada  
De los que en ella fueron preferidos,  
El César con la gente rezagada  
Caminaron á pasos estendidos;  
Los indios recelando ser celada  
Estuvieron un rato detenidos,  
Por ser aquel camino ya cerrado.  
Y espeso monte de uno y otro lado.

Al fin entró la gente mas bien puesta  
Mirando de la selva lo cercano,  
Y como no ven cosa manifiesta  
Levantaron el paso mas liviano;  
Pero cuando llegaron á la cuesta  
Estaban ya los nuestros en lo llano,  
Dando gracias á Dios que fué servido  
Librallos de furor tan encendido.

Estando todos ellos congregados  
Por industria del capitán discreto,  
Fueron á los caballos y soldados  
Que allí dejaron para tal efecto;  
Mil indios los tenían rodeados  
Y puestos en angustia y en aprieto,  
Pero viendo venir quien los defendía  
Huyeron y dejaron la contienda.

Pero si mayor rato se tardaran  
En espantar al bárbaro nocivo,  
Bien se puede creer que no hallaran  
Hombre viviente ni caballo vivo,  
Sino que todos ellos acabaran  
En trance de elemencia tan esquivo;  
Que puestas y pedazos todos hechos  
Habían de ser cebo de sus pechos.

Recogidos pues estos compañeros  
Veláronse la noche, y otro día  
Al Vadillo hicieron mensajeros  
Para que viese lo que convenia,  
Representándole los trances fieros  
En que se vió la breve compañía,  
Y Utibará tener en alta sierra  
Hartos mas de diez mil hombres de guerra.

Pablo Fernandez era ya venido  
Con algun oro y con alguna gente,  
Y así por el Vadillo recibido  
Mensaje del deseo diferente,  
Fué por comun acuerdo proveido  
Ir él y el carruaje juntamente;  
Y así partieron con guerrera guarda  
Adonde su teniente los aguarda.

Llegaron al Guacá, río potente,  
Y aunque lo vadeaban con concierto  
A Santa Cruz llevó la gran corriente,  
Varon en las batallas bien esperto;  
Mas su caballo trastornó la frente  
Do nunca pareció vivo ni muerto;  
Causó pena, dolor y descontento,  
Mostrando todos tierno sentimiento.

Después de se pasar el agua brava,  
Por mal de Santa Cruz, mas advertidos  
Llegaron donde el César esperaba,  
Y dél alegremente recibidos,  
A Vadillo contó lo que pasaba  
Acerca de los lances sucedidos;  
Ambos procuran dar alguna traza  
Para poder tomar aquella plaza.

Es de saber cómo sin ver presencia  
De cristiana nación en su cultura,  
Tuatoque, señor de igual potencia,  
Con el otro traía guerra dura;  
Y agora quiso, vista su dolencia,  
Aprovecharse desta coyuntura,  
Acometiéndole por otra vía  
Y otra mejor entrada qué él sabia.

Apercibió su gente mas anciana,  
Y sube con ejército formado;  
En Utibará dió muy de mañana,  
Estando del Tuatoque desuadado,  
El cual aunque pensó que iba por lana  
Volvió de la refriega trasquilado,  
Porque Utibará no perdía punto,  
A causa de tener cristianos junto.

Y así cuando rompieron á su puerta  
E ya la claridad iba rompiendo,  
Utibará vivía tan alerta  
Que no le descompuso grande estruendo;  
Dejó Tuatoque mucha gente muerta,  
Y él con muy pocos escapó huyendo,  
Quedando su contrario victorioso  
Y él de muchos vasallos perdidoso.

Viendo que no bastó con su pujanza  
Para hacer á sus contrarios llanos,  
Determinóse por tomar venganza  
De salilles de paz á los cristianos;  
Y así debajo desta confianza  
Trajo mil y quinientos castellanos,  
En joyas que valieron la partida,  
Y cien indios cargados de comida.

Muestra con ademanes el intento  
Y voluntad de paz con que venia,  
Haciendo luego reconocimiento  
Al Vadillo del oro que traía;  
La lengua le habló con tal acento  
Que declaró muy bien lo que queria,  
Y dijo qué y todo su linaje  
Darían al Vadillo vasallaje.

Por no ser él según el que se encierra,  
Huyendo de cristianas amistades,  
Por los peñascos altos de la sierra  
Y en asperisimas concavidades;  
Y que si le quisiere hacer guerra  
El supliria sus necesidades  
Y acudiría con toda su potencia  
Contra los que no dieran obediencia.

Vadillo recibió contentamiento  
Con las joyas y con lo que decia  
Cerca del general ofrecimiento  
De le favorecer por cualquier vía,  
Porque le pareció venir á cuento  
En lo que de presente pretendía;  
Y así le dió también algunas cosas  
Que no serían ricas ni costosas.

Parecióle muy bien aquel presente;  
Y porque su deseo se concluya,  
Encargóle que fuese por su gente,  
Pues él tenía ya presta la suya,  
Para que sin quedar cosa viviente  
Utibará cacique se destruya,  
Do podrá vengar muy bien su pecho  
Y ser de sus agravios satisfecho.

El indio se partió debajo desto  
Prometiéndole venir á tercer día;  
Mas aunque se pasaron quinto y sexto  
Con otros siete mas, no parecía;  
Siéndoles pues á todos manifiesto  
Ser falso lo que el indio prometía,  
Hizo junta de todos el regente  
Para representalles lo siguiente:

«Necesidad urgente nos obliga  
A hacer junta, donde se requiere  
Que cada cual de nos en ella diga  
Aquello que mejor le pareciere,  
Para que de los votos se consiga  
La determinación que mas cumpliere;  
Y antes que procedamos en aumento  
Quiero representar lo que yo siento.

»Amigos y soldados valerosos,  
A cada cual es cosa conocida  
Salir de nuestras casas y reposos  
Para gozar de mas dichosa vida,  
A la cual si no somos perezosos  
El negocio presente nos convida;  
Y sería de torpes y livianos  
Soltar las ocasiones de las manos.

»Porque, según la muestra que se vido  
En aquella primera sepultura,  
Y aquello que tenemos entendido  
De lo que por las lenguas se procura,  
Grandísimo tesoro recogido  
Tienen los indios en aquel altura;  
Y aqueste cumple mucho que ganemos  
Para que todos nos aprovechemos.

»Allí teneis caudales para rentas,  
No falsa ni dudosa la ganancia;  
Cursados sois en guerras mas sangrientas  
Y antes de mas que menos importancia;  
No se sufre que con vuestras afrentas  
Muestren estos salvajes arrogancia,  
Porque tan honoroso vencimiento  
Sea para los otros escarmiento.

»Bien conozco ser áspera ladera  
Y grande la defensa del tirano;  
Mas á los españoles donde quiera  
Lo mas difícil se les hace llano,  
Y mucho mas en parte donde espera  
Cualquiera dellos de henchir la mano,  
Pues entonces las cosas imposibles  
Fáciles se les hacen y apacibles.

»Así que, para ver desta pelea  
Los fines concebidos en mi pecho,  
Este es mi parecer, el cual se vea  
Para que se confirme con el hecho;  
Mas si teneis razon que mejor sea  
Y venga por camino mas derecho,  
Esa se tomará y esa se siga,  
Y quien supiere mas, luego la diga.»

Dijo Juan de Vadillo lo que siente  
Como poco cursado baquiano,  
Y Francisco de César su teniente,  
Usando siempre de varon urbano,  
Como viese callar toda la gente,  
Para le responder tomó la mano;  
Y hecho su debido cumplimiento,  
Aquesto respondió que represento:

»De los que labran, tratan ó pelean,  
Pocos hombres habria que perdiesen,  
Si de la suerte que ellos las tantean  
Las cosas intentadas sucediesen:  
Todos en general su bien desean  
Y que desgracias nunca les viniesen;  
Mas aconteciese contrario desto  
Si se ofrecen á riesgo manifiesto.

»Por esta causa suelen los prudentes  
Examinar de lejos el suceso,  
Fantaseando los inconvenientes  
Que podrian venir en el progreso;  
Y acerca desto muchos hay presentes  
Que puedan ventilar largo proceso,  
Como personas que del aspeza  
El escapar tuvieron por riqueza.

»Y cada uno dellos bien alcanza,  
Si tiene de razon viva centella,  
Poderse vencer mal tanta pujanza  
Con poca gente do rocin no huella,  
Ni menea los lances de la lanza  
El que con él revuelve y atropella;  
Así que, como falten los caballos  
Tengo por imposible subyectillos.

»Y es esta que tenemos retraida,  
Segun por esperiencia vimos antes,  
Gente desesperada y atrevida,  
Con miembros y estaturas de gigantes;  
Tienen una feroz arremetida  
Y en ella firmes, fuertes y constantes;  
Sobre doce mil, á lo que pienso,  
Y el número de tiros es inmenso.

»Las fuerzas de sus brazos son terribles,  
Que traspasan sus tiros el acero;  
Los golpes de mi escudo son visibles,  
Que dellos escapó hecho barnero;  
Las entradas también inaccesibles,  
Pues hemos de subir por contadero,  
Y barrerán las galgas al instante  
Cuanto se les pusiere por delante.

»Y como de los lances atrasados  
Agora se recatan y recelan,  
Es de creer que por entrambos lados  
No faltan escuadrones que los velan,  
Segun suelen hacer escarmientos  
Que todo lo consultan y nivelan;  
E ya no creerán que con obscuro  
Ha de faltar quien suba por el muro.

»Aqui tenemos guía que publica  
Haber otros riquísimos terrenos,  
La provincia de Nori ser muy rica,  
La de Buritica ni mas ni menos;  
Vamos do la ventura nos aplica;  
Corramos otros valles y otros senos;  
Podria ser en tan larga distancia  
Hallar con menos riesgo mas ganancia.

»Así que, pues agora no se puede  
Deste fuerte sacar valor alguno,  
Por haber tanta gente que lo vede,  
Y tanto riesgo que mayor ninguno,  
Mi parecer, señor, es que se quede  
Para tiempo mas apto y oportuno,  
Y el mismo tiempo que las cosas cura  
Ofrecerá sazón y coyuntura.»

Dijo César las cosas que sabia  
Ser á seguridad mas convenientes,  
Y en general por todos se decia  
Que sus razones eran concluyentes;  
Vadillo, que las mismas conocia,  
Midió su voluntad con las presentes,  
Y así mandó que cuando la luz viesen  
En demanda de Nori se partiesen.

Al tiempo que los prados con corona  
De flores se venian alegrando,  
Y el radiante hijo de Latona,  
Por términos usados caminando,  
Dejaba primer signo de la zona,  
Cuernos del blanco toro visitando,  
Vadillo con el campo peregrino  
Para Nori dirige su camino.

Caminan con las mismas pesadumbres  
En aquesta jornada sucedidas,  
Por descubrirse mas soberbias cumbres,  
Mas altas y mas ásperas subidas;  
Y aunque daban las guías certidumbres,  
Erradíssimas van y divertidas  
Por grandes despoblados y por yermos,  
Y los mas españoles muy enfermos.

Amenazó Vadillo mal las guías  
Si no lo sacan presto desta sierra;  
Dicen que no se tratan estas vias  
Por haber entre indios cruda guerra,  
Mas que prometen antes de tres dias  
De los poner en abundante tierra,  
Pues aunque se perdieron los caminos,  
No por eso llevaban malos tinos.

Y como Pablo vió miseria tanta,  
Y el campo por mil vias alligido,  
Con cincuenta soldados se adelanta  
Rompiendo por el monte mas tejido,  
Y en breves horas con ayuda santa  
Dieron en un camino mal seguido,  
Por el cual fueron hasta ver acaso  
Lumbre que denotaba campo raso.

Cobraron todos ellos nuevo brio  
Que les ponía ciertas esperanzas,  
Y dos cuartos de legua de desvío,  
Llevando recatadas ordenanzas,  
Desde un árbol divisan cierto rio,  
Ambas orillas llenas de labranzas  
Y grande poblacion continuada  
Por una y otra parte derramada.

Luego se hizo mensajero listo,  
Y á Vadillo llegó con el mensaje,  
Dando razon entera de lo visto,  
Y haber sido de fructo su viaje;  
El cual, después de dar gracias á Cristo,  
Aprisa caminó con el bagaje,  
Por tenellos la hambre de tal suerte  
Que estaban á las puertas de la muerte.

Mas el Pablo Fernandez entre tanto  
Con los demás soldados abscondidos,  
Después que ya la noche con su manto  
Huyó, rayos de Febo ya venidos,  
Salieron de la selva por un canto,  
Pensando por allí no ser sentidos;  
Mas hallóse confuso y arrepiso  
Por ver estar los indios con aviso.

Debían de tener algun barrunto,  
Segun que pareció la noche antes,  
O dellos que durmieron allí junto,  
O de contrarios otros circunstancias;  
En efecto, hallaron muy á punto  
Un escuadron formado de gigantes,  
Con tales armas y de tal manera,  
Que cierto les pesó por salir fuera.

Mas como ya no puedan hacer menos,  
Por ser suceso de manos á boca,  
Asen las armas, y los puños llenos,  
Contra los muchos fue la gente poca,  
Acometiendo todos como buenos,  
Y cada uno por lo que le toca;  
Puestos al punto del rigor amargo,  
Danse tantas en ancho como en largo.

Porque los indios con gentil denuedo,  
Con ser primera vez que ven cristianos,  
Con lanzas y macanas, á pié quedo,  
Sabian menear muy bien las manos:  
Hierva la furia y el furor acedo,  
Los golpes que se dan no son livianos,  
Cuela por las costillas férrea punta  
Y el tajo y el revés que descoyunta.

Crecen sanguinolentas tempestades  
De los que van diciendo; Santiago!  
Juan Ruiz de Molina y Juan de Frades  
En bárbaros hacían grande estrago;  
Pablo socorre las necesidades  
Con filos que no saben dar en vago;  
Y todos los restantes compañeros  
No muestran menos vivos los aceros.

Veréis el golpear á todo brazo,  
Cascar rodela y hender escudos;  
Desciende la macana que destroza  
Por todas partes materiales nudos;  
Y al capitán Alvaro de Mendoza  
Por su rodela llegan tan agudos,  
Que al tiempo que con ella se cobija  
Le quedó della sola la manija.

El brazo quedó mal atormentado;  
Mas con el otro tuvo tales mañas,  
Que la hoja pasó por el costado,  
Rompiendo del contrario las entrañas;  
Fue luego socorrido y ayudado  
Del antiguo valor de las Españas,  
Pues muchos ocurrieron al instante,  
Poniendo sus rodela por delante.

Ambas partes están encarnizadas;  
Innumerable sangre va vertida;  
Admírase de ver las cuchilladas  
Quien no las vido tales en su vida;  
Al fin prevalecieron las espadas,  
Poniéndose los indios en huida,  
Tomando todavía de los vivos  
Aquellos que pudieron ser captivos.

Conclusa la batalla con ventura,  
La sentencia de todos fué resuelta  
En determinacion de gran cordura,  
Sin querer esperar á la revuelta;  
Antes por la montaña y espesura  
En busca de Vadillo dan la vuelta:  
Caminaron la noche, y otro día  
Encontraron el campo que venia.

Diéronle cuenta de lo descubierta  
Y de aquella guazávara terrible,  
Do gran número de indios quedó muerto,  
Y ser á su seguro conveniente  
Llevar militar orden y concierto;  
Y así pusieron el que fué posible,  
Con las preparaciones vigilantes  
Que llevan los guerreros caminantes.

Llegados á lo raso los peones  
Del avanguardia, con sus armas prestos,  
Vieron en unos altos reventones,  
Por do tienen de ir, indios opuestos,  
Llenos de sus guerreras municiones  
Para los contrastar en los recuestos;  
Mas, aunque conocieron el desino,  
Los nuestros no dejaron su camino.

El avanguardia sube todavía  
Do bélico furor se multiplica,  
Y entonces por Vadillo bien se via  
Con cuánta fuerza cada parte pica;  
Y así con cierta gente les envia  
Al escuadra Francisco de Mojica,  
Pero cuando llegó, de huelgo fulto,  
Ya los otros estaban en lo alto.

Reconocieron ser bien defendidos  
Los pasos á la gente forastera,  
Por ver inmensos dardos esparcidos  
Y lanzas de durisima madera;  
Muchos gandules muertos y heridos,  
Y bien ensangrentada la ladera,  
Donde los areabuces y ballestas  
Dieron libres pasajes en las cuevas.

Subieron los demás sin sobresaltos,  
Por no hallar azar que los impida,  
Y á causa de que estaban della faltos  
Recogieron gran golpe de comida:  
Durmieron todos en aquellos altos  
Porque nocturna sombra los convida,  
Puestas por pasos desta dicha cumbre  
Las velas que tenían de costumbre.

Quando mostraba ya la rociada  
Aurora sus colores por oriente,  
Toda la gente sana bien armada,  
Y con bastante guarda la doliente,  
Prosiguen adelante la jornada  
En busca de estalaje competente,  
Adonde el español menesteroso  
Algunos dias goce de reposo.

Yendo con la posible vigilancia  
Por dos partes caballos y peones,  
Descubren valles de mayor distancia,  
Y en ellos muy espesas poblaciones  
Que de comida tienen abundancia,  
Sin defensa de duros escuadrones,  
Por ser de miedo ya todos huidos  
Y á partes de mas fuerza retraidos.

Aquestas eran ya las serranias  
De Nori, do llevaban el intento;  
Y así, llegadas nuestras compañías  
A pueblo que tenia buen asiento,  
Hicieron pausa por algunos dias,  
Los cuales se pasaban á contento;  
Y por diversas partes los caudillos  
Buscaban los metales amarillos.

Daban noticias indios que tomaban  
Tener el valle número crecido  
De oro, pero todos afirmaban  
Un gran señor tenello recogido;  
Y así de sepulturas que cavaban  
Ninguna les mostró próspero nido;  
Alguno se cogia de rancheos,  
No tanto que hinchese sus deseos.

Perseverantes pues en su porfia  
Hambrienta que tenían de oro fino,  
Uno de la captiva compañía,  
Desta provincia natural vecino,  
Dijo de cierto pueblo que sabia,  
Poco mas de tres dias de camino,  
Y que, segun por ellos se publica,  
Sobran minas y era gente rica.

La codiciosa nueva percebida  
Cinuenta luego con el Pablo fueron  
Por sierra de muy áspera subida  
Y por tan malos pasos, que se vieron  
En harto detrimento de la vida;  
Y al cabo de tres dias descubrieron  
Aquel pueblo quel indio les decia,  
Cuya vista desgusto les ponía.

Porque tenían casas fabricadas,  
Altas del suelo hasta seis estados,  
Encima de los árboles fundadas,  
Sobre fortalecidos soberados,  
Con vigas bien compuestas y trabadas,  
Por barrios unos de otros separados,  
Segun hallaban estos moradores  
Los árboles mas gruesos y mejores.

No selva que podamos decir densa,  
Antes el suelo limpio y escombrado,  
Donde su morador rústico piensa  
Valerse por estar encaramado;  
Tienen pertrechos para su defensa,  
Y el alto por lugares horadado,  
Para que por allí contrarios miren  
Y con las armas ofensivas tiren.

Dicen tener aquestas poblaciones  
Para se defender de las estrañas  
Gentes, y tigres, osos y leones,  
Que crían estas ásperas montañas,  
Y por otras algunas ocasiones  
No fundan en el suelo sus cabañas;  
Es gente de gentiles proporciones  
Y algunos tienen telas de algodones.

Y aunque brazos y piernas descubiertas,  
A vergonzosas partes dan reguardo;  
En uso de sus armas son expertos,  
Y para las tomar ninguno tardo;  
En los tiros que hacen son muy ciertos;  
Usan macana, honda, lanza, dardo,  
Quisieran luego nuestros castellanos  
Que bajaran a dar amigas manos.

Mas no consienten que de paz se trate;  
Y así para bajallos de las casas,  
Entran debajo para su combate  
Procurando cortar nativas basas;  
Y como nadie dellos se recate,  
Encima llueven encendidas brasas,  
Rescoldo vivo y agua tan hirviendo,  
Que del lugar se vuelven retrayendo.

También caían tan pesados cantos  
Por una y otra y otra saetera,  
Que no dejaban de poner espantos  
A los que los miraban mas afuera;  
De dardos ansimismo vuelan tantos,  
Que temía la gente forastera;  
Fué desde la mañana la porfia  
Hasta quel sol pasó de medio día.

Visto que diligencia no les presta  
Ni por vias de paces ni por fieros,  
La bala de arcabuz y la ballesta  
Apuntan por algunos agujeros;  
Y acaso sin saber a quién asesta  
Mataron dos ó tres indios guerreros,  
Y otros algunos hubo mal heridos,  
Que se supo después de ser rendidos.

Porque el cruel efecto de la bala  
Al indio principal escandaliza,  
Como le vió hacer obra tan mala,  
Y a todos los demás atemoriza;  
Y así mandó que larguen una escala  
A manera de puente levadiza,  
Por do bajaron él y otros cincuenta,  
Y mujeres y niños en mas cuenta.

Mas antes que bajasen al entrego  
De los que estaban del desconfiados,  
A sus ropas y joyas ponen fuego  
Encima de los altos soberados;  
El cacique llegado dijo luego:  
«Decid a qué venís encaminados,  
Qué bienes pretendéis ó qué provecho  
De quien nunca jamás mal os ha hecho.»

La lengua declaraba las razones;  
Pero para volvelle las respuestas,  
Sus voluntades y sus intenciones  
Hizo Pablo Fernandez manifiestas.  
Pues luego les mandó poner prisiones  
Que para tal efecto tienen prestas,  
Sin dejar pieza de las que salieron,  
Excepto dos ó tres que se huyeron.

Los cuales, aunque buenos corredores,  
No sin ijadear y sin aceso,  
Dan nuevas á los otros moradores  
De cómo su señor quedaba preso,  
Con ocho capitanes y señores,  
Entrellos personajes de gran peso,  
Por aquellos barbudos caminantes  
De quien tuvieron nuevas poco antes.

Los de los mas cercanos aposentados,  
Oídas las pesadas relaciones,  
Recogen belicosos instrumentos  
Y ordeanan guerreros escuadrones;  
Serian en el número quinientos  
Gandules, mas feroces que leones,  
Para probarse con la gente nueva  
Y quitalles la presa que les lleva.

Peró los españoles que esto sienten,  
Por no caer en términos de locos,  
Para que con temor se desatenten,  
Con tiros de arcabuz les hacen cocos,  
A fin de que no lleguen y los cuenten  
Y vean claramente que son pocos,  
Pues estaban dudosos y perplejos  
A causa de tener el campo lejos.

La bárbara canalla se repara,  
No sin frio temblor y gran espanto,  
Oyendo truenos y estampida rara  
A ellos que no vieron otro tanto;  
Traspasa pechos la veloce jara,  
El salitroso humo causa llanto  
En aquellos que dél eran heridos  
Y á miserable fin fueron rendidos.

En esto la nocturna pesadumbre,  
Por apartarse ya rayos febales,  
Cubrió los hondos valles y la cumbre,  
Dando paz á los otros animales;  
Mas antes que viniese nueva lumbre  
Y se juntasen estos naturales,  
Los nuestros á gran prisa se volvieron  
Por el mismo camino que vinieron.

Como fuesen por camino sabido,  
De menos duracion fué la distancia;  
Vadillo se holgó cuando los vido  
Con los captivos, aunque sin ganancia;  
Diéronle cuenta de lo sucedido  
Y no cumplir allí hacer instancia,  
Por ser las barbacoas gente diestra  
Y no hallar de oró buena muestra.

En este tiempo, como mas vecino  
Del pueblo que ocupaba nuestra gente,  
El cacique de Nori de paz vino  
Que llamaban Nabuco comunmente,  
Y trajo dos mil pesos de oro fino  
Con otras muchas cosas en presente:  
Sagaz y en el aspecto venerable  
Y para bárbaro varon afable.

Fué del gobernador acariciado,  
Y porque de su pecho no presuma  
Vivir de recompensa descuidado,  
Mandóle dar una galana pluma  
En un bonete nuevo colorado  
Con otros dones de pequeña suma;  
Y aunque no fueron cosas de momento  
El bárbaro mostró quedar contento.

Fué luego separado de la junta,  
Y para percibir lo que replica  
Vadillo con la lengua le pregunta  
Por dónde podrán ir á tierra rica;  
Que diga con verdad lo que barrunta  
Ó la fama comun le certifica,  
O si tiene contrarios en su tierra  
Porque ellos vayan á hacelles guerra.

Nabuco dijo, que de las vecinas  
Tierras donde poseen minerales,  
Sabia por personas fidedinas  
Los de Buriticá ser principales;  
Y que por ser tan prósperas sus minas  
Eran ricos aquellos naturales,  
Y que para llegar donde decia  
El queria servir de buena guia.

Tal secreto Nabuco desencierra,  
Segun quieren decir vivos testigos,  
A fin de que saliesen de su tierra  
Y no hagan allí largos abrigos;  
O como siempre tienen dura guerra,  
Por ser unos de otros enemigos,  
Pues hasta hoy, do quiera que se tomen,  
Es muy averiguado que se comen.

Pero Vadillo con la buena nueva,  
Que fué para su hambre conviniente,  
Y por certificarse con la prueba,  
Determinó partir dia siguiente  
Por el camino que Nabuco lleva,  
Que por dos ó tres dias fué patente;  
Mas este se perdió con espesuras  
Y en bosques y montañas muy obscuras.

Donde hallaron grandes cenagales  
Cuyos discursos eran intractables,  
Tierra que tiembla, sucios tremedales,  
Do se gastaban horas miserables,  
Tanto que fueron los pasados males  
En su comparacion mas tolerables;  
Iban todos al fin de tal manera  
Que cada cual de vida desespera.

Y muchas noches, aunque habia rama  
Donde poner los cuerpos fatigados,  
No siempre se podia hacer cama,  
Y estaban á las plantas arrimados,  
Los piés metidos en aquella lama  
Y de cien mil misterios rodeados:  
Tal es la condicion del cuticioso  
Que no halla camino trabajoso.

Pero viendo su gente de mal arte  
El cauto y animoso licenciado,  
Al Nabuco mandó llamar aparte,  
Diciéndole: «Tú, perro, me las burlado.»  
El dijo: «Nunca yo quise burlarte,  
Ni tuve contra tí pecho dañado;  
Mas por guerra que tienen los vecinos  
No se frecuentan sendas ni caminos.

»Al mal que padecéis yo voy subyeto,  
Sin ser de mas quietud las horas mias;  
Pero presto veremos el efeto,  
Y estas pisadas no serán baldias  
Pues en Buriticá, donde prometo,  
Podemos entrar antes de dos dias;  
E yo no prometí ni es en mi mano  
Daros la tierra con camino llano.»

Con esto perdió saña que tenia  
El Vadillo, quedando convencido,  
Y el indio cumplió bien lo que decia  
Sin alargar el plazo prometido;  
Pues antes de cumplir tercero dia  
En la provincia dicha fué metido  
Y en tierra rasa, clara y escombrada,  
Pero tal que ninguna tan doblada.

Pues al septentrion y al mediodia,  
Y al orto y al ocaso, van subidos  
Cerros, la cumbre dellos algo fria;  
Y así los indios andan bien vestidos,  
Dispuestos y de mucha gallardía,  
Valientes, sueltos, bravos y atrevidos  
Y ricos, pero poco labradores,  
Por ser de oro todas sus labores.

A las cuales inclinan bien el cuello  
Al tiempo que doradas venas hieren;  
El oro es el que les da resuello,  
Por ello viven y por ello mueren;  
Por ello tienen bienes, y por ello  
A sus casas les traen cuanto quieren;  
Y en la tierra domina tal estrella  
Que es una pasta de oro toda ella.

Entrados pues en tierra sin montaña  
Y de las condiciones que ya digo,  
Nabuco se volvió con su compañía  
A do tenia natural abrigo,  
En gracia y en amor de los de España  
Y para nunca selles enemigo;  
Y sigue su viaje nuestro bando  
Algunas poblaciones indagando.

Un camino hallaron espacioso,  
Del cual diré después en mi tractado,  
Porque de tanto trance riguroso  
Agora yo me hallo fatigado,  
Y quiero dar los brazos al reposo  
Y á los ojos el sueño deseado;  
Pues á causa de ser la vida breve  
A ratos quito lo que se les debe.

## CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó, y no quiso seguillo.

Aunque para salir con sus intentos  
Tengan hombres avisos necesarios,  
No siempre pueden los entendimientos  
Evitar casos que les son contrarios;  
Y así los regulados pensamientos  
Acontece tener sucesos varios,  
Y el que da mejor orden á su vida  
Después halla diversa la salida.

Esta manera pues en el progreso  
Del licenciado, que salió pujante,  
El intento no tuvo tal suceso  
Que no fuese del suyo discrepante;  
Y su diseño tuvo fin avieso,  
Como declaramos adelante,  
No porque le faltase gran prudencia,  
Solicitud y viva diligencia.

Y en los trabajos de cualquier estrecho  
Y del riesgo mayor y mas pesado,  
Nunca dejaba de poner el pecho  
Tan bien como cualquiera buen soldado,  
Mostrando siempre ser hombre de hecho  
Y en acontecimientos denodado;  
A tiempos tuvo condicion terrible,  
Y á tiempos muy afable y apacible.

Hallado pues aquel primer sendero,  
Con deseo de ver tierra poblada,  
Determinó de ser el delantero  
Por animar la gente fatigada:  
Vieron luego su fin y paradero,  
Mas no para hacer allí parada,  
Pues se continuó por una cuesta  
Angosta, prolijisima y enbiesta.

Peñol inaccesible que tenia  
Altisimos los lados y la frente,  
Al cual por dos entradas se subia,  
La una de la otra diferente,  
De tan grande angostura, que podia  
Una persona ir tan solamente;  
Y en lo alto después de la subida  
Habia mucha gente recogida.

Porque tenían principal asiento  
Y en lo mas llano del pueblo fundado,  
Y para mayor fortalecimiento  
Estaba de palenque rodeado,  
Dentro crecida copia de alimento,  
Y de diversas armas pretrechado,  
En tal manera que segun la muestra  
Debían esperar la gente nuestra.

La principal subida que se via  
Estaba tan profunda por los lados,  
Que si de lo hollado desmentia  
Quien llevase los piés mal asentados,  
Como bala que polvorin envia  
Habia de rodar dos mil estados,  
Donde con muerte de cruel tormento  
Pagase su furor y atrevimiento.

Estando nuestra gente pues confusa  
Mirando los peñoles y aspezeza,  
Juan de Vadillo dijo: «No se escusa  
Tomar esta nativa fortaleza,  
Donde podeis creer estar reclusa  
Alguna grande copia de riqueza,  
Pues no de balde su morador piensa  
Tener aqui segura la defensa.

»Ea pues, gente clara castellana,  
Que bien conozco vuestra fortaleza  
En los negocios que tomáis de gana;  
Pues la mayor altura y aspereza  
Soleis supeditar y hacer llana,  
Sin mostrar cobardía ni flaqueza;  
Y así lo que tenemos de presente  
De vuestra voluntad está pendiente.

»Subamos por la vía manifiesta,  
Yendo detrás de cada rodadero  
Ofensa de arcabuz y de ballesta  
Que pueda contrastar al indio fiero;  
Porque cuanto la loma mas enbiesta  
El contrario será menos certero,  
E yendo por el medio de la senda  
Los caballos podrán subir de rienda.»

Con tales alabanzas los sublima,  
Y allí los esforzó de tal manera,  
Quel de mayor y de menor estima  
Y el que mas recelaba la carrera,  
Con fuerte brio los demás anima  
Y muere por llevar la delantera;  
Y según lo dispuso la cabeza  
Cada cual se dispone y adereza.

Guarnécense de pechos de algodones,  
Espadas y rodela embrazadas,  
En las cabezas fuertes morriones,  
Los cascos aforrados y celadas,  
Proveídos de plomos los cañones,  
Ballestas con harpones encajadas:  
Desta manera suben las cuadrillas  
Y á veces hacen piés de las rodillas.

El avanguardia Nogueroel la toma,  
Mancebo valeroso y esforzado;  
A sus espaldas iba por la loma  
Joan de Orozco, práctico soldado;  
En seguimiento del atrás asoma  
Un hermano de Rojas, señalado:  
Vecinos estos dos en Tunja fueron  
Y ha menos de seis años que murieron.

Así los demás iban enhielados,  
Que no pueden subir de otra manera;  
Los caballos quedaban rezagados  
Con sillas solas, faldas y testera,  
Los cuales como bien amestrados  
Con gran tiento subían la ladera;  
Y aunque se daba grito de lo alto  
No por eso tomaban sobresalto.

Que luego se mostraron los morenos  
Con la grita que tienen de costumbre,  
Saliendo de los cóncavos y senos  
Nubadas de crecida muchedumbre;  
Los riscos y peñascos están llenos  
Cuantos había por aquella cumbre,  
Sin dejar en aquel frontero lado  
Lugar que no tuviesen ocupado.

Segun de torres altas las almenas,  
Cuando vienen de tordos mil manadas,  
Que todas negreguean y están llenas  
De chirliadoras aves ocupadas,  
Y abiertas y patentes socarrenas  
Son de unos y de otras visiradas,  
Andando con bullicio presuroso  
Sin punto de sosiego ni reposo:

Ni mas ni menos andan inquietos  
En partes cómodas encaramados,  
Dispuestos á los bélicos efectos,  
Los unos y los otros embijados  
Con un cierto betumen, unos prietos  
Y otros por consiguiente colorados,  
Y cada cual de los de á la redonda  
Con dardo, con macana, lanza, honda.

Los cuales como vieron que se llega  
El escuadron sencillo de cristianos,  
Comienza la durísima refriega  
Saliendo tiros de robustas manos,  
Guiados del ardor y furia ciega  
Que enciende y alborota los humanos;  
Suenan los golpes dados en testudos  
De cascos, de celadas y de escudos.

Llueve por todas partes piedra gruesa,  
De dardos una y otra rociada;  
Viene volando no con menos priesa  
Lanza de palma dura bien tostada;  
De cada cosa nube tan espesa  
Como la que de rayo fué rasgada,  
Tanto que Nogueroel ya no prosigue  
Y espera que la furia se mitigue.

Y el misero parece que sospecha  
Aquel día fatal que nos espanta,  
Pues no sé de qué mano fué derecha  
Funesta punta de tostada planta,  
Cuyo furor escudo no desecha  
Hasta que se metió por la garganta:  
Rompe las venas, sangre va vertida,  
Y tras ella huyó la cara vida.

Detiénelo Orozco que no caya  
En la profundidad, aunque él recela  
Otro tan duro golpe de azagaya;  
Pero cubrióse bien con la rodela,  
Y todos los demás están á raya,  
Como no sube la primer tutela:  
De mano en mano va por los oídos  
Nogueroel muerto y otros diez heridos.

Sabido por Vadillo, les decía:  
«Adelante, valientes españoles,  
Que si Nogueroel vió su postrer día,  
Por eso quedan muchos Nogueroles,  
E ya la cuesta poco se desvia,  
Para poder ganar estos peñoles;  
Y cuanto mas allá vamos llegando  
El camino se va mas ensanchando.»

Caminan pues como mejor podían  
Saltando siempre balas y harpones,  
Y de los fuertes altos no venían  
Tantos ni tan espesos los turbiones,  
Por cuya causa todos presumían  
Acabárseles ya las municiones;  
Y así cristiano marte se apresura  
Hasta llegar á parte mas segura.

Pues el Joan de Orozco como via  
El terrible furor algo mas manso,  
Ganó cierto mogote que hacia  
Una cierta manera de descanso,  
No llano, que planicie no tenía,  
Pero su compás era mas espanso:  
Y en lo restante de los reventones  
Podían ir ya juntas tres peones.

Con mas velocidad continuaron  
Como los piés podían hacer presa,  
Y tal maña se dieron que ganaron  
Otro compás de mas cómoda mesa,  
Adonde se pararon y afirmaron  
Porque la gente fuese menos lesa;  
Y allí mas á placer se defendieron  
Hasta que los caballos ya subieron.

Como fuese mas llano lo restante,  
Tal que podían ir á media rienda,  
Saltan en los caballos al instante  
Y aprietan las espuelas por la senda:  
Los indios que caballos ven delante  
Parecían ser vision horrenda,  
Y así con rostro triste y amarillo  
Van á poner en cobro su hatillo.

El tumulto fué luego dividido,  
Saliendo del peñol por otro lado,  
Y el cacique por ser mas atrevido,  
Quiso defender en el cercado,  
El cual lijeramente fué rompido  
Por ser de pocos indios ayudado:  
Admiranse de ver equinos cuellos,  
Y así huyeron y el señor con ellos.

Entraron pues ajenos pareceres  
Desenvolviendo fardos y balijas;  
Hallaron muchos niños y mujeres  
Y ropa de sus mantas ó cobijas;  
No hallaron del cacique sus haberes,  
Mas su mujer prendieron con dos hijas:  
Era moza de cuerpo bien dispuesto  
Y de hermoso y agraciado gesto.

Joyas de oro hallaron principales,  
No tantas cuantas son sus intenciones;  
Mas hallaban do quiera materiales  
Y fraguas do hacian fundiciones,  
Y muestras de tener ricos caudales,  
Que no fueron falaces opiniones;  
Pero túvose por averiguado  
Que todo lo tenían enterrado.

Y por hallarse mucho bastimento  
Y llegar fatigados del viaje,  
Pausa hicieron en aquel asiento  
Proveyéndose de matalotaje:  
El cacique después del rompimiento  
Al gobernador envió mensaje,  
Diciéndole querer venir á vello  
Si le daba licencia para ello.

Holgó Vadillo con el mensajero,  
Tractándole con amigable mano,  
Y dijo: «Dias ha que yo lo espero  
Con firme voluntad de pecho sano,  
Y así podrás decirle que yo quiero  
Tenelle por amigo y por hermano;  
A su casa se venga y á su nido  
Porque será de mí bien recibido.»

Como le diesen este buen recado,  
Determinó venir dia siguiente,  
De capitanes bien acompañado,  
Vestidos de algodón galanamente;  
Holgóse de lo ver el licenciado,  
Y el indio mostró grave continente:  
Era de grandes miembros, gentil hombre,  
Y ninguno se acuerda de su nombre.

El astuto gandul como sintiese  
La sed insaciable que traía,  
Rogó con gran instancia que le diese  
La mujer y las prendas que tenía,  
Y que por el rescate le pidiese  
La cantidad de oro que quería:  
Vadillo, viendo las promesas largas,  
Pidióle de buen oro doce cargas.

Otra cosa pedia demás desto,  
Negocio que no menos se estimaba,  
Y fué que le hiciese manifiesto  
El venero de donde se sacaba;  
Todo lo cual con apacible gesto  
El prometió segun se le mandaba,  
Como quien no tenía pensamiento  
De dar á sus palabras cumplimiento.

Dijo pues que soltasen su matrona  
Para que busque los ocultos bienes,  
Y en vez que represente su persona  
El queria quedarse por rehenes:  
Vadillo viendo lo que le pregona  
Aquesto le concede sin desdenes;  
Partióse luego con los que queria  
Quedando de volver á tercer dia.

Estuvieron diez dias en espera,  
Sin respuesta tener mala ni buena;  
Y viendo no venir la compañera  
Y el cacique mostrar ninguna pena,  
El cuello le pusieron en collera,  
Pendiente della siempre la cadena:  
Que sin prisiones lo tenían antes  
Rodeado de guardas vigilantes.

Como perdiesen pues el esperanza  
De podelle sacar estos dineros,  
Tractan de la segunda confianza  
Que fué les descubriese los veneros;  
Y el indio dijo sin mostrar mudanza  
Fuesen con él algunos compañeros,  
Prometiéndole mostrar á los cristianos  
Dónde sacaban los dorados granos.

Apercibióse número de gente  
Con deseo de ver lo prometido,  
Y fué Juan de Vadillo y el teniente,  
Cada cual dellos bien aperecebido;  
Cuatro soldados del ramal pendiente  
Llevaban al cacique bien asido,  
Suero, Diaz, Patiño, Alvar Garcia,  
Y otro que Portalegre se decia.

Esta suerte lo sacan de la villa,  
Asidos todos cuatro de la rienda;  
A las espaldas la demás cuadrilla  
Dispuestos á beligerá contienda:  
El indio guía por una cuchilla  
De gran altor y muy estrecha senda,  
Profundos y derechos ambos lados  
Por do van todos ellos enhilados.

Yendo desta manera caminando,  
En unos ásperos derrumbaderos  
El indio se arrojó, precipitando  
Tras sí todos los cuatro compañeros,  
Unos sobre los otros tropicando,  
Rodando por aquellos peladeros,  
Hasta que cierta mata que allí hubo,  
Que fué ventura grande los detuvo.

Pero sus pensamientos fueron vanos  
En quererse librar desta manera,  
Pues los cuatro soldados veteranos  
Iban todos siguiendo la collera,  
Sin soltar la cadena de las manos,  
Con ir á su pesar por la ladera  
Todos cinco revueltos de mal arte,  
Hasta que dieron en aquella parte.

Eran, segun Orozco me declara,  
Zarzales los opuestos embarazos,  
Do cada cual llegó rota la cara  
Y desollados piés, piernas y brazos;  
Mas si deste lugar se discrepara  
Se hicieran trescientos mil pedazos:  
Los que miran de arriba con espantos  
A Dios los encomiendan y á sus santos.

Y muchos ansimismo con el miedo  
De vellos ir rodando que no paran,  
A grandes voces dicen: «Credo, credo»,  
Como si de la horca los echaran;  
Quedó Vadillo con el resto quedo,  
Que bien pensó que nunca mas tornaran,  
Porque fué tal espacio lo que fueron  
Rodando, que de vista los perdieron.

Pero los cuatro deste detrimento,  
Puestos en el zarzal que no paran,  
Después de recobrar algun aliento  
Suben con el cacique bien asido:  
Juan de Vadillo recibió contento  
Con todos los demás cuando los vido,  
Porque ninguno ya hacia cuenta  
Escapar vivos de tan gran tormenta.

Y no volvieron por aquella frente  
Por donde se vinieron despeñando,  
Sino por otra parte diferente  
Por menos asperezas rodeando;  
Mas tales que no van seguramente  
Sino con piés y manos gateando,  
Hasta que con inmensa pesadumbre  
Todos cinco llegaron á la cumbre.

Desgarrados los cueros y pellicos,  
Las cabezas bien atorndonadas,  
Y todos ellos hechos los hocicos  
Al modo de mujeres mal casadas;  
Lo cual se padecia por ser ricos  
Con otras desventuras no contadas,  
De las cuales la parte menor pinto,  
Por ser inestricable laberinto.

Llegado pues el misero captivo  
A la presencia deste licenciado,  
Luego como varon vindiactivo  
Y en los enojos nada reportado,  
A sus negros mandó quemallo vivo,  
Los cuales ejecutan su mandado,  
Siu que bastasen ruegos ni razones  
Que daban mas compuestas condiciones.

Al pueblo se volvieron con aquesto,  
Deste mal hecho cada cual pesante,  
Bajaron otro dia del recuesto  
Y el cuerpo caminó mas adelante,  
Entrando por camino tan molesto  
Que no se vido cosa semejante.  
Y llevando del diestro los caballos  
Que de otra suerte no pueden llevarlos.

Al cabo de seis dias de camino ,  
 Con deseo de ver tierra mas llana ,  
 Pablo Fernandez, hombre de gran tino ,  
 Descubrió luengo trecho de zavana ;  
 Mas nó se pudo captivar vecino  
 Ni verse por allí villa cercana ;  
 Pero como por ellas se desmande  
 Las aguas descubrió de un rio grande.

Después que ya llegó toda la gente ,  
 Ranchearonse cerca del arena ,  
 Y como viesen rio tan potente  
 Juzgaron ser el de la Magdalena ;  
 Impetüosa lleva su corriente ,  
 Por las barrancas va la madre llena ;  
 En la parte frontera ven labores ,  
 Y allá procuran ir diez nadadores.

Sintieron al pasar terrible frio ;  
 Hallaban la corriente menos blanda  
 Cuanto mas van, y ansi del medio rio  
 Revolvieron á la primera banda  
 Pareciéndoles torpe desvario  
 Proseguir adelante su demanda :  
 Vadillo se holgó cuando los vido ,  
 Porque contra su voto habian ido.

La gente se juzgaba por perdida ,  
 Por haber grande número de dias  
 Que padecian falta de comida ,  
 Y no podian captivarse guías  
 A causa de saber de su venida ,  
 Mediante relacion de las espías ;  
 Y si hallaban pueblos á los lados ,  
 Estaban los vecinos retirados.

Mas el Pablo Fernandez, aunque llaco  
 Tenia ya su fuerza de gigante ,  
 De la gente mas sana treinta saca ,  
 Descubriendo con ellos adelante  
 Una provincia que llaman Iraca ,  
 Llena de poblaciones y abundante ;  
 Y antes que por la tierra se metiese  
 Al campo dió mandado que viniese.

Llegaron al Vadillo tres peones  
 Con el recado del que los envia ,  
 Al cual no le faltaban aflicciones ,  
 Viendo con afliccion su compañía ;  
 Pero después que oyó las relaciones ,  
 Mudólas en contento y alegría ,  
 Y por estar la noche ya cercana ,  
 Partieron otro dia de mañana.

Abreviando la gente su carrera ,  
 Porque necesidad los compelia ,  
 Llegaron donde Pablo los espera  
 Oculto con aquellos que tenia ;  
 Y porque ya remate de luz era  
 Esperaron la del siguiente dia :  
 Duermen debajo de fieles velas  
 Y á punto las espadas y rodela.

Desde que se despidió nocturna hora ,  
 Que de plantas cubria verdes cuellos ,  
 Y la real presencia del aurora  
 Serenos descubrió sus ojos bellos ,  
 Y el rey de Delos desde donde mora  
 Tendió doradas hebras de cabellos ,  
 La gente fuerte que mi pluma canta  
 Para nuevos recuentros se levanta.

Aprestan armas para las reyertas ,  
 Cursadas en horrisonas contiendas ;  
 Componen los caballos con cubiertas ,  
 Subyectos al meneo de las riendas ,  
 Los cuales como bestias bien espertas  
 Mostraban de razon no sé qué prenda ,  
 Pues cada cual se alegra y regocija ,  
 Viéndose con beligerá cohija.

A pié van los ginetes por la senda ,  
 Porque por ir mas altos no los viesen ,  
 Llevando los caballos de la rienda ,  
 Y subir luego que menester fuesen ,  
 Y porque su venida no se entienda  
 Hasta tanto que los acometiesen ;  
 Pues su negocio lleva bien guiado  
 Quien al contrario halla descuidado.

Caminaron la vuelta del ocaso ,  
 Con aquel orden que les convenia ,  
 Al llano que hacia muy al caso  
 Para valerse la caballeria ;  
 Pero cuando salieron á lo raso ,  
 La bárbara caterva no dormia ,  
 Antes su pensamiento les engaña ,  
 Pues ven gentes armadas en campaña.

El son de sus cornetas suena luego  
 Que vieron á la gente peregrina ,  
 Y porque no gozasen del entrego  
 De la villa que estaba mas vecina ,  
 A las pajizas casas ponen fuego  
 Con determinacion luciferina ,  
 Y en escuadron formado, como diestros ,  
 Al camino salieron á los nuestros.

Espesura de lanzas y de dardos  
 Por una y otra parte se menea ;  
 Gandules bien dispuestos y gallardos  
 Y multitud de bárbara ralea ,  
 Con todos los conciertos y reguardos  
 Que suelen los cursados en pelea ,  
 Y con la mano presta y alterada  
 Se llegan á la gente bautizada.

Como la guerra ya se les intima ,  
 En los caballos que iban encubiertos  
 Aquellos cuyos son saltan encima  
 Para romper los bárbaros conciertos ;  
 El indio mas feroz se desanima ,  
 Y algunos se quedaron como muertos ;  
 Otros con el espanto y el recelo  
 Pegan el rostro y ojos por el suelo.

Como quien va de noche por camino  
 Con algun temeroso pensamiento ,  
 Que vió sombra de espíritu malino  
 Y queda sin vigor y sin aliento  
 Cayendo con el grande desatino  
 Forzado de tan mal impedimento ,  
 Y por sus coyunturas corre rio  
 Con la superfluidad del sudor frio :

Ansi los bárbaros se desalientan  
 Cuando vieron cuadrúpedos armados ,  
 Y mas desde el rigor espermentan  
 De lanzas con los hierros allados ,  
 Que por los escuadrones ensangrientan  
 Las espaldas, los pechos y costados ;  
 Otros también tomaban por remedio  
 Poner no poca tierra de por medio.

Estos se desviaron larga presa ,  
 Dejando las guerreras municiones ,  
 Sin que torciesen punto la cabeza  
 Atras , á causa de no ver visiones ;  
 Y por donde sus pasos endereza  
 Ninguno dellos halla trompezones ,  
 Antes el reventon y el altozano  
 Por do guia sus piés hallaba llano.

Los que gozaron destes vencimientos  
 Sin recibir contraste ni herida ,  
 Como necesitados y hambrientos  
 Adelante llevaron su corrida ,  
 Hasta que ya hallaron aposentos  
 Sanos y proveidos de comida ;  
 Y por ser buen terreno y abundoso  
 Estuvieron dos meses de reposo.

También hallaron sal en abundancia ,  
 De que necesidad se padezia :  
 Tenianla los indios por ganancia  
 Y era su mas preciada granjeria ,  
 De pozos que por esta circunstancia ,  
 Por ser de agua salada , se hacia ;  
 Y ansi quisieron en aquel asiento  
 Hacer mas largo su detenimiento.

Porque de los trabajos precedentes ,  
 Que parte dellos queda referida ,  
 Andaban fatigados y dolientes ,  
 La cara cada cual descolorida ,  
 Y no pocos soldados escelerentes  
 Habian concluido con la vida ,  
 Y el buen Pablo Fernandez, varon fuerte ,  
 En Iraca también halló la muerte.

Porque de la pasada desventura  
No se sentia todos dias bueno,  
Y allí le dió tan recia calentura  
Que le despachó dentro del septeno,  
Sin que pudiese remediallo cura,  
Aunque no tuvo cumplimiento lleno;  
Pero hizose todo lo posible  
Para libralle deste mal terrible.

Causó la muerte suya grave pena,  
Por ser en proseguir esta jornada  
Principal eslabon de la cadena  
Las veces que se vió casi quebrada;  
Hizo lo que la santa ley ordena  
Al tiempo de partir desta morada,  
Recibiendo los santos sacramentos  
Y con declaracion de sus intentos.

Porque Vadillo, no sin gran prudencia,  
Y con la necesaria vigilancia,  
A los enfermos de cualquier dolencia  
Aconsejábales con gran instancia  
Examinasen luego su conciencia  
Y dispusiesen bien de su substancia,  
Y él mismo con cristiano pensamiento  
Daba la claridad del testamento.

También en las montañas mas molestas  
Que cumplía con brevedad dejallas,  
Si por ventura señaladas fiestas  
Venian antes de poder pasallas,  
No mirando razones contrapuestas,  
Con devocion hacia celebrallas,  
Sin consentir quel campo se moviese,  
Aunque necesidad los compeliere.

Iraca pues como se desocupe  
Del cebo que tuvieron abundante,  
Por relaciones del Orozco supe,  
En el mismo viaje caminante,  
Cómo quisieron ir á Naratupe,  
Provincia que tenían adelante,  
Y para la hallar alla camina  
Con soldados Joan Ruiz de Molina.

La guía que la nueva certifica,  
En la tierra de Iraca residente,  
Afirmábales ser la tierra rica  
Y tener grande número de gente;  
Y por esto Francisco de Mojica  
Fue con este caudillo juntamente,  
Por aquel orden que Vadillo guiso,  
Porque mas presto diesen el aviso.

Entre tanto la gente detenida  
Con Vadillo, diez negros enviaron  
Por las labranzas á buscar comida,  
A los cuales los indios saltaron  
Y privaron al uno de la vida,  
Porque por piés los otros escaparon;  
Y al miserable que quedó captivo  
Para comer le desmembraron vivo.

Como por el Vadillo se supiese  
Aquesto que sucintamente digo,  
A Caravajal hizo que partiese  
Con gentes á buscar al enemigo,  
Y con sangrienta mano, si pudiese,  
Relajase las riendas al castigo;  
Partió luego con treinta peregrinos,  
Los seis ó siete dellos en rocinos.

Los indios esperaron en campaña,  
Sin rehusar venir en rompimiento,  
Pero la gente válida de España  
Aquesta concluyó con fin sangriento,  
Pues en el pelear se dió tal maña  
Que mataron por uno mas de ciento,  
Y con algunas joyas á los cuellos  
Se volvieron al campo todos ellos.

Dos dias después desta cabalgada,  
Por tener de comida gran inopia,  
Salió de seis soldados camarada  
A la buscar con doce de Etiopia;  
Los bárbaros hicieron emboscada  
Al tiempo que volvían ya con copia,  
Y muchedumbre de caribe gente  
Dieron en ellos repentinamente.

Defendíanse bien en la batalla  
Estos seis blancos y la gente prieta;  
Mas era tanta la crúel canalía  
Que por todas las partes los aprieta,  
Que derribaron sin vaille mala  
A Fernando de Hoyos, un trompeta,  
Y en el arreatado desconcierto  
También Diego de Tapia quedó muerto.

Crecida multitud los señorea,  
De jaculos agudos todos llenos;  
Los cuatro blancos y los de Guinea  
Gran rato pelearon como buenos;  
Pero cansados ya de la pelea  
Huyeron de los doce diez morenos:  
Los dos abominando la huida  
Pelearon hasta perder la vida.

Como se viesen ya sin esperanza  
De poder escapar los cuatro blancos  
Pusieron en sus piés la confianza,  
Huyendo por quebradas y barrancos;  
A Fresno le clavó volante lanza,  
Mas todavía dió veloces trancos:  
Espuela mala para su carrera,  
Mas con ella la hizo mas lijera.

Emboscáronse pues por matas ciegas,  
Cada cual por su parte dividido,  
Pero cansado Pedro de Villegas,  
En cierto hoyo se quedó metido;  
Los tres que se libraron de las bregas  
Dieron nuevas del mal acontecido,  
Aunque primeramente se las dieron  
Aquellos diez esclavos que huyeron.

Pues sin llegar los tres, había rato  
Que hizo caminar Juan de Vadillo  
Caballos y peones al rebato,  
Baltasar de Ledesma por caudillo;  
Llegaron donde fué su desbarato,  
Mas bárbaro no ven para seguillo,  
Y de los muertos solo las cabezas,  
Que los cuerpos llevaron hechos piezas.

Mándanlas enterrar en un ejido,  
Poniendo ciertas cruces en señales;  
A las voces que daban y al ruido  
Salió Villegas de los matorrales,  
Donde quedaba solo y abscondido  
Con miedo de los bárbaros bestiales;  
Y dió gracias á Dios devotamente  
Por lo sacar de riesgo tan patente.

Con él al campo luego se volvieron,  
No sin derramar lágrimas los ojos;  
Y á la venida, por los altos vieron  
Indios que les mostraban los despojos;  
Mas por la gran altura no pudieron  
Jamás vengar en ellos sus enojos,  
Con ya hacelles cada dia fieros,  
Dando grita por cima los oteros.

Escuadrones andaban por la cumbre,  
Sin bajar á hacer con armas prueba,  
Y estuvieron en esta pesadumbre  
Cinco ó seis dias, hasta saber nueva  
Que diese claridad y certidumbre  
De los caminos que Molina lleva,  
Para salirse ya del estalaje  
Y llevar adelante su viaje.

El cual con el Mojica peregrina  
Por ver de Naratupe las fronteras,  
Y los pasos por donde se camina  
Son altas y asperisimas laderas;  
Opónese la gente convecina  
A contrastar cristíferas banderas,  
Mas los soldados del cristiano bando  
No pierden, antes siempre van ganando.

Enviáronse pues de gente diestra  
Peones á llamar al licenciado,  
Porque lo que ya vían daba muestra  
De ser el territorio bien poblado;  
Juan de Frades llegó que los adiestra,  
Y Vadillo partió, visto recado,  
Yendo delante los azadoneros  
Para hacer caminos andaderos.

Mas aprovechan poco los conciertos  
Para llevar subida descansada,  
Por ser tan asperisimos los puertos  
Que apenas hallan dō hacer parada,  
De noche, segun son altos y yertos  
Y la cuchilla dellos delicada;  
Suben con grande tiento los caballos,  
Tanto que fué milagro sustentallos.

Y cuando se quedaban alojados  
En medio de los ásperos recuestos,  
Los caballos, en árboles atados,  
De tan mala manera quedán puestos,  
Que parece tenellos ahorcados,  
Sobre los piés traseros muy enhiestos,  
Asidos siempre de la gruesa rama,  
Sin osar en el suelo tomar cama.

Y cuatro que quisieron de cansados  
Tomalla por allí, como mal diestros,  
Sin medio de poder ser ayudados,  
Quebraron fácilmente los cabestros  
Rodando sobre mas de mil estados,  
Do no fueron mas vistos de los nuestros;  
Pues antes de llegar á las honduras  
Iban deshechas ya las coyunturas.

Con este sinsabor y desavio,  
Y rebatos también que no faltaban,  
Llegaron á Garú, que es cierto rio,  
Donde los dos caudillos esperaban:  
Había por allí mucho gentío,  
Cosa que todos ellos deseaban;  
Supo de ciertos indios el Mojica,  
La ciudad dicha Cori ser muy rica.

Llevaronlos delante del regente,  
El cual, certificado, luego manda  
A Francisco de César, su teniente,  
Vaya con brevedad en su demanda;  
El cual nōmina hizo de la gente,  
Caballos y peones, buena banda:  
Por todos van sesenta, cinco menos,  
Que se sentian de salud mas llenos.

Pasaron asperisimos recuestos  
Que pocos en altura semejantes,  
Y desde los collados mas enhiestos  
Vieron las casas ya poco distantes;  
Los vecinos están en arma puestos  
Y, á lo que parecia, con semblantes  
De creer que tenian para cenar  
De carne de español la mesa llena.

Repararonse pues nuestros peones,  
Porque los de caballo no venian  
A causa de los grandes reventones  
Y malos pasos do se detenian:  
Pero los carniceros escuadrones,  
Pensando que de miedo lo hacian,  
Acometieron bravos y lozanos  
Para tomallos vivos á las manos.

Rompiendo van los aires vivos gritos,  
Espesura de lanzas los rodea,  
Crece furia y ardor de los confitos,  
Enciéndese bravísima pelea;  
Caen sobrellos dardos infinitos,  
El español brioso se menea,  
Apresurando los filos agudos  
Y amparándose bien con los escudos.

Poco compás ocupan los cristianos,  
Y allí firmes están como raices;  
Pero cuando llegaban los paganos  
Algunos revolvan sus narices;  
Aqui cortan molledos, allí manos;  
Acullá cercenaban las cervices;  
Unos vuelven sangrienta la mollera,  
Otros con las entrañas todas fuera.

Mas todavía son acometidos  
Los nuestros de terrible muchedumbre,  
Los doce dellos ya muy mal heridos,  
Y todos con inmensa pesadumbre;  
Crecen los silbos y los alaridos  
Que tienen estos indios de costumbre,  
De tal manera, que por todos lados  
Los tienen afligidos y acosados.

Como suelen hacer en coso llano  
Al toro que á la lidia se subyeta,  
Que le da grandes silbos el villano  
Y hace cocos para que arremeta,  
Y en soltando la vara de la mano  
Busca luego guardida dō se meta,  
El ojo siempre vivo y el pié presto,  
Para poder tomar seguro puesto:

El bárbaro crüel desta manera  
Con importunidad anda silbando,  
Y con brinco y saltos desde afuera  
Agudos jáculos desembrazando;  
Si el español acude, no le espera,  
Mortifera respuesta recelando;  
Y la nube de dardos que no cesa,  
Cuanto mas tura tanto mas espesa.

Crece la saña del furor horrendo;  
Améntase terrible torbellino;  
Los que con los caballos van subiendo  
Abrevian lo posible su canino,  
Y es porque cada cual con el estruendo  
Era de los efectos adevino:  
Quedaron pues, oyendo los tropeles,  
Cuasi pasmados estos infieles.

Porque por el lugar que le compete,  
Para romper furiosa confianza,  
Bate los calcañares el jinete  
Y da tiempos debidos á su lanza:  
El Francisco de César arremete  
No con aumento poco de manzana;  
Y así por su lugar en breves puntos  
Había copia grande de defuntos.

Fué de los indios la turbación tanta,  
Viendo delante lo que nunca vieron,  
Que ya ninguna grita se levanta,  
Ni después de sus armas se valieron;  
La voz del español victoria canta;  
Los bárbaros callaron y buyeron;  
Siguiéron media legua los alcances,  
Do se hicieron sanguinosos lances.

Vuelven á saquear bárbaros nidos,  
Donde no se halló prospera suerte;  
Curaron luego todos los heridos,  
De los cuales ninguno fué de muerte:  
Vadillo por los hombres impedidos  
En este lugar se hizo fuerte  
Por espacio de diez y siete dias  
Hasta convalecer las compañías.

Pues de la hambre y el rigor contino  
Los menos dellos se sentian buenos,  
Y así, haciendo lo que les convino,  
El alma dan á Dios en estos senos.  
Los valerosos Miguel Vizcaino,  
Soto, Esquivel y dos ó tres morenos,  
Que de trastornar sierras y montañas  
Tenian ya molidas las entrañas.

Cargó también á César la dolencia,  
El cual, en confianza de ser nada,  
No hizo la debida diligencia,  
Siendo de día en día dilatada,  
Y así sin el examen de conciencia  
La muerte le tomó la madrugada:  
A todos fué su muerte lastimera,  
Y mucho mas en ser desta manera.

En Indias fué persona señalada;  
Y relatar ahora su proceso  
Sería cosa desproporcionada  
Por no cumplir aquí largo digreso;  
Podría ser al fin de la jornada  
Deciros algo del; y agora ceso  
Por volver al viaje de Vadillo,  
Pesante por el fin de su carillo.

A quien todos los mas dicen que yerra  
En hacer de la mar tan gran ausencia;  
Mas él á lo muy lejos se destierra  
Por lo que le dictaba su conciencia,  
Poniendo de por medio tanta tierra  
A causa de huir la residencia,  
Porque debía de tener por cierto  
Tenella su contrarios en el puerto.

Y en tener tal sospecha no se engaña,  
Pues en esta sazón era venido  
El licenciado Santa Cruz de España,  
Para su residencia proveído;  
Despachóse tras él cierta compañía  
Si por caso pudiese ser habido,  
Y el capitán Luis Bernal venía  
Tras él con bien armada compañía.

Hasta Lile siguieron sus pisadas  
Los peones y gente de caballo,  
Alguna vez doblando las jornadas,  
Haciendo su poder por alcanzallo;  
Pero por cosas que serán contadas  
Menos allí pudieron ya hallallo,  
Por haberse partido para Quito,  
Cansado del entrada, mas no abito.

Vadillo pues con miedo semeja te  
Por aquel émulo que en corte clama,  
Trabaja de pasar siempre delante  
A ganar opinión y buena fama;  
Y agora procuró con el restante  
Llegar á la provincia de Cartama,  
Que, según por las guías se publica,  
Era tierra de minas y muy rica.

Ciertos soldados van por su mandado  
Para ver el camino mas seguido,  
Y en un pueblo de indios ya quemado  
Tuvieron un recuento bien reñido:  
Salió Caravajal descalabrado  
Y el capitán Mendoza mal herido:  
Fueron peligrosísimas heridas,  
Mas ambos escaparon con las vidas.

Por ser pocos los desta compañía,  
Por los indios se vieron afligidos;  
Pero mostraron bien su valentía  
Contra los escuadrones atrevidos,  
Pues con ser mucha gente, todavía  
Fueron desbaratados y vencidos,  
Algunos dellos presos y captivos  
Que se llevaron al Vadillo vivos.

El cual se holgó de vellos, y al instante  
A preguntar por tierra se levanta,  
Que próspera le sea y abundante  
Para hacer en ella nueva planta;  
Respondieron estar mas adelante  
La provincia llamada Caramanta,  
La cual es tal, que si la señora,  
Largamente tendrá lo que desea.

Alegres con las nuevas de las guías,  
Partieron todos en su seguimiento  
Por altas y soberbias serranías,  
Que parecen llegar al firmamento,  
Y en espacio menor que de tres días  
Vieron de poblaciones gran aumento,  
Tantas que no tenían ya por bueno  
Entrar tan pocos en compas tan lleno.

Vieron la gente bien apercebida  
Y con intento firme de esperallas  
Para que les sirviesen de comida,  
Hacellos postas y descuartiallos;  
Pero sin parar ánima nacida  
Huyeron desde que vieron los caballos,  
Y por ser el terreno tan doblado  
Ninguno dellos pudo ser tomado.

El primer pueblo destas vecindades  
De todas cosas lo hallaron falto,  
Y los indios con grandes cantidades  
Tenían de la sierra lo mas alto;  
Mas con ciertos soldados Juan de Frades  
Tomó siete gaudales en un salto,  
Y con intérprete que los entiende  
Vadillo preguntó lo que pretende.

De por sí cada uno respondía  
Sin mostrar intención diferenciada,  
Y en el dar las respuestas parecía  
Gente de mas razón que la pasada;  
Pero del oro que se pretendía  
La certidumbre fué menos que nada;  
A Cuicui cualquiera los aplica,  
Afirmándoles ser provincia rica.

Esta razón por el Vadillo vista,  
Puesto caso que no sin gran mohina  
Y mas avilantez que de jurista,  
A morir ó vivir se determina  
Llevar mas adelante su conquista,  
Antes que revolver á la marina,  
Y á las guías mandó que como deben  
A la tierra de Cuicui lo lleven.

Métenlos por montañas y breñales  
Por donde todos van desesperados;  
Los lodos y pesados tremedales  
Esceden al rigor de los pasados;  
Los que son menos y los principales  
Caminan del vivir desconfiados,  
Por no tener en tiempo tenebroso  
Donde tomar brevísimo reposo.

Sin vigor el mancebo y el anciano  
Y sin lugar enjuto do se sienten;  
Los caballos tampoco comen grano,  
Ni topan yerba con que se sustenten;  
Juzgan á su mayor por inhumano,  
Aunque siente también lo que ellos sienten;  
Pero con padecer esta fatiga  
Ninguno dellos hay que contradiga.

Pero vista su grande pertinacia  
Que parecia de varón insano,  
So color de facecias y de gracia  
El comendador Sosa, lusitano,  
En un gran lodazal por do se espacia,  
Para lo convencer tomó la mano,  
Y con aviso de varón prudente  
Riéndose le dijo lo siguiente:

« Todos, señor, andamos de mal modo,  
Y tengo para mí que cualquier bueno,  
Adonde vos estais puesto de lodo  
No dudará meterse por el cieno;  
Mas si conviene tanteallo todo  
Con seso libre, de pasión ajeno,  
También sería de persona cuerda  
Mirar cómo su vida no se pierda.

» El seso, la razón y la cordura,  
Las intenciones buenas y cristianas,  
Son menester en esta coyuntura,  
Sin dar lugar á conjeturas vanas;  
Pues tan acerbo mal y desventura  
No pueden comportar fuerzas humanas,  
Antes si lo mirais es imposible  
Poder vivir con pena tan terrible.

» Al principio peon y caballero  
Sufríalo, por ir bien preparado,  
Con recias fuerzas y vigor entero,  
De negros y caballos ayudado;  
Agora ningún mal es sufridero,  
Porque llueve, señor, sobre mojado,  
Tanto que el mas bien puesto y el mas fuerte  
Anda ya peleando con la muerte.

» A cuantos huellan la terrena bola  
Con tanta muchedumbre de naciones,  
Basta para matar la hambre sola,  
Cuanto mas tantos colmos de aflicciones  
Como veis padecer á la española  
Que traéis, no con malas intenciones,  
Porque bien se colige de lo hecho  
Que deseais su bien y su provecho.

» A questo yo lo sé de cierta ciencia,  
Y no lo duda persona ninguna,  
Y que con regalada providencia  
Curais el mal que mas nos importuna;  
Pero ¿ qué presta tanta diligencia  
Si nos desfavorece la fortuna,  
Antes, según que vemos de hora en hora,  
Donde bien esperamos se empeora?

» Por estos asperísimos conveses,  
Con inmenso sudor y hambre luenga,  
Habemos caminado ya diez meses  
Sin que hallemos cosa que convenga;  
Lástima con desgracias y reveses,  
Sin darnos tierra que nos entretenga,  
Y cuando se pensó hallar consuelo  
Aun para resolver nos falta suelo.

»Faltan soldados muchos y muy buenos,  
Como vuestra merced, señor, bien sabe;  
Nosotros cada día somos menos,  
Cosa no hay que no se menoscabe;  
Querer continuar aquestos senos  
Tan insufribles, en razon no cabe,  
Sino los que tuvieren ya la vida  
Con desesperacion aborrecida.

»A cualquiera mortal inconveniente  
Nunca dejamos de poner el pecho;  
No se puede hacer humanamente  
Mas de lo que nosotros hemos hecho;  
El cielo por ventura no consiente,  
Y el camino nos hace mas estrecho;  
Antes pues que faltemos por medio  
Demos á nuestro mal algun remedio.

»Y será de remedios el mas cierto,  
Segun el parecer desta compañía,  
Que nos volvamos al marino puerto  
Antes que nos consuma la montaña,  
Pues dejamos camino bien abierto  
Que del fruto que hay nos desengaña:  
Vuestra merced, señor, lo considere,  
Y disponga segun le pareciere.»

Dijo su parecer como caudillo  
A quien tomaron todos por escudo,  
No sin alteraciones del Vadillo  
Por ser de sufrimiento muy desnudo;  
Paróse demudado y amarillo.  
Mas reportóse todo cuanto pudo,  
Y aquella primer cólera compuesta,  
Estas razones dió por su respuesta:

»Un hombre de quien yo tanto confío,  
Por su valor y buen entendimiento,  
No debe dar favor á desvario  
Con parecer que va sin fundamento;  
No porque yo me case con el mio,  
Y menos en lugar de voy á tiento,  
Antes deseo que se me dé lumbré  
Para salir de tanta pesadumbre.

»Mas si tenéis aquesa por segura,  
Como tractada ya con gente diestra,  
Es como la tiniebla mas obscura  
Que da de resplandor ninguna muestra;  
Pues para la salud que se procura  
No pudo ser consulta mas siniestra,  
Y á la seguridad es tan aleve  
Que nuestra perdicion será mas breve.

»Porque, señores, para la tornada  
Por los lugares por do habeis venido  
¿Dejais la vitualia concertada?  
Algun mantenimiento provigido?  
Toda la viña queda vendimiada;  
Ningun lugar que no quede barrido;  
Recurso no lo hay ni yo lo siento  
Que pueda proveernos de sustento.

»Y si los indios tienen algun resto,  
Que nada puede ser en buen romance,  
Bien se puede creer tenello puesto  
Donde no le podamos dar alcance;  
Esto que digo es tan manifiesto  
Que hallareis no ser falso balance,  
Antes si quereis ir por esa puerta  
Ninguna cosa hallareis mas cierta.

»Pueblo no lo vereis adonde estaba,  
Que los indios los mudan fácilmente,  
Pues visteis que cualquiera los quemaba  
Por apartar de sí cristiana gente;  
Es allá la montaña muy mas brava,  
Mayor y de peor inconveniente;  
Tampoco hallaremos sementeras  
Con miedo de las gentes estrangeras.

»Porque son indios sumamente brutos,  
Carecientes de leyes que los domeu,  
Y han por bueno perder todos los frutos  
Dellas porque cristianos nada tomen;  
En la voracidad tan disolutos,  
Quellos mismos se matan y se comen;  
Y es de creer que ya libres de espanto  
Harán de los que vuelvan otro tanto.

»Al principio tenían algun miedo,  
Pero después cobraron mas aliento,  
Usando de sus armas á pié quedo  
Y desmandándose cada momento  
Hasta sacar los ojos con el dedo,  
Sin temor de venir en rompimiento;  
Y serán tantos mas los atrevidos  
Cuantos volvieren menos y perdidos.

»A toda ley colar mas adelante  
Es lo mas sano destos dos extremos,  
Con valor y con animo constante  
De buenos, hasta tanto que topemos  
Con gentes que de ver barbas se espanto,  
Que presto, Dios mediante, los venemos,  
Pues la fragosidad desta carrera  
No puedo yo creer ser duradera.

»Será pues mi respuesta concluyente,  
Que vuelva quien la vuelta desearé:  
Que yo juro por Dios omnipotente,  
Que cuando ningun hombre me quedare  
Ir mi viaje yo tan solamente  
Adonde la ventura me guiare;  
Esto como lo digo será cierto,  
Y no volver atrás vivo ni muerto.»

A questo dicho, no con poca saña,  
A pié, sin que curase de rocino,  
Comenzó de romper por la montaña  
Con indio que adiestraba su camino;  
Lo cual visto por los de su compañía,  
Habláronle con término benigno,  
Diciéndole que vaya do quisiere,  
Que todos morirán donde él muriere.

Con estos insufribles sinsabores  
Pasaron adelante cuatro dias,  
Cuyas jornadas fueron muy peores  
De lodos y prolijas serranias;  
Gastábanse los tristes gastadores  
En adobar las cenagosas vias,  
Y hubo día, por ser paso malino,  
De solo media legua de camino.

En este lago de calamidades  
A voces se quejaban del Vadillo,  
Y él pasaba por hartas necesidades  
Dichas acaso por el mas sencillo;  
Pasó pues adelante Juan de Frades  
Con gentes, como provído caudillo,  
Mandándole que vuelva, si por caso  
Viese luz que denote campo raso.

Caminaron la vuelta del oriente  
Dejando por los árboles señales,  
Y fué colando por aquella frente  
Dos jornadas, al cabo de las cuales  
Vió claridad y vió campo patente  
Con mucha poblacion de naturales:  
Alabaron á Dios desde que lo vieron,  
Y á dar la buena nueva se volvieron.

Pero como quien va de los cabellos,  
Por ir faltos de fuerzas y de brio,  
Delicadas las zancas y los cuellos,  
Desnudos, y el estómago vacío;  
Y así se desmayaron los dos dellos  
Al tiempo que pasaron cierto rio;  
Mas Juan de Frades prosiguió su via,  
Dejándolos allí con compañía.

Yendo por aquel cieno trabajando  
Sin alpagates y con harta pena,  
Con el Vadillo dió que caminando  
Venía de dolor el alma llena;  
Dadle las buenas nuevas en llegando,  
Diciéndole que vieron tierra buena,  
Y él á Dios muchas gracias y loores  
Por esperar salir destos rigores.

Y todos los demás con los contentos  
Y esperanzas de ser campos abiertos,  
Tornaron á cobrar nuevos alientos,  
Porque ya los traian casi muertos;  
Todos son en quitar impedimentos  
Viendo cómo los toros eran ciertos,  
Por llegar cada cual do se rehaga  
Y salir presto de tan grave plaga.

Y así segundo día ya pasado  
Después que fué la nueva percibida,  
Salieron á lo raso y escombrado  
Do vieron poblacion bien estendida:  
Hallan el primer pueblo despoblado,  
Aunque con abundancia de comida,  
Y por el buen recurso que allí hubo  
El campo veinte dias se detuvo.

Entre tanto Joan Ruiz de Molina,  
Con la gente que estaba menos lesa,  
Sus pasos á rancheos encamina,  
Y captivó de gente buena presa,  
Con dos mil pesos de moneda fina;  
Ansimismo vió mas amplia debesa,  
Ameno valle todo cultivado,  
Y poblacion por uno y otro lado.

La gente con deseo de ganancia,  
Que ya mas reformada se sentia,  
Al valle se pasó, cuya substancia  
Era de señalada mejoría;  
Allí se procuró con gran instancia  
Saber cómo la tierra se decia,  
Pero los siete indios caramantes  
Huyéronseles una noche antes.

Y así, por lo demás que se pretende,  
Segun necesidades ocurrían,  
Aquesta falta mucho los ofende,  
Pues aunque destes indios inquirían,  
Ninguna de las lenguas los entiende  
Ni supo declarar lo que decían,  
Y con reiterar en la respuesta  
Ninguna cosa dicen manifiesta.

Viendo ser nada cuanto se replica,  
Por ser allí la diferencia tanta,  
Ofrecióse Francisco de Mojica  
Ir por algun gandul á Caramanta,  
Por ser lengua que estotra verifica,  
Y por las quellos traen se discanta,  
Y así sin tomar tanta pesadumbre  
Unas á otras se darían lumbre.

Este con caballeros y peones  
A la lijera fué por la montaña;  
Llegaron donde son sus intenciones,  
Ven con obscuridad una cabaña,  
De do trajeron muchos en prisiones,  
No sin defensa de guerrera saña,  
Pero como soldados de momento  
Salieron con honor del rompimiento.

Llegados pues donde los esperaban,  
El Vadillo holgó con su venida,  
Y al fin supieron lo que deseaban,  
Porque por lengua dellos entendida  
Se supo ser Encerma donde estaban,  
Que por sus minas es esclarecida;  
Y Cúicui, de quien llevan demanda,  
Quedaba mas atras en otra banda.

Como tuviesen pues mantenimiento  
Y noticia de minas tan pujante,  
Un mes gastaron en aquel asiento,  
Sin que quisiesen ir mas adelante;  
La gente natural con descontento  
De ver sus sementeras de menguante,  
Venían á los collados fronteros  
A los amenazar con grandes fieros.

Y como ningun día se dejase  
De hacer esto, para castigallos,  
El Vadillo mandó que se emboscase  
Mojica con peones y caballos,  
Y cuando la caterva comenzase  
A los amenazar y deshonrarlos,  
Tomase las espaldas con la gente  
Y rompiese por ellos de repente.

Tomó diez caballeros y cuarenta  
Peones de la gente mas granada,  
Y al tiempo que la noche representa  
Estar humana gente reposada,  
En parte se metió donde no sienta  
El barbarismo vil el emboscada:  
Quebrada montüosa muy cercana  
De do suelen venir cada mañana.

Apolo ya sus rayos estendia,  
Dorando las alturas de la cumbre,  
Cuando la carnícera compañía  
Llegó donde tenia de costumbre,  
Y para sus efectos aquel día  
Cargó mas arriscada muchedumbre  
Con infinitos dardos y saetas  
Y estruendo temeroso de cornetas.

La gente del real, que está de cara  
De la bestial y bruta pestilencia,  
Luego salió de los buhos para  
Hacer ostentacion de su presencia,  
Y ver ni mas ni menos en qué para  
Después que se comienza la pendencia,  
Adonde el emboscada ya camina  
Con el arremetida repentina.

Los caballos con pechos y con faldas  
E ya de muchos dias reformados,  
Rompen la multitud por las espaldas  
Por do nadie pensó ser asaltados:  
Quedaron amarillos como guildas,  
Dejándose caer por todos lados  
Con una turbacion triste y horrenda,  
Sin se desenvolver en la contienda.

El hierro de la lanza se ensangrienta  
Con presurosa voz de ¡Santiago!  
Prones con espada violenta  
En indios hacen no menor estrago;  
Creció la crueldad sanguinolenta,  
Tanto que en suelo seco hacen lago:  
Algunos desamparan los tumultos,  
Y otros quedaron como vanos bultos.

Pero muy poca gente quedó viva  
Con el ciego furor y turbulento,  
Y desta mucha parte fué captiva  
Que del lugar no hizo movimiento;  
Al campo la victoria se deriva,  
De que Vadillo tuvo gran contento,  
Y así nunca después deste rebato  
Hubo bravosidad ni desacato.

Mas viniendo después de la presura  
Garcí-Lopez, finísimo soldado,  
Entró por ciertas mafas y espesura  
A fin de descargar vientre cargado:  
Infelice sazon y coyuntura  
Y día suyo mal infortunado,  
Pues allí de los barbaros lucidos  
Estaban ciertos dellos abscondidos.

Viéndole por la via deshonesta  
Y en ocasion tan bien acomodada,  
Saltan con gran furor de la floresta  
Rodeando la caza deseada:  
Viólos, y como la tenía presta  
Puso mano veloz en el espada,  
Pero los zaragüelles eran grillos  
Para no menear bien los tobillos.

Hierenlo todos ellos á menudo  
Como tiran á cuerpo descubierta,  
Por no llevar á cuestras el escudo  
Y del día fatal estar incierto;  
Al fin él mató dellos los que pudo  
Y el triste miserable quedó muerto;  
Los compañeros el rumor oyeron,  
Y con lijeros pasos acudieron.

Entran los que se hallan mas espertos,  
Mas aunque fué lijera su corrida,  
Ya hallaron á cuatro indios muertos  
Y al fuerte Garcí-Lopez sin la vida;  
Del modo de su muerte fueron ciertos  
Por la señal y muestra referida:  
Al cuerpo se le dió terreno sima  
Y le pusieron una cruz encima.

Y en esta parte, do se representa  
Haber sido la muerte y el conflicto,  
Empalaron después mas de cincuenta  
Que estaban harto libres del delito;  
Y así toda la tierra se amedrenta  
De modo que no dan guerrero grito,  
Antes de paz un cierto señor vino  
Y trajo dos mil pesos de oro fino.

Doce de su jaez trajo consigo,  
Y al Vadillo habló desta manera:  
«Has de saber que Riteron me digo,  
Señor universal desta frontera;  
Deseo que me tengas por amigo,  
Y que el amistad sea verdadera;  
Y para que ser tal la mía creas  
Yo te quiero mostrar lo que deseas.

» Si quieres que te cubra mejor pluma,  
No gastes aquí mas horas baldías;  
Vamos á la provincia de Guacuma,  
Jornada solamente de dos dias;  
De oro hallarás inmensa suma:  
Tinajas, ollas, platos, almofrias;  
Y porque tengo cierta confianza  
Yo quiero ser la guía desta danza.»

Con tan próspera nueva como esta  
Contentamiento recibió Vadillo:  
Dióle de mil favores la respuesta  
Diciendo que seria su carillo,  
Y todos le hicieron grande fiesta  
Por promettellos copia de amarillo;  
Pues con tantas tinajas y vasijas  
Podian bien casar hijos y hijas.

Mas nunca vieron tan felice año,  
Aunque dieron en bien poblado seno,  
Pues eran relaciones con engaño  
A fin de los sacar de su terreno,  
Adonde recibían mucho daño  
Y estaba ya vacío de muy lleno;  
Pero debajo de lo que decia  
En su demanda fueron otro dia.

Hallaron por los altos reventones  
El camino bien hecho nuevamente  
Por estos indios, con las intenciones  
Ya dichas en el verso precedente:  
Entraron en crecidas poblaciones,  
Mas no hallaron ánima viviente;  
No ven señal ni muestra de ganancia,  
Pero de lo demás gran abundancia.

Ya les habian dicho que barbuda  
Gente también llegó por allí antes,  
Y no creyeron la razon desnuda  
De señales algunas importantes,  
Hasta que ya salieron oesta dufa  
Con vellas bien patentes y bastantes,  
Que fué la calavera de un caballo  
Y otras cosas que de presente callo.

Vadillo pues, sintiéndose corrido  
Porque pensó medrar con las migajas.  
Al indio dijo: «Dí, ¿por qué has mentido?  
¿Adónde están las ollas y tinajas?»  
Respondióle: «Los indios han huido,  
Y llevaron consigo sus alhajas;  
Buscad como debeis al enemigo,  
Y hallareis ser cierto lo que digo.»

Buscaron, mas no ven señal preciosa  
A los humanos ojos agradable,  
Escudriñando gente cudiéiosa,  
Que en esto suele ser infatigable;  
Mas vieron á las puertas una cosa  
Odiosa, hestial y detestable,  
En guadubas hendidas que tenían  
Manos y piés de hombres que comian.

Estas guadubas son muy gruesas cañas,  
Huecas y altas sobre seis estados,  
De que rodean muchos sus cabañas  
Componiendo fortisimos cercados,  
Que de duro rigor no son extrañas,  
Pues han menester hierros afilados:  
Córtanlas ellos con agudas guijas,  
Y en muchas partes sirven de vasijas.

Tal planta es que nunca lleva fruto  
Ni de viciosa hoja se cobija,  
Sino ramo de puntas mal instruto,  
Y bien puede lo hueco ser vasija.  
Pues de los gruesos el mayor cañuto  
Tiene capacidad de una botija,  
Y ha menester tener el brazo bueno  
El que de agua lo llevare lleno.

Son harto mas seguros que de barro,  
Y para cualquier uso mas lijeros;  
Suele ser su cañuto muy buen tarro  
Donde reses ordeñan los vaqueros;  
No se les pega de la leche sarro,  
Y aunque queden al sol, duran enteros;  
Sirve también aquesta cañavera  
Para pajizas casas de madera.

Y aun muchas veces yendo los soldados  
Fatigados de sed por tierra seca,  
Aquellos que son diestros y avisados,  
Como conocen ser la planta hueca  
Y haber dentro licuores represados,  
Con el espada por la baja rueca  
La cortan, y en el hueco hallan tanta  
Agua que satisface su garganta.

Tienen pues estos indios inhumanos  
Cada cual una guaduba hendida  
A su puerta, y en ella piés y manos  
De los que las perdieron con la vida;  
Pues con voracidad de los hircanos  
Tigres, tienen los hombros por comida,  
Y es el de mas valor y mejor maña  
Quien tiene mas piés puestos en su caña.

En muchas cañas del primer cercado  
A manera de fistulas habia  
En diferentes partes un horado  
Que herido del viento que corria  
Como si fuera canto concertado  
Formaban consonancia y armonía,  
Y de voces concordés y sonoras  
Oían música todas las horas.

Ocho noches durmieron en el fuerte,  
Y allí de enfermedad que ya traía  
Luis de Tapia vió su fin y muerte;  
También Diego de Heredia fatal dia,  
Hombre muy principal y de gran suerte  
Y no menos cabal en valentía;  
Ansimismo Cristóbal de Villoria,  
Cuya virtud á todos fué notoria.

Sintióse mucho su fatal desvío,  
Y el licenciado tuvo harta pena;  
Juan de Villoria mas, por ser su tío  
Del muerto, que sacó de Cartagena  
Proveyéndole todo buen aviso  
Segun que lo pedia la cadena;  
Dada pues á los nuestros sepultura,  
Siguiéron adelante su ventura.

En Otumán no hicieron cama  
Por ver el valle mal acomodado;  
Pasan á la provincia de Guarama  
Y todo lo hallaron abrasado;  
Allí tuvieron mas entera fama  
De españoles que van por otro lado,  
De los cuales Nacor fué destruido,  
Con ser provincia larga y estendida.

Pasan á Dabito ya mas avante  
De Nacor y sus altas serranías,  
Y por ser valle lleno y abundante  
En él pararon mas de treinta dias,  
Hasta tanto que para lo restante  
Se reformaron bien las compañías;  
Luego por altas sierras van á tino  
Sin que pudiesen descubrir camino.

No pongo cerca desto por memoria  
Otros muchos trabajos y aficiones;  
Mas ya viendo su muerte ser notoria  
Si no hallaban nuevas provisiones,  
Adelante pasó Juan de Villoria  
Con algunos caballos y peones,  
Prometiéndole tomar aquel cuidado  
Y no volver al campo sin recado.

Por haber sido antes Juan de Frades  
En inquirir caminos importuno,  
Mas no pudo por las fragosidades  
Ver en aquellos términos alguno;  
Y así para suplir necesidades  
El remedio que trajo fué ninguno;  
No vió senda, labranza ni bubio,  
Mas dió segunda vez en el gran rio.

Tentaron ir á la contraria banda  
Ciertos soldados, buenos nadadores,  
Para tomar á quien por allí anda  
Y descubrir conucos y labores;  
Abogóse Simon en la demanda  
Por el agua llevar grandes fueros;  
Volvióse Juan de Frades menos este  
Y sin descubrir cosa que les preste.

Juan de Villoria fué por otras vías,  
Espesuras de gran desabrimiento;  
Anduvieron perdidos siete dias  
Llenos de confusion y descontento:  
Desesperadas estas compañías  
Hacen al capitán requerimiento  
Que salga de montañas y de lodos  
Y no permita que perezcan todos.

Mas él los animó con su respuesta  
Hasta salir á mas raso terreno  
Y de mejor y mas clara floresta;  
Y así, pasados dias, al noveno  
Dieron en la provincia Proponesta,  
Graciosa vista y espacioso seno,  
Do vieron tantos campos cultivados  
Que quedaron confusos y admirados.

Como la poblacion se descubriese  
En valle de comida proveído,  
Para que buena nueva se le diese  
Al campo que quedaba detenido,  
A Mojica con tres mandó que fuese  
Con paso presuroso y estendido;  
El cual con los demás al campo vino  
En menos de tres dias de camino.

Fueron del licenciado recibidos  
Con voz de cumplimientos honorosos,  
Y consolaronse los afligidos  
Deste remedio no poco dudosos;  
Los toldos fueron luego removidos  
Caminando con pasos presurosos,  
Y como se llevaban buenas guias  
Tardaron en llegar solos seis dias.

Llana se les hacia cualquier sierra  
Por llegar á los otros compañeros;  
Y entre tanto la gente de la tierra,  
Como por ella viesan estranjerios,  
Determinaron de les hacer guerra  
Como belicosísimos guerreros,  
Y teniendo por cierta la victoria  
Dieron en el asiento de Villoria.

El acometimiento fué terrible,  
El número de bárbaros sin cuenta,  
El son de las cornetas insufrible,  
La furia de temor libre y exenta:  
Juzgara la razon ser imposible  
El poder escapar de la tormenta;  
Mas á los de valor y á los inertes  
Necesidad los hizo ser mas fuertes.

Cúbrese de penachos aquel valle,  
De lanzas y de dardos gran bosque;  
Como Juan de Villoria pues se halle  
Con caballeros diez y peonaje,  
Rompe con gran furor haciendo calle  
Por medio del ejército salvaje;  
Siguiéron los peones tras su huella  
Haciendo todos no pequeña mella.

Como cuando novillos mal domados  
Van arrastrando golpe de madera,  
Que huyendo de quien eran guiados  
Entraron en alguna sementera,  
Y estando ya los trigos sazonados  
Dejan por ellos ancha la carrera,  
Hollando y abatiendo las espigas  
Con las hendidas patas y las vigas:

Desta misma manera van rompiendo,  
Sin que ninguno muestre mano floja,  
Soberbia de plumajes abatiendo  
Donde la verde yerba queda roja;  
Crece rigor, temor, furia y estruendo,  
Aquí y allí mortífera congoja;  
Este queda sin piés, aquel contrechó,  
Otro lanzando sangre por el pecho.

Al tiempo que la guerra comenzaban,  
Llegaban á las barbas y cabellos;  
Mas como tantos dellos derrribaban  
Muchos abaten los soberbios cuellos,  
Y por ninguna via comportaban  
El ver á los cuadrúpedos entrellos,  
Porque por la presteza y el gobierno  
Juzgaban ser demonios del infierno.

Y así viendo su hueste tan rompida  
Y por diversas partes derramada,  
Toda la multitud hizo huida  
Dejando nuestra gente fatigada,  
Ninguno con tan áspera herida  
Que brevemente no fuese curada;  
Buscaron el lugar mas á provecho  
Donde la fortaleza fué su pecho.

Y fué bien menester lanza y aljabo  
Con fuerzas y favores del muy Alto,  
Por ser esta nacion feroz y brava  
Y barbarismo de temores falto,  
Y tal que ningún dia se pasaba  
Sin que les diesen un críel asalto,  
Hasta tanto que ya vieron el dia  
Que trajo la restante compañía.

La cual como sus fuerzas heliciese  
Para vengar las injurias atrasadas,  
Sin que la bárbara nacion viniese  
Los iban á buscar á sus posadas,  
Y por ser principal el interesse  
De tamajiras de oro bien labradas,  
Por aquellos lugares y conveses  
El campo reposó mas de dos meses.

Tuvieron siempre pasada buena,  
Por ser provincia rica y abundosa;  
Y allí se desasíó de la cadena  
De vida corporal y trabajosa  
Un noble regidor de Cartagena  
Que se decia Juan de Peñalosa,  
Y otro Diego Cortés en esta via  
Ausimismo le tuvo compañía.

Viéndose pues la gente con talante,  
Cabales fuerzas, voluntad y brio,  
A fin de proceder mas adelante  
Del valle principal hacen desvío:  
La tierra por do van es abundante  
Y dan tercera vez en el gran río,  
De muchas sementeras y de villas  
Crecida poblacion en las orillas.

E yendo caminando cierto dia  
Cerca del agua que los embaraza,  
Toparon una grande ranchería  
Que contenia no pequeña plaza,  
Hecha por españoles, donde habia  
Suelos sin dueño dos perros de caza,  
Los cuales á las gentes españolas  
Se llegaron triscando con las colas.

Vadillo se quisiera hacer cierto  
De qué gobernacion la gente fuese,  
Y como buen camino ven abierto  
Sin que trabajo ya se recibiese,  
Mandó con gente capitán esperto  
A que los alcanzase si pudiese;  
Hallaron los que van en la demanda  
Haber pasado de la otra banda.

Eso mismo hicieron los soldados  
Con determinaciones de alcanzallos,  
Y de las otras partes de los vados  
Hallaron anchos rastros de caballos  
Y mas de siete mil indios armados,  
Que de cierto señor eran vasallos;  
Mas como viesan hueste tan pujante  
Con temor no pasaron adelante.

Contaron lo que vieron en llegando  
Y cómo los retrajo cuerdo miedo,  
Mas lo que no supieron caminando  
Después se lo dijeron á pié quedo;  
Y fué seguir los indios deste bando  
Las partes de George de Robledo,  
Prestandole favor para la guerra,  
Contra los moradores desta tierra.

Examinando pues dudosos trances,  
De que nacian varias opiniones,  
Diferentes juicios y balances  
Sin atinar á las resoluciones,  
Siguió Juan de Villoria los alcances  
Con algunos soldados y peones,  
Hasta llegar á bárbara cabaña  
Que de ver españoles no se estraña.

Antes sin le mostrar pecho contrario  
La gente que en el tambo residia  
Les proveyeron de lo necesario  
Con apacibilidad y cortesía;  
Mas el hablar, por ser acento vario,  
Por señas solamente se entendia,  
Y allí hallaron puercos y gallinas  
En aquellas regiones peregrinas.

Proceden adelante ya por via  
Para la proseguir asaz patente,  
Hasta llegar á Lile, que es hoy día  
Cali, y así se llama de presente,  
Quel capitán Miguel Muñoz habia  
Poblado por Pizarro nuevamente;  
Y Sebastian de Benalcázar era  
El general de toda la bandera.

Antes de ser á la ciudad venidos  
Los vído quien velaba los altores;  
Salen algunos bien apercebidos,  
Y conociendo ser conquistadores.  
Fueron con gran aplauso recibidos  
De todos estos nuevos pobladores,  
Dándoles hospedaje conveniente  
Con el regalo que les fué posible.

Y sabiendo ser breve la jornada  
De donde se quedó Juan de Vadillo  
Esperando razon determinada  
De quién fuese la gente y el caudillo,  
La gente deste pueblo mas granada  
Acordó de salir á recebillo,  
Con ellos por personas de mas fondo  
Pedro de Ayala y Antonio Redondo.

Los cuales le llevaron el recado,  
Y ambos, en cumplimiento del oficio,  
Suplicaron al dicho licenciado  
Les hiciese tan grande beneficio  
De ver áquel lugar recién poblado  
Y recibir en él algun servicio:  
Vadillo tuvo cumplimientos bellos,  
Y por los contentar se fué con ellos.

Mas por las casas ser en esta era  
Pocas, donde vivian encogidos,  
Los soldados se ranchearon fuera,  
Do fueron largamente proveídos,  
Por ser los del lugar en gran manera  
Nobles y cortesanos comedidos:  
Allí fué pues el dicho licenciado  
Ocho dias ó diez muy regalado.

El tiempo que decimos ya pasado,  
El comendador Sosa, su teniente,  
Segun que pareció por su mandado  
Al campo convocó toda la gente;  
Y después que los hubo congregado,  
El Vadillo les dijo lo siguiente:  
«Amigos y señores, sed servidos  
De me prestar atentos los oidos.

» Bien escrito terneis en la memoria  
Con cuál intento fué nuestra venida,  
Los trabajos y pérdida notoria,  
Unos de su caudal y otros de vida,  
El provecho ninguno, poca gloria  
De tanta desventura padecida,  
Y sobre tantos males, no pequeño  
Aportar á region que tiene dueño.

» Pizarro tiene desto la conquista  
Con posibilidad engrandecida;  
Benalcázar la tierra tiene vista  
Y hasta la de Encerma recorrida,  
De todos los caciques hecha lista  
Y toda la provincia repartida,  
De manera que ya no tiene cebo  
Aquel que por aquí viene de nuevo.

» Adelante, segun habeis oído  
De los que de Pirú por horas vienen,  
Está todo de paz y repartido,  
Y cuantos indios hay señores tienen;  
Lo cual examinado, soy movido  
A tractaros negocios que convienen  
Para que como gente generosa  
No reparéis con tan menuda cosa.

» No sin razon aquesto represento  
Por obviar á voluntad mudada,  
Porque yo poco mas ó menos sienta  
De muchos que la tienen depravada  
Y están desdeque vinieron con intento  
De rematar aquí nuestra jornada,  
Contentos con maíz y con tocino  
Que les dan á la mesa del vecino.

» De lo cual le resulta gran afrenta  
A cualquiera varon de casta buena,  
Pues como mendicante se sustenta  
De los relieves de la mesa ajena;  
Y es loco si con esto se contenta  
Quien podría tener la suya llena,  
Sin coemplar á huéspedes la cara  
Si la tienen sin luz ó muestran clara.

» Que muchos lo dan hoy de buena gana,  
Teniendo la comida bien guisada,  
Y por ventura no lo dan mañana,  
Faltando con qué pueda ser comprada,  
Y aun por molestia ser cotidiana  
Quieren que desembarquen la posada:  
Pues bien sabeis que huésped de por vida  
Es pesadumbre muy aborrecida.

» En parte ver agora no quisiera  
Soldados que por míos no se cuentan;  
Mas huélgome de ver en gran manera  
Donde estos moradores se aposentan,  
Para que vean los de mi bandera  
Con cuán poquita cosa se contentan,  
Y que si lo miráis, dejáis, señores,  
Atrás tierras mas ricas y mejores.

» Bellos y fertilisimos asentos  
Que no se harta vista de mirallos,  
Donde podeis tener repartimientos  
Con número crecido de vasallos,  
Noticias de soberbios nacimientos  
De oro que podeis luego labrallos,  
Demás de valles y de poblaciones  
Que deben de tener otros rincones.

» Porque no todo puede ser visible  
En tierra tan doblada y estendida,  
Mayormente con tiempo tan terrible  
Y cuasi sin parar nuestra corrida;  
Ansi que tengo yo por imposible  
No quedarnos callada y abscondida  
Grande prosperidad á cualquier mano,  
Que podremos hallar este verano.

» Por tanto yo, señores, os suplico  
Que ninguno rehusé la carrera,  
Porque mediante Dios ha de ser rico  
Aquel que no dejare mi bandera;  
Y de mi tractamiento certifico  
Como será con amistad sincera,  
Pues aunque tengo repentina ira  
También sabeis que luego se me tira.

» De los bienes que tengo no soy duro,  
Y bien conocen todos los presentes  
Con cuánta caridad y amor procuro  
La vida y la salud de los dolientes,  
Y que con claridad ni con obscuro  
Nunca fui de los menos diligentes;  
Antes en cualquier riesgo manifiesto  
Con todos los demás me hallé presto.

» Cualquiera bueno pues que me siguiere  
Y con mi voluntad se conformare,  
Sepa que moriré donde él muriere  
Y él gozará de lo que yo gozare;  
Y el que contrario parecer tuviere,  
También me holgaré que se declare  
Para que percibida su respuesta  
Haga la diligencia que me resta.»

Dijo Vadillo lo que pretendía,  
Segun manifestó con pecho sano,  
Y visto que ninguno respondía  
De soldado novel ni veterano,  
Francisco de Mojica fué la guía  
Que para responder tomó la mano,  
Declarando comunes intenciones  
En esta breve copia de razones :

» Señor gobernador, bien entendida  
Tenemos todos la voluntad vuestra,  
Porque de la merced hoy prometida  
En el viaje distes clara muestra,  
Y en serviros, sin falta conocida,  
También sabeis cuán buena fué la nuestra,  
Y aun con venir tan llenos de fatiga  
No faltará quien vuestros pasos siga.

» Pero de muchos otros imagino,  
Y de todos será la mayor parte,  
Que no querrán volver por tal camino  
Ni habrá quien del contrario los aparte;  
Pues á muchos hablé cuando convino,  
Y sus respuestas fueron de mal arte,  
Diciéndome que desto nadie gusta  
Y con escusa que parece justa.

» Porque dicen que vienen del viaje  
De todas cosas mal apercebidos,  
Sin salud, sin servicio, sin ropaje,  
Llagados, estragados y perdidos,  
Pocos caballos y ningún herraje,  
Y sin poder aquí ser proveidos;  
Pues los desta ciudad bajos y altos,  
También de muchas cosas están faltos.

» Y si de los vecinos hay preseña,  
Que por se la pelir á precio sale,  
Ninguno dellos hay de quien no crea  
Que para la vender no se regale,  
Y el precio que pidiere que no sea  
Seiscientas veces mas de lo que vale,  
Y ninguno de nos tiene quilates  
Para comprar dos pares de alpargates.

» Volver pues pocos, mal enabalgados,  
Y sin llevar de cosa cumplimiento,  
Sería propio de desesperados  
Y faltos de cabal entendimiento;  
En conclusion: yo sé que los soldados  
No se pornán en este detrimento,  
Y así vuestra merced no los espere,  
Sino haga lo que le conviniere.

» Lo que resta, señor, es que veamos,  
Pues es cosa que á todos nos conviene,  
Ese poco caudal que rancheamos  
Y que vuestra merced en guarda tiene,  
Para que lo pesemos y paríamos,  
Y sepa cada cual lo que le viene:  
Que bien es menester en los extremos  
De la necesidad en que nos vemos.»

Dijo, y el licenciado bien consiente  
En se hacer del oro partimiento,  
Pero de remontarse la gente  
Sintió mas que mortal desabrimiento;  
Y así tentó por via diferente  
Haciéndoles un gran requerimiento,  
Y entonces si pudiera tirar puyas  
Es cierto que hiciera de las suyas.

Desbravó con palabras por un rato  
Viendo que diligencia no le presta;  
Mas recelándose de desacato  
Mudó su condicion en mas modesta,  
Porque hubo murmurios de mal trato  
De gente no del todo bien compuesta:  
Al fin la particion que se pedía  
Quedó de se hacer siguiente día.

De la manera que decimos queda,  
Y fué su voluntad determinada  
Para que con razon y cuenta pueda  
Ser á gusto de todos liquidada;  
Pero por un Ledesma la moneda  
Aquella misma noche fué hurtada,  
Que, como su privado, habló largo  
Cou el Vadillo cerca de su cargo.

Y entre tanto que cosas encarama,  
A las lisonjas dando suelta rienda,  
Como estaba debajo de su cama  
Del Vadillo y al lado de la tienda,  
Un negro del Ledesma, segun fama,  
Hurtó por su mandado la hacienda,  
Y cuando sintió ser el salto hecho  
La práctica dejó por el provecho.

Despidióse con grande reverencia,  
Segun el uso de amistad estrecha:  
Imputan al Vadillo la dolencia  
Desque remaneció la maldad hecha;  
El cual perdió del todo la paciencia  
Viéndose macular desta sospecha,  
Y con bríos y feroces modos  
Soltó largo la lengua contra todos.

Fué la vuelta de Quito pues Vadillo  
Con Villoria y algunos caballeros  
Que de su voluntad quieren seguillo  
Sin que lleven recurso de dineros,  
Por los coger Ledesma su carillo  
A ellos y á los otros compañeros,  
Y el licenciado iba con consejo  
De ir á Panamá por Puerto-Viejo.

Costó de la maldad ser inocente,  
Porque desque de Lile fué partido  
El que decimos ser el delincuente  
Mejoró las alhajas y el vestido,  
Y por velle gastar tan largamente  
De los demas soldados fué tenido  
En aqúeste delito por culpado,  
Por donde lo pusieron á récado.

Tomó del crimen el conocimiento  
Un alcalde que fué George Robledo;  
Al amo y al criado dió tormento  
Con los rigores de juez acedo:  
Negaron ambos con viril aliento,  
Mas al cabo Ledesma con el miedo  
El oro dió, de mas mal sospechoso,  
En confesion á cierto religioso.

El cual, mediante señas evidentes,  
Del oculto lugar lo desentierra,  
Y repartióse por los pretendientes,  
Segun que trabajaron en la guerra;  
Disimulóse con los delinquentes,  
Y al crimen y maldad echaron tierra,  
Pues mas gritaban al juez severo  
Por las botas que por el escudero.

Después del oro todo repartido  
Sin haber el Vadillo parte dello,  
Con gente que seguía su partido  
Llegó Luis Bernal para prendello;  
Y como le dijese ya ser ido,  
Nunca curó de mas seguir su huello,  
Por ir cansado ya, de cuya causa  
Allí con los que trajo hizo pausa.

Juan de Vadillo prosiguió su via  
A Panamá, segun se da noticia;  
Y el licenciado Santa Cruz tenía  
Allí malsin con carta de justicia:  
Y aunque la gente que lo conocía  
Con amistad lo tracta y acaricia,  
Llevaronlo con guardas y cadena  
A la gobernacion de Cartagena.

En la cual le tomaron residencia  
Y anduvo bien trabada la rencilla;  
Al fin él apeló de la sentencia  
Y preso lo llevaron á Castilla,  
Adonde pareció por su presencia  
Ante jueces de suprema silla,  
Y en la grito de cargos y descargos  
Se consumieron cuatro lustros largos.

Y Juan Rodríguez Gil, que fué por esta  
Sazon allá, le dijo: «¿ Por qué tiene  
La sentencia tardanza tan molesta,  
Y no pide con priesa que se ordene? »  
Dióle Juan de Vadillo por respuesta:  
« Por ser cosa que menos me conviene  
Antes la dilacion yo la procuro  
Porque con ella vivo mas seguro. »

Después, teniendo flaca la costilla  
Y posibilidad menoscabada,  
Murió, según me dicen, en Sevilla,  
Sin ser su causa toda sentenciada.  
He dado cuenta sin faltar hebilla  
De lo mas substancial de su jornada;  
Y así quiero primero que mas diga  
Algun alivio dar á mi fatiga.

## CANTO OCTAVO

Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena.

En los inculcos versos desta historia,  
Que nunca de verdad tienen inedia,  
Hemos dejado puesto por memoria  
De la suerte que fué Pedro de Heredia  
A Castilla, por la pasión notoria  
De quien ya recitamos su tragedia;  
Y resta por que todo se concluya  
Que tractemos agora de la suya.

A Castilla llegó con sus recados,  
Y como fuese negociante viejo,  
Después de los jueces informados,  
Presentó los procesos en consejo,  
Y vistos los agravios y notados  
En su favor halló buen aparejo;  
Y ante la majestad del rey invitó  
También dió relaciones por escrito.

El cual, de sus servicios enterado  
Y de su calidad estando cierto,  
Lo nombró luego por adelantado  
De lo que por él fuese descubierto:  
El oro le volvieron secuestrado,  
Porque constó hacérselo gran tuerto.  
Y así por su bondad, gracia y aviso,  
Sus causas concluyó según que quiso.

Mas antes, como queda repetido,  
Contra quien lo quitó de su reposo  
Pidió juez, y fuéle proveído  
A Santa Cruz, un hombre virtuoso,  
El cual en Cartagena recebido  
No procedió por orden riguroso,  
Pues en el tiempo que duró con mando  
Menos pecó de duro que de blando.

Corrían ya, según cristiana cuenta,  
Cuando por tal juez Santa Cruz vino,  
Sobre mil y quinientos y cuarenta  
Otros dos años del natal divino,  
Y entonces por obispo se presenta  
Fray Hierónimo de Loaysa, dino  
De gobernar mas estendidas greyes,  
Y así murió arzobispo de los Reyes.

Tenia Panamá real audiencia  
A la sazón que Santa Cruz gobierna,  
Y viniendo de la real presencia  
Por un oidor Lorenzo de la Serna,  
Tomóte de camino residencia,  
Que fué de licenciados la mas tierna;  
Y por irse los dos aquel invierno  
A los cabildos dieron el gobierno.

En esta coyuntura señalada  
Y antes de dar Vadillo la estampida,  
La villa de Mopox era poblada  
Y entre nobles su tierra repartida:  
Por Alonso de Heredia fué fundada,  
Y los vecinos, gente bien nacida,  
Todos ellos soldados escogidos  
Y en las entradas largas bien curtidos.

Martin Rodriguez un doctor fué destes,  
Ayllon y Andrés zapata, principales,  
Los dos Sedeños, hombres bien compuestos,  
Y un padre y hijo dichos Sandovalés,  
Retes y Rentería siempre prestos  
A dar de su valor buenas señales:  
Fué Juan Gomez Cerezo de los buenos  
Y Alonso de Caravajal no menos.

Un Juan Martin de Urista, Villafranca,  
Cogollos, Cano y otra gente buena,  
En la guerra ninguno mano manca

Y para peregrinos siempre llena:  
Está la villa sobre la barranca  
Del río grande de la Magdalena,  
Tanto que cuando va menos quieto  
Pone los moradores en aprieto.

Lugar es donde viven á gran vicio  
De muchas cosas, fructas y pescado,  
Mas de mosquitos no poco bullicio  
Siempre que sopla viento sosegado:  
Los calmanes les comen el servicio  
Cuando llega por agua descuidado;  
Hay manatíes, pesca de deleite,  
Cuya grosura tienen por aceite.

Es este río dellos abundoso  
Sin le faltar invierno ni verano:  
Es pece grande y en sabor gustoso,  
Para los achacosos no bien sano:  
En guisados y en tiempo tenebroso  
Esta manteca tienen á la mano,  
Segun ala la cola, y á manera  
La boca que parece de ternera.

Tantos tasajos da como un ternero  
Y alguno como mas crecidas reses;  
Indios algunos usan de su cuero  
Haciendo del adargas y paveses  
Que no puede pasar indio flechero,  
Y hacen poca miella los reveses:  
Son torpes en remanso y en corriente,  
Y así los pescan indios fácilmente.

También aqueste pueblo se regala,  
Con los refrescos que de España tienen,  
Por ser este lugar puerto y escala  
De tractantes que al nuevo reino vienen;  
Y allí hacen el precio y el iguala  
Para que sus viajes les ordenen  
En canoas, con bárbaros remeros  
Que les granjean copia de dineros

Cincuenta léguas ponen por el río,  
Desde la mar á la ciudad novela,  
Y bien puede venir alto navío  
Si hinche viento próspero la vela,  
Segun un singular amigo mío  
Lo hizo con su propia carabela.  
En Indias de los viejos peregrinos  
Y gran indagador de sus caminos.

Es su nombre Juan Nieto, y es tan neto  
En letras y en virtud, y tan bastante  
En los etéreos cursos y el efeto  
Dellos, que si no fuera tan distante  
Dijéramos algunos que Juan Nieto  
No podia no ser nieto de Atlante  
O de Conon, Meson, Anaximenes  
O ya de Endimion ó Sosigenes.

Goza méritamente desta gloria  
Por esta gracia ya conmemorada,  
Y no menos son dignos de memoria  
En Indias los efectos de su espada,  
En allanar provincias de Victoria  
En este nuevo reino de Granada,  
Como mediante Dios dirá mi marte  
Cuando vengamos á la cuarta parte.

Y porque me parece que conviene  
Poner aquí la muestra deste río,  
Con pueblos de españoles que mantiene  
Con sus tributos barbaro gentío.  
El dicho, por el gran curso que tiene,  
Aquí lo dibujó por ruego mío,  
Con rumbos y derrotas y tal traza,  
Que con verdad podrá salir á plaza (1).

Volviendo pues al punto, ya se trata  
Regirse por cabildos el rebaño,  
Y el doctor dicho y el Andrés Zapata  
En Mopox gobernaban aquel año:  
Los cuales por tener la gente grata  
Y porque el ocio no cause daño,  
Determinaron de correr la sierra  
E ir calando mas aquella tierra.

(1) El diseño ó plano á que se hace referencia, no existe hoy día en la biblioteca de la Academia de la Historia, de donde hemos sacado la copia de la segunda y tercera parte.

(N. de los E.)

Y siendo por los dichos acordado  
Que se nombrase capitán decente,  
El Alonso de Heredia fué nombrado  
Por estar en el pueblo de presente,  
Y ser hermano del adelantado  
A quien ver esperaban brevemente:  
El cual, puestas las cosas en concierto,  
Salió con cien soldados deste puerto.

Algunos van con intención malina,  
Porque no muchas leguas desviados  
Aquel Andrés Zapata se amotina  
Con la parte mayor de los soldados,  
Y al tiempo que por él se determina  
Al Heredia prendió y á sus criados,  
Al cual para Mopox envió preso  
Con los que no siguieron su mal seso.

Después de cometer aquel esceso  
Por ambición del mando solamente,  
Y sin considerar otro suceso  
Que de su sinrazón iba pendiente,  
No perturbando nadie su progreso  
Acaudilló después aquella gente  
Por tierra rica, fértil, bien poblada  
En aquella sazón y edad dorada.

Pero su presunción y su locura  
Duró poco después de la renecilla,  
Porque sintieron mal de la sultura  
Todos los moradores de la villa,  
Y vino por la misma coyuntura  
El don Pedro de Heredia, de Castilla,  
Con el orden y faustos arrogante  
Anejos á los cargos semejantes.

Culparon por varón facineroso  
Al Zapata, sus deudos y parientes,  
Y como fuese nada perezoso  
En obviar á los inconvenientes,  
A Mopox vino sin tomar reposo  
Y fué tras los incautos delincuentes,  
Trastornando las sierras y los llanos  
Hasta que le cayeron en las manos.

Con gran facilidad los desbarata  
Con treinta, como capitán esperto,  
Y á mas de los sesenta maniatada  
Hasta ser informado de lo cierto:  
Huyó de los conflictos el Zapata,  
Y no pareció mas vivo ni muerto;  
Murieron en los árboles colgados  
Cuatro de los que fueron mas culpados.

A Mopox se volvieron con el resto  
Algunos enlazados en cadena,  
Adonde por un término modesto  
Los otros castigó con leve pena;  
Indios trajo de paz, y hecho esto  
A la ciudad volvió de Cartagena,  
No para reposar, mas con intento  
De adelantar el adelantamiento.

Y así de los soldados mas insines  
Juntó trescientos á las armas hechos,  
Carabelas y fuertes bergantines  
Llenos de vituallas y pertrechos,  
Con los cuales salió destes confines  
Y al río Darien fueron derechos,  
Y el hermano y el hijo don Antonio,  
Que dió de su valor buen testimonio.

Fieras naciones fueron conquistando,  
Que todas usan venenosa vira,  
El Darien arriba navegando  
Donde los contrastó bárbara ira,  
Y mas cuando llegó cristiano bando  
Al pueblo que llamaban Oromira,  
En una fértil isla deste río  
Poblada deste bárbaro gentío.

Adelante del buen adelantado  
El hijo don Antonio tomó tierra,  
Que como valeroso y esforzado  
El cobarde temor de sí destierra;  
Opónese por uno y otro lado  
Pujanza numerosa para guerra  
De barbaros crüeles y valientes,  
Con armas y pertrechos diferentes.

Cargó sobre la gente baptizada  
La que por su defensa se desvela:  
Es de piedras terrible la nuhada,  
Nube de flechas y de dardos vuela;  
Los golpes atormentan la celada,  
Descomponen la cóncava redela:  
La confusion, la grita y algazara  
Los aires rompe, y el herir no para.

El escuadron cristiano no procede  
A mas amplio lugar del que tenía,  
Y tal es el que tiene, que no puede  
Desenvolverse por ninguna vía:  
Terrible fuerza hace que se quede  
Donde desembarcó cuando venía,  
Esperando que lleguen con su mano  
El don Pedro de Heredia y el hermano.

Llegaron pues los barcos rezagados  
A las turbadas voces y al ruido:  
Hallaron á los suyos mal parados  
Y al mozo don Antonio mal herido;  
Fué con los compañeros y soldados  
Dentro de los navios recebido  
Ojeando los indios desde fuera  
Con fulminosos tiros de fuslera.

Metía Febo ya carro dorado  
En las profundas ondas de occidente,  
Y el río Darien conmemorado  
Impetuosa trajo su corriente,  
En tal manera, que les fué forzado  
Al pueblo de Urabá volver la frente,  
Donde el gobernador por su querido  
Estuvo muchos dias detenido.

Estando pues con sus soldados quedo  
En la seguridad deste castillo,  
Allí también llegó George Robledo  
Por el camino que llevó Vadillo,  
Con gente que mostraba con el dedo  
Lo que fué menester para seguillo,  
Por ser estos de los cartaginenses  
Que sabian rincones y conveses.

Habia dos ó tres pueblos fundado  
Con instruccion por Benaleazar dada,  
Como teniente suyo señalado  
Y capitán de los de su jornada;  
Y el Robledo por ir á mayor grado  
Determinó de dalle cantonada,  
Y en España pedir al gran monarca  
Lo quel pobló con toda su comarca.

Al Heredia dió cuenta del digreso,  
La causa que lo trae y el intento,  
El cual se concluyó con fin avieso,  
Dignísimo de lloros y lamento;  
Y como sea largo su proceso,  
En este de presente no lo cuento,  
Mas en tanto que llega su tragedia,  
Querria concluir la del Heredia.

El cual, como Robledo se embarcase,  
No dejó de tomar alguna pena  
De que por otra gente se poblase  
Lo que se descubrió por Cartagena;  
Y así, sin que mas tiempo se tardase,  
Para Baritica partir ordena,  
Llevando de soldados buena copia  
A la ciudad que llaman Antioquia.

Donde la mayor parte de la gente  
Era de aquella que llevó Vadillo,  
Y Alvaro de Mendoza por teniente,  
Del don Pedro de Heredia gran cañillo;  
Aqueste deseaba grandemente  
Que la ciudad quisiese recebillo  
Por su gobernador, pues era cierto  
De su gobernacion lo descubierta.

Y puesto caso que por el ausencia  
Del George Robledo gobernaba  
Y él mismo le dejó con la tenencia  
En tanto quel gobierno negociaba,  
Ponia la posible diligencia  
En atraer á lo que deseaba  
A vecinos, justicia y regimiento,  
Haciéndoles aqueste parlamento

« Si, señores, es nuestro presupuesto  
 Servir al rey con un pecho cristiano,  
 Entiendo que se puede hacer esto  
 Muy bien debajo de cualquiera mano,  
 Como no sea yerro manifiesto  
 O que traiga sospecha de tirano;  
 Pues aunque sean puestos diferentes,  
 Al fin al rey estamos obedientes.

» Todos aquellos que esto pretendemos,  
 Consta por muchas vias y razones,  
 Que muy mayor servicio le hacemos  
 En evitar pendencias y pasiones,  
 Que los que se pusieren en extremos  
 De largas y sangrientas disensiones,  
 De que resultan males y caídas,  
 Con pérdidas de honras y de vidas.

» Con lo cual nos amaga la presente  
 Venida del señor adelantado,  
 De lo que hemos poblado pretendiente,  
 Por ser de gente suya conquistado;  
 Y así deseo yo que cuerdamente  
 Este negocio sea consultado,  
 Y para no hablar sin fundamento  
 Quiero decir aquí lo que yo siento.

» A todos los que estamos en aquesta  
 Tierra que por Pirú se nos cercena,  
 Es cosa por papeles manifiesta  
 Ser del gobernador de Cartagena,  
 Pues con soldados y bandera puesta  
 En ella hizo la primer estrena,  
 Como testigos sois todos de vista,  
 Que trabajastes bien en la conquista.

» Y como sabe que le pertenece  
 Aquesta poblacion y su terreno,  
 Determinó venir, segun parece,  
 Para sacallo de poder ajeno;  
 De gentes y caballos no carece,  
 Ni de cañones de sulfureo trueno;  
 Nosotros carecemos de potencia  
 Si queremos hacelle resistencia.

» Y a questa, puesto caso que la hubiera,  
 Si cada cual de nos fué su soldado,  
 Algunos buenos se harían afuera  
 Y ternán por honesto dallé lado,  
 Por no pelear contra la bandera  
 Debajo de la cual han militado;  
 Y es muy mejor quel pueblo se convide,  
 Dándole llanamente lo que pide.

» Todos tenemos ya conocimiento  
 De su virtud, valor y cortesia,  
 Amor, urbanidad, comedimiento,  
 En paz y guerra, cuando nos regia  
 Con un caritativo tractamiento,  
 Y en cualquier ocasion que se ofrecia  
 De batalla campal ó de recuento  
 Ninguno se hallaba mas adentro.

» Digo lo que mi seso comprehende  
 Por evitar algun mortal suspiro:  
 Y en esto Benalcázar no se ofende  
 Si lo mirare como yo lo miro,  
 Y mas considerando que pretende  
 Jorge Robledo de hacelle tiro,  
 Yendo para los reinos castellanos  
 A le quitar aquesto de las manos,

» Y algunos ayudaron con un grito,  
 Que por no convenir no los enseño,  
 Poniendo sus servicios por escrito,  
 Dando dineros para su diseño;  
 Acá no me parece ser delito  
 Que volvamos las tierras á su dueño:  
 Haya resolucion antes que venga,  
 Y examinemos lo que mas convenga.»

Dijo, y hubo diversas opiniones  
 Después que percibieron la propuesta;  
 Y estando proponiendo sus razones,  
 Sin resumir cual fuese mas honesta,  
 El capitán Rodrigo de Quiñones  
 Tomó la mano para la respuesta,  
 Y con recato de varon prudente,  
 En esta junta dijo lo siguiente:

« Razon y obligacion tengo bastante,  
 Si debe ser amor con tal pagado,  
 Para hallarme yo muy adelante  
 En el servicio del adelantado;  
 Mas en consentimiento semejante  
 No me conviene ser precipitado:  
 Que las cosas de honor sabios y buenos  
 No las hacen á poco mas ó menos.

» Vuestra merced ha dicho lo que siente,  
 Y aqueso parecer tiene por pio:  
 Yo con licencia desta noble gente  
 Quiero, señor, también decir el mio,  
 El cual si se mostrare diferente  
 No se debe juzgar á desvario,  
 Pues cosa comun es en menesteres  
 Haber siempre contrarios pareceres.

» Benalcázar no vió nuestra presencia;  
 Menos vimos la suya los presentes,  
 Por él andar con viva diligencia  
 Descubriendo provincias destas gentes;  
 Mas en su nombre dimos obediencia  
 A los que señaló por sus tenientes,  
 Y en el nombre del rey y dél poblamos  
 Aquesta vecindad adonde estamos.

» Y aunque esta fundacion pública fuese  
 Y con solemnidad autorizada,  
 El día, mes y año se escribiese,  
 Segun la cordicion acostumbrada,  
 Ninguno vimos que contradijese:  
 Antes por todos fué ratificada,  
 Y tiene quien agora la subyeta  
 Su posesion pacífica y quieta.

» Y esto solo condena las reyertas  
 Que podría mover poca prudencia;  
 Pues aunque sean tierras descubiertas  
 Por otros, no consiguen la tenencia  
 Dejándose las solas y desiertas  
 Y sin hacer en ellas asistencia;  
 Y ninguno debria formar queja  
 Porque pueblen los otros lo que deja.

» Las dichas diligencias al mas ciego  
 Juez le mostrarán camino llano,  
 Y los de Cartagena yo no niego  
 Entrar en esta tierra mas temprano,  
 Y que dieron las cartas en el juego,  
 Pero ganóle quien jugó de mano,  
 Procurando hacer nueva cultura  
 Desque vieron sazón y coyuntura.

» En lo demás de no salir afuera  
 Beste otro bando donde nos metimos,  
 Conozco que debajo de cualquiera  
 Gobernador á nuestro rey servimos;  
 Mas en tal ocasion, nunca Dios quiera  
 Que falte nuestra fe donde la dimos,  
 Pues la lealtad que á nuestro rey tenemos  
 También á sus jueces la debemos.

» Menos lo que traéis á la memoria  
 De Robledo, señor, me satisface,  
 Pues aunque le cargueis culpa notoria,  
 A la nuestra no borra ni deshace;  
 Demás de qué á nadie da su gloria  
 Y á sí tan solamente se complace;  
 Y quien sopló sería con intento  
 De que su Majestad fuese contento.

» Reconozco también venir pujante  
 Como negociacion premeditada,  
 Pero yo competencia semejante  
 No la quiero poner en el espada,  
 Porque medios tenemos, Dios mediante,  
 Para salir con paz desta jornada;  
 Y si el adelantado dellos huye,  
 Con le dejar el pueblo se concluye.

» Irémosnos nosotros, y él se queda  
 Sin mano le mostrar sanguinolenta;  
 Daremos los avisos á quien puede  
 Concedelle lo que pedir intenta;  
 Y si después algun mal le sucede,  
 No se podrá poner á nuestra cuenta,  
 Antes con hacer esto con buen seso  
 En nada queda nuestro punto lesa.

» Es pues mi parecer que se reciba  
Muy bien y sin mostrar alteraciones,  
Y conocido del en lo que estriba,  
Daremos las excusas y razones,  
Al cual si se le hacen cuesta arriba  
Saldrémonos con sanas intenciones  
A dar razon á quien la tierra tiene,  
Con la fidelidad que nos conviene.»

Dijo Quiñones lo que represento,  
Como varon entrellos mas anciano,  
Y todos los de aquel ayuntamiento  
Tuvieron este por consejo sano;  
Y así vinieron en consentimiento  
Sin que contrarios fuesen á la mano,  
Apartanse con esto, y entre tanto  
Llegó la noche con su turbio manto.

Y cuando de la tierra rebuía  
El fumoso vapor de Flegetoné,  
E ya febeo rayo descubría  
Sus resplandores por el horizonte,  
Dorando por el curso que solía  
Las cumbres altas del opuesto monte,  
Levantáronse todos con intento  
De le hacer aquel recebimiento.

El jinete compone su rocino,  
Aprieta con reata la coraza,  
Vistese fuerte jaco jacerino,  
Adarga cada cual dellos abraza;  
Salieron una legua de camino  
Hasta hallar en él cómoda plaza,  
Y al tiempo que venía ya cercano  
Regocijaronse por aquel llano.

La tal escaramuza concluida,  
Adonde no faltó destreza y arte,  
El parabién le dan de la venida  
Todos y cada uno por su parte;  
Y como fuese gente conocida,  
Que fué de su bandera y estandarte,  
Correspondía con razon propicia,  
Y á todos los abraza y acaricia.

Caminan sin tractar de su litijo  
A la dicha ciudad recién fundada,  
Adónde con placer y regocijo  
Hospedaron la nueva camarada,  
Y al buen adelantado y á su hijo  
Alvaro de Mendoza dió posada  
En la suya, que muchos insistía  
Aquel mando le diesen otro día.

Aquella noche puso diligencia,  
Y el intento de todos conocido,  
Parecióle mejor mudar sentencia  
Y dejar á los huéspedes el nido;  
Y así hizo con los demás ausencia  
Antes de ser el resplandor venido:  
El gobernador supo de su gente  
Irse los moradores y el teniente.

Por él reconocida la mudanza,  
Siguió con pocos hombres tras sus huellos  
Debajo de falace confianza  
Pensando con palabras atraellos:  
Habióles con amor do los alcanza,  
Mas no fué parte para convencellos,  
Y los suyos y los del otro bando  
Estuvieron allí dando y tomando.

Y entre gente menuda de peones,  
Que no fueron personas señaladas,  
De términos usaban fanfarrones  
Con algunas palabras mal criadas,  
Tales que de razones en riazadas  
Vinieron á probarse las espadas,  
Y el don Pedro de Heredia mas remoto  
Oyó las cuchilladas y aboroto.

Fué para ellos lo mejor que pudo  
A fin de mitigar aquel ruido,  
Tomando su presencia por escudo  
Sin de otras armas ir apercebido;  
Y en esta confusion de vulgo rudo  
En la mano derecha fué herido,  
Y fué de los contrarios un soldado  
En la cabeza mal descalabrado,

Por él apaciguadas las contiendas  
A su costa, sin ver de quién le vino,  
Por evitar revueltas mas horrendas  
Y no venir á torpe desatino,  
Mandó volver los suyos á sus tiendas  
Y los otros se fueron su camino;  
Y fué tal la herida de la mano  
Que tardó muchos dias en ser sano.

En este mismo tiempo ya sabía  
El Benalcázar por informaciones  
Lo que George Robledo pretendía,  
Y para que lo lleven en prisiones  
Capitán y soldados proveía;  
Mas ya fueron tardias prevenciones,  
Porque llegaron á Antioquia cuando  
Iba por altas ondas navegando.

Quien vino para tal efecto era  
Su mismo general, hombre valiente,  
Aqueste se decía Juan Cabrera  
No menos esforzado que prudente:  
El cual después en la batalla fiera  
De Quito pereció con otra gente,  
Ya maese de campo del escuela,  
Belicosa de Blasco Nuñez Vela.

Viniendo pues aquesta compañía  
Sin ser de los sucesos adivinos,  
Encuentran á Mendoza que venía  
A los buscar con todos los veciuos:  
Oyó Cabrera cómo se movía  
A causa de los otros peregrinos,  
Y envió luego como varon saje  
A don Pedro de Heredia su mensaje.

Y lo que su mensaje contenía  
Era decille: «Yo soy un soldado  
Al servicio de vuesa señoría,  
Por grandes beneficios obligado;  
Pues en tiempo que menos poseía  
En Nicaragua fui muy regalado  
Por el señor hermano, que fué mio,  
En buenas obras y en socorro pio.

» Mi denominacion es Juan Cabrera;  
Tengo de Benalcázar provisiones  
Para le defender esta frontera  
Con justificadissimas razones;  
Y esme testigo Dios que no quisiera  
Hallar tan peligrosas ocasiones,  
Pues como falle buen comedimiento  
Habremes de venir en rompimiento.

» Don Sebastián de Benalcázar tiene  
El adelantamiento desta tierra;  
Tiene la posesion que le conviene  
Que dentro de sus términos encierra,  
Y agora vuestra señoría viene  
A se la perturbar, mediante guerra:  
Es agravio notorio y es ofensa  
Que pide por su parte la defensa.

» Y pues por el discurso de su vida  
Usó siempre de términos cristianos,  
A su bondad suplico que se mida  
Primero que vengamos á las manos,  
Porque será sin falta defendida  
La tierra con los valles comarcanos,  
Y por la defender y estar en ella  
Habemos de bebeta ó de vertella.»

El don Pedro de Heredia, vista esta  
Amenaza del capitán severo,  
Alteracion ninguna manifiesta,  
Antes recibió bien al mensajero,  
Enviándole luego la respuesta  
Como cuerdo y honrado caballero;  
Y porque no podia tomar pluma,  
De sus palabras esta fué la suma:

«Que porque no tuviesen cherinolas  
En semejantes averiguaciones,  
Y entre gentes amigas y españolas  
Cesasen las molestas disensiones,  
Ambos á dos se viesen á sus solas  
Examinando bien las provisiones,  
Y coligido dellas lo mas cierto  
Vernían á cualquiera buen concierto,»

Aquel que vino con el embajada  
Miró con atención toda la gente,  
Y vióla mal dispuesta y agravada,  
Los mas con calentura pestilente,  
De la trabajosísima jornada,  
No de la de Vadillo diferente;  
Y al don Pedro de Heredia no tan sano  
Que pudiese valerse de su mano.

Lo cual al Juan Cabrera representa  
Y á los que con él eran congregados,  
Dando de lo que vido larga cuenta,  
Y quel gobernador y sus soldados  
Para se defender en tal afrenta  
Los mas dellos imposibilitados,  
Y andaba fuera la gente mas sana  
Visitando la tierra comarcana.

Y los que le quedaban sin aquestos,  
Por estar impedidos de mil males,  
Como en acometelles fuesen prestos  
Sin esperar los otros principales,  
Fácilmente serian descompuestos  
Y habrían á las manos sus caudales;  
Y que en tal ocasion le parecia  
Ser esto lo que mas les convenia.

Oidas las razones, insistian  
No pocos con cudicia de roballos,  
Porque también les dijo que traian  
Gran cantidad de negros y caballos,  
Con otras muchas cosas que podian  
En sus necesidades remediallos:  
Condescendió Cabrera con su ruego,  
Y para tal efecto partió luego,

Ordenando como persona diestra  
Todos sus caballeros y peones;  
Y el buen Heredia como vió la muestra  
Reconoció las malas intenciones  
Y no poder huir suerte siniestra  
Si no lo remediaba con razones;  
Y así salió con una yegua blanca  
Y unos papeles en la mano manca.

Entrellos se metió con escribano  
Que de los autos diese testimonio,  
Y por lo reguardar, allí cercano  
Se puso su querido don Antonio;  
Mas como ya los otros en lo llano  
Entrasen con furoros del demonio,  
No se curaron de escuchar razones,  
Ni cédula real ni provisiones.

Llegó Francisco Nuñez que es Pedroso,  
En este reino hartó conocido,  
Uno de doce del motin famoso  
En la ciudad de Lima cometido,  
Quando fué con remate lacrimoso  
Aquel marqués de vida despedido:  
Aquel don Francisco Pizarro digo  
Por quien huyó Pedroso del castigo.

El dicho pues con los demás venia,  
Y al Heredia llegó de los primeros,  
Diciéndole con cierta compañía  
Que traía de muchos ballesteros:  
«Dése por preso vuestra señoría  
A mí y á los presentes caballeros;  
Pues es merecedor de grave pena  
Quien usurpa gobernacion ajena»

El hijo don Antonio que esto vido,  
No le pareció bien tener estanco  
El brazo, defendiendo su partido,  
Y hubo la suerte de caer en blanco,  
Pues en la mano luego fué herido,  
De la cual para siempre quedó manco;  
De manera que entrambos fueron presos,  
Y en bienes y caudal no poco lesos.

Pues luego sin haber quien les defienda  
Preseas sometidas á sus hechos,  
Recogieron apriesa la hacienda,  
Caballos, negros, armas y pertrechos;  
Y fenecida la civil contienda  
Pusieron escuadrones en asechos,  
Los cuales estuvieron en espera  
De los que sin los ver estaban fuera.

Esperaron dos días, y venidos  
Los que de nada fueron sabidores,  
Estuvieron al mal de los vencidos  
Y al albedrio de los vencedores;  
Ponen por lista bienes recogidos  
Estos sollicitos recogedores,  
Para los repartir por las coronas,  
Segun la cualidad de las personas.

Tenianlos con guardas dentro y fuera  
En un cierto caney, casa pajiza,  
Y otra noche después de la primera  
Con fuego tal que los escandaliza,  
No saben cómo ni de qué manera,  
Todos se convirtieron en ceniza;  
Y así se consumieron sin gozallos,  
Escepto los esclavos y caballos.

Este gobernador con sus guerreros,  
De la manera dicha desarmados,  
El padre é hijo como prisioneros  
A Benalcázar fueron presentados;  
Vieronse los dos viejos sin terceros  
Mostrando provisiones y recados:  
Aseguraba cada cual su puerto  
Y así nunca vinieron en concierto.

El don Pedro de Heredia, no sin pena  
Por ver opinion suya decaida  
Habiéndola tenido siempre buena,  
Y tal que nunca supo ser vencida,  
Tuvo por bien volver á Cartagena  
Y efectúose luego la partida  
Por Panamá, do vino manvacio.  
Aunque no de coraje ni de brio.

Estando descansado del camino,  
No sin alteracion de lo pasado,  
Don Francisco de Benavides vino,  
Fraile hiermitano, por prelado;  
Y entonces un gran mal era vecino  
Al puerto, que por mí será sumado,  
Primero que pasemos adelante  
A decir del Heredia lo restante.

Seis años iban ya sobre cuarenta  
Del parto de la Virgen siempre pura,  
Con mas los quince cientos de la cuenta  
Que suelen substanciar un escriptura,  
Quando nuestra ciudad experimenta  
Una calamitosa desventura,  
Vispera del patrono Santiago,  
Dia por nuestras culpas aciago.

A veinte y cuatro pues de julio era,  
Bia que se tenía señalado  
Para velar al capitán Mosquera  
Con una hermana del adelantado,  
Antes que lumbre de la cuarta esfera  
Tendiese por allí rayo dorado;  
Pero cesaron estas bendiciones  
Por anticipacion de confusiones.

Y porque de raíz el caso cuenta,  
La que diré lo fué del alboroto  
Alonso de Bejines, un teniente  
Del don Pedro de Heredia mi devoto,  
A causa de ser grave delincuente  
Castigó con azotes un piloto,  
Y aqueste con inicua vigilancia  
Por se vengar llamó gente de Francia.

Serian los que fueron convocados  
Para robar aquestos señorios  
Mas de nul hombres bien aderezados,  
Todos de bellicosos atavios  
Y de bronciuos tiros pertrechados,  
Sin lanchas y patajes, tres navios;  
Y por el mal piloto que esto ordena  
Fueron á la ciudad de Cartagena.

Llegados los piratas al paraje  
Que para su negocio convenia,  
Antes que diese Venus el mensaje  
De la venida deste triste dia,  
Guiándose por el piloto saje  
En las tinieblas de la noche fria,  
Entraron con su tático concierto,  
Sin que fuesen sentidos, en el puerto.

Desembarcaron en la misma hora  
Con aquel aparato conviniente,  
Antes que con lo claro del aurora  
Se pudiese mostrar cosa patente:  
El piloto fué luego donde mora  
Alonso de Bejines el teniente,  
Con infernal deseo y esperanza  
De tomar á su gusto la venganza.

Compuestas las falanges, y digestas  
Segun que lo pedian ocasiones,  
Tocan trompetas que llevaban prestas  
Guerreros añaliles y clarones:  
Los vecinos creian ser las fiestas  
Que se hacian por las velaciones,  
Y así ninguno por su parte piensa  
Tener necesidades de defensa.

Pero sus desventuras hizo ciertas  
Son ronco de guerreros atambores,  
Y oír batirse las cerradas puertas  
De los sobresaltados moradores,  
Que no sin violencia son abiertas  
Por manos de nocturnos robadores:  
Todos se sobresaltan y se espantan  
Y de los dulces nidios se levantan.

Crece la turbacion con el estruendo,  
Armas uno tomó y otro no pudo;  
Lugar por do escapar van inquiriendo,  
Este vestido va y aquel desnudo;  
Toma con sobresalto tan horrendo  
Quien puede la huida por escudo;  
Uno pelea y otro se retrae,  
Este va tropezando y aquel cae.

Bien como cuando por alguna plaza  
Anda la cuchillada muy aguda,  
Que para meter paz se busca traza,  
Y aquel rigor aquí y allí se muda;  
Pero huyendo la desembaraza  
Con gran temor la gente mas menuda,  
Y por la parte que se le concede  
Escapa cada uno como puede:

Esta manera les acontecia  
A cualquiera varon joven ó calvo,  
Pues en tanto que aquel se defendia,  
Este se procuró poner en salvo;  
Y en estas confusiones se valia  
De piés, eso me da negro que albo:  
A muchos les valió tenellos prestos,  
Aunque la menor parte fueron estos.

Pues turbados en estos menesteres  
Con los temores que les son ajenos,  
En dejar sus haciendas mercaderes  
Se hallaban confusos y perplejos:  
Otros celando hijas y mujeres  
Pareciales mal hallarse lejos,  
Y por gritos de dueñas y doncellas  
Allí quieren morir por defendellas.

El piloto que fué de buena gana  
A rodear la casa del Bejines,  
Como lo vió salir con furia vana  
Al son de las trompetas y clarines,  
Traspasólo con una partasana,  
Diciéndole: «Bellaco, tales fines  
Merecen, y aun de mas miserias llenos,  
Los que tan sin razon afrontan buenos.»

Mas el don Pedro, como quien él era,  
Con una pica y unas coracinas  
Defendió con valor un escalera,  
Deteniendo las gentes peregrinas  
Hasta tanto que ya salieron fuera  
Sus queridas hermanas y sobrinas,  
Que las echaron por un colgadizo,  
Aunque para tal caso no se hizo.

Diciéndole ser fuera las doncellas,  
Acude, como dicen, al reclamo,  
Y por aquel lugar saltó tras ellas,  
Por ser un hombre suelto como gamo,  
Para las amparar en sus querellas  
Y no dejar las hojas sin el ramo;  
Con ellas en el monte fué metido  
Sin poder del cosario ser habido.

Prendieron al mayor destes Atrides  
Por estar de las piernas ya tullido;  
Prendieron al obispo Benavides,  
En aquella sazón recién venido;  
Prendieron otros muchos en las lides,  
Y al fin el pueblo todo fué rendido,  
Con todas sus preseas y decoro  
Y no pequeña cantidad de oro.

El aurora rotifera venia  
Ya descubriendo su dorada frente,  
Cuando fué la robada compañía  
Recogida por mano delinente,  
En un solo lugar do se tenia  
Por los piratas guarda diligente;  
Descalzos, destocados y aliados,  
Y cuasi sin reparos de vestidos.

Todas las mas mujeres sin tocados  
Y sin aquel amparo que desean,  
A la tierra los ojos inclinados,  
No deseando ver ni que las vean;  
Las mejillas y pechos empapados  
De lágrimas sin fin de que se arrean,  
Apeteciéndolo mas la sepultura  
Que ver tanto dolor y desventura.

A Dios las oraciones encendidas,  
Suplicándole dentro de su pecho  
Que ya que sus haciendas son perdidas  
En aquel tan inopinado hecho,  
Permitiese perder antes las vidas  
Que dar á deshonor su casto lecho;  
Y Dios omnipotente fué servido  
Oír aqueste tácito gemido.

Porque el pirata capitán ordena,  
Y así fué por el pueblo pregonado,  
Que se metiese la que fuese buena  
En la posada del adelantado:  
En un momento fué la casa llena,  
Y subidas al alto soberado;  
Y para guardas del lugar recluso  
Al buen obispo y al Heredia puso.

Aqueste capitán, aunque tirano,  
Segun decian era caballero,  
Y en este caso tuvo pia mano  
Sin consentir haerse desafuero;  
Robado pues lo fano y lo profano,  
Y recogidas ropas y dinero,  
Tractó con los vecinos que se diese  
Por aquel pueblo lo que bueno fuese.

Porque si no venían á concierto  
Cerca de ser el pueblo redimido,  
Primero que saliesen de aquel puerto  
Seria de las llamas consumido:  
Fué para resumir el precio cierto  
Por los unos y otros conferido;  
Creo que fueron hasta dos mil pesos,  
Y para los buscar sueltan los presos.

Hallaron para dar estos dineros  
Oro poco, mas fué multiplicado,  
Revolviendo con ello candeleros,  
Siendo por fundición todo mezclado;  
Y después con industria de plateros  
Con otro fino fué sobredorado:  
Al fin, aquel ladrón quedó contento  
Con ver que se le dió buen cumplimiento.

Con aquel buen color los engañaron,  
Por tener de buen oro la devisa;  
Con engaño mayor ellos quedaron  
Sin cubiertas de paño ni de frisa;  
Y todos (porque todo lo robaron)  
Descalzos y con sola la camisa:  
Nuño de Castro mas, el cual procura  
Poderse mejorar en vestidura.

Y así viendo poner en la ribera  
Gran cantidad de ropas y fardaje,  
Al tiempo que la gente forastera  
Aderezaba para su viaje,  
Pasó con una yegua muy lijera  
Aprisa por enmedio del pillaje,  
Y arrebató, pasándose de claro,  
Ropas y lienzo para su reparo.

Al monte se retrajo como viento,  
Que no parece que la tierra pisa;  
Quedó de ver aquel atrevimiento  
El capitán francés muerto de risa,  
Porque todas sus armas y ornamento  
Eran tan solamente la camisa,  
Sin calzas, sin zapatos, y de talle  
Cual no vean un perro de la calle.

Fuéronse los piratas para Francia,  
Y dicen que sacaron deste puerto  
Bien doscientos mil pesos de ganancia,  
Y tengo para mí no ser incierto;  
Quedaron los vecinos sin substancia,  
Mas el Bejines solamente muerto:  
Vivieron con recatos adelante,  
Dias y noches guarda vigilante.

Pero cualquier cosario los lastima  
Y lleva sus defensas abarricada,  
Y al mismo punto y hora desta rima  
Vino nueva quel capitán Francisco,  
Primer pirata que por mar de Lima  
Robó la plata del esceldo fisco,  
Allí llegó con muchos galeones,  
Lanchas y mas de siete mil peones.

Y con estar la gente preparada  
Y toda la ciudad fortalecida,  
De todas municiones pertrechada,  
De consejos reales advertida,  
La gente (segun dicen) mas granada  
Tomaron por amparo la huida;  
Hicieron todos los demás ausencia,  
Y entróse la ciudad sin resistencia.

Destas sobresaltadas turbaciones  
Y plaga de las plagas mas molesta,  
No puedo por agora dar razones  
Por no me ser la rota manifiesta;  
Pero ternemos llenas relaciones  
Y á su tiempo diremos lo que resta,  
Dando primero fin á la carrera  
Del don Pedro de Heredia, que me espera.

El cual, aunque con daño manifiesto  
De lo que le robaron los ladrones,  
Nunca mudó jamás su presupuesto  
De volver con caballos y peones  
A do fué por Cabrera descompuesto,  
A vengar las pasadas sinrazones;  
Y para dar la vuelta sin recelo  
Vino lo que diremos muy á pelo.

Después que Heredia fué desbaratado  
Y Benalcázar le tomó la gente,  
El pueblo de Antioquia fué mudado  
A sitio y á lugar mas conveniente;  
Y un Isidro de Tapia, señalado  
Del dicho Benalcázar por teniente,  
Por avisados modos y por guerra,  
Hizo venir de paz toda la tierra.

De los cartagineses conocidos  
Fueron los recuentros mas sangrientos,  
Y por el mismo caso preferidos  
En los oficios y repartimientos.  
Estando pues los indios repartidos,  
Como quedasen muchos descontentos,  
Vuelan con cartas invidias centellas  
A Benalcázar dando mil querellas.

Oidas pues las quejas deste bando,  
Con otras cosas mas que no reliero,  
Despachó Benalcázar en llegando  
Al bachiller llamado Madroñero,  
Dándole su poder y lleno mando;  
Y el bachiller, como juez severo,  
Partió la tierra por sus aliados,  
Y los otros quedaron despojados.

El Tapia, viéndose poseído  
Ansi de mando como suerte buena,  
Habló sin que pudiese ser sentido  
A los participantes de su pena:  
Fué para su venganza concluido  
Hacer viaje para Cartagena,  
Y con la prevencion de gran secreto  
La partida pusieron en efecto.

Caminaron por via conocida,  
Y aunque no con cabal aviamiento  
Entraron todos sanos y con vida  
En Urabá, do fué su pensamiento;  
Hallaron al Heredia de partida,  
Y dan á sus diseños mas aliento,  
Y así con caballeros y peonaje  
Abrevia lo posible su viaje.

En este mismo tiempo se rebela  
Pizarro contra regio mandamiento,  
Y procuraba Blasco Nuñez Vela  
Gente para venir en rompimiento,  
Hombres valientes, de quien no recela  
Estar prendados de traider intento,  
Y así vinieron á real bandera  
Benalcázar también y el Juan Cabrera.

Y aquel no menos docto que valiente  
Licenciado llamado Juan Gallegos,  
De quien hemos tractado largamente  
En otros trances y desasosiegos  
De Santa Marta, donde fué teniente,  
Y se gastaron cantidad de pliegos,  
Y el Juan Cabrera y él en la batalla  
Muertos con otros que mi pluma calla.

Heredia pues, habiendolo caminado  
Con toda la posible diligencia,  
Entró por el lugar recién poblado  
Sin hacelle vecinos resistencia:  
Antes fué recebido y hospedado  
Y todos le prestaron obediencia,  
Y este mismo querer también enseña  
El capitán Gonzalo de la Peña.

Al cual dejó nombrado Madroñero  
Después que removió repartimientos,  
A causa de ser válido guerrero:  
Y así tuvo crüeles rompimientos  
Con estos indios del compás frontero,  
Ya rebelados todos con intentos  
De hacer á cristianos crüel guerra  
Hasta poder echallos de la tierra.

Mas el Heredia, puesto donde digo,  
Con mañosos arduos y discretos,  
O va por blanda paz, ya por castigo,  
Volvieron á servir y ser subyectos,  
De suerte quel amigo y enemigo  
Vivieron sesegados y quietos;  
Y al Isidro de Tapia quel traía  
Volvio los mismos cargos que tenía.

Luego corrió con sus cartagineses  
Valles hasta su tiempo no sabidos,  
En cuyas poblaciones y convenses  
No faltaron encuentros bien reñidos;  
Y espacio ya de diez ó doce meses  
En peregrinaciones consumidos,  
Volvio donde quedaron los vecinos,  
Solos tres menos destes peregrinos.

Teniendo pues los indios en sosiego,  
Porque la tierra mas se perpetúe,  
Alonso de Caravajal fué luego  
A poblar lo que llaman Maritúe;  
Hecho de los poderes el entrego  
Para que sus mandados efectúe,  
Dióle pertrechos, y de noble gente  
La que le pareció ser conveniente.

Fundó ciudad, do manda que se haga  
En vistoso lugar y parte bella;  
Alcalde fué Francisco de Arriaga  
Y otro llamado Diego de Corvella,  
A quien pluma mas alta no les paga  
Por mucho que procuren estendela,  
Tractando sus debidas alabanzas,  
Proezas y valores de sus lanzas.

El pueblo Maritúe ya poblado,  
(Aunque después necesidad ordena  
Por poca gente ser desamparado)  
Y de bárbaros la provincia llena,  
Nuestro gobernador y adelantado  
Determinó volver á Cartagena,  
Pareciéndole gran inconveniente  
Tanto tiempo del mar estar absente.

Corrian ya del santo Nacimiento  
Cuarenta y ocho sobre quince cientos,  
Cuando con pocos hizo mudamiento  
De la nueva ciudad y sus asentios;  
Llegó con los demás en salvamento,  
Amigos y parientes descontentos  
A causa de hallar en su tenencia  
Otro nuevo juez de residencia.

Mas este como fuese caballero,  
Hombre de gran valor y circunspecto,  
Diferencióse mucho del primero  
Y túvete grandísimo respecto;  
No maculó su fama por dinero  
Ni de cudicia mala fué subjecto;  
Traia sobre seis gobernaciones  
Gobierno por reales provisiones.

Aqueste se llamaba Miguel Diaz,  
Varon de grandes letras y loables;  
Fué notado de algunas demasias  
Que no fueran en otros tan culpables;  
Pues segun las que vemos estos dias  
Aquellas eran mas que tolerables  
Porque paraban en lascivos hechos  
Sin pretension de robos ni cohechos.

Agora los dos males andan juntos,  
Pues si lasciva Venus los abraza,  
No por eso júeces pierden puntos  
En recoger pillajes acia casa:  
Estas no son sospechas ni barruntos,  
Porque lo hacen ya por plaza rasa;  
Pero callemos deshonestidades,  
Que dan grande disgusto las verdades.

Durante pues aquesta residencia,  
Que yo también de vista tractar puedo,  
De Popayan y de su pertenencia  
Vino por mariscal George Robledo,  
Casado con mujer de tal decencia  
Que la podríamos loar sin miedo:  
Esta señora fué doña Maria  
Que de Caravajal nombre tenia.

Trajo consigo cándidas doncellas,  
Deudas cercanas suyas principales,  
Y a qui tenemos hoy á las dos dellas  
Con el renombre de Caravajales,  
Con hijos de valor y hijas bellas  
Y en todas partes de virtud cables:  
Y son doña Francisca, gran cristiana,  
Y doña Leonor, que fué su hermana.

De la doña Francisca fué marido  
Diego Garcia Pacheco, señalado  
En este nuevo reino y escogido,  
Y el capitán Baltasar Maldonado  
De la doña Leonor, en quien se vido  
Valor sobre valores encumbrado,  
Como mas largamente lo diremos  
Cuando los deste reino celebremos.

Siendo Robledo pues encaminado  
Al pueblo de Antioquia residente,  
Para que fuese mas autorizado  
Y el Benalcázar menos impaciente,  
Fué por el Miguel Diaz señalado  
De Popayan por general teniente,  
Y con poder, demás de la tenencia,  
Para tomar á todos residencia.

A fin crüel lo lleva su destino,  
Y de su pensamiento muy avieso,  
Siendo varon de tanto mal indino  
Y digno de mas prospero suceso;  
Mas vaya por agora su camino,  
Hasta que relatemos el proceso,  
Porque para poner mayor espanto  
Lo quiero concluir con nuevo canto.

## CANTO NOVENO.

Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones; y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia.

Los casos venideros y secretos,  
Aunque prudentes algo dellos vean,  
Suélense defraudar los mas discretos  
Midiéndolos segun ellos desean,  
Y las mas veces salen los efectos  
No como los nivelan ni tantean,  
Por ir por otras vias la ventura  
De las que debujó su conyectura.

Ansí los que dejamos señalados,  
Hombres todos sagaces y prudentes,  
Cuando pensaban ser en sus estados  
Seguros de pasados accidentes,  
Mudables condiciones de los hados  
Los llevaron por vias diferentes  
De las que merecia su talento,  
Virtud, bondad, valor, merecimiento.

Al Heredia pues invida cuadrilla  
Tanto lo persiguió con residencia,  
Que le hicieron remover la silla,  
Y con apelacion de la sentencia  
El y el hermano fueron á Castilla,  
Donde se remedió con su presencia;  
Y así los dos después de ser oidos  
Volvieron libres y favorecidos.

Y antes que los hermanos diesen vuelta,  
Y aun antes de salir destos estados,  
En Antioquia vimos gran revuelta  
Entre los de los dos adelantados,  
Como sucede cuando gente suelta  
A varios bandos son aficionados,  
Por acudir allí como primero  
El bachiller Alonso Madroñero.

El cual luego privó de su derecho  
A los cartagineses principales,  
Destruciendo lo por Heredia hecho,  
Hasta las cosas menos substanciales,  
Repartiendo los indios de provecho  
A sus apasionados y parciales;  
Y de nuevo cabildo y regimiento  
Ansímismo hicieron nombramiento.

No podian llevar los despojados  
Aquestos menosprecios con templanza:  
Buscaban modos para ser vengados  
Y no vian camino de venganza,  
Por ser pocos y mal aderezados,  
Y los contrarios de mayor pujanza;  
Mas las iras, enojos y rancores  
Pudieron mucho mas que los temores.

Pues convocados donde les cumplia,  
Sin que se rezumase tal intento,  
Se concertaron en un mismo dia,  
Ligados con solemne juramento:  
Ansí que, desecharon cobardia,  
Por dar á su deseo cumplimiento  
En viendo coyunturas y sazones  
Que concordaron con sus intenciones.

Apercibido cada compañero  
Con ropas, no de fiestas ni de bodas,  
Sino con las que hacen del acero,  
Luego prendieron á Gaspar de Rodas  
Y al bachiller Alonso Madroñero,  
Y en un instante las personas todas  
Mas arriscadas, y de quien se piensa  
Que juntos procuraran su defensa.

Estaban fuera destos pensamientos  
Las personas que fueron prisioneras,  
Unos seguros en sus aposentos,  
Otros en su labor de sementeras;  
Al fin salieron bien con sus intentos  
Y á todos los pusieron en colleras,  
Y con guardas bastantes y en cadena  
Los enviaron para Cartagena.

Yendo por harto trabajosa via  
Y con mayor zozobra que yo digo,  
Toparon al Robledo que venia,  
Y soltó muchos que llevó consigo;  
Soltó también á Rodas que tenia  
Por especial y singular amigo,  
El cual gobierna hoy la tierra misma  
Sobre que sucedió la dicha cisna.

Al pueblo de Antioquia venido  
En infaustas y tristes conjunciones,  
De todos ellos fué bien recibido,  
Y con sinceridad de corazones  
Por justicia mayor obedecido  
Desque manifestó las provisiones;  
Y en gran conformidad usaba dellas  
Oyendo las demandas y querellas.

Otros pueblos también lo recibian,  
Donde manifestaba sus recados,  
De los cuales algunos lo hacian  
No tanto por amor cuanto forzados,  
Dándole por disculpa que debian  
A Benalcázar ser notificados  
Primero, pues á la real corona  
A servir fué por su propia persona.

También constaron otros desafueros,  
Porque prendió los regios oficiales  
Por no querer prestar ciertos dineros  
De las cesáreas rentas y reales,  
Que para tener malos paraderos  
Una fué de las causas principales  
Tomallos él por fuerza de la caja  
En la ciudad de Arma donde baja.

En Popayan la nueva fué sabida,  
Y luego se partió gente lustrosa  
A dar el parabién de la venida  
Y del poder y dignidad honrosa:  
Alvaro de Mendoza se convida,  
Pedro de Barros y el cruzado Sosa,  
Con otros conocidos caballeros  
En trabajos pasados compañeros.

Fuéle la vista dellos agradable  
Por ser conversacion de muchos años,  
Tracto sincero y amistad loable  
Y libre de los pérdidas engaños;  
Mas esta vista, rueda variable  
Hizo que fuese para grandes daños,  
Por dalle sus favores sin malicia  
Y no pensando ser contra justicia.

En este mismo tiempo que se halla  
Robledo con amiga parentela,  
En rompimiento vino de batalla  
Pizarro contra Blasco Nuñez Vela;  
Murió con muchos que ni pluma calla  
Del escuadron de su leal tutela,  
Personas de valor y de gran peso,  
Y Sebastián de Benalcázar preso.

Tractólo bien el vencedor tirano,  
Por haber sido capitán antigo  
En los gobiernos del marqués su hermano,  
Y entonces del Gonzalo gran amigo,  
Aunque después por sí tomó la mano  
Por los medios que agora yo no digo;  
Pero si vida mas nos acompaña  
Diremos su valor y buena maña.

Usando pues Gonzalo de clemencia  
Y respetando su conocimiento  
Para poder volver le dió licencia  
A su gobierno y adelantamiento;  
Y demás desta tal magnificencia,  
Se le dió todo buen aviamiento  
Y cosas necesarias á su gasto  
Hasta llegar á la ciudad de Pasto.

En aquella sazón allí vecino  
Un Francisco Fernandez Giron era,  
Nombrado luego por ser hombre dino  
En el cargo que tuvo Juan Cabrera;  
El cual con mucha gente con él vió  
A su gobernacion y á su frontera,  
Quejoso como supo del enredo  
Usado por el don George Robledo.

Diciendo, no sin un cierto gemido  
Sacado del profundo de su pecho:  
«Con malos términos ha respondido  
A lo que siempre yo por él he hecho,  
Siendo de mi Robledo preferido  
En voluntad, en honra y en provecho;  
Pero podría ser, pues tiempo rueda,  
Pagalle yo con otra tal moneda.»

No faltaron muy buenas voluntades  
Entre varones nobles desta gente,  
Soficitos en las conformidades,  
Y no hallaban seco despidiente  
Ni razon resoluta de amistades  
Que por entero fuese concluyente,  
Pues solamente siendo persuadido  
Parecia prestalles buen oido.

Sabido por Robledo que venia,  
En su lugar, á le besar las manos,  
A Barros y al comendador envia,  
Ambos á dos hidalgos lusitanos,  
Y Alvaro de Mendoza que los guia,  
Y otros muchos que van con pechos sanos;  
Los cuales topan con el avanguardia,  
Y dicenles venir en retaguardia.

Pasaron todos ellos adelante  
A dar de su mensaje las razones:  
Benalcázar mostró fero semblante,  
Pero no sin dañadas intenciones:  
Pues desarmándolos en un instante,  
A todos les mandó poner prisiones,  
Y caminó con ellos á recado  
Sin Robledo poder ser avisado.

El sol cubria ya dorada frente,  
Dejando sin su luz la media esfera,  
Y el dicho Benalcázar no consiente  
Que la gente de tenga su carrera,  
Hasta llegar adonde de presente  
Los avisos el mariscal espera,  
En un pueblo que se llamaba Pozo,  
Do se precipitó todo su gozo.

Y así por asperísimo camino  
Y un riguroso paso de quebrada,  
El animoso Benalcázar vino  
A Pozo, villa ya conmemorada,  
Donde sobresaltaron al vecino  
Y al mariscal cercaron la posada,  
Al cual pusieron inmediatamente  
En cepo y grillos como delincuente.

Con examinador de pecadoras  
Almas, lo meten en pequeña pieza,  
Y sin mas intervalos ni demoras  
Tapete y el cuchillo se adereza;  
De manera que dentro de dos horas  
Mandó que le cortasen la cabeza,  
Y al comendador Sosa, que sin rienda  
En los negocios suyos metió prenda.

Día del bienaventurado santo  
Seráfico Francisco, cuya fiesta  
Se suele celebrar con dulce canto  
Del coro de católicos, aquesta  
Se celebró con lágrimas y llantos,  
Y traje que tristeza manifiesta;  
Apelan del rigor de la sentencia,  
Mas nunca lo movieron á clemencia.

Cargaron religiosos y los legos  
Con pientisimas intercesiones,  
Mas fueron poca parte con sus ruegos  
Para les otorgar apelaciones:  
Tan vivos y encendidos son los fuegos  
De los apasionados corazones,  
Pues en lo mas ó menos importante  
No se les pone cosa por delante.

Sacaron de la cárcel los dos juntos  
Con espantosa voz deregonero,  
Los graves rostros ya como defuntos,  
Enajenados del color primero:  
Sollozos y suspiros son los puntos  
De los ministros del honesto clero:  
La muchedumbre que los acompaña  
Con lagrimas sin fin el rostro baña.

Al horrible lugar del sacrificio  
 Los llevaron con cruces en las manos ;  
 Llegóse de los indios gran bullicio  
 Para ver justiciar los dos cristianos ;  
 Hicieron los verdugos el oficio  
 Que suelen los ministros inhumanos :  
 Quedaron con las impías heridas  
 Las almas de los cuerpos despedidas.

En dos partes divisa la garganta ,  
 Sale vital humor y rubicundo ,  
 Porque veais cuán presto se quebranta  
 El edificio vano deste mundo ,  
 Que sobre grandes torres se levanta  
 Y en un punto lo veis en el profundo :  
 Locura es no recelar mudanza  
 Quien mas subida tiene la balanza.

Ahorcado murió desde á dos dias  
 Baltasar de Ledesma ya nombrado ,  
 Y otro con él, que fué Cristóbal Diaz ,  
 Para cualquier afrenta buen soldado :  
 Hizo prender al padre Juan de Frias ,  
 Y estuvo con prisiones molestado ;  
 Al Mendoza y al Barros antes presos  
 Con solamente cárcel fueron lesos.

Para librarse del rigor malino ,  
 Furiosos y primeras tempestades ,  
 Valió no se hallar al desatino  
 De las antioqueñas vanidades ,  
 Y Francisco Fernandez ser padrino  
 En que les concediesen libertades ,  
 A causa que de tiempos mas antiguos  
 Ambos á dos le fueron muy amigos.

Pues Benalcázar por echar el sello  
 A los enojos de varon severo ,  
 Envío por juez á Juan Coello  
 A Antioquia con poder entero ,  
 Con presupuesto de estirar el cuello  
 A los de la prision de Madroñero ,  
 Y el buen Gaspar de Rodas por teniente  
 Y capitán mayor de aquella gente.

Mas el Gaspar de Rodas como bueno ,  
 Deseando librallos desta pena ,  
 Puso secretas cartas en un seno  
 A punto y á sazón que les fué buena ,  
 Pues los culpados dejan el terreno  
 Y caminaron para Cartagena ;  
 Y así Coello por aquellas sendas  
 Nunca halló culpados ni haciendas.

Destos un Almaraz era primero ,  
 Clérigo que tenían en estima ,  
 Y Diego de Mendoza y Ladrillero ,  
 El cual tuvo después indios en Lima ;  
 Fué Diego Hogazon su compañero ,  
 Con otros que no caben en mi rima ,  
 Soldados del Robledo valedores  
 De los mas escogidos y mejores.

Si sucedelles mal inconveniente  
 Llegaron donde tengo referido ,  
 Y estos con mucha cantidad de gente  
 Que residían por aquel partido  
 Llevó consigo Gasca, presidente  
 Que ya contra Pizarro era venido ;  
 Así que de la gente mas lucida  
 La costa por allí quedó barrida.

El don Pedro de Heredia, que cansado  
 Estaba de jornadas, y en efeto  
 De golpes de jueces descarnado ,  
 Que cierto lo pusieron en aprieto ,  
 Viéndose de vejez ya rodeado ,  
 Puso los ojos en estar quieto ,  
 Si dominio fatal y violento  
 Condescendiera con su pensamiento.

Mas aunque ya con boras y rosarios  
 Eran sus tractos y conversaciones ,  
 Teniendo los avisos necesarios  
 En nunca perder misas ni sermones ,  
 Todavía duraban de contrarios  
 Dañadas y malditas intenciones ,  
 Cuyos contrastes eran de tal suerte  
 Que fueron ocasiones de su muerte.

Mas antes que lleguemos al remate  
 Y fin acerbo del varon famoso ,  
 Quiero contar un pérdida dislate  
 Intentado por cierto religioso ,  
 Porque razon requiere que lo trate  
 Por ser atrevimiento monstruoso ,  
 Y sin entremeter paja ni ripio  
 Diremos el origen y principio.

El año de quinientos y cincuenta  
 Hicieron los Conteras tal esceso ,  
 Que con mano sacrilega, violenta ,  
 Mataron al obispo Valdevieso ;  
 Y en él también sus manos ensangrienta  
 Castañeda, que fué fraile profeso  
 En Nicaragua, do con los traidores  
 Se congregaron muchos malhechores.

Fueron á Panamá los delincuentes  
 Do hicieron también hechos inicós ,  
 Y con lo que robaron á las gentes ,  
 Si les durara, fueran todos ricos ;  
 Iban allí como sobresalientes  
 También otros dos frailes dominicos ,  
 Fray Andrés de Albis muy desvanecido ,  
 Con otro fray Alonso tan perdido.

Vencidas estas pérdidas banderas  
 Por un Martin Rüz, dicho Marchena ,  
 Y poblados los campos y riberas  
 De los que merecian mortal pena ,  
 No sé yo por qué vias ó maneras  
 Fueron los frailes dos á Cartagena ,  
 En cuyo territorio y hemisferio  
 Era recién fundado monasterio.

Fray Josepe de Robles fué primera  
 Persona fundadora del convento ,  
 No donde agora está, sino mas fuera ,  
 Que en los jaqueyes fué primer asiento ;  
 Este los recogió, que no debiera ,  
 Aunque debió de ser con buen intento ;  
 Después al reino se mudó, dejando  
 Al fray Andrés de Albis con su mando.

Viéndose ya señor del monasterio ,  
 El apetito fué de mayor cebo ,  
 Pues quiso ser monarca del imperio  
 De cuanto damos hoy al mundo nuevo ;  
 Y no fuera milagro ni misterio  
 Ahogarse con un tan solo huevo ,  
 Porque veais á qué se determina  
 En traje de humildad una gallina.

En este tiempo, por lo sucedido  
 En los rebeliones mal fundados ,  
 Habian muchos de Pirú venido  
 Por Gasca, presidente, desterrados ;  
 Y el destierro debió de ser medido  
 Segun la cualidad de los pecados ,  
 Y los que merecian menor pena  
 Se quedaban allí por Cartagena.

Diego de Vargas Caravajal era  
 Uno destes, y Ochoa, vizcaíno ,  
 Que mucho rehusaron la carrera  
 Cuando con la traicion el fraile vino ;  
 Mas él los indució de tal manera  
 Que se prendaron deste desatino ;  
 Y estos dos, que después hicieron piezas ,  
 Quedaron señalados por cabezas.

Comienzan á juntar gente baldía ,  
 Armas y belicosos instrumentos ,  
 Con el secreto que les convenia  
 Debajo de solemnines juramentos ;  
 Y el dicho fray Andrés señaló dia  
 Para principios tristes y sangrientos ,  
 Ocupados estando los vecinos  
 En los oficios sacros y divinos.

Fué la resolucion entrellos esta ,  
 Dispuesta por el mónaco profano :  
 Predicar él en una cierta fiesta ,  
 Por ser predicador el mal cristiano ,  
 Y allí los acabase gente presta  
 Cuando hiciese señas con la mano ;  
 Mas para sus contentos y placeres  
 Reservasen á solas las mujeres.

Concertados los torpes desvarios,  
Puestas las cosas todas en sus manos,  
Hacian cuenta de tomar navios,  
Y en ellos embarcarse los tiranos  
Para domar los otros señorios  
De Panamá, con pueblos comarcanos,  
Y desde Panamá pasar á Lima  
Y subyectar el resto de por cima.

Estas cosas y otras representa  
El mal prior á todos los damnados,  
Y dice que de gente descontenta  
De los que fueron mal galardonados,  
Y muchos que vivian con afrenta,  
Innumerables eran los soldados  
Dispuestos á pasar esta carrera.  
En viendo levantar cualquier bandera.

Encarece su próspera ventura  
Hablando con la pérdida cuadrilla,  
Promete colocallos en altura  
De que suele gozar escelsa silla:  
Mirad á cuánto llega la locura  
De un hombrecillo vil y con capilla,  
Queriendo ya trocalle por almete  
Y de tan gran traicion ser alcahuete.

Pues cuando la traicion y alevosia  
Intentaba con tácito recado,  
Era ministro de la sacristia  
Un Alonso Rüz, bien inclinado,  
Que fué después por su sabiduria  
En este Nuevo Reino prebendado,  
Músico principal de voz y dedo,  
Y natural del reino de Toledo.

Este que no sabia desta guerra  
Que por traidora gente se movia,  
Un mancebo tenia de su tierra  
En su posada y en su compañía:  
La memoria del nombre ya se yerra,  
Que no me acuerdo cómo se decia;  
Pero por no tener aviamiento  
Para Pirú, vivia descontento.

Y viéndolo con angustioso pio  
El Alonso Rüz, por consolallo,  
Para subir al reino por el río  
Habló con quien podia negociallo,  
Y hasta la barranca le dió avio  
De támenes ladinos y caballo,  
Y allí canoas y matalotaje  
Para que prosiguiese su viaje.

Salió de la ciudad el peregrino  
Con este sobredecho pensamiento,  
Y á la primer jornada del camino  
Topó con tres de los del alzamiento,  
En heredad cercana de un vecino,  
Donde les proveian de sustento,  
Debajo de buen fin y sin sospecha  
De la grave maldad que se pertrechaba.

Los tres de la cuadrilla detestable  
Hicieronle muy buen acogimiento,  
Y mediante conversacion afable,  
Supieron de sus pasos el intento:  
Dijeronle ser tierra miserable  
Y camino de gran desabrimiento:  
Que se lo mostrarán de mas regalo,  
Donde deseche presto pelo malo.

Muchas cosas le dicen, y en efecto,  
Después de conjuradas prevenciones,  
Le descubrieron en lugar secreto  
Sus traidoras y malas intenciones:  
El cual sin discrecion y sin respeto  
Se venció de sus pérdidas razones,  
Y hasta ver aquella maldad llena  
Determinó volver á Cartagena.

Entróse sonriendo por el nido  
Adonde hizo su primer escala;  
El Alonso Rüz, como le vido  
Entrar con su hatillo por la sala,  
De repentina cólera movido,  
Le dijo: «Vengais mucho en hora mala;  
Gasté por aviaros infinito,  
¿Y volveisos á las ollas de Egipto?»

El mozo le responde: «No se espante  
Vuesa merced, señor, que no quisiese  
Por agora pasar mas adelante,  
Pues en ello me va gran interese,  
Y sé que me dirá ser importante  
Si por ventura yo se lo dijese.»  
El Alonso Rüz luego le instiga  
Con importunidad que se lo diga.

Llegóse del oído muy cercano,  
Y declaróle toda la substancia:  
El otro, que sintió furor tirano,  
Le dijo sin guardar mas circunstan-  
cia: «¡Oh hi de puta, puto, mal cristiano!  
¿Y ese llamais negocio de importancia?  
Id al adelantado, dadle cuenta  
Quién es aquel que tal maldad intenta.

» No reparéis ganarme por la mano  
Antes que mis palabras se deslicen;  
Mira que luego declaréis de plano  
Todo cuanto sabéis y aquellos dicen,  
Porque si no, prometo de un villano,  
Que tengo de hacer que os desparticen.»  
El mozo le rogó que con él fuese  
Para que su mandado se cumpliese.

Viéronse pues con el adelantado,  
Y el Alonso Rüz, como debia,  
Dijo luego: «Señor, este soldado  
Quiere hablar con vuestra señoría  
Un negocio que dice ser pesado,  
Y rogóme que fuese yo la guía:  
No sé lo que se quiere; pero siento  
Que debe ser negocio de momento.»

Para que la razon fuese tan nota  
Cuanto fueron los sonos que le dieron,  
En parte de la casa mas remota  
Heredia y el mancebo se metieron,  
Donde le relató, sin faltar jota,  
Lo que los tres soldados le dijeron;  
Y así con la debida diligencia  
Mandó traer los tres á su presencia.

Fué la prision nocturna, sin ruido,  
Y con tan recatado miramiento,  
Que de nadie fué visto ni sentido  
Aquel acelerado mandamiento;  
Y dellos el delicto conocido,  
Sin que los apremiasen con tormento,  
Supo también, para mayor aviso,  
En otras circunstancias lo que quiso.

Pues como la maldad fuese notoria  
Contra las honras, vidas y caudales,  
Y no para perder de la memoria  
El hacer diligencias puntuales,  
Fué, como general, Joan de Villoria  
Con copia de vecinos principales  
A Cipacua, para prender traidores  
Y al fraile y á los otros dos autores.

Despachóse también por otra via  
A don Luis Bravo, cierto caballero  
Que en este Nuevo Reino do vivia  
Lo conoció después encomendero;  
Aqueste recogió gente baldia  
Tocada de la mancha que reliero,  
Y culpados ó libres de la pena,  
Llevó gran cantidad á Cartagena.

Hizo Villoria pues jornadas largas  
Hasta poner en su lugar la proa:  
Espantáanse de ver lanzas y adargas  
Que hieran rayos de la parte eoa;  
Prenden por buenos términos al Vargas,  
A los frailes también y al Pedro Ochoa;  
Ansimismo prendieron los soldados  
Que con ellos estaban congregados.

Algunos sueltos y otros en cadena  
Con palabras de buen comedimiento,  
Llegan á la ciudad de Cartagena,  
Y al Vargas se le dió luego tormento;  
El cual y los demás dignos de pena  
Declararon con él su mal intento,  
Y según merecia su malicia,  
Se hizo dellos ejemplar justicia:

El Ochoa y el Vargas arrastrados  
Y en ocho partes anibos divididos;  
Los demás oficiales ahorcados;  
Y con azotes los demás punidos;  
A Castilla los frailes desterrados,  
Con grillos en navios son metidos;  
Otros menos culpados en el yerro  
Condenados salieron á destierro.

Como surgiese pues en la Habana  
La nao do fray Andrés estaba preso,  
Tentó de se huir con obscurana,  
Sin nadie poder ver aquel esceso;  
El cual, viendo con viento tramontana  
Estar un cable acia tierra tieso,  
Asiendo dél creyó que guía fuese  
Para llegar adonde se abscondiese.

Y así le sucedió, pues en alcance  
Yendo de tierra para tomar puerto,  
La nao parece ser hizo balance,  
Tal que quedó con aguas encubierto;  
Y en este mas que miserable trance  
Lo recibió la blanca Tetis muerto:  
Dicen que lo hicieron dios marino,  
Mas á creello no me determino.

Aqueste fué su fin y paradero  
Por noviembre del año precedente....  
Y luego después desto, por enero,  
El otro que á cincuenta fué siguiente,  
Espanto y alboroto mas entero  
A la ciudad le vino de repente,  
Por casual y general incendio,  
Del cual quiero hacer breve compendio.

Tenian casas en aquella era  
Personas pobres ó cualificadas,  
Los altos y los bajos de madera  
Con cogollos de palmas cubijadas;  
Y aun hoy algunas hay desta manera,  
Que no todos las tienen mejoradas,  
Y son las sobredichas coheruras  
Para llamas de fuego mal seguras.

Porque con soplos del continuo viento  
Y el ardiente calor, están las ramas  
Dispuestas siempre para nutrimento  
De las veloces y movibles llamas,  
No con menos lijero movimiento  
Que globos que deshacen duras tramas,  
Impelidos del polvo salitroso  
Por el cañon cruel y fulminoso.

Al tiempo pues que negras confusiones  
Cubrían con su nubo tenebroso  
A gentes de las indias regiones,  
Llenas de soporífero reposo,  
Una mujer tomaba las unciones,  
Que padecía mal contagioso,  
Y las ministras se dejaron brasas  
Pegadas á la cerca de las casas.

Enciéndense los palos con la lumbre,  
Y fué la fuerza dellas de manera,  
Que voló presto hasta la techumbre  
Y salió por encima la cumbre,  
Usando de su natural costumbre,  
Invalescendo contra la madera:  
Salta del lecho la doliente dama  
Como vido los humos y la llama.

Eran aquestas casas al remate  
Del pueblo, que es do leste se deriva;  
Y entonces era tanto su combate  
Que no se vido cosa mas esquivo:  
Centellas sobre las demás abate,  
Y con furiosos soplos las aviva;  
Vieron la lumbre gentes castellanias  
Y á gran priesa repiecan las campanas.

Los de la ciudad alhorotada,  
Pensando ser cosarios, salen fuera:  
Huye sin su marido la casada,  
Sin esperar á padre la soltera,  
Una descalza, otra destocada  
Y otra con menos ropa que quisiera;  
Otros acuden al primero fuego  
Imaginando mitigallo luego.

Pero la llama con sus remolinos  
Por varias partes los escandaliza,  
Y el viento con fumosos torbellinos  
Y presurosos soplos mas atiza,  
Tanto que casas de los mas vecinos  
Se convierten en polvo y en ceniza:  
La revuelta, la grita y el estruendo  
De las gentes y llamas es horrendo.

Segun un río cuando va crecido  
Y baja de los altos de repente,  
Por piedras y peñascos divertido,  
Fuera del curso viejo la creciente,  
Que con aquel acuático ruido  
Se turban los oídos de la gente,  
Y con el rumor sordo y espantable  
No se percibe cosa que se hable:

Así también con los fogosos sones  
De las pajizas casas que se encienden,  
Iban en crecimiento turbaciones,  
Sin que supiesen quiénes los ofenden:  
Y si preguntan causas y razones,  
Los unos á los otros no se entienden,  
Ni nadie dellas en aquella plaga  
Sabe qué se responda ni qué haga.

Los que pensaban ser cosario mate  
Y sobresalto de francés avaro,  
Huyendo van por una y otra parte,  
El ausencia tomando por reparo;  
Pero la mucha lumbre fué de arte  
Que se desengañaran con su claro:  
Cada cual vuelve do su casa arde,  
Pero cuando vinieron era tarde.

Porque la llama fué tan presurosa,  
Sin que breve momento reparase,  
Que fué substancia poco provechosa  
Ya que de llamas algo se librase,  
Y á todos cuasi no les quedó cosa  
Que no se consumiese y abrasase:  
De tal manera, que los mas subidos  
Quedaron totalmente destruidos.

Heredia viendo desde plaza rasa  
Arder la iglesia, fué por socorrela,  
Y cuando revolvió sobre su casa,  
Do vió prevalecer viva centella,  
Hallóla toda ya tñ hecha brasa,  
Que se le quemó todo, sin que della  
Pudiesen escapar cosa ninguna:  
Que fué terrible golpe de fortuna.

La cual no tuvo menos inclemencia  
Con él después, trienio ya pasado,  
Porque le vino para residencia  
Por juez el doctor Juan Maldonado,  
Fiscal y oidor después en la audiencia  
Deste distrito ya conmemorado,  
Donde residen hoy sus tres sobrinas  
Que son de grandes alabanzas diñas.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,  
Puestas con gran razon en escriptura  
Con tinta de alabanza soberana,  
Porque demás del don de hermosura,  
Su gran bondad, honor, vida cristiana,  
Camino van de celestial altura,  
Y no menos lo llevan sus concetos  
De hijos y de hijas y de nietos.

Aqueste doctor era de Sevilla  
Y por algunas prendas obligado  
Al favor de George Quintanilla,  
Vecino principal y muy honrado,  
Pero del número de la cuadrilla  
Que perseguian al adelantado:  
Y en esta residencia que refiero  
A mi me consta selle mal tercero.

Para tomalle pues la residencia  
Término señalado se pregona:  
Y aunque tuvo debida reverencia  
En tractar con respecto su persona,  
Aquel odio, rancor y mal querencia  
Del que ya señalé lo desentona,  
Y otras muchas dañadas intenciones  
Le hicieron usar de sinrazones.

También Beltrán, á cuyos pedimientos  
El juez vino con humor adusto  
Por agravios y malos tratamientos,  
Fué causa principal de su disgusto,  
Pues en dar ó quitar repartimientos  
Ningun juez en Indias es tan justo  
Que pueda segun las variedades  
Ajustarse con todas voluntades.

A dar favor á este se convierte  
Toda la junta de los mal querientes.  
Con ser un hombre no de tanta suerte  
Que poseyese prendas eminentes;  
Mas en efecto, causa de su muerte  
Y de gran sinsabor á sus parientes,  
Por arrimar júeces el derecho  
A quien les encamina mas provecho.

Y así, para salir con el intento,  
Este doctor con leyes lo reboza;  
También con sus parientes al momento  
Anduvo la pasión á toda broza;  
Quitó los indios y repartimientos  
Al capitán Alvaro de Mendoza;  
Pero volviélosos mejor justicia  
Después que les constó de la malicia.

Pues el adelantado como via  
Que procuraban darle zancadilla,  
Y que con el doctor prevalecia  
La mala voluntad de Quintanilla,  
Consideró que mucho le cumplia  
Apresurar sus pasos á Castilla;  
Y así se despachó secretamente,  
Y Alvaro de Mendoza juntamente.

Sigue con mal agüero la derrota.  
Y en una conjuncion que no debiera,  
Por ir en los navios de la flota  
De que Gomez Farfán general era,  
Donde fortuna mala fué pilota,  
Entonces falsa y antes lisonjera;  
Pero pudo meter en el Habana  
Cosme Farfán su flota toda sana.

Hasta llegar allí no faltó maña,  
Por ser hombre de mar bien advertido;  
Serian veinte naves de compañía,  
Con las cuales estuvo detenido,  
Esperando las de la Nueva-España,  
Tres meses en amores divertido,  
Todos los del viaje descontentos  
Por las tardanzas y detenimientos.

Durantes estos dias mal gastados,  
Como por ciertas causas se desamou  
Santos de Alger y Marañon, soldados,  
Allí tuvieron singular certamen,  
Y solos, de sus armas preparados,  
Hicieron de las fuerzas tal examen,  
Que en el litigioso desconcierto  
Uno destes soldados quedó muerto.

El vivo, por la pena merecida  
Que recelaba por sus maleficios,  
A gran prisa tomó para guarida  
La casa de los santos sacrificios:  
Farfán al Marañon viendo sin vida,  
Tomó soldados que halló propicios,  
Y al Santos que con santos halló solo  
Sacólo de la iglesia y ahorcólo.

Hizo sus diligencias el prelado  
Antes que ejecutase la sentencia;  
Y visto no cumplirse su mandado,  
Sino perseverar en la demencia,  
Con anatema fué descomulgado,  
Por los quebrantamientos y violencia;  
Reiase Farfán, y como loco  
Tuvo la tal descomunion en poco.

Y así, sin procurar absoluciones  
Ni se parar á correccion cristiana,  
Haciéndole cien mil protestaciones  
Cada dia la gente castellana  
Acerca de sus grandes dilaciones,  
Determinó salir de la Habana,  
Y aun porque don Antonio de Ribera  
Esta quiso dejar y salir fuera.

El cual llevaba del Pirú bastantes  
Recados de poderes é instrucciones  
Para pedir al rey cosas tocantes  
Al bien de aquellas prósperas regiones;  
Y solo, sin los otros navegantes,  
Quiso salir de aquellas confusiones,  
En San Andres, un galeon terrible  
Que compró por ser hombre de posible.

Tal intencion por el Farfán sabida,  
Que por ventura fué con tal intento,  
Dió pregon que so pena de la vida  
Nadie haga del puerto mudamiento;  
Mas aprestóse para la partida  
No sin sospecha grande de mal viento,  
Pero por los murmurios de las gentes  
No curó de mirar inconvenientes.

Salió del puerto, no de buena gana,  
Que de mar benancible desespera,  
Y del galeon hizo capitana  
Donde iba don Antonio de Ribera;  
No hallan los navios la mar llana,  
Antes los contrastó tormenta fiera,  
Y cuanto mas la noche se cerraba  
La mar mas se movia y alteraba.

Durante pues aquella noche ciega,  
Por un rumbo que estaba mal seguro,  
El galeon á mas andar se aniega,  
Del cual mandan soltar un pasamuro;  
Luego la flota toda se le llega,  
Y dió cuenta Farfán del trance duro,  
Y á grandes voces le responde luego  
Un piloto llamado Joan Gallego:

«Señor, pues dáis tan malas esperanzas  
De poder escapar desos estremos,  
Al sur tenéis el puerto de Matanzas,  
Allá conviene mucho que arribemos,  
Porque fuera de tales destemplanzas  
Esas necesidades remedios;  
Mas al entrar mirad por el alhaja  
Porque no zabordeis en una laja.»

El general le dijo: «Sed vos guía:  
Poned farol con la posible prisa,  
Porque por donde vos hicierdes via  
La derrota de todos será esa.»  
Entraron todos bien por do decia;  
Mas la nao llamada la Condesa,  
Por no saber el bajo no se arriedra,  
Y al entrar encalló sobre la piedra.

Surtas las otras naos y bajeles,  
Luego las otras gentes del viaje  
Rodean la Condesa con bateles  
Y sacan oro, plata y el fardaje.  
Hasta la carga de bóvinas pieles,  
Y grandes cajas de matalotaje;  
Después con anclas y con caestramtes  
Hicieron que nadase como antes.

Metiéronla, ya libre de la peña,  
Por parte que no cubre mal engaño,  
Y la cuadrilla náutica domeña  
Brazos robustos al bieniesto caño  
De la bomba, que luego les enseña  
Tener remedios prestos aquel daño;  
Y así los marineros oficiales  
Acuden con debidos materiales.

Della y del galeon fuera la ropa,  
Con lado que les da quien los melea,  
Recorriendo de proa hasta popa,  
La parte peligrosa se tantea:  
Aprietan calafates el estopa,  
Cubre costuras la teosa breca,  
De tal manera, que se hacen ciertos  
Que podrian dejar aquellos puertos.

Pero por se mostrar el mar obscuro,  
Cuarenta dias tienen de reposo  
Allí, que saben ser puerto seguro  
Contra furias del Orion proceloso  
Y bravas tempestades del Arturo  
Que entonces se mostraba riguroso;  
Al cabo de los cuales con bouanzas  
Salieron deste puerto de Matanzas.

Al escorpión nocivo Febo deja  
 Por visitar al fuerte sagitario,  
 Cuando la turba náutica perpleja  
 Echa juicios con parecer vario;  
 Pero por votos de los mas, se aleja  
 Con los amenazar tiempo contrario,  
 El efecto del cual fué de manera  
 Que cada cual de vida desespera.

Y así la flota no va recogida,  
 Porque con los rigores turbulentos  
 Fué por diversas vías divertida,  
 Molestada de aguas y de vientos;  
 Llegó Cosme Farfán á la Florida  
 Con las naos que siguen sus intentos;  
 Hallóse la Condesa que echó sonda  
 En solas ocho brazas de mar fonda.

Aviso quiso dar de la fondura  
 Con voluntad, á lo que dicen, sana;  
 Pero como no hay hora segura,  
 Llegó sin que amainase la mesana,  
 Y por inopinada desventura  
 Embiste con la nao Capitana,  
 Y el golpe que le dió fué tan pesado  
 Que la rompió por medio del costado.

Todo cuanto tenía la cubierta  
 Al mar tempestuoso se convierte;  
 A las saladas aguas abrió puerta  
 Para trance mortal infausta suerte,  
 Pues allí si se vía cosa cierta  
 Era la certidumbre de la muerte:  
 Oyense grandes gritos y alaridos  
 De los que de las aguas son sorbidos.

Tristes pero brevísimas querellas  
 En balde pudo dar Ana Carmeña,  
 Y con ella también ocho doncellas  
 Mestizas que servían á esta dueña;  
 Pues hechas una balsa todas ellas  
 El impio mar la muerte les enseña,  
 Con otros, que deflieron ser cuarenta,  
 Abortos de la grávida tormenta.

Los otros de la misera tragedia,  
 Por jarcias y por mástiles asidos,  
 Entre tanto que gente los remedia  
 Y sean con bateles socorridos;  
 Entrestos mismos don Pedro de Heredia,  
 Farfán y don Antonio, sin vestidos,  
 Que con el resto que no se pregona  
 Entraron en la nao Bretendoná.

Perdido pues aquel desta manera  
 Por ocasion y vía tan estraña,  
 Los otros prosiguieron su carrera  
 Hasta poner las proas en España;  
 Mas en el golfo, con tormenta fiera  
 Que cuanto mas navegan mas se ensaña,  
 La nao Bretendoná mal se halla  
 Con agua que no pueden agotalla.

Pidió socorro como convenia,  
 Y á lo dar ocurrieron con presteza  
 Con nave que Cosme Buitron traía,  
 Donde metieron toda la riqueza;  
 Y entró la temerosa compañía  
 Llena de confusion y de tristeza,  
 Trocado cada cual de su figura  
 Por tan continuada desventura.

Entraron licenciados y doctores,  
 El buen Heredia y otros caballeros,  
 Y Góngora y Galarza, dos oidores  
 Que deste reino fueron los primeros;  
 Entraron confusiones y temores  
 Adivinando malos paraderos;  
 Entró fuera de todo regocijo  
 El gobernador Sancho de Clavijo.

Ansimismo subyectos á Neptuno  
 Otros iban allí no tan insinies,  
 Mas con temor no menos importuno:  
 Notarios, escribanos y malsines,  
 De los cuales á uno ni ninguno  
 Conoci que tuviese buenos fines,  
 Antes tristisimos acabamientos  
 Y sin gozar de santos sacramentos.

Bien creo yo que no haré cosquillas  
 Al bien intencionado ni al modesto;  
 Mas de muchos que vi por estas villas,  
 Hablo tan solamente deste puesto,  
 Podria declararos maravillas,  
 Por mi consideradas cerca desto;  
 Cuya muerte de nadie fué plañida  
 Y tal que dió gran muestra de su vida.

Hambrientos lobos que todo lo quieren  
 Y á los demás les cuentan los bocados;  
 Vayan las cosas por adonde fueren  
 La casa llena hasta los tejados;  
 Robando viven y robando mueren  
 Y en robos son sus días acabados;  
 Y al cabo de la vida tanta mengua  
 Que pocos dellos mueren con su lengua.

Destos iban allí no sé qué tantos,  
 Y cada cual el cofre proveído,  
 Que vistos los mortíferos espantos  
 Quisieran muy mejor haber vivido:  
 Todos llaman al Santo de los santos  
 Con devocion y languido gemido,  
 Porque el viento, la mar, la destemplauza,  
 Quitaba del vivir la confianza.

Con esta furiosísima refriega  
 Llegaron al paraje de Zahara,  
 La costa della toda turbia, ciega,  
 Y tal que no se vía cosa clara;  
 A los cables y áncoras entrega  
 Buitron la nave dicha y allí para,  
 Pensando que los inconstantes vientos  
 Mitigaran sus ásperos alientos.

Pero la furia dellos era tanta  
 Que desconsuela la compañía triste,  
 Y de los bajos piés á la garganta  
 El espumoso golpe los embiste;  
 Hasta las altas gavias se levanta,  
 Y por ninguna vía se resiste:  
 Cuanto oyen y ven los amenaza  
 Y el hilo del vivir les adelgaza.

Temen quel agua no los arrebathe  
 De la cubierta por do va corriendo;  
 Oyen por los peñascos el combate  
 Donde las olas quiebran con estruendo;  
 Impetuoso viento los abate  
 Con furia, tempestad y son horrendo;  
 En camisa, sin calzas y sin sayos,  
 E ya todas sus fuerzas son desmayos.

Los unos y los otros lamentando,  
 Hiriendo con temblor dientes con dientes,  
 Tablas, barriles, palos procurando  
 Con otros materiales diferentes,  
 Para llevar con ellos sustentando  
 Los cuerpos miserables y dolientes,  
 Rendidos al rigor del mar airado  
 Bravo, feroz y desapiadado.

En este trance mas que miserable  
 Porque la noche no los ocupase,  
 Pareciéndole medio razonable  
 Con que la gente toda se salvase,  
 Mandó Cosme Farfán cortar el cable,  
 Y en la playa la nave zabordase;  
 Lo cual se hizo como lo mandaba,  
 Pero no sucedió como pensaba.

Porque como llevaba tanta carga,  
 A breves pasos encalló la quilla;  
 Fué para brazos la distancia larga,  
 Pues con ellos pretenden el orilla;  
 Allí la confusion triste y amarga,  
 Allí la turbacion y la manilla;  
 Fuera recean el mortal encuentro,  
 Peor y mas crüel si quedan dentro.

Ya la nao por partes se reparte;  
 Fuera de su lugar el timon anda,  
 Las obras muertas van por una parte,  
 Jarcias y velas van por otra banda;  
 Nadan los que son diestros en el arte,  
 Como necesidad urgente manda;  
 A tierra llegan recios marineros  
 Y Farfán y Buitron de los primeros.

Los menos diestros en aquestos usos,  
Cuyas cubiertas son las carnes solas,  
Andan allí revueltos y confusos  
Tragando ya la muerte con las olas ;  
Quebra Laquésis los vitales husos  
A mas de cien personas españolas,  
Entre los cuales son los dos oidores  
De mas quieto fin merecedores.

Otros muchos juristas y escribanos  
Bullian por las ondas muy espesos ,  
Pero no se valian de sus manos  
Para contra la mar hacer procesos :  
Perecen ellos y papeles vanos  
Do pintaron aposta los escesos ;  
Y á los del licenciado Juan Montaña  
El agua no les quiso hacer daño.

Porque viéndolos ir con tales sellos,  
El marino rigor dellos se espanta :  
Digo que se espantó la mar de vellos,  
Y así no los corrompe ni quebranta ;  
Y tales en efecto fueron ellos,  
Que su culpa pagó con la garganta ,  
Pues exencion tan llena de furores  
No debió merecer fines mejores.

Téllez, que secretario fué primero  
En este reino, ya libre de faldas ,  
Se concertó con cierto marinero  
Que lo sacase sobre sus espaldas,  
En pago de lo cual le dió dinero  
Y algunas buenas piedras esmeraldas ;  
Cogió las joyas y el del fin se anima  
A navegar con Arion encima.

El Arion novelo se consuela  
Viéndose ya llevar desta manera :  
Mas el del fin robusto que recela  
Poder llegar al fin de la carrera ,  
Faltó como faltaba la vihuela ,  
Antes de lo sacar á la ribera :  
Al fin Alonso Téllez se le queda  
Muerto, y él escapó con la moneda.

La dura tempestad le fué propicia  
Viéndole las espaldas descargadas ;  
Mas con duro flagelo de justicia  
Después se las pararon coloradas ,  
Diciendo que lo hizo de malicia  
Personas que venian rezagadas ,  
A quien yalío contra la violencia  
Saber nadar y buena diligencia.

El buen adelantado se adelanta  
En confianza de salir á nado :  
Una vez con las olas se levanta ,  
Dellas es otra vez precipitado ,  
A la resaca llega, mas es tanta  
Que no le consentia tomar vado ,  
Y así lo que buen ánimo consulta  
Quebrantada vejez le dificulta.

Adonde ve mas quietud arriba,  
Su vencedora fuerza ya vencida ;  
En tierra dos ó tres veces estriba,  
Poco le falta para la salida...  
Mas un gran mar de tumbo lo derriba,  
Que fué postrer remate de la vida  
Del capitán egregio, sabio, fuerte,  
Indigno de morir tan mala muerte.

No pudiera con él onda violenta  
Viendo sus brazos en edad mas moza ;  
No falta pues allí quien lo lamenta  
Y que de corazon gime y solloza ;  
Pues escapó de la crüel tormenta  
El capitán Alvaro de Mendoza ,  
Marido digno de mujer tan dina  
Cual es doña Francisca su sobrina.

Digo sobrina del adelantado ,  
En su remate falto de ventura ,  
Cuyo cuerpo no pudo ser hallado  
Para dalle terrena sepultura ,  
Aunque con ansiosísimo cuidado  
Alvaro de Mendoza lo procura ,  
El cual se libró de la mar insana  
En una carabela lusitana.

Llegó la nueva pues á Cartagena  
Y larga relacion deste conlito ,  
Donde se recibió tan grave pena  
Que no sabré pintalla por escrito :  
En cada casa generosa suena  
Un gran clamor y doloroso grito ;  
Las generosas damas y doncellas  
Daban impacientísimas querellas.

En todos era general el lloro ;  
Amigos y enemigos enlutados ;  
Los cabellos que esceden hebras de oro,  
Vuelan aqui y allí despedazados ;  
Destiérnanse las galas y el decoro  
Que solian usar tiempos pasados ;  
Hacen demostracion destes dolores  
Las sonoras campanas con clamores.

Y aquella dueña digna de memoria,  
Su sobrina mayor doña Costanza,  
Viuda ya del buen Juan de Villoria,  
Con prendas de no menos esperanza,  
Su sentimiento fué cosa notoria  
A los que conocimos su templanza ;  
Pues yo con otros muchos circunstantes  
Oíamos palabras semejantes :

« ¡ Oh lumbre de mis ojos, padre mio,  
De mi ventura claro fundamento ,  
Pues que padre me fuestes mas que tío,  
En regalos, amor y tractamiento !  
No merecia ser vuestro desvío  
Fatal entre furores de agua y viento ,  
Do la manera del morir escede  
Al dolor que quitar la vida puede.

» A todas las humanas criaturas  
Bien veo quel morir les es anejo ;  
Mas de morir en estas coyunturas  
Y concluir con tan amargo jejo ,  
Las entrañas crüeles y mas duras  
Conocerán que con razon me quejo ;  
Pues que ser y valor tan agradable  
No merecia fin tan miserable.

» ¡ Oh fortuna crüel, vil, inconstante,  
Cuán insufribles son tus desafueros !  
¿ Quién vivirá con golpe semejante  
Sin desear sus dias postrimeros ,  
Pues así nos quitaste de delante  
Honra de los honrados caballeros ?  
» Arrebatástenos, facinerosa,  
Un ejemplar de vida virtuosa !

» Venciste ya la vencedora mano :  
Lievástenos al invencible pecho ,  
Aquel entendimiento soberano ,  
Y al instrumento del comun provecho ,  
A quien á todos fué padre y hermano ,  
Cabal en las palabras y en el hecho ,  
Facil en perdonar cualquier injuria  
En movimiento de la mayor furia.

» Nunca jamás apeteció venganza ,  
Y en las ejecuciones del castigo  
Muy menor el rigor que la templanza ,  
Y tanta mas cuanto mas enemigo :  
Comun y general es la probanza  
Que puede confirmar esto que digo ;  
Razon hace hablar, y no fatiga ,  
Sin temor de que nadie contradiga.

Con tales loas voz enternecida  
Los oidos hirió de los oyentes ;  
Las cuales, si razon es conocida ,  
No se pueden decir impertinentes ,  
Y á vuelta de las quejas no se olvida  
De las cosas al alma convenientes ,  
Pues para celebrar los funerales  
Hizo las diligencias principales.

Vinieron luctuosas compañías,  
Así de dueñas como de varones ;  
Acudieron devotas cofradías ,  
El dean y cabildo y religiones ;  
Hubo por el espacio destes dias  
Luculentos y pródigos sermones ,  
Y todo lo demás tan en su punto  
Que se mostró por él el del difunto

El tûmulo rodean luminarias  
Que tienen en las manos diferentes  
Naciones bravas que le dieron parias  
Y á sus mandados fueron obedientes;  
Allí pusieron muchos letras varias,  
Epitafios y versos excelentes,  
Mas no puedo hacellos manifiestos  
Por acordarme solamente destes :

*Perdidit invictum Martem furibunda procella,  
Tempestas famam perdere nulla potest,  
Quin potius scribi calamo sua facta perenni  
Possunt, in nullis interitura dies.*

Al insuperable Marte Venció la tormenta fiero, Dando fin á su carrera, Pero no pudo ser parte Para que su fama muera:	Antes la mas breve suma De sus hechos pide pluma De tan sonora trompa, Que ni el tiempo la corrompa Ni malicia la consuma.
---	--

## ELEGIA

*A la muerte de Joan de Bustos de Villegas, segundo go-  
bernador de Cartagena por provision de la R. M.*

### EN UN SOLO CANTO.

Después de ser en el adelantado  
Ejecutada la fatal sentencia,  
El doctor gobernó Juan Maldonado,  
A quien luego de la real audiencia  
Fué deste nuevo reino señalado  
Por juez que tomase residencia  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Persona grave, docta y estimada.

Pero por ser á su salud embargo  
El temple de las tierras y contrario,  
Su morada no fué de tiempo largo,  
A causa de buscar el necesario:  
Y á Francisco Velazquez dejó el cargo,  
Hoy en aqueste reino secretario,  
Que aunque mozo mostró tener talento  
Para negocios de mayor momento.

Y así con su valor y buenas mañas  
Compuso graves y pesadas bregas,  
Por no faltar allí parciales sañas,  
Contrarios bandos y pasiones ciegas;  
Y con poder del rey de las Españas  
Sucedió Juan de Bustos de Villegas,  
Del cual quiero tractar por orden raso.  
Las cosas que hicieron mas al caso.

Uno faltaba ya para sesenta  
Años de mas de mil y otros quinientos,  
Cuando con este cargo se presenta,  
Mediante los reales mandamientos.  
Daba de su gobierno buena cuenta,  
Alegres los vecinos y contentos,  
Pero poco después al Juan de Bustos  
No faltaron enojos y disgustos.

De los cuales no fué menor azote  
Venir para robar el oro y plata,  
El próspero caudal y rico dote  
Destos marinos puertos, un pirata  
Que se dijo don Juan, y un Martín Cote,  
Franceses de la Galia bracata,  
Con siete naos, cada cual potente,  
Y en ellas grande numero de gente.

Sabida su venida por la via  
De Santa Marta, cuyo flaco puerto  
El robador cosario ya tenia  
A su querer y voluntad abierto,  
El Juan de Bustos, como convenia,  
Puso sus pocas gentes en concierto  
Para se defender desta potencia,  
Haciendo la posible resistencia.

Mandó hacer trincheas y bestiones  
Con gran solicitud en las entradas,  
Aunque de necesarias municiones,  
Por le faltar, no bien aderezadas;  
Convocó caballeros y peones,  
Hizo venir las gentes derramadas,  
Entrellos los antiguos capitanes,  
Dispuestos á victorias ó desmanes.

Fué capitán de la caballeria  
Alvaro de Mendoza, que hoy nos dura,  
Niño de Castro del infanteria:  
Ambos en valentia y en cordura  
Cabales, si tuvieran aquel dia  
Mas posibilidad y mas ventura;  
El un aférez fué Francisco Portes,  
Y no refiero los demás consortes.

Mandó venir al indio Maridado,  
Cacique principal de los fronteros,  
El cual acudió bien acompañado  
De quinientos destristimos flecheros,  
De venenosos tiros pertrechado  
Cada cual, según bárbaros guerreros;  
Luego la playa por las partes juntas  
Fué sembrada de venenosas puntas.

Cuando queria pues del primer sino  
Febeo resplandor hacer desvios,  
Y entrar en el de Toro por camino  
Compuesto de dorados atavios,  
Vieron por aquel término marino  
Venir estos beligeros navios,  
Pendientes dellos por diversas partes  
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Bateles artillados traen fuera  
O lanchas y lijeros bergantines,  
Y cuando ya tuvieron la frontera  
Rompén el aire trompas y clarines;  
Al puerto van y toman la ribera  
Para de sus intentos ver los fines;  
Mandan que gente de caballo vaya  
A ver si desembarcan en la playa.

En el puerto, de la ciudad distante  
Poco menos que legua de comarca,  
El francés cudicioso y arrogante  
Mas de mil hombres diestros desembarca:  
Caminan bien armados adelante  
Contra pocos del español monarca;  
Los de caballo que eran centinelas  
Baten á toda furia las espuelas.

Avisan á las gentes castellanas  
Y á voces dicen que los galos llegan;  
Tocan los atambores y campanas,  
Y dentro de la plaza se congregan  
Robustas fuerzas, y las viejas canas  
Se sobresaltan y desasosiegan;  
Mas el Bustos formó sus escuadrones,  
Hablándoles allí tales razones:

« Buen ánimo, carísimos hermanos,  
Que para mas honor y mayor gloria  
La batalla tenemos en las manos,  
Y della nos dará Dios la victoria:  
No temais estos viles luteranos;  
Baja canalla es y vil escoria;  
Por buen Dios peleais y por las prendas  
De hijos y mujeres y haciendas.

» En el pueblo tenéis vuestras alhajas,  
Que de lo substancial no falta pelo;  
Negocio es adonde no van pajas  
Y no cumple tomallo con recelo:  
Ellos tienen favor de sus ventajas,  
Pero nosotros el del alto cielo,  
E yo confío de su gran clemencia  
Que no puede durar su violencia. »

Esto dicho, camina con la gente  
Para los encontrar en los caminos,  
E Luis de Villanueva su teniente,  
Con los que del lugar eran vecinos,  
Cada cual conocido por valiente  
En muchos belicosos torbellinos:  
Todos y cada cual mostraba gana  
De romper con la gente luterana.

Habia ciertos hombres forasteros  
A vueltas de los dichos moradores,  
Que presumian mucho de guerreros,  
Y aquestos, no sin voces y clamores,  
Decían: « No conviene, caballeros,  
Salir de donde somos muy mejores:  
Yerro notable es el que hacemos,  
Y en salir de la plaza nos perdemos. »

Juan de Bustos se lo contradecía,  
Teniendo por mejor salir afuera;  
Mas fué tan pertinace la porfia  
De la ya dicha gente forastera,  
Que lo hacen volver do no queria,  
Y porfió hasta la vez tercera  
A salir, con enojomanifiesto.  
Mas no pudo sacallos de aquel puesto.

Habia solos diez arcabuceros  
Vecinos, y con ser gente tan poca,  
Divisos de los otros compañeros,  
Por acudir á lo que mas les toca,  
De la calle por do vienen los fieros  
Franceses se pusieron á la boca,  
Y allí hicieron la posible salva  
Francisco Sanchez y Francisco de Alba.

También allí Bartolomé de Arjona,  
Con los siete que no van señalados,  
Hacia cada cual por su persona  
Lo que suelen hacer buenos soldados,  
Sin que de los demás desta corona  
Fuesen favorecidos ni ayudados,  
Sino Mendoza que con los caballos  
A ellos se llegó por reguardallos.

Acércanse los galos con estruendo,  
Suena para romper trompa sonora  
Donde los diez estaban atendiendo  
Que salieron con furia vengadora;  
Por dos veces los fueron retrayendo,  
Espacio que duró mas de una hora,  
Hasta que ya cesaron los cañones  
Por se les acabar las municiones.

Conocida por el francés la falta  
Del fumoso cañon y del mosquete.  
Por dos partes del pueblo los asalta  
Y mas adentro las escuadras mete;  
A los unos Mendoza sobresalta,  
Y con veinte caballos arremete;  
Retrájolos á parte conviniente,  
Do se emptyó gran número de gente.

Pero como persona que sabia  
Tener aquel lugar mortal engaño,  
Y que por esta causa no podia  
Por allí pelear sin proprio daño,  
Retrájose con esta compañía  
A la ciudad con el demás rebaño,  
Y con los que seguan su bandera  
Junto á Santo Domingo los espera.

Viendo que ya llegaban al paraje,  
Antes que del lugar viesen el centro,  
Rompió por ellos varonil coraje;  
Y fué de tantas muertes el encuentro,  
Que muchos, del cosario peonaje  
Huyendo, se metieron mar adentro;  
Mas todos los que son menos inertes  
En un cercado se hicieron fuertes.

Oyendo Bustos la sangrienta caza,  
Pareciéndole ser exorbitante  
Negocio no salirse de la plaza,  
Y mas en coyuntura semejante,  
Aquella parte se desembaraza,  
Y el buen alférez Portes por delante  
Acudió con alguna gente suelta  
A do sonaba la mayor revuelta.

Yendo dispuesto para la pelea,  
Hicieron que torciese su camino  
Antes de se hallar donde desea,  
Por voces que le dió cierto vecino:  
«Acá, señor, acá, que nos rodea  
Otro mas peligroso torbellino».  
Y fué verdad, porque gentes armadas  
Tenian ya las calles ocupadas,

De tal manera, que nunca fué parte  
Para poder hacelles resistencia;  
Ni valian allí mañas ni arte,  
Animo, ni valor ni diligencia;  
Mas Portes prosiguió con su estandarte  
Do Mendoza tenia la pendencia,  
En el cercado do se defendia  
El don Juan con la gente que tenia.

La gente castellana, mal armada,  
Con ánimo feroz les acomete;  
Pero de la primera rucitada  
Mataron de peones diez y siete;  
Entran los de caballo, y al entrada  
Pereció Santa Cruz, un buen jinete,  
Con otro que Espinosa se decia,  
Que hizo buenos hechos aquel día.

Rompió como quien bravo monte tala  
El buen Francisco Portes por un lado;  
Sus golpes á los de Hércules ignala,  
Con brazo vigoroso y esforzado,  
Hasta tanto que con ardiente bala  
Fué de vital calor desamparado,  
Dejando de la fuerza de su diestra  
Horrible voz de sanguinosa muestra.

Tanto, que dados fines á la guerra  
Decian los franceses en su gloria:  
«A tener muchos destos esta tierra  
Desesperáramos de la victoria».  
Luego pues el don Juan se desencierra  
Teniendo ya la suya por notoria,  
Viendo que nuestras gentes eran rotas  
Por la gran multitud de las pelotas.

No dejó de hacer con su caterva,  
En tanto que duraron los cristianos,  
Maridado gran mal en la proterva,  
Pues disparaban pocos tiros vanos;  
Y así hirió con venenosa yerba  
Crecido número de luteranos,  
Y consumidos ya los tiros diestros  
Al monte se retrajo con los nuestros.

Los cuales desamparan sus placeres,  
Llevando por delante los heridos  
Y cantidad de niños y mujeres,  
Movidos de sus ásperos gemidos;  
Y así vecinos como mercaderes  
Quedaron asolados y perdidos,  
Por ser inopinada la venida  
Y muy poca hacienda guarecida.

Y mujer pobre y el cansado viejo,  
Aunque sepan haber algun cosario,  
Y reconozcan ser sano consejo  
Trasponer su caudal á lugar vario,  
Fáltales el avío y aparejo  
En tales coyunturas necesario;  
Demás de que con tales confusiones  
También roban domésticos ladrones.

A los cuales se quedan en rehenes  
Alhajas de las gentes mas amigas;  
Y por los montes á los salvos bienes,  
Demás destas zozobras y fatigas,  
Consumen los ardientes comijenes,  
Que son blanca manera de hormigas,  
En las tierras calientes una plaga  
Que nada dejará que no deshaga.

Esta pernicioso sabandija  
Sobre la tierra hace su morada,  
Y al modo de hormiga se cubija,  
Aunque sobre la haz muy levantada,  
Donde cria sus pollos y se shija  
Y aumenta crecidísima manada;  
Pero su cualidad es tan ardiente  
Que lo duro deshace brevemente.

Hasta de la madera se mantiene,  
Y en el hierro y acero hace caño;  
Al mercadante pues no le conviene  
Tardar en revolver lienzos ó paño:  
Que si por algun tiempo se detiene  
Ha de hallar irreparable daño,  
Y en guerra mal se puede hacer esto  
Andando por los montes descompuesto.

Así que por ingleses ó por Francia  
Hoy es trabajosísima vivienda;  
Pues aunque por los tractos hay ganancia  
Facilmente se pierde la hacienda.  
Faltando mayormente tal instancia  
Que con valor y brío la defienda;  
No porque en el conflicto de que trato  
Dejasen de hacella muy gran rato.

Y si el gobernador no se rigiera,  
 Cuando se vieron en aquel aprieto,  
 Por gente fanfarrona forastera  
 Que siempre lo trajeron inquieto,  
 Tengo yo para mí que se hiciera  
 De parte de los nuestros buen efecto,  
 Porque su voluntad y su destino  
 Siempre fué de salilles al camino.

Y la gente vecina que se halla  
 Con él, de caballeros y peones,  
 Aunque faltos de bronces y de malla,  
 Tenían estas mismas intenciones,  
 Deseosísimos de la batalla  
 Fuera de la ciudad con los ladrones,  
 Con ser en número siete doblados  
 Y venir todos ellos bien armados.

Viendo pues ya perdida su bandera,  
 Por no dar largas á peor estado,  
 Su gente trabajó sacallo fuera  
 Con importunidad mas que por grado,  
 Llevando gente que menuda era,  
 Segun pudo furor arrebatado,  
 Do Gonzalo Fernandez guió el freno  
 Haciendo lo que debe cualquier bueno.

También Rodrigo Lopez á caballo  
 Con esta voluntad iba corriendo,  
 Con valor que podríamos contallo  
 Versos mas abundantes estendiendo;  
 Mas una bala pudo derriballo  
 Con estampida de furor horrendo,  
 Privándolo de luz y del consuelo  
 Que le dieron los hados en el suelo.

Digo que dellos fué favorecido  
 En darte generosa compañía,  
 Pues aqueste hidalgo fué marido  
 De aquella hermosísima Maria  
 Que tiene de Aguilar por apellido;  
 La cual, con el valor que convenia,  
 Escedió con honrad su hermosura  
 Después y antes desta su ventura.

Nuño de Castro, por cuya prudencia  
 Pudiera la victoria ser habida,  
 Viendo su parecer y su sentencia  
 Ser del gobernador mal admitida,  
 La gran tristeza le causó dolencia  
 Y en pocos dias le quitó la vida  
 Al varon de virtudes relicario  
 Y para paz y guerra necesario.

Todos lloraron el acabamiento;  
 Mas su doña Francisca de Padilla  
 Mostró tan entrañable sentimiento  
 Que movia las piedras á manciella;  
 La cual le hizo tal enterramiento  
 Que se puede contar por maravilla:  
 Llorábalo cualquier menesteroso  
 Por ser dellos amparo generoso.

Señoreóse pues de Cartagena  
 La gente codiciosa del pirata;  
 Halláronla de muchas cosas llena,  
 Pero pocas preseas de oro y plata;  
 Y su victoria no fué tan sin pena  
 Que pudiesen tenella por barata,  
 Pues de los empujados y sangrientos  
 Sus muertos pasarían de trescientos.

Y aun el don Juan salió de una lanzada  
 El molido derecho traspasado,  
 De que después fué nueva divulgada  
 Que por la mar dió fin á su cuidado:  
 Huida pues la gentes mas granada,  
 Y el pueblo mucha parte del quemado,  
 Prendieron por allí gentes ímbelres  
 Y no sé cuántos indios infelres.

Y adonde Juan de Bustos residia  
 Los hizo recoger el enemigo,  
 Y aqui reside Beatriz Garcia  
 Que fué del número de los que digo:  
 La cual, como persona que lo vía  
 Es de lo que pasó no mal testigo,  
 Demás de que me consta claramente,  
 Porque yo me hallé cuasi presente.

A las personas pues encarceladas  
 La gente desta pérdida canalla  
 Juraba de les dar de ñaladas  
 Sino se componian en la talla,  
 O si las otras gentes retiradas  
 Segundaban á dalles la batalla;  
 Y que del pueblo quemarán el resto  
 Si no les daban el rescate presto.

Hízose cerca desto mensajero,  
 Y allí se fortalecen entre tanto;  
 Corrió la diligencia del tercero  
 Que pretendió librallos del espanto;  
 Al fin les dieron copia de dinero,  
 Pero yo no sabré deciros cuánto,  
 Mas de que se partieron con provecho  
 Y el pueblo que lo dió quedó deshecho.

Traían estos cierto sacerdote  
 Llamado don Martin, el cual trompieza  
 En no sé qué pasión con Martin Cote,  
 Que hizo disparar broncina pieza,  
 Cuya bala le dió por el cocote  
 Quitando de los hombros la cabeza;  
 Decían ser por yerro, mas no yerro  
 El golpe, pues que dió con él en tierra.

Mostraron un fingido sentimiento,  
 Y á causa de ser hombre señalado  
 Hicieron singular enterramiento  
 En lo mas alto del lugar sagrado;  
 Mas don Juan de Simancas al asiento  
 Vuelto, de donde estaba retirado,  
 Mandó sacallo de la sepultura  
 Y cubrir el cadaver con basura.

Habíamos venido por prelado  
 Dos años antes deste luterano,  
 Y renunció después el obispado,  
 En el qual doce años tuvo mano;  
 Y en España después de renunciado  
 Acabó cordobés arcediano:  
 Fué antes fray Hierónimo Beteta,  
 Mas acá poco tiempo se quieta.

Pues sin ver la ciudad de Cartagena  
 Do tenia su catedral escuela,  
 O no le pareciendo tierra buena,  
 O porque de la carga se recela,  
 En viendo de las Indias el arena  
 Se volvió desde el Cabo de la Vela:  
 Así que, después dél, Simancas vino,  
 Clérigo singular y hombre benino.

El don Juan de Simancas apartado  
 Del gobierno desta catedral silla,  
 Don fray Luis Zapata fué nombrado,  
 Caballero notorio de Castilla;  
 Mas por ser para él corto cuidado,  
 Antes de se partir para regilla,  
 Dignidad de arzobispo le fué dada  
 En este nuevo reino de Granada.

Salida pues la robadora plaga  
 Y mal de la francesa pestilencia  
 De Cartagena con forzosa paga,  
 Bajó luego desta real audiencia  
 El oidor Melchior Perez de Arteaga  
 A visitar aquella pertenencia,  
 Tasar los indios y poner concierto  
 En las cosas tocantes á aquel puerto.

Negocios proveyó bien necesarios;  
 Y al bárbaro que nada se vestia  
 Usar hizo de nuestros vestuarios,  
 Y en ellos permanecen hoy en día:  
 Quemó gran cantidad de santuarios,  
 Desterrando bestial idolatria;  
 Persiguió por la mar ciertos piratas  
 Que saltaban barcos y fragatas.

Deseaba hacer algun buen lance  
 Por quitar á los tractos mal emboce;  
 Mas ellos temerosos deste trance  
 Hicieron sus navios á lo largo,  
 Y así no les pudieron dar alcance;  
 Al fin los dias que duró su cargo  
 Quedó con opinion entre la gente  
 De singular juez y de valiente.

Estando de la suerte que discernio  
Las cosas que lo son en importancia,  
De que hace mencion este cuaderno,  
Dejando la menuda circunstancia,  
Al Juan de Bustos dieron el gobierno  
De Panamá por ser de mas substancia,  
Y su teniente Salazar, letrado,  
Quedó para regir aquel estado.

Al cual vino poder para que haga  
Cargos, tomando luego residencia  
Al dicho Melchior Perez de Arteaga,  
A quien por su valor y su licencia  
Le dió su Majestad honrosa paga,  
Y mis manos tuvieron la sentencia  
Impresa, de la cual quedó con fruto  
De juez en sus cargos incorruto.

Después aqueste noble caballero,  
Cuyas partes por brevedad abscondo,  
El hábito tomó del santo clero,  
Teniendo por mejor el sacro pondo;  
Y agora por la via que reliero  
Me dicen ser abad del Burgo Fondo,  
Y aunque es gran dignidad do permanece,  
Es cifra de lo mucho que merece.

Al Juan de Bustos pues á nuevo cargo  
Lo lleva la fortuna que lo adula  
Con esperanzas de provecho largo  
Que los humanos pechos estimula,  
Adonde concluyó con fin amargo  
Precipitado de su propia mula;  
Y así damos remates á su historia  
Con suplicar á Dios le dé su gloria.

Varon fué grave, de gentil aspeto,  
Alto, con miembros bien proporcionados,  
Y aunque yo lo tenía por discreto,  
Algunos términos tuvo pesados,  
Pues no guardó decoro ni respeto  
A los eclesiásticos prelados;  
Y los hombres que fueren desta suerte  
Pocas veces heredan buena muerte.

Después que con tal coce de fortuna  
Al Bustos sepultó fatal arena,  
Aquel buen Anton Dávalos de Luna  
Vino para regir á Cartagena;  
Varon que fué de generosa cuna,  
Persona de virtudes no menos llena,  
Y cuyas principales aliciones  
Eran armas, alardes y escuadrones.

Y así para defensa de aquel puerto,  
Mil veces infestado de cosarios,  
Hizo poner las cosas en concierto,  
Buscar caballos y pertrechos varios,  
Hizo trincheas como bien esperto  
En partes y lugares necesarios,  
Nombrando proveedor que visitase  
Las armas, y las viese y alistase.

De noche por la playa sus espías,  
Atalaya de dia que reguarde,  
Instruyendo bisoñas compañías  
Por levantar al ánimo cobarde:  
Ordenó que de quince en quince dias  
Hiciese cada capitán alarde,  
Y de tres en tres meses se muñesen  
Para que todos juntos lo hiciesen.

Como buen capitán y buen vasallo  
En estos ejercicios se recrea,  
Y domingos y fiestas á caballo  
A los que son jinetes acarea,  
Porque mejor supiesen meneallo  
Al tiempo que viniesen á pelea;  
Pero su bondad fué de poca dura  
Por acaballa cierta calentura.

Era del hábito de Santiago,  
De las Españas defensor y guarda;  
Estrano fué de sensual halago  
Que varoniles pechos acobarda;  
Su fama buena se le da por pago,  
Indigna de tener historia tarda;  
Mas si de luz gozare su escriptura  
Podrá sacallo de la sepultura.

Aqueste caballero fallecido,  
Cuya muerte no fué sin sentimiento,  
Para la defension deste partido  
Fué luego por cabildo y regimiento  
Don Alonso de Vargas elegido,  
Hasta venir escelso mandamiento;  
El cual llevó como varon bastante  
Guerreros ejercicios adelante.

Al mas dormido hace que dispierte,  
Al mas imbele singular atleta,  
Y como capitán que bien advierte  
A cuán pesado yugo se subyeta,  
Mandó que se hiciese cierto fuerte  
En la parte que llaman la Caleta,  
Adaptado lugar y conviniente  
Para se defender de mala gente.

Con gran solicitud y diligencia  
Estas cosas y otras ordenando,  
Vino por provisiones del audiencia  
Don Lope de Orozco con el mando;  
Hizo como tres meses asistencia,  
Las cosas de gobierno regulando,  
Por cuasi que venir á las igualas  
Por gobernador Martin de las Alas.

El cual á Santa Marta gobernaba  
Entonces, y en aquella serrania  
Porque poco caudal interesaba,  
Aquesta se le dió por mejoría,  
En guarda de la cual siempre se daba  
Tan buena maña cuanto convenia,  
Sino que vivió poco, y entre tanto  
A los cosarios puso gran espanto.

Juan Aele pudo ser testigo desto,  
Inglés cosario, cuya gran pujanza  
Por la costa barrió lo mas compuesto  
Sin se les oponer guerrera lanza;  
Mas Martin de las Alas mostró gesto  
Siempre de vencedora confianza,  
Aunque de Santa Marta vino nueva  
De la terrible potestad que lleva.

Mas el dicho con bríos singulares  
Puso furor á temerosos pechos,  
Y reparó los cómodos lugares  
Con posibles defensas y pertrechos,  
Fortaleciendo por entrambos mares  
Los fuertes para tal ocasion hechos;  
Y con la diligencia que cumplia  
No paraba de noche ni de dia.

Congregó del terreno circunstante  
Españoles é indios comarcanos,  
A los cuales habló con tal semblante,  
Que deseaban ver los luteranos,  
Pareciéndoles, viéndolo delante,  
Tener ya las victorias en las manos:  
Todos los españoles son doscientos,  
Y los bárbaros como cuatrocientos.

Arcabuceros eran los cincuenta,  
No con sobrada pólvora ni balas;  
Destos como caudillo tiene cuenta  
Su buen hijo Gregorio de las Alas;  
Rige caballos que serán sesenta  
Pedro de Barros, no con ganas malas;  
El maese de campo fué Mendoza,  
Ambos insignes en edad mas moza.

Sembraron muchas puyas por la playa,  
Untadas con venenos pestilentes,  
Porque cuando contraria gente vaya  
Por ella, sin les ser allí patentes,  
En paga de sus maleficios haya  
Muerte con miserables accidentes;  
Puso de mar á mar como cadena  
Enhiestas pipas llenas del arena.

Tractadas otras cosas en consejo,  
Segun necesidad encaminaba,  
Al tiempo que la imagen del cangrejo  
El resplandor febeo visitaba,  
El juvenil hervor y frío viejo  
Manos á la labor aparejaba,  
Por julio de sesenta y cinco cuando  
Las naos se venían acercando.

Once potentes, gavia sobre gavia,  
 Bien poblado de tiros cada lado,  
 Manifestando robadora rabia,  
 Con banderas de blanco y colorado,  
 No llegan con temor ni con ignavia  
 Al paraje que tienen deseado:  
 Una lancha delante con la sonda  
 Para dalles camino de mar fonda.

El Alas con la gente mas guerrera  
 Moviólas á la playa para vellos,  
 Do la lancha de paz puso bandera  
 Viniéndole derecha para ellos;  
 Hácense señas que se salga fuera  
 Por no querer oillos ni creellos:  
 Vista su voluntad al descubierto  
 Determinó de se bajar al puerto.

Mas para no dejalos sin espantos,  
 Soltaron dos horisones cañones;  
 Tiéndense por el mar fumosos mantos,  
 Suenan por alto los fogosos sonos;  
 Respóndenles acá con otros tantos  
 Porque sepan que tienen municiones:  
 Y estos dos, que con mas no se hallaron,  
 En el muelle y caleta se soltaron.

Y fué la diligencia de tal arte,  
 Que con la gran presteza se podia  
 Imaginar que tiene cada parte  
 Para se defender artilleria;  
 Al puerto llegó pues el estandarte  
 De la facinerosa compañía:  
 Los de tierra van por las riberas,  
 Puestas en buen concierto sus hileras.

En avanguardia llevan los flecheros,  
 Indios feroces y etiopes diestros,  
 Que muchos dellos son buenos arqueros,  
 Y en la batalla los peones nuestros:  
 En retaguardia van los caballeros  
 Acaudillados todos por maestros,  
 Francisco de Caravajal entrellos  
 Que como diestro puede componellos.

Caminan las hileras bien digestas  
 Por aquella marítima ribera;  
 Mas paran do las puyas tienen puestas,  
 Por no tener tan ancha la carrera;  
 Allí se afirman con las armas prestas,  
 Y para poner orden mas entera  
 Enviaron dos hombres á caballo  
 Al punto para mas señoreallo.

Mandándoles que vean cuerdamente  
 Qué hacen los ladrones anclados,  
 Y vengan con el paso diligente  
 Si ven desembarcar hombres armados;  
 Y retrajéronse del sol ardiente  
 A fin de se hallar mas alentados:  
 Fueron pues donde están las naves todas  
 Hierónimo Rodriguez, Juan de Rodas.

Yendo los dos con paso presuroso,  
 Toparon al remate del camino  
 Un portugués llamado Juan Cardoso.  
 En varias lenguas hombre peregrino;  
 Dijoles traer cartas del famoso  
 Juan Acle, general, varon benito,  
 Para el gobernador á quien queria  
 Dar aquellos recandos que traia.

Eran aquestos dos personas mansas  
 De cautelas que pérdidas intentan,  
 Y por les parecer razones francas  
 Estas y muchas mas que no se cuentan,  
 Al Cardoso tomaron á las ancas  
 Y al Martin de las Alas lo presentan,  
 El cual, como lo vido de sus ojos,  
 Disimular pudo los enojos.

Mandó prender á los que lo trajeron  
 Con intencion de les torcer los cuellos,  
 Porque de sus mandados escudieron  
 Quando menos cumplia salir dellos;  
 Pero personas graves acudieron  
 Que con grande hervor ruegan por ellos,  
 Y así se quebrantaron las pasiones  
 Con tenellos diez dias en prisiones.

Entró también Cardoso con su ruego  
 Importunándole que se reporte,  
 Con gran retórica diciendo luego:  
 « Señor, de ningún mal yo soy consorte,  
 Ministro soy de paz y de sosiego,  
 Que vengo para dar algun buen corte;  
 Luego me volveré, y antes que parta  
 Tened por bien leer aquesta carta. »

El gobernador pues aunque severo,  
 Como varon ornado de prudencia,  
 Mandó dar de comer al mensajero:  
 Sirviéndole con gran magnificencia:  
 Salió para hablar con el guerrero  
 Mendoza, so color de la licencia  
 Que por aquella parte se demanda  
 Para contractos de una y otra banda.

Mas fué para decir que proveyese  
 Con diligencia lo que convenia  
 Hacer, cuando Cardoso se partiese  
 Con la respuesta desto que pedia,  
 Porque de las defensas entendiese  
 Mas posibilidad de la que habia;  
 Y luego con las cartas en la mano  
 Volvió para hablar al lusitano.

Era lo que la carta contenia,  
 Encarecer que á todas las naciones  
 Derecho natural les permitia  
 Comunicarse por contractaciones,  
 Y que copia de buena mercancia  
 Traian en aquellos galeones;  
 Que celebrasen ferias y contratos,  
 Pues sus precios serian bien baratos.

Y esto que no debian rehusallo,  
 Principalmente con Ingalaterra,  
 Pues él de nuestro rey era vasallo  
 Como los moradores de su tierra,  
 Y el tracto no podian estorballo  
 Por derecho de leyes ni de guerra;  
 Y otras razones en la carta dijo  
 Que no refiero por no ser prolijo.

El Martin de las Alas al maldito  
 Pirata respondió razon abierta,  
 Y no queriendo dalla por escrito  
 A sus contractos le cerró la puerta,  
 Y al portugués le dijo que el conflicto  
 Seria la contractacion mas cierta,  
 Mandándole que luego separtiese  
 Y con ningún mensaje le viniese.

Mas quitóse del cuello la cadena  
 Que pesaba cien pesos de oro fino,  
 Y al portugués la puso por ser buena,  
 Que el don agradeció como convino;  
 Y así sin tantear á Cartagena  
 Lo vuelven á meter en el camino,  
 En un caballo bien enjaezado  
 De veinte de caballo rodeado.

Cincuenta arcabuceros desta gente  
 Salva hacen al tiempo que camina;  
 Luego pasaban abscondidamente  
 A hacer otro tanto en cada esquina,  
 Y cada vez en parte diferente,  
 Segun quien los ordena determina;  
 Y así por industriosos mandamientos  
 Cincuenta parecieron ser docientos.

Gregorio de las Alas con licencia  
 Del padre, lo llevó hasta las naves;  
 Volvióse después desta diligencia,  
 Al tiempo que las chirliadoras aves  
 Por faltar apollinea presencia  
 Cesaban de sus cánticos suaves;  
 Y luego por las partes convinientes  
 Pusieron centinelas diligentes.

En cada cuarto son de los vecinos  
 Veinte con sus caballos bien armados,  
 Puestos donde se juntan los caminos,  
 Que son lugares mas ocasionados,  
 Atalayando términos marinos  
 Por partes que divisan ambos lados  
 Del istmos, acia donde los ladrones  
 Tenian sus potentes galeones.

De los fuertes ninguno quedó solo,  
Y con el principal tenia cuenta  
El capitán llamado Diego Polo,  
Honibre cabal para cualquier afrenta:  
En tanto pues que claridad de Apolo  
A los mortales ojos se presenta,  
En todos los lugares del estancia  
Se tuvo la posible vigilancia.

Cuando ya por las ondas de Oceano  
Luz clara perfilaba los celajes,  
Vieron segunda vez al lusitano  
Cercano de sus puestos y parajes;  
Mas por ninguna via le dan mano  
Para llevar al pueblo sus mensajes,  
Diciendo que procure la huida  
Si no quiere perder alli la vida.

Oidas las razones por Cardoso,  
Que fueron dichas con soberbios brios,  
Pareciéndole mal mucho reposo,  
Y no cumplir alli pasos tardios,  
Temblando de temor y disgusto,  
Se volvió luego para los navios,  
Y al Juan Acle le dió razon estensa  
De cuán prestos están á su defensa.

Entendidas por él aquellas graves  
Palabras, sin temor de la batalla,  
Mas acia la ciudad llegó las naves  
Con intenciones de bombardealla;  
A dos cañones apretó las llaves,  
Que pasaron por cima sin tocalla,  
Porque en aquel lugar quel agua cierra  
La mar está mas alta que la tierra.

A questo visto por aquel buen Diego  
Polo, que pusilánimos anima,  
A las dos piezas gruesas puso fuego  
Que también le pasaron por encima,  
Y al mal pirata fueron como ruego  
Para que sus propósitos reprima.  
Porque no viendo las respuestas tardas  
Tuvieron gran silencio sus bombardas.

Visto por el Juan Acle que tenia  
Competidor terrible y animoso,  
Quisolos engañar por otra via  
Si le valiera lance cauteloso:  
Para lo cual un bergantín envia  
A disculparse con aquel Cardoso,  
Diciendo que sin orden de cabezas  
Soltaron artilleros las dos piezas.

Como viesen venir el bergantino  
Con pacífica seña que traia,  
Con otro le salieron al camino  
Para reconocer lo que queria:  
Oyeron la disculpa del malino,  
Y que tan solamente pretendia  
Vendelles cien esclavos de Etiopia,  
De los cuales traia buena copia.

Mandáronle que luego se tornase,  
Con amenaza ya de voz airada,  
Y no le consintieron que llegase  
A tierra para dar el embajada,  
Diciendo que de cuanto demandase  
Ellos habian de salir á nada,  
Demás de que tenian de la casta  
De esclavos tanta copia que les basta.

En efecto, Cardoso determina  
Volverse viendo términos tan bravos;  
Y entendido por la gente vecina  
Cómo los convidaban con esclavos,  
Picaron en aquella golosina,  
A lo menos los hombres mas ignavos;  
Mas Martin de las Alas les advierte  
Hablándoles á todos desta suerte:

«Aunque de la bondad de los presentes  
Estoy en gran manera satisfecho,  
Algunos sin mirar inconvenientes  
Al honor anteponen el provecho,  
Creyendo recebillo destas gentes  
Sin Dios, sin ley, sin rey, y cuyo pecho  
Nunca jamás aclara lo que sienta,  
Sino razon del hecho diferente.

»Cualquier ladrón es de verdad extraño  
Y en falsedades hace gran instancia;  
Sus tractos y contractos son engaño,  
Y cuando pone cebo de ganancia,  
Será para haceros mayor daño,  
Aunque vivais con mucha vigilancia  
Por ordenar mejor un maleficio  
El hombre que lo tiene por oficio.

»Y aquestos, so color de tracto blando,  
Quieren con sus engaños y cautelas  
Poco á poco venirsenos entrando  
Y descuidar las guardas y las velas,  
Entradas y salidas tanteando,  
La munición, la gente, las tutelas,  
Y al descuido menor en breves puntos  
El golpe y el amago llegan juntos.

»Es esta la mas cierta mercancía  
Con que suelen cazar al mas esperto;  
Y así no cumple por ninguna via  
Dalles resquicio ni rincón abierto;  
Porque quien de ladrones se confia  
Su perdición y daño tiene cierto,  
Y con aquellos pensamientos yanos  
El se toma la muerte con sus manos.

»Cuanto por parte mia se dispensa,  
Paréceme no ser mal proveído,  
Y por esta razon el ladrón piensa  
Estar el pueblo bien apercebido,  
Y que confia bien de su defensa  
Como no le salimos á partido;  
Pero para salir con su interese,  
Otra cosa sería si lo viese.

»Otra razon también nós encamina,  
Demás de las ya dichas importantes,  
Y es que la ley humana y la divina  
Prohiben los contractos semejantes,  
Por ser herejes de opinion malina,  
Cuyos errores son exorbitantes,  
Fuera de lo que manda fe cristiana  
Y la Iglesia católica romana.

»Y así por ser intolerable yerro,  
Notoria perdición y disparate,  
Para siempre jamás la puerta cierra  
A que deste negocio se me trate,  
So pena de prision y de destierro;  
Y á mi razon con esto doy remate:  
Que hagais, pues que va mas que dineros,  
Aquello que debeis á caballeros.»

Dijo, y el capitán Mendoza luego,  
Como viese la práctica propuesta  
Encaminada para su sosiego,  
Y lo demás ser falta manifiesta.  
Por todos ellos y de común ruego  
Tomó la mano para la respuesta,  
Diciéndole: «Señor, estos varones  
Están en esas mismas opiniones.

»Y si algunos ajenos de maldades  
No tenían cautelas entendidas,  
Bien informados de vuestras verdades  
Prestos están al riesgo de sus vidas,  
Pues por vuestro querer y voluntades  
Todas las nuestras han de ser medidas;  
Porque falto será de entendimiento  
Quien tuviere contrario sentimiento.»

El buen gobernador destas razones  
Y muchas otras recibió contento;  
Y así debajo destas intenciones  
Se despidieron del ayuntamiento;  
Anduvo visitando municiones  
Con el docto prior de aquel convento,  
Fray Pedro Mártir, hombre de gobierno  
Y después provincial en este reino.

El cual, en estos lances bien instruido  
Y en otros importantes menesteres,  
Hizo con su consejo barto fruto  
Por tener acertados pareceres;  
Al fin Juan Acle no fué resuelto  
En les acometer con sus poderes,  
Antes por ocho días cada día  
Con nuevas invenciones les salía.

Vacas, puercos y agua les demanda,  
Si no, que tenderá su mano luenga  
Con grandes amenazas de su banda ;  
Y los nuestros también dicen que venga ,  
Porque no hallará la suya blanda ,  
Aunque trescientos años se detenga ;  
Y si mal le viniere no se queje ,  
Pues siempre le requieren que los deje .

Viendo que nada se le concedía  
Y el mal año para buen pillaje,  
Determinó salir de la bahía  
A lo largo haciendo su viaje ;  
Y en la isla Carex cuando partía ,  
Agua buscando por aquel paraje ,  
Antes de se volver á los navíos  
Quemaror de un estancia los buhíos .

Quedaron libres desta pestilencia  
Los nuestros por mostrarse tan constantes .  
¡Oh cuanto vale siempre la prudencia  
Para negociaciones importantes ,  
Las industrias, arduas y esperiencia  
En las necesidades semejantes ,  
Y el ser á los gobiernos proveídos  
Los que por su valor son conocidos !

Durante pues aqueste torbellino  
De guerra que les fué poco molesta ,  
En la morada de cualquier vecino  
Hallaban los soldados mesa puesta,  
Con muy buenas viandas, pan y vino ,  
Y liberalidad á todos presta :  
Negocio por allí bien necesario,  
Por no les prometer otro salario .

El Juan Acle se fué con su compañía ,  
Ganancias y caudal en la capilla ,  
Y por la costa de la Nueva-España  
Encontró con armada de Castilla .  
Do no pudo por fuerza ni por maña  
Ser poderoso para resistilla ;  
De manera que por aquellos puertos  
Huyo él, y los suyos fueron muertos .

Mas Martin de las Alas no se olvida  
De su solicitud y diligencia  
En tener la ciudad bien proveída ;  
Pero poco después le dió dolencia  
De calenturas con que desta vida  
Con gran dolor de todos hizo ausencia  
Para poder gozar la sempiterna,  
La cual le dé quien todo lo gobierna .

AMEN.

## ELEGIA

*A la muerte de Francisco Bahamon de Lugo, quinto go-  
bernador de Cartagena.*

### EN UN SOLO CANTO.

Después que ya paró la dura parca  
En Martin de las Alas fatal luso ,  
En tanto que venia del monarca  
Nombrado sucesor para tal uso ,  
La gente principal desta comarca  
En elegir gobernador se puso :  
Y en estos nombramientos y elecciones  
Había diferentes opiniones .

Una parcialidad destas acuerda  
Alvaro de Mendoza ser decente ;  
Otros nombran al licenciado Cerda,  
Que del gobernador era teniente ;  
Otros no quieren quel cabildo pierda  
Aquello que les era concerniente ;  
Y en estas banderizas discusiones  
Hubo también rencillas y prisiones .

Y al tiempo que tenían los disgustos  
Dispusicion de mas vivas centellas ,  
Gobernaba Pero Fernandez Bustos  
A Santa Marta, do le dan querellas ;  
El cual, guiado por deseos justos,  
Determinó de ir á componellas ;  
Y así luego con términos discretos  
Pacíficos quedaron y quietos .

Y como ya tenían esperiencia  
De la nobleza deste caballero ,  
Enviaron á la real audiencia  
A que le den el cargo mensajero ,  
Al cual lo proveyó con diligencia  
El doctor Andrés Diaz del Venero ,  
A la sazón en ella presidente ,  
Teniéndolo por hombre suficiente .

Y así, venidas estas posiciones,  
La ciudad adornó con obras varias :  
Ensanchó muelles, hizo torreones,  
Fugites y muchas cosas necesarias ,  
Que por no dilatar estos ringlones  
En esta relacion pongó sumarias ;  
Pues presto diré dél en su carrera  
Lo que nunca jamás decir quisiera .

Sería pues el año de setenta  
Del nacimiento del Verbo divino ,  
Con el millar y medio desta cuenta,  
Cuando salió del término marino ,  
Porque con real carta que presenta  
Francisco Bahamon de Lugo vino  
Para que del gobierno cargo tenga  
Y en él la vigilancia que convenga .

En este nuevo reino fué soldado,  
Que porque yo lo ví lo certifico ,  
Y en Italia, según soy informado ,  
Y en otras partes mas que no publico ;  
Después en estas Indias le fue dado  
Gobierno de San Juan de Puerto-Rico,  
Donde justa razon será que cuente  
Una cosa que hizo de valiente .

La era de sesenta y cinco años,  
En un hato que llaman el Coamo ,  
Andando visitando los rebanos  
De cuadrillas que tienen allí amo ;  
Oyendo los caribes hacer daños,  
Acudió, como dicen, al reclamo ,  
Procurando hacer algun buen lance  
Si acaso les pudiese dar alcance .

Supo ser ochocientos la cuadrilla ,  
Y que para manjares de la mesa ,  
Después de saltar á Guadianilla,  
Llevaban número de gente presa  
Demás de los despojos de la villa ;  
De lo cual en el ánimo le pesa ,  
Mayormente que desde aquella estancia  
Había veinte leguas de distancia .

Gente buscó que por allí se aloja ,  
A causa de faltar pueblo cercano ,  
Pero muy poca balla que recoja ,  
Pues solamente vienen á la mano  
Un Tello de Monroy, dicho Pantoja ;  
Y Rodrigo Ramirez, escribano ;  
Gaspar Lorenzo y un Diego Garcia ,  
Joan Diaz de Santana, de quien fia :

Otros dos españoles estancieros  
Que recogió de los cercanos hatos ,  
Y de los que servian de vaqueros  
Menos de doce negros y mulatos :  
Hacen adargas de vacunos cueros .  
En que no se gastaron largos ratos ,  
En caballos y yeguas muy ligeras ,  
Y en vez de lanzas dejarretaderas .

Y como ya tuviesen cierta fama  
Que los caribes iban navegando  
A la boca del río de Guayama ,  
Las estancias y hatos rancheando,  
Entregados á la vorace llama ,  
Allí los estuvieron esperando  
En los espesos montes encubiertos ,  
Hasta que ya llegasen á los puertos .

Pusieron en un árbol atalaya,  
Cubiertos todos en lugar sombrío,  
Y costeano la marina playa ,  
Vieron venir el bárbaro gentío .  
El cual, sin que mas adelante vaya ,  
Se meten por la boca de aquel río  
Con sus barcas de remos ó piraguas ,  
Y allí surgieron en las dulces aguas .

Salieron los crúeles escuadrones  
A la tierra que ya sabian antes,  
Aljabas proveidas de harpones,  
Segun suelen en trances semejantes;  
Gallardos son en las disposiciones,  
Miembros y proporciones de gigantes,  
Todos con superbisimos plumajes,  
Y llenos de veneno los carcajes.

Sobre las naturales vestiduras,  
Digo las que les dió naturaleza,  
Llevan diversidades de pinturas,  
Muestra y ostentacion de su braveza;  
Los semblantes, meneos y posturas  
Aumentan grandemente su fiereza,  
Tanto, que nadie juzga del denuedo  
Haber peligro que les cause miedo.

Y en hecho de verdad son combatientes  
Prontisimos á guerra y advertidos,  
Y no menos astutos que valientes,  
En saberse valer siendo rompidos,  
En la mar y en la tierra diligentes,  
Mañosos en ardidés y atrevidos,  
Y es su ferocidad en grado tanto,  
Que en estas islas es comun espanto.

Sacaron pues á tierra las robadas  
Haciendas, por estancias y por villas,  
Y mas treinta personas maniatadas,  
En lágrimas bañadas las mejillas,  
Viendo que para ser despedazadas  
Las han de repartir á las cuadrillas,  
Y desmembradas por las coyunturas  
Les tienen de dar vivas sepulturas.

Estas en Guadianilla las prendieron,  
Y eran las mas mujeres españolas,  
Porque de los demás los que pudieron  
Al bárbaro furor vuelven las colas;  
Los rústicos maridos se huyeron  
Y hijos y mujeres dejan solas;  
Dos solos que hicieron resistencia  
Perdieron luego la vital presencia.

Pues como Bahamon de Lugo vía  
Para rompellos cómoda zavana,  
Animó su pequeña compañía,  
Haciéndoles exhortacion cristiana,  
Nombrando por alférez aquel dia  
Al alguacil Juan Diaz de Santana,  
Sirviéndoles entonces de bandera  
Una toalla blanca bien lijera.

De los dos estancieros que llevaba,  
Uno, que el nombre dél no me fué dado,  
De los setenta y nueve ya pasaba,  
Decrépito, rugoso, corcobado,  
A quien este Juan Diaz desdeñaba  
Por parecer imposibilitado  
Para se menear en la batalla:  
Hacia burla dél, y el viejo calla.

Embrazan pues espadas y rodelas  
Para salir al funeral estrago;  
Hieren á los caballos las espuelas,  
Diciendo: «; Santiago! Santiago!  
; Y tú, Juan, negro horro, te recelas,  
Pues para te huir haces amago!»  
Mas el Francisco Bahamon de Lugo  
Aquella cobardía le desplugo.

Y así, con una voz acelerada,  
Por ver al negro tan acobardado,  
Un muslo le pasó de una lanzada,  
Haciéndolo volver mal de su grado;  
El cual hizo después que le fué dada  
Lo que pudo hacer un buen soldado;  
Y al alférez Joan Diaz el caballo  
Le huye sin que pueda subyectallo.

Por volver el caballo desbocado,  
Cayóse de la mano la bandera;  
Mas aquel vejezuelo corcobado  
Tan presto la cobró, como si fuera  
Un muchacho robusto y alentado,  
Y encima de su yegua bien lijera  
Rompió por los caribes de tal suerte,  
Que doce por su mano ven la muerte.

El Francisco de Lugo representa  
Las fuerzas y destreza de su diestra,  
Pues con los señalados tiene cuenta  
Que dejan conocerse por la muestra,  
Cuyos crúeles pechos ensangrienta,  
Poniendo brios á la gente nuestra,  
Viendo los que derriba con el asta  
Desta feroz y carnícera casta.

En uno y otro y otro va picando,  
Metiendo poca lanza como diestro,  
El asta sanguinosa recambiando  
Veloz al diestro lado y al siniestro;  
Llévale los tenores nuestro bando,  
Siguiendo las pisadas del maestro,  
Junto con él el caballero Tello,  
Que en lo que hizo bien mostraba sello.

En las alborotadas confusiones  
Ambos rompiendo van bárbaras pieles,  
Como si por ventura dos leones  
Dieran en junta grande de lebres,  
Que con aquellas fieras condiciones  
También se muestran bravos y crúeles,  
Y cada cual en este que lo caza  
Sus durisimos dientes embaraza.

No muestran pues los indios cobardía,  
Ni fué su furia menos impaciente  
Que las soberbias fuerzas y osadía  
De los que les salieron de repente:  
Suenan las voces, crece la porfía,  
Los tiros vuelan con furor ardiente,  
Inmóviles, están como peñoles,  
Hieren caballos, hieren españoles.

En grande multitud vuelan agudas  
Flechas y dardos y tostadas lanzas;  
Suenan los bosques y montañas mudas;  
Los frios miedos y las confianzas  
De las gentes vestidas y desnudas  
Tienen por igual peso las balanzas,  
Porque por mas espacio de una hora  
Ninguna de las partes se mejora.

Mas el gobernador, con los enojos  
De ver que punto no los debilita,  
Y que los míseros que son despojos  
Puestos en oracion daban gran grita,  
En un viejo gaudul puso los ojos,  
Que con horrenda voz indios incita:  
Rompe los escuadrones y espolea  
Hasta poder llegar donde desea.

El caribe feroz, que no se espanta  
De ver delante sí fuerzas ajenas,  
Con pasos alentados se adelanta  
Para probar las suyas con sus penas;  
Pues el asta coló por la garganta,  
Rompiendo luego las vitales venas,  
Adonde con un grito no pequeño  
Rindió los ojos al eterno sueño.

Asieron dél los que se hallan prestos  
Para hacer con él largo desvio,  
Porque viendo sus daños manifestos,  
Quedaron muy atrás del primer brio;  
De tal suerte, que todos descompuestos  
A nado se metieron por el rio;  
Los nuestros ocurrieron á las aguas,  
Adonde les tomaron dos piraguas.

Fuéronse los demás en las restantes,  
Y apriesa bogan como bien espertos,  
Mas no tan victoriosos como antes,  
Desampararon los marinos puertos;  
Y por los españoles triunfantes  
Setenta y siete dellos fueron muertos:  
Quedó herido mal Diego Garcia,  
Y murió dentro de tercero dia.

Francisco Bahamon salió herido,  
Por faltalle las armas defensoras,  
El cual de muerte no fué poseído,  
Mas su caballo dentro de dos horas;  
Un negro su postrero dia vido,  
Sin dar la corrupcion largas demoras;  
Los demás, en quien fué veneno feroz,  
Se curaron con zumo de tabaco.

Escaparon los míseros captivos  
De bestias en costumbres tan horrendas,  
Y á los que fueron muertos y á los vivos  
Se les restituyeron sus haciendas;  
Volvieron á su pueblo con motivos  
De no permanecer en sus viviendas;  
Mas entre tanto quel gobierno tuvo  
Bahamon, nunca mas caribes hubo.

Y al viejo coreobado y estanciero,  
Porque lo hizo valerosamente,  
De la caja le dió cierto dinero  
A sus necesidades competente,  
Y túvolo por bien aquel guerrero  
Rey Filipo, monarca prepotente,  
Como quien á los hechos que son tales  
Remunera con premios principales.

Y así viendo también la maña buena  
Deste Francisco Bahamon de Lugo,  
Por dalle mas favor y mejor cena,  
A la sagrada Majestad le plugo  
Que los de la ciudad de Cartagena  
Estuviesen subyectos á su yugo;  
Y allí dejó la vida transitoria,  
Sin hacer cosa digna de memoria.

Pero creemos de sus condiciones  
E ya reconocida valentia,  
Que si tuviera tales ocasiones  
Cuales tuvieron otros este dia,  
Mayormente con tantas municiones  
Y copia de española compañía,  
O feneciera con honrosa muerte,  
O los nuestros hicieran mejor suerte.

Y para régimen de lo sagrado  
Vino por este tiempo que publico  
Fray Dionisio de Sanctis por prelado,  
Peritísimo fraile dominico,  
De sanctis et cum sanctis munerado  
Por ser de santidades vaso rico;  
Mas por venirnos en edad cansada  
Brevemente dió fin á su jornada.

Muerto pues Bahamon de su dolencia,  
Bien quisto de los hombres populares,  
Aunque no sin pasión y competencia  
De personas algunas singulares,  
Se proveyó desta real audiencia  
A la gobernacion Fernán Suárez  
De Villalobos, natural de Ocaña,  
Y que supiera darse buena maña.

El de setenta y cuatro ya corría  
Cuando llegó de la real audiencia  
Un doctor dicho Francisco Mejía  
Para tomar al Lugo residencia,  
Contra quien se pidió cuando vivía;  
Este por oidor iba del audiencia  
De la isla Española, y á la ida  
Franceses lo privaron de la vida.

En estas coyunturas y sazones  
Que este doctor estaba recibido,  
Pero Fernandez tuvo provisiones  
Que de su Majestad habian venido,  
El cual fué con lustrosas invenciones  
A la gobernacion restituido,  
Por ser de condicion noble y aorable  
Y á los vecinos todos agradable.

El cual en este tiempo que yo escribo  
En la gobernacion y cargo dura,  
Mas no sin confusion, pues aunque vivo,  
Parece desear la sepultura;  
De los contentamientos es esquivo,  
Por una miserable desventura  
En la costa del norte sucedida,  
Digna de ser notada y entendida.

Y para que se ponga sin ficciones,  
Sino con sencillez aqeste llanto,  
Buscó las mas veraces relaciones  
Que son sonoros cantos de mi canto;  
Pues por haber agora paliaciones,  
Cada cual dellas con diverso manto,  
Habrá de hacer pausa mi escriptura  
Hasta reconocer la verdad pura.

## ELOGIO

*de Pero Fernandez de Bustos, gobernador de la provincia de Cartagena, donde se cuenta el discurso de su vida hasta la venida del poderoso cosario que se dice el capitán Francisco Draque.*

Ya cincuenta y dos años se contaban  
Del parto de la Virgen consagrada,  
Que sobre quince cientos numeraban  
Los de nuestra católica manada,  
Y Gongora y Galarza gobernaban  
Aqeste nuevo reino de Granada,  
Cuando Pedro Fernandez, no sin lloro,  
A las regiones vino donde moro.

A causa del desastre no pequeño  
Que padeció la flota do venia  
Por general Bartolomé Carreño,  
En las ondas del mar esperta guía;  
Mas, saltada del eterno sueño,  
Pereció generosa compañía  
Y del Pero Fernandez un hermano  
Con las ardientes llamas de Vulcano.

El cual, siendo del rey favorecido,  
Para principio de mas largo pago  
A la gobernación fué proveido  
De lo de Popayán y de Cartago;  
Mas dentro de la mar fué consumido  
En fuego que causó mortal estrago,  
Con muchas mas personas conocidas  
Que fueron perdidosas de las vidas.

Quisiera yo destas adversidades  
Dar larga relacion en el historia,  
Mas con oír particularidades  
Muy pocas me quedaron en memoria;  
Pero por varias villas y ciudades  
Aqesta desventura fué notoria,  
Y así solo diremos la substancia,  
Sin reparar en otra circunstancia.

Una noche de tiempo bonancible,  
Navegando con lumbre de Diana,  
Viva llama que dió temor horrible  
Se tendió por la nao capitana,  
Que remedialla no le fué posible  
A la misera gente castellana,  
Pues ver y peligrar junto le vino  
En aquel sobresalto repentino.

A gran prisa la popa desocupa  
Quien vido luego quel prois ardia,  
Para se recoger en la chalupa  
Que por la dicha popa se traia;  
Algunos saltan que la mar los chupa,  
Porque el bajel del fuego se desvia,  
Dentro Pero Fernandez y el Carreño  
Con pocos mas que recogió su dueño.

A las voces y gritos del despierto  
Recuerdan sobresaltos al dormido:  
Uno huyendo va para ser muerto,  
Otro se turba para ser perdido;  
Aqui y allí y allá su fin ve cierto,  
Ninguno de ninguno socorrido;  
Crecen las confusiones y el estruendo,  
Hierva la nave con rumor horrendo.

Muerte de todas partes los emplaza;  
Ocupalos obscura humareda;  
El ánima del cuerpo desenlaza  
El fuego de alquitrán al que se queda,  
Con no menos rigor los amenaza  
La bulliciosa mar, porque no pueda  
Escapar ni valerse criatura  
De tan acelerada desventura.

Allí son los singultos, allí llantos,  
Allí con el calor frios temblores,  
Allí son los mortíferos espantos,  
Y el ocupar el humo los clamores,  
Querer pedir socorros á los santos  
Y ser impedimento los vapores;  
Allí penas, angustias, turbaciones,  
Que no pueden pintarse con razones.

En rodear la nao poderosa  
 Consumidoras llamas no son tardas :  
 Corren por la madera resinosa,  
 Obscurecen el aire nubes pardas,  
 Enciéndese la especie salitrosa,  
 Bufan los pasamuros y lombardas,  
 Vuelan aqui y alli cuerpos humanos,  
 Y huyen los navios mas cercanos.

Vereis partidos cuerpos en pedazos  
 De mujeres, de niños, de varones ;  
 Van por el aire piernas, manos, brazos,  
 Mas negros que los mas negros carbonos ;  
 Dales el agua y fuego sus abrazos,  
 Abrazos de crúeles perdiciones :  
 ; Oh caso triste, duro y espantable,  
 Y por ninguna via remediable !

Las mas duras entrañas enternecen  
 Los mal formados sonos de gemidos ;  
 Las furias de voraces llamas crecen,  
 Grandes y presurosos estallidos...  
 Tres veces ciento son los que perecen  
 Dellas y de las aguas confundidos,  
 Quitando ya delante de los ojos  
 Los miserabilisimos despojos.

Digo que el mar profundo no fué tardo  
 En sepultar la miserable gente,  
 Y al gobernador Bustos, que resguardo  
 Neptuno no le dió con su tridente,  
 Juntamente con él Alonso Pardo,  
 Perito licenciado, su teniente,  
 Hermano del factor real, Rodrigo  
 Pardo, que yo conozco por amigo.

El cual en este Nuevo Reino habita  
 Con eminencias de principal hombre,  
 Y su preciosa doña Margarita,  
 Cuyas obras esceden á su nombre ;  
 Pues como la desdicha que se cita  
 Con su rigor á todos los asombre,  
 Cada cual procuró ser vigilante  
 Por no se ver en trance semejante.

Y cierto no conviene de quien quiera  
 Fiar fuego con tantos detrimentos  
 En morada de pez y de madera,  
 Y estopa y otros tales nutrimentos ;  
 Porque si corre riesgo quien espera,  
 No menos los que hacen mudamientos ;  
 Y en esto no mirar el que navega,  
 Inadvertencia es bestial y ciega.

Siguen pues su derrota por la carta,  
 Ningun rostro de lágrimas enjuto :  
 Llegaron al ancon de Santa Marta,  
 Donde de su pasion fué bien instruto,  
 Pues al Carreño vi con gente harta,  
 Cuyas cubiertas son paños de luto,  
 Y él mismo me contó lo que yo cuento,  
 Por ser antiguos en conocimiento.

Y entonces, si de componer historia  
 Tuviéramos algunas intenciones,  
 Encomendáramos á la memoria  
 Otras particulares aflicciones ;  
 Mas no me juzgué digno desta gloria  
 Ni de dar fin á peregrinaciones,  
 Por las cuales y falta de talento  
 Nunca tal me pasó por pensamiento.

En Santa Marta pues do yo vivia  
 Salió Pero Fernandez mal parado,  
 Que no solo perdió lo que tenia,  
 Mas en manos y piés fué lastimado,  
 Y entre la gente que lo conocia  
 Fué de ropas decentes reparado ;  
 Después desto con el comun avio  
 Al Nuevo Reino vino por el rio.

Visto su merecer y su presencia  
 Y la calamidad del mar insano,  
 Los señores de la real audiencia  
 Le dieron el gobierno del hermano ;  
 En el uso del cual, con gran prudencia  
 Buen espacio de tiempo tuvo mano,  
 Y alli con matrimonio lo consuela  
 Su muy loada doña Micaela.

No le pudo la próspera ventura  
 Hacello digno de mejor empleo,  
 Pues si contentamiento se procura  
 En discrecion, prudencia, buen aseo,  
 Virtud, bondad, honor y hermosura,  
 Satisfacción terná cualquier deseo,  
 Pues alli hallará de lo mas bueno  
 Aquello que lo puede hacer lleno.

Después, segun habemos declarado  
 En algunos lugares precedentes,  
 Por diversos odores fué nombrado  
 En cargos á su punto concernientes,  
 Y con suerte de indios premiado  
 De las que son alli mas eminentes ;  
 Hizo dejacion della, con ser buena,  
 Por ir á gobernar á Cartagena.

Allí por muchos años ha vivido  
 A contento de toda la frontera ;  
 Mas si tiempo menor hubiera sido,  
 Es cosa clara que mejor le fuera,  
 A causa del negocio sucedido,  
 Dura calamidad de nuestra era,  
 Pues de reputaciones adquiridas  
 Han sido no pequeñas las caidas.

A lo menos en uso de guerrero,  
 Por nunca ser en él ejercitado,  
 En todo lo demás varon entero,  
 Afable, circunspecto, bien mirado,  
 Y así como cristiano caballero  
 Dió ser y dió valor á su cuidado :  
 Durante su gobierno y en sus dias  
 Muy adelante fueron obras pias.

Y así, con el hervor de celo santo  
 Y pia devocion, tomó la mano  
 En hacer hospital de cal y canto  
 Con otras diligencias de cristiano ;  
 Hizo, ni mas ni menos, otro tanto  
 En obras del convento franciscano,  
 Pues las antiguas eran obras muertas  
 Por ser de paja todas las cubiertas.

Mas entonces faltábales posible  
 Diestros y bien instructos oficiales,  
 Para labrar por orden conveniente  
 Pulidos y adaptados materiales,  
 Hasta tanto que ya tiempo movable  
 Acrecentó limosnas y caudales,  
 Con que hicieron obras de momento  
 Donde les concedieron el asiento.

Y es por adonde van á Turbaco  
 Y de la otra parte de la puente,  
 Que muchos dias conocimos vaco,  
 Sin pensar ser allí tan eminente  
 Casa, por parecer terreno flaco ;  
 Mas agora lo vemos diferente,  
 Pues están ya poblados sus confines  
 De fructíferos huertos y jardines.

Al contador Durán aquel asiento  
 Le fué con otras tierras proveido ;  
 Beatriz de Cogollos al convento  
 Lo dió, porque Durán fué su marido :  
 Señora de cabal merecimiento ;  
 Y la misma le dió por apellido  
 Nuestra Señora de Lorito pia,  
 Y así le llaman el presente dia.

Pero diversas son mis opiniones,  
 Y no creo será juicio vano  
 Si digo hacer estas donaciones  
 El deán don Juan Perez Materano,  
 Por tener él aquellas posesiones  
 Mucho tiempo debajo de su mano ;  
 Y en ser lugar de la ciudad escluso  
 Materano Getsemani le puso.

Y el convento dos veces fué fundado,  
 El un sitio no permanecederó,  
 Y aquel podria ser, siendo mirado,  
 La doña Beatriz dallo primero,  
 Fray Pedro de la iglesia fué prelado  
 Primero, con un solo compañero ;  
 Y por franceses que después vinieron  
 Lo despoblaron y á Tolú se fueron.

Mucho tiempo después desta ruina,  
 Año de tres quinientos y sesenta,  
 El padre fray Francisco de Molina  
 Lo levantó donde se representa;  
 Y allí por los de ley adulterina  
 También ha padecido gran tormenta,  
 Y no menos los frailes agustinos  
 En aquella ciudad nuevos vecinos.

Pues ochenta del santo Nacimiento  
 Corrían de la luz que nos repara,  
 Cuando fundó la casa y el convento  
 El padre fray Hierónimo Guevara;  
 Y con el necesario cumplimiento  
 Este gobernador les hizo cara,  
 De manera que su mando durante  
 Aquella ciudad fué muy adelante.

Vinieron en su tiempo dos galeras  
 Y un bajel que llamaban Saetilla,  
 Que con sesenta tiros, piezas fieras,  
 Se armaba para náutica rencilla,  
 Hechas para guardar estas fronteras  
 Y contrastar pirática cuadrilla:  
 Corrían ya setenta y ocho años  
 De la reparación de nuestros daños.

Soldados y pertrechos tan á pique  
 Cuanto requieren ocasiones tales;  
 Dellas por general don Pedro Vique;  
 Y á Castañedo y á Martín Gonzalez  
 También manda la fama que publique  
 Que fueron capitanes principales:  
 Serian setecientos numerados  
 De chusma, marineros y soldados.

Destas galeras fué la capitana  
 Una que se decía Santiago;  
 La otra la ocasión que hizo vana  
 Un infelice día y aciago,  
 Al tiempo que la gente luterana  
 En Cartagena hizo gran estrago;  
 Y para que yo della salir pueda,  
 Este suceso solamente queda.

Y porque de raíz el caso cuente  
 Con los negocios que le son ajeos,  
 Paréceme ser cosa conviniente  
 Comenzar la carrera de mas lejos,  
 Porque los que lo vieron y el oyente  
 No queden desabridos ni perplejos,  
 Y si de verdad algo me divierte,  
 Digo lo que me venden por muy cierto.

Al fin mi flaco marle se convierte  
 A diferentes guerras y porfias,  
 Para tractar la ventajosa suerte  
 Del diestro capitán Francisco Díaz,  
 De quien quisiera mas contar la muerte  
 Que recitar sus grandes valentias,  
 Y esta terrible plaga y este llanto  
 Se quiere comenzar con nuevo canto.

## DISCURSO

*Del capitán Francisco Draque, de nacion inglés, con que se da fin á la historia de Cartagena, compuesta y ordenada por Joan de Castellanos, clérigo beneficiado de Tunja, el cual discurso comienza desde el segundo canto, en cuyo tiempo este cosario vino á la dicha ciudad el año de 1586.*

### Un caso

NOTA. Desde la antepenúltima octava del canto anterior, lo que ponemos de letra cursiva, está testado en el original, y siguen cortadas ciento nueve hojas que debían contener sesientas cincuenta y cuatro octavas, á seis por hoja. Luego siguen testadas tres octavas, que son las últimas del discurso y se copian á continuación de esta nota. Sin duda el con-sejo mandaría omitir todo lo de Draque en la impresión, quizá por dictamen del censor á quien se cometió el examen de esta tercera parte; y parece que lo fué el célebre Pedro Sarmiento de Gamboa, de cuya mano se halla escrito al margen de la penúltima octava del antecedente canto: *Desde esta estancia se debe quitar.*—Sarmiento.—Rubricado.—Y al margen de la última octava que cierra el discurso, dice: *Hasta aquí es el discurso de Draque que se ha de quitar.*—Sarmiento.—Rubricado.

Las tres octavas últimas son las siguientes:

*Es su nombre don Pedro de Ludeña,  
 El cual con ordenada diligencia  
 Rompiendo va la montiñosa breña  
 De aquellos á quien toma residencia;  
 Los cargos que salieron en reseña  
 Al fallo se verán de la sentencia:  
 Ventura le dé Dios y favor largo  
 Para que salga bien del nuevo cargo.*

*Y porque no sé mas de Cartagena,  
 Della huye mi pluma ya cansada  
 De daros hasta hoy relacion llena  
 Desde el primero por quien fué fundada;  
 Que cierto para tan angosta vena  
 Ha sido trabajosa la jornada:  
 Otros historiadores mas enteros  
 Dirán después sucesos venideros.*

*Al fin con esto ceso, mas no cesa  
 La peregrinacion de mis porfias,  
 Porque para cumplir con mi promesa  
 Me cumple caminar por otras vias,  
 Que deseo correr á toda priesa,  
 Viendo cuán abreviados son los dias;  
 Pues en tal caso la mas clara lumbre  
 Es esperanza con incertidumbre.*

LAUS DEO.

## ELEGIA

*A la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas.*

### CANTO PRIMERO.

Dejemos de presente la marina  
 Y la gobernacion de Cartagena,  
 Pues la de Popayán, con quien confina,  
 Segun atrás tocó gracil avena,  
 Quiero tomar agora por vecina  
 Para dar della relacion mas llena,  
 Contando sus auríferos veneros  
 Y los célebres hechos de guerreros.

Badme la mano vos, escelsa Musa,  
 Templo vivo de Dios enriquecido,  
 Porque la mia no quede confusa  
 Pintando lo que tengo prometido;  
 Y la luz de verdad que esta reclusa  
 Rompa la nube ciega del olvido,  
 A la posteridad haciendo claras  
 Hazañas tan heroicas y tan raras.

A la parte del sur de Cartagena,  
 Cauca, gran rio, tiene nacimiento,  
 El cual y el grande de la Magdalena  
 Nacen del rumbo deste mismo viento  
 Distantes hasta cerca del arena  
 Del mar del Norte, donde con aumento  
 Juntan sus aguas, y ambes hechos uno  
 Ensoberbecen ondas de Neptuno.

Estos dos dichos rios inundantes  
 Los campos y montañas adyacentes,  
 Menos de cuatro mil pasos distantes  
 Tienen sus nacimientos y sus fuentes  
 En sierras de Hibague, do declinantes  
 Al mar del Norte tienen las vertientes,  
 Y con otros menores crecen tanto,  
 Que su grandeza causa gran espanto.

Aunque parejas cumbres los despiden  
 Corren por diferentes señorios,  
 Pues antes que se junten los dividen  
 Sierras que llaman dentre los dos rios,  
 Que cuasi paralelamente miden  
 Sus cursos, sus distancias y desvios:  
 Mas por do Cauca guia sns corrientes  
 Hay vegas grandes, valles escelentes.

Y en aquellas llanadas por do vieno  
Fundó gobernacion cristiana gente,  
La cual de Popayán renombre tiene  
Y con él permanece de presente;  
Son pues los aledaños que contiene  
Acia la mar del Sur, que es al poniente,  
Escelsas sierras en supremo grado,  
Que por aquella parte hacen lado.

A la parte de oriente desta tierra,  
Dónde muchas ciudades hay fundadas,  
Le demora también aquella sierra  
Por quien son las dos aguas separadas;  
Esta gobernacion allí se encierra,  
Y tienen españoles sus moradas  
(Que dilatando van su señorío)  
A una y otra banda de aquel río.

Tienen ya grandes hatos de ganados,  
Y en rios abundante pesquería;  
Viven los moradores regalados  
Con varios frutos que la tierra cria,  
Y de los extranjeros trasplantados  
También produce los que no solia;  
Hay grandes montes, bosques y breñales,  
Y de oro soberbios minerales.

A don Pedro de Heredia se debía  
La gloria del primer descubrimiento;  
Mas por hallar mas apacible via  
Benalcazar gozó del vencimiento  
Por Pizarro, marqués, de quien tenia  
Poder, autoridad y mandamiento;  
Y al Benalcazar tal nombre le viene  
De ser del pueblo que este mismo tiene.

Tuvo padres de llanas condiciones,  
Y su linaje fué desta manera,  
Porque todos vivian de los dones  
Que les daba campestre sementera;  
De un parto parió dos, ambos varones,  
Su madre, fuera de la vez primera,  
Y al nacer Sebastián, el uno dellos,  
Primero sacó piernas que cabellos.

Y cuando destes géminos podía  
Cada cual en astil poner la mano,  
A los padres llegó su fatal día,  
Encomendandolos al mas anciano;  
Y algunas veces Sebastián solia,  
Por mandamiento del mayor hermano,  
O por su voluntad, ir á la breña  
Con un jumento do traía leña.

Trayéndolo cargado por sendero  
En que pluviosa tempestad embarga,  
En un atoladar y atascadero  
Cayó la flaca bestia con la carga;  
Quitó la sogá, lazos y el apero,  
Animado con gritos porque salga,  
De la cola con gran sudor ayuda,  
Mas el jumento flaco no se muda.

Entonces él con juvenil regaño  
En las manos tomó duro garrote,  
Diciéndole: «Sabed que si me ensaño  
Vos os habeis de erguir y andar á trote.»  
Al fin, sin voluntad de tanto daño,  
Con uno le acertó tras el cocote,  
Y fué de tal vigor aquel acierte  
Que el asno miserable quedó muerto.

El mal recado visto, no se tarda  
En huir, conocida su locura,  
Dejando leña, sogas y el albarda,  
Y el vivir en pobreza y angostura,  
Con imaginaciones que le aguarda  
En otra tierra próspera ventura,  
Y selle muy mejor ir á la guerra  
Que cultivar los campos en su tierra.

Peregrinando pues de villa en villa  
Con falta de las cosas necesarias,  
Quiso ver las grandezas de Sevilla,  
Adonde concurrían gentes varias;  
Allí llegó y oyó por maravilla  
Alabar la jornada de Pedrarias  
Del Darien, por que hacia gente  
Como gobernador de aquella frente.

Pareciéndole bien esta conquista,  
Presentóse delante del caudillo,  
Diciendo que lo pongan en la lista,  
Porque con los demás quiere seguillo;  
Pedrarias se holgaba con la vista  
Y buen donaire del villanchoncillo,  
Y no teniendo de cognomen uso,  
El de su propio pueblo se le puso.

Llegan al Darien con la compañía,  
Que pasaba de doce veces ciento,  
Con los vecinos del, hombres de España,  
Primeros pobladores del asiento;  
Y el Sebastián se daba buena maña  
Cuando buscaban indios y alimento,  
Llegándose, con otros que no narro,  
A los ranchos de Almagro y de Pizarro.

Porque estos eran en aquellas lides,  
Desde que descubrieron aquel río,  
Antiguos y admirables adalides  
Y amigos de soldados de buen brio;  
Pedrarias, por se ver en los arides,  
Luego del Darien hizo desvío,  
Y acia Panama guió la proa  
Al mar del Sur, que descubrió Balboa.

Al cual Balboa, si mas tiempo dura  
Espíritu vital en mis entrañas,  
Deseo colocar en escriptura  
Y sus heroicis hechos y hazañas,  
Su fatal y temprana sepultura,  
Do lo pusieron invidiosas sañas  
Del que tenia cargo del gobierno,  
Con habello tomado ya por yerno.

Llegó Pedrarias pues donde queria,  
Mas él y todos los demás mohinos  
Por no poder tomar alguna guia  
Para que descubriese los caminos,  
A causa de que desta serranía  
Andaban alterados los vecinos,  
Y acrecentaba mas el descontento  
El no poder hallar mantenimiento.

Como cada cual dellos se desvela  
En remediar la falta que les daña,  
El Sebastián haciendo centinela,  
Humo vido salir de una montaña,  
Y aunque lejos, bien vió ser de candela,  
Y no vapor, que mil veces engaña;  
Algunos compañeros llamó luego  
Que se certificaron ser de fuego.

Al rancho del gobernador se vino  
Diciéndole ser fuego ciertamente,  
Y él mismo confiado de su tino  
Prometió dar en él dándole gente;  
Animólo Pedrarias al camino  
Con algunos, que fueron hasta veinte,  
Mandóles que cada cual biciese  
Lo quel inlberbe mozo les dijese.

Con aqueste favor mas alentado,  
Recogidos los veinte compañeros,  
Entróse por aquel bosque cerrado,  
Ajeno de caminos y senderos,  
Con tan puntual tino y acertado,  
Que dió sobre los bárbaros guerreros:  
Ovieron del rancho tres mil pesos,  
Y de todas edades muchos presos.

Para Pedrarias señaló la parte  
Que le venia de lo rancheado,  
El restante por todos se reparte,  
Y á nadie quiso ser aventajado:  
Finalmente, lo hizo de tal arte  
Que quedó desta bien acreditado,  
Y así holgaban todos de seguillo  
Las veces que le cupo ser caudillo.

Como mas en edad fuese creciendo  
Y en bienes por su lanza granjeados,  
Iba también ganando y adquiriendo  
Mucha reputacion entre soldados,  
Y en estos intermedios descubriendo  
En honras pensamientos levantados;  
Y así granjeó nombre brevemente  
De diestro capitán y de valiente.

Fué liberal, modesto y apacible,  
Amigo de virtud y de nobleza,  
En los recuentos de rigor terrible  
Jamás en él se conoció flaqueza,  
A pié brioso todo lo posible,  
A caballo grandísima destreza:  
Hombre mediano, pero bien compuesto,  
Y algunas veces de severo gesto.

Al fin en Panamá hacen asiento  
El Pedrarias y sus conquistadores,  
Donde por las personas de momento  
Repartió los caciques y señores:  
Al Benalcázar dió repartimiento  
Igual á los mas ricos y mejores,  
Porque en aquellos tractos y ejercicios  
De guerra fueron grandes sus servicios.

En estos días le nació el mestizo  
Al buen Almagro, que se llamó Diego,  
El cual después en tiempo banderizo  
En el Pirú causó desasosiego:  
Al cristianallo gran fiesta se hizo,  
Y en el baptismo fueron por su ruego  
Pizarro y Benalcázar los padrinos,  
Por ser allí los mas ricos vecinos.

Subyecta pues la gente convencia  
Y la ciudad de Panamá fundada,  
Pedrarias de Avila se determina  
Hacer de Nicaragua la jornada,  
Porque sus capitanes la marina  
Por el rey y por él tienen poblada;  
Y así con voluntad llana y amiga  
A Benalcázar ruega que le siga,

Prometiéndole debajo juramento  
En provechos y honras preferirlo;  
El cual luego prestó consentimiento  
Dándole la palabra de seguillo.  
Al Pizarro pesó del mudamiento,  
Y Almagro y él procuran impedillo:  
Responde, como quien virtud profesa,  
No poder ya faltar de su promesa.

Cada cual de por sí le representa  
Tenelle sin revés afición pura,  
Y que esta, puesto caso que se absenta,  
En todo tiempo la terná segura,  
Rogándole también que les dé cuenta  
De daños ó regalos de ventura,  
Pues ellos en quietud ó con quebranto  
De su parte harían otro tanto.

Con esto se despide sollozando  
De los que lo tenían por amigo,  
Y con próspero viento navegando,  
Llegan y desembarcan donde digo.  
La ciudad de Leon se fundó cuando  
A Nicaragua lo llevó consigo  
Pedrarias, y allí fué primer alcalde;  
Y es cierto no comer el pan de balde.

Pues en pacificar estos estados,  
Con mañas y valor de varón fuerte,  
Al rey hizo servicios señalados,  
Y así le cupo razonable suerte.  
Pizarro con los otros aliados  
Acia la costa del Pirú convierte  
La lanza con ventura mas propicia,  
Trayendo con caudal rica noticia.

Entendida grandeza tan estraña  
Por indios que deponían de vista,  
Embarcóse Pizarro para España,  
Donde de sus servicios hizo lista;  
Volvió gobernador con gran compañía,  
Para prosecucion de la conquista,  
Y al Benalcázar invió mensaje  
Para se valer dél en el viaje.

Diciéndole que mas no se detenga  
En tierra corta do viviendo muere,  
Pues que ventura se la da mas luenga  
Con la prosperidad que se requiere;  
Y qué no partirá hasta que venga  
Con los soldados que traer pudiere,  
A los cuales hará que huelen suelo  
En el cual mudarian el mal pelo.

Vista por Benalcázar tal oferta  
Y que de mas atrás lijera fama  
Vendi a la noticia por muy cierta,  
Determinó de ir á quien lo llama:  
Compró navio grande de cubierta,  
Y con aquel ardor otros inflama,  
Llevando, no sin costa de dineros,  
Seis caballos y treinta compañeros.

Recibiólo Pizarro con buen pecho,  
Y su venida fué regocijada;  
Dióle mas larga cuenta de lo hecho,  
Y efectúose luego la jornada,  
La cual por la grandeza del provecho  
Fué por el universo divulgada,  
Y en hacer aquel grande reino llano  
El Benalcázar tuvo mucha mano.

Pasaron varias cosas, que yo callo  
Por ir do me movió mi fantasia,  
Y es quel marqués Pizarro, por honrallo,  
Las guerras de substancia le confia:  
A Piura con gente de caballo  
Fué, para socorrer la compañía  
De españoles que estaban en aprieto,  
Y á hacer aquel término subyeto.

Domó la furia de los adversarios  
Y aquella multitud sanguinolenta,  
Haciéndolos de libres tributarios  
Con yugo de pagar perpetua renta;  
Y en otras guerras y recuentos varios  
Honra ganó, sin padecer afrenta,  
Antes á mas rigor mayor audacia,  
Sin sucedelle trance de desgracia.

Holgábase Pizarro grandemente  
De ver cómo se daba buen recado,  
Y conociendo dél ser suficiente  
Para le cometer cualquier cuidado,  
En San Miguel lo hizo su teniente,  
Que es en Tangarará pueblo fundado  
Allí primero por gente de España,  
Donde también se daba buena maña.

Allanó muchas veces lo mas agro  
De guerras que otros ponen en escrito;  
Después desto, Pizarro y el Almagro  
Le mandan ir á conquistar á Quito,  
Cuyas riquezas vende por milagro  
La veloz fama con soberbio grito,  
Y también por domar la tiranía  
De Hruninavi, questo pretendia.

Porque viendo debajo fatal tumba  
A Guaxcar y Atabaliba señores,  
Adonde mortal odio los derrumba,  
Este se rebeló y otros traidores  
Como Zopozapagua, Quingalumba,  
Raurau, contra sus emperadores,  
Y Quisquiz que, con otros presuuestos,  
Venia para se juntar con estos.

Yendo pues Benalcázar aviado  
Segun que pide militar escuela,  
Procurando de ser bien informado  
Del reino donde van y su tutela,  
Cierto cacique, Chaparra llamado,  
Lo mandó dibujar en blanca tela  
Con entradas, salidas y defensa  
Y de guerreros cantidad inmensa.

Benalcázar holgó de ver la planta,  
Y de que se le dé tan buena nueva,  
Porque de la grandeza no se espanta,  
Antes desea ya venir á prueba,  
Aunque para romper multitud tanta  
Solo ciento y setenta y cinco lleva:  
Son los sesenta y cuatro caballeros  
Y diez ó doce buenos ballesteros.

Todos los mas restantes son peones  
Que llevan sus escudos embrazados.  
Encontraron de bárbaras naciones  
Cinuenta y cinco mil hombres armados,  
Que muchos dellos eran orejones  
En uso militar ejercitados,  
Puestos en orden en llanadas bajas  
De los campos que llaman Teocajas.

Al bravo Hruminavi va subyeto  
Aquel gentil ejército pagano,  
Que con sagacidades de discreto  
Los congregó debajo de su mano,  
Poniendo sus contrarios en aprieto  
Con crúeles estremos de tirano;  
Porque este se escapó de Caxamarca (1)  
Al tiempo que prendieron su monarca.

Y viéndolo prender, en el conflicto,  
Cuando española mano del afuera,  
Fué recogiendo por el circuito  
Sobre catorce mil hombres de guerra,  
Con los cuales entró dentro de Quito  
Levantándose con aquella tierra,  
Con muertes de los que del mal intento  
Pudieran ser algun impedimento.

Y agora Hruminavi, como piensa  
Que Benalcázar trae su demanda,  
Apercibióse para la defensa  
Con tanta multitud de los que manda,  
Que parecía cantidad inmensa  
Los que lo ciñen de una y otra banda,  
A los cuales atentos y armas prestas  
Dijo tales palabras como estas:

«Ya veis el miserable captiverio  
Con que los hados van amenazando,  
Y cómo de los Ingas el imperio  
Estrañas gentes vienen ocupando,  
Con muertes, deshonor y vituperio  
De los que sobre nos tenían mando:  
El gran emperador Guaxcar sin vida,  
La de Atabalibá también perdida.

»Otros poseen ya su plata y oro  
Y buscan lo que mas hay abscondido;  
El caudaloso fausto y el tesoro  
De Cuzco y Caxamalca veis perdido;  
La majestad, respecto y el decoro  
De nuestros orejones abatido,  
Haciéndoles que acudan con tributos  
De plata y oro, joyas y otros frutos.

»Y también vienen en demanda nuestra  
A fin de que hagamos otro tanto,  
Si no convierte vuestra fuerte diestra  
Su crecido placer en duro llanto,  
Y aquel dominio de la gloria vuestra  
No les pone temor, terror y espanto,  
Encomendando bien á las memorias  
Vuestros heroicos hechos y victorias.

»Pues si con estas asteais la vira  
Adonde pretendéis hacer empleo,  
En cualquier parte que pongais la mira  
Acertareis al blanco del deseo,  
Y abatireis aquella mortal ira  
A quien anima su primer trofeo,  
Ganado sin rigores de pelea  
Ni movimiento que defensa sea.

»Y es fácil de domar esta demencia,  
Por ser pocos y en fuerzas no mejores;  
Pues que nos consta ya por esperiencia  
Que padecen flaquezas y temores;  
Veis demás desto cuánta diferencia  
Hay de ser siervos á quedar señores,  
De perder ó cobrar vuestros estados,  
O de siempre mandar ó ser mandados.

»No cause lo de Caxamalca miedo,  
Por nos vencer allí pocos cristianos;  
Pues cada cual de nos estuvo quedo  
Sin querernos valer de nuestras manos,  
Porque juzgábamos por el denuedo  
Y el aspecto no ser hombres humanos;  
Mas ya nos consta por sus condiciones  
Que son hombres mortales y ladrones.

»Y aquellos pocos de redondas uñas,  
Do suben y les sirven de castillos,  
Podeislos enlazar por las peñuñas,  
Como cuando cazais con los aïllos  
O los civis con que tomáis vicuñas,  
Usando tal ardid en vez de grillos;  
Y á tierra vereis ir en ese punto  
Caballo y caballero todo junto.

(1) Por Cajamarca.

» Así que, pues en esto no va menos  
Que las honras, haciendas y las vidas,  
Y tenemos aquestos campos llenos  
De gentes diestras bien apercebidas,  
Haced aquello que debéis á buenos  
En refrenar las sueltas y atrevidas,  
Porque si no, vereis en sus poderes  
Vuestras queridas hijas y mujeres.»

Dijo, y aquellos fieros capitanes,  
O principales de los orejones,  
Con palabras y bravos ademanes  
Correspondieron con sus intenciones,  
No recelando muertes ni desmanes  
Que nacen de las tales ocasiones.....  
Y en este tiempo Benalcázar llega  
Con todos los demás á la gran vega.

Descúbrense millares de millares,  
Con las armas que tienen de costumbre,  
Dignas de ver las joyas singulares,  
La rica y adornada muchedumbre,  
Tanto, que reverberan los solares  
Rayos con el refracto de su lumbré;  
Innumerables bondas, dardos, lanzas  
Y armas de defension á sus usanzas.

Escoples bastados de algodones,  
Con gran primor colchados y tupidos;  
De palo bien tallados morriones  
Con hoja gruesa de oro guarnecidos;  
Plumajes, diademas, invenciones  
Varias en las maneras de vestidos,  
Porque segun las tierras y raleas  
Usaban de los trajes y libreas.

Viendo que Benalcázar descubría  
Por ancho campo de compás jocundo,  
Suena clamor y grita que rompía  
Los aires con ruido furibundo,  
Y tal hervor y horror, que parecía  
Deshacerse la fabrica del mundo,  
Engrandeciendo siempre los clamores  
Con bocinas y grandes atambores.

A la bandera nuestra y estandarte  
Animó quien sobrellos tiene mano,  
Diciendo: «No temais contrario Marte,  
Pues vale menos cuanto mas lozano,  
Y al fin han de llevar la peor parte  
Queriéndonosla dar en campo llano,  
Adonde los caballos corredores  
Y los que van encima son señores.

» Dejados vengan: no hagais amago  
Hasta que los tengamos mas cercanos;  
Y cuando yo dijere ¡Santiago!  
Cada cual se aproveche de sus manos.  
Verán á pocas vueltas el estrago  
Que hacen los poquitos castellanos;  
Pues ellos como ven que somos pocos  
Se hacen mas soberbios y mas locos.

» A cualquiera gandul que con mas gala  
Vierdes, y mas compuesto de librea,  
Y en acometimiento se señala  
Incitando los otros á pelea,  
Habeis de trabajar dalle de mala  
Con el violento fin que se desea,  
Pues todos acobardan viendo estos  
De la querida vida descompuestos.»

Al tiempo pues que el padre Faetonte  
Demediaba su rápida carrera,  
Cuando la sombra del frondoso monte  
Cerca las plantas sin salir afuera  
En aquel hemisferio y horizonte,  
Equinoccio perpetuo del esfera,  
Los confiados indios acometen,  
Y nuestros caballeros arremeten,

Rompiendo por la bárbara pujanza,  
Siguiendo las pisadas del caudillo:  
Roja se para la pungente lanza,  
El suelo rubicundo y amarillo;  
El rigor, el furor, la destemplanza  
Ensangrientan los filos del cuchillo,  
Tanto, que del barbárico gentío  
La sangre derramada forma río.

Mas los indios no son flojos ni tardos  
En respondelles con ardiente priesa ;  
Pues sin intermisiones ni reguardos  
De la confusa grita que no cesa .  
De violentas piedras y de dardos  
Nube descarga multitud espesa ,  
Quel cielo de los ojos arrebata ,  
Y con su violencia los maltrata .

Bien como de langostas las nubes  
Que suelen impedir la vista clara ,  
Ansi son las espesas ruciadas  
Del dardo , de la piedra , de la vara ,  
Atormentando cascos y cédalas ,  
Escudos y rodelas , donde para ,  
Cuyos pesados golpes también labran ,  
Matan caballos , y hombres descalabran .

No se mostraban flojas ni tardías  
Del fuerte Benalcázar las lanzadas ,  
Y las del capitán dicho Rui Diaz  
De Rojas no son menos señaladas ,  
Cuyos hechos , proezas , valentías  
A milagro podrán ser comparadas ;  
Y todos en aquellos trances duros  
Parecian ser mas que hombres puros .

Porque de los contrarios combatientes  
Cincuenta y cinco mil es el estima ,  
De los mas ahechados y valientes  
Que moran desde Quito hasta Lima ,  
Demás de los tener allí presentes  
Hruminavi feroz que los anima ,  
Sin que se pierda punto do se halla  
En la prosecucion desta batalla .

La cual por ambas partes se regia  
Con tal obstinacion y rabia pura ,  
Que pelearon desde medio dia  
Hasta llegar la ceguedad obscura ;  
Donde los de la barbara porfia  
Juzgaron la huida por segura ,  
Dejando de los suyos setecientos  
Desamparados de vivos alientos .

Huyeron á los cerros mas subidos ,  
Y por las asperezas de los puertos  
Quedaron tres peones mal heridos  
Y tres caballos ansimismo muertos :  
Velaron por sus cuartos repartidos  
Hasta que nueva luz los hizo ciertos  
Cuanta fué la mortifera ruina ,  
Mas no lo quel contrario determina .

Y por ser aquel campo conveniente ,  
Sí por ventura vuelven á buscallos ,  
Para se defender cómodamente  
Queriendo Hruminavi contrastallos ,  
Descansaron allí dia siguiente  
Regalando con grano los caballos  
Y curándoles algunas heridas ,  
Porque de su vivir penden sus vidas .

El Benalcázar luego hizo junta  
De los hombres en guerra mas maduros ,  
Y en la congregacion se les pregunta  
Qué caminos serán los mas seguros ,  
Porque de Hruminavi se barrunta  
Acometelles en los pasos duros ,  
Donde podria con algun engaño  
Al caminar hacelles mucho daño .

Porque de sus astucias se creia  
Tener hechos reparos á sus trechos ,  
Y mayormente por aquella via  
Que llevan , cantidad de hoyos hechos ,  
Para lo cual remedio les seria  
Evitarse los pasos mas estrechos ,  
Y á Riobamba ir por otra mano  
Seria lo mejor y lo mas sano .

Un soldado llamado Juan Camacho ,  
De San Miguel de Piara vecino ,  
Dijo : « Para llevar mejor despacho  
En la prosecucion deste camino ,  
Guia podria ser un mi muchacho  
Que podemos fiarnos de su tino ,  
Porque sabe muy bien toda la tierra  
Ansi del llano como de la sierra . »

Cuadróles mucho lo que representa  
Acerca de tomar otra derrota ,  
Porque el indio les dió razon y cuenta  
Acerca de le ser la tierra nota :  
Acuerdan pues salir sin que lo sienta  
Aquel que las provincias alborota ,  
Apriesa caminando con la guia  
Sin esperar la claridad del dia .

Cuando los horizontes se entristecen ,  
La luz debajo dellos abscondida ,  
En su real mil fuegos resplandecen  
Con muestrá de guisarse la comida ;  
Mas fueron todos estos que parecen  
Por disimulacion de la partida ,  
Pues dejándolos vivos y atizados  
Caminaron por donde son guiados .

Sin vellos la rabiosa muchedumbre ,  
La noche caminaron sin recuestas ,  
Y cuando pareció la nueva lumbre  
Átrás dejaban ya pasos y cuestas ;  
Donde podian dalles pesadumbre  
Las galgas ponderosas y molestas :  
Vieron los nuestros pues en este punto  
A la ciudad de Riobamba junto .

Los indios agraviados y vencidos  
Que volvian á nueva competencia ,  
Como reconocieron ser partidos ,  
Creyendo de temor hacer ausencia ,  
Siguen el rastro de furor movidos  
Con toda la posible diligencia :  
A los de retraguardia dan alcance ,  
Donde se vieron en dudoso trance .

Piden á Benalcázar mas varones  
Para mejor librarse de la plaga ,  
El cual les respondió : « Buenas razones :  
Van treinta caballeros en rezaga  
Con treinta validísimos peones ,  
¿ Y pedis que de gente se rehaga ?  
Si la que va juzgais no ser bastante ,  
Mirad la que tenemos por delante . »

« Acá y allá conviene buen concierto  
Y que nadie camine descubierto ,  
Antes todos con ánimo despierto  
Y no con corazon acobardado ,  
Pues yo no veo palmo descubierta  
Que no tengan estotros ocupado :  
Apretad manos , porque no podemos  
Hacer hoyo donde nos enterremos . »

Esto responde , pero todavía  
Envió cierto capitán Mosquera  
Con cuatro de caballo , que sabia  
Darse principal maña donde quiera ;  
Cuando llegaron vieron que venia  
Toda la retraguardia muy entera ,  
Sin que los indios punto los discorden  
De lo que deben á militar orden .

Yendo cansados con algun desmayo  
De ver inumerables naturales ,  
Un bárbaro daqueles , dicho Mayo ,  
Falto de los pendientes genitales ,  
De paz se les llegó , siéndoles ayo  
Para les descubrir ocultos males ,  
Manifestándoles partes no vacas  
De hoyos y acutísimas estacas .

El Hacedor omnipotente quiso  
Por boca deste bárbaro prudente  
A nuestros españoles dar aviso  
A punto y á sazón tan conveniente ,  
Pues daban en los hoyos de improviso ,  
Adonde pereciera mucha gente ,  
Y la parte mayor de los rocines  
Allí tuvieran desastrados fines .

Este por Hruminavi fué privado  
De los lascivos gustos y placeres ,  
Y con otros eunucos diputado  
Para le ser custodia de mujeres ;  
Y siempre , como cuerpo lastimado ,  
Tuvo vindicativos pareceres ,  
Y esperando hallar vez oportuna ,  
Tomó la que le trajo la fortuna .

Y así le descubrió los hoyos hechos,  
Y todo lo que Hruminavi piensa  
En los puertos y pasos mas estrechos  
Hacer para fortísima defensa;  
Hayan los españoles satisfechos  
De subyectar la cuantidad inmensa  
Que cerca de Riobamba los espera  
Con varias armas y apariencia liera.

Pero como bajaron á lo llano,  
Por ir toda la gente fatigada,  
El atrevido campo castellano  
Allí determinó hacer parada,  
Las sillas puestas, armas en la mano,  
Con vela que por cada camarada  
Se repartió con orden curioso  
Hasta pasar el tiempo tenebroso.

Y cuando ya venían descubriendo  
Los febeos caballos por oriente,  
De sus doradas bocas esparciendo  
Anhélito de luz resplandeciente,  
Benalcázar andaba previniendo  
A Ruy Diaz de Rojas, su teniente,  
Que fuese por el llano circunstante  
Con treinta caballeros adelante.

Con esta gente bien apercebida,  
A la ciudad de Riobamba llega;  
Pusieronse los indios en huida  
Sin que fuese durable la refriega;  
Y por hallar gran copia de comida  
El resto de la gente se congrega,  
Y allí holgaron estas compañías  
Por espacio de diez y siete dias.

Hallaron algun oro los soldados,  
Que fué poco segun el apetito,  
Porque como golosos y picados  
A caudal aspiraban infinito.  
Estando pues caballos reformados,  
Determinaron de llegar á Quito,  
Y hubo por el camino pocos ratos  
Que no tuviesen gritos y rebatos.

Usando con solícito cuidado  
Hruminavi de ardidés diferentes,  
Y por un orden muy disimulado  
Mil hoyos en los pasos mas urgentes;  
Pero por aquel bárbaro capado  
Quedaban descubiertos y patentes,  
Y así sin sucedelles caso feo  
Llegaron do los lleva su deseo.

Entraron pues en la ciudad potente  
De Quito, donde estaba recogida  
Innumerable número de gente,  
De varias armas bien apercebida;  
Mas viéndolos entrar incontinentemente,  
Fué por diversas partes esparcida,  
Dejándola con sus pertrechos varios  
A la dispusición de los contrarios.

Y así hallaron muchos ornamentos  
Preciados entre bárbaras naciones.  
Y demás desto grandes aposentos  
Llenos de grano y otras provisiones,  
Otros con belicosos instrumentos,  
Lanzas, macanas, dardos, morriões,  
Y para guerra todo buen recado;  
Mas oro poco, por estar alzado.

Recogieron aquello que se halla,  
Trastornando las casas y riucones.  
Los indios, rebusando dar batalla,  
Acudían de noche con tizonas;  
Por partes mas ocultas á quemalla;  
Y aunque no salen con sus intenciones,  
La llama todavía hizo nella  
En algunas pajizas casas della.

No procedieron, por la resistencia  
Que hallan en contrarias voluntades,  
Encaminadas á la permanencia  
De firmes y católicas verdades,  
Destruyendo con suma diligencia  
La falsa religion destas ciudades;  
Y así procuran en aquel asiento  
Plantar luego cabildo y regimiento.

I. IV.

En este tiempo Pedro de Alvarado  
También de Guatimala se destierra,  
Y vino con ejército formado  
Metiéndose con él por esta tierra.  
Diego de Almagro fué determinado  
A se la defender por paz ó guerra;  
El cual con treinta de caballo vino  
Tras Benalcázar con aquel desino.

Hallólos en la parte referida,  
Porque siempre vinieron por su huella:  
Regocijáronse con la venida,  
Sin certidumbre de la causa della,  
Mas cada cual después de conocida  
Tomó por propia suya la querrela,  
Y tanteando de defensa modos,  
A Riobamba se volvieron todos.

Allí por el Almagro fué mandado  
Estar apercebidos en espera,  
Siendo de naturales informado,  
Presos en el compás desta frontera,  
Quel sobredicho Pedro de Alvarado  
Venía por aquella derrotera  
Y que, segun el rostro trae puesto,  
En Riobamba lo verían presto.

Diego de Almagro con sospecha mala  
De que los otros son superiores,  
Para ver si su gente les iguala  
En número y vigor, ó son menores,  
Euvieron á Cristóbal de Ayala,  
Con otros seis caballos corredores,  
Que los tanteen bien, puestos á viso,  
Y abrevien el venir á dar aviso.

Aquestos siete caballeros fueron  
Acia la parte do sospecha tienen,  
Mas en el caminar no procedieron  
Con tal orden que no se desordenen.  
Y así por mal concierto que tuvieron  
A todos los prendieron los que vienen,  
Y como prisioneros á recado  
Los llevaron al Pedro de Alvarado.

Holgóse de los ver en su presencia,  
Por informarse de lo que quería,  
Hasta la mas menuda menudencia  
Que para tal sazón le convenia,  
Y aquesto hecho, dándoles licencia,  
A quien los enviaba los envia,  
Dando la relacion de su viaje,  
No sin muestra feroz en el mensaje.

Diciendo que, mediante provisiones  
Emanadas del rey y su consejo,  
A conquistar venia las naciones  
Destos confines desde Puerto-Viejo,  
Goo grandes gastos en las prevenciones,  
En buscar buena gente y aparejo;  
Y así defenderia con la espada  
La tierra que en gobierno le fué dada.

Dióle Diego de Almagro por respuesta,  
Que cumple que la tenga prevenida,  
Porque la suya para lo que resta  
No vive descuidada ni dormida.  
Cada parcialidad en fin va puesta  
A riesgo manifiesto de la vida,  
Ordenando sus háces al momento  
Para venir al duro rompimiento.

Queriendo comenzarse los rigores,  
Caldera, licenciado de Sevilla,  
Se puso dando voces y clamores  
En medio desta y daquela cuadrilla:  
« Paz y amistad, paz y amistad, señores,  
Nunca permita Dios esta rencilla »  
Acuden á lo mismo religiosos  
Destas conformidades deseosos.

Todos prestan atentos los oídos,  
Por pedillo personas de respeto,  
Los unos y los otros comedidos,  
Y cada cual con pecho mas quieto:  
Remedios dan á los que van perdidos,  
Y fueron que con término discreto  
Tracten las dos cabezas españolas  
De medios convenientes á sus solas.

29

Juntáronse los dos adelantados  
A la traza por buenos deseada:  
Quedaron aquel día concertados,  
Después de conferida y altercada,  
Pues el Almagro dió cien mil ducados  
Al Alvarado por aquel armada,  
Para que con aquellos se volviese  
Luego sin pretender mas interese.

Volvióse, los dineros recibidos,  
Solo con sus criados y sirvientes,  
Y dejó cuatrocientos escogidos  
Hidalgos generosos y valientes;  
A estos les llamaban los vendidos,  
Mas eran tales y tan excelentes  
Que los mas dellos en la paz ó guerra  
Fueron los principales de la tierra.

Fué con Almagro pues el Alvarado  
A San Miguel antes de su partida,  
Porque Pizarro vea su recado  
Y cumpla la moneda prometida.  
Quedó con Benalcázar de su grado  
Mucha gente de la recién venida,  
Bastantes en esfuerzo y en prudencia  
Para desbaratar cualquier potencia.

Destos fué Juan de Ampudia, Juan Cabrera,  
Juan del Rio con Baltasar su hermano,  
El capitán Tovar, Muñoz Mosquera,  
Luis Mideros, Florencio Serrano,  
Vivos aquestos dos en esta era,  
El capitán Añasco, sevillano,  
Con otro primo suyo, cabal hombre,  
Pedros entrambos y del mismo nombre.

Y Pedro de Guzmán, Luis de Lizana  
Avenidaño, Juan Muñoz de Collantes,  
Martiniáñez Tafur, de quien no vana  
Fama publica ser hombres bastantes,  
Segun en Paria y en Maracapana  
Del Avenidaño y él tractamos antes,  
Sanabria de quien ya hice memoria  
En diferentes partes de mi historia.

Porque de las conquistas atrasadas  
Tuvimos especial conocimiento,  
Y hoy vemos hijas suyas agraciadas  
Que son de Tunja lustre y ornamento,  
A conyugales nudos obligadas  
Con personas de gran merecimiento,  
De cuya virtud y ánimo constante,  
Mediante Dios, diremos adelante.

La mayor dellas, doña Catalina,  
Subyectó de bondad enriquecido,  
Que de purpúrea flor y clavellina  
Posee lo mejor y mas subido,  
Tiene como de tanto premio dina  
Al buen Martín de Rojas por marido,  
Con prendas que les son correspondientes  
En virtudes y gracias eminentes.

Es en edad menor doña Lúisa,  
De gracias y primor verjel ameno,  
Pues de lo quel humano ser divisa  
Tiene sobre lo bueno lo mas bueno:  
Cordura que las mas cuerdas avisa,  
Y a Jon Diego de Vargas en su seno,  
Que en jornadas desde sus tiernos años  
Ha padecido pérdidas y daños.

Teniendo Benalcázar pues trescientos  
Hombres en Riobamba bien armados,  
Hizo de capitanes nombramiento  
Valerosos y bien acreditados,  
Y á Quito, donde llevan los intentos,  
Revuelven muy mejor aderezados,  
Yendo con ellos, desde Riobamba,  
Un cacique de paz llamado Chamba.

Que debajo de buenas amistades  
Hizo que se quedasen en su villa  
Los impedidos con enfermedades,  
Nuevamente venidos de Castilla;  
Y él recogió de indios cantidades  
Con intencion, al parecer, sencilla  
De les favorecer y ser propicio  
En el hervor del militar oficio.

Y así con Benalcázar caminaban  
Para les ayudar a sus contiendas,  
Y en cualquier parte que se rancheaban  
Los nuestros, ellos asentaban tiendas;  
Y allí los españoles que velaban  
De noche les visitan á sabiendas,  
Con sospecha de que haran mudanza,  
Por ser gente de poca confianza.

Y en un rancheadero del camino,  
La ronda principal de las espías  
Puestas, cerca del tiempo matutino,  
So color de le dar los buenos dias  
Hasta las tiendas del cacique vino,  
Las cuales halló puestas y vacías;  
Y las personas que hacian vela  
Tocan al arma vista la cautela.

Los rastros buscan hombres diligentes,  
Que como van con intencion malina  
Volvian por caminos diferentes;  
Mas Juan de Ampudia que bien adivina  
Hüirse por matar á los dolientes,  
Tras ellos con aquel temor camina  
Con treinta sueltos y ocho con caballos  
Que gran priesa se dan por alcanzallos.

Pasan dos rios que los detuvieron,  
Y no sin riesgo toman la ribera  
Contraria; mas después tanto corrieron,  
Con ser catorce leguas de carrera,  
Que al Chamba con trescientos indios vieron  
Cómo bajaba por una ladera  
Para cortar el hilo de las vidas  
A su fe fraudulenta cometidas.

Para romper los duros escuadrones  
Los ocho de caballo ponen frentes;  
Llegaron á la villa los peones  
Do vieron de rodillas los pacientes,  
Porque sabian ya las intenciones  
Que traian los indios delinquentes,  
Por una india de la Nueva-España  
Que supo la traición y la maraña.

Gracias inmensas dan al alto cielo  
Por socorrellos en tan gran presura;  
El repentino gozo y el consuelo  
Desterró la pesada calentura;  
Huyen del infiel y cruel suelo,  
Vista la venturosa coyuntura,  
Y el de dispusicion débil y floca  
De sus debilidades fuerza saca.

Los de caballo lanzas ensangrientan  
En los culpados de furor nocivo:  
Todos los desbaratan y ahuyentan,  
Escepto Chamba que quedó captivo,  
El cual por culpas que se representan  
Poco después murió quemado vivo,  
Y esto tracta el obispo de Chiapa,  
Pero de demasia no se escapa.

Diciendo que se hizo larga riza  
Cuando Chamba con fuego fué punido,  
Por relacion de fray Marcos de Niza  
Informado de cosa que no vido,  
Y así de la verdad quebró la triza,  
Porque con Alvarado era ya ido;  
Pero su compañero fray Iodoco  
Toca con gran verdad lo que yo toco.

Y aun viven hoy algunos caballeros  
Cuyos dichos tenemos á la mano,  
Que destos es el capitán Mideros  
Y el capitán Florencio Serrano,  
Varones graves y de los primeros  
Que hicieron aquel imperio llano;  
Los cuales no deponen por oídas  
Sino de cosas vistas y sabidas.

Llevó pues Juan de Ampudia los dolientes  
Adonde Benalcázar los espera:  
A punto se pusieron combajentes  
Después de recogidos á bandera,  
Y para dar asientos permanentes  
Á Quito dirigieron su carrera,  
Y comenzaron á fundar arisco  
El día del seráfico Francisco,

Año de treinta y cuatro con los cientos  
Quince, que cuenta religion cristiana,  
Donde se pregonaron mandamientos  
Del rey de monarquia maderana,  
Tomando posesion de los asentos  
Ganados por la gente castellana.  
Dando de San Francisco nombrada  
A causa de llegar el mismo dia.

Hizose de justicia y regimiento  
Eleccion de personas singulares,  
Y luego general repartimiento  
De campos, huertas, casas y solares;  
Demás desto mortal preparamento  
Contra las altas rocas y lugares,  
Cuyos altos Hruminavi piensa  
Ser adaptados para su defensa.

Doscientos hombres salen escogidos  
A domeñar la gente rebelada;  
Quedaron ciento bien apercebidos,  
Guardando la ciudad recién fundada;  
Mas porque para trances tan reñidos  
No se requiere pluma mal cortada,  
Lo que resta, cortándola primero,  
Diremos en el canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Hruminavi y los otros capitanes de Atabaliza, que se habían alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos.

Los que tienen diversas opiniones  
Cuando contrarios turban su sosiego,  
Y cada cual mediante divisiones  
Quiere hacer cabeza de su juego,  
Cercanos andan de las perdiciones  
Encaminadas por juicio ciego;  
Pues por seguir particulares modos  
Y no se conformar se pierden todos.

Cayeron en errores semejantes  
Los del reino de Quito pretendores,  
Porque, según que ya tractamos antes,  
Eran aquestos cinco ó seis señores,  
Todos ellos valientes y pujantes,  
Que pudieran en uno ser mejores,  
Porque divisos era cosa vista  
Ser de menos peligro la conquista.

Era destes el principal tirano  
Hruminavi, sagaz, cruel, severo,  
Y porque lo tenían mas cercano  
Este quisieron allanar primero,  
Pues, quebrantada su potente mano,  
Lo demás se juzgaba por ligero:  
Tenia capitanes de mas suerte  
Y el gran peñol de Pillaro por fuerte.

Vieron pues el altura de la Peña  
Que parecia ser inaccesible;  
En lo mas alto della verde breña  
Con agua y aparato conveniente,  
La cual por todas partes les enseña  
Ser la subida de rigor terrible.  
Haciéndola muy mas inespugnable  
Gente que van ser innumerable.

En el mas riesgo las honrosas canas  
De los aventajados orejones,  
Todos puestas en orden por andanas  
Con varias y diversas prevenciones,  
Selva de lanzas, dardos y macanas,  
Hondas con apropiados perdigones,  
Las violentas galgas y molestas  
En partes bien acomodadas prestas.

Visto por Benalcázar el derecho  
Peñol cercado de dificultades,  
Dijo: «Señores, al español pecho  
No suelen espantar fragosidades;  
Antes para salir bien con un hecho  
Basta poner en él las voluntades,  
Pues como su deseo no se tuerza  
Nunca les faltará maña ni fuerza.»

Aquesto dicho, baja del rocino  
Y encaminó sus piés a la ladera,  
Rodela y morrion de acero fino,  
Espada do la lumbrer reverbera;  
Y cada cual se juzga por indino  
De quedar en la parte mas zaguera,  
Unos garrando, y otros de rodillas,  
Y todos bien sudadas las mejillas.

Como los indios vieron ir subiendo  
Gente que su rigor no recelaba,  
Alzaron grita, y el rumor horrendo  
Los montes y los valles atronaba:  
Rompe los aires vagos el estruendo  
Horrible, que momento no cesaba;  
Los brazos fuertes con furor se mueven;  
Espesas piedras, lanzas, dardos llueven.

No suenan tan espesos estallidos  
Cuando las fuerzas de los fuegos recen  
En los espesos montes encendidos,  
Que de rocío y humedad carecen,  
Siendo de bravos vientos conmovidos,  
Que los soplan, avivan y engrandecen,  
Cuantos son los crujidos de la honda  
Que suena aqui y allí y á la redonda.

Galgas innumerables van saltando,  
Que los duros encuentros hacen moles,  
Contra los que se vienen acercando  
A los que defendian los peñoles;  
Y así quedaron del cristiano bando  
Perniquebrados ciertos españoles,  
Y con las otras mas pequeñas piezas  
Corriendo sangre no pocas cabezas.

No por esto cesaba la porfia,  
Sin se reconocer ánimo falto,  
Pues, aunque maltractados, todavía  
Perseverantes van en el asalto,  
Y con volantes jaras se hacia  
Algun daño también en los del alto,  
Y lastimándolos ó padeciendo  
Antes iban ganando que perdiendo.

Aquesta rigurosa competencia  
Tuvo tan espaciosas dilaciones,  
Que el sol queria ya hacer ausencia  
Daquellos hemisferios y regiones;  
Y habian en la dura resistencia  
Los indios consumido municiones,  
De cuya causa tibios en la ira  
Alguna parte dellos se retira.

Después, como se vió la pertinacia  
De los que proseguian la subida,  
Fáltóles con la luz del sol audacia,  
Y todos se pusieron en huida  
Por parte que con miedo de desgracia  
Tenian antes desto prevenida,  
Para hacer desvíos mas prolijos  
A tierras y montañas de los quijos.

Los españoles todos recogidos  
Con los despojos en aquel altura,  
A los perniquebrados y heridos  
Se les dió luego la posible cura;  
Descansan de trabajos recebidos  
Aquel espacio que la noche dura,  
Teniendo siempre vigilante guarda  
El tiempo que la aurora fresca tarda.

Y cuando descubrió su rostro rojo  
Esparciendo la lumbrer matutina,  
El católico campo y ortodojo  
Seguir á Hruminavi determina,  
Sobre bárbaros hombros quien va cojo,  
Debajo de custodia fidedina;  
Y como se halló fresca la huella,  
Peones y caballos van tras ella.

Hallaron luego por el circuito  
Indios sin dardo, lanza ni macana,  
Porque la gente natural de Quito  
Tomaba armas ya de mala gana,  
Y todos deseaban infinito  
Amistad con la gente castellana;  
Y así, pidiendo paz, les daban nueva  
De la via que Hruminavi lleva.

Siguiendo lo quel rastro certifica,  
Dieron en otra parte mas exenta,  
Y un peon, dicho Miguel de la Chica,  
Vido cierto gandul que representa  
En aquel traje ser persona rica,  
Y conociendo ser hombre de cuenta,  
Juzgaba que seria vano seso  
No le llevar á Banalcázar preso.

Mas él se defendió como valiente,  
Sin dejarse vencer del peregrino,  
Y un Alonso del Valle que al presente  
En Pasto tiene vida y es vecino,  
Viéndolo pelear varonilmente,  
Batió las piernas al veloz rocino,  
Y siendo de uno y otro combatido,  
Sin recibir herida fué rendido.

Este fué Hrumani, desgraciado  
En hallarse con pocos orejones,  
Al cual luego pusieron á recado  
Con guarda de caballos y peones:  
De su muerte no soy certificado,  
Pero creo morir en las prisiones;  
Y así se concluyó su valentía  
Y los conceptos altos que tenía.

El fuego mitigado desta fragua  
Con soplos ambiciosos encendida,  
Fueron adonde está Topozopagua,  
Otra roca muy mas fortalecida,  
Dentro mantenimientos, leña y agua,  
Aunque la gente no tan escogida,  
Pero pasos mas duros y derechos  
Y grandes prevenciones de pretrechos.

Acometieron el dudoso fuerte  
En tres ó cuatro partes divididos:  
Defiéndose los indios de tal suerte,  
Que quedan españoles mal heridos,  
Aunque ninguno dellos fué de muerte,  
Pero todos confusos y corridos  
De ver en indios pertinace brio,  
Y cómo su trabajo fué baldío.

Otro día la roca se tantea  
Por ver la parte menos impedida,  
Pero ninguna ven do no se vea  
Imposibilitada la subida,  
Y, si les es posible, que no sea  
Con manifiesto riesgo de la vida;  
Y así lo que por fuerza no se puede  
Hacer, la buena maña lo concede.

Ven cierto lado del peñol derecho,  
Pero la parte baja de manera  
Que por no ser altura de gran trecho  
La podrian subir con escalera,  
Y desde allí podrian á provecho  
Caminar lo demás de la ladera:  
Hicieron pues unas escalas altas,  
Pero no tanto que no fuesen faltas.

Y cuando ya Morfeo, con obscuro  
Sueño, cansados ojos regalaba,  
Pareciéndoles ser tiempo seguro  
Para subir donde se deseaba,  
Las arrimaron al altivo muro;  
Mas el remate dellas no llegaba,  
Y todavía Florencio Serrano  
Trabajó de llegar á lo mas llano.

Asiendo de las rugas de la roca  
Con ambas manos lo mejor que pudo,  
El espada pendiente de la boca,  
A las anchas espaldas el escudo,  
Hasta que con los pies lijeros toca  
Por do poder llegar al vulgo rudo;  
Luego subió tras él Gomez Fernandez,  
Subyectos ambos á peligros grandes.

Después quel primer suelo se tenia  
Por estos dos que nuestra rima canta,  
El resto de la gente que venia  
No padecia ya fatiga tanta,  
A causa de que cada cual subia  
A los cabos asido de una manta,  
Que los primeros con el pié quieto  
Cuelgan y tiran para tal efeto.

De la manera dicha, brevemente  
Con el industria de las dichas telas,  
Subió la mayor parte de la gente.  
Sin los sentir allí bárbaras velas;  
A lo mas alto van incontinente,  
A punto las espaldas y rodelas,  
Hasta llegar al cuerpo del gentío,  
Mal advertido por el mucho frio.

Acometen, y sueltan lenguas mudas  
Diciendo ¡Santiago! denodados:  
Las tajantes espadas van desnudas,  
Y los escudos fuertes embrizados,  
Las manos vengadoras y sañudas  
Rompen pechos, cabezas y costados,  
Sin que reserven en aquel instante  
Cosa que se les ponga por delante.

Suena rumor horrible por el alto,  
La voz confusa, la mortal querrela:  
Arma no hallan con el sobresalto,  
Ni se les da lugar á jugar de ella;  
El mas aventajado quedó falto,  
Mas no de turbacion, pues que con ella  
Se precipita por adonde puede  
Y por donde lugar se le concede.

Bien como ciervo que temor incita,  
A quien tocaron ya caninos dientes,  
Que huyendo de perros y de grita  
Por cima de peñascos eminentes,  
Dellos por escapar se precipita  
Y arroja sin mirar inconvenientes,  
Y libre de la boca del lastrante  
La muerte que huyó halla delante:

Así los recogidos en el fuerte,  
Como de noche son sobresaltados,  
Huian muchos dellos de tal suerte,  
O por los unos ó los otros lados,  
Que con temores grandes de la muerte  
Algunos perecieron despeñados,  
Y muchos dellos presos y captivos  
De los restantes que quedaron vivos.

Huyó Topozopagua destos trances  
Con los que pudo de la muchedumbre,  
Y aunque hizo sus cuentas y balances  
Para volver á dalles pesadumbre,  
Diéronle tan apriesa los alcances  
Que lo rindieron á la servidumbre,  
Y á Quingalumba y otros no menores  
Que pretendian ser grandes señores.

Quisquiz restaba, cuya confianza  
Fué grande prosiguiendo su porfia;  
Rogóle Guaypalcon que con templanza  
Pidiese paz, y como no queria,  
Por los pechos le dió con una lanza,  
Y así se concluyó la valentía  
Del buen Quisquiz, que entre los orejones  
Fueron muy grandes sus reputaciones.

Aqueste capitán (1) no fué tirano,  
Sino que solamente pretendia  
Restaurar el imperio de su mano  
Para lo dar á quien pertenecia.  
El remo pues de Quito quedó llano,  
O lo que dé al caso les hacia;  
Y así procuran por tierras no vistas  
Estender adelante sus conquistas.

Pues otra mayor trompa que Sringa  
Riquezas prometia de gran fasto (2)  
En tierra que se llama Quillacinga,  
Donde es agora la ciudad de Pasto,  
Provincia conquistada por el Inga;  
Do mandan ir al capitán Añasco,  
Y allí con principal gente de guerra  
El comenzó de conquistar la tierra.

(1) Este Quisquiz fué capitán de Atagualpa; fué compañero de Chalcochima, y ambos prendieron á Guascar Inga, que era hijo legítimo de Guaynacpac, y lo mató. Y así fué tirano Quisquiz, y Chalcochima y Atagualpa. Y así toda esta estancia se debe enumerar si se ha de escribir cierto. Porque yo averigüé por justicia esta verdad, y toda la monarquía de indios Ingas y conquista de españoles en tiempo del virey don Francisco de Toledo. (Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

(2) Por fausto.

Después que con aquella gente vino  
 Añasco, Benalcazar inquiría  
 Un indio forastero peregrino  
 Que en la ciudad de Quito residía,  
 Y de Bogotá dijo ser vecino,  
 Allí venido no sé por qué vía;  
 El cual habló con él, y certifica  
 Ser tierra de esmeraldas y oro rica.

Y entre las cosas que les encamina  
 Dijo de cierto rey que, sin vestido,  
 En balsas iba por una piscina  
 A hacer oblation según él vido,  
 Ungido todo bien de trementina,  
 Y encima cantidad de oro molido,  
 Desde los bajos pies hasta la frente,  
 Como rayo del sol resplandeciente.

Dijo mas las venidas ser continas  
 Allí para hacer ofrecimientos  
 De joyas de oro y esmeraldas finas  
 Con otras piezas de sus ornamentos,  
 Y afirmando ser cosas fidedinas:  
 Los soldados alegres y contentos  
 Entonces le pusieron el Dorado  
 Por infinitas vias derramado.

Mas él dentro de Bogotá lo puso,  
 O término quel nuevo reiuo boja,  
 Pero ya no lo pintan tan incluso  
 En él que su distancia lo recoja,  
 Antes por vanidad de nuestro uso  
 Lo finge cada cual do se le antoja,  
 Y en cuanto se descubre, corre y anda,  
 Se lleva del dorado la demanda.

Aquí pues damos la razon abierta  
 De do le vino pico á la castaña,  
 Lo cual os vendo yo por cosa cierta,  
 Y lo demás que dicen es patraña;  
 Así que la tal es demanda muerta  
 Y fantasia de verdad estraña:  
 Mas bien guiada llevará la proa  
 Quien procurare ver lo de Manoa.

Tierra que de ninguno fué hollada,  
 Y reinos que demoran al oriente  
 De aqueste nuevo reino de Granada,  
 Do hallarán innumerable gente  
 En las costumbres bien diferenciada  
 Y no menos en traje diferente:  
 Para llegar es poca la distancia,  
 Y creo que sera de gran substancia.

Pues en tan largos y prolijos senos,  
 En el presente tiempo no sabidos,  
 Salvo por las noticias de que llenos  
 Tenemos los antiguos los oídos,  
 Es imposible no hallarse buenos  
 Algunos, y en provincias estendidos,  
 Del rio de Uyapar al de Orellana,  
 Do cae la provincia de Guayana.

Mas esta buena tierra que sospecho,  
 Por muchas leguas a la mar no llega,  
 Porque los llanos en crecido trecho  
 Gran multitud de rios los aniega;  
 Los pueblos tienen en algun repecho  
 Adonde la creciente no los riega;  
 Otros viven también en barbacoas,  
 Y unos y otros tienen sus caños.

Aquesta relacion que doy agora,  
 Juan Martin, un soldado, la revela,  
 El cual es hoy vecino de Carora  
 En la gobernacion de Venezuela,  
 Y allí hizo siete años de demora  
 Entre gente que nunca cubre tela,  
 Porque sus galas son y gentileza  
 Pintar las que les dió naturaleza.

De don Pedro de Silva fué soldado,  
 Y entró con él cuando llevaba pio  
 De descubrir la tierra del Dorado,  
 Con pocos y con un solo navio  
 Que le quedó; y así mal aviado  
 Se metió por un brazo del gran rio  
 Del Marañón acia la mano diestra,  
 Que no fué para él sino siniestra.

Apartado del término marino,  
 Por allí subiria como treinta  
 Leguas, ó poco menos, de camino,  
 Y vista tierra que se representa  
 Fértil, sacó su campo peregrino,  
 Cuyo número fué ciento y setenta  
 Soldados, que dispuestos para guerra  
 Comenzaron a descubrir la tierra.

Pelearon con bárbaras naciones,  
 Saliendo bien de muchas competencias;  
 Mas como todos eran chapetones;  
 Y mal propicias estas influencias,  
 Luego cargaron indisposiciones,  
 Y fueron tan pesadas las dolencias,  
 Que dellas y de llagas y mosquitos,  
 Quedaron con la vida muy poquitos.

Y como ya los viese desta suerte  
 El natural, de piedad esquivo,  
 Con impetu rabioso se convierte  
 A que ninguno dellos quede vivo,  
 Y así murieron todos mala muerte,  
 Escepto Juan Martin, que fué captivo,  
 Que quasi por grandeza lo reserva  
 Para servirse del esta caterva.

Lo cual hizo con toda diligencia  
 Al indio principal que lo tenía,  
 Y en cualquiera guerrera competencia,  
 De muchas que tenían cada día,  
 En el acometer ó resistencia  
 La parte del contrario lo tenía:  
 El finalmente tuvo tales modos,  
 Que ya por él se gobernaban todos.

Y en ardidés del militar oficio  
 Ninguno proveyó que no cuadrase;  
 Y como no hacian ejercicio  
 Do con ventaja no se señalase,  
 Tuvo mujeres, casas y servicio  
 Y tierras adaptadas que labrase:  
 Reprehendia flojos, torpes, malos,  
 Hasta les dar de coces y de palos.

Al lenguaje quel bárbaro hablaba  
 Estuvo con oídos tan atentos,  
 Que ninguno mejor articulaba  
 La dura cantidad de sus acentos;  
 Y así de luengas tierras procuraba  
 Saber con especiales documentos,  
 Y desde el Marañón, do residia,  
 Al Viapari qué leguas habria.

Y poco mas ó menos hecha cuenta  
 De soles que ponian de tardanza  
 (Pues un sol cada día representa,  
 Según entrellos es comun usanza),  
 Eran sobre trescientos y cincuenta  
 Leguas, y numerosa la pujanza,  
 En medio de provincias estendidas  
 Hasta hoy nunca vistas ni sabidas.

Son Alagarian, Mayos, Meriones,  
 Pererías, Auita, Pericoros,  
 Donde hay innumerables poblaciones,  
 También Carunarota, Tapamoros,  
 Y otras que vienen en sus relaciones,  
 Mas todas ellas faltas de tesoros;  
 Algun oro poseen medio cobre,  
 Y en todo lo demás es gente pobre.

Los indios entre si de paz remotos,  
 Los mas dellos traidores inhumanos,  
 Pues hay caribes, y hay paravocotos,  
 Decayos, tivuties, siyaguanos,  
 Hay ciaguanes y hay calamocotos,  
 Chapaes, atúacas, mas urbanos,  
 Y entre los rios dos ya memorados  
 Hay otros ocho todos señalados.

El uno mayormente dicho Toco,  
 Que cuando las arenas del mar toca  
 Mas poderoso va que el Urinoco,  
 Pues cuatro leguas largas son de boca;  
 Y aun el autor afirma dalle poco,  
 Antes su latitud no ser tan poca;  
 Los otros dice no venir tan llenos,  
 Sino que son la tercia parte menos.

Estos rios son fines y aledaños  
A cada cual nacion allí poblada,  
Pues como Juan Martin por tantos años  
Tuviese ya la tierra tanteada,  
A los que de verdad viven estraños  
Determinó de dalles cantonada,  
Porque le remordia la conciencia  
Vivir entre tan bárbara demencia.

Y así debajo del favor divino  
Y católico celo que lo incita,  
Tentó peligrosísimo camino  
De bestias fieras y nacion maldita,  
A fin de se llegar por aquel tino  
Acia la Trinidad y Margarita,  
Pues los indios á ellas comarcan  
Le darian noticia de cristianos.

Que bien podia sin pedir licencia  
Salir del pueblo siempre que queria;  
Y así mil veces hizo del ausencia  
A rescatar por una y otra via,  
Mediante la sutil inteligencia  
Que del lenguaje bárbaro tenia,  
Yendo y viniendo sin tener mas cuenta  
Con él que con cualquiera que se absentia.

Siendo pues desta suerte libertado,  
Cuando tenían del menos sospechas,  
Untóse de betumen colorado,  
Y armóse de macana y arco y flechas:  
El hayo y el poporo preparado,  
Con las demás costumbres contrahechas,  
Y en traje y apariencia de salvaje,  
Puso descalzos piés en el viaje.

Invocando la Majestad divina  
Del alto Criador de tierra y cielo,  
Y á la que los errados encamina,  
Quiera romper el tenebroso velo  
Llevándolo de tierra tan malina  
A parte de católico consuelo;  
En la cual oracion perseverante  
De nacion en nacion pasó delante.

Vióse con gentes de cruel motivo,  
Donde no reparó por ser bellacas,  
Y donde fué milagro quedar vivo  
Segun llevaba ya las fuerzas flacas:  
Al fin pudo llegar á Vesequivo,  
Rio que está poblado de arúacas  
De noble condicion, y aunque guerreros  
Tractan con caridad los estranjerios.

Acariciaron bien al indio estraño,  
Entre los cuales seis meses habita,  
Por ser esta nacion libre de engaño,  
Que á quien le pide paz no se la quita;  
Y como suelen estos ir cada año  
En sus piraguas á la Margarita  
A rescatar con gente bautizada,  
Allá se fué con la primer armada.

Llegados á la isla que refiero,  
En el puerto saltó hecho salvaje  
Con la postura y el meneo fiero  
Que suelen los que son deste linaje;  
Y fué, tomada tierra, lo primero  
Ir á la iglesia con el mismo traje,  
Y ante el altar hincado de rodillas,  
Con lágrimas regando las mejillas,

Dijo, hablando lengua castellana:  
« Bendito seais vos, Redentor mio,  
Y vuestra Madre, Virgen Soberana,  
Que sin yo merecer favor tan pio,  
Me trajistes á caridad cristiana  
De las tinieblas del bestial gentío.  
¿Qué gracias, qué alabanzas, qué servicio,  
Haré por tan supremo beneficio?

« A este vuestro siervo sin provecho  
Invalde, Señor, divino cebo,  
Santa sinceridad, un limpio pecho,  
Puras entrañas, un corazon nuevo,  
Para que por el bien que me habeis hecho  
Os sepa dar las gracias como debo,  
Pues mi talento nada bueno tiene  
Si de vuestras alturas no me viene. »

Oyendo decir cosas semejantes  
A indio que traia pampanilla,  
Y razones tan vivas y elegantes  
En bien cortada lengua de Castilla,  
Luego le rodearon circunstancias  
Para saber aquella maravilla,  
Y en un momento templo y sacristia  
De gentes admiradas no cabia.

Al razonar están bocas abiertas,  
Y él dijo: « Por amor de Dios os pido  
Que mis curtidas carnes descubiertas  
Las honesteis, señores, con vestido.  
Porque después, de cosas que son ciertas  
Podré satisfacer al buen oido;  
Pues el que viene desde el rio Toco  
Lo mucho no podrá decir en poco. »

Mas antes de decir estas razones,  
Como su propia vista los avisa,  
Uno venia ya con los jubones,  
Otro con zarafuelles y camisa,  
Otro con sayo, capa y otros dones,  
Para lo componer á nuestra guisa;  
Y su persona toda reparada  
Le dieron muy á gusto la posada.

Después dió cuenta de su perdimiento  
En busca y en demanda del Dorado,  
Que no tiene ni tuvo fundamento  
Otro mas del que tengo declarado;  
Algunas cosas mas de las que cuento  
Dice, de que no soy bien informado,  
Mas sé de cierto que no certifica  
Nueva ni relacion de tierra rica.

En un sola relacion estriba:  
Que el arúaca para su ganancia  
Navega por los rios muy arriba,  
Camino de grandísima distancia,  
Donde no falta gente que reciba  
Su contracto por cosa de importancia;  
Y destas ferias, tractos y rescates,  
Traen oro de basta diez quilates.

Van por los rios que les son ajeos,  
Do tienen sus perpetuas poblaciones;  
Y segun en la mar hacen los dejes,  
No me parece fuera de razones  
Juzgar que se derivan de muy lejos,  
Regando diferencia de regiones;  
Y donde Juan Martin morada hizo  
En los inviernos es anegadizo.

Y aunque solian ir á hacer guerra  
Por los campos enjutos en verano,  
Y entraban muy adentro por la tierra  
Todos los años con armada mano,  
Nunca jamas pudieron ver la sierra  
Que norte-sur perlonga por el llano,  
Adonde de Manoa y de Guayana  
Creemos la noticia no ser vana.

Ansi que por aquellas vecindades,  
Tengo por cosa muy averiguada  
Que hallará cien mil dificultades  
El que tentare de hacer entrada,  
Y grandísimas las comodidades  
Desdeste nuevo reino de Granada;  
Pues de la falda del, teniendo tino,  
No son doscientas leguas de camino.

Tener tal opinion por cosa cierta  
A nadie le parece desvario,  
Pues sabemos volverse de la puerta  
El capitán Antonio de Berrio,  
Porque para hacella mas abierta  
Llevaba de soldados mal avio;  
Y así le pareció que convenia  
No proceder con poca compañía.

Año de ochenta y cuatro, por enero,  
Deste reino salió con cien soldados,  
A las espensas deste caballero  
La mayor parte dellos aviados,  
La via del oriente que refiero,  
Por campos de español nunca hollados  
( Quiero decir aquella derescera ),  
Y así pudo ver otra cordillera.

Pasó los ríos Pauto . . . Gazanare  
Y al de la Candelaria dicho Meta,  
A Dubarro . . . y á Daume y al Guuyare,  
Con otros que mi pluma no decreta;  
Pero tiempo verna que los declare  
Con relacion que sea mas aceta,  
Pues el Dorado por andar avieso  
Nos ha hecho sacar este digreso.

Yendo pues el Antonio de Berrio  
Por donde nunca fué cristiana gente,  
No sin escaramuzas del gentío  
Mas acá de la sierra residente,  
Antes della topó con el gran río  
Barraguan, sobre todos prepotente;  
Y así, para pasar tan largo trecho,  
Hicieron barco grande muy bien hecho.

A su ribera juntos y cercanos  
Por el barco hicieron asistencia,  
Estando de la sierra comarcanos  
Siete leguas segun el apariencia:  
Habia dellos ya muy pocos sanos,  
Porque prevalecia la dolencia,  
Y para procurar llegar á ellas  
Hacian los enfermos grandes mellas.

Todavía Berrio con la gana  
De ver aquellos senos abscondidos,  
Escogió de la gente castellana  
Catorce de los menos impedidos,  
Y á pié, por no ser ya la tierra llana,  
Anduvieron cansados y perdidos,  
Y sin poder romper las espesuras  
Se volvieron con recias calenturas.

En estas atrevidas estaciones  
Gastó diez dias en ida y venida:  
Quizá fueron divinas provisiones  
El no hallar camino ni subida,  
Pues á dar en algunas poblaciones  
Ningunos escaparon con la vida,  
Y cuando volvieron al asiento  
Iban enfermedades en aumento.

También en el temor eran iguales,  
Pues para proceder todos temblaban,  
Viendo la multitud de naturales  
Que por entre los ríos les quedaban,  
Y pasada la sierra . . . principales  
Noticias que captivos indios daban,  
Señalando con mil admiraciones  
Bárbaros diferentes en naciones.

Y Alvaro Jorge, capitán prudente,  
De quien yo tengo llena confianza  
No ser en escrulinos negligente  
Ni tener en sus cosas destemplanza,  
Informándome dél, dice que siente  
Haber tras de la sierra gran pujanza,  
Segun un su captivo le decía.  
Al cual prendieron por aquesta via.

Uno que por su honor quiero callallo.  
En un encuentro de sangriento duelo  
Batió las piernas por alanceallo,  
Y el bárbaro gallardo sin recelo  
Abrazóse con el veloz caballo,  
Y con el caballero dió en el suelo:  
Acudieron peones al combate  
A socorrello porque no lo mate.

El indio, la macana levantada,  
Sin muestra de temores los espera,  
Rebatiendo cualquiera cuchillada  
Librada por la gente forastera:  
Mas uno dellos con un estocada  
Las tripas al gaudul echó de fuera,  
El cual con una mano las melía,  
Y con otra, de tres se defendía.

Alvaro Jorge, vista la friega  
Y el bárbaro feroz cuan bien se vende,  
Batió las piernas y á caballo llega  
Adonde el aguzávára se enciende.  
De tal manera, que con él se pega  
Y de los españoles lo defiende;  
Al fin sin acaballo fué rendido  
Y con piadosa cura socorrido.

Pues usando de pródiga clemencia  
Alvaro Jorge, noble lusitano,  
Tuvo tan cuidadosa diligencia  
Que dentro de ocho dias quedó sano;  
Y gran tiempo después de la pendencia  
El lo tuvo debajo de su mano,  
Haciéndole regalos y caricias,  
Y así coligió del muchas noticias.

Dijo como verán á la vertiente  
De aquella sierra poblacion crecida,  
Y un río mas allá cuya creciente  
Anihila la mas engrandecida,  
Y otra sierra después mas eminente  
Adonde hallarán gente vestida:  
Y el agua grande dijo que se llama  
Manoa, que es Guayana segun fama.

Refrescó demás desto los oídos  
Con nuevas ya tratadas aunque raras,  
Y son, de las mujeres sin maridos,  
Armadas con aljabas y con jaras;  
Y por naturaleza proveídos  
Hombres, en la cabeza, de dos caras (1);  
Y en indios de los llanos la conseja  
Es cosa no moderna, sino vieja.

Porque también afirman indios viejos  
Haber vecinos en aquel paraje  
Que en barbas y cabellos son bermejos,  
Diferentes deste comun linaje,  
Valientes y mas vivos en consejos,  
Mas pura desnudez su propio traje,  
Solo cubrían partes vergonzosas:  
Esto decía y otras muchas cosas,

Que por no ser palpables ni visibles,  
Sino con turbio velo de estratagemas,  
A todos nos parecen increíbles,  
Y no dudar en ellas es torpeza:  
Pero muchos sospechan ser posibles,  
Pues las puede hacer naturaleza;  
Y destas ponen hartas los autores  
Antiguos, en espanto no menores.

Y así, pues que me viene tan á mano,  
Quiero deciros una cosa estraña  
Afirmada por hombre baquiano  
De quien puedo creer que no me engaña,  
Y es Melchior de Barros, lusitano,  
Soldado de Pirú y de Nueva-España,  
Al cual tengo por huésped de presente,  
Y vido por sus ojos lo siguiente:

Seria por el año de setenta,  
Cuando, de gente y armas pertrechado,  
Salió del Cuzco por buscar mas renta  
Juan Alvarez, que llaman Maldonado;  
Y en el entrada donde se presenta,  
No mucho de los Andes apartado,  
De los pigmeos que la fama siembra  
Captivaron un macho y una hembra (2).

Y por ser mas veloz en la huida  
Quel marido la mimiza zagala,  
Alcanzóla de lejos impelida  
De salitrosos fuegos una bala:  
La miserable dió mortal caída,  
Sin ella merecer obra tan mala;  
Viendo quien la hirió de sí cercano  
Tapábase la vista con la mano.

Con voz en sumo grado delicada,  
Segun persona de razon se queja;  
Pero de tal manera pronunciada  
Que cosa que perciba no le deja:  
En su tamaño bien proporcionada,  
Y al rostro suyo perfeccionada,  
Tal, que no le faltaba hermosa,  
Y un codo poco mas el estatura.

(1) Estos son los Icaevingas, que quiere decir dos narices y no dos caras.

(Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

(2) No hubo tal cosa, que yo estaba allí, y Juan Alvarez Maldonado en Lima.

(Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

El compañero que quedó captivo  
Entre las castellanas compañías,  
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,  
Y allá murió dentro de quince días,  
Callado, congojoso, pensativo,  
Aunque lo regalaban por mil vias:  
Allí llaman á estos sachalunas (1),  
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron  
(Que fué de los haber muestra bastante),  
Por río, dicho Magno, navegaron  
Mas de doscientas leguas adelante;  
Y en cierta playa donde rancharon  
Para mirar la tierra circunstante,  
Del campo salen con Diego de Rojas  
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,  
Limpio suelo, los árboles lejanos,  
Y tan altos que apenas una jara  
Pasara sus extremos soberanos:  
El pié del uno no se rodeara  
Con diez hombres asidos de las manos;  
A cuya sombra fresca y espaciosa  
Una vision estaba monstruosa.

Salvaje mas crecido que gigante,  
Y cuyas proporciones y estatura  
Eran segun las pintan en Atlante,  
De hombre natural la compostura,  
En el hoció solo discrepante,  
Algo largo y horrenda dentadura,  
El vello cuasi pardo, corto, claro,  
Digo no ser espeso, sino raro.

De ñudoso baston la mano llena,  
El cual sobrepujaba su grandeza,  
Pues era como la mayor entena  
Y del cuerpo de un hombre la groseza;  
Y aqueste meneaba tan sin pena  
Como caña de mucha lijereza:  
Hermafrodito, porque los dos sexos  
Le vieron no mirandolo de lejos.

Yendo Rojas delante sin sospechas  
De tal encuentro, los de retraguarda,  
Viendo moverse piernas tan mal hechas,  
A grandes voces dicen: ¡guarda, guarda!  
Apuntan los cañones do las mechas  
Impelen luego la pelota parda,  
Y todos, por tener ancho terrero,  
Acertaron á dar al monstro fiero.

Cayó con el baston en tierra dura,  
Rompiendo con baladros vagos vientos,  
Y el dicho Melchior de Barros jura  
Que hizo la cercana sentimientos  
Con temblores, y al tiempo que procura  
Levantarse, cebaron instrumentos  
Con uno y otro tiro penetrante,  
Estorbando que mas no se levante.

Del aliento vital desamparado,  
Mandaban un soldado diligente  
Con avisos al dicho Maldonado  
Que la monstruosidad le represente;  
Mas túvose después por acertado  
Que vuelvan todos ellos juntamente,  
Y así fueron al campo detenido  
A dalle cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros  
A ver tan monstruosos animales,  
Vino con treinta y dos arcabuceros,  
Mas no hallaron mas que las señales  
De la sangre, con los reholladeros  
De rastros en grandeza tan iguales,  
Y segun pareció por las florestas  
El defunto llevaron á sus cuestras.

Caminan por el rastro que seguido  
Subió acia la sierra que frontera  
Tenian, en la cual oyen rüido  
Tan grande, que temblaba la ladera:  
Juan Alvarez, que tal extremo vido,  
A todos les habló desta manera:

«No vengo yo, señores, á contienda  
De monstros, mas de gente que me entienda.

»Volvámonos en paz á buscar tierra  
Donde hallemos racional cultura,  
Porque meternos en aquesta sierra  
Pareceme grandísima locura.»  
Porfiaban con él que no se yerra  
En dalle conclusion al aventura;  
Mas él los increpó de gente suelta,  
Y así con todos ellos dió la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso  
Que tuvo su larguísima carrera,  
Por relatar el mas largo proceso  
De nuestro Benalcázar, que me espera,  
Y me hizo sacar este digreso  
Para deciros que en aquella era  
Se levantó la fama del Dorado  
Por lo que ya dejamos declarado.

Pareceme que doy justas excusas;  
Y si salieron otras digresiones  
Que en el discurso desta van incluidas,  
Enlázanse razones de razones,  
Que cumple para no quedar confusas  
Alargarnos en las declaraciones;  
Pues en comedias suelen muchas veces  
Entremeter graciosos entremeses.

Y pues pasaron estos, razon manda  
Tentar otro viaje mas prolijo,  
Y es el de Benalcázar, el cual anda,  
No sin solicitud y sin cojió,  
Aprestándose para la demanda  
De lo quel indio de Bogota dijo;  
Y por ser cosas de gustooso cebo  
Su principio sera con canto nuevo.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes  
Los pasos por do fueron los primeros,  
Escelsas cumbres, sierras eminentes,  
La brava multitud de los guerreros,  
Pornian en espanto los presentes  
Y en gran admiracion los venideros,  
Y ternian por hechos soberanos  
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente  
Hallan ya por allí meson y venta,  
Guisada la comida, y el sirviente  
Humilde para lo que les contenta,  
Nada, viendo no mas de lo presente,  
De lo pasado se les representa;  
Y así no corre mas baja moneda  
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, á lo que veo,  
Menor en allanar dificultades,  
Quel nieto validísimo de Alceo,  
Celebrado de las antigüedades;  
Porque no son las del leon Nemeo,  
Sino mayores monstruosidades,  
Y si los tales eran hechos buenos  
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada  
Que vistes en la rhitma precedente,  
A la ciudad volvió recién fundada  
Del dicho San Miguel á buscar gente,  
Dejando con caballos aviada  
Aquella que tenia de presente,  
Con Ampudia, que luego hizo via  
A Pasto, donde Ampudia residia.

Fué Juan de Ampudia dél obedecido  
Por general, supuesto que traía  
Buenos recados y poder cumplido  
Del dicho Benalcázar, que lo invia:  
Cada cual dellos pues apercebido,  
Y el indio que dijimos siendo guia,  
A Bogotá dirigen su cuidado  
En busca y en demanda del Dorado.

(1) Sacharunas son hombres salvajes, y son grandes y vellosos.

(Nota de Pablo Sarmiento, quien enmienda Sachalunas por Sacharunas.)

Anduvieron gran número de días,  
Rompiendo por montañas des pobladas,  
Tristes, lluviosas, cenagosas, frías,  
De luz y de salud desamparadas,  
De por medio las altas serranías  
Y cordillera de sierras nevadas,  
Que dividen la poderosa vena  
Del río Cauca y de la Magdalena.

Viendo cómo la gente perecía  
Y que la tierra daba mala muestra,  
A todos pareció que convenía  
Ir declinando acia la siniestra  
Mano; mas aquel bárbaro porfía  
Que su Dorado dejan á la diestra,  
Y ellos huyendo de los despoblados  
A Cibundoy salieron mal parados.

Provincia que tenía sus terrenos  
De buenos alimentos proveídos,  
Donde llegaron ya caballos menos  
Y algunos españoles fallecidos:  
Reformáronse pues en estos senos,  
Estando veinte días detenidos,  
Desde donde salían en cuadrillas  
A descubrir las mas cercanas villas.

Destos una guerrera compañía  
De fuertes caballeros y peones  
Descubrieron el valle de Patía,  
Adonde vieron buenas poblaciones  
Y gente bien armada, que venía  
Con brazaletes, pectos, morriones  
Y otras diversas joyas de oro fino,  
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavasas  
Para tomar con ellas los caballos:  
Los nuestros, como vieses partes llanas,  
Do pueden á su gusto menearlos,  
Jugaron de las astas castellanas  
Sin temor de las redes ni trasmallos;  
Y así caídos como los embiustos  
Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos  
Y vencida la bárbara braveza,  
Recogieron aquellos ornamentos  
Y á Cibundoy volvieron con presteza,  
Alegres, placenteros y contentos  
Por ser indicio de mayor riqueza;  
Y así todos entraron en Patía  
Para ver los secretos que tenía.

Asentaron real en los ejidos  
Para se defender acomodados,  
Y tres días después de ser venidos,  
Estando del asalto descuidados,  
Fueron de multitud acometidos  
No menos que por todos cuatro lados,  
Cada cual indio con pavés de danta  
Que cubre de los pies á la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,  
Muestra de la braveza de sus pechos,  
Caribes, carniceros, detestables;  
Lanzas y dardos eran los pertrechos  
Que defensivos hacen penetrables,  
Por ser de palma, duros y bien hechos;  
Un rúido feroz, un ronco canto  
Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras á su modo bien compuestas,  
Regidas por caudillos principales,  
Sobre coronas de oro van enhiestas  
Plumas y colas de otros animales:  
Gran número de redes dejan puestas  
En los caminos y cañaverales,  
Con todos los avisos y recados  
Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase  
O ya caballo, ya peon ligero,  
Allí se detuviese y ocupase  
En los opuestos lazos del sendero,  
Y gente que los pasos reguardase  
Y en ellos prevenido carnicero,  
Que cuando cae la fugace caza  
Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados  
Con la presteza que se requeria:  
Salen los caballeros bien armados  
Al lado cada cual que le cabia;  
Ciento y setenta son los señalados  
De peones y de caballería,  
Y de los enemigos diligentes  
Sobre tres mil robustos combatientes.

De las robustas y violentas manos  
Ya los jáculos vuelan á porfía,  
En partes rasas y lugares llanos,  
Segun el español apetecia:  
Aumentanse les golpes inhumanos,  
Suenan la descompuesta vocería,  
Pelea cada cual donde se halla,  
Sin ver quién hace mas en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,  
Que no se dejan ver hazañas bellas:  
Bien como muchedumbre de nublados  
Impide claridad de las estrellas,  
Hasta tanto que son ahuyentados  
Por secos vientos y parecen ellas:  
Así no ven la gloria ni la injuria  
Hasta que ya pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella  
Cambiando aquí y allí lanza no tarda;  
El brío peon sigue su huella,  
Que con gran vigilancia lo reguarda;  
Cada cual en su puesto hace mella  
Por la gente que via mas gallarda:  
Rompe los aires vagos con gemidos  
La grande multitud de los caídos.

Hierva la furia, crece la matanza,  
Como lobos entre balantes reses,  
Anda lista la punta de la lanza,  
Apresurados pasos y reveses;  
Huellan los de católica crianza  
Por cima de los dardos y paveses;  
Y bárbaros que dellos tienen usos  
Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente bautizada  
La priesa que les dió fué de manera  
Que la bárbara, vil y desalmada  
Tuvo por bueno de salirse fuera  
Del compás que tenía la llanada,  
Teniendo por mejor una ladera:  
Y así pusieron tierra de por medio,  
Que fué lo principal de su remedio.

Repararon las gentes españolas,  
Ya deseosos destos intervalos,  
Pero dos con caballos á sus solas  
Fueron tras ellos, y en los pasos malos  
Indios les echan mano de los colas,  
Y allí les daban infinitos palos;  
Y si tan presto no los socorrieran  
Ellos y los caballos perecieran.

Desto manera Florencio Serrano,  
Por quitar á dos indios los joyeles,  
A pié tras ellos fué, mas ya cercano  
Revuelven contra él como lebreles,  
Con paveses y dardos en la mano,  
Segun suelen aquellos infieles:  
No le bastó rodela ni reguardo  
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la llaga,  
Rebatiendo con furia sus pertrechos,  
Para que con humana carne haga  
Los carniceros vientres satisfechos;  
Aprovechóse presto de la daga,  
Atravesando los caribes pechos:  
Escapó dellos y de la herida,  
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido  
Aquel conflicto y aflicción notoria,  
Y no pudo ser dellos socorrido,  
Por no hallarse via transitoria:  
Al fin él, puesto caso que herido,  
Volvió con ricas joyas y victoria;  
Y todos sin mortifera querella  
Allí tuvieron razonable pella.

Descansaron la noche, y otro día  
 Parte de los caballos y peones  
 Recorren aquel valle de Patía,  
 Descubriendo bien puestas poblaciones,  
 De las cuales la gente les huía  
 Sin intentar beligeras cuestiones:  
 Hallaban proveídas las posadas,  
 Y así hacían cortas las jornadas.

Yendo pues nuestra gente castellana  
 Mirando bien el uno y otro seno,  
 Subieron con frescor una mañana  
 A parte que mostró mejor terreno,  
 Crecida población en tierra llana,  
 Y de grata labor el campo lleno:  
 Tierra de Popayán, de cuyas venas  
 Dorados granos daban manos llenas.

Era la fuerza deste principado,  
 Que Popayán tenía por segura,  
 Un espacioso fuerte rodeado  
 De guadubas nativas y espesura  
 De cerca, que tenía cada lado  
 Sobre cincuenta pasos en anchura:  
 La cual cerca, demás de ser tan gruesa,  
 Era sobremanera muy espesa.

Son cañas altas, huecas, pero duras  
 Tanto que no terné por gran escoso  
 Comparallas en estas escrituras  
 A la dureza del humano hueso:  
 Largos cañutos son sus coyunturas,  
 Como muslo de un hombre lo mas grueso;  
 Allí muy enhetradas y nacidas  
 De muchos años y de largas vidas.

Pues como viesén ir nuestros soldados  
 Los que dellos estaban en espera,  
 Siendo de centinelas avisados,  
 Del cercado que digo salen fuera  
 Cuanitidad de tres mil hombres armados,  
 A fin de les tomar una ladera,  
 Con posturas gallardas y lozanas,  
 Paveses, dardos, lanzas y macanas.

Innumerables joyas fanfarronas  
 Del oro quel latino llama puto,  
 Con pectos, brazaletes y coronas  
 Que son segun caperuzas de luto,  
 De bija rubricadas las personas,  
 Alarde y escuadron no mal instruto,  
 Y cargadas de dardos mil mujeres  
 Que servían en estos menesteres.

El alto pues tomó nuestro caudillo  
 Primero que la gente de Poporo,  
 Y tanto metal vieron amarillo  
 Que con la muestra de mayor tesoro  
 Dijo riendo Miguel de Trujillo:  
 « ¡ Oh ! plegue á Dios, amén, con tanto oro;  
 Buen ánimo, buen ánimo, cristianos,  
 Que bien tenéis donde llenar las manos. »

Acometiéronles desde las cuestras  
 Para quitar las crestas á los gallos;  
 Mas cienagas hallaron contrapuestas,  
 Impedimento para los caballos;  
 Llevaban solamente tres ballestas  
 Y amparo de quien sepa reguardallos,  
 Y destas ayudados los peones  
 Pasaron empleando los harpones.

Con valor admirable pelearon,  
 Y furia de los indios resistieron,  
 Hasta que los caballos ya pasaron  
 Por cómodo lugar que descubrieron;  
 Con gran obstinacion indios cargaron,  
 Y con mayor los nuestros combatieron,  
 Aunque no con avisos convinientes  
 Por se hallar en partes diferentes.

Uno de los jinetes se abalanza  
 Solo, sin tomar término medido,  
 Mas de la mano le sacó la lanza  
 El bárbaro con ella mal herido;  
 Tomara con la misma la venganza,  
 A no ser de españoles socorrido,  
 Quitándola con dalle mortal sueño,  
 Y así se la volvieron á su dueño.

No muestra Juan de Ampudia lanza vana  
 Pues la trae de sangre rubricada;  
 Mas por un principal dura macana  
 Con tan terrible golpe fué librada,  
 Que le quitó y echó por tierra llana  
 El fuerte morrión ó la celada:  
 El noble capitán se vió perdido,  
 Y en aquel punto cuasi sin sentido.

Como lo vieron con algun sosiego,  
 Algo turbada la guerrera mano,  
 Cargó sobrel impetuoso fuego  
 Y multitud de bárbaro cercano:  
 Francisco de Aguilar acudió luego  
 Juntamente con Florencio Serrano,  
 Y en escapándose de la canalla  
 Volvió con mas rigor á la batalla.

Rompe la lanza pechos y ternillas  
 De los que con mas brio se declaran;  
 Las verdes yerbas, rojas y amarillas,  
 Con sangre de los miseros se paran;  
 Finalmente, las bárbaras cuadrillas  
 Atónitas el campo desanparan:  
 Los españoles ponen su cuidado  
 En tomar las entradas del cercado.

Dos eran, una de otra separada,  
 Que miran al oriente y occidente,  
 Angosta cada cual en el entrada,  
 Pues un caballo cabe solamente;  
 Entraron sin rencilla porfiada  
 Por haberse huido ya la gente:  
 Hallaron grano y otros alimentos,  
 Y bien acomodados aposentos.

Aquestos se hicieron mas abiertos  
 Para dormir el campo peregrino;  
 Tomaron de los vivos y los muertos  
 Grande copia de joyas de oro fino;  
 Van á Patía mensajeros ciertos,  
 Y el capitán Añasco luego vino,  
 Do celebraron la sagrada fiesta  
 De Todos Santos, con la mano presta,

Año de treinta y cinco de la era,  
 Con mas un mil y cinco veces ciento.  
 Allí pues reformada la bandera,  
 Dejaron á los indios el asiento;  
 Fueron por el compás desta frontera  
 Continuando su descubrimiento;  
 Hallaron cuatro leguas del cercado  
 El pueblo Popayán conmemorado.

Crecida población en gran manera,  
 Y toda suntuosa casería,  
 Mas sola paja cubre la madera;  
 Y entrelas una casa que tenía  
 Cuatrocientos estantes por hilera,  
 Tan grueso cada cual, que no podía,  
 Por una y otra parte rodeado,  
 Ser de dos españoles abrazado.

atorce los horcones, y cualquiera  
 El mayor que producen las flores;  
 Admiracion causaba la cumbre  
 Por verse pocas plantas como estas;  
 Casa decían ser de borrachera  
 Donde solían celebrar sus fiestas:  
 Alojáronse pues en un recodo  
 Ellos y bestias y el servicio todo.

Mas luego vieras sacudir las plantas  
 Y dar mil brinco el caballo laso,  
 Porque niguas y pulgas fueron tantas  
 Que no se vió reposo mas escaso;  
 Y así cubiertos hasta las gargantas  
 Los echan del lugar mas que de paso,  
 De manera que les hicieron guerra  
 En vez de los vecinos de la tierra.

Los cuales con temor de nuestra gente  
 Habían ya dejado sus culturas,  
 Con las mujeres, hijos y adherente,  
 Que pudieron en tales coyunturas;  
 Y así los bárbaros tan solamente  
 Les daban grita desde las alturas,  
 Sin descender á los lugares llanos  
 Ni venir por entonces á las manos.

Con el desgusto pues el caminante  
 Con que de la gran casa salió fuera,  
 Un poco caminó mas adelante  
 Alojándose mas á la ribera  
 De Cauca, donde por ser importante  
 El Ampudia mandó hacer bandera,  
 Para que cuando necesaria fuere  
 Pugnen con orden tal cual se requiere.

Fué Florencio Serrano con oficio  
 De alférez por Ampudia señalado,  
 Y al tiempo del divino sacrificio  
 Por Garcí Sanchez el beneficiado,  
 Que fué después en este beneficio  
 Primero (por habello trabajado),  
 Esta primer bandera se bendijo  
 Día del (por Egeas) Crucifijo.

Mas por entonces no se pretendia  
 Dejar en Popayán pueblo fundado,  
 Porque tenían ojo todavía  
 A los descubrimientos del Dorado:  
 Habiaseles muerto ya la guía  
 Que las noticias les había dado,  
 Y la tal ocasion no fué bastante  
 Para que no colasen adelante.

Y así por do ventura los aplica  
 Prosiguen adelante su camino  
 Hasta cerca de Cali, tierra rica,  
 Donde hallaron peines de oro fino,  
 Con otra cantidad que certifica  
 Ser próspero caudal el del vecino:  
 Casas pajizas, pero con primores,  
 Absentes dellas ya los moradores.

Entre ellas muchas chozas muy pequeñas,  
 Redondas, do varon jamás entraña,  
 Por ser albergues hechos para dueñas  
 El tiempo que su menstroo les duraba,  
 Donde ni por palabras, ni por señas,  
 Con ellas nadie se comunicaba,  
 Ni consienten que cosa dé ni tomen,  
 Y á la puerta ponian lo que comen.

Yendo pues prosiguiendo su conquista,  
 Escudriñando valles y rincones,  
 Dieron al rio de Xanundí vista,  
 Por sus riberas grandes poblaciones:  
 Allí hallaron gente que resista,  
 Lucidos y compuestos escuadrones,  
 Con coronas, con pectos y brazales,  
 Del mas alto metal de los metales.

Espolean, mas hay atacaderos,  
 Para poder llegar á ellos antes,  
 Impedimento de los caballeros;  
 Pero juzgando ser allí bastantes,  
 Pasaron como sueltos y hijos  
 Con Florencio Serrano los infantes:  
 Suenan los golpes y el furor se enciende,  
 Para dar fin á lo que se pretende.

A las joyas el español anhela,  
 El bárbaro defiende sus cabañas:  
 Hierve la confusion y el tiro vuela:  
 Aquí y allí se daban buenas mañas;  
 Hay dardo que traspasa la rodela,  
 Y espada que descubre las entrañas:  
 Descarga golpe la macana presta,  
 Mas no se tarda la mortal respuesta.

Estuvo la victoria pues perpleja  
 Por la fuerza del bárbaro geñito;  
 Mas el espada tanto los aqueja  
 Que les forzaron á pasar el rio;  
 A los nuestros el pueblo se les deja  
 Con cantidad de joyas y atavio:  
 Aumentó su temor para dejallo  
 Ver apresia venir los de caballo.

En este mismo pueblo se ranchean  
 Como salieron con sus intenciones;  
 Luego miran, trastornan y catean  
 Los nuevos moradores los rincones;  
 Halláronse del oro que desean  
 Águilas finas, pectos, morriones,  
 Y en el remate de un buhio vido  
 El alférez el suelo removido.

Con el hierro de la bandera cala,  
 Y el asta mete con entrambas manos:  
 Encontró con finísima chaguala  
 Que pesaba trescientos castellanos;  
 Éntran otros soldados en la sala  
 Con manos prestas y con piés livianos,  
 Y en este mismo hoyo que cavaron  
 Otros cinco mil pesos se hallaron.

Por ser aquel asiento sospechoso  
 Y no tener salidas á contento,  
 Tuvieron pocos dias de reposo,  
 Y fueron á buscar mejor asiento  
 Orillas de aquel rio caudaloso  
 Que de Cauca tenía nombramiento,  
 Donde con guadubas hicieron fuerte,  
 El cual fué fabricado desta suerte:

Cortaron muchas en el espesura  
 Que contenia cantidad inmensa,  
 Y á la parte de tierra se procura  
 Hacer con ellas una cerca densa;  
 A la banda del agua, mas segura,  
 El rio les servia de defensa  
 Contra los otros, por les ser remedio  
 Tener aquel gran rio de por medio.

Aquellos ven desde sus vecindades  
 En la barranca ranchos forasteros,  
 Y á causa de saber las novedades  
 Envían por el agua mensajeros:  
 Los nuestros procuraron amistades,  
 Llamándolos con rostros placenteros,  
 Y así por ruegos de la gente blanca  
 Ovíeron de llegar á la barranca.

Diéronles cuchillejos y machetes,  
 Algunas estragadas herramientas,  
 Ciertas albaneguetas y bonetes,  
 Corales y otras vídriosas cuentas:  
 Fueron aquestos dones alcahuetes  
 Para hacer allí gentes atentas  
 A la contractacion cotidiana  
 Que tenían á tarde y á mañana.

Y no solo varones acudian  
 A tales ferias y contrato pio,  
 Pero también mujeres se atrevían  
 A pasar á lo mismo por el rio:  
 Diré de la manera que venían,  
 Que no será ficcion ni desvarío,  
 Sino pura verdad y certidumbre,  
 Segun en lo demás es mi costumbre.

En una gruesa caña cabalgando,  
 Y en ella de su vino cierta pieza  
 Como botija, con los piés bogando  
 Donde su voluntad las endereza:  
 Con ruca y huso todas van hilando,  
 Cesta de fruta sobre la cabeza,  
 Y así pasan el rio mas derechas  
 Que por carreras llanas y bien hechas.

Juan de Ampudia después envió fuera  
 A cien personas bien aderezadas  
 Para pasar aquella cordillera  
 Que llaman por allí sierras nevadas:  
 Hallaron ser difícil la carrera  
 Para ver las vertientes deseadas,  
 Y en mas de treinta leguas de camino  
 Nunca se vido paso sin vecino.

Poblados montes y las partes rasas,  
 Los fondos valles hasta los altores,  
 Y pueblo se hallaba de mil casas  
 Grandes, de seis y siete moradores  
 En cada una, donde de sus brasas  
 Y humos divididos son señores,  
 Con hijos y mujeres y sirvientes  
 Albergados en partes diferentes.

Cada cacique guarda su cabeza  
 Sin divertirse de su pertenencia,  
 Los súbditos convoca y adereza,  
 Y hace la posible resistencia.  
 Era caudillo Francisco de Cieza,  
 Que contrastaba barbara potencia,  
 Con cuya prontitud contraria saña  
 Autes recibe daño que les daña.

Continuando siempre la porfia  
Y pelea, do quiera que llegaron.  
Tanto que cinco veces en un día  
Con unos mismos indios pelearon:  
Nadie de sus vecinos se valia,  
Ni los unos á otros ayudaron,  
Sin junta general; mas á hacella,  
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,  
De que prolija relacion no hago,  
Llegaron á las tierras y paraje  
Donde después fundaron á Cartago;  
Y viendo tanta multitud salvaje  
Que de congregacion hacen amago,  
Determinaron de volver al fuerte  
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento  
A causa de la vecindad del río,  
Mucho servicio sin vital aliento,  
Y lo vivo sin fuerzas y sin brio;  
Y así luego mudaron el asiento  
A Cali, prepotente señorío,  
Donde hicieron poblacion fundada  
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas á la mira,  
Un escuadron crúel fué descubierto,  
El cual llegó con increíble ira  
Y un negro del Añasco quedó muerto;  
Mas fuerza de caballos los retira  
Y los hizo volver con desconcierto,  
Sin que fuese bastante su rencilla  
Para no proseguir la nueva villa.

Pocos dias después destas cuestiones,  
Españoles corrieron la frontera,  
Y entonces descubrieron los gorriones,  
Gente que les caía mas afuera;  
Pero volviéronse con intenciones  
De ver la mas cercana cordillera  
En demanda del gran cacique Pete,  
A quien lo mas de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones.  
Soldados viejos, diestros y alentados,  
Que por los mas enhiestos reventones  
Suben con los escudos embrazados,  
Apresurando siempre los talones  
Entre tanto que no son contrastados;  
Y así llegaron sin que se defienda  
Donde Pete tenía su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos  
Monstruosidad que los escandaliza,  
Cueros de indios sobre cuatrocientos  
Colgados, todos llenos de ceniza,  
Cuyas carnes sirvieron de alimentos:  
Uso que por allí se solemniza;  
Y en otras casas, desta suerte llenos,  
También á seis y á diez, y á mas y á menos.

Segun victoriosos las banderas  
Que ganaron de sus competidores,  
Ó como las pellejas de las fieras  
Que cuelgan los moneros de señores,  
Estas mas brutas y mas carniceras  
Ostentan desta suerte sus furores,  
Y aquel era mejor y mas honrado  
Que mas indios había desollado.

En estos inhumanos pareceres,  
Costumbres duras y desafortadas,  
Entraban ansimismo las mujeres  
Que solian cazar y ser cazadas,  
Y así por sus enojos ó placeres  
Tenian las pellejas ahumadas:  
Eran también crúeles y homicidas,  
Y solian comer y ser comidas.

Huyóles á las gentes castellanias  
Pete, como llegaron á su tierra,  
Mas luego convocó las comarcanas  
Después que mas entraron en la sierra:  
Alistan dardos, arcos y macanas,  
Con los demás pertrechos para guerra;  
Un paso ven los nuestros por delante  
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada  
Forzoso paso para su viaje;  
Reconoció la gente baptizada  
Los intentos del escuadron salvaje;  
Pero la presta barra y el azada  
Aprieta hizo cómodo pasaje;  
Y así, cuando llegó contrario marte,  
Tenian ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia,  
Que los libró de grave pesadumbre,  
Antes que la clarifica presencia  
Del sol los visitase con su lumbre;  
Pues allí la mas firme resistencia  
Era de su salud incertidumbre,  
Por no tener espacio los caballos  
Cómodo, donde puedan meneallos.

Ya cuando los febeos resplandores  
Calentaban las gentes convecinas,  
Cubiertos vieron todos los altores  
De los que van tras nuestras peregrinas:  
Aquí y allí resuenan atambores,  
Cóncavos caracoles y bocinas,  
Animándolos el cacique Pete  
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica,  
Segun las joyas y gallarda traza;  
Entre los escuadrones la cacica  
Y otras mujeres muchas, ó con maza,  
Ó con grueso baston, ó larga pica,  
Para las emplear en esta caza,  
Con que pensaban ocupar las brasas  
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras va volando  
Sobrellos un espeso torbellino;  
Vanse los españoles adargando  
Por el orden mejor que les convino.  
Los unos á los otros reguardando  
Y siempre prosiguiendo su camino;  
Los indios apartados de su huello  
No les daban un punto de resuello.

No con trabada mano se litiga,  
Por tener lo mas alto la canalía;  
Calor y sed y hambre los fatiga,  
Sin que les den lugar á mitigalla;  
El agua ven, al paladar amiga,  
Pasan por ella, no pueden gustalla,  
Que no se lo permite ni coisiente  
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose pues desta manera  
Del escuadron cristiano nadie leso,  
Hasta que Titan en la cuarta esfera  
Puso su resplandor en igual peso;  
Y habiendo demediado su carrera  
Fuéles bien menester valor y seso,  
Porque lengua mordaz de la cacica  
Con tal reprehension á todos pica:

«O gente baja, vil, floja, cobarde,  
Digna de femenino nombramiento,  
¿Es posible que tanto tiempo tarde  
Con tan pocos venir á rompimiento,  
Y que la parte nuestra mas aguarde,  
Habiendo para uno mas de ciento?  
Romped, rompéd, y apeplugá con ellos  
Y asídes de las barbas y cabellos.»

Quedaron tan confusos y corridos  
De lo que dijo la mujer de Pete,  
Que como de demonios revestidos  
Luego cada cual dellos arremete:  
Mas no fueron los nuestros removidos,  
Antes menos ganó quien mas se mete,  
Porque vieras allí lanzas y espadas  
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rodando,  
Allí regar la tierra roja vena,  
Ir unos con las tripas arrastrando,  
Otros tenderse por aquel arena,  
Brazos caídos, manos palpitando  
Que de los cuerpos el furor cercena,  
Mostrando claramente ser mejores  
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente  
De los pequeños rios entorpece,  
Haciéndolos volver acia su fuente  
Si verna sequedad los enflaquece,  
Mas en tiempo de lluvias su creciente  
Contra marinas ondas prevalece,  
Tanto que por gran trecho se señala  
El agua dulce dentro de la mala:

Así los que ya iban con intento  
De retraer los pasos y la lanza,  
Aquel encarnizado rompimiento  
Trocó de tal manera la templanza,  
Que con ensangrentado crecimiento  
Prevalecieron contra la pujanza  
Que los entretenia no sin miedo,  
Antes que se probasen á pié quedo.

Algunos de los nuestros lastimaron  
Los tiros de la bárbara cuadrilla,  
Aunque ningunos dellos peligraron;  
Pero por evitar mayor rencilla  
De dar la vuelta se determinaron  
A los albergues de la nueva villa,  
Y porque el sol estaba ya cubierto  
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,  
Viendo cubiertos los demás atores  
De gente de macana, dardo, honda,  
Que los atormentaban con clamores,  
Sin quitarse jamás de á la dorada,  
Tocando mil bocinas y atambores,  
No concediendo punto de sosiego  
Cuando lo suele dar el nublado ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana  
Abuyentaba la nocturna lumbre,  
Con gran orden la gente castellana  
Comenzó de bajarse de la cumbre,  
Y de los bárbaros la mas lozana  
Siempre les iba dando pesadumbre;  
Las mujeres también destas aldeas  
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas  
Llamándolos ladrones, robadores,  
Las cuales de por sí tienden bandera,  
Y ansimismo tocaban atambores:  
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,  
Agudos y volantes pasadores,  
Sin dejar reposar bando cristiano  
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningun bárbaro mas el pié levanta  
Ni quiso descender á llana via:  
Los nuestros fueron á su nueva planta,  
Donde su capitán los atendia:  
Llegaron martes de Semana Santa,  
Año de treinta y seis que ya corria,  
Pero por ser los curas ignorantes,  
La celebraron ocho dias antes.

Estando celebrando soberanos  
Misterios, aunque fuera de su dia,  
Supieron de los indios comarcanos,  
Mediante lengua que los entendia,  
Cómo crecida copia de cristianos  
Entraba por aquella serranía,  
Siguiendo sus pisadas y sus huellas,  
Y que venian en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,  
Y el capitán Ampudia se recela,  
Imaginando que seria gente  
De los de Santa Marta ó Venezuela;  
Y así con el recato conviniente  
A todas horas hubo centinela,  
Porque solian resultar cuestiones  
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas  
Sobre las tierras en gobierno dadas,  
Contenciosos bandos y revueltas,  
Cabezas locas bien ensangrentadas,  
Y no pocos soldados á las vueltas  
Muertos de las espesas cuchilladas,  
Y unos y otros en aquel instante  
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada  
De que venian ya por la frontera,  
Determinaron ir de mano armada  
Para saber de qué gobierno era:  
La vista dellos fué regocijada  
Desque reconocieron la bandera,  
Por ser su Benalcazar que venia  
Con peones y gran caballeria.

Multiplicáronse contentamientos  
Del Ampudia con los recién venidos,  
Usando de los nobles cumplimientos  
Que suelen los amigos conocidos:  
Vinieron á los nuevos aposentos,  
Do fueron regalados y servidos,  
Que seria lo mas cotidiano  
Un poco de pescado y algun grano.

Después que descansaron algun dia,  
Por Benalcázar fué determinado  
Que lleven adelante la porfia  
De los descubrimientos del Dorado;  
Mas para yo llevar la misma via  
Siéntome de presente fatigado,  
Y así, primero me será forzoso  
Tomar algun espacio de reposo.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernacion de Popayán.

La condición del corazon humano  
Con tales esperanzas se halaga,  
Que cuantas mas riquezas á la mano,  
Menos la codiciosa sed apaga;  
Y en el noble varon y en el villano  
Antigua suele ser aquesta plaga,  
Porque la hambre de crecida renta  
Cuando mas come queda mas hambrienta.

Bien vido Benalcázar el provecho  
Que la tierra que huella prometia,  
Y segun el concepto de su pecho  
El mando y el gobierno pretendia;  
Mas aunque de las muestras satisfecho,  
Otra cosa mejor apetecia;  
Y así, debajo de mejorar silla  
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente  
Donde su voluntad les aconseja,  
Y el capitán Miguel Muñoz con gente  
Al rio que llamaron de la Vieja,  
Por una con quien dieron de repente  
Llena de espesas rugas la pelleja,  
Pero con tantas joyas su persona  
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,  
Mas el tiempo trocó formas primeras,  
Y así suplía lo que ser desea  
Con brazales, collares y orejeras;  
Cinta de oro batido le rodea  
El vientre, los ijares y caderas,  
Las cuales joyas en ajenas manos  
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga  
Debajo de clemente mansedumbre,  
Con lastima de ver edad tan larga  
Traer á cuestras tanta pesadumbre;  
Mas él no rehusó llevar la carga  
Ni de subir con ella por la cumbre,  
Y así volvió con muestra placentera  
Adonde Benalcázar los espera.

Volvieron otra vez á los gorriones,  
Donde deseo de poblar los llama;  
Mas en sus estendidas poblaciones  
Nunca hicieron permanente cama:  
Continuaron peregrinaciones,  
Pasaron por Encerma y por Cartama,  
No sin grandes contrastes de guerreros,  
Pantanos, ciénagas y atascaderos.

Con pérdida de hombres y caballos  
 Por incultas montañas y espesuras,  
 Do los dejaban sin poder sacallos,  
 Con trabajos de tantas desventuras  
 Que no podrán particularizarlos  
 Otras mas ampliadas escrituras:  
 Al fin, dejadas estas estaciones,  
 Vuelven tercera vez á los gorriones.

Desde donde con cierta compañía  
 De treinta dellos cada cual lijero,  
 El general Benalcázar envía  
 Al diestro capitán Juan Ladrillero  
 A descubrir dónde la mar batía  
 Y ver la costa como marinero,  
 Para dejar en ella descubierta  
 Algun ancon ó conviniente puerto.

En Ladrillero hizo nombramiento  
 Por ser en cosas de la mar esperto;  
 Y era de Benalcázar el intento,  
 Si por allí pudiera hallar puerto,  
 Ir á pedir el adelantamiento  
 De la tierra que habia descubierto,  
 Pues al marqués Pizarro no podía  
 Hurtar el cuerpo por contraria vía.

Guió pues Ladrillero sus sodales  
 Treinta dias ó mas por el altura,  
 Mas los opuestos bosques y breñales  
 No dan lugar á lo que se procura;  
 Topaban con algunos naturales  
 Que en barbacoas hacen su cultura,  
 De donde cada cual se defendía,  
 Y cuando mas no puede se húa.

Porque estaban de guadubas cercados,  
 Nativas que llegaban á lo alto,  
 Y en viéndose los indios aquejados,  
 No pudiendo librarse del asalto,  
 A las flexibles plantas abrazados  
 Daban un gran vaivén para su salto,  
 Y sin se desasir hacían vuelo  
 Hasta poner los piés en fijo suelo.

Que la guaduba verde se domeña  
 A la parte que tira quien colgado  
 Va della, sea ya varon ó dueña,  
 Uso que tienen bien ejercitado:  
 Era guarida la cercana breña  
 Que los rodea por cualquiera lado,  
 Y así desaparecían en un punto,  
 Pues saltar y huir andaba junto.

Esto hacían con tan gran destreza  
 Maridos y mujeres y menores,  
 Que podía pasar por gentileza  
 Entre los escogidos trepadores;  
 De suerte, que con esta lijereza  
 Dejaban frios á los vencedores,  
 Quedando cada cual dellos ayuno,  
 Sin poder tomar uno ni ninguno.

Visto que no valían buenas mañas  
 Para poder tomar alguna guía,  
 Y que por el embargo de montañas  
 Aquel camino se les impedía,  
 Acordaron volver á las cabañas,  
 Donde su general los atendía,  
 Hambrientos y los mas dellos enfermos,  
 Y otros que perecieron en los yermos.

Luego por todos fué determinado  
 Volver á Cali, porque les parece  
 Que gozarán, teniendo poblado,  
 Del fruto que la tierra les ofrece:  
 Por Benalcázar fué pueblo fundado  
 Allí, que con el nombre permanece  
 De Cali, donde hizo nombramiento  
 De cabildo, justicia y regimiento.

El un alcalde fué Pedro de Ayala,  
 Y Anton Redondo regidor primero:  
 A los demás que entraban en la sala  
 De sus acuerdos, yo no los refiero,  
 Porque la relacion no los señala  
 Ni los vivos la dan como yo quiero;  
 Pues aunque por mis cartas los exhorto,  
 El que mas dice dellos queda corto.

Dejando pues presidio conviniente  
 Para seguridades del vecino,  
 Miguel Muñoz fué puesto por teniente,  
 Y Benalcázar con su buen destino  
 Tomando lo restante de la gente,  
 A lo de Popayán hizo camino:  
 Fundóse la ciudad en el asiento,  
 Do vieron antes el gran aposento.

Hizo sus diligencias y procesos,  
 En obediencia del real escudo,  
 Y porque barruntaba los escoses  
 Del barbaro traidor, feroz y crudo,  
 Con palenques de guadubas espesos  
 Se fortaleció lo mejor que pudo,  
 Año de treinta y seis el mes postrero  
 Del cómputo que corre desde enero.

No fueron escusadas ni baldías  
 Las prevenciones y las diligencias,  
 Porque todas las noches y los dias  
 Venían á guerreras competencias:  
 Hubo continuadas baterías  
 Y bien ensangrentadas resistencias;  
 Mas ni por sangre ni por medio bueno  
 A su soltura pueden poner freno.

No se pasaba dia sin bullicio  
 Ni noche que quieta se durmiese;  
 Velar y pelear es el oficio,  
 Sin que ninguno reposar pudiese;  
 Mataban los indios de servicio  
 Al descuido menor que se tuviese,  
 Y en un momento, ya varon, ya hembra  
 Por la cürel canalla se desmembra.

Partiéndolos pedazo por pedazo  
 Y dividiendo cada coyuntura,  
 El uno lleva pierna, el otro brazo,  
 Otro las tripas sin el asadura,  
 Otro riñones, ligados y bazo,  
 Si no podía mas por la presura  
 Y revuelta de la gente maína,  
 Andando todos á la rebatina.

Sus bocas son no menos canchucas  
 Que las de bravos tigres y leones,  
 Antes aventajados á las fieras,  
 Hienas, cocodrilos y dragones,  
 Esceden en crueldad á las panteras  
 Y tienen muy peores condiciones;  
 Y aun el dia de hoy gente de España  
 No les puede quitar aquella maña.

No reposaban mucho las espadas  
 De nuestros españoles circunspetos,  
 Pues viendo questas gentes alteradas  
 Perdían el temor y los respetos,  
 Les dieron tres ó cuatro trasnochadas,  
 Tales que ya vivían mas quietos,  
 Y así con el rigor de los castigos  
 Granjearon algunos por amigos.

Viendo que del cercano circüito  
 Venían ya de paz con lisa frente,  
 Acordó Benalcázar ir á Quito  
 A recoger caballos y mas gente;  
 Dijo ser tierra donde se cimienta  
 Y al Ampudia nombró por su teniente;  
 Quedó Pedro de Añasco por alcalde,  
 Que no supo comer el pan de balde.

Con Pizarro se vió dándole cuenta  
 De su peregrinar y de lo hecho:  
 Particularidades representa,  
 Pero no los conceptos de su pecho;  
 Dijo ser tierra donde se cimienta  
 Con minas de grandísimo provecho,  
 Aunque por ser su gente belicosa  
 Sería la conquista trabajosa.

Pizarro se holgó con su presencia  
 Y de la buena nueva que traía;  
 Confirmóle de nuevo la tenencia  
 Con mas largo poder del que tenía,  
 Y diósele sin limite licencia  
 Para hacer la gente que quería;  
 Mas no pudo hallar aviamiento  
 Tan presto como fué su pensamiento.

Porque buscando por diversas vias  
Soldados, consumió mas de un invierno,  
Y recogidas buenas compañías  
Del viejo morador y del moderno,  
Volvió con ellos á las serranías  
Adonde se plantaba su gobierno,  
Año de treinta y ocho por las flores  
Del mes llamado mayo de mayores.

A Popayán llegó con gran armada  
En este mes y por la dicha era,  
Cuya venida fué regocijada  
De todos los que estaban en espera,  
Por estar nuevamente rebelada  
La mas gente de aquella cordillera  
Y tan alborotados los terrenos  
Que miedo de morir era lo menos.

Mas viendo gente nueva castellana  
Muchos se redujeron a sosiego,  
Movidos de temor mas que de gana  
Que tuviesen de mitigar el fuego,  
Ni jamás voluntad tuvieron sana;  
Antes conformes en el odio ciego  
Disimulaban en el apariencia  
Enemistad, rancor, malevolencia.

Esperando sazon y coyuntura  
Correspondiente con sus pensamientos,  
Que no siempre concede la ventura,  
Antes suele cortar tales intentos,  
El Benalcazar pues luego procura  
Hacer las suertes y repartimientos,  
Para que cada cual con oro y frutos  
A sus amos acuda con tributos.

Después viendo su gente descansada,  
De mas premio y honor estimulado,  
A su rancho llamó la mas granada  
Para manifestalles su cuidado,  
Cerca de proseguirse la jornada  
Y noticia que tienen del Dorado;  
Y congregados los de mas estima,  
Con este parlamento los anima:

« Caballeros, el tiempo nos convida,  
Y nuestro propio punto nos exhorta  
A poner en efecto la partida  
En demanda de lo que mas importa,  
Porque para gozar próspera vida,  
Aquesta tierra me parece corta,  
Y aquella do quereis hacer empleo  
Podrá mejor cumplir vuestro deseo.

» Y pues, bendito Dios, estamos sanos  
Y bien apercebido nuestro bando  
De caballos lijeros y lozanos,  
Vamos estas riquezas indagando,  
Antes que nos las quiten de las manos  
Algunos que las vengan rastreando;  
Porque, como sabeis, por muchas bandas  
Corren descubrimientos y demandas.

» Y en noticia que da tal esperanza,  
Cuanta mas brevedad menos se yerra,  
Porque de flojedad y de tardanza  
La próspera fortuna se destierra:  
Sea pues la primera nuestra lanza  
Que tome posesiones en la tierra,  
Donde demás del aprovechamiento  
Terneis para con Dios merecimiento.

» Pues no cebará tanto su garganta  
En estas tierras infernal abismo,  
Dándoles mandamientos de fe santa,  
Y el agua de católico bautismo;  
Haremos de ciudades nueva planta  
En medio deste rudo barbarismo,  
Para que vengan en conocimiento  
De aquel que les dió ser y da sustento.

» Aquí porque sustenten lo poblado  
Y al bárbaro se pueda poner rienda,  
En cada pueblo quedará recado  
Con que de movimientos se defienda:  
Hombres son de valor y de cuidado  
Los que de buenas suertes tienen prenda,  
Y unas veces por paz, otras por guerra,  
Ellos altanarán los de su tierra.

» Trescientos hemos de ir este camino,  
Los ciento de caballos proveídos,  
Que bastarán con el favor divino  
Por ser varones diestros y rompídos;  
A los que son candillos les asino  
Los que tienen de ser apercebidos:  
Aliste cada cual sus compañías  
Porque salgamos de hoy en ocho dias.»

Dijo su voluntad, y los presentes,  
Atentos á la práctica propuesta,  
No mostraron las suyas diferentes,  
Segun se coligió de la respuesta;  
Tomaron á su cargo los agentes  
De hacer cada cual su gente presta,  
Tan buenos, quel menor dellos tenia  
Punto, valor, esfuerzo, bizarría.

Con armas necesarias, y cualquiera  
Proveido de seda, lienzo, paño,  
Aunque la duracion del tiempo fuera  
De segundo, tercero y cuarto año:  
Van Juan de Ampudia, Añasco, Juan Cabrera,  
Martiniñez, Tafur, Juan de Avenaño,  
Luis de Sanabria, que estos tres postreros  
En Cubagua también fueron guerreros.

Llamados pues del tiempo ya propicio,  
Prados con flores, plantas con coronas,  
Para salir al militar oficio,  
Pusieron muy en orden sus personas,  
Muchos indios é indias de servicio  
Que por acá llamamos yanaconas,  
Y en busca de region mas eminentemente  
Caminaron la via del oriente.

Dejando los albergues agradables,  
Los campos y zavalas apacibles,  
Por las montañas van inhabitables  
Y lugares que son inaccesibles,  
Y con trabajos tan intolerables  
Que no pueden pintarse de terribles:  
Obscuros bosques, asperos breñales,  
Avolcanadas tierras, cenagales.

En cuyas espesuras y conveses,  
Sin hallarse recurso de cultura,  
Peregrinaron mas de cuatro meses  
Subyectos á continua desventura:  
Con estos infortunios y reveses,  
Algunos ocultó la sepultura,  
Y al fin fueron á dar á las llanadas  
De Neiba, que hallaron bien pobladas:

Tierra de fertilisimas labores  
Y campo que hartura prometia,  
Adonde ni los frios ni calores  
Se podian juzgar á demasia,  
Aunque tienen áquestos moradores  
Igual siempre la noche con el dia,  
Por ser debajo del ecuante cincto  
Por quien un polo y otro fué distincto.

En aqueste terreno provechoso,  
Contrario de pasadas inclemencias,  
Que lo hacian ser mas deleitoso  
Y de maravillosas influencias,  
Tuvieron muchos dias de reposo,  
Aunque no sin guerreras competencias,  
No tales ni con tanta muchedumbre  
Que les diese notable pesadumbre.

A causa de hallar estos gentiles,  
Al tiempo que vinieron, ocupados  
En guerras intestinas y civiles,  
Crúeles contra sí y encarnizados;  
Y así por estas competencias viles  
Hallaban muchos pueblos aislados,  
La cual obstinacion, para sí dura,  
A nuestros españoles fué segura.

Mas no hallaban del dorado grano  
Tanto que fuese rica la contía;  
Y así les pareció consejo sano,  
Entre tanto que mas se descubria,  
No dejar tan á solas de la mano  
Aquella tierra vista que lo cria,  
Donde fundaron pueblos oportunos  
Y podian fundar otros algunos.

Fué por estas razones acordado  
 Quel Añasco y Ampudia se volviesen  
 A Popayán, do con fiel cuidado  
 Las cosas importantes proveyesen,  
 Y en Timaná, terreno bien poblado,  
 Cristianos fundamentos se pusiesen  
 Para propagacion de la fe santa,  
 Haciendo de vecinos nueva planta.

En cumplimiento de lo que les manda,  
 Vuelven con gente que les fué bastante,  
 Y el Benalcázar por aquella banda  
 Quel sol descubre rostro radiante,  
 Deseoso del fin de su demanda,  
 Pasó con los restantes adelante;  
 Mas no fué su sospecha falso sueño  
 Cuando se receló de nuevo dueño.

Pues atinando por lugar incierto  
 Y via nunca vista ni bollandada,  
 Aquel fuerte varon, sabio y esperto  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada  
 A la sazón habia descubierto  
 Aqueste nuevo reino de Granada,  
 Que es el cierto Dorado y el empleo  
 Que trae Benalcázar en deseo.

Y así donde la suerte los aplica,  
 Eso me da por llano que por tierra,  
 Hallaban rastro que les certifica  
 Haber otros cristianos en la tierra:  
 El Invidio dolor al alma pica,  
 Cuya fuerza suspiros desencierra,  
 Por ver indicios que hacían prueba  
 E indios que de vista daban nueva.

La cual, aunque gran trecho de camino  
 Y en aspereza por extremo malo,  
 Ansimismo con presto vuelo vino  
 A la congregación de don Gonzalo,  
 Diciendo venir campo peregrino  
 Que se tractaba con mayor regalo,  
 No como los primeros caminantes,  
 Sino con ropas ricas y elegantes.

Luego con gente bien aderezada,  
 Dispuesta para lo que sucediese,  
 El sabio general desta manada  
 Ordenó que con ella se partiese  
 Su hermano Fernán Perez de Quesada  
 Para que la verdad reconociese,  
 Y tomase razón de sus intentos,  
 Buenos ó maliciosos pensamientos.

Llegan á Guataquí por sus jornadas  
 Cerca de Neiba, do los naturales  
 En respuesta de cosas preguntadas  
 Hicieron mas patentes las señales,  
 Porque mostraron jaras emplumadas,  
 Evidencia notoria de sus males;  
 Y por estos también fueron guiados  
 Al sitio donde estaban alojados.

Ocultados en cómodos lugares  
 Cuentan los toldos destas compañías;  
 Y el capitán Pedro de Colmenares  
 Y Juan Rodriguez Gil y Juan de Frias  
 Con algunos soldados singulares  
 Se bajaron al río por espías;  
 Porque si tiempo vieses oportuno  
 Para saber quién son, prender alguno.

Ocultos estos en la fértil vega,  
 Cuyas verdes orillas y confines  
 El río de la Sabandija riega,  
 De los otros, en traje mas insines,  
 Un cierto joven á caballo llega,  
 Anzuelos prestos con sus volantines,  
 Y encima puesto sin hollar arena  
 Peces quiere llevar para su cena.

Cuando lo vieron mas embebecido,  
 Procuraron estotros rodeallo,  
 Mas él, los ojos prontos al oído  
 Del rocin, como viese meneallo,  
 A do los inclinó la gente vido,  
 Y así batió las piernas al caballo,  
 Saliendo como jara de ballesta,  
 Sin esperar pregunta ni respuesta.

Brevemente dió fin á su carrera,  
 A causa de llevarlo piés lijeros;  
 Fué la grita que dió de tal manera  
 Que se sobresaltaron compañeros;  
 Oída la razón por Juan Cabrera,  
 Salió luego con veinte caballeros,  
 Pedro de Puelles, Juan Diaz Hidalgo,  
 Juan de Arévalo y otros hijosdalgo.

Llegaron á la gente mal vestida  
 La no menos briosa que galana,  
 Donde cada cual parte fué medida  
 Segun la condicion de ley urbana:  
 Dan reciproca cuenta de su vida,  
 Principal punto de que tienen gana;  
 Y así por ruegos y amigables prendas  
 A todos los llevaron á sus tiendas.

Recibió Benalcázar al Quesado  
 Con la modestia de sagaz concierto,  
 Y estotro con prudencia recatado  
 Trató de lo que habian descubierto:  
 Tierra que para mas rica jornada  
 Les mostraba camino bien abierto,  
 Porque ya por los términos cercanos  
 Inmensidad se ve de campos llanos.

Vistas las esperanzas que engrandece  
 Y de lo descubierto los provechos,  
 El dicho Benalcázar les ofrece  
 Soldados y caballos y pertrechos,  
 Porque la paga dellos apetece  
 Por ir á dar noticia de sus hechos  
 Al rey, como quien era pretendiente  
 Ya de gobernador y no teniente.

El Fernán Perez, no menos urbano,  
 Le suplicó que lo hiciese dino  
 De ir á Bogotá, porque su hermano  
 Viene tan afamado peregrino,  
 Porque todos debajo de su mano  
 Le servirán allá y en el camino,  
 Y que podria ser que se concorden  
 Los dos, y a sus conceptos diesen orden.

Entrellos no quedó determinado;  
 Mas la gallarda gente que traía  
 Con pecho de Pirú sobresa tado,  
 Quisiéralo guiar por otra vía;  
 Y Juan de Céspedes disimulado,  
 Que parte del intento coligia,  
 Dijo: « Señores, las tierras ganadas  
 Defendéros las hemos á lanzadas.»

Oyólo Juan Cabrera, varon puro  
 Y digno de las laures guirnaldas,  
 Y díjole: « Señor, dormid seguro  
 Con vuestras tierras, oro y esmeraldas;  
 Mas si viniésemos á trance duro,  
 Nunca nos las dareis en las espaldas:  
 Paz se pretende, quietud, sosiego,  
 Y no venir á término tan ciego.»

Quebrado de pendencias aquel ramo,  
 El dicho Juan Cabrera le pescada:  
 « ¿ Quién es vuestra merced, porque lo amo  
 Y deseo servir sin esta duda? »  
 Dijo: « Capitán Céspedes me llamo,  
 Harto mas conocido que la ruda,  
 Y en estas partes de las Indias hombre  
 Que por tierra y por mar vuela mi nombre.»

Cabrera respondió desta manera:  
 « Señor, á mi noticia no ha venido  
 Tal nombre, pero yo soy Juan Cabrera,  
 Soldado rodeado del olvido,  
 A causa de faltarme la primera  
 Hazaña por do sea conocido;  
 Y aunque muchos me dan otros derechos,  
 Nunca me lisonjeo de mis hechos.»

Entrestos dos destrisimos jinetes,  
 Cada cual dellos valido guerrero,  
 Pasaron estos dichos repiquetes  
 Por las mismas palabras que refiero,  
 Sin que se lastimasen los almetes  
 Ni descubriesen filos del acero;  
 Pero guiándose por cuerdos modos  
 En gran conformidad quedaron todos.

Y no prevaleció lo comenzado  
Que maquinaba juvenil sentencia,  
Porque puestas las cosas en estado  
Dispuesto para llamas de pendeucia,  
Puede sagaz varon y reportado  
El fuego mitigar con su prudencia,  
Segun agora hizo quien lo era,  
Que entiendo por el dicho Juan Cabrera.

No resolutos en los pareceres  
De ir á Bogota, segun le pide  
A Benalcázar nuestro Fernan Perez,  
Dél y de sus soldados se despidió,  
Que con grandes ofertas y placeres  
Cada cual por su parte se comió;  
Y el Benalcázar y otros de su bando  
Por buen trecho los van acompañando.

Llegan á Bogotá, do los espera  
El sabio y animoso licenciado:  
El Fernán Perez dió razon entera  
De aquello que tenía deseado,  
Diciéndole que Benalcázar era  
Capitán de Pizarro, que poblado  
A Popayán dejó, á Cali y Quito  
Con mas lugares deste circuito.

Después de se juntar los dos hermanos,  
Pasados como seis ó siete dias,  
Por nuevas de los indios que cercanos  
Estaban algo destas serranias  
Supieron que por via de los llanos  
Estaban españolas compañías;  
Y este era Fedrimán, de quien mi historia  
En otra parte ya hizo memoria.

Dije cómo se vieron el aspeto  
Y se comunicaron blandamente,  
Uno varon sagaz, fuerte, discreto,  
El otro discretísimo y valiente:  
Ambos se concertaron en efeto  
Y hicieron un cuerpo de su gente,  
Juzgando que los dos hechos á una  
Podian contrastar dura fortuna.

Apenas tal resolucion se toma  
Entrestos dos insignes capitanes,  
Cuando por las laderas de una loma  
Vieron las sedas, granas, perpiñanes  
De Benalcázar, con el cual asoma  
Gallarda bizarria de galanes,  
Que entre los otros que valor abona,  
Parecian á los de Melitona.

Que los de Fedrimán y del Jimenez,  
A causa de su muy larga carrera,  
Tenian por los mas preciados bienes  
Una ropeta de algodón lijera,  
Y para dar cubiertas á sus sienas  
De lo mismo también una montera;  
Pero de todos el de menos nombre  
Se podría tener por mas que hombre.

Pues como granos de la mina rica  
De mas bajo metal entreverados,  
Quel fuego y el crisol los purifica  
Y quedan afinados y apurados,  
Ansi clara verdad nos certifica  
Estar aquestos válidos soldados,  
Por haber, no sin gran desasosiego,  
Pasado por el agua y por el fuego.

Llegó pues Benalcázar donde quiso,  
Y fué graciosamente recibido,  
Y no de la salud tan sin aviso  
Que fien sus cabezas del olvido;  
Mas su venida fué con pecho liso  
Debajo del diseño referido,  
Por ver si por allí se daba maña  
Para guiar sus pasos en España.

Vino su diligencia muy á cuento  
A los que le hicieron hospedaje;  
Pues declarándoles su pensamiento  
Como requiere pródigo lenguaje;  
Supo tener entrambos en intento  
Efectuar aquel mismo viaje,  
Porque de lo del reino y del camino  
Tenian buena copia de oro fino.

T. VI.

Y demás de lo proprio recogieron  
El oro que tenían los soldados,  
Por caballos y esclavos que les dieron  
A precios á su gusto moderados,  
Pues los caballos que menos valieron  
Encajaban á mas de mil ducados,  
Y entonces no se tuvo por escoso  
Por la necesidad y el caudal grueso.

Pasaron con los tres esta carrera  
De su gente la mas aprovechada.  
Quedó pues general desta frontera  
El dicho Fernán Perez de Quesada.  
Para Neiba se vuelve Juan Cabrera  
Con larga comision que le fué dada:  
Los mas de Benalcázar con él fueron  
Y otros en Bogotá permanecieron.

En Neiba Juan Cabrera pueblo funda  
Por el poder y comision que lleva,  
Porque le pareció tierra fecunda  
Demás del esperanza que le ceba;  
Y aun dicenme que fué la vez segunda  
Que poblaron aquesta tierra nueva,  
Y dejalla Benalcázar poblada  
Viniedo al nuevo reino de Granada.

Puestos en orden ya los peregrinos  
Que van á España con la bolsa llena,  
Volvieron á los términos marinos  
Por el gran rio de la Magdalena:  
Vieron y conversaron los vecinos  
De la nueva ciudad de Cartagena,  
Desde donde con buen aviamiento  
Llegaron á Madrid en salvamento.

Dejémoslos agora negociando  
Sus nobles y honrosas pretensiones,  
Porque del Benalcázar diré cuando  
Llegaren oportunas ocasiones.  
Al Añasco y Ampudia voy buscando,  
Que fueron á fundar las poblaciones  
A Timana, provincia populosa,  
Y de gente valiente y orgullosa.

De Popayán cincuenta leguas dista,  
Y es tierra fértil pero montuosa,  
Con aspereza que la humana vista  
Nunca jamás la vió mas salebrosa.  
Entraron pocos para la conquista,  
Siendo los indios mano poderosa,  
Los Paeces, Yalcones y Pirama  
Y Guanaca, provincias de gran fama.

Viendo los nuestros incomodidades  
Para poder hacer abierta guerra,  
Procuraron por bien las amistades  
De caciques algunos de la tierra:  
Acudieron á las conformidades  
De los quel próximo compás encierra  
Del pueblo do hicieron los cimientos,  
Fin del de treinta y ocho y tres quinientos.

Como viese de paz el apariencia  
Juan de Ampudia del indio convecino,  
Al Añasco dejó con su tenencia  
Y á Popayán dirige su camino.  
Añasco puso suma diligencia  
En contentar al que de paz le vino,  
A lo menos al hijo de Pioanza,  
Yalcon, señor de próspera pujanza.

Era mozo bien acondicionado,  
Que por Pedro de Añasco se perdia,  
El cual no lo quitaba de su lado  
Y á su buen amistad correspondia;  
A nuestro modo bien aderezado,  
Y en su caballo siempre lo traia,  
Pareciéndole ser el mozo prenda  
Para seguridad de su vivienda.

Este para hacer repartimientos  
Y las suertes de los conquistadores,  
Le dió la relacion y documentos  
Con que reconociese las mejores;  
Y así ya hechos los apuntamientos,  
A los caciques señaló señores,  
Y para tributar á nuestro marte  
El dicho mozo fué no poca parte.

30

El á lo mas insigne se convierte,  
 Como superior en elecciones,  
 Y así tomó por generosa suerte  
 Añasco toda la de los yalcones:  
 Ministro presuroso de su muerte,  
 Contra las filiales intenciones,  
 Pues cuanto mas del hijo fué querido,  
 Tanto del padre mas aborrecido.

Ofrecióse, después desto que digo,  
 Añasco ir al pueblo popayano  
 Para buscar de gente mas abrigo  
 Con que hacer aquel terreno llano:  
 Al hijo del señor llevó consigo,  
 Que nunca lo dejaba de su mano,  
 Ni el mozo mismo tal apetecía,  
 A causa del amor que le tenía.

Juan del Río quedó por su teniente.  
 Hombre de valerosas cualidades.  
 A Popayán llegaron finalmente,  
 Camino de cien mil dificultades:  
 En la ciudad halló nuevo regente,  
 Cosas modernas, grandes novedades,  
 Las cuales de presente yo no pinto,  
 Mas pintarélas en el canto quinto.

### CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos.

En tiempo que del hilo de esperanza  
 Humano corazón está pendiente  
 En medio de temor y confianza  
 Incierta, por algun inconveniente,  
 Suele ser congojosa la tardanza  
 A quien de tal ardor está doliente,  
 Y tanto mas aquejan los ardores  
 Cuanto las causas dellos son mayores.

Así Pizarro, como no tenía  
 Nuevas algunas de descubrimientos  
 Que en su nombre Benalcázar hacia,  
 Y habian de venir por momentos,  
 Vista la gran tardanza, presumia  
 Que debía tener nuevos intentos;  
 Y la sospecha de mudar costumbre  
 No le causaba poca pesadumbre.

Aquesta presunción, que no fué vano,  
 Según atrás habemos relatado,  
 Comunicó con Lorenzo de Aldana,  
 Hombre de quien vivia confiado,  
 Y respondióle que de buena gana,  
 Si le quisiere dar aquel cuidado,  
 A Popayán irá, do con buen celo  
 A la verdad podrá quitar el velo.

Gusto le dieron estos pareceres,  
 Dándole gracias por la tal oferta;  
 Y así le concedió largos poderes  
 Y para todo comision abierta,  
 Según que piden tales menesteres;  
 Mas en un caso le cerró la puerta,  
 Y es que, constando su leal abono,  
 Quedas Benalcázar en su trono.

Efectuóse presto la jornada  
 A las provincias de aquel hemisferio,  
 Cuya gente quedó maravillada  
 Y luego sospechó traer imperio,  
 Juzgando que persona señalada  
 No hizo su venida sin misterio;  
 La cual, puesto que no faltó recuesta,  
 A ninguno la hizo manifiesta.

Solo les dice cómo saber quiere,  
 Pues con tanto hervor se le pregunta.  
 Si vive Benalcázar ó si muere,  
 O qué de sus conceptos se barrunta,  
 Para quel pecho del marqués se entere  
 De lo que pasa, por estar defunta  
 En su noticia, la que va buscando,  
 Como si della no tuviese mando.

Entendida la cifra y el lenguaje,  
 Juan de Ampudia le dió razon bastante  
 De las penalidades del viaje,  
 Como quien fué del mismo caminante  
 Y dónde lo dejó, y en qué paraje,  
 Con intenciones de pasar delante  
 Por la noticia próspera que lleva  
 De que siempre hallaba buena nueva.

Estúvose suspenso y en espera,  
 Sin mas alteracion ni movimiento,  
 Por ver si Benalcázar respondiera,  
 O mensajeros por su mandamiento.  
 En este tiempo vino Juan Cabrera  
 A deshacer aquel encantamiento;  
 Y como supo ser ciertos los toros,  
 Cesaron los respetos y decoros.

Notificó despachos competentes  
 A todos los caballos y concejos,  
 Y puso de su mano los tenientes,  
 Amigue mudó después estos consejos;  
 Pues viéndolos leales y obedientes  
 Se volvieron las varas á los viejos  
 Por el rey y el marqués, por quien fué cierto  
 Haber el Benalcázar descubierto.

Dadas en el gobierno las razones  
 Que parecian ser mas convenientes,  
 El Añasco llegó de los yalcones;  
 Con quien tuvo los mismos accidentes;  
 Mas luego se dió nuevas comisiones  
 Y le llegó buen número de gentes  
 Por el rey y el marqués, dándole cargo,  
 Grandes favores y poder mas largo.

Estúvose por algun tiempo quedo,  
 No punto que podamos llamar vago,  
 Y entonces envió á George Robledo  
 A poblar en Encerma y en Cartago  
 Y en Antioquia, pero decir puedo  
 Que debió ser aquel día aciago,  
 Pues ambiciones, si se bien advierte,  
 Fueron las alcabuetas de su muerte.

De las cuales ya liice breve suma  
 En otra que no fué menor historia,  
 Y así no será justo que consuma  
 Tanto papel en cosa que es notoria:  
 Bastará de presente que mi pluma  
 Refresque deste hecho la memoria,  
 Pues pretendió que los pueblos poblados  
 Por él, le fuesen en gobierno dados.

Mas no salió con estas intenciones,  
 Y fué solicitud desvanecida,  
 Por la cual y por otras ocasiones  
 El Benalcázar le quitó la vida;  
 Y así quiero volver á dar razones  
 Antes que del Aldana me despida,  
 Cómo se conservó con gran prudencia  
 El tiempo que allí hizo residencia.

Dado pues orden, cual se representa  
 E yo con brevedad posible narro,  
 A Pirú se volvió para dar cuenta  
 De los sucesos al marqués Pizarro,  
 Donde tenia generosa renta  
 Y era de los aurigas de aquel carro,  
 Pero no siempre con tan justa vida  
 Que en algo no saliese de medida.

Añasco se volvió con buen recado  
 A ver de Timaná los señorios,  
 De treinta caballeros rodeado,  
 Cursados en ausonios desafíos;  
 Juan de Orozco y Arias Maldonado,  
 A quien yo tuve por amigos míos,  
 Fueron también en esta coyuntura  
 Para Pedro de Añasco mas que dura.

Porque como se viesse con mejora  
 De buenos hombres y demás posible,  
 En cobrar los tributos y demora  
 Los aquejaba con ardor terrible;  
 Y el venir á servir á punto y hora,  
 Por pecho lo tenían insufrible,  
 No queriendo con su bestial linaje,  
 Reconocer á nadie vasallaje.

No les pone temor el estandarte  
Aumentado de gente castellana :  
Todos al fin andaban de mal arte  
E ya servian muy de mala gana ,  
Para lo cual no fué pequeña parte  
Una india llamada la Gaitana ,  
O fuese nombre propio manifiesto ,  
O que por españoles fuese puesto .

En aquella cercana serranía  
Era señora de las mas potentes ,  
Y por toda la tierra se tendía  
Gran fuerza de sus deudos y parientes :  
Viuda regalada que tenia  
Un hijo que mandaba muchas gentes ,  
Al cual por no acudir como vasallo  
Añasco procuró de castigallo .

Salió de Timaná con este pío ,  
A caballo con él veinte y un hombre ,  
Entrellos iba Baltasar del Rio  
Y el primo Añasco de su mismo nombre ;  
E ya como dos leguas de desvío ,  
Agüero no faltó que los asombre ;  
El hijo de Piganza va con ellos  
No menos que quien va por los cabellos .

Sucedió quel caballo do camina  
El capitán Añasco , se recela  
Donde no vian ocasion vecina  
Que para retardarse le compela :  
Si le metia hierro , mas se empina  
Y nada se le da por el espuela ,  
Aunque nunca jamás dió tal molestia ,  
Antes tuvo valor mas que de bestia .

Viendo que no podía , segun nuestro ,  
Hacello proceder donde repara ,  
Bajóse para lo llevar del diestro ;  
Creyendo todos ellos que bastara ,  
Tiraban á porfia del cabestro ,  
Dándole por detras con una vara ;  
Mas la solicitud no fué bastante  
Para que lo pasasen adelante .

Ponen otros caballos á su frente  
Para lo convidar por esta via ,  
Y aunque no lo hallaban diferente ,  
Tanto pudieron palos y porfia ,  
Que pasó con los otros juntamente  
Del lugar llano do se detenia :  
En él subió , hallándolo tan bueno  
Como después que supo tener freno .

Del suceso nacieron ocasiones  
Por donde muchos destos compañeros  
Pronosticaban con murmuraciones  
Malos y desastrados paraderos .  
El dijo : « No mireis en abusones ,  
Pues todos sois cristianos caballeros ,  
Que no es el asna de Balam aquesta  
Para que hagais della tanta fiesta .

» Menos es mi caballo semejante  
A Bucéfalo , Cyllaro ni Lamo ,  
Ni aun Eon , el caballo de Pallante ,  
De curso mas veloce que de gamo ,  
Cuyo lloro fué grande y abundante  
Sobre la sepultura de su amo ;  
Ni el de Diomedes , que si bien advierto ,  
Con hambre se mató , su dueño muerto .

» Conozco que de brutos animales  
Tomaron documento los terrenos  
Para reconocer los temporales  
Si son tempestuosos ó serenos ;  
Mas en aquestas cosas especiales  
De las pronosticar están ajenos ,  
Y quien por bestias casos adivina  
En los mas atinados desatina .

» Y revelárenos desta manera  
Algunos males , no somos tan santos ,  
Ni semejante caso sucediera  
En uno solo donde vienen tantos ,  
Pues todos recelaran la carrera  
Y tambien padeceieran sus espantos :  
¿ Qué será pues en uno sin los otros ,  
Sino mañas que suelen tener potros ? »

Con esta práctica , mas ampliada  
De lo que manifiestan mis razones ,  
Hicieron aquel día su jornada ;  
En los principios de las poblaciones  
Hallaron mucha gente retirada  
Y los demás con tibias intenciones  
Llamaron otro día de mañana  
Al hijo principal de la Gaitana .

Vuelven los mensajeros aquel día  
Al declinar el sol al occidente ,  
Y preguntándoles qué respondía ,  
Dijeron no querer distintamente :  
Añasco , capitán , por él envía  
A su primo con guias y con gente ,  
Para que lo salteen en el sueño  
Y lo traigan á ver su nuevo dueño .

A la hora que llaman intempesta  
Hizo con seis ó siete su partida :  
Obscuridad inmensa los molesta ,  
Mas alguno por ella tuvo vida ,  
Pues Añasco rodó por una cuesta  
Y un brazo se quebró de la caída :  
A todos causó pena la desgracia ,  
Que para su salud fué mas que gracia .

Como se lastimase malamente ,  
Sin pasar adelante le convino  
Volverse do quedaba su pariente ;  
Pero los otros fueron su camino  
Y prendieron al indio delincuente ;  
Si tal nombre merece de condino ;  
Mas si se fulminara por escrito  
Muy tolerable era su delito .

De su reposo lo sacaron fuera  
Con todas las acciones afrentosas .  
A punto se llevaba la collera ,  
Puestas ni mas ni menos las esposas ;  
Vió finalmente la presencia fiera  
De quien presto hará peores cosas :  
Al hijo sigue la mujer viuda  
Sin acordarse de pedir ayda .

Nunca creyó tan ásperos sucesos  
Al tiempo de tomalle residencia ,  
Por ser de los actores los escesos  
Y del reo las culpas inocencia ;  
En la uña hicieron los procesos ,  
Y dióse vocalmente la sentencia :  
Que muera hecho brasas y ceniza  
Mandó , cuyo rigor escandaliza .

Pertinaces en este mal motivo ,  
Juntóse luego cantidad de rana ,  
Traen después al misero captivo  
En presencia de aquella que lo ama :  
De luscos humos rodeado vivo  
Su vida consumió la viva llama ;  
Y ya podeis sentir qué sentiria  
La miserable madre que lo via .

Decía : « ¡ Hijo mio ! cuán incierta  
Es á los confiados confianza !  
¿ Para cuántas borrascas abre puerta  
Un brevecillo rato de bonanza !  
Hijo , que sin tu vida quedo muerta ,  
Mas no lo quedare para venganza :  
Bien puedo yo morir , pero tus penas  
De pagármelas han con las septenas . »

Con esto se partió dando clamores  
Todas las horas sin cerrar la boca :  
Los extremos que hace son mayores ,  
Y de mas furia que de mujer loca ;  
A todos los caciques y señores  
Se queja , y á venganza los provoca ,  
Hasta tanto que ya ganó los votos  
De los cercanos y de los remotos .

Uno tan solamente le faltaba  
Para dar conclusion á sus andenes :  
Este era Pigoanza que abundaba ,  
De gentes atrevidas y de bienes ,  
Mas una cosa la desconfiaba ,  
Y es el hijo que tienen en rehenes ;  
Pero después dire que á su gemido  
También este señor quedó rendido .

Volvamos al Añasco, que tenía,  
Segun la confianza de su pecho,  
Por una señalada valentía  
Lo que tan sin razón había hecho,  
Y que toda la tierra temblaría  
Para sacarse della mas provecho;  
Pero presto verá ser un engaño  
Que trocó los provechos en gran daño.

Porque la vanidad y la malicia  
Segun su propiedad el dejó tiene,  
Y los ojos con velo de cudicia  
No siempre miran lo que les conviene:  
Añasco pues con esta injusticia,  
Para correr la tierra se previene,  
Y al miro le mandó que se tornase  
A Timaná para que se curase.

El, sin temor de guerra ni recuento,  
Con diez y ocho solos á su lado,  
Se metió mucho mas la tierra adentro,  
Del rehén que tenía confiado:  
Asentó luego toldos en el centro  
Y comedio de lo mejor poblado,  
Pero la tierra tal y tan fragosa,  
Que no se vido semejante cosa.

En toda la distancia comarcana,  
Con ser culturas como de jardines,  
Ningun espacio ven de tierra llana  
Do se puedan valer de los rocines;  
Pero hasta que vino la Gaitana  
Quiéto estuvieron los confines,  
Y acudían algunos naturales  
Con dones y pacíficas señales.

Puestos los nuestros en aquel paraje,  
Al señor de la tierra, Pigoanza,  
Hizo Pedro de Añasco su mensaje,  
Mandándole que venga sin tardanza  
Para reconocelle vasallaje,  
Y acudille también con la pitanza  
Lo mismo se le ruega por su hijo,  
Con hartío mas pesar que regocijo.

Nunca quiso cumplir sus mandamientos  
Ni los ruegos del hijo detenido:  
Pesos de oro le envió seiscientos,  
Y de criados número crecido,  
Que le hicieron buenos aposentos  
Donde pudiese ser mejor servido;  
Pero pronto verá tales halagos  
Ser vispera de días aciagos.

Porque él estaba ya mal indignado  
Desde que supo cuán atrocemente  
Mataron al mancebo desdichado,  
A quien reconocía por pariente:  
Hízolo luego mas acelerado  
La que su madre fué, que mas lo siente,  
La cual con otras dueñas tan ancianas  
Allí llegó mesándose las canas.

Ronca la voz, los ojos hechos fuentes,  
Turbada, despulsada y amarilla,  
La voz apenas saca de los dientes,  
Despedazada cada cual mejilla,  
Diciendo: «Deudos míos y parientes,  
Muévanos mis desdichas á mancilla:  
A ti mas que á ninguno, Pigoanza,  
Competen los rigores de venganza.

» A ti me quejo, y el favor invoco  
Con que mi gran agravio se castigue,  
Pues nuestro parentesco no es tan poco,  
Que por muchas razones te lo obligue.  
A refrenar la furia deste loco  
Que á ti y á mi y á todos nos persigue,  
Con cuyos vientos vamos navegando,  
Y en un mismo navío naufragando.

» Comun y general es la tormenta:  
Nadie desta fortuna se reserva;  
Truécanse los honores en afrenta,  
La noble libertad se hace sierva;  
Quien tal calamidad experimenta  
Busque la verdadera contrayerba  
Que deste mal es único remedio,  
Quitándolos á todos de por medio.

» De la mujer, del hijo, del marido  
Se sirven, y los tienen por despojos;  
Y no pequeña parte te ha cabido  
De la continuacion destes enojos,  
Pues tienen con engaños detenido  
Al hijo que es la lumbré de tus ojos:  
No lo goza su deseosa madre,  
Ni le consienten ir á ver su padre.

» Aquel origen triste de mi llanto,  
Hijo mio, dolor de mis entrañas,  
Quemaron vivo por poner espanto  
A nuestras gentes y á las mas estrañas:  
De ti sé que harían otro tanto:  
Tales son sus cautelas y sus mañas;  
Mira por ti, pues ellos son de arte  
Que será menester anticiparte.

» Bien hace quien de tal golpe se escuda,  
Y huye de mojarse cuando llueve;  
A nuestra causa la razón ayuda,  
Y la ventura va con quien se atreve;  
De la victoria nuestra no se duda  
Ni de pagar su deuda quien la debe:  
Bien sabes que será juicio vano  
Soltar las ocasiones de la mano.

» A quien fué causa de mi desventura,  
Junto lo tienes y aun te hace cocos:  
Es cómodo lugar, gran angostura,  
Los tuyos muchos, y los suyos pocos;  
Nunca mejor sazón y coyuntura  
Para que nadie quede destes locos;  
Dad en los que los hados amonestan,  
Porque después dareis en los que restan.

» Este propósito tiene Pirama,  
Guanaca quiere questo se concluya;  
Los Paeces que acuden á la trama  
Tu determinacion es propia suya;  
En todo cuanto Timaná se llama  
No resta voluntad mas que la tuya:  
En guerra que desean tantos buenos  
No tienen los yalcones de ser menos.

» Mira, señor, la general fatiga,  
El miserable pueblo cómo anda,  
La justísima causa que te obliga  
A querer aceptar esta demanda,  
Pues eres general en esta liga  
Do van tantos caciques de tu bando:  
Cuanto les ordenares harán luego,  
E yo de parte suya te lo ruego.»

Semejantes palabras le decía  
La bárbara cruel para su hecho;  
Con mal de corazón se amortecía:  
Por ventura sería contrahecho;  
Mas al fin alteraba y encedía  
El rústico, feroz y bravo pecho,  
El cual en regalalla se desvela,  
Y con tales palabras la consuela:

« Pésame de te ver tan lastimada  
Y el venerable rostro hecho piezas:  
La vida no podrá ser restaurada  
Con cuantos hombres armas y aderezas;  
Mas yo te la daré tan bien vengada  
Que recibas por una cien cabezas,  
Y de pellejos de tus adversarios  
Verás poblados estos santuarios.

» Aquesto te promete Pigoanza  
Para satisfacer á tu querella;  
Y huélgome que pidas la venganza  
A quien no se hallaba fuera della,  
Pues en estos y en los de mas pujanza  
Había de bebellá ó de vertella:  
Mitiga tus dolores si pudieres,  
Cierto de que haré cuanto quisieres.»

Al punto despacharon mensajeros  
Para sus capitanes obedientes:  
Los de Pigoanza fueron los primeros;  
Mas de seis mil cursados combatientes  
Serían, validísimos guerreros;  
Muy pocos menos de las otras gentes  
Que meneaban precelosas ondas  
De macanas, de flechas, lanzas, hondas.

¿Qué borrasca mayor ó batería  
 Pudieran dar las ondas de Neptuno?  
 ¿Qué fuerza, qué vigor, qué valentía  
 Saliera de rigor tan importuno?  
 Siendo pura verdad que combatía  
 Contra mas de seiscientos cada uno,  
 Y en lugar cuyo mas llano repecho  
 Era para caballos sin provecho.

Bastara la primer arremetida  
 De tantos capitanes y vasallos,  
 Para que la creciente y avenida  
 Pudiera consumillos y anegillos,  
 Aunque fuera la copia mas crecida  
 De diestros españoles y caballos;  
 Pues raras veces pocos temerarios  
 Desbaratan gran fuerza de contrarios.

El propósito duro y el concierto  
 Al noble mozo hijo de Pigoanza  
 Le fué por ciertas indias descubierto,  
 Significandole la gran mataza  
 Que se haría por el indio muerto,  
 Y cómo se juntaba gran pujanza,  
 Sin exceptuar ninguno de la tierra  
 Que fuese conviniente para guerra.

El mozo con el rostro de difunto  
 Al Añasco le dijo, y al oreja:  
 «Acabo de saber en este punto  
 El gran conflicto que te se apareja.  
 El poder de la tierra viene junto  
 Importunado por aquella vieja;  
 Si no huyes, ello va de suerte  
 Que yo no tengo duda de tu muerte.

»Las vidas, mi señor, prendas son ricas:  
 Perdidas, no se hallan á la mano;  
 Ruégote por el Dios que me predicas  
 Ser autor de lo bajo y soberano,  
 Y esotras cosas que me certificas,  
 Que luego nos salgamos á lo llano,  
 Pues la partida que al vivir importa  
 Tanto mejor será cuanto mas corta.

»En riesgos y peligros tan patentes  
 Suplicote, señor, que no te tardes:  
 Que si vosotros pocos sois valientes,  
 Ningunos de los muchos son cobardes;  
 Conozco bien sus bravos accidentes,  
 La determinacion de sus alardes,  
 Que puestos en extremo semejante  
 No se les pone cosa por delante.»

Añasco le responde: «Vive ledo,  
 Y no quieras por esto fatigarte,  
 Pues para retraerme un solo dedo  
 El mundo todo no podrá ser parte;  
 En este sitio con estarme quedo  
 Han de volver buyendo de mal arte,  
 Y habrán por bueno viendo su castigo  
 De no querer burlarse mas conmigo.»

El mozo bueno su razon ataja  
 Llorando su notorio desatino,  
 Diciendo: «Señor, mira la ventaja  
 Que tienen á tu campo peregrino,  
 Porque todos sereis como la paja  
 Movida de terrible torbellino,  
 Ó flaca llama cuando respandece,  
 Y en ese mismo punto desaparece.»

No lo pudo vencer con otros ruegos  
 Demás de los que tengo declarados;  
 Mas todavia con desasosiegos  
 El negocio trató con sus soldados,  
 Y todos ellos estuvieron ciegos,  
 Torpes, perplejos, indeterminados,  
 Hasta tanto que ya rayos solares  
 Fueron á visitar otros lugares.

Absentes los febeos resplandores  
 E ya venida la tiniebla fria,  
 Crecieron las congojas y temores  
 De los de cristiana compañía:  
 La mortificacion de los calores  
 Vitales, cada cual en sí sentia,  
 Con sudor frio por las coyunturas,  
 Anuncio de sus ciertas desventuras.

No faltaban aullidos entre tanto  
 De fieras por sus sendas mas estrechas,  
 Ni las aves nocturnas que con canto  
 De lloros confirmaban las sospechas;  
 Los bubos conmovidos del espanto  
 Por cima les cantaban las endechás,  
 Con otras mas señales que no cuento,  
 Por quien iba temor en crecimiento.

Ninguno los anima con arenga  
 Porque á la prontitud temor escede,  
 Y si comienza cosa que convenga  
 Que al medio del camino no se quede;  
 El tiempo breve, la resolucion luenga,  
 Quisieran dalla, pero nadie puede,  
 Por no les dar la misera dolencia  
 Lugar para tener tal advertencia.

Todavía con ánimo valiente  
 Añasco les mandó que estén alerta,  
 Y entre lugares repartió su gente,  
 Que cada cual abria larga puerta;  
 Y para que muriesen brevemente  
 No se pudo hacer cosa mas cierta  
 Que dividir sus pocos combatientes  
 En partes y lugares diferentes.

¿Qué hueste de Anibal, ó de Antioco,  
 O del gran Taburlan ha dividido?  
 A mi pareceme término loco  
 Y orden de mercader desvanecido,  
 Si su posible, siendo caudal poco,  
 Corre por muchas manos repartido,  
 Pues para que la suya se consuma,  
 Basta pasar por una y otra pluma.

Mucho dura la fabrica trabada,  
 Mas tiran que uno dos buyes unidos;  
 Mal pueden de la mano separada  
 Ser los restantes miembros socorridos:  
 Fué cierto cosa desproporcionada  
 Pocos en muchas partes repartidos,  
 Porque con menos fuerzas es quebrado  
 Solo hilo sencillo quel doblado.

Pero cuando prudencia se desvia,  
 Dase las menos veces en el bito,  
 Y es una ceguedad de muchas guia,  
 Segun claro constó deste conflicto,  
 Cuyo triste suceso yo queria  
 Poner muy á lo cierto por escrito:  
 Y porque dél resultan mas rencillas  
 Habré con canto nuevo de decillas.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenia, excepto tres que escaparon mas milagrosamente casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras gracias que entonces acontecieron.

Seguro y especial salvoconduto  
 Es en aquesta vida la templanza;  
 Amargo, duro, pernicioso fruto  
 Nace de la soberbia confianza;  
 Quien es en sus antojos resolutio,  
 Sin ajustar fiel en la balanza  
 Ni querer admitir consejo sano,  
 A trabajado fin anda cercano.

Bien se conocerá por lo que digo  
 Ser el Añasco destas condiciones,  
 Sin consideracion en dar castigo,  
 Casado siempre con sus opiniones:  
 Menos tomó consejos del amigo  
 Para se reservar de puniciones,  
 Y así Laquésís, rigurosa parca,  
 Su vida señaló con breve marca.

Porque ya descubriendo por oriente  
 La dulce Venus su real corona,  
 Anunciadora de la roja frente  
 Del rutilante hijo de Latona,  
 Llegó la tempestad y la creciente  
 Que muerte desastrada les pregona,  
 Por las tres partes donde hacen vela,  
 Y á todos fué comun la centinela.

Luego la temerosa grito suena  
Del bárbaro gentío furibundo :  
La tierra con temblor se desordena  
Y las concavidades del profundo ;  
No pone rota nube cuando truena  
Con rayos tantos miedos en el mundo ,  
Cuanto concibe quien un Dios adora  
Viendo presente ya su postrer hora.

Adonde mal gobierno los reparte  
Todos se muestran con ardor terrible ,  
Y cada uno dellos por su parte  
Hacia mucho mas que lo posible ;  
Caían de los del bárbaro Marte  
Número de cabezas increíble ,  
Por ser en general estos soldados  
De los mas principales y apurados.

Mas la nube de jáculos espesa  
Momento no cesaba de por cima :  
Pigoanza por cumplir con su promesa  
Con voces presurosas los anima ;  
Aquí y allí y allá hierve la priesa ;  
Un escuadron y otros los lastima ,  
Por espaldas , por pechos y por lados ,  
Ellos y los caballos traspasados.

No recibió Piton, serpiente fiera,  
Tantos tiros de la potente mano  
De Apolo, cuantos ya tiene cualquiera  
De los del breve número cristiano :  
Al remate van ya de la carrera  
Y al término fatal del ser humano ;  
A todas partes y do quier que sea  
La imagen de la muerte los rodea.

Ya faltaba vigor del primer brío ;  
Cualquiera les rebate ya la lanza ;  
Cayó Benalcázar, Baltasar del Río,  
Francisco Sanchez, Pedro de Esperanza,  
Y la de todos que en el desafío  
Pretendían hacer crúel matanza :  
Libres quedaron tres de la ruína,  
Luis Mideros, Cornejo y un Medina.

Habló con ellos el Luis Mideros,  
Digo con el Medina y el Cornejo,  
Diciéndoles : « Señores compañeros,  
Tengo por salúfifero consejo ,  
Pues somos hombres sueltos y lijeros ,  
Que tomemos las armas del conejo :  
Será servido Dios darnos ventura  
Para poder salir desta presura. »

Apenas lo habló cuando fué hecho ;  
Y regardándose los tres peones ,  
A la dificultad poniendo pecho ,  
Hicieron calle por los escuadrones ;  
Finalmente salieron del estrecho  
Con gran solicitud de los talones ,  
Hasta ver la montaña mas espesa  
Por donde se metieron á gran priesa.

Dejemos estos en el espesura  
Hasta que lleguen horas deputadas :  
Volvamos al Añasco sin ventura,  
Que cierto hizo cosas señaladas ,  
Y en el conflicto riguroso dura  
Con daño de las gentes alteradas ,  
Y el buen caballo contra los que hiere  
Sube y descende por adonde quiere.

Donde ve muchedumbre mas estrecha,  
Allí se mete con vigor ardiente ,  
Porque demás de sello de cosecha  
Necesidad lo hace mas valiente ;  
Pero para vivir ¿ qué le aprovecha ,  
Teniendo lo contrario ya presente ?  
Y fué tal , que mejor hubiera sido  
Quedar con los demás allí tendido.

Habiendo pues llegado la mañana,  
No con plácido rostro ni sereno,  
Hizo terribilísima macana  
En dientes del caballo golpe lleno :  
Demás de no quedar la boca sana  
Los tiros quebrantó del duro freno ;  
Corre por donde ve vez oportuna  
A su albedrío y sin orden alguna.

El desconcierto visto del caballo  
De diestro y arrendado fugitivo ,  
Con gran instancia van á rodeallo  
Los fuertes del ejército nocivo ;  
Pero muerto cayó sin derriballo ,  
Y al misero señor tomaron vivo :  
Vivo lo toman , y quedó de veras  
Por escarúo y por carne destas fieras.

Como de fuscos tordos á la haza  
Acudir suele multitud crecida  
Cuando las rojas mieses embaraza,  
Hallando sin defensa la comida :  
Así luego vinieron á la caza  
Que vieron los demás estar caída ,  
Con tanta grito de uno y otro cuerno  
Como ministros fieros del infierno.

¡ Oh caso de los casos mas atroce ,  
Suceso de sucesos el mas duro !  
Porque veais si puede de una coce  
Fortuna derribar un alto muro .  
¿ Cuántas veces agora reconoce  
El consejo del mozo ser seguro ,  
Y que son cosas de juicio loco  
Tener las importantes en tan poco !

¿ Cuántas muertes le están aparejadas ,  
Cuántos tormentos desapajados ,  
Cuántos azotes , cuántas bofetadas  
Descargan sobre miembros fatigados !  
Luego sus carnes fueron despojadas  
Hasta de los vestidos mas delgados ,  
Dejándolo con no mas cobertura  
De aquella que le proveyó natura.

Delante de Pigoanza fué llevado  
Y del hijo llamado don Rodrigo ,  
Que con gran diligencia fué buscado ,  
Y el padre lo tenia ya consigo :  
Vidolo triste , mustio , demudado ,  
Con sentimientos de fiel amigo ;  
Y allí delante la proterva ira  
Gime cada cual dellos y suspira.

Los ojos del mozueto hechos río,  
Con el Añasco razonó deste arte :  
« Al alto Dios pluguiera , señor mío ,  
Que mi fuerza pudiera remediarte ;  
Mas en la confusión deste gentío  
Páreceme que soy ninguna parte :  
El poderoso Dios te dé talento  
Para morir con buen conocimiento. »

« Si murieras por caso repentino,  
Menos pudiera ser mi sentimiento ,  
Por ser la muerte general camino  
Y vida temporal lijero viento ;  
Mas por las crueldades que adevino  
Lo que durares con vital aliento ,  
Padezco tal y tan inmensa pena  
Que no puede llegar á ser mas llena. »

« En esto se recrea la demencia  
Deste bestial gentío, torpe, fiero :  
Armate del escudo de paciencia,  
Pues naciste cristiano caballero ;  
Apartome de ti con tu licencia,  
Que no me dejan verte, ni yo quiero,  
Por no ver espectáculo tan triste.....  
¡ No sé, señor, por qué no me creiste ! »

Con esto desvíaron al mozueto,  
De lágrimas los ojos empapados,  
Añasco, despedido de consuelo,  
Los suyos á los cielos levantados,  
Dijo : « Yo te doy gracias, Rey del cielo,  
Que mas merezco yo por mis pecados ;  
Y pues por ellos viene tal castigo,  
Otro millon de veces te bendigo. »

« De tu fe santa nada me desvío :  
Protesto de morir en su creencia,  
Fuera del alocado desvarío  
De desesperación é impenitencia ;  
Pues aunque de mi vida desconfío,  
Muy confiado voy de tu clemencia ;  
Tu santa voluntad sea mi guía  
Para corroborar aquesta mía. »

»En esta confesion firme y entero,  
Aprieten los carnuíces las llaves,  
Porque si tú por mí, manso Cordero,  
Padeviste tormentos muy mas graves.  
Con la recordacion dellos espero  
Que todos estos me serán suaves.»  
Quisiera decir mas, y no lo dejan  
Las burlas y ludibrios que lo aquejan.

Llamó pues Pigoanza la Gaitana  
Para le dar al misero paciente,  
La cual contra la gente castellana  
En el recuento se halló presente:  
Ella lo recibió de buena gana,  
Y no menos crúel que diligente  
Descubrió luego con acerbo hecho  
La rabia y el coraje de su pecho.

Pues como de mujer son sus antojos,  
Si tiene mano contra quien la injuria,  
Que da satisfaccion á sus enojos  
Dejándolos correr á toda furia;  
Y así primero le saca los ojos,  
Segun a Mario la romana curia,  
Porque lo que durase desta suerte  
Viviese con deseo de la muerte.

Después desto la desapiadada,  
Crúel de suyo con la pena loca,  
La barba por debajo horadada,  
Grueso cordel en cantidad no poca  
Le metió por aquella cuchillada,  
Cuyo cabo sacaron por la boca,  
Y allí le dieron á la sogá fudo,  
Con gran aplauso deste vulgo rudo.

Desta manera fué dél triunfando,  
Aquel cordel sirviendo de trailla,  
La victoria y trofeo publicando  
Por los mercados de ciudad ó villa;  
Y de los estirones que va dando  
Desencasada cada cual mejilla,  
Con tal alteracion el bello rostro,  
Que ya no parecia sino móstro.

Reconociendo que de ser humano  
Hujan los espíritus vitales,  
El pié le cortan, otra vez la mano,  
Otra vez pudibundos genitales,  
Hasta que con paciencia de cristiano  
Salió de las angustias de mortales,  
Para volar, segun pios motivos,  
A la quieta tierra de los vivos.

Los atroces tormentos acabados  
Segun feroz bestialidad ordena,  
Los caballos y dueños desollados  
Y de ceniza la pelleja llena,  
Unos y otros fueron cuarteados  
Para guisarse la nefanda cena,  
Y de los cascos ya limpios y rasos  
Para beber en ellos hacen vasos.

Cuando la borrachera se hacia  
Que con cantos y bailes celebraban,  
El primo del Añasco todavía  
Se estaba quedo donde lo dejaron,  
Con dos hidalgos en su compañía  
Que para lo curar con él quedaron,  
Y para dar en ellos apareja  
Sus valedores la proterva vieja.

El hijo de Pigoanza que recela  
Destos tres españoles la caída,  
Determinó librallos con cautela  
Que de nadie pudiese ser sentida:  
La cual fué despachar quien los compela  
A poner en efecto la huida,  
Dándoles mucha grita desde fuera  
Y alborotándolos desta manera:

«Esperad, esperad, gente cristiana,  
Vereis nuestra macana cuánto pesa,  
Pues antes que se llegue la mañana  
Habeis de ser manjar de nuestra mesa;  
Aqui llegará presto la Gaitana  
Que en vuestro capitán ha hecho presa;  
Los huesos podeis ver de los vencidos,  
No solo descarnados, mas roídos.»

Llegaron los mozuelos en un salto  
Para cumplir aquellos mandamientos,  
Y luego dieron grita desde el alto  
Que estaba cerca de los aposentos:  
Causáronles terrible sobresalto  
Después de declarados los acentos  
Por lengua que tenían que declara  
Lo que decían en el algazara.

Parecióles la grita gran soltura  
Y no buena señal hacelles cocos,  
Y así tuvieron todos por cordura  
No reposar allí siendo tan pocos,  
Y en aquella sazón y coyuntura  
Su consideracion no fué de locos:  
Vuelta de Timaná se fueron luego  
Con harta mas congoja que sosiego.

Desta manera fueron caminando  
Hasta verse metidos en el ala  
Y amparo cierto del señor luando,  
Que como buen amigo los regala;  
Del cual indio tuvieron en llegando  
Mas certidumbre desta nueva mala:  
Era cacique noble, de buen pecho,  
Y que mostró gran pena por lo hecho.

Tuvieron algun tanto de reposo  
Por llevar los caballos fatigados,  
Mas luego con el paso presuroso  
Por el luando fueron aviados:  
A Timaná hallaron sospechoso,  
Y fuélo mas después de ser llegados,  
Mas su declaracion no tan patente  
Que la supiesen dar precisamente.

Y es porque de las cosas que dudamos,  
Cuyas noticias no llegan enteras,  
Aquellas que tememos y odiamos  
Siempre se hacen menos crederas:  
Razones aparentes les buscamos,  
Y así las daban muchos tan de veras  
Que parecia concluyente prueba,  
Mas yo reniego de la mala nueva.

Juan del Río tenia las opestras  
Opiniones, y por no ser tardio  
Al cargo que tomó sobre sus cuestras  
Y en ir á ver á Baltasar del Río,  
Su hermano, hizo luego gentes prestas;  
Pero hasta salir con mas avio  
Fueron delante cinco buenos hombres  
De caballo, de quien diré sus nombres.

Y son, si la memoria me socorre,  
Los que llevaron esta delantera  
Juan Vazquez y Francisco de la Torre,  
Y Pedro de Guzmán, que no debiera;  
Un Juan de Cospedes con ellos corre,  
Y juntamente Diego de Mosquera:  
Destos, dejándolos ir su camino,  
Después diremos lo que les avino.

Juan del Río salió con veinte y siete  
Otro día después de su partida;  
Cada cual dellos era buen jinete  
Y en este menester gente rompida.  
La cual por otra vía se entremete  
Que parecia menos impedida,  
Y fué por Aniabongo, cuya tierra  
Metió manos y codos en la guerra.

Llegaron cuando ya se les estrecha  
El resplandor clarifico de Apolo:  
Vieron insignias de la maldad hecha,  
Y de los indios presumieron dolos,  
Porque para tener esta sospecha  
El pueblo principal hallaron solo:  
Demás desto tomaron una vieja  
Que dijo todos ser en la conseja.

Viendo de guerra toda la frontera  
Y teniendo del caso certidumbre,  
Sin dilacion quisieran salir fuera  
Si les diera lugar febea lumbre;  
Mas con obscuridad no se pudiera  
Caminar sin notoria pesadumbre,  
Pero con todo esto los mas votos  
Eran de verse diez leguas remotos.

Hablóles desta suerte Juan del Rio :  
 « Señores, esperemos la mañana,  
 Quel deseo de todos es el mio ;  
 Mas dejar esta poca tierra lana  
 Téngolo por notorio desvario,  
 Y muy mayor salir con obscurana,  
 Donde por ser tan áspera la sierra  
 Podeis morir sin ver quién os da guerra.

» Conviéneos velar y estar á pique  
 Y que tomemos por alojamiento  
 La casa y el cercado del cacique,  
 Porque mejor lugar yo no lo siento,  
 Pues si de los contrarios hay quien pique,  
 Es uno mas allí que dellos ciento :  
 Rondarán á caballo por de fuera  
 Desde el llano compás á la ladera.

» Si pasase la noche sin estruendo  
 Y sin acometer bando contrario,  
 Salirnos hemos en amaneciendo  
 Con orden y recato necesario. »  
 Entraron pues adonde voy diciendo ;  
 Mas tres tuvieron pensamiento vario,  
 Alejándose fuera del cercado  
 Con sus caballos y el demás recado.

Dos para cada cuarto son las velas,  
 Ellos y los caballos bien armados,  
 Con otras prevenciones y cauteladas  
 Que tienen en la guerra los cursados :  
 Duermen todos calzadas las espuelas,  
 Las sillas y los frenos alistados,  
 Para cualquier rumor hallallo junto  
 Y ensillar y salir en ese punto.

El cuarto de la prima fué rendido  
 De la modorra semejantemente,  
 Sin sentirse bullicio ni ruido  
 De viva criatura ni aparente,  
 Aunque cuasi pegado con el nido  
 Crecidísimo número de gente ;  
 Y era cuando velaban la mañana  
 Diego Quintero y Luís de Lizana.

Y al tiempo quel lucero matutino  
 Su resplandor venia descubriendo,  
 Salió la tempestad y torbellino  
 Con estampida de clamor horrendo :  
 Los tres hombres mataron de camino,  
 Estando sus caballos componiendo ;  
 Mas no les dió lugar el avenida  
 En multitud y en impetu crecida.

Los indios procuraron el entrada,  
 Mas con sumo valor fué defendida,  
 Y de la gente bárbara granada  
 No poca cantidad quedó tendida,  
 Unos caidos en el albarrada  
 Y otros dispuestos á perder la vida ;  
 Y como viesen el sangriento juego  
 Determinaron de ponelles fuego.

Venian ciertos indios con candela,  
 Por ser aquellos los arduos ciertos  
 Y aun el riesgo mayor que se recela  
 Por los que peleaban encubiertos ;  
 Mas con su sangre por los dos de vela  
 Ellos y los tizones fueron muertos,  
 Y á no salir tan bien lo que se hizo,  
 Perecieran por ser todo pajizo.

Ocupó Juan del Rio los arzones  
 De un salto por salir á la rencilla,  
 Y un negro suyo con las turbaciones  
 (¡Oh caso singular y maravilla!)  
 El caballo cinchó por los riñones,  
 La cincha por debajo de la silla ;  
 Así que para la batalla dura  
 Las piernas solas eran ligadura.

Ocon tiene por nombre su caballo,  
 Del cual dicen algunos tantos bienes  
 Que con razon podremos igualallo  
 Al de Adriano dicho Boristenes :  
 Agora no podia sosegallo  
 Oyendo los carcajes y almacenes ;  
 Rompió con él por la mayor pujanza,  
 Haciendo maravillas con la lanza.

Mas si su dueño con auxilio santo  
 Traspasa pechos y ensangrienta frentes,  
 El buen rocín Ocon con otro tanto  
 Baña las herraduras y los dientes,  
 No sin admiración ni sin espanto  
 Del español y bárbaros presentes,  
 Pues sin espolear ni meter hierro  
 Los va remordiscando como perro.

A los mas señalados arremete ;  
 Con bocados y coces los lastima ;  
 Admira la ventura del jinete,  
 Andar sin cinchas y durar encima ;  
 Vuelve y revuelve, gira y acomete,  
 Y con sus voces los demas anima,  
 Porque ya todos van por sus pisadas  
 Y andaban bien espesas las lanzadas.

La parte de los nuestros se mejora,  
 Cosa que pareció ser imposible :  
 Victoriosos van, y en esta hora,  
 Para ser la victoria mas visible,  
 Asomó por sus puertas el aurora  
 Con rostro rubicundo y apacible ;  
 E ya del todo las tinieblas sueltas,  
 Vieron los indios las espaldas vueltas.

Prosiguen el sangriento desafío,  
 Que la vertida sangre no les basta ;  
 Antes cobrando todos nuevo brío  
 Mucha mas vierten desta dura casta,  
 Adonde la pasión del Juan del Rio  
 La hizo bien crecida con el asta,  
 Dejando por allí la tierra roja  
 A causa de la fraternal congoja.

Con estos gloriosos vencimientos,  
 Dignos así de ser intitulados,  
 Pues eran indios mas de diez quinientos,  
 Hombres furiosos y desesperados,  
 Volvieron á los dichos aposentos  
 A curar los caballos fatigados,  
 Para luego volver á su reposo  
 Por estar el terreno peligroso.

Cada cual su caballo regalaba  
 Con grano que hallaron en la villa,  
 Y cuando Juan del Rio se apeaba  
 En el suelo cayó con él la silla ;  
 La cincha vieron, y según estaba,  
 Túvose por divina maravilla,  
 E yo que tracto con quien pudo vella  
 En esta posesion quiero tenella.

Y no son estas de las vanidades  
 Que en los poemas van entrejeridas  
 Porque demás de ser mis propiedades  
 Huir admiraciones fementidas,  
 Hay tanto que decir en las verdades  
 Que no hallan lugar cosas fingidas ;  
 Y así, nunca jamás fatigüé pluma  
 En cosa que ser cierta no presuma.

Voy al nivel de la verdad atado,  
 Y della discrepar punto no oso,  
 Por parecerme tiempo mal gastado  
 Mezclar lo cierto con lo fabuloso,  
 Pues á causa de ir entreverado,  
 Lo verdadero queda sospechoso ;  
 Muchos lo hacen, pero tal idea  
 Menos tiene de bella que de fea.

Conozco que soy torpe coronista,  
 Pero de tantas cosas peregrinas  
 De muchas soy testigo yo de vista,  
 En guerras extranjeras é intestinas ;  
 Y las que pongo por ajena lista,  
 Yo sé que son personas fidedinas  
 Aquellas que me dictan lo que escribo,  
 Y algunas dellas viven donde vivo.

Para que vean lo que yo escribiendo  
 Les damos el cuaderno descubierto,  
 Y lo primero que les encomiendo  
 Es advertirme siempre de lo cierto,  
 Porque pongamos antes el remiendo  
 Quel ocular testigo caiga muerto ;  
 Y acontezca sobre un mismo subjecto  
 Tener diez relaciones de respecto.

Ansi quel curioso que procura  
Historias verdaderas, esta lea,  
Porque le sé decir que mi lectura  
No dirá cosa que verdad no sea:  
Matices faltarán en la pintura  
Y los colores de la docta dea;  
Mas la sinceridad que represento  
Le servirá de lustre y ornamento.

Volvamos á los válidos guerreros,  
Por quien con gran recato se camina  
A Timaná, donde con piés lieros  
Llegaron á la hora vespertina:  
Allí hallaron al Lúis Mideros,  
Al Francisco Cornejo y al Medina,  
Que son los tres que del recuento agro  
Del Añasco salieron por milagro.

Y en el aspecto dellos bien se via  
El continuo trabajo y el tormento,  
Pues habia pasado quinto dia  
Sin dar á los estómagos sustento,  
Caminando de noche, porque el dia  
En el monte cumplió hacer asiento,  
Los piés descalzos, desnudos los brazos,  
Y los vestidos hechos mil pedazos.

También llegaron en aquel instante,  
O poco antes del Lúis Mideros,  
De los cinco que fueron adelante  
Del Juan del Rio, cuatro caballeros,  
Con paso presuroso de portante,  
Desnudos, en la mano los aceros,  
Porque al uno mató la gente fiera,  
Y el caso medió desta manera:

Con prisa que se dieron aquel dia  
Llegaron á las casas del Inando,  
El cual los recibió como solia,  
Personas y caballos regalando;  
También les dijo cómo convenia  
No proceder en lo que van buscando,  
Porque tenia por avisos ciertos  
El Añasco y los suyos estar muertos.

No dejó de temer el mas robusto,  
Y sobre dar la vuelta se porfia;  
Al Pedro de Guzmán no le dió gusto  
Usar de semejante cobardia,  
Demás desto decia no ser justo  
Volverse por lo que un indio decia:  
Los otros, de no menos presunciones,  
Condescendieron con sus opiniones.

Pero no me parece de prudentes,  
Cuando necesidad no los convida,  
Con fanfarronerías de valientes  
Ir á notorios riesgos de la vida:  
Eran las tristes nuevas evidentes,  
Y el indio no habló cosa fingida,  
Antes pura verdad, y no embargante  
Su buen consejo, fueron adelante.

No fué su caminar á pasos lentos,  
Antes apresurando la corrida  
Llegaron á los mismos aposentos  
De do los tres hicieron su huida:  
Mas con especular y estar atentos,  
No descubrieron ánima nacida  
De quien pudiesen colegir respuesta  
O de paz ó de guerra manifiesta.

Perplejo cada cual porque no via  
Saílles á hablar mozo ni cano,  
Bien quisieran (á dar lugar el dia)  
No tener el azar tan á la mano;  
Mas ya la luz de Febo se metia  
En las profundas ondas de Oceano;  
Venian fatigados demás desto,  
Y ansi fué de velar el presupuesto.

Por cuartos fué la noche repartida,  
Y siempre los caballos ensillados,  
Sin tener cosa mal apercibida  
De las que suelen pródigos soldados,  
Y mas en ocasion tan conocida  
De tantos enemigos rodeados:  
Veló la prima Diego de Mosquera,  
Guzmán á la modorra salió fuera.

A velar el del alba fué llamado  
Juan Vazquez, que es el cuarto que les resta:  
Apeóse Guzmán, porque su hado  
Tenia ya sobrela mano presta;  
Junto de su caballo maneado  
Sobre los cuerpos de armas se recuesta,  
No por gozar del ocio sofollento,  
Sino por descargar á su jumento.

Pues aunque fuera ronda centinela  
Que vueltas da por los cercanos senos,  
A todos ellos fué comun la vela,  
De gustos soporíferos ajenos,  
Fijada la hebilla del espuela,  
Los caballos con sillas y con frenos,  
Porque sintiendo mano que lastima  
Puedan con brevedad subir encima.

La roja aurora sus purpúreas puertas  
Abria ya sobre dorado quicio,  
A los mortales dando nuevas ciertas  
De la venida del ardor propicio,  
Cuando de las escuadras encubiertas  
Oyó Juan Vazquez tácito bullicio:  
Batió las piernas á manifestallo,  
Y al punto suben todos á caballo.

El Pedro de Guzmán subió de un salto,  
Como quien con soltura se menea,  
No se acordando con el sobresalto  
De quitar al caballo la maneá:  
Metióle hierro, mas hallólo falto  
De aquella lijereza que desea;  
Quiso bajar, y vióse rodeado  
De bárbaros por uno y otro lado.

Porque reconociendo ser sentida  
Aquella turbamulta de bestiales,  
No llama de los vientos impelida  
Vuela tanto por secos pajonales,  
Cuanto fué la feroz arremetida  
De mas de cuatro mil lobos cervales,  
Cuyas bocinas y alaridos crecen,  
De suerte que los campos ensordecen.

Como no pudo con los embarazos  
Seguir Guzmán sus cuatro compañeros,  
Descargó la violencia de los brazos  
Con golpes tan pesados y tan fieros,  
Que al caballo y á él hacen pedazos  
Aquellos infernales carniceros,  
Mas hambrientos, voraces y protervos,  
Que sobre muertos multitud de cuervos.

Mirad la presuncion del ser humano  
En qué viene á parar cuando mas osa,  
Y cómo muchas veces de su mano  
Se buscan hombres muerte trabajosa,  
Cómo también Juan de Guzmán, su hermano  
Aquel que combatió con Espinosa,  
Fuertes, honrados, nobles caballeros,  
Y ambos tuvieron malos paraderos.

Los cuatro que salieron adelante,  
No viéndolo, pararon breves puntos,  
Por la desgracia ser en un instante  
Y el trueno con el rayo llegar juntos;  
Mas en oyendo la tumultuante  
Turba, contáronlo con los difuntos,  
Reconociendo que tenian caza,  
Pues tantos reparaban en la plaza.

Allí se señalaba la Gaitana,  
Que ya tras ellos ya con gran bullicio:  
Pero como tenian tierra llana  
Cumplian con el militar oficio,  
Y por usar de condicion humana  
Llevaban por delante su servicio,  
Porque todos corrian detrimento  
Y fueran de los indios alimento.

Acometiendo pues y alanceando  
A los que se mostraban con exceso,  
Se fueron retrayendo y alejando  
Deste bestial y duro sobrehuoso:  
Llegaron al cercado del Inando,  
Quel pésame les dió del mal suceso.  
Manifestándoles estar corrido  
Por avisallos y no ser creído.

Ellos le dieron su descargo cierto,  
Y bien pudieran dallo sin malicia,  
Porque se descargaron con el muerto  
Que de llegar allí tuvo codicia;  
El buen indio no con intento tuerto  
Los sirve, los regala y acaricia,  
Y dellos cada cual allí mitiga  
El cansancio, la hambre y la fatiga.

Y fuera cierto general ruina,  
Si en este tiempo de furor insano  
No proveyera la bondad divina  
De la fidelidad deste pagano,  
Sin dar vaivén su condición benigna,  
Ni contraer jamás la pia mano,  
Aunque pudo tener vez oportuna  
Para seguir mudanzas de fortuna.

Después que con las obras les consuela  
Y palabras de vivo cumplimiento,  
Fueron á Timaná, que se revela  
De mas encanecido rompimiento;  
Y así tenían vigilante vela  
Noches y días sin faltar momento,  
Por ser notoria ya la desvergüenza  
Y el daño mucho con que se comienza.

Había ido Florencio Serrano,  
Primero quel Añasco perciese,  
Con dineros al pueblo Popayano  
Para que de ganados proveyese  
Este terreno que tenian llano,  
Sin que contrariedad se presumiese:  
Seis mil pesos llevó para gastallos  
En puercos, pacos, yeguas y caballos.

Que va por ser ganancias importantes,  
En pueblos ricos y recién fundados  
Desde Pirú bajaban contractantes  
Con estas diferencias de ganados,  
Y de negociaciones semejantes  
Todos volvian bien aprovechados;  
Hizo pues el Florencio buen empleo  
De las cosas que tienen en deseo.

El cual, desde compró lo que quería  
Para los militares menesteres,  
Volver á Timaná (por otra vía  
De la que trajo) son sus pareceres,  
Por ser mas llana; y en su compañía  
También venian ciertos mercaderes,  
Con intención de dar con su manada  
En este nuevo reino de Granada.

Porque como supiesen haber puerta,  
Aunque con muchas leguas de distancia,  
En tierra nuevamente descubierta  
Necesitada de tal substancia,  
Siendo primeros, era cosa cierta  
Sacar del reino próspera ganancia,  
Y ciertamente caudalosa fuera  
Si como se pensó les sucediera.

Mas entonces no fueron opiniones  
Ciertas al armentario contractante,  
Porque tenia varios trompezones  
Peligrosos opuestos por delante;  
Pero los codiciosos corazones  
Cosa no tienen por exorbitante,  
Y las dificultades mas insanas  
Se les antojan fáciles y llanas.

Van pues á Timaná veinte personas  
Guñadas todas por diverso hado,  
Unas para quedar, las otras pronas  
Al viaje que tengo recitado:  
Llevaban muchos indios yanacunas  
Por guardas y pastores del ganado;  
Al fin hicieron una noche cama  
En la quebrada que llaman Pirama.

Los caballos descargan y las yeguas  
Para dormir al pié de aquel rucuesto,  
Sería la distancia de dos leguas  
De donde fué el Añasco descompuesto;  
Mas el quebrantamiento de las treguas  
A ellos no les era manifiesto,  
Porque pensaban estos caminantes  
Estar de paz la tierra como antes.

Y así los indios del compás frontero  
Les salieron de paz, aunque fingida,  
El uno (cosa nueva) con sombrero,  
Presea del Añasco conocida,  
El capitán Serrano, que primero  
Tuvo la vista mas apercebida,  
Dijo: «No tengo yo por señal buena  
Cubriros con sombrero la melena.»

Por el mismo Serrano preguntado  
Quién le hizo merced de la montera,  
El indio respondió disimulado  
Que'l capitán Añasco se la diera,  
«Antes te diera su rucio rodado,  
Replica, y esto yo te lo creyera,  
Porque su vista, de salud ajena,  
Con este recibía menos pena.»

Los indios se partieron en efeto:  
Mas el Serrano, como bien curtido,  
Dijo: «Señores míos, el discreto  
Procure de velar apercebido,  
Porque segun lo visto yo os prometo  
Que se nos apareja mal ruido,  
Y si ya por ventura no me engaño,  
En la tierra tenemos mucho daño.»

Respondió Pedro Lopez del Infierno  
(Que tal nombre le dan por apellido,  
Porque traspuesto por su mal gobierno  
Allá dijo que habia descendido):  
«Un paco de los míos, el mas tierno,  
Asegurar podrá nuestro partido:  
Veleu esas ovejas por su dueño,  
Que no me quitará temor el sueño.»

El Florencio Serrano le responde:  
«Andaos á decir gracias de continuo,  
Que si la luz del sol se nos absconde,  
Podria ser con vuestro desatino  
Que muy presto bajasesed adonde  
Sabeis, pues anduvistes el canino,  
Y quel burlar en vida desa suerte  
Os saliese de veras en la muerte.»

El dicho Pedro Lopez todavía  
Su caballo mandó poner á gesto,  
Y un sobrino de Ampudia, que regía,  
A los demás mandó que hagan esto;  
Mas no tan juntos como convenia,  
Pues se acomodan en diverso puesto,  
Y no porque el lugar era muy ancho,  
Mas cada cual miraba por su rancho.

Porque quien menos tiene pone tienda  
De varia mercancía proveída,  
Que se llevaba para su vivienda,  
Y no querian vella divertida;  
Pero ¿de qué me sirve la hacienda  
Si por la reguardar pierdo la vida?  
Por cuerdo tengo quien largó la capa,  
Si con dejalla de la muerte escapa.

En este tiempo ya se recogía  
A los antipodas febea lumbre,  
Llevándose tras sí la luz del día  
Segun y como tiene de costumbre,  
Dejandonos acá la noche fria,  
Sombra de la terrestre pesadumbre,  
Terrible, pero no de tal manera  
Que no sea peor lo que se espera.

El Florencio Serrano, que no duda  
Habrérsele de dar el alborada,  
Estuvo con el espada desnuda  
Y la rodela presta y abrazada:  
Unas veces se sienta, otras se muda,  
En la cabeza siempre la celada,  
Teniendo la quietud por enemiga,  
Y el miedo tolerando la fatiga.

El violento curso presuroso  
Causado por el móvile primero,  
Había vuelto ya del mar undoso  
La luz resplandeciente del lucero:  
El tiempo se llegaba fortunoso,  
Y los rigores del asalto fiero,  
Hora que toman barbaras espías  
Para venir á dar los malos días

Habló Serrano con los compañeros  
Que por allí dormían mas cercanos,  
«¡Alerta, alerta! buenos caballeros,  
Que la hora tenemos entre manos:  
Apretemos en ella los aceros,  
Prestos los golpes y los piés livianos.»  
Y aun no bien concluyó con sus razones,  
Cuando salen bramando los yalcones.

Por todas partes son acometidos:  
Rodéandolos va red barrendera;  
Las voces atormentan los oídos  
Y grita de la gente carneíra;  
Los pocos peleaban divididos,  
Y no tienen recurso de bandera;  
Fáltales orden y el valor les sobra,  
Con el cual entran en la mortal obra.

El compás de la tierra mas cercana  
Con sangre de los bárbaros se riega,  
Y allí llegó la mano castellana  
A lo que natural fuerza no llega,  
Sustentándose hasta la mañana,  
Con ser sobre tres mil en la refriega,  
Todos determinados y valientes  
Y con tantas victorias insolentes.

Herve la confusión, y en ella caen  
Bárbaros, destroncadas las cervices,  
Y no pocos heridos se retraen,  
Unos sin dientes, otros sin narices;  
Prevalecen al fin esos que traen  
Fundamento crecido de raíces,  
Y así con cargas de furor horrendo  
Se van los españoles consumiendo.

El de mayor vigor se siente laso,  
Y fuéranlo también los doce Pares;  
El número de vivos es escaso,  
Inmensas las angustias y pesares;  
Los caballos no pueden ya dar paso,  
Rotos y traspasados sus ijares,  
Caen rendidos á la fatal suerte,  
Y con ellos los amos á la muerte.

Porque las mazas de mortales pesos,  
O las macanas con que los herían,  
Rociaban la tierra con los sesos  
De los desventurados que caían;  
Mas á vida ningunos fueron presos,  
Antes de tal manera combatían,  
Que ninguno cesaba del combate  
Hasta llegar al último remate.

Y así las resistencias y porfia  
Duraron con aquel valor esquivo  
Hasta que fueron ya las diez del día:  
De todos ellos uno solo vivo,  
Que milagrosamente se valía,  
Y aun hoy me da razon de lo que escribo,  
Y es Florencio Serrano, de quien siento  
Que cuenta la verdad en lo que cuento.

A todos consta bien ser su costumbre  
Sin interposicion de vil artista,  
Y él y Orozo, que me dan la lumbré,  
De la dificultad desta conquista  
No hablan cosa con incertidumbre,  
Antes lo que deponen es de vista,  
Y un Arias Maldonado, cuya fama  
Otra mas diligente pluma llama.

Con los tres tracto, hablo, comunico,  
Y con su relacion me favorecen,  
Aunque de lo que dicen y publico  
Con humildad sus hechos obscurecen:  
Quisiera yo tener talento rico  
Para les dar aquello que merecen,  
Pero como la parca se detenga  
A tiempo lo diremos que convenga.

Volvámonos al Florencio Serrano,  
Que solo, como válido y esperto,  
Allí pelea con sangrienta mano,  
En el cansancio de sudor cubierto;  
Pero su buen caballo rabeano  
Ya desangrado se le cayó muerto;  
La lanza deja, bien ensangrentada,  
Y aprovechóse luego del espada.

Estando desta suerte combatiendo,  
Demandando favor al alto cielo,  
Un caballo llegó con gran estruendo,  
Cuyo señor quedaba por el suelo:  
Asióle de las riendas, y subiendo  
Con tan buen salto que pareció vuelo,  
Batió las piernas para la huida,  
Y á poco trecho le faltó la vida.

Salió de encima luego, visto esto,  
Antes que llegue la caribe saña,  
A fin de se subir por el recuesto  
Que muy espesa tiene la montaña;  
Siguen los indios el alcance presto,  
Tanto que no le vale buena maña;  
El lamentaba ya su fin amargo,  
Y ellos riendo pásaue de largo.

Viendo buena sazon y coyuntura  
Y que el bravo furor le daba lado,  
La gran fragosidad y la espesura  
Del monte tuvo por lugar sagrado:  
Entró por ella como lo procura  
El ciervo de los perros acosado,  
Do le pasaron otras muchas cosas  
Que ciertamente fueron milagrosas.

¡Oh! cuántas veces rodeó la frente  
Con anteojos confusos y perplejos,  
Y pudo mitigar la sed ardiente  
Con los liciores que le son ajeos!  
Mas pasa por la frigida corriente  
Con el deseo de se ver mas lejos,  
Hasta que la tiniebla sobrevino,  
Y aun procuró de caminar á tino.

Yendo por los parajes que sabia  
Ser para su derrota bien guiados,  
Después que ya llegó la luz del día,  
Dejando los caminos desusados,  
Topó con española compañía  
Que traían ansimismo ganados,  
Y dándole razon de la revuelta,  
Con él á Popayán dieron la vuelta.

Por el semblante pálido que lleva  
Se pudo conocer el detrimento:  
Ningun vecino hay que no se mueva  
A compasion, dolor y descontento;  
Pero sabida del la mala nueva,  
Se hizo mas acerbo sentimiento,  
Por ser los muertos hombres principales,  
Y lo que se perdió gruesos caudales.

Unos lloran la muerte del pariente,  
Otros la del amigo y del vecino,  
Y el Juan de Ampudia, que es allí teniente  
También lamenta la de su sobrino;  
El cual en breve tiempo llegó gente  
Y á la provincia de Pirama vino  
Con cincuenta peones afamados  
Y veinte de caballo bien armados.

Cuando Febo por natural carrera  
Tenía de los sinos el primero,  
Y con la propia vuelta de su esfera  
Visitaba los cuernos del carnero,  
Año de treinta y nueve de la era  
Con mas los quince cientos que refiero,  
El Ampudia llegó con los que cuento  
Al impio lugar del rompimiento.

El bárbaro que, pronto y avisado,  
Vivia, por estar mas á provecho,  
En las laderas de un cerro pelado,  
Por donde su camino va derecho  
En angosto lugar y acomodado,  
A mano tienen un gran bosque hecho,  
Dentro del cual oculta y emboscada  
Copia de gente bien aderezada.

Allí Serrano va, pero repara,  
Considerando ser nueva cultura:  
Algunos indios fuera hacen cara,  
Amenazando con desenvoltura;  
Tras ellos van, y huyen como jara  
Para metellos en la angostura;  
Mas antes de llegar al arboleada,  
El que mas cuerdo es atrás se queda.

Uno que procedió menos cobarde,  
Sin tener atención á lo que empieza,  
Esperimenta del oculto alarde  
Lo que suele hacer la dura pieza;  
Revuelve luego sin que mas aguarde,  
Manando roja sangre la cabeza,  
El cual fué tan veloz en la huida  
Que la velocidad le dió la vida.

Viéndole revolver de malos modos  
Aquellos que quedaban detenidos,  
Desordenados revolieron todos  
Los unos de los otros impelidos,  
Dándose con las manos y los codos;  
Unos tropiezan y otros hay caidos,  
Y así los indios de los mas cercanos  
Un español ovieron á las manos.

Acude Juan de Ampudia por librallos  
Con toda la posible hiejeza,  
Aunque para correr con los caballos  
Les da poco lugar el aspereza;  
Los bárbaros por bien han de dejallos  
Por ir á mas segura fortaleza,  
O por se contentar con aquel muerto  
Que les tomaron en el desconcierto.

Y con ser breve cilla la tardanza  
En aqueste latibulo primero,  
A uno de caballo se abalanza  
Un esforzado bárbaro ligero,  
Y de las manos le quitó la lanza,  
No sin gran confusion del caballero,  
Por ser aquellos pasos de tal arte  
Que para la cobrar nunca fué parte.

Ellos al fin pasaron la quebrada  
Y asentaron real en tierra llana  
Con buenas velas, y á la madrugada  
Los veinte de la gente mas lozana  
Se fueron á poner en emboscada,  
Donde tomaron, clara la mañana,  
Seis gandules que van por el sendero  
Y entrellos aquel indio del sombrero.

Al campo los llevaron maniatados,  
Adonde procedieron por justicia,  
Y fueron en efecto castigados  
Por sus atrevimientos y malicia,  
Siendo de muchas cosas preguntados,  
Entre las cuales les dieron noticia  
Estar muchos caciques en su junta  
Una legua de allí tras cierta punta.

Hizoles el temor que se prevengan  
Para contravenir con antuviada,  
Y por no les cumplir que se detengan  
En dar la traza mas proporcionada,  
Determinaron ir antes que vengan  
A dar adonde están el alborada,  
Pues tendria la bárbara pujanza  
Algun descuido por su confianza.

El campo se quedó do se tenia,  
Con Juan de Ampudia, principal regente;  
Fué con cuarenta Francisco García  
De Tovar, en las armas escelente,  
Y demás de su grande valentia  
Circunspecto varon, sagaz, prudente;  
Y el sol entrado ya por el ocaso  
Vieron los fuegos en un campo raso.

Adonde concurrió la muchedumbre  
De aquellas serranias y fronteras,  
Usando como tienen de costumbre  
La destemplanza de sus borracheras,  
Siempre que dan guerrera pesadumbre  
A gentes naturales ó estrangeras:  
Con la tiniebla pues á la malina  
La gente castellana se avecina.

Van algo separados de sus huellos  
Delante dellos dos sueltos peones,  
Oidos prontos, tácticos resuellos,  
Con gran tiento mudando los talones,  
Hasta poner la vista ya sobrellos,  
Tanto, que percibian sus canceiones  
Donde bebiendo cuentan sus proezas  
Y de los españoles las flaquezas.

Bien explorados del cercano viso,  
Bajos los cuerpos como convenia,  
Atrás volvieron para dar aviso  
Al Tovar y á la gente que venia;  
Mas en aquel instante dar no quiso  
En ellos, antes algo se desvia,  
Hasta que el soporifero beleño  
Del vino les agrave mas el sueño.

Jinetes y peones fueron velas,  
Lanzas prestas, desuadas las espadas,  
Vestidos escolpies, las rodelas  
Embrazadas y puestas las celadas,  
Hasta tanto que vieron las candelas  
Faltas de resplandor y amortiguadas:  
Indicios manifiestos que señalan  
Cómo profundos sueños los regalan.

Luego para llegar los espolea  
Acomodado tiempo y oportuno,  
No con tal movimiento que se crea  
Hollar aquel lugar varon alguno,  
Pero tan sin rumor cual se menea  
Con calma muerta golfo de Neptuno,  
Hasta que vieron bultos de fieles  
Bárbaros que velaban por cuarteles.

Tocan al arma para lo que resta,  
Que es venir á las manos sin tardanza:  
Mas su preparacion no fué tan presta  
Cuanto la punta de cristiana lanza,  
Que con sangrientas obras manifiesta  
El deseo que trae de venganza,  
Diciendo ¡Santiago! Santiago!  
Dando principios al cruel estrago.

Los bárbaros del sueño se enajenaron,  
Y á los que quieren impedir el daño  
Los que huyendo van los desordenan  
Y caen en las redes del engaño:  
Crece la confusion, los gritos suenan,  
Revueltos como suelen en rebaño  
Las ovejas de lobos salteadas,  
Que ya van juntas, ya descarriadas.

¿Quién os podrá decir lo que hacia  
Cuando con dura lanza los aqueja  
El valeroso Francisco García  
De Tovar, que la tierra dura deja  
Blanda, pues de la sangre que vertia  
Corre la superficie conveja,  
Sin dar lugar á paz ni yalcones  
A que puedan formar sus escuadrones?

Y todos los demás andan gallardos  
Ansi jinetes como los infantes,  
Con manos prestas y los piés no tardos  
Al dar de las heridas penetrantes:  
Ya buellan por paveses y por dardos,  
Por cabezas y miembros palpitantes,  
Acudiendo con suma diligencia  
Adonde ven alguna resistencia.

Al encuentro con gente que acadilla  
Un cacique salió llamado Meco,  
Y el valiente Tovar en la rencilla  
El hierro que metió no sacó seco,  
Pues la lanza rompió por la tetilla,  
Y de allí no paró hasta lo hueco:  
Cayó con el dolor de la herida,  
Y en el profundo dió mayor caída.

En otros muchos maculó la lanza,  
Por cuya causa los de aqueste bando,  
Pareciéndoles mal mucha tardanza,  
A gran prisa se fueron deslizando:  
Aquesto mismo hizo Pigoanza  
Por inculto camino rodeando,  
Mas entonces la gente que lo pisa  
Fué tanta que á tres leguas se divisa.

Cuando de la region de los argivos  
El sol trajo su luz á nuestros puertos,  
El campo quedó libre de los vivos  
Y lleno y ocupado de los muertos:  
No siguen á los indios fugitivos  
Mas de por los lugares descubiertos,  
Donde muchos andaban embebidos  
En despojar el oro de caidos.

Como muchos huían con herida  
O ya por el ijar, ya por el pecho caida  
Y antes que diesen la mortal caida  
Podían caminar algún buen trecho,  
Un español salió de la medida  
Al lugar do pensó hallar provecho.  
Y en vez de la ganancia que procura  
El misero halló la sepultura.

Porque cuando las manos embaraza  
En quitar á defunto cierta pieza,  
Un abscondido vivo hizo chaza,  
Pues los nervosos brazos endereza  
Y descargando la terrible maza  
Le hizo dos pedazos la cabeza:  
Fué con aquel azar turbia y aguada  
La victoria de todos estimada.

Avisaron al campo peregrino  
Del buen suceso, sin inconveniente  
Otro quel dicho, por el desatino  
Y cudicia notable del paciente;  
El capitán Ampudia luego vino  
Con mas caballos y la demás gente,  
Que con las condiciones de la guerra  
Corrieron por allí toda la tierra.

Entró hasta los paez la contienda,  
Nacion guerrera y en extremo brava,  
Adonde no hicieron la hacienda  
Tan á su gusto como se pensaba.  
Por hallar quien la tierra les defienda,  
Proveida de tiros el aljaba,  
Y tal bravosidad y pertinacia  
Que no fué de los nuestros sin desgracia.

Porque en batalla dura tan reñida  
Cuanto deseo de vencer ordena,  
Al Juan de Ampudia dan una herida  
Que del cuello rompió la blanda vena,  
Y á pocas horas exhaló la vida:  
De que se recibió crecida pena,  
Por ser un valeroso caballero  
Y en armas y consejo marte fiero.

No sin recelo de mayor ruína,  
Como ya por momentos los asechen  
Escuadrones de gente convecina  
En pasos puestos que les aprovechen,  
Francisco de Tovar se determina  
Salir de Paez antes que los echen,  
Y así desampararon sus terrenos.  
Y á Popayán llegaron todos buenos.

Dejemos estas gentes descontentas  
Haciendo por Ampudia sentimiento,  
Y á guerras mas crüeles y sangrientas  
Vuelva mi peregrino pensamiento;  
Pues los que en Timaná tienen sus rentas  
Piden la reflexion de mi talento,  
Para que con prolijo canto diga  
La gran prolijidad de su fatiga.

### CANTO SEPTIMO.

*Quando se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron.*

Ningun animal hay de su cosecha  
Tan crüel, tan protervo ni tan fiero,  
Cuanto flaca mujer, si se pertrecha  
(Para vengarse) de furor severo;  
Y aun con matar no queda satisfecha,  
Siendo de las venganzas lo postrero,  
Pues muchas dellas con los cuerpos muertos  
Usaron detestables desconciertos.

Estas costumbres son de largos años  
Entre mujeres varias insolentes,  
No solamente para con estraños  
En nacion y linaje diferentes,  
Pero también se estienden estos daños  
A los padres, hermanos y parientes,  
Porque su crüeldad y su demencia  
Caminan sin que hagan diferencia.

Desta bestialidad testigo sea,  
Sin que de mas hagamos escrutinio,  
El torpísimo hecho de Medea,  
O de Tulia la hija de Tarquinio,  
O Scila que por apetencia fea  
Quiso quitar al padre su dominio,  
Con otras cuyo pecho furibundo  
Causó notables daños en el mundo.

Y si por causa débil y liviana  
Aun suelen concebir odios mortales,  
¿Qué podremos decir de la Gaitana  
Revestida de furias infernales?  
Contra la poca gente castellana  
Convoca multitud de naturales,  
Y para que mayor venganza vea  
A todos los aguija y espolea.

Nunca jamás siguieron al de Tracia  
Tantos absortos en sus dulces sonos,  
Cuanto á ella, vista su desgracia,  
Querellas, lloros y lamentaciones:  
No faltaban razones y eficacia  
Que mueven los humanos corazones;  
Y así tanto valió con estas gentes  
Que de su voluntad están pendientes.

Teniendo pues la voluntad ganada  
Hasta del mas lejano señorío,  
Habló con Pigoanza la malvada  
Y en la resolucion lo halló frío,  
Poniendo por escusa la pasada  
Donde Meco murió, que era su tío;  
Pero la mala vieja macilenta  
Con aquestas razones lo calienta:

«Caro señor, el amistad estrecha  
Y nuestro parentesco me provoca  
A decir lo que á todos aprovecha  
Y para bien comun abrir la boca;  
Pues en particular yo satisfecha  
Estoy de la venganza que me toca,  
Por tu bondad y por tus beneficios.  
Sin que lo mereciesen mis servicios.

»Pero de aquellos polvos tales todos  
Han resultado de una y otra banda,  
Que ya no va por mi sino por todos  
El llevar adelante la demanda;  
A todos cumple menear los codos  
Y á ninguno mostrar la mano blanda,  
Siendo de condicion el enemigo  
Que nunca se descuida del castigo.

»Las afrentas y muertes de varones  
Como se vean con mayor pujanza,  
No las han de dejar entre renglones  
Asegurándose con la venganza;  
Y consta que sus odios y pasiones  
Tienen de descargar en Pigoanza,  
Por regirse por él toda la tierra  
Y ser el nervio duro de la guerra.

»Y si por caso, lo que Dios no quiera,  
De paz ó guerra caes en sus manos,  
Reconocida tienes la manera  
Del castigo que dan estos tiranos:  
Vivos en ardentísima hoguera  
Los sepultan por casos muy livianos;  
Pues consiguiera si seran mas justos  
Contigo que les das tantos desgustos.

»Estos son los regalos y mercedes  
Que hacen a quien es mas obediente;  
Y así circuncidar aquestas redes  
Será de valeroso y de prudente:  
Ninguno mas que tú pues solo puedes  
Líbrarnos de tan mal inconveniente;  
Tantea, mira, piensa bien los modos  
Porque tu voluntad es la de todos.

»Cuantos quisieres entran en la liga,  
Y de su general tienes los votos;  
Ninguno dellos hay que no te siga  
De los cercanos y de los remotos;  
Tardanza solamente los fatiga  
Y no desmayan los que fueron rotos,  
Por ser aquel un caso repentino,  
Sepultados en sueño con el vino.

» De cuyo mal sacamos advertencia  
 Para siempre vivir apercebidos,  
 Por ser cosa común con experiencia  
 Hacerse descuidados advertidos.  
 Hay de mas desto grande diferencia  
 De acometer á ser acometidos;  
 Pues para destruillos y vencellos  
 Nosotros hemos de ir en busca dellos.

» Tú llevas gran pujanza y eminencia;  
 Su gran flaqueza ya nos es notoria;  
 Cosa principal es la diligencia  
 Y no para tener por accesoria,  
 Porque si destos crece la potencia,  
 Habrá dificultad en la victoria;  
 Mas si tu dilacion no les ayuda  
 De su destruccion no tengo duda.

» Por tanto, mira bien lo que conviene  
 Con tiempo, pues lo tienes de presente:  
 No se diga por tí, quien tiempo tiene  
 Y otro mejor atencio se arrepiente;  
 La perplejidad ciega se cerceña,  
 Y no vivamos tan infamemente,  
 Ni rehuses entrarles por su puerta,  
 Pues te la da fortuna tan abierta.»

Dijo, y el Pigoanza convenido  
 De las perstasiones desta vieja,  
 A fin de se quitar de mal ruido  
 Determinó hacer lo que aconseja:  
 Convocó los que siguen su partido;  
 Flechas, lanzas y dardos apareja;  
 Llegáronse de partes diferentes  
 Sobre doce mil bárbaros valientes.

No con ropas de grana ni de seda,  
 Sino las que les dio naturaleza,  
 Sobrellas oro y el betun de greda  
 O bija por salud ó gentileza:  
 Faltante copia con que decir pueda  
 Su brío, su postura, su braveza,  
 Feroz y denodado continente,  
 Al de su corazón correspondiente.

Llegados todos al alojamiento  
 Proveidos de jaculos mortales,  
 El Pigoanza hizo llamamiento  
 De todos los caeiques principales:  
 Hubo de capitanes nombramiento  
 Y de los necesarios oficiales,  
 Y para dar sazón a lo que resta  
 Con tal exhortación los amonesta:

« Bien sabéis, sin que yo lo represente,  
 El fin para que somos congregados,  
 Que de las causas es la mas urgente  
 Y la que mas despierta descuidados,  
 Pues que nos quiere peregrina gente  
 Quitar la libertad y los estados,  
 Y consentirselo será de locos,  
 Siendo nosotros muchos y ellos pocos.

» Y no mejores, si haceis examen  
 De sus fuerzas, ardid y valentia,  
 Pues como se confundan y derramen,  
 Su mas alto valor es cobardía;  
 Y á parangon en singular certamen  
 Ninguno dellos prevalecería  
 De los que veo con el menos hombre,  
 Si de menos pudiera tener nombre.

» Piés de caballos son en los que estriban  
 Para huir en viéndose acosados;  
 Y sus encuentros, como se reciben  
 Por hombres con aviso reportados,  
 Con facilidad grande se derriban  
 Como si fuesen tímidos venados:  
 Experiencia tenemos con su daño  
 Y á su costa patente desengaño.

» Antes teníamos otros concetos,  
 Juzgándolos por hombres inmortales,  
 Mas ya reconocemos ser subyotos  
 A hambre, sed y los comunes males,  
 De suerte que los blancos y los prietos  
 Somos en el morir todos iguales,  
 Mas mucho mas cercanos á la pena  
 Los que son pocos en region ajena.

» El mayor y menor dellos trabaja;  
 Cansados andan, flacos y deshechos;  
 No se nos aventajan una paja  
 En fortaleza y animosos pechos;  
 Solamente nos tienen de ventaja  
 Tajantes y acutísimos pertrechos,  
 De los cuales algunos ya son míos,  
 Ganados en sangrientos desafíos.

» De los nuestros, aunque de peor traza,  
 Infinidad verán á la redonda  
 Con dardo, flecha, pica, lanza, maza,  
 Volante piedra de estallante honda,  
 Que cuando fuerte brazo desembraza  
 Hasta las plantas de sus ramos monda,  
 Y en las sensibles rompen sus escesos  
 Dientes y muelas, y quebrantan huesos.

» ; Ea pues, valerosa compañía!  
 Poned los piés en orden y las manos,  
 Y caminemos por secreta vía,  
 No por campos abiertos ni por llanos;  
 Saldreis mañana, porque esotro día  
 Hemos de beber sangre de cristianos,  
 Y de la carne misera vencida  
 Ternéis á vuestro gusto la comida.»

Dijo su parecer el Pigoanza  
 Y armaronse todos á su voto,  
 Asegurados de la confianza  
 Que tienen de tan pródigo piloto:  
 En el beber creció la destemplanza,  
 El estruendo, murmurio y alboroto,  
 Segun que suelen en infame boda  
 Después que ya la gente se embeoda.

Y cada cual de las parcialidades  
 Se jacta de sus fuerzas y su maña,  
 Con las inicuas monstruosidades  
 De que tenía llena su cabaña,  
 Diciendo que las mismas crueldades  
 Esperimentarian los de España;  
 Las pellejas al fin de los mejores  
 Habían de ser cueros de tambores.

Este concurso, como quier que fuese  
 A muchos sospechosos ocultado,  
 No lo fué tanto que no lo supiese  
 Inando, y aun acaso fué llamado,  
 Y pudo ser que sus disculpas diese  
 Y quedase con ellas escusado.  
 El, en efecto, como buen tercero,  
 A los cristianos hizo mensajero,

Diciéndoles que miren por sus cuellos  
 Y estén alerta bien apercebidos,  
 Porque tal día llegaran sobrellos  
 Sobre doce mil indios atrevidos,  
 Y que con lo que puede socorrellos  
 Es avisar que vivan advertidos,  
 Usando de las buenas prevenciones  
 Que piden semejantes ocasiones.

Item, que por ser tantos en la masa,  
 El no podía ir personalmente,  
 Porque también temor le pone tasa  
 Para neutral mostrarse de presente;  
 Mas á decilles todo lo que pasa  
 Invíaba persona suficiente,  
 Que le pregunten lo que conviniere  
 Y no duden de cosa que dijere.

El mensajero sigue su viaje,  
 Y como mozo sueño y advertido  
 Atravesó por montes y boscaje  
 De ningunas espías impedido;  
 A Timaná llegó con su mensaje,  
 Que fué por todos bien agradecido,  
 No sin alteraciones de los pechos,  
 Dudosos en los fines destos hechos.

El bárbaro le hizo manifiesto  
 Al Juan del Río cuanto le pregunta,  
 Por ser el capitán y demas desto  
 Aquellas circunstancias que barrunta;  
 Y así, por les venir el golpe presto,  
 Luego de los vecinos hizo junta,  
 Que no pasaban todos de noventa,  
 Serían de caballo los cincuenta.

Cada cual dellos es hombre bastante  
En esfuerzo, valor y en experiencia,  
Pero contra tumbó semejante  
Dudosos por la falta de potencia;  
Mas como fuese lo mas importante  
Allí la brevedad y diligencia,  
No pudiendo del mal hacer desvío,  
Habló desta manera Juan del Río:

« Señores, dentro estamos en la danza,  
Y para la danzar buenas y sanos;  
Refugio no lo hay ni confianza,  
Sino, después de Dios, de vuestras manos:  
De prevalecer tiene nuestra lanza,  
Pues somos españoles y cristianos;  
Al mal inevitable poner pecho,  
Que donde hay fuerza pierdes derecho.

» Gracias al soberano paraíso,  
Eterna gloria de los celestiales,  
Que por un infiel bárbaro quisó  
Mercedes nos hacer tan esenciales,  
Porque si nos tomaran sin aviso,  
No se nos excusaban grandes males;  
Pero con él la cantidad inmensa  
Peor negociará de lo que piensa.

» Manos á la labor, señores míos,  
Y en ellas sin faltar las armas prestas,  
En el orden y medios no tardios,  
Porque las dilaciones son molestias,  
Y á quien espera tales desafíos  
No le conviene reposar las siestas:  
Parecer pido para que se vea  
Qué modo se terná que mejor sea.»

El buen capitán Arias Maldonado,  
En ausonio país soldado viejo,  
Dijo: « Sea por fuerza que por grado  
Todos han de seguir vuestro consejo,  
So pena que quien fuere descuidado  
Ha de dejar por prenda su pellejo:  
A vos, señor, mandarnos pertenece,  
Y á mí que diga lo que me parece.

» Los indios, como suelen, con obscuro  
Han de venir por partes asechadas:  
Adivinemos con juicio puro  
Cuales tienen de ser estas entradas;  
Ternemos, pues no hay cerca ni muro,  
Las bocas de las calles ocupadas,  
Formados nuestros breves escuadrones  
De buenos caballeros y peones.

» Pues ellos tienen de entablar su juego  
Por donde fuéremos acometidos,  
Poniéndoles á los buhios fuego,  
Y á podello hacer somos perdidos:  
Mas puestos donde digo, pueden luego  
Ser de su mal intento rebatidos,  
Y á ballarnos afuera ó en el medio  
Del pueblo, carecemos de remedio.

» A caballo se ronde por defuera  
Por hombres que se den tan buena maña  
Que en el rondar lo hagan de manera  
Que den la vuelta hasta la montaña,  
Pues que pueden venir á la lijera  
En sintiendo llegar bárbara saña,  
Y el arma que se diere y el mensaje  
Ha de ser por aquel mismo paraje.

» Este cual ha de ser yo lo barrunto,  
Y aun por dos partes tentarán el nido:  
Allí estaremos, y en oyendo junto  
La voz despertadora del oído,  
Acomodarnos hemos tan á punto  
Que defendamos bien nuestro partido:  
Este es mi parecer, y al mas perfecto  
Que podrian dar otros me subyector.»

Considerada pues esta sentencia  
Segun urgente brevedad ordena,  
De todos, sin ninguna diferencia,  
Fué dada y aprobada por muy buena;  
Y así con la posible diligencia  
A los cuerpos se dió temprana cena,  
Dehajo de tener ya por las cuevas  
Con gran aviso centinelas puestas.

El globo de la densa pesadumbre  
Ya los dorados rayos encubria  
De la preclara y rutilante lumbre  
Que lleva con la suya la del día,  
Cuando los nuestros con incertidumbre  
De la turbada hora cual seria,  
Se pusieron sus haces ordenadas  
En las partes que fueron señaladas.

Seis rondas de caballo por defuera  
Del pueblo, repletados los oídos,  
Los ojos á la selva que frontera  
Tiencen, con atencion van dirigidos,  
Porque los indios cosa cierta era  
Venir por espesuras abscondidos;  
En lo cual y en lo mas que represento  
Nunca se defraudó su pensamiento.

Porque con estos mismos pareceres  
Tomaron las montañas por embijas,  
Con mas de diez ó doce mil mujeres,  
Y con las madres las adultas hijas,  
Cargadas en aquestos menesteres  
Unas con armas, otras con vasijas,  
Para guisar la caza sin tomalla,  
Ni ver el cierto fin de la batalla.

Y con ser este número crecido,  
Que siempre caminaba por bosqueje,  
Nunca jamás se percibió ruido  
En toda la distancia del viaje;  
Al fin, con paso lento y encogido,  
Todos llegaron juntos al paraje,  
Cuando Titan entró por el ocaño,  
Y no por eso salen á lo raso.

Antes en la montaña se sepultan  
Esperando mas cómodas sazones,  
Segun para hacer salto se occultan  
Los carnívoros tigres y leones:  
Los caciques se juntan y consultan  
El orden que ternan los escudrones,  
Los cuales determinan y decretan  
Que por dos partes entren y acometan.

Esta fué la razon, segun se piensa,  
Que por ser pocos los acometidos,  
Y de su parte multitud inmensa,  
Serian con facilidad vencidos,  
Por haber de salir á su defensa  
Los nuestros en dos partes divididos,  
Y barrerian el impedimento,  
Segun á facea paja recio viento.

Y en esto no hacían falsa cuenta  
De no tener la gente peregrina  
Fuerza para salir desta tormenta  
Si no les acudiera la divina;  
Mas todo cuanto multitud intenta,  
Esta lo desbarata y arruina,  
Sin faltar en cosa que comience,  
Pues con su voluntad todo lo vence.

Antes pues de salir á rasa plaza,  
En el monte metidos y reclusos,  
Para que los de honda, dardo, maza  
No fuesen mal digestos ni confusos,  
Se dió tan buena y ordenada traza  
Cuanto pudieran dar tales usos,  
Repartidos los doce mil que pongo  
Entre dos, Pigoanza y Aniobongo.

Tan bien proporcionadas las hileras  
Como tudescos de los mas cursados,  
Picas ó lanzas son las delanteras,  
Luego los macaneros esforzados,  
Las crujidoras hondas y lijeras  
Con adaptadas piedras á los lados,  
Cuyos tiros no salen menos ciertos  
Que los de los flecheros mas espertos.

Pareciéndoles pues ser oportuno  
Tiempo para salir de la emboscada,  
A su lugar acude cada uno  
Por tacita señal que los fué dada,  
Tan sin rumor como si de ninguno  
La tierra por allí fuera hollada;  
Y en la reformacion al monte junto  
Las haces se pusieron en su punto.

Y así cuando quería ya la Aurora  
Apartarse del frigio marido,  
Por se llegar la reiterada hora  
En que suele dejar el dulce nido,  
La gente que pensó ser vencedora  
Y no ballar al pueblo prevenido,  
Se fué llegando con los pasos lentos  
A los apercebidos apusentos.

Mas el pronto mirar de los de España,  
Entonces mas despiertos y advertidos,  
Consideró que acia la montaña  
Inclinan los caballos sus oídos;  
Allá los ojos van, y en la campaña  
Vieron los escuadrones estendidos;  
Vuelven las riendas todos de improviso,  
Y ¡arma! diciendo, ¡arma! dan aviso.

El católico bando reconoce  
Venir los indios ya por la dehesa:  
Al bárbaro feroz, cruel, atroce,  
De la señal que vió mucho le pesa:  
Así nunca jamas fiero veloce  
Con tal presteza va por hacer presa,  
Cuanto los bárbaros en su corrida,  
Sin salir de la orden referida.

Acometieron por las dos entradas  
Que por los nuestros eran defendidas,  
Donde por no las ver desamparadas  
Aman el detrimento de sus vidas;  
Ya son perdidas, ya recuperadas,  
Con reciprocaciones repetidas,  
Segun en la marítima ribera  
Ondas que ya van dentro, ya van fuera.

Un entrada defiende Juan del Rio  
En el caballo Ocon ya memorado;  
Guardan la otra, no con menos brío,  
Juan de Orozeo y Arias Maldonado;  
Tientan romper al bárbaro gentío  
Con los caballos, pero tan cerrado  
Hallan el escuadron y tan atento  
Como la prontitud del pensamiento.

Suenan las voces y las destemplanzas,  
Apresuradas las arremetidas,  
Tanto, que llegan á medir las lanzas  
Las unas de las otras rebatidas;  
Son de la multitud las confianzas,  
Mas no sin experiencia de heridas,  
Por la destreza de los españoles,  
Mas firmes y mas fijos que peñoles.

De parte de los bárbaros gobiernos,  
En una y otra parte represados,  
El ruido fué tanto de los cuernos  
O caracoles grandes engastados,  
Que parecía que de los infiernos  
Salían rebramando los dañados  
Gritos de las mujeres y clamores,  
Y roncós sonos de sus atambores.

Rompen los aires y las nubes hienden;  
Obra la furia, crece la porfia;  
Palabras ciertas no se comprehenden,  
Porque la confusion prevalecia;  
Solás las manos son las que se entienden  
Por quien contrario golpe recibia;  
Hablan tajo, revés, aguda punta,  
O macana que brazos descoyunta.

No vuela bala de arcabuz ardiente,  
Ni la que batir suele la muralla,  
Porque fuerza de brazos solamente  
Es la que dá valor á la batalla;  
La lanza y el espada del valiente  
Se deja conocer donde se halla,  
Tanto, que no debieran tales hechos  
Contarse con elogios tan estrechos.

Y así de señalados en la furia  
No declara los nombres nuestra historia,  
Porque del tiempo la comun injuria  
Los ha borrado ya de la memoria,  
Y varias relaciones por incuria  
Como cosa los dejan accesoría,  
Pero dellos los mas particulares  
Allí hicieron lances singulares.

Ensangrentando pues duro cuchillo  
Uno que bien sabia meneallo,  
Encuentra con un bárbaro caudillo  
Con tal punta que pudo derriballo;  
Queriéndolo valer, abren portillo  
Y entró luego por él con su caballo  
El Juan del Rio, que de tal ventura  
Deseaba la vez y coyuntura.

Rompe por las hileras y atropella  
El buen Ocon usando de sus mañas;  
Van veinte de caballo por su huella  
Alanceando bárbaros entrañas;  
En los que mas se muestran hacen mella,  
Mella que no padecen sus hazañas,  
Aunque dellas no damos tal trasunto  
Que las subamos al debido punto.

Y así después que vido Pigoanza  
Por su cuartel el escuadron rompido,  
Y que hacia la cristiana lanza  
De sangre bárbara rio crecido,  
Dejó de vencedor la confianza,  
Y á temor se rindió de ser vencido;  
Mas todavía con ardor terrible  
Hacia de su parte lo posible.

Las quebras reparando y socorriendo  
Con algunos de los de mas estima,  
Adonde los que halla combatiendo  
Por honorosos términos anima,  
Y á los que sueltamente van huyendo  
Con obras y palabras los lastima;  
Pero siempre falló correspondencia  
A su valor y buena diligencia.

Porque los nuestros daban tanta priesa  
Que cuanto hace se desproporciona,  
Y así viendo la suerte ser aviesa,  
La cual á mas andar lo desentona,  
De concertar el desconcierto cesa,  
Dando seguridad á su persona,  
Tomando por anparo la montaña,  
En tristeza y temor vuelta su saña.

Los otros que por Arias Maldonado  
Y su compañía fueron rebatidos,  
Oyeron ó supieron mal su grado  
Ser los de Pigoanza ya rompidos:  
Con la cual turbacion hallaron lado  
Los pocos españoles advertidos,  
Y en el instante la cristiana lanza  
Por donde halló puerta se abalanza.

Rompen con los caballos, hieren, matan,  
No faltando peones que segunden,  
Encuentran, atropellan, desbaratan,  
Sin dejar puesto que de nuevo funden,  
Antes de los que tienen se desatan,  
Y todos se revuelven y confunden,  
Do los efectos del cruel torneo  
Fueron á la medida del deseo.

Porque los nuestros ya juntos pelean  
Contra la haz del bárbaro gentío,  
Y á toda broza hieren y alancean  
Segun su voluntad y su albedrío,  
Y por cualquier lugar do se manean  
La sangre derramada hace río,  
Que despedían las entrañas rotas  
Como de gran turbion espesas gotas.

Cesó la grita, suena duro llanto  
Del misero que dió mortal caída;  
Atónitos los vivos, con espanto  
Apresuraron todos la huida;  
El español los sigue hasta tanto  
Que tomaron el monte por guardia,  
Adonde los dejaron no tan llenos  
Como vinieron, sino seis mil menos.

Quedó victoriosa nuestra gente  
Y libre de tan áspera zozobra,  
Reconociendo, como fué patente,  
Haber sido de Dios aquella obra,  
Porque con su favor al impotente  
Virtud, valor y prontitud le sobra  
Para poder vencer con flaca lanza  
A quien estriba sobre gran pujanza.

A los opresos de fatal yactura  
Que les encaminó su propia ira,  
En las entrañas de la tierra dura  
Ninguno los encubre ni retira,  
Por dalles en la suya sepultura  
Los bárbaros que estaban á la mira;  
Porque gran cantidad desta canalia  
Esperaban el fin desta batalla.

Gente de quien la nuestra se servia  
En lo que suelen los subyectos servir,  
Amigos por la mucha cercanía,  
Mas en voluntad falsos y protervos:  
Los cuales á la carne que yacia  
Acudieron como voraces cuervos,  
Y en breves horas los campos cubiertos  
Quedaron libres de los cuerpos muertos.

Destos de paz un bárbaro doliente  
Que sobre báculo se sostenia,  
Pidió para comer un delincuente,  
Diciendo que con él engordaria;  
Concediéronselo liberalmente,  
Y dió fin dél en un tan solo día:  
Hinchió del vientre tanto los lugares  
Que luego reventó por los ijares.

Desta voracidad que hemos contado  
Dió (por ser caso raro contingente)  
Testimonio Francisco de Alvarado,  
Escribano, que se halló presente.  
Quedó pues Pigoanza quebrantado  
Y del pasado brio diferente,  
Pero no la venéfica Gaitana  
Perdida por heber sangre cristiana.

La cual con esta sed insaciable  
Y duros apetitos de venganza,  
No con ver el conflicto miserable  
De sus propósitos hizo mudanza,  
Ni pudo contenerse sin que habie  
Con grande libertad al Pigoanza,  
Atreviéndosele como pariente,  
Y lo que le habló fué lo siguiente:

«No sé si duermes ó si estas despierto;  
Pero si yo no hago falsas cuentas  
Menos es de dormido que de muerto  
Aquesa turbacion que representas:  
Agora cumple pues ser mas alerta  
Y no rendirte para mas afrentas  
A la fortuna, pues por bien que remete  
Peor negocian los que mas la temen.

» Y si por el desastre sucedido  
Tus vecinos te ven acobardado,  
Tú que solias dellos ser temido  
Has de temer al de menor estado,  
Porque todos se atreven al caído,  
Y de ninguno es anticipado;  
Pero si muestras das de que confias  
No dejarás de ser lo que solias.

«No pierde con la sombra del nubido  
Sus naturales rayos el estrella,  
Pues el vapor resuelto y acabado,  
Queda su lumbre sin padecer mella;  
Y el bueno de fortuna contrastado,  
No por eso se deja vencer della,  
Por tener sus efectos esta tasa,  
Que próspera ó adversa luego pasa.

» Entonces te cubrió nubido triste,  
Pero si como bueno perseveras,  
Muy presto ganarás lo que perdiste  
Tomando los negocios mas de veras:  
La voluntad de todos conociste,  
Y agora se las tienen tan enteras,  
Los cuales sin mirar en lo pasado  
Desean otra vez pasar el vado.

» Nuevamente por mi son convocados  
Con gran solicitud y diligencia,  
Y todos están prestos y aviados  
Sin nadie rehusar la competencia,  
De mortíferas armas pertrechados  
Y mas aventajados en potencia:  
Es determinacion tan necesaria  
Que burlan de quien tiene la contraria.

T. IV.

» Estas que digo son las intenciones  
Que tienen arraigadas en sus pechos,  
Porque por muchas causas y razones  
Estan de la victoria satisfechos;  
Y desta vez los pérfidos ladrones  
Han de ser consumidos y deshechos:  
Podrias tú tener demoras luengas,  
Mas de vencer ninguna duda tengas.

» Su cierta perdicion no me es oculta,  
Porque de mis encantos apremiado  
Tuve con el demonio gran consulta  
Para hacerte mas desengañado,  
Y ansi de la razon que dió, resulta  
El cumplimiento de lo deseado,  
Pues afirmó vencer el estandarte  
Que la verdad tuviere de su parte.

» No debes recelar suerte siniestra,  
Segun aquel espíritu me inspira,  
Porque mas claro que la luz se muestra  
No poderse librar de nuestra ira:  
Que la verdad está de parte nuestra  
Y de los mentirosos la mentira;  
Por tanto reconoce tus ventajas,  
Pues no te mueves á humo de pajns.»

Dijo la mala vieja su compuesta  
Razon, y como para tal empleo  
Estaba la materia bien dispuesta,  
Con la promesa de ganar trofeo  
Tuvo de Pigoanza la respuesta  
En nada discrepante del deseo;  
Y ansi luego despacha sus recados  
Para juntar amigos y aliados.

Y ella misma con deudos y parientes  
Otros algunos barbaros visita,  
A los cuales con lágrimas ardientes  
A que la favorezean los incita;  
Y para tener buenos expedientes  
Halaga, sarjentea y solicita.  
Atrajo los paños ó panaos  
Y la brava nacion de los pijaos.

Ansi los llaman á los desta casta  
Los españoles, y es la razon cierta  
Porque la corpulencia de aquel asta  
Se precian de traerla descubierta:  
Gente suelta, feroz, fornida, basta,  
Y en uso de la guerra muy esperta;  
Membrudos, bien dispuestos, caras torvas,  
Las frentes anchas, las narices curvas.

Selváticos, caribes, atrevidos  
Todos en general, y en tanto grado,  
Que muertos pueden ser, mas no rendidos  
A condiciones de servil estado;  
Y con estar hoy cuasi consumidos,  
Aquel terreno traen fatigado,  
Tanto, que se reparten en la tierra  
Gastos, para les ir a hacer la guerra.

De cuyos pechos y repartimientos,  
Todas aquellas veces que hay entrada,  
Para dar necesarios instrumentos,  
No suele ser persona reservada;  
Y en la contribucion no son exentos  
Los deste nuevo reino de Granada,  
A causa de los pasos y caminos  
Po do se comunican los vecinos.

Suelen pues suceder penosos trances,  
A muchos que frecuentan estas sendas,  
Adonde yéndoles á los atencas  
Aquestas gentes bárbaras y horrendas  
No dejan de hacer algunos lautes  
Costosos á las vidas y haciendas:  
Con que, si llega toda la cuadrilla  
A quinientos, sería maravilla.

Civiles guerras fueron su quebranto  
Y los unos de otros ser comida;  
Pero pocos conformes valen tanto  
Como si fuese multitud crecida:  
De manera, que son temor y espanto  
Al tracto de la gente bien nacida,  
Porque sus términos en osadia  
Esceden á cualquiera valentia.

31

Su grande prontitud en la pelea,  
El hervor, la postura y el cuidado,  
Fuerza y agilidad con que menea  
Cuerpo, y el bote del astil tostado,  
Es ver cuanta destreza se desea  
En un escogidísimo soldado;  
Muchos ya traen armas enastadas,  
En guerras adquiridas y ganadas.

Puede dar desto relacion integra,  
Por ser en sus recuentos bien usado,  
El capitán Diego de Bocanegra,  
Varon no menos diestro que esforzado,  
El cual con sus victorias nos alegra  
Y aun hace dellas él cierto tractado;  
Prometido me ha dar copia luenga,  
E yo las cantaré cuando la tenga.

Adonde se verán hazañas dinas  
De tener entre buenas sus lugares,  
Suertes y valentías peregrinas,  
Luchas y desafíos singulares;  
Pero dejadas estas, que por finas  
Sus elogios ternán particulares,  
Volvámonos á la vieja maldita,  
Que también á pijaos solicita.

A la cual, como los lisonjaba  
Dicendo ser terror de todas gentes,  
Oían bien aquello que rogaba  
Y á todo se mostraban obedientes;  
Y así juntó de aquella nacion brava  
Tres mil aventajados combatientes,  
Reacia, pertinaz, perseverante,  
Hasta llevarlos todos por delante.

Ya congregada la bravosa lanza,  
Macana y dardo de tostada punta,  
Van caminando con la confianza  
Del que victorioso se barrunta:  
Llegaron donde estaba Pigoanza  
Y los demás consortes de la junta,  
Que los reciben con alegre cara  
Y grandes regocijos y algazara.

No cabe Pigoanza de contento,  
Viéndose con ejército pujante  
Que contra fuerza de mayor momento  
Mucho menor pudiera ser bastante:  
Tuvo con ellos largo cumplimiento,  
Y otro día teniéndolos delante,  
En alto trono, con la voz severa,  
A todos les habló desta manera:

«Amigos y parientes, si se debe  
A beneficios recompensa larga,  
El que de vos recibo no es tan leve  
Que no me sea ponderosa carga;  
Y aunque causa comun á mí me mueve  
Por ocasion que á todos es amarga,  
Vuestra bondad, valor y cortesía,  
Hacen que la comun tenga por mía.

» No cierto por provecho que pretenda  
De lo que desta guerra resultare,  
Sico para que cada cual entienda  
Quel tiempo que la vida me durare  
He de poner la vida y la hacienda  
En cualquiera negocio que os tocare,  
Vista vuestra leal correspondencia,  
Virtud, solicitud y diligencia.

» Y no ser parte nuestro mal suceso  
Para haceros de valor ajenos,  
Pues aunque maltractados, no por eso  
Quereis rendiros ni venir á menos,  
Antes en el enmienda del avieso  
Estais determinados como buenos,  
Con otra mas atenta disciplina  
Que aquella que causó nuestra ruina.

» Por ser parte de nuestra mal andanza  
En el entrar tener término loco,  
Y confiados de nuestra pujanza,  
A los contrarios prácticos en poco:  
Pues á no se romper el ordenanza,  
Otros fines tuviera lo que toco,  
Y en veces del estrago lamentable  
Ganáramos victoria memorable.

» Mas ya que vuestro buen entendimiento  
En mejorarse hace gran instancia,  
Prestamente vereis el cumplimiento  
Si peleais con orden y observancia,  
Sacando del error acertamiento  
Y de pasada pérdida ganancia,  
Como suele quien tiene buen aviso  
Tomándolo de aquello que no quiso.

» Porque falto seria de prudencia  
Quien ya padeció riesgo de la vida  
En alguna notable contingencia  
Por descuidos ó casos sucedida,  
No vivir con recato y advertencia  
Huyendo siempre de la recaída;  
Pues tiene descubiertos los engaños  
Que fueron el origen de sus daños.

» Es la substancia pues de lo que quiero,  
Tener en el romper tanto cuidado,  
Que aunque caiga cualquiera compañero  
De las contrarias armas derribado,  
El escuadron esté firme y entero  
Y en su prosecucion siempre cerrado  
Con tal vigor las lanzas, que no halle  
Portillo que caballo haga calle.

» Porque con los caballos nos destruyen  
Si falta fuerza para detenellos;  
Con ellos entran y con ellos huyen,  
Valiéndose de sus veloces huellos;  
A ellos sus victorias atribuyen,  
Que pié con pié mejores somos quellos:  
Por tanto, do caballos dieren priesa  
Allí de lanzas multitud espesa.

» Cada cual con la suya corresponda  
Haciendo que se tengan á lo largo,  
Y al escaramuzar á la redonda  
Un solo pié no hallen sin embargo;  
Eutonces los de flecha, dardo, honda  
Usen de lo que tienen á su cargo,  
Y aunque este quede muerto y aquel pene  
El escuadron jamás se desordene.

» En esta proporecion siempre constante  
Desque saliereos de la montaña,  
Sin reparar iremos adelante  
Hasta ganar el pueblo que nos daña;  
Pues desta suerte no será bastante  
Caballo ni peon ni buena maña,  
Para que por mi parte no se vea  
El glorioso fin desta pelea.

» Tenemos los contrarios descuidados,  
De nuestro revolver inadvertidos,  
Los pasos sospechosos ocupados  
Por do puede llegar á sus oidos;  
Nosotros en las selvas ocultados  
Saldremos á sazón que estén dormidos,  
Hasta que duro golpe los despierte  
Para dormir el sueño de la muerte.

» Avisos tengo desto fidedinos  
Con otra certidumbre, y es aquesta:  
Que nuestros consultores adevinos  
Dicen ser la victoria manifiesta.  
¡Ea pues, corazones diamantinos!  
Vamos con brevedad, que es lo que resta  
Para gozar, pues hay vez oportuna,  
Del bien que nos ofrece la fortuna.»

Esto dicho, la turba de gentiles  
Que la razon ovó con advertencia,  
Alzaron los beligeros astiles  
Prometiendo de estar á su obediencia:  
Allí se muestran Héctores y Aquiles  
En el hablar y en la correspondencia,  
Con posturas no menos y semblantes  
Que suelen los salvajes semejantes.

Luego los campos, donde están incluidos  
(Sin los mozos bisoños y novicios)  
Quince mil que de guerra tienen usos,  
Demás de las mujeres y servicios,  
Suenan á todas partes con confusos  
Ruidos y murmurios y bullicios,  
Como susurros de los vientos prestos  
Formados en los árboles opuestos;

O como cuando de las nubes rotas  
De fulminosa furia descendiendo  
Vienen espesas y crecidas gotas  
Los aires vaporíferos rompiendo,  
Que con venir de nos algo remotas  
Oímos el ruido y el estruendo,  
Hasta tanto que sirven de flagelo  
Para blandura dar al duro suelo.

En el interin pues quel señalado  
Día llegaba para su demanda,  
Después de ver el jáculo tostado  
Ser tal que no tuviese punta blanda,  
Aquel que dellos era mas templado  
A sucias borracheras se desmanda,  
Con cantos y con bailes de placeres  
Donde también entraban las mujeres.

Del tumulto furioso desta junta,  
Do cantando declaran sus concetos,  
Fué sabidor Inando, que barrunta  
Della no resultar buenos efectos;  
Y ansi por tantas vias lo pregunta  
Que descubrió los tractos y secretos,  
Y luego procuró como solia  
Avisar la cristiana compañía.

Mas no se confiando de tercero  
Que supiese llevar aquel recado,  
El mismo quiso ser el mensajero.  
De noche, por camino desusado:  
A Timaná llegó cuando el lucero  
Iba sobre los montes encumbrado,  
Y para desaguar el fiel pecho  
A cas del Juan del Rio fué derecho.

Fué su persona dél bien recibida,  
Porque tenían amistad estrecha,  
Y en ser extraordinaria la venida  
Y á hora que da luz untada mecha,  
No pudo, sin la causa ser sabida,  
Dejar de concebir mala sospecha:  
Recógense los dos incontinente,  
Y el Inando le dijo lo siguiente:

«Huélgome de hallarte levantado  
Y con calzado de lijeras suelas,  
Tu buen caballo presto y arrendado,  
Calzadas todavía las espuelas,  
Por ser señal que vives con cuidado  
Y vienes de mirar las centinelas;  
Pero si haces esto de ordinario,  
Agora mucho mas es necesario.

» No conviene dormir noche ni siesta,  
Sino que te prepares segun puedes,  
Porque la mala vieja que os molesta  
Por todos cuantos hay tendió sus redes;  
Y estos son tantos que si salis desta  
Os hará vuestro Dios grandes mercedes:  
Ha congregado bravas compañías,  
Y aqui serán antes de cuatro dias.

» Entiéndese segun mi conyectura  
Y lo que por razon he descubierta,  
Porque como mujer los apresura  
Y el término que doy es el mas cierto,  
Sé que padecereis gran desventura  
Si no teneis buen orden y concierto:  
Apercebios como dicho tengo,  
Pues por este respecto solo vengo.

» Yo cumplo, capitán, con lo que debo  
Al amistad que tengo prometida;  
Y pues que cosa mas no sé de nuevo,  
Licencia pido para mi partida,  
Porque salir con claro no me atrevo,  
Quizá no den en mí de recudida,  
Segun que muchas veces acontece  
A quien con sus avisos favorece.»

Agradeció la voluntad sincera,  
Aunque la nueva no le fué yocunda,  
Y dijo: «Dios lo haga de manera,  
Pues que su santa ley aqui se funda,  
Que como no ganaron la primera,  
Pierdan ni mas ni menos la segunda;  
Y si él me da la victoria, yo te digo  
Y juro de te ser fiel amigo.

» Anda con Dios, que la razon te sobra,  
Y si pudieres por algun acecho  
Mas avisos nos dar desta zozobra,  
Usa del bien que siempre nos has hecho,  
Porque con otras muchas esta obra  
Nunca se borrará de nuestro pecho;  
Y tú verás que lo que te prometo  
Subirá de quilates el efeto.»

Hizo luego su paso presuroso  
En apartándose del Juan del Rio,  
El cual quedó no poco congojoso  
Por esperar tan duro desafio;  
Mas pues Inando va tras su reposo,  
También será razon gozar del mio  
Mientras se llega la penosa fiebre,  
Porque con canto nuevo se celebre.

## CANTO OCTAVO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocísima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los cuarenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones.

Suma solicitud deben los buenos  
Tener en el concierto de su vida,  
Procurando de no venir á menos  
De la opinion que tienen adquirida,  
Porque la condicion de los terrenos  
Algunas veces va tan sin medida,  
Que si después de glorias hay afrenta  
Solamente con ella tienen cuenta.

Pues como los sucesos igualmente  
No respondan al bien afortunado,  
El Juan del Rio gran congoja siente  
En verse de potencia cercenado,  
Porque podría ser en lo presente  
Perder el crédito de lo pasado,  
Mayormente sabiendo ser ya mucha  
Desproporcion para vencer la lucha.

Pero por demás era tener vario  
Querer, fuera del trance peligroso,  
Que la presta venida del contrario  
No da lugar á pausa ni reposo;  
Acometelles era voluntario;  
Esperar bien ó mal, era forzoso;  
Y ansi guiado deste pensamiento  
Hizo de sus consortes llamamiento.

Luego vinieron todos á bandera  
Cuantos en el lugar hay congregados,  
No de sus armas tan á la lijera  
Que no viesesen bien aderezados,  
Porque como soldados de frontera,  
Nunca jamás estaban descuidados;  
Y viéndoles aquel que los convoca  
Para los advertir abrió la boca.

Diciéndoles: «Inando me dió cuenta,  
No de mas tiempo questa madrugada,  
Aparejársenos una tormenta  
De mayor tempestad que la pasada,  
Y porque cumplo para tal afrenta  
Estar la gente presta y avisada,  
He querido, señores, que se ordene  
En esta junta lo que nos conviene.

» El golpe sé que viene ya cercano,  
Con no menos de quince mil infantes;  
Conozco ser la nuestra flaca mano  
Contra tal multitud de litigantes;  
Mas tengo por regalo soberano  
Habernos dado los avisos antes,  
Porque quien para ellos abrió puerta,  
Que es Dios, nos ha de dar victoria cierta.

» Volvámonos á él con importuna  
Oracion de católicos fervores,  
Y confesémosnos una por una  
Pidiéndole perdon de los errores;  
Lo cual hecho creamos sin ningunos  
Duda que quedaremos vencedores  
Como de la pasada, pues que llenos  
Vistes de cuerpos muertos estos senos.

» Limpios pues como digo nuestros pechos  
Primeramente de mortal ofensa,  
En la solicitud de nuestros hechos  
No conviene tener mano suspensa,  
Sino ver las industrias y pertrechos  
Mas eficaces para la defensa,  
Porque cuando la furia nos asalte  
De lo que ser pudiere nada falte.

» Y porque para lo que se pretende  
Conviene ser comun el advertencia,  
Aquel que mas ó que menos entiende  
En dar su parecer tiene licencia,  
Pues en tal caso mas se comprehende  
Por muchas que por una providencia,  
Y quien parece de juicio manco  
Acontece mejor dar en el blanco. »

Con aquesto dió fin al parlamento,  
Que se cumplió con fiel obediencia,  
Y fray Francisco Torreblanca sientio  
Que luego los oyó de penitencia,  
Con otro padre cuyo nombramiento  
En blanco se quedó por negligencia;  
Y hecho de do tanto bien resulta,  
Segunda vez entraron en consulta.

En la cual luego fué determinado  
Por todos, de comun consentimiento,  
Que el Orozco y el Arias Maldonado  
Con algunos varones de momento  
A su cargo tomasen el cuidado  
De las industrias y preparación;  
Y no salió su parecer avieso,  
Segun se vió después por el suceso.

Mandan fortalecer los escapiles,  
Celadas y cualquiera cobertura;  
Hicieronse cuarenta y seis astiles  
De veinte y cuatro palmos de largura,  
Con hierros tan tajantes y sutiles,  
Que pudieran romper cosa mas dura  
Que desarmados y desnudos pechos,  
Segun el temple con que fueron hechos.

De cuatro buenos fuertes hubo traza  
En cuatro casas de las cuatro esquinas,  
En aquellas entradas que á la plaza  
Estaban mas cercanas y vecinas;  
Y destes fuertes cada cual se abraza  
De guadubas, de robles y de encinas,  
Y en estos, por estar mejor guardados,  
Se metian de noche los ganados.

Hicieron en los fuertes sus garitas  
Con pretiles, amparos y coronas,  
Do con dardos y piedras infinitas  
Entraron muchos indios yanacasas,  
Para que desde alli cuando las gritas  
Oyeseu, señalasen sus personas,  
Por ser algunos dellos orejones  
Cursados en beligeras cuestiones.

Fueron á las garitas arrimadas  
(Ardid y estratagemas castellanos)  
A trechos vigas gruesas empinadas,  
Largas que no dejaban hueso sano  
Cuando sobre las gentes alteradas  
Se derribaban, dándoles de mano;  
Y así para reparo de aquel daño  
Era la muerte sola desengaño.

A muchas cosas otras dan aviso,  
Y estas apenas acabaron, cuando  
Recibió mensajeros Juan del Rio  
Enviados de parte del Inaudo,  
Diciendo que la turba del gentio  
A gran prisa venia caminando,  
Por haber ya tres dias que pasaba  
El gran rio que de por medio estaba.

Manifestando que por llegar mueren  
A concluir la bélica porfia,  
Mas que no sabe por adónde quieren  
Entrar en la ciudad ni por qué via,  
Pero por todas partes los esperan  
Con el aviso que les convenia;  
También dicen creer entrar sin lumbre,  
Segun y como tienen de costumbre.

Reconociendo ser mensaje cierto  
De las horas confusas y turbadas,  
Pusieronse las cosas en concierto,  
Segun que las tenían ordenadas:  
Dos centinelas van á cada puesto  
Que daba mas abiertas las entradas,  
Y otras dos á la parte de aquel seno  
Del indio capitán dicho Cameno.

De paz y que tenia casa puesta  
En un alto de Timaná cercano,  
Seria como tiro de ballesta  
Del pié del cerro lo que va por llano;  
Y en aquellos principios de la cuesta  
Pusieron á Medina y á Solano,  
Soldados diestros, cada cual valiente,  
Aunque el Solano dicen ir doliente.

Mas no sufrían tales coyunturas  
Por ser pocos, que cojos ni llagados  
Ni los que padecian calenturas  
Fuesen destes trabajos reservados:  
Salen caballos pues con armaduras,  
Colchadas de algodón encubiertos  
Y ocupan los peones con los dalles  
Las bocas principales de las calles.

Dieron en fin un orden compatible  
Y á su flaco poder cómoda traza,  
Contra la tempestad fiera y horrible  
Que campos comarcanos embaraza;  
Y los demás en modo conveñible  
Andaban en cuadrillas por la plaza,  
Para que do los indios respondiesen  
Y diesen arma, todos acudiesen.

Los cuales indios, cuando Febo gira  
A las partes occidentas el freno,  
Llegaron con las muestras de su ira  
Al tambo y aposentos de Cameno;  
Este con sus vasallos se retira,  
O con temor ó ya por no ser bueno;  
Y así nunca jamás supieron dónde  
La multitud de bárbaros se absconde.

Allí paró la bárbara cuadrilla  
Con todas sus mujeres y servicio,  
Y con estar las velas de la villa  
Cercanas, que hacían bien su oficio,  
Fué gran admiracion y maravilla  
No sentirse murmurio ni bullicio,  
Antes aquel silencio de tal suerte  
Como fatal idea de la muerte.

La parte que llamamos intempesta  
Del obscuro vapor pasada era,  
Y al tiempo que ya Venus manifiesta  
La luz de su dorada cabellera,  
Tacitamente bajan por la cuesta  
A pasos lentos, pero de manera  
Que procediendo con sus ordenanzas  
Tocaban unas en las otras lanzas.

Aquellos dos soldados estremados  
(Entiendo por Medina y el Solano)  
Que sin saber los bárbaros diseños  
Aquel cuarto veían en lo llano,  
Oyeron estos toques de los leños  
O lanzas que traian en la mano,  
Y como temen y el temor acedia,  
Con él acrecentaron la sospecha.

Pero como también quien oye yerra  
Y lo que piensa sale diferente,  
Algunas veces postranse por tierra  
Para divisar mas atentamente;  
Y así mirando bien acia la sierra,  
Vieron el grande hulto de la gente,  
En la distancia no prolijos puntos,  
Antes cuasi que ya llegaban juntos.

» Arma, arma, señores! van diciendo,  
Procurando hacer los piés livianos;  
Mas el pobre Solano no pudiendo  
Asieron dél los indios mas cercanos;  
A las voces Medina revolviendo  
Salvo se lo sacó dentre las manos;  
Echólo por delante, sin dejallo  
Hasta que llegó gente de caballo.

De manera que el Diego de Medina  
Allí hizo tan célebre hazaña,  
Que puede ser contada como dina  
Entre las honoríficas de España;  
Pero creamos ser fuerza divina  
Mas que virtud mortal ni buena maña,  
Segun la cantidad de los pretrechos  
Por donde se metió rompiendo pechos.

Y á tiempo que convino se despega  
Cuando sintió ser lejos el Solano,  
A quien el gran temor de la refriega  
Libró de la cición y quedó sano;  
Mas el duro conflicto se le llega  
Al escuadron pequeño castellano,  
Que con vigor de mas que diamante  
Al impetu se puso por delante.

Invoco tu favor, escelsa Musa,  
Madre de piedad y de clemencia,  
Para que la verdad que está reclusa  
Cerca desta terrible competencia,  
Mi pluma no mendace ni confusa  
A luz la saque con su diligencia,  
Porque la cualidad desta victoria  
A la posteridad sea notoria.

Comienzan los armiferos espantos  
A los principios con el nubo ciego,  
Pero como los indios eran tantos  
A ciertos edificios ponen fuego:  
Arden aquestos por los cuatro cantos,  
Mortíferas heridas crecen luego;  
Hace la lumbre que cada cual vea  
El rostro airado de con quien pelea.

Defienden los peones las entradas  
A costa de la bárbara venida  
Con las picas que son aventajadas  
En hierros penetrantes y en medida:  
Que las contrarias son puntas tostadas  
Aunque dispuestas á mortal herida,  
Mas en esta sazón menos nocivas  
Por dar sobre las armas defensivas.

Puesto caso que indios principales  
Traian en sus astas afijadas  
Muchas dagas, cuchillos y puñales,  
Tijeras, recaton, puntas de espadas,  
Y con el afición destes metales  
Hasta las guarniciones afiladas;  
Agudos los botones ó las bolas,  
Demás de buenas lanzas españolas.

Rompe los aires grita y alarido;  
Hierva la furia con ardor fueusto;  
El escuadron no puede ser rompido  
Para dar á caballo lugar presto,  
Pues al instante que uno ven caido  
El vivo sucesor estaba puesto:  
Cuantos mas mueren, tanto mas se cierra,  
Y así los indios van ganando tierra.

La gran solicitud del Pigoanza,  
La prontitud, aviso y el cuidado,  
Allí pudo llegar do lo que alcanza  
El mas mañoso y experimentado:  
Y en la prosecucion de su ordenanza  
Estuvo tan entero y esforzado,  
Que con ver tanto número difunto  
Del concierto jamás perdía punto.

Menos nuestros peones andan broncos,  
Aunque de resistir hechos pedazos,  
De pedradas sufrir y duros troncos  
Cansados y molidos ya los brazos,  
De llamar los caballos todos roncos,  
Y estos no pueden por los embarazos  
De las espesas y mortales puntas  
Que por cualquier lugar hallaban juntas.

Destá suerte procede la conquista  
Y el cobre como dicen se martilla,  
Sin que española fuerza les resista  
Irse metiendo dentro de la villa,  
Hasta que dieron á la plaza vista  
Con gran dolor de la fiel cuadrilla,  
A quien el impetu de las opuestas  
Armas, les hace dar represas prestas.

De la manera que con buen gobierno  
Agua de algun acequia va guiada,  
Sin hacer curso por lugar moderno  
Cuando la fuerza della va templada,  
Mas llegada la furia del invierno  
Rompe la presa hecha y albarrada,  
Y no vale ni puede ser bastante  
Resistencia que halle por delante:

Así llevan la gente baptizada,  
Con ser valerosísimas personas,  
Hasta junto del fuerte y emboscada  
De los apercebidos yanacunas,  
Que con una y con otra rociada  
Rompan frentes, sienes y coronas,  
Tanto que no pequeño daño hizo  
La tempestad espesa del granizo.

Alléganse las gentes enemigas  
Con ánimo de dalles mortal pago:  
Precipitaron las pesadas vigas  
De las cuales ningunas dan en vago,  
Y no fueron tan leves las fatigas  
Que no hiciesen un críel estrago,  
Pues sacan de una dos y tres cabezas  
Y parten cuerpos en diversas piezas.

Como losa que al cebo convida  
A la perdiz incauta y engañada,  
Que en veces del regalo de comida  
Fué de la presta laja salteada,  
Y con aquel ruido y estampida  
Se sobresaleta toda la manada,  
Y huyen del lugar, porque la suerte  
Sustento prometió para dar muerte:

Turbáronse por vía semejante  
Los escuadrones de las gentes fieros,  
Mas esta turbacion no fué bastante  
Para retrogradar en sus carreras,  
Antes á punto y en el mismo instante  
Estaban ya rehechas las hileras;  
Y así proceden en gallarda traza  
Hasta tomar el medio de la plaza.

Canta victoria ya bárbara trompa,  
Y el fiel español confuso calla  
Por no se ver lugar por do se rompa  
El orden que traian de batalla;  
Girungiran caballos con la pompa  
De armas, y manera no se halla  
Con tanta muchedumbre de pretrechos  
Como se les ponian á los pechos.

No falta quien calumnie que podian  
Rompellos antes y desbaratillos,  
Diciendo que de industria no querian  
Porque no les matasen los caballos,  
A causa de que muchos pretendian  
Para huir en ellos reguardallos;  
Otros dicen que fueron invenciones  
Impuestas por los validos peones.

Los cuales, como ya dijimos antes,  
Llamaban, y faltaban las respuestas  
Que para turbaciones semejantes  
Necesidad pedía ser mas prestas;  
Y en hecho de verdad fueron Atlantes  
Que las cargas llevaron á sus cuestras,  
Y como fuese tan pesado peso  
Pesábales de velles tanto seso.

Su parte pues por puntos se empeora,  
Sin legales socorros competentes:  
Vian su perdición, y en esta hora  
Llena de confusion é inconvenientes  
Descubrió sus colores el Aurora,  
Con que las suyas fueron mas patentes;  
Y entonces de un soldado destes nace  
Ardid á sus remedios eficaz.

Un Antonio Bocarro, lusitano,  
Hidalgo de hidalgas valentías,  
Había hecho del ardor vulcano  
Y fuego artificial dos alcancías  
Que se guiaron por su propia mano  
Al aranguardia destas compañías,  
Adonde muchos de concierto faltos  
No les vagaba dar brineos y saltos.

Villamayor y Sebastián Moreno,  
Alvaro Lopez, y también Francisco  
De Aguilar, como vieron tiempo bueno  
Para jugar mejor del obelisco.  
Do fué la turbacion dieron de lleno,  
Y todos los llevaron abarrisco,  
Haciendo con las picas tal desvio  
Que entró con su caballo Juan del Rio.

Y todos los caballos ponen pecho  
Al rompimiento, con tan grande furia,  
Que no se daba paso sin provecho  
Ni de rojo licor hubo penuria;  
Así que mejorándose su hecho  
A su gusto vengaban el injuria;  
Y donde el orden era mas durable  
Un caso sucedió harto notable.

Aqueste fué que cierta yegua blanca,  
La cual sin recoger andaba fuera  
Con otras diez, demás de su postranca,  
Asombrada llegó de tal manera  
Con las otras pegadas á su anca,  
Que rompieron la fuerza mas entera  
Sin punto reparar en el embargo,  
Y aun no pararon en lugar mas largo.

Pero caballos con andar paciendo  
Algunas noches hacen otro tanto,  
Cuando por el real oyen estruendo  
Y los barbaros dan por algun canto:  
A los ranchos y tiendas van corriendo  
Poniéndoles espuelas el espanto,  
Y pudiendo hacerse mas remotos  
Acuden á las gritas y alborotos.

Quien en algunas partes esto vido  
También puede ponello por escrito,  
Y en un trance nocturno bien reñido  
No de poco peligro su confito:  
Los bárbaros huyeron del ruido,  
Teniendo ya la suya sobre el hito,  
Porque les pareció venir encima  
Gente que con la lanza los lastima.

Fueron pues por las yeguas rebatidos  
Los que permanecian mas cerrados:  
Los unos rehollados y caidos,  
Otros sin armas, otros asombrados,  
Y todos en comun mas esparecidos  
E ya de su salud desesperados,  
Porque cualquiera caballero hiere  
Y hace de su lanza lo que quiere.

Advirtiósse también de la corrida  
De las cerreras yeguas y sin frenos,  
Que rompiendo por gente proveida  
De lanzas de que estaban todos llenos,  
Saliesen sin lision y sin herida,  
Salvo la una con un ojo menos;  
Pero por este se quebraron tantos  
Que duraron gran tiempo los espantos.

Pues tanto la matanza se estendia  
Como hallaban ya pasos abiertos,  
Que por ninguna via se podia  
Andar sino por cima de hombres muertos;  
Y el bravo Pigoanza como via  
Las turbaciones y los desconciertos,  
No siendo parte para dar remedio,  
Puso con otros tierra de por medio.

Y así salió con pérdida y afrenta  
Destas revueltas y rebeliones,  
Y aun dice que no escaparon treinta  
De todos los pijaos y yalcones,  
Por acudilles otra gran tormenta  
Al tiempo de volver á sus rincones  
De parte los panaes que á la mira  
Estaban, hasta ver quién se retira.

Porque la dura y áspera canalla  
A los principios vino de su bando,  
Mas en el rompimiento no se halla,  
Los fines y remates esperando;  
Y á quien vivo salió de la batalla  
Andaban por las silvas monteando,  
Anteponiendo sus voracidades  
A todos parentescos y amistades.

Y en tanta muchedumbre de salvaje  
Como en el pueblo padeció yactura,  
Menos fué menester que se trabaje  
En ponelles de tierra cobertura,  
Porque los deste bárbaro linaje  
En sus vientres les dieron sepultura,  
Y los guisaban con ardientes ramos  
Dentro de las cocinas de sus amos.

Recibiase desto gran fatiga,  
Y con el mal olor grave tormento;  
Mas español no hay que contradiga  
Huyendo de les dar desabrimiento,  
Porque mostraban voluntad amiga,  
Aunque tuviesen otro pensamiento;  
Pues mal se ligan en amor perfecto  
Aquel que manda y el que está subyecto.

Y así los españoles mas rompídos  
(Con que salieron bien de la rencilla,  
Pues hubo solamente seis heridos  
Y aquestos fuera de mortal mancilla)  
Estuvieron dispuestos y movidos  
A luego despoblar la nueva villa.  
Temiendo que si quedan se les llega  
Otra mas dura y áspera refriega.

Sobre lo cual consulta se tenia,  
Segun que piden cosas semejantes,  
Y en la resolucion también habia  
Algunas opiniones repugnantes,  
Pocas, pues la mayor parte seguia  
Al alcalde Juan Muñoz de Collantes,  
Después en este reino residente,  
Que en su cabildo dijo lo siguiente:

«Siendo todos aqui de una sentencia,  
Conozco que no fuera de discreto  
Anular votos y tomar licencia  
Para contradecir á su decreto;  
Pero visto que en esta diferencia  
Cada cual manifiesta su concepto,  
Quiero, señores, yo decir el mio  
Debajo de amistad y celo pio.

» Aquellos á quien cargos se conceden  
Y en ellos tienen militar usanza,  
No se estienden á mas de lo que pueden  
Midiendo su posible con templanza,  
Por no meterse donde los enreden  
Lazos de mal medida confianza,  
Y pierdan por faltar esta cordura  
Otra mejor sazon y coyuntura.

» Bien sabemos haber acontecido  
Vencer á grandes huestes pocos buenos;  
Pero lo mas comun y mas seguido  
Es llevar lo peor los que son menos:  
Poquito de los pocos he leído;  
De los muchos están los libros llenos;  
Y así negocios de tan grande peso  
Piden consejos de maduro seso.

» Y porque el que yo do sea creible  
Suplico que mireis con advertencia  
Cuan flaco y débil es nuestro posible  
Contra las fuerzas desta pestilencia;  
Y así hallareis no ser conveniente  
Hacer en estas tierras asistencia,  
A lo menos en tanto que no acude  
Otra mano mayor que nos ayude.

» Los indios tienen firme pensamiento  
En destruir aquesta nueva planta:  
Su desvergüenza y gran atrevimiento  
A todo lo que piensan se levanta;  
Para venir á darnos otro tanto  
Han de convocar gente cuatro tanta;  
Decidme, ¿qué paredes ó qué muros  
Teneis para poder estar seguros?

» ¿Qué fuerzas de Milán ó de Mecina,  
Qué violento tiro de bombardas,  
Qué trueno de fumosa culebrina,  
Qué balas de arcabuz ó de espingarda,  
Qué mil hombres de diestra disciplina,  
Para quien tanta multitud aguarda,  
Sino solas las manos y los brazos  
De cien soldados hechos mil pedazos?

»Pues aunque cada cual destes tuviera  
Cuantas el centimano Briareo,  
Ninguno de cansado se moviera,  
Según la duración deste torneo.  
Habeis habido desta gente fiera  
Dos veces la victoria y el trofeo:  
Cesen por algún tiempo las porfias,  
No tenemos á Dios por tantas vias.

»A él se den las gracias y la gloria  
Por este beneficio soberano.  
Porque tan honorífica victoria  
No tuvo fuerza de poder humano:  
Que contra tantos bien os es notoria  
La gran debilidad de nuestra mano;  
Y pues Dios acudió con su clemencia,  
No nos pongamos mas en contingencia.

»Ansi que, pues que todos sois testigos  
De la dura cerviz destas naciones,  
Vamonos á los pueblos mas antiguos  
Hasta tener bastantes municiones;  
Y creedme que los indios amigos  
No tienen mejoradas intenciones,  
Antes terné la misma confianza  
Dellos que del potero Pigoanza.»

Esto dijo Juan Muñoz de Collantes,  
Que de los que tuvieron eminenia  
A caballo, fué de los importantes,  
Y en animo, valor y en esperiencia;  
Al cual contradijeron circunstantes,  
Mas al fin aprobaron su sentençia,  
Y todos de comun consentimiento  
Ya querian dejar aquel asiento.

Cuando la gente pues se disponia  
A dejar la ciudad desamparada,  
La que era de caballo pretendia  
Venir al nuevo reino de Granada;  
El peonaje no, porque queria  
A lo de Popayán hacer jornada:  
Quedó determinado que siguiese  
Cada cual lo que mas gusto le diese.

Los yanaconas, en las divisiones,  
Dijeron á sus amos rasamente  
Que querian seguir á los peones,  
Porque cada cual dellos fué valiente  
En romper los feroces escudrones,  
Sin querer acudir equina frente;  
Pesóles deste bárbaro bullicio,  
Por quedar mancos sin aquel servicio.

De reinos de Pirú fué su venida  
Con los que los tenían por vasallos;  
Cada cual dellos grande busca-vida,  
Curiosos en el pienso de caballos,  
Y así de yanaconas fué servida  
La gente que podia sustentallos,  
Juzgando ser personas principales  
Los que gozaban destes animales.

Y como bárbaros aliadagados,  
Entrellos se juzgó por villanía  
(Hablamos de los tiempos atrasados)  
Servir á quien caballo no tenia;  
Y agora por los casos relatados  
Mudaron parecer y fantasia,  
O por ventura fué sagaz lenguaje  
Por no peregrinar largo viaje.

Viéndolos en efecto deste brio  
Ya resolutos y determinados,  
Hizo segunda junta Juan del Rio,  
Y dijo, siendo todos congregados:  
«Estos negocios, á juicio mio,  
Demasiadamente van errados,  
Y quien se determina prestamente  
Dicen que muy despacio se arrepiente.»

»Y si el señor Collantes el destierro  
Tiene deste lugar por acertado,  
Yo no quiero venir en este rerro  
Ni llevar paso tan acelerado,  
Pues del amago solo buye perro  
Que vez alguna fué mal lastimado;  
Y así nuestras victorias son ya muros  
Para vivir quietos y seguros.

»Rehenes son y válida fianza  
Quel ardor de los bárbaros apaga,  
Pues no fué tan pequeña la matanza  
Ni tan fácil la cura de su plaga,  
Que no gaste la vida Pigoanza  
Primero que de gente se rebaga,  
Y cuantos estuvieron á la mira  
Hoy tiemblan con temor de nuestra ira.

»Pero quiero decir que vengan cuantas  
Gentes la tierra cria y adereza,  
Y questos montes todos con sus plantas  
Se tornen indios sin que falte pieza,  
Si mil veces vinieran, otras tantas  
Han de volver quebrada la cabeza,  
Porque demás de no venir mejores  
Vienen vencidos contra vencedores.

»De suerte que si estamos á razones  
Con advertencia de juicios sanos,  
Buscando coyunturas y sazones  
Para hacer aquestos indios llanos,  
Las ciertas y seguras ocasiones  
Son las que ya tenemos entre manos,  
Habiéndoseles dado dos tan buenas  
Que valen mas que grillos y cadenas.

»Para tan numerosa pesadumbre  
Reconozco ser poca la substancia,  
Mas esta poca tiene de costumbre  
Salir de las peleas con ganancia;  
De manera que no la muchedumbre  
Vence, sino valor, orden, constancia,  
Y pocos quiero mas con estas partes  
Que muchos y confusos estandartes.

»No tracto de los casos precedentes  
Que ponen los antiguos escritores,  
De vencidos ejércitos potentes  
Por los que en cantidad fueron menores;  
Pues bastan los ejemplos que presentes  
Vemos de los demás conquistadores,  
Que en estas partes acabaron cosas  
No tan heróicas quanto milagrosas.

»Alguna parte desto nos alcanza,  
Segun manifestó nuestra defensa;  
Y así faltar aquí cristiana lanza  
Mal engañado vive quien lo piensa;  
Y este no es tiento, sino confianza  
Que tengo yo de la bondad inmensa:  
Antes lo tienta con crimen atroce  
Quien tan alta merced no reconoce.

»Que claramente veis qué nos sustenta  
Y con favores pios nos regala;  
Demás desto caemos en alevanta  
Tal que la mas enorme no la iguala;  
Al fin, como yo tengo de dar cuenta,  
No la querría dar de mi tan mala,  
Porque disculpa que razon repuna  
Al claro se conoce ser ninguna.

»Sé que no faltará concepto duro  
Que juzgue mi razon á devaneo,  
Imaginando ser lo que procuro  
Por no dejar el mando que poseo;  
Mas bien podré jurar sobre seguro  
Que no lo pretendi ni lo deseo;  
Y para ver lo que mi pecho tiene  
Hagamos una cosa que conviene.

»En Neiba está poblado Juan Cabrera,  
Do sabemos que vive descontento:  
Vayan á lo llamar á la lijera  
Con carta de cabildo y regimiento;  
Verna luego con los de su bandera,  
Pues hay color para mudar asiento;  
Reharemos el nuestro con su bando,  
Y estaremos debajo de su mando.»

Visto que daba parecer discreto,  
Enviáronse luego los recados,  
Con encarecimiento del aprieto  
Y fuerza de los indios rebelados:  
Holgóse Juan Cabrera del efeto,  
Y así vino con todos sus soldados;  
Quedó por general obedecido  
Y justicia mayor de aquel partido.

Luego se divulgó por el terreno  
El socorro de gente que venia,  
Y que tenían ya poder mas lleno  
De peones y de caballería:  
Que fué bastante para poner freno  
A otra tempestad que se movía,  
Templándose los indios inquietos  
Y sirviendo mejor los ya subyectos.

El Cabrera con sesenta peones  
Y veinte de caballo salió luego  
A castigar algunas poblaciones  
Mas culpadas en avivar el fuego:  
Fué la primera la de los yalcones,  
Por ser origen del desasosiego.  
Do con cautela hizo Juan Cabrera  
Un negocio que yo no lo hiciera.

Y fué llamar de paz aquellas gentes,  
Diciendo que traía limpio pecho,  
A cuya voz vinieron obedientes  
Algunos con preseas de provecho:  
Hizoles con caricias aparentes  
No recelarse de contrario hecho.  
Pues por ser capitán recién venido  
Facilísimamente fué creído.

Dijoles que declaren sus intentos  
A todos los caciques y señores,  
Y que traía buenos pensamientos,  
Aunque cierto pudieran ser mejores:  
Al fin mandó que ciertos aposentos  
Do posaban allí, fuesen mayores:  
Dicen que los harán, y este concierto  
Fué donde Pedro de Guzmán fué muerto.

El Pigoanza y otros principales,  
Sin ir ellos mandaron comisarios  
Con hasta cuatrocientos naturales  
Cargados de maíz y frutos varios,  
Y la madera y otros materiales  
Para hacer la obra necesarios:  
La cual adonde se les dió licencia  
Se comenzó con grande diligencia.

Y estando todos ellos descuidados  
En asentar los palos embebidos,  
Del Juan Cabrera fueron asaltados  
Y de los que con él eran venidos,  
Y como los cogieron desarmados,  
Quedaron la mitad dellos caídos:  
Y otra canalla desta gente perra  
Dentro de sus entrañas los entierra.

Porque venian en aquel viaje  
Para les ayudar en la ruina,  
No por otro salario ni otro gaje  
Sino la monstruosa golosina:  
Que la bestialidad deste linaje  
Con mas ferocidad se desatina.  
Que las fieras del mas sangriento pio,  
Pues nunca comen las de su natío.

Y estos no dejan deudo ni pariente,  
Ni reservan hermano ni á la hermana,  
Hijo de sus entrañas procedente,  
Decrépito varón, ni vieja cana:  
Y muchos dellos tienen de presente  
Contracto público de carne humana,  
Que son pijaos, cuyas condiciones  
Escuden á las mas fieras naciones.

Fué cierto principal destes gentios  
Reprehendido por términos buenos,  
Porque con sus voraces desvarios  
Muchos súbditos suyos hizo menos,  
Y respondió: «Yo como de los mios,  
Que no voy á comer de los ajenos.»  
Mas yo creo que fué tal el enmienda  
Que nunca comió mas de su hacienda.

Que las exorbitantes sinrazones  
Desta nacion crúel, ciega, perdida,  
Hacian á las pias condiciones  
Salir algunas veces de medida,  
Juzgando que tan duros corazones  
Eran indignos de gozar de vida:  
Y aun con usar entonces de rigores,  
No por eso los vivos son mejores.

Salió Cabrera pues de los yalcones  
Y fué por Aniobongo su corrida:  
Pero como tenían relaciones  
Ser la paz que promete fementida,  
Desampararon casas y rincones,  
Tomando la montaña por guarida:  
Nadie quiso venir, y desta causa  
A Timaná volvió, do hizo pausa.

Y preparando lo que convenia  
Para volver sin pluvias del invierno,  
Estendióse por indios que venia  
A lo de Popayán nuevo gobierno:  
Este diré quien fué, pero querria  
Dar á la novedad canto moderno:  
Y así, para salir con el intento  
Me conviene tomar algun aliento.

## CANTO NOVENO.

Donde se trata cómo Pascual de Andagoya, siendo proveido por gobernador de la tierra adyacente al rio que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastian de Benalcázar.

El gusto sensual del avariento  
Al interese corre tan sin freno,  
Que lo que puede dalle henchimiento  
Parece que lo hace menos lleno,  
Y con lo proprio suyo no contento,  
Mete las manos en lo que es ajeno,  
Fantaseando que cualquier provecho  
A él solo le viene de derecho.

Aquestas insolentes sinrazones,  
Que vuelan á mil fines aplicadas,  
No faltaron en Indias regiones  
Antes de estar las cosas asentadas,  
Y hubo grandes encuentros y pasiones  
Sobre las tierras en gobierno dadas:  
De las cuales será prueba patente  
La que se nos ofrece de presente.

De la sierra do nacen los dos rios  
Cauca y el otro de la Magdalena,  
Que riegan diferentes señorios,  
Segun he dado ya cuenta mas llana,  
Otro procede no largos desvios,  
Llamado de San Juan, pero su arena  
Al antártico polo va guiada  
Y en las ondas del Sar hace parada.

Por diversas provincias se derrama,  
De que no sabré yo ser coronista:  
Mas sé que rio de San Juan se llama,  
Por ser tal dia su primera vista,  
Y dél pidió, guiado por la fama,  
Un Pascual de Andagoya la conquista,  
Persona que debía merecella,  
Y así vino con gente para ella.

A su gobernacion en el destajo  
No le puso medida tan estrecha  
Que no saliese por algun atajo  
A lo que mas le cuadra y aprovecha:  
Y así, por aborrrar duro trabajo  
Determinó venir á casa hecha,  
Que es la de Popayán, por ser vecina  
De la que se le dió, con quien confina.

Y si pudo lugar haber alguno  
Para hacer creer ser sus anejos,  
Entonces lo halló bien oportuno  
En los pechos dudosos y perplejos,  
Por conocer gobernador ninguno,  
Salvo Pizarro, pero tan de lejos  
Que dalles otro gobernador era  
Por esta causa cosa creedera.

El Andagoya pues allí venido,  
Hizo presentacion de provisiones,  
Dándoles á las letras el sentido  
Que conformaba con sus pretensiones:  
Y aunque reconociesen ir torcido  
Y se pudieran alegar razones,  
Los de cabildo, por tener sosiego,  
En Popayán lo recibieron luego.

Y en todos los demás por sus tenientes  
 Fué recebido sin contrarios votos,  
 Estando destas cosas inocentes  
 En Timaná, por ser los mas remotos;  
 Mas porque los rumores precedentes  
 Con mayor claridad les fuesen notos,  
 Secretamente fueron enviados  
 Dos yanaconas diestros y avisados.

Estos trajeron relacion entera,  
 Bien informados de ocular testigo,  
 No sin grave dolor del Juan Cabrera  
 Por la suerte contraria del amigo  
 Benalcázar, el cual antes que fuera  
 Tractó con él la pretension que digo;  
 Y así determinó hacer jornada  
 A este nuevo reino de Granada.

Y el viaje tardó mas en pensallo  
 Que en poner en efecto la partida:  
 Quisieran los que quedan estorballo,  
 Mas no bastó palabra comedia:  
 Con él se fueron treinta de caballo  
 Amigos, de la gente mas lucida,  
 Y de los fugitivos caminantes  
 El uno fué Juan Muñoz de Collantes.

Ellos partidos, al tercero dia  
 Allí llegó por el nuevo regente  
 Aquel capitán Francisco Garcia  
 De Tovar, para ser allí teniente,  
 Y vistos los poderes que traía,  
 Lo recibieron amigablemente,  
 Mas requirieronle por vez tercera  
 Que fuese tras el dicho Juan Cabrera.

Porque llevaba muchos naturales  
 De los subjectos que les daban renta,  
 Con férreas colleras y ramales  
 Y no de carga la cerviz exenta,  
 Y á Juan Muñoz, que de rentas reales  
 Que fueron á su cargo no dió cuenta,  
 El cual en este tiempo que reffero  
 Era, demás de alcalde, tesorero.

Bien entendido su requerimiento  
 Y no le convenir disimullarlo,  
 Partió para le dar el cumplimiento  
 Con treinta y cinco hombres de caballo:  
 Tanta priesa se dan al seguimiento,  
 Que en tres dias pudieron alcançallo;  
 Mas el Cabrera con los suyos piensa  
 Remiir á las manos su defensa.

Vista por el Tovar el apariencia  
 Y el denuedo de la contraria mano,  
 Mediante tinta hizo diligencia,  
 Y por papel y pluma de escribano:  
 Están enteros en su resistencia,  
 Y como viesse ser trabajo vano,  
 Debajo de amistad al Juan Cabrera  
 El Tovar le habló desta manera:

« Señor Cabrera, yerro manifesto  
 Es el que cometeis sin fundamento,  
 Porque querer por armas llevar esto  
 No me parece ser acertamiento;  
 Limitese con término modesto  
 Un hombre de tan próspero talento,  
 Pues conocéis de mí que ya que salgo  
 No tengo de volver sin hacer algo.

» Sali forzado por requerimiento  
 Que me hicieron todos los vecinos,  
 Pero cierto no tuve pensamiento  
 De querer estorbar vuestros caminos;  
 Pues solo fué mi principal intento  
 Volver indios bozales y ladinos,  
 Y al señor Juan Muñoz, que de sus cargos  
 Se viene sin dar cuentas ni descargos.

» Y pues un servidor como yo viene  
 Y en amistad y amor somos hermanos,  
 Suplicos que mireis lo que conviene,  
 Porque los reyes tienen lenguas manos,  
 Y do quiera que vais el mismo tiene  
 Jueces y fiscales y escribanos;  
 Y así para huir extremos graves,  
 Los medios me parecen mas sãves.

» Tener por bien, si la razon enfrena  
 A los que della no van discrepantes,  
 Darme todos los indios de cadena  
 Y al alcalde Juan Muñoz de Collantes;  
 Y aquesto hecho, id enhorabuena  
 Con todos los demás indios restantes,  
 Porque los sin prisiones bien entiendo  
 Que de su voluntad os van siguiendo.»

Concedente los indios de collera  
 Con que del Juan Muñoz no se tractase,  
 Rogandosele mucho Juan Cabrera,  
 Mas no pudo con él que lo dejase:  
 En efecto, volvió do no quisiera  
 Porque el gobernador no lo vejase,  
 Pero llegado tuvo tal aviso  
 Que hizo sus negocios como quiso.

Los otros prosiguieron su jornada  
 Por pasos del Cabrera conocidos:  
 Llegan al nuevo reino de Granada  
 Cansados, pero no diminuidos;  
 Donde por Fernán Perez de Quesada  
 Fueron con gran aplauso recibidos,  
 Y no poco conjuntos á su lado  
 Juan de Orcezo y Arias Maldonado.

Volviendo pues las manos á la trenza  
 Que del nuevo regente se teja,  
 Digo que sin empacho ni vergüenza  
 Usaba del poder que no tenia,  
 Y la guerra de paces comienza  
 Con estampida de arcabuceria,  
 Que muchos arcabuces allí puso  
 Y desde entonces hubo dellos uso.

En tierras de los paces entrados,  
 Caribe gente por extremo fiera,  
 Tuvieron dos recuentos porfiados,  
 Do ganó poco la fiel bandera,  
 Pues fueron compelidos y forzados,  
 Con pérdida de gente, salir fuera;  
 Y así volvieron á cristianos puestos  
 Fatigados y cuasi descompuestos.

La fama, como no pierde camino,  
 Ni se le pone limite ni tasa,  
 En ponderar el dicho desatino  
 De Andagoya no quiso ser escasa,  
 Y á los oidos de Pizarro vino  
 Con larga relacion de lo que pasa;  
 El cual, en pena de tan poco seso,  
 Mandó que luego se lo lleven preso.

Estos poderes fueron enviados  
 A Juan de Ampudia por su gran cordura,  
 Pero cuando llegaron los recados  
 Estaba dentro de la sepultura;  
 Mas para ser mejor ejecutados  
 Llegó mas adaptada coyuntura,  
 Don Sebastian de Benalcázar digo  
 Cuyos discursos son estos que sigo.

Año de quince cientos y enarenta  
 Cumplidos del divino Nacimiento,  
 La majestad imperial atenta  
 A sus servicios y merecimiento,  
 Demás de dalle generoso renta,  
 Autorizó con adelantamiento,  
 Trocando su virtud y valentia  
 Título de merced en señoría.

Por los de sus antiguas amistades  
 La nueva divulgada y estendida,  
 Ocurren de las villas y ciudades  
 A dar el parabién de la venida.  
 Obispo trajo con sus dignidades,  
 Mercenario, persona conocida,  
 De los primeros en esta jornada,  
 Y este fué fray Francisco de Granada.

Del signo del Leon era salido  
 Y á Virgo daba resplandor Apolo,  
 Cuando fué Benalcázar recebido  
 Y Pascual de Andagoya quedó solo:  
 En prisiones lo tuvo detenido  
 Algunos dias por aqueste dolo,  
 Hasta que á gobernar al Pirú vino  
 Vaca de Castro, de tal cargo dino.

Aqueste, como trajo poder largo  
Y al Andagoya tuvo por amigo,  
Hizo de sus prisiones desembargo  
Y á Pirú luego lo llevó consigo.  
Sus insignes hazañas en su cargo  
Por escribillas otros no las digo;  
Mas sé que en gobernar y hechos buenos  
Ningunos fueron mas, y muchos menos.

Estos negocios de Andagoya llanos,  
Como de Popayán ya se destierra,  
El Benalcázar aprestó las manos  
Con presupuesto de allanar la tierra:  
Convocó los amigos baquianos  
Para hacer á los de Paez guerra,  
Cuyo nombre da muestras de dulzura,  
Pero segun antífrasis figura.

Apercibieronse mas de doscientos  
Soldados, por sus hechos conocidos,  
Y en estos belicosos rompimientos  
No menos rompedores que rompidos:  
Ballestas y fumosos instrumentos  
Fueron en cantidad apercebidos,  
Con todos los pertrechos necesarios  
A guerra de tan duros adversarios.

Son ciento de caballo, que cualquiera  
En este menester era perfeto;  
Entre ellos va Tovar, que no debiera,  
Segun parecerá por el efeto;  
Llevó también, por ya saber quién era,  
Al capitán llamado Martín Nieto,  
Y á don Francisco su hijó mestizo,  
Que muchas honorosas cosas hizo.

Y al capitán Baltasar Maldonado,  
Que en este reino de descubridores  
Y en sus conquistas fué tan señalado,  
Que ningunos en él fueron mejores;  
Del cual, aunque reposa sepultado,  
No pueden sepultarse sus loores,  
Y en Tunjá deja para mayor gloria  
Hijas que resucitan su memoria.

Dellas es la mayor doña María,  
Que si á merecimientos de doncella  
Ventura se mostrase madre pia,  
Ninguna la tenía mayor quella;  
Otra doña Ana, cuya gallardía,  
Virtud y gracia vencen la mas bella;  
Y Alonso Maldonado ya difunto,  
Que fué de su valor claro trasunto.

No quiso ser exento destas redes,  
Por ser no menos diestro que valiente,  
Nuestro vecino Diego de Paredes  
Calderon, que tenemos hoy presente,  
Dignísimo de mas amplas mercedes  
De las que su ventura le consiente;  
Y otros algunos deste nuevo reino  
Que se hallaron en aquel gobierno.

Habíalos entonces enviado  
Desde este nuevo reino de Granada  
Don Alonso de Lugo, adelantado,  
A recoger la gente derramada  
Que del descubrimiento del Dorado  
Salió con Fernán Perez de Quesada;  
Y entrar en Paez era su destino,  
Atajar, al volver, algun camino.

Efectuóse pues esta partida  
Por los que militar ardor inflama  
En oportunidad que los convida,  
Aunque suceso bueno no los llama.  
La nueva y el tropel de la venida  
Por la tierra de Paez se derrama,  
Y antes quel español entrase dentro,  
Los bárbaros salieron al encuentro.

Estimulados de las furias locas  
Aquellas gentes bravas y terribles,  
Que en aquella sazón no fueron pocas  
Y en opiniones propias invencibles,  
Ocuparon los pasos y las rocas  
A los humanos pies inaccesibles,  
Cuyos anfractos duros y aspezeza  
Son estremados en naturaleza.

Con inminente riesgo se trabaja  
Al entrar por aquellas angosturas,  
Do los indios pelean con ventaja  
A causa de tomalles las alturas:  
Alguna parte del furor ataja  
Sulfúreo tiro con pelotas duras,  
Cuyo veloce vuelo mas alcanza  
Quel presuroso golpe de la lanza.

En cualquier paso de quebrada fonda,  
Antes que della nuestra gente salga,  
Por cuantas partes hay á la redonda  
Viene rodando peñascosa galga:  
Resuenan los crujidos de la honda,  
Tantos, que no hay escudo que les valga  
Hubo sangrientas frentes y mejillas,  
Brazos quebrados, piernas y rodillas.

Aquesta furia nunca fué bastante,  
Enhiesto cerro ni áspera ladera,  
Para que no procedan adelante  
Y de las angosturas salgan fuera:  
A cierto rio llegan abundante,  
El cual tenia puente de madera,  
Donde con superbisimo coraje  
Los bárbaros impiden el pasaje.

Gran espacio duró la competencia,  
Mas su trabajo no se perficiona,  
Aunque el adelantado, sin paciencia,  
En grande riesgo puso su persona;  
En estas dilaciones hizo ausencia  
La clara luz del hijo de Latona,  
Y así por esta causa se retrajo  
El campo de los nuestros mas abajo.

Con el obscuro de la noche fria  
Buscan pasaje menos arriscado,  
Y donde mas el agua se tendia  
Hallóse para los caballos vado;  
Pero para bagaj é infantería  
Ganar aquella puente fué forzado,  
Y este dificultoso desembargo  
Tomaron tres peones á su cargo.

Del uno dellos yo no sé su nombre,  
Por injuria del tiempo variable;  
Y aunque tenemos destes tres un hombre,  
Perdiólo su memoria deleznable:  
Solo me dice merecer renombre  
Adornado de fama perdurable,  
Pues nunca se halló negar el pecho  
Al mas dudoso y espantable hecho.

Fué Martín de las Islas el segundo,  
Que en este nuevo reino de Granada  
Y en otras partes deste nuevo mundo  
Hizo bien larga prueba de su espada;  
El tercero, que hoy nos es yocundo,  
Con evidencias de la edad pasada,  
Paredes Calderon, el cual ha sido  
Ejemplo de valor engrandecido.

El curso de la noche demediado,  
Segun del polo muestran las tutelas,  
Se disponen al hecho señalado,  
Armados con espadas y rodelas:  
No hallan al contrario descuidado,  
Antes con vigilantes centinelas  
Que tocan arma, y en aquel instante  
Opuestos dos mil bárbaros delante.

No baja con tal impetu creciente  
De las alturas á los campos llanos,  
Ni llamas prestas de vigor ardiente,  
Impelidas de cierzos ó solanos,  
Cuan prestos se abalanzan á la puente  
Estos tres valerosos castellanos:  
Menean brazos, y estos movimientos  
Igualan á los mismos pensamientos.

Andan listos los piés, prestas las manos,  
No sin sangre de quien el paso quita,  
Y así de los que hallan mas cercanos  
Este cae y aquel se precipita:  
Crece la multitud de los paganos;  
Confúndense con voces y con grita,  
Por no dalles lugar el angostura  
Para poder entrar quien lo procura.

Tanta presa les dan y tanta caza,  
Que con la mejoría de sus suertes  
La puente toda se desembaraza,  
Y al cabo della se hicieron fuertes,  
Porque salir á mas estensa plaza  
Era pagar las muchas con sus muertes;  
Y allí valerse sin mortal mancilla,  
Se tuvo por divina maravilla.

Sus fuerzas llegan al supremo grado,  
En las cuales están todos enteros;  
Mas no bastaran ellas ni el cuidado  
Para no ver sus dias postrimeros,  
A no haber don Francisco ya pasado  
El vado con cincuenta caballeros,  
Que llegaron con paso presuroso  
A la puente y al trance riguroso.

Quedaron libres estos tres soldados  
Con aquesta veloz arremetida;  
Los indios compelidos y forzados  
A rehuir el riesgo de su vida,  
Viendo que á muchos los siniestros hados  
Hicieron que abriesen la partida  
A la profundidad de los infiernos,  
Donde son los tormentos sempiternos.

Quitados de la puente los rigores,  
Do la española parte se mejora,  
Dió don Francisco gracias y loores  
A sus atletas, y en aquella hora  
Iba restituyendo sus colores  
A los escelsos montes el aurora;  
Y así el adelantado brevemente  
Vino con el restante de la gente.

Prosiguen adelante sus caminos  
Al valle que promete buenas suertes,  
Pero todos los pueblos convecinos,  
Que para pelear no son inertes,  
Con galgas como piedras de molino  
En un alto peñol se hacen fuertes,  
Varios pertrechós, hijos y mujeres,  
Y lo mas substancial de sus haberes.

Señoreábase desde el altura  
Cuanto puede visible subtileza:  
Si lugar áspero formó natura,  
Allí pudo llegar el aspereza;  
Forma piramidal es su hechura,  
Pero sitio capaz en la grandeza;  
Algunos montes hay en las vertientes,  
Y no faltaban cristalinias fuentes.

Las partes del imposibilitadas  
Para subir por ellas piés humanos:  
Solamente tenía dos entradas,  
Do no podían asentarse llanos,  
Antes las sendas van tan empinadas,  
Que en vez de piés se sirven de las manos;  
Y en estas no faltaban compañías  
Que velaban las noches y los dias.

Hizose la posible diligencia  
Con promettes amistad de hermanos,  
Si diesen vasallaje y obediencia  
Al mejor rey de todos los humanos:  
Fué dellos la final correspondencia  
Querer averiguallo por las manos,  
Que las aprieten, y quien mas pudiere  
Del vencido hará lo que quisiere.

Por el adelantado visto esto,  
Y que le convenia sojuzgallos,  
Asentó ranchos en lugar dispuesto  
Para se menear con los caballos:  
Noches y dias con furor molesto  
Acuden bárbaros á contrastallos,  
Dando tan á su salvo los asaltos,  
Que revolvan libres á sus allos.

Consideradas las obstinaciones  
Y fieros de la bárbara jactancia,  
Que ya con atambores y pendones  
Hacían, recogidos á su estancia,  
Queriendo declarar sus intenciones  
A los comilitones de substancia,  
El Benalcázar por oír respuestas  
Dijo pocas palabras, que son estas:

«Caballeros, cualquier riesgo patente  
Es gran acertamiento que se huya;  
Pero será mayor inconveniente  
Salir á estos indios con la suya,  
Porque de muchos el temor presente  
En lo futuro no se disminuya,  
Pues cada cual sabeis á lo que tira  
Y cuánta multitud hay á la mira.

» Primero pues que llegue la mañana  
Manifestádonos sus arreboles,  
Quiero que de la gente mas lozana  
Suban cien señalados españoles,  
Porque la tierra toda queda llana  
Si podemos ganar estos peñoles,  
Y vayan por caudillos al efeto  
El capitán Tovar y Martín Nieto.

» Lleven sus armas defensivas puestas,  
Y con las ofensivas en la mano,  
Cargados arcabuces y ballestas  
Que pongan frenos al furor insano:  
Los demas con caballos y armas prestas  
Estaremos arriba de lo llano,  
Cuanto cómodamente ser pudiere,  
Por acudir á lo que sucediere.»

Correspondieron todos gratamente,  
Por ser en punto gente tan entera  
Que para riesgo muy mas evidente  
Ninguno recelara la carrera:  
Previene cada uno diligente  
Aquel recado que menester era,  
Y apercebidos para la jornada  
Esperaban la hora señalada.

Al tiempo pues que la menor estrella  
Moradora del cielo mas cercano,  
Aquella digo que la lumbre della  
Es sola la que toma del hermano,  
Entra con pureza de doncella  
A se lavar en ondas de Oceano,  
E ya la soporífera tardanza  
Igualaba del peso la balanza:

El capitán Tovar, que no dormía,  
Hizo de los soldados llamamiento,  
No con aquel ardor con que solía  
Llegar á belicoso rompimiento,  
Mas con tibieza tal, que parecia  
Présaga de su mal acabamiento,  
Asaltado de natural sospecha  
Que estímulo de honor de sí desecha.

Y así, los compañeros recogidos,  
Otro concepto del que tiene muestra,  
Y los dos capitanes convenidos,  
Martín Nieto tomó la senda diestra;  
El Tovar por los pasos mas erguidos  
Y de riesgo mayor, á la siniestra;  
Y entrambos con silencio necesario  
Fueron subiendo por camino vario.

El Nieto, no por ir mas advertido  
Sino por un regalo de ventura,  
Subió sin ser de nadie resistido  
Ni vello, por la noche ser obscura,  
De tal suerte, que cuando fué sentido  
Estaba ya cercano del altura,  
Y al tiempo que acudieron gentes prestas,  
Disparan arcabuces y ballestas.

Cuyos tiros ningunos dan en vano,  
Antes los mismos cuerpos son adarga;  
Luego con la violencia de Vulcano  
Apresuróse la segunda carga:  
Al fin pusieron piés en lo mas llano  
Que á su pesar el dueño desembarga,  
Y así los sanos como los heridos  
Fueron ahuyentados y esparcidos.

Allí paró con los de su estandarte  
No consintiendo mas tender la rienda,  
Contento con tomar aquella parte  
Ya sin que la contraria se defienda:  
Y en tiempo que pudiera de buen arte  
Llevar mas adelante la contienda,  
Parecióle volver sin hacer pausa,  
E yo no sé decir cuál fué la causa.

Pero debió tener causas bastantes.  
Que fuera van de mis obligaciones,  
Porque suelen en cosas semejantes  
Engaños padecer las opiniones:  
Antes pues que de estrellas radiantes,  
Que en los mortales hacen impresiones,  
La luz con la del sol fuese resuelta,  
Para el adelantado dió la vuelta.

Tuvo suceso deste diferente,  
El capitán Tovar en la subida,  
Por ser innumerable la creciente  
De la gente feroz endurecida;  
Mas él propuso con fervor ardiente  
Ganar los altos ó perder la vida;  
Y así con tiros y con hechos buenos  
Allá subieron sin hacellos menos.

En esta hora de temor horrendo,  
Hora menguada y hora lastimera,  
Venía ya sus rayos descubriendo  
Aquel planeta de la cuarta esfera:  
Aumentase la grilla y el estruendo  
De gentes, como si de talanquera  
Vieran pelea de león y oso,  
O tuvieran los toros en el coso.

Hay tanta multitud que los oprima,  
Como gran espesura de arboleda,  
A la similitud que en el esgrima  
Gran cantidad de gente hace rueda:  
Llueven dardos y piedras de por cima  
Por tantas partes, que ninguna queda  
Donde nuestro Tovar, como quien era  
En su defensa justa persevera.

Duró desta manera la porfía  
Con reciprocos acometimientos,  
Hasta que declinó del mediodía  
El sol con sus lijeros movimientos:  
El calor y la sed que se sufría  
Pasó de los humanos sufrimientos,  
Y traspasó la raya del espanto  
Poder hombres mortales durar tanto.

No les sirven ballestas ni cañones  
Con que bala mortal es impelida,  
Y con que la braveza de escuadrones  
Había sido siempre rebatida,  
Porque faltaban ya las municiones,  
Artificiales rayos y estampida;  
Y así los indios, que lo tal sospechan,  
Oportunas sazones aprovechan.

Comienzan de mas cerea los combates  
Largando riendas á las osadías;  
Pero los nuestros suben de quilates  
Su brio, su valor y valentías,  
Dando crüeles fines y remates  
A las mas atrevidas gallardías;  
Aunque desbaratados los que encuentran,  
Por espaldas y lados otros entran.

Bien quisieran huir tan mala suerte,  
Mas su resolución es homieida,  
Porque si huyen caen en la muerte,  
Y si no huyen piérdese la vida;  
Al fin no puede, de lo que se advierte,  
La determinación ser digerida;  
Mas uno, que no sé decir quién era,  
Al Tovar le habló desta manera:

«Decidme, señor mío, ¿qué esperamos  
Cuando menos conviene que se espera?  
Por las dos partes les acometamos  
Por donde mas el impetu nos hiere.  
¿Sus! en cuadrillas dos nos dividamos,  
Y caiga de nosotros quien cayere;  
Pues quien rompiere, como vivo salga,  
Podría ser que de los piés se valga.»

Lo dicho por aquel soldado viejo  
No les pareció mal á los oyentes,  
Porque en perplejidad cualquier consejo  
Da muestra de razones concluyentes:  
Hallando pues en ellos aparejo  
Sin haber pareceres diferentes,  
Para romper á los que los impiden  
En dos partes iguales se dividen.

Usábase traer barba crecida  
En aquella sazón y autorizada,  
Y era la del Tovar barba vellida,  
Largos bigotes, toda bien poblada,  
Y entonce la traía recogida  
Al modo de cabellos entrenzada:  
Y á los soldados, antes que comiencen,  
A gran prisa mandó la desentrecen.

Debió de ser, según lo que yo puedo  
Congeturar de aquesta diligencia,  
A los imberbes indios poner miedo  
Con la ferocidad de su presencia:  
Y así con ferocísimo denuedo,  
Confiado de Dios y su clemencia,  
Puso los pensamientos y la frente  
Adonde vió mas multitud de gente.

Mandó hacer el acometimiento  
Diciendo: «Si Dios quiere que este día  
Sea de mi final acabamiento,  
Su voluntad se cumpla y no la mía,  
Incierta de cuál es acertamiento  
Si por la santa suya no se guía.»  
Y aquesto dicho, los insignes martes  
Rompen la furia por entrambas partes.

Por donde fué la gente sin caudillo,  
A causa de ir Tovar por otra vía,  
Tentó subir el capitán Morillo  
Que con treinta soldados acudia  
A la gran algazara del castillo,  
A los cuales Benalcázar envía,  
Considerando que en el alto morro  
Necesidad había de socorro.

Puso Morillo suma diligencia  
Por llegar con los suyos al aprieto,  
Mas al subir fué tal la resistencia  
Que se volvieron sin hacer efecto:  
Los otros que rompieron la violencia  
Sin aguardar decoro ni respeto,  
Se desgalgaron por la cuesta abajo  
Por el camino que Morillo trajo.

Levanta los tobillos quien mas puede  
Para juntarse con los de los llanos,  
Y aunque este se despeñe y aquel ruede  
Nadie cura de amigos ni de hermanos:  
El furor de los indios que procede  
Hubo los siete dellos á las manos;  
Los otros escaparon de las redes,  
Y destos es el Diego de Paredes.

Rompido por Tovar el torbellino  
Que le cabía por su derescera,  
Metióse por un monte convecino  
Pensando que mejor le sucediera;  
Mas en prosecución de su camino  
Dió con innumerable gente fiera,  
Demás de los que fueron en alcance  
Por no perder aquel honroso lance.

Viéndose saltados de repente  
De crüel escuadron aunque desnudo,  
Quien mas aliento tuvo de su gente  
Huyó por donde buenamente pudo;  
Quedaron con él once solamente,  
La mayor parte dellos sin escudo,  
Que no haciendo cuenta de sus vidas  
Procuran de vendellas bien vendidas.

Mas el mayor estrago fué ninguno,  
Si lo uno y lo otro se avalia,  
Pues importaba mas la vida de uno  
Que cuantas el peñol alto tenía;  
El impetu de muchos importuno  
Con terrible calor prevalecía,  
Y de los miserables el mas fuerte  
A brazos anda con la misma muerte.

Destá manera la fiel docena,  
Traspasada por pechos y por lados,  
Anda pagando la severa pena  
Que destinaron sus atroces hados.  
Hasta que en sangre propia y en ajena  
Quedaron todos ellos anegados,  
Cortadas al momento las cabezas  
Y los llagados cuerpos hechos piezas.

Ansi tuvo Tovar acabamiento  
Que cuasi del Añasco fué trasunto,  
El cual pudo fingir impedimento  
Quando de tacto mal tuvo barrunto;  
Mas no quiso huir el detrimento,  
Por no caer un punto de su punto,  
Y á sus excusas todos dieran lado  
A causa de estar bien acreditado.

Decían muchos ser fatal sentencia,  
Planeta, signo, constelación dura,  
Pero la semejante dependencia  
No tiene fuerza sobre la cordura,  
Pues el varon dotado de prudencia  
Muchos inconvenientes asegura,  
Cuanto mas quel peligro del enhiesto  
Peñol á todos era manifiesto.

A los demás que por despeñaderos  
Huyeron divididos y apartados,  
Dióles la vida ser de piés lijeros,  
Y entonces mas veloces que venados.  
Y estar los indios, con los compañeros  
Que con Tovar quedaron, ocupados;  
Pues con cudicia del presente cebo  
No fueron á buscar otro de nuevo.

Como suelen en Indica dehesa  
Cazadores con perros de trailla,  
Que buscando sustentos de su mesa  
Toparon de venados gran cuadrilla,  
Y en aquellos que pueden hecha presa,  
La resta no procuran de seguilla,  
Contentos con lo que en las manos queda,  
Sin que tras lo dudoso se proceda:

Esta suerte los bárbaros espertos  
En correr por lugares saebrosos,  
No quisieron dejar los lances ciertos  
Por seguir los inciertos y dudosos;  
Mas repartidos ya los cuerpos muertos  
Por los que se mostraron mas bríosos,  
Determinaron con potente mano  
Romper con el ejército cristiano.

Ocupáronles todas las salidas  
Con tantas gentes y de tal manera,  
Que corrieran gran riesgo de las vidas  
Si por adonde entraron se saliera;  
Después á salvo dan arremetidas  
Tantas, que les convino salir fuera,  
Tomando las montañas por amparo  
Para por ellas ir á campo claro.

Caminaron con gran desabriniendo  
Por los habidos en aquel viaje:  
Y en confianza de cursado tiento  
Rompieron por el áspero bosqueje,  
Camino de mayor detenimiento,  
Hasta que ya llegaron al paraje  
De Cali, do salieron mal parados,  
Mas no de sus venganzas olvidados.

Y así, después que ya la primavera  
Del de cuarenta y uno fué llegada,  
El fuerte Benalcázar persevera  
En la guerra de Paéz comenzada,  
A la cual coyuntura Juan Cabrera  
Volvió del nuevo reino de Granada,  
Que no le dió pequeño regocijo  
Por le tener amor de mas que hijo.

Y en común redundaron los placeres  
Por él hacellos á cualquiera banda,  
Demás de que vulgares pareceres  
Se van tras el que tiene quien los manda:  
Dióle de general largos poderes,  
Y fueron contra la nacion nefanda,  
Donde después que entraron en la tierra,  
Sin mal suceso les hicieron guerra.

El modo de hacella no lo digo,  
Por ser inacabable si se empieza,  
Pero sé que se hizo gran castigo,  
Adonde les quebraron la cabeza,  
Satisfaciéndose del enemigo,  
Sin morir español ni faltar pieza:  
Mas con los castigar segun le plugo  
No pudo sometellos á su yugo.

Después ya de punir aquestas gentes,  
Sobre cuantas nacieron inhumanas,  
Recorrieron provincias diferentes,  
Ansi remotas como comarcanas,  
Gastándose los tres años siguientes  
En las pacificar y hacer llanas,  
Al cabo de los cuales nuestros reyes  
En Indias estamparon nuevas leyes.

Para Pirú con esta diligencia  
Por virey vino Blasco Nuñez Vela,  
Donde la tierra falta de obediencia  
Contra mandatos regios se rebela;  
Y porque de aquí tiene dependencia  
Aquello que me resta de la tela  
De Benalcázar, la porné cumplida,  
Pero con canto nuevo definida.

## CANTO DECIMO.

Donde se cuenta la venida del virey Blasco Nuñez Vela á Popayán, y cómo allí se rebizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y cómo envió al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados.

Los que mal hacen, porque no se entienda,  
Huyen de donde resplandece lumbre;  
A los incorregibles el enmienda  
Les es intolerable pesadumbre;  
Y así suelen decir, á los sin rienda  
A par de muerte ser mudar costumbre,  
Que como sobre mal subyecto caiga  
Con gran dificultad se desarraiga.

Pues como corregillos es al gusto  
Y voluntad de los celosos reyes,  
Y en Indias no viviesen tan al justo  
Que no tractasen mal bárbaras greyes,  
El gran emperador César Augusto  
Don Carlos quinto hizo nuevas leyes  
Para que desterrada la malicia  
Se besasen la paz y la justicia.

Fueron en el Pirú mal recibidas,  
Y el virey, mas bríoos que paciente,  
Con celo de las ver obedecidas,  
Queríalo llevar por lo valiente:  
La furia de las gentes atrevidas  
A tal temeridad puso la frente,  
Que para lo prender se dieron noña,  
Y preso le mandaban ir á España.

Mas en el mar del Sur el mensajero,  
Pareciéndole grave desatino  
No dalle libertad al prisionero,  
En ella lo dejó por el camino:  
El para castigar el desafío  
A la ciudad de Popayán se vino,  
Adonde Benalcázar y sus gentes  
A sus mandatos fueron obedientes.

Como reconoció leales pechos  
En todos estos pueblos comarcanos,  
Juntó soldados, armas y petrechos  
Para revolver sobre los tiranos;  
Los cuales ya sus temerarios hechos  
Sustentaban con armas en las manos,  
Cierto papel tomando por cubija  
Y á Gonzalo Pizarro que los rija.

El cual, sabidas bien las intenciones  
Del virey, segun hemos declarado,  
Para Quito guió sus escuadrones  
Y puso contra rey campo formado,  
Con tantas y tan buenas prevenciones  
Cuantas pedía caso tan pesado:  
Hizo el virey la misma diligencia,  
Pero menoscabado de potencia.

Fué Benalcázar pues en su servicio,  
Y con honroso cargo Juan Cabrera,  
Con otros muchos que en aquel oficio  
Pudieran ser preciados donde quiera;  
Mas no les acudió hado propicio  
A los que siguen la real bandera,  
Porque los mas murieron junto á Quito  
En aquel asperísimo conflicto.

Al fin prevaleció lo mal fundado,  
Y entonces el derecho quedó lesa,  
Por se hallar el campo rebelado  
Con posibilidad de mayor peso:  
Fué pues el Elasco Nuñez degollado,  
Y nuestro Benalcázar quedó preso,  
No libre de heridas, mas de suerte  
Que se halló cercano de la muerte.

Mas la que no le dió confusa mano  
Cuando Mejera su furor enciende,  
Quisiera se la dar un mal cristiano  
Que (porque fué leal) lo reprehende;  
Y Gomez de Alvarado, mas humano,  
Del impetu tirano lo defiende,  
A cuya fe de noble caballero  
Benalcázar se dió por prisionero.

Quieren decir algunos que Gonzalo  
Pizarro, precediendo sinsabores,  
No tuvo contra él intento malo,  
Tractándolo por términos mejores;  
Pero para privallo del regalo  
No faltaban perversos consultores,  
Diciéndole: «Señor, destes los menos,  
Que tarde, mal y nunca serán buenos.»

Al fin el Alvarado con prudencia,  
Siendo su proprio honor el interesse,  
Solicitó con suma vehemencia  
Que libertad precisa se le diese,  
Y así Pizarro proveyó licencia  
Para que á su gobierno se volviese;  
Y al mismo punto quel despacho vino,  
Se puso con algunos en camino.

Huyendo de los términos tiranos  
Ninguno de buen pecho mas espera,  
Dejándoles las capas en las manos,  
Y destes Francisco Fernandez era,  
Aunque después el pobre cascós-vanos  
Contra pendon real alzó bandera:  
En los cuales sucesos no me alargó  
Porque otros los tomaron á su cargo.

De Benalcázar tracto solamente,  
Que caminó con la licencia dada,  
Y por consejo de dañada gente  
Fué dentro de dos dias revocada;  
Y así fueron con paso diligente  
Tras él por estorballe la jornada,  
Pero, herido ya desta sospecha,  
El camino real de sí desecha.

Por la sierra se fué con este miedo,  
Sin reparar desque salió de Quito,  
Por verse lejos de tan mal enredo,  
Cual es el que pusimos por escrito;  
Y entonces sucedió lo de Robledo,  
Que porque lo conté no lo repito,  
Mas quien quisiere relacion mas llena  
Lea lo que tracté de Cartagena.

Sobre mil y quinientos ya corría  
El de cuarenta y seis de nuestro fuero,  
Y en el décimo mes al cuarto dia  
Vieron este suceso lastimero,  
El mismo año que furoros cria  
La muerte del virey fué por enero;  
Y este negocio, de lealtad ajeno,  
En las Españas dió terrible trueno.

Por el Pirú la furia mas se empina,  
No que faltase quien al rey obligue,  
Pero comunidad, si desatina,  
Olvidada del bien lo malo sigue.  
Al fin su Majestad se determina  
Enviarles juez que los castigue,  
Y fué contra la pérdida borrasca  
El cuerdo licenciado Pedro Gasca.

A Panamá llegó, donde la llama  
Tiránica tienda su creciente;  
Mas á los principales de la trama  
Ganó las voluntades facilmente,  
Y á Benalcázar por su buena fama  
Escribió que procure hacer gente,  
Para luego pasar en su demanda  
A Pirú contra la rebelde banda.

Visto por Benalcázar el edito  
Y sello de potencia soberana,  
Con gente se partió via de Quito,  
Porque ya la ciudad estaba llana;  
Al fin se vió con él y en el conflicto  
De la batalla de Xaquixaguana,  
Do Gonzalo Pizarro con el resto  
Quedó de vida y honra descompuesto.

El cual pudo vivir rico y contento  
Sin aspirar a regio señorio,  
Mas tendió velas á su desatiento  
Por golfo de supremo poderio,  
Y así, con soplos de soberbio viento  
Y poco lastre, zozobró el navio,  
Ahogando proezas de servicios  
En ondas de tiránicos bullicios.

Viérades por el lodo las grandezas  
De los que se mostraban mas lozanos,  
Y en qué pararon sueños y torpezas,  
Furias y devaneos de tiranos,  
Y cómo los varones de riquezas  
Con nada se hallaron en las manos,  
Confiscado caudal, honras perdidas,  
Demás de las yacturas de las vidas.

Dado ya fin á la tirana guerra,  
Cuyo castigo fué sanguinolento,  
Demás de multitud que se destierra  
Menos culpados en el alzamiento,  
Benalcázar volvió para la tierra  
Donde tenia su adelantamiento,  
Con deseo de ya vivir quieto  
Si pudiera gozar de tal efeto.

Mas en la rueda del humano juego  
Siempre fortuna da carta cubierta,  
Y así cuando teneis algun sosiego,  
Que raras veces á venir acierta,  
Para lo perturbar acuden luego  
Cien mil desasosiegos á la puerta;  
Porque la quietud de los humanos  
Es tal que se desliza de las manos.

El mas cierto placer es como sueño  
Que en memoria no hace permanencia;  
Lo cual en Benalcázar os enseñó,  
Que cuando vido dél un apariencia,  
Él licenciado Francisco Briceño  
Llegó para tomalle residencia  
Sobre la muerte de George Robledo  
Y algunas cosas que escribir no puedo.

Hasta de la mas baja menudencia  
Le hizo cargo, y admitió querrela  
De la viuda que con impaciencia  
Lloraba siempre la marital mella:  
Vistas las causas, pronunció sentencia,  
Que fué de muerte, mas apeló della  
Aute el monarca de suprema silla,  
Para seguir sus causas en Castilla.

Tomó fianzas el que lo condena,  
E ya puesta por obra la partida,  
Vejez, enfermedad y grave pena,  
Le cortaron el hilo de la vida  
Dentro de la ciudad de Cartagena,  
Emula gente, pero comedia,  
Que como nobles y de canas sienas  
Le hicieron exequias muy solenes.

Pagado pues el natural tributo  
Cargado sobre todos los mortales,  
El don Pedro de Heredia puso luto  
Con los demás vecinos principales,  
Haciéndole sepulcro bien instruto,  
Honrosos y cumplidos funerales,  
Y encima de la tumba do yacia  
Pusieron una letra que decia:

*Ista Benalcázar potuit concludere tumba,  
Ipsius ut famam claudere non valuit:  
Succubuit fati, que passim curanda turbant,  
Gesta tamen calamo sunt celebranda pio.*

Yace Benalcázar fuerte Fué de los hados rendido,  
En esta terrestre cama Y á la injuria sometido  
Que enbre la frágil trama; De mudanzas temporales;  
Pero no pudo la muerte Mas sus hechos fueron tales  
Encubrir su buena fama. Que no mereció olvido.

Quando cerró los ojos con eterno  
Sueño, fué por el año de cincuenta,  
Y hasta ver gobernador moderno  
O lo que mas al alto rey contenta,  
Briceno se quedó con el gobierno;  
Y ansi para dar dél honrosa cuenta,  
Dió conductas y cuerdas instrucciones  
Para hacer cristianas poblaciones.

A Vasco de Guzmán, por el abono  
Que dél tenia por la comun fama,  
Mandó poblar en lo de Guachicón,  
Que por los nuestros Almaguer se llama;  
Al cual poco después quitó del trono  
Por dar oídos á quien lo desama,  
Siendo del desacrédito terceros  
Un Juan de Medellín y Luis Mideros.

A cuya peticion fué proveído  
Alonso de Fuen Mayor, que era yerno  
De Benalcázar, hombre ya rompido,  
Y de buenas industrias y gobierno:  
Muchos soldados siguen su partido,  
Que no señalará nuestro cuaderno;  
Mas dellos fué Vicente de Tamayo  
Que desta tela me proveyó sayo.

Y un Alvaro de Oyon, de quien la historia  
Que hago tractará prolijo rato,  
Haciendo de sus cosas la memoria  
Que los antiguos hacen de Herostrato,  
Vaso de necesidad y vanagloria,  
Arrojadizo, torpe, mentecato,  
Mas del vulgo tenido comunmente,  
Siendo hombre temerario, por valiente.

Era de Guelva, pueblo del condado,  
Segun oímos á personas varias,  
Nieto del comunero condenado  
Que dijo « mi compadre Gomez Arias »,  
Que por ser un romance muy trillado  
Las razones se dan aquí sumarias,  
Pero quien del suceso mas desea  
Lo restante de aquel romance vea.

El Oyon ansimismo fué culpado  
En el Pirú con los del alzamiento,  
El cual vino con otros desterrado,  
Personas que no fueron de momento;  
Después en Almaguer fué señalado  
Por escuadra, con otros que no cuento,  
Y allí sin ocasion de tener guerra  
Riñó con un soldado de su tierra.

Fué Francisco Dominguez el que digo,  
Y aunque los despartieron sin herida,  
Sancho de Rojas, del Oyon amigo,  
Fué del dicho Dominguez homicida,  
Sin que pudiese declarar testigo  
Otra razon ni causa conocida:  
Sabido por Oyon el mal recado,  
Los dos se retrajeron á sagrado.

Luego de Guachicón se salieron  
Usando de recatos necesarios,  
Y á la villa de Cali se volvieron  
Fuera de los caminos ordinarios,  
Adonde dicen que se retrajeron  
Al monasterio de los mercenarios;  
Y los intentos del Oyon han sido  
Librarse del delito cometido.

Porque se proferia dar bastante  
Informacion, que de la contingencia  
En la desgracia nada fué culpante,  
Ni riñeron los dos en su presencia;  
Antes del caso que le fué tocante  
Había ya pasado la pendencia,  
Y estaba con quietud en su posada  
Cuando supo la muerte desastrada.

Quiso pues presentarse de su grado  
Debajo de tener prenda segura,  
Para lo cual Tamayo fué rogado  
Y otros presentes á la coyuntura,  
Que hablasen al dicho licenciado  
A quien tocaba la judicatura:  
Habláronle, del cual tuvieron presta  
Y fuera de su gusto la respuesta.

Porque como varon de quien húa  
Término simulado de malicia,  
Les dijo rasamente que cumplia  
Perder de presentarse la cudicia:  
Pues presentado, por ninguna via  
El dejaría de hacer justicia,  
Y lo mejor de las informaciones  
Era salirse dentre los tizonés.

Sabida por Oyon la resoluta  
Respuesta dada por juez severo,  
Sin réplica de prueba ni disputa  
A Popayán llevó paso lijero,  
Donde halló tener cierta conduta  
De capitán un Sebastián Quintero  
Para poblar los cambis de camino,  
Y era de donde Oyon y su vecino.

El cual como le viese descontento  
Le dijo: « Señor, id á mi jornada,  
Que creo que será de mas momento  
Que la que vos teníades poblada;  
Terné de capitán yo nombramiento,  
Por vos sera la gente gobernada,  
Y de las suertes digo desde agora  
Que la vuestra será con gran mejora.

Aceptó la promesa y el regalo  
Que se le dió de buen aviamiento,  
Sin presumirse del intento malo,  
Porque no se le dió desabrimiento:  
Antes le dió Quintero mando y palo  
Y punto no faltó del cumplimiento;  
E ya la gente bien apercebida,  
En efecto se puso la partida.

Sobre mil y quinientos ya corria  
El de cincuenta y uno de los años  
Del parto pio de la Virgen pia  
Que fué reparacion de nuestros daños,  
Cuando poblaron do se pretendia  
Para la conversion de los estraños,  
Y por hallar alguna, segun fama,  
San Sebastián de la Plata se llama.

Allanada la tierra con aumento,  
Fué su persona bien gratificada,  
Y el Sebastián Quintero, con intento  
De vella mucho mas acreditada,  
Enviólo con el apuntamiento  
A este nuevo reino de Granada,  
Siendo Galarza y Góngora oidores  
Primeros, y después pocos mejores.

A Bogotá llegó, y al presidente  
Presentó los recaudos y escriptura,  
E yo lo ví, que me hallé presente  
En la ciudad en esta coyuntura,  
Donde no tuvo tal el despidiente  
Que conformase con su conyectura,  
Porque en el confirmar algo se altera,  
Y no faltó quien dijo quién él era.

Y entonces á la puerta de un platero,  
Jorge de Quintanilla que lo via  
Con paño de cabeza y un sombrero  
(Presente yo) le dijo, ¿ qué tenia?  
Y respondió: « Señor, aquí me muero  
De dolor de cabeza cada dia ».  
Y no pudo hablar mejor sentencia,  
Pues esta fué su principal dolencia.

Hombre mas que mediano, bien fornido,  
Y no de entendimiento delicado,  
Pues aunque hijodalgo conocido,  
Bronco me pareció y avillanado;  
Andaba del demonio revestido,  
El rostro torvo, melancolizado,  
Como quien se quemaba con el fuego  
De la fea maldad que diré luego.

Para cuyas horrendas pretensiones  
Compró del caudal poco que tenia  
Arcabuces y algunas municiones,  
Conformes á su loca fantasia,  
So color de que son preparaciones  
De guerra que en los cambis se hacia,  
Adonde se volvió con los que vino,  
Rendidos á su torpe desatino.

En la misma sazón el licenciado  
Bricieño, ya tomada residencia  
A capitanes del adelantado,  
Se vino para la real audiencia  
Del nuevo reino, por estar nombrado  
Senador della por real potencia:  
Llegó también en este mismo año  
El suelto licenciado Juan Montaña.

El Oyon á los cambios ya venido  
Con tres ó cuatro de su compañía,  
Fué del leal Quintero recebido  
Con mejor pecho quel traidor traía:  
Dió larga cuenta de lo sucedido,  
Mas no de la traicion que pretendía,  
Porque si della vieran apariencia  
Fuera luego punida su demencia.

Pero con otra juvenil compañía,  
Veletas que se van tras qualquier viento,  
Facilitándoles esta hazaña  
Con grande prevencion de juramento,  
El pérfido traidor se dió tal maña  
Que ganó votos y consentimiento,  
Pesando la graveza deste peso  
Con la balanza de su poco seso.

Y es consideracion que nos admira  
Deste pobre mas pobre de aquel suelo,  
Que para tirar alto se retira  
De la seguridad del fiel celo;  
Y al tiempo del tirar puso la mira  
En un blanco clavado con el cielo,  
Donde toda la fuerza de fortuna  
Para llegar es menos que ninguna.

Pero comunes son estos excesos  
En gente torpe cuando devanea,  
Adoptando principios y progresos  
Al desvanecimiento de su idea,  
Y que no serán menos los sucesos  
De como su juicio los tantea:  
Y así sin prometerse mal remate  
Dió el Oyon en este disparate.

Veinte personas pues ya conjuradas  
Para la gran traicion que se tramaba,  
Al Quintero le dió de puñaladas  
Y á los demás de quien se recelaba,  
Que no querian ir por las pisadas  
Del áspero camino que llevaba,  
Teniendo cada cual libre su pecho  
De tan atroz, crúel y enorme hecho.

Mas ¿quién devisará cubierta brasa  
En la ceniza del traidor amigo,  
Que goza de mi mesa y de mi casa  
Y en gran conformidad tracta conmigo,  
Muestras sinceras, apariencia rasa,  
Y en las entrañas bosque de enemigo,  
De donde sale para hacer salto  
El con ardid aleve, yo del falso?

Muertos del pueblo pues los mas insiases,  
A dos dellos por gran ruego destierra,  
Haciendo cuenta que por los confines  
Los matarian indios de la tierra:  
El uno fué Juan Lopez Paradines,  
Que con el otro por gente de guerra  
Pasaron, con notable detrimento,  
Desarmados y sin mantenimiento.

Debí de ser divina providencia  
Desterrar estos dos el torpe ciego,  
Porque si Popayán sin advertencia  
Estuviera del pérfido ceteño,  
Estendiérase mas esta dolencia  
Y fuera malo de matar el fuego;  
Pero guiólos la bondad inmensa  
Por mejor vía quel tirano piensa.

Pues aunque por montañas y breñales,  
Huyendo de caminos y de asiento  
Poblado de los bárbaros bestiales,  
Y sin pacífico conocimiento,  
Rotos, descalzos y con otros males,  
Fueron á Popayán en salvamento,  
Do publicaron la traicion y modos,  
Con sobresalto general de todos.

Y así como negocio tan terrible  
No sufría prolijas dilaciones,  
Con la presteza que les fué posible  
Alistaron guerreras municiones,  
Y antes que la maldad fuese visible  
Avisaron cercanas poblaciones,  
Y con temor que á Popayán acuda,  
A Cali y Almaguer piden ayuda.

Cali, que con las mismas conyecturas  
Venir allí primero se recela,  
No le pareció bien quedar á obscuras  
Por dar al otro pueblo la candela:  
Los de Almaguer, aunque las nuevas duras  
Pedían mas posible de tutela,  
Enviaron por ser mas comedidos  
Doce vecinos, hombres escogidos.

Estos son: Luis Mideros, lusitano,  
Francisco Ruiz y Alvaro Gudino,  
Antonio de Guevara, toledano,  
Y Joanes de Gaviria, vizcaíno,  
Tamayo, Alonso Casco, trujillano,  
Martín Muñoz, de Ubeda vecino,  
Cosme de Torres, Pedro Galiciano,  
Gonzalo Gomez, Juan de Medellino,  
En caballos lozanos y lijeros,  
Y por su capitán Luis Mideros.

Llevaron paso bien apresurado,  
Y a la ciudad de Popayan venidos,  
Fueron del capitán Diego Delgado  
Y del cabildo muy bien recebidos:  
Fuéron, segun el orden mas cursado,  
Oficios de la guerra proveidos,  
Que por los igtorar no los estampo:  
Solo sé ser Lobon maese de campo.

De los unos y otros hecha cuenta,  
Dispuestos á la cota y al almete,  
Hallaron cinco menos de setenta,  
Entrellos de caballo diez y siete,  
Que muchos en rigor de mas afrenta  
Sacaron bien la barba y el copete:  
Negros preparan, indios yanaconas,  
Demás del número destas personas.

Cada cual en su pueblo se velaba  
En las nocturnas horas y de día,  
Y el capitán Delgado procuraba,  
Con barbaras espías que tenia,  
Saber del mal Oyon donde llegaba  
Para ver la derrota que seguía;  
Y de los indios de repartimientos  
Tenian los avisos por momentos.

Oyon desque cortó la vital trama  
A los que conocia ser leales,  
El principe de libertad se llama,  
Siendo captivo de sus propios males:  
Y entre los herederos de su fama  
A su gusto nombró los oficiales;  
Y destes Diego Gomez de Casañas,  
Maese de campo fué de las marañas.

Hecha por él aquesta diligencia,  
En ese mismo punto determina  
Dar en los pueblos de menos potencia:  
Primero Neiba, por le ser vecina,  
Adonde por faltalle resistencia  
Y no ser destes males adevena,  
Mató los del cabildo y regimiento,  
Y los demás llevó que yo no cuento.

A Timaná llegó con sus soldados,  
Muchos sin voluntad destas pendencias,  
Adonde como estaban descuidados  
Usó de sus sangrientas insolencias:  
Los muertos no me fueron señalados  
Ni las particulares menudencias;  
Pero robó del rey caudales ciertos  
Y el oro de los vivos y los muertos.

Las armas recogió, y aquesto hecho,  
Allí tuvo de gente mas aumento,  
Que contra voluntad y á su despecho  
Metieron prenda de su perdimiento:  
A Popayán se fué luego derecho,  
Do siempre tuvo principal intento,

Porque subyectos estos á su mano,  
Pensaba lo demás tenello llano.

¡Oh vana presunción, consejos vanos,  
Y cuán preciso forma su balance  
En yerros tan pesados de livianos  
Que como tales ha de errar el lance!  
Pues aun á lo seguro y entre manos  
Apenas le podemos dar alcance,  
Y el mentecapto de conciencia loca  
Mide sucesos á pedir de boca.

Agora va feroz, bríofo, fuerte,  
Sin temor de contraste ni caída,  
Llevándolo su pernicioso suerte  
A los remates de la mala vida,  
Con afrentosa y abatida muerte,  
Segun él la tenía merecida,  
Corriendo mas dos años de la cuenta  
De los mil y quinientos y cincuenta.

Era venido ya don Juan de Ovalle,  
Obispo, natural de Moazonillo,  
A quien por su valor quisiera dalle  
Elogio que no fuera tan sencillo:  
Pero no será justo que se calle  
El haber sido principal caudillo  
En industrias, defensas y en ardidés,  
Para desbaratar tiranas lides.

En todas ciencias fué varon entero  
Y en esto dió prudentes pareceres;  
Armóse de las hojas del acero,  
Y ansimismo con él todo su clero;  
Metieron en el templo las mujeres,  
Do con semblante de leon severo,  
Recogidas casadas y doncellas,  
A su cargo tomó la guarda dellas.

Llegaron pues á la ciudad pajiza,  
Aunque de tapias las demás labores,  
Cuando la Santa Madre solemniza,  
Juntos los celestiales moradores,  
Y por los convertidos en ceniza  
Con pias oraciones da clamores;  
Adonde dar con claridad no quiso,  
Pensando que vivian sin aviso.

Que gran peligro los hacia ciertos  
Ser luego los dos hombres desterrados,  
A manos de crúeles indios muertos,  
Y de otros no poder ser avisados:  
Estuvieron pues todos encubiertos  
En los cañaverales mas cerrados,  
Por asaltar el pueblo con obscuro,  
Suponiendo dormir sobre seguro.

Y en esto no llevaban malos tinos,  
A no ser su cautela conocida;  
Pero como tuviesen los vecinos  
Entera relacion de su venida,  
Fuera velaba gente los caminos,  
Y la del pueblo bien apercebida,  
Estando do receban mas el rayo  
Un Francisco de Arévalo y Tamayo.

Estos dos en caballos principales,  
Con guerreros recatos y cauteles,  
Y metidos en ciertos matorrales  
Dos prontas y avisadas centinelas,  
Porque sintiéndose los desleales  
Batiesen y arrimasen las espuelas  
A dar de la venida relaciones,  
A las ancas llevando los peones.

Y así, tendidas las nocturnas alas  
Y del sueño la dulce pesadumbre,  
Ausente de palacios y de salas  
El fuego material que les da lumbre,  
Salieron por su mal las gentes malas  
A hacer lo que tienen de costumbre:  
Eran setenta y cinco todos ellos,  
Y algunos van como de los cabellos.

Otros desde los piés á la garganta  
Cubiertos de la malla jacerina,  
Y á todos se aventaja y adelanta  
Aquel que para mal los encamina,  
Guarnido de una dura cuera de anta  
Encima puesta de la cota fina,

En las manos aguda partesana,  
Celada fuerte la cabeza vana.

No pudo caminar tan recatado  
Que de las velas no fuese sentido:  
Al pueblo se le dió luego mandado  
Tacitamente sin hacer ruido;  
Esperólos el capitán Delgado  
Dentro de la ciudad apercebido,  
Porque, por ser la noche tenebrosa,  
No cumplió que hiciesen otra cosa.

El pueblo todo se desembaraza  
No dejando persona divertida,  
Porque la nuestra y aun la gente baza  
En dos casas estaba recogida,  
Cuyas puertas salian á la plaza,  
Cada cual dellas cómoda guardada,  
Hechas por las paredes y acerças  
Para los arcabuces sus troneras.

Estos, segun el orden que tenían,  
Fueron en sus lugares repartidos,  
Puestos de tal manera que podían  
Ofender sin poder ser ofendidos;  
Caballeros armados atendian  
En un zaguán secretos y abscondidos,  
Para tomalles las espaldas luego  
Que viesen comenzar el marcio juego.

Mas el efecto desto no se vido  
Puntualmente como se declara,  
Por cierto caballero mal sufrido  
Que llamaban Antonio de Guevara;  
Pues pareciéndole tiempo perdido  
El que después de vellos esperara,  
Quiso, sin que pasasen mas adentro,  
Salir con los jinetes al encuentro.

Y así, cuando llegaba ya cercana  
La turba ciega de los conjurados,  
«Aquí estamos, les dijo, no sin gana  
De ver vuestros remates desastrados.  
¡Oh miserables, que venis por lana  
Adonde seréis presto trasquilados,  
Divisos de los cuerpos vuestros cuellos,  
Porque caigan de golpe los cabellos!»

Estos requiebros del leal jinete  
Apenas percibieron los oídos,  
Cuando bando traidor les acomete  
Y fueron del leal acometidos;  
Pero los cinco destos diez y siete,  
De pálido temor siendo rendidos,  
Desparecieron como flaca paja  
Que violenta furia desparraja.

Sus nombres no se ponen en historia,  
Por no decillos quien los conocia;  
Pero yo hiciera dellos la memoria  
Que su bajeza grande merecia,  
Para que con razon fuera notoria  
A la posteridad su villanía:  
Quedaron pues los doce sin delicto  
En la tribulacion y en el conflicto.

Estos con los caballos van rompiendo  
Haciendo lo posible como buenos,  
Los pocos á los muchos retrayendo,  
Y los muchos á veces á los menos,  
Heridas dando, golpes recibiendo,  
Que les hacian detener los frenos;  
Pero volvian al sangriento trato,  
Y en esto consumieron largo rato.

Hasta que los tiranos encendidos  
En escuadron cerrado revolviéron,  
Juzgando los leales por perdidos,  
Segun el poco número sintieron:  
Con la cual furia fueron retraidos  
Al patio de la casa do salieron,  
Y á pié, con buenas armas enastadas,  
Con gran valor defienden las entradas.

Crecen las temerarias confusiones  
Y voces del Oyon que los anima,  
El cual, reconociendo ser varones  
Con quien combaten de valor y estima,  
Subió por la pared con intenciones  
De solo se meter en el esgrima,

Para que dentro él y en la reyerta  
Los de fuera ganasen esta puerta.

Mas Juan de Medellín, como cercano  
Persona que lo vió y el ardid siente,  
Le dió tal golpe con la artesana  
Que lo precipitó galanamente:  
Espaldas tocan á la tierra llana,  
Y mejoró los pies incontinente,  
Maldiciéndose á sí y á sus bellacos  
Por mostrarse tan flojos y tan flacos.

A la puerta revuelve con los brios  
Que pudiera llevar fiera serpiente.  
Diciéndoles: «Aquí, soldados míos,  
Aquí y á ellos, porque no son veinte.»  
Tamayo dice: «Vuestros desvarios  
Os ponen esas cosas en la frente:  
Llega con vuestro loco pensamiento,  
Y pareceros han los pocos ciento.»

Durante la borrasca, que fué brava,  
Uno de la tiránica cuadrilla  
Sacó arpon agudo del aljaba  
Para se valer dél en la rencilla,  
Y á Francisco de Arévalo le clava  
Por el siniestro lado la mejilla:  
Cayó del golpe luego cuasi muerto,  
Dejándoles el paso mas abierto.

Porque los once, con el sobresalto,  
Allojaron en alguna manera,  
Y entonces el Oyon de un solo salto  
En el umbral se puso, mas cualquiera  
De los otros allí no quedó falto  
De fuerte brio por echallo fuera,  
Lo cual se hizo con ardor terrible,  
Haciendo todos mas que lo posible.

Huye la cobardía y el desmayo,  
Segun necesidad les aconseja;  
Y entonces al Vicente de Tamayo,  
Que á los hercúleos golpes se empareja  
Con el impulso de sulfureo rayo,  
Los tiranos le dieron en la ceja:  
No le quedaron ambos ojos llenos,  
Pues que lo vemos hoy con uno menos.

A Antonio de Guevara, que lozano  
Allí se muestra con un alabarda,  
Le llevaron un dedo de la mano  
Con duro globo de la masa pardá;  
El número de nueve quedó sano  
Y con ellos Guevara hizo guarda  
De tal manera, que aunque dan en ellos,  
Poderosos no son para rompellos.

Mas ya muchos estaban mal heridos  
Por los demás leales, que al herido  
Del lugar donde estaban abscondidos  
Venían á los bultos con obscuro:  
Halláronse confusos y perdidos,  
Y así huyendo deste trance duro,  
Acuerdan todos en el mismo punto  
Entrar en un solar que estaba junto.

Para ver si de dentro se podría  
A los heridos dar alguna cura,  
La cual su grave yerro no sufría  
Por ser mal incurable tal locura:  
Consultaban también qué se haría  
Acerca de buscar parte segura,  
Creuyendo ya de la leal potencia  
No quererse poner en contingencia.

Antes piensan que lo que se dilata  
De tiempo todos estarían quedos,  
Mandándoles hacer puente de plata,  
Acobardados con villanos miedos;  
No mirando cuán presto desbarata  
La justicia de Dios falsos enredos,  
Y que quien sobre vanidad estriba  
Cae, pues ella misma lo derriba.

Conformes en aqueste desvario,  
Que no les costó menos que las vidas,  
Encendieron un pequeño buhío  
Para ver con su lumbré las heridas:  
Los leales, que no largo desvió  
Estaban, viendo lumbrés encendidas,

Salieron todos, y el Diego Delgado  
Mandó tomar la puerta del cercado.

Por indios de macanas y flecheros  
Ansimismo la cuadra se rodea,  
Que por los transparentes agujeros  
Sus flechas cada cual dellos emplea,  
Porque los fuegos altos y lijeros  
Les descubrían la caterva fea;  
De suerte que los miseros tiranos  
La pena se tomaron con sus manos.

Por cuya causa, de la parte rasa  
Do la fuerza del fuego convertía  
Los edificios pálidos en brasa,  
Se desvió la torpe compañía  
Para se defender en otra casa  
Mayor, que dentro del solar había;  
Y así se recogieron tras paredes,  
Que fué dar de los lazos en las redes.

Como dará cualquier que se menea  
A caso feo de lealtad extraño;  
Y aunque le venga de lo que desea  
Algun gusto, será para mas daño:  
Pues está claro que lo que tanea  
Con propios desengaños es engaño,  
Y al fin ha de venir á pagadero,  
Segun aquestos, cuyo fin espero.

Los cuales, como dentro se metiesen,  
El Delgado tomó la puerta luego  
Con los demás, diciendo que se diesen  
Y se diesen del intento ciego;  
Porque si su defensa pretendiesen  
Al aposento le pornian fuego,  
Donde ellos con sus pérdidas motivos  
Habían de morir quemados vivos.

Con aquesto cesó la resistencia,  
Diciendo: «Por amor de Dios rogamos  
Useis en este caso de clemencia,  
Porque como católicos muramos  
Con sacramento de la penitencia,  
El cual pedimos y este deseamos:  
Que ya todos los mas en los extremos  
Estamos, de heridas que tenemos.»

A tiempo lo pidieron oportuno  
Para se redimir de llamas vivas;  
Y todos los leales de consuno  
Admitieron aquellas rogativas,  
Mandándoles que salgan uno á uno  
Sin armas defensivas ni ofensivas;  
Porque sin falta se les daría gusto  
Cerca de lo que piden, por ser justo.

Salieron su locura maldiciendo  
Y del movedor della blasfemando,  
E uno á uno como van saliendo  
Los iban en cadenas enlazando:  
Unos lamentan, otros van gimiendo,  
Su desastrado fin adivinando,  
Porque crimen tan feo y tan atroce  
Pedia ser mortífera la coce.

Después que fueron bien apisonados,  
Así los sanos como los heridos,  
Ya por los bajos valles y collados  
Iban febeos rayos estendidos,  
Y á punto sacerdotes convocados  
Que para culpas abran los oídos,  
Y para los delictos manifiestos  
Ejecutores ansimismo prestos.

Al Oyon y otros tres hicieron cuartos,  
Como culpados mas en los escesos;  
Cuelgan catorce de ásperos espartos,  
Sin gastarse papel en los procesos;  
Manos y pies también cortaron hartos  
De los que constó ser menos aviesos;  
Y los otros á penas mas lijeras,  
Azotes ó destierros, y á galeras.

Antes que al Alvaro de Oyon se diera  
Aquel castigo, de su culpa dino,  
Demandó de comer, como si fuera  
De menos pesadumbre su camino;  
Y así comió y bebió la vez postrera,  
Siempre con un esfuerzo peregrino,

Que por ventura fué mas de valiente,  
Que de bien preparado penitente.

Y al tiempo de sus justas puniciones  
En él notaron una cosa dina  
De no se nos pasar entre renglones,  
Por ser á lo que creo peregrina:  
Cerdas de mas rigor que de lechones,  
Nativas en la via de la urina,  
Algo larguillas, y de tal manera  
Que buen espacio le salian fuera.

Estos fueron los fines y remates  
Desta caterva loca sediciosa,  
Que quiso de antiparas y alpagates  
Investirse de ropa mas costosa;  
Pero los semejantes dispartes  
No vienen á parar en otra cosa;  
Y aun no bastaron muertes y tormentos  
Para refrenar furias de otros vientos.

Porque después, algunos desterrados  
Que en lo de Francisco Fernandez fueron  
Al tiempo que se rebeló culpados,  
A la ciudad de Popayán vinieron,  
Adonde, como mal acostumbrados,  
Alzarse con la tierra presumieron:  
Daré pues relacion deste dislate  
En canto con que todo se remate.

### CANTO UNDECIMO.

Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayán hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alcaimientto que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, cuando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco.

Las malas mañas y costumbres viejas  
Raras veces las vemos con enmienda:  
Cortan á los ladrones las orejas,  
Porque la punicion les ponga rienda;  
Mas aunque mudan suelo las vulpejas,  
No pierden las astucias y vivienda,  
Hasta tanto que ya su vivir malo  
Hace dejacion dellas en el palo.

Para verificar como parece  
Ser aqueste su fin y paradero,  
Otro rebelion se nos ofrece  
No menos mal fundado quel primero,  
Adonde lo de Popayán fenece  
Por ser de su terreno lo postrero,  
Cuya revolucion y desatino  
Este canto dirá de dónde vino.

Midiendo ya la celestial espira  
Años cincuenta y cinco de la era  
Sobre mil y quinientos donde tira  
El cómputo de cuenta verdadera,  
Un Francisco Fernandez Giron gira  
Los pasos llanos de leal carrera,  
A precipicio cuya dependencia  
Le dió traidor renombre por herencia.

Este con los demás colaterales  
Fueron para Pirú nocivo rayo,  
Hasta tanto que buenos y leales  
Rompiéron los girones deste sayo;  
Y en penas y castigos de sus males  
Padedieron mortífero desmayo,  
Y los de menos prendas en el yerro  
De Pirú condenados á destierro.

Quitados los troncones de la roza,  
Fueron en el destierro compañeros  
Mateo del Saz y Pedro de Mendoza,  
Pedro de Villagrán, Castro, Riverós,  
Barroso, Orquijo y otra gente moza  
Celpados en los dichos desafueros,  
Que para Popayán alzaron faldas  
Algunos santiguadas las espaldas,

Disimuladas bien con perpiñanes,  
Galanos y honoríficos vestidos;  
Y como fuesen diestros charlatanes,  
Fanfarrones y muy entremetidos,  
Ganaron lado de los capitanes  
En Cali y Popayán en mas tenidos,  
Como digamos Fuen Mayor, Florencio,  
Serrano y Diego de Villavicencio.

Algunos destos Fuen Mayor tenia  
Y el buen Villavicencio en su posada,  
Con liberalidad y cortesia,  
Como si fuera gente mas granada;  
Mas no ganaron en la mercancia,  
Antes perdieron por estar dañada,  
Su crédito quedando de manguante,  
Segun declararemos adelante.

En aquesta sazón era venido  
A gobernar la tierra deste fuero  
Un Luis de Guzmán, hombre rompido,  
Valiente y honoroso caballero,  
De semejante mal inadvertido,  
En todo lo demás vivo y entero,  
Con buenas prevenciones y recato,  
Mas sin sospecha del tirano trato.

Y ninguno creyera ser tan loca  
Conjuracion y tan desvanecida,  
Que guiara camino por la roca  
Do ya se lastimó con gran caída,  
Siendo también esta caterva poca  
Y en pueblos diferentes dividida,  
Pues eran hasta diez los desterrados  
En Popayán y Cali separados.

Y si tenían otros por escudo,  
Segun alguna gente presumia,  
Dicen que hasta hoy nunca se pudo  
Averiguar la tal algarabia;  
Al fin ellos querian dar de agudo  
En ambos pueblos en un mismo dia,  
Y al Guzmán y a los hombres de mas suerte  
Hacer entrega dellos á la muerte.

Destos era, segun se supo claro  
Después de descubierta la celada,  
Un Pedro Lopez Patiño de Haro,  
Persona principal y señalada,  
En lealtad y valentia raro,  
Y al capitán Alonso Fuenlabrada,  
Y entrellos á Henao, maessescuela,  
Diestro para beligerá tutela.

Y otros algunos mas que yo no cuento,  
Porque reconocian ser varones  
Que podrian poner impedimento  
A las devergonzadas intenciones;  
De los demás tenían pensamiento  
Forzillos á seguir sus opiniones,  
Mas todos ellos perecieran antes  
Que dar favor á tractos semejantes.

Saliendo bien deste primer conflicto,  
Sin que contraria mano los oprima,  
Pensaban de revuelta dar en Quito  
Y subyectar á la ciudad de Lima,  
Adonde ballarian infinito  
Número de baldios que se arrima  
A lo que pide su bestial deseo,  
Sin consideracion y sin tanteo.

Y á tal extremo llega de locura  
El insensato que se desvanece,  
Que ya por infalible conyectura  
Tenian esta, porque les parece  
Ser cómoda sazón y coyuntura  
La que lo sucedido les ofrece  
En Pirú, por haber en sus concetos  
Cantidad de discipulos secretos.

Oh vana presuncion y sin aviso  
Del ágil y continuo movimiento,  
Donde siempre se ve que de improviso  
Suele calmar tempestuoso viento,  
Y en el acuerdo nuestro mas preciso  
Defraudado quedar el pensamiento:  
Y así pocos intentos, segun creo,  
Suceden á medida del deseo.

Fué pues la máquina que se levanta  
En el celebre desta pestilencia,  
En tiempo sancto que la Madre Santa  
Tiene dicado para penitencia,  
Después un año del que ya se canta  
Que fueron desterrados por sentencia;  
Y el salto concertaron entre tanto  
Que se disciplinaban, Jueves Santo.

Para mejor urdir aquesta trama  
Y por tal ocasion andar armados,  
Con falsa relacion echaron fama  
Estar los naturales rebeldes:  
Esta con tal astucia se derrama,  
Que puso por allí nuevos cuidados,  
Y en efecto por darse buena maña  
Hicieron ser creible la patraña.

Mas el astucia para su mal hecho  
Y el orden que tenian concertado,  
A los vecinos fué de gran provecho,  
Por andar todos ellos á recado;  
Y aun la malicia del tirano pecho  
Se habia no sé cómo rezumado  
Por clérigo quel caso representa,  
Y á Vicente Tamayo le dió cuenta.

Diciéndole: « Señor, vivid alerta  
Para la gran maldad que se recela,  
Porque si no, sin duda será muerto  
Con otros vuestro hermano-maescuela:  
Hase por ciertas vias descubierta  
Traicion que yo no tengo por novela,  
Y hay gran necesidad que se provea  
A lo que puede ser, antes que sea. »

Esto fué en Cali, do visitaba  
Entonces el obispo ya nombrado,  
Y el Lúis de Guzmán también estaba  
Allí, ni mas ni menos ocupado;  
Tamayo, puesto caso que de brava  
Enfermedad se via fatigado,  
Tomó las armas y saltó del lecho,  
Y al buen gobernador se fué derecho.

Diciéndole: « Señor, como doliente  
Traigo harta mas cólera que flema,  
Por otro mal que tiene de presente  
De se curar necesidad estrema,  
Primero que la hinchazon reviente  
Y á sanos inficione su postema,  
Porque esta noche santa se desmanda  
A duro sinsabor rebelde banda.

» Conviene que vivamos advertidos,  
Listos el arcabuz, caballo y lanza,  
De todas armas bien apercebidos  
Hombres de quien se tenga confianza,  
Porque si fuéremos acometidos  
Tomeis á vuestro gusto la venganza,  
Y para descubrir esta demencia  
Se haga la posible diligencia. »

Guzmán que por el gran César Augusto  
Mandaba, dió respuesta comedita,  
Diciendo: « Señalad á vuestro gusto  
Personas que aseguren la partida,  
Pues es lo que pedis negocio justo,  
Y en ello no va menos que la vida:  
Apercebirlos heis, y sin embargo  
Las diligencias quedan á mi cargo. »

Al capitán Patiño luego vino  
A le notificar el embajada  
Con Alvaro Patiño su sobrino,  
Y al Alonso también de Fuenlabrada,  
Y á un Alonso Flores, hombre dino  
De confiar el caso de su espada,  
Y Alonso Ramos y Alonso Burguéño,  
Alonsos todos, pero no con sueño.

Porque, con otros bien aderezados,  
Tal orden dieron en las procesiones,  
Que no pudieron dar los conjurados  
Efectos á sus malas intenciones;  
Pero firmes en ellas y obstinados  
Esperan adaptadas ocasiones,  
Sabiendo bien disimular el ascua  
Hasta llegar primer dia de Pascua.

Entonces, los oficios comenzados,  
Y cada cual con su mujer ó hijo  
Dentro del santo templo congregados,  
Entraron so color de regocijo  
Con breve compañía de soldados  
El Villagrán, Mendoza, y el Orquijo,  
Arcabuces cargados, vivas mechas,  
Y de sulfúrec polvo cargas hechas.

Alegres muestras, pero de malinos  
Intentos, sediciosos y profanos,  
Que no ganaran en los desatinos  
Si comenzaran hechos inhumanos,  
Por estar bien armados los vecinos  
Y copia de arcabuces en las manos;  
Y así con apariencias sencillas  
Ante el altar hincaron las rodillas.

Después les dieron cortesamente  
Las buenas Pascuas, como por cohechos,  
Mostrándoles el rostro diferente  
De aquello que tenian en los pechos:  
Pretenden luego dividir la gente  
Para mejor efectuar sus hechos,  
Manifestando cartas fementidas,  
Diciendo ser de Popayán venidas.

Y lo que contenian en substancia  
Era decir tenellos apretados  
Caciques que con fuerza y arrogancia  
Acometieron por diversos lados,  
Y que los tambos de cualquier estancia  
Tenian destruidos y aislados,  
Con tal color y tanta menudencia  
Que de verdad traian apariencia.

Consultaron lo que hacer se puede  
Sin saltar del buen término la raya,  
Porque podria ser, como sucede,  
Que en la resolucion engaños haya:  
Y así concertan que Guzmán se quede  
Y el obispo con solos veinte vaya;  
Y el negocio sabido por entero  
A las voladas venga mensajero.

Partióse luego con aquella gente  
Que señalaron para compañía,  
Vicente de Tamayo juntamente  
Quel número de veinte concluia:  
A Popayán llegados, ven patente  
Ser falso todo lo que se decia,  
Y así con relacion de lo que consta  
Enviraron á Cali por la posta.

Do Fuen Mayor, por término discreto,  
Antes de levantarse mayor llama,  
Al Lúis de Guzmán en gran secreto  
Fué descubriendo hilos de la trama,  
De lo cual resultó quedar subyeto  
A sospechas tocantes á su fama,  
Y el y Villavicencio de sus puestos  
En alguna manera descompuestos.

Por regalar aquella picardia  
Bergantisca de mozos inquietos  
En sus moradas, con intencion pia  
O por otros magníficos respetos;  
Mas al fin de la mala compañía  
No podian nacer otros efectos,  
Y así por imputalles la malicia  
Les convino purgarse por justicia.

Sabida pues la pérdida maraña  
Y tractos desta máquina traidora,  
Y visto cómo muchas veces dañá  
En semejantes casos la demora,  
El Lúis de Guzmán se dió tal maña,  
Que se prendieron dentro de una hora,  
Poniéndoles prision cual convenia,  
Y guardas que los velen noche y dia.

Y al mismo Fuen Mayor le dió recados  
Para que á Popayán luego se parta  
A recoger los otros encartados,  
De quien él mismo dió noticia harta:  
Cumplió con su deber, y de culpados  
A Cali trajo razonable sarta,  
Que decian: « Alonso, buen alhaja,  
Encima nos echastes la baraja. »

Y otras desenfrenadas demasias,  
Cuyo son lastimaba sus orejas,  
Porque le dicen: « ¿ Cómo te desvias,  
Siendo zorro mayor, de las vulpejas,  
Habiendo solo tres ó cuatro dias  
Que corrias con ellas las parejas?  
Debió de ser que por algun espanto  
Te hizo la Semana Santa, santo. »

Pero costumbres son de los bestiales,  
 Por barajar el juego del castigo,  
 Encartar á los hombres principales  
 Pensando por allí hallar abrigo:  
 Lo mismo fué lo destos desleales,  
 Poniéndole la mácula que digo,  
 Porque después en la real audiencia  
 Quedó libre del caso por sentencia.

Al fin, llegado con oprobios hartos  
 A Cali con los cómplices del yerro,  
 Pedro de Villagrán fué hecho cuartos,  
 Y á su cabeza dan jaula de hierro:  
 Algunos estiraron los espartos,  
 Y otros se condenaron á destierro,  
 Embarcándolos con guarda segura  
 En el puerto de la Buenaventura.

Adonde residía de presente  
 Por alcalde mayor destos acones  
 Un Nicolás Blandon, mozo valiente,  
 A quien los entregaron con prisiones;  
 Y sobre los tractar asperamente  
 Orquijo le habló malas razones,  
 Y con su cólera, que fué postrera,  
 Tiróte con un zuco de madera.

Abajóse Blandon en el instante,  
 Pasó por alto, mas do se endereza  
 El golpe topó cierto mareante  
 Que de los dos distaba breve pieza,  
 Y el misero, de tal fin ignorante,  
 Cayó, hecha pedazos la cabeza:  
 El Blandon revolvió, manos armadas,  
 Y al Orquijo le dió de puñaladas.

Ejecutada la severa pena  
 En el Orquijo por su desconcierto,  
 Luego hizo Blandon probanza llena  
 Con los que se hallaron en el puerto:  
 Sustanciada la causa, lo condena  
 A muerte corporal, después de muerto,  
 Haciéndolo colgar en un madero  
 Por traidor y con voz deregonero.

Así que, para proseguir su via  
 No hubo menester malotaje;  
 Y aun el Blandon, con blanda cortesía,  
 No consintió pagase carcelaje;  
 Mas embarcó la otra compañía,  
 Y á Panamá hicieron su viaje,  
 La cual, según sus términos ruines,  
 No debió de tener mejores fines.

Y aunque la causa fué después reñida  
 Cuando del cargo fué residenciado,  
 Al fin Orquijo se quedó sin vida,  
 Y el Blandon no por eso castigado.  
 Con esto será bien que me despida  
 De lo de Popayán, pues he tractado  
 Los negocios que son de mas substancia:  
 Supla verdad la falta de elegancia.

Dejamos de decir en sus lugares  
 Cómo también etíopes súeces,  
 De que hoy en las minas hay millares,  
 Allí se rebelaron por dos veces;  
 Pero con los castigos ejemplares  
 Tienen tan gran temor á sus júeces,  
 Que ya ninguno del trabajo huye,  
 Y el mio con aquesto se concluye.

Mi voluntad reciban los presentes  
 Hoy reservados de mortal yactura,  
 Y agradezcármelo los descendientes  
 De los que cubre ya la sepultura;  
 Y si varones diestros y valientes  
 Quedan sin se poner en escritura,  
 La culpa tienen destas sinrazones  
 Aquellos que me dan las relaciones.

Que bien quisiera yo ser coronista  
 Dellos, por dalles nombre sempiterno;  
 Mas ya solo me resta hacer lista,  
 Para dar conclusion á mi cuaderno,  
 De los que comenzada la conquista  
 A su cargo tuvieron el gobierno,  
 O señalados por real presencia,  
 O nombrados acá por el audiencia.

## CATALOGO

*de los gobernadores de Popayán, y cuasi epílogo de lo  
 contenido en su historia.*

## EN METROS SUELTOS.

Don Sebastián de Benalcázar vino  
 Por el marqués don Francisco Pizarro;  
 Este con más altivo pensamiento  
 Quiso hacer cabeza de su juego  
 En la tierra que había descubierto,  
 Y al gran emperador don Carlos Quinto  
 Della pedir el adelantamiento.

Con estas intenciones resolutas  
 Partió para Castilla, y entre tanto  
 Llegó de Lima Lorenzo de Aldana  
 A tomar el gobierno por Pizarro,  
 Que sus propósitos adivinaba.  
 Aldana, removiendo los júeces,  
 Puso por el marqués otros tenientes,  
 Cabildos y justicias, y esto hecho  
 A Pirú se volvió para dar cuenta  
 De cómo lo dejaba todo llano  
 Y en obediencia suya los vecinos.

Poco después un Pascual de Andagoya,  
 Que fué del Río de San Juan nombrado  
 Gobernador, entró violentamente  
 En Popayán, diciendo ser aquello  
 De la gobernacion que le fué dada:  
 Y fué de todos los conquistadores  
 Por tal gobernador obedecido.

Benalcázar volvió con el gobierno  
 E título y honor de adelantado,  
 El cual fué con aplauso recebido  
 De todos ellos, porque le tenían  
 Amor sincero, claro y entrañable,  
 Y al Pascual de Andagoya prendió luego  
 Haciendo diligencias en el caso.

A la sazón llegó Vaca de Castro  
 Que lo mandó soltar de las prisiones  
 Como júez superior en mando,  
 Llevándolo con otras compañías  
 A reinos de Pirú, do sospechaba  
 Hábello menester para la guerra  
 Que por la muerte del marqués Pizarro  
 Esperaba tener, como la tuvo,

Con el mestizo don Diego de Almagro.  
 Pasados años, Blasco Nuñez Vela,  
 Estando por virey de aquellos reinos,  
 Habiendo padecido duros trances,  
 A Popayán se vino retrayendo;  
 Y para revolver contra rebeldes  
 Llevó con otros muchos valerosos  
 A Benalcázar en su compañía.

Estando Benalcázar ocupado  
 En servir al virey, llegó de España  
 Un licenciado dicho Miguel Diaz  
 De Armendariz, que trajo por gobierno  
 El reino y otras tres gobernaciones,  
 Que la de Popayán una fué dellas,  
 Adonde desde la de Cartagena  
 Jorge Robledo vino por teniente,  
 Quel dicho Miguel Diaz enviaba,  
 Como quien lo tenía por amigo.  
 Porque vinieron de Castilla juntos,  
 El Robledo por mariscal nombrado  
 Desta gobernacion, donde antes era  
 Capitán por el dicho Benalcázar;  
 Do resultó querer correr parejas  
 Con él, y al rey pedir otro gobierno  
 De los pueblos que por el Benalcázar  
 El Robledo fundó, según se dijo  
 En el proceso largo desta historia;  
 Pero faltando la correspondencia  
 Del consejo real á su deseo,  
 Contentóse con la mariscalía.

Llegado pues Robledo donde digo,  
 Desvaneciósse con los nuevos cargos,

Enhestándose sobre los estribos  
 Con mas soltura que le convenia  
 Para pasar seguro la carrera,  
 Pensando por ventura ser ya muerto  
 Benalcázar en aquella batalla,  
 Donde el virey murió, cerca de Quito;  
 Mas no le sucedió como pensaba,  
 Pues vino Benalcázar, y en llegando  
 Dió sobrel mariscal Jorge Robledo,  
 Y de sus insolencias hecho cargo,  
 Quitóle de los hombros la cabeza.

Vino después contra los rebeldes  
 Que mataron á Blasco Nuñez Vela,  
 El cuerdo licenciado Pedro Gasca,  
 Y á Benalcázar manda que le siga  
 Con gente y armas, para dar batalla  
 A los culpados en el alzamiento:  
 Cumplió con diligencia su mandado,  
 Hallándose con él en el conflicto  
 Do Gonzalo Pizarro fué vencido.

Dado ya fin á la sangrienta guerra,  
 Volvióse Benalcázar á su casa,  
 Y muy poco después de su venida  
 Llegó para tomalle residencia  
 El licenciado Francisco Briceño:  
 Procedió contra él, y dió sentencia  
 De muerte por tres veces, y convino  
 Con el apelacion ir á Castilla;  
 Y en el camino dió fin á sus dias  
 Dentro de la ciudad de Cartagena.

Quedó Briceño por algunos meses  
 Aquella nueva tierra gobernando,  
 Y puestas las justicias de su mano,  
 Al nuevo reino de Granada vino  
 Al uso del oficio que traía,  
 Por ser oidor de la real audiencia,  
 Donde también lo era Juan Montañó:  
 El cual sabiendo los rebeliones  
 Que de Alvaro de Oyón hemos contado,  
 Fué proveido para que viniese  
 A deshacer la máquina traidora;  
 Pero cuando llegó con este mando  
 Estaban los tiranos ya deshechos.

En este medio tiempo, nuestro César,  
 Sabiendo ser ya muerto Benalcázar,  
 Hizo gobernador un caballero  
 Que se decía García de Bustos,  
 Al cual, viniendo por neptunas ondas,  
 Consumieron las llamas de Vulcano,  
 Y así nunca gozó deste gobierno.

Hallando pues Montañó ya quieta  
 La tierra y el tirano castigado,  
 Volvióse con la gente que llevaba  
 A la real audiencia, donde hizo  
 (Entre tanto que el rey lo proveía)  
 Dar el gobierno á un hermano suyo,  
 Dicho Pedro Escudero Herrezuelo.

Y viniendo de España proveido  
 Un fulano Ceron, tampoco tuvo  
 Ventura de llegar donde quería,  
 Porque metiendo paz en las Canarias,  
 Le dieron una mala cuchillada  
 Que le quitó los dias de la vida.

Fué por la muerte deste proveida  
 Por la real audiencia deste reino  
 La gobernacion á Pedro Fernandez  
 De Bustos, que después por el consejo  
 De Indias otra vez se le dió cargo  
 Della, y en breve tiempo mejorado  
 En la gobernacion de Cartagena.

Y á la de Popayán fué proveido  
 Luego Diego Garcia de Paredes,  
 Que queriendo venir por Venezuela,  
 Fué muerto por los indios de Caracas,  
 No sin descuido del entendimiento,  
 Segun vereis en la segunda parte,  
 Adonde tracté dél mas largamente.

La real Majestad, por muerte suya,  
 A Luis de Guzmán le dió la suerte,  
 Un caballero de Guadalajara,  
 Hombre de gran valor y limpia vida,  
 A quien después el rey por mejoría

Dió la de Panamá, donde la parca,  
 Hechas las diligencias de cristiano,  
 Cortó los hilos de la vital trama,  
 Con gran dolor de los que lo perdieron.

Vino después Francisco de Mosquera  
 Por la audiencia de Quito proveido,  
 El cual en Popayán es hoy vecino.  
 Pero después la deste nuevo reino  
 A su fiscal Valverde le dió cargo  
 De aquel gobierno, donde fué subiendo  
 A mas altos honores, pues ha sido  
 En diferentes partes presidente.

Don Pedro de Agreda por este tiempo  
 De Castilla llegó con el gobierno,  
 No sé deciros si después ó antes,  
 Pero bien entendemos haber sido  
 A todos apacible caballero.

Después dél fué Garcia de Gamarra,  
 Hoy morador en la ciudad de Pasto,  
 Por provision desta real audiencia  
 En el dicho gobierno colocado.

En aquesta sazon llegó don Alvaro  
 De Mendoza, del hábito de Alcántara,  
 El cual casó durante su gobierno  
 Con su bella mujer doña Jordana,  
 A quien da vasallaje Cajamalca,  
 En reinos de Pirú, donde hoy reside;  
 Y en aquel tiempo que este caballero  
 En lo de Popayán tenia mando,  
 En tierra de los paeces inmités  
 Pasaron cosas que por ser notables  
 Habré de fatigar manos y pluma  
 Para las celebrar, pues son indignas  
 De las obscuridades del silencio;  
 Y será necesario que tomemos  
 Esta carrera desde su principio,  
 Diciendo la substancia solamente.

El año de sesenta y dos corría  
 Cuando pidió de Paez la conquista  
 Un Domingo Lozano, que vecino  
 Fué deste Nuevo Reino, do tenia  
 Mediana suerte con que sustentarse;  
 Pero la condicion de los humanos  
 Como las menos veces se contente  
 Con una moderada pasadia,  
 A fama de los prósperos veneros,  
 Auríferas quebradas y riberas  
 Vistas por muchos en aquel terreno,  
 Salió de su reposo, con conducta  
 De capitán y número de gente,  
 Para fundar ciudad en aquel suelo  
 Que de ninguno pudo ser domado;  
 Y allí llegado con el aparato  
 De gente y armas que le fué posible,  
 De tal manera fué la resistencia  
 Y obstinacion del bárbaro gentío,  
 Acometiéndoles á todas horas,  
 Sin dallas un momento de sosiego,  
 Que con algunos españoles menos  
 Dejaron la conquista principiada  
 Y á los indios lozanos y soberbios.

Pasáronse después algunos años,  
 Y el Domingo Lozano todavía  
 De revolver sobrellos deseoso,  
 Así por el honor de su persona  
 Como por lo demás que pretendia,  
 Entró segunda vez, que no debiera,  
 Con ochenta soldados muy bien puestos  
 Y no pequeña copia de ganado  
 De vacas y de puercos y de yeguas,  
 Y los demás pertrechos necesarios,  
 Para hacer morada permanente  
 Y restaurar la pérdida pasada  
 Ó morir en aquella su demanda,  
 Como le sucedió, mas por descuido  
 Y menosprecio que por cobardía,  
 Pues que como caudillo diligente,  
 Con esta breve copia de guerreros  
 Contrastaba los impetus terribles  
 Desta nación cruel, nunca rendida,  
 Sin afojar en tan dudosa guerra,  
 Cuyas prolijidades quebrantaran

La mas firme constancia y osadia,  
Porque fué de mas tiempo la distancia  
Que la de los argivos y troyanos,  
Con mil encuentros de sucesos varios  
Y trances de reciprocas victorias.  
Pero de tal manera, que los indios  
Con su ferocidad no fueron parte  
Para que los fortísimos iberos  
Desamparasen los tugurios hechos,  
Y un razonable fuerte que de tapias,  
Con grandes sobresaltos y rebatos,  
En la nueva ciudad habian hecho.

Viendo los indios pues esta constancia,  
Y cómo en doce años de conquista  
Nunca jamás hicieron mudamiento,  
Antes con mas hervor y diligencia  
Se mejoraban en los aposentos,  
Saliéronles de paz ciertos caciques,  
Y dieron subyeccion mal entendida,  
Los cuales convocaron otros muchos  
Que con gran humildad daban servicio  
Y todo lo demás que les pedian,  
Segun y como tienen de costumbre  
Los bárbaros domados y quietos;  
Y en esta subyeccion permanecieron  
Algunos dias, siempre deseando  
Hallar disposicion acomodada  
Para poder hacer algun buen salto.

El Domingo Lozano, como viese  
Estas esteriorenses apariencias,  
Creyendo ser la causa porque estaban  
Ya quebrantados de tan larga guerra,  
Procuró luego de coger el fruto  
De sus trabajos, y los ricos granos  
Que las doradas venas producian,  
Con mayor libertad y mas á gusto  
Que solian en otro tiempo, cuando  
Eran ratos hurtados y medrosos  
Los que en los minerales se gastaban.  
Y así se hizo luego ranchería  
Donde se recogiesen españoles  
Y los indios y negros que labraban  
Las vetas y veneros caudalosos,  
Cuya prosperidad, si les durara,  
Fuera mas que bastante recompensa  
A riesgos y trabajos padecidos;  
Y así para que con seguridades  
Gozasen desta grata granjería,  
Se repartieron en iguales partes  
Unos en la ciudad que la guardaban,  
Y otros para defensa de las minas:  
En las cuales el Domingo Lozano  
Con los demás soldados asistia,  
E un Alonso de Arce, sevillano,  
Soldado de los viejos de Antioquia,  
Que tuvo siempre mala confianza,  
Y no sentia bien de la blandura  
Desta dura nacion; y no fué vana  
Aquella presuncion con que vivia,  
Pues habiendo gastádose dos meses  
En recoger gran cantidad de oro  
Con la solicitud de las bateas,  
Una bárbara del Alonso de Arce,  
Que lo queria bien segun parece,  
En gran secreto le habló diciendo:  
«Aquesta noche se nos apareja  
Grave calamidad y pesadumbre,  
Segun me certifica cierta vieja.  
» La cual vió que bajaba de la cumbre  
Con lanzas y macanas y con flechas  
De bárbaros crecida muchedumbre.  
» Tomad las armas y encended las mechas,  
Y guarde cada cual de vos su frente,  
Porque estas no son frivolas sospechas.  
» Y si pudiere ser incontinentemente  
Enviareis á la ciudad correo  
Que les avise del inconveniente.

«Pues dice que darán, é yo lo creo,  
En una y otra parte juntamente,  
Para poder hacer mejor empleo.»  
El Arce, como bien acuchillado,  
Y destas amistades sospechoso,

Al Domingo Lozano le dió cuenta  
De lo que su criada le decia.

Responde con desdén, altos los dedos,  
Sin dar reguardos á su salud propia:  
» Esos deben de ser los vanos miedos  
De los soldados viejos de Antioquia;  
Los indios en sus pueblos están quedos,  
Y no tienen de fuerzas tanta copia  
Que gozando de paz en sus viviendas  
Procuren renovar viejas contiendas.»  
Esto le respondió, de que me espanto,  
Por ser hombre sagaz y recatado,  
Antiguo capitán, y en estos trances  
Ninguno mas astuto ni rompido;  
Pero la presuncion y confianza  
Que de su discrecion algunos tienen,  
Suele cegalles el entendimiento  
De tal manera que no ven las redes  
De los engaños hasta que perdidos  
Y sin tener remedio dan en ellas.

Al fin el Arce se volvió corrido,  
Mas de su vida nada descuidado,  
Pues alistó sus armas, y al caballo  
Le puso silla y freno, y ansimismo  
Apretó las correas al espuela;  
Y la nocturna sombra ya tendida  
Por aquel hemisferio y horizonte,  
Purgó bien los oidos, y á los ojos  
Negoles el regalo que pedian,  
Por no dormir el sueño de la muerte.

Llegóse pues aquella mortal hora,  
Terrible y espantoso sobresalto,  
Cuando la fusca noche demediaba  
Sus cursos y en olvidos sepultados  
Estaban todos con el torpe sueño:  
Acometiéronles por todas partes  
Segun impetuoso torbellino  
Que barre cuanto halla por delante.  
Encienden luego los pajizos ranchos;  
Rompe los aires el clamor horrendo  
Del bárbaro furor, y los gemidos  
De aquellos miserables que tenían  
El suelo con la sangre de sus venas;  
Pues aunque los mas dellos toman armas  
Con algun daño de los vencedores,  
Fué tan impetuosa la creciente  
Que no les dió lugar á congregarse  
Para hacer comun la resistencia.  
Y así, sin escapar cosa viviente,  
Pasaron por el trance postrimero,  
Escepto Alonso de Arce, que velaba,  
Y al primero bullicio salió fuera  
En su caballo bien apercebido,  
Cebando bien el hierro de la lanza;  
Pero la multitud de las opuestas  
Cargó sobrel con tanta vehemencia,  
Que luego le hirieron el caballo  
De mortales heridas, pero antes  
Que lo dejase dentro del conflicto  
Salióse fuera lo mejor que pudo  
Con gran solicitud de las espuelas,  
Hasta que le faltó vital aliento,  
Y el amo se quedó sin el alivio  
Que le solian dar los pies ajenos;  
Pero valióse luego de los suyos  
Rompiendo por el monte mas cerrado  
Vuelta de Timaná, por ser viaje  
De mas seguridad para su vida.  
Y dándole temor ligeras alas  
Cuando feheos rayos parecian,  
Vido del rio Grande las riberas,  
Cuyas aguas tenia contrapuestas,  
Y para cuyo curso presuroso  
Sus fatigados brazos fueron remos,  
Con los cuales llegó donde ya pudo  
Poner las plantas en enjuto suelo,  
Harto necesitadas de descanso;  
Mas inminente riesgo no consiente  
Hacer un solo punto de tardanza,  
Y así vuelven al curso dividido,  
Hasta que en Timaná hicieron pausa,  
Con tal demostracion que bien se via

La priesa que trajeron caminando.  
 Allí manifestó la desventura;  
 Y como brevemente convenia  
 A don Alvaro dar aviso presto,  
 En Popayán adonde residia  
 Despacháronle las cartas, y al momento  
 Que de tan gran desmán tuvo noticia  
 Sesenta buenos hombres aperche,  
 Y á Santa Cruz que fuese por caudillo,  
 Capitán de valor y confianza:  
 El cual luego salió con pié siniestro  
 A socorrer el pueblo, presumiendo  
 Que pues allí tenían fortaleza,  
 Podrían algun día defenderse,  
 Y entretenerse hasta quél llegase,  
 Pues era cosa clara y evidente  
 Que muertos los que estaban en las minas  
 Habían de barrer lo que quedaba  
 Si no se recogian donde digo,  
 Pero si dentro dél se defendían,  
 Se podría llegar á coyuntura  
 Que les valiese mucho su socorro.  
 Aquesta conyectura no fué vana,  
 Pues es así que por el mismo tiempo  
 Que dieron en el Domingo Lozano,  
 Estaban sobrel pueblo dos mil indios  
 Para dar el asalto concertado;  
 Pero como tenían centinelas  
 Y rondas á caballo vigilantes,  
 Sintieron la tormenta que venia  
 Y á grandes voces dicen: «¡Arma, arma!»  
 Despiertan á la grita los dormidos,  
 Y á gran priesa metieron en el fuerte.  
 A los imbeles niños y mujeres  
 Y cosas que hallaban mas á mano.  
 Ansimismo llegada la pujanza  
 Y terribilidad de los contrarios,  
 Los unos y los otros se encerraron  
 Con los caballos, armas y alimentos  
 Quel caso repentino les concede.  
 Y la tumultuosa pestilencia,  
 Con el alborotado movimiento  
 Que suele cuando va desenfrenada,  
 Saqueó luego las desiertas casas  
 Y el resto que quedó de las alhajas;  
 Fueron por todas partes encendidos  
 Los mal afortunados edificios,  
 Y estiéndense las furiosas llamas;  
 Vuelan acá y allá vivas centellas  
 Por los movibles vientos derramadas,  
 De tal manera que los resplandores,  
 Hacían de la noche claro día,  
 Y el número crecido de paganos  
 Se descubria con la mucha lumbre,  
 No sin grave dolor de los cercados  
 Viendo la furia que los amenaza,  
 Y para resistilla solos treinta  
 Que puedan contra tantos tomar armas:  
 Vian aquella fuerza de lebreles  
 Que ya se prometían la victoria  
 Para cebar los vientres carniceros  
 En carne del católico rebaño;  
 Vian poco recurso de alimentos  
 Para se defender prolijos días  
 En la desproveída fortaleza;  
 Vian que no podían dar aviso  
 A quien les proveyese de socorro,  
 Y que segun las muestras eran muertos  
 Aquellos que asistían en las minas;  
 Vian que puesto caso que escapasen  
 (Por imposible) desta desventura,  
 Paupérrimos quebaban y desnudos  
 Y en estremo de miserable vida;  
 Y demás desto, cosa que mas duele,  
 Vian que de las llamas no reservan  
 La casa de los santos sacrificios,  
 Imágenes de sanctos y de sanctas  
 Y todos los benditos ornamentos  
 Allí dicados al divino culto,  
 Que sin haber defensa ni remedio  
 Fueran en breve espacio consumidos.  
 Mas no fué de misterios tan ayuno

Aquel incendio del pajizo templo,  
 Que no mostrase Dios sus maravillas  
 Con un alto milagro bien sabido  
 De cuantos viven en aquel terreno:  
 Y fué que con estar de vivas llamas  
 Un alto Crucifijo rodeado  
 Que en el templo tenían, y abrasarse  
 Lo circunstante dél sin quedar cosa,  
 La cruz se halló sana, y el ilesos,  
 Y en tanta perfeccion que con su vista  
 Olvidaron su grave desconsuelo;  
 Y como tanteando la lúida  
 (A que anhelaban siempre) si pudieran,  
 Fallaba cómo para llevarlo  
 Con la decencia que se requería  
 Por ser imagen prócepa de bulto,  
 Tallada de materia ponderosa,  
 Entre toda la gente se reparte,  
 Quedando cada cual con su reliquia,  
 Tenidas hoy en grande reverencia;  
 Por cuyos medios Dios ha restaurado  
 A muchos hombres la salud perdida.  
 Mas ellos no pudieron por entonces  
 Hurtar el cuerpo deste grande riesgo,  
 Porque noches y días los velaban,  
 No sin intolerables baterías,  
 Las cuales resistían los cercados  
 Con balas de fumosos arcabuces  
 Y jaras impelidas de ballestas,  
 Con que no poco daño les hacían.  
 En aquella sazón questo pasaba  
 El Santa Cruz venia caminando  
 Con aquellos sesenta señalados  
 Para los socorrer en tal angustia,  
 Sin lo saber los que se ven en ella:  
 Socorro necesario si viniera  
 Para se deslizar de la presura;  
 Pero desbaratóse su llegada  
 Por un cruel antojo de fortuna.  
 Este fué, que los bárbaros supieron  
 De espías por la parte que venia,  
 Y ocuparon un paso montuoso  
 De gran dificultad en su salida:  
 Allí se puso número de gente  
 Oculta y repartida por el orden  
 Que mas les pareció que convenia;  
 Dejaronlos entrar, y caminando  
 Por el cerrado paso y angostura,  
 Precipitaron galgas preparadas  
 Que por delante todo lo barrian,  
 Quebrando piernas, brazos y cabezas,  
 Huesos, costillas y otras conyunturas;  
 Lluéven lanzas y flechas mas espesas  
 Que gotas por los aires esparcidas.  
 Cuando prñadas nubes las envían;  
 No les valen escudos ni celadas,  
 Lorigas ni las armas ofensivas;  
 Caballos y señores hay caidos,  
 Revueltos y confusos, como cuando  
 Una rigurosísima procela  
 Pasa bramando por espesa selva  
 Altas y bajas plantas arrancando.  
 Y en confuso monton las acumula;  
 Horrisonos clamores y gemidos  
 Dan clara muestra desta gran desdicha,  
 Así de parte de los vencedores  
 Como de los vencidos miserables,  
 A quien los bárbaros sobre seguro  
 Por una y otra parte rodearon,  
 Con golpes de macana rigurosa  
 Y con espesas lanzas, hasta tanto  
 Que á la sangrienta lid dieron remate.  
 Y todos, sin quedar cosa viviente,  
 Gustaron en brevisima distancia  
 De los acerbos tragos de la muerte,  
 Escepto dos ó tres de rectaguardia  
 Que quedaron atrás embarazados  
 Y se valieron de sus piés lijeros  
 Rompiendo por caminos desusados,  
 Hasta llegar á Popayán, do dieron  
 Nuevas de la desgracia sucedida.  
 Y así don Alvaro con el deseo

Que tiene de librar á los del pueblo  
Del gran aprieto que se presumia,  
Apercibió cien hombres principales  
Que le siguiesen en aquel camino,  
En cuyo riesgo puso su persona,  
Y con la prisa que se requeria  
Trabajó de hacer esta jornada.

En este medio tiempo los sitiados  
En su defensa no perdian punto  
Contra los bárbaros atrevimientos,  
Queriéndoles entrar á escala vista,  
Inquietándolos á todas horas;  
Mas viendo que las balas y saetas  
A muchos traspasaban las entrañas,  
Fingieron irse todos á sus casas  
Alzandoles el importuno cerco,  
Creiendo (como fué) que ya tenían  
Falta de necesarios alimientos,  
Y que debajo de nocturna sombra  
Habian de desamparar la cerca  
Procurando hacer oculta fuga.

Habia pues un paso trabajoso  
Inevitable para su jornada,  
No lejos del asiento deste pueblo,  
Donde los cautos indios se emboscaron  
Cubiertos con el monte, y estuvieron  
Una, dos y tres noches esperando.

Los míseros cercados, como vieses  
Que ya todas las cosas les faltaban  
Y que ningunos indios parecian  
Que pudiesen poner impedimento,  
Entraron en acuerdo y en consulta,  
En la cual de comun consentimiento,  
A morir ó vivir, fué concertado  
Que cuando la tiniebla los cubriese  
Hiciesen oracion devotamente  
Y luego se pusiesen en camino  
A pueblos de cristianos, do pudiesen  
Tener algunas horas de descanso.

Viendo pues una noche tenebrosa,  
Tácticamente, sin haber bullicio,  
El parecer pusieron en efecto,  
Y en escuadron, aunque debilitado  
Con niños y mujeres, caminaron  
Al angostura que forzosamente  
Habian de pasar sin escusalla,  
Adonde los ministros de la muerte  
Tenian á su gusto la celada,  
Con algunas espías por de fuera  
Que por ocultas vías acechaban;  
Y ellos entre temor y confianza  
A prisa caminaron por lo llano,  
Sin hallar cosa que les perturbase  
Hasta llegar á vista de aquel paso,  
Con el cual deseaban encubrirse  
Y salirse del raso descubierto  
Antes de vellos enemigos ojos,  
A quien la turbia niebla de los suyos  
No vían, aunque los tenían juntos,  
Y quieren á sus manos entregarse.  
Mas antes de dejar el campo raso  
(; Oh clemencia de Dios omnipotente ! )  
Un escuadron de vacas de las suyas,  
Que se quedaban á sus aventuras,  
Allí se les pusieron por delante,  
Las cornigeras frentes sacudiendo,  
La tierra con las uñas escarabando,  
Y con los torvos rostros encarados  
Para romper con ellos, muchas veces  
Con acometimientos denodados,  
Pero de tal manera que no llegan  
A herir ni hollar ni maltractallos;  
Mas con tanta porfía de amenazas  
Con cuernos y bramidos, que convino  
Volver donde vinieron retrogradados,  
No sin admiracion deste suceso,  
Mal entendido dellos por entonces;  
Mas no se tardó mucho sin que sientan  
Haber sido regalo soberano,  
Porque como los bárbaros oyesen  
De los que los tenían espíados  
Que se volvian á la casa fuerte

Dejando su camino comenzado,  
Salió la turbamulta de los lobos  
Siguiendo la católica manada,  
Y alcanzaranlos antes del refugio  
Si las opuestas vacas no les fueran  
Corriendo acá y allá gran embarazo;  
Mas apenas tomaron la clausura  
Cuando llegó la bárbara potencia,  
Comenzando de nuevo los combates,  
Donde los fatigados españoles  
Responden con esfuerzo mas que humano  
Tiempo y espacio que duró dos dias,  
Sin que tuviesen punto de descanso.  
Faltaban ya guerreras municiones,  
Faltaban ya las fuerzas de los brazos,  
Faltábales sustento con que puedan  
Cobrar aliento para la peleá,  
Con gran proterveridad continuada.  
A Dios van importunas oraciones,  
Armas que solamente les restaban;  
Y estas fueron tan fuertes y eficaces,  
Que llegada la luz del tercer dia  
Después que sucedió lo de las vacas,  
Huyen los indios repentinamente,  
Segun pareció ser, por la noticia  
Que tuvieron de que venían cerca  
Cristianas gentes bien aderezadas  
Y que estaban de allí poca distancia.  
Los nuestros piensan ser estratagemá,  
Y alguna astucia como la pasada;  
Pero salieron presto desta duda  
Oyendo voces de los españoles  
Y estruendo de caballos, con que luego  
Se desterraron pálidos temores:  
Con presurosas manos quitan trancas  
Del aferrada puerta, y á porfía  
Salen á ver quién eran los que traen  
La salud y reparo de su vida;  
Conocen á don Alvaro, delante  
De quien hincaron todos las rodillas,  
Desfigurados, flacos, consumidos,  
Con pálidas y sórdidas mejillas:  
Dante mil bendiciones y alabanzas  
Al obrador de tales maravillas,  
Que cuando mas desnudos de esperanza  
Proveyó de socorro tan á puncto,  
Que si dél discrepara, su remedio  
Era muerte crúel y desastrada.

Visto pues por don Alvaro la falta  
De posibilidad para valerse  
Entre tan strevido barbarismo,  
Trajo consigo los que en él estaban,  
Quedándose los paez con su bonra,  
Libres de vasallaje y servidumbre.  
Y en franca libertad, sin que consientan  
Estraño morador en su provincia.  
Concluso por don Alvaro su curso,  
Sucedió don Hierónimo de Silva,  
Y por ausencia dél fué deste reino  
Bartolomé de Mazmela nombrado  
En tanto que de España proveían;  
Y entonces fué cuando Pero Fernandez  
Tuvo despachos del real consejo  
Para tener de Popayán el mando,  
Pasándolo después á Cartagena.

Sucedióle después Sancho Garcia  
Del Espinal, hidalgo conocido,  
Dicace de gentil entendimiento,  
Que *per antiphrasim* era su nombre;  
Pues al saber callar le llaman Sancho,  
Y él por saber hablar satirizando  
Fué por los senadores descompuesto,  
Que en la ciudad de Quito residian,  
Francisco Auncibay el uno dellos,  
Y otro Cañaverál, su compañero (1).  
Y aquestos dos prendieron al obispo

(1) El original decía:

*Y otro Cañaverál que Cañavera  
Le dan por otro nombre detractores.*

Lo cual está tachado, con una raya al margen que dice: *estas cosas desdoran la historia.*

De Popayán, don Agustín Coruña,  
No sé con qué color, mas no les falta  
A los que tienen intención dañada;  
El cual en Popayán es hoy prelado,  
Doctísimo varón, fraile agustino,  
Ejemplo de esencial recogimiento.

Removido pues el Sancho García,  
Vino con el gobierno de Castilla  
Un Juan de Tuesta Salazar, que todos  
Hoy conocemos con aqueste cargo,  
Y conocimos antes de tenello  
Por hombre bien compuesto y avisado.

Estos gobernadores solamente  
Tuvo desde el primero fundamento  
Hasta el año que corre de presente  
Doce menos del número de ciento  
Con los mil y quinientos de crecienté,  
Contados desde el santo Nacimiento  
Del Hijo que parió Madre doncella:  
Inmensas gracias doy á él y á ella.

Ve con Dios, historia mía,  
Salida de mis entrañas;  
No temas mordaces mañas  
Ni al que tiene, como Lia,  
Ojos llenos de lagañas:  
Este tal nunca te vea;  
Mas suplico que te lea  
Quien es de verdad amigo,  
Pues tú no llevas contigo  
Cosa que verdad no sea.

## HISTORIA

*de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real Magestad del rey don Felipe, segundo deste nombre, nuestro señor.*

De lo de Popayán dimos razones  
Desde su primitivo fundamento;  
Mas como ya cristianas poblaciones  
Por sus confines van en crecimiento,  
Restan agora dos gobernaciones  
Subyectas á moderno regimiento,  
Inclusas entre los tres grandes rios  
De quien atrás tractaron versos míos.

Y así para que quede dividido  
Lo deste territorio, con historia  
Que haga su discurso conocido  
No las quiero dejar sin esta gloria,  
Pues en aquellas han acontecido  
Proezas altas dignas de memoria,  
Así de parte de la gente nuestra  
Como de la de allí, no menos diestra.

Aquestos rios pues de quien d'íllena  
Relacion en las partes que convino.  
Son Darien, Cauca y de la Magdalena,  
Que corren gran distancia de camino  
Hasta que juntos llegan al arena  
Y riberas del término marino;  
Y entre los tres hay rios y quebradas  
Tantas, que no podrán ser numeradas.

Donde, según la vista verifica,  
Se contiene riquísimo tesoro,  
Por ser en general la tierra rica,  
Y rios y quebradas manan oro;  
Y así dice quien esto certifica,  
Que mora de presente donde moro,  
Haber en todas partes y lugares  
Infinidad de minas singulares.

Juan de Alvarado Salazar se llama,  
Viejo conquistador de aquellos senos,  
Cuyo valor en ellos se derrama  
Y en otras partes por sus hechos buenos,  
De los cuales nos da muchos la fama,  
Pero los que publica son los menos;  
En esta descripción, la suya sigo,  
Por ser antiguo y ocular testigo.

Dice que entre los rios ya nombrados  
Hay también otros dos harto famosos,  
Nichi y Porce, que pueden ser contados  
Entre los que llamamos caudalosos;  
Y por los unos y los otros lados  
Hay indios por extremo belicosos,  
En sus costumbres poco diferentes,  
Y las provincias son estas siguientes:

La principal en estas es Catia;  
A la segunda llaman Ibijico,  
Comun contrato desta serranía,  
Y así su morador sagaz y rico;  
Pequí se sigue, cuya valentía  
Escude todas estas que publico;  
Mas adelante desta van las casas  
De Penco, tierra de zavañas rasas.

Por las cuales también la de Norisco,  
Sin ocupar lugar montaña alguna,  
Y las que caen en él, que es montisco,  
Son Ituango, Pubio, Ceracuna,  
Pebere Nitana, Tuin, Guisico;  
Tierras de menos próspera fortuna,  
Araque, Carautá, con Guazuco,  
Y otra primera quellas, dicha Teco.

Todas estas de montañas terreno,  
Y por do la montaña se divierte,  
Usan todos de flechas con veneno,  
Certísimo ministro de la muerte.  
Es grande la distancia deste seno,  
Pues corre la montaña de tal suerte,  
Que sin hallar de tierra rasa corte  
Pasan al mar del Sur y al mar del Norte.

Y cuanto mas se llegan mas lluviosas,  
Pantanos, y las gentes no son tantas;  
Mas esas pocas, bestias belicosas,  
Desnudas de los pies á las gargantas;  
Solo cubren las partes vergonzosas  
Con cortezas ó hojas de las plantas,  
Gentil dispusición, traza garrida  
Ellos y ellas, mas de poca vida.

Entiendo las montañas adyacentes  
Al Darien ó tierras de Ballano,  
Que son de las de arriba descendientes,  
Donde no ballareis asiento sano,  
Antes en general todos dolientes,  
Eso me da en invierno que en verano,  
Porque los altos es tierra sana  
Desde donde comienza la Catia,

Que es á lo de Antioquia mas cercana;  
Y todas las provincias comunmente  
Son caribes que comen carne humana,  
Sin reservar á deudo ni pariente;  
Y aquesta de Catia, mas serrana,  
Es en comun (demás de ser valiente)  
Nacion ingeniosa, bien vestida,  
Y que vive con peso y con medida.

Y aun entre sus avisos principales  
Historian las cosas sucedidas,  
Mediante hieroglíficas señales  
En mantas, y otras cosas esculpidas;  
En oro y mantas crecen sus caudales  
Con gran primor labradas y tejidas;  
Raices es el pan cotidiano,  
Porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contractantes,  
Y es de oro tan grande la ganancia,  
De tierras mas viciosas y abundantes  
Se lo suelen traer en abundancia.  
Son bárbaros de miembros elegantes  
Y de bravo denuedo y arrogancia,  
Honestísimas todas las mujeres,  
Gallardas y de bellos pareceres.

Alindados los rostros en faiciones;  
Mas ellos algo bazos y morenos,  
De gran verdad en sus contractaciones,  
Sin de su crédito venir á menos;  
Usan lanzas, y dardos, y bastones  
Y flechas, pero limpias de venenos;  
Traen cabellos largos en su tierra,  
Pero quitanselos habiendo guerra.

Ellas lo traen mucho mas crecido ;  
Segun en otras muchas partes vemos ;  
Es su comun manera de vestido  
Largo, tanto que cubre los extremos ;  
Joyeles cuelgan de uno y otro oido  
Y de narices, en valor supremos ;  
Usan de sus maneras de alcoholes,  
Aman y quieren a los españoles.

Los adúlteros son aborrecidos,  
Y cerca desto viven con gran cuenta  
En no violar los maritales nidos ;  
Mas como deste mal algo se sienta,  
Suelen tomar venganza los maridos  
De los que les hicieron el afrenta ;  
Cualquier otro pecado les es blando,  
Pero sin culpa siempre del nefando.

Aman á sus mujeres tiernamente,  
En tal manera que les son subyectos ;  
Algunos hay que tienen mas de veinte  
O las que puede para sus afectos ;  
No reconocen rey ni presidente  
Que les imponga leyes y preceptos,  
Mas cada cual lo es de su cabaña,  
Y el que mas rico es, mayor compañía.

Pero todas las veces que se piensa  
Sobrevenir beligeros aprietos,  
Están unidos para su defensa .  
Y entonces tienen príncipes eletos,  
Los cuales tienen potestad estensa,  
En ejercicio della circumpetos,  
De cosas á la guerra concernientes ;  
Y á estos son subyectos y obedientes.

Tienen esclavos para sus servicios,  
De gente que en la guerra se captiva,  
Los cuales hacen rusticos oficios  
Si no los come condición esquivo,  
Por usar todos destos maleficios ;  
Pero muerto su amo, como viva,  
Es el esclavo del caudal entero  
Y de mujer y de hijos heredero.

Si venden un esclavo por chagalas,  
De cuyo valor tienen certidumbre,  
En una venta hacen tres iguales :  
Una las manos por la servidumbre,  
Otra la carne, destas gentes malas  
Tienen en esto pésima costumbre,  
Otra por la cabeza, que ya muerta  
Por honra grande ponen á la puerta.

Y aunque nunca jamás gente catia  
En torpes borracheras se agasaja,  
Con gran jactancia de su valentia  
Dice quel español es una paja :  
No les escude, pero todavia  
Reconocen tenelles gran ventaja  
En los fogosos tiros que disparan  
Y en letras que sus ánimos declaran.

No se les han hallado santuarios,  
Aunque los tienen otros desta tierra ;  
Y cuando combatidos de contrarios  
Se ven los comarcanos de su tierra,  
A ellos les dan sueldos y salarios  
Para que les ayuden en la guerra,  
La cual hacen leal y fielmente,  
Sin declinar á tracto diferente.

Muchos dellos adoran la milicia  
De las estrellas que su vista marca ;  
Del general diluvio dan noticia  
Y gentes que escaparon en la arca ;  
Reconocen haber Dios de justicia,  
Del cielo y de la tierra gran monarca ;  
Y aunque al demonio tratan con regalo  
Temblando dél, conócenlo por malo.

Y así le llaman ellos al diablo  
Cunicubá, que malo representa  
En la lengua catia tal vocablo  
Y otros ningunos hay de mas afrenta ;  
No le hacen pintura ni retablo,  
Aunque los amenaza y amedrienta ;  
Díceles qué crió todas las cosas,  
Con otras invenciones fabulosas.

En su vulgar, á Dios llaman Abira,  
Que representa sumamente bueno ;  
Al español por nombre dan Aira,  
Que quiere decir, hijo de su seno ;  
Dellos el hechicero se retira,  
Y si repara por aquel terreno,  
Como sepan sus tractos, de tal suerte  
Lo castigan, que muere mala muerte.

Para los casamientos hay terceros,  
Y siendo moza, virgen y hermosa,  
Promete buena copia de dineros  
Aquel que la pretende por esposa ;  
Cuando se juntan, miran en agujeros,  
Y á la doncella él tocar no osa  
Si la que ya desea verse dueña  
No lo convida con alguna seña.

Quando se mueren estos naturales,  
Unos diceu que hembras y varones  
Se transforman en bravos animales,  
Como serpientes, tigres y leones,  
Otros entiérranse con sus caudales,  
Criadras y criados y otros dones,  
Con fusia de tener en otra vida  
Armas, oro, sirvientes y comida.

Estas son las costumbres de catios,  
Segun se sabe ya de cierta ciencia ;  
Mas entre Nichi y Cauca, los dos rios,  
Hay otra gente que se diferencia  
En el lenguaje y en los atavios,  
Y terreno mejor en influencia  
Por ser de sementeras abundante  
Y el morador soberbio y arrogante.

Es por naturaleza gente cruda,  
Guerrera sobre todas las que cuento,  
Gentil dispusición, pero desnuda  
Como gozan de buen temperamento ;  
La cual no muestra ser torpe ni ruda  
En admitir cristiano documento,  
Pues toman bien lo que se les predica,  
Y es sobre todas la nacion mas rica.

Porque quebradas, rios, vertederos,  
Y cualquiera lugar que se catea,  
Manifiestan auxilios veneros  
Con quel avaro pecho se recrea,  
Y la solicitud de los mineros  
Saca bien proveída la batea :  
Llámanse nutabees estas gentes,  
Herbolarios demás de ser valientes.

Contráctanse con gente tahamía,  
Que para guerra no fué gente manca ;  
Tienen gran hermandad y compañía  
Y es la contractacion entrellos franca ;  
Sirven los tahamies boy en dia  
A Bartolomé Sanchez Torreblanca,  
Y son los mas propincuos al partido  
Del Nuevo Reino donde yo resido.

Mas entrellos y él hay naturales  
Diversos y de vida mas sincera,  
Desnudos, descuidados de caudales,  
Y lijerísimos en gran manera,  
Pues alcanzan silvestres animales  
Sin alargarse mucho la carrera,  
Baquiras mayormente, que son reses  
Lijeras, y en faicion puercos monteses.

Y Antonio de Mancipe, que presente  
Da relacion de muchas cosas destas,  
Me dice tener barbara sirviente  
Que por zavanas rasas ó florestas  
Corria como perra diligente,  
Hasta tomar alguno, y á sus cuestras  
Lo traia segun fácil oveja  
Asido de la pierna y el oreja.

Son hombres bien dispuestos y docibles  
Para servir en lo que son instrutos ;  
Gozan de montes claros y apacibles  
Que los regalan con diversos frutos ;  
Son las mujeres dellos convenientes  
Mas que para servir hombres tan brutos,  
Porque sacadas de sus naturales  
Salen limpias y grandes serviciales.

Por estos indios y otros mas cercanos  
Al Nuevo Reino y á sus señoríos,  
Tuvieron gran noticia los cristianos  
De la riqueza dentre los dos rios,  
Y cómo poseian ricos granos  
En cualquiera provincia sus gentios;  
Y así los incitaba la codicia  
A querer ver por ojos la noticia.

Y los de Popayán, según que veo  
Por otra relacion que me fué dada,  
Estaban ansimismo con deseo  
De poner en efecto la jornada,  
Porque para hacer aquel empleo  
No dió lugar la tempestad pasada  
De guerras que tenían entre manos  
Con bárbaros al pueblo comarcanos.

De manera que en una coyuntura  
Dos partes pretendian la ganancia:  
Estas declararé con ligadura,  
Mas sin obligacion de consonancia,  
Por ser mas descansada compostura  
Y haber hecho de ritmas abundancia,  
Y porque viéndome cansado viejo,  
Amigos me lo dieron por consejo.

¡Oh Musa, la mas alta de la cumbre  
Del Apolo á quien es todo posible,  
Que sin perder virginea costumbre  
Al invisible Dios distes visible!  
Provéame por vos de clara lumbre,  
Aquella lumbre que es inaccesible,  
Para que con favor suyo proceda  
En la jornada larga que me queda.

### CANTO PRIMERO.

Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, así de la gobernacion de Popayán como deste Nuevo Reino.

La cordillera de las altas sierras  
Que salen de la parte del estrecho  
A quien dió Magallanes nombramiento,  
Que es en cincuenta y dos grados y medio,  
Do constituyen la templada zona  
Del antártico polo los que miden  
Latitud y longura de lugares,  
Al norueste viene declinando,  
Con grandes brazos della dependientes  
A diferentes vias estendidos  
Incluyendo las sierras de los Andes,  
Pues al sur le demoran las grandezas  
De Chile, Pirú, Quito; y á la parte  
Del norte lo del rio de la Plata,  
Brasil y Marañón, y las provincias  
A las árticas ondas advacentes;  
Y en la continuacion de su corriente  
Se viene por la tórrida metiendo  
Y la equinoccial atravesando;  
Pero ya cerca della se divide  
En tres brazos la dicha cordillera,  
Que contienen amplisimos terrenos:  
El uno destes ramos va corriendo  
Entre la mar del sur y rio Cauca,  
El cual continuando su derrota  
Pasa por Panamá, y enfermo suelo  
Del que Nombre de Dios heredó nombre,  
Y ya hasta llegar á Nueva-España.

El otro ramo dentre los dos rios  
Que es el de Cauca y de la Magdalena,  
Do se contienen las provincias dichas  
De los catios y otras gentes bravas  
Prestas á la defensa de sus tierras,  
Es de menor discurso su corrida,  
Pues el remate dél es á las juntas  
Donde las dos corrientes hacen una,  
Que sera veinte leguas la distancia  
Desde su conyuncion á la marina,  
El sitio destas juntas á diez grados  
De latitud, según que se tanea  
Por hombres que regulan el altura.

Deste quiero tractar; pero primero  
Que lleguen los mortíferos espantos,  
Los rigurosos trances y contiendas  
En su demarcacion acontecidos,  
Del tercero diré cómo se tiende  
Entre el gran rio de la Magdalena,  
Y los inmensos llanos de quien hize  
Mencion en otras partes do convino;  
El cual ramo se va continuando  
Por la costa del mar de Santa Marta,  
Del Cabo de la Vela y Venezuela,  
Y por el alaguna que se llama  
En aquella provincia Maracaibo.

Pero donde contiene mas anchura,  
Con multitud de gentes naturales,  
Valles amenos, fértiles culturas,  
Herbosos campos, fuentes cristalinas,  
De varias mieses grandes sementeras,  
Dehesas proveidas de ganados  
Con pastos que no pierden sus verdores,  
Claros corrientes, lagos espaciosos,  
Diversas cazas, pescas apacibles,  
De plata y oro prósperos veneros,  
Piedras preciosas, ricas esmeraldas,  
Templanza salutar, pues nunca  
Frio fatiga ni calor da pena,  
Con otras muchas cosas necesarias  
A la conservacion de los mortales:  
Es en la parte donde situado  
Vemos el nuevo reino de Granada,  
En hemisferio ártico que cae  
Debajo de la mas ardiente zona,  
En el primero clima, y es distancia  
Que corre desde tres á siete grados.  
En estas levantadas serranias  
Hay valles y llanuras apacibles  
Por do se tienden bárbaras moradas  
Y tienen sus ciudades españoles:

Es la de Santafé cabeza dellas  
En cuatro grados y minutos veinte  
Debajo del primero paralelo:  
Aqui la majestad del rey hispano  
Puso su sello con real audiencia,  
Que decide las causas, sentenciando  
Segun disposicion de los derechos,  
Y dan conductas á los capitanes  
Para conquistas de diversas tierras.

Corriendo pues del parto de la Virgen  
Años cincuenta sobre tres quinientos,  
Un diestro capitán, Francisco Nuñez  
Pedroso, de quien ya tractamos antes,  
Fué por estos oidores proveído  
A la jornada dentre los dos rios,  
A cuyos senos voy encaminado.

Este salió con gente valerosa,  
Soldados escogidos y cursados  
En las penalidades de conquistas,  
Do la seguridad mas evidente  
Amenaza con muerte trabajosa:  
Ochenta fueron estos compañeros,  
De caballos y armas pertrechados,  
Y en número pasaban de quinientos  
Los indios que llevaban de servicio.

Entró con este buen aviamiento  
Adonde lo llevaban sus intentos,  
Siendo con estos mismos ya salido  
De la ciudad de Arma, subyacente  
A la de Popayán, con mas posible  
El capitán Fernando de Cepeda  
A fin de subyectar aquellos indios  
A la ciudad de Santafé nombrada  
Que de la de Antioquia tiene nombre,  
De quien hemos tractado largamente  
En el discurso de Pedro de Heredia.

Estos dos capitanes que decimos,  
Aunque entraron por vias diferentes  
(Sin saber uno de otro), se juntaron  
Y tuvieron pesadas diferencias,  
En las cuales Pedroso, descompuerto,  
Al reino se volvió do residia,  
Quedándose Cepeda mas pujante,  
El cual con aquel bárbaro gentio

Tuvo batallas y recuentos varios  
Que contrastaban siempre sus intentos ;  
Y así potencia bárbara le hizo  
Dejar de proseguir esta demanda,  
Con pérdida de muchos españoles.

Entró después Bernardo de Loyola,  
Vecino principal de los Remedios,  
Que con el de Victoria confina,  
Ambos pueblos de aqueste nuevo reino:  
Fué sin autoridad y sin licencia  
De los señores del real senado,  
So color de buscar prósperas minas.

Sabida su demanda por don Diego,  
De los Caravaiales descendiente,  
Vecino de la villa de Victoria,  
O por enemistad que le tenía  
O por codicia grande de la empresa,  
Denunció dél ante los senadores,  
Los cuales, las razones comprobadas,  
Le dieron comision para prendello  
Y con los que tenía y él llevaba  
Poblase do mejor le pareciese.

Efectuó con esto su viaje,  
Y aquella provision notificada,  
Loyola se salió dentre los rios,  
Quedándose don Diego con la gente,  
Al cual dieron los indios tanta priesa,  
Que con algunos españoles menos  
Tuvo por bien dejar la tierra libre.

Pero después, el año de sesenta,  
Quiso tentar segunda vez la suerte,  
No sin aquel ardor que caballeros  
Suelen tener en puntos honorosos ;  
Mas con solos cuarenta compañeros,  
Algunos de los cuales conocidos,  
Y todos dignos desta confianza,  
Pues destes era Leonel de Ovalle,  
Gallego, natural de Salvatierra,  
Sancho Velez, Sarmiento y Andrés Pinto,  
Francisco de Aguilar y Alonso de Arce,  
Francisco de Silvera, lusitano,  
Y otros de cuyos nombres falta copia ;  
Pero tenemos la de sus hazañas  
En trances rigurosos y arriscados.

Llegaron con aquella vigilancia  
Que suelen los que tienen experiencia  
De la ferocidad destas naciones,  
Y en parte rasa, con la diligencia  
Que piden los peligros evidentes,  
Hicieron fuerte, donde de la furia  
Barbárica pudiesen ampararse,  
Las armas en las manos todas horas,  
Y prestos los fumosos arcabuces,  
La cual solicitud no fué baldia,  
Antes de su salud segura prenda,  
Porque sabido por los naturales  
El concepto de nuestros españoles,  
Nunca jamás se les pasaba día  
Sin dalles mil desgustos con asaltos  
Los indios que tenían mas cercanos.

Mas viendo que fogosos instrumentos  
A muchos traspasaban las entrañas,  
Acullió multitud innumerable,  
De jáculos mortales proveidos,  
Con macanas y lanzas penetrantes,  
De ricas diádemas coronados,  
Con otras varias joyas que declaran  
La gran prosperidad de sus terrenos :  
Tal es el resplandor que reverbera,  
Que del refracto de solares rayos  
Potencia visual es ofendida.  
Las voces impelidas de los pechos  
Y estrepito de rústicas bocinas  
Rompen los vagos aires, y la tierra  
Parece fatigarse con temblores,  
Como cuando de trueno fulminoso  
Es en alguna parte lastimada.  
Aquesta furiosa muchedumbre  
Rodeó los valientes españoles,  
Los cuales, por don Diego bien instructos  
Y de sus instrumentos ayudados,  
A los tartáreos fuegos encaminan

No poca cantidad de los contrarios ;  
Mas era la ruina poca parte  
Para poner á sus furios frenos,  
Porque cierto gandul embravecido,  
De miembros y estatura de gigante,  
Con voces espantables los anima  
Facilitándoles esta victoria.

Este se puso junto del cercado.  
En la mas alta parte, donde estaba  
Un árbol que tenían ya cortado :  
Chaguala fina pende de su pecho,  
De orejas y parices otras joyas,  
Penachos variados ondeando,  
Bravo meneo y áspera postura :  
El terrible baston que meneaba  
Al de Goliat era semejante :  
A voces allí puesto desafia  
Con grandes vituperios á los nuestros,  
De los cuales ( que estaban mas á mano )  
Salieron cuatro, Pinto, lusitano,  
Francisco de Aguilar y Sancho Velez,  
Y Alonso de Arce, todos con escudos  
Y espadas cortadoras en las manos.  
Llegaron al lugar, y el árbol era  
Para fajar con él impedimento ;  
Mas todavia con aquel coraje  
Que crían vengadoras voluntades,  
Rodean al gandul, que se movia  
Con suma lijereza, meneando  
El áspero baston á todas partes,  
Y al Sancho Velez que halló mas cerca,  
Cubierta la cabeza con celada,  
Y la rodela puesta por delante,  
Tan gran golpe le dió con la macana  
Que la tierra midió cuasi que muerto ;  
Al Arce revolvió luego con otro,  
Al cual hizo pedazos el escudo,  
Y lo tendió también en aquel suelo.

Francisco de Aguilar, que bien pensaba  
Quedar victorioso del gigante,  
El ponderoso palo lo compele  
A juntar las rodillas con la tierra.  
Entonces Andrés Pinto, como suelto,  
Abalanzóse por el diestro lado  
Antes que revolviése con el leño,  
Y con la punta del cruel acero  
Rompió por el ijar bravas entrañas  
Del bárbaro feroz, en tal manera  
Que el ánima salió por la herida  
Y el cuerpo monstruoso cayó luego,  
Con una voz y grito tan horrendo,  
Que los que se hallaron á la mira  
De sus furios fueron afojando.  
Por otra parte Leonel de Ovalle  
Con otro principal acaso vino  
A singular certamen, donde presto  
El bárbaro perdió la lozania ;  
Y los demás habiendo consumido  
Las flechas y los dardos que traian,  
A sus pajizas cascos se volvieron,  
No presurosos, mas á paso lento,  
Diciendo : « Descansad, gente barbuda,  
Porque para dar fin á la contienda  
Aqui seremos de hoy en cuatro dias. »

Los nuestros, reparados los heridos,  
Entraron todos ellos en consulta,  
En la cual de comun consentimiento,  
Visto que les faltaban municiones  
Y no ser parte para sustentarse,  
Apriesa negociaron la partida.  
Entró poco después un Juan Valero,  
Ejemplo de virtud y de modestia  
( Hablo como testigo de su vida  
Por amistad de tiempos atrasados ).  
Y aunque llevó mas número de gente,  
Vista la gran dureza del salvaje  
En dar la paz que siempre le pedía,  
También se vino sin hacer efecto,  
Y no tan de reposo que no fuese  
Con renombre de fuga la salida.  
Aqueste capitán es el postrero  
Que deste Nuevo Reino fué con gente ;

Y así para decir quién permanece  
 En las conquistas deste barbarismo,  
 Habré de convertir mi flaca pluma  
 A la ciudad ó villa de Antioquia,  
 Tomando de muy lejos la carrera  
 Para que sea más inteligible  
 Esto que de presente pretendemos  
 Poner en escritura verdadera;  
 Cuyos sucesos varios remitimos  
 A los versos del canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se da relación del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo después fué mudada de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia.

En el proceso largo desta historia,  
 Algunas veces hemos referido  
 Cómo George Robledo fué el primero  
 Cimentador del pueblo de Antioquia,  
 Y su primera fundación adonde  
 Fué don Pedro de Heredia descompuesto  
 Por Juan Cabrera y otros capitanes  
 Del buen don Sebastián de Benalcázar:  
 La cual participaba de las tierras  
 Que tienen entre sí las ricas aguas  
 Del río Darién y río Cauca.

Pero después de aquellas competencias,  
 Por no ser sitio bien acomodado,  
 Así para salud como defensa  
 Del nuevo morador, por la braveza  
 Del natural vecino repugnante,  
 Por orden del ilustre Benalcázar  
 Aquesta población fué trasladada  
 Acia Buriticá, do mas propicio  
 Y mas alegre cielo se mostraba,  
 Terreno sano, nobles influencias,  
 Aires de salúfiera templanza,  
 Campos mas espaciosos y estendidos,  
 Do pueden en beligeros rebatos  
 Mandarse los caballos á contento,  
 Y hacer mas estrago con la lanza  
 En los que contrastaban sus diseños,  
 Y donde los auríferos veneros  
 Esceden á los ricos celtiberos  
 Y sobrepujan á los de Dalmacia,  
 Con que los moradores enriquecen,  
 Y mucho mas jueces, comisarios  
 Frecuentes, por livianas ocasiones  
 (Absortos en aquesta golosina)  
 A ser universales herederos  
 De lo que valerosos han ganado  
 A costa de la sangre de sus venas.

Para trasladar pues a questo pueblo  
 Al asiento que queda declarado,  
 El Benalcázar hizo confianza  
 Del diestro capitán Gaspar de Rodas,  
 De quien hice memoria muchas veces  
 En los lugares donde convenia  
 De sus trabajos varios dar noticia.

Es pues a questo noble caballero  
 Del pueblo belicoso de Trujillo,  
 Morada principal de Estremadura,  
 De bien nacidos padres heredero:  
 Pues fué su padre Florencio de Rodas,  
 Alcalde de la fuerza dicha Lote,  
 En la provincia fértil del Algarve;  
 Su madre doña Guiomar Coello,  
 Que en Lusitania, donde fué nacida,  
 La ciudad de Lamego fué su cuna.  
 A las Indias pasó joven florido,  
 Y en duros ejercicios de la guerra  
 Desde su juventud se dió tal maña,  
 Que todos igualaban su prudencia  
 A su bien aprobada valentía

Entró primero con alguna gente,  
 A sus expensas propias granjeada,  
 Al socorro de don Juan de Andagoya,  
 Hijo de don Pascual, de quien mi pluma  
 En lo de Popayán hizo memoria;

El cual entonces iba descubriendo  
 Tierras que con el mar del Sur confinan,  
 Pero sañose Rodas con su gente,  
 Vista la perdición desta jornada,  
 El año de cuarenta y uno, cuando  
 Vino Vaca de Castro con poderes  
 Del gran monarca contra los rebeldes  
 En reinos de Pirú sin obediencia.  
 Con él se vino Rodas hasta Cali,  
 Adonde Benalcázar gobernaba,  
 Con quien Vaca de Castro tractó cosas  
 Tocantes al viaje que hacia.  
 Quedó Rodas debajo del gobierno  
 Del dicho Benalcázar, donde siempre  
 En cargos honorosos le dió mano;  
 Y por el crédito que dél tenia,  
 Para mudar el pueblo de Antioquia  
 Le dió poder é hizo su teniente  
 Al principio del año de cincuenta,  
 Que vino por juez de residencia  
 El licenciado Francisco Briceño,  
 A quien la dió también Gaspar de Rodas  
 Como teniente del adelantado.  
 Dió sus descargos, y esperó sentencia,  
 En que se pronunció que merecía  
 Cargos de muy mayores emirencias;  
 Mas aquel pueblo nuevo que tenia  
 Ciudad de Santa Cruz por apellido,  
 Mandó que fuese villa, y adelante  
 Santafé de Antioquia se llamase:  
 La cual con este nombre permanece,  
 Y en ella desde el tiempo que decimos  
 Gaspar de Rodas hizo su vivienda,  
 No sin deseo de fundar mas pueblos  
 En las provincias dentre los dos ríos,  
 A lo cual aspiraban otros muchos  
 Varones de caudal y principales,  
 Que de la gran riqueza de aquel suelo  
 Tenian ya noticia y esperiencia.

Destos fué Lucas de Avila, vecino  
 De Encerina, que tenia gran posible,  
 Y pretendió pedir aquellas tierras  
 Por gobierno de Popayán distinto;  
 El cual comunicó sus intenciones  
 Con Andrés de Valdivia, su carillo,  
 Sagaz, astuto y hombre diligente  
 Para negociaciones semejantes,  
 El cual facilitó sus pretensiones  
 Y prometió traelle los despachos  
 Dentro de breve tiempo de Castilla.  
 Acudió Lucas de Avila con oro  
 Con larga mano para su viaje;  
 Pero después en el real consejo  
 Negoció para sí, que no debiera,  
 El gobierno quel otro pretendia,  
 A costa del que hizo confianza  
 De sus palabras y amistad antigua.

En este tiempo bárbaros vecinos  
 A los subjectos indios de Antioquia  
 Persuadian inñuitas veces  
 Negasen á los nuestros obediencia  
 Y de su libertad fuesen señores,  
 Pues nunca fueron sus antepasados  
 Subjectos á serviles condiciones,  
 Porque para quedar libres y exentos  
 Ellos tenian ya las armas prestas,  
 Y no les faltarian sus favores  
 Hasta desarraigar cristiana planta,  
 De quien se recelaban también ellos  
 Por vellos tan pegados y propinuos.

Los indios de Antioquia bien quisieran  
 Quitar de sobre sí tan duro yugo;  
 Pero los moradores de la villa  
 Tenian el aviso necesario  
 Y el asiento del pueblo tan á gusto,  
 Que los subjectos fueran poca parte  
 Para los lastimar sin daño suyo;  
 Y así, no respondieron con efecto  
 A las persuasiones que decimos,  
 Los pechos inquietos, mas las manos  
 Quietas con temores del castigo.  
 Y así Toné, cacique comarcano . .

Bravo de condicion y sedicioso,  
 Por la seguridad de su partido,  
 De los pacíficos mas principales  
 Hizo congregacion en las montañas,  
 Y en banquete costoso que les hizo,  
 Después de satisfechos y contentos  
 Y en furia levantados con el vino,  
 Pidióles atencion, las manos altas:  
 Y estando reportados y quietos,  
 Les dijo las palabras que se siguen:  
 «Oid con atencion, fuertes varones,  
 Deciros he razones que os espanten  
 Y el ánimo levanten mas caído,  
 Pues quiero, no movido por antojos,  
 Poner ante los ojos desventura  
 Que pide ser la cura sin tardanza,  
 Antes que mas pujanza destas gentes  
 Atraiga nuestras frentes á su yugo.  
 Durísimo verdugo, va sin freno  
 Usurpando el ajeno territorio,  
 Y segun es notorio los haberes,  
 Los hijos y mujeres y haciendas.  
 Para tomar enmiendas falta brio;  
 Cada cual está frio conociendo  
 Que nos van consumiendo poco á poco:  
 Parece ser loco sufrimiento  
 Dejar su desatiento sin castigo.  
 Por vosotros lo digo, gente fiera,  
 Que ya puede cualquiera subyectaros,  
 Moveros y mandaros como á brutos,  
 Pagándoles tributos y á porfia  
 Cumpliendo noche y dia voluntades  
 Ajenas de verdades y modestias:  
 Llévanos como bestias donde quieren;  
 Vuestros hijuelos mueren sin venganzas;  
 En minas y labranzas que les labran  
 Azotan, descalabran á los flojos;  
 Vosotros como cojos y sin manos  
 Sufris estos cristianos. ¡Ay, catios!  
 ¿Qué son de vuestros brios y braveza?  
 ¿Qué es de la fortaleza que solia  
 Domar la serranía peleando?  
 ¿Quién ha tornado blando vuestro pecho?  
 ¿Quién turba y ha deshecho los alardes?  
 Bajos, viles, cobardes corazones,  
 Pues tantas sinrazones como estas  
 Llevais á vuestras cuestras con paciencia.  
 Mirad la diferencia de las mias,  
 Pues que Pedro de Frias sabeis cierto  
 Ser por mis manos muerto y otros siete  
 Y el lengua y alcahuete Juan Gonzalez,  
 Mestizo, que si tales todos fueran,  
 Sus vidas nos vendieran á mas precio;  
 Mas este como necio confiado,  
 Habiéndose librado del rebato,  
 Dijo desde á buen rato con voz alta:  
 — ¡Ah! perros, el que falta viene á veros,  
 Que sin sus compañeros Dios no quiera  
 Que huya, y aunque muera, como muerto,  
 He de vengar primero su mal hado.—  
 Y así desesperado se abalanza,  
 Que ni bastaba lanza ni macana  
 A resistir su vana lozania:  
 Gran estrago hacia con la espada  
 En la gente granada, de tal suerte.  
 Que vieron de la muerte los espantos  
 En un momento tantos cuantos fueron  
 Aquellos que murieron de su parte.  
 Mas el contrario marte, que no cesa,  
 Le dió tan grande priesa por los lados,  
 Que fueron traspasados brevemente;  
 Y aquel mozo valiente que pudiera  
 Irse donde quisiera sin herida,  
 Allí perdió la vida por sus muertos,  
 Amigos mal espertos. Ved qué ejemplo  
 Es este que contemplo con aviso,  
 Pues este morir quiso por su villa  
 Y vengar la cuadrilla que era poca.  
 Aquel á quien le toca mayor daño  
 No cumple ser extraño de venganza:  
 La vil desconfianza se deseche;  
 El tiempo se aproveche, no se pierda;

El arco tenga cuerda mas estrecha;  
 La voladora flecha nunca pare;  
 La macana declare su justicia:  
 Salgan á la milicia desde luego  
 Bien tostados al fuego los astiles:  
 Huyan temores viles de los senos,  
 Pues veis que no va menos en la obra  
 Que gozar sin zozobra de las prendas  
 De hijos y haciendas y mujeres.  
 Aquestos parececes no son vanos:  
 Por tanto nuestras manos y nobleza  
 Muestren su fortaleza y estén prestas  
 A redimir molestas vejaciones.»  
 Esto dijo Toné, porque desea  
 Ver ya toda la tierra levantada  
 Y á nuestros españoles ocupados  
 En guerras mas cercanas á su pueblo,  
 Reconociendo ser impedimento  
 Para se quedar él sin el castigo  
 Que por aquellas muertes merecia:  
 Lo cual aconteció, segun él dijo,  
 Entrando sobre paz Pedro de Frias  
 A pedir el tributo que debia,  
 Por ser indios en él encomendados.  
 Mas él y los demás, sobre seguro,  
 Por mano del Toné pagaron antes  
 Aquel que ley precisa les impuso,  
 Y el caso sucedió desta manera:  
 Estando juntos estos españoles  
 Para comer sentados á la mesa,  
 Cayeron de lo alto del buhio,  
 Sin parecer de dónde procedian,  
 Cinco gotas de sangre, no dudosas,  
 Que mancharon los cándidos manteles:  
 De que quedaron mustios y turbados  
 Y con sudores frios, como cuando  
 Quedan aquellos quel color mudado,  
 Euhiestos y erizados los cabellos,  
 En noche tenebrosa caminando,  
 Fantasma se les puso de delante:  
 Lo cual por mal pronóstico se tuvo.  
 Y así Pedro de Frias al caballo  
 Ocorre para se poner encima,  
 Los otros á las armas que tenian;  
 Mas no fué tan veloz su pensamiento  
 Cuanta fué la presteza con que llegan  
 Gran multitud de bárbaros armados,  
 Y el ímpetu furioso de manera,  
 Que puesto que con daño de los indios  
 Todos los españoles fueron muertos,  
 Excepto Juan Gonzalez, un mestizo,  
 Que se les escapó dentre las manos,  
 Y con aliento de veloce ciervo  
 Llegó donde pudiera salir salvo;  
 Pero teniendo por afrenta grave  
 Huir él solo del combate duro  
 En que dejaba los de su compañía,  
 Volvió como leon encarnizado,  
 Y hizo lo quel indio representa  
 En el razonamiento referido,  
 Donde con sus razones persuade  
 A rebelarse contra los cristianos.  
 Y así por sus industrias y consejo  
 Negaron subyecion á quien la dabán,  
 Dando principios á sangrienta guerra;  
 Y porque con la villa no podian  
 Dieron en las cuadrillas de las minas,  
 En hatos y en estancias de sus amos,  
 Matando negros, indios y españoles  
 Con tal obstinacion, que desde el año  
 De quince cientos y sesenta y cinco  
 Llegó la duracion al de setenta,  
 En cuyos intermedios padecieron  
 Grandes trabajos y desasosiegos,  
 Que si quiero particularizallos  
 Seria proceder en infinito.  
 Pero sabido por quien gobernaba  
 A Popayán en esta coyuntura,  
 Que don Alvaro de Mendoza era,  
 Dentro de cuyos términos caia  
 Entonces esta villa que decimos,  
 Puso los ojos para dar remedio

En la destreza de Gaspar de Rodas,  
 A quien se dieron largas comisiones,  
 Así para castigo de culpados  
 Como para fundar mas poblaciones  
 En las provincias dentre los dos rios ;  
 El cual luego tomó sobre sus hombros  
 Este ponderosísimo cuidado ,  
 Y convocó de partes diferentes  
 Soldados de discurso y experiencia  
 Y en valor y caudal acreditados ,  
 De los cuales algunos nombraremos  
 Cuando dispusieron abriere puerta.  
 Mas antes que pasemos adelante ,  
 En esta me conviene dar noticia  
 Cómo primero que Gaspar de Rodas  
 Tentase de hacer esta jornada ,  
 Anduvo por allí Gomez Fernandez ,  
 Antiguo capitán y celebrado ,  
 Conquistando los bárbaros inmites  
 Fortalecidos en las barbacoas ;  
 Del cual, cuando tractare de chocoes ,  
 Gobierno ya distinto del que tracto ,  
 Contaremos particularidades  
 Indignas de quedarse rezagadas ,  
 Pues por no confundir á los lectores ,  
 De cada cual gobernacion diremos  
 Aquello que le fuere concerniente ,  
 Señalando los tiempos, aunque vayan  
 En el lugar primero los postreros ;  
 Pues cada cual gobierno de los dichos  
 Ha de llevar particular historia.  
 Y agora solamente de negocios  
 Que son tocantes á Gaspar de Rodas  
 Quiero tractar ; y para mayor lumbré  
 Será con canto nuevo su principio.

### CANTO TERCERO.

Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas,  
 la gente que le ardió, y orden que tuvo en hacer la guerra.

Uno faltaba ya para setenta  
 Años del parto de la Virgen pura  
 Con el millar y medio desta cuenta ,  
 E ya febeo carro se llegaba  
 A la quinta señal del zodiaco,  
 Cuando Gaspar de Rodas se dispuso  
 A dar á su promesa cumplimiento,  
 Habiendo convocado sus amigos ,  
 Así del nuevo reino de Granada  
 Como de Popayán y otros lugares ,  
 Que por el crédito que dél tenían  
 Y fama del tesoro de la tierra ,  
 Pusieron en olvido sus reposos ,  
 Do tenían honrosa pasadia ,  
 Indios encomendados y haciendas  
 Con vencedoras armas adquiridos ,  
 A costa de las cuales se pertrechan  
 De varios instrumentos y ministros  
 Etiopes, caballos y las cosas  
 Al uso de la guerra necesarias.  
 Uno fué destes Francisco de Ospina,  
 Célebre capitán de los Remedios ,  
 Ciudad en este reino cimentada  
 Por él, que fué su fundador primero ;  
 A quien siguieron hombres de substancia ,  
 Y á su contemplacion por consiguiente  
 Otros muchos vecinos de Victoria ,  
 Como Bartolomeo de Pineda ,  
 Anton Lobo de Sande, Juan Velasco ,  
 Gonzalo Verde y Antonio Machado ,  
 Pero Fernandez de Rivadenebra ,  
 Y Diego de Guzmán y Juan de Aldana ,  
 Que todos llegarían á sesenta  
 Varones , á quien hechos memorables  
 Dieron renombre digno de valientes.  
 De Popayán también salieron treinta ,  
 En fama señalados y en posible ,  
 Cursados en beligeros encuentros ,  
 Como Francisco Lopez de la Rúa ,  
 Joan Arias Ruvian, Gaspar Delgado ,

Y un Alonso Serrano, de Florencio  
 Serrano hijo, bárbara su madre ,  
 Pero de noble genealogia ,  
 Mancebo suelto, diestro y esforzado.

Estos y aquellos bien aderezados  
 De todos los pertrechos convenientes  
 A las ejecuciones del intento,  
 Con estendida copia de ministros ,  
 Caballos y abundancia de ganados ,  
 Llegaron á la villa de Antioquia ,  
 Donde su general los esperaba ;  
 Del cual y los demás allí vecinos  
 Fueron con gran aplauso recibidos  
 Y en amigables ranchos regalados ,  
 Pero con mas espacio que quisieran  
 Aquellos que venían ya dispuestos  
 A las beligeras ejecuciones ;  
 Porque Gaspar de Rodas suspendia  
 Con algunas excusas la partida ,  
 Por algunos respectos necesarios  
 A la seguridad de su persona ,  
 A causa de las chismes y novelas  
 Sembradas por algunos susurrones ,  
 Que sin haber olor adivinaban ,  
 Sobre nandar, algunos movimientos.

Vista por los del reino la tibieza  
 Y ser demasiada la tardanza ,  
 El capitán Ospina se dispuso  
 A preguntar al Rodas por qué causa  
 Se dilataba tanto su viaje ,

Diciéndole : « Señor, yo soy venido  
 En compañía destes caballeros  
 Que por respecto mio se han movido.

» Consumieron gran copia de dineros  
 En rehacerse de guerreras prendas  
 Para poder mejor obedeceros.

» Han dejado sus casas y haciendas ,  
 Donde todos vivian con sosiego  
 En sus repartimientos y encomiendas.

» Mediante vuestras cartas y mi ruego  
 Acudieron á tiempo conveniente  
 Y acomodado para partir luego.

» La tardanza que vemos de presente  
 Y remision parece que nos muestra  
 Que ya tenéis intento diferente.

» De ajena voluntad pende la nuestra ,  
 Y para proseguilla , con respeto  
 Suplicoos me digáis cuál es la vuestra.

» Pues si acaso tenéis otro concetto,  
 Por ocasion que con razon se mida ,  
 Volvemos hemos sin hacer efeto.

» Pero si no se halla quien impida  
 La via que tenemos tan á mano ,  
 Bien es acelerar esta partida.

» El tiempo nos convida del verano ,  
 Cuando tienen culturas y florestas  
 Abundancia de frutos y de grano.

» Las corrientes serán menos molestas  
 De los rápidos rios y quebradas  
 Grandes y á cada paso contrapuestas.

» No serán parte gentes alteradas  
 Para nos defender trémulas puentes  
 Con frágiles bejuocos enlazadas.

» Cria la dilacion inconvenientes ,  
 Y dellos por perderse coyuntura  
 Andan malos sucesos dependientes.

» Si razon adaptada se procura  
 Para poder domar bárbara frente ,  
 En las manos está la mas segura.

» Y si dejais la que tenéis presente ,  
 No se podrá sin mil dificultades  
 Juntar después tan escogida gente.

» A nuestras dudas y perplejidades  
 Dará resolusion vuestra prudencia ,  
 Porque con ella vuestras voluntades  
 Hagan sin disonancia correspondencia.

» Dijo, y el capitán Gaspar de Rodas  
 Oyó con atencion esta demanda ;  
 Y con aquel reporte quel prudente  
 Suele tener en casos semejantes  
 Para templar los pechos alterados ,  
 Usando de cortés comedimiento

A los del reino dijo lo siguiente :

« Amigos y señores, conocida  
Tengo la gran merced que se me hace  
Dispuesta para ser agradecida.  
» La partida pedís, y á mi me place,  
Supuesto no tener inconveniente  
Que desta voluntad me desenlace.  
» El gasto que hecistes es patente  
En cosas de que todos salís llenos  
Al encuentro de guerra tan urgente.  
» E yo no convocara tantos buenos  
Asegurados de mi confianza,  
Si vinieran á poco mas ó menos.  
» Negocio es que no sufre mudanza  
Este que tan de veras yo prevengo ;  
Y el preparallo bien no fué tardanza.  
» Pues por razon de ser discurso luengo  
Me faltaban algunas municiones,  
Y las que deseaba ya las tengo.  
» Manifestastes vuestras intenciones  
A tiempo y á sazón que me movia  
A publicar mis determinaciones.  
» Salís á ellas como yo queria.  
Aderezarnos solamente resta  
Para salir de hoy en tercer día  
Que se celebra señalada fiesta. »  
Después que satisfizo brevemente  
El general á sus comilitones  
Por términos urbanos y sucintos,  
Y ellos á su decir correspondieron  
Con largo cumplimiento de razones  
Usadas entre gente comediada,  
Alegres, satisfechos y contentos  
Todos á sus hospicios se volvieron,  
Donde con fervorosa diligencia  
Alistan los pertrechos necesarios  
A las usadas peregrinaciones  
Y á las seguridades de sus vidas :  
Este refina salitroso polvo,  
Aquel derrite plomo para balas ;  
Otros con rascadores mundifican  
Cañones de fumosos arcabuces ;  
Otros aflan hierros de las lanzas ;  
Otros requieren las jinetas sillas,  
Con las demás guerreras prevenciones  
Que piden ejercicios militares  
Y la necesidad les aconseja,  
Segun los de mecánicos oficios  
Cuando labran diversos materiales  
A un tan solo fin encaminados  
Para la perfeccion del edificio  
Cuya hechura tonan entre manos.  
Desta manera todos ocupados  
En cosas al viaje convenientes,  
Llegaron á ponellas en el punto  
Que los efectos dellas demandaban.  
Para los cuales el Gaspar de Rodas  
Hizo de capitanes nombramiento,  
Con otros necesarios oficiales :  
Al Ospina nombró por su colega  
Teniente general del campo todo ;  
Velasco, capitán de infantería ;  
Pineda de la gente de caballo ;  
El general alférez fué Molano ;  
Juan Arias Ruvian su consejero,  
Hombre de gran discurso y experiencia ;  
Y á los que con oficios no podia,  
Con preciadas preseas tornó gratos,  
En tal manera que cualquiera dellos  
A su moderacion quedó rendido.  
Llegado pues el año de setenta,  
A los seis dias del bifronte Jano,  
Cuando la santa Madre celebraba  
La solemne venida de los reyes,  
Al soberano Rey con oblaçiones,  
En aquellas regiones tiempo seco  
Y para caminar acomodado,  
Habiendo celebrado los oficios  
Fray Pedro de Guzmán, dominicano,  
Andaluz caballero, que con ellos  
También iba con otros religiosos,  
Salieron con ardor á la demanda,

Prontos y atentos y las armas prestas,  
Segun militar uso repartidos  
Por obviar á los inconvenientes  
Que podria parir algun descuido ;  
Porque los bárbaros no pierden punto  
En aceptar dispuestas ocasiones  
Cuando se las ofrece la ventura.

Desta manera fueron caminando  
Por alturas que son inevitables,  
Asperas y fragosas serranias ;  
Y diez y siete dias consumidos  
En aquellos caminos salebrosos,  
Entraron sin hallar opuestas armas  
En Tociná, provincia de Ibijico,  
Indios cuyas astucias y cautelas  
Vencen á las de Ulises y Sisifo,  
Encomendados en un Juan Taborda,  
Vecino de la referida villa :  
Los cuales acudieron dando muestras  
De paz, á la cual fueron admitidos,  
Por ser las principales intenciones  
De reducirlos al real servicio  
Sin efusion de sangre ni venganza  
De muertes ni de daños recebidos.

Allí se detuvieron en el campo  
Algunos dias, y hicieron lista  
Del número de gente que venia :  
Hallaron ser los españoles ciento,  
Hasta seis menos, pero todos ellos  
De todas buenas armas pertrechados ;  
Los caballos pasaban de trescientos ;  
Setecientos los indios de servicio,  
Y algunos etiopes, aunque pocos,  
Pero para cualquier trance dudoso  
Arrojados y determinados ;  
De vacas se llevaban cuatrocientas.  
Quintientos piercos, antes mas que menos,  
Y otros rebaños de menor ganado  
Para sustento del cristiano campo ;  
Y con propósitos determinados  
De no volver atrás sus estandartes  
Hasta poner cristianos fundamentos  
En medio deste rudo barbarismo,  
Y subyectar durisimas cervices  
Al prepotente rey de las Españas.

Allí pues estuvieron descansando  
Del sudor y trabajo padecido ;  
Y entre tanto salia gente suelta  
Por unas y otras partes descubriendo  
Algunas poblaciones comarcanas,  
Por ver la voluntad de los vecinos  
Que para santa paz eran llamados,  
Importunándoles con gran instancia  
Evitasen los daños venideros  
Y los dudosos fines de las guerras,  
Que no siempre responden tan á gusto  
Cuanto prometen los principios dellas :  
Lo cual, habiendo tierra de por medio,  
Cuando coloquio se les ofrecia  
Intérprete católico declara  
En idioma proprio de catios.  
Mas la caterva fiera y arrogante,  
Fiando de sus fuerzas, les responde  
Que sobre el caso se terná consulta,  
Y enviarán al campo castellano  
Clara resolucion de sus acuerdos,  
Que no podrá pasar del cuarto dia.

A questo se cumplió segun dijeron,  
Mas no con la pacifica respuesta  
Que nuestros españoles esperaban,  
Antes contraria de su buen deseo ;  
La cual por ser principio desta guerra  
Sanguinolenta, queda reservada  
Al canto que se sigue después deste.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenía.

Cualquier hombre, por rústico que sea,  
 Ama su libertad y da de mano  
 Con toda la posible resistencia  
 Al yugo y observancia de las leyes  
 Que le hacen estar al cumplimiento  
 De nuevos vasallajes y tributos ;  
 Y tanta mas es esta repugnancia,  
 Cuanto mas suele ser envejecido  
 El uso y exención en que se cria.  
 Y así, como los barbaros supiesen  
 Las españolas mañas, anhelantes  
 A que reconociesen vasallaje  
 Al amo que les fuese señalado,  
 Y ellos nunca tuviesen de costumbre  
 De dar á los extraños obediencia,  
 Antes como soberbios y arrogantes,  
 Criados en tan próspero terreno  
 Que siempre huellan por doradas venas,  
 Con que los ánimos se ensoberbecen,  
 Presumían que todos se la deben  
 Y que sería de varones viles  
 Venir á menos del altivo punto  
 En que su presunción los tiene puestos ;  
 Debajo de lo cual indios de Pequí,  
 Gente feroz y nunca domeñada,  
 Por el inducimiento de Sinago,  
 A quien esta provincia respectaba,  
 Se hizo junta de los principales  
 Para deliberar en su consulta  
 De las cosas tocantes á la guerra  
 Que por los españoles se movía.  
 Vinieron del Sinago dos sobrinos,  
 Yutengo y Aramé, manebos fuertes  
 Y por heroicos hechos señalados ;  
 Vino Chacuri, vino Noguireta,  
 Guaracho, Ereta, Panque, Agrebara,  
 Insignes en las armas y en consejo ;  
 Los cuales en consulta conferida  
 Determinaron resolutamente  
 De conservar su libertad antigua  
 Y no se subyectar al duro yugo  
 Que padecían otros sus vecinos ;  
 Deste parecer fueron todos ellos,  
 Mayormente Sinago, que les dijo :  
 «Varones fuertes y en virtud constantes,  
 A cosas importantes nos juntamos,  
 Porque si bien notamos dura plaga,  
 No solo nos amaga, mas ya llega ;  
 Y aunque con paz nos ruega, sin ofensa,  
 Debajo della piensa dar de mala.  
 Al principio regala mano blanda :  
 Importuna demanda viene luego,  
 Fomento de gran fuego, porque priva  
 De libertad nativa y otros frutos,  
 Imponiendo tributos y servicios  
 De viles ejercicios, do perecen  
 Cuantos hoy obedecen sus mandados  
 Y mal considerados parecieren ;  
 Pues hijos y mujeres no reserva  
 Esta crúel caterva de ladrones,  
 Cuyas ocupaciones principales  
 Son robar los caudales del terreno  
 Y del sudor ajeno sustentarse,  
 Servirse y regalarse sin templanzas ;  
 En minas y labranzas los ocupan ;  
 Al fin todo lo chupan y constumen.  
 Y así los que presumen de valientes  
 Deben mostrar los dientes y las manos :  
 Libremos de tiranos nuestra tierra ;  
 Hartémoslos de guerra, pues la quieren,  
 Que también dellos mueren-los mas buenos,  
 Y acá no somos menos en pelea ;  
 El orden desto sea sin que luenga  
 Tardanza nos detenga ni retarde ;  
 El valeroso guarde sus regiones,

Y destas intenciones que tenemos  
 Luego les inuiemos razon clara :  
 Digales en la cara aquel que fuere  
 Que cualquier que venciere sirva al otro,  
 Pues caballo ni potro ni escopeta  
 No vence ni subyecta los catios,  
 Ni castellanos brios serán parte  
 Para que de su marte caigan punto.»

Esto dijo Sinago, cuyo voto  
 De todos los caciques de la junta  
 Fué sin contradicciones aprobado ;  
 Y como confiados de sus fuerzas,  
 Acordaron que fuese mensajero  
 A les notificar á los cristianos  
 Sus determinaciones y deseo  
 De vellos y probar su valentia.

Deste mensaje prometió Yutengo  
 Ser cierto portador día siguiente ;  
 Y así, por no faltar de su promesa,  
 Llegó delante de los españoles  
 No mostrando pacífico semblante,  
 Antes agudos dardos en la mano,  
 Penachos variados ondeando,  
 Y diadema de oro, como suelen  
 Salir á sus guerreras competencias,  
 Y así brioso, fiero y arrogante  
 En su materna lengua les pregunta  
 Quién es el capitán que los gobierna :  
 Señalanselo luego, y él se pone  
 Delante con gallarda lozanía,  
 Diciéndole palabras semejantes :

«Capitán español, yo soy Yutengo,  
 No menos en valor que en bienes rico :  
 A denunciar la guerra crúel vengo  
 De Pequí, porque salgas de Ibijico ;  
 Si pides la razon, otra no tengo  
 Fuera de aquesta que te notifico,  
 Que es guerra capital á sangre y fuego,  
 Y la paz para siempre te la niego.

» El gran Sinago con sus dos sobrinos  
 Te suplican que vayas brevemente,  
 Porque ellos harán anchos los caminos  
 Por do metas ganados y tu gente ;  
 Lo mismo piden todos los vecinos  
 Que ya desean de te ver la frente ;  
 Pero para llegar buenos y sanos  
 Llevad prestas las armas y las manos.»

Oyó Gaspar de Rodas el mensaje,  
 Y dijole : «Yutengo, yo no creo  
 Que tanto se desee mi viaje ;  
 Mas pues lo dices tú que eres correo,  
 Diles que hago pleito y homenaje  
 De cumpliltes muy presto su deseo,  
 Pero que tomen mas modestos modos  
 Porque la paz es buena para todos.

» Por fama te conozeo ya, Yutengo,  
 Y tú también sobras que yo soy bueno ;  
 Por largos dias y por tiempo luengo  
 Me vereis trastornar vuestro terreno ;  
 Por guerras ó amistades yo no tengo  
 De volverme las manos en el seno :  
 A la partida ves mi gente presta,  
 Y aquesto puedes dalles por respuesta.»

Partióse luego, y el Gaspar de Rodas  
 Con algunos soldados se reia  
 Del brio y arrogancia del salvaje ;  
 Pero luego mandó que se prevengan  
 Para mudarse dentro de tres dias,  
 Así por no faltar de lo que dijo  
 Como porque los indios de Ibijico,  
 Atociná, Cucuba y Bererúa,  
 Y Rucabé, caciques principales,  
 Tenían por molesta la tardanza  
 De huéspedes tan llenos de bullicio ;  
 Y así les daban priesa, prometiendo  
 De les guardar la paz y las espaldas.

Llegóse pues el día señalado,  
 Y el campo fué marchando acia Pequí  
 Con todos los avisos necesarios  
 En los ásperos pasos y quebradas  
 Do podían hacelles algun daño ;  
 Mas no les sucedió por el camino

Dudoso cosa que de contar sea,  
Hasta que descubrieron lo poblado,  
Y asentaron real en un altura,  
Cuya comodidad los convidaba  
A reparar allí por algun tiempo,  
La duracion del cual diremos;  
Porque por ser principio desta guerra  
Conviene que hagamos nuevo canto.

## CANTO QUINTO.

Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron en la provincia de Pequí.

Uno de los avisos importantes  
Que se pueden tener entre guerreros,  
Es saber escoger alojamiento  
En sitio fuerte, cuyas ayaencias  
Puedan señorearse con la vista,  
Y tenga leña y agua tan á mano  
Que sin que corran riesgo los sirvientes  
Usen inescusables ministerios.

Tal lo supo tomar Gaspar de Rodas,  
Como varon sagaz, y en este caso  
Ninguno mas mañoso ni solerte,  
El cual, llegando ya cerca de Pequí,  
Y á vista de los bárbaros vecinos,  
Se refirmó, segun militar uso,  
En sitio que llamó la Lagunilla,  
En parte rasa y alta, proveida  
De las comodidades referidas,  
Y cuyas descendencias á lo llano  
Eran en gran manera salebrosas.  
Y este sitio tomó con pensamiento  
De no dejallo por algunos dias,  
Porque los bárbaros con la tardanza  
Perdiesen algo de su lozantía;  
Los cuales, como viesan en su tierra  
La gente forastera que esperaban,  
Creyendo no hacer allí parada,  
Sino que prosiguieran su camino,  
Pusieron en concierto sus escuadras.  
Y ocuparon los pasos, desde donde  
Pudieran ser los nuestros ofendidos,  
Con sonora grita y algazara  
Y estruendo de atambores y cornetas;  
Todo lo cual cesó reconociendo  
Asentar tiendas en aquella altura,  
Y como no hicieron mudamiento  
Aquella noche ni siguiente dia,  
Considerando ser estratagemas  
Y haber disposicion para celadas  
De parte de la gente peregrina,  
A causa de los altos pajonales  
Que rodeaban este circuíto,  
Levantados, espesos, y de suerte  
Que podian tener hombres ocultos,  
Determinaron de ponelles fuego.  
El cual voló con impetu terrible  
De vientos furiosos ayudado,  
Por hallar la materia bien dispuesta  
A causa de la seca del verano.

Y así toda la tierra comarcana  
Quedó sin ocasion y descubierta,  
Escepto lo que con su diligencia  
De manos y de ramos guarecieron  
Los del alojamiento para pasto  
De besifas y ganados que traian,  
Que por algunos dias padescieron  
Mucha necesidad, por abrasarse.  
Las partes do solian mantenerse.  
Pasada la refriega del incendio,  
Al tiempo que la noche demediaba,  
Y el nuble tenebroso predomina,  
El capitán Pineda con cuarenta  
Soldados valerosos salió fuera  
Para hacer alguna buena suerte  
En indios que hallase mas á mano;  
Y en esta misma noche los caciques,  
Sin saber sus intentos, enviaron

Doscientos validísimos gandules  
A que secretamente se metiesen  
En aquel pajonal que reservado  
Fué por solicitud de los cristianos,  
Y en él permaneciesen hasta tanto  
Que Febo desterrase los humores,  
Y cuando con sus carros fervorosos  
Oviese demediado la carrera,  
Y el cáldo refracto de los rayos  
Tuviese ya la paja como yesca,  
Pusiesen fuego por dos ó tres partes,  
Porque los españoles acudiesen  
Sin orden ni recatos al remedio,  
Segun y como lo hicieron antes,  
Y al tiempo que los viesan ocupados  
En mitigar las llamas violentas,  
Les acometan con tan grande furia  
Que los compelan á precipitarse  
Por la derecha y áspera ladera:  
Donde huyendo del mortal conflicto  
Diesen en muerte vil y desastrada,  
Pues hallarian gentes cuyas manos  
Abriesen las católicas entrañas.

Salido pues el capitán Pineda  
Con orden de volver el mismo dia,  
Los bárbaros por parte diferente  
Subieron á la parte señalada,  
Donde sin ser sentidos estuvieron  
Ocultos y encubiertos; y á la hora  
Que para poner fuego convidaba,  
De palos apropiados á tal uso  
Y presto movimiento de las manos  
Socaron fuego, con que brevemente  
Se levantaron llamas presurosas,  
Segun la fuerza del pasado dia,  
Y que causaron por su cercanía  
Mayor alteracion y sobresalto;  
Y así los españoles y el servicio,  
Incautos del ardid de los contrarios,  
Acudian á mitigar el fuego  
Todos con ramos verdes en las manos.  
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
El astucia sintió puntualmente,  
Y mandó que ninguno se divierta  
Sino que se recojan a bandera,  
Hasta ver por adónde respondian  
Los indios, pues debian de ser muchos  
Aquellos que tentaron aquel hecho.  
Y así puestos á punto de pelea,  
Cargados de mosquetes y arcabuces,  
Esperaron el acometimiento  
Del bárbaro furor, que como viese  
Estar en escuadron los españoles,  
Y no tentar de mitigar las llamas,  
Suena terrible grita y alarido,  
Y sale con el impetu que suele  
Amenazando para rompimiento,  
El cual con el impulso de las balas  
Fué reprimido con algunos menos,  
Volando de su parte los tostados  
Jaculos que venian bien espesos,  
Sin llegar á medir palo con hierro,  
Ni se les dió lugar á que durase  
Espaciosa distancia la refriega;  
Porque Pineda que se halló cerca  
Oyó luego la grita y alboroto,  
El fuego y estampida de los tiros,  
Y como can de casta generosa  
Que siente, rodeando la manada,  
Ser salteada de rapace fiera,  
Y acude do berrea la juvenca  
De violentos dientes oprimida  
Para le dar socorro con los suyos:  
Así por las señales reconoce  
El conflicto cruel y la presura,  
Y á pasos presurosos dió la vuelta,  
De fluidos sudores empapado,  
Hasta llegar adonde pretendia,  
Que fué muy á su gusto, porque dieron  
En las espaldas de los indios fieros.  
Los cuales desta suerte salteados  
Y defraudados de sus pensamientos,

Tomaron por remedio la huida,  
Haciendo grandes fieros, y diciendo:  
«Mal nos ha sucedido la primera;  
Mas tentaremos luego la segunda,  
La cual daremos á cureña rasa,  
Y será dentro de tercero día:  
Entre tanto curad vuestros caballos,  
Que nosotros haremos otro tanto  
A estos que llevamos por delante.»  
Que fueron tres ó cuatro, sin que parte  
Fuesen para quitárselos entonces,  
Por no podellos ver á los príncipes.

Pero Gaspar de Rodas y los suyos,  
Como saliesen bien desta borrasca,  
Habida su consulta determinan  
Salillos á buscar antes que vengan;  
Y así día siguiente caminaron  
Cuarenta validísimos peones  
Y Gonzalo de Vega por caudillo,  
Soldado viejo bien acreditado,  
De cortesanas partes, y en la guerra  
No menos venturoso que valiente,  
Con orden de pasar la contrapuesta  
Quebrada Pequi, de la cual hereda  
Y toma nombre toda la provincia.  
Fuélos el general acompañando  
Con veinte de caballo bien armados,  
Quedando desta parte por reguardo  
Y muro, si volviessen por ventura  
Del bárbaro tumulto contrastados;  
Porque pasar con ellos adelante  
Erales imposible con caballos,  
Por el impedimento de barrancas  
Altas que perturbaban el pasaje,  
Las cuales se lo dieron á peones  
Cuando nocturna sombra los cubria,  
Y con la misma fueron caminando  
Hasta llegar al alto de una loma,  
A cuyo pié después vieron un llano  
Poblado de labranzas y apacible,  
En cierta parte dél doce caneyes  
Ó casas de vistosa compostura,  
Moradas de los indios mas cercanas.

Allí, cuando la luz del sol doraba  
De los escelsos montes las coronas,  
Acometen diciendo: «¡Santiago!»  
Andan lijeros piés y manos prestas  
A recoger los bárbaros despojos:  
Captívanse muchachos y mujeres,  
Porque de gente para tomar armas  
Muy pocos les hicieron resistencia,  
Por se hallar absentes celebrando  
Los tristes funerales de Sinago,  
Que murió cuasi repentinamente,  
Con íntimo dolor de los vecinos,  
Que de su gran valor y buen consejo  
Tenian infalible confianza  
En todas ocasiones bélicas;  
Y así su falta se juzgó por todos,  
A lo menos en esta coyuntura,  
Por adversa señal y mal agüero.

Corrió la nueva pues por las labranzas  
Cercanas, cómo pocos españoles  
Entraron en el pueblo referido,  
Y en breves horas, de manebos verdes  
Se convocaron mas de cuatrocientos  
Que, como tigres fieros á balantes  
Ovejas, acometen á los nuestros,  
Y encienden luego sus pajizas casas  
Segun y como tienen de costumbre  
Cuando son infestadas de contrarios;  
Unos hacian esto, y otros llenos  
De flechas, dardos, piedras y de lanzas,  
De que volando van nubes espesas,  
Cercan el escuadron de los cristianos  
Que, como gente diestra y animosa,  
Defienden bravamente su partido  
Y ofenden con las balas, cuyos vuelos  
A muchos encaminan al infierno;  
Mas todos ellos fueron poca parte  
A reprimir la furia y el coraje  
Que los movía, por lo cual convino

Volver con orden á tomar la loma  
Antes que fuese de otros ocupada.  
Fuélos siguiendo la caterva liera  
Hasta metellos en el angostura  
Mas apropiada para su defensa,  
Porque desdella mas seguramente  
Se podian jugar los arcabuces  
Con daño de los bárbaros fronteros  
Que, como ya de tiros carecian,  
Por habellos gastado con la priesa  
Y obstinado furor con que vinieron  
Y algunos estoviesen mal heridos,  
Con pasos reportados se volvieron,  
No sin intentos de tomar venganza  
De los que fueron causa de su pena,  
Los cuales libres, sanos y contentos  
Llegaron á dar cuenta de lo hecho  
Donde Gaspar de Rodas esperaba;  
El cual, habiéndose certificado  
De las disposiciones de la tierra  
Y el cómodo de cosas necesarias,  
Acordó de pasar allá su campo:  
Había la quebrada de por medio,  
Impedimento para los ganados,  
Y para hacer paso conveniente  
A Gonzalo de Vega le dió cargo  
Con cantidad de indios y de negros,  
Que coa los necesarios instrumentos  
Fueron apercebidos otro día,  
Y treinta compañeros bien armados  
Que les asegurasen las espaldas  
Cuando pusiesen manos en la obra.

Salió con ellos, no con el orgullo  
Ni con aquel semblante que solía  
Cuando facilitando cualquier riesgo  
A todos los movía y animaba,  
Mas melancolizado y pensativo,  
Con unos esperezos adevinos  
Del trabajos fin y desventura  
A do su duro hado lo llevaba,  
Cuyo decreto desapiadado  
Ejecutado fué por esta vía:  
Antes de se llegar á la quebrada  
Donde se concertó hacer camino,  
Habían de pasar forzosamente  
Por ciertos pajonales intrincados  
De yerbas y de fructices diversos,  
Con espesura tal y tan cerrada  
Que fuera de una muy angosta senda  
Con gran dificultad se caminaba,  
Lugar dispuesto para que los indios  
Pudieran dar algunos sinsabores;  
Y el Gonzalo de Vega, conociendo  
Esta disposicion para su daño  
A tales ocasiones obviando,  
A los soldados dijo lo siguiente:

«Amigos, en aqueste lugar ciego  
Podrian indios y serán bastantes  
A dar algun mortal desasosiego  
A los inadvertidos caminantes:  
Bueno será que le pongamos fuego,  
Y anticipémonos nosotros antes,  
Porque bien arderá por ser pajizo.»  
Parecióles muy bien, y así se hizo.  
Mas como lo pusieron de mañana  
Y las mas altas ramas estoviesen  
Entonces algo lentas del rocío,  
La menudilla yerba solamente  
Se iba por debajo consumiendo  
Sin llegar á las zarzas y virgultos;  
Al fin, visto ser vana diligencia,  
Pasó delante con los compañeros  
Al principal efecto de su cargo,  
Y el misero no ve que deja puestos  
Lazos adonde caiga cuando vuelva,  
Como le sucedió; porque ya llanos  
Los ásperos barrancos del arroyo,  
Y á sus alojamientos revolviendo,  
Llegan al pajonal, que todavía  
Humeaba por partes diferentes,  
E ya con la gran fuerza de la siesta  
Para tomar el fuego sazonado.

Mas, sin estímulos desta sospecha,  
 Por medio dél prosiguen su camino  
 Con viento que por puntos refrescaba  
 Los soplos dél á las espaldas dellos :  
 Estos invalescieron de tal suerte  
 Que levantaron presurosas llamas  
 Cuya sonora tempestad y furia  
 Vuela y á mas andar los va siguiendo.  
 El Gonzalo de Vega que quedaba  
 En rectaguardia, como conociese  
 El riesgo y amenaza de la muerte,  
 A grandes voces dijo : « Fuera, fuera,  
 Andar, andar, andar á parte rasa,  
 Porque si no tomamos la ladera  
 Con tiempo, nos haremos todos brasa. »

Huyen los delanteros velozmente,  
 Y él, como se quedaba rezagado  
 Por no dejar atrás alguno dellos,  
 Cuando quiso salir de la presura  
 Hallóse tan cercano de las llamas  
 Que tentó de saltar por medio dellas  
 Acia lo que quedaba ya quemado  
 Por ser lo mas seguro, confiando  
 De su velocidad y lijereza ;  
 Mas el impetuoso torbellino  
 Como si fuera paja lo arrebató  
 Y vuela mas atrás, donde la nube  
 De la fumosa llama se tendia,  
 Dejándolo sin barbas ni cabellos,  
 Las manos, piés y rostros abrasados,  
 Ardiendo los vestidos, que quisiera  
 Rompellos y apartallos ; mas no puede  
 El miserable darse tanta prisa  
 Quel fuego mas no fuese penetrando,  
 Segun al gran Alcides la camisa  
 Vestida por engaño del Centauro.

Pasada pues la fuerza del incendio,  
 Al son de sus lamentos y gemidos  
 Volvieron compañeros á buscallo,  
 Y con apresurada diligencia  
 Empapan las ardientes vestiduras  
 Con agua que tenían á la mano :  
 Las cuales resilbaban como cuando  
 En la ciscosa pila del herrero  
 Meten el instrumento caldeado ;  
 Y sin parar, en unos y otros hombros,  
 Lo llevan al real por dalle cura,  
 En vano, pues un dia solamente  
 Tuvieron vida los tostados miembros :  
 De que todos, por ser hombre bien quisto,  
 Manifestaron tierno sentimiento,  
 Y el general lo muestra mas acerbo  
 A causa de tenello por amigo,  
 El cual, después de dalle sepultura  
 Segun el tiempo y el lugar concede,  
 Determinó dejar aquel asiento  
 Y ranchearse donde mas propincuas  
 Tenga las ocasiones á que viene ;  
 Cuyos sucesos varios contaremos  
 En el canto siguiente, Dios mediante.

## CANTO SESTO.

En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequi, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz.

Segun sobre fortísima columna  
 Se suele sustentar un edificio,  
 Y en tanto que ella dura no padece  
 Yactura, detrimento ni ruina,  
 Valor de un hombre solo también suele  
 Con las buenas industrias y consejos  
 Que tiene, conservar grandes estados ;  
 Pero faltándoles este cimiento  
 Y estribo que la fabrica tenia,  
 Los miembros que una voluntad guñaba  
 Suelen en diferentes dividirse,  
 Y por tener diversas opiniones  
 Unos y otros vienen á perderse,  
 Como la gente deste principado

De Pequi, con la muerte de Sinago,  
 De cuya voluntad y pareceres  
 Pendian todos los de los vecinos ;  
 Pero como faltó, cada cual dellos  
 Quiso hacer cabeza de su juego,  
 Y ansí Gaspar de Rodas con su gente  
 Entró sin que hallase resistencia,  
 Antes Yutengo y Aramé su primo  
 Quemaron sus asientos y labranzas  
 Y con la gente que seguirlos quiso  
 Se fueron al partido de Carauta.  
 Los otros, que de mal se les hacia  
 Dejar sus casas y sus propiedades,  
 Aceptaron la paz que les pedian,  
 Debajo de la cual los españoles  
 Eran medianamente regalados  
 El tiempo que estuvieron en su tierra,  
 Que fué de tres semanas, porque luego  
 Fueron á la provincia de Norisco,  
 De grandes poblaciones, y abundante  
 De los mantenimientos necesarios,  
 Rica de telas de algodón y oro,  
 Cuyos caciques eran dos hermanos,  
 Quel uno se llamaba Bayaquima,  
 Otro Tacujurango, ricos hombres,  
 Con otros principales que salieron  
 Ansimismo de paz, dando presea  
 De sus preciadas telas y oro fino.

Allí pararon por algunos dias,  
 A causa de ser tierra proveida ;  
 Mas como Febo visitar queria  
 De los doce chatones el primero  
 El estrellado cinto que rodea  
 Toda la redondez oblicuamente,  
 Y entonces en aquellos hemisferios  
 Sabian que venian ya cercanos  
 Los procelosos nimbos del invierno,  
 A todos pareció que convenia  
 Pasar á la provincia de Itúango,  
 Do se remata ya la tierra rasa,  
 Por la rica noticia que les daban  
 Los indios principales de Norisco,  
 Diciendo ser la tierra de Itúango  
 Tal que satisfaria su codicia  
 Ansi de oro como de sustento ;  
 Cuyos caciques eran caudalosos,  
 A lo menos Tecuce y Agrazaba,  
 Dos señores, hermanos valerosos,  
 Que los harian fácilmente ricos :  
 Esto decian todos, mayormente  
 Tacujurango que, con el deseo  
 De vellos fuera de su territorio,  
 Al general habló desta manera :

« Capitan, si pasares adelante,  
 Los tuyos no serán trabajos vanos,  
 Pues verás tierra rica y abundante  
 De bastimentos y dorados granos,  
 La cual afirmo que será bastante  
 Para poder llenaros ambas manos,  
 Porque demás de ser provincia bella  
 Es una pasta de oro toda ella.

» Traéis para poblar en buen terreno  
 Encaminadas vuestras voluntades :  
 Ninguno hallareis tal ni tan bueno,  
 Ni tan á punto las comodidades ;  
 Por todas sus distancias aquel seno  
 Tiene las convenientes cualidades :  
 Alegre suelo, talantoso y alto,  
 Y que de sanidad nunca fué falto.

» De nosotros podras asegurarte,  
 Ya que la paz habemos prometido,  
 Que se sustentará por nuestra parte  
 Con vinculo que no será rompido,  
 Antes en socorrerte y ayudarte  
 Aquí podras tener favor cumplido :  
 Desto que digo no hallarás cosa  
 Que con razon la lames fabulosa. »

Esto certificó Tacujurango,  
 Y aunque no fué segun encarecia,  
 Los nuestros con aquellas buenas nuevas  
 Determinaron de hacer viaje  
 A la provincia que les alababa,

Con intenciones de poblar en ella,  
Efecto grandemente deseado  
De todos cuantos van en la jornada,  
Que ya se prometían grandes rentas  
Así de minas como de tributos  
Impuestos á los indios que les diesen  
Segun uso comun en encomienda.

Salíó pues nuestra gente de Norisco  
Con los caciques del que la guiaban,  
Los cuales, ó por no saber caminos  
Mas apacibles, ó con mal intento,  
Iban por salebrosas asperezas,  
Riscos y peñascales, donde siempre  
Andaban ocupados gastadores  
Haciendo paso para los caballos,  
Con tanta pesadumbre todas horas  
Que no puede por letras explicarse.

Al fin en Itúngo los metieron  
Adonde comenzaba lo poblado,  
Cuya vista no fué de tanto gusto  
Cuanto fueron les encarecimientos  
De los que de Norisco los movieron,  
Y así por no salir tan puntuales  
Pusieron muchos dellos á recado,  
Aunque se disculpaban con decilles  
Estar mas adelante la grandeza;  
Y aqueste desengaño dos soldados  
Insignes lo tomaron á su cargo,  
Que fueron descubriendo por las lomas  
Hasta llegar á parte de do vieron  
Un pueblo de cien casas populosas,  
Cuyos confines, campos y repechos  
Tenían buena copia de culturas,  
Adonde por gozar de mejor sitio  
El campo se pasó; pero los indios  
Cuando los vieron ir no se tardaron  
En convertir sus casas en ceniza,  
Ansimismo talando las labranzas  
Que les podían dar mantenimiento:  
Lo cual fué causa de que padeciesen  
Grave necesidad, y mayor fuera  
Si no se socorrieran del ganado  
Y fructa de aguacates que hallaban  
En grande cantidad, cuya hechura  
Es á similitud de pera verde,  
Aunque mayor y de mas largo cuello,  
De gusto simple cuasi de manteca,  
Ningun olor, mas tales hay que tienen  
El del anís, y su sabor el mismo,  
Una pepita sola, y esa grande  
Poco menos que huevo de gallina:  
Es fruta sana, y es el arbor alto,  
No muy hojoso, mas de buena vista.

Destos se sustentaron algun día,  
En tanto que caudillos diligentes  
Que la tierra corrian por momentos  
Descubrían asiento mas propicio:  
El cual no se hallaba, porque todos  
Estaban abrasados, y los indios  
Dentro de las montañas comarcanas  
En pueblos de sus deudos recogidos.  
Y aquesto visto por Gaspar de Rodas,  
No quiso fundar pueblo por entonces,  
Y aun opiniones hubo que decían  
Haber sido su principal intento  
Hacer que estas provincias acudiesen  
A servir á la villa de Antioquia,  
Por engrosar las suertes que tenía  
Y otros particulares intereses,  
No sin agravio de los que vinieron  
A le favorecer en la jornada,  
En confianza de que fundaría  
Nuevos albergues do permaneciesen  
Siendo señores de repartimientos,  
Como lo suelen ser en estas partes  
Aquellos que conquistan nuevas tierras.

Esta sospecha pues tuvo principio  
De ver la dilacion y la tibieza  
De un razonamiento que les hizo,  
Cuya substancia fué la que se sigue:  
«Carísimos amigos, claramente  
Conoceis el engaño del viaje,

Pues todo lo hallamos diferente  
De lo que dijo bárbaro lenguaje:  
Páreceme ser cosa conveniente  
Buscar invernadero y estalaje,  
Pues seco tiempo no será bastante  
Para poder pasar mas adelante.

» Estamos al remate del verano,  
Cuando preparan ranchos y cabañas  
Los que se temen del rigor cercano  
De las molestas y lluviosas sañas;  
Y así no tengo por parecer sano  
Meteros de presente por montañas,  
Aunque mas ricas y pobladas sean,  
Pues ternemos sazón en que se vean.

» Salidos del compás de la zavana  
Los caballos y yeguas y el vacuno,  
Si se dice verdad, es cosa llana  
Quel pasto que tenían será ninguno,  
Y ayunará la gente castellana  
Si le hacen á él estar ayuno,  
Por ser como sabeis en los extremos  
El principal recurso que tenemos.

» Hallareis otros mil inconvenientes  
Los que ya conoceis las travesuras  
Destas lumbres y mudables gentes  
Que no pierden las buenas coyunturas;  
Y así con los amigos mas patentes  
Las espaldas dejamos mal seguras,  
Pues cuando muestran mas quieto pecho  
Es para perpetrar algun mal hecho.

» Y con quien tiene tan ruines deijos,  
Como sabemos ya por experiencia,  
No tengo por seguro que á lo lejos  
Determinemos de hacer ausencia,  
Antes en puestos que les son anejos  
Convenga que hagamos asistencia,  
Pues cuanto mas cercanos á su planta  
Tanto mas su braveza se quebranta.

» Mas aunque nos detengamos los rigores  
Del agua, no estaremos tan quietos  
Que no vayan en tanto corredores  
A descubrir sus casas y secretos,  
Y vean qué lugares son mejores  
Para poner en obra los concetos:  
Mi parecer es este de presente,  
Salva la corrección del que mas siente.»

Dijo, y á los de sanas voluntades  
Parecieron razones concluyentes,  
Y que su discursión y racionio  
Era debajo de comun provecho;  
Y así muchos dijeron que la traza  
Que daba para todos era buena,  
Mas los del nuevo reino de Granada  
Confirmáronse mas en la sospecha,  
Y ser todas aquellas dilaciones  
A fin de no poblar, y que tiraba  
A sus particulares intereses:  
Aquesto murmuraban muchos dellos;  
Mas Francisco de Ospina cuerdamente  
Por todos respondió desta manera:

« Señor, no me parecen mal fundadas  
Las razones de vuestro parlamento,  
Y hasta para ser verificadas  
Ser orden de tan buen entendimiento;  
Pero las cosas bien examinadas  
Se hacen con mayor acertamiento,  
Por no ser tan cabal mortal aviso,  
Que tenga siempre parecer preciso.

» No quiero reprobar parecer vuestro,  
Porque me consta ser bien acordado  
Buscar invernadero como diestro,  
Antes que llegue tiempo destemplado:  
Mas este sea para siempre nuestro  
Y por su Majestad pueblo fundado,  
Con diligencias fijas y bastantes,  
Segun piden negocios semejantes.

» Porque con este mismo pensamiento  
Dejamos nuestras casas y sosiego,  
Y vos manifestastes tal intento  
Al tiempo que cumplimos vuestro ruego;  
No siento ni lo hay impedimento  
Para que lo dejéis de hacer luego:

Haceldo ; cumplireis con vuestro oficio ,  
Y á Dios y al rey hareis muy gran servicio .

» Todos lo piden , nadie lo defiende ;

Hay de por medio buenas ocasiones ,  
Y es la principal cosa que pretende  
Don Alvaro , que dió las comisiones ;  
Si alguno con sospechas os ofende ,  
Con esto se deshacen opiniones ,  
Pues verán que la suya fué siniestra ,  
Y quedará sin mácula la vuestra .

» Vuestra merced por tanto se declare  
Y sin perplejidad nos encamine  
A la resolución que mas cuadrare ,  
Para que cada cual se determine ;  
Porque si de la nuestra discrepare ;  
Yo me quiero volver por donde vine  
A mi reposo y á mi residencia ,  
Y desde luego pido la licencia . »

Dijo , y aunque se tuvo cumplimiento  
Por el Gaspar de Rodas con Ospina ,  
No fué tan á su gusto que viniese  
A declararse como se pedía ;  
Y así sobre volver á sus haciendas  
Y al nuevo reino hizo tal instancia ,  
Que se le concedió libre licencia  
Con veinte de los mas aventajados  
A le hacer escolta , hasta tanto  
Que lo dejasen ya fuera de riesgo .  
Y así se despidió de sus amigos  
Con intimo dolor de todos ellos  
Y desconsuelo general del campo ,  
Por ser varon á todos agradable  
Y de tal condicion que nunca supo  
Negar favor á quien se lo pedía  
Ni para hacer bien cerrar la mano .  
Y desta causa-cada cual hablaba  
Contra Gaspar de Rodas , el cual viendo  
Quedar toda la gente desahuida ,  
Por deshacer vanillocos concibios  
Mandó que luego salga Juan Velasco ,  
Gran carillo del Francisco de Ospina ,  
Con cuarenta soldados diligentes  
A descubrir el gran rio de Cauca ,  
Do cae la provincia de nutaves ,  
Bravísima nación y rica de oro ;  
Ansimismo mandó por otra parte  
Que saliese con veinte compañeros  
Pero Fernandez de Rivadeneyra ,  
Gallego valeroso y esforzado  
Y del Ospina no menos amigo ,  
A descubrir el gran valle de Teco ,  
Y él se quedó con los mas impedidos  
Y menos sospechosos en el campo ,  
Con lo cual como capitán prudente  
Desbarató nublosas confusiones  
De los que miden sin hacer discurso  
La justicia y razon por sus antojos .

Dejando pues al Francisco de Ospina  
En tierra que constaba ser segura ,  
Aquellos veinte que le fueron dados  
Para seguridad de su persona  
Al campo se volvieron con gran priesa ,  
Por la que se les daba por los indies ,  
Que fueron salteados á la vuelta :  
Para satisfacion de su trabajo ,  
Y por sus buenas mañas y destreza ,  
Llegaron con salud y con ganancia .  
Y el Francisco de Ospina ya llegado  
Con otros á la villa de Antioquia ,  
Al gobernador hizo mensajero  
Dándole cuenta de lo sucedido ,  
Y cómo fué su gasto sin provecho ,  
Porque Gaspar de Rodas atendía  
A lo que le tocaba solamente ,  
Y que reconocido su diseño  
Determinó volverse de menguante ,  
Lo cual sonó muy mal á los oidos  
De su gobernador , y con enojo  
Acordó revocalle los poderes  
Y dallos á su hermano don Alonso ,  
Segun declararemos adelante  
A tiempo que convenga , pues agora

Será justo volver á los que fueron  
A descubrir las gentes de nutaves ,  
Y valle donde fué Rivadeneyra .

## CANTO SETIMO.

Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra , en la provincia de los nutaves y valle de Teco .

De cuánto precio sea la templanza  
Medida y regulada con prudencia  
Para quietar alborotados pechos  
Cuando de la razon pierden las riendas ,  
Bien se manifestó , segun dijimos ,  
En el orden que dió Gaspar de Rodas ,  
Pues con los ocupar en honorosos  
Cargos , y dividillos en dos partes  
Con gente de quien él se confiaba ,  
Cesaron confusiones arrojadas  
A mas encanceradas pesadumbres .  
Y así los dos caudillos que la parte  
Seguian del Ospina , convencidos  
Del cortesano término que tuvo  
El general haciendo confianza  
De sus personas en aquel viaje ,  
Con animos quietos y obedientes  
Siguió cada cual dellos su derrota .  
Y el Juan Velasco , por aquel paraje  
De montañas do viven los nutaves ,  
Prosiguió su camino hasta tanto  
Que vió las aguas del potente rio  
De Cauca y una puente de bejuco  
A la cual le llamaban los antiguos  
Españoles la puente de Aberunco ,  
Asaz nombada , pero los modernos  
Puente de Negueri , por un cacique  
Guerrero que después allí vivía ,  
Le llaman de presente : desde donde  
En la contraria banda descubrieron  
Amenio valle de zavanas rasas  
Por una y otra parte bien poblado ,  
Y cuyas apariencias eran tales  
Que deleitaban los humanos ojos ,  
Deseosos de ya ver tierra clara ;  
Porque los territorios circunstantes  
Por una y otra parte son montañas ,  
Aunque pobladas y de gente rica ,  
Por razon de las minas que poseen ,  
Que son en gran manera caudalosas .  
Al raso pues adonde dieron vista  
Le llamaron el valle de la Vieja ,  
Por una que prendieron en la puente ,  
Mujer negociadora que tractaba  
Por aquella comarca como muchas  
Viudas allí tienen de costumbre ;  
Mas , en aquel viaje , de sus tractos  
Otros arrebataron la ganancia  
Quitándole preseas que valian  
Arriba de mil pesos de buen oro ,  
Y si por cambio dellos algo dieron  
Sería bofetones el retorno ,  
Porque les diese largas relaciones  
De lo que la provincia contenía ,  
Y ella les declaró por cosa cierta  
Ser su prosperidad engrandecida ,  
Pero los moradores belicosos  
Y prestos siempre para su defensa .  
Lo cual se mostró bien , pues en sabiendo  
Venir en su demanda los barbados ,  
Cargó tal multitud sobre los pocos ,  
Que de comun acuerdo concertaron  
Irse con buen aviso retrayendo  
Al castellano campo ( donde dieron  
Enteras relaciones de lo visto )  
Dentro del tiempo que les señalaron ,  
Lo cual Rivadeneyra nunca hizo ,  
Porque tomó mas dias de demora  
De los que se le dieron limitados ,  
De donde resultó qué y los suyos  
Corriesen grande riesgo de la vida ,  
Habiéndoles cabido buena suerte

A los principios, sin tener zozobra,  
 A causa de que entraron en el valle  
 A hora que los ojos ocupaba  
 Nocturna quietud y blando sueño;  
 Y así prendieron gran copia de gente,  
 Y al principal cacique de la tierra  
 Con todas las preseas y caudales  
 Que tienen hombres ricos, sin sospecha  
 De ser acometidos y asaltados;  
 Mas no supo gozar desta ventura  
 Por esperar á la tener mas llena  
 Rogado del cacique, que le dijo:  
 «No cumple, capitán, tan brevemente  
 Hacer esta mudanza ni desvío,  
 Si quieres buen rescate desta gente  
 Y salir de miseria con el mío,  
 Porque lo daré tal que te contente,  
 Y demás desto todo buen avio,  
 Como dos ó tres días mas esperes  
 Para llevar el oro que quisieres.  
 » Ya saben cómo estoy aprisionado  
 Mis amigos, mis deudos y herederos,  
 De los cuales estoy bien confiado  
 Que vernán ellos ó sus mensajeros  
 A dar dentro del tiempo señalado  
 Por mi rescate copia de dineros;  
 Y á trueco de llevar mayor ganancia,  
 Dos días mas es breve la distancia.»  
 Esto dijo debajo de cautela  
 Aquel astuto bárbaro, y el otro  
 Vencido de cudicia, comun lazo  
 En que caen los hijos deste siglo,  
 Creyó la falsedad del enemigo,  
 De quien aun la verdad es sospechosa,  
 Pues es de presumir cuando la dice  
 Ser para dar sazón á sus engaños;  
 Y así llegada ya la madrugada  
 Del día que esperaban la riqueza,  
 Acometióles tempestad horrible  
 De flechas, piedras, dardos y macanas,  
 Y tan apresurado torbellino  
 Como viento tifónico revuelve  
 Cuando con mas furor se precipita,  
 Y de sus soplos fuertes impelidas  
 Las cosas ponderosas van volando:  
 De tal manera que los españoles  
 Fueron de sus asientos removidos,  
 Atentos todos ellos solamente  
 A las seguridades de sus vidas,  
 Sin dárseles lugar á que retengan  
 La presa de captivos ni despojos,  
 Antes en momentánea distancia  
 Fueron desposeidos, y aun dejaron  
 Algunas cosas mas aquellos traían,  
 Juzgando por grandísima ventura  
 Escapar con las armas en las manos,  
 Con cuyos presurosos golpes hienden  
 Cabezas y andan miembros palpitando  
 De los que quieren mas aventajarse  
 En aquel furioso rompimiento.  
 Adonde sin temor de las respuestas  
 A dura resistencia se abalanzan,  
 Mas no sin el castigo sanguinoso  
 Que sacan los que llegan á las manos,  
 Que no quieren atarse ni rendirse  
 A la disposición de las contrarias;  
 Porque con los aceros afilados  
 Y violentas pilulas de plomo  
 A muchos entregaban á la muerte,  
 Y á los demás templaban el orgullo  
 Para que no llegasen tan sin freno  
 A los que caminaban retrogrados  
 A su campo, mas no tan libremente  
 No les fuesen siempre dando caza,  
 Sin que cesasen de una y otra parte  
 Los jácintos y tiros salitrosos,  
 Y sin que con obscuro ni con claro  
 Les diesen un momento de reposo,  
 Hasta llegar cercanos al asiento  
 Adonde el general los esperaba.  
 Cuyos oídos como percibiesen  
 El estampido de los arcabuces,

Reconoció la quiebra que traían  
 Y despachó socorro de soldados  
 Que llegaron á buena coyuntura  
 A los que deseaban el presidio,  
 Porque demás de que venían faltos  
 De municiones para defenderse,  
 Estaban muchos dellos mal heridos,  
 Y mas el capitán Rivadeneyra,  
 A quien en las horrisonas refriegas  
 Dieron cinco flechazos peligrosos,  
 Y todos se juzgaban por perdidos  
 A no llegar la gente de refresco;  
 Pero con su favor fué rebatido  
 El bárbaro tumulto brevemente,  
 Y sanos y heridos españoles  
 Llegaron á su campo, donde fueron  
 Con la posible cura reparados,  
 Cortándoles las carnes lastimadas,  
 Y con ardientes hierros las heridas  
 Quemadas fuertemente, porque pierda  
 El veneno mortífero la fuerza,  
 Por ser de los antidotos aqueste  
 El que se tiene por mas eficaz.  
 Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco  
 Recurso de comida en Itúango,  
 Y comenzar las aguas del invierno,  
 Determinó, por ser mas proveída,  
 Volver á la provincia de Norisco;  
 Y así para buscar gente de carga  
 Salió por capitán Andrés de Soria  
 Con treinta compañeros bien armados,  
 El cual en breve tiempo trajo mucha  
 Gente de los confines de Agrazava.  
 Y este cacique, como no pudiese  
 Quitar la presa por salirse fuera  
 El Soria brevemente con el salto,  
 Vino de paz con otros principales,  
 Y al general le dió copia de oro,  
 Así por amistad y vasallaje  
 Como por redempcion de sus captivos  
 Que llevaron las cargas á Norisco;  
 Donde hasta pasar el hielal curso  
 Tuvieron sitio bien acomodado,  
 De cosas necesarias proveído  
 A las expensas de Tacujurango.  
 Salió luego Pineda con cincuenta  
 Soldados animosos al castigo  
 De Tecó, por aquel atrevimiento  
 Que tuvieron y queda declarado:  
 Y como fueron bien apercebidos  
 Y en ajenas cabezas avisados,  
 Tomaron á su gusto la venganza  
 Sin que bárbara mano les ofenda  
 Ni pueda resistir á la cristiana.  
 La cual, después de Tecó castigado,  
 Rompió por la provincia de Cúisco  
 Y por Araque y valle de Túingo,  
 Que las corrientes del Genú visitan  
 Y hacen rico con dorados granos,  
 Cuyas impetuosas aguas vienen  
 De Carauta, Itúango, Ceracuna,  
 Y guían con aumento su carrera  
 Por Guacuceco, Nitaná, Pubio,  
 Pebere y otras tierras montuosas  
 De naciones crúeles indomables  
 Y de riqueza que es inestimable  
 Por los veneros prósperos que tiene  
 El húmido compás destas montañas,  
 Cuyos secretos deseaban todos  
 Hacer deste viaje manifestos;  
 Y así, sin atender al limitado  
 Tiempo que se les dió para la vuelta,  
 Preguntaron á indios de Túingo  
 Cuáles provincias eran mas pujantes  
 En oro y en vecinos, de las cuales  
 Pudiese resultalles mas provecho,  
 Porque les dejarán sus casas libres  
 Y luego partirán en su demanda:  
 Los indios, ó por ser sus enemigos  
 Los que vivían á los nacimientos  
 Del río del Genú conmemorado,  
 Ó por enemistad continuada

Que tienen á las gentes españolas,  
 Callaron la verdad, diciendo: «Pobres  
 Son todas las provincias adyacentes  
 A las marinas ondas y riberas;  
 Mas á las cabezadas deste rio  
 Hallareis poblaciones opulentas,  
 Y gozareis de próspera ventura;  
 Que tal es la que tienen sus vecinos  
 En quietud y ocio, porque nunca  
 Allí llegaron gentes extranjeras  
 Que sus ricos caudales disminuyan.»

Fueron aquestas nuevas apacibles  
 A nuestros españoles, y dejando  
 Abajo lo que mas les convenia,  
 Siguiéron la derrota de Carauta,  
 Espacio de tres dias de camino  
 Por páramos y riscos levantados  
 De tierra frigidísima y helada,  
 Que la hacia mas intolerable  
 La pluviosa fuerza del invierno.

Hallaron buen abrigo, porque luego  
 Les salieron de paz los moradores,  
 Aposentándolos benignamente  
 Con todos los regalos y caricias  
 Que podia hacelles gente pobre;  
 Pero de los soldados por ventura  
 Algunos indios fueron agraviados,  
 Pues que por un atajo no sabido  
 De nuestros españoles, que pensaban  
 Estar prolijas leguas de su campo,  
 Fueron al general á dar querellas  
 Contra los que hicieron el agravio;  
 Y por Gaspar de Rodas entendida  
 La razon y la parte donde estaban,  
 Después de halagar los querellantes,  
 Despachólos con cartas, por las cuales  
 Al Pineda mandaba que se vuelva,  
 Y á los demás que no le reconozcan  
 Por capitán, ni pasen adelante,  
 Sino que luego, pues están cercanos,  
 Procuren de venir á su presencia.  
 Abreviaron los indios el camino  
 Y dan las cartas á los descuidados  
 De recibillas, donde presumian  
 No poderse tener noticia dellos;  
 Pero sin rehusar el cumplimiento  
 De lo que les mandaba, se partieron  
 Por el camino breve que los indios  
 Usaban en los tractos de Norisco,  
 En aquel tiempo ya peligrosa,  
 A causa de pasar por un altura  
 De tierra rasa, fria, despoblada,  
 Que páramo llamamos comunmente,  
 Do corren insufribles ventisqueros,  
 Imbriferos y tales que traspasan  
 Sus pluviosos soplos las entrañas,  
 De donde resultó quedarse yertos  
 Y sin vital calor doce sirvientes,  
 Y á dos ó tres soldados cuya ropa  
 Era de poco tomo, por librallos  
 Del áspero rigor del viento y agua,  
 Los fueron a gran prisa varcando  
 Para les dar calor, por ser remedio  
 En tal necesidad con que se escapan  
 Algunos deste gélido rocío.

Al fin saliendo desta destemplanza  
 Llegaron á Norisco, temple grato,  
 Donde del general y los amigos  
 Fueron reprehendidos por el yerro  
 De no seguir el curso de las aguas  
 Del rio del Cenú por él abajo,  
 Cuya noticia que tenían antes  
 Les prometia prósperos despojos.

Mas no faltó quien por tentar la suerte,  
 Del yerro recibió contentamiento:  
 Este fué Juan Velasco, deseando  
 Hacer aquel viaje, y así pide  
 Con gran instancia se le dé licencia,  
 La qual le concedió Gaspar de Rodas,  
 Con orden que no fuese la tardanza  
 En dar la vuelta mas de treinta dias.

Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Destrisimos soldados y animosos,  
 Los cuales ya llegados á la parte  
 Donde Pineda tuvo ranchería,  
 Bajaron por orillas de aquel rio,  
 Y en menos de dos dias de jornada  
 Descubren generosas poblaciones  
 Que se continuaban por espacio  
 De mas de veinte leguas, tierra fértil,  
 De saludables aires y apacible  
 Ampollada de ceños sin montañas,  
 Sino zavasanas llenas de culturas.

Dieron en los primeros moradores,  
 Incautos, sin sospechas deste daño,  
 Adonde recogieron manos prestas  
 Chaguas y otras joyas de oro fino,  
 Y demás desto cantidad de ropa  
 De tela de algodón y otras preseas  
 Preciadas entre bárbaro gentío,  
 De maiz casas llenas, y cecinas  
 De puercos, jabalies y venados,  
 Abundancia de sal y de pescado,  
 Diversas frutas y regalos otros  
 Que producen las tierras abundantes;  
 Y con aqueste cebo procedieron  
 Por esta poblacion continuada  
 Dos ó tres dias mas, y como viesén  
 Quedar á las espaldas mucha gente,  
 Antes que se convoquen los vecinos  
 Derramados en varias granjerías  
 En aquella sazón, determinaron  
 De se volver con esta rica presa  
 Al castellano campo, donde fueron  
 Con aplauso solemne recibidos,  
 Así por los despojos que traían  
 Como por la razon que se les daba  
 De lo que la provincia prometia,  
 A la cual unos y otros anhelaban;  
 Y así Gaspar de Rodas pidió votos  
 Para fundar ciudad en Itúango  
 En parte convenible, y en asiento  
 Cuya comodidad correspondiese  
 A lo lejano y á lo mas vecino;  
 Y de conformidad de todos ellos  
 Escogieron el sitio que diremos  
 En el octavo canto que prometo.

## CANTO OCTAVO.

Donde se trata de la fundacion de la ciudad llamada San Juan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caravajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por proprio movimiento  
 Apolo visitaba la doncella  
 Con sus dorados rayos influyendo  
 Secas operaciones con templanza,  
 Y en estos hemisferios comenzaban  
 Los apacibles dias del verano,  
 Gaspar de Rodas con sus españoles  
 Salió de la provincia de Norisco  
 Y en Itúango puso sus banderas;  
 Donde después de tantear la tierra  
 Y aquellos términos que pretendia  
 Hacer anejos á la nueva planta,  
 Parecióle ser sitio conveniente  
 La parte que llamaban Paramillo,  
 Que distaba dos leguas poco menos  
 Del rapidísimo rio de Cauca,  
 Y allí fundó ciudad en obediencia  
 Del máximo monarca don Filipo,  
 Con nombramiento de San Juan de Rodas,  
 Porque el del fundador fuese notorio  
 A la posteridad en aquel suelo:  
 Lo cual fué por el año de setenta,  
 A diez dias andados de setiembre.  
 Nombrado pues cabildo y regimiento  
 Y hechas las comunes diligencias,  
 Con dia, mes y año, según suele  
 Hacerse semejantes fundaciones,  
 Revolvió sobre Pequí é Ibijico,

Provincias mas cercanas de Antioquia,  
 Para mas subyectar los moradores  
 Y dalles á entender cómo tenían  
 De dar el vasallaje y obediencia  
 Al prepotente rey de las Españas,  
 Y acudir con demoras y tributos  
 A quien por él les fuese señalado;  
 Y cuando lo de Pequi visitaba  
 Con el intento que tenemos dicho,  
 Recibió cartas de los de Antioquia,  
 Por las cuales avisaron que venia  
 Para tomalle cuenta de lo hecho  
 El don Alonso, como ya traetamos  
 En las quejas de Francisco de Ospina:  
 Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,  
 Volvióse con la gente que tenia  
 Al nuevo pueblo que dejó fundado,  
 Y repartió la tierra por soldados,  
 Segun lo que juzgó de cada uno,  
 No tan á gusto de conquistadores  
 Que no dejase muchos descontentos,  
 Por ser cosa comun en tierras nuevas  
 El querer cada cual ser preferido,  
 Y es imposible que el humano seso  
 Vaya tan regulado y advertido  
 Que se pueda medir con él de todos  
 En cosas de interese, mayormente  
 Cuando de pundonor llevan mistura.  
 Aumentóse también aqueste odio,  
 Porque las suertes y repartimientos  
 De Pequi é Ibijico no se dieron  
 A los del pueblo de San Juan de Rodas,  
 Antes á Santafé las adjudica,  
 Tomando para sí lo mas granado,  
 Porque segun parece fueron antes  
 A los vecinos della repartidos.  
 Puestas en estos terminos las cosas  
 Que por su voluntad se disponian,  
 El Rodas se partió para su casa,  
 Dejando su poder á Juan Velasco  
 De justicia mayor y de teniente,  
 Con orden que dejasen aquel sitio  
 Y en el valle de Teco se plantase  
 El nuevo pueblo con el mismo nombre,  
 Porque le pareció ser mejor puesto  
 Para su duracion y permanencia,  
 Y ser el sitio donde fundó pueblo  
 Años antes el don Pedro de Heredia,  
 Que duró poco, como queda dicho  
 En lo que se tractó de Maritúe,  
 Del cual salieron pocos con la vida,  
 Y entrellos el buen padre Juan de Frias.  
 Allí pues se mudó con descontento  
 De muchos que con estas pesadumbres  
 Determinaron de hacer ausencia,  
 Hurtándose por via fugitiva  
 E yéndose la vuelta de Antioquia;  
 De donde resultó que los de Pequi  
 Matasen al pasar por su provincia  
 Algunos españoles principales,  
 Que tales fueron un Gonzalo Verde  
 Y Alonso Maldonado, dos soldados  
 Indignos de remate tan acerbo;  
 Pero Gaspar de Rodas llegó salvo  
 A Santafé, do fué bien recebido  
 De todos sus amigos y vecinos,  
 Quejoso de don Alvaro, diciendo  
 Que en pago de servicios señalados  
 El cargo le remueve y enviaba  
 Juez que le tomase residencia;  
 Mas aquesta cesó, porque le vino  
 Entonces al don Alvaro la suya,  
 Y habia para gobernar la tierra  
 Llegado don Hierónimo de Silva,  
 Y en la misma sazón y coyuntura  
 El Andres de Valdivia, de la corte,  
 Con el gobierno dentre los dos rios;  
 El cual, como ya queda declarado,  
 Siendo por Lucas de Avila movido  
 Y á sus espensas propias aviado  
 A costa de quien dél se confiaba,  
 Trajo gobernacion ya desmembrada

De la de Popayán, como la vemos.  
 Fué su llegada pues mes de febrero  
 Y por el año de setenta y uno  
 A Santafé, la villa de Antioquia,  
 Adonde presentó las provisiones  
 Que por su Majestad le fueron dadas;  
 Y aunque las condiciones declaraban  
 Que no cayesen en gobierno suyo  
 Los lugares poblados de españoles  
 Ni de los bárbaros pacificados,  
 De tanta fuerza fueron sus astucias,  
 Caricias y promesas á vecinos,  
 Que lo reconocieron en la villa  
 Por su gobernador, y los del pueblo  
 Recién fundado de San Juan de Rodas,  
 Sobre lo cual después ovo litigio  
 Entré y don Hieronimo de Silva  
 En la real audiencia deste reino,  
 Que no fué por entonces definido,  
 Porque luego Valdivia, con deseo  
 De conservar la gente que quedaba  
 En aquel pueblo de San Juan de Rodas,  
 Y en trance peligroso, por ser pocos  
 Para se defender de las provincias  
 Que estaban alteradas nuevamente  
 Con menoscabo de los españoles,  
 En Juan Velasco hizo nombramiento  
 De justicia mayor, y envió gente,  
 Ganados, municiones y pertrechos,  
 Entre tanto que con mas aparato  
 Entraba su persona por la tierra,  
 Con lo cual se animaron y salieron  
 A castigar á Pequi, do mas daño  
 Con simulada paz habian hecho;  
 Y así los españoles con silencio  
 Nocturno dieron en los delinquentes,  
 En los cuales tomó cristiano marte  
 Venganzas á medida del deseo:  
 Prendieron al cacique, y un mancebo  
 Gallardo y animoso, fué de siete  
 Soldados en un patio rodeado,  
 El cual con la macana ponderosa  
 Con tal brio y valor se defendia  
 Que espíritu maligno no pudiera  
 Poner en tal aprieto tantos buenos:  
 Espadas rebata, y en pedazos  
 Hace volar escudos y rodela,  
 Lastima y ahuyenta, hace plaza  
 Como si con ancipite montante  
 Diego Garcia de Paredes fuera;  
 No nuestros, ya confusos y corridos,  
 Por una y otra parte perseveran  
 Los unos y los otros, hasta tanto  
 Quel joven orgulloso fué rendido;  
 Y aquellos españoles, con la saña  
 Y enojo que tenían de un indio  
 Así los ojease con sus golpes  
 Y á muchos lastimase con el palo  
 Por pechos, por espaldas y cabeza,  
 Le dan innumerables cuchilladas,  
 Y con agudas y aceradas puntas  
 Espesas estocadas á porfia,  
 Pero ninguna hizo mas efecto  
 Que plumas derramadas por el viento,  
 Tanto que muchos dellos sospechaban  
 Que debia de ser algun demonio;  
 Y como tanto hierro no fué parte,  
 Tentaronlo matar por otra via,  
 Queriéndolo empalar, y Alonso de Arce,  
 De quien memoria hice muchas veces,  
 De compasion movido por ventura,  
 Por no ver espectáculo tan duro, dijo:  
 «Señores, es trabajo vano  
 Aquesa diligencia que se intenta,  
 Pues no puede perder este pagano  
 La vida por herida violenta:  
 Miradle bien las rayas de la mano  
 Los que con ciromancia teneis cuenta,  
 Y vereis que bañó miembros viriles  
 En las estigias ondas como Aquiles.  
 »Y pues que fué por Tetis encantado  
 De tal manera que la punta dura

De tanto puñal lucio y afilado  
En él no hizo mella ni rotura,  
Disponga del su favorable hado,  
Y váyase con Dios y su ventura:  
Terna bien que contar del captiverio,  
Y nosotros también deste misterio.»

Esto dijo con buenas intenciones,  
Mas contra ellas Gavilán discanta,  
Diciéndole: «También hay opiniones  
Quel gran Aquiles no mojó la planta,  
Y así no bañaría los talones  
Este, ya que bañase la garganta,  
Y allí conviene que hagamos prueba,  
Porque con tanto brio no se mueva.»

Al fin se le cortaron los garrones  
Y orejas, porque fuese conocido;  
Y si de doce meses á esta parte  
No es muerto, todavía permanece  
A nuestra fe cristiana convertido.

Con aquesto de Pequi se salieron  
Y se volvieron á San Juan de Rodas,  
Adonde consumieron hartos meses  
En guerras de los indios comarcanos,  
Hasta tenellos un poco quietos;  
Mas ellos no por esto se quietan,  
Antes como quedase Juan Velasco  
Con grandes adiciones á las tierras  
Confines al Genú, que descubrieron  
Cuando por las riberas de aquel rio  
Bajo con los cuarenta compañeros,  
Determinó volver con menos gente  
Por no dejar el pueblo sin recado,  
Y así bajó con treinta solamente,  
Hombres de quien podía bien fiarse,  
En trances arriscados y en consejo,  
Con seis caballos y otros tantos perros,  
Cuyas entrañas impías estaban  
En las de gente barbara cebadas,  
Y acostumbrados á los rompimientos,  
Donde suelen hacer mortal estrago,  
En tanto grado que sulfúrea bala  
Ni jara despedida de hallesta,  
Entre los indios no se teme tanto,  
Aunque necesidad suele mostrarles  
En repentino salto la defensa,  
Que es dalle cebo con siniestro brazo  
Y descargar el diestro con la maza,  
Desmenuzando cascós y quijadas  
Del incauto lebrél que sin reguardo  
Fajó con el gandul apercebido,  
Y así queda por cebo hartas veces  
De aquellos en quien él suele cebarse.

Llegaron pues los treinta compañeros  
Con estas prevenciones á las tierras  
De Cúisco y Araque y Guacucevo,  
Donde los naturales con fingida  
Y simulada paz los recibieron,  
Y donde con los dones ordinarios  
Tuvieron generoso cumplimiento;  
Pero las muestras iban aforradas  
En falsas y dañadas intenciones,  
Encaminadas á les dar la muerte,  
Para lo cual se fueron convocando  
Todos los principales de la tierra;  
Mas la fiel Inés, india ladina,  
Criada de Alvar Sanchez, un soldado,  
Intérprete cabal de aquella lengua,  
Con otras desta tierra conversando,  
Coligió por preñeces de palabras  
Haber algunos perfidos concertos,  
Y en la prosecucion de sus preguntas  
Enteramente fué certificada  
Del número de gente que venia,  
El día del conflicto y en la parte  
Que la bárbara turba se congrega:  
De todo lo cual fué por esta moza  
Su señor Alvar Sanchez avisado,  
Y este soldado, como bien rompido  
Y destas amistades sospechoso,  
A los demás habló desta manera:  
«Señores, nunca tuve buen conceto  
De la nuclia llaneza desta gente,

Ni lo debe tener quien es discreto  
En venir á la paz tan fácilmente,  
Siendo cualquiera dellos inquieto,  
De soberbia cerviz y dura frente;  
Y esta sospecha mia corrobora  
Lo que quiero decir y oíreis agora.

«Tengo noticia, no por fantasías,  
Sino por verdaderas relaciones,  
Que de todas aquestas serranías  
Se van juntando bravos escuadrones:  
Y los que nos regalán son espías  
Que nos descuidan con sus ilusiones  
Y apariencias de llanos pensamientos  
Para mejor salir con sus intentos.

«Y si quereis en juegos semejantes  
Ganar la mano, que es lo mas seguro,  
Podeis muy bien, si dais en ellos antes,  
Que por su parte llegue trance duro;  
Pues para lo hacer somos bastantes  
Si les acometemos con obscuro,  
Mayormente que hoy desta cautela  
Ningun bárbaro dellos se recela.»

Este parecer fué del Alvar Sanchez,  
Y á todos pareció consejo sano,  
Porque demas de ser el mas seguro,  
Rancheaban allí ricos despojos,  
De que los indios tienen abundancia,  
Por ser inestimable la riqueza  
De que gozan aquellos naturales;  
Mas Juan Velasco, como pretendia  
Ganar fama y honor por ser primero  
Que hacia de paz estas provincias,  
Tuvo por cosa desproporcionada  
Pagar las buenas obras recibidas  
Y beneficios con alevosía;  
Y así contradiciendo sus razones,

Les dijo: «Caballeros, cosa fea  
Seria para gente tan cristiana  
Perturbar con excesos de pelea  
La paz que se nos da de buena gana;  
Demás desto, no cumple que se crea  
Cualquier susurro ni babililla vana,  
Pues muchas veces salen los efectos  
Contrarios de sospechas y concetos.

«Error es que por cierto se celebra  
Cuanto suele herirnos el oido;  
Y aunque sea verdad que de tal fiebre  
Bárbaro morador esté herido,  
Por parte de nosotros no se quiebre  
La paz que les habemos prometido,  
Pues mas tenido es á no rompella  
Quien mas conocimiento tiene della.

«A la guerra ventamos volando,  
Y en ella se hiciera gran instancia,  
Si no halláramos hospicio blando  
Y á gusto del deseo la ganancia;  
Tenemos, si se fueren maleando,  
Los mismos brios, armas y substancia:  
Lo que entonces pusiéramos por obra  
Haremos si llegare la zozobra.

«Pero seríamos muy mal contado  
Si comenzamos antes que comencien,  
Por habernos á todos regalado  
Con obras que los buenos se convencen;  
De nuestra parte no se les ha dado  
Ocasión para que se desvergüencen:  
Solo resta vivir con vigilancia,  
Y que nos mejoremos en estancia.

«Bajémonos al valle de Nitana,  
Pues dista de nosotros poco trecho:  
Gozaremos allí de tierra llana  
Y ternemos lugar mas á provecho;  
Si vinieren, quizá vernán por lana  
Y volverán pesantes de su hecho:  
Aquesto me parece que se ordene,  
Y allá veremos lo que mas conviene.»

Aquesto dicho, convocó los indios  
Del pueblo donde estaban alojados;  
Y con intérprete que declaraba  
En idioma dellos sus palabras,  
Gran rato les estuvo predicando,  
Dándoles á entender que son vasallos

Del gran Filipo, rey de las Españas,  
 Universal señor del Mundo-Nuevo  
 Y de otros muchos reinos y provincias,  
 El cual, como católico cristiano,  
 Con ardiente deseo de que todos  
 Se salven y ninguno se condene,  
 A ellos les mandó venir agora  
 A les mostrar certísimo camino  
 Por do puedan subir á las alturas  
 De Dios, donde los bienaventurados  
 Estan gozando de perpetua gloria  
 Y gozarán su fin, porque guardaron  
 La regla de sus santos mandamientos  
 Y conocieron ser un Dios inmenso,  
 Trino en personas y en esencia uno,  
 Y causa de ninguna dependiente,  
 Antes universal, de quien dependen  
 Todas las causas, y el autor que hizo  
 El cielo, tierra y mar y lo criado,  
 Y cuantas cosas vemos y no vemos,  
 Y el hombre para que gozase dellas,  
 Al cual hombre también hizo de nada,  
 Y dió capacidad y entendimiento  
 Y el albedrío libre, con que haga  
 Buenas ó malas obras libremente,  
 Pero quien mal hiciere con su pena,  
 Y aquel que bien obrare colocallo  
 En las eternas sillas de su gloria;  
 Y que en aqueste Dios omnipotente,  
 Que es sumamente sabio, justo, bueno,  
 Habian de creer y dalle siempre  
 Cánticos á su modo de alabanzas,  
 Servillo, bendecillo y adorallo,  
 Y no como lo hacen á las cosas  
 Que fabricaron ellos con sus manos,  
 Ni á sol, ni luna, signos ni planetas,  
 Rios ni fuentes, montes ni lagunas,  
 Pues eran todas estas criaturas  
 Que Dios habia hecho por el hombre,  
 Y todos bendecian y adoraban  
 Al mismo por quien ellas fueron hechas,  
 Que es el Dios en quien creen los cristianos,  
 Y que creyesen que esto que les dice  
 Era pura verdad, sin haber dolo  
 Ni mezcla de mentira ni patraña,  
 Porque lo principal de su venida  
 Es á los instruir y sacar fuera  
 De las tinieblas ciegas de ignorancia,  
 Donde el demonio los tenia presos  
 Para llevar sus almas al infierno,  
 Lo cual conocerian claramente  
 Cuando viniesen otra vez á vellos  
 Y á declaralles esto mas despacio,  
 Porque agora no pueden detenerse  
 Por cumplilles pasar mas adelante.  
 Para lo cual rogaba que les diesen  
 Hombres que les llevasen el bagaje,  
 Y les encomendaba que tuviesen  
 La paz y el amistad inviolable,  
 Pues ellos ansimismo prometian  
 De selles para siempre favorables,  
 Y defender sus casas y sus tierras  
 De cuantos intentasen ofendellos.

Con esto concluyó su parlamento,  
 Pero los bárbaros, en sus inicuos  
 Intentos pertinaces y obstinados,  
 Por palabras humildes y apariencias  
 Fingidas, manifiestan ser muy bueno  
 Aquello que les dice y amonesta,  
 Y que lo cumplirán como lo manda;  
 Y así le dieron luego para carga  
 Ochenta robustísimos gandules,  
 Que cada cual llevaba su macana,  
 Costumbre suya cuando van cargados,  
 Para que la molestia del camino  
 Con el báculo sea menos grave,  
 Mas agora con otro fin se mueven,  
 Y era para valerse contra ellos  
 Cuando viesen sazón y coyuntura,  
 Segun que ya tenían acordado.

Partieron pues, y fueron caminando  
 Hasta cierta quebrada montuosa,

Donde los esperaban encubiertos  
 Mil y quinientos hombres bien armados,  
 Y al tiempo que pasaban sin sospecha  
 Del riguroso trance repentino  
 En avanguardia dieron los salvajes  
 Con impetu terrible y espantable:  
 Rompen los aires las horrendas voces;  
 Ocupan el camino los tostados,  
 Jáculos de veneno proveídos;  
 Este cae y aquel va traspasado,  
 Otros andan á brazos con la muerte  
 Y al cabo se despiden de la vida,  
 Porque quien de los unos se hurtaba  
 Con el valor y fuerza de sus manos,  
 Mas adelante halla quien le roba  
 Espíritu vital y gallardia.

Como quien naufragó cerca de puerto  
 Dejando ya la nave sumergida  
 Do muchos perecieron, y él se vale  
 De sus robustos brazos, y nadando  
 Trabaja por llegar á la ribera  
 En busca de salud y de remedio,  
 Pero la mar de tumbo lo contrasta  
 Y lo detiene hasta que perece:  
 Así los mas mañosos y esforzados  
 Salidos de un reencetro hallan muchos  
 Donde se remató su valentia;  
 Cayó desta manera Fernán Sanchez,  
 Francisco de Moron, Andrés Garcia,  
 Tocino, Cañas, Antonio Fernandez,  
 Fernando Ramos, Gavilán, Saboya  
 Y otros nueve soldados excelentes  
 Que cumplieron el número de quince,  
 Y los del batallon no fueron parte  
 Para tener los indios de las cargas,  
 Que cada cual huyó con su carguío  
 Llevándose el oro rancheado  
 Con ropa de vestir que ellos traian;  
 Y Juan Velasco, que la rectaguardia  
 Traia, como viesse tanto daño  
 Y el desastrado fin que lo amenaza  
 Si no hacía mas que lo posible,  
 Puso los ojos en el alto cielo  
 A Dios pidiendo fuerzas y socorro  
 Para poder salir desta prestura,  
 Y recogidos los que vivos quedan  
 Con aquestas palabras los anima:  
 «Ea, señores, que si valentia,  
 Fuerza, valor, esfuerzo, buena maña  
 Quereis perficionar, hoy es el día  
 Y el colmo de la mas alta hazaña:  
 Rompamos, que yo quiero ser la guía,  
 Y acordaos que sois hijos de España;  
 Tened de Dios enteras confianzas,  
 Y él prestará vigor á vuestras lanzas.»

Aun no bien acabó de decir esto,  
 Cuando con otros dos en los caballos  
 Que les quedaban vivos baten piernas  
 Pegados á las ancas los peones  
 Y sus ladinos indios de servicio,  
 Los unos á los otros reguardando,  
 Y siendo de los perros ayudados  
 Rompen por el opuesto remolino  
 De bárbaros astiles y macanas,  
 Con furiosa rabia traspasando  
 Robustísimos pechos de salvajes,  
 Hasta que ya tomaron la ribera  
 Cercana del Cenú, donde hallaron  
 En las barrancas una casa yerma,  
 En la cual luego se hicieron fuertes  
 Y con los fulminosos arcabuces  
 Del áspero furor se defendieron,  
 Hasta que ya la noche sobrevino,  
 Y los indios con miedo de los perros  
 Durante la tiniebla se quedaron  
 Gran trecho de la casa desviados,  
 Pero velándolos, porque hacian  
 Cuenta que ya llegada la mañana  
 Con carne de la gente bautizada  
 Habian de hacer solemne fiesta;  
 Y así cierto cacique, que Tirrome  
 Era su nombramiento, desdeñando

Del Dios que les habia predicado,  
 Con otras amenazas le decia :  
 « ¡Ah Velasco ! ¿ qué tal está tu seno  
 Y los de tus amigos y parientes ?  
 Agora que de angustias estás lleno  
 Quiero con gran aviso parar mientes  
 Si tu Dios que predicas ser tan bueno  
 Te libra de mis manos y mis dientes :  
 Dile que te dé alas con que vuelas,  
 Antes que desollemos vuestras pieles.  
 » Porque si no, mi dios se determina  
 Que tú con esos pocos compañeros  
 Desollados entrais en mi cocina  
 Para saborear nuestros gargueros,  
 Y satisfecha nuestra golosina  
 Manda henchir de paja vuestros cueros  
 Y que por vuestro dicho temerario  
 Estén colgados en su santuario. »  
 Al tiempo que estas duras amenazas  
 Percebían los pocos españoles,  
 Unos dellos estaban muy alerta  
 Velando, y otros dellos hacen balsas  
 De palos que sacaban del budio  
 Para se dejar ir el agua abajo  
 Hasta llegar á parte mas segura ;  
 Las cuales, como fuesen ordenadas  
 No sin apresurado movimiento  
 Y aquellas ligaduras no tan fuertes  
 Cuanto con quietud suelen trabarse,  
 Después de se embarcar amos y mozos  
 Dejando los caballos á sus anchos,  
 A poco trecho yendo navegando  
 Quebráronse las flacas ataduras,  
 Dividense los palos, y quedaron  
 Los unos y los otros en el agua :  
 Allí la confusion y la reuelta,  
 Dolor, temor, fatiga, desatiento,  
 Tragos amargos, afliccion, angustia,  
 Sordo rumor, sin nadie desmandarse  
 A levantar la voz, porque de fuera  
 La muerte de quien huyen esperaba,  
 Y dentro la tenían ya presente ;  
 El agua que tomaron por amparo,  
 Esa los desarmó de todo punto  
 Llevando las pesadas á su centro,  
 Y escudos y rodela arrebata  
 Encaminándolos tras de sus ondas,  
 Y el que por ellas sabe menearse  
 Procura de valerse de sus brazos  
 Para salir á tierra, mas dos dellos  
 En las profundidades se quedaron  
 Y algunas indias buenas juntamente.  
 Salieron los demás á la ribera  
 En agua y en angustias empapados,  
 Sin armas, sin comida, sin vestidos  
 E ya de todo bien desapapados ;  
 Mas en el mismo punto se metieron  
 Por un espeso bosque, sin que nadie  
 Quiera mirar por otro ni lo espere,  
 Antes el que mas puede mas camina  
 La vuelta de su pueblo, que distaba  
 De aquestas poblaciones veinte leguas ;  
 Y así llegaron en diversos dias,  
 Descaizos, desgarrados, consumidos  
 De hambre, de mosquitos, garrapatas,  
 Pero contentos en salir con vida  
 De trances tan pegados á la muerte :  
 Al fin allá quedaron diez y siete  
 Con mas de ochenta piezas de servicio,  
 Y la fiel Inés, de quien se dice  
 Que viva la partian en pedazos  
 Y hablando con ella la comían,  
 Con otros cinco de los españoles  
 Que vivos los cayeron en las manos,  
 Adonde se licieron crueldades  
 De ninguna nacion imaginadas ;  
 Y aun no se contentó la fatal dea  
 Con dar al Juan Velasco tan mal golpe,  
 Pero con otro no menos acerbo  
 Está con gran furor amenazando,  
 Segun declaramos en el canto  
 O llanto de su muerte desastrada.

## CANTO NOVENO.

En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron.

Cuando por movimientos de la tierra  
 El edificio queda mal parado,  
 Los pródigos y cautos moradores  
 Suelen con presurosa diligencia  
 Apuntalallo lo mejor que pueden,  
 Y tienen el aviso necesario  
 Para que no les coja descuidados ;  
 Y así considerando Juan Velasco  
 Estar el suyo para dar en tierra  
 Si gran solicitud y vigilancia  
 Faltaba de por medio, por ser pocos  
 Los moradores del, pues no pasaban  
 De treinta y dos varones de pelea,  
 Y mucha la pujanza de los indios  
 De quienes sospechaba que vernian  
 A dar algun asalto y alborada  
 Por saber que vinieron de vencida  
 Y muchos señalados hombres menos,  
 Y querrian tentar, viendo la suya,  
 Desarraigar aquella nueva planta,  
 El por la sustentar y estar á punto  
 Tenia las posibles prevenciones,  
 Pero faltábale mantenimiento,  
 Falta que los caciques mas cercanos  
 Suplian por temor mas que por gana ;  
 Pero como después de aquella rota  
 Quedasen menos blandos que soberbios  
 Y no les acudiesen provisiones,  
 Vivian en grandisima penuria,  
 Y así determinó que parte dellos  
 Saliesen á buscar algun sustento,  
 Con orden que volviesen brevemente  
 Por quedar en gran riesgo los restantes ;  
 Y otro dia después del que salieron  
 Estaban de concierto dos caciques,  
 Guacuce y Catiburi, con su gente  
 De dar en la ciudad y destruilla,  
 De que todos estaban ignorantes.

Salieron pues los quinze por comida  
 Distancia de tres leguas, y hallaron  
 En un pueblo pequeño tanta copia  
 Cuanta bastaba para su deseo,  
 Sin hallar resistencia ni contraste,  
 Porque los moradores del estaban  
 Con todos los demás de aquella junta  
 Prestos para salir en su demanda  
 A dar en los cristianos otro dia,  
 Y desta causa se quedaron solas  
 Las mujeres y niños en sus casas,  
 Las cuales como viesen españoles  
 Huyeron á los bosques mas cerrados ;  
 Y estando con intento los cristianos  
 De reposar allí toda la noche  
 Porque llegaron algo fatigados,  
 Una de aquellas indias abscondidas,  
 Quizá de buen espíritu movida,  
 Se vino para ellos y les dijo :  
 « Y ¿ qué haceis aqui, nacion cristiana,  
 Bien como si viniédeses á bodas,  
 Teniendo ya la muerte tan cercana  
 Al albedrio destas gentes todas ?  
 Creed sin duda que darán mañana  
 En vuestro pueblo de San Juan de Rodas,  
 Y si no volveis hoy con plés livianos  
 Verneis unos y otros á sus manos.  
 » Caminad sin ningun detenimiento  
 Esto que resta de la luz del dia,  
 Y no pareis por el impedimento  
 Caliginoso de la noche fria ;  
 Y para que veais que yo no miento  
 Me llevareis en vuestra compañía,  
 Porque quiero, por las cosas que he visto,  
 Tomar la santa fe de Jesucristo. »  
 Oidas las razones que creyeron

Ser ciertas por las muestras evidentes  
 Que vieron, y sospechas atrasadas,  
 Sin mas se detener un solo punto  
 Cargaron la comida recogida  
 En piezas y caballos á gran priesa,  
 Y con la misma fueron caminando  
 Con claro resplandor y con tiniebla  
 Sin que perdiesen tiempo, hasta tanto  
 Que cuando ya la noche demediaba  
 Se hallaron cercanos de sus casas:  
 Entraron arma dando por el pueblo,  
 Donde como velasen los mas dellos,  
 Y estaban temerosos y avispados,  
 Los unos y los otros brevemente  
 Salieron á la plaza bien armados  
 Los caballeros todos y peones,  
 Y el capitán Velasco los dispuso  
 Al orden que mejor le parecia  
 Para poder valerse contra tanta  
 Muchedumbre de bárbaros, cursados  
 En guerras y borrascas tan continas;  
 A lo menos los indios señalados  
 Fueron mil y quinientos sin la chusma,  
 Los cuales se venian acercando,  
 Segun de las señales coligian,  
 Por oler á humadas de tabaco,  
 Bijas y trementinas con que vienen  
 Untados cuando van á rompimiento;  
 Y no fueron allí de los antojos  
 Que dicen de quien bueyes ha perdido,  
 Pues salió con la luz el desengaño.

Porque cuando la lumbre del aurora  
 Venia descubriendo por oriente  
 Abuyentando las tinieblas tristes,  
 Y á los escelsos montes restituie  
 Sus colores nativos y verdóres,  
 Salió la tempestad embravecida  
 Con los impetuosos accidentes  
 Que suelen cuando van determinados:  
 No tigre, no leon, no bestia fiera  
 Se mueve con denuedo tan terrible  
 Al tiempo que á la caza se abalanza  
 Para satisfacer vientre hambriento,  
 Cuanta fué la braveza y el orgullo  
 Que muestra la caterva carnicera  
 En el asalto duro y espantoso,  
 Con estruendo, ruido y alboroto  
 De horrisonas bocinas y cornetas,  
 De canillas, de brazos ó de piernas  
 De sus contrarios muertos en la guerra,  
 Apresurados sonos de atambores  
 Y voces que confunden los oídos:  
 Entran volando flechas, duros dardos,  
 Y piedras de las hondas impelidas,  
 Picas en escuadron que perturbaban  
 A los caballos el entrar por ellos;  
 Y así los españoles por tres veces  
 Iban perdiendo tierra de la plaza,  
 Muchos de las espesas rociadas  
 De flechas y pedradas mal heridos.  
 En esta confusion atribulada,  
 Aquellos que tenían arcabuces  
 Derribaron algunos de las picas  
 Opuestas á los que iban á caballo,  
 Y hubo lugar por donde Juan Velasco  
 Y Leonel de Ovalle, que mil veces  
 Tentaron de rompellos y volvian  
 Al lugar do salian mal su grado,  
 Entraron en la fuerza mas entera,  
 Abriendo la carrera mas á gusto  
 Para poder valerse de las lanzas;  
 Acuden con espadas y rodelas  
 Pero Sanchez de Oviedo, varon fuerte,  
 Pero Fernandez de Rivadeneira,  
 Juan Ruz Ruvian, ambos gallegos,  
 Un Antonio Machado, lusitano,  
 Manüel Ruviales de Alcanchele  
 Y Juan García Sativa, nacido  
 En las tierras del campo de Arañuelo;  
 Acompañólos Juan Alonso Rubio  
 Ansimismo siguiendo los caballos,  
 Aquellos con las lanzas penetrantes

Y estos con las espadas afiladas;  
 Hechos tan señalados van haciendo,  
 Que no parecen ser fuerzas humanas:  
 Rompen cabezas, descoyuntan miembros,  
 Traspasan pechos, hombros desencasan,  
 En tal manera que la sangre corre  
 Por el compás del aspero conflicto,  
 Como nubes en agua ya resueltas  
 Que de los recios vientos sacudidas  
 Los sitios á que son correspondientes  
 Aniegan con la fuerza de sus gotas.  
 Acuden los restantes al triunfo,  
 Y declaróse mas con su venida,  
 Porque los bárbaros desordenados  
 De todo punto huyen, y volvieron  
 Mas de trescientos menos á sus casas,  
 Dejando de los nuestros con heridas  
 De yerba ponzoñosa diez ó doce,  
 Entrellos Juan Velasco, traspasado  
 Un brazo, y un flechazo por la cara,  
 Y el caballo de Leonel de Ovalle  
 Con siete, de los cuales uno pasa  
 Las fuertes armas de algodón colchadas,  
 Los bastos de la silta, la madera,  
 Sin que parase hasta las entrañas,  
 Quedando, no sin gran dolor del dueño,  
 Del resuello vital desamparado;  
 Otro le dieron á Rivadeneira  
 Que entró por la nariz, y mas de palmo  
 De flecha le salió por el oreja.

Cantada la victoria, que podria  
 Canonizarse por maravillosa,  
 Socorren los heridos con la cura  
 Que hallan ser mejor contraveneno;  
 Mas en algunos fué la diligencia  
 Baldia, pues murieron tres ó cuatro,  
 Entrellos Juan Velasco su caudillo,  
 Valiente capitán y circunspecto,  
 Mancheño, natural de la Membrilla,  
 Por cuya desastrada muerte todos  
 Quedaron tristes y desconsolados;  
 Y como los negocios que entre manos  
 Tenian de la guerra comenzada  
 Eran de condicion que les cumpla  
 Tener grandes avisos y concierto,  
 So pena de perder allí las vidas,  
 Determinaron de nombrar cabeza  
 A quien prestasen todos obediencia,  
 Y en tal necesidad el orden diese  
 Que para su salud menester era;  
 Y así de voluntad de todos ellos  
 Salió nombrado Leonel de Ovalle,  
 Bastante para paz y para guerra,  
 El cual importunado de sus ruegos  
 El cuidado tomó sobre sus hombros,  
 Y vista la flaqueza que tenían  
 Para perseverar en aquel sitio  
 De gente tan guerrera rodeado,  
 Después de congregados los vecinos  
 Les dijo las palabras que se siguen:  
 «Señores, entendid que donde quiera  
 A vuestra voluntad estoy rendido;  
 Pero, segun la mía, mas quisiera  
 Obedecer que ser obedecido,  
 Porque de mí conozco que cumpliera  
 Lo que por otro fuera proveído,  
 Pasando bien ó mal esta tormenta,  
 Sin que los yerros fueran á mi cuenta.  
 »Pero, pues os parece conveniente  
 Seguir mis pareceres y mi traza,  
 Considerando bien aquel terrible  
 Furor con que esta gente nos da caza,  
 Digo que los que sois es imposible  
 Poderos sustentar en esta plaza;  
 Y antes que llegue nuevo torbellino  
 Sera bueno ponernos en camino.  
 »Error es esperar otra refriega  
 En tierra de tan áspero montisco,  
 Porque si mas pujanza se congrega,  
 El pueblo todo llevan abarrisco;  
 Y así, para gozar de rasa vega,  
 Pasémosnos al valle de Norisco,

Pues en aquel, demás de ser mas llano,  
 A Santafé tenemos mas á mano.  
 A todos les euadró lo que decia  
 Y luego lo pusieron en efecto,  
 Mas no pudieron tan secretamente  
 Que de los mas cercanos enemigos  
 No se supiese luego la partida;  
 Los cuales acudieron como lobos  
 Hambrientos á la presa que pretenden,  
 Y sin que reparasen un momento  
 Les fueron dando caza por aquellos  
 Caminos asperisimos que llevan,  
 Que hasta la provincia de Norisco  
 De siete leguas era la distancia.  
 Al fin les ocuparon ciertos pasos  
 Forzosos en aqueste su viaje  
 Los indios repartidos en tres partes,  
 Sin que dejasen senda ni portillo  
 Por adonde pudiesen deslizarse.

Están los afligidos españoles  
 Entre los unos y otros afirmados  
 Ya sin ningun recurso de comida  
 Llenos de angustias y desconfianza,  
 Y en un trabajo mas que miserable:  
 Un escuadron de bárbaros tenia  
 La contraria ribera de aquel rio  
 Que corre por el valle de Iúango,  
 Viaje de mas cómodo camino  
 A no tener aquel impedimento,  
 Azar terrible para su pasaje.

Estos serian hasta cuatrocientos  
 En una casa grande rancheados  
 A vista de los nuestros, y que siempre  
 Les daban grita con palabras feas,  
 Y denunciándoles infausta muerte.

El Leonel de Ovalle, conociendo  
 La desventura que los amenaza,  
 Y desdoliéndose de las mujeres,  
 Muchachos y la chusma de sirvientes,  
 Que después del favor de Dios estaban  
 En sus industrias buenas confiados,  
 Batió las alas del entendimiento  
 Para ver si podia dar alcance  
 A traza que les fuese saludable  
 En trance de salud enajenado,  
 Y donde los ministros de la muerte  
 Iban en crecimiento por momentos.

Al fin en un intento resuelto,  
 Llamó quince soldados valerosos,  
 Que por corrientes de profundas aguas  
 Sabian menear piernas y brazos,

Y dijoles: «Alli teneis enfrente  
 Quien de lo que hará nos desengaña,  
 Y todos conoceis precisamente  
 Adónde llega su rabiosa saña:  
 En un riesgo tan claro y evidente  
 Es menester valor y buena maña,  
 Y que de nuestra parte se procure  
 Algo que nuestras vidas asegure.

» Y en esta confusion enristecida  
 Hemos de tentar alguna suerte,  
 La cual, si no saliere bien medida,  
 A lo menos es bien que se concierte,  
 Pues es para remedio de la vida,  
 Y no venir á deshonrada muerte;  
 La divina bondad su favor preste  
 Al orden que daré, que será este:

» Por selles este rio como muro,  
 Aquellos bárbaros duermen sin velas:  
 Podemos bien pasallo con obscuro  
 A nado, con espadas y rodelas;  
 Bajarnos hemos á lugar seguro  
 Hasta que se amortigüen sus candelas,  
 Señal del soporifero beleño,  
 Y entonces les daremos mortal sueño.»

Dudosos estuvieron muchos dellos  
 Por se poner en riesgo conocido;  
 Mas viendo ser mayor el que esperaban  
 Segun la gente que se congregaba  
 Para romper con ellos otro dia,  
 Dijeron selles útil el consejo,  
 Y á morir ó vivir les convenia

Hacerse prestos al dudoso hecho  
 Y así cuando las alas de la noche.  
 Cubrian y ocultaban los colores  
 De selvas y de prados con el suyo,  
 Y á visual potencia perturbaban  
 Lentos y soporíferos dulzores,  
 El Leonel de Ovalle con los quince  
 Por presurosas aguas van nadando.  
 Llevando cada cual de leves palos  
 A modo de escalera cierta balsa,  
 Porque con menos riesgo y mas descanso  
 Llevasen las espadas y rodelas,  
 Con el cual adminículo seguros  
 Llegaron á poner los piés en tierra,  
 Y después de cobrar algun aliento  
 Hicieron oracion devotamente.

Partieron luego los determinados  
 Varones á su célebre hazaña  
 Con pasos atentados y movidos  
 Por las inteligencias del engaño,  
 Los corazones prontos, manos prestas,  
 Tentadas de rabioso rompimiento;  
 E ya cuando llegaron poco trecho  
 De la pajiza casa, vieron velas  
 Que segun pareció hacian guardia:  
 Altéranse los pechos, y el enojo  
 Crió nuevos alientos, y acometen  
 Con la velocidad que jerifalte  
 Se va precipitando tras la presa;  
 Los unos en las velas ensangrientan  
 Espadas afiladas, y los otros  
 Ocuparon la puerta de la casa.  
 Recuerdan al ruido los que duermen:  
 Corre la confusion y el alboroto,  
 Por una y otra parte murmurando  
 Un bullicioso son y descompuesto,  
 Como cuando de puercos muchedumbre,  
 En el nocturno tiempo, de algun tigre  
 Fueron en los corrales asaltados,  
 Que suenan los ronquidos presurosos,  
 Y de los dientes y colmillos duros  
 Las amenazadoras tenazadas:  
 Que tales parecian los estruendos  
 De los arcos, macanas y las lanzas,  
 Al tiempo que en el ciego sobresalto  
 Las unas se tocaban con las otras  
 Para salir al campo donde puedan  
 Valerse de sus manos y pertrechos.  
 Baldias diligencias y perdidas,  
 Pues entre tanto que unos españoles  
 Impiden la salida, dividiendo  
 Cabezas de los hombros, tres ó cuatro  
 Por diferentes partes ponen fuego:  
 Estiéndense las llamas presurosas,  
 De los ventosos soplos impelidas,  
 Y así sin escapar cosa viviente  
 Quedaron convertidos en carbones,  
 Y nuestros españoles victoriosos  
 Inmensas gracias dan al alto cielo.  
 Los cuales cuando por doradas puertas  
 Salian apolíneos yngales,  
 Y nocturno rocío relumbraba,  
 Herido de los rayos matutinos,  
 Dan orden como pasen sin peligro  
 El rio los restantes españoles  
 Y los imbeles niños y mujeres  
 Con toda la familia de servicio,  
 Sin que de los demás barbaros, puestos  
 En otros pasos, fuesen contrastados,  
 Antes como supieron el suceso  
 Se volvieron confusos á sus casas.

Los nuestros prosiguieron su camino  
 Hasta llegar al valle de Norisco,  
 No sin deseo de le dar noticia  
 Al Andrés de Valdivia de sus daños;  
 Pero para hacer este recado  
 No se hallaba via ni remedio,  
 A causa de que ya toda la tierra  
 Estaba con rigor en armas puesta.  
 Mas como la véloce fama tiende  
 Por varias bocas acontecimientos,  
 Fuése de pueblo en pueblo rezumando

Aquel asalto de San Juan de Rodas,  
 Hasta venir á dar en los oídos  
 De los indios ladinos de Antioquia,  
 Donde Andrés de Valdivia recogía  
 Gente para llevar á su conquista;  
 Y siendo destas nuevas advertido,  
 Aunque no con mas llena certidumbre  
 De la que suele dar la mala nueva,  
 Con cincuenta soldados que tenía,  
 Caballos y pertrechos, aunque pocos,  
 Abrevió lo posible su camino,  
 Y sin les suceder cosa notable  
 Entraron en el valle de Norisco,  
 Adonde se juntaron con los otros  
 Inadvertidos desta su venida;  
 Mas, aunque repentina, fué crecido  
 El gozo y el contento que reciben  
 Los unos y los otros, que con brazos  
 Abiertos y amigables se saludan.  
 Al fin, después de dalle larga cuenta  
 Al Andrés de Valdivia del estado  
 De las provincias todas de la tierra,  
 Y descansar allí dos ó tres días,  
 Entraron en consulta los mayores  
 Para tractar del orden que ternian  
 En la refundación del nuevo pueblo,  
 Y qué sitio seria conveniente;  
 Cuya resolución, aunque sucinta,  
 Diremos en el canto venidero.

### CANTO DECIMO.

En el cual se trata de la reedificación de San Juan de Rodas, y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz con la gente que trajo.

No tiene tan precisos pareceres  
 En elecciones el humano seso,  
 Que del primer voleo vayan ciertos  
 A dar al blanco de lo que desean;  
 Y así lo que parece ser hoy bueno,  
 Mañana por ventura se reprueba,  
 Porque temporal curso va mostrando  
 Los daños ó provechos que resultan  
 De lo que por los hombres se tantea.  
 Desta manera nuestros españoles,  
 Considerando los inconvenientes  
 De tornar á poblar en aquel sitio  
 De Teco y Maritúe montuoso,  
 Donde por experiencia conocian  
 Ser para sus diseños mal seguro,  
 Juzgaron ser mejor aquel asiento  
 Antiguo que llamaban Paramillo,  
 Donde fué su primero fundamento.  
 Allí de nuevo se hicieron ranchos  
 Y repartieron tierras y solares,  
 Nombrando sus alcaldes y rectores,  
 Con diligencias y solemnidades  
 Anejas á los tales nombramientos;  
 Y el Andrés de Valdivia, repartida  
 La tierra, mas por gusto qué justicia,  
 A Santafé volvió dejando cargo  
 De justicia mayor y de teniente  
 A don Antonio Osorio de la Páez,  
 Un caballero de Ciudad-Rodrigo.  
 El cual con el deseo que tenía  
 De ganar opinión entre los indios,  
 Salíó por la comarca contra ellos,  
 Y á fuego y sangre hizo gran estrago;  
 Mas no por eso concibieron miedo,  
 Antes mas indignados y protervos,  
 Viéndose de vigor menoscabados,  
 A sneldo procuraban valedores  
 De todas las montañas circunstantes,  
 Enviándoles preudas y rehenes,  
 Y entera certidumbre de la paga.  
 Y para que la guerra no cesase  
 Por falta de alimentos, desde luego  
 Ocuparon las manos en labranzas  
 Que de comunidad en cierto valle  
 De gran fertilidad hicieron todos

Dentro del señorío de Agrazava,  
 Uno de los caudillos desta guerra.  
 Mas el autor que todo lo movía  
 Era Pedro Catia, baptizado  
 Muchos años había, muy ladino,  
 Del servicio de un Francisco Lopez,  
 Al cual por ser astuto y animoso,  
 Y saber los secretos de los nuestros,  
 Que sin pensar sus tractos y cautelas  
 Unos y otros dél se confiaban,  
 Por general nombró toda la tierra  
 Para la guerra, que por sus industrias  
 Contra los españoles preparaban;  
 Y con las mismas el prevaricato,  
 A los católicos entretenía,  
 Con les traer de paz y amistad falsa  
 Al Agrazava y otros principales,  
 A vueltas de los cuales acudían  
 Gran cantidad de bárbaras mujeres,  
 Que de los españoles no se estrañan,  
 Antes los miran con lascivos ojos.  
 Entrestas una muy gallarda moza,  
 Hermana de Agrazava, también vino  
 A ver los españoles muchas veces;  
 Y como de las tramas y concertos  
 Estaba satisfecha y enterada,  
 De compasión movida por ventura,  
 O por otros respectos amorosos,  
 Determinó hablar al don Antonio  
 Secretamente, para dalle cuenta  
 De lo que los caciques ordenaban;  
 Y con intérprete de quien la moza  
 Tenía ya segura confianza,  
 Le dijo las palabras que se siguen:  
 « Por no te ver en riesgo de la vida,  
 De piedad movida, quiero darte  
 Secretamente parte de la guerra  
 A que toda la tierra se convoca;  
 Y pues á todos toca semejante  
 Riesgo, ten adelante mas aviso,  
 Antes que de improviso quedes muerto,  
 Porque ternás por cierto que mi hermano  
 Y otros que tienen mano mas potente,  
 Ruegan á mucha gente les ayuden,  
 Y se que les acuden de lugares  
 Millares de millares muy de veras:  
 Han hecho sementeras en gran copia  
 Para que por inopia de sustento  
 No dejen el sangriento desafío:  
 Y aqueste desvario quien lo guía  
 Es un Pedro Catia, lengua vuestra;  
 Aqueste los adiestra y él os vende.  
 Remedie quien entiende mis razones,  
 Porque no son ficciones las que digo  
 Antes como testigo las declaro  
 Porque hallen reparo las peleas;  
 Y para que me creas venir llana,  
 Pido como cristiana el agua santa,  
 Pues creo lo que canta la fe vuestra,  
 Y huyo la siniestra de bestiales,  
 Huyo mis naturales imprudentes,  
 Y á deudos y parientes, vulgo ciego,  
 Renuncio desde luego por entero,  
 Y entre vosotros quiero vivir siempre.»  
 Oída la razon por don Antonio,  
 En gran perplejidad se vió puesto,  
 Pareciéndole ser novedad grande  
 Venir á declarar aquella moza  
 Las determinaciones del hermano;  
 Y discutiendo con el pensamiento  
 Por cosas que los hombres circunspectos  
 Suelen considerar antes que crean  
 Negocios que de suyo son pesados,  
 Sospechó que debía ser cautela  
 Por alguna pasión que su discurso  
 No bien comprehendía ni alcanzaba.  
 Y así de los soldados hizo junta,  
 Y después de decir puntualmente,  
 Lo que la bárbara representaba,  
 Rogó que le dicesen qué haría  
 En verificaciones del negocio;  
 Y de comun acuerdo determinan

Que la india dijese por tortura  
Lo que de voluntad habia dicho :  
Diligencia no bien considerada,  
Y término de gente mal medida.  
Tormentos se le dieron finalmente,  
Y en ellos siempre dijo lo que antes,  
Sin que de la substancia discrepase  
Ni de las intenciones que traía  
De profesar la fe de Jesucristo :  
Lo cual hizo después devotamente,  
Dándosele por nombre Catalina ;  
Y aquel desgusto grande no fué parte  
Para de sus propósitos movella,  
Que pñamente debe de creerse  
Venir de santos soplos inspirada,  
Porque permaneció y hoy permanece  
En la santa creencia y observancia.

Estando pues los españoles ciertos  
Deste rebelion, porque hallaron  
Aquella gran grandeza de labranzas  
Y otros indicios claros y evidentes,  
A su Pedro Catia procuraron  
Prender secretamente, y él astuto  
Estando del intento sospechoso,  
No quiso mas volver a los cristianos  
Como vió que la india Catalina,  
De lo qué meneaba sabidora,  
Estaba de propósito con ellos ;  
Mas ordenó que fuesen los caciques  
Con simulada paz como solian,  
Para que conociesen con aviso  
Si acaso su traicion se rezumaba.  
A lo cual fueron luego dos hermanos,  
Tucure y Agrazava, y ansimismo  
Chacuri, Nuguireta, y Aucimiso  
Tacujurango y otros principales,  
Con algunos regalos de comida,  
A los cuales prendieron en llegando,  
Poniéndolos á todos en clausura  
Con guardas vigilantes y prisiones,  
Y avisan al Valdivia por la posta  
Del riguroso trance que esperaban,  
Y las necesidades de socorro,  
Pues por dar libertad á los caciques  
Acudiria poderosa hueste ;  
Y en tanto que venia la respuesta  
El pueblo se velaba todas horas,  
Sin caerse las armas de la mano.

En este tiempo, sin saber Valdivia  
Aquestos desabridos movimientos,  
Habia proveídoles ganado  
Con solos diez soldados, confiando  
Que los del nuevo pueblo les saltarian  
A cierta parte donde por sus cartas  
Les habia con indios avisado,  
Para metello mas seguramente  
En las estancias del moderno pueblo ;  
Mas estas no llegaron á sus manos,  
Porque los portadoras yanaconas  
Fueron en el camino salteados,  
Y así vinieron solos su viaje,  
Acompañados siempre del peligro  
Que con muerte cruel amenazaba :  
El uno destes era sacerdote  
Que se llamaba Juan Ruiz de Atienza,  
Cuya virtud á mi me fué notoria  
Un tiempo que tuvimos un hospicio  
Y no menos lo es en el presente  
En la gobernacion donde reside ;  
El cual de santa caridad movido  
En este riesgo puso su persona  
Por ir á consolar aquella gente  
Que deste ministerio carecia.

Llegados pues adonde gran posible  
De duras armas era necesario  
Para salir ilesos de las manos  
De bárbaros opuestos al encuentro,  
No solamente no les acometen,  
Mas antes con pacíficos semblantes  
A dar lo necesario se convidan ;  
Y así les proveyeron de alimentos  
Y los acompañaron, ayudando

A llevar el ganado que traian  
Hasta ponellos sin recibir daño  
Cerca del pueblo de San Juan de Rodas,  
Donde se despidieron dando quejas  
Del don Antonio por haber prendido  
Debajo de amistad tantos caciques,  
Y aquellos no pasaban adelante  
Por escusarse de otra tal molestia.

Llegaron pues los diez al pueblo nuevo,  
Que no menos lo fué de su venida,  
Con gran admiracion solemniada  
Por los vecinos del desque supieron  
Haber pasado sin tener contraste  
Por tan endurecido barbarismo ;  
Y hizo muy mayor aquel espanto  
Dándoles cuenta de la cortesia  
Y liberalidad de que con ellos  
Usaron y llaneza nunca vista ;  
Sobre lo cual algunos afirmaban  
Que ya necesidad los compelia  
A procurar la paz, porque con guerra  
Vian su perdicion y su ruina,  
Mas otros lo contrario porfiaban  
Porque decian ser estratagemas  
Por los asegurar con esta muestra,  
Y acometelles viendo coyuntura.  
Al fin, destas contrarias opiniones  
Aquella que mas ocio prometia,  
Como sucede por la mayor parte,  
Parece que les dió mas en el gusto.  
Segun aquel enfermo que lo toma  
En el manjar que mas daño le hace ;  
Y así deste socorro confiados  
Y de la gran blandura que los indios  
Les mostraron al tiempo que venian,  
Se fueron á dormir á sus posadas  
Debajo de sencilla centinela,  
Y no como solian en la plaza  
Velando por sus cuartos cada noche,  
Sin reservarse nadie del trabajo.  
De manera que cuando son los ojos  
Presos del soporífero sosiego,  
Los bárbaros astutos se venian  
A las modernas casas acercando,  
Cuyo sitio y asiento no tenia  
Para poder llegar mas de una entrada,  
Y esta por una muy angosta loma  
Como de cuatro pasos el anchura,  
Que todos los demás eran lugares  
Para los rodear inaccesibles,  
Y el pueblo dentro dellos no tan llano  
Que faltasen algunas costezuelas ;  
Cuya comodidad á los incautos  
Vecinos por ventura dió la vida,  
Pues á poder entrar la hueste junta  
Y no por el forzoso contadero,  
Fuera miraculosa contingencia  
Quedar alguno dellos con la vida.  
Al tiempo pues que la gallarda Venus  
Venia descubriendo sus dorados  
Copetes por las puertas del Aurora,  
Reventó la apostema represada,  
Y aquella tempestad impetuosa  
Rompió por el estrecho y angostura.  
La centinela huye, y arma dando  
Convoca los vecinos soñolientos :  
Responde de cornetas al instante  
Horrisono tumulto y estampida,  
Y á las primeras casas ponen fuego.  
Corre la turbacion y desatino  
Por algunos vecinos, de tal suerte  
Que con tener las armas donde duermen  
Prestas para cualquiera sobresalto,  
Unos no las ballaban, y otros toman  
Imbeles instrumentos y escusados,  
Segun á naufragantes acontece  
Cuando la nave repentinamente  
Es de las altas ondas sumergida.  
Que de la tabla, del barril ó caja  
Procura cada uno de valerse,  
Aunque sea con vanas esperanzas.  
Destos un Fernán Sanchez, animoso

Vecino, natural de la Membrilla,  
Acudió mal armado, y acomete  
Con ánimo soberbio y alterado;  
Mas al salir de casa ponderoso  
Golpe le desmenuza las quijadas,  
Dando con él en tierra, y allí queda  
El alma con la sangre vomitando.  
Joan de Ortega, de Ubeda, venia  
Con pasos presurosos, sin rodela;  
Pero volante piedra que de honda  
Venia por los aires impelida  
Le quebrantó las sienas, y los ojos  
Perdieron luego la virtud visiva:  
El cuerpo se tendió por aquel suelo,  
Y despedida dél el alma huye.  
Pedro de Vega junto dél se halla,  
Mejor apercebido, mas en balde  
Quiso teñir los filos del espada,  
Por anticipacion de dura flecha  
Que las venas rompió de la garganta,  
Por donde desaguó luego la vida.

En este tiempo salen á la plaza  
Armados con espadas y rodela,  
Un Pero Sanchez, natural de Estrella,  
Cerca de Talavera de la Reina,  
Y un Juan Mateos Corzo, de Segura  
De Leon, y con estos juntamente  
Estéban de Ribera de Albuquerque  
Con un Juan de Cotura, valenciano,  
Y Diego de Guzman, el de Segovia,  
Los tres ó cuatro dellos en camisa;  
Pero con pensamientos arronjados,  
Al precio del honor, sin que temores  
De muerte se les pongan por delante,  
Ocurren al entrada de la loma  
Por donde se venia deslizando  
Aquella tempestad fiera y horrible,  
Y por ella rompieron como cuando  
El fulminoso fuego descendiendo  
De la media region del aire rasga  
El húmido nublado contrapuesto,  
Y el tortuoso vuelo desmenuza  
Acero, hierro y otros materiales:  
Así rompen ijares, y cabezas  
Saltaban de los hombros despedidas;  
Piernas, brazos y manos descoyuntan,  
Y al fin detienen el impetuoso  
Curso de la creciente y avenida.  
Como peñascos que temblor de tierra  
Les hizo que bajasen del altura  
Y fueron á parar á la corriente  
Del agua, y ocupando la salida  
Por diferentes partes se derrama,  
Por el obstáculo que halla puesto  
En el lugar por do correr solia:  
No menos fué la furia desta gente  
Por estos cinco solos impedida,  
Porque con esta brava resistencia  
A los de fuera y dentro defendieron  
Así la entrada como la salida.  
De tal manera que los de caballo  
Tuvieron tiempo para bien armarse  
Y de cebar las lanzas en aquellos  
Primeros que saltaron en el pueblo;  
Acudieron ansimismo peones  
Reportados y mas en orden puestos;  
Y unos y otros tal maña se dieron  
Que dejaron muy pocos con la vida.

Cantóse la victoria finalmente,  
La cual después de Dios, de cuya mano  
Recibieron aqueste beneficio,  
Fué por el gran valor de aquellos cinco,  
De los cuales Estéban de Ribera  
Y el Pero Sanchez fueron mal heridos,  
Mas no halló lugar la dura parca,  
Por ser con buena cura socorridos.  
Y en este rompimiento sanguinoso  
No menos se mostraron esforzados  
Y bellicosos Juan Alonso Rubio,  
Juan Ruiz de Buensuelo, que lo huella  
Con sangre por sus manos derramada,  
Y un Alonso Martin Merchan, que merca

A riesgo de su vida clara fama;  
Y todos los demás, que no pasaban  
De treinta y seis con los recién venidos,  
De cuyos nombres no se me dió copia  
Para los celebrar, segun merecen  
Tan raras valentias y hazañas:  
De las cuales aquesta mercedia  
Ser de mas alta lira celebrada,  
Pues eran los contrarios tres quinientos,  
Robustos, esforzados y atrevidos,  
Y con preparacion de varias armas,  
Y en ellas todos diestros y cursados.  
Y así la multitud que quedó fuera  
No hizo mudamiento por entonces,  
Antes por término de cuatro dias  
Tuvieron sitiados á los nuestros.  
Que por amedrentallos, á su vista,  
De los caciques que tenían presos  
Aborcaron los dos, á Nguireta  
Y á Chacuri, con otros ciertos indios  
Que por su valor eran estimados;  
Mas aqueste castigo fué fomento  
De mas indignacion y mayor ira:  
Y así corrieron todas las estancias  
Que tenían pobladas los vecinos,  
Los cuales destruyeron y quemaron,  
Dando crúeles muertes á los indios  
Y negros que tenían de servicio;  
Ansimismo talaron las labranzas,  
Refugio principal de los vecinos,  
Y achaque para que después Valdivia  
Los hiciese mudar de aquel asiento,  
Como se tractara mas largamente  
En el proceso del siguiente canto.

### CANTO UNDECIMO.

Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia,  
la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos,  
y como vino de España declarando no caer en el gobierno de Valdivia  
Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas.

Las argucias del hombre caviloso,  
Las urdiembres y tramas de sus telas,  
Son como las que tejen las arañas  
Fáciles de romper, y sus colores  
De poca duracion, porque desdienen  
Cada y cuando que son examinadas  
En toque de verdad, que es el vendete  
De que usan los artífices queriendo  
Ver aquello que dudan ser buen oro,  
El cual si por ventura se vestia  
Del rubio resplandor sin la substancia,  
Ninguna señal deja de quilates;  
Como también la roja margarita  
Engaña nuestra vista muchas veces;  
Y en ardiente crisol hecha la prueba,  
En vaporoso humo se va toda:  
Desta manera fueron las argucias  
Y vanas subtilezas del Valdivia,  
Torciendo con sofisticas razones  
La letra del despacho que traia;  
Y los de Santafé, como sabian  
Mejor menear armas que cautelas,  
Creyeron el sentido que les daba  
A las reales cédulas, y luego  
Fué por gobernador obedecido.  
Y como con mas sólidas razones  
Y menos aparato de palabras  
Siguiése don Hierónimo de Silva  
En consejo de Indias esta causa,  
Vinole declarado por sentencia  
No caer en gobierno del Valdivia  
La dicha villa ni San Juan de Rodas;  
Y así cayó la máquina compuesta  
Por orden de vanilocos industrias.  
Viéndose destas suertes despedido,  
Pueblos que le hacian muy al caso  
Para se sustentar en su gobierno  
Y autorizallo con mayor posible,  
Puso los ojos y los pensamientos  
En cosas arduas y dificultosas,  
Facilitandolas con su juicio.

Del cual muy confiado presumia  
 Con un palmo de hilo hacer redes  
 Tan largas y tan gruesas que con ellas  
 Pudiese rodear el universo;  
 Porque con poco número de gente,  
 En un tiempo y en una coyuntura,  
 Tentó poblar en diferentes partes,  
 Que para cada cual menester era  
 La cantidad de gente que tenia  
 El primer pueblo dellos Antioquia  
 La vieja, do quedaron oficiales  
 En la caja real, y por teniente  
 Antonio de Tovar, el tesorero:  
 Mas la refundacion no fué durable,  
 Porque poco después gente caía  
 Vino sobrellos, y antes que llegasen  
 Al pueblo dieron fin de tres soldados  
 Inadvertidos, que encontraron fuera;  
 Y esta venida fué con tal aviso  
 Que los de la ciudad no lo tuvieron.  
 Mas remedió la bondad inmensa  
 Con rara y espantosa maravilla.  
 Lo cual yo no pusiera por escrito  
 Si no fueran personas lidedignas  
 Aquellas que la dictan á mi pluma:  
 Y fué, que la mañana que venian  
 A dar en la ciudad, el tesorero  
 Y otros amigos suyos juntamente  
 Querian almorzar en su posada  
 Puchas ó poleadas, cuyo nombre  
 Es en aquestas partes mazamorra,  
 Entonces por ventura gran regalo,  
 Porque tenian leche para ella,  
 Y aquesta cuando por las porcelanas  
 Se difundía, fué, según afirman  
 En finísima sangre convertida:  
 Amarillez mortal ocupó luego  
 Todos los rostros de los convidados,  
 Y los pálidos miembros destilaban  
 Un sudor frio con el gran espanto.  
 De tal suerte que los turbados pechos  
 No podian dar fuerzas á la lengua  
 Para decir palabra bien formada,  
 Como á quien opresion de pesadilla  
 Fatiga hasta tanto que recuerda;  
 Mas esta turbacion y sobresalto  
 En alguna manera despedidos,  
 Ocurren á las armas y caballos,  
 Y sin mas esperar á los efectos  
 Con quel prodigio los amenazaba,  
 A Santafé se fueron retrayendo  
 Dejando la ciudad desamparada.  
 Y así cesó por parte del Valdivia  
 Aquesta poblacion que pretendia  
 Hacer cabeza del gobierno suyo.

También antes que entrase con socorro  
 Esta postrera vez á los que estaban  
 Necesitados en San Juan de Rodas,  
 Habia despachado mas soldados  
 Con otro capitán Juan de Zavala  
 Y con el capitán Rodrigo Pardo,  
 Que es hoy factor real en este reino,  
 A conquistar la tierra de chocoes  
 Y las que con el Darien confinan,  
 Para fundar ciudades do hallasen  
 Buena comodidad en aquel suelo,  
 Que es una pasta de oro, si la tierra  
 Fuera para vivir mas apacible,  
 Pero ninguna mas inoportable  
 Ni mas perjudicial al ser humano,  
 Por ser anegadiza, montüosa,  
 Con otras cien mil plagas insufribles,  
 Y cuyas influencias solamente  
 Son adaptadas para criar oro,  
 De que gozan algunos naturales,  
 Rarísimos, en árboles subidos,  
 Sobre los cuales tejen barbacoas.  
 Y en ellas sus tngurios ó chozuclas,  
 Por las inundaciones de los rios,  
 Que suelen ser allí cotidianas:  
 Vivienda vil y mas que miserable.  
 Y así de su viaje trabajoso,

Que fué cuasi de un año la tardanza,  
 Pudiéramos hacer largo volumen  
 Si fuéramos particularizando  
 La terribilidad de los trabajos  
 En el discurso dél acontecidos;  
 Pero diremos una sola cosa  
 Dicha por el factor Rodrigo Pardo  
 Y Francisco Mantilla de los Rios,  
 Que vive de presente donde vivo.

Aquesta fué que cuando se volvian,  
 Perdidos los caballos y sirvientes,  
 Desnudos, desarmados y hambrientos,  
 Y de setenta y tantos españoles  
 Mas de los treinta dellos fallecidos,  
 Venia muy enfermo Fernan Perez,  
 Mancebo natural de Salamanca,  
 E ya desamparado totalmente  
 De fuerzas y vigor con que pudiese  
 Proceder adelante con los otros,  
 Que con poca mas fuerza se movian,  
 Junto de la ribera de un arroyo

Se recostó diciendo: «Dios os guie  
 Y á mi provea de conocimiento  
 Con que de su bondad no desconfie  
 En este mi final acabamiento;  
 Pues para caminar aunque porfie  
 Faltame lo mejor, que es el aliento;  
 Al ánimo dé Dios salud y cura,  
 Quel cuerpo no la tiene ni ventura.»

Hallóse junto del Rodrigo Pardo,  
 Que para todos era gran alivio,  
 Así con obras como con razones  
 Cristianas y animosas, y responde:  
 «Buen ánimo, señor, valor y brio.  
 Que á vuestra condicion no le es honesto  
 Hacer un tan notable desvario,  
 Pues á cada cual veis ir mal dispuesto;  
 Volved, volved en vos, que yo confio  
 En Dios que hallareis remedio presto,  
 Porque llevamos ya senda trillada,  
 La cual vos ha de dar tierra poblada.»

Otras muchas razones le decia,  
 Ayudándole porque se levante;  
 Mas no bastó su buena diligencia,  
 Por lo hallar imposibilitado,  
 Y él mismo lo despide con aquesto:  
 «Señor, ningún trabajo mas perdido  
 Que lo que procurais en este caso;  
 Porque me voy, del orto despedido,  
 A mas andar la via del ocaseo.  
 Una merced tan solamente pido,  
 Y es que me la hagais de aquese vaso  
 Para beber con él desta agua clara  
 Mientras la vida no me desampara.»

Viendo ser por demás hacer instancia  
 En que se levantase, dióle luego  
 El vaso que pidió, y una cruz puso  
 En el mismo lugar, no sin suspiros,  
 Y de su ruego lo llegó mas cerca  
 De la corriente, porque con la mano  
 Pudiese coger agüa de aquel rio;  
 Y así se despedió con grave pena,  
 Amonestándole por muchas veces  
 Que nunca divirtiese la memoria  
 En desvanecimientos transitorios,  
 Sino que siempre la tuviese puesta  
 En quien por él habia padecido  
 Y por la redencion del mundo todo,  
 En árbol y figura semejante  
 De aquel que le dejaba por amparo,  
 Pues la necesidad lugar no daba  
 A le favorecer con otras cosas,  
 Y que con armas de oracion continua  
 Se defendiese de las tentaciones  
 Del infernal dragon, que siempre busca  
 Animas que tragar, principalmente  
 En tal tiempo y en tales ocasiones;  
 Y que cualquiera golpe resistiese  
 Con el escudo de la fe cristiana.

A questo dicho, pasan adelante,  
 No sin el afliccion con que caminan  
 Aquellos que no tienen certidumbre

De hallar el remedio que desean,  
 Antes la que tienen por mas cierta  
 Era morir de hambre todos ellos ;  
 Mas aquella divina Providencia,  
 A cabo ya de seis ó siete dias  
 Que la flaqueza y la desconfianza  
 En tal angustia los tenia puestos,  
 Que muchos se quedaban desmayá los,  
 Proveyó de remedio, porque dieron  
 En ciertas poblaciones abundantes  
 De la substancia que era necesaria  
 Al adelantamiento de sus vidas ;  
 Y con ser los vecinos de aquel suelo  
 Asperos y crúeles por estremo,  
 Y tantos que podian fácilmente  
 Cortalles el estambre de la vida,  
 Por ir debilitados y no juntos,  
 Mas derramados y con el desorden  
 Que llevan los que van á quien mas puede,  
 Se mostraron tan pios y benignos  
 Que los acariciaron en sus casas  
 Y proveyeron de lo que tenían,  
 En tiempo que lo vil y menos sano  
 Les fuera cordial mantenimiento ;  
 Y no solos aquellos que llegaron  
 Primero recibieron beneficio,  
 Pero manifestádoles por señas  
 Quedar otros atras que no podrian  
 Llegar sin les llevar algun socorro,  
 En ese mismo punto se cargaron  
 Algunos indios dellos de comida,  
 Y ansi como los iban encontrando  
 Les iban proveyendo, hasta tanto  
 Que los metieron dentro de su pueblo,  
 Adonde se estuvieron reformando  
 Por mas espacio de cuarenta dias,  
 Después volviendo por aquel camino,  
 Por ser aquella la dèrecha via  
 Para salir á pueblos de españoles,  
 Llegaron al paraje do dejaron  
 Al Fernan Perez, y reconocido,  
 Habló Rodrigo Pardo con los otros,  
 Y dijóles : « Si puede tino nio  
 Tener verificados pareceres,  
 Aqueste me parece ser el rio  
 Do dejamos al pobre Fernán Perez :  
 Suplicooos que, pues es poco desvio  
 Y son caritativos menesteres,  
 Que lleguemos á ver su desventura :  
 Daremos á sus huesos sepultura. »  
 Todos condescendiendo con su ruego  
 Llegaron á la cruz que quedó puesta,  
 Y vieron al soldado de la suerte  
 Y en el mismo lugar que lo dejaron  
 Habia ya sobre cincuenta dias :  
 Acuden con el tacto de las manos,  
 Y conocieron que tenia vida ;  
 Mas aunque lo llamaban por su nombre,  
 Dándole voces, nada respondia.  
 Pero Rodrigo Pardo, con deseo  
 De se certificar enteramente,  
 Con la carne de mico que llevaba  
 Asada para su matalotaje,  
 Le refregó los dientes y la boca,  
 Procurando con grande vehemencia  
 Hacelle traspasar alguna brizna :  
 En efecto, se vido que mostraba  
 Algun tanto de mas vital meneo ;  
 Tornaron á dar voces, preguntando  
 Si conocia ser sus compañeros,  
 Y respondió con una voz muy débil :  
 « No veo, que la vista me fallece ;  
 Pero si no me engañan los sentidos  
 Voz de Rodrigo Pardo me parece  
 Aquesta que me toca los oidos. »  
 No se puede pintar el alegría  
 Que recibieron todos desde que vieron  
 Que con algun acuerdo les habiaba ;  
 Y ansi reiterando las preguntas  
 Con encarecimiento le rogaron  
 Que se esforzase para declaralles  
 Cómo pudo vivir tan largo tiempo

Eu aquella montaña tenebrosa,  
 En el húmido suelo recostado,  
 Al agua pluviosa y al sereno,  
 Sin ropa ni recurso de comida,  
 Y en tanta soledad y desconsuelo ;  
 O quién le proveia de alimento,  
 Porque vivir sin él hombres mortales  
 En tan prolijo número de dias,  
 Tentarlo por caso milagroso.  
 El Fernan Perez luego les enseñó  
 Una cruzita de oro bien labrada,  
 Que pesaria como seis tomines,  
 Inclusa y engastada dentro della  
 Una astillica muy sutil de palo.  
 Y dijoles con voz mas esforzada :  
 « Nunca jamás gusté mantenimiento  
 Después que me quedé, ni tal he visto  
 En esta soledad y descontento.  
 » Pero la piedad de Jesucristo  
 Le dió virtud al agua que bebia  
 De substancial y necesario pisto.  
 » Porque esta cruz en ella la metia,  
 La cual contiene parte del madero  
 En que Dios padeciò por culpa mia.  
 » Ovela yo de cierto caballero  
 Canónigo que fué de Salamanca,  
 En su fin y remate postrimero. »  
 Oida la razon por todos ellos,  
 No sin admiracion, y dando gracias  
 Al Obrador de tantas maravillas,  
 Prostráronse por tierra y adoraron  
 Aquella preciosisima reliquia,  
 Porque les pareció, segun la obra  
 Tan rara, tan estraña y admirable,  
 Que sería segun les declaraba,  
 Y quel árbol que dió fructo de vida  
 Al hombre que quedaba cuasi muerto,  
 También se la daría hasta tanto  
 Que con preparaciones de cristiano  
 Pasase por do pasan los mortales.  
 Y luego dieron orden como fuese  
 En hombros de los indios de servicio,  
 Ayudándole todos, hasta tanto  
 Que entraron en pacíficas regiones  
 De indios obedientes ya subyectos,  
 Do lo dejaron muy encomendado  
 Y á un criado suyo yanacona  
 Del servicio del mismo Fernán Perez ;  
 Mas el dicho Factor Rodrigo Pardo  
 No me sabe decir el fin que tuvo,  
 Porque llegados á las ciudades  
 Y pueblos de españoles, cada uno  
 Procuró solamente su remedio,  
 Por diferentes vias derramados,  
 Y algunos se volvieron al Valdivia.  
 Al cual, segun que dejó declarado,  
 En Santafé le fué notificada  
 La provision real y la sentencia  
 Cerca de no caer en su gobierno  
 Aquellos pueblos dos fundados antes  
 Que la merced á él se le hiciese.  
 Y así con la presteza con que suele  
 Astuto negociante prevenirse,  
 Antes que la noticia les llegase  
 A los que estaban en San Juan de Rodas,  
 Determinó partirse con la gente  
 Que pudo recoger ; y porque supo  
 Por lengua de los indios contratantes  
 Estar en gran angustia por lo dicho  
 En los versos del canto precedente,  
 En tanto que mas gente recogia  
 Despachó diez ó doce compañeros  
 Con municiones, y por su caudillo  
 Al capitán Francisco Maldonado.  
 Un vecino que fué de Caramanta,  
 El cual dió perfeccion á su camino  
 En pocos dias con aquel socorro.  
 Y su llegada fué ya demediado  
 Diciembre por el año de setenta  
 Y tres, á deseada coyuntura,  
 A causa de que todos los del pueblo  
 Estaban puestos en tan gran peligro

Por falta de alimento, que no vian  
 Otro refugio que mas cierto fuese  
 Que perecer, pues con la misma vida  
 Se habia de comprar si lo buscaban,  
 Por la gran vigilancia de los indios,  
 Continuas asechanzas, y dispuestos  
 A dar con mas hervor y mas pujanza  
 En los que conocian temerosos,  
 Quedos y acorralados en su sitio.  
 Pero como llegasen los que digo  
 Con buenas municiones, desterróse  
 El pálido temor y cuerdo miedo,  
 Y así salieron á buscar comida  
 Veinte y cinco soldados principales  
 Con un Juan Lopez Bravo por caudillo,  
 Soldado de gran uso y experiencia,  
 Y hombre no menos cauto que valiente.  
 En este mismo tiempo se movieron  
 Los bárbaros protervos con intento  
 De no dejar las armas de las manos  
 Hasta desarraigar la nueva planta,  
 Y dar á las católicas entrañas  
 En sus voraces vientres sepultura;  
 E yendo nuestra gente sin sospecha  
 De tal encuentro, repentinamente  
 Dieron en el ejército pagano  
 Que venia marchando con el orden  
 Y recato que suele gente diestra,  
 Acudillándolos Pedro Catia,  
 Capitán general de la caterva.  
 ¿Qué habian de hacer en tal extremo?  
 Porque volver atrás no convenia,  
 Por ser camino cierto de la muerte,  
 Y acometer á tanta muchedumbre  
 Grande temeridad por consiguiente,  
 Pues la dificultad les declaraba  
 A todos el remate de su vida.

Pero como Juan Lopez Bravo viese  
 No se poder usar de otro remedio  
 Sino de rompimiento, dijo luego:

«A ellos, caballeros, que sin duda  
 Conocereis por vero testimonio  
 Que valen mas los pocos con ayuda  
 De Dios, que muchos con la del demonio.»

Disparan arcabuces al momento,  
 Y con hilos de alambre las pelotas,  
 Que van rompiendo pechos, brazos, cuellos,  
 Con una y otra carga derribando  
 Penachos y coronas por el suelo;  
 Soltaronse los perros que traian  
 Cebados en entrañas infieles,  
 Y en breve tiempo hacen tal estrago,  
 Que se confunden y se desordenan  
 Los unos y los otros escuadrones  
 Sin dárseles lugar á rehacerse,  
 En tal manera que desatinados  
 Volvieron las espaldas, y los nuestros  
 Siguiéron el alcance derramando  
 Infinidad de sangre, de tal suerte  
 Que les pedian ya misericordia,  
 Ajena de sus ritos y costumbres;  
 Y un indio desde un alto les decia:

«Cesen, cristianos, cesen las matanzas,  
 Que sangrientos estais hasta los codos;  
 Dejad algunos que hagan labranzas  
 De que comais y que comamos todos.»

Bastó para cesar oír aquesto  
 Y para que pensasen quel castigo  
 Inopinado les pornia freno,  
 Principalmente por haber caído  
 En el mortal rigor Pedro Catia,  
 Aunque también se dice que los indios  
 Son los que lo mataron y comieron  
 Después deste recuento sanginoso,  
 Por les facilitar este triunfo,  
 Cuya dificultad hizo notoria  
 La caída de tantos indios diestros,  
 Diciendo que bastaba defenderse  
 En sus terrenos de los españoles  
 Sin illos á buscar á sus albergues.

Habiendo pues ganado la batalla  
 Con desesperación acometida,

Los pocos españoles acordaron  
 Volver á su ciudad, imaginando  
 Que los astutos indios revolverian  
 A dar en ella viéndolos absentes;  
 Y aunque mal proveídos de sustento  
 Efectuaron luego la partida.  
 Donde con gusto de los atendientes  
 Representaron este vencimiento  
 Que los regocijó con esperanzas  
 De poder atraellos á lo bueno;  
 Mas aunque se hicieron diligencias  
 Modestas y de cierto cumplimiento,  
 La bárbara dureza pertinace  
 Nunca jamás dió muestras de blandura.  
 Lo cual reconocido, determinan  
 Con mas severidad probar la mano;  
 Mas el hilo cortó de sus intentos  
 El Andrés de Valdivia, porque vino  
 En aquella sazón con poca gente,  
 Pues aquestos y aquellos computados  
 Eran dos ó tres menos de cincuenta;  
 Y como no sabian ser escluso  
 Del juridico mando deste pueblo,  
 Fué con aplauso grande recibido  
 Y con aquel respecto que debian  
 A su gobernador, y él ansimismo  
 Se les mostró benigno y apacible,  
 Comedidísimo, grato y afable  
 Con unos y con otros, de tal suerte  
 Que para sus propósitos los tuvo  
 Muy pronti, adaptados y compuestos.  
 Y así después de tres ó cuatro días  
 Habiéndosele dado larga cuenta  
 De sus necesidades, y cuán duros  
 Eran en dar la paz los naturales,  
 Juntólos en las casas de cabildo,  
 Y bizoles aqueste parlamento:

«Caballeros, amigos, de quien fio  
 Aquello que es en mí de mas momento,  
 Paréceme notable desvario  
 Permanecer tres años en asiento  
 De tan protervo y áspero gentío,  
 Y en tan reconocido detrimento,  
 Que es de sus mejorias la mas cierta  
 Retracto vivo de esperanza muerta.

»Porque, como sabeis á costa vuestra,  
 Los indios deste pueblo mas cercanos  
 De mala digestion han dado muestra,  
 Y con dificultad los hareis llanos;  
 Lleguémonos á gente menos diestra  
 Y de menos contracto con cristianos,  
 Con el cual suelen aun los mas sujetos  
 Perder algunas veces los respetos.

»Será lo mas seguro y acertado  
 En esta turbacion el mudamiento,  
 A lo menos por tiempo limitado,  
 Para volver con otro fundamento,  
 Pues que reconocéis ser escusado  
 El procurar aquí mantenimiento,  
 E ya que lo halleis, es la comida  
 Compra con el precio de la vida.

»Cauca rio tenéis bien á la mano  
 Dos leguas solamente de distancia,  
 El estalaje tengo por tan sano  
 De mas fertilidad y mas substancia,  
 Pues dado caso que nos falte grano  
 Hay de pescado y fructas abundancia:  
 Mudémonos á él y á su ribera,  
 Tractaremos con gente mas sincera.

»Para restauracion deste quebranto  
 No se puede tomar mejor camino;  
 Y en aquel rio ya sabemos cuánto  
 Tesoro se recoge de oro fino;  
 Alguno buscaremos entretanto  
 Que llega Pedro Pinto Vellorino,  
 El cual verná sin duda brevemente  
 Con razonable número de gente.

»Porque este favorece mi jornada  
 Debajo de concierto convenible:  
 Persona sabeis ser acreditada,  
 De condiccion modesta y apacible,  
 Y para recoger gente granada

Tiene sagacidades y posible :  
 Allí dareis el orden desde venga  
 Que para nuestros fines mas convenga.  
 » Aquesto me parece y es intento  
 Que de buena razon no se divierte,  
 Pues el cotidiano descontento  
 En vida mas quieta se convierte,  
 Y el esperar aqui mejoramiento  
 Es andar vacilando con la muerte :  
 Vuestra comodidad quiero, y es esta  
 Si medis con mi gusto la respuesta.»  
 Dijo; mas las palabras encubrian  
 Diversas intenciones en su pecho,  
 Porque su pretension era sacarlos  
 Con este paliado parlamento  
 Afuera del ajeno territorio  
 Para valerse dellos en la tierra  
 De su gobernacion, que limitaban  
 El rio Cauca y de la Magdalena;  
 Y á la resolucion se dió tal priesa,  
 Antes que por aviso de vecinos  
 De Santafé tuviesen certidumbre  
 Estar todos exentos de su mando,  
 Que con aquel respecto y obediencia  
 Que de gobernador le daban antes,  
 Dieron á su querer consentimiento,  
 Sin que ninguno lo contradijese,  
 Excepto Alonso Diaz, un alcalde,  
 Que tuvo diferentes pareceres;  
 Mas como singular, fué rebatido  
 Su voto, y en efecto despolbaron,  
 Y se llegaron al rio de Cauca,  
 A la mediacion del mes de enero.  
 Asentaron real en la ribera  
 Donde Valdivia deseaba vellos,  
 Y como sus intentos fuesen otros  
 De los que con la lengua predicaba,  
 Antes pasar el rio desde donde  
 Conmenzaban los términos anejos  
 A su gobernacion, segun he dicho,  
 Otro dia después de su llegada  
 Hizo junta de todos en su rancho,  
 Y con el euerjia y eficacia  
 Con que daba tropel á sus razones  
 Les dijo: « Caballeros, grandemente  
 He deseado por do mas estrecho  
 Aqueste rio corrè hacer puente,  
 Porque sería celebrado hecho,  
 Para lo cual á tan heroica gente  
 Solo resta querer poner el pecho,  
 Como quien sabe dar fin á las cosas  
 Mas arduas y muy mas dificultosas.  
 » Que para nuestros fines y demandas,  
 Soldados valerosos, nos conviene  
 Aprovecharnos por entrañas bandas  
 Y rastrear lo que la tierra tiene :  
 Esta solicitud irá por tandas,  
 Y á mí me dad el cargo que la ordene,  
 Pues no será trabajo tan durable  
 Que lo tengamos por intolerable.  
 » Pues de cueros de vacas retorcidos  
 Haremos las maromas ó ramales,  
 Con hejucos espesos y tejidos  
 Segun suelen aquestos naturales,  
 A una y otra banda bien asidos,  
 Abincados estantes y puntales,  
 Y pasaran algunos cuando fuere  
 Menester y algun caso lo pidiere.  
 » Este motivo ruego se consulte,  
 Por ser aqui de muy gran importancia,  
 E ya podría ser que del resulte  
 A todos crecidisima ganancia,  
 O por no la hacer se nos oculte  
 Alguna tierra de mayor substancia :  
 Si ha de ser tarde, hágase temprano,  
 Y pongamos en ella luego mano.»  
 Cuadróles la razon á todos ellos,  
 Pareciéndoles ir encaminada  
 Al provecho comun, de cuya causa  
 Pusieron luego manos en la obra  
 Con tal solicitud y diligencia,  
 Que en espacio de diez ó doce dias

Le dieron conclusion, que fué difícil  
 Y trabajosa por la gran distancia.  
 El Andrés de Valdivia, como viese  
 Conclusa y acabada la pendiente  
 Puente, sin un momento de tardanza  
 Hizo pasar por ella diez soldados  
 De los mas avisados y bríosos,  
 De quien él presumia que tenían  
 Algun resabio de sus intenciones,  
 Los cuales fueron muy de mala gana;  
 Mas so color de descubrir caminos  
 En efecto pasó la demás gente  
 El dia santo de la Candelaria  
 O Purificacion, solemne fiesta  
 De aquella que nació purificada,  
 A nado los ganados por el agua,  
 Pero la mayor parte de las vacas  
 Y puerocos y caballos se volvieron  
 Temerosos del impetu del rio,  
 Y salieron á partes diferentes.  
 De suerte que de todos recogieron  
 Setenta y nueve vacas solamente  
 Y veinte y un caballos, cuya falta  
 No dejó de ser grande desavio  
 Para prosecucion de su jornada;  
 Cuyos sucesos callo por agora,  
 Con presupuesto de poner la mano  
 En ellos en el canto venidero.

### CANTO DUODECIMO.

Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia des  
 pues que tuvo la gente de la otra parte del rio Cauca.

Mucho pueden palabras comedidas  
 Y ténimos afables en las gentes;  
 Y el conocer los tiempos y usar dellos,  
 Moderando las cosas con templanza,  
 Es un cierto camino por do pueden  
 Llegar los hombres á lo que desean;  
 Y esta sagacidad no se podría  
 Negar en el Valdia totalmente  
 En los principios de sus pretensiones  
 Con todos los soldados que seguian  
 El son esterior de sus acentos.  
 Y así, después que ya los tuvo puestos  
 En la contraria parte de aquel rio,  
 Manifestó su pecho claramente  
 Haciéndoles aqueste parlamento :  
 « Señores, ya hollais aquesta parte  
 En quien español nunca hizo mella,  
 Ni plantaron cristianos estandarte  
 Aunque morian por llegar á ella;  
 Agora será bien que me descarte,  
 Visto que pié católico la buella,  
 Porque sería grave maleficio  
 Usar de mas cubierta y artificio.  
 » Vuestras mercedes sepan quel rey manda  
 Y viene por sentencia declarado  
 Que mi gobierno sea desta banda  
 Sin lo que fué por Popayan poblado;  
 Mas sustentar los pueblos; qué demanda,  
 Trabajo, riesgo y oro me ha costado!  
 Y el daros y aviaros compañeros,  
 Ansimismo se hizo con dineros.  
 » Y pues son oculares los testigos  
 De cómo di favor á la vivienda  
 De los modernos y de los antiguos,  
 No me culpeis metiendo tanta prenda,  
 Por quererme valer de mis amigos  
 Con quien he despendido mi hacienda  
 Y gastaré con fuerzas y con mañas  
 Mi proprio corazon y mis entrañas.  
 » Conozco que por mí quedó desierto  
 Pueblo do cada cual tenia suerte;  
 Pero del gozo dellas lo mas cierto  
 Era de lo quel bien en mal convierte :  
 Que ya camino viades abierto  
 Para todos morir infausta muerte,  
 De lo cual daba claros desengaños

Esperencia que pasa de tres años.

» En los cuales, demas de la penuria  
Que cerca del comer se padecia,  
Fueron notables daños con injuria  
De muertes de españoles cada día,  
Sin poder refrenar aquella furia  
Que tiene siempre la nacion catia,  
Que morirá mil muertes cada hora  
Por no pagar tributo ni demora.

» Acá los riesgos no serán tan graves  
En recuentos y faltas de comida,  
Porque venis á tierra de nutaves,  
Gente ni vencedora ni vencida:  
Nosotros somos las primeras llaves  
Desta puerta sin serenos defendida,  
E ya sabeis por fama que publica  
Ser esta tierra sumamente rica.

» En los repartimientos y otros dones  
Que de rico caudal la tierra cria,  
Entendereis que gratificaciones  
No tienen de faltar por parte mia;  
Amigos somos, y estas aficiones  
Antiguas no teruan mano vacia,  
Lo cual prometo con intento sano  
Y católico pecho de cristiano.

» Socorro nos verná de cierta ciencia  
Con el capitán Pinto Vellorino;  
Y á quien le pareciere ser demencia  
Ir en prosecucion deste camino,  
Libre y abierta tiene la licencia  
Para volverse por adonde vino:  
Haga su voluntad en este dia,  
Porque ya le declaro yo la mia.

» Puente para pasar se tiene puesta,  
Y puesta se estará cuanto durare:  
Pido resolucion en la respuesta,  
Y cada cual su pecho me declare;  
Pues salidos de aqui, hallará presta  
Y dura punicion quien me dejare,  
Porque yo por ningun inconveniente  
Tengo de revolver atrás la frente.»

» Así habló, y estando los soldados  
Mirándose los unos á los otros,  
Algunos admirados del astucia  
Que tuvo para que se despoblasen,  
A Juan Lopez de Oviedo dieron mano  
Para que le responda, y así dijo:

« Señor gobernador, tan buen semblante  
Hay acá como allá para serviros,  
Y ninguno será tan inconstante  
Que no lo haga, porque sé decirlos  
Que la presuncion de ir mas adelante  
Acá no faltará para seguirlos,  
Y á cualquier riesgo que pongais el pecho  
No hallareis el nuestro ser estrecho.»

Valdivia recibió contentamiento  
Viendo tan á su gusto la respuesta,  
Y tuvo cumplimientos corteses  
Bastantes á cazar las voluntades  
De los que por ventura las tenían  
A diferentes fines inclinadas;  
Mas Antonio Machado, que vecino  
Fué después de la villa de Antioquia

Le dijo: « Yo, señor, no determino  
Solapar ni cubrir con apariencia  
Mi cierta voluntad y mi desino,  
El cual de los demás se diferencia;  
Y así para seguir otro camino  
Suplicoos que me deis libre licencia,  
Porque me quiero volver á la villa  
De Santafé, do tengo mi casilla.»

Valdivia se la dió liberalmente;  
Y aunque con grande riesgo de la vida,  
Como sabia bien toda la tierra  
Y era soldado de valor y maña,  
Por bosques y montañas encubierto  
Llegó donde queria brevemente.  
El Valdivia con los que le restaban,  
Que de cuarenta y seis era la copia,  
Y veinte negros suyos que tenia  
Y otros doscientos indios de servicio  
De los que cada cual dellos llevaba,

Proceden adelante por caminos  
Bien anchos y seguidos que les daban  
Indicios de soberbias poblaciones;  
Y así dieron á nueve de febrero  
En un valle llamado de Guarcama,  
Que por contemplacion del que gobierna  
Valle de San Andrés heredó nombre,  
Como le llaman hoy los españoles:  
Cuya fertilidad los incitaba  
A ver lo mas secreto de la tierra,  
Con pronta voluntad encaminada  
A vivienda que fuese permanente,  
Porque los convidaba la frescura  
De fructíferas plantas y arboledas,  
En campos abundantes de labranzas  
Regadas de las aguas cristalinas,  
Terreno sano, claro, descubierto,  
Desabahado de montisca sombra,  
Por longitud de hasta veinte leguas,  
Y en latitud ternia diez ó doce.  
A trechos pueblos ricos y opulentos  
Por minas, por labor y granjerías  
De los algodónales que poseen,  
De que se hacen telas razonables,  
Blancas y variadas en colores.

Eran los principales y caudillos,  
Que tenían distintos sus albergues,  
Do cada cual mandaba sus subyectos,  
Guarcama, Cuerpia, Pipiman, Oceta,  
Maquira y Aguasici, pero destos  
Divisos y apartados mas afuera  
Del valle muchos otros, como fueron  
Omoga, Negueri, Yusca, Aguataba,  
Abaniqui, Cüercia, Taquiburi,  
Moscatato, Cuerquici, con Carime,  
Y otros algunos hombres belicosos,  
Flecheros, carniceros y herbolarios,  
Destrisimos en guerra por extremos,  
Y en acometimientos tan precitos  
Que los efectos no corrian menos  
Que la velocidad del pensamiento  
En dar ejecucion á sus conceptos;  
Mas por entonces, como gente nueva  
En la conversacion de los cristianos,  
Tuvieronles respecto y obediencia,  
Saliéndoles de paz y con socorro  
De comida, por ellos deseada,  
Los principales indios deste valle,  
A la boca del cual hicieron pausa,  
Personas y caballos reformando,  
Y preparando sayos estofados  
Como hallaron copia de algodones,  
Espacio y dilacion de nueve dias.  
Al cabo de los cuales se pasaron  
Tres leguas adelante do tenia,  
El capitán Oceta su dominio,  
En el cual estuvieron alojados  
Mucho mas tiempo sin hacer mudanza,  
Sin conocer en indio mal resabio,  
Antes amor y voluntad sincera.  
Y como ya la fama publicase  
El amistad y paz destas provincias,  
Emulos del Valdivia lo supieron  
En Santafé por indios contractantes,  
Y estos fueron los indios tahamies  
Que Bartolomé Sanchez Torreblanca  
En encomienda tiene de presente,  
Que son á los nutaves convecinos,  
Y emparentados unos con los otros;  
Y quiere decir que Torreblanca  
Pesándole de ver el buen suceso,  
Por odio que al Valdivia le tenia,  
A sus encomendados persuade  
Que pasasen al valle de Guarcama  
Y que con gran instancia procurasen  
Apartar á los indios del intento  
De conservar la paz con tales hombres,  
Sino que los matasen si pudiesen,  
O les hiciesen guerra hasta tanto  
Que los desarraigasen de su tierra,  
Por ser gente de malos pensamientos,  
Engañadores, falsos, fermentidos,

Y aun dicen enviar un mozo suyo,  
Juan Baptista Vaquero, grande lengua  
Del idioma dellos, al efecto.

Mas a questa sospecha bien podria  
Ser invencion de gente descompuesta:  
Pero ya con verdad, ya con mentira,  
Al Bartolomé Sanchez Torreblanca  
Yo lo vi preso por aquesta causa  
En la cárcel real en este reino,  
Y el mozo Juan Baptista se retrajo  
Entre los indios que lo respectaban  
Con gran veneracion porque hablaba  
La lengua dellos admirablemente.  
En efecto, los indios deste valle  
De San Andrés, y los de mas afuera,  
Tomaron armas y hicieron guerra  
Con tal obstinacion y pertinacia  
Al Andrés de Valdivia, que murieron  
Algunos de los suyos en recuentos  
Con aquellos extremos lamentables  
Que suelen padecer miseros cuerpos  
Heridos de la yerba ponzoñosa,  
Entre los cuales dió pena notable  
Pero Fernandez de Rivadeneira,  
Magnánimo soldado, fuerte, diestro,  
Y de grandes arduos en la guerra.

A questa furia fué continuada  
Por espacio de dos ó de tres meses.  
Sin haber remision que les conceda  
Dejar punto las armas de la mano,  
No sin yactura grave de los indios  
Caidos en las duras competencias,  
Porque el gobernador en ellas hizo  
Cuanto cumplia para su defensa.

Pero como se viese fatigado,  
Falto de gentes y de municiones,  
Y sin recurso de mantenimiento,  
El cual si se buscaba ya sabian  
Ir á pena de muerte condenados,  
Por la gran vigilancia de los indios,  
Que sin perturbacion ni daño suyo  
En pasos de latibulos oculatos  
Herian españoles á su salvo,  
Fatigaba remedios inquiriendo  
A todas horas el entendimiento,  
Y de varios balances uno solo,  
Aunque dificultoso, le conyino.  
Habló con Juan Alonso de Santana,  
Soldado de los de Lope de Aguirre,  
Y con otro Bartolomé Jimenez,  
Entrambos hombres de quien bien podia  
Fiar cualquiera hecho memorable,  
Y dijoles: « Ya veis por la presura  
A cuán acerbo fin vamos cercanos;  
Hemos de procurar alguna cura,  
So pena de ser torpes y livianos;  
Y aquesta colocó mi conyectura  
En vuestros sueltos piés y fuertes manos,  
Como quien sabe ya pasar rigores  
Y escaparse de riesgos muy mayores.

» Confíandome pues de vuestro tino,  
Con que soleis guiar puntualmente,  
Antes de ver el rayo matutino,  
Quiero que á Santafé giseis la frente.  
Para que Pedro Pinto Vellorino  
Abrevie su partida con la gente,  
Y demás de le dar aquesta carta,  
Parte seréis para que luego parta.  
» Será hazaña bien engrandecida  
Del siglo venidero y el presente,  
La cual, si Dios á mí me diere vida,  
Terná su galardón correspondiente;  
Ha de ser esta noche la partida  
Con prontitud y paso diligente;  
Haced á Dios y al rey este servicio,  
Y á mí tan amigable beneficio.

» Conozco que poneis frágil navio  
En ondas que denotan derriemento,  
Segun aquel que corre por bajo  
Con recios soplos de soberbio viento;  
Pero no las temais, que yo confío  
En Dios que llegareis á salvamento,

Pues vuestros buenos piés y la espesura  
Os han de preparar vía segura.»

Dijo, y aunque dudosa la carrera,  
Por no venir á menos del concepto  
Que dellos se tenia, respondieron  
Que si menester fuese hasta Chile  
Irian, quanto mas camino breve;  
Y así partieron cuando los cubria  
La sombra fuesa del nocturno manto,  
No con menos ardor, valor y brio  
Que de Niso y Eurialo se cuenta,  
Pero con mas ventura, pues llegaron  
Salvos do los llevaba su deseo.  
Y entendida por Pinto Vellorino  
La causa y la razon de su venida,  
Con cuanta brevedad le fué posible  
Partió con treinta y seis hombres guerreros  
Y cantidad de vacas y de puercos  
Y muy buenos caballos, siendo guias  
Aquellos dos soldados que vinieron:  
Los cuales, abreviando las jornadas,  
Llegaron á la puente que dejaban  
Sobre río de Cauca fabricada,  
Por do pasaron luego, mas las vacas  
Y los demás cuadrúpedos dejaron  
Allí perdidos, porque no pudieron  
Vencer el impetu de la corriente,  
En la cual perecieron dos soldados  
Que por los aviar se confiaron  
De la destreza y fuerza de sus brazos.  
Los otros con acerba pesadumbre  
De ver aquel principio desgraciado,  
Prosiguen adelante su camino  
Hasta llegar al valle de Guarcoma,  
Y al campo de los nuestros, donde fueron  
Con los brazos abiertos recibidos,  
Y con aquel contento y alegría  
Que se puede pensar de los que estaban  
En trance riguroso y en estado  
Que los amenazaba con la muerte,  
A no venir aquel socorro presto,  
De buenas municiones proveido;  
Con la cual nueva bárbaro gentío  
Estuvo por entonces mas quieto,  
Y nuestros españoles dieron orden  
De salirse del valle con intento  
De fundar pueblo permanecederlo  
En apropiado sitio, desde donde  
Pudiesen subyectar cómodamente  
Los términos que dalle pretendian.  
Veinte y cuatro de junio se contaban  
Dia del que nació santificado,  
Cuando salieron fuera deste valle,  
Y habiendo caminado pocos dias  
Llegaron á la loma de Nobava,  
Donde la tierra rasa se remata,  
Porque lo que se sigue después della  
Es tierra montuosa, mal poblada,  
De ricos minerales, mas enferma,  
Con molestos mosquitos y otras plagas,  
Y por les parecer estar la loma  
En cómodo lugar para su pueblo,  
Fundaron la ciudad de Ubeda, porque  
El Andrés de Valdivia fué nacido  
En aquella que deste nombre goza  
En la provincia del Andalucía.  
Tomaron posesion por el monarca  
Filipo magno, rey y señor nuestro,  
Nombrándose cabildo y regimiento,  
Y haciendo las otras diligencias  
A nuevas poblaciones concernientes,  
Y repartiendolas tierras y solares  
Luego se comenzó sangrienta guerra  
Con todos los caciques declarados;  
Cuyos rigurosísimos sucesos  
Seríame confuso labirinto  
Particularizarlos por escrito:  
Basta decir que fué tan porfiada,  
Que los paganos y los españoles  
Vinieron á notable menoscabo,  
Y para sustentarse nuestra gente  
Por falta de servicio les conyino

Hacer labranzas con sus propias manos ;  
 Mas estas cuando daban esperanzas  
 Del grano sumamente deseado ,  
 Los indómitos indios las talaron  
 Sin dejarles gozar el fruto dellas ,  
 Estímulo terrible que los mueve  
 A castigar aquel atrevimiento ;  
 Porque la saña y el enojo daba  
 Fuerzas insuperables con que pueden  
 Tomar destes agravios la venganza ,  
 Aunque no sin retorno de heridas  
 De rabioso remate mensajeras .  
 Pues los que de la muerte se libraban  
 Era cortando carnes lastimadas ,  
 Abrasándolas con ardientes hierros .  
 Pero los bárbaros reconociendo  
 La gran disminucion de sus guerreros  
 Con guerra tan crúel y tan prolija  
 Que después que poblaron fué dñable  
 Por seis ó siete meses , sin que dia  
 De sosiego tuviesen ambas partes ,  
 Saliéronles de paz , y socorrieron  
 La falta de alimentos que tenían ,  
 A lo que pareció , con blando pecho ;  
 Porque perseveraron de tal suerte  
 Que la paz y amistad fué divulgada  
 En Santafé y en todos sus confines ,  
 De tal manera que indios contractantes  
 Entraban y salian inquiriendo  
 Ganancia que les dan sus granjerías ,  
 E iban y venian muchas veces  
 Con cartas y mensajes de vecinos ,  
 Con que lenguas absentes comunican  
 Sus intenciones ó necesidades .  
 Mas este dulce hilo fué cortado  
 No tanto por malicia de los indios  
 Cuanto por la de pechos invidiosos  
 De la felicidad y bien ajeno ,  
 Segun declararemos con ayuda  
 De Dios en otro canto por estenoso ,  
 Pues por estar la pluma ya cansada ,  
 La suelto de las manos entre tanto  
 Que con agudos filos se prepara .

### CANTO DECIMO TERCERO.

Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia que tuvo  
 para despoblar á la nueva ciudad de Ubeda.

Como sea gustosa la bonanza  
 Después del sinsabor de la tormenta ,  
 Y el gozo de la paz de gran dulzura  
 Pasados los trabajos de la guerra ,  
 Los moradores de la nueva planta  
 Estaban muy alegres y contentos  
 Viendo pacíficos los naturales  
 Al cabo de tan duras competencias ,  
 Prometiéndose vida descansada ,  
 Después que los caciques y señores  
 Les fuesen repartidos , y tuviesen  
 Merecedores dellas encomiendas ,  
 Lo cual se procuró con gran instancia  
 Por dar á sus trabajos recompensa ;  
 Y el que los gobernaba no tenia  
 Contrarios los intentos , conociendo  
 Ser tales sus servicios , que con premios  
 Mayores no quedaban satisfechos .

Pero cuando queria dar contento  
 A sus comilitones , deseosos  
 De ver efectos que correspondiesen  
 A los ofrecimientos hechos antes ,  
 Ministros del demonio que no faltan  
 Turbaron sus propósitos modestos  
 Usando de un ardid abominable ,  
 Y tal que después dél fueron sus obras  
 De frenético , loco , furioso ,  
 Sin atinar á cosa que cumpliese .  
 Este fué , que con otras que vinieron  
 De Santafé le dieron una carta  
 Sin firma , cuya letra disfrazada  
 Al autor encubrió , la cual decia :

« Volved , gobernador , por vuestra honra ,  
 Porque la lealtad que prometida  
 Fué con vínculo santo , no se guarda ,  
 Y el sacro genio de la casta cama  
 Anda menospreciado y abatido ,  
 Y aquella compañía de parientas  
 Que con ella quedaron en Victoria ,  
 Adonde las dejastes , ansimismo  
 No viven con aquel recogimiento  
 Que deben á su noble parentela . »

Aquesta novedad , aunque fingida ,  
 Y por inicuos hombres inventada ,  
 Hizo tal impresion en su memoria ,  
 Que sus palabras y obras eran masa  
 De muy desatinados desvarios ,  
 En tanto grado que se sospechaba  
 Ser con industria de desesperado ,  
 Por poner en estremo los soldados ,  
 Con tantas ocasiones , que tomasen  
 Las mismas para le quitar la vida .  
 Y así luego con riguroso mando  
 Hizo que despoblasen el asiento  
 Que con penalidades insufribles  
 Habian sustentado tanto tiempo ;  
 Lo cual Valdivia hizo con intento  
 De se precipitar por las montañas ,  
 Sin admitir razones ni consejo  
 De los que con palabras comedidas  
 Y términos urbanos procuraban  
 Hacerle que mudase pareceres .  
 Ansimismo los indios del terreno  
 En gran manera se maravillaron  
 De ver esta mudanza repentina ,  
 Y algunos , que presentes se hallaron ,  
 De los mas principales le dijeron :

« Presumimos que debes estar loco ,  
 Pues tienes en tan poco lo que has hecho ,  
 Y al tiempo del provecho te vas fuera ,  
 Por dudosa carrera haces via ;  
 Harto mejor seria darnos amos  
 A quien reconozcamos vasallaje ,  
 Y cada cual trabaje dar contentos  
 A quien repartimientos les cupieren :  
 Esto piden y quieren los señores  
 Caciques y mayores destas frentes ,  
 Que son los que presentes aqui tienes . »

Oyó la peticion con impaciencia  
 El Andrés de Valdivia , y así hizo  
 Poner estos caciques en prisiones ,  
 Amenazándolos con mayor pena  
 Si mas acerca desto le tractaban ;  
 Y aunque los soltó luego de la cárcel  
 Quedaron indignados malamente .

No pararon en esto los furoros ,  
 Pues en confirmacion de su locura  
 A los caballos les cortó las piernas ,  
 Que fué para sus dueños dolor grave ,  
 De los cuales algunos , viendo tantos  
 Escesos furiosos , rebuyendo  
 De no venir con él á rompimiento ,  
 A Santafé se fueron deslizano ,  
 Mas á los tres primeros que huyeron  
 Indios en el camino los mataron ;  
 Los otros los siguieron hasta tanto  
 Que entraron por la tierra montuosa  
 Y á las que llaman hoy las Pesquerías ,  
 Por la gran abundancia de pescado ,  
 Tierra que cria ricos minerales ,  
 Mas como ya dijimos mal poblada  
 Y enferma , pero fértil de comida ,  
 Donde hallaron copia de labranzas .  
 Y pareciéndole que convenia  
 Fundó nueva ciudad en aquel sitio ,  
 Y algo mas reportado , conociendo  
 Estar de su gobierno descontentos ,  
 Y no guardalle ya tanto decoro  
 Como solian antes los soldados ,  
 Hizo congregacion de los que pudo ,  
 Porque muchos andaban derramados ,  
 A los cuales por términos modestos  
 Procuró granjear sus voluntades  
 Con un razonamiento que les hizo ,

La substancia del cual es la siguiente :

«Amigos, si á razon estais atentos  
Aquellos que por ella sois medidos,  
Entendereis haber desabrimientos  
Que turban las potencias y sentidos,  
Donde los primitivos movimientos  
Con gran dificultad quedan vencidos,  
Y tal dolor sera que la mas alta  
Prudencia de ella misma queda falta.

»Y así, los que me veis desta manera  
Con turbaciones y paciencia poca,  
No debeis espantaros aunque muera  
Segun el duro golpe que me toca:  
Del cual diera razon, si la tuviera,  
Para poder bosallo por la boca:  
Basta decir que fueron ocasiones  
Terribles y de malas intenciones.

»Pues no sé quien sin fin de amistad buena  
Me escribió lo que no supo ni vido,  
Y aunque lectura de verdad ajena,  
Del autor infernal estoy corrido;  
Y en efecto, me dió tan grave pena  
Que cuasi me privó de mi sentido,  
Y con aquel dolor corri sin freno,  
Sin querer admitir parecer bueno.

»Mas aunque mi pasión y mi congoja  
Es de tal cualidad que desespere  
Para siempre jamas de vella foja,  
Como caso tan grave lo requiere,  
Mi buena voluntad no queda coja  
Para serviros en lo que pudiere,  
Pues demas de lo mucho que se os debe  
Obligacion particular me mueve.

»Es mi deseo pues que por lo hecho  
Ninguno se me muestre desabrido,  
Sino que se quiete vuestro pecho,  
Pues hasta agora nada se ha perdido,  
Antes ha sido para mas provecho  
Poblar en este sitio proveido  
De grano, de pescado, de legumbres,  
Y de prósperas minas certidumbres.

»Y no por nos meter en arboleda  
Perdemos el terreno mas aceto,  
Pues volver cuando buenamente pueda,  
En ley de hijodalgo lo prometo,  
Para poblar en lo que de paz queda  
Y repartiros todo lo subyeto:  
Aquesta es mi voluntad abierta  
Que sin duda podeis tener por cierta.»

Oidas las razones comedidas  
Por aquellos que estaban en la junta,  
Tuvieron cortesianos cumplimientos  
Prometiendo de darte todo gusto,  
Con el respecto, gracia y obediencia.  
Que á su gobernador le era debida;  
Y encarecidamente le rogaron  
Que no hiciese caso de novelas,  
Pues todos entendian ser escriptas  
Debajo de malignas intenciones,  
Por poner á las suyas honorosas  
Algun impedimento con envidia.  
En efecto, quedaron muy conformes,  
Pero pasado número de dias,  
Queriendo recogerlos y sacallos  
Para pacificar algunos indios,  
Y dar orden á cosas necesarias,  
Ninguna parte fué para juntallos,  
Y con aquella cólera y enojo  
A Diego de Montoya dió garrote,  
Soldado principal, con pensamiento.  
Que los demás vernian á medirse  
Con lo que su mayor les ordenaba.

Mas desto que tomó para remedio  
Nació mayor rancor y mayor odio,  
Porque se conjuraron tres soldados,  
Que fueron Juan Alonso de Santana,  
Pero Sanchez de Oviedo, y el tercero  
Manuel Ruviales, con diseño  
De venir á la audiencia deste reino  
En coyuntura que lo gobernaba  
El licenciado Francisco Briceño,  
Recién venido por su presidente,

Y antel formar querellas del Valdivia,  
Para lo cual desesperadamente  
Y como temerarios se arrojaron  
En una mal parada cañuela  
Por las corrientes del rio de Cauca,  
Do bárbaros guerreros son frecuentes,  
Con harta mas sospecha de la muerte  
Que de escapar ninguno con la vida;  
Pero venciendo las dificultades  
Llegaron á Mopox en salvamento,  
Y por el rio de la Magdalena  
Subieron todos tres al Nuevo Reino,  
Y en la real audiencia dieron queja  
Del Andrés de Valdivia, demandando  
Júez que de las causas conociese;  
Y fuéles para ello proveido  
Anton Gomez de Acosta, lusitano,  
Noble de condicion y de linaje,  
Hombre de buenas partes, mas con ellas  
Mas de sinceridad que de dobleces,  
Al cual yo conversé por muchos dias  
Y reconocí ser de liso pecho.

Diéronsele poderes y recados  
Bastantes, y a medida del deseo  
De los apasionados querellantes;  
Pues mandan al Valdivia que parezca  
Ante los senadores, y entre tanto  
Antonio Gomez quede gobernando;  
Con esto se partió para los rios,  
Los tres soldados en su compañía  
Y algunos otros que se le llegaron,  
Entrellos dos cuñados del Valdivia,  
Bermudez y Loaisa, que sabiendo  
Ir el Antonio Gomez con el cargo,  
Para tenello grato y apacible  
En negocio que tanto les tocaba,  
Juntamente hicieron el viaje,  
Ganando voluntades alteradas.  
Y avisado Valdivia por algunos  
Que seguian sus partes en la villa  
De Santafé, después que allí llegaron  
Salió del pueblo de las Pesquerias  
Con algunos soldados mas amigos  
Para los recibir en aquel valle  
De San Andrés, adonde se juntaron,  
Y con premeditada cortesía

Al júez recibió y á los contrarios;  
Habló con los cuñados en secreto,  
Informándose dellos largamente  
Ansi de los poderes que traia  
Como de las novelas de la carta,  
Que fué tan nueva cosa para ellos  
Que quedaron con un desgusto grave  
De la invencion, en tanto perjuicio  
De su punto y honor sin haber causa;  
Finalmente, Valdivia satisfecho  
De la limpieza y honra de su casa,  
A su nuevo júez acudió luego  
Antes que las reales provisiones  
Le fuesen intimadas, y apartado  
De los demás, le dijo lo siguiente:

«Señor Antonio Gomez, gran ventura  
Ha sido para mi venir á esto  
Un hombre noble, de conciencia pura,  
Y cuyo celo vemos manifesto,  
Pues guia los negocios con blandura  
Y sin querer á nadie ser molesto,  
Orden de que se precian las mas veces  
Cristianos y católicos júeces,  
»Que no de todos vientos son movidos,  
Antes como varones reportados  
Reservan uno de los dos oidos  
Para con él oír los acusados,  
Porque de los descargos detenidos  
Sucede los absentes ser culpados;  
Y así podría ser que yo lo fuese  
Por faltar quien mi causa defendiese.

»Está claro de ver por lo que digo,  
Y porque quien pidió la residencia  
Constá ser hombre infame y enemigo,  
Traidor en sus efectos y apariencia;  
Sirvió, quien fué la parte, de testigo

Cargando con mis cargos su conciencia ;

Pero podria ser que tal engaño

Se fuese declarando con su daño.

» Aunque deseo yo, si ser pudiese ,

No venir en aqueste rompimiento ,

Como vuestra merced servido fuese

Que diésemos los dos algun asiento ,

De donde con honor se le siguiese

Gran interese y aprovechamiento ,

Cuya satisfaccion hara sumarios

Y de poco momento los salarios.

» Porque estos son por tiempo limitado ,

Y en mi gobernacion tiempo tan luengo

Cuanto por vos me fuere señalado

Sereis igual en el poder que tengo ,

Y en daros suerte de lo mas granado

Y de mas tomo desde luego vengo ,

Sin faltar punto de lo que prometo ,

Como conocereis por el efeto.

» Debajo pues de dar lo que propuse

En las significadas condiciones ,

Os quiero suplicar que no se use

Conmigo del poder ni comisiones ,

Porque razones hay con que se escuse

El no llegar á las ejecuciones ,

Y aunque la diligencia no se haga ,

No por eso será menor la paga.

» Por medios honorosos y cristianos

Pido que esta merced se me conceda ;

Y si acaso se temen dichos vanos

De los que menearon esta rueda ,

A todos ellos yo los haré llanos ,

Amigables y blandos como seda ,

Pues como yo les hable , me profiero

De traellos á todo lo que quiero.

» Porque conocen de mi diligencia ,

Si los negocios andan enconados ,

Que pareciendo yo por mi presencia

Han de quedar deshechos los nublados ,

Y los señores de real audiencia

Sabrán los que son libres ó culpados ;

Y aun ellos holgarán en gran manera

De que vos deshagais esta quimera.

» Porque dellos el principal intento

Es de que los litigios se cercenen ,

Y así reciben gran contentamiento

Cuando los litigantes se convienen ;

Puede vuestra merced ser instrumento

Desta conformidad con los que vienen

Con malas intenciones y conmigo ,

Que cumpliré sin falta lo que digo.»

Dijo, y Antonio Gomez no teniendo

Dañada voluntad contra ninguno ,

Estuvo bien en lo que le decia ;

Y así súcintamente le responde :

« Señor gobernador, por mandamiento

Vengo de la real chancilleria ;

Si para no pedir el cumplimiento

La parte demandante se desvía ,

No se me puede dar mayor contento

Que difinillo por aquesta vía ;

Con ellos el negocio se concluya ,

Porque mi voluntad será la suya.»

Conocidas las sanas intenciones

De noble portugués por el Valdivia ,

Vióse con los contrarios ansimismo ,

Y tuvo tanta fuerza y eficacia

En lo que les tractó secretamente ,

Que quedaron conformes y rendidos

A su dispuscion como solian ,

Y aun con mayor respecto y obediencia.

Compuestas las borrascas que movian

Los vientos enemigos, cumplió luego

Con el Antonio Gomez su promesa

Dándole bastantísimos poderes

De general teniente, con los cuales

Y algunos compañeros proveidos

De buenas municiones, el Valdivia

Mandó que se partiese brevemente

Al pueblo que dejaba cimentado

En aquel sitio de las Pesquerias

Donde dejó los otros españoles ,

Para que con el cargo que llevaba

Allí haga con ellos asistencia ,

Y trabaje traer al regio yugo

Indómita cerviz de aquella gente.

Y el capitán Francisco Maldonado

Ansimismo pasó por orden suyo

El gran rio de Cauca con soldados

A ver las poblaciones que tenían

Indios nntaves en aquella parte ;

Y el gobernador con sus dos cuñados

Y trece compañeros y los negros

De su servicio, que serian quince ,

De cuya valentia confiaba ,

Si por los indios guerra se moviese ,

En el ya dicho valle hizo pausa ,

Donde para valerse y ampararse

Mandó hacer un fuerte , mas no tanto

Que lo pudiese ser contra la furia

Movida contra él , ya concluidas

Las obras , en mal punto fabricadas ,

Pues fueron tan baldias diligencias

Cuanto su temeraria confianza ,

Como se tractaría mas largamente

En otro canto , que será remate

De su discurso dél y de su vida.

## CANTO DECIMO CUARTO.

Bunde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo día en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia.

Quien se guía por solos sus antojos ,

Sin la moderacion que se requiere

Tener en los negocios importantes

De guerra, mayormente do no siempre

Responden al deseo los efectos ;

A trabajoso fin se va llegando ,

Como nuestro Valdivia , que sin copia

De gente que sufriese dividirse

En partes tan remotas como dije ,

Repartió los soldados que tenia ,

Pensando subyectar en breve tiempo

Lo que con mas reporte se pudiera

Hacer, midiéndose con su posible ,

Allanando la tierra todos juntos

Sin derramarse por diversas partes ;

Mas con aquel orgullo presuroso

De que naturaleza lo compuso ,

Salió del término que convenia

A su salud y vida , pues que puso

En evidentes riesgos su persona

Quedándose con pocos , y aun algunos

No poco descontentos conociendo

Que los cuñados suyos pretendian

Gozar de los trabajos y sudores

Ajenos, sin haber metido prenda

Para ser antepuestos en la tierra

A los que los habían padecido :

De cuya causa seis de aquellos trece

Que con él en el valle se quedaron ,

Le hurtaron el cuerpo con sus armas ,

Y como diestros hombres en la tierra

Salieron á la villa de Antioquia ,

Dejándolo con solamente siete

Y aquellos etiofes que tenia .

Y así los indios , siendo convidados

De coyuntura que les prometia

Infalible victoria , despacharon

A las otras provincias mensajeros

Para que los caciques estuviesen

A punto cierto día , y á tal hora

Acometiesen á los españoles

Que cada cual tenia mas á mano ,

Porque los que caian á la suya

Con el gobernador en aquel valle .

En aquel tiempo que les señalaban

Ansimismo serian asaltados .

Concertados los indios desta suerte ,

Cuando del mes de octubre se contaban  
 Diez días, año de setenta y cuatro,  
 Habían al Francisco Maldonado  
 Dádose ya de paz aquellos pueblos  
 Nutaves, que tenían sus viviendas  
 En la contraria banda de aquel río,  
 Donde pasó con treinta y seis soldados,  
 Y allí los regalaban y servían  
 Proveyéndoles de mantenimientos  
 A ellos y al servicio que llevaban;  
 Mas llegada la hora del concierto,  
 En el día que habían señalado,  
 Vinieron treinta y seis tan solamente,  
 Para cada español un indio solo,  
 Todos ellos sin armas, y cargados  
 Cada cual con un gran hace de guamas,  
 Fructa gustosa, dulce, delicada,  
 Y á corporal salud nada nociva,  
 Antes á quien del hígado se siente  
 Enfermo, cierto se la restituye;  
 Segun he visto yo por experiencia:  
 Será su longitud mas de tres palmos,  
 Y el grueso de tres dedos largamente,  
 O mas ó menos, blanda la corteza,  
 Rolliza y arrugada por defuera,  
 Y esta rompida, dentro se contienen  
 Jugosos globos que se continúan  
 Al modo de unas cuentas ensartadas  
 Juntas y despegadas unas de otras  
 Que hinchen la longura de la guama,  
 Y es la blanca desta pelotillas  
 A copillos de nieve semejante,  
 Una pepita dentro cada una,  
 Tierna, piramidal en la hechura;  
 Pero lo que se come desta fructa  
 Es aquel blanco que algodón semeja,  
 Que dentro de la boca se deshace,  
 No sin suavidad del que lo gusta;  
 También hay otras diferentes guamas  
 Que son á la manera de algarrobas,  
 No mas en el tamaño, y aplanadas,  
 Que tienen los efectos de las otras;  
 Pero las que traían estos indios  
 Eran de las mas luengas y rollizas,  
 En cada hace dellas encubierto  
 Afilado machete vizcaíno,  
 Y ciertos trozos de madera dura  
 Mas ponderosa que de pardo plomo,  
 De la corteza limpios y muy blancos,  
 Que se juzgaban ser palos de balsa  
 Lijerísima no menos que corcha,  
 Y cuyas apariencias encubrían  
 La gran dureza y el mortal engaño.  
 Acuden pues los nuestros al regalo,  
 Cebados en aquella golosina  
 Do venia la muerte disfrazada  
 No menos que con ropas de dulzura;  
 Y al tiempo que llegó cada cual dellos  
 A tomar la porcion que le cabia,  
 Con la siniestra dieron el presente,  
 Y con la diestra sacan los podones,  
 Con tanta prontitud en dar el golpe  
 Quel pensamiento y él fueron á una,  
 Ensangrentando cada cual los filos.  
 En los incautos que con regocijo  
 Iban á recibir su desventura,  
 Que comenzó con fieras cuchilladas  
 Y palos que los cascos desmenuzan:  
 Cortan rostros, cabezas y pescuezos,  
 Berribanse narices y quijadas  
 Que caian con dientes y con muelas,  
 Crece la confusion y el alboroto,  
 Anda la lucha fiera y orgullosa,  
 Abrazanse heridos con los sanos,  
 Y algunos se aprovechan de las dagas  
 Vengando sus injurias en algunos  
 De los astutos barbaros y fieros;  
 Mas como los vestidos no tenían  
 En los desnudos donde hacer presa,  
 Lijeramente se les deslizaban,  
 Y andando fervorosa la pendencia  
 Un terrible gandul vió cierta hacha,

La cual con increíble lijereza  
 Del suelo levantó, y enarbotada,  
 El violento golpe descendiendo  
 De los nervosos brazos sacudido,  
 Rompió los cascos hasta las encias  
 Al capitán Francisco Maldonado;  
 Descargó luego con la misma hacha  
 Sobre Juan de Cotura, valenciano,  
 Y del tercero golpe dió remate  
 De Chaves, valentísimo guerrero.  
 Los miserables caen despedidos  
 Del aliento vital, y Saneho Velez,  
 Insigne montañés por sus hazañas,  
 Allí las remató con fin acerbo,  
 Con otros cinco válidos soldados  
 De cuyos nombres no se me dió copia,  
 Mas sé que la tuvieron de heridas  
 Que penetraban hasta las entrañas;  
 Pero los otros, aunque mal heridos  
 De los primeros golpes de antuviada,  
 Volvieron sobre sí, y á las espadas  
 Echaron mano con terrible furia,  
 Y aprietan á los bárbaros de suerte  
 Que muchos dellos en aquel conflicto  
 Tuvieron á los muertos compañía,  
 Y los demás á paso presuroso  
 Se fueron retrayendo con intento  
 De volver con mas indios y perirechos;  
 Pero los españoles conociendo  
 Que de sus piés lijeros dependia  
 El escapar de tanto detrimento,  
 Tomaron por remedio la huida  
 Y por lugar sagrado la montaña,  
 Por donde caminaron á gran priesa  
 La vuelta de la villa de Antioquia  
 Juzgando ser camiuo mas seguro  
 Que ir á se juntar con el Valdivia.  
 El cual en esta misma coyuntura  
 Estaba rodeado de la muerte,  
 Porque Cuerquia y Oceta y Ucharie,  
 Ubaná y Quimé, caciques bravos,  
 Con quinientos fortísimos guerreros  
 Aquella noche antes se metieron  
 Dentro de la quebrada montuosa  
 Que distaba del fuerte breve trecho,  
 Y cuando ya febeos resplandores  
 Doraban las alturas y los valles,  
 Enviaron al fuerte ciertos indios  
 Cargados de regalos, cuyos gustos  
 Habían de ser tragos de amargura;  
 Pues fueron enviados por cubierta  
 De sus intentos duros y malicia,  
 Y para descuidallos del asalto  
 Y golpe que cercano les venia.  
 Fingieron pues los bárbaros cansancio,  
 Diciendo que venían de mas lejos,  
 Y que los enviaban los caciques  
 A ver si les faltaban alimentos  
 Para les proveer lo necesario,  
 De que Valdivia recibió contento,  
 Y aquella compañía desdiebada,  
 No conociendo bien ser el postrero  
 Que en esta vida frágil y caduca  
 Habían de tener por su mudanza:  
 Pues cuando repartían los presentes,  
 Embajadores mudos de sus males,  
 Salió la tempestad fiera y horrible  
 Con mas impetuoso movimiento  
 Que viento proceloso que remueve  
 La ponderosa tierra, y arrancando  
 Va los frondosos árboles su fuerza,  
 Pues no menos lo fué la palizada  
 Hecha para valerse dentro della,  
 Porque turbados todos del asalto  
 Repentino, sin del haber sospecha,  
 Apenas ocurrieron á las armas  
 Cuando ya la tenían ocupada,  
 Aportillada, rota y abatida.  
 Y para resistir aquella furia  
 Pedro Valero y un Leon salieron  
 Como valientes hombres al encuentro;  
 Pero barriólos luego la creciente

Segun que suele la de raudó rio  
Opuesta presa de reparo débil,  
Pues al Valero ponderoso golpe  
Le derramó los sesos, exhalando  
Luego la dulce vida por la boca,  
Y el Diego de Leon cayó pasados  
Los pechos de dos jáculos agudos,  
Con rabia de la muerte remordiendo  
Lo circunstante del sangriento suelo.  
Acudieron los negros y españoles  
Que quedan, animandolos Valdivia  
Desde lo alto de una barbaoca,  
Adonde se halló cuando vinieron,  
Y una india ladina que tenia,  
Intérprete cabal de aquella lengua;  
Y ansi salieron todos al encuentro  
Con el brío y valor que cualquier bueno  
En tal tribulacion mostrar debia,  
Pero la duracion de sus ardores  
Fué como llama blanda que procede  
De las estopas secas y esparcidas  
Que consumidas son en un instante  
Y apenas dejan rastro de ceniza:  
Ansi fueron de vida descompuestos,  
En el impetuoso torbellino,  
Entrellos cierto fraile carmelita,  
Dicho fray Bernabé, capellan suyo;  
Juan Rodriguez de Atienza, solamente,  
Sobrino de aquel clérigo que dije  
Decirse Joan Ruiz de Atienza antes,  
Y Gaspar Negro, de nacion jilofó,  
Duraban en el áspero conflicto  
Con hazañas que son merecedoras  
De celebrarse con eterna pluma.  
Pues dos veces rompieron los salvajes  
Haciéndoles á todos perder tierra,  
Dejándola de sangre proveida  
Y de bárbaros cuerpos ocupada,  
Del estrago que cada cual hacia;  
Y por mas animar al etiope  
El fuerte Juan Rodriguez le decia:  
«Ea, Gaspar, no cesen tus tajantes  
Golpes contra la bárbara canalla,  
Porque si perseveras, son bastantes  
A vencer otra mas dura batalla:  
Ayudaréte yo con semejantes  
En tanto que la muerte no me halla;  
Pero ya que la temporal nos llama,  
Haremos con que viva nuestra fama.»  
El Negro le responde: «De la vida  
Ya que, señor, me siento ser ajeno,  
Vuestro valor escelso me convida  
A mi venganza y la de tanto bueno,  
Hasta que por entero se despidá  
Humana fuerza de Gaspar Moreno:  
Lo peor es que nadie nos espera,  
Porque pelean todos desde fuera.»  
Y es así que se fueron retrayendo,  
Huyendo las cercanas cuchilladas,  
Y segun á los toros que se lidian  
En coso, los están garrocheando  
Con multitud de dardos y de flechas  
Que llovian sobrellos á nubes,  
Hasta tanto que los atletas fuertes,  
Desangradas y rotas las entrañas,  
Fueron rendidos del eterno sueño.  
Valdivia solo resta, que herido  
Estaba de un flechazo por la boca  
Al cual ovieron á las manos vivo:  
Vivo tomaron al desventurado,  
Con la moza ladina que tenia.  
; Oh cuántos descousuelos y aficciones,  
Cuántas angustias y penalidades  
Rodeaban al triste que se via  
Cercado destos lobos carniceros,  
Ajeno de piadosa compostura!  
; Qué de conceptos varios y discursos  
Mueven la voluntad, para que diga  
Alguna cosa la turbada lengua  
Con que á misericordia los moviese!  
Asentáronlo pues en una piedra  
Con aquellos escarnios y ludibrios

Que suelen estas gentes apocadas,  
La intérprete con él, que también teme  
Ser á pena de muerte condenada,  
Haciéndole preguntas odiosas  
Para mayor dolor encaminadas:  
Al fin Valdivia, por no quedar corto  
En un trance de tanta desventura,  
Quiso tentar el vado peligroso  
Tomando por bordon estas razones:  
«En vuestra potestad estoy captivo,  
Y de vivir no tengo confianza;  
Pero si proseguis vuestro motivo,  
Declaro lo que mi razon alcanza,  
Y es que no moriréis si quedo vivo,  
Y si muero vereis crúel venganza,  
Pues del menor hasta el mayor caudillo  
Habeis de pasar todos á cuchillo.  
» Pensad con atencion en lo que digó,  
Y sin duda creed que si yo muero  
Habeis de ver un ejemplar castigo,  
Tan grande que ninguno mas severo;  
Y vale mas ganarme por amigo,  
Que lo seré leal y verdadero  
Si me haceis mercedes de la vida,  
Obra que será bien agradecida.  
» Permitid que me vaya libremente  
Sin pretension de dar fin á mis dias,  
Porque luego, con paso diligente,  
Me partiré para las Pesquerias,  
Y desta tierra sacaré mi gente,  
Sin que revuelvan otras compañías  
A daros inquietud ni mover guerra,  
Mas siempre será libre vuestra tierra.  
» Niégneme su fulgente luz Apolo  
Si yo volviere mas á la porfia:  
Antes se cumplirá sin haber dolo,  
Olor ni semejanza de falsia:  
Haceldó, pues matar un hombre solo  
Antes es poquedad que valentia,  
Y dejándome ir hareis un hecho  
De virtud y de honor y gran provecho.»  
La lengua declaró lo que decia,  
Y los caciques todos estuvieron  
Atentos y algun tanto reportados,  
Los unos con los otros praticando,  
Tomando pareceres y los votos  
Cerca de lo que mas les convenia;  
Y un indio principal dicho Carcara  
(Y don Martín después de bautizado)  
A todos les habló desta manera:  
«Amigos y parientes, de mi voto  
No lo hareis remoto de la vida,  
Porque será perdida diligencia  
Y acrecentar pendencia con cristianos:  
Lavemos nuestras manos deste hecho;  
Satisfaced al pecho que se mide  
Haciendo lo que pide brevemente,  
Pues tiene rey potente que lo envia  
A nuestra serrania, y es mandado,  
Y siendo su criado, y él tan fuerte,  
Ha de vengar su muerte, porque tiene  
Gran multitud que viene cada dia:  
Y al fin es cobardia detestable  
Matar al miserable ya rendido.  
Aqui no soy movido con engaños,  
Mas por evitar daños venideros,  
Fines y paraderos lamentables,  
Que son inevitables si este muere.  
Si su palabra fuere vil y corta,  
Un hombre mas no importa ya que vuelva  
Con otra mayor selva peregrina,  
Pues una golondrina nunca hizo  
Verano, ni un granizo ocupó plaza,  
Ni destruyó la haza ni sientiente.  
Saltallo de presente poco cuesta  
Usando con él desta hidalguia.»  
Dijo Carcara, no sin gran deseo  
De lo librar de la mortal angustia;  
Mas un Quimé, cacique furioso,  
De mala digestion, protervo, duro,  
Con iracundo rostro le responde:  
«Gentil predicador nos es venido

A defender partido de un tirano,  
Cuya sangrienta mano hizo menos  
Innumerables buenos en la tierra,  
Quedando de la guerra sin ayuda  
Tanta mujer viuda, y sus hijuelos  
Sin padres, sin abuelos, sin amparo  
De negocio tan claro sois testigos,  
Pues de los enemigos los mas pocos.

A questo dicho levantó la maza,  
Bajándola con golpe tan horrible  
Que le desmenuzó cascos y sesos:  
Cayó lanzando sangre por la boca,  
Y el ánima salió de aquella cárcel  
Mortal adonde estaba detenida.

Ansímismo la india que servía  
De lengua padeció la misma muerte  
Por mano de Ubaná, y a questo hecho,  
Cortóles las cabezas, y á los otros  
Cristianos que murieron peleando,  
Y púsolas en medio del camino  
Por donde, si los de las Pesquerias  
Oviesen escapado del conflicto  
En que se vieron este mismo día,  
Habían de pasar forzosamente  
Para poder juntarse con Valdivia,  
Y vistas las cabezas no parasen  
Con miedo de pasar por otro tanto  
Y se saliesen fuera de la tierra.

Verdad sea quel Ubaná quisiera  
Hacer un emboscada, mas los otros  
Caciques no quisieron acudille,  
Diciendo que los indios tabamies  
Al gobernador solo les mandaban  
Quitar la vida, como lo hicieron;  
Y así se retrajeron de aquel sitio  
Y se volvieron todos á sus casas,  
En tanto que sabían el suceso  
De los que estaban en las Pesquerias;  
A los cuales vinieron aquel día  
Gran número de bárbaros valientes  
Con algunas comidas y regalos,  
Pero los españoles como diestros  
Reconocieron ser estratagemas,  
Y que las intenciones que traían  
Eran de descuidallos con aquello  
Y en viendo coyuntura dar de mala;  
Y así prendieron veinte y cuatro dellas,  
Conocidos por hombres principales,  
Metiéndolos en una casa fuerte,  
Con guardas que pusieron á la puerta.  
Y en la cámara donde les metieron  
Había un azadon, sin otra cosa  
De que pudiesen estos echar mano,  
Y un indio de los presos recogiólo  
Entrél y la pared disimulado,  
Que no podia verse porque todos  
Estaban allí juntos y apinados:  
Estando desta suerte detenidos,  
Guardándole la puerta seis soldados  
Entró el Antonio Gomez con sus armas,  
Una celada puesta, y en la mano  
La vara de justicia si prestara;  
Y hallándolos todos asentados,  
Paseándose por delante dellos,  
No con aquel aviso que debiera  
Tener con gente tan determinada,  
Con habelle rogado que no entrara  
Los seis soldados que hacían guarda,  
Por atemorizallos con palabras

Les dijo: «¿Qué maldades son aquestas?  
Decid, traidores, perros, refalsados,  
¿Venís de paz, y las macanas prestas  
Pensando de tomarnos descuidados?  
Pues veinte y cuatro hocas tengo puestas  
Donde morireis todos ahorcados,  
Porque sin jamás daros ocasiones  
Usais destes ensayos y traiciones.»

Aun no bien acabó de decir esto,  
Cuando el del azadon asió del cabo,  
Y con aquel ardor que tigre suele  
Abalanzándose tras el venado,  
Saltó con él, y dióle tan gran golpe

Que sin le dar segundo quedó muerto  
Y la celada dentro de los sesos.  
Acudieron las guardas al ruido,  
Y viendo su caudillo derribado,  
Menean las espadas cortadoras,  
Las cóncavas rodelas embrazadas,  
Y aunque el del azadon á tajo fondo  
Quiso desarraigar las otras plantas,  
Los acerados filos y las puntas  
Con tal solicitud fueron guiadas,  
Que en breve tiempo por el aposento  
Quedaron muertos todos veinte y cuatro,  
Y á gran prisa salieron de la casa  
Contra los demás indios que de fuera  
Andaban con los otros españoles  
Midiendo con el hierro las macanas;  
Pero prevalecieron los aceros  
Y maña de la gente baptizada,  
De suerte que los bárbaros huyeron  
Con menoscabo de los mas gallardos.  
Los nuestros sanos y victoriosos  
No quieren esperar otra borrasca,  
Y así determinaron de partirse  
Para se congregan con el Valdivia,  
No sabiendo su muerte desastrada.

Por todos ellos eran veinte y uno,  
Cuyos heroicos hechos yo no puedo  
Particularizar, aunque merecen  
Ser los de cada cual eternizados.  
Destos fueron delante tres soldados  
Para que descubriesen con aviso  
Los pasos peligrosos y quebradas:  
Hombres no menos sueltos que valientes  
Y de quien justamente se podia  
Hacer tan importante confianza;  
El uno dellos era Juan Melendez,  
Que de presente tiene por posada  
En este pueblo donde yo resido  
La del noble vecino Juan de Vargas,  
Que es escribano hoy deste cabildo  
Y entonces por allí participante  
De riesgos y trabajos insufribles;  
El otro Baltasar Muñoz, que vive  
En un pueblo de los de Venezuela,  
Y Mateo Fernandez, color loro,  
Pero su gran virtud y valentia  
Cubrían, si lo es, aquesta falta:  
Hijo de india es y de etiope,  
Y natural desta ciudad de Tunja.  
Llevaban estos tres en su defensa  
Tres perros señalados en braveza,  
Turquillo, Amigo, y otro Menalao,  
Que para se valer en la jornada  
Les fueron á su tiempo provechosos.

Yendo pues caminando con recato  
A su salud y vida necesario,  
Dieron en las cabezas de los muertos  
Y en aquel espectáculo cruento,  
Adonde repararon con estasis  
En pálido color los rostros vueltos,  
Desamparándolos el humor noble  
Por ir á socorrer en tal espanto  
La parte principal enflaquecida:  
Porque su dolor fué tan excesivo,  
Conociendo los miseros pacientes,  
Que perecieran en aquel angustia  
Si no se desaguara por los ojos  
Alguna parte de su sentimiento,  
Donde hasta los perros lo hicieron  
De natural instinto convocados.  
Y habiendo coligido por las muestras  
Toda la rigurosa desventura,  
Perplejos no sabían qué hacerse,  
O revolver atrás á dar la nueva,  
O proceder á pueblo de cristianos,  
Pues en cualquiera de los dos caminos  
Se corría gran riesgo de la vida;  
Al fin, destes extremos eligieron  
Pasar á Santafé por mas seguro,  
Y en la prosecucion de su viaje,  
Sembrado de cien mil inconvenientes,  
Demás de les faltar mantenimiento

Para se remediar y cobrar fuerzas,  
Que ya la hambre se las consumía,  
De los tres perros uno degollaron  
Que por nombre tenía Menalao,  
Y bien ó mal asado fué socorro  
Para poder llegar en salvamento  
A Santafé, donde también habían  
Entrado los heridos que escaparon  
De do murió Francisco Maldonado,  
Que segun los trabajos padecidos,  
Terribles y profundas cuchilladas,  
Poder llegar se tuvo por milagro;  
Y alguno dellos, que es Suero Rodriguez,  
Hoy morador del pueblo do yo vivo,  
Con seis peligrosísimos flechazos,  
E uno dellos fué penosa rienda  
Por el miembro viril atravesada.

Pero llegados á la noble villa,  
De los vecinos y los mercaderes  
Caritativamente recibidos  
Y con gran diligencia remediados;  
Y desde que llegaron los primeros  
Hizo Gaspar de Rodas gran instancia  
En que se proveyese de socorro  
Al Andrés de Valdivia, no sabiendo  
Hasta llegar los tres su mal remate,  
Y el Antonio Machado de quien dije  
Salirse con licencia del Valdivia,  
En Santafé nombrado por alcalde,  
Primero que llegase Juan Melendez.  
Había ya salido con cuarenta  
Soldados viejos bien apercebidos,  
Los cuales, aunque no fueron á tiempo  
Para podelle dar este presidio,  
Aprovecharon á los que venían  
De do mataron al Antonio Gomez:  
Que como prosiguiesen su camino  
Tras Melendez, Muñoz, Mateo Fernandez,  
Dieron en las cabezas ansimismo  
De su gobernador y de los otros  
Que de su hado fueron herederos.  
Las cuales conocidas, no se pueden  
Encarecer sus grandes turbaciones,  
El tierno sentimiento que hicieron,  
Las muchas lagrimas que derramaron  
Ansi los españoles como indios  
E indias que llevaban de servicio,  
No solamente ya por sus amigos,  
Pero también por ellos, por hallarse  
Cercanos á la misma desventura,  
Y porque sospechaban quel Melendez  
Con los dos que iban en su compañía  
Estaban de la vida descompuestos,  
Pues no volvieron á les dar aviso  
Ni salían á se juntar con ellos;  
Y así cada cual destes pretendía  
Acogerse buyendo del peligro  
Por donde su ventura lo guiase,  
Juzgando que si fuesen divididos  
Podrían buir mas seguramente,  
Pero los mas enteros en consejo  
Tuvieron parecer diferenciado,  
Porque venía Juan Ruiz de Atienza  
Y Bartolomé Jorge, sacerdotes,  
Leonel de Ovalle, Pinto Vellorino,  
De los cuales Atienza mas atento  
Por animar á todos los restantes  
Que en número serian diez y ocho,  
Les dijo las palabras que se siguen:  
«Caballeros, los fuertes corazones  
No desmayan en las perdidas lides;  
Antes, de repentinas ocasiones  
Sacan para salvarse mil ardidres:  
Quel buen agricultor planta murgones  
Adonde hace mella muertas vides,  
Y no por ver la falta de aquel suelo  
Desampara la viña ni majuelo.

«Ninguno piense pues tener mas vida  
De la que tienen hoy estos defunctos,  
Si para ser la gente dividida  
Juzga ser acertados sus barruntos,  
Siendo mas sin remedio la caída

Del que va solo que de muchos juntos,  
Donde quien cae halla sublevante,  
Y al solo faltará quien lo levante.

«Para que esto tengais por acertado,  
Buen paradigma es el mal presente,  
Que nos declara ser desamparado  
Valdivia de gran parte de su gente,  
Quedándose con él en el cercado  
Estos seis españoles solamente,  
Pues á ser mas, quien estos hizo piezas  
Aqui pusiera las demás cabezas.

«Y aun estos juntos, con tener aviso  
No pasaran por tan adversos hados;  
Mas cada cual debió de estar diviso  
Siendo con falsa paz asegurados,  
Segun aquella gente que nos quiso  
Burlar, aunque quedaron mas burlades;  
Mas á no conocelles el amago  
Pasáramos por este mismo trago.

«De manera que ya por este año,  
Mediante Dios y avisos que preceden,  
Seguros estaremos del engaño  
Y de que con regalos nos enreden;  
Y si salieren á hacernos daño,  
Las armas de Dios son las que mas pueden:  
Vámonos retrayendo y apartando,  
Y á Dios rogando y con el mazo dando.

«Digo que juntos con las oraciones  
Estén siempre mechones encendidos,  
Prestos y bien cargados los cañones,  
Los demás instrumentos prevenidos:  
Que para resistir sus escualtrones  
No somos torpes, mancos ni tullidos,  
Haciendo cada cual lo que en si fuere  
Y Dios aquello que por bien tuviere.

«El camino mejor y mas abierto  
Es este para trance semejante,  
En cuya confusion tengo por cierto  
Que Melendez coló mas adelante,  
Ó sea con temores de ser muerto,  
Ó por le parecer ser importante  
Primero dar avisos á la villa  
Que volvellos á dar á su cuadrilla.

«Y si van con aqueste presupuesto,  
Como por conjeturas adevino,  
Algun socorro toparemos presto  
Y aun por ventura viene ya camino;  
De dos extremos, lo mejor es esto,  
Y lo contrario torpe desatino:  
Estemos juntos á cualquier asalto,  
Y en aqueste lugar hagamos alto.

«No para reposar en coyuntura  
Cuyos trabajos son inevitables,  
Sino para que demos sepultura  
A las cabezas destes miserables,  
Ya que nos ha traído la ventura  
A ver estos sucesos lamentables;  
Pues sería gran falta de clemencia  
Irnos sin hacer esta diligencia.»

Aquesto dijo Juan Ruiz de Atienza,  
Y á todos pareció consejo sano;  
Lo cual se puso luego por la obra,  
Y allí hicieron noche; pero cuando  
Su curso demediaba caminaron  
La vuelta de la villa de Antioquia,  
Las armas alistadas y esperando  
El acometimiento de los indios,  
Mas no les sucedió cosa notable  
Por apartarse de las ocasiones,  
Y al cabo de dos dias de jornada  
Encontraron con Antonio Machado  
Y los demás amigos, cuya vista  
Disminuyó la pena y el cansancio,  
Y convirtió congostas y trabajos  
En ratos mas quietos y agradables,  
Contando los pasados sinsabores,  
Hasta que ya llegaron á la villa  
Donde los que venían mal parados  
Hallaron todo buen acogimiento.  
Ansi que, por entonces se quedaron  
Los indios victoriosos, y las tierras  
Que fueron del gobierno de Valdivia

Desamparadas de los españoles,  
 Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,  
 De quien agora resta que tractemos,  
 Fueron pacificadas con castigo,  
 Segun declararemos adelante  
 Ayudándome de las relaciones  
 Y cartas de Hierónimo de Torres,  
 Que es ocular testigo, y hoy vecino  
 De la nombrada villa de Antioquia,  
 Antiguo peregrino destas partes,  
 Y cuyo marte fué contra tiranos  
 En muchas ocasiones señalado  
 Después quel licenciado de la Gasca  
 Plantó pendon real contra Pizarro,  
 Y de quien tengo cierta confianza  
 Que todo lo que dice va tejido  
 Con hilos de verdad irrefragables,  
 El cual demás del crédito que tiene  
 De bien compuesto, con ingenio claro,  
 Segun que sus papeles manifiestan,  
 Esta relacion hizo por mi ruego (1)  
 Pidiéndoselo yo con gran instancia;  
 Del cual á tiempo, si me lo concede  
 La fatal parca, tractaremos largo,  
 Pues este no lo es por ir asido  
 A las proezas de Gaspar de Rodas,  
 Que piden ser cantadas con elogio  
 Que no sufre paréntesis prolijo;  
 Y así, pues rematamos el discurso  
 Con términos incautos del Valdivia,  
 Primer gobernador destas provincias,  
 Conviene que tractemos del segundo  
 Que con moderacion y con templanza  
 Abatió la soberbia destas gentes,  
 Reduciéndolas al real dominio.

### ELOGIO

*de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.*

### CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas  
 Con número crecido de cabezas,  
 De las cuales algunas estirpadas  
 Con violencia de tajante golpe  
 Otras le renacian con aumento:  
 Enigma por el cual se nos declara  
 Que una desgracia muchas acarrea  
 Si con fuego de viva diligencia  
 Algun hercúleo brazo no refrena  
 El origen y fuente de do nace  
 Aquel profluvio, cuyas dependencias  
 Son mas irremediables muchas veces  
 Que sus principios y ocasion primera.

Destos inconvenientes perniciosos  
 Se vian ya cercanos los vecinos  
 Y gente forastera de la villa,  
 Si por alguna via les faltara  
 Presta solicitud y providencia;  
 Porque como los bárbaros nutaves  
 Oviesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso ya enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

*Esta relacion hizo por mandado  
 (Pidiéndoselo yo con gran instancia)  
 Del doctor Barros, digno presidente  
 De la real audiencia, que reside  
 En la ciudad de Quito por agora,  
 Porque su rectitud, valor y ciencia  
 A mas altos honores lo convidan.  
 Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.*

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor, mismo que cortó las hojas donde se trataba de Dracke.

Desarraigándolos de sus provincias  
 Con muertes afrentosas y otros daños,  
 Los de nacion catia conociendo  
 De si no ser de menos valentia  
 Ni menores ardides en la guerra,  
 Por no perder aquellas ocasiones  
 Negaron vasallaje y obediencia,  
 De suerte que ningunos acudian  
 A los acostumbrados ministerios.  
 Los nuestros, que tractaban del remedio,  
 Considerando cuánto convenia  
 En esta turbacion tener caudillo  
 Autorizado por real consejo  
 Que los asegurase y reduciese  
 A la paz, quietud y servidumbre,  
 Y castigase los atrevimientos,  
 Desacatos y muertes de cristianos,  
 Despacharon á la real audiencia  
 Del Nuevo Reino, donde presidia  
 El licenciado Francisco Briceño,  
 Con otros dos oidores, uno dellos  
 Antonio de Cetina, licenciado,  
 El otro Auncibay, y fiscal della  
 El licenciado Alonso de la Torre;  
 Mas entre tanto que esto les venia,  
 Despachó la justicia y regimiento  
 Con toda brevedad á Juan Melendez  
 De Valdés con alguna gente diestra  
 En seguimiento de los alterados,  
 El cual con su valor y buena maña  
 Les hizo que mudasen pensamientos,  
 Asegurándolos de tal manera  
 Que dejaron las armas, y quietos  
 Volvieron al antiguo vasallaje.

Mas en esta sazón y coyuntura  
 Un alboroto sucedió notable,  
 Que por haber testigos hoy presentes  
 Que vocalmente me lo representan,  
 Al menos Juan de Vargas, escribano,  
 Que entonces se halló con otros muchos  
 En ir á deshacer aquel engaño,  
 Persona de quien puedo confiarme,  
 Demás de cierta relacion que tengo  
 Firmada de varón no menos grave,  
 Me pareció ponello por escrito  
 Por decir algo de las invenciones,  
 Tramas y embustes quel diablo tiene  
 Para cazar las almas miserables  
 Desta gentilidad prompta y atenta  
 A recibir cualquiera desvario.

En el valle de Penco, comarcano  
 Y á la villa de Santafé subyecto,  
 Cierto demonio, que por nombre Sobce  
 Era nombrado, se mostró patente  
 A todos cuantos vello deseaban,  
 Vestido segun indio de la tierra,  
 Todo de negro y el cabello largo,  
 Una manta revuelta sobre el hombro,  
 Y era, segun se vido claramente,  
 Familiar de cierta pitonisa,  
 Encantadora vieja que tenia  
 Una hijuela de hasta diez años,  
 Hermosa, segun dicen, por extremo,  
 Y esta hija del sol decian que era  
 La falsa hechicera y el demonio.  
 El cual quando hablaba con los indios  
 Encima se sentaba de la vieja,  
 A quien el Sobce le llamaba madre.

Estaban pues los barbaros atentos  
 A todas las palabras que hablaba,  
 Y dicen que le vian bien el rostro  
 Los indios infieles, mas los otros  
 Que estaban bautizados no podian  
 Velle la cara por ninguna via,  
 Ni aun era menester que se la viesen,  
 Pues no podia ser sino tiznada,  
 O por mejor decir fiera y horrible.  
 Haciales ver cosas monstruosas  
 Como buen jugador de pasa pasa,  
 Y tantas aparcencias de milagros.  
 Que les hizo creer ser el inmenso  
 Hacedor de alta y baja monarquia,

Y que las ceremonias que tenían  
 Antes que conociesen á cristianos  
 Eran buenas y tales, que con ellas  
 Habían de serville si querían  
 Gozar de su favor en todo tiempo,  
 Porque las que tenían españoles  
 En gran manera las aborrecía:  
 Y así quería luego confundillos  
 Con un diluvio donde pereciesen,  
 Sin dejar dellos ánima viviente,  
 Porque quedasen ellos en sus tierras  
 Libres de subyeccion tan miserable,  
 Lo cual haría dentro de seis días.  
 Por tanto que llamasen sus parientes,  
 Así los que servían á cristianos,  
 Ladinos que con ellos residían,  
 Como los que vivían estramuros  
 Y les reconocían vasallaje,  
 Si no querían ver el fin acerbo  
 Que á solos españoles ordenaba.  
 Señaló tres lugares donde todos  
 Habían de juntarse, cumbres altas,  
 Páramos solitarios y desiertos  
 De grandes precipicios rodeados,  
 Por donde se colige que quería  
 Mediante sus astucias despeñarlos  
 Antes de recibir el agua santa,  
 Puerta de los divinos sacramentos,  
 Y de ser instruídos y enseñados  
 En la verdad católica cristiana.  
 Allí mandó llevar de todas suertes  
 Semillas y raíces y otras cosas  
 De que este barbarismo se mantiene,  
 Porque pasadas las inundaciones  
 Volviesen á hacer sus sementeras.  
 Y para publicar esta novela  
 Salieron por mandado del demonio  
 Tres hombres viejos, grandes hechiceros,  
 Los cuales fueron por la tierra toda  
 Aquestos desvarios predicando,  
 Cuyas palabras fueron admitidas  
 No menos que si fueran pronunciadas  
 Con aquel celo del profeta Jonas,  
 En tal manera que de los ladinos  
 Que estaban en la villa de Antioquia,  
 El año de setenta y seis, á doce  
 Del mes de marzo, no se halló indio  
 Ni india que del pueblo no huyese  
 A las alturas yermas donde Sobce  
 Les había mandado que subiesen;  
 Lo cual visto por nuestros españoles,  
 La mañana que los echaron menos,  
 Desta gran novedad inadvertidos  
 Y con sospecha de levantamiento,  
 Siguiéron el alcance por el rastro  
 Hasta tanto que ya dieron en ellos,  
 Gran cantidad de lágrimas vertiendo,  
 Los unos y los otros lamentando;  
 Y preguntándoles por qué huían  
 Y cuál era la causa de su lloro,  
 Les respondieron: «¡ Pobres de vosotros,  
 Cuán ayunos estais del mal futuro  
 Y de la muerte que tenéis cercana,  
 Pues antes de tres días á lo largo  
 Ninguno de vosotros terná vida.  
 En aguas inundantes ahogados!»  
 Al fin les declararon el misterio  
 Del horrible diluvio que esperaban,  
 Contra los españoles destituado,  
 Que celebraron ellos con gran risa;  
 Y aunque por muchas vías procuraban  
 Ponellos en razon y desengaño,  
 Me dice Juan de Vargas que tenían  
 Aquella vanidad tan arraigada  
 En sus entendimientos torpes, como  
 Si vieran los efectos ya presentes,  
 Y así cuasi forzados los mas dellos  
 Volvieron á la villa temerosos.  
 Llegaron pues los falsos hechiceros  
 Aquestas invenciones pregonando  
 Al valle de Bijico, donde estaba  
 Juan Baptista Vaquero retraído,

A causa del delicto que ya dije  
 Serle no sin incidios imputado  
 Acerca de la muerte de Valdivia;  
 El cual, por la destreza que tenía  
 En aquel idioma de los indios,  
 Era de todos ellos estimado  
 Y en opinion de mozo que tractaba  
 Verdad en cuantas cosas les decia.  
 Llegó la novedad á sus oídos  
 Por el alborotado movimiento  
 De gentes en el valle congregadas,  
 Oyendo los inciuos adivinos  
 Que denunciaban el horrendo caso;  
 Y como se le diese larga cuenta  
 De lo que por los viejos se decia,  
 Riéndose Baptista dijo luego:  
 «Llamámelos acá, que quiero vellos,  
 Y cuando no quisieren bienamente  
 Vengan á su pesar por los cabellos;  
 Hareles entender que Sobce miente  
 Y que ni mas ni menos mienten ellos,  
 Sembradores de sordida simiente,  
 Segun y como quien los ha movido,  
 Infame, sucio, vil y fementido.»  
 En efecto, pusieronle delante  
 A los tres como tontos y asombrados,  
 Con meneos y gestos espantables,  
 Que parecían infernales bultos  
 Y que lanzaban fuego por los ojos;  
 Y el Baptista, después de encomendarse  
 Al sumo Hacedor devotamente,  
 Una cruz en las manos, así dijo:  
 « Ministros de maldad, engañadores,  
 Revestidos de espíritu malino,  
 ¿ Por qué venís á ser predicadores  
 De tan desvariado desatino,  
 Ciegos embarbascados en errores  
 Y ajenos del católico camino?  
 En llegando la hora de esa ira  
 Conocereis al claro ser mentira.  
 » El que tenéis por dios es un tirano  
 Bajo, suez, de condicion horrenda;  
 Y si quien lo crió no le da mano  
 Seguros estareis que no os ofenda:  
 El verdadero Dios y soberano  
 Quiere que por aquí su fe se estienda,  
 Y á los que lo creemos y adoramos  
 Nos ha de conservar adonde estamos.  
 » Y las cautelas frívolas y engaños  
 Que en vuestros corazones Sobce planta,  
 No serán parte por eternos años  
 Para desarraigar la gente santa:  
 Vernán sobre vosotros esos daños  
 Si no creis lo que nuestra fe canta;  
 Pero si lo creyeredes con baptismos,  
 Escapareis del infernal abismo.»  
 Estas y muchas otras cosas dijo,  
 Particularizándoles misterios  
 Tocantes á la fe de los cristianos,  
 Porque tenía buen entendimiento:  
 Los indios defendiendo sus errores,  
 Sobre los cuales hubo gran disputa  
 Que yo por abreviar no la refiero;  
 Pero con tanta fuerza y enerjia  
 Este mozo Baptista les hablaba,  
 Que de los tres los dos de menos años  
 Quedaron convencidos y creyeron,  
 Y el mas viejo en edad y mas protervo  
 Desesperábase viendo la vuelta  
 Que hizo dar á los coadyutores,  
 Haciendo varios gestos y visajes,  
 Y estaba ya tan ronco de dar voces,  
 Que no se percibían sus palabras,  
 Pero después en algo reportado  
 Habló con el Baptista desta suerte:  
 «Pues dices que tu Dios es verdadero,  
 En nombre suyo quiero que delante  
 Desta gente ignorante, vidriosa,  
 Hagas alguna cosa tal que crea  
 Que milagrosa sea, pues yo fio  
 En el nombre del mio, que desdenas,  
 Mover las grandes penas deste suelo,

Y dejen, dando vuelo, su cimientó  
Bailando por el viento con zumbido;  
Y así será creído quien hiciere  
Aquello que dijere: ya yo salgo;  
Di tú que harás algo, Juan Baptista,  
Porque desta conquista claro quede  
Quien es el que mas puede destes dioses.»

Juan Baptista le dijo: «Mira, perro,  
La santa fe que tengo me declara  
Cómo tentar á Dios es grave yerro;  
Mas yo, haciendo tú cosa tan rara,  
Con esta fe podré mudar el cerro  
Alto que ves enfrente de tu cara,  
Pero delante mí, ten entendido  
Que no podrás hacer lo prometido.»

El indio hechicero, confjado  
De que su Sobce no haría falta  
En cualquiera señal que le pidiese,  
El cuerpo se lavó primeramente,  
Y luego hizo sus ofrecimientos  
De mantas y de oro y otras cosas,  
Y sabumó las ponderosas piedras  
Que quiso que volasen por el aire,  
Dándoles de varazos, invocando  
Con gritos y alaridos al demonio,  
Con gran solicitud y diligencia  
Como si fueran mulos ó caballos;  
Mas ellas no por eso se movían  
Ni quisieron cumplir su mandamiento,  
Reiterando por diversas veces;  
De que toda la bárbara caterva,  
Presente para ver la maravilla,  
Hacia burla dél escarneciendo,  
Reconociendo ya su desvario,  
No sin contento y alegría grande  
De ver que lo que dijo Juan Baptista  
Cerca de no movellas salió cierto.

El cual con la victoria que pretende,  
Por mas los agradar está diciendo:  
«Da grandes voces, porque no te entiende,  
Que debe reposar y estar durmiendo;  
Conoce las mentiras que te vende  
Ese falso, traidor, sucio y horrendo;  
Mira cuál es y á quién haces regalo;  
Pues siempre huye deste santo palo.»

» Por ser similitud de la cruz santa  
Vencedora del infernal alarde,  
Bandera que do quiera que se planta  
No para con extremos de coharde,  
Y siempre que la ve della se espanta,  
Dando la vuelta sin que mas aguarde,  
Porque la cruz le dió golpe terrible,  
Y tal que sanar dél es imposible.

» Y como perro que padeció llaga,  
Que si la mano de quien fué herido  
Hace meneos y otra vez amaga,  
Vuelve huyendo de temor vencido,  
Así viendo la cruz, aguda daga  
Con que fué lastimado y abatido,  
El mal aventurado por no vella  
A grande priesa va huyendo della.

» Aquesta hace pues que se detenga,  
De cristianos certísimo trofeo,  
Y aunque le hagas oracion mas luenga  
Con tu solicitud y devaneo,  
Esta señal le hace que no venga  
A dar satisfaccion á tu deseo:  
Por tanto haz lo que estos dos han hecho,  
Que tomaron camino mas derecho.»

Con estas y otras muchas mas razones  
Procuraba Baptista convertillo,  
Pero ninguna dellas lo movía  
De sus propósitos endurecidos,  
Antes como corrido y afrontado  
Con pasos presurosos se fué solo  
Por unas sierras altas murmurando;  
Y la caterva bárbara tractaba  
Al Baptista con grande reverencia,  
Teniendo por razones infalibles  
Las que después y antes les decía.

Y estando descuidados otro día,  
Término señalado por el Sobce

Para la tempestad que nunca vino,  
Antes día sereno, claro, puro  
Y manifestador de su mentira,  
El viejo hechicero fué delante  
De muchos destes indios, y al Baptista  
Llamándolo primero con voz alta  
Le dijo las palabras que se siguen:  
«Para te convencer en tu porfía,  
Sobce te desafia, ven conmigo,  
Y ternás con quien digo la disputa  
En el peñol de Nuta do te espera;  
No temas la ladera por ser alta,  
Que yo no haré falta en ayudarte  
Porque dé cada parte sus razones,  
Y de las opiniones diferentes  
Tomen aquestas gentes la mas cierta.»

Baptista respondió: «Viejo demente,  
De condicion que nada se mejora,  
Ya ves aqueste sol resplandeciente,  
La claridad alegre del aurora:  
Baste para saber que Sobce miente  
Habérsele pasado ya la hora  
Del gran diluvio, con que por sus manos  
Había de ahogar á los cristianos.

» En eso que me dices cómo tiene  
Gana de disputar con Juan Baptista  
Para que con razones me refrene  
Y él quede vencedor en la conquista,  
Ninguna cosa menos me conviene  
Que ver tan mala y espantable vista,  
Ni poner en disputa mi partido  
Con un bellaco falso, fementido.

» Pues ha mil siglos que por su pecado  
El verdadero Dios que nos gobierna  
Triunfó dél, quedando condenado  
A tormentos de damnacion eterna,  
Y de los altos cielos desterrado  
A cárcel de lucifera caverna,  
Y sé que ha de huir, como yo vaya,  
Del peñol que tomó por atalaya.

» Mas para que conozcas que yo digo  
La verdad que no tienes entendida,  
Escusarme no quiero de ir contigo,  
Aunque dura tres leguas la subida;  
La santa cruz de Cristo va conmigo,  
Dondé mi Dios murió por darne vida:  
Con ella volveré yo triunfante;  
Anda, maldito viejo, ve delante.»

Procuraron los indios deste valle  
Estorbar el camino peligroso  
Debajo del amor que le tenían;  
Pero nunca pudieron detenello,  
Y en efecto se fué tras el mal viejo,  
Yendo de sus amigos principales  
Mas de trescientos en su seguimiento,  
Así para guardalle las espaldas,  
Como para mirar en qué paraba  
El singular certamen á que iban,  
Al cual como salieron sobre tarde,  
Y era camino largo, salebroso,  
Aspérrima subida por estremo,

Llegaron á la cumbre con obscuro,  
Y el indio hizo sus invocaciones,  
Visajes, gestos, saltos y bramuras,  
Por atemorizar á su contrario  
O por tener demonio revestido:  
Pero Baptista con la cruz delante  
Los símbolos decía con voz alta,  
No sin erizamiento de cabellos;  
Y en esto se pasó toda la noche  
Sin ver cosa que diese pesadumbre,  
Salvo las voces y el horrendo gesto  
Del hechicero, y el haber estado  
En pié toda la noche y al sereno.  
Y cuando ya venía descubriendo  
Apolo por las puertas del oriente  
Sus dorados cabellos desviando  
Las obscuras tinieblas con su lumbre,  
El Baptista llamó los compañeros  
Que se quedaron algo mas abajo  
Sin subir al pináculo mas alto,  
Y dijoles: «Carisimos amigos,

Tened siempre memoria de lo visto,  
Pues que todos vosotros sois testigos  
Cómo para venir me halló listo,  
Sin traer contra tales enemigos  
Mas armas que la cruz de Jesucristo,  
Porque con ella yo sé que se vence  
Cualquier demonio que se desverguence.

» Y pues los mas estáis catequizados  
En los preceptos del camino santo,  
Si creyeres y fuerdes baptizados  
También hareis vosotros otro tanto:  
No os dejéis engañar destes malvados,  
Ni os pongan sus cautelas en espanto;  
Huid de sus consejos y razones,  
Porque todas son falsas invenciones.

» Dejemos al mal viejo y obstinado  
Que huye de creer verdades rasas,  
El cual debe de estar precipitado  
En la prision de las eternas brasas;  
Y pues su Sobee huye y ha faltado,  
Vamos á descansar á nuestras casas,  
Do si volviere con tan mal motivo,  
Tenemos luego de quemallo vivo.»

Con esto se bajaron victoriosos  
Y muy regocijados y contentos  
Al valle do tenían sus albergues  
Y donde por consejo del Baptista  
Se baptizó gran número de gente;  
Y los de Santafé prendieron luego  
La vieja pitonisa con la hija,  
Muchacha que dijimos ser hermosa,  
La cual se baptizó, pero la vieja  
A destierro perpetuo condenada.  
Y así se deshicieron los nublados,  
Quedando los ladinos y chontales  
Con aviso de nunca dar oídos  
Jamás á semejantes devaneos,  
Y en aborrecimiento del demonio;  
De cuyas desvergüenzas bien pudiera  
Tractar aquí mil cosas sucedidas  
En otras partes do visiblemente  
Y en figura de indio se mostraba,  
Hasta serville de caballerizo  
Y después de cabrero hartos años  
A cierto capitán bien conocido,  
Sin saber el quién era; pero cuando  
Tractemos de las cosas deste reino,  
Si Dios me diere vida para ello,  
Alargaréme mas, pues de presente  
Por volver á la guerra comenzada,  
De donde nos salimos esperando  
Reales provisiones del audiencia  
Y comision para Gaspar de Rodas,  
No puedo detenerme, y así quiero  
Volver á la conquista de nutaves,  
Que se celebrará con canto nuevo.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia.

Cuando las cosas arduas se cometen  
A varones prudentes y sagaces  
Que no guían á poco mas ó menos  
Negocios importantes cometidos  
A su dispuscion y buena discurso,  
Responden los efectos y remates  
Las mas veces á lo que se desea  
Por los que los escogen y señalan;  
Lo cual considerando los oidores  
De la real audiencia deste reino,  
Que fueron los que quedan declarados,  
Hicieron eleccion y con acuerdo  
Mas lleno de razon que de favores,  
Que suelen defraudar merecimientos,  
Salió nombrado para tal empresa  
El diestro capitán Gaspar de Rodas,  
Atlante fuerte sobre cuyos hombros  
El peso se sostuvo de aquel suelo.

Y así le despacharon provisiones  
Para poblar y castigar caciques  
Culpados en la muerte de Valdivia  
Y de los españoles que debajo  
De falsa paz habian sido muertos;  
Las cuales recebidas, se dispuso  
Al cumplimiento del real mandado,  
Y á costa de sus bienes llamó gentes,  
Que por llevar caudillo tan insigne  
No rehusaron ir á la jornada,  
Demas de los soldados que salieron  
De la rota pasada mal parados,  
Porque los mas volvieron deseosos  
De recibir el premio que se debe  
A los honrosos hechos y trabajos.  
Destos fué Pedro Pinto Vellorino,  
Luis Céspedes de Vargas y su hermano,  
Que es Alonso de Vargas, naturales  
De Fregenal, y Sancho de Quevedo,  
Estéban de Ribera de Albuquerque,  
Juan de Alvarado Salazar, Fernando  
De Ovango, esturiano, Pero Sanchez  
De Oviedo, natural de Estremadura,  
Manúel Ruviales, y con ellos  
El Juan Ruiz de Atienza, sacerdote,  
Juan Fernandez Eraso, de Navarra,  
Y don Antonio Osorio y Pedro Arce,  
Pablo Fernandez de Eras, y Molano  
Y el Alonso Martin Merchan, Mateo  
Fernandez, el mulato, deste reino,  
Todos valerosissimos soldados,  
Que con los congregados nuevamente  
En número llegaron á setenta:  
Con los cuales entró Gaspar de Rodas  
Tan confiado de allanar la tierra,  
Como si le siguieran setecientos,  
Y caminó con pródigo concierto  
Hasta llegar al sitio y al asiento  
Del fuerte do mataron al Valdivia,  
Do son mas numerosas poblaciones.

Alli se refirieron por el orden  
Que mas les convenia, convocando  
De paz á los caciques comarcanos,  
Los cuales acudieron con preseas  
De oro y otras cosas con que suelen  
Granjear amistad con españoles:  
Que no fué con buen pecho, segun dicen,  
Sino con intencion de desquidillos,  
Para les sacudir viendo la suya;  
Pero Gaspar de Rodas nunca quiso  
Tomar oro ni cosa por entonces,  
Haciéndoles creer que su venida  
Era por granjear sus amistades,  
Y no para tomalles sus haciendas.

Aquella tarde pues que se contaron  
Ocho dias del mes que del dios Februo  
Heredó nombre por las ilustraciones  
Que la gentilidad acostumbra,  
Año de quince cientos y setenta  
Y siete del divino Nacimiento,  
Gaspar de Rodas convocó su gente,  
Y con quanto secreto fué posible  
A todos les habló desta manera:

« Señores, ya sabéis á lo que vengo,  
Y veis que los que desta gente dura  
Hemos de castigar, aquí los tengo,  
Y que dejallos ir será locura;  
Gocemos, sin tomar tiempo mas luengo,  
De tan acomodada coyuntura,  
Prendiendo los caciques señalados  
Para proceder contra los culpados.  
» Y para defender nuestros partidos,  
Si por ventura veis armas opuestas,  
Los caballos estén apercebidos,  
Y tenga cada cual las suyas prestas,  
De tal manera, que los atrevidos  
Lleven las puniciones á sus cuevas;  
Y luego sin guardalles mas respecto  
Quiero que lo pongamos en efecto.»

Aun no bien acabó de decir esto,  
Cuando con la presteza que cumplia,  
Disimuladamente se pusieron

A punto con sus armas y caballos,  
 Y el general llegó con los peones  
 Acia la parte de la turbamulta,  
 Y de los principales conocidos  
 Veinte y cuatro pusieron en colleras.  
 Alborotáronse los indios todos,  
 Y comenzaron á desenvolverse;  
 Pero Gaspar de Rodas con la lengua  
 Con tales amenazas los asombra,  
 Que pudo deshacer sus movimientos  
 Diciéndoles: «No meneéis los brazos,  
 Porque si dais algunas ocasiones  
 A todos os haremos mil pedazos.  
 »Estos solos ponemos en prisiones  
 Porque Filipo magno, rey potente,  
 Así lo manda por sus provisiones.  
 »Cualquier rey ó señor le es obediente;  
 Y si quereis tener vida quieta,  
 Habeisde de servir por consiguiente.  
 »Seguro vive quien se le subyeta;  
 Pero también castiga los excesos  
 De los que con él juegan falsa treta.  
 »Aquí venimos á hacer procesos  
 Contra los que debajo de paz blanda  
 A su gobernador fueron aviesos.  
 »Mas en vuestros delitos también manda  
 Que no castigue rigurosamente  
 Aunque la maldad fué mas que nefanda.  
 »Veremos quién ha sido delincuente;  
 Y hechas bien las averiguaciones,  
 Conoceréis en mi padre clemente.  
 »Porque yo no me muevo por pasiones,  
 Antes me guia piadoso celo,  
 Como vereis por las ejecuciones.  
 »Y á cuantos hoy vivis en este suelo  
 He de favorecer y ser amigo,  
 Como no deis la paz con falso velo.  
 »En mi hallareis todos gran abrigo:  
 Por tanto la quietud os encomiendo  
 Y que creais ser cierto lo que digó.  
 »Con esto se pusieron en sosiego,  
 Y con ver que de tanta muchedumbre  
 De bárbaros culpados, solamente  
 Prendieron las cabezas y caudillos,  
 A quien por substanciar mejor la causa  
 Les dieron defensor juramentado  
 Con la solemnidad que se requiere;  
 E ya conclusos todos los procesos,  
 Los seis fueron á muerte condenados  
 De los caciques presos, y los cuatro  
 A les cortar las manos, de los cuales  
 El uno fué Guarcama, gentil hombre,  
 Feroz y de cabal entendimiento.  
 Y antes de padecer temporal muerte  
 Aquellos seis señores belicosos  
 Pidieron el baptismo todos ellos  
 Con grande devocion, y fuéles dado;  
 Y cuando los llevaban á la horca  
 Contritos y con cruces en las manos  
 Alzaron una voz entristecida  
 Diciendo: «Quien tal hace que tal pague:  
 Nosotros padecemos justamente,  
 Pero los tahamies nos movieron  
 Al crimen y delito cometido,  
 De nuestros pensamientos y deseos  
 Entonces muy remoto y apartado.»  
 Disimulóse por algun respecto  
 Esta declaracion postrera, pero  
 Demás de las sospechas atrasadas,  
 Indicio no pequeño fué que cuando  
 Vino Gaspar de Rodas al castigo  
 Trajo dos lenguas indios tahamies,  
 Llamados Pedro Amato y Aguasici,  
 En aquella provincia principales.  
 Y oyendo la razon de los pacientes  
 Volvieron las espaldas madrugando  
 Sin saludar los huéspedes del rancho,  
 Parece ser que por no ver visiones.  
 Al fin ejecutada la sentencia  
 Y todos los demás dados por libres,  
 Gaspar de Rodas recorrió la tierra,  
 Tanteando los pueblos con aviso

Y copia de vecinos naturales  
 Que por aquel compás tenían casas,  
 Y cerca del asiento do fué muerto  
 El Andrés de Valdivia fundó pueblo,  
 A quien ciudad de Cáceres dió nombre;  
 Nombró treinta vecinos, hombres nobles,  
 Entre los cuales repartió la tierra,  
 Cinco mil indios, pocos mas ó menos,  
 En aquella comarca moradores;  
 Y dello dió razon á los jüeces  
 De la real audiencia del suceso,  
 Yendo por mensajero don Antonio  
 Osorio de la Paz con los recados.  
 Mas como no pudiese dar contento  
 A todos los soldados de un voleo,  
 Quedandose sin suerte muchos dellos,  
 Principalmente de los de Valdivia,  
 Con pena del agravio recibido  
 Hurtáronse del pueblo tres ó cuatro,  
 Y caminaron tras el don Antonio  
 A procurar remedio por justicia:  
 Oyéronse sus causas y razones,  
 Y los oidores alteraron luego  
 Aquel apuntamiento que enviaba;  
 Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,  
 A defender las suyas por presencia  
 De su persona propia se dispuso:  
 Y así, dando razones concluyentes,  
 Se confirmó de nuevo lo que hizo,  
 Siéndole favorable para ello  
 El licenciado Juan Rodriguez Mora,  
 En aquella sazón recién venido  
 Por oidor de la chancilleria,  
 Cuya sagacidad encaminaba  
 A su disposicion los compañeros,  
 Por ser ya muerto Francisco Bricieño  
 Incorrupto jüez, claro y entero,  
 Dignísimo del cargo que tenia,  
 Cuyos principios bien manifestaban  
 Habernos dado Dios felice suerte  
 Después de la del buen doctor Venero,  
 Ejemplo de virtud y santo celo;  
 En la pareca dura y envidiosa  
 Quitónoslo delante brevemente,  
 Pues no gozó seis meses de la silla.  
 Y así desde su muerte hasta agora  
 Nunca faltaron grandes pesadumbres  
 Entre jüeces y secuaces suyos,  
 Con tantas invenciones y cautelas  
 Y falsos testimonios cuantos suelen  
 Investigar inicuos y olvidados  
 De Dios, por dar valor á la mentira;  
 Y es lástima que los del Nuevo Reino,  
 Gente llana, fiel, modesta, clara,  
 Leal, humilde, sana y obediente,  
 En opinion esté de revoltosa  
 Con los señores del real consejo  
 No mirando que son los movedores  
 De las revueltas, tramas y bullicios,  
 Los jüeces que vienen á regirnos,  
 En cuya consecuencia me parece  
 Que viene bien aqui, *delirant reges*  
*Et plectuntur Achivi*, sin que pequen:  
 Mas aquesta, por ser materia larga,  
 A tiempo conveniente la remito.  
 En esta sazón pues que Rodas vino  
 Estaban rebelados los gualies,  
 Indios cuyos confines están juntos  
 Con Mriquita, puerto deste reino,  
 Muy necesario para sus contractos,  
 Donde se labran ricas minas de oro  
 Y de presente plata, cuyas vetas  
 Dan grandes esperanzas de riqueza;  
 Y aunque el adelantado, que Dios haya,  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
 Les quebrantó las fuerzas, y los trajo  
 Al servicio del rey fundando pueblo,  
 Ciudad de Santa Agueda nombrado,  
 Después los indios por ausencia suya  
 Negaron otra vez el vasallaje,  
 No sin daño de muchos españoles,  
 A quien pusieron en estreños tales

Que se metieron todos en un fuerte  
 Con hijos y mujeres y servicio,  
 Puestos en riesgo y en trabajo grande  
 Por la frecuentacion de los combates.  
 Lo cual sabido por los del audiencia,  
 A quien tocaba dar socorro presto,  
 Por ser riesgo notorio la tardanza,  
 Buscaban capitán cuya prudencia  
 Diese satisfaccion a su deseo  
 Y al negocio que dél se confiaba;  
 Y como se halló Gaspar de Rodas  
 Presente cuando se tractaba desto,  
 Teniendo conocido que ninguno  
 Se podría ballar de mejor maña,  
 Por ellos al acuerdo fué llamado,  
 Y le mandaron que se dispusiese  
 Para hacer al rey este servicio:  
 El cual como persona circunspecta  
 Este cargo tomó de buena gana  
 Y aderezóse para la partida  
 Con ciento y diez soldados á su gusto.  
 Con los cuales entró por las provincias  
 De los bríosos indios rebelados,  
 Y dentro de tres meses no cumplidos  
 Les hizo dar la paz y hizo llanos,  
 Poniéndolos en obediencia firme,  
 En la cual hasta agora permanecen,  
 Valiéndose de dos fuertes caudillos  
 De los soldados suyos, que se llaman  
 Juan Melendez y un Alonso Fernandez  
 Molano, de quien yo mencion he hecho  
 En muchas partes deste mi discurso,  
 Por ser ambos personas señaladas.

Dejando pues la tierra sosegada,  
 Pacificos los indios y quietos,  
 A la real audiencia volvió Rodas  
 A dar llena razon de lo que hizo,  
 Y los señores della conociendo  
 Su valor y servicios señalados,  
 Le dieron en gobierno las provincias  
 Que fueron asignadas á Valdivia,  
 El cual su Majestad confirmó luego  
 Con otras emnuecias y favores  
 Que suele la real magnificencia  
 Dar á criados de quien es servido,  
 Incluyendo también en su gobierno  
 Por causas y razones alegadas  
 A Santafé, rememorada villa,  
 Y así quedó distinta y apartada  
 De lo de Popayan, y en ella tiene  
 Su principal asiento nuestro Rodas.  
 El cual como se viese colocado  
 En generoso cargo y esperanzas  
 De mas altos honores, por promesa  
 De lo hacer el rey adelantado  
 Después que ya poblase tres ciudades  
 O villas de vecinos españoles,  
 Convocó gentes de unas y otras partes  
 Para prosecucion de su conquista,  
 Y ver la tierra de la cordillera  
 Que divide los dos rios ya dichos,  
 Que los gobernadores atrasados  
 Intentaron hollar y no pudieron;  
 Pero con menos gente y aparato  
 El buen Gaspar de Rodas se dispuso  
 A deshacer aquel encantamiento,  
 Cuyos sucesos quedan reservados  
 Para los referir en otro canto.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles, y no acudían á servirlos.

En mucho precio debe de tenerse  
 Aquel á quien natura dió talento  
 Para guiar negocios importantes,  
 Pues á la sombra dél los otros hombres  
 Subyectos á cumplir lo que dispone,  
 Tienen valor y ser, y cuando falta

Quedan, segun se ve por experiencia,  
 De su reputacion menoscabados.

Manifestóse bien esta mudanza  
 Con el ausencia de Gaspar de Rodas  
 De la ciudad de Cáceres moderna,  
 Porque los bárbaros, reconociendo  
 Faltales el caudillo cuya maña  
 A sus conceptos era duro freno,  
 Perdieron la vergüenza y el respeto,  
 Y así mataron de los españoles  
 En partes y en lugares descuidados  
 Un Alonso Gonzalez de Montijo,  
 Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,  
 Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres  
 Demas de mucha gente de servicio,  
 Con intencion de dar en los restantes,  
 Para lo cual determinadamente  
 Se convocaba ya toda la tierra,  
 Siendo caudillo desta rebeldia  
 Un Omagá, cacique belicoso,  
 A quien todos los otros respetaban.  
 Dieron aviso deste movimiento  
 Indias nacidas en aquel terreno,  
 Que servian á nuestros españoles,  
 Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas  
 Que recogia gentes y pertrechos  
 Dentro de Santafé con intenciones  
 De ver lo que tenia su gobierno;  
 El cual por acudir á dar remedio,  
 A gran priesa salió con treinta hombres  
 Y razonable copia de ganado,  
 Cuya venida fué regocijada,  
 Así por el socorro tan á punto  
 Como por el gobierno que traia.

Algun castigo hizo con templanza  
 En los que le constó ser mas culpados  
 En las muertes de aquellos españoles:  
 Mas Omaga, que estaba retraido  
 Dentro de las montañas con su gente,  
 No pudo ser habido por entonces.  
 De cuya causa fué Francisco Alférez,  
 Hombre mas papelista que guerrero,  
 Con cuarenta soldados á buscallo;  
 Y aunque tomó dos meses de demora,  
 Volvióse con las manos en el seno,  
 O por mejor decir en la cabeza.  
 Y el gobernador, viendo cuan inútil  
 Salíó la diligencia y el trabajo,  
 Determinó que fuese por caudillo  
 Juan Arias Ruvian, gallego, y este  
 Volvió con veinte hombres solamente,  
 Pero de tal valor, que de qualquiera  
 Pudiera confiarse la jornada.

Salieron por principio de diciembre  
 El de setenta y nueve cuasi fuera,  
 Y fueron caminando hasta donde  
 Hace fin y remate tierra rasa  
 Y las montañas altas se comienzan,  
 Adonde reparó para dar orden  
 A la prosecucion de su viaje;  
 Mas el astuto bárbaro tenia  
 De su venida relacion entera,  
 Y para descuidarlos les envia  
 Mucha gente cargada de regalos  
 Por continuacion de muchos dias,  
 En que iban y venian mensajeros  
 Cotidianamente, prometiéndole  
 De dar segura paz inviolable,  
 Trayendo los mensajes su sobrino,  
 Llamado Teguirí, gentil mancebo,  
 Bien conocido de la gente nuestra,  
 Y en opinion tenido de valiente.  
 Juan Arias Ruvian la paz acepta,  
 Y al sobrino le dijo que viniese,  
 Sin que recele pena ni castigo,  
 Pues si hiciere cierta su promesa  
 De dar segura paz, se le perdona  
 Cualquier delito grave cometido;  
 Y que señale parte do se vean  
 Los unos y los otros, porque quiere  
 Oír aquello de su propia boca.  
 El Teguirí volvió con el mensaje

Al Omagá su tío, y otro día  
De mañana volvió con la respuesta.  
Diciendo: « Bien podeis entrar seguros,  
Porque cerca de aquí tenemos hechos  
Dos aposentos en zavana rasa  
Donde sereis servidos, y mi tío  
Allí verná con oro y otras cosas  
Para el gobernador, pues es el amo  
A quien ha de servir y ser subyecto. »

Los españoles, aunque sospechosos  
De lo que sucedió, por no mostrarse  
Acobardados, fueron del decia,  
Y subieron á cierta loma, donde  
Había como cien pasos en cuadro  
De raso, lo demás espeso monte,  
Y en el raso dos casas pequeñuelas,  
Muchos indios é indias esperando  
Con copia de comida que les dieron;  
Alojáronse dentro destes ranchos,  
Donde sin acudir aquel cacique  
Estuvieron también algunos días,  
Pero venían indios con sus armas,  
Con tal denuedo que se conocía  
Ser muestras de dañadas intenciones.  
Y así los españoles procuraron  
Coger un indio que se quedó solo,  
Sin que de los demás fuese sentido,  
Y en remoto lugar dentro del monte  
Le dieron tracto hasta que ya dijo  
Las determinaciones de los indios;  
Siendo la lengua con que preguntaban  
Una ladina moza dicha Ana,  
Cristiana, del servicio de un soldado,  
Declarando que dentro de tres días  
Habían de venir muchos caciques  
De los mas principales de la tierra,  
A vellos, no con mas de diez ó doce  
De sus subyectos cada cual cacique  
De por sí solo con su compañía,  
Pacíficos, quietos y sin armas,  
Y en diferentes horas por no dalles  
Ocasión de sospechas, y debajo  
De querelles servir, allí esperasen  
Entre los españoles, hasta tanto  
Que el señor Omagá viernes siguiente  
Allí llegase con los que traía,  
También sin armas, que eran veinticuatre,  
Dejando setecientos emboscados  
A la redonda de la zavaneta,  
Con armas y pertrechos convenientes;  
Y que cuando lo viesén llegar junto,  
Aquellos indios que llegaron antes  
Acometiesen á los españoles  
Dos ó tres dellos contra cada uno,  
Así por pechos como por espaldas,  
Y entonces Omagá sobreverría  
Dando voces á los del emboscada,  
Y así darían fin de los cristianos  
Sin padecer los indios detrimento.

La trama descubierta y el astucia,  
Los nuestros estuvieron vigilantes,  
Las armas en la mano todas horas,  
Cargados los sulfúreos instrumentos,  
Fortaleciendo sayos estofados  
Y los demás pertrechos que tenían;  
Demás desto también se previnieron  
De mucha cantidad de ligaduras  
Que llamamos cábuyas comunmente,  
Apercibidos todos y en espera  
De ver algún principio de lo dicho,  
Porque si viesén algo no dudaban  
Ser cierto lo demás que se declara.

Llegóse pues el miércoles, y vino  
Un cacique llamado Taquimiqui  
Con diez indios sin armas, bien dispuestos  
Y de robustos miembros y elegantes,  
Pacíficos semblantes y apariencias  
Encubridoras de su mal intento,  
Mas á los españoles ya patente;  
Y así no se tardaron, pues al punto  
Que entraron en la casa los prendieron,  
Y ataron pies y manos con cordales,

Y de los que vinieron á la tarde  
Hicieron otro tanto, de manera  
Que miércoles y jueves amarraron  
Cincuenta sin sabello los caciques  
Ni los participantes del engaño.

Llegóse pues el día del conflicto,  
Viernes, postrero día de diciembre,  
Cuando el año de ochenta comenzaba,  
Día de confusión y desconsuelo  
Para los pocos, que hacían cuenta  
Que si del alto cielo no venía  
Remedio, no podían escaparse  
Del durísimo trance que esperaban;  
Y así Juan Arias Ruvían, que via  
Ponelle culpa por haber entrado  
Contra la voluntad de los mas dellos,  
En su disculpa dijo lo siguiente:

« Señores, de mi loca confianza  
No sin razon formais justa querrelia;  
Pero los que nos vemos en la danza  
Hemos por fuerza de danzar en ella,  
Y con pié firme sin hacer mudanza  
Habemos de bebella ó de vertella:  
Ningun remedio tiene ya lo hecho,  
Sino poner á bien ó mal el pecho.

» Acercándose van las confusiones  
Y la disparidad de la pelea;  
Cursados sois en tales aflicciones,  
Donde ninguno hizo cosa fea;  
Vuelen al cielo nuestras oraciones  
Para que de remedio nos provea:  
Que si fiáis en Dios como cristianos  
La victoria tenemos en las manos.

» Creed que venceremos en batalla  
A la multitud destes fementidos,  
Y dad gracias á Dios, que no nos halla  
Descuidados ni desapercibidos;  
No es la primera vez que de canalla  
De mayor fuerza sois acometidos;  
Y pues siempre becimos como buenos  
No tenemos agora de ser menos.

» En tanto pues que llegan las rencillas  
Destas mas que proterva pestilencia,  
Demandemos prostrados de rodillas  
Al inexhausto golfo de clemencia  
Tenga por bien usar sus maravillas  
Dando favor á quien lo reverencia,  
Pues nuestra mano poca fuerza tiene  
Si de la santa suya no nos viene. »

Esto con gran fervor hicieron todos,  
Y en oraciones santas ocupados,  
El Omagá llegó con veinte y cuatro  
Robustísimos indios desarmados,  
Y disimulación tan bien compuesta,  
Que si no se tuviera certidumbre  
Del propósito malo que traía,  
Ninguno presumiera ser fingida;  
Pero como no vió quien respondiese  
Al acometimiento concertado,  
Quisiera con aquellos que presentes  
Con él allí venían al efecto  
Usar de aquel ardid que los primeros  
Habían de tener, pues no los vía;  
Mas apenas miró los compañeros  
Haciéndoles del ojo diestramente,  
Cuando con todos ellos en el suelo  
Cayó hecho pedazos, dando voces,  
A las cuales salió la gran caterva,  
Que mal podía ya darle remedio,  
Pues él y los demás en un instante  
Caminaron la vuelta del infierno.  
Y en ese mismo punto ven delante  
Los españoles la tumultuosa  
Hueste de los salvajes, la cual era  
En número mayor que se pensaba,  
Con orden singular los escuadrones,  
Ordenados á nueve por hilera  
Con sus sobresalientes señalados,  
Gallardos y feroces todos ellos,  
Llenas las sagüíferas aljabas  
De tiros venenosos y mortales,  
Picas tostadas y macanas duras,

Y estalladoras bondas á las vueltas.  
 Era su general que los regia  
 El Teguéri, del Omagá sobrino,  
 Y el capitán Maubita, yerno suyo,  
 Y un Ochari mañoso y esforzado:  
 Vuelan luego los jáculos y piedras  
 Como turbion espeso de los granos  
 Congelados de los vapores gruesos  
 En la media region en el verano;  
 Acuden con mortíferas respuestas  
 Nuestros esclarecidos españoles,  
 Que cuasi pié con pié derraman sangre  
 Ojeándolos con los arcabuces,  
 Con los cuales por los tener tan cerca  
 No pocas veces les acontecía  
 Matar á dos y tres de cada tiro  
 Desde la casa del alojamiento  
 Que tenían los nuestros por amparo,  
 Saliendo siempre con arremetidas  
 Juan Arias Ruvían y Juan Mateos,  
 Y Mateo de Acosta, lusitano,  
 Pablo Sarmiento y otros que tenían  
 Espadas y rodelas en las manos:  
 A cuyos hechos encarecimiento  
 Cualquiera que se dé no será largo,  
 Pues por aquella frente no podían  
 Hollar siuo por cima de hombres muertos.  
 Mas esto no bastó para que dejen  
 Los bárbaros inmitiles su porfia,  
 Antes el Teguéri, como rabiando  
 Por muerte de su tío, no reposa,  
 Diciéndoles: « Amigos y parientes,  
 Haced como valientes, y el constante  
 No se mude ni espante porque vea  
 Caer en la pelea tanta gente;  
 Que al fin solos son veinte los cristianos,  
 É ya se ven cercanos al remate;  
 Y aunque mas se dilate su caída,  
 Han de perder la vida, que mortales  
 Son, y tiros letales ya rendidos  
 Los tienen, que heridos están todos;  
 No mearan los codos como antes:  
 A ellos, mis gigantes, dadles priesa,  
 Cumpla con su promesa vuestra lanza,  
 Y tomemos venganza de las muertes  
 De tantos hombres fuertes deudos nuestros.»

Con semejantes dichos y razones  
 Andaba donde via mas tibieza,  
 A los unos y otros animando  
 Con tal solicitud y diligencia,  
 Que á nuestros españoles admiraba;  
 Los cuales viendo que les va la vida  
 En quitalle la suya brevemente,  
 Juan de Alvarado Salazar apunta  
 Con el cañon fogoso; y acértóle  
 Por medio de la frente, de tal suerte,  
 Quel alma de las carnes despedida  
 Fué caminando tras la de su tío.  
 Mas no por eso los demás cesaban  
 De su ferocidad, porque Maubita,  
 El yerno de Omagá, con increíble  
 Solicitud anima la caterva;  
 Al cual tiró Domingo de Herrera,  
 Y con la parda bala hizo puerta  
 Por donde desagó vital substancia.  
 El Ochari no menos se mostraba  
 Terrible y orgulloso, bravo, fiero,  
 Tanto que parecia que ninguno  
 Faltaba de los otros principales;  
 Al cual por ser persona señalada  
 Los nuestros deseaban derriballo,  
 Y un Diego de Avila puso la mira  
 Algo mas alta de lo que quisiera,  
 Mas todavía le rompió la cara,  
 Y como se sintiese mal herido,  
 Salíose del conflicto, que procede  
 Con tal obstinacion como si nadie  
 Faltara, con haber tres horas largas  
 Que duraba la dura competencia.  
 Y así los indios, por le dar remate,  
 Viendo que las dos casas impedian  
 El gozo del triunfo que esperaban,

Por ser escudo de los españoles,  
 Determinaron de ponelles fuego,  
 Sin tener atencion á los cincuenta  
 Que dentro se tenían amarrados,  
 Donde se convirtieron en carbones,  
 Pues como fuese fábrica de paja  
 En espacio brevísimo la vieron  
 De las voraces llamas consumida;  
 Saliéndose los nuestros hechos rueda,  
 Los unos á los otros reguardando,  
 Pero con tales bríos y coraje  
 Que como si los golpes comenzaran  
 En aquel punto, se desolvieron  
 Tras ellos, aunque ya los arcabuces  
 Por estar muy calientes no hacían  
 Tales efectos como deseaban,  
 Faltándoles también las municiones;  
 Pero con las espadas tanta priesa  
 Les dieron, que salieron de lo raso  
 Y se metieron por el arboleda.  
 Adonde no faltaban indios muertos  
 De los que mal heridos se salieron  
 A los principios desta gran refriega;  
 Porque en la zavaneta solamente  
 Fueron cincuenta y dos los que quedaron  
 O muertos ó cercanos á la muerte,  
 Demás de los que consumieron llamas:  
 En efecto, segun después se supo,  
 Fué de mas de trescientos la yactura  
 Que padeció la bárbara compañía,  
 Quedando de los nuestros diez y siete  
 Cada uno con cinco y seis flechazos.  
 Los cuales puesta buena centinela  
 Con grande diligencia se curaron,  
 Abrasando con fuego las heridas  
 Y cortando las carnes lastimadas;  
 Mas no se pasó mucho sin que diese  
 Arma la centinela que pusieron,  
 Porque Ochari que dije ser herido  
 En la cara con un ardiente globo  
 Que no bien encarnó por ir avieso,  
 Viendo que caminaban á sus casas  
 Y no se proseguía la contienda,  
 Con voz apresurada les decia:  
 « ¿ Dó va la compañía que no siente  
 La pérdida presente de señores  
 Muertos en los rigores desta guerra  
 Por libertar su tierra de tiranos  
 Y sacar de las manos de estrangeros  
 A vuestros herederos y parientes?  
 O flojos, negligentes, vulgo loco,  
 ¿ Cómo teneis en poco la venganza  
 Del estrago y matanza de los nuestros,  
 Animosos y diestros en sus hechos?  
 Volved, volved, pertrechos á la mano.  
 Y no quede cristiano que no muera;  
 Pues quedan de manera todos ellos  
 Que podremos vencellos fácilmente.»  
 Bastaron las razones referidas  
 Para volver, aunque de mala gana,  
 Y no con aquel brio que primero,  
 A causa de sentirse fatigados  
 Y de tiros vacias las aljabas;  
 Y así como hallasen (por el arma  
 Que dió la centinela) preparados  
 A nuestros españoles, no proceden  
 Ni pasan adelante de la ceja  
 Del monte que rodea la zavana;  
 Desde donde, quietos y callados  
 Los otros, cierto viejo les decia:  
 « Valientes españoles, no creyera  
 Que tan durable fuera la pendencia  
 Ni vuestra resistencia, si mi daño  
 No fuera desengaño conocido  
 Del yerro que he tenido tiempo luengo,  
 Mas ya para mí tengo ciertamente  
 Que mas heroica gente no ha nacido,  
 Pues habéis adquirido tanta gloria;  
 Pero de la victoria no estéis ciertos:  
 Estaldo de ser muertos y perdidos,  
 Que todos vais heridos del molesto  
 Veneno, y demás desto vuestra gente

Es nogocio patente ser ya muerta  
 En otra tal reyerta sucedida  
 Después de la partida que hicistes.  
 Así que si tuvistes hoy ventura,  
 Será de poca dura la ganancia,  
 Porque el pueblo y estancia de cristianos  
 Los indios mas cercanos han quemado,  
 Vencido y acabado moradores:  
 Aca sois vencedores y temidos,  
 Y allá sereis vencidos y captivos  
 Los que llegardes vivos, en llegando;  
 Y pues de nuestro bando sois azote,  
 Mirad por el virote, y esto baste.»

A questo dicho, nunca mas los vieron,  
 Y á los nuestros, demás de sus trabajos,  
 En angustia terrible los pusieron  
 Y en grande confusion aquellas nuevas,  
 Por las cuales aquel significaba  
 Ser la ciudad de Cáceres quemada  
 Y los vecinos della consumidos;  
 Y en hecho de verdad acometieron  
 Los indios que decia, pero nunca  
 Tocaron en el pueblo, sino fuera  
 Tuvieron cierto leve repiquete,  
 Donde mataron indios yanacunas  
 Y un español ó dos en las estancias.

Al fin estos soldados afligidos  
 Aquella triste noche se quedaron  
 En el mismo lugar de la batalla,  
 Entre los cuerpos muertos alojados,  
 Al frio y al sereno, sin refugio  
 De ropa ni comida ni consuelo,  
 Do no faltaron íntimos gemidos,  
 Así de parte suya como de los  
 Indios en quien duraban los vitales  
 Espiritus cercanos á la muerte.  
 Pero pasada ya la media noche,  
 Dejaron el lugar, y caminaron  
 Por bosques solitarios sin camino,  
 Por hurtarse del otro, do pensaban  
 Estar algunos indios emboscados;  
 Y así por ser rodeos espaciosos,  
 Como por ir heridos gravemente,  
 Tardaron cinco dias en jornada  
 Que pudieron andar en medio día  
 Si recta via fueran caminando:  
 Llegaron pues al puesto que tuvieron  
 Antes de se meter en la montaña,  
 Donde se proveyeron de comida  
 De aquella que dejaron rezagada;  
 Pero luego pasaron adelante,  
 A causa de no ser lugar seguro,  
 Y con deseo de subir á parte  
 Do se desengañasen con la vista  
 De la mala sospecha que llevaban.  
 Y en estos intermedios fallecieron  
 Lucas Sanchez y Mateo de Acosta,  
 Entrambos valentísimos soldados,  
 Cuyas heridas eran penetrantes  
 Y no curadas con aquel reposo,  
 Abrigo y vigilancia que requiere  
 Aquella venenosa pestilencia.

Finalmente, subieron á la loma  
 Que cae sobrel gran río de Cauca.  
 El cual para llegar al pueblo nuevo  
 Habian de pasar forzosamente,  
 Obstáculo de gran inconveniente,  
 Así por no tener aviamiento  
 Para pasar los miseros heridos,  
 Como porque los bárbaros no suelen  
 Perder las semejantes ocasiones.  
 Mas en aqueste tiempo ya tenían  
 Los vecinos de Cáceres noticia  
 Por indios del suceso trabajoso,  
 Pero con adición de que ningunos  
 Habian escapado con la vida;  
 Y así para tener razon entera  
 Salíó luego del pueblo Juan Melendez  
 Con treinta compañeros bien armados,  
 Los cuales á la misma coyuntura  
 Que vieron los heridos el gran río  
 Ven al Melendez con su compañía,

Que ya hollaban la contraria banda,  
 Y con el regocijo de la vista  
 Los unos á los otros hacen salva,  
 Bando gracias á Dios por el socorro  
 Llegado tan á punto, que juzgaban  
 Ser milagrosamente proveído.  
 En efecto, hicieron buenas balsas  
 Aquellos que llegaron descansados,  
 En que pasaron todos libremente,  
 Y llegados al pueblo, fué la cura  
 Con tal solícitud y diligencia,  
 Que después de los dos conmemorados  
 Ninguno pereció de los heridos,  
 Cuyas hazñas fueron tan nombradas  
 Entre todos los indios de la tierra,  
 Que muy poco después los trajo Rodas  
 Á que reconociesen vasallaje.  
 El cual, segun he dicho, preparaba  
 Gentes y municiones con intento  
 De ver y descubrir lo nunca visto  
 En la distancia dentre los dos rios:  
 Que para concluir con mi promesa  
 En el elogio de Gaspar de Rodas  
 Hasta la era del de ochenta y nueve,  
 Es esto solamente lo que resta;  
 Mas porque se concluya mas á gusto  
 Será con canto nuevo celebrado.

### CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santa Fé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el río de Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza.

No se pueden decir enteramente  
 Las congojas, fatigas y trabajos  
 Riesgos, penalidades, desventuras  
 Que los descubridores destas tierras  
 Y pacificadores padecieron  
 En las conquistas ríjuosas dellas;  
 Y así por ser proljio labirinto,  
 Tocamos solamente los provechos  
 Que de su gran valor han resultado  
 A los que comen hoy de sus sudores,  
 Y con manos lavadas y piés limpios  
 Hallan la cama hecha y mesa puesta,  
 Y las incomparables asperezas,  
 A los humanos piés inaccesibles,  
 Apacibles é ya bien frecuentadas  
 De varios contractantes que por ellas  
 Vienen y van de partes diferentes,  
 Cebados en la próspera ganancia  
 Con que sus mercancías los convidan.  
 Y no tan solamente por la tierra  
 Dieron vias por donde se contractan  
 Unos pueblos con otros, con inmentos  
 De especies varias; pero por los rios  
 Se comunican con aquellos puertos  
 Que gozan de marítimas riberas.  
 Y aunque parezca ser en lo presente  
 No de tanto momento como Flandes,  
 Venecia y otros pueblos prepotentes  
 Que tienen antiquísimos cimientos,  
 Aquellos también consta que tuvieron  
 Principios no tan altos que no fuesen  
 De lo que son agora diferentes:  
 Corrieron sus edades hasta tanto  
 Que por tiempo se fueron estendiendo  
 Á la virilidad y á la potencia  
 En que las vemos hoy establecidos.  
 Lo mismo puede ser en estas partes  
 De Indias, segun vemos el aumento  
 Numeroso de gente que se cria,  
 Así mestiza como castellana,  
 Y la fertilidad de los terrenos  
 Dispuestos á perpetua permanencia  
 Y á la procreacion de tantas cosas  
 Cuantas son en el mundo necesarias  
 Á la conservacion de los mortales,

Pues de las que carecen estos dias  
Es mas por negligencia de cultores  
Que falta de propicias influencias;  
Mas la necesidad, hábil maestra,  
Les ha de compeler á que corrijan  
Sus ociosas costumbres con trabajo,  
Y aun á dejar sus propios naturales,  
Buscando nuevas tierras y regiones  
Do puedan sustentarse y estenderse  
Después que ya no quepan en las suyas,  
Pues hay por descubrir varias provincias,  
Inmensidad de campos y naciones,  
Algunas de las cuales estuvieran  
Debajo del dominio y obediencia  
De la real corona de Castilla,  
Si por los que gobiernan se tuviera  
Mas esforzado celo del aumento  
Del aprisco cristiano, mayormente  
Habiendo tanta gente holgazana  
Que podria fundar nuevos albergues,  
Aun en lo descubierto, pues hay tierras  
Baldias, provechosas y dispuestas  
Para se socorrer del fruto dellas,  
Valles amenos, fértiles riberas,  
Cuya disposicion está pidiendo  
Del corvo labrador ser desenvuelta  
Y de todos ganados ser hollada,  
Mas no miran en esto los que llevan  
Por sueño y ocio generosa paga.

Destos no quiso ser Gaspar de Rodas,  
Pues por aquella suerte que le cupo  
Huyó de dar á sus cansados miembros  
Aquel regalo que se les debía,  
Por unas y otras partes descubriendo  
Dónde fundar cristianas poblaciones  
En aumento de la real corona,  
No sin propagacion de la fe sancta.  
Con el cual pensamiento se dispuso  
Año de ochenta con los quince cientos,  
Con obra de setenta compañeros,  
Caballos y pertrechos necesarios,  
Caminando la via del oriente  
Hasta ver las zavasas de aquel rio  
De Aburra, do liene nacimiento  
El mismo que después le llaman Porce,  
El curso de sus aguas prosiguiendo,  
Acia septentrion encaminadas,  
Por tierras despobladas, muchos dias,  
De bosques tenebrosos y montañas,  
Donde se padecieron insufribles  
Trabajos por la falta de alimentos,  
Demás de atascaderos y pantanos  
De gran dificultad en su viaje,  
Que no menor seria referirlos,  
Espresando particularidades  
Acontecidas hasta que llegaron  
A tierra cuyos montes daban muestra  
De suelo mas enjuto y apacible,  
Mas claras y amigables arboledas,  
Y otros indicios que manifestaban  
Haber mediana copia de cultores.  
Pero segun las guías declaraban,  
A la contraria parte de aquel rio  
Habia poblacion de mas substancia,  
Lo cual se conocho claramente  
Por ver trilladas sendas y caminos,  
Humos á todas partes y labranzas;  
Y así para pasar el campo todo  
Buscaron un lugar acomodado,  
Do se hiciese puente de bejuocos,  
Remedio que se tiene comunente  
Con que pasan la ropa y el servicio:  
Que los soldados por la mayor parte  
Cortando van las aguas con el pecho,  
A mano la rodela y el espada.

Al tiempo pues que para tal efecto  
Andaba negociada nuestra gente,  
Gran número se vió de la contraria  
Opuesta para defender el paso  
Con multitud de flechas y de dardos  
Y los demas pertrechos usuales:  
Ondea bizarría de penachos,

Pectos y diademas de buen oro,  
Con otras joyas que manifestaban  
La soberbia riqueza de las minas  
De que gozan aquellos naturales;  
Y con estar el rio de por medio,  
No dejan de volar algunas nubes  
De tiros venenosos que despiden  
Los encorvados y flexibles arcos:  
Y acá responden con los arcabuces,  
Esféricas pelotas escupiendo,  
Con poco daño de las partes ambas,  
Por ser algo prolija la distancia.  
Pero Francisco de Taborde, mozo  
Mestizo, buen soldado y animoso  
Y singular en buena punteria,  
En el indio que mas se señalaba  
En galas, majestad, valor y brio,  
Mostrándose señor, puso la mira,  
Y el invisible globo fué volando  
Hasta dar en el pecho, cuyo golpe  
También por las espaldas abrió puerta  
Por do se despidió vital aliento:  
Acudieron los bárbaros cercanos  
Para lo levantar, mas fué baldia  
Su gran solicitud y diligencia,  
No sin admiraciones y alborotos  
De ver aquella muerte repentina,  
Porque del dañador tan solamente  
El sanguinoso rastro parecia;  
Al fin unos llevaron el cadáver  
Y otros quedaron para la defensa  
Del paso, que con suma vigilancia  
Y no menos furor les defendian.

Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
Vista la pertinace resistencia,  
Dejando gente que hiciese rostro  
En aquella frontera, do los indios  
Pretendian quitalles el pasaje,  
Con treinta y seis bajo tácitamente,  
Ocultos todos con el arboleda  
Que por el rio va continuada,  
Hasta llegar á parte sin estorbo,  
Por donde les mandó pasar á nado  
Con el cuidado que se requería;  
Y como rehusasen la carrera,  
Del peligroso trance murmurando,  
El mismo comenzó de descalzarse  
Y á priesa despojarse del vestido:  
Mas todos los soldados, como viesen  
Su determinacion, no le consienten  
Poner en tanto riesgo su persona,  
Y ellos, pospuestos los temores flacos,  
Desnudos, con espadas y rodelas,  
Impetuosas aguas van cortando,  
Yendo delante con insigne brio  
El mestizo Francisco de Taborde  
Y Alonso de Taborde, dos hermanos:  
Al fin tomaron todos la ribera  
Contraria donde van encaminados,  
Y después de cobrar algun aliento,  
Prostradas en el suelo las rodillas,  
Hicieron oracion como cristianos,  
Y luego con el paso reportado,  
Proceden adelante con recato,  
Sirviéndoles el monte de cubierta,  
Hasta que ya llegaron al paraje  
Del bárbaro furor embecido,  
En los opuestos en contraria banda  
Desembrazando los mortales tiros,  
Y del cercano salto descuidados  
A los lejanos mal amenazaban;  
Mas luego como perros que latiendo  
Saltan lijeramente tras la caza,  
Salieron los heroicos españoles  
Diciendo: « ¡ Santiago! Santiago! »  
Ocupa turbacion salvajes pechos;  
Corre la confusion desordenando  
La bárbara caterva, que no para  
Por diferentes partes derramada,  
Bien como las ovejas saltreadas  
De las rapaces fieras y voraces,  
Que las que se libratou de sus uñas

Van donde su temor las encamina;  
 Y así dejaron desembarazado  
 Aquel campás y toda la ribera,  
 De manera que sin impedimento  
 Pasaron los demás y el campo todo,  
 Hicieron allí noche y otro día  
 Colaron adelante descubriendo  
 Aquellas poblaciones circunstantes.  
 Do no faltaron acometimientos  
 Y algunas resistencias porfadas,  
 En las cuales cuotidianamente,  
 Llevaban lo peor los naturales,  
 De tal manera que por bien tuvieron  
 Acudilles de paz algunos dellos;  
 Y tanteada ya toda la tierra  
 Y á poco más ó menos los vecinos  
 Que podría tener, buscaron sitio  
 Para fundar morada permanente,  
 Y diez ó doce leguas adelante  
 Del paso que los indios defendían  
 Hallaron un asiento proveído  
 De las comodidades necesarias,  
 Donde con las solemnes ceremonias  
 Usadas en negocios semejantes,  
 En nombre del invicto rey Filipo  
 Fundaron la ciudad, á quien se puso  
 Nombre de Zaragoza, cuya tierra  
 Abunda de riquísimos venedores,  
 Y es el día de hoy por su riqueza  
 De varios negociantes frecuentada  
 Así por tierra como por los rios  
 Que van á desaguar al mar del Norte,  
 Por estar Zaragoza situada  
 Acia las juntas de los rios Porce  
 Y Nichi, cuyas aguas dan aumento  
 Al gran río de Cauca que se mezcla  
 Después con otro de la Magdalena,  
 Los unos y los otros navegables,  
 Aunque por las zozobras de corrientes  
 Los vasos do navegan son canoas  
 Que pegadas á tierra van bogando.  
 Fue pues el fundamento deste pueblo  
 Año de ochenta y uno, demediado  
 El mes que los hebreos idar llaman;  
 Y hecha descripción y apuntamiento,  
 Fueron cuarenta solos los vecinos  
 Encomenderos de repartimientos,  
 Segun la cantidad de naturales  
 Que por aquellos montes habitaban.  
 E ya puestas las cosas en el orden  
 Que parecia ser mas conveniente  
 A la defensa desta nueva planta,  
 Electos los alcaldes y oficiales,  
 Nombró Gaspar de Rodas por teniente  
 A Fernán Sanchez, hombre de gobierno,  
 Y él se partió con los demás soldados  
 Al sitio donde fué San Juan de Rodas,  
 En la parte que llaman Itúango,  
 Que despobló Valdivia, segun dije  
 Atrás en el discurso de su vida;  
 Donde pacificó los naturales,  
 Erigiendo ciudad en el asiento  
 Antiguo con el nombre que tenia,  
 A la cual dió vecinos veinte y ocho  
 Que son encomenderos, y hoy se valen  
 Entre tan indomable barbarismo  
 Mediante las industrias y consejos  
 Deste gobernador, cuya prudencia  
 Al bárbaro feroz ha puesto freno.  
 Dejando pues allí por su teniente  
 A Juan de Rodas, un pariente soyo,  
 A su casa volvió con intenciones  
 De convocar soldados con que pueda  
 Escudriñar secretos de la tierra,  
 Que por estar cerrada de montañas  
 No sin dificultad pueden saberse;  
 Y presumen habellos importantes,  
 Porque claro se ve ser una pasta  
 De ricos minerales donde quiera  
 Que rios y quebradas se cateen;  
 Mas agora de nuevo no sabemos  
 Otra cosa que sea de momento.

Y así deste gobierno me despidio,  
 Porque futuros acontecimientos  
 Dirálos á su tiempo quien los vido,  
 Cumpliendo cada cual con sus intentos;  
 Pues agora mi principal ha sido  
 Tractar de los primeros fundamentos  
 Desde el principio hasta nuestra era,  
 De quien si más supiera mas dijera.

## RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernacion del Chocó, y cosas en ella  
 acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-  
 tán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno  
 y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad  
 de Buga.*

## CANTO PRIMERO.

Otra gobernacion agora resta,  
 Que es el Chocó, de quien algunas veces  
 Hemos tractado como de pasada,  
 Cuyos confines sé que simbolizan  
 Con los de Santafé que van corriendo  
 Acia la mar del Norte por montañas;  
 Y este gobierno tiene de presente  
 Un Melchior Velazquez, no tan lleno  
 De prósperos sucesos de fortuna  
 Cuanto de virtuosas propiedades  
 Y partes que son dignas de alabanza,  
 Soldado viejo de los mas antiguos  
 De Popayan, y bien ejercitado  
 En todos los trabajos de conquistas.  
 Cuyo discurso no será prolijo,  
 Por ser gobernacion algo moderna,  
 Y haber faltado por la tierra della  
 Buena comodidad para poblalla,  
 A causa de ser toda montuosa,  
 Húmida, pluviosa, desgraciada,  
 De pocos naturales, aunque ricos,  
 Porque la tierra toda va sembrada  
 De venas caudalosas de buen oro,  
 Vistas y cateadas por los nuestros  
 En diferentes rios y quebradas.  
 Y así corria la noticia della,  
 Con otra mas antigua del Dabaibe,  
 Que por aquel paraje se publica  
 Estar, y aunque de muchos inquirida,  
 Ningunos le pudieron dar alcance;  
 Adonde segun fama las riquezas  
 De los enterramientos sobrepujan  
 A las que del Cenú se descubrieron,  
 Segun en su lugar quedó notado,  
 De cuya causa principales hombres  
 Apetecian el descubrimiento,  
 Entre los cuales fué Gomez Fernandez,  
 Primero fundador de Caramanta,  
 Del cual hice mencion en otras partes  
 Por ser hombre de gran merecimiento,  
 Valiente, liberal, y industrioso  
 Y en posible no mal afortunado.  
 Este, con el deseo que tenia  
 De rastrear aquella gran noticia  
 Y ver el fin de aquel encantamento,  
 Demandó la conquista desta tierra  
 A los señores del real senado  
 Que en este nuevo reino de Granada  
 En aquella sazón eran jüeces:  
 Los cuales se la dieron facilmente,  
 Atentos al valor de su persona  
 Y á la mucha substancia que tenia  
 Para hacer soldados y pertrechos  
 A su descubrimiento necesarios;  
 Pero diósele con aditamento  
 De que primero y ante todas cosas  
 Allanase los indios rebelados,  
 Importunos entoncez y molestos  
 A Santafé, la villa de Antioquia,  
 Desde aquel tiempo que Toné cacique  
 Los hizo levantar, segun se dijo  
 En el lugar y parte que convino,  
 Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada.  
 Aceptó la merced y hizo gente  
 De caballo y de pié, y en el avío  
 Gastó crecida suma de dineros:  
 Finalmente salió de Caramanta  
 Con ochenta soldados escogidos,  
 De los cuales es uno Bernardino  
 Mojica de Guevara, varon noble,  
 En este pueblo donde yo resido  
 Vecino principal y cantoso;  
 Y en cumplimiento del real mandado  
 Fué por el año de cincuenta y siete  
 Con aquestos soldados en demanda  
 Del cacique Toné, bárbaro duro,  
 Gallardo mozo, suelto, bien dispuesto,  
 De fuerzas monstruosas y atrevido,  
 En quien nunca jamás hubo descuido  
 Para se defender de sus contrarios  
 En ciertas barbacoas, cuyos troncos  
 Gruesos, bien afijados en la tierra,  
 Subían en altura cuatro brazas,  
 Espesas las hileras, y por orden  
 Que, travesadas vigas por lo alto  
 Y dada perfección al soberado,  
 Pudieron fabricar seguramente  
 Casas pajizas para sus albergues;  
 Y lo mas alto de la barbacoa  
 Ceñido con maderos ajustados  
 Que volaban según el colgadizo  
 Que llaman los latinos meniano,  
 Tan alto que servía de muralla  
 Y amparo contra tiros estranjeros,  
 Por él hechas troneras provechosas,  
 Para poder valerse de los suyos;  
 De que tenían cantidad inmensa,  
 Lanzas muy largas, piedras ponderosas,  
 Flechas y dardos, gruesos estacones  
 Que piramidalmente van labrados  
 Hasta se rematar en subtil punta  
 Tostada, tan aguda que desmalla  
 Las mas fortificadas armaduras;  
 Empinadas á trechos grandes vigas  
 Sueltas y sin ninguna ligadura,  
 Pero de tal manera que juzgaron  
 Ser á la fabrica correspondientes,  
 Y para substentar su pesadumbre,  
 Siendo cualquiera mano poderosa  
 Para precipitalas fácilmente  
 Sobre los que llegasen descuidados.  
 Tenían abundancia de alimentos  
 Arriba recogidos, y en canoas  
 O maderos cavados agua mucha,  
 Demás de las vasijas de sus vinos;  
 Y para no perder la que del cielo  
 El pluvioso nimbo destilaba,  
 Tenían en las alas de las casas  
 Hechas de gruesas guádubas canales,  
 Cuyas corrientes iban dirigidas  
 A los vasos que estaban contrapuestos.  
 Ansimismo sembraron los caminos  
 De hoyos do cayesen los caballos,  
 Y en ellos estacones afijados,  
 Puyas por consiguiente peligrosas  
 Por unas y otras partes derramadas:  
 Todo con tal industria desfrizado,  
 Que la del español fué necesaria  
 Para poder librarse del engaño,  
 Porque Gomez Fernandez como diestro  
 A todo dió reguardo descubriendo  
 Cualquiera trompezon disimulado.  
 Y así sin sucedelles desavío,  
 Llegaron al primero soberado  
 Donde Toné tenía su morada,  
 Sus hijos y mujeres y familia,  
 Y entrellos cien gandules de pelea  
 Para defensa desta fortaleza;  
 Porque los escuadrones que hallaron  
 Opuestos al camino que llevaban,  
 Que pelearon pertinacemente,  
 Habían sido ya desharatados.  
 Salidos pues del monte mas cercano,  
 Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenía  
 De longitud hasta doscientos pasos,  
 Pero de latitud la mitad menos:  
 La cual por todas partes ocupaba  
 El fuerte y edificio de madera,  
 Y por cualquiera parte la subida  
 Para llegar á él era ladera  
 Aspera de subir y trabajosa.  
 Puestos á punto pues los españoles,  
 Por una y otra parte rodearon  
 La dicha fortaleza, defendiendo  
 Que no pudiesen indios acudilles  
 De los que estaban fuera con socorro,  
 Y requiriéndolos por muchas veces  
 A los que estaban dentro que se diesen,  
 Porque si se mostraban pertinaces  
 Los pasarían todos á cuchillo,  
 Y saliendo de paz no les darian  
 Sinsabores, agravios ni molestias:  
 Los indios respondían con las armas  
 Y con mayores fieros y amenazas,  
 Toné principalmente, que decía:  
 «Llegaos un poco mas acá, cristianos,  
 Por el tributo que se os adereza:  
 Dejaremos las armas de las manos  
 Para ponéros las en la cabeza;  
 Y aun de vosotros á los mas lozanos  
 Tengo de desmembrar pieza por pieza,  
 Porque si padecéis muerte prolija  
 La paz que me pedís quedará fija.»  
 Oídas por los nuestros las razones  
 Con otras desvergüenzas insufribles,  
 Comenzóse de veras el combate  
 Por una y otra parte, disparando  
 El arcabuceria violenta  
 Al pretil y troneras dirigida,  
 Por no dalles lugar á los contrarios  
 Para que de sus armas se aprovechen;  
 Y entre tanto los otros españoles  
 Se llegaban con mantas de madera  
 Cubiertos al enhiesto baluarte,  
 Que no podía ser sin mucho riesgo  
 A causa de las nubes que caían  
 De dardos, flechas, lanzas y de piedras  
 Y algunos estacones de los cuales  
 Uno cayó sobre Diego de Ardila,  
 Que ponía rodela por delante  
 A un soldado de los mosqueteros,  
 De tal manera, que rompió la punta,  
 La rodela, cojin y fuertes armas,  
 Y el brazo del Ardila juntamente  
 Por una y otra parte traspasado;  
 También á Bernardino de Mojica,  
 Rodelero de aquel Garcia de Arce  
 A quien despues mató Lope de Aguirre  
 En el rebelion ya referido  
 En la primera parte de mis cantos,  
 Una piedra le dió por el costado  
 Encima de las armas, que lo hizo  
 Rodar por la ladera trompicando,  
 Mas luego revolvió con mas coraje  
 Al puesto do quedó su compañero,  
 Y estando los dos juntos vio Garcia  
 Una gran viga que se despegaba  
 Del baluarte, y en aquel instante  
 Al Mojica diciendo: «¡guarda, guarda!»  
 Le dió tal empuellón que lo retrajo  
 Hartos pasos atrás, y él ansimismo  
 Se desvió con un veloce salto,  
 Y fué tan necesaria la presteza  
 Que si tardaran un solo momento  
 Allí quedarán hechos mil pedazos.  
 En esto consumieron aquel dia  
 Sin se hacer efecto provechoso,  
 Y el tiempo que duraron las tinieblas  
 Nocturnas, fué comun la vigilancia  
 Rondándose la cerca con silencio,  
 Porque se recefaban de huida,  
 A causa de tener el monte cerca;  
 Y porque les faltasen las señales  
 Y objetos á los tiros de las flechas  
 Que con obscuridad iban volando

A poco mas ó ménos en demanda  
 Del católico bando que no vian,  
 Los nuestros no quisieron hacer lumbre  
 Hasta llegar la del siguiente dia,  
 Donde se refrescaron los combates,  
 Fuegos artificiales y alcancías,  
 Baldías pues al alto no llegaban,  
 Porque con el temor de las respuestas  
 De jáculos que punto no cesaban,  
 No les daban el vuelo que pudieran  
 A no tener escudos embrazados  
 Con el cuidado que les convenia,  
 Que para las mover con llena fuerza  
 No dejaba de ser impedimento;  
 Bien que Garcia de Arce muchas veces  
 En el cañon del arcabuz cargado  
 También ponía flechas encendidas  
 Que daban en la paja de las casas,  
 Mas esto remediaban prestamente  
 Los bárbaros con agua y otras cosas  
 Que no dieron lugar á que la llama  
 Cobrase fuerza ni prevaleciese.  
 Y así permaneció la fortaleza  
 Ilesa por espacio de seis dias,  
 Sin que los defensores aflojasen  
 Ni les faltasen armas ofensivas;  
 Y al cabo deste tiempo de los nuestros  
 Solos dos escaparon sin heridas,  
 Aunque ninguna dellas peligrosa,  
 Pues por la mayor parte los catios  
 Nunca tuvieron uso de veneno.  
 Vista pues la dureza de los indios,  
 Mas eficaz remedio procuraron,  
 Y fué ponelles fuego por debajo,  
 Para lo cual trajeron mucha paja,  
 Haces lijeras que con una mano  
 Podian arronjar al pié del fuerte,  
 Con la siniestra bien arrodellados:  
 Al fin pusieron fuego, puesto caso  
 Que no faltó terrible resistencia,  
 Con industrias y mañas admirables;  
 Y como los estantes eran gruesos  
 Y la madera dellos no dispuesta  
 Para que facilmente se quemase,  
 No hicieron entonces los efectos  
 Que nuestros españoles deseaban,  
 Pero del humo las molestas nubes  
 En excesivo grado fatigaban  
 A los que ya perdian esperanza  
 De se poder valer estando dentro.  
 Y así Toné mandó que se hiciese  
 Acia la parte menos asechada  
 Un portillo pequeño por adonde  
 Saliesen las mujeres entre tanto  
 Qué razonaba con los españoles,  
 Y procurasen con veloce paso  
 Meterse por el monte mas cercano,  
 Pues tenian bien cerca la guarida  
 Y los obscuros humos ayudaban  
 Para hacello mas cómodamente.  
 Esto se puso luego por la obra;  
 Y el astuto Toné con la voz alta  
 Les dijo: « Por amor de Dios os ruego  
 Que no me pongais fuego, pues ya veo  
 Ser torpe devaneo resistencia  
 Y que mi diligencia nada presta  
 Contra vuestra molesta pertinacia;  
 Paz, amistad y gracia quiero y pido  
 Y darne por vencido con mi muro,  
 Como me deis seguro de la vida,  
 Porque soy homicida de cristianos  
 Que fueron por mis manos descompuestos,  
 Viendo sus deshonestos pensamientos  
 Y mil atrevimientos insufribles;  
 Y en casos tan terribles la defensa  
 Es en cualquier ofensa permitida.  
 Recelo mi caída, y así quiero  
 Dejar el arco fiero con sus tiros,  
 Prometiéndolo serviros llanamente,  
 Sin que jamás intente movimiento  
 Que os dé desabrimiento ni desgusto:  
 Si es lo que pido justo, dad abierta

Resolucion y cierta brevemente,  
 Para que con mi gente luego salga. »  
 Oyeron las razones declaradas  
 Por lengua que sabia su idioma,  
 Y por satisfacer á su demanda  
 Luego Gomez Fernandez le responde:  
 « Bien conozco, Toné, que guerras luengas  
 Nunca jamás se ven sin hombres muertos:  
 Temor de lo pasado no lo tengas,  
 Pues sales á pacíficos concertos;  
 Haz lo que dices, porque como vengas  
 Yo te recibiré brazos abiertos,  
 Y así lo manda la real persona  
 Que los yerros pasados te perdona.  
 » Este es el gran Filipo, señor mio,  
 Gloria de los imperios castellanos,  
 A cuya majestad y señorío  
 Obedeceñ los príncipes cristianos,  
 Y el infiel y bárbaro gentío  
 A su potente voz se hacen llanos;  
 Lo cual si haces tú como discreto,  
 Seguro de la vida te prometo. »  
 El bárbaro segunda vez promete  
 De dar la paz y ser leal amigo,  
 Debajo de lo cual muchos soldados,  
 Sin el recato que les convenia,  
 Se fueron acercando mas al muro,  
 Y á uno que llegó mas descuidado  
 Un jáculo mortal de dura punta  
 Le traspasó las intimas entrañas  
 Y dió fin á sus dias brevemente.  
 En este tiempo ya por otra parte  
 Iban huyendo acia la quebrada  
 Montuosa que estaba por delante  
 Un golpe de muchachos y mujeres,  
 Sirviéndoles el humo de cubierta;  
 Y un lusitano dicho Juan Fernandez  
 Acaso vió huir por la ladera  
 A gran priesa la gente que salia,  
 El cual dió voces á los compañeros  
 Diciéndoles: « ¡ A ellos, que se huyen! »  
 Acuden los que cerca se hallaron  
 Para los detener y hacer presa,  
 Y en este punto para defendellos  
 Arronjóse Toné por el portillo  
 Con un espada lucia castellana,  
 Despojo por sus manos adquirido,  
 Poniéndose delante de los nuestros,  
 Con tan terribles golpes y osadía,  
 Que detuvo sus pasos presurosos  
 Por dalles mas lugar á los que huyen:  
 Rebate los aceros castellanos  
 Con tal compás de piés y lijereza,  
 Y priesa de reveses tan á punto,  
 A los unos y otros acudiendo,  
 Que parecia verdaderamente  
 Estar de mil demonios revestido;  
 Y cuando ya sintió que sus mujeres  
 Y hijos estarían en el bosque,  
 Quiso desgalgar la cuesta abajo,  
 Y recelándose que Juan Fernandez,  
 Que mas se le metia por un lado,  
 Al tiempo que volviese las espaldas  
 Ejecutar podria sus intentos,  
 No saben cómo dió con él en tierra,  
 O ya podria ser caer el mismo,  
 Mas no bien acabó de caer cuando  
 Asió dél por la pierna con la mano  
 Siniestra, y arrastrando lo llevaba,  
 Segun suele hacer rapace fiera  
 Al hombre miserable que durmiendo  
 O ya velando, con imperceptible  
 Velocidad de salto lo arrebató,  
 Que si por caso gente bien armada  
 La presa le sacó dentre las manos  
 Queda miembros y huesos quebrantados,  
 Atónita, pasmada, sin sentido:  
 Y poco menos de tan mala burla  
 El fuerte y atrevido lusitano  
 Al tiempo que Toné dejó la carga  
 Por ille Bernardino de Mojica  
 Con otros dos ó tres en el alcance.

El cual por salir libre del conflicto  
 Tuvo por bien de les dejar la presa  
 Y sin ella meterse por el monte;  
 Pero de lance tan inopinado  
 El portugués quedó harto corrido  
 Y no menos molido que asombrado.  
 Entre tanto los otros españoles  
 Armados ocuparon el portillo,  
 Y algunos intentaron entrar dentro  
 Creyendo que se dieran los restantes,  
 Y que gozaran de despojo rico,  
 Que lo debía ser si no saliera  
 El esperanza vana, porque fueron  
 Con increíble furia rebatidos,  
 Y en la presura y acometimiento  
 Dos españoles valerosos muertos;  
 Por cuya causa los demás soldados  
 Avivaron el fuego retenido  
 Con cantidad de leña que pusieron  
 Por una y otra parte de la fuerza,  
 Cuyas voraces llamas dieron vuelo  
 Hasta llegar á las pajizas casas,  
 Donde la turbacion confusa corre,  
 Murmurio y alboroto descompuesto,  
 Las voces y los ojos ocupados  
 Del inconstante humo removido  
 Por el sonoro soplo de los vientos,  
 Que no les da camino por do puedan  
 Hallar algun recurso de huida.  
 Segun que muchas veces acontece  
 Andar revueltos varios animales  
 Cuando suelen indios cazadores  
 Quemar zavasas altas en verano,  
 Que viéndose de fuego rodeados  
 Corren acá y allá con desatino,  
 Y cuanto mas el fuego se recoge  
 Y en mas breve distancia los congrega,  
 Mayor es el confuso movimiento,  
 Bullicio, confusion, desasosiego,  
 Hasta que vivas llamas los ahogan:  
 Así los miserables se confunden  
 Unos sobre los otros apiñados,  
 Adonde perecieron brevemente;  
 Verdad sea que muchos antes desto  
 Con miedo del incendio peligroso  
 Salieron y se dieron desarmados  
 A la disposicion de nuestra gente,  
 Mas otros duros, malos, pertinaces,  
 Tomaron por remedio mas acepto  
 Ser del lamite fuego consumidos,  
 Tanto que si sus hijos y mujeres  
 Querian evadirse del peligro  
 Ellos con manos impías, crueles,  
 Al fuego los volvían, donde fueron  
 Los unos y los otros abrasados;  
 Y así se dió fin á la fortaleza  
 Deste valle que llaman Penderisco.  
 Ahorcaron algunos después desto  
 De los que se prendieron, y cortaron  
 Manos, sin que mostrasen sentimiento  
 Al golpe del machete los pacientes,  
 Antes ejecutada la sentencia  
 Metian ellos mismos en el fuego  
 La sangrienta lision del trunco brazo  
 Quemando fuertemente la herida;  
 Y estos con libertad desenfadada,  
 Al tiempo de salir dentre los nuestros  
 Iban diciendo dellos mil blasfemias,  
 Afrentas, vituperios y amenazas.  
 Después que castigaron estos indios  
 Caminaron dos leguas adelante,  
 Adonde reposaron algun tiempo  
 En un asiento llano y apacible  
 Hasta convalecer de las heridas;  
 E ya recuperada mejoría  
 Determinaron ir á Nogobarco  
 A combatir el fuerte que tenia  
 En parte mucho mas inespugnable,  
 Y en él hombres de guerra solamente,  
 Absente la demás imbele chusma.  
 Tenian los pertrechos y adherentes  
 Que del primero dije, pero tantos

Que sin faltalles abundantemente  
 Podian sufrir cerco muchos dias;  
 Y así lo defendieron treinta y nueve  
 Con gran obstinacion, y fué la causa  
 Ser muy mas empinadas las laderas  
 Do fué la fundacion del edificio,  
 Al cual pusieron cerco por dos partes,  
 Haciendo sus trincheas y reparos  
 Por no ser ofendidos de los tiros  
 De que diurnas y nocturnas horas  
 Daban en el real nubes espesas,  
 Sin que por parte de los españoles  
 Se pudiese hacer efecto bueno  
 A causa de ser agria la subida.  
 Y así, porque con salitrosos tiros  
 Señoreasen mas la fortaleza,  
 Y desde lugar alto descubriesen  
 Y viesen los ocultos defensores,  
 Tentaron de hacer un baluarte  
 Alto, donde subiesen diez ó doce;  
 Pero cuando los palos arbolaban,  
 Fueron tantos los jáculos y piedras,  
 Que hirieron en piernas y cabezas  
 La mayor parte de la gente noble  
 Que ponian las manos en la obra,  
 Y á Bernardino de Mojica dieron  
 Con violenta piedra la herida,  
 Cuya cicatriz hoy se manifiesta  
 En la mejilla del venusto rostro;  
 Y así paró la máquina que digo.  
 Pero con presurosa diligencia  
 Volvieron á las mantas de tablones,  
 Con las cuales tentaron muchas veces  
 Llegar al ligneo muro; mas por bajas  
 Troneras asomaban gruesas picas  
 Bien de cincuenta piés, con duras puntas,  
 Que cantidad de indios meneaban,  
 Y con ellas herian malamente  
 Los piés que no podian ir cubiertos;  
 Y aunque Garcia de Arce, cuyos tiros  
 No menos que de Febo fueron ciertos,  
 Hacía mucho daño con las postas  
 Que cargados cañones escupian  
 Contra los asechantes agujeros,  
 No por eso faltaban indios sanos  
 Que luego socorrian y estorbaban  
 El acometimiento de los nuestros.  
 Y un Valdelomar, mozo robusto,  
 De grandes fuerzas, hombre corpulento,  
 Con su celada fuerte y otras armas  
 Y una media burra de madera,  
 Fué por el reventon mas adelante,  
 Pero no sin castigo peligroso,  
 Porque violenta piedra con su golpe  
 Abolló la celada borgoñona  
 Y dió con él en tierra cuasi muerto,  
 Diciendo: «¡Dios me valga!» y al momento  
 Fué socorrido de los compañeros,  
 Que fuera lo sacaron aturdido  
 Y con herida grave, cuya cura  
 Tardó no poco número de dias.  
 Vista pues la dureza de los indios  
 Y cuán bien defendian su partido,  
 Procuraron valerse de la leña  
 Para ponelles fuego, segun antes  
 Les convino hacer en Penderisco;  
 Mas con aquellos largos hurguneros  
 La desviaban toda facilmente  
 Haciéndola rodar la cuesta abajo  
 Por ser de reventones muy enliestos.  
 Y en esta porfiada pesadumbre  
 Habian consumido treinta dias,  
 Los unos y los otros fatigados,  
 Tanto que ya los bárbaros cesaban  
 De las continas gritas y algazaras  
 Con que vituperaban á los nuestros,  
 Antes con reportadas apariencias  
 Estaban en un tácito silencio,  
 Tal que los españoles sospechaban  
 O que dormian ó que estaban muertos;  
 Y así determinaron dos soldados,  
 Francisco Barco y Cristóbal Gonzalez,

Mancebos animosos y lijeros,  
 Una siesta llegar táticamente  
 Por parte mas oculta y encubierta,  
 Y entralles en el fuerte gateando  
 Por los estantes que caian fuera,  
 Armados de sus sayos estofados,  
 A las espaldas puestos los escudos,  
 Ceñidas las espadas y las dagas :  
 Lo cual efectuaron, pero cuando  
 Llegaban cerca para saltar dentro,  
 Acudieron rabiosos defensores  
 Con gran ruido, grita y alboroto  
 Y diferentes armas en las manos,  
 Con que precipitaron mal heridos  
 A los determinados compañeros,  
 Los cuales se volvieron a sus ranchos  
 Con harto mayor prisa que vinieron,  
 Y fué bien menester su lijereza  
 Para se defender de la creciente  
 De jáculos y piedras que tras ellos  
 Iban encaminadas por los aires.  
 Tuvieron después desto los cercados  
 Grande solicitud y vigilancia  
 En se velar las noches y los días,  
 No sin aquellas gritas que solian  
 Con afrentas, oprobios y amenazas :  
 Un bárbaro ladino mayormente  
 Se solia poner en cierta parte  
 En lo alto del fuerte cada noche,  
 Confiado de que con obscurana  
 Tiro no le podia hacer daño,  
 Y en lengua castellana les decia  
 Desvergüenzas y dachonestidades ;  
 Pero Garcia de Arce, puesto caso  
 Que no podia ver al que hablaba,  
 Do sonaba la voz guió la hala,  
 Y fué con tan buen tino que con ella  
 Hizo que resollase por el pecho,  
 El cual con el angustia de la muerte  
 Cayó dando gemidos lamentables.  
 Pero los otros, porque no sintiesen  
 Los nuestros las querellas del caido,  
 Cantaban y hacían gran estruendo ;  
 Y él mismo les decia : « Ya mi vida  
 Conozco ser rendida de la muerte,  
 Y cómo se convierte mi sentido  
 Al fin aborrecido que tenemos ;  
 No pueden los extremos de tristura  
 Callar la desventura y el tormento  
 Del gran dolor que siento, y al mas lleno  
 Juicio le es ajeno sufrimiento  
 Que como veloz viento se le aleja ;  
 Es el dolor de queja muy pariente  
 Y del triste doliente la querella,  
 Y así me voy con ella deslizando ;  
 Mas porque los del bando peregrino  
 No sientan mi mezquino acabamiento,  
 Será de gran momento lo que ruego,  
 Y es que me mateis luego, sin tardanza,  
 Y que tomeis venganza de mi muerte. »  
 Esto pusieron ellos en efecto,  
 Y aun por ventura fué mantenimiento  
 De sus voraces vientres, como suelen.  
 Después los bárbaros por un portillo,  
 Lugar secreto bien disimulado,  
 Salían muchas noches con sus armas  
 Y daban en el campo de los nuestros  
 Con impetu terrible, de tal suerte  
 Que no dejaban de hacelles daño,  
 Y fuera mucho mas si no tuvieran  
 Los españoles suma vigilancia,  
 Estando todos bien apercebidos,  
 Sin reservar heridos ni dolientes.  
 E ya, del largo tiempo fatigados,  
 Algunos murmuraban y quisieran  
 Dejar aquel empresa de las manos,  
 Y efectuar su principal viaje  
 En busca de la tierra del Dabaibe,  
 Pareciéndoles ser tiempo perdido  
 Aquel que se gastaba porfiando  
 En allanar aquella fortaleza  
 Al parecer comun inespugnable ;

Mas Francisco Moreno, valeroso  
 Soldado, de los viejos de Antioquia,  
 A quien después mató Gaspar de Rodas  
 En singular certamen combatiendo,  
 Levantóse del lecho mal herido,  
 Y dijo las palabras que se siguen :  
 « Espántome, señores, grandemente  
 Deste mal acordado movimiento,  
 Y de que pechos de tan diestra gente  
 Conciban semejante pensamiento,  
 Pues soltar de las manos lo presente  
 Es dar a los demás fuerzas y aliento,  
 Y en vez de domeñar duras cervices  
 Plantar para mas guerra mas raices.  
 » Lo que nos cumple para paz entera  
 Y dar a lo demás abierto tajo,  
 Es deshacer aquesta ladronera  
 Que nos ponen aquí por espantajo,  
 Porque haciéndolo desta manera  
 Lo demás allanamos sin trabajo ;  
 Mas si con su dureza dejáis esta,  
 La tierra toda queda descompuesta.  
 » Las armas nos tenemos en la mano  
 Y a nuestros enemigos tras paredes :  
 Nunca Dios mande que el honor hispano  
 A menos venga por vuestras mercedes ;  
 Perseverad, pues tarde que temprano  
 Han de venir a dar a vuestras redes,  
 Y queriendo hacer mas asistencia  
 Maña no faltará ni diligencia. »  
 Estas y otras razones dijo, como  
 Vecino de la villa de Antioquia,  
 En cuyos propios términos caian  
 Las gentes que venían allanando ;  
 Y así Gomez Fernandez informado  
 De lo que los soldados procuraban,  
 Les declaró su voluntad diciendo :  
 « Merece punición aquel que anda  
 Tractando semejante desvario,  
 Y aquesta no será con mano blanda  
 Cuando tentare de hacer desvío,  
 E yo no lo haré desta demanda  
 Hasta ya dalle fin ó ver el mio,  
 Y para dallo sin que mas se espere  
 Cada cual haga lo que yo hiciere. »  
 A questo dicho, fué por su persona  
 A la roca que estaba mas cercana,  
 Cultura de los bárbaros cercados  
 Que contenia cantidad de leña,  
 Y sobre sus antiguos hombros puso  
 Un ponderoso hace, y arrojólo  
 Al pié de la ladera que distaba  
 Doscientos pasos de la fortaleza ;  
 Y todos los demás por muchas veces  
 Hicieron esto mismo, hasta tanto  
 Que se llegó crecida copia della.  
 Armáronse las mantas después desto,  
 Burras y medias burras de madera,  
 Y detrás dellas gente que hacia  
 Hoyos con barras y otros instrumentos,  
 Donde hincaban palos en hilera  
 Como cuarenta piés del alto fuerte,  
 Atravesando varas por los palos  
 A manera de seto mal tejido,  
 Pues era solamente por respecto  
 De que la leña no se deslizase  
 Por la clivosa y áspera subida  
 Cuando los pertinaces defensores  
 Usasen del astucia que solian ;  
 Lo cual hicieran ellos fácilmente  
 A no hallar obstáculo delante  
 Y violentas balas que volaban  
 A las troneras bajas y a las altas,  
 Defendiendo por una y otra parte  
 Los hombres ocupados en la obra.  
 La cual concluida como deseaban,  
 Y cercada la parte que podia  
 En alguna manera ser bollada,  
 Cubiertos de los cóncavos escudos  
 A causa de los jáculos y piedras  
 De que siempre llovía muchedumbre,  
 Iban las diestras manos arrojando

Con gran solicitud la seca leña  
 Entre la fortaleza y el cercado,  
 Tanto que ramas, pajas y fomentos  
 Subieron dos estados en altura,  
 Bastante para lo que pretendian;  
 Mas como ya la sombra de la noche  
 Venia los objetos encubriendo,  
 Esperaron al día venidero  
 Para ponerle fuego, porque nadie  
 De los que dentro de la fortaleza  
 Estaban escapase de ser preso.  
 Y el capitán y los demás soldados  
 Nunca se divirtieron de aquel puesto,  
 Las armas en la mano todas horas,  
 Sin que por el espacio de la noche  
 A los cansados miembros se les diese  
 Aquel regalo que se les debía;  
 Y no menos los indios procuraban  
 Desbaratar la máquina compuesta  
 Usando mil astucias y cautelas,  
 Hasta les arronjar vasos inmundos  
 De fétidos y sucios excrementos,  
 Pero ningunas cosas fueron parte  
 Para desarriarlos de la leña;  
 Hasta tanto que ya febea lumbre  
 Vino tendiendo sus dorados rayos  
 Por aquel hemisferio y horizonte,  
 Y antes que comenzasen los incendios  
 Los llamaron de paz, y les hicieron  
 Requerimientos y protestaciones  
 Baldías. Y así, vista su dureza,  
 Poner fuego se tuvo por remedio,  
 Cuya veloce llama fué subiendo  
 Hasta llegar á los pajizos techos;  
 Lo cual visto por ellos, paz pedian  
 Algunos, y esos no sin arrogancia,  
 Porque decían: «Ya sabeis, cristianos,  
 Cuasi que tanto como los catios  
 En astucias y en ardidés de guerra.»  
 Al fin salieron muchos, pero como  
 Estaban represados mil enojos,  
 Algunos fueron muertos por los negros  
 Esclavos que venian en el campo  
 Y aun por los españoles agraviados;  
 Otros prendieron, y otros mas protervos,  
 Con verse ya cercanos á la muerte,  
 Siempre permanecieron peleando  
 Desde la fortaleza, hasta tanto  
 Que ya se convirtieron en ceniza;  
 Y á vueltas de otros muchos que hirieron  
 Antes de ver su trance postrimero,  
 Dieron á Bernardino de Mojica  
 En un hombro con piedra ponderosa,  
 Con tal quiebra de huesos, que este día  
 En tiempos pluviosos y revueltos  
 No deja de sentir algun trabajo.  
 Algunos aborcaron de los presos,  
 Y el uno dellos, cuando pregonaban  
 «El rey manda hacer esta justicia»  
 Dijo con un desgaire desdenando:  
 «¿Qué rey, qué rey es ese que lo manda?»  
 Y el capitán, por ver el desacato  
 Y aquel torvo mirar y furibundo,  
 Mandó soltar un perro furioso,  
 En estas cazas muy ejercitado,  
 Que con impetuoso movimiento  
 Fajó con él, y estándolo comiendo  
 El indio le decía: «Come, come»,  
 Sin que de su tormento diese muestra,  
 Formase queja ni torciese gesto.  
 Los demás enviaron libremente,  
 Algunos sin narices y otros mancos,  
 Que fueron pocos y de los mas viejos  
 Que siempre suelen ser mas indomables;  
 Y los que de lisiones iban libres  
 Llevaban todos cruces en las manos,  
 Encomendándoles que convocasen  
 Sus amigos, sus deudos y parientes  
 A la paz y amistad de los cristianos,  
 Lo cual ellos hicieron con haneza;  
 Y así vinieron muchos, de los cuales  
 El uno fué Toné, que después deste

Castigo guardó paz inviolable.  
 Entró Garcia de Arce mas adentro  
 De las montañas con alguna gente,  
 Y con él Bernardino de Mojica,  
 Y allanaron algunas barbacoas  
 De menos importancia; y esto hecho,  
 En cumplimiento de lo que mandaron  
 Los jueces de la real audiencia,  
 A la poblacion fueron de Antioquia,  
 Donde poblaron, y quedó con veinte  
 Soldados un Francisco Barahona,  
 Cuya refundacion duró muy poco,  
 Por no ser parte para sustentarse.  
 Partió Gomez Fernandez con los otros,  
 Que serian ochenta, prosiguiendo  
 Aquella gran noticia del Dabaibe,  
 Rompiendo por montañas tenebrosas,  
 Con tantas desventuras y trabajos  
 Que seria particularizallas  
 Entrar en un confuso labirinto;  
 Y muertos dellos ya la mayor parte,  
 Viendo su perdicion y desavio,  
 En balsas se bajaron navegando  
 Por el rio que llaman de las Redes  
 Hasta las playas de la mar del Norte,  
 Desde donde los pocos que quedaron  
 Aportaron con riesgos increíbles  
 A Tulú y á la mar de Cartagena.  
 Donde Gomez Fernandez, no cansado  
 De tan adversos trances, hizo gente,  
 Y con hasta sesenta compañeros  
 Volvió por mar en unos bergantines,  
 Que lo desembarcaron en las playas  
 De aquel rio que llaman Oromira;  
 Mas oro no miró, sino trabajos,  
 Hambre, calamidad, penalidades,  
 Que para las hacer encarecidas  
 Basta ser tales cuales se padecen  
 En los apócrifos descubrimientos.  
 Y así por no hallar tierra dispuesta  
 Para hacer morada permanente,  
 Tomó la derecera de Antioquia,  
 Atravesando cienagas y rios,  
 Montañas y breñales pluviosos,  
 Donde la dura hambre dió remate  
 De muchos ó los mas desta compañía;  
 Y cuando los restantes allegaban  
 A Tabebe, provincia que confina  
 Con el fértil terreno de Antioquia,  
 Do quedaba poblado Barahona,  
 Los indios viéndolos debilitados,  
 Enfermos, flacos, flojos, consumidos,  
 Dieron en ellos, y al primer encuentro  
 Mataron fácilmente tres ó cuatro,  
 E yendo ya los otros de vencida,  
 Huyendo de la muerte que llevaban  
 Consiigo, si las manos acobardan,  
 El buen Francisco Barco les decía:  
 «Parad, parad, parad, gente perdida,  
 Que si no haceis cara, nada presta  
 En trance semejante la huida;  
 El auxilio de Dios es el que resta,  
 Las manos y el espada bien regida:  
 A ellos, pues sabeis ser mas honesta  
 La muerte peleando, que huyendo,  
 La cara vida y el honor perdiendo.»  
 El capitán lo mismo les decía,  
 De quien no se apartó Francisco Barco;  
 Y así volvieron todos, y acometen  
 Como rabiosos perros á los indios,  
 Porque el temor sacó de la flaqueza  
 Briosas fuerzas y gentil denuedo,  
 Con que hicieron hechos admirables,  
 Tanto que se creyó que meneaba  
 Virtud superior piernas y brazos;  
 De cuyos golpes atemorizados  
 Los indios los dejaron y huyeron,  
 Y ellos continuaron su camino,  
 En el cual los que dellos perecían  
 Los apartaban fuera grande trecho,  
 Porque si les viuesen dando caza  
 Esta disminucion no conociesen.

Al fin, con esta grave pesadumbre  
Llegaron á Antioquia, do pensaban  
Hallar algun refugio; pero cuando  
No vieron español en el asiento  
Donde quedó poblado Barabona,  
Crecieron las congojas y el desmayo  
Y la desconfianza de la vida.  
Mas en aqueste tiempo ya tenian  
En Santafé noticia por los indios  
De paz cómo venian mal parados,  
Y en ese mismo punto despacharon  
Algunos españoles, y cargados  
Con ropas y alimentos yanaconas,  
Para favorecellos entre tanto  
Que llegaban allá los miserables.

Estos los encontraron, pero tales  
Que corazon humano no pudiera  
Dejar de derramar lágrimas vivas:  
Fueron los que venian veinte y cuatro,  
Y destos, ya cercanos á la villa,  
Con regalallos todo lo posible,  
Los tres ó cuatro dellos perecieron;  
Y los restantes que llegaron vivos  
Fueron tratados generosamente  
Por la gran caridad de los vecinos.  
E ya Gomez Fernandez reformado,  
Partió para su casa que en Encerma  
Tenia, con cuadrillas en las minas,  
Que mientras él absente le sacaron  
Mas de sesenta mil pesos de oro:  
Alivio singular y recompensa  
De costas hechas en aquel viaje,  
Do nunca lo dejó Francisco Barco  
Hasta ponello dentro de su casa;  
Y visto su leal comedimiento,  
Con experimentada valentia  
En aquella jornada trabajosa,  
Fué deste capitán favorecido.  
El cual vino después al Nuevo Reino,  
Y dada cuenta de lo sucedido  
A los jüeces del real senado,  
Por cuya comision él se dispuso  
A la ciega demanda del Dabaibe,  
Partió poco después para Castilla,  
Adonde, todavia con su tema,  
El gobierno pidió de los chocoes,  
Que por el gran Filipo le fué dado;  
E ya cuando venia con el cargo  
Dentro de la ciudad de Cartagena  
Cortó la dura parca sus diseños,  
Los cuales acabaron con su vida.  
Autorizaron estos funerales  
Pocos de los antiguos conocidos,  
Porque ya los amigos de su tiempo  
Gustado habian deste mismo trago;  
Mas no faltó quien sobre su sepulcro  
Mandó poner la letra que se sigue:

Aquí yax Gomez Fernandez  
En lugar estrecho puesto,  
Antes allivo y enbuelto;  
Pero las cosas mas grandes  
Vienen á parar en esto.  
Tuvo presuncion subida,  
Sin temor de la caída,  
No queriendo conocella  
Con esperanza de vida,  
Que es lo mas inclerto dells.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la gobernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo.

Del ejemplo pasado se colige  
Cómo nunca jamás al apeltito  
Humano sucedió suerte tan llena  
Que con aquella quede satisfecho;  
Y así no pocas veces acontece  
Que por subir á mas altiva cumbre  
Los hombres que vivian descansados  
Con una moderada pasadia  
Caen en los trabajos y aflicciones  
Que la necesidad trae consigo.

Destos ha sido Melchior Velazquez,  
De quien he de tractar en lo que resta  
Para dar fin á la tercera parte,  
Porque con su discurso se concluye  
Lo que de Popayán es dependiente.

Este hidalgo pues, siendo vecino  
De la ciudad de Buga, que confina  
Con tierras del Chocó do voy entrando,  
Teniendo buena suerte por servicios  
Hechos en allanar aquella tierra  
Y otras muchas provincias belicosas,  
Como tuviese nuevas de la muerte  
Del otro capitán Gomez Fernandez,  
Y se hallase con algun posible  
Para subir á dignidad mas alta,  
Importunado fué de sus amigos  
A demandar al rey aquel gobierno  
Con aquella esperanza cudiciosa  
Que su predecesor también tenia,  
Por ser, segun habemos declarado,  
Una pasta de oro toda ella,  
Aunque no con aquellas qualidades  
Que para la poblar son necesarias;  
Mas con pensar que yendo mas adentro  
Hallarian terrenos apacibles,  
Envió sus despachos á la corte,  
Que fueron á su gusto proveidos,  
Vista la cualidad de su persona  
Y méritos bastante bien probados.  
Y autes que los recados le viniesen  
Entró con cien soldados descubriendo,  
Y en un rincón halló las poblaciones  
De los indios que llaman coronados,  
Con otros que se llaman los tutumas,  
Que los unos y otros computados  
Se llegarían á seis mil vecinos.  
Malos de conquistar por ser valientes  
Y bien ejercitados en sus armas;  
Pero su buena maña pudo tanto  
Que los hizo venir á servidumbre,  
Y en sitio para pueblo conveniente  
A la ciudad de Toro dió cimiento  
Que promete perpetua permanencia  
Por la riqueza grande de sus minas.  
Entró mas adelante conquistando  
Indios que competian con tutumas,  
Que á la nueva ciudad contribuian,  
Y eran de los chocoes infestados,  
Y dellos trajo copia de captivos,  
Joyas y de veneras rica muestra,  
De que quedó mas engolosinado.

En este mismo tiempo gobernaba  
Bartolomé de Mazmela la tierra  
De Popayán, el cual le dió licencia  
A Francisco Redondo, que es vecino  
De Cali, hijo de Antonio Redondo,  
Para hacer entrada por aquellas  
Montañas, cuya fama se extendia  
Cerca de la riqueza de sus venas;  
Mas este capitán salió huyendo  
Con pérdida de muchos españoles  
Que le mataron en algunos pasos  
Los bravos defensores de su tierra.  
Y entonces le llegaron los despachos  
Al Melchior Velazquez del gobierno,  
Los cuales recebidos hizo gente,  
Y juntaria como cien soldados  
Con quien consumió copia de dineros  
Dádoles los avios necesarios.

Entró con ellos pues por las montañas,  
Llevando falsas guias de chocoes  
Que desviaron maliciosamente  
A nuestros españoles de los pueblos  
Que prometieron dalles en las manos,  
Y así fueron guiando por un rio  
En una y otra parte mal poblado;  
E ya reconocida la malicia  
Por ser la dilacion de muchos dias,  
Apartadas las guias y la lengua,  
India ladina de su propria casta,  
El Melchior Velazquez les pregunta:  
«¿Por qué me habeis mentido y engañado

Usando de tan gran maldad conmigo,  
 Trayéndome por este despoblado  
 Sin gente, sin labor y sin abrigo?  
 Con grau razon estoy determinado  
 De dáros duro y áspero castigo,  
 Para que los demás con escarmiento  
 Enmienden este gran atrevimiento. »  
 El indio mas antiguo le responde:  
 « Tengo por acertados los engaños  
 Evitando los daños y los males  
 De nuestros naturales y parientes,  
 Por no dallos á gentes estranjeras,  
 Y tú mismo hicieras otro tanto:  
 Usa, que no me espanto de la pena,  
 Pues estoy en cadena detenido:  
 La muerte yo la pido, yo la quiero  
 Contento, pues que muero sin ofensa  
 Y por justa defensa de mi tierra. »  
 El Melchior Velazquez reportóse  
 Oyendo lo quel bárbaro decia,  
 Y con amenazallo solamente  
 Cumplió con sus enojos y pasiones;  
 Y luego hizo junta de su gente  
 Para tomar acuerdo resóluto  
 En determinacion de su viaje,  
 Y á todos les habló desta manera:  
 « Amigos, mala burla nos han hecho  
 Los indios que traíamos por guias  
 Saltando del camino mas derecho  
 En solitarias y dudosas vías,  
 Por donde caminamos sin provecho  
 Por tan crecido número de dias  
 Sin descubrir terreno que contente,  
 Ni cosa de que el campo se sustente.  
 » De cuya causa yo me determino,  
 Viendo tan enfadosos trompezones,  
 De no proseguir mas este camino  
 Ni meteros en otras confusiones,  
 Sino volver atrás é ir á tino  
 En demanda de aquellas poblaciones,  
 Porque las guias, como no se mueran,  
 Nos las tienen de dar aunque no quieran.  
 » Orden daremos para que se ablanden  
 Y sean mas sinceros ó sencillos:  
 E ya que con engaños se desmandan  
 Por los hilos se sacan los ovillos,  
 Pues caminos ternán por donde anden  
 Por los cuales podremos descubrirlos:  
 Aquesto me parece y esto siento  
 Debajo de buscar vuestro contento. »  
 Oidas las razones, todos ellos  
 Le respondieron cómo no tenían  
 Querer ni voluntad mas que la suya,  
 Y aquella seguirian donde quiera  
 Que le pluguiese de hacer viaje.  
 Con esto se volvieron á sus ranchos,  
 Y un clérigo de misa que llevaban  
 Oyó, parece ser, algunas cosas  
 De lo que prometieron diferentes,  
 Y al Melchior Velazquez en secreto  
 Le dijo: « Procurad otro concierto,  
 Porque me consta ser gente doblada,  
 Y si volveis atrás tengo por cierto  
 Que os tienen de dar todos cantonada,  
 Pues murmuran de vos al descubriendo  
 Pesantes de venir en la jornada:  
 Remédiese no sero, sino serio,  
 Y creed que no hablo sin misterio. »  
 El buen gobernador quedó confuso,  
 Y porque no saliesen de las redes  
 Estuvo dando trazas y tanteos  
 No sin fatiga del entendimiento:  
 Y al cabo tuvo por mejor remedio  
 Bajar en balsas por aquel gran río  
 Que parecia sesgo y apacible  
 Para poder por él ir navegando  
 Una y otra ribera descubriendo.  
 Mandó hacer las balsas otro día,  
 Y cada camarada tuvo cargo  
 De componer los palos en que fuese  
 Con fuertes ligaduras amarrados,  
 De manera que sin tocar al agua

Podian ir personas y adherentes;  
 Una sola canoa razonable  
 Do Melchior Velazquez navegaba  
 Con seis arcabuceros, recogiendo  
 Las balsas rezagadas que quedaban  
 Por mil inconvenientes que suceden.  
 Y habiendo desta suerte navegado  
 Tanta distancia como de diez leguas,  
 Dieron las balsas repentinamente  
 Encima de un raudal impetuoso  
 De peñas descubiertas y cubiertas,  
 Donde se trastornaron sin remedio  
 Así las balsas como la canoa,  
 Y cada cual por escapar la vida  
 Asidos de los frágiles navios  
 Sustentaban los cuerpos en el agua;  
 Pero celadas, cotas, arcabuces  
 En busca fueron luego de su centro,  
 Y arrebataados de la gran corriente  
 Los sayos estofados y rodelas  
 Y los demás reparos de vestidos  
 Acia la mar del Sur iban nadando,  
 Dejándose los dueños á lo largo,  
 Sin esperanza de poder cobrallos.  
 Salieron pues los nuestros á la playa,  
 Mas por milagro que por fuerza suya,  
 Los unos de los otros divididos,  
 Segun mejor podia cada uno,  
 Sin recurso de ropa que mudasen  
 En vez de la que sacan empapada;  
 Y juntos fué comun el desconuelo.  
 En hambre y desnudez todos iguales,  
 Aunque mas perdidos quien habia  
 Hecho la costa del aviamiento.  
 Al fin como se viesen descompuestos  
 Y de tantas angustias rodeados,  
 El último remedio fué volverse  
 A Toro, con trabajos que no pueden  
 En prolijo papel ser numerados;  
 Y así llegaron tales que gastaron  
 Dos años y algo mas en reformarse.  
 Al cabo de los cuales el Velazquez  
 Tuvo noticia de los noanamas,  
 Provincia del Chocó, de quien tractamos,  
 Y con aquel deseo virtuoso  
 Que tienen corazores generosos  
 Con celo de vivir después de muertos  
 Dejando por sus hechos buena fama,  
 Armó como setenta compañeros  
 De todás armas bien aderezados,  
 Y entró con ellos siempre por caminos  
 De gran dificultad, hasta que dieron  
 En un gran río cuya travesia  
 Era dos veces mas en la distancia  
 Quel río grande de la Magdalena,  
 Y en las riberas del algunos pueblos  
 Cuyos caminos eran por el agua,  
 Sirviéndose de barcas ó canoas  
 En todos sus negocios y contractos.  
 Y en el primero pueblo que se vido  
 En la contraria banda situado  
 Habia cantidad de plantanales  
 Que las orillas frescas ocupaban,  
 Racimos sazoados y maduros  
 Pendientes de las plantas, convidando  
 A los que se llegaron con canoas,  
 En que vinieron del opuesto lado;  
 Y con decillas Melchior Velazquez  
 Que no llegasen á los plantanales,  
 No fuesen las Hespérides aquellas  
 Donde el dragon guardaba las manzanas,  
 Con la cudicia del suave fruto  
 Fáltóles obediencia, y acometen  
 Sin orden divididos, derribando  
 Aquí y allí racimos á porfia,  
 Sin recelar el daño que tenían  
 Cercano, pues estaban emboscados  
 Dentro del platanal bárbaros fieros,  
 Que cuando mas los vieron embebidos  
 Salió la multitud y torbellino  
 Con acometimiento furibundo,  
 Y del primer encuentro se llevaron

Once soldados con sus arcabuces.  
 Recógense los otros, y detienen  
 Aquella tempestad impetuosa  
 Defendiéndose dellos un buen rato,  
 Y el Melchior Velazquez á la grita  
 Acudió con los que con él estaban,  
 Y allí le traspasaron el un brazo;  
 Pero con su venida los salvajes,  
 Por faltalles ya tiros, se desvian  
 Y se precipitaron en el agua,  
 Cortándola con brazos desenvueltos.  
 Como gente que en estos menesteres  
 Sabia diestramente menearse,  
 Y así no fué posible tomar indio,  
 Muchacho ni mujer de quien pudiesen  
 Saber lo que la tierra contenia.  
 Quedando pues los vivos afligidos  
 Por la grande desgracia sucedida,  
 Pasaron á la banda do dejaban  
 Los ranchos asentados y el servicio,  
 Y su pasaje fué muy trabajoso  
 Y no sin grande riesgo de la vida.  
 Allí, por venir muchos mal heridos,  
 Se detuvieron por algunos dias,  
 Al cabo de los cuales una noche  
 En el postrero cuarto segundaron  
 Los bárbaros con otra rociada,  
 Y acometieron con tan grande furia  
 Que fueron removidos de su campo  
 La mayor parte de los españoles,  
 Los mas dellos heridos, y dos muertos,  
 Y el Melchior Velazquez el un muslo  
 Por una y otra parte traspasado;  
 El cual con la presteza que cumplia  
 En orden puso todos los soldados,  
 Así los sanos como los enfermos,  
 Y tal prisa se dieron las espadas  
 Que los feroces bárbaros perdieron  
 El campo con la presa que tenían,  
 Tomando por guarida la del río,  
 Dejando nuestra gente maltratada.  
 Y así considerando cuán sin fruto  
 El tiempo se gastaba, requirieron  
 A su gobernador que se volviese,  
 Y como no podia hacer menos,  
 Condescendió con lo que le rogaron:  
 Efectuóse luego la partida;  
 Pero como salieron lastimados  
 Y sin ajenos piés que socorriesen,  
 Por tierras montañosas sin refugio,  
 Comiendo tallos de silvestres plantas  
 Y cosas mas inmundas, veinte dellos  
 Dieron fin á trabajos con la muerte,  
 Y del gobernador lo mismo fuera  
 A no tener en esta desventura  
 Un noble hijo de su mismo nombre  
 Que en todos los trabajos padecidos  
 Nunca jamás faltó de su presencia,  
 Cumpliendo fielmente lo que deben  
 Los buenos hijos al amor paterno.  
 Llegaron pues á Toro los restantes,  
 Donde fueron caritativamente  
 Curados y á salud restituidos.  
 Pasáronse después algunos meses,  
 Y el Melchior Velazquez con deseo  
 De mas acrecentar aquel gobierno,  
 Como ya se sintiese fatigado  
 De los trabajos, y con largos dias,  
 Al hijo le mandó recoger gente  
 Para buscar aquellas poblaciones  
 De que tuvo primero la noticia;  
 El cual usando de las comisiones  
 Llegó setenta y cinco compañeros,  
 Con los cuales entró por la montaña.  
 Y en breve tiempo dió con los asentos;  
 Pero hallólos todos despoblados,  
 Desiertos y sin nuestra de cultura.  
 Dos ó tres indias viejas solamente  
 Ovieron á las manos, y otros pocos  
 De indios muy enfermos consumidos,  
 Y preguntándoles adónde estaban  
 Todos los moradores de la tierra,

Respondieron con lloro no fingido  
 Que todos los barrió cruel y brava  
 Peste que por allí se padecia:  
 Esto reconocieron claramente  
 Por infalibles muestras y por cuerpos  
 Que por haber faltado manos sanas  
 No se les dió terrena sepultura.  
 Volviéronse con esta mala nueva  
 Y sin otra ganancia ni provecho  
 Que lástima, dolor y pesadumbre,  
 Cual la tenemos hoy en este reino.  
 Pues por la era del de ochenta y ocho  
 Hubo tal mortandad de naturales,  
 Que los diamantinos corazones  
 A tierno sentimiento se movieran,  
 Viendo cómo la flor de todos ellos,  
 Mozos y mozas en edad florida,  
 Y de los nobles jóvenes patricios,  
 Damas de gran primor y gallardia,  
 Eran arrebatados de la furia  
 De aquella tempestad tierra y horrible,  
 Sin que bastasen curas ni remedios,  
 Solicitud, cuidado, diligencia  
 De amos ni de médicos peritos,  
 Con largos gajes, premios y salarios  
 Que cada cual vecino prometia  
 Deseando salud á su familia;  
 Y no bastando ya fuerzas humanas  
 Para cesar la plaga de viruelas  
 Que todo lo barria y asolaba,  
 Ocurrimos al Médico supremo  
 Con cristianas y pias diligencias,  
 Procesiones, ayunos y limosnas,  
 Que ciertamente se hicieron muchas  
 En este pueblo donde yo residio  
 Y en todos los demás del Nuevo Reino.  
 Pero desta ciudad llamada Tunja  
 Fueron por una imagen de la Virgen  
 Que está en Chiquinquirá, pueblo de indios  
 Que dista deste mas de siete leguas,  
 Do la bondad de Dios ha comenzado  
 A se mostrar con altas maravillas,  
 Sanando ciegos, cojos y tullidos,  
 De que daremos cuenta mas estensa  
 En otra parte, dándome Dios vida.  
 Trájose con debida reverencia  
 Sérico palio, hachas encendidas,  
 Y era para notar la muchedumbre  
 De bárbaros incultos que salia  
 A vella, recebilla y adoralla,  
 Con lumbres encendidas en las manos,  
 Prostradas en el suelo las rodillas,  
 Pidiéndole favor, reconociendo  
 Ser Madre del que puede socorrellos,  
 Hasta coger las gotas de la cera  
 Que las ardientes hachas destilaban  
 En tierra, que tenían por reliquia,  
 Y los caciques que tenían pueblos  
 Algo mas apartados del camino,  
 Rogaban la pasasen por sus casas  
 Prometiendo magnificas limosnas.  
 Finalmente, después que la trajeron  
 Y la pusieron en una capilla  
 De ricos ornamentos adornada,  
 Inumerables gentes acudian,  
 Así de naturales como nuestros,  
 Continúando santos sacrificios  
 Que celebraban voces acordadas  
 Con solemne concénito y armonia:  
 Y fué servido Dios por su clemencia  
 De luego mitigar aquella ira,  
 Que agora va corriendo y abrasando  
 Tierras de Popayán y Quito y Lima,  
 Por gran descuido de los que gobiernan,  
 A propios intereses anhelantes,  
 Sin que del bien comun tengan acuerdo.  
 Porque esta plaga vino de la costa,  
 Y pues sabian ya la furia della,  
 Facilisimamente se pudiera  
 Cerrar la puerta por adonde vino  
 Con impedir la boga por entonces  
 Y poner guardas en el río Grande

Que se cumpliera bien y fielmente  
 Con solos seis ringlones del audiencia.  
 Y así por una negra que venia  
 Tocada deste mal contagioso  
 De la costa del mar á Mariquita,  
 Según comun decir, ha sido causa  
 Desta calamidad y desventura,  
 Y que pudiera ser quedar ilesos  
 Usando de la dicha diligencia;  
 Pruébolo, pues sabemos que en Pamplona  
 De aqueste reino, por el gran cuidado  
 Y vigilancia de Cristóbal Joven,  
 Siendo corregidor que la regia,  
 No dejando llegar los caminantes,  
 Con sanidad quedó como soñá  
 Y libre de la dura pestilencia.

Llevamos pues la imagen á su casa  
 Con la veneracion que fué posible,  
 Y con magnificencia de limosnas,  
 De que se van labrando mas decentes  
 Y mas autorizados edificios,  
 Donde también hay lámparas de plata,  
 Ricos y muy costosos ornamentos  
 Por devotos cristianos ofrecidos,  
 Y según la frecuencia de fieles  
 Será basilica de gran momento;

De la cual á su tiempo, Dios mediante,  
 Tractaremos particularidades.  
 Y agora será justo hacer pausa,  
 Contento con que dego descansando  
 Al Melchior Velazquez en su casa,  
 Y habiendo dicho lo mejor que puedo  
 Las cosas sucedidas en aquellas  
 Cuatro gobernaciones que confinan  
 Y van asidas unas de las otras.  
 No para reposar, pues que me queda  
 Larga, prolija y áspera jornada,  
 Do con razon me manda que proceda  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
 Cursor primero que ganó la seda  
 En este nuevo reino de Granada;  
 De cuyo fuerte brazo y estandarte  
 Promete de tractar la cuarta parte (1).

(1) Cumplió escribiendo la cuarta parte, la cual vió en la librería de don Alonso Ramirez de Prado, con licencias para imprimirse. Lucas Fernandez Piedrahita, según dice en el prólogo á su historia del Nuevo Reino. Destruyóse en esta obra, y se ven en ella versos copiados. Vide pp. 565, 587

(Nota puesta probablemente por el censor antes nombrado.)



# INDICE.

	Páginas.
PROLOGO.....	v
DEDICATORIA al rey don Felipe II.....	1
CENSURA DE AGUSTIN DE ZARATE al consejo real.....	2
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios.....	3
<b>PRIMERA PARTE.</b>	
ELEGIA I.—CANTO PRIMERO.....	5
CANTO SEGUNDO.—Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno habló atrevidamente contra Colon, y lo que mas sucedió.—Primer viaje de Colon á las Indias.....	8
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra, y cómo la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo Vicente Yañez Pinzón.....	11
CANTO CUARTO.—Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron.....	15
CANTO QUINTO.—Cómo vino la india mensajera y con ella el rey Goaga Canari con gran número de gente, con el cual hizo amistades, y lo demás que allí se hizo.....	16
CANTO SEXTO.—Donde se trata cómo durante el tiempo de su viaje, la vuelta de España, decian varias opiniones cerca de estas partes. Y cómo llegando á España se divulgó con gran admiración el descubrimiento susodicho.....	19
ELEGIA II.—A la muerte del capitán Rodrigo de Arana, en la cual ansimismo se prosigue el descubrimiento de las Indias.....	23
CANTO PRIMERO.....	23
CANTO SEGUNDO.—Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés, y de lo que hizo Colon llegado á la Española.....	26
ELEGIA III.—A la muerte de Francisca Bobadilla, donde ansimismo se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, con otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.....	30
CANTO PRIMERO.....	30
CANTO SEGUNDO.—Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colon y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron.....	34
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta cómo tuvo Cornabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeran.....	37
CANTO CUARTO.—Donde se cuenta la venida del comendador Nicolás de Ovando, la vuelta de Cristóbal Colon, y muerte de Bobadilla, con otras muchas cosas que en aquella sazón acontecieron en estas partes.....	40
ELEGIA IV.—Muerte de Cristóbal Colon, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje. En un solo canto.....	42
ELEGIA V.—A la muerte de don Diego Colon, segundo almirante, donde ansimismo se cuentan otras muchas diversidades de cosas acontecidas en la Española después que murió don Cristóbal Colon.....	44
CANTO PRIMERO.....	44
CANTO SEGUNDO.—Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida del audiencia real, y muerte de don Diego Colon.....	46
ELEGIA VI.—A la muerte de Juan Ponce de Leon, donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otras muchas particularidades.....	51
CANTO PRIMERO.....	51
CANTO SEGUNDO.—Donde se trata el gran rebelion de los indios boriqueños, y cosas que pasaron durante la guerra.....	54
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta cómo llegó Guariónex al pueblo dicho Montemayor sin ser sentido, y lo que mas sucedió.....	56
CANTO CUARTO.—Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificación del dicho Boriquén.....	59
CANTO QUINTO.—Donde se cuenta la pacificación de toda la isla, y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes.....	64
CANTO SEXTO.—Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros salios que después hizo Yahurebio en la isla de San Juan ó Boriquén.....	65
CANTO SEPTIMO.—Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á Joan Ponce de Leon, el mal galardón que se dió á los valedores conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.....	68
ELEGIA VII.—Elogio de Diego Velazquez de Cuellar, adelantado ó gobernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la descripción della y la relacion de cosas allí acontecidas. En un solo canto.....	70
ELEGIA VIII.—A la muerte del adelantado don Francisco de Garay, donde se describe la isla Jamaica.....	75
CANTO PRIMERO.....	75
CANTO SEGUNDO.—Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí, y la muerte de don Francisco de Garay.....	76
CANTO TERCERO.—Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al rio de Palmas, de lo que allí le sucedió, y de su muerte.....	78
ELEGIA IX.—A la muerte de Diego de Ordás, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el rio de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.....	80
CANTO PRIMERO.....	80
CANTO SEGUNDO.—Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyapari arriba, y cómo volvió perdido á Paris, y lo que mas aconteció hasta su muerte.....	84
ELEGIA X.—Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Juan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.....	87
CANTO PRIMERO.....	87
CANTO SEGUNDO.—Donde se cuenta cómo los indios revoltieron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla.....	90
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fué á Paris, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustín Delgado, y revolió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció.....	91
CANTO CUARTO.—Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño, y lo que mas aconteció.....	93
CANTO QUINTO.—Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella aconteció.....	95
CANTO SEXTO.—Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paris con intencion de reconciliarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció.....	98
ELEGIA XI.—A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paris, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Trinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.....	99
CANTO PRIMERO.....	99
CANTO SEGUNDO.—Donde se cuenta el trabajado viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas.....	101
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán Alonso de Herrera, y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.....	105
CANTO CUARTO.—Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador Jerónimo de Ortal, y cómo determinó entrar por Maracapana, y las demás cosas acontecidas en aquella provincia.....	110
CANTO QUINTO.—Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaran los españoles y repartieran la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia.....	114
CANTO SEXTO.—Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció.....	119
CANTO SEPTIMO.—Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte.....	123

ELEGIA XII. *A la muerte de Antonio Sedeño, donde asimismo se cuenta el suceso de su jornada.* . . . . .

CANTO PRIMERO. . . . . 126

CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades. . . . .

CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento, acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada. . . . . 135

ELEGIA XIII. — *Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdición y asolamiento.*

CANTO PRIMERO. — Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria. . . . . 141

CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo llegó Gonzalo de Ocampo al puerto de Cumaná, la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron. . . . . 145

CANTO TERCERO. — Donde se cuenta á cuánto disminución vino la ganjería de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas. . . . . 149

ELEGIA XIV. — *Elogio de la isla Margarita, donde se da relación de la vivienda de la gente que allí reside, y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.*

CANTO PRIMERO. . . . . 151

CANTO SEGUNDO. — Donde se da á entender quién era Pedro de Ursua y su descendencia, con otras cosas á la historia convenientes. . . . . 156

CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la partida de Pedro de Ursua, con buena copia de gente, aunque alguna della inquieto y facinoroso, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde habian de hacer su viaje. . . . . 158

CANTO CUARTO. — Donde se da razon del mal fin que hubieron todos los conjurados en la muerte de su gobernador, y cómo Lope de Aguirre se hizo señor de toda la gente con muerte de muchos que tenia por sospechosos y que murmuraban y aborrecian de su loca demanda. . . . . 165

CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo. . . . . 167

CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la isla Margarita y entró por Burburata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la nueva Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento. . . . . 170

CANTO SÉTIMO. — Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que dél y otros se hizo, con el cual se remata anásimismo esta historia, y la primera parte de las Elogias. . . . . 172

**SEGUNDA PARTE.**

DEDICATORIA á la majestad del rey don Felipe nuestro señor. . . . . 179

CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA. . . . . 180

ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. . . . . 180

INTRODUCCION. . . . . 181

ELEGIA I. — *A la muerte de Micer Ambrosio, primero gobernador por los atemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.*

CANTO PRIMERO. . . . . 189

CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo el jurado Leiva y Pedro de Limpías prosiguieron adelante por las zayanas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de alguna gente para guías, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron. . . . . 195

CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella vía. . . . . 201

CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, descubriendo tierra hasta llegar adonde está ahora poblada la ciudad de Pamplona, distrito deste nuevo reino donde lo maltraron. . . . . 206

ELEGIA II. — *A la muerte de George Espira, cuarto gobernador de las provincias de Venezuela.*

CANTO PRIMERO. . . . . 211

CANTO SEGUNDO. — Donde se cuentan los grandes recuentos que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino. . . . . 215

CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció. . . . . 224

ELEGIA III. — *A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.*

CANTO PRIMERO. . . . . 226

CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo Pedro de Limpías se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Uten al Tocuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte. . . . . 233

CANTO TERCERO. — Donde se trata del entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, mases de campo, á los cúlicas, los grandes recuentos que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó. . . . . 240

CANTO CUARTO. — Donde se dicen los pueblos que hasta hoy cono-

mos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernacion. . . . .

ELEGIA IV. — *Relacion de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores dél, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse. En un solo canto.* . . . . 230

HISTORIA Y RELACION de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera poblacion, y esta primera elegia es a la muerte de su primer gobernador, que fué don Rodrigo de Bastidas.

CANTO PRIMERO. . . . . 238

CANTO SEGUNDO. — Donde se trata de la llegada de Garcia de Lerma á Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escritura. . . . . 260

CANTO TERCERO. — Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de Garcia de Lerma. . . . . 271

CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guías que trajo de los Caribes. . . . . 283

ELEGIA V. — *A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.*

CANTO PRIMERO. — Donde se cuenta la llegada á Santa Maria con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida. . . . . 289

CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo dieron de noche en los dos hermanos, y lo que mas sucedió. . . . . 296

CANTO TERCERO. — Donde se trata cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el río Grande á la entrada dél, y en la prosecucion del viaje. . . . . 309

CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo fué el capitán Joan de San Martin por un río pequeño distinto del río Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les aconteció antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo los esperaba. . . . . 308

CANTO QUINTO. — Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo. . . . . 313

ELOGIO de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido el tiempo que allí gobernó.

CANTO PRIMERO. . . . . 319

CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pucjueyca y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el asiento que habian poblado. . . . . 327

CANTO TERCERO. — Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acontecidas. . . . . 332

CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa Marta; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la redificacion acontecieron. . . . . 343

ELOGIO de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa Marta, donde se hace mención de las cosas en aquella gobernacion sucedidas hasta el año de 1585. . . . . 351

CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimisá, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la poblacion. . . . . 357

**TERCERA PARTE.**

DEDICATORIA á la majestad del rey don Filipe, nuestro señor. . . . . 365

ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. . . . . 364

HISTORIA DE CARTAGENA.

CANTO PRIMERO. . . . . 365

CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia. . . . . 371

CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con doscientos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista. . . . . 377

CANTO CUARTO. — Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tutú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no quererlos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron. . . . . 384

CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo á pedimento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció. . . . . 393

CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada. . . . . 397

CANTO SÉTIMO. — Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó, y no quiso seguillo. . . . . 406

CANTO OCTAVO. — Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de

Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena. . . . .	419	HISTORIA de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real majestad del rey don Felipe segundo deste nombre, nuestro señor. . . . .	506
CANTO NOVENO. — Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia. . . . .	426	CANTO PRIMERO. — Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, así de la gobernacion de Popayán como deste Nuevo Reino. . . . .	508
ELEGIA á la muerte de Joan de Bustos de Villegas, segundo gobernador de Cartagena por provision de la R. M. En un solo canto. . . . .	454	CANTO SEGUNDO. — Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo despues fué mudado de aquel nombre primero á mejor sitio, donde permaneció con nombre de villa de Santafé de Antioquia. . . . .	510
ELEGIA á la muerte de Francisco Bahamon de Lugo, quinto gobernador de Cartagena. En un solo canto. . . . .	410	CANTO TERCERO. — Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas, la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra. . . . .	512
ELOGIO de Pero Fernandez de Bustos, gobernador de la provincia de Cartagena, donde se cuenta el discurso de su vida hasta la venida del poderoso cosario que se dice el capitán Francisco Draque. . . . .	442	CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenia. . . . .	514
ELEGIA á la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas. . . . .	444	CANTO QUINTO. — Donde se da razon de lo que sucedió despues que los españoles entraron en la provincia de Pequí. . . . .	513
CANTO PRIMERO. . . . .	444	CANTO SEXTO. — En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz. . . . .	517
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Huminavi y los otros capitanes de Alababal, que se habian alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos. . . . .	451	CANTO SÉTIMO. — Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneira en la provincia de los nutaves y valle de Tecco. . . . .	519
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes. . . . .	456	CANTO OCTAVO. — Donde se tracta de la fundacion de la ciudad llamada San Joan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caravajal, para que le sucediese en el cargo. . . . .	521
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel campás que hoy se llama gobernacion de Popayán. . . . .	461	CANTO NOVENO. — En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron. . . . .	523
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos. . . . .	466	CANTO DÉCIMO. — En el cual se tracta de la reedificación de San Juan de Rodas, y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz, con la gente que trajo. . . . .	525
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenía, excepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron. . . . .	469	CANTO UNDÉCIMO. — Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia, la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos, y cómo vino de España declarado no caer en el gobierno de Valdivia Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas. . . . .	530
CANTO SÉTIMO. — Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron. . . . .	477	CANTO DOCECIMO. — Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia despues que tuvo la gente de la otra parte del rio Cauca. . . . .	534
CANTO OCTAVO. — Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocissima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los eurentia poco más ó menos de caballo, y los demás peones. . . . .	485	CANTO TRECECIMO. — Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia, que tuvo para despoblar la nueva ciudad de Ubeda. . . . .	537
CANTO NOVENO. — Donde se tracta cómo Pascual de Andagoya, siendo proveído por gobernador de la tierra adyacente al rio que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastián de Benalcázar. . . . .	488	CANTO CATORCIMO. — Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo día en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia. . . . .	539
CANTO DÉCIMO. — Donde se cuenta la venida del virey Blasco Núñez Vela á Popayán, y cómo allí se rehizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados. . . . .	493	ELOGIO de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino. . . . .	544
CANTO UNDÉCIMO. — Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayán hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, quando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco. . . . .	499	CANTO PRIMERO. . . . .	544
CATALOGO de los gobernadores de Popayán, y quasi epítogo de lo contenido en su historia. En metros sueltos. . . . .	501	CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia. . . . .	547
		CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles y no acudian á servillos. . . . .	549
		CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el rio Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza. . . . .	552
		RELACION BREVE de las tierras de la gobernacion del Chocó, y cosas en ella acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capitán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad de Buga. . . . .	554
		CANTO SEGUNDO. — Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la gobernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo. . . . .	555

22001002019158